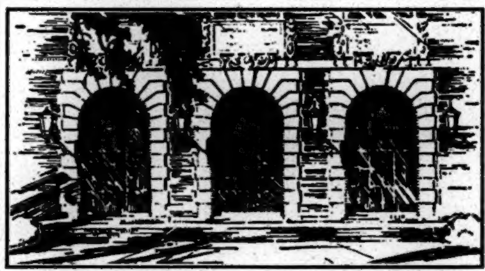


LOS SECRETOS DEL PUEBLO.

LOS

SECRETOS DEL PUEBLO

NOVELA SOCIAL Y DE COSTUMBRES

POR

MARTIN PALMA.

TOMO I.

VALPARAISO:

IMPRENTA DEL MERCURIO

DE RECAREDO S. TORNERO.

1869.

INTRODUCCION.

Al tomarnos el trabajo de escribir la obra que lleva por título *Los secretos del Pueblo*, solo hemos tenido en vista el mejoramiento de éste en todas las esferas sociales; porque no hemos de llamar pueblo únicamente a los desheredados de la fortuna, a los que tienen por obligado patrimonio el dolor y la ignorancia, sino tambien a los que gozan de comodidades y de privilejios, pues el error y el vicio se encuentran tanto en unos como en otros.

Colocados por nuestra educacion y por las distintas peripecias que hemos tenido en el curso de nuestra vida, en una posicion escepcional, hemos podido mediante ella ponernos en contacto con las clases obreras y con las clases superiores, siéndonos, por consiguiente, fácil apreciar tanto los defectos como las virtudes de unos y otros; pues no teniendo tropiezos para penetrar en la pajiza choza del proletario, en el suntuoso palacio del rico y en las moradas de nuestra aristocracia, hemos podido palpar los inconvenientes que obran contra el engrandecimiento de las diversas categorias que nos dividen; hemos podido darnos cuenta de lo que paraliza nuestra marcha, de lo que impide el desarrollo social, de lo que degrada tanto a unas como a las otras esferas; en una palabra,

de lo que pierde y esclaviza al hombre, siendo este descarnádo y triste estudio, porque es la anatomia de las miserias humanas, lo que nos hizo concebir el plan y lo que nos indujo a escribir el libro que presentamos hoi a la vista de nuestros conciudadanos.

Dotados de cierto espíritu de observacion y de análisis, amargada gran parte de nuestra propia vida por los distintos sinsabores que lleva consigo la pobreza en nuestra manera de ser actual, y teniendo por escuela práctica el infortunio, que las mas veces pierde al hombre, pero que en algunas ocasiones enjendra la filosofia, nos dedicamos, en fuerza de nuestro sufrimiento propio, a investigar el oríjen de los males que aquejan a la humanidad; y aun cuando nuestro punto de comparacion y nuestro punto de partida sea la sociedad chilena, es, sin embargo, un hecho positivo que existe un contacto entre todos los individuos, que hai una cadena que une a todos los pueblos, un hilo conductor que liga todos los dolores y todas las miserias de la especie en jeneral, sin hacer distinciones de nacionalidades ni aun de continentes.

Así es como, de induccion en induccion, y analizando los sufrimientos de un pequeño círculo, nos hemos elevado hasta la jeneralidad absoluta; ¿y por qué no? ¿El hombre no es acaso el mismo en todos los paises? ¿No existen en la América como en la Europa, en el Asia como en el Africa, miserias idénticas? ¿No hai en todas partes amos y siervos, reyes y pueblo, opresores y oprimidos? ¿No se ven tanto aquí como allá desigualdades que hieren las conciencias y la personal dignidad? ¿No hai individuos que mueren faltos de alimento para el cuerpo y faltos de alimento para el alma? ¿No hai intelijencias que se apagan y cuerpos que se estinguen antes de su lejítimo y natural desarrollo? ¿No hai un desquilibrio tal que perturba las relaciones, que destruye los

lazos sociales, desfigurando y trastornando la verdadera conveniencia de la especie y por consiguiente la voluntad manifiesta de Dios?

Pues bien, en vista de este mal órden de cosas, en vista de esta perturbacion en que nadie encuentra la felicidad que ambiciona, hemos desechado la estraña enseñanza, para interrogar solo a nuestra conciencia, hemos desechado toda otra luz que no sea la amorosa y humanitaria palabra de Cristo, y, descendiendo a nuestro yo, nos hemos preguntado muchas veces: ¿es éste por ventura el destino del hombre? La miseria, ¿es acaso su condicion obligada? ¿Es la pobreza, es la degradacion, es la ignorancia, es la carencia de todos los goces, es la herencia de todos los vejámenes y de todos los sufrimientos lo que corresponde a las nueve décimas partes de la humanidad? ¿Es ésta la obra del Creador o la obra del hombre? ¿Es éste el defecto de las leyes del mundo o el defecto de las leyes sociales?

Y despues de un largo exámen, de un exámen prolijo, de una induccion lójica, de una conciencia equitativa, de un juicio basado en la caridad, podemos decirlo, sin mucha presuncion, hemos hecho nuestras deducciones, sacando por resultado que Dios no puede haber condenado a la gran mayoria de la especie a ser esclava, pobre, ignorante y miserable.

Ahora bien, convencidos de esta verdad y guiados por nuestro buen deseo, hemos tratado de investigar el oríjen de nuestros defectos, de nuestras preocupaciones, de nuestros errores y por consiguiente de nuestros males, como tambien de los medios que puedan aliviar unos, correjir otros y curar éstos, sin que por ello tengamos la pretension de presentar nuestra obra como un dechado o como una enseñanza, porque en realidad no es otra cosa que un ensayo que

talvez sirva a nuestra juventud de estímulo, apartándola de improductivos, tanto como inmorales, absorventes y perniciosos hábitos; pues es indudable que en mui poco tiempo sigan nuestras aguas las intelijencias que nacen, sobrepujándonos en todo y por todo.

No es, de consiguiente, nuestro ánimo hacer la apolojia de nuestro trabajo, pues lo dejamos al análisis y al juicio de los otros. La obra que vamos a publicar puede tener defectos de gran trascendencia, talvez errores crasos; y por qué no? ¿Quién es el que puede tener la audacia de decir: "Yo estoi en la posesion de la verdad?" Que juzguen y que decidan nuestros conciudadanos: ellos están en su derecho de anatematizarla si en realidad merece el anatema.

Sin embargo, lo confesamos: nuestra pobre personalidad no seria indiferente al juicio público; sentiriamos, no la severidad de su fallo, sino su acrimonia, porque en realidad nuestros propósitos y nuestra voluntad por el nacional adelanto, no la merecen; pero estamos resueltos a hacer abstraccion completa de nuestro yo; ¿y qué importa, por otra parte, el individuo? Qué contacto, qué relacion puede tener éste con la idea? El pensamiento es mas alto que la persona, y no es nuestro propósito, por mas mancomunidad que haya entre el uno y la otra, hacerlo solidario de un ser tan pequeño, tan transitorio y tan miserable; porque la idea, en nuestro concepto, no tiene, si nos es necesario espresarnos así, humano oríjen; no tiene jerarquias, no tiene nombres, no tiene dueños, no tiene lugares, no tiene épocas, no tiene nacionalidades; pues la idea es el éter que se esparce por todos los mundos, es la luz que a todos alumbra, es el aliento divino que a todos sostiene y vivifica, siendo ésta talvez la causa porque aquellos individuos en quienes se encarna pertenecen a toda la especie y no a tal o cual determinado

recinto... Zoroastro, Moises, Confucio, Sócrates, Platon, Wutemberg, Newton, Rousseau, Fulton, no son individuos chinos, indios, griegos, europeos o americanos, sino que son hombres superiores, y por esto se les venera y aun se les deifica en todos los lugares, en todos los paises, en todas las lenguas y aun en todas las jeneraciones.

Mil veces, cien mil veces fuera de nosotros la presuncion de querernos parangonar con hombres que ocupan, con sobrada justicia, el primer puesto en las categorias humanas. Tenemos la conciencia de nuestra nulidad y la confesamos, porque estamos convencidos de ella, y porque en realidad la sentimos. No se nos oculta que somos los mas humildes e insignificantes proletarios en la grande obra de la civilizacion; ¿pero seria esto un motivo para ser cobardes? ¿Seria una razon para no emitir nuestro pensamiento bueno o malo? La persuasion de nuestra insuficiencia ¿debia bastarnos para detenernos? ¿Acaso el gusano, el molusco y aun el mineral, no tienen su mision? ¿Por qué entonces avergonzarnos de la nuestra, que talvez, y sin talvez, es mas importante que la de ellos? Sigamos, pues, nuestro curso, obedezcamos a la lei que nos empuja y que nos gobierna, y sin presuncion, como sin temores, demos a luz nuestras pobres pájinas, escasas de talento, pero llenas de voluntad por el mejoramiento humano.

Vamos mas adelante: en el libro que damos al público, no nos hemos ocupado solamente de los estudios sociales, sino que los hemos tratado como incidentes, si bien nos hemos detenido algo en virtud de su importancia; pero principalmente nos hemos empeñado en investigar las leyes del corazon, que indudablemente gobiernan y dirijen nuestros afectos, siendo ésta la causa porque, dando la forma de romance a nuestro trabajo, nos hemos detenido en una gran

pasion: el amor... No sabemos decir si esto será un mérito o una falta de que adolezca nuestra obra; pero, en nuestro concepto, no hai nada en el mundo que pueda compararse a la influencia que ejerce ese sentimiento, influencia que lo domina todo, que lo abraza todo, que se estiende a todo, siendo ese el motivo porque hemos pretendido idealizarlo y hacerlo durable, demostrando que no concluye con la posesion de la mujer, sino que va mas allá, acompañándonos con toda su enerjia, su ardor, su sublimidad hasta el hielo de la vejez, y aun hasta la inanimada frialdad del sepulcro.

El matrimonio, condicion de desgracia en nuestra manera de ser actual, es, sin embargo, la lei santa, la lei bienhechora de las sociedades; y a pesar de los vicios que hoi reinan y por los cuales se dirije, él es siempre la base del progreso, la salvaguardia del mundo cristiano, pues es la causa inmediata de la lejítima supremacia que los pueblos donde está establecido ejercen en el orbe.

Hai escritores que han preconizado el divorcio y que, en vista de nuestras miserias, no han vacilado en aconsejar y aun en lejitimar la desunion de los cónyujes; empero, esos hombres, permítasenos decirlo, no han ido al fondo de las cosas, y, seducidos por las apariencias, han fulminado su anatema contra la institucion mas lejítima, mas progresista y mas natural, bastando para probarlo, a pesar de todos nuestros actuales defectos, como ya lo hemos dicho, la gran diferencia que existe física y moralmente entre los pueblos que se sujetan a esta lei y aquellos que no la tienen.

Ahora bien, siendo ésta la fé que tenemos, la persuasion en que estamos y el convencimiento que nos gobierna, no hemos vacilado en ensalzar el amor, en dar todo su desarrollo a esta pasion universal, encaminándola a la virtud, para que sea eterna a la vez que provechosa, a la vez que fecunda

en goces, en placeres, en perfecciones y aun en heroicidad, porque ella y solo ella es capaz de hacer nacer los grandes sentimientos, y de consiguiente los grandes hombres y los grandes pueblos.

Asi es como, investigando la causa de los males en el curso de nuestra obra, nos hemos propuesto ir todavia mas allá, porque hemos tenido en vista procurar a cada uno los medios de dicha de que su naturaleza sea susceptible, trazando para ello lecciones y ejemplos que se lo faciliten; pero ejemplos que estén al alcance de todos y que se amolden a todas las circunstancias, que entren en todos los hábitos y en todas las condiciones, porque no hai nadie que no sea susceptible de modificarse y de elevarse, pues esta es la condicion del hombre, impuesta por las leyes de Dios para la felicidad de la especie.

Talvez, al tratar de tan altas cuestiones, es una mala forma la que hemos dado a nuestro libro; sin embargo, hemos tenido en cuenta al pueblo y al espíritu de las sociedades actuales, que necesitan de lecciones que se hagan palpables y de ejemplos que, divirtiendo la imajinacion, instruyan al entendimiento y aclimaten en el pecho del hombre las saludables nociones de la virtud, que son las únicas que pueden hacer la felicidad y llevar adelante el progreso: hé aquí el motivo por que hemos adoptado el romance... y como tambien asi podiamos poner en relieve nuestras costumbres nacionales, lo preferimos a cualquier otro. ¿Es esto un mal? ¿Es esto un bien? El pueblo dará su fallo.

Ahora, pues, ¿será la nuestra una pretension desmesurada, una utopia, una de aquellas aberraciones del espíritu humano, una locura?—No lo sabemos, porque lo dejamos al juicio de nuestros lectores; pero, lo que podemos afirmar es: que ese es el espíritu, la tendencia y el fin de nuestro libro,

que se consagra por completo a examinar nuestras costumbres con el propósito de mejorarlas, nuestros vicios para correjirlos, nuestras virtudes para ensalzarlas, yendo de lleno contra nuestras preocupaciones, contra nuestros desaciertos, contra nuestros errores sociales y políticos, contra nuestros malos hábitos, para plantear la dignidad e independencia del hombre, es decir, la democracia en su forma mas elevada y mas lejítima: para buscar el medio de destruir la miseria, es decir, que todo individuo encuentre su alimento físico y su alimento moral, o lo que es lo mismo, la satisfaccion ámplia de sus necesidades, sin verse obligado a prostituirse, a degradarse, a venderse, como acontece actualmente. Este es el propósito de nuestro libro; ojalá encuentre benévola acojida.

DEDICATORIA.

Valparaiso, mayo 1.º *de* 1869.

SR. D. LUIS COUSIÑO,
PARIS.

Mi querido y jeneroso amigo:

¿Será un crímen que aproveche de la ausencia de usted para sorprender su modestia? ¿Habré hecho mal en no consultar su voluntad para dedicarle una obra cuyos principios estarán talvez en oposicion a los suyos? ¿Pero cómo resistir a la tentacion? ¿Cómo, aun temiendo disgustarlo, no dar la debida espansion a mis afectos? ¿Cómo no aprovechar la única circunstancia que se me presenta para poder revelar cuanto mi alma encierra de gratitud, de aprecio y de cariño? Discúlpeme usted, pues, mi imprudencia en obsequio de mis intenciones, dignándose recibir, sin desden, mis pobres e insignificantes pájinas.

Yo habria querido que mi libro fuera digno de usted, que no chocase con sus ideas y que hubiera estado a su altura; pero ¿cómo hacerlo? En este terreno no bastan los esfuerzos de la voluntad, sino que son indispensables los del talento; y aun cuando tengo lo primero, no me lisonjeo de poseer lo segundo, y lo que es mas, no quiero tampoco sacrificar mi conciencia a ninguna consideracion humana; de consiguiente no mire en el escrito que me tomo la libertad de dedicar-

le, otra cosa que la sincera espresion de un no menos sincero afecto y el sincero deseo del adelanto rápido de nuestra comun patria.

Con el anterior párrafo podria haber terminado mi dedicatoria, ella estaba concluida; ¿pero he querido solo esto? No, amigo mio, mi propósito ha ido mas lejos: he querido rasgar ese velo de modestia que cubre a don Luis Cousiño para que lo estimen en lo que vale, para que sirva de ejemplo a nuestra sociedad, para honrar y hacer revivir la memoria de su noble padre con las virtudes del hijo, para destruir los malos conceptos forjados por la envidia, aceptados por la ignorancia y propalados por la calumnia, para hacer pública y patente, no solo mi gratitud, sino tambien mi entusiasmo, ese entusiasmo que solo arrancan las buenas acciones y que solo puede conservar intacto el verdadero mérito.

Los grandes servicios que usted me ha prestado y me presta todavia, pueden haber creado mi gratitud y haber hecho nacer mi cariño, pero jamas la admiracion; porque la admiracion proviene de causas ajenas al favor, pues solo nace de ese conjunto de cualidades que forman al hombre superior, que lo hacen apreciar y que lo revelan a despecho de su modestia y talvez a causa de esa misma modestia.

Yo no tengo, a Dios gracias, una alma villana para arrastrarme hasta la adulacion, y poseo bastante enerjia para pararme de frente ante el vulgar sarcasmo que talvez provoque esta dedicatoria, porque no faltará quien diga que, por el hecho de ser usted poderoso, me manifiesto yo obsecuente, sin comprender que hai almas que hacen prescindencia de los favores de la fortuna como de las amarguras de la adversidad para reconocer en todo caso el mérito, acatando siempre la justicia y nada mas que la justicia; quien ha hablado en favor de los débiles y de los caidos, sin otra remuneracion que la de congratularse el odio de los fuertes, tiene el derecho de espresarse con sinceridad y puede resistir a los acerados y venenosos tiros de la calumnia, como tambien sobreponerse al pensamiento de ese vulgo que se

figura siempre encontrar envueltos en los pliegues de la adulacion los nobles sentimientos de la gratitud espresados con franqueza y dichos con injenuidad. Empero, júzguenme como quieran y piense el mundo lo que se le antoje, yo seguiré adelante, porque uno no debe escuchar otra voz que la de su conciencia cuando obra con rectitud y a impulsos solo del sentimiento que lo domina y de la delicadeza que lo guia.

Es verdad que mis apreciaciones pueden ser erróneas, que puedo talvez haberme equivocado, pero esto nada arguye contra mi veracidad, ni nada prueba contra mi intencion; sin embargo, no soi tan jóven para engañarme fácilmente, ni tan miope para no ver donde existe el mérito; de consiguiente mi manifestacion, señor don Luis, es franca, sincera, verdadera, lejítima; ¡y cómo no habria de serlo, cuando he sido testigo de tantos dolores aliviados, de tantas miserias socorridas, de tantas lágrimas enjugadas por el manto de su caridad!... ¿Y cómo no habria de serlo cuando he presenciado tantas manifestaciones espontáneas, cuando he llegado a apercibirme de tantos socorros silenciosos y por consiguiente ignorados, de tantas jenerosidades, estimadas las unas, echadas en el olvido las otras y en el saco de la ingratitud las mas!... ¡Y cómo no habria de serlo cuando jamas he visto abrir sus labios para decir: "he hecho este beneficio," y tampoco para narrar tales o cuales decepciones, tales o cuales negros procederes que no han podido quedar ocultos, a pesar de su prudencial silencio, pero que por esto mismo deben haber acibarado su pecho, haciendo brotar en él la triste desconfianza y el lóbrego escepticismo respecto a la sinceridad y gratitud humanas... desconfianza y escepticismo de que quizá proviene esa habitual melancolia que se nota en su semblante y que se revela en sus actos, a pesar de los halagos de la fortuna, de los goces de la opulencia y de los deseos apenas sentidos cuando inmediatamente satisfechos.

Al espresarme así, parece a primera vista que me habria cabido el honor de que usted hubiese tenido conmigo esas confianzas íntimas, esos desahogos dulces y peculiares a la

amistad; pero estoi mui lejos de hacer alarde de un título que no tengo, bien lo sabe usted, ni me avergüenzo de que lo sepan tambien los otros, pues que no he sido ni soi mas que uno de sus tantos favorecidos; sin embargo, este alejamiento no me ha impedido llegar al conocimiento pleno de su carácter, si bien he podido ignorar muchas de sus filantrópicas acciones; pero ¿de qué sirve la esperiencia adquirida, de qué el trato de mundo y de qué la intuicion propia del juicio, si uno, en vista de ciertos actos, no hace lójicas deducciones para que se le revele por completo el hombre? Esto es justamente lo que en mí ha sucedido, pudiendo asegurar que he encontrado en usted uno de esos seres que nos reconcilian con el resto de la humanidad, haciendo que se olvide el frio egoismo que, en jeneral, caracteriza a la gran mayoría de la especie; ¿qué tiene, entonces, de estraño mi cariño, mi gratitud y mi entusiasmo?...

Ahora, mi querido don Luis, el público y usted tendrán derecho de preguntarme: ¿es esta una dedicatoria o la simple manifestacion de sus sentimientos? ¿Es así como debe presentarse y encabezarse un libro?—Y bien, a estas justas interrogaciones no tengo otra cosa que dar sino esta sencilla respuesta: "Mis afectos no se sujetan a reglas establecidas; mis convicciones no reconocen pautas literarias, y mi desgreñado entusiasmo no tiene otro ídolo que el de la virtud..." Y puesto que la virtud no es mas que la caridad y usted la simboliza, déjeseme con mis errores y mis estravagancias, en cambio de conservar siempre la pureza de mis intenciones y de que usted se digne aceptar el humilde libro que hoi le dedica

Su agradecido servidor y sincero amigo,

MARTIN PALMA.

LOS SECRETOS DEL PUEBLO.

El conventillo.

I.

Este es el nombre que da nuestro pueblo a cierto jénero de edificios o de habitaciones ocupadas jeneralmente por nuestras clases trabajadoras; y como en estos lugares viven los individuos en una especie de comunidad, sin conocerse y sin amarse, como sucede en un convento de frailes, esto talvez ha sido lo que ha dado oríjen a tal denominacion.

Para un europeo no tendria nada de estraño este jénero de vida, es decir, el ver reunidas a diferentes personas con gustos y ocupaciones diversas bajo un mismo techo, porque allí, a causa de la mucha poblacion, se ven obligados a habitar una misma casa distintas familias; pero entre nosotros, esta circunstancia merece una atencion particular, tanto por la existencia que se lleva en esos lugares, y que nos es hasta cierto punto desconocida todavia, cuanto porque ese jénero de edificios es una innovacion moderna de la que, no ha mucho tiempo, no teniamos aun idea.

En las ciudades de la América del Sur, donde el terreno es estenso y barato, cada familia vive por separado, tiene

su hogar independiente y no se introducen en la casa sino los parientes y amigos de ella, siendo tan reservados a este respecto, que se considera como un favor especial y que difícilmente se obtiene, el permitir a un individuo estraño, aun cuando se conozca, habitar el mismo recinto.

Este aislamiento de las familias, al cual nos acostumbramos desde la infancia y que continuamos durante nuestra vida, contribuye quizá a arraigar los buenos o malos hábitos que ha contraido el individuo bajo el techo paterno, haciendo que las virtudes, asi como las preocupaciones, se sucedan de jeneracion en jeneracion, marcando de tal manera los caracteres y aun las fisonomías, que en nuestra sociedad santiaguina, a la vista de una persona, podemos casi, sin temor de equivocarnos, decir la familia a que pertenece.

No por esto se puede afirmar que no haya punto de contacto entre los individuos; pero este contacto roza apenas la superficie sin conseguir modificar el interior. Probablemente esta es una de las razones mas poderosas que determinan esa reserva que constituye el fondo de nuestro carácter nacional. Pero esta reserva está mui lejos de ser hipocresía, sino que es mas bien el noble límite de una franqueza inmoderada, por cuya razon el chileno es poco espansivo, reconcentra en sí mismo sus sentimientos y aparece de un temperamento flemático y frio a los ojos del observador poco diestro; sin embargo, en el recinto de la familia y de la vida íntima despliega los tesoros de una afabilidad sencilla, y esa franqueza natural y llena de atractivos es lo que hace el encanto irresistible que tiene nuestra sociedad cuando se ha llegado a penetrar en ella.

De esta reserva, mas bien aparente que real, de nuestro carácter, proviene la diversidad de opiniones emitidas sobre nosotros. Para unos somos tercos, frios, orgullosos, impolíticos; mientras que para otros aparecemos suaves, francos, jenerosos, cordiales y hospitalarios; pero estos conceptos tan opuestos nacen de que los unos no han consultado mas que las apariencias, juzgando al árbol por la corteza, mientras

que los otros han penetrado en el interior y saboreado el fruto.

No es nuestro ánimo, al escribir estas líneas, halagar el amor propio nacional. Tratamos de ser imparciales, y con la misma franqueza con que hacemos la apolojía de nuestras virtudes, descorreremos el velo que oculta nuestros vicios; porque el objeto principal que nos hemos propuesto es dar a conocer tal cual es nuestro carácter, con sus preocupaciones y errores como con sus cualidades, para que, si es posible, nos corrijamos de los primeros, impulsando mas las segundas.

II.

Los conventillos son, por lo jeneral, dos hileras de cuartos bajos divididos por una angosta calle y una gran puerta que los comunica con el esterior. En estas habitaciones sucias y malsanas por la carencia de sol y de aire, pues tienen regularmente poca ventilacion, es donde se albergan las clases pobres, halagadas por lo módico del alquiler. En estos lugares se ve la mayor diversidad de tipos, de caracteres, de condiciones y de industrias, no teniendo otra cosa de comun que la miseria. Allí se encuentran sastres, zapateros, albañiles, aguadores, cocineras, lavanderas, etc., que se ocupan en sus diferentes quehaceres y que forman el mas variado cuadro en estos centros de la vida del proletario. Hai tambien allí individuos sin profesion conocida y cuya existencia oscura se desliza en medio del misterio y quizá del crímen...

Mujeres desgreñadas y sucias van y vienen por la angosta calle, ocupadas en sus faenas diarias.

Niños semi-desnudos, escuálidos, flacos a causa de la intemperie y de las privaciones que esperimentan, corren tras sus madres llamándolas con los ayes de la necesidad o del dolor.

En todo el largo de la angosta calle del conventillo, se ven de distancia en distancia fuegos donde cada familia prepara sus respectivos alimentos, y las paredes ennegrecidas por el

humo demarcan el lugar de cada cocina particular. Tambien se divisan de trecho en trecho cordeles conteniendo algunas piezas de ropa, ya finas, ya ordinarias, y no pocas hechas jirones, que pertenecen al ajuar de esas pobres familias; pero lo que no escasean en aquellos lugares son los perros pertenecientes a distintas razas y tanto o mas famélicos que sus amos.

Cuando uno penetra en estos lugares se siente conmovido y disgustado a la vez, no pudiendo libertarse de una doble impresion: de la repugnancia que trae consigo el desaseo, y de la tristeza compasiva que esperimenta el alma en vista de la miseria y sufrimiento de su semejante.

Empero, en estas cloacas inmundas en que se anida la pobreza y la degradacion, suelen encontrarse algunas escepciones honrosas. Artesanos arreglados y laboriosos habitan tambien estos lugares a causa del bajo precio del alquiler, y no es estraño encontrar, de vez en cuando, alguna hermosa niña vestida con sencillez y elegancia, o algun jóven obrero que, con su traje del domingo, nos haria quizá tomarlo por un hombre de una clase mas elevada; pero esto, por lo comun, es raro, pues jeneralmente cuando han llegado a adquirir una pequeña posicion o un trabajo mas lucrativo que les permita una vida mas cómoda, abandonan estos sitios, que no están ya en armonía con sus gustos o nuevas aspiraciones...

III.

Es el 13 de setiembre de 1850 cuando en uno de estos conventillos situados en la calle de San Pablo, encontramos una honrada y laboriosa familia apellidada Lopez; pero antes de entrar en mas pormenores, llamaremos la atencion del lector sobre este barrio.

La calle de San Pablo, famosa desde tiempo atras por sus rencillas y lances sangrientos, es jeneralmente habitada por artesanos y algunos pobres propietarios. En aquella época, como desde tiempo inmemorial, casi no habia dia en que no

se viese un pleito y en que la policía no tuviese que intervenir. Toda ella está sembrada de pequeños despachos, cocinerías en que se da de comer a los pobres, e innumerables puestos de licor en donde se arman las rencillas, saliendo en seguida los atletas, puñal en mano, a batirse en medio de la calle.

En la época en que escribimos, se han modificado, es verdad, mucho las costumbres, y ya no se ven, sino de tarde en tarde, aquellos terribles lances que hacian a la vez el espanto y la diversion favorita de nuestro bajo pueblo; porque despues de la pelea, que regularmente terminaba en un asesinato, al que daban el nombre de DESGRACIA, seguian los comentarios, y las conversaciones rolaban sobre las diversas puñaladas, el lugar del cuerpo en que habian sido recibidas, la destreza y valor de los combatientes, la manera como habia muerto el vencido y el modo como habia escapado el vencedor, a quien siempre compadecian, pues lo único que decian de él era: *se desgració el pobrecito!* Compasion salvaje que solo prueba ignorancia y barbarie...

Pues bien, en esta calle de San Pablo, de tan peligrosa fama, era donde habia nacido y vivia Domingo Lopez, viejo sarjento retirado que habia militado en la época gloriosa de nuestra independencia. La familia de Lopez se componia de su mujer Marta Garrido, lavandera inmejorable, y de dos hijos, el uno era un jóven como de veinte años de edad, y el otro una niña de 15; el primero se llamaba Enrique y la segunda Mercedes.

Domingo y Marta representaban como unos cincuenta años. El sarjento era un hombre alto, fuerte, vigoroso y de una organizacion hercúlea. Los años parecia que no habian menoscabado en nada su fuerza, sino que por el contrario la hubiesen aumentado. Su semblante era severo, su frente ancha y despejada, los carrillos un poco prominentes demostraban que corria por sus venas la sangre araucana. Sus cabellos grises eran ásperos y abundantes como lo son jeneralmente los del indio. Un espeso y todavía negro bigote

cubria su labio superior y realzaba la virilidad del conjunto. En la frente se notaba una profunda cicatriz que habia recibido en uno de los encuentros con los españoles, pues Domingo Lopez habia militado en tiempo de los Carreras, y muchas veces su imponente fisonomía parecia animarse de un fuego marcial, cuando traia a la memoria su juventud o contaba sus campañas, o ya tambien cuando hablaba de aquellos famosos caudillos por los que conservaba una especie de culto que viene a ser como una segunda relijion en los viejos soldados. Pero lo que habia de mas estraño en este hombre era el raro contraste que presentaban sus facciones tostadas, severas y casi duras, con la dulzura inefable de unos ojos verdes tan grandes como tiernos y que la edad no habia aun despojado de su brillo, ni la vida de los combates de su mansedumbre. Su mirada suave y cariñosa estaba llena de bondad, dejándose apercibir en ella un fondo de ternura que nadie habria creido encontrar en aquellas facciones tan varonilmente acentuadas.

Marta Garrido, la digna compañera de este antiguo y honrado militar, tenia mas o menos su misma edad, y conservaba todavía los restos de una hermosura poco comun, pues su tez no estaba ajada, como sucede en las mujeres de nuestro pueblo, que, o no llegan a vivir tanto, o cuando alcanzan a esa cifra de años ya están tan viejas y arrugadas que parecen decrépitas; pero Marta, aunque entregada siempre a un contínuo trabajo, pues la escasa renta de sarjento retirado que poseia su marido no era suficiente para satisfacer las necesidades de la familia, aunque entregada a un contínuo trabajo, decimos, su existencia se habia deslizado tranquila y feliz, exenta a las amarguras y especialmente a los vicios que son jeneralmente el obligado patrimonio de nuestra clase obrera.

Esta escelente mujer, que habia recibido en sus primeros años una educacion un tanto esmerada, pues habia sido criada por una de nuestras aristocráticas familias, llevó tambien al seno de la suya los hábitos de moralidad, de economía

y de órden en que habia vivido, y con ellos, el bienestar de su marido y de sus hijos; pues aun cuando el sarjento Lopez estaba imposibilitado para el trabajo y habia sido retirado del servicio militar como inválido a causa de la fuerte herida que recibiera en la cabeza y que casi lo habia llevado al sepulcro, ella no desmayó, sino que al contrario se hizo mas económica y trabajadora; y con una prevision rara, y decimos rara, porque nuestros artesanos, con mui pocas escepciones, botan en un mismo dia lo que han ganado en él y talvez lo que han ganado en la semana, sin tomar en cuenta el futuro y sin pensar que pueden caer enfermos o faltarles el trabajo; y con una prevision rara, repetimos, Marta, satisfaciendo sus necesidades, conseguia hacer sus pequeñas economías, que reservaba para aquellas eventualidades a que está espuesta la existencia del proletario. Esta vida arreglada y tranquila la habia hecho feliz; y aunque esta pobre y virtuosa familia no habia saboreado los desahogos de la abundancia, tampoco habia esperimentado los sufrimientos de la indijencia, consiguiendo ademas, por el órden que reinaba en ese interior, dar a sus queridos hijos una educacion, si no esmerada, al menos superior a la que en jeneral reciben nuestros artesanos.

No limitaba a esto Marta sus cuidados, sino que, dotada de un carácter benévolo, atendia en cuanto se lo permitia la exigüedad de sus recursos, a las mas apremiantes necesidades de los pobres habitantes del conventillo; y como prodigaba sus consuelos o hacia sus favores con bondad y sin ostentacion, era considerada y querida de todos, estendiendo esta consideracion y este cariño hácia sus hijos y marido, que ejercia entre aquella jente una autoridad patriarcal, debida en gran parte a la pureza de sus costumbres mas que a su rango de sarjento de granaderos, que no dejaba de ser para los moradores del conventillo un gran título.

IV.

El jóven Enrique era alto y robusto como su padre. Los rasgos de su fisonomia anunciaban una mezcla de sensibilidad, fuerza e intelijencia, de un atractivo irresistible. Un naciente bigote sombreaba su labio, y sus cabellos, de un castaño claro, como sus grandes ojos verdes, velados por una larga pestaña, daban al conjunto un aire de resolucion y melancolia que revelaba los secretos de una organizacion enérjica y sensible, organizacion que parecia solo esperar un instante propicio para dar a luz los tesoros ocultos de la pasion, los ricos coloridos de la poesia y las obras de la voluntad.

Enrique tenia veinte años y habia sabido, por medio de la constancia, aprovechar su tiempo en el estudio, sin abandonar su trabajo, pues a esta edad era uno de los mas hábiles ebanistas de Santiago. Su padre, con el buen sentido que lo caracterizaba, se habia empeñado en proporcionar al jóven cuantos conocimientos le habia sido posible, en conformidad con sus escasos recursos. Desde temprano habia mandado al niño al colejio, y éste, de una intelijencia rara y de una aplicacion poco comun, habia aprovechado las lecciones de sus maestros, adquiriendo los conocimientos mas indispensables. A los doce años ya leia y escribia correctamente, sabia la gramática, hablaba su idioma con pureza y tenia nociones de jeografia, de historia y aun de música, a lo que lo inclinaba su naturaleza poética y sensible y que aprendia casi por sí solo. El árido estudio de las matemáticas tampoco lo habia arredrado, adquiriendo algunos conocimientos en aritmética y áljebra, y hubiera avanzado aun mucho mas si la pobreza de su familia no le obligase ya a trabajar para ganar la vida.

Viendo su padre que era indispensable que entrase a aprender un oficio, pues ya no podia satisfacer los gastos que demandaba su educacion, y creyendo, con razon, que esta

era la mejor herencia que le fuera dado legarle, consultó el gusto del niño y lo colocó en un taller de ebanisteria.

En los ocho años que habia permanecido Enrique en el trabajo consiguió llegar a un grado de perfeccion mui aventajado, pues era considerado por su maestro como el mejor oficial de la fábrica, tanto por su intelijencia cuanto por su exactitud, laboriosidad y honradez. Independiente de estas cualidades, tenia una modestia, sencillez y pureza de costumbres que lo hacian amar de todos y especialmente de su patron, que no lo miraba ya como un simple trabajador sino como un miembro de la familia, teniendo para con él atenciones mui marcadas, pues lo convidaba con frecuencia a comer a su mesa y no dejaba de pensar algunas veces que seria un partido ventajoso para su hija Maria, jóven de unos 18 años; pero el prudente ebanista no se habia abierto ni al uno ni al otro, sino que esperaba una ocasion propicia alhagado con la idea de que el sentimiento vendria por sí mismo, mucho mas cuando veia que su hija miraba a Enrique con cierta inclinacion; sin embargo, tambien notaba que éste aunque cortes y respetuoso con jovialidad, se presentaba indiferente, no respondiendo a los tímidos avances de la jóven sino con la franca y natural cordialidad de un alma que no está poseida de otro sentimiento que el de la amistad y el del aprecio; pero como de aquí es fácil pasar al amor, el viejo ebanista no dudaba que se realizasen sus paternales deseos, en los que habia su cierta dósis de egoismo, egoismo lejítimo y disculpable, pues se limitaba únicamente a pensar que su establecimiento, teniendo a Enrique a la cabeza, progresaria mucho mas.

Enrique, por su parte, vivia agradecido de su maestro, teniendo por él tanto respeto y cariño como si fuera su segundo padre, mirando a Maria como su propia hermana, pero con cierta deferencia, que tenia por oríjen, indudablemente, la desigualdad de situacion; pues el uno era dueño de una pequeña fortuna mientras él no tenia sino el trabajo de sus manos. Pero el jóven obrero en su ardiente deseo de

saber y de ser útil a su patron, habia, en sus ratos desocupados, aprendido el dibujo lineal y muchos rudimentos de arquitectura, de manera que, sin pensarlo él, su capacidad equilibraba las ventajas de la fortuna que poseia su maestro, el cual no se engañaba a este respecto, queriendo por la misma razon atraérselo.

V.

La vida activa y de trabajo que hasta el presente habia llevado Enrique, ponia una cota de malla a su sensibilidad, haciendo que no se despertase; pues el constante ejercicio del cuerpo adormecia sus pasiones demasiado escitables, preservándolo al mismo tiempo de los descarrios propios a esa edad y a la clase de jentes en medio de las cuales vivia. Ni el contacto de sus camaradas, ni el ejemplo pernicioso que, sin quererlo, tenia frecuentemente a su vista, obraba sobre esta naturaleza delicada y a la vez fuerte y sensible. Los placeres de sus otros compañeres le parecian groseros, permaneciendo a cierta distancia y como aislado, no por vanidad u orgullo, sino por el instinto propio de las naturalezas privilejiadas, instinto que muchas veces, sin pensarlo, les sirve de escudo y de guia. Quizá hubiera sido Enrique fácilmente arrastrado al vicio, si lo hubiese encontrado con el barniz del buen tono, porque su carácter era ardiente, apasionado e impresionable, pero era imposible que lo aceptase y que lo siguiese cuando se le presentaba con la repugnante fealdad de hábitos groseros. Esta moderacion no era, pues, efecto de su juicio sino de su temperamento; no la habia razonado, pero sí sentido: privilejio de las ricas organizaciones que obran bien por instinto, sin que el pensamiento tenga en ello la menor parte: especie de espontaneidad del organismo, cuyo secreto nos es imposible esplicar.

Los juegos de la infancia habian tambien contribuido a desenvolver en Enrique, si no su ser moral, al menos su ser físico. El viejo sarjento, acostumbrado a esa vida ruda de

loscampamentos, y amante de todo aquello que ejercitase las fuerzas, le habia hecho una especie de jimnástico, complaciéndose en ver la ajilidad, destreza y vigor del niño, al que enseñaba tambien el manejo del sable como por juguete, pero diciéndose para sí mismo: "quién sabe si esto puede en alguna ocasion serle provechoso." De esta suerte se habia acostumbrado Enrique de tal manera a esos ejercicios, que los momentos que le dejaba libre el trabajo o el estudio, se ocupaba en ellos, aun cuando habia llegado a la edad de veinte años, siendo este el motivo por que era naturalmente ájil, diestro, fuerte, y su cuerpo flexible y delgado tenia músculos de fierro.

Pero este jóven no habia esperimentado todavia ningun sentimiento fuerte. Su alma vírjen no habia pasado por ningun sacudimiento violento de aquellos que deciden de nuestras inclinaciones y que marcan un punto indeleble en la vida del hombre. El habia templado su cuerpo endureciéndolo, pero su espíritu estaba mas espuesto que el de ningun otro al fuego abrasador de las pasiones, fuego que obra de una manera mas intensa en las organizaciones enérjicas que en las débiles, cebándose con mas violencia y haciendo mayores estragos en esas naturalezas que han llegado a adquirir su completo desarrollo sin que las haya marchitado el vicio.

Las dulces afecciones que sentia por sus padres y hermana eran profundas, pero a la vez tiernas, apacibles y serenas. Los amaba y se complacia en su amor; los veia contentos y felices en su pobreza, y él participaba de la misma alegria. Para él la existencia estaba limitada a un estrecho pero venturoso recinto, y su ambicion no se estendia mas allá. Si de vez en cuando pasaban por su imajinacion confusas impresiones de placeres desconocidos; si la vista del mundo y de la riqueza despertaba algunos deseos; si presentia ciertos goces misteriosos, todo esto pasaba fujitivo cual nubes trasparentes que no alcanzaban a entoldar todavia el puro cielo de su pensamiento virjinal, custodiado por

su inocencia y por el trabajo, que al dia siguiente borraba de su poética fantasia esas sombras seductoras, que son el preludio de una nueva vida o la elaboracion oculta que se opera en nosotros y que cada cual ha esperimentado en sus tempranos años con mas o menos fuerza. ¡Leyes inmutables y eternas que se estienden a todos los seres de la creacion y sin las cuales el mundo no existiria o su aniquilamiento absoluto vendria a ser el término!

Enrique se hallaba, pues, en esos momentos de incertidumbre, de vaguedad, de deseos esperimentados y no definidos, de aspiraciones que no tienen nombre, de fantasias que no pueden clasificarse: en esos momentos en que el jóven siente sin darse cuenta de la sensacion, sin tener conciencia de sí mismo ni del móvil misterioso que lo hace obrar y que se desenvuelve entre nosotros sin que nos apercibamos de ello. ¡Situacion hermosa y terrible a la vez, de donde depende la felicidad o desgracia del porvenir! Primer surco abierto en el campo de la vida y que está llamado a producir, o los tristes abrojos del infortunio, o las perfumadas flores de la virtud y del deleite! Entusiasmo de la juventud, capaz de llevarnos hasta la idealidad del heroismo y capaz tambien de sepultarnos en las lóbregas cavernas del vicio y del crímen!...

Jamas los padres de familia deben mostrarse indiferentes cuando sus hijos están en aquella edad en que regularmente tienen que atravesar por este peligroso estado. Aquí es donde el padre debe tener el ojo atento y donde su vijilancia no pecará nunca de estremada, porque es aquí donde existe el mayor peligro, porque es aquí donde puede nacer la ventura o la desgracia eterna del ser que Dios ha confiado a sus desvelos. En estas circunstancias, un descuido, un paso dado en falso, puede precipitar al jóven en un abismo, del que le sea imposible salir, o en un error que le sea mui difícil correjir y cuyas consecuencias afecten su vida entera. La pendiente, colocado el jóven en esta elevacion, es estremadamente rápida, y las pasiones son las únicas que

deciden en estos supremos momentos de la existencia del hombre... El padre que cuida con el esmero necesario de la felicidad de sus hijos, tiene que recurrir a toda su sagacidad y esperiencia para guiar las pasiones que jerminan, sin combatirlas, pues el jóven no raciocina sino que siente, y sus actos no dependen del juicio sino del temperamento. Pretender ahogar las pasiones es un delirio: ellas renacerán a despecho nuestro, porque no dependen de nuestra voluntad sino de la naturaleza, cuyas ocultas y desconocidas leyes se han de cumplir para llenar el fin misterioso de la creacion; de consiguiente, nuestra sabiduria no está en combatirlas sino en dirijirlas al bien moral en que está basada la felicidad y progreso de la especie.

Pero Domingo Lopez no estaba a la altura de comprender estas verdades. Su educacion militar, su juicio poco cultivado, aunque sano y recto, era incapaz de apreciar los móviles que determinan nuestras acciones. Enrique podia perderse o salvarse: esto era efecto de la casualidad; y si bien la educacion recibida y los hábitos adquiridos eran un fuerte estímulo para conducirlo hácia el bien, no es menos cierto que con un temperamento ardiente y una inesperiencia completa, era tambien mui fácil de encaminarlo al mal; todo dependia de sus primeras impresiones y de las personas que obrasen en su imajinacion o en sus sentidos.

VI.

Al hacer el retrato de Enrique, estamos mui lejos de pretender que la jeneralidad de nuestros artesanos se le asemeje. Hemos tomado una escepcion y no es nuestro ánimo estraviar el juicio de nadie, ni tenemos el pensamiento de presentar a nuestro pueblo bajo un colorido que no le es propio; porque podrian talvez formarse una idea mas aventajada del estado real de nuestra civilizacion. Seremos, pues, francos, y las tristes verdades que daremos a luz, aun cuando nos ruboricen a nosotros mismos, pueden quizá contribuir

al mejoramiento de nuestras masas. Nuestros deseos se dirijen a ese punto y llamaremos santa y bien empleada la vergüenza que sentimos, si sirviera al correctivo de nuestros defectos.

El artesano en Chile! Triste es el cuadro cuyo velo vamos a descorrer; pero es necesario que seamos severos y verídicos para que, apreciando su situacion, aprendan a correjirse; pues antes de hacer aparecer tan lóbrega pintura, es preciso confesar que en medio de esa corrupcion, de ese abandono y de esa miseria en que por lo regular viven nuestros proletarios, hai muchas escepciones honrosas que dan un desmentido a nuestras palabras; pero lo que mas sentimos es que ellas no sean del todo falsas, pues prefeririamos pasar por embusteros, en cambio de que nuestro pueblo no fuera miserable.

Pocos paises hai en el mundo en que el pobre pueda ganar mas fácilmente su vida y gozar de mayores ventajas, y sin embargo hai tambien pocos en que la existencia del trabajador sea mas triste y desgraciada.

A un hombre en Chile le basta el deseo de ocuparse para encontrar siempre trabajo y para ganar un jornal mas que suficiente para satisfacer sus necesidades, sino que ademas aun pueden hacer economias; pero la falta de órden, de prevision, los vicios arraigados y su atraso en el sentido moral, hacen que estas ventajas desaparezcan, y lo que es peor, que contribuyan talvez a mantener al artesano en el estado de miseria en que actualmente vive. Quizá se nos haga esta observacion: ¿Cómo es posible que la abundancia traiga consigo la necesidad y que el hombre que puede adquirir su subsistencia sin mayor trabajo se halle en la indijencia? Pero el hecho es palpable, y, a nuestro juicio, esa misma facilidad de adquirir los hace imprevisores, gastándolo todo hoi por la seguridad que tienen de conseguir mañana.

Nuestros artesanos viven dia a dia y no piensan que pueden venir momentos en que las fuerzas desfallezcan, ya por la ancianidad o ya por un accidente desgraciado que los

imposibilite para el trabajo; pero esta falta de prevision no es la principal causa del malestar que lamentamos, sino que depende de la falta de dignidad de nuestro pueblo, y esta falta de dignidad consiste en que nuestros gobiernos no han hecho nada en bien del trabajador; ni aun siquiera han comprendido la influencia que ejercen en la moral y en las costumbres las ideas y prácticas democráticas; pues hasta hoi han dejado a los pueblos en ese vasallaje cercano al servilismo en que estaban en tiempo de la dominacion española; y si se nota alguna diferencia, no es debida a los desvelos de nuestros mandatarios, sino a la accion lenta del progreso, que invade las sociedades, aun a despecho de sus errores y preocupaciones.

Entre nosotros la soberanía reside en el pueblo; pero esto se dice en la constitucion: estas son palabras escritas en un libro, que la práctica desmiente a cada paso, porque no hai un solo hecho que poder citar, desde que nuestro pais se constituyó en república, que venga a comprobar esa ficticia soberanía, ese simulacro de autoridad con que se ha creido o talvez pensado investir al pueblo, pero que nunca se ha hecho.

Conseguimos, es verdad, sacudir el yugo de la metrópoli, pero no destruir su espíritu.

Echamos por tierra la esclavitud material; se dió la libertad física al hombre; ya no hubo amos y siervos con esos privilejios y derechos del señor feudal; pero quedó vijente la dominacion, quedó en pié el servilismo de las masas, continuando siempre el mismo réjimen.

Las familias que tomaron parte en nuestra emancipacion política se hicieron dueños del gobierno. Los empleos y distinciones no salieron de ciertos círculos, y nuestra república, desde entonces hasta la presente época, no ha sido mas que una oligarquia en la cual el pueblo no ha participado de ninguna especie de autoridad, ni aun siquiera conseguido las ventajas inherentes a la libertad, pues esta libertad solo ha existido tambien de nombre, pero nunca de hecho.

La democracia, que todo lo ennoblece porque todo lo eleva, que es la única que puede hacer grandes, prósperos e ilustrados a los países, porque es la que forma los verdaderos ciudadanos, esa democracia ha sido para nosotros una palabra vana, y tan vana, que ni aun comprendemos lo que es, lo que produce y lo que importa.

Entre nosotros no ha habido mas que un cambio de despotismo o de autoridad, como quiera llamarse. La dominacion antigua era española, la de hoi es hija de nosotros mismos, pero sus efectos son semejantes: hé aquí todo.

Los hábitos aristocráticos, cuyos funestos efectos los esta mos esperimentando, han dominado en toda la América del Sud a las ideas republicanas; porque hemos preferido y hemos gustado mas de la obediencia pasiva del esclavo que de la libre actitud del ciudadano, diciendo que aquella era humildad y esta arrogancia, y que con una seria fácil gobernar, mientras que la otra nos llevaria a la anarquía. Esta manera de juzgar de hombres ciegos, preocupados, ambiciosos, ignorantes y estúpidos, ha hecho que nuestras masas carezcan de enerjia y de voluntad propia; pues esa presion despótica las ha degradado y envilecido hasta privarlas de la conciencia de sus actos, hasta quitarlas todo sentimiento de dignidad, que es lo único que engrandece y eleva al individuo y por consiguiente que eleva y engrandece a los pueblos.

Muchas veces lo hemos oido decir, y aun hemos esperimentado lo mismo cuando hemos permanecido por algun tiempo fuera del país: el estranjero que visita por primera vez nuestras ciudades queda tristemente impresionado al ver a nuestros artesanos, es decir, a la gran mayoría de la nacion, cubierta con un poncho que tapa su inmundicia o algunos harapos que ocultan sus carnes! Ese estranjero no puede menos de decir: "este es un país de miserables esclavos o de sucios pordioseros;" y por desgracia estaria mui cerca de la verdad! y por desgracia, la primera impresion que se recibe es la mas durable y aquella que con dificultad se modifica, aun despues de habernos desengañado!...

En corroboracion de lo que hemos dicho, entremos a observar esa gran mayoria que entre nosotros se llama pueblo, calificativo que envuelve en boca de nuestra aristocracia un sentimiento de inferioridad o de desprecio.

Sentimos detallar demasiado y aparecer quizá mui minuciosos en nuestras observaciones; pero esto es necesario para analizar nuestros defectos; y si las verdades amargas que escribimos hubieran de correjir nuestros vicios, las diriamos siempre con orgullosa satisfaccion, seguros que las personas sensatas no calificarian de imprudencia nuestra ruda franqueza, esperando que nos agradezcan nuestra intencion, en vez de ofenderse de nuestras espresiones.

El artesano no gana menos en Chile que 75 cts. a 3 ps. diarios; pues el peon, es decir, el hombre que no tiene profesion o arte alguno y que se emplea en los trabajos que demandan menos intelijencia o que son puramente mecánicos, tiene un jornal que varia de 37 a 62 cts. diarios. En un pais tan abundante como el nuestro, la última de estas sumas es mas que suficiente para hacer vivir a un hombre con las comodidades que exije nuestro actual estado de civilizacion; nos referimos a aquel confortable que necesitan las clases pobres; pues si pretendiéramos que con esto se llenasen todas las aspiraciones, hubiéramos dicho un absurdo; pero este último salario es mas que suficiente para proporcionar al individuo ciertas comodidades y ciertos alimentos que son necesarios para reparar las fuerzas perdidas en el trabajo; pero por desgracia esto no sucede entre nosotros, sino que todo el salario ganado en una semana se malgasta en un dia y en los demas se ayuna. . criándose así débiles y perezosos, porque aun teniendo voluntad, les faltarian las fuerzas por la escasez del alimento.

Echemos una ojeada a esos conventillos que sirven de albergue a las clases trabajadoras. Vamos a descubrir el interior de sus habitaciones; y esperamos que no lo tengan a mal, porque nuestro propósito no es ofender al pobre, sino ver el modo de curarlo de sus defectos. Nuestro objeto no

es satisfacer una curiosidad vana, sino impugnar las faltas donde ellas se encuentren; y no tenemos la intencion de hacer recriminaciones estériles, porque sabemos bien dónde está el oríjen del mal de que el pueblo es la involuntaria víctima.

Veamos ahora el interior de un conventillo. ¡En la mayor parte de sus habitaciones no hai ni una mala cama en que reposar los fatigados miembros! Una estera, algunos pellejos de carnero, una manta agujereada, sirven de lecho y de abrigo al hombre que ha pasado el dia en un fuerte trabajo, y no pocas veces a la mujer y a los hijos! Y cuando llegamos a encontrar una habitacion que para aquellos lugares pudiera decirse confortable, se descubre apenas un colchon sucio, unas cuantas sillas rotas, una mesa sin forma ni color, unas ollas de barro y algunos que otros útiles indispensables; pero todo en un desórden, en un abandono, en una suciedad que causa a la vez repugnancia y compasion; porque en ese pequeño cuarto siempre hai pilas de basura conteniendo los restos de las comidas y otras inmundicias que se depositan en un rincon, de donde se exhalan emanaciones pútridas que es imposible que aspire por largo rato el que no está acostumbrado a aquella nauseabunda atmósfera! Lamentable estado, que mas bien se asemeja a la vida del salvaje que a la de un miembro de una sociedad culta! Pero esto no es todo: vénse allí mujeres desgreñadas, andrajosas y sucias, y niños desnudos, abandonados completamente a sí mismos y que parecen menos cuidados que los cachorruelos de una perra! Y todos estos seres hacinados en un estrecho recinto, duermen juntos, sin diferencia de edades ni de sexos! Hé aquí el principal oríjen de la poca decencia en las costumbres, y tambien la causa principal de las epidemias reinantes y de la sorprendente mortalidad de párvulos, como de la corta vida de que goza en Chile el hombre! . . Hé aquí lijeramente descrito el estado doméstico y las condiciones físicas en que nace, se desarrolla, vive y muere nuestro bajo pueblo! . . . Pasemos ahora a estudiarlo en lo concerniente a sus conocimientos, a sus creencias y a su moral.

VII.

La descripcion precedente nos ahorra casi el análisis que nos proponiamos hacer; pues, ¿qué instruccion, qué sentimientos de dignidad y de decencia es susceptible de adquirir el hombre que vive en esa repugnante miseria? La educacion de nuestro proletario es todavia mas triste que su estado físico. Si entramos por un momento en el interior de esas almas, veremos que las únicas nociones que tienen del bien y del mal consisten solo en ciertas prácticas de chocante supersticion. Ellos no conocen otra cosa que las esterioridades del culto, y toda su virtud consiste en el ejercicio de prácticas insignificantes que mas bien se asemejan al materialismo pagano que a la espiritualidad del cristianismo... Si se quiere afirmar que exajeramos, si alguno pretende desmentirnos, que se tome el trabajo alguna vez, aunque no sea mas que por curiosidad, de investigar los principios relijiosos que tienen nuestras masas, haciendo la anatomia de sus creencias; y entonces quedarán espantados de esa supina ignorancia, y mas espantados aun de los absurdos que profesan y confunden con la sublime doctrina del Evanjelio.

Todo esto lo saben nuestros sacerdotes mejor que nosotros; pero ¿qué hacen para llevar la luz de la verdad a esas intelijencias que viven en las tinieblas del error? Qué hacen para que la moral reemplace a la supersticion? Casi nada: ellos se contentan con que aprendan ciertas ceremonias, con grabar en su mente ciertas palabras, con que hagan jenuflexiones, con que adoren imájenes; y no se empeñan en mejorar las costumbres por la ilustracion del deber y por la enseñanza de la moral. Por esta razon nuestro pueblo es supersticioso y no creyente, fanático y no cristiano; pues la relijion que profesa es una especie de paganismo que nada tiene de comun con la doctrina de Cristo; y que en vez de levantar el espíritu hácia Dios, por medio de la virtud y la elevacion del pensamiento, lo estravia y materializa de tal

mo lo, que se ha llegado a persuadir que bastan esas frívolas e insignificantes esterioridades para complacer a la Divinidad y obtener el perdon de sus faltas; y así vemos con frecuencia cometer un delito e ir en seguida a arrodillarse delante de una *imájen;* y perpetrar un asesinato, sin dejar jamas de cargar un *rosario*, clasificando de malos e inmorales a los que no participan de esas creencias, aunque no hagan el menor perjuicio al prójimo; y de relijiosos y buenos a los que se santiguan a cada paso y que cargan *escapularios*, aun cuando claven el puñal en el pecho de su semejante! Un hombre de nuestro pueblo considera mas criminal y mas digno del fuego eterno a un hereje, como ellos llaman a los que no participan de sus preocupaciones, que a un parricida, con tal que éste se prosterne a los piés de un confesor!.... Asi es como se enseña la relijion entre nosotros, y asi tambien son los resultados que se obtienen!...

Nuestro pueblo no está menos ignorante en política que lo está en relijion. Nada sabe de sus deberes ni de sus derechos, ni nada de los principios constitucionales y del réjimen gubernativo en que vive, porque parece que nuestros gobiernos se han propuesto mantenerlo siempre en una *santa ignorancia*, que han creido ser mas provechosa para sus miras, pues a su amparo podia consolidarse el poder; ¡como si en la ignorancia de las masas consistiera la tranquilidad de los estados! Como si no pudiera haber órden donde hai ilustracion!... Este error, tan funesto para nuestras repúblicas, es justamente el que ha causado nuestro atraso y nuestras discordias intestinas. Una nacion no puede ser próspera y grande mientras los individuos que la componen no sean a su vez ilustrados y libres: esto es lo que nos conviene saber, enseñar y practicar; pero esto es lo que no se ha hecho.

Por otra parte, todo lo que hai de oneroso se ha hecho pesar sobre el pueblo, a quien se le ha tratado como una manada de siervos obligados a cumplir la voluntad del amo, sin mas recompensa que la fatiga y la humillacion. Nuestra guardia cívica es la prueba incontestable de lo que decimos;

y el desprecio con que se mira al artesano y la imposibilidad en que éste se encuentra para subir algunos grados en la escala social, es el testimonio mas irrefragable de los principios aristocráticos que nos han gobernado hasta el presente, haciendo nuestra actual miseria.

Cuando nuestros mandatarios se empeñen por levantar al pueblo de la postracion en que yace; cuando le hagan apreciar su dignidad y conocer su importancia; cuando se destruyan las cargas que lo agobian, mirando por sus necesidades, cuando el desprecio por el proletario deje de estar en nuestras costumbres, cuando pueda él levantarse hasta las mas altas posiciones sociales, que ahora son el patrimonio de un círculo; cuando haya adquirido la virilidad que da la independencia y la enerjia que emana de la libertad, entonces nos será permitido contemplar dias mas prósperos y bonancibles; entonces el artesano tendrá órden, porque será culto; tendrá economia, porque será sobrio; tendrá vergüenza, porque poseerá la conciencia de su yo; tendrá moderacion, porque comprenderá el deber que lo obliga y el derecho que le corresponde; tendrá industria, porque tendrá aspiraciones e intelijencia; tendrá elevacion en sus miras y moralidad en sus actos, porque tendrá libertad...

Esperamos que el lector nos perdone esta digresion. Nuestro objeto no es tan solo el narrar una historia, sino el fin de mejorar las costumbres; por esto nos veremos de vez en cuando obligados a separarnos un poco del hilo de los acontecimientos, para tomar el camino de las reflexiones que ellos mismos nos sujieran de paso.

Continuaremos, pues, el retrato de los miembros de la familia que va a desempeñar los principales roles en el curso de esta narracion.

VIII.

Mercedes, la hermana de Enrique, tenia, como ya lo hemos dicho, unos quince años. Su cuerpo delgado, flexible y esbelto, no habia llegado aun a su completo desarrollo: no

era la mujer en toda la belleza de sus formas, era solo el presajio de la hermosura. Se adivinaban ya sus hechizos futuros, pero no estaban del todo desenvueltos. No era la rosa que se admira y codicia; era sí el boton misterioso que todavia oculta sus encantos bajo tiernos y perfumados pétalos. Sus cabellos negros y sedosos realzaban mas la pálida blancura de su ovalado rostro, que tenia un aire de distinguida y atrayente dulzura que cautivaba a primera vista. En sus grandes ojos azules se veia la sensibilidad, la dulzura, la intelijencia y el candor. Al contemplar a esta niña no podia menos de esperimentarse cierta afeccion tierna y profunda, entusiasta y pura. Al ver su rostro virjinal podia uno sentirse seducido y subyugado, pero sin tener deseos, pues parecia envuelta en un perfume de castidad que alejaba de la mente todo pensamiento profano. Sus movimientos eran graciosos y sin la menor afectacion. Su mirada tierna y bondadosa parecia solicitar una sonrisa de aprobacion o pedir un favor. Su voz, su acento, tenia un no sé qué de sonoro, de persuasivo, de solemne, pues al oir sus palabras se sentia uno impresionado de una manera estraña: era una sensacion desconocida pero grata, una música melodiosa pero triste, seductora pero melancólica.

La fisonomia de esta niña reflejaba su interior. Su corazon, tan puro como la brisa de la mañana, exhalaba únicamente los perfumes de la caridad. Su pensar constante era buscar el medio de hacer bien a los que la rodeaban. Dotada de una sensibilidad profunda, se compadecia del infortunio ajeno sin averiguar su oríjen, y daba sus consuelos, uniendo sus lágrimas a las del desgraciado, sin pensar jamas en la mas lijera recompensa, ni aun siquiera la de la gratitud, haciendo por instinto lo que el Evanjelio ordena por mandato. Ella no conocia ni su mérito ni su superioridad, asi es que no levantaba una sola envidia y todos le acordaban lo que ella de nadie exijia: el amor y el respeto, agradándole talvez lo primero, pero no pasándosele, ni aun por la imajinacion, lo segundo.

Con sus padres era sumisa por cariño; jamas la habian castigado, pero tampoco los habia desobedecido; y el causarles un sentimiento cualquiera hubiera sido para ella un martirio insufrible y una culpa que no se habria perdonado. Cada vez que con sus economias, fruto de un intelijente trabajo, porque bordaba con mucha habilidad, hacia alguna obra de caridad, iba saltando de alegria a echarse en el seno de su madre, a quien besaba con ternura, y la vieja Marta lloraba de contento, estrechándola con efusion. Mercedes era, pues, considerada en el conventillo de la calle de San Pablo como una santa y en el interior de su familia como un ánjel que Dios, en su bondad infinita, les habia dado: estas eran las espresiones de que se valia el sarjento Lopez cuando hablaba con su mujer respecto de su hija...

IX.

Todo era próspero y risueño en esta humilde casa. El trabajo de Enrique daba mas comodidad a la familia, que ya gozaba al presente de cierto confortable, poco comun en nuestros artesanos. El jóven obrero ganaba sus dos pesos diarios y con esto habia podido ensanchar mas su pobre morada. Antes no tenian sino un solo cuarto, mientras que ahora poseian tres, con mas un jardincito que hacia los encantos de Mercedes y que cultivaba con particular esmero el viejo sarjento, que iba encontrando preferible el azadon y la pala al manejo del sable...

El jóven carpintero habia hecho de estas tres piezas varios departamentos que les proporcionaban cuantas comodidades podian apetecer en la modestia de sus aspiraciones y en la frugal sencillez de sus gustos. Hé aquí cómo habia arreglado Enrique el domicilio de sus padres. Las tres piezas que arrendaban las habia dividido por un tabique de madera y presentaban la distribucion siguiente: las dos alcobas primeras eran ocupadas por ambos hermanos, sin mas lujo que un aseo esmerado. El ajuar de estas habitaciones era

sencillo. El cuarto de Mercedes tenia un catrecito de fierro pintado de verde, exactamente igual al de Enrique, y a mas una pequeña cómoda y velador al lado de la cabecera, sobre el que se veia una imájen de nuestra señora de Mercedes y una pilita de loza representando a una Purísima, y que contenia agua bendita.

El cuarto del jóven no tenia mas adorno que un crucifijo de metal bronceado, y por trastos un baul, una silla de montar a caballo y una escopeta de dos cañones con sus arreos de caza, a cuya diversion era mui aficionado Enrique.

Contigua a esta pieza seguia la habitacion de Marta y su marido, la que, arreglada del mismo modo, formaba un dormitorio y un pequeño saloncito de recibo. Este saloncito, que era el cuarto de labor de Mercedes y de su madre, contenia seis sillas de madera y dos mesitas de arrimo, trabajadas por Enrique en los primeros tiempos de su aprendizaje de ebanista; ¡pobre y sencillo ajuar, que contenia toda una historia de ternura, un episodio de amor y de gratitud filial! pues era el fruto de sus primeras economias y de su primer trabajo, que habia dedicado al servicio de su madre y cuyo obsequio le habia procurado la alegria mayor que hasta entonces esperimentara su pecho infantil.

Sobre cada una de estas mesas se veia colocada una urna que contenia en su interior varias imájenes de santos, por los cuales la vieja Marta tenia una veneracion profunda. Cada noche, despues de ponerse el sol, se arrodillaba ella y su hija ante estos objetos de su culto, y en la sencillez de sus almas, les dirijian ardientes preces; y Dios oiria complacido las súplicas de la inocencia, porque él atiende a la pureza del corazon y no al órden u ornato de la palabra, desapareciendo la forma material del culto, cualquiera que él sea, ante la pura elevacion del alma, que es la única que puede llegar hasta el Creador...

Despues de practicar sus deberes relijiosos, los que jamas eran un impedimento para llenar dignamente las obligaciones domésticas, como sucede con tanta frecuencia entre

nuestras beatas; despues de su oracion de la tarde, decimos, se iban a preparar la cena para Domingo y Enrique; de manera que cuando el uno llegaba de sus escursiones por la vecindad y el otro de sus faenas, todo lo encontraban preparado sin tener ningun tiempo que esperar.

En la tercera pieza estaba el comedor, al mismo tiempo que la despensa. Enrique habia hecho igual operacion en este cuarto como en los anteriores, dividiéndolo por medio. En el primer costado estaba una mesa en que podian colocarse seis cubiertos, y a su lado un pequeño armario que contenia la vajilla de la familia. En el otro costado se hallaban las provisiones, de las que hacia Marta en tiempo de abundancia un suficiente acopio, teniendo cuidado de comprar siempre un poco mas de lo que estrictamente necesitaba, para procurarse la satisfaccion de ayudar a sus vecinos, los que, muchas veces, apremiados por la miseria y el hambre, recurrian donde ella, seguros de encontrar alivio.

La cena que Marta preparaba diariamente era mui sencilla y frugal, pero al mismo tiempo suculenta y nutritiva, tal como conviene a los trabajadores para recuperar las fuerzas perdidas en las faenas del dia. La mesa estaba siempre con su mantel ordinario, pero blanco como la nieve, y en el resto del servicio se notaba una limpieza estremada, único lujo que se permitia la familia del sarjento Lopez, y al que estaban tan acostumbrados, que les hubiera sido difícil, si no imposible, acomodarse a los hábitos de nuestra jente pobre, que vive en la inmundicia sin estrañarlo.

En derredor de esta mesa se colocaban seis cubiertos, y aun cuando ellos no eran mas que cuatro personas, siempre se ponian dos cubiertos mas por si venia a tiempo algun huésped, el que era cordialmente recibido y no se iba de la casa sin haber participado de la frugal comida que se servia. Esta costumbre patriarcal de la honrada familia se habia hecho una especie de obligacion o deber, que les hubiera sido doloroso dejar de cumplir, pues de otro modo hubieran creido faltar a las leyes de la hospitalidad.

Como hemos dicho, cada persona tenia su cubierto propio, su plato y su vaso limpio, sin necesidad de ocupar el del vecino. Señalamos esta circunstancia como una escepcion, porque nuestros artesanos no están acostumbrados a este método, sino que en jeneral se sirven a sí mismos en una fuente comun, puesta sobre una mesa, sobre una silla o sobre el suelo, y ahí se sientan al derredor y cada uno pesca con una sola cuchara o con la mano su presa de comida, y cuando esta comida contiene caldo, se pasan la misma cuchara los unos a los otros.

No podemos menos de creerlo; para los hombres de buena sociedad, para aquellos que nadan en la abundancia y que miran las cosas de los pobres con despreciativo desden, estos detalles les serán insignificantes y aun pesados; pero nosotros no nos ocupamos tanto de ellos como del pueblo, para quien escribimos especialmente y cuyas costumbres analizamos con el objeto de modificarlas.

La cena.

I.

Era la noche del 13 de setiembre de 1850. El sarjento Lopez, su mujer y su hija, puesta la cena, estaban sentados a la mesa. Una especie de inquietud se notaba en el semblante de todos, cuya inquietud provenia de que, siendo las ocho de la noche, no llegase todavia Enrique, pues jamas se habia demorado hasta tan tarde, teniendo costumbre de venirse a su casa inmediatamente que salia del trabajo, o cuando se quedaba en casa de su patron, lo que hacia rara vez, tenia el cuidado de mandárselo avisar a su familia.

Mercedes no estaba tranquila en su asiento: al menor ruido se paraba de la mesa e iba a la puerta para ver si no era su hermano quien llegaba.

Una hora habia trascurrido. Marta tomó la cena, que estaba servida y que nadie habia tocado, volviéndola a poner a orillas del fuego...

El reloj de Santa Ana dió las nueve...

—¡Cómo, dijo Mercedes rompiendo el silencio; las nueve y aun Enrique no llega!

—Es estraño, en verdad, murmuró el viejo sarjento.

—¡Si le habrá sucedido alguna desgracia! esclamó Marta, que ya no podia contener su sobresalto.

—No es probable, dijo Domingo. Habrá sido detenido por algunos amigos. La proximidad del *Dieziocho* hace ponerse a todo el mundo alegre, y quizá ha sido convidado por algun camarada.

—Pero, padre, contestó Mercedes; jamas habia sucedido, y Enrique sabe que le esperamos.

—Con todo, hija mia, yo no veo todavia motivo de alarmarse; apenas son las nueve, y cualquier pequeño accidente puede haberlo detenido hasta esta hora.

—El sale a las siete de su trabajo, y tú sabes que solo se detiene el tiempo que emplea en llegar de la fábrica a casa, le respondió Marta. Ademas, hoi a la hora de comer trajo unos libros, y no ignoras que, cuando tiene algo que leer, todo lo hace volando para aprovechar el tiempo: y esto sin tomar en cuenta que nunca falta a la hora de la cena, o cuando por casualidad lo hace, manda avisarnos. ¡No vaya a haberle sucedido alguna desgracia!

Mercedes palideció.

—No hai duda, dijo el sarjento, el caso es singular, pero no para alarmarse tanto; ¿por qué presumir que sea una desgracia? ¿no puede ser tambien algun asunto favorable?

Los ojos de Mercedes se animaron...

—Dice usted bien, padre mio; somos unas locas en tener tales ideas... Vamos, madre, no esté triste... y Mercedes acarició a su madre.

—Veo bien, dijo ésta, que es una locura y no debemos pensar mas en ello...

Domingo Lopez miró a su mujer y a su hija, y conoció que el aire de indiferencia que afectaban era para engañarlo y engañarse ellas mismas. La madre disimulaba para con la hija y la hija para con la madre; pero él notaba mui visibles los síntomas de una mútua inquietud.

El reloj de la misma iglesia dió las diez y media...

El diálogo fué como interrumpido por este sonido... Todos callaron.

El viejo sarjento se levantó de la mesa, tomó su gorra y dijo:—Voi a informarme a la fábrica.

Pero aun no habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando se sintieron pasos precipitados en la calle y Mercedes esclamó:—"Ese es Enrique!"

Su instinto no la habia engañado...

Enrique apareció en el dintel de la puerta, con la sonrisa en los lábios y un atado bajo del brazo.

—Me ha esperado usted, ¿no es verdad, madre mia? Dispénseme, pero...

Domingo le interrumpió, diciéndole con alguna severidad:—Hemos estado inquietos, Enrique, y me preparaba para irte a buscar.

—Lo que dice mi padre es cierto, replicó Mercedes; ¿por qué te has demorado? añadió la niña con cariñoso acento, poniendo una mano en el hombro del jóven obrero.

—Tuve una tentacion irresistible, querida mia, contestó Enrique.

—¿Cuál? dijo Mercedes.

—Cuéntanos tu tentacion y te perdonaremos, repuso Marta; pero, añadió lentamente, voi primero a servir la cena.

—¡Cómo! ¿no han cenado aun? esclamó Enrique.

—No, ciertamente, ¿te puedes figurar que lo hiciéramos sin tí?

—¡Madre mia! perdóneme usted... estoi suficientemente castigado con el sentimiento de haberles privado a todos de...

—Sí, le interrumpió el sarjento, entre serio y alegre, nos has hecho ayunar, y en castigo debiéramos privarte de tu racion; pero estoi seguro que Marta y Mercedes no lo permitirán y mi autoridad quedaria burlada... No quiero esponerme a esta prueba, y así, siéntate, añadió el veterano, sonriéndose con bondad.

—La fuente está servida, dijo Marta; y a esta voz, todos pasaron a sentarse a la mesa.

—Ahora puedes contarnos tu historia o la causa de tu demora, repuso Mercedes, dirijiendo una mirada cariñosa a su hermano.

—Es el caso, querida mia, contestó Enrique, que uno de mis compañeros, jóven económico y aprovechado y junto con el cual trabajo casi siempre, me dijo: "Voi a hacer un regalo a mi mujer y a mi madre; ¿qué te parecen estos ves-

tidos y estos pañuelos?" y desenvolvió un paquete que contenia dos trajes de seda para su mujer y otro para su madre, juntamente con dos lindos chales y otras cosillas que completaban tan rico obsequio. Yo me quedé abismado a la vez que contento, y no pude menos de decirle que me gustaba mucho su proceder, y que habia adquirido un mérito mas para mí, desde el momento que lo veia tan bueno y jeneroso con las personas que lo amaban. Entonces él me contestó: "Amigo mio, no sé si hai o no mérito en lo que hago, lo cierto del caso es que me gusta hacerlo y trato de economizar todo lo posible para que mi familia esté decente."—Pero hará mucho tiempo que guardas tus economias para haber llegado a juntar el dinero necesario para comprar todo esto, le contesté.—De ningun modo, me dijo, hé aquí como lo hago: tengo un comerciante conocido de donde saco cuanto necesito, obligándome a darle dos pesos por semana. Cuando he satisfecho mi compromiso primero, vuelvo a empeñarme de nuevo, y de este modo, sin faltar a las primeras necesidades de la casa, me permito algunas sorpresas, como la actual, que hacerle a mi mujer y a mi madre, sin que me sea gravoso el satisfacerlas.

La idea me pareció escelente, y no pude menos de decirle que a mí me gustaria hacer otro tanto.

—Eso es lo mas fácil, me respondió: como el comerciante tiene seguridad en mi honradez y yo la tengo en la tuya, puedo servirte de fianza y comprar lo que quieras.—Díle a mi amigo las gracias y quedamos convenidos que iriamos a la tienda en la noche, despues de salir del trabajo.

—Hé aquí mi historia, añadió alegremente Enrique, y el desenlace de ella es el paquete que traigo bajo del brazo; y diciendo y haciendo, puso el bulto sobre la mesa.

—¡Cómo! ¿Esta ha sido la causa de tu tardanza? esclamó Mercedes.

—Ni mas ni menos, mi querida hermana.

—¡Pobre Enrique! siempre jeneroso, siempre ocupado de nosotros.

—¡Vaya! acabarás al cabo por echarme a perder...

—¿Cómo, por echarte a perder?

—Por supuesto: con tus lisonjas llegarás hasta hacerme presumido.

—No, hijo mio, le dijo Marta; cuando se obra bien, la alabanza no es mas que una digna recompensa, pero no por eso debemos enorgullecernos.

—Madre mia, contestó el jóven; ¿el cumplimiento de su obligacion merece acaso alabanza? ¿Se puede decir que el que la desempeña obra bien?

—Sí, hijo mio.

—Falta saber, interrumpió el viejo Domingo, si Enrique ha obrado bien o mal.

—Habré hecho mal, señor? esclamó el jóven con un acento de respetuosa sumision.

—No sé definir las cosas, dijo el sarjento, pero creo que has obrado mal. Tu intencion es buena, y esto te disculpa, pero me parece imprudente. Nosotros los pobres, que vivimos dia a dia, no debemos poner en riesgo de pérdida a nadie. Una enfermedad o cualquiera otro accidente puede privarnos de nuestro único recurso, el trabajo; y el comerciante tendria que sufrir las consecuencias, lo que jamas debe permitir un hombre honrado. Por otra parte, esto podria dar lugar a que fueses perseguido; ¿y entonces!...

—Ya lo veo, padre mio; comprendo lo que me dice, y tiene usted mucha razon: el comerciante queda espuesto a perder su dinero y yo mi libertad. Iré entonces a devolver todo esto; y sin embargo, lo sentiria...

—Esto es imposible, pues no te lo recibirian. Lo que ahora debemos pensar es en satisfacer cuanto antes la deuda; y ya que convienes conmigo de que has obrado mal, creo que no lo volverás a hacer.

—Se lo prometo, padre mio.

—Está bien, y ya que eres tan obediente y razonable, muéstranos lo que has traido.

Entonces Enrique desenvolvió el paquete, que contenia

una basquiña de seda para Marta, un vestido de linon blanco, sembrado de pequeñas flores azules, para Mercedes, dos docenas de medias, algunos pañuelos de mano y un corte de finísimo casimir para su padre.

—¿Y cuánto te ha costado todo esto, querido Enrique? le dijo Mercedes.

—Nada mas que 40 ps., contestó el jóven. No es mucho, añadió, como disculpándose; y en cuatro o cinco meses quedará pagado.

—¡Pero aquí no hai nada para tí! le dijo Marta.

—Yo no necesitaba de nada; y a decirle verdad, no he pensado en mí.

—¡Buen muchacho! murmuró el viejo soldado; y sus grandes ojos verdes se fijaron con amor, casi con entusiasmo en el jóven obrero, que permanecia un poco agachado y en cuyo semblante se traslucia una mezcla de arrepentimiento, de vergüenza y de alegria infantil.

—Vamos, Enrique, no estés así, le dijo Marta; nosotros te agradecemos tu obsequio y sabemos apreciar tu cariño. Si tu padre no ha encontrado bueno lo que has hecho, ya ves que te lo dice por tu bien, y que al mismo tiempo no puede menos que alabar tu intencion.

—¡Escelente madre!...

—¿Y cómo podria ser mala con vosotros? Pero dejemos la cuestion, añadió Marta; ya es tarde, y ustedes tienen que levantarse temprano al trabajo; y dirijiéndose a Mercedes le dijo: guarda todo esto, y desde mañana pondremos manos a la obra, puesto que la intencion de Enrique es que estrenemos su regalo en el *dieziocho.*

El sarjento y Enrique se retiraron a sus habitaciones, mientras que Mercedes doblaba las telas, mirándolas con cierta complacencia; porque la mujer, cualquiera que sea su educacion y naturaleza, jamas es indiferente a su vestido. Una especie de coqueteria instintiva, que está mui lejos de ser vanidad, la atrae a todas aquellas cosas que pueden servir a su adorno. Este modo de ser, tan peculiar en ella,

proviene probablemente de cierto instinto interior que le dice, sin que nadie se lo haya jamas esplicado, que el resorte de una fuerza está en sus atractivos, y que para establecer la igualdad y el equilibrio entre ella y el hombre, es necesario que éste se sujete a la gracia, ya que ella es hasta cierto punto esclava por su debilidad.

A la sensible escena que acabamos de describir habia sucedido el silencio en la familia Lopez, y tanto ella como los demas habitantes del conventillo de la calle de San Pablo, descansaban.

La enferma.

I.

Al apuntar el alba del dia siguiente, la mayor parte de los moradores de este pobre y pequeño recinto estaban en pié. Hombres, mujeres, niños, todos se movian; los unos buscando sus herramientas, los otros disponiéndose para ir a sus trabajos y cada cual pensando en subvenir a sus necesidades propias.

La familia Lopez hacia otro tanto. Enrique se lavaba la cara en el patio y arreglaba su blusa para salir al trabajo. El sarjento estaba en su pequeño huerto regando y acomodando las plantas del jardin; Marta limpiaba los útiles de mesa y de cocina que habian servido el dia anterior y tenia ya preparada el agua caliente para servir el café a su marido y a su hijo; y Mercedes, con esa curiosidad de niña, reveia a la luz del dia el obsequio de la noche anterior. Despues de haber pagado al sexo, podremos decir así, este instintivo tributo de coqueteria, salió nuestra jóven para ir a visitar a una vecina pobre y enferma.

La persona a quien habia ido a ver Mercedes era la mujer de un zapatero, el que, completamente entregado a la embriaguez, no hacia caso de su familia, pasando la mayor parte del dia y de la noche en las tabernas, de manera que la pobre mujer se encontraba en la mas completa indijencia; pues, sin los oportunos ausilios de Mercedes, quizá habria perecido varias veces de hambre.

Teresa, este era el nombre de la mujer del zapatero, no

se quejaba nunca, tratando, por el contrario, de ocultar cuanto podia las faltas de su marido y el lamentable estado de indijencia en que se encontraba, y esta silenciosa resignacion, a los ojos de la familia Lopez, de quien recibia con frecuencia algunos socorros, la hacia mas recomendable.

Despues de haberse informado Mercedes de la salud de Teresa, con el tierno interes que la hacia adorable a todos, volvió a salir del cuarto tristemente conmovida por el grado de postracion en que veia a su amiga.

En efecto, Teresa se encontraba abatida y su semblante desfigurado anunciaba la proximidad de su parto, pues estaba mui en cinta...

Otra mujer mas esperimentada que Mercedes habria conocido el caso inmediatamente, porque los síntomas lo revelaban; pero ella no adivinaba la causa, atribuyendo el malestar de Teresa a su falta de alimento; asi es que cuando salió, fué únicamente con el objeto de calentar una taza de caldo que habia dejado preparada la noche anterior con este mismo fin.

Al entrar nuevamente, Teresa estaba bañada en lágrimas; entonces Mercedes la dijo:

—No se aflija, amiga mia, porque Dios no le ha de faltar. Su marido volverá pronto; y si esto no sucede, nosotras...

—Gracias, señorita, le contestó Teresa, interrumpiéndola, ya ha sido usted demasiado buena y bondadosa conmigo.

—¿Por qué me dice usted, señorita? ¿No somos acaso pobres? ¿Por qué no hablarnos entónces de igual a igual y con mayor confianza? Me dice usted que soi buena y bondadosa, ¿qué mérito hai en esto? ¿No haria usted otro tanto conmigo si me encontrase en un estado igual al suyo? Pues bien, yo obro ahora como usted lo haria mañana. Por otra parte, aun cuando nunca me devolviese usted mis pequeños servicios, ¿acaso no estamos siempre obligados a hacérselos a nuestros semejantes? Teresa, ¿quiere que le diga a usted la verdad? Yo mas bien le debo estar a usted agradecida...

—Cómo! de qué! cuándo le he hecho a usted el mas lije-

ro favor? Ah! ni he podido siquiera mostrarle mi gratitud!...

—Se engaña usted, amiga mia. ¡Si usted supiera los placeres que me ha proporcionado! Si supiera cómo ha palpitado mi corazon de gusto cuando me ha sido posible traerle a usted un plato de comida, alguna fruta o cualquier otra cosilla! Teresa! ¿Pueden compararse el valor de mis pequeñas dádivas al contento puro que ellas me proporcionan? Mire usted, amiga mia; cuando durante el dia he hecho por usted algo, en la noche estoi mas contenta, mi sueño es lijero y alegre y siento en mí una impresion de felicidad indefinida... pero tan suave! tan dulce! tan pura!... Ah! Teresa! Yo le soi a usted deudora de esta dicha; no me la quite us ted... y Mercedes se echó llorando en brazos de su amiga....

¡Tierno y sublime cuadro! ¿Quién habia enseñado a esta niña, pobre, oscura, hija de un soldado y hermana de un artesano, a remontarse hasta el heroismo de la virtud, hasta la mas delicada espiritualidad del sentimiento, hasta la poesia sublime de la abnegacion y hasta la tierna humildad del Evanjelio?..

Teresa y Mercedes lloraban!.. pero esta última, desprendiéndose lijera, y con un ademan tan sencillo como encantador, enjugó sus lágrimas y dijo a su amiga:

—Yo soi una loca en aflijir a usted así! Usted está triste y enferma y yo vengo a hacerla llorar mas todavia! No me haga usted caso, Teresa .. soi una insensata!.. Tome usted esta taza de caldo antes que se enfrie, pues talvez le haga provecho.

Teresa tomó el caldo que le ofreció Mercedes, sin decir palabra... Sus pálidas mejillas estaban cubiertas de lágrimas...

—¿Se siente usted mejor, amiga mia? le preguntó Mercedes.

—¡Sí... mucho mejor!.. he llegado casi a sentirme completamente buena... casi a ser feliz!..

Teresa guardó silencio un momento, a manera de una persona que se reconcentra en sí misma para saborear mejor su felicidad, y en seguida continuó:

—Sí, Mercedes; en mi ignorancia no me sé esplicar, pues el efecto producido por sus palabras ha sido para mí una cosa nueva!.. Jamas habia sentido de esta suerte!..Yo no tengo espresiones, pero mi corazon rebosa!.. No sé si sufro o si soi feliz, pero mis lágrimas me alivian!.. ¿Llorará uno tambien de felicidad?

—Así es, Teresa. Las lágrimas sirven tanto de intérpretes a la dicha como al pesar. Ignoro lo que puede haber de comun en cosas tan opuestas; ¿pero no es cierto que muchas veces lloramos de felicidad?

—No me pregunte usted esas cosas, Mercedes. Yo no he recibido la misma educacion que usted; y si usted ignora algo, mal puedo yo saberlo...

—Mi educacion! Yo sé bien poco, casi nada, Teresa. El tiempo que he estado en el colejio lo he aprovechado cuanto he podido, es verdad; ¿pero qué es eso?

—Mucho; y usted sabe mas que algunas señoritas.

—Dejemos esta conversacion, Teresa. Hablemos de usted y no de mí. Dígame: ¿desde cuándo no ve usted a su marido?

—Hace como dos dias, respondió Teresa tristemente.

—Eso es mui malo de parte de él, sobre todo en el estado en que usted se encuentra, aunque quizá puede tener algunos motivos poderosos que lo detengan fuera; con todo, me parece que no se deberia obrar así.

—Mercedes, yo no acuso a mi marido. Es verdad que su ausencia me hace sufrir; pero tambien es cierto que la desgracia agria el jenio, y cuando uno es siempre infeliz!... cuando no tiene a la vista otra cosa que la miseria...se busca el olvido de las penas en...

Teresa no continuó.

—¿En qué?

—No queria decirlo, pero se lo comunicaré a usted, que es tan buena; "y cubriéndose el rostro con las manos, añadió: "en la embriaguez!.."

Mercedes retrocedió como asustada... Era para ella tan repulsivo este vicio, que no fué dueño de ocultar su disgusto.

—Lo veo, dijo Teresa; esto la desagrada a usted muchísimo; pero ya que es tan bondadosa, es preciso que lo disculpe algo, sobre todo cuando es desgraciado; pues Santiago tiene buen corazon y solo la miseria lo hace beber...

Mercedes estaba ya arrepentida de su movimiento involuntario, que quizá habia ofendido a Teresa, agravando mas la causa de sus males; pero ya no era posible evitar el golpe, y se contentó con mirarla dulcemente.

—Sí, Santiago es bueno, volvió a decir Teresa, como si hablara consigo misma. Quizá su falta no es incorrejible... el mal ejemplo, la junta con malos amigos lo han estraviado... y la miseria!.. Ah! Mercedes, usted no sabe cuánto la miseria hace sufrir, y Dios quiera que siempre lo ignore!..

—Sin embargo, su marido tiene un oficio, y con un poco de contraccion al trabajo conseguiria evitar esa miseria y por consiguiente la desgracia...

—Ya lo veo; ¡pero el vicio!..no se deja y todo lo consume!.. antes teniamos con que trabajar!.. y ahora todo ha desaparecido!.. hasta las herramientas!.. y ahora es imposible volver a comenzar!..

Y la pobre mujer lloraba amargamente.

—Tenga usted mas esperanza, le contestó Mercedes. Usted dice que su marido tiene buen corazon entonces todo no está perdido... Para comprar herramientas, no se necesita una gran suma... tenga usted confianza en Dios...

—Usted es un ánjel, Mercedes... Siempre tiene usted palabras de consuelo para los desgraciados...Si fuera por usted, no habria un solo infeliz, pues sabe endulzar la amargura!... pues es capaz de evitar los arrebatos de la desesperacion!...

II.

Y en verdad: cuántas veces no es necesario mas que una palabra, una frase, una lágrima, un movimiento jeneroso, para evitar la desgracia, correjir el vicio y precaver el crímen!... Pero jeneralmente no hai quien pronuncie esta pa-

labra, ni quien derrame una compasiva lágrima!.. y el infeliz es víctima del dolor que esperimenta y se precipita en el abismo!....

Cuántas veces el mas lijero socorro bastaria para ayudar a un artesano y hacer vivir a una familia... para rehabilitarlo de nuevo y encaminarlo a la moderacion, al órden, a la virtud, por medio del trabajo!...Pero ese socorro no llega jamas... y el hombre desfallece, y el mal cunde, hasta que marido, mujer e hijos son arrastrados por el torbellino que debe precipitarlos en una desgracia irreparable!...

¡Si los ricos supieran el manantial inagotable de felicidad que podrian encontrar en estos lugares!... Si en vez de ir a caza de placeres frívolos, transitorios, improductivos y dispendiosos, fueran en busca del infortunio para aliviarlo!... Si en lugar de gastar injentes sumas en caprichos insignificantes, dedicasen una pequeña parte para satisfacer las imperiosas necesidades de sus hermanos que sufren!... Si en lugar de correr las mas veces tras el vicio, hicieran vivir algunos desgraciados... ¡cuánto mayor no seria su contento y durable su felicidad!...

¿Qué son los placeres de la vanidad y las satisfacciones del amor propio comparadas al goce de poder decir: "¡He salvado a este hombre!" ¡Qué valen todos los refinamientos de la molicie, ante esta palabra, ante este pensamiento: "¡Vive por mí!" ¡Satisfaccion noble, santa, productiva, fecunda en virtudes y en progreso intelectual y material! ¿Cuál vendria a ser el término de esta cruzada humanitaria, sino el mejoramiento del pobre y la moralidad absoluta de las masas?...

En estos centros de miseria, de degradacion y de vicios, no se necesita muchas veces mas que una palabra, un lijero ausilio para arrancar del fango a seres que van a precipitarse en él;... pero esta palabra no se dice,... este ausilio no llega; y la desesperacion nos encamina al abandono!... Un consejo dado a tiempo, una lágrima de caridad o un socorro pequeño, haria, en muchas ocasiones, de un hombre perdido,

un esposo fiel, un padre tierno, un miembro activo, trabajador, útil para sí mismo y para sus semejantes; pero esto no sucede... y el mal cunde... y la sociedad se contamina... y la lepra del vicio se estiende por todas las partes del cuerpo... y desde las clases mas bajas hasta las mas elevadas cunde la corrupcion, sin que nada le detenga en la marcha... encontrándonos al fin sin patriotismo, sin elevacion, sin sentimientos, sin moralidad, y dispuestos a venderlo todo por el vil precio de unas cuantas monedas!!...

Esta es la desgraciada senda que corre nuestro siglo!... La sed insaciable de riqueza, del goce material, del egoismo desenfrenado, de la vanidad ridícula: hé aquí los ídolos ante los cuales sacrificamos gustosos honor, virtud, honradez y ciencia, para recojer, en seguida, miseria disfrazada con dorados galones, veneno servido en cinceladas copas, bebiendo a tragos la ignominia endulzada por un deleite impuro, pero que deja en el fondo de nuestra alma las heces del vicio, que, disecando el corazon, hacer jerminar el crímen!...

III.

Mercedes estaba conmovida... La situacion de Teresa era bien triste!... Era una realidad amarga contra la cual no tenia que oponer otra cosa que su ternura!... En efecto, nada habia en aquella miserable habitacion!... Pero esta alma jenerosa y fuerte a la vez, no se abatia en la lucha, sino que en su sensibilidad encontraba el resorte de su poder; y levantándose como inspirada le dijo con un tono lleno de seguridad y de dulzura: "No desconfie usted, que Dios no la abandonará... espere," y salió...

—Pobre niña, esclamó Teresa cuando Mercedes habia partido... ¡Anjel de bondad! vos no sabeis todavia el abismo de mi infortunio!... ¡Voi a ser madre!... infeliz hijo mio!... Aun antes de nacer te espera la desnudez, el hambre, quizá la muerte! Ah! no... no...; Dios me protejerá para protejerlo a él!... Dios tendrá piedad de esta criatura desgraciada...;

y los sentimientos de madre hablaban mas fuerte que sus dolores, que su abandono, que su desnudez!... Ella nada queria, nada pedia para sí misma, sino para su hijo... y de rodillas delante de una imájen, imploraba la proteccion del cielo!...

Nada hai mas elocuente que el dolor, y la palabra mas espresiva jamas representa lo que una fisonomia angustiada y aquejada de un supremo sufrimiento!... En el rostro de Teresa se pintaba una angustia tan profunda, tan amarga, que el ser mas insensible no habria podido menos que conmoverse!... Pero sus lágrimas corrian silenciosas, y nadie habia allí para verla!... y ninguna voz humana tenia a su lado que la consolase!.. y sin embargo, no se quejaba del abandono! ni habia exhalado un ¡ai!... ni habia pronunciado una palabra contra su marido!... Sentia dolor, pero no amargura; sufrimiento, pero no hiel..

Mercedes habia vuelto al cuarto de Teresa varias veces durante el dia, ya para acompañarla algunos instantes o ya para traerla algun alimento. Ella hubiera deseado estar mas tiempo con Teresa: pero sus ocupaciones se lo impedian, pues a una pobre no le es dado disponer de sus horas segun su voluntad, porque tiene que sujetarse a deberes mas imperiosos.

Como a la media noche, Mercedes sintió quejarse a Teresa. Alarmada por esta circunstancia, y temiendo quizás una catástrofe, se levantó sin decir nada y sin despertar a su familia, dirijiéndose sola al cuarto de su amiga. ¿Cuál seria su sorpresa al encontrarla con el rostro tan descompuesto y con una alteracion tan visible, que demostraban a primera vista los agudos dolores que esperimentaba la infeliz criatura?

—¿Qué es lo que siente usted? le preguntó Mercedes. ¿Está usted mala, querida amiga? ¿Por qué no me dijo antes cómo se encontraba, pues yo hubiera venido inmediatamente a cuidarla? ¿Qué puedo hacer?

—Nada, absolutamente nada... articuló Teresa apenas.

—Pero, en fin, voi a despertar a mi madre, que conoce muchos remedios, y a Enrique para que vaya en busca de un médico.

—Nó, no haga usted tal... con todo...

—Es preciso socorrerla.

—Tranquilícese usted.. no me faltan mas que unos momentos para estar buena...

—Póngase usted al menos en cama, Teresa.

—Nó; necesito estar de pié... voi a salir con bien... ¡Dios mio, favorecedme!...

Y esta esclamacion fué pronunciada con ese acento ténue y desgarrador que es el precursor de la muerte.

Mercedes no sabe qué hacerse. Turbada y despavorida no halla qué partido tomar... quiere arreglar la cama y se dirije hácia una especie de alcoba formada por una cortina; ¡pero cuál seria su sorpresa cuando no encuentra mas que una estera y una mala frazada!... Inmediatamente corre a su cuarto; y esta criatura débil toma su pesado colchon y lo trasporta donde Teresa, con una fuerza que nadie hubiera creido encontrar en su delicado cuerpo...

En este corto intervalo, su amiga habia dado a luz un niño...

Mercedes depositó su colchon y colocó en él a Teresa, que se dejó conducir sin proferir una palabra... Corre en seguida la cortina, cubre a la enferma y va en busca de su madre.

Marta se levanta; y como esperimentada en asuntos de esta naturaleza, hace cuanto es necesario en casos iguales, y ayudada de Mercedes, todo lo dispone con una prontitud admirable.

Concluidos los primeros y mas indispensables cuidados, y viendo a la enferma mas tranquila, dijo Marta a Mercedes: "Vete a dormir, que yo velaré a Teresa."

—Pero, madre mia, yo lo puedo igualmente hacer, sin necesidad de que usted pase una mala noche.

—No, hija, yo me entiendo en estos asuntos.

—Sin embargo, puede usted enfermarse.

—Está tranquila; no son unas pocas horas las que me pueden hacer daño.

—Me quedaré con usted.

—Es inútil; mañana tomarás mi lugar, pero ahora me quedaré sola.

Viendo Mercedes la decision de su madre, tuvo que resignarse y partir, no sin volver la cara para ver si no cambiaba de resolucion, pues sentia por una parte dejar a Teresa y por otra temia que su madre conociera lo que habia hecho, es decir que se apercibiese que habia trasportado su colchon, sobre el cual reposaba la paciente.

IV.

Mercedes se fué a su cuarto, se sentó al borde del catre, pues le era imposible dormir, y no tenia ademas colchon en que acostarse; de consiguiente, pasó en vela el resto de la noche, pensando en la grande miseria de Teresa y en el abandono absoluto en que se encontraba, como igualmente formando planes para ver por qué medios podria aliviar la suerte de esta infeliz.

—En la actualidad, decia para sí misma, tengo ganados siete pesos en casa de las señoras..., por las camisolas que les he bordado y que las entregaré hoi. Con facilidad me avanzarán tres pesos mas sobre otro trabajo, lo cual me hace la suma de diez. Segun me ha dicho Teresa, su marido tiene buen corazon, siendo solo la miseria la que ha contribuido en su mayor parte a separarlo del deber. De consiguiente, esta pequeña suma le facilitará el que comienze de nuevo su trabajo, y al mismo tiempo no podrá menos de compadecerse de la suerte de Teresa, lo cual volverá a traerle al cumplimiento de sus obligaciones, y quizá sean en lo sucesivo felices...

Combinado este plan, ya no pensó mas que en llevarlo a

cabo, gozando de antemano en los resultados que esperaba obtener de él.

¡Qué cosa mas santa que estas combinaciones filantrópicas, que estos cálculos de caridad!.. ¡Qué pensamiento mas noble que aquel que se dedica a aliviar la desgracia del prójimo!... ¡Qué dicha mas pura y mas durable que la de la beneficencia!...

El tierno corazon de Mercedes ¡cómo debia palpitar de satisfaccion con la perspectiva del bien que se proponia hacer! Esa alma que no habia sido disecada por el desengaño de la vida práctica, en que solo se ve ingratitud y egoismo... esa alma vírjen al sentimiento, vírjen a las emociones y que podia y era digna de aspirar todo el perfume que encierra en sí la caridad, ¡cómo no debia gozar con las espectativas de felicidad que iba a proporcionar su pequeña ofrenda! Cuando el bien se hace sin vanidad y sin la menor esperanza ni el menor deseo de remuneracion, ¡qué de satisfacciones no procura! qué de goces no encierra!

Mecida en estas ideas y con la intencion de realizar sus propósitos, Mercedes esperó la venida del alba, e inmediatamente se fué al cuarto de Teresa para reemplazar a su madre.

Marta ya habia arreglado todo y Teresa dormia; pero viendo llegar a su hija, le dijo: "Es necesario que este dia lo consagremos al bien de esta pobre mujer completamente desvalida... Por lo que he visto, no habia nada preparado para el caso... Yo no he encontrado ni un solo pañal, ni una sola mantilla .. y como esto es indispensable, vé a sacar de mi baul un par de sábanas viejas, y allí encontrarás mi rebozo de castilla y el tuyo, que tambien lo tengo guardado en el mismo lugar: todo esto ya no nos sirve ni se usa y podemos emplearlo útilmente."

Mercedes voló para cumplir la órden de su madre, encontrando, en efecto, las cosas que ésta le habia dicho sacar del baul y llevárselas en seguida.

La vieja Marta trazó en el acto los pañales, mantillas y

demas accesorios que necesita un recien nacido; y habiendo acomodado a la enferma, le dijo a Mercedes: "yo tengo que ir a preparar el café para Domingo y Enrique; mientras tanto, quédate aquí cosiendo estas cosas, y si algo se ofrece me llamarás en el acto."

—Está bien, madre mia, contestó Mercedes; y se puso a soplar el fuego para tener agua caliente, cosiendo en seguida las mantillas y pañales que Marta le habia dicho, pero con tal lijereza, que en mui poco tiempo tuvo arregladas seis mudas.

Mercedes, viendo que su madre no le habia hecho ninguna reflexion respecto al colchon, conoció que no se habia apercibido que fuese su propia cama la que ocupaba Teresa, y se alegró de ello, pues pensaba que talvez se hubiese disgustado, lo que habria sentido profundamente.

La intencion de Mercedes era prestar a Teresa su colchon, mientras buscaba medios de proporcionarle otro, y durante este tiempo ocultar en su casa la sustraccion hecha. Para llegar a este resultado le era necesario dormir algunas noches en el suelo, y ya tenia la idea de sacar de la montura del sarjento algunos pellones y acomodarse en ellos, los que, si no le hacian un lecho mui blando, no serian por lo menos insoportable.

No contenta con esta combinacion, mientras cosia los pañales y mantillas, pensaba en otra, es decir en la manera de realizar el plan combinado en la noche. Para llegar a este resultado necesitaba salir a la calle, lo cual le era de todo punto imposible, pues no podia dejar sola a la enferma, siéndole difícil conciliar lo uno y lo otro a la vez.

V.

Absorta en estos pensamientos se encontraba Mercedes, cuando vió aparecer a Santiago, que venia como avergonzado, no atreviéndose a pasar el umbral de la puerta de su habitacion.

Al verlo, Mercedes se puso un dedo en los labios como para reclamar silencio, y con la otra mano le señalaba a Teresa, que dormia profundamente, teniendo consigo a su hijo.

El zapatero se inmutó, no comprendiendo lo que significaba ese misterio y figurándose una desgracia mayor.

—¿Qué hai! por Dios! señorita? dijo a Mercedes, entrando precipitadamente en la habitacion.

—Nada... silencio!... le contestó ésta; su mujer duerme...

—Pero dígame usted, ¿qué es lo que ha sucedido?.. esclamó el angustiado artesano en voz baja y suplicante.

Mercedes miró a Santiago con fijeza. El semblante del artesano demostraba una afliccion verdadera; y la jóven conoció que Teresa no la habia engañado cuando le habia dicho:—"Mi marido tiene buen corazon."

—Lo que ha sucedido, continuó Mercedes, respondiendo a la interrogacion de Santiago y en el mismo tono de voz, pero con cierto acento triste y solemne, es para usted mas bien una felicidad que una desgracia...

—Esplíquese usted de una vez, señorita.

—Es usted padre!...

La palabra ¡padre!.. habia sido pronunciada por Mercedes con un acento singular: habia en la entonacion de su voz una especie de reproche al mismo tiempo que una plegaria...

El zapatero llevó las manos a la cara para ocultar su turbacion y las lágrimas que corrian en abundancia; y sollozando se dirijió a Mercedes.

—¡Feliz dice usted que soi, señorita! Usted no sabe cuán criminal me encuentro y me confieso... Padre! y no he estado aquí para ayudarla!.. y la he abandonado en la miseria!...

Y el pobre hombre lloraba...

—Cálmese usted, Santiago...Dios vela por todas sus criaturas... y Teresa no ha estado abandonada.

—Sí, ya lo veo; ustedes han tenido compasion de ella y la han socorrido;... ¡mientras que yo.. teniendo una obligacion sagrada, la he abandonado!...

—Pero, en fin, si usted ha obrado mal, se encuentra ahora apesarado, y el arrepentimiento es una virtud...

—Pero ¿qué puedo, qué debo hacer?

—Si su arrepentimiento es verdadero, su corazon mismo se lo dirá...

—Sin embargo, nada poseo!... Todo lo he perdido!...

—¿Tiene usted voluntad?

—Oh! sí: tengo voluntad, se lo aseguro a usted, señorita; y si ahora tuviera algunos recursos seria otro hombre; pero esto es imposible... imposible!... ¿Me entiende usted, señorita?

—No le comprendo a usted.

—No me comprende! y sin embargo usted tiene a la vista mi pobreza!...

—Pero esta pobreza es mas bien voluntaria; y si usted quisiera correjirse...

—Cierto, señorita, pues ella nace de mi abandono y es el resultado de mis vicios.

—¿Pues bien?...

—Ahora ya no puedo adquirir nada, porque nada tengo!..

—Se equivoca usted; si en realidad tiene usted deseos de trabajar, todo se adquiere con ésto.

—¿Puede usted dudarlo, señorita?

—No, porque creo que usted está arrepentido; y el arrepentimiento, como le he dicho a usted, es una virtud que Dios quiere mucho.

—Desgraciadamente, el arrepentimiento no es todo, pues me faltan los recursos...

—Yo trataré de proporcionárselos a usted; y aunque pequeños, le servirán para principiar.

—Señorita!... Usted es un ánjel!.., dijo Santiago enternecido, y como queriendo arrodillarse ante Mercedes.

—Dejemos esto, le contestó la niña con modestia. Ahora solo debemos pensar en Teresa. Es necesario que no lo vea a usted repentinamente, porque talvez le haria mal. Váyase usted a casa, pues de un momento a otro puede despertar...

—Comprendo, señorita.

—Yo le hablaré de usted, la prepararé, y entonces...

—Entonces le pediré perdon ¿no es verdad? pues he obrado mui mal...

—Usted hará lo que le dicte su conciencia.

Y Mercedes, con una dulce sonrisa y un ademan gracioso señaló a Santiago la puerta para que se retirase.

Santiago salió... ya era tiempo, pues Teresa habia despertado.

Un profundo suspiro se exhaló del pecho de la enferma: este es casi siempre el despertar de la desgracia.

—Sufre usted mucho? la dijo Mercedes.

—No, nada: ¡soi feliz!... y la pobre madre acariciaba a su hijo!...

VI.

La naturaleza tiene consuelos infinitos, y al lado de los mas agudos dolores se encuentra el placer mas inefable: la maternidad!

La vista de la criatura, si bien llenaba el alma de Teresa de esa tierna alegria que esperimenta la madre, le trajo a la vez un recuerdo triste, amargo, desconsolador... Habia pensado en su marido, en el padre de su hijo, e involuntariamente esclamó: ¡Santiago! y los sollozos embargaron su voz...

—No se aflija, usted, amiga mia, la dijo Mercedes con cariño. En este momento he sabido que viene, y mui pronto lo verá usted.

—¿No me engaña usted? Sí, conozco su intencion... y solo quiere consolarme.

—¿No me ha dicho usted que Santiago tiene buen corazon? ¿Por qué duda usted entonces que venga? Tenga confianza, Teresa. Yo sé donde está su marido... Sé tambien que siente el abandono en que la ha dejado y que le pedirá perdon de su falta; pero tranquilízese usted, pues puede agravársele su enfermedad.

—Ya estoi tranquila, resignada y contenta... ¡porque tengo a mi hijo!

—Me gusta verla así. Ahora voi a prepararle un poco de caldo que le servirá mi madre, pues yo tengo que hacer una pequeña y urjente dilijencia.

Y Mercedes salió.

Pocos momentos despues entraba Marta enfriando con la cuchara una taza de caldo.

—¿Se siente usted mejor, hija mia? preguntó Marta a Teresa.

—Sí, señora, gracias a Dios y a la caridad de ustedes.

—Tiene usted razon; Dios es nuestro padre comun y no se cansa jamas de socorrernos.

—Cierto; pero tambien la bondad de ustedes...

—No es ninguna, hija mia; nosotras no hacemos mas que conformarnos y hacer lo que Dios nos ordena practicar; si no obrásemos así, quebrantariamos sus preceptos y seriamos indignas de la doctrina que profesamos.

—¡Señora!

—No hablemos mas; tome este caldo y permanezca tranquila. Nada tiene usted de qué ocuparse, porque todo está hecho: pañales, mantillas, gorritas, etc., quedan listos. Por consiguiente, solo se debe usted a sí misma, al menos por el momento.

—¡Señora! yo no sé cómo pagar a usted tantos favores, sobre todo cuando son hechos para una desvalida de quien no hai nada que esperar.

—Hija mia, yo no busco la recompensa; por otra parte, se exajera usted mis servicios, pues no hai en nosotras sino buena voluntad, porque lo poco que hacemos no nos cuesta el menor sacrificio. Descanse, pues, tranquilamente, y no se apensione usted de servicios imajinarios y de una gratitud que nosotras no merecemos, a no ser por nuestro buen deseo...

Estas palabras de Marta, terminantes y benévolas, impusieron a Teresa un respetuoso silencio.

VII.

Santiago, mientras tanto, se habia hospedado en casa del sarjento Lopez; y éste, como su digna esposa y como su anjelical hija, lo recibieron con su acostumbrada bondad, especialmente Mercedes, que esperaba sacar de él algun provecho en beneficio de Teresa.

El pobre artesano, al ver aquel cuadro de buenas costumbres, al ver aquella moderacion, aquel órden y ese respeto y cariño mútuo que reinaba en todos los miembros de la familia Lopez, no podia menos de reflexionar sobre lo que tenia a la vista, y sobre lo que él y la suya eran.

Esta comparacion, que bajo ningun aspecto redundaba en favor de sus hábitos; este ejemplo práctico de órden, armonia y felicidad, operaba en él una reaccion: Santiago se sentia como agoviado por un peso enorme. No era el despecho que arranca la superioridad ajena y la humillacion propia; no existia el sentimiento de una autoridad impuesta, sino la idea de no encontrarse en las mismas circunstancias para igualarlos en el goce doméstico de que disfrutaban y en los beneficios que ejercian.

Esta emulacion provechosa es la mas digna, y quizá la única lejítima que al hombre le sea permitido sentir, sin que por esto deje de reconocer la superioridad y eficacia del bien.

Nada hai mas persuasivo que el palpar por sí mismo las ventajas e inconvenientes de una cosa; y esto era lo que hacia ver a Santiago la envidiable felicidad de aquella familia, que quizá tenia tantos o ménos recursos que los que él hubiera debido proporcionarse, y a quien la moderacion, la economia y el órden daban un aspecto risueño y cierto aire de abundancia y bienestar del que jeneralmente carecen las habitaciones de nuestros artesanos.

El pensaba en su interior: "esta familia vive contenta y

satisfecha, porque sabe sacar partido de sus pequeños recursos; mientras yo, que podria hacer otro tanto, estoi en la indijencia!" Estas amargas pero saludables reflexiones, preparaban el terreno de la reforma y abrian un surco para que se produjera la buena semilla que mas tarde diese un sazonado fruto.

Inter tanto Mercedes, vuelta de su escursion, se presentó risueña, y la alegria de su semblante demostraba su contento interior; pues ella tenia sus motivos particulares para estar satisfecha, porque habia conseguido la realizacion de sus planes, trayendo consigo el pequeño capital que destinaba para Santiago.

—Y bien, querida madre, le dijo a Marta al tiempo de entrar a su casa: ¿ha tenido cuidado de Teresa?

—Sí, hija mia.

—Yo tengo mas confianza en mí misma, le respondió sonriéndose; aun cuando usted se enoje, yo voi a informarme personalmente.

Y diciendo esto salió, haciendo una graciosa reverencia a su madre y a Santiago.

Cuando hubo entrado al cuarto de Teresa, ésta se encontraba contemplando a su hijo con aquella dulce e inimitable mirada en que se refleja el tierno cariño de la madre.

—Amiga mia, esclamó Mercedes; parece que los sufrimientos han pasado, pues, si no me equivoco, creo verla mui contenta.

—Es cierto que lo estoi; pero usted trae tambien un aire de alegria que se nota a primera vista.

—Y con razon; todo sale a medida de mi deseo: mis planes se realizan sin obstáculo, o mas bien dicho, parece que se desenvuelven por sí mismos.

—Me alegro infinito; y aun cuando no me creo acreedora a su confianza, sin embargo, desearia saber esas combinaciones que la hacen a usted tan feliz; porque, créamelo, Mercedes, todo lo que a usted le afecta, a mí me interesa.

—Gracias; pero no le diré nada por ahora. Necesito ser reservada y no cometer imprudencias que podian perjudicar al estado en que usted se encuentra.

—Ya estoi mejor.

—Con todo... pero ya que muestra usted el deseo de que le cuente, lo haré en lo que respecta a usted.

—¡Respecto de mí!

—O de Santiago, que es lo mismo.

—¿Le ha visto usted?

—Sí... está bueno... está aquí, y solo desea que le perdone...

—Ah! Mercedes! Hágalo entrar y dígale que venga a conocer a su hijo!..

—¿Pero me asegura usted el no ser imprudente?

—Nada tema usted, mi buen ánjel, ya estoi prevenida.

—Voi entonces.

Y la encantadora y compasiva jóven salió alegre y satisfecha. Pocos momentos despues se apareció con Santiago, a quien conducia de la mano.

—Aquí lo tiene usted, dijo Mercedes a Teresa: le encargo solamente no ser severa con él, pues viene arrepentido como el hijo pródigo, y de hoi en adelante será otro hombre.

Diciendo esto, y llevando a Santiago hasta el lecho de Teresa, salió ella precipitadamente de la habitacion.

VIII.

Mientras los dos esposos se reconciliaban y las promesas y cariños de Santiago prometian a Teresa dias bonancibles, pasaba en casa de sus bienhechores una escena patética y sencilla, cuyo valor solo pueden apreciar aquellas almas que no han sido marchitas por el soplo abrasador de una sociedad egoista y corrompida y que han sabido conservar la pureza y elevacion de ideas necesaria para sentir la bella y sublime naturalidad de la abnegacion y del desprendimiento.

Era, pues, ya de noche cuando Domingo, Enrique y Mercedes estaban sentados a la mesa conversando alegremente sobre las próximas fiestas de setiembre, cuyo programa leian en el *Progreso*, que habia tenido Enrique el cuidado de traer. Marta, inter tanto, preparaba la cena, cuando acordándose que hacia dias habia depositado bajo de la cama de Mercedes una botella de vino que le habia obsequiado un amigo, fué a buscarla, llevando consigo una vela; pero apenas habia salido del comedor, cuando volvió asustada, diciendo:

—¡Le han robado la cama a Mercedes! colchon, frazadas, sábanas, todo ha desaparecido!...

La estupefaccion fué jeneral, y ya se dirijian al cuarto de la niña para averiguar el hecho, cuando Mercedes, llena de timidez y bañada en lágrimas, se echa a los piés de su madre, diciéndola:

—¡Perdóneme, madre mia, perdóneme!... Aquí no hai nadie de culpable, sino yo sola... yo he sido quien lo ha sacado todo...

—¡Cómo! ¡tú! ¿para qué?

Mercedes continuaba llorando... y los demas guardaban silencio.

—Vamos, continuó Marta, esplícate, hija mia.

Entonces Mercedes, sollozando siempre, respondió estas sencillas palabras:

—Teresa estaba gravemente enferma... y no tenia en qué dormir.

A esta humilde manifestacion, que aclaraba todo el misterio, Marta no pudo contener un grito de alegria y abraza tiernamente a su hija.

Enrique salta de su asiento, corre donde su hermana y la besa con efusion, con respeto, con entusiasmo.

Solo el viejo sarjento no se habia movido: pero dos gruesas lágrimas corrian silenciosas por sus tostadas mejillas, y sus ojos anunciaban la espresion de la mas cariñosa ternura.

Los actores de esta escena no habian pronunciado una palabra, ¡y sin embargo habia allí toda una historia, toda una vida de abnegacion!... El silencio y la espresion conmovida de sus semblantes, eran cien mil veces mas elocuentes que el mas persuasivo lenguaje y reflejaban el sentimiento de que estaban poseidos, con mas propiedad que lo que pudiéramos describir nosotros.

Mercedes levantó al fin la cabeza, que ocultaba en el seno de su madre, y su rostro divino, bañado todavia en lágrimas, tenia una espresion inimitable de esa alegria melancólica que revela el fondo de una sensibilidad esquisita y de una inocencia encantadora: y dirijiéndose al viejo soldado, le dijo:

—¿Y usted tambien, padre mio, me perdona?

—¿Qué es lo que dices, Mercedes? ¡perdonarte!... ¿quieres tambien ver llorar como un niño a tu pobre viejo? Y sin poder continuar prorrumpió en sollozos.

¡Santas y deliciosas lágrimas derramadas por la caridad, vertidas por el entusiasmo de la virtud! ellas sirven de riego a la existencia, en vez de disecarla, como sucede con aquellas que provienen del dolor o de la desesperacion.

Mercedes corrió donde su padre, se sentó en sus rodillas, y sonriéndose, enjugó los ojos de Domingo con su pañuelo.

—Vaya, dijo: ¡es curioso ver llorar a un veterano de la patria! a un hombre que se ha encontrado en cincuenta combates! Entonces, padre mio, usted debe haber sido una Magdalena a la vista de las víctimas de la guerra, cuando ahora por insignificantes pequeñeces llora como un niño.

—Yo no me comprendo, y no puedo esplicarme, en verdad, por qué esto me ha hecho tanta impresion. Yo he estado en muchos combates, he visto caer a mi lado a muchos camaradas, he sido mortalmente herido; ¡y, sin embargo, jamas he llorado! Pero esto ha sido mas fuerte que yo. Decididamente estoi viejo: los años nos vuelven al estado de niños!

—No, padre mio, es que usted tiene mui buen corazon y que las acciones jenerosas escitan mas nuestra sensibilidad que los sufrimientos físicos. Sí, señor, yo lo he leido y tambien lo esperimento: hai almas para quienes el dolor material es un juego, mientras que un hecho de simple humanidad les enternece. Esta es, padre mio, la causa porque ha llorado usted.

—Así será: pero mis lágrimas corren dulcemente y me alegran en lugar de entristecerme: son como el rocio para la flor marchita; (Domingo pensaba indudablemente en su jardin) y despues de haberlas derramado me siento revivir, me encuentro mas ájil, como si me hallara mas jóven.

—¿Es verdad lo que usted dice? Entonces soi mui feliz, esclamó Mercedes, abrazando nuevamente al buen hombre.

—Todo está bueno, interrumpió Enrique, pero ahora es preciso no dejar la cosa a medias; y ya que Mercedes nos ha trazado el camino, sigámosla y completemos su obra. Por lo que se ve, esa pobre familia se halla desprovista de todo. Santiago no tiene probablemente con qué principiar a trabajar; es necesario que lo ayudemos; la escasez quizá es causa de su abandono.

Domingo y Marta aplaudieron la idea de Enrique.

—El mismo propósito he tenido yo, dijo Mercedes; y ya que Enrique ha adivinado mi pensamiento y que ustedes lo aprueban, les voi a contar mi proyecto.

Por una conversacion que tuve con Teresa, supe su estremada indijencia y que ésta contribuia en gran parte a que su marido no trabajase, pues no tenia ni herramientas ni materiales para dar principio. Sabiendo esto, se me ocurrió la idea de que podia ayudarles con una pequeña cantidad que habia ganado a las señoras... bordándoles unas camisolas, cantidad que reservaba para comprar algunas cositas para el *dieziocho;* pero como Enrique me habia traido ya un regalo mui superior a lo que yo hubiera podido comprar empleando ese dinero, formé el propósito de prestárselo a

Santiago, por cuya razon salí esta mañana a pagarme de mis bordados. Siete pesos era lo que tenia ganados, y pedí a cuenta de un trabajo posterior tres pesos mas para completar diez, cuyo dinero está aquí.

Y Mercedes hizo brillar a los ojos de todos el dinero.

—Ya lo veis, continuó; ni me hace falta, ni puede ser mejor empleado.

—Tienes mucha razon, le dijo Enrique, apretando con cariño la mano de su hermana: tu dinero no puede ser mejor empleado; pero desgraciadamente vemos que lo has hecho todo, y que no quieres que nos asociemos a tu buena obra: eres una egoista, Mercedes.

—No tal, hermano mio, y si quieres tomar parte en la empresa, tendré el mayor gusto, pues de este modo aumentaremos el capital.

—Convenido, dijo Enrique. Tomo tambien una accion de diez pesos.

Domingo y Marta escuchaban esta conversacion enternecidos, pintándose la satisfaccion y el contento en sus semblantes.

Sin embargo, el sarjento, con ese buen sentido que suplia su falta de educacion y que muchas veces nos sorprende por la sensata rectitud y elevacion de las ideas, les dijo:

—Despacio, hijos mios. No es mi ánimo oponerme a que hagan una buena accion, pues, lejos de ello, siento mucho placer en ver sus jenerosos sentimientos; pero todo tiene su límite; y si el desprendimiento, llevado hasta la abnegacion y el sacrificio constituye la heroicidad, no es menos cierto que es indispensable la prudencia para no ir mas allá de lo que está en nuestras facultades. Que Mercedes dé sus diez pesos, convenido; ya ésta los tiene, por decirlo así, ganados, y ademas los dedicaba para comprar algunos efectos que le sirviesen en las próximas fiestas, y que tú Enrique le has regalado; de consiguiente no la envuelve ningun compromiso y puede disponer de su dinero con li-

bertad y sin que le haga falta; pero tú, hijo mio, es otra cosa distinta: tú tienes a cargo la familia, tú haces los gastos de la casa y has comprometido ademas tu crédito con la última compra que hiciste; de consiguiente, es preciso ante todo satisfacer esa deuda y que no nos falte lo necesario: hé aquí por qué me opongo a que te suscribas con esa suma.

En las grandes acciones, continuó el sarjento, y yo llamo grande lo que hacemos, porque lo es en efecto; en las grandes acciones, repito, hai las mas veces mucha vanidad; creemos dejarnos llevar de un sentimiento noble, y no hacemos otra cosa que ceder a las debilidades del amor propio. Talvez esto que digo a ustedes parecerá estraño, pero voi a esplicarme, porque son cosas que he visto y que yo mismo he esperimentado: el hombre que espondria hoi su vida por precaver una catástrofe o por socorrer una desgracia en un arranque inmediato, no seria capaz de ayudar a un infeliz con una pequeña suma que no hubiese de llegar jamas a lo que habia regalado en un instante, con tal que fuera necesario darla dia a dia de un modo preciso y obligatorio; de consiguiente, hijos mios, hai mas virtud en llenar su deber y en cumplir relijiosamente con sus compromisos, que en hacer esos rasgos brillantes que nos fascinan, y que con el encomio de todo el mundo quedan recompensados.

Con esos diez pesos, Enrique, que quieres dar, viviremos diez o doce dias: esto es, en verdad, poco poético, no seduce a la imajinacion, no alhaga a nuestra fantasía, no hace levantar alabanzas en nuestro favor; pero por la misma razon de que no hai brillo ni vanidad satisfechos en el cumplimiento de este deber, es que se necesita mas fuerza, mas resignacion y quizá mas grandeza de alma para llevarlo a término, sin cansarse jamas.

Lo mismo sucede en la guerra: un dia de combate no nos es tan pesado como el hacer la guardia y llenar las mil minuciosidades del servicio durante la paz. Así, hijo mio, es preciso aprender a resignarse con el cumplimiento del es-

tricto deber, que es, sin duda alguna, menos glorioso que esos arranques de magnanimidad, pero mas útil y provechoso. Yo no condeno esos hechos heroicos de valor o de abnegacion, sino que los admiro; pero creo que no deben anteponerse al cumplimiento del deber; con todo, amigo mio, para no contrariarte, pues veo que mi sermon te agrada poco, ayudarás a Mercedes con la mitad de la suma que te habrias propuesto; y si yo recibo mañana unos reales que me han quedado de pagar y con los cuales no contaba, pues provienen de una antiquísima deuda, completaremos la cantidad de veinte pesos

—Está bien, padre mio, seguiré con gusto los consejos de usted, que son para mí preceptos, pues veo en ellos la prudencia y la sabiduria.

—La sabiduria no, porque soi ignorante; pero hai una luz que proviene del corazon, y ésta nos alumbra y nos guia, enseñándonos mejor que la ciencia nuestra manera de conducirnos.

—Todo cuanto hacen y dicen es mui bueno, dijo Marta: ¿pero acaso yo no cuento por nada en los negocios de ustedes? Les he oido arreglar sus cosas, ¿y a mí me han dejado sin parte? Esto no es justo, y aun cuando ustedes no quieran que yo me mezcle, lo he de hacer.

Y diciendo y haciendo fué a su dormitorio, metió la mano al fondo de su baul y sacó un pañuelo de algodon con algunos nudos en las esquinas: desató en seguida uno de ellos y contó veinte reales, y dirijiéndose donde estaban su marido y sus hijos, les dijo:

—Aquí está mi racion. Soi tambien accionista en la empresa por una octava parte.

—Vaya en la vieja brava! esclamó Domingo con dulce ironía. ¿Con que así echas a volar los fondos de reserva? Esto no me hace cuenta, señora; ¿y qué deja usted entonces para nuestras provisiones de invierno? ¿Y cómo haremos despues para comprar nuestro lio de charqui, nuestra pan-

za de grasa, nuestra fanega de frejoles, papas, cebollas y las mil otras cosas que usted sabe?

—En esto no tienes que meterte, viejo avariento. La despensa está a mi cargo desde muchos años, y nunca te ha faltado nada, gloton! o de no, dilo; déjame en vergüenza delante de mis hijos...

—Es verdad; será necesario permitirle que haga sus caprichos, porque las mujeres llegando a cierta edad son incorrejibles y testarudas como el demonio. Pero en resumidas cuentas, yo soi el único que no he contribuido, y esto no es posible; seguiré entonces el mal ejemplo de mi pródiga mitad, y negocio concluido: ya tenemos los veinte pesos que pueden servir para que Santiago principie a trabajar.

—¡Qué felicidad! dijo Mercedes, palmoteando las manos.

—No tanto, hija mia, la interrumpió el sarjento, porque yo tenia hecho un lucido programa para que nos hubiésemos divertido en las fiestas del *dieziocho;* y ahora, con estos gastos, es preciso renunciar al paseo.

—¿Y por qué no? esclamó Enrique; me parece que así celebraremos mejor la independencia de nuestra patria.

—Tienes razon; pero tambien es preciso divertirse de vez en cuando, y a Mercedes le hubiese gustado mucho hacer un paseo a la Pampilla en una bonita carreta.

—Nó, padre mio, yo estoi ahora mucho mas contenta; ¿quiere usted que le diga una cosa?

—¿Cuál?

—Que despues de lo que usted me ha dicho sobre el paseo que proyectaba y que ya no podemos hacer, mi alegria es mayor.

—¿Y por qué?

—¿No lo comprende?

—A fé mia que no veo la razon por la cual la privacion de un placer puede causarte un placer mayor.

—Pues es así, padre mio, y hé aquí el motivo: si hubiésemos dado los veinte pesos, sin sacrificio, me habria alegra-

do siempre: pero darlos, privándonos de un placer, aumenta en mí la satisfaccion, y el contento que esperimento es mayor.

—Mercedes! Mercedes! dijo Marta; eres una buena niña.

—Mi hermana es un ánjel, esclamó Enrique, echándose en sus brazos.

—Hasta cuándo estos niños me han de hacer llorar, interrumpió el sarjento Lopez, pasando por sus ojos su áspera mano. Es preciso ser hombre y ahora no quiero ceder mas a los caprichos de estos muchachos, que hacen de mí lo que se les antoja. No, señorita: el paseo se hará de todas maneras; el divertirse es una cosa mui necesaria para la vida, y ya yo he de disfrutar poco, porque estoi viejo; asi es que no quiero privarme de nada: entiendes? Si ya no podemos ir en carreta, cambiaremos de decoraciones, como decia un amigo, comparsa de teatro, que tuve en el dichoso tiempo de mi juventud, y nos iremos y volveremos a pié. Tenemos buenas piernas, prosiguió el sarjento alegremente, y Marta no es tan vieja que digamos. Ahora: ¿les agrada mi plan?

—Magnífico! dijo Enrique.

—Pues bien, continuó Domingo, hagamos el prospecto, como llamaba tambien el comparsa de que les he hablado. Por la mañana almorzamos en casa un poco mas temprano que de costumbre, y nos vamos a la Alameda para ver salir las tropas, siguiéndolas de atras.

Por lo que hace a comestibles, no necesitaremos gran cosa. Llevaremos una botella de jarabe de naranja, del que fabrica Marta y que puede servirle a ella y a Mercedes para refrescarse. Por mi parte, meto en un pequeño envoltorio dos botellas de vino, un par de lenguas fiambres y un pedazo de queso de Chanco; que, por lo que hace al pan, allá no ha de faltar, y con todo esto, tendremos mas que suficiente para pasar el dia.

—Pero yo, entonces, no me encargo de nada? dijo Enrique.

—No; tú irás de *futre* acompañando a Mercedes, pues yo

solo me encargo de las provisiones. Ahora vamos a otro asunto.

Hoi es sábado. Ya tenemos la cantidad reunida para dársela a Santiago; pero, ¿quién se encarga de hacerlo? A mí me parece que este derecho corresponde a Mercedes.

—Sí, dijeron todos: a ella le corresponde, porque ella es la principal en este asunto.

—Pues yo delego mis facultades en mi padre, respondió Mercedes.

—Y nosotros tambien, añadió Enrique; ¿no es verdad madre mia?

—Nada mas justo, contestó Marta. El es el jefe de la familia y debe estar encargado de representarla.

—Pues bien, negocio concluido, dijo Domingo; acepto.

En seguida, estas buenas jentes se levantaron de la mesa para ir a acostarse, con su conciencia libre de cuidados y el alma satisfecha de sí misma...................

....

IX.

En los conventillos, el dia de fiesta hai mayor actividad que en cualquier otro de la semana, porque es cuando las diversas clases de trabajadores que allí se albergan dan fin a sus obras. El zapatero, el sastre, el carpintero jeneralmente trasnochan. Las lavanderas no han pegado sus ojos. A cualquier hora de la noche que se penetre en estos lugares, se oye una especie de murmullo sordo en todos los cuartos. Solo los niños descansan, pues las mujeres y los hombres trabajan; las unas planchando su ropa o la ajena, que están obligadas a entregar sin falta el domingo por la mañana, y los otros concluyendo las obras que les han sido encomendadas, para recibir el *ajuste* (1).

(1) Los artesanos llaman así el saldo que se les queda debiendo por el trabajo encomendado.

La familia Lopez, a quien ya conoce el lector, es una de las pocas que no han alterado jamas sus costumbres, pues se acuestan jeneralmente a las nueve o diez de la noche, levantándose temprano para el trabajo, sin interrumpir sus ordenados hábitos.

El viejo sarjento se ha dicho a sí mismo y a sus hijos: es preciso descansar, pues la mayor ganancia que pudiéramos adquirir privándonos del sueño, no equivale a la pérdida de la salud; así es que por economia y conveniencia es necesario ser siempre arreglado y metódico. Este sabio réjimen lo ha sabido hacer adoptar a su familia con su ejemplo y con sus consejos; por esta razon, llegada la noche, ni Marta ni Mercedes se ocupan de sus costuras, y el último trabajo con que cierran sus faenas diarias consiste en pre parar la frugal merienda de costumbre.

Es un verdadero error en el que están nuestros artesanos cuando piensan que lucran mas trabajando sin descanso, pues con este sistema pierden realmente, porque trae una vejez prematura y las fuerzas quedan agotadas cuando debieran estar en su mayor vigor.

Este dia, como de costumbre, Domingo y su familia se levantaron temprano, con la sola diferencia que el traje que llevaban todos era mas esmerado, tanto por su aseo cuanto por su calidad.

Marta y Mercedes vestian una basquiña negra de merino y un manto de la misma tela. Este traje, que se llama de iglesia, es comun en Chile a todas las clases y confunde todas las categorias sociales, pues desde la señora de la mas elevada alcurnia hasta la mujer del artesano, visten de la misma manera; así es que en la iglesia o en las festividades relijiosas es imposible conocerla, a no ser por cierto aire de distincion inimitable y por la fácil y elegante desenvoltura de las maneras que es peculiar a las clases elevadas y que probablemente es debida a la finura del trato y a la costumbre de mando en que han sido criadas desde la in-

fancia y que se demuestra en su andar y hasta en las ondulaciones graciosas de sus basquiñas.

Como acabamos de decirlo, Marta y Mercedes, con su traje de iglesia, se dispusieron para ir a misa, del mismo modo que Domingo y Enrique.

El jóven artesano, con su levita nuevo, su pantalon negro y su sombrero a la moda hubiera podido pasar por uno de nuestros elegantes, pues nada habia en él que revelase al obrero. Su aire desembarazado y sin la menor afectacion, tenia ese *cachet* de franca elegancia que es, se puede decir así, el tipo del hombre libre, culto y distinguido que carece de la necia presuncion de aquellos que se figuran que todo el mundo se ocupa de ellos, y que por lo mismo son ridículos y amanerados; sin embargo, la suave y severa fisonomia de este jóven, unida a cierta gravedad dulce, atraia las miradas de la muchedumbre, haciéndose notar tanto mas cuanto menos parecia que se ocupaban de él; es decir, cuanto mayor era su modestia; modestia que hacia un contraste singular con la petulante arrogancia de nuestros pisaverdes, tan presumidos como ignorantes, los que, si se pasean por las calles o van al templo los dias festivos, es solo con el único objeto de ser vistos.

Enrique era mui diferente; y nuestros presuntuosos y perfumados aristócratas hubieran tenido vergüenza de asimilarse a las maneras fáciles, sencillas y poco pretensiosas del artesano; pero todo observador imparcial, o diremos mas bien, toda persona de buen juicio, habria dado la preferencia a éste; porque la naturalidad y la modestia tienen un atractivo tanto mas irresistible, cuanto que los individuos que poseen estas virtudes parecen encerrar en su interior un fondo desconocido, una especie de misterio que nos empeñamos en penetrar, siendo éstos los caracteres que mas ganan a medida que mas se tratan, porque se aprecian mas mientras mas se conocen.

Perdónesenos estas lijeras digresiones; pero ya lo hemos

dicho: nuestro principal objeto no es tanto el narrar una historia cuanto el pintar nuestra sociedad para que se corrija de sus defectos; sin embargo, volveremos a tomar el hilo de los acontecimientos.

Vuelta de misa la familia del sarjento Lopez, éste se dirijió al cuarto de Teresa para informarse de su salud, y principalmente para hablar con Santiago y entregarle la pequeña suma que habia colectado en su casa.

Teresa se sentia bastante aliviada, por los cuidados de la familia de Lopez, la contemplacion de su hijo y el gusto de ver a Santiago correjido y atento a sus menores deseos, todo esto habia contribuido a restablecerla pronto. En efecto, la satisfaccion y contento interior es uno de los remedios mas eficaces y que nos mejoran con mayor rapidez; es, si se nos permite esta palabra, esa hijiene del alma que lleva su influencia benéfica hasta los miembros del cuerpo, siendo así como se esplica la parte activa que tienen en nuestra salud las afecciones morales y los cambios que en virtud de ellas se operan en nuestra constitucion física.

Cuando Domingo vió el estado de la enferma y el de su marido, presajió un feliz éxito; y dirijiéndose a Santiago, le dijo:

—Si no le es pensionoso, permítame usted oirme algunas palabras.

—Con el mayor gusto, señor, contestó el zapatero.

Ambos salieron de la habitacion.

X.

Despues de haberse dirijido los dos hombres a un punto apartado y desde el cual no podian ser oidos de nadie, Domingo dijo a su compañero:

—Lo he llamado a usted porque estoi al cabo de sus circunstancias. Sé cuán apuradas son éstas y que le impiden a usted el poder comenzar su trabajo. No es, amigo mio,

añadió el digno sarjento, una mera curiosidad la que me hace dar este paso, sino el deseo de serle hasta cierto punto útil.

—Señor Domingo, contestó el zapatero; conozco su bondad y estoi agradecido a sus favores.

—Mis favores no son muchos ni grandes, porque nuestras circunstancias no igualan a nuestros deseos; sin embargo, nosotros los pobres no tenemos grandes necesidades, y con mui poco llenamos éstas.

—Ya lo sé, señor, pero tambien es verdad que muchas veces nos encontramos imposibilitados para satisfacerlas.

—Rara vez, amigo mio; quizá nunca sucede lo que usted me dice, porque entre nosotros, el hombre que trabaja tiene siempre, si no de sobra, al menos con que vivir desahogadamente.

—Tiene usted razon, pero...

—Pero los vicios, hé aquí donde está el mal. Esta es la principal causa de nuestra misèria y de nuestra ignorancia; sin ellos, no tan solo nos seria fácil vivir, sino tambien instruirnos; y ya que no fuéramos nosotros los que pudiésemos gozar de esos beneficios, redundarian al menos en bien de nuestros hijos y no pasaria una jeneracion sin que se estableciese una reforma radical en nuestras costumbres ¡y no pasarian diez años, dijo el sarjento, conmovido, que el aspecto de nuestro pueblo, tan miserable y desdeñado hoi, seria considerado y respetado mañana!

—Es verdad, señor.

—Pues bien, amigo; usted es jóven, usted es padre, usted tiene buen corazon; de consiguiente, es preciso que usted se reforme por amor a su mujer, a su hijo y por respeto a usted mismo. Si usted quiere formar su familia, es necesario que principie por formarse usted. El ejemplo es la mejor escuela, la mas provechosa y quizá la única que podemos dar a nuestros hijos.

—¡Pero, señor, yo me hallo en la imposibilidad de principiar!

—Hé aquí donde queria yo venir. Sé que muchas veces esta dificultad, insuperable en algunas ocasiones, hace que seamos malos por una miseria forzosa. Sabiendo esto, mis hijos han juntado una pequeña suma, de que yo no soi nada mas que el portador.

Y Domingo estendió la mano para darle el dinero a Santiago.

—Señor! esto es demasiado! yo no puedo ni debo aceptar lo que no he ganado! dijo Santiago conmovido.

—No es una limosna la que le ofrezco a usted, sino una ayuda: es un préstamo que satisfará mas tarde; pues aun cuando mis hijos habian destinado para usted esta suma sin devolucion, yo he pensado ahora de otra manera; y como tengo poder jeneral, y Domingo se sonrió, puedo hacer lo que me parezca.

—En tal caso, señor, si esto es un préstamo, lo acepto, y lo acepto con gratitud.

—Es un préstamo; pero un préstamo distinto a todos los otros, porque no le pagará usted a quienes le dan ahora el dinero, sino a otras personas.

—¿Cómo puede ser esto? No lo comprendo.

—Nada mas sencillo, dijo Domingo con aire solemne: esta es una obra de caridad que deseo se perpetúe. Yo le presto a usted esta suma con la intencion de que la devuelva, no a mí ni a mi familia, sino que cuando usted encuentre a un desgraciado, que se halle como usted ahora, le preste el mismo dinero con la misma condicion que yo lo hago, y que ese a quien usted le presta se obligue a hacer otro tanto y asi sucesivamente.

—Señor! No solo acepto su proposicion, sino que la agradezco; y no solo la agradezco, sino que la admiro, porque comprendo hasta dónde puede llegar; y mi conducta posterior le probará a usted cuán sensible soi a sus beneficios.

—Nada para mí sino para mis hijos, pues ha de saber,

Santiago, que son ellos y principalmente Mercedes, los que han hecho todo.

—Ah! cuán buenos y jenerosos son!

—Sí, son buenos, respondió el sarjento Lopez, con esa sencillez propia de la conviccion y que mas bien demuestra modestia que no arrogancia y vanagloria. Sí, son buenos, continuó, y me hacen esperimentar un placer indecible. No puede figurarse, Santiago, la felicidad de que gozo con mis hijos! Ah! si les sucediera alguna desgracia... Los amo tanto!...

Y el rudo soldado se enterneció.

—Merece usted ser tan feliz... y Dios le premiará haciendo que ellos tambien lo sean.

—¡Qué mas premio quiere usted que tenga! Ya estoi mas que recompensado, estoi mas que satisfecho, porque estoi orgulloso de lo que son e indudablemente seguirán siendo.

Santiago callaba, e impresionado por esta tierna y patética felicidad, se despertaban en su alma sentimientos que nunca habia esperimentado.

Este ejemplo de tan elocuente sencillez obraba en él una revolucion dulce y benéfica, y era atraido, sin pensarlo, por el magnetismo de la virtud.

—Ahora, Santiago, continuó Domingo, usted puede ser tan feliz como yo lo soi. Un poco de trabajo, un poco de contraccion y el cumplimiento exacto del deber lo llevarán a usted hasta allí... y tendrá hijos virtuosos, gozándose en ellos como yo me gozo en los mios.

—Sí, esclamó Santiago, arrebatado por la elocuencia atractiva de la virtud: de hoi en adelante se lo prometo, se lo juro por usted, por mi mujer, por mi hijo, que seré diferente de lo que hasta aquí he sido; y que en vez de arrepentirse usted de su accion, tendrá motivos de congratularse. Señor Domingo, en esta ocasion solemne y que ha decidido de mi porvenir, no quiero ocultarle mis sentimientos. Pues bien: debo mas a sus palabras y a su ejemplo y a la condi-

cion con que me ha prestado el dinero, que a la suma que me ha entregado usted; pues si me hubiese dado mil pesos, quizá no me habria reformado como lo he conseguido con el espíritu de sus palabras, que me hacen esperar un dichoso porvenir. Lo único que puedo asegurarle es que trataré desde este momento de cumplir con mis obligaciones y de merecer su confianza y amistad, que estimo en tanto.

Domingo y Santiago se separaron mui contentos de sí mismos; pues el sarjento estaba satisfecho de su proceder y de sus resultados, y el zapatero de su futura manera de obrar y de los beneficios que esperaba le reportaria el órden, la economia y el trabajo en union de su mujer y de su hijo.

El Diezìocho de Setiembre.

I.

Este dia, célebre en los anales de nuestra historia, es festejado por todos con entusiasmo.

Desde las mas elevadas clases de la sociedad, hasta las mas humildes, esperimentan el mismo sentimiento cuando brilla a sus ojos el sol de setiembre...

Entre los pueblos de la América del Sud que formaban antiguamente las grandes colonias españolas, Chile se distingue por el patriotismo de sus hijos, que nunca ven llegar indiferentes el dia de su emancipacion.

En cualquier parte del mundo donde se encuentre un chileno, el *Diziocho de setiembre* no pasa para él desapercibido, y su cariñosa mirada se dirije hácia la patria; pues siempre hai en nuestra alma un recuerdo para el suelo que nos vió nacer, y nunca se deja de alzar una copa por su prosperidad.

Todas nuestras ciudades, en este dia, se visten de gala, y el tricolor de la libertad flamea por do quier. Hai una poesia que conmueve en el hecho de ver a un pueblo entero entregado a un solo recuerdo, movido por una sola idea y afectado por un mismo sentimiento.

Entre nosotros no son los hechos de armas ni las grandes batallas las que se celebran, sino la inauguracion de un principio, simpático para todo el mundo, pues es el principio de la independencia.

Los triunfos militares se pierden de la memoria de los pueblos, y solo quedan los acontecimientos consignados en la historia; pero la emancipacion de un pais vive siempre en palpitantes e imperecederos recuerdos, y sin necesidad de anales, se trasmite de jeneracion en jeneracion, de siglo en siglo, hasta la posteridad mas remota.

Nuestra historia es casi contemporánea, y todavia tenemos monumentos vivos de nuestra libertad... Todavia hai entre nosotros algunos héroes de nuestra independencia a quienes el pueblo acata como los gloriosos restos de su mayor gloria.

Esos nombres ilustres y esos recuerdos imperecederos pasan de boca en boca en el gran dia de la patria; y Santiago, que es la ciudad mas populosa y la capital de nuestra floreciente república, consagra espléndidas fiestas en su honor; y muchos dias antes de nuestro glorioso aniversario ya se ve afluir de las provincias un jentio inmenso, tomando nuestras calles y paseos una animacion y un aire de fiesta inusitado.

Los regocijos públicos principian el diez y siete de setiembre para concluir cuatro o cinco dias mas tarde; pero en este tiempo no solo se oye el bullicio del placer, sino que tambien se ven los adelantos morales e industriales del pueblo; pues, por una feliz idea de nuestros gobernantes, se han dedicado los dias de la patria para inaugurar las instituciones benéficas, para dar recompensas al trabajo, a la industria, al mérito bajo sus distintas formas, y para coronar la aplicacion y el estudio de nuestra juventud.

Es un cuadro verdaderamente grande, noble, imponente y sobre todo halagüeño y conmovedor, por las espectativas que nos ofrece el porvenir, el ver a esa multitud innumerable de niños que, en los sitios públicos, van a recibir en esos dias el premio de su aplicacion de manos de la mas alta autoridad!

Hai algo de poético, de sublime, de altamente civilizador

y patriótico, en esa union de los recuerdos de la libertad con los triunfos de la ciencia!

Hai algo de providencial en ver a la jeneracion que nace protejida por la otra que está en plena posesion de su fuerza; y esa infancia débil pero risueña y abierta a la esperanza, apoyada en el brazo de la virilidad, que aparta los obstáculos para que marche con facilidad en el sendero de la vida!

Esta es la impresion que nos ha causado siempre la vista de ese conmovedor espectáculo que presajia un dichoso porvenir para la patria, pues es el emblema de la civilizacion futura.

El diez y nueve de setiembre se consagra a una fiesta distinta. Las guardias cívicas de toda la provincia y los cuerpos del ejército acantonados en la capital, se dirijen al campo de Marte para hacer una parada militar, a la que pasa revista el Presidente de la República.

En este dia el jentio que cruza las avenidas de la Alameda y las calles que desembocan en el campo de Marte, es inmenso. Por todas partes se ven cabalgatas de jóvenes y de amazonas que manejan diestramente briosos corceles.

Las carretas con sus flemáticos bueyes tambien juegan su rol en estas festividades y contribuyen a aumentar el contento jeneral. Pocos años atras, la jente acomodada y elegante no se desdeñaba en emplear estos pesados vehículos, de que ahora solo el pueblo y las fondas o chinganas flotantes aprovechan.

Hai familias de artesanos que alquilan para este dia una carreta, la que, colocada desde temprano en la puerta de sus habitaciones, viene a ser el objeto de todos los cuidados de la alegre compañia que se dirije a la *pampilla*, y de las miradas envidiosas de los vecinos que no pueden ir a las fiestas.

El arreglo de la carreta no es una cosa tan sencilla como se cree; y si nuestros lectores recuerdan aquellos felices tiempos, no podrán menos de confesar que era un asunto

sério. Primeramente se sacaban los colchones de las camas y las alfombras de los estrados para ponerlas en el piso, y despues las almohadas para que las niñas se sentaran en blandura y en alguna elevacion. Las cortinas eran uno de los adornos mas importantes y que arreglaban de modo que presentasen el tricolor.

Una vez acomodada la carreta, se principia a echar dentro los comestibles, que van jeneralmente colocados en grandes canastos cubiertos con manteles o servilletas. En seguida se deja un lugar para la damajuana bien provista de chacolí, que desde la víspera se ha tenido el cuidado de comprar, practicando activas dilijencias para obtener el de mejor calidad; de suerte que por lo regular van a comprarlo a los padres de la Recoleta Domínica, cuya reputacion en este punto, como en el de santidad, es incontestable.

Libre ya la concurrencia de tan sérias ocupaciones, principian a subir al vehículo las niñas y los galanes, y la algazara se hace mayor, disputándose o cediéndose los lugares preferentes; al fin se deciden las mas buenas mocitas a tomar las puertas de la carreta en compañia de un galan que se pone en el pértigo y otro en la culata, siendo las viejas confinadas en el interior y en inmediato contacto con la damajuana y los comestibles, que se encargan de vijilar. Antes de *picarle a los bueyes*, se pide la vihuela, que ya está bien afinada o *templada*, como vulgarmente se dice, y el buque se hace a la vela, no sin que haya las recomendaciones de las dueños a los pocos que quedan en la casa para que tengan en su ausencia el cuidado de cerrar las puertas.

La animacion se hace jeneral, el entusiasmo de uno escita el entusiasmo de los otros, y no queda nadie a quien no se comunique, por mas frio y menos apasionado que en realidad sea.

Las carretas, marchando al mesurado paso de los bueyes, hacen oir desde el interior los acordes sonidos de las vihuelas y las arjentinas voces de las muchachas, que cantan aires

populares y principalmente nuestra picante zamacueca, con su cadencia monótona y animada a la vez.

Las carretas de venta y de paseo que llegan al campo de Marte tienen determinados de antemano los lugares en que deben colocarse, formando anchas calles para facilitar la libre circulacion de los paseantes. Una vez tomado el sitio, se desempertigan los bueyes, se sacan los comestibles, que regularmente consisten en fiambres y un cordero asado que se comienza a preparar allí mismo. Las alfombras que venian en el interior de la carreta se estienden sobre la verde yerba y entonces principia el canto y el baile.

Muchos paseantes de a pié y de a caballo y aun de carruajes circulan por aquellas improvisadas calles, ya buscando sus conocidos, ya parándose a ver bailar una zamacueca, reinando la mayor cordialidad; y una espansiva y abierta franqueza los une a todos, pues hasta las distinciones sociales casi desaparecen en este recinto, donde tiene la preferencia, al menos por un dia, la gracia y la belleza.

La tirantez de la etiqueta se olvida por algunas horas, hasta el punto de hacer alarde de popularidad, no siendo estraño en estos momentos ver algun presumido dandy con una troncha de pavo en una mano y sobre la que hinca sus dientes de una manera furibunda, sin hacer uso ni del tenedor ni del cuchillo, que, en estos casos, se proscriben casi completamente. Despues se destapan las botellas, y el burdeos, el oporto, el jerez, el champaña, la cerveza, el chacolí, son servidos con abundancia e indistintamente, brindándolos a todo el mundo, porque no es preciso haber frecuentado mucho a las personas para introducirse en este dia, pues basta un lijero conocimiento para ser admitido con cordialidad en esos círculos, cuyo salon de recibo es la culata de una carreta y cuyas poltronas consisten únicamente en el verde tapiz de la simple naturaleza.

En jeneral, los concurrentes no se detienen mucho en ningun lugar, sino que pasan de uno a otro círculo, saludando

aquí y allí y recibiendo en todas partes un convite franco, acompañado por lo regular de una copa de vino o de un vaso de espumante cerveza, que es aceptado sin ceremonia, brillando en todos los semblantes la alegria; y los dichos agudos, las risas, los brindis acalorados y entusiastas dirijidos a la patria, a la belleza, a la amistad, al amor, a las glorias y gustos pasados, se oyen por do quier.

Las amazonas y los jinetes acercan sus corceles y hacen círculos, ya sea para oir los dulces y melodiosos acentos de una cancioncilla graciosa, o los movimientos modestos y provocativos de una zamacueca, cuya pareja es animada por los gritos de los concurrentes y por los palmoteos que siguen las cadencias del baile. Aquí es preciso notar el empeño que ponen los espectadores para llegar a colocarse en primera fila. Los jadeantes corceles aplican sus poderosos pechos instigados por la espuela del jinete para desalojar a los que le estorban el paso, y esta es una lucha encarnizada donde sale triunfante la destreza y la fuerza, tanto del que dirije al animal como de éste mismo, y esta lucha semibárbara es considerada como una diversion.

Hemos trazado a la lijera y pintado sin colorido las diversiones públicas que tienen lugar en los dias de la patria, dejando de narrar muchas otras que llaman tambien la atencion del pueblo y que contribuyen a la admiracion jeneral, tales como los fuegos, los bailes, la parada militar, las carreras de caballos, el palo ensebado y mil otras distracciones que completan nuestras festividades y regocijos nacionales.

Hoi las diversiones, sin dejar de ser poco mas o menos las mismas, sin dejar de existir igual o mayor entusiasmo, se han modificado en parte; pero nosotros, que escribimos en el año de 1869, hablamos de las costumbres de 1850, época de los acontecimientos de esta historia, hácia cuyos personajes volvemos a llamar la atencion del lector.

II.

Segun el plan que habia combinado el viejo sarjento, éste y su familia, despues de haber tomado un frugal desayuno, se dirijieron a la Alameda para ver desfilar las tropas, diversion que causaba a Domingo un vivo placer, pues le traia los recuerdos de su juventud, pareciéndole que aun formaba una parte activa en esos batallones, de los que era ahora simple espectador.

No teniendo mas que ver en la Alameda, el sarjento Lopez y su familia se dirijieron al campo de Marte, caminando tras el último batallon que formaba la retaguardia.

Una vez llegados a la *pampilla*, y como no tenian plan determinado ni iban a visitar a ningun conocido, encaminaron sus pasos al acaso, parándose de vez en cuando en los grupos que se formaban, con objeto de ver bailar.

Enrique y Mercedes estaban contentos. Para sus jóvenes corazones todo era un motivo de admiracion y de alegria; pues, inocentes y sencillos, recibian impresiones desconocidas pero gratas, y el torbellino de jente como la jeneral algazara, causaban en ellos una especie de fascinacion, tanto mas deliciosa cuanto mas nueva era.

Enrique miraba con avidez, y sin darse cuenta de ello, las graciosas mujeres que ya a pié o ya en sus carruajes iban y venian en todas direcciones; y las mejillas de Mercedes estaban animadas de un rosado carmin, porque con bastante frecuencia oia decir a su lado: ¡qué hermosa niña!... y el rubor cubria su frente, dando mayor realce a sus hechizos esa tímida ignorancia que se traslucia en toda ella. Sus hermosos ojos se bajaban sumisos sin atreverse a mirar a las personas que le habian dirijido aquel elojio, y que a pesar suyo hacian palpitar su corazon de vírjen...y por un movimiento instintivo apretaba el brazo de su hermano, como buscando apoyo o refujio.

¡Qué linda pareja! esclamaron, con dulce y femenina voz, de un coche que estaba situado cerca de ellos. Enrique y Mercedes volvieron la cara como para buscar las personas a quienes se diria aquella esclamacion; pero viendo que eran ellos a los que miraban, bajaron sus cabezas como confusos y avergonzados; sin embargo, Enrique volvió a levantar la vista, y sus ojos se encontraron con los de la señorita del coche, que continuó mirándolo sin inmutarse. Enrique sintió entonces como una sensacion de frio... Su sangre afluyó al corazon y se puso pálido, deteniéndose como si un poder invisible paralizase sus movimientos, o como si se encontrase bajo la influencia de un magnetismo irresistible. Aquella mirada ardiente y fija lo fascinaba; pero era una fascinacion deliciosa, casi divina; era esa especie de éstasis en que el hombre, absorvido por un pensamiento único o por una impresion profunda, no se da cuenta de su existencia y de sus actos, desapareciendo hasta la conciencia de su ser, pues ignora si vive.

—¿Qué haces Enrique? le dijo su padre, viéndolo parado.

A esta voz, el jóven volvió en sí como si despertase de un sueño o saliese de un letargo.

—Nada, padre mio, le respondió; pero creia que nos habiamos detenido todos.

—No tal; sin embargo, si te parece, podemos descansar un momento.

—Está bien.

Por su parte, la señorita del coche habia bajado su vista, y sin dirijirla a ningun lado, parecia tambien absorta en una meditacion profunda. ¿Qué pensamientos atravesaban en ese instante por aquella frente hermosa? No lo sabemos.

Viéndose libre Enrique por un momento del imperio irresistible de aquella mirada, pudo a su vez contemplar a la jóven por algunos instantes, y sus ojos, inmóviles y dirijidos a un solo punto, parecian devorar los atractivos de la aristocrática belleza.

Mercedes, apoyándose en el brazo de su hermano y sin notar su actitud, le dijo:

—Mira, Enrique, a esa señorita del coche: ¡qué hermosa es! ¿no es verdad?

—Ah! sí, mui hermosa...

—¿Pero no la encuentras mui pálida?

—¡Pálida!.. Es cierto; pero esa palidez la hace todavia mas linda... mas encantadora!..

—¡Por Dios, Enrique! Advierte que nos está mirando.... vuelve tu cara hácia otro lado!

Pero el jóven ya no oia a su hermana, sino que era presa de un nuevo alucinamiento, volvia a esperimentar la misma fascinacion anterior. Los hermosos y brillantes ojos de la desconocida beldad operaban sobre todo su ser el mismo fenómeno que momentos antes habia sentido... Enrique seguia silencioso...

La partida del carruaje vino a sacarlo bruscamente de su alucinamiento mental, e instintivamente llevó su mano al corazon como para comprimirlo, pues habia sentido un dolor agudo al ver desaparecer la vision celestial que lo arrobara un instante y a la cual talvez no volveria a ver mas.

Sin embargo, al partir el coche, ya fuese efecto de la alucinacion en que se encontraba, o ya fuese realidad, él creyó distinguir como un movimiento imperceptible de cabeza que parecia significar un saludo o un adios.

Enrique siguió con la vista aquel carruaje, que, tirado por dos hermosos caballos tordillos, se alejaba con rapidez, y solo la separó de aquel punto cuando otros coches y grupos de jentes impedian distinguirlo.

Entonces le pareció a Enrique sentir una especie de desfallecimiento, como si le hubiera abandonado alguna parte de su vigor o de su vida... Creia encontrarse solo y abatido, y el movimiento mismo que se operaba a su alrededor no lo arrancaba de su postracion.

Hai muchas veces en la naturaleza impresiones súbi-

tas, simpatias profundas, magnetismos irresistibles, fluidos eléctricos que se comunican y que obran lo mismo que el galvanismo, sobre todo en individuos puros, vírjenes, fuerte!

A nosotros nos parecen exajerados estos sentimientos, porque nuestros cuerpos y nuestras almas, debilitadas desde temprano por el vicio precoz y por la ambicion rastrera, han perdido su fuerza y su resorte. La savia que la fecundaba se ha estinguido; y ya no se concibe el cariño, ya no se eleva el pensamiento a las altas rejiones del idealismo!... Todo es ahora cálculo y miseria, y nuestras naturalezas dejeneradas no se mueven sino al interes!... ¿Qué estraño entonces que neguemos los éstasis de la pasion que nace, si somos incapaces de sentirla? ¿Cómo concebir lo que no se esperimenta? ¿Cómo apreciar lo que no se conoce? Mas fácil se á afirmar que no existe que confesar nuestra impotencia; y esto es lo que sucederá respecto a la súbita pasion de Enrique.

III.

Mientras esperimentaba esto el jóven obrero, su hermana Mercedes era el blanco de las ávidas miradas de varios jóvenes que caracoleaban al rededor, pero a quienes contenia la imponente fisonomia del viejo sarjento, que, con sus condecoraciones al pecho en su traje medio militar y medio paisano, infundia respeto y talvez temor.

Sin embargo, a poca distancia de donde ellos se encontraban, se habian colocado algunos jinetes montados en ricos caballos y que por el traje y maneras era fácil conocer que pertenecian a la primera sociedad. Uno de estos jóvenes, que parecia ejercer cierta especie de dominacion sobre los demas, miraba con fijeza a Mercedes, sin prestar oido a la conversacion de sus compañeros.

Al cabo de un momento este mismo jóven dijo a sus camaradas:—Hasta la vista, caballeros.

—¿Te vas? le preguntó uno de ellos, mientras los otros le decian adios con la mano.

—Sí; pero si quieres acompañarme te prometo que haremos un descubrimiento magnífico.

—Con mucho gusto; y largó su caballo en direccion del que lo habia convidado.

Perdiéronse los dos jóvenes entre la muchedumbre; pero el primero no apartaba su vista de un punto, o mas bien, volvia la cabeza a cada instante.

—Parece que buscas algo? le dijo el otro, notando la preocupacion de su amigo.

—Indudablemente. Temo perder de vista la muchacha mas linda que he visto en mi vida.

—Siempre aficionado, Guillermo!...

—Por supuesto! pero para esto no se necesita ser aficionado: esa niña seria capaz de enloquecer a un santo! Mira, Emilio, dijo Guillermo a su compañero, señalándole un grupo.

—En efecto: es encantadora; ¡qué ojos de lince tienes!

—Nada mas natural, querido amigo, porque las mujeres son mi placer favorito.

—Entonces no llegarás jamas a casarte?

—Me case o no ¡qué importa! ¿Se pierde o no por esto la aficion? El hombre con el ejercicio refina el gusto; y asi como el gastrónomo sabe apreciar un esquisito bocado y descubre al solo sentimiento del olfato sus cualidades apetitosas, asi el enamorado conoce a un solo golpe de vista lo que es bueno respecto a mujeres. Tanto el uno como el otro no se dejan engañar por las apariencias y pueden descubrir las virtudes y defectos secretos de que adolecen: si no fuera así, ¿cómo crees que el gastrónomo saborease con gusto un guiso, ni que el enamorado combinase los planes de un ataque que le ha de procurar una deliciosa victoria?

—Vaya! Parece que tú has hecho un estudio profundo de la materia.

—Y por qué no? Pero antes de entrar en esplicaciones, talvez impropias para este sitio, aunque no para las circunstancias, pues estoi viendo ese rostro anjelical que me inspira; antes de entrar en esplicaciones, te digo, tomemos aquel lugar, desde donde podemos examinar hasta los menores movimientos de esa jóven, pues me he propuesto saber quién es y dónde vive, porque yo no abandono tan fácilmente una buena presa.

Y como si la familia Lopez hubiese tenido intencion de cumplir los deseos de ambos jóvenes, pidió el sarjento unos cuantos asientos en una carreta que estaba vecina a ellos; y sacando sus provisiones, principió a hacer la reparticion de los comestibles, tomando primeramente un buen vaso de vino como para llamar el apetito, que, en verdad, no necesitaba estímulos, pues, con la larga andanza, su estómago lo pedia con urjencia.

—A las mil maravillas! dijo Guillermo. Parece que el viejo militar hubiera adivinado nuestros buenos deseos.

—Ahora que estamos tranquilos, repuso Emilio, y que tienes la seguridad de que no se te vuele el pajarito, dime ¿cómo es ese estudio profundo que has hecho sobre el amor?

—Yo, amigo mio, y esto te lo digo a tí, porque tengo plena confianza y porque sé que jamas me has de traicionar, pues me debes mucho y me deberás todavia mas si te procuro lo que ambicionas; yo, repito, he analizado todos los sentimientos. Yo he hecho una anatomia, una especie de autopsia, si me es dado emplear esta palabra médica, de los secretos del corazon de la mujer, de sus móviles, como de lo que los estimula, de sus virtudes como de sus vicios, de sus heroicidades como de sus flaquezas; y asi como otros dedican toda su atencion a la química, a la botánica, a la astronomia, a la matemática, a la medicina, a las leyes, así yo he sondeado ese piélago inmenso que se llama el corazon de la mujer, y en el cual el vulgo se pierde, siendo víctima de sus engaños o no sabiendo apreciar sus virtudes.

—¡Buen estudio has hecho! A fé que no se requieren grandes conocimientos ni grande aplicacion para aprender tan decantada ciencia!

—Te equivocas medio a medio. La ciencia del verdadero enamorado es una ciencia mas difícil de lo que parece a primera vista. Podeis contar en el mundo muchos matemáticos, muchos teólogos, muchos jurisconsultos, muchos astrónomos, muchos mecánicos, pero no hallareis muchos Lovelaces! No, amigo mio; esto es raro, y es preciso no tan solo haber nacido con una fineza esquisita, con un tacto delicado, con una sensibilidad sutil, ardiente, apasionada, fuerte y flexible a la vez, sino que tambien es necesario haberla practicado, y lo que es todavia mas difícil, el haberse preservado de la mania de jeneralizar, que muchas veces pierde a los mas diestros.

En las ciencias hai principios fijos, hai axiomas, hai máximas invariables que señalan, con mas o menos precision, el sendero que uno debe seguir para obtener su objeto; pero en la mujer es todo diferente. Nada hai en ella que se pueda clasificar; cada una es una escepcion y una cosa distinta: y yo no he visto nada de mas ridículo que esas reglas infalibles de los enamorados de baja lei. Nécios! creen conocer a la mujer cuando han tenido dos o tres intrigas vulgares! cuando han aprendido algunas cuantas reglas de cortesia trivial! cuando poseen una cascarilla de buen tono que mas la deben a la costumbre de la sociedad en que han vivido que al análisis de sus actos y de sus pensamientos! En verdad, me dan lástima esos don Juanes tan presumidos como ignorantes.

—Nunca habia yo pensado que se necesitase de tantas reglas para conquistar a una mujer.

—Tú no eres otra cosa que un pobre presumido!

—Pero en fin, cuando se habla de una o de dos...

—Yo no quiero hablar de una o de dos; y aun en estas solas puede encontrarse un escollo insuperable. Pero quiero

hablar de la ciencia... quiero esplicarte el difícil rol de enamorado, que ustedes no han visto sino por la superficie, sin llegar jamas a comprender su profundidad. Voi a esplicarme; para obtener felices resultados (no hablo de casos estraordinarios) se necesita, no diré reglas, porque todas son falibles; se necesita cambiar de formas como otro Proteo; y lo que es mas, saber ser siempre natural en todas ellas: porque si en alguna ocasion os deslizais un ápice, la perspicacia instintiva de la mujer la advierte del engaño, y desde ese momento estais perdido, contribuyendo todo a vuestra ruina, o lo que es igual, a vuestra esclavitud, pues llegareis a ser el esclavo de la que habeis pretendido dominar.

—Pues ¿cómo debemos conducirnos entónces?

—Estudiando primero el terreno, estudiando primero el carácter: y antes de todo, estudiándose a sí mismo para conocer si uno es bastante dueño de su yó: porque de otra manera, todo está perdido; y para alcanzar el triunfo, es necesario la derrota: el matrimonio!..

—Qué diablos! Tú tienes una manera estraña de esplicarte.

—Tú eres el estúpido, mi querido amigo; pero para que me comprendas, voi a ser mas esplícito:

Si pretendes seducir a una romántica, es necesario que sepas idealizarte; que des a tus miradas una espresion contemplativa y tierna, y a tu semblante un aire de éstasis vago e indefinido, así como tus palabras, por mas vulgares que ellas sean, sepan encontrar un cierto tinte de poesia y de misterio a la vez.

Si tratas con una devota, es preciso aparecer santulon: la cara debe estar siempre representando el dolor y sufrimiento resignado, la misericordia y la compasion por los pecados de los otros, el respeto por las prácticas relijiosas y por los ministros del altar, hablando de vez en cuando de los milagros, del poder de la gracia, de la eficacia del sacramento de la confesion; pero no de manera que te vayan a tomar

por un santo y crean tu castillo de virtud inespugnable, no: es preciso dejar algunas brechas para que ellas vengan por sí solas al asalto y puedan persuadirse que son gratas a la Divinidad si consiguen afianzar, por medio del amor, un corazon tan bien dispuesto de antemano y el que seria una lástima que fuera a ser conquistado por una de esas incrédulas que por desgracia principian a ser tan frecuentes en nuestra sociedad: hé aquí el modo de raciocinar de la beata; y cuenta de seguro que el confesor la apoyará en sus miras, haciendo cuanto él pueda para asegurar sus planes.

Ahora, si tiendes vuestras redes a una literata o a una filósofa, debes aparecer con un aspecto sério, meditabundo, pero tambien entusiasta; debes hablar de política, de sociabilidad, de economia, de literatura, apoyando tus discursos con citas adecuadas de los grandes autores, tales como Rousseau y Voltaire, Fourrier y San Simon, Smith y Say, Byron, Lamartine, Espronceda, atacándolos o defendiéndolos, segun sea el jiro de ideas que dominan en tu bella. Debes entusiasmarte al hablar de las pájinas ardientes y apasionadas de la Nueva Eloisa, para que ella vea que comprendes al mismo tiempo los fuegos del amor y los sublimes secretos de la filosofia y del pensamiento.

Pero si es una coqueta la que te ocupa, todavia es necesario mas arte, mas destreza, mas imajinacion; porque, de todas las mujeres, esta es la mas peligrosa al mismo tiempo que la mas difícil; pero al fin los obstáculos se vencen cuando uno ha llegado a ser siempre dueño de sí mismo: y en ningun caso mas que en éste necesitarás la lucidez de tu entendimiento, la posesion absoluta de tus facultades para estar preparado para el ataque y la defensa. Es preciso ser, con esta especie de mujeres, lijero y reflexivo, indiferente y apasionado, altanero y humilde, siguiéndolas en toda la volubilidad de sus caprichos, ya aparentando ceder, ya resistiendo, sin jamas dejarte dominar; pues, acostumbradas a vencer, tu superioridad escitará su orgullo, y vendrá por

fin a ser derrotada por vanidad, único sentimiento que domina en esta clase de mujeres, cuyo corazon está exento de la afeccion que aparentan, pues en fuerza de finjir el cariño han llegado a estinguirlo.

—Parece, querido amigo, que has hecho un estudio prolijo de la mujer.

—Y sin embargo, no estoi sino en los primeros rudimentos de la ciencia; pues lo que te he dicho no son reglas: son simplemente nociones sujetas a mil cambios, a mil accidentes que se modifican hasta el infinito, siendo imposible el clasificarlos; y en las pocas categorias que te he citado, hai todavia muchísimas clases de tintes mas o menos subidos que es necesario tener en cuenta y saber apreciar; y esta apreciacion no se obtiene jamas sin un profundo conocimiento del corazon, a que todo el mundo no alcanza.

—Al que llegan mui pocos, deberias decir, Guillermo; pero hablemos de esa encantadora muchacha que te ha llamado la atencion y por la que estamos aquí en acecho.

—De veras que esa niña tiene una fisonomia anjelical, dijo Guillermo, fijando en Mercedes una ardiente mirada.

—¿Y qué piensas de sus cualidades, ya que tu ciencia debe hacerte fisonomista?

—En ese semblante se puede leer como en un libro abierto: esa niña tiene una alma vírjen, sencilla y que no conoce todavia el engaño.

—Eso se está viendo y no es preciso ser mui perspicaz para adivinarlo. Por otra parte, su edad lo manifiesta demasiado.

—Es verdad, pero su mirada demuestra la intelijencia, la elevacion y la sensibilidad. Sus movimientos señalan nobleza; su vestido manifiesta ese gusto natural que caracteriza a pocas mujeres y que prueba mucho en favor de la que lo posee. Oh! esa niña es divina, esclamó Guillermo, mirándola nuevamente y con ojos mas apasionados. Ve como sube a sus mejillas ese rubor delicioso, ahora que se ha apercibido

que nos fijamos en ella. ¿Sabes lo que es el rubor, Emilio? El rubor es la túnica virjinal de que está cubierta la inocencia.... es el manjar mas esquisito... las doradas primicias con todo su vigor, con toda su sávia, con toda su naturalidad... ¡Capuz hermoso que cubre a la belleza y que al abrirse despide una fragancia que embriaga!.. ¡Si supieras cuánta delicia hai en imprimir el primer beso en esos labios descoloridos por la emocion y ardientes por el deseo! De esos labios que tiemblan y que os abrasan! ¡Oh, eso es divino! La electricidad se comunica hasta la médola de los huesos, y se siente uno desfallecer en la felicidad... morir en el deleite!.. Esa mujer ha de ser mia, lo juro, esclamó Guillermo entusiasmado, casi fuera de sí.

—Pero hombre! ¿qué significa esa pasion loca por una persona que apenas has visto?

—He visto mas de lo que tú piensas... he visto una dicha que tú no concibes.

—Entonces, ¿ya no piensas en casarte, como me lo habias dicho?

—Eres un niño: ¿lo uno impide acaso lo otro?

—Está bien; pero Luisa no es digna de la suerte que le preparas!.. Hermosa, espiritual, altiva, rica, es el partido mas brillante de todo Santiago, y la creo capaz, y la creo digna de fijar por sí sola al hombre mas inconstante, y de hacer virtuoso por medio del deleite, al mas calavera de entre nosotros! ¿Qué se puede desear poseyendo a esa mujer? Te lo confieso francamente: envidio tu suerte, y creémelo, Guillermo, no soi yo solo quien esperimenta este sentimiento, sino todos los jóvenes de nuestra sociedad. Luisa Valdes es la reina de nuestros círculos y la desesperacion de sus rivales, a quienes ella mira con esa majestad sin afectacion, que no es desprecio sino superioridad; que no desdeña, sino que domina sin pensarlo y talvez sin quererlo... ¿No has advertido cuán pequeñas son a su lado las demas mujeres? Guillermo: si quieres escuchar un consejo de amigo,

debes no pensar en otra cosa que en agradar a Luisa y desplegar a sus ojos el brillo de tus cualidades, realmente fascinadoras.

—Para todo hai tiempo. Es preciso, ¿me entiendes? es preciso que yo sea primeramente dueño de esta muchacha. Cada vez que la miro, mas me persuado del mérito que encierra y de los tesoros que oculta. Cualquiera que sea su posicion, este no es un triunfo vulgar.

—Pero hombre! El amor de Luisa debe ser de una voluptuosidad divina, de un encanto irresistible, sobrenatural: debe haber un deleite inefable en poseer los secretos, la confianza injénua y elevada de esa alma noble; en dominar esa altivez que a nadie humilla, pero cuya superioridad se reconoce; en enseñorearse de su mente y subir con ella a las altas rejiones del idealismo y del amor mas puro, mas virjinal, mas entusiasta!

—Mira, voi a ser franco contigo: tú sabes los compromisos que me ligan a la madre de Luisa. Sabes que mi enlace con ella es una cosa convenida entre nuestras familias; que estoi comprometido por mi palabra y que los intereses de fortuna tambien me arrastran. Te diré mas: este enlace debe efectuarse sin remedio, pues es el único modo de arreglar un pleito de muchísima trascendencia. Por otra parte, yo no desconozco el mérito real de Luisa: aprecio en todo su valor la elevacion de su espíritu y esa dignidad que impone al mismo tiempo que cautiva; pero, te lo confieso, esa mujer no me quiere. Toda mi táctica, toda mi astucia, toda esa seduccion que me conoces y a la que ninguna ha resistido ni resiste, va a estrellarse ante Luisa como ante un muro, no diré de bronce, sino de nieve; porque no es la resistencia la que se me opone, sino la frialdad!.. mientras que ésta me amará con delirio, dijo Guillermo, mirando a Mercedes...

—Pero esa frialdad se vence con la constancia y con el cariño. No podemos ser tan exijentes que baste el presentarnos para triunfar.

—Ya lo sé. Mi amor propio o mi vanidad, como quieras llamar las cosas, no llega hasta ese punto; y ademas, no es éste tampoco el caso en que yo me encuentro, pues no es la primera ocasion que me presento a Luisa, sino que la conozco desde la infancia; pero en estos últimos tiempos me he consagrado a estudiarla detenidamente y he encontrado siempre una frialdad glacial, contra la que he luchado, pero de la que no he podido triunfar. Momentos antes te decia: "el corazon de la mujer tiene secretos impenetrables y cada una de ellas es una escepcion, una unidad distinta de las otras, que necesita un sistema aparte y un ataque particular. Puede ser que yo dé al fin con el flaco de Luisa, que descubra el punto vulnerable, ¡y entonces! esa mujer será mia... Entonces doblegará esa altivez que me humilla, esa frialdad que me irrita, y a su turno se encontrará vencida... Sé que la he de poseer; pero no es tanto su posesion la que pretendo, cuanto su derrota la que necesito...

Y estas últimas palabras fueron pronunciadas por Guillermo con un tono que demostraba claramente rabia y despecho.

—Quizá Luisa tiene alguna pasion, algun cariño oculto que no has descubierto y que obra en ella de un modo mas fuerte por el misterio mismo de que se rodea, le replicó Emilio.

—A este respecto estoi mui tranquilo. Hasta la fecha sé que no ha amado a nadie, y ese secreto no se habria escapado a mi vista si hubiera realmente existido. Por otra parte, yo conozco todas las personas que frecuentan su casa: conozco el círculo de jóvenes que la rodea, y entre ellos no hai ninguno que pueda llamar la atencion de Luisa, no digo despertar un sentimiento mas tierno; pero es sobre todo en su frente donde se descubre la serenidad de su alma, porque esa fisonomia franca y altiva es un libro abierto en que se pueden leer de corrido las impresiones que se sucedan. Ademas, el carácter de Luisa es de un temple tal, que

no se tomaria jamas la pena de ocultar su cariño, en caso que lo esperimentara. Esa mujer está vaciada en un molde distinto; ella no participa de las pueriles preocupaciones de su sexo. Su franqueza misma constituye su fuerza. No oculta nada, y sin embargo es reservada; pero su reserva no es por sistema ni por cálculo, sino el resultado de instintos nobles y naturales; de consiguiente, estoi seguro que jamas ha amado, porque, si esa pasion la dominara, lo conoceria yo inmediatamente.

—Guillermo! tú haces la pintura mas interesante de Luisa, talvez sin quererlo; porque si no me engaño, tus palabras tienen algo de duro, y en la alabanza misma que haces de sus cualidades, hai un no *sé qué* de lacerante y de...

—No quiero ocultártelo: la amo y la aborrezco alternativamente.... La admiro y la temo.... Es la sola mujer que haya movido un tanto mi corazon helado; pero no, dijo Guillermo, como si le viniese a la mente un recuerdo, no; esta muchacha, señalando a Mercedes, me ha impresionado tambien; y cuando a primera vista he esperimentado esta especie de sacudimiento eléctrico, es señal inequívoca de que me esperan dulces impresiones.

En este momento se disponia la familia Lopez a marchar, lo cual interrumpió la conversacion de los dos amigos; y Guillermo, llamando a su criado, que se encontraba a poca distancia, le dijo:

—¿Ves aquellas cuatro personas?

—¿Cuáles, señor?

—Aquel militar que lleva unas medallas al pecho, y que va acompañado de una vieja y dos jóvenes.

—Sí, señor.

—Pues bien, es necesario que te informes dónde viven.

—Las seguiré como su sombra.

—Veo que eres un muchacho intelijente y estoi contento de tus servicios. Toma este escudo, y si esta noche me traes una noticia segura, te recompensaré mejor.

—Esté su merced seguro de ello.

—Bien, ya te he dicho que estoi contento de tus servicios; pero atiéndeme, Tomas: si por casualidad, por descuido, por pereza o por cualquier otro motivo no llegaras a traerme esta noche misma noticias de la habitacion de esa muchacha y de cuantos informes puedas proporcionarte, relativamente a su calidad, a su vida, a sus recursos, etc., te despido en el acto; ¿entiendes?

—Sí, señor, y puede su merced contar conmigo; pero solo respondo de saber la casa, porque en cuanto a los otros encargos no sé si los podré cumplir; pero trataré de hacerlo.

—Está bien, pero anda lijero, antes que se pierdan de vista.

Y Guillermo partió con su amigo Emilio para dar la última vuelta al campo de Marte.

La catástrofe.

I.

Era la tarde, y el sol marchaba hácia su ocaso, cuando Domingo Lopez y su pobre pero interesante familia se pusieron en marcha para volver a la ciudad.

Distraidos por las fiestas, el bullicio y la novedad del espectáculo, no esperimentaban el menor cansancio, a pesar del ejercicio estraordinario que habian hecho durante el dia.

Solo Enrique estaba pensativo. Su imajinacion no podia apartarse de aquella aparicion celeste que pocos momentos antes se le habia presentado y que ahora no era para él otra cosa que una ilusion o un sueño. Su pecho se oprimia, y la reflexion triste y descarnada de su estado, le hacia, quizá por la primera vez, reflexionar sobre las desigualdades sociales. ¡Aquella señorita que habia visto era probablemente rica y aristócrata... y él!... nada mas que un infeliz proletario sin fortuna y sin nombre!—y un despecho vago, incierto y sin objeto, pero triste y doloroso, se apoderó de Enrique, y el pobre jóven, poco antes tan alegre, marchaba sin decir palabra!...

—Sabes, Enrique, que te desconozco? le dijo Mercedes. Esta mañana estabas alegre, conversador, risueño, me hacias notar todas las cosas, divirtiéndome tus observaciones; mientras que ahora, cabizbajo y meditabundo, no me dices nada y pareces indiferente a todo; ¿qué te ha sucedido? dímelo.

—Me parece que no nos hemos apartado en todo el dia;

de consiguiente, nada puede haber ocurrido que tú no lo supieses.

—Pero, en fin, ¿no eres el mismo de esta mañana?

—Ah! esclamó Enrique dirijiéndose a su hermana, y sin responder a la observacion que le hiciera ésta; mira aquellos jinetes! qué hermosos caballos! Esos jóvenes deben ser ricos!

Esta última palabra fué pronunciada con una entonacion de voz tan estraña, que chocó fuertemente a Mercedes, no pudiendo menos de decirle:

—Cómo, Enrique, ¿tienes acaso envidia de la fortuna de los otros?

—Envidia, no, Mercedes; no es esta la palabra que debieras emplear, porque no es mi pensamiento; pero desearia tener su fortuna.

—Es estraño; jamas te habia oido hablar así.

—Cierto; pero uno cambia de ideas segun las impresiones que recibe.

—¿Pero qué impresiones pueden haber obrado en tí tan repentina transformacion?

—Dime, Mercedes, continuó el jóven sin contestar a su hermana: ¿no te gustaria a tí venir ahora en uno de esos elegantes carruajes, ser saludada de todo el mundo, obsequiada de los jóvenes, y...

—Qué ideas! Ni por la imajinacion se me habian pasado semejantes deseos; ¿no somos acaso felices en nuestra humilde posicion?

—Pero en ella nunca podremos obtener cuanto apetezcamos.

—¿Y para qué llevar sus aspiraciones mas allá de sus medios?

—¿Y cuando no es uno dueño de esas aspiraciones, cuando ellas se aparecen sin pensarlo y sin quererlo?

—Se combaten. ¿Qué se avanza con desear lo que no se puede obtener? Me parece que esto no seria otra cosa que

añadir un martirio a la existencia, sin operar por esto un cambio. Yo, hermano mio, aunque sin esperiencia y solo por un instinto interior que me guia, creo no ver en esos sentimientos de ambicion mas que una pérdida.

—Pero, supongamos, por ejemplo, que uno de esos jóvenes...

Enrique cortó la frase, arrepentido y pensando que habia ido demasiado lejos.

—Continúa, Enrique, porque no te comprendo. Lo único que puedo decirte es que me haces mal con tus palabras, y que debes combatir esos pensamientos que ahora te ocupan.

—Querida Mercedes, tus razones son poderosas, tienes un juicio recto, al que es preciso ceder. Ah! Mercedes, añadió Enrique como respondiendo a lo que pasaba en su interior. Si yo fuera rico, cuán feliz serias! Cómo estaria orgulloso con verte festejada y adorada de todos!.. Tú eres digna de una suerte brillante; y sin embargo, vivirás oscura... talvez abandonada!...

—Por Dios, Enrique, no pienses así; ¿tengo yo acaso otro deseo que el vivir y morir con vosotros? Estamos contentos, satisfechos, felices; ¿por qué no darle gracias a Dios de nuestro estado? ¿Por qué turbar nuestra tranquilidad con vanos deseos? Mira, Enrique: esto me parece falta de gratitud hácia la Providencia, que nos colma de beneficios.

—Pobre y sensible niña! dijo Enrique para sí mismo, pero sin pronunciar una palabra; y continuaron su camino silenciosos y mustios, pero cada cual entregado a sus reflexiones.

No hai cosa que haga madurar mas luego el juicio, no hai cosa que trasforme al jóven en hombre, como las pasiones. Cuando uno no las ha esperimentado, se puede decir que aun no ha vivido y que solo la mas imperceptible faz de la existencia es la que apercibimos; pero cuando ese huracan temible, necesario y talvez saludable se desencadena, entonces el hombre entra a penetrar en nuevos horizontes, recorriendo rejiones que no habia soñado todavia. Todo se anima

a su vista, todo toma nuevo aspecto, y su entendimiento trabaja por resolver los problemas que se le presentan confusos y de golpe. Su juicio no está aun formado, le es imposible usar del análisis para distinguir y clasificar; pero posee el entusiasmo, tiene el fuego de la juventud y el ardor de la accion. No hai mas que imprimir un movimiento a esas tendencias, y encaminareis al hombre, segun el impulso, a la virtud o al vicio, a la ciencia o al idiotismo, a la heroicidad o al crímen.......................................

....

Por esta misma razon, unas cuantas horas habian bastado para que Enrique se trasformase. Ya no era el jóven de pocos momentos antes. Ahora pensaba de una manera diferente: tenia aspiraciones y queria fortuna, aristocracia, gloria, y trataba de investigar las causas de esas distinciones sociales, pues deseaba levantarse de su esfera, hacerse un hombre ilustre, crearse una reputacion que atrajese hácia él las miradas... y entonces entraba en el inmenso campo de esos sueños dorados en que se mecen las imajinaciones ardientes y que son el resultado inmediato del desarrollo de la pasion del amor, que es la que despierta las otras, especialmente en la juventud; pero en medio de esas ideas placenteras y tras sus ilusiones brillantes, venia la realidad terrible y desconsoladora: le venia el pensamiento de que era artesano!... Pues Enrique, si bien no se habia fijado lo bastante, no ignoraba nuestras preocupaciones. Entonces, sin pensarlo, se obró en él una reaccion, y la justicia indignada se sublevaba en su conciencia contra todas esas monstruosidades sociales, y queria desafiarlas, queria ser fuerte para ahogarlas, despreciándolas. Esta es la lucha primera y los sentimientos que se levantan en las almas ardientes que se encuentran comprimidas por el peso de la sociedad; quieren luchar, quieren vencer y son arrastradas hasta la revolucion, hasta el delirio, hasta el esceso; pero tambien ese sentimiento es la fuente fecunda de las reformas y del progreso que se opera y que

nos lleva a la independencia, a la libertad, a la conciencia y dignidad del yo:..

II.

Meditando en estas cosas, Enrique, absorto y cabizbajo, seguia su camino acompañado de su familia, por la calle del Dieziocho, cuando de repente sienten un ruido estraordinario que viene tras de ellos, y las voces de atajen! atajen! eran repetidas por muchas personas; pero nadie se atrevia a ponerse por delante de dos caballos que furiosos arrastraban un coche con mas rapidez que el viento, y el cual se habria hecho trizas al menor obstáculo.

Dos hermosos caballos tordillos, con sus crines levantadas al viento, sus ojos ardientes, sin nadie que los contuviera, y mas escitados que detenidos por la griteria, las carreras de los que iban tras de ellos y el tumulto, iban como rayo, dejando solo tras sí un torbellino de polvo. Atajen! atajen! continuaba gritando la jente, pero en vano; porque nadie era tan atrevido que fuese a arriesgar su vida poniéndose por delante de aquellas dos furias.

Enrique ve venir el coche, que ya está a corta distancia de él, cree reconocer los caballos, se desprende del brazo de su hermana, y con un arrojo impremeditado, inaudito, se coloca en medio de la calle y en la direccion que traian, para cruzarles el camino. Enrique estaba pálido pero resuelto, y hubo un instante en que todos pudieron contemplar aquel hermoso jóven de pié delante del peligro para arrostrar una muerte casi inevitable.

Sus padres, su hermana y todo el mundo le gritaba: quítese, quítese! pero él no oía y permanecia impasible, con la vista clavada en el coche, que ya llegaba hasta él. Hubo un momento de ansiedad jeneral, y la sorpresa de la angustia se veia pintada en todos los semblantes. Los caballos lo iban a atropellar, sin la menor duda, y a pasar sobre su cuerpo; pero Enrique, ájil y sereno, en el momento que llegaban

donde él, desvió un poco el cuerpo para evitar el choque, que indudablemente lo hubiera echado por tierra, y consiguió tomar por la brida a uno de los caballos, que, detenido por un brazo de fierro, se encabritó, cayendo, lo cual contuvo inmediatamente al otro. El coche sufrió un sacudon violento y casi se volcó. Un jeneral aplauso se hizo oir y todos corrieron a prestar ausilio; pero Enrique, lijero como el pensamiento, abandona el caballo que estaba tendido, y antes que nadie llegue, abre la portezuela, y sin distinguir quién va dentro, toma a una de las señoras, la saca, la deposita en tierra y vuelve al coche para hacer otro tanto con la que quedaba todavia en él; pero esta señora era gorda y corpulenta y estaba ademas desmayada; sin embargo, el vigoroso artesano la toma entre sus brazos y la levanta cual si fuera una pluma, depositándola al lado de la otra que acababa de libertar de una muerte cierta, infalible.

Pasado el peligro, Enrique reconoce, con un placer indecible, que es la misma jóven cuyos ojos le habian fascinado y que ya no esperaba ver, a la que él habia salvado. La alegria de su alma era inmensa, y no hubiera cambiado su suerte actual, su posicion y este solo y delicioso momento por cuantos tesoros encerrara el mundo, por cuanta gloria pueden apetecer los hombres, pues el que conquistara una corona no habria sido tan feliz.

III.

Mercedes, Domingo, Marta y un jentio inmenso rodea a las señoras; algunos felicitan a Enrique, otros tratan de levantar el caballo y ver si no ha sufrido averias el coche; pero la jóven, llena de emocion y como si no estuviera mas que Enrique a su lado, como si no conociera entre tantos a ninguna otra persona, le dice con un acento de suplicante ternura, mostrándole a su madre desmayada:—"Salvadla, señor, salvadla, y os seré deudora de la vida de aquella que mas amo en el mundo."

Enrique no le contestó una palabra; en su turbacion no halló una respuesta que poder dar, y por única contestacion tomó nuevamente en sus robustos brazos a la señora, que yacia en el suelo, dirijiéndose con ella a la habitacion mas inmediata, donde la colocó sobre una cama, sin pensar siquiera en pedir permiso a los dueños de casa. Todos siguen a Enrique; pero Marta y Mercedes, apoderándose de la enferma, tratan de reanimarla; y mientras una desabrocha su vestido y corpiño, corre la otra a traer un vaso de agua, rociándole el rostro y echando algunas gotas en los labios descoloridos de la moribunda; inter tanto la señorita jóven permanece arrodillada al lado del lecho, teniéndole ambas manos y en un estado de angustia indescribible y que paraliza sus movimientos, pues solo parece vivir por los ojos, que, sin derramar lágrimas, están fijos en la enferma.

A la impresion de frescura causada por el agua, la señora vuelve un tanto en sí, abre los párpados, da un profundo suspiro y esclama: "Luisa! hija mia!... ¿Dónde está mi hija?" La niña se levanta entonces, rompe en lágrimas y se echa al seno de su madre, permaneciendo por un largo rato abrazadas.

El espectáculo era tierno, y los que presenciaban aquella escena estaban conmovidos. Enrique, un poco apartado, derramaba lágrimas... ¿de felicidad o de angustia? El no habria sabido esplicarlo; pero jamas habia sido tan dichoso o tan infeliz, pues sentia palpitar su corazon con tanta fuerza, que le era imposible distinguir si era satisfaccion o dolor lo que sentia.

Momentos despues, Luisa, cuyo nombre ya conocemos, se desprende de su madre, mira a su alrededor, y conmovida pero majestuosa, se dirije donde Enrique, lo toma de la mano con una naturalidad y franqueza inimitable y lo conduce hácia el lecho, diciendo en seguida a la enferma: "Mírelo usted, madre mia: este es nuestro jeneroso libertador; a su temeridad heróica le debemos la vida!"

—Señor, dijo doña Juana, (este era el nombre de la dama) puede usted contar con nuestra gratitud eterna: hai acciones que no se olvidan y cuya sola y digna recompensa está en sí mismas, pues nada las paga en este mundo a no ser los sentimientos del corazon, y puede usted estar seguro de los mios y de los de mi hija.

—Señora, replicó Enrique, avergonzado y confuso, usted se exajera el valor de mi accion. Yo no he hecho por usted sino lo mismo que hubiera hecho por otra; ¿qué mérito hai en esto?

Al oir aquella respuesta, doña Juana se incorporó involuntariamente en la cama. Habia tanta grandeza en aquella sencillez, tanta elevacion en aquella humildad, que una especie de consideracion o de respeto por aquel que pronunciaba esas palabras, la hizo tomar otra actitud.

Mientras hablaba Enrique, Luisa habia fijado en él sus grandes ojos negros. El seno de la jóven se habia levantado con violencia, y aplicó una mano al corazon como para contener sus latidos y dominar sus impresiones.

—Dígame usted su nombre, señor, continuó doña Juana, para recordarlo siempre con respetuosa gratitud.

—Enrique Lopez, señora.

—Enrique Lopez! No conozco ninguna familia que lleve ese apellido; ¿no es usted quizá de Santiago?

—Sí, señora; pero no es estraño que usted no conozca a familias pobres y humildes: aquí tiene usted a mis padres; y Enrique señaló al viejo sarjento y a Marta, que estaban un poco distantes: esta es mi hermana; y mostró a Mercedes.

Luisa se levantó inmediatamente, y la jóven patricia se echó en brazos de la hermosa plebeya.

Domingo y su esposa se acercaron respetuosamente a la señora, la que los convidó a sentarse en la cama.

—Tienen ustedes una interesante familia, amigos mios, les dijo doña Juana.

—No lo negamos, señora, respondió Domingo con natural sencillez. Estamos orgullosos de nuestros hijos, porque son buenos, y damos de ello gracias a Dios todos los dias.

—¿Qué profesion sigue el jóven?

—Es carpintero de obra negra, señora; pero al mismo tiempo puede hacer toda clase de trabajos en su oficio.

Y el semblante del sarjento mostraba la interior satisfaccion que sentia.

—Tiene un aire distinguido y modesto que interesa, una fisonomia que atrae y que pocas veces se encuentra entre los artesanos.

—Es mui aplicada a leer, señora, y en el colejio aprovechó su tiempo, dijo Domingo, sin contestar a la última observacion de doña Juana.

Durante esta conversacion de los padres, Luisa y Mercedes se entretenian con una familiaridad dulce y simpática. Ambas se admiraban sin envidia. La altiva patricia estaba encantada de las gracias, del candor y de la bondad suave al mismo tiempo que elevada de Mercedes, y ésta a su vez no podia menos que notar la belleza y elegancia, la suavidad y la entereza de Luisa, que le inspiraba respeto y amor, franqueza y entusiasmo. Eran dos tipos enteramente distintos, pero à cuál mas hermoso. En los ojos negros y rasgados de la primera brillaba la intelijencia y la pasion; y en los de la segunda, la inocencia y la dulzura. Luisa era el tipo árabe llevado hasta el idealismo de la perfeccion; con su mirada ardiente y un tanto imperativa, con su tez un poco morena, pero fina y aterciopelada, con su boca un si es no es desdeñosa, pero resuelta y hechicera, y con su talle esbelto y aéreo, parecia mas bien el dechado seductor de una de esas huríes de que la imajinacion ardiente y sensual de los musulmanes ha poblado su Olimpo.

Los ojos de Mercedes, no menos bellos, eran contemplativos, pareciendo mas bien fijarse en el cielo que en la tierra; y todo su conjunto era el retrato fiel de una de esas

imájenes con que los mas célebres artistas cristianos han representado a la madre del Salvador.

En estos momentos vinieron a decir a las señoras que todo estaba arreglado y que podian montar en el coche, cuyos caballos se habian espantado en un instante en que el cochero, confiado en su mansedumbre acostumbrada, habia imprudentemente descendido del pescante para examinar un resorte que creyó se habia quebrado.

El pobre hombre, todo avergonzado, y temeroso talvez de que la señora lo despidiese, entró al cuarto con su sombrero en la mano.

—Fermin, dijo doña Juana al verlo, nos habeis hecho pasar un susto...

—Sí, señorita, yo tengo la culpa, pero...

—Pero sin este caballero, ¡quién sabe que hubiese sido de nosotras!

—Yo me bajé, señorita, porque creí que se habia roto un resorte, y sin el volantin de ese maldito muchacho, no habria sucedido nada.

—¿Y cómo volveremos a montar ahora? Y si nos sucede otra cosa igual? Yo tengo miedo.

—No tema su merced, yo le respondo con mi cabeza, pues sin esa casualidad....

—Está bien, pero anda primero y da una pequeña vuelta en el coche para ver si los caballos no se asustan.

Doña Juana se levantó entónces, y ayudada de Luisa y de Mercedes se arregló el vestido y el peinado; en seguida sacó su bolsa y dió a la dueño de casa un cóndor, que fué recibido con agradecimiento y como una cosa inesperada.

Quedóse un momento pensativa doña Juana, como si fuera a tomar una resolucion importante, y en seguida, dirijiéndose a Enrique y a su familia, les dijo con cierta emocion: "Para vosotros, sé que cualquiera recompensa os ofenderia, a no ser la del corazon: podeis, pues, estar seguros que siempre conservaremos, yo y mi hija, un recuerdo agrada-

ble de lo que habeis hecho y de lo que os debemos, y esa gratitud no se borrará nunca. Os ofrezco mi amistad, y seria mui feliz si alguna vez se pr sentase la ocasion de que la pusieseis a prueba."

Y alargó la mano a Enrique y a sus padres: acto mui significativo y cuyo valor hubiera comprendido la familia Lopez si hubiese sabido las ideas de doña Juana.

Esta señora, rica y criada con las preocupaciones de su época, tenia en mucho la aristocracia, siendo para ella el respeto al rango y a la nobleza como una segunda relijion. Dar la mano a un soldado y a un carpintero y ofrecerles su amistad, era una cosa que no se hubiera creido en los círculos sociales que frecuentaba doña Juana, pues era proverbial la rijidez de sus principios a este respecto. Y aunque dotada de un corazon noble, jeneroso y verdaderamente grande, no habia podido evadirse de esas creencias mamadas desde la infancia, y que la edad, la costumbre, la riqueza y el respeto de que se veia rodeada, habian arraigado todavia mas.

Luisa, al seguir a su madre, se acercó a Mercedes, y como llevándola un poco aparte de los otros, le dijo:

—Señorita, hoi ha sido uno de los dias mas felices de mi vida, y bendigo el accidente que me ha proporcionado la ocasion de conocer a usted. Le ofrezco mi amistad, asi como lo ha hecho mi madre; ¿quiere usted aceptarla?

—No solo con gusto, sino con agradecimiento, pues es un honor el que usted me hace; sin embargo, la pobre hija de un soldado y hermana de...

—Cállese usted, señorita, la interrumpió Luisa, porque las virtudes y las cualidades son las únicas cosas que constituyen el mérito de los individuos. Yo la creo a usted digna de mi amistad y se la ofrezco sin ceremonia y con franqueza.

—Ah! disponga usted de mí, señorita, dijo Mercedes; y como vencida por la noble y cariñosa independencia que

mostraban las palabras y el semblante de Luisa, añadió: "yo trataré de ser digna del precioso don que me ofrece usted."

—Así me gusta! abráceme usted ahora, pues desde este instante voi a poner en práctica nuestra amistad, exijiéndole a usted un servicio, porque los servicios son los que consolidan las afecciones.

—Ordene usted, señorita, estoi decidida a hacer cuanto quiera.

—Tome usted, añadió Luisa, sacándose una sortija de un solo y hermoso brillante, que tenia en uno de los afilados dedos de sus lindas manos; su hermano nos ha librado la vida esponiendo la suya; dele usted en mi nombre este anillo, y dígale que no lo considere como una recompensa de su accion, sino como una débil muestra de nuestra gratitud, como un recuerdo de nuestra amistad. Esta sortija, añadió la aristocrática jóven, tiene a mis ojos un gran mérito, pues ella encierra la memoria de una persona a quien he amado mucho, y este es el único valor que yo le doi y por el cual se la ofrezco. La piedra en sí nada significa, ella simboliza un recuerdo; esto es todo, y deseo ahora que sirva para hacer imperecedero otro recuerdo.

—¡Pero, señorita!

—Ni una palabra de escusa. Yo le presento a usted solo un valor moral, y en este concepto es que lo ofrezco y que espero sea aceptado, pues de otro modo me ofenderian y no enajenaria jamas este anillo.

Y Luisa, al entregárselo a Mercedes, besó la alhaja.

—Haré lo que usted desea, señorita. Por mi parte se lo agradezco, porque esto va a hacer mui feliz a Enrique, estoi segura de ello, y la felicidad de mi hermano es tambien la mia. Ya lo ve usted; de un solo golpe ha hecho a dos dichosos.

—Adios, querida amiga, dijo Luisa, abrazándola nuevamente.

En seguida dió la mano a Domingo y a Marta, hizo una

profunda reverencia a Enrique, y salió a juntarse con su madre que la esperaba para montar al coche.

—Ah! esclamó doña Juana; se me olvidaba decir a ustedes que mi casa está situada en la calle de la Catedral.

—Mil gracias, señorita, respondió Domingo; bastante recompensados quedamos con sus bondades.

Doña Juana y Luisa subieron al carruaje.

Enrique estaba inmóvil, y la espresion de su semblante anunciaba una mezcla de satisfaccion y de dolor.

Un movimiento de cabeza y una mirada embriagadora, llena de voluptuosidad y de amor, fué dirijida a Enrique, y solamente a Enrique...

El coche partió.

IV.

Despues que hubo desaparecido el carruaje, dijo Domingo a su hijo:

—Has obrado mui bien, amigo mio, te has conducido con valor, estoi contento de tí; pero no lo hagas otra vez, ¡con todos los demonios! pues has estado en mucho peligro. ¡Y qué buenas señoras! prosiguió el sarjento, hablando con esa volubilidad que da la satisfaccion interior, ¡qué buenas señoras! qué sin vanidad! ¡Darle la mano a un pobre soldado! Y con que franqueza! Ella, que segun me parece, apenas se dignara estirar un dedo para un jeneral!

Enrique permanecia silencioso y sin responder a la charla de su padre.

—Vamos, continuó, sacudiendo a Enrique; tú que debias estar mas contento que nadie, eres el mas triste! Qué diablos! No te comprendo.

—¡Yo triste, padre mio, se equivoca usted! Jamas he sido mas feliz que ahora y quizá no lo seré nunca.

—Pero estás mudo, no te ríes, no hablas, no haces nada que manifieste tu contento.

—Es cierto, pero me parece que hai felicidades que hacen

al hombre reconcentrarse en sí mismo. Me parece, por lo que ahora esperimento, que hai dichas que refluyen al corazon y cuyo fuego se oculta en lo mas recóndito del alma. Yo estoi satisfecho, es verdad, pero mi satisfaccion, lejos de demostrarse esteriormente, me inclina mas bien como a buscar el retiro y la soledad para saborearlos con delicia. Ahora me parece que la suprema felicidad no es la risa la que la representa. El hombre que goza de un contento inefable, debe tener su semblante sereno; y aun creo que las lágrimas manifiestan mejor la verdadera alegria; y en prueba de ello, padre mio, ¿reia o lloraba Mercedes, reia o lloraba usted y mi madre cuando mi buena hermana habia dado su cama a Teresa? Y sin embargo, pocas veces los he visto a ustedes mas satisfechos, mas contentos, mas felices.

—Enrique tiene razon, a y mí tambien no me hace reir la felicidad, repuso Mercedes.

—A pesar del ejemplo que ha citado Enrique, y cuya verdad reconozco, yo creo que ustedes tienen ideas mui raras; ¿con que es preciso ponerse sério para estar contento?

Y el viejo Domingo soltó una estrepitosa y franca carcajada. Al ménos, continuó, yo no he pensado nunca de tal manera, ni tu madre tampoco, porque era bien risueña cuando estaba niña: ¿no es verdad Marta?

—Es cierto, amigo mio; pero, si mal no me acuerdo, mi risa te daba rabia.

—Nada mas natural, porque cuando te hablaba formalmente sobre mi gran cariño, me respondias con una risita burlona que me desesperaba...

Entre estas y otras conversaciones, llegó la familia Lopez a la calle de San Pablo, mui contenta de las ocurrencias del dia...

....

V.

Una vez llegados a su casa y sentados tranquilamente, Marta les dijo:—¿Han notado ustedes a un hombre que nos ha seguido desde la Pampilla hasta aquí, ya quedándose atras, ya pasando adelante y mirándonos con atencion particular?

—¿Qué clase de hombre era ese? preguntó Mercedes a su madre.

—Un muchacho prieto, bajo, regularmente vestido. Me ha parecido como algun criado de casa grande: y la tenacidad con que nos miraba, es lo que ha llamado mi atencion.

—No lo hemos visto, contestaron todos.

—Ya lo creo, prosiguió Marta, venian ustedes con la imajinacion en el otro mundo, y no era estraño que no se apercibiesen de lo que pasaba a nuestro alrededor.

Al oir Enrique estas observaciones de su madre, penetró en él un rayo de esperanza, porque se figuró por un momento de que quizá podria ser algun emisario de las señoras del coche que habria sido mandado espresamente para saber dónde vivian; pero esta ilusion, que le habia hecho tan feliz al principio, se desvaneció al instante, porque, segun las palabras de su madre, el individuo venia siguiéndolos desde el mismo campo de Marte; de consiguiente, no era natural que fuese un criado de doña Juana de Valdes.

Pero nuestros lectores deben saber, o deben haber comprendido inmediatamente, que el astuto perillan no era otro que Tomas, que segundaba tan bien los amorosos intereses de su amo Guillermo.

—Dejemos esto a un lado, dijo Mercedes. Yo tengo una nueva mas agradable que comunicarles a todos, pues tengo un hecho mas cierto y positivo que ese cuento vago que acaba de decirnos mi madre y que talvez no son mas que presunciones de su parte.

—¿Cuál es? dijeron todos.

—Adivinen ustedes.

—Dínoslo inmediatamente, dijo Marta; pero nada de estraño debe ser que nosotros no lo sepamos, al menos si ha sucedido en este dia.

—Pues bien; ha sucedido en este dia, y ustedes no lo saben...

—Vaya! replicó el sarjento cariñosamente. Parece que hai misterios, y duendes, y hadas, y brujas, como se decia antiguamente, en nuestro paseo a la Pampilla, pues el úno estaba triste, la otra decia que venian siguiéndola, y ésta que trae un obsequio que ni siquiera se ve, a pesar que la estoi mirando de arriba abajo y que todavia no se ha desnudado.

—No se necesita mucho espacio para ocultarlo.

—Vamos, dinos de una vez el asunto.

—Es un regalo de esas señoras para Enrique.

—Para mí!

—Sí, ciertamente, es para tí, pues que me han encargado de dártelo.

Y Mercedes sacó de uno de sus bolsillos el hermoso anillo de Luisa, añadiendo: miren, ¡qué linda joya!...

—Pero no es a mí a quien te han dicho de darlo!

—¿Lo dudas?

—Ah! Mercedes! Por piedad, no me engañes...

—Engañarte! creia que tenias mejor opinion de mí, Enrique! Sabes que nunca miento; ¿qué razon habria, pues, para hacerlo ahora?

—Es verdad: ¡pero esto es tan inesperado! Esto sobrepuja a cuanto yo hubiera podido desear...

—Sin embargo, hermano mio, si la joya es hermosa, yo encuentro aun mas hermosas las palabras con que ella me fué entregada.

—Dímelas, Mercedes! dímelas!...

Hubo una pausa. Domingo y Marta escuchaban la conversacion sin proferir palabra, pero mui atentos y sobremanera interesados en el diálogo de sus hijos.

—Dímelas, Mercedes, volvió a repetir Enrique.

—Estás curioso?

—Mas que curioso, pues estoi impaciente...

—No quiero hacerte sufrir mas; porque, al contrario, deseo que te alegres; y tienes motivo para ello...

—Habla pronto!

—Lo voi a hacer... Cuando se preparaban a partir las señoras, me llamó aparte, ¿ya sabes quien? y me dijo despues de llamarme su amiga:—"Yo exijo de usted un favor que espero no me niegue."

Y diciéndole que jamas rehusaria cualquiera cosa que me pidiese, añadió:

"Dé usted esta sortija a su hermano; que no considere el valor que ella encierra, sino que la mire como un recuerdo: ella es una memoria de una persona que he amado mucho, y si tiene algun mérito, es solo considerado bajo este sentido moral."

—Por Dios! esclamó Enrique; ¿es verdad lo que dices? soi acaso acreedor a tanta dicha?

—Sin la menor duda, hermano mio! Tú has espuesto tu vida. ¿Qué menos podias esperar?

—La vida! ¿y qué es la vida? La volveria a arriesgar mil veces...

—Enrique! le interrumpió Domingo, ¿sabes lo que están diciendo? No, amigo mio, no has reflexionado lo bastante y por esto te espresas así; pero piensa por un momento en tu familia; considera nuestra desolacion, y entonces... Sabe, hijo mio, que no te debes a tí mismo solamente, sino a tus padres y a tu hermana, a quien harias para siempre infelices...

—Es verdad... he sido imprudente; ¡pero tanta jenerosidad, tanta elevacion!

Y tomando el anillo de manos de su hermana, lo miró por un momento, pasándolo en seguida a sus padres, que admirados decian: ¡qué hermoso! qué brillante! ¿cuánto podrá

valer? Dicen que estas piedras tienen un precio enorme...

Era talvez la primera ocasion que disimulaba Enrique, pues al tomar el anillo hubiera deseado besarlo: y sin embargo, lo pasó a los otros sin proferir una palabra y ahogando los ímpetus apasionados que sentia en su corazon.

—¡Qué amable y hermosa señorita! dijo Mercedes, interrumpiendo la pausa que habia seguido a la contemplacion de la sortija. ¡Si supieran ustedes cuánto tenian de cordial y franco sus palabras! cuán atrayente y seductora era su mirada! y cuánta animacion y nobleza se dejaba ver en aquella fisonomia pura y virjinal, envuelta en una aureola de superioridad imponente y dulce! Yo me sentia atraida hácia ella por un magnetismo irresistible, infundiéndome admiracion y amor: y a pesar de la franca cordialidad con que me llamaba su amiga, siento por ella mas bien respeto que familiaridad; pero no ese respeto que nace del temor, sino aquel que proviene de la admiracion: es mas bien ese sentimiento que tenemos por la madre de Dios.

—Has dicho la verdad, Mercedes, le respondió su hermano. Por mi parte, yo he esperimentado lo mismo, y puedo asegurar que hasta ahora no habia sido impresionado de una manera igual...

La cena fué servida por Marta, y durante ella la conversacion rodó sobre los diversos sucesos del dia. Todos estaban alegres, aunque de distinto modo. Domingo y Marta hablaban y reian; Mercedes los acompañaba alguna que otra vez en su contento franco y lleno de jovialidad; pero Enrique permanecia silencioso y como ajeno a la conversacion, sin embargo que era el mas feliz de todos.

Terminada la cena, Enrique trató de retirarse a su cuarto, pues tenia necesidad de encontrarse solo para vivir por las imájenes y por los recuerdos.

VI.

Cuando hubo entrado en su pequeña alcoba sacó el anillo e imprimió en él ardientes y apasionados besos, principiando esta especie de soliloquio:

—Yo amo, se dijo a sí mismo, y en esto no hai la menor duda! Lo que esperimento es terrible y embriagador. Se me asemeja estar en las profundidades tenebrosas de un abismo o en el recinto encantador de un delicioso paraiso. Por Dios! mi corazon palpita con una violencia inusitada y mi cabeza parece un volcan.

En efecto, una fiebre ardiente se habia apoderado de Enrique. Esta imajinacion fogosa y entusiasta, esta alma sensible y apasionada y que habia llegado hasta los veinte años sin que el vicio le hubiese debilitado, que estaba todavia intacta, pura, vírjen... no podia menos que esperimentar ese choque profundo que conmueve todo nuestro ser y que decide para siempre de nuestra vida.

Las grandes pasiones no pueden darse sino en la virtud. Solo a ella le es permitido embriagarse en ese perfume suave del amor; solo a ella le es dado aspirarlo en toda su ambrosia; solo por ella puede el alma levantar su vuelo hasta la idealidad.

Enrique amaba a Luisa, pero en este amor no habia nada de profano; todo era virjinal: era mas bien una especie de culto tributado a una divinidad, que un deseo ardiente inspirado por una belleza. Su imajinacion no habia levantado un pliegue a esa túnica de candor. No habia osado mirar uno de esos hechizos misteriosos y seductores que el velo de la inocencia cubria, haciéndolos impenetrables a la profanacion, porque Enrique creia a esa mujer de sentimientos nobles y elevados, y la creia así en fuerza de esa comunicacion misteriosa que une a los seres y por la que se asimilan y

aun se adivinan sin haberse jamas hablado: oculta irradiacion que emana de un alma para reflejarse en otra alma.

Enrique no se engañaba: habia al rededor de Luisa un fluido simpático y una aureola de virtud, de belleza, de gracia, de perfeccion moral, tan atrayente y tan deslumbradora, que nadie podia acercársele sin admirarla; pero este magnetismo se hacia sentir con mas fuerza en las personas buenas, nobles, sencillas; así es que, mientras mas elevados fueran los sentimientos de un individuo, mas fuerte era el poder de atraccion que ella ejercia.

El destino de Enrique se hallaba para siempre fijado; pero una reflexion amarga, desgarradora y terrible lo atormentaba: esa reflexion era su estado, que poco antes miraba con cariño y ahora contemplaba con espanto. ¡Pobre artesano! ¿qué podia esperar? La indiferencia, el olvido, quizá la burla y el desprecio! A este pensamiento su alma se rebelaba y la justa indignacion del hombre le hacia levantarse superior a las preocupaciones.

—El desprecio! y por qué? se decia a sí mismo. ¿Es por ventura un crímen el trabajo? ¿Qué es lo que constituye el mérito? ¿Dónde está ¡por Dios! la verdadera grandeza, la verdadera elevacion del hombre?

¿Son, acaso, los vanos títulos de nobleza, el haber nacido rico por casualidad y el no encallecer sus manos en el trabajo, lo que es mas acreedor a las consideraciones humanas? ¿Es esto lo que forma la virtud? Nó! mil veces no! Y sin embargo, pensaba y decia Enrique, este es el hecho real, práctico y positivo de la sociedad! Esta es la apreciacion de los hombres, esta es la sancion lejitimada por el uso y por las costumbres!

Ahora bien, continuaba, ¿qué importa una opinion contra la aquiescencia universal? ¿Cambiaria acaso el sistema, la regla, las tendencias? No; esto es imposible.

Dejemos, añadia entonces, las cosas en su lugar y no reunamos a nuestros males el despecho de la impotencia.

¿Pero debo acaso huir? continuaba pensando Enrique. ¿Debo renunciar para siempre a esa niña divina que hoi hace toda mi dicha?

Tampoco, nadie hai que me obligue; y aun cuando asi fuera no lo podria hacer: de hoi en adelante, mi vida es suya, porque mi vida es su amor.

¡Me alimentaré de un imposible, pero no la olvidaré!

Olvidarla!... y aunque lo quisiera, ¿lo podria?

Pero si no la olvido voi a ser infeliz... ¡Infeliz! hé aquí la palabra, hé aquí mi destino...

Pues bien! sea... prefiero la desgracia al olvido, prefiero la muerte a la nada; porque sin su amor, la vida seria para mí un vacío infinito, inconmensurable, eterno.

¡Su amor!...

¡Insensato! ¿Y puedo yo contar con su amor?

Yo la amo, es cierto; ¿pero ella? ¡Ella no puede, no debe amarme! Hai una diferencia tan grande! Hai un abismo tan ancho, tan profundo entre ella y yo, que es imposible salvarlo.

¡Pobre loco! ¿Por qué pretender lo que jamas se ha de realizar? ¿Por qué sacrificar mi existencia a una quimera? ¿Por qué correr tras el sol para morir herido por sus rayos?

Y con todo, pensaba y se decia Enrique, este es el hecho, esta es la verdad. Yo no podré jamas libertarme, pues una atraccion irresistible me impele, me empuja, me arrastra: seré la mariposa que da vuelta incesantemente al rededor de la llama, hasta que perece, víctima de su imprudencia y de su pasion. Si este es mi destino, que se cumpla. Ya lo he dicho, estoi resuelto a todo, porque prefiero la muerte a la nada! ¿Para qué querria yo ahora la vida?

Y sin embargo, ¿me ha de consumir un sentimiento estéril? Y mis padres, y mi hermana, ¿qué seria de ellos? No, es preciso vencer, es preciso luchar.

¡Luchar! vencer! Palabras vanas! Yo lo siento, lo veo, lo palpo: luchar y vencer me es imposible.

¿Y no podré obtener ese rango, esa fortuna, esas consideraciones que tanto se ambicionan? Difícil! estoi mui abajo de la escala social para conseguir llegar a la cúspide.

Pero ¿por qué abatirse? Cuántos hombres, talvez inferiores a mí, han alcanzado lo que pretendian! Y yo, en vista de una tan hermosa recompensa, ¿habria de quedar sin resultados?

Pusilánime! volvia a esclamar Enrique; este es el punto a que debo aplicar toda mi enerjia, toda mi voluntad.

Se trata de luchar para conseguir el mas espléndido triunfo, y es preciso hacerlo.

Tengo una distancia inmensa que andar; pero tambien tengo una luz que me guie al puerto y un faro que me impedirá desviarme del camino... tengo a Luisa por recompensa!...

Y Enrique, ébrio de amor, besaba la sortija, recordando con delicia todos los incidentes de aquel dia, las miradas y movimiento de Luisa, en que creiá ver brillar el mismo sentimiento que él esperimentaba; y lleno de esperanzas, combinaba en su imajinacion mil planes, hacia mil proyectos y se entregaba a mil ilusiones que lo hacian gozar.

Dejemos a Enrique dueño de las combinaciones que se proponia llevar a cabo, y vamos con el lector a ocuparnos de algunos otros personajes que toman parte en esta historia.

El interior de una casa aristócrata y la crítica de buen tono.

I.

En una suntuosa casa de la calle de las Monjitas, propiedad de la madre de Guillermo, se encontraba éste en el salon, conversando con ella y otra señora de edad que le hacia compañia.

Guillermo, despues de su paseo al campo de Marte, habia cambiado traje para irse a la Alameda, de la que habia vuelto con el propósito de esperar a su criado para que le diera cuenta de la comision que le habia encargado, por cuya razon no fué al teatro, prefiriendo quedarse en casa.

Pero antes de dar cuenta a nuestros lectores del resultado del encargo hecho al criado y de otros incidentes que tuvieron lugar esa misma noche en los salones de la madre de Guillermo, pasaremos a describir lijeramente lo que es el interior de estas casas en que vive nuestra aristocracia de familia o de fortuna, aun cuando pudiera decir con propiedad que en Chile no existe la primera, porque no hai antiguos y gloriosos nombres cuya série de abuelos aparezca figurando en la historia desde siglos remotos; y sin embargo, habrá pocos paises donde las preocupaciones de linaje o alcurnia estén mas ridículamente arraigadas y peor concebidas.

El fundamento de nuestra nobleza consiste principalmente en traer su oríjen de algunos pobres españoles medio

decentes que vinieron a estas comarcas en tiempo de la conquista, de unos cuantos agricultores, dueños de mas o menos estensos campos, *haciendas*, que cultivan por sí mismos, es decir, ayudados de los *inquilinos*, a quienes tiranizan y esplotan y que mas parecen siervos que hombres libres, como tambien de unos pocos traperos y usureros que han hecho fortuna detras del mostrador o por medio del ajio; asi es que el jénero de vida de lo que aquí llamamos aristocracia, se resiente mucho de su oríjen plebeyo, pues, con mui pocas escepciones, no se tiene el menor gusto por las bellas artes, ni se aprecia ni se adopta el confortable, creyendo buen tono lo que es ridícula vanidad y anteponiendo la ostentacion a las comodidades.

Los salones de recibo de nuestras casas ostentan ricos amueblados, y aquí está todo el lujo y aquí se limita el aseo; pero penetrad en el interior y vereis el desórden y la inmundicia. Criadas desgreñadas y sucias, a quienes pagan miserablemente y a quienes no les dan ni su ropa limpia, pues ellas de su corto salario tienen que pagar el lavado, son las que componen la servidumbre de los dueños de esos palacios, cuyo esterior anuncia la abundancia y en cuyo interior se ve la economia parsimoniosa de la miseria.

Entre nosotros todo se sacrifica a la ostentacion y no a la comodidad, al lujo y no al confortable; asi nuestras señoras regatearán un centavo al pobre artesano, reducirán cuanto es posible el salario de sus sirvientes, por los que no tienen jamas el menor cuidado; pondrán en sus mesas puchero, charquican o frejoles, no se cuidarán del aseo interior de sus personas; pero en cambio tendrán ricos vestidos de seda, brillantes equipajes, suntuosos salones; en fin, todo aquello que aparezca a la vista, mientras que lo demas solo presentará esa sórdida avaricia que en el acto permite conocer la ridícula vanidad del advenedizo, con su riqueza de oropel y su fausto de mal tono.

Nuestros aristócratas están, por esta misma razon, llenos

de pretensiones absurdas y no de orgullo verdadero; blasonan mucho su oríjen pero no saben ser nobles; aparecen con modales altaneros y cometen acciones impropias; ambicionan mucho el respeto, pero no han aprendido a tener dignidad; poseen una charra fanfarroneria y no la distincion sencilla de la elegancia real; quieren fascinar con la parada, pero les faltan los modales, la cultura, el talento, que nunca lo adquirirán, porque tienen la presuncion estúpida de la soberbia y porque están empapados en su importancia ficticia.

Este es indudablemente el motivo por que tienden a desaparecer y pierden su importancia de dia en dia esas familias que antes eran el todo en nuestra sociedad. Actualmente la clase media es la que, se puede decir así, ocupa los primeros puestos y donde se encuentran los hombres mas distinguidos, sea entre gobernantes, jurisconsultos, literatos e industriales, pues parece que la ciencia sube de abajo hácia arriba en lugar de venir de arriba hácia abajo, lo que manifiesta que la rejeneracion de nuestra aristocracia, la reforma de nuestras costumbres y el progreso de la nacion emanarán del pueblo, que absorberá en breve los últimos restos de esas preocupaciones que detienen la marcha y la civilizacion de estos paises.

En prueba de ello dejan ya apercibir entre nosotros este cambio favorable. Las costumbres se modifican en el verdadero sentido, pues vemos ya que la soberbia del noble tiende a desaparecer, asi como la abyeccion de las clases trabajadoras, estableciéndose poco a poco ese nivel que forma la grandeza de los pueblos, porque los hace libres, que cria la soberania individual, porque los hace fuertes, y que nos lleva hácia esa democracia que es la que trae la perfeccion moral, porque envuelve la dignidad y la independencia humana.

II.

La casa de Guillermo era poco mas o menos como lo son todas las de Santiago: un gran zaguan, donde está regularmente el portero, un espacioso patio, piezas a ambos costados y al frente tres departamentos que vulgarmente se denominan: sala, cuadra y dormitorio. Esta última pieza, impropiamente llamada así, pues no hai en ella ninguna cama, es una especie de segundo salon de recibo, donde se admiten las visitas de confianza y donde se quedan las señoras durante el dia haciendo sus labores.

En casa de Guillermo, la antesala estaba adornada con sillas de terciopelo de lana color rosa, cuyos grabados correspondian bien a su respaldar de forma gótica. Este amueblado, recientemente en moda, era poco mas o menos el mismo que se usó en América a mediados del pasado siglo, con la diferencia que en aquella época eran mui pocas las casas cuyos salones estuvieran tan lujosamente amueblados, mientras que ahora casi todas tienen el mismo tren, no distinguiéndose, al menos por lo que hace a la riqueza de los salones, cuáles son las personas que gozan de mas o de menos fortuna; pues en el espíritu de ostentacion que nos domina, los unos han seguido tras de los otros, las mas veces sacrificándolo todo al deseo de brillar; y asi no es estraño ver en la casa de un comerciante de hipotética fortuna o en la casa de un empleado que tiene una regular renta, pero que no está en armonia con el lujo que ostenta; no es estraño, decimos, hallar tan ricos amueblados como el que tienen las personas mas acaudaladas.

Completaban, pues, el aderezo de la antesala de la casa de Guillermo, dos mesas de arrimo con cubierta de mármol, que estaban colocadas una enfrente de la otra, coronadas de grandes espejos, cuyos dorados marcos tocaban con las molduras del techo. Hácia el fondo, y medio a medio de la

muralla, se veia una hermosa chimenea de mármol jaspe y sobre la cual habia un péndolo, dos jarrones de flores y algunos lindos juguetes o curiosidades de gusto por su finura o por su rareza. Una lámpara solar estaba colocada sobre una mesa redonda tambien de mármol y haciendo juego con las dos de arrimo. Esta lámpara daba suficiente luz al salon, que, como hemos dicho, podriamos llamar con bastante propiedad salon de confianza, porque era destinado para recibir diariamente las personas que no exijian una rigurosa etiqueta.

Contigua a esta habitacion, que se puede clasificar de mediano lujo, estaba el verdadero salon de recibo. Las sillas de este departamento eran de brocato, con respaldos dorados. Las murallas estaban tapizadas de raso color caña con pequeñas estrellas blancas que parecian de plata y que hacian un lindo efecto. Esta pieza tenia dos ventanas que daban al patio de entrada y en medio de las cuales estaba colocado un magnífico piano ingles de Collard & Collard. Frente a estas dos ventanas habia dos puertas que daban hácia el segundo patio, pudiendo divisarse un pequeño pero hermosísimo jardin, de flores tan variadas como raras, y cuya fragancia perfumaba aquella lujosa habitacion En medio de estas dos puertas y haciendo frente al piano estaba colocada la chimenea, coronada por un grande espejo ovalado. Dos jarrones del Japon contenian hermosos ramilletes de flores. Otras dos puertas colaterales correspondian, la una al dormitorio o salon de confianza, como lo hemos llamado, y la otra a la sala, que por lo regular estaba constantemente cerrada; pero de todas ellas lo mismo que de las ventanas pendian hermosas cortinas de seda.

Del techo se desprendian dos magníficas arañas de cristal con muchísimas luces, que parecian nacer de dos festones que formaba el estuque. El alumbrado de esta habitacion consistia en dos candelabros de bronce, que estaban colocados sobre la chimenea, reflejando una brillante claridad,

pues las arañas solo se encendian en las grandes festividades o cuando se daba alguna tertulia o baile, lo que sucedia con alguna frecuencia, pues la madre de Guillermo gustaba mucho de la sociedad.

En este suntuoso salon encontramos, como ya lo hemos dicho, a Guillermo reclinado lijeramente en una muelle poltrona conversando con su madre y otra señora, que estaban sentadas en un sofá inmediato.

III.

—¿De cuándo acá no has ido al teatro? preguntóle la madre.

—He vuelto de la pampa un poco cansado.

—¿Qué señoras has visto?

—Encontré a las señoritas L... que me dijeron que esta noche pensaban venir a ver a usted.

—¿Por eso te habrás quedado?

—No, madre mia.

—Quién sabe! dijo la señora sonriendo: Amable y Severa son buenas mozas; tu fama de calavera ha llegado hasta mí...

—Pero la mucha amabilidad y la mucha severidad no me agradan, y justamente las señoritas L... tienen las cualidades de sus nombres.

—Eres bien difícil de contentar.

—La una me empalaga y la otra me asusta.

—¿Y a Luisa Valdes la has encontrado en el paseo?

—Creí verla en un momento, pero se me perdió entre la multitud.

—Si ella te oyera hablar así, no quedaria mui satisfecha de tu contestacion; porque verla y perderla es una falta grave en un enamorado y no prueba mucho en favor de la intensidad de su cariño.

—Así será...

—Pero es preciso que te resuelvas de una vez...

—Nunca he puesto la menor objecion.

—¿A qué?

—A cumplir la voluntad de usted.

—Está bien; pero necesario es que te muestres mas obsequioso y no cometas en otra ocasion la inadvertencia de verla sin apresurarte a hablarla: estos descuidos son imperdonables para nosotras...

La madre de Guillermo fué interrumpida por la llegada de las señoritas L..., que entraban en ese momento.

Todos se pararon para recibirlas.

Amable se echó en brazos de la madre de Guillermo, estendiendo en seguida su mano a éste, mientras su hermana Severa se limitaba a hacer una profunda y ceremoniosa reverencia.

—Ustedes no desmienten sus nombres, hijas mias, dijo la madre de Guillermo a las dos niñas: justamente hablábamos de esto mismo con mi hijo no hace mucho tiempo.

—¡Han tenido ustedes la bondad de ocuparse de nosotras!... esclamó Amable, dirijiendo una cariñosa mirada a Guillermo, como para recompensarlo por su recuerdo.

Severa se contentó con hacer un saludo.

—Nada mas natural, repuso Guillermo; el mérito es siempre digno de alabanza y se recuerda con placer.

—No nos ponga usted orgullosas, pues esas palabras en boca de usted, que es el mas distinguido de nuestros jóvenes, es el elojio mas lisonjero.

—Y mas merecido...

—Vaya! callará usted, dijo Amable, con la sonrisa mas dulce que hubiera estudiado en su tocador...

—Ya que ustedes son modestas hasta la severidad, replicó Guillermo con un tonito medio burlon, espero me digan si se han divertido mucho y cuántos prisioneros han hecho sus gracias.

—Prisioneros!... ¿Está usted loco? ¿quién puede fijarse en nosotras? Por otra parte, solo hemos dado una simple vuelta y estuvimos en la Alameda sin bajarnos del coche.

—La Alameda!... ese es el verdadero palenque donde quedan ustedes siempre vencedoras...

—Usted es el mas amable embustero que he conocido; pero ya le he dicho que no nos hemos bajado del coche.

—Se han mostrado entonces demasiado crueles... ¡cuántos ojos tristes y lánguidos que no sabian donde posarse habrá habido en el paseo!...

—No nos diga usted eso, interrumpió Severa; nosotras no tenemos la pretension de llamar las miradas de nadie; pero si no hemos bajado del carruaje hoi, ha sido porque habia mucha chamuchina. Este dia, como usted sabe, invade el pueblo toda la Alameda, y la jente decente se encuentra oprimida y codeada, de tal manera, que el paseo se hace desagradable.

—Sobre este último punto tiene usted mucha razon, señorita Severa; pero sobre el primero no se ha dignado contestarme.

—Mi hermana le ha pedido a usted el no ser lisonjero; y yo a su demanda añado mi súplica...

—Tiene razon Severa, agregó Amable; usted nos dice cumplidos que debiera guardar para otras, como Luisa Valdes, por ejemplo.

Y una sonrisa significativa y burlona vagó sobre los rosados labios de la jóven, sin que su mirada dejara de tener algo de interrogativo e interesado.

Hubiérase dicho que trataba de descubrir un secreto, y que bajo las apariencias de la urbanidad mas esquisita se ocultaba un deseo que se asemejaba algo a la envidia o a esa rivalidad que esperimenta todo ser vulgar por la superioridad de los otros.

Guillermo, con su esperiencia de mundo y el conocimiento casi perfecto que tenia del corazon de la mujer, y sobre todo de las señoritas en cuya sociedad se encontraba, respondió a Amable con un aire en que se denotaba cierto respeto por la persona de quien hablaban y cierta preferencia por

las presentes, sin que por esto dejase ver una marcada adhesion.

—No seré yo de ninguna manera, contestó, quien ponga en duda el mérito y atractivos de la señorita Luisa Valdes; pero no por esto dejan de haber otras, si no superiores, al menos iguales a ella...

—Sin embargo, la llaman la reina de nuestra sociedad, y nunca le faltan admiradores!... No lo negaremos: ella es mui buena moza; pero tiene un aire de desdeñosa frialdad que choca; pero esto mismo talvez agrada a los jóvenes, porque es lo que jeneralmente les gusta: una beldad fria que no se conmueve, es algo que halaga la vanidad, pues todos se empeñan en derretir el hielo. No crea usted que yo trato, bajo ningun aspecto, de negar el mérito de Luisa, sino que, al contrario, soi la primera en reconocerlo; pero creo que le han puesto en la cabeza desde temprano que es linda, y esto, sin duda alguna, hace escusables sus desdenes, que se resienten de una vanidad tambien no menos escusable.

—Por la misma razon es preciso ser induljente, dijo Guillermo, riéndose maliciosamente.

—No hai la menor duda, replicó Severa; nosotras, lejos de criticarla, la escusamos.

—Esto es lo que hacemos, contestó Amable, y esto es lo que debemos hacer, porque es nuestra amiga.

—Ya lo veo, repuso Guillermo con un tono sardónico, pero en el que no se notaba la mas lijera descortesia. La bondad de ustedes se estiende hasta llegar a atribuir los defectos a aquellos que la rodean y a los que pueden haberle hecho crear la educacion mimada que ha recibido; pero todo esto es mui perdonable, como ustedes mismas dicen, ¿y cuál seria la niña que no se pusiera orgullosa y que no creyera en su mérito, cuando hai tantos que se lo dicen a cada instante con el deseo de agradarla?

—Amable encuentra siempre alguna disculpa para los pequeños defectos que ve en las otras niñas, dijo la señora

que estaba al lado de la madre de Guillermo y que, siendo tia de Amable y Severa, habia venido con ellas. Esta muchacha, añadió, nada halla malo, y en su ignorancia lo mira todo bajo el mejor lado. ¡Pobre niña! prosiguió, ¡todavia no comprende el mundo! Si supiera cuánto veneno hai en él! Si supiera que el mayor encanto y la ocupacion favorita de la sociedad se reduce a la crítica! Y que una no es espiritual y agradable mientras no habla mal del prójimo! Entonces talvez no se empeñaria en hacer el panejírico de las otras!

—Pero, señora, contestó Guillermo, la señorita Amable, lo mismo que la señorita Severa, hacen mui bien de obrar así y esa conducta las recomienda altamente ante las personas sensatas. Por otra parte, sus observaciones están llenas de juicio, sabiendo separar los defectos de las cualidades e investigando las causas de las unas y de las otras con una imparcialidad y un criterio que prueba no ser mala voluntad sino sagacidad; por esta razon han clasificado en su verdadero punto la altivez de la señorita Luisa Valdes, encontrando al mismo tiempo su disculpa.

Y Guillermo, como su madre, se sonreian maliciosamente, pero sin que se pudiera notar en sus semblantes nada que revelase sus pensamientos interiores; pues, por el contrario, parecian mui satisfechos de las observaciones de la tia, como de las palabras de las sobrinas.

Sin embargo, Amable, a pesar de estar persuadida de la fuerza de sus objeciones y de que Guillermo estaba íntimamente convencido de lo que habia dicho, tributándole a la vez cierto respeto por su penetracion y por su lójica, replicó:

—Me parece que usted habla de un modo irónico, y estoi inclinada a creer que se burla de nosotras.

—Señoritas! No puedo figurarme que tengan tan mala opinion de mí para hacerme ese agravio, ni tanta modestia para que desconozcan la sagacidad benévola de sus obser-

vaciones y la admiracion respetuosa que ellas me causan. Por mi parte, creo mas bien que usted, o aparenta desconocer mis sentimientos, o trata de burlarse de ellos.

—No diga usted eso; somos Severa y yo demasiado verídicas para disfrazar la verdad, y demasiado sencillas para conocer el doblez, así es que damos entera fé a sus espresiones.

—El cumplimiento que ustedes se dignan hacerme no puede ser mas satisfactorio a mi amor propio; ¿con que mi veracidad está en relacion directa con su sencillez? Esto quiere decir que no miento sino porque ustedes me creen... lo que no es mui lisonjero, pues mi virtud depende de la de ustedes.

—Bajo ningun aspecto; usted, como nosotras, dijo Severa, puede poseer las mismas cualidades; lo uno no escluye lo otro.

—Quedo satisfecho, respondió Guillermo riéndose. La especie de asociacion que hacemos en la virtud, no puede menos de serme mui satisfactoria, y de hoi en adelante quiza me pongo mas presumido.

—Usted no lo será nunca, porque el verdadero mérito es siempre modesto; pero dejemos esta conversacion a un lado, porque usted jamas querrá consentir en sus cualidades, y hablemos del paseo y de las ocurrencias del momento, y dígame con franqueza: ¿Ha reparado usted en el mal gusto con que en estos dias han ido vestidas las B..? ¡Qué trajes tan chocantes!.. ¿no es verdad? ¡Cómo es posible tener tan mal juicio, y sobre todo tan mal gusto!

—¿Quiere usted que le diga la verdad, señorita Amable? Es que ya no comprenden la época.

—Tiene usted razon; ya son bastante viejas, segun dicen, pero no quieren confesarlo; y a mi modo de ver, se hacen mas ridículas mientras mas se afanan en aparecer jóvenes. ¿Para qué se pondrán esos colores vivos que solo pueden ir bien a las niñas de quince?

—Usted lo ha dicho: para ocultar sus treinta.

—¡Qué engaño! ¡Qué tonteria! ¿Acaso debe una ocultar su edad?

—Todas no están adornadas de esa franqueza que la hace a usted tan recomendable.

—Es verdad, dijo la tia: Amable y Severa nunca ocultan sus dieziocho o diez y nueve años, que es la verdadera edad que tienen.

—Y sin embargo, replicó Guillermo, todo el mundo no les da arriba de quince o dieziseis: ¡este es un prodijio de injenuidad, una leccion práctica que no dejará de avergonzar a las demas en sus pretensiones tan absurdas como injustificables!

—¿Y lo creeria usted, caballero, esclamó la tia: las envidiosas dicen que tienen de veinte y tres a veinte y cuatro.

—¡Qué maldad! y todavia mayor, cuando en sus rostros aun no demuestran la edad que confiesan!

—Pero la presuncion herida y un sentimiento de despecho las hace hablar, prosiguió la tia.

—Entonces vale mas dejarlas, contestó Guillermo, porque ellas llevan en sí mismas el castigo: en su desengaño.

—Pues esto es lo mismo que sucede, volvió a replicar la bondadosa tia, contenta de la aprobacion de Guillermo; y sin embargo, Amable y Severa no les pagan jamas con la misma moneda; pues ellas cuando hablan, no critican, sino que dicen la verdad.

—Dejemos esta conversacion, dijo Amable a su tia; y volviéndose hácia Guillermo, le preguntó: "¿Ha reparado usted los nuevos sombreritos que se están usando?"

—Son todavia mui poco comunes; solo he visto con ellos en el paseo a las señoritas P...

—Justamente las que no debieran ponérselos.

—Y en efecto, estaban admirables de estravagancia.

—Já... já... já... ¡qué pícaro es usted! me parece que lo voi conociendo.

—No hago otra cosa que ser justo y decir lo que pienso.

—¡Y qué mordaz! Yo me guardaria bien de su lengua. ¡Lo que son los hombres!

—¿Pero qué hai en esto?

—¿Qué hai? Que a pesar de sus críticas, usted le daba el brazo a una de ellas, y parecia ir mui complacido.

—¿Qué quieren ustedes? Nunca un hombre bien educado debe olvidar con las señoras la cortesania a que son en todo caso acreedoras.

—Y tras esa cortesania está el veneno de la maledicencia.

—Señoritas! Yo no he dicho una palabra que pueda en lo menor herir la reputacion de las señoritas P...

—Si no ha atacado usted la reputacion, ha señalado el ridículo; y no sé cuál de las dos cosas sea peor, dijo Amable, riéndose...

—Usted es mui maliciosa: yo he hablado únicamente de los sombreros.

—Sí... de los sombreros! y usted ha añadido que estaba admirables de estravagancia!

—Pero note usted que quien hizo la primera observacion...

—Sí! está bien... pero Dios me libre de caer en sus manos.

—Ustedes están exentas de todo, porque con dificultad se encuentran...

—Sí! nuevas lisonjas! Ya no le creo, porque me ha puesto mui desconfiada...

—Haria usted mui mal en ello, pues hai personas para quienes sé ser sincero.

—Bien temibles son en todo caso sus sinceridades.

Esta conversacion fué interrumpida por la llegada de nuevas visitas. Todos se pararon para recibirlas.

Eran doña Juana y Luisa Valdes, que entraban al salon.

Amable, que habia hablado de la altivez o vanidad de Luisa, fué la primera que corrió a abrazarla.

Guillermo permaneció parado mientras tomaban asiento, levando a doña Juana hasta el lado de su madre y retirándose en seguida al círculo de las niñas.

La demócrata.

I.

Pasados los primeros momentos, en que la volubilidad femenina hace una confusion de preguntas, de saludos y contestaciones tan rápidas como variadas, confusion que nos negamos a describir, porque no se puede dar una idea completa de esas voces y medias palabras dichas y contestadas con una rapidez prodijiosa, modulaciones apenas articuladas, pero comprensibles y de una gracia sin igual a la vez que inimitable; pasados, pues, estos primeros momentos, que, como hemos dicho, renunciamos a copiar, porque nuestra pluma no representaria con fidelidad un cuadro de tan animado colorido, doña Juana dijo a las demas señoras: "hoi hemos escapado a la muerte por un verdadero milagro. Yo no puedo atribuirlo a otra cosa, pues es imposible que en igual caso se salvara alguien."

—Vamos, dijeron todas las señoras con interes, ¿qué les ha sucedido a ustedes?

—Yo no puedo casi decir nada del principio, porque al momento de desbocarse los caballos me desmayé... y solo vine a recuperar mis sentidos cuando ya habia pasado el peligro, encontrándome en una pobre cama de un miserable cuarto. Pero les referiré lo que me ha dicho Luisa, que no perdió el conocimiento, como igualmente lo que ví despues de mi desmayo. Y doña Juana narró el acontecimiento tal

como se lo dijera Luisa y como habia podido juzgarlo ella misma, despues de pasado el peligro.

—Es verdaderamente un milagro, dijeron todas, y tiene usted mucha razon para afirmar, sobre todo en este dia, que han escapado a una muerte cierta...

—¡Qué desgracia tan grande hubiera sido, dijo Amable, apoderándose cariñosamente de la mano de Luisa!..

Guillermo estaba pensativo; no porque se hallase fuertemente impresionado, sino porque, segun la descripcion de las personas que habian socorrido a doña Juana y a su hija, no podia menos que ser la misma familia que él habia notado en el campo de Marte y que habia mandado espiar por su criado. Estaba pensativo, decimos, porque una especie de presentimiento vago e indefinido le hacia ver las cosas de un modo lúgubre, pareciéndole hallar en aquel acontecimiento casual una relacion misteriosa que hubiera de influir en el destino futuro de su vida; pero sacudiendo esta penosa impresion, dijo en un tono sarcástico y amargo:

—Esa pobre jente quedaria bien recompensada; y con algunos escudos que les habrán dado ustedes se irian a celebrar este fausto acontecimiento, que nada tiene de sobrenatural, en alguna taberna, brindando a la jenerosidad de ustedes, que no tardarán en esplotar mui luego.

Las mejillas, jeneralmente pálidas de Luisa, se cubrieron de un lijero carmin, y sus grandes ojos, vivos y ardientes, despidieron en esta ocasion chispas eléctricas, asi como su boca imperativa y desdeñosa tenia un ademan de desprecio tan marcado, que el mismo Guillermo, a pesar de ser tan dueño de sí, se sintió avergonzado y humillado ante aquella actitud tan elocuente y que revelaba de lleno la espresion de sus mas íntimos sentimientos.

—Parece, señor, replicó Luisa, despues de una lijera pausa, parece que usted tiene mui mala opinion de los pobres, pues no puede concebir que existan en ellos sentimientos de jenerosidad.

—Lo confieso.

—Es que muchas veces no se ve o se niega la grandeza de una accion porque somos incapaces de comprenderla o de practicarla...

Estas palabras, dichas con sencilla majestad, desconcertaron casi completamente a Guillermo; pues, si bien podian tomarse como una observacion jeneral, no eran por esto menos alusivas.

—Veo bien, señorita, balbuceó Guillermo, que se hace usted una ilusion juzgando a los otros por sus sentimientos, y este noble entusiasmo disculpa las espresiones que acaba usted de decir; pero no podrá menos de convenir conmigo en que esa pobre jente no está a nuestra altura, y que las personas de quienes tiene usted la bondad de ocuparse no se habrán hecho mucho de rogar para estirar la mano y recibir su jenerosa recompensa.

—Se equivoca usted, señor; esas jentes no han recibido una sola moneda, ni nosotras hubiéramos tenido la crueldad de ofrecérselas; y me parece que hubiera sido inferirles un grave insulto el haber pretendido pagarlas con dinero.

—Cada vez me persuado mas que es usted víctima de una alucinacion, creyendo ver en los otros lo que siente en sí misma.

—Asi es, señor, interrumpió doña Jnana; lo que dice Luisa es la verdad; pues tal era la espresion de desinteres y jenerosa bondad que revelaba el semblante de aquella jente, que no me habria jamas atrevido a recompensar al jóven y a su familia con dinero; y sin embargo, estaria dispuesta, y lo haria con gusto, a darles tres, cuatro, o cinco mil pesos; pero mientras mas pienso en esto, menos me atrevo...

—Ensaye usted, y se desengañará...

—Quien se desengañaria seria usted, interrumpió Luisa; pues aun cuando nada tendria de humillante el que aceptaran una pequeña muestra de nuestra gratitud, no lo harian.

—Pues esto es un milagro mayor que el no haber sido

ustedes hechas pedazos en el coche, replicó Guillermo, un poco despechado, pero con la sonrisa en los lábios.

—No comprendo, dijo Luisa, por qué se niega tan redondamente a los pobres los buenos sentimientos; parece que fueran de una naturaleza distinta a la nuestra, para no concederles la menor elevacion.

—Si hemos de hablar filosofía y socialismo, respondió Guillermo con tono irónico, convengo con las opiniones de usted, y quizá iria mas lejos, señorita, pues llegaria a ser partidario de los principios de Proudhon; pero desgraciadamente, esas bellas utopias desaparecen o se pierden en el terreno de la práctica. Ustedes que, encerradas en su salon u ocupadas en su tocador, no han tenido ocasion de estudiar al pueblo, es fácil que lo vean bajo un dorado prisma; pero nosotros que estamos en continuo contacto con él, tenemos la desgracia de haber perdido completamente estas ilusiones que saben esplotar los novelistas, de donde ustedes toman esas ideas, pero que en realidad, si ustedes mirasen las cosas de cerca, desapareceria la poesia con que lo adornan. Por esto me es mui estraño que hayan encontrado ustedes tanta elevacion y jenerosidad en un triste soldado y un pobre artesano...

—Y sin embargo, ese soldado y ese artesano han sabido hacer una accion que me alegraria ver en un caballero, pues su arrojo era varonil, su desprendimiento inimitable y su modestia sin afectacion, porque no habia en ellos ese aire disimulado que aparenta apocar un servicio para darle mas mérito y que se lo reconozcan mejor. Agregue usted a esto, añadió Luisa con una malicia encantadora, que ese artesano tenia una fisonomia tan noble y distinguida como no la he encontrado nunca entre nuestros jóvenes aristócratas.

—Es todo un héroe de novela el que usted nos pinta, señorita Luisa, dijo Guillermo, conteniendo mal su despecho.

—¿Con que tan buen mozo es? preguntó Amable.

—Desearia conocerlo, agregó Severa.

—Y perderia usted la ilusion en el acto, repuso Guillermo, porque no hai en Chile ni en ninguna parte del mundo artesanos como a la poética imajinacion de la señorita Luisa agrada pintarlos. Yo he viajado mucho, pero todavia no he hallado ese ideal, porque en todas partes el pueblo es el pueblo, es decir, inmoral, grosero y estúpido.

—Pues bien, replicó Luisa; yo difiero completamente de su opinion: voi a decirle los motivos que tengo para ello.

—La escucharé a usted con mucho gusto, pero dudo que sus razones sean tan concluyentes e incontestables que puedan destruir convicciones formadas por una esperiencia jamas desmentida.

II.

Las personas que presenciaban esta escena estaban silenciosas y atentas, pues les parecia que bajo estas palabras dichas con toda la dignidad de la mas circunspecta cortesania, se envolvia un misterio y quizá un drama. No hai duda que el alma tiene afinidades que nosotros no comprendemos ni esplicamos; pero, sin embargo, ella juzga de las intenciones ocultas y aun presiente los futuros acontecimientos cuando las palabras mismas nada dicen o desmienten por su moderacion la hostilidad de las intenciones, pues sabe sacar la secreta significacion, a pesar de las apariencias.

Luisa era jeneralmente mui parca en palabras, pues por sist ma o por gusto hablaba poco; de manera que nadie conocia sus ideas, y hasta su madre misma las ignoraba en parte; pues si es verdad que siempre habia visto a Luisa tratar con dulzura a los pobres y llamarles delante de ella sus hermanos, no es menos cierto que este tratamiento lo consideraba doña Juana como una fórmula de caridad, no presumiendo que su hija fuese mas allá. Guillermo tampoco conocia con exactitud el secreto de los pensamientos de Luisa, pues a pesar de su finura, de su intelijencia y de su trato de mundo, siempre se le habia quedado algo por descubrir en esta

naturaleza escepcional y reservada sin afectacion. El no habia podido penetrar mas que la corteza; asi es que participaba, no diremos de la ansiedad jeneral, pero al menos del deseo de conocer bajo otra faz el interior de esta mujer que lo habia dominado siempre y por la que sentia, a causa de esta misma superioridad, una mezcla de amor y de odio de que él no se podia dar cuenta.

—Esta conversacion, dijo Luisa, en lugar de ser agradable, como lo esperaba, pues una accion heroica se recuerda con gusto y merece la alabanza de todos, ha dado márjen para una censura o para una manifestacion hostil contra los pobres, a quienes deberiamos protejer en vez de zaherir, porque ya son por sí mismo bastante infelices.

Luisa estaba un poco conmovida; talvez un presentimiento secreto, talvez una inclinacion oculta, talvez el recuerdo de Enrique vagaba en esos momentos por su imajinacion; sin embargo, ella continuó espresándose así:

—Quizá no esperaban ustedes encontrar en mí las ideas que voi a emitir. Mi juventud y mi inesperiencia no me han dado todavia una conviccion profunda sobre la materia de que voi a ocuparme; pero mi reflexion y el deseo de hacer el bien, han suplido en parte a mi falta de conocimientos. Nuestro sexo, ademas, no está llamado a tomar un rol activo en la investigacion de aquello que alivie a la humanidad y contribuya a su progreso; y sin embargo, no sé qué voz me dice que la mujer debiera ocupar el primer puesto; pero lejos de esto, nuestra sociedad ridiculiza a toda aquella que pretende salir de la estrecha senda que nos ha sido trazada; y con todo, me parece oir la voz de Dios en el interior de mi pecho, que dice a la mujer: "levantaos, porque vuestro destino es mas hermoso, mas grande, mas providencial."

Luisa calló por un momento, como para reconcentrarse en sí misma, y esta especie de preámbulo llamó aun mas la atencion de las personas que formaban esta pequeña pero aristocrática reunion.

—Los jóvenes de la primera categoria, añadió, tienen, a mi ver, un falso modo de raciocinar respecto de los pobres, y las palabras de este caballero, dijo, dirijiéndose a Guillermo, confirman mi juicio. No hai uno de ellos que no trate con un alto desprecio al infeliz artesano y que no afirme de una manera absoluta que esa pobre jente está degradada y que es incapaz de concebir una idea como de esperimentar un sentimiento noble y jeneroso. ¿No es verdad, caballero? le preguntó a Guillermo.

—Al menos no hai un hecho que haya venido a quitarme esta conviccion que emana de la esperiencia, contestó Guillermo.

—Y cuando se presenta alguno, ¿lo niega usted?

—Yo no afirmo sino lo que veo.

—Le doi las gracias por la poca fé que mi palabra le merece.

—Me olvidaba que usted habia sido tan feliz en hallar una escepcion.

—No se equivoca usted, pues he sido verdaderamente feliz; pero sin tomar en cuenta mis impresiones, ¿no valdria mas que en lugar de criticar tan amargamente a los pobres los compadeciésemos y ayudásemos?

—Yo no he sentado plaza de reformador, dijo Guillermo riéndose.

—Ya se ve: la crítica cuesta mucho menos; pero ya que usted prefiere esto a lo otro, sírvase decirme ¿cuáles son los méritos de nuestra dorada juventud?

—Señorita, usted con su rara penetracion será mejor juez.

—Yo no seré tan severa con ella como lo es usted con los pobres, pero hai algunas escepciones honrosas que hacer; sin embargo, la mayor parte de esa aristocracia es en jeneral presuntuosa, y su arrogancia solo puede compararse a la vanidad de sus preocupaciones; o de no, salvo unas pocas escepciones, ¿dónde ve usted esos hombres eminen-

tes? ¿Dónde esas glorias adquiridas en las diferentes carreras que se abren a la actividad humana? Casi se podria decir que entre nosotros hasta la avaricia es menguada, porque aquí no hai esos Cresos enriquecidos por las especulaciones atrevidas y las empresas jigantescas, sino unos cuantos usureros que a fuerza de estafa han llenado sus arcas. ¿Se ha fijado usted en las miserables aspiraciones de nuestros perfumados galanes? Su noble ambicion consiste, dijo Luisa sonriéndose con desden, en ir a caza de dotes, es decir, en cortejar a las niñas que tienen en perspectiva algun pingüe patrimonio; y para conseguir esto ¿cuáles son los medios que emplean? ¿Dónde esa emulacion santa y provechosa que les aconseje la adquisicion del verdadero mérito para hacerse distinguir y amar? Mui lejos de esto; orgullosos de su vestido, de su peinado, de su corbata, de sus guantes, se creen irresistibles cuando están tan perfumados como un peluquero, o tan *parados en el hilo* como un sastre.

—Señorita, usted es demasiado severa, dijo Guillermo con cierto enfado.

—Y añada usted: desgraciadamente exacta, replicó Luisa con un semblante triste; ahora bien, agregó, ¿qué clase de elevacion puede usted encontrar en almas de ese temple? Convengo con usted que el pueblo está degradado; pero esto es una consecuencia de la degradacion de aquellos de quienes reciben el ejemplo. Convengo con usted en que hai mucho servilismo entre los pobres y de que yacen en una postracion de espíritu y de cuerpo, digna de lástima; pero esto tiene su oríjen en nuestro vano orgullo y en esas ridículas pretensiones que solo sirven para destruir todo principio de libertad y de progreso, sin dar a los privilejiados ni mas mérito ni mas grandeza.

—Usted es una demócrata consumada y sus ideas van hasta el rojismo.

—Yo no sé lo que soi, caballero; me cuido poco de los nombres, pues solo pretendo ser justa y equitativa; aliviar a

los que padecen, enseñar a los ignorantes, dar a los pobres y hacer cuanto se pueda por que salgan del abatimiento en que se encuentran: esta es mi política, mi creencia, mi relijion, mi fé y tambien mi esperanza; porque espero en Dios que ese porvenir se realizará algun dia.

—Ya le he dicho a usted, señorita, que esas utopias son mui hermosas, pero desgraciadamente irrealizables; que cuando uno ha visto y palpado la degradacion del pueblo, no puede menos que perder toda esperanza; y el árbol de los sueños y de las ilusiones se deshoja al soplo de un desengaño triste pero real y positivo.

—Esa es falta de fé en la obra de Dios! Es el escepticismo de la soberbia! Es la duda de la incredulidad, que todo lo niega, porque nada comprende! Y asi como usted, no há mucho, se burlaba de que unos artesanos tuviesen desprendimiento en el alma, asi tambien niega que los pobres puedan en algun dia llegar a conseguir la satisfaccion ámplia de sus necesidades físicas y morales, es decir, la sancion de la independencia y libertad del hombre. Y sin embargo, todo nos presajia esa verdad, todo concurre a ese fin: los derechos del pobre, si bien no se practican, se reconocen; la igualdad se difunde, los descubrimientos aumentan, la ciencia progresa, y este adelanto constante ¿qué es lo que presajia, lo que prepara, lo que inicia, lo que establece, sino el reinado de la caridad, de la paz, de la concordia, del evanjelio?

Veo bien, señoritas, prosiguió Luisa tristemente conmovida y dirijiéndose a las personas que la rodeaban, que os admirais de oirme hablar así, que mis palabras os chocan, que mis pensamientos los encontrareis impropios de una mujer y especialmente de una niña: veo bien que mi conducta os parece injustificable, cuando he perdido mi tiempo en semejantes utopias, como las llama este caballero; pero, amigas mias, talvez no es mi culpa el que mi entendimiento haya seguido esta pendiente, porque no soi dueño de mis impresiones cada vez que veo una desgracia, un dolor, una

lágrima; pues cada vez que contemplo el sufrimiento y la angustia en un rostro humano, mi corazon se siente oprimido, y cuando pienso que este infortunio es el patrimonio del pobre, mi pecho palpita de compasion, y ha sido entonces cuando me he preguntado a mí misma las causas, y ayudada únicamente de mi sensibilidad, he tratado de investigar su oríjen; de manera que lo que veis en mí no es ciencia sino el resultado de una manerá de ser particular y que quizá tambien emana en parte de la soledad en que siempre he vivido.

La hermosa fisonomia de Luisa estaba animada por el entusiasmo de la caridad, y en su belleza verdaderamente aristocrática, irradiaba la sensibilidad profunda, el talento distinguido, la fuerza de una voluntad decidida y enérjica pero suave y simpática.

En lo que habia hablado, talvez habria hecho de sí misma el mas grande elojio, pero con una naturalidad tal, que era imposible distinguir la mas pequeña presuncion, pues se conocia claramente que no habia querido ponerse en evidencia ni hacer gala de sentimientos elevados, sino mas bien defender a los pobres, disculpándose a la vista de los demas, de su raro modo de pensar; y sin embargo, las personas que estaban presentes se encontraban fascinadas por esta elocuencia sencilla pero nerviosa, por esta superioridad franca y humilde, por la fuerza de este pensamiento atrevido pero humanitario, por esta concepcion elevada y llena de una caridad grande, por esta sacerdotiza de la democracia, que a los dieziocho años parecia no hacer caso de sus atractivos para consagrarse entera al alivio de los males de sus semejantes.

—Jamas hubiera pensado, esclamó Amable, hallar tales ideas en una señorita de tu rango, jóven, hermosa y cortejada de todos. Me habian dicho, es verdad, que diferias de nosotras por un no sé qué que te daba un carácter de singularidad picante, pero estaba mui lejos de creer en lo que ahora veo: eres una filósofa consumada.

—Yo no pretendo ni menos soi acreedora a ese alto puesto cuyo nombre se aplica como un sarcasmo a la mujer, cuando ella dedica su intelijencia a pensamientos serios. Acostumbrados los hombres a vernos solo ocupadas de pequeñeces y frivolidades, han empleado el ridículo cuando por casualidad salimos del recinto de los adornos y de la coqueteria; pero yo no veo en qué puedan oponerse esos pensamientos que mejoran nuestra naturaleza y que elevan nuestro ser, al cultivo de nuestras gracias y al brillo de nuestras seducciones. Es verdad que de esta suerte no constituimos a estas últimas como el solo y mas importante negocio de nuestra vida; pero creo que esta manera de juzgar, lejos de hacernos mal nos aprovecha, porque nos hace mas sencillas y humildes, y prepara nuestro corazon para esos sentimientos de caridad que debieran formar nuestro principal adorno, pues se hermana mucho con nuestra naturaleza y con el rol a que somos destinadas.

Al decir estas palabras, la voz de Luisa tenia una dulzura llena de languidez. Pocos momentos antes su acento podia considerarse como algo varonil, pero ahora aparecia conmovedor y blando. Su actitud, su mirada, todo anunciaba en ella la sensibilidad dulce y profunda cuyo hechizo irresistible es el mayor mérito de la mujer, pues hace el fondo de esa debilidad que seduce y cautiva, de esa debilidad despótica que manda cuando obedece y cuyo imperio se ejerce con mas fuerza mientras parece pedir mayor proteccion. Luisa representaba este raro contraste: altiva y humilde, dulce y enérjica, imperativa y blanda, poseia una voluntad severa e inflexible y al mismo tiempo una condescendencia estrema; orgullosa, hubiera resistido al mandato de un rei, mientras que se presentaria sumisa a la voz de un mendigo.

Guillermo, que estaba acostumbrado a dominar y a ver a sus plantas las mas aristocráticas bellezas de Santiago, que habia triunfado de las mujeres mas orgullosas; Guillermo, decimos, se encontraba pequeño ante aquella niña sin afec-

tacion, y cuyos mas lijeros sentimientos podian leerse en aquel semblante sin doblez. Guillermo no comprendia esa naturalidad franca y elevada y tenia vergüenza de verse vencido por la inocencia y el candor, sin embargo que no podia menos de considerarse feliz al pensar que él iba a ser el dueño de esa mujer codiciada de todos.

La posicion en que se encontraba Guillermo era embarazosa, pues no hallaba qué responder a la cristiana elocuencia de Luisa, sintiéndose humillado ante las demas; pero afortunadamente entró un criado a llamarlo, libertándolo asi de su penosa situacion.

Amo y criado.

I.

El sirviente que buscaba a Guillermo era Tomas, que habia vuelto del desempeño de la comision que le fué encargada en el campo de Marte, es decir, de ese espionaje infame a que no tienen escrúpulo de entregarse los criados, y que muchos, en su ignorancia, creen que entra en las obligaciones de la domesticidad, faltando a su deber si resistiesen a llenar las órdenes de sus amos; pero Tomas no era de este número, pues no pecaba por ignorancia sino por maldad y por avaricia; porque esta es la ocupacion mas lucrativa para un sirviente, dándole de otro lado cierta confianza y aun cierta independencia respecto de sus patrones, cuyos secretos posee.

Cuando un hombre o una mujer han sido criados en este jénero de ocupacion, adquieren por él cierto gusto, llegando a ser para ellos, no un trabajo, sino un agradable entretenimiento que, a mas del placer, da la propina. Pero es un error el creer a cualquiera idóneo para este ejercicio, que llega en algunos a convertirse en una profesion, profesion que para ejercerla con ventaja es necesario no tan solo la práctica, sino tambien la astucia y una imajinacion despejada, fecunda, viva para crear espedientes y aprovechar de todas las circunstancias, siendo el disimulo el elemento principal e indispensable para formar un buen espia.

Tomas reunia todos estos requisitos: él era intelijente,

astuto y práctico, gustándole ademas mucho el oficio, porque desde sus primeros años habia servido con este fin a los jóvenes en cuyas casas habia sido educado, y hacia tiempo que estaba al lado de Guillermo, del cual habia tomado sabias lecciones. Este trato con los caballeros, a mas de su natural despejo, habia dado a Tomas cierta cultura, ya fuese en la manera de espresarse o ya en la de vestirse, pero a primera vista podia distinguirse en él la fatuidad del plebeyo a quien esa especie de educacion superficial solo sirve para que despliegue una arrogancia tanto mas repugnante cuanto mas ridícula y afectada; pues con dificultad se encuentra un ser mas despreciable que esos lacayos de casa grande, como se decia antiguamente, o de la aristocracia, como se usa hoi dia.

Guillermo estimaba a este muchacho y conjeniaba con él, porque conocia su despejo, habiéndolo servido en muchas ocasiones con fidelidad, con intelijencia y sobre todo con buen éxito, de manera que lo habia separado, por decirlo así, del resto de la servidumbre de la casa de su madre, dejándolo esclusivamente para él, habiendo llegado a permitirle algunas confianzas que no rayaban, sin embargo, en familiaridad, porque Guillermo habia tenido el arte de conservarlo a cierta distancia, cuyos límites no le permitia traspasar, sabiendo por esperiencia que esto aumenta el prestijio sin disminuir la voluntad; pero en cambio de familiaridad, era con él escesivamente pródigo, escusándole tambien a tiempo ciertas faltas o ciertos defectos, pero haciéndoselos notar con bondadosa rijidez, lo que aumentaba el cariño que le tenia Tomas y el prestijio que ejercia sobre él.

Muchas veces lo habia ocupado en empresas difíciles, consiguiendo por medio de la astucia de Tomas un triunfo que él mismo no hubiera creido obtener con tanta brevedad. No hacia mucho tiempo que este perillan habia permanecido fuera de la casa por el espacio de dos meses. Todo el mundo creia que el señor don Guillermo, descontento de

él, lo habia despedido; pero era cuando justamente estaba mas empleado que nunca en una especulacion de amor en favor de su amo; asi que en lo sucesivo nadie estrañaba las desapariciones frecuentes de Tomas, porque presumian que se encontraba cumpliendo alguna órden del patron. Para dar una idea mas cabal del carácter y astucia de este muchacho, referiremos al lector lo que habia motivado esa larga ausencia de dos meses.

II.

Enamorado Guillermo de una jóven casada a quien veia con frecuencia y cuya gracia y hermosura habian despertado en él uno de esos caprichos irresistibles para un jóven rico, y sobre todo para un jóven como Guillermo, que, estimulado por la mas refinada sensualidad, al mismo tiempo que por la vanidad de acreditarse ante sus émulos como un hombre a quien todo cede y a cuyo imperio no hai virtud que no se doblegue, era natural que tratase de conseguirla a toda costa, para cuyo efecto echó mano de Tomas, obligándolo a que se alquilase como criado en aquella casa, cualquiera que fuese el salario que le ofrecieran, con tal de informarse del interior y tenerlo al corriente de todo para poder combinar con certeza sus planes.

El astuto muchacho, sabedor de las intenciones de su amo, halagado por la recompensa que le esperaba, e instigado principalmente por su instinto de maldad y de intriga, aceptó con gusto la proposicion y se presentó en casa de la jóven, solicitando un destino cualquiera con un aire de humildad tan bien finjido, que habria engañado al mejor fisonomista, exijiendo a la vez por su servicio condiciones tan moderadas, que la mas humilde familia las habria aceptado.

El marido de la niña no vaciló un momento en tomar al muchacho, tanto mas cuanto que le parecia intelijente, a

pesar de su finjida modestia, y quizá, sobre todo, a causa del módico salario, pues él era un empleado que, si bien tenia un regular sueldo, andaba, sin embargo, tas con tas con sus gastos mensuales; pues a su esposa y a él mismo le gustaba darse cierto tono para aparentar mas de lo que en realidad tenian: vanidosa costumbre, mui frecuente y mui aceptada entre nosotros, y que deja por lo regular a las familias en la mendicidad, despues de haber dado a los hijos una educacion y un ejemplo perniciosísimo; de donde sale probablemente toda esa infinidad de gandules que infestan nuestras poblaciones, y que, esperando empleos, porque se dicen caballeros, no se deciden a tomar un oficio, siendo la rémora de nuestra sociedad y talvez una de las causas de nuestras frecuentes revoluciones.

La dama, como hemos dicho, participaba de las mismas opiniones del marido, y por consiguiente, no podia ir demasiado lejos en sus gastos, pues las exijencias de la sociedad actual y esas esterioridades, tan indispensables ahora, absorbian el sueldo, viéndose obligados a economizar en los salarios de los sirvientes y en todos aquellos gastos que hacen la existencia cómoda pero sin esas apariencias deslumbradoras que tanto nos halagan y a las cuales todo se sacrifica.

Era, pues, consiguiente que marido y mujer se congratulasen de esta adquisicion, porque a mas de pagarle poco, no tenian que hacer ningun gasto en ropa, pues estaba mui bien vestido, manejando ademas el coche con suma destreza, cosa que no habia podido conseguir con ninguno de los anteriores criados, aun cuando les hubiesen dado mas salario que a éste.

Tomas servia a sus nuevos amos con una amabilidad, respeto y exactitud estrema, de manera que estaban encantados del hallazgo, tratándolo por este motivo con mas afabilidad que a los otros sirvientes, con quienes eran escesivamente duros y exijentes, persuadidos que este era el

mejor modo de que les tuvieran toda aquella consideracion que creian merecer.

Acostumbrado Tomas al manejo de una gran casa, como igualmente a ese órden y limpieza que reinaba, al menos en las habitaciones de su verdadero patron, Guillermo, y de las cuales él tenia únicamente el cuidado; acostumbrado a esto, decimos, habia desde el primer dia arreglado las cosas de tal manera en casa del empleado, que todo estaba listo, sabiendo, con sus acertadas disposiciones, dar un aire de opulencia al modesto ajuar; pues la mesa, perfectamente servida y arreglada con gusto, aparecia a la vista de sus patrones en un estado tal, que jamas se les habia pasado por la imajinacion; agréguese a esto que Tomas, perfectamente vestido a la hora del servicio, estaba atento a la menor cosa, sabiendo pasar los guisos y mudar los cubiertos en cada plato con tal lijereza, que parecia adivinar el pensamiento de cada uno. Esto habia hecho que el buen empleado se aventurase a convidar de vez en cuando al jefe de su oficina como algunos otros amigos, para ostentar el arreglo, abundancia y gusto con que era servido; pues bastaba, cuando tenia intencion de invitar a alguien, que diese a Tomas cuatro o cinco reales mas de lo ordinario, para que éste pusiese una mesa espléndida, de la que quedaban todos mui satisfechos, no dejando de admirar cómo haria el dueño de casa para armonizar sus entradas con sus gastos; pero todo esto era atribuido al buen órden de la mujer, conociendo a fondo la honradez del marido.

Muchas veces conversaba éste con su esposa a propósito de Tomas, y ambos no cesaban de elojiarlo al ver la distribucion tan acertada y la abundancia que resultaba del manejo intelijente del muchacho; y entonces suponian que los que habian tenido anteriormente no eran otra cosa que unos ladrones, porque Tomas hacia con el mismo dinero el doble de los otros, sin tomar en cuenta la esquisita atencion de sus modales respetuosos e intelijentes, que realzaban verda-

deramente el servicio, lo que no solo agradaba sino que halagaba la vanidad de los dueños de casa, pues creian que tenian el mejor criado de Santiago.

III.

Pero Tomas no se dormia sino que espiaba los secretos, atendia a las conversaciones y estudiaba los caracteres, para darle cuenta a su verdadero amo, haciendo, como es natural, valer en mucho sus servicios; y no contento con esto, determinó hacerle la corte a la criada de mano de la señora, que la servia a la vez de camarera y confidente, lo que consiguió fácilmente, pues era insinuante y jeneroso, siendo en esta empresa ayudado de la misma señora, que no se desdeñó de entrar en los secretos de la camarera, con la buena intencion de que se casase con tan apreciable muchacho, y tambien con el pequeño interes de que continuase sirviéndoles, pero sin pensar jamas que las relaciones que favorecia fuesen mas allá del justo límite, es decir, que no pasasen de un simple cariño que viniese a coronar el matrimonio. No eran, sin embargo, ni los deseos ni los propósitos de Tomas, sino que obró de distinta manera, seduciendo a la pobre muchacha, que, en la esperanza de casarse con él, no sabia rehusarle nada...

Dueño ya de la confidente de la señora, le fué fácil inducirla a que preparase el terreno y facilitase los medios de la conquista, revelándole en parte el inmenso amor que un rico caballero tenia para con su ama, y que ésta no podia ser menos que mui feliz con los obsequios de tan cumplido jóven; añadió a esto algunos regalillos, diciéndole que recibirian la proteccion de don Guillermo y que al lado de él nada les faltaria a ellos para ser felices, pues disfrutarian comodidades y talvez en poco tiempo podrian adquirir una fortunita que les permitiera trabajar por sí mismos sin servir a nadie.

Halagada la muchacha con tan hermosa perspectiva, se obligó a cumplir fielmente cuanto le decia Tomas, guardando un profundo secreto de esta infernal maquinacion para con la señora y el marido.

Guillermo, enterado de todas estas circunstancias por su criado, principió su plan de ataque. El no podia aparecer de improviso haciendo conocer sus intenciones, sin que salieran fallidas, a pesar de todas sus ventajas físicas, de su fortuna y de su apellido aristocrático, que tanta influencia ejerce entre nosotros; de consiguiente, obró primero sin descubrirse, y como tenia poderosos ausiliares en el interior de la plaza, no dudó rendirla en poco tiempo.

Sabedor de que la señora era mui aficionada a las flores, y especialmente a las camelias, Guillermo compró en el jardin del doctor Zeguet el mas hermoso ramo que hubiera salido jamas de ese acreditado jardin, lo llevó en la noche a casa de la señora y dijo a la criada, con quien ya estaba en relacion, de ponerlo en el dormitorio de su ama para que lo viera al despertar, pero sin decirle de quién venia, sino únicamente que un jóven se lo habia dado con recomendacion de entregárselo a ella. Asi lo hizo la muchacha, y al dia siguiente la señora fué tan agradablemente sorprendida al ver aquel hermoso ramillete sobre su cómoda, que se levantó casi desnuda para cerciorarse por sí misma de si no era una ilusion lo que veia. Jamas habia imajinádose ella un ramo tan hermoso de camelias, sobre todo en ese tiempo en que esta flor era rara y costosa; pero tampoco podia figurarse la manera como se encontraba en su cuarto, ni quién podria ser la persona que le hubiese hecho un obsequio de un gusto tan fino y delicado, porque a su marido no lo creia capaz de tal galanteria, sobre todo cuando el ramo debia haber importado bastante dinero, pues ella no ignoraba que esa flor se vendia entonces por tres o cuatro pesos cada una.

Agradablemente intrigada la señora con esta aventura,

llamó a su criada para averiguar la procedencia del hermoso ramo. La criada le dijo entonces, con cierto aire de misteriosa timidez, que encontrándose parada en la puerta de calle, se le habia aparecido un caballero mui buen mozo y le habia dicho de poner en el cuarto de la señora ese ramo, de manera que solo lo viese al levantarse; y asi lo habia hecho, añadió la muchacha, creyendo ser a su merced agradable.

—¿Pero qué clase de caballero era ese? ¿No te dijo su nombre? preguntó la señora.

—Era un caballerito mui jóven y mui donoso, contestó la criada.

—¿Y no te dijo su nombre?

—No, señorita.

—¿Por qué no se lo preguntaste?

—Tuve vergüenza.

—¿Quién podrá ser? ¿Lo has visto en casa alguna ocasion?

—Nunca, señorita.

—¿Y nada mas te habló?

—Nada mas.

—¿Lo conocerias si lo volvieras a ver?

—Sí, señorita.

—Es cosa estraña! dijo para sí la señora. Entre mis relaciones no conozco a nadie que fuera capaz de hacerme un obsequio tan costoso y de tan buen gusto; y cada vez admiraba mas las *albà-plenas* matizadas de camelias color rosa que formaban aquel hermosísimo ramo.

—En fin, dijo la señora a la criada, como disimulando su preocupacion; será algun conocido.

—Asi debe ser, señorita.

—Sin embargo, no digas nada a nadie.

—Está bien, señorita, ¿no se le ofrece a su merced otra cosa?

—Nada mas; y la señora principió a vestirse, no cesando

de admirar las flores y pensando de quién podrian haberle venido.

IV.

Guillermo fué informado al dia siguiente de lo ocurrido: y cuando supo la recomendacion que se le habia hecho a la criada de no hablar a nadie sobre el particular, se sonrió maliciosamente, lo que queria decir: "esta mujer es mia."

Pocos dias despues, las hermosas flores, a pesar del cuidadoso esmero que se habia tenido con ellas, estaban marchitas. ¡Triste pero necesaria condicion de todo cuanto existe, y con especialidad de esos bellos adornos con que se engalana la naturaleza y que recrean nuestros sentidos!..

La señora, con sentimiento habia tenido que botar las flores, y pensaba que ya no volveria a poseer un ramo tan hermoso, pues no habia oido hablar del misterioso emisario, aun cuando en varias ocasiones aventurase con disimulo algunas preguntas a su camarera; pero un dia temprano entró ésta al dormitorio, llevando un papel en la mano y diciéndole: "señorita, señorita, levántese, que hai en el patio seis árboles llenitos de flores de las mismas del otro dia. ¡Qué cosa tan linda, señorita! Levántese.."

—¿Qué es lo que dices?

—¡Seis árboles vivos, señorita, lo mismito que las flores del otro dia!

—¡Seis árboles!

—¡Qué están en el patio!

—¿Y quién los ha traido?

—No sé... Tomas me dijo que esta mañana de alba habia venido un carreton con ellos y que un caballero que montaba un lindo caballo, le habia dicho: "pon esas flores en el patio y entregad a la señora, y solamente a ella, este papel;" e inmediatamente se habia retirado.

—¿Y el papel? preguntó la señora.

—Aquí está, señorita.

—Dámelo; y la linda jóven, casi medio desnuda, lo abrió con precipitacion, esperando conocer el nombre de la persona que tanto se interesaba por ella; pero el billete no estaba firmado y solo contenia las líneas siguientes:

"Señorita: su ramo de camelias debe estar marchito: podria mandarle a usted otro, pero en poco tiempo sucederia lo mismo. Asi es que me he tomado la libertad (reclamando primero su induljencia) de remitirle seis pobres plantas para que adorne su jardin y no carezca usted de esas flores, que, aunque menos hermosas que usted, le agradan tanto."

—¿Pero quién es el que manda esas plantas? esclamó la linda niña despues de leer el perfumado billete.

—Yo no sé, señorita; ¿no dice nada el papel?

—No hai firma ninguna.

—Talvez sepa algo Tomas, que fué el que recibió las flores.

—Despues de vestirme lo llamarás.

Poco antes de pensar en vestirse corrió a la ventana y abrió un postigo para ver las flores: eran éstas seis maceteros pintados de verde y cada uno conteniendo un hermoso arbusto como de cinco piés de altura y cubiertos de flores y de botones... La jóven quedó estasiada... jamas habia visto tan frescas y preciosas camelias...

Pasado un momento volvió a cerrar su ventana para vestirse, pero mui preocupada de la persona que, haciéndole tan lindo obsequio, permanecia oculta.

Si es algun conocido, decia entre sí misma ¿por qué no decir su nombre? si no lo es ¿por qué regalarme? Y asi, puesta en su tocador, se perdia en conjeturas y miraba a cada momento la carta que tenia delante de sí, y que exhalaba un suave perfume, sin poder saber de quién seria aquella fina y elegante escritura, que le era completamente desconocida.

Tomas entró en aquel instante, aparentando mas humildad que nunca.

—¿Me llamaba su merced? preguntó a la jóven.

—Sí, Tomas: ¿de quién has recibido esas seis macetas?

—De un caballero, señorita.

—¿Lo conoces?

—No, señorita.

—¿Qué te dijo?

—Lo mismo que encargué a la Maria (este era el nombre de la muchacha) de decir a su merced.

—¿Nada mas?

—Nada mas, señorita; y en seguida...

—¿Qué hubo?

—Se fué, señorita, poniendo en mi mano estos cinco pesos y diciéndome: "para tí;" pero como yo no los he ganado, puede su merced disponer de ellos.

—No, Tomas, son tuyos, porque te los han dado a tí.

—Mil gracias, señorita.

—No le digas nada a mi marido, que ya le hablaré sobre esto.

—Como su merced quiera; sin embargo, si me pregunta el patron ¿qué le contestaré?

—Le dirás que no sabes nada.

—Mui bien, señorita; y haciendo una profunda reverencia, Tomas salió del dormitorio.

V.

La hermosa jóven, dominada por un sentimiento que no sabia calificar, pues le parecia que no era conveniente informar a su marido, porque no conocia a la persona que la regalaba y porque creia que quizá no seria de su agrado un obsequio que a ella le gustaba tanto; en fin, sintiendo una especie de temor, se dirijió al cuarto del esposo, y con cara risueña, le dijo confidencialmente:

—¿Sabes que me han hecho un lindísimo regalo?

—¿De qué cosa, querida mia?

—De seis hermosísimos maceteros de camelias que luego vas a ver.

—¿Y quién te los ha obsequiado?

—Una amiga mia, contestó la jóven esposa ruborizándose.

—Pues es un buen regalo, porque esas plantas son costosas y raras.

—Pero creo que ella tiene muchas.

—¿Y cuál de tus amigas ha sido tan jenerosa y tan amable?

—Me ha encargado que no te lo diga.

—Qué misteriosa parece tu amiga! dijo el marido sonriéndose; pero como yo soi poco curioso, añadió, no insistiré en saber su nombre.

—Vístete, pues, luego para que vamos a ver los maceteros.

—Ya estoi listo.

Y ambos esposos salieron al patio.

Como ya hemos dicho, los maceteros eran seis: cuatro de ellos contenian *albas plenas* y los otros dos rosadas, pero tan cubiertos de flores y de botones, que cada uno era una maravilla.

Tomas recientemente los habia regado, pero con tanto cuidado, con tanta intelijencia, que parecia que el agua del cielo hubiese caido esprofeso para dar mas frescura a las flores y mas brillo a las hojas, pues se veian destilar trasparentes gotas de cada uno de los copos de estas hermosísimas plantas.

El pobre empleado, sin darse del todo cuenta del valor que representaban aquellos seis maceteros, y admirándolos cada vez mas, no pudo menos de esclamar:

—¡Pero este es un regalo digno de una reina, y no conozco ninguna de tus amigas que fuera capaz de hacerlo!

—Eso es lo que tú no sabes; pero este es tambien mi secreto.

—Sin embargo, ahora tengo curiosidad de conocerla.

—Mas tarde; pero por el momento no puedo decírtelo.

El empleado se puso un poco serio; esas flores le causaban una impresion estraña, le hacian mal, y se retiró a su cuarto, triste mas bien que complacido, sin poder clasificar lo que esperimentaba.

La jóven permaneció aun por algun tiempo mirando, no solo cada árbol, sino cada flor, y diciendo a cada instante: ¡qué linda! cuando contemplaba una, otra y otra...

Despues de almuerzo, su marido se fué a la oficina y ella llamó a su camarera para conversar un momento sobre un acontecimiento tan raro como inesperado, diciéndole:

—¿Qué te parece, Maria, este regalo?

—Mui lindo, señorita, pero creo que su merced merece mucho mas.

—¿Y no has sabido quién lo ha traido?

—No, señorita, pero debe ser el mismo jóven que trajo el ramo, segun me lo ha pintado Tomas.

—¿Qué te ha dicho Tomas?

—Nada mas, señorita, que lo que él y yo hemos dicho a su merced; sin embargo, me habló de la cara del caballero que le dió las plantas, y por lo que veo debe ser el mismo que me entregó a mí el ramo, con la diferencia que a él le dió cinco pesos.

—Ya lo sé.

—Y que él me los dió a mí.

—Tomas es un escelente muchacho.

—Mui bueno, señorita.

—¿Querrias casarte con él?

—Sí, señorita.

—Cuenta con ello. Yo haré todo lo que pueda y le diré a mi marido que se empeñe tambien y que aumente el salario de ambos, pues el que se casen no impedirá que se queden en casa.

—De ninguna manera, y seriamos mui agradecidos y mui felices, señorita.

—Pero dime, Maria, ¿cómo es el jóven que tú has visto?

—Es un jóven alto, delgado, blanco, de lindos ojos y de un bigote negro.

—¿Y qué te parece a tí?

—Lindísimo, señorita.

—¿No lo habias visto antes de ahora?

—Ya he dicho a su merced que no.

—Pero ¿quién podrá ser?

—A su merced le será fácil saberlo.

—¿Cómo?

—Saliendo a la calle talvez lo encontraria su merced en el comercio, porque parece un caballero rico.

—Tengo curiosidad, Maria. ¿Quiéres que vamos hoi mismo a dar una vuelta?

—Su merced no tiene mas que ordenar.

—Pues deja entonces todas tus cosas preparadas e iremos a las tiendas. Hace tiempo que tenia ganas de comprarte un vestido y lograremos de la oportunidad.

Maria se fué inmediatamente a preparar todas sus cosas para que no se notase su ausencia, pero antes tuvo cuidado de prevenir a Tomas de lo ocurrido para que éste se lo comunicase a su patron lejítimo.

Tomas, conociendo el valor de esta circunstancia, hizo parar un coche y se fué en el acto a casa de Guillermo, a quien comunicó lo que pasaba, como igualmente el misterio que la señora habia guardado para con su marido, y volvió con toda rapidez a su casa; de suerte que, con escepcion de Maria, nadie sabia que hubiera salido, teniendo tiempo de preparar el coche mucho antes que la señora concluyese su tocado, pues el astuto perillan suponia que en ningun caso mejor que en este haria la señora alarde del carruaje; asi es que, sin que nadie se lo mandase, se vistió con esmero, puso el coche a la puerta y se sentó tranquilamente en el pescante, teniendo de la brida a los caballos, que estaban perfectamente limpios y que parecian infinitamente mejores

de lo que en realidad eran, gracias al aseo y al cuidado intelijente que tenia de ellos.

Cuando la señora estaba vestida y pensaba llamar a Tomas para que pusiese el carruaje, ya vió que éste le tenia a la puerta, no pudiendo menos de sonreirse al notar la puntualidad y mas que todo el brillo del equipaje, que parecia nuevo: tal era la apariencia que el intelijente muchacho habia sabido dar a los arneses.

—¿Quién te habia mandado poner el coche, Tomas? dijo la señora.

—Nadie, señorita; pero la Maria me previno que su merced pensaba salir y yo presumí que lo haria en carruaje.

—Has adivinado, le contestó la señora con tono amable.

—¿Dónde irá su merced?

—A las tiendas.

—De manera que debo conducir a su merced a la plaza de Armas, en donde aguardaré nuevas órdenes.

—Justamente.

Maria venia ya lo mas compuesta posible, y la señora no pudo menos de sonreirse al verla, mirando tambien a Tomas, que se quedó como sorprendido de tanta gracia, con el aire de una sencilla admiracion lo mas bien imitado, a tal punto que la señora compadecida le dijo: "En poco tiempo mas les aseguro que serán felices."

El tuno finjió esa alegria que emana de una cosa inesperada y que se la ofrecen cuando menos se piensa en ella.

La señora y Maria subieron al coche, ocupando la primera la parte de atras, mientras que la segunda estaba sentada en la de adelante, teniendo mucho cuidado con el traje de la señora para no ajárselo en lo menor; asi llegaron al portal viejo, como decian entonces, o al portal de Sierra-Bella, como se dice hoi dia.

VI.

Habiendo bajado del carruaje se encaminaron hácia la

galeria Búlnes, pasaje mui frecuentado por nuestros elegantes, ya sea porque allí existen varios peluqueros y tiendas francesas, o ya porque presenta mas comodidad al transeunte, pues no se encuentran entorpecidas las avenidas por baratillos, como sucede en el antiguo portal.

Habian recorrido poca distancia cuando Maria, inclinándose respetuosamente hácia su señora, le dijo: "Aquel que viene allí es el caballero del ramo." La jóven miró inmediatamente con interes, pero tambien con disimulo, y no pudo menos de confesar en su interior que la persona que se le presentaba era irreprochable por su elegancia, por su figura y por ese desembarazo aristocrático que es inimitable para los que no han vivido en buena sociedad, pero que tambien lo percibe a primera vista todo el mundo.

El caballero, que no era otro que Guillermo, al ver a la jóven señora, pareció inmutarse; pero de manera que, aparentando ocultar su turbacion, fuera apercibida, o mejor dicho, que por el hecho de quererla disfrazar se hiciese mas patente.

Al ver la señora esta tímida modestia, no pudo menos que estar lisonjeada en su amor propio, pues veia, no solo la sensacion que causaba, sino el respeto que producia.—¿Y qué mujer no se fascina a sí misma con el poder que ejercen sus gracias, y mas que todo, con la respetuosa consideracion que infunde?

Esta primera entrevista, en la que no habia intervenido ni un lijero saludo, previno a la señora en favor del jóven; porque no hai nada que mas agrade al sexo que el amor mezclado al culto y la pasion unida a la reverencia.

Dando, pues, constantemente vueltas, se puede decir, al rededor del mismo centro, como sucede en el comercio de Santiago, se encontraron varias veces Guillermo y la señora, pero en todas ellas aparentaba aquel tanta afeccion como tristeza y respeto, sin atreverse una sola vez a dirijir, no diremos una palabra, pero ni una sola mirada que no estuviese

impregnada de un cariño profundo y de un acatamiento sin límites, haciendo que, sin mucho esfuerzo de intelijencia, se conociese ese amor puro, respetuoso y lleno de ilusiones que es el rico patrimonio que Dios concede a la juventud.

La señora entró en una tienda para comprar el vestido que habia ofrecido a su sirviente, y el mercader, en conformidad de su oficio, no se limitó solamente a presentar lo que le pedian, sino que mostró a la señora las muestras de lindísimos trajes recientemente venidos de Europa. La tentacion era grande, los deseos eran vivísimos, pero los precios mui elevados; y la señora tuvo la prudencia de rehusar redondamente todas las ofertas del mercader, que le decia de llevarlos y de pagarlos cuando quisiera: sin embargo, ella veia que la renta de su marido, por mas que economizase en su interior, no alcanzaria en mucho tiempo a cubrir el importe, y esta circunstancia la habia retenido, saliéndose sin comprar otra cosa que el pobre vestido de la sirviente.

Un momento despues que la señora habia salido, entró Guillermo a la tienda, y preguntando al comerciante lo que habia agradado mas a la persona que acababa de estar allí le mostró éste los trajes que habian sido de su agrado y los cuales pagó en el acto, haciéndolos conducir por uno de los dependientes al coche en que se encontraba Tomas, dándole señales tan inequívocas que no se pudiera engañar.

La señora, inter tanto, dió algunas vueltas por los portales, pero sin que nuevamente encontrase a Guillermo, el que, una vez comprados los vestidos, habia desaparecido del paseo; asi es que ella se volvió a su carruaje algo pensativa de la actitud en que habia visto al jóven, actitud que le daba mucho que reflexionar, porque veia que sin conocerla se habia presentado, si no de una manera insinuante, al menos con tanta sumision, con tanto cariño disfrazado del mas profundo respeto, que ella por mas indiferente que fuera, no podia menos de comprender que en todo esto habia un

sentimiento de amor que, sin presuncion, vióse obligada a creer que era únicamente ella quien lo motivaba.

Cuando la señora llegó al carruaje acompañada de la sirviente, vió en el acto dentro del coche varios paquetes y no pudo menos de preguntar a Tomas quién habia traido aquellas cosas, a lo cual le respondió el criado: "Señora, un caballero las ha traido diciendo que su merced mandaba esas mercaderias."

—¿Qué clase de jóven es el que ha venido?

—No lo conozco, señorita.

—¿Seria acaso el mismo caballero de las flores?

—No, señorita, porque lo habria reconocido en el acto.

—Debe ser algun equívoco, esclamó la señora, y bajó del coche acompañada de Maria, a quien encargó de conducir los paquetes, y dirijiéndose a la tienda, dijo al comerciante: "Usted debe haberse equivocado en llevar a mi carruaje trajes que yo no he comprado."

—No, señorita, todo está comprado y pagado.

—Pero ¿cómo es esto?

—Nada mas sencillo: a pocos momentos de salir usted de la tienda se presentó un sujeto, preguntando cuáles eran las mercaderias que le habian agradado mas, y habiéndole mostrado los mismos vestidos y manteletas que usted prefirió, pagó su importe, encargando solamente que se lo llevasen a su coche que estaba situado en la plaza, y habiéndonos dado las señas de él, nos fué fácil conocerlo.

A esta contestacion del comerciante, la señora no tenia nada que añadir, pero permaneció por algun tiempo perpleja en si debia o no tomar aquel obsequio hecho de una manera tan estraña; sin embargo decidió llevarlo consigo para que el tendero creyese esto una cosa natural y no sospechase nada.

Cuando hubieron salido del almacen, dijo Maria a su ama:

—¡Qué lindas cosas, señorita! ¡Cómo su merced va a

estar elegante! ¡Qué caballero tan jeneroso y tan bueno! Y qué cara tan linda tiene! y qué chatre! ¡Ah, señorita, yo no habia conocido otro mejorcito! ¿Cómo supiéramos su nombre?

La señora continuaba callada, sin contestar una palabra a la animada y alegre charla de Maria, que no cesaba de ponderar la hermosura de los trajes y la amabilidad, elegancia y jenerosidad del jóven que, sin conocer a su ama, le hacia tan valioso regalo.

La señora llegó a su casa, resuelta a devolver aquellos vestidos sin usarlos; pero cuando estendió nuevamente las telas en su dormitorio para verlas mejor, esa resolucion desaparecia a medida que mas las contemplaba. Por otra parte, Maria, a quien habia informado de lo que pensaba hacer, le decia que seria desairar a un caballero tan bueno, tan cortés y tan respetuoso que no se habia ni atrevido a hablarla; y ademas, que era imposible devolverle aquellas cosas, puesto que no se sabia ni quién era, ni cómo se llamaba, ni dónde vivia. Estas observaciones, unidas a los deseos naturales de la señora, la convencian, y resolvió guardar para sí el obsequio, ocultándolo a su marido hasta que se presentase la ocasion de inventar alguna fabulilla verosímil con que engañarlo, lo cual no era difícil, atendiendo a que las mujeres en jeneral tienen una imajinacion fecunda y los maridos una confianza ciega!

Desde este dia principió la señora a salir de casa con mas frecuencia, ya con el pretesto de ir donde la modista o de comprar cualquiera friolera, y casi siempre encontraba a Guillermo en las calles, siguiéndola a alguna distancia, pero sin acercarse a hablarla, y esta respetuosa timidez agradaba mucho a la linda señora, si bien hubiera deseado conocer mas a fondo al obsequioso jóven, lo cual debia suceder mas luego de lo que ella pensaba, porque Guillermo queria dar término cuanto antes a aquella aventura y solo esperaba una ocasion favorable.

. . . . .

VI.

En estas circunstancias, sea efecto de la casualidad o de algun manejo oculto de Guillermo, el pobre marido se vió obligado a ir a Valparaiso por órden del ministro con una comision fiscal, en la que ocuparia por lo menos unos quince dias.

Al participar a su mujer esta noticia, estaba alegre, pues era para él una novedad el ir a Valparaiso, que aun no conocia, proponiéndose traerle a su regreso muchas curiosidades, de lo que no dudaba que su mujer quedaria mui contenta.

Ella lo vió partir esperimentando en su interior cierta inquietud de que no podia darse cuenta, pues sentia y se alegraba a la vez de encontrarse dueña de sus acciones por algun tiempo.

Al siguiente dia de la partida del marido, entró Maria al salon de la señora con una carta en la mano y el mas alegre semblante.

—Señorita, la dijo, el mismo caballero de siempre me ha entregado para su merced este papel.

La hermosa jóven tembló al tomarlo, y un lijero carmin subió a sus mejillas. El billete estaba concebido en estos términos:

"Señorita:

"Si usted tuviera la bondad de presentarse en el teatro esta noche, su sola vista haria la felicidad de un hombre...

"La ópera es lindísima; y me tomo la libertad de mandarle un palco y seis entradas para que pueda ir acompañada de algunas de sus amigas.

"Acceda usted a esta humilde súplica y una alma angustiada tendrá siquiera un momento de alivio."

Mientras ella leia estos renglones, Maria observaba la fisonomia de su ama, esperando conocer en el semblante lo que pasaba en su interior.

La señora continuaba con el papel en la mano sin proferir palabra.

Pero ya fuese casualidad o una combinacion premeditada, en ese mismo instante se presentó una modista trayendo concluido el mas hermoso traje de los que pocos dias antes le habia obsequiado Guillermo.

—¡Tan luego lo ha hecho usted! esclamó la señora, admirada y dirijiéndose a la modista.

—Sí, señorita. Nosotras queremos ser puntuales para que estén contentas las personas que nos favorecen. Sabiamos tambien que esta noche se dá una lindísima ópera y presumimos que usted deseara asistir a ella.

—¿Sabia usted de la ópera? dijo la señora cada vez mas admirada.

—¿Qué estraño es esto, señorita, cuando todo el mundo se prepara para asistir esta noche al teatro; y nosotras hemos tenido por esta razon muchísimo trabajo, pues todas las principales señoras querian sus vestidos para hoi?

—¿Entonces habrá mucha concurrencia?

—Me parece que estará todo Santiago.

La señora la dijo en consecuencia de probarla el vestido, quedando mui complacida de la obra y de los adornos, que eran del mejor gusto.

La costurera por su parte no escaseaba los elojios, diciéndole a cada instante que iba a ser la reina del teatro y que todas las miradas estarian fijas en ella; de modo que si poco antes no sabia si iria o no, ahora estaba completamente resuelta.

Cuando la costurera se hubo marchado, la señora dijo a Maria: "Esta noche voi al teatro, ve ahora a llamarme a las señoras J..., pues pienso convidarlas para acompañarme con ellas."

—Señorita! se me olvidaba preguntar a su merced qué es lo que debo decir a ese caballero si vuelve por la respuesta.

—Nada; porque su carta se limitaba a mandarme un convite para ir al teatro, y como estoi decidida a hacerlo, esto mismo le servirá de respuesta.

—Ya yo me figuraba, señorita, que algo vendria de bueno en ese papel, porque siempre que aparece ese caballero resulta algun provecho.

—Ahora quiero tambien que ustedes se diviertan: tú y Tomas irán esta noche al teatro, a la galeria; pues es fácil de que él consiga un muchacho para que se quede cuidando el coche mientras dure la representacion; pero es preciso que se porten con decencia y tú con mucha formalidad, al menos hasta el dia en que se casen, dijo la señora, sonriéndose.

—Lo que será mui luego, señorita, porque asi me lo ha prometido Tomas.

—Me alegro infinito, y creo que vas a ser mui feliz, pues es un escelente muchacho.

—Gracias, señorita.

—Ve, pues, a hacer lo que te he dicho; y encárgales a esas señoras que no dejen de venir en el acto, porque el asunto les interesa y es urjente; pero, aun cuando te pregunten el objeto, no les digas nada, porque quiero darles una agradable sorpresa.

Una hora mas tarde, todo estaba convenido. Las señoras habian aceptado gustosas la invitacion al teatro, pues habiendo oido hablar de la ópera y de la concurrencia, deseaban vehementemente asistir, tanto mas cuanto se les ofrecia un palco, cosa poco comun en su posicion de fortuna y de relaciones de familia.

A las siete de la noche ya todas estaban preparadas. La dueña de casa estaba radiante de hermosura. El traje que vestia era rico y del gusto mas esquisito. Su peinado, obra maestra de sencillez y de elegancia, habia sido hecho por un peluquero frances de gran nombradia, y que ella, a pesar del escesivo precio que exijia por su trabajo, habia hecho llamar en esta ocasion solemne. Una sola camelia blanca

adornaba su cabeza y parecia inclinarse hácia su cuello, mas puro, fresco y aterciopelado que los suaves pétalos de esta linda flor. Al verlas sus compañeras no pudieron menos que quedar sorprendidas, y un poco de envidia, disfrazada con los mayores elojios, se notó en su semblante; pues ni en el mismo dia de su boda, al que ellas asistieron, se habia presentado tan elegante y tan hermosa; y en verdad, jamas su esbelto talle habia estado mas gracioso que ahora. Ella misma se sentia como transformada, y su corazon parecia que se prestaba ahora no mas a impresiones nuevas: era la suave emanacion del deleite que se exhalaba a su derredor y que ella tambien aspiraba.

VII.

Guillermo, figurándose que serian de las primeras en asistir a la representacion, (porque las que no están acostumbradas a este jénero de diversiones se van desde temprano), se encontraba paseándose en el perístilo del teatro. En cuanto el carruaje desembocó en la plazuela, él conoció a Tomas y se colocó de manera a poder ver sin que lo vieran, porque queria juzgar de las personas con libertad, deduciendo de los pequeños incidentes los resultados posteriores.

Pero cuando a la luz de los faroles vió la gracia seductora de la jóven esposa, cuando contempló por un momento aquella belleza tan fascinadora, casi dió un grito de admiracion, porque, apesar de haberla visto en varias ocasiones, a pesar de estar convencido de su hermosura, nunca se habia figurado que llegase a tal punto...

Al acercarse las señoras, Guillermo se presentó con un aire triste, pero en el que brillaba la gratitud y el amor, mas el amor sin esperanza... y finjiendo una turbacion llena de graciosa amabilidad, se acercó a ellas y les dijo: "si ustedes no vienen con algun caballero que las intro-duzca al teatro, aun cuando no tengo el honor de conocer-

las, les ofrezco con gusto mi humilde compañia," y presentó su brazo a la jóven casada, viéndose ésta en la necesidad de aceptarlo, no sin una marcada confusion, que le fué im posible disimular.

El portero del teatro, que era el mudo Ramon Astorga, al ver a Guillermo entrar del brazo y acompañando a unas señoras, le hizo una profunda reverencia, y abriéndoles el paso no les exijió las entradas; pues, con el conocimiento perfecto que él tenia de toda la sociedad santiaguina, sabia que Guillermo pertenecia a una de las primeras y mas ricas familias de la capital, conociéndolo ademas particularmente, porque le gustaba con frecuencia reirse de las picantes agudezas del mudo, recibiéndole con agrado en su casa y dándole mensualmente una pequeña mesada.

El mudo, cuando hubieron pasado, volvió la cara, miró a la niña y llevó la mano a sus ojos, haciendo un signo negativo con sus dedos, como para decir que no la habia visto nunca; pero al mismo tiempo los juntó, los puso sobre sus labios y les dió un beso, significando con esta elocuente pantomima que la jóven era mui linda, esclamando en seguida el mudo con una maliciosa sonrisa que le es peculiar, diabo! diabo!.. esta es una de las pocas palabras que puede pronunciar; y decimos que puede pronunciar, porque este célebre personaje vive todavia y es tan conocido como temido en Santiago a causa de su crítica aguda, burlona y mordaz. (1)

Guillermo, despues de haber dejado a las señoras instaladas en el palco, hizo una profunda reverencia y volvió otra vez al salon de entrada para ver llegar la concurrencia, que esa noche debia ser mui escojida y numerosa.

Dirijióse primeramente donde el mudo para entregarle los boletos; y éste poniéndole familiarmente la mano sobre el hombro, le dijo: "Patecueto la bonita." Lo que queria sig-

(1) Hace poco que murió don Ramon Astorga, pero en la época a que nos referimos estaba aun en vida.

nificar en su jerga,—si Guillermo se iba a casar.—Haciéndole é-te señas de que no, volvió a repetir el mudo su frase favorita "diabo! diabo!" y un espresivo ademan, acompañado de un jesto y de una maliciosa sonrisa, cerró la conversacion estre estas dos personas.

Cuando comenzó la representacion, Guillermo entró a la platea y se colocó en un asiento frente a frente del palco que ocupaban sus protejidas pudiendo mirarla sin afectacion y ser visto de ellas. La jóven esposa se encontraba como fascinada, ya sea por el irresistible hechizo de la música o por la ardiente mirada de Guillermo, que de vez en cuando parecia abrasarla. En efecto, Guillermo, sin tener necesidad de recurrir al menor fiujimiento, estaba impresionado deliciosamente con la contemplacion de aquella mujer tan hermosa y que se proponia poseer en poco tiempo. Ella, por otra parte, no era insensible a esta declaracion muda, y ocultándose algunas veces con su abanico, miraba tambien con satisfaccion hácia el lado donde se encontraba Guillermo; pero retiraba su vista tan luego como éste la fijaba en ella.

En el segundo acto ya no vió a Guillermo en su asiento y comenzó a buscarlo con la vista, lo mas disimuladamente posible, por todo el teatro. Guillermo, que habia ido a tomar asiento al lado del presidente y que la miraba desde allí, conoció en el acto que era él el objeto a que se dirijia y no pudo menos de regocijarse, pues este era un buen presajio para la realizacion de sus planes. Al fin la señora miró al palco del presidente y se encontró con los ojos de Guillermo fijos en ella. Una espresion de rubor y de contento, que no pasó desapercibida para el jóven, se pintó en el semblante de ella, pues probablemente tenia gusto de haberlo encontrado y sentia vergüenza en que creyese que lo buscaba; por otra parte, no dejó de sorprenderle el verlo en aquel lugar, y desde entonces tuvo de él la mas alta idea, sin por esto comunicar a sus amigas lo que habia observa-

do; sin embargo, ellas se apresuraron a decírselo, porque tambien habian reconocido al jóven que tuviera la amabilidad de entrarlas al teatro.

La interesante señora de quien nos ocupamos, y a quien damos este título por su estado y no por sus años, habia hecho sensacion entre los jóvenes *aficionados*, pero no habia uno solo que la conociera. Guillermo habia sido varias veces interrogado, pero habia guardado un prudente silencio o esquivado las preguntas, sin dar por esto a entender que no la conociera; porque él tenia una puntilla de amor propio en ser considerado por sus compañeros como el hombre mas afortunado en aventuras galantes, gloria que ninguno se atrevia a disputarle.

Durante la representacion, Guillermo habia hecho varias visitas en los palcos de las señoras de mas tono y mas a la moda, siendo en todas partes recibido con muestras inequívocas de interes y de complacencia, lo cual no habia pasado desapercibido para nuestra heroina, del mismo modo que la deferencia con que era tratado por los demas jóvenes, de donde deducia, y con razon, que era uno de los sujetos de mayor importancia de nuestra sociedad, complaciéndose interiormente al ver el respetuoso cariño con que ella era tratada por él mismo, cuyos obsequios las mas aristocráticas beldades parecian disputar.

Acabada la funcion, Guillermo se presentó a la puerta del palco y les dijo con el mas respetuoso tono: "Yo he sido, señoritas, el que las he introducido al teatro, y reclamo la gracia de conducirlas hasta su carruaje, si no han acordado a otro mas feliz que yo favor tan agradable."

No habia escusa que poner a un servicio reclamado como si fuera una gracia y en consecuencia ofreció su brazo a la misma persona con quien habia entrado.

A la salida del teatro habia un corrillo de jóvenes que regularmente se coloca en ese punto para ver desfilar a las damas o para ofrecer el brazo a sus conocidas que no llevan

un padre, un hermano, un pariente o un amigo que las acompañe, y todos ellos quedaron mui sorprendidos al ver que Guillermo daba el brazo a la misma hermosa niña de que antes le habian hablado y que él aparentara no conocer, pues no habia respuesto palabra.

Guillermo parecia mui orgulloso de la dama que conducia, pues a sus mas íntimos apenas hizo un lijero saludo, de donde dedujeron unos que era una señora de una alta alcurnia, y otros que no queria familiarizarse por temor de que no se la disputasen; pero todos se equivocaban, porque no era ni lo uno ni lo otro, sino un mero cálculo de vanidad, pues no solo habia llamado la atencion de los jóvenes, sino que muchas otras personas se habian hecho esta pregunta: "¿qué señoras son esas a quienes acompaña Guillermo de?..." y todos a una, confesando la belleza de la niña a quien daba el brazo, no habian sabido responder, pues era la primera vez que la veian.

Al tiempo de dejarlas montando el carruaje, Guillermo dijo a su compañera con un tono tan imperceptible como rápido: "hasta mañana a las ocho en la Alameda." Ella no podia contestar sin que se apercibieran sus amigas, y montó al coche sin decir si iria o no iria a la cita que se le hacia de un modo tan brusco a la vez que suplicante.

VIII.

Llegada la señora a su casa, se desnudó inmediatamente, echándose en cama sin poder dormir y sin contestar a las mil preguntas de su criada, que no cesaba de hablar de Guillermo, a quien ella habia visto en el palco del presidente, y que, segun su gusto, era el mejor mozo de todo el teatro; pero la señora estaba fuertemente impresionada y no se encontraba dispuesta para la charla sino únicamente para reconcentrarse en sí misma y pensar sobre todos los incidentes del dia y de la noche.

Su vanidad de mujer no podia menos de estar altamente lisonjeada, porque habia visto que no solo llamara la atencion de los jóvenes, sino que hasta las señoritas se habian ocupado de ella, pues en muchas ocasiones habia observado que los anteojos del mayor número se habian dirijido a su palco, siendo el blanco de las investigaciones femeninas, que, aun cuando aparentan desdeñar la belleza, son sin embargo sus mejores y mas justas apreciadoras; pero, si hemos de decir verdad, no era tanto esto lo que al mismo tiempo la halagaba y la hacia temblar, sino la mirada apasionada de Guillermo, en que encontraba el fuego mas abrasador y la afeccion mas tierna; el arrojo del amante que todo lo exije y la timidez del adolescente que todo lo espera.

Ella no podia dudar de que era amada, y no podia menos de reconocer en sí misma cierta afeccion nueva, cierto sentimiento al que no estaba acostumbrada; pero no sabia cómo debiera de obrar. Su deber, por una parte, la contenia, mientras que su reciente cariño la impulsaba; y como nadie hai mas injenioso que el hombre para engañarse a sí mismo y para disimular sus faltas, ella se hizo este argumento: nada pierdo con acordar una cita, puesto ques estoi segura de mí misma. Por otra parte, es indispensable que conozca a este jóven para darme cuenta de sus miras y poderme precaver si fuesen peligrosas; y ademas ¿qué puede sucederme yendo acompañada de mi sirviente, que me es del todo adicta, y de Tomas, que en caso de necesidad podria llamar en mi auxilio, pues lo dejaré con el coche en la Alameda, dándole órden de seguirnos a poca distancia?

A pesar de estas reflexiones, que le tranquilizaron su interior, tuvo, sin embargo, una noche de insomnio. Al dia siguiente se levantó temprano, fué a ver sus camelias, que parecian mas frescas que nunca, como para agradarla, e inmediatamente le vino el fascinador recuerdo de las emociones que hacia pocas horas esperimentara y de la imájen del interesante y misterioso jóven que no se habia atrevido

a decirle su nombre, a pesar de ser tan bien recibido en la mas alta sociedad, y cuyos delicados obsequios sabia hacerlos con tan modesta reserva, que lejos de ofender la mas grande susceptibilidad parecia tener cuenta de ella contemplándola.

Al fin llegó la noche, noche temida y deseada a la vez, pues le parecia distinguir en ella un peligro, pero tambien envuelto de un irresistible atractivo, atractivo que se asemeja al vértigo o a esa curiosidad temblorosa que se esperimenta en la contemplacion de un abismo o en las márjenes de un cráter y al que somos llevados con frecuencia por el amor a lo desconocido, que tanto influjo ejerce en la naturaleza humana.

Daban las ocho de la noche en el reloj del convento de San Francisco cuando ella se bajó del carruaje; y apenas habia dado algunos pasos acompañada de Maria, se presentó Guillermo. La fisonomia de éste aparecia radiante de felicidad y de tan inefable como modesta y respetuosa ternura, que la señora se encontró a un mismo tiempo atraida y tranquilizada.

—Señorita, le dijo el jóven; no tengo, en verdad, espresiones cómo manifestar a usted mi contento y mi gratitud, pues lo que esperimento en este instante no lo he sentido nunca: jamas habia sido tan dichoso!.. y el acento con que pronunció estas palabras era tan suave y revelaba tan sencilla emocion y tan profunda ternura, que la jóven esposa se sintió atraida como por un magnetismo lleno de dulce encanto.

Guillermo le ofreció el brazo, y la hermosa pareja principió a pasearse por la ancha y principal calle de la Alameda. Maria los seguia de atras, pero a una respetuosa distancia.

Todos los temores de la señora habian desaparecido, y ya no se cuidaba de la compañia de su criada o de la presencia de Tomas, a quien, sin embargo, veia de vez en cuando pasar con el carruaje delante de ella, como para demostrarle que

estaba vijilante y pronto para obedecer a la menor señal que se le hiciese.

Los dos amantes parecian olvidarse del tiempo, pues las horas habian trascurrido sin apercibirse de ellas. Guillermo habia desplegado todas sus seducciones: habia sido elocuente, persuasivo, tierno y respetuoso; habia mostrado su amor, pero con tal sumision, que la mas tímida doncella no podia alarmarse de un sentimiento tan puro, tan ideal y sobre todo tan abnegado. Jamas la hermosa niña habia oido un lenguaje tan elevado y una espresion tan apasionada; de manera que se sentia deliciosamente subyugada por el placer de inspirar tal afecto y quizá tambien por el placer de esperimentarlo.

Dieron las once de la noche en el mismo reloj de los franciscanos que sonó las ocho cuando ella llegaba a la Alameda.

—¡Cómo pasa el tiempo! esclamó la señora admirada.

—Asi es la vida cuando uno es feliz!... dijo Guillermo.

—¿Ha sido usted mui dichoso?

—Mi existencia entera no vale estos momentos.

—No sea usted embustero.

—Desearia serlo, señorita, contestó Guillermo con el mas triste acento, porque lo que hace mi mayor dicha es a la vez mi mas agudo tormento.

—¿Cómo puede convertirse en desgracia la felicidad?

—Veo bien que usted no ama como yo, pues entonces me comprenderia...

La niña guardó silencio por un momento y en seguida añadió un poco turbada: "Es necesario que nos separemos, pero tambien es preciso que usted no sufra."

Y desprendiendo un boton de rosa que llevaba al pecho, le dijo: "Hé aquí un talisman."

Guillermo se apoderó de la flor, y una especie de delicioso éstasis se dibujó en todas sus hermosas facciones.

La señora le presentó su mano, y él se atrevió a acercarla a sus labios sin que ella la retirase... pero desprendiéndose

como avergonzada de lo que habia hecho, partió con lijereza.

Guillermo permaneció por un momento en el mismo sitio. Su fisonomia se habia transformado del todo; y el que lo hubiera visto pocos momentos antes y lo viera ahora, podia decir que no era el mismo hombre, tal era el cambio que se notaba en él. Hacia solo algunos minutos que su semblante representaba la dulzura, la sensibilidad, la sumision, el amor; y ahora se veia en él la dureza, la altivez, el desden y el triunfo impío de la soberbia: era la encarnacion del ánjel malo con la pérfida belleza de ese ser que el catolicismo nos pinta gozándose en la perdicion del hombre.

Guillermo volvió a su casa, tiró la flor, que por descuido habia conservado, sobre una mesa, se echó en la cama y durmió tranquilamente; pues aun cuando sentia un capricho, no era éste suficiente para turbar su imajinacion haciéndole perder el sueño; mientras tanto la jóven esposa, llena de emocion y de un delicioso sobresalto, no habia podido cerrar sus ojos en toda la noche, a pesar que la anterior esperimentara igual insomnio.

Como a las doce del dia siguiente se apareció en casa de la señora un criado llevando un lindísimo costurero y una perfumada esquela, que decia:

"Señorita:

"Si usted hubiera esperimentado lo mismo que yo, me consideraria dichoso.

"Su bella imájen no se ha separado un instante de mi vista. El recuerdo de los dulces momentos que pasé a su lado han hecho mi mayor delicia. No he dormido un instante, pero he vivido una eternidad! porque hasta hoi no habia sentido la suprema felicidad de amar!

"Que mi respetuoso cariño sirva de disculpa a la libertad que me tomo de mandarle ese insignificante juguete: no he tenido otra intencion sino que él me sirva para con usted

como un débil recuerdo, ya que no me es dado aspirar a mas...

GUILLERMO DE..."

La señora, despues de haber hecho esperar un largo rato al sirviente, porque no sabia cómo debia de obrar, pues esperimentaba una fuerte lucha interior, le entregó al fin la siguiente contestacion:

"Señor:

"Ignoro cómo contestar a sus sentimientos y a sus favores; pero no me son indiferentes aquellos y agradezco debidamente éstos.

"Si usted encuentra algun placer en venir a mi casa, será recibido con gusto.

E. DE N..."

Cuándo Guillermo hubo recibido esta contestacion, dijo para sí:—"El triunfo no ha sido difícil."

Mientras tanto, la señora examinaba el lindo costurero y se estasiaba ante aquella alhaja, los perfumes que contenia y un rico terno que brillaba a su vista, no pudiendo menos de esclamar:—"Pero todo esto es hermosísimo! Qué amable y jeneroso jóven! Si hubiera sido yo su esposa!" Esta última reflexion la hizo pensar en su estado, talvez en sus deberes, y se entristeció. Quizá habia ya en su interior la sombra de un remordimiento; pero ese efímero pesar se disipó en breve con la contemplacion de las brillantes joyas y con el recuerdo de los placeres de que habia gozado las noches anteriores y que talvez se repetirian en lo sucesivo con mayor delicia.

Por la respuesta que habia dado a la esquela de Guillermo, ella supuso que éste no dejaria de venir en la noche; y sin que dominara en ella ningun mal pensamiento, se vistió para esperarlo con la mayor elegancia, llevada únicamente por ese deseo innato de agradar que es peculiar al sexo, y sobre todo en circunstancias como las suyas.

Su pensamiento no era infundado. Guillermo se presentó en su casa a las ocho en punto, es decir, a la misma hora

en que lo habia encontrado la noche enterior. El jóven iba mui elegante, y su distinguida y hermosa presencia era realzada por el brillo de las luces que iluminaban el salon; asi es que la pobre niña no pudo menos de conmoverse a su vista.

Para el astuto seductor no pasó desapercibida esta impresion. Acostumbrado a estos lances, desplegó en poco tiempo no ya la sencilla timidez de un cariño respetuoso, sino el fuego ardiente de la pasion que conmueve los sentidos y que nos arrastra a los deleites embriagadores del deseo... Guillermo triunfó...

....

IX.

Los primeros dias, esos placeres agudos de la sensualidad, ahogaron en parte el remordimiento y la vergüenza; sin embargo, el pesar que acompaña a la falta renacia incesantemente y renacia con mas fuerza, mientras mas frialdad se notaba en la conducta de Guillermo.

Por otra parte, las cartas cariñosas del marido, que le escribia desde Valparaiso y en que le decia todas las pequeñas curiosidades que trataba de adquirir para llevarle, causaban su mayor tormento, produciendo en ella instantes de sombria desesperacion.

Los sueños de felicidad habian desaparecido para dar lugar a la melancolia. Guillermo venia rara vez: pero lo que mas la atormentaba era la insolencia con que la trataban Tomas y su criada Maria, que se habian tornado en amos despóticos y altaneros en lugar de sirvientes sumisos y a quienes ella se veia obligada a soportar por temor de que divulgasen su falta en público o se lo escribiesen a su marido. ¡No hai peor humillacion que la que esperimenta una persona delicada cuando está obligada a sufrir en silencio la soez desvergüenza de esos seres corrompidos y bajos que

se complacen en la difamacion y que no tienen otro gusto que el hacerles sentir todo el peso de la ignominia que sobre ellos gravita! En nuestro concepto, e independiente del deber que infrinjen, de la perturbacion doméstica que acarrean y de los males que ocasionan, bastaria esto solo, para sustraer a las mujeres que piensan, del deseo de delinquir.

Nosotros no tomamos en consideracion los graves males que la falta de una mujer trae jeneralmente al recinto de la familia, sino que nos concretamos únicamente a esponer la vergüenza a que está sujeta y la situacion difícil, penosa, intolerable en que se coloca. ¡Verse obligada a contemporizar con la canalla mas baja y mas inmunda, es el colmo de la degradacion! Y si no llega la mujer desgraciada a perder para siempre sus sentimientos de honradez con este contacto, debe, por lo menos, ser presa de la desesperacion mas profunda!

La señora, cuya falta hemos descrito y a la que tanto habia contribuido Guillermo con sus fementidos halagos y Tomas con su infernal astucia, se encontraba en esta situacion. El insolente criado habia llegado hasta el término de usar con ella de ciertas familiaridades que la habian herido a tal estremo de pensar en el suicidio, porque jamas hubiera llegado su débil complacencia hasta degradarse, y mas bien hubiera preferido morir que caer en tanta ignominia.

Tomas y Maria disponian en la casa como verdaderos amos, guardando solo las apariencias de sumisos sirvientes cuando venian algunas personas de visita; pero en esta sumision habia todavia un filtro de mas hiel, de mas amargura y de mas sarcasmo, que le hacian gustar gota a gota. Mientras mayores eran las aparentes consideraciones con que ellos la servian delante de los otros, y mientras mas elojios le hacian a la señora por tan buenos criados, mas profunda era la herida que recibia o mas concentrado el odio que con tanta justicia les profesaba, porque sabia por esperiencia

que luego le habian de hacer pagar bien cara la hipócrita humildad del momento.

En pocos dias esta infortunada mujer habia cambiado del todo. Su jenio festivo y alegre habia desaparecido. Su semblante fresco y hermoso se habia marchitado, y la pasion del rencor, que su pecho no habia esperimentado jamas, se hacia sentir con fuerza, no pensando mas que en la venganza, pero sin que supiera ni cómo ni cuándo la podria efectuar.

En estas circunstancias, recibe una carta de su marido en que le anuncia que para el dia siguiente tendria el gusto de verla; y esta carta, si bien la llenaba de confusion y espanto, le causaba tambien cierto placer, porque creia que teniendo su marido el derecho de asesinarla, la libertaria así de tanta humillacion, castigando como merecian serlo esos infames que la habian perdido y atormentado.

Ella tuvo el cuidado de no decir nada a sus criados respecto de la venida de su marido, porque temia que abandonasen la casa; y aunque, como ya lo hemos dicho, no habia concebido ningun plan, pensaba, al menos, que su esposo, teniendo el derecho de castigarla, estaba tambien en la obligacion de defenderla, pues defendia su propio honor, porque era solidario de su desesperacion, puesto que él debia participar de ella.

Ese dia preparaban a la señora una nueva vejacion. Tomas y Maria habian convenido en que se sentarian a la mesa a comer y a almorzar con ella, pero afortunadamente no tuvo lugar este agravio, porque, angustiada como estaba, no tenia ganas de tomar el mas lijero alimento, permaneciendo encerrada en su cuarto y con la llave por dentro para que nadie se introdujese en sus habitaciones.

Esta circunstancia no dejó de alarmar en algun tanto a la infiel camarera, porque al cabo era mujer y se compadecia mas de la desgracia de su señora, sintiendo en no pocas ocasiones la fria maldad de Tomas, que llevaba sus pretensiones todavia mucho mas altas, y por cuya razon no queria aban-

donar la casa donde ya era completamente inútil a su digno patron Guillermo.

Maria, temiendo una desgracia mayor, pues habia notado la melancolia de su señora, fué varias veces a mirar por el agujero de la llave para ver si no habia sucedido algo de terrible, con la intencion de impedirlo; pero notando que ella permanecia silenciosa, ya sentada o recostada en el sofá, se tranquilizó un poco y se dirijió donde Tomas para hablar de sus asuntos propios; porque si ella lo habia ayudado en esta intriga, habia sido solo con el interes de casarse, promesa que el tunante le hiciera desde un principio.

Maria dijo a su cómplice:

—Tú me has prometido, tú me has dicho que te casarias conmigo si secundaba los planes del señor don Guillermo, a quien tú sirves, y ahora ha llegado el tiempo de cumplir tu palabra.

—Con el mayor gusto, querida mia, pero falta una condicion.

—¿Cuál?

—No te la habia dicho antes, pero lo hago ahora.

—¿Qué mas deseas? Nada he reservado para tí, y he hecho cuanto podia para que triunfase tu patron... Ya hemos, por otra parte, martirizado bastante a la señora; ¿qué otra cosa quieres?

—Desearia que ella tambien me amase.

—¡Estás loco! ¿Cómo has llegado a imajinártelo?

—¿Por qué no? No es la primera vez que esto sucede.

—Pero ¿cómo quieres que yo me preste?

—Si no lo haces, te aseguro no casarme contigo.

—La señora te aborrece.

—Lo que no hace el amor lo hace el miedo.

—¿Y tendrias valor?

—Para esto y mucho mas.

—¡Ah, malvado! Y despues serias capaz de decirme tambien a mí que no me querias.

—Contigo es otra cosa, porque yo pienso sacar de tí una buena compañera que me ayude a adquirir fortuna, sabiendo servir a mi patron, porque, como ya debes haberlo visto, él no repara en el dinero, y en prueba de ella, mira cuánto vale servirlo: y Tomas sacó del bolsillo un puñado de escudos.

—¿Tanto te ha dado?

—Y esto no es nada.

—¿Pero te casarás conmigo?

—Indudablemente, porque, como ya te he dicho, unidos hacemos buenas ganancias.

—¿Entonces no me quieres?

—Ni pizca, y esto debe darte mas seguridad en mi promesa, porque solo busco un socio, como se dice en el comercio; y para probarte mas la verdad de lo que digo, te prevengo desde luego que, aun cuando nos casemos, quedarás completamente libre de ir donde quieras y con quien quieras, pues no soi celoso; pero con la condicion espresa que obedecerás siempre a lo que yo te mande en todo aquello que medie, no el amor, sino el interes; ¿entiendes?

—Perfectamente, pero en lo que ahora exijes de mí no existe el interes de que me hablas.

—¿Quién sabe? Quizá esto nos procure mas dinero del que tú imajinas. Por otra parte, considéralo, si quieres, como un capricho, yo te dejaré tambien plena libertad para satisfacer los tuyos, y asi existirá siempre la armonia, conservando la paz, tan necesaria en el matrimonio; pues si se tienen las ideas que supongo en este pobre hombre marido de la señora, todo se lo lleva el diablo.

—¿Sabes que nada hai de mas diablo que tú y que hasta ahora no he conocido a nadie peor?

—Mas manso, querrás decir; pues yo no tengo ese furor de los celos que a todos atormenta y pone coléricos; pero vamos al asunto: ¿convienes o no en mi proposicion?

—Lo pensaré.

—En todo caso debes de resolverte mañana mismo, porque ya me estoi fastidiando y hago mucha falta al señor don Guillermo que necesita de mis servicios.

Acabando de decir estas palabras, un birlocho de viaje paró a la puerta.

Al ruido salió Tomas, esclamando alborozado: El patron! el patron! y dirijiéndose a Maria, que no se atrevia a presentarse, le dijo por lo bajo: "Disimulo y prudencia."

Viendo el pobre empleado que su mujer no salia a recibirlo, le preguntó a Tomas:

—¿No está aquí tu señora?

—Sí, señor, está en el salon.

En el mismo instante la puerta se abrió; y ella, pálida, deshecha por el sufrimiento, angustiada por el temor y temblando de emocion, estendió los brazos al ver a su marido, y arrodillándose le dijo: "Cárlos! Cárlos! castígame, pero véngame!"

—¡Por Dios! ¿Qué es lo que ha sucedido?

—Una desgracia inmensa... irreparable... Yo no merezco, no quiero el perdon sino el castigo, pero tambien quiero la venganza! Quiero que me vengues y que te vengues de unos infames!

Tomas y Maria, al ver esta escena, se habian retirado como por precaucion hácia la puerta de la calle para tomar la huida en caso necesario.

—Pero en fin, prosiguió el marido, ¿qué es lo que hai? Hasta aquí nada sé; esplícate.

—Ellos, contestó la desgraciada mujer, si no son la causa principal de mi pérdida, la han preparado con la mayor malicia, y sobre todo!... sobre todo me han perseguido, me han insultado, me han infamado!

Entonces el marido, sin comprender bien lo que se le decia, pero conociendo a los que su esposa le designaba, se dirijió colérico sobre Tomas y Maria, que, al verlo venir, se lanzaron al medio de la calle.

—Pícaros! les dijo el marido con una irritacion concentrada; ahora mismo saldrán ustedes de la casa y...

—Cálmese, patron, le contestó Tomas desde el medio de la calle con sardónica ironia; mejor será el que no dé un escándalo, porque usted tendria mucho mas que perder, y sobre todo su fiel consorte.

A esta desvergüenza, dicha con tanto descaro, el marido no pudo contenerse, o mejor dicho, cayó como herido de un rayo, cuando arremetia contra Tomas. Este, al verlo caer, soltó una estrepitosa carcajada, y dirijiéndose a Maria, que estaba a su lado, le dijo:

—Ya ves lo que cuesta ser celoso. No ha mucho te hablaba sobre el particular, sin pensar que tan luego te hubiera de presentar un ejemplo palpable; ¿qué era lo que yo te decia? ¿No te parece mucho mejor mi doctrina?

—No lo sé.

—¿Pero no lo estás viendo tú misma?

—Me causas miedo, Tomas.

—Qué tímida paloma! pues entonces no eres buena para ser mi esposa.

Y el tunante se retiró del lugar, haciendo una profunda reverencia a Maria, la que estaba aterrada del espectáculo y de la fria maldad de Tomas.

El infeliz marido yacia en tierra. Multitud de curiosos se agrupan al rededor para ver lo que pasaba o para prestar algun ausilio. A la bulla de los unos, que gritaban de llamar al médico, y de los otros que decian: está muerto! sale la señora desgreñada y despavorida y se encuentra con el cuerpo exánime de su esposo, que algunos se empeñaban en levantarlo para volverlo en sí. Ella hace que lo conduzcan a su lecho... El desgraciado vuelve a la vida mediante los remedios del eminente facultativo don Lorenzo Sazie; pero una fiebre intensa se apodera de él. La desventurada esposa vela dia y noche al enfermo, y durante tres dias consecutivos no cierra un instante sus ojos ni toma el menor alimento; parecia

que todas las funciones de su cuerpo se hubieran paralizado, no viviendo mas que de la vida del enfermo; pero todo fué inútil. Sus desvelos y los recursos de la ciencia no bastaban para salvar al infeliz; que, al fin de este término, espiró. Tambien tres dias despues la pobre mujer habia muerto para la sociedad: era conducida a la casa de locos........

....

X.

Hemos descrito esta aventura de tan trájico fin, entre otras muchas que hacian la gloria de Guillermo y de Tomas, formando la corona de triunfos del primero y la foja de servicios del segundo...

Y no se crea que exajeramos; entre nosotros, el seductor infame es mas considerado de nuestra juventud que el hombre virtuoso y modesto que pasa su vida en el trabajo haciendo la felicidad de su mujer y de sus hijos. Esos *Lovelaces* cuya existencia se pierde en la corrupcion y en el ocio, que se vanaglorian de la deshonra de una niña y cuyo principal placer consiste en introducir en el seno de las familias la discordia y la desolacion, son los que gozan de mas crédito en el mundo: son los dechados que todos tratan de imitar, y su inmunda fama, salpicada de lodo, de escándalo, de lágrimas, de sangre y de ignominia es proclamada por la sociedad, siendo mas digno de consideracion mientras mayor número de intrigas, diremos, mejor, de crímenes, *adornan* su existencia inútil para el bien y solo provechosa para el vicio...

¡Cómo rien! cómo se mofan de un infeliz marido cuando su esposa ha sido débil!... ¡cómo se pavonean de la flaqueza de una niña, cuando ésta ha sido crédula! ¡cómo se divierten de las lágrimas que han hecho derramar, de los martirios que han hecho sufrir, de las discordias que han ocasio-

nado, de las infamias que han inferido y de las inmensas desgracias a que han dado oríjen!...

Allí hai una familia cuyos lazos se han roto a causa de haberse introducido en ella un agradable seductor, y los hijos se ven abandonados, y la mujer perdida, y el hombre desesperado!.. Nada hai que aguardar ya, porque tanto los unos como los otros son víctimas de la infamia!... y los niños que hubieran podido ser hombres virtuosos y buenos ciudadanos, serán talvez mañana unos forajidos, porque les ha faltado el órden y el ejemplo de la virtud!... y la mujer, cuya existencia habria sido tranquila, feliz y provechosa, será para siempre desgraciada y miserable!... y el hombre, que siguiendo el curso normal, habria podido tambien ser un miembro útil para sí mismo y para la sociedad, se convierte en un monstruo al que gobiernan todos los vicios y a quien nada le importa quizá cometer el crímen, porque ha perdido la vergüenza habiendo caido sobre él la ignominia...

Mas allá, y por diversas partes, se ven niñas hermosas que hubieran podido ser buenas madres, pero a quienes la primera falta de que han sido víctimas, por el engaño de un vil seductor, las precipita en la prostitucion mas inmunda, en el vicio mas degradante, para morir en seguida en un hospital, cubiertas de lepra y de infamia!...

De otro lado se ven los hospicios y las casas de beneficencia llenas de esos hijos abandonados que jamas han gozado del regazo de una madre... que no tienen nombre... que no conocen a los autores de sus dias, y en quienes no puede haber esas afecciones tiernas y sacrosantas que ensanchan el corazon y que endulzan la existencia, formando la moralidad de la vida!... y estos niños, marcados desde antes de nacer con el sello de la desgracia, son por lo jeneral los frutos de la seduccion!.. son aquellos a quienes se les denomina *huachos*.

Por esta razon en todos y en cada lugar se distingue la desesperacion bajo faces diversas y terribles: aqui el in-

fanticidio, mas allá la muerte desastrosa y a cada paso el crímen.

¡Y sin embargo, la sociedad se rie y se divierte!... y esa sociedad tiene aplausos, tiene consideraciones, tiene honras, tiene coronas para orlar la frente del vicio!... y no hai un solo jóven que no acate respetuosamente a un seductor!... y no hai uno solo que no se vanaglorie de algun crímen, llegando hasta el punto de inventarlo y hasta el punto de mentir, para que lo estimen en algo! Tal es la mala senda que han tomado nuestras ideas y la apreciacion errónea de nuestros pensamientos y acciones...

En otras sociedades, en otros pueblos cuyo ejemplo debiéramos seguir, el hombre corrompido, es decir, el seductor infame, es marcado con la ignominia del mas alto desprecio y no es recibido en ningun círculo cuando ha llegado a hacerse reo de semejante delito: hé aquí el motivo de esa moralidad que nos sorprende; hé aquí el oríjen de esa confianza tranquila de los padres y de esa confianza sencilla y elevada de las niñas para acompañar en el paseo al amigo que una vez ha sido introducido honrosamente en la casa; porque los primeros tienen fé en la pureza de las costumbres, porque las segundas tienen conciencia de su dignidad, y porque los últimos, es decir, los jóvenes, aprecian su decoro, aprecian su honor y saben ser caballeros a despecho de su pasion y talvez a causa de esa misma pasion, pues no existe el amor sin el respeto por la persona amada, porque no existe el goce verdadero sin ir en compañia con la virtud; y este es el motivo por que en Inglaterra, en Alemania, en Estados Unidos, donde están vijentes tan saludables prácticas, la mujer casada es, por lo jeneral, un dechado de laboriosidad, de honradez, de economia, de órden, que lleva al hogar doméstico la fortuna, la felicidad, la buena educacion de sus hijos y hasta su fuerza física, porque su espíritu y su cuerpo se robustecen con tan saludable ejemplo y con tan saludable práctica.

Pero dejemos a un lado las infinitas reflexiones que nos sujiere la manera de ser de nuestra sociedad, para concretarnos a nuestra historia; y aun cuando deseáramos ser mas esplícitos, talvez desagrademos con nuestras digresiones, si bien ellas nos proporcionan pensamientos tristes aunque saludables para la pobre e ignorante sociedad en que estamos y en que vivimos; porque, de nuestra parte, llamamos ignorantes a todas aquellas personas que hacen el mal y especialmente un mal de esta naturaleza, pues el hombre instruido y el hombre moral prevee las consecuencias y las evita; mientras que nuestros infatuados pisaverdes, en quienes domina la vanidad mas estúpida, lo sacrifican todo a un amor propio mal entendido y perjudicial; pues ellos creen, sin fijarse en el mal que hacen, que están tejiéndose un laurel de inmarcesible gloria con sus vicios: este es el galardon de los necios, que por desgracia abundan y dominan en Chile, y sobre todo en esa clase que se llama *noble*, porque vive en un ocio tan degradante como pernicioso y funesto.

Por la narracion que hemos hecho ya conocerá el lector el carácter del amo y del criado, y podrá presumir fácilmente cuál puede ser el plan que formasen estos dos hombres sobre la nueva víctima que se proponian hacer; vamos, pues, a oir la conversacion que entablaron.

XI.

—Y bien, Tomas, dijo Guillermo recostándose sobre un sofá; ¿que has hecho? me traes la noticia que te he pedido? sabes dónde vive? qué clase de jente es esa?

—Me hace su merced tantas preguntas a un tiempo, que me será mui difícil responder a todas.

—En fin, principia.

—Comenzaré por decir a su merced que la *pollita* es lindísima. Ah! señor! quizá no la ha visto su merced bien!..

pero no hai punto de comparacion con ninguna!... ¡qué cosa tan preciosa!...

—Ya lo sé; sobre este particular estoi mas informado que tú y no necesito que me lo digas.

—Pero es imposible que mi lengua resista, y que mi admiracion no se la comunique a su merced: ¡imposible, señor! Jamas he visto una muchacha igual! qué gracia! qué aire! qué cara! qué ojos! y sobre todo, qué talle y qué elegancia!... ¡Ah! señor, ese es un bocado digno de un príncipe!...

—Vamos, déjate de charla y entremos en la cuestion principal; ¿qué has hecho?

—Voi a decírselo, señor.

—Pero siéntate. Tus buenos servicios hace que tenga por tí consideraciones de preferencia sobre los demas; acerca una silla.

—Señor!

—Haz lo que te mando. Prefiero tratarte mas bien como amigo que como sirviente.

Tomas, orgulloso y agradecido de esta señal de deferencia que guardaba por él el aristocrático jóven, tomó una silla y se sentó respetuosamente.

—Ahora, le dijo Guillermo, habla; pero sobre todo te encargo la exactitud y la verdad de los detalles, porque de esto depende principalmente el éxito de toda empresa. No me ocultes nada, ni aun los mas pequeños incidentes, pues muchas veces son estos los que deciden de los acontecimientos y los que arrojan mas luz para poder arreglar el plan y tomar las medidas mas eficaces para el fin que uno se propone obtener.

—Las noticias, señor, que puedo dar a su merced por el momento son mui pobres, pero tienen la ventaja de ser fieles y exactas.

—Eso es lo principal.

—Desde el momento, señor, continuó Tomas, que su merced me dió la órden en la Pampilla de seguir a esa linda

muchacha, no la perdí un instante de vista, ya adelantándome un poco, o ya quedándome atras para escuchar sus palabras y espiar el menor de sus movimientos.

—Has obrado mui bien, interrumpió Guillermo, porque un jesto o una palabra revelan muchas veces una historia, poniéndonos a la vista del pensamiento oculto de la persona; prosigue.

—Ya su merced me habia dicho en otras ocasiones lo mismo, para que yo lo olvidase, sobre todo cuando sé que su merced da mucha importancia a estas cosas, por cuya razon, viendo que mi caballo me era perjudicial para hacer bien este manejo, pues era mucho mejor ser soldado de infanteria, me resolví a encargárselo a un amigo para que lo trajese a casa y yo continuar a pié mi camino, porque, como su merced debe presumirlo, necesitaba estar cerca y marchar sin ruido para observarlo todo y no despertar sospechas.

—Has hecho mui bien.

—Desembarazado del caballo, me confundí entre la muchedumbre y pude ir cómodamente al lado de la niña sin llamar la atencion de ella ni de nadie. La muchacha iba del brazo de un hermoso jóven (preciso es confesarlo) que era su hermano y la acompañaban dos viejos que son sus padres, como lo supe mas adelante.

La niña le hacia frecuentes preguntas al mancebo sobre las fiestas y lo que habian visto, pero éste apenas le respondia, tal era lo pensativo y preocupado que iba. En ese momento pasaron los caballeros... con los que su merced andaba esta tarde en la Pampilla, montados en lindísimos caballos, y Enrique al verlos, dijo a Mercedes: (pues estos son los nombres de los hermanos, segun lo supe mas adelante) "mira, esos jóvenes deben ser ricos." Su hermana, viendo la envidia que encerraban esas palabras, se las reprochó con dulzura, haciéndole ver su pobre pero feliz estado.

—Este es un buen dato, interrumpió Guillermo, pues

de él deducimos que el jóven es ambicioso y por consiguiente fácil de comprar; continúa.

—No forme su merced todavia su juicio, porque quizá mas tarde se veria obligado a correjirlo.

Como iba diciendo a su merced, ambos jóvenes continuaron haciéndose recíprocas reflexiones, de las cuales deduje que el muchacho queria figurar a toda costa, pero que le faltaban todos los elementos. ¡Pobre necio! esclamó Tomas, ¡que a un diablo de artesano se le meta en la cabeza el querer ser un eminente personaje! ¿no le parece a su merced eminentemente ridículo? Pero al fin yo dije para mi capote: "tanto peor para tí," y su hermana pensaba lo mismo que yo, pues le hacia sus reflexiones que me parecieron mui bien, con el objeto de quitarle de la cabeza tan tontos pensamientos.

—De donde sacamos por consecuencia, dijo Guillermo, que la niña no tiene ambicion y que estaremos obligados a hacer ostentacion de palabras sonoras, de frases virtuosas y de máximas evanjélicas en lugar de escudos, lo cual es cien mil veces preferible, porque al fin y al cabo es mas fácil decir lo que uno no siente que dar lo que tiene, y el metálico cuesta mas adquirirlo que la moral, pues ésta se aprende en un abrir y cerrar de ojos en cualquier libro, mientras que el dinero es otra cosa...

—No hai nadie como su merced para sacar consecuencias y herir la dificultad... su merced tiene tanto talento! ¡qué niña resiste a su merced!

—Adelante, dijo Guillermo, complacido de las alabanzas del criado.

—Iban, pues, señor, entretenidos en estas conversaciones y yo mui atento escuchándolos, a pesar de la maldita vieja, que parecia mirarme e inquietarse de mi presencia, cuando oimos la griteria y el ruido de un coche cuyos caballos lo llevaban como el viento, e iban, por supuesto, a dar al diablo con las personas que estaban dentro, sin la intervencion

de nuestro amigo Enrique, que, como un verdadero loco, se puso en medio de la calle.

—¿Con que fué de veras él quien salvó a Luisa Valdés y a su madre?

—¿Lo sabia ya su merced?

—Me han contado el acontecimiento, pero ignoraba el nombre del héroe, dijo Guillermo, dibujándose en sus lábios una especie de sonrisa sarcástica y burlona, producida indudablemente por el recuerdo de la reciente conversacion que habia tenido con Luisa y en que ella tomara la defensa del artesano con tanto calor.

—Y en efecto, señor, añadió Tomas, contestando a la observacion de su amo; se necesitaba tener el diablo en el cuerpo para haber hecho tal cosa. Le aseguro a su merced que ni por todo el oro del mundo me hubiera espuesto de esa suerte: pero lo cierto del caso es que nuestro amigo se mantuvo firme y que, a pesar de la griteria de la muchedumbre y de las lágrimas de sus padres y de su hermana, se quedó en el puesto con tal audacia, que todo el mundo se admiraba. Yo me quedé, lo confieso, con la boca abierta, y por un instante no me fijé en otra cosa que esperando lo que iba a suceder, pues de un momento a otro me figuraba que seria hecho trizas, y aguardaba esta oportunidad para hacer valer a los ojos de la hermosa niña mis buenos oficios, pues pensaba presentarme a ella como el mas decidido servidor.

Guillermo miró a Tomas con cierta curiosidad; este cinismo de parte de un muchacho, por mas corrompido que fuera, le parecia no ser natural, y por otra parte creia que atendia mas a sus propios intereses, no desempeñando del todo un rol meramente pasivo y en conformidad al encargo que le confiara y al cual debiera limitarse.

Por lo que respecta a Tomas, no se le escapó el imperceptible movimiento de su amo, y volviendo sobre sus pasos, continuó, como para disimular el efecto que habian causa—

do sus palabras, haciendo hablar el egoismo o los intereses de Guillermo, y así dijo:

—Pero, señor, de esta manera me habria hecho el amigo íntimo de la casa, entrando de lleno en su confianza y haciendo valer todo esto en favor de los intereses de su merced; y no dudo un momento que su merced podria preveer fácilmente el punto a donde nos hubiese conducido este manejo.

—Sin embargo, nada ha sucedido y nada tenemos que esperar por ese lado.

—Por desgracia, señor, Enrique fué afortunado, pues sujetó los caballos con tal vigor...

—Ya sé todo lo que puedes decirme, le interrumpió Guillermo.

—Mas lo que su merced quizá no sabe son las conversaciones y manifestaciones que se siguieron despues de haber libertado milagrosamente a las señoras.

—¿Qué es lo que ha sucedido? te escucho.

—Cuando la señora doña Juana hubo vuelto a sus sentidos, la señorita Luisa tomó de la mano a Enrique y lo presentó a su madre como a su libertador.

—¡Lo tomó de la mano! dijo Guillermo admirado e incorporándose en el sofá; ¿lo has visto? continuó: ten cuidado de no engañarme.

—Me encontraba en la misma pieza, y conmigo muchísima jente que puede certificar el hecho, si acaso su merced duda de mi verdad.

—Si dudara de tu verdad no te ocuparia; pero este proceder me sorprende tanto, que no he podido menos de maravillarme. Prosigue.

—Doña Juana se incorporó, dando las gracias al jóven, y preguntóle a la vez su nombre, a lo cual el muchacho no dió otra contestacion que presentarle a sus padres y a su hermana, diciéndoles: ellos responderán por mí; y la señorita Luisa, sin mas ni mas, se echó en brazos de Mercedes llamándola en repetidas ocasiones su amiga.

—¡Llamándola su amiga, dices!

—Esta es la verdad, señor, yo mismo lo he oido, porque estaba allí.

—¡Su amiga! Ella!... y murmurando entre dientes, volvió a repetir como si hablara consigo mismo: ella!... la altiva Luisa, que se desdeña de dar este título a las personas de su calidad y de su rango! Luisa! esta mujer tan poco pródiga de sus cariños llamarla su amiga! Imposible... esclamó Guillermo con un acento bastante pronnnciado, y poniéndose de pié, añadió, dirijiéndose a Tomas: no te creo...

—Entonces, señor, es del todo inútil que siga adelante.

Guillermo se paseó un momento por el cuarto, y hablando consigo mismo, se decia: ¡estraña coincidencia! ¿por qué me preocupan tanto estas circunstancias? Hace un momento he esperimentado una impresion análoga cuando Luisa me referia esta aventura sin nombrar a las personas y sin esplicar los detalles... ¿cómo es esto, que Luisa, siempre tan dueña de sí misma y tan reservada, la ví, sin embargo, exaltarse al hablar del pueblo?... ¿seria capaz de haberse enamorado? Pero no puede ser, porque esto es del todo imposible... El primer choque no derretirá jamas a esa alma de nieve; pero, sin embargo, ese rasgo de valor del artesano puede haber obrado de un modo fuerte y desconocido sobre su imajinacion romanesca... Estas naturalezas son a veces las mas impresionables y las mas exaltadas... ¡quién sabe! pero lo cierto del caso es que ese es un motivo mas que me obliga a continnar en una aventura que se presenta llena de misterios y de encantos, y que, por ciertos presentimientos, me parece que va a influir en todo el resto de mi vida. Ahora bien, si Luisa ama, es indispensable que yo me ponga de por medio, siendo ésta la mejor prueba de que debo seguir adelante en esta aventura, para tener en mi mano los hilos de los acontecimientos que es evidente van a sucederse en breve.

Todas estas reflexiones se hacia Guillermo a sí mismo y

casi sin pensar ya en Tomas, a quien habia completamente olvidado; pero éste, por su parte, observaba con curiosidad los cambios de la fisonomia de su patron y a su vez tambien hablaba consigo mismo.

—Parece indudable, se decia, que don Guillermo está verdaderamente enamorado de la señorita Luisa Valdés; porque si no fuera así, ¿qué le importaba a él que ella hubiera o no dado la mano a un artesano? Ella no es su pariente; de consiguiente, no puede haber en esto vanidad de familia, de donde resulta que la debe de querer... ¿y qué puedo yo sacar de esto? ¡Quién sabe!... En primer lugar, será curioso ver enamorado a don Guillermo, y en segundo lugar el conocimiento de este secreto puede serme de algun provecho; y Tomas seguia observando y reflexionando.

Guillermo, despues de haber dado varios pasos por el cuarto, en cuyo tiempo se habian hecho amo y criado las reflexiones que acabamos de describir, volvió nuevamente a tomar su asiento, y dirijiéndose a Tomas, le dijo: continúa.

—Como iba diciendo a su merced, la señorita Luisa se echó en brazos de Mercedes y la llamó repetidas veces su amiga, conversando un largo rato familiarmente con ella, del mismo modo que doña Juana; la que convidó a los padres del jóven a sentarse en la cama: el espectáculo era tierno...

—¿Te estás chanceando? ¡Doña Juana convidar a esa jente a sentarse amigablemente a su lado! ¿Estás loco, Tomas?...

—He prometido a su merced decir verdad, y esto es lo que ha pasado, sin que ponga de mi parte la menor cosa. En seguida vinieron a anunciar que el coche estaba preparado, y doña Juana se levantó de la cama estendiendo la mano a los viejos, y llamó a la señorita Luisa que estaba en tiernos coloquios con Mercedes.

—¡Pero esto es imposible! volvió a repetir Guillermo sin dirijirse a Tomas y como si estuviera solo. ¡La mas orgullosa mujer de nuestra sociedad, la que no transije jamas en

materias de aristocracia, ¡sentar a su lado y dar la mano a esa jentuza!...

—¿Continúo, señor? preguntó Tomas a Guillermo con cierto tono de satisfaccion, pues le parecia que a cada instante leia mejor en el corazon de su amo.

—Sí, prosigue.

—Tambien la señorita Luisa, al tiempo de despedirse, estrechó a su amiga nuevamente en sus brazos y pareció darle algo, que Mercedes rehusaba aceptar.

—¡Ah! esclamó Guillermo alborozado de las últimas palabras de Tomas; ya comprendo: seria algun bolsillo de dinero que le ofrecia Luisa en pago del servicio que les habia prestado el artesano.

—Nada de eso, señor, pues por mas cuidado que puse, no vi nada que me indicase que fuera dinero el que la señorita Luisa ofrecia a Mercedes.

—¿Y qué era entonces? repuso Guillermo con seriedad.

—No lo sé, señor, pero estoi seguro que no era plata.

—¿Por qué lo supones?

—Por las palabras que alcancé a oir y que poco mas o menos eran éstas: "Dígale usted que no lo acepte sino como un valor moral, porque es solo bajo ese concepto que se lo ofrezco."

—¿Entonces la dádiva era hecha a una tercera persona?

—Claro está, señor.

—¿Y esta tercera persona seria Enrique?

—Así lo supongo, señor.

Guillermo frunció el entrecejo, y una espresion de rabia o de odio se pintó en su semblante; pero bastante dueño de sí mismo, moderó su disgusto interior e hizo desaparecer de su fisonomia hasta el mas lijero rasgo de descontento; sin embargo, esa fugaz impresion no pasó desapercibida a la mirada investigadora de Tomas.

—Tienes un espíritu de observacion mui desenvuelto, dijo Guillermo a su criado, y lo que hai en tí de mas apre-

ciable es que ese espíritu está acompañado de un sano juicio; pues no solo narras con fidelidad los acontecimientos, sino que tambien deduces consecuencias mui precisas, sabiendo dar a las circunstancias y a los actos la importancia que en la realidad tienen. Ya eres un aventajado muchacho y estoi seguro que con el tiempo serás un hombre precioso del que no me desharé jamas.

—Su merced me lisonjea, señor, juzgándome mas de lo que valgo.

—No lo creas; lo que te digo no es otra cosa que la justa apreciacion de tus cualidades; pero sigue con tu relacion.

—Nuestra familia, prosiguió Tomas, se puso en camino luego que hubieron partido las señoras.

—Se me olvidaba, interrumpió Guillermo, preguntarte si doña Juana y su hija dieron o no a sus nuevos amigos las señas de su casa.

—Al tiempo de montar al coche, doña Juana se volvió para decirles que vivia en la calle de la Catedral; pero no oí si les dijo o no el número de la casa.

—¿Con que segun esto parece que es una amistad? ¿Y será acaso fundada en ese pié de igualdad porque hace un instante la señorita Valdes defendia con tanto calor a esa pobre jente? Es mui curioso, mui estraño, mui singular lo que sucede.

—Yo no sé, señor, a lo que su merced hace referencia; pero me parece que existe una cosa mas grave.

—¡Mas grave, dices! ¿Y cuál puede ser ésta?

—Una cosa parecida al amor.

—Parecida al amor! repitió Guillermo volviéndose a parar de su asiento sin que fuera bastante dueño de sí mismo para disimular su despecho. ¡Parecida al amor! ¡Luisa Valdes enamorada de un miserable artesano! ¡Mientes! No te creo.

Tomas volvió a decir entre sí mismo: "Ya no puedo dudar del cariño de don Guillermo desde que lo estoi viendo, es decir, desde que su rabia me lo manifiesta claramente,

¡quién sabe cuál es el provecho que puede resultar de todo esto!" y luego agregó:

—Me ha dicho su merced que mentia. Yo recibo este insulto hecho a mi honradez con el respeto y humildad que debo a su merced. No niego tampoco que puedo haberme equivocado, porque no tengo pruebas con que manifestar a su merced la verdad, y porque mis observaciones no tienen otro fundamento que mi propio juicio; pero mis palabras, señor, no son mas que una suposicion que talvez nada tiene de exacta, pues no me precio de tener ese conocimiento profundo de las cosas.

—Y entonces ¿por qué afirmas que hai amor?

—Dispénseme su merced; yo no afirmo ni niego nada; yo no hago mas que esponer o relatar los acontecimientos tal y cual se han pasado a mi vista, no olvidando los menores incidentes, como su merced me lo ha recomendado, para que de estas minuciosidades deduzca su merced lo que tenga a bien, y esto es ni mas ni menos, lo que he hecho.

—Está bien; así te lo he ordenado, contestó Guillermo con rabia; pero puedes quizá exajerar las cosas llevado por un celo escesivo.

—Suponga su merced, entonces, que nada le he dicho.

—Por el contrario, insisto en que me espliques los motivos que te han inducido a formar ese juicio.

—Esto mismo era, justamente, lo que iba a hacer cuando su merced me ha interrumpido. Para avanzar mi parecer no he tenido antecedentes graves, y faltaria a la verdad si dijese otra cosa, pues solo he fundado esa opinion, que tanto ha desagradado a su merced, en simples miradas.

—¿En miradas?

—Como lo oye su merced: en miradas y nada mas; pero esas miradas, señor, aun cuando soi un bruto y tengo poca esperiencia, revelaban tal sentimiento, que yo mismo, y otro mas ignorante que yo, hubiera conocido en el acto lo que querian decir.

—¿Y quién daba esas miradas?

—Uno y otro, señor; y habria dado mi vida por que su merced hubiera estado presente, pues entonces no me habria dicho su merced que yo mentia, conociendo como conoce estas cosas. Sobre todo, señor, la última mirada, cuando la señorita Luisa estaba en el coche y pronta a partir... En esa mirada, señor, habia tal fuego, que el pobre diablo del artesano se quedó plantado en su lugar sin poder moverse. Parecia una de esas estátuas de la Alameda; y era tal su inmovilidad, que su hermana, la linda Mercedes, se vió obligada a tomarlo del brazo para hacerlo andar.

Guillermo volvió a pasearse por el cuarto sin proferir palabra. Sentia cuánta verdad habia en las detalladas relaciones de Tomas, y estaba mortificado en su amor propio por varias causas: primero, porque no comprendia que Luisa se mostrase sensible al servicio de un artesano; segundo, porque él a pesar de su aristocracia y relaciones de familia, y mas que todo, a pesar de su refinada seduccion, jamas habia obtenido de la jóven lo que Enrique, sin pretenderlo, hubiera conseguido; pues Guillermo sabia conocer y apreciar cuánto valor tienen esas mudas insinuaciones que son mas elocuentes y revelan mejor el alma que las frases mas apasionadas.

Al cabo de un rato, nuestro aristocrático jóven tomó otra vez su asiento, y mandó a Tomas con una calma perfectamente finjida, que le sirviese el té.

Pero, en cuanto salió el criado, dió rienda suelta a su despecho, comprimido hasta entoncés por su presencia; y pegando un fuerte puñetazo sobre el escritorio, esclamó: ¡Hé aquí lo que son las mujeres! La altiva, la orgullosa, la aristocrática Luisa Valdes, enamorada de un carpintero. Mi futura mujer, y la única que yo he amado en mi vida!

Y luego, como discutiendo consigo mismo, añadia: ¿Pero es verdad que yo la amo? No lo sé. Sin embargo, lo que puedo decir de cierto, es que ella es la única que ha hecho

palpitar mi corazon ¿de amor o de odio? No importa, porque siempre me he conmovido a la vista de esa mujer. Todas las otras no me han inspirado mas que compasion o desprecio. ¡Y justamente, ella pareco que ama a otro! ¿y a quién? a un artesano! Pero la haré arrepentirse... sí... se arrepentirá porque sabré vengarme. No sé por qué odio a ese hombre a quien no conozco; y sin embargo no puedo pensar en el, no puedo recordar la defensa de Luisa sin que lo aborrezca!

Con todo, continuó Guillermo, siempre hablando consigo mismo; nada hai todavia de alarmante, y quizá hago mal en incomodarme y en dar mas importancia a aquello que en realidad no la tiene. ¡Una mirada! ¿Qué significa una mirada? Nada; v aun cuando fuera cierto que existiese una inclinacion naciente, ¿qué consecuencias puede haber? si ese jóven fuese de nuestra sociedad, habria, talvez, motivo para abrigar algun temor; ¡pero un artesano!... hasta ridículo es pensar en ello.

Y Guillermo, con un aire de orgullosa complacencia, se tendió sobre el sofá a esperar su té, con esa confianza individual que da la fortuna y el rango.

Tomas entró con la bandeja en que venia el servicio del té; y mientras Guillermo bebia a pequeños sorbos su taza, dijo al criado que habia vuelto a ocupar su asiento, pero a quien él no convidaba a hacerle compañia en su colacion, porque la familiaridad que le dispensaba no iba tan allá.

—Continúa tu historia, pues aun no hemos llegado a lo principal, es decir, a saber dónde vive esa linda muchacha que te señalé en la Pampilla. Hasta ahora te has ocupado únicamente de digresiones, sin entrar a lo sustancial y mas interesante de lo que te encargué.

—Justamente, señor, porque he querido hacer a su merced una relacion detallada de todo, me he detenido algo en los incidentes; pero si su merced tiene esto a mal, lo callaré e iré derecho al asunto.

—No creas que los desapruebo, sino que al contrario los

aprecio, los creo de mucho valor, y por otra parte, me divierten, porque veo por ellos tus buenas disposiciones naturales.

—Señor, si tengo algun mérito, es a causa de su merced, porque lo poco que poseo lo debo a su enseñanza.

Guillermo miró a Tomas fijamente, porque las palabras que acababa de pronunciar podian ser tomadas a la vez como un elojio o como un insulto; pero nada pudo notar en la fisonomia impasible del criado, que dijo esto con una naturalidad inimitable; sin embargo, parecia mas, por el aire de humildad con que hablaba, ser el resultado de la gratitud y de la admiracion que profesaba a su amo; pero no era así, pues el disimulado muchacho, creyendo encontrar alguna acritud en los cumplimientos de Guillermo, se propuso responder con una fina pulla, tan bien disfrazada, que su mismo patron se engañase en su verdadero sentido.

Tomas continuó:

—La familia Lopez, y digo los nombres para que su merced vea que tengo memoria y que lo sirvo con empeño, la familia Lopez, repito, continuó su camino y yo siempre tras de ella como si fuese su sombra. Mercedes, inter tanto hablaba con entusiasmo de la señorita Luisa, y Enrique le escuchaba con la mayor complacencia, pero casi sin decir palabra: tal era probablemente la conmocion que le habria causado aquella mirada de que ya he hablado a su merced.

Al fin de mucho andar llegaron a la calle de San Pablo, yo estaba verdaderamente cansado, pues el camino habia sido largo, viéndome obligado en varias ocasiones a hacer algunos rodeos, porque la vieja seguia observándome. Por último, bien cerca de la pirámide que está colocada al fin de la calle, se paró nuestra jente, entrando en uno de los conventillos que allí existen.

Sabido el nido, me restaba solamente tomar informes para que su merced quedara satisfecho de mi comision, para lo cual me dirijí a una picanteria que estaba del lado de afuera

y pregunté a la buena mujer si conocia a la familia que acababa de entrar.

—Sí, señor, me respondió.

—¿Viven en la casa? continué yo preguntándole;—pero talvez incomodo a su merced con estos detalles.

—No, prosigue, dijo Guillermo.

—La vendedora me contestó:—Hace mucho tiempo, pues son los mas viejos alquiladores del conventillo.

—Y mui buenos vecinos, segun parece.

—Escelentes, señor.

—Asi me lo he figurado, pues basta solo verlos para tener buena opinion de ellos.

—Y sobre todo la niña, señor, es un ánjel y por lo mismo querida de toditos.

Oyendo esto, pensé que de nadie podia tomar por el momento mejores informes y resolví quedarme, pidiendo a la mujer algo que beber.

—¿Qué es lo que le puedo servir, señor, me dijo la dueña con tono almibarado, probablemente halagado su amor propio de ver a un hombre de mi clase pedir alguna cosa en su miserable chinchel.

Al decir esto, Tomas se miró con burlona satisfaccion de arriba a bajo para hacer reir a Guillermo.

—La picantera me ofreció en seguida aguardiente, mistela, chicha, cerveza, chinchiví.

—Tiene usted, señora, la dije, un buen surtido.

—De todo un poquito, caballero, me contestó; ahora dígame lo que puedo servirle.

—¿Qué tomará usted?

—Yo, nada, señor.

—Cómo que nada! Es preciso que usted me acompañe.

—Será entonces lo que usted guste.

—Pues bien, tomemos mistela, al cabo esto es dulce y debe agradarle.

—De qué clase, señor? Tengo de apio y de canela.

—Que sea apio; al fin es la mas estomacal.

—Tiene usted mucha razon, y ademas esta mistela es mui buena y hecha por mí misma con aguardiente de Aconcagua.

—¿Con que el aguardiente de Aconcagua es mui bueno?

—Inmejorable, señor, y no es dañino como el que hacen en Santiago.—Muchacha, gritó la buena mujer, llamando a la sirviente; trae dos copitas y una bandeja limpia.

A poco rato apareció la chiquilla con dos pequeños vasitos de vidrio ordinario, acanalados hasta la mitad y puestos en un platillo de hoja de lata con bordes altos y que estaba diciendo claramente que habia sido hecho con el objeto de contener el líquido que se desparramase de los vasos sin perderse, lo que sucede casi frecuentemente en esas casas, por los movimientos un poco bruscos de los concurrentes.

Pero yo no sé si fatigo a su merced con estas descripciones, dijo Tomas a su amo.

—Mui lejos de ello, sino que al contrario me divierten; no omitas nada, porque estoi complacido de tu memoria y de la facilidad con que narras las cosas.

—Pues bien, señor; en cuanto me pasaron la mistela, me eché al cuerpo un buen sorbo, e hice sonar el paladar con mi lengua como si fuera lo mas agradable que hubiera bebido en mi vida y dije en seguida a la mujer:

—Escelente mistela; jamas habia tomado otra igual.

—No se lo decia yo, señor? me contestó; es tan buena porque es hecha de aguardiente de Aconcagua.

—Pero tome usted y hablemos sobre esa hermosa niña que acaba de entrar.

—¡Oh! sí, la Merceditas: no hai nada que se la parezca.

—¿Y en qué se ocupa? Con qué vive?

—Viven mui bien y siempre tienen algo que darles a los pobres; porque, a mas de gozar de buenos sueldos, son mui ordenados. El padre es un sarjento retirado que tiene su mesada por el gobierno. El hermano es un escelente car-

pintero que gana mucha plata; de suerte que nada les falta y ademas hacen mucho bien: es, señor, la mejor jente de este mundo.

—Ya lo veo.

— La Merceditas es tambien una escelente costurera bordadora, y gana bastante con su trabajo, pues sabe muchísimas otras cosas.

—¿Con que es entonces una niña mui instruida?

—Es lo mismo que una señorita y talvez mas, porque es tan buena sin ser orgullosa.

En esta conversacion estaba, señor don Guillermo, cuando entró a la picanteria una antigua conocida mia a quien no veia desde hace mucho tiempo.

Esta muchacha se llama Teresa, y estuvo sirviendo en casa de los caballeros... los que, como su merced sabe, me criaron, y de donde salió ella para casarse. Desde entonces no la habia vuelto a ver, asi es que entablé con ella una larga conversacion.

Despues de mil preguntas y respuestas sobre nuestras conocidas y la suerte que corriamos ambos, ella no pudo menos de felicitarme de mi buena fortuna, pues por mi esterior veia que me encontraba bien colocado. De esta manera vine a saber que ella vivia en el mismo conventillo que Mercedes y que ésta era su amiga.

Entonces Tomas refirió a Guillermo todos los pormenores obtenidos de la conversacion de Teresa, con los elojios que ella habia hecho de Mercedes, sin olvidar el esmero con que la habia cuidado durante su enfermedad, la dádiva del colchon, y por último el préstamo de veinte pesos que hicieron a su marido.

Despues de oir la narracion minuciosa de Tomas, Guillermo le dijo:

—Estoi mui contento contigo. Veo que sabes desempeñar como se debe una comision, y que nada has olvidado de todo aquello que puede serme útil. Por los informes que me

has dado con tanta exactitud como juicio, saco estas consecuencias:

Primero, que el hermano de la jóven tiene ambicion y hasta este conocimiento para buscar el medio de seducirlo. Sus miras no pueden ir mui lejos, y en esa clase no hai pretensiones que uno no pueda satisfacer fácilmente; pero, aun cuando quizá tenga ese artesano alguna delicadeza, ésta se vence con maña, pues todo consiste en presentarle un sebo a su ambicion, sabiendo no herir de frente su susceptibilidad, y para esto no faltan medios infalibles.

Por lo que respecta a la muchacha, es otra cosa. Puesto que tiene virtud y esa elevacion de sentimientos, es necesario mostrarse todavia mas elevado que ella, siendo preciso abordarle haciéndola ver cualidades superiores que la seduzcan, representando el papel de un héroe de novela, es decir, que estaré obligado a herir su imajinacion por acciones grandes, a mostrar sencillez en la práctica, desprendimiento en la obra, en fin, esa mezcla de elevacion y de inocencia, de superioridad y de candor que es difícil aparentar, pero que no es imposible. Esa naturaleza debe ser por necesidad impresionable, y no podrá resistir al entusiasmo que le produzcan esos actos que tratan de envolver en el misterio la jenerosidad y la abnegacion. De esta suerte llegará a amar sin desconfianza, y llegará a amar con delirio; y entonces, no hai cosa mas fácil de estraviar que esa moral que se funda únicamente en los buenos instintos y no en reglas estrictas, en conocimientos profundos o en preocupaciones arraigadas; porque no hai nada mas sencillo que presentar al vicio con el oropel de la virtud, adornándolo de manera que represente la jenerosidad, y aun mas que la jenerosidad, el sacrificio.

La seduccion, continuó Guillermo, como entusiasmado de sus teorias, es una cosa fácil cuando una mujer siente en favor del hombre la afeccion; pues esas ideas de pureza, de honor, de castidad, son mui vulnerables, pudiendo uno, sin contrariarlas, y aun aparentando seguirlas, hacerlas servir

a sus designios: ese castillo, inatacable para los ignorantes, se rinde valiéndose de sus propias armas... Estoi seguro: esa muchacha no se escapará...

—Pero ¿cómo podrá obrar su merced? dijo Tomas. En el rango que su merced ocupa no puede visitar a esa jóven. Su presencia en casa de ella, haria fracasar la empresa, porque no podrian menos que atribuir a su merced malas intenciones; y para que ellos lo comprendan así, no se necesita de mucha perspicacia.

—Lo creo, pero ya tengo formado mi plan: seré un artesano, pero un artesano distinguido, o mas bien dicho, seré un artista; pues esta es una especie de aristocracia que nace del pueblo y cuya elevacion ni los asusta ni los hiere, sino que por el contrario les agrada; ¿qué te parece esto, Tomas?

—Magnífica idea.

—Seré, pues, pintor.

—Pintor!... pero creo que jamas su merced se ha ocupado de pintura.

—Sin embargo, no se necesita ser un maestro, pues basta tener algunas nociones del arte para lo que es hablar y darse los aires...

—Pero, señor, ¿y los cuadros, y los aparatos, y el taller, y esas obras inacabadas que el pintor tiene siempre en su caballete?

—Todo esto se compra. Todo esto se consigue a fuerza de oro: nada hai mas fácil cuando uno tiene los medios y la voluntad.

—Ya voi comprendiendo a su merced.

—Por otra parte, pagaré a un artista para que vaya a trabajar a mi taller, con el solo fin de adornarme con su talento por algun tiempo, que despues él puede cargar con dinero, con taller y con cuadros; ¿qué me importa a mí todo esto?

—Indudablemente, su merced es el caballero mas fecundo en recursos de cuantos yo he conocido.

—Ya te he dicho en parte mi plan, pero te lo confiaré del todo, porque quizá, como ha sucedido en otras ocasiones, me vea obligado a echar mano de tí para que tomes algun papel.

—Mi mayor deseo, señor, es servir a su merced.

—Ya lo sé, porque eres un buen muchacho; y lo que es preferible, no te falta injenio.

—Su merced puede ordenar lo que quiera, seguro de ser ciegamente obedecido.

—Mi plan es el siguiente: pienso tomar una casita pequeña en la calle de San Pablo, pero que sea bonita, cómoda y sencilla, o si no la encuentro así, la haré arreglar yo mismo, de modo que haya gusto y confortable, pero no lujo; porque éste no haria sino desterrar a las personas que quiero atraer. Vivirá conmigo la vieja Anastasia a quien ya conoces y que pasará por mi tia.

—Sí, señor, la conozco. ¡Qué recomendable señora! dijo el perillan riéndose.

—Escelente, respondió Guillermo con severidad; pues no se le ocultó lo malicioso de la sonrisa de Tomas.

—Una vez en posesion de la casa y de todo lo que se necesita y que ya te he esplicado, me haré notar de esas jentes por algunas buenas obras, que no dejarán de llamar la atencion de Mercedes, aparentando al mismo tiempo la mayor modestia, porque quiero que mis acciones tengan a la vez la publicidad y el misterio, cubriéndome asi con un velo que me hará aparecer mas interesante mientras mas desprendido y modesto se me suponga. De esta suerte atraeré poco a poco y por el sebo de la virtud a esa jóven, que, segun los informes que me has dado, tiene inclinaciones tan nobles, de modo que esa misma virtud y esa misma elevacion venga a ser el arma que la hiere de muerte, y aquello que en todo caso debiera salvarla, contribuirá en esto con mayor eficacia a su pérdida.

—Estoi admirado, señor, de lo que me dice. Su merced,

vuelvo a repetirlo, es el rei entre todos los caballeros de Santiago, porque ninguno de ellos seria capaz de tener tanto injenio, y menos que sacaran recursos de allí mismo donde cada uno de ellos encontraria solo dificultades.

—Ya sabes, pues, mis planes, conoces mis deseos y mis intenciones, y espero que, en caso de necesitarte, obrarás con esa prudencia que te conozco y que te recomienda a mi vista.

—Haré, señor, cuanto guste; pues su merced no ignora, como ya lo he repetido tantas veces, que mi deseo principal es complacerlo.

—Tendrás, Tomas, tu recompensa; y como me conoces, no podrás dudar que sea proporcionada a los servicios que me prestes. Yo te trato mas bien como amigo que como criado; y en este sentido espero que me seas consecuente, pues tengo confianzas contigo que no le acuerdo a muchos. Respecto a dinero, pídeme todo el que sea necesario; pero advierte solamente que no se debe ni arriesgar ni perder la empresa de que hemos hablado y en la que pienso que tomes una activa parte.

—No tenga su merced el menor cuidado. La plata todo lo hace; y la astucia de la tia Anastasia, junto al pequeño talento que he tenido el honor y la fortuna de adquirir al servicio de su merced, nos ayudarán eficazmente.

—Está bien. Ya te he informado de mis intenciones; ahora te encargo que busques los medios de realizarlas, dándome cuenta hasta de los mas mínimos detalles; porque muchas veces, de aquello que parece lo mas insignificante, es de donde los mas grandes resultados dependen.

—Cuente su merced conmigo, señor.

—Vete y toma esto para principiar los gastos que deben hacerse y para inducir a la tia Anastasia a que entre del todo a secundar mis planes;—y Guillermo alargó un bolsillo con dinero a Tomas, el que este acarició, diciendo al retirarse:

—Su merced es la persona mas jenerosa que he conocido y por esto es tambien la mejor servida.

Las habitaciones de Luisa.

I.

Mientras se efectuaba este complot infernal, en que se echaba mano de todos los recursos del vicio y de toda la astucia del crímen para triunfar de la sencillez de la virtud, habia una jóven que formaba un plan opuesto y cuya alma, entregada a la dulce satisfaccion de hacer el bien, no tenia mayor goce que cuando le era posible evitar la desgracia ajena o llevar el consuelo y la felicidad allí donde reinaba antes la tristeza y el infortunio.

En tanto que Guillermo trataba, pues, de perder a Mercedes, seducido por sus nacientes gracias, Luisa Valdés, no menos sensible al hechizo de la misma jóven, pensaba en la manera de salvarla, porque no se le ocultaba los peligros que corria Mercedes, tanto por su hermosura cuanto por la la pobreza de su condicion. Pero la bondad de Luisa no se limitaba solo a precaver el mal, sino que queria producir el bien: queria que ese tesoro oculto, que esos encantos todavia misteriosos, pero que sin embargo se revelaban de lleno en la fisonomia de la jóven obrera, diesen su fruto, fecundizados por el sol de la felicidad y de la virtud, que es la sola que desarrolla el alma en todo su esplendor y la única que puede hacernos comprender y amar la grandeza de Dios por la grandeza de sus obras; y la única tambien que nos inicia en esos placeres tan suaves como deliciosos, tan tiernos como reales, que procura la caridad, y que el mundo, en jeneral, no ve, ni comprende, ni aprecia.

Pero antes de entrar al fondo de los pensamientos de Luisa, antes de analizar sus ideas y su manera de sentir, nos permitiremos pintar su manera de ser material, es decir, sus hábitos, sus costumbres, sus ocupaciones, su cuarto, en una palabra; porque el cuarto, los muebles que lo adornan, la disposicion en que éstos se encuentran y hasta la calidad de ellos, revelan el espíritu, la intelijencia, las pasiones, el jenio y las tendencias de la persona que lo ocupa. Las habitaciones, sean de un hombre o de una mujer, no son tan solo el lugar del descanso, sino que ademas son la encarnacion, si nos es permitido hablar así, de las ideas de la persona y el daguerreotipo fiel de sus sentimientos; de manera que un observador puede juzgar casi con seguridad sobre el carácter y la mayor o menor elevacion de un individuo, sin nada mas que haber examinado su aposento; porque los objetos que él encierra diseñan la vida de la persona en todas sus faces; o por lo menos en las tendencias que en ella dominan, siendo a tal punto exacta esta observacion, que, a la simple vista del alojamiento habitual de un individuo, es fácil decir si es viejo o jóven, feo o buen mozo, alegre o terco, sencillo o fectado, ordenado o calavera, necio o sabio; pues no solo la parte moral, sino la parte física del ser, se dibuja con exactitud.

Ahora bien, para que el lector pueda formar su juicio por sí mismo, vamos a introducirlo a la habitacion de Luisa.

La casa de doña Juana, como ya lo hemos dicho, estaba situada en la calle de la Catedral. Nada se habia alterado en ella desde su construccion primitiva, pues era uno de esos edificios suntuosos para la pasada época, pero que en el dia no llaman la atencion, sin dejar por esto de conservar su valor y aun de haberlo aumentado considerablemente a causa del acrecentamiento progresivo de la poblacion.

Doña Juana, aunque poseia una fortuna considerable, no habia querido, por una especie de culto hácia sus antepasados, o por esa relijion de recuerdos, que es una especie de

vida para las almas sensibles, no habia querido, decimos, hacer la menor alteracion en aquellos lugares que habian habitado sus padres, limitándose solamente a refaccionarlos para preservarlos de las injurias del tiempo; pero tampoco habia podido resistir a los caprichos de su hija única, de suerte que la habia dejado construir en el interior de la casa una especie de pabellon en conformidad a sus gustos, reservándose ella lo demas del edificio, que mantenia siempre en conformidad con los suyos.

Luisa, con la autorizacion de doña Juana, habia hecho levantar una morada sencilla, a la vez que encantadora y donde su naturaleza poética, elevada e independiente reuniera la elegancia a la sencillez, el gusto al arte, y la libertad de un ser esquisitamente dotado, a la sumision de una hija amante, y decimos la libertad, porque ella habitaba sola en compañia de su nodriza aquel recinto, sin dejar por esto de estar constantemente al lado de su madre, a quien queria con ternura.

Esta emancipacion de la jóven no provenia de altaneria sino de elevacion, porque la superioridad de sus instintos no disminuia en nada la obediencia de hija, sino que al contrario la aumentaba, pues hai naturalezas a quienes la compresion jamas amolda o domina, mientras que la libertad subyuga y aprisiona. Esta manera de vivir de Luisa habia dado márjen a mucha crítica, y doña Juana misma no habia dejado de recibir algunas advertencias amistosas de parte de sus conocidas, y hasta su confesor no dejó de hacerle observaciones a ese respecto; pero la señora veia la pureza de las costumbres de su hija, y mas que todo, llevada por el instinto interior, que, sin equivocarse, aprueba o desaprueba nuestras acciones, habia resistido a toda influencia estraña, dejando a Luisa en entera libertad de obrar, libertad de que jamas habia abusado la niña y que sin embargo era indispensable para su felicidad. En efecto, el corazon de una madre jamas o rara vez se engaña, y doña Juana pre-

sentia, y con razon, que si hubiese querido sujetar a Luisa a las vanas y aparentes fórmulas de la sociedad; que si hubiese querido esclavizarla o encerrarla en ese estrecho recinto de ideas que constituye entre nosotros la buena educacion de una jóven, la habria hecho desgraciada y talvez la habria perdido; porque esas naturalezas altivas a la vez que sinceras, no aceptan otro yugo que el de la bondad y el de la razon, y cuando quieren imponerles el capricho o la injusticia de las preocupaciones, se rebelan; y esa altivez, que nace de la nobleza del corazon y que tantas virtudes da al que la posee, se transforma en terquedad, llegando a hacer jerminar en el alma las mas funestas pasiones, que nada es suficiente de correjir mas tarde.

II.

La habitacion de Luisa consistia, pues, como ya lo dijimos, en un pabellon colocado al fondo de la casa y en el cual habia cuatro o cinco departamentos. El primero era una sala de labor, y contiguo a ella estaba el dormitorio, un peinador y una sala de baño, como tambien el aposento de la nodriza de Luisa.

La sala de labor contenia muebles sencillos pero elegantes. Las sillas, livianas como una pluma, eran de junco, con respaldos en forma de lira e incrustaciones de concha de perla y doradas a fuego, representando brillantes flores. El alfombrado, blanco y vistoso, estaba en perfecta armonia con los asientos y las espesas cortinas que cubrian las ventanas, como para amortiguar la luz del sol y conseguir durante el dia esa media claridad misteriosa y pálida, que parece llevarnos a la meditacion o a las voluptuosidades de la pereza, sobre todo en el estío y en aquellas horas de escesivo calor que convida al reposo.

Las paredes de esta pieza estaban adornadas con cuadros que representaban algunos paisajes, sea de nuestras costum-

bres nacionales o de las hermosas perspectivas que se encuentran con tanta frecuencia en nuestro vírjen pais y que Luisa, si no con arte, al menos con poesia, habia sabido pintar.

Un costurero, donde se veian todas esas infinitas pequeñeces, todas esas nadas insignificantes a la vez que valiosas de la mujer, se encontraba en medio del salon, y al rededor se notaban algunos trabajos de aguja y de bordado de diversas formas, ya principiados o por concluir, pero en los que no podia menos de admirarse el gusto y la elegancia, que revelaban tambien el gusto y la elegancia de la que trabajaba en ellos.

Frente de las ventanas habia un hermoso piano, cuyas melodiosas armonias se hacian oir con mucha frecuencia en aquel recinto de la belleza. Ramilletes de flores frescas y perfumadas se veian colocadas en lindos jarrones de porcelana sobre el mármol blanco de la chimenea, que estaba situada entre las dos ventanas. En medio de los floreros habia un reloj de bronce, que representaba a la jóven América rompiendo las ligaduras del coloniaje. Dos inmensas y muelles poltronas cuyo asiento y respaldo representaban canastos de fruta y que eran obras maestras de tapiceria hechas por Luisa, estaban colocados a uno y otro lado de la chimenea, con sus correspondientes pisos, tambien trabajados por ella, hermanándose a los sillones por la igualdad de los dibujos.

De esta sala pasábase al cuarto de dormir de Luisa, donde esta jóven, elegante pero severa, poética pero majestuosa, delicada pero enérjica, conservaba esa mezcla rara de perfume virjinal y de austeridad filosófica, de sensibilidad femenina y de voluntad viril que parece atraer a la vez que dominarlo todo, pero sin mandato, porque nadie resistiria a su mirada humilde e imperativa, simpática y dominadora.

A su lecho diáfano y blanco como esas nubes vaporosas del estío, se asociaba mui bien la severidad de un estante

de libros; y à los perfumes de un tocador de la mas refinada voluptuosidad, aparecian como contraste muchos aparatos de estudio; de manera que en ese recinto donde hubieran podido hacer su nido las gracias, se hallaba la vírjen y la pensadora, la coqueta y la filósofa, la mujer que aprecia el esmero del cuerpo y la mujer que vive solo de la intelijencia; en una palabra se veia allí reunidos el culto de la belleza en estas dos acepciones que Diós le ha dado: la admiracion hácia las formas corporales y el entusiasmo hácia la superioridad del espíritu.

III.

¿Tenia o no razon Luisa Valdes de sentir y de obrar así? ¿Puede o no deificarse la materia? El culto a la perfeccion, es o no un culto tributado a la divinidad que ha puesto en el organismo del hombre esa tendencia innata? Por nuestra parte creemos que sí.

¿Quién ha dicho que una mujer hermosa no debe cuidar, no debe sentir, no debe apreciar la fuerza de sus atractivos? Esos hechizos son una perfeccion de la naturaleza, son un don del Creador, que es indispensable tener en cuenta, porque entra en el radio de nuestros instintos y porque el progreso mismo de la especie talvez así lo ordena. ¿Quién seria capaz de asegurarnos que una mujer que cuida de su belleza, no obra, sin pensarlo, en conformidad de las leyes de Dios?

Hai en el orbe causas ocultas a las que obedecemos sin reflexionar sobre ellas, y esta es sin duda la razon porque Luisa Valdes amaba en su belleza propia la belleza de Dios, tributando un culto en sí misma que representaba el culto admirable de la creacion.

Nosotros estamos mui lejos de conocer la fisiolojia humana; pero con algunas escepciones del organismo, creemos por lo jeneral que la hermosusa de las formas es una per-

feccion física que está en armonia con la perfeccion moral, es decir, que mientras mas regular es el hombre, mientras tiene lineamientos en su fisonomia mas agradables, debe tener tambien en su espíritu una intelijencia mayor; y sin entrar a los vicios que trae consigo la educacion, la sociedad o el ejemplo corruptor, somos de opinion que la persona mas o menos perfecta en su apariencia esterior, es tambien mas o menos intelijente; sin embargo, no negaremos que hai leyes desconocidas y ocultas que en muchas ocasiones nos demuestran lo contrario; ¿pero podemos acaso nosotros darnos cuenta de las mil fibras, de las mil modificaciones que obran, no diremos esclusivamente en el hombre sino en toda la creacion, ya sea sobre esa materia que se llama animada o sobre aquella que se considera muerta y que, sin embargo, no es quizá mas que una misma?

En el curso de nuestra historia haremos siempre digresiones, mal que le pese al lector, porque no tratamos tanto de complacerlo a él cuanto de emitir nuestras ideas; por consiguiente, sin pedir a nadie escusa, saldremos o entraremos en el cuadro de los acontecimientos...............

....

IV.

Hemos descrito ya algunos de los aposentos que ocupaba Luisa Valdes, y aun cuando no hayamos sido prolijos para presentarlos con esa exactitud minuciosa que tiene indudablemente su atractivo; sin embargo, hemos querido ser simples cronistas, o mas bien dicho, hacer aparecer las cosas tal cual son y tal cual han sucedido, sin quitar al historiador la inventiva del novelista.

Pero si en los otros departamentos Luisa Valdes aparecia la mujer fina, delicada y pensadora, en su sala de baño era donde se presentaba poética y sensual, sublime y sibarita, porque era donde se hermanaba, podremos decirlo así, la

materia al espíritu; era el altar en que se ostentaba la belleza física como irradiacion de la belleza intelectual; era el templo de la hermosura bajo todas sus formas, porque allí se veia la delicadeza de la vírjen con ese tacto que caracteriza a la mujer en su mas ideal espresion, con todo ese perfume de la poesia que la diviniza y de la perfeccion corporal que la adorna, haciéndola irresistiblemente graciosa y seductora.

Se estrañará quizá nuestra descripcion porque no está en nuestras costumbres hacer de la sala de baño un cuarto principal; pero Luisa, por una de esas escentricidades que son tan peculiares a las naturalezas privilejiadas, habia tenido este capricho, talvez porque era allí donde no habia sombras que ocultasen sus hechizos.

En este recinto, donde no podia penetrar ninguna mirada profana, recinto que no era conocido mas que de ella, se encontraba el refinamiento del arte, o diremos mas bien, el refinamiento de la voluptuosidad suave, balsámica, misteriosa... Para ese lugar consagraba Luisa las mas hermosas flores de su jardin, los mas delicados perfumes y los mas elegantes trajes de su tocador. Un aire embalsamado se respiraba allí; y esa atmósfera deliciosa adormecia los sentidos a la vez que estasiaba el espíritu, sepultándolo en una especie de molicie llena de encantos, molicie que producia los mas deliciosos ensueños de la fantasia y que convidaba a la contemplacion y al amor... pero al amor con todas las delicadezas del sentimiento, con toda la sublimidad de la intelijencia, con toda la poesia de la pasion!... al amor llevado a ese idealismo tan puro como indefinido, tan tierno como delicioso, tan grande y enérjico como virtuoso y moderado, y que solo sienten con su esplendor divino las naturalezas ricas por su imajinacion, poderosas por su pensamiento, suaves por su bondad como fuertes por su enerjia, y tan espansivas por su franqueza como atrayentes y simpáticas por su candor en las costumbres y por su elevacion en las ideas!

Luisa sentia así y queria amar así. Para ella el amor era una virtud, no un crímen; era una perfeccion, no un defecto, como se le hace creer a los jóvenes en nuestra ridícula y gazmoña educacion. Luisa, en lugar de ahogar ese sentimiento, lo fomentaba como el oríjen de las mas grandes virtudes, como una emanacion divina que purifica nuestro ser, que lo eleva y que lo idealiza. Ella queria ser digna de esa encarnacion de Dios, de ese soplo sublime que todo lo vivifica, ennoblece y ensalza; y por esta razon preparaba su espíritu y preparaba su cuerpo como para servir de templo, de altar, de tabernáculo al amor de un hombre! Pero ese hombre debia ser tan puro, tan poético, tan delicado, tan enérjico, tan virtuoso como lo era ella... De otro modo no concebia el amor, no concebia la pasion, no concebia la vida, es decir, no concebia el matrimonio, que, en su concepto, debia ser el complemento de la dicha, el lleno de las aspiraciones, la santidad de la existencia, el sagrado fin de la creacion!..

Amar y ser amado: hé aquí la felicidad, el bien, la perfeccion, la virtud!... Pero ese contacto simpático de dos espíritus, esa comunicacion embriagadora de dos almas, ese deleite de dos existencias que se confunden en un solo éstasis, ese arrobamiento tan sublime no se da, no se esperimenta, no se comprende sino en la virtud que nos eleva hasta Dios y nos confunde con su esencia!... El amor es mas que un culto, es mas que una relijion, es mas que una plegaria, porque es el mas puro destello del alma, la emanacion mas divina que puede tener y dar el hombre, y el que lo esperimenta con toda esa suave vehemencia, participa ya de las delicias que rodean al trono del Creador, porque participa de su luz!..

En el mundo se llama amor a esos deseos de los sentidos, mas o menos fuertes, a esas pasiones comunes que la posesion amortigua y que las mas veces lleva hasta la indiferencia, el cansancio o el hastío, porque el elemento mate-

rial, la satisfaccion de la carne es la que nos gobierna; pero cuando se une el goce del alma al goce del cuerpo, cuando la perfeccion moral se agrega a la perfeccion física, cuando el sentimiento ennoblecido por la idea nos hace buscar nuestro principal encanto en el sendero de la espiritualidad, entonces el ser, depurado en el crisol de la vritud, entra de lleno en las rejiones vaporosas del amor... de ese amor que nada estingue, porque vive por sí, y cuya llama se aumenta a medida que se reconcentra, siendo mas intensa mientras mayor es su duracion, mientras mas interna y absoluta es la recíproca posesion de los seres que se asocian!..

Esta era tambien la aspiracion de Luisa y esta la causa por que habia permanecido fria e indiferente para todos y para sí misma, pues nada encontraba en la sociedad que frecuentaba, que llenase ese deseo innato de su naturaleza y esa tendencia delicada de su virjinal, poético y elevado espíritu, que tan difícil es encontrar en este mundo........

....

V.

En derredor de la habitacion que ocupaba la encantadora jóvén, se encontraba un pequeño pero hermosísimo jardin, que Luisa cultivaba con esmero y a quien dedicaba jeneralmente las primeras horas de la mañana, porque en ellas, las flores, asi como nosotros y asi como los demas seres, parecen abrirse para aspirar y recibir una nueva vida; y todo ese perfume de una existencia nueva se ve en la frescura de los tintes, en la animacion de los colores y en esa fragancia que embalsama el aire y que esparce con profusion, como para saludar, con las primicias de sus favores, a quien les diera la existencia...

El pecho de Luisa se levantaba al respirar esa ambrosía, dilatándose con el ambiente impregnado de esa suavidad perfumada y deliciosa que esparcen las flores al rededor

de ellas; de modo que las mejillas de la niña parecian tambien colorearse con el tinte de las azucenas y de las rosas, pudiendo decirse con propiedad, que absorbia en parte la vida de esas plantas, o que, como ellas, renacia tambien a impulsos del fresco rocío de la mañana.

Para Luisa, el jardin no era una ocupacion frívola, no era tampoco una distraccion de ociosidad que nace de la opulencia, era sí una ocupacion de gusto, casi de amor... porque ella queria a sus flores, a esas flores que cultivaba con sus manos y cuya fresca belleza le hacia levantar su pensamiento hácia el Criador, pues traian a su imajinacion poética, ideas de la armonia de los seres, de los misterios y de la bondad de Dios... porque en realidad, no hai un templo mas hermoso y que hable al corazon un lenguaje mas persuasivo y elocuente que las mismas obras de la creacion. ¡Qué son esos monumentos levantados por el hombre al lado de un jardin, de un campo, de un valle, de una montaña! ¿Qué es todo eso al lado del musgo o de la hormiga? Puerilidades ridículas que admiramos un momento, pero que no hablan al alma; que escitan nuestro orgullo, pero que no hacen palpitar nuestro corazon; que descarrian nuestra intelijencia con esas mil ideas contradictorias de cien relijiones distintas, pero que no nos eleva hácia la contemplacion única y verdadera, hácia esa contemplacion que enjendran las obras de Dios..............................

....

Luisa Valdes tenia culto por lo bello; le gustaba encontrar la virtud unida a la gracia, y el contento en armonia con el deber. Para ella no tenia eco esa filosofia triste que condena el placer y esa relijion estéril que anatematiza la hermosura y que hace un crímen de las perfecciones del hombre!.. Que hace un delito de amar todo lo que es agradable y perfecto!.. Esa relijion y esa filosofia, decimos, pueden mui bien condenar a Luisa, porque Luisa queria lo que tenia el sello de la perfectibilidad... porque Luisa

amaba lo que alhagaba sus sentidos y entusiasmaba su intelijencia!

VI.

Sabemos que en Chile nuestras beatas y nuestros clérigos anatematizarian esas tendencias, mirando como una falta imperdonable el culto que Luisa rendia a la naturaleza, asi como el cuidadoso esmero que empleaba para consigo misma y para todo aquello que vivia a su alrededor; pero esta predileccion por la belleza, simpatia que cada uno esperimenta, impulsado por esa lei oculta que nos lleva hácia el perfeccionamiento, era en nuestra aristocrática jóven el resultado de la delicadeza de sus gustos, de la finura de su intelijencia, de la bondad de su corazon y de la altiva e ilustrada libertad de sus ideas...

Dígase lo que se quiera, pero a nosotros nos parece que, mientras mas perfecto es el individuo, aprecia tambien mas la perfeccion; y que, mientras mas cultivado es su espíritu, mas entusiasmo tiene por la hermosura; porque la sensibilidad se refina a medida que la razon se ilustra, y el gusto se estiende en proporcion a nuestro interior desarrollo.

Si nosotros, en vez de presentar la virtud con semblante adusto y severo, la hiciesemos aparecer risueña y alegre; si en vez de enseñar a las jóvenes que nuestra perfeccion moral consiste en el abandono físico, les dijésemos que tuvieran esmero en el aseo de sus personas y en el cuidado de sus atractivos; si en lugar de estrechar sus ideas con las prácticas absurdas de un ascetismo ignorante, como medio único de hacerlas agradables a la Divinidad, les mostrásemos las obras de la creacion y sus perfecciones, para que amasen en vez de temer a su Autor; si en lugar de señalarles el camino de la virtud, cubierto de abrojos y lleno de sacrificios y de privaciones, se lo presentásemos bello, suave y dulce como en realidad es; si las trajésemos al bien por el

bien mismo, empleando como motor al placer y no al sufrimiento, a la perfeccion física y no a la maceracion degradante, al raciocinio que ilustra, persuade y eleva, y no a la obediencia automática, al amor y no al rigor, ¡qué cambio no esperimentaria nuestra sociedad y nuestras costumbres! Porque es indudable que en la perfeccion de la mujer consiste el mejoramiento de la especie; pues ellas nos hacen dar los primeros pasos en la carrera de la vida, ellas forman nuestra moral, dirijen nuestras inclinaciones, son árbitras de nuestros gustos, dueñas de nuestros placeres i dispensadoras de nuestras mayores alegrias y consuelos; de manera que, mientras mas ilustrada sea la mujer, mas grande será el hombre; y mientras mas espansiva, mas buena, mas alegre, mas entusiasta y poética veamos a la primera, mas amante, mas ordenado, mas trabajador, mas fuerte y mas dichoso será el segundo;.. porque la felicidad no es individual sino colectiva, y la mitad de la especie no podrá jamas conseguirla sin el concurso de la otra...

Sentimos decirlo, pero en nuestra patria parece que se ha adoptado el peor sistema para la educacion de la mujer, cuya moralidad se hace consistir en que asista diariamente y por muchas horas al templo, cuya educacion descuidada se versa sobre esterioridades frívolas, cuyas tendencias son dirijidas a la vanidad, cuyas miras no van mas alto que a un enlace con un hombre que se dice *acomodado*, sin levantar su vista mas arriba del campanario de la vecina iglesia!.. Este es el mal que lamentamos y esta es tambien la causa en gran parte del atraso, de la ignorancia y de la desidia vanidosa que reina en nuestra sociedad y que hace el fondo de nuestras costumbres.

Un plan de bondad.

I.

Al principio del capítulo anterior hemos visto que Luisa se habia propuesto libertar a Mercedes de los peligros a que la esponia su belleza, mejorando en cuanto fuese posible la posicion de la familia de la jóven obrera; pues sin conocer el mundo, presentia Luisa que a causa de la hermosura de Mercedes no podia ésta menos de tener muchos adoradores y que por su pobreza quedaba espuesta a muchas acechanzas. Su plan, pues, consistia en ayudarla con sus consejos para formar su corazon y disponerla a la virtud y al bien, y con su bolsillo, para que la falta de recursos no echase por tierra quizá en un momento de abnegada desesperacion, esa flor de pureza que ella se habia propuesto sostener y cultivar.

¡Cuántas veces no vemos que la miseria es la principal causa de la prostitucion! ¡En cuántas ocasiones por la enfermedad o por el hambre de la madre, del hijo o del hermano, vende una niña su honor con tal de salvar a las personas que ama! Y despues!.. el desprecio de la sociedad pesa sobre esa infeliz; y del crímen forzoso a quien salva una noble escusa y cuya fealdad se atenúa por la causa de donde emana, cae en el crímen voluntario, precipitándose en seguida en la degradacion y en el vicio, hasta el punto de llegar a ese cinismo en que ya no se siente palpitar la conciencia; a esa depravacion en que ya no se esperimenta el remordimiento, sino que al contrario, parece complacerse en la mal-

dad y encontrar sus gustos allí donde debiera hallar su principal infortunio!

¡Cuántas víctimas no ha hecho la miseria! ¡Cuántas almas nobles, elevadas y jenerosas no han sucumbido por la indijencia! Y lo que es todavia peor, que las jóvenes que se pierden en fuerza de su necesidad; son aquellas cuya sensibilidad es mas esquisita y cuyas ideas han adquirido mayor vuelo, pues por ser mas impresionables se aumenta el peligro; y esas intelijencias que hubieran hecho el bien, que hubieran sido el ornato de su sexo, se tornan al mal, convirtiendo en ludibrio la virtud de la mujer; y el delicado pudor que la eleva y embellece, en desvergüenza vil que la afea y denigra...

Nuestras palabras son débiles para espresar todo el entusiasmo que sentimos por la evanjélica caridad de algunos nobles sacerdotes chilenos como de muchos ciudadanos filantrópicos. Estas almas, verdaderamente cristianas, han fundado varios establecimientos que llevan nombres distintos y que sirven de santo asilo a niñas huérfanas y desamparadas que indudablemente se habrian perdido en el mundo, si la caritativa mano de estos respetables hombres no se hubiera estendido para ampararlas, albergándolas en cuerpo y alma.

Nosotros hemos tenido ocasion de visitar algunas de estas hospitalarias casas, quedando admirados y complacidos al ver el órden, la moralidad, la enseñanza, el aseo y el espíritu de Dios que reina en la mayor parte de ellas. En aquellos santos asilos de beneficencia aprenden esas pobres huérfanitas todas las labores peculiares de su sexo; reciben una instruccion bastante aventajada, adquieren hábitos de moderacion, modales distinguidos, costumbres puras y sencillas, a la vez que ordenadas, saliendo de allí jóvenes útiles y virtuosas que pueden hacer la felicidad de cualquier hombre; que pueden llevar al seno de una familia la abundancia que nace siempre de la economia y del trabajo, y la moralidad

que proviene de la práctica constante del deber. Y todo este bien, bien inmenso por sus resultados, pues no solo comprende a algunos individuos, sino que se estiende hasta la sociedad en jeneral, porque ella participa de las ventajas; todo este bien, decimos, es debido a los filantrópicos pensamientos, a los caritativos esfuerzos, a la abnegacion esencialmente cristiana de algunos nobles corazones a quienes, esas pobres criaturas que han sido preservadas del vicio y que encaminan a la virtud, conocen por los beneficios que reciben, llamándolos sus padres! Digno y merecido título con que los honran y se honran.

De todos los paises que forman la América del Sur, lo decimos con complacencia, talvez con orgullo, Chile es el que posee mas grandes, mas ricos y mas numerosos establecimientos de beneficencia. Entre nosotros, se puede decir que no hai una desgracia que no encuentre un amparo, un dolor que no encuentre un alivio, una necesidad que no encuentre su satisfaccion.

Aquí está la enseñanza gratis difundida por todas partes en cualquier ramo de las humanas ciencias.

Aquí hai numerosos y bien tenidos hospitales para los enfermos, cualquiera que sea su sexo y nacionalidad, pues basta golpear a la puerta para que, sin condicion alguna, sean perfectamente recibidos y atendidos.

Aquí existen casas de huérfanos para recibir en su seno a todas esas infelices criaturas, la mayor parte víctimas del vicio y a quienes sus desnaturalizados padres abandonan por vergüenza y algunas veces por necesidad.

Aquí se ven establecimientos de diferentes clases, donde los niños pobres aprenden diferentes industrias, abriéndoles asi un porvenir y la seguridad de su subsistencia futura.

Aquí hai asilos para las niñas de todas las condiciones sociales, donde se preserva su inocencia a la vez que se instruye su espíritu.

Aquí se encuentran casas para albergar a todo estranjero

que no haila ocupacion inmediata, dándole inter tanto su alimento diario, hasta que consiga colocarse.

Aquí no se desdeñan de compadecer al vicio mismo, y hai establecimientos para reformar a esas mujeres perdidas, socorriéndolas en el abandono, en la miseria y cuando la carrera de degradacion que han seguido las ha sepultado en ese abismo que no tiene nombre... y bien! de ese mismo abismo se empeñan en sacarlas, y las puertas de la caridad se abren para recibir la inmundicia... porque el divino espíritu del Evanjelio está encarnado en nuestra sociedad. Quiera Dios que nunca nos apartemos de esta hermosa como benéfica senda, y que nunca nos invada ese egoismo cruel, esa indiferencia perjudicial de que hacen alarde sociedades que se dicen mas civilizadas que la nuestra, por el solo hecho de tener algunas máquinas mas, porque esportan gran cantidad de fardos, pero en las cuales la brújula de la caridad, que es la que guiará al hombre en los grandes destinos que le esperan y a la felicidad que le aguarda, se desdeña o no se conoce.

Aquí en Chile, el último rincon del mundo, esa faja de tierra que está tocando a los confines del polo austral, es donde el sol vivificador de la caridad cristiana brilla con todo su esplendor, porque hasta nuestras mas notables matronas, nuestras mas delicadas señoritas se unen y se asocian para aliviar el dolor y venir en apoyo del desvalido. Aquí hasta el mas infeliz proletario divide su pedazo de pan con el que no lo tiene: aquí nadie se muere de *hambre!*... ¡Dichoso pais! ¿Qué importa que no poseyamos todavia el desarrollo industrial en todo ese perfeccionamiento que se ostenta en Europa? Caminamos ya a grandes pasos y llegaremos allí; y llegaremos mas breve, mientras mayor sea el espíritu de caridad cristiana que nos domine y que nos guie hácia esa fraternidad universal, que es el punto culminante del progreso, la tendencia única del Evanjelio, la perfectibilidad de la humana especie.

Empero, este hermoso cuadro tiene sus defectos, asi como el sol tiene sus manchas; pues se nos ha dicho que no deja de haber directores que, abusando de su posicion, cometen acciones tan infames que nos vemos obligados a ocultar por decencia: ojalá no sea ello cierto; pero en todo caso llamamos la atencion de la autoridad a quien corresponda vijilar estas casas, para que tengan el mayor cuidado en poner a la cabeza de ellas hombres probos y de una moralidad incontestable; de otra manera, talvez nosotros nos veamos obligados, tan luego como tengamos una prueba incontestable, a quitar la máscara a esos hipócritas cien mil veces mas perniciosos que el vicio mismo en toda su desnuda fealdad.

Hai tambien establecimientos que albergan muchachos, y que bajo el pretesto de enseñarles un arte y de socorrerlos en su horfandad, se les hace trabajar como a *negros*, se les da un malísimo alimento, que no alcanza a reparar sus fuerzas, se les tiene sucios y harapientos y ni aun se les proporciona un lecho miserable para que descansen de sus fatigas del dia; ¡de manera que se hace la especulacion mas criminal, pues se lucra con la vida de esos infelices, haciendo creer al mundo que se les proteje, se les ayuda y se les socorre!... Pedimos, pues, a nombre de la humanidad, a nombre de la desgracia, a nombre de esas víctimas que no pueden defenderse, que no tienen ni voz para quejarse, que la protectora mano de nuestros mandatarios se estienda hasta ellos; y aun cuando no los alivie con sus recursos, que los ampare al menos con su mirada y que bajo la éjida de su vijilancia se establezca allí el órden, la moralidad, la disciplina, el bien, y no queden estériles los sacrificios de la verdadera caridad, que ha dotado y dota diariamente esos establecimientos con el fin de ayudar a los pobres y no que se esplote su pobreza, con el fin de que vivan y no que se les mate...

II.

Luisa Valdes era animada del mismo y vivificador espíritu de que está lleno el Evanjelio; asi es que, sin saberlo, preveia todo el mal que podia sobrevenir a Mercedes; porque aun cuando la esperiencia no habia venido a despejar la razon, hai ciertas almas a quienes se revela el conocimiento del mundo, pudiendo, por una especie de intuicion, juzgar de aquello que no han esperimentado ni visto, pero que sin embargo sienten antes de pensar, concibiendo las cosas sin necesidad de práctica o de estudio.

Por otra parte, la aristocrática jóven no podia menos que esperimentar una gratitud profunda por el servicio de Enrique; pues él habia libertado a su madre y a ella misma de un peligro inminente, sin recibir la menor recompensa, y lo que es mas, sin querer aceptarla; y esta elevacion, tan poco comun en nuestra clase proletaria, impresionaba a Luisa, aumentándose su aprecio en proporcion al valor sereno y al arrojo temerario mostrado por Enrique en ese lance en que habia espuesto su vida con tanto arrojo y con tan noble desprendimiento; pero lo que realzaba talvez mas a los ojos de Luisa la accion del obrero, era su modestia y el haber ejecutado un acto magnánimo sin la menor ostentacion, y lo que es aun mas recomendable, ocultando su mérito real; del mismo modo que si no tuviera el menor valor o no mereciera por su insignificancia la mas lijera recompensa.

Luisa, llena de estos sentimientos y fuertemente impresionada del lance del dia anterior, como tambien de la conversacion que habia mediado entre ella y Guillermo, llamó a su nodriza, que poseia toda su virjinal y humanitaria confianza y a quien preferia en todo, despues de su madre y de una respetable tia que cuidara de su infancia y que en

la actualidad se encontraba en unos de los monasterios de Santiago.

Hemos descrito los gustos casi sibaritas de Luisa; pero es preciso advertir que los placeres de la caridad era a los que daba siempre la preferencia, porque ella no solo amaba la belleza física sino la belleza moral; y no tanto cultivaba las perfecciones del cuerpo cuanto las del espíritu; pues su alma ardiente, tierna y apasionada, tenia un fondo de bondad que la hacia estasiarse en las obras de beneficencia, adquiriendo un nuevo vigor, un nuevo brillo y un placer siempre nuevo cuando con sus recursos podia socorrer la desgracia, cuando con sus limitados medios de jóven podia venir en apoyo de la miseria.

No habia, por consiguiente, necesidad de estímulos para determinar a Luisa a practicar la obra que proyectaba; asi es que llamó a su nodriza, en quien, como ya hemos dicho, tenia una entera confianza; sin embargo, antes de manifestarle el plan que habia combinado y antes de ocuparnos de la conversacion que tuvieron a este respecto, nos vemos en la necesidad de describir el carácter de la ama de Luisa, la que habia llegado a ser su compañera, su aya, su confidenta y su amiga, asi como habia sido su nodriza y su preceptora.

III.

Ceferina Carrasco pertenecia a una familia de la clase media, y en la época a que esta historia se refiere, tenia como unos cuarenta años de edad, conservando todavia rasgos de su hermosura pasada, y sobre todo manifestando en su semblante signos inequívocos de su bondad; porque era difícil encontrar una fisonomia mas dulce y mas atrayente: y si bien podia uno apercibirse de alguna falta de ilustracion, no podia menos de notarse la rectitud del juicio, porque hai personas que carecen de cultivo, pero a quienes ha protejido la naturaleza, sucediendo que a esa escasez de

conocimientos suple jeneralmente el cariño, que es un nuevo sentido que dirije el juicio y una especie de brújula que nos guia sin engañarnos, rectificando nuestras acciones, aun cuando no exista en nosotros la facultad o la posibilidad de apreciarlas; pero como el amor tiene una doble vista, como la afeccion rara vez se equivoca, sino que al contrario, penetra en todos aquellos secretos, que el egoismo, por mas ilustrado que se le represente, no comprende ni aprecia, por esta razon el juicio de Ceferina era siempre certero, y lo que es mas, era en jeneral justo.

Luisa, conociendo el carácter de su ama de leche, sabiendo su inclinacion al bien y la parte que ella habia tomado y estaba dispuesta a tomar, cuando las determinaciones de su jóven pupila servian para socorrer la indijencia y protejer la virtud, no tuvo inconveniente en asociarla a sus planes de ahora, asi como la habia asociado antes a otros tantos del mismo jénero.

Pero la inclinacion de Ceferina por las jóvenes desvalidas iba todavia mas alla de una proteccion débil, porque ella, habiendo sido víctima en su juventud del engaño y de la pobreza, temia que otras cometiesen la misma falta y se sacrificasen por un motivo idéntico, por cuya razon se le veia mas dispuesta a segundar los actos de la jenerosidad de Luisa, cuando ellos iban dirijidos a socorrer la indijencia de una bonita y desvalida niña.

Ceferina, víctima de la seduccion y de la necesidad, habia tenido la fortuna de llegar a casa de doña Juana cuando la hija de ésta necesitaba una nodriza, y la jóven mujer sin ocultar sus circunstancias y sin tratar de minorar su falta, habia narrado con injenuidad su estravio y su abandono. Doña Juana, seducida por su franqueza y compadecida de su desgracia, tanto como atraida por la dulzura de su fisonomia, la tomó en el acto. Ceferina, en los dieziocho años que habia permanecido en la casa de doña Juana, no solo se supo captar la voluntad y aun la consideracion de su ama,

sino que crió con el mayor esmero a la niña que se le confiara, y el cariño vino a hacer de ella una segunda madre, convirtiéndola este mismo afecto en un miembro integrante de la familia.

Ceferina amaba a Luisa con la misma ternura que la mas cariñosa madre, y a la vez de quererla, la consideraba; no con el respeto servil de una criada, sino con el aprecio que infunde la virtud, con la admiracion que arranca el talento y con el hechizo que en torno de sí produce la gracia. Para ella nada habia en el mundo de mejor que Luisa, haciendo leyes de sus mas insignificantes caprichos, pues tenia el mayor placer en obedecerla; y esta obediencia, hasta cierto punto ciega, provenia de que su jóven ama no exijia jamas sino aquello que era justo, y no la ocupaba sino en aquello mismo que mas la complacia, y especialmente en los actos de caridad en que le servia de ajente y de que Ceferina gustaba; porque, teniendo buen corazon, sabia, y sabia por esperiencia propia, los principios a que nos puede arrastrar la indijencia.

Con el conocimiento perfecto que Luisa tenia del carácter de su nodriza, se decidió inmediatamente a hacerla partícipe de su secreto, para consultar con ella los medios mas adecuados de llevar a cabo el plan que se habia propuesto y que no podia ejecutar sino con su ayuda; porque ella era la única intermediaria que pudiese servirla y la única que la habia servido en todos los actos de misteriosa caridad que con tanta frecuencia ejercia; pues Luisa, siguiendo el espíritu del Evanjelio, queria siempre que se ignorase la mano que producia el bien, ocultando con cuidado especial sus beneficios y haciendo única cómplice de su bondad a la mujer que la habia criado; pues hasta doña Juana ignoraba el empleo que hacia Luisa de la renta que le tenia asignada para sus gastos; y aun su misma nodriza no habria sabido jamas los secretos de la jóven si ésta no se viese obligada a divulgárselos para cumplirlos.

IV.

Por la anterior descripcion que hemos hecho sobre los gustos de Luisa, es mui probable que se la haya creido materialista, es decir, amiga u ocupada únicamente de aquellos goces que halagan los sentidos; pero no es menos cierto que su placer principal consistia en la beneficencia, privándose con gusto de todo lo que pudiera agradarla, con tal de que su sacrificio de niña sirviese para socorrer alguna desgracia. Diremos mas en obsequio de los sentimientos de esta jóven: lejos de hacer un sacrificio, Luisa esperimentaba una satisfaccion real cuando posponia su contento juvenil y las necesidades o exijencias naturales de esa edad, a un acto que pudiera ser de algun modo útil para sus semejantes, sobre todo cuando ese semejante se encontraba en el infortunio, y del infortunio podia mui bien caer en desesperacion, y de la desesperacion llegar hasta el crímen.

Para un alma pura, para un alma apasionada y sobre todo tierna, ¡qué mayor placer que el de la caridad! Valen acaso mas las satisfacciones del orgullo y los goces de la vanidad o del amor propio comparados con los de la beneficencia?... Y cuánta mas gloria, y cuánta mas interior delicia no trae al corazon y no proporciona a la intelijencia el sacrificio momentáneo de un traje o de cualquier otro placer, con tal de enjugar las lágrimas de un aflijido, con tal de llevar el pan a una familia!.. Un adorno nos da una satisfaccion momentánea; pero un acto de caridad nos proporciona una satisfaccion eterna!... Un acto de caridad, no solo lo paladeamos en el momento, no solo nos complacemos en el instante de efectuarlo, sino que al echar una mirada retrospectiva sobre nuestra existencia, nos regocijamos en todo tiempo de él, y llega hasta equilibrar nuestros estravios... y alcanza hasta disculparnos ante nosotros mismos, y talvez ante Dios, de los desaciertos de la vida!.. Pero para un alma

sin mancha, ¡qué manantial inagotable de satisfacciones no debe proporcionar la caridad!.. cuando el arrepentimiento no viene a horadar nuestra conciencia, cuando nada tenemos de qué reprocharnos, mucho mayor debe ser el placer; porque ya no se considera éste como una especie de espiacion, sino que se le mira como un goce y como uno de aquellos goces sin hiel y sin acíbar, que solo dejan en el paladar del alma el dulce sabor del bien...

No se crea, sin embargo que la beneficencia es la limosna, porque la primera se practica con el corazon, mientras la segunda solo se hace con el dinero: para la una, no es necesaria la abundancia, mientras que para la otra es indispensable; pues la beneficencia es hija de la elevacion en los sentimientos, y la limosna depende de la riqueza: la primera se consigue con las dotes del alma, la segunda con las de la fortuna... Por esta razon, la caridad, que es la primera y la base de todas las virtudes, está tambien al alcance de todos; pues no se encuentra sujeta a otras condiciones que las que Dios ha grabado en nuestra conciencia. Bien puede un individuo desparramar a manos llenas su oro y no ser por esto caritativo, asi como otro, con una escasa fortuna y hasta sin recursos, llegar a serlo; porque ese sentimiento está en el alma y solo depende de la voluntad, está en el corazon y solo consiste en el deseo: un vaso de agua dado a un desvalido, un ¡ai! de compasion, una palabra de misericordia, valen muchas veces mas que un talego, y siempre esto conquista la gratitud interior, en tanto que la dádiva fastuosa obtiene la gratitud aparente: la una está en lo mas recóndito del pecho, y la otra en la superficie de los labios; pues el sentimiento es la espresion de la primera y las palabras la de la segunda...

Nosotros, lo hemos dicho y lo repetimos todavia, no escribimos solo los acontecimientos de una historia, no tratamos de seducir la fantasia, de escitar la curiosidad o de alhagar a nuestros lectores, porque nuestro primer empeño es

ilustrar y no fascinar, es hacer patente las bellezas de la moral y los encantos de la virtud, en lugar de seducir la imajinacion del hombre... Preferimos las buenas costumbres y la enseñanza provechosa, a los placeres y a las efímeras distracciones del romance; sin embargo, volveremos nuestra vista hácia él, pues ambas cosas están íntimamente ligadas ....

....

V.

Luisa llamó, pues, a su nodriza, y con una espresion de rubor, rubor que no habia sentido otras veces en circunstancias análogas, y del que no podia darse cuenta, a pesar de esperimentarlo, le dijo a Ceferina:

—Ya sabe usted, mi querida ama, el gran peligro de que nos libertó un jóven el dia de ayer; pero lo que usted talvez ignora es que ese jóven tiene por hermana una bellísima niña, en cuyo semblante se dibuja la inocencia y la elevacion, en cuyas hermosas facciones se nota la pureza del alma unida a la pureza del cuerpo, la gracia al candor, la sencillez al mérito; pero esta jóven es pobre y...

—Te entiendo, hija mia, interrumpió Ceferina, como si adivinase el pensamiento de Luisa.

—Y puede caer, prosiguió ésta, en los mayores peligros, peligros tanto mas fáciles, cuanto mas sobresaliente es su hermosura.

—Lo sé, contestó Ceferina, con un aire de sentimiento y de reflexion profunda. Lo sé, añadió: nada hai en este mundo mas espuesto a la desgracia que la belleza de una jóven cuando se ve asediada por la necesidad, y cuando, en la ignorancia de sus primeros años, no tiene todavia el apoyo de la razon...

—Asi lo creo; pero es preciso que los que se encuentran en situacion de socorrer la necesidad y de ilustrar el juicio,

lo hagamos, pues de otra manera seriamos culpables ante nosotras mismas y ante Dios.

—Hija mia, te conozco y te comprendo, esclamó Ceferina con emocion. Dispon de mí del mismo modo que has dispuesto hasta ahora.

—Yo he contado siempre con la bondad de usted, porque su corazon me es mas conocido que el mio mismo.

—Déjate de alabanzas, picarona, dijo Ceferina con cariño; y tomando una mano de Luisa la miró con esa espresion tierna, orgullosa y dulce de una madre que ama y está satisfecha de su hija... Manda cuanto quieras, añadió, estoi dispuesta a obedecerte en todo.

—Pues bien, desearia que usted se informase dónde vive esa familia, que fuese a verla, que indagase sus recursos, su manera de vivir, su moralidad, en fin, todo aquello que es indispensable conocer para obrar con discernimiento y con provecho.

—No tengas el menor cuidado, porque desempeñaré mi comision en conformidad con lo que deseas, que tambien está en armonia con lo que yo pienso.

—Toda la familia se compone de dos ancianos y de dos jóvenes; la una es una niña como de quince años y el otro es como ya le he dicho a usted, el que nos salvó la vida.

—Tengo mucho interes en conocerlo y en decirle por mi parte cuánto le debo, cuánto le agradezco...

—Y no dudo que una vez que los conozca, les tendrá usted mas cariño, porque a la gratitud le seguirá el aprecio.

—¿Cómo puedes decirme esto? ¿Los has tratado, los has visto en otras ocasiones?

—Nunca; pero una sola vez ha sido suficiente para formar mi juicio... Una accion sola me ha bastado para darme, si no una idea completa de su carácter, al menos una idea mui ventajosa.

Me causas mucha curiosidad; porque no te habia oido espresarte con mas calor en circunstancias idénticas.

—Pero hai almas, dijo Luisa, ruborizándose, que se comunican en el acto... hai méritos que no se estudian ni se analizan, sino que se ven y se sienten...

—Vaya!.. parece que ese jóven hubiera producido en tí una impresion agradable!..

—¿Y por qué no? Yo soi sensible a la virtud, al desprendimiento, al valor... Soi sensible a todo lo que es jeneroso, noble, grande...

—Pero, hija mia, vuelvo a repetírtelo, tú no has visto mas que una sola vez a ese jóven.

—Ya tambien se lo he dicho a usted: eso es lo bastante; pues me parece conocerlo desde mucho tiempo, porque, desde que he podido juzgar sobre el mérito de un hombre, desde que en el interior de mi corazon he concebido un ideal y abrigado un pensamiento único, solo ayer me ha parecido encontrar la imájen de lo que sentia y de lo que ocultaba.

—No te comprendo, hija mia. Hasta este momento te he visto siempre indiferente. Hasta ahora, en medio de la mas brillante juventud, en medio de los mas rendidos obsequios, has permanecido fria, casi desdeñosa. ¿Cómo es, pues, esta transformacion tan repentina y este entusiasmo por una persona que no conoces, que no es de tu clase, y cuyas ideas y sentimientos ignoras?

—No lo sé; pero hai simpatias irresistibles... hai afinidades entre los seres, de que uno no se da talvez cuenta, y que sin embargo lo arrastran... siende esto quizá lo que yo esperimento.

—Es raro, es incomprensible... pero lo creo, porque lo dices y porque sé que nunca has mentido; sin embargo, tus palabras me causan un vago temor... se me figura que va a suceder algo de nuevo, algo de estraordinario.

—¿Qué puede haber ni de nuevo ni de estraordinario en hacer el bien? No hemos tenido otras veces la misma felicidad?

—Sí, pero nunca te habia visto tan impresionada. Nunca te habia visto espresarte con el calor que ahora te espresas.

—Porque nunca habia sentido el interes que ahora siento.

—Pero ¿cuál es ese interes? Es el solo interes de la caridad?

—Lo ignoro.

—Hija mia! hija mia!.. No me engañes, ni te engañes a tí misma!

—¡Yo engañar a usted!.. ¿Alguna vez, ama mia, le he ocultado o le he disfrazado siquiera lo que esperimentaba en mi interior?

—Pero ahora!..

—Ahora, como siempre, soi la misma.

—Sin embargo...

—¿Y qué puedo confiarle? ¿Conozco acaso lo que siento? Puedo definirlo? Puedo espresarlo? Nó; lo único que me es dado decirle es, que me encuentro tímida y feliz. Mi estado creo que se parece al de aquel que está en camino de hallar un tesoro, y que sin embargo, puede perderlo; que está en via de descubrir una verdad, pero que aun se le oculta; esa ansiedad punzante y dulce que a la vez halaga y desanima es lo que me figuro esperimentar actualmente. Nada mas le puedo revelar a usted, porque nada mas sé.

—Me haces temblar, porque creo distinguir un sentimiento distinto al de la caridad.

—Al menos, lo confieso, esto no es igual a lo que he esperimentado en otras ocasiones.

—Eso mismo es la causa de mi temor.

—Pero ¿qué hai de malo, de criminal o de peligroso?

—Nada de malo, y menos de criminal; pero sí mucho de peligroso.

—Esplíquese usted.

—Yo no sé espresarme como tú, pero he vivido mas y se me figura ver por tus palabras que ha penetrado en tu corazon un nuevo afecto.

—Hasta aquí nada me dice usted de estraordinario y sobre todo de peligroso.

—Hija mia! es que no quisiera ir mas allá...

—Entonces ¿para que haber principiado? y sobre todo ¿para qué alarmarse?

—Porque hai impresiones mui sérias...

—Vamos, ama mia, le dijo Luisa, poniendo cariñosamente su codo en el hombro de Ceferina; déjese de reticencias, y sobre todo de vanos temores, porque nada hemos hecho que los provoque. Hábleme con su franqueza de siempre y este será el mejor medio de entendernos y de disipar esos fantasmas que tanto la asustan y que en mí han despertado mucha curiosidad; porque ya usted sabe, añadió Luisa riéndose, lo curiosa que soi, ¿no es verdad?

—Déjate de chanzas, hija mia, porque el asunto de que nos ocupamos es mui sério.

—Tanta mas razon para que insista en saberlo.

—Pero ¿y si me engaño y te ofendo?

—Si se engaña, ama mia, ¿quién no es suceptible de error? Y por lo que respecta a la ofensa, no la temo de usted, porque me quiere y el cariño jamas ofende.

—Es que, dijo Ceferina a media voz y con una precipitacion tal como si las palabras que pronunciaba quemasen sus labios;.. temo que ames!..

Una estrepitosa y franca carcajada fué la respuesta de Luisa, la que echándole inmediatamente los brazos al cuello y besándola con ternura, le dijo:

—¡Tanto misterio para tan poca cosa!

—¡Cómo poca cosa! contestó Ceferina entre asustada y perpleja.

—No le digo a usted que sea poca cosa el amor, pero sí su confesion.

—¡Pero si mi observacion fuese cierta!

—¿Qué mal habria? respondió Luisa con una sonrisa entre dulce y melancólica.

—Has reflexionado en ello?

—Yo he reflexionado mucho en el amor, ama mia, y lejos de ser un fastama que me asusta, es una divinidad que me agrada; y lejos de pensar que sea la fuente de males y de desgracias, lo creo al contrario el oríjen de la felicidad y de la virtud; pero ni usted tiene nada que temer ni yo que esperar en este momento; pues para que llegase a amar, si esto sucede algun dia, necesitaria mucho... muchísimo.

—Todo tiene un principio.

—Sin duda alguna; pero descanse usted tranquila de que no llegaré al término... Yo tengo las ideas mas raras, talvez las mas estravagantes respecto al hombre que debe ocupar mi corazon, mi pensamiento, mi vida... Nada he visto en la sociedad que se asimile a ese ideal que me he forjado... tal-vez no lo encontraré nunca y entonces moriré sola... soltera... ¿Lo entiende usted, querida ama mia? Porque jamas uniré mi suerte a un ser que no aprecie, y diré mas, a quien no respete; y para que yo llegue a apreciar, respetar y querer, es preciso que me sienta subyugada por el mérito, por la elevacion, por el talento, por la virtud, y todavia faltaria conocer el sentido, la interpretacion que yo doi a cada una de estas palabras; era preciso que se reuniera el valor a la modestia, la grandeza a la sencillez, la fuerza a la debilidad, la intelijencia a la pureza, el orgullo a la humildad, la nobleza a la despreocupacion, la elegancia refinada a la simple naturalidad, la laboriosidad al desprendimiento, la relijion al pensamiento libre y el amor infinito de Dios a la intensa pasion por la mujer.

Luisa hizo una pausa, y luego prosiguió en un tono triste:

—Ya ve usted que sus temores son infundados, pues lo que pido es casi un imposible.

—Así es, hija mia, pero esto me causa mas sentimiento que lo otro, porque me parece...

—¿Que no me casaré jamas?

—Justamente.

—Pues bien; entoces me estinguiré...

—Hija mia! hija mia!.. ¿Para qué tener tales ideas? Para qué desear lo que no puede realizarse? ¿Para qué querer vivir en el cielo cuanto todavia estamos sobre la tierra?

—No lo sé; pero no soi dueña de mi naturaleza ni tampoco de mis aspiraciones; si ellas me vienen ¿cómo resistirlas? Pero vamos a otra cosa. Ahora, como ya no tiene usted miedo que yo ame, podemos volver a tomar el hilo de nuestra conversacion anterior, ocupándonos de la familia de ese jóven y de él mismo; pues puedo asegurarle, creo, dijo Luisa sonriéndose con malicia, que no he encontrado a ningun otro en nuestra elegante sociedad que me haya causado una impresion mas agradable; y hubo un momento en que su mirada ejerció sobre mí una especie de fascinacion que me hizo estremecer.

—A cada palabra que me dices, esperimento mas deseos de conocer a ese jóven y a su familia.

—Hoi mismo va usted a satisfacerlos.

—Con el mayor gusto, tanto mas cuanto ya creo estar segura de que no existe el menor riesgo; pues a mas de los sentimientos que acabas de manifestarme, sentimientos que es imposible que él posea, me has hablado tambien de nobleza, y ese jóven pertenece a la clase obrera; de consiguiente nada puede haber jamas de comun entre tí y él.

—Siento que se equivoque usted en la verdadera acepcion de mis palabras. Al hablarle yo de nobleza, he querido decir la nobleza del alma y no la nobleza de las preocupaciones; la nobleza que da Dios y no la nobleza que da el hombre; y la primera de estas noblezas puede encontrarse en cualquiera de las jerarquias sociales; pero aun así, vaya usted sin el menor temor y en la confianza de que es mas bien un sentimiento de gratitud y de caridad el que me guia.

—Te creo, hija mia, y hoi mismo trataré de informarme de la residencia de esta familia.

—Pero antes, ¿no seria bueno que formásemos un plan? Porque, a decir a usted verdad, mi deseo es sacarlos de la indijencia por si se encuentran en ella; pues, aun cuando su aspecto era mas que decente, dando indicios de cierta comodidad, puede ser mui bien que todo no sea otra cosa que meras apariencias.

—Asi sucede las mas veces.

—Y particularmente los dias de *diezioclo* en que los pobres sacrifican muchas veces lo necesario por aparecer decentemente vestidos.

—Es verdad, hija mia; pero ¿qué combinacion has hecho? Pues yo estoi mui lejos de tener tu inventiva.

—Yo tampoco he pensado bastante y quisiera, sin embargo, obrar luego. Tengo en mi cómoda algunas economias que guardo siempre para casos graves, y creo que las podia emplear ahora, porque este es uno de ellos, pero es preciso idear algun medio, porque, cualquiera que sea su necesidad, estoi íntimamente convencida que no le recibirian dinero.

—Lo mejor que puede hacerse entonces es ir a la casa e informarse por sí misma para hacer despues las cosas con acierto.

—Tiene usted razon; sin embargo, no está de mas que lleve consigo algun dinero.

—Sí; hai circunstancias en que se necesita obrar en el momento.

—Le encargo que tenga mucho tino, que lo vea todo, que lo examine y que lo juzgue para poderse formar en seguida una idea cabal.

—¿Pero de qué medios me valdré para introducirme?

Luisa reflexionó un momento, y luego añadió:— "La verdad es siempre el mejor medio."

—Cómo la verdad?

—Que se presente usted en mi nombre.

—¡Que me presente en tu nombre!

—Nada mas sencillo y natural que informarse de las per-

sonas de quienes se ha recibido un favor y a quienes se está agradecida.

—Es cierto; pero qué les diré?

—Les dirá usted, que beneficios como el que nos han hecho, no se olvidan jamas, y que por esa razon le he encargado a usted averigüar su domicilio para pasar en seguida personalmente a verlos.

—¡Pasar tú a verlos!

—Y por qué no? Acaso no hemos ido varias veces juntos a visitar a pobres, y a pobres a quienes nada debiamos?

—Pero eso ha sido siempre con la intencion de socorrerlos.

—¿Con que hai derecho de visitar con el objeto de hacer una gracia, y no lo hai con el fin de pagar una deuda?

—Tienes razon, hija mia, y haré lo que me dices. Ahora mismo voi a informarme en algunas carpinterias; pues, segun creo haberte oido, el jóven ejerce esa profesion, y si obtengo las señas de su domicilio, iré a su casa en la tarde, despues de comer.

Ceferina salió, en seguida, a practicar la dilijencia de que habia sido encomendada. Ella no sabia mas que el nombre de bautismo del jóven obrero, pero como entre nuestros artesanos siempre es éste el que emplean en vez del apellido, se lisonjeaba encontrarlo, y así sucedió en efecto.

Vuelta a su casa, informó a Luisa que la familia por la cual se interesaba vivia en la calle de San Pablo, en un conventillo que hai cerca de la pirámide, es decir, a la estremidad de dicho barrio, preparándose alegremente para hacer la caritativa escursion tan luego que bajase el sol; porque la distancia para Ceferina, que no tenia costumbre de salir de casa, o que cuando lo hacia era siempre en carruaje, la encontraba mui larga; y justamente, en ese mismo dia se habia mandado el coche a la carroceria para ponerle un tornillo que se habia quebrado a causa de la escapada de los caballos, que ya conocen nuestros lectores.

El anjel bueno y el anjel malo.

I.

Como sabemos ya, existian dos combinaciones opuestas: la una que provenia de Guillermo para perder a Mercedes; la otra que nacia de Luisa para salvarla; pero sin que ninguno de los actores tuviera conocimiento del otro, sino que cada cual obraba por separado en conformidad a sus intenciones, desplegando cada uno sus recursos sin mas estratejia que la que necesitaban para conseguir el perverso o el buen intento.

Segun el encargo que Guillermo habia dado a su infame criado Tomas, éste se dirijió inmediatamente a casa de la vieja Anastasia, que vivia en la calle de las Cenizas, cerca de la Alameda, en donde alquilaba una casita reducida pero bastante bien acomodada, y en la cual vivia sola con su criada y sin mas compañia que dos perros pelados, tan repugnantes como rabiosos y a quienes llamaba sus hijitos.

En la puerta de calle habia un letrero que decia *matrona examinada*, y esta era la profesion aparente que desempeñaba la vieja Anastasia, pues ejercia muchas otras.

La vida de esta mujer era un verdadero misterio. Ella iba a misa todos los dias, es decir, los que estaba en su casa, porque solia ausentarse por temporadas, diciendo siempre que, teniendo una numerosa clientela, estaba obligada a abandonar su domicilio, con harto pesar suyo, para visitar a sus enfermas, que la reclamaban con urjencia; pero en

verdad, nadie sabia cómo empleaba su tiempo ya fuera o dentro de casa, pues siempre permanecia con la puerta cerrada, aun cuando estuviera en ella; sin embargo, habia una seña infalible para reconocer su presencia, y consistia esta en una portañuelita pequeña que permanecia noche y dia abierta, cuando la tia Anastasia estaba allí; sin embargo, era de notarse que el mayor número de visitantes venia de noche y siempre con cierto aire de misterio.

Independiente de la profesion de matrona examinada, la tia Anastasia tenia *casa de prendas*, donde encontraban sus parroquianos siempre *consuelo*, como ella decia, mediante el depósito de una buena prenda y un real en peso de interes, exijiendo ademas el agradecimiento de los pobres a quienes *desplumaba;* pues siempre les decia a cada uno, que solo por él hacia aquel sacrificio, quedándose, por ayudarlo, sin un solo centavo para mandar a la plaza.

Ella iba con frecuencia a los conventos de frailes, donde tenia íntimas relaciones, pues bastaba presentarse en la porteria la tia Anastasia y preguntar por el padre tal, para que el mocho que sirve por lo jeneral de portero, volase a llamarlo y para que su Paternidad Reverenda viniese en seguida con la mayor solicitud y con la mas placentera cara, ni mas ni menos que si fuera una alta dama la que le mandara el recado.

Tambien entraba con mucha familiaridad en algunas casas ricas, donde era recibida con agasajo, ya fuese por la señora o por el caballero.

Clérigos, monjas, comerciantes, banqueros, capitalistas, hacendados, militares, alguaciles y sirvientes, en una palabra, en todas las categorias sociales, tenia la tia Anastasia numerosas relaciones. ¿A qué debia esta pobre *matrona examinada* tanta influencia? Solo ella lo sabia, pues esa mujer era un misterio impenetrable, era un abismo que nadie podia sondear... Ella poseia secretos importantes que jamas divulgaba, pero que hacia servir en favor de sus intere-

ses, haciéndose pagar probablemente bien caro el silencio.

Pero con quienes ejercia la tia Anastasia una especie de *patronato* y a quienes trataba con mas cariño era a las mujeres de dudosa moralidad, a quienes denominaba sus *palomitas* y de quienes obtenia cuanto deseaba, sirviéndolas a su manera, sin jamas comprometerse en lo mas mínimo, pues guardaba perfectamente las apariencias y no permitia la mas lijera familiaridad sino a solas y en el seno de la confianza, como ella les decia, porque de otra manera no las podia *socorrer* ni *ausiliar* en sus angustias y necesidades.

Cuando una de estas infelices, lodo inmundo de las grandes y corrompidas poblaciones, se presentaba ante la tia Anastasia, ésta le decia con voz melosa pero con ojo escudriñador: "ya sé a lo que vienes, picarona, te lo estoi conociendo en el semblante. Qué ¿han estado los fondos de baja? Así debe ser, porque ustedes no se acuerdan de la pobre tia Anastasia cuando están en prosperidad, sino solo cuando la necesitan. Podrian mui bien traerle algo cuando se encuentran en abundancia a esta vieja que las sirve con tanto cariño, pero solo se acercan a ella cuando no tienen donde volver los ojos, como dice el refran; y sin embargo, a mí no me falta jamas la caridad, a pesar de toda la ingratitud de ustedes."

—Pero los tiempos son tan malos! solian responder tímidamente las pobres mujeres.

—Sí, *palomitas* mias, contestaba la vieja sonriéndose, dicen bien: en los tiempos malos es cuando les veo la cara, pero en los buenos, *nequaquàm;* mas en fin, añadia la horrible mujer, ¿qué es lo que se te ofrece, y veré si puedo servirte, con tal que no seas mui exijente ni me pidas demasiado, porque la plata está mui escasa.

—Vengo a empeñarle este vestido, este pañuelo y esta sortija, respondia regularmente la infeliz víctima, desenvolviendo el atado.

—Siempre ropa! contestaba la tia Anastasia: esto se apo-

lilla y pasa de moda: ¿cuánto quieres que te preste? añadia, despues de haber examinado cuidadosamente las prendas.

—Tanto, decia la otra, haciendo observar que lo que llevaba valia cuatro veces mas de lo que pedia.

Pero la tia Anastasia rara vez acordaba lo que solicitaban de ella, a no ser que conociese que lo que se le llevaba en empeño valia diez veces el dinero que entregaba; y aun así, siempre les recomendaba el tiempo y particularmente el pago de los intereses, porque si no eran puntuales les decia que no volveria a prestarles mas.

Despues de hecho el negocio y sobre todo cuando éste estaba a su gusto, la tia Anastasia les decia de un modo alegre:—Cómo es esto *palomas* mias, ¿han disminuido las conquistas? Vamos, es preciso estar siempre buenas mozas y elegantes y esto es de poco costo, porque el albayalde y el carmin están baratos, y sobre todo no se usa mucha cantidad a la vez, porque entonces la cara se arruga y los dientes se pierden o se ennegrecen... ¡y despues! adios mi plata! Y la vieja reia...

Yo trabajo mucho por ustedes, añadia con frecuencia, pero ustedes no me lo reconocen. Siempre que la ocasion se presenta la aprovecho, y nunca dejo de recomendarles a ustedes a los viejos ricos, que son los mejores. Déjense ustedes de esos mocitos bonitos, de militarcitos elegantes: todo es *paja picada*, todo eso no sirve para nada, porque piensan que ustedes quedan suficientemente pagadas con sus lindos bigotes; no sean lesas: los viejos, eso sí que es bueno; con ellos no les faltará nunca nada y tendrán su honra a cubierto, porque ellos mismos tienen interes en no divulgar el secreto, mientras que los otros son unos habladores que apenas se les hace un jesto cuando ya lo sabe toda la ciudad.

Por último, terminaba la conversacion la tia Anastasia, recomendándoles vivamente el pago mensual de los intereses, diciéndoles que este era el modo de encontrar en otras

ocasiones con seguridad, y tanto mas cuanto ella era una persona de confianza que jamas hacia el menor uso de ninguna prenda, sino que por el contrario trataba de conservarlas cuanto podia.

En efecto, esta vieja usurera nunca se ponia los vestidos ni pañuelos de nadie; jamas echaba mano de ninguno de los numerosos objetos que le empeñaban, sino que los clasificaba, les ponia un número y los colocaba en lugares aseados, si eran trajes, o en un gran cofre de madera con sunchos de fierro y de una cerradura esquisita, si eran alhajas; pero siempre dando a la persona que depositaba la prenda un papelito en que estaba inscrito el nombre del dueño, el artículo, el plazo, y la condicion *indispensable* de que pasado *tal término*, la prenda se perdia sin lugar a reclamo. En seguida estas mismas condiciones, con todas las señales necesarias, eran copiadas en un gran rejistro que tenia la tia Anastasia y que guardaba cuidadosamente en el mismo baul en que depositaba las alhajas.

La tia Anastasia, a pesar de hacer un vasto *comercio*, era especial en su ramo, pues no recibia sino prendas de poco volúmen, diciendo siempre a los que le traian muebles, catres, pianos, etc., que ella era pobre y su casa pequeña, que solo hacia el *comercio del menudeo* (1), que no le alcan-

(1) Para vergüenza de nuestras autoridades, se ven en Santiago y en Valparaiso asi como en otras ciudades muchos *tios y tias Anastasias*, sin que hasta ahora se haya tratado de evitar este vicio y de correjir este mal, que cada dia cunde con una rapidez espantosa y con un perjuicio inmenso para la sociedad. En vano la prensa se lo ha señalado al gobierno, repitiéndoselo hasta el cansancio; en vano le ha mostrado los medios mas conducentes, mas fáciles y mas eficaces para destruir de raiz este verdadero cáncer; porque todo ha sido inútil, dando vergüenza ver que no existe un solo barrio de las poblaciones citadas en que no se vea este letrero: AQUI SE RECIBEN PRENDAS, lo que equivale a decir: aquí se roba impunemente! aquí se saltea al pobre a la vista de todo el mundo y al amparo de la autoridad! Pero nuestros sabios lejisladores, nuestros sabios economistas, abogan por la libertad individual, por el privilejio del capital, que es el árbitro para poner la tasa del interes: ¡como si hubiera libertad para cometer el crimen! como si hubiera privilejio para apoderarse del trabajo, del sudor y de la vida del prójimo! Si hai esa libertad para robar, ¿por qué no la hai tambien para asesinar? No vemos qué diferencia existe entre uno y otro caso para que se permita aquel y se impida éste.

zaba para mas lo poco que tenia; y sin embargo, si le presentaban ricos ternos de brillantes, alhajas de oro o servicios de plata, no le faltaba cualquiera cantidad, con tal de que la prenda garantizase bien el pedido, y daba muchas veces

Esos *montes de piedad*, que nosotros llamamos mejor, *montes de iniquidad*, prestan su dinero, cuando son mui equitativos, con un cuartillo en peso, lo que equivale a un treinta y siete y medio por ciento! Otros con un medio, lo que es un setenta y cinco! y otros con un real, lo que hace un ciento cincuenta por ciento de interes! y todo esto gravitando sobre las clases mas necesitadas de la sociedad! Sobre el infortunio de la viuda y del huérfano! Sobre aquel que no tiene un pedazo de pan que comer y que se ve obligado a *empeñar* su vestido para satisfacer su hambre! Y toda esta usura infame pesa sobre el dolor, sobre la angustia, sobre la desnudez, sobre la desgracia y cien mil veces sobre la virtud! Y estos ladrones *patentados*, mas perjudiciales que los salteadores de los caminos públicos, los tolera, los permite y aun hasta los proteje la autoridad! Y a pesar de las advertencias constantes, todavia no hai un mandatario celoso que ponga remedio! Ya se ve; es al pueblo a quien se estafa y asesina;—¡y qué importa el pueblo! —Ignorantes! Todavia no han comprendido que el pueblo es el alma, que el pueblo es el todo de una nacion! Hombres sin ideas, no saben dónde está ni en qué consiste la enerjia y el progreso de un pais! Hombres sin corazon, no se duelen ni del infortunio del pobre ni de las lágrimas del aflijido, y lo dejan que perezca! cuando no tendrian mas que abrir la boca para evitar la ruina en que los precipita su necesidad misma!

Nada mas fácil que las municipalidades de Santiago y de Valparaiso levantasen cada una un empréstito de cien mil pesos para fundar en ambas poblaciones un *monte de piedad.* Los capitalistas, viendo la inversion que le iban a dar al dinero, inversion que por sí misma servia de garantia al capital, prestarian con gusto sus fondos a un siete por ciento, en la época presente, que la tasa del interes es mas baja, porque esa institucion les daria mas confianza que la que pueden tener en las personas y hasta en las propiedades, pues éstas son susceptibles de cambio en sus valores. Ahora bien, ¿qué cosa mas fácil que establecer esos *montes de piedad* con el interes de centavo y medio en peso, o lo que es lo mismo, de un dieziocho tres cuartos por ciento al año? Salta, pues, a la vista que pagado el interes del capital que se hubiese tomado a préstamo, dejaba una ganancia a favor del establecimiento de un diez tres cuartos por ciento anual, de cuyo producto se sacarian los gastos de la administracion, quedando un sobrante que podia dejarse para ir amortizando, si se queria, anualmente la deuda.

Tambien podia ser llevado a cabo este útil y lucrativo proyecto por medio de acciones, y estamos seguros que se encontrarian en el acto mas de los capitales que se necesitan.

Nuestro distinguido publicista don Benjamin Vicuña Mackenna, trabajó una estensa memoria sobre este particular, que presentó dos o tres años ha al congreso; pero como entre nosotros todo se deja al tiempo, aun aquello que es provechoso, no dudamos que dormirá en la cartera de la cámara de diputados por siglos de siglos.

Nosotros, si bien rendimos justicia a la laboriosidad intelijente del señor Vicuña Mackenna, no somos en muchas partes de su opinion, sobre todo, en la tasa del interes que él fija y que debiera cobrar el *monte de piedad.* Tres centavos por peso es una verdadera *usura* que jamas debe adoptar un gobierno que trata de destruir esa usura; porque en ese caso no haria otra cosa que colocarse en el lugar de aquellos cuyo vergonzoso tráfico se ha prepuesto aniquilar; pues, si no mienten nuestros recuerdos, hubo algunos que se conformaban a no exijir mas que lo que el señor Vicuña Mackenna

cheques por fuertes sumas en contra de un banco, donde eran inmediatamente recibidos y cubiertos, del mismo modo que si fueran jirados por un capitalista de nota que tuviera un depósito considerable o un crédito ilimitado en el banco.

II.

Con mucha frecuencia se veian a la puerta de la tia Anastasia hermosos equipajes, de los cuales descendian elegantes señoras o respetables caballeros en busca de la dueño de casa con objetos diversos, pero que todo el mundo ignoraba; sin embargo, al despedirse, ya salieran risueños o mustios, siempre se veia en sus semblantes aquella cortesania del que, mal de su grado, trata de complacer a la persona con quien habla; y la tia Anastasia, por su parte, los acompañaba hasta la puerta, prodigando reverencias, sonrisas o dulces palabras, en conformidad del individuo a quien se dirijia. Pero, ¡contraste singular! a la par de una señora de alta categoria, de un respetable caballero, de un perfumado dandy o de un clérigo santulon, eran recibidos por la tia Anastasia, y quizá con mayor agasajo, hombres andrajosos, de fisonomias groseras, repugnantes u horribles; mujeres sucias y de mirar siniestro, llamando a toda esa vil canalla, que quizá

proponia, con tal de dejarles el *negocio.*—¡Qué gracia! Siempre hacian producir a sus capitales, no por el trabajo que aumenta la riqueza, sino por la usura que la destruye, ¡un treinta y siete y medio por ciento! Con todo, del informe del distinguido escritor que hemos citado antes, se pueden sacar muchos datos luminosos sobre esta materia, aunque en nuestra opinion es lo que hai de mas fácil y sencillo en el mundo.

Ojalá estas pobres observaciones, unidas a las intelijentes de nuestro honorable amigo, contribuyan pronto a desterrar el mal, haciendo que nuestros gobernantes fijen por un momento su atencion en un asunto, frívolo al parecer, pero de consecuencias mui trascendentales.

Podemos asegurar a nuestros mandatarios que no hai un pais en el globo donde este jénero de usura se ejerza con mas profusion y con mas descaro que en Chile; y ya que en otras cosas nos encontramos tan adelantados, ya que la caridad se practica aquí a manos llenas, ¿cómo es posible dejar por mas tiempo que permanezcan establecimientos, no solo opuestos a la caridad sino a la decencia, sino a la moral, sino a la pobreza y a la desgracia que nos hemos propuesto destruir, y que ellos, sin embargo, sostienen y fomentan?

solo vivia del crímen, sus *pobrecitos*, para hacer creer que los socorria, ¡cuando en realidad eran los parroquianos que le daban mas utilidad! porque les compraba las *cositas* que traian ocultas bajo sus ponchos o rebozos, a precios mui ínfimos, despidiéndolos en seguida con el mayor cariño, pero encargándoles siempre, por el *interes de ellos*, el secreto de sus transacciones, porque así no perderian tan buen *mercado*, diciéndoles tambien de vez en cuando: — "Yo podria perderos, hijos mios, pues está en mi mano echaros a la cárcel o a la penitenciaria; pero como os tengo lástima y os quiero, por eso os protejo y os protejeré siempre; porque, ¿qué sacaria yo con abrir la boca y perjudicaros? haceros sufrir y nada mas. Yo tengo buenas intenciones, y vosotros tambien teneis bastantes pruebas de ello; con que así, el silencio absoluto es vuestro principal recurso; y aun cuando os veias perseguidos, callad siempre, porque allí está la ganancia, que yo trataré de protejeros."

En efecto, la tia Anastasia dedicaba un dia todos los meses para visitar las cárceles, donde era conocida, tanto de los guardianes como de los presos, siendo tenida en mui buen concepto por los primeros, porque veian que socorria a esos infelices, llevándoles vestidos, frutas y hasta un poco de dinero, que repartia a la vista de los guardianes. Los presos, por su parte, la esperaban con ansia, quizá no tanto por lo que les daba, sino por los recados o los papelitos que recibian de sus familias o *corresponsales* y que por el intermedio de la tia Anastasia podian responder; pero este tráfico se hacia, como es de presumirlo, a hurtadillas y con mucha destreza.

Al hacer estas *larguezas*, la tia Anastasia se proponia dos fines cuyos buenos resultados habia palpado muchas veces: el primero era hacerse agradable a sus parroquianos, con quienes podia contar y a quienes, hasta cierto punto temia; porque, por mas astuta que ella fuera y por menos pruebas que hubiera en su contra, siempre era evidente que una

delacion o una imprudencia, podia, si no echar por tierra, al menos perjudicar su reputacion adquirida con tanto trabajo, reputacion ambigua, es verdad, pues unos la tenian en el concepto de una mujer buena y honrada, mientras que otros la consideraban el demonio; pero la apreciacion desfavorable de los últimos carecia de pruebas fehacientes y solo se basaba en ciertos hechos personales que ellos, mas que la tia Anastasia, tenian necesidad de ocultar, si bien les daban la certidumbre de lo que en realidad era esa infernal mujer, y esto que no la consideraban sino bajo una o dos de sus faces, pues nadie habia penetrado en los oscuros antros de aquella alma astuta, negra y corrompida.

El otro de los fines que se proponía la tia Anastasia, era aparecer a los ojos del mundo o de aquellas personas a quienes le convenia engañar, como una mujer caritativa; y para esto, tanto como para no hacer ella el menor desembolso, la sagaz vieja pedia por todas partes unos deshechitos (ropa usada) para sus *pobrecitos*, diciendo con las lágrimas en los ojos, que esta era su principal devocion, y que Dios se la tendria talvez en cuenta para perdon de sus pecados, añadiendo que si supieran las jentes cuánto sufrian aquellos infelices, le darian a ella mucho mas para que los socorriese.

La jente sencilla y naturalmente caritativa de Santiago, no podia menos que admirar la abnegacion de aquella pobre mujer, que corria de puerta en puerta, segun ella decia, con el fin de obtener algunos andrajos para esos desgraciados, cuya mayoria se encontraba sin tener con que cubrir sus *carnes;* esta era la espresion que usaba con frecuencia: de manera que la tia Anastasia conseguia, como ya lo hemos dicho, los dos fines que se habia propuesto, sin que pusiera de su parte el menor sacrificio, pues hasta los pocos reales que les daba a los presos eran el resultado de las limosnas que colectaba con este objeto. Debemos, sin embargo, decir en su obsequio, que nunca se aprovechaba para sí misma de aquellas dádivas que distribuia con honradez, aun cuando

fueran cosas de que ella podia sacar algun lucro; pero ¡quién sabe si en sus cálculos la tia Anastasia no se decia para sí misma, si acaso alguna vez tuvo la tentacion de apropiarse algunos dones, quién sabe, decimos, si no pensaba que podia ser descubierta por los unos y por los otros, granjeándose poderosos enemigos! Sin embargo, lo cierto del caso es que todo lo repartia, con la única diferencia que a los presos les hacia creer que era ella la que hacia el gasto, gasto que en algunas ocasiones era de consideracion, porque habia veces que le daban mas que otras.

III.

Ya conoce el lector bajo algunas de sus faces a la tia Anastasia. Ahora lo introduciremos al interior de su casa, para que se forme, si es posible, una idea completa de esta mujer casi fenomenal en su jénero, pero que sin embargo ha existido, con algunas lijeras modificaciones que nos hemos visto obligados a hacer en atencion al romance.

Hemos dicho que la casa de la tia Anastasia estaba situada en la calle de las Cenizas, una cuadra, o poco mas, antes de llegar a la Alameda o a la plazuela de San Lázaro, que es donde desemboca dicha calle, marchando hácia el sud. La casa estaba construida del modo siguiente: a ambos lados de la puerta de calle habia dos espaciosos cuartos, cada uno con una ventana de fierro, que daban a la misma calle; despues del zaguan se veia un patio angosto con tres piezas a cada lado, cuyos usos vamos a describir. Frente a la puerta de calle, y a la estremidad del patio, habia otra puerta grande que daba hácia otro patio interior, porque esta casa no tenia edificio al frente, como la jeneralidad de las de Santiago. El segundo patio era mas chico que el primero, y solo contenia una cocina, una despensa, un cuartito pequeño destinado para la sirviente, y un gallinero con algunas de estas aves que, en su calidad de *matrona examinada*, la tia

Anastasia tenia el cuidado de criar, viendo modo de que nunca le faltasen, pues a ella le gustaba tener todo a la mano en caso de apuro, y por otra parte se las hacia pagar a peso de oro a las enfermas que caian en sus manos.

Conocido ya el esterior de las habitaciones, vamos a ocuparnos del interior. Las dos piezas cuyas ventanas caian a la calle servian de salones de recibo; pero entre estos salones habia una diferencia chocante: el uno estaba amueblado decentemente, casi con lujo, mientras que el otro aparecia tan pobre, que rayaba en la miseria. En el primero se veian las paredes empapeladas, un alfombrado de tripe, sillas de caoba con asiento de crin, dos sofás de la misma tela y un par de poltronas de terciopelo de algodon. En medio del salon habia una mesa redonda con una elegante lámpara sentada en una especie de piso de croché, y a ambos costados de la ventana dos mesas de arrimo coronadas por espejos de regular tamaño. La ventana tenia dos cortinas, una de gasa blanca y otra de damasco con pasadores de seda y ganchos de metal a ambos lados para sostenerlas, y hasta un hermoso piano completaba el ajuar de aquella pieza, que podia considerarse casi ricamente amueblada.

El otro salon era todo lo contrario. Las paredes estaban blanqueadas con cal y algo sucias; en el piso no habia ni alfombra ni estera, sino que se veian solamente los ladrillos desnudos; algunas sillas de paja desarmadas y otras de madera estaban colocadas sin órden, de distancia en distancia. Hácia la estremidad del cuarto habia una mesa larga de palo blanco, pero bastante sólida y en forma de mostrador; una barandilla de fierro, que hacia las veces de puerta, cerraba el espacio que dejaba la mesa entre ella y la pared. Todo esto parecia hecho de esprofeso como para ponerse a salvo de algun ataque brusco y repentino. Tras la mesa habia un gran sillon de baqueta con tachuelas amarillas de los que se usaron en América a principios o mediados del siglo pasado y de los cuales se ven todavia algunos en los anti-

guos conventos de Santiago. Este era el asiento que ocupaba la tia Anastasia siempre que tenia que recibir *ciertas visitas.* Completaba el singular amueblado de esta pieza un par de grandes balanzas, que se hallaba colocado sobre la mesa y al lado del sillon de la dueño de casa, las cuales servian para pesar las prendas de plata o de oro que le llevaban con frecuencia a vender o empeñar. Tambien se veian al lado de las balanza unos frasquitos con ciertos ácidos que la vieja aplicaba siempre a dichas prendas y cuyo efecto examinaba con cuidado; despues de esta observacion, o desechaba la prenda desdeñosamente, o la ponia en la balanza para ver su peso.

Pasemos ahora a las demas piezas. Las tres que estaban contiguas al salon de lujo, eran todas uniformes en su amueblado, consistiendo éste en dos catres, un sofá y un lavatorio. Las camas estaban perfectamente aseadas, los colchones eran buenos, las almohadas blandas, con forros de seda color lacre, y fundas de finísimo hilo adornadas con encajes a las estremidades. Los catres tenian cortinas blancas, los alfombrados eran de tripe, los lavatorios, grandes, cómodos y con espejos, estaban cubiertos de ricos jabones, pomadas y aguas de olor; en fin, por todas partes se veia el aseo, el confortable y aun el lujo, y a estas piezas llamaba la tia Anastasia su *enfermeria.* Mas adelante veremos el inmenso lucro que le reportaba esta enfermeria y los destinos distintos a que era aplicada.

Las tres piezas del frente, es decir, las que estaban contiguas a la sala de recibo de los pobres, eran almacenes donde guardaba la vieja usurera todas las mercaderias que recibia en empeño. Dos de estos cuartos tenian en las paredes varias hileras de tablas formando estantes y con divisiones regulares. Todas estas divisiones estaban llenas de objetos tan diversos, que daban el aspecto a aquellas piezas de un verdadero bazar. Cada una de las especies que alli se encontraban, y habian rollos que contenian diversas, estaba con un

papel en que se veian algunos caracteres y un número que probablemente coincidian con el rejistro del libro y con el boleto entregado a la dueño de la especie.

Cubrian estos estantes telones blancos que impedian la entrada del polvo; y sin embargo, la tia Anastasia sacudia los efectos una vez por semana, teniendo siempre el mayor órden y el mayor esmero, de manera que nunca padecia equívocos, yéndose las personas que venian a sacar sus prendas, contentas al ver que no habian sufrido el menor deterioro, cualquiera que fuera el tiempo que habian quedado empeñadas.

El tercer cuarto contenia un pequeño escritorio, la cama de la tia Anastasia, un ropero, algunas sillas y el inmenso baul con sunchos de fierro, del que ya hemos hablado; pero ya que nos ocupamos de este mueble tan importante y tan esencial para el jénero de vida que llevaba la *matrona examinada*, justo es que lo abramos para satisfacer la curiosidad del lector y la nuestra, viendo lo que contiene.

Las dimensiones del baul eran considerables, pues tendria por lo menos una vara de altura por dos de largo, con un ancho proporcionado al tamaño. Este baul, de fuerte madera de cedro, tenia ademas espesos sunchos de fierro que lo hacian todavia mas sólido y capaz de resistir los golpes redoblados de la mas acerada hacha. Su cerradura era de aquellas antiguas de muchas labores que hacian imposible empleo de la llave ganzúa, que no podia introducirse por impedírselo los cruzados y diversos filamentos de la chapa; pero independiente de la seguridad que le daba la llave por sí misma, tenia tambien esta caja un secreto, conocido solo de la tia Anastasia, de manera que, aun cuando forzasen la cerradura o hallasen el medio de abrirla, siempre era imposible levantar la pesada tapa, que estaba retenida par un oculto mecanismo.

Este baul o esta caja, como quiera llamarse, tenia en su interior muchísimas divisiones y era una verdadera arca de

Noé, si nos es permitido espresarnos asi respecto a alhajas, porque alli se encontraban de todos tamaños, de todas formas, de todas clases, pudiendo talvez asegurarse que el joyero mas acreditado no tendria en su tienda un surtido mas rico y variado que el que existia en el cofre de la tia Anastasia. Alli se veian ternos de brillantes, de oro, de topacios, de esmeraldas, sortijas infinitas y de todo jénero, cadenas de perlas con cruces hermosísimas, rosarios de oro, vinajeras, cálices, pilas de agua bendita con incrustaciones de piedras preciosas, servicios de mesa de un valor sorprendente por la riqueza y el trabajo, escupideras de oro y plata, cucharas y tenedores del mismo metal, candelabros de iglesia y de casas particulares, un gran número de relojes de bolsillo de todas calidades, de todas fábricas y de todos precios; y hasta una grande custodia de oro macizo y rodeada de diamantes se apercibia en el fondo del cofre, cuya superficie estaba llena de cajoncitos pequeños en que habia onzas (1), medias onzas, cuartos, escudos y plata menuda, lo cual servia a la usurera para sus operaciones diarias.

Cada una de estas joyas tenia su papelito con su número de órden, pero habia algunas que en lugar de número tenian una cruz, y otras dos cruces; ¿qué significaba esta señal? Vamos a decirlo: las que tenian una sola cruz denotaban aquellas prendas que se habian perdido por recargo de interes o por no haberlas sacado al plazo convenido; y las que tenian dos cruces eran de propiedad esclusiva de la tia Anastasia, es decir, de adquisiciones *lejítimamente* hechas con el tráfico de esos *pobrecitos* que tenia costumbre de recibir en el desmantelado salon y a quienes *socorria* con caridad ejemplar cuando se encontraban en *desgracia*, es decir, en prision.

Entre las prendas que tenian dos cruces habia muchas joyas de valor, contándose entre ellas la custodia de oro,

(1) Entonces no estaba todavia establecido el actual sistema monetario.

ignorándose todo el tiempo que la tendria en su poder, a causa de ser una prenda de difícil circulacion.

Como era natural, a este ramo de industria, reunia la tia Anastasia otro que se hermana con el primero y que consiste en vender todas aquellas cosas que se consideran *perdidas*, esta es la palabra que emplean en los *Montes de piedad.* Este comercio no dejaba tambien de ser lucrativo y y aumentaba considerablemente la clientela del establecimiento, pues venian muchas personas a surtirse de aquellos efectos que necesitaban y que obtenian a mas bajo precio del que les hubiera costado en cualquiera otra parte, sacando la vieja usurera un doble beneficio, tanto por la venta cuanto por las nuevas y numerosas relaciones que se procuraba.

Pero dejemos a un lado a la usurera, para ocuparnos de la matrona y de la... dos profesiones que la tia Anastasia agregaba a las que ya hemos narrado y a las que tenia quizá tanta o mas aficion que a las otras, pues encontraba en ellas cierto placer o cierta conformidad con sus instintos.

Sucedia frecuentemente una cosa singular en casa de esta mujer: una cosa que causaba horror por lo estraño del contraste, pues habia veces que se dejaban oir en el interior los gritos desgarradores del dolor o de la agonía, y otras en que se sentian las risas del placer o el bullicio atronador de la orjía; y los vecinos de la calle de las Cenizas no podian comprender la causa de este fenómeno, porque en un mismo dia o con pocas horas de intervalo, se apercibian de lo uno y de lo otro, llegando a figurarse los pobres de los cuartos cercanos, que la tia Anastasia habia hecho *pacto con el diablo*, encontrando sobrenatural la circunstancia de que se oyesen, se puede decir, a la vez, lágrimas y risas, sin pensar que todo esto provenia de una causa natural que tenia su orijen en el doble empleo de matrona y de... que desempeñaba la tia Anastasia.

En efecto, lo que ella llamaba su *enfermeria*, y que ya el lector conoce, solia estar ocupado por personas decentes

que tenian necesidad de ocultar al mundo su estado y que iban allí a pasar uno, dos o tres dias, mientras duraba su enfermedad, confiando el secreto... a la prudente matrona que las asistia.

Se contaba tambien de algunos casos en que se habian visto salir en el silencio de la noche, grandes bultos con apariencias de cadáveres, que se depositaban en coches para ser conducidos quién sabe donde...

Cuando sucedian estas desgracias, que poco importaban a la tia Anastasia, a pesar que hacia cuanto estaba en su mano o en sus conocimientos profesionales para evitarlas; pero cuando sucedian, creyéndose desligada del secreto con la señora que habia muerto, (porque no asistia sino a personas de alguna consideracion) iba inmediatamente a dar aviso a la familia a que pertenecia la niña, de lo que habia ocurrido, y entonces los padres, los maridos, las madres o los hermanos, por conservar intacta su honra y la de la infeliz, suplicaban a la tia Anastasia guadarse el secreto; sacaban de su cuenta y riesgo el cadáver, y al dia siguiente se oia decir en la sociedad o se publicaba en los *diarios:* "Ha dejado de existir la señorita tal... de una penosa enfermedad y en la flor de sus años, dejando un inmenso vacío en nuestra sociedad. Acompañamos a la familia en su justo dolor." Esto es cuando no se añade la palabra sacramental: *que la tierra le sea lijera...*

Pero, ya viviesen o ya muriesen las enfermas a quienes asistia en su casa la *matrona examinada*, siempre sacaba ésta una ganancia considerable; pues no solo se hacia pagar bien caro su asistencia, sus cuidados profesionales, el lujo de los aposentos en que las recibia y hasta las gallinas de que les hacia dieta y de que ella tambien aprovechaba, sino que esclavizaba a las personas y a las familias por los secretos que poseia, esplotándolas con frecuencia segun los haberes de cada cual, de donde provenia en gran parte la influencia y consideraciones de que disfrutaba en los círculos

sociales; pero, fuera cálculo o fuera carácter, la tia Anastasia jamas criticaba ni jamas hablaba mal de nadie, aunque ella mejor que cualquiera otra, mejor que el mismo jefe de la policia, sabia los secretos del pueblo y los secretos de la aristocracia; mas sus labios siempre permanecian cerrados aun cuando muchas veces era provocada por los unos y por los otros para que dijese lo que sabia, pues a pesar de su reserva, todos estaban convencidos de que esta mujer tenia en el fondo grandes cosas, pudiendo hacer si quisiera las revelaciones mas importantes; pero toda insinuacion a este respecto era inútil, porque la tia Anastasia respondia: "yo soi una pobre infeliz sin familia y amigos; ¿qué puedo, pues, saber de lo que pasa en el mundo ni tampoco qué me interesa ni qué me importa?"

Sin embargo, en la *enfermeria de la matrona examinada*, no siempre ocupaban esos cómodos y lujosos lechos la angustia, el dolor o la muerte, sino que muchas veces eran el teatro de orjías.

Los dias en que tenian lugar estas escenas se le avisaba de antemano a la tia Anastasia para que estuviese preparada, teniendo ella cuidado de que para entonces se hallase desalojada la casa y limpias las habitaciones; pero este favor solo se acordaba a los ricos, porque los pobres no tenian entrada en ese *santuario*.

La *matrona examinada* no tomaba nunca parte en las diversiones, sino que se retiraba a su cuarto, anotando primero los nombres de los asistentes para apuntarlos en su *libro de memorias*, libro singular del cual daremos al lector algunas líneas. Hecha esta operacion, la vieja se sonreia y les recomendaba la prudencia, dejando sobre la mesa un platillo que todos conocian y que se llamaba la *alcancía* de la tia Anastasia, pues ella por sí misma no les pedia nada sino lo que buenamente querian darle, fiándose a la jenerosidad de sus parroquianos: cálculo que le salia mucho mejor que si fijase el valor de sus servicios, porque como siempre la que-

rian tener grata, por esta como por otras causas, la pagaban jenerosamente.

Tan luego como se retiraba a su cuarto, hacia sus apuntes, tanto en su libro de cuentas como en el *libro de memorias* y en seguida se acostaba y dormia tranquilamente con su dos hijitos a los piés, es decir, con los dos perros negros y pelados que le formaban compañia.

La única criada, y que era una mujer medio idiota, se iba tambien a dormir, de modo que los tertuliantes quedaban en entera libertad, si bien tenian que servirse por sí mismos; pero ellos sabian el lugar donde estaba todo lo necesario que la tia Anastasia dejaba completamente a su disposicion.

IV.

Por costumbre y por conveniencia se levantaba la vieja usurera mui de mañana, y cuando tenia *jente en casa* despertaba a la criada y hacia poner agua caliente para servirles café, tocando en seguida a la puerta de cada *aposento* una campanilla para poner en pié a sus *ejercitantes*, segun ella decia. Los parroquianos, que conocian esta señal, se levantaban en el acto, porque en este punto era inflexible la tia Anastasia, que exijia que su casa estuviese desocupada temprano, para tener el tiempo de ir a misa.

Una vez que todo el mundo se habia arreglado lo mejor posible, pasaban al salon, donde encontraban servido el café y donde los esperaba la vieja para darles los buenos dias, no dejando de intercalar algunas chanzas que hacian reir a unos y avergonzarse a otros, pero que las recibian con buen semblante y como agudezas inimitables que solian pasar a proverbios.

Despedida la sociedad, lo primero a que dirijia la vista la vieja avara era hácia la *alcanciá*, frunciendo el entreceño o sonriéndose segun la cantidad que veia depositada en el

platillo. Pasaba en seguida a los demas cuartos, arreglando con cuidado todos los desastres causados por la orjia.

Hemos dicho que la tia Anastasia, a mas de su libro de cuentas, tenia un *libro de memorias:* el primero le servia para apuntar todas las operaciones de su misterioso comercio, y aun cuando no hacia sus entradas por *partida doble*, ella sabia a punto fijo el resultado de su negocio, las personas que le debian y el aumento diario de su capital. El segun libro tenia, si podemos decirlo asi, un destino puramente moral, pues era donde anotaba sus recuerdos. En este rejistro se hallaban los acontecimientos mas importantes de las personas con quienes habia tenido relaciones buenas o malas la tia Anastasia. Todo estaba alli clasificado: la fecha, la accion, las circunstancias agravantes o atenuantes, la persona, la edad, la condicion, los resultados, el lucro, etc., era un libro de policia secreta que la vieja consultaba con frecuencia, haciendo en él constantes anotaciones segun se sucedian los acontecimientos que estaban en relacion con la persona o personas inscritas en el *libro de memorias.* Este libro servia como ya lo hemos dicho, muchísimo a la tia Anastasia, pues refrescaba sus recuerdos sobre acontecimientos pasados, de que sacaba partido casi todos los dias.

La lectura de este inmenso manuscrito era la diversion favorita de la *matrona examinada*, viéndosela sonreir maliciosamente cuando recorria sus pájinas, y de vez en cuando decia a sus solas con marcada satisfaccion:—"Yo puedo hacer temblar a esos poderosos del mundo. En mi voluntad está ver de rodillas a esos señores tan ufanos y orgullosos de su alcurnia y de su riqueza. ¡Cuántas lágrimas podia hacer verter! Cuántas discordias, cuánta perturbacion en las familias podia provocar con una sola palabra! Cuántas reputaciones podria echar por tierra! Cuántas virtudes que el mundo cree acrisoladas podia anonadar de un soplo. Cuántas santidades que ejemplarizan al crédulo e ignorante vulgo, y que no son otra cosa que hipocresia, podria yo desenmascarar!

"Soi mas poderosa que esos grandes personajes que se ven rodeados de consideraciones y de respetos, porque yo puedo destruir en un instante esos respetos y consideraciones. Puedo condenar a la pública infamia a muchos que reciben la pública honra. Puedo mandar al patíbulo al que hoi vive tranquilo. Pero me basta con tener a todo ese mundo bajo mi mano y bajo mi planta; asi saco mas provecho y asi vivo mas segura. ¿Pero qué tengo yo que temer? ¿Soi acaso la que he cometido las faltas, los delitos, los crímenes? No; yo no hago mas que ocultarlos y ponerlos en mi *libro de memorias*, y lejos de criticarme me lo debian agradecer, porque mi silencio les asegura la impunidad. Sin embargo, estos miserables me llaman la vieja usurera, la vieja bruja, la vieja que debia estar frita en aceite, cuando son ellos los que roban, los que asesinan, los que seducen la inocencia, los que viven en la prostitucion."

Y la tia Anastasia, despues de estos desahogos, despues de estas reflexiones con que se disculpaba ante sí misma, cerraba el *libro de memorias*, guardándolo cuidadosamente.

Para dar al lector una idea, aunque incompleta, de este infernal manuscrito, vamos a copiar a la lijera algunas de sus anotaciones, que tomamos al acaso.

V.

Agosto 20 de 1833.—*Con esta fecha fuí puesta por don Guillermo de... en casa de la señorita... rica heredera, de cuya fortuna estaba enamorado mas que de su belleza. Don Guillermo era casado, y me colocó en la casa con el fin de que le ayudase a perder a la niña, lo que consiguió en* 10 *de diciembre del mismo año. Nueve meses despues fué mandada por mí una pequeña criatura a la villa de San Bernardo, a casa de una mujer llamada Mariana Ponce para que lo criase, dándole un buen salario. Don Guillermo consiguió por medio de amenazas y por mis consejos, que la señorita*

de... se entrara a las monjas de... haciéndole en vida una donacion de sus bienes, lo cual consiguió con la única condicion de que dejase gozar a su hermana y a su sobrina Luisa, mui tierna aun, de una parte de la fortuna durante su vida y otras condiciones que ignoro. Por mis servicios me regaló don Guillermo cincuenta onzas. Con lo cual, y lo que ya yo tenia, estudié y me establecí como MATRONA, *habiéndolo desde entonces servido en varias aventuras.*

Al pié de este apunte se leia la anotacion siguiente:

Don Guillermo murió en un desafio que tuvo con el coronel G., que fué acusado de asesino en 1834, *pero se fugó de la prision y no ha vuelto a aparecer.*

ENERO 7 DE 1841.—*Tiburcio Peralta, ladron de profesion, me trajo una custodia de oro macizo, que la compré en quinientos pesos, con lo cual se hizo abastero y ahora tiene una fortuna regular y mucho crédito.*

OCTUBRE 5 DE 1848.—*Ayer estuvieron en casa varios oficiales de... disfrazados de paisanos, a empeñarme unas alhajas y me dijeron que las sacarian luego, pues iban a dar un* GOLPE, *y este golpe era una revolucion que preparaban.*

NOVIEMBRE 6 DE 1849.—*Anoche estuvo el viejo senador D... con una niña de basquiña y manto, a la que me fué imposible verle la cara, pues venia mui tapada. Este viejo sátiro tiene su flaco por las muchachas, pero paga bien y goza de influencia; así es que se le debe servir, porque en caso necesario puede ser mui útil.*

DICIEMBRE 5 DE 1849.—*Juan Bustos, criado de la señora doña R. C., me trajo á vender un servicio de plata, por el cual le dí trescientos pesos, con cuyo dinero se fué a Valparaiso.*

NOTA.—*He sabido que este individuo se ha casado y se encuentra en via de prosperidad: vive actualmente cerca del Matadero de Valparaiso, habiendo adoptado el oficio de abastero.*

OTRA NOTA.—*Ha declarado en su testamento que debia*

esta cantidad a los herederos de doña R. C., pero dudo mucho que se les pague.

Por estas anotaciones, que nosotros tomamos a la lijera, teniendo cuidado de no poner aquellas que podrian lastimar ciertos oidos, puede comprenderse fácilmente el inmenso provecho que sacaria la tia Anastasia de este *libro de memorias*, que era un verdadero rejistro de cuanto escándalo habia sucedido en Santiago en la época a que nos referimos, lo que hacia de esta horrible mujer la persona mas peligrosa y mas temible, situacion que ella conocia perfectamente y que esplotaba en todos conceptos, porque le valia para obtener fortuna y consideraciones, pues nadie se resistia a sus deseos una vez manifiestos; sin embargo, era parca en sus pedidos, y solo en circunstancias escepcionales hacia valer la influencia que ejercia; pero cuando ella significaba una voluntad, debia cumplírsele y no habia uno que la resistiera, porque le convenia mas tenerla grata, como se dice vulgarmente, que no hostil, pues su enemistad podia traer resultados vergonzosos o funestos acontecimientos a los que les habia cabido el honor de ocupar. Las pájinas del libro de que hemos hablado estaban seguidas de anotaciones, que significaban actos posteriores concernientes a sucesos de la misma persona inscrita; asi es que la astuta vieja podia decirle a cada cual: usted ha hecho esto, esto otro y aquello, en esta y las otras fechas; de manera que les tenia siempre levantada sobre sus cabezas la espada de Damocles, y de aquí provenian las consideraciones que le guardaban y los agasajos que le hacian.

Ya que conocemos la parte moral de la matrona examinada, completaremos nuestra narracion con la parte física y con el relato de su oscura y criminal existencia.

VI.

Anastasia Pincheira era en aquella fecha una mujer como de cuarenta y ocho a cincuenta años. La primera época de

su vida nadie la conocia y creemos que ella misma ignoraba su oríjen, pues nunca habia visto a los autores de sus dias, o al menos nadie se los habia oido nombrar.

En su infancia habia permanecido al lado de una pordiosera, hasta la edad de doce años. Esta circunstancia la habia hecho disimulada, pues siempre se veia obligada a representar distintos roles, segun las personas a quienes se dirijia o donde la mandaba a pedir limosna la mendiga (1).

La muchacha Anastasia, de un natural sagaz y penetrante, con inclinaciones bajas, pero con un entendimiento despejado, adquirió en poco tiempo todo el disimulo de la maldad, y podia dar lecciones a su propia maestra, cuya circunstancia hacia que la mendiga la considerase, aunque nunca la participaba de las limosnas que recibia, las que en gran parte eran debidas a la astucia de la muchacha; pero por lo que hace al alimento, no le faltaba nada, si bien andaba siempre vestida de andrajos, y cuando ella le hacia alguna reflexion a este respecto, la pordiosera se escusaba diciéndole que asi *convenia*. Cuando en las casas le daban alguna ropa para que vistiese a la muchacha, la mendiga la vendia o la empeñaba, reduciéndola siempre a dinero.

Frente al rancho en que vivian, habia un pobre bodegon con algunas botellas de licores fuertes, un tonel para recibir chicha y unas cuantas fuentes con ensalada de patas, rábanos y aceitunas. Dueña de este afamado despacho, que a pesar de sus modestas apariencias daba una considerable utilidad, era una mujer gorda y rechoncha, íntima amiga

(1) Vense constantemente por las calles de nuestras ciudades a mendigos con niños que les sirven para conducirlos, y que, bajo el pretesto de escitar la caridad pública, no hacen otra cosa que inutilizar y pervertir a esas pequeñas criaturas, que mas tarde se trasformarán en holgazanes, en ladrones y aun en asesinos. La autoridad debiera tener un especial cuidado, no solo en hacer desaparecer la mendicidad, sino en preservar a esos tiernos niños de la carrera, por demas perniciosa, que les abre ese jénero de vida, al que se acostumbran fácilmente, haciéndoseles odioso el trabajo y agradable el engaño en que se ejercitan desde la mas tierna infancia y que despues jamas abandonan: en todo pais en donde abunda la mendicidad, abunda tambien el desaseo, el ocio, la falsía y el crímen.

de la pordiosera y con cuyos fondos hacia el negocio en medias. Esta mujer tenia un hijo como de veinte años, el mas grande tunante de este mundo, pues a esa edad era ya el mas hábil jugador de naipes, amigo de las mujeres, borracho, pendenciero; en fin, no tenia por dónde desecharlo el diablo, como se dice vulgarmente, pero a quien soportaba su madre, ya por cierto cariño filial, o ya porque atraia la concurrencia al bodegon, haciendo que sus camaradas gastasen en licor.

Un dia este muchacho llamó a la sirviente de la pordiosera, y sin mas preámbulo, le dijo:—"Me parece que tú saldrás una escelente mujer, y creo que estás perdiendo tu tiempo con esa miserable mendiga que no te da nada. Si tú quieres venirte conmigo, haremos juntos buen negocio; pues aunque eres mui chiquilla, veo que tienes intelijencia, porque le he oido contar a tu patrona muchas de tus *travesuras*, que me han hecho reir; y esta es la razon por lo que te propongo que te asocies conmigo, pues yo sabré cultivar tu talento; ¿qué te parece?"

La muchacha reflexionó un poco y luego le dijo al tuno:

—Está bien, acepto.

—Asi me gusta, le contestó el bribon; pero es preciso que principiemos bien nuestra carrera, dando un buen golpe. Yo sé que la vieja pordiosera es rica, porque he visto que siempre le presta plata a mi madre y hoi no mas le ha pagado ésta mucho dinero; de consiguiente, es preciso robárselo, que yo por mi parte haré otro tanto con mi madre, y una vez que seamos dueños de esa plata, nos vamos a correr el mundo y pasar una vida alegre.

Anastasia convino en todo y quedó aplazado el dia y la hora; porque ya ella habia formado de antemano el mismo plan, pero no se habia atrevido a llevarlo a cabo, pues temia ser descubierta; mas en la actualidad, que tenia un compañero y un compañero *bueno*, segun ella decia, no habia el menor riesgo.

Anastasia sabia que la pordiosera tenia dinero, pues en varias ocasiones, a media noche y cuando pensaba que ella se encontraba profundamente dormida, se metia la vieja debajo de la cama y aparecia en seguida con un saco que, sin hacer el menor ruido, vaciaba sobre la frazada, poniéndose a examinar o a contar el contenido. La astuta muchacha continuaba roncando, pero con los ojos abiertos; sin embargo, nunca habia tenido la proporcion de encontrarse a solas para examinar por sí aquello que tanto interes tenia la mendiga en ocultar y que por la misma razon despertaba en ella tantísima curiosidad.

La noche anterior al dia en que habia convenido escaparse con el hijo de la bodegonera, se propuso pasar toda la noche en vela para aguaitar el sueño de su patrona y deslizarse bajo de la cama, pues ya ella sabia poco mas o menos el lugar del escondite. Cuando la pordiosera hizo a su tesoro la visita de costumbre, hallándolo siempre en su lugar, la muchacha se hacia que dormia el mas profundo sueño; asi es que la vieja, sin cuidado y sin la menor desconfianza, apagó la vela y se fué a su cama. Pocos momentos despues roncaba a su turno.

Anastasia esperó sin embargo.

Pasado algun tiempo, y apretándose el corazon para que no se oyeran sus latidos, se dirijió con el mayor silèncio y con la mayor precaucion hácia el mismo lugar en que poco antes habia visto encorvada a la pordiosera, pero solo encontró unos cuantos trapos viejos. Entonces se figuró que talvez estaba enterrado el saco sucio que acababa de verle, y pasó su mano sobre la superficie del suelo. Al tacto, creyó hallar una desigualdad en un ladrillo, y con las uñas lo levantó, pues estaba suelto. La alegria y el susto le hicieron detenerse y se quedó quieta con el oido atento y apoyando mas fuertemente la mano sobre su corazon, que latia con mayor violencia. Tranquilizada un poco con los ronquidos de la mendiga, que iban siendo mas sonoros por ins-

tantes, metió al fin la mano en el hoyo y se encontró con el codiciado tesoro. Anastasia volvió a tener otro momento de perplejidad; pero el espanto fué tanto mayor cuando sintió que la vieja se movia en el catre, articulando algunas palabras inintelijibles. La ladrona se quedó helada. Un rato despues volvió a sentirse el ronquido regular y pausado del que duerme profundamente. Entonces la muchacha salió, se arrastró silenciosa y deteniéndose por intervalos a la manera de la víbora, hasta que llegó a su cama. La talega la llevaba consigo, habiendo tenido la prevision de dejar el ladrillo en su misma colocacion y con los trapos sucios encima como los habia encontrado.

Al dia siguiente la pordiosera, aunque se levantó temprano, ya vió a la muchacha en pié, y despues de encargarle de hacer el fuego, le dijo que fuera donde la bodegonera a traerle un cuartillo de aguardiente para tomar un *gloriado* (1), pues sentia malo el estómago: a la vieja le gustaba de cuando en cuando echar su trago.

La muchacha habia tenido el cuidado de amarrar fuertemente a la cintura el pesado saco, y sin hacerse repetir la órden, fué inmediatamente a desempeñar la comision de su patrona. Anastasia encontró al perillan en la puerta del bodegon y le dijo antes de entrar:—"Aquí tengo la plata."

—Y yo tambien, esclamó el mozo; vámonos.

Los dos emprendieron la fuga y se dirijieron a las posadas de la calle de San Pablo, de donde salian diariamente carretas para Valparaiso.

Mientras tanto, la mendiga esperaba y se impacientaba de la tardanza de la muchacha. No pudiendo soportar mas, pues ya hacia una hora que la habia mandado, se dirijió ella personalmente al bodegon, y quedó sorprendida al ver que Anastasia no se encontraba allí y que ni aun la habia visto la bodegonera.

(1) Bebida que se hace con agua caliente, azúcar y aguardiente y que se toma por la mañana y particularmente despues de una trasnochada.

—¿Qué se habrá hecho esta picarona? preguntó la pordiosera a su amiga y comadre.

—Habrá ido a hacer alguna dilijencia, le contestó ésta.

—Qué dilijencia ni qué nada! Si solo la he mandado para que me llevara un cuartillo de aguardiente, porque tenia malo el estómago.

—Luego vendrá entonces; se habrá entretenido por ahí.

—Nunca le he pegado, pero ahora le voi a dar una vuelta de azotes.

—No será malo, comadre; pero mientras tanto, ¿quiere desayunarse con un gloriadito?

—Vaya, pues, por ser de su mano.

La pordiosera tomó su gloriado; y como para matar el tiempo pidió otro vaso mientras venia Anastasia para salir a la calle en busca de limosnas.

Pero Anastasia no llegaba y ya eran como las diez del dia. Entonces le entró una sospecha, y dijo a su comadre:

—¿Quién sabe si no se ha huido esta muchacha?

—No lo crea, comadre, usted la trataba tan bien.

—Así es; pero estos huachos son tan ingratos como los gatos.

Diciendo estas palabras, pasó por la mente de la mendiga una nueva sospecha, cuyo solo pensamiento la hizo palidecer; y llevándose la mano a la frente, dijo entre sí: —"Si me habrá robado!..." Esta sola idea, idea inverosímil, imposible, pues la pordiosera estaba segura de no haber sido jamas espiada, le causó un entorpecimiento tal, que le dió una verdadera fatiga.

—¿Qué tiene, comadre! le preguntó la bodegonera asustada de la descomposicion del semblante de la mendiga.

—Nada, comadre, pero deme un poquito de aguardiente puro.

La bodegonera se paró y le trajo un pequeño vaso de cristal lleno de aguardiente.

La vieja lo bebió de un sorbo.

Un estimulante tan activo la reanimó en el acto, y dijo con voz fuerte y sonora:

—Es estraño que esta hija de... no parezca.

La pordiosera se levantó en seguida y se dirijió a su cuarto: la sospecha le atormentaba siempre.

Cuando hubo llegado a su habitacion, se sentó en una silla de paja, la única que habia en el cuarto, y clavó la vista bajo de la cama.

Todo estaba en el mismo lugar que lo habia dejado la noche antes, despues de haberse cerciorado de la existencia del tesoro. Esta vista la tranquilizó un tanto.

Sin embargo, la sospecha volvia a asaltarla siempre.

Un vago temor la dominaba y no se atrevia a pararse del asiento y cerciorarse por sí misma.

Estaba casi segura de que el tesoro se encontraba allí y que nadie lo habia tocado, pero tenia miedo de ir a ver por sí misma.

Al fin hizo un esfuerzo, se paró y se dirijió debajo de la cama: todo se encontraba bien: la sospecha desapareció, dando lugar a la alegria.

Segura ya de que sus riquezas estaban donde las habia dejado, quiso verlas, mas por placer que por desconfianza, y apartó los andrajos que la cubrian.

El ladrillo estaba en su lugar.

Una sonrisa de satisfaccion vagó por los descoloridos labios de la mendiga y se quedó un momento tranquila como si la felicidad que sentia paralizara su accion.

Quiso entonces volver atras y no ver su tesoro; pero cuál si fuera atraida por una especie de magnetismo, se acercó mas y levantó el ladrillo.

Un grito, grito de dolor, de angustia, de desesperacion. de espanto, grito que no tenia nada de humano, se escapó del oprimido pecho de la vieja, y cayó exánime en el mismo lugar.

La impresion habia sido tanto mas violenta, cuanto era

inesperada. El golpe habia sido dado en lo mas vivo del corazon. La pordiosera habia dejado de existir casi instantáneamente.

Al dia siguiente la policia abria el cuarto en compañia de algunos curiosos, entre los que estaba la bodegonera, que habia dado la señal de alarma; porque habia hallado mui estraño no ver a su comadre desde el dia anterior y que la puerta permaneciese por tanto tiempo cerrada.

La mendiga se encontraba tendida debajo de la cama y como envuelta en una porcion de harapos; sus manos crispadas apretaban con fuerza un ladrillo. Su rostro estaba junto a una pequeña cavidad; sus ojos permanecian abiertos y tenian todavia la espresion del espanto; su boca, como desencajada, dejaba ver unos cuantos dientes largos y amarillos; era un espectáculo repugnante y horrible.

La policia hizo venir un carreton y colocó el cadáver para conducirlo al hospital, despues de haber inventariado lo que allí existia y preguntado si no tenia parientes.

Fuera de los comentarios del momento entre los vecinos y la bodegonera, nadie se volvió a acordar de la mendiga, si esceptuamos a la tia Anastasia, que probablemente conservaba siempre el recuerdo de su infancia y de su primera hazaña en la carrera del crímen.

VII.

Pero la tia Anastasia de hoi, la matrona examinada, la rica usurera, la impúdica mujer, la espion muda pero implacable, no era entonces mas que la muchacha Anastasia que se iba huida con un mozo llevándose mil doscientos pesos que habia robado a su patrona la mendiga, cuya muerte vino a saber algun tiempo despues.

Durante la travesia de Santiago a Valparaiso, que se hacia entonces en siete u ocho dias, la astuta muchacha tuvo lugar de reflexionar, no para arrepentirse del mal que habia

hecho, porque estaba alegre con su libertad, y mas alegre con el dinero que llevaba consigo, sino para engañar a su compañero de fuga. Ella preveia, y con razon, que si no le daba la plata, se la quitaria por la fuerza y la abandonaria; y para impedir esto, la dividió en dos partss, y le dijo a Josesito, que asi se llamaba el muchacho:—"Mira, por tí he abandonado a la mujer que me habia criado, sacándole todo cuanto tenia, lo cual te lo voi a entregar; pero es necesario que me mantengas y que me trates bien."

—Ciertamente, querida Anastasia, vamos a vivir como hermanos, y verás que conmigo nada te faltará, respondió Josesito.

Anastasia le dió el bolsillo sin añadir palabra.

Josesito se puso a contar sin que nadie lo viera, con escepcion de Anastasia, que demostraba gran indiferencia. Cuando hubo concluido la operacion, dijo a su compañera: —"Vea qué pícara vieja, ¿quién hubiera dicho que tenia tanta plata? Y siempre pidiendo limosna!

—Ese era su negocio, contestó con frialdad Anastasia.

—Negocio que nos aprovechará bien, ¿no es verdad?

—Así lo espero, si eres bueno conmigo.

—¿Y por qué no habria de serlo cuando al fin nos hemos de casar?

Los siete dias de viaje se pasaron alegremente. Josesito compraba licor en todos los despachos y obsequiaba a los carreteros, pero siempre mostrando una sucia bolsita en que solo tenia unos cuantos reales, sin duda para no despertar la codicia de sus compañeros.

Cuando la feliz pareja hubo llegado a Valparaiso, y despues de satisfacer la primera curiosidad recorriendo el puerto en todas direcciones, alquilaron un pequeño cuarto donde pasaron esa noche en el suelo. Al siguiente dia Josesito fué, acompañado de Anastasia, a comprar algunos muebles indispensables, y ya quedaron instalados en calidad de marido y mujer.

Esta union no duró mucho tiempo, pues Josesito era tahur y borracho; de manera que en pocos meses ya no quedaba nada de dinero, y con la pobreza vinieron los disgustos, hasta que Anastasia, que tenia un carácter enérjico, le dijo: "Hasta aquí no mas te acompaño, pues ya no te puedo sufrir. Yo te he dado cuanto dinero tenia y tú no has hecho mas que gastarlo sin darme a mí nada. Desde ahora me separo de tí para siempre."

—Anda donde quieras, le contestó el tuno; porque para nada te necesito, sino que al contrario me sirves de estorbo.

La muchacha cargó con su poco ajuar y salió a la calle, pero siempre llevando oculta su pequeña fortuna que habia conservado sin separarse jamas de ella.

Los pocos meses que habia estado en Valparaiso la habian llenado de esperiencia; si a esa edad se puede contar con alguna; pero la muchacha era precoz y sabia mucho mas que lo que podia presumirse de sus años.

Con un carácter frio, calculador, astuto e inclinado al mal, comprendió que estaba en su conveniencia, al menos en sus inclinaciones, el no buscar ocupacion en una casa decente y honrada, donde solo estaria limitada a una pasiva servidumbre; asi es que se dirijió a casa de una de esas mujeres elegantes que llevan esa vida de intriga y de placeres, de angustias y de bajezas que disimulan siempre con una frivolidad afectada y con un lujo aparente.

Anastasia fué recibida por Silvia Aranjuez que en esa época hacia furor en Valparaiso... Allí acabó de perfeccionarse nuestra heroina en todos los secretos de la corrupcion y en los arcanos del vicio y del crímen.

La penetracion de Anastasia, su sagacidad, su disimulo, su carácter fuerte, enérjico, decidido, impusieron en poco tiempo a su señora, y dejó de ser considerada como criada, si bien siempre guardaba las apariencias, porque asi convenia a sus intereses que aumentaban de dia en dia, pues sabia sacar de todo recursos, o como se dice vulgarmente, *piltrafa*.

Durante el tiempo que permaneció con Silvia Aranjuez se dedicó a aprender a leer, escribir y contar, no tanto por el deseo de cultivar su entendimiento, cuanto porque veia que estos conocimientos le eran indispensables para progresar, cualquiera que fuese la carrera que adoptara, ¡y quien sabe si ya desde esa época, no tenia en su mente fijado el rol que iba o que queria desempeñar!...

La elegante Silvia, viendo desaparecer su prestijio en Valparaiso, trató, por consejo de Anastasia, de dirijirse a Santiago, que era, segun le decia su jóven compañera, un teatro nuevo que debia esplotar; en consecuencia fijaron ambas su residencia en la capital.

Anastasia continuaba siempre sus lecciones, sin descuidar todos los quehaceres de la casa, porque habia llegado a ser casi la esclusiva dueño, por la dominacion que ejercia sobre la hermosa Silvia y por los favores que le debia, circunstancias que le hacia aprovechar de las ganancias obtenidas por medio de la hermosura de la jóven; pero esto no era lo bastante para su ambicion, y como ella no podia hacerse valer, pues era fea, trató de buscarse una ocupacion lucrativa que la pusiera a salvo de cualquiera eventualidad y entró a estudiar en la sala de obstetricia que rejentaba el sabio doctor don Lorenzo Sazie.

Su aplicacion, su constancia, su intelijencia, le hicieron hacer rápidos progresos en este ramo importante de la ciencia médica y adquirió en poco tiempo su merecido diploma.

Sin embargo, siempre continuaba viviendo con Silvia a quien esplotaba como queria, pues habia llegado a dominarla por completo, no haciéndose en la casa otra voluntad que la suya, aun cuando mantenia las humildes apariencias de sirviente.

En estas circunstancias entró a visitar a Silvia uno de los mas ricos jóvenes de Santiago. Este era Guillermo de... padre del actual Guillermo que figura en la historia cuya narracion hacemos.

VIII.

El jóven Guillermo se cansó luego de Silvia Aranjuez, pues esta muchacha no era mas que bonita; pero concibió una alta idea de la criada a quien habia tenido lugar de conocer con el frecuente trato que le proporcionaba la intimidad de amante de Silvia.

Una vez dijo Guillermo a Anastasia: —"Conozco tus talentos, y puedes serme mui útil si quieres, y yo te recompensaré como mereces."

A la respuesta favorable de Anastasia, es decir, cuando ésta le dijo que podia disponer de ella y que tendria mucho gusto en servirle, se decidió a darle las instrucciones siguientes:

—Te voi a colocar, la dijo, en una de las principales casas de la capital, donde hai una señorita que me interesa mucho y que deseo poseer a toda costa. Tú, creo que puedes servirme y dejo la satisfaccion de mis caprichos a la sutileza de tu injenio.

Anastasia aceptó y el éxito fué completo, como puede verse por la primera nota del *libro de memorias* de la matrona examinada que ya conoce el lector y que se refiere en totalidad a este acontecimiento.

Cuando salió de la casa en que la habia colocado Guillermo de... ya estaba en aptitud de marchar de un modo independiente, pues las cincuenta onzas que le habia valido su infamia, el dinero que poseia anteriormente y sus buenos conocimientos de *matrona* eran mas que suficientes para que se estableciera, y se estableciera con ventaja, porque podia ejercer en grande escala las profesiones que ya conocemos y a que habia consagrado su vida; de manera que a mas de la enseña que se ostentaba en la puerta de calle, habia establecido el *monte de piedad*, su salon y su enfermeria que en poco tiempo gozó de gran reputacion entre las

personas que tenian algo que ocultar a sus padres, a sus maridos o a la sociedad.

Conocidos los antecedentes de su vida pasada y el pingüe negocio de su vida presente, se hace indispensable que describamos a grandes rasgos la fisonomia de tan interesante personaje; porque no solo se adquiere celebridad por la virtud, sino tambien por el crimen, siendo este no pocas veces el que la da mas grande y con mayor brevedad.

IX.

La tia Anastasia, como ya lo hemos dicho, tenia a la fecha como unos cuarenta y ocho a cincuenta años. Alta, seca, huesuda, denotaba vigor y una salud inalterable; sin embargo, su cara era pálida y al parecer enfermiza, pero jamas habia sentido el menor síntoma de indisposicion. La frente de esta mujer era angosta; sus ojos redondos como los del águila y romanos como los del gato, estaban cargados de electricidad y daban a su fisonomia un aspecto de crueldad fria, inalterable; era la mirada penetrante del ave de rapiña, y feroz del tigre; sin embargo, ella bajaba con frecuencia los párpados como para velar el fuego de sus ojos, y entonces aparecia humilde, sencilla y como resignada. Una nariz larga y encorvada caia casi sobre su boca, grande, de labios delgados y descoloridos que apenas dejaban escapar una sonrisa triste, cuando esa sonrisa no era maligna, lo que sucedia con frecnencia. Su cabeza calva, puntiaguda y con un cuello largo, arrugado y color de bofe, le daba cierta semejanza a los de esos grandes pájaros carnívoros que llamamos jotes; pero esta fea mujer era insinuante y persuasiva, y cuando queria agradar desplegaba cierta gracia picante, cierta sencillez injénua, segun las personas a quienes se dirijia, tanto que rara vez dejaba de conseguir su objeto. En otras ocasiones aparecia altiva, dura, casi feroz; y entonces la espresion de su fisonomia era ate-

rrante y causaba miedo aun a los mas fuertes. Sus ojos, cuando era contrariada, despedian chispas, revelándose una voluntad inflexible a la que todo cedia. Para ella no habia mas Dios que el dinero ni mas placer que la maldad: jamas habia entrado en esa alma cadavérica la compasion y el cariño; a nadie habia amado, a nadie habia sentido, no habiendo palpitado mas que una sola vez su corazon de piedra, y esta sola vez fué cuando le robó el tesoro a la mendiga. Nunca tampoco habia tenido el menor deleite, la menor espansion, el menor placer... solo la vista de la desgracia, del dolor, de la desesperacion la complacia, y entonces se la veia sonreir. Nunca tampoco estaba dispuesta para socorrer a nadie, si bien aparentaba mucha caridad; y solo cuando podia hacer el mal, cuando estaba en su mano perder a alguna persona, y especialmente si ésta persona era honrada y virtuosa, se la veia dilijente. No podremos decir si era instinto o envidia lo que la hacia obrar asi; pero lo cierto del caso es que siempre se le hallaba dispuesta para dañar y jamas para favorecer, con escepcion de aquellos criminales a quienes nada daba en realidad, pero a los que encubria sus faltas, sus vicios y aun sus monstruosas acciones.

X.

Esta era la mujer que habia escojido Guillermo para que le ayudara a perder a Mercedes y esta era la misma a donde se dirijió Tomas por encargo de su patron.

El astuto criado, conocia a la vieja matrona desde mucho tiempo atras, y sabia, si no el todo, al menos parte de sus manejos ocultos, porque él personalmente habia asistido a muchas lúbricas escenas cuando acompañaba a Guillermo a alguna diversion o *picholeo* dado en casa de Anastasia. Por otra parte, no pocas veces habia tenido necesidad de recurrir a la banquera, ya fuera por asuntos de Guillermo o ya por asuntos propios; pues, a pesar de la riqueza de Guiller-

mo, como era tan gastador, solia suceder que se encontraba en algunas ocasiones sin dinero, y entonces mandaba su criado donde la tia Anastasia con algunas joyas para que las empeñase: de aquí provenian las relaciones amistosas que existian entre Tomas y la usurera.

Estas dos almas se comprendian; cierto instinto secreto, cierta intuicion que existe en la naturaleza del hombre, tanto para el bien como para el mal, les habia revelado que el uno era digno del otro, y ambos se trataban con la mayor consideracion y aun quizás con cierto cariño, si puede darse algun grado de afecto en la maldad.

Cuando llegó Tomas a casa de la tia Anastasia, estaba ésta contando una fuerte cantidad de dinero que entregaba a un caballero; pero sin embargo, vió al criado y lo saludó con familiaridad.

—Tomasito, le dijo la usurera con su mas graciosa sonrisa; espérate un poco, que luego estoi contigo, ¿cómo está Guillermito?

La vieja hablaba con esta familiaridad no solo a Guillermo de... sino a muchas otras personas altamente colocadas en la sociedad.

—Siga no mas, tia Anastasia, que yo sabré tener paciencia. El señor don Guillermo lo pasa bien y vengo en su nombre.

—Lo que se le ofrezca a Guillermito no tiene mas que mandar, pues la tia Anastasia está siempre dispuesta para servirlo.

Y hablando asi, seguia contando dinero, y su ojo investigador y penetrante se fijaba en la persona que lo recibia.

—Mil quinientos pesos, dijo la vieja, concluyendo la operacion, ¿están cabales?

—Sí, señora, respondió el caballero, habiendo a su vez concluido de contar.

—Me ha dejado usted seca; pero por tal de ser agradable a su señoria, dijo la vieja con tono bajo, soi capaz de cualquier sacrificio.

—Asi se lo diré, contestó su interlocutor con laconismo.

—Y no olvide tampoco decirle que para el primero de enero ha de estar resuelta la cuestion favorablemente, pues de lo contrario...

—Está bien, está bien; no lo olvidaré.

XI.

La usurera, al cerrar la portañuela que daba a su cuarto y que le servia como de mesita para contar el dinero, saludó con afabilidad al sujeto a quien lo entregaba y fué en seguida a abrir la puerta de su cuarto, que tambien cerró tras sí; y dirijiéndose al sirviente de Guillermo, le dijo:

—Ven para el salon, Tomasito, que alli hablaremos con mas comodidad, a no ser que sea dinero el que necesites, pues entonces volveré a mi cuarto de pago.

—¿Pero no acaba de decir usted que la habian dejado en seco?

—Es verdad; sin embargo, para Guillermito o para tí, siempre queda un *conchito*.

—Yo no querria mas fortuna que el *conchito* de la tia Anastasia.

—Bien poco tendrias, hijo mio; y tú, segun mi opinion, irás mui lejos...

—Ese es un buen pronóstico, tia Anastasia, pero todavia no ha comenzado a realizarse.

—¡Quién sabe!... En todo caso, eres mui jóven y tienes cualidades...

—¿Asi se le figura a usted?

—Ya lo creo! pero dejémonos de charla y vamos al asunto: ¿qué es lo que necesitas?

—El señor don Guillermo me manda ver a usted por si está en disposicion de serle útil.

—¿Para qué?

—Para... para ir en busca de una liebrecita.

—A quien quiere dar caza...

—Por supuesto.

—¿Y necesita de un lebrel?

—Intelijente, astuto, y sobre todo acostumbrado...

—Pero tú eres bastante bueno, Tomasito.

—No me juzgará mi patron así, cuando me manda donde usted está.

—Sin embargo, yo he sabido hazañas tuyas que te hacen honor y que te recomiendan mucho, como la de aquella casadita, por ejemplo, a cuyo marido hiciste morir de fiebre, mandando a la muchacha a la casa de orates y plantando a la criada, a quien engañastes, en la calle.

Tomas se puso sério. El recuerdo evocado por la tia Anastasia habia despertado en él un remordimiento. La catastrofe sucedida le habia conmovido a pesar suyo.

—Vamos, Tomasito, prosiguió la vieja; ¿por qué arrepentirse de una buena obra?

—Señora, a decir a usted verdad, no esperaba que las cosas llegasen a ese estremo.

—Pero, en fin, a lo hecho pecho, hijo mio; ¿sabes que estoi por perder la buena opinion que me habia formado de tí? repuso la tia Anastasia sonriéndose con malignidad.

—Lo siento, señora, contestó Tomas avergonzándose; pero yo no tengo un alma tan grande como la suya.

—Déjate de lisonjas, niño, y vamos al principal asunto. Me decias que Guillermito me necesitaba para dar caza a una liebre.

—Es la verdad.

—¿Y qué clase de liebre? ¿Dónde se encuentra? ¿Cuáles son las condiciones?

—La liebre es *comun*, está en la calle de San Pablo, y las condiciones son de que usted se vaya a vivir por algun tiempo a una casa que el señor don Guillermo alquilará en las cercanias, pasando usted por tia de él.

—¡Que yo vaya a vivir fuera! ¡Que abandone mi casa! Esto

es imposible!... Guillermito no sabe lo que dice, porque no sabe lo que mi tiempo vale, lo que mi negocio produce y la asistencia que mi profesion requiere; y a pesar de todo el deseo que tengo de servirlo, te digo que lo que me pides es de todo punto imposible.

—Pero él está mui encaprichado, y quiere que a toda costa se haga lo que desea.

—¡Qué!... ¿De tanta importancia es esa niña? Porque, dejémonos de liebres, hablamos sin duda de una mujer; y tú me has dicho que es *comun* y que vive en la calle de San Pablo; ¿cómo puede en ese caso producir tanto interes, y tanto que Guillermo se atreva a hacerme proposiciones cuya importancia él conoce mui bien, pues el abandono de mi casa y la pérdida de mi tiempo es de mucha consideracion?

—Yo no puedo decir a usted mas que lo que me han encargado.

—Está bien, repuso la tia Anastasia reflexionando. Despues de un momento de silencio, añadió: —"Yo averiguaré la cosa por mí misma y juzgaré de la gravedad del asunto, pues no dudo que debe ser de consideracion, cuando Guillermito se empeña tanto, empeño que no haria por la mas pintada señorita de Santiago.

—Es que no hai ninguna que se le asemeje.

—¡Tan bonita es! Pero qué importa que sea bonita siendo plebeya y pobre! La hermosura es un don natural cuyos favores nada cuesta obtener, mientras que los de la riqueza y la aristocracia no se consiguen asi no mas.

—Esa es la verdad, tia Anastasia, y basta con que usted lo diga; sin embargo, hai caprichos...

—Que es necesario examinar. ¿Dónde vive esa niña?

—Ya se lo he dicho que en la calle de San Pablo, en un conventillo que está cerca de la pirámide.

—¡En un conventillo, dices!

—Sí, en un conventillo. Su padre parece un antiguo soldado retirado y su hermano es un artesano.

—¿Y para esto es tanta bulla y tantas precauciones, y tanta exijencia, y pedirme que abandone mis ocupaciones? Por cierto que no lo comprendo!... y que mi curiosidad se aumenta cada vez mas... Estoi íntimamente persuadida que Guillermito no es tonto, ni se deja arrastrar asi no mas por cualquiera carita...

—Yo sé que mi amo tiene un gusto esquisito; pero es justamente por esto que se empeña tanto.

—¡Entonces debe ser esa muchacha un ánjel de belleza, de candor, de inocencia y de virtud!...

—Ha dado usted con la palabra: la Merceditas es un verdadero ánjel.

—¿La conoces tú?

—La he visto una vez y tengo sobre ella los mejores informes.

—¿Pero es verdad que vive en un conventillo?

—Indudablemente.

—Entonces es una conquista vulgar, en que no habrá ni gloria ni placer para Guillermito; porque su precio no debe ser mui *exorbitante*, ni tampoco exijir sacrificios como el que se me pide. ¡La tia Anastasia abandonar su casa, su comercio, sus relaciones, su profesion por conquistar la muchacha de un conventillo, cuando quizá no lo haria por la mas alta y aristocrática señora!

—Obre usted como quiera, tia Anastasia, pero, en mi opinion, creo que usted haria un buen negocio ayudando al patron en su empresa.

—Yo sé que Guillermito es jeneroso, pero dudo mucho que resarciese el valor de mi tiempo; sin embargo, voi al instante mismo a ver a esa interesante beldad... Dáte una vuelta, Tomasito, dentro de una hora y llevarás mi contestacion.

La vieja tomó su manto y se dispuso para salir.

—¿Me has dicho, añadió, que vive en la calle de San Pablo, en un conventillo que está cerca de la pirámide y que se llama Mercedes?

—Sí, señora, Mercedes Lopez.

—Está bien, hasta la vuelta.

XII.

La matrona echó llave a la puerta de calle, corrió la portañuela para denotar que estaba ausente, y dirijió sus pasos hácia la calle de San Pablo.

Cuando hubo llegado a ésta, caminó con direccion a la pirámide, es decir, hácia el llanito de Portales, como se llamaba entonces aquella parte de la poblacion por haber pertenecido los terrenos a esa antigua familia, de la que nació nuestro célebre y malhadado ministro don Diego Portales, a cuyos talentos y enerjia se debió en gran parte la organizacion del pais y quizás la prosperidad presente de la república.

Casi al fin de la calle se paró la tia Anastasia delante de una gran puerta cochera, sobre la cual habia una tabla en que se veian escritas estas palabras en gruesos caractéres: *Se alquilan piezas baratas* (1). La vieja dijo entonces entre sí: aquí debe ser, y se dirijió a preguntarle a una mujer que estaba parada en la puerta, con quién se podia tratar para los arriendos.

—El dueño no vive aquí sino mas arriba, contestó la mujer, pero puede verse con el sarjento don Domingo Lopez, que tiene poder para arrendar.

—¿Y dónde lo encontraré?

—Sus piezas son aquellas tres puertas verdes que están enfrente y a lo último de la calle.

—¿Será el sarjento Lopez mui duro¿ preguntó humilde e hipócritamente la tia Anastasia, con el fin de trabar conversacion.

—No, señora, es el hombre mas bueno de este mundo, lo

(1) Todavia se ve esa enseña con su falta gramatical, pues allí dice "varatas" en lugar de baratas. De estos crasos errores, y aun muchos de mayor trascendencia, se ven en Santiago en casi todos los letreros que sirven de avisos.

mismo que su familia. Vaya usted no mas y será bien recibida, aunque creo que no hai ahora piezas para alquilar, por estar ocupadas.

—¿Con que tiene familia el sarjento?

—Sí, un jóven y una niña tan buenos como sus padres.

—¡Qué lástima no haber algunas habitaciones en este conventillo, pues lo hubiera preferido a cualquier otro, porque a mí me gusta vivir con jente honrada! Sin embargo, el sarjento podrá talvez decirme dónde podré hallar algunas piezas decentes o una casita pequeña.

—Sin duda, porque él tiene muchos amigos.

—Voi, pues, a verle.

Y la tia Anastasia tomó por la angosta calle del conventillo, parándose algunas veces y mirando con curiosidad por todas partes, pues ella sabia por esperiencia que no se debe desdeñar el dato mas insignificante, porque en muchas ocasiones son las pequeñas cosas las que determinan los grandes acontecimientos que no hubieran tenido efecto sin aquello que a primera vista parece una nimiedad; pero ella no ignoraba esto, siendo una de sus principales máximas el fijar su atencion en esos incidentes que nadie ve y de los cuales sacaba jeneralmente deducciones lójicas que la llevaban al conocimiento perfecto de los hombres y de las cosas: asi, un mueble mal o bien colocado, una cinta, un vestido, una sonrisa, un ademan, le bastaban para juzgar del carácter de las personas sin equivocarse jamas; porque esos actos insignificantes y que se hacen sin premeditacion y sin estudio, son los que revelan, sin pensarlo, el interior de las jentes; y esta era la razon que hacia a la tia Anastasia fijarse de preferencia en aquello que, para la jeneralidad, pasa desapercibido.

Serian como las doce del dia cuando la horrible mujer golpeó a la puerta de la pobre pero honrada habitacion de la familia Lopez: Mercedes estaba sola y sentada a su bastidor en el cuartito que les servia de salon, cuando oyó que

llamaban y dijo con su dulce y melodiosa voz de pasar adelante.

—¿Aquí es la casa del señor don Domingo Lopez? preguntó la vieja con acento almibarado y dando a su fisonomia la espresion mas cariñosa y humilde.

—Sí, señora, le contestó Mercedes.

—¿Estará en casa?

—Sí: pase usted a sentarse mientras voi a llamarlo.

—No se incomode usted, señorita, yo aguardaré... talvez está ocupado y le incomode.

—De ningun modo, señora; y Mercedes se paró de su asiento dirijiéndose al jardincito interior donde se ocupaba el viejo sarjento retirado en cultivar sus plantas.

La tia Anastasia se quedó sola. Su mirada investigadora recorrió en un momento todos los objetos que se presentaban a su vista, y de su rápida observacion sacó las deducciones siguientes: esta familia es honrada y laboriosa, dijo entre sí misma. Aquí se ve, en medio de la pobreza, el aseo y el gusto, y no me estrañaria que aun gozasen de aquella abundancia que proporciona el órden.

Ese bordado que está en el bastidor es lindísimo, y él solo prueba que la niña tiene una educacion superior a su clase e instintos mas elevados que los de su condicion... ¡Pero qué muchacha tan hermosa! Y qué jovencita! Es un verdadero bocado de príncipe! Ese pícaro de Guillermo es el mas afortunado tunante!... Tenia razon Tomas en decirme que era un ánjel!... ¡Qué ojos! qué boca! qué cuerpo! Nunca he visto cosa tan linda!... ¡Y qué sencillez, qué elegancia, qué pudor se revela a primera vista! Si no lo estuviera viendo no lo creeria!... ¡Semejante tesoro en un conventillo!...

¡Cuánto no ganaria yo si me apoderase de esta muchacha!... Ella sola vale una fortuna! Estoi decidida.. Despues que la haya poseido Guillermo me pertenecerá... y entonces ya veremos el provecho que yo sacaré...

Pero quizá no es tan fácil la empresa, continuó hablando

consigo misma. Por lo que veo, esta jente es virtuosa... Allí hai imájenes que denotan piedad sin gazmoñeria de beatas; y esto es lo peor. A las beatas se las engaña o se las alucina; pero a las mujeres de corazon, a las verdaderamente cristianas, no hai posibilidad de engañarlas, si no es aparentando lo mismo; si no es haciéndose superior por el desprendimiento, entusiasta por la devocion, grande y filantrópica por la caridad: y para representar este papel es preciso mas intelijencia de la que se cree vulgarmente; sin embargo, Guillermito es un sabueso acostumbrado a estos lances, y talvez yo no tenga que torturar mi intelijencia sino usar de mi práctica para conseguir el objeto.

Estas reflexiones se habia hecho la tia Anastasia durante el tiempo que Mercedes fuera en busca de su padre.

El sarjento Lopez se presentó ante la persona que lo buscaba, con su blusa de trabajo y con un podon en la mano, y en seguida la dijo:—"Estoi a sus órdenes, señora."

—¿Es usted el señor don Domingo Lopez? preguntó la vieja con el mas almibarado tono.

—No, señora; yo no soi el señor don... sino simplemente el sarjento Lopez.

—Veo que usted es modesto, señor don Domingo, volvió a replicar la tia Anastasia, y esto habla mui alto en favor de su verdadero mérito.

—No sé si usted trata de agradarme, señora, repuso el sarjento con brusca severidad; pero puedo asegurarle que ese no es el medio.

La tia Anastasia, a pesar de su aplomo, se turbó un tanto con la ruda franqueza del veterano, y mas que todo con su carencia de pretensiones; sin embargo, no se cortó hasta el punto de no tener qué contestar, y así le dijo:

—Yo no quiero, señor, agradar a usted, ni tengo para ello el menor motivo. Le he hablado con la cortesania propia en mí y digna de toda persona honrada, porque, sépalo usted bien, sarjento Lopez, a mí no me gusta agradar sino

al mérito y a la virtud; y si mis palabras de simple urbanidad, le han disgustado, tenga usted la bondad de perdonármelas.

—Señora, replicó el sarjento Lopez; no ha sido mi ánimo hacerle a usted un reproche, sino el establecer simplemente mi humilde condicion, para no dar lugar a sentimientos de vanidad que mui bien podrian asaltarme dando oidos a lisonjas.

—Yo no lisonjeo, no agrado, no adulo, pero acato el valor de las personas, sabiendo apreciar el mérito que tienen en sí y que les corresponde de derecho.

La tia Anastasia habia acompañado estas palabras con tal espresion de sencillez y de benevolencia, con tal persuasion de sentimientos, que el sencillo militar, aun no queriendo, se encontró lisonjeado en su vanidad, o mejor dicho, en sus afectos, puesto que el amor propio tenia poco asidero en la conciencia del viejo soldado; sin embargo, para corresponder a la amabilidad de la astuta y solapada vieja, a quien creia sincera y bondadosa, le dijo:

—Si usted me conociera mas, veria cuán fuera de lugar es lo que me ha dicho; pero sin volver a hablar de mí, suplicaria a usted me dijese en qué puedo serle útil.

—Seré lacónica, señor Lopez, para no incomodarlo. Necesito unas piezas decentes para que viva un sobrino mio, cuya profesion es pintor y a quien yo acompaño, pues no tiene familia el pobre e intelijente jóven.

—Señora, si hubiera algunas piezas, aun cuando las del conventillo no serian buenas para usted, se las ofreceria; pero en el momento todas están ocupadas.

—¿Y no sabe usted de alguna casita decente y cómoda que exista por estos alrededores? porque a mi sobrino le gusta estar apartado del bullicio del mundo.

—Hai al costado una casa bastante buena, mas no sé si le acomodará el precio: su dueño pide quince pesos.

—A mi sobrino no le importa tanto el precio cuanto la

tranquilidad. Ya él ha adquirido cierto renombre y tiene muchas obras que le dan un buen resultado, pues el arte principia en Chile a tener aceptacion y por consiguiente a prometer beneficios. Figúrese usted que en el año anterior se ha ganado mi sobrino mas de cinco mil pesos; pero él lo gasta todo, porque es amigo de hacer el bien y se puede decir que casi da a los pobres en dinero la totalidad de lo que gana, salvo el que deja para sus mas indispensables necesidades.

—Esto es mui digno de alabanza, señora.

—Yo no quisiera que fuera tan pródigo, porque un artista que no tiene mas capital que su talento y su salud, es preciso que guarde por si acaso viene a sufrir ésta.

—La economia, cuando no está acompañada de la avaricia, cuando no es efecto del egoismo, es una gran virtud.

Mercedes escuchaba esta conversacion con sumo placer. Un jóven artista que se abre una gloriosa carrera por su talento, que gana sumas considerables y a medida que las gana las distribuye entre los pobres!... era para Mercedes lo que habia de mas hermoso, de mas noble y de mas ideal..

La bella niña, que se habia vuelto a sentar a su bastidor, dejó sus agujas; y con una mano en la mejilla y un semblante en que se revelaba el inocente entusiasmo, quedose contemplando a la tia Anastasia y como si esperara que continuase hablando sobre su sobrino el pintor.

La astuta vieja conoció en el acto el interes que habia despertado y prosiguió, dirijiéndose al sarjento:

—No hai duda, señor, la economia es una gran virtud, y asi lo pienso yo; pero ¿cómo contrariar instintos dignos de alabanza? ¿Cómo tratar de ahogar una jenerosidad que lo honra a él y que a mí misma me admira y me hace quererlo mas, a pesar de mis contínuas advertencias? Talvez, señor, me dejo yo arrastrar de los mismos sentimientos de Víctor y mi amonestacion no es tan calorosa y persuasiva; ¿pero qué responderle cuando me dice: "Querria usted que

dejara morir de hambre a este infeliz, por atesorar algunas monedas? Con este argumento me tapa la boca y en vez de enojarme, lo abrazo.

La tia Anastasia se llevó el pañuelo a los ojos como para enjugar una lágrima.

El seno de Mercedes se levantaba; sus puras y tersas mejillas se sonrosaban y toda su fisonomia tomaba una espresion dulce, tierna, apasionada.

La tia Anastasia seguia observando.

—Es usted mui feliz, señora, en tener un sobrino tan bueno, tan jeneroso y tan hábil, dijo el veterano con voz cariñosa, y ojalá la tuviéramos a usted por vecina nuestra, aun cuando nuestra amistad poco vale, pues somos pobres.

—Pobres pero honrados, ¿no es verdad? ¿Y no vale mas la virtud que el dinero y que la alcurnia? Mi sobrino tampoco tiene mas que su trabajo, y es, como ustedes, hijo del pueblo. ¿Por qué, pues, no se habia de creer honrado con la amistad de ustedes, y tanto mas cuanto yo así lo pienso?

—Agradezco, señora, su buena opinion; pero usted no nos conoce para que se aventure...

—Tiene usted razon; esta es la primera vez que les veo; sin embargo, para una persona de mi edad, para una persona de esperiencia y de mundo, permítanme que me haga este elojio, le basta una sola ocasion para juzgar bien o mal de los hombres... Pero hablemos de otra cosa, añadió la tia Anastasia con afabilidad; y la casita que usted me ha propuesto, ¿cuántas piezas tiene? ¿Habrá un cuarto grande y con bastante luz para el taller de Víctor? ¿Hai algun jardincito para mí, que soi tan amiga de las plantas?

Con ese jenio de observacion que distinguia a la matrona, habia notado, cuando salió Mercedes a llamar a su padre, que el sarjento se ocupaba en el pequeño jardin; y como la conformidad de gustos sirve de vínculo a la amistad, por esta razon ella, con refinada astucia, se hacia aparecer como apasionada por las plantas.

—Siento decir a usted, señora, que si bien la casa, por lo que respecta a habitaciones, puede agradarle, carece, sin embargo, de jardin, como sucede casi en todas aquellas que sus propietarios dedican para alquilar.

—¡Qué lástima! dijo la tia Anastasia aparentando sentimiento; pero no por satisfacer mi gusto debo privar a Víctor de su comodidad. Por otra parte, yo formaré mi jardincito, pues no puedo vivir sin flores y sin árboles.

—Y mi papá le ayudará a formar su jardin, dándole algunas de sus plantas, repuso Mercedes tomando parte en la conversacion.

—Con el mayor gusto, esclamó el sarjento.

—Gracias, señorita, gracias, señor. Entonces haremos cambios, porque yo tengo algunos árboles y flores que puedo hacer trasportar, y de los cuales talvez carecen ustedes; así es que ambos podemos sernos recíprocamente útiles.

La tia Anastasia mentia con el mayor descaro, pues quizá en su vida habia tomado una flor en sus manos y mucho menos habia cultivado. Esta alma fria, calculadora, egoista y que vivia solo del crímen, era insensible a esos placeres que requieren cierta sencillez de costumbres, cierta inocencia de gustos, cierta pureza de hábitos y de pensamientos.

—¿Quiere usted que vayamos a ver la casa? dijo el sarjento a la tia Anastasia.

—Si usted me hace el favor; pero no quisiera distraerlo de sus ocupaciones y menos incomodarlo.

—Bajo ningun aspecto, señora; y dirijiéndose a Mercedes le preguntó:—"¿Quieres venir con nosotros?"

—Ciertamente, papá; y así veremos con la señora el lugar mas adecuado para que forme su jardin.

—¡Qué amable es usted, señorita! Me dejaré guiar por sus consejos y los de su papá, puesto que son tan aficionados a las plantas.

—Discutiremos, señora, dijo el sarjento alegremente.

—¿Pero cómo dejan ustedes la casa sola?

—No importa; mi mujer no demora en llegar, y aun cuando se quede la puerta abierta, no hai el menor cuidado.

—¡Tan honrada es la jente que habita en el conventillo!

—Al menos con nosotros.

—Eso prueba mucho en favor de ustedes. ¿Serán ustedes mui queridos, desde el momento que son tan considerados?

—Vivimos en buena armonia con todos, respondió el sarjento con modestia.

La casita, como hemos dicho, se encontraba al lado de abajo del conventillo y era nueva, aseada y decente. La tia Anastasia la encontró inmejorable y le dió repetidas gracias al sarjento, diciéndole que le habia hecho un gran servicio y que su sobrino Víctor iba a estar mui contento, pues creia que llenaria todas sus exijencias. Respecto al jardin, discutieron un poco, quedando siempre de acuerdo con las observaciones de Mercedes o del sarjento.

—La tia Anastasia tomó las llaves, y dijo que desde el dia siguiente principiaria a arreglar para mudarse.

Mercedes y su padre se le ofrecieron en todo lo que pudieran serle útil.

La tia Anastasia habia concebido su plan: para ella era provechosa la pérdida de Mercedes: primero, por lo que le daria Guillermo; segundo, por lo que ganaria con la niña, a quien le daria toda la importancia necesaria por medio de su fortuna, a quien haria brillar por el lujo, para en seguida sacar el correspondiente provecho; y aun cuando era un inconveniente la virtud de los padres y la natural elevacion de la hija, sin embargo, ella se creia bastante astuta para vencer estas dificultades, mucho mas cuando en el resto de su vida habia superado mayores.

Respecto al cambio de domicilio que le exijia Guillermo, era imposible, como se lo habia dicho a Tomas, pues no podia abandonar su triple clientela o su triple profesion de usurera, de matrona y de... de que tan pingües ganancias

sacara diariamente; pero se lisonjeaba con que prestando algunas horas al proyecto de Guillermo, obtendria en poco tiempo el mas feliz éxito.

Entregada a estas cavilaciones llegó a su casa, en cuya puerta hacia rato que la esperaba Tomas para saber cómo le habia ido en su dilijencia y cuál pudiera ser la respuesta que llevara a su amo.

—¡Hola, Tomasito! dijo la vieja; ¿te he hecho esperar mucho?

—Se ha demorado usted mas tiempo del que me habia dicho.

—¿Qué quieres, hijo mio? Cuando uno encuentra sociedad tan amable, se entretiene.

—¿Con que le han parecido bien?

—No hai palabras... Toda ponderacion es corta, y lo que tú me habias hablado de la niña está mui lejos de la realidad.

—Me alegro, tia Anastasia, porque otra vez dará mayor crédito a mis palabras.

—Indudablemente; ¡pero qué niña tan bonita, Tomasito! Esa muchacha vale un Perú; y ahora comprendo el empeño de Guillermito; todo sacrificio es poco en vista de la posesion de ese ánjel!

—¿Qué debo entonces decir al señor don Guillermo? ¿Está usted resuelta a aceptar sus proposiciones?

—Le dirás que venga a verme hoi mismo y que lo demas depende de él.

—Pero no me dice usted ni sí ni no.

—Este es un asunto que debemos tratar yo y él, sin mas intermediarios.

—¿Tiene usted desconfianza de mí?

—Bajo ningun aspecto; pero hai dificultades que tú no podrias vencer; y sobre todo, ya te lo he dicho y esto basta: quiero arreglarme con él y solo con él, ¿lo entiendes?

—Perfectamente, y me someto a su órden suprema, con-

testó Tomas con cierta sonrisa irónica; y saludando a la vieja con afectada sumision, se marchó.

Pocos momentos despues el coche de Guillermo estaba a la puerta.

XIII.

—Ya sabia yo, picaronazo, que habias de ser bien solícito. Si te llamara la tia Anastasia para un asunto propio, estoi segura de que no vendrias tan pronto. ¡Lo que son los mozos! prefieren una linda cara que apenas han visto a una antigua amistad que los ha servido! porque no tendrás que quejarte de mí, prosiguió la vieja con volubilidad; yo he satisfecho todos tus caprichos y te he tratado como a un niño mimado.

—Y le estoi agradecido, tia Anastasia.

—¡Agradecido, picaron!... Y si me estuviera muriendo, eras bien capaz de no venir a verme.

—Afortunadamente, no ha llegado ese caso ni llegará tan luego; así es que tiene usted esperanzas de no poner a prueba mi buena voluntad, de lo que estará usted mui contenta, ¿no es verdad?

—Nadie quiere morirse, hijo mio, sobre todo cuando todavia puede ser uno útil a sus semejantes.

Y diciendo esto, la horrible matrona hizo a Guillermo un jesto entre risueño y burlon, que probaba la confianza que existia entre ambos interlocutores.

—Indudablemente, tia Anastasia, replicó el jóven en el mismo tono: su muerte seria para el mundo una pérdida irreparable!...

—¡Y la tuya, picaruelo! Aun cuando no tan universalmente sentida como la mia, seria llorada por las lágrimas de las bellezas de Santiago.

—Lágrimas que al dia siguiente se cambiarian por sonrisas.

—Nada es estable en este mundo; pero si por tí se cam-

biaban en sonrisas, ¡quién sabe si por mí no se cambiarian en blasfemias!

—A cada uno segun sus méritos. Esta es la doctrina de los sansimonianos.

—¡Vamos, vamos! No se puede altercar contigo, porque eres fuerte para la réplica y queda una siempre vencida; pero no perdamos tiempo y hablemos de lo que te interesa; he visto a la niña.

—¿La ha visto usted? ¿Y qué le parece?

—No solo bonita, sino hermosa; y no solo hermosa, sino anjelical.

—¿Tanto le ha gustado?

—¡Gustado! es mal dicho; estasiado, quieres decir.

—No la creia a usted tan apasionada de la hermosura.

—Pero hai hermosuras de hermosuras, y en mi vida he visto una igual a esta. Ahora comprendo todo el empeño que tienes.

—En efecto, haré cualquier sacrificio por obtenerla.

—¡Ya lo creo!

—¿Y me ayudará usted?

—Eso depende de las condiciones; y aun cuando ya he comenzado a hacer algo en tu favor, todavia el negocio no está concluido.

—¿Qué falta?

—Que nos convengamos.

—Por lo que hace a dinero, no repare usted. Acepto de antemano cuanto me pida, pero con la condicion de que la he de poseer.

—Tú y yo haremos cuanto esté de nuestra parte y espero que no saldremos burlados, porque si no se rinde por bien, la haremos rendirse por mal.

—Solo en un caso estremo... Soi poco partidario de esos triunfos violentos.

—Ya lo creo, pues lo que es voluntario es mas agradable;

sin embargo, suele ser tan tenaz la *enfermedad*, que se hacen necesarios remedios activos, y talvez el caso actual es uno de esos.

—¿Por qué lo juzga usted así?

—Porque esa niña es virtuosa a toda prueba y tiene una elevacion que proteje su inocencia: estos caracteres son jeneralmente los mas indomables y los mas enérjicos.

—Pero usted dice que es inocente.

—Allí está justamente la dificultad y el peligro.

—No comprendo.

—Cómo! El don Juan de Santiago, el héroe de lord Byron, el sabio por escelencia, el que ha pasado toda su vida en intrigas amorosas, el que conoce a la mujer bajo todas sus faces, ¿ignora esto?

—Siempre he pensado que la inocencia era mas susceptible de ser engañada.

—Pero no cuando esa inocencia es intelijente, elevada, pundonorosa. Cuando esa inocencia tiene encarnado el idealismo de la virtud, resiste por instinto, y por un instinto invencible, a todas las sujestiones halagüeñas del vicio. Créemelo, Guillermito, en este particular tengo mas conocimiento que tú, por ser mujer y por... haber conocido tantas clases de mujeres...

—Entonces, ¿no se atreve usted?

—No digo eso, sino que es difícil, y que es preciso mas tacto, mas finura, mas suspicacia, mas talento para seducir a esta niña que a cualquiera otra.

—Está bien, pero la conseguiremos...

—Asi lo espero: el dinero hace mucho.

—Gaste cuanto quiera.

—Sin embargo, hai otra dificultad: yo no puedo cambiar de residencia... Mi clientela...

—Le daré a usted el doble de lo que ella le produzca en ese tiempo.

—Sé que eres jeneroso y bastante rico para satisfacer tus

caprichos sin mirarte en el dinero; pero me es imposible dejar mi casa.

—Entonces tendré que abandonar la empresa.

—Quiero darte gusto, y para probártelo voi a hacer el mayor sacrificio. Este es mi plan: yo iré a la casa que he tomado ya a acompañar a mi querido *sobrino el pintor Víctor*, pero en aquellas horas en que sea necesaria mi presencia, haciendo siempre creer que vivo allí, que será justamente lo que tú hagas, pues no presumo que pases todo tu tiempo en aquella miserable habitacion: asi todo se armoniza, se llena el objeto y nadie se sacrifica. Tu criado Tomas puede quedar viviendo allí de efectivo y nos servirá muchísimo, pues de esta suerte creerán todos que estamos en casa. Los acontecimientos nos dirán por sí mismos cómo debemos obrar.

—Me parece bien lo que usted dice, pero al principio tendremos que estar mas asistentes.

—Indudablemente. Ahora falta que se preste el pintor a esa supercheria.

—Eso es mui sencillo y respondo de ello.

—Será necesario obrar con actividad, porque me traje las llaves y previne que mañana principiaria la mudanza. La casa no puede estar mejor colocada, pues se encuentra al lado mismo del conventillo. Respecto al arreglo interior, déjalo a mi cuidado. Tú te encargarás únicamente de la sala del pintor. Yo me ocuparé de los muebles y de las plantas, porque es preciso que sepas que soi *desde hoi* mui aficionada al jardin, y es indispensable que mande comprar donde el doctor Seget una o dos carretadas de macetas de diversas flores, pues no puedo *vivir* sin árboles, ¿me entiendes?

—Comprendo a usted perfectamente: aquellas jentes son aficionadas al cultivo de las plantas.

—No hai como hablar con una persona intelijente, que a media palabra adivina todo un pensamiento... ¡Inocentes flores! ¡si supieran el uso para que se las destina! Bien digo

yo siempre: que las cosas mas insignificantes son las que producen mayores resultados... Allí verás, Guillermito, el partido que saco de esas plantas: ellas van a afianzar mi *sincera* amistad con el señor don Domingo Lopez y a tejer el lazo de union entre vuestros juveniles corazones; y la vieja reia maliciosamente.

—Es usted admirable, tia Anastasia; y si esa niña vale tanto por su candor, por su juventud y por su belleza, usted no vale menos por su intelijencia. ¡Qué feliz no habria sido el hombre que se hubiese casado con usted! dijo Guillermo dando una carcajada.

—Pobre Josesito! esclamó la matrona con aire compunjido: él no supo la joya que poseia y que perdió por su mala cabeza.

—Con que ha habido un hombre en el mundo que se haya atrevido!...

—A solicitarme, ¿no es esto? Entonces estás pensando que hasta ahora conservara mi...

—No voluntariamente, pero sí obligada.

—No es malo el elojio que me haces, Guillermito!

—Es que hai virtudes que pueden desafiar impunemente las asechanzas de este mundo.

—Y una de ellas es la mia.

—Asi lo habia creido hasta este momento; pero veo que no le ha faltado a usted su Josesito.

—Búrlate cuanto quieras: talvez no está distante el dia en que me llegue a mí tambien el turno.

—Yo aceptaré con gusto todo lo que me venga de usted, tia Anastasia; porque siempre tendrá por lo menos el sello de la intelijencia.

—Quizá quieres decir de la maldad?

—No era mi intencion aventurarme a tanto; pero veo que su pensamiento la traiciona.

—Picaronzuelo, te conozco tanto como a tu padre.

—¡Como a mi padre! ¿Usted ha conocido a mi padre?

—Del mismo modo que al hijo, y puedo decirte que no ha desmentido la raza.

Guillermo se puso serio. El podia soportar las sátiras de la vieja matrona cuando se hablaba de sí mismo, pero no le gustaba ver a su padre en boca tan inmunda; porque él no ignoraba de todo lo que era capaz aquella mujer, y que su palabra y aun su aliento era suficiente para empañar una reputacion, por mas acrisolada que fuera.

—Parece que te has amostazado, Guillermito, prosiguió la tia Anastasia; sin embargo, no hai motivo para ello. Tu padre, como tú lo eres ahora, fué jóven, amigo del bello sexo, entusiasta adorador de la hermosura; y sin embargo, manejaba su negocio mejor que tú lo gobiernas; pues él, dándose toda clase de satisfacciones, sabia sacar partido, es decir, hermanar el placer al interes, haciendo que el primero sirviera para conseguir el último; mientras que tú eres por el contrario: sacrificas el último al primero.

—No creo que mi padre haya entrado a esas cabalas, y menos aun en relaciones con usted.

—Eres orgulloso, Guillermito, pero yo soi siempre blanda, complaciente y humilde, y no me ofenden tus dudas; con todo, siento que has dejenerado en algo, pues, si bien tienes todas las cualidades que hacian adorable a tu papá, careces de una de sus virtudes: el saberlas hacer servir en bien de sus intereses.

—Tengo mas mundo del que usted se figura, tia Anastasia, y sé que la calumnia es una arma que por lo regular emplean ciertas jentes.

—No niego la máxima, porque es mui verdadera, pero inaplicable al caso y a la persona. Yo jamas calumnio, hijo mio, y no digo calumnio, sino que nunca hablo, por mas que sepa la verdad de las cosas; sin embargo, como esta conversacion pasa entre tú y yo, puedo afirmarte que tu intelijente padre sabia hacer valer sus cualidades en provecho de sus intereses, y en prueba de ello, puedo decirte... No

quiero continuar, porque te enfadarás y a mí no me gustan semblantes adustos sino placenteros y alegres.

—Prosiga usted.

—No, hijo mio, bástete saber una cosa: que hai pocos misterios que yo no conozca, pero que morirán conmigo... Ya he hablado mas de lo que debiera, Guillermito, vamos ahora al asunto que nos ocupa de preferencia: ¿Me autorizas para obrar como quiera?

—Indudablemente.

—Entonces, desde mañana comienzo la instalacion en la casa de la calle de San Pablo.

—Hágalo todo como mejor convenga y no se pare en gastos.

—Convenido, pero no olvides lo principal: el taller del pintor.

—Pierda usted cuidado: eso estará listo al mismo tiempo que lo demas, si se da prisa.

—Ahora, ¿cuál será mi ganancia?

—Póngala usted misma.

—No hai como hablar con jóvenes como tú... da gusto el servirlos; sin embargo, no soi partidaria de los términos vagos; fijemos una suma.

—La que usted guste; pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Que he de salir bien en mi empresa.

—¿Y cuánto me darás en ese caso?

—En ese caso fije usted el precio, pues de lo contrario no le daré un centavo.

—Esta es una *iguala*, como dicen los abogados, y me adhiero a ella. Falta ahora saber la cantidad.

—Ya le he dicho que usted misma la señale.

—No quiero ser contigo cargosa ¿serán mil pesos?

—Está bien.

—Pero fuera de todos los gastos, de los cuales te pasaré una cuenta detallada.

—Convenido.

—Ahora que ya estamos arreglados y amigos como siempre, hasta la vista, pues necesito descansar un poco de lo que me has hecho trabajar hoi dia.

Guillermo dió la mano a la horrible vieja y partió; pero antes de salir, le dijo ésta:

—Se me olvidaba, Guillermito, una cosa principal, y es, que desde mañana debe quedar bajo mis órdenes y a mi esclusivo servicio tu perillan de criado, que necesito ocupar en muchas cosas. Conmigo, añadió la tia Anastasia, no ganará su plata tan de balde como en tu casa, porque yo sé aprovechar el tiempo y sacar partido de las aptitudes de cada cual... Hasta mañana.

—Hasta mañana; y si no hai victoria no hai premio.

—La recompensa no se dá sin el éxito... Yo no te exijo otra cosa..
....

XIV.

No hacia mucho tiempo que habia dejado la tia Anastasia la casa del sarjento Lopez, cuando llegó a ella Ceferina, es decir, la emisaria de Luisa, la que representaba al *ánjel bueno*, asi como la matrona examinada, emisaria de Guillermo, representaba al *ánjel malo.*

El sarjento y Mercedes contaban a Marta la visita que habian recibido durante su ausencia, y que era probable que luego tendrian vecinos agradables con quienes asociarse; pues, tanto la tia como el sobrino, segun el retrato hecho por aquella, eran personas dignas de la mayor consideracion. Mercedes, particularmente, decia que el arte de la pintura le habia agradado siempre y que estaria encantada al ver de cerca esos cuadros que solo habia podido contemplar en algunas galerías mirándolos a la distancia.

Engolfada en tan agradable conversacion se encontraba

la familia del honrado sarjento, cuando fué interrumpida por el inesperado arribo de una nueva visita: era Ceferina, que preguntaba si allí vivia don Domingo Lopez.

—Servidor de usted, señora, contestó el sarjento; tenga usted la bondad de pasar adelante.

Ceferina entró... Su dulce y franca fisonomía y la espresion de apacible bondad que se notaba en toda su persona previno favorablemente a los habitantes de aquel modesto albergue.

—Señor, dijo Ceferina, dirijiéndose al sarjento y mirando de una manera afectuosa a Mercedes y a Marta; usted es probablemente el padre de un jóven que ha salvado ayer de un inminente peligro a dos señoras que venian en su coche, cuyos caballos se desbocaron en la calle del Dieziocho, y sin el ausilio de él hubieran talvez perecido esas personas.

—Sí, señora; pero tenga usted la bondad de sentarse, respondió el veterano, cuya fisonomía se llenó de complacencia al recuerdo de este reciente suceso.

Ceferina tomó el asiento que se le ofrecia, y con franqueza llena de naturalidad y señorio, dijo:

—Vengo a hacerle una visita de parte de esas damas.

—Usted! esclamó Mercedes, parándose y acercándose a Ceferina.

—Sí, señorita, contestó ésta. Soi el ama de leche de Luisa Valdes, la mas jóven de las dos señoras que se encontraban en el coche.

—¿De esa tan amable, hermosa y buena señorita? volvió a repetir Mercedes, sentándose al lado de Ceferina con tan cariñoso abandono y con espresion tan afectuosa, que, Ceferina conmovida, le tomó una de sus manos, diciéndole:

—Sí, hijita, ella misma me ha ordenado venir a veros.

—Tanta bondad! esclamó Marta.

El viejo sarjento, haciendo un jesto de aprobacion, que queria decir que estaba complacido y gozoso, acercó su sillon hácia Ceferina con muestras inequívocas de simpatía.

—No es bondad, señora, la de mi hija Luisa al mandarme a casa de ustedes, sino que es una obligacion, un deber de gratitud hácia sus bienhechores.

—Hácia sus bienhechores! repuso Domingo Lopez; cuando somos nosotros quienes debemos estar reconocidos a esas señoras por la cariñosa afabilidad con que hemos sido tratados por ellas, particularmente mi hija, a quien abrazó repetidas veces la señorita jóven.

—En efecto, yo le estoi mui agradecida, si acaso, dijo Mercedes, puede llamarse agradecimiento lo que esperimento por ella; y la hechicera jóven fijó su mirada de inefable ternura en la ama de leche de Luisa Valdes.

Ceferina se sintió dulcemente atraida por un magnetismo irresistible que parecia desprenderse a torrentes de los velados ojos de Mercedes.

Nada, en efecto, hai de mas elocuente que el semblante de una persona injénua. Nada revela mas el interior de un alma, nada espresa los afectos, y la palabra mas elocuente no pinta con tanta propiedad lo que sentimos, como el brillo de los ojos y el rubor o palidez del rostro. ¡Qué lenguaje ha sido nunca capaz de decir con propiedad todo cuanto espresa una mirada! Esa centella del alma que penetra en el interior, que se revela como el relámpago, que atrae como el iman, que rechaza y que quema, se siente y se concibe, pero no se esplica ni analiza: ese es un misterio cuyos efectos es patentizan, pero cuya causa se esconde entre los impenetrables arcanos del ser y en el secreto infinito que rodea al hombre, esparciéndose sobre la creacion...

Ceferina, como hemos dicho, se encontró subyugada por la amabilidad dulce y la gracia sencilla de Mercedes, y dirijiéndose a ella, la dijo con mucha efusion.

—Eres digna, hija mia, del afecto que te profesa Luisa, porque veo que se lo correspondes. Ella me mandó aquí con un doble objeto: el hacerles una visita y el ver si les podia er útil en algo; pero me cabe la satisfaccion de hallar en

esta casa la paz y la felicidad, de suerte que solo tengo que reiterarte su amistad, que, segun ella me lo ha dicho, te habia ofrecido ayer.

—Su bondad, señora, contestó Marta, ha llegado, es cierto, hasta espresarse con tan afectuosas palabras, pero nosotros conocemos bien la diferencia que existe...

—Y no debemos, interrumpió Mercedes, confundir las cosas.

—Pero no hai ni bondad ni confusion en los sentimientos de Luisa, porque ella, con mas razon que yo, pues tiene mayor motivo, si les he de hablar con franqueza, esperimenta la misma afeccion; y dispénsenme que se los diga, sin pensar en serles agradable: ella, aun cuando me habia hablado mucho en favor de ustedes, se ha quedado atrás de lo que en realidad son.

—Nosotros no merecemos nada y mucho menos sus elojios, dijo el sarjento. Si en la sencillez de nuestras costumbres, continuó, encuentra usted algo de favorable, es todo cuanto en realidad tenemos; pero por lo demas, es una ilusion que proviene de ustedes y no un efecto de cualidades que no poseemos.

—Señor, repuso Ceferina, con un tono en que se denotaba su complacencia; la humildad que ustedes manifiestan no puede menos que realzar el mérito que tienen.

—Suplico a usted que no prosiga, si no quiere avergonzarnos, dijo Mercedes, bajando sus ojos y cubriéndose sus mejillas del celestial carmin de la modestia.

—Vamos, vamos, replicó Ceferina apercibiéndose del rubor de la niña; te prometo que no hablaré mas sobre el particular, pero esto no impedirá que reflexione, piense y tambien te quiera.

—Me contento con lo último, señora, y se lo agradezco en el alma.

—Nada de agradecimiento, hija mia, pues solo te pido recompensa, es decir, que el afecto que me has inspirado me lo pagues con el vuestro.

—Ciertamente, la bondad de usted y el hecho de ser la ama de la señorita Luisa Valdes, son dos títulos para mi corazon.

—No digas la señorita Luisa Valdes, sino Luisa Valdes simplemente, porque eres ya su amiga y estoi persuadida que lo serás mucho mas en poco tiempo.

—Yo no soi digna de tanto honor.

—La virtud, hija mia, no reconoce jerarquias; pero como ya te he dicho que no quiero volver sobre el mismo punto, porque temo incomodarte, me permitirás que te pregunte por tu hermano, o por vuestro hijo, repuso, dirijiéndose al sarjento y a Marta; y aun cuando no ha precedido ninguna presentacion entre nosotros, y me he introducido en casa de ustedes sin consultarlos, creo de mi deber informarme por el jóven que tan valerosamente salvó de la muerte a la señora doña Juana y a Luisa...

—Enrique, señora, bien que no trabaja en estos dias por ser de fiesta, contestó el sarjento, ha sido llamado hoi por su maestro; pero no puede tardar mucho en venir, porque no hai trabajo en la fábrica. Respecto a lo que dice usted de haberse introducido en nuestra casa sin nuestro consentimiento, podemos asegurarle que nos ha causado un verdadero placer; y no crea, señora, que esto es un cumplido de mi parte, sino la espresion franca de un viejo soldado que no conoce otra política que la del corazon ni otro lenguaje que el de la verdad.

—Política y lenguaje mui apreciables y que debemos siempre preferir a cualquiera. Por mi parte, yo lo acepto y lo aprecio en todo su valor. Pero vamos a otra cosa, dijo Ceferina; dispensen ustedes mi curiosidad de mujer: aquí veo un bordado que probablemente es de Merceditas, y desearia examinarlo.

Mercedes se paró en el acto y trajo su bastidor al lado del asiento que ocupaba Ceferina.

—¡Qué hermoso! esclamó la ama de Luisa Valdes; ¿dón-

de has aprendido, hija mia, a hacer tan buenas cosas?

—He tomado algunas nociones en el colejio de... y despues, ayudándome de dibujos que he tratado de imitar, he adelantado algo; ¿pero en realidad lo encuentra usted regular?

—No solo regular sino magnífico. Creo que Luisa no trabaja tan bien, a pesar de tener mucha enseñanza y mucho gusto.

—Señora! ¿Quiere usted burlarse de mí? dijo Mercedes sonriéndose.

—Yo no me burlo de nadie, hija mia, sino que hablo con la misma franqueza con que ustedes hablan, franqueza propia de nuestra condicion, en la que no debe haber jamas ni engaño ni disimulo.

—Es verdad; pero creo imposible que mi trabajo merezca la aprobacion de una persona como usted, que debe conocer mejores, mientras que yo no tengo con qué comparar, si no es las muestras, que nunca puedo imitar con perfeccion.

XVI.

El sarjento y su mujer escuchaban esta conversacion sin tomar parte en ella, pero mui complacidos, ya fuese de las observaciones favorables de Ceferina, ya de las respuestas injénuas de Mercedes; sin embargo, como les pareció que su hija se encontraba turbada con los elojios de la señora, trataron de mudar el jiro de la conversacion, y Domingo Lopez convidó a Ceferina para ir a ver su pequeño jardin, que era el orgullo del viejo soldado.

Nada hai de comparable a un pequeño huerto cultivado por un militar, cuando este tiene aficion a las plantas. No sabemos si la vida de cuartel, bulliciosa pero aislada, o si los azares de la guerra, si ese peligro constante, hace que se dediquen con mas gusto a los trabajos de la paz y sobre

todo al cuidado de esos inofensivos seres que se llaman árboles o flores y que forman contraste con la vida anterior; pero lo cierto del caso es, y en fuerza de una observacion jeneral y constante, que siempre se encuentra mejor trabajada la tierra por un soldado que por cualquier otra persona, cuando aquel tiene la inclinacion. Por este motivo, el pequeño espacio de terreno de que disponia el viejo sarjento era en realidad una maravilla de órden, de limpieza y de fecundidad. Allí se encontraban las mas lindas flores, flores comunes, es verdad, pero no menos bellas, del mismo modo que las mas ricas frutas, que, siempre tomadas en sazon, hacia el placer de la familia y se repartian entre los vecinos; porque Domingo Lopez daba y no vendia sus es quisitos productos, complaciéndose únicamente en que le dijeran: "jamas habíamos probado cosa tan agradable;" y el antiguo soldado de la *Patria vieja* se retiraba satisfecho y orgulloso de la opinion emitida por aquellos a quienes regalaba, siendo ésta su vanidad mas marcada, porque le hubiera sido mui desagradable que encontrasen mala una pera o un durazno de su jardin.

Cuando Ceferina entró, por la invitacion del sarjento, en el huerto de éste, quedóse sorprendida al ver tanto órden, tanta limpieza, tanta abundancia y tanta hermosura, comparativamente hablando, en un pequeño recinto. Allí no se veia un solo pedazo de tierra perdido. Las paredes mismas estaban tapizadas de verdura, y las flores y las frutas se alternaban, o mas bien dicho, se entrelazaban las unas a las otras, porque al pié del árbol se encontraban las matas de rosas, de claveles, de margaritas, de lirios y de mil otras hermosísimas plantas que no dañaban en nada la frondosidad del peral, del cerezo, del damasco o del durazno, pues Domingo Lopez nada desperdiciaba, sino que sabia armonizar la vista con el provecho, asi como si dijéramos, la poesía a la conveniencia, el espíritu a la materia y el pensamiento al lucro, porque todo estaba de tal manera colocado,

que alhagaba la vista y el apetito, el corazon y el paladar.

Ceferina, aunque acostumbrada al hermoso y aristocrático jardin de su casa, no tenia idea de todo el provecho, de todo el injenio que desplega la pobreza ordenada, limpia, poética que se suele ver en algunos, por desgracia, escasos lugares; porque entre nosotros reina jeneralmente la incuria, el abandono y la falta de intelijencia, que no sabe sacar partido de lo que se posee ni aprovechar lo que se tiene; asi es que ella no pudo menos de hacer los mas cumplidos elojios a Domingo Lopez, que era el rei de aquella pequeña monarquía que con tanto acierto y con tanto provecho dirijiera.

Mercedes, dejando a Ceferina con sus padres, se puso a cojer flores para hacer un ramo, asemejándose en su ocupacion a la abeja que corre de un lugar a otro, parándose por un momento en el cáliz de las plantas para chupar su néctar. Cuando creyó haber acumulado todas aquellas flores que necesitaba, se fué a su cuarto, habiendo salido en poco tiempo de él con dos hermosísimos ramos, hechos con tan esquisito gusto, que suplia a la sencillez de las plantas; pues como ya lo hemos dicho, solo habia en el jardin del sarjento flores comunes.

Al presentar Mercedes los dos ramos a Ceferina, siendo destinados uno para ella y otro para Luisa, quedóse admirada esta última no solo de la lijereza sino de la hermosura de ellos, pues se encontraba cierta simetría que hacia resaltar el valor y aun el brillo de las flores, denotándose, en esa pequeñez, el esquisito gusto de la artista que sabe hallar armonía en todas partes, realzando las cosas por la colocacion que el injenio proporciona y que la imajinacion asociada al arte embellece sobremanera.

—Señorita, esclamó Ceferina, en vista de aquellos dos hermosísimos ramos; no sé cuál alabar mas: si el brillo de las flores o el gusto con que están colocadas; pero lo cierto del caso es que habrá pocos ramilletes tan lindos como éstos y ménos personas que sepan acomodarlos iguales.

—Si, como usted dice, hai algun mérito en ellos, contestó Mercedes, todo es debido a la hermosura natural de las plantas.

—Pero el matiz, pero el órden, pero la simetría, no provienen de ellos, sino de tí, hija mia, y esta es una de las cosas que tambien es preciso admirar.

—Veo que usted es mui bondadosa, privándola quizá esto de ser justa.

—Quieres, hermosa niña, hacer desaparecer mis elojios, y yo aprecio esa modestia en todo su valor.

—Me ha hecho usted la promesa de no hablar de mí, y reclamo el cumplimiento de su palabra.

—Lo habia olvidado; pero es que a cada instante tengo mayores motivos para ello.

—Dejémonos de disputas, interrumpió Marta, y vámonos para la cuadra a tomar algunas frutas.

Es de advertir que la pobre mujer del sarjento Lopez llamaba cuadra o salon a la mas que modesta habitacion en que tenia sus urnas de santos y en que recibia a sus visitas, habiendo, por una especie de deferencia hácia Ceferina, acomodado allí una pequeña mesa, en lugar de llevarla a la pieza que les servia de comedor.

Ceferina aceptó gustosa la invitacion, pues esto le daba cierta familiaridad que podia hacerle descubrir cuanto queria a propósito de los recursos de la familia, del carácter, de la moralidad y aun de la ilustracion de cada uno de los miembros.

La conversacion se hizo luego jeneral; y la ama de Luisa Valdes, que se fijaba en todo, pudo conocer por la limpieza del servicio, que disfrutaba aquella familia de alguna comodidad, y por la sencilla elegancia de modales, que habian recibido una educacion superior a su esfera, principalmente Mercedes, que tenia esa distincion natural que es propia de ciertos seres privilejiados a quienes Dios ha querido colmar de sus favores.

Marta, sin la menor afectacion, dijo a Ceferina su modesto modo de vivir, los recursos con que contaban, la distribucion que hacian de ellos y el empleo del tiempo que repartian para el desempeño de sus ocupaciones diarias y aun para su descanso y placeres.

Ceferina estaba encantada al ver una vida tan útil, tan llena, tan feliz, y comprendia perfectamente cómo se puede ser dichoso en la pobreza, sin que sean indispensables los bienes de fortuna que la jeneralidad busca con tanto ahinco y en que hace consistir el mundo la felicidad. Ceferina tenia a la vista un hecho práctico, una leccion evidente que no podia negar, porque la estaba palpando, y un ejemplo digno de imitarse, pues esa sencilla existencia parecia esparcir a su alrededor la paz y satisfaccion del alma, como si un perfume de dulce tranquilidad se exhalara de aquel recinto donde no habia entrado jamas la negra envidia, la murmuracion hiriente, la cólera ni la venganza, compañeros inseparables de la triste miseria, que, degradando el corazon, lleva siempre consigo el vicio; sino que era un albergue en que se cobijaba el trabajo, el órden, la moderacion, la mansedumbre de los afectos, la ternura en los sentimientos y hasta la elevacion en las ideas a que nos conduce la práctica de la caridad; porque, dígase lo que se quiera, esta es la virtud que mas ennoblece al hombre, que mas ensancha el corazon, que mas depura y sublimiza el pensamiento, y esta era la virtud principal de la familia Lopez.

Fuera del recinto de Luisa Valdes, jamas habia contemplado Ceferina costumbres mas puras, hábitos mas sencillos, tendencias mas nobles, doctrinas mas sanas e ideas mas justas, razonables y humanitarias; así es que su complacencia casi rayaba en admiracion, en admiracion hacia su complacencia, porque para las almas buenas se identifica lo uno a lo otro, sin que jamas pueda darse lo primero sin lo segundo o lo segundo sin lo primero.

XVII.

En disposiciones, podremos decir tan favorables, como en las que se encontraba Ceferina en esas circunstancias, fué cuando se presentó Enrique, que venia de casa de su maestro.

El jóven obrero no llevaba su vestido de costumbre, sino su traje del domingo, porque, continuando las solemnes festividades de la época de la independencia, los talleres de trabajo no estaban abiertos y solo habia ido a casa de su patron por un llamado especial que le habia hecho éste, de manera que apareció a su casa vestido de levita en lugar de blusa, y tan sencillamente elegante como el hombre mas acostumbrado a llevarla.

Ceferina quedó algo sorprendida, sin saber en realidad si era el hermano de Mercedes o un jóven de la mas escojida sociedad el que aparecia a la puerta, pues a primera vista se hacia notar un aire tan distinguido y tan natural, que era imposible atribuírsele a un obrero; y sin el movimiento de Mercedes, que se paró de su asiento inmediatamente y que tomando a Enrique de la mano lo presentó a Ceferina, diciéndole:—"Es mi hermano," no lo habria talvez creido la ama de leche de la señorita Luisa Valdes: tal era la aristocrática nobleza de aquella fisonomia pensativa y tierna, atrevida, dulce y melancólica.

Mercedes continuó en el acto de la presentacion:

—Esta amable señora ha venido a hacernos una visita a nombre de la señorita Luisa Valdes.

—Enrique, al oir esto de su hermana, se turbó... Una palidez mortal cubrió su rostro, poco antes sonrosado por la ajitacion de la marcha.

—Sí, señor, respondió Ceferina tendiéndole la mano; he venido con ese objeto y tengo gusto en desempeñar una comision tan agradable.

—Señora, no somos acreedores... balbuceó Enrique.

—Usted es digno de la gratitud que tengo encargo de presentarle, despues de la action tan noble como valiente que ha hecho.

—Puedo asegurar a usted que el acto ha sido insignificante y que solo una casualidad ha podido hacer que recaiga en esas señoras, pues lo hubiera efectuado por cualquiera persona que se encontrase en el mismo caso; de consiguiente no merece tanto reconocimiento.

En la respuesta de Enrique, habia la misma injenuidad, la misma franqueza, podremos decirlo asi, despreciativa, que manifestara antes a Luisa en persona, y que él en realidad consideraba comun y sin ningun valor.

Ceferina no pudo menos de mirar al jóven para ver si en su desprendimienno no habia algo de afectacion; pero al notar la naturalidad con que era dada su escusa no pudo menos de responderle:

—Despues de lo que usted me ha dicho, el acto de que hablamos tiene mayor valor.

—No he tenido, señora, contestó Enrique ruborizándose, el deseo de alabarme, sino el de decir la verdad.

—Esto mismo es lo que constituye el mérito, pues si hubiera visto esa pretension, se habria disminuido el efecto que me ha producido.

—No sé, señora, repuso Enrique con cierta severidad, si usted se burla o si me halaga, pero creo no haber dado márjen ni para lo uno ni para lo otro.

—Líbreme Dios, amiguito mio, de lo primero, dijo Ceferina con cariñoso semblante y con una espresion de familiaridad espansiva; líbreme Dios de burlarme de lo que es bueno y de elojiar a nadie sin fundamento; porque tanto en un caso como en otro obraria mal y seria para mí el caso de decir que usted no me conoce lo bastante para atreverse a juzgarme asi.

—¿La he ofendido a usted, señora?

—Bajo ningun aspecto; yo no soi, como usted ve, tan susceptible, no dando jamas a las palabras otro sentido que aquel en que se dicen.

—Puedo haber cometido una falta sin saberlo.

—Y si la ha cometido usted, se la perdono, dijo Ceferina sonriéndose; ¿podremos entonces considerarnos como amigos?

—Y como amigos verdaderos, esclamó Enrique, dando afectuosamente la mano a Ceferina.

Este movimiento espontáneo del jóven obrero tenia tanta sinceridad como nobleza, mostrando esa injenuidad del hombre libre que no cede a sujestiones sino al impulso de sus sentimientos, y a quien no se ha puesto jamas el cartabon de la sociedad, al cual para ser elegantes y bien criados es preciso someterse; sino que él, conformándose con sus instintos, obedecia a ellos; de suerte que sus acciones estaban en armonia con sus pensamientos, sin desmentirse los unos por los otros.

Ceferina esperimentaba cada vez mas, y a cada instante y a cada palabra del jóven, esa seduccion misteriosa que se llama simpatia y que no es otra cosa que la revelacion del mérito, el predominio de la virtud, la influencia oculta que nos lleva al perfeccionamiento y que Dios ha grabado en todos los seres para llegar a fines que nos son desconocidos, pero cuya evidencia no podemos menos de patentizar por todas partes donde nuestra vista se dirija o donde nuestro escaso entendimiento llega.

Ceferina estrechó la mano que el jóven le habia estendido, y le dijo con cariño:

—De hoi en adelante seremos amigos y mui amigos; y para establecer desde luego estas relaciones, pienso venir a llevarme mañana a Merceditas, si ustedes tienen la bondad de darle permiso. Luisa va a tener un verdadero gusto en verla.

—Pero cómo quiere usted, señora? esclamó Marta; Mercedes no está acostumbrada a la sociedad.

—¡Sin embargo, tendria tanto placer! dijo Mercedes.

—No hai duda, repuso Enrique; dele usted permiso, madre mia.

—Tengo muchísima voluntad, y me considero mui honrada con la proposicion; pero temo...

—Nada tiene usted que temer, interrumpió Ceferina; pues si supieran cuán favorablemente se ha espresado Luisa en favor de su estimable hija, no haria la menor objecion.

—¿Se ha acordado de mí? preguntó Mercedes con injenuidad.

—¿No lo estás viendo, hija mia? Si no hubiera sucedido esto ¿estaria yo aquí?

—Es cierto; su bondad parece tan grande como su hermosura.

—Veo con satisfaccion que la correspondencia es recíproca, pues el afecto que tú manifiestas ahora por ella, hace poco lo demostraba ella por tí cuando me mandó a hacerles esta visita: pero, señora, dijo Ceferina, volviéndose hácia Marta ¿consiente usted?

—Con el mayor gusto, solo tenia algunos temores...

—Esté usted tranquila: su hijita, puedo asegurarlo, quedará tan contenta de la visita como satisfecha Luisa.

—Yo puedo responder de mí, y desde luego; pues volver a ver a la señorita Luisa será para mí el mayor gusto.

—Con que, si está convenido, yo vendré a llevarla.

—A la hora que usted guste, señora, contestó Marta.

—Esta noche no voi a poder dormir pensando en mañana, esclamó Mercedes con infantil alegría.

—No creas que sea menor el contento de Luisa.

—No tanto, no tanto, señora, porque yo la quiero muchísimo.

—Sin entrar en una nueva disputa como la que acabo de tener con tu hermano, repuso Ceferina con amabilidad, voi a retirarme, porque he estado aquí mas del tiempo que ha-

bia pensado y porque quiero darle cuanto antes a Luisa la buena noticia que le llevo.

—Si a usted le parece mucho el tiempo, dijo el sarjento, nosotros creemos que apenas acaba de llegar.

—Creia que los militares no eran tan políticos, repuso Ceferina sonriéndose.

—Pero, yo, señora, acabo de llegar, interrumpió Enrique.

—No es ese un motivo para que no haya estado largo tiempo, y por otra parte esta no será la última visita, sino que espero tener el gusto de repetirlas con frecuencia.

Y sin aguardar respuesta alguna se paró Ceferina para despedirse, abrazando con cariño a Marta y Mercedes, y dando la mano al sarjento y a Enrique... todos fueron a acompañarla hasta la puerta del conventillo, en donde volvieron nuevamente a despedirse.

XVIII.

—Qué dia tan feliz, esclamó Mercedes, luego que estuvieron en sus habitaciones, echándole los brazos al cuello de su hermano.

—Ya lo creo, y todavia lo será mas el de mañana, contestó Enrique besando a Mercedes en la frente.

—Indudablemente, porque tendré tanto gusto en ver a tan buena como linda y amable señorita.

—Tú eres mui dichosa, Mercedes, dijo Enrique, con dulce melancolia.

—¿Parece que sintieras mi felicidad, querido hermano, o que estuvieras envidioso de ella?

—Talvez...

—Tienes una manera estraña de participar de mi contento.

—Indudablemente, pero participo de él mas de lo que tú piensas.

—Entonces ¿por qué te pones triste?

—Yo triste!... ¡Esa sí que es estraña manera de juzgar!

—Está bien; si nos encontramos de acuerdo, no disputemos y hablemos sobre las ocurrencias del dia, pero principiemos por donde debiéramos de acabar si siguiéramos el órden de los acontecimientos, pues quiero hablar sobre la señora que se ha ido en este momento, antes de ocuparnos de la de esta mañana.

—¿Ha habido hoi otra visita?

—Sí, pero ya te he dicho que me gusta mas principiar por lo último. ¿Qué te parece la señora que acaba de salir?

—Buena, buenísima.

—Es la ama de leche de la señorita del coche.

—¿Y a qué ha venido?

—A hacernos una visita, y darte las gracias, como te lo ha dicho.

—¿Con qué pagaremos tanta bondad?

—¿Con qué? con el cariño, hermano mio; ¿no es esta acaso la mejor recompensa?

—Talvez sea así; ¡pero el cariño nuestro vale tan poco!... ¿Qué puede esperar de unos pobres?

—Un afecto grande, desinteresado, sincero...

—Tienes razon; ¿pero quién aprecia esto en el mundo?

—Ella... mi corazon me lo dice...

—Dios lo quiera... Sin embargo, en el mundo lo único que se considera es el dinero; y cuando no hai éste, la honradez el talento, el cariño, el mérito, la virtud, todo, todo es de mezquino valor a los ojos de la sociedad.

—Ya vuelves sobre tan negras ideas; antes no pensabas así, querido Enrique.

—Es que en unas cuantas horas he reflexionado mas que en el resto de mi vida... y lo que antes miraba con indiferencia o pasaba casi desapercibido se me ha presentado ahora claro y distinto. Antes, Mercedes, apenas notaba las diferencias sociales, apenas conocia las prerogativas

de la fortuna, pero ahora veo todas sus ventajas y lamento nuestra pobreza...

—Por Dios! No hables así, Enrique... Si supieras el mal que me haces!... Tus palabras caen sobre mi corazon como un hielo y echan de sí mi alegría.. ¡Estaba tan contenta!

—Y debes estarlo siempre, hermana mia; no me hagas caso, prosiguió Enrique, con dulzura: estas ideas pasarán luego; y ademas yo tambien estoi contento ya; mírame ¿no me encuentras alegre? Continúa, pues, tu conversacion, que me interesa mucho.

—Así me gusta verte, porque tenemos motivos de qué alegrarnos. Dime, Enrique, ahora que estamos solos, ¿no te agrada mucho que vaya mañana a hacer esa visita?

—Muchísimo.

—Hai una cosa que me estraña, Enrique, y de la cual no puedo darme cuenta y voi a preguntártela: ¿por qué habré esperado que mi madre y mi padre estén en la otra pieza para decirte esto? Yo nunca les oculto nada ni se me ha pasado por la imajinacion hacerlo, y sin embargo un instinto secreto me hace obrar así: ¿qué será?... La visita de mañana, ellos la saben; pero el gusto que esperimento, prefiero participártelo a tí, consultarlo contigo y hablar a solas de él. Me parece que tú tuvieras mas parte que nadie en mi alegría, o que me ocupe de un asunto que te pertenece a tí mas que a cualquiera otro.

—Tienes razon, querida hermana mia; yo siento el mismo placer que tú, y tanto!... mira: tócame el corazon: cómo palpita!... casi siento dolor...

—Verdaderamente! Esto no es natural, Enrique, ¿estás acaso enfermo? ¿Qué te ha pasado?

—No estoi enfermo ni nada me ha sucedido, Mercedes, a no ser una cosa de que debo congratularme y de la que venia mui satisfecho; pero esto no era bastante para impresionarme así, sino que...

Enrique se interrumpió a sí mismo guardando silencio.

—Continúa, hermano mio, ¿por qué te callas?

—Porque no debo hablar, puesto que yo mismo no sé lo que me pasa.

—¿No tienes confianza en mí?

—Mucha, muchísima.

—¿Y entónces?

Ya te lo he dicho, Mercedes, repuso Enrique bajando la cabeza, como temeroso de que su hermana leyese en su interior; no sé lo que esperimento.

—¿Pero es de la conversacion que tenemos sobre la visita de mañana de donde te proviene el mal, puesto que antes no lo sentias?

El jóven obrero no sabia qué contestar a su hermana. El no queria revelar su secreto: temia empañar la pura inocencia de Mercedes; sentia tambien vergüenza de su afecto, al considerarse tan inferior y tan elevada la persona a quien se dirijia; y esperimentaba una confusion en sus ideas que no le era posible esplicar, pues él mismo en su falta absoluta de mundo, en su candor y en su inocencia, no se daba claramente cuenta de las impresiones que esperimentaba...

Mercedes, viendo la perplejidad de su hermano, le dijo:

—¿Tú me ocultas algo, Enrique?

—¿Qué quieres que te oculte? ¿No conoces mi vida tanto como yo mismo?

—Es cierto, pero me parece que desde ayer tienes algo de nuevo.

—Pronto quedará satisfecha tu curiosidad, pues ahora en la cena voi a revelar delante de todos mi secreto.

El empresario.

I.

Enrique, que no queria o que no podia decir a Mercedes lo que pasaba en su interior, encontró una salida plausible en cierto proyecto de que acababa de hablarle su maestro y que aun no habia comunicado a su familia.

La cena fué servida a la hora de costumbre, y todos se sentaron alegremente a la mesa.

Domingo dijo a Marta de traer una botella de vino, porque se sentia en mui buena disposicion con las dos visitas que habian recibido en el dia.

—Solo me ha hablado Mercedes de la última, contestó Enrique.

—Ya lo creo, porque es la que le ha llamado mas la atencion, y sobre todo porque es la que ha prometido sacarla mañana a pasear.

—Y un paseo bien agradable, repuso Mercedes, pues a ninguna parte iria con mas gusto que a casa de esa señorita que tanto me ha agradado desde que la he visto.

—Pero en la otra señora tendremos una buena vecina donde pasar algunos momentos entretenidos y sobre todo con su sobrino el pintor, cuyo trabajo debe ser mui curioso.

—¿De quién quiere usted hablar, padre mio? preguntó Enrique.

—De la primera visita de hoi que ha tomado las llaves de la casa inmediata y que desde mañana principiará, segun dijo, a acomodarse para hacer su mudanza.

—Un pintor de vecino! Esto va a agradar mucho a Mercedes, dijo Enrique.

—Indudablemente, hermano mio, y ya me parece que voi yo tambien a aprender el arte.

—Yo tuve la desgracia de no encontrarme aquí cuando vino esa señora, dijo Marta; pero cuando vuelva trataré de serle útil en lo que pueda, si es como me la ha pintado Domingo y Mercedes.

—Parecia mui cariñosa y mui intelijente, dijeron los dos a la vez.

—Aunque algo fea, añadió el sarjento.

—¿Qué importa la fealdad, cuando hai buen corazon? repuso Marta.

—Y ademas parece que el jóven gana mucho con su trabajo, continuó Domingo; pues segun recuerdo, la tia habló de cuatro o cinco mil pesos al año, pero que a la vez era mui pródigo.

—Y entonces, ¿cómo ganando tanto dinero viene a vivir en este barrio? observó Enrique.

—Porque le gusta el retiro y la soledad.

—¿Pero quién vendrá a buscarlo a la calle de San Pablo para encomendarle algun trabajo?

—Dice la tia que ya tiene hecha su reputacion y que ahora quiere satisfacer sus gustos.

—Yo comprendo la soledad, repuso Mercedes, cuando se vive de un trabajo de esa naturaleza, que debe necesitar el reposo que trae la inspiracion.

—Vamos, vamos, dijo Enrique alegremente; parece que la proximidad del pintor va despertando tu poesia... pero ya que hablamos de lo que produce el trabajo, estoi en camino de emprender uno que me dará una ganancia considerable; sin embargo, si bien por mi parte estoi decidido, no lo haré sin el consentimiento de ustedes.

—Para ganar honradamente la fortuna no se necesita consentimiento alguno, hijo mio.

—Pero tendré que ausentarme, padre mio, y este es el inconveniente.

—¡Salir fuera de Santiago!

—Sí, señor.

—Entonces no quiero, dijo Marta, pues me agrada mas que ganes poco a nuestro lado que mucho fuera de él.

—Vamos por partes, repuso el sarjento; es preciso ver las condiciones, porque si son buenas, no es razonable privar a Enrique de que adquiera su fortuna y talvez tendriamos que arrepentirnos de no haberlo dejado obrar.

—Soi de la misma opinion, padre mio.

—Pero fuera de Santiago no me gusta, esclamó Mercedes.

—Las mujeres son siempre las mismas, contestó Domingo; de todo se asustan y hai casos en que la razon aconseja no darles gusto. Esplícate Enrique.

II.

Ayer, como saben Vds., me mandó llamar el maestro, dejándome a comer en su casa, pues me dijo que tenia que hablar conmigo despacio, y cuando quedamos solos, se espresó poco mas o menos así:

"Yo te quiero, Enrique, casi como a un hijo, y no te ocultaré que eres el mejor oficial de mi fábrica y el único que puede continuar el trabajo con habilidad, con crédito y con provecho, porque ya yo me encuentro viejo."

El maestro hizo aquí una pausa, y yo seguí guardando silencio para que continuara.

"Casi estoi dispuesto, prosiguió, a abandonar del todo los negocios, poniéndote a tí a la cabeza del taller; pero para esto es preciso esperar todavia algun tiempo; mientras tanto, han venido a ofrecerme una obra de consideracion y en la cual hai algo que ganar, aunque se necesita salir fuera, cosa que yo no puedo ya hacer por mis años y por mi familia, a quien me es imposible dejar sola; pero como el asunto es

de utilidad, he dicho que contestaria mañana, pensando en que tú te hicieras cargo de él. Me han traido los planos que te presento y ofrecen por la obra seis mil pesos. En mi opinion, trabajando con actividad, se puede concluir en tres o cuatro meses, ayudado de buenos operarios, y dejar un beneficio considerable. Ve ahora si a tí te conviene emprender ese trabajo y si tus padres te lo permiten. Yo quedaria mui contento en que lo hicieras, tanto porque tendrás una ganancia segura, cuanto por el crédito de la fábrica. Por lo que respecta a los beneficios, te cedo las tres cuartas partes, reservándome una octava para mí y otra para los trabajadores que te acompañen, para estimularlos al trabajo, independiente de su salario respectivo.

"Por lo que hace a tu familia, yo le pasaré diariamente o al fin de cada semana los dos pesos que ganas aquí, de manera que por lo que respecta a la subsistencia, no le harás la menor falta."

Yo di las gracias a mi buen maestro, como era natural hacerlo al ver tanto desinteres y tanta jenerosidad, y en seguida me puse a examinar los planos que él me presentó.

El trabajo consiste en la refaccion de una casa de campo, habiendo que hacer algunas modificaciones en toda ella, pues es un antiguo edificio que es preciso poner conforme al gusto modermo. Yo he hecho todos los cálculos con la mayor prolijidad, y dejándola en el estado que la piden, puede dar un resultado de tres mil o mas pesos; y ya ven ustedes que oportunidades como ésta de hacer algo no se proporcionan a menudo, asi es que creo no es de desdeñarla.

—Yo soi de la misma opinion, dijo Domingo.

—¿Y en qué parte va a ser ese trabajo? preguntó Marta.

—En una hacienda situada en la provincia de Colchagua.

—Tan lejos! esclamó Mercedes.

—Solo hai cuarenta leguas y cinco o seis dias de camino en carreta; ya ves que no es mucho.

—Y cuándo es el viaje? dijo Domingo.

—El maestro me previno que urjia; que habia quedado mañana de dar la contestacion, pues las carretas de la hacienda se encontraban en Santiago listas para partir, y que seria mui conveniente aprovechar esta oportunidad; de consiguiente, podria irme pasado mañana.

—Tan luego! dijo Mercedes.

—Mientras mas luego mejor: asi mi vuelta será tambien mas rápida, en caso que mi padre me dé el permiso.

—Por lo que hace a mí, Enrique, lo tienes, aun cuando siento mucho tu separacion; pero no por darnos satisfaccion a nosotros, debemos privarte que adelantes.

—¿Qué dice usted, madre mia?

—Ya que tu padre es de ese parecer, que encuentro justo, tambien te doi el mio, aunque a decirte verdad, preferiria que te quedases, porque me parece que algo va a sucedernos en tu ausencia.

—Aprensiones de mujer, repuso Domingo; ¿qué quieres que suceda?

—Tendrás razon, contestó Marta; pero cada uno es dueño de sus temores.

—Cuando estos son infundados no hai que hacer caso; por otra parte, allá verás el gusto que tengas a la vuelta y particularmente si le va bien en la empresa.

—Ya sabes que yo no soi interesada, Domingo.

—Asi es, madre mia, interrumpió Enrique; ¿pero no tendré yo una satisfaccion inmensa cuando haya ganado esa suma y pueda con ella comprarle un sitiecito, que es toda su ambicion? ¿Querria usted privarme de ese placer?

—No, hijo mio, sin embargo, debes pensar cuánto me cuesta, no habiéndote separado jamas de mi lado.

—Lo comprendo, querida madre, pero no veo tanto motivo para ese sentimiento, porque la distancia es pequeña y la ausencia corta, pues voi a trabajar como un negro para volverme luego.

Mercedes no decia una palabra sino que sollozaba en silencio, teniendo un pañuelo puesto en sus ojos.

—No te aflijas, chiquilla, dijo Enrique; ya verás el sitiecito que compraremos, la casita que yo les haré y el jardin que arreglará mi padre. Te aseguro que en mis horas de descanso voi a hacer el mas lindo plano para nuestro palacio, y despues verás como lo realizo en un abrir y cerrar de ojos, sobre todo teniendo las manos a ahorro, que es lo principal, y la voluntad, que es la que todo lo hace.

—A pesar de todo, yo tambien participo de los temores de mi madre.

—Vuelvo a repetirlo, interrumpió Domingo, temores sin fundamento.

—Ya lo sabemos que son sin fundamento, dijo Marta, pero no podemos menos de esperimentarlos.

—Madre mia, si usted no quiere que vaya, me quedo; pues prefiero mas bien vivir siempre pobre a causarle a usted el mas pequeño disgusto, a pesar, lo confieso, que quisiera ganar dinero...

—¿Usted no sabe, madre, que Enrique se ha vuelto ambicioso? dijo Mercedes.

—No quiera Dios, hijo mio, que te impida que te formes y que satisfagas tus lejítimas aspiraciones; cuenta, pues, con mi consentimiento.

—Yo desearia que ese consentimiento fuera dado con placer.

—Eso es imposible, pero te lo doi de buena voluntad puesto que ha de ser para tu bien.

—Para el nuestro, madre mia, porque usted sabe que mi felicidad es la de todos ustedes, o mejor, que la felicidad de ustedes es la mia.

—Ven a dar un abrazo a tu viejo padre, dijo el veterano con emocion.

El jóven saltó de su asiento y abrazó a su padre, a su

madre y a Mercedes, dándole a esta última una palmada en la cara y diciéndole a la vez:—"¡Llorona!"

—Con razon, porque eres tan bueno, querido hermano.

—Tú no te acuerdas de lo que haces?

—Dense la mano, hijos mios, para que yo los bendiga, esclamó el sarjento, conmovido y gozoso del tierno espectáculo de sus hijos.

III.

Cualquiera de esas personas que se llaman de mundo, se hubiera reido al ver la actitud del anciano y la sumisa confianza de los hijos; pero nada hai mas bello, nada mas tierno, nada mas grande que esa especie de autoridad providencial que ejerce un buen padre en el seno de una buena e ignorante familia: él hace las veces de Dios, y sus palabras no pueden menos que tener algo de divino, pues ejercen una benéfica influencia sobre los corazones que han nacido de él, que él ha formado y que están bajo esa tierna potestad basada y conservada por el amor mas puro y desinteresado.

La bendicion de un padre nos ha causado siempre un respeto profundo y relijioso; y cuando hemos asistido a algun acto de esta naturaleza, aun sin tocarnos de cerca, nos hemos prosternado, arrodillándonos en cuerpo y alma ante aquella augusta ceremonia... ¡Dichosos los hijos que la han recibido, y mas dichosos aquellos que nunca han perdido su santo y consolador recuerdo!...

La interesante familia del sarjento Lopez continuó durante la cena una conversacion alegre y animada, ya hablando sobre la próxima visita de Mercedes a Luisa Valdes, lo que agradaba sobremanera a Enrique, tratando con cierta astucia de prolongar el mismo tema; ya de la espedicion proyectada y de las utilidades probables como de su inversion, calculando desde luego la estension del terreno que

comprarian en la misma calle de San Pablo, que no querian bajo ningun aspecto abandonar, lo que dejarian en él para jardin y huerto, como de las piezas de habitacion que fuese necesario construir, estendiéndose los cálculos hasta el costo que podria invertirse, para lo cual Enrique hacia números, sumando y multiplicando segun su fantasia, de lo que resultaban diversas observaciones y disputas amistosas que los hacian charlar y reir, sin olvidarse la vecindad del pintor, a quien se le daba su lugar en el cuadro de las diversiones futuras, llegando hasta pensar que talvez podrian adornar su salon con algunas pinturas que conseguirian a bajo precio en calidad de amigos.

En tan agradable conversacion pasaron mas tiempo del acostumbrado, quedando mui sorprendidos de oir las doce de la noche en el reloj de Santa Ana, cuando tenian costumbre de acostarse a las diez; asi es que el viejo sarjento se levantó de la mesa y dijo a sus hijos, que no pensaban aun en dormir:—"Buenas noches, hijos mios, les deseo sueños tan felices como alegres han sido los castillos que hemos formado."

—Con tal que no se desvanezcan, señor, ¿no es verdad que seriamos mui felices?

—Pídele a Dios que se los conceda, repuso Marta, imitando a su marido, porque en él sólo debemos fundar nuestra dicha y nuestra esperanza.

Los dos jóvenes tambien se retiraron sin que por esto dejasen desde sus cuartos de continuar la conversacion hasta mui entrada la noche.

El éstasis.

I.

Ceferina, dotada de una alma sensible, afectuosa y por naturaleza entusiasta, habia salido mui favorablemente impresionada de casa de Mercedes; asi es que al llegar donde Luisa para darle cuenta de su comision, le dijo:

—Hija mia, cuanto me habias hablado en favor de esa jente es poco; y ahora comprendo perfectamente el verdadero interes que tienes por ella. No puedes figurarte la paz y el órden que reinan en aquella pobre pero dichosa casa, el cariño que se profesan los unos a los otros, el respeto dulce y confiado de los hijos para con los padres, la sencillez de buen tono de sus maneras, la humilde elevacion de sus pensamientos, lo caritativo de sus actos, el aseo y la elegancia de su pobreza; en fin, hija mia, yo no he encontrado durante mi vida una familia que me agrade mas y que con una sola vista me haya cautivado hasta este punto.

—Es preciso ama mia, le dijo Luisa, que esa familia tenga el don de la fascinacion, para que usted se esprese con tanto entusiasmo, porque la pintura que usted me hace de ella es poética y nunca la habia visto a usted llegar hasta ese grado de cariñosa exaltacion... estoi por ponerme celosa; pues si esto sucede a la primera vista, ¿qué será despues? Quizá corra el riesgo de que me arrebaten su afecto y que deje yo de ser, el dia menos pensado, la preferida de su corazon.

—Chancéate cuanto quieras, hija mia, porque estoi de humor para recibir tan dulces bromas.

—Con que en realidad es tan buena esa jente? Entonces no me habia engañado mi corazon? Pero al fin son pobres y deben tener necesidades; ¿qué ha averiguado usted sobre esto? Ya sabe que era mi principal encargo, para darnos el placer de ayudar la honradez, el trabajo, la virtud, que muchas veces se pierde por falta de un apoyo insignificante.

—Desgraciadamente, creo que nada tendremos que hacer sobre este particular, porque, segun he creido notar, los medios de subsistencia que poseen van mas allá de sus necesidades, teniendo un sobrante para socorrer a los demas.

—¡Tan ricos son!

—Son ricos porque son ordenados. Si vieras el arreglo que observa Marta, que asi se llama la madre de Mercedes y de Enrique, la economia intelijente con que gobierna y distribuye todo, la abundancia que de esto resulta, el desahogo y el bienestar de que en realidad disfrutan, te quedarias admirada y comprenderias en el acto que de nada necesitan.

—Me está usted dando tanta curiosidad, que desearia ver por mí misma ese portento.

—Añade, hija mia, a esto un aseo tan esmerado, tan prolijo, que llega a ser elegante y que casi parece rayar en lujo, pues esa limpieza transforma los sencillos muebles en un costoso ajuar que estuviera recientemente puesto, recientemente barnizado, tal es el brillo de cuanto se presenta allí a la vista. Pero mi sorpresa subió de punto cuando fuí invitada a tomar unas frutas. La pequeña mesa estaba elegantísima; los cubiertos y platos eran tan limpios, el mantel y las servilletas tan blancas y las frutas tan esquisitas, que la mas rica y aristocrática familia no podria presentar mejores a sus huéspedes. Admirada de encontrar duraznos, uvas y peras en esta estacion, y lo que es mas, como recientemente tomadas del árbol, no pude menos de preguntarles

cómo habian conseguido aquellas frutas, que en la actualidad debian ser carísimas; pero el viejo sarjento se sonrió, y con una complacencia que no trataba de ocultar, con una vanidad encantadora, me dijo:—"Son de mi jardin, y no tienen otro costo que el cultivo y el cuidado." A cuya reflexion agregó Mercedes que ese era el flaco de su padre y en que hacia consistir su principal orgullo.

"Usted no sabe lo que es mi padre con sus árboles, prosiguió la niña; pues no les deja parar ni las moscas, y luego los cria, los endereza, los limpia, casi los educa, con un cariño como si fuera jente, pudiendo asegurarle que toda ponderacion es nada comparada con la realidad."

Yo alabé este gusto, y se notaba en la franca fisonomia del sarjento el agrado que le causaban mis palabras, de manera que no escaseé mis elojios, mereciéndolos ademas en justicia.

—Veo que usted se ha fijado en todo y que tiene un espíritu de observacion poco comun.

—Pero no tanto como el tuyo, picarona, pues solo te ha sido necesario un momento, casi pudiera decir una mirada, para conocer aquello que en virtud de largas horas de observacion he podido apenas comprender.

—Sin embargo, yo no habia ido tan lejos en mis apreciaciones, como usted.

—¡No habias ido tan lejos, y me decias poco há que el jóven te habia conmovido de tal modo, que nunca hasta ahora habias esperimentado sensacion igual.

—Es verdad, dijo Luisa ruborizándose sin saber por qué; pero yo no hacia mas que presumir, mientras que usted afirma.

—¿Y qué he afirmado yo hasta aquí? He hablado del órden, de la economia, del arreglo, pero nada he dicho de él.

—Sin embargo, cuando se habla de una cosa, me parece que la observacion es aplicable a sus habitantes.

—Te has anticipado, confiésalo, y no me vengas queriendo engañar; con todo, voi a satisfacerte.

—Si usted está cansada no la obligo.

—Hipócrita! Yo sé bien que quieres que te hable de los jóvenes.

—Por qué mentir? Lo confieso.

—Pues bien, hija mia, jamas he visto dos personas mas encantadoras: la niña es la personificacion de la gracia y el candor representados por la belleza; y el jóven me parecia humilde, modesto y de una fisonomía viril y simpática; sin embargo, solo estuve algunos momentos con él; pero en las pocas palabras que atravesamos, creí descubrir esas cualidades; pues haciéndole presente la gratitud de la señora y la tuya por el servicio que les habia prestado, trató de disminuir el mérito de su accion y aun se avergonzó de que fuera objeto de tanta solicitud.

—Noble corazon!... dijo Luisa.

—Creo que no te equivocas, hija mia; ¿pero no te parece estraño encontrar tanta nobleza en esa pobre jente?

—Es raro, pero ya ve usted que no es imposible, como decia ayer Guillermo...

—¡Qué! ¿Has hablado con don Guillermo sobre esto?

—Se ofreció la conversacion sobre el accidente; y diciéndole mi mamita que no se habia atrevido a ofrecer plata al jóven que nos habia salvado, se espresó sobre los pobres con el mayor desprecio, a lo cual le contesté con alguna acritud, dijo Luisa, mostrando en su semblante signos inequívocos de disgusto.

—Será porque no conoce a éstos.

—Pero él hablaba de todos... de todos, ama mia, sin la menor escepcion... tratándome a mí de ilusa, pues decia que su esperiencia jamas lo habia desmentido a este respecto.

—Esa es mucha temeridad.

—O necedad, vileza, querrá usted decir, porque solo un fátuo o un criminal puede hablar así.

II.

En la fisonomía de Luisa, en que pocos instantes há se veia la ternura y el interes de la afeccion, se notaba ahora la enerjía de una voluntad altiva y desdeñosa, y podríamos decir, indignada.

Ceferina, viendo el jiro que tomaba la conversacion, y talvez teniendo motivos ocultos para desviarla, dijo a Luisa:

—Quizá eres demasiado severa, hija mia; pero volvamos a tomar el hilo de nuestra conversacion para prevenirte que mañana tendrás de visita a Mercedes.

—¡Es posible!

Y el semblante poco antes irritado de Luisa se serenó en el acto.

—Tan posible, repuso Ceferina, que es una cosa convenida.

—No podria darme, querida ama mia, una mas agradable nueva; ¿y a qué hora vendrá?

—A la hora que tú quieras, pues he quedado yo misma de ir por ella.

—Entonces que sea lo mas temprano posible, para disfrutar mas largo tiempo de su compañia. Váyase a las nueve y almorzaremos juntas; pues mi mamita, como usted sabe, no se levanta sino a las doce y a esa hora iremos a verla; mientras tanto nos entretendremos por algun tiempo solas.

—Algo temprano es y quién sabe si estará Mercedes dispuesta para venir, pero haré la dilijencia; inter tanto, me voi a recojer, pues la escursion ha sido larga y me siento un poco cansada.

Luisa dió un abrazo a su ama de leche y se quedó sola.

La luna brillaba en todo su esplendor, y la jóven, sentada en una poltrona, la veia pasar tras el follaje de los árboles, entregándose a esa contemplacion vaga, incierta, inde-

finida que por lo jeneral nos arranca la vista de esta inseparable satélite del globo en que vive y respira el hombre...

¡Quién es aquel que, en las horas de su juventud, en las doradas ilusiones, en los ensueños de felicidad o de gloria, tanto como en las amarguras de nuestra mísera y transitoria existencia, no ha mirado la luna como buscando en ella la solucion del porvenir!... Ya sea que lleve nuestro pensamiento hácia el idealismo del amor o hacia el desengaño del sepulcro!... Ya sea que acaricien sus rayos los goces del deleite, o se reflejen en el pálido mármol de la tumba de un ser que hemos querido... Siempre es cierto que la luna ejerce sobre el hombre un atractivo misterioso, siendo ella la confidente íntima de nuestros mas ocultos secretos!...

Luisa Valdes, de una alma ardiente, contemplativa y sensible, una de esas almas que, elevándose mas arriba que la jeneralidad, viven en gran parte por la poesía que encierra en sí la creacion, y cuya existencia se asemeja a la de esas avecitas aéreas que solo se alimentan del perfumado néctar de las flores, Luisa Valdes, decimos, abria mas que nunca su pecho virjinal a la dulce o profunda emocion del sentimiento, cuando el arjentino astro de la noche esparcia sobre la tierra la emanacion suave de sus rayos... Luisa sentíase en ese momento mas que nunca impresionada... La conversacion que tuviera poco antes, el recuerdo de aquel jóven pálido y resuelto que habia libertado de una muerte segura a ella y a su madre, la encantadora belleza de Mercedes, la manera de pensar de ella propia, tan distinta de la de las otras, la aspiracion a la libertad y al amor, que bullia en su pecho, las preocupaciones de la sociedad, la incertidumbre de su porvenir, todo, todo esto la arrastraba hácia una melancolía indefinible pero llena de encantos y que crecia por el silencio de la noche, el movimiento de los árboles, el ruido del céfiro, echándola, sin apercibirse de ello, en el mar inmenso del misterio, en el seno infinito de Dios... hasta que el fresco de la mañana y el canto de las

aves vino a sacarla de esa especie de éstasis en que el alma, casi desligada del cuerpo, parece solo vivir en el cielo o en una esfera mui distinta a la nuestra... y sin darse Luisa cuenta del tiempo que habia pasado así, se encaminó a su lecho, algo fatigada por tan prolongado insomnio.

Preparativos de viaje.

I.

Todo es nuevo para el hombre en un nuevo dia... La vida de ayer ya no existe y solo nos quedan de ella fugaces recuerdos, preparándonos para recibir las impresiones del momento, que son las que constituyen esto que se llâma existencia en los seres dotados de voluntad y de accion, siendo esta la causa de afanarnos tanto por el porvenir, echando casi siempre en olvido el pasado; y sin embargo, ese pasado es tambien una parte de la vida física y moral del hombre; empero, como nuestra existencia no es sino una sucesion continuada de fujitivas impresiones, que nos determinan a obrar con la misma volubilidad con que las recibimos, no debe estrañarse que Enrique y Mercedes se ocupasen al dia siguiente, sin pensar demasiado sobre los acontecimientos de la víspera, en lo que debian hacer.

Enrique, a pesar de haber pasado una noche en *blanco*, como se llama vulgarmente; pues a mas de haber continuado hasta mui tarde la conversacion con su hermana, lo habian desvelado sus pensamientos propios, se levantó, sin embargo, casi mas temprano que de costumbre, porque queria estar prevenido para la marcha.

Desde el alba principió a arreglar sus baules, en los que ocupaban un lugar de preferencia sus libros de estudio y sus libros de recreacion, sin descuidar por esto todas sus herramientas de trabajo y aun sus instrumentos de ciencia, porque no solo era un simple carpintero, un ebanista de

primer órden, sino que tambien tenia nociones de mecánica bastante aventajadas y a las que se dedicaba preferentemente, tanto por el deseo de adelantar, cuanto porque su profesion está hasta cierto punto ligada a esta ciencia; y como conocia ya la primera en toda su perfeccion, le gustaba dedicarse a la última.

Hechos una vez estos preparativos, pensó en el medio de conquistar a cuatro o seis de sus compañeros mas intelijentes y menos viciosos; porque, sea dicho de paso, son mui raros entre nosotros aquellos artesanos que cumplen estrictamente con su deber y a quienes alguna mala inclinacion no les hace faltar a lo que han prometido. Esta circunstancia hizo que Enrique pasase revista en su interior, no solo a los trabajadores del establecimiento, sino a algunos otros; y como él tenia conocimiento, poco mas o menos, de las aptitudes y de la moralidad de muchos individuos de su profesion, formó la lista de las personas que a su parecer eran mas competentes y podian sacarlo bien de la empresa, sin dejar de disculpar faltas en obsequio de la capacidad, mirando tambien la buena conducta en lugar de la intelijencia. De esta suerte el jóven obrero, a la manera del jefe de un Estado o de un jeneral, anotó en su cartera los individuos que creia aptos para desempeñar la comisicn que le habian encargado y de la cual no solo dependia el crédito de la fábrica sino tambien el lucro, (1) y lo que aun era

(1) Es un gran defecto el que tienen nuestros artesanos de no mirar por los intereses de sus patrones, pues lejos de tomar en cuenta la prosperidad de las personas que los ocupan, tratan de perjudicarles en cuanto pueden, creyendo que obran bien y hasta vanagloriándose del mal que pueden hacer a los individuos que los emplean: esta falta de honradez, esta falta de dignidad, esta falta de gratitud, los perjudica sobremanera, porque los desacreditá estraordinariamente y ellos no comprenden cuánto es el perjuicio que se acarrean a sí mismos de aquí resulta en gran parte la poca consideracion que se les tiene, de aquí tambien resulta que los esploten asi como ellos esplotan, y de aquí finalmente nace la preferencia que se da al trabajador estranjero sobre el nuestro; pero una vez que se hayan reformado tan perniciosos hábitos, una vez que hayan comprendido cuánto provecho se obtiene con la laboriosidad honrada e intelijente, verán que desaparece el desprecio con que se les mira y del cual se lamentan, porque los hiere. Si nuestros artesanos, si nuestros empleados, cualquiera que sea la categoria en

un estímulo mayor, su ganancia y honra propia; pues, independiente de poner bien colocado el nombre de su patron, en lo que tenia un verdadero interes, mediaba tambien su lucro, lucro que se armonizaba perfectamente con las ideas, hasta cierto punto ambiciosas, que lo dominaban y que él consideraba como el escalon o la base indispensable para llegar a la altura que se habia propuesto en su mente y a la cual no queria renunciar; porque renunciar a esto era faltar a la esperanza mas bella de su vida y al pensamiento talvez único que le sirviera de guia y de estímulo.

II.

Nada mas natural que esta ambicion de jóven, y de jóven pobre a quien se le abria un camino de hacer fortuna, pues la ganancia que él tenia en perspectiva no podia sino considerarla como un capital o por lo menos como un principio para obtenerlo en breve; porque, a pesar de su desprendimiento, a pesar del deseo que tenia en realidad de partici-

que estén, vijilaran por los intereses de las personas que los ocupan, entonces gozarian de consideraciones y labrarian su fortuna: este es un hecho reconocido, un hecho fundado en la moral y sancionado por la esperiencia, pues podiamos citar escepciones honrosas, es decir, trabajadores que, a pesar de su oscuro oríjen, han surjido, sin embargo, y hoi ocupan un buen puesto en la sociedad ya sea por su fortuna adquirida, ya sea por la finura de sus modales, finura adquirida con el roce continuo de la jente decente. Lo volvemos a repetir y lo diremos siempre: es un mal negocio el no comportarse bien; y como decia un grande hombre, y un grande hombre nacido del pueblo, Benjamin Franklin, simple cajista de una imprenta, y despues una de las lumbreras de la gran república, "por especulacion debe uno ser honrado." Ojalá sigamos esta sábia máxima para que nuestros proletarios se levanten a la altura que les corresponde, para que nuestro pais llegue a ocupar un alto puesto entre las naciones civilizadas, para que sirvamos de norma al continente americano, al menos al continente latino que participa de nuestra sangre, que tiene nuestro mismo oríjen y por consiguiente nuestras virtudes y nuestros defectos, defectos demasiado trascendentales, pues hasta hoi nos perjudican y nos embarazan en la senda del progreso a que son llamadas las sociedades o la humanidad en jeneral... Que nuestros artesanos comprendan cuánto se gana con la honradez, con la laboriosidad, con el órden, con la economia, con mirar siempre por los intereses de los que los ocupan, es lo que deseamos, es lo que les aconsejamos para que lleguen a ser libres, independientes y sobre todo dignos, porque la dignidad, es decir, la apreciacion propia, la estimacion de sí mismo, es una gran virtud y por consiguiente una gran fuerza que hace prosperar a los hombres y en consecuencia a los pueblos.

par a su familia de todo aquello que él obtuviese, no era menos cierto que esta misma abundancia o posicion ventajosa en que la colocaba redundaria en su elevacion; y si Enrique no esperimentaba el menor sentimiento de egoismo, pues nunca habia mirado el provecho bajo el punto de vista de apropiárselo por completo, no podia tampoco menos de considerar que, engrandeciendo a su familia, se engrandecia a sí mismo; de manera que estaba estimulado por dos sentimientos que obraban poderosamente en él y a los cuales obedecia, pues se aunaban sus intereses propios y los intereses de la familia, que eran tambien los suyos.

Podria talvez creerse que un hombre de pensamientos elevados o que sale mas allá de la esfera vulgar, no debiera tener tales ideas ni tales aspiraciones; pero es preciso considerar que Enrique comenzaba apenas en la carrera de la vida; que veia acatada por todas partes la fortuna; que se sentia atraido por una señorita que pertenecia a una esfera social mui superior, y que era natural que él tratase de acercarse hácia el ídolo a quien se dirijian sus pensamientos todos.

A un jóven a la edad de veinte años como lo era Enrique, y un jóven sobre todo sin la menor esperiencia de la vida, se le puede mui bien disculpar la ambicion a la fortuna; principalmente cuando este mismo sentimiento lo vemos dominar en todas las esferas sociales casi sin escepcion alguna, porque es preciso mucha superioridad en el alma, mucha fuerza de carácter, mucha elevacion en las ideas, y principalmente muchos desengaños y muchos dolores, para que sea dado ir contra la corriente que impulsa al mundo.

Enrique no era una escepcion a la regla universal; y aun cuando estuviese dotado por su naturaleza de los mejores sentimientos, no es menos cierto que no le era posible dejar de pagar su tributo a las aspiraciones manifiestas y casi absolutas de nuestro siglo; de modo que no debe figurarse el lector que queremos hacer aparecer uno de aquellos jenios

a quienes la Providencia ha marcado con un síno divino, sino que pretendemos, como es la verdad, representar a un hombre con todas sus debilidades, pero tambien con las virtudes que es capaz de hacer producir una educacion honrada aunque pobre; porque ante todo deseamos correjir en nuestra sociedad ese desprecio que se tiene por el trabajador, a la vez que quisiéramos elevar a éste al rango que le corresponde y a los pensamientos y acciones que debieran siempre servirle de pauta o de guia, de regla y de principio así como de medio y de fin.

Como lo hemos dicho, Enrique no estaba de ninguna manera exento de ambicion, y en este concepto formó su plan, plan que debiera darle los mayores provechos sin quitarle a sus compañeros su justa ganancia, sino que por el contrario pensaba aumentársela para estimularlos al trabajo, ofreciéndoles mayor salario e interesándoles en una pequeña parte de las ganancias, como habia sido el pensamiento del maestro.

III.

Trabajado, dirémoslo así, el prospecto de la obra, nuestro jóven obrero se dirijió temprano a casa del patron para decirle que estaba dispuesto a tomar a su cargo la empresa, comunicándole las personas que pensaba llevar consigo y el aumento que en su concepto era justo abonarles, atendiendo a que estaban obligados a separarse de sus familias.

Siendo la primera dilijencia de Enrique ir a casa del maestro y en seguida buscar los trabajadores y arreglar con ellos, salió por esta razon de su casa antes que Mercedes, dejando todas sus cosas perfectamente listas.

Domingo y Marta asi como su hermana veian con sentimiento los preparativos de Enrique, pero tambien pensaban que era una empresa que redundaria en bien de todos; asi es que entre las lágrimas se notaban sonrisas, y en medio del sentimiento se dejaba ver en parte la satisfaccion.

El negocio de Mercedes, es decir su visita, no era para ella menos importante, preparando con el mayor cuidado sus pobres adornos, que, aunque sencillos, no dejaban de ser del mas esquisito gusto; pues el gusto no es una cualidad que se adquiere con la riqueza o con la buena sociedad que se frecuenta, sino que proviene de cierta predisposicion natural de que uno no puede darse cuenta, de la misma manera que nos es imposible averiguar por qué razon hai algunos seres que tienen en sí el sentimiento poético, mientras que hai otros que no han participado de sus beneficios: una cosa idéntica sucede con el gusto, que debe ser indudablemente alguna propension a la armonía, nacida de la mayor o menor perfeccion de los órganos.

Mercedes no tenia vestidos de ricas telas aparentando lujo, pero sus sencillos trajes eran, por lo jeneral, del gusto mas esquisito, no porque fuesen de esta o de la otra moda, sino porque sabia elejir la belleza de los colores o mas bien todo aquello que en todas las épocas es considerado como elegante; pues una cosa es la moda y otra aquellos tintes o aquellas gasas que agradan a la jeneralidad y que fascinan, podremos decirlo, el sentido de la vista, que es el que todo lo comprende y cuyo fallo se ejerce aun independiente de nosotros mismos, obedeciendo a una lei que nos es imposible analizar.

La visita.

I.

Desde temprano estaba Mercedes preparada para salir, como si hubiera presentido que vinieran a buscarla en breve o que participase Luisa de la misma impaciencia, del mismo deseo que ella esperimentaba por verla. Las previsiones de Mercedes no la engañaban; pues su futura amiga, sintiendo, se puede decir lo mismo, habia dicho a Ceferina, como lo sabemos, de ir en su busca a las nueve del dia.

Marta habia hecho a su hija algunas observaciones sobre su matinal compostura, diciéndole que en las *casas grandes* se levantaban jeneralmente tarde, y las visitas se hacian o se recibian cuando mas temprano a las doce o a la una del dia, de manera que ella estaria obligada a aguardar algunas horas antes que viniesen a buscarla, y que en ese intervalo podia mui bien ensuciar su traje; pero apenas acababa Marta de decir esto, cuando paraba a la puerta de calle un coche, bajando de él una señora a quien reconoció inmediatamente Mercedes, y saliendo, con su viveza de niña, de sus piezas, atravesó corriendo la larga calle del conventillo para recibir a Ceferina, que le abrió los brazos con la mas marcada espresion de cariño.

—¡Y mi madre que me decia que no era costumbre hacer ni recibir visitas tan temprano, sobre todo entre la jente rica! dijo Mercedes, conduciendo a Ceferina hácia su habitacion.

—Y te decia la verdad, hija mia, contestó Ceferina; pero la impaciencia de Luisa era tanta, que me ha hecho venir a estas horas.

—Pero no mayor que la mia, señora, porque ya usted ve que aguardaba. . . y Mercedes hizo un ademan de coqueteria infantil, como para decir que mirase su compostura, lo cual era una prueba inequívoca de que tambien ella esperaba, participando de igual impaciencia.

Domingo y Marta salieron tambien a recibir a Ceferina al medio del patio con la mas afectuosa y natural cordialidad.

—Esta chiquilla, dijo Marta riéndose y dirijiéndose a Ceferina, ha estado desde el alba mirándose al tocador.

—Madre mia! por Dios! esclamó Mercedes ruborizándose, ¿por qué dice eso?

—Pero basta verte para adivinarlo en el acto, pues la señora no dejará menos de notar que te encuentras tan temprano compuesta, y que esto no puede suceder si no se han gastado en ello algunas horas.

—Usted sabe cuán lijera soi.

—La crítica que hace tu mamita, repuso Ceferina con amabilidad, me es mui agradable, porque esto me prueba que usted participaba de los mismos deseos de Luisa.

—Indudablemente, señora.

—Pues entonces no aguardo mas y me la llevo cuanto antes.

—Tan pronto! ¿Por qué no se espera usted a tomar un mate, un pocillo de agua caliente, una taza de té? dijo Marta.

—Muchas gracias, señora. Tendria mucho gusto en quedarme mas tiempo, pero prefiero complacer a estas niñas; pues estoi segura que Luisa me aguarda con impaciencia y no me perdonaria ninguna tardanza.

—Yo tambien tengo la misma necesidad de verla,—vamos.

—En el acto, hijita, dijo Ceferina, dando la mano a Marta y a Domingo.

—No me encargan ustedes nada? repuso Mercedes dirijiéndose a sus padres.

—Que ofrezcas nuestros respetos a esa señorita, y a tí que te conduzcas bien.

Ceferina y Mercedes subieron al coche.

II.

A medida que se acercaban a la casa, no podia menos de esperimentar la jóven cierta inquietud. Jamas habia ido como visita a ninguna casa aristocrática; y aun cuando era recibida perfectamente y con marcadas consideraciones entre las señoras para quienes hacia algunos bordados, no era menos cierto que esto no debia considerarse con esa intimidad o bajo ese pié de igualdad con que se mira una visita; porque ella siempre se habia limitado a entregar su trabajo, entrando a los cuartos de las señoras, pero no presentándose en los salones, que tienen en la sociedad un carácter oficial, siendo esta circunstancia la que la atemorizaba.

¡Qué cosa mas natural en una jóven de dieziseis años, ignorante del mundo y de condicion pobre, que esperimentase timidez! Pero Ceferina, conociendo lo que pasaba en el interior de Mercedes, la dijo:

—No tengas, hija mia, el menor temor. Luisa es tan sencilla como tú misma, e independiente del gusto que ella va a esperimentar al verte, su naturalidad te quitará todo motivo de embarazo.

—Asi lo espero, señora, pero yo no soi dueña de mí misma. Voi a decirle a usted una cosa, agregó Mercedes: deseo que usted me haga el favor de no tratarme con cumplimiento; hábleme sencillamente y así puede ser que desaparezca en parte mi cortedad.

—Está bien, hija mia; desde hoi principiaré a tratarte,

ya lo ves, con la misma familiaridad que observo con Luisa, pero espero que tú tengas conmigo igual franqueza.

—Lo primero no obliga lo segundo; déjeme usted tratarla con la consideracion que merece; porque no creo justo que una muchacha como yo hable en el mismo tono de igualdad a una señora de respeto como usted.

—Acepto el cumplido, hija mia; y me someto a él, porque quiere decir que la vejez tiene sus prerogativas.

—No ha sido, señora, mi deseo el ofenderla, pues usted es todavia bastante jóven; pero no me negará de que seria impropio de mi parte que no tuviera por usted todas las consideraciones que está obligada a guardarle una niña como yo.

—Pero esto no me quitará tu confianza ni la franqueza que deseo uses conmigo?

—De ningun modo, sino que por el contrario, creo que contribuirá a aumentarla; el respeto que debemos a una madre, ¿no se hermana acaso con la injenuidad?

—Tienes razon, hija mia, y permíteme que te lo diga con esa misma naturalidad de madre: cada vez te admiro mas.

—Señora! usted me confunde, pero estoi infinitamente agradecida del afecto que me manifiesta y de las bondades que tiene conmigo, sin haberlas merecido de mi parte.

—Cortemos la conversacion... Hemos llegado.

En efecto, el coche se paró en una grande y hermosa casa de la calle de la Catedral.

El cochero, perfectamente vestido, bajó del pescante y abrió la portezuela con tanta consideracion y respeto, que parecia estar sirviendo a su misma y verdadera señora; pues Ceferina no era mirada en casa de doña Juana como simple sirviente, sino al igual de una persona de la familia, porque, aun cuando los criados sabian que no existia el menor vínculo, sin embargo las preferencias que le acordaba doña Juana y el cariño de Luisa la colocaban a una altura superior al resto de la servidumbre, no contribuyendo menos

su conducta venévola y digna para que le guardasen toda especie de miramientos sin que ella los exijiera jamas, siendo talvez esta circunstancia la causa por que se los rendian mas voluntariamente.

III.

La timidez de Mercedes se aumentaba a medida que veia el respeto que le guardaban a Ceferina personas que en su concepto eran por lo menos iguales o superiores a ella misma; pues no podia figurarse que individuos tan bien vestidos no fueran otra cosa que simples sirvientes, sobre todo cuando estaba acostumbrada en jeneral a tratar con los pobres inquilinos del conventillo de la calle de San Pablo cuya humildad era el resultado de la miseria; mientras que aquí encontraba tanta o mas sumision en medio del aseo y, podriamos decirlo, de la elegancia; pues tanto el cochero como los demas criados que se apresuraban a halagar a Ceferina, estaban vestidos bajo el mismo pié, no sabiendo la pobre niña si debia saludarlos o no con aquella cortesania que requiere el rango, de manera que se hallaba mui embarazada y los colores le subian al rostro a cualquiera pregunta que le hacian.

Ceferina, viendo la perplejidad de Mercedes, y como para ponerla en el lugar, el que le correspondia, dijo a la mas compuesta de las sirvientes:—"Vaya usted a decirle a la señorita Luisa que he conseguido traerle a su amiguita."

La muchacha a quien se diera esta órden partió en el acto, pero no por eso Mercedes se encontraba menos cortada; pues la riqueza siempre produce en nosotros cierta influencia respetuosa de la que es mui difícil se evada aun el hombre que ha reflexionado, siendo de consiguiente mui escusable que lo sufriese una niña que no tenia todavia ideas de mundo y de lo que es capaz el dinero, porque ella se habia criado en el modesto recinto de sus padres.

Al recado de Ceferina, salió corriendo Luisa de sus habitaciones y estrechó a Mercedes entre sus brazos de una manera tan afectuosa como no lo hiciera con las señoritas de su rango que iban frecuentemente a visitarla.

—Querida mia, la dijo, la estaba esperando y temia que no viniese usted tan luego.

—Señorita, contestó Mercedes entre alegre y sonrojada, mi impaciencia talvez era mayor.

—Esto me agrada; pero es preciso que no me diga usted señorita, sino simplemente Luisa: para que exista la cordial franqueza de la amistad es indispensable la igualdad.

Y Luisa, uniendo a la palabra la accion, tomó a Mercedes del brazo y la condujo a sus habitaciones.

La hermosa jóven del pueblo se sentia dulcemente conmovida. El tono noble, humilde y bondadoso de Luisa, la franca cordialidad de sus palabras y el respeto de todos los que la rodeaban, hacian en Mercedes una impresion estraña; pues a la vez que la arrastraba una simpatia irresistible hácia la niña que le brindara su amistad, obraba en ella la consideracion al rango, a la fortuna y a la altivez natural que espresaba la fisonomia de Luisa, de manera que Mercedes esperimentaba cierta timidez, no atreviéndose a emplear la misma familiaridad que usaban con ella.

En ese momento atravesaban el jardin; y Mercedes a la vista de tantas y tan hermosas flores, no pudo menos de esclamar entusiasmada:

—¡Qué jardin tan lindo! Cuán delicioso será vivir aquí!

—Nada mas fácil, Mercedes, la dijo Luisa; todo es tuyo, si quieres venirte conmigo.—Ya ves pues como te tuteo, haz tu lo mismo.

—Seria una felicidad, señorita.

—Si lo crees así, está en tu mano el obtenerla y no seria yo la que perderia;... pero vuelvo a notar que me hablas de señorita y esto me desagrada: ¿quieres o no ser mi amiga?

—Con toda mi alma.

—Pues entonces no esperes que te reconvenga por tercera vez.

—Sin embargo...

—No me hagas ninguna objecion, porque no la aceptaria; bástete saber que si deseas ser mi amiga, es preciso que me hables con la misma familiaridad con que yo te hablo; de otra manera no podria serlo.

—Y seria para mí el mayor sentimiento, porque tu amistad es mi gloria.

—Asi me gusta que te espreses... y Luisa tomó entre sus dos manos una de las de Mercedes.

Y ambas jóvenes presentaban el cuadro mas interesante. Sus fisonomias virjinales, animadas por el sentimiento de la amistad, resplandecian de belleza. Era imposible decir cual de ellas era la mas hermosa o a cual poder dar la preferencia, y sin embargo eran completamente distintas. El semblante de Luisa demostraba la pasion y el de Mercedes el candor; los ojos de Luisa, sus arqueadas y finas cejas, su frente pura y despejada dejaban adivinar una elevada intelijencia, una voluntad firme y la noble altivez de una conciencia sin mancha y de unos instintos delicados y poéticos; mientras que en Mercedes se veia la dulzura anjelical, inseparable compañera de la abnegacion y la pureza, de la resignacion y de la fé.

Las dos amigas se encaminaron hácia el pabellon.

Mercedes iba de sorpresa en sorpresa... Ya se habia estasiado en el jardin, y ahora contemplaba admirada la elegancia de aquel pabellon perdido entre el verdor de los árboles y las flores de las distintas enredaderas que se entrelazaban las unas a las otras como en ese grandioso desórden de la naturaleza, donde jamas se ha introducido el arte que nace de la mano del hombre!...

Mercedes volvió a esclamar: qué mansion tan hermosa! Parece un nido en medio del frondoso follaje de un árbol!

—Veo con gusto que la poesía es en tí un instinto, la dijo Luisa.

—¡Y cómo no admirar lo bello!

—Pues hai muchas personas que no son de tu opinion, y que en lugar de agradarles mi modesta morada, la critican duramente.

—Si tú no lo dijeras, Luisa, me seria imposible creerlo; porque con solo vivir en este recinto basta para ser feliz...

—Ya te he dicho que está en tu mano hacerlo y que con ello aumentaria mi felicidad...

Mercedes se quedó pensativa, y una nube de tristeza se pintó en su semblante; pero luego añadió:

—Gracias, amiga mia, tengo otras afecciones y otros deberes... y el palacio mas encantador se convertiria en dura prision si me ausentase de mis padres, porque ellos son toda mi dicha;... sin embargo, te amo...

—Y yo te comprendo, Mercedes... y lo que me dices aumenta en mí el cariño que te profeso...

—Dios recompense tanta bondad...

—Y en tí tanta ternura...

Las dos jóvenes entraron al salon acompañadas de Ceferina, que habia permanecido silenciosa, pero mui complacida al escuchar el diálogo de las dos amigas, al contemplar aquellas dos admirables criaturas en quienes parecia que Dios hubiera prodigado todos sus dones...

IV.

Mercedes habia visto los suntuosos salones de las señoras R... para quienes bordaba con frecuencia; pero nada era comparable con la elegante sencillez del saloncito o costurero de Luisa.

Como mujer, lo que primero llamó su atencion fueron los trabajos de aguja que estaban en los bastidores, y no se cansaba de admirarlos, mientras Luisa se sonreia con benevolencia al ver la sorpresa injénua de Mercedes.

—Yo te enseñaré todo esto, amiga mia, y verás que no es tan difícil como parece.

—¡Nunca sabré hacerlo con tanta perfeccion!

—No son menos hermosos los trabajos que ella ejecuta, dijo Ceferina a Luisa.

—Por Dios! señora, repuso Mercedes; no se burle de mí.

—Cada cosa en su especie, hija mia, y yo estoi segura que Luisa quedará encantada cuando vea tambien las obras que yo he tenido ocasion de examinar en tu casa.

—Como que lo haré y tendré mucho gusto, contestó Luisa.

—Pero a esto no hai nada de comparable! Qué armonía y belleza en los matices! Qué perfeccion y qué semejanza en los conjuntos! Ai! no habia visto cosa alguna de mas acabado y de mas inimitable.

—Entusiasta!... le dijo Luisa; ya verás cuán fácil es hacer todo esto y en cuán poco tiempo lo aprenderás; y entonces, llegará a serte tan familiar, que tú misma te admirarás de tu sorpresa de ahora...

—Creo que jamas lo conseguiré.

—El tiempo lo dirá; y como me prometo que de hoi en adelante seas mi compañera inseparable...

—Qué felicidad, Luisa! Qué felicidad el pensar que pasaré a tu lado algunas horas!...

—Horas, dias, meses y años, amiga mia; porque me parece que hemos de vivir siempre unidas...

—Siempre!... Dios lo quiera...

—Hai afectos que, una vez que principian, jamas se borran y jamas se olvidan.

—Y que son necesarios ¿no es verdad? porque si ahora me dijeran de separarme de tí, me harian desgraciada... y sin embargo, añadió Mercedes tristemente, nuestras condiciones son tan diversas que no puede haber union posible.

—¿Y por qué no? La virtud, amiga mia, dijo Luisa abra-

zándola, al mismo tiempo que todo lo realza, todo tambien lo nivela.

—Me haces llorar, Luisa, llorar de felicidad!... y Mercedes ocultaba su preciosa cabeza en el seno de su amiga para que no viera ésta las diamantinas lágrimas que corrian en abundancia por sus hermosas y virjinales mejillas.

Luisa, tambien enternecida y sin responder una palabra, tomó entre sus manos la cabeza de Mercedes, y desprendiéndola del pecho, imprimió en su rostro los besos mas tiernos, prodigándole las mas dulces caricias...

V.

¡Qué hai en la naturaleza de mas encantador, y, podríamos decir, de mas divino que la amistad de dos vírjenes!... Qué sentimiento mas puro, mas perfumado, mas ideal que aquel que esperimentan dos almas unidas por el inocente afecto de una admiracion recíproca!...

Luisa y Mercedes se amaban... y el amor habia hecho desaparecer las distancias y desigualdades sociales... la patricia y la plebeya se habian unido para siempre...

Pasado este delicioso momento y enjugadas las lágrimas de ternura que habian vertido las dos jóvenes, lo que llamó de preferencia la atencion de Mercedes fueron los cuadros en que el pincel de Luisa habia representado con admirable naturalidad algunos de nuestros paisajes y costumbres nacionales.

—Qué hermosas pinturas! esclamó Mercedes, acercándose a los cuadros para verlos mejor, y aun alargando el brazo como para tocarlos, pues le parecia que la tela no era lisa, sino que se destacaban de ella los hombres y los árboles que representaban. ¿Quién ha hecho esta maravilla? añadió.

—Yo.

—Tú!... Pero esto es admirable, prodijioso!...

—¿Te gustan mucho?...

—Muchísimo... Nada he visto hasta ahora que se le asemeje!...

—¿Tambien tienes el sentimiento del arte?

—¡Y quién, aun sin conocimientos, no admira lo bello!... ¿se necesita acaso saber las cosas para apreciarlas?

—Sin embargo, es preciso sentirlas...

—Pero el que tiene ojos ve, juzga y aprecia.

—Mas no todos perciben.

—Imposible!... ¿Quién no dirá que estas pinturas son bellísimas?

—Muchos, y yo una de ellos.

—Por modestia.

—Y por persuacion, por esperiencia y por convencimiento. Por otra parte, si estas pinturas tienen algun mérito, se lo deben a su autor.

—¿Pero no me has dicho que tú las has hecho?

—Estas no son, amiga mia, sino copias del distinguido pintor aleman Rugendas, que ha dejado en Chile algunos estimables cuadros; y hai una diferencia inmensa entre el inventor y el copista.

—¿Y si la copia es exacta, dónde esta la diferencia?

—En primer lugar ¿quién sabe si es realmente exacta? Y en segundo, no tienen el mérito de la invencion, que solo pertenece al jenio.

—Sea como tú quieras, no discutiré lo que no entiendo; pero de todos modos estos cuadros, invencion o copia, me parecen lindísimos... ¡Cómo me gustaria saber pintar!...

—En este ramo sí que no me atrevo a ofrecerme como maestra; pero las lijeras nociones que yo tengo del arte te las enseñaré con gusto.

—Y yo te las acepto con gratitud, porque es una cosa que desearia saber con preferencia a cualquiera otra... Ahora recuerdo una circunstancia que viene al caso y que puede ser que contribuya a que yo aprenda... Has de saber, Luisa, que

ayer no mas estuvo una señora en busca de una casa para alquilar, y que, segun ella nos dijo, es tia de un pintor afamado que ama el silencio y el retiro.

—Estos son jeneralmente los de mas inspiracion.

—Sin saberlo, así lo pensaba; porque me parece que el artista de jenio se aparta del bullicio, prefiriendo la soledad.

—Así es como se desenvuelven mejor sus facultades, y esto es lo que sucede jeneralmente.

—Sin embargo, yo me prometo desde ahora, en calidad de vecina, ir a turbar de vez en cuando su reposo.

—Espero que en alguna ocasion me convides, pues yo tambien soi mui curiosa.

—Esta seria una doble satisfaccion.

—¿Entónces quedamos convenidas?

—Indudablemente; pero será necesario que yo esplore primero el terreno; porque si el pintor tiene el jenio adusto, no me atreveria...

—Todo jenio adusto desaparecerá viéndote; y tú, para un pintor, eres una joya inestimable.

—¿Qué es lo que dices?

—Que para un hombre de arte eres de mucho precio.

—¿Te estás burlando?

—Nada de eso, Mercedes, yo sé lo que digo; y estoi segura que el dicho pintor, si tiene realmente jenio, bendecirá tu visita.

—¿Y por qué?

—Porque despertarás su inspiracion.

—Por Dios! Luisa, no me avergüences, dijo Mercedes, poniéndose encarnada...

—Ya lo veremos, querida mia; y si lo que te digo sale cierto ¿qué me prometes?

—Imposible... y espero que no seas cruel hablándome así.

—El tiempo lo dirá... Mientras tanto te mostraré mi pequeña morada, porque puede ser que la habitemos algun dia júntas y es necesario que la conozcas.

Luisa, al hacer esta proposicion a Mercedes no era con el ánimo de mostrarle sus riquezas, sino con el deseo de establecer desde luego esa especie de intimidad que nace de la confianza; pues cuando nada se tiene reservado para una amiga, los vínculos se hacen mas estrechos, y podremos decirlo así, mas íntimos y sagrados. Y tan exenta de vanidad se encontraba Luisa, que jamas a sus numerosas relaciones las habia convidado para pasar mas allá del saloncito en que tenia costumbre de recibir a las niñas que la visitaban, aun cuando fuesen sus iguales en rango y aun sus superiores en fortuna: de modo que era una prueba de distincion, y de distincion mui marcada la escepcion que hacia con Mercedes; pues solo su madre y Ceferina tenian el derecho de penetrar en este recinto, sin que las que se decian sus amigas lo hubieran conseguido nunca, a pesar de la curiosidad que esperimentaban; porque conociendo la escentricidad de Luisa, deseaban por lo mismo darse cuenta del interior de una jóven que aparecia en la sociedad con gustos y costumbres, no solo distintas, sino opuestas a las de los demas.

Mercedes dijo, pues, a su amiga:

—Aun cuando jamas tenga la felicidad de ocupar contigo esta casa, porque no me es dado ni querria abandonar por nada de este mundo el modesto albergue de mis padres, aun cuando esto no suceda, siempre veré con interes todo lo que es tuyo, todo cuanto te rodea.

—Lo adivinaba, y por eso te he convidado; pues lo que voi a mostrarte nada tiene de particular ni de raro, porque es solo la habitacion de una niña soltera que vive en libertad y a quien le gusta estraordinariamente la independencia en todo y para todo...

Luisa y Mercedes penetraron en el dormitorio.

VI.

Esta última marchaba como de sorpresa en sorpresa. Nada habia visto de mas poético, de mas casto, de mas virjinal y de mas raro que el dormitorio de Luisa, porque, como lo hemos dicho, allí estaba unido el gusto a la severidad y lo voluptuoso a la rijidez del estudio.

Mercedes no se cansaba de admirar y pasaba del tocador al estante de libros, o del blanco lecho al exámen de los instrumentos de estudio que se veian por todas partes, sin darse cuenta de ellos y de su uso o utilidad, preguntándole a Luisa con infantil curiosidad para qué era bueno todo aquello.

Su amiga intertanto se reia y le esplicaba el destino de cada objeto.

Pero la jóven obrera, cada vez mas sorprendida, cada vez mas admirada, no pudo menos de esclamar:

—Y tú sabes todo esto?

—No, amiga mia; solo procuro instruirme.

Mercedes hizo una pausa, y con aire melancólico dijo a Luisa:

—¡Hai tanta diferencia entre ambas, que no sé cómo es posible que usted me llame su amiga!

—Ya te he dicho que nunca me hables de usted y espero no vuelva a suceder. Ahora, por lo que respecta a la amistad, tambien te he dado mi opinion; pero puesto que insistes en la misma idea, voi a hacerte a mi vez una pregunta: ¿Me quieres?

—No necesito responderte.

—Entonces tampoco necesitas averiguar nada mas; porque la amistad no es otra cosa que el afecto, y el que tú me profesas es tan sincero como el mio... ya ves que yo estoi segura de tu cariño; ¿por qué dudarias tú entonces del mio?

—Yo tengo mas que afecto, tengo veneracion; y no tan solo te quiero sino que te respeto, que te adoro.

Y Mercedes hizo un movimiento para arrodillarse ante Luisa, pero ésta lo impidió, estrechándola entre sus brazos y añadiendo en seguida:

—Seremos para siempre amigas, y amigas verdaderas.

—Yo recibo tu amistad como el don mas grande que pudiera hacerme la Providencia.

—Que pudiera hacernos, dí mejor; porque yo tambien la considero como un favor.

—¡Pero en qué puedo serte útil!... Nada sirvo, nada valgo; mientras que tú: rica, noble, instruida, buena...

—En la amistad no hai interes, sino afecto; y no es la utilidad la que tengo en vista, sino la simpatia.

—Sin embargo, yo te lo deberé todo; en tanto que de mí no tienes nada que esperar.

—El cariño vanal tiene por base el servicio recíproco, pero no sucede así con el cariño verdadero, porque entre amigas no hai favores. La gratitud es un sentimiento noble, pero distinto al de la amistad. La gratitud se funda en el beneficio, mientras que la amistad proviene únicamente del afecto.

—Entonces si tú me enseñas todo lo que me has dicho, ¿no debo estarte agradecida?

—No.

—Pero asi seria una ingrata y yo no puedo, no quiero ni debo serlo.

—Tampoco serias ingrata.

—No te comprendo; pero lo que sé decirte es que, aun cuando quiera no podria arrancar de mi corazon el recuerdo de tus favores, y si este llegara a desaparecer, me consideraria indigna de tu amistad.

—Es que confundes los sentimientos; y para que me comprendas mejor voi a ponerte a tí de ejemplo y tú misma decidirás. Supon de que me hicieras ahora un servicio ¿creerias que siendo tu amiga, como lo soi verdaderamente, debiera de estarte agradecida?

—No, porque yo no habria hecho mas que proporcionarme un placer.

—Asi es, hija mia, porque servir a su amigo es servirse a sí misma. Comprendes ahora?

—Perfectamente.

—Entonces si yo te enseño lo que te he prometido, ¿me estarás reconocida?

—No; pero te querré mas.

—Eso sí que acepto; dame cuanto cariño quieras, dame un mundo de afectos en un mar de caricias y las recibiré con gusto.

Y Mercedes, a pesar de su timidez, corrió donde Luisa y la besó con tierna efusion.

—Ahora, prosiguió Luisa, voi a ponerte otro ejemplo con personajes que tú conoces, para que definas bien la gratitud; y aun cuando la sientes en tu alma, para que la analices con tus palabras; porque una idea no solo es preciso concebirla, sino que es necesario esplicarla; de lo contrario quedaria incompleta. Pues bien, tu hermano nos salvó la vida. Mi madre y yo no lo conociamos, ¿no es natural que le estemos agradecidas y que si no esperimentáramos ese sentimiento seriamos consideradas, y con mui justa razon, como unas ingratas?

—Pero Enrique es mi hermano y tú eres mi amiga.

—¿Y qué deduces de aquí?

—Que puedes ser la amiga de él asi como lo eres mia.

—Lindo modo de raciocinar! Puede acaso una niña ser la amiga de un jóven?

—No veo el inconveniente.

—Ya lo creo, dijo Luisa riéndose; ¿pero podria yo tener la confianza que tengo contigo? Podria yo abrazarlo como te abrazo? Lo harias tú con un hermano mio por el hecho solo de ser tu amiga? Vamos, responde, ¿lo harias?

—Tienes razon, no lo haria; pero esto no seria un motivo para dejar de tener confianza.

—Sin embargo, hai confianzas de confianzas y tú misma has concedido que no serias con mi hermano tan franca como lo eres conmigo.

—Me doi por vencida, Luisa; pero deseara que quisieras a Enrique tanto o mas que a mí, porque es tan bueno... y no sé qué presentimiento me dice que tambien te quiere muchísimo.

—Vamos por partes, hija mia, dijo Luisa un si es no es turbada; hablábamos de la amistad únicamente y estabas de acuerdo conmigo en que para que ella existiera era necesario una confianza casi o completamente ilimitada y que esa confianza no podia darse entre personas de otro sexo; ahora esto no priva que se tenga cariño, y yo te he confesado que siento gratitud; y como la gratitud lleva tras sí el afecto, no tengo el menor inconveniente en decirte que lo esperimento por tu hermano, ya sea por lo que le debemos mi madre y yo, o ya por el solo hecho de tener tan íntima relacion contigo, lo cual es a mis ojos un mérito.

—Te lo agradezco; pero ya que no quieres que te hable de agradecimiento, te diré que me llenas de alegria, y que esta seria mayor si me permitieras decírselo a Enrique, porque estoi segura que lo haria mui feliz...

Luisa permaneció un momento pensativa e indecisa. En seguida, con un aire de dignidad inimitable, dijo a Mercedes:

—No veo inconveniente en que comuniques lo que hemos hablado, pues yo misma no tendria embarazo en participársela.

—Ai! cuán contento va a estar...

—¿Y por qué presumes que una cosa tan natural como es la gratitud, y tan sencilla como es el afecto que de ella emana, puede darle tanta satisfaccion?

—No sabré esplicártelo, pero estoi segura de ello.

—Ya se ve, comprendo que cuando se ha hecho una buena accion, cuando se ha prestado un servicio, se tenga

gusto en ver que aquellos que lo reciben no aparezcan como unos ingratos.

—Enrique no aprecia en tanto su conducta ni cree que le debes el mas insignificante favor, pues él se mostraba al contrario mui agradecido de tus bondades y tenia razon en pensar y en espresarse asi. Ademas le he oido decir cuando la señora Ceferina le hablaba de tu parte sobre este particular, que no habia motivo alguno para que tú le estuvieras reconocida, cuando él habria hecho lo mismo por cualquiera otra persona que lo que hizo contigo.

—La jenerosidad de tu hermano no me exonera de mi obligacion, y no porque él haya ignorado a quién favorecia, es una razon para dejarle de reconocer el servicio: asi lo que tú me dices, en vez de disminuir mi gratitud, aumenta mi aprecio.

—¿Sabes que me da mucho gusto en oirte hablar de este modo; pues no me habria agradado, a pesar de lo que dice Enrique y a pesar de lo que yo misma pienso, que disminuyese a tu vista el mérito de su accion?

—Ya ves que no; y tambien te autorizo para que se lo manifiestes.

Ceferina entró en ese momento y dijo a Luisa:

—No tomas hoi tu baño? Poco falta para que tu mamá se levante y pida el almuerzo.

—Se me habia olvidado del todo; pero poco importa que no lo tome hoi.

—No, Luisa, interrumpió Mercedes; si mi visita te hace quebrantar tus hábitos o privarte de tus gustos, me retiro.

—¡No faltaria mas!

—Pero entonces es preciso que lo hagas; yo te aguardaré.

—Se me ocurre una idea feliz ¿quieres que nos bañemos las dos?

—Qué locura!...

—Locura o no, tengo un capricho que quiero que satisfagas;... y para que me vayas conociendo, te advierto que

he sido tan mimada por esta señora que está aquí presente (haciendo alusion a Ceferina) que nunca me ha ido a la mano en mis caprichos, criándome lo mas voluntariosa; de suerte que es preciso que se haga lo que yo deseo, pues de lo contrario me enojo y me pongo de un humor insoportable; y ya ves que no seria nada agradable para tí tener que sufrir por un dia entero mis impertinencias.

—Y la mayor de las impertinencias es la presente, dijo Ceferina con el tono mas placentero.

—Lo confieso, pero es necesario llevarla a cabo, porque quiero arreglar a mi amiguita segun mi humor o segun mi capricho. ¿Quieres ser condescendiente, hijita?

Luisa apoyó su brazo en el hombro de Mercedes, interrogándole no solo con la palabra sino con su afectuosa mirada.

—Quién puede resistirte, contestó Mercedes.

—Bravo! y despues yo te voi a peinar, vestirte y acomodarte a mi gusto pues quiero darle a mi mamá una sorpresa.. Ahora, prosiguió Luisa, dirijiéndose a Ceferina, a usted le encargo, en caso que no estuviésemos listas, que con algun pretesto retarde el almuerzo; sin embargo, creo que antes que mi mamá lo haya pedido, ya nos encontrará desocupadas.

—Está bien, pero no se vayan a tardar mucho en la compostura, para que no se impaciente misia Juanita por la demora.

—Pierda cuidado, que seremos mas lijeras que el viento...

Y las dos jóvenes, o mejor dicho, las dos sílfides, entraron al salon de baño.

La bañadera.

I.

Si Mercedes habia quedado sorprendida con lo que habia visto antes, lo estuvo mucho mas al contemplar aquella elegante sala de baño que ya el lector conoce, y en que Luisa, como lo hemos dicho anteriormente, habia acumulado, si se nos permite espresarnos así, todo lo agradable que tiene el lujo y toda la voluptuosidad que existe en el mas refinado confortable; pues aquella pieza no era una sala de baño, sino un templo erijido a la belleza corporal, donde se le rendia culto adornándola con todos los atavios propios a una divinidad; y hasta el embalsamado ambiente que allí se respiraba tenia cierta semejanza con las nubes de incienso que se esparcen en las imponentes naves de una iglesia católica...

Mercedes estaba estasiada, o mas bien, no comprendia lo que todo aquello significaba; y solo salió de su admirativo estupor cuando vió que Luisa se desnudaba para entrarse al baño, sin poder adivinar donde se encontraba el agua y el recipiente destinado a este fin.

—Voi a bañarme primero, dijo Luisa a Mercedes, porque tengo necesidad de algun tiempo para preparar tu tocado, el que arreglaré mientras tú sigues mi ejemplo.

En seguida tocó un resorte en un magnífico mueble y apareció a la atónita vista de Mercedes la mas elegante bañadera. Luisa movió dos llaves de bronce ricamente cince-

ladas y al instante aparecieron dos gruesos chorros de agua cristalina.

A Mercedes le pareció que estaba en un encanto y aun se restregó los ojos como para cerciorarse que no soñaba o que no era víctima de alguna alucinacion; pero su sorpresa creció, cuando vió cerrarse por sí solo el mueble, desapareciendo Luisa a su vista.

Pocos momentos despues se presentó nuevamente la aristocrática belleza envuelta en una hermosísima bata que solo dejaba ver los pequeños, delgados, blancos y sonrosados piés de la jóven... piés divinos que hubiera sido un placer imprimir en ellos sus labios!... y no se crea esto exajerado ¡a cuántos hombres no seduce esta parte, al parecer insignificante, del cuerpo de una niña? Y si unos lindos piés coquetamente calzados nos atraen, es indudable que desnudos nos electrizan...

II.

Luisa se dirijió a Mercedes, que aun permanecia en el mismo sitio contemplando atónita cuanto la rodeaba y sin poderse dar una razon clara y distinta de lo que veia.

—Vamos, amiga, la dijo Luisa, ahora es tu turno.

—Estoi admirada de tanto prodijio hasta el punto de creer que eres distinta de las demas mujeres... que eres de una especie superior a la nuestra...

—¡Qué ocurrencia! esclamó Luisa, riéndose a carcajadas.

—Pero lo que veo es tan estraño... y tú eres tan linda, que se me figura ver a un ánjel o a una aparicion celestial...

—Picarona! ¿Con que tambien sabias decir lisonjas? Yo no te creia tan adelantada.

—No es lisonja, Luisa, sino la pura verdad. ¡Me tomarias acaso por una embustera?

Y habia en el semblante de Mercedes una espresion tan sincera y a la vez tan afectuosa, tan apasionada, que Luisa no pudo menos que estrecharla contra su corazon y decirle:

—Querida amiga mia, tu admiracion es el resultado de tu afecto, y así es como la tomo y como me agrada, porque es una prueba inequívoca del cariño que me profesas; pero yo disiparé tus ilusiones sin perder tu voluntad y haré que desaparezca lo fantástico para que me estimes solo en lo que valgo; y estoi persuadida que no perderé en que me consideres como una simple mujer, en lugar de mirarme como un ser distinto o superior... Es verdad, Mercedes, que soi la mujer mas sibarita; no sé si hago mal o bien en ello, pero obedezco a los instintos de mi naturaleza, que en vez de contrariar quizá he impulsado. Me gusta el lujo, amiga mia, no por la ostentacion, sino por la belleza; no tengo el sentimiento de la vanidad, sino el del arte y por esta razon he puesto en mi cuarto de baño, en lugar de colocarlos en mi sala de recibo, todos estos caprichos de mi fantasía, porque me agrada rodearme de lo que alhaga los sentidos, principalmente cuando salgo del agua, en lo que soi talvez algo musulmana; y no estoi distante de considerar esta costumbre como una especie de purificacion, con la sola diferencia que para aquellos pueblos es un precepto relijioso, mientras que para mí es un placer... Este es el motivo por qué ves aquí esos lindos jarrones siempre cubiertos de flores frescas tomadas por mi mano o por las de mi nodriza, esas estátuas, esos divanes y todos estos perfumes que embalsaman el aire y se impregnan en el cuerpo; porque has de saber que soi apasionada por los perfumes, pero me gustan de una delicadeza y de una suavidad tal, que parezcan como una emanacion imperceptible pero deliciosa, que no vayan mui lejos sino que se queden solo en derredor de una...

Ahora por lo que hace a la bañadera, que quizá te habrá sorprendido verla alternativamente aparecer y desaparecer; no hai nada de mas sencillo, como lo examinarás por tí misma. Hice construir este espacioso mueble, y tomando una parte de la muralla, coloqué el baño, encerrando aquí todo cuanto es necesario; pues he hecho colocar hasta una

lámpara de gas para alumbrarlo interiormente, cuando uno quiere cerrar las puertas; pero como siempre estoi sola no necesito de luz. Por la parte esterior hai dos recipientes de agua, el uno frio y el otro caliente para dejarlo a la temperatura que es mas agradable o a la que se está acostumbrada.

Te prevengo que tú eres la primera persona que penetra en este cuarto con escepcion de mi madre y de mi nodriza; porque estoi segura que si las amigas, como vulgarmente se dice, y cuya sociedad frecuento, lo hubiesen visto, me considerarian como mas estravagante y loca de lo que en la actualidad me creen.

Pero voi viendo que con estas esplicaciones perdemos el tiempo, siendo necesario que no hagamos esperar a mi madre cuando nos llame para almorzar, de consiguiente si quieres bañarte ven y desnúdate.

Luisa tomó de la mano a Mercedes y luego añadió cuando se encontraron enfrente del baño.

—Ya ves; por este resorte del fondo ha desaparecido toda el agua que me sirvió. Ahora voi a abrirte las llaves para que tengas agua nueva y tú misma dirás en el estado de calor en que quieres que te deje el baño.

—Ninguna observacion he podido hacer a lo que me has dicho anteriormente y me dices ahora, pero hablaremos mas tarde.

Y Mercedes tocó con sus afilados dedos el agua de la bañadera, principiando a desnudarse, no sin cierta timidez, aun cuando solo se encontraba en presencia de Luisa.

Cuando creyó que el baño estaba en una temperatura conveniente se lo dijo a Luisa. Entonces ésta vació el contenido de un frasco de agua de colonia, y antes de cerrar el mueble mostró a Mercedes un saco de baño y una bata para salir, todo lo cual estaba colocado en el interior del mueble.

—Inter Mercedes se bañaba, Luisa se vistió con una ele-

gancia y lijereza sorprendentes, preparando a la vez el traje que destinaba para su amiga, pues queria adornarla segun su capricho.

En pocos momentos apareció Mercedes tan fresca y linda como un boton de rosa; y Luisa, sorprendida a su vez, no pudo menos de decirle:

—Estoi hechizada, amiga mia; jamas habia visto una hurí mas pura y mas bella. La ardiente fantasia de un musulman nunca habrá soñado cosa igual.

—¿Qué es lo que llamas una hurí?

—Las huríes son esas vírjenes siempre hermosas, siempre jóvenes, siempre castas que esperan en los cielos a los hijos del profeta.

—Yo podria decirte ahora lo que tú me dijiste poco há: embustera!...

—No entraremos en nueva discusion, porque es necesario que te vistas pronto: aquí tienes tu ropa.

—Pero esta no es la mia.

—Me has prometido satisfacer mis caprichos y es preciso someterse en todo a mi voluntad: esta es tu ropa.

—¿Cómo quieres que yo use cosas tan ricas? Quizá me haces un mal, porque despues talvez no me podria habituar a la pobreza a que estoi acostumbrada ahora; si te he agradado pobre y modesta déjame como soi.

—Lejos de mí, amiga mia, el deseo de que pierdas la sencillez de tus costumbres, en la cual yo misma encuentro un verdadero encanto; ¿pero seria un motivo mi pequeño obsequio de hoi, para que desapareciesen en un momento tus modestas virtudes? En mi opinion, querida Mercedes, esto no es mas que un pasatiempo de niñas; ¿querrias rehusármelo? Si te contrario demasiado, no insisto. Dímelo.

—Haz lo que quieras, Luisa, porque esperimento gusto en satisfacer tu voluntad.

—¿No te impogo un sacrificio?

—No puede haber ni sacrificio ni gratitud donde hai

cariño; tú misma lo has dicho; por consiguiente yo estoi decidida a hacer lo que tú quieras.

—Pero yo hubiera deseado de tu parte mas espontaneidad.

—No tomes en cuenta mis escrúpulos; mi voluntad es la tuya.

—¿No te haces ninguna violencia?

—¡Cómo puede haber violencia en el placer que uno esperimenta! Y yo siento este placer, porque es el tuyo.

—Veo que vas comprendiendo mejor que yo el sentimiento de la verdadera amistad.

—No creo comprenderlo mejor; pero si no lo analizo, lo esperimento.

—Entonces, ¿te vestirás como yo quiero?

—Sí.

—Gracias, por tu condescendencia, y manos a la obra.

III.

Luisa hizo vestirse a Mercedes de piés a cabeza con los trajes sencillos pero elegantes que habia preparado de antemano, consultando en la eleccion la modesta posicion de la jóven. En seguida se apoderó de su cabeza y le hizo un peinado segun su fantasia.

Mercedes estaba bellísima, y Luisa al contemplarla, se estasiaba hasta cierto punto de su propia obra.

Ceferina entró en esos momentos y dijo a las dos jóvenes que misia Juana las esperaba para el almuerzo.

—Yo no me atrevo a presentarme ante la señora, dijo Mercedes, porque me encontraria mui embarazada en su presencia, y mucho mas cuando me vea adornada de una manera que no corresponde a mi condicion.

—Estás mui sencillamente vestida, ¿no es verdad, ama mia? preguntó Luisa a Ceferina como para aquietar los escrúpulos de su amiga.

gancia y lijereza sorprendentes, preparando a la vez el traje que destinaba para su amiga, pues queria adornarla segun su capricho.

En pocos momentos apareció Mercedes tan fresca y linda como un boton de rosa; y Luisa, sorprendida a su vez, no pudo menos de decirle:

—Estoi hechizada, amiga mia; jamas habia visto una hurí mas pura y mas bella. La ardiente fantasia de un musulman nunca habrá soñado cosa igual.

—¿Qué es lo que llamas una hurí?

—Las huríes son esas vírjenes siempre hermosas, siempre jóvenes, siempre castas que esperan en los cielos a los hijos del profeta.

—Yo podria decirte ahora lo que tú me dijiste poco há: embustera!...

—No entraremos en nueva discusion, porque es necesario que te vistas pronto: aquí tienes tu ropa.

—Pero esta no es la mia.

—Me has prometido satisfacer mis caprichos y es preciso someterse en todo a mi voluntad: esta es tu ropa.

—¿Cómo quieres que yo use cosas tan ricas? Quizá me haces un mal, porque despues talvez no me podria habituar a la pobreza a que estoi acostumbrada ahora; si te he agradado pobre y modesta déjame como soi.

—Lejos de mí, amiga mia, el deseo de que pierdas la sencillez de tus costumbres, en la cual yo misma encuentro un verdadero encanto; ¿pero seria un motivo mi pequeño obsequio de hoi, para que desapareciesen en un momento tus modestas virtudes? En mi opinion, querida Mercedes, esto no es mas que un pasatiempo de niñas; ¿querrias rehusármelo? Si te contrario demasiado, no insisto. Dímelo.

—Haz lo que quieras, Luisa, porque esperimento gusto en satisfacer tu voluntad.

—¿No te impogo un sacrificio?

—No puede haber ni sacrificio ni gratitud donde hai

cariño, tú misma lo has dicho; por consiguiente yo estoi decidida a hacer lo que tú quieras.

—Pero yo hubiera deseado de tu parte mas espontaneidad.

—No tomes en cuenta mis escrúpulos; mi voluntad es la tuya....

—¿No te haces ninguna violencia?

—¡Cómo puede haber violencia en el placer que uno esperimenta! Y yo siento este placer, porque es el tuyo.

—Veo que vas comprendiendo mejor que yo el sentimiento de la verdadera amistad.

—No creo comprenderlo mejor; pero si no lo analizo, lo esperimento.

—Entonces, ¿te vestirás como yo quiero?

—Sí.

—Gracias, por tu condescendencia, y manos a la obra.

III.

Luisa hizo vestirse a Mercedes de piés a cabeza con los trajes sencillos pero elegantes que habia preparado de antemano, consultando en la eleccion la modesta posicion de la jóven. En seguida se apoderó de su cabeza y le hizo un peinado segun su fantasia.

Mercedes estaba bellísima, y Luisa al contemplarla, se estasiaba hasta cierto punto de su propia obra.

Ceferina entró en esos momentos y dijo a las dos jóvenes que misia Juana las esperaba para el almuerzo.

—Yo no me atrevo a presentarme ante la señora, dijo Mercedes, porque me encontraria mui embarazada en su presencia, y mucho mas cuando me vea adornada de una manera que no corresponde a mi condicion.

—Estás mui sencillamente vestida, ¿no es verdad, ama mia? preguntó Luisa a Ceferina como para aquietar los escrúpulos de su amiga.

—Asi es, contestó la buena nodriza, y luego dirijiéndose a Mercedes, la dijo: —"Si te asustas, si te avergüenzas de tus adornos, te asustas y avergüenzas de tí misma, porque el principal adorno eres tú."

—Bravo, esclamó Luisa, aplaudiendo con sus lindas manos: no hai como mi vieja para hablar la verdad de las cosas, y volviéndose hácia Mercedes, añadió: ya ves que tenia razon.

—Esto es demasiado, contestó Mercedes, cubriéndose las mejillas, sonrosadas por el divino carmin de la modestia.

—Vamos, amiga mia, no tengas el menor cuidado ni menos cortedad, porque mi mamita tendrá un verdadero placer en verte; y ya verás como te encontrarás bien con ella.

Y tomándola del brazo se la llevó consigo.

El dormitorio de doña Juana.

I.

Doña Juana hacia dias que, sintiéndose indispuesta, almorzaba y comia en su dormitorio, acompañada únicamente de Luisa, habiendo aumentado la indisposicion de la señora desde el lance del coche; sin embargo, el estado de su salud no era alarmante, pues solo le habian prescrito que evitase en cuanto fuera posible los cambios de la temperatura, tan frecuentes en Santiago, por cuya razon permanecia encerrada, no saliendo de sus habitaciones sino cuando el aire era mui templado.

El dormitorio de la aristocrática matrona era estenso y severo, y la antigüedad de los muebles que le adornaban lo hacian aun mas imponente. El catre alto con colcha y cortinas de damasco de seda lacre y flecadura del mismo color, parecia mas bien una especie de altar, y como para aumentar la ilusion, distinguíase en el fondo, por el espacio que dejaban abierto las cortinas, un gran cuadro que representaba a la madre del Salvador. Los sillones de aquel aposento estaban en armonia con el lecho, pues tenian el asiento y el respaldo de la misma tela; pero tan frescos e intactos, que a pesar de la larga vida de una larga centuria, podia creerseles fabricados recientemente. Por único adorno en las paredes pintadas al fresco y no empapeladas o tapizadas como se usan hoi dia, veíanse cuatro grandes retratos de cuerpo entero. El uno representaba a un militar, jóven aun y vestido a la antigua y en cuyo semblante se notaba la desdeñosa altivez

que caracterizaba a los nobles de los pasados tiempos, que, mui de buena fé, se consideraban superiores al resto de la humanidad. Al lado de este retrato estaba el de una señora que, a pesar de lo grotesco del traje y del peinado, segun los gustos de nuestra época, tenia la fisonomia mas dulce y mas bella. Estos dos cuadros, con anchos marcos dorados, representaban a los padres de doña Juana y por consiguiente a los abuelos de Luisa, cuya fisonomia participaba de la altiva arrogancia del primero y de la belleza y dulzura del segundo. El tercer retrato era el de una monja jóven y hermosa, esta pintura se conocia que era moderna, lo mismo que el cuadro de enfrente, que representaba al primer arzobispo de Chile don Manuel Vicuña, antiguo director de conciencia de doña Juana y por cuyo virtuosísimo varon conservaba la aristocrática matrona tan queridos como respetuosos recuerdos. Veíase tambien un retrato en miniatura que estaba a los piés de la Vírjen y por consiguiente hácia el fondo del lecho: era el de su marido.

Esta habitacion, que hemos descrito a la lijera, era la misma en que pasara su larga existencia la abuela de Luisa; y doña Juana, por esa veneracion lejítima que algunas personas conservan por sus antepasados, no habia querido alterar nada en el suntuoso dormitorio de su madre, ocupando ella hasta el mismo lecho con sus propios adornos, pues la colcha y cortinaje del catre eran las que habia usado la señora durante su vida. La única modificacion que podia observarse desde largos años en aquel cuarto, que parecia desafiar al tiempo, era la introduccion de los dos últimos cuadros que hemos hecho conocer al lector, es decir, del que representaba a la monja y del otro en que se veia al reverendo arzobispo de Santiago. Tambien podia notarse una poltrona de construccion moderna y en que se sentaba doña Juana, pues los taburetes antiguos no tenian la comodidad de los muelles sillones de hoi dia. Por lo demas, el resto del amueblado era el mismo, no notándose la menor alteracion; pues

hasta el polvo y el aire de aquella pieza parecia a primera vista que no hubieran sido nunca renovados.

II.

Luisa, conduciendo por la mano a Mercedes, la introdujo a la habitacion de su madre, y presentándosela la dijo: "mi mejor amiga."

Doña Juana no conoció de pronto a Mercedes, y se paró de su asiento para responder al profundo saludo que le hacia la jóven; y en seguida añadió dirijiéndose a Luisa:

—¿Por qué no me has avisado nada? ¿Quién es esta señorita?

—¿No la conoce usted? Es mi mejor amiga, volvió a repetir Luisa.

—Creo haberla visto, dijo doña Juana, volviendo a fijar en ella su mirada; y en seguida, como si de un golpe se le presentasen sus recuerdos, esclamó: "es la hermana del jóven!..."

—Que nos salvó la vida, repuso Luisa; la misma que tengo el honor de presentar a usted.

—Ven para acá hija mia, dijo doña Juana; al principio no te habia conocido, talvez a causa de mi mal estado; pero es imposible olvidarte una vez que se te ha visto, y tengo un verdadero placer en que hayas venido.

—No es ella, querida mamita, la que ha hecho esa gracia, sino que yo me he tomado el trabajo de mandar a traerla, porque de otro modo esta picarona jamas habria venido a vernos.

—Has hecho mui bien, Luisa, y yo misma estaba impaciente por saber donde vivia el hermano y la familia de esta jóven a quienes debemos un gran servicio.

—¿Y querrá usted creer, mamita, que todos ellos pretenden que nada les debemos?

—Me parece, señora, dijo Mercedes, con timidez, dirijién-

dose a doña Juana, que ustedes exajeran la accion de mi hermano, la que ha recaido en ustedes por casualidad; y aun cuando hubiera realmente algun mérito en ella, la bondad de ustedes y en especial de esta señorita (señalando a Luisa) seria mas que suficiente para recompensarnos.

—Ya te he dicho que no me digas señorita sino simplemente Luisa, y ahora te lo repito delante de mi madre para que sepa la amistad que te profeso y para que no vuelvas a incurrir en tan grave falta.

—Tienes razon, dijo doña Juana con benevolencia: ustedes son casi de la misma edad y tambien parecen casi hermanas ¿por qué, pues, no ha de reinar la misma familiaridad?

Como ya lo hemos dicho, en los hábitos aristocráticos de doña Juana y en su respeto ciego por las ideas de nobleza, esta concesion de su parte era la prueba mas evidente que podia dar respecto a la simpatía que la arrastraba hácia Mercedes. ¡Estrechar la mano a un sarjento y permitir a su hija, único vástago de tantos ilustres antepasados, que tuviera relaciones íntimas con una niña del pueblo, podia considerarse como un milagro, como una cosa inaudita y de que no habia otro ejemplo en toda la existencia de esta matrona, que jamas habia transijido con los principios en que fuera educada y por los que tenia un respeto casi relijioso! Pero al ver a aquella hermosa niña, al contemplar aquel semblante que revelaba el candor, la pureza y la mas dulce y tierna bondad, al fijarse en aquella mirada que parecia solicitar la proteccion de Dios y de los hombres, todo sentimiento de orgullo desaparecia en el acto, no atreviéndose nadie a hacer pesar su superioridad sobre aquel blanco lirio que no tenia otra proteccion que su belleza y su inocencia...

Doña Juana, impresionada en favor de Mercedes, dijo a las dos niñas, que aun permanecian de pié: "Sentaos, hijas mias, puesto que teneis la bondad de venir a hacerme compañia."

El almuerzo estuvo lo mas animado y entretenido. Doña Juana no se cansaba de hacer preguntas a Mercedes; y las contestaciones de ésta eran tan sencillas y oportunas, que la admiracion, el cariño y aun el respeto de la señora, crecian a medida que Mercedes hablaba, siendo tanto mas favorable la opinion que se granjeaba cuanto aparecia Merces con mayor modestia, pues en nada manifestaba la mas pequeña vanidad ni el menor deseo de aparecer otra cosa que lo que en realidad era, aceptando con agradecimiento los cariños y aun las alabanzas, sin enorgullecerse de ellas.

Las melodias.

I.

Concluido el almuerzo, doña Juana manifestó el deseo de oir tocar en el piano a Luisa, y las tres se dirijieron al pabellon que ya hemos descrito.

—Mi hija es una filósofa, mui amante de la independencia y de la libertad, dijo la señora a Mercedes con cariñoso tono; pues ya ves como no vive con su madre, sino que se ha venido a ocupar el fondo de la casa, que ella ha hecho arreglar a su fantasía.

—Pero esa libertad no me quita el cariño, ni esa independencia la sumision que vuestra hija os tiene, contestó Luisa, sin dejar responder a Mercedes.

—Es inútil argumentar con ella, volvió a decir doña Juana con un aire lleno de bondad y de satisfaccion, porque siempre ha de salir vencedora; y con la miel de sus argumentos la envuelve a una haciéndole creer todo lo que ella piensa y aceptar cuanto ella quiere, de manera que su voluntad es lei.

—Y una lei mui suave y mui razonable ¿no es verdad, señora? dijo Mercedes.

—En eso está justamente el peligro, hija mia, pues si tú la dejas que hable, te persuade de tal modo, que no te queda otro partido que ser de su misma opinion.

—Y yo tendria el mayor gusto en seguirla.

—Ya veo que no ha necesitado mucho tiempo para fascinarte.

—Para amarla querrá usted decir.

—Así es, Mercedes, interrumpió Luisa: para amarnos...

—Esta es la prueba mas evidente de lo que yo decia.

—Pero, mamita, si usted habla de lo que denomina mi fascinacion, no es menos poderosa la que ejerce Mercedes respecto a mí, y me atrevo a creer respecto a usted misma.

—Dices la verdad, hija mia; yo quiero a esta niña como si la conociera desde mucho tiempo atrás.

—Señora! interrumpió Mercedes, yo seria la mas ingrata si fuera insensible a tanta bondad.

—Dí mas bien a mi cariño, hija mia.

—Nada he hecho aun por merecerlo.

—Pero ya lo tienes.

—Gracias!... señora, dijo Mercedes con una emocion que espresaba mucho mas que lo que hubiera espresado su palabra...

Doña Juana hizo sentar a su lado a Mercedes y ordenó a Luisa de ponerse al piano.

Luisa, animada por el placer, llena de una delicia vaga y desconocida que nunca habia esperimentado y que no se sabia esplicar, arrancó del piano sonidos tan dulces, tan tiernos, tan melancólicos y tan apasionados, que ella misma se sentia como inspirada, dejándose llevar hácia esos mundos sin horizontes del idealismo donde solo ciertas almas penetran!... De sus afilados dedos, tan blancos como las teclas, y que se desligaban sobre ellas con una rapidez asombrosa, nacian como por encanto raudales de armonía... Un éstasis celestial, casi divino, se dejaba ver en el semblante de Mercedes, y doña Juana no podia menos de esclamar a cada instante: lindísimo! hermosísimo!...

Cuando Luisa dejó de tocar, hubo un profundo silencio... y aquel pequeño auditorio, en lugar de aplaudir, se calló... como si permaneciera todavia oyendo las melodías de la música!... pero esto sucede siempre que el alma se arroba por algun sentimiento que la posee por entero; pues tiene

que hacer un esfuerzo para volver a la vida habitual, transcurriendo mas o menos tiempo antes que el cuerpo ejerza su acostumbrado dominio...

Doña Juana dijo al fin: "jamas te habia oido, Luisa, tocar de esta manera... has producido en mí una impresion tan agradable, que creo no haber sentido otra igual en toda mi vida...

—No hai palabras, repuso Mercedes para esplicar esto... ¡Qué voz humana podria conmover así!

—Lo confieso, respondió Luisa, creo haber tocado hoi mejor que en otras ocasiones, porque he sentido un gusto particular... pero la voz humana, querida amiga, es mucho mas armoniosa y atrayente que la musical, pues es el primero de los órganos y el primero de los instrumentos.

—Imposible...

—Es que tú no habrás tenido ocasion de oir cantar bien.

—Puede ser, porque nada he oido que se asemeje a esto.

—Yo no pretendo ser una cantatriz, no tengo una voz melodiosa; y sin embargo, compara y juzga por tí misma...

Luisa se sentó nuevamente al piano, y despues de algunos preludios, salieron de su garganta sonidos tan arjentinos, que parecian desenvolverse y tomar consistencia y pedir espacio, pues a medida que adelantaba eran gradualmente mas llenos, melodiosos y sentimentales; pues a la armonía de la música se unian las armonías del canto y a éstas la ajitacion de un seno palpitante, la animacion de la fisonomía que reflejaba el pensamiento del poeta y la dulce cadencia del verso...

Mercedes, sin poder permanecer en su asiento, habia ido poco a poco acercándose al piano, como atraida por un iman, hasta el punto que se arrodilló al lado de Luisa, sin que ésta, arrobada por el encanto que ella misma produjera, se apercibiese de la postura de su amiga.

De repente dejó de tocar como si se encontrara escesivamente fatigada... cerró sus hermosos ojos y reclinó su cabe-

za de la misma manera que una persona que va a desmayarse...

Mercedes la estrechó en sus brazos, colocando sus labios rojos en los labios descoloridos de Luisa...

Doña Juana lloraba, contemplando aquel cuadro tan sencillo, tan tierno y tan interesante...

Una sonrisa! sonrisa de satisfaccion, sonrisa impregnada de afecto, vagó por los labios de Luisa...

—Te ha gustado, amiga mia? le preguntó al fin, sin que por esto la soltara de sus brazos.

—No solo me ha gustado, sino que me parecia que era el canto de los ánjeles... Creia estar en el cielo y que tú eras uno de esos seres de que debe estar rodeado el trono de Dios!...

—Ya ve, mamita, cuán lisonjera es esta niña que usted creeria tan sencilla.

—Y no es, señora, la primera vez que esperimento esta ilusion, agregó Mercedes.

—Y prosigue!... dijo Luisa.

—Y quién sabe si no será éste el parecer de toda mi vida... ¿Por qué no puede haber ánjeles en la tierra?

—En ese caso tú tambien serias uno de ellos, replicó doña Juana.

—¡Qué comparacion, señora!... Entre Luisa y yo, ¿qué semejanza puede haber?

—Talvez mas de lo que tú piensas, hija mia.

—Yo querria imitarla; esto es todo.

—Pues ya ese es un principio, independiente de las cualidades que te adornan.

—Y que la hacen tan buena como interesante, ¿no es verdad, mamita?

—Asi es, Luisa, y a cada instante voi comprendiendo mas tu afecto.

—La querré toda mi vida.

Mercedes, ni sabia como espresar su gratitud, su cariño,

su amor, podríamos decir; porque la pobre jóven esperimentaba por doña Juana un afecto casi igual al que le inspiraban sus padres, y por Luisa una inclinacion desconocida hasta entonces, pues a nadie habia querido de semejante manera. Si Luisa le hubiese pedido su vida, se la habria sacrificado gustosa.

La noble matrona y su hija comprendieron el silencio de Mercedes; pues hai circunstancias que la mas elocuente palabra no espresa todo lo que encierra una mirada y lo que se revela en el semblante de una persona agradecida, sucediendo en jeneral que aquellos que mas sienten son los que menos hablan, porque la intensidad de sus impresiones hace enmudecer su lengua.

Mercedes permaneció el resto del dia con su nueva y única amiga, entregadas ambas solamente al placer de estar juntas sin dedicarse a nada, reservándose sí para lo sucesivo los trabajos que se habian propuesto hacer, sin mas que arreglar por ahora el plan o el réjimen que debian observar para su mejor desempeño; pues Mercedes queria aprenderlo todo y Luisa enseñárselo, para lo cual distribuian el tiempo que debian dedicar diariamente al bordado, a la pintura y a la música.

II.

Llegada la noche, Mercedes pensó en retirarse; pero ántes trató de ponerse los vestidos con que habia venido y que solo dejara por satisfacer un capricho de Luisa; mas ésta se opuso con tanta tenacidad, que se vió obligada a aceptarlos.

—Llévalos, le decia Luisa, como un recuerdo del primer dia de nuestra amistad.

—No necesito de ellos, le contestó Mercedes, para que quede grabado eternamente en mi corazon tan dichoso recuerdo.

—Sin embargo, cuando te los pongas, cuando los veas, me tendrás presente.

—Me parece que nunca te has de apartar un momento de mi memoria. Por otra parte, ¿no hemos prometido vernos con frecuencia?

—Asi es: de hoi en adelante nos separaremos cuanto menos sea posible.

—Mil gracias, Luisa; porque yo soi la que voi a ganar, la que voi a aprovechar del beneficio de tu amistad.

—Y yo del de tu afecto.

—Pero yo, a la vez que obtengo esto mismo, consigo tambien aprender algo de lo que tú sabes.

—Si tú encuentras ventaja en aprender, yo hallo gusto en enseñártelo; de consiguiente, todo queda equilibrado; pero antes de partir quiero hacerte otro obsequio.

—No mas, por Dios, Luisa! no mas...

—No te asustes, querida, que lo que voi a ofrecerte no tiene ningun valor.

—Asi dices de todo. ¿Quieres que no recuerde lo del hermoso anillo que me regalaste para Enrique? Tambien decias que no tenia sino un valor moral; ¡y sin embargo esa joya debe ser de gran precio!

—Pero yo no la ofrecí ni quiero que la acepten por la importancia que podria darle un lapidario, dijo Luisa con cierta seriedad.

—Yo sé que mi hermano no la considerará jamas asi, sino que la guardará como una reliquia, estoi segura de ello; pero te suplico que no hagas conmigo lo mismo.

—Tranquilízate, pues lo que voi a darte solo tendrá valor para tí, si es que me quieres, como me lo has dicho.

—¿Y puedes dudarlo? dijo Mercedes tristemente. La mas lijera desconfianza seria para mí una ofensa real y un sentimiento grande...

—No dudo ni desconfio, Mercedes, de tí, porque no dudo ni desconfio de mí misma.

—Y entonces, ¿para qué me haces esa advertencia?

—Porque lo que voi a ofrecerte es tan insignificante, que

solo lo puede apreciar el cariño. Lo que voi a darte es mi retrato.

—Oh! sí! dámelo, dámelo pronto, mi querida Luisa.

—¿No tienes escrúpulos en recibirlo? preguntole Luisa riéndose.

—Fuera chanzas... No podias hacerme mas valioso obsequio.

—Y si es tan valioso, ¿por qué lo recibes? Me has dicho o me has manifestado que no aceptarias ninguna cosa de precio, y si ésta lo tiene en realidad, y lo tiene, porque a nadie, con escepcion de mi madre, he hecho semejante regalo, es natural que tú lo rehuses.

—No! no! Luisa, dámelo... me lo has prometido.... no te arrepientas, tendria tanto gusto!... seria tan feliz, dámelo!

—Con una condicion.

—Impon las que quieras.

—Que no me pongas nunca resistencia a mi voluntad cuando yo quiera hacer algo.

—Te lo prometo, porque estoi segura que todo lo que venga de tí será justo y bueno.

—Agradezco tu confianza, Mercedes; y para que haya reciprocidad de dádivas, en uno de estos dias me regalarás el tuyo.

—Si no tengo ninguno!

—Nada mas sencillo, puesto que vas a tener por vecino a un pintor; pero como esto seria costoso y exijiria mucho tiempo, vé a una fotografia, lo cual se hace en un momento.

—Te lo prometo.

Luisa fué entonces a un costurero, de donde sacó una cajita que entregó a Mercedes.

La jóven no pudo resistir a la tentacion de ver el retrato, y se acercó a la lámpara.

—Curiosa! le dijo Luisa; ¿pensabas acaso que iba a engañarte?

Mercedes no contestó sino que abrió la caja e imprimió en ella sus labios.

—¿Qué estás haciendo, cuando aquí tienes el orijinal?

—Es verdad; pero esto no impide... respondió Mercedes abrazando a su amiga.

Ceferina vino a avisar que el coche estaba listo.

—Si no estuviera mi mamita indispuesta te acompañaria con gusto; pero en otra ocasion no me privaré de este placer.

—Yo quisiera despedirme de la señora, dijo Mercedes a Luisa.

—Ahora es imposible, contestó Ceferina, porque está en cama y está traspirando.

—Hágale usted presentes mis respetos y lo que siento en no saludarla.

—Asi lo haré y tendrá mucho gusto.

Mercedes hizo el ademan de despedirse de Luisa, pero ésta la dijo que iria a acompañarla hasta la puerta de calle.

—Allí se dieron las dos amigas el último abrazo, no sin quedar Mercedes comprometida a volver al dia siguiente.

III.

Ceferina subió con ella al carruaje, en el que habia un paquete y dos hermosísimos ramos de flores que llamaron en el acto la atencion de la jóven, no pudiendo menos de decir a su compañera:

—¡Qué lindos ramos, señora Ceferina!

—Son tuyos, hija mia.

—¡Cómo mios!

—Luisa, al ver tu admiracion y gusto por las flores, me hizo que los preparase, ordenando que fueran puestos dentro del coche.

—Ai, señora! ¿Con qué pagaré yo tantas bondades?

—Profesándole el afecto que ella tiene por tí.

—Mi afecto!... qué vale!... yo se lo debo.... ¿qué mérito puede haber en tenerlo?

—Ella no quiere ni exije mas.

—Ya lo sé; ¿pero yo puedo contentarme con tan poco?

—Cuando ella se contenta debes estarlo tambien tú.

—Asi es, señora; ella es tan buena como jenerosa, tan linda como anjelical.

—Me das satisfaccion en oirte hablar asi, porque tus palabras me prueban tu cariño hácia ella y porque le haces justicia.

—Y quién podrá no amarla! y quién no reconocerá su mérito!

—Quizá haya algunos.

—Imposible, señora.

—Cuando conozcas mas el mundo verás que no hai mérito, por manifiesto que sea, que no se ponga en duda, que no se niegue y aun que no se censure.

El coche habia parado en la puerta del conventillo y Mercedes instaba a Ceferina para que entrase un momento; pero ésta le respondió que lo habria hecho con el mayor gusto, pero que hallándose indispuesta la señora doña Juana no podia ausentarse por mucho tiempo, y que talvez al dia siguiente tendria ocasion de verlos.

Mercedes tomó entonces sus ramos de flores, y se despedia de Ceferina cuando ésta le advirtió que se le olvidaba el paquete que contenia su ropa y que Luisa habia tambien hecho colocar en el coche; y como para cortar toda observacion le dijo:—"No olvides que mañana vendré nuevamente por tí, aun cuando no será tan temprano como hoi, porque tengo que hacer algunas dilijencias. Adios, hija mia; dale memorias a tus padres y a tu hermano.

La narracion.

I.

Los briosos caballos partieron, y Mercedes con sus hermosos ramos pasó corriendo toda la calle del conventillo, como si necesitase no perder un minuto; pero la amante jóven tenia tantos deseos de abrazar a sus padres como de contarles las maravillas que habia visto; asi es que entró a sus habitaciones con la precipitacion de una persona a quien van persiguiendo.

—Qué te ha sucedido, Mercedes, dijeron todos, parándose simultáneamente al verla llegar con tanta precipitacion.

—Nada, nada; pero me parecia que no llegaba bastante luego, tales eran mis deseos de verlos.

—Y nosotros, dijo Marta, que te hemos echado tanto menos. Ni tu padre ni yo hemos comido a gusto, pues no estabas con nosotros ni tú ni Enrique.

—Y yo que he estado tan contenta! Si hubiera pensado en ello me habria venido antes; pero estaba tan entretenida! y Luisa es tan buena, tan amable, tan cariñosa. Ah! madre mia, si usted supiera lo que es esa señorita, disculparia mi olvido.

—No solo lo disculpo, sino que me alegro, hija, puesto que has estado tan contenta.

—Contenta, no es bastante; encantada seria mejor dicho.

—¿Con que tan bien te ha ido? le dijo el sarjento.

—Con que has estado encantada? añadió Enrique.

—Mi afecto! . . qué vale! . . yo se lo debo . . . ¡qué mérito puede haber en tenerlo?

—Ella no quiere ni exije mas.

—Ya lo sé; ¿pero yo puedo contentarme con tan poco?

—Cuando ella se contenta debes estarlo tambien tú.

—Asi es, señora; ella es tan buena como jenerosa, tan linda como anjelical.

—Me das satisfaccion en oirte hablar asi, porque tus palabras me prueban tu cariño hácia ella y porque le haces justicia.

—Y quién podrá no amarla! y quién no reconocerá su mérito!

—Quizá haya algunos.

—Imposible, señora.

—Cuando conozcas mas el mundo verás que no hai mérito, por manifiesto que sea, que no se ponga en duda, que no se niegue y aun que no se censure.

El coche habia parado en la puerta del conventillo y Mercedes instaba a Ceferina para que entrase un momento; pero ésta le respondió que lo habria hecho con el mayor gusto, pero que hallándose indispuesta la señora doña Juana no podia ausentarse por mucho tiempo, y que talvez al dia siguiente tendria ocasion de verlos.

Mercedes tomó entonces sus ramos de flores, y se despedia de Ceferina cuando ésta le advirtió que se le olvidaba el paquete que contenia su ropa y que Luisa habia tambien hecho colocar en el coche; y como para cortar toda observacion le dijo:—"No olvides que mañana vendré nuevamente por tí, aun cuando no será tan temprano como hoi, porque tengo que hacer algunas dilijencias. Adios, hija mia; dale memorias a tus padres y a tu hermano.

La narracion.

I.

Los briosos caballos partieron, y Mercedes con sus hermosos ramos pasó corriendo toda la calle del conventillo, como si necesitase no perder un minuto; pero la amante jóven tenia tantos deseos de abrazar a sus padres como de contarles las maravillas que habia visto; asi es que entró a sus habitaciones con la precipitacion de una persona a quien van persiguiendo.

—Qué te ha sucedido, Mercedes, dijeron todos, parándose simultáneamente al verla llegar con tanta precipitacion.

—Nada, nada; pero me parecia que no llegaba bastante luego, tales eran mis deseos de verlos.

—Y nosotros, dijo Marta, que te hemos echado tanto menos. Ni tu padre ni yo hemos comido a gusto, pues no estabas con nosotros ni tú ni Enrique.

—Y yo que he estado tan contenta! Si hubiera pensado en ello me habria venido antes; pero estaba tan entretenida! y Luisa es tan buena, tan amable, tan cariñosa. Ah! madre mia, si usted supiera lo que es esa señorita, disculparia mi olvido.

—No solo lo disculpo, sino que me alegro, hija, puesto que has estado tan contenta.

—Contenta, no es bastante; encantada seria mejor dicho.

—¿Con que tan bien te ha ido? le dijo el sarjento.

—Con que has estado encantada? añadió Enrique.

—Yo no tengo palabras; pero todo lo que he visto es tan lindo, tan maravilloso!... y Luisa!... Luisa no es como las demas mujeres... Luisa es un ánjel.

—Asi me ha parecido, dijo Enrique a su hermana; pero cuéntanos todo lo que te ha pasado, todo lo que has visto, todo lo que has oido, todo lo que te ha dicho... no olvides nada, ni una palabra.

—Imposible, hermano mio; porque no sabria espresarte lo que he sentido; hubo momentos que me parecia no estar en la tierra sino en el cielo.

—Y por eso vienes tú tambien hecha un querubin, interrumpió Marta, notando el lindo traje y el lindo peinado de su hija, en que no habian reparado por la sorpresa que les habia causado la repentina aparicion y la animacion de sus palabras.

—En verdad que vienes mui buena moza, dijo Enrique; jamas te habia visto tan interesante.

—Esto fué un capricho de Luisa, que, despues del baño, quiso vestirme y peinarme a su gusto.

—Lo que prueba que lo tiene bueno, añadió el sarjento; caramba, yo soi de la misma opinion de tu hermano; nunca habia visto tan *guapa chica*, como dicen los godos; con que, esplícate lijero, que nosotros tambien tenemos cosas buenas que contarte.

—No cuentes nada todavia, interrumpió Marta, porque voi a preparar la cena y yo quiero oir toda la relacion. En la mesa nos dirás tus maravillosas aventuras... ¡Y qué lindos ramos! esclamó Marta, tomándolos de manos de Mercedes y acercándolos a la vela. ¡Qué camelias tan hermosas! Voi a ponérselas inmediatamente a la Vírjen.

—Seria mejor que los colocara en la mesa para mirarlos durante la cena, dijo Enrique.

—Yo soi de la misma opinion, añadió el sarjento; esto dará un aire de fiesta a la cena, y como la Vírjen, agregó, los ha de tener para siempre, hasta que se sequen, se en-

tiende, bueno será que nos los preste por un momento; ¿no te parece, mujer?

—Consiento en ello, por ser la última noche que estamos con Enrique. Y Marta se retiró para ocultar el pesar que le causaba esta separacion.

—Con que se efectúa el viaje? dijo Mercedes tristemente.

—Sí, hermana mia, salgo mañana; pero esto no debe turbar tu alegria, porque nos volveremos a ver bien pronto.

—Ai, Enrique, yo participo del mismo sentimiento de mi madre. Ten mucho cuidado por tu salud.

—No abrigues el menor temor; yo soi fuerte, robusto y nunca cometo escesos, de consiguiente no hai motivo para alarmarse, sobre todo cuando la ausencia es tan corta; tres o cuatro meses se pasan en un momento y despues tendremos mas comodidad.

—Siempre la ambicion. ¿Que no estás contento con lo que tenemos? ¿Qué no has sido feliz?

—Feliz y mui feliz! pero es necesario que progrese; no podemos quedar toda la vida así.

—Por qué nó?

—Porque si viene una enfermedad o cualquier otro accidente, es preciso que estemos preparados; "quien no mira adelante atras se queda," dice el adajio.

—Enrique tiene razon, dijo Domingo, no sin que se apercibiese alguna tristeza en el tono resuelto y en el semblante sereno que el digno sarjento se empeñaba en hacer aparecer.

—Ya lo veo, padre mio, contestó Mercedes; pero ¿cómo quitarle a uno lo que esperimenta en su interior?

—Cosas de niño!... allá verás como va a ser doble el placer que tengas cuando lo veas llegar bueno y con harto dinero.

—Con lo primero me contento.

—Está bien, pero lo segundo irá de llapa.

Intertanto Marta habia preparado la cena, habiendo puesto sobre la mesa algunas provisiones más que de costumbre.

II.

Cuando entraron al comedor, el viejo sarjento dijo con tono alegre, para disipar la tristeza que notaba en todos y principalmente en su mujer:—"Vamos, hijos mios, creo que la vieja nos regala: aquí están sus mejores conservas, aceitunas, queso de Chanco, jamon, pastelitos; qué diantre! Si asi vas nos arruinamos, ¿o quieres que me dé una indijestion? ¡Tan cansada estás de mi compañía! Yo creia que me querias mas; pero pierde cuidado, el viejo sarjento conserva su estómago de militar, y sobre todo, recurriré a una botella del mosto añejo, con lo cual desafio a que se me queden en el estómago todos los pavos, chanchos y tortas que quieras darme.

—Ya me lo figuro, respondió Marta empeñándose por reir; si estuviera en tus manos, viejo traga-aldabas, te lo comerias todo en un dia.

—¡Por supuesto!... Para eso son las cosas; pero vamos a la mesa, niños, antes que se enfrie; y atencion, que parece un ramillete hecho para un dia de bodas, segun lo adornada que se ve con los dos ramos y con la cantidad de apetitosas golosinas que esta vieja desperdiciadora ha colocado en ella! Qué profusion ¡Dios mio!... ¿Qué dejas para el dia de mi santo?

—¿Han visto, dijo Marta, dirijiéndose a sus hijos, lo de buen humor que se pone este viejo goloso cuando olfatea algun bocado? Ya se ve, a su edad todo se reduce a comer y dormir...

—A la nuestra, dí, pícara desvergonzada, porque ya no eres tan niñita ni te cueces a dos hervores...

—Vamos, no hai que pelear la edad, dijo Enrique, aparentando una alegria que estaba lejos de tener; los dos son todavia jóvenes y vivirán muchos años para nuestra satisfaccion y felicidad. Sentémonos ahora a la mesa y que Mer-

cedes nos cuente su historia del dia, que parece ser mui interesante.

—Está bien, rencillas a un lado, pero principiemos por donde debemos principiar, por comer, para estar conformes con aquella sapientísima sentencia: "*a barriga llena corazon contento.*"

—¡No decia yo que solo pensaba en comer!

—A la obra, muchachos, como nos decia nuestro bizarro coronel Carrera cuando cargábamos sobre los godos; que no quede ni uno vivo; asi os aconsejo yo que no dejeis nada sobre la mesa; y para daros el ejemplo y abrir mas el apetito, principiaré por un vaso de vino...

Y el buen sarjento, que sentia tanto como Marta la próxima partida de su hijo, se bebió de un sorbo una copa entera de mosto, haciendo en seguida sonar el paladar con la lengua para demostrar la escelencia del vino.

—No hai como Chile, continuó despues de una pausa; que se vayan al diablo el burdeos, el jerez y todas esas drogas que nos traen los estranjeros y que nos hacen pagar tan caro. Nada se puede comparar al buen mosto de Cauquenes, de Penco y de Concepcion, que todo es al fin el mismo, porque en esas tierras de Dios debia nacer nuestro padre Noé, que fué, segun dice la historia, el que inventó el mosto. Otro tanto sucede con el coñac: el aguardiente de Aconcagua vale el doble y solo cuesta un real la botella del superfino, mientras que por el otro se dejan pedir hasta dos pesos!... y hai necios que por estranjerizarse lo compran!...

—Mui edificante la plática que nos has echado, dijo Marta, riéndose a pesar suyo.

—Si no es edificante, por lo menos es divertida, porque te ha puesto alegre, lo cual es la cualidad principal del mosto, pues distrae el espíritu aun cuando no se haga mas que hablar de él.

—Para los aficionados como tú.

—Y tambien para Enrique—vamos, tómate una copa, hijo mio, y ya verás como cambia el humor.

—No tengo costumbre.

—¿Qué importa? Ensaya una vez... tu padre no te ha de dar un mal consejo... y por esos mundos a donde te dirijes y que yo conocí en mi juventud, se acostumbra mucho el mosto; "*y a la tierra que fueres haz lo que vieres,*" dice el adajio.

Y Enrique, arrastrado por el buen humor de su padre, que habia conseguido disipar del ánimo de todos la triste preocupacion de su próximo viaje, alargó su copa, que el viejo sarjento llenó hasta el borde, diciéndole:

—Ahora bebe a nuestra salud y a tu fortuna.

—Porque Dios me los conserve a todos buenos, dijo Enrique con emocion.

—Y a tí tambien, picaron, respondió el viejo soldado, pasándose la mano por sus ojos un tanto humedecidos.

—Marta, tráeme otra botella, agregó Domingo con voz áspera e imperiosa, para que no se echara de ver su turbacion y como para darse valor; pero esta táctica era mui conocida de sus hijos y de su mujer, la cual se paró en el acto, no tanto por obedecer a su marido, cuanto por tener un pretesto y tiempo de enjugar las lágrimas que no podia ya contener.

Cuando volvia Marta, el buen sarjento notó que habia llorado, y entonces esclamó, con tono al parecer enfadado:

—Siempre he sido enemigo del profeta Jeremias. ¡No faltaba mas que entristecerse por lo que uno debe mas bien alegrarse! Principiemos la cena, que se enfria, y viva el buen humor!... A tu fortuna, Enrique... y Domingo se vació una segunda copa, y como para dar el ejemplo, se sirvió su plato y principió a comer, aun cuando en realidad no sentia mucho apetito.

Todos lo imitaron, y hubo un rato que fué interrumpida la conversacion, si bien apenas comian.

—Pásame esas aceitunas, Mercedes, dijo el sarjento, pues tengo una hambre devoradora, y el refran nos enseña que "*de aceituna una, y de vino una arroba*"...

—¡Buenas las máximas! repuso Marta; si te oyeran dirian que eras el mas insigne calavera.

—¿Y quién te ha dicho que soi un santo? mi coronel Carrera, que Dios tenga en el cielo, me decia siempre que era un diablo.

Enrique y Mercedes no pudieron menos que reirse de la ocurrencia de su padre, cuyas ejemplares costumbres y buen corazon eran conocidas de todo el mundo.

—Ahora, volvió a esclamar el sarjento, que Mercedes nos cuente sus aventuras de allá, que nosotros les referiremos las de por acá, es decir, la visita de nuestro vecino el pintor y de su respetable tia Anastasia, que desde mañana ocuparán su casa.

—¿Estuvieron aquí? preguntó Mercedes.

—¡Por supuesto! si no hubieran venido ¿qué tendriamos que contarte?

—¿Y Enrique les vió?

—Andaba paseando lo mismo que tú; y la tia Anastasia manifestó mucho sentimiento por no haberte encontrado aquí; pero no me preguntes mas sobre el particular hasta despues que nos hayas referido lo que te pasó a tí.

III.

Mercedes entonces comenzó su historia, principiando por describir los trajes de las criadas, que fué lo que primero llamó su atencion, sin duda por el contraste que notaba entre ellas y los habitantes del conventillo.

Enrique no perdia una sola palabra, pero su fisonomia se animaba a medida que Mercedes iba narrando. La descripcion del jardin, de ese pabellon perdido entre los árboles, del saloncito, de los bordados, de los cuadros, del dormito-

rio, de los libros, de los aparatos de estudio, tenian a Enrique como en un éstasis y de vez en cuando interrumpia a Mercedes para hacerle preguntas o para que repitiese lo que le habia dicho ya.

La jóven se gozaba al ver que su hermano participara de su mismo entusiasmo, y a cada instante le decia: "si tú hubieras visto, Enrique, todo aquello, hubieras pensado lo mismo que yo, es decir, que te encontrabas en el paraiso y no al lado de la mas hermosa niña sino al lado del ánjel mas bello y mas encantador, sobre todo en su saloncito de baño, donde aquello parece fantástico y sobrenatural, pues hasta el aire que allí se respira tiene algo de divino; pero todo esto es nada en comparacion de aquella música y de aquella voz!... te aseguro que realmente creí que la niña que tenia delante de mi no era una mujer, ni podia ser de nuestra especie; y a tal punto llegó mi ilusion, que todavia la creo distinta a los demas, distinta a nosotros... pero lo que es imposible poner en duda es que es mui superior a cuanto existe en este mundo... Añade a todo esto la bondad, la finura, la elegancia y ese rostro que tú conoces, Enrique..! y dime si habrá algo que se le asemeje en la tierra!...

El jóven obrero estaba absorto... Su vida entera parecia reconcentrada en un solo punto, sus ojos... No miraba sino los labios de su hermana, no oia sino su voz, pero esa voz penetraba hasta lo íntimo del corazon, ajitándolo con violencia... Domingo y Marta tambien estaban, no solo entretenidos con aquella relacion apasionada y poética, sino dulcemente impresionados, habiendo llegado hasta olvidar el motivo de su tristeza, es decir, la pronta partida de Enrique.

Mercedes continuó diciendo: "pero lo que me ha encantado mas es el cariño que me ha manifestado, la amistad que me ha ofrecido... Figúrese, madre mia, dijo la jóven dirijiéndose a Marta, que no ha permitido que le diga señorita, sino simplemente Luisa, habiéndome reconvenido por

esto varias veces y hasta delante de la señora su madre... ¡y ella tan linda, tan noble, tan rica, tan instruida, tan sabia, tan encantadora mostrar esa confianza, ordenar esa familiaridad a una niña como yo, pobre e ignorante y sin el menor mérito! ¿No le parece una cosa portentosa?"

--Así es, hija mia; no se ven en el mundo muchos ejemplos como este.

—La señora doña Juana tambien estuvo conmigo mui amable y hasta podré decir afectuosa, a pesar de su aire imponente, que me causa respeto y veneracion pero igualmente cariño. Por otra parte, Luisa me ha ofrecido enseñarme cuanto ella sabe, como el bordado, la pintura y la música; pero lo que yo quisiera aprender seria a ser tan buena como ella y a tener algo de su porte tan lleno de distincion y de gracia... ¿y querrán ustedes creerlo? En estas pocas horas que he estado con ella, se me figura haber ganado, haber aprendido mucho, porque yo misma me encuentro como si fuera otra de lo que era antes de verla y de hablarla...

—Así lo creo, dijo Enrique, pues te hallo algo distinta... me parece que estás mas buena moza, que te espresas mejor, que tienes un *no sé qué* que antes no poseias.

—Que está mas buena moza es indudable, contestó Marta, con el orgullo natural de la madre, pero esto consiste en el traje y en el peinado.

—Traje que me regaló y peinado que ella misma me hizo... y por cuya razon, si fuera posible, lo conservaria siempre.

—Te lo ha regalado! esclamó Enrique.

—Indudablemente; pues todo lo que traigo puesto es de ella, y la ropa con que fuí la envolvieron en un atado que venia dentro del coche y que la señora Ceferina me obligó a tomar cuando me bajé de él.

—Eres la niña mas feliz, dijo Domingo.

—Lo confieso, padre mio, y le doi gracias a Dios; porque teniéndolos a ustedes, a Enrique y a ella, soi una criatura mui dichosa.

—Tienes razon, Mercedes, tienes razon, contestó Enrique; yo te envidio tu suerte.

—Pero mi suerte es la tuya, mis afectos son tuyos, hermano mio, ¿qué mas quieres?

—No es lo mismo.

—¡Cómo no es lo mismo! qué! ¿estás celoso de que me quieran?

—Enrique se puso colorado como un tomate, y en su turbacion no supo qué responder.

—Vamos, confiésalo, volvió a preguntar Mercedes; ¿estás celoso?

—Qué locura!

—Locura o no, así lo estoi viendo; pero no tienes motivo, porque Luisa me habló de tí.

—De mí!... y el encarnado semblante de Enrique se puso pálido.

—Por qué te asustas?

—No me asusto, sino que me estraña.

—¿Y qué cosa mas natural que una amiga hablase a otra de su hermano y tanto más cuanto a este hermano se le debia un gran servicio.

—Ya sabes que yo no hago mérito de esa insignificancia, que mas es el placer que me ha proporcionado a mí que lo que en realidad valia la accion.

—Pero el que tú pienses así no es un motivo para que los demas piensen del mismo modo.

—Pero en fin, ¿qué te ha dicho?

—¿Tienes mucha curiosidad?

—Lo confieso.

—Tambien nosotros tenemos la misma, dijo el sarjento, porque todo lo que les interesa a ustedes es natural que nos interese a nosotros.

—Pues bien, hablando sobre la amistad y el agradecimiento y para hacerme conocer la diferencia que habia entre uno y otro sentimiento, me sacó por ejemplo la accion

que habia hecho Enrique y me dijo que por mí sentia amistad y por él agradecimiento.

—¿Y por qué no puede existir lo uno y lo otro? Yo preferiria lo primero a lo último.

—Ya lo creo; pero para que haya amistad es preciso que haya familiaridad y confianza, segun Luisa me lo esplicó, y no puede darse esa familiaridad y esa confianza entre una mujer y un hombre; ¿me entiendes ahora?

—¿Y tú no quieres que esté celoso cuando te llevas la mejor parte?

—¿Tengo yo la culpa? Porque no naciste mujer? dijo Mercedes alegremente; pero no te entristezcas; porque yo haré de modo que lleguen a quererte...

IV.

Mercedes dijo esto con tal naturalidad, con tal sencillez, con tal inocencia, que ni siquiera reparó el efecto que sus palabras habian producido en su hermano; pero no sucedió así a Marta, que desde el principio de la conversacion habia notado el entusiasmo de su hijo y las diversas emociones que habia esperimentado durante la narracion de Mercedes; y la pobre madre tuvo un momento de dolor al considerar que Enrique podia llegar a querer a una persona de tan distinta condicion a la suya y por consiguiente tan imposible de conseguir; pero sus temores desaparecieron al instante considerando que la ausencia y el trabajo borrarian en breve esta impresion pasajera, pues no habia el menor motivo para que llegase a ser un sentimiento duradero y profundo.

—Vaya, Mercedes, dijo el viejo sarjento, que habia escuchado a su hija con la mayor atencion; vaya que lo que nos has dicho nos ha alegrado mas que el mosto, y la prueba es que ahora todos están contentos.

—Todavia me falta lo mejor.

—¿Tienes mas que decirnos?

—Por supuesto que he guardado para los postres lo mas agradable.

—Esto merece otra copa, esclamó Domingo, que se habia puesto de mui buen humor; cuenta ahora, hija mia.

—Voi a narrárselos en dos palabras: cuando ya estaba para despedirme me dijo Luisa: "voi a hacerte un obsequio..." Yo le pedí por favor que no me diese nada; pero me aseguró que no era ninguna cosa de valor, y así consentí; adivinad ahora qué seria.

—Claro está: estos dos hermosos ramos, dijo Domingo.

—Lo traes contigo? le preguntó Marta.

—Sí, mi querida madre.

—¿El traje que vistes, entonces?

—No.

—¡Su retrato!... dijo Enrique, parándose de su asiento.

—Adivinó mi hermano...

Y Mercedes sacó de su bolsillo una lindísima cajita de concha de perla, que abrió en el acto y se la pasó a su madre.

Todas las cabezas se agruparon al rededor de Marta para ver el retrato.

—Qué cosa tan preciosa, esclamó el viejo sarjento entusiasmado. Yo no la habia visto sino a la lijera el otro dia... bien dice Mercedes que es un ánjel. Anda, Enrique, trae los dos velones de la vírjen, que son de esperma, para alumbrar mas y verla mejor.

Enrique obedeció al instante y encendió las luces.

—¡Oh! es divina, volvia a decir Domingo, uniéndose a los elojios que hacian Marta y Mercedes.

Solo Enrique no decia una palabra; pero sus ojos espresaban mas que todas las alabanzas juntas.

—¿Y no dices una palabra, bárbaro?... le preguntó el sarjento a su hijo, con tono entre incómodo y burlon. ¡Parece que no fueras jóven!

Enrique no contestó.

—¡Pero hombre! ¿qué tienes en los ojos que no ves o en la lengua que no hablas?

El mismo silencio.

—Es imposible que no te parezca hermosísima, dijo Mercedes a su hermano.

—Para qué hablar, contestó al fin éste, si no encuentro espresiones que digan todo lo que es y todo lo que yo pienso...

—Es decir que estás en adoracion lo mismo que ante un santo... Me gusta la nueva manera de alabar a una niña o a su retrato, dijo Domingo, riéndose de la mejor gana... Pues en mí ha hecho un efecto mui singular; me ha alegrado el espíritu y me ha abierto el apetito; y diciendo y haciendo, nuestro valiente veterano volvia a engullirse algunas aceitunas mezcladas de pastelitos y rociadas con sorbos de vino.

....

V.

—Ahora, prosiguió, ¿para qué les cuento lo que ha pasado por acá y que estaba en la persuasion de que los iba a entretener? Pero estoi viendo que ya no me escucharán con interes, porque entre lo de Mercedes y lo nuestro hai mucha diferencia.

—No importa, padre mio; díganos lo que ha sucedido durante nuestra ausencia.

—Ya que lo quieren ustedes, han de saber que a eso de las nueve del dia, mui poquito despues que habia salido Mercedes, se nos apareció la señora Anastasia con su sobrino el pintor y una porcion de jente que venia para acomodar la casa. En la puerta de calle ya habian varias carretas cargadas de muebles. ¡Que actividad, hijos mios! Yo y Marta, que nos trasladamos a la casa a invitacion de la tia y para ver si podiamos ser útiles en algo, estábamos sorprendidos

de la lijereza de aquellos hombres y de las disposiciones tan acertadas de la señora y su sobrino, no impidiéndole sus ocupaciones el tener con nosotros las mas delicadas atenciones, tomando de vez en cuando nuestra opinion sobre la colocacion que se debia dar a este o al otro mueble.

A eso de las doce del dia dije al oido a Marta que hiciera preparar algunas frutas y otras cosillas para que refrescasen y descansasen un momento, y en seguida los convidé, habiendo aceptado sin la menor ceremonia, lo que me agradó mucho, pues, como ustedes saben, me gusta la jente llana; mientras tanto los hombres seguian trabajando.

La tia Anastasia me preguntó varias veces por tí (y el sarjento se dirijia a Mercedes) haciendo los mayores elojios e informándose dónde habias ido y si no volverias durante el dia. Yo no quise decirle el nombre de la casa en que estabas, porque no fuera a creer que era por jactarme, y me limité a contestarle que estabas donde una amiga y que no vendrias hasta la noche, a lo que ella manifestó sentimiento, diciendo que se iria sin tener el gusto de verte.

Por lo que hace al jóven, me pareció cumplido, porque es mui buen mozo, afable y modesto; y si tiene el talento que dicen, y que yo no pongo en duda, pues se revela en su fisonomia, es un caballero cumplido. Pero lo que no puedo menos de estrañar, a pesar de lo que dice la tia, es que un jóven de sus cualidades y un artista tan distinguido haya venido a un barrio tan pobre i tan apartado como es el de la calle de San Pablo; sin embargo, tendrá sus razones, puesto que lo hace, y esto no me incumbe a mí averiguar.

—Dicen de que eso es justamente lo que busca, la soledad y el retiro.

—Bien puede suceder, pero yo lo encuentro mui raro, porque la señora Anastasia parece una mujer de sociedad, lo mismo que el sobrino, i no representan ser pobres, tanto por los muebles que han traido cuanto por la manera de gastar; porque, figúrate que en un abrir i cerrar de ojos

empapelaron la sala principal, que dicen que será el taller, y colocaron una linda estufa o chimenea, no sé cómo se llama, haciendo otro tanto con lo que sirve de pasadizo; por otra parte, los muebles parecian flamantes, es decir, como si no hubieran tenido ningun uso.

Se me olvidaba decirles que el criado, a quien daban el nombre de Tomas, parece el muchacho mas listo y mas bien hecho, porque se desempeñaba con una lijereza sin igual, guardando por la señora y su sobrino mucho respeto, lo mismo que por nosotros, a quienes no conocia ni tenia motivo para agradar.

En una palabra, yo estoi maravillado de lo que han hecho hoi, y dicen que mañana se mudan, pues nos convidaron a cenar con ellos en caso que alcanzasen a tener todo arreglado, lo que no dudo en vista de la prontitud con que trabajan.

—Y a pesar de tanto agasajo, dijo Marta, no sé qué encuentro en esa señora que no me agrada, lo que no me ha pasado con doña Ceferina, que al momento me cayó en gracia, queriéndola desde que la ví.

—Porque la una es fea y la otra buena moza, contestó Domingo.

—No es por eso, sino porque en un momento creí ver en la señora Anastasia una mirada tan dura, que me causó miedo.

—Yo tambien te confieso que mas me gusta doña Ceferina; pero no por eso la señora Anastasia me desagrada, pues es verdaderamente amable. .

—Con que, en resumidas cuentas, ¿vamos a tener, se puede decir, en nuestra misma casa, un pintor afamado? y a mí que me parece tan linda la pintura y que me ha prometido Luisa enseñarme ¡cómo me gustará ver los cuadros de nuestro vecino y hacer comparaciones! ¿Será mui difícil aprender a pintar?

—Dicen que sí, contestó Enrique, pero al fin todo se

alcanza; y aun cuando no llegues a ser una artista, al menos te servirá de mucho y te entretendrá.

—¿Y la música? cuando tú vuelvas, Enrique, ya yo sabré algo y podremos algunas veces acompañarnos... ¡Cómo nos divertiremos entonces!... ¡Qué felices vamos a ser!...

—Dios lo quiera, hermana mia... tú eres digna de mejor suerte...

—¿Ya vuelves a las mismas? Yo estoi satisfecha y no ambiciono mas.

—Mercedes tiene mucha razon, dijo Marta: el que se contenta con lo que posee, nunca es desgraciado, y tiene mucho camino ganado en la gracia del Señor... Vámonos ahora a recojer y roguemos al Altísimo que nos preserve de todo mal, concediéndonos lo que sea de su voluntad...

Habia tanta fé, tanta resignacion, tanta confianza en estas sencillas y cristianas palabras, que todos se sintieron con la misma uncion de la madre; porque nada hai de mas dulce y de mas consolador que esa creencia en Dios que fortifica nuestra moral y produce las buenas obras y los buenos pensamientos, y sobre todo, cuando esa creencia es inculcada por la boca de una madre querida y respetada.

Mercedes y Enrique se dirijieron a sus cuartos, mientras Marta iba a prosternarse ante las imájenes de su devocion para rogar por su querido hijo, que por primera vez se separaba de su lado, levantándose mas satisfecha despues de su plegaria, porque no hai cosa que fortifique tanto el espíritu como la oracion, cualquiera que sea la forma, el rito o la relijion del que la practica, pues Dios está sobre todas esas pequeñeces o invenciones humanas que los hombres han denominado cultos, creyéndose cada uno de ellos depositario de la verdad y anatematizando al que no es de la misma opinion o no tiene la misma creencia... Sin embargo, a despecho de nuestras controversias, Dios recibirá nuestra plegaria, ya seamos judios, católicos, herejes, protestantes o idólatras; pues todo esto no es mas que la fórmula o la apariencia,

mientras que el dogma, la oracion, la verdad, Dios, son siempre los mismos y siempre inalterables..............

....

Yo la amo!

I.

Pero si Marta dirijia una fervorosa peticion a la Vírjen, no era menos ardiente y talvez mas apasionada la que Enrique hacia a Mercedes.

Cuando los dos jóvenes se hallaron en sus respectivos cuartos, que estaban contiguos, Enrique cerró con cuidado las puertas, y en seguida dijo a Mercedes:—"No te acuestes, que tengo que hablarte."

—¿Qué quieres, Enrique? le respondió la jóven, algo alarmada por el tono y la manera misteriosa que empleaba ahora su hermano, cuando siempre se espresaba con tanta franqueza, y delante, no solo de sus padres, sino de todo el mundo, porque entre ellos no habia secretos ni tenian que ocultar acciones que no pudieran ejecutarse a la luz del dia.

—Lo que quiero es pedirte un favor mui grande.

—Habla; ya sabes que nada tengo reservado para tí, y puedes contar con él de antemano.

—Quién sabe, hermana mia, si me lo concederás!... No me atrevo casi a decírtelo, porque temo...

—Que te lo niegue?

—Sí.

—Qué puede ser entonces, Enrique?... Me das miedo!... ¿Qué hai en mí? Qué tengo que no te pertenezca? ¿Quieres mi vida? estoi pronta a dártela.

—Quiero el retrato! dijo Enrique, echándose a los piés de Mercedes.

—El retrato de Luisa!

—Sí.

—Levántate, Enrique, y dime para qué lo quieres.

—No lo adivinas? Yo la amo... ¿Entiendes ahora? La amo...

—¡Pobre hermano mio! pobre loco! dijo Mercedes, tomando entre sus manos con compasivo cariño la cabeza de Enrique.

—Dime de una vez, Mercedes, ¿me lo das?

—Sí.

—Hermana mia! mi dulce hermana! mi ánjel!... No sabes el bien que me has hecho!

—¿Con que la quieres tanto?

—No la quiero... no la amo... la idolatro! ¿Cómo podria yo atreverme a quererla? No es amor, sino que es culto el que tengo; y si hubiese partido sin ese retrato, habria sido infeliz!... mientras que ahora... mírame, Mercedes, ahora me voi contento.

—Enrique! Enrique! Pero tú no la has visto mas que una sola vez; ¿cómo puedes amarla así?

—No me lo preguntes, porque no lo sé; pero yo la ví en la Pampilla, la ví antes que tú, y desde ese momento esperimenté en mi corazon una cosa desconocida,... una especie de dolor agudo pero dulce, que sacudió de tal manera todo mi cuerpo, que quedé por algun tiempo como anonadado; ¿te acuerdas que mi padre me preguntó qué era lo que hacia que no caminaba cuando él ya habia marchado? Pues no era otra cosa, Mercedes, sino que estaba inmóvil, sin accion, sin vida... era una estátua y no un hombre!

—Te compadezco, Enrique.

—Me compadeces porque la idolatro?

—¿Y quién mas digna de serlo que ella? Tú misma no lo has dicho? tú misma no lo sientes? ¿Por qué, entonces, aflijirte por mi cariño, cuando te gozas en el tuyo? ¿Por qué hai motivos de pena en lo que tú encuentras motivos de fe-

licidad? Nuestro afecto hácia ella no es acaso afecto? ¿Cuál es la diferencia? ¿Por qué causa te es dado a tí amarla y no a mí? ¿Porqué lo que en tí produce la dicha ha de transformarse en mí en dolor?

—Yo lo ignoro, Enrique, y sin embargo, lo presiento.

—Si tú has conseguido su amistad, ¿por qué no la alcanzaré yo? Confieso mi inferioridad respecto de tí; no tengo ni tus méritos ni tus virtudes para que me distinga ella; pero hai en mí tanto o mas cariño que el que tú esperimentas; y si a tí te estiman y te quieren por él, ¿por qué no me han de estimar y querer a mí, aun cuando sea en un grado inferior, pues no por esto me pondria celoso, como tú has dicho mal, porque yo no tengo celos, sino que tengo envidia...

—La envidia es un mal sentimiento.

—Ya lo sé, y yo nunca creo haberla esperimentado; pero la que ahora siento es dulce en vez de amarga, pues me agrada muchísimo que ella te quiera.

—Tú tambien participas de su afecto, aunque de una manera distinta.

—De veras, Mercedes! ¿Y por qué distinta? Dímelo.

—Porque te está agradecida y porque eres hombre, segun Luisa misma me lo esplicó; y me dijo que no podia ser tu amiga asi como lo era mia.

—¿Y por qué no olvidar esa gratitud y dejar de pensar en mi sexo?

En la ardiente pasion de Enrique habia tan pura inocencia, y dijo estas palabras con tanta naturalidad, que hasta Mercedes, que era la sencillez por escelencia, no pudo menos de reirse.

—Entonces querrias no haberla salvado y tambien dejar de ser hombre?

—Seguramente, en cambio de obtener su amistad.

—Pero si no hubieses evitado ese peligro, habria muerto Luisa, y si dejaras de ser hombre no socorrerias a nuestros padres ni a tu hermana Mercedes.

—Tienes razon; en lugar de progresar, cada dia estoi mas estúpido; ¿cómo he podido decir tamaño disparate?

—Conténtate, Enrique, con el sentimiento que has inspirado.

—Imposible, hermana; es tan poco... y yo deseo tanto, porque amo tanto!...

—Esto es lo que me asusta.

—¿Temes que no lo conseguiré nunca?

—Enrique, piensa que hai una diferencia tan grande entre Luisa y nosotros. Piensa que ella es casi un ánjel. Piensa que está en una esfera tan elevada.

—Ya lo he pensado, Mercedes, y por eso ambiciono.

—Ahora te comprendo. Por eso me hablabas de aquellos jóvenes ricos que veíamos en el paseo... por eso deseas la fortuna, cambiar de posicion y ganar oro, mucho oro; por eso te vas ahora a trabajar al campo.

—Justamente.

—Pero Luisa no solo es rica, sino que es noble; y no solo es noble, sino que es instruida, sábia, virtuosa, elevada, pura!... mientras que nosotros...

—Por Dios! Mercedes, no me desalientes... no desgarres mi corazon de por sí tan abatido!

—¿Qué quieres que haga, Enrique? ¿Qué quieres que te diga si no es lo que pienso y lo que siento!

II.

El jóven obrero, fuera de sí, se paseaba por el pequeño cuarto sin poder dominar ni ocultar su ajitacion interior. Al cabo de un momento y como poseido de una súbita inspiracion, se acercó a su hermana. El semblante de Enrique brilllaba con un fuego divino, era imponente y atractivo, dominador y suave, absoluto y eterno; era la imájen de la belleza unida a la fuerza y de la mansedumbre, armonizada con la voluntad y la enerjia. Si Luisa lo hubiera visto en

aquel instante, hubiera sido envuelta en ese torrente de electricidad, en ese mar de atraccion que parecia brotar de sus ojos, de su frente, de su actitud; y el golpe habria sido decisivo, porque lo habria amado indudablemente! Mercedes misma sintió una conmocion estraña al contemplar a su hermano, que nunca se le habia presentado así, y que le parecia otro hombre, pero un hombre mui superior. Entonces, Enrique, mirando de frente a Mercedes, le dijo, con una entonacion de voz que tampoco le habia oido hasta ese momento:—"Si ella es rica, yo tambien conseguiré serlo; si ella es noble, yo seré grande; si ella es instruida, sábia, virtuosa, pura y elevada, yo seré lo mismo y de esta manera no habrá la menor diferencia y podrá amarme!... Y lo seré, Mercedes, porque quiero serlo, porque esta es mi voluntad y no habrá nada que me resista, te doi mi palabra, y si es necesario te lo juro." Y acto contínuo de pronunciadas estas palabras, desapareció como por encanto la enerjia del semblante de Enrique, para dar lugar a la dulzura, y tomando las manos de su hermana con sumision, casi con respeto, se las acarició, regándolas a la vez con sus lágrimas.

—Hermano mio, mi querido hermano, le dijo Mercedes; casi me has intimidado con el fuego que salia de tus ojos, pero me han gustado muchísimo tus palabras; sin embargo, no confies tanto en tu voluntad y sigue el consejo de mi madre; pídele a Dios lo que deseas, que él te dará los medios y al fin lo alcanzarás.

—Lo crees, Mercedes?

—Estoi segura de ello, contestó la jóven con tono profético; porque cuando se le pide a Dios, la intelijencia se eleva, el corazon se ensancha, la esperanza crece y la virtud se aumenta, como dice mi madre y como yo misma he tenido ocasion de esperimentarlo en algunas pequeñeces de mi corta y pobre existencia.

—Eres un ánjel, hermana mia, de la misma especie que Luisa, y me dejaré llevar en todo de tus saludables consejos.

—No hables así, Enrique; no hagas comparaciones falsas: tú no conoces a Luisa y por eso me comparas a ella; pero advierte que hai una diferencia inmensa que me complazco en reconocer; hai una superioridad que tengo gusto en acatar y confesar.

—No, Mercedes, tu alma debe ser igual a la suya, y tu intelijencia es mui superior a tu edad y al poco cultivo que has recibido; cuando tengas su instruccion, cuando adquieras lo que a ella le ha dado su fortuna, entonces no habrá la menor diferencia.

—No me envanezcas, Enrique, ni pretendas que éntre en mi corazon el amor propio, porque mi madre dice que es mui malo y que uno debe combatirlo; con que así, no me des malos consejos.

—Bueno, obedece a mi madre, que ella sabe mas que nosotros y te conducirá como nos ha conducido hasta aquí. Ahora déjame pedirte otro favor.

—Cuál?

—Que me guardes el secreto de lo que te he revelado, tanto con la señorita Luisa como con mis padres. Tendria mucho temor en que lo supiera la primera y mucha vergüenza en que llegaran a penetrarlo los segundos; porque la señorita Luisa me consideraria como un insolente y los otros como un insensato. Déjame, Mercedes, adquirir algo; déjame que crezca en virtudes, en talento, en dinero para justificar miosadia, y entonces serás dueña de divulgar el secreto; pero nunca sin que yo te lo advierta, porque quiero ser primero el juez de mí mismo.

—Mucho me costará tener algo de oculto, algo de reservado en mi corazon para mis padres y para mi amiga; pero te lo prometo. Ahora puedes irte a acostar tranquilo, pues creo que ya viene el dia.

—Y no me das el retrato? preguntó Enrique a su hermana, con tímido embarazo.

—Mañana cuando te vayas, porque quiero tenerlo con-

migo toda la noche, antes de carecer de él por tanto tiempo.

Enrique obedeció, besó a su hermana cariñosamente y se fué a acostar, no para dormir sino para soñar.

V.

Nuestro héroe, de una condicion humilde, sin mas fortuna que la de sus brazos, sin porvenir, porque pertenecia a la clase obrera, que todo el mundo humilla y desprecia, sin instruccion sólida y casi en la imposibilidad de adquirirla, porque estaba en la obligacion de alimentar a su familia por medio del trabajo manual, que absorbe jeneralmente todo el tiempo de que puede disponer el pobre; nuestro héroe, decimos, sobre cuya cabeza pesaba ese cúmulo inmenso de preocupaciones injustas que es casi imposible vencer aun a los que se encuentran mejor colocados, no tenia mas que su amor que le sirviera de espada para combatir y de cuando en cuando para defenderse. Y sin embargo, se habia propuesto adquirir virtud, nombre, gloria, fortuna! Y se lanzaba en el vasto campo de la vida, en medio del tumulto de las sociedades, del estrépito de los intereses encontrados, del torrente de las envidias, del mar insondable de la corrupcion descarada o encubierta del vicio audaz o solapado, sin mas guia, sin mas brújula, sin mas faro que un sentimiento; pero este sentimiento era el amor!... El amor que todo lo depura, que todo lo engrandece, que todo lo eleva!

¿Quereis abrir el pecho de un jóven a la virtud? Quereis que tenga santas y sublimes inspiraciones? Quereis que sea susceptible de entusiasmo? Quereis encaminarlo a la abnegacion y al sacrificio? Quereis que marche impávido y sereno hácia la muerte? Quereis llevarlo hasta la heroicidad? Quereis blindar su corazon al vicio? Pues enseñadlo a amar; porque esta pasion divina, esta pasion que es el gran código de la naturaleza y la lei eterna del Evanjelio, lei en que

está basado el desarrollo y el perfeccionamiento de la creacion y de la especie, fecundiza cuanto instinto noble hai en el alma del hombre.

No anatematiceis el amor, divinizadlo; no os empeñeis en estinguirlo, sino en ayudarlo; no lo presenteis como un mal, sino como un bien, y el suave aroma de la virtud se exhalará del pecho del jóven en medio del deleite y se estenderá a la familia y comprenderá a la sociedad...............
....

La partida.

I.

Pronto vino el nuevo dia sin que ninguno de los de la casa, escepto Domingo, hubiera pegado sus ojos, porque Marta y Mercedes se habian llevado pensando en Enrique, aunque de una manera distinta, y éste en Luisa; asi es que todos se levantaron mas temprano que de costumbre, sin contar, como ya lo hemos dicho, al honrado sarjento, que en la noche antes habia hecho mas libaciones que de ordinario.

Enrique principió a acomodar sus bagajes, que, aunque no mui numerosos, eran, sin embargo, mui superiores a los que poseen jeneralmente nuestros artesanos; pues independientemente de una buena cama colocada en un limpio almofrej, de un baúl lleno de ropa, de un cajon de libros, tenia tambien su silla inglesa de montar a caballo y una escopeta de dos cañones, con todos sus útiles, como polvorines, saco, etc.

Marta y Mercedes, ambas llorando y ambas consolándose, preparaban un canasto bien provisto en que no faltaban los pollos fiambres, los huevos duros, el queso, una gran troncha de jamon, aceitunas, vasos, platos, cubiertos, y hasta la sal no se habia olvidado a esta amante y previsora madre.

Nos detenemos en todas estas minuciosidades, que parecerán a nuestros lectores mui insignificantes, porque en jeneral nuestros artesanos no viajan sino con lo *encapillado*, durmiendo donde les pilla la noche y comiendo lo poco que se les presenta en las pobres ventas que encuentran en el camino, sin que piensen jamas en mejorar su condicion; se-

gun esto, el equipaje de Enrique podia pasar por el de un caballero acomodado, del que en verdad no se diferenciaba, gracias al órden, a la economia y prevision de Marta, que habia inculcado tan buenos hábitos en sus hijos con su práctica, con su ejemplo y con su enseñanza.

Llegada la hora de partir, Enrique abrazó a sus padres diciéndoles que no tuvieran el menor cuidado y que les escribiria con frecuencia.

Marta no le respondió ni una sola palabra, sino que lo apretaba entre sus brazos, sollozando y articulando apenas el nombre de hijo, mi querido hijo... Al viejo sarjento caíansele las lágrimas en sus espesos bigotes, que chupaba con frecuencia. Mercedes tenia las manos de su hermano y trataba de aparecer serena para no entristecer mas a su madre, cuya sensibilidad conocia.

Al fin Domingo dijo con voz bronca para aparentar enerjia:—"*El mal paso andarlo luego.* Es preciso que esto concluya, danos el último abrazo, y abur"...

Enrique volvió a abrazarlos nuevamente, y cuando llegó donde Mercedes, ésta le pasó ocultamente el retrato. Un rayo de alegria brilló entre las lágrimas del jóven obrero y su semblante pareció animarse.

Por tercera vez se acercó donde su madre y le dijo:—"Míreme... yo voi contento, porque estoi seguro que no me ha de suceder nada; asi, es necesario que se tranquilice y que no tema por mí." Y dando a todos el último beso, partió como un rayo. En la puerta de calle se detuvo; volvió a saludarlos y se entró al coche. Despues lo seguiremos nosotros.

Marta se arrodilló ante sus imájenes, acompañada de Mercedes, oró un momento y luego se levantó mas tranquila, yéndose a sentar al lado de Domingo, que permanecia en silencio.

II.

Una hora mas tarde aparecia con cara risueña en medio de aquella sociedad, la tia Anastasia, que reparando en el aire mustio de los circunstantes, preguntó, aparentando el mayor interes:—"¿Qué ha sucedido? Los veo tan melancólicos, tan diferentes de lo que estaban ayer, que temo haya acontecido alguna desgracia."

—No nos ha sucedido ninguna desgracia, respondió Marta con sequedad, pues estaba mui contrariada con aquella visita; sentimos solo la ausencia de nuestro hijo.

—Dios mio! se ha fugado! Calaveradas de jóvenes; no hai que hacer caso...

—Enrique, señora, volvió a contestar Marta con mayor terquedad, no es de esos que se fugan de su casa... Enrique ha ido a trabajar para mantener a sus padres.

Al oir esto la tia Anastasia pensó que se hacia alusion a ella, y miró con fijeza a Marta; pero conociendo que no habia el menor doblez en lo que se le decia, respondió:

—Esa sí que es virtud, y no de estos tiempos: ustedes son mui felices, porque ahora la juventud está tan corrompida! ¡Cómo va a sentir mi sobrino Víctor esta ausencia, pues es indudable que habria tenido mucho gusto en ser su amigo!

La tia Anastasia continuó hablando con volubilidad, haciendo cumplidos á Mercedes y elojios a Marta y su marido, que apenas le contestaban.

Viendo que en este terreno nada conseguia, porque no era la vanidad el flaco de aquella jente injénua y sencilla, pero de un alto buen sentido, cambió de rumbo, y dirijiéndose al sarjento le dijo:

—Qué le parece a usted, señor Lopez, nuestro trabajo? Para hoi antes de la oracion ya nos tendrá usted de vecinos, pues todo estará concluido; y si ustedes nos hacen el honor de acompañarnos, tendremos una cenita de confianza como

a mí me gusta para celebrar la nueva habitacion y la nueva amistad, que espero en Dios (y Anastasia hizo una reverencia) ha de ser eterna; porque con vecinos tan recomendables como ustedes, y perdóneme su modestia, las relaciones, una vez contraidas, son mui durables.

—Usted nos dispense, señora, respondió el sarjento, pero hoi no tenemos el ánimo mui a propósito para ir a ninguna parte. ¿No es verdad, Marta?

—Así no mas es, señora.

—Pero es una manera de distraerse: las penas es preciso desecharlas.

—Le agradecemos a usted; será para otra ocasion.

—Lo siento, pero al menos dejen ustedes ir a Merceditas.

—Imposible, señora, dijo Mercedes, porque estoi comprometida de antemano a ir hoi donde una amiga.

—Qué se ha de hacer!... he salido mal en mi empresa, pero otra vez no será tarde...

Y la tia Anastasia, sin abandonar su tono zalamero, aunque en realidad estaba contrariada, porque hubiera deseado conocer mejor las fuerzas del enemigo para entrar luego en campaña, se despidió, no sin exijir que la acompañasen la noche siguiente.

III.

Cuando quedaron solos, Domingo observó a Marta que habia usado un tono un poco duro y que no era justo emplearlo con una persona que tenia la amabilidad de venir a convidarlos; pero Marta dijo que no estaba casi en ella el obrar así, porque sentia una antipatía invencible por esa señora, a pesar de sus maneras obsequiosas, pues ese obsequio mismo no le parecia natural y le disgustaba.

Domingo no quiso contradecirla en aquellas circunstancias, pensando tambien que la ausencia de Enrique podia

haber alterado en algo la habitual mansedumbre de su mujer.

Mercedes, viendo a su madre así y sobre todo tan contristada, le propuso quedarse en la casa, y que, aun cuando vinieran a llevarla, no iria donde Luisa, pues se encontraba ella misma con el ánimo abatido; pero Marta no quiso aceptar, calculando que su hija tuviera allá distracciones de las que no queria privarla, ya que ella no podia proporcionárselas.

En vano Mercedes le hizo presente que no hacia el menor sacrificio; porque si era verdad que le gustaria ver a Luisa, no era menos cierto que tambien le agradaba el quedarse, tanto mas cuanto que en su visita se estaria acordando de ella a cada momento; sin embargo, a pesar de todas estas reflexiones, Marta fué inflexible, ya fuera porque desease quedarse sola para entregarse a su dolor sin testigos a quienes pudiera contristar, o ya porque deseaba que Mercedes cultivase una amistad que tanto la honraba y que podria serle mui provechosa; y aunque no obraba en ella ninguna idea de cálculo, es decir, de interes bajo, deseaba ardientemente que su hija se instruyera mas, pensando, y con razon, que en ninguna parte ni con ningun maestro podia adelantar tanto como con el trato familiar de Luisa. En consecuencia, dijo a Mercedes de irse a arreglar para estar preparada y no hacer esperar a la señora Ceferina, que seria la que indudablemente viniese por ella, como en la ocasion anterior.

Mercedes obedeció, aunque con cierto sentimiento, porque en realidad le dolia dejar a su madre; pero ésta se puso como de costumbre a desempeñar sus quehaceres, distrayendo y ocultando a la vez su pesar con el trabajo.

El almuerzo, retardado por la partida de Enrique y por la visita algo matinal de la tia Anastasia, fué servido sin que nadie le hiciera los honores, pues hasta Domingo, por lo regular de buen diente, no sentia apetito ese dia. En va-

no Marta, que talvez era la mas acongojada, trató de animarlos y hasta de sonreirse; pero tanto Mercedes como su padre comian poco, viéndose claramente que lo hacian por complacer a Marta y por distraerla. Esta maniobra no surtia el menor efecto, pues el contenido de la fuente no disminuia, y habiéndolo observado Marta, dijo: "aprovechemos al menos nuestro almuerzo y veamos quiénes son los que mas lo necesitan entre los habitantes del conventillo;" y despues de reflexionar un poco tomó la fuente y se la llevó en persona al cuarto de una viuda enferma que tenia algunos niñitos y que al parecer era mui miserable, aun cuando jamas se quejaba.

Consuelos de una amiga.

I.

Como a las doce del dia paró el coche de Luisa a la puerta de calle y bajó de él Ceferina. Mercedes salió a recibirla a la mitad de la calle del conventillo, manifestando con naturalidad el placer que le causaba aquella visita, pero notándose a traves del gusto real que esperimentaba, un fondo de tristeza. Ceferina, sin apercibirlo, en el momento se dirijió al interior de la casa.

—Buenos dias, señora Marta, buenos dias, señor Lopez, dijo a los padres de Mercedes, que se pararon en el acto, contestándole con cariño su saludo.

Si no hubiera estado obligada a hacer algunas dilijencias indispensables me habrian tenido ustedes mas de mañana, porque Luisa estaba impaciente y queria que viniese cuanto antes a llevar a Mercedes.

—Agradecemos tanto, contestó Marta, el interes que toma la señorita por nuestra hija, que no tenemos espresiones para manifestárselo, pero que Dios le pagará, ya que nuestra gratitud vale tan poco.

—No hai nada, señora, mas apreciable ni de mas valor para Luisa que el afecto de la jente buena y honrada; pero noto que ustedes esperimentan algun pesar.

—Sí, señora, dijo Domingo; nuestro hijo se ha ido hoi para una hacienda a hacer un trabajo que lo tendrá fuera de su casa por algunos meses, y como nunca se habia separado de nosotros...

—Lo comprendo, están ustedes con ese sentimiento: nada mas natural; un buen hijo debe echarse tanto menos!

—Así es, señora.

—Entonces no me llevo conmigo a Mercedes, porque seria una crueldad dejar a ustedes solos.

—Yo le decia lo mismo a mi mamá, repuso Mercedes.

—Bien hecho, hija mia, y Luisa, aunque se prive de una satisfaccion, verá que es por un justo motivo.

—No, señora, replicó Marta; mi deseo es que vaya Mercedes a distraerse; y ya se lo tenia ordenado desde antemano, pues me habia hecho las mismas observaciones.

Ceferina y Mercedes insistieron, pero todo fué inútil, viéndose obligadas a marchar.

Cuando hubieron partido, Marta dijo a su marido:

—¿Has notado la diferencia que hai entre la conducta observada por la señora Ceferina y la señora Anastasia?

—No, porque ambas me parecen mui amables con nosotros.

—Pero la una queria llevarse a nuestra hija y la otra queria dejarla. ¿Qué te parece esto?

—No comprendo, ni sé lo que tú puedas inferir.

—Pues yo deduzco que la una nos quiere y la otra no; que la una se compadecia de nuestra afliccion y queria dejarnos a Mercedes para que nos distrayese, mientras la otra no tenia este miramiento, es decir, que la amistad de la primera es verdadera, y no la de la segunda.

El sarjento se puso a reflexionar sin contestar a su mujer.

Marta habia adivinado, porque hai en la sensibilidad de las personas bien dotadas, cierta presciencia que suple a la educacion y al talento y que algunas veces las aventaja. A una naturaleza delicada le hiere la mas pequeña cosa; una mirada, un jesto imperceptible, una palabra, un movimiento, la entonacion de la voz, que para otros pasan desapercibidos, aun siendo instruidos y sabios, le basta a ella para juzgar y conocer las intenciones de las personas, sus

virtudes y vicios y hasta sus cualidades y defectos, pues la sensibilidad tiene su criterio propio y esa intelijencia peculiar que algunos llaman instinto sin serlo, pues el instinto es comun a todos y desarrolla bajo una misma forma, mientras que la sensibilidad es un don especial de ciertas y determinadas almas, si bien hai ciertos grados, como en todas las cosas.

II.

Cuando Mercedes vió a Luisa, se echó llorando en sus brazos, con esa espontaneidad que produce el dolor y que se desenvuelve mas a la vista de las personas que queremos y que sabemos que simpatizan con nuestra afliccion.

—¿Qué es lo que tienes? preguntó Luisa a Mercedes, con sobresalto.

Mercedes contó entonces a su amiga la partida de su hermano.

—Pobre niña! la dijo Luisa; tienes razon para estar aflijida, desde que es la primera vez que se separa de ustedes; pero segun lo que me has manifestado, no hai motivo para abatirse tanto: el hombre, hija mia, es preciso que trabaje, este es su rol y este es tambien el medio único que tiene para formarse, segun lo he oido decir a muchos sujetos respetables, y segun una misma, a pesar de su inesperiencia, puede fácilmente comprenderlo. ¿Cómo estarias tú, cómo lo estarian tus padres de contentos, si tu hermano llegase a hacerse una posicion ganada con su honradez y con su trabajo? y cómo lo estaria él mismo? Yo creo que el mas satisfecho de todos seria indudablemente tu hermano; de consiguiente no debes entristecerte de lo que será mas tarde un motivo de gusto para todos. Nada mas natural que ahora llores, pero tambien debe mitigar tu afliccion el resultado que él espera obtener y que redundará en beneficio de él y ustedes.

—Nunca dejas de tener razon, Luisa, y de tus labios parece brotar el consuelo. Si mi madre te oyera, estoi segura que se consolaria mucho, porque es la que mas lo siente.

—Madre al cabo!... Pero el mejor medio de divertir el dolor, segun el dicho de un escritor célebre, es ocuparse de alguna cosa; en consecuencia ¿qué es lo que quieres que hagamos? Principiaremos nuestras lecciones por la pintura, por la música, o por el bordado? Lo que tú elijas es lo que se hará.

—Para la música o para la pintura me parece que se necesita cierta alegría en el espíritu, alegría que no tengo ahora a pesar de estar a tu lado.

—Ingrata! ¿Entónces quieres que nos pongamos al bordado?

—Si no te fastidia...

—Fastidiarme! ¿Estás loca? ¿Cómo podria sentir el fastidio estando a tu lado?

—La pulla está buena, Luisa!... Sabes herir con tanta suavidad y dulzura, que es de agradecer tus invectivas y pedirte que las repitas con frecuencia.

Las dos jóvenes se sentaron al bastidor. En esta postura, que tanto favorece a la mujer, parecian dos jemelos por la gracia y la hermosura, aunque de tipos completamente distintos; pero un célebre pintor al copiarlas habria podido hacer el mas animado e interesante cuadro.

A las pocas lecciones, Mercedes habia comprendido lo que le enseñaba Luisa, admirándose ésta de la sorprendente facilidad de la primera; así es que le dijo:

—Si en todo continúas de la misma manera, tendré el pesar de que en poco tiempo me veré obligada a dejar de ser tu maestra, y quién sabe si no estaré forzada a pasar por la humillacion de ser tu discípula.

—No me lisonjees, Luisa.

—Yo no lo acostumbro, hijita, como tú, pues por el contrario se tiene de mí la idea de ser mui seca y mui exijente; pero vamos a ver si aprendes con la misma facilidad esta

otra clase de bordado, porque ese ya lo sabes y solo te falta un poco de práctica para que lo hagas perfectamente; y Luisa llevó a su amiga hácia otro bastidor, en el que principiaron un nuevo trabajo.

En medio de sus tareas, pues la primera leccion no se limitó al bordado sino a varias otras cosas, fueron interrumpidas por una criada, que dijo a Luisa:

—Señorita, el jardinero de la hacienda desea hablar con su merced, porque la señora, como está indispuesta, ha dicho que no podia recibirlo.

—Dile que entre.

En el instante apareció un hombre de mediana estatura, con pera y bigotes, y tan decentemente vestido, que parecia un caballero, sin mas diferencia que sus manos gruesas y callosas en que se conocia al trabajador.

Este hombre, quitándose respetuosamente el sombrero, dirijió la palabra a Luisa en un idioma que Mercedes no entendia, admirándose que Luisa contestara con la misma desenvoltura y facilidad que si lo hiciese en su propia lengua.

Cuando el jardinero hubo partido, Mercedes dijo a Luisa.

—No sabia que hablases otro idioma que el nuestro.

—El que te enseñaré tambien, aun cuando para nosotras no son mui necesarias las lenguas, porque no hemos de ser ni diplomáticas, ni jurisconsultas, ni comerciantas; sin embargo, es un adorno y una utilidad, porque prueba una educacion esmerada y porque nos da facilidad para leer muchos libros útiles que no están traducidos. El frances, en la actualidad, ha llegado a ser casi indispensable, tanto por sus célebres escritores y las producciones que aparecen diariamente, cuanto por lo universal que se ha hecho: el frances es el idioma de las personas de buen tono; el ingles el de los comerciantes.

—¿Y tú los sabes ambos?

—Me he dedicado mas al primero, pero entiendo algo del segundo.

—Tú no ignoras nada, Luisa!...

—Ai, hija mia! Díme si sabré algo cuando uno de los mas grandes jenios que han existido en este mundo, dijo estas palabras que han llegado hasta nosotros, y que pasarán a la posteridad mas remota: "lo único que he alcanzado a saber es que nada sé."—Pero dejémonos de filosofías y vamos a hacerle una visita a mi mamita, que sigue indispuesta y que tendrá mucho gusto de verte.

III.

Doña Juana recibió a Mercedes con el mismo cariño que el dia anterior y permaneció un rato largo mui entretenida conversando con ella, porque la natural intelijencia de Mercedes unida a su sencillez y modestia, agradaban a todo el mundo y con especialidad a las personas de buen corazon, como doña Juana, que dan gran valor a las dotes del alma, cuidándose poco de las que proporciona la fortuna, especialmente cuando la tienen.

Mercedes trató de despedirse mas temprano que el dia anterior y Luisa no la detuvo, teniendo en consideracion el móvil que la hacia marcharse, móvil tan santo y necesario como lo es el deber; sin embargo, le previno que al dia siguiente mandaria por ella mas temprano para tener lugar de comenzar a la vez todas las clases, haciendo una distribucion conveniente y proporcionada del tiempo que les era dado disponer.

Domingo y Marta habian pasado el resto del dia tristes y solos, ocupados únicamente, y con cierta languidez, como la que se tiene cuando el ánimo se encuentra abatido, en los quehaceres de la casa, sin mas interrupcion que un recado cariñoso que les mandaba la tia Anastasia, acompañándolo con una gran sopera de helados de naranja, que el sarjento depositó en un cubo de lata para que se conservasen hasta que llegara Mercedes, la que aparecia cuando to-

davia no la esperaban, presumiendo que se vendria a la misma hora que el dia anterior.

Contenta la niña de ver a su madre, se empeñó en consolarla así como lo habian hecho con ella y contó a Marta la larga conversacion que habia tenido con Luisa, y las reflexiones tan justas que le hiciera respecto a la partida de Enrique como a las muchas esperanzas y quizá a la fortuna real que de ella dependia.

Cada una de las palabras que decia Mercedes la apoyaba Domingo con un signo de aprobacion, como quien dice: eso era lo que yo pensaba, eso era lo que yo mismo les decia y no querian creerme.

La vista de su hija, (porque no hai cosa que consuele mas que un ser amado) el pensamiento de Luisa, de que ella era el mensajero y el intérprete, volvieron su buen humor a la vieja Marta, que principió a reirse y a hacerle caricias a Mercedes, con lo cual el pobre Domingo mudó tambien de semblante y de tono, no con afectacion estudiada sino naturalmente; pues el regocijo de su mujer era el suyo, así como era tambien la tristeza, estando acostumbrado a vivir con ella y por ella, sin que jamas existiera entre ambos el menor choque, lo que hacia su felicidad, sirviendo a la vez de ejemplo a sus hijos y de estímulo a los vecinos.

La union en el matrimonio, es como se dice vulgarmente, *honra y provecho.* Cuando ella no existe, no puede haber ni órden en la casa, ni progreso en los intereses, ni moralidad en la familia, perdiendo los hijos el respeto a sus padres y el padre el amor a los hijos, perdiendo el marido y la mujer la honra propia y la consideracion ajena; mientras que cuando reina esa venturosa armonía, todo florece: riqueza, bienestar, virtud, respetos, consideraciones, cariño, todo nace de ella; y la buena simiente se difunde;... y la patria, lo mismo que la sociedad, aprovecha de esa union, porque es el buen grano que ha producido una buena espiga y la buena espiga una escelente sementera...

El pintor Víctor.

I.

Durante ese dia, Guillermo, o diremos mejor, Víctor, el querido sobrino de la tia Anastasia, el pintor célebre que buscaba la soledad para evocar la inspiracion, se paseaba furioso de un estremo a otro del pretendido taller, sin conseguir que sus emisarios le trajesen buenas noticias de la vecindad. La tia Anastasia habia andado rondando, pero sin atreverse a entrar, porque no habia sido tan bien recibida en la mañana. Tomas, el célebre y virtuoso criado, habia ido varias veces en busca de Teresa, su antigua amiga, y a quien recordará el lector por los beneficios que le hiciera Mercedes en un dia de tribulacion, sin llegar jamas a encontrarla; de manera que Guillermo o Víctor, como lo llamaremos durante el tiempo que dure la intriga que se habia propuesto llevar a cabo, estaba escesivamente contrariado, porque le parecia mucho perder el espacio de un dia cuando solo habia fijado un mes o mui poco mas para la consecucion de sus proyectos; pero habia tenido que conformarse con su mala fortuna, viéndose obligado a retirarse, dejando a su criado de guardia, el que estaba bajo las órdenes inmediatas de Anastasia y que era el único que no debia abandonar el puesto; porque, tanto la matrona examinada como el elegante petimetre, tenian que atender a otras obligaciones, es decir, la primera a su profesion y el segundo a sus intrigas amorosas, a su club, a su tertulia, en una palabra, a sus placeres, que eran los que componian toda

esa brillante existencia llena de egoismo, de vicio y de maldad, que se denomina aquí, como en todas partes, la *juventud dorada*, la que no es otra cosa que una especie de pólipo o escrecencia que se adhiere al cuerpo de una sociedad corrompida por el sensualismo brutal, por la avaricia rastrera y por la incredulidad estúpida, ¡y sin embargo, esto es lo que se llama mundo, elegancia, cultura, conveniencia, civilizacion, progreso!...

II.

El dia siguiente llegó como llegan todas las cosas, y cada ser viviente vuelve a anudar sus proyectos de la víspera: Luisa mandaba en busca de Mercedes y Guillermo, Anastasia y Tomas tendian sus redes con el mismo objeto.

Ceferina llegó a las nueve en punto a casa de Mercedes, y ésta la estaba ya esperando, y, salvo el tiempo gastado en saludar a Domingo y a Marta, que recibieron al aya de Luisa con su franca amabilidad, subieron luego al coche.

No tardó mucho en aparecer tambien la tia Anastasia; y cuando preguntó por Mercedes y le respondieron que habia salido y que no volveria hasta la noche, la maldita vieja no pudo casi ocultar una espresion de disgusto al oir esto, espresion que no pasó desapercibida a Marta, a pesar de ser instantánea; pero como la acreditada matrona tenia un grande predominio sobre sí misma, pudo componer casi en el acto su semblante, no figurándose que la hubieran notado tan rápida alteracion.

—Veo que pasea mucho la señorita Mercedes, dijo Anastasia a Marta, con el tono mas natural y mas amable del mundo.

—No, señora, hace solo tres dias que está yendo a visitar a una señorita que se ha dignado ofrecerle su amistad.

—Cuidado mi sia Marta! mire que suele haber mucho peligro en esas amistades y en esa libertad dada a las niñas.

—Señora! agradezco su interes, pero yo sé lo que hago y mi hija sabe cómo obra.

—No ha sido mi intencion poner en duda su prudencia y la virtud de la niña, sino que era una advertencia amistosa.

—Que debo agradecerle tanto mas cuanto que no se la he pedido.

La tia Anastasia se mordió los labios: el buen sentido triunfaba de la astucia; pero volvió a la carga y replicó con afectada sencillez:

—Parece que no le ha agradado mi observacion o que equivoca mi buena intencion.

—Creo no haber manifestado lo primero y puedo asegurarle que no he pensado lo segundo, pues si así fuese se lo habria dicho claramente.

—Yo tambien soi partidaria de esa franqueza, porque es la que conserva la buena intelijencia en las relaciones.

—Tiene usted razon y cuente usted con encontrarla siempre en mí. Ya que en esto estamos de acuerdo, uso de esa misma franqueza para convidarla esta noche a tomar alguna friolera en casa, lo que agradará mucho a mi sobrino, pues me ha hablado de ustedes mui bien, diciéndome que así son las relaciones que le agradan, y esto a pesar de no haberlos visto mas que un momento.

—Agradezco las buenas ausencias del señor Víctor. Respecto a su convite, lo acepto con gusto en caso que Mercedes venga temprano.

—Temprano o tarde, señora, nosotros aguardaremos.

—Siento que ustedes se apensionen.

—No es pension ninguna, señora. Quedamos convenidos, ¿no es verdad?

—Está bien, señora.

La tia Anastasia se despidió mas contenta de lo que habia estado al principio; pero no por eso dejó de reflexionar y decir entre sí misma: "la vieja ésta es mas difícil de lo

que yo creia, no le falta malicia y es preciso *pisar con tiento;* pero al *freir de los huevos lo veremos:* con la tia Anastasia no hai bromas."

Advertido Guillermo o Víctor Escobar (pues este era el nombre y apellido del supuesto pintor) de que vendrian en la noche, hizo prepararlo todo de manera a producir el efecto que deseaba, dando sus órdenes hasta en los mas minuciosos detalles, pues muchas veces sucede que aquello que parece insignificante es lo que decide del éxito.

Una persona observadora y fina, y de éstas era Marta, no por educacion sino por naturaleza, lo mismo que la tia Anastasia, pero con intenciones diversas, se fija siempre para juzgar del carácter de las personas, no en las grandes frases, ni en el grande aparato, sino en aquellos deslices que se escapan sin pensar: en un mueble mal puesto, en un trasto ordinario en medio del lujo, en una vulgaridad cualquiera cuando se hace ostentacion de finura, porque todo esto habla mas alto que ese barniz con que se disfrazan los defectos y se ocultan las miserias; y por esta razon Víctor Escobar, a quien le habia bastado una sola entrevista para conocer el escelente juicio de Marta, por esta razon, decimos, tomó todas aquellas precauciones necesarias para que no se revelase lo que él era en realidad sino lo que queria aparecer; de consiguiente, hizo arreglar la mesa con gusto, pero sin lujo, como era propio de un artista y no de un hombre de fortuna y del gran mundo.

III.

Cuando Mercedes volvió en la tarde de casa de Luisa, donde no quiso quedarse a comer por acompañar a sus padres, le dijo Marta: "arréglate, hija mia, pues esta noche tenemos que hacer una visita los vecinos."

—Mucho lo siento, porque estoi recargada de trabajo, habiéndome dado Luisa una leccion de frances para mañana, que debo llevar aprendida.

—De frances! ¿Y para qué te servirá el frances?

—Luisa me ha dicho que desea enseñarme todo cuanto sabe y yo quiero darle gusto. Hoi me ha dado la primera leccion de música, de dibujo, de bordado y de frances, y estoi contentísima, solamente que en la última tengo que aprender algo de memoria, y me ha regalado su gramática. Por lo que hace a la utilidad, madre mia, ella me ha dicho que, a mas de ser un adorno, servia para poder leer libros mui buenos que se publican en este idioma.

—Cuánta bondad, hija mia! Cómo debemos estar agradecidas a esa señorita...

—Ai! yo la quiero... la quiero muchísimo!

—Con razon, hija mia; pero a mas de quererla es preciso estarle agradecida.

—Ella me ha dicho que no, porque soi su amiga y entre amigas no existen favores sino cariño, y por consiguiente no debe haber gratitud.

—Esa es una esquisita delicadeza de su parte, que en lugar de disminuir debe aumentar nuestro agradecimiento y nuestro cariño.

—Así pensaba yo.

—Y pensabas bien.

—De cualquiera manera que sea puedo asegurarle que siento por ella un amor mui grande; pues la admiro, la respeto y la quiero con todo mi corazon.

—Bien hecho, hija mia; sus bondades y su poco orgullo me prueban que es mui digna de ese afecto.

Madre e hija hablaron en seguida de Enrique, de la falta que hacia, cuánto lo echaban de menos, por dónde iria, si estaria pensando en ellas, y todas aquellas cosas de que nos ocupamos cuando se ausenta una persona querida.

Llegada la hora de la visita, se dirijieron Domingo, Marta y Mercedes a casa del pintor. El viejo sarjento estaba con su traje del domingo y su gorra militar con galon de oro, que cuidaba con esmero. Marta llevaba la basquiña de seda

negra que le regalara Enrique pocos dias há, y Mercedes se habia arreglado el peinado que le habia hecho Luisa y puéstose el mismo vestido.

En cuanto se presentaròn en la puerta de calle, Anastasia salió a recibirlos con el mayor agasajo, abrazando a Mercedes, estendiendo la mano al sarjento y diciendo a Marta con su mas afable sonrisa:—"Ya creia que ustedes no vendrian."

IV.

Víctor, con su blusa y una faja de charol que ceñia su delgada cintura, tenia un pincel en la mano. La camisa blanca y fina de cuello volteado y con una corbatita sencilla y neglijentemente amarrada, dejaba ver una lindísima garganta que habria envidiado la mas hermosa mujer. Este traje sencillo, traje de artista y de una elegancia esquisita, realzaba de tal manera su interesante fisonomia, que el sarjento y Marta, que ya lo conocian, quedaron como sorprendidos, en tanto que Mercedes bajaba su vista, deslumbrada, se puede decir así, por la hermosura casi ideal de aquel jóven.

La tia Anastasia, dirijiéndose a su sobrino, le dijo:—"Ya conocias al señor y a la señora, ahora me tomaré la libertad de presentarte a su interesante hija, Merceditas Lopez."

Víctor se inclinó respetuosamente sin proferir palabra.

—Creo que lo turbamos a usted en su trabajo, dijo Domingo a Víctor, fijando su vista en el pincel, que éste conservaba en la mano.

—De ningun modo, señor; ya habia concluido por la falta de luz, y solo estaba limpiando el instrumento, contestó, acompañando su frase de cierta modesta sonrisa.

—Pasen para adentro, repuso la tia Anastasia; aquí no hai mas salon que el taller de mi sobrino, a no ser que quieran entrar a mi cuarto.

—En cualquier parte estamos bien, señora, respondió Domingo.

—Ustedes son lo mismo que todos... Nadie quiere pasar a mi cuarto sino que prefieren quedarse en el taller, aun cuando no hai regularmente mas que una o dos sillas. Tomas, vé a traer asientos, agregó la dueña de casa, dirijiéndose al sirviente.

A Víctor le habia bastado una sola mirada para apreciar la deslumbrante hermosura de Mercedes, pareciéndole ver una aparicion divina en vez de una mujer; pues la hallaba muchísimo mas bella que pocos dias antes cuando por primera ocasion la viera en la Pampilla.

—Aquí, prosiguió la tia Anastasia, no hai otra cosa que ver que cuadros; si ustedes son aficionados, les gustará.

—Nosotros los pobres, como usted puede figurárselo, señora, no conocemos nada de esto y de consiguiente no sabremos apreciarlos.

—Sin embargo, mi sobrino pretende que hai personas que sin haber visto nunca un cuadro conocen mas o menos su mérito por un oculto instinto o predisposicion natural: sin embargo, por lo que hace a mí, a pesar de haber vivido con ellos, no sé distinguir; pues me parece bien lo que es malo y malo lo que es bueno; de tal suerte, que mi picaron de sobrino se suele reir a carcajadas de mis juicios y luego añade: usted no sirve para otra cosa que para el arreglo de la casa; lo que es mui necesario, señorita, dijo, dirijiéndose a Mercedes, porque estos caballeros que se denominan artistas dejan todo sin piés ni cabeza, no pensando mas que en sus monos; asi es que uno tiene que arreglar hasta su cuarto, su cama y cuanto es preciso en la vida, y luego si no está bien hecho, se incomodan y se enojan, porque solo tienen gracia para reparar.

—Tia, contestó Víctor con afabilidad, usted tiene un buen modo de recomendarme, poniéndome desde el principio mal con personas que no me conocen; ¿qué juicio irán a formar de mí?

—Que formen el que quieran, yo digo siempre la verdad.

¡Estaba bien que yo fuera a mentir por tí! ¿No es acaso cierto que solo te ocupas de tus mamarrachos?

El sarjento se reia de buena gana.

—Pero señora, interrumpió Mercedes con timidez; unos se ocupan de una cosa y otros de otra segun sus facultades.

Víctor miró a Mercedes de cierta manera que queria decir: Mil gracias, señorita.

—Justamente, esa es la misma respuesta que me da siempre mi sobrino, pero yo quisiera saber cuál de los dos es el mas útil, y quien hace mas: yo que me ocupo de todo, o él que está solamente con sus tintas y sus monos, sin contar que algunas veces se lleva paseando con la cabeza gacha o levantada, sin decir palabra.

—Estará pensando, señora, contestó Marta.

—¿Y esto puede llamar usted hacer algo?

—Seguramente.

—Vaya, has encontrado, flojonazo, buenos defensores, dijo la tia, mostrando tanto cariño por su sobrino como benevolencia por los que lo defendian; pués aun cuando sea en mi contra, añadió, me gusta que te hallen razon.

—Gracias, tia, yo conozco mejor que nadie su buen corazon.

—Lo conoces, y por eso abusas, ¿no es verdad? Cuando estemos solos me las pagarás. Ahora te dejo con las visitas para ver cómo está aquéllo; con permiso de ustedes, señoritas... y salió.

—Mi tia, dijo entonces Víctor, dirijiéndose a los huéspedes, es el alma mas sencilla y benévola de este mundo. Aparenta que se enoja, y hace la pobre cuanto puede por satisfacerme el mas lijero capricho; ella quisiera siempre que no me incomodase, que no pensase en lo menor, y por esto se toma un trabajo indecible, pues es ella quien todo lo acomoda, lo arregla y lo dispone, teniendo cuidado que nada me falte: es para mí una madre, y una madre amante.

—Se le conoce, contestó Domingo, pues en su mismo enojo se revela su cariño.

—Sin ella, ¡qué seria de mí! dijo Víctor con emocion y como si hablase consigo mismo.

—¿Mucho tiempo que lo acompaña? preguntó Marta con interes.

—Desde que nací, señora; pues mi madre murió al darme a luz... pero no es esto todo: ella, con su pequeño montepio, porque es viuda de un militar de la patria vieja...

—¡Viuda de un militar de la patria vieja! interrumpió Domingo, ¿y cómo se llamaba?

—El capitan Cárdenas.

—El capitan Cárdenas... no lo he conocido.

—Pues, como decia a ustedes, con su pequeño montepio me crió, me vistió, me educó... y a ella le debo lo que soi...

Habia dicho esto Víctor con un tono tan conmovido como lleno de gratitud y de cariño, que Marta no pudo menos de esclamar entusiasmada:

—Qué buena señora!

Domingo y Mercedes estaban tambien impresionados.

V.

En ese momento entraba Anastasia, que dijo con un tono regañon a su sobrino:—Cómo es esto, Víctor! Tienes a las visitas a oscuras! ¿Por qué no has pedido velas?

—Todavia está un poco claro, tia.

—Para tus ojos, pero no para los de nadie, y ademas esta es una impolítica.

—No, señora, dijeron todos a la vez.

—Sí, es un inadvertido; y llamó al criado para que trajera luces.

Inmediatamente apareció Tomas con una lámpara, y antes de pasar del umbral de la puerta, se quitó la gorra y la tiró al suelo.

La luz, colocada sobre una mesa, alumbró los diferentes cuadros de que estaba, se puede decir, tapizado aquel salon, pero sin que se pudiera distinguir bien.

—¿Todo esto es obra suya? preguntó Mercedes a Víctor, admirada de ver tanta pintura.

—La mayor parte, señorita.

—Estos y muchos mas, añadió Anastasia; porque aquí no están todos los que ha vendido.

—Caramba! esto sí que es trabajar! ¿Cómo se atreve usted a llamar perezoso a su sobrino? dijo el sarjento a la tia Anastasia.

—Lo llamo perezoso porque no hace mas que esto.

—Y le parece poco! Apostaría a que usted no es capaz de hacer el mas chico de estos cuadros en toda su vida.

Víctor y Mercedes se rieron de la injenuidad y de la defensa del viejo sarjento.

—Es cierto, señor Lopez, que no podria hacer, no digo uno de esos monos, sino ni una de sus manos; pero esto no quita que Víctor tampoco haria en un año lo que yo hago en un dia y hasta en un rato.

—Cada uno con su mérito, señora, repuso Marta.

—En fin, dejemos la disputa y vamos a la merienda, que ya está en la mesa.

Y la tia Anastasia, con cariñosa familiaridad, tomó de la mano a Marta y al sarjento con la intencion de dar lugar a su sobrino Víctor para ir junto a Mercedes, lo que en efecto sucedió, pero sin que éste se deslizara en lo menor, sino que, al contrario, se mostró mas respetuoso, dirijiendo solamente a Marta la palabra.

La merienda. (1)

I.

La mesa estaba, no rica sino elegantemente puesta, consistiendo su principal lujo en la limpieza de toda ella y en la brillantez de los cristales.

Por lo que hace a Domingo, nunca habia visto una mesa tan bien acomodada, ni aun en casa de su antiguo coronel Carreras. Anastasia le cedió el asiento de honor, es decir la cabecera de la mesa, que se vió obligado a aceptar, por más resistencia que opuso. La complaciente tia habia preparado un asiento a su sobrino al lado de Mercedes; pero el intelijente jóven le rehusó para colocarse al lado de Marta, y esta cortesania delicada agradó interiormente mucho a la madre y a la hija.

La mesa estuvo mui animada. Los buenos tragos de opor-

(1) Con esta palabra se designaba, no há mucho tiempo, la *colacion* que se tomaba jeneralmente a las ocho o nueve de la noche en toda casa, cualquiera que fuera su condicion, y que hoi vemos reemplazada por el *té*. Cena o merienda eran casi sinónimos; pues alternativamente se hacia uso de una u otra voz para espresar el mismo acto: vamos a *merendar* o vamos a *cenar* se consideraba lo mismo; y la cena o la merienda era mas o menos espléndida, segun los haberes de cada cual. Tambien decíase y aun se dice *merienda de negros*, toda especie de *zafarrancho*, toda clase de *despilfarro*, toda *piñata*, como la acontecida últimamente con los veinte millones votados por el congreso para la guerra con España; y esta palabra *piñata*, inventada por los mismos hombres del gobierno actual contra el empréstito levantado por el gobierno de don Manuel Montt para la construccion del ferrocarril entre Santiago y Valparaiso, ha venido a servir ahora para calificar el desperdicio, la mala inversion y quizá cosas mas graves de una administracion que hasta la época no ha podido dar satisfactoria y lejítima cuenta de la inversion de esos caudales que el pais puso a su disposicion para la defensa de él y no para que se desperdiciasen sin el menor lucro y sin la menor honra.

to, al que el sarjento llamaba esquisito mosto, le hicieron perder poco a poco la cortedad, poniéndolo de un escelente humor. Víctor, por su parte, estuvo obsequioso con la madre y atento con la hija, sin desmentir una sola vez, ya fuese de palabra o con la vista, su respetuosa y fina urbanidad.

Mercedes no habia visto jamas a un hombre de maneras mas distinguidas, pues le parecia superior a su hermano mismo, lo que era mucho decir atendiendo al afecto que le profesaba y a la elevacion natural de Enrique; pero Víctor tenia para todo un tacto tan delicado, un aire tan señor, una simplicidad tan majestuosa, una humildad tan digna, que Mercedes, sin saber cómo recordaba a cada momento a su amiga Luisa Valdes, pensando, sin darse bien cuenta de ello, que el artista Víctor era el único hombre digno de aquella niña tan noble y hermosa a quien ella amaba tanto; pero al mismo tiempo sentia la superioridad de Víctor al acordarse de su hermano, porque creia imposible que una vez que Luisa conociese a este jóven no le diera la preferencia; sin embargo que ella consideraba que, por lo que hace al corazon, no lo aventajaria nadie.

II.

La conversacion rodó largo tiempo sobre la pintura y la vida y hechos de los mas célebres maestros, que Víctor narró con la mayor gracia, criticando sus defectos con cierta deferencia y elojiando sus méritos con exaltacion, pero confesando que su juicio no pesaba en la balanza, porque ni tenia el talento ni la esperiencia suficiente para emitirlo con acierto, pues él habia visto bien poco en pintura; y con escepcion de algunos cuadros de Monvoisin, tales como Ali Baja, Luis de Baulieu, el Pescador, etc. (obras inimitables de ejecucion y de talento) y otras mas que habia tenido ocasion de observar en algunas casas particulares o claustros

de antiguos conventos, podia decir con propiedad que hasta aquí estaba ciego en el arte, y que solo su aficion decidida lo habia sostenido; pero que toda su aspiracion era hacer un viaje a Europa para estudiar allí las obras orijinales y portentosas de los grandes maestros.

—¿Entonces no sabe usted todavia bastante? le preguntó Mercedes admirada.

—Señorita, yo no soi todavia ni aprendiz, respondió Víctor, con desconsolado tono.

—Lo dirá usted por modestia, dijo Marta.

—Lo digo por conviccion, señora.

—Esa ciencia no se aprende entonces jamas! agregó Mercedes.

—Jamas, señorita; esa ciencia depende del jenio... es el resultado de la inspiracion, es como la poesia, es una chispa del Altísimo; porque para ser pintor es preciso haber nacido poeta, es preciso sentir la armonia en toda su grandeza; porque la pintura no es el trabajo material del pincel, asi como la poesia no es el verso; pues aunque hai muchos que pintan y muchos que hacen estrofas, no son, sin embargo, ni pintores ni poetas.

—Entonces es preciso desmayar, esclamó Mercedes con desaliento; y yo que tenia tanta aficion...

—No es preciso desmayar, señorita. El gusto por un arte ya es una prueba de aptitud; ¿y quién puede decir que usted no sea una de esas naturalezas privilejiadas a quien solo falta los conocimientos, la práctica, la materialidad para volar a las altas rejiones del jenio?

—Señor, por Dios! contestó Mercedes sonrojándose; no diga usted eso.

—Yo no he dicho nada, señorita, porque nada afirmo ni niego; pero usted misma no puede saber lo que es, y asi solo me he limitado a aconsejarle, que, si tiene esa inclinacion, la siga; y desde luego, si yo pudiera serle útil, me pro porcionaria usted un placer verdadero...

La tímida niña estaba turbada y sin saber qué responder, porque dar simplemente las gracias le parecia una manera de espresarse mui trivial y que no estaba en armonia con la jenerosidad de la oferta, ni con lo que ella esperimentaba; pues Víctor habia ejercido en ese poco tiempo una especie de fascinacion sobre ella; asi es que Marta tuvo que venirle en ayuda, contestando:

—Sin desechar ni aceptar su jenerosa oferta, no podemos menos de agradecérsela. Mercedes tiene casi todo su tiempo distribuido, asi es que seria mui difícil por ahora aprovechar de ella, sin decir por esto que despues no lo haga.

—Creo innecesario, señora, insistir; pero en cualquier tiempo estaré dispuesto, y dispuesto con gusto, a enseñarle lo poco que sé... Ahora es de noche, pero cuando ustedes quieran venir al taller de dia, les presentaré mis modestos trabajos.

—En esto no nos haremos de rogar y mañana o pasado estaremos aquí, contestó Domingo.

—Ya es bastante tarde, dijo Marta, preparándose para despedirse.

—¡Cómo ha pasado la noche! esclamó la tia Anastasia mirando su reloj: ¡las doce menos un cuarto! Yo creia que apenas serian las nueve! Es preciso, señora, que nos proporcione con alguna frecuencia unos ratitos como éstos, pues ni yo ni mi sobrino salimos jamas de noche; asi es que no hai motivo de escusa.

—Para nosotros seria el gusto, contestó Marta parándose, cuyo ejemplo siguió Domingo y su hija.

Tomas, con una lámpara en la mano, salió a alumbrarles, acompañándoles la tia Anastasia y su sobrino hasta la puerta de calle, desde donde se despidieron.

III.

Entre ambos personajes se cambiaron las siguientes palabras:

—La intriga principia bien, dijo Guillermo a la tia Anastasia. La hermosa niña, porque es mas hermosa de lo que yo habia pensado, lleva algo en el corazon, y caerá...

—Yo no digo que no; pero la empresa me parece mas difícil de lo que creia.

—Si hai mas dificultad, tambien hai mas hermosura, y esta es una compensacion que me agrada.

—Ahora vámonos a nuestras respectivas casas: es preciso que Tomas quede siempre en su puesto de observacion.

Guillermo y la tia Anastasia salieron, no sin haber tomado antes la precaucion de colocar al criado en la puerta para que les advirtiera si podian ser o no vistos.

Mientras tanto, en la casa del sarjento Lopez se hacia otro jénero de observaciones.

—Qué buena jente! dijo Marta; ahora me arrepiento de mi temerario juicio, que sin ser ofensivo estaba inclinado a la sospecha.

—Bien te decia yo que no se debe juzgar el fruto por la corteza, ni la bondad del alma por la fealdad del rostro.

—Y qué jóven tan cumplido y tan intelijente!

—Y agrega, tan buen mozo, dijo Domingo, porque yo he visto bien pocos como él.

—Personas así, añadió Marta, son con las que uno debe tener amistad.

Las confidencias.

I.

Cuando Mercedes se presentó al dia siguiente a casa de Luisa, pues ya habian convenido en que iria diariamente por ella Ceferina, entre las nueve y las diez, llevaba cierta satisfaccion en el semblante, que fué notada en el acto por Luisa y que motivó la pregunta siguiente:

—¿Algo traes de nuevo y de favorable, Mercedes?

—¿Cómo me has conocido?

—Por la cara.

—Qué perspicacia! Pues bien, es verdad: tengo que contarte cosas agradables y que para tí serán de interes.

—¿Por qué para mí?

—No digo que exista todavia la menor relacion, pero puede ser que la haya mas tarde.

—No te entiendo.

—Ya lo creo! pero luego sabrás lo que es.

Y Mercedes contó entonces a Luisa la invitacion de la noche anterior, lo que habia visto en el taller, la elegancia del pintor en su traje de trabajo, su finura, su porte noble, su talento, su lenguaje escojido, su naturalidad y hasta lo que habia hecho por él la tia Anastasia, y la conmocion que habia mostrado al narrar en dos palabras esta sencilla e interesante historia; en suma, todo aquello que la habia seducido a ella, porque nada existia que le hubiese chocado de una manera desventajosa para el artista.

Luisa la escuchaba con interes, y no pudo menos de decirle:

—He esperado hasta el fin sin interrumpirte, porque estaba encantada de tu elocuencia y del colorido que sabes darle a las cosas. No te habia juzgado bajo esta faz; y en verdad no sé lo que debo admirar mas, si al retrato o al re tratista.

—¿Cómo es eso si el retrato o el retratista?

—Si al jóven que me has pintado o a la que lo ha pintado.

—No te chancees, Luisa.

—Lo digo sin chanza; pero está bien: en todo lo que me has dicho no veo nada que tenga o pueda tener relacion conmigo.

—Es que...

—Vamos, dí...

—Es que me ha parecido tan cumplido...

—¿Y qué tengo que hacer yo con eso?

—Es que un hombre tan cumplido solo puede ser digno de tí; y esto, Luisa, te lo digo a mi pesar; pero yo te quiero tantísimo que no me habria perdonado nunca si te hubiese ocultado que existia un hombre así...

—Noto en lo que me dices una contradiccion: si te interesas tanto por mi felicidad y segun tu opinion ese jóven es digno de mí; ¿por qué me lo dices a tu pesar? Aquello que haria mi dicha no te agrada?

—No puedo contestarte.

—¿Tienes entónces para mí secretos?

—Este solo, Luisa, este solo... pregúntame cuanto quieras sobre lo demas y te responderé en el acto sin mentirte jamas...

—Ya creo que no me mentirás, porque es contrario a tu naturaleza y a la mia; pero en fin, ¿tienes un secreto que no puedes o que no quieres revelarme?

—Sí; que no puedo, no que no quisiera.

—¿Deseas que yo te lo diga?

Mercedes se asustó.

—No te asustes, niña, el secreto es el siguiente; pero si lo adivino me lo confesarás?

—Te lo prometo.

—Pues bien: a tí te ha agradado ese jóven, y haces el sacrificio de tu persona por cedérmelo.

—Qué idea! no es eso.

—¡No es esto?

—La verdad, no lo es.

—Entonces, no comprendo nada.

—Ya me lo figuraba.

—De todos modos, has picado mi curiosidad y quiero conocer a ese jóven, no porque tenga el menor interes, te lo confieso, y te confieso que para tí no guardo secretos, sino por la pintura que me has hecho. Mañana es jueves, dia de asueto en los colejios, y nosotras tambien lo tomaremos. Ya habia pensado prevenírtelo, pero ahora lo hago con doble motivo. Voi a decirte la primera causa: tenia determinado ir a hacer a tus padres una visita.

—Tú, Luisa!...

—¿Y quién otra quieres?

—¡Cómo van a estar de contentos!

—No veo motivo para que se alegren; creo que les gustará solamente.

—No solo les gustará, sino que serán dichosos, te lo aseguro...

—Despues de la visita, pensaba, o diré mejor, pienso llevarte a tí y a ellos donde un fotógrafo para que le manden a tu hermano sus retratos.

—Ai, Luisa! solo a tí se te pueden ocurrir pensamientos tan buenos! Cómo va a estar Enrique de contento! Pero no querrán venir, no querrán acompañarte... tendrán vergüenza!...

—Con vergüenza o sin ella yo los obligaré.

—Imposible que acepten.

—Ya sabes que cuando se me pone una cosa ha de ser... y como te decia, ahora hai doble motivo; porque despues de hacer estas dilijencias, iremos a ver al pintor, al jóven sin igual... y Luisa se echó a reir de la mas buena gana.

—¿Que no crees lo que te he dicho, Luisa, que tanto te ries?

—En lo que no creo es en él, aunque crea en lo que me has contado.

—¡Cómo es eso de no creer en él y creer en lo que yo te he dicho!

—Fácilmente te lo esplicaré: es que no tengo tan buena opinion de tu conocimiento de mundo, y a tu edad no se es todavia buen fisionomista.

—¿Es decir que me habré equivocado?

—Puede ser mui bien.

—Tú misma te desengañarás.

—Eso es lo que quiero.

II.

Despues de esta conversacion, las dos jóvenes principiaron sus tareas y pasaron el dia, ya en el cuarto de doña Juana, ya en el pabellon de Luisa, sin abandonar, ya estuviesen aquí o allá, sus labores.

Luisa estaba maravillada de la facilidad de Mercedes para aprender todo; de manera que no le daba el menor trabajo y era mas bien un entretenimiento agradable que una enojosa enseñanza el estudio que hacian ambas jóvenes, alternándolo con conversaciones amenas e instructivas, de las que sacaba Mercedes cada dia mayor provecho.

Cuando volvió a su casa contó a sus padres el pensamiento de su amiga, advirtiéndoles que estuviesen preparados para el dia siguiente, porque estaba convencida que no habria objecion ni obstáculo que hiciese desistir a Luisa de un proyecto que habia concebido de antemano.

El pobre Domingo y la pobre Marta se hallaban confundidos, sin saber cómo evadirse de aquel compromiso; ya pensaban salir, pero veian que este paso era mui impolítico, o ya pretestar alguna enfermedad, pero tambien se figuraban que Luisa no les daria crédito y los haria marchar de una manera o de otra.

Mercedes les decia que cuando vieran a Luisa perderian sus temores; que a ella le habia pasado lo mismo, y que ahora no le tenia la menor cortedad, pues en vez de ser orgullosa, como la creian algunos, era la señorita mas natural, sencilla y afable.

Marta dijo entonces a Mercedes que probablemente tendria en la noche la visita de la tia Anastasia y su sobrino, la que durante el dia habia estado la primera, habiendo preguntado por ella.

En efecto, la tia Anastasia, con pretesto de saludar a sus buenos vecinos, pero con el interes de saber a qué casa iba Mercedes diariamente, pues Tomas les habia dicho que la habia visto partir en coche; con este interes, decimos, hizo su visita, aunque en vano, porque nada habia podido averiguar a pesar del cariño con que fué recibida por Marta en esta vez. Entonces, para realizar lo que esperaba, se decidió a ir con Víctor en la noche, llegando poco tiempo despues que Mercedes, pero tampoco en esta ocasion pudieron sacar nada de cierto sobre lo que les interesaba, si bien adquirieron mayor confianza y estimacion, pues la tia Anastasia y su sobrino se condujeron perfectamente.

Al despedirse, dijo Mercedes a Víctor que talvez al dia siguiente tendria el gusto de ir a visitar con una amiga su taller, si no le era desagradable que llevase a otra persona.

—Bajo ningun aspecto, le contestó Víctor: sola usted o acompañada, recibiré siempre su visita como un favor; y diciendo esto desapareció.

III.

Cuando se encontraron en la calle, le dijo Víctor a la tia Anastasia: "muchas veces las cosas vienen por sí mismas y entonces los resultados son mejores, porque son mas naturales. Mañana sabrémos quién es esta amiga que tanto nos empeñábamos en descubrir, porque es indudable que sea ella la que la acompañe; pero es preciso ser precavido, y Tomas quedará todo el dia en acecho en la puerta del pasadizo para que nos advierta si es alguna persona conocida o no la que viene con Mercedes, porque si fuese conocida y nos tomase desprevenidos, es decir, que supiesen quién soi yo y quién es usted, todo nuestro plan iba por tierra y ya era imposible pillar al pajarito, porque se pondria *matrero.*"

—Has pensado, Guillermito, perfectamente. Esa linda cabeza no puede producir sino buenas cosas. ¿Cuándo te nombrarán ministro, hijo mio, tú que despliegas tantos recursos y te vales de tantos espedientes? El Estado ganaria mucho en esta eleccion.

—Ya vendrá, tia Anastasia, y entonces haremos mejores negocios, porque será usted mi consejera íntima asi como es ahora mi mejor amiga.

—Tu mas complaciente, querrás decir, picaron... pero allá veremos los resultados; mientras tanto, adios, que quién sabe si no estará esperando alguna pobrecita en busca de mi protectora asistencia. Es preciso que te advierta, Guillermito, que la plata que me diste, ha volado; trae otro poco mañana y despues te formaré la cuenta... Buenas noches.

—Buenas noches, demonio, a quien quisiera ver frito en aceite, murmuró Guillermo entre dientes.

Luisa en el conventillo.

I.

Mercedes despertó al dia siguiente mas temprano que de costumbre. La felicidad y la esperanza quitan el sueño casi lo mismo que la desgracia y el desengaño. El pensamiento de que en pocas horas veremos realizarse un acontecimiento halagüeño nos desvela tanto como el temor de una considerable pérdida: dos cosas distintas producen en nuestra naturaleza el mismo efecto, aunque los incidentes sean diversos. Un médico os esplicaria este fenómeno, diciendo que el pesar asi como la alegria, escitando el sistema nervioso, trae consigo el insomnio; talvez tenga razon el discípulo de Hipócrates, pero nosotros nos limitaremos a constatar el hecho por lo que sucedia a Mercedes, que, llena de alegria, habia dormido poco y se habia levantado mas temprano para prepararlo todo y recibir a su amiga del mejor modo posible.

Mercedes sentia, por otra parte, que Luisa viniera a su casa, porque se figuraba que esperimentaria una impresion desagradable al entrar por aquella angosta calle, desordenada y sucia; ¡ella que llegaba a ser exajerada en la limpieza! ella que estaba siempre rodeada de objetos bellos, que, halagando los sentidos, meciesen su imajinacion con risueños y poéticos pensamientos! ¡Qué contraste el que se le iba a presentar a la vista! Esto confundia y martirizaba a la pobre niña, que para salvar en parte tan grave inconveniente, se fué de pieza en pieza suplicando a cada uno de los

vecinos de limpiar y colocar sus trastos del mejor modo posible, barriendo a la vez su pertenencia para que estuviese toda la calle, ya que no en perfecto aseo, al menos presentable; y como todos los inquilinos del conventillo querian a Mercedes, se prestaron gustosos a hacer lo que ella les exijia, quedando con la cooperacion de cada cual, arreglado todo en mui poco tiempo.

Nada tenia que hacer Mercedes en su casa, porque en ella todo se encontraba en buen órden y con tan esmerada limpieza, que el mas exijente sobre este particular se veria obligado a confesar que era cuanto se podia esperar de una habitacion tan modesta.

El viejo sarjento, imitando a su hija, se puso a limpiar, no diremos el suelo, que parecia soplado, sino hasta las hojas de las flores y de los árboles del pequeño jardin en que hacia consistir su gran vanidad. Una vez libres de estas ocupaciones, se vistieron con aseo, pero con sencillez, para esperar a Luisa. Mercedes se colocó frente a la puerta de calle para ser la primera que viera llegar el coche y volar al encuentro de su amiga. No tardó ésta mucho en aparecer, y antes que el criado bajara del pescante para abrir la portezuela, ya Mercedes se encontraba a poca distancia. Luisa, cual una de esas hadas benéficas, bajó del carruaje y abrazó a su amiga, la que creyó verla mas linda que nunca, porque tiene cierto encanto irresistible una hermosa niña cuando al descender del carruaje descubre un finísimo pié elegantemente calzado, viéndole tambien parte de una torneada pierna y de la blanca ropa interior, que se asemeja a diáfanas nubes en que viniera sentado y envuelto el ánjel... y todavia mas hermosa que el ánjel... la mujer!...

II.

Domingo y Marta salieron a recibir a la aristocrática jóven, que les estendió la mano con el mayor cariño, diciéndoles con jovialidad:

—Ya Mercedes les debe haber prevenido mi visita y el objeto de ella; porque creo que no será tan reservada ni guardará secretos para ustedes, como lo hace conmigo.

—Es verdad, señorita, pero usted se servirá disculparnos, dijo Marta.

—Tambien les habrá dicho que yo soi mui voluntariosa y que cuando quiero una cosa es preciso que se haga.

—Pero, señorita...

—No acepto ningun pero, ninguna escusa; lo deseo y será.

Este modo imperativo estaba acompañado de un tono de voz tan afectuoso y dulce, que parecia a la vez un mandato y una súplica tan irresistible el uno como el otro.

Domingo y Marta callaron, es decir, cedieron, viendo que toda oposicion era inútil.

Luisa miraba con cierta curiosidad aquella habitacion tan modesta pero tan aseada: no habia nada que reprochar en ella.

El viejo sarjento, menos avergonzado ya por la franqueza natural con que lo trataba Luisa, la convidó a ver su huerto, convite que aceptó Luisa con regocijo, parándose inmediatamente para acompañarlo.

—Esto es hermosísimo, le dijo Luisa: todo está aquí mui bien dispuesto, el terreno perfectamente aprovechado; veo que usted tiene un gusto particular por las plantas.

—Asi es, señorita; no tan solo me gustan, sino que me parece que las quiero, y algunas veces me llego a persuadir que me conocen.

—Puede ser...

—No, señorita, no piense usted que creo ese disparate, dijo Domingo medio confuso, temiendo haber dicho un despropósito.

—Nada podemos afirmar ni negar, señor Lopez; ¿quién sabe si usted no ha dicho una verdad? Pero sin entrar a investigarlo, dijo Luisa sonriéndose, este pedacito de terreno es una maravilla.

—Querrá usted tomar, señorita, una taza de té, un pocillo de chocolate, preguntó Marta a Luisa con tono obsequioso.

—Si no se incomoda usted, acepto un pocillo de chocolate, porque, se lo confieso, salí de casa sin desayunarme, esperando pedírselo a usted.

—Qué felicidad! Hasta ese punto eres de buena, Luisa! le dijo Mercedes, que, por su raro instinto, habia penetrado el pensamiento de su amiga.

—En efecto, Luisa no habia querido tomar nada en su casa para tener lugar de pedírselo a Marta y de esta manera inspirarle confianza; porque no hai nada que mas familiarice como esos pequeños servicios que da tanto gusto hacer y recibir.

Marta se fué contentísima a preparar el chocolate, mandando buscar bizcochuelo y algunos dulcesitos donde los Blancos (1).

Inter tanto, Mercedes mostraba a Luisa sus bordados, que tanto habia admirado Ceferina y que a Luisa le parecieron magníficos; le señaló tambien su cuartito, que nada tenia de rico ni elegante, pero en el que parecia respirarse el suave y virjinal aroma de la sencillez y de la inocencia; tambien le mostró el comedor y la despensa, en que estaban todas las provisiones de la familia perfectamente ordenadas, lo mismo que el aparador, donde se hallaba el servicio pobre pero aseado de la familia.

Luisa, acostumbrada a una vida fácil, elegante, rica, no desdeñaba ocuparse de todo aquello que para otra señorita de las de su clase hubiera sido insignificante y talvez aburridor; pero ella veia en esa modesta habitacion una existencia tranquila y feliz; veia en cada uno de esos muebles ordinarios una prenda del amor filial, pues Mercedes le habia dicho que eran obras de Enrique; veia el órden, la economía, la caridad, la paz interior, la pureza de las costumbres

(1) Dulceros famosos que viven en la misma calle de San Pablo.

y la elevacion del espíritu diseñarse en todo lo que la rodeaba, y esto le hacia mirar aquello con sumo interes, pues reflejaba una historia y un episodio, la historia y el episodio de la virtud...

El chocolate fué servido y Luisa se sentó a la pobre mesa con tanta o mayor complacencia que en el sarao mas espléndido rodeada de la mas fina y elegante sociedad, porque aquí sentia ella que su presencia hacia tan feliz a esta honrada familia, mientras que allá habria talvez pasado desapercibida: aquí el cariño que inspiraba era real y verdadero, aunque no se lo manifestaran con pomposas frases, mientras que allá, bajo seductoras apariencias, se ocultaba la envidia, la rivalidad, el ódio o por lo menos la glacial indiferencia vestida de galante etiqueta, y donde el empeño de cada cual consiste solo en hacerse notar a sí mismo, aparentando ocuparse de los demas: atmósfera pesada e insalubre donde no se esplaya ni eleva el alma, porque solo reina el engaño y la vanidad frívola;... pero en casa de Mercedes todo era atencion sincera, gratitud sentida y afecto puro, desinteresado y tierno, que haciendo gozar a Luisa, gozaban tambien los demas, porque el cariño lleva consigo la reciprocidad...

III.

Terminado el lijero desayuno, subieron al coche Marta, Luisa y Mercedes, a pesar de la resistencia que la primera hizo. En cuanto a Domingo, le dijo Luisa: "nosotras no nos atrevemos a ir acompañadas de un sujeto tan grave; tendrá, pues, usted la bondad de tomar un coche de posta y de dirijirse a la calle del Estado, fotografía de..."

El viejo sarjento quedó mui complacido de la escepcion que hacian de él, pues su corpulencia temia no caber en el coche o por lo menos incomodarlas.

Cuando hubo concluido el fotógrafo de tomar los retratos de Domingo, Marta y Mercedes, le dijo Luisa que queria

que hiciese un grupo incluyéndola a ella. El fotógrafo se prestó gustoso y dispuso las personas en conformidad con la opinion de Luisa, que queria ser representada con Mercedes como en actitud de darle una leccion, y que Domingo y Marta, tomados de las manos, las estuvieran mirando.

Terminado el trabajo, Luisa preguntó al fotógrafo para cuándo estarian las tarjetas, previniéndole que deseaba no se hiciesen mas retratos que los que debia entregarle, pues exijia que se rompiese la plancha, poniendo por condicion que ninguno de ellos seria colocado en las vidrieras del establecimiento, como se acostumbraba, aun cuando costase mas de lo que se cobraba jeneralmente.

Convino el fotógrafo, y dijo que para el dia siguiente podria mandarlos buscar.

—Ahora, si ustedes no tienen que hacer alguna otra dilijencia, vamos a ver a nuestro famoso pintor, dijo Luisa a Mercedes y a Marta cuando hubieron subido al coche.

El carruaje paró en la puerta de la casa que ya conocemos, inmediata al conventillo, o lo que es lo mismo, en el nuevo domicilio del célebre pintor don Víctor Escobar.

Tomas estaba en acecho. Inmediatamente que vió a Luisa la reconoció y dijo con precipitacion a Guillermo y a la tia Anastasia: "misia Luisa Valdes."—Dí que hemos salido le respondieron...

Y Tomas volvió a su puesto...

Las visitantes venian ya por el medio del patio.

Luisa, reconociendo a Tomas, le preguntó, algo sorprendida:

—¿Ya no estás con Guillermo, Tomas?

—No, señorita. El patron se disgustó conmigo hace pocos dias, y ahora estoi con el señor don Víctor Escobar, célebre pintor, que su merced quizá conoce...

—No lo he oido nombrar... pero creo, dijo Luisa con insistencia, haberte visto a tí en la noche del diezinueve todavia en casa de Guillermo.

—Es verdad señorita, mas esa misma noche me despidió el amo, porque estaba de mui mal humor.

Luisa recordó la conversacion que habian tenido y en que ella defendiera a la familia con quien se encontraba ahora y a quien la ligaba una sincera amistad fundada en el aprecio.

—Es estraño! volvió a decir Luisa; pero parecia que Guillermo estaba mui avenido contigo, pues te daba la preferencia sobre los demas criados.

—Tiene mucha razon, su merced; pero... no es por hablar mal del amo... pero el señor don Guillermo tiene algunas veces sus arranques...

—¿Y estás bien hallado con tu nuevo patron?

—Sí, señorita, es mui buena jente.

—¿Está en casa?

—No, señorita, acaba de salir en este instante.

—¿Y la señora? le preguntó, Mercedes.

—Tambien salió, señorita.

—¿Se puede ver el taller? agregó, Luisa.

—Creo que no habrá inconveniente, balbuceó Tomas, incierto si debia o no permitirlo; pero como no habia recibido instrucciones sobre el particular, las dejó pasar.

—Esto no es un taller propio de un pintor. Aquí no hai la luz que se necesita y la esposicion es mala, el mas chambon conoceria esto, lo que no arguye mucho en favor del mérito de tu celebridad, dijo Luisa a Mercedes, al momento de entrar; y fijándose en seguida sobre varios cuadros agregó:

—Parece que he visto estas mismas pinturas en otra parte, o al menos algunas de ellas, pero no puedo recordar en dónde...

Y Luisa quedó algun rato pensativa; y luego volviéndose donde estaba Tomas, le preguntó:

—¿Cómo me dijiste que se llamaba el pintor?

—El señor don Víctor Escobar.

—Víctor Escobar! Víctor Escobar! repitió varias veces

la jóven como si hablara consigo misma. Víctor Escobar!... No recuerdo ningun pintor de este nombre; y sin embargo, yo conozco a casi todos los de Santiago, tanto estranjeros como nacionales.

—Yo no puedo dar a su merced otra noticia.

—¿Estará recien llegado?

—Tampoco lo sé, señorita.

—No debe estar recien llegado, contestó Marta, porque recuerdo que su tia me dijo que habia adquirido ya alguna celebridad.

—Y para adquirir celebridad se necesita tiempo o el haber ejecutado alguna obra maestra; pero en este caso el nombre de Víctor Escobar me seria conocido, porque yo soi mui aficionada a la pintura; sin embargo, algunos de estos cuadros no carecen de mérito y se reconoce en ellos la maestría y el trabajo paciente, ya que no brilla el jenio.

—No le ha dicho a usted a qué horas llegaria? preguntó Mercedes a Tomas.

—No, señorita; pero si sus mercedes quisieran esperarlos, les traeré asientos.

—Es inútil, contestó Luisa; en otra ocasion puede ser que seamos mas felices... Adios, Tomas.

—Dios guarde a su merced, señorita. En cuanto venga el señor don Víctor le haré presente que ha estado su merced a buscarlo.

—Le dejaré mi tarjeta... y Luisa sacó del bolsillo un pequeño librito, de donde tomó una finísima tarjeta, escribiendo en ella la fecha, la calle y el número de su casa, añadiendo en seguida: "de esta manera no tendré el temor de que te olvides, y solo te encargo que le digas de pasar a verme, pues tengo algunos trabajos que encomendarle."

—Está bien, señorita, no me olvidaré.

—Las visitantes salieron del taller.

IV.

Apenas habian desaparecido cuando entraron Guillermo y Anastasia preguntando a Tomas lo que habian dicho. Tomas les refirió con la mas escrupulosa exactitud las pocas palabras de Luisa, y hasta sus observaciones.

—¡De la que nos hemos escapado! esclamó el pretendido Víctor.

—Así es, mi amable sobrino!... Todo se lo hubiera llevado el diablo... pero quieres que te diga una cosa?

—Cuál?

—Que he estado tentada a salir y decirle que tú estabas aquí, para ver la figura que ponias: ¡qué chasco!... Cómo me hubiera reido!

—No hubiera usted reido mucho tiempo, le contestó Guillermo con mal disimulada cólera; y no sé cuál de los dos hubiera puesto peor figura...

—Tú, pues, sobrino mio, que eres el mas interesado en la partida.

—Sí; pero la fiesta hubiera comenzado por usted, porque la habria estrangulado sin misericordia...

—Cáspita! y qué intenciones!... ¿Y hubieras tenido valor de hacer eso conmigo?

—Tan cierto como que el sol nos alumbra, contestó Guillermo con un tono tan frio y resuelto, que casi hizo estremecer a la tia Anastasia, porque, como todo avaro, le tenia sumo apego a la vida.

La terrible vieja no respondió una palabra, pero sus ojos de víbora parecia que echaban chispas o destilaban veneno; sin embargo, dominándose un poco, dijo con ironía:

—Segun eso, me quieres mucho, mi apreciado sobrino.

—Tanto como quiere a su sobrino, mi amable tia.

—Entonces estamos pagados; pero advierte, hijito, que puedo llevar mi cariño mui lejos...

—Y yo el mio...

—Hablemos, sin embargo: sabrás, Guillermito, que si se me antoja, ahora mismo puedo descubrir esta trama, que libertaria a esa pobre niña de tus garras, y que esto traeria para tí, no esas, sino mas fatales consecuencias; porque yo lo sé todo...

—Vete, Tomas, dijo Guillermo, con imperio: y luego volviéndose a la tia Anastasia, añadió: ya ve que le enseño a ser prudente, pues hai cosas que no deben oir los criados.. Ahora, si usted cumple lo que me dice, yo cumpliré lo que pienso...

—Esplícate sin rodeos, que a mí no me gustan los misterios.

—No le gusta el misterio! y sin embargo, usted tiene mas misterios que el mismo diablo.

—Esto te probará mi poder.

—Sea como se sea; pero si usted cumple su amenaza, yo cumpliré la mia..

—¿Y cuál es esa?

—Que si usted revela mi secreto, yo la haré poner en la correccion, diciendo muchos de los suyos...

La vieja Anastasia reflexionó un momento, y luego continuó:

—Amiguito, no creas que me asiste el menor temor por lo que tú pudieras decir o suponer; no me agradaria, te lo confieso, pero no me harias mucho mal, porque las faltas de que puedas acusarme no son de aquellas que pierden para siempre a una persona, sobre todo cuando se tiene dinero y se cuenta con apoyos poderosos, y yo tengo lo uno y lo otro; mientras que a mí me seria fácil, atiende bien, me seria fácil hacer que mañana, hoi mismo, desapareciese tu honor y tu fortuna.

—Y cómo? contestó Guillermo, riéndose con desden.

—¿Cómo? Descubriendo el secreto de tu honrado padre, que adquirió la fortuna que posees por medio de la seduc-

cion y del engaño... fortuna que pertenece en su totalidad y con todo derecho a la señorita que acaba de salir, doña Luisa Valdes, con quien quieres casarte, por una parte para lejitimar el despojo; por otra para cubrir el escándalo...

—Miserable! esclamó Guillermo, fuera de sí... lanzándose sobre la vieja, que retrocedió asustada, ganando la puerta para escaparse.

—No se vaya usted, tia Anastasia, dijo Guillermo con tono menos duro, y haciendo un esfuerzo casi sobrehumano para dominar su cólera.

—Yo te conozco, sobrino mio, lo mismo que conocí a tu padre, respondió la vieja con cierta cachaza, viéndose ya en seguridad, pues se encontraba fuera de la puerta; y no me fio del tigre, continuó, cuando menea la cabeza en señal de cariño, porque es entonces cuando va a dar el salto. Si tienes algun interes en hablarme, vé a casa esta noche cuando se te haya pasado la rabia y haya venido la reflexion. Te dejo esta tregua para que veas que soi mas amiga tuya que tú mio; si no la aprovechas, mañana principian las hostilidades;... y acabando de pronunciar estas palabras se marchó sin despedirse.

El sibaritismo de la caridad.

I.

Una mui diferente escena pasaba en casa de Mercedes; en aquellos momentos el contraste no podia ser mayor: aquí reinaba la alegría y la confianza, allá la rabia y el insulto; aquí la caridad, allá la venganza; aquí la paz y la amistad, allá la guerra y el odio; aquí se hacian planes virtuosos y allá planes criminales; pues mientras Luisa, asociada a la familia Lopez, trataba de socorrer a sus semejantes, allá Guillermo y Anastasia se empeñaban en perderlos, y en tanto que la aristocrática vírjen tendia su bienhechora mano hácia el desvalido y el enfermo, el caballero de la alta sociedad que estaba destinado a ser su esposo, ponia en juego su infernal astucia para destruir la felicidad y manchar la inocencia de un ánjel...

Luisa Valdes, saliendo de casa del pintor, habia dicho a Marta y a Mercedes: "ya que no hemos podido ver al pintor, hagámosle una visita a cada uno de los habitantes de este lugar, que me han parecido mui pobres, y ya que no hemos podido darnos aquel gusto, busquemos otro; porque tengo por costumbre el no pasar un dia sin proporcionarme una satisfaccion: esto es lo que llaman ser sibarita, señora, continuó Luisa, dirijiéndose a Marta, y yo lo soi.

—No sé lo que quiere decir sibarita, contestó Marta, con sencillez, pero me parece que lo que usted hace es cristiano.

—Pero es que yo busco el placer y no el sacrificio; me

gusta el goce y no el sufrimiento; de manera que si soi cristiana, repuso la linda niña, haciendo el mas gracioso jesto, lo soi únicamente por mi satisfaccion y comodidad, y no por obligacion y deber.

—Pero si la colocaran a usted, señorita, entre el deber y la felicidad, ¿qué haria?

—Yo creo que no se puede obtener la felicidad sin cumplir el deber y que llenando éste se obtiene aquella.

—No sé qué responderle, señorita, porque no soi otra cosa que una pobre mujer ignorante; sin embargo ¿si usted deseara ardientemente una cosa y estuviera obligada a hacer otra?

—Es que yo no desearé aquello que no debo hacer.

—Dios quiera, señorita, que jamas se encuentre en ese caso y que su vida sea tan virtuosa como feliz.

—Mil gracias, señora, por sus buenos deseos; pero si alguna vez sucediera lo que usted dice, yo cumpliria el deber, porque creo que es una felicidad bien amarga aquella que se consigue infrinjiéndolo, y una desgracia bien dulce y satisfactoria cuando se ha obedecido a él.

—Oyes, Mercedes!... Oyes? dijo Marta a su hija, con sus ojos llenos de lágrimas: así debes obrar siempre.

—Sí, madre mia: yo lo siento tambien así y ella lo dice!... pues lo que dice Luisa es siempre la verdad...

—Basta de palabras y vamos a la práctica, repuso Luisa levántandose. Las dos me acompañarán a hacer la visita inquisitorial, ¿no es verdad? Desde el momento que yo no conozco a nadie, me tomarian como una curiosa impertinente.

—No sucederia eso; pero vamos...

II.

Luisa visitó todos los cuartos, viendo lo que faltaba en cada uno de ellos y apuntándolo en su cartera juntamente con el número de la pieza, informándose a la vez del estado y de la salud de todos.

Cuando hubo concluido aquella visita, la hermosa jóven, tomó una espresion de tristeza, casi de abatimiento en su semblante... Talvez no se habia figurado que pudiera existir tanto abandono y tanta miseria; sin embargo que ella habia socorrido ya muchas desgracias, pero no habia tenido ocasion de palparlas tan de cerca... y la vista de tanto infortunio, y mas que esto, la imposibilidad de aliviarlos como quisiera, le desgarraba el alma...

—Lo que es este mundo! esclamó, llevando su pañuelo a los ojos... Qué contraste! Mientras unos nadan en la abundancia, otros no tienen ni aun lo necesario!... Mientras gastamos tanto en proporcionarnos un capricho, hai seres que mueren de necesidad!... ¡Y nos llamamos civilizados y cristianos!

Mercedes, viéndola tan triste, le dijo:

—¿Cómo es esto, que dónde te proponias encontrar un goce hallas un motivo de pena? Dónde está la alegría que te ibas a proporcionar? Dónde el gusto que buscabas?

—Me entristezco, no tanto de lo que he visto, cuanto de mi impotencia...

—Consuélese, señorita, dijo Marta, acercándose a Luisa. Uno no está obligado a hacer mas de lo que puede, y la desgracia de tanto infeliz no la ha causado usted...

—Pero no es menos cierto que hai muchos que sufren...

—Así será la voluntad de Dios...

Luisa no contestó, sino que volvió a sacar su libro de memorias, lo recorrió detenidamente y en seguida dijo a Marta:

—Vamos, señora a tratar de arreglar un poco a estos infelices y espero que usted me ayude.

—Con el mayor gusto, señorita.

—Yo soi de opinion que las cosas se hagan con rapidez. Mañana mandaré seis albañiles con la cal suficiente para que blanqueen interior y esteriormente todos los cuartos, y en seguida arreglaremos lo demas.

—Domingo se encargará, señorita, de que todo quede hecho en el dia.

—Así me gustaria, porque al dia siguiente vendrá mi ama Ceferina con algunos trastos que son indispensables, pues estas jentes casi carecen de todo.

Luisa se despidió. Todo el resto de ese dia lo ocupó en buscar aquello que necesitaba para acomodar a las familias del conventillo, y cuando regresó a su casa en compañia de Ceferina, estaba ya alegre con la idea de lo que gozarian aquellos pobres con las pocas comodidades que iba a proporcionarles.

¿Quién ha dicho que no existe una especie de sibaritismo en estas combinaciones filantrópicas? La caridad tiene goces inefables e imperecederos a la vez que misteriosos, y mayor es su encanto cuanto mas grande es el silencio con que se practica. Por esta razon decia nuestro divino Maestro Jesus: "lo que hagas con tu mano derecha no debe saberlo tu mano izquierda;" porque él en su alta sabiduría, y mas aun, en su inmensa y esquisita sensibilidad, comprendia y apreciaba en todo su valor esas sensaciones inefables que nos trasportan desde la mansion de la tierra hácia la mansion de los cielos; pues es tanta la elevacion que produce en nosotros el ejercicio de la caridad, que nuestra alma se desprende, podemos decirlo así, de los lazos del mundo, se emancipa de todas las pequeñeces humanas, entrando desde luego a gozar de las grandezas divinas... ¡Qué de placeres, qué de alegrías ocultas, pero no menos reales, en medio de sacrificios aparentes, no deben haber esperimentado las personas que se han consagrado al bien y progreso de la humanidad! La pobreza con todos sus desengaños, el desprecio de sus semejantes con todos sus sinsabores, el martirio con todos sus tormentos crueles, no han sido suficientes para apagar esa sed de caridad, ese sibaritismo celeste, ese goce divino que deben haber sentido los santos al llenar su mision evanjélica!... Qué debe haber esperimentado Jesus en el Calvario al pensar que su sangre iba a fecundizar su doctrina, a propagarla por todos los pueblos, a conservarla en

todos los siglos y en todos los tiempos!... Así es que en medio de aquella soberana angustia debió haber esperimentado una mas soberana alegría!!...

El ejercicio de la caridad, como ya lo hemos dicho, produce sensaciones tan suaves y tan duraderas, que nada basta ni a quitar su dulzura, ni a borrar su memoria; y aquellas personas que han saboreado semejante néctar, como la señorita Luisa Valdes, se embriagan cada vez mas con ese licor divino que siempre se desea y que nunca sacia, pero que nuestro egoismo, emanado de una civilizacion tan bastarda como presuntuosa, dejenera y corrompe; sin embargo, el ejemplo y la palabra del Maestro barrerá los estorbos, y el reinado de la verdadera caridad cristiana, del que estamos aun tan distantes, que ni siquiera lo comprendemos, vendrá para hacer la dicha del hombre...

Revelacion y reconciliacion.

I.

Llegada la noche, el señor don Guillermo de... mui preocupado y solo, marchaba despacio por la calle de las Cenizas con direccion a la Alameda.

La amenaza de la tia Anastasia le habia hecho reflexionar profundamente. El sabia que su madre y la madre de Luisa se habian propuesto unirlos para evitar un pleito sobre intereses mui considerables; pero ignoraba las circuns tancias o motivos que tenian ambas familias; sin embargo, la tia Anastasia le habia dicho que la fortuna pertenecia a Luisa, con quien querian casarlo, por una parte para lejitimar el despojo y por la otra para cubrir el escándalo; de consiguiente era indudable que existia un gran secreto desconocido de él. Pero, cuál podia ser éste? Hé aquí lo que le interesaba saber, y una de las causas que lo llevaban donde aquella infernal mujer.

Llegado a la puerta de la casa que ya conoce el lector, y que tan frecuentada era por personas de condiciones y de categorias tan diversas, golpeó Guillermo de un modo particular, conocido únicamente por los afiliados o los mas íntimos de la dueña de casa. La puerta se abrió en el acto como si estuviesen esperando aquella visita, y se dejó oir la voz de tia Anastasia que decia:—"Ya me lo figuraba yo, Guillermito, que habias de ser puntual; ¿vienes de paz o de guerra?"

—De paz.

—Asi me gusta: yo tambien me encuentro en la misma disposicion y será fácil arreglarnos.

—Con tal de que usted no sea mui exijente y que condescienda conmigo en ciertas cosas.

—Y con tal tambien de que no te dejes llevar de tu mal jenio, porque te prevengo que la violencia ahora no te servirá de nada... He tomado mis precauciones y estoi en mi casa.

—Vengo armado de paciencia.

—Confiesa, mi querido hijo, que has sido mui lijero.

—Pero usted fué quien me provocó.

—Yo hablaba de chanza y tú lo tomaste a lo serio; ¿cómo te figurabas que hubiera podido hacer tal cosa?

—Ya lo veo, disculpémonos ambos y entremos en materia. ¿Está usted dispuesta a ayudarme en la empresa?

—Sí.

—¿Con qué condicion?

—Sin otra que hagas los gastos y me dés lo que habíamos convenido.

—Corriente. Ahora deseo saber otra cosa.

—Cuál?

—Que usted me esplique el sentido de las palabras que me dijo esta mañana en la calle de San Pablo.

—¿Qué palabras?

—Aquellas de que la fortuna que yo poseo pertenecia a Luisa Valdes y que querian casarme por lejitimar un despojo y cubrir un escándalo.

—Ese es un secreto que no puedo revelarte, porque yo tengo la costumbre de oir, ver y callar, y que por otra parte seria mejor que no lo supieras.

—¿Por qué seria mejor?

—Porque sabiéndolo perderias el buen concepto que tienes de tus padres.

—Pero basta con lo que usted me dice para esto, y la

ignorancia seria mil veces peor: uno debe saber siempre a qué atenerse.

—Puesto que tanto lo deseas, te lo diré; pero con una condicion.

—Imponga usted la que le agrade.

—En el choque que tuvimos me dijiste que si yo frustraba tus planes me mandarias a la correccion, y así como tú quieres saber el secreto de tu fortuna, así no quiero ignorar los motivos o las pruebas que tienes para perderme.

—No tengo inconveniente en manifestárselas.

Y acto continuo Guillermo, le dijo que, independiente de ser usurera, etc. lo que muchos sabian, tenia en su poder: primero, la confesion de Josesito el amante con quien se fugó de casa de la mendiga, la que habia encontrado entre los papeles de su padre, ignorando cómo habia llegado a sus manos; y en seguida la declaracion de un reo, muerto en la Penitenciaria, que habia confesado haberse robado una custodia y otras muchas cosas y que las habia vendido a una matrona llamada Anastasia.

—¿Y cómo has conseguido estos papeles?

—Ya le he dicho a usted que el primero lo he hallado en el escritorio de mi padre; el cómo estaba allí, no lo sé; pero talvez temiendo alguna indiscrecion de parte de usted, se aseguraria de esa prueba.

—Así seria, pero eso no es bastante para condenarme.

—Pero es bastante para poner a la justicia sobre la pista; porque allí hai detalles curiosos.

—¿Y el segundo?

—El segundo lo he conseguido poco há de un amigo que no le nombraré, porque seria inútil, pues debe bastar para usted la existencia de ese documento.

—Y con qué fin lo has guardado?

—Con el mismo fin que tuvo talvez mi padre.

—Ya se ve: de tal padre tal hijo.

—He sido franco, dijo Guillermo, sin responder a la ob-

servacion de la tia Anastasia; ahora espero que usted tambien lo sea.

—Ya que lo quieres, no tendré mas trabajo que mostrarte mi *libro de memorias.*

Y la vieja salió, volviendo con un grueso volúmen que ya el lector conoce, lleno de anotaciones. Abriólo en seguida y sin vacilar ni equivocarse, presentó a Guillermo el párrafo siguiente, que ya hemos visto y que repetimos nuevamente para refrescar la memoria del lector.

II.

"Veinte de agosto 1833. Con esta fecha fuí colocada por "don Guillermo de... en casa de la señorita... rica heredera, de cuya fortuna estaba enamorado mas que de su be"lleza... Don Guillermo era casado y me colocó en la casa "con el fin de que le ayudase a perder a la niña, lo que con"siguió en diez de diciembre del mismo año.

"Nueve meses despues fué mandada por mí una pequeña "criatura a la villa de San Bernardo, a casa de una mujer "llamada Mariana Ponce, para que la criase, dándole un "buen salario...

"Don Guillermo consiguió por medio de amenazas y por "mis consejos, que la señorita de... se entrara a las monjas "de... haciéndole en vida una donacion de sus bienes, con la "condicion de que dejara gozar a su hermana y a su sobrina "Luisa, mui tierna aun, una parte de la fortuna durante su "vida y otras condiciones que ignoro.

"Don Guillermo me regaló cincuenta onzas por mis ser"vicios, con lo cual y lo que ya yo tenia, estudié y me esta"blecí como matrona, habiéndole desde entonces servido "en varias aventuras... etc., etc."

Cuando Guillermo hubo concluido de leer aquel curioso documento, se quedó pensando un largo rato, y al fin dijo a la tia Anastasia, arrojando el libro con mas rabia que vergüenza.

—Pero esto no es una prueba suficiente.

—Te contestaré lo mismo que tú me contestaste a una observacion idéntica: "pero es lo bastante para poner a la justicia sobre la pista;" y ademas, como lo has visto en mi nota: "hai otras condiciones que ignoro" y estoi segura que doña Juana está en posesion de algunos papeles que, puestos en manos de un buen abogado, ¡quién sabe lo que resultaria si a ellos se añade mi declaracion, declaracion a la que puedo darle mucha luz y mucha verdad, por otras piezas que se refieren al mismo asunto, tales como la fé de bautismo del niño, las declaraciones de la nodriza y otros papelitos de tu padre que he guardado por *curiosidad!*...

—¿Y mi madre sabe todo esto?

—De que lo sabe estoi segura; y la mejor prueba es el empeño que pone en que te cases con esa niña, pues ella ve que puede perder su fortuna si este matrimonio no se realiza; sin embargo, sabe que doña Juana teme mucho al escándalo y que por nada permitiria que sufriese el honor de su familia y especialmente el de su hermana, a quien siempre ha querido con delirio; esto sin contar que tambien teme comprometer la fortuna de su hija.

—¿Y cómo sabe usted que mi madre no ignora nada de esta infernal intriga?

—Esta condicion no ha entrado en mi compromiso. Por otra parte, no exijas mas revelaciones, porque mas bien te conviene ignorar las cosas que saberlas, sobre todo aquellas que, si se relacionan en algo con este asunto, afectan otros intereses y otras personas...

—Está bien.

—¿Nos entendemos?

—Sí; el tanto por el tanto, ¿no es esto?

—Cabal: tú y yo tenemos interes en callar.

—Esta es la mejor garantía.

—Indudablemente.

—Tratemos ahora de nuestro asunto.

—Tratemos.

—La amistad de Mercedes con Luisa veo que es mui peligrosa.

—No hai la menor duda.

—Convendria ver modo de separarlas.

—Es lo que debe hacerse.

—Pero, ¿de qué medios valerse?

—Indisponer la una con la otra.

—Esto es difícil; yo conozco el carácter de Luisa y sé que no da crédito a los cuentos; y ademas, ¿cómo formarlos cuando no debe haber relaciones intermediarias entre ella y Mercedes que pudieran favorecernos para sembrar la discordia.

—Tienes razon... Entonces es preciso buscar otro espediente.

—Esto es lo que estaba pensando.

—Y hacer que se retire al campo, ¿no seria bueno?

—Mui bueno, pero todavia no es el verano, y quizá se haria acompañar por Mercedes... y adios proyecto...

—Lo primero no es un inconveniente, y lo segundo no sucederá.

—¿De qué modo?

—Como doña Juana se encuentra un poco enferma, seria fácil insinuarle al médico que lo que conviene a la salud de la señora es el campo.

—Esto puede suceder y no habria en ello la menor dificultad, porque el médico que la asiste es mi amigo; pero ¿cómo haríamos para evitar lo segundo?

—Te he dicho que no tendrá lugar.

—¿Por qué?

—¿No lo adivinas?

—No.

—Porque estando ausente su hermano, no abandonará Mercedes a sus padres.

—Tiene usted muchísima razon... La cosa es hecha... Hasta mañana, tia Anastasia, y sea usted prudente con To-

mas; que no conozca mas que lo indispensable, mire que es un bribon de siete suelas.

—Es inútil tu recomendacion, Guillermito, y mas bien debiera hacértela a tí, que gastas con él de tanta familiaridad.

Hecho este pacto infernal, despues de la infame revelacion que habria llenado de desolacion y de espanto a cualquier otro que no fuese Guillermo, tendió éste cordialmente su mano a la tia Anastasia y ambos malvados, reconciliados y unidos mas y mas por los lazos del crímen, se despidieron como dos íntimos y buenos amigos.

Ausilio provechoso.

I.

Luisa, como ya lo hemos dicho, habia empleado gran parte del dia anterior en recorrer todos aquellos lugares donde se venden cosas baratas y del uso propio de los pobres. Habia estado en la plaza de abastos, en cuyos alrededores se encuentran frazadas trabajadas en el pais, ropa y muebles ordinarios. En una gran herreria compró diez y seis catres a bajo precio, y en cuanto a los colchones, los halló en una tapiceria que tenia este esclusivo negocio (1), dándolos al precio fijo de tres pesos, porque no eran de lana sino de pelo lavado.

Cuando Luisa habia mandado a Ceferina a casa del jóven que las habia salvado, tenia, si se recuerda bien, una cantidad reservada que provenia de sus ahorros y que destinaba para socorrer las necesidades que tuviera la familia del jóven obrero; pero viendo despues que de nada carecian y notando la pobreza de las jentes del conventillo, tuvo la idea de ocuparla en ellas.

Vamos a poner la cuenta del gasto que habia hecho Luisa para habilitar de lo mas indispensable a un solo cuarto y con esto puede deducirse el costo de todos.

(1) Este colchonero, muerto poco há, llamábase Santa Cruz y era mui conocido en Santiago a causa de su beodez constante.

1 catre de fierro.................	$	5	
1 colchon.........................		3	
1 frazada.........................		1	
1 par de sábanas..................		1	25
6 sillas de paja..................		3	
1 mesa............................		1	
6 platos..........................			50
6 vasos...........................			50
6 cubiertos.......................		1	25
2 fuentes.........................		1	
	$	17	75

De manera que el costo total para dar este pobre confortable a aquellos infelices, montaba solo a trescientos pesos mas o menos; suma insignificante si hemos de compararla al bien que resultaria y a las comodidades que les proporcionaba: y decimos al bien, porque es fuera de duda que la decencia y el arreglo son unas de las cosas que mas civilizan y mejoran las costumbres. Cuando los individuos se habitúan a vivir limpios, son mas morales y trabajadores, tienen mas dignidad y mas aspiraciones, de donde resultan tantos y tan grandes beneficios para las personas y los pueblos, que es imposible calcularlos con precision; pero del que depende indudablemente el engrandecimiento y prosperidad de las naciones.

Si los gobiernos tuvieran en vista la relacion íntima que existe entre la vida material y la vida moral de los individuos, se empeñarian mas, mucho mas en tratar de hacer fácil y cómoda la primera; y aunque parezca que no entra en el radio de las atribuciones de la autoridad, no es menos cierto que ésta puede influir mucho en las costumbres del pueblo por ese medio; porque nada le impide decretar acertadas medidas a este respecto, como por ejemplo, construir por cuenta de los municipios en los grandes centros de poblacion, edificios cómodos, ventilados, sanos y limpios,

para arrendárselos a los obreros y familias pobres; de manera que sin ser oneroso al gobierno, pues talvez podria sacar hasta provecho, haria un gran bien a las clases trabajadoras y a la sociedad en jeneral, porque no solo se evitaria la mortandad espantosa de párvulos que se nota en Chile, sino que, como ya lo hemos dicho, se acostumbrarian al aseo y al órden, y del aseo y el órden viene la riqueza, la robustez, la moralidad y hasta el talento. Pero los gobernantes se dejan estar, sin preocuparse de cuestiones tan vitales, tan importantes, tan necesarias, desde el momento que de ellas depende el progreso bajo cualquier aspecto que se le mire,

Vemos en Chile que los mismos particulares construyen habitaciones destinadas esclusivamente para las clases pobres, encontrando en este jénero de especulacion un considerable lucro o un crecido interes del capital invertido. ¿Por qué, pues, los municipios no podrian hacer otro tanto? Los gobiernos departamentales, principalmente en nuestras dos grandes ciudades, Santiago y Valparaiso, parecen terrenos que les pertenecen, y nada les seria mas fácil que el construir cómodas y sanas habitaciones para la clase obrera y para todos aquellos cuyos escasos medios de subsistencia los obliga a buscar un albergue barato, aunque sea jeneralmente insalubre. Es fuera de duda que si las municipalidades hicieran por su cuenta este jénero de construcciones donde los pobres encontrasen un aire puro, agua abundante, facilidad para sus trabajos diarios, limpieza y economia en todo, no buscando la especulacion como la buscan los particulares, sino la comodidad y bienestar del indijente, es fuera de duda, repetimos, que encontrarian, no ganancia, porque no seria justo especular con el pobre, pero sí un módico interes de los capitales, que, aun recibidos a préstamo, siempre serian ámpliamente cubiertos; mas en donde hallarian su compensacion, compensacion inmensa, seria en la salubridad pública, en la estirpacion de las pestes, en la robustez de los individuos, en el mejoramiento de la raza y

hasta en la moralidad e ilustracion del pueblo en jeneral... Por Dios! no se nos crea utopistas, porque lo que decimos es un hecho práctico, un hecho manifiesto, un hecho que está al alcance de todos y que no emana únicamente de nuestra reflexion, sino que ha sido jeneralmente reconocido y puesto en ejecucion en otras ciudades... Hombres de gobierno, lo mejor, la única, la mas saludable, la verdadera política consiste en hacer el bien... Dejaos de esos hechos estériles, de esas intrigas perniciosas, de esas personalidades ridículas, de esas ambiciones bastardas y tened la noble ambicion de ayudar a vuestros semejantes, de libertar al pueblo de la inmundicia que lo degrada, de la miseria que lo agovia, del servilismo que lo esclaviza y lo mata. Haced por que el trabajador sea libre y fuerte, sano de cuerpo y sano de espíritu, y vereis poco a poco desaparecer las desigualdades sociales bajo el nivel de la democracia y del derecho individual que Dios ha acordado a cada uno de los hombres.

II.

A Luisa Valdes no la hacia obrar este móvil sino únicamente el sentimiento de caridad; pero sin comprender todo el alcance de su accion, la ponia en práctica, y sin penetrar en el gran problema de la vida de las sociedades, lo resolvia; porque la caridad, que debiera ser la lei en que se basara el mundo y la que debiera tener en vista las instituciones que nos rijen, zanja todas las dificultades, salva todos los inconvenientes, dirijiendo al hombre a la fraternidad, al progreso, a la relijion y a la felicidad.

Mercedes, sin esperar ya que le mandaran el coche, se fué acompañada de su padre hasta la casa de Luisa, de manera que cuando ésta la vió entrar quedó agradablemente sorprendida, pues aun no habia dado la órden de que fueran por ella.

—¿Cómo has venido, amiga mia? le preguntó.

—Acompañada de mi padre.

—Y dónde está? ¿Por qué no lo has hecho entrar? Hubiera tenido tanto gusto en verlo mi mamita y yo.

—No quiso ni se lo exijí.

—Mal hecho, amiga mia; si otra vez viene dile a mi nombre que entre.

—Creo que no lo conseguiré... ¿Pero qué es esto? esclamó Mercedes, al ver tantas frazadas y jéneros ordinarios en aquel saloncito tan elegante.

—Adivina.

—Imposible... pero ya sé: vas a vestir a algunos pobres?

—Sí, hija mía.

—Hoi han principiado en casa a blanquear los cuartos. Todos están mui contentos.

—Y mañana me acompañarás a arreglarlos, porque yo iré de alba con mi nodriza para concluir temprano aquella operacion.

—Luisa! Luisa! qué buena y qué grande eres!

—Ai! amiga mia! quién sabe si yo no hago todo cuanto debiera!

—Si los otros fueran como tú no habrian pobres ni desgraciados!

—La desgracia las mas veces se la labra uno mismo; pero no entremos a profundizar cuestiones que no están a nuestro alcance. Dime ¿cuál es la persona mas desgraciada de todas las que habitan en el conventillo? Y Luisa sacó la cartera en que habia puesto el número de las piezas con las anotaciones correspondientes.

—Segun creo, la mas desgraciada, porque es la mas pobre, es una viuda enferma que vive en el número ocho, y que tiene tres hijos pequeños; pero soporta sus miserias sin quejarse nunca.

—Esto me gusta mucho... Y Luisa hizo otra anotacion en el libro.

Ahora ocupémosnos de nuestros estudios.

Las dos jóvenes se pusieron a trabajar con empeño.

III.

Despues de almuerzo, que tomaron, como de costumbre, en el cuarto de doña Juana, se dirijieron al piano por pedimento de la señora, quitándoles asi el tiempo de que podian disponer para sus faenas ordinarias, pero dándolo por mui bien empleado, porque le servian de distraccion, pues hacia dias a que se sentia triste y melancólica, sea por efecto de su indisposicion o por otras causas interiores que no esplicaba.

—Dentro de dos dias, dijo con espresion de dolor, cumple años mi matrimonio, y nunca he dejado pasar uno solo sin hacer una obra buena que premedito de antemano, y ahora no he pensado en nada; ¿no vendrán ustedes en mi ayuda? ¿No sabrán señalarme algo para ahorrarme el trabajo de reflexionar?

—Para hacer obras buenas no se necesita pensar, mamita, porque nunca falta la ocasion.

—Pues yo no la tengo ahora.

—Quiere usted que yo se la busque y la haga por usted?

—Gracias, hijita; este es un cuidado que siempre he reservado para mí.

—Y si no quiere que nos entrometamos en él, ¿por qué pedirnos nuestra opinion?

—Yo no les he pedido su opinion ni su cooperacion, sino que les preguntaba únicamente para ver si se les ocurria algo, quedando yo libre de adoptarlo o no, pero sin comprometerme a nombrar un reemplazante; pero ya no tengo necesidad de ustedes, agregó alegremente; se me ha venido a la imajinacion la idea mas feliz, y éste va a ser el mejor año, porque estoi segura, con lo que se me ha ocurrido, de obrar ahora mejor que en ninguna otra ocasion.

—¿Y no podremos saber lo que se le ha ocurrido y que la satisface hasta el punto de ponerse alegre cuando poco há la veíamos tan abatida?

—Tú lo sabrás esta noche, hijita, y Mercedes pasado mañana; es cuanto puedo decirles, viéndome obligada a causa de este mismo asunto a abandonar la amable compañia de ustedes, porque necesito hacer algunos arreglos prévios.

—¿Qué habrá pensado mi mamita? dijo Luisa cuando se quedó sola con Mercedes. Pocas veces la he visto con un semblante tan alegre; la satisfaccion brilló en su cara como si hubiese sido alumbrada por una repentina luz.

—Medita, probablemente, alguna buena accion.

—Esto es indudable; ¿pero cuál puede ser? Ella tiene la costumbre de hacer obras de caridad, y por regla inviolable, en el aniversario de su matrimonio, como para recordar su felicidad y honrar la memoria de mi padre; pero como te he dicho, no la habia visto tan satisfecha de sí misma, es decir, tan contenta en otras ocasiones.

—Tu curiosidad no tiene mucho que esperar para satisfacerse, y yo agradezco infinito a mi sia Juana que tenga la bondad de asociarme tambien a sus secretos.

—Lo que es una prueba inequívoca de cariño y mui grande de confianza, porque mi mamita es mui reservada, pues hasta conmigo guarda algunas cosas.

IV.

El criado interrumpió esta conversacion diciendo:—"Un jóven trae estos papeles para su merced."

Luisa los tomó y dió esta sola respuesta:—"Dile que me mande la cuenta."

—¿Sabes lo que es esto, Mercedes? añadió inmediatamente.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Pues es una cosa que te pertenece.

—¿A mí?

—A tí y a tu familia.

—Ah! ya sé... los retratos.

—Justamente, amiga mia... vienen seis de cada clase y

están a tu disposicion... Yo solo me reservo los del grupo, porque así los tengo todos, incluso el mio.

—No, Luisa, dame uno de esos siquiera.

—¿Y para qué?

—Para tener tu retrato.

—¿Pues no te lo he dado antes de ayer?

—Es verdad... pero... contestó Mercedes con timidez y poniéndose encarnada; pero querria este...

—¿Y qué mas tiene éste que el otro?

—Nada, pero...me gustaria mucho mirarme allí a tu lado.

Luisa, sin notar la turbacion de Mercedes, le respondió afectuosamente:

—Creo lo que me dices, pues a mí me sucederia lo mismo: aquí está el retrato.

Mercedes lo tomó, con trasportes de alegría, porque le habia costado mucho deshacerse del anterior, cosa que solo habia podido llegar a efectuar por cariño a su hermano y por el oculto amor que éste profesaba a su amiga.

Luisa miraba detenidamente uno de los grupos que era el solo que venia con marco, y volviéndose repentinamente hácia Mercedes, pero con cierto embarazo que no era propio en ella, le dijo:

—He resuelto dar otro de estos cuadros.

—¿A quién?

—A una persona de tu familia.

—¿A mi padre?

—No.

—¿A mi madre?

—Tampoco.

—¿A Enrique?

—Sí.

—A Enrique!... cómo va a ser feliz!... Mi querida Luisa mi noble amiga, ¿qué oculto instinto te enseña el modo de hacer dichosos?... Porque mi hermano va a serlo como no tienes idea!...

—No veo tan gran motivo para ello, mi querida Mercedes; si fueras tú la que lo recibiera, comprendo que te causase gran placer; pero a él...

—A él lo mismo que a mí... mas que a mí!... dijo Mercedes impremeditadamente, dejándose llevar por el recuerdo del intenso amor que le habia manifestado su hermano dos noches antes.

—Te equivocas, Mercedes, no es posible... yo no soi para él mas que una desconocida, miéntras que él es para mí un bienhechor a quien debo gratitud.

—Una desconocida!... un bienhechor!... No hables así mi adorada Luisa; ¿puede ser una desconocida para Enrique la amiga de su hermano? ¿Puede ser él un bienhechor cuando eres tú la que nos colmas de favores?

—¿Y qué quieres entónces que sea? Y a qué título le puede causar tanta satisfaccion una cosa tan insignificante; pero ya se ve, tienes mucha razon: tu hermano va a ser mui feliz, porque va a ver en este cuadro a los seres que mas quiere en la vida, como son sus padres, y su hermana...

—Así es, dijo Mercedes conmovida...

Ya habia dicho talvez demasiado y temia revelar un secreto que tanto le habian encargado guardar... Sin embargo, no pudo ménos de añadir:—Pero en ese cuadro va tambien unida tu imájen.

—Es verdad, y tuve esta idea por dos motivos: el primero, porque me gustaba estar junta contigo, y el segundo, para manifestar a tu hermano mi gratitud por medio de este recuerdo.

—Ya te lo he dicho, Luisa, Enrique será mui feliz por lo uno y por lo otro.

—Tanto mejor, pues a mí me gusta que las personas estén siempre contentas... Y en seguida Luisa, como para cortar la conversacion, se dirijió al piano, llevándose consigo a Mercedes para darle su leccion de música.

Despues que Mercedes se hubo retirado, fuése Luisa al

cuarto de su madre para hacerle compañia, como tenia de costumbre, pero se estrañó mucho de hallar a doña Juana en su cuarto con un caballero desconocido, el que, al pasarle un legajo de papeles, le dijo: "esta es la escritura, señora, que usted me ha mandado estender, y hoi la traigo para que la firme."

Doña Juana, sin responder palabra, tomó los papelas y firmó; despues de lo cual se acercó el caballero a la mesa, escribió algunos renglones sobre el mismo papel y tambien firmó, tomando en seguida su sombrero y saludando profundamente...

Los papeles quedaron sobre la mesa.

La donacion.

I.

—Acércate, hija mia, dijo doña Juana a Luisa, y pon una cubierta a estos papeles.

La jóven obedeció.

Lácralos y pónles mi sello.

Luisa hizo lo que le decian.

Escribe ahora el sobre:

"A la señorita Mercedes Lopez."

Al oir este nombre, Luisa miró a su madre con cierto asombro, levantando la pluma.

—¿No te he dicho que escribas, hija mia, ese sobre?

—¿Qué contiene esto, mamita?

—Ya lo sabrás, curiosa; mientras tanto haz lo que te mando.

—Luisa escribió: "A la señorita Mercedes Lopez."

—Ahora bien, ya sabes que me he impuesto un deber, que durará mientras yo viva, y es el hacer alguna buena obra en cada aniversario de mi casamiento con tu padre.

—Sí, mamita.

—Hasta hoi, nada habia resuelto. Nada tenia pensado sobre este particular, y por este motivo consulté el asunto con ustedes para ver si se les ocurria alguna cosa buena y digna de esa memoria que tanto amo y venero... De repente, como si fuera una inspiracion, y una inspiracion del cielo, me fijo en Mercedes... pareciéndome oir una voz que me decia: "no busques en ninguna parte... a tu lado está lo

que necesitas..." y al contemplar aquella niña tan hermosa, tan anjelical, tan pura... pero tan espuesta por su pobreza... tan digna de ser feliz, y tan difícil que lo sea; porque en este mundo, virtud, talento, belleza de nada valen si no son acompañadas por el dinero... entonces, Luisa mia, formé el propósito de hacer a esa jóven una posicion regular;... y acordándome de la quinta que tenemos en Yungai, me resolví a dársela... Esta fué la causa de haberme levantado en el acto para mandar a mi mayordormo donde un escribano para que estendiese la escritura de donacion, que es la que me has visto firmar y a la que tú has puesto el sobre.

—Mamita!... esclamó Luisa, bañada en lágrimas, echándose en los brazos de su madre. ¡Qué accion tan buena y tan noble! Qué pensamiento tan hermoso!

—No lo niego, hija mia, dijo doña Juana conmovida; este rato me causa un placer indecible y me parece que he honrado dignamente la memoria de tu escelente padre.

—Mi padre, respondió Luisa como inspirada, la bendecirá en este momento desde el cielo.

Doña Juana levantó la vista como para ver si era realidad lo que su hija decia... y luego añadió: "¡qué felicidad tan pura y tan incomparable es la de hacer el bien!"

—Y sobre todo bienes como éste.

—En efecto, hija mia, la idea de que esa niña, por su posicion, se viese espuesta a un peligro, o por lo menos que no pudiera unirse a un hombre igual a ella en virtud y en delicadeza, pues en la clase a que pertenece es mui difícil encontrarlo, me martirizaba; mientras que ahora puede esperarlo, y esto me llena de regocijo; porque no es tan solo su propia felicidad la que obtengo, sino tambien la de sus padres y mas tarde la de su marido y de sus hijos...

—Pero Mercedes por sí sola es digna, mamita, de ocupar el primer rango y de aspirar al enlace mas elevado.

—No lo dudo, hija mia, y lo que mas me lo prueba es tu amistad por ella; sin embargo, ya te he dicho que en este

mundo se miran en mui poco las cualidades y en mucho la fortuna.

—Mercedes estoi segura que no se casaria con un hombre que no mirase primero a aquellas antes que a éstas.

—Aun dado ese caso, en la situacion en que se encuentra, no se le presentará nadie, a no ser personas de su esfera, que ella no aceptará; en tanto que de esto modo estará en aptitud de rolar entre una sociedad mas distinguida.

—Le aseguro, mamita, que si yo fuera hombre rico y noble, no trepidaria en unirme a Mercedes, creyéndome mui feliz y mui honrado.

—Yo sé de que tienes unas ideas mui romanezcas; que te picas de independiente, pero la sociedad, hija mia, tiene sus leyes, y las mujeres debemos siempre acatar la opinion.

—Pero yo me suponia hombre, mamita, repuso Luisa riéndose.

—En ese caso cambia algo la cuestion, pues como dice Mme. Stael: "el hombre debe arrostrar la opinion y la mujer sujetarse a su imperio;" sin embargo, hombres o mujeres, pero especialmente éstos, no deben hacer jamas enlaces desiguales que choquen con las costumbres establecidas.

—Sin embargo, puede haber casos, como el de Mercedes, por ejemplo, en que la regla se vea obligada a ser una escepcion; y en prueba de lo que afirmo, ¿no dejaria usted casarse con ella a un hijo suyo?

—Talvez no, a pesar de la alta opinion y del mucho cariño que tengo por esa niña; en primer lugar porque iria en contra de mis principios, que tú conoces a fondo; y en segungundo lugar, porque en la desigualdad de condiciones no existen los elementos de la felicidad sino aquellos de la desgracia, porque están mas dispuestos a disolverse que a unirse. Un matrimonio desigual, ya sea por parte del hombre o de la mujer, y ya sea a causa de la edad, de la fortuna o del linaje, no debe hacerse, porque casi nunca es feliz.

—Pero, mamita, la elevacion del alma y la nobleza del

corazon ¿no se toman en cuenta? No igualan y aun sobrepujan todas esas otras ventajas sociales?

—Sí, hija mia, y esto justamente va a probarte cuán razonable es mi opinion: una persona de sentimientos nobles y elevados haria mui mal de unirse a otra que no tiene los mismos, porque estaba segura de ser mui desgraciada; pues otro tanto sucede con las demas desigualdades, sin escepcion alguna.

—Usted me convence, mamita, pero no me persuade; nada le puedo responder, y sin embargo, veo que existe un vacío; mi entendimiento se calla, es verdad, pero mi corazon habla; no resisto a la fuerza de su lójica, pero tampoco puedo desoir una voz interior que me dice que hai vallas que uno puede salvar, que hai desigualdades que uno debe vencer, y así, refiriéndonos a la persona que nos ocupa, a Mercedes, creo que aun siendo de una condicion humilde y no poseyendo bienes de fortuna, honraria mas bien ella a un hombre que un hombre a ella, por mas elevada que fuera su alcurnia y por mui grande que fuera su riqueza.

—Lo que sientes es justo, Luisa, y lejos de haber contradiccion entre tu pensamiento y el mio, lo compruebas, porque no haces otra cosa que buscar el equilibrio, que buscar la igualdad de condiciones por el contrapeso de las cualidades o ventajas de que gozan dos personas.

—¿Entónces Mercedes no seria indigna de unirse a un hombre noble y rico?

—No, hija mia.

—Esto es lo que yo queria saber.

—Pero es preciso que adviertas que vivimos en este mundo donde el nombre y la fortuna lo pueden todo y son los únicos que gozan de las humanas consideraciones. Por otra parte, en uniones tal cual la que me propones, siempre existirian diferencias, porque no habria la igualdad que se requiere para la armonía, y estas diferencias traerian al fin la discordia y con ella la desgracia.

—Segun usted, mamita, no habria matrimonio feliz, porque es imposible que se encuentre esa perfecta igualdad de condiciones; sin embargo, usted ha dicho que ha sido tan dichosa.

—Por desgracia es la verdad: hai mui pocos matrimonios felices, y si yo he hecho una escepcion, es porque habia esa igualdad de que te he hablado. Tu padre era pobre, pero noble lo mismo que yo; pues la fortuna que tenemos, dijo doña Juana con cierto dolor, y mirando el retrato de la monja, nos viene de mi hermana, que la heredó de su padre, pues, como tú sabes, es solo mi hermana de madre.

—Nunca me ha contado usted, mamita, las circunstancias por qué mi tia entró a las monjas, pues segun me han dicho era mui elegante y buena moza y el retrato así lo demuestra.

—Esa seria su vocacion, contestó doña Juana con triste acento, pero que significaba que no queria que la interrogasen a este respecto.

II.

Luisa mudó entonces de conversacion, porque cada vez que se ofrecia hablar sobre la monja, su madre sufria; y sin embargo, iba a verla al monasterio con mucha frecuencia acompañada de su hija, a quien habia enseñado a amarla y respetarla, hablándole siempre de las virtudes y elevacion de sentimientos de esa mujer, que en toda su juventud y belleza habia abandonado el mundo, encerrándose para siempre en el retiro y soledad del cláustro.

—Mamita, dijo en seguida Luisa a su madre, anudando la interrumpida conversacion: ¿sabe usted que me parece que Mercedes va a rehusar su donacion?

—Y por qué te parece, hija mia?

—Porque he notado en ella un sentimiento de delicadeza llevado quizá hasta la exajeracion; pues la he visto sufrir

a la sola idea de que le pudiera hacer yo una dádiva de algun valor.

—Pero esto que, si no es una fortuna, asegura al menos su porvenir, lo aceptará.

—Lo dudo mucho.

—En caso que no aceptara, lo que no creo, sus padres serán mas prudentes y la aconsejarán.

—Tambien me parece difícil.

—Tú eres algo ilusa, hija mia, y algunas veces juzgas de los demas por tí misma. ¿Cómo te figuras que una pobre jente que debe conocer las penalidades de la vida, vaya a desechar una dádiva que les asegura para siempre un mediano e independiente bienestar?

—Puede ser que usted tenga razon, pero yo, por lo poco que los conozco, he formado una opinion distinta.

—Dado caso que asi fuese, yo los obligaria a aceptar.

—Y si es necesario, yo me uniré a usted para convencerlos; porque, en resumidas cuentas, no lo deben considerar ellos ni nosotros como una dádiva, sino como una deuda que pagamos, puesto que debemos la salvacion de nuestras vidas al arrojo de su hijo, que espuso la suya.

—Tienes razon, hija mia, y esto me hace pensar que lo que hago ahora no es bastante para llenar debidamente la manda que me he propuesto cumplir en el aniversario que celebro.

—¿Por qué?

—Porque yo no hago un bien sino que pago una deuda.

—Es verdad que usted paga una deuda, pero no es menos cierto que hace un bien.

—Sin embargo, no tiene el mérito que yo habia creido.

—Tiene el mismo, mamita, porque el beneficio es igual tanto en un caso como en otro.

—El resultado, querrás decir, pero no el beneficio.

—No entro en esas sutilezas, sino que veo su intencion y la alabo; veo los resultados y me congratulo de ellos; por-

que usted proporciona los medios de que sea feliz esa niña a quien tanto quiero y que es mi única amiga, a pesar de nuestra diferencia de clase y de fortuna, agregó Luisa con cariñosa malignidad.

—Te comprendo, picarona, le contestó doña Juana, atrayendo a Luisa hácia sí; eres fina para contradecir mis argumentos y siempre te sales con la tuya: pero de la amiga al marido hai mucha diferencia, añadió besándola y diciéndole de irse a recojer porque ya era tarde.

Esa misma noche regresaba Mercedes contentísima a su casa con los retratos de ella y de sus padres y con el pensamiento de lo feliz que iba a ser Enrique cuando los recibiera, particularmente el grupo en que se encontraba Luisa; y llena de esa idea entró corriendo pór la calle del conventillo, sin reparar que Anastasia y Víctor venian saliendo.

III.

Reconciliados éstos en la noche anterior o anudadas sus relaciones por el interes de cada cual, se habian presentado juntos en casa de Marta para dar una escusa de su ausencia, desvaneciendo las sospechas que hubieran podido producir en el ánimo de la perspicaz Marta las palabras que fueron dirijidas a la esposicion del salon, a los cuadros y al nombre del pintor; pero Marta, que no tenia la menor sospecha y que mas bien estaba prevenida a su favor, creyó de buena fé cuanto le dijeron y se entretuvo con ellos, haciendo los elojios de la señorita amiga de Mercedes, que con su buen corazon habia mandado asear todas las habitaciones del conventillo, inclusa la calle, que se veia clara a causa de la limpieza.

Anastasia y Víctor no habian escaseado ni su admiracion ni sus alabanzas por la caridad sin igual de la aristocrática jóven, y el pintor, como en un arranque de entusiasmo, habia dicho a Marta:—"Yo deseara asociarme en

algo a la buena accion de esa señorita y quisiera repartirles una friolera para que mañana comieran bien y a la salud de su bienhechora, pero con la condicion de que lo ignore ella, porque talvez no le agradaria esta especie de oculta asociacion." Y diciendo y haciendo, sacó veinte pesos del bolsillo y se los entregó a Marta, diciéndole de repartirlos por iguales partes.

Marta no vió inconveniente alguno en recibirlos y prometió dárselos y guardar el secreto.

Víctor y su tia se habian retirado, como lo hemos dicho, al tiempo mismo que llegaba Mercedes, la que abrazó a sus padres con mucho contento, mostrándoles en seguida, con esa viveza de la niñez, los retratos y las nuevas de que era portadora, contándoles cómo Luisa vendria al dia siguiente para ayudarles a arreglar las piezas.

Los dos viejos, alegres y admirados, no hallaban espresiones como pintar su agradecimiento y ensalzar a Luisa, prometiéndose estar de pié bien de mañana para prevenir a todos los habitantes del conventillo que estuviesen listos para el arreglo.

Todavia no echaba Dios sus luces, como se dice algunas veces, cuando Domingo y Marta iban al dia siguiente de puerta en puerta repartiendo el dinero de Víctor y dando aviso para que no saliesen, pues aquel dia tenian que arreglar sus habitaciones, ayudándose los unos a los otros para concluir mas brevemente.

La alegria era jeneral. Aquella pobre jente rebosaba de contento, no sabiendo esplicarse por qué les venia un bien tan inesperado, pues son tan raras las obras de caridad, que no nos figuramos puedan hacerse sino movidos de cierto interes. Los comentarios que se hacian, pues, eran diversos, emitiendo cada uno su opinion en conformidad a sus ideas.

No tardaron mucho en pararse a la puerta del conventillo carretones cargados de muebles, que todos miraban sorprendidos, sin saber si aquello seria para ellos, pues Mar-

ta les habia dicho únicamente que estuviesen preparados para arreglar sus cuartos; pero un presentimiento secreto les anunciaba que todas aquellas cosas no venian destinadas sino con el fin de socorrerlos. La alegria, los comentarios y los cálculos crecian, sin poder dudar ya de la realidad de aquel hecho, viendo que los carretoneros descargaban y depositaban los objetos en medio de la calle del conventillo, cuyos habitantes rodeaban al sarjento, a Marta y a Mercedes haciéndoles mil preguntas.

Los semblantes de las tres personas que acabamos de nombrar manifestaban contento, admiracion y ternura; pero no ese contento que nos lleva a la hilaridad sino aquel que nos hace verter lágrimas.

"Hijos mios, dijo el sarjento a los hombres, mujeres y niños que lo rodeaban y que en jeneral tenian por él gran respeto y cariño: todo lo que aquí veis es para vosotros. Una señorita tan noble como hermosa y buena, compadecida de vuestra miseria, se ha propuesto aliviarla; imitad su ejemplo y obrad como ella con aquellos mas infelices que vosotros, porque Dios ha dicho: "Quien socorre al desvalido me socorre a mí, y el que hace obras de caridad nunca es perdido." Esperad un momento y vereis a vuestra bienhechora."

La distribucion.

I.

Parece que el buen sarjento hubiera adivinado, porque al terminar su sencillo discurso paró un coche a la puerta, bajando dos señoras envueltas en trajes de abrigo, porque aunque a fines de setiembre, hace todavia en las mañanas mucho frio en Santiago, a causa sin duda de la proximidad de las jigantescas cordilleras de los Andes, en cuyo pié se encuentra la hermosa capital de nuestra floreciente república.

Mercedes y sus padres habian salido al encuentro de Luisa y Ceferina, que miraban con curiosidad todos aquellos grupos de jentes de fisonomias tan raras y distintas, los que las saludaban quitándose el sombrero o inclinando la cabeza sin proferir palabra, porque no sabian qué decir, imponiéndoles el aire distinguido y aristocrático de la jóven a la vez que les atraia la espresion de dulce conmiseracion que se pintaba en ella; pero el temor de decir alguna cosa impropia los retenia de espresar su gratitud, que sin embargo se dejaba ver en el semblante de la mayoria.

Luisa, dirijiéndose al sarjento, le dijo: aquí tiene usted, señor Lopez, la lista de lo que corresponde a cada uno: distribuya las cosas en conformidad a ella, principiando por órden.

Varias voces dijeron: gracias, señorita, gracias! Dios se lo pagará dándole el cielo! Dios la haga feliz en este mundo!

Dios la guarde!... y mil otras espresiones llenas de gratitud con que querian manifestarle su reconocimiento.

Aquel espectáculo era tierno, imponente, conmovedor... y Luisa gozaba y sufria alternativamente al ver el contento de aquellos infelices y al pensar que habria infinitos como ellos que era imposible socorrer.

El sarjento Lopez, en conformidad a la órden que le habia dado Luisa, y con la seriedad de la disciplina militar, y cual si fuera a tomar lista en el cuartel, llamó a los habitantes del cuarto número uno, que se presentaron en el momento, y a los que dijo, siempre con su impasibilidad de soldado: "tomad para vosotros un catre, un colchon, una frazada, un par de sábanas, seis silletas, una mesa, seis platos, seis vasos, dos fuentes y seis cucharas, cuchillos y tenedores;" y luego llamando a varios hombres les dijo: "venid a ayudarlas a acomodar para que nos desocupemos pronto."

Otro tanto hizo con el cuarto número dos, y asi sucesivamente con los demas, simplificando la operacion por el trabajo simultáneo de todos para cada uno.

Concluida la reparticion, Luisa, acompañada de la familia Lopez, fué a visitar cada una de las piezas, arreglando todo aquello que creia que no estaba bien colocado, dirijiéndoles a la vez palabras de consuelo y de conformidad, y aconsejándoles el trabajo, el órden y la limpieza, pues así vivirian mas cómodos y serian mas arreglados y felices.

Cuando llegó al cuarto número ocho, donde le habian dicho que estaba la viuda enferma, se aproximó a su cama, se informó con solicitud del mal que padecia, le prometió mandarle a su médico, y acercándose mas al lecho de la enferma le dijo en tono bajo para no ser oida de los demas: "aquí tiene usted un poco de dinero que le servirá para este mes; pero con esta tarjeta se presentará usted todos los meses a casa, donde en vista de ella le darán a usted lo que he ordenado que le entreguen." La pobre mujer lloraba, mientras que los niñitos, sin darse cuenta de lo que ocurria, ro-

deaban la cama de su madre, mirando a Luisa, que les acariciaba, con ojos atónitos, pero sin mostrar el menor temor ni esquivez, porque era imposible que la dulce y bella fisonomía de la jóven inspirase ese sentimiento.

Terminada la visita, Luisa, con esa familiaridad que acostumbraba emplear con las personas que queria, pidió a Marta, como en dias anteriores, un pocillo de chocolate, que se apresuró a servirle la buena mujer, pues lo tenia preparado, previendo lo que iba a suceder.

—Se me ha ocurrido una cosa, dijo Luisa que estaba mirando, desde la puerta de las habitaciones de Marta, hácia el patio, y es que seria mui conveniente poner en el largo de la calle algunos árboles, que a la vez de dar sombra, recrean la vista, purifican el aire y hacen mas sano un lugar, sobre todo aquí donde hai tantas personas reunidas en tan corto espacio.

—Magnífica idea, contestó el sarjento, pero difícil de realizar.

—Nada mas fácil, repuso Luisa, pues mi mamita tiene una quinta en Yungai, donde hai muchísimos árboles, y sin que hicieran la menor falta se podrian hacer trasplantar los que aquí se necesiten. Vamos, señor Lopez, agregó, no sea usted perezoso; tome las distancias, vea los árboles que puedan colocarse, hágame abrir los hoyos, y hoi mismo los tendrá usted aquí si se encarga de hacerlos acomodar.

—No solo con el mayor gusto, sino hasta no sé con qué decir, contestó el sarjento alegremente, porque así quedará esto lindísimo, y cuando venga el propietario ¡cómo me voi a reir de la cara que ponga! porque no sabrá ni cómo ni quién, ni cuándo se han hecho estos milagros.

Luisa se despidió, llevándose consigo a Mercedes, y el sarjento Lopez se puso en el acto a tomar las distancias, convocando a los habitantes del conventillo para abrir los hoyos.

II.

Ese dia Luisa estuvo mas festiva que de costumbre, porque no hai cosa que abra mas el corazon al contento que una buena obra; así es que no cesó de chancearse con Mercedes a propósito del pintor invisible, segun ella lo llamaba; pues ese mismo dia, queriendo irle a hacer una visita, le habian respuesto que no estaba en casa; "¿o será que me tiene miedo a mí?" agregaba Luisa riéndose; y sin embargo, no me creo tan fea que espante: ¿no es verdad Mercedes? le preguntaba a su amiga mirándose al espejo y haciendo algunos jestos llenos de gracia y coquetería.

—No creo que sea ese el motivo, respondió Mercedes con un tono no menos festivo, sino que por casualidad no se habrá encontrado en casa.

—Es natural que tú lo disculpes, puesto que solo contigo se muestra complaciente; porque casi estoi segura que si yo voi otra vez, no lo encuentro.

—¡Qué ocurrencia! ¿Qué motivo puede tener para ocultarse de tí?

—Yo lo ignoro; pero no sé qué presentimiento me dice que jamas he de tener la dicha de encontrarlo; y sin embargo, tengo tanta curiosidad de conocerlo, por el retrato que has hecho de él.

—Yo me alegraria infinito.

—¡Qué! ¿no te gusta?

—Por la misma razon que me gusta y que me parece un hombre cumplido es que me alegraria que te viese...

—¿Y no temes que yo pueda agradarle?

—Por una parte sí y por otra no.

—Ya estamos con el mismo misterio del otro dia...

—Es mejor que dejemos esta conversacion.

—Sea como tú quieras; pero yo tengo muchas ganas de conocerlo, y tú eres la culpable.

—Podemos ir a su casa hoi o mañana si te parece.

—No; préfiero ahora que él venga a la mia, y tú vas a servir de intermediaria.

—Con mucho gusto.

—Mañana me he propuesto tener un pequeño almuerzo en la quinta de Yungai, y lo convidarás para que venga. No habrá mas convidados que tú y él, y solo seremos cuatro de mesa con mi mamita, que nos acompañará.

—Se lo propondré esta noche, aun cuando no tengo confianza con él.

—Para esto no se necesita de tanto, y espero que no se resistirá a tu invitacion y al gusto de pasar contigo algunas horas, lo que tambien me proporcionará a mí el placer de conocerlo.

La acechanza.

I.

El célebre Víctor, que tanto ocupaba a Luisa y a Mercedes, lo que no dejaba de ser un gran paso refiriéndonos al afecto o a la estimacion que habia inspirado a la última, se encontraba mui contrariado con las visitas de Luisa al conventillo, mucho mas cuando habia sabido lo que hiciera en el dia en favor de los habitantes de él, porque temia, y con razon, encontrarse con Luisa por alguna casualidad, lo cual echaria por tierra, no solo la conquista de Mercedes, sino su proyectado casamiento.

Por otra parte, estaba obligado a presentarse mui humano y jeneroso, porque, aun cuando este era su plan, tenia que hacer mayores desembolsos para ponerse al nivel o sobrepujar a Luisa en sus dádivas y llamar así la atencion de Mercedes, despertando su cariño, no solo ya por su atractivo personal, que estaba seguro de ejercer, sino por las virtudes de que debia creerlo dotado.

Como necesitaba estar al cabo de todo lo que sucediese en el conventillo para arreglar en conformidad su conducta, ordenó a Tomas que se relacionase íntimamente con Teresa, a quien, como sabemos, conocia de antemano el criado de Guillermo, granjeándose su confianza, pues ella tenia la de Mercedes, pudiendo por este medio ser mas certeras sus combinaciones e infalibles sus resultados.

En consecuencia, el astuto muchacho se dirijió donde su

antigua conocida, por la que supo lo que en la mañana habia hecho Luisa en favor de los pobres, siendo ella partícipe de sus dones. Le habló tambien Teresa de la amistad que la unia a Mercedes, de cuya amistad, dijo, nacen todos estos favores, ensalzando como merecian las cualidades de Luisa.

Tomas, por su parte, hizo iguales confidencias a Teresa respecto al noble carácter de su nuevo amo, el célebre pintor don Víctor Escobar, manifestándole que en los pocos dias que estaba a su servicio lo habia colmado de beneficios, y que no se limitaba a esto, sino que le habia dicho que nunca dejase de comunicarle las desgracias que viese para remediarlas si era posible, o las personas honradas y trabajadoras que por falta de un pequeño capital no pudiesen progresar.

Por ahora, habia añadido Tomas, movido don Víctor sin duda por el noble ejemplo de mi sia Luisa Valdes, tengo el encargo de informarme, ya que esa señorita les ha dado todos los útiles indispensables a una casa, qué es lo que les falta respecto a ropa, y usted, añadió, podia siquiera ayudarme en tan caritativa obra.

Teresa, como es de suponerlo, se prestó con gusto al encargo que le hiciera Tomas, quedando de contestarle para el dia siguiente.

Tomas, por su parte, dió aviso de todo lo ocurrido a su amo Guillermo, asegurándole que a pesar del misterio que él habia recomendado a Teresa, era casi seguro que Mercedes sabria en breve todo lo que él hacia y que la acechanza daria un resultado tan favorable como infalible.

II.

Guillermo o Víctor, como quiera llamársele, habia quedado satisfecho, como siempre, de la astucia de su criado, sabiendo el golpe que aquella maniobra produciria en el corazon de Mercedes; y para que este golpe fuera mas cer-

tero, autorizó al criado para que le ofreciera en su nombre a Teresa quinientos pesos en calidad de préstamo, cuya suma permitiria a su marido trabajar en mayor escala, lo cual lo haria prosperar en poco tiempo, no viéndose obligado a vejetar como ahora con su pequeño comercio, que escasamente podria darle para vivir.

Puesta esta nueva bateria en contra de la plaza, esperó que los acontecimientos se presentasen por sí mismos, seguro de que se rendiria por bien o por mal, pues a toda costa queria el triunfo, ya fuese por un acto de libre voluntad, lo que seria mucho mas agradable y menos riesgoso, o ya por uno de arbitrariedad o de violencia, cualquiera que fuese el peligro o el sacrificio.

Y no se estrañe esta tenacidad, porque las pasiones de los hombres corrompidos son en jeneral mas violentas, y tanto mas en Guillermo cuanto estaba acostumbrado a que todo cediese a sus caprichos, hallándose ahora mas instigado que nunca por la dificultad, por el trabajo que personalmente le costaba y por los obstáculos que, sin saberlo, Luisa le oponia.

La inocente niña Mercedes, cuyo porvenir amenazaban tan cruelmente, gozaba mientras tanto de todas las delicias de una amistad como la de Luisa, y su alma, satisfecha y contenta, no veia ni una sombra de nubes en su horizonte claro y despejado. Embriagada en el bien, en la virtud, en el deleite de poseer a tan buenos padres y escelente hermano, asi como en el de haber conseguido sin merecerlo, tal era su humildad y su modestia, la amistad de una señorita como Luisa, no pensaba en el mal ni aun suponia casi que existiera, creyendo que todos eran, si no felices, al menos no criminales; de manera que, aun cuando le hubieran dicho que ella iba a ser víctima de la mas infernal intriga, habria pensado que era un engaño con que pretendian intimidarla, y si hubiesen agregado que seria Víctor el autor de su desgracia, lo habria desechado como una vil calumnia, porque

era imposible que aquella fisonomia tan noble encerrase la maldad, que aquel espíritu tan elevado cobijase la bajeza, que aquel corazon tan benévolo ocultase el mortífero veneno de la víbora.

Mercedes, mas que nunca llena de esas ilusiones indefinibles y que sin embargo ocupan tanto a la juventud, porque las siente sin comprenderlas; llena de esperanzas, porque ella misma notaba los rápidos progresos que hacia en los ramos que Luisa le enseñaba; llena de satisfaccion, porque todo a su alrededor le soureia, pasaba de vez en cuando por su poética imajinacion la imájen de Víctor como luminoso meteoro, sintiéndose agradablemente impresionada de aquel recuerdo; pero sin determinacion fija, sin cálculo premeditado, sin nada que se pareciera a un plan concebido y que tiene su objeto y su fin, sino que aquel recuerdo era inocente y desprendido como el que se esperimenta por un amigo ausente a quien se desea ver por simpatia y sobre el que no existe otro interes o la mas remota idea de conveniencia.

III.

Dispuesto el ánimo de Mercedes de esta manera, entró a su casa, donde se encontraba Víctor con la tia, a quienes estendió cordialmente la mano, abrazando en seguida a su madre y haciendo a su padre una burlona reverencia, que el viejo Domingo no perdonó hasta que hubo atraido a Mercedes donde él estaba y besádola en la frente en señal de castigo.

La conversacion rodó en seguida sobre las ocurrencias del dia, y Mercedes dijo que tenia que contar una que interesaba a cierto caballero que estaba presente. Como en la sala no habia mas que dos hombres, Domingo y Víctor, ambos a la vez preguntaron si seria a él.

—Es al señor, contestó Mercedes señalando a Víctor.

—¿A mí, señorita?

—A usted, señor.

—No puede ser sino favorable, desde el momento que lo sabré por conducto de usted.

—En efecto, porque no me habria encargado de referirle una ocurrencia mala o penosa.

—Entonces usted está encargada de comunicármela?

—Sí, señor; estoi encargada por la señorita Luisa Valdes de convidar a usted para un almuerzo en su quinta de Yungai.

—Imposible, señorita, contestó Víctor con cierta turbacion, que trató de ocultar en el acto.

—Imposible! ¿y por qué? Ella me previno que estaria solamente con su mamita y sin otros convidados que usted y yo.

—Señorita, no puede usted figurarse el sacrificio que me cuesta rehusar un convite cuya aceptacion me seria tan agradable.

—¿Y por qué no acepta entonces?

—Porque!... porque!... repuso con tono dolorido Víctor, porque el deber me lo impide, señorita...

—¿Y no puede usted postergar ese deber?

—He dado mi palabra, señorita, y creo que usted no me aconsejaria faltar a ella.

—Por cierto que no; pero es una lástima que usted no asista... ¡Habria tenido tanto gusto Luisa! Luisa que tiene tan vivos deseos de conocerlo!

—No son menores los mios, basta que sea su amiga y que tenga un corazon tan bien puesto, segun los bellos informes que me han dado.

—Es cierto; Luisa es digna de todo elojio, de todo cariño, estimacion y respeto; y yo lo compadezco, señor Víctor, de que usted no la conozca.

—Pero puede ser que tenga en breve este placer, puesto que viene aquí con tanta frecuencia.

—Solo ha venido dos veces, señor: la una con el objeto principal de conocerlo, y la otra, que ha sido hoi, con el fin de hacer el bien a muchos pobres.

—Con la intencion de conocerme, ha dicho usted?

—Sí, señor.

—¿Entonces tenia algunas noticias mias?

—Yo misma se las he dado, respondió Mercedes, ruborizándose.

—¿Y qué he hecho yo para merecer que usted se ocupe de mí?

—Señor, no lo sé, volvió a contestar Mercedes poniéndose aun mas encendida; pero ahora que recuerdo, añadió, dominándose un poco, hablábamos de pintura; y como ella ha comenzado a darme lecciones, no pude menos de decirle lo que habia visto.

—Ah! hablaban ustedes del pintor!... Y Víctor dejó notar en estas palabras una especie de amargura, de que Mercedes no pudo menos de apercibirse, por cuya razon respondió en el acto, como para correjir el mal que pensaba haber causado.

—Del pintor y del individuo.

—Yo debo de estar agradecido de todas maneras, señorita, porque tanto el pintor como el individuo son indignos de llamar la atencion de ustedes.

—No diga usted eso, repuso Marta, interviniendo en la conversacion para venir en ayuda de Mercedes, a quien veia perpleja; sus méritos como artista y sus cualidades como hombre son dignos de la mayor consideracion y de que se ocupen de ello con gusto.

—Señora, contestó Víctor con finjida humildad; yo nazco del pueblo, no tengo antecedentes de familia ni de fortuna, y mi mérito como artista, si es que alguno poseo, es escesivamente mediocre; de manera que no debe usted admirarse el que yo me estrañe de ocupar por un momento la atencion de tan apreciables señoritas.

—Lo que usted dice, interrumpió el sarjento, me da a mí mas alta idea y una opinion mas elevada de usted.

Víctor aparentaba estar confundido con tanto favor, y su tia se vió obligada a hablar por él.

—Yo no tengo esa humildad, dijo Anastasia. Yo creo a mi sobrino digno de que se ocupen de él... Podrá ser esto un orgullo de familia, pero lo tengo y lo confieso, no pudiendo menos de ser de la misma opinion del señor don Domingo. ¿Por qué, añadió, como arrastrada por el entusiasmo, han de ser únicamente dignos de mencion los aristócratas o los ricos? ¿Acaso no merece nada el trabajo y la honradez del pobre? Acaso, porque mi sobrino no es noble ni tiene fortuna, deja de ser digno de aspirar al aprecio y consideracion de sus semejantes? Acaso no le ha costado a él mas que a cualquier otro luchar para conseguir un puesto honorable y una reputacion labrada por la constancia, el trabajo y la intelijencia? Los ricos y los aristócratas hallan en todas partes proteccion y apoyo, y les cuesta bien poco el figurar en la sociedad; pero a nosotros es mui diferente,... pero él se ha visto obligado a vivir lleno de privaciones, ¡y sin embargo ha triunfado!... ¿Por qué no ha de ser entonces digno de estas y de mas grandes consideraciones?

Todos quedaron electrizados con la peroracion de la tia Anastasia; todos fueron de su misma opinion; y el buen sarjento, en señal de aprobacion, se paró para darle la mano como diciendo: "Ha hablado usted igual al Evanjelio." Solo Víctor permaneció triste y pensativo, sin tomar parte en ese arranque de entusiasmo que su tia habia despertado en aquellas jentes justas, sencillas y honradas, las que, perteneciendo al pueblo, no podian menos de congratularse viendo ensalzado a ese mismo pueblo, a quien representaba Víctor como una de sus glorias y a quien tambien representaba Enrique, en el concepto de sus padres y hermana. Esto hacia que Mercedes estuviese en el apojeo de su felicidad,

pues veia que a su hermano le era posible levantarse mui alto y llegar a ser otro hombre igual al que tenia presente, desde el momento que a ambos, nacidos, se puede decir asi, de un mismo oríjen, les era dado llegar a los mas altos grados de la escala social.

Víctor, como hemos dicho, permanecia triste y meditabundo, y no contestó mas que estas pocas pero significantes palabras:

—Lo que ha dicho mi tia es la verdad, pero es todavia un problema que no se ha resuelto: el trabajo tiene valor si lo corona la fortuna; en el caso contrario es un idiotismo despreciable. El talento solo es reconocido cuando llega al poder y no cuando oculto y sin pretensiones ha servido para i ustrar la sociedad, porque esa sociedad no ve sino lo que brilla y nunca lo que vale; y la virtud no es mas que una mera palabreria que todos imitan, un traje de que todos se visten, una inscripcion de que todos se acaparan, de que todos hacen alarde, pero que ninguno practica y de que ninguno se aprovecha.

La amargura de estas espresiones, la ironia con que fueron dichas, la conviccion del que las pronunciaba y el desaliento que aparentaba sentir, hicieron una impresion profunda en las personas que lo oian y que simpatizaban con él... Domingo, Marta, Mercedes estaban electrizados de esa elocuencia justa, elevada y hasta cierto punto misántropa que habia pintado la sociedad tal cual era; y sin embargo, si hubieran penetrado en ese corazon frio y desapiadado, al que no animaba sino la pasion brutal; en esa alma lóbrega que solo la pira del vicio y de la maldad alumbraba; en esa sangre helada que únicamente el crímen y la orjía podia entibiar, hubieran quedado espantados y talvez no habrian ni comprendido ni podido sondear toda la profundidad de ese abismo, toda la inmensidad de ese mar de corrupcion y de cinismo, porque era imposible ser mas comediante, mas falso, mas hipócrita, mas pérfido que lo que

era ese jóven, que se presentaba lleno de una finjida nobleza y de una fuerza de concepcion a la vez que de una modestia incomparables.

—¡Qué lástima, esclamó Mercedes, fascinada y atraida por un encanto irresistible; qué lástima que mi amiga no lo haya oido espresarse a usted!... Estoi segura que la verdad y la elocuencia de sus palabras habria producido en ella una sensacion que yo no puedo definir, pero que hubiera sido cien veces superior a la que yo esperimento, porque ella tiene una naturaleza mas poética, una educacion mas refinada y un tacto mas esquisito; pues allí donde yo nada comprendo, ella ve claro, adivinando, segun me parece, lo que la jeneralidad ignora!

—Mui lejos de mí, señorita, el criticar en lo mas mínimo ese santo entusiasmo por la amistad; pero yo estoi persuadido, y persuadido hasta el convencimiento mas íntimo, que si usted no es superior, es a lo menos igual a su amiga, y por consiguiente digna y mui digna de su afeccion. Ahora, por lo que respecta al pesar que usted manifiesta por no haber estado aquí ella y por no haberme oido espresarme, sufre usted una equivocacion, no respecto a su primer deseo, porque hasta yo mismo lo hubiera querido, sino respecto al segundo, que no tiene ningun fundamento, y esto me lo permitirá usted decir, porque a mí me concierne esclusivamente.

—Lo confieso, señor; yo habria gozado el doble si Luisa hubiera estado presente; pero bajo ningun aspecto me considero su igual, como usted me lo dice, para juzgar las cosas, y esto no es modestia sino que es conviccion. Luisa es mui superior a todo, porque yo no encuentro ni encontraré, al menos en mi concepto, otra que la iguale, y esto era y es uno de los motivos que me interesan para que se conozcan recíprocamente.

—Sus espresiones mismas dan testimonio de su mérito, señorita; y yo, con mas esperiencia que usted, puedo asegu-

rarle que la prueba mas inequívoca de su bondad es la negacion que usted hace de ella.

—Vamos, esclamó la tia alegremente; los niños se esplican. ¡Qué diferencia a nuestro tiempo, señora Marta! ¿Cuándo hubiéramos sabido nosotras decir otro tanto y defenderse tan bien? Parece que ahora la jente nace sabiendo. Pero dejemos aparte tanta ciencia y vámonos a casa a tomar un patito que yo misma he preparado. ¿Qué le parece a usted, señor Lopez?

—Por mi parte con el mayor gusto, pero no sé lo que digan los demas.

—Queriendo usted, todos querrán, contestó Marta; con que así, en marcha.

—En marcha, añadió Víctor parándose, porque hoi debemos tambien festejar nosotros una buena accion, uniéndonos a la alegría de todos...

—Bien dicho, interrumpió Domingo, y la primera copa debe ser tomada a la salud de la señorita doña Luisa Valdes...

—Ese era mi mismo pensamiento, agregó la vieja Anastasia, y para honrarlo como corresponde tengo algunas botellas de escelente champaña, que conservo todavia de un regalo que entre otras cosas le hizo a mi sobrino el escelentísimo señor Presidente don Manuel Bulnes, por haberle retratado un perro de caza a quien su escelencia queria mucho... pero es preciso, agregó que yo vaya primero a preparar la mesa, porque, aun cuando Tomas es mui intelijente y mui entendido por haber servido en las principales casas de Santiago, siempre es bueno el ojo del amo, que nadie reemplaza; y diciendo esto, salió con la lijereza de una niña.

La señora Anastasia, dijo Domingo, tiene el jenio mejor de este mundo y las disposiciones mas acertadas. ¡Cómo se conoce que ha sido mujer de un militar, y de un militar de aquellos tiempos que eran francos, naturales y buenos, por-

que entonces no se usaban tantas palabras, sino que todo se reducia a la práctica.

—Solo temo, repuso Víctor, dirijiéndose a Domingo, que los convites de mi tia no le sean tan agradables. Ella, con su naturalidad, no toma nunca en cuenta el gusto de los otros, sino que piensa que basta con que a ella le agrade para que crea que no puede haber nadie de distinta opinion. Se los advierto a ustedes para que no estrañen si es alguna friolera para lo que la tia los ha convidado, pues no es la primera vez que soi yo el que tengo que pasar las vergüenzas, mientras ella se figura que todos están mui satisfechos.

—Pues, señor, dijo el sarjento, a mí me gusta esa naturalidad mas que nada, y si me convidara para un *valdiviano* o un *charquican*, (1) estaria mui satisfecho que si otros me invitasen para un pastel; con que así, no hai que avergonzarse, señor Víctor, porque soi capaz de acusarlo de sus escrúpulos a la señora Anastasia.

—No lo haga usted ni por pienso, señor Lopez, porque tendria para incomodarme con sus recriminaciones durante una semana o quince dias.

—Está bien, guardaré el secreto, pero pongámonos en marcha para no hacer tanto esperar a la honorable tia.

La tia Anastasia, segun la opinion de todos, habia hecho prodijios para arreglar en un momento una mesa talvez mejor que la que les habia servido en noches pasadas, sin pensar que todo lo tenia preparado, pues entraba en los cálculos del sobrino dicho convite y solo queria hacerlo aparecer improvisado, como en realidad lo habia conseguido.

Víctor se mostró esta vez mas brillante, mas entusiasta, mas fino e instruido y hasta mas alegre que en la otra ocasion, haciendo este jóven sencillo y complaciente un singular contraste con el que acababa de pronunciar esas pala-

(1) Guisos esencialmente chilenos y que se confeccionan con carne de vaca secada al sol y que últimamente han llamado la atencion de los europeos.

bras amargas, propias únicamente de la esperiencia y del desengaño, y sin embargo ahora se le veia suave, sumiso, casi inocente... Su respeto por Marta y Mercedes rayaba en la mas esquisita delicadeza, pero sin cortedad, de modo que a cada paso se la hacia notar con ese tacto fino del hombre de mundo que sabe con admirable sutileza hacer que vean las cosas sin decirlas o enseñarlas. Solo con el viejo sarjento se permitia Víctor algunas chanzas, entre copa y copa; pero de tan buen gusto, que agradaban muchísimo a la señora y tenian encantado al viejo.

Esta noche se levantaron de la mesa aun mas tarde que la vez anterior, porque Víctor, con su gracia lijera, con su talento despejado, con sus agudezas sencillas y espirituales los habia tenido sumamente entretenidos. El pintor habia ganado por completo la confianza de Marta, la estimacion de Domingo y las simpatías de Mercedes: en una palabra, el corazon y el cariño de todos.

La quinta de Yungai.

I.

A doña Juana, tan luego como hubo concebido el proyecto que conocemos, la hemos visto abandonar la compañía de su hija y de Mercedes para ordenar a su mayordomo que fuese donde el escribano a hacer estender la escritura sobre la que Luisa pusiera el sobre a la señorita Mercedes Lopez; pero tambien mandó en el acto que se arreglara y limpiara la quinta; y con aquella prontitud que se hace todo cuando se dispone de dinero en abundancia, habian bastado solo dos dias para dejarla en órden y en estado de aseo tan perfecto, como si diariamente se hubiera tenido cuidado de ella.

Cuando Mercedes llegó a casa de Luisa ya estaban poniendo el coche y doña Juana se encontraba en pié, lo que era mui raro, pues tenia la costumbre de levantarse tarde, especialmente desde que se sentia indispuesta; pero ese dia, ya fuese efecto del gusto que interiormente sentia por el bien que iba a hacer, o ya de que en realidad se encontrase mejor, lo cierto del caso es que a las diez del dia ya estaba dispuesta para marchar.

Luisa, al ver llegar sola a Mercedes, sin que la acompañara Víctor, como lo esperaba, le dijo en el acto:

—¿No te decia yo que tu pintor es invisible para mí?

—Esta será la última vez, pues lo retenia el deber.

—Qué deber, ni qué deber, cuando señoritas como nosotras, tenemos la bondad de convidar a un hombre!

—¿Pero cómo querias que faltara a su obligacion?

—Te aseguro que si yo hubiera hecho la mas lijera insinuacion con cualquiera otro, fuera éste el Presidente de la República, habria dejado sus ocupaciones para otro dia y se habria presentado gustoso...

—Si tú le hubieras oido decir ¡cuánto sentia el tener que privarse del placer de venir, y que solo por no faltar a su palabra!...

—¿Y cómo sabes si esa palabra no es un pretesto dado para escusarse?

—¿Y con qué objeto? Por otra parte, se le conocia en sus espresiones que lo sentia tanto:... pues no es menos el deseo que él ha manifestado por conocerte.

—Pero si hubiera querido venir, como tú dices, todo lo habria podido arreglar; porque esa palabra puede ser por algun trabajo que tiene que concluir o entregar, y nada habria sido mas fácil que ir a ver al sujeto a quien se la habia empeñado para que lo disculpase por unas cuantas horas.

—¿Y cómo saber si era para un trabajo o no? y aun cuando fuera así, yo te he oido a tí misma decir: "que entre la obligacion y el placer, no vacilarias;" pues bien, él tiene tus mismos principios y los practica como lo habrias hecho tú.

—Vaya, Mercedes, que lo defiendes con calor! Es preciso que te agrade mucho el invisible artista para que llegues a contradecir a tu mejor amiga.

—Yo no te contradigo sino que encuentro justo y razonable lo que él ha hecho; y veo que si tú no fueras la que te empeñas en contradecirme a mí, serias de su misma opinion y habrias obrado como él ha obrado.

—Si se tratase de una cosa grave, está bien, yo no diria nada; pero como supongo que es alguna pequeñez, estoi realmente picada que nos posponga a ella.

—Si es una pequeñez la que ha querido cumplir, tanto mas grande es su delicadeza y tanto mas prueba en su favor.

—Estás intratable hoi, Mercedes, dijo Luisa riéndose; tienes una lójica desesperante. Veo que me roban tu corazon. ¡Apostaria a que has estado con él anoche!

—Es cierto, Luisa; ¡pero que otro ocupe en mi corazon el lugar que tú ocupas! Nunca! jamas!...

—Quién sabe!... talvez no está lejos el tiempo que llegue a suceder...

—No hables así, te lo suplico... no hables así, porque me haces mal...

—Mercedes dijo esto con un tono tan triste, tan suplicante, que Luisa la tomó en sus brazos, y añadió:

—No seas niña!... ¿No notas que hablo de chanza? ¿Cómo es posible que crea que no me quieres, cuando yo tengo por tí tanto cariño?

—Hasta de chanza me desagrada que me digas esto.

—Está bien, no te lo volveré a repetir; pero cuéntame ahora tu entrevista con el pintor.

Mercedes, con su fiel memoria, no olvidó ni los mas pequeños incidentes de la noche anterior, refiriéndoselo todo a su amiga con la mayor exactitud, sin ocultarle ni las deducciones que ella habia hecho entre sí misma.

—Si es ese jóven como me lo pintas, Mercedes, no puede menos de ser un hombre distinguido y de un mérito sobresaliente; pero ¿cómo es que yo no lo conozco? Hé aquí lo que me admira; pues como ya te he dicho, no solo las notabilidades, sino las mediocridades de los pintores de Santiago me son familiares, y nunca he oido hablar de las obras de éste, ni pronunciar su nombre, lo cual me estraña y pica mas mi curiosidad; pues hai cuadros en su taller que no carecen, como ya lo he observado en otra ocasion, de mérito, y son dignos de honrar a un artista.

Un criado interrumpió esta conversacion diciendo: "la señora espera a sus mercedes, y el coche está listo."

Ambas jóvenes se dirijieron a las habitaciones de doña Juana, que recibió a Mercedes mas afable que de costumbre.

—Vamos, hijas mias, que ya se hace tarde, dijo la noble matrona con bondad.

Las tres subieron al carruaje, que partió como una flecha, tirado por los mismos dos briosos caballos tordillos cuyo espanto habia causado el accidente en la calle del Diez y ocho...

II.

Esta circunstancia dió motivo a doña Juana para que hiciese la observacion siguiente:

—¡Qué casualidad, dijo, que ahora hayan puesto los mismos caballos que estuvieron en riesgo de despacharnos a la eternidad, y que conduzcan a la hermana del que nos salvó la vida!

—En efecto, mamita, es una rara coincidencia que me hace pensar en el valor sereno del hermano de mi amiga que se encuentra ahora ausente.

—¿A dónde ha ido? preguntó doña Juana con interes.

—Ha ido a trabajar a una hacienda y permanecerá allí tres o cuatro meses.

—¡Y que yo no haya hecho por él la menor cosa! repuso doña Juana; esto es imperdonable.

—Y todo lo que hacen ustedes por mí, señora, ¿no es mas, infinitamente mas que el pretendido favor de Enrique?

—No, hija mia; ya arreglaremos las cuentas, pues a mí no me gusta quedarme con lo ajeno.

—Y entonces, señora, ¿con qué podria pagar yo tantos y tan grandes beneficios como recibo diariamente?

—Ya te he dicho, interrumpió Luisa, que entre amigas no hai beneficios y por consiguiente no hai deudas, no hai pago ni hai recompensa. Dame tú lo que quieras y yo lo recibiré con muchísimo gusto, pero no te daré las gracias.

En ese momento pasaba el coche por la verja de fierro de un hermoso jardin, parándose enfrente de una casa colocada en el interior.

—Gracias a Dios que hemos llegado sin novedad, dijo doña Juana; porque no dejaba de traer algun temor con estos caballos.

—Son tan mansos como una paloma, señorita, contestó Fermin, que, como recordará el lector, era el nombre del cochero que los conducia en los dias de las fiestas cívicas.

Las señoritas del coche bajaron a una señal de la señora.

—¿Qué te parece esta quintita? preguntó doña Juana a Mercedes, que estaba agachada cojiendo violetas.

—Hermosísima, señora! cuántas flores! cuántos árboles! cuánta estension; y todo tan arreglado, tan limpio!... es lo mas agradable, lo mas delicioso que yo he visto. ¿Cómo no viene usted a pasar algunas temporadas aquí?

—Está esto tan apartado del centro de la poblacion y yo estoi tan acostumbrada a mi cuarto, que cada vez que tengo que salir de él es para mí un sacrificio.

—Pero unos pocos dias, señora!...

—Vengo con frecuencia a dar mis paseos, pero en cuanto a quedarme a vivir, no me agrada. Entremos ahora a las piezas: aquí no hai lujo, añadió, pero se encuentra todo lo necesario.

—¿Y esto está solo? Y nadie vive aquí? preguntó Mercedes, admirada de que se dejase abandonada una casa tan cómoda.

—Por ahora está sola, pero luego se ocupará.

—Mui conveniente seria, porque da lástima que nadie goce de estas comodidades, y es lo mismo que un tesoro perdido.

—¿Te gustaria vivir aquí?

—Cómo no! pero tendria sentimiento en dejar el albergue donde han vivido tantos años mis buenos padres y donde hemos nacido nosotros.

—Y suponiendo que esto fuera tuyo, ¿no cambiarias de residencia?

Mercedes quedó por un momento pensativa y luego respondió.

—Talvez, señora, porque mi padre se encontraria aquí como en el Paraiso.

—Yo no te pregunto por tu padre sino por tí.

—Por mí no tanto, pues yo me encuentro mui bien donde estoi.

—¿Eres entonces como yo, que no quieres salir de tu cuarto?

—Es cierto, señora, y comprendo perfectamente lo que usted hace.

—Estas son rarezas que no se deben imitar y que por fortuna nadie sigue, porque siempre se ha de buscar la comodidad, y donde ésta se encuentra mayor, allí es donde uno debe vivir.

III.

El almuerzo estaba servido y todos pasaron a un saloncito pequeño pero de una vista lindísima, porque se distinguia desde allí el jardin, el huerto, el gallinero y el establo, en el que se apercibian dos hermosas vacas, de cuernos pequeños y de la mas pura raza inglesa.

Despues del almuerzo, doña Juana mostró a Mercedes todos los departamentos de que se componia aquella casa de campo en que se encontraban reunidos el recreo, la comodidad y el provecho. En seguida Luisa y Mercedes fueron a correr bajo los estensos parrones que circundaban casi toda la quinta, visitando las gallinas, los conejos y las dos mansísimas vacas, a quienes llevaron de comer acariciándolas como antiguas conocidas.

Cuando las niñas volvieron, brotando carmin de sus mejillas por el ejercicio que habian hecho, doña Juana estaba en el salon, viéndose en la mesa del medio un grueso paquete, que Luisa reconoció en el acto ser la escritura de donacion hecha en favor de Mercedes.

—Veo que ustedes se han ajitado mucho, dijo doña Juana a las dos jóvenes, y talvez puede hacerles daño un ejercicio tan violento. Ven a sentarte al sofá, Mercedes; y tú, Luisa, tócanos una cosita cualquiera en ese viejo piano, que fué en el que aprendiste lo que sabes y que ahora has confinado en Yungai, a pesar de ser mui bueno.

Luisa, obedeciendo a su madre, tocó unas variaciones del mejor gusto.

—Ya ves, le dijo doña Juana, que el instrumento, a pesar de su antiguedad, no ha dejenerado: estos pianos de Collard y Collard son eternos.

—Y a éste le tengo un especial cariño.

—¿Por qué no te lo llevas, entonces? le dijo Mercedes.

—Porque lo voi a dejar aquí para el uso de una amiga.

—¿Va a venir alguna niña a habitar esta casa?

—Espero que sí; y como no hace mucho tiempo que ella está tomando lecciones de piano, no le vendrá mal éste para ejercitarse.

Doña Juana no sabia cómo llevar la conversacion al terreno que deseaba, y llamó a Luisa para consultarse con ella.

Luisa fué de opinion de no decir nada a Mercedes, porque seria avergonzarla y ponerla en un conflicto, y dijo que seria preferible hacer de modo como que le mandasen de fuera aquel escrito, con la condicion de no leerlo hasta que llegue a su casa.

Doña Juana convino.

Entonces Luisa de un modo disimulado tomó los papeles y salió, volviendo a entrar en poco tiempo.

Cuando estaban ya para retirarse, llegó al salon un criado con una pequeña bandeja en que se veia un rollo de papeles, y dijo que un caballero que habia partido inmediatamente le habia encargado de poner estos papeles en manos de la persona a quien venian dirijidos; pero como él no sabia leer y como suponia que no podian ser sino para la señora, venia a presentárselos.

Doña Juana tomó con la mayor naturalidad los papeles, y mirando el sobrescrito, dijo:

—Son para tí, Mercedes.

—Para mí, señora? Es imposible...

—Tan imposible es, que no tienes mas que leer el rótulo.

—Es verdad! pero no comprendo... ¿Quién puede escribirme?

—Será talvez tu hermano?

—No es su letra.

—Será el pintor, le dijo Luisa al oido.

Mercedes se puso colorada y luego contestó:

—No veo el motivo.

—Hai veces que no se ven, pero se adivinan.

—No, no, es imposible... respondió Mercedes, cada vez mas turbada, comprendiendo a lo que Luisa podia aludir...

—Hai cosas que parecen imposibles, pero que se realizan sencillamente.

—Salgamos de dudas, dijo Mercedes, y dirijiéndose a mi sia Juana le preguntó:—¿Me permite usted señora? preparándose en el acto para romper el sello.

—No, hija mia, tengo prisa de irme. Leerás esos papeles en tu casa, pues pasaremos a dejarte.

Mercedes los guardó sin decir palabra, pero mui preocupada de una cosa tan inesperada.

Luisa ordenó al cochero de tomar la calle de San Pablo para dejar a Mercedes, no sin quejarse de que esos papeles vinieran a privarle de su compañia.

La solucion del enigma y el sarjento en casa de doña Juana.

I.

Llegada Mercedes a la casa de sus padres, la recibieron con mucha alegria, diciéndole que habian tenido carta de Enrique, pero que no la habian abierto porque era para ella.

—Parece que este es el dia de las cartas, contestó Mercedes; pues en la quinta de Luisa me entregaron otra, que tampoco he abierto.

—No importa, dijo Marta, sin fijarse mucho en esta circunstancia; pero primero leeremos la de Enrique.

—¿Y por qué no lo ha hecho usted antes?

—Venia dirijida para tí.

—¿Qué importaba esto? Tengo acaso secretos para Uds?

—Creo que no, pero yo tengo mis costumbres.

—Vamos a ver la carta.

Y Mercedes rompió el sello, leyendo en alta voz lo siguiente:

"*Setiembre* 24 *de* 1850.

"Mi querida hermana:

"Solo hoi he llegado a mi destino. Nada les puedo comu-
"nicar todavia sobre mis futuras ocupaciones, pues mi pri-
"mera dilijencia ha sido escribirte para que mis padres estén
"sin cuidado. Mi viaje ha sido mui entretenido, porque nos

"divertimos durante el camino cazando; y para el que nunca "habia visto el campo, como yo, tiene éste mucha novedad "y atractivo. No sé por qué me parece ahora que los hom-"bres de la ciudad son como los pájaros encerrados en una "jaula. Aquí se siente uno como que respira mejor, y la es-"tension le ensancha el ánimo.

"No dejes de escribirme todo lo que ocurra.

"Dime cómo están mi madre y mi padre. Si se consuelan "algo de mi ausencia; pero prevenles que no tengan cui-"dado.

"Lo que me diste me ha servido muchísimo: es como un "talisman que me consuela y alivia: mirándolo solo me basta "para estar contento...

"Háblame todo lo que puedas de mis padres y de tí, de "tu amiga la señorita Luisa y de tus adelantos; pero hábla-"me largo, mui largo... ¿Me entiendes? No olvides ni los "mas pequeños incidentes, pues debes suponer que todo me "interesa.

"Dirije tus cartas a San Fernando y haz de manera que "lleguen los domingos, que es el dia en que yo podré ir a "buscarlas, pues la hacienda no está mui distante, y aun "cuando lo estuviera, haria con gusto el camino, sobre todo "no faltando caballos, que los hai aquí en abundancia.

"Dale un abrazo a mis padres a nombre de tu hermano "y que ellos te den otro en el mio.

"Tuyo

ENRIQUE."

—Pobre hijo mio! ¡qué carta tan afectuosa! dijo Marta.

—Ya ves, observó Domingo, que nada ha sucedido y que al contrario parece, el picaron, mas contento que nosotros; pues mientras tú llorabas y rezabas, él se entretenia cazando. ¿Y qué le has dado tú, Mercedes? ¿De qué talisman habla ese tunante, que dice que basta mirarlo para ponerse contento?

—Ese es un secreto entre Enrique y yo, dijo Mercedes sonriéndose.

—Estamos bien! ¿Y no se puede saber ese secreto?

—Desde que es un secreto, no se puede revelar.

—Te estás haciendo la misteriosa... Apostaria que es alguna sonsera de chiquillos;.. pero guarda cuanto quieras tu secreto y danos lo que Enrique te recomienda.

—Un abrazo... aquí está; y Mercedes se echó gozosa en los brazos de sus padres.

—Ahora, continuó la jóven, veamos estos otros papeles que parecen cosa grave, si hemos de juzgar por el volúmen.

Y Mercedes rompió la cubierta.

—Papel sellado! esclamó admirada. ¿Qué significa esto?

—Lee... lee, hija mia.

Y Mercedes principió la lectura, sin comprender nada al principio, hasta que llegó al punto en que decia:—"Cedo en favor de doña Mercedes Lopez la quinta situada en Yungai con todo lo que en ella se contiene, etc., etc.."

El papel cayó de manos de la jóven, y ella tuvo que apoyarse en su padre.

—¿Qué sucede? dijo Marta asustada.

Mercedes, vuelta en sí, esclamó:—"¡Esto es increible! No puede ser... ha habido un error!"

—¿Pero qué contienen esos papeles? repitió Marta.

—Contienen, madre mia!... Contienen que me hacen la donacion de la quinta de Yungai donde he almorzado hoi...

—¿Y quién te hace esa donacion?

—La madre de Luisa!... la señora doña Juana!...

—¿Te habrás equivocado?

—Lean ustedes.

—Domingo tomó los papeles y leyó en alta voz, pero interrumpiéndose a cada momento por los sollozos, que, a pesar de sus esfuerzos, se escapaban de su pecho henchido de gratitud.

No habia que dudar... la escritura de donacion estaba en

regla y ese era el título de propiedad que la acompañaba.

—Ahora veo bien el objeto del convite, esclamó Mercedes... Ahora comprendo lo que misia Juana dijo en dias pasados: "que en cada aniversario de su matrimonio estaba obligada a hacer una obra de caridad." Ahora sé lo que querian decir sus preguntas sobre si me agradaba aquel lugar, si viviria en él contenta;.. ¡y yo que le respondia que sí, porque en efecto me agradaba! ¡Si habrá pensado que habia adivinado su proyecto y que para que no se retractase hacia yo esas alabanzas! Si esto hubiera pensado me moriria de vergüenza!

—No creas que haya pensado eso, contestó Domingo. Un alma tan buena como la suya es incapaz de tal sospecha, sobre todo cuando debia estar visible la sinceridad de tus palabras; ¿pero debemos aceptar tan valiosa dádiva? Esto es lo que quiero consultar con ustedes, porque sin darme cuenta, sin pensar si tengo o no razon, hai algo en el interior que me dice que debemos rehusar.

—Yo soi del mismo parecer, dijo Mercedes.

—Y yo tambien, agregó Marta.

—¿Pero cómo rehusar sin ofenderla?

—Ella leerá en tu semblante que no es por ofenderla;... pues es indispensable que tú vayas a hablar personalmente con la señora.

—¿Y qué debo decirle?

—Que se sirva retirar su dádiva y emplearla en personas mas necesitadas, pues esto seria mas grato a Dios.

—¿Dirá talvez que somos orgullosos y que queremos aparentar riqueza?

—No, amiga mia, tú le responderás que siempre le estaremos mui agradecidos, y que, aunque pobres, no carecemos de lo necesario y estamos satisfechos...

—En fin, dijo el sarjento, ensayando cómo debia conducirse, (lo que hacia su actitud lo mas cómica), no se doma un caballo sin ensillarlo, y yo, cuando me encuentro en el

peligro sé salir de él, porque solo entonces es cuando me viene el talento; esto lo he probado mil veces en tiempo de a patria vieja; pero ya que vamos a rehusar el regalo, bien podemos hablar de él para saborearlo siquiera.

¿Qué tal era la quinta, hija?

—Qué tal es, querrá usted decir, porque todavia está en su lugar.

—Es cierto, pero decia *eso*, porque como ha dejado de ser nuestra, me parecia un tiempo pasado.

—Ai! yo no he visto cosa mas linda... cuántas flores! cuántos árboles!... Inmediatamente que ví todo aquello, me acordé de usted, y me figuraba lo feliz que seria allí, ¡usted a quien le gustan tanto las plantas!...

—¿De veras, hija mia?

—Y la casa tan cómoda! tan aseada! tan bien amueblada!... y las gallinas y los conejos y las dos vacas tan mansitas...

—Y qué! ¿Todo eso entra tambien en la donacion?

—Todo. ¿Que no ha leido u oido usted la escritura?

—Es verdad.

—Y aquellos grandes parrones donde se puede correr!

—Ya me están dando ganas de no ir, dijo el sarjento riéndose; mejor seria que nos quedásemos con ella, ¿qué te parece, Marta?

—Mui bien, contestó ésta, conociendo la jocosidad de su marido.

—Y la cocina tan limpia como el mejor salon!

—Cómo le hubiera agradado a mi mujer!... No es posible que la devolvamos... quedémonos con ella...

—Quedémonos.

—Y el piano!

—¿Tambien habia un piano?

—Por supuesto.

—¿Y entraba aun en la donacion?

—¿Será necesario que le pregunte otra vez si no ha leido la escritura?

—Y cada cuarto acomodado!

—¿Entónces aquel es un palacio encantado?

—Para nosotros no solo es un palacio, sino un paraiso.

—Y un paraiso en el que habremos estado menos tiempo que el que estuvo nuestro padre Adan en el suyo; pero dejémonos de bromas, dijo el soldado cambiando de tono: es preciso que me vista para ir luego a ver a esa señora, a quien estoi queriendo mas que a mi Marta, lo que no es poco decir.

Domingo fué en seguida a hacerse la barba, se mudó su camisa, se puso su leva de parada, escobilló su gorra de galon y quedó preparado para marchar, esperando solo la aprobacion de Marta.

—Estás buen mozo, amigo mio, dijo al fin ésta; lo que ahora debes tratar de hacer es que tus palabras correspondan a tu esterior.

—Ah! si yo tuviera el talento de nuestro vecino el pintor! ¡cómo echaria flores! A fé mia que no me habria ganado ni ese padrecito a quien llamaban *pico de oro* (1).

—Anda, no mas y no te empeñes mucho en pulir tus espresiones, porque lo echarias todo a perder; pero ten cuidado de no ir a salir con algunos de tus dichos familiares.

—¡Si siquiera tuviera el lenguaje de Enrique o de Mercedes! entonces no tendria vergüenza en presentarme.

—No tenga usted cuidado, padre mio, le dijo Mercedes, porque siempre lo hará bien, pues basta el buen sentido y la buena intencion para no equivocarse y para que los otros tampoco se equivoquen.

—En fin, resulte lo que resulte, es preciso marchar. Con que hasta la vuelta, y ponle unas velas a tus santos para que me vaya bien.

II.

Llegado que hubo nuestro buen sarjento a la casa de do-

(1) Un orador sagrado del convento de Santo Domingo, a quien por su elocuencia denominaban así.

ña Juana en la calle de la Catedral, preguntó al portero por la señora, y éste le respondió que estaba en su cuarto; pero que no se permitia entrar a nadie, mientras no dieran su nombre.

—Dígale usted que soi Domingo Lopez.

—Domingo Lopez! repitió el criado con una impertinencia que mortificó bastante al honrado sarjento; pero se vió obligado a ocultar su disgusto, porque hubiera dado bien mala idea de sí si se hubiera dejado llevar por su jenio, que, en jeneral, era estremadamente bondadoso, pero que no dejaba pasar cosas que herian su dignidad, porque él era respetuoso con sus superiores, afable con sus iguales, y humilde con sus inferiores; y consideraba, y con razon, mui inferior a él al impertinente lacayo que no tardó en volver diciéndole que entrase, pero ya con diferente tono.

El sarjento se presentó ante doña Juana, pero tan turbado, que solo se acordó de sacarse su gorra y hacer una profunda reverencia. Mas hubiera preferido Domingo encontrarse cara a cara con su jeneral que no con la señora, pues a éste le hubiera dicho: "Qué ordena usia;" mientras que con doña Juana no podia hablar...

Viendo la señora la turbacion del sarjento, cuya cara varonil reconoció en el acto, lo convidó a sentarse, con tal afabilidad, que el corazon del viejo soldado parecia ensancharse.

Doña Juana habia adivinado el objeto de aquella visita. Sabia que debia referirse al asunto de la donacion que habia hecho a Mercedes, pero ignoraba si el padre vendria para darle las gracias por su jenerosidad o para rehusar esa misma jenerosidad.

—¿Podria saber, señor Lopez, a qué debo el honor de esta visita? preguntó doña Juana, siempre con la mayor afabilidad.

—Señora, contestó el sarjento, sacando el legajo de su bolsillo; es que traia a usted estos papeles...

—Ellos pertenecen a su hija y no son mios.

—Es que... señora... no podemos aceptar...

—¿Por qué?

—Porque... porque... porque no podemos: está claro.

—Todavia no me ha dado usted una razon.

—¿Y qué mas razon quiere usted, señora, que la que ya tengo dicha?

Doña Juana se sonrió.

—Usted ha dicho que no puede, pero no ha esplicado el motivo.

—Justamente: ahí está todo el motivo.

—Doña Juana volvió a reirse, y Domingo no pudo menos de pensar que talvez habia dicho algun gran disparate; y como para correjir el error en que pudiera haber incurrido, añadió con mucha seriedad:

—Usted se hace la que no me entiende.

Esto, que hubiera pasado por una grave impertinencia en boca de cualquier otro y dicho de distinto modo, hizo tanta gracia a doña Juana, que lanzó una franca y estrepitosa carcajada.

Domingo quedó mas cortado que nunca, y sin saber qué hablar, hasta que, despechado él mismo de su torpeza, añadió con humildad:

—Señora, yo no sé espresarme, pero creo que en lugar de reirse debia usted compadecerme. Hai ocasiones en que puedo hablar bien; pero ahora se me ha tupido el entendimiento... y Domingo llevó su mano a la frente... y sin embargo, continuó, me parece que he hablado bien claro, cuando le he dicho que usted se hacia la que no entendia.

Esta nueva salida del sarjento aumentó mas la hilaridad de doña Juana, que sin embargo le dijo con el mayor cariño:

—No crea usted, señor Lopez, que mi risa es maligna.

—No, señora, eso es imposible: yo no creo nada malo de usted, porque esto no podria ser en una persona tan buena y jenerosa; pero...

—¿Pero usted viene a devolverme lo que yo he dado?

—Esto es, señora; se lo devolvemos, porque no hemos hecho nada para merecerlo...

—Usted no tiene el derecho de devolver lo que a usted no se le ha dado.

—Lo mismo es, señora, porque yo soi el padre...

—Y un padre modelo, escelente y como no hai muchos, dijo Luisa, que entraba a ese tiempo y habia oido las últimas palabras del sarjento.

—Señorita! esclamó Domingo con alegría al verla; usted me sacará de apuros.

--Cómo! ¿Qué es lo que pasa?

—Lo que sucede, repuso doña Juana, es que el señor Lopez viene a traernos una cosa que no le pertenece.

—¡Y yo que lo creia honrado!... Atreverse a tomar lo ajeno!... La acusacion es grave!... y estos deben ser los apuros de que usted habla. Pues bien, mamita, yo salgo de fianza del señor Lopez y declaro desde ahora que es una calumnia... Que debe ser un equívoco, porque el señor es incapaz de apropiarse lo que no le pertenece.

—Y sin embargo, el cuerpo del delito lo tiene en su misma mano. ¿Lo negarás tú?

Domingo estaba atónito, sabia que lo embromaban, pero no podia contestar.

—Señorita, usted me viene a confundir mas de lo que estaba, repuso al fin.

—¿Usted confiesa?

—Embrómenme cuanto quieran, que no me he de enojar por tan poco; pero recíbanme los papeles, porque los traigo a nombre tambien... a nombre de Mercedes...

—Ya ve usted, mamita, que no me equivocaba en decir que el señor es un hombre honrado, pues viene con autorizacion del dueño.

—Cierto, señorita.

Hablemos sériamente, interrumpió doña Juana, ¿cuál es

el motivo porque no quieren ustedes aceptar lo que de buena voluntad le he dado a su hija?

—El motivo?... me parece habérselo dicho, señora.

—No lo recuerdo.

—Que no hemos hecho nada para merecer este favor; que tenemos lo suficiente para vivir y que aceptándolo privaríamos a los pobres de un bien que nosotros no necesitamos.

—Señor Lopez!... ya que ustedes no quieren recibir un favor será sin duda por no tener que agradecerlo.

—No es eso, señora, lo que mi familia y yo sentimos... Puedo asegurarle con todo mi corazon, con toda verdad, y la fisonomía del sarjento lo revelaba mas que sus palabras; puedo asegurarle que nuestro agradecimiento es real y sincero y que será mayor si usted tiene la bondad de retirar su dádiva...

—Imposible, señor, porque no es una dádiva, sino el pago de una deuda.

—De una deuda!

—Y de una deuda que no alcanzo a cubrir ¿o cree usted que vale tan poco mi vida y la de mi Luisa que su hijo nos salvó?

—Pero eso es una insignificancia; mientras que esto!...

—Cómo una insignificancia!... ¿Le parece a usted insignificancia nuestra vida? Muchas gracias por el cumplimiento... pero nosotras nos valorizamos en mas que eso.

—No he querido referirme a la preciosa existencia de ustedes, por la que daria la mia gustoso, sino a la accion de Enrique...

—Ya vemos que su lengua se va desatando, señor Lopez, y que si antes no podia decir lo que pensaba, ahora espresa mas que lo que siente.

—Nunca, señora, nunca!... Yo podré tener muchos defectos, pero siempre digo la verdad; y la verdad es que daria mi vida con gusto, con mucho gusto por ustedes...

—¿Y usted querria que le aceptásemos su vida y no acepta usted una insignificancia?

Vaya que usted es orgulloso! ¿Con que se ha propuesto ganarnos en todo? ¿Con que quiere que todo se lo debamos y usted nada a nosotras? Pero esto no puede ser, ni será... La quinta no es una dádiva, sino una pequeña indemnizacion de un servicio mayor al que todavia somos deudoras.

—Por Dios, señora! ¿Qué van a decir mi mujer y Mercedes?

—Que digan lo que quieran; pero es preciso que usted, como jefe de la familia, sea mas cuerdo, mas razonable y mas prudente que ellas. Una de sus escusas era que ustedes tenian lo suficiente para vivir y que aceptando mi dádiva privaban a los pobres de un bien que no necesitaban. Voi, pues, a ocuparme de lo primero, porque lo último es de mi esclusivo dominio, y si yo obro mal, no tienen ustedes que intervenir en ello, sino solamente Dios que me ha de juzgar.

Yo no dudo, continuó doña Juana, que ustedes tengan lo suficiente para llenar sus actuales necesidades y aunque les sobre; pero creo que no es lo bastante para hacerle un porvenir a Mercedes. Su hija, señor Lopez, es delicada por naturaleza y tiene instintos elevados y nobles. Llegará un tiempo en que sea preciso establecerla, y en la posicion de ustedes y con sus actuales recursos, les será difícil, sino les es imposible, encontrar un partido ventajoso, es decir, que esté en armonía con sus gustos, con las inclinaciones y con la instruccion de Mercedes, porque, entre la clase pobre, y espero que no se ofenda usted de lo que digo, no se hallan si no como una escepcion y una rarísima escepcion, hombres dignos que la merezcan y que ella pueda apreciar; de consiguiente, teniendo esto en vista, y aun cuando no debiera a ustedes un gran servicio, si no tomando únicamente en consideracion que es la amiga de mi hija, he querido ponerla en actitud de que sea feliz...

—Señora! interrumpió el sarjento, echándose a los piés de doña Juana y tomándole las manos sobre las que, caian sus

gruesas lágrimas... Señora! usted es mas que un ánjel... es la Providencia!...

Doña Juana igualmente enternecida, porque el verdadero sentimiento se comunica, se empeñaba en vano en levantar a Domingo, hasta que Luisa, testigo de esta escena y que no estaba menos conmovida, le dijo: "Señor Lopez, mi mamita está indispuesta y toda impresion, aunque sea la mas favorable, aunque sea de placer como ésta, le es perjudicial a la salud, levántese y conversemos tranquilamente."

El sarjento se paró sin decir palabra; pero besando primero las manos de la señora que se las habia abandonado sin pensar en retirarlas.

—¿Conque, repuso Luisa con tono festivo, hemos conseguido convencerle?

—No es convencerme, señorita, sino obligarme a que tenga por ustedes la gratitud mas profunda; y no me pesa, porque me creo capaz de reconocer eternamente su beneficio.

—Así es como me gustan los hombres, dijo doña Juana; no crea usted que lo que he hecho ha sido de valde, porque independiente de lo que debo a ustedes estoi remunerada con usura, pues los goces que me ha hecho usted esperimentar son de aquellos que no se compran, y de aquellos que no se olvidan.

—Es verdad, porque uno no puede ni comprarse a sí mismo, ni olvidarse de sí mismo; y como todo el bien viene de usted, es natural que usted esperimente toda la satisfaccion: la práctica de la virtud lleva en sí la recompensa...

—¿Cómo es esto? Usted casi no podia decir una palabra al principio, y ahora, no solo se espresa con facilidad, sino que llega hasta la elocuencia, y hasta esa elocuencia que, no solo seduce, sino que penetra y convence?

—Lo confieso, señora, estaba turbado; pero la escesiva bondad de usted me ha dado aliento.

—Y mas que la bondad de mi mamita, el corazon de us-

ted, dijo Luisa, porque el corazon tiene una manera de espresarse inimitable. Pero es necesario, añadió la niña, que yo convide al señor Lopez para mis habitaciones; ¿querria usted venir, mamita, con nosotros? Le prometo tocarle cuanto sé de mas bonito y aquello que mas le gusta.

De la mejor voluntad contestó doña Juana, que realmente se sentia del mejor humor. Deme usted el brazo, señor Lopez, añadió, porque me siento pesada.

¡Cosa inaudita! cosa nunca vista que doña Juana se apoyara en el brazo de un hombre, y de un hombre como el sarjento!...

Luisa misma, si bien se felicitaba de la manera de obrar de su madre no podia creer a sus ojos. Era necesario que aquel hombre le hubiera fascinado para que llegase a olvidarse de sus ideas, y así habia sido en efecto, porque Domingo con su bondad, con su franqueza, con su rudeza misma, le habia agradado muchísimo.

Los criados estaban mas sorprendidos aun; porque sin conocer a fondo la dulzura del carácter de su señora, sabian cuán aristocrática era, no perdonando el menor desliz, la mas lijera palabra, la alusion mas insignificante que estuviese en contra de ese respeto ciego que exijia por la nobleza; ¡y verla ahora dar el brazo a un militar que no pasaba, segun las apariencias, de ser un soldado, o cuando mas, un oficial de baja graduacion, era lo que no podian comprender!

Luisa, contentísima de ver tan alegre y tan complaciente a su madre, de ver tan honrado al padre de su amiga, de ver que triunfaba el mérito y la virtud sobre las preocupaciones, se mostró mas afable y mas encantadora que nunca, les tocó y cantó los trozos mas escojidos de la Norma, del Trovador, de la Lucía, de la Traviata, desplegando tanta animacion y tanta gracia que al pobre sarjento le sucedió lo que le habia pasado a su hija, que creia hallarse en un mundo distinto, pensando que no estaba con mujeres sino con

ánjeles, porque todo lo que le rodeaba contribuia a aumentar la ilusion y era para él una especie de encanto.

Las horas pasaron para Domingo tan rápidas, y estaba tan enajenado que no se habia apercibido que se aproximaba la noche; y a no ser porque doña Juana dijo a Luisa que se iba a retirar, porque tenia frio, él se habria quedado quien sabe hasta cuando y hasta sin acordarse de su familia que probablemente no sabria qué pensar sobre su prolongada ausencia.

Antes que se separara doña Juana, trató pues Domingo de retirarse, no encontrándose menos embarazado para despedirse que lo que habia estado al principio de ser introducido; pero, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo se paró y dijo a doña Juana:

—Señora, Dios quiera que alguna vez se me presente la ocasion de probarle lo que es el viejo sarjento retirado, Domingo Lopez, lo mismo que su mujer Marta y sus dos hijos.

Esta manera tan estraña de despedirse y en la que no se conocia claramente lo que queria decir, no pudo menos de volver a hacer reir a doña Juana que le estendió la mano afreciéndole su amistad y su casa.

Luisa le encargó que no se olvidase de traer al dia siguiente a Mercedes lo mas temprano posible para recuperar el tiempo perdido.

Domingo salió sin volver la espalda y haciendo cortesias hasta la puerta, lo que volvió a celebrar la señora, que dijo en seguida a Luisa: —"He pasado uno de los dias mas agradables de mi vida y me voi a recojer contenta."

III.

Vuelto Domingo a su casa, fué rodeada de su mujer e hija, que le preguntaban alternativamente varias cosas sin dejarlo hablar.

—¿Cómo te ha ido?

—¿Qué le ha sucedido?

—¿Por qué te has demorado tanto?

—¿Qué le han dicho?

—¿Dejaste los papeles, etc., etc?

—¿Y cómo demonios quieren que conteste a tanta pregunta?

—Pero diga algo, padre mio.

—Pero si ustedes no me dejan principiar!

—¿Mas no te habrás estado todo este tiempo en casa de la señora?

—Por Dios! ¿Quieren dejarme comenzar o nó?

—Comienza cuando quieras, pero responde a lo que se te pregunta.

—Verdaderamente, esto es de nunca acabar... Vamos, cállense la boca y oigan:

A pesar de todo, somos dueños, o diré mejor, Mercedes es dueña de la quinta, porque no es a nosotros sino a ella, y solamente a ella, a quien se la han dado.

—Ya sabíamos que era para ella. ¿Pero cómo somos dueños de la quinta? ¿No llevabas el encargo de devolverla?

—Sí. Una cosa es decir y otra cosa es hacer; y yo las hubiera visto a ustedes en mi lugar...

—Habla, al fin, hombre.

—¿Y no son ustedes las que me interrumpen? Ya yo habia principiado, pero comenzaré de nuevo.

Y el buen sarjento contó en seguida lo que le habia sucedido, sin ocultar su turbacion, las burlas que le habian hecho, lo que se habian reido de él, etc, etc; pero de todos modos, agregó, yo me dejaria matar por tan buenas señoras, y tuve el gusto de decírselo; porque casi me ahogaba, sí, de veras... Me hablaron de mi Mercedes tan bien que cedí... y lloré... lo confieso... lloré de reconocimiento... asi como lloro ahora al solo recuerdo...

Y al honrado veterano se le cain las lágrimas sin poderlas contener, por mas esfuerzos que hacia. Es digno de risa,

continuó, ver llorar a un soldado... y ellas varias veces que lo hicieron! pero no estaba en mí moderarme, y por otra parte la señora tambien lloró; de consiguiente nada hai de estraño...

Marta y Mercedes, que conocian a su padre y que presumian lo noblemente que se habria conducido, porque la nobleza del corazon siempre se manifiesta, lo abrazaron, prodigándole los mas tiernos cariños.

—Ya estás rica, dijo al fin el sarjento a Mercedes, y ahora tienes asegurado tu porvenir, como decia la señora, lo que significa, segun tambien me manifestó, de que puedes casarte cuando quieras teniendo la libertad de escojer un sujeto que te acomode, porque ahora puedes regodearte. No creas que esto me desagrada y fué lo que mas me persuadió y lo que me hizo llorar, pero llorar de alegria y de gratitud, se entiende.

—Démosle gracias a Dios, dijo Marta, porque asi como le pedimos consuelo en nuestros pesares, debemos mostrarnos agradecidos en nuestra alegria.

Y la devota mujer se arrodilló ante sus imájenes en compañia de Mercedes, cuyo ejemplo imitó Domingo desde el lugar que ocupaba.

IV.

Estaban todavia en oracion cuando entró Teresa, la mujer del zapatero a quien Mercedes socorriera en una crítica situacion, la que viendo la actitud en que se encontraban, no quiso perturbarlos, sino que se arrodilló tambien.

Cuando Marta y Mercedes se levantaron, vieron a Teresa hincada como ellos.

—Teresa, le dijo Mercedes yendo hácia ella y abrazándola con cariño; ¿se te ofrece algo? Habla... En cuanto podamos serte útil, dínoslo sin cortedad, porque, te lo aseguro, nos proporcionarás con ello el mas grande placer.

Domingo y Marta apoyaron a su hija.

—Muchas gracias, contestó Teresa; nada he venido a pedirles, porque de nada necesito; pues parece que Dios ha bendecido esta casa, y no puede menos de ser así, porque en ella habita un ánjel, y este ánjel eres tú, Mercedes, porque de tí y por tí nos vienen tantos beneficios.

—¿Estás loca, Teresa?

—Yo sé mui bien lo que digo, y no solamente soi yo quien lo dice sino todos los habitantes del conventillo.

—Sin razon, Teresa, porque a quien debemos estar agradecidos es a la señorita Luisa Valdes... ella sí que es el ánjel tutelar, el ánjel de guarda que tenemos, porque es ella la que hace con nosotros las veces de Providencia.

—Es verdad, Mercedes, pero si no fuera por tu intervencion...

—Te equivocas; yo no he intervenido en nada. Todo lo que ha hecho ha sido de su propia voluntad, sin que yo le haya insinuado lo menor.

—Te creo, Mercedes, y siento por esa señorita afecto y gratitud; pero es indudable que tú tienes mucha parte en los beneficios que ella nos ha hecho y en los que nos está haciendo otra persona.

—¿Quién?

—Me han encargado el secreto.

—Entonces no lo digas, repuso Marta.

—Sin embargo, con ustedes nada tendria de particular; porque nadie me quitará de la cabeza que Mercedes tiene parte en esto.

—Vamos, vamos, ya voi teniendo parte en todo, y en resumidas cuentas no tengo parte en nada.

—Al fin, dijo Teresa que estaba deseosísima de contar lo que sabia, esto es un secreto que a nadie perjudica y cuya revelacion hace bien, sobre todo cuando se hace a personas tan buenas y caritativas como ustedes.

—Ya que lo has de contar, dilo luego, porque has picado mi curiosidad y me han dado ganas de saberlo.

—Ayer estaba conversando con Tomas, que es el nombre del sirviente de nuestro vecino el caballero pintor, a quien conozco desde muchos años.

—¿Al criado o al patron?

—Al criado, se entiende, desde que hablaba de él; pues bien, estábamos conversando sobre lo que ocurria en el conventillo, (Teresa no quiso decir los grandes elojios que habia hecho de Mercedes) cuando él me dijo que tenia encargo de su patron para informarse sobre la ropa que podia faltar a las personas de los cuartos, porque habiéndoles dado todos los trastos necesarios para una casa la señorita Luisa, queria él, pero sin que lo supiera nadie, para que se figuraran mas bien que era la misma señorita Luisa, regalarles un poco de ropa; pero como a mí me será imposible hacer la dilijencia convenientemente y sin que me conozcan, que es lo que mas me ha recomendado mi patron, repitió Tomas, por cuyo motivo vengo a ver si quieres tú desempeñar esa comision. Yo me presté gustosa, como ustedes pueden figurárselo, e hice la dilijencia lo mejor que pude, y hoi he recibido diez y seis piezas de jénero blanco de veinticuatro yardas para dar una a cada cuarto, juntamente con algunas otras cosas que ya les he repartido segun su voluntad y sin decir a nadie nada.

—¡Qué accion tan caritativa! esclamó Marta.

—¡Qué buen jóven! dijo Domingo.

—¡Y qué nobleza de proceder! agregó Mercedes. ¡Empeñarse tanto por ocultar lo que todo el mundo debiera saber! Es mui bonito.

—Asi es como a Dios agrada la caridad, repuso Marta.

—Ahora, señora, añadió Teresa, ¿he hecho bien o mal en revelar este secreto?

—Bien, mui bien, se anticipó a decir Mercedes, porque así tendremos mayores motivos para apreciarlo.

—Y para quererlo, agregó Domingo.

—Pero esto no es todo. Tambien me habia encargado Tomas que me informase si no habia allí algun artesano honrado, porque su patron le habia dicho que le prestaria dinero, sobre cuyo encargo no dí ninguna respuesta, temiendo comprometer el dinero de una persona tan buena; pero ¿quiéren saber lo que ha sucedido? A mas de la ropa que me habia traido para repartir y la que me dió a mí en particular, me dijo Tomas:—"Aquí traigo, por órden de mi patron, quinientos pesos para que tu marido pueda trabajar con desahogo; no se los dá sino que se los presta, devolviéndoselos cuando quiera, es decir, cuando haya podido ganar algo y trabajar por sí mismo."

Yo le contesté que nó podia aceptarlos sin consentimiento de Santiago, que habia ido a la plaza a vender unos zapatos y que no tardaria en volver. En efecto, apenas acababa de decir esto, cuando él apareció. Tomas le hizo la proposicion y Santiago aceptó con gusto y con agradecimiento; pues él se propone poderlos pagar en seis meses, quedándole otro tanto para trabajar. Tomas dijo a mi marido de firmarle un pagaré a la vista, pues era inútil ponerle plazo, porque él lo pagaria cuando quisiese, no siendo el papel sino como constancia que él tenia que dar a su patron para hacerle ver que habia invertido el dinero segun su voluntad. Nada mas lejítimo y natural que esto, y Santiago firmó en el acto, siendo ahora dueño de quinientos pesos que va a emplear mañana mismo para poner un activo trabajo.

—Esto sí que es bueno, volvió a repetir Domingo, con mas entusiasmo que en la vez anterior. Ayudar al trabajador! confiar en su honradez! es darle los medios para que gane la fortuna y enseñarlo a tener probidad!... Ese interesante jóven, de tanto talento como de tanto corazon, conoce a los pobres, porque él ha nacido pobre y sabe que entre nosotros se encuentra tambien la virtud y que lo que

jeneralmente necesitamos no es mas que un débil apoyo.

—Pero usted, señor don Domingo, repuso Teresa, habia ya hecho tanto o mas que él, porque usted ha prestado a Santiago una cantidad sin que se la devuelva a usted sino con la condicion de que la preste él a otro aflijido, bajo las mismas bases y sin el menor papel, sino fiándose únicamente a su conciencia; y no crea usted por esto, señor don Domingo, que yo y Santiago dejamos de estar agradecidos al favor del caballero pintor, sino que tambien se lo reconocemos a usted.

—Yo he tenido una buena idea, lo confieso, pero esta buena idea me ha sido inspirada y se la debo en gran parte, podria decir en su totalidad, a mis hijos, porque yo no he hecho mas que servir de medio.

—Ojalá Dios, señor, les remunere tantos beneficios; pues nadie me quitará de la cabeza que todo el bien que recibimos nos viene de ustedes y especialmente de Mercedes.

—Si algo hemos hecho, dijo Marta, nuestro *Señor* nos ha recompensado ya mas de lo que merecíamos.

Y Marta contó a Teresa la donacion de la quinta de Yungai, que en ese mismo dia les habia hecho la madre de la señorita Luisa Valdes, convidando a Teresa para que al dia siguiente de madrugada fueran a ver la quinta.

—Ahora, dijo Domingo, es nuestro deber convidar a nuestros vecinos; pues aun cuando nosotros no tenemos tan buenas cosas como ellos, verán al menos nuestra voluntad, y como sabemos querer y honrar el mérito, se contentarán con nuestra admiracion; y tú y tu marido tambien eres de la partida, Teresa; ¿no te parece bien mi pensamiento, querida Marta?

—Mui bien, amigo mio, y desde luego puedes ir a convidarlos.

El sarjento salió en seguida, y Marta, Mercedes y Teresa principiaron a acomodar las cosas del modesto festin.

Proyecto de enlace y partida de Luisa.

I.

La tia Anastasia y su sobrino, que estaban en espectacion de cuanto pasaba en la vecindad; que habian visto que el coche de doña Juana habia pasado como al medio dia, dejando a Mercedes, y que el sarjento habia salido en seguida de gran parada, no sabian qué conjeturar de todo esto y habian despachado a Tomas para que averiguase lo que significaba ese movimiento, cuando llegó Domingo personalmente a convidarlos, convite que aceptaron en el acto, informándose préviamente de las personas que habian; y cuando supieron que solo estarian los de casa, se dispusieron a ir, no sin haber pedido al sarjento que les permitiera mandar algunas de sus provisiones, a lo que el bueno de Domingo accedió tanto mas gustoso cuanto que sabia que en su casa no habia tan buen mosto, como él llamaba al Oporto, ni tan buena chicha fermentada, como decia por el Champaña, aun cuando conociera lo que era; pero por un espíritu de nacionalidad, tan natural entre nosotros, sostenia que él habia tomado en Aconcagua una chicha mui superior al Champaña, lo que no le impedia tomar sus sendos tragos y hacer sonar el paladar a cada copa.

La cena fué mui animada. El sarjento, que no queria tener secretos para tan buenos y jenerosos vecinos, les habia contado el asunto de la donacion, sus embarazos y cuanto ha-

bia sufrido, visto y agradádole en aquel dia que no tenia para él igual en su vida.

Víctor y Anastasia, si bien sorprendidos de la jenerosidad y del comportamiento de doña Juana respecto a aquellas pobres jentes, las habian alabado con mucho entusiasmo su jenerosidad, aun cuando en la conversacion deslizaron algunas espresiones que iban dirijidas a probar que doña Juana y su hija, cediendo la quinta, pagaban a bajo precio el favor que recibieran al libertarlas de una muerte segura; pero insinuando esto con tal arte, que nadie pudo notar el verdadero espíritu de sus palabras, porque se apoyaban ademas en lo mismo que doña Juana habia dicho. Pero Domingo, Marta y Mercedes sostenian, y sostenian con calor, que todo era efecto de la jenerosidad de aquellas señoras, a quienes se consideraban obligados a estar mui agradecidos.

Víctor, como es de presumirlo, no dijo una palabra sobre sus dádivas, si bien adivinó en el acto que el secreto habia sido divulgado por Teresa, pues tanto la actitud de ésta y de su marido, cuanto algunas espresiones que se escaparon durante la conversacion, se lo habia hecho conocer.

Cuando los convidados se retiraron y que Mercedes habia ido a acostarse, Domingo dijo a su mujer:

—¿Sabes, Marta, que la donacion de hoi me ha hecho pensar en una cosa?

—Cuál?

—En el casamiento de Mercedes, porque esta fué la principal idea de doña Juana y lo que en realidad me hizo mas fuerza.

—Ya sé donde quieres venir.

—¿Lo adivinas?

—Sí.

—¿Al casamiento de Mercedes?

—Lo acabas de decir.

—¿Pero no con quién?

—Tambien te he adivinado.

—¿Con Víctor?

—Con Víctor.

—¿Esto prueba que tengo razon?

—Indudablemente, pero nuestra hija es todavia tan jóven que no quisiera verla esclavizada tan temprano.

—¿Qué llamas esclavizada, mujer? ¿Acaso podia ser mas libre y mas feliz que unida a un jóven tan bueno y tan intelijente como lo es Víctor? Por otra parte, si tú no lo has notado, a mí me parece reconocer cierta inclinacion en ambos.

—Yo creo lo mismo.

—Si a tí te parece, bueno seria que nos esplicásemos francamente con la tia, porque ella debe gustar de este enlace, sobre todo cuando está de manifiesto que no es por interes, puesto que Mercedes tiene su fortuna asegurada mediante el favor de mi sia Juana.

—Nosotros no debemos dar el primer paso, esperemos que ellos lo hagan.

—¿Cuál es el inconveniente? En mi opinion, la tia estaria contentísima de esta alianza, pues creo que me ha hecho algunas insinuaciones.

—Deja que si lo desea se esplique claramente. Una niña no se ofrece, Domingo, sino que se aguarda a que la soliciten.

—Yo no digo que se la vayamos a ofrecer, pero se tantea el terreno.

—¿No dices tú que te ha hecho insinuaciones?

—Así me lo he figurado.

—Aguardemos a que se manifiesten del todo.

—Como tú quieras; pero a mí me parecia que seria lo mejor una esplicacion y este es camino mas breve, desde que este matrimonio te gusta.

—Me gusta muchísimo, porque cuanto conocemos del jóven es digno de elojio; pero quién sabe si no tiene cariño por Mercedes y todos sus obsequios no pasan mas allá de

la política que la buena jente guarda con vecinos honrados y que les son agradables.

—¿Te figuras eso?

—No me lo figuro sino que debo de suponerlo.

—Tu humildad y tus precauciones te conducen hasta la tontera, Marta; ¿cómo piensas que se pueda ver a Mercedes sin quererla?

—Advierte que esto lo dice su padre.

—No tomo en cuenta el que sea yo su padre, sino que me fijo en sus cualidades y tambien en su hermosura. Cáspita! ¿Dónde quieres encontrar una niña mas linda que nuestra hija? Si esceptuamos a la señorita Luisa, yo no he visto nada igual, inclusa tú cuando tenias tus quince o diez y seis años; pero vamos por el camino derecho: ¿te gusta o no el proyecto?

—Ya te lo he dicho.

—Pues entonces déjame obrar, que yo arreglaré las cosas militarmente.

—No, amigo mio, en este particular quiero yo ser el único juez y el único árbitro.

—¿Y yo no entro en cuenta para nada?

—Sí, porque tanto te interesa a tí como a mí; pero te pido el favor que me dejes conducir el asunto, o mas bien, que no te entrometas, pues mi idea es dejar que las cosas marchen por sí mismas.

—Haz como quieras, pero no vaya a suceder que lo perdamos todo por ser tan precavidos.

—No, Domingo, el casamiento se hará si el jóven tiene cariño a Mercedes, pues él sabrá esplicarse, y si no, nada se ha perdido y no habremos dado un paso en falso.

Habiéndose puesto de acuerdo Domingo y Marta, sobre la conducta que debian observar en un asunto tan delicado como éste, y convenidos en no hablar tampoco a Mercedes, se retiraron a sus cuartos por ser mui entrada la noche y

tener que levantarse temprano, para ir a ver la propiedad que les habia venido tan impensadamente.

II.

Mui de madrugada pusiéronse todos, incluso Teresa, en marcha para Yungai; ¡pero cuál seria la sorpresa de Domingo y Marta al ver aquella quinta con sus jardines, arboledas y hermosa casa, y que esa quinta era de su propiedad! La pintura que les habia hecho Mercedes, les parecia nada respecto a lo que veian, y casi no podian dar crédito a que todo aquello fuese de su hija, y por consiguiente de ellos! Y sin embargo, el hortelano que estaba trabajando se acercó a Mercedes con el mayor respeto para pedirle órdenes, "pues se le habia dicho, añadió, desde el dia anterior que el fundo habia cambiado de dueño y que ella debia ser la propietaria, porque la señorita Luisa se la habia retratado para que él la conociera, y que creia no equivocarse.

Mercedes, confusa con su nueva posicion de propietaria no sabia qué decir al hortelano, hasta que su padre, mas acostumbrado a mandar, por su vida de cuartel, le dijo:

—Es verdad que la señorita es la dueña, y yo que soi su padre, mediante la jenerosidad de la señora doña Juana, y de su incomparable hija la señorita Luisa. Respecto a lo que tiene usted que hacer, veremos mas tarde: mientras tanto acomode lo que le parezca.

El hortelano hizo una reverencia, volvió a tomar su azadon y se dirijió a su trabajo, no sin llamar a su mujer para que trajera las llaves.

Luego vieron venir a una aldeana todavia jóven, y a quien reconoció Mercedes por haberla visto el dia anterior, con un manojo de llaves en una mano, conduciendo un niño con la otra.

La pobre mujer, un tanto intimidada, preguntó a Mercedes si queria que abriese la casa.

La sorpresa del sarjento, de Marta y de Teresa iba en au-

mento a medida que se les presentaban nuevas cosas. ¡Verse dueño de todo aquello que para ellos era de una riqueza incomparable, les parecia un prodijio, un encanto, un sueño, y no cesaban de preguntar a Mercedes si aquello tambien estaba comprendido en la donacion, a pesar de haber leido que ésta decia terminantemente "con todo lo que en la quinta hubiese."

—El gallinero, las vacas, los conejos, la cocina, llamaron particularmente la atencion de Marta, no cansándose de admirar la limpieza y la comodidad de la última.

La mujer del hortelano las acompañaba, mostrándoles cada cosa, especialmente en lo que tenia relacion con el esterior, con el cultivo y con el provecho que se sacaba diariamente de todo.

Marta le preguntó las condiciones con que estaban allí.

—Mi marido y yo, señora, respondió la aldeana, no hemos hecho trato ninguno con la patrona, sino que somos sus inquilinos porque hemos nacido en su hacienda, y su merced dijo a mi marido de venirse para acá a cuidar esta quinta, que segun he sabido se la han vendido a la señorita. Su merced la patrona, nos dejaba todo con tal de llevarle a su casa diariamente fruta, verdura, huevos y leche; pero el resto lo vendíamos para nosotros.

—Quédense ustedes bajo las mismas condiciones, llevando siempre a la señora lo que le llevaban ántes.

—Y a su merced, qué le llevaremos?

—Nada por ahora; mas tarde lo árreglaremos.

Domingo, despues de haber conversado largo con el hortelano, visto cada árbol y preguntado por cada flor que le era desconocida, habia dicho a su mujer y a su hija:—"Creo que será tiempo de retirarnos, porque prometí ayer a la señorita Luisa llevarte desde temprano, y si no encontramos un coche, el camino es largo y llegaremos tarde." Con lo cual todos se pusieron en marcha.

III.

Aquel dia doña Juana y su hija estuvieron mas cariñosas, si esto era posible, con Mercedes, como para hacerle olvidar la dádiva que le habian hecho; pero la delicada niña se hallaba avergonzada, y sin saber por qué esperimentaba cortedad, sintiéndose con menos confianza que antes, hasta que Luisa, comprendiendo lo que pasaba por su amiga, la distrajo de manera que no se volvió a acordar en aquel dia de que era propietaria de una hermosa quinta.

Vuelta a su casa pensó que no le habia contestado la carta a su hermano, de donde provenia toda la felicidad de que gozaba y todos los beneficios que recibian, porque sin él, sin su valor, sin su arrojo temerario, nunca hubiera tenido ocasion de conocer a Luisa; asi es que llena de gozo y de gratitud, tomó la pluma y le escribió la siguiente carta:

"Mi querido Enrique:

"No sé cómo principiar esta carta... Tengo tanto que decirte, tanto que contarte, tantas cosas que nos han sucedido y que van a serte tan agradables, que, verdaderamente, no sé por cuál de ellas comenzar.

"Pero principiaré por tí, porque me parece que te estuviera viendo, Enrique, cuando recibas y abras este paquete en que va lo que no esperabas, en que van nuestros retratos y el de *ella!* El de *ella!* que te lo manda de su propia voluntad y no como el que tienes, que me lo arrancaste por la fuerza!

"Qué contento vas a estar! Qué feliz vas a ser, Enrique!... Y yo tambien lo soi, porque yo me alegro de todo lo que tú te alegras, ¿no es verdad, hermano mio? Figurarme la dicha que tendrás cuando rompas esta carta y cuando veas lo que ella contiene, me hace a mí saltar de contento escribiéndotela!...

"Pero nada te he dicho todavia! Ya ves cuán atolondrada soi! Sin embargo, discúlpame; porque no es atolondra.

miento sino ignorancia... La falta de costumbre de escribir y el gozo que esperimento, me embarazan realmente.

"¿Qué te diré, hermano mio? Ya sabes que voi diariamente a casa de Luisa y que ella me enseña muchas cosas, lo que es de su parte mucha bondad; pero no se ha limitado a esto, sino que ha venido ella misma a casa!... ¿Lo creerás, Enrique? Ella, tan rica y tan noble, venir a la casa de unos pobres! ¿No te parece increible? Y no contenta con esto, nos obligó a ir con ella a una fotografia para sacar nuestros retratos y mandártelos! ¡Qué pensamiento tan delicado! ¿no es verdad? Figurarse el placer que tú tendrias al ver a tus padres estando separado de ellos y proporcionarte este gusto, ¿no demuestra un fondo de bondad infinito? Y en seguida, querer tambien ponerse en un mismo grupo con nosotros, ¿no es de una humildad y de una ternura sin ejemplo? Y cuando me dijo de mandarte uno de esos grupos, no puedes figurarte el placer que sentí, pues me acordé en el acto del que tú tendrias! Y a tal punto llegó mi contento, que casi, casi habia, sin pensar, revelado tu secreto! ¡Ai por Dios! ¿Qué habria dicho? Si se hubiese incomodado por tu causa, era capaz de no haberte vuelto a ver en mi vida... pero afortunadamente me contuve a tiempo...

"Si no te contara mas, quedarias mui satisfecho, porque lo que te he dicho es suficiente para que te vuelvas loco de alegria; pero aun tengo otras cosas que te admirarán mas... Si vinieras ahora, no conocerias ni el conventillo ni á sus habitantes, de tal manera ha cambiado todo esto Luisa en un solo dia, cual si poseyera esa *varillita de virtud* de las Hadas, que tanta admiracion nos causaba cuando leíamos el *Almacen de los niños*... Los cuartos interior y esteriormente están aseados, una hilera de árboles ha sido plantada en medio de la calle, que la adorna muchísimo, dando a la vez sombra y frescura. Cada habitacion tiene su catre de fierro, colchon, sábanas, mesa, sillas, vasos y todo cuanto es necesario en una casa; y esto, que te parecerá un prodijio, como

es en realidad, ha sido hecho por Luisa en un solo dia! Y si tú hubieras visto la bondad con que trataba a los enfermos, tu admiracion no habria tenido límites!... La habrias adorado, Enrique, como se adora a Dios!..

"Pero hai otra persona que ha tomado parte en tan buena obra. ¿Te acuerdas de los nuevos vecinos, la tia Anastasia y su sobrino, que ocuparon la casa inmediata el mismo dia de tu partida? Pues bien, este interesante jóven, que tiene tanto talento como buen corazon, se ha valido de Teresa, encargándole el secreto, para darle a cada uno toda clase de ropas, y a Santiago le ha prestado quinientos pesos para que trabaje con desahogo! Tan felices acontecimientos sucedidos en tan corto tiempo, nos tienen a todos de un humor inmejorable, y solo sentimos que tú no te encuentres aquí para que gozaras juntamente con nosotros.

"Y todavia, mi querido hermano, no te he comunicado todo, todavia me queda lo mejor, y estoi segura que vas a pensar que deliro o que me he vuelto loca... y sin embargo, cuanto te digo no es un sueño, sino una realidad! Sabrás, hermano mio que ya no soi la niña pobre que tú dejaste y para la que querias trabajar y ganar dinero... ahora soi rica, soi propietaria y puedo disfrutar de muchas comodidades, las que son igualmente tuyas, porque todo cuanto tengo te pertenece. Te diré luego lo que sucede, porque sé que estarás impaciente de saber cómo se ha hecho este milagro. No te contaré los detalles sino que te diré solamente que la señora doña Juana me ha regalado ayer una hermosa quinta en Yungai con todo cuanto ella contiene. No te comunicaré tampoco todo lo ocurrido, porque cuando vengas lo sabrás de viva voz y te esperamos para tomar posesion de la quinta, pues mi madre no quiere habitarla mientras tú no llegues, en lo que hemos estado todos de acuerdo, porque tú eres el verdadero propietario... Sin tu accion, querido Enrique, ¿habria yo conocido a Luisa? Y sin conocerla, ¿habríamos obtenido tantos beneficios? De consiguiente todo viene de

tí y por consiguiente todo es tuyo, incluso el corazon de tu hermana

MERCEDES."

"P. D.—Si nada te he escrito sobre nuestros padres, es porque tú mismo debes figurarte que lo único que sienten es no tenerte a su lado."

IV.

Un mes pasó Mercedes al lado de Luisa, y cada dia que trascurria afianzaba mas la amistad de ambas jóvenes, y sin los cuidados que les causara la salud de doña Juana, habrian sido completamente dichosas; pues el cariño que se profesaban bastaba a sus inocentes corazones.

Un dia encontró Mercedes a Luisa sumamente triste; y alarmada de verla asi, le preguntó la causa.

—Es que anoche, amiga mia, le dijo ésta, el médico que asiste a mi mamita le ha dicho terminantemente que si no sale luego al campo se agravaria mas. Mi mamita, añadió, habia pensado irse en el verano, para lo cual me dijo anoche que habia mandado arreglar las casas; pero ahora está decidida a irse en pocos dias y hoi ha ordenado que vengan algunos inquilinos para preparar el viaje: esto es lo que me tiene triste.

—En efecto, Luisa, le contestó Mercedes ¿qué va a ser de mí mientras tú estes lejos? Yo estaba tan satisfecha que me parecia que nunca me habia de separar de tí... ¿Qué haremos? Yo creo que no podré vivir o que va a sucederme una desgracia. Te acompañaré, Luisa... Yo serviré a doña Juana en todo... ¿quieres que les proponga a mis padres?

—Yo habia pensado lo mismo, pero mi mamita me dijo anoche: "ese es mucho egoismo, hija mia, Mercedes hace falta a sus padres; y aun cuando ella quisiera acompañarte no estaria tranquila por estar privada de su familia." Yo ví que tenia razon, y no insistí. Por otra parte, talvez mi ma-

mita se restablezca luego y entónces volveremos a Santiago en buen tiempo.

—Mercedes lloraba... ella no podia conformarse con esa separacion y pensaba que ya no volveria a ver a su amiga... y en su dolor le decia: "talvez no soi buena hija al separarme de mis padres, pero querria acompañarte: hai algo en mi corazon que me dice que voi a ser mui desgraciada...

—No seas niña... ¿Qué puede sucederte al lado de tu familia? Si yo no supiera el pesar que tendrian tus padres, si los dejaras solos, y si no supiera que te habias de arrepentir en el acto, te diria ven, porque yo tambien siento esta separacion; pero no es justo ni tú lo harias.

—Si no me puedo conformar...

—Y sin embargo, es preciso, porque la salud de mi mamita así lo exije.

Las dos amigas se abrazaron sollozando; pero como al fin todo se calma, vino un poco de serenidad que, sin disipar la tristeza, dió lugar a la reflexion.

Tres dias transcurrieron antes que llegaran los mozos de la hacienda y todo ese tiempo lo empleó Mercedes ayudando a Luisa, y a doña Juana en sus preparativos de viaje habiéndose abandonado del todo las lecciones.

El último dia, dia tanto mas triste cuanto mas próxima era la partida, porque en los últimos momentos es cuando el sentimiento crece y cuando se esperimentan los temores que siempre trae consigo la ausencia, en ese postrer dia, Luisa llamó a aparte a Mercedes y la condujo hasta su dormitorio donde la hizo sentarse a su lado.

Hubo una pausa antes de principiar el diálogo; pues jeneralmente necesita el alma reconcentrarse un poco en sí misma, para que venga, en los momentos solemnes o en aquellos instantes de angustia, a espresar por medio de la palabra los pensamientos que nos ocupan...

Luisa tomó una mano a Mercedes y con una voz en que se revelaba la emocion interior, la dijo:

—Hasta ahora, Mercedes, no habia esperimentado jamas el sentimiento de la amistad. He podido tener hácia algunas personas afectos mas o menos fuertes, simpatías mas o menos grandes; pero tú eres la única que has hecho en mí una sensacion profunda, porque solo tú me has hecho conocer lo que hai de sublime, lo que hai de desprendido, lo que hai de suave, de balsámico y de consolador en esa relacion íntima, injénua, franca, afectuosa y desinteresada que se llama amistad, palabra que desgraciadamente se encuentra en boca de todos, que todos confunden, de que todos se vanaglorían y que sin embargo ninguno aprecia, y cuya estension, y cuya profundidad, y cuyos deberes recíprocos pasan desapercibidos a la gran mayoría de los hombres... Para mí la voz de amiga es sagrada y por eso no la he prodigado ni la prodigaré nunca... La amistad, lo mismo que el amor, no puede darse sino en la virtud que nos eleva, en el aprecio mutuo nacido de la estimacion y que no se sujeta a los vaivenes de la fortuna, que no apaga nada ni nadie, porque resiste a cuanto contratiempo pueda darse, con tal que queden siempre subsistentes las cualidades que lo han producido, y tú las tienes en abundancia y mui privilejiadas, mi querida Mercedes.

—Luisa! ¿quieres hacerme con tus palabras aun mas penosa, aun mas terrible tu separacion?

—No, amiga mia; pero quiero en realidad hacerla mas tierna y que se te quede mas grabada.

—Podria entonces decirte que no me conoces.

—Sí, querida Mercedes, te conozco y por lo mismo que te conozco te aprecio y te quiero...

—En ese caso ¿por qué me dices que deseas hacer la impresion mas profunda?

—Porque me he propuesto servirte de apoyo... y es imposible saber lo que puede acontecer durante mi ausencia...

—Temes algo?

—Sí.

—Pues bien, un presentimiento igual esperimento yo.

—Ya lo ves; y cuando se da esa identidad de impresiones, ¿por qué dudar? Dicen que en el alma hai secretos que se revelan únicamente por una especie de intuicion; y en este caso ¿debemos poner en duda los presentimientos?

—Me haces temblar!...

—Nada afirmo sin embargo; pero no sé por qué temo.

—Y yo tambien.

—La ausencia de unos cuantos dias, o de unos cuantos meses significa bien poco; pero presiento algo de terrible en esta separacion.

—¿Estaria acaso mi destino comprometido en ella?

—El tuyo y el mio, si he de dar crédito a una voz interior que me dice que hemos de sufrir mucho, muchísimo...

—Y entonces ¿por qué partes? y entonces ¿por qué me dejas? y entonces ¿por qué no me permites que te acompañe? Las dos seríamos felices...

—Así lo creo; pero parto y te dejo porque es mi deber; y no te permito que me acompañes, porque tienes que cumplir con el tuyo...

—Tienes razon, Luisa, y es preciso que nos esperemos a todo: la resignacion en la desgracia tiene gran mérito.

—Puede ser que los temores que nos asaltan sean infundados y efecto solo de una organizacion impresionable y fantástica, pues hasta ahora no tenemos el menor motivo de alarma, porque la separacion de tu hermano es momentánea y la mia no lo será menos...

—Con todo...

—Es verdad que, a pesar de no existir motivo alguno, nos alarmamos; pero esta alarma es nacida de un presentimiento que sin motivo alguno, produce en mi imajinacion ciertas sombras que me hacen entrever un oscuro horizonte.

—Esplícate claramente, porque estos temores vagos, de

los cuales tambien participo, aumentan el penar de la separacion y de la ausencia.

—Pues bien, amiga mia, voi a ser contigo franca, voi a revelarte lo que pienso, sin que por esto me creas infalible, porque yo puedo equivocarme, y creo en verdad que me equivoco...

—Habla.

—Temo quizás herirte.

—Jamas, porque la amistad nunca hiere desde el momento que, por falsos que sean los conceptos, solo se tiene en vista el interes de la persona a quien se aprecia y que por el hecho de apreciarla se favorece.

—Así es como yo lo concibo, y por el mismo motivo voi a decirte de a donde creo que nos venga todo el mal y talvez toda nuestra futura desgracia.

—¿De quién?

—Del pintor Victor.

—De Victor! Imposible!... Tú no lo conoces; pues si supieras lo que él es, formariais una idea distinta...

—Puedo equivocarme; pero justamente porque no lo conozco es porque temo.

—¿Pero qué es lo que temes?

—No me es dado penetrar en los arcanos del porvenir; sin embargo, hai un *no sé qué* que me hace temblar.

—Eres injusta, Luisa.

—Lo deseo, y ojalá mi vaticinio no sea verdadero.

—¡Ah! si supieras los temas de bondad y de caritativa abnegacion que encierra el alma de ese jóven!...

—Ya me has contado muchos de sus actos jenerosos; pero no puedo concebir la razon por qué se oculta de mí... Hace mas de un mes, querida Mercedes, que nos liga una estrecha amistad y una simpatia que nada puede destruir ni borrar, y hace el mismo tiempo tambien que tú conoces a ese jóven; ¿por qué, pues, sabiéndonos tan unidas, no se ha presentado a mi vista? Debia él comprender que me seria mui

agradable tener relaciones con la persona que tú apreciabas y que talvez admiras ¿por qué ha sentado este conocimiento a pesar de mis visitas, a pesar de tus insinuaciones, a pesar de mi convite?

—Lo ignoro, pero habrá tenido sus motivos.

—No hai pretesto alguno que sirva para rehusar asi la amistad de una persona como yo; y no creas que digo esto por vanidad, pero tengo la justa apreciacion de mí misma.

—Es quizá que él no te conoce.

—Bastaria que te conociese a tí, para tratar de conocerme a mí.

—Dices bien; ¿pero qué infieres de allí?

—Nada infiero, y sin embargo, temo mucho.

—¡Cómo! ¿tan lijeramente formas un juicio?

—Te he dicho y te repito que nada puedo decir, que nada puedo determinar; pero ¿soi dueño acaso de mis presentimientos?

—¿Y cuáles son esos presentimientos?

—Creo habértelo dicho: que todo el mal nos vendrá de él...

—¡Por Dios, Luisa! ¡Por Dios, que me haces temblar!

—No aceptes mis juicios, pero precávete...

—¿Y qué desgracia puede sobrevenirme?

—Es imposible que te la esplique, porque no la concibo, y a pesar de todo esto, la temo...

—Por ahora me parece que te has engañado.

—Dios lo quiera.

—Al contrario, debemos esperar el bien de un corazon tan bueno y de una intelijencia tan superior.

—Si tienes esa persuasion, está bien; pero no mires con indiferencia las palabras y las advertencias de tu amiga.

—No necesitabas decírmelo, y a pesar del aprecio que esperimento por Víctor, no olvidaré tus observaciones.

—Ellas son dictadas por un sentimiento noble, el sentimiento de la amistad que nos posee a ambas y que tambien nos honra.

Ahora, añadió Luisa, este es el último dia que vamos a estar juntas y sin disminuir el pesar que trae consigo la separacion, espero que pienses en tu Luisa y en poco tiempo mas tendremos el placer de volvernos a ver, y quizá de no separarnos, pues me he propuesto que, sin arrebatarte a tus padres, sin alejarte de ellos, pases conmigo gran parte del tiempo... A la vuelta te comunicaré mi plan que nos hará felices.

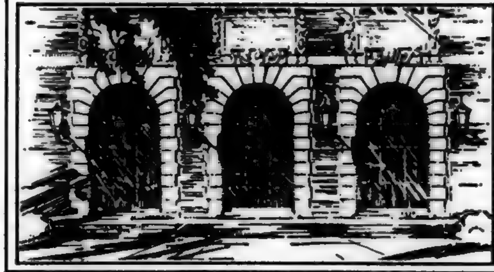
A pesar de estas esperanzas, que eran un verdadero consuelo, las dos amigas se separaron tan tristes como si hubiera sido una distancia inmensa la que iba a separarlas, o una ausencia mui prolongada la que tenian que esperimentar.

Mercedes, despues de despedirse de Luisa y de la señora doña Juana, haciendo esfuerzos, cuanto era posible, para ocultar su afliccion y sus lágrimas, volvió a su casa en un estado de tristeza imposible de describir y que ni Domingo ni Marta combatieron, porque ellos esperimentaban el mismo pesar, aunque no tan profundamente.

Víctor y su tia se mostraron mui solícitos con sus vecinos, y el primero especialmente apareció mui sensible a la desgracia de Mercedes, aun cuando, como debe presumirlo el lector, esa partida lo regocijaba y era el resultado de su combinacion, pues él mismo, sin descubrirse, habia hecho de manera que el médico ordenase la pronta salida al campo. Ah! si Mercedes hubiese podido penetrar en aquel corazon habria quedado abismada, talvez no habria comprendido tanta hipocresia y tanta maldad!... pero ella agradecia infinito las atenciones delicadas de Víctor y el modo como la consolaba hablando con frecuencia de su amiga, y ensalzándola como merecia.

Dejaremos que se desarrollen mientras tanto los acontecimientos en Santiago, para ocuparnos de Enrique y de Luisa a quien seguiremos a su hacienda.

FIN DEL TOMO I.



LOS SECRETOS DEL PUEBLO.

LOS

SECRETOS DEL PUEBLO

NOVELA SOCIAL Y DE COSTUMBRES

POR

MARTIN PALMA.

TOMO II.

VALPARAISO:

IMPRENTA DEL MERCURIO

DE RECAREDO S. TORNERO.

1869.

LA HACIENDA DE SAN JORJE.

Llegada de Enrique.

I.

Enrique habia sentido dejar a sus padres, pero el tesoro que obtuviera de su hermana, el retrato de Luisa lo trasportaba de alegria. La imájen de aquella mujer a quien tanto amaba, le servia, segun la espresion de que él mismo se habia valido, como de talisman para aminorar su afliccion y consolarse en la ausencia; asi es que emprendió su camino sin esperimentar esa sensacion dolorosa, que se sufre cuando uno se separa por primera vez de la casa paterna y de todo aquello en medio de lo cual ha vivido desde su infancia y que está como identificado a la propia existencia.

No poco contribuirian tambien a disminuir su afliccion los sueños de fortuna que se forjara y la ambicion de adquirir en poco tiempo todo lo que le faltaba, no decimos para ponerse al nivel de Luisa, porque ésto lo creia imposible, sino para que la distancia que lo separaba de ella no fuera tan inmensa.

Enrique se unia, pues, a sus compañeros, lleno el corazon de esa alegria que lleva consigo la esperanza y que en la imajinacion de un jóven de veinte o veintiun años presenta

al mundo con tan risueño aspecto, viéndose todo al traves de un prisma encantador. ¡Feliz edad en que todo es hacedero, en que todo nos estasia, en que los afectos son puros y en que el entusiasmo lo anima todo, envolviendo nuestro ser como en una nube de felicidad que el dolor no puede traspasar!

La mayor parte del camino la hicieron a pié; nuestros jóvenes obreros corriendo por los campos en compañia de Enrique, que, con su escopeta a la espalda, se entretenia en cazar, lo cual les servia para hacer la cena cuando alojaban las carretas. Esta cena preparada por ellos y despues de las fatigas del dia, la encontraban deliciosa, asegurando que jamas habian tenido otra mejor.

Los cuatro obreros que habia escojido y contratado Enrique, aun cuando eran de mayor edad y se consideraban sus iguales y sus amigos, tenian por él cierta consideracion que Enrique no pretendia imponerles sino que naturalmente le guardaban; porque la superioridad, mientras menos se manifiesta de parte del que la posee, mas bien se ejerce y es mas sólida y duradera. Esta circunstancia hacia que todos le obedeciesen, sin que fuera necesario hacer alarde de autoridad, pues Enrique no trataba de ejercerla sino que les habia hecho comprender que el trabajo de que iban a hacerse cargo estaba en el interes de cada uno el concluirlo a la mayor brevedad y lo mejor posible; de manera que por medio de esta feliz disposicion de los trabajadores, contaba él con un pronto y buen resultado.

Cuando hubieron llegado a la hacienda de San Jorje, salió a recibirlos el administrador, que, viendo a Enrique tan jóven, no lo creyó capaz de desempeñar los trabajos de que estaba encargado; sin embargo le mostró todo lo que tenia que hacer, no sin cierto disgusto, pues le parecia inútil darle esplicaciones, seguro como estaba de que nada se conseguiria. Enrique notó la mala voluntad del administrador, pero guardó silencio y continuó inspeccionando la obra,

consultando de vez en cuando los planos que llevaba consigo y haciendo en ellos anotaciones para correjir ciertos defectos.

La impasibilidad de Enrique, su mirada intelijente y certera y las preguntas lacónicas pero justas que hacia al administrador, cambiaron poco a poco la opinion que éste se habia formado al principio, y comenzó a mostrarse mas complaciente. Cuando hubo terminado Enrique su inspeccion y formado interiormente su plan, ya el administrador tenia en un alto concepto la intelijencia del jóven, circunstancia que le valió para que le guardara consideraciones y le proporcionase a él y a sus trabajadores comodidades que de otra manera talvez no habria conseguido y que así obtuvo sin exijirlas.

Enrique, que queria aprovechar todos los momentos, no perdia ni aun las pocas horas que quedaban del dia en que habia llegado a la hacienda, sino que inmediatamente de concluida la visita de inspeccion sobre todo lo que tenia que hacer, solicitó del administrador los peones que creyó necesarios, llamando a sus cuatro obreros para encargarles del trabajo que cada uno debia desempeñar, esplicándoles todo, con tal precision y claridad, que era imposible equivocarse, previniéndoles que desde el dia siguiente darian principio, reservando para sí lo mas difícil de la obra.

No hai cosa mas conveniente para llevar a término un trabajo cualquiera que el mismo empresario sea a la vez director y trabajador, porque su ejemplo estimula a los demas, que, de otra manera, cometerian faltas; pero viendo que el jefe es el primero y no se escasea la pena, todos lo siguen con gusto, haciendo cuanto está en su mano por imitarlo.

II.

En una sola semana Enrique habia transformado las cosas de tal manera, que el administrador, a pesar de ver diariamente los adelantos, estaba admirado de tanta rapidez y

no podia concebir cómo se habia hecho tanto en tan corto tiempo, lo cual favorecia mucho al jóven, pues tenia con él atenciones mas superiores a las que hubiera guardado con un trabajador de su clase, considerándolo, no en calidad de carpintero, sino de arquitecto, y obligándolo a que comiera con él en su mesa, a pesar de la resistencia de Enrique, que no queria abandonar a sus compañeros; pero viendo éstos la falta de orgullo, pues no aprovechaba del favor por consideracion a ellos, le exijieron que aceptase, y solo así condescendió con el administrador, que, a medida que lo conocia mas, lo apreciaba en proporcion.

Enrique no descansaba un momento, pues tan luego como concluia los trabajos materiales se dedicaba a sus libros, estudiando hasta mui entrada la noche, lo que no le impedia ser el primero en levantarse al dia siguiente.

Entre los empleados de la casa habia un frances que hacia de hortelano y cuidaba el jardin y el huerto, y con el cual hizo luego amistad nuestro jóven, interesado en que le enseñara su idioma, y a lo cual se prestó de la mejor voluntad, con esa complacencia amable y lijera que caracteriza a casi todos los individuos de ese pais.

El primer domingo lo convidó el administrador para montar a caballo e ir a ver la hacienda, convite que aceptó con gusto Enrique, pues era aficionadísimo a ese ejercicio. La escursion fué feliz, pues trajo consigo una abundante caza, que repartió entre sus compañeros y de la que hicieron una opípara merienda en la nóche, la que fué celebrada con algunas botellas de buen mosto que les regaló el administrador, asistiendo tambien él a la mesa, lo que debia considerarse como un gran favor, porque el administrador era mirado poco menos que el dueño de la hacienda, tanto por su carácter y por su familia, como por su fortuna, pues era el hombre mas acomodado de los alrededores.

El aprecio que habia inspirado Enrique y el elevado concepto en que era tenido, no lo debia solo a su capacidad y

constancia en el trabajo, sino tambien a sus modales naturalmente distinguidos, al aseo de su persona y aun a lo bueno de su equipaje; pues nadie podia figurarse que un simple carpintero llevase consigo todas aquellas comodidades y aquella decencia, propias solo de una clase superior; porque hasta su gusto por la caza, su elegante escopeta y su certera puntería, le daban las apariencias de un caballero; así es que todo el mundo, incluso el administrador, lo llamaban el injeniero, adoptando la denominacion hasta sus mismos compañeros, contribuyendo no poco a que formaran ese concepto su hermosa fisonomía y su dedicacion al estudio, pues, como hemos dicho, él llevaba consigo su cajon de libros, que colocó con el mayor órden en su cuarto y cerca de su cama, para tenerlos a la mano durante la noche, que era el único tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones.

Enrique habia escrito a Mercedes la carta que ya hemos visto, poco despues de haber llegado a la hacienda de San Jorje; y calculando el tiempo que demoraria en ir su correspondencia a Santiago y en contestarle su hermana a la cual habia prevenido que le escribiese de manera que estuviese la carta el sábado en la estafeta de San Fernando, pensaba, pues, que el segundo domingo habria algo para él; asi es que desde el sábado pidió al administrador un caballo para dirijirse al pueblo en busca de su correspondencia.

Enrique sabia ya que San Jorje se encontraba como a siete leguas al Este de la poblacion de San Fernando; de consiguiente tenia que emplear gran parte del dia en ir y volver, asi es que estuvo preparado desde la madrugada del domingo y emprendió su marcha en compañia de un mozo que le servia de guia, o de vaqueano como se llama entre nosotros; pues aunque él habia hecho una vez el mismo camino, no se habia fijado lo bastante para dirijirse él mismo sin temor de estraviarse.

III.

Llegado a San Fernando preguntó dónde se encontraba la oficina del correo, y se dirijió a ella en derechura, no sin cierta ansiedad, pues temia no hallar cartas para él; pero cuando hubo dicho su nombre, el administrador de correos lo miró con esa curiosidad del provinciano que se fija profundamente en la persona que le es desconocida, quedándole ya para siempre grabada en su memoria; asi es que dando una vuelta para tomar la carta, con aquella cachaza y formalidad calmosa que le es peculiar a nuestros empleados de provincia, sacó un grueso paquete que le entregó diciéndole: "Aquí tiene usted, caballero; viene multado en ciento veinte centavos."

Enrique se puso colorado al recibir aquel voluminoso paquete, que no esperaba, porque únicamente creia hallar una carta sencilla como la que él habia escrito; pero no teniendo la menor duda, pues el sobre venia a su direccion, sacó los ciento veinte centavos en que estaba multado y los entregó al administrador, guardándose el paquete.

—¿Está usted recientemente llegado, señor? le preguntó el administrador, que era un viejecito chico, gordo, dándose aires de importancia, pero de fisonomía risueña y de unos ojos vivos, sagaces y curiosos como los de casi todos los provincianos.

—Sí, señor, le respondió Enrique lacónicamente.

—¿Habita usted San Fernando?

—No, señor, estoi en la hacienda de San Jorje.

—En la hacienda de San Jorje! repitió el hombrecito meneando la cabeza con gravedad; y luego añadió: esa es mui buena hacienda, la mejor de todo el departamento, y su administrador es mui amigo mio. ¿Habrá usted venido para hacer algunas compras de cosechas?

—No, señor.

—¿O de ganado?

—Tampoco. Estoi haciendo un trabajo.

—Ah! ya!... he oido decir que se está haciendo allí un palacio! ¿Seria usted el hábil arquitecto de que me han hablado y que ha venido de Santiago?

—No soi arquitecto, señor, soi simplemente el que dirije la obra.

—Es decir, el arquitecto; qué diablos! ¿para qué esa modestia? Aquí nosotros sabemos bien cómo se llama en Santiago al que dirije una obra como esa. ¿Estará usted mui bien pagado, porque esa familia es mui rica?

—Mi maestro es el que ha hecho el contrato, dijo Enrique, cansado ya de tanta averiguacion del provinciano.

—¡Su maestro! ¿Entónces no es usted el arquitecto?

—Ya le he dicho a usted que no.

—¿Pero cómo dirije usted la obra?

—Porque me han mandado.

—¿De consiguiente usted es el arquitecto?

—Así será, dijo al fin Enrique, no pudiendo ménos de reirse de la tenacidad del viejecito gordo; y en seguida, como para cortar toda conversacion le preguntó a su vez:—¿Habrá en San Fernando algun café donde poder almorzar?

—En San Fernando! Por supuesto, señor! y un buen café, un café frances... ¿Creia usted que San Fernando fuera una insignificante aldea?

—Es la primera vez que vengo, señor, y no es estraño de que ignorase la importancia de la ciudad y de que existia un buen café frances; espero se sirva usted decirme dónde está!

—Aquí mismo, en la plaza principal.

—¿Pero cuál es la plaza principal?

—En la que usted se encuentra ahora, amigo mio, dijo con cierto enfado el viejecito, herido talvez en su amor propio de provinciano, al ver que un estranjero no conociese en el acto donde se encontraba; y como para echarle en cara su

ignorancia, añadió sentenciosamente: San Fernando, señor, es una de las mas antiguas ciudades de Chile, como lo demuestran sus edificios, y cabecera tambien de la mas rica provincia, la provincia de Colchagua.

—Así lo habia estudiado en la jeografía, dijo Enrique sonriéndose; pero nada dice de la plaza y del café frances que usted ha tenido la bondad de indicarme.

Nuestro administrador bajó la cabeza en muestra de asentimiento, pero sin saber si la contestacion del estranjero era aprobacion o burla; asi es que no continuó en la conversacion, dejándolo partir tranquilamente.

Lo inesperado.

I.

Enrique, encaminándose a la fonda, sacó el paquete de su bolsillo, volvió a ver el rótulo, hizo como si le tomara el peso, apretándolo con cuidado para adivinar el contenido sin abrirlo, pero no podia figurarse lo que seria, por mas que reflexionaba, hasta que creyó estar seguro de él y dijo entre sí mismo: Querida madre! pensando que el paquete contenia algunas imájenes de santos o escapularios que Marta, en su cariño y su devocion, le mandara como amuletos destinados a preservarlo de enfermedades y a conjurar cualquiera calamidad o desgracia.

Llegado que hubo a la pobre posada, que el administrador habia pomposamente condecorado con el nombre de hotel frances, pidió de almorzar para él y para su mozo, y mientras lo servian rompió el sello del grueso paquete que acababa de recibir. ¡Pero cuál no fué su sorpresa y su alegria al encontrar, en lugar de imájenes de santos, los retratos de sus padres, de su hermana y el grupo en que venian todos reunidos, incluso Luisa...

El contento de Enrique era tanto mayor cuanto mas inesperado... No era alegria la que esperimentaba sino éstasis... y si alguna persona hubiera presenciado aquella escena muda, si hubiese visto aquel semblante casi descompuesto por el goce, si hubiese oido la violencia con que latia el corazon de aquel jóven, lo habria tomado talvez por un

insensato en el parasismo del delirio... porque las lágrimas corrian por las mejillas de Enrique, humedeciendo los retratos, que besaba alternativamente, y con especialidad aquel en que se encontraba Luisa.

La emocion era tan profunda, el placer que recibiera era tan inesperado y tan intenso, que durante algun tiempo permaneció absorto, sin pensar en leer la carta, que estaba abierta a su lado y cuyos caracteres verdaderamente no alcanzaba a distinguir; pero pasada esa primera impresion que absorve por completo nuestras facultades, tomó la carta de su hermana y principió su lectura, parándose a cada palabra, haciendo una esclamacion... Cuando hubo concluido, cerró sus párpados, apoyando su cabeza en el respaldo de la silla como si fuera a desmayarse... En esta postura permaneció por algunos segundos; pero poniéndose de pié repentinamente, salió con precipitacion, sin reparar en el mozo que entraba en ese momento con el almuerzo que habia pedido; porque la naturaleza, tanto en los grandes dolores como en las grandes alegrias, nos lleva, sin que reflexionemos de nuestra parte, hácia el movimiento, pues talvez sin él pereceria el individuo, siendo víctima de una de esas impresiones a las que no está el hombre acostumbrado a resistir.

Enrique salió sin decir palabra, tomó su caballo y llamó a su mozo para que lo siguiera.

El criado de la fonda quedóse atónito con su almuerzo en la mano, sin saber qué pensar y sin atreverse a detenerlo, y solo al cabo de unos momentos, cuando vió que el jóven lanzaba su caballo a todo escape, esclamó:—"Está loco."

El sirviente tenia razon: en aquel instante Enrique no tenia conciencia de lo que hacia, obedeciendo instintivamente a un impulso que no estaba en su mano dominar.

Asi corrió sin direccion fija durante algun tiempo, hasta que el aire, que azotaba su cara con violencia, lo fué volviendo en sí, reteniendo todavia la veloz marcha de su fogoso caballo.

II.

Habiendo el mozo alcanzádole en breve, le presentó el sombrero, que se le habia caido durante la precipitada fuga, que no sabia a qué atribuirla el pobre hombre, creyendo, como el sirviente de la fonda, que se habia vuelto repentinamente loco; pero Enrique, recobrado un tanto, dijo a su guia con cariñoso tono.

—¿Estás asustado, Bonifacio? pero no temas nada, lo que únicamente siento es haberte privado de tu almuerzo.

—No hai *cuidao* patroncito... iremos a comer a las casas; pero seria *güeno* tomar otro camino, porque éste no va *pa llá*.

—Volvamos entonces.

—Sí, *tenímos* que hacer una *gueltita*. ¡Y qué *güen* caballo patroncito! yo no lo podia alcanzar con mi *pingo* maloncito.

Y el campesino miraba a Enrique para darse cuenta de lo que habia motivado aquella violenta carrera; pero no notando en él nada de estraordinario, se tranquilizó, y dirijiendo su caballo en direccion opuesta a la que habia tomado Enrique, le dijo a éste:—"Por aquí patroncito."

Enrique lo siguió sin contestarle, pero con el semblante mas alegre.

Asi anduvieron largo tiempo sin hablar palabra, el jóven entregado a sus reflexiones y sacando de cuando en cuando la carta y los retratos alternativamente, leyendo la primera y mirando los segundos, y el mozo contemplándolo atónito, porque lo veia reir y llorar a la vez, figurándose por esta razon que quizá hubiera perdido el juicio, lo que sentia el pobre muchacho, porque Enrique era querido de todos; sin embargo no se atrevia a interrumpirlo.

Cuando estuvieron cerca de las casas de la hacienda, el

mozo preguntó a Enrique la hora que seria, pues ya iban a llegar.

—Tan pronto? esclamó Enrique.

—¡Cómo tan pronto cuando nos hemos venido al *pasito*!

—Pues el camino se me ha hecho corto; son las tres de la tarde.

—*Asina* será, perc hemos andado como tortuga. Es que su *mercé* se ha venido riendo y conversando solo.

—¿De veras, Bonifacio?

—De *veritas*, señor, yo lo estaba viendo.

—No lo dudo, porque estoi mui contento.

—¿Y tambien se llora cuando está uno contento?

—¿Que he llorado yo acaso?

—Por supuesto, patron, despues de reir lloraba, y despues de llorar reia y despues de reir hablaba...

—¿Y despues de hablar?

—Se quedaba su *mercé* callado como muerto.

—Lo que te habrá divertido mucho?

—No, patroncito, temia que le hubieran hecho a su mercé *daño* (1).

—¡Qué ocurrencia, Bonifacio! ¿cómo te figuras semejante cosa?

—Es, señorito, que aquí en la hacienda hai *muchísimos* brujos, y sobre todo un brujo mayor, que es el padre de *toitos*.

—Y esos brujos viven aquí en la hacienda? preguntó Enrique, riéndose de la credulidad del campesino.

—Ríase cuanto quiera *su mercé*, pero lo que digo es la *purita verdá*.

—¿Y los has visto tú?

—Al brujo mayor, muchas veces, con *too*, patroncito, dicen que es de los *güenos* brujos, porque ha *sanao* a muchos

(1) Nuestros campesinos llaman daño al maleficio o hechiceria que creen firmemente hacen algunas personas que tienen relaciones íntimas con el demonio y que denominan *brujos o maches*.

enfermos; pero yo no me pusiera en sus manos, aunque no puede hacerme *naa* porque yo tengo la cruz de Salomon...

—¿Qué es lo que llamas la cruz de Salomon?

—Esto, patroncito; y el campesino sacó de su pecho una especie de pergamino que llevaba cuidadosamente envuelto en una bolsita y en el cual no se veia otra inscripcion que ese signo XX

—Y esta es la cruz de Salomon?

—Sí, patroncito; y no hai mas que clavar el puñal en el medio y uno ensarta el brujo.

—¿Y has hecho alguna vez la prueba?

—No, porque no me han hecho todavia *daño.*

III.

Enrique continuaba riéndose de la credulidad del pobre hombre, que hablaba con tan buena fé y una persuacion tal, que se le figuraba ser imposible se dudase un instante de lo que él decia.

—¿Pero tú me has dicho que has visto al brujo mayor?

—Sí, patroncito, y muchas ocasiones, y tengo pruebas de que es la *verdá.*

—¿Y cómo no te ha hecho daño entonces?

—Porque él debe saber que yo tengo la cruz de Salomon.

—Dime cómo es ese brujo?

—Es, señor, (y el campesino hizo la señal de la cruz) un viejo alto y flaco, de barbas mui largas y de unos ojos que brillan como centellas. Vive solo, hace muchos años en un gran cerco que le dió la patrona, y allí tiene de *toito*, señor. Su único compañero es un brujito mui feo que no habla nunca y un par de perros grandes que deben ser tambien brujos o diablos; ¡quién sabe, señor!

—Todo lo que me has dicho no prueba de que ese hombre sea brujo.

—Si su *mercé* lo viera, no diria que no; pero yo no he *contao* todo a su *mercé*. Oiga pues: Las mas noches se ve *juego* en su casa, ¡y qué *juego!* (y el huaso volvió a persignarse) un *juego* como no se ha visto nunca, porque la llama algunas veces es azul, otras colorada, otras verde, y con un humo tan espeso y tan hediondo.. ¿Y qué prueba esto sino que esas luces son del infierno, porque él debe tener pacto con el diablo?

—Pero puede ser que queme leña y esté haciendo de comer.

—¡Haciendo de comer a media noche! Y la llama y el olor es mui distinto al de la leña!...

—¿Y qué infieres de aquí?

—*Naa* mas que lo que debe ser; que es brujo y que tiene pacto con el *condenao*, de quien Dios me libre, como a todo cristiano.

—¿Y no tienes mas pruebas?

—Cómo que no!

—¿Cuáles?

—Que cuando ningun *meico* ni *meica* puede sanar un enfermo, él lo cura *lueguesito* con ciertas yerbas y aguas desconocidas y otras veces dice que morirá, y muere...

—¿Entonces es un brujo bueno?

—Ya se lo he *icho* a su mercé que es *güeno*, pero yo no me fiara *del*.

—Me has dado mucha curiosidad, Bonifacio, y tengo ganas de conocerlo.

—Como su *mercé* va a quedarse mucho tiempo, puede ser que lo vea, aunque él no sale nunca sino algunas veces a matar pajaritos.

—¿Y dónde vive?

—Aquí en la misma hacienda, como he *icho* a su mercé, pues la patrona le dió un gran cerco que está en la montaña; y a fé que los leones no le hacen a él nada y vienen hasta nuestros ranchos.

—¿Hai muchos leones en la hacienda?

—Muchísimos del *lào* de la cordillera, y hacen mucho daño al *ganao.*

—¿Y por qué no los matan?

—No es tan fácil, patroncito, yo lo quisiera ver a su *mercé*! Con cincuenta perros nos suelen tener *apuraos* y se nos van!... El administrador don Pedro Murna, le dá una res gorda cada ocasion que algun inquilino consigue pillar uno y ese es un dia de fiesta *pa toitos*... Pero allá veo que viene el administrador, dijo Bonifacio interrumpiendo su conversacion.

—Ya que vamos a llegar, y antes que nos alcance el señor don Pedro, quiero que esta noche cenes bien, por lo que te he hecho ayunar hoi y por lo contento que he venido en tu compañia.

Y Enrique sacó del bolsillo dos pesos fuertes que le pasó al huaso, el cual no queria recibirlos, diciendo que era su obligacion acompañarlo, pues se lo habia ordenado asi el administrador, y que él, como inquilino, tenia que obedecer sin que le pagasen nada.

—No te los doi por paga sino por cariño, le dijo Enrique, lo cual quitó los escrúpulos al campesino, que dió al jóven un buen *Dios se lo pague*, segun la piadosa costumbre de los pobres.

El administrador don Pedro Murna.

I.

Don Pedro Murna, administrador de la hacienda de San Jorje, habia desde el mirador, ayudado de su anteojo, reconocido a su jóven amigo, el arquitecto, como él lo llamaba, y montó a caballo para salirle al encuentro, lo que era una señal de afecto mui marcada; pues don Pedro, seco de carácter aunque bondadoso, rara vez se le manifestaba jovial; pero era tal el aprecio que habia concebido por Enrique, que lo colmaba de distinciones, mostrándole toda la amabilidad de que era capaz, la que el jóven correspondia, agradeciéndosela sin abusar jamas de ella, pues no se prevalia del favor que le dispensaban para conseguir la menor ventaja, ya fuese respecto al trabajo o a su persona.

—¿Cómo le ha ido a usted en su paseo, amiguito? preguntó don Pedro cariñosamente a Enrique.

—Tan bien, señor, como no lo esperaba.

—Me alegro infinito.. Su semblante lo está diciendo: ¿recibió usted cartas?

—Sí, señor.

—Ninguna novedad en Santiago?

—Ninguna, señor, al menos que yo sepa, porque la carta que he recibido es de mi hermana y solo me habla de asuntos de familia.

—¿Tiene usted una hermana? Apostaria a que es tan buena como usted.

—Sí, señor, mi hermana es buenísima, y mejor, mucho mejor que yo.

La naturalidad y entusiasmo con que Enrique dijo aquel elojio, revelaba que no habia la menor pretension de su parte.

—Asi me lo figuraba, contestó el administrador.

—Usted es tan bondadoso.

—Dejémonos de cumplidos, mi jóven amigo; yo poco los gasto con los otros.

—Lo que no impide que usted se muestre tan amable.

—Usted tiene de mí una opinion distinta a la de los demas, pues todos me encuentran *cáscara amarga*, y asi me l'aman.

—Pero si la cáscara es amarga, el fruto es dulce.

—Vamos, dejémonos de requiebros. El viaje y las buenas noticias que ha recibido deben haber despertado su apetito, y yo lo estaba esperando con un cordero asado.

—No he comido nada, pero me siento sin ganas.

—¿No ha almorzado usted?

—No, señor.

—La alegria suele ser el mas nutritivo alimento.

—Asi lo creo.

—Pero no es lo bastante, sin embargo, y usted verá que despues de tomar un bocado, ella se aumenta.

Los dos amigos se dirijieron a las casas.

II.

Enrique estuvo mas alegre que de costumbre, pero se retiró mui temprano a su cuarto... Tenia necesidad de estar solo, porque hai felicidades que únicamente se saborean en

el silencio y para las que es indispensable el aislamiento, pues el bullicio en vez de aumentarlas las adormece y debilita.

Cuando nuestro jóven se vió solo, sacó los retratos y se puso nuevamente a contemplarlos y a leer repetidas veces la carta, sintiendo en cada ocasion un placer nuevo, pues se detenia en cada una de las espresiones, dándose asi cuenta de lo que habria hablado Luisa, trasportándose a los lugares en que ella habia estado, creyendo sentir las emociones que ella habria tambien esperimentado... Hubiera querido Enrique saber hasta el sitio y el asiento que ocupara en su casa, para adorarlos, como si hubiese quedado en ellos algo de Luisa... como si los hubiese santificado con su presencia... y tenia razon el jóven, porque nunca son indiferentes ni aun las cosas inanimadas que han pertenecido a la mujer que uno ama, sino que siempre evocan en nosotros un recuerdo, ya sea éste triste o alegre.. ¿Quién permanece indiferente, quién no se impresiona, quién no se conmueve a la sola vista del aposento en que ha pasado algun tiempo nuestra mujer o nuestra querida? Ese cuarto, ese mueble, ese lugar participa de su naturaleza, está impregnado de su esencia, y habla un lenguaje a nuestro corazon; y la reminiscencia de la vida pasada, de las caricias que nos han prodigado, de las lágrimas que hemos vertido, de las conversaciones que nos han ocupado, vienen a hacer parte de nuestra existencia actual, presentándose los recuerdos frescos y palpitantes como si en ese momento sucediera lo de aquel entonces, como si no fuese un pasado sino un presente, colocándonos en las mismas circunstancias en que estuvimos tiempo há..

Enrique, embriagado en delicias hasta entonces desconocidas de él, no sabia cómo espresarlas y habia comenzado a escribir mil cartas a su hermana, rompiéndolas en seguida, porque en su opinion no manifestaban todo cuanto él sentia, desesperándose de la impotencia de su palabra; sin em-

bargo le era indispensable contestar, y al fin coordinó las líneas siguientes, sin quedar satisfecho, pues se habia operado en él instantáneamente una reaccion, y al sumo placer se habia sucedido el dolor.

"San Jorje, octubre 20 de 1850.

"Mi querida hermana:

"En mi ignorancia nada sé espresar. Muchas cartas he principiado y otras tantas he roto; ¿y cómo decirte con palabras lo que he sentido... lo que siento aun?

"Tu carta la he besado cien veces y todavia no estoi satisfecho!... Tú no tienes idea de lo feliz que he sido, y yo carezco de espresiones para comunicártelo... ¡Qué sorpresa! qué dicha! qué mar de delicias en un solo instante!... La alegría casi me ahogó, y si no perdí el sentido, perdí al menos el juicio, pues salí corriendo sin escuchar nada y sin ver a nadie! Esto me sucedió al abrir tu carta y al leerla, y prefiero mas bien referirte el hecho que pintarte el sentimiento... Tú me habrias mejor comprendido viéndome que escribiéndote!

"Mercedes, ¿te acuerdas de la noche en que te pedí el retrato de tu amiga? (su solo nombre me hace estremecerme y prefiero no escribirlo) ¿Te acuerdas que estaba conmovido? ¡Pues esa es una sombra en comparacion de mis impresiones de hoi... ¡Quién sabe, hermana querida, si no has hecho mal en comunicarme esa bondad infinita, esa belleza inimitable de tu incomparable amiga, porque siento mi corazon para siempre cautivo;... porque siento que moriré si ella no me ama!... Ya ves lo que has hecho con tu pobre hermano!... le has clavado un puñal y abierto una herida sin remedio!... porque tú misma me has dicho que es imposible que ella me ame, que la distancia es infinita... que su superioridad es inmensa... y que es preciso renunciar!... y en comprobacion de esto mismo me escribes esa carta que me lo demuestra todavia mas, quitándome hasta

la esperanza que en un momento de delirio habia concebido y que me haces ahora perder para siempre!...

"Esplícate tú misma si puedes mis contradicciones, pero esa carta, que ha causado y causa mi mayor delicia, es el motivo ahora de mi profundo abatimiento... Yo veo, como tú, que no hai ya posibilidad, que no hai esperanza!... ¿Con qué derecho, con qué virtudes, con qué méritos cuento yo para pretender escalar el cielo? No hai remedio... es preciso que me resigne, Mercedes, pero mi resignacion es mi muerte... Cumpliré mi promesa, pero perderé mi vida, hé aquí la única perspectiva de mi mísera existencia; y sin embargo, prefiero morir abrasado en ese fuego que vivir sin él!...

"Cuán feliz eres tú, Mercedes, cuán dichosa en estar a su lado, en oir sus palabras, en participar de sus actos! esto es lo que te envidio, y no la riqueza que posees, esa riqueza que ella misma te ha dado... Una sola mirada, un solo movimiento de sus labios, vale mas para mí que todo un mundo... Estoi, te lo confieso, hermana mia, envidioso hasta de esas pobres a quienes ha socorrido, porque se habrá fijado en ellas, porque las habrá dirijido la palabra, porque las habrá quizá tocado con sus manos!...

"¡Qué diera yo por ser como tú, Mercedes, por tener la dicha que tú tienes en verla, en hablarla, en estar con ella diariamente y en que te llame su amiga!—Su amiga!! ¿Sabes lo que esta sola palabra vale para mí? Ai! Yo daria mi vida por oirla pronunciar por sus labios dirijiéndomela a mí con su mirada!... con esa mirada que a la vez me abrasa, me anonada y me estasia!

"Yo estoi loco, hermana mia, ¿no es verdad? pero esta locura, si bien me hace sufrir, me agrada; y ahora comprendo que hai dolores que nos son queridos...

"En toda mi carta, Mercedes, solo te he hablado de mí. ¡Cómo el egoismo del hombre se manifiesta sin querer! y nada te he dicho de *ella*, nada de esos rasgos de caridad

que me has referido en tu carta, nada de la espléndida dádiva de la señora, nada de tí, nada de mis padres y de nadie nada; pero ya te he dicho que he perdido el juicio, dejándome llevar únicamente de mis impresiones y olvidando el resto. Perdóname, pues, hermana mia, y discúlpame con mis queridos padres, diciéndoles que estoi bueno, con lo cual quedarán contentos.

"Respecto a nuestros vecinos, es decir, a ese jóven Víctor, de quien me haces tantos encomios, te diré con franqueza que no me gusta. Nada tengo en qué apoyar mi temerario juicio, pero estoi persuadido de que su caridad es afectada y que encubre proyectos siniestros. Yo no lo he visto nunca, tú lo encuentras un modelo de virtudes y esto debiera bastar para despertar en mí fuertes simpatías, pero sucede todo lo contrario, y sin motivo y sin darme cuenta de esta repugnancia injusta, la esperimento sin que me sea posible vencerla. Esto no es para que no lo aprecies, puesto que lo conoces; pero yo no debo ocultarte mis impresiones y ojalá sea el engañado y tenga yo que arrepentirme de mi injusticia.

"Adios, hermana mia, escríbeme siempre y háblame largo, mui largo de todo, mientras esté ausente, porque esto es el único placer de tu

ENRIQUE."

III.

La súbita alegría de nuestro jóven habíase cambiado casi en melancolía, como es fácil verlo por la carta dirijida a su hermana; sin embargo, esclavo de su deber, no desmayaba en el trabajo, continuando con mayor enerjía y tenacidad, como si buscara en la ajitacion corporal la quietud de su espíritu. La obra de que estaba encargado avanzaba, pues, con una rapidez sorprendente, porque Enrique estaba en todas partes y a todos ayudaba, animándolos tambien con su ejemplo.

Una noche entró don Pedro en el cuarto de Enrique, y encontró a éste sentado en una mesa, teniendo un papel por delante y con el rostro bañado en lágrimas. El administrador quedóse sorprendido e iba a retirarse, cuando el jóven, saliendo de su triste meditacion por el ruido de pasos que sintiera, volvió su cabeza, viendo a don Pedro que se dirijia hácia la puerta.

—Señor, le dijo el jóven, ¿tiene usted algo que ordenarme?

—Nada, don Enrique, venia a conversar con usted para pasar la noche, pero lo veo a usted ocupado y siento haberlo distraido.

—No importa, señor, pase usted a sentarse; ninguna ocupacion apremiante tenia entre manos.

—Sin embargo, he creido notar en usted...

—¿Que estaba triste?

—Así es, amigo mio.

—Tanto mejor; la conversacion de usted disipará esa tristeza.

Y el jóven, tomando una silla, se la pasó al administrador para que la ocupara.

—¿Ha recibido usted malas noticias de Santiago?

—No, señor, son las mismas que obtuve el domingo.

—Pero el domingo estaba usted mui alegre con ellas.

—Es verdad... y lo estoi todavia...

—Con todo, usted mismo me ha confesado que no se hallaba satisfecho.

—Satisfecho sí; pero alegre no.

—Es raro! ¿Cómo puede usted estar satisfecho y no estar alegre? Esto encierra alguno de esos secretos de jóven, dijo el administrador con sonrisa benévola...

—Talvez, señor, contestó avergonzado Enrique.

—Yo no pretendo, amiguito mio, introducirme en su confianza, y demos por terminada nuestra conversacion.

El administrador hizo ademan de retirarse.

—No se vaya usted, señor don Pedro, pues a mas de honrarme con su visita, tengo un verdadero placer en escucharlo.

—Yo tambien tengo en estar con usted y por eso lo busco.

—Gracias, señor, pero mi sociedad es bien pobre, bien insignificante...

—Será como usted quiera; yo no acostumbro cumplimientos; pero puedo asegurarle que a mí me es agradable; sin embargo, si lo distraigo de sus ocupaciones o de sus pensamientos, me retiro.

—No, señor don Pedro, porque yo siento placer cuando estoi con usted.

—Ya va a hacer un mes, amigo mio, que usted se encuentra en esta hacienda, y me parece que solo ayer hubiera llegado; y ademas tambien me parece que lo conociera a usted desde mucho tiempo há, tal es la confianza que me inspira y el cariño que le tengo.

—Lo mismo siento yo, señor, y cuando me vea obligado a retirarme de aquí, lo haré con pesar.

—¿Quiere que le diga a usted una verdad, amigo mio? Pues bien, a la vez que admiro, a la vez que estoi complacido de su trabajo, siento el empeño y la brevedad con que lo ejecuta, porque esto disminuye el tiempo que usted tiene que permanecer con nosotros.

—Le agradezco, señor don Pedro, esa muestra de afecto y puedo asegurar a usted que yo esperimento lo mismo.

—¿Para qué, entonces, tanta contraccion?

—Porque desearia concluir mañana y regresar a Santiago.

—Lo llaman a usted sin duda intereses mayores.

—Nada de interes, señor, pero mucho de afeccion: desearia ver a mis padres y a mi hermana.

—¿Y talvez a otra persona mas? dijo don Pedro con cierta malicia.

—Mis deseos están limitados por mis esperanzas.

Esta respuesta ambigua manifestaba claramente al administrador que Enrique queria ser reservado, asi es que él no insistió en sus preguntas; pero el jóven, con el deseo de no cortar la conversacion y por satisfacer una curiosidad que sentia desde algunos dias, es decir, desde su viaje a San Fernando, dijo a don Pedro:

—Hai cosas, señor, a las que yo no doi fé alguna, pero que despiertan la curiosidad, y una de ellas es la existencia de brujos, que dicen haber en la hacienda, con especialidad de uno a quien llaman el jefe y a quien la propietaria ha cedido algunos terrenos. ¿Quiere usted decirme qué es lo que hai sobre este particular?

—Con mucho gusto, amigo mio. Yo lo informaré de todo lo que sé a este respecto, pues las voces que corren no carecen de algun fundamento.

—¿Será usted de la misma opinion de Bonifacio?

—Sin ser de la misma opinion de él, pues yo no atribuyo a causas sobrenaturales ciertos hechos; sin ser de su misma opinion, repito, no puedo menos de acreditar lo que talvez él le habrá dicho a usted.

—El me ha asegurado, señor, que en la hacienda existen muchos brujos y especialmente el jefe de ellos, a quien él mismo ha visto repetidas veces, siendo ademas testigo de varios prodijios.

—No le han mentido a usted. Bonifacio ha podido ver, como los demas inquilinos y como yo mismo en muchas ocasiones, al hombre misterioso a quien la señora diera hace algunos años una posesion en la hacienda. Este hombre, es verdad, lleva la vida mas solitaria, no se comunica con nadie y vive completamente solo, si esceptuamos a un idiota y algunos perros y otros animales que lo acompañan; pero a la vez está siempre dispuesto para hacer el bien y ha operado entre nosotros cosas prodijiosas, salvando a personas que se creian perdidas para siempre y a quienes los médicos del lugar y muchos otros no habian podido curar.

Yo, como usted puede figurárselo, no creo, cual el resto del pueblo, que este hombre sea un ser sobrenatural o haya hecho pacto con el diablo, como lo aseguran nuestros campesinos; pero estoi persuadido que es algun sabio o algun insigne malhechor; sin embargo, me inclino a creer lo primero, porque la señora no habria protejido lo último; pues cuando se estableció en medio de nosotros, ella misma en persona hizo llamar a todos los inquilinos de la hacienda y les ordenó que le guardasen las mayores consideraciones. Es verdad que él no ha exijido nunca nada de nadie, ni esas consideraciones ni favores de ninguna especie, sino que, por el contrario, nos ha hecho muchos beneficios; y sin el, sin sus conocimientos, no viviria mi hijo único, que lo salvó a pesar de la opinion de los médicos; pero no puedo negar a usted que las ideas de nuestros campesinos tienen su fundamento, porque la existencia de ese hombre es lo mas escepcional.

—Bonifacio me habia hablado de su raro talento para las enfermedades, pero tambien me dijo respecto a él otras particularidades, tal como el fuego que se observa en su casa a diferentes horas de la noche, siendo de naturaleza distinta a los otros; pues la llama de su chimenea es mui diferente a las demas, variando sucesivamente de colores.

—Yo tambien he notado esto mismo, y si usted se encuentra ahora cerca de su encanto (pues asi se denomina aquí la propiedad que posee en la hacienda) notaria esto en el acto.

—Lo que usted me dice provoca mi curiosidad.

—Todos participamos de la misma, pero es imposible satisfacerla, porque él no habla casi con nadie, no vive sino con su idiota, que jeneralmente lo acompaña a todas partes, no permite que penetren en sus habitaciones, habitaciones que él ha construido en persona, ayudado de algunos peones a quienes pagó, segun hai memoria, mui buen jornal, y solo se presenta en las casas cuando viene la patrona a pasar una

temporada de campo, la cual lo recibe con las mayores consideraciones, pero a la vez con el mas grande misterio, pues nadie asiste a sus entrevistas, a no ser la hija de la señora.

—Mi curiosidad crece en proporcion de lo que usted me dice de él. ¿Seria entonces imposible irlo a visitar?

—No es tan imposible, porque recibe a todo enfermo y aun suele ir a casa de éstos, pero guarda siempre mucha reserva.

—Tambien con usted?

—Conmigo lo mismo que con cualquiera otro, pues no reconoce mas autoridad que la de la señora.

—¡Raro hombre! ¿Y nunca ocupa a nadie?

—Jamas ha solicitado el menor servicio. El hace sus siembras y cosechas, acompañado únicamente de su idiota sin que haya pedido el mas pequeño ausilio.

—Entonces debe vivir mui miserablemente?

—Lo ignoro; pero segun he oido decir, casi no le falta nada, teniendo muchas veces provisiones con las cuales socorre a todos aquellos que carecen de ellas.

—Por lo que veo, el hombre es mui humano y jeneroso.

—No solo humano y jeneroso, sino sábio; pues ha habido diversas ocasiones en que, sin pretenderlo, ha manifestado su ciencia.

—¿Y qué tiempo a que vive aquí?

—Como unos diezisiete o dieziocho años.

—¿Y en todo ese tiempo no se le ha visto dejar el lugar?

—Nunca.

—Diera no sé qué por conocerlo.

—Talvez mientras usted permanezca en la hacienda, puede presentarse la ocasion.

—¿No le seria a usted fácil, como administrador, ir a su casa y llevarme consigo?

—Ya he dicho a usted que no reconoce mas autoridad que la de la señora, y a mí me miraria del mismo modo que a cualquier otro inquilino.

—No puede usted figurarse, señor don Pedro, los deseos que tengo de conocer a ese sujeto.

—Y aun yo mismo, pues solo lo he tratado una o dos veces, pero sin familiaridad, porque no se presta mucho a que la tengan con él.

—¡Si hubiera algun pretesto para introducirse!...

Apenas acababa Enrique de pronunciar esas palabras, cuando entró un muchacho despavorido al cuarto, gritando.—"Las sementeras de la cordillera están ardiendo."

Al oir esto se para el administrador precipitadamente, siguiendo Enrique tras de él. Don Pedro tenia el caballo ensillado y montó en el acto, lanzándose con toda velocidad con direccion al fuego, cuyas llamas se veian a la distancia. Enrique, sin darse tiempo de poner algun pellon al primer caballo que encontró, se lanzó tambien en pelo, con esa ajilidad de los veinte años, siguiendo la misma direccion del administrador.

El incendio y el solitario.

I.

El fuego se encontraba como a cuatro leguas distante de las casas, de modo que don Pedro, como muchos inquilinos, no pudieron llegar sino una hora mas tarde, cuando ya el feroz elemento habia tomado proporciones considerables, siendo imposible salvar la gran sementera, que ya se veia arder en todos los puntos, corriendo el fuego con una velocidad espantosa y presentando el aspecto de un numeroso lago que reflejaba torrentes de luz a una gran distancia.

Un número considerable de jente estaba ya reunida cuando llegó el administrador y tras de él Enrique, los que notando que no se podia cortar el fuego para librar alguna parte de la sementera, la dejaron arder, llamando a los inquilinos hácia el lado del monte para impedir la comunicacion del fuego, que hubiera tomado entonces proporciones colosales; pero tan luego como algun árbol se incendiaba, lo echaban abajo, ahogando las llamas con tierra y evitando de ese modo mayores estragos.

De repente se oyó este grito jeneral:—"El cerco del brujo está ardiendo." Y todas las miradas se fijaron en un solo punto.

Algunos decian:—"Ahora veremos si el diablo le ayuda;" otros "el encanto va a desaparecer," y todos esperaban ansiosos, como si fuera a presentarse un espectáculo estraordinario. Apenas habian dicho esto cuando se vió un anciano

al lado opuesto del cerco, acompañado de un muchacho de feo aspecto, y de dos enormes alanos y otros perros de caza. Al ver a este hombre, toda la jente hizo la señal de la cruz, y estendiendo sus brazos lo señalaban diciendo:—"El brujo! Ahí está el brujo!"...

El aspecto del anciano era imponente; su elevada estatura, su larga y blanca barba, el reflejo de las llamas sobre su rostro, la inmensa sombra que proyectaba su cuerpo, su actitud serena, todo contribuia a que aquella pobre y supersticiosa jente lo tomase por un ser sobrenatural.

Don Pedro, que no participaba de la misma creencia y viendo el riesgo que corrian los planteles del anciano, llamó a algunos inquilinos para que fuesen a cortar el fuego por ese lado; pero a pesar de la obediencia ciega a que estaban acostumbrados, no se movió ninguno... Don Pedro reiteró sus órdenes y aun los amenazó, pero le fué imposible hacerse obedecer, porque mas fuerza hacia en ellos la supersticion que el mandato, y preferian ser castigados a tener que introducirse de noche en el recinto de aquel hombre.

Don Pedro comprendió al fin que súplicas y amenazas serian inútiles; y viendo, por otra parte, que era probable perdiese el anciano por falta de ausilio el fruto de tantos años de trabajo, se decidió a socorrerlo personalmente y convidó a Enrique. El jóven aceptó en el acto, tanto porque se le presentaba la ocasion de hacer una buena obra, cuanto porque talvez llegara a conocer la existencia de aquel anciano misterioso que vivia apartado de los hombres y que sin embargo los socorria en sus aflicciones, sin exijir nunca la menor remuneracion.

Don Pedro y Enrique lanzaron sus caballos en esa direccion, y en poco tiempo se hallaron casi al lado del solitario, que, viendo la inutilidad de sus esfuerzos para atajar el mal, lo contemplaba sereno; pero don Pedro y Enrique eran robustos, y aun cuando la lucha parecia desproporcionada y mui superior a sus fuerzas, se pusieron, sin embargo, a la obra

El incendio y el solitario.

I.

El fuego se encontraba como a cuatro leguas distante de las casas, de modo que don Pedro, como muchos inquilinos, no pudieron llegar sino una hora mas tarde, cuando ya el feroz elemento habia tomado proporciones considerables, siendo imposible salvar la gran sementera, que ya se veia arder en todos los puntos, corriendo el fuego con una velocidad espantosa y presentando el aspecto de un numeroso lago que reflejaba torrentes de luz a una gran distancia.

Un número considerable de jente estaba ya reunida cuando llegó el administrador y tras de él Enrique, los que notando que no se podia cortar el fuego para librar alguna parte de la sementera, la dejaron arder, llamando a los inquilinos hácia el lado del monte para impedir la comunicacion del fuego, que hubiera tomado entonces proporciones colosales; pero tan luego como algun árbol se incendiaba, lo echaban abajo, ahogando las llamas con tierra y evitando de ese modo mayores estragos.

De repente se oyó este grito jeneral:—"El cerco del brujo está ardiendo." Y todas las miradas se fijaron en un solo punto.

Algunos decian:—"Ahora veremos si el diablo le ayuda;" otros "el encanto va a desaparecer," y todos esperaban ansiosos, como si fuera a presentarse un espectáculo estraordinario. Apenas habian dicho esto cuando se vió un anciano

al lado opuesto del cerco, acompañado de un muchacho de feo aspecto, y de dos enormes alanos y otros perros de caza. Al ver a este hombre, toda la jente hizo la señal de la cruz, y estendiendo sus brazos lo señalaban diciendo:—"El brujo! Ahí está el brujo!"...

El aspecto del anciano era imponente; su elevada estatura, su larga y blanca barba, el reflejo de las llamas sobre su rostro, la inmensa sombra que proyectaba su cuerpo, su actitud serena, todo contribuia a que aquella pobre y supersticiosa jente lo tomase por un ser sobrenatural.

Don Pedro, que no participaba de la misma creencia y viendo el riesgo que corrian los planteles del anciano, llamó a algunos inquilinos para que fuesen a cortar el fuego por ese lado; pero a pesar de la obediencia ciega a que estaban acostumbrados, no se movió ninguno... Don Pedro reiteró sus órdenes y aun los amenazó, pero le fué imposible hacerse obedecer, porque mas fuerza hacia en ellos la supersticion que el mandato, y preferian ser castigados a tener que introducirse de noche en el recinto de aquel hombre.

Don Pedro comprendió al fin que súplicas y amenazas serian inútiles; y viendo, por otra parte, que era probable perdiese el anciano por falta de ausilio el fruto de tantos años de trabajo, se decidió a socorrerlo personalmente y convidó a Enrique. El jóven aceptó en el acto, tanto porque se le presentaba la ocasion de hacer una buena obra, cuanto porque talvez llegara a conocer la existencia de aquel anciano misterioso que vivia apartado de los hombres y que sin embargo los socorria en sus aflicciones, sin exijir nunca la menor remuneracion.

Don Pedro y Enrique lanzaron sus caballos en esa direccion, y en poco tiempo se hallaron casi al lado del solitario, que, viendo la inutilidad de sus esfuerzos para atajar el mal, lo contemplaba sereno; pero don Pedro y Enrique eran robustos, y aun cuando la lucha parecia desproporcionada y mui superior a sus fuerzas, se pusieron, sin embargo, a la obra

con una actividad, enerjía y destreza que produjo buenos resultados, consiguiendo parar los estragos que hacia por esta parte el voraz elemento. El anciano y su jóven compañero, animados con este ejemplo y viendo la posibilidad que habia de salvar su propiedad, unieron su débil continjente de trabajo al ausilio poderoso de don Pedro y Enrique, que varias veces se vieron casi a punto de perecer envueltos por las llamas, pero que al fin consiguieron triunfar.

Cuando hubo desaparecido el peligro, era tal la fatiga que esperimentaban don Pedro y Enrique, que cayeron casi exánimes al suelo, soltando las herramientas de que se habian servido para vencer tan terrible enemigo.

El anciano, viéndolos casi inermes, les suplicó que hicieran un pequeño esfuerzo para llegar hasta las casas, donde podian descansar; pero ellos le contestaron que no les era posible moverse y que les dejase allí mientras se les pasaba la fatiga, quedándose al punto como aletargados.

El solitario los contempló un momento en silencio, y acercándose a ellos, puso su mano sobre la frente de sus dos libertadores, y en seguida hizo ciertas señas a su muchacho, que partió en el acto con la velocidad de una flecha. Pocos momentos despues estaba de vuelta, trayendo un pequeño frasquito, que entregó al anciano.

El solitario volvió a contemplarlos sin pronunciar palabra, pero su mirada era profunda a la vez que solícita, como la del sabio que trata de penetrar el mal que aqueja a una persona que ama. En seguida vació en una pequeña cuchara parte del licor que contenia el frasco, se arrodilló, levantó un poco la cabeza de cada uno, les abrió los labios y les dió a beber el misterioso elíxir, esperando solícito sus efectos.

Segundos despues, ambos pacientes se incorporaron y hubieran podido notar en otras circunstancias la alegría y la satisfaccion que reflejaban las nobles facciones del anciano.

II.

Cualquiera que hubiera visto aquella escena muda y alumbrada por la luz del terrible incendio, habria encontrado en ella, si no nada de sobrenatural, al menos algo de fantástico; y si los inquilinos de la hacienda de San Jorje la hubieran presenciado, era indudable que contaran en sus casas a sus mujeres y a sus hijos que habian sido testigos de un acto de brujeria, pues jamas hubieran atribuido a la ciencia sino al poder del demonio el que volviesen a la vida dos hombres que ellos considerarian como muertos.

El solitario, viendo incorporarse a don Pedro y a Enrique, les preguntó si se sentian mas aliviados, y respondiéndole éstos que sí, les convidó a su casa, diciéndoles:

—En el estado en que ustedes se encuentran seria imprudente y mui peligroso que se retirasen; por lo tanto espero que se sirvan aceptar mi modesto albergue.

—Le agradecemos muchísimo, contestó don Pedro, pero en nuestras casas estarian con cuidado no viéndonos llegar, y talvez presumirian que hubiéramos perecido en el incendio.

—Tienen ustedes mucha razon; sin embargo, estoi en el deber de decir a ustedes que el verdadero riesgo está en que ustedes se retiren. Yo puedo responder ahora de sus vidas y talvez no lo podria hacer mañana.

—Pero la inquietud que van a tener por nosotros y nuestras obligaciones nos hacen no aceptar su jenerosa hospitalidad.

—No hai jenerosidad de mi parte, amigos mios, dijo con tono solemne el anciano; porque sin tomar en cuenta que ustedes han arriesgado la vida por salvar mis pequeños intereses, debo, con la autoridad del médico, ordenar a ustedes que no abandonen por esta noche esta casa; y estoi tan convencido de lo que digo, que si yo cediese a sus instan-

cias dejándolos partir, me consideraria culpable de la muerte de ustedes; mientras que de otra manera ustedes se encontrarán mañana temprano en perfecta salud, pudiendo desempeñar sus obligaciones. Por lo que hace a la inquietud que tendrán en sus casas, hai un medio de evitarla y es mandando advertir que ustedes se quedan aquí.

—¿Pero quién hará esa dilijencia?

—Torcuato, el muchacho que ustedes ven aquí.

—¿Y sabrá ir?

—El conoce a todos y sabe todos los lugares.

—Está bien, contestó don Pedro, dominado por el tono del anciano, que manifestaba no solo conviccion sino la mayor seguridad en lo que decia.

El muchacho a quien el solitario diera el nombre de Torcuato estaba sentado en un rincon de la pieza y miraba constantemente al anciano, conociendo talvez en el movimiento de sus labios que se trataba de él, pues cuando hubo pronunciado su nombre él hizo ademan de pararse.

Como ya lo hemos dicho, este muchacho era feo y contrahecho, y para colmo de desgracia era ademas sordo y mudo; pero en aquella fisonomía imperfecta notábase un aire de bondad tan marcado que casi hacia olvidar la deformidad de sus facciones, y sus ojos manifestaban tal viveza y tal intelijencia, que a primera vista se comprendia que, a pesar de las apariencias de idiotismo, ese muchacho no era un ser vulgar.

El anciano le mostró a las dos personas que estaban presentes, le hizo en seguida algunas señas, le indicó a los dos enormes perros que estaban en la puerta y lo despidió en seguida.

—¿Qué le ha dicho usted al muchacho? preguntó don Pedro, que habia seguido atentamente toda aquella pantomima, pero que no habia podido comprender casi nada.

—Le he preguntado que si conocia a ustedes y si sabia donde vivian, y me ha respuesto con la vista que sí. En

seguida le he ordenado que vaya a sus casas, y que avise que ustedes se encuentran buenos y que van a pasar aquí la noche.

—Pero podia haber montado uno de nuestros caballos.

—Es inútil y no habria aceptado, porque prefiere andar a pié, y es tan ájil y tan incansable, que fatigaria al mejor caballo. Por otra parte le he dado por compañeros a los dos perros, y con ellos no puede sucederle nada. En dos horas lo tendremos de vuelta, y llegará tan fresco como si hubiera ido a una cuadra de distancia.

—Y sabrá decirles lo que usted le ha significado?

—Perfectamente; pero en caso que no comprendieran su mímica clara y significativa, siempre lleva consigo papel y lapiz, y escribirá lo que le he dicho.

—¿Con que sabe escribir? preguntó Enrique admirado, y que hasta entonces no habia desplegado sus labios, pues estaba sorprendido de todo cuanto veia y particularmente del solitario, cuyo aire majestuoso y benévolo le imponia, atrayéndolo.

—Escribe y lee perfectamente, contestó el anciano, y tiene un talento mui cultivado, poseyendo conocimientos mui superiores a su edad.

—¿Y dónde ha podido aprender todo esto?

—Yo le he enseñado a leer y a escribir, y como es aficionadísimo, en la lectura se ha formado casi él mismo; pues al entendimiento mas despejado posee la memoria mas feliz, y una cosa, cualquiera que sea, que ha estudiado una vez, no se le olvida nunca.

III.

A Enrique le parecia que soñaba, no pudiendo casi dar crédito a lo que veia, teniendo que llamar en su ausilio a su razon para no caer en la misma superticion que tenian los inquilinos de la hacienda, es decir, para no pensar que aquel hombre fuera de una naturaleza distinta.

cias dejándolos partir, me consideraria culpable de la muerte de ustedes; mientras que de otra manera ustedes se encontrarán mañana temprano en perfecta salud, pudiendo desempeñar sus obligaciones. Por lo que hace a la inquietud que tendrán en sus casas, hai un medio de evitarla y es mandando advertir que ustedes se quedan aquí.

—¿Pero quién hará esa dilijencia?

—Torcuato, el muchacho que ustedes ven aquí.

—¿Y sabrá ir?

—El conoce a todos y sabe todos los lugares.

—Está bien, contestó don Pedro, dominado por el tono del anciano, que manifestaba no solo conviccion sino la mayor seguridad en lo que decia.

El muchacho a quien el solitario diera el nombre de Torcuato estaba sentado en un rincon de la pieza y miraba constantemente al anciano, conociendo talvez en el movimiento de sus labios que se trataba de él, pues cuando hubo pronunciado su nombre él hizo ademan de pararse.

Como ya lo hemos dicho, este muchacho era feo y contrahecho, y para colmo de desgracia era ademas sordo y mudo; pero en aquella fisonomía imperfecta notábase un aire de bondad tan marcado que casi hacia olvidar la deformidad de sus facciones, y sus ojos manifestaban tal viveza y tal intelijencia, que a primera vista se comprendia que, a pesar de las apariencias de idiotismo, ese muchacho no era un ser vulgar.

El anciano le mostró a las dos personas que estaban presentes, le hizo en seguida algunas señas, le indicó a los dos enormes perros que estaban en la puerta y lo despidió en seguida.

—¿Qué le ha dicho usted al muchacho? preguntó don Pedro, que habia seguido atentamente toda aquella pantomima, pero que no habia podido comprender casi nada.

—Le he preguntado que si conocia a ustedes y si sabia donde vivian, y me ha respuesto con la vista que sí. En

seguida le he ordenado que vaya a sus casas, y que avise que ustedes se encuentran buenos y que van a pasar aquí la noche.

—Pero podia haber montado uno de nuestros caballos.

—Es inútil y no habria aceptado, porque prefiere andar a pié, y es tan ájil y tan incansable, que fatigaria al mejor caballo. Por otra parte le he dado por compañeros a los dos perros, y con ellos no puede sucederle nada. En dos horas lo tendremos de vuelta, y llegará tan fresco como si hubiera ido a una cuadra de distancia.

—Y sabrá decirles lo que usted le ha significado?

—Perfectamente; pero en caso que no comprendieran su mímica clara y significativa, siempre lleva consigo papel y lapiz, y escribirá lo que le he dicho.

—¿Con que sabe escribir? preguntó Enrique admirado, y que hasta entonces no habia desplegado sus labios, pues estaba sorprendido de todo cuanto veia y particularmente del solitario, cuyo aire majestuoso y benévolo le imponia, atrayéndolo.

—Escribe y lee perfectamente, contestó el anciano, y tiene un talento mui cultivado, poseyendo conocimientos mui superiores a su edad.

—¿Y dónde ha podido aprender todo esto?

—Yo le he enseñado a leer y a escribir, y como es aficionadísimo, en la lectura se ha formado casi él mismo; pues al entendimiento mas despejado posee la memoria mas feliz, y una cosa, cualquiera que sea, que ha estudiado una vez, no se le olvida nunca.

III.

A Enrique le parecia que soñaba, no pudiendo casi dar crédito a lo que veia, teniendo que llamar en su ausilio a su razon para no caer en la misma superstición que tenian los inquilinos de la hacienda, es decir, para no pensar que aquel hombre fuera de una naturaleza distinta.

Ustedes deben estar mui fatigados, dijo al fin el anciano, y seria conveniente que tomaran un poco de reposo. Voi a prepararles una bebida que los refrescará, dándoles a la vez un sueño reparador. Por lo que hace a Torcuato, estén ustedes seguros que desempeñará su comision; y aun cuando sus familias no pierdan del todo sus temores porque van ustedes a pasar la noche en casa de un brujo (y el anciano se sonrió con bondad) ellos saben que al menos es un brujo que no hace daño.

—Señor, contestó Enrique, nosotros no participamos de las creencias de los demas.

El solitario los miró un momento, y en seguida dijo:

—Son mui pocos los que no están íntimamente persuadidos que yo tengo relaciones con el diablo; pero piénsenlo o no, para mí es lo mismo: asi es que ustedes pueden creerme un condenado sin que yo me ofenda por eso.

—En caso que usted fuera ese ser sobrenatural, agregó Enrique, sus relaciones mas parece que fueran con Dios que con el diablo.

—¿Qué le hace a usted pensar así?

—Todo lo que me han referido de usted y lo que ahora veo.

—¿Y qué le han referido y qué ve?

—Me han contado el bien que usted hace y la ciencia que posee, y ahora soi testigo de ese bien y de esa ciencia.

—Es verdad, mi jóven amigo, que tengo el deseo de hacer el bien y que no pierdo ocasion de practicarlo, dijo el anciano, sin afectacion y sin falsa modestia; pero respecto a la ciencia, bien poco es lo que he avanzado en mi larga vida; sin embargo, si hemos de hablar del bien, son ustedes los que me lo han hecho en este momento y soi yo el que debo estarles agradecido.

—No hemos hecho mas que cumplir con nuestro deber.

—Asi es, hijo mio, contestó el solitario, mirando con cariño a Enrique: el que practica el bien no hace mas que cum-

plir con su deber; pero el cumplimiento del deber, si no es bastante para producir la gloria, lo es para darnos satisfaccion, y ustedes son dignos de ella por el acto de valor y de abnegacion que hoi han cumplido y por los sentimientos que manifiestan.

—Si nosotros, repuso don Pedro, no hubiéramos venido a socorrerlo, tendríamos mucho de que arrepentirnos, pues nuestra conciencia no podria estar tranquila, mientras que ahora, habiendo cumplido con nuestra obligacion, estamos en paz con nosotros mismos.

—Lo que prueba, como he dicho antes, que el hacer el bien no es mas que nuestro deber, y que el que no lo cumple peca contra él. Del primer caso nace la satisfaccion, porque hemos obrado en armonia con nuestra naturaleza, y del segundo el remordimiento, porque la hemos contrariado. Dios, prosiguió el anciano con conmovido acento, ha grabado en nuestros corazones leyes inmutables que no nos es dado infrinjir sin contrariar nuestra armonia y sin renegar de nuestra esencia, desmintiendo nuestro fin... Pero ya es tiempo de reposaros, añadió; seguidme, y vosotros mismos me ayudareis a arreglar vuestro aposento.

El solitario llevaba consigo una lámpara y marchaba delante para mostrarles el camino. Aquella casa, o aquel rancho, diremos mas bien, pues su techo era de totora, constaba de varios departamentos. El primer cuarto que atravesaron contenia dos grandes estantes de libros, una cama y una estensa mesa donde se veian globos, compases, balanzas de ensayo, diversas piedras minerales, varias yerbas secas y muchos útiles y frascos de distintos tamaños y de diversas formas, conteniendo líquidos de varios colores. El solitario se acercó a la mesa, suspendió la lámpara para ver mejor, y tomó uno de estos frascos sin vacilar. En seguida abrió otra puerta que daba a una habitacion contigua y entró en ella precediendo a sus dos huéspedes, que marchaban silenciosos y sorprendidos de cuanto veian. Este otro cuarto estaba

rodeado de tablillas en que estaban colocados un sinnúmero de pájaros disecados y en su actitud natural, a tal punto que don Pedro y Enrique creyeron que estuvieran vivos, maravillándose de verlos tan tranquilos y de que no hicieran el menor movimiento a pesar de la luz y del ruido de los pasos. El anciano llegó a la estremidad del aposento, donde habia doblados dos catres de madera de esos que llamamos comunmente de tijera. Sin decir palabra, colocó uno al lado del otro, abrió un tosco armario y sacó de él alguna ropa de cama que les entregó, diciéndoles:—"Acomodaos, no tendreis un mullido lecho, pero en cambio vais a pasar una buena noche."

Don Pedro y Enrique, dándole las gracias y sin hacerse de rogar, tomaron las mantas, frazadas y sábanas, e hicieron sus camas.

El anciano dejó la lámpara sobre un rústico lavatorio y salió de la habitacion, apareciendo inmediatamente con dos almohadones y dos pieles de leon, que colocó a los piés de cada uno de los catres; pues en este cuarto, asi como en los demas, no habia ni estera ni alfombra.

—Ahora, desnudaos, amigos mios, mientras os preparo la bebida que debe calmar vuestra ajitacion y disipar el cansancio, dándoos un sueño apacible y reparador.

Los dos huéspedes obedecieron.

El anciano les tocó la frente, los contempló durante un rato en silencio y puso en seguida en un vaso una pequeña cantidad del licor que contenia el frasco que habia tomado de la mesa y les dijo:—"Bebed."

Don Pedro y Enrique bebieron el contenido sin vacilar. Pocos instantes despues dormian profundamente.

IV.

El anciano quedó por algunos minutos al lado del lecho de sus huéspedes... Su mirada intelijente y cuyo fuego no habia aun apagado la edad, estaba fija en Enrique, como si

aquella fisonomia le trajera lejanos recuerdos que tratara de evocar en aquel momento.

Es raro, murmuró entre dientes y como hablando consigo mismo; pero estos ojos verdes y dulces me representan aquel hombre a quien debo el no haber muerto en un patíbulo... y a quien talvez jamas recompensaré... aun cuando no fuera sino mostrándole mi gratitud,... esta es una antigua deuda que me resta por saldar, y que Dios quiera no baje a la tumba sin haberla satisfecho.

El anciano se alejó silenciosamente, llevándose su lámpara.

Torcuato se le presentó en el acto... acababa de llegar.

La interrogativa mirada del anciano, que el muchacho comprendió instantáneamente, bastó para que le diera todas las esplicaciones que deseaba obtener.

El mudo habia desempeñado su comision con el mayor acierto y parecia mui contento de haberlo hecho.

Los dos hermosos perros que lo acompañaron y que parecian terribles a la vez que mansos, se acostaron en el umbral de la puerta jadeantes de fatiga.

El solitario acarició al muchacho, besándolo en la frente, y pasó su mano sobre el lomo de los dos alanos, que movieron sus colas en señal de gratitud por aquella caricia.

Torcuato fué en seguida a un armario, sacó un trozo de carne fria y un gran pedazo de pan, alumbró una lamparita de espíritu de vino para calentar agua, puso sobre la mesa dos cubiertos y continuó su conversacion con el solitario, que se fijaba en todos sus rápidos movimientos.

Cuando probablemente hubo concluido su narracion, el solitario le estendió la mano para tomar una de las suyas; pero Torcuato se la llevó a sus labios, besándola con ternura. El anciano tomó entonces la cabeza del jóven y lo atrajo hácia su pecho.

Estas mudas manifestaciones de cariño probaban la intelijencia y la armonia que reinaba entre aquellas dos personas

de edad y de aspecto tan diferente, pero que estaban animadas de iguales sentimientos.

Los dos perros continuaban meneando sus colas como si celebrasen la buena intelijencia que reinaba entre sus amos.

La frugal merienda se concluyó, participando de ella los bravos alanos, que nunca se disputaban las presas que les arrojaban al uno o al otro, tomando cada cual lo que le correspondia en perfecta amistad.

Al siguiente dia antes de amanecer entraba el solitario al cuarto de sus huéspedes, que, despiertos ya, iban a levantarse.

—¿Habeis pasado buena noche, hijos mios? Os sentis mejor? Estais aun fatigados? preguntó el anciano.

—No, señor, contestaron ambos a la última interrogacion.

—Pues ya es hora que prepareis vuestra marcha, si quereis llegar a tiempo al desempeño de vuestras obligaciones.

Don Pedro y Enrique, tan frescos y tan ájiles como si nada hubieran hecho la noche anterior, saltaron de sus camas.

—Tomareis un poco de té o de café, no es verdad?

—Si no le incomoda a usted, señor.

—Todo está ya preparado y no teneis mas que vestiros y pasar al comedor: el camino es el mismo por el que os conduje anoche, y las puertas están abiertas: os dejo la lámpara.

Y el solitario salió.

El administrador y el arquitecto estuvieron en breve listos y se dirijieron al lugar designado.

El anciano los esperaba.

—Teneis vuestro desayuno preparado y vuestros caballos ensillados, les dijo.

—Yo he venido anoche sin montura, contestó Enrique.

—Pero he hecho poner la mia... Ahora necesito que ustedes me digan sus nombres, porque tengo la costumbre de

inscribir en un libro a todas las personas de quienes he recibido un favor, y ustedes me lo han hecho.

—Ya hemos dicho a usted que no es favor ninguno sino el cumplimiento de nuestro deber, repuso Enrique.

—Pueden ustedes considerarlo asi y no me opongo a ello; pero esto, si para ustedes es lo bastante, para mí no significa lo mismo.

—No veo inconveniente. Puesto que desea usted que le digamos nuestros nombres, repuso don Pedro, el señor es don Enrique Lopez, arquitecto, venido de Santiago y que está arreglando las casas de la hacienda, y yo soi Pedro Murna, administrador de ella.

El anciano se inclinó, ya fuera como un signo de deferencia o ya por ocultar cierta turbacion que era fácil notar en su semblante y que si bien se le escapó a los huéspedes, no pasó desapercibida a los ojos de Torcuato, que era el testigo mudo de aquella escena.

—Lopez, repitió el anciano, quedándose pensativo... Lopez!... yo he conocido a un hombre que llevaba el mismo apellido.

—No es estraño, señor, contestó Enrique, porque yo mismo conozco algunas personas del mismo nombre y que sin embargo no son parientes mios.

El solitario volvió a mirar a su interlocutor, pero con tal fijeza, que obligó a éste a bajar su vista...

—Es estraño, prosiguió despues de una pausa y sin dirijirse a nadie. Esta noche me ha chocado la semejanza... sus ojos son los mismos... y hai en esa espresion algo de la otra...; sin embargo, el color es distinto y existe mucha menos nobleza y una inferioridad en los modales, que me hace dudar...

El solitario se paseaba entregado a sus meditaciones.

De repente se paró delante de Enrique como si se le hubiese ocurrido alguna dificultad, o como si tratase de investigar un hecho de que no estaba seguro, pero que sin em-

bargo le interesaba, y así le preguntó mostrando esa perplejidad, que lleva consigo el interes y que se teme le desmientan.

—¿Usted me ha dicho que se apellidaba Lopez?

—Sí, señor, contestó Enrique, sorprendido de aquella insistencia y del modo singular con que le preguntaba el anciano.

—¿Cuál es el nombre de su padre?

—Mi padre se llama Domingo.

—¡Domingo Lopez!...

—Sí, señor.

—¿Antiguo sarjento de granaderos a caballo?

—Antiguo sarjento de granaderos y hoi sarjento retirado de inválidos.

—Debe ser el mismo, repuso el solitario, como hablando consigo mismo; y luego refiriéndose a Enrique le dijo: "no lo detengo ahora, pero supongo que a pesar de las preocupaciones y de las falsas apreciaciones que me rodean en esta comarca, usted no tendrá temor de mí ni prevenciones en mi contra; de consiguiente, espero y aun se lo suplico que me venga a ver pasado mañana, que es dia de fiesta, y en el cual no trabajará. ¿Me lo promete usted?

—Con el mayor gusto.

—Yo no quiero la visita de un momento sino que la exijo de todo el dia; porque tengo que comunicarle cosas que le interesan y que quizá le aprovecharán mas tarde.

—No faltaré.

V.

Don Pedro y Enrique se retiraron, no sin hacer en todo el camino sus comentarios, ya sobre el modo rápido e inusitado con que los aliviara de sus dolencias, ya sobre la vida de aquel hombre, como tambien sobre lo que habian visto y de lo cual no les era posible darse una idea cierta ni avanzar una opinion que no fuese aventurada, lo que les

hacia abstenerse de todo juicio, para poder resolver el problema mas tarde cuando tuvieran mayor conocimiento de causa.

Enrique, por su parte, esperimentaba una simpatía irresistible; porque independiente de la manera con que habian sido recibidos él y don Pedro, del modo estraordinario que habia empleado para curar su fiebre, del aprendizaje hecho sobre aquel jóven que a primera vista parecia idiota, y de todas aquellas cosas que rápidamente pudieron observar, independiente de ésto, decimos, habia el interes de conocer aquella existencia misteriosa y el deseo de saber lo que podria decirle respecto a él, a quien nunca habia visto y a quien de consiguiente era imposible conocer.

El solitario, en compañia de Torcuato, siguió a sus huéspedes hasta el punto que servia de puerta de entrada al cortijo.

Don Pedro y Enrique, despues de dar las gracias al anciano por su hospitalidad, se dirijieron hácia las casas, y durante el camino solo cambiaron algunas palabras insignificantes, porque ambos estaban preocupados de cuanto les habia sucedido la noche anterior. Por una parte, don Pedro pensaba en el misterio que ocultaba la vida de aquel hombre, en la consideracion que tenia por él la propietaria de la hacienda y en los muchos acontecimientos que durante algunos años habian sucedido en el lugar, y en los cuales habia tenido el solitario mas o menos parte, sin que le fuera posible darse cuenta de aquella vida que tan poco de comun tenia con la de los demas. Enrique a su vez, no menos preocupado, marchaba silencioso, porque le era imposible comprender la relacion que pudiera existir entre el anciano y él, y su pensamiento iba de una en otra conjetura, fatigándose en vano por descubrir la verdad, es decir, por encontrar algun sentido a aquellas palabras que le habia dicho y que él no podia esplicarse: "tengo que comunicarle cosas que le interesan y que quizá le aprovecharán mas tarde."

¿Qué interes, qué conexion, decia Enrique para sí mismo, puede existir entre él y yo? Mi vida ha sido sencilla y sin accidentes. Las personas que conozco son en corto número; hasta hoi no he sabido que existiese en el mundo tal hombre; su edad es mui diferente de la mia; ¿qué relacion puede entonces haber entre ambos? y sin embargo así lo significaban sus palabras... Y el jóven continuaba caminando absorto en sus reflexiones...

Cuando hubieron llegado a las casas, tanto don Pedro como Enrique tomaron sus diarias ocupaciones, no sin tener que responder a las muchas preguntas que les dirijian a propósito de haber pasado la noche en el cortijo del brujo, lo que para aquellas jentes era mui estraordinario, no faltando algunos que creyesen no volver ya nunca a verlos.

Como lo hemos dicho antes, nuestro jóven obrero esperimentaba una reaccion, pues a la inmensa alegría del principio se habia sucedido una tristeza y un abatimiento profundo. La idea de su inferioridad le traia el desengaño; y esta conviccion, mas amarga mientras mas real y positiva, no se separaba un instante de su pensamiento. Durante el dia sus penas eran menores, o se amortiguaban por el trabajo, pero durante la noche la tranquilidad de los brazos producia la actividad del espíritu, y a la reflexion se sucedia el dolor, dolor que la víspera no sintiera a causa de los incidentes del incendio, pero que en la actualidad esperimentaba con toda su fuerza, privándolo completamente del sueño.

La visita que habia prometido para el dia siguiente tambien contribuia a mantener su insomnio, sin embargo que, por una especie de presentimiento, creia que talvez le fuera provechosa, figurándose ver en ella cierta conexion con la idea que lo ocupaba y como si hubiera de ejercer con el tiempo cierta influencia favorable en su vida futura......

....

Torcuato.

I.

Queriendo Enrique, sin duda alguna, sacudir tan tristes pensamientos, se dirijió a las caballerizas mucho antes que viniera la luz del dia y se puso a ensillar con calma uno de los briosos caballos que don Pedro habia puesto a su disposicion. En seguida rejistró su escopeta, la limpió con esmero, y cuando todos los arreos de caza estuvieron listos, saltó con ajilidad sobre el caballo y se dirijió por el mismo camino que tomaron la noche anterior cuando habian ido a apagar el incendio.

El fresco ambiente de la mañana y la claridad del alba producian en Enrique el mismo efecto que sobre la tierra, pues disipaban poco a poco las tinieblas de su espíritu, sin quitar del todo el tinte melancólico esparcido sobre su semblante. Haria una hora que marchaba silencioso cuando creyó distinguir a la distancia un muchacho que venia velozmente hácia él, reconociendo luego a Torcuato, que con demostraciones de alegría le daba a entender que habia venido a su encuentro.

Enrique, por toda respuesta, le señaló la anca del caballo para que montase a la grupa; pero Torcuato le manifestó que preferia marchar a pié, lanzándose adelante con la ajilidad de un gamo, de manera que para seguirlo tuvo Enrique que dar a su caballo toda la carrera, sin conseguir por esto alcanzarlo, pues el muchacho parecia hendir el viento sin pisar en la tierra. Sorprendido el jinete de aquella velo-

cidad prodijiosa, clavaba en vano las espuelas sobre los hijares del brioso corcel y no obtenia la menor ventaja, pues a medida que el caballo aumentaba su carrera, mas veloz era la de Torcuato, hasta que Enrique, temiendo que aquel juego no fuese perjudicial al muchacho y al animal paró a éste repentinamente... Torcuato hizo lo mismo y se volvió hácia Enrique riéndose y dando saltos de alegría.

El jóven le hizo entonces señas para que viniese, y el muchacho se acercó a él sin desconfianza. Enrique le tomó la cabeza y le atentó la frente, sin encontrar la menor muestra de ajitacion, lo que le admiró sobremanera, pues su caballo estaba bañado en sudor y él mismo se hallaba mas ajitado sin haber corrido.

Volvió Enrique a convidar a Torcuato a montar a caballo, pero el muchacho le señaló las casas, que se encontraban a mui poca distancia, como para decirle que no valia la pena de incomodarse, pues ya iban a llegar.

II.

El anciano, sin duda, les habia visto venir, porque estaba parado aguardándoles en la puerta del cortijo.

Cuando Enrique vió al solitario, bajóse del caballo y le estendió respetuosamente la mano; pero éste en vez de tomarla, le abrió los brazos diciéndole: "todo me hace creer que no me he equivocado."

—¿De qué, señor?

—Mas tarde lo sabrás, hijo mio, mientras tanto dime cómo te sientes?

—Mui bueno.

—Sin embargo, tu semblante (y desde ahora voi a hablaros con esta familiaridad) demuestra abatimiento y fatiga; ¿has sufrido algo, hijo mio?

—No, señor, me creo en mui buena salud.

—Pero tus ojos dicen claramente que no has dormido esta noche.

—Es verdad.

—¿Entónces sufres?

—No siento nada.

—Vamos, vamos, ten en mí mas confianza, pues ya verás que tengo motivos para interesarme por tí.

—Esto es lo que no comprendo.

—¿Has pensado en ello?

—Los acontecimientos de antenoche, la jenerosa hospitalidad de usted, su ciencia, y mas que todo, sus palabras, las he recordado con frecuencia sin poder darme cuenta de lo que ellas significan.

—Tu curiosidad quedará hoi satisfecha. Tenemos todo el dia para hablar, y en un dia se enseña y se aprende mucho. Vamos ahora para dentro a tomar una taza de café.

—Enrique caminaba al lado del solitario, pues las habitaciones estaban como a dos cuadras de distancia, sin dejar de admirar el semblante severo y dulce de aquel hombre. Habia en esta fisonomía una mezcla de la penetracion del sabio, de la serenidad del justo y de la audacia del guerrero. Sus ojos tenian la viveza y el fuego de la intelijencia, pues sus miradas parecia que escudriñaban el alma sin que hubiese secretos que se ocultasen a su penetracion. Su ancha, espaciosa y calva frente denotaba las vijilias del estudio y la fuerza de un pensamiento vigoroso a la vez que elevado. Su barba larga y blanca como la nieve eterna que corona los jigantescos Andes le daba el aire venerable del ermitaño de los primitivos tiempos de nuestra era. Su andar mesurado pero firme su voz pausada pero melodiosa, tenia algo de grave y de solemne que imponia respeto sin desterrar las simpatías; así es que Enrique sentia cariño y veneracion a la vez por su estraño y misterioso compañero que a la luz del dia le parecia menos viejo que lo que creia haberlo encontrado la noche anterior.

Cuando llegaron a las habitaciones del solitario éste hizo

señas a Torcuato para que sirviera el café, que fué puesto inmediatamente sobre la mesa.

Enrique no sabia qué admirar mas: si a aquel anciano incomprensible y de afables maneras, o a aquel muchacho deforme pero dotado de una rara intelijencia y de una ajilidad prodijiosa.

—El anciano, adivinando el pensamiento de Enrique, le dijo:

—Veo que todo despierta tu curiosidad y que tanto yo como Torcuato somos para tí objetos de estudio.

—¿Y por qué no de admiracion?

—Talvez; pero ésta desaparecerá en breve cuando sepas que nada hai aquí de sobrenatural.

Torcuato, como les dije la otra noche, aun cuando a primera vista parezca idiota a causa de su deformidad, tiene mucha intelijencia, y sobre todo mui buen corazon, siendo esto último lo que me hace quererlo mas y el motivo único porque se conserva a mi lado. Nada lo retiene aquí sino el afecto que me profesa, prefiriendo vivir en esta soledad al bullicio de las poblaciones; y estoi persuadido que no me abandonará nunca hasta que haya cerrado mis párpados...

Y el anciano miró con paternales ojos al muchacho.

—¿Quieres que te cuente su historia, prosiguió dirijiéndose a Enrique.

—Con el mayor gusto.

—No es larga y te la referiré en pocas palabras.

III.

Hace como trece años (y poco tiempo despues de haber venido a habitar este retiro, porque has de saber que no siempre he vivido aquí) que bajando una noche de la montaña donde me habia sorprendido una fuerte nevazon, los dos perros que me acompañaban y que me servian de guia, pues yo por mí mismo era imposible que distinguiese el

sendero, cubierto ya de nieve, principiaron a ladrar fuertemente y con sus hocicos asiéndome del vestido se empeñaban en llevarme hácia otro lado. Obedecí a su instinto, sin saber lo que aquello significaba, pero mui alerta para lo que pudiera suceder, preparando convenientemente mi escopeta, porque en estas montañas se encuentran con frecuencia leones, tanto mas en una noche de nieve como aquella. A pocos pasos distinguí un bulto negro, y uno de los perros se encaminó hácia él, lo olfateó un momento y volvió saltando donde yo estaba. Esta señal del perro me quitó todo temor y me aproximé sin desconfianza, y entonces conocí que era una criatura medio enterrada en la nieve. Tomé al niño en mis brazos, lo examiné detenidamente y ví que aun respiraba: esto me colmó de alegría. Púselo bajo de mi manta y pegado a mi cuerpo para calentarlo, y así marché hasta llegar a mi habitacion, que entonces no tenia las comodidades que le ves ahora.

En el acto lo coloqué en mi propia cama, lo abrigué con pieles y me puse a hacer fuego. A la luz de la vela ví la deformidad de la criatura y no dejé de esperimentar un sentimiento de repugnancia; pero como para correjirme a mí mismo de esta impresion me propuse en el acto tener mayor cuidado con él. Examinándolo detenidamente me pareció que tendria como unos tres años de edad y esperé a que hablase, creyendo momentáneo su entorpecimiento; pero todo fué en vano, pues aun cuando en la misma noche volvió en sí mediante a mis remedios, solo ví que me miraba con estrañeza, quedando al dia siguiente persuadido de que era sordo y mudo. Esta desgracia, podré decirlo así, me dió mas compasion y talvez mas cariño y me dediqué a cuidarlo con el mayor esmero, tanto mas cuanto que creia y aun estoi persuadido que su fealdad fué quizá la causa principal de su abandono.

El niño permaneció por algunos dias metido en su rincon, sin querer salir para fuera ni tomar su alimento en mi pre-

sencia; así es que tenia que ausentarme para que comiese, no usando de familiaridad sino con los perros, a quienes acariciaba mucho, teniendo cuidado de guardarles siempre un poco del alimento que destinaba para él.

Este carácter agreste del muchacho no me hizo perderle el afecto, pues comprendí que habria probablemente sido tratado en su casa con mucho rigor y con mucho desprecio y que por esta razon se alejaba del contacto de los hombres, divirtiéndose solo con los animales; y el hecho de guardarles parte de su comida me anunciaba que no era egoista y que tenia buen corazon.

Una vez que yo habia salido cargado de mi fusil y en compañia de algunos de mis perros para buscar un poco de caza, que constituia nuestro principal alimento, me fué probablemente siguiendo, porque a poca distancia y habiendo tirado sobre una perdiz lo ví aparecer con ella, viniendo a entregármela del mismo modo que el mejor lebrel. Yo le hice algunas caricias, y sin decirle nada continué cazando. El marchó, contento al parecer, en compañia de mis perros y corriendo con éstos a traves de los campos. Cuando regresamos a nuestra habitacion ya estaba mas familiar, y no se fué a su escondite sin haberme tomado y besado silenciosamente la mano. Esta caricia, quizá de simple imitacion, porque veia que mis perros hacian poco mas o menos lo mismo, me conmovió profundamente hasta el punto de hacerme derramar lágrimas. No podré darme cuenta de esta impresion, pero lo cierto del caso es que lloré y que todavia recuerdo con ternura aquel movimiento y el modo singular con que fijó en mí sus grandes ojos, sin duda para ver si no me era desagradable.

Desde aquel dia principiaron nuestras relaciones mas íntimas. Yo lo llevaba siempre a la caza y el resto del tiempo lo ocupaba en jugar con mis perros, en trepar a los árboles y en hacer toda clase de ejercicios, de donde proviene su estraordinaria ajilidad y lo infatigable que es para correr,

no alcanzándolo el mejor caballo y salvando los precipicios con mas destreza y con mas seguridad que lo que lo hiciera la cabra mas salvaje.

Yo no he querido quitarle ni disminuir estas ventajas físicas, y si bien le he enseñado muchísimas cosas, que quizá jamas le servirán, nunca lo privé, por darle otras lecciones, de sus ejercicios corporales; asi es que yo no tengo casi necesidad de moverme, pues él sale solo con mis perros y vuelve siempre cargado de una abundante caza; porque es tal su destreza, que no se le escaparia una mosca al vuelo.

No creas por esto que no emplea su tiempo en muchas otras cosas: él es el principal hortelano, el que ordeña las vacas, el que dispone y hace la comida, el que va al pueblo a comprar las pocas provisiones que necesitamos, porque aquí tenemos de cuanto hai para la vida frugal que llevamos, poseyendo aun un sobrante de alimentos que él se encarga de repartir entre algunos pobres, y esta operacion la hace de la manera mas singular. Durante el dia recorre los campos, y sin preguntar a nadie, porque todos huyen de él y él huye de todos, se informa o adivina las necesidades de cada cual, y en la noche les lleva las provisiones, dejándoselas en una parte segura y teniendo el mayor cuidado para no ser visto de nadie, de manera que muchos creen que es un ánjel el que los socorre; y en realidad que no se engañan, porque Torcuato lo es en efecto.

Esta vida activa y laboriosa, no ha desarrollado sus facultades físicas en perjuicio de sus facultades morales, porque ha adquirido, como ya te he dicho, varios de los mas indispensables conocimientos: él ya sabe leer y contar, me acompaña prácticamente en algunas operaciones químicas, a cuya ciencia es mui aficionado, y conoce casi el mismo número de plantas que yo, sabiendo mas o menos sus virtudes y su utilidad, pues siempre me acompaña en silencio cuando voi a ver algun enfermo, y estoi seguro que con el tiempo y si le fuera dado adquirir esperiencia, llegaria a ser

un escelente médico, porque está dotado de un espíritu de observacion prodijioso y de un entendimiento despejado; pero su deformidad y su esquivez natural lo apartarán siempre de la sociedad, pues tiene que hacerse un grande esfuerzo sobre sí mismo para vencer la repugnancia que esperimenta por el trato de los demas hombres.

He notado en él una particularidad que me hace mucho reflexionar sobre ese instinto de adivinacion de que están dotados ciertos seres, instinto no menos real que incomprensible y del que mas o menos todas las naturalezas participan, pero que en algunas es tan claro, tan palpable, que parece una segunda vista, o, como he dicho, un don de adivinacion. Pues bien: este muchacho, que tendrá a lo sumo dieziseis o diezisiete años, que ha pasado toda su vida en el campo, y lo que es mas, encerrado en este recinto; este muchacho, digo, esperimenta simpatias y antipatias profundas, no equivocándose jamas en sus apreciaciones, apreciaciones que no emanan del juicio o del raciocinio, sino puramente del sentimiento, porque él no se da cuenta ni del odio ni del afecto que le inspiran las personas, sino que ve y juzga y es tan certera esa intuicion secreta, que hasta ahora jamas se ha equivocado.

Antenoche, cuando ustedes vinieron en mi ausilio, él se quedó por un largo rato mirándolos; solo yo podia conocer lo que pensaba; y despues de su observacion me manifestó con sus ojos, en que estoi acostumbrado a leer, como él quizás en los mios, que ambas personas le eran simpáticas, y sin embargo, sentia una predileccion marcada...

—¿Por quien? preguntó Enrique.

—Por tí, hijo mio, y esta es la razon porque esta mañana salió temprano a tu encuentro, cosa que no le he visto hacer en ninguna ocasion y con nadie.

—Todo lo que usted me dice es tan sorprendente que si no lo estuviera viendo no lo creeria, asi como jamas me hubiera figurado que un ser humano llegase a adquirir tanta

velocidad en su carrera como la que desplegó Torcuato cuando hace poco daba yo a mi caballo toda la fuerza de su carrera sin conseguir alcanzarlo.

—Y sin embargo, nada hai mas natural que esto, pues el hombre a medida que ejercita sus facultades las desenvuelve, y nada he visto que resista a una voluntad enérjica, decidida y constante.....................................

Teoria de la voluntad.

I.

Enrique quedóse pensativo. Las palabras del solitario lo habian sorprendido. Encontraba en ellas tanta afinidad con sus pensamientos, tanta analojia con sus circunstancias, tanto campo abierto para su porvenir; en una palabra, tan halagüeñas esperanzas, que esa teoria le hacia entrever su felicidad futura, porque en ella se encerraba un mundo de ideas nuevas, y lo que es mas, un mundo de lisonjeras perspectivas; porque al afirmar el solitario que a una voluntad enérjica nada resistia, era lo mismo que decir que estaba en su mano la realizacion de sus deseos; asi es que el jóven obrero no pudo menos de insistir sobre el mismo punto, y preguntó:

—¿Cree usted entonces, señor, que con la voluntad se obtiene todo?

—Cuando ella adquiere cierto grado de consistencia es mui difícil que no consiga lo que se propone. "*Tened fé*" ha dicho Jesucristo, "y cambiareis de un lugar a otro las montañas;" porque la fé es la voluntad en su última espresion, y la voluntad es una fuerza tanto mas poderosa que aquellas que empleamos jeneralmente en nuestras obras.

—No comprendo lo que usted me dice: no sé qué poder pueda ejercer la voluntad; jamas lo he visto.

—Muchas veces lo has presenciado, hijo mio, talvez muchas veces lo has ejercido sin darte cuenta de ello; pero dime: ¿no has encontrado jamas a un hombre que con su mirada,

que con su acento, que con su palabra haya impuesto a los demas?

—Sí.

—Pues bien; esa mirada, esa voz, esa palabra no son otra cosa que emisarios de la voluntad: son los conductores de esa electricidad que se repercute en los demas.

—Nunca habia pensado asi.

—Ya lo creo, pero esta es la verdad y una verdad que se realiza, tanto en el mundo moral como en el mundo físico; porque no solo el hombre domina a sus semejantes y aun llega a intimidar a los animales mas feroces con la enerjia propia de la voluntad, sino que todo lo aprende, todo lo alcanza, todo lo obtiene cuando la posee. ¿Qué arte ni qué ciencia no profundizamos cuando realmente queremos adquirirla? No hai nada que nos resista, y el perfeccionamiento mismo de nuestros sentidos no es otra cosa que el ejercicio constante de la voluntad en un fin u objeto determinado. Si los salvajes perfeccionan la vista, el oido y el olfato de una manera sorprendente, no es sino en fuerza de la alteracion que despliegan, y la atencion no es otra cosa que la voluntad o uno de los medios que ella tiene para manifestarse y ejercitar su accion; de consiguiente, no estrañes la ajilidad de Torcuato, puesto que nace del ejercicio, y el ejercicio de la voluntad; asi como no debes admirarte de sus otros conocimientos, porque ellos tienen el mismo oríjen.

—¿Entonces basta querer para que todo se consiga?

—Ya sabes las palabras de Jesucristo, y ellas son una verdad que no solo tiene la autorizacion de tan sublime maestro, sino que tambien las confirma la esperiencia; pero es necesario que esa voluntad llegue a purificarse de tal modo, que se convierta en lo que EL ha denominado la *fé*; solo asi no habrá resistencia ni obstáculos, porque entonces se transforma en un fluido que no encuentra barreras y que todo lo penetra.

—Pero qué debe hacerse para llegar ahí?

—Reconcentrar todas sus facultades en un solo y único fin. ¿Quieres ser rico? Pues conságrate única y esclusivamente a adquirir fortuna, y es indudable que lo conseguirás. ¿Quieres ser sabio? Pues has de modo que nada te distraiga del estudio y al fin llegarás. ¿Quieres ser santo? Pues empléate siempre en el ejercicio de la virtud, y cada dia, cada hora, cada instante te encaminarás hácia el perfeccionamiento moral.

—Ah! señor, usted no puede figurarse el bien que me ha hecho con sus palabras! Sí, pero lo que deseo es talvez un imposible; sin embargo, ahora tengo mas confianza... ahora ya no desespero, como me sucedia poco há...

—No pretendo introducirme en tus secretos, hijo mio, sino que espero me los comuniques cuando lo halles por conveniente; pero debo advertirte que esa voluntad, tal cual la he descrito, le es dado a mui pocas personas el poseerla; ella está repartida entre todos los seres en mas o menos dósis, pero solo naturalezas escepcionales, naturalezas privilejiadas llegan a tal grado; sin embargo, está en el radio de nuestras facultades el adquirirla, desde el momento que existe en nosotros la posibilidad de perfeccionarnos.

—¡Entonces podré esperar!

—Todos debemos tener confianza sin presuncion, porque el desaliento mata el alma y el cuerpo, mientras que la voluntad, produciendo la enerjia, nos alienta y vivifica.

II.

La vida de Enrique parecia depender de los labios del solitario. Sus palabras eran una especie de rocío para su corazon marchito, reanimando en él la confianza que habia casi desaparecido.

La fisonomia poco antes triste del angustiado jóven, era ahora casi risueña, y si no manifestaba una alegria loca, de-

jaba ver la satisfaccion de aquel que, sufriendo una enfermedad, ha recibido un alivio sin conseguir por esto una cura radical, pues Enrique no podia ocultarse las dificultades talvez insuperables con que tenia que tropezar para llegar hasta el objeto de sus deseos; sin embargo, las consoladoras palabras del anciano habian conseguido reanimarlo, dándole aliento para comenzar aquella lucha de que dependia su felicidad o su desgracia eterna.

Mientras Enrique reflexionaba, el solitario examinábale en silencio, tratando quizá de leer lo que pasaba en el interior, no llevado de una vana curiosidad; sino movido del interes que habia despertado en él aquel jóven, que no consideraba como un estraño, pues lo unia un vínculo cuyo secreto sabia él solo, pero que estaba dispuesto a revelar en breve; y asi le dijo:

—No te he pedido, hijo mio, que vengas a verme por un motivo frívolo. Antenoche cuando te pregunté tu nombre era con el objeto de inscribirlo entre aquellas personas a quienes he debido un favor o un beneficio. Tu fisonomia y tu apellido trajeron a mi memoria el recuerdo grato de uno de esos hombres raros que no con frecuencia se encuentran en el mundo, y de uno de aquellos acontecimientos que pocas veces suceden en la vida... voi a hablar de tu padre.

—¡De mi padre!...

—Sí, de tu padre!... de Domingo Lopez, sarjento de granaderos a caballo, a quien debo la vida!...

Y el venerable anciano, enternecido por aquel recuerdo, tomó entre sus manos las de Enrique, diciéndole con acento solemne:

—La Providencia, querido hijo mio, en sus insondables arcanos, te ha traido a estos sitios para que la buena accion de tu padre reciba sin duda la debida recompensa en el hijo y para darme a mí la satisfaccion de poder ser útil a aquel que fué conmigo misericordioso... Gracias, Dios mio, gracias!...

Y el solitario, como si no estuviera en presencia de Enrique, levantó sus ojos al cielo al pronunciar las últimas palabras, repitiéndolas varias veces con un reconocimiento lleno de pasion, de respeto y de ternura.

—Señor, interrumpió el jóven, admirado y contento, cuénteme usted, le suplico, ese hecho que ignoro, porque todo lo que tiene relacion con mis padres, me interesa sobremanera y especialmente las buenas acciones que los engrandecen a mis ojos, haciendo que los quiera y respete mas, si esto es posible. . .

—Está bien, vas a saberlo en breve; pero ántes dime: ¿Nunca le has oido hablar del coronel Guzman?

—Nunca, señor.

—Esta es otra virtud de tu noble padre. . .

—Mi padre, señor, no pertenece a la nobleza. . . quizá usted entonces confunde o equivoca a los individuos.

—He dicho noble y sé lo que digo. . . Sé que tu padre, simple soldado, pertenece a lo que se llama el pueblo; pero la nobleza, hijo mio, no está en la alcurnia sino en las acciones. . . no emana de la posicion social, sino de la virtud; no nace del dinero o de la estirpe, sino que depende del mérito y del corazon: todo lo demas es vanidad y preocupaciones que no tienen otro fundamento que nuestros errores y talvez que nuestros vicios. . .

Enrique, a quien las palabras del solitario parecian abrirle un camino, trazándole la senda que debiera seguir, escuchaba atónito aquella consoladora doctrina que se armonizaba con sus instintos, despojándole el campo de la esperanza y los horizontes de la felicidad.

—Ahora, hijo mio, prosiguió el anciano, ves que no podemos ser indiferentes el uno para el otro, y espero que tendrás confianza en mí, y para darte el ejemplo, principiaré por hacerte depositario de los secretos de mi vida; pero antes de esto permíteme ocuparme todavia de tu padre. . . ¡de tu padre, que figura en el mas terrible lance de mi exis-

tencia!... ¿Me decias que nunca le habias oido hablar del coronel Guzman?

—Nunca, señor.

—Esta es otra de sus virtudes; siempre oculta cuanto ha hecho de bueno y de grande y siempre está dispuesto a confesar sus faltas por insignificantes que sean.

—Esa es la verdad, señor.

—Asi lo he conocido durante nuestra vida de soldado: él sabe por instinto que una accion jenerosa pierde gran parte de su mérito cuando la divulga el que la practica. Es lo mismo que un frasco de esencias cuyo perfume se escapa abriéndole, hasta que al fin queda sin olor para su propio dueño, mientras que, cerrándolo herméticamente, conserva la fragancia durante mucho tiempo y puede uno respirarla de vez en cuando con delicia: esto es lo que hace tu padre, hijo mio.

—A mí me agrada esa conducta.

—Tienes razon, y sigue el mismo ejemplo, que encontrarás en él tu recompensa.

—He dicho que me agrada, señor, pero sin que me guie el menor cálculo.

—Tanto mejor: la espontaneidad en las buenas acciones prueba la escelencia de las naturalezas; y no podia ser de otro modo el hijo de tan digno padre.

—Ojalá llegara yo a asemejarme a él.

—Ya te he dicho que todo depende de la voluntad: trata de imitarle y lo conseguirás. Ahora voi a hacerte una lijera narracion de mi historia que está relacionada con la de tu padre, y por ella sabrás lo que él hizo por mí.

—¿Seria usted acaso ese coronel Guzman de quien me ha preguntado si alguna vez nos habia hablado mi padre?

—El mismo.

—¿Y qué relacion puede haber existido entre un jefe y un simple soldado?

—Ya lo sabrás.

Y el solitario se encaminó a su cuarto, apareciendo en seguida con un pequeño libro en la mano, lleno de señales, y abriendo sin equivocarse una de sus pájinas, le dijo a Enrique:—"Lee, y en esa lectura encontrarás lo que es capaz de hacer la voluntad."

Un reo en capilla.

I.

El jóven, conmovido sin saber por qué, tomó el libro, pero sin dirijir a él la vista, que tenia fija en el anciano.

Este volvió a repetirle:—"*Lee* en alta voz."

Enrique obedeció y con trémulo acento leyó lo siguiente:

"El dia 28 de octubre de 1834...

Enrique se paró y dijo al solitario:—"Este es el dia del nacimiento de mi hermana."

—Entonces tu hermana debe llamarse Mercedes y cumple hoi dieziseis años.

—Justamente.

—Pues bien, hoi que es el natalicio de tu hermana, es a la vez el aniversario de mi libertad y de la nueva existencia que debo a tu padre. Ignoraba aquella coincidencia feliz, que se repite en este momento en presencia del hijo del sarjento Domingo Lopez, a quien no he vuelto a ver desde entonces, pero a quien espero algun dia estrechar contra mi corazon... Dios lo ha conservado a él para que sea testigo de mi gratitud y a mí para tener la oportunidad de demostrársela... Continúa, hijo mio.

"El dia 28 de octubre de 1834 se presentó en la capilla (1)

(1) En nuestra sociedad que conserva las bárbaras costumbres y el fanatismo español, se deja al reo condenado a muerte, durante tres dias completamente solo en un lugar que denomina capilla y donde hai un altar, una cama y algunas sillas, y en cuyo aposento, que puede denominarse un anticipado sepulcro, no penetra nadie con escepcion del confesor. Fácil es concebir las impresiones y la tortura de espíritu que esperimenta el ser que ha sido condenado pudiendo medir su agonía por los instantes que tras-

en que yo me encontraba, pues estaba condenado a muerte, el sarjento Domingo Lopez, que se hallaba de guardia en la cárcel y arrojóme, al tiempo de hacer su visita, un pequeño papel que decia: *Mañana antes de montar la guardia vendré yo vestido de fraile, cuyos hábitos dejaré en su cuarto para que vistiéndose con ellos pueda escaparse.*

"En conformidad al aviso, yo esperé esa noche al sacerdote dedicado para ausiliarme, con la mayor serenidad. Le dije que no tenia el menor inconveniente para recibirlo, sino que por el contrario hallaria un consuelo con sus consejos y con su presencia, sin embargo que la primera noche habia rehusado su asistencia, movido de ese espíritu de incredulidad que constituia el fondo de mis creencias. El inocente fraile se retiró mui satisfecho con la certidumbre de que habia conquistado una alma para el cielo, y previno a la guardia que lo dejase pasar a cualquier hora.

"Al siguiente dia ví entrar al dominicano en la capilla y sentarse al confesonario con una serenidad sorprendente, llamándome a la vez para que me acercara a él.

"Yo no habia sospechado nada; pero no bien me habia aproximado cuando descubriendo su fisonomía el sarjento Lopez me dijo: vístase usted con el hábito que tengo puesto y que voi a dejarle, y salga en seguida con paso firme y sin demostrar el menor temor.

"Pronunciadas apenas aquellas palabras se despojó del

curre el cuadrante; y éste suplicio atroz, este suplicio que se aumenta a cada movimiento de la péndula del reloj hace jeneralmente que la víctima, cuando marcha al patíbulo, haya recibido una muerte anticipada, y una muerte mas dolorosa que la destruccion física, porque es la anonadacion completa del espíritu. Si los hombres llegasen a saber su término ¿cuál seria su desesperacion? Y sin embargo, a los individuos a quienes se pone en *capilla* se les dice: *en tres dias mas debeis morir.* ¿Cómo puede ese hombre mirar de frente ese período infalible de su existencia? ¿Qué es cada hora, cada minuto, cada instante para él, sino la aproximacion de una muerte infalible? Esta es la razon porque antes de subir al patíbulo ya están muertos.... y antes de la última agonía han esperimentado las mas amargas!... Todos los seres ignoran su fin, pero él lo conoce y esto es lo que constituye su mayor tormento: solo los jefes de la inquisicion pueden haber ideado tan atroz martirio, en que se asocia la superticion a la crueldad.

traje que cubria sus insignias militares y salió, recomendándome que obrase con brevedad, porque a las diez del dia cambiarian la guardia y ya no habria esperanzas de libertad...

"Es indudable que el soldado que habia puesto de guardia el sarjento Lopez en mi calabozo (porque así puede llamarse propiamente a la capilla) o era un idiota o lo habia embriagado o cohechado, pues al momento de salir no me hizo la mas pequeña observacion sino que por el contrario hizo un pequeño movimiento a su fusil como para denotar que estaba en su puesto y vijilante.

"El corazon me palpitaba, sin embargo, al atravesar esta primera barrera que era indudablemente la mas importante.

"Como reo político o como reo de distinto jénero a un criminal, no me habian puesto grillos; así es que no tuve necesidad de vencer esta dificultad, que talvez me hubiera sido insuperable.

"Habiendo salvado el centinela de mi calabozo sin que me hiciera la menor observacion, traté de bajar la capucha del hábito hasta el punto que me cubriera casi por completo el rostro; pero a poco andar encontré al sarjento, que a cada paso me hacia profundas reverencias, las que hubieran tenido mucho de cómico en otras circunstancias, si no hubieran infundido respeto a los centinelas, que me dejaban pasar, haciendo golpear la culata de su fusil en tierra, lo que significaba un acto de alerta y de media sumision a la vez.

"Así pasé por varios puntos en que habia soldados apostados, hasta que llegando a la puerta de salida esperimenté un verdadero desfallecimiento; sin embargo, me recuperé, y quizá esta misma anonadacion de mi espíritu sirvió a mis designios, dejándome pasar la última guardia sin la menor dificultad.

"Inter tanto, yo veia siempre al sarjento Lopez que seguia mis pasos con la mayor ansiedad, poniéndose pálido a cada guardia que tenia que atravesar, pues talvez temia que, sor-

en que yo me encontraba, pues estaba condenado a muerte, el sarjento Domingo Lopez, que se hallaba de guardia en la cárcel y arrojóme, al tiempo de hacer su visita, un pequeño papel que decia: *Mañana antes de montar la guardia vendré yo vestido de fraile, cuyos hábitos dejaré en su cuarto para que vistiéndose con ellos pueda escaparse.*

"En conformidad al aviso, yo esperé esa noche al sacerdote dedicado para ausiliarme, con la mayor serenidad. Le dije que no tenia el menor inconveniente para recibirlo, sino que por el contrario hallaria un consuelo con sus consejos y con su presencia, sin embargo que la primera noche habia rehusado su asistencia, movido de ese espíritu de incredulidad que constituia el fondo de mis creencias. El inocente fraile se retiró mui satisfecho con la certidumbre de que habia conquistado una alma para el cielo, y previno a la guardia que lo dejase pasar a cualquier hora.

"Al siguiente dia ví entrar al dominicano en la capilla y sentarse al confesonario con una serenidad sorprendente, llamándome a la vez para que me acercara a él.

"Yo no habia sospechado nada; pero no bien me habia aproximado cuando descubriendo su fisonomía el sarjento Lopez me dijo: vístase usted con el hábito que tengo puesto y que voi a dejarle, y salga en seguida con paso firme y sin demostrar el menor temor.

"Pronunciadas apenas aquellas palabras se despojó del

curre el cuadrante; y este suplicio atroz, este suplicio que se aumenta a cada movimiento de la péndula del reloj hace jeneralmente que la víctima, cuando marcha al patíbulo, haya recibido una muerte anticipada, y una muerte mas dolorosa que la destruccion física, porque es la anonadacion completa del espíritu. Si los hombres llegasen a saber su término ¿cuál seria su desesperacion? Y sin embargo, a los individuos a quienes se pone en *capilla* se les dice: *en tres dias mas debeis morir.* ¿Cómo puede ese hombre mirar de frente ese período infalible de su existencia? ¿Qué es cada hora, cada minuto, cada instante para él, sino la aproximacion de una muerte infalible? Esta es la razon porque antes de subir al patíbulo ya están muertos.... y antes de la última agonía han esperimentado las mas amargas!... Todos los seres ignoran su fin, pero él lo conoce y esto es lo que constituye su mayor tormento: solo los jefes de la inquisicion pueden haber ideado tan atroz martirio, en que se asocia la superticion a la crueldad.

traje que cubria sus insignias militares y salió, recomendándome que obrase con brevedad, porque a las diez del dia cambiarian la guardia y ya no habria esperanzas de libertad...

"Es indudable que el soldado que habia puesto de guardia el sarjento Lopez en mi calabozo (porque así puede llamarse propiamente a la capilla) o era un idiota c lo habia embriagado o cohechado, pues al momento de salir no me hizo la mas pequeña observacion sino que por el contrario hizo un pequeño movimiento a su fusil como para denotar que estaba en su puesto y vijilante.

"El corazon me palpitaba, sin embargo, al atravesar esta primera barrera que era indudablemente la mas importante.

"Como reo político o como reo de distinto jénero a un criminal, no me habian puesto grillos; así es que no tuve necesidad de vencer esta dificultad, que talvez me hubiera sido insuperable.

"Habiendo salvado el centinela de mi calabozo sin que me hiciera la menor observacion, traté de bajar la capucha del hábito hasta el punto que me cubriera casi por completo el rostro; pero a poco andar encontré al sarjento, que a cada paso me hacia profundas reverencias, las que hubieran tenido mucho de cómico en otras circunstancias, si no hubieran infundido respeto a los centinelas, que me dejaban pasar, haciendo golpear la culata de su fusil en tierra, lo que significaba un acto de alerta y de media sumision a la vez.

"Así pasé por varios puntos en que habia soldados apostados, hasta que llegando a la puerta de salida esperimenté un verdadero desfallecimiento; sin embargo, me recuperé, y quizá esta misma anonadacion de mi espíritu sirvió a mis designios, dejándome pasar la última guardia sin la menor dificultad.

"Inter tanto, yo veia siempre al sarjento Lopez que seguia mis pasos con la mayor ansiedad, poniéndose pálido a cada guardia que tenia que atravesar, pues talvez temia que, sor-

prendiéndome, él fuera comprometido; y tenia razon, porque hubiera sido fusilado en el acto.

"Pero cuando hube pasado la última barrera, cuando ya nada tenia que me detuviese, miré en todas direcciones con la vista inquieta y gozosa del hombre que acaba, por un milagro, de recuperar su libertad, y encontré la fisonomía impasible del sarjento Lopez, que me señalaba un coche que se encontraba en la puerta de la cárcel.

"Apenas hube montado en él, que partió el cochero al trote largo de sus caballos y me llevó a un rancho del cual no podria darme ahora cuenta, pues a decir verdad ignoraba el punto donde me encontraba; pero lo cierto es que la buena mujer en cuyo cuarto permanecí hasta la noche, prevenida talvez de lo que iba a suceder, me quitó los hábitos de fraile y ella misma me hizo la barba, poniendo en mis manos, despues de concluida la operacion, unos tres o cuatro pesos, diciéndome: "Dios te ayude, hijo mio..."

"Esta es la manera como me libertó el sarjento Lopez de una muerte inevitable: Dios quiera que en alguna ocasion pueda manifestarle mi reconocimiento."

II.

Terminada la lectura de aquel documento estraordinario, porque podia servir como de acusacion para el mismo que lo habia escrito, quedóse Enrique admirado y suspenso; admirado por cuanto el solitario ponia en sus manos un auto de delito que podia perderlo; y suspenso, porque su padre habia contribuido a la evasion, quebrantando las leyes militares en obsequio de las leyes de la humanidad; sin embargo, tenian éstas para él mayor peso, si bien no sabia cómo hubiera debido deliberar en igual caso; pero creia que la conciencia y la razon natural le trazaban el camino que debiera seguir, a despecho de las leyes sociales que su padre habia quebrantado, y que él estaba dispuesto, en análogas circunstancias, a infrinjir.

Enrique devolvió el libro al solitario, diciéndole: "Me glorío de la accion de mi padre y participo de la satisfaccion de haberle libertado a usted la vida; en iguales circunstancias creo que habria hecho otro tanto."

—No te ilusiones, Enrique; tu padre jugaba su vida por la mia, pues las leyes militares son mui terminantes, y no sé cómo pudo salvarse de un caso tan riesgoso.

—De cualquier modo, él hizo un acto heróico que ojalá se me presentara alguna vez para tener la oportunidad de seguir su ejemplo.

—¿Apruebas entonces esa conducta?

—De todo corazon.

—El juicio de la inocencia es el mejor, porque es siempre el mas recto, y yo estoi mui satisfecho con el tuyo.

—¿Pueden haber, señor, algunos juicios contrarios a los de la humanidad y de la razon?

—Eso es siempre lo que sucede en el mundo.

—Sea como se sea, yo prefiero la jenerosidad a la lei, la caridad al mandato, y la libertad del hombre al código que lo esclaviza.

—Has dicho palabras tan sabias, sin que talvez conozcas su estension y su importancia, y superiores a todo ese aparato de ciencia que nos rodea y por el cual nos rejimos; empero, es indispensable la conformidad, sin que por esto anatematicemos el pensamiento que, ajitando a las sociedades, marcha como un faro, señalando el puerto de la libertad y de la felicidad del hombre....

El anciano, al pronunciar estas palabras, continuaba observando a Enrique; y éste, subyugado por la superioridad impasible del solitario, esclamó, arrodillándose ante él como si fuera ante un Dios:—"Me ha dicho usted que debe la vida a mi padre, y yo en su nombre le suplico que me conserve la mia, ayudándome en mis esperanzas, que, sin saberlo, han alentado sus palabras."

—Nada, nada me seria mas grato en este mundo, y pue-

des desde luego contar conmigo en todas circunstancias y para cualquier cosa, porque tendré un verdadero placer en ser útil al hijo de aquel a quien debo la vida.

Levántate ahora, prosiguió el anciano, y escucha la narracion de mi triste existencia, que Dios se ha dignado conservarme, sin duda para que pueda con el tiempo arrepentirme de mis errores y llorar mis estravios.

Don Toribio de Guzman.

I.

Nací el 10 de enero de 1790, en la ciudad de Concepcion, situada en las márjenes del Biobio, que es sin disputa el mas hermoso rio de Chile. Mi padre, hijo de un jefe español, no tenia mas fortuna que una estensa pero poco productiva hacienda. En aquellos tiempos, los propietarios de fundos rústicos apenas tenian con qué satisfacer las necesidades mas indispensables de la vida.

Mis primeros años fueron felices, porque fueron libres; y salvo los momentos en que me daba algunas lecciones mi padre, el resto del tiempo lo empleaba en correr por el campo o en bañarme en el rio, que, a pesar de mi poca edad, atravesaba a nado.

Tendria yo como diez a once años, cuando una noche, noche terrible, que nunca he podido olvidar y que aun ahora mismo recuerdo de una manera tan patente como si solo hubieran pasado ayer los acontecimientos, fuimos despertados por el ruido mas estraño. El tambor tocaba a jenerala; sentíase por las calles el correr precipitado de los hombres y los gritos lastimeros de los niños y de las mujeres. De repente oimos una descarga de fusileria, y casi en el mismo instante las criadas de casa se precipitaron en el cuarto de mi padre, esclamando despavoridas:—"Los indios! Los indios!" Mi padre, que ya estaba medio vestido, solo tuvo tiempo de echar llave a la puerta, trancándola fuertemente y apagando inmediatamente la vela, despues de haber toma-

do sus armas, que solo consistian en un par de pistolas, una escopeta y la espada toledana de mi difunto abuelo. Los alaridos de los indios se oian distintamente. Mi madre, yo y las criadas, nos pusimos en oracion, hincándonos delante de una imájen de Dolores, a quien todo el mundo tenia particular devocion y que conservo todavia coma una reliquia, a pesar de haber cambiado mucho mis ideas.

Mi padre estaba apoyado en una ventana de fierro que daba al patio, tratando de ver, a pesar de la oscuridad, lo que sucedia afuera, teniendo en cada una de sus manos una pistola.

La poca claridad esterior me permitia ver distintamente la fisonomia de mi padre, en que parecia pintarse la mayor ansiedad, teniendo los ojos fijos en un punto. De repente dejó la ventana, y acercándose a nosotros, que rezábamos, arrodillados delante de la Vírjen, nos dijo:—"Silencio! varios indios han penetrado en el patio." Y volvió a su puesto... Nosotros nos callamos, y podia oirse el latido de nuestros corazones...

Mi madre me estrechó en sus brazos...

Los indios habian penetrado en las habitaciones y alcanzábamos a sentir el ruido de sus pasos... Mi padre no se movia de su puesto, y montó una de sus pistolas.

Todo volvió a quedar en silencio por algunos instantes y llegamos a figurarnos que habian abandonado la casa por no haber encontrado a nadie; pero esta ilusion no duró mucho tiempo, pues de repente sentimos un grito prolongado, grito de triunfo, grito aterrador que heló nuestra sangre...

Los salvajes, sea por su instinto o por su olfato, casi superior al del perro, habian descubierto nuestro asilo y se dirijian a él...

Varias sombras negras aparecieron en la ventana... Mi padre hizo fuego y vimos caer a uno de los asaltantes.

Los tiros de fusileria que la tropa hacia en las calles parecian acercarse, pues los oíamos mas distintamente.

Los indios que estaban en el patio se detuvieron un momento; pero dando un nuevo alarido, se aferraron de la ventana como para arrancarla... Mi padre volvió a hacer fuego, y el golpe pesado de un cuerpo que cae probaba que habia otro hombre fuera de combate.

El furor de los salvajes se aumentaba con la resistencia, y hacian mayores esfuerzos por desquiciar la ventana de fierro que les impedia el paso; pero ésta continuaba resistiendo, y mi padre tuvo tiempo de descargar su escopeta sobre el grupo, donde era imposible que no aprovechara el tiro... Los indios se retiraron entonces de la ventana; sin embargo nuestro espanto fué mayor cuando sentimos un fuerte golpe dado en la puerta... La cerradura saltó, pero la tranca resistia... Todos huimos al fondo del cuarto como si pudiera salvarnos aquella pequeña distancia... Mi padre, tomando entonces la toledana de mi abuelo, pues no tenia ya tiempo para volver a cargar sus pistolas, se colocó cerca de la puerta delante de nosotros para protejernos.

Aquella lucha no podia durar mucho tiempo, pues era imposible que la puerta no cediese y que un solo hombre se sostuviese contra tantos... Asi sucedió: al segundo esfuerzo de los indios, que se precipitaron en tropel contra mi padre, que defendia la entrada blandiendo su larga y cortante espada, rompiéronse los quicios y apareció un grupo de salvajes con largas picas y gruesos garrotes. Jamas he presenciado un momento de mayor angustia que aquel, y jamas he visto una defensa mas heroica. Mi padre se sostenia sin retroceder y yo veia esa lucha tan desigual en que un solo hombre tenia una multitud a raya. A mí me parecia que mi padre era un jigante, que a cada golpe de su formidable brazo hundia a un adversario; y asi era en efecto, porque con la toledana de mi abuelo, que blandia en todas direcciones, impedia que los indios entrasen en el espacioso aposento, pues ya con los filos o con la punta cortaba y heria a mansalva, defendiéndose al mismo tiempo de los golpes infinitos que le dirijian

centenares de brazos levantados constantemente sobre su desnuda cabeza.

Ví un momento que el brio de mi padre flaqueaba y que los indios ganaban terreno e iban a ser dueños del campo, cuando una nueva descarga de fusileria se dejó oir a mui poca distancia y los salvajes retrocedieron entonces, huyendo en seguida con precipitacion... Eran los soldados chilenos, que, victoriosos, perseguian a los indios en todos los lugares que ellos amagaban, pero cuando entraron nuestros libertadores, mi padre yacia tendido en el suelo y nadando en un charco de sangre de los enemigos y que brotaba tambien de una herida que habia recibido en la cabeza, hecha al parecer con una arma contundente, segun dijo despues el facultativo.

Mi valiente padre vivia todavia, y cuando recuperó sus sentidos brilló en su cara un rayo de alegria al encontrarnos sanos y salvos. Nuestra felicidad no fué de mucha duracion: al cabo de una semana habia espirado.

II.

Viuda mi madre, y no pudiendo ella tomar la administracion del fundo, trató de venderlo y se dirijió a Santiago, donde tenia ricos parientes. Ella era todavia jóven, hermosa, y contrajo segundas nupcias con un tio mio que poseia una considerable fortuna y el que me mandó poco tiempo despues a España para hacer mi educacion en el colejio de nobles americanos, que tenia fama en Madrid, y al que mandaban jeneralmente las ricas familias del nuevo mundo a educar a sus hijos.

Si mal no me acuerdo, seria esto por el año 1803, pues solo conservó la memoria de mi madre, que deshecha en lágrimas, me decia:—"Me separo de tí con dolor, pero es para tu felicidad. Condúcete siempre con delicadeza y no desmientas el nombre de tus antepasados. Has nacido de

una familia ilustre: trata de ser digno del apellido que llevas, pues esto me hará a mí mui feliz y honrarás la memoria de tu padre a quien debes dos veces la vida, pues murió por conservarte la que te habia dado."

Jamas he olvidado estas palabras, y talvez ellas me han servido para que en medio de mis estravios conservara siempre el pundonor necesario para no caer en el fango en que he visto perderse a muchos de mis compañeros de aquellos tiempos.

No te haré una relacion de mi viaje y de mi permanencia en el colejo durante cinco o seis años que estuve en él; pero me dediqué con ardor a aprender cuanto nos enseñaban, no limitándome a las lecciones de mis maestros; sino que leia con avidez todas las obras francesas que llegaban a mis manos o que podia procurarme a escondidas de mis profesores, que tenian estrema vijilancia sobre este punto. De esta lectura, hecha sin discernimiento, jerminaron en mí ideas mui raras, de que te hablaré en otra ocasion.

Por aquella época, 1808, vino la invasion de Napoleon sobre la España. Hacia como seis meses que yo no recibia pensiones de mi familia ni siquiera cartas que me dijesen su estado de fortuna, de manera que sin los ausilios de uno de mis paisanos y condiscípulo mio, me habria visto obligado a abandonar el colejio. A pesar de la jenerosidad de este amigo, a quien he debido entonces y despues muchos servicios, pero cuyo nombre me es imposible nombrarte por ahora, me encontraba desesperado. Tenia un carácter orgulloso y me dolia estraordinariamente depender de los favores de otro; así es que apenas se introdujo en España la invasion francesa, me inscribí como voluntario. Yo habia nacido bajo el réjimen español y en una colonia española, de manera que consideraba a la Metrópoli como mi propia patria y creia que defendiéndola defendia a mi pais, sin embargo que nunca he tenido apego a la carrera de las armas, que hasta cierto punto he seguido arrastrado por las

circunstancias, pero en contra de mi voluntad y sobre todo en contra de mis ideas.

Enrolado en el ejército español en calidad de alférez, grado que me dieron desde el principio, a pesar de mis pocos años, pero sin duda por mis conocimientos, me hallé en varios encuentros, por lo jeneral desgraciados para nosotros, pues teníamos que lidiar con fuerzas disciplinadas, aguerridas y bien pertrechadas, mientras que nosotros carecíamos muchas veces de lo mas indispensable, y en nuestro propio suelo pasábamos mas miserias que el ejército frances, perfectamente abastecido de provisiones de todo jénero.

No te contaré todas las peripecias de aquella gloriosa guerra, de la que no hubiéramos salido triunfantes a pesar del amor patrio español, sin el ausilio del duque de Wellington que mandaba las tropas inglesas que habian venido a socorrernos; pero cuando Fernando VII entró en España, ya yo tenia el grado de capitan en el ejército. Por ese tiempo recibí una carta de mi tio en que me anunciaba la muerte de mi madre y la pérdida de toda su fortuna a la vez que me daba una idea de los partidos que sordamente se ajitaban en Chile.

Uno no olvida nunca el rincon en que ha nacido y siempre mira con cariño el suelo en que su madre lo ha mecido en la cuna: esto lo siente el hombre civilizado lo mismo que el salvaje; asi es que me dieron deseos vehementes de volver a América, y pedí mi retiro, que me fué fácilmente acordado, porque ya no habia en la Península necesidad de un ejército tan considerable, estando por otra parte agotado el erario, pues hacia tiempo que no recibia la España remesas de dinero de estas comarcas que hasta esa época la habian enriquecido haciendo su preponderancia.

III.

En mi cabeza bullian las ideas de libertad, ideas que todavia conservo, hijo mio, aunque mui modificadas, pues tie-

nen otro punto de mira. Tenia a la vista el ejemplo de los Estados Unidos, admiraba la filosofía y virtud de Franklin y la enerjía y patriotismo de Washington y deseaba para Sud América los mismos resultados; así es que desde antes de partir de España ya era revolucionario, y en balde quisieron darme en la metrópoli un empleo en la administracion de estos paises, pues rehusé, contentándome solamente con un informe de mi conducta que pedí al ministro de la guerra de aquel entonces y que conservo aun entre mis papeles.

Llegado a América me presenté ante la autoridad con mi pasaporte, haciendo ver el certificado que traia de mis jefes y fuí perfectamente recibido, ofreciéndoseme el mismo grado en el ejército, lo que rehusé obstinadamente bajo el pretesto que tenia que arreglar algunos negocios de familia, pero con la intencion verdadera de echarme en brazos de la revolucion que sentia jerminar, si bien no se declaraba abiertamente.

Tampoco te referiré los acontecimientos de aquella época, que debes saber, si has estudiado nuestra naciente historia, y me bastará decirte que me encontré al mando de fuerzas patriotas en casi todos los encuentros que tuvieron lugar hasta que zarpé al Perú el 20 de agosto de 1820 en la espedicion que iba al mando del jeneral San Martin, con objeto, como sabrás, de libertar aquel territorio del yugo español, donde principalmente se habian reconcentrado las fuerzas de la metrópoli y que servia de amenaza a todo el continente.

Paso por alto las intrigas y miserias de nuestros caudillos, intrigas y miserias que me tenian amargada el alma y que, a no ser la santidad de la causa que defendia, me habrian hecho abandonarla; sin embargo regresé a Chile poco despues del triunfo completo de la América y con el grado de teniente coronel, pues habia recibido algunas postergaciones a causa de mi modo de ser independiente.

IV.

Nuestro pais, no bien constituido todavia, y gobernado, se puede decir así, por facciones, tenia que soportar los males anexos a la guerra civil, que provenia y proviene aun de la ignorancia en que nos habia educado la España y de las ideas de aristocracia que habia hecho jerminar entre nosotros y de las que nos resentimos todavia.

La Europa, hijo mio, nos hace ahora un crímen de nuestros disturbios, tratándonos como salvajes, sin haber reflexionado que las revoluciones que nos han aniquilado, y que yo lamento mas que nadie, provienen principalmente del *pus*, escúsame esta palabra, que nos dejó la España y de que ella misma participa actualmente.

Nuestras sociedades sin industria y llenas de presuntuosa vanidad; nuestros pueblos sometidos al réjimen colonial y completamente ignorantes, no podian recibir exabrupto la libertad; así es como se sucedió esta especie de oligarquía que hasta ahora nos gobierna y en la cual se infiltró la discordia, de donde resultaron las luchas encarnizadas que nos han destruido y que nos han desprestijiado en el antiguo mundo, sin haber tomado en cuenta lo mismo que han sido y lo que serán mas tarde; porque todavia, a pesar de sus adelantos, aquellas sociedades estan embrionarias, mal que les pese a su presuncion y a su orgullo.

Nuestras contiendas, amigo mio, no nacen de la libertad, o nacen de la república, no nacen de la democracia, porue la democracia, la libertad y la república nos encaminan la dignidad del hombre y al perfeccionamiento de las insituciones, sino que provienen del atraso que enjendran las leas opuestas, y que por desgracia han jerminado y jermian entre nosotros: este es el antagonismo de la luz y las nieblas, de la razon y las preocupaciones, de la verdad y el error, de la relijion humanitaria del Cristo y del egois-

mo y barbarie de las instituciones que nos gobiernan; pero la reaccion que hoi vemos entre nosotros tendrá lugar en todo el mundo, y allá, tanto como aquí, se empeñará la lucha hasta que se establezca la reforma; pero la reforma en el sentido democrático, la reforma que es la voluntad manifiesta de Dios, porque es el fin de la creacion, revelado por el constante progreso.

El solitario estaba conmovido con sus propias palabras, y Enrique escuchaba admirado aquella filosofía tan simpática que entraba de lleno en las nobles tendencias de su ser.

La inocencia, o diremos mas bien, esa sencillez luminosa que, sin comprender las cosas, las adivina, es jeneralmente el mejor juez y el apreciador mas equitativo de la verdad, porque no ha sido viciada por las preocupaciones; de modo que Enrique, sin darse cuenta, comprendia la estension de aquella enseñanza dicha sin pretension de ningun jénero, puesto que el individuo no podia aspirar a nada, habiendo renunciado desde largos años, segun se manifestaba, a cualquier pretension.

A mi vuelta de España solo habia encontrado parientes lejanos, pues mi madre y mi tio, que era mi padre político, habian muerto; por consiguiente cuando regresé del Perú me encontré solo y sin relaciones: sin embargo, no podian negarme ni mi grado ni mis servicios, y esto era suficiente para asegurarme una posicion social bastante digna y una manera de ser independiente, tanto mas cuanto habia ganado mis grados, no en fuerza de la intriga y del adulo, sino en fuerza de mi decision, de mi constancia, y, podré decirlo, de mi patriotismo, o de mi americanismo mas propiamente hablando.

Sin embargo, yo encontré el pais dividido en bandos, y tuve la debilidad, esta es la espresion de que ahora me valgo, porque estoi persuadido que las guerras civiles no deben existir ni debe en ellas mezclarse un militar que ha ganado

sus grados defendiendo la santa causa de la independencia de su pais, sin embargo, repito, me adherí a la opinion de aquellos militares como don Ramon Freire, con quienes habia sido amigo y habia combatido en los campos de batalla.

La faccion de los que entonces se llamaban pelucones y a cuya cabeza se encontraba Portales, hombre de enerjía y de jenio a la vez, y Prieto, hombre de armas pero incapaz para la administracion, triunfó de nosotros en 1830 y fuí, no solo destituido de mi grado y de mi empleo, sino tambien perseguido, habiendo tenido que vivir por mucho tiempo oculto.

V.

El mismo amigo de colejio que me habia socorrido en España vino en mi ayuda en Chile. Este jóven habia regresado casi al mismo tiempo que yo, pero nuestra suerte era mui diversa: mientras él seguia una vida tranquila, habiéndose casado en Santiago con una de las principales señoritas, administraba y disfrutaba a la vez de la inmensa fortuna de una hermana de su mujer por parte de padre; mientras él, repito habia gozado y gozaba de comodidades y de paz, yo corria la existencia mas azarosa, esperimentando todos los vaivenes de la fortuna; sin embargo nuestra amistad sincera se habia mantenido intacta y sin esperimentar el menor cambio, pues siempre habia sido para mí el mismo, tanto en mi buena fortuna como en mi desgracia, mostrándose jeneroso en todas ocasiones.

Yo queria a este amigo como a un hermano, y tengo motivos para creer que su afecto era igual para conmigo; asi es que viéndome perseguido y por consiguiente miserable, no solo me asiló en su casa, ocultándome a mis enemigos, sino que me dijo estas palabras: "dispon como propio de cuanto yo poseo, y ya permanezcas aquí o ya te ausentes,

mi caja estará abierta para tí; y no tengas el menor escrúpulo en tomar de ella cuanto necesites, pues me darás con esto un placer verdadero y una prueba inequívoca de amistad."

El solitario enjugó las lágrimas que caian de sus ojos al evocar estos recuerdos, y sin pretender ocultar su conmocion dijo a Enrique: "no te admires, hijo mio, de ver llorar a un anciano. Yo he presenciado y esperimentado muchas desgracias con ojos enjutos, pero las acciones jenerosas y nobles me conmueven, y su sola memoria me enternece hasta este punto, sobre todo cuando no he tenido afeccion mas grande ni he conocido alma mas sublime que la de este amigo cuya pérdida lloraré hasta el sepulcro, sin llorar todavia lo bastante."

Enrique participaba de los mismos sentimientos del solitario. Aquel dolor que se pintaba en la venerable fisonomía del anciano y que sus palabras y el tono de su voz revelaban, se habia comunicado al jóven de tal manera, que lloraba tambien...

—Me agrada, hijo mio, dijo el antiguo coronel, tomando las manos de Enrique, verte sensible, y esto viene a confirmar la buena idea que desde un principio me habia formado de tí...

Despues de un rato de silencio en que el solitario parecia haberse reconcentrado en sí mismo, ya fuese para saborear la ternura de Enrique, que tanto le agradaba, o ya para recordar su penoso pasado, continuó su historia.

—Por espacio como de un año permanecí oculto en casa de mi amigo y sin salir a ninguna parte, salvo de noche, que hacia mis solitarios paseos a la alameda, teniendo el cuidado de disfrazarme para no ser conocido. En este tiempo tuve ocasion de tratar de cerca a la esposa y cuñada de mi amigo, ambas dos jóvenes distinguidas y de un corazon escelente; pero la última tenia una imajinacion ardiente y al parecer apasionada y fantástica: una de esas imajinaciones de

poeta que ven el mundo tras un prisma seductor o sombrío, segun las impresiones que reciben.

Yo quise a esta niña. En mi afeccion, puedo asegurarlo ahora, no entraba el menor cálculo, pues no era la codicia de su fortuna lo que me guiaba, sino un afecto sincero y que mi noble amigo hubiera deseado ver feliz, aun cuando esto le quitara la administracion de los cuantiosos bienes de su cuñada; pero no sucedió así, porque ella, si bien tenia por mí estimacion, no sentia cariño, y me lo dijo un dia que, engañada por las apariencias, le abrí mi corazon. Nada habia que pudiera herirme en su franqueza, porque su repulsa fué suave compasiva y digna, quitándome toda esperanza, pero dándome a la vez pruebas inequívocas de su aprecio y del afecto que sentia por mí en calidad de amigo, afecto que desapareceria al instante bajo el pié de amante.

Comprendiendo la justicia de sus razones y creyendo que desde ese momento no podia permanecer en la casa, porque desde ese momento mi presencia podria ser importuna, traté de retirarme y lo hice al efecto marchándome pocos dias despues al Perú, donde encontré el mismo dia de mi arribo una carta de mi amigo en que me decia que su cuñada le habia suplicado de poner a mi disposicion la cantidad de diez mil pesos, encargándole decirme que si la apreciaba en algo no le rehusara esa lijera manifestacion, pues de lo contrario no tendria de mí la alta idea que se habia formado, sino que me creeria un hombre comun que no me habia elevado mas alto que las preocupaciones vulgares, participando de ese puntillo de delicadeza de que se enorgullece la jeneralidad y que no es otra cosa que el simulacro de la dignidad.

Conociendo aquella alma desinteresada y noble, acepté sin vergüenza y le escribí mi determinacion dándole las gracias.

Su respuesta afectuosa, sencilla y sobre todo, elevada me hizo llorar de gratitud y de amor, porque su noble repulsa

talvez me habia hecho quererla mas: hai algunas veces desengaños que aumentan nuestro cariño en lugar de disminuirlo o apagarlo; sin embargo, ya yo estaba en una edad en que el juicio deja oir su voz sobre la pasion; asi es que contuve los ímpetus de la mia, que me aconsejaba volver a Chile e ir a morir a sus piés...

VI.

Tres años permanecí en el Perú en esta última ocasion; y aun cuando el gobierno de aquella república me ofreció darme el grado de que gozaba en Chile, rehusé, porque me figuraba que dentro de poco tiempo nos encontraríamos en lucha, y no queria hallarme en líneas opuestas a las de mis conciudadanos. Esta prevision provenia del conocimiento de los hombres y de los manejos de la política, que me hacian preveer una guerra entre ambos paises.

Regresé a Chile, siempre de incógnito, y fuí, como era natural, a ver a mi amigo el mismo dia que llegué a Santiago. Este me recibió con cariño; sin embargo me fué fácil notar en él cierta tristeza que en vano se empeñaba en disimularme, porque yo le conocia tanto mas cuanto mayores eran sus esfuerzos para ocultármela.

La cuñada de mi amigo, es decir, la niña a quien yo respetaba y queria con la consideracion y el cariño que no habia esperimentado por nadie, tambien apareció a mi vista diferente de lo que la habia dejado, es decir, con una afectacion que no le habia conocido antes.

La primera noche que tomamos el té en familia me fué fácil conocer que las relaciones eran algo tirantes entre los diferentes miembros de aquella casa, y mucho mas cuando ví llegar a un hermoso jóven, de afables aunque altivas maneras.

La cuñada de mi amigo se sonrojó algo cuando este desconocido para mí entró al salon, y mi amigo, tanto como

su mujer, perdieron tambien el buen humor, lo cual, con mi esperiencia de mundo, me hizo presumir que se encerraba algun secreto.

Yo, al llegar a esta casa, me instalé como en la mia propia, tanto por las ofertas que recibiera en todas ocasiones, cuanto por mi afecto y por el hábito que habia adquirido de considerarlos como a mi sola y única familia, confianza que me agradaba y que estaba autorizado a ejercer en vista de su repetida y franca hospitalidad; sin embargo, a pesar del verdadero cariño que me manifestaban, no pude menos de notar que todos esperimentaban cierto modo de ser que se hallaba mui distante a la franca injenuidad con que habia sido recibido y en que habia vivido antes en aquella casa. Quien estaba mas contrariada con mi presencia era la jóven cuñada de mi amigo, que llegó en algunas ocasiones a manifestarme cierta acritud, a despecho de su carácter bondadoso y de sus maneras altamente políticas.

En vista de esto, sin retirarme de la casa y continuando viviendo en ella, observé una conducta mas retirada, resuelto a separarme en el acto que notase que mi presencia les incomodaba; pero mi amigo y su señora seguian tratándome con la misma cordialidad, si bien con cierta reserva que llegaron a manifestarme no provenia de ellos sino de otras causas.

Esto me dió que pensar, y a la segunda visita de aquel jóven de que ya te he hecho referencia, caí completamente en el motivo que causaba aquellos disgustos interiores.

La situacion era tanto mas tirante y tanto mas embarazosa, cuanto que la fortuna era completamente de la jóven cuñada de mi amigo, y porque éste a la vez tenia que aparecer como el jefe de la familia y hacerse respetar cuando él solo podia y solo deseaba hacerse querer. Esta penosa condicion en que estaba colocado agriaba su carácter hasta el punto de hacerlo hipocóndrico y misántropo.

Yo observaba sin decir nada, y no te ocultaré la repug-

nancia que me causaba la visita de aquel estraño, que, bajo las maneras mas caballerescas, ocultaba, segun mi opinion, el carácter mas egoista, mas pérfido y mas hipócrita.

Sea presentimiento, o sea en virtud de otros antecedentes, mi amigo y su esposa participaban de mis mismas ideas, pero ocultando sus juicios a su hermana, a mí y talvez a ellos mismos, pues quizá no se habian comunicado sus observaciones el uno al otro, por tal, sin duda, de no complicar mas la situacion y de no amargarse la existencia recíprocamente, por cuya razon cada uno de ellos habia concentrado en sí sus ideas y pensamientos.

Nuestro elegante jóven era asíduo; y si hemos de atenernos a las exijencias de la mas severa política, él cumplia con ella, no habiéndosele observado nunca el menor desliz de que pudiera darse por ofendida la susceptibilidad mas quisquillosa; y sin embargo, bajo aquellas maneras finas, afables y corteses, yo creia notar el egoismo mas glacial y la maldad mas refinada; pero este jóven era casado y con frecuencia venia acompañado de su mujer, lo cual desterraba hasta las apariencias de una sospecha.

Como pasábamos, se puede decir, en familia, la mayor parte de las noches, no pude menos de notar que la esposa de nuestro visitante se empeñaba mucho en hacer la corte a mi amigo, mientras el consorte requiebraba a la cuñada. Eduardo, que este era el nombre de mi condiscípulo, no hacia el menor caso a las gazmoñerias de aquella coqueta, pero no sucedia lo mismo a su hermana política, que parecia encantada de los requiebros del marido, jóven, como ya creo haberte dicho, mui elegante, y que gozaba de gran reputacion en la sociedad de esos fátuos y ociosos que pululan en Santiago, considerándosele como un irresistible Lovelace, en lo cual tenian indudablemente razon, pues a mas de una hermosísima presencia, era vivo, instruido, insinuante y sabia aparentar como nadie la honradez, la jenerosidad y hasta la virtud.

Notando yo que mi presencia les era hasta cierto punto embarazosa, traté de retirarme, y Eduardo, conociendo sin duda el motivo que me hacia obrar, me dijo un dia: "Tú tienes que permanecer oculto; sin embargo, no quiero retenerte en casa contra tu voluntad, pero podrias ir a pasar algun tiempo en alguna de nuestras haciendas; inter tanto yo me empeñaré con mis relaciones para ver si consigo que no te persigan. Tu único delito es ser pipiolo (y mi amigo se sonrió con bondad), y aun cuando las pasiones políticas y el espíritu de partido está tan arraigados entre nosotros que ha hecho nacer odios y rencores profundos, creo no me será imposible obtener el que no te inquieten con tal que tú prometas no entrar en ninguna conspiracion.

VII.

Yo he sido siempre enemigo de esos motines que han perjudicado tanto al progreso de nuestros paises; asi es que me fué fácil prometer lo que me exijia Eduardo, y partí para uno de sus fundos, bien provisto de libros y de aparatos de estudio, pues llevaba la intencion de permanecer en el campo mucho tiempo, tanto porque no creia que Eduardo consiguiese mi indulto, conociendo el carácter sostenido de don Diego Portales, que era el verdadero presidente de la república, cuanto porque la ciencia y la soledad han tenido siempre para mí un atractivo irresistible, permitiéndome de esta manera aprovechar mi tiempo.

Pero no habian pasado tres meses cuando recibí una carta de la esposa de Eduardo en que me decia que su marido estaba mui malo y me reclamaba con instancia, suplicándome que partiera a la mayor brevedad, pues mi vista talvez podria traerle algun alivio.

Apenas habia terminado de leer aquella carta, portadora de tan triste nueva, cuando hice enganchar los caballos al

birlocho, y sin esperar nada me dirijí a Santiago, donde llegué la noche del siguiente dia.

La esposa de Eduardo me recibió bañada en lágrimas, pero con muestras del mayor gusto, pues creia que la amistad que nos unia bastaria para operar un cambio favorable en la salud de su marido, y asi me dijo:—"Voi a anunciarle la llegada de usted, porque temo que una sorpresa, por agradable que sea, pueda hacerle daño en el grado de debilidad en que él se encuentra." Yo le pregunté la causa de la enfermedad, y ella se contentó con decirme:—"El se la comunicará mejor, pero en mi concepto no es sino melancolia, que quiera Dios consiga usted desechar."

Semejante enfermedad, no era, en mi opinion, tan alarmante; asi es que esperé tranquilo, disipándose en un tanto la ansiedad en que me encontraba desde el dia anterior.

A pocos momentos apareció la jóven esposa conduciendo de la mano a su única hijita, que era el ídolo de ambos y aun de toda la casa, y me convidó a pasar adelante.

Mi sorpresa fué inmensa cuando ví a mi amigo casi cadáver y tendido en la cama: sin embargo, se incorporó mostrando en su semblante la alegria que sentia al verme y estendióme su enflaquecida mano, de que yo me apoderé en el acto, besándola y humedeciéndola con mis lágrimas...

—¿Mui cambiado me encuentras, Guzman, no es verdad? me preguntó con un acento dulce y en que se dejaba conocer el dolor resignado.

—Es cierto, le contesté; pero no hai motivo para desesperar; talvez pronto te recuperes. ¿Qué es lo que sientes?

—Nada, amigo mio, a no ser cierta languidez y opresion al corazon.

—Pero esto no será de gravedad. ¿Qué dicen los médicos?

—Los médicos no entienden estos males... Los médicos no curan el alma.

Estas palabras me sorprendieron, haciéndome pensar que habria algun misterio; asi es que no pude menos de esclamar:—"¿Qué ha sucedido?"

—Despues lo sabrás, amigo mio, me contestó; mientras tanto, tú debes venir fatigado con tan largo viaje, y seria bueno que te fueras a descansar.

—De ningun modo, le dije; yo estoi acostumbrado a las fatigas y he hecho la marcha con comodidad.

—Quédate entonces, me contestó, y hablemos de tus asuntos.

—¿Y por qué no de los tuyos, que son los que me interesan? le respondí.

—Mas tarde... otro dia... me dijo; pero ahora no quiero acibarar el gusto que tengo de verte.

Y como si tratara de desterrar un penoso recuerdo, principió a contarme los pasos que habia dado para que no se me persiguiera, refiriéndome la entrevista que habia tenido con Portales y la promesa que le habia hecho éste.

Poco me interesaba todo aquello, pues estaba preocupado con la enfermedad de mi amigo, y el estado en que lo veia no me dejaba pensar en otra cosa, tratando de investigar interiormente cuál podria ser la causa que en tan poco tiempo lo hubiese reducido a un estado tan deplorable.

Notando, al fin, que no se encontraba en el aposento su cuñada, pregunté por ella; pero apenas habia pronunciado su nombre, cuando creí ver que el semblante de Eduardo habia cambiado, espresando rabia y tristeza: esto fué para mí como una revelacion, pues aun cuando ignoraba lo que podia haber sucedido, estaba seguro que de aquí provenia el mal.

—Mi cuñada no está con nosotros, me contestó Eduardo.

—Cómo! Se habrá casado? dije yo.

—No, pero ha tenido el capricho de entrarse a las monjas.

—¡De entrarse a las monjas! contesté admirado.

—Sí; pero mañana hablaremos sobre esto.

VIII.

Yo comprendí que era penosa para Eduardo esta conversacion, y no insistí en ella, sino que me puse a hablar inmediatamente sobre otros asuntos, y al cabo de un rato conseguí hacer sonreirse a mi amigo, milagro grande y del que me dió las gracias con la vista su amante esposa. Alentado por esto y con el deseo de distraer a Eduardo, estuve mas locuaz que de costumbre y referí algunas anécdotas graciosas que me habian pasado en mis campañas, consiguiendo de tal modo divertirlo, que nuestro pobre enfermo se puso del mejor humor, lo que me hizo permanecer en su cuarto hasta las dos o tres de la mañana, hora en que me retiré para dejarlo descansar, sin embargo de que él me dijo que podia quedarme, pues habia perdido el sueño.

Su esposa me acompañó hasta mi habitacion y me mostró su contento porque habia logrado hacer reir a su marido, no dudando que esta distraccion influyera favorablemente en su salud; asi es que formé el propósito de volverme lo mas chistoso que me fuera posible, aunque para ello tuviera que inventar algunas fábulas.

Al dia siguiente, Eduardo se encontraba mejor, habiendo conseguido dormir aquella noche, cosa que no le sucedia desde algun tiempo; y me hizo llamar para almorzar en su cuarto, en compañia de su esposa y de su tierna hija, que principiaba a hablar, haciendo las delicias de sus padres.

Yo me mostré alegre, y fueron tantas y tan variadas las anécdotas que les referí, que mi enfermo amigo y su esposa se rieron de la mejor gana. Los médicos llegaron como a las dos de la tarde y encontraron a Eduardo mucho mejor, lo que aumentó el contento de su mujer, que principió a concebir esperanzas de que se restableciese, esperanzas que ya casi habia abandonado.

Pero dos dias mas tarde esta ilusion habia desaparecido,

pues esperimentó un ataque a causa de la lectura de una carta que recibiera en la mañana, que nos hizo desesperar de su vida.

Por la noche se restableció un poco y me dijo de acercarme a su cama, haciendo al mismo tiempo retirarse a su mujer y a su hija... Eduardo permaneció unos momentos en silencio, como para reunir sus recuerdos y reconcentrar sus fuerzas, y en seguida me dijo:

"No hai esperanzas de mi vida, ni te la formes tú, pues tengo la seguridad que he de morir en pocos dias; yo me conozço y sé lo que digo...

"Para cualquiera otra persona, lo que voi a revelarte seria un motivo de disgusto, pero no una cosa que lo llevara al sepulcro; sin embargo, todas las naturalezas no son iguales y lo que para uno es un sentimiento lijero, para otros es un pesar profundo y yo soi de los últimos; por consiguiente, no te empeñes en tratarme de probar que no tengo razon en abatirme, pues desde el momento que ha sucedido, es prueba que mi temperamento, mi constitucion o mi carácter está así formado, y no hai argumentos que prevalezcan contra el principal de todos: nuestra manera de sentir, de pensar, de ser...

"No há muchas noches, preguntaste por mi cuñada y te respondí que habia entrado a las monjas, sin querer seguir mas adelante ni darte otra esplicacion hasta que yo creyera llegado el momento oportuno de comunicártelo, y esto ha venido mas lijero de lo que yo habria deseado: pero la carta que he recibido hoi me hace anticiparlo, porque me ha causado tal impresion, que creo ha abreviado mis dias."

Eduardo hizo una pausa y yo pude leer en su angustiada fisonomia el dolor oculto de su corazon...

En seguida, estendiendo la mano, me presentó la carta que habia causado en él tal impresion y me dijo:—"Lee."

Yo leí estas cuatro líneas:

"Es indispensable que a la mayor brevedad me ponga

usted en posesion de los bienes, que, segun escritura privada, ha dejado a mi órden la señorita... si usted no quiere esponerse a un escándalo. Conserve usted lo que ha tenido a bien acordar a ustedes y a su hija, pero necesito que me dé usted cuenta de lo demas para darlo a mi vez cuando me sea pedida a su lejítimo heredero,

GUILLERMO DE"...

Este era el nombre y la firma del jóven que yo habia visto meses antes en casa de Eduardo y que tanto lo contrariaba.

Viendo mi amigo mi perplejidad, porque no comprendia lo que aquella carta significaba, aunque presumia algo de grave y de fatal, me dijo:—"Es imposible que adivines lo que esto significa y la infamia que encierra, pero voi a esplicártelo."

Y Eduardo continuó su narracion, poco mas o menos en los términos que voi a referírtelo:

"Cuando tú regresaste del Perú, me dijo, ya hacia tiempo que este jóven se habia introducido entre nosotros. Al principio fuimos seducidos por su gracia, su jovialidad, sus buenos modales y su vasta instruccion, y lo recibíamos con el mayor gusto, tanto mas cuanto que su esposa frecuentaba las mismas casas que mi mujer, donde se habian relacionado, no tardando mucho en venirnos a visitar con frecuencia, lo que me hace presumir que habia alguna relacion entre ellos, sobre todo, cuando ella me hacia algunos arrumacos.

"No tardó mucho mi cuñada en ponerse taciturna, y su jenio naturalmente festivo se cambió del todo, viéndosele alegre solo en aquellos momentos en que Guillermo permanecia en casa, notando nosotros que ejercia cierto dominio en ella. Poco tiempo despues ya no nos fué posible dudar sobre el jénero de relaciones que existia entre ambos y que habia favorecido indudablemente una criada llamada Anas-

tasia que fué introducida al servicio de mi cuñada mas o menos en la época en que Guillermo principió a visitar la casa.

"Esto me contristó sobremanera, pero esperaba remediarlo, cuando tuvo lugar un acontecimiento a que no me aguardaba y que echó por tierra todas mis determinaciones."

Por mi parte, hijo mio, dijo el solitario a Enrique, deteniendo el hilo de su narracion, pasaré por alto estos hechos, bastándote saber que la cuñada de mi amigo, probablemente víctima de la mas negra intriga y del engaño mas vil pero mejor tramado, dispuso de su fortuna o de la mayor parte de ella en favor de ese tal Guillermo, como lo confirma la carta que te he referido, y se retiró en seguida a un monasterio, por cuyos acontecimientos, fuertemente impresionado, contrajo la enfermedad que en pocos dias lo arrastró al sepulcro, llevándose con él toda la amargura de su alma, que nunca reveló por completo a su mujer, depositando quizá nada mas que una parte en el seno de la amistad; pues yo fuí el único a quien reveló estos acontecimientos con algunos detalles que han quedado sepultados en el misterio, talvez para siempre.

Despues del dia en que recibió aquella carta y en que tuvo conmigo la larga conferencia de la cual te he referido algunos hechos, su salud declinó visiblemente, y cuando hubo arreglado sus asuntos, en lo que mostró una actividad superior a sus fuerzas, lo vimos estinguirse sin proferir una sola queja, entre las caricias de su mujer y de su hija, que no podian creer en un fin tan cercano.

Puedo asegurarte que nunca he tenido un sentimiento igual, porque no habia conocido un alma mas dulce, mas tierna y mas jenerosa que aquella; asi es que interiormente hice el juramento de vengarlo y solo pensé en llevar a cabo mi idea sin decir a nadie una palabra, ni a su propia esposa, a quien Eduardo habia ocultado gran parte de sus sufri-

mientos, para no legarle una herencia de odio irreconciliable que habria acibarado su existencia.

Hoi, es verdad, no pienso del mismo modo, porque considero la venganza como una pasion mala, baja e indigna de las almas nobles y del grande ejemplo que nos legara Jesus en el Calvario; pero entonces no creia ni pensaba así y hubiera considerado cobardía de mi parte el no vengar la ofensa de mi amigo.

Permanecí en la casa todo el tiempo que fué necesaria mi presencia, y me retiré en seguida, temiendo no fuera la pobre viuda a ser víctima de la maledicencia, como su esposo, ella y su hermana lo habian sido de la infamia.

IX.

Aun cuando yo confiaba en la palabra de Portales, sin embargo temia las intrigas de los hombres de partido, y continué permaneciendo oculto, aunque no tanto como antes, pues salia de noche sin disfraz. En una de esas ocasiones estaba sentado en el óvalo de la Alameda cuando vinieron dos paseantes a ocupar un sofá próximo al mio, y en uno de ellos reconocí la voz de Guillermo, que hablaba alto y en un tono de jactancia.

La conversacion que tenian los dos jóvenes era sobre amores, pues sin querer escuché algunas de esas palabras vulgares de nuestros dandys, que dicen con énfasis: "*no hai mujer virtuosa*;" iba a retirarme cuando oí pronunciar el nombre de mi amigo y de su cuñada, a lo que se siguió una estrepitosa carcajada.

La sangre me subia a la cabeza, y comprendiendo a lo que hacian referencia aquellos pisaverdes, me puse en un instante enfrente de Guillermo y le dije: "usted no es otra cosa que un *miserable*," y a la palabra acompañé la accion, dándole una bofetada a mano abierta en la mejilla. Guillermo furioso arremetió conmigo, pero entonces levanté la

mano con toda fuerza y descargué sobre él tan rudo golpe, que lo tiré por tierra. Su amigo se interpuso y me preguntó que con qué derecho obraba así, a lo que le contesté que no tenia esplicaciones que darle a él. En esto se levantó Guillermo y le dije: "si usted no es tan cobarde como infame, puede encontrarme en mi casa, calle de las Rosas, número... pero esté usted seguro que si no lo hace lo escupiré en la plaza pública. Aguardo a sus padrinos y dejo a usted la eleccion de las armas;" y acabando de pronunciar estas palabras me retiré sin saludar ni al uno ni al otro, pero con pausado paso para mostrarles que no les temia.

Al dia siguiente por la mañana vinieron dos jóvenes a mi casa. Yo conocí el objeto de su visita y continué en mi ocupacion, hasta que dirijiéndome la palabra, me dijeron que venian de parte de Guillermo y que el desafio tendria lugar al dia siguente a las siete de la mañana en la Pampilla y a pistola; yo les contesté que estaba bien y seguí tranquilamente concluyendo mi obra. Cuando hube terminado, monté a caballo y me dirijí a Yungai a un tiro de pistola que allí existia, para asentar la mano, como llaman los duelistas, pues hacia tiempo que no me ejercitaba y no queria arriesgar mi vida inútilmente.

Esta arma me habia sido mui familiar, y ví con satisfaccion que conservaba todavia alguna destreza.

Hecho esta especie de ejercicio, fuí a buscar dos antiguos militares que habian estado bajo mis órdenes y que, como yo, se encontraban sin servicio. Les comuniqué el objeto de mi visita, refiriéndoles lo sucedido sin decirles la causa verdadera, y se prestaron gustosos a servirme de testigos, diciéndome que no tenian que averiguar nada de un hombre como yo, estando seguros de que cuando obraba así era porque tenia razon. Dí las gracias a mis antiguos camaradas y me dirijí a casa de la viuda de mi amigo, a quien no veia hacia algunos dias.

La encontré triste, tristeza que ha conservado siempre,

pues nunca ha olvidado al apreciable jóven a quien habia amado y que tan digno era de su cariño; y a no ser por su hija talvez lo hubiera seguido al sepulcro.... Cuando llegué estaba con la niña en las faldas y me dijo: "Guzman, pensaba en este momento en usted y en la amistad que le profesaba mi marido, y creo que si yo muero servirá usted de padre a mi hija, asi es, amigo mio, que espero conserve usted su vida en obsequio de su difunto compañero."

Yo no encontré qué responder, pues estaba tan conmovido, que no hice mas que prorrumpir en sollozos; pero ella comprendió y agradeció mi ternura...

No sé si algun presentimiento le habria advertido del peligro en que yo me encontraba; pero lo cierto del caso era que yo habia ido a hacerle aquella visita como cuando uno va a despedirse para un largo viaje; pero sus palabras me habian impresionado de tal manera, que sentí haberme comprometido en un lance tan arriesgado, pues me hubiera gustado conservar la vida para dedicarla enteramente al servicio de aquella tierna criatura que habia quedado huérfana casi al nacer...

Nuestra conversacion fué triste y solo nos ocupamos en recordar las virtudes de su marido, contándole yo todos los favores que le habia debido en España y posteriormente en nuestra patria, cuya relacion me escuchaba con gusto, pues ella no tenia mas satisfaccion que el placer triste de hablar de él y de rodearse de todos aquellos objetos que se lo recordaban...

Me retiré al fin, y talvez notó en mí alguna cosa, porque al despedirme me miró con estrañeza diciéndome: "usted me oculta algo, Guzman." Yo me sonreí tristemente, besé a la niña, hice un saludo a la madre y salí sin pronunciar palabra, porque temia que mi conmocion revelase mi secreto.

Habiendo llegado a mi casa puse en órden todas mis cosas, quemé alguna correspondencia, empaqueté otra y me

puse a escribirle a la viuda de mi amigo, a quien dejaba de albacea y heredera, no de mi fortuna, que no tenia, sino de algunos papeles importantes, esplicándole en mi carta una pequeña parte de lo que me habia obligado a desafiar a Guillermo. Hechas estas dilijencias, que creia indispensables, me acosté y dormí profundamente y tan sin preocupaciones como si al dia siguiente no hubiera tenido que batirme.

X.

Temprano estuve en pié y me sentí ájil, signo para mí de buen agüero. En seguida fuíme donde mis compañeros, a quienes encontré dispuestos para marchar. Tomamos un coche de alquiler que debia dejarnos al fin de la calle del Dieziocho.

Habian pasado quince minutos de la hora fijada y temíamos que ya no viniese mi adversario, cuando vimos aparecer un magnífico coche particular que venia a todo escape, tirado por briosos caballos: era Guillermo y sus testigos; el coche fué despachado en el acto...

Yo dejé obrar a mis padrinos, previniéndoles que aceptaba todas las condiciones; pero ellos acordaron con los de Guillermo que nos pondríamos a la distancia de veinticinco pasos, pudiendo tirar cada uno, avanzando sobre su adversario, cuando lo creyera conveniente.

Medida la distancia e instruidos de las condiciones, nos colocamos en nuestro puesto, y a una señal de nuestros testigos principiamos a avanzar. Apenas habíamos hecho dos o tres pasos cuando Guillermo descargó su pistola: la bala pasó silbando por mi oido sin tocarme; entonces levanto la mia, que habia conservado debajo del brazo, a la altura de mi vista, e hice fuego. Guillermo vaciló un momento y cayó; la bala le habia llevado una parte de la mejilla izquierda y salido por el oido, dañando talvez el cerebro, pues murió, segun supe posteriormente, dos dias despues.

Mi amigo estaba vengado, pero yo tenia en mi conciencia un remordimiento que he conservado hasta hoi y que conservaré hasta mi muerte.

Talvez podrá parecerte estraño esta manera de pensar en un militar que habia corrido tantos peligros, visto tanta sangre y tomado parte en tantos combates; y mas estraño aun cuando habia sido en un desafío con armas iguales, y que, si bien la lei condena, el honor no solo sanciona, sino que respeta y honra; pero yo, hijo mio, no he creido nunca ni justa ni lejítima la guerra, y he entrado en ella con repugnancia, a pesar de mi estado. Creo que ninguna lei humana puede ir en contra de la lei divina. Creo que el fallo de los hombres no destruye el mandato de Dios, que ha puesto en nuestros corazones el amor a nuestros semejantes, ordenándonos el cumplimiento de la fraternidad hasta con nuestros enemigos. Creo que no hacemos mas con nuestras guerras que perturbar el órden y la armonia en que está cifrada nuestra felicidad, ¡y sin embargo, yo he obedecido y he seguido las preocupaciones del mundo! Pero, amigo mio, puedo asegurarte que en mi larga carrera de soldado jamas he muerto a nadie sino en defensa propia, y por esta razon es que siento un remordimiento al recordar, y este recuerdo me viene con frecuencia, el fin de Guillermo.

Cuando yo entraba en un combate, nunca hacia uso de mis armas, y no desenvainaba mi espada sino en un caso estremo, por cuya razon me han llamado siempre en el ejército *oficial filántropo*, porque veian que no era cobardia, pues marchaba en primera línea y no huia el peligro, sino que era otro el sentimiento que me guiaba, sentimiento que ellos no se esplicaban y del que se servian en sus chanzas amistosas para burlarse de mí, dándome tambien el apodo de *espada virjen*; pero no por eso dejaban de considerarme tanto o mas que si hubiera sido terrible en la accion, tronchando con mi afilado acero las numerosas cabezas de mis enemigos. Sin embargo, hijo mio, yo he cedido a las preocu-

paciones del mundo siguiendo una carrera contraria a mis instintos y a mis ideas; y estos estravios, que debo considerar crímenes, son los que hoi deploro y que he tratado y trato de resarcir en esta soledad con algunas buenas obras. Dios me conceda la paz y el descanso. .

Es una cosa singular, amigo mio, la que sucede en este mundo: todos los pueblos deploran la guerra y todos la practican; todos la condenan y todos la siguen; todos la anatematizan y todos se honran con ella y por ella, llegando a considerar héroes a los mas grandes verdugos de la humanidad! Muchas veces, hijo mio, esta inconsecuencia del mundo alivia mis sufrimientos, porque en algo disculpa la mia; pero yo he vuelto sobre mis pasos, mientras que nuestra pobre especie marcha todavia por ese reguero de sangre que lleva consigo la destruccion y el esterminio! . . .

¡Qué no pudiera decirte sobre esa fatal preocupacion que nos estermina y aniquila desde el momento que mata e inutiliza, destruyendo la mas grande obra de Dios, el hombre, y absorbiendo el sudor, la intelijencia y el trabajo de los pueblos! . .. Pero mil otras voces han dicho lo mismo sin ser escuchadas!... y mil otros hombres han desplegado el estandarte de la fraternidad y de la paz sin que ninguna nacion lo haya todavia seguido, sino que por el contrario parece que mientras mas avanzamos en civilizacion, mas se buscan y mayores son cada dia los medios de destruirnos, refinándose asi la crueldad desde que la legalizamos con la práctica y con la enseñanza!". . .

El solitario pareció abismarse en sus reflexiones, y el mismo Enrique guardaba silencio, seducido por aquel lenguaje y aquel raciocinio que escuchaba por primera vez y que le parecia nuevo a la par que hermoso y persuasivo.

"Mis reflexiones, continuó el anciano despues de un momento, me han estraviado del hilo de mi narracion, pero no me arrepiento de habértelas hecho, porque son talvez

una simiente arrojada al árido terreno de la vida, pero que el sol de la verdad puede fecundizar; y a tí, para quien se abren ahora las puertas de la existencia que tienes que recorrer, pueden quizá serte útiles: la esperiencia que viene corrijiendo nuestros errores, a todos aprovecha.

Pero basta ya de filosofia, y entremos a los hechos.

XI.

Nada teníamos ya que esperar en aquel lugar, y dije a mis compañeros:—"Lo que debemos hacer ahora es separarnos y tomar cada uno distinto camino, porque el haber venido con el coche hasta aquí me dá que sospechar y temo alguna emboscada; y ya saben ustedes que nuestra lei sobre este punto es terminante."

Mis amigos fueron de mi opinion; díles las gracias y nos separamos.

Yo me dirijí a mi casa con la mayor precipitacion; pero apenas habia abierto la puerta de mi cuarto cuando se presentó un oficial de policia y me dijo:—"Tengo órden, señor coronel, de conducir a usted a la cárcel."

—¿Por qué motivo? preguntéle yo, aun cuando ya lo inferia, y él me contestó lacónicamente:

—Lo ignoro.

—Muéstreme usted la órden, le dije.

—Aquí está, me respondió, y sacó un papel en que no se decia mas que tomarme preso y conducirme en el acto.

Llegado a la cárcel, me pusieron solo en un calabozo con centinela de vista.

Ya no podia dudar de la causa de mi prision y solo sentia haber comprometido a dos pobres oficiales que por servirme se habian espuesto a un lance tan peligroso; pero afortunadamente la acusacion interpuesta en mi contra dió un jiro a mi causa que los salvó; y aun cuando esta acusacion era deshonrosa para mí, pues se me acriminaba de asesinato, preferí perderme y no desmentirla para ahorrarles la

suerte que a mí me esperaba, y que ellos, en caso de divulgar el hecho, debian participar.

Dije, pues, sin rodeos al *juez del crímen* que yo era el que hábia cometido el atentado por causas que no queria revelar, y que no tenia cómplices, pero que pedia únicamente ser juzgado por el tribunal, que, aunque mas rigoroso, me correspondia, es decir, por oficiales del ejército y de mi graduacion.

Mi peticion era justa, y se formó el tribunal de militares de alta graduacion para dar mi sentencia, que yo no ignoraba cuál podia ser. Rehusé el defensor que me fué ofrecido y me presenté yo mismo.

Los oficiales que formaban el tribunal eran mis adversarios políticos, pues pertenecian al gobierno del jeneral don Joaquin Prieto contra quien yo habia tomado las armas; de manera que no habia esperanzas de salvacion, pero no era esto lo que yo queria, sino únicamente persuadirles que no era un asesino y que no me degradasen, y así les dije, poco mas o menos:

"No vengo, señores, a defender mi vida, puesto que he confesado mi falta, sino mi honor. Estoi entre militares y sé que éstos lo estiman en mucho para que no me comprendan y para que no me concedan lo que voi a pedirles, si lo creen justo.

"Mis jueces de hoi han sido mis compañeros de armas en otra época, y apelo a su conciencia, apelo al conocimiento que tienen de mí, como militar y como hombre desde las gloriosas luchas de nuestra independencia, para que digan si han visto cometer, no digo un crímen, sino una accion baja y aun una leve falta, al coronel Toribio de Guzman que ahora se encuentra en el banquillo de los acusados; y aquel a quien no se le puede tildar con el mas insignificante desliz, porque no es delito el haber tenido y tener opiniones diferentes a las vuestras, ¿cómo se le puede creer capaz de un asesinato aleve?

"Yo he muerto a ese hombre, es verdad, señores, y pagaré con mi vida la que he quitado; pero no hai ninguno de ustedes, (tengo la conciencia yo mismo), que me juzgue tan bajo y que tenga el pensamiento de que yo lo haya asesinado cobarde y traidoramente.

"No debo, ni puedo, ni quiero revelar mis secretos; pero por el honor militar y por la espada que he cargado, os juro, señores, que no soi un asesino, como se me imputa.

"Ya os he dicho que no abogo por mi vida, de la que podeis disponer; pero os pido mi honor a nombre vuestro, a nombre mio y a nombre de mi madre, que me dijo, al dejar mi patria para ir a España, a quien he combatido junto con ustedes: *Has nacido de una familia ilustre: trata de ser digno del apellido que llevas, pues esto me hará a mí mui feliz y honrarás la memoria de tu padre, a quien debes dos veces la vida, pues murió por salvarte la que te habia dado.*

"Yo no vengo, señores, a hacer un vano alarde de nobleza, impropio del lugar y de la posicion en que me encuentro, e impropio tambien de nuestras instituciones republicanas. Mis padres están ya en la tumba y no pueden sufrir, pero yo respeto su memoria y quisiera acabar mi carrera en conformidad con las palabras de mi madre. Hé aquí por qué os pido no me degradeis; pues esta seria una injusticia que cometeriais y una pena ineficaz e inmerecida: quiero morir como militar y con los honores de tal."

Mis jueces parecian impresionados en mi favor; me hicieron retirar con afabilidad y deliberaron un momento, despues del cual fuí nuevamente llamado. El que hacia de presidente tomó la palabra y me dijo, con una emocion que se empeñaba en vano en reprimir y que le agradecí en el alma y le agradezco todavia:

"Coronel Guzman, tenemos fé en vuestra palabra... Morireis como un militar y con todos los honores del grado que habeis obtenido por vuestros leales servicios prestados a la patria..."

Yo no pude oir esta sentencia sin inmutarme. Me incliné profundamente para ocultar mi turbacion, dí las gracias y pedí retirarme... Al salir ví que aquellas fisonomías severas, casi duras por la costumbre de arrostrar el peligro y el hábito de mando, espresaban claramente sus simpatías por mí...

El dia siguiente, a las once de la mañana, fuí puesto en *capilla*, es decir, podia contar las horas que me quedaban de vida y hasta los segundos que, por el fallo de los hombres, me era dado todavia ver el sol.

Ya sabes como mediante a tu padre obtuve la libertad; pero se me olvidaba decirte que antes de disfrazarme con los hábitos de fraile para dejar aquel lugar destinado a preparar la víctima para el martirio, escribí a mis jueces las siguientes palabras, que tracé a la lijera y con lápiz, dejándolas sobre la mesa.

"Señores jueces:

Mi corazon está lleno de gratitud hácia vosotros por el fallo con que me honrasteis; pero no creo cometer una falta al aprovechar la ocasion de salvarme de una muerte segura e inútil para el ofendido y para la sociedad, Viviendo trataré con mis buenas obras, de aplacar los manes de mi víctima, de servir de algo a mis semejantes y de reconciliarme con Dios y mi conciencia, haciendo fructífero mi remordimiento... El coronel Guzman ha muerto, sin embargo, pues no lo vereis mas, y de este modo quedará vuestra sentencia cumplida...Si por desgracia se descubriera a mis libertadores os pido vuestra induljencia para con ellos, y lo que es mas, me ofrezco en garantía, pues yo mismo me presentaré ante vosotros para salvar la vida de los que con tanta abnegacion la han espuesto por mí..."

XII.

Ya te he dicho que no sin algun temor salvé las barreras de la cárcel; porque el hombre, por mas que haya arros-

trado la muerte en los campos de batalla, siempre tiene apego a la vida; y no es lo mismo morir en el calor y con la escitacion de un combate, que morir a hora fija... con toda su calma, con todo su juicio y con toda su fuerza: esto es horrible, amigo mio, y esto abate hasta a los mas valientes.

Como ya sabes, al salir de la cárcel me esperaba un coche que me condujo donde una mujer, que vivia, como te he dicho, en los suburbios de la ciudad, donde permanecí oculto todo aquel dia, saliendo disfrazado en la noche despues de haberme dado la pequeña suma que ya he enumerado. El nombre de esta mujer, que tuve cuidado de preguntarle y que tengo inscrito en el libro es Maria Segovia, de quien no he oido hablar mas a pesar de mis recomendaciones espresas; pero nuestra pobre jente está siempre dispuesta a practicar las virtudes mas heróicas, sin ostentacion, sin esperar nunca recompensa y siguiendo por instinto este gran precepto que se hermana con la lei de Cristo, de donde nace: *haz el bien y no sepas a quién.*

Yo he recorrido, hijo mio, muchos pueblos, y puedo asegurarte que no he encontrado ninguno en que el sentimiento de caridad esté mas difundido y sea mejor practicado que en el nuestro. Ojalá esa civilizacion egoista de los otros paises no nos invada, que así alcanzaremos la verdadera ilustracion y seremos felices, porque la caridad es la virtud de donde todas provienen y la que está llamada a rejenerar el mundo, abriendo de par en par las puertas del templo de la sabiduría y de la gloria.

En la noche me dirijí donde la viuda de mi amigo Eduardo, que, al reconocerme, fué tal su sorpresa, que casi se desmayó. Cuando la ví mas serena, le conté lo sucedido y la manera milagrosa como me habia escapado de la prision.

Ella, despues de haberme escuchado atentamente con interes y con emocion, me dijo: que luego que habia sabido el hecho que tanto ruido causaba en la sociedad, habia adi-

vinado el motivo y habia recordado la espresion estraña de mi semblante en la última noche que me habia visto; que habia dado muchos pasos en mi favor hasta ir donde el presidente don Joaquin Prieto para suplicarle me conmutara la pena de muerte en un destierro perpetuo, pero que todo habia sido inútil, pues Guillermo era considerado como uno de los mas decididos partidarios de la administracion actual; y que viendo lo infructuoso de sus esfuerzos, hacia tres dias que estaba postrada ante Dios pidiéndole que me diera conformidad y me llevara a su santo reino, ya que era imposible salvarme en éste!... y en seguida añadió: ahora es preciso velar por su seguridad, porque deben hacerse muchas pesquisas, si bien los jueces, a quienes tambien ví, le eran a usted favorables y hubieran querido salvarlo si hubieran podido, lo que me hace creer que no se muestren tan dilijentes para aprehenderlo; pero de todos modos es preciso tomar precauciones grandes. Yo tengo, me dijo, una hacienda en la provincia de Colchagua, que va hasta la cordillera y que podia servir de refujio inmediato. Salga usted ahora mismo para allá, pues aquí hai justamente caballos y mozo y puede ponerse a salvo en el momento.

Yo agradecí su solicitud y acepté su oferta, porque era justamente lo que pensaba y queria: vivir desconocido y ocupar un pedazo de terreno donde encontrar trabajo y tranquilidad; y aquí he hallado ambas cosas...

—Entonces, esclamó Enrique, ¿usted está en la hacienda de la señora viuda de su amigo?

—Justamente: aquí he vivido ya dieziseis años; y en este retiro, donde cualquier otro hubiera encontrado el fastidio, yo he hallado la calma y pudiera decir la felicidad; porque aquí he aprendido a ser útil a mis semejantes; aquí he reflexionado sobre la vida; aquí he llorado mis estravíos; aquí he podido elevarme hasta Dios, admirándolo por sus obras y amándolo por sus beneficios...

El anciano parecia inspirado, manifestando por el fuego de sus miradas la conviccion profunda y la adoracion sublime del filósofo y del creyente, granjeándose cada vez mas la admiracion y el cariño de Enrique.

El solitario continuó.

Convenido el plan con la viuda de mi amigo y aceptada su oferta jenerosa, le dije que tenia que hacer una dilijencia indispensable y en la cual me demoraria una hora, y que a mi vuelta me pondria en camino. Ella no queria dejarme salir, pero yo insistí, no consiguiendo, sin embargo, el permiso hasta que no le hube dicho el motivo, y cuando ella lo supo, me dejó partir, apretándome cordialmente la mano en señal de aprobacion.

Mi objeto era buscar a uno de los amigos que me habian servido de testigos en el desafío y sobre el que podia contar con toda seguridad; pues a mas de su buen carácter, me debia uno de aquellos servicios que un militar siempre conserva y nunca olvida.

Encontréle en su casa y esperimentó al verme mas sorpresa y alegría de lo que yo esperaba, aun cuando, como te he dicho, contaba con su amistad. Díjele el modo como me habia fugado y quién habia protejido mi evasion, y que el único objeto que tenia al venir a verle era que me avisase inmediatamente si el sarjento Domingo Lopez era aprehendido, porque habia prometido presentarme en su lugar, y que exijia su palabra de honor de decirme en cualquier tiempo la verdad, pues de lo contrario me haria un mal irreparable y no podria mirarlo a él ni como amigo ni como caballero.

—Esta bien, coronel, me contestó; puede contar usted con la seguridad de que le diré la verdad si acontece ese caso, que espero en Dios no sucederá; y el digno militar me estendió la mano como para ratificar lo que acababa de decir.

Yo, en lugar de tomarla, le abrí mis brazos y permanecimos así por algun tiempo: la desgracia a todos nos nivela,

y para ciertas almas es el lazo mas fuerte y mas sagrado que anuda a la amistad.

—Dígame usted ahora, me dijo, dónde debo dirijirle la correspondencia y bajo qué nombre, pues supongo no usará usted el suyo.

—A la ciudad de San Fernando y a don Prudencio Fernandez, le contesté.

—Está bien, y puede ser que no pase mucho tiempo sin tener el gusto de verlo nuevamente, porque todo cambia en este mundo y especialmente la política, me dijo sonriéndose.

—No, amigo mio, le respondí; desde hoi el coronel Guzman ya no existe y se separa de usted para siempre...

—Cómo! ¿por qué?

—Porque ya, si me conserva Dios la vida, cualesquiera que sean las revoluciones que traiga el tiempo, no apareceré en la sociedad ni volveré a ser militar; con que así, digámosnos para siempre adios; y volví a abrazarlo, haciéndome violencia para separarme de él, que trataba de retenerme.

Volví a la casa de Eduardo, en donde todo estaba ya preparado. La señora al verme llegar me dijo: "estaba llena de sobresalto."

—Pues ya ve que soi prudente, le contesté; pero ella me instó, sin embargo, para que me marchase en el acto; dándome una bolsa llena de oro, que en vano quise rehusar y que solo acepté por no incomodarla o por no aparecer pequeño en aquellas circunstancias.

Al tiempo de montar a caballo me dió una carta, diciéndome: "luego nos veremos."

La carta que me entregó y que contenia otra para el mayordomo de la hacienda, don Pedro Murna, que era un anciano y sin duda padre del actual administrador, me recomendaba, ordenándole que me tratase como a ella misma y que me hiciese obedecer y respetar de todos los inquilinos.

La que estaba dirijida a mí no contenia mas que estas palabras:

"Mi apreciado amigo:

Hai cosas que no se ocultan, sacrificios que no tienen precio y favores que no se pagan: yo le soi deudora de uno de ellos, que jamas llenaré, pero usted encontrará en su satisfaccion interior la merecida recompensa, como tambien en el cariño de mi Eduardo, que lo bendecirá desde el cielo, añadiendo las tibias oraciones de la triste viuda de su amigo, que lo acompañarán siempre."

Esta sencilla carta, estas palabras tan cristianas y consoladoras me hicieron un bien inmenso, figurándoseme que principiaba mi perdon, desde el momento que aquella santa mujer se mostraba tan induljente, tan suave, tan cariñosa y tan benigna...

No te referiré como fuí recibido por el buen hombre del mayordomo, pues todo lo puso a mi disposicion; sin embargo, como no me convenia ni entraba en mis gustos el permanecer en las casas rodeado de tanta jente, recorrí la hacienda y encontré este sitio salvaje y pintoresco, que, estando en los confines de la hacienda y apartado de todos, me agradó mas que cualquier otro. Inmediatamente hice la demarcacion y puse peones para levantar una fuerte palizada que lo circunvalase. En vano el mayordomo me significó que me esponia en aquella soledad y apartado de todo recurso; yo persistí en mi idea, y he vivido en él dieziseis años tan feliz como puede serlo un hombre desengañado del mundo y que no conserva ninguna ilusion ni otra esperanza que la de Dios...pero esta es la mas grande de todas y me encuentro con ella mui satisfecho; pues nada iguala en este mundo a esa consideracion infinita que nos arroba y que nos arrastra, desligándonos de la tierra para mirar hácia el cielo, para entrar en esa eternidad de donde venimos y a donde iremos y cuyas misteriosas riberas nos es imposible distinguir ahora, pero que sin embargo es preci-

so que traspasemos mas hoi o mas mañana, sin que nos sea permitido contemplarlas de antemano... ¡Ai! hijo mio, muchas veces me verás apartarme de la hilacion de los acontecimientos para ocuparme de lo que pasa en mi interior; con todo, ten paciencia, pues voi a proseguir.

XIII.

Debo hablarte ahora de las preocupaciones de la pobre y buena jente de estos contornos, que me considera, como lo habrás oido decir, nigromántico o brujo. Todo ha contribuido a confirmarles en esta creencia, y hasta el infeliz Torcuato ha venido tambien a corroborar la opinion. El jénero de vida que yo he llevado, mi aplicacion a las ciencias y con especialidad a la botánica, a la física y a la química, los ensayes que he practicado y practico y de que ellos no tienen la menor idea, las curaciones que he hecho y que creen sobrenaturales, el no pedir nunca el menor servicio, estando dispuesto para venir en ayuda de todos, la fertilidad del terreno que yo cultivo y su variedad de productos en las distintas estaciones del año, que, por medio del trabajo y de la intelijencia, se consigue, la disecacion y preservacion de pájaros y de animales, de que suelo ocuparme en mis momentos de ocio, mi destreza para la caza, mis largas barbas y mi fisonomía impasible, el humo de mis hornos y hasta la ajilidad sorprendente de Torcuato, lo mismo que su deformidad, todo ha venido a hacerles creer que yo era un ser sobrenatural pero benéfico, pues la esperiencia les ha enseñado que nada tenian que temer de mí y sí algo que esperar; con todo, ellos se alejan mas de lo que debieran, y solo en último caso es cuando recurren donde yo estoi, sin embargo que me gustaria verlos que me ocuparan con mas frecuencia, pero es imposible quitarles las preocupaciones que produce su timidez, las que llegan hasta el punto que niños y mujeres se esconden cuan-

do me ven y los hombres mismos me abordan con desconfianza, pero esto ha producido un bien, pues ha contribuido a alejar de mí toda sospecha.

Ha habido veces que he salido de esprofeso en tiempo de cosechas a recorrer los campos para prevenir a los pobres que guardasen sus granos, pues lloveria al dia siguiente; y esta circunstancia y la realizacion de mi pronóstico, cierto para mí por la señal del barómetro, ha sido una de las principales causas que les ha mantenido en su errónea creencia; y si hubiera querido esplicarles el fenómeno talvez hubiera sido peor, de manera que he tenido que resignarme a pasar por lo que ellos me consideran, es decir, por un ser distinto a los demas.

Para terminar mi larga relacion te diré que recibí varias cartas del amigo a quien habia encargado escribirme bajo el nombre de don Prudencio Fernandez, informándome de la suerte que pudiera correr el sarjento Domingo Lopez, sabiendo de esta suerte que tanto en el principio como despues no habia tenido este asunto ningun resultado que afectase a la libertad o a la vida de tu digno y virtuoso padre, noticia que hoi acabo de confirmar viendo al hijo que me asegura que vive, está bueno y se encuentra feliz; de manera que no me falta mas que demostrarle mi gratitud y estrecharlo entre mis brazos; pero mientras llega este caso, lo haré con su hijo.

Y el coronel don Toribio de Guzman, el antiguo héroe de nuestra gloriosa epopeya, el sabio del desierto, el patricio por escelencia, apretó contra su corazon al simple artesano, al hijo del soldado, al hombre del pueblo!... porque no hai jerarquias donde hai virtud, sino que reina la fraternidad del Evanjelio y de la democracia, que es el espíritu de la doctrina de Cristo y la voluntad del Altísimo...

La reaccion.

I.

Enrique, como puede comprenderse fácilmente por lo largo de la narracion, permaneció todo el dia en casa del solitario, y cuando salió de ella se creia otro hombre; le parecia que habia crecido, que tenia horizontes mas vastos, voluntad mas decidida, entendimiento mas despejado y corazon mas humano y jeneroso... Aquella historia no habia sido solo para él un acto de confianza, sino tambien un ejemplo, una escuela, una doctrina, una enseñanza... Sus temores e incertidumbres habian casi desaparecido, dando lugar a la esperanza; y su ánimo, poco antes tan triste y abatido, se encontraba ahora alegre, fuerte, resuelto... La transformacion operada en virtud de ese contacto habia sido provechosa y rápida; asi es que, esperando cada dia mas mientras mayor fuera la intimidad, pidió Enrique al solitario el permiso de visitarlo con frecuencia, a cuya demanda accedió éste con el mayor gusto, prometiéndose en su interior no menos provecho que el que obtuviera el jóven, porque en esta clase de servicios puede decirse que gana tanto el que da como el que recibe.

De regreso a las casas de la hacienda, nuestro jóven, lleno de regocijo, saltó al cuello de don Pedro, que lo estaba esperando desde la tarde, pues no podia creer que se demorase tanto tiempo en casa de un anciano cuyos gustos no podian estar en armonía con los suyos, y que por de contado debia aburrirse pronto y volverse.

Despues de la cena, que estuvo alegre y que duró hasta mui entrada la noche, Enrique, en lugar de acostarse, se puso a escribir a su hermana la siguiente carta.

"*San Jorje, octubre* 29 *de* 1850.

Querida hermana mia:

"Ayer fué tu-cumpleaños y ayer fué tambien para mí un dia de felicidad. No parece sino que todo lo que te pertenece envolviera para mí la alegria y la dicha, pues hasta las horas de tu nacimiento son un presajio de ventura... Ya se ve; viniste al mundo en los instantes en que mi padre practicaba una accion heróica, envolviendo así tu cuna con el sagrado velo de la virtud: por esta razon eres el oríjen de nuestros bienes y el ánjel tutelar de nuestro pobre pero venturoso albergue.

"Te acuerdas, querida hermana, de mi carta anterior? Te acuerdas de la alegria y de la desesperacion que se encerraban a la vez en ella? Pues bien, hoi ha desaparecido la última, quedando solo la primera en mi corazon, pero no delirante como la esperimenté al principio, sino calma y reflexiva, pues las palabras de un santo me han confortado, ilustrándome... Voi a referirte esta aventura maravillosa que parece un milagro y que se relaciona tanto con nosotros y especialmente con mi padre, a quien leerás esta carta, porque le interesa sobremanera, dándole un placer inmenso, merecido y digno de él.

"Escusaré detalles y solo te diré que con motivo de un incendio en los campos de esta hacienda, conocí a un anciano a quien la pobre jente cree brujo y del que me habian hablado tanto, que tenia gran curiosidad por verlo. El incendio se habia estendido considerablemente y amenazaba envolver en llamas los plantios y casas del solitario. El administrador mandó a los inquilinos que allí se encontraban que se dirijiesen a apagar el fuego por ese lado, pero fué imposible hacerse obedecer, no por mala voluntad, sino por

temor; asi es que él y yo fuimos los únicos que nos encaminamos a contener al voraz elemento. Nuestros esfuerzos no fueron en vano, pues conseguimos apagar el fuego por aquella parte; pero habíamos trabajado tanto, que caimos exánimes, y sin una bebida que nos dió el sabio anciano, no habríamos podido levantarnos del lugar en que habíamos caido. Condújonos en seguida a su casa y nos hizo pasar en ella toda la noche, diciéndonos que estaba seguro que, en el estado en que nos encontrábamos, sufriríamos una grave enfermedad si nos empeñábamos en volver, mientras que permaneciendo allí y tomando unas horas de reposo no nos sucederia nada; de manera que nos vimos obligados a aceptar su hospitalidad, de lo que me regocijo infinito.

"Habiéndonos preguntado nuestros nombres, se fijó en mi apellido, y despues de reflexionar me preguntó por el nombre de mi padre. Díjele su nombre y su estado y entonces manifestó tanta sorpresa como alegria, previniéndome que volviera al dia siguiente, que era festivo, pues tenia cosas importantes que comunicarme.

"Esa noche, mi querida hermana, la pasé en vela, porque estaba sumamente abatido, y antes de amanecer me puse en camino como para desechar mis pensamientos con la animacion de la marcha.

"Ya me he detenido en mas incidentes de los que hubiera debido enumerar, y trataré de correjirme.

"Cuando llegué a las posesiones del solitario, ya éste estaba esperándome, habiendo primeramente venido delante de mí un muchacho deforme, que se llamaba Torcuato, su único compañero.

"Fuí recibido con muestras inequívocas de afecto, me volvió a interrogar sobre mi padre, y luego sacando un libro me ordenó de leer.

"¡Cuál seria, Mercedes, mi sorpresa y mi alegria al ver en aquellos apuntes que el 28 de octubre de 1834, el mismo dia de tu nacimiento, habia mi padre salvado la vida al co-

ronel don Toribio de Guzman, que estaba en capilla condenado a muerte!....

"*Ya ves, hijo mio, me dijo el noble y venerable anciano, que hoi, que es el natalicio de tu hermana, es a la vez el aniversario de mi libertad y de la nueva existencia que debo a tu padre, a quien no he vuelto a ver desde entonces, pero a quien espero estrechar algun dia contra mi corazon. Dios le ha conservado a él para que sea testigo de mi gratitud, y a mí para tener la oportunidad de demostrársela.*

"Al leer esto, hermana querida, esperimenté una impresion inesplicable de satisfaccion y regocijo; talvez seria de orgullo al ver que tenia un padre tan bueno, pero no te sabré decirlo, sino que quedé satisfecho, sintiendo al mismo tiempo una tierna afeccion por el hombre que habia recibibido el beneficio y que habia conservado frescos sus recuerdos de gratitud, que daban indudablemente pruebas de nobleza de alma en quien los esperimenta; y aun cuando no sea yo capaz de definir nada, talvez juzgo con acierto en fuerza de mis sentimientos.

"Despues de haberme instruido de lo mas importante, es decir, de lo que concernia a mi padre, me contó su historia, y despues de haberla oido, despues de las reflexiones que él mismo hacia, he hallado que he crecido, porque esa narracion me ha instruido; sin embargo, ¡cuán atras no estoi todavia! Porque parece que a medida que el horizonte se estiende, mas se aleja; y si he comprendido cosas que antes no se me habian pasado por la imajinacion, hoi veo otras envueltas en una niebla impenetrable: la vida del hombre es talvez así.

"Nada te diré de la profundidad y sabiduria de este hombre, porque en verdad no podria comprenderlo ni sabria apreciarlo; con todo, no he encontrado un ser igual, y esto que no he hecho mas que oirle su historia, mutilada en parte, porque he notado que ha guardado silencio sobre algunos acontecimientos y que ha ocultado todo lo que con-

cierne a sus actos y segun creo lo que concierne a su ciencia, porque a despecho de su modestia, ella parece brillar, pues su luz penetró hasta en mis tinieblas y su conversacion parece romper las cataratas de mi intelijencia.

"Para mí, hermana querida, se me figura a un apóstol, y cuando ayer me hablaba sobre el poder de la voluntad, desaparecian mis incertidumbres, ensanchando el ámbito de mi corazon y de mis esperanzas... Su doctrina es sencilla, comprensible y profunda, y penetra a la vez que ilumina; y en prueba de ello, ¿no me encuentras tú misma, Mercedes, que he ganado? Por mi parte, como ya te lo he dicho, hallo en mí alguna diferencia; ¿no seria esta visible para tí? Sea de ello lo que fuere, él ejerce sobre mí una grande influencia, una influencia irresistible, la influencia de la sabiduria y del bien, a tal punto que creo de antemano deberle mi rejeneracion.

"Mucho me he estendido sobre este asunto, ¿pero no es cierto que lo merece? Sin embargo, ¡cuánto desearia saber de tu amiga! Háblame, Mercedes, de ella y nada mas que de ella, si no tienes tiempo bastante para ocuparte de los demas. Cuéntame sus palabras, sus acciones, sus movimientos, sus miradas, dímelo todo, todo... mira que los mas insignificantes detalles son para mí del mayor interes, pues son nada menos que mi existencia... ¿Sabrás darme este gusto? Si la vida de tu hermano te importa, no le escasees lo que le alimenta...

"¡Cuán alegre, cuán satisfecho no va a estar mi padre cuando lea lo que debe ver de esta carta! ¡Cómo deseara encontrarme a su lado para contemplar las emociones de su enérjica, franca y sensible fisonomia!... Estoi seguro que llorará... ¡Qué dulces lágrimas! Si me fuera a mí dado derramar iguales!... Yo se las envidio, se las quiero, se las respeto y harto me enorgullezco de ellas!...

"Y mi madre! y mi santa madre! ¿cómo va a abrazarlo? Pero ella debe estar en todos sus secretos y gozar ahora

unida con él como de una accion que pertenece a ambos.

"No he esperado el recibir tu carta para dirijirte otra; haz tú lo mismo, hazlo siempre y te lo agradecerá en el alma tu hermano

ENRIQUE."

II.

Nuestro jóven esperaba con ansia la llegada del domingo para recibir contestacion a sus cartas; pero este deseo, si bien ardiente, no lo oprimia, pues las palabras del solitario habian hecho renacer en él la confianza que en dias antes lo habia abandonado: asi son las peripecias o las alternativas a que está sujeta nuestra movible existencia: pasamos de la tranquilidad a la ajitacion, del placer al dolor, de la seguridad a la incertidumbre, casi en una misma hora; y en un mismo instante nuestras impresiones sucesivas modifican nuestro ser en sentidos opuestos, sin preceder las mas veces un largo intervalo.

Esto le habia acontecido a Enrique con la primera carta de Mercedes, en que al mas grande deleite se habia sucedido la mayor angustia, viniendo tambien ésta a esperimentar una transformacion. Ah! si los hombres reflexionásemos bastante sobre lo fujitivo de nuestros sufrimientos o de nuestros deleites, no daríamos ni a los unos ni a los otros tan grande importancia, y la calma de la sabiduria seria árbitra de nuestros destinos, pues nos impediria precipitarnos en esa vorájine de distintas y ardientes pasiones cuyo fuego devora, derrite, si nos es permitido hablar asi, nuestra existencia para no encontrar mas allá de nuestros anhelantes deseos que el páramo del desengaño.

El resto de la semana trabajó Enrique con alegria, pareciéndole encontrar nueva fuerza y nuevo aliento en el recuerdo de la conversacion del anciano, con quien se prometia tener el domingo próximo una nueva conferencia, por cuya

razon anhelaba la llegada de ese dia, proponiéndose despues de recibir sus cartas en San Fernando, dirijirse a la morada del solitario.

A pesar de la confianza que le habia inspirado, deseaba que la noche del sábado terminara cuanto antes, y en su impaciencia la creyó mas larga que las demas, pues las horas parecen siglos cuando uno espera; de suerte que Enrique llamó al muchacho que debia acompañarlo, aun cuando éste estaba todavia tranquilamente durmiendo. El sirviente se levantó asustado, creyendo sucedia alguna cosa de estraordinario, pues el sueño de las jentes del campo no les engaña sobre la hora, sino que despiertan por sí mismas en un momento dado; asi es que el pobre muchacho se restregó los ojos para ver qué era lo que pasaba. Enrique lo mandó ensillar, diciéndole que les amaneceria en el camino.

Esta impaciencia de Enrique tenia mas bien por objeto el ganar tiempo, pues se decia él que de este modo estaria de vuelta mucho mas temprano y podria gozar de la conversacion del sabio anciano.

III.

Cuando llegaron a San Fernando, no salia aun el sol, y la oficina del correo estaba por consiguiente cerrada, lo que no habia previsto Enrique y lo que indudablemente contrariaba su plan; pero se resolvió, a pesar de su timidez, a llamar a la puerta de calle, que ya estaba abierta, porque los habitantes de nuestras ciudades de provincia siguen la buena costumbre de levantarse siempre temprano aun cuando no tengan que hacer nada.

Al llamado salió una muchacha, y Enrique despues de saludarla con cariño, como para disculparse de aquella incomodidad, le preguntó si no vivia allí el señor director de correos. A la respuesta afirmativa de la criada, se siguió la otra pregunta, de si estaria en pié, y habiéndole contestado

tambien afirmativamente, entró al patio para hablar con el personaje que ya conocemos.

Advertido por la muchacha el administrador de correos, de aquella visita tan matinal, salió a la puerta de uno de los cuartos para ver quién seria el que viniera a buscarlo a semejante hora, y al momento reconoció al jóven del domingo anterior, es decir, al arquitecto de la hacienda de San Jorje.

—Pase usted adelante, caballero, dijo el administrador con un tono entre disgustado y curioso; ¿qué se le ofrece a usted?

—Sírvase usted dispensarme, le contestó Enrique; pero desearia saber si tengo o no cartas.

—Esta no es la hora, amiguito, de abrir la oficina. ¿De dónde viene usted?

—Vengo de la hacienda de San Jorje.

—¡De la hacienda de San Jorje! Pero es preciso que usted haya salido a las doce de la noche para llegar a esta hora!...

—He salido mui temprano.

—¡Ya lo creo!

—Tengo que estar de vuelta luego.

—Es decir que usted quiere que le entregue sus cartas?

—Si usted me hace el favor.

—Pero ya he dicho a usted que la oficina no estaba abierta.

—Lo veo, señor, pero le suplico...

El tono humilde de Enrique desarmó al empleado, que le dijo:

—Pase usted adelante y haré por usted lo que no hago por nadie.

—Doi a usted las gracias, señor.

Y Enrique entró al cuarto del administrador.

Este le ofreció en seguida un mate o un pocillo de agua caliente.

Enrique aceptó lo último, lo cual agradó al empleado, porque nuestra jente se complace en que se les reciba lo que ofrecen, y así continuó éste con alegre semblante, despues de haber llamado a la sirviente y recomendádole que trajese un pocillo de agua caliente con azúcar tostada y cáscaras de naranja:

—Usted va a poner en su taza unas gotas de un rico aguardiente y ya verá como lo conforta: nada hai mejor que esto para una trasnochada.

—No lo uso, señor.

—Sin embargo, amiguito, ya usted verá;—y mientras tanto, preguntó el administrador de correos—¿cómo van los trabajos?

—Se adelantan cuanto es posible.

—¿Y cuándo vendrá la familia?

—Lo ignoro, señor.

—Es probable que no sea hasta que todo esté concluido.

—Lo supongo.

—¿Y cuanto tiempo durará la obra?

—Unos dos meses.

—¿Entónces es una refaccion jeneral la que usted está haciendo?

—Todo ha sido preciso cambiarlo.

—¿Quedarán las casas mui bonitas?

—Así lo creo.

—Lo que es la plata! dijo el empleado con sentencioso tono.

—Se hace cuanto se quiere, es verdad.

—No hai como ser rico, amigo mio, para gozar y conseguir cuanto uno desea.

—Es cierto.

Y en este *es cierto* dicho por Enrique habia tal inflexion de voz, que el digno administrador no pudo menos de preguntarle:

—¿Desea usted mucho tener fortuna?

—Como todo el mundo.

—¿Y talvez un poco mas que todo el mundo?

—Quien sabe!...

—Tiene usted razon, porque esto es lo que vale. Yo, por ejemplo, si tuviese plata me iria a Santiago, haria edificar un palacio y en poco tiempo seria nombrado diputado o senador, quizá ministro, porque todo esto se alcanza con el dinero.

—Pero para esos puestos se necesitará de mucho talento...

—¿Y quién no tiene talento teniendo fortuna?

—Yo creia que eran dos cosas distintas.

—Se equivoca usted, amigo mio; el rico todo lo sabe; y el pobre es un tonto de capirote, aun cuando tenga mas ciencia que Salomon... Con que así, no hai mas que ganar plata y usted verá si lo que le digo no es un Evanjelio...

En este momento entró la muchacha con el agua caliente, y nuestro obsequioso empleado sacó de un esquinero un frasco que contenia el precioso líquido de que ya habia hablado a Enrique, y sin consultarlo, vació en la taza de éste una buena porcion, diciéndole: "ya verá usted como se le compone el cuerpo."

El jóven bebió el contenido en sorbos, mas por complacencia que por gusto, y mientras tanto el administrador seguia diciendo sus sentencias sobre la fortuna, que, aunque triviales, las escuchaba Enrique con cierto interes, ya por la edad del que las decia o ya por los pensamientos que lo ocupaban.

El viejo empleado, satisfecho de la atencion que le prestaban, continuaba siempre olvidándose del objeto de la visita de Enrique, hasta que éste se vió obligado a recordárselo.

—Es cierto, dijo; anoche llegó el correo y habia en efecto una carta para usted, que voi a traérsela.

—Le estaré mui agradecido.

—No hai de qué.

Y el administrador tomó una llave y se dirijió hácia la oficina, que estaba colocada en la misma casa.

A poco rato volvió con una carta, que entregó a Enrique.

Este la tomó, miró el sobre y la puso en el bolsillo con señales evidentes de satisfaccion. En seguida tomó su sombrero y se despidió, no sin haber prometido al empleado que en otra ocasion tendria el gusto de permanecer mas tiempo, pues por el momento tenia mucha urjencia de volver cuanto antes a la hacienda.

El administrador lo acompañó hasta la puerta, ofreciéndole la casa, pues habia quedado mui complacido de la atencion con que Enrique lo habia escuchado.

Una vez que hubo salido de la ciudad, porque no queria ser visto, el jóven abrió la carta para leerla sin testigos; el contenido de ella era el siguiente:

"*Santiago, octubre* 31 *de* 1850.

"Mi querido Enrique:

"Tus dos cartas me han llegado casi al mismo tiempo y no puedes tener idea del gusto que me han producido; ¡y sin embargo soi desgraciada!... Sí, mi querido hermano, soi desgraciada, porque en pocos dias mas me abandonará Luisa... Esta separacion me entristece mas de lo que puedes figurarte, porque no solo su vista me causa un placer inmenso, sino que creo que su amistad me proteje, preservándome de la desgracia... ¡Si pudiéra yo seguirla! Pero esto es imposible, porque ¿quién acompañaria a mis padres en su soledad? quién los consolaria de tu ausencia? Es entonces preciso resignarse.

"¿Por qué hai circunstancias en que, cualquiera que sea el modo como obremos, sentimos pesar? Quedándome con mis padres, en lo que debia tener placer, siento, sin embargo, dolor; y si me separara de ellos por seguir a Luisa, esperi-

mentaria remordimiento, y las satisfacciones de la amistad serian para mí un dogal.

"¡Separarme de Luisa! ¿Sabes lo que es ella para mí? Es mas que mi hermana y mas que mi amiga, porque, aun siendo casi tan jóven como yo, es mi segunda madre, pues a ella le debo el cultivo de mi intelijencia y la pequeña elevacion que tengo en mis ideas: ella ha adornado mi espíritu engrandeciéndolo, y con la finura y delicadeza de su trato como con su humilde orgullo, me ha enseñado la dignidad sin pretensiones y la modestia altiva de la mujer que sabe llenar su deber en la esfera que Dios la ha puesto, sin por esto degradarse ni sentirse humillada: esta es la transformacion que ha causado en mí el trato íntimo de Luisa. ¡Tiene tanto poder la virtud cuando la inocula el cariño!

"Yo tambien no me creo ahora la misma que era antes. Creo que me ha sucedido con ella lo que a tí te ha pasado con la conversacion de ese solitario de quien me hablas en tu última carta y a quien quiero y venero lo mismo que tú; porque, a mas de lo que me dices, he oido a mi padre alabarlo y visto derramar abundantes lágrimas por él; pero, permíteme que me ocupe de mi amiga, antes de entrar a narrarte el efecto producido por tu carta.

"Te he dicho que estoi transformada, y así es la verdad; porque Luisa, sin cambiar mis inclinaciones, las ha ensanchado y modificado de una manera favorable: ahora veo mas claro, percibo mejor las cosas, aprecio las acciones, tengo entusiasmo por las buenas obras, no solo por sentimiento sino por reflexion, y creo poseer mas reposo, mas conciencia, mas ideas, sin que en este aprendizaje haya perdido nada; y sin embargo, no soi la niña que dejaste, pero soi siempre tu hermana que te quiere y que ahora te adora, porque sabe apreciarte.

"No contenta Luisa con elevar mi espíritu, con empeñarse en ponerme a su nivel, cosa que jamas conseguiré, porque no puede haber nada que la iguale; no contenta con

esto, me ha enseñado el bordado, el dibujo, la música, el canto, con tanta constancia y con métodos tan sencillos, que el aprender ha sido para mí una especie de agradable juego en vez de un estudio penoso, y en la opinion de ella, he hecho mui rápidos progresos en todas estas cosas, diciéndome algunas veces que *ya puedo ser su maestra;* pero tú comprenderás que esta palabra no es otra cosa que una amistosa burla, pues nunca llegaré a adquirir estas dotes en el grado de perfeccion que ella las posee; con todo, yo he puesto de mi parte cuanto he podido, y para progresar mas en la música y en el canto hice venir el piano de la quinta, en el que estudio noche y dia. Te digo que hice venir el piano, porque no pensamos habitar aquella casa hasta que no lo hagamos contigo.

"¿Comprendes ahora mi afliccion? ¿Quién reemplazará el lugar de Luisa? Nadie, hermano mio, puede llenar este vacío, ni aun tú mismo...

"La señora doña Juana sigue indispuesta y esto es lo que motiva la ausencia de Luisa, pues los médicos han ordenado a la señora que se retire al campo, y ella tiene, como es natural, el deber de seguirla. ¡Cómo habia de dejar partir a su madre a quien tanto ama! Y aun cuando no la amara siempre la acompañaria, porque este es un deber sagrado y ella es esclava del cumplimiento de toda obligacion y con especialidad de aquellas a las que está unido el afecto.

"La semana entrante ya no veré a Luisa! ¿Qué va a ser de mí, Enrique? Compadéceme, hermano mio, y llora conmigo.

"Mi padre, mi querido padre, ha sido el hombre mas feliz con la lectura de tu carta. Tu encuentro con el coronel don Toribio de Guzman, el saber que todavia existe y que lo recuerda, la pintura que haces de él, todo, todo le ha hecho derramar abundantes lágrimas; ¡pero qué lágrimas!.. Bien dices tú que serias mui feliz en verter iguales!... !Cómo debia gozar él! Mi madre y yo participábamos de sus mismos

sentimientos y estábamos cada una a un lado mientras él leia la parte de carta que yo le habia señalado y que terminó abrazándonos y diciéndonos: —"*Este es el dia mas hermoso de mi vida.*" En seguida se puso a cantar, a reir, pidió un pedazo de jamon y se tomó una botella de vino, con una cara tan satisfecha, tan inspirada, que me parecia a un santo en todo el esplendor de su gloria... ¡Como embellece la virtud, Enrique! Bien me ha dicho Luisa que la bondad se imprime y se refleja en el semblante...

"Pero ya que vuelvo a hablarte de ella, te diré francamente, (¿y por qué no habia de serlo contigo cuando sabes que solo me interesa tu bien?) te diré que mas me gusta tu incertidumbre primera que tu confianza posterior, porque para aspirar a Luisa se necesitan muchos méritos y relevantes cualidades; ¿y estás tú seguro de tenerlas? La voluntad no me parece lo bastante, mi querido hermano: pues si asi fuera, ¿quién no desearia entrar en posesion de ese tesoro, y quién no lo obtendria si solo esto se exijiera? Entonces son indispensables otros requisitos; y si bien yo estoi persuadida que eres bueno y virtuoso, talvez no es esto lo bastante, sino que es preciso llegar hasta lo sublime.

"Ya ves, Enrique, que raciocinio mucho mas que antes y puedo esplicarme con mas soltura; ¿no lo encuentras asi? Creo que serás de mi opinion en vista de esta carta; ¿pero es ella el resultado de mi intelijencia? No, hermano mio, sino que es el efecto de esa hada a quien tú idolatras y a quien debes rendir culto, porque es, sin la menor duda, alguna divinidad o algun ánjel bajado a este mundo para el consuelo de los hombres y especialmente para nuestra propia felicidad.

"¿Quieres que te diga un pensamiento que se me ocurre y que tiene referencia al modo como acabo de espresarme? Pues bien; llego a persuadirme en ocasiones que Luisa no es realmente de este mundo, sino que las virtudes de nuestros queridos padres la han hecho, por medio de sus oracio-

nes fervorosas, descender del cielo para protejernos en la tierra; porque de otro modo, ¿cómo comprender la simpatia que nos une, criada en tan poco tiempo, y los beneficios que nos han hecho sin merecerlos? Enrique, Enrique, ten mas desconfianza de tí mismo, porque es preciso que, como ella, dejes de ser hombre y te transformes en ánjel; pero de todos modos ríndele el culto que merecen sus virtudes y la admiracion que necesitan su belleza y sus cualidades.

"Se me olvidaba decirte una cosa que me llamó la atencion, a la cual no me quiso contestar Luisa por mas que se lo pregunté.

"Has de saber, Enrique, que le leí la parte de tu carta en que se refiere a la accion de mi padre y a tu encuentro con el coronel Guzman. Luisa mostró mucha sorpresa y me dijo repetidas veces si tú estabas trabajando en la misma hacienda en que se encontraba el sabio y santo varon de que me has hablado; y cuando le contesté que sí, como ella misma podia juzgarlo por la carta, se quedó por un momento pensativa, esclamando despues:—"*Los designios de la Providencia son incomprensibles*," no pudiéndote decir yo a qué se referian estas palabras sueltas; sin duda eran motivadas por el milagroso encuentro del hijo del sarjento Lopez con el coronel don Toribio de Guzman, a quien éste habia libertado; pues se espresó en seguida con mucho entusiasmo en favor de mi padre, diciéndome que esto contribuia a que me quisiera mas, aun cuando pensaba que su cariño para conmigo habia llegado al último estremo, siendo mui difícil que fuera mas allá... ¡Y pensar, querido Enrique, que estoi obligada a separarme de ella!...

"Escusado es que te escriba todo cuanto mi padre me ha dicho para que se lo comuniques a *su coronel*, como él lo llama, porque basta que le hagas presente sus sentimientos y la felicidad que ha esperimentado al saber que existia y que estaba bueno y vivia feliz,—y el señor coronel, que conoce a nuestro padre, sabrá apreciar esto en su justo valor.

"No quiero terminar esta carta sin espresarme sobre un solo punto que me ha desagradado en una de las tuyas. ¿Por qué tienes tan mala opinion y por qué prejuzgas tan desfavorablemente de una persona que no conoces? Hablo de Víctor, que te infunde temores. ¿Qué motivo tienes para esa desconfianza ultrajante? Su talento, su jenerosidad, sus virtudes, la finura de sus modales, su comportacion digna de todo elojio, ¿merecen acaso la sombra de una sospecha? ¿Y qué fin podria proponerse en engañarnos, finjiendo todo esto? Si tú lo vieras, si fueras testigo de sus actos, tu opinion cambiaria y serias su mejor amigo. A nosotros nos colma de atenciones tan delicadas, que no podemos menos de estarle agradecidas. Mi padre lo quiere muchísimo, mi madre lo mismo y yo no puedo menos de apreciarle. ¿Porqué serias tú el único que, sin conocerlo, difirieses de opinion? Espero que cuando vengas seas mas entusiasta que lo que lo somos nosotros y le pagues en afecto la desconfianza involuntaria que me has manifestado.

"Si te parece, Enrique, hacer presente mis respetos al solitario ilustre con quien has hablado; dile que emanan de una alma agradecida por las bondades que te ha manifestado.

"Me he estendido mucho y quisiera aun escribirte mas; mi carta es larga y al mismo tiempo mui corta para cuanto tengo que manifestarte; suple, pues, con tu pensamiento a todo lo que deja de espresarte mi pluma, y asi leerás mejor en el corazon de tu hermana

MERCEDES."

IV.

Enrique, admirado al ver los progresos de su hermana, estaba a la vez contento con lo que ésta le decia en su carta si bien es verdad que sentia mucho y esperimentaba alguna inquietud por la separacion de Luisa y Mercedes, figurándose que la ausencia podria enfriar la amistad; sin embargo,

se consolaba al pensar que no seria de larga duracion y que un afecto de esa naturaleza no se borra tan fácilmente.

Entregado a estas reflexiones y a muchas otras que se relacionaban con su situacion y con sus esperanzas, dirijia su brioso corcel con paso lijero hácia la apartada mansion del solitario.

Cuando hubo llegado a las casas de la hacienda ordenó al sirviente que lo acompañaba de quedarse allí y él continuó solo su camino, sin detenerse a hablar con nadie.

El noble anciano esperaba a Enrique desde mui temprano y ya creia que éste no llegase, pues estaba algo avanzado el dia, cuando se apareció repentinamente nuestro jóven.

—Qué tarde vienes, hijo mio, dijo el antiguo coronel con afable semblante. Te he estado esperando desde el amanecer, creyendo que vendrias a esa hora, y pensaba en este momento mandar a Torcuato a las casas para que se informase si no habia sucedido algo.

—Le agradezco, señor, el interes que se digna manifestarme. Habria venido, en efecto, mui temprano, si no hubiera estado obligado a ir a San Fernando.

—¡A San Fernando! ¿Y ya estás de vuelta?

—Sí, señor; esperaba que me escribiesen de casa y fuí en busca de mi carta; sin esto habria estado aquí quizá antes del tiempo en que usted me aguardaba.

—¿Y has tenido alguna correspondencia?

—Sí, y en ella me hablan de usted y del contento de mi padre al saber que existia.

—¡Pobre Domingo! Creo que habrá tenido gusto cuando le habrás dicho que todavia vivia su protejido.

—Y tanto, señor, como era de esperarlo de su corazon: aquí traigo la carta de mi hermana en que me habla de esto; ¿quiere usted que se la lea?

—Con el mayor placer, hijo mio.

Enrique leyó el pasaje en que se hacia referencia a este

asunto... y dos gruesas lágrimas corrieron por las tostadas mejillas del viejo coronel.

—Todo es grande en tu padre, esclamó don Toribio de Guzman despues de haberse serenado un poco; su buen corazon corre a la par con su humildad, pero Dios ha sido justo habiéndole dado por recompensa dos hijos como ustedes. Dime, Enrique: ¿dónde ha sido educada tu hermana? Lo que me has leido de esa carta prueba mucha instruccion, mucha sensibilidad y mucha intelijencia.

—Mi hermana, señor, ha recibido su educacion en un pobre colejio municipal, pero ha sido siempre mui aplicada y el ejemplo de mi madre ha formado su corazon, viniendo últimamente a completar el cultivo de su intelijencia el trato íntimo con una amiga, que es mas bien un ánjel de bondad, de belleza, de gracia y de sabiduria.

El anciano miró a Enrique de un modo penetrante, como si quisiera descubrir el pensamiento íntimo del jóven, y en seguida le dijo:

—¡Con qué entusiasmo hablas de la amiga de tu hermana! ¿Mucho tiempo a que la conoces?

—Solo una vez la he visto.

—¡Solo una vez! ¿Y cómo la juzgas?

—No sabré decírselo, pero creo que hai personas a quienes basta verlas para apreciarlas, esperimentando en nuestro interior un sentimiento que nos arrastra a ellas: lo mismo me ha sucedido con usted.

El coronel Guzman puso su mano con natural familiaridad en el hombro de Enrique y le dijo:

—Tienes razon: hai simpatias que nos arrastran sin darnos cuenta de ello y obedecemos a una lei oculta que nos gobierna sin que la comprendamos... Pero a esa señorita, pues supongo que es jóven desde el momento que es amiga de tu hermana, ¿por qué no la has buscado para conocerla mas?

—Porque... porque... porque hai una diferencia inmensa

entre ella y yo;... y porque a los pocos dias de haberla conocido me ví obligado a partir.

—Comprendo el impedimento último, pero no el primero; pues siendo amiga de tu hermana, las condiciones de ambas deben ser poco mas o menos las mismas.

—No, señor; ella es noble, instruida, rica; mientras nosotros somos pobres, ignorantes y plebeyos, siendo nuestro padre un simple soldado...

—¿Te avergüenzas de tu oríjen, hijo mio? Quieres tener otro mas ilustre?

—Ah! no... jamas... por nadie cambiaria a mi padre...

—Tienes razon... Hai pocos hombres que sean tan nobles como tu padre, aun cuando lleven apellidos altisonantes: la nobleza está solo en el corazon y no en los vanos títulos de una hidalguia vana y muchas veces ridícula; sin embargo, me estraña mucho, porque conozco el mundo y sus preocupaciones, la amistad íntima de dos jóvenes cuya clase y posicion son tan distintas.

—Así es, señor: esa amistad no habria existido jamas sin un acontecimiento casual.

—¿Quieres referírmelo?

—No tengo inconveniente.

Y Enrique contó al anciano con la mayor naturalidad y sin darle la menor importancia, el suceso del coche, ocultando, sin embargo, la impresion que él habia recibido y el afecto tan grande, la pasion tan irresistible que desde ese momento naciera en su corazon.

—Ahora comprendo, repuso el coronel; y despues de una pequeña pausa, añadió: pero esa señorita debe tener un tacto mui delicado y un alma elevada para ofrecer su amistad a tu hermana y no darte a tí ninguna recompensa por haberle salvado la vida.

Enrique se ruborizó al oir la reflexion del solitario; y luego, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, dijo al coronel:

—Yo recibí en el mismo instante mi paga, señor, paga

que habria rehusado si no hubiera venido acompañada de ciertas palabras.

—¿Recibiste una recompensa? repuso el anciano con cierto disgusto que le fué imposible dominar.

—Sí, y es ésta...

El jóven sacó del bolsillo del chaleco un pequeño envoltorio, y desdoblándolo cuidadosamente, presentó al coronel don Toribio de Guzman el hermoso anillo que Luisa Valdes le habia obsequiado el diezinueve de setiembre, valiéndose del conducto de Mercedes.

V.

Al ver la sortija, el anciano se sorprendió, tomándola precipitadamente de manos de Enrique para examinarla mejor. Por largo tiempo quedó contemplándola sin decir palabra, y con tal cuidado miraba aquella alhaja, que el jóven no pudo menos de estrañar a su vez la sorpresa del solitario, y asi le dijo:

—¿Le parece a usted mui hermosa?

—Es una alhaja de mucho valor, contestó el anciano, dejando ver claramente la preocupacion de su espíritu.

—No conozco, señor, el precio de esta joya, contestó Enrique, ni me interesa saberlo: no la he recibido ni me la han dado sino como un recuerdo, y en calidad de tal es como yo la aprecio: no me desharia de ella por ninguna cantidad de dinero cualquiera que fuese.

—Noble corazon, esclamó el solitario; perdóname la sospecha que habia concebido al principio, pensando que habias cedido al interes, recibiendo una recompensa pecuniaria en pago de tu arrojo, que pudo mui bien costarte la vida; pero dime: ¿sabes el nombre de esa señorita?

—Sí, señor: se llama doña Luisa Valdes.

—Luisa Valdes! repitió el coronel pausadamente.

—Sí, doña Luisa Valdes, y de ella me habla Mercedes en

la carta que he recibido hoi. ¿Quiere usted que le lea la parte que se refiere a esta señorita?

—Escusado es que me lo preguntes.

Enrique volvió a desdoblar la carta de su hermana y leyó pausadamente pero conmovido, todo cuanto Mercedes decia de Luisa, dejando a un lado los párrafos en que se referia a él, porque entonces habria divulgado el secreto de su amor, que tanto interes tenia en ocultar a todo el mundo; y aun cuando el solitario le inspiraba cariño y confianza, no queria revelar un sentimiento de que él mismo se ruborizaba, por creerse indigno de la persona que se lo inspirara.

El coronel Guzman escuchó con muestra del mayor interes los trozos de aquella carta sencilla, tierna y elevada, en que se demostraba la gratitud unida a la admiracion y al afecto mas apasionado, y asi no pudo menos de esclamar:

—Esos dos ánjeles no debian habitar este mundo de tantos desengaños y de tantas miserias... Dios vele sobre ellos...

Y los ojos del ilustre anciano se fijaron en el cielo como impetrando del Altísimo su proteccion misericordiosa para aquellas dos débiles y hermosas criaturas.

—Vamos, hijo mio, prosiguió, tomando de la mano a Enrique: cada dia se aumentan los motivos que tengo para apreciarte y para quererte, y si ahora los dejo ocultos, talvez no está distante el tiempo en que te los revele del todo, pues me parece distinguir el dedo de la Providencia en cuanto me has dicho y en cuanto se refiere a la familia del sarjento Domingo Lopez...

—No creo, señor, haber comunicado a usted nada de estraordinario.

—No existe en el mundo nada de sobrenatural, es verdad; y sin embargo, hai acontecimientos, hai relaciones que parecen providenciales, y una de ellas es el encuentro que he tenido contigo y las circunstancias que le han sucedido; sin él, talvez yo no hubiera tenido nunca la ocasion de mostrar mi reconocimiento a tu padre, pagando en el hijo la deuda

contraida con aquel; porque, desde este momento, mi querido Enrique, eres mi heredero, no de una fortuna que no poseo, pero sí de la esperiencia y conocimientos que he adquirido en mis largos años a costa de mil sacrificios y que te enseñaré fácilmeute y en poco tiempo, pues lo que mas cuesta es la esperiencia, aprendiéndose muchas veces en una hora lo que ha costado a la humanidad tardios siglos.

—Usted me hace un favor inmenso, señor. Si supiera usted el deseo que tengo de adelantar, y mas que el deseo, la necesidad, comprenderia la importancia de lo que me promete por la magnitud del servicio.

—Parece, hijo mio, que tienes ambicion; ya en vez pasada creí haber notado lo mismo.

—No lo niego, ¿es acaso malo?

—Segun el fin que la determina; pero de todos modos es preferible no tenerla, sin destruir por esto el estímulo que nos empuja al adelanto.

—Sin embargo, yo necesito... tanto, tanto, que quizá nunca alcanzaré a obtenerlo!...

—¡Tan jóven y tan ambicioso! ¿Qué es lo que quieres?

—En primer lugar dinero... mucho dinero...

—¿Es posible? El espíritu del siglo ha ganado ya tu corazon! Tan temprano! ¡y ya está corrompido! dijo el anciano con cierto disgusto.

—¡Corrompido!... ¿Y qué es lo que no se consigue con la fortuna? Si ella lo da todo ¿qué estraño es el que yo la desee?

—Tienes razon, este es el sendero que sigue la humanidad: este es el Dios a quien ella acata, esta es la preocupacion que a todos gobierna; y sin embargo, esto es tambien lo que constituye la miseria y pequeñez de las actuales jeneraciones.

—Pero, señor, si usted mismo dice que la fortuna es el pensamiento dominante, ¿cómo pueden todos engañarse y buscar el mal?

—Esta preocupacion está tan relacionada con nuestras necesidades, que no es estraño se equivoquen considerándola como el complemento de la felicidad.

—Y si los hombres hacen consistir su dicha en ella ¿cómo es posible que no lo sea? Siendo ellos los que desean ¿cómo no gozar con lo que satisface sus deseos?

—Yo, amigo mio, no anatematizo la fortuna, porque su adquisicion es, en su primitivo oríjen, el resultado del trabajo, y el trabajo es una virtud; pero si condeno las preocupaciones que ella enjendra; y ya que tocamos este punto te diré que me alegro de haber llegado a él, porque, en el interes que tengo por tu felicidad, deseo que no se estravie tu juicio yendo a caer en ese piélago insondable de infortunios en que se sumerjen voluntariamente los hombres, creyendo encontrar la felicidad.

—Estoi dispuesto a escuchar sus consejos y a seguirlos.

—Si me equivoco, hijo mio, no depende de mi voluntad, pero creo haber reflexionado lo bastante para no engañarme; con todo, tú tienes suficiente juicio para conocer si voi mal. Yo no pretendo inducirte en el error, sino preservarte de él; ni quiero destruir tu ambicion sino dirijirla, siendo este uno de los puntos que habia tenido en vista para discutir contigo, pues obra mui directamente en la moralidad de nuestras acciones y en el porvenir de nuestra vida; pero antes de seguir el hilo de nuestra conversacion es preciso que descanses de tu largo y precipitado viaje y que almorzemos, porque ya Torcuato debe tener todo preparado.

La gruta del leon.

I.

Enrique se dejó guiar un largo rato sin proferir palabra. El solitario tomó una direccion distiuta de las casas y se encaminó hácia la selva, mostrando de cuando en cuando a su jóven compañero algunos de los objetos que llamaban su atencion.

Enrique seguia pensativo, aunque estaba contento; pero su espíritu, preocupado por sus recuerdos o por las reflexiones del solitario, no le permitia observar con detencion todo aquello que le hacian notar. Veia combatidas sus opiniones sobre la fortuna, y creyendo unida a ellas la realizacion de sus esperanzas, no pensaba sino en éstas.

Despues de haber andado largo trecho entraron en una senda donde el follaje de los árboles impedia que penetrasen los rayos del sol. La frescura de aquel sitio y su aspecto sombrio y salvaje llamó al fin la atencion de Enrique, que dijo al anciano:

—Qué hermoso y agradable camino! Cuánto tiempo y trabajo debe haberle costado a usted el formarlo!

—Esta no es mi obra, sino la de la naturaleza. ¿No ves que hubiera necesitado siglos para haber criado estos árboles jigantescos, este verdor y esta espesura?

—Pero la simetria que aquí reina denota la mano del hombre.

—Yo no he hecho otra cosa que abrir este sendero que

nos conduce a una espaciosa gruta donde hai una pequeña cascada: ¿no oyes ya el ruido de las aguas?

—Sí, yo creia que era el del viento. ¡Qué sitios tan agrestes! Sin este camino, parece que no hubiera penetrado aquí jamas la planta del hombre!... Cómo me gustaria vivir aquí!

—La soledad tiene sus atractivos y la naturaleza sus encantos, pero no le es dado a todos apreciarlos; y solo cuando el desengaño ha hecho caer una a una la flor de nuestras ilusiones es cuando nos refujiamos, cuando buscamos un abrigo y un consuelo en las obras inimitables de la creacion, que siempre traen a nuestro espíritu ajitado, la serenidad y el pensamiento...

—De veras! aquí parece que uno se desprendiera de todas las cosas para solo adorar a Dios, y que olvidándose de sí mismo se entregara únicamente a la contemplacion...

Y el sensible jóven detuvo involuntariamente sus pasos para elevar su alma a esas rejiones vaporosas e inconmensurables donde nuestra imajinacion se pierde buscando al Creador...

El silencio y la soledad tienen su lenguaje y hablan al corazon en un idioma inarticulado, en un idioma sin palabras, pero cuyas vibraciones se hacen sentir en todo nuestro ser y producen ese estado incalificable que se llama éstasis...

La poética naturaleza de Enrique se habia despertado en toda su fuerza; miraba a su alrededor como si estuviera soñando, y le parecia que el anciano era el jenio del bosque o un ser sobrenatural...

El solitario lo contemplaba con enternecimiento, talvez con admiracion...

Enrique permaneció así por algunos momentos, hasta que el viejo coronel, tomándolo del brazo, le dijo: "vamos a llegar a la gruta."

El jóven se dejó conducir; pero cuando llegó a aquel re-

cinto que el anciano habia denominado la gruta, su admiracion fué tal, que se arrodilló en el suelo, esclamando "¡Dios mio, Dios mio, cuán grande eres y cuán maravillosas tus obras!...."

El solitario, atraido por un magnetismo irresistible, por una fuerza de cariño que nadie lo hubiera creido capaz de sentir a su edad, se echó en los brazos de Enrique, llamándolo repetidas veces, hijo mio, mi querido hijo!... El jóven le dió tambien el dulce nombre de padre, y estas dos personas, tan diferentes por la edad, por la condicion, por el rango, por la ciencia, estaban íntimamente unidas por el suave lazo de la sensibilidad y de la virtud...

Aquellos que se estrañen, aquellos a quienes no les parezca natural esta conmocion que se esperimenta al contemplar los prodijios de la creacion y las magnificencias de Dios, son almas cadavéricas, almas muertas que nada puede hacer revivir; pero afortunadamente pocas de ellas existen en el mundo, porque, mas o menos, todos, todos, casi sin escepcion, nos sentimos impresionados a la vista del mar, del bosque, del rio, al ruido del trueno, al fulgor del relámpago, al bramido de la tempestad, exhalándose de nuestros pechos ajitados la adoracion unida a la súplica, el entusiasmo unido a plegaria, el respeto unido a la admiracion y al amor.

II.

La gruta cuya vista impresionara tanto a Enrique era imponente a la vez que hermosa y pintoresca. Una enorme roca saliente la cubria en gran parte, dejando ver en su interior una cavidad donde habia una pequeña fuente. Sobre esta roca volcánica habia otra mas elevada y de la cual se desprendia un grueso chorro de agua que desde una altura de cincuenta piés caia con estrépito, precipitándose en una profunda quebrada cortada a pique y que al mirarla daba vértigos. Por el lado de la cascada veíase el sol, que, hirien-

do la masa de agua, producia los colores del arco iris; de ese costado divisábase tambien una parte del azulado cielo, mientras que bajo el gran peñon que cubria la pequeña fuente interior, se estendia una planicie en forma de óvalo, rodeada de jigantescos robles y en que podrian caber cómodamente mas de cien personas. Por un capricho de la naturaleza, medio a medio de aquel recinto se elevaba solitario un hermoso árbol de cuyo grueso tronco nacia una mesa rústica que daba vuelta al derredor de él y que habia sido trabajada por el coronel Guzman, cuando, en perseguimiento de un leon, descubriera aquel solitario e ignorado recinto que durante siglos habria servido de albergue al monarca de los animales, por cuyo motivo le dió el anciano el nombre de *Gruta del Leon*, haciéndola su morada favorita, principalmente en el estio, donde se iba a trabajar durante el dia, pues en las horas de mayor calor allí habia una frescura inalterable.

Encantado de aquel sitio, el coronel Guzman lo habia dejado con toda su natural hermosura, sin quitar ni un coligüe ni una de las mil enredaderas que se entrelazaban las unas a las otras, subiendo casi hasta la copa de los árboles a quienes adornaban con sus vistosas flores. Lo único que habia hecho era limpiar el terreno y emparejar las desigualdades que existian, esparciendo por todas partes finísima arena, de modo que aquella gruta parecia alfombrada y hecha a mano, tal era la igualdad de su suelo y la simetría de sus contornos; sin embargo, bastaba fijarse un momento para ver que todo era obra de la naturaleza, sin que casi nada hubiera hecho la mano del hombre.

Al principio, la fuente que estaba bajo el grande peñasco se desbordaba y el suelo era algo pantanoso; pero el solitario habia hecho un pequeño desagüe, disecando completamente el terreno y trabajando en seguida un camino fácil pero tan oculto, que nadie hubiera descubierto aquella senda sin saber que existia. En el árbol que estaba en medio, ha-

bia, como ya lo hemos dicho, arreglado una mesa en contorno, poniéndole cajones para que le sirviera para guardar sus provisiones en caso necesario, pues en los primeros tiempos temia ser perseguido y consideraba ese recinto como un escondite seguro e impenetrable. Despues, cuando este temor hubo desaparecido, le servia de lugar de descanso, de meditacion y de recreo.

La pequeña fuente interior que estaba bajo el gran peñasco, servia como de un baño colocado esprofeso para el morador de aquel lugar; y sus aguas termales, analizadas por el solitario, eran mui saludables, pues habia tenido ocasion varias veces de reconocer sus buenos efectos por las esperiencias obtenidas en algunos enfermos a quienes habia introducido hasta aquel recinto con los ojos vendados; porque si bien deseaba servirlos, no queria que supiese nadie ese retiro, lo cual habia contribuido no poco a darle la reputacion de brujo, de que ya hemos hablado, y el encantamiento que decian existir en todo el cercado de que él disponia.

III.

Calmada la primera impresion de Enrique, no por esto habia desaparecido su admiracion; y ya se colocaba al borde del precipicio, ya iba a ver la fuente en su misteriosa y lóbrega concavidad, ya miraba la catarata, descubriendo parte del azulado cielo, o ya daba vueltas en contorno de aquel óvalo tan regular y tan hermoso, tomando de vez en cuando algunas de las estrañas flores de las enredaderas; siempre aparecia entusiasmado, creyendo casi él mismo ser el juguete de una ilusion de sus sentidos; sin embargo, la voz del anciano que lo llamaba para almorzar, y la presencia de Torcuato, estaban probando que cuanto veia era una realidad, y, a pesar de esto, creia que los hombres, como el lugar, no eran mas que pura fantasia.

—¿Te sorprende, hijo mio, lo que estás viendo ahora?

dijo el solitario; ¡qué fuera si contemplases otros prodijios de la naturaleza! esto es mui insignificante comparado a la catarata del Niágara y otras mil maravillas que encierran las cordilleras de los Andes, a cuyos piés estás, y esta vírjen y portentosa América en que has nacido y en que ahora te hallas. Tienes todavia mucho que admirar, ya en los monumentos de Dios, ya en los monumentos de los hombres; en los primeros distinguimos la omnipotencia y sabiduria del Creador, y en los segundos el jenio portentoso aunque limitado de la especie; pero sin dejar nuestras reflexiones, acércate para que tomemos nuestro desayuno, y volveremos aquí a tomar el hilo de la conversacion que quedó pendiente hace poco y que parecia contrariarte.

Enrique, viendo a Torcuato, se fué hácia él y le apretó la mano con el mayor cariño; en seguida se acercó al solitario, y tomando un rústico banquillo, se sentó junto a él, diciéndole:

—Todo cuanto venga de usted es para mí una enseñanza y una luz: estoi dispuesto a escucharlo y a seguir sus consejos.

—No quiero, hijo mio, esa ciega sumision a mis conceptos; yo puedo equivocarme, como muchos, porque nadie es infalible. Tengo, es cierto, un buen deseo; ¿pero basta éste para estar seguro de la verdad?

—Yo tengo en usted una confianza ilimitada, y cualesquiera que sean sus ideas, creo que las aceptaré, sin escluir por esto mi pobre e inesperimentado juicio, que es el que en último caso debe dirijirme.

—Haces bien, hijo mio; nunca debe un hombre desechar su razon, pero tambien es indispensable que no sea sistemático, rehusando el convencimiento manifiesto o atacando la evidencia por mero capricho, como sucede las mas veces; porque jeneralmente no se escuchan tanto las razones de su adversario, cuanto se buscan los argumentos opuestos, pues apreciamos mas el triunfo del amor propio que el de la justicia.

—No estoi, señor, en ese caso, porque quiero saber y no pretendo enseñar.

—Esa es la idea que tengo formada de tí, y sabré aprovechar esta buena disposicion de tu espíritu; pero antes de entrar en sérias reflexiones, veamos lo que nos ha preparado nuestro buen Torcuato.

IV.

El almuerzo estaba servido en la rústica mesa anexa al derredor del árbol, consistiendo éste en algunas perdices, una buena cazuela, unos cuantos pejerreyes del estero y varias frutas, sin contar dos botellas de escelente vino fabricado por el propietario de aquella campestre mansion.

Los tres se sentaron a la mesa con buen apetito, porque para el coronel era un poco tarde, Torcuato habia trabajado mucho, y Enrique, con sus veinte años, capaces de devorar piedras, estaba ademas fatigado con la larga escursion de San Fernando; de manera que todos tres hicieron perfectamente los honores al almuerzo, recibiendo Torcuato por su habilidad de cocinero un sinnúmero de cumplimientos.

Enrique encontraba todo aquello tan estraordinario, que a cada instante tenia nuevos motivos de sorpresa, ya no solo por el sitio, sino tambien por las comodidades que el solitario habia sabido procurarse, pues en medio de la selva existia mayor confortable que el que se pudiera exijir en muchas casas de nuestras ciudades. A unos manjares comunes pero delicados, y, lo que es mas, presentados con gusto, se reunia lo limpio aunque no lo rico del servicio, que habia aparecido como por encanto, no viéndose de antemano el menor preparativo; despues venia el buen vino, el escelente café y sobre todo los magníficos cigarros y cigarrillos de la Habana; ¡y sin embargo todo habia sido hecho, cultivado y cosechado en el terreno del anciano y por el ancia-

no! lo que prueba la facilidad con que se obtendrian en Chile esos productos valiosos si tuvieramos dedicacion, constancia, método e intelijencia, como tambien proteccion ilustrada del lado de nuestros mandatarios; y aun cuando no es posible ni conveniente que los gobiernos tomen parte en especulaciones industriales, siempre es necesario que hagan cuanto esté en su mano para que se desarrollen y aclimaten en el pais; pero entre nosotros sucede todo lo contrario, porque, lejos de impulsar el trabajo o la produccion, tratamos de ahogarlo, recargándolo con derechos, como sucede al cobre, y con monopolios como lo tiene el tabaco, bajo el pretesto de que éstos, como otros varios productos, dan una renta mas o menos fuerte al erario, sin considerar que entrabar la produccion de un pais es lo mismo que cortarle los brazos a un hombre; mientras que dejándole libres todos sus medios de accion, dejándole espedito el ejercicio de sus facultades, se consigue el engrandecimiento de los particulares y por consiguiente el engrandecimiento del estado, es decir, la riqueza privada, de donde emana la riqueza pública; y no tan solo debiera un gobierno dar la libertad industrial, sino que aun seria preferible que fuese mas allá, protejiendo con sábias medidas la accion individual, porque es de allí de donde puede y debe sacar su fuerza.

Hai industrias, nuevas para nosotros, que se implantan actualmente, como la ya acreditada fábrica de tejidos del señor Délano en la provincia de Concepcion, la cual, a mas de proporcionar trabajo a mucha jente, a mas de dar ciertas comodidades, se empeña en emanciparnos de los productos Europeos, pero con los cuales no puede quizá rivalizar todavia, porque se ve obligada a pagar fuertes derechos de internacion por los artículos que necesita para el consumo de sus mismos productos; de manera que, aun cuando los casimires chilenos no estén recargados con el avalúo aduanero que grava a los otros, no es menos cierto

que gran número de las materias primas que emplean tienen que pagar derechos, y de esta suerte es como no les es dado parangonarse con aquellos y forzar al consumo, por la baratura del precio, a aceptarlos de preferencia. En otra parte nos estenderemos mas sobre éstas y otras cuestiones económicas, y mientras tanto continuaremos la hilacion de nuestra historia.

La sed de oro.

I.

Despues de tomar el café las tres personas que se encontraban en la *Gruta del Leon*, es decir, el coronel Guzman, Enrique y el pobre Torcuato, fueron a recorrer y a admirar muchas otras bellezas naturales que adornaban aquel pintoresco sitio, y que con tanta frecuencia se encuentran en nuestros paises de América.

Vueltos del paseo, se entabló la conversacion siguiente entre el solitario y Enrique:

—Yo me he propuesto formarte, dijo el anciano; pero antes de entrar en el recinto de las ciencias, creo preferible que sepas esas nociones jenerales que constituyen la ciencia de la vida o el mejor modo de conducirse del hombre mientras habita este mundo que se ha denominado valle de lágrimas, y que así lo hemos hecho en efecto con nuestras preocupaciones, con nuestros errores y con nuestras discordias; preocupaciones, errores y discordias que nos han impedido distinguir la verdad, y por consiguiente la conveniencia de todos y el bien recíproco que de ella depende, arrojándonos en un piélago de miserias, de bajezas y de infortunios que desde tiempo atras vienen aquejando al hombre por haberse desviado del sendero de la fraternidad, dejando que impere en todos nuestros actos el pernicioso egoismo y la repugnante codicia que asola con todo noble sentimiento del alma.

—¿Cree usted entonces en la posibilidad de mejorar la humanidad?

—Sí, hijo mio; porque de otra manera se desmentiria la lei jeneral del progreso y del perfeccionamiento que vemos operarse en todas las cosas. Esta lei talvez es lenta para nosotros, pero ella es infalible, como todo lo que constituye el órden de la creacion; porque de otra mànera se desmentiria tambien la enseñanza y la moral de Cristo, cuya doctrina nos muestra el camino que debemos seguir para llegar a la libertad, a la igualdad y a la fraternidad humana, que es donde se halla el sosiego, la dicha y la perfeccion de la especie; pero en otra ocasion, hijo mio, desenvolveré el órden de estas ideas, enseñándote los medios para que lleguen a ser practicables; pero por el momento quiero concretarme a esa riqueza que tanto ambicionas poseer y por la que el mundo entero se sacrifica.

—Es verdad, señor, pero tambien es cierto que en este momento y en este sitio no tienen para mí tanta fuerza esas ideas.

—Estás impresionado por la riqueza de la naturaleza y por eso olvidas la de los hombres; sin embargo, la primera apenas nos ocupa algunos momentos en la vida, mientras que la segunda se apodera de toda ella; de consiguiente hablemos sobre lo que, si no te preocupa ahora, te preocupará mas tarde.

—No niego, señor, que deseo la fortuna con ansia, porque me parece que de ella depende mi felicidad.

—Hai mui pocos que no creen encontrarla allí. Mui singulares son los hombres que no piensan como tú; pero tambien es cierto que esa multitud inmensa que corre tras el dinero figurándose encontrar la dicha, se queda la mayor parte a medio camino, desapareciendo antes de haber obtenido su objeto y arrastrando una existencia miserable por los sacrificios que se han impuesto y mas miserable todavia por las bajezas que se le imponen, y ¡sabe Dios! si por los

crímenes que se ven obligados a cometer y cuyo remordimiento tratan de apagar en vano con el goce material que nunca llega del todo a atolondrarlos; y aun cuando esto sucede por algunos momentos, siempre viene en pos la laxitud triste y la reaccion penosa que trae consigo la saciedad; pero aquellos mismos que han conseguido llegar al término, que han abordado la cúspide de la fortuna ¿son por esto mas dichosos? Vé a preguntarles, amigo mio, obsérvalos y encontrarás que, sin los placeres efímeros de una estúpida vanidad, placeres que adolecen tambien de sus amarguras, que, sin esos placeres, digo, nada hallarás en ellos digno de esa envidia lejítima del hombre de razon y del hombre de bien.

—Sin embargo, señor, todo se consigue con el dinero; ¿y cómo no hemos de ambicionar aquello de que todo depende?

—Esa es la opinion jeneral que las apariencias y la vida que llevan actualmente las sociedades tambien justifica; pero no porque sea jeneral es absoluta, pues el mérito real, el talento verdadero y la virtud sólida no se adquieren con el dinero; sin embargo, voi a entrar en tus mismas ideas y a hacer la apoteósis de la fortuna; y el anciano hizo una lijera pausa como para reconcentrar sus ideas.

II.

Para el hombre rico, continuó, no hai tropiezos que embaracen sus deseos ni necesidades que no se satisfagan.

Las consideraciones las obtiene sin pedirlas, y los honores sin que los solicite.

Todos se prosternan ante él y todos lo adulan y agasajan.

El talento se le rinde y la belleza se le postra.

Los sacerdotes le abren de par en par las puertas de los cielos.

Las acciones que hace son disculpadas o encomiadas, aun cuando sean viciosas.

Las palabras que pronuncia son escuchadas con atencion y comentadas favorablemente, aun cuando sean absurdas.

El humilla y se rie de la virtud, seguro de que todos lo aplauden.

El hace alarde de su poder y no encuentra resistencias.

El pavonea su fatuidad, y se denomina a esa fatuidad grandeza.

El puede cometer faltas sin que la crítica lo hiera, y perpetrar crímenes seguro de la impunidad, porque el dinero sobrepuja a todo, y sobre todo manda, domina y se enseñorea.

Hé aquí la causa porque todos lo ambicionan.

En el materialismo que nos gobierna, él es el que triunfa.

Adoradores del vellocino de oro, no hai para la sociedad presente mas divinidad que la del dinero, ni mas relijion que los medios de conseguirlo.

Por esta razon en las familias ya no se ve aprendizaje moral sino especulativo.

Los padres no enseñan a sus hijos la práctica de la virtud, sino el camino que lleva a la fortuna.

No se le dice al jóven: sed honrado, sino: sed rico.

No se le amonesta por el cumplimiento del deber, sino por la adquisicion metálica...

No se cuida de la rectitud de su espíritu para marchar bien por el sendero de la vida, sino de la sagacidad que gana talegos para rodearse de ostentoso fausto...

Así es como nuestras sociedades se han prostituido... Así es como el alma no se eleva mas allá de la esfera de un materialismo grosero.... Así es como el hombre ha dejenerado hasta el punto de no encontrar mas goces que en la satisfaccion del estómago, de la vanidad, de las preocupaciones y de la concupiscencia, tomada en la espresion brutal del placer físico, que pierde todos sus encantos desde el momento que no participa de ellos el cariño emanado de la virtud, que es el que los realza y diviniza...

Te trazaré el cuadro de las tendencias de la época y del punto a que han llegado nuestras sociedades, dijo el solitario con un acento triste, y despues juzgarás tú mismo; y si persistes en tus ideas de adquirir fortuna a todo trance, eres libre de seguirlas, pero yo creo estar en el deber de mostrarte la realidad de las cosas para que elijas el sendero que mas te agrade.

—Escucho, señor, sus doctrinas con el mayor interes, respondió Enrique.

—Pues bien, amigo mio, de esa educacion de la familia, de ese impulso dado a la sociedad han resultado nuestras miserias, nuestra pequeñez y el desquiciamiento en que el mundo se encuentra...

Hoi el talento se vende... ¿para qué se necesita la ciencia si no es para ganar dinero? y esa ciencia queda abandonada desde el momento que se han adquirido las pesetas...

El filósofo y el literato ¿qué es lo que busca? Indudablemente no es la enseñanza del jénero humano, no es el bien e ilustracion de sus semejantes, sino un poco de renombre; y este poco de renombre ¿con qué objeto? Nada mas que con el de conseguir algunas monedas, pues si no llega a la fortuna todo está perdido y su inspiracion muere... Esta es la razon porque se ven diariamente esas producciones insignificantes y raquíticas que llevan en sí el sello de la menguada codicia y no el signo del jenio; que se dirijen a obtener el lucro y no a la satisfaccion que produce la práctica del bien, y por esto es que mueren tan pronto como aparecen, no dejando ni un solo rastro de su existencia en el mundo, cuyos malos instintos han querido alhagar solamente por interes.

Y en la relijion ¿vense ahora esos héroes de la cristiandad? Vense ahora esos mártires, esos santos, esos varones completamente desprendidos de los terrenales bienes? Nó, ahora se ven jesuitas que atesoran y clérigos y frailes de

todas clases que trabajan por el lucro pecuniario y no por el bien de las almas; y así es como la sed del oro ha prostituido la creencia, corrompiendo las vivas aguas y la santidad augusta de la relijion.

Por otra parte, hijo mio, ¿qué hombre ni qué mujer hace consistir ahora la felicidad del matrimonio en el cariño, en la honradez y en la virtud? Estos son sentimientos de una época pasada y que no se hermanan con los progresos del siglo; son palabras insignificantes, huecas y propias únicamente para los niños a quienes se divierte con esas bagatelas, con esos cascabeles que hacen ruido pero que no tienen ni sustancia ni fondo... Lo que vale en la actualidad es el dinero: esto es lo positivo, lo sólido, lo provechoso... y tanto el hombre como la mujer preguntan: ¿cuánto tiene? cuál es su posicion? en qué consiste su fortuna? para ver si la *felicidad está asegurada!*... ¿Qué importa que los cónyujes tengan una edad desproporcionada el uno del otro? Qué significa que el carácter no se convenga entre ambos, que tengan defectos trascendentales, que no se estimen ni se quieran? ¡con tal que haya dinero! ¿qué vale lo demas? la union se hace y esa union se llama buena, ventajosa y feliz: esta es la sancion del mundo y el fallo de las personas que se llaman graves, prudentes, entendidas, racionales y justas!...

¿Y cuál es el resultado de esos cálculos tan previsores, tan equitativos y tan sábios? El desprecio, la repugnancia y el odio recíproco; y como consecuencia lójica, la discordia, el engaño, la prostitucion, el vicio y el crímen bajo sus mas negras y asquerosas formas; y en seguida la mala educacion de los hijos, la falta de dignidad de los padres, el poco órden y el poco respeto, el pernicioso ejemplo que ven, que aprenden y que siguen, yendo a inocular el pus de su degradacion al resto de la sociedad de que desgraciadamente son miembros, y de esta suerte es como todo se prostituye y se corrompe, porque el matrimonio tiene hoi por funda-

mento la codicia vil en vez del aprecio, del cariño y de la virtud....

¡Y muchos lejisladores y filósofos se admiran de tanto desenfreno sin encontrar medio de evitarlo! y claman y se empeñan por establecer la lei del divorcio, que no haria otra cosa, en las actuales condiciones sociales, que echar una perturbacion sin remedio; porque si el divorcio es bueno en el caso que los hombres estuvieran en armonía con las leyes de la naturaleza, es mui peligroso en el actual, pues no sabríamos de qué manera contener el desenfreno del vicio: así es, hijo mio, como las mas santas afecciones, los mas sagrados y durables lazos los rompe esa pasion inmoderada de la fortuna, que es la lepra que corroe a la especie, contaminándola de tal manera, que se hacen cada dia mas difíciles los medios de curarla, pues el deseo de adquirir dinero y el dinero mismo es una preocupacion tan jeneral y tan arraigada, cuanto mas importancia se le da y cuanto mas se acata al que la posee en mayor escala.

¡La amistad! ¿veamos ahora lo que ha hecho de ella la avaricia? Pues bien, id en busca de un amigo y verás si lo encuentras por el mundo. Hoi hablan todos de amistad, es cierto, pero nadie la siente; ha desaparecido del corazon para mostrarse en los lábios. ¿Dónde encontrar el desinteres, la abnegacion, el cariño que debe unir a dos amigos? Imposible, porque el egoismo, hijo primojénito de la sed insaciable de dinero, ha muerto en nosotros todo sentimiento elevado para dar cabida a la liviandad de los goces materiales que proporciona la fortuna. En nuestra época, antes de llamar a una persona su amiga, se averigua cuál es su posicion; no se aprecian sus cualidades sino sus talegas; no se toma en cuenta lo que vale sino lo que tiene, y despues del exámen del bolsillo se brinda la amistad! ¿Puede ser este lazo durable, hijo mio? puede ser sincero? puede ser tierno? puede ser noble? puede denominarse propiamente amistad? Creo que nó, y tú serás de mi misma opinion....

El anciano miró a Enrique, pero éste bajó la cabeza en señal de asentimiento y de pesar, porque no podia negar la verdad, y era tan desconsoladora y triste la evidencia.

—Hasta en el modo de saludarse, hijo mio, prosiguió el solitario, entra el cálculo y el interes, pues las jenuflexiones son mas o ménos profundas, se quita el sombrero poco o mucho, se aprieta la mano fuerte, despacio o regular, segun sea mayor o menor el capital que tiene el individuo... Así está montada la sociedad! Esta es la clase de amistad que reina y que la gobierna!

Pero esto seria un mal pequeño que no pasaria mas allá de lo ridículo, si el ánsia de adquirir dinero se detuviese aquí; mas desgraciadamente ella empuja a la especie en una vía fatal, porque para adquirir fortuna no hai engaño que no se practique, no hai crímen que no se cometa, y con tal que lo corone un buen éxito todo se perdona y disculpa, y las consideraciones, los agasajos, los respetos, los obsequios siguen tras la riqueza bien o mal adquirida. Esto cria un antagonismo entre los hombres, que se precipitan en un mismo camino, empujándose, codeándose, arañándose, destruyéndose para llegar primero, sembrando por todas partes disgustos, odios, rencores, para no cosechar al fin sino engaño, falsía, bajeza y miseria; porque es imposible encontrar algo de elevado, de noble, de grande en esa lucha encarnizada de la codicia que mata el sentimiento puro y destruye los goces inefables de la virtud, enervando el corazon y degradando el alma...

—Pero entonces, señor, ¿debemos quedarnos estacionarios y despojarnos completamente de este deseo que nos llama al progreso?

—Nó, hijo mio, no es mi objeto decir que el hombre deje de trabajar, porque contrariaria una tendencia natural y una virtud que le aprovecha y lo ennoblece; pero es preciso destruir el abuso, pero es indispensable combatir ese vicio que llega hoi hasta el delirio y que forma la mas funesta

de las preocupaciones. Trabajad, producid inmensamente, poned en ejercicio todas vuestras facultades, porque este trabajo, esta produccion y esta actividad aprovecharán al conjunto, y obrando para vos obrareis para los demas; pero no hagais un Dios de la riqueza, no la considereis como un término sino como un medio, no la empleeis en el despotismo sino en la caridad, no abuseis de ella para sobreponeros a vuestros semejantes en vez de aliviarlos, no la convirtais en un arma para herir sino en un instrumento para aliviar; que no enjendre el orgullo sino el provecho; que no avasalle sino que ensalce; que no oprima sino que alivie; y que, en lugar de estimular, convirtiéndola en un egoismo opresor, sirva para libertar al hombre de las cadenas de la materia, del imperio de sus necesidades físicas que pesan sobre la gran mayoría de la especie y embarazan su desarrollo por la imposibilidad en que se encuentra de satisfacerlas...

Trabajad para aumentar el caudal de nuestras facultades, de nuestros medios, de nuestros recursos, para que llegando a ser fácil la vida de cada uno, desaparezca la miseria que degrada y esclaviza, y entonces la riqueza y la felicidad que ambicionais y buscais por un estraviado sendero que os conduce a vuestra pérdida, será jeneral, abundante y productiva, y el encanto de la virtud, el perfumado néctar del deleite y la paz de Dios estará con vosotros...

Por otra parte, amigo mio, el mundo está en un grave error al creer que la riqueza es la que se halla en aptitud de proporcionarnos nuestros mas permanentes y dulces goces, y tan se encuentra en el error, que mui pocos hombres hai que en la práctica no desmientan sus palabras, viniendo por sus acciones a obrar en contra de sus ideas; pues, si como se afirma, la fortuna es el primer bien, ¿por qué se desharia uno voluntariamente de ella con tal de conservar por algunos dias, talvez por algunas horas, la existencia de un ser querido? Hai mui pocas personas en quienes la avaricia haya

agotado la sensibilidad, hasta el punto de sacrificar la vida de sus padres, de sus hijos, de sus hermanos, de sus amigos, al interes del dinero; y habrá muchas, la jeneralidad de la especie, lo decimos en honor de ella misma, que si les propusieran el dar su fortuna por preservar de la muerte a un hijo, a un esposo, a un padre, no vacilarian en deshacerse inmediatamente de ella, es decir, de aquello mismo que poco antes aseguraban ser el mayor de los bienes. Y ahora, amigo mio, ¿qué prueba esta contradiccion? Esto significa que los afectos y no la fortuna ocupan el primer puesto y son el primer elemento de nuestra felicidad. ¿Qué nos importan todos los tesoros del mundo sin el tesoro del amor? ¿Pueden compararse las satisfacciones de la vanidad con los goces que nos procura el cariño? Amad y que os amen, hé aquí la dicha verdadera, dicha que la encontrareis hasta en las amargas privaciones de la pobreza, dicha que nadie puede arrebataros a no ser la voluntad de Dios cuando dispone que nos separemos de los seres a quienes amamos.

Muchas veces he pensado que así como es el aire el principal elemento de la vida del hombre y no los manjares de su mesa, así los afectos entran en igual proporcion comparativamente con la fortuna. Es verdad que el vulgo confunde las cosas y cree que en comer bien y en atesorar harto consiste la vida; ¿pero de qué servirian esos manjares si suprimiésemos por unos momentos el aire, y de qué esa fortuna si desapareciesen los afectos? De nada, hijo mio, absolutamente de nada: la felicidad no está, pues, en la riqueza, es preciso buscarla en otra parte y por otro camino.

El anciano guardó silencio y Enrique lo contemplaba admirado, como si se encontrara en presencia de un apóstol cuya santa doctrina y proféticas palabras hablaban a la vez al corazon y al entendimiento...

III.

—No me tomes, hijo mio, por mas de lo que soi, repuso el solitario, al notar la impresion producida en el jóven. El sitio en que nos encontramos, lo nuevo que es sin duda para tí esta manera de ver las cosas, hace que me consideres distinto a los demas; pero no es así: yo no soi otra cosa que un simple mortal con todas sus flaquezas, que llora, es verdad, sus miserias, buscando en el arrepentimiento el amargo lenitivo de sus faltas, y en la contemplacion de Dios y de sus obras la dicha del reposo, que es la única aspiracion que me sea dado tener.

Ya han muerto en mí todas las ambiciones: los deseos de fortuna, de gloria, de consideracion, de renombre, no tienen a mi vista el menor atractivo, y mi único empeño antes de bajar al sepulcro, consiste en hacer a mis semejantes, en la estrecha esfera de mis facultades, todo el bien posible, pidiendo a Dios que me dé los medios de pagar mis deudas de gratitud; paréceme que el señor ha escuchado mi súplica, cuando me ha enviado al hijo del hombre a quien debo la vida.

—Mi padre, señor, le salvó la vida del cuerpo, pero usted da en su hijo la vida del alma y él y yo seremos los obligad s.

—Mi querido jóven, repuso el anciano abrazándolo, tus palabras me revelan tu corazon y tu intelijencia: desde hoi vas a ser mi discípulo, y lo poco que he adquirido en largos años de meditacion y de estudio te lo enseñaré en breves dias; pues apartando todo ese aparato de las escuelas, las ciencias se hacen infinitamente mas fáciles.

—Pero ¿cómo hacer? Yo no puedo disponer de ningun tiempo, porque todo él tengo que consagrarlo al trabajo en que estoi comprometido.

—Haces bien: la obligacion que uno se ha impuesto o que

le han impuesto, pero que uno ha aceptado, debe llevarse a cabo, cualquiera que ella sea.

—Sin embargo, ¿cómo no aprovechar esta ocasion, cuando tengo tantos deseos y tanta necesidad de aprender? porque sin esto...

—Continúa.

—¿Qué puedo alcanzar, ni qué puedo esperar?

—¿Tienes ambicion?

—Sí, señor, ¿por qué negarlo?

—Así es; yo ya lo habia conocido.

El solitario calló, esperando la esplicacion de Enrique, pero éste tambien guardó silencio, lo cual, notándolo el anciano, le dijo:

—Yo no quiero introducirme en los secretos ajenos. Debes comprender, hijo mio, que no tengo curiosidad sino únicamente interes, y que si algo te pregunto no es por el deseo de saber, sino de serte útil... Mas tarde seré acreedor a tu confianza.

—Señor! no es eso lo que me detiene, sino la vergüenza.

—La vergüenza no debe existir sino cuando se hace una mala accion o una bajeza. Si has cometido una falta, dímela: cuando se confiesa el delito principia la virtud; el arrepentimiento es su primer escalon.

—No, señor, no he cometido falta a no ser que sea falta el amar... y yo amo...

—¿Para esto tanto misterio, hijo mio? No hai que ruborizarse por un sentimiento tan natural y tan lejítimo.

—Es que...

—Habla.

—Es que hai una diferencia inmensa entre ella y yo...

—¿Qué diferencia?

—Ella es rica, instruida, noble... y no me conoce... ni me ama... ni puede ni debe amarme...

—¿Cómo es entónces que tú la quieres? De qué manera ha podido nacer este afecto?

—Señor!... no mas por ahora... se lo suplico... se lo pido por favor...

—Está bien, hijo mio, dijo el anciano, notando la gran turbacion de Enrique: en otra ocasion hablaremos sobre este asunto, que me manifiesta claramente la causa de tu ambicion.

—Así es, señor.

—Esa ambicion es justa, lejítima y provechosa; lo único que me falta saber es si es merecida; pero esto se averiguará mas tarde: en todo caso habrás ganado mucho sin perder nada...

Enrique guardó silencio.

El solitario, para distraerlo de sus pensamientos, le propuso si queria hacer una partida de caza con Torcuato, que era mui diestro, mientras él se entretendria en su horno con un esperimento químico del mayor interes.

Enrique con la curiosa naturalidad del niño y pasando de una impresion a otra con esa lijereza de la juventud, le dijo:

—¿Y usted tambien me enseñará esto?

—Todo cuanto yo sepa, amigo mio.

—Qué feliz seré entonces!

—Dios lo quiera; pero mientras tanto vé a divertirte; en las casas hai dos buenas escopetas; escojerás la que te agrade: los perros son escelentes y las perdices abundan. Tambien hai patos en una laguna que se encuentra como a una legua de distancia y donde Torcuato puede conducirte si no la encuentras mui lejos.

El anciano hizo señas al muchacho, que hasta entonces habia permanecido silencioso, mirando alternativamente a Enrique y a su amo durante la larga conversacion que habian tenido entre ambos.

A las señas del solitario, Torcuato se paró gozoso y tomó de la mano a Enrique con el mayor cariño y como si lo conociese desde mucho tiempo atras.

Los tres salieron de la *Gruta del Leon* y se dirijieron a

las casas, donde tomaron las escopetas, que examinó Enrique con ojo intelijente y esperimentado, cargando la suya en seguida y echándose a andar con Torcuato, que dió un silbido llamando a los perros.

La caza.

I.

La caza es la diversion que mas agrada a la juventud y para la que tiene casi tanto atractivo como el amor: ella, puede decirse, talvez es el primer ensayo de la independencia y de la fuerza que constituye la esencia de la vida del hombre. Cuando allá en sus dieziocho o veinte años un jóven corre los campos con su escopeta al hombro, se cree libre y poderoso, pareciéndole dominar cuanto le rodea y estar en su elemento favorito. Todos sus sentidos se encuentran en ejercicio, la vista penetra el espacio y se estiende en un horizonte mas lejano, aprendiendo a conocer hasta los pequeños objetos, a juzgar de su forma, a apreciar su magnitud, a distinguirlos unos de otros sin que llegue a confundirlos la distancia; el oido se ejercita tambien, apercibiendo aquellos ruidos tenues que solo el tímpano del cazador escucha; por ellos sabe él qué clase de pájaro, de animal o de insecto los produce, conociendo ademas el espacio que lo separa de aquel punto, y hasta el olfato suele adquirir tal grado de fineza, que muchas veces le basta él solo sin el ausilio del oido o de la vista para que el cazador se dirija sobre el objeto que busca: la jeneralidad de nuestros salvajes es así.

Por otra parte, la actividad de los músculos, la astucia que es preciso desplegar, el peligro que algunas veces se corre, la fatiga misma y los momentos de reposo,

que son tan agradables, el frugal alimento que se lleva consigo, la copa de vino o de coñac que se bebe, la sombra de los árboles, la atencion vijilante de los perros, sus miradas intelijentes e interrogadoras, las piezas que están en el morral, el gusto de la familia en vista de la caza y de su diversidad, la narracion de sus lances, los buenos y acertados tiros, las dificultades que ha vencido, los golpes que se ha dado, la cena que lo espera, todo, todo contribuye a que el jóven considere este pasatiempo como el mas agradable, y con mucha razon llegó a ser en los antiguos tiempos el placer favorito y privilejiado de la nobleza; pero ahora que han desaparecido esos privilejios, le es dado a todo el mundo participar de él, principalmente en nuestra todavia vírjen América, donde no existen prerogativas de casta y en cuyos inmensos campos no se hace sentir la prohibicion egoista y mezquina del propietario.

Enrique y Torcuato se entretuvieron todo el resto del dia y no llegaron a las habitaciones sino hasta mui entrada la noche, con un botin numeroso, pues se habian llevado cazando casi hasta el oscurecer, encontrándose a mucha distancia de las casas.

Al ver el anciano los sacos repletos de pájaros y que hasta los perros traian en el lomo a guisa de alforjas una cantidad considerable de ellos, les dijo riéndose:

—Caramba, hijos mios, que habeis despoblado el bosque: ¿qué vamos a hacer con una provision tan abundante?

—Tendrá usted, señor, para toda la semana, contestó Enrique.

—Bueno fuera si no se echaran a perder; pero los aprovecharemos, porque te llevarás la mayor parte para que regales al administrador y a tus otros camaradas.

—Qué te parece la destreza de Torcuato? porque sin duda debe haberte ayudado mucho.

—Prodijiosa, señor; la mayor parte de la caza le pertenece.

Y Enrique acarició al pobre mudo, el que se pusó a hacer señas al anciano.

—No menos admirado ha quedado Torcuato de tu destreza; me dice que no has errado un solo tiro y que eres el mejor cazador que conoce, y cuando él habla así es que realmente lo eres. ¿Dónde te has ejercitado?

—He tenido mucha aficion a la caza, y tan luego como me fué posible comprar una escopeta, lo hice, a lo cual no se opuso mi padre, que, como soldado, conserva gusto por las armas.

—¿Pero en Santiago no tendrias muchas ocasiones para ejercitarte?

—Es verdad, señor; sin embargo, cuando no salia los domingos me llevaba en el pequeño huertecito de casa tirándole a cuanta golondrina, diuca o chincol pasaba por allí, y de este modo he adquirido alguna destreza, pero no tanta como la que supone Torcuato, porque él puede mui bien ser mi maestro.

—Ya tendrás oportunidad de igualarlo, porque espero conservarte a mi lado durante algun tiempo, ¿no es verdad?

—Tendria en ello el mayor placer, pero no veo el medio, pues, como le he dicho, es imposible que abandone mis ocupaciones.

—Está bien, pero encontraremos ese medio. Por otra parte, no toda la vida has de estar ocupado, y si no se presenta alguna oportunidad, esperaremos a que hayas concluido; deja esto a mi cuidado, yo me encargo de ello, y no pasará mucho tiempo sin que se puedan armonizar las cosas... Ahora vamos a cenar, porque ustedes deben estar cansados y tener buen apetito.

Y el coronel Guzman, sin decirle nada a Torcuato, se puso a poner la mesa y a sacar las provisiones; pero apenas el sordo-mudo vió lo que hacia el anciano, se fué donde él, y tomándolo familiarmente de la mano lo obligó a sentarse al lado de Enrique, ocupándose de arreglarlo todo.

Obedeciendo el solitario a la insinuacion de Torcuato, le dijo a Enrique:

—Este muchacho me tiene regalon: él se ocupa ahora de todo, trae las provisiones, las guisa, barre y arregla, hace las dilijencias esteriores, corre por los campos, me ayuda al cultivo de las tierras, cambia o vende los productos, es mi ecónomo, mi mayordomo, mi proveedor, mi cajero, mi intendente, mi peon y le queda tiempo para ser mi discípulo, pues lee, estudia, investiga, me pregunta sobre todo y tiene una comprension prodijiosa, y lo que aprecio mas en él es su buen corazon y su cariño, pues me avisa de todas las desgracias que no puede aliviar por sí mismo para que yo las remedie, tales como las enfermedades; porque en cuanto a los pequeños socorros de alimentos, él los distribuye con un tacto, una delicadeza y una intelijencia admirables, todo lo cual me hace considerarlo y quererlo como a mi hijo.

—Asi es que debo tratarlo como a mi hermano, esclamó Enrique, yendo a abrazar a Torcuato.

El anciano aprobó aquella accion de Enrique, mirando con complacencia aquellos dos hijos adoptivos, tan distintos en las formas esteriores, tan semejantes en el fondo y que provenia el uno de la gratitud y el otro de la caridad.

Torcuato, al verse acariciado por Enrique, Torcuato, de quien todos huian, a quien todos miraban con repugnancia o con miedo y de quien los muchachos se burlaban, esperimentó una impresion dulce, tierna, profunda y llena de reconocimiento hácia el jóven artesano, por el cual habia sentido desde el instante de conocerlo la mayor simpatia.

El anciano le hizo una seña al deforme y contrahecho niño y abrazó tambien a Enrique, a lo que no se habia atrevido por temor, pero que deseaba con ánsia.

Este cuadro conmovió al solitario, que tomó a ambos de la mano y los colocó en la mesa, sentándose él en medio de ellos.

II.

La cena estuvo alegre y animada y se entretuvieron hasta mui tarde, hablando de viajes, de costumbres y del plan de estudios que se proponian seguir, lo que hacia las delicias de Enrique, pues ya le parecia poseer todos aquellos conocimientos que ni por la imajinacion se le habia pasado que tendria alguna vez oportunidad de alcanzar, a pesar de su voluntad constante y decidida.

Esa noche se durmió Enrique lleno de esperanzas, y sus sueños alegres le permitieron levantarse ájil antes de amanecer para llegar a tiempo a las casas de la hacienda, donde tenia que estar el primero para ordenar y dirijir los trabajos; pero por mas temprano que se levantó, ya tenia el caballo ensillado y unas grandes alforjas, independiente de un saco lleno de pájaros.

El anciano, al despedirse, le volvió a repetir que pensaria en el medio de que, sin abandonar sus quehaceres, aprovechase de las lecciones que servirian para instruirlo.

Enrique, gozoso, sumiso y lleno de gratitud y de cariño, prometió hacer cuanto se le ordenase, y picando a su caballo, que partió como flecha, llegó al trabajo antes que se levantasen sus demas compañeros, los que viendo la cantidad inmensa de pájaros que traia, no pudieron menos de preguntarle dónde y cómo habia cazado tanto.

—Ahora, compañeros, les dijo Enrique, para celebrar esta caza, en la que yo no tengo todos los honores, pues no es mia esclusivamente, nos tomaremos un par de horas de descanso al tiempo de la comida y haremos guisar unos cuantos pájaros, que rociaremos con algunas botellas de vino.

La respuesta fué un ¡viva! jeneral.

—Pero es preciso, continuó nuestro jóven obrero, que ganemos el tiempo que vamos a emplear en divertirnos, porque en lugar de dos horas ¿quién nos dice que no serán

tres? Cuando uno está alegre el tiempo vuela y luego cuesta más el trabajo.

Entonces todos convinieron en que se les diera una tarea de dia y que no comerian hasta haberla concluido, lo que Enrique aceptó, poniéndose él mismo a trabajar con doble empeño.

El resto de la semana continuó el trabajo con constancia, y salvo algunas noches que Enrique habia ido a saludar al solitario, todo el tiempo lo habia empleado, en el dia con los operarios, y durante las horas consagradas al descanso por todos sus compañeros, en hacer planos y trazos para abreviar la obra y economizar gasto, sin quitar nada de aquello a que se habia comprometido, pues queria que su trabajo sobrepujase a sus promesas, ganando solo por sus estudios e intelijencia.

El encuentro.

I.

El sol acababa de ocultarse, cuando el sábado, dia en que pagaba sus peones y daba algun socorro a sus compañeros, levantándose por esta razon mas temprano al trabajo, se hallaba Enrique con los últimos obreros, mostrándoles un plano correspondiente a lo que debiera hacerse en la semana próxima; en ese momento entraron dos coches y algunas mulas cargadas en el gran patio de las casas, acompañando aquella especie de caravana algunos inquilinos de la hacienda y el administrador, que, bajándose del caballo con presteza, fué a abrir la portezuela de uno de los carruajes, descubriéndose al tiempo de descender dos señoras.

La luz del crepúsculo alumbraba todavía perfectamente los objetos, y Enrique pudo conocer a Luisa y a la señora doña Juana. Al principio creyó que aquello era una ilusion, efecto del pensamiento constante que lo dominaba; pero cuando Luisa volvió la cara hácia el grupo de trabajadores, toda duda se disipó, esperimentando tan fuerte impresion, que no pudo continuar en la esplicacion que estaba haciendo a sus camaradas, contentándose con decirles: "Ustedes son bastante intelijentes sobre estas materias y no tienen necesidad de mis análisis, pues creo bastará con que les deje el plano para que lo estudien;" y desapareció.

Los carpinteros quedaron algo sorprendidos de este laconismo y de esta fuga repentina, pero era imposible que pudieran adivinar la causa, contentándose con doblar el pliego

e ir a preguntar a los trabajadores de la hacienda con quienes tenian relaciones de amistad, quiénes eran las señoras que acababan de llegar.

Los peones contestaron que era la patrona, es decir, la dueña del fundo.

Enrique, por su parte, se encaminó a su cuarto, entregado a mil pensamientos diversos. La sorpresa, la alegría, el temor, la esperanza, la confusion y la vergüenza se disputaban sus ideas, no dejándole tranquilidad, de manera que se paseaba a oscuras por su cuarto sin saber lo que debia hacer y cuál seria el modo como debiera comportarse.

Cuando Luisa bajó del coche y dirijió su vista al grupo donde él estaba, creyó distinguir un lijero saludo, saludo al que no habia contestado, porque no era dueño de sí mismo; de manera que esta descortesía lo atormentaba horriblemente, no sabiendo cómo se presentaria en caso que lo llamasen, lo que era mui natural, desde que se encontraba allí en calidad de director de los trabajos y que la propietaria queria saber lo que se habia hecho y pensaba hacerse.

Enrique no se equivocaba en esto, pero ya otro habia sido interrogado en su lugar.

II.

El administrador, al dar cuenta a la señora doña Juana de los trabajos en jeneral, habia encomiado mucho la intelijencia y contraccion del jóven injeniero que se habia mandado de Santiago, no ocultándole que al principio esperimentaba desconfianza, vistos sus pocos años, pero que despues habia sobrepujado a todas sus esperanzas, pues estaba seguro que nadie, en tan poco tiempo, hubiera hecho tanto y mejor. El digno administrador no se limitó solo a alabar al jóven injeniero por lo que concernia al trabajo, sino que estendió sus elojios sobre su conducta intachable, su aplicacion al estudio y sus maneras distinguidas, sin ol-

vidar la parte que tomara en el incendio del campo y el ausilio que habia prestado al solitario, el cual parecia haberle tomado mucho cariño, pues pasaba en casa de él los domingos, y aun solia ir algunas noches despues del trabajo, privándose del sueño, pero no abandonándolo.

—¿Y cuál es el nombre de ese jóven? preguntó doña Juana al administrador.

—Se llama Enrique Lopez, señora.

—¡Enrique Lopez! ¿qué edad, qué fisonomia tiene?

—Es mui buen mozo, señora, y a lo sumo tendrá veinte y un años.

Luisa permanecia durante esta conversacion, silenciosa pero atenta; sus mejillas estaban encarnadas y la palpitacion de su seno casi era perceptible.

—¿Si será el hermano de Mercedes? esclamó doña Juana dirijiéndose a su hija.

—El mismo, mamita.

—¿Sabias tú que estaba aquí?

—Hace pocos dias.

—¿Cómo no me habias prevenido?

—No lo creia necesario.

—¿Y quién te lo ha dicho?

—Mercedes.

—¿Y por qué ella te lo anunció a tí y no a mí?

—Porque ella ignoraba, no la hacienda en que se hallaba su hermano, sino quiénes eran sus dueños.

—¿Y cómo sabia esto?

—Porque su hermano le habia escrito el encuentro casual con nuestro solitario, que le habia contado cuánto debia a su padre.

Doña Juana, despues de un momento de reflexion, esclamó: "Dios mio! Ya recuerdo!... el sarjento Domingo Lopez!... cuando estaba en capilla!... todo se esplica fácilmente... Llamadme a Enrique... a quien tambien debemos tanto."

Y doña Juana volvia a repetir al administrador, que estaba asustado, sin comprender nada del súbito cambio de la señora: "Diga usted a Enrique que venga en el acto."

Don Pedro Murna salió para cumplir con la órden que se le diera.

—Este encuentro parece providencial, dijo doña Juana, como hablando consigo misma; pero dirijiéndose a Luisa le dijo: ¿no te parece a tí lo mismo?

—Asi es, mamita: hai algo que se encadena en la existencia de esa honrada familia a la nuestra.

—¡El padre salvó la vida a don Toribio de Guzman y el hijo ha salvado la nuestra!... ¿Sabrá el coronel quién es Enrique?

—Sí, mamita, se han esplicado, segun he visto por la carta de Mercedes.

—Tengo muchos deseos de hablar con Guzman para ver qué piensa de este jóven; por lo que respecta mí me interesa tanto o mas que Mercedes: si tuviera la anjélica ignorancia de la niña seria completo.¡ Qué lástima que no pertenezcan a una sociedad mejor!

—Son hijos de padres honrados y ellos son virtuosos.

—No lo niego y por eso me gustan, pero desearia que fuesen nobles para poderlos tratar con igualdad.

—Es cierto que no estamos acordes sobre este punto, porque usted mira la nobleza en el nombre de la familia y yo la miro en las acciones.

—No tienes razon, Luisa, para hacerme este reproche, porque jamas he despreciado a una persona honrada, aun cuando sea plebeya.

—No niego su buen corazon, mamita, ni la elevacion de sus ideas; pero ahora mismo hace usted distinciones...

—Distinciones que todo el mundo acepta y respeta y a las que yo estoi acostumbrada: ¿por qué iria ahora a cambiar? Yo he sido educada asi, creo que tengo razon, puesto que hai tantos que piensan del mismo modo y puesto que

hasta la relijion establece estas categorias: ¿cómo me constituiria yo en reformadora? y lo que es mas ¿cómo combatiria mis propias convicciones?

—Sin embargo, usted ha sido hasta cierto punto inconsecuente, pues ha recibido a Mercedes, es decir, a la hija del sarjento Lopez, a la hermana del carpintero Enrique, casi en un pié de igualdad, pues parecia no haber mas diferencia que las que se deben a la esperiencia, a la virtud y a la edad.

—Tienes razon; pero Mercedes es a la vez tan humilde, tan afectuosa y tan digna! ¿Cómo iria a avasallar a la que no tiene pretensiones, se manifiesta afectuosa y tambien elevada?

—Pero Mercedes pertenece a otra clase.

—Me doi por vencida; con ella no podria aparecer aristócrata.

—Tampoco lo ha sido usted con su padre, pues, si mal no me acuerdo, le dió usted el brazo para conducirlo a mi salon.

—Tienes buena memoria, hija mia, repuso doña Juana riéndose; ¿pero qué deduces de aquí?

—Que a despecho de sus ideas triunfa su corazon, y que sin pensarlo y sin quererlo entra en mis opiniones.

—No, hija mia; yo puedo querer a esa familia, recibirla con benevolencia y en igualdad de condiciones si asi lo pretendes, pero nunca pasaria de allí; porque entonces realmente estaria en pugna conmigo misma y yo no he hecho jamas un acto que no lo apruebe en todas sus partes; sin embargo, no temas que reciba a Enrique de otra manera que como he recibido a Mercedes y como he recibido a Domingo.

—No temo esto, madre mia; yo sé por esperiencia que su orgullo aristocrático no la ha cegado hasta el punto de desconocer los nobles deberes de la hospitalidad, y en este caso de la gratitud...

—Y añade tambien del afecto, hija mia, porque yo quiero a Enrique.

—Me parece digno de sus simpatias bajo todos aspectos

por su accion con nosotras, por la de su padre con don Toribio de Guzman, por la amistad que me une a Mercedes y hasta por las recomendaciones entusiastas de don Pedro Murna en quien tiene usted tanta confianza.

—Pobre Enrique! si hubiera sabido que él estaba aquí me parece que habria hecho el viaje con mas gusto, porque esto de encontrar una persona que se afecciona es siempre un placer.

—Tanto mas agradable debe haberle sido la sorpresa.

—Es verdad, pero los efectos de la sorpresa, si bien mas vivos, son por lo jeneral menos durables... Ahora, Luisa, ¿quieres saber en lo que estaba pensando?

—Sí, mamita.

—En aumentar el precio del contrato que haya hecho con él mi comisionado de Santiago. Yo me acuerdo que me mostró unos planos y me habló de una suma de seis mil pesos, pero tambien recuerdo que me pareció barato el trabajo y que le dije que era preciso no tiranizar a los pobres; de consiguiente si la obra es tal como me lo dice el administrador y tanto el trabajo que se ha hecho, seria mui justo una remuneracion.

—Así lo creo.

—Juzgaremos nosotras mismas en vista de la obra, y aun cuando no somos arquitectos, echaremos nuestros cálculos: ¿qué te parece?

—Buena idea.

—¿Y si nos equivocamos?

—No seremos nosotras las perjudicadas; porque, ¿qué diferencia puede hacerle a usted un pequeño aumento?

—No tan solo no habrá diferencia sino que habrá ganancia, pues habremos hecho un bien...

Mientras habia esta conversacion entre la madre y la hija, trasportémonos al cuarto de Enrique, donde don Pedro Murna se dirijió a buscarlo de órden de la señora.

II.

Nuestro jóven, confuso y ajitado, estaba a oscuras y se paseaba solo cuando sintió golpes a la puerta.

—¿Quién es? preguntó.

—Soi yo, amigo mio, que vengo a buscarlo de parte de la señora.

—¿A mí? volvió a interrogar Enrique, abriendo la puerta.

—A usted mismo.

—¿Y para qué me quieren?

—No lo sé; pero me parece que lo conocen; porque al pronunciar su nombre...

—¿Han hablado de mí?

—¡Cómo no! Era bien necesario que yo la informase de lo que se hacia y de lo que se habia hecho, y cuando llegamos al punto de las casas fué preciso nombrarlo.

—Señor don Pedro, ¿no podria usted disculparme?

—¡De ir!

—Sí, de ir.

—Imposible, a no ser que usted se encontrase enfermo, lo que gracias a Dios no sucede, pues la señora me dijo terminantemente de llevarlo.

—¿Y cree usted que debo obedecer?

—Me parece, salvo el caso de pasar por un impolítico o por un huaso, como dicen en Santiago.

—No me atrevo.

—Deje usted a un lado la vergüenza, y vamos.

—No me resuelvo, señor don Pedro.

—Hace usted mal, dijo el administrador con seriedad; la señora es mui llana y mi sia Luisa, su hija, parece lo mismo; por otra parte, ellas lo conocen a usted y creo que lo aprecian, segun el modo con que la señora doña Juana me ordenó de venirlo a buscar.

—Si no se puede evitar, iré, dijo Enrique con cierta re-

solucion, como si hubiese tomado su partido; pero me permitirá usted que me mude, porque no seria decente presentarme en este traje.

—Nada tendria de particular, porque saben que acaba de salir del trabajo; sin embargo, si a usted le parece mejor, puede hacerlo.

Enrique, con esa rapidez de la juventud, que nunca pone largo tiempo en su tocado, porque no tiene que ocultar las averías de los años, se lavó inmediatamente, se puso una camisa limpia y cambió de traje, haciéndolo todo sin la menor afectacion y con esa desenvoltura del hombre acostumbrado a la sociedad; pues, aun cuando él no la frecuentaba, la falta de vanidad y de amor propio le daba cierto desprendimiento natural que jamas consiguen los hombres que se ocupan mucho de su persona y que ponen todo su mérito en el arreglo esquisito del vestido, del peinado y del rostro, porque en vano quieren aparentar una sencillez de maneras que no tienen, trasluciéndose la afectacion al traves de la mentida naturalidad.

Cuando el administrador vió completamente vestido a Enrique, y dispuesto para acompañarlo, no pudo menos de notar su jentileza y su elegancia, creyéndolo en el acto de una sociedad todavía mas elevada que lo que lo habia juzgado antes; pues pensó que seria algun caballero de distinguida familia al que los escasos medios de fortuna habian obligado a trabajar, con lo cual adquirió a los ojos de don Pedro Murna mayor mérito y mayor realce: el prestijio de la nobleza, dígase lo que se quiera, no se ha perdido; porque, si bien las ideas aristocráticas son una preocupacion, no es menos cierto que en su principio han tenido un oríjen digno, salvo algunos abusos.

Enrique se presentó en el salon, no exento de alguna confusion, a pesar de haber tratado de antemano de darse ánimo para aparentar una serenidad que no tenia.

Doña Juana, al verlo en el dintel de la puerta, y cono-

ciendo su embarazo con ese instinto peculiar a las mujeres, le dijo:

—Pase usted para dentro, don Enrique; y se paró para alargarle la mano.

El jóven se inclinó profundamente.

El administrador no podia esplicarse una manifestacion tan señalada de aprecio.

Y Luisa, inclinándose tambien al saludo de Enrique, manifestaba en su semblante su contento al verlo y su satisfaccion por el recibimiento afectuoso y casi cordial de su madre.

—Usted ha sido, prosiguió doña Juana dirijiéndose al jóven, el único de su familia que no nos ha visitado en Santiago, y sin esta casualidad, no hubiéramos tenido talvez el gusto de verlo.

—Señora, contestó Enrique, siempre un poco cortado, pero bastante dueño de sí; nuestra posicion es tan diferente, que hubiera sido una accion impropia de mí e impropia de ustedes; y aun ahora...

—La diferencia de posiciones la salvan y la sobrepujan los favores: de manera que nosotras éramos las que podríamos emplear mas bien su lenguaje y abrigar sus temores.

Esta amabilidad de doña Juana, al responder así, era mas bien efecto de su trato de mundo; porque, si es verdad que afeccionaba a Enrique por el servicio que le debia y por otras causas, no es menos cierto que si se hubiese presentado en su casa como una visita, no le habria perdonado esa familiaridad.

—Yo no distingo esos favores de que usted me habla, sino que veo los beneficios reales que usted y la señorita nos han hecho en Mercedes, y siento por ellos toda la gratitud de que soi capaz.

Estas palabras fueron pronunciadas con un acento tan sincero y conmovido, y con un tono de noble humildad que llamó la atencion de doña Juana e impresionó a Luisa hasta

el punto de no dejarles casi qué contestar; porque a la injénua espontaneidad del sentimiento no se responde con las almibaradas frases de la sociedad, sino con otro sentimiento.

—Los favores son mui diversos, don Enrique, dijo al fin doña Juana; el que hemos recibido de usted importa nada menos que la vida, mientras que los nuestros son insignificantes.

—Dispénseme, señora, que no sea de su opinion, repuso el jóven mui ruborizado, porque temia contradecir y le disgustaba hablar de sí propio; pero un acto casual no puede compararse con tantas bondades, con tantos favores, con tantos beneficios como hemos recibido de usted y de la señorita. Yo sé, continuó Enrique cada instante mas conmovido, el regalo tan valioso que usted ha hecho a Mercedes; pero aquello por lo que esperimento mas gratitud, es por el cariño con que la han recibido, por la instruccion que le han dado, por la cordial franqueza con que han tratado a mi hermana, que, si tiene virtudes, no deja de ser por esto la pobre hija de un simple soldado... y esta distancia inmensa que existe entre ustedes y ella, la han pretendido acortar usted y la señorita...

Doña Juana, Luisa y el administrador, sentíanse subyugados, porque la humildad siempre impone, sin rebajar a nadie, y el que la practica se ennoblece, se eleva y se ensalza; pero es preciso que él no lo sienta así, y esto es lo que sucedia a Enrique, como a todo aquel que posee esa gran virtud, porque la humildad es inseparable de la franqueza y de la bondad.

—Mercedes es mi mejor y talvez mi única amiga, contestó Luisa, no sin cierta emocion, y nada mas natural que tratar de igual a igual a las personas a quienes damos nuestro afecto y que nos honran con el título de amiga.

—Aquí está justamente la grandeza, señorita. Yo no sé descifrar las cosas pero las siento... Usted se ha dignado co-

locar a mi hermana a su lado, a pesar de la distancia, a pesar de la inferioridad de ella... y esto es lo que tengo en el corazon, lo que agradeceré toda mi vida y no olvidaré nunca...

Y el jóven llevó la mano al pecho como para comprimir algo, mientras que de sus ojos se desprendian dos lágrimas, revelando en su hermoso semblante la gratitud mas viva y la grandeza de un alma fuerte a la vez que sensible.

Luisa levantó sus ojos hacia Enrique, y en aquella mirada habia una caricia inmensa... pero luego los bajó como ruborizada o como si hubiese sido herida por los rayos de una luz viva e instantánea... Sus largas pestañas velaron aquella mirada, de la que parecian brotar torrentes de magnética simpatía.

Por algunos momentos reinó entre aquellas cuatro personas un profundo silencio... Las últimas palabras de Enrique vibraban todavia en los corazones sin que ningun labio se atreviese a interrumpir y a borrar con nuevos sonidos la impresion que habian hecho...

Hai en la entonacion de la voz, en la modulacion de la palabra mas fuerza que en la palabra misma, siendo el acento mas poderoso que el lenguaje, y esta era la causa porque la conmocion de Enrique se habia repercutido, comunicándose a los demas.

Al fin doña Juana rompió el silencio, diciendo:

—Es preciso que me confiese vencida por todos: una vez me derrotó su padre y ahora hace otro tanto el hijo.

—Hai derrotas que son victorias, dijo Luisa.

—Qué gracia! para que pueda cantarse victoria es preciso que exista derrota; pero es a mí, esclamó doña Juana alegremente, a quien ha tocado siempre lo último; sin embargo, no me quejo, porque esta clase de derrotas es mui agradable; las dos veces que las he esperimentado he tenido mas gusto que si hubiera ganado la victoria. Con que así, caba-

llerito, tenga usted siempre la razon y no me quejaré del contento que me proporciona mi injusticia.

Esta fina y amable chanza de la señora hizo pasar a los concurrentes, de las rejiones de la sensibilidad a las del buen humor. La conversacion se hizo jeneral, y Enrique se encontró al poco rato mas desembarazado con la confianza que le daban, y su espíritu adquirió la gracia que le era natural. Se habló de Mercedes, de sus adelantos, del solitario y sus rarezas, del concepto de brujo en que lo tenian los pobres, de la *Gruta del Leon* en que habian almorzado y que Luisa dijo que queria conocer, de los grandes estragos que hacia este animal en los ganados de la hacienda, sobre cuya materia se estendió mucho el administrador, quedando convenidos en que para el domingo próximo se convidaria a todos los inquilinos para hacer una partida de caza a que concurririan con gusto, tanto por la diversion, la buena comida que se les daba en aquellas ocasiones, como tambien por el interes que tenian, no solo en destruir al leon que les hacia daño en sus animales, sino en la remuneracion de una vaca que ofrecia la hacienda al que lo matara; quedando desde esa noche arreglada aquella partida de placer, en que Luisa queria tomar parte, lo que la hacia aun mas solemne para la buena jente de San Jorje.

III.

Despues del té se retiraron el administrador y Enrique, el cual se encerró en su cuarto con el alma rebosando en placer... ¡Qué mas felicidad que encontrarse al lado de Luisa, que verla, que hablarla, que oir su voz, que poderle decir a Mercedes: "tu amiga no se ha separado de tí, puesto que se encuentra en el mismo sitio en que se halla tu hermano, y yo la haré que te recuerde a cada instante!" La benévola acojida de doña Juana tambien entraba por mucho en su alegria, porque le daba esperanzas... El pobre jóven no sabia cuáles eran las ideas tan arraigadas, tan invariables de

aquella noble señora, pues si las hubiese conocido, toda su dichosa fantasia, todo ese castillo de ilusiones habria desaparecido como el humo a impulsos del viento para que viniera a ocupar su puesto toda la lobreguez del desengaño... Pero Enrique no podia saber ni aun podia figurarse la resistencia invencible que opone en estos casos el sentimiento de la aristocracia, y llegaba a persuadirse que a fuerza de constancia, de trabajo, de intelijencia conseguiria elevarse a tal punto, que desapareciera toda diferencia, toda superioridad de fortuna o de casta; pues jamas hubiera pasado, a pesar de su amor, por la humillacion de que los otros creyeran que se agachaban para levantarlo, haciéndole con esto un servicio que estuviera obligado a agradecer y que podian en alguna ocasion echarle en cara como un inmerecido favor. Enrique era humilde, pero tenia este orgullo, el orgullo de la dignidad, que se hermana con la virtud, o que mas bien, es inseparable de ella, porque no se concibe virtud sin elevacion.

Las almas enérjicas dotadas de intelijencia y de voluntad, los corazones jenerosos y sensibles no se doblegan ante los falsos ídolos, ni aceptan menguados favores: reconocen el mérito y están dispuestas a acatarlo, pero no se prosternan; y si se prosternan, es ante la virtud que realza y no ante la preocupacion que degrada... Enrique conocia la superioridad de Luisa y rendia culto a esa superioridad, de tal manera que si le hubieran propuesto en aquellos momentos un enlace, lo habria rechazado sin vacilar como indigno de ella y de él; porque la humillacion habria sido para ambos, pues la divinidad perdia de su brillo sin que él lo ganase, y su deseo era alcanzarla y no que ella descendiese. Enrique queria subir, elevarse, ir mas arriba, si fuese posible que Luisa; de otra manera no comprendia el amor: sin este requisito, sin este aliciente, talvez habria renunciado a su pasion: preferia tener desconfianza, pero no esperimentar desengaños; dudar de él, pero no de ella; correr el riesgo de no llegar nunca con tal de no humillarla; que no estuviese

obligada a bajar su vista ante la sociedad, a acallar el grito de su conciencia y de su estimacion propia: estos son los síntomas del verdadero cariño; y Enrique participaba de ellos. Solo así puede hacerse durable el amor sin temer los desengaños, los cambios, las desconfianzas ni las susceptibilidades del orgullo herido, porque cuando se lleva la pasion hasta este grado se convierte en un sentimiento tan puro, tan diáfano, tan espiritual, que no participa de las flaquezas humanas sino que se levanta hasta las aéreas rejiones del infinito... talvez hasta el trono de Dios!... porque el amor es su esencia, desde que todo lo engrandece, anima y vivifica...

¿Dormiria Enrique esa noche? Pretenderlo seria un impo sible. ¿Quién no ha pasado, al menos una vez en su vida, un momento de delicioso delirio, casi de éstasis, en que se divisa el cielo de la esperanza, pero en que lo cubren de vez en cuando las nubes de la incertidumbre? ¿Quién no ha soñado, quién no ha divagado por esos horizontes en cuyo confin se apercibe la divinidad a quien se adora, envuelta en las nubes transparentes de la ilusion, cuyo velo nuestra fantasia trata de rasgar? Quién no ha hecho planes de felicidad, quién no ha tratado de leer en su porvenir, quién no ha asociado a la mujer que ama en todos sus actos, en todos sus ensueños? ¿Quién no ha velado para gozar?

Enrique, con mayor razon que cualquier otro mortal, porque tenia vírjen el cuerpo y el espíritu, porque poseia todo el fuego de su imajinacion pura y romanesca, porque no habia perdido nada de su savia, porque era dueño de esa viril inocencia que alimenta las grandes pasiones, forma los grandes hombres, desarrolla los grandes talentos y da orijinalidad al jenio; Enrique, decimos, pasó la noche mas feliz sin que el sueño viniese a adormecer sus párpados y sin que el cuerpo, fatigado por el trabajo, pidiese el necesario descanso; porque las dichas como las desgracias absorven en un punto toda nuestra existencia.

Conociendo esto nuestro jóven y despues de haber combinado y deshecho millones de planes, despues de haber recordado una por una las palabras de Luisa y hasta sus mas pequeños movimientos, se puso a escribirle a su hermana, sin contestar por esto la carta que dias antes recibiera de ella y así le decia:

IV.

"*San Jorje, octubre* 28 *de* 1850.

"Mi querida hermana:

"Son las cuatro de la mañana cuando principio a escribirte esta carta...

"No he dormido un solo instante; y despues de concluirla, montaré a caballo para irla a dejar a San Fernando y recojer la tuya...

"¿De qué otra cosa puedo hablarte? ¿cómo tener tiempo para pensar en nada, para ocuparme de nada, cuando... ¡cuando *ella* está aquí!... ¿No obrarias tú del mismo modo? No harias lo mismo que yo?

"Sí, mi querida Mercedes, tu amiga... tu protectora... tu ánjel se encuentra en su hacienda, en la hacienda de San Jorje, que yo habito, y de que ella es propietaria!... ¡Y decir que vivo con ella, que estoi a su lado, que respiro el mismo aire, que nos cubre el mismo techo!... ¿no es de morirse de felicidad?... ¿Se llama vivir o morir lo que yo siento? No lo sé; pero vida o muerte no la trocaria por nada en este mundo, no la cambiaria por el paraiso, ni por la presencia de Dios!...

"Yo deliro, indudablemente, pero este delirio tiene algo de celestial, algo de divino, que palpo y que seria un insensato en posponerlo a lo que no conozco!... ¿No me encuentras razon en mi misma estravagancia?

"Goza, Mercedes, goza, porque tu amiga, tu ánjel tutelar, como tú la llamas, no se ha separado de tí, puesto que está

conmigo!.. ¿No somos los dos, hermana mia, una misma cosa? no nos une la misma sangre, el mismo afecto amando a una misma persona?

"¿Cómo esplicarte la sorpresa que recibí cuando creí reconocer a tu amiga que bajaba del coche? Al principio se me figuró una ilusion emanada de mis deseos; pero cuando ví que era realidad, ¡Dios mio! no te sabré decir lo que hice, porque me encaminé a mi cuarto casi fuera de mí... ¿Podia ser de otro modo? ¿No comprendes mi enajenacion al ver aparecer a quien no esperaba, y sin embargo, a quien tengo tan presente a toda hora y a cada instante?

"Piensa, hermana mia, que tú has contribuido mas que nadie a que alimente esta pasion; ¿por qué habria de criticar ahora lo que tú has formado, lo que tú has robustecido con tus imájenes, con las palabras que me has referido de ella, con las acciones que me has pintado y con el cariño mismo que tú le profesas?

"Si tú la amas, ¿por qué no habria de amarla yo? ¿Puedo tener una naturaleza distinta de la tuya? Y si la tuviera ¿no es verdad que me lo echarias en cara? No es verdad que me lo reprocharias?

"Si la hubieras oido anoche! Con qué entusiasmo habla de tí! Mi vanidad de hermano estaba lisonjeada, mi orgullo habia aumentado; pero mi afeccion crecia por momentos para ambas! A medida que ella se espresaba, mas me parecia quererte a tí y quererla a ella: un afecto me inducia a otro afecto, estableciéndose una union que no sabré pintarte...

"Jamas habia estado a su lado, escepto en aquella ocasion... Jamas la habia visto de cerca... ¡Qué hechizo ¡Dios mio! qué gracia, qué dignidad, qué dulzura, qué aureola celestial reina en torno de ella! Hai algo que fascina, que embriaga, que atrae, que seduce... ¡y no ser digno de poseerla!

"Hermana mia! mi querida hermana! mis tormentos son horribles. ¿Por qué no soi sabio, rico, grande, noble? Cuando me veo mui pequeño me desespero, y sin embargo, vivo en un mar de delicias!.. El tormento hace mi felicidad... Yo encadenaré a la dicha, porque tengo voluntad; y la voluntad, segun me ha dicho mi maestro y segundo padre, todo lo vence, todo lo consigue, todo lo domina...

"No critiques mi carta, Mercedes; compadéceme en vez de vituperarme... piensa que soi tu hermano, tu hermano que tanto te quiere, y perdona mis estravíos si en realidad lo son.

"Me parece que al leer esta carta estarás incómoda, porque no te hablo de mis padres; pero diles, diles, Mercedes, y esta es la verdad, que no los olvido un solo instante, y que, si es posible quererlos mas, es ahora cuando siento en un grado mayor este afecto.

"Y tú tambien, mi dulce amiga, ¿por qué no habria de darte este nombre mas grato que el de hermana y que es el que *ella* te prodiga; tú tambien me disculparás, no porque yo te lo pida, sino en obsequio de la persona que es causa que no me ocupe de tí; ¿pero no es lo mismo que me ocupe de ella? No la prefieres a tí misma? Entonces nada tienes que reprocharme, ni yo necesito tomarme la molestia de pedirte perdon.

"En ocho dias mas, es decir, el domingo próximo, tenemos una partida de caza, o lo que se llama aquí una correría al leon, para la que estoi convidado, y a la cual ella asistirá. ¡Cómo me voi a divertir! He dicho mal; ¡cómo voi a gozar! Yo te contaré todo, todo sin la menor reserva, porque el corazon de tu hermano, abierto para el afecto, lo está tambien para la confianza.

"Dos palabras sobre el solitario, en el que fijo todas mis esperanzas: he pasado con él los momentos mas deliciosos y mas instructivos de mi vida, escepto el de esta noche. ¡Qué ciencia, qué profundidad, qué ideas, qué alma tan

grande y tan buena!.. Y decirte que él me ha prometido enseñarme cuanto sabe! Decirte que me llama su hijo y que me ha autorizado a decirle padre!.. Si lo conocieras, Mercedes, lo amarias cuanto yo lo amo; porque aun cuando hace poco tiempo que lo he tratado, ya le soi deudor de muchos beneficios, pues él ha alentado mi esperanza, ha avivado mi fé, robustecido mi espíritu e ilustrado mi intelijencia, a tal punto, como te lo escribia en mi carta anterior, a tal punto, que yo mismo no me conozco, porque el radio de mi pensamiento, poco antes estrecho, ha crecido considerablemente, y todavía espero mas, porque sus sinceras promesas van mui allá.

"Con este ausiliar poderoso, alcanzaré, Mercedes, no lo dudes, alcanzaré aquello que constituye mi mayor felicidad y mi mayor gloria... Tú tambien serás dichosa, porque parece que Dios está con nosotros, o que *cierto ánjel bajado del cielo* nos proteje: estas son tus propias palabras cuando te refieres a tu amiga, que ahora, por mi intermedio, te manda mil finezas y mil recuerdos, encargándome, a la vez, que te diga que no te olvides de escribirle, lo cual espero cumplirás con gusto.

"Abraza a nuestros padres y quiere cuanto mas puedas a tu hermano

"ENRIQUE."

Ya iba a venir el dia cuando el enamorado jóven hubo concluido su carta, dirijiéndose precipitadamente a las pesebreras para tomar sus caballos, despertando tambien al mozo que debiera acompañarlo, los que no tardaron mucho en estar listos, y salieron de la casa sin hacer ruido.

La plegaria.

I.

El dia estaba sereno, ni una sola nube cubria nuestro hermoso cielo de Chile, y los resplandores precursores a la salida del sol subian mas alto que las jigantescas cordilleras de los Andes, esparciendo su rojiza luz poco a poco por todo el firmamento, a medida que avanzaba en su eterna carrera.

Enrique, por uno de aquellos caprichos tan frecuentes entre las personas dichosas como desgraciadas, porque la suprema felicidad o el supremo dolor tienen un punto en el cual se confunden, y ese punto es Dios, pues ni se goza ni se sufre sin elevarse a él; Enrique, decimos, paró su caballo de repente para contemplar la brillante aparicion del astro, y llevado de una de esas impresiones rápidas, poderosas, y peculiares de los caracteres sensibles y apasionados, se bajó del caballo, hincó su rodilla y se prosternó ante aquella maravilla de la creacion para rendir culto al Creador. Cualquiera que conociera las costumbres y relijion árabes, habria tomado a nuestro jóven por un musulman, que hacia la oracion de la mañana y a quien solo faltaba el turbante blanco..

¿Qué plegaria hizo Enrique, qué oracion pronunciaron sus labios? Talvez ninguna, sino un simple ¡ah! de admiracion, que no llega a ser una palabra, pero que encierra tanta voluntad y tanto pensamiento!.. ¡Qué mas culto que esa espresion muda, arrancada de nuestro pecho y que encierra

un mundo de ideas, de afecto y de adoracion sublime!.. ¡Qué cosa mas grata a Dios y mas digna del hombre!..

Enrique se levantó al fin pausadamente, subió sobre su caballo y continuó su marcha silencioso: esta es la verdadera espresion del contento verdadero... La risa significa el placer del cuerpo, pero el silencio revela la dicha del alma: los grandes sentimientos no son bulliciosos...

No hai nada en el mundo que haga brotar afectos mas dulces en nuestro pecho que una hermosa mañana cuando nuestro corazon está lleno por la imájen de una mujer querida!.... Las flores despiden una ambrosía sin igual... Sus diversos perfumes, confundiéndose, llegan hasta nosotros como una emanacion divina que trae a nuestros sentidos ese amor universal que Dios ha esparcido por todas partes y del que está impregnada toda la naturaleza!... La brisa es fresca y parece tener acentos de vaga, indefinida pero suave ternura!... Las gotas diamantinas que brillan en el hermoso e inimitable alfombrado de los campos, el canto de las aves, sus movimientos rápidos, que denotan su alegria interna, todo, todo nos eleva a las vaporosas rejiones del mundo de las ideas... a esas rejiones que muchos no han visto, que muchos no comprenden y que la jeneralidad no cree, pero a las cuales solo puede penetrarse con la llave de la virtud y el amor que enjendran la poesía y la admiracion con que debe adorarse a Dios para vivir en él, con él y por él!...

II.

Mecido en un mar de pensamientos agradables, llegó Enrique a San Fernando sin apercibirse de ello; pero tuvo que bajar de los mundos brillantes de su fantasía para dirijirse al correo y hablar con el prosaico empleado, que estaba en la puerta de calle, y que le dijo:

—Amiguito, usted no ha madrugado tanto como el domingo pasado; sin embargo, no deja de ser todavia bien

temprano; y sacando un enorme reloj de plata, añadió: "son apenas las siete y media."

—Es cierto, señor, que el otro dia me puse en camino mas temprano y marché con mas rapidez.

—Cáspita! el domingo anterior salió usted de noche, pues llegó aquí que casi no aclaraba; y advierta usted que yo me levanto a oscuras y apenas me habia vestido.

—Usted tuvo la bondad de disculparme, ¿tengo ahora cartas?

—Sí, amigo mio, pero pase adelante: todavia es hora de tomar un gloriado; ¿no le gustó a usted el otro?

—Sí, señor, pero ahora ando tan de prisa como entonces.

—Eso no impide que descanse un momento.

—Es que... no estoi cansado.

—Imposible... esas son escusas con que usted quiere engañarme.

—Pero, señor...

—No hai pero ni pero que se tenga; entre usted no mas y tomará su pocillo de agua caliente con las gotas... ¿me entiende usted?

—Enrique no pudo resistir a la obsequiosa tenacidad del buen administrador de correos, que principió a gritar desde la puerta de calle: "Muchacha, muchacha, trae un pocillo de agua caliente para este caballero; anda lijero," y luego, dirijiéndose a Enrique le dijo: "pase usted adelante."

A pesar de los deseos que tenia el jóven de partir cuanto antes, no pudo menos de reirse del forzoso cariño del viejecito y de su aire bonachon y petulante.

—Vamos, amiguito, dijo el administrador, restregándose las manos y con una cara risueña; usted me ha caido en gracia y es preciso que me cumpla lo que me prometió en vez pasada, de hacerme una larga visita; ¿se acuerda usted?

—Sí, señor, pero ahora no puedo.

—¿Por qué no, si hoi es domingo?

—Tengo que hacer una dilijencia urjente.

—No lo creo; usted debe ser buen católico, apostólico, romano y por consiguiente guardar el dia de fiesta.

—No es para trabajar sino que tengo que ver a una persona.

—Ya caigo, picaron!... ja, ja, ja... ¿para ir a ver alguna pichona? Lo mismo era yo cuando jóven, me gustaban las niñas y todavia no he perdido la aficion... Siéntese no mas y hablaremos.

—No es niña sino a un anciano al que tengo que ver.

—No pretenda usted engañarme, amiguito, mire que soi mui ducho... tambien a mí no me faltaban disculpas...

—Es la verdad, señor.

—Vamos, no quiero contrariarlo, pero es preciso que me prometa el venir a pasarse conmigo un dia entero, y ya verá que no se arrepiente.

—Es imposible, señor, tengo todo mi tiempo ocupado.

—Yo no hablo de los dias de trabajo sino de los domingos, o dias de fiestas.

—Tambien los tengo destinados.

—Para venir por sus cartas, ya lo veo, pero esto facilita y es una ocasion para que se quede con nosotros el resto del dia y volverse en la tarde.

—No puedo prometerle, señor.

—¿Tan encamotado está?

Enrique se ruborizó.

—Vamos, amiguito, esas son cosas propias de la juventud y que no hai motivos para ocultar tanto. Sea usted conmigo mas franco, porque lo quiero, y le daré mui buenos consejos sobre el particular, pues tengo esperiencia...

—Estoi obligado a ver a ese caballero y es el domingo el único dia de que puedo disponer, contestó Enrique, eludiendo la cuestion.

—Ya le he dicho a usted que a mí no se me engaña, pero para determinarlo, le prevendré que en San Fernando hai niñas mui bonitas y que yo lo puedo llevar a todas partes,

pues no hai una sola que no conozca; esto es si no quiere quedarse en casa, donde tampoco faltan... Mis hijas son vivas, alegres, obsequiosas, porque están mui bien educadas y tocan divinamente el piano...

Y el buen hombre miró a Enrique para ver el efecto que habian producido en él esas palabras, que se figuraba irresistibles.

Nuestro jóven le dió las gracias, diciéndole que si tenia una oportunidad aprovecharia con gusto de su obsequiosa oferta, teniendo el placer de pasar algunas horas en su agradable compañia.

La respuesta de Enrique, que no tenia mas objeto que librarse cuanto antes del administrador, produjo el efecto deseado; pues éste le dijo que le permitia ahora irse, esperando en que cumpliria su palabra en otra ocasion; pero todavia no le dejó partir sin informarse de los trabajos y del lucro probable que obtendria en ellos.

Al fin recibió Enrique su carta y pudo quedar libre de la obsequiosidad del buen hombre, cuyo oculto pensamiento era atraer a su casa al arquitecto, para ver si podia salir de alguna de sus tres hijas, que se le iban *pasándo* y que temia quedasen ya para *vestir sántos.*

Por otra parte, la posicion de Enrique le parecia magnífica: esto de arquitecto sonaba mui bien a su oido; y las alabanzas que habian hecho del jóven, su buena presencia y la moderacion que manifestaba, eran estímulos poderosos para el buen padre, que queria la felicidad de sus hijas y el realce de su familia, pues un casamiento igual meteria bulla en San Fernando, haciendo a muchos envidiosos y envidiosas.

Si nuestro provinciano hubiera sabido que Enrique no era mas que simple carpintero, la cosa habria cambiado de aspecto y lo hubiera tratado desde lo alto de su grandeza, no dispensándole esa obsequiosidad con que creia atraerlo; pues en provincia es donde reinan con mas fuerza las preocupaciones de aristocracia, llevándolas sus habitantes hasta

la exajeracion y hasta el ridículo, porque mientras mas ignorantes, son mas orgullosos, y mientras mas quieren imitar a las grandes familias de la capital, son mas insoportables y estravagantes.

En la actualidad váse perdiendo un tanto este espíritu, sin que desaparezca todavia; porque en Santiago tambien disminuye a medida que la civilizacion y a medida que la nueva aristocracia del dinero adquiere mas imperio, echando ciertas sombras sobre la antigua o avasallándola completamente.

III.

Tan luego como salió Enrique de la casa del administrador de correos, rompió la oblea de la carta que tenia impaciencia de leer y cuyo contenido era el siguiente:

"*Santiago, octubre* 30 *de* 1850.

"Mi querido Enrique:

"¿Por qué no me has escrito? Tu carta habria disminuido mis pesares, pero tu silencio me los aumenta...

"Luisa ha partido y no hai consuelo para mí... Yo creia quererla mucho, pero veo que la quiero aun mas de lo que pensaba... La vida se me hace triste, monótona y solo me animo recordándola, pudiendo decirse con propiedad que únicamente respiro cuando pienso en ella!... Si donde se encuentra participará de mis mismos sentimientos!... si irán hasta donde ella! Si me recordará!

"Enrique! jamas te he dicho cuánto queria, cuánto quiero a Luisa; nunca podria esplicártelo, pero ahora lo siento, porque hai un vacio en torno mio; lo palpo, porque nada me agrada y nada me satisface... Cada hora es para mí un recuerdo, y esas horas se suceden sin que tenga esperanzas de ir a buscarla!... Tu hermana es bien desgraciada!...

"Los hombres de mundo, como le he oido decir a Víctor, talvez se reirian de mi manera de sentir, atribuyéndola a

inocencia o estupidez; pero piensen como quieran, yo afecciono y padezco; y sin el nombre que te acabo de decir, la existencia me seria desagradable en la ausencia de Luisa.

"Esplícame, Enrique, este fenómeno, puesto que tienes un sabio a tu disposicion con quien consultarte dia a dia. Dime, ¿no es verdad que antes de conocer a Luisa era feliz? ¿Por qué no lo soi ahora que he aumentado mi dicha con su amistad? ¿Seríamos acaso mas felices si a nadie apreciásemos, si a nadie conociésemos, si a nadie amásemos? Y entonces, ¿de qué servirian los placeres de la afeccion y las delicias de un afecto correspondido?

"Yo no sé raciocinar; pero, por el sentimiento que he esperimentado perdiendo a Luisa, deseara mas bien no haberla conocido. Segun esto, ¿los seres insensibles serian mas dichosos? ¿Habria valido mas nacer piedra que hombre?

"Vuelvo a repetirlo, yo no arguyo sino que cito; no establezco una controversia, sino que manifiesto una impresion. ¿Iré errada en mis juicios? No lo sabria decir; pero sea de ello lo que fuere, me basta con manifestarte que la ausencia de Luisa me ha arrebatado la felicidad de que era dueña y la que ella me habia dado.

"Pero realmente soi injusta: a la desaparicion de Luisa, desaparicion que lamento, porque nadie ocupa el lugar que ella en mi corazon, esa penosa desaparicion, digo, ha venido, sin destruir su efecto, a calmarla otra persona, y esta persona es Víctor...

"¡Si supieras, Enrique, por qué medios tan delicados él ha querido consolarme! Si conocieras de cuántos espedientes se ha valido para distraer mi mente de un pensamiento doloroso! Si lo supieras, te admirarias, estándole tan agradecido como nosotras! Sus atenciones se han aumentado desde que partió Luisa, y se han aumentado, a tal punto, que me rodean por todas partes, pero sin que trate de influir en lo menor para que no recuerde a mi amiga, sino que por el contrario me está siempre hablando de ella, alabándola en

todas las ocasiones, como si quisiera que jamas la olvidase!.. ¿No es esto, Enrique, una conducta delicada? ¿No es manifestar un interes poco comun, y al cual no soi acreedora bajo ningun aspecto?

"Doña Anastasia, la tia de Víctor, tambien se presenta con mis padres y conmigo de un modo idéntico. ¡Cuánto tenemos que agradecerle a estas buenas jentes! ¡Cómo me gustaria, hermano mio, que estuvieras aquí para que estrecharas con este jóven tu mano de amigo. Voi a narrarte uno de esos rasgos que lo adornan y lo caracterizan.

"Al dia siguiente de la partida de Luisa, dia en que yo estaba verdaderamente triste, vino él y me dijo:

"*Señorita, yo sé lo que usted siente, conozco el dolor que esperimenta y no vengo a pretender disminuirlo, sino a acompañarla en su pesar, y si me fuera posible, a dividirlo con usted; pero ya que esto no me es dado y que mis deseos son estériles, permítame usted suplir en algo aquella falta. Yo sabia que la señorita Luisa Valdés, no solo era su amiga, sino que era su institutriz... Ahora yo necesito tambien tomar lecciones de algunas cosas. ¿Quisiera usted ser mi condiscípula, bajo la presencia y con el beneplácito de su señora madre? Así habrá perdido usted, por algun tiempo, una amistad irreparable; pero no echará en olvido sus conocimientos adquiridos, conocimientos que le deben ser a usted tanto mas agradables, cuanto que provienen de su amiga, puesto que ha ejercitado ese aprendizaje por su voluntad y bajo su direccion.*"

"Yo dí las gracias a nuestro jóven vecino; ¿y cómo rehusar tanta amabilidad? Y le dije que se consultase con mi madre, que lo que ella resolviese seria lo que haria... En fin, Enrique, mi madre ha accedido y comenzaremos desde mañana nuestras clases, inclusa la pintura, que me la enseñará un discípulo de él, para tener tiempo de aprender sus lecciones, porque seria una vergüenza que yo lo aventajase: estas son sus espresiones y a tal punto llega su modestia...

"Mi madre, hermano mio, te echa cada dia mas de menos

y dice que no estará tranquila mientras que no te vea... trata de complacerla y vuélvete cuanto antes puedas; piensa que todos te echamos de menos, pues a todos nos haces falta; y que si hai egoismo en exijir esto, tambien hai cariño, y un cariño que no se olvida, como el de los padres, y en que no domina el interes, como el de los hermanos que se aprecian y se quieren tanto como nosotros.

"Adios, Enrique mio, vente luego, respeta siempre el mandato de mis padres y nunca olvides a tu hermana

"MERCEDES."

Despues de haber leido Enrique la carta de su hermana, y lleno de emociones, de incertidumbres y de esperanzas, puso las espuelas en los hijares de su caballo y se dirijió con la mayor rapidez hácia las casas del solitario.

Pero mientras Enrique velaba pensando en Luisa, mientras escribia una carta a su hermana, dominado por la fiebre, ¿qué era lo que la aristocrática jóven esperimentaba? Es innegable que hai una línea conductora que trasmite los afectos, a pesar del tiempo y del espacio; un alambre magnético que pasa de un corazon a otro, el sentimiento de amor o de odio que se sufre y que en seguida se repercute; sin embargo, ¿habia o no sentido lo que Enrique sentia? ¿Habian llegado hasta el pecho de Luisa los afectos del pecho de Enrique? Esto todavía era un misterio, pues en jeneral la mujer es menos ardiente y menos impresionable que el hombre, si bien su ardor y sus impresiones son mas durables, lo que forma su constancia. Una mujer jamas olvida al primer hombre a quien ha querido, siempre está presente su primer amor, mientras que en nosotros las mas veces desaparece, dejándonos solo conducir por las impresiones del momento.

Luisa, desde la primera ocasion, no habia mirado con indiferencia a Enrique; desde ese momento quedó grabada para siempre la imajen del jóven obrero que habia tenido

el coraje de esponer su vida y la modestia para no dar ninguna importancia al acto; pero sin embargo, no sentia el fuego abrasador que devoraba al artesano. Ella, en la aristocrática sociedad que frecuentaba, no habia encontrado a ninguno que se le pareciese; pero tenia tan elevada idea del hombre a quien debiera amar, que, si bien Enrique la fascinara un momento, no era lo bastante para llenar su corazon, realizándose el ideal que se habia forjado; empero, el cariño de Mercedes, las particularidades que le habian dicho sobre la vida y nobleza del carácter de Enrique, su encuentro con el solitario, la circunstancia de ser su padre el salvador de este anciano, a quien ella veneraba y queria, el cariño que habia despertado en él, el aprecio y las alabanzas de don Pedro Murna, y últimamente, la conversacion que acababan de tener con él, y en que habia manifestado tanta sencillez como grandeza y tanta humildad como elevacion, la habian impresionado hasta el punto de que, como Enrique, pasara tambien una noche de desvelo, pero una noche de delicias; y aun cuando no se confesaba a sí misma que amaba, esperó con ansiedad la vuelta del dia para tener ocasion de verlo y de hablarlo; así es que su sorpresa fué grande cuando le dijeron que habia salido mui de mañana, esperimentando con esto una especie de desazon o de disgusto que no sabia a qué atribuir o que no queria confesarse a pesar de sentirlo.

Esplicaciones.

I.

Inter tanto Enrique llegaba donde el solitario, a quien halló ocupado en sus ensayos físicos, habiéndole salido al encuentro primeramente Torcuato y los perros, que lo recibieron con muchas caricias, como si fuese ya un antiguo conocido, lo que prueba que la voluntad y la simpatía no existe únicamente en los seres de nuestra especie, sino que se estiende hasta aquellos que parecen dotados únicamente de movimiento y a quienes negamos la reflexion, si no alcanza hasta las plantas que no pueden manifestarnos su cariño, aun cuando lo sientan, o que si nos lo manifiestan, nosotros no somos capaces de comprenderlos, porque hablan un lenguaje mui distinto y mui imperceptible.

El anciano recibió a Enrique con mas afabilidad que las otras ocasiones, pero no pudo menos de notar el aire preocupado del jóven, y por esta razon le preguntó en el acto:

—Conozco, hijo mio, que te pasa algo de nuevo.

—Así es, señor.

—¿Qué es lo que ha sucedido? Te amenaza alguna desgracia? Tienes algo que pedirme? Puedo serte útil en alguna cosa? Dímelo y ordena, que estoi mui dispuesto a complacerte.

—Mil gracias, señor, pero no sucede nada de alarmante.

—Y sin embargo, tu semblante dice lo contrario.

—Es que...

—Concluye.

—Es que las señoras propietarias de la hacienda han llegado anoche.

—¡Doña Juana y Luisa están aquí! ¿Pero qué hai en esto de nuevo y de estraordinario para tí?

—Nada, señor.

—Sé franco, Enrique, y háblame como si lo hicieras con tu mejor amigo, con tu mejor padre.

—Ya le he dicho que no tengo nada...

—¿A qué viene entonces esa conmocion?

—Lo ignoro.

—Tú dices que lo ignoras; pero yo conozco que me ocultas alguna cosa.

—No puedo decirlo.

Y Enrique se cubrió el rostro con sus manos.

—¿No tienes en mí confianza? respondió el solitario, mirándolo con ternura y con fijeza; y sin embargo, yo creo haber adivinado.

—¡Adivinado!... ¿qué?

—Tú me dijiste el domingo que amabas a una niña a quien solo una vez habias visto.

—Señor! señor! no se burle de mí y téngame mas bien piedad... téngame compasion, porque soi un loco.

—Cálmate, hijo mio, y piensa que hablas con tu padre, que es imposible se burle de tus afectos.

—Pero si ellos son estravagantes!

—Aun cuando así fuera, no existiria por esto motivo...

—Dios mio! yo soi un insensato!...

Y Enrique se le arrodilló al anciano, el que se apresuró a levantarlo con muestras de la mayor ternura, y sentándolo a su lado le dijo:

—Cuando me contaste el lance del coche y cuando me comunicaste que amabas, pero que solo habias visto en una ocasion el objeto de tu cariño, así como cuando para escusarte de que no habias recibido ninguna recompensa mo-

netaria, me mostraste ese anillo que yo conozco, pasó sobre mí una sospecha que no tardó en convertirse en realidad y que ahora tú mismo confirmas.

Como te he dicho, yo conocí en el acto ese anillo, que era de la tia de Luisa Valdés, a quien tú amas, y por habérselo visto a la primera constantemente; pues si no has olvidado mi historia, yo quise a una niña que no correspondió a mi afecto, y esa niña es la tia de Luisa.

—¿Entonces el marido de doña Juana y por consiguiente el padre de la señorita Luisa es el amigo de quien usted me ha hablado y por el cual se batió?

—Justamente, y por esta razon, al ver esa alhaja en otro poder, lo comprendí todo y lo ratifico ahora sin necesidad de que me lo digas.

—Cómo! ¡He sido yo el que he revelado lo que mas me empeñaba en tener oculto a todo el mundo!

—¿Así me consideras, Enrique? ¿me confundes con los demas?

—¡Pero qué va a pensar usted de mí!

—Yo no anticipo jamas los juicios, hijo mio. Yo no te vitupero ni tampoco te alabo; mas tarde te diré mi pensamiento... Por ahora quiero estar libre para ver claramente lo que mas pudiera convenir a ambos, porque la quiero a ella como una antigua amiga, cuya vida hasta cierto punto ha estado confiada a mis cuidados desde sus primeros años; pues, independiente de vivir aquí, siempre he considerado a esa familia como la mia, siendo ademas la única que en realidad tengo; y te quiero a tí por ser el hijo del hombre a quien debo la vida, porque te conozco y porque, con toda voluntad, me he ofrecido a ser tu segundo padre... ¿Tengo, pues, derecho para vijilar por la felicidad de ambos?

—Gracias, señor, gracias... usted es mi apoyo y mi esperanza...

—Yo sondearé el terreno Enrique, y, ya verás como no descuidaré tus intereses.

—Por Dios, señor, no haga usted nada en mi favor; y si he de pedirle una gracia, y una gracia que la exijo ante todas cosas, es de que me guarde el secreto con todos y especialmente con ella...

—¿Y si pudiera conseguir algo, de bueno para tí?

—No lo quiero ni lo aceptaria.

—¿Entonces no tienes el cariño que me decias?

—Sí, señor, y a un grado tal, que usted no se lo ha imajinado.

—Pero si es así, ¿por qué rehusas mi intervencion cuando ella podria serte favorable?

—Por la misma razon de mi escesivo afecto y de mi alto aprecio.

—No te comprendo; ¿cómo quieres entonces conseguir lo que tanto deseas?

—Quizá no sabré esplicarme, pero puedo asegurarle que nada espero ni nada solicito del favor, sino del mérito adquirido.

—Sé mas claro.

—Ella está colocada en una esfera mucho mas alta que yo, por la fortuna, por la familia, por la instruccion y por las cualidades de todo jénero que la adornan; quiero, pues, subir hasta donde ella se encuentra; sin esto, morirá mi amor o moriré yo; mi secreto no saldrá jamas de aquí, esceptuando a usted y a mi hermana, que ya lo conocen.

—Admiro tu pensamiento y alabo tu propósito: puedes contar con seguridad que jamas revelaré lo que me has dicho y lo que, antes que me lo dijeras, habia adivinado.

—¿Estamos entonces convenidos?

—De todo corazon, porque hai mucha honradez y mucha elevacion en tu manera de obrar.

Pero dime: ¿si la obtuvieras sin esos sacrificios?

—Jamas, señor... nunca llevaré mis pretensiones donde no pueden alcanzar mis méritos.

—¿Estás, pues, resuelto a renunciar a Luisa?

—A renunciar no, porque seria lo mismo o mas que renunciar a mi vida; pero antes de esperar la recompensa, es preciso que me haga digno de ella... y este pensamiento me anima y da valor... Usted me ha dicho que todo se puede con la voluntad, y yo tendré tanta, que no habrá obstáculo que me resista.

—Sin embargo, hijo mio, es preciso que consideres que suele haber tropiezos insuperables; porque si la voluntad es una fuerza, tambien puede haber otra voluntad tan enérjica como la tuya y opuesta a ella.

—Ya se ve, dijo Enrique con desaliento; si ella no me quisiera!...

—Lo cual puede ser, sea porque esté ocupada por un afecto, sea porque no exista armonía entre ambas naturalezas o por otras causas.

—Tiene usted razon, señor; y sin embargo, tengo el presentimiento de que ha de llegar a amarme como yo la amo.

—La intensidad de nuestros deseos forma muchas veces falsos mirajes.

—¿Debo entonces renunciar?

—No es esto lo que pretendo ni lo que te aconsejo, sino que seas circunspecto, y que una prudente incertidumbre guie tus pasos, porque tambien mata una ilusion perdida... Pero trabaja, hijo mio, trabaja con constancia, teniendo ese brillante punto de mira, que, si no consigues tu objeto, habrás, de todas maneras, ganado muchísimo.

—¡De qué me servirian todos los tesoros de este mundo y aun toda la ciencia y toda la virtud, sin ella!...

—No tienes razon en lo que dices; te dejas arrastrar de la vehemencia de tu afecto y hablas en conformidad a las impresiones del momento; pero vendrá la calma, vendrá la esperiencia, y su antorcha te alumbrará el camino, haciéndote conocer la verdad... Esperemos, pues, los acontecimientos y ellos nos dirán mejor cómo se debe de obrar; pero trata de reservar tu espíritu, porque la violencia de las pasiones no

la debes tomar por guia ni nunca es nuestra mejor consejera. Aprende desde temprano a dominarte y a no consultar sino a la razon, y ya verás los buenos resultados...

Ahora es preciso, puesto que han llegado esas señoras, que les vaya a hacer mi visita de bienvenida. ¿Quieres acompañarme?

—Con el mayor gusto.

—Pero yo hago mi marcha a pié.

—Iré del mismo modo.

—¿No te fatigarás?

—Estoi acostumbrado a andar mucho.

—Pues bien, vamos.

Y ambos se pusieron en camino, habiendo prevenido á Torcuato que quizá no volveria en la noche, porque jeneralmente lo hacian quedarse.

II.

Durante la marcha, la conversacion de nuestros dos viajeros se redujo casi especialmente a la familia de doña Juana, a su marido, a su hermana la monja, a quien don Toribio de Guzman habia amado, y a la pequeña Luisa, hoi ya hermosa niña. El solitario hizo a Enrique los retratos de cada una de esas personas, deteniéndose especialmente en Luisa, a quien se puede decir que habia visto nacer y cuyo gradual desarrollo habia seguido y estudiado con atencion por ciertas particularidades de carácter; y como todos los años pasaban jeneralmente tres o cuatro meses en la hacienda y la veia con frecuencia y dado lecciones de varias cosas, tenia ocasion de conocer a esta niña singular y llena de contrastes, pues era tímida y arrogante, sensible y enérjica, franca y reservada, y su pensamiento atrevido, sério y profundo, se hermanaba admirablemente con una inocencia infantil que parecia imposible de asociar a la elevacion de aquel.

Entretenidos en estas conversaciones, la distancia se les hizo corta, pasando el tiempo con rapidez, pues no hai nada que ocupe mas el ánimo como el hablar de la mujer que afeccionamos; asi es que llegaron a las casas cuando menos lo esperaban.

Doña Juana recibió al coronel don Toribio de Guzman con las muestras de la mas cordial amistad, y Luisa con el regocijo que se siente al ver por primera vez a una persona que se respeta, estima y quiere en alto grado, pues le echó los brazos al cuello, del mismo modo que lo hubiera hecho con su padre; el anciano, por su parte, tambien manifestó la mayor alegria, si bien al mirar mas fijamente a doña Juana no pudo menos de decirle que la encontraba algo cambiada.

—Asi es, amigo mio, le contestó la señora; hace tiempo que esperimento un malestar que me mina sin ninguna dolencia.

—El cambio de clima y el aire del campo talvez pueden serle favorables.

—Aunque no tanto como la vista de un antiguo amigo.

—Acepto la palabra, respondió el solitario con injenua sencillez, porque es sincera y verídica.

Cualquiera otro que no lo conociera y que lo hubiera oido, habria creido que tenia una presuncion inmensa en aceptar como verdadero lo que no debia considerarse sino como un cumplido de los que con tanta frecuencia se hacen en la sociedad para olvidarlos luego, tanto el que los pronuncia como el que los escucha, sin darles la menor importancia; pero entre aquellas jentes no era esa espresion una mera fórmula de política, sino un sentimiento real de cariño.

Enrique fué cuestionado sobre el empleo de su tiempo, pues lo habian hecho llamar a la hora de almuerzo, sin encontrarlo en ninguna parte.

Nuestro jóven respondió que en la mañana habia ido a

San Fernando en busca de sus cartas y en seguida se habia dirijido donde el señor.

—Di donde mi maestro, donde mi padre o donde mi amigo, interrumpió el solitario.

—Usted me honra demasiado, señor.

—Si hubieras dicho que te queria te habrias espresado mejor.

—Su afecto es por sí solo un grandísimo favor.

—Y si no se lo tuviera al hijo de mi libertador, seria un ingrato: ¿no es así, Luisa?

—Soi de su misma opinion.

—De manera que toda esta casa tiene motivos para estarle agradecida, repuso doña Juana.

—Suplico a usted, señora, dijo Enrique poniéndose colorado, que no volvamos sobre este asunto.

—Ya que usted lo quiere, no insistiré y hablaremos sobre otra cosa. Hoi he estado examinando sus trabajos y he quedado admirada de lo mucho que usted ha hecho en tan corto tiempo, y mas admirada todavia del gusto esquisito que reina en todo. ¿Ha querido usted sorprendernos agradablemente?

—No, señora, desde el momento que yo ignoraba quienes eran los propietarios de esta hacienda.

—Cómo! ¿no lo sabia usted? Sin embargo, usted ha hecho sin duda una contrata.

—No he tenido que intervenir en esto, sino mi patron, que es el que me ha mandado.

—¿Trabaja usted entónces por cuenta de él?

—Por su órden, señora, pero en gran parte por cuenta mia.

—¿Cómo es esto? No entiendo.

—El maestro, señora, es un hombre mui bueno y que tengo motivos para suponer que me quiere, siendo él quien me dijo que tomase a mi cargo este trabajo, dándome la mayor parte de las utilidades.

—Pero usted no sacará mucha ganancia, porque lo estipulado es poco en compensacion de lo que usted está haciendo.

—Sin embargo, señora, tengo los planos y por ellos se ha ajustado el precio; de consiguiente, trabajo con conocimiento de causa y creo que habrá un lucro proporcionado.

—Veo que usted no es como los otros trabajadores, que tratan siempre de aumentar el valor de su obra, en lo cual le encuentro a esos pobres justicia, pues muchas veces se ven defraudados por los que no toman en cuenta el trabajo de los artesanos.

—Puede ser, pero mi maestro ha aceptado las condiciones y mi deber es cumplirlas.

—Trataré de que esas condiciones no le sean a usted tan onerosas, aumentando de mi parte un poco el precio ajustado.

—No estoi yo, señora, y Enrique se ruborizó, autorizado para hacer ningun cambio.

—Sin embargo, si fuera mi voluntad mejorar las condiciones, ¿quién se opondria a ello?

—Dispénseme que le diga, volvió a repetir Enrique cada vez mas cortado, porque conocia la intencion oculta, que no es asunto mio.

III.

El solitario, viendo el embarazo del jóven, mudó de conversacion y le preguntó:

—Has dicho, hijo mio, que recibiste esta mañana cartas de Santiago. ¿Qué nuevas me das de mis bienhechores?

—Y de Mercedes ¿qué nos dice usted? interrumpió Luisa, segundando al coronel, cuyo propósito conoció en el acto.

—Mi padre está bueno, señor; y mi hermana inconsolable...

—Pobre Mercedes! yo tambien la echo tanto de menos!...

—Ella pierde infinitamente mas que usted, señorita.

—El sentimiento es recíproco, pero espero en Dios que en poco tiempo tendré el gusto de abrazarla.

—Seria para ella la mas grande felicidad, porque nada se puede comparar a la angustia que me manifiesta.

—No hace mas que corresponderme: la quiero como si fuera mi hermana y la siento como tal. ¡Cuánto debe usted tambien quererla!

—Muchísimo!... contestó Enrique con entusiasmo.

—Tiene usted razon, dijo doña Juana, porque es la mas encantadora niña.

Un criado vino a anunciar que la comida estaba servida.

Enrique quiso retirarse, pero doña Juana se lo prohibió, diciéndole: "Usted se quedará hoi a comer con nosotras."

Imposible era de rehusarlo por mas que lo desease, sobre todo cuando el solitario y Luisa reiteraron la proposicion de la señora.

Sin tener un carácter corto, siempre ofusca la grandeza, sobre todo cuando uno es jóven y cuando no ha estado acostumbrado a ella o pertenece a una sociedad menos elevada: así es que Enrique se encontraba hasta cierto punto embarazado en aquella mesa ricamente servida por criados respetuosos, y vestidos, no solo con decencia, sino con elegancia; sin embargo, las maneras francas, sencillas y dignas de doña Juana, que infundian confianza a la vez que consideracion, lo mismo que la cordialidad del solitario y la amabilidad esquisita de Luisa, que todo parecia verlo y prevenirlo y que no tenian mas fin que disipar la cortedad natural del jóven, produjeron su efecto y poco a poco se fué recuperando éste, desapareciendo el encojimiento del principio.

Terminada la comida, Luisa propuso hacer un paseo de algunas cuadras por el campo, pues la luna estaba hermosísima. La idea fué aceptada y todos se dispusieron a salir.

Don Toribio de Guzman acompañaba a doña Juana y Luisa marchaba adelante en compañia de Enrique.

Mucho tiempo marcharon sin decirse palabra... Luisa esperaba que Enrique rompiese la conversacion y éste que Luisa, hasta que la última, para quitar esa monotonia del silencio, esclamó:

—¡Qué luna tan hermosa!

—Así es señorita, pero yo la encuentro, no sé por qué, un poco triste.

—¿Querria usted decirme la causa?

—No la sé, pero me hace ese efecto.

—A mí tambien, pero es porque me parece que en el campo siempre es así. El silencio profundo, y sobre todo, la sombra misteriosa de los árboles, me representa la idea de los cementerios, donde los mausoleos proyectan la oscuridad sobre los sepulcros... ¿Ha estado usted en el panteon de Santiago una noche de luna?

—No, señorita.

—Pues yo me he encontrado algunas veces, porque mi madre nunca deja de ir a visitar el sepulcro de mi padre todos los dias y a las primeras horas de la noche, que fué el momento en que murió...

La jóven, como si quisiese evocar sus recuerdos y llamar al astro melancólico que estaba en armonia con sus impresiones, levantó hácia él sus hermosos ojos con una espresion mui parecida a la de una triste súplica... Despues de lo cual, dijo:

—No sé por qué los sepulcros tienen para mí un atractivo irresistible. En su contemplacion encuentro una melancolia dulce que me trasporta a otras rejiones distintas, que me eleva a mundos desconocidos, obligándome a fijar mi atencion sobre el polvo de todas esas jeneraciones que ya no existen y de que sin embargo nacemos... ¿Serán acaso los recuerdos el mudo lenguaje de los muertos? ¿Será ésta su manera de obrar sobre los vivos? ¿Continuarán bajo otra forma los lazos que nos unen y nos han unido a ellos?

—Por qué no, señorita; si las almas existen, segun nos lo

enseña la relijion, ¿por qué no han de continuar amando a las personas que han querido en la vida?

—Y las rivalidades, las venganzas, los odios, ¿continuarán tambien?

—¡Quién sabe!

—¡Qué de misterios y qué de ignorancia! esclamó Luisa, volviéndose a quedar por un largo rato meditabunda y silenciosa...

Al cabo de un momento, y como si deseara desechar los pensamientos tristes que la ocupaban, le dijo a Enrique:

—¿Qué hará Mercedes?

—Talvez, sentada en la puerta y mirando a la luna, estará pensando en usted.

—Lo creo, porque yo la quiero tanto, siéndome imposible separarla de mi memoria en cualquier hora del dia o de la noche; y sin embargo, hace tan poco tiempo que he dejado de verla!

—La luna convida a pensar en los desgraciados y mi hermana lo es... puesto que me lo dice en su carta con espresiones que manifiestan la sinceridad de su dolor, y que no tenia ni la remota esperanza de que yo se lo dijera a usted, lo cual la habrá aliviado.

—Pero no tardará mucho en saberlo.

—Ya se lo he escrito.

—¿Tan pronto?

—Sí, señorita, anoche le comuniqué esta nueva feliz.

—Anoche usted tendria mui poco tiempo, porque el té fué servido tan tarde y usted se retiró despues.

—A cualquier hora ¿cómo no decírselo?

—De consiguiente, ¿no habrá usted dormido?

—No, señorita.

Luisa no continuó la conver acion por algun rato, sumiéndose en una meditacion que alarmó a Enrique, porque temia que el hecho de revelar su insomnio no fuera en concepto de Luisa mui significativo, disgustándola; pero ésta,

mudando de conversacion, le hizo a Enrique algunas preguntas sobre su amistad con el solitario.

El jóven le contó cuanto habia visto y cuanto la habia dicho, ocultando, como era natural, aquello que, sobre todo, queria que ignorase ella; pero se espresó con tanto entusiasmo, con tanto afecto y con tanta admiracion, que Luisa no pudo menos de decirle:

—¡Parece que está usted encantado!

—¿Y quién no respeta la virtud y admira el talento?

—Dice usted bien: hai pocos hombres en la vida que se le parezcan al coronel. Yo tengo muchos deseos de ir a visitarlo, porque me dicen que su casa está llena de curiosidades y que su pequeño campo es el mas fértil de todo el lugar, lo cual no ha contribuido poco a que el vulgo lo tome por brujo.

—Pero todos convienen en que es un brujo de la mejor especie, porque tiene para con los pobres una caridad sin igual.

La voz de doña Juana se hizo oir llamando a Luisa y diciéndole que si queria quedarse y continuar el paseo lo hiciera, pero que para ella la temperatura estaba demasiado fresca, y temia constiparse.

IV.

Todos volvieron a las casas. Doña Juana entró a las habitaciones interiores con el solitario, y Luisa convidó a Enrique a sentarse en el corredor a la luz de aquella hermosa luna que tanto atractivo tenia para la jóven.

Luisa preguntó a Enrique el jénero de sus entretenimientos, sus lecturas favoritas, los autores que mas le agradaban; y las sencillas respuestas de éste, la simplicidad de sus pasatiempos, la inocencia de su vida, que se revelaba en cada una de sus contestaciones, el gusto y el tacto que manifestaba en la eleccion de sus libros, la manera de juzgarlos, la

elevacion y profundidad de sus observaciones, todo dió a conocer a Luisa que aquel jóven estaba mui lejos de ser un hombre vulgar, y que si su intelijencia no habia adquirido todo su desarrollo, iria con el tiempo a ocupar un puesto distinguido.

Un criado vino a interrumpirlos, llamándolos para tomar el té, y los dos jóvenes se dirijieron al salon, donde los aguardaba el solitario y doña Juana, que se habian entretenido largo rato conversando sobre el sarjento Domingo Lopez, Mercedes y el mismo Enrique. Doña Juana contó al coronel Guzman la entrevista que habia tenido una vez con aquel viejo soldado, a propósito del regalo que habia hecho a su hija, y que él se empeñaba en rehusar, deteniéndose con satisfaccion sobre su actitud embarazada, su naturalidad, su franqueza, y la gratitud tan sentida que habia manifestado; le hizo a la vez una larga relacion del cariño de Luisa para con Mercedes y de la inocencia y belleza de esta niña, sin olvidar la menor particularidad del lance de la calle del Dieziocho, de lo espuesto que habia estado Enrique, de su modestia y de su desinteres, escuchando el solitario todo esto con señales del mas vivo placer, pues de cuando en cuando interrumpia a la señora para hacer alguna observacion que realzaba mas el mérito de las acciones de aquella honrada y virtuosa familia, donde cada uno de sus miembros parecia quererse sobrepujar el uno al otro sin pensar en ello, y solo movidos por el estímulo de la virtud.

Doña Juana, con sus ideas aristocráticas, hizo al solitario la misma observacion que en la noche anterior habia hecho a su hija: "Qué lastima que no pertenezcan a nuestra sociedad!"

El anciano se calló, y en este momento fué cuando entraron los dos jóvenes al salon, en cuyas fisonomias parecia irradiar la alegria de la satisfaccion interior.

El solitario miró con complacencia a aquellas dos criatu-

ras vaciadas como en un mismo molde y a quienes Dios parecia haber destinado el uno para el otro.

—Acercaos, hijos mios, les dijo con tono afable y paternal. Hemos estado hablando de vosotros y ahora podemos reanudar nuestra conversacion.

—Ai! esclamó Luisa; ¡qué buena y picante crítica habrá hecho usted!

—Por qué no! respondió doña Juana; la murmuracion, segun la espresion feliz de madama de Stael, es el pasto del alma.

—Mamita, ¡por Dios! si no la conociéramos, ¿qué diriamos? pero afortunadamente sabemos que su manera de murmurar es tan dulce, que se parece a la alabanza.

—Y que no hai mas hiel en ella, agregó el anciano, que la que contiene el cáliz azucarado y oloroso de una flor.

Doña Juana convidó a Enrique para que almorzase y comiese a su mesa todos los dias; pero el jóven la suplicó que lo dispensase, diciéndole que no queria establecer esa distincion con sus compañeros; que talvez podria despertarse en ellos un sentimiento de envidia; que no seria bien visto que viviendo juntos se separasen; que ya les debia una preferencia que no merecia, pero que emanaba de su voluntad, mientras que si él se la tomase, se disgustarian, y el trabajo vendria a sufrir por la mala intelijencia que reinase entre ellos, y que él deseaba salir bien, sobre todo ahora, cuando conocia las personas por quiénes y para quiénes se ocupaba.

El solitario creyó mui prudente lo que esponia Enrique, y se convino que al menos en la noche tomaria el té con ellos, agregando el antiguo coronel que pensaba quedarse toda la semana para observar detenidamente la enfermedad de doña Juana, y que, por consiguiente, les haria compañia.

La señora se mostró agradecida y Luisa y Enrique contentos de la proposicion del solitario, que les agradaba sobremanera.

—Lo único que siento, dijo el anciano, es mi pobre Torcuato, que tiene que pasar todo este tiempo solo y únicamente protejido por el miedo al brujo; pero si supieran que el brujo no estaba allí, ¿quién sabe si no tratarian de destruir el encanto?

—Dígale usted a Torcuato de venir tambien, repuso doña Juana.

—Imposible, señora; Torcuato es tímido y salvaje, y sé que le impondria el mayor martirio si lo obligase.

—El sabe que mi mamita y yo le queremos.

—No importa, Luisa (esta era la primera vez que el solitario llamaba por su nombre en presencia de Enrique a la hija de doña Juana), pero tiene sus costumbres, y su carácter lo lleva al aislamiento, lo que no impide que le veamos aparecer de un momento a otro sin que nadie se aperciba, pues se introduce cuando menos se piensa.

Y como si el solitario hubiera estado viendo las cosas y en connivencia con él, en ese mismo momento se presentó el disforme niño en el umbral de la puerta, llevado por la afeccion y gratitud inmensa que tenia al anciano.

En cuanto éste lo apercibió, se paró en el acto, tomándolo de la mano para llevarlo hasta el interior del salon.

Enrique fué tambien hácia él y lo abrazó como a un hermano.

Doña Juana y Luisa le hicieron el mayor agasajo; pero él, sin dejar a su manera de corresponder a la obsequiosidad de todos, hizo al anciano algunas señas, que éste le contestó con otras, y sacándose su gorra, dió la mano a Enrique, se inclinó ante las señoras, y desapareció ni mas ni menos que una sombra.

Todos quedaron admirados, y la conversacion recayó sobre él.

El solitario tuvo que repetir su historia, hizo el análisis de sus prodijiosas facultades, ya físicas como morales, y concluyó diciendo que, en su opinion, ese muchacho podria

llegar a grandes destinos si no lo retrajese de la sociedad su manera de ser.

Y en verdad, ¡cuántos hombres sobresalientes, cuántas intelijencias de primer órden, cuántas virtudes dignas de universal alabanza, no quedan ahogadas, sepultadas y desconocidas para el mundo, solo por la timidez del jénio! Podriamos casi afirmar que los mas relevantes méritos mueren ignorados, y que la gran mayoria de los que salen a la superficie no son mas, salvando escepciones, que los que tienen audacia, que los que se espetan, que los que hacen alarde de facultades que no poseen y de conocimientos que no tienen, pero a quienes el descaro da un aparente brillo, que la jeneralidad de los hombres acepta y acata! La verdadera virtud y el talento verdadero tienen su modestia, que les impide surjir, que les impide ser reconocidos en el mundo de los necios y de los intrigantes que se adornan con el oropel de una mentida sabiduria, de una falsa ciencia y de una virtud hipócrita! Que los saltimbanquis hagan su juego: ya vendrá el tiempo, aunque sea tardio y remoto, en que el mundo, ilustrándose, distinga y conozca...

V.

La hora de retirarse habia llegado, y Enrique se despidió de aquella sociedad que voluntariamente no dejaba, sino en fuerza de las conveniencias y respetos sociales, como de la indisposicion de la señora, que debia recojerse temprano.

Al dia siguiente, tuvo Enrique el buen sentido de vestirse con su traje de trabajo, si bien trató de que estuviese limpio y con cierta coqueteria; pero no abandonó un instante sus ocupaciones, a pesar que toda la familia, incluso el solitario, fueron a inspeccionar los trabajos, viéndolo siempre a él en primera línea e igual en todo a sus demas compañeros.

En la semana no hubo el menor incidente, salvo que la

comida de los trabajadores fué infinitamente mejor; ¿era esto la obra de la señora, de Luisa o del administrador? Enrique no se atrevia a preguntarlo, sino que seguia sus tareas sin avergonzarse ni humillarse: saber quedarse siempre en su puesto es un mérito que la jeneralidad desconoce.

La noche del viernes, y en la hora del té, Luisa preguntó a Enrique si se acordaba que se habia convenido en una partida a la caza del leon.

—Sí, señorita, contestó éste.

—Entonces mandaremos el sábado un propio a San-Fernando para que traiga sus cartas.

—¿Pero no puedo ir yo mismo?

—Imposible, porque ocuparemos todo el dia en la correria, de modo que es preciso que usted no haga ese viaje, sobre todo cuando talvez tendremos las cartas el sábado y supongo que en las suyas vendrá alguna de Mercedes para mí, puesto que ya ha sabido que yo me encuentro aquí.

—Este será un nuevo servicio, señorita.

—Servicio interesado, porque yo tambien aguardo algo.

—Si usted lo cree conveniente, haga como le parezca.

—Está bien, respondió Luisa, y mudó de conversacion.

El solitario se entretuvo en hacer algunas observaciones sobre el trabajo, que Enrique escuchaba y en las que consentia o combatia, sin dejar de observar que el antiguo coronel tenia muchos y mui buenos conocimientos sobre la materia, conocimientos de que se aprovechaba para aplicarlos luego o mas tarde.

Llegado el sábado, esperaba Enrique con impaciencia las cartas de su hermana, pero el propio no llegó sino mui tarde, en la noche, cuando ya se habia tomado el té y Enrique iba a retirarse.

Luisa le suplicó de abrir la carta para ver si no contenia alguna para ella, y no se equivocó en su prevision, pues en efecto, habia una.

—Qué felicidad! esclamó la aristocrática jóven, mirando el sobre y poniéndosela en el bolsillo.

Enrique tambien guardó la suya y se despidió.

Veamos ahora el contenido de ellas, principiando por la de la amiga:

"*Santiago, noviembre* 3 *de* 1850.

"Mi noble, mi querida, mi inolvidable Luisa:

"¿Es esta la introduccion de una carta? No lo sé; pero lo que sé es que no encuentro voces que espresen bastante lo que te amo... ¿Estaré correspondida? Lo creo; pues de otra manera seria haberme mostrado la felicidad y privarme en seguida de ella, y tú eres sincera y no eres injusta.

"Cuando he sabido por Enrique que estabas en el mismo lugar que él, mi alegria ha sido inmensa, doblemente inmensa; primero, porque tenia noticias de tí, porque estabas buena, porque te habia visto; segundo, porque mi hermano, es decir, algo de mí, se encontraba a tu lado. ¿No hallas que esto debia alegrarme muchísimo? Si yo tuviera aquí una persona que te fuese afecta, con quien pudiera hablar siempre de tí, ¿no te parece que me seria mui consolador y mui satisfactorio? Esto es lo que he sentido, esto es lo que el mismo Enrique me dice, porque no puede menos de conocerlo.

"¿Cuándo volveré a tener el gusto de verte? ¡Dios quiera que no sea tarde, mui tarde!... Me parece que me ha abandonado el apoyo que me sostenia, la amiga que me ilustraba y que me socorria. ¿Y no es la verdad?

"Sin embargo, parece que el cielo me hubiera deparado un alivio. ¿Recuerdas al pintor Víctor a quien nunca pudiste ver una sola vez? Pues bien, él, inmediatamente que te fuiste, vino a participar de mi dolor y a ofrecerme a que tomásemos juntos las mismas lecciones que tú me dabas. Mi madre ha aceptado; ¿pero las recibiré yo con el mismo gusto? Imposible: por mas deseos que tengo de ins-

truirme, por mas agradable que fuera la compañia de Víctor, ¿como podria tener la confianza y la libertad que tú me has dado? ¿Cómo el mismo cariño? cómo esa intimidad propia únicamente de nuestro sexo?

"¿Pero es por la falta que me haces por lo que yo únicamente te echo de menos? ¿Creerias tú en este egoismo? Seria yo capaz de tenerlo? Imposible, porque no obra en mí el interes sino el afecto; imposible, porque mi amistad sobrepuja a tus favores y porque no necesito los beneficios para quererte... Si esto tuviese en mí alguna influencia, me considerarias bastante sincera, y bastante justa, y bastante agradecida y digna? Creo que no, y tendrias razon... Te quiero únicamente por lo que eres, sin pensar en nada... Te quiero únicamente por tus méritos y virtudes, sin acordarme de tus favores, o si los recuerdo, influyen mas sobre mi cariño que sobre mi gratitud, porque esto último depende de causas independientes a tus grandes favores.

"Dime, Luisa, ¿cómo está la señora doña Juana? Se encuentra mejor en el campo? Hai esperanzas de un pronto y radical alivio? La salud de la señora me interesa sobremanera, porque es tu madre y porque es mi bienhechora, sin contar que su restablecimiento pronto me haria verte mas luego, y verte es para mí la mayor dicha de este mundo.

"¿Te haré alguna recomendacion sobre mi hermano? ¿Por qué no, cuando él es tan bueno y tan amante con nosotros? No lo trates con esa indiferencia glacial, con esa superioridad absoluta que ejercen frecuentemente las personas de tu rango. Piensa que tiene él, lo mismo que yo, una naturaleza afectuosa y sensible, y no lo hieras, mi querida Luisa: esta súplica te la hago por nuestra amistad ya que no puedo enumerar mis méritos.

"Si algun influjo tengo, si te he merecido algun cariño, si me aprecias en algo, hazme el favor de hacer que todo redunde en bien de mi hermano: esto será el complemento de todo cuanto te debo.

"Adios, mi querida Luisa: mis padres y yo te deseamos toda felicidad, lo mismo que el pronto restablecimiento de la señora.

"Tu invariable amiga

"MERCEDES."

La carta que dirijia su hermana a Enrique, solo contenia estas pocas líneas:

"*Santiago, noviembre* 3 *de* 1850.

"Mi querido hermano:

"Comprendo tu exaltacion, pero no la apruebo.

"Piensa la diferencia que existe entre ambos, diferencia que tú mismo reconoces, y aprende a ser prudente...

"La elevacion de tus sentimientos me agrada, pero la fuerza de tus pasiones me entristece.

"Todos quedamos buenos, pero yo tengo cierta tímida desconfianza que me desazona.

"Perdona mi pusilanimidad, sin olvidar que debes ser siempre humilde y virtuoso.

"No te alarmes de mis amonestaciones, pues ellas provienen del afecto, y aun cuando las creo innecesarias, lo que me gustaria mucho, tómalas como la sincera espresion del afecto de tu hermana

"MERCEDES."

La correria al leon.

I.

Para la correria al leon habian sido convidados todos los inquilinos; asi es que muchos llegaron a las casas de la hacienda desde el dia sábado y otros en la noche y en la mañana del domingo; de manera que los corredores y el inmenso patio parecian un verdadero campamento. Multitud de hombres de a caballo y de perros se veia por todas partes y en todas direcciones mucho antes que alumbrase la luz del dia, cruzándose las conversaciones, los dichos, las risas, las burlas, y confundiéndose todo en una algazara jeneral que demostraba el contento en cada cual, pues no habia uno que no estuviese alegre y que no se prometiese el triunfo, halagado por la remuneracion y por el divertimiento.

Como hemos dicho, todavia no era de dia cuando el mayordomo de patio llamó a aquella multitud para repartir a los hombres un gran pan, un buen pedazo de queso y una pequeña racion de aguardiente.

Enrique, como los demas, ya estaba tambien de pié, y solo esperaban todos que apareciese la señorita Luisa para dirijirse hácia la correria.

Algunos inquilinos habian dicho al administrador el lugar en que con mayor frecuencia se veia aparecer el leon, lo que se reconocia por los estragos hechos en el ganado en aquellos alrededores; así es que el administrador, no solo por el rango que ejercia, sino por el conocimiento perfecto

de los lugares, estaba en el deber de dirijir la multitud al punto en que hubiesen mayores probabilidades de buen éxito.

El traje de Enrique era sencillo, elegante y propio para el objeto. Llevaba el jóven un pantalon ajustado color plomo, que se perdia en unas largas botas que le llegaban hasta la rodilla. Una especie de frac corto de paño negro con profundos bolsillos y botones grandes de concha de perla, cerrado hasta el cuello, apenas dejaba ver las puntas redondas de su largo chaleco, del mismo color del pantalon. Una corbata encarnada, de un solo lazo y neglijentemente puesta tenia al derredor del cuello. El saco de caza, los polvorines terciados al pecho y apoyado en la escopeta, aguardaba la salida de Luisa para emprender la marcha, y talvez lisonjeado por la esperanza de alzarla sobre el caballo.

Al fin se dejó ver Luisa en traje de amazona, cubierta la cabeza con un sombrero en que se veia una pluma blanca, y acompañada de su madre, que le recomendaba la prudencia, y del solitario, que le decia con cierto aire de satisfaccion al verla tan hermosa, lo mismo que la señora, pero con distinto sentido.

Luisa estaba interesantísima. Su esbelto talle, realzado por el traje de amazona, que tanto sienta a las niñas, se dibujaba perfectamente, dejando ver los delicados contornos de encantadoras formas. Sus pequeñas y afiladas manos, oprimidas por unos guantes color paja, tenian: la una un pequeño ridículo y la otra una fina huasca.

La multitud prorrumpió al verla en un ¡viva! unánime.

El corazon de Enrique latia con violencia.

—Vamos, mi amigo, dijo el anciano al verlo; acércate para alzar a Luisa.

No se esperaba a esto, aun cuando lo habia pensado y lo deseaba ardientemente; pero el solitario, comprendiendo el placer que le daria, se habia propuesto de antemano llamarlo, sin dar lugar al administrador a que prestase a Lui-

sa este servicio, que él mismo tambien podria haber desempeñado.

Enrique, dejando su escopeta y quitándose el sombrero, saludó profundamente a la señora y se dispuso de modo que Luisa se apoyase en él; pero ésta apenas tocó con el pié la mano del jóven, alzándose casi por sí misma con una ajilidad y destreza sorprendentes.

—Vuelvo a recomendarte la prudencia, le dijo doña Juana a la niña.

—No tenga el menor cuidado, mamita, respondió ésta, pues sabe que estoi acostumbrada a montar a caballo y a correr; por otra parte, el animal es mui manso.

—Es una paloma, observó don Pedro Murna.

—Con todo, continuó la señora, exijo que usted, don Pedro, y usted, don Enrique, no se separen por nada del lado de ella.

—Así lo haremos, señorita, contestó el administrador.

—Y si quieren ir a descansar a mi casa, allá me encontrarán, añadió el solitario.

—Ojalá tengamos tiempo de ver todas sus curiosidades, replicó Luisa; pero con la promesa terminante de dejarnos volver, porque no queremos ir a poblar su encantamiento, por mas feliz que allí se viva!

Algunos de los huasos mas vecinos se miraron a la cara los unos a los otros, como diciendo: ¿no ves que es cierto lo del viejo brujo?

—Si es preciso dar mi palabra, la comprometo desde luego.

—Entonces está bien; y Luisa, volviendo su caballo, fué a dar la mano a su madre y al solitario, no sin recibir nuevas recomendaciones de ambos.

El administrador hizo abrir la jente para que pasara Luisa, la que lanzó su caballo, siguiéndola inmediatamente don Pedro, Enrique y un hermoso perro del primero, que se llamaba Leal y que siempre lo acompañaba por todas partes.

Dada la señal de partida, la multitud se desbandó, levantando una nube de polvo y haciendo un ruido infernal con las voces de los hombres, el relincho de los caballos y los ahullidos de los perros.

II.

Llegados a la montaña y a lo mas espeso del bosque, el administrador dispersó la jente en diferentes direcciones, como para rodear al leon y que no pudiera escaparse.

No tardó mucho rato, por el modo particular de gritar de los perros, en conocerse que seguian la pista, y algunos roncos bramidos, como la manera de parar las orejas los caballos, anunciaba que la fiera no estaba distante.

Enrique habia creido prudente cargar a bala su escopeta, por lo que podia suceder, pues no sabia manejar el lazo ni tenia perros como los demas inquilinos.

Luisa estaba animada con aquella escena, que nunca habia presenciado, siendo el peligro mismo un incentivo de placer.

Enrique contemplaba atónito el raro contraste de la debilidad y la enerjía.

El ladrido de los perros parecia acercarse cada vez mas del lugar en que estaban Luisa, el administrador y Enrique, cuando Leal comenzó tambien a ladrar con fuerza y los caballos a encabritarse, tratando de huir.

—Vámonos de aquí, dijo el administrador, pues parece que el leon se acerca de este lado, y estamos solos.

—Quedémonos, don Pedro, respondió Luisa con tono casi suplicante, porque de lo contrario perderíamos lo mejor.

—Pero es que acosado el leon, puede atacarnos.

—Los perros y la jente no dilatarán en llegar.

Acababa Luisa de decir estas palabras, cuando se presentó a corta distancia un hermoso leon de ojos encendidos y amenazadores.

Los caballos, obedeciendo al instinto, dieron vuelta y se lanzaron a toda carrera en un sentido opuesto, sin que fuera posible detenerlos.

—Qué lástima! dijo Luisa cuando hubo conseguido retener a su brioso corcel. ¡Qué lástima que se nos haya escapado el leon! Si la jente hubiera estado de este lado, es indudable que hubiéramos hecho prisionero a ese gran monarca.

—De veras que es una pérdida, repuso Enrique. ¡Qué lindo animal! yo no lo habia visto sino en pintura.

—¡Y decir que los leones de Africa son mas grandes! Cuánto mas hermosos deben ser entonces!

—Pero este es uno de los mayores que he visto en la hacienda desde que tengo uso de razon, repuso el administrador.

—¡Y perderlo! esclamó Luisa.

—Puede ser que mas tarde le demos caza.

—Bien difícil será, dijo Enrique, una vez que se ha escapado.

—Sin embargo, el bosque está rodeado de jente y nunca el leon se arriesgará a atravesar la llanura, porque entonces estaria perdido, y esto lo conoce él por su instinto.

—Estoi algo fatigada y tengo mucha sed, dijo Luisa; y dirijiéndose al administrador le preguntó: ¿no habria por aquí algun lugar donde corriese algun arroyo y poder descansar?

—Entremos en el bosque, contestó éste; no lejos de aquí hai un sitio sombrio donde se puede reposar un momento y ponerse a cubierto del sol. Yo traigo tambien algunas provisiones que nos pueden servir.

Conducidos por don Pedro Murna, se internaron en la montaña, encontrándose en breve en un pequeño pero sombrio desplayado, donde el follaje de los robles hacia impenetrables los rayos del sol.

Luisa se dejó caer fatigada sobre la alfombra de aquel

pastito raquítico, que no crecia por falta de calor y de luz.

Don Pedro y Enrique se bajaron tambien de sus caballos, sacando el primero algunos pellones de la montura, que estendió en forma de cama y que ofreció a Luisa, la que, sin gran ceremonia, se sentó en ellos, convidando a tomar parte a sus dos acompañantes y al grande e intelijente perro Leal, que no los habia abandonado un solo instante.

El administrador depositó en seguida en el suelo sus enormes alforjas, que contenian dos gallinas fiambres, un pedazo de jamon y otro de queso, algunos huevos duros, varios panes y cuatro botellas de vino.

—Don Pedro, dijo Luisa admirada y contenta, porque no dejaba de sentir algun apetito; usted ha traido provisiones para un rejimiento y como si hubiéramos de permanecer aquí sitiados por el leon, que es nuestro único enemigo.

—No lo estrañe usted, señorita, yo estoi acostumbrado a estas correrias, pues ha habido veces que hemos permanecido algunos dias en el monte sin tener que comer.

—En todo caso, le contestó Luisa riéndose, usted no es prudente, pues saca en un solo momento todas sus provisiones.

—No lo crea usted, señorita, porque me queda el charqui, que es lo mas sustancial.

—¿Con que traia usted tambien charqui?

—Indudablemente: el hombre prevenido nunca fué vencido, dice el adajio.

—¿Piensa usted que estaremos en el campo por mas tiempo que hoi?

—No usted, señorita, pero sí los inquilinos, porque si no se encuentra el leon hoi, tendrán que continuar buscándolo mañana y pasado y no se retirarán hasta que no hayan hecho su presa.

—¿Y ellos traen sus provisiones?

—Cada uno lleva consigo las suyas y a la hora de la co-

mida se juntan, lo que creo que hacen en este momento, porque no oigo mucha bulla.

—Yo tambien deseara quedarme, repuso Luisa; debe ser mui divertido y mui pintoresco pasar una noche bajo los árboles y con los temores de un asalto del enemigo.

—Talvez tiene esto sus encantos, contestó Enrique, y a mí me agradaria lo mismo, pero la señora no podria dormir de inquietud.

—Es verdad, mi mamita sufriria y le haria mal.

—¿Querria usted tomar algo, señorita? dijo el administrador, sacando de la cintura un hermoso y afilado puñal, con el que trinchó con la mayor destreza una de las aves, que estendió en el mismo papel en que venian envueltas.

Luisa por toda respuesta se quitó los guantes y tomó una de las presas sin la menor ceremonia.

Enrique y el administrador imitaron su ejemplo, apartándose, sin embargo, un poco por deferencia a ella.

—¿Trae usted servilletas, don Pedro, con que limpiarme las manos?

—Sí, señorita.

Y el previsor administrador sacó un paño limpio de sus inmensas alforjas.

—¡Usted es bien previsor!

—La costumbre de andar en el campo nos hace serlo.

—Deme usted ahora un poco de vino con agua.

Volvió don Pedro a rejistrar en sus alforjas y sacó un vaso de cuerno; pero Enrique, que llevaba una de esas botellitas que contienen un vaso de metal, se apresuró a ofrecerselo, preguntándole a Luisa si no preferiria un poco de coñac con agua.

—Es demasiado fuerte, dijo la niña; prefiero el vino.

—El jóven se levantó en el acto, limpió el vaso en un débil arroyito que se sentia a poca distancia y lo trajo medio de agua para que don Pedro lo mezclase con vino:

Luisa, que tenia sed y que por cortedad no habia pedido agua hasta entonces, se lo tomó todo.

Los dos caballeros hicieron otro tanto, pero sin tomarse el trabajo de ir hasta el arroyo, porque saciaron su sed con vino puro.

Despues de beber continuaron atacando el ave y el jamon, participando Leal de los suculentos despojos que le arrojaban en abundancia, pudiendo mui bien considerarse él como el principal convidado de aquel festin, pues conseguia la mayor parte.

III.

Habian recientemente tirado el cuerpo del ave al intelijente perro, o lo que los franceses llaman la *carcasse*, cuando sin tomarla en el hocico, levantó sus narices, sentándose en sus dos patas traseras, engrifando la piel y las orejas y dirijiendo a la vez su vista en todas direcciones.

—Es raro, dijo el administrador, viendo la actitud del perro; Leal no come y está observando: ¿si habrá sentido algun ruido?

—El volido de algun ave le habrá llamado la atencion, respondió Enrique.

Leal, como dismintiendo al jóven, gruñó roncamente.

—Esto parece mas serio, dijo don Pedro parándose; yo conozco a mi perro.

Leal, como si hubiera entendido lo que decia su amo, imitó su movimiento y se paró sobre sus cuatro patas.

Los caballos pararon tambien sus orejas.

—Hai algo de estraordinario, repuso el administrador, pues los caballos se espantan; y tomó la brida del suyo, amarrándolo a un árbol y sacó una manea, que puso en sus patas delanteras.

Leal seguia gruñendo, sin hacer el menor caso a la comida que tenia bajo sus narices.

La vista del intelijente animal se dirijia a un solo punto, donde estaba mas espeso el bosque.

Enrique se puso tambien de pié, teniendo su escopeta en punto de montarla.

El perro hizo una especie de embestida, ladrando con fuerza.

Los caballos, cortando las riendas, huyeron, con escepcion del de don Pedro, que, por las maneas, saltaba sin poder seguir a sus compañeros en la carrera que habian emprendido.

En ese momento apareció a corta distancia el mismo leon que habian visto poco antes y que se dirijia al lugar en que estaban, con un majestuoso desprecio, no importándole nada sin duda los insignificantes gruñidos de un solo alano.

Enrique miró a Luisa: ésta estaba pálida, pero al parecer serena... Una sonrisa de satisfaccion vagó por los labios del jóven, talvez al pensar que iba a ser devorado en presencia de la mujer que amaba, pues parecia resuelto a no dejar pasar la fiera sino sobre su cadáver, por cuya razon, sin abandonar el puesto, se inclinó un poco y tomó el puñal que estaba en el suelo.

Leal ladraba y embestia, pero sin atreverse a ir mas allá del círculo en que se encontraban sus amos.

El leon se dejó ver en toda su majestad, sentándose sobre sus dos patas traseras, moviendo la cola y despidiendo chispas eléctricas de sus ojos, para fascinar a su presa y lanzarse sobre ella.

Enrique levantó el cañon de su escopeta, montó el gatillo, la afirmó al hombro, visó un instante y partió el tiro.

El humo impidió ver por un momento; pero disipado éste, distinguieron al leon caido y en movimientos convulsivos; la bala habia ido medio a medio de sus ojos, entrando por el cerebro.

Un grito de victoria de Luisa se hizo oir; pero Leal no respondió a ese entusiasmo, sino que continuaba ladrando,

sin atreverse a avanzar todavia, a pesar de ver a su adversario muerto.

El perro tenia razon, pues a corta distancia apercibia la hembra, que no tardó mucho en dejarse ver.

Enrique se habia adelantado, creyendo completo el triunfo; pero al notar el nuevo enemigo, se paró, armando su segundo tiro, apuntando y disparándolo.

En esta ocasion no fué tan afortunado como en la anterior, pues sin perder su bala, no hirió de muerte al animal como en la vez primera, sino que le tocó únicamente en uno de sus costados, pues la fiera se encaminó en la misma direccion, rujiendo espantosamente, aun cuando la veia cojear.

El jóven tiró a un lado su escopeta, completamente inútil, pues no tenia tiempo de volverla a cargar, y se quedó en el mismo puesto con el puñal en la mano.

La mirada de Enrique tendria algo de fosforescente, algo de magnético, porque la leona (pues era la hembra del cadáver que yacia a pocos pasos de ella) se quedó parada contemplándolo.

El perro no se atrevia a avanzar, sin embargo que ladraba con violencia, pero embistiendo solo hasta el punto en que se encontraba Enrique.

Este, llevado de esa fascinacion que los hombres valientes esperimentan en vista del peligro, dió algunos pasos hácia la fiera, la que se lanzó tambien sobre él de un salto.

Los movimientos fueron tan rápidos, que no se vió nada al principio; pero Enrique, presentando el brazo izquierdo a la boca de la leona, y abrazándose con ella, habia sepultado por dos veces el agudo puñal en el vientre de su adversario, cayendo a un mismo tiempo tres cuerpos que no hacian mas que uno solo, porque Leal, en el mismo momento que Enrique la acometia y que la fiera se lanzaba en su contra, se habia apoderado de la garganta, sacudiéndola y clavándole sus terribles colmillos.

La leona era cadáver, pero habia arrastrado en su caida a Enrique, desgarrándole el pecho con sus uñas y fracturándole el brazo con sus colmillos, el cual permanecia aun entre las dos poderosas mandíbulas de la fiera, que, ni despues de muerta, habia soltado su presa.

Enrique levantó la cabeza en el mismo momento en que Luisa corria despavorida hácia él.

—¿Estás vivo, Enrique? qué tienes? te hallas herido? le preguntó la jóven simultáneamente, no reparando, en su turbacion, que lo hablaba con impropia familiaridad.

Enrique la miró un momento... Una sonrisa de inefable satisfaccion vagó por sus labios, y luego añadió como si hablara consigo mismo: "La dicha me mata... Soi el hombre mas feliz de este mundo... Muero contento..." y su cabeza se inclinó desfallecida, sea por efecto de la emocion, del dolor o de la sangre, que salia en abundancia de su destrozado pecho.

Luisa, llena de una angustia infinita, que se revelaba por la palidez mortal de su hermoso rostro, se inclinó hácia él para sostenerlo, colocando la cabeza del jóven sobre sus rodillas...

IV.

Todo esto sucedia en menos tiempo que el que nosotros empleamos para describirlo.

Aquel grupo que formaba Enrique desmayado y con un brazo todavia entre los dientes de la leona, que, bañada en su sangre humeante, yacia a su lado, confundiéndose con la sangre del jóven; y aquella pálida y hermosa niña que lo sostenia, y hasta el grande alano que se encarnizaba contra la fiera, todo esto formaba el cuadro mas horrible, mas espantoso y mas interesante.

¿Qué se habia hecho inter tanto don Pedro Murna? Vamos a decirlo: tan luego como divisó al leon, no pensó sino en salvarse, y llevado por el instinto de la conservacion,

que en un peligro inminente nos impide reflexionar, se subió al primer árbol, creyéndose allí a salvo, y desde donde pudo contemplar, no sin ansiedad, aquella lucha de unos instantes.

Vuelto en sí del pánico que sin pensar se habia apoderado de él, bajóse del árbol; y avergonzado de su fuga, la que no estuvo en su mano evitar, dirijióse al grupo con un semblante consternado.

Luisa, sin fijarse en nada, pues ni aun sabia lo que se habia hecho don Pedro en aquellos momentos, le dijo:

—Tráigame usted un poco de agua.

El administrador corrió al arroyuelo y trajo en el acto lo que le pedian.

—Sosténgale la cabeza, repitió Luisa.

Hecho lo cual, introdujo Luisa en los labios del jóven un poco de agua, rociándole a la vez el rostro.

Enrique abrió los ojos, miró a su alrededor, vió a Luisa y esclamó: "Gracias, señorita, gracias!..."

—¿Se siente usted malo?

—Al contrario, señorita, nunca he estado mejor...

Pronunciando estas palabras con una entonacion de voz tan tierna, tan afectuosa, tan apasionada, que revelaba la inmensa dicha interior de que gozaba su alma...

Pero ese *nunca he estado mejor* que acababa de decir, y cuyo significado solo Luisa comprendió, por esas revelaciones misteriosas que tiene el amor, lo desmentia su semblante, pues apenas habia pronunciado aquellas pocas palabras, cuando se desmayó de nuevo.

Luisa, alarmada, pero sin perder su presencia de espíritu, dijo a don Pedro:

—¿Están mui lejos las casas del solitario?

—Habrá una legua, señorita.

—Vaya usted volando, dígale lo que ha sucedido y que venga en el acto; él es mui buen médico. No se olvide tampoco de llamar la jente que encuentre.

El caballo del administrador, que no habia podido romper la manea, estaba a poca distancia y pudo montarlo, lanzándose con la velocidad del viento.

Luisa quedóse sola con Enrique, en cuyo hermoso e inanimado rostro pintábase como una sonrisa de satisfaccion.

La sangre continuaba saliendo de sus heridas, sin tener posibilidad ni medios de estancarla: solo pudo separar el brazo de las mandíbulas de la leona...

El perro mismo la habia abandonado, pues al ver partir a su amo se fué tras de él.

Luisa tenia apoyada en sus rodillas la cabeza de Enrique, sin poder apartar su vista de las facciones del jóven... La angustia que sentia era inmensa... Sus lágrimas principiaron silenciosas a correr en abundancia, cayendo ardientes sobre las frias mejillas de Enrique, sin llegar a reanimarlo...

¡Fatal desmayo que le hacia perder aquel néctar que habrian con gusto saboreado los ánjeles!

Luisa continuaba absorta... La soledad, el peligro, la sangre, la fiera que tenia a su lado, la ténue respiracion del jóven, cuya vida parecia apagarse, todo, todo contribuia a exaltar su espíritu... La hermosa cabeza de Enrique, que reposaba en esas faldas, que jamas habian sostenido a otro hombre, ejercia sobre Luisa una atraccion misteriosa e irresistible, llena a la vez de amargura y de delicia, de temor y de esperanza, de angustia y de felicidad... Un fuego estraño se habia apoderado de ella: su cuerpo temblaba, sus ojos, fijos en el moribundo, hacian como doblegar la cabeza hácia el rostro de Enrique... hasta que inclinándose mas y sin poderse contener, imprimió sus labios de rosa en los frios y descoloridos del jóven... y como asustada de lo que acababa de hacer, los retiró en el acto, levantando su mirada hácia el cielo, sin duda para implorar perdon...

Nos parece que Dios mismo debió gozarse de aquel primer beso tan puro y virjinal y que tan inmediato estaba de las lágrimas...

La desesperacion, asi como el amor de la jóven, crecia por instantes... Hubiera dado cien mil vidas por salvar la de Enrique... ¡Qué mujer no es capaz de este sacrificio, y qué mujer no habria amado en aquellos momentos! La compasion tiene sus misterios... misterios que las almas sensibles conocen y a que el pecho de la mujer jamas resiste.. porque ella parece haber sido formada para aliviar la desgracia con ese fondo inagotable de dulce piedad de que Dios la ha dotado...

Un rayo de alegria brilló en la fisonomia de la jóven... se le habia ocurrido una idea feliz, aun cuando estaba incierta del éxito... Hacia poco que Enrique la habia ofrecido coñac; era por consiguiente indudable que tenia en un frasquito de cuero que colgaba de su cuello como uno de los arreos del cazador...

¡Si esto pudiese reanimarlo! Si este licor lo volviese a la vida!... Y Luisa, tomando el frasco, vació una pequeña cantidad en el vaso de metal adherido a él y del que poco antes se habia servido ella misma... Cuando hubo colocado convenientemente la cabeza de Enrique, puso en sus labios entreabiertos el contenido..—Pocos momentos despues exhaló un suspiro de su pecho oprimido, abrió los ojos y se incorporó un tanto, diciendo: "Creo que he dormido."

—Nó, señor, estaba usted desmayado, contestó la niña, no sin cierto rubor por la actitud en que se encontraban ambos, pero brillando en sus ojos la felicidad...

—¿Debo a usted entonces la vida, señorita?

—Le he dado a usted un poco de coñac... tome una gota mas y se recuperará.

Volvió Luisa a vaciar otra pequeña cantidad, que Enrique tomó sin decir palabra.

—Ah! ya recuerdo, esclamó al cabo de un instante... ¡los leones!

—¿Sufre usted mucho de sus heridas?

—Sufrir! no, señorita, me hacen gozar!.. y gozar como

nunca... porque me parece que jamas he sido tan feliz!...

—¡Pero usted tiene desgarrado el pecho, de donde vierte tanta sangre!

Enrique miró sus heridas, a la leona que estaba a su lado, y en seguida a Luisa, volviendo a caer desmayado al pronunciar esta sola palabra: "¡Qué dicha!"

La angustia de Luisa fué mayor al perder la esperanza que habia concebido, pues creia que habia vuelto en sí completamente; pero en ese instante sintió un tropel de caballos que se dirijian a aquel lugar, y pensó que seria el solitario... ya era tiempo.

Luisa al verlo le tendió los brazos, diciéndole: "Salvadlo, señor, salvadlo como os salvó su padre!..

El anciano se acercó sin responder palabra, pero con el semblante pálido y la mirada fija en Enrique, como si toda la vida de aquel hombre se hubiera reconcentrado solo en sus ojos.

El solitario, despues de un exámen rápido y de haberle tomado el pulso, sacó un frasquito del bolsillo, abrió los labios de Enrique, y dejó caer del contenido una sola gota... El jóven se estremeció, incorporándose.

—Vamos, hijo mio, le preguntó el anciano con un aire de satisfaccion al ver el brusco movimiento de Enrique; ¿cómo te sientes?

—Bueno, señor.

—¿Me conoces?

—Perfectamente.

—No hai cuidado, esclamó el solitario, dirijiéndose a Luisa; por lo que hace a la pérdida de la sangre, yo respondo... vamos a ver ahora las heridas.

Y sin la menor ceremonia y como si no tuviese el menor cuidado, desabrochó la ropa, examinó el pecho, en que se dejaban ver parte de las costillas interiores, volvió a cubrirlo, y mirando en torno suyo, hasta que distinguió a Torcuato, le hizo ciertas señales que nadie comprendió.

El muchacho, obedeciendo en el acto lo que le ordenaban, sacó un frasco del bolsillo, que contenia espíritu de vino; colocó un aparato, lo hizo arder, trajo agua y puso en infusion ciertas hojas que tenia en el bolsillo.

El misterio, la brevedad, la llama y el aparato eran para los campesinos que presenciaban, indudablemente una brujeria.

El solitario, inter tanto, habia ocupado el lugar de Luisa.

Torcuato, atento al cocimiento que le mandaron hacer, previno con señas al solitario que ya estaba preparado.

Este ordenó al deforme niño de traerle el agua, colocándolo de manera que sostuviera al enfermo; y quitándole la ropa se puso a lavarle las heridas. Concluida la operacion, le envolvió el pecho en ciertas hojas, fajándole la parte dañada.

—Cortad algunas ramas fuertes y arreglad vuestros ponchos de manera a hacer una cama en que podamos colocarlo para trasportarlo a casa, dijo el anciano al grupo de inquilinos, que miraban atónitos a los dos leones muertos y a Enrique casi exánime, que solo, sin ayuda de nadie, los habia libertado de aquella plaga.

Esta buena jente se puso en el acto a cortar con sus enormes machetes fuertes estacas, y sacándose sus mantas y pellones, pudieron en un momento acomodar una cama en que trasportar fácilmente y sin mucho sufrimiento al herido.

—Respondo de Enrique, dijo el solitario a Luisa, por lo que hace a sus heridas; pero temo la fiebre que se debe suceder; sin embargo, nada hai de alarmante.

Aquellas palabras del anciano consolaron en parte a Luisa, que desde su llegada se habia retirado, permaneciendo atenta a todo, pero silenciosa y triste.

Volvió el solitario a tomar el pulso a Enrique, vació algunas gotas en un poco de agua de otro pequeño frasco que llevaba consigo, y dándoselas a beber y ordenando que lo colocasen en la camilla, emprendieron la marcha.

V.

Luisa montó en el caballo del administrador, pues el suyo habia desaparecido, y siguió la comitiva. El solitario iba al lado de Enrique, tomándole de vez en cuando el pulso.

En menos de una hora, los robustos peones llegaron al cortijo del anciano, y éste hizo colocar a Enrique en una buena cama, despidiendo a los inquilinos, despues de haberles dado su recompensa, que ellos quisieron rehusar, pero que el solitario les obligó a aceptar, encargándoles que le trajesen intactos los cadáveres de los dos leones.

Dispersados los inquilinos, quedaron solos Luisa, el solitario, Torcuato y el administrador: pero como el sol declinaba ya considerablemente, el coronel Guzman dijo a la jóven, con acento paternal y que inspiraba confianza:

—Tu mamá, Luisa, puede estar inquieta. El estado de su salud necesita algunas contemplaciones, y especialmente es preciso evitarle todo disgusto, toda contrariedad y toda emocion violenta. Si no te viese llegar, sufriria; su inquietud no la dejaria dormir; pensaria que te habia sucedido alguna desgracia y le haria un mal inmenso: de consiguiente, es indispensable partir cuanto antes, y cuanto antes seria mejor, porque pueden llegar las nuevas de este suceso mui abultadas a oidos de ella y esperimentar una impresion violenta. Respecto a Enrique, puedo asegurar que las heridas no son de gravedad: el brazo no ha sido fracturado, le he hecho remedios eficaces, y si la fiebre se pronunciare, la combatiré... Vé ahora donde te llama el deber y déjame a mí los otros cuidados, obligándome a mandarte con Torcuato buenas nuevas mañana.

La niña, viendo la justicia del solitario, y no teniendo que replicar, le dijo con dolor "que estaba dispuesta a obedecerle"; y resolviéndose inmediatamente, ordenó a don Pedro le acomodase el caballo, mientras que él montaria otro

de los inquilinos; pero no tuvo valor para separarse sin ver últimamente a Enrique, y se acercó a su cama.

Unas gotas de sudor se notaban en la frente del jóven; sin embargo, su respiracion era fácil y su sueño tranquilo.

—Por lo que se demuestra, observó el solitario, nada tenemos que temer; ese sudor es un buen síntoma, esa respiracion anuncia el perfecto estado de sus órganos, y la fiebre, en caso que exista, no será intensa... Puedes retirarte tranquila, agregó, dirijiéndose a Luisa.

—No tendrá usted necesidad, señor, de mandarme avisar, contestó Luisa, porque yo estaré aquí mui temprano; y como si estas palabras hubiesen revelado parte de su pensamiento oculto, es decir, de su cariño, añadió, dirijiéndose a don Pedro: ¿qué cosa mas natural que interesarse vivamente por aquellos que nos han salvado la vida... y esta es la segunda vez, agregó, como si se hablase a sí misma, tratando de persuadirse.

—Así es, señorita, porque sin él habríamos sido devorados por aquellas dos fieras, respondió el administrador, que ni se le pasaba por la imajinacion que algun sentimiento distinto de la caridad y de la gratitud obrase sobre Luisa.

El anciano, empero, no se engañó con aquellas palabras, sino que desde el principio le pareció descubrir en Luisa una filantropia mas interesada que la que manifestaba.

Luisa y el administrador partieron, pero no sin recomendar al solitario el mayor esmero para con el enfermo.

El santo varon no hizo mas que sonreirse y agachar la cabeza en señal de que cumpliria con su encargo.

El herido.

I.

Tan luego como Luisa subió sobre el caballo, le dió todo el impulso de su carrera con direccion a las ca-as.

Doña Juana salió a recibirla; pero al verla desgreñada y con el vestido lleno de manchas, que parecian evidentemente de sangre, no pudo menos de preguntarle sorprendida: "¿qué es lo que te ha sucedido?"

—Nada y mucho, mamita, pero yo estoi buena, sana y salva como usted me ve, y no tiene motivo porque alarmarse.

—¿Pero qué ha pasado, niña?

—Don Pedro se lo comunicará, mamita, porque yo vengo mui fatigada.

Y para demostrar la realidad de lo que decia, se echó en un sofá.

—Cuénteme, don Pedro, lo que ha sucedido, dijo doña Juana, tranquilizada ya con la presencia de su hija, pero llena de curiosidad.

—Señorita, sin el arrojo de don Enrique, no habíamos talvez tenido el gusto de verla ahora.

—¡Cómo! Enrique se ha espuesto otra vez! Ha sufrido alguna desgracia? No viene con ustedes?

—Es verdad, señorita, no viene con nosotros, porque se encuentra enfermo; pero el señor hermitaño ha dicho que no era nada y que pronto estaria mejor.

—¿Pero qué ha pasado? Vamos, contésteme usted pronto.

El administrador refirió entonces a doña Juana el accidente con todos sus puntos y señales, sin olvidar su miedo y el lugar en que se habia colocado y desde donde pudo presenciar perfectamente la escena.

—Qué jóven! qué jóven tan valiente! esclamó doña Juana con entusiasmo: dos veces le debo ya la vida de mi hija.

Despues de referir el suceso, pasó don Pedro a los incidentes, no cansándose en decir alabanzas de Enrique; pero lo que no me admira menos, añadió, es el valor de la señorita Luisa.

—¿Qué ha hecho mi hija?

—La señorita no se movió durante todo el combate, y aun apenas habia caido la fiera hecha un ovillo, con el arquitecto y mi pobre Leal, que ella se levantó sin temor hasta donde estaban los leones, que verdaderamente daban horror y miedo.

—Imprudente! esclamó doña Juana, en tono de reconvencion, dirijiéndose a Luisa.

—Pero afortunadamente el animal estaba muerto, porque mi mismo puñal se lo metió don Enrique hasta la cacha por dos veces seguidas, con tal fuerza, que habria traspasado, no digo un leon, sino hasta una ballena.

Luisa continuaba silenciosa y con sus ojos cerrados, como si viviese en otro mundo, aun cuando escuchaba con avidez cuanto decia el administrador; pero esto mismo servia para trasportarla a aquellos parajes, a aquellos instantes en que poco tiempo hacia sostuviera la cabeza de un moribundo que se habia sacrificado por defenderla!... y en seguida fijábase su pensamiento en la morada del solitario, donde se hallaba a merced de sus cuidados paternales, es verdad, pero de los que ella no participaba!...

No tardaron mucho en principiar a llegar algunos inquilinos que hacian diversos comentarios del lance, aumentándolo y desfigurándolo a su antojo, en cuyas narraciones no entraban por poco los encantos del brujo, es decir, las re-

domas con agua que ardia, el elixir de la vida que llevaba en su frasquito y que habia resucitado al arquitecto, y los polvos y ungüentos que le habia esparcido por el pecho, curando las heridas en el acto sin que quedase la menor señal, y mil otras brujerias que no se podian esplicar y que solo Dios o el diablo eran capaces de entender; porque en el concepto de nuestros campesinos, el diablo es mas o menos como Dios y muchas veces mejor amigo, pues socorre con mas eficacia a sus adeptos, haciendo mas frecuentes y provechosos milagros.

Doña Juana hizo llamar a algunos de los inquilinos para que le refiriesen tambien lo sucedido, riéndose mucho de sus distintas y estrafalarias versiones, particularmente de aquello del agua ardiendo, del elixir de la vida y de los ungüentos y polvos de la madre Celestina, de cuyos tesoros era poseedor su amigo el coronel don Toribio de Guzman.

II.

Las emociones de aquel dia, la necesidad que tenia de estar sola para entregarse libre a sus pensamientos y la fatiga misma corporal hicieron a Luisa retirarse mas temprano que de costumbre, no sin haber solicitado de su mamá que fueran al dia siguiente al cerco del solitario para visitar al enfermo, y habiéndolo conseguido, dijo a don Pedro de prevenir al cochero que tuviese listo el carruaje para despues de almuerzo.

Aquella noche fué para nuestra aristocrática beldad una noche de fiebre. Ella, que nunca habia esperimentado la impaciencia, encontraba las horas tan largas, que le parecian siglos, admirándose que el reloj corriese con tanta lentitud.

Su pensamiento, tranquilo siempre, estaba ahora lleno de sobresalto, sin poderlo separar del lecho de dolor en que reposaba Enrique. De vez en cuando le parecia oir los

ayes del sufrimiento, viéndolo en seguida desmayarse. En otras ocasiones miraba las manchas de sangre de su vestido, se quedaba contemplándolas largo rato, y despues se acercaba a ellas y las besaba...Tambien solia sentarse del mismo modo que cuando tuviera a Enrique exánime, y en seguida cerraba sus ojos y permanecia como en éstasis... Esta especie de delirio que da, aun en el completo uso de nuestras facultades, cuando estamos fuertemente impresionados, no abandonó a Luisa hasta que vino la luz del dia. Entonces principió a vestirse como para engañar al tiempo y que se acortase de algun modo hasta la hora de almuerzo: pero cualquiera que la hubiese visto habria notado en el acto que se componia con neglijencia y que sus ojos distraidos no se fijaban en el espejo sino con cierto pesar. Su semblante, como su espíritu, estaban abatidos; sin embargo, las últimas palabras del anciano, que se le habian quedado grabadas, la cambiaban por un momento, animándose entonces con el rayo vivificador de la esperanza.

El disco luminoso del sol aparecia al fin coronando la empinada cumbre de los mas cercanos montes, y Luisa salió a los corredores para pasearse.

Don Pedro estaba ya a caballo, dando sus órdenes a la jente para que fueran a sus diferentes faenas, y los carpinteros, compañeros de Enrique, se disponian tambien a principiar su trabajo, marchando silenciosos como si echasen de menos la presencia de su jefe y amigo.

Luisa les llamó.

—Habeis sabido algo, les dijo, del estado de vuestro amigo?

—Nada, señorita, si no es lo que nos han contado los inquilinos que presenciaron el hecho.

—Nadie mas que don Pedro y yo lo hemos presenciado.

—Pero despues fueron muchos acompañando al solitario, y ellos nos dicen que este santo varon, a quien llaman el brujo, le curó sus heridas y lo hizo revivir.

—Es verdad, pero eso no quita que esté todavia en peligro.

—¡Cuánto lo sentiriamos! contestaron todos.

—¿Lo quereis mucho?

—Si usted supiera, señorita, lo bueno y lo intelijente que es, no se admiraria de que lo quisiéramos tanto.

—¿Lo conoceis desde mucho tiempo?

—Desde niño, señorita, y siempre ha sido lo mismo.

—¿Deseariais verlo?

—¡Cómo no!

—Pues bien, yo os doi permiso para que vayais a informaros de la salud de vuestro compañero, y haré que os proporcionen caballos a todos, porque el lugar está distante.

—Nosotros podemos ir a pié sin que usted se incomode.

—No me incomodo en nada, pues me basta ordenarlo; y si teneis buena nueva, podeis disponer de todo el dia.

—Gracias, señorita, pero no sabemos si esto le agradará a Enrique, porque nuestra obra es casi a trato y por tarea.

—¿No les da a ustedes su pago diario?

—Sí, señorita.

—¿De cuánto?

—De diez reales a cada uno.

—Pues bien: aquí teneis cinco pesos; yo pago el dia; id a informaros de vuestro amigo; y si no le agrada, decidle que yo lo he ordenado.

Los cuatro artesanos se retiraron, saludando respetuosamente a la hermosa jóven y diciendo que tendrian tambien tiempo para ir a ver el lugar en que Enrique habia muerto los dos leones.

Luisa llamó a don Pedro y le ordenó de entregarles cuatro caballos a los carpinteros.

Acababa de retirarse el administrador para dar cumplimiento al mandato de la jóven, cuando apareció en el patio un muchacho que corria con la rapidez del rayo. Tal era la

velocidad de su carrera, que Luisa no pudo conocerlo hasta que llegó donde ella. Era Torcuato.

Un grito de sorpresa se le escapó a Luisa, preguntándole con ansiedad: "¿Qué hai?"

El intelijente muchacho, comprendiendo lo que le decian y lo que aguardaban de él, se sonrió alegremente como para disipar en el acto toda inquietud, y en seguida le entregó una carta.

La fisonomía del pobre mudo habia dicho lo bastante, y Luisa recibió el papel con muestras de la mayor alegria.

El billete contenia estas solas palabras:

"Mi querida hija:

Nuestro enfermo está mejor, y respondo de su vida."

Luisa hizo entrar a Torcuato a sus habitaciones, y le interrogó como pudo sobre lo que habia pasado en la noche, respondiéndole éste en todo con gran satisfaccion de la jóven.

Despues escribió al solitario lo siguiente:

"Señor.

"Doi a usted las gracias... Mi mamita y yo le hacemos hoi una visita.. Suya.

Luisa."

Partió Torcuato con la misiva, contento con el cariño que le manifestara Luisa.

III.

El ánimo de la jóven se serenó, y su impaciencia desapareció con la certidumbre de la mejoria de Enrique, esperando a que su mamita se levantase para pedir el almuerzo.

La natural coqueteria de la mujer volvió a apoderarse de la jóven, y entró a su tocador para adornarse mejor que lo hiciera antes cuando no pensaba en otra cosa que en el enfermo; pero ahora que estaba segura de su vida, renacia el gusto por agradarse y agradar. ¿Sabia acaso ella si Enrique participaba del mismo sentimiento que la dominaba?

¿No era necesario despertarlo? Las palabras que habia pronunciado durante su desmayo, ¿decian acaso lo bastante? ¿No podian ser el resultado de la escitacion del combate o del delirio de la fiebre? Sus lánguidas y dulces miradas ¿no podian tener su oríjen en el desfallecimiento cercano a la muerte en que habia permanecido por tanto tiempo? Todo esto era probable; pero, sin embargo, Luisa, si bien no tenia la certidumbre, le parecia conocer de que era amada. ¿Qué es mas: la plenitud de la dicha o la vaguedad de la esperanza? Talvez la incertidumbre entre la una y la otra, que participa de la primera, acercándose mucho a la última; y esta era la hermosa situacion en que se encontraba Luisa, situacion llena de encantos pero salpicada de amarguras, situacion en la que quizá la miel domina al acibar, pero en la que tambien se apercibe un gusto desagradable que no permite gozar la dulzura de aquella en toda su plenitud.

Cuando se hubo levantado doña Juana, Luisa hizo servir el almuerzo lo mas pronto posible para tener tiempo de ir mas temprano.

Pero la niña se habia presentado en el dormitorio de su madre para ayudarla a vestirse; mas ella al verla, no pudo menos de decirle:

—¡Qué hermosa estás, Luisa!

—¡Y usted de buen humor, mamita!

—Nada de eso, hija mia, porque toda la noche he estado pensando en Enrique; ¡pero es que te veo tan seductora!...

—¿Ha pensado usted en él?

—¿Y por qué no?

—De veras; lo merece.

—Así es, hija mia, pues parece nuestra Providencia; ¿está el coche puesto para ir a hacerle una visita?

—Sí, mamita, solo se espera su almuerzo.

—Que me sirvan solamente una taza de té, Luisa, porque no tengo apetito y sí muchas ganas de verlo.

Luisa salió, trayendo ella misma la tetera de té y las tazas.

—¿Parece que te apresuras?

—Participo de los mismos deseos que usted.

—Pues luego vamos a satisfacerlos.

Y doña Juana, ayudada de Luisa, principió a vestirse.

Tan luego como hubo concluido y tomado su frugal desayuno, dijo a Luisa:

—Estoi lista, hija mia.

La jóven salió inmediatamente, mandando acercar el coche.

Las dos señoras partieron en compañia de Ceferina, a quien habiamos olvidado, pero que tambien habia venido con ellas, y que deseaba, como era natural, ver a Enrique, por el que tenia predileccion.

IV.

Al aproximarse a las casas del solitario, Luisa sentia una impresion que participaba del temor, de la esperanza, del afecto, del miedo y del pudor, y sentia que su corazon palpitaba con violencia, sacando, para disimular la turbacion, su linda cabeza fuera del coche.

—Allí está Torcuato, esclamó Luisa, viendo venir al sordo-mudo con su rapidez acostumbrada.

—Nos traerá alguna nueva, dijo doña Juana.

—Ya esta mañana nos participó que se encontraba mejor.

—Y entonces ¿a qué viene?

—A encontrarnos, sin duda.

El pobre muchacho se acercó al coche con señales de la mayor alegria.

Luisa lo acarició y lo quiso hacer subir; pero, en lugar de aceptar, se echó a correr adelante con su acostumbrada ajilidad.

Cuando llegó el coche, el anciano, avisado por Torcuato, las esperaba a la entrada.

Luisa quiso bajarse para hacer a pié el pequeño trayecto que habia que trascurrir hasta las habitaciones.

Doña Juana y Ceferina imitaron su ejemplo, y el solitario las condujo, hablándoles del enfermo, que se encontraba mejor, aunque débil.

—Me han dicho tantas cosas de este suceso, añadió doña Juana, que ya llega a lo maravilloso; en primer lugar, la muerte de dos leones, y en seguida la curacion de Enrique, que todos atribuyen a brujerias; ¿quién sabe si no hai tanta verdad en lo uno como en lo otro, es decir, que en el primer caso no exista tanta fábula como en el segundo, pues me han hablado de *aguas ardiendo, de elixir de la vida, de bálsamos maravillosos*, lo que me induciria a creer que los leones son tambien una *invencion poética* a no desmentirlo mi hija y don Pedro, que afirman ser reales y verdaderas fieras.

—Y tambien lo atestiguarán ellas mismas en persona, pues las tengo aquí.

—Entonces, si lo uno es cierto, tambien debe serlo lo otro.

—De lo primero nadie puede dudar, a no ser que desmienta lo que sus propios ojos pueden ver y afirmar; pero respecto a lo segundo, usted sabe las supersticiones que reinan y las apreciaciones que de mí hacen.

—¿Con que es verdad la muerte de los dos leones?

—¡Mamita! nunca habia dudado usted de mí!... dijo Luisa.

—No he dudado, pero me maravilla de tal manera la realidad, que estoi como atónita!...

—Y mas sorprendida se encontrará usted cuando vea, no solo los leones, sino las heridas de Enrique, dijo el anciano con calma imperturbable.

—¡Pobre Enrique! cuánto lo compadezco! qué desgracia hubiera sido su muerte! ¿y dónde están los leones?

—Ya llegamos... puede usted cerciorarse... véalos usted.

Y el solitario mostró a doña Juana dos enormes fieras que yacian tendidas en el corredor, pues aun no habia teni-

do tiempo de llevarlas a su laboratorio para embalsamarlas.

—¡Jesus! esclamó doña Juana; ¡qué animales tan enormes! Qué cabeza! qué garras, por Dios! ¿y cómo no lo han muerto de una sola manotada?

—Poco ha faltado, señora, replicó el anciano.

—Compadezco a este pobre Enrique, dijo doña Juana con ese sentimiento aristócrata que, sin destruir la benevolencia, es siempre algo protector.

—No solo es necesario compadecerlo, respondió el anciano con cierta gravedad, sino tambien es preciso agradecerlo; porque cuando uno se sacrifica por los otros, es indispensable que espere un poco mas de ellos.

—Me ha juzgado usted mal, amigo mio, repuso doña Juana, porque yo participo de ambos sentimientos.

—Indudablemente, replicó Luisa; mi mamita se habia esplicado mal, pero ella siente lo último tanto o mas que lo primero.

—Yo no he querido, hija mia, hacer un reproche, sino una observacion.

—Que no debia suponerle, señor Guzman, contestó doña Juana.

—Es que las palabras vertidas hablan mas alto que el pensamiento oculto; pero estoi dispuesto a pedir humildemente perdon.

—Confiado en que se lo han de acordar; con todo, espero que en otra ocasion no tenga en usted tanto imperio la palabra, y sobre todo la palabra que se espresa mal, mucho mas cuando de antemano se conoce el corazon.

—En verdad, señora, soi yo el único culpable.

—Aquí no hai culpables sino amigos.

—Y amigos tan sinceros como invariables; ¿quieren ustedes pasar a ver a Enrique?

—Con el mayor gusto.

V.

El jóven, prevenido de aquella visita, la esperaba con ánsia, viendo aparecer a las señoras con marcada satisfaccion.

Doña Juana se sentó a la cabecera de la cama y se informó con cariño de su estado. Luisa permanecia callada; pero en su semblante, en sus miradas, en las ondulaciones de su seno virjinal podian leerse los diferentes afectos que la dominaban: podia distinguirse la compasion, el cariño, la felicidad y el dolor...

—¿Sufre usted mucho? preguntó doña Juana al herido.

—No, señora.

—¿Tuvo usted mucho temor en presencia de los leones?

—Solo esperimenté la ansiedad de la lucha y el placer del triunfo que debe traer consigo el peligro; pues al ver a la primera fiera sentí alegria, pero a la segunda se cambió en furor.

—¿Y Luisa ¿qué hacia entonces?

—La señorita tiene el arrojo de una heroina, y mi admiracion solo puede compararse a mí gratitud, pues a ella debo la vida...

El orgullo materno estaba altamente lisonjeado, y la dulce satisfaccion de oir y de ver reconocida la superioridad de su hija, se dibujó claramente en el rostro de doña Juana.

—Pero es innegable, dijo Luisa, interviniendo en la conversacion, que sin el valor primero no hubiera existido el último, y sin salvarme usted de una muerte inevitable, no habria podido sostenerlo.

La sonoridad de aquella voz suave, afectuosa y llena de indefinible melodia, llegó hasta lo mas íntimo del alma de Enrique, bañando su corazon en raudales de alegria, ni mas ni menos que si un rocio bienhechor hubiera caido sobre una seca y abrasada planta. ¿Es por ventura otra cosa el hombre? Los momentos de felicidad de que goza,

¿no es el riego que viene a resfrescar por un instante la aridez de la vida, siendo ese instante, sin embargo, bastante para que la desesperacion, la miseria y el desengaño no nos aniquile?

Enrique se incorporó un poco, a pesar de la prescripcion del anciano, que le habia prevenido de no hacer el menor movimiento, y contestó:

—Me parece, y digo me parece, porque no tengo la suficiente esperiencia y los suficientes conocimientos para afirmarlo, que el valor del alma es superior al valor del cuerpo. Yo puedo haber tenido quizá la resistencia de la materia, pero usted ha tenido el coraje del espíritu; y entonces ¿a quién debe darse la victoria? ¿quién puede tener el triunfo sino es aquel que posee el verdadero valor?

¿Quién habia enseñado a este jóven, que apenas comenzaba la carrera de la vida y cuya instruccion y esperiencia eran tan limitadas, quién le enseñaba, decimos, ese conocimiento perfecto de lo que constituye el verdadero valor y el verdadero mérito? Pero es innegable que hai ciertas naturalezas que todo lo adivinan; y de no, ¿cómo esplicariamos la existencia y la sublimidad del jenio que se eleva a rejiones ignoradas, que presiente los hechos aun sin haberlos presenciado, que penetra en lo desconocido, que inventa lo que nunca ha visto, que adivina, en una palabra, pues no hai para él casi impresiones ocultas, aun cuando no las haya esperimentado?

Luisa no dejo de ruborizarse con aquella manera que habia tenido Enrique de calificar su presencia de ánimo, pues ella creia que era mui natural cuanto habia hecho, figurándose que si obrara de otro modo, tendria de qué avergonzarse ante sí misma y ante los demas; de manera que no daba la menor importancia a ese valor de que Enrique hacia elojios.

Por otra parte, ¿cómo haberlo dejado abandonado? ¿Habia algun mérito en esto? En su concepto, no; pues de lo

contrario se consideraria ella, no solo en el caso de no cumplir un deber, sino en el de haber cometido una falta, y asi contestó a Enrique:

—¿Qué juicio hubiera usted formado de mí si lo hubiese abandonado? El cumplimiento de una obligacion, y de una obligacion sagrada, puesto que se sacrificaba en defensa mia, ¿puede ser un mérito? puede considerarse como ur. virtud?

—Hijos mios, dijo doña Juana interviniendo, yo creo que el uno y el otro son dignos de elojio.

—Tiene usted razon, señora, agregó el anciano: ambos merecen una recompensa.

—¿Y qué haremos por ellos?

—La dueño de la hacienda promete a cada inquilino una vaca por el leon que mató, y Enrique, aun cuando no habita en el fundo, puede gozar del mismo beneficio.

—¿Qué dice usted? contestó doña Juana admirada; ¿esa miseria es acaso digna de su accion y digna de él?

—Yo estoi ya mas que recompensado, interrumpió Enrique: no hai nada en este mundo que pueda equivaler a lo que he recibido.

Luisa se ruborizó, pensando que talvez Enrique habia sentido el beso ardiente que imprimiera en sus labios; pero no se arrepintió, porque nada habia en su conciencia que le anunciara la sombra de una falta; sin embargo, ese temor, que talvez pudieramos traducir por una esperanza, se desvaneció cuando el jóven prosiguió diciendo:

—Si en realidad hai algun mérito en la accion que he hecho, ¿por qué pretender desvirtuarlo con una material recompensa? ¿Es poca cosa acaso la satisfaccion interior? Yo prefiero que me dejen con ella; prefiero guardarla intacta en el fondo de mi corazon; y me atrevo a suplicar, señora, continuó dirijiéndose a doña Juana, que no amortigüe usted mi regocijo con una dádiva. Ya usted ha hecho a Mercedes, mi hermana, grandes favores; permítame quedarme

con esta insignificante satisfaccion, sin que venga a borrarla su jenerosidad.

VI.

Esta delicadeza de Enrique agradó sobre manera a Luisa, porque comprendia y apreciaba ese jénero de elevacion, ese refinamiento de virtud, ese sibaritismo noble y delicado del alma, que quiere guardar intactos los recuerdos de una buena accion y que no exije de nadie la menor recompensa; que desearia hasta el olvido para quedarse solo con el perfume que, de vez en cuando, puede hacerle aspirar el incensario de la memoria, asi como para el criminal trae incesantemente las mefíticas miasmas del remordimiento...

Doña Juana, si bien apreciaba el desinteres del jóven, no comprendia bien todo lo que encerraba de espiritual; mas el solitario al oir la respuesta de Enrique miró a Luisa, como para observar si ella le daba todo su valor; pero Luisa, parándose de su asiento, del mismo modo que hiciera la cosa mas natural, pues hai para ciertas almas una esfera superior donde ellas solo viven y donde la jeneralidad jamas alcanza, se acercó al lecho del herido, y desprendiendo una rosa que llevaba en su peinado, dijo a Enrique:

—Esta flor la tenia ayer conmigo, la he conservado hoi como un recuerdo, aunque está ya un poco marchita, se la doi a usted como una recompensa...

—Bravo! esclamó el solitario, entusiasmado.

—Bravo! dijo doña Juana, que no veia en aquello sino una galanteria de niña, sin la menor consecuencia.

Pero Enrique estendió su mano, trémula por el placer, mientras que su rostro se encendia y sus ojos hacian ver el regocijo interior al tomarla de manos de Luisa, pronunciando al mismo tiempo estas solas palabras, palabras que llegaron al tímpano de Luisa como los sonidos mas armoniosos de una música celestial: "Señorita, la conservaré mientras

yo viva: ella será mi talisman y mi reliquia así como es mi recompensa."

Luisa se retiró conmovida. Habia leido en la animada fisonomia de Enrique un amor tan puro, tan ideal, tan intenso, que le parecieron sus sentimientos mui tibios comparados a los de él; pero no por eso dejó de abrirse su corazon a la dicha y a la esperanza, que es el mas hermoso cielo del hombre, el bálsamo que lo alivia y especialmente el Eden de los que aman.

Luisa volvió a sentarse, mientras que el anciano, al parecer rejuvenecido con el calor de la pasion que veia nacer en el pecho de esas dos criaturas tan dignas, tan puras, tan poéticas, sentíase ájil, jóven y ardiente, cual si se hubiese derretido con aquel divino calor la capa de hielo de la esperiencia y del desengaño que hacia tiempo pesaba sobre sus hombros.

Y en verdad, por mui estricto que uno sea, por mas helado que esté su corazon, ¿quién no ve disiparse los nubarrones de la desgracia y derretirse la nieve que cubre su pecho, cuando contempla los rayos vivificantes de ese sol de amor que todo lo anima, y cuando dos almas jóvenes, virtuosas, poéticas y apasionadas la una de la otra, llegan a encontrarse en la vida?

El solitario estaba complacido; para él no habia misterios, porque todo lo comprendia; pero, sin embargo, presentia obstáculos, y obstáculos insuperables en la imperturbable tranquilidad de la señora doña Juana, que ni siquiera se le pasaba por la imajinacion que esos dos jóvenes podian talvez llegar a amarse: tal era el respeto al rango y al fanatismo aristocrático que reinaba en ella, creyendo imposible, absurda, inaudita semejante union; porque si hubiese llegado una sola sombra de sospecha, no solo se habria indignado, sino que lo habria impedido con la mayor severidad y talvez con el mayor rigorismo, a pesar de su carácter bueno y bondadoso; pero a las preocupaciones, cuando

llegan a su apojeo por la educacion, por la práctica y por la enseñanza, no hai nada que les resista ni que se les oponga... Un aristócrata preferiria ver cien mil veces muerto el objeto de sus mas caras afecciones, y aun por estas mismas afecciones, antes que traspasase aquellas barreras hasta cuyo punto es dado llegar sin pasar jamas mas allá, y doña Juana tenia estas convicciones y era de ese temple. La idea solo de creer en la posibilidad de un enlace entre su hija y Enrique, la habria muerto, si hubiese sido posible concebirla; pues aun cuando apreciaba a Enrique, aun cuando lo creia bueno, virtuoso, intelijente, aun cuando no le negaba elevacion, aun cuando lo recibia con cierta familiaridad y lo trataba con cariño, no habria consentido nunca en una union en su concepto impropia, inverosímil, estrafalaria: este es el poder de las preocupaciones, ya sea en el espíritu de familia o de casta, ya en las ideas de fortuna o en los sentimientos relijiosos: en todas estas cosas se encuentran mas o menos arraigadas, mas o menos profundas, pero invencibles cuando llegan a cierto término.

Un noble ¿no prefiere unirse a otro noble, aun cuando no tenga mas patrimonio ni mas mérito, ni mas virtud que el apellido?

Un rico ¿no prefiere a otro rico, aun cuando no haya mas en su abono que algunas monedas?

Un católico ¿no prefiere a otro católico, aun cuando esté roido de vicios, pero con tal que tenga las mismas creencias?

Se nos dirá talvez que el mundo marcha y que cada dia esas preocupaciones se modifican y desaparecen; no lo negamos; pero tambien se nos concederá que existen, y que existen en abundancia, especialmente aquella que concierne a la riqueza, y que se encuentra ahora, mas que nunca, en todo su apojeo. La primera y la última tienden a desaparecer, no con la rapidez que deseáramos, pero en fin, se conoce que se estinguen; pero la otra se robustece cada dia

mas, y no sabemos decir, en verdad, cuál de todas es la mas perniciosa; porque si la primera y la última son el resultado de la ignorancia, la del medio lo es de un estúpido materialismo que nos hemos empeñado en denominar civilizacion, y que nos arrastra al desprecio de la nobleza y elevacion de los sentimientos, dando en cambio de la pérdida de nuestras facultades mas bellas, nuestros instintos mas groseros; y en lugar de los goces inefables de la virtud, los suculentos placeres del estómago, del alcohol y de la concupiscencia...

VII.

—¿Y qué tiempo permanecerá en cama? preguntó doña Juana al solitario, refiriéndose a Enrique.

—Por lo menos una semana; pero no podrá trabajar hasta dentro de quince dias.

—Por Dios! señor, dijo Enrique con angustia. ¡Qué retardo tan grande para el trabajo!

—Cómo ha de ser, hijo mio, repuso doña Juana: primero la salud y despues el trabajo, porque sin ella nada se hace.

—¿Qué dirá mi maestro?

—Nada; pues yo soi la dueño y yo estoi satisfecha.

—Sin embargo, señora, mi familia, que tanto me habia recomendado la pronta vuelta, principalmente mi pobre madre...

—Haremos de manera de aprovechar el tiempo, dijo el anciano.

—Gracias, señor; ¡pero cuál va a ser su inquietud viendo que no les escribo!

—Lo haré yo por usted, dijo Luisa, tanto mas cuanto que estoi obligada a contestarle a Mercedes.

—Tantos favores, señorita, ¿con qué los satisfaré?

—Con lo mismo que nosotros satisfacemos los suyos, que son siempre mayores.

Enrique miró a Luisa como si tratase de investigar el sentido oculto de aquellas palabras, que la niña habia dicho con encantadora sencillez, pensando en la gratitud; pero los enamorados tienen el talento de hallar siempre en las palabras la significacion que está en armonia coñ sus deseos.

En ese momento llegaron los carpinteros preguntando por Enrique y si podian verlo.

El solitario consultó al jóven, y éste le suplicó que los hiciera entrar, si esto no fuera causa de incomodidad para las señoras; y habiendo dicho ellas que de ninguna manera, el anciano salió y dijo a los cuatro artesanos de seguirlo, acompañándolos hasta el cuarto de Enrique.

Cuando lo vieron tendido en la cama casi sin movimiento, se enternecieron, porque lo querian en realidad.

—Ahora, compañeros, le dijo Enrique, despues de haber satisfecho a todas sus preguntas, tengo que suplicaros que trabajeis con el mismo empeño, al menos, mientras yo estoi privado de hacerlo.

—Trabajaremos el doble, respondieron todos, para tratar si es posible, de llenar tu falta.

—Os doi las gracias desde luego, amigos mios, y podeis estar seguros, ademas, que tendreis la remuneracion correspondiente.

—En este caso no hai interes. *Entre sastre y sastre no se pagan hechuras*, dijo uno de ellos, y todos fueron de la misma opinion.

—Pero talvez sea mucho el tiempo que tenga que estar sin ayudaros; pues el señor me ha prevenido que por lo menos estaré una semana en cama y otra de convalescencia.

—Aun cuando fuera un mes, aun cuando fuera todo el tiempo que dure el trabajo; nosotros nos creemos capaces de concluirlo, pues los planos están todos hechos.

—Os estoi mui agradecido, amigos mios.

—Con que así, no hai por qué apesadumbrarse, sino pensar en sanar pronto.

—Dios lo quiera.

Los cuatro artesanos se retiraron, y para no desmentir la promesa que habian hecho a Enrique, dieron solo una vuelta por el lugar del combate y se volvieron a las casas sin aprovechar del asueto que les habia concedido la señorita.

Doña Juana tambien pensó en retirarse, pero Luisa le suplicó de quedarse, pidiendo al anciano que le mostrase la gruta denominada del Leon, que tanta curiosidad tenia de ver.

—¡Pero habrá leones allí! esclamó doña Juana, asustada. Ni por un pienso, hija mia: ahora no estaria con nosotros Enrique para defendernos, y aun cuando estuviera, no me arriesgaria, porque tendria un miedo por sí solo capaz de matarme.

—No tenga usted el menor cuidado, señora, pues hace mucho tiempo que no aparecen por aquí.

—Sin embargo, si se les antojara ahora, todo puede suceder.

—Es imposible, pues ellos habitan las partes no frecuentadas por el hombre, y aquí hai un constante trabajo que basta para ahuyentarlos: ademas, nos acompañarán todos mis perros, y en compañia de ellos no puede haber ni sombras de temor.

—Si es así iremos.

—Yo les acompañaré, quedándose Torcuato al cuidado del herido.

El pequeño bosque, que comprendia el cerco del solitario, se hallaba, como ya sabemos, a corta distancia de las habitaciones de éste.

Doña Juana, y especialmente Luisa, hicieron el paseo mas agradable, quedándose sorprendidas a la vista de aquella gruta que tanto habia admirado a Enrique.

—En un dia feliz prometo acordarme de este lugar, dijo Luisa, para pasar algunas horas de satisfaccion, porque esto es hecho para alabar a Dios...

De vuelta se despidieron de Enrique, prometiéndole doña Juana venir diariamente, o por lo menos, mandar saber de él, si su salud no le permitia hacerlo.

El jóven estaba lleno de regocijo y de reconocimiento por tantas bondades, llegando a decir que les habia tomado un afecto particular a los leones, puesto que a ellos debia favores que nunca se habria atrevido a esperar.

Doña Juana se rió de la ocurrencia, diciéndole que Dios lo preservara de tal cariño, pues era un afecto mui peligroso.

Sin embargo, esto era lo que esperimentaba el jóven, porque bendecia aquel encuentro y las heridas que recibiera; encuentro y heridas que eran la causa de su felicidad, pues sin esto nunca habria llegado a obtener tan dulces miradas, a sentir tan profundos afectos y a recibir aquella flor que no habria cambiado por la posesion de un imperio.

Prodijios del amor.

I.

El anciano no descubria al jóven sus observaciones, porque temia alimentar esperanzas que no se realizarian jamas, atendiendo a las ideas de doña Juana, ideas que era inútil combatir, porque era imposible destruir.

El noble y jeneroso anciano sentia este impedimento, tal vez mas que si se tratase de su propio hijo, y hubiera dado con gusto cuanto tenia de vida, ya que no poseia otra cosa, por haber trasmitido su nombre al jóven obrero. ¿De qué podia servirle un apellido ilustre y altamente aristocrático? De nada; mientras que para Enrique hubiera sido su fortuna, y lo que es mas que esto, su felicidad y la felicidad de Luisa; pues el solitario presentia que este cariño seria inestinguible y no se borraria jamas, por mas en oposicion que se encontrase con los usos y costumbres de la sociedad; porque no hai nada comparable a los lazos formados por la naturaleza, y tanto mas fuertes cuanto mas en armonia se hallaban aquellos dos seres y cuanto mas privilejiados eran; pues es justamente en esas naturalezas escepcionales donde el amor se ceba con mas fuerza, echando raices que nada en la vida es capaz de arrancar.

Sabemos que ahora no se sienten esas grandes pasiones, porque nuestras almas apocadas son incapaces de concebir algo de elevado, de noble. Todas nuestras aspiraciones, circunscritas al interes, no van mas allá de los goces de la va-

nidad y del confortable, no haciendo consistir el amor sino en la satisfaccion de los sentidos: así es como el hombre, materializándose, ha llegado a asimilarse a la bestia, despreciando el espiritualismo que mas diviniza, y que, en la cultura que nos rodea y de la cual hacemos tanto alarde, miramos solo como un juguete de niños, impropio de nuestra alta sabiduria y de la madurez de un juicio que hace consistir la felicidad de la especie en aquello que, con triunfante orgullo, llaman *positivismo.* ¡Como si las grandes ideas, las grandes pasiones y las grandes virtudes no fueran de este mundo, no existieran en realidad o no proporcionaran ningun goce! ¡Ciegos! han preferido la materia al espíritu, la corteza al árbol, la apariencia a la realidad, la cáscara al fruto, que es el que contiene la sustancia!..

Luisa volvió a su casa con el alma rebosando de felicidad, y su bella fisonomia tenia una espresion celestial, porque, dígase lo que se quiera, nada hermosea ni nada diviniza tanto como el amor. El hecho solo de querer, es un nuevo atractivo con que una niña se adorna, un nuevo hechizo y un encanto nuevo que realza su natural hermosura. Sus ojos adquieren mas luz, mas trasparencia, mas brillo, despidiendo en sus miradas un fluido que, atrayéndonos, nos encanta y electriza: es el galvanismo de la voluntad, que, sin duda, participa de la esencia infinita de Dios... de esa sustancia etérea que, esparcida en todas partes, nadie ve pero a todos anima!... La intelijencia de la mujer que ama se desarrolla, se vigoriza, crece... y tan luego como ha prendido en su pecho el fuego de la pasion, se rasga el velo de la ignorancia, y la naturaleza se colora y engalana, oyendo las melodiosas armonias de la creacion en cada uno de los seres, porque cada uno tiene su distinto lenguaje!... Y la palabra! este misterioso y fiel intérprete que acompaña al hombre, este secreto incomprensible que sirve para revelar nuestros secretos. ¡Qué de nuevos encantos no adquiere en los rosados labios de la niña que principia a amar! A qué modula-

ciones suaves y vibrantes no se presta en la boca de la mujer!... ¡Prodijios del amor!.. El mortal que alguna vez os han esperimentado, puede decirle a Dios: gracias, Señor, HE VIVIDO!..

Luisa habia encontrado su ideal... Sus ensueños se habian realizado... Ese tipo divino que ella en su poética fantasia se forjara y que creia imposible existiese en el mundo, estaba descubierto... lo veia... lo tenia a su lado... ¡Cómo no ser feliz!

La inocente jóven nada mas queria, nada mas deseaba... Era dichosa, pero con esa dicha pura de los espíritus, con esa dicha de los ánjeles que se embriagan en ella y únicamente en ella; sin ambicion, sin temor y hasta sin esperanza; pues esa alegria sobrehumana no tiene ni límites, ni horizonte, sino que está rodeada del éter trasparente de la felicidad, nadando en un espacio inconmensurable que no se altera ni perturba.

Luisa sentia el amor sin otra aspiracion que el amor mismo: estaba colocado su afecto en una rejion tan alta, que los sentimientos comunes a la humanidad no llegaban hasta ella: habia algo de mas puro que el ardiente amor a Dios que abrasaba el alma de Santa Teresa; porque en la célebre monja católica se distingue el incendio de la pasion y casi los resplandores de una llama carnal, mientras que Luisa esperimentaba la tranquilidad de la gloria, exenta de la vehemencia del deseo; así es que el fuego que consumia a Santa Teresa, vivificaba a Luisa; y la que solo aspiraba al cielo, tenia un cariño mas mundanal que la que se fijaba en un ser de la tierra; porque la espiritualidad de una afeccion no está tanto en lo divino del ser que la produce, cuanto en la delicadeza del que la siente...

Nuestra sensible niña encerróse por largo tiempo en su cuarto para entregarse a esa contemplacion deliciosa en que parece desprenderse el espíritu de las formas materiales que lo encadenan, volando por esos espacios sin límites de la

ilusion y del deleite... Desgraciado el hombre que al menos una vez en su vida no haya esperimentado por un solo instante aquel éstasis, porque ese hombre ha muerto desde antes de nacer...

....

II.

Recordando en seguida Luisa que Enrique no podia escribir a su hermana, que ésta estaria inquieta, sentóse a hacerlo, pues tambien esperimentaba la necesidad de espansion; y aun cuando se creia incapaz de pintar lo que sentia, sin embargo, redactó la siguiente carta:

"*San Jorje, noviembre* 7 *de* 1850.

"Mi querida e inolvidable amiga:

"¿Cuánto vas a estrañar no recibir cartas de tu hermano? pero no tengas el menor cuidado; todo peligro ha desaparecido y se encuentra mejor...

"¿Pero por qué no es él el que me escribe? te preguntarás en el acto. Mas yo voi a responderte: porque no puede hacerlo todavia y porque yo he quedado con el encargo de ello. ¿Perderás tú mucho, amiga mia, perderán tus padres en el cambio? No tengo la presuncion de quererlo reemplazar. Sé que verias con mas placer su letra que la mia, pero acusa de ello a la fatalidad y no a mí, aun cuando creo que habrá mas motivo para que te congratules y no para que sufras, porque de aquí ha nacido mi dicha, y mi dicha no puede serte indiferente.

"Voi a esplicarte la causa de su silencio, que es la misma de mi felicidad: Enrique está enfermo por salvarme; ¿puedo comunicarte algo de mas terrible y de mas lisonjero?

"En este momento soi la mujer mas feliz que existe en el mundo; y tú comprenderás que no podria serlo si estuviese en peligro el hermano de mi amiga: baste esto para sere-

narte del todo y para que ni la sombra de una desgracia vaya a turbar tu pensamiento o el de tu padre.

"Antes de ayer habia recibido tu cariñosa carta, que leí con tanto gusto, porque veia en ella correspondido en igual grado el afecto que yo te profeso.

"Habiamos mandado un propio el sábado a San Fernando para traer la correspondencia de tu hermano, pues teniamos convenida una correria al leon para el domingo, y no podia ir éste por ella, como lo habia hecho hasta aquí; la recibimos, como te he dicho, el sábado en la noche, desapareciendo el inconveniente que le hubiera impedido a Enrique acompañar a tu amiga en esta partida de placer.

"Yo creia divertirme mucho, porque me gusta el movimiento, y el peligro tiene para mí cierto atractivo que no sabré esplicarte; pero ¡ai! Mercedes, que esta diversion casi costó la vida a tu amiga, y sin el arrojo de tu hermano, sin su destreza, sin la serenidad de su espíritu, habriamos sido indudablemente presas de aquella horrible fiera.

"No te referiré el suceso con todos sus incidentes, porque no quiero privar a Enrique del placer de narrártelo; pero te diré únicamente que tu hermano, en presencia del leon, estaba hermoso, imponente... Tenia la calma del valor, la serenidad de la fuerza, la enerjia de la resolucion... Cualquiera mujer que lo hubiera visto en aquellos momentos lo habria amado... y yo lo amo, Mercedes!... ¿Por qué no he de tener la franqueza de decirlo? ¿Por qué no habria de sentir lo que todo el mundo hubiera esperimentado?

"Sí, Mercedes: amo a Enrique, y en vez de avergonzarme me glorio de ello, pues me parece digno de mí, superior a mí... No lo amo por gratitud, no lo amo por haberme salvado dos veces la vida; lo amo por él y solo por él... Pero esta confesion hecha a la amiga ¿debe saberla el amante? No, mi querida Mercedes, no: este es un secreto que no se revela... Jamas te perdonaria si me fueses infiel... La dignidad y el pudor son nuestras únicas armas, nuestra sola

nobleza, nuestro único mérito y nuestras mas grandes virtudes...

"Por otra parte, ¿no te parece que el objeto de nuestro cariño jamas debe de oir esta palabra: ¡te amo!... de otros lábios que de los de una misma? ¿No crees que perderia esta declaracion mucho de su atractivo y mucho de su virjinal delicia, valiéndose de un intermediario?

"Nosotras somos niñas, Mercedes, sin esperiencia de mundo; ¿pero no es verdad que hai secretos que se nos revelan por sí mismos? ¿Cómo he podido yo conocer el amor, sino en virtud de ese anuncio misterioso que habla a nuestro interior? Porque es indudable, Mercedes, que yo amo a Enrique, pues nunca habia sentido de la misma manera, nunca habia gozado como ahora, nunca habia temblado delante de nadie como tiemblo en presencia de él; nunca habia sentido correr por mis venas ese calor inesplicable que conmueve todo mi ser, trasformándome completamente.

"Su vida ha pasado a la mia... su existencia hace mi existencia... y esta comunicacion de dos almas, para no formar sino una sola, me parece que se operó en aquellos deliciosos y terribles momentos en que sostuve contra mi pecho la desfallecida cabeza de tu hermano!

"Qué momentos! qué angustia! qué deleite! qué felicidad en medio de tanta desesperacion! Renuncio a pintártela... Yo permanecí como una hora sola y con él moribundo en medio del bosque, rodeada de las fieras y sin otro ausilio que el de Dios!... Hubo un momento en que lo reanimé para desmayarse de nuevo, exhalándose de sus descoloridos lábios estas solas palabras: "¡Qué dicha! qué felicidad!..." y volvieron a cerrarse sus ojos!... Yo miraba de hito en hito aquel semblante pálido en que se veian los síntomas de la muerte sin que desapareciese su belleza; ¡y entonces, Mercedes, entonces, anegada en lágrimas, pasó tambien como una nube por mis ojos... aproximé mis lábios a los suyos, imprimiendo en ellos un beso de desesperacion y de amor!...

¿Era aquel beso una despedida o una caricia? Talvez lo uno y lo otro; pero ni lo uno ni lo otro hizo efecto en tu hermano... ¡y solo yo llevo la memoria de aquel recuerdo! Solo yo conservo la impresion fresca y palpitante! No me arrepiento, Mercedes, ni me avergüenzo: mi delicadeza y mi pudor, nada me dicen en contra de mi accion; mi conciencia está tranquila y aun creo que me aprueba, pues ahora mismo me parece que si no hubiera hecho lo que hice, habria sido insensible, bárbara, cruel... Ahora te pregunto: ¿cuál es tu opinion? y dime si habrias obrado o no del mismo modo.

"Posees el mayor secreto de mi vida, Mercedes; guárdalo, depositalo en tu corazon como una prenda que confio a tu amistad y a tu cariño.

"Dales memorias a tus padres, cuéntales el suceso, y diles que el coronel don Toribio de Guzman ha pagado su deuda salvándole la vida a su hijo, así como él salvó la suya; pues sin los cuidados de este noble anciano, sin su ciencia, sin la eficacia y oportunidad de sus remedios, Enrique no existiria!... ¡A cuántos no ha preservado de la muerte salvándolo a él!...

"Es inútil que te prevenga que no te olvides contestarme. El sábado próximo espero sin falta tus cartas, pues no dejarás tambien de escribir a Enrique.

"Tuya de corazon,

"Luisa."

III.

Como es de presumirlo, al dia siguiente propuso Luisa a doña Juana si queria hacer el paseo hasta la quinta del solitario; pero encontrándose la señora algo indispuesta, le dijo a su hija que si deseaba ir ella podia hacerlo en compañía de Ceferina, y que tendria gusto, pues asi recibiria noticias ciertas de la salud de Enrique.

No se hizo Luisa repetir dos veces la proposicion, sino

que mandó inmediatamente poner el coche y prevenir a su nodriza que estuviese lista para salir.

Durante el camino, Ceferina dijo a Luisa:

—¿Quieres, hija mia, contarme detalladamente el suceso del domingo? Solo lo he oido de un modo imperfecto, porque tú bien poco me has referido de este estraordinario suceso, y no he querido preguntarte demasiado, pues te he visto preocupada, sin embargo que no puedes menos de comprender cuánto me interesa, no solo por tí, sino tambien por Enrique.

—El hecho principal todos lo conocen, y usted sabe tanto como yo a este respecto.

—¿Pero tuviste miedo?

—Miedo no, sino sobresalto... y aun este no era por mí...

—¿Por quién entonces?

—Difícil seria esplicarle lo que sentia en aquel momento, pues yo misma no he podido darme cuenta.

—¿Enrique se portó con mucho valor?

—Como no habia visto igual hasta hoi.

—¿Y por qué no huyeron?

—La fuga hubiera sido la muerte, pues inmediatamente habria caido el leon sobre nosotros.

—¿Y para qué se internaron en el bosque?

—Para descansar... Por otra parte, le confesaré a usted que deseaba presenciar una escena parecida a la que habia leido pocos dias antes en un libro ingles, y que me agradó muchísimo.

—¿Cómo era?

—Mui parecida a esta, si bien menos horrorosa.

—¿Quieres contármela?

—Un noble ingles viajaba por la India en compañia de una señorita a quien amaba, pero cuyo amor no era correspondido. Una noche de verano, engolfados por la contemplacion de aquella naturaleza hermosa y vírjen, se entretuvieron hasta mui tarde, meditando cada uno, sin dirijirse

la palabra. Su éstasis fué interrumpido por un ruido terrible que hizo prorrumpir a la asustada miss en esta esclamacion: "¡Sir George, salvadme!" Sir Jorje conoció que era el bramido terrible de un tigre que no debia estar a mucha distancia; dirijió su vista al derredor, y solo distinguió una cabaña abandonada, a la cual se dirijió en el acto, llevando a la pobre lady casi exánime. La cabaña tenia dos pisos, y subió al segundo, donde depositó el interesante fardo.

Sir Jorje habia habitado la India por algun tiempo y sabia por esperiencia que el feroz animal vendria en su perseguimiento, porque habria respirado en la brisa la presencia de cuerpos humanos.

Sir Jorje no se engañó, pues en pocos momentos vió en la oscuridad dos ojos centelleantes que miraban en todas direcciones, fijándose, por último, en él, que se encontraba asomado a una ventana de la solitaria cabaña.

La fiera, que era un tigre enorme, exhaló un rujido ronco y prolongado, que se repitió por toda la selva, conmoviéndola y haciendo esconderse o huir a los tímidos animales. La hermosa miss salió de su letargo, pero mas sobresaltada aun... Sir Jorje tenia su vista fija en el tigre, que daba vueltas al derredor de la cabaña, buscando el lugar por donde debia subir al asalto. Al fin encontró la escalera, y sir Jorje oyó perfectamente el crujimiento de ella a la subida de la fiera.

Talvez el jóven ingles hubiera podido descargar con buen éxito sus escelentes pistolas cuando el tigre estaba a corta distancia y bajo su ventana; pero, por una de esas escentricidades que llegan a ser naturales en los hijos de la Gran Bretaña, prefirió que la fiera lo atacase subiendo al asalto.

Su prevision no salió fallida, pues el orgulloso y terrible animal hacia crujir la escalera bajo su peso e iba a presentarse... Sir Jorje armó sus pistolas... y apenas el tigre apareció en el umbral de la puerta, cuando, haciendo partir el tiro, lo echó por tierra herido de muerte... Sir Jorje

no se inmutó lo menor, a no ser cierto aire de satisfaccion pintado en su semblante, mientras que la hermosa miss, llena de miedo, lo contemplaba absorta...

La serenidad y el valor bastaron para conquistar aquel corazon, rebelde hasta entonces, y un mes despues celebraron su matrimonio...

Esta historieta, añadió Luisa, me habia agradado sobremanera, y deseaba de todo corazon ver una escena parecida; pero la que he presenciado ha sobrepujado a todo, yendo mas allá de lo que yo deseaba...

—¿Pero no sucederá contigo lo mismo que a la linda miss? repuso Ceferina en tono de chanza.

—¿Respecto a qué?

—Al afecto y al matrimonio...

Luisa se conmovió con la salida impensada de Ceferina; pero, reponiéndose en seguida, contestó con aire triste pero lleno de noble injenuidad:

—Respecto a lo último, no lo he pensado ni aun se me ha venido a la imajinacion; pero por lo que hace a lo primero, ¿es acaso una dueño de sí misma?

—¿Qué quieres decir, hija mia?

—Que yo no he podido menos de admirar a Enrique.

—¿Y admirándolo?...

—Tengo por él cariño.

—Con tal que no pases de ahí, Luisa, ¡porque de otra manera serias mui desgraciada!

—¿De qué modo? ¿quiere usted esplicármelo?

—Nada mas sencillo, hija mia: un afecto sin esperanza es un peligro y un mal grave.

—No distingo el peligro, dijo Luisa ruborizándose, porque soi bastante digna y bastante noble; ni puedo distinguir el mal, porque la persona a quien usted se refiere es digna de mi afecto.

—No niego lo uno ni lo otro... Te conozco a tí y creo conocer a Enrique; pero talvez justamente en la misma

virtud y escelencia de ambos se encierra el mal y se oculta el peligro.

—Discúlpeme usted si no comprendo lo que me dice ni el punto a donde quiere llegar.

—Sin embargo, no puedes menos de pensar que quiero tu felicidad.

—¿Quién lo ha puesto en duda?

—Por esta razon te estoi previniendo.

—Espliquese usted mas.

—¿Y si la señora doña Juana desaprueba tu afecto, en lo que no tengo la menor duda?

—¡Desaprobarlo! ¿por qué?

—Porque ese cariño puede ir mas lejos...

—¿Y qué inconveniente habria?

—¡Luisa! ¡Luisa! hija mia, ¡parece que no conocieras a tu mamita! ¿Crees, por ventura, que consentiria jamas en tu union con Enrique? ¿Y no seria ese cariño, llevado a donde no espero ni creo que llegue, tu riesgo y tu martirio?

—¡Pero le debemos dos veces la vida! y esto, independiente de sus cualidades, ¿nada merece?

—La señora doña Juana de... tu buena, digna y noble madre, podria dar a Enrique toda su fortuna, pero no consentiria jamas ¿lo entiendes? *jamas* en semejante union.

—¡Pero si aun no he pensado yo misma en ella!

—No habrás pensado ahora, pero pensarás mas tarde; y yo quiero de antemano preservar tu corazon de una pasion funesta, que traerá un triste desenlace.

Luisa se puso pensativa y triste.

—Yo no pretendo aflijirte, hija mia; pero no puedes menos de comprender que mi único propósito es evitarte mayores amarguras.

—Lo veo y lo palpo.

—¿Quieres a tu mamá?

—¿Para qué esa pregunta inútil?

—Si la quieres...

—No solo la quiero, sino que la venero, respeto y amo...

—Entonces no desearás nunca darla un pesar.

—Jamas.

—Pues bien, trata de renunciar a un cariño que puede tomar mayores proporciones: el fuego, combatido en un principio, nada cuesta apagarlo; pero cuando se ha convertido en un incendio, los esfuerzos mas grandes son ineficaces...

—Me hace usted temblar.

—Sí, hija mia, y ojalá mi esperiencia te sirva de guia... Ejemplos tienes en tu familia de estas desgracias; y la santa monja de tu tia es una de ellas...

—¡Cómo! cuénteme usted esto.

—No puedo, Luisa; lo que la señora doña Juana te ha reservado, no es justo que yo te lo revele; y si he sido imprudente en obsequio tuyo, no debo ser al todo indiscreto; pero reflexiona y comprenderás.

—¡Mi mamita! pero ella es tan buena! me quiere tanto!... ¿que no hace lo que yo le digo?

—Es verdad, Luisa; pero hai cosas con las que no transijirá jamas y para las cuales el esceso mismo del cariño que te profesa será un inconveniente...

—Conozco las ideas de mi mamita y algunas veces las he combatido sin que la haya visto enfadarse.

—Yo soi ignorante, como tú sabes, pero hai un adajio que he oido desde mi niñez y que puede aplicarse al caso presente: *del dicho al hecho hai mucho trecho.*

—No dudo que pondria oposicion, pero al fin cederia...

—No solo oposicion, y no solo no cederia, sino que la matarias...

—¡Por Dios! ¿Qué está usted diciendo? esclamó Luisa, saltando de su asiento.

—Lo que oyes, hija mia.

—¡Pero usted se engaña!

—Ojalá! Sin embargo, debo prevenirte lo que sucederá.

—Yo nunca daré el menor pesar a mi madre, contestó la niña con amorosa exaltacion y profundo convencimiento.

—Así me gusta verte y oirte, replicó Ceferina, en el momento de llegar al cerco y que Torcuato abria la portezuela del coche con muestras de regocijo.

La mision de la mujer.

I.

Luisa bajó del carruaje con el espíritu tristemente impresionado por la conversacion que acababa de tener con su nodriza, si bien, por otra parte, estaba contenta de volver a encontrarse con Enrique.

El solitario salió á recibirlas, y las primeras palabras que pronunció, despues de haber abrazado a Luisa y dado la mano a Ceferina, fueron: "Continúa la mejoria, y tal vez a menos tiempo del que habia fijado puede levantarse, pero aun está bastante débil..."

—¿El peligro ha desaparecido del todo?

—El peligro no ha existido sino en el principio.

Entren ustedes para dentro, añadió el solitario, mientras voi a prevenir a Enrique, por si deseasen ustedes verlo.

—¿Y no podriamos entrar sin decirle nada? preguntó Luisa.

—No veo el inconveniente, hija mia; seguidme, y usted tambien, Ceferina; venga con nosotros, pues usted permaneció afuera ayer.

Luisa y Ceferina entraron en momentos que Enrique, aprovechándose de la soledad, miraba un retrato que se apresuró a ocultar debajo de su almohada cuando sintió ruido; pero luego que reconoció a la jóven, esclamó:

—Señorita! Tanta bondad!..

—¿Creia usted que no viniesemos a informarnos de su sa-

lud? contestó la jóven, tomando una silla que le presentó el solitario y que se encontraba a poca distancia del lecho del enfermo.

—¡No esperaba, sin embargo, que usted se dignase venir!

—¿Ha perdido usted la memoria, o es efecto de su debilidad el no recordar que mamita y yo le prometimos ayer una visita?

—Es verdad, señorita, pero aun así no me lisonjeaba.

—La señora no ha venido, interrumpió Ceferina, porque estaba indispuesta.

—¿Qué es lo que tiene? dijo Enrique, con el mayor interes.

—No es gran cosa, sino su malestar habitual, que algunas veces se le hace mas insoportable.

—Pobre señora! repuso Enrique, compadeciéndola.

—¿Y usted se encuentra mejor? preguntó Luisa.

—Tanto, señorita, que desearia levantarme; pero mi sabio médico me lo impide.

—Y te aseguro, hijo mio, contestó el solitario a la alusion de Enrique, que seria no solo imprudente, sino peligroso.

—Asi es, añadió Luisa; no haga usted nada que no sea con la autorizacion del señor Guzman.

—¿Estamos empleando los nombres propios?

—Como nos encontramos entre personas conocidas, no hai que estrañarlo. ¿Es acaso un secreto para mi mamá, para don Enrique o para mí que usted es el coronel don Toribio de Guzman?

—Oigo sonar tan pocas veces este nombre, que ya casi se me ha olvidado, y si estuviera en mi mano, lo legaria.

—¿A quién deseara usted hacer ese obsequio? pues así debe considerarse, porque los Guzmanes es una de las familias mas distinguidas de Chile y aun de España, donde figuran entre la primera nobleza, contando entre sus ascen-

dientes a una de las primeras lumbreras del catolicismo.

—Ya yo no tengo esas vanidades, Luisa; pero aun cuando las tuviera, y por el hecho mismo de creerlas algo, quisiera hacer este insignificante don.

—¿Pero a quién?

—A Enrique.

—Yo le agradezco, señor, porque un ilustre apellido sé que goza de gran consideracion en el mundo; consideracion merecida, pues debe nacer de las virtudes o heroicos hechos de nobles ascendientes; pero sin desconocer el gran mérito de su nombre, no lo cambiaria por el oscuro que llevo y que ha llevado durante toda su vida mi virtuoso padre... Nada es el sarjento al lado de su coronel; y nada el plebeyo apellido de Lopez al lado del aristócrata de Guzman; pero antes de todo honro el nombre de mi padre...

—Tienes razon, mucha razon, hijo mio, dijo el coronel, acercándose al lecho de Enrique para estrecharle la mano en señal de aprobacion.

Luisa estaba triunfante de orgullo y Ceferina admirada, sin saber qué pensar, porque, por una parte, aprobaba cuanto habia dicho Enrique, y por otra veia que el noble apellido de Guzman valia infinitamente mas que el de Lopez, pues ella no dejaba de participar algo de las ideas de su señora, porque, educada en esas creencias, no era estraño que las conservase, aunque estuvieran en contra de su conveniencia por estar en contra de su propio oríjen.

—No hai en lo que he dicho pretension ninguna, señor, continuó Enrique, ni menos la mas lijera ofensa, pues no he hecho otra cosa que espresar lo que siento; de consiguiente, no merezco ni reproche ni alabanza.

—Lo que sientes es lejítimo y justo, y te has espresado como debieras. ¿No lo encuentran ustedes así? preguntó el solitario, dirijiéndose a Luisa y Ceferina.

—Del mismo modo, respondieron éstas.

—Gracias, señoritas, dijo el enfermo.

Ceferina preguntó al solitario si en el estado de debilidad en que se encontraba no le haria mal la conversacion.

El anciano movió la cabeza en señal de afirmacion, y Luisa y Ceferina se dispusieron para salir, convidando al sábio para que les mostrara sus curiosidades.

Este las llevó a su gran laboratorio, lleno de telas de araña, de polvos, de hosamentas, de libros abiertos, de frascos de distintos tamaños y formas, conteniendo líquidos de diversos colores, de minerales de muchas clases, de hornos, tubos, caretas de vidrio, plantas, insectos, animales, inclusos los dos leones que estaba preparando.

II.

Pasada la primera sorpresa, dijo Luisa:

—¡Qué infinidad de cosas cuyo uso desconozco! Me gustaria saber todo esto.

—Lo cual te seria casi inútil, hija mia, porque ¿de qué te servirian los conocimientos de química y física, de mineralojia? Toda la ciencia de la mujer debe circunscribirse al corazon: endulzar la existencia del hombre, consolarlo en sus aflicciones, guiarlo en el sendero de la virtud, despertar el santo entusiasmo de la caridad, rodearlo con el suave perfume del amor, y ennoblecer sus ideas. Hé aquí el sagrado rol de la mujer: rol sublime, inmenso, bienhechor!...

—Pero para desempeñarlo como es debido se necesitan tambien conocimientos, porque sin ellos, ¿cómo alcanzariamos ese grado de perfectibilidad que se requiere para llenar tan alta y tan noble mision.

—Indudablemente, hija mia, vosotras necesitais de instruccion, pero de una instruccion distinta; y la delicadeza misma de vuestro ser parece mostraros el camino que debeis seguir en la vida: el hombre debe buscar el sustento, y vosotras prepararlo: para él la fatiga, el trabajo, las asperidades de la ciencia, y para vosotras el consuelo, el alivio, la

gracia, la seduccion, la poesia... Podrá causar admiracion una mujer llena de sabiduria; pero en mi concepto, es preferible una llena de ternura. Yo tengo mas respeto por una buena madre y una buena esposa que por una gran filósofa o famosa literata; y me gusta mas la mujer que en el seno de su familia ejerce su modesta influencia, que la que arranca aplausos estrepitosos en el foro, en el capitolio, en la prensa.

—Pues entonces limita usted el ejercicio de nuestras facultades para imponernos siempre el yugo, ejerciendo sobre nosotras todo el peso de la superioridad del hombre, basándola en nuestra ignorancia.

—Ese es el lenguaje moderno, esas son las huecas declamaciones de los que, halagando vuestra vanidad, hablan mui alto de la emancipacion de la mujer... Os quejais de vuestro destino ¡y sin embargo es el mas hermoso! ¿Quién no se postra a vuestras plantas? ¿Qué deseais que no se cumpla? ¿Qué ordenais que no se os obedezca? ¿Quereis la fuerza del hombre? ¡Pero qué os importa esa fuerza cuando imperais sobre ella! ¿Quereis adquirir sus conocimientos? ¡Pero a qué ese empeño, cuando están a vuestra disposicion, cuando todo lo que con ello se adquiere, es vuestro!

—¡Y sin embargo, somos, no lo podrá usted negar, esclavas! La lei coarta nuestras facultades y nuestra libertad! Las costumbres nos obligan a considerarnos y a que nos consideren como un dije, como un adorno que se compra y que se solicita, mas por vanidad que por afecto! Y el hombre mismo, ya sea padre, marido o hijo, ejerce sobre nosotras, cuando menos, una especie de tutela, condenándonos a vivir siempre en permanente pupilaje!

—Hai mucho de verdad en lo que dices, hija mia, pero tambien hai algo de exajeracion; mas no seria adquiriendo conocimientos inadecuados a vuestro sexo como lograriais emanciparos, sino perfeccionando las facultades que la naturaleza os ha dado para mantener la armonia que reina en

todo cuanto existe. Someteos sin violencia al órden establecido, y conseguireis la perfeccion: el hombre no es ni vuestro vasallo ni vuestro amo, sino vuestro igual, que viene a formar, en consorcio con la mujer, una sola e idéntica unidad: la especie; pues parte tan integrante de ella es la mujer como lo es el hombre, dirijiéndose ambos a un mismo fin por caminos distintos; y tan marcada es esta línea, que lo que se considera como perfeccion en el uno seria defecto en el otro; asi es que no debémos aspirar a la posesion de lo que no conviene a nuestro ser. Talvez, hija mia, no está lejos el tiempo en que te hable mas claramente sobre esta materia, y entonces te esplicaré mis ideas.

—No es preciso, sin embargo, cerrarnos las puertas a la instruccion.

—Tan lejos estoi de esto, que desearia ver a la mujer tanto o mas instruida que el hombre, porque de ella depende el mejoramiento de las costumbres, de las leyes, de las instituciones; la perfeccion de la humanidad, en una palabra; pues formando ustedes nuestros gustos, es claro que tratemos de asimilarnos al ser de quien nacimos y a quien amamos; pero no por esto su instruccion debe ser la misma que la nuestra. La mujer no está hecha para subir las altas montañas ni descender a las profundidades de la tierra, donde es preciso que vaya muchas veces el hombre a buscar el sustento de la familia que la mujer cria y educa; no es preciso que aprenda la mecánica para levantar pesos enormes, construir máquinas, equilibrar e impulsar las fuerzas que Dios ha puesto a nuestro alcance y de donde nacen esas mil industrias que satisfacen diariamente nuestras necesidades; no es necesario que investigue los secretos de la naturaleza, que descomponga y analice las sustancias para hallar el orijen de esas múltiples combinaciones y su principio constitutivo, es decir, su esencia, que aun no hemos descubierto y que talvez jamas se descubra, pero cuyo estudio nos ha hecho adquirir infinitos conocimientos, que han veni-

do a ser mui útiles y provechosos; no es indispensable tampoco que recorra todos los sistemas filosóficos, todas esas abstracciones metafísicas en que se pierde nuestra mente, quedando casi siempre en el mismo punto de partida: el caos, la ignorancia, la nada con que envuelve a nuestro limitado entendimiento la inmensidad de la creacion; no os seria provechoso aprendizaje el de las lejislaciones de todos los pueblos, de esas instituciones diversas y muchas veces contradictorias que las han rejido en épocas distintas; no, hijas mias, vosotras no sois nacidas para las asperezas de la ciencia, sino que sois la flor que ella produce y con que se adorna: toda vuestra sabiduria consiste en la caridad, en la ternura, en la grácia, en la poesia, en el hechizo infinito del amor... Adornad vuestro cuerpo y vuestro espíritu con las galas de la naturaleza; aspirad únicamente los perfumes de la ciencia para que nazca de vosotras la ambrosia que sirva al hombre de alimento y de estímulo. Sed siempre los ánjeles cuyas delicadas manos, estendidas hácia nosotros nos enlacen, llevándonos al paraiso!... Vuestro seno, en que ha depositado Dios el dulce misterio que sostiene con su néctar divino a la humana especie, no debe palpitar sino de ternura y de caridad, para que sea siempre el regazo donde el hombre enjugue las lágrimas de la afliccion, donde seque el sudor de su frente agobiada, encontrando el alivio de sus penas, el descanso de sus trabajos y el sueño apacible de la felicidad... El amor es la esencia visible de Dios.. vosotras habeis sido las favorecidas, luego estais mas cerca de ÉL: ¿qué mas podeis desear?

—Señor, señor, ¡cómo pintais a la mujer! Qué palabras tan consoladoras! Casi hacen nacer el orgullo en mi corazon.

—No el orgullo, pero sí la dignidad, sí la importancia del puesto que ocupais; y tú eres, querida hija mia, digna de revindicar las injurias que los errores y preocupaciones de los hombres han hecho a vuestro sexo. No podreis jamas figuraros cuánto hemos perdido degradándoos! El hombre

que se burla de la mujer, que la engaña, que la esclaviza, que la desprecia, es un miserable que nada vale, es una bestia que no conoce ni su propia conveniencia; porque es indudable que la proporcion de nuestros goces será mayor mientras mas sea el cariño y el respeto que tengamos a la tierna compañera de nuestra existencia; y la moralidad de nuestras acciones, y la educacion de nuestros hijos, y el órden de nuestras familias, y el acrecentamiento de nuestra fortuna, todo, todo está íntimamente ligado a las consideraciones y al afecto que debemos a la mujer...

—Pero es indispensable que ella por sí misma trate de sentirlo y de infundirlo.

—No hai la menor duda: es preciso que la mujer tenga la conciencia de su propio valor; pero tambien es necesario que el hombre sepa apreciarla, pues solo de ese equilibrio nacerá la armonia.

—¡Qué felicidad debe existir en semejante union!

—Desgraciadamente jamas he participado de ella, dijo el anciano con tristeza; pero me parece que un matrimonio que tiene por base el amor y el mútuo respeto, debe ser el Eden en la tierra... ¡Pero qué de dificultades, qué de condiciones, qué de cualidades tan raras no son, sin embargo, indispensables!

—¿Entonces cree usted imposible que exista un ejemplo?

—No, hija mia; pero si no es imposible, es mui dificultoso; sin embargo, es preciso no ser exijente; y si no se puede encontrar la suprema felicidad que yo me he imajinado, no por esto debemos desmayar. Por otra parte, todos los seres no están dotados de la misma manera, y cada cual goza o sufre en conformidad de sus facultades; así es que lo único a que debemos aspirar no es a gozar de una dicha celestial, que talvez no está en la esfera de nuestras atribuciones, sino a contentarnos perfeccionándonos.

—¿Nunca ha visto usted un enlace feliz?

—Pocos, mui pocos; pero jamas he encontrado uno igual al que yo me imajino.

—¿Y el de mis padres?

—Mi amigo Eduardo puede haber sido feliz, pero nó creo que haya sido dichoso.

—¿Cuál es la distincion que establece usted entre uno y otro estado?

—El primero quizá algunas veces les es dado alcanzarlo a los hombres; mas el segundo solo lo consiguen los jenios, y los jenios que en algo participan de la esencia de Dios por el mérito de la virtud, por la fuerza de la imajinacion y por la sublimidad del talento...

—Ay! ¿estaria condenada yo a morirme sin que participara nunca de esa dicha a que aspiro con toda mi alma?

—No desconfies, Luisa: si existe alguna mujer digna de ella, eres tú... La mitad de la carrera se tiene hecha cuando el jérmen está en nuestro corazon.

—¿Pero si no se encuentra quien lo fecundice?

—Es una dificultad, no hai duda, y talvez un imposible; pero ya hai mucho terreno ganado... No desconfies, hija mia... espera...

La voz del anciano tenia un acento de tan profunda conviccion, que Luisa no pudo menos de mirarlo con esa ansiedad del que aguarda una solucion favorable...

Sin embargo, el solitario cerró sus labios y dió a su mirada un aire de indiferencia que echó por tierra las conjeturas halagüeñas de la jóven, pues ella pensaba que iba a hablarle de Enrique.

III.

No eran éstos, empero, los propósitos de don Toribio de Guzman, pues él hubiera preferido destruir toda la esperanza de un amor naciente, que habia de encontrar dificultades insuperables, y al que por consiguiente aguardaba una lucha tenaz y quizá una desgracia inmensa.. Así es que,

obedeciendo a su reflexion, mas que a sus impresiones y a sus deseos, dijo a Luisa:

—Es necesario, hija mia, tener la ciencia, la filosofia y la resignacion suficiente para aprender a moderar nuestras aspiraciones.

—Pero usted acaba de decirme que espere y no desconfie.

—¿Y qué es a lo que aspiras?

—Al amor divino de que usted acaba de hablarme; porque, se lo confieso, siento esa necesidad en mi corazon desde mucho tiempo atras; ¡y sin embargo, a nadie he querido todavia, porque a nadie he encontrado digno!...

—Cómo! ¿En esa sociedad elegante de Santiago no has hallado un jóven que te agrade?

—Que me agrade, sí, señor; ¿pero eso seria lo bastante para que yo lo amase? ¿Me estima usted tan en poco, que habria de ceder a un atractivo frívolo?

—No he pretendido esto, y tengo una idea mas alta de tu carácter; con todo, no puedo figurarme que entre los jóvenes de una sociedad elegante, fina, aristocrática, no hayas visto a nadie que llene tus aspiraciones de niña, por mas espirituales, elevadas y dignas que las considere.

—Difícil es creerlo, y sin embargo, es la verdad.

—Entonces ¿no has hallado a nadie?

—Sí...

Luisa bajó sus ojos, y el anciano la miró con fijeza, como para descubrir un pensamiento que, sin embargo, él conocia y del que no queria darse cuenta.

Hecha una pausa y sin entrar a averiguar la afirmacion de Luisa, afirmacion natural en la franqueza de su carácter, la dijo:

—Aun cuando te conozco desde la infancia y puedo apreciarte en lo que vales, asegurándote que en mi concepto mereces mucho; y aun cuando participo de todos los secretos de tu familia por la confianza que he merecido de tus

padres, no quiero entrar en tus secretos, aconsejándote únicamente que, cualquiera que sea tu inclinacion, no contraries a tu madre, porque la primera lei que Dios te ha impuesto es obedecerla y sobre todo, conservarla...

Habia una rectitud tan severa en las palabras del solitario, que Luisa se encontró confusa, no atreviéndose a comunicar el pensamiento que hubiera deseado confiarle.

Pero el anciano, si bien adivinaba la secreta voluntad de Luisa, si bien la hubiera apoyado, por el cariño que tenia a ambos, veia las dificultades y no queria alimentar una pasion que las conveniencias sociales aconsejaban estinguir. Imprudencia de su parte hubiera sido fomentar un cariño que todo, y principalmente las preocupaciones inalterables de la madre, habrian impedido; ¿para qué, entónces, dar la mas lijera esperanza? y para qué hacerse depositario de un secreto que, aun cuando habia sido confesado por una parte y adivinado por la otra, estaba en el deber de combatir para no hacerlos mas desgraciados? Esta razon indujo a decir al anciano:

—Luisa, mi querida Luisa; tú sabes bien cuanto debo a tus padres, sabes tambien el grado de afeccion que siempre te he tenido; de consiguiente, no puedes esperar de mí sino consejos que redunden en tu bienestar; en vista de esto, ¿querrias hacer lo que yo te ordenase?

—Con el mayor gusto me someto a su decision.

—Pues bien, hija mia, cumple siempre la voluntad de tu madre cuando ésta se oponga a tus deseos y no a la moralidad de tus acciones; porque puede ejercer el primer derecho, y no el último, que solo corresponde a Dios.

—Me obligo a ello.

—En ese caso, ¿renunciarias a un afecto que ella te impidiese?

—No renunciaria al afecto, porque es independiente de mi voluntad; pero no la contrariaria en sus determinaciones.

—No exijo mas: es preciso someterse a ciertas determinaciones, cuando ellas pueden precaver mayores desgracias; ¿no serias capaz de un sacrificio?

—Sí, señor, cuando la voluntad de mi madre intervenga.

—Es lo que quiero, porque sé que has de llenar tu deber.

—Dios me dé fuerzas, señor, para cumplir mis propósitos.

—En una alma grande, hija mia, el lleno de sus obligaciones, si bien puede causar dolor muchas veces, tiene tambien su recompensa, pues en el sacrificio mismo se halla la satisfaccion.

—Prometo a usted hacer cuanto me exija el deber.

—Basta, y vivo confiado, porque estoi seguro de tu felicidad, aun cuando sea a costa de tu infortunio.

—¡Felicidad en la desgracia! me parecen dos cosas incompatibles!

—Y sin embargo, hai muchos casos en que esto sucede. ¿Cuántas veces el cumplimiento de una obligacion no nos acarrea un pesar? ¿Cuántas veces el obrar bien no nos lleva a la miseria? ¿Cuántas veces la delicadeza no nos impone el sacrificio? ¿Y deberiamos, por renunciar a los disgustos del momento, hacer que enmudezca nuestra conciencia? hacer que nuestra moral se pierda? que nuestra fé muera? que nuestra virtud desaparezca? Nunca creeré, hija mia, que antepongas lo uno a lo otro.

—En verdad, señor, jamas faltaré a mi deber, cualquiera que sea el sacrificio que este me indique.

—No esperaba menos de la virtud y fuerza de tu carácter, hija mia; el triunfo de la razon es el triunfo de la conciencia, y el cumplimiento del deber es la gloria de la voluntad...

—Yo no hago esfuerzo alguno, sino que obedezco, y en la obediencia encuentro mi satisfaccion.

—Eso mismo es lo que esperimenta aquel que sabe vencerse.

—Si es así, yo estoi conforme.

—Quizá, hija mia, no pasará mucho tiempo sin que me vea desgraciadamente obligado a pedirte la prueba.

—Estoi dispuesta a darla en el instante mismo.

—Lo creo; pero aun no te encuentras en lucha con otros sentimientos; cuando éstos se pronuncien, yo te preguntaré si obtas por la inclinacion o el deber.

—Seré siempre la esclava de lo último, pues no creo que cumpliendo éste pueda estar ên oposicion de aquella.

—Y con todo, eso es lo que sucede en la vida con mas frecuencia.

—Sea como se sea, yo tengo mi regla de conducta y mis convicciones.

—Ojalá te conserves siempre en ellas, porque así llegarás a la perfeccion...

IV.

La pobre Ceferina escuchaba las reflexiones del solitario y las respuestas de Luisa y aprobaba las unas y las otras, porque veia en las primeras la sabiduria, y en las segundas la injenuidad unida a la prudencia, pues aquella inocente niña contestaba a las observaciones del anciano con la franqueza y la sencillez peculiar solo de la verdad; pero de esa verdad ilustrada que produce únicamente la virtud y la intelijencia.

Inter tanto, Luisa estaba tambien pensativa, pues veia, sin darse cuenta, levantarse en su interior algo que estaba en oposicion con sus principios, es decir, el afecto a Enrique, a ese artesano sin nombre pero con virtudes, sin alcurnia pero con méritos, sin fortuna, sin antecedentes, sin prestijio; tal vez sin porvenir, pero lleno de juventud, de savia, de enerjia; y a quien, sin embargo, su madre... su madre cuyos mandatos estaba obligada a obedecer ciegamente, no aceptaria jamas...

Y aquel anciano en quien ella pensaba encontrar un apo-

yo, tambien se le muestra hostil, pues no le ha hablado nada del afecto sino únicamente del deber!..

Y ella está obligada a luchar con todo!.. Ella está obligada a sacrificarse y a obedecer! Y ella tendrá que acatar las preocupaciones de su madre, porque así se lo mandan y así lo cree!.. Pues ella es esclava del deber, a ese deber es preciso sacrificar la vida, y lo que es mas aun, la afeccion...

Sea como se sea, Luisa está resuelta y no hai nada que la obligue; no hai nada bastante poderoso que la compela a causar a su madre un pequeño disgusto. Sacrificará su vida, ahogará sus afecciones, pero no hai causa en este mundo que sea bastante fuerte para que llegue a faltar al deber, para que la obligue a dar a la autora de sus dias el pesar mas lijero. Luisa podrá morir, así lo piensa, así se lo ha propuesto, pero nunca faltará a lo que ella, en la lejítima exaltacion de su amor, cree su deber de hija... Si su madre se equivoca, si vive en el error, ¿tiene ella acaso el derecho de llevarle la amargura? Puede acibarar sus ancianos dias con una desobediencia, quizá justificable para el mundo pero nunca para su corazon? Llena de tan tristes ideas, Luisa permanecia silenciosa pero resuelta a sacrificarse.

El solitario, viéndola tan abatida no pudo menos de decirle: "en este mundo, hija mia, se suceden los acontecimientos mas imprevistos y nunca nos es dado desesperar."

—Tambien dicen que hai males sin remedio...

—Tú eres de aquellas personas que con razon pueden denominarse felices, y no veo el motivo que sea causa de tu amarga afliccion.

—Cosas de niña, dijo Ceferina, a quienes por lo jeneral la mas pequeña contradiccion asusta.

—Pero hasta aquí no hai el menor motivo, repuso el anciano, dirijiéndose a la jóven, que pueda causarte el menor pesar.

Luisa, sin contestar palabra, tomó el brazo del solitario y le dijo: "ya es tarde, vamos a despedirnos del enfermo."

Enrique aguardaba con ansia que volvieran los visitantes, y en su pálido semblante pudo conocerse la alegria cuando los vió entrar al cuarto.

Este fugaz momento de felicidad se cambió en tristeza al anunciarle Luisa su partida.

—¡Tan luego!.. esclamó Enrique; pero en ese *tan luego* se traslucia un fondo de melancolia, habiendo sido pronunciado con un acento tan desgarrador, que el enternecimiento se comunicó, con mas o menos fuerza, a todos los que estaban presentes, y a tal punto, que el anciano no pudo menos de decirle a Luisa:

—Aun es temprano... quédate un momento mas.

—Está bien, contestó ésta.

Los ojos de Enrique brillaron de placer y de reconocimiento al ver la condescendencia de la jóven.

—Yo me encuentro cada dia, cada instante mejor, continuó, y creo que luego tendré el gusto de estar capaz para continuar el trabajo.

—No se apresure usted por esto, le respondió Luisa, pues sus compañeros desempeñan mui bien sus quehaceres.

—Me lo figuro; son buenos muchachos y harán todo lo que puedan, pero...

—Pero es presiso que adquieras toda tu fuerza, dijo el anciano, interviniendo en la conversacion.

—Así debe ser, replicó Ceferina, pues de otra manera estaria espuesto a una recaida.

—En esta clase de enfermedades la única recaida que puedo temer es volverme a encontrar con un leon, y esta seria una nueva felicidad, contestó Enrique sonriéndose.

—Felicidades como esa, repuso Luisa, solo una vez en la vida se esperimentan, porque la dicha está cercana a la muerte...

—Ay! yo habria deseado morirme entonces!..

—¿Tanto le pesa a usted la existencia, o sus dolores son tan grandes, que, por no esperimentarlos, desea usted dejar de vivir?

—No siento mis dolores... Mi cuerpo no padece, porque creo que vivo únicamente por el espíritu... ¿Pero cómo no echar de menos el momento en que uno pudo haber muerto feliz?

—Yo creia, interrumpió el solitario, que notaba el jiro peligroso que tomaba la conversacion, que no habia un instante dichoso para morir, porque la muerte por sí misma es el último y el peor momento de la vida del hombre, y a nadie habia oido jamas espresarse de tal manera, pues es contrariar las leyes de la naturaleza.

—No sé, señor, si quebranto esas leyes, ni me cuido de ello, pero lo que sé es lo que yo mismo esperimento y que espreso con toda verdad.

—Sé el poder que tiene para los jóvenes esa especie de romanticismo y conozco que el peligro es muchas veces un incentivo.

—Y entonces, ¿por qué echarme en cara lo que usted mismo parece aprobar y confesar?

—Vamos, no hablemos de esto, repuso el anciano, porque es justamente esa exaltacion de ideas la que trato de combatir, pues ella es la que hace huir el sueño de tus párpados, y el sueño es el principal alimento y el que te traerá una pronta mejoria. Hasta aquí he estado forzando a la naturaleza por medio de medicamentos para poder darte algun descanso, y has dormido solo en virtud de ciertos narcóticos que te he suministrado; pero es indispensable que el sueño venga naturalmente para recuperar la salud, y éste no vendrá si tu imajinacion se exalta...

Luisa y Ceferina, si bien hubieran querido prolongar mas su visita, conocieron las justas observaciones del solitario y trataron de retirarse para que el paciente descansase.

Enrique se sometió con resignacion a esta dura necesidad,

que él no podia, por otra parte, vencer, porque ¿con qué derecho hubiera solicitado que prolongasen su visita?

Las dos señoras se despidieron al fin, y el anciano salió a acompañarlas, asegurándoles en el camino que, a pesar de lo que habia dicho, en lo que existia mucho de verdad, Enrique se encontraba mejor y se restableceria antes de lo que habia pensado al principio.

Y el sabio afirmaba esto, fundado mas en su esperiencia de hombre que en sus conocimientos profesionales, porque no ignoraba que un espíritu jóven, ardiente, apasionado, y sobre todo mecido por una esperanza halagüeña, operaba siempre una reaccion provechosa en la materia, porque casi jamas sucumbe el cuerpo cuando el alma está llena de felicidad, cuando se encuentra envuelta en los vapores de una pasion venturosa y por la cual se han hecho sacrificios y por la cual se padece; pues el sufrimiento en ese caso llega a tornarse en lo que tiene de mas delicado, de mas esquisito la felicidad...

Luisa tambien estaba llena de esa aureola luminosa que lleva consigo el amor, y a traves de cuyo diáfano prisma miramos el mundo y cuanto nos rodea con placenteros colores. Así es que las dificultades que tenia que vencer y las penas y contrariedades que principiaban éstas a causarle, habia momentos en que se le presentaban alegres y risueñas, y hasta los sufrimientos de Enrique, salvada la inquietud, tenian algo de dulce, de delicioso, de tierno... porque esos dolores los habia ella causado, tenia una parte en ellos, los esperimentaba tanto o mas que él, y por consiguiente, podia considerarlos como propios, y mas que todo, como precursores de una dicha inefable... ¿Quién puede afirmar que el amor no tenga sus egoismos? ¡Pero qué inmenso mar de delicias recíprocas no hai en ese egoismo, al parecer de uno solo, pero que es tan mútuo, tan idéntico, tan uno, que la personalidad desaparece para confundirse en otra personalidad mas querida que la propia! Si Enri-

que se sentia feliz por lo que habia hecho, ¿por qué no lo habia de estar Luisa? Si ya se habia unificado a él, por qué no esperimentar lo mismo? Hai en esta clase de sentimientos tal solidaridad, que es imposible, no solo separar los intereses, sino distinguirlos, el sufrimiento tanto como el goce, es el mismo y recorre un circuito idéntico, abrazando a dos almas que vienen, por el misterioso lazo del cariño, a formar una sola unidad...

Confianza por confianza.

I.

Luisa llegó a las casas de la hacienda entregada a sus pensamientos. Todo cuanto tenia relacion con Enrique la interesaba; asi es que al dia siguiente mandó un propio a San Fernando para ver si no habia cartas de Santiago, es decir, si no le habia contestado Mercedes a la que ella le habia escrito y en que le confesaba el amor que sentia por su hermano.

Este deseo de ocuparse constantemente del ser que se ama, es tan natural, que habrá mui pocos no lo hayan esperimentado, y Luisa tambien sentia, y quizá con mas violencia que cualquier otro, cuanto que su cariño era mas intenso, y era mas intenso cuanto que era mas virtuoso, cuanto que se fundaba, a mas de la simpatia, en el sacrificio y en el aprecio, pues estas son las únicas afecciones que se arraigan, crecen, se desarrollan y duran tanto cuanto dura la vida del ser que las esperimenta.

El propio trajo, en efecto, una carta que venia dirijida a Luisa, conteniendo bajo su cubierta otra para Enrique, pues Mercedes se habia apresurado a contestar, en el mismo dia, la interesante correspondencia de su amiga, que la colmaba de alegria con el inaudito acontecimiento que le comunicaba; porque Mercedes, a pesar del gran cariño y aprecio que tenia por su hermano, jamas se habia lisonjeado con que Luisa llegase a quererlo; y ver confirmado este sueño estra-

vagante por su amiga misma, le parecia una cosa sobrenatural, quedando tan contenta, o mas quizá que si se hubiese tratado de ella misma.

La carta de Mercedes para Luisa era la siguiente:

"*Santiago, noviembre* 10 *de* 1850.

"Luisa, mi noble, mi querida, mi inolvidable amiga... Te hablo con esta familiaridad que me has permitido, que me has ordenado que tenga; pero en el interior de mi corazon no puedo menos que conservar en sumo grado el respeto que debo a tus virtudes, a tu posicion, a tu mérito, y que sin embargo has querido que desaparezca en la intimidad de nuestras relaciones, si bien la sociedad no me permitiria a mí esta franqueza, ni te perdonaria a tí esa condescendencia; pero tú, mas grande mientras mas modesta, mas elevada mientras mas humilde, has querido asimilarme a tí, y yo no hago otra cosa que obedecerte... ¿Falto en esto? ¿Me criticaria el mundo? Puede ser; pero tú me perdonas y me autorizas; ¿qué mal hago entonces? ¿y quién, por otra parte, ha de ver jamas mi pobre correspondencia?

"Hablando contigo, para tí me parecen una nimiedad mis escusas y me avergüenzo de haberme ocupado de ellas antes de entrar a contestarte tu inestimable carta.

"¿Con que quieres a Enrique, mi adorada Luisa? Si pudiera pintarte el orgullo, la satisfaccion, la felicidad sin límites que tu franca confesion me ha causado, me hubiera sido imposible hacerlo! ¡Tú querer a mi hermano!... ¿Es verdad lo que me dices? Puedo dar fé a tus palabras? Me es dado esperimentar tanta dicha? Todavia no me persuado, a pesar de haber leido tu carta cien mil veces. ¿Cómo creer que pudiera yo esperar una fortuna igual? Llamarte, no solo mi amiga, sino mi hermana, por el afecto que me dices profesas a Enrique, ¡qué felicidad! Nunca he sido ni nunca habia pensado ser mas dichosa que desde que he tenido la fortuna de conocerte... Tú has sido para mí todo... mi ins

titutriz, mi protectora, mi amiga, mi dechado, mi divinidad; ¡y esta divinidad quiere ahora descender hasta el punto de ser mi hermana!...

"¿Sabes, Luisa, que Enrique no tiene el mérito que te figuras? ¿Quién no habria espuesto gustoso su vida por tí? ¿Dónde entonces está el sacrificio, cuando no ha hecho mas que cumplir con su deber? Yo no veo el hombre que no hubiese muerto gustoso por tí. ¿Por qué, pues, considerar su accion mas meritoria que lo que lo es en realidad? Si cualquier otro hubiera hecho lo mismo, ¿dónde está su importancia? No te ilusiones, querida mia, mira las cosas como son en sí; pero no dejes de amarlo, te lo suplico, aunque no lo merezca, porque me parece que seria él tan feliz!...

"No temas, sin embargo, que me atreva jamas a comunicarle tu afecto: esto seria traicionar tu amistad y obrar en contra de los intereses de mi hermano, porque él, sabedor de tu cariño, talvez no trabajaria por hacerse digno de tí, y es indispensable que esto suceda; pues de otro modo, ni tú ni yo apoyariamos pretensiones injustificables: para aspirar al afecto de mi Luisa es preciso llegar a ser un ánjel como lo es ella!...

"Mis padres están lo mas contentos con que Enrique te haya salvado, y no tienen la menor inquietud por su salud, desde el momento que está al lado de ese venerable y sabio anciano por quien el sarjento Lopez tiene tan profundo respeto y su hija tanta gratitud... ¿Por qué no puedo ir a hincarme de rodillas delante de él y manifestarle mi admiracion y mi reconocimiento?...

"Dime cómo se halla la importante salud de tu mamá. Tú sabes cuánto la debo y cuánto la quiero y respeto; de consiguiente, es preciso que me hables siempre de ella, porque no te perdonaria jamas este olvido que me traeria inquietud y me haria sufrir.

"No dejes tambien de hablarme de la señora Ceferina, a quien tú quieres tanto y de cuyo cariño yo participo en gran

parte; pero, sobre todo, escríbeme largo, mui largo de tí misma, sin que dejes de mezclar dos palabras sobre Enrique.

"Ahora, mi adorada Luisa, voi a pagarte confianza con confianza. Yo tambien creo amar!... Y si es verdad que no siento lo mismo que tú, o que no me espreso con igual vehemencia, no es menos cierto que se ha desarrollado en mí un afecto nuevo y desconocido, el cual, perdóname que te lo diga, ha contribuido no poco a minorar el pesar que me causa tu ausencia, sin destruirlo por esto del todo, porque él mismo me lo fomenta con sus conversaciones, que por lo regular tienen a tí por obligado tema, manifestándome siempre tan profunda admiracion por tus virtudes, que estoi verdaderamente encantada, lo cual debe haber sido una de las causas que me han obligado a quererlo.

"Ya veo que estás inquieta y que me preguntas quién es el pobre mortal que ha tenido el mal gusto de dirijirse a mí? Voi a sacarte de incertidumbre: ¿te acuerdas de mi vecino artista cuyo taller te dignaste visitar en una o dos ocasiones sin que lográsemos encontrarlo? Pues bien, amiga mia, es el mismo; es Víctor, que, cada dia mas obsequioso, especialmente desde tu partida, no ha dejado un solo instante de llenarnos de atenciones, con un interes tal, que no puede nacer, a pesar de mi ignorancia para juzgarlo, sino del amor; y aun cuando hasta el presente no me haya dicho una sola palabra a este respecto, sin embargo, todo cuanto hace me lo revela y mi mismo corazon me lo anuncia. ¿Podria equivocarme? No lo creo, Luisa; y si asi fuera, tendria un desengaño atroz... porque lo quiero con toda mi alma; porque el momento que no está a mi lado, sufro...

"¿Es asi el amor, amiga mia? Talvez; pero puedo asegurarte que entre tí y él preferiria estar contigo. ¿Será entonces que no lo quiero lo bastante? O el cariño de la amistad es mas fuerte que el de la pasion? No pretendo averiguarlo ni tampoco me importa, porque tal cual soi me encuentro feliz, y porque tendria un verdadero remordi-

miento si alguna otra persona que no sean mis padres y mi hermano ocupara en mi corazon el lugar que tú tienes... Yo puedo querer, Luisa, pero a nadie igual a tí, y no tendria el menor rebozo en confesarlo a él mismo si me lo preguntase. ¿Qué mal haria en decir la verdad? Ninguno; pues si él te aprecia en tan alto grado como me lo manifiesta, nada hai mas natural que me comprenda...

"¡Cuánto diera por verte, mi divina Luisa! Si fuera posible comprar esta felicidad a costa de una parte de mi vida, no regatearia los dias ni los años por proporcionarme tal dicha!... El cariño que me has inspirado es tan sincero y tan grande, que estaria contenta con que tú participases para conmigo de solo la mitad del mio, pues con ella me consideraria suficientemente recompensada.

"Ama cuanto mas puedas a tu pobre Mercedes, que carece de voces para esplicarte lo que en realidad te quiere, pues la harias tan feliz como nunca habia esperado serlo.

"Recibe de mis padres su gratitud y sus recuerdos y ponme a los piés de tu mamita, sin olvidar un fuerte abrazo para la señora Ceferina, y para tí las mas cariñosas caricias de tu invariable amiga..."

"MERCEDES."

"P. D. Sírvete dar a Enrique la carta inclusa."

II.

Luisa leyó muchas veces la carta de su jóven amiga con gran satisfaccion, si bien esperimentaba alguna inquietud por el nuevo afecto de Mercedes, es decir, por el cariño que confesaba, en su injenuidad de niña, por aquel pintor a quien ella hubiera deseado encontrar para formar su juicio, pues presentia de antemano lo que habia de suceder, lo que en la actualidad pasaba, y aun cuando no tenia motivo alguno de desconfianza, esperimentaba temores que no estaba en su mano dominar, prevencion exactamente igual a la que

sufria tambien Enrique, que, como ella, nunca lo habia visto.

Al siguiente dia mandó Luisa al enfermo la carta de su hermana, que Enrique recibió con el mayor regocijo y que estaba concebida en estos términos:

"*Santiago, noviembre* 10 *de* 1850.

"Mi querido hermano:

"Sé el motivo porque no me has escrito, pues Luisa me lo dice. Has sido mui feliz en libertar a mi amiga, y te doi por ello las gracias. ¡Pero cómo debes tú estar de complacido!.. ¡Salvar a la mujer que se ama! ¡Qué felicidad!.. Me parece que eres el mas dichoso de los hombres, y yo participo de tu alegria, sin quererla comparar a la mia!..

"Pero no te ilusiones, mi querido hermano; lo que has hecho por ella lo habrias hecho por cualquiera otra. ¿Cuál es entonces tu gran mérito? Yo no lo veo, y no tienes derecho de aspirar por esto a su cariño...

"Adórala, pero elévate... La esperanza no puede estar basada sino en la grandeza... El mérito no se obtiene sino con el mérito, y la suprema felicidad es inseparable de la virtud: esta ha sido la educacion que nos han dado nuestros dignos padres y esta debe ser tambien la aspiracion noble de tu pecho que jamas desmentirás, ¿no es verdad Enrique? y que ahora mas que nunca debes seguir y obedecer, porque ahora mas que nunca es indispensable y necesaria; pues si tienes la orgullosa pretension de aspirar a Luisa, es preciso que te asimiles a ella o que seas mas que ella; pero aun te faltan muchas gradas que subir para llegar al trono...

"No te desanimo, mi querido Enrique, como en mi carta anterior: ¡pero qué de méritos, qué de virtudes, qué de heroicidad es necesario que llegues a poseer!.. Por tí, por ella, por tu amor mismo es indispensable que te eleves a mucha altura; sin esto, todo se perderia.

"Mis consejos, si no tienen la esperiencia de los años, no

carecen de la de los sentimientos del corazon, que, si no ilustran, al menos no engañan, y tal vez pueda ser la mejor guia, porque nos enseñan el camino de la inocencia. . .

"Me parece que tú mismo no puedes menos de hacerme justicia, si consultas tu elevacion y rectitud interior.

"Mis padres están contentos de tí y te recuerdan con gusto, como debes figurártelo, en todos los instantes, pues todas sus conversaciones se refieren a tí, deseando con ansia el momento de verte.

"Nada te hablaré de mí por ahora, pero lo haré en mi próxima carta. Te considero feliz y no quiero distraerte.

"Tu hermana

"MERCEDES."

Luisa continuó yendo al cortijo del solitario durante los diez o doce dias que duró la enfermedad de Enrique, acompañada algunas veces de la señora doña Juana y otras de Ceferina; pero a medida que se reponia la salud del jóven, ella se mostraba mas reservada o menos espansiva, quedándose tambien corto tiempo, lo cual tenia a Enrique sumamente triste y desazonado: porque aun cuando nada esperaba de ella, creia, sin embargo, notar alguna diferencia en el trato, que, en su opinion, le era desfavorable; y por mas que reflexionaba no atinaba con la causa que pudiera haberla motivado, considerándose las mas veces culpable de alguna falta que sin saber hubiera cometido, pues su inocencia le impedia conocer ese juego de las pasiones, que habria sabido distinguir con mayor esperiencia.

III.

Una de esas noches de insomnio que con tanta frecuencia pasaba desde el principio de su enfermedad, encontrábase mas abatido que de ordinario, y como parece que en esos momentos de tristeza es cuando el hombre, desprendiéndose de este mundo, se eleva hacia la Divinidad, dijo al solitario, que con frecuencia velaba en su cabecera.

—No sé por qué, señor, durante las largas noches que he pasado sin cerrar mis ojos, se me han ocurrido ideas nuevas que, si bien en otras ocasiones se habian presentado a mi fantasia, jamas me habia detenido en ellas, como me ha sucedido ahora.

—¿En qué has pensado, hijo mio?

—Le he oido a usted hablar con tanta frecuencia de Dios, de relijion, de voluntad, de instituciones, de miseria humana, de armonia, de reformas, etc., que indudablemente se han grabado en mi imajinacion todas esas cosas, pues siempre se me vienen a la mente, tratando de definirlas sin jamas conseguirlo; sin embargo, desearia saber algo sobre todo esto.

—¿Y podré yo enseñártelo?

—Si no es usted que posee tesoros de bondad y de ciencia, ¿quién puede serlo? Usted me ha prometido ser mi guia; ¿porqué no mostrarme el camino?

—Porque yo mismo lo ignoro... Las jeneraciones se han sucedido las unas a las otras y el hombre todavia permanece a oscuras, no solo respecto a lo que no está en contacto con él, sino a lo que se relaciona inmediatamente.

—¡Es posible! ¿Entónces todo es ignorancia, caos, tinieblas? ¿Y cómo podré yo aprender la verdad que tanto amo y necesito?

—He prometido conducirte, he prometido enseñarte lo que sé, y estoi dispuesto a cumplir fielmente mi palabra; pero debo prevenirte que en el vasto terreno que comprende tu interrogacion, no te diré mas que mis conjeturas. Faltaria a mi buena fé y al cariño que te profeso si te presentase mis opiniones como verdades absolutas; no tengo la presuncion de los sabios ni las creencias ciegas e invariables de los fanáticos; no tengo tampoco el aplomo de los políticos ni la arrogancia sistemática de los reformadores; de consiguiente, mis ideas puedes desecharlas o aceptarlas segun te convengan o no, porque no pretendo que nadie crea

en ellas, puesto que la forma actual de mi pensamiento puede cambiar en virtud de nuevas modificaciones, porque lo que te diga en relijion, en sociabilidad, en política no tiene mas asidero que mi reflexion, y esta es tan fácil que se alucine y engañe; pero ya que no me es dado prometer la seguridad que buscas, encontrarás la sinceridad en mi misma franqueza, dejando a tu entendimiento libre el terreno de la induccion.

—No tiene usted idea, señor, de lo agradecido que le estoi por esa enseñanza.

—Ya te he dicho que no enseño sino que espongo; pero creo que puedes sacar alguna utilidad de mis observaciones. Habia pensado comenzar tu educacion por la esposicion de estas grandes ideas, que forman la historia de la vida del hombre, y me complazco en que hayas sido tú mismo el que me ha traido a este terreno, porque esto me prueba que tu espíritu está dispuesto y que la semilla que en él se eche no se perderá. Ahora, por lo que respecta al otro jénero de conocimientos, te los enseñaré por la práctica; pues siendo esperimentales, no están sujetos a la controversia ni a la duda; pero para esto es preciso que te quedes conmigo, al menos mientras permanezcas en la hacienda para aprovechar algunas horas de la noche, que de otra manera seria imposible encontrar, a causa de tus ocupaciones del dia.

—Ya lo habia pensado, señor, pero no me atrevia a pedirle esta nueva gracia.

—Que debe serte bastante dolorosa: ¿no es verdad, amiguito? dijo el solitario sonriéndose.

—No lo oculto, señor, pero me parece necesario.

—Me agrada infinito, hijo mio, que aprendas a vencerte y a ser bastante dueño de tí mismo para preferir siempre lo útil a lo agradable; pues si perdieras ahora la ocasion de instruirte por el placer de ver a Luisa, te arrepentirias mas tarde y me hubieras obligado a formar la opinion de que eras incapaz de trabajar por llegar hasta ella.

—¿Cree usted que es posible? Hace dias que la señorita me mira con marcada indiferencia.

—Nada puedo decirte sobre este particular, hijo mio; no quiero ni quitarte ni darte esperanzas; pero te aconsejo que trabajes en todo sentido, y principalmente en cultivar tu intelijencia y en formar tu corazon en la práctica constante de la virtud, que es lo que ella aprecia mas, siendo ésta quizá la única manera de fijarla. Por lo que hace a la indiferencia de que crees haberte apercibido, no soi de tu misma opinion, y puedes estar seguro de lo que te digo, Enrique: yo noto, al contrario, que cada dia ganas en su estimacion.

—¿Se lo figura usted?

—No tan solo me lo figuro sino que estoi cierto.

—¡Si fuese asi!...

—Trabaja, trabaja, hijo mio, sin dejarte seducir por la esperanza ni abatir por la desconfianza; pues tanto la una como la otra nos lleva a una situacion que a todo trance debe el hombre evitar: la inaccion.

—Si usted se digna ayudarme, no será la constancia la que me falte.

—Lo que una vez he prometido, lo cumplo; puedes contar conmigo.

—Dios lo recompensará, señor; pero ya que hablamos de Dios, ¿querria usted, si no se encuentra fatigado, que entrásemos en materia?

—Con el mayor gusto, amigo mio, pero con la espresa condicion de que me interrumpirás cuando quieras; ya sea para preguntarme lo que te parezca dudoso u oscuro o para combatir lo que creas absurdo; pues para tratar materia tan importante se necesita hacerlo con la mayor claridad posible; porque te advierto, Enrique, que estas cuestiones ajitan todavia al mundo y talvez ocupen la vida del hombre por toda una eternidad; de consiguiente, es preciso consagrarles la mayor atencion, porque ellas formarán tus

ideas y dirijirán tus actos durante el tiempo de tu existencia y aun mucho mas alla que ella, pues el pensamiento se enjendra, produce y se esparce tanto ó mas que la semilla a quien fecundiza la tierra.

—Lo escucho, señor, con el mayor interes; pues sus lecciones, estoi persuadido, me serán sumamente provechosas.

—Lo creo, hijo mio; pero te las daré a su debido tiempo. Por el momento, aun cuando te parezca lo contrario, tienes preocupado tu espíritu, y la filosofia es una planta que necesita la tranquilidad. El agricultor que, fuera de tiempo, echase la simiente al campo, ¿no cometeria un disparate? ¿no se espondria a perderla? Indudablemente, y yo no quiero esponer la mia. Sé que tienes buena voluntad, sé que me escucharás con atencion; ¿pero eres acaso completamente dueño de tí mismo? ¿Quién puede, hijo mio, cuando se está preocupado por una sola idea, dominarse hasta el punto de desterrarla de su imajinacion? Mui pocos, talvez nadie; y a mí no me agrada perder mi semilla. Tengo la costumbre de esperar y esperaré, porque es la ocasion la que busco, sabiendo por esperiencia que es esa misma ocasion la que consigue el provecho.

Tu te encuentras mejor; estás impaciente por ir a las casas, por ver tu trabajo y por... ¿qué estraño es que no me escuches? Dejaremos, pues, mis lecciones para otro momento, e inter tanto, goza con tu pensamiento...

La esperanza de amor.

I.

Feliz Enrique con la idea de ir al dia siguiente a ver a Luisa, durmió tranquilo; de manera que al despertar se encontró fresco y ájil, casi como en los mejores tiempos de robustez y de salud; tal es el poderio que ejerce en nosotros la felicidad, cuya sola espectativa hace que los dolores del cuerpo desaparezcan, creyéndose uno libre de los males que poco antes lo aquejaban.

Vistióse Enrique mui de madrugada, encontrándolo el solitario ya en disposicion de partir cuando vino a buscarlo.

—Qué dilijente estás, Enrique! le dijo el anciano con una sonrisa llena de bondad.

—Hacia tanto tiempo, señor, que no salia, y el deseo de ver el estado en que se encuentra el trabajo. . .

—¿Nada mas que esto?

El jóven se ruborizó y bajó los ojos.

—Vamos, amigo mio, confiesa que esas no son las principales causas de tu dilijencia.

—Es verdad... y Enrique volvió a inclinarse nuevamente.

—Conmigo debes tener entera confianza, y no te sienta bien esa reserva ahora que yo sé todo y talvez mas de lo que me has dicho.

—No es reserva, señor, lo que esperimento, sino un sentimiento de pudor o de vergüenza por mi temeridad.

—¿Qué quieres decir con eso de temeridad?

—Quizá no me esplico bien, pero veo que hai una insolencia injustificable de mi parte en el solo hecho de atreverme a pensar en ella. Si supiera lo que pasa en mi corazon, me moriria de vergüenza y no tendria jamas valor de ponerme ante su vista.

—¿Y por qué?

—Porque la mas lijera señal de burla o de desprecio me mataria; y ella talvéz estaba en el derecho de hacerlo al ver mi temeridad.

—Aprende, amigo mio, a conocer bien a Luisa: esa niña tiene mucha elevacion y mucha bondad en el alma para mofarse de nadie y menos de personas a quienes aprecia y quiere, como a tí, de quien está realmente agradecida.

—No me aliente usted con una vana esperanza; mire que la decepcion seria terrible.

—Bajo ningun aspecto pretendo esto. No es mi objeto alentar ni disminuir tu confianza, pues yo he hablado únicamente de aquel cariño y de aquel aprecio que naturalmente inspiran jóvenes buenos como tú, y no de sentimientos de otra naturaleza.

—Mas vale así, contestó Enrique con aire triste: yo sé lo que ella vale y lo que yo soi.

—En verdad, hijo mio, que nunca he conocido, que nunca he visto una jóven igual; pero esto no seria motivo para que te desanimes del todo y pierdas hasta la mas remota esperanza, sino para que te empeñes en llegar hasta ella.

—¿Lo cree usted posible?

—La voluntad, amigo mio, es el ajente mas poderoso de que dispone el hombre; pero dado caso que no lo consiguieras, ¿qué habrias perdido? Toda la ventaja estaria de tu parte, pues mientras mas hubieras batallado, mayor seria la ganancia; porque mientras mas trataras de asemejarte a ella, mas te perfeccionarias.

—Ya lo veo; pero esta lucha es para mí de vida o muerte.

—Entonces sé prudente y abandona la partida antes de comenzarla.

—¡Dejar de amar a la señorita Luisa!... Imposible, señor, imposible...

—Si es así, trata de merecerla.

—Esta es la dificultad; si todo dependiese de mí, no habria obstáculo que me resistiera, y tendria la seguridad de llegar a ella algun dia.

—No hai duda, hijó mio, que existen cosas ajenas de nosotros, pero ya es mucho contar consigo mismo... No te lisonjees con un buen éxito, ni te desanimen tampoco los obstáculos; mejórate, trabaja constantemente y espera: este es el consejo que ya te he dado y que te repito de nuevo. Nada mas puedo decirte, porque seria imprudente y vano... Yo velaré sobre tí y sobre ella; esta es la mejor prueba que puedo darte de mi amistad y del interes que tengo en la dicha de ambos.

—Gracias, señor, gracias, esclamó Enrique enternecido; y tomando la mano del anciano, la llevó a sus lábios.

—La gratitud viene despues del servicio, y todavia nada me debes a este respecto; guárdala, pues, para su debido tiempo, y mientras tanto montemos a caballo y vamos a hacer nuestra visita, que supongo te será mas agradable que nuestra conversacion.

—No niego el placer que tendré; pero con usted tambien estoi contento.

—No disputaremos sobre esto, hijo mio, y aprovechemos el tiempo para llegar antes que el sol caliente, pues podria hacerte daño.

Los caballos estaban preparados y nuestros viajeros se pusieron en marcha con el aire fresco de la mañana.

Enrique iba contento. ¿Quién no lo está cuando se encamina a ver a su amada?

La conversacion del solitario era tan amena como instructiva; siempre agradaban y siempre interesaban sus na-

rraciones, sobre cualquier punto que ellas versasen. Hombre de mundo y pensador profundo, sabia tener en vilo la atencion del que lo oia, a la vez que se empeñaba en dar saludables lecciones o provechosos consejos.

Durante el camino, el anciano trajo la conversacion sobre las plantas, su vida, su estructura diversa, sus distintas cualidades, los grupos de *individuos*, de *especies*, de *jéneros*, de *familias*, de *clases*, con que eran distinguidos segun el exámen de las analojias, cuyo método facilitaba el estudio al hombre, dando asi a Enrique las primeras lecciones de botánica de una manera que se podria calificar como práctica o esperimental.

El jóven, deseoso de aprender, estaba atento, y su interes y su curiosidad crecia a medida que el viejo coronel hablaba, arrobando de tal modo la mente de Enrique las novedades de la ciencia, que olvidó por completo a Luisa y sus propósitos.

El anciano, apercibiéndose del cambio, le dijo sonriéndose, casi al mismo tiempo que llegaban a las casas sin que Enrique lo hubiera notado: "Amiguito mio, hemos llegado a nuestro término sin saber cómo; ya ves que la ciencia tiene sus atractivos e irás comprendiendo que durante tantos años no he vivido tan aislado y solo. La ciencia, hijo mio, es la única de las dichas que no cansan, el único placer que no deja el menor fondo de amargura, sino que mientras mas se gusta mas se desea, satisfaciéndonos a la vez que nos sacia. Ya verás de cuánta utilidad puede serte, y como, si la haces tu compañera inseparable, llegará a servirte tanto en el deleite como en la adversidad, pues ella aumenta y da valor al goce, asi como mitiga el sentimiento y divierte la pena, no habiendo soledad posible cuando la hemos asociado a nuestra existencia. Ten presente la leccion de ahora, no por las lijeras esplicaciones que te he hecho de los rudimentos de la botánica, sino por el efecto moral que ha producido en tí, y de esta suerte comprenderás cuán útil

puede llegar a serte el estudio en las críticas circunstancias por que suele pasar la vida del hombre."

—Lo comprendo, señor, y me aprovecharé de la enseñanza, porque aun sin comenzar he visto sus resultados.

II.

En ese momento entraban en el gran patio de las casas, encontrándose con don Pedro Murna, que salia a recibirlos, lleno de contento al ver a Enrique restablecido.

Pasados los cumplimientos de estilo, y viéndose aun cerradas las habitaciones de las señoras, nuestro jóven obrero pasó a saludar a sus amigos, que se encontraban ya en el trabajo. Cuando éstos apercibieron a Enrique, vinieron corriendo a abrazarlo, haciendo él otro tanto, con la sencilla efusion de un igual para con otro igual.

Esta familiaridad sin afectacion de Enrique no pasó desapercibida a los ojos del solitario, sacando de ella deducciones favorables al discípulo; y si alguien hubiera visto en aquel momento la fisonomia del anciano, habria notado en ella señales inequívocas de una gran satisfaccion, porque para él, que conocia palmo a palmo el corazon humano y los resultados de sus tendencias, auguraba bien que Enrique, lejos de envanecerse de su posicion, de la deferencia con que era tratado por todos, y principalmente por los dueños de casa, asi como de las ideas nuevas que poco há le habia hecho comprender, continuase siempre tratando a sus compañeros en el mismo pié de igualdad que antes, sin creerse él mismo superior a ellos ni ocupar una posicion distinta, lo cual hizo decir al solitario, hablando consigo mismo: "Humildad, nobleza, altivez: hé aquí el fondo del carácter de ese jóven: él será grande, virtuoso y feliz.."

Los carpinteros llevaron a su amigo para que inspeccionase lo que habian hecho durante su ausencia, gozándose en las alabanzas de Enrique, que encontraba que se habian so-

brepujado a sí mismo, diciéndoles que su presencia talvez habria sido un estorbo o por lo menos habria estado de mas, pues él calculaba que con su concurso nunca se habria llegado a tanto.

—Ahora, compañeros, esclamó Enrique, satisfecho por lo que veia, nada mas justo que daros una recompensa, y ésta se sacará de la parte de utilidades que a mí me corresponde.

—No la aceptamos, dijeron todos a una voz, porque lo que hemos hecho no es mas que nuestro deber.

—Imposible, amigos; os habeis privado de las horas de vuestro descanso; estoi seguro de ello, lo veo en vuestro trabajo, y no es a mí a quien podreis engañar, porque estoi mui acostumbrado a calcular el trabajo de un hombre, y no puedo menos de apercibirme que no solo habeis llenado vuestro deber relijiosamente, sino que habeis ido mas allá.

—Suponiendo que asi sea, dijo uno, ya que es imposible mentirte, ¿qué estraño es que desempeñásemos la tarea de un compañero enfermo? ¿No lo harias tú lo mismo en un caso igual?

—Por la misma razon que ustedes no encuentran estraño sino natural lo que han hecho por mí, ¿por qué no hallar lo mismo lo que yo quiero hacer por ustedes?

—Es que si nos pagas nos privas de un placer.

—Lo comprendo, amigos mios, dijo con enternecimiento Enrique, y cargaré con la deuda...

—¡Bravo! esclamaron todos; así nos gusta, y basta de charla, pues volvemos a nuestro trabajo, esperando que no nos vengas a perturbar, porque todavia no te haremos el honor de admitirte entre nosotros mientras que no estés completamente restablecido.

Estos rasgos de grandeza y de jenerosa fraternidad, tan raros en otros paises, suceden mui a menudo en Chile entre nuestros artesanos. La índole de nuestro pueblo es llena de benevolencia, siendo la caridad su principal distintivo. ¡Qué

lástima que tan hermosas virtudes las pierda muchas veces el vicio, la falta de estímulo y el desprecio con que nuestra aristocrática sociedad mira al trabajador! Si nuestros gobiernos no dejasen completamente abandonada a sí misma a esa parte tan numerosa y tan digna de nuestro pueblo, ¡cuál seria su importancia, su moralidad, su progreso y el pié de riqueza y de verdadera preponderancia en que se encontrara nuestra nacion! Si se considerase en Chile como se considera en Estados Unidos al trabajador, no tendriamos el temor de afirmar que seriamos el primer pueblo de la raza latina en América! Todo nos lleva allí: la homojeneidad de razas, pues en Chile no hai ni indios, ni negros, sino chilenos, como lo decia mui bien nuestro distinguido escritor B. Vicuña Mackenna; la unidad del idioma, pues no existen dialectos como en las otras repúblicas (1); la fuerza muscular de nuestros hombres, su carácter suave e intrépido, a la vez que sufrido y jeneroso, el respeto a la autoridad y a la lei, que es para nosotros como una segunda relijion; todas estas cualidades son las mas adecuadas para hacer una nacion grande y viril; empero, las ridículas ideas de aristocracia, legajo triste de naciones corrompidas, neutralizan los buenos efectos que nacerian naturalmente de las virtudes casi innatas de nuestro pueblo, porque detienen su desarrollo físico y moral, minando por su base la independencia y libertad del hombre, que son las principales causas de la enerjia del individuo y por consiguiente de su dignidad y de su progreso; pero este mal, si bien profundo y lento a curar, tiende, sin embargo, a desaparecer, porque poco a poco vamos sacudiendo los funestos errores que nos dió en patrimonio la lamentable dominacion ibérica.....

. . . .

(1) Esceptuamos a los araucanos y patagones, que es un número reducido, y aunque sometidos a nuestra dominacion y formando jeográficamente parte del territorio, están sin embargo separados en sus respectivas comarcas.—*Nota del autor.*

brepujado a sí mismo, diciéndoles que su presencia talvez habria sido un estorbo o por lo menos habria estado de mas, pues él calculaba que con su concurso nunca se habria llegado a tanto.

—Ahora, compañeros, esclamó Enrique, satisfecho por lo que veia, nada mas justo que daros una recompensa, y ésta se sacará de la parte de utilidades que a mí me corresponde.

—No la aceptamos, dijeron todos a una voz, porque lo que hemos hecho no es mas que nuestro deber.

—Imposible, amigos; os habeis privado de las horas de vuestro descanso; estoi seguro de ello, lo veo en vuestro trabajo, y no es a mí a quien podreis engañar, porque estoi mui acostumbrado a calcular el trabajo de un hombre, y no puedo menos de apercibirme que no solo habeis llenado vuestro deber relijiosamente, sino que habeis ido mas allá.

—Suponiendo que asi sea, dijo uno, ya que es imposible mentirte, ¿qué estraño es que desempeñásemos la tarea de un compañero enfermo? ¿No lo harias tú lo mismo en un caso igual?

—Por la misma razon que ustedes no encuentran estraño sino natural lo que han hecho por mí, ¿por qué no hallar lo mismo lo que yo quiero hacer por ustedes?

—Es que si nos pagas nos privas de un placer.

—Lo comprendo, amigos mios, dijo con enternecimiento Enrique, y cargaré con la deuda...

—¡Bravo! esclamaron todos; así nos gusta, y basta de charla, pues volvemos a nuestro trabajo, esperando que no nos vengas a perturbar, porque todavia no te haremos el honor de admitirte entre nosotros mientras que no estés completamente restablecido.

Estos rasgos de grandeza y de jenerosa fraternidad, tan raros en otros paises, suceden mui a menudo en Chile entre nuestros artesanos. La índole de nuestro pueblo es llena de benevolencia, siendo la caridad su principal distintivo. ¡Qué

lástima que tan hermosas virtudes las pierda muchas veces el vicio, la falta de estímulo y el desprecio con que nuestra aristocrática sociedad mira al trabajador! Si nuestros gobiernos no dejasen completamente abandonada a sí misma a esa parte tan numerosa y tan digna de nuestro pueblo, ¡cuál seria su importancia, su moralidad, su progreso y el pié de riqueza y de verdadera preponderancia en que se encontrara nuestra nacion! Si se considerase en Chile como se considera en Estados Unidos al trabajador, no tendriamos el temor de afirmar que seriamos el primer pueblo de la raza latina en América! Todo nos lleva allí: la homojeneidad de razas, pues en Chile no hai ni indios, ni negros, sino chilenos, como lo decia mui bien nuestro distinguido escritor B. Vicuña Mackenna; la unidad del idioma, pues no existen dialectos como en las otras repúblicas (1); la fuerza muscular de nuestros hombres, su carácter suave e intrépido, a la vez que sufrido y jeneroso, el respeto a la autoridad y a la lei, que es para nosotros como una segunda relijion; todas estas cualidades son las mas adecuadas para hacer una nacion grande y viril; empero, las ridículas ideas de aristocracia, legajo triste de naciones corrompidas, neutralizan los buenos efectos que nacerian naturalmente de las virtudes casi innatas de nuestro pueblo, porque detienen su desarrollo físico y moral, minando por su base la independencia y libertad del hombre, que son las principales causas de la enerjia del individuo y por consiguiente de su dignidad y de su progreso; pero este mal, si bien profundo y lento a curar, tiende, sin embargo, a desaparecer, porque poco a poco vamos sacudiendo los funestos errores que nos dió en patrimonio la lamentable dominacion ibérica.....

....

(1) Esceptuamos a los araucanos y patagones, que es un número reducido, y aunque sometidos a nuestra dominacion y formando jeográficamente parte del territorio, están sin embargo separados en sus respectivas comarcas.—*Nota del autor.*

III.

Cuando Enrique contó al solitario lo que le habia pasado con sus compañeros, éste aprobó su conducta, porque la gratitud es un fardo dulce a sobrellevar y cria entre los hombres vínculos sagrados y afecciones que no se estinguen con los individuos, sino que se trasmiten a la familia, formando a í esos lazos que traen consigo la buena armonia, la paz y la jenerosidad; sin embargo, el anciano dijo a Enrique:

—Conservando siempre ese sentimiento de gratitud por lo que han hecho por tí, por el desinteres que han demostrado y por el afecto que te manifiestan y que te tienen en realidad tus compañeros, seria conveniente que la parte de utilidades que habias pensado darles y que ellos rehusaron, la separases, sin embargo, y sin ofrecérselas personalmente, la distribuyeses en cosas útiles en sus respectivas familias, pues cada uno de ellos tendrá su madre, su mujer o su hermana, que quizá carecen, como sucede frecuentemente a nuestros artesanos, de lo mas necesario e indispensable para la vida. De esta suerte, hijo mio, y no te lo digo por cálculo, porque las buenas acciones se deben practicar sin tener jamas el interes en vista; de esta suerte conservarás tú por ellos la gratitud a que se han hecho acreedores y tendrán ellos por tí un sentimiento igual, creyéndose ambas partes obligadas y no satisfechas la una de la otra, sino que serán dos vínculos en vez de uno.

—Comprendo, señor, lo que usted me dice, y me agrada tanto cuanto me admira la manera como sabe usted sacar de todo provecho, pues su consejo está lleno de encanto, de nobleza, de caridad y de justicia.

—Ten entendido que el placer es compañero inseparable de las buenas acciones y que de una virtud nacen otras, porque todas están íntimamente unidas, sucediéndose, sin separarse jamas, como los anillos de una cadena.

Ahora me falta hacerte una observacion respecto a lo que hemos hablado. La parte de utilidades que piensas distribuir entre las familias de tus compañeros es preciso que sea bien empleada, porque no consiste todo en dar, sino en buscar el provecho de la dádiva; pues muchas veces un obsequio inconsiderado produce mas mal que bien, como, por ejemplo, si en vez de un buen colchon les regalas un vestido de seda, lejos de hacerles un beneficio, les inferirias un grave perjuicio; porque no solo no las habias ayudado para satisfacer sus necesidades reales, sino que despertarias la vanidad, creando otras ficticias y perniciosas necesidades, de donde resultarian males, vicios y desgracias que es imposible calcular, pero cuya consecuencia es la lójica precisa e indispensable de un mal acto.

—Tiene usted mucha razon y seguiré al pié de la letra su consejo.

—Ya que estamos de acuerdo en nuestras opiniones y que las señoras dueños de casa aun no se levantan, empleemos este tiempo agradablemente, introduciéndonos al jardin y preparando uno o dos artísticos ramos, que tendremos el gusto de ofrecerles tan luego como las veamos; ¿qué te parece mi idea?

—Magnífica! esclamó Enrique alborozado.

—Asi no podrán menos de notar que nos hemos ocupado de ellas; ¿no es verdad?

—Indudablemente.

—Y nos lo agradecerán, porque la voluntad no tiene otra moneda de cambio que ella misma; de modo que nos pagarán en cariño todo aquel que nosotros tengamos.

—¡Si así fuera!...

—Este es al menos el órden de las cosas y la lei de las compensaciones que vemos establecida en todo cuanto existe...

Y el anciano miró a Enrique con un aire de bondadosa malicia.

—Pero a la vez de cojer las flores y de hacer el ramo,

prosiguió el solitario, nos ocuparemos del estudio de estas hermosas plantas, continuando la conversacion que teniamos poco há y esplicándote al mismo tiempo todo aquello que constituye la vida de estos seres, tales como su raiz, que sirve para absorber los jugos de la tierra, en conformidad a su naturaleza, su cuello, por donde pasan, sus ramas que van a comunicar con las estremidades del cuerpo, sus hojas, por las cuales respiran, sus arterias, que fomentan sus venas, su flor, su cáliz, su semilla, su sexo, su ovario, su polen, su fruto, y verás prácticamente cuán hermosa y cuán útil es esta ciencia, pues ella por sí sola es, de lo que llamamos historia natural, la que presenta mas utilidad y placeres al hombre, la que le proporciona mas beneficios y distracciones provechosas y agradables; pues en sus aplicaciones ocupa el primer puesto en las ciencias, a quienes sirve eficazmente y de quienes ella aprovecha. La botánica, amigo mio, proporciona el estudio de la agricultura, o es una parte integrante de ella, ayuda prodijiosamente a la medicina, sirve a la economia rural y doméstica, entra en las combinaciones y secretos de la química, nos hace conocer en mucha parte las revoluciones sucesivas que ha esperimentado nuestro globo por medio de los vejetales fósiles que se encuentran en las profundas capas de la tierra, ayudando o combinándose con la zoolojia, que nos manifiesta los trastornos esperimentados allá en la inmensidad de los tiempos, que nos es imposible designar y que hemos clasificado en épocas; se estiende a las artes y aprovechan de ella todos aquellos conocimientos que, al parecer, le fueran mas ajenos, pues hasta la teolojia tiene que ver con la botánica, porque es imposible admirar a Dios en toda su magnificencia, en toda su bondad, en todo su poder, sin ese estudio que comprende, tanto al musgo imperceptible y microscópico como al robusto y crecido roble, y que no se limita a la superficie de la tierra, sino que penetra hasta en sus abismos.

Y hablando asi el anciano, a medida que cortaba las flores, iba esplicando a Enrique su organismo y sus cualidades, quedando el jóven obrero a cada instante mas admirado y sorprendido, pues le parecia que un nuevo mundo se desarrollaba a su vista; y asi era en efecto; porque el que no ha estudiado poco o mucho la botánica, se puede decir que tiene aun los ojos vendados.

—Vamos, amigo mio, continuó el solitario; ya tenemos un acopio considerable de flores, siendo ahora preciso que nos ocupemos en hacer un ramo, lo cual no pienses que es tan sencillo, sino que tambien requiere cierto arte y cierto gusto para saber colocar los matices; y el anciano, recordando al elegante y aristocrático coronel de otra época, se puso a confeccionar un ramo con la misma seriedad que si hubiese estado resolviendo un problema aljebraico.

Enrique, a quien tampoco era estraña la confeccion de un ramillete, por haber, en su pequeño jardin del conventillo de la calle de San Pablo, ayudado a su hermana en esta agradable tarea, trató de arreglar el suyo, y lo hizo con un gusto tan esquisito, que el solitario no pudo menos de decirle:

—Parece, amigo mio, que no es la primera ocasion que desempeñas este oficio, lo que me estraña, porque un hombre de trabajo como tú rara vez se ocupa de estas cosas, propias solo a las clases acomodadas de la sociedad, que no tienen en qué pasar sus ocios, o a las pobres floristas, que hacen de ello una especulacion.

—La solucion es mui sencilla: mi hermana, que es mui aficionada a las flores, las cultiva en el pequeño huerto que trabaja mi padre, y con frecuencia hace hermosos ramilletes, que coloca delante de los santos a quienes reverencia mi madre, y en cuya tarea suelo yo acompañarla por gusto, especialmente los domingos o dias festivos en que no hai asistencia al trabajo.

—Ahora comprendo, y por eso es que me aventajas, pues

hace muchos años que yo no habia vuelto a tomar ocupacion tan séria.

Y el buen anciano se reia de sí mismo al verse matizando flores cual enamorado jóven; pero estos contrastes son peculiares al hombre de jenio, distrayéndose muchas veces en cosas tan frívolas, que desdeñaria un niño y que le sirven a él de descanso, como si esa poderosa intelijencia que se cierne sobre el resto de la humanidad, como si esa frente donde se anidan los mas grandes pensamientos y de donde brotan las concepciones mas atrevidas, tuviese necesidad de olvidarse a sí misma, buscando aquello que menos pueda ocuparla y en que no le sea preciso fijar su atencion: para Chateaubriand, por ejemplo, que habia llenado al mundo con su nombre, y que habia ocupado los puestos mas elevados y honoríficos en su pais, su principal placer consistia en dar de comer a sus gallinas... ¿No hai algo de admirable, de tierno y de noble en esta sencillez del sabio? Solo la presuncion de los necios, que se creen siempre tan importantes, desdeñaria esta especie de frivolidad del talento; solo ellos, para ocultar su pequeñez y su insignificancia, se empeñan por aparecer graves...

IV.

El solitario y Enrique habian concluido su tarea, y aun permanecian cerradas las puertas de las habitaciones de la familia, lo cual le hizo decir al primero:

—Yo creia que cuando llegásemos encontrariamos a Luisa en pié, porque siempre le he conocido la costumbre de levantarse mui temprano, como una de aquellas flores que, presintiendo la salida del sol, abren sus pétalos para recibir los benéficos rayos del padre de la naturaleza; asi es que me estraña mucho que todavia no se haya levantado. ¿Si estará enferma?

Enrique se puso pálido.

—Pero no es de presumirlo, continuó el anciano, para

tranquilizar al jóven; pues solo antes de ayer la hemos visto en perfecta salud.

Y como para comprobar esta última palabra, se vió aparecer a Luisa en una de las puertas, vestida en traje de mañana.

—Ocultémonos, dijo el anciano; vamos a darle una sorpresa, pues es indudable que se dirijirá al jardin.

Enrique vacilaba...

—Vamos, ocúltate, repitió el solitario.

El jóven permanecia siempre de pié.

—¿Qué es lo que haces, hombre?

—Me parece, señor, contestó Enrique, con una espresion tímida y modesta, pero firme y decidida; me parece que esa es una familiaridad no propia para mí y de la cual tendria ella, y con justicia, el derecho de quejarse.

El solitario, admirado, miró a Enrique; y luego, tendiéndole la mano, le dijo: "Tienes razon... comprendo y aprecio esa delicadeza... Tienes una finura de tacto admirable... Es preciso ser mui elevado para pensar y obrar asi... Me has dado una leccion que no desdeño sino que acepto...

—Señor! esclamó Enrique con tono humilde; no hable usted de esta manera: ¿quiere usted avergonzarme?

—Yo sé lo que digo, amigo mio, y no echo las observaciones en saco roto; pero veo que Luisa nos ha apercibido y que viene hácia nosotros.

En efecto, la encantadora jóven llegó donde ellos; y abrazando con filial abandono al solitario, tendió su mano a Enrique, diciendo a ambos esta sola espresion: "¡Tan temprano!"

—Hace mucho tiempo que esperamos, hija mia, y en prueba de ello, aquí tienes estos dos ramilletes que hemos hecho en tu jardin, mientras que tú probablemente dormias.

—¡Qué lindos! dijo Luisa mirándolos por un momento y llevándolos en seguida a la cara para aspirar su suave aroma.

—¿Cuál de los dos te agrada mas? la preguntó el solitario.

—Este; y Luisa designó el ramo trabajado por Enrique.

—Tienes razon; siempre la juventud supera en gusto a la vejez: ese es justamente el que ha confeccionado mi amigo.

El corazon de Enrique latia con violencia, y el carmin del rubor coloreaba sus mejillas, todavia pálidas por la reciente enfermedad.

Luisa, bajando tambien sus ojos, como si Enrique le hubiese comunicado la emocion que sintió, no pudo decir mas que "está artísticamente hecho;" pero recuperándose casi instantáneamente, lo cual es tan fácil a la mujer, mirólo con ojos llenos de cariñosa ternura, y le dijo:

—¿Se siente usted mejor? ¿No habrá sido una imprudencia este viaje?

—Estoi casi bueno, señorita; y en lugar de hacerme mal el haber venido, me parece que me ha sucedido lo contrario.

—Dios lo quiera...

—Si hubiese notado la mas remota probabilidad de peligro, lo habria diferido, repuso el anciano; pero creo que le habrá hecho bien en vez de mal.

—Así es, en efecto, señor, contestó Enrique; pues me encuentro tan fuerte, que no tendria inconveniente en ponerme desde luego al trabajo.

—Algunos dias mas todavia... Yo tendré el cuidado de decírtelo.

—Pero usted prolongará quizá demasiado mi convalescencia.

—Nada mas que lo que crea necesario: confia en mí.

—Oh! sí, tenga usted plena confianza en lo que él le diga, repuso Luisa, dirijiéndose a Enrique y señalando al solitario, que en ese momento se habia agachado para cojer una planta, que se puso a examinar con marcada curiosidad.

—Tengo, señorita, tanta confianza en él como en Dios, respondió Enrique en tono bajo, para que no lo oyese el solitario, pero en el que se notaba la conviccion mas profunda.

—Aun cuando usted dice una herejia, repuso Luisa, sonriéndose, él es digno de esa exajeracion.

—¡Si usted supiera, señorita, cuánto ha hecho por mí! Con cuánta bondad me ha tratado! Cuánto me ha enseñado en tan poco tiempo! Cúánto espero todavia de él! si usted supiera todo esto, no estrañaria el que me espresase así...

—Yo tambien le debo muchísimo, porque le debo lo que soi: pues él es quien me ha instruido y quien me ha formado casi completamente.

—Por esto ha salido una obra tan acabada...

Luisa levantó la cabeza con un aire de noble altivez, fijando en Enrique una escudriñadora mirada; pues al oir la frase que acababa de pronunciar, creyó que era uno de esos cumplimientos banales que están por lo jeneral en boca de los jóvenes y que habria desdeñado en otro, pero que le hubiera herido vivamente notar en Enrique; mas al ver la sinceridad pintada en su semblante y la admiracion injénua que se revelaba, así como la ternura sin límites que parecia nacer de sus ojos, bajó los suyos como avergonzada de sus sospechas y del elojio que le habia hecho, apoderándose de ella cierta timidez que hasta entonces no habia sentido; de modo que la altiva Luisa, la reina de los salones de Santiago, la aristocrática beldad a cuyos piés todos se prosternaban, recibiendo como un favor la mas insignificante de sus miradas, Luisa, a quien el famoso e irresistible Lovelace de Guillermo no habia podido arrancar mas consideraciones que la de una fria urbanidad, se encontraba ahora tímida, confusa, casi suplicante en presencia de un simple artesano! ¿Cómo se habia operado esta metamórfosis? Quién habia hecho este milagro? El respeto, el aprecio a la virtud, el amor, que, al despertarse por primera vez en el pecho virjinal de una niña, nace envuelto en la túnica del pudor y es tímido hasta en el deleite... Luisa reinaba, pero estaba subyugada; era árbitra de los destinos de Enrique, pero tambien se habia encadenado... Una de sus palabras

lo podia hacer vivir o morir, pero ella se encontraba a sus piés... ¡Dulce esclavitud, que encierra un insondable mar de delicias!.. Las ventajas de la fortuna, del rango, del nacimiento, todas esas consideraciones sociales que tanto peso tienen entre los hombres, que tanto influyen en nuestra existencia y que son nuestra aspiracion constante, habian cedido su puesto ante las ventajas reales de la naturaleza, habian desaparecido ante las cualidades morales de Enrique, y su humilde sinceridad habia triunfado del corazon de Luisa... porque para las almas nobles, para esas almas escojidas a quienes parece que Dios ha dotado con lo mas divino de su mas pura esencia, para esas almas, decimos, la humildad es la virtud mas grande, porque, por una especie de iutuicion, comprenden que esa virtud, tan desconocida y despreciada hoi dia, encierra todas las otras, dando al espíritu una fortaleza sin igual y al carácter una elevacion que se hace sentir sin que nos empeñemos en demostrar, pues por el hecho mismo de no exijir nada el individuo, se hace digno de todo, por cuya razon la encomia tanto Nuestro Señor Jesucristo, que, con estas sencillas, profundas y sublimes palabras: *el último de mis siervos será el primero*, nos ha dado la leccion mas provechosa y la enseñanza mas verdadera y mas eficaz para llegar al perfeccionamiento, a la gloria y a la felicidad...

Luisa convidó a Enrique para dar una vuelta por el jardin, dejando al anciano absorto con el hallazgo de una planta que le era completamente desconocida y que no sabia cómo clasificar, pareciéndole que pertenecia a una especie distinta de las ya conocidas, pues participaba de las cualidades que distinguian a diversas familias.

—¿Ha escrito usted a Mercedes? preguntó Luisa a Enrique, para romper el silencio que reinaba entre ambos y que revelaba ese embarazo natural y delicioso que se apodera de dos almas que se comunican sin hablarse y que temen ser adivinadas, deseándolo quizá.

—No, señorita.

—¿Por qué ha estado usted tan neglijente?

—Es cierto; Mercedes tiene el derecho de quejarse, pues no he respuesto a su última carta; pero a mas de mi enfermedad, he estado todo este tiempo tan ocupado, que me ha sido imposible... y, me atreveré a confesarlo, aunque sea contra mí mismo, casi no me he acordado de ella...

—Pobre amiga mia! ¡Cómo estará de sobresaltada! El hecho mismo de estar enfermo usted debia haberlo obligado a escribirle.

—No puedo menos de reprocharme mi neglijencia, y la repararé hoi mismo; pero no ha estado en mi mano hacerlo.

—¿Tan malo o tan distraido se encontraba usted?

—Mi enfermedad no es el principal motivo, pues hubiera podido vencerla; pero el señor Guzman me ha entretenido hasta el punto que no he tenido tiempo sino para oirlo y para pensar en seguida sobre lo que me habia dicho, pues me ha tomado por su discípulo, y sus sabias lecciones son tan agradables como provechosas, a tal grado que, sin querer, se apoderan de uno por completo.

—Sé por esperiencia propia el encanto irresistible que tienen las lecciones de mi sabio maestro, pues aunque a mí no me ha iniciado en todos sus secretos ni revelado los misterios que él ha alcanzado a descubrir por medio de la observacion y de la ciencia, porque me ha dicho que no me eran indispensables, con todo, conozco de él lo bastante para saber cuánta razon tiene usted en esperimentar ese arrobamiento al escucharlo, pues creo que tiene el don de ejercer esa misma influencia con todo el mundo, habiendo visto que la esperimentaban hasta las personas mas ignorantes.

—Y usted, señorita, ¿ha tenido la bondad de escribir a Mercedes?

—Me ha sucedido otro tanto que a usted: he estado sumamente ocupada.

—Tambien debe haberlo sentido infinito.

—Hoi mandaremos un propio a San Fernando, y si hai cartas, contestaremos mañana.

—Gracias, señorita, ese mismo era mi pensamiento.

La conversacion fué interrumpida, volviendo a hacerse nuevo silencio; pero Luisa, acostumbrada a los hábitos de la sociedad, tenia mas despejo que Enrique y pudo continuarla, diciéndole:

—¿Echa usted mucho de menos la ciudad?

—No, señorita: salvo el deseo que tengo de ver a mis padres y a mi hermana, jamas he pasado una vida mas deliciosa como la que he llevado aquí.

—¿Sin contar el desgraciado encuentro que lo ha tenido a usted tantos dias postrado en cama?

—Esos han sido los momentos de mayor felicidad.

—Sin embargo, usted debe haber sufrido dolores agudos, y no comprendo que pueda haber goce en el sufrimiento.

—No sé esplicarme, señorita, pero lo que puedo asegurarle es que he sido dichoso...

—Con todo, usted estuvo en riesgo de perder la vida.

—No recuerdo casi aquel instante; él ha pasado como una sombra, pero una sombra que me ha dejado en el fondo del alma un deleite que no sé definir y que, sin embargo, tengo todavia aquí...

Y el mancebo llevó su mano hácia el corazon, con tal naturalidad, que, sin pretender hacer una declaracion, la formulaba de la manera mas enérjica y espresiva...

Luisa se sintió oprimida... Su seno se levantaba... su hermoso rostro estaba encendido, y en sus largas y sedosas pestañas brillaba una lágrima... El recuerdo de aquel momento y la presencia de Enrique habia bastado para conmoverla tan profundamente, que casi estuvo a punto de traicionarse, revelando lo que con tanto empeño queria ocultar.

Afortunadamente llegaba donde ellos en ese momento el

solitario, y Luisa pudo reponerse de su turbacion, y con ese imperio que tiene la mujer sobre sí misma y que parece ser de su propiedad esclusiva, salvo esos casos supremos en que, dominado por completo el corazon, se entrega sin reserva, pudo decir al anciano con voz serena:

—¿Qué nueva adquisicion, mi querido y respetado sabio, ha hecho usted para la ciencia?

—No lo sé todavia, hija mia; pero tengo mis bolsillos provistos de varias de esas plantas, que no estaban inscritas en mi reducido catálogo.

—Dichoso usted, señor, que en todo encuentra un objeto de estudio y de utilidad.

—Y no solo de estudio y de utilidad, sino tambien de satisfaccion y de reposo para el alma.

—Y tan cierto es eso, repuso Enrique, que yo, que no he llegado ni a los umbrales de la ciencia, he participado ya del mismo entusiasmo.

—Entonces ¿tiene usted muchas disposiciones para ser filósofo? dijo Luisa riéndose.

—No lo puedo negar: si la filosofia se me muestra bajo auspicios tan seductores como me los ha hecho entrever el señor, soi desde ahora su decidido partidario y su admirador mas entusiasta, ya que no me será posible llegar a ser jamas uno de sus oscuros miembros.

—¿Y por qué no, hijo mio? Los sabios que cuenta el mundo no han nacido con los conocimientos que han ostentado despues. Por otra parte, para llegar a ser filósofo, así como para llegar a ser santo, no se necesita haber escrito mucho, sino haber pensado y obrado bien. Yo he conocido algunos escritores célebres, cuyo jenio acato, pero que no tenian nada de filósofos sino en sus libros; mientras que he visto personas sencillas y modestas que nunca habian dado una plumada y que, sin embargo, eran dignas de enseñar al mundo. La filosofia, como la santidad, que tienen el mismo oríjen, son mas bien modestas que brillantes, y nacen, cre-

cen y se desarrollan en el retiro mas que en el bullicio; de consiguiente, Enrique, no es tan difícil llegar a obtener el fin que ambicionas, que te alabo y que me empeñaré que consigas.

—Sin embargo, señor, para llegar allí se necesita tiempo y comodidades; pero cuando uno está obligado a trabajar para vivir, si por casualidad llega a conseguir lo último, es siempre a costa de lo primero, y cuando tuviera la posibilidad, seria demasiado tarde...

—Para el hombre de voluntad, para el hombre realmente de inspiracion, siempre hai tiempo, porque siempre surje a despecho de los obstáculos: ahí tienes a Franklin, simple cajista de una imprenta, a Juan Jacobo Rousseau, aprendiz de relojero y que pasó la mayor parte de su existencia copiando música, a pesar que llenaba el mundo con su talento y con su nombre, y tantos otros que podria citarte de ejemplo; pero sin pretender tan elevados puestos, sin querer descollar en la humanidad, uno puede alcanzar un lugar mas modesto; y sin ser una antorcha para la especie, puede adquirir bastante luz para conducirse bien y guiar a las personas que ama: la principal filosofia consiste en saber estarse en su puesto, no por flojedad sino por conviccion, asi como la verdadera santidad está en el ejercicio de estas dos virtudes: la humildad y la caridad.

—Esta facilidad alienta, replicó Luisa. Usted abrevia de tal modo el camino que conduce al templo de la sabiduria, que dan ganas de tomarlo por asalto.

—Chancéate, amiguita, chancéate, que el tono festivo no quita nada a la verdad, sino que, en vez de severa, la hace risueña y agradable.

—¿Seria usted amiga de la filosofia? preguntó Enrique a Luisa con timidez.

—A ese respecto le responderá a usted quien me ha formado; yo le diré únicamente que soi simple mujer...

—Luisa es tan amante de la filosofia como nosotros; pero

su filosofia consiste en ser lo que te ha dicho: en ser la mujer por escelencia.

—Eso no habia, señor, necesidad de decirlo, porque se ve.

—No te creia tan adelantado, Enrique, en esta clase de conocimientos.

—¿Qué es lo que a usted le sorprende, señor?

—Que sepas lo que es mujer.

—¡Vaya! ¿y quién lo ignora?

—Todos, amigo mio, o por lo menos la mayor parte.

—No comprendo el enigma.

—Saber ser mujer, hijo mio, es saber ser ánjel, y esto es lo que ha aprendido Luisa, esto es lo que sabe, esto es lo que es...

—Por Dios, señor, no hable usted así, esclamó Luisa ruborizada.

—Me es indispensable hacer esplicaciones a mi neófito, y prefiero la via esperimental a la abstracta; por eso me valgo de comparaciones, pues practicando es como mejor se aprende y se enseña.

—Lo que quiere decir que usted me coloca en calidad de un cuerpo sobre el cual va a practicar la autopsia.

—Exactamente, hija mia.

—Pero usted no contaba con mi voluntad; sin embargo, declaro, señor, que no me prestaré a ello.

Y tomando Luisa sus dos ramos, saludó con gracia a sus interlocutores, diciéndoles:

—Sigan ustedes su conversacion científica, pero les faltará el instrumento para el análisis. Voi a vestir a mi mamita y les espero para almorzar, aun cuando merecian ustedes un verdadero castigo por su osadia y falta de respeto para con una señorita.

—¡Encantadora niña! esclamó el anciano cuando Luisa habia desaparecido. Hé aquí, Enrique, lo que llamo la mujer: un ser fuerte por su debilidad, poderosa por sus hechi-

zos, májico por su dulzura, diáfano por su espiritualidad, brillante por su viveza, divino por sus sencillez, e irresistible por esa inagotable ternura que todo lo suaviza y endulza y que es capaz de domesticar hasta las fieras... Su benéfica influencia sobre el hombre se asimila a la que ejerce el Creador sobre las cosas, pues ella prevee nuestras necesidades, adivina nuestros deseos y es el oríjen de nuestros mas puros goces, asi como Dios ha ordenado la creacion y establecido la armonia...

Enrique oia con delicia las palabras del solitario, en tanto que sus ojos seguian a Luisa, quedando fijos en la puerta por donde habia desaparecido, como si todavia pudiera apercibirla: ilusion de los sentidos que esperimentamos con frecuencia cuando nuestro ser se halla fuertemente impresionado.

—Te has quedado como en éstasis, amigo mio. ¿La vision celestial no ha desaparecido aun de tu vista? Pero creo que te será mas agradable la realidad; encaminémonos a las habitaciones.

V.

Enrique siguió al solitario sin proferir palabra, quedándose ambos en los corredores hasta que Luisa salió a recibirlos, haciéndolos entrar al salon; pero antes de introducirlos dijo a Enrique: "Hágame usted el favor de llamar a dos de sus oficiales que necesito urjentemente."

El jóven se inclinó y obedeció, apareciendo en seguida con los carpinteros.

Luisa le hizo seña de entrar donde estaba el anciano, y dirijiéndose a los artesanos, les ordenó que la siguieran, desapareciendo con ellos en el interior de las habitaciones.

Durante largo rato permaneció Luisa sin volver al salon; pero al fin se presentó risueña y alegre, casi al mismo tiempo que la señora doña Juana, que entraba por el costado

opuesto y que al ver al solitario se dirijió a él, estendiéndole amistosamente la mano y haciéndolo sentarse en el mismo sofá que ella iba a ocupar.

Luego apercibió a Enrique, y con tono de cariñosa sorpresa le preguntó por su salud con muestras inequívocas de un grande interes, lo que agradeció Enrique y satisfizo a Luisa, que temia siempre las maneras altivas aunque benévolas de su madre, las que podian herir la susceptibilidad del jóven obrero, susceptibilidad que se hace mas sensible o quisquillosa a medida que la posicion del individuo es mas humilde; pero la señora estuvo llena de amabilidad, tratando a Enrique con cierta deferencia, debida sin duda a los favores que les habia hecho, a la amistad con que lo distinguia el viejo coronel don Toribio de Guzman y al afecto que en realidad le profesaba a él y a su familia.

La conversacion se hizo jeneral. El solitario manifestó su admiracion por la vida regalona de Luisa, a quien siempre habia visto levantarse temprano, mientras que ahora sucedia lo contrario.

La señora convino con el solitario, añadiendo que de algunos dias a esta parte habia abandonado todas sus ocupaciones; que solo permanecia con ella el tiempo mas indispensable, y que se encerraba en sus habitaciones sin permitir que nadie entrase en ellas.

—Confieso, prosiguió doña Juana, que estoi sorprendida de tan repentino cambio en los hábitos de Luisa; porque antes, durante nuestra permanencia en el campo, estaba en pié al salir el sol, montaba en seguida a caballo y solo volvia a la hora en que yo acostumbro levantarme, permaneciendo conmigo la mayor parte del dia; pues ya fuese su labor, sus pinceles o sus libros, los trasportaba a mi cuarto, trabajando a mi presencia, lo cual me divertia y me agradaba a la vez; pero hoi todo es distinto, viéndole la cara por momentos y no saliendo a ninguna parte, si se esceptúa las visitas que ha hecho a ustedes.

—De manera, señora, que usted está quejosa, dijo el solitario.

—No lo niego, contestó doña Juana, mirando a Luisa con ternura y con sentimiento. Es tan estraña esta conducta, agregó, que no sé qué pensar.

—Dispénseme, mamita, dijo Luisa, parándose de su asiento y yendo a abrazar a su madre: hoi mismo, en algunos instantes, tendrá usted la solucion del enigma. Por consiguiente, no me defenderé ahora, sino que me juzgarán ustedes despues; y si me condenan, recibiré con resignacion el castigo que me impongan.

—¿Quién te condenará, hija mia? ¿Qué puedes tú tampoco hacer de malo?

Y la tierna madre, que amaba tanto como admiraba a Luisa, le dió un beso, diciéndole: "Desde luego quedas perdonada; vé mientras tanto a pedir el almuerzo."

—Lo confieso, prosiguió doña Juana, cuando Luisa hubo desaparecido; me ha tenido intrigada la estraña conducta de mi hija, y me es imposible saber la causa a que atribuirla; pues la misma Ceferina, que tiene toda su confianza y a quien le he preguntado sobre esto, no ha sabido qué contestarme, estando ella misma ignorante de lo que pasaba y tan intrigada como yo, pues no le ha permitido entrar a su cuarto, cosa que la pobre mujer ha sentido muchísimo.

—En verdad, es estraordinario; pero afortunadamente no habrá mucho que esperar para salir de la curiosidad.

Enrique, a quien interesaba sobremanera esta conversacion, deseaba tambien, talvez mas que los otros, saber la causa, diciéndole un presentimiento interior que él no era ajeno a aquel acontecimiento, sino que quizá tenia en él la mayor parte; pero reflexionando en seguida, veia que no habia ningun fundamento ni la menor sombra de razon para pensar asi; y sin embargo, le era imposible desprenderse de aquella idea.

Luisa tardó un largo rato, pero al fin entró diciendo: "El almuerzo está servido!"

En ese mismo momento pasaban conversando entre sí los dos carpinteros, habiéndoseles podido oir distintamente estas palabras: "¡Pero qué cosa tan bonita! Qué semejanza! Enrique es el mismo!... Y la señorita!..."

Nada mas se pudo apercibir, porque los sonidos se confundian a medida que se alejaban; pero era evidente que su conversacion era de lo mas animada.

VI.

Al anuncio de estar servido el almuerzo, la señora doña Juana se paró, convidando al solitario y a Enrique para pasar al comedor.

El jóven quiso escusarse, pero le fué preciso obedecer.

Al pisar el umbral de la puerta, doña Juana y el solitario, que iban los primeros, se detuvieron como asustados, esclamando: "¿Qué es esto? Quién ha hecho esto? Qué maravilla es esta!"

Enrique, sin darse cuenta de lo que hacia, se acercó tambien; y al ver lo que los otros miraban, esperimentó tal impresion, que tuvo que apoyarse en la pared para no caer en tierra, pero conservando su vista clavada en un punto, con tal fijeza, que sus ojos parecian desprenderse de sus órbitas.

Luisa se habia quedado un poco atras. En su hermoso semblante se revelaban diversas impresiones... el temor, la confusion, el triunfo, estaban pintados alternativamente, o se confundian en un solo sentimiento: la esperanza...

Doña Juana, sin poder contenerse, esclamó: "Hija mia! ¿dónde está mi hija? Ven para que te abrace... ven..."

Luisa confusa, tímida, conmovida, se acercó donde ella...

—¿Tú has hecho esto, mi querida, mi adorada Luisa?

—Sí, mamita.

—¡Tú!

—Yo misma...

Y a esta respuesta, la noble señora estrechaba contra su corazon a la artista... a su propia hija que habia trabajado aquella obra maestra...

¿Qué era lo que despertaba tanto entusiasmo en la madre, tanta admiracion en el anciano, que permanecia todavia estático, y tan fuerte impresion en Enrique, que habia tenido que apoyarse al muro para no caer?

Era un cuadro trabajado por Luisa...

¿Qué representaba esta pintura?

La escena del bosque... Enrique estaba en actitud de tirar sobre el leon, que se veia a la distancia: era la misma fisonomia, el mismo vestido, el mismo tamaño y hasta el mismo perro que gruñia a su lado... La fiera tenia su misma magnitud, su misma piel, sus mismos ojos terribles y amenazadores... y a Luisa, en su traje de amazona, se le veia tambien ahí, dibujándose en su pálido rostro la ansiedad, pero a la vez la enerjia; y aun don Pedro Murna no se habia olvidado a la artista, sino que aparecia en lontananza trepado sobre un árbol y con el semblante descompuesto por el temor...

El almuerzo quedó olvidado, porque nadie pensaba en él...

Doña Juana no encontraba espresiones bastante adecuadas como alabar el talento de su hija.

El anciano decia que era perfecto, admirable, digno de los mejores maestros, y tan acabado, que podia aparecer con gloria en los museos mas famosos del mundo... Pero en su interior el solitario decia: "Esta es la obra del amor, que ha ocupado el lugar del talento; la pasion ha robado sus destellos al jenio... ¡Poder inmenso de la voluntad! ¿de qué no eres capaz?" Y el filósofo se sumia en sus reflexiones, mirando de hito en hito al cuadro, sin que le fuera posible apartar su vista, encontrando en las partes y en el conjunto tal naturalidad, tal sencillez, tal grandeza, tal atrevimiento de

ejecucion, tal vida y tal espresion en las fisonomias, que le parecian dotadas de pensamiento aquellas figuras, como si hubiesen sido trazadas por un pincel maestro y no inesperto; pero que posesionado de una idea, habia operado por su concentracion un verdadero milagro...

Mientras tanto, ¿qué hacia Enrique? No se habia atrevido a penetrar en el comedor y permanecia como una estátua en el dintel de la puerta, llevando de vez en cuando su pañuelo a los ojos para contener sus lágrimas, y la mano a su corazon para reprimir sus latidos... Una esperanza habia atravesado por su mente: él era amado... y el mismo pensamiento que habia tenido el anciano se le ocurria a él; porque ¿qué otro sentimiento hubiese podido hacer aquella revelacion artística? ¿qué otra idea, qué otra pasion habria podido animar el pincel para trazar aquellos rasgos que representaban la vida del hombre y la vida de la naturaleza con una semejanza inimitable? La aspiracion a la gloria era incapaz de crear en un instante ese monumento del jenio. ¿Cuál otra podia ser entonces la causa, sino el amor? Pero Enrique, si bien este pensamiento lo llenaba de regocijo, trataba a la vez de desecharlo como una mala tentacion que la humilde y severa rectitud de su juicio condenaba, pero que su cariño le decia de aceptar, haciéndole esta lucha sufrir y gozar a un mismo tiempo.

Pero su embarazo creció cuando doña Juana, dirijiéndose a él, que era el único que no habia emitido su opinion, le preguntó qué le parecia el cuadro.

Enrique balbuceó algunas palabras inintelijibles, pero su turbacion era mas elocuente que el lenguaje.

—¿Usted debe estar mui lisonjeado al verse tan fielmente reproducido? le dijo doña Juana.

—Lisonjeado! talvez, señora, pero creo que no obra en mí tanto la vanidad como la admiracion, como el entusiasmo, como el...

Y Enrique, asustado de lo que iba a decir y reprimién-

dose instantáneamente, despues de una pausa, añadió: "como el respeto profundo a que por todos títulos es acreedor el jenio.". .

Y el jóven bajó su vista, para ocultar el brillo de sus ojos, que revelaban su inmenso cariño. . .

—Basta, mamita, dijo Luisa, con tono alegre; si continúan las alabanzas, tendré que retirarme, y el almuerzo se enfria. . .

La artística niña, queria, bajo las apariencias de la frivolidad, ocultar sus afectos y los ajenos para gozar a solas de ellos, pues no se le habia ocultado la impresion producida en Enrique, impresion que le habia dado la seguridad de que era amada, y amada con esa pasion, con ese entusiasmo, con ese culto que habia concebido en sus sueños de felicidad y que así como queria sentir necesitaba tambien inspirar.

—El almuerzo dices, hija mia; ¿quién pensará en él? Sin embargo, sentémonos a la mesa, puesto que así lo quieres; pero mientras tanto dime ¿cómo has podido hacer en tan poco tiempo una obra tan acabada?

—Esta es la falta de que usted se quejaba. Tenia todo mi tiempo ocupado y me agradaba sorprenderla: hé aquí el motivo de mi misterio, hé aquí la causa de mi neglijencia; ¿me la perdona?

—No es perdon sino gratitud, sino cariño el que mereces; y si estuviera en mi mano darte mas afecto, bastaba este hecho para granjeártelo; pero eres la sola dueña de mi corazon. . .

—Mamita! ¡qué mas recompensa! yo soi la que debo estar agradecida a tanta ternura. . .

—Es admirable lo que has hecho. . .

Y doña Juana no se cansaba de mirar el cuadro, notando a cada momento una nueva perfeccion.

—¿Pero de dónde has sacado la tela, el marco, las tintas?

—Mandé un propio a Santiago en el coche de viaje y le

dí la direccion de un frances que en otras ocasiones me ha vendido de estos artículos, encargándoselos ahora especialmente y dándole mis instrucciones; así es como recibí la gran tela preparada, los mas finos colores y ese elegante marco que solo esta mañana he hecho arreglar por los carpinteros para poner el dibujo.

—Es sorprendente que hayas empleado tan poco tiempo.

—Cuando uno trabaja con teson avanza mas de lo que parece, y yo he empleado en esto todos los instantes, pues cada dia me levantaba antes de aclarar, esperando que viniera la luz para principiar la tarea, que me habia propuesto concluir antes que el principal personaje o el principal actor de la escena que representa el cuadro, se encontrara en disposicion de visitarnos; y la suerte me ha favorecido.

—Señorita! esclamó Enrique turbado, ¡tanta bondad!

—Falta saber, repuso el solitario, cuál es en realidad el principal personaje. A mi juicio, no es el atrevido cazador sino la linda amazona, en cuyas animadas facciones se pintan con tanta espresion la ansiedad y la enerjia, no viéndose ninguna contraccion de espanto en ese semblante débil por sus contornos y por su forma, pero a la vez viril y resuelto: esta, hija mia, es una obra maestra; en pocas ocasiones son tan felices los artistas que consiguen dar a las fisonomias, ya sea en la pintura o en la estatuaria, ese juego de impresiones diversas, contentándose de representar con propiedad una pasion, una idea, un afecto, dándose por mui satisfechos cuando han alcanzado llegar allí...

Doña Juana meneaba la cabeza en señal de aprobacion y volvia a mirar al cuadro como para cerciorarse de lo que decia el solitario, rebosando de satisfaccion al notar la justa exactitud de las observaciones.

—Es mui cierto lo que usted afirma, señor, repuso Enrique, algo conmovido al hablar, no solo refiriéndose al retrato, sino refiriéndose al hecho; porque, si es verdad que la señorita está con la misma espresion y en la misma actitud

en que yo la vi, si es verdad que bajo todos aspectos es la principal figura de ese hermoso cuadro, no es menos cierto que fué tambien el principal actor en la escena que representa, porque si bien maté yo la fiera, ella salvó la vida del cazador.

—Buen sofista es usted, replicó Luisa con volubilidad; pero basta una sola observacion para echar por tierra su argumento: si usted no hubiera muerto al leon ¿qué hubiera sido de nosotros y dónde existiria el cuadro?

—Póngase usted a disputar con mi hija, dijo doña Juana alegremente, y verá si triunfa! Yo me he acostumbrado a cederle en todo, porque en todo me vence.

—Segun esto, podria decirse que soi la mas caprichosa! ¿Qué opinion van a formar de mí estos señores? Usted me desacredita, mamita; pero yo me resigno y cedo para que se vea prácticamente mi sumision; cortemos, sin embargo, toda disputa, y ya que nadie almuerza, propongo que vamos a dar una vuelta por el trabajo.

—Mui bien, dijo doña Juana, parándose en el acto. Yo no he visto bien los adelantos que se hayan hecho, y ahora que tenemos con nosotros al arquitecto, podremos juzgar mejor por la esplicacion que él nos haga.

—Estamos a su disposicion, repuso el anciano; y todos salieron del comedor, no sin echar desde la puerta una última mirada al cuadro, especialmente Enrique, que era el último y el mas interesado.

VII.

Hemos visto que Luisa habia empleado cierto tono de frivolidad en el curso de la conversacion; pero era una frivolidad afectada y únicamente con el fin de ocultar sus verdaderas impresiones, haciendo tambien que Enrique calmase las suyas; pero ella tenia deseos de quedar por un momento sola para pasar en revista por la imajinacion hasta los menores incidentes de este dia; porque es así como se estudia,

se conoce, se define y se aprecia en su justo valor hasta la mas insignificante palabra.

Otro tanto esperimentaba Enrique, y no veia el momento de poder entregarse a sí mismo; empero, era necesario resignarse a estar en sociedad por algun tiempo y era preferible el paseo propuesto, porque así habria algun medio de aislarse, aunque no fuera mas que por un instante.

Si doña Juana habia quedado al principio complacida de los adelantos hechos en el trabajo, ahora que los habia visto mas detenidamente era mayor su satisfaccion, espresándosela tanto a Enrique como a sus compañeros.

De regreso a las habitaciones de la familia, el jóven obrero se despidió bajo el pretesto de que tenia que hablar con sus amigos sobre algunas cosas que habia notado durante la inspeccion, pero en realidad para dar libre curso a su fantasia, para aliviar su corazon, cargado con tantas emociones, que, aunque felices, lo agoviaban: tal es la debilidad del hombre, que la estremada alegria así como el agudo dolor lo sofocan y anonadan.

Al aproximarse la hora de comer fué a buscarlo un criado, encontrándolo con los demas carpinteros, con quienes acababa de reunirse. Por obedecer la órden fué Enrique al llamado que se le hacia, pero con la firme resolucion de quedarse a comer con sus amigos, y así se lo suplicó con tanta instancia a las señoras, que éstas se vieron obligadas a ceder.

¿Por qué se privaba de la felicidad de ver a Luisa y de estar con ella todos aquellos momentos que le eran permitidos? Dos sentimientos obraban en él: primero el no establecer una diferencia tan marcada con sus amigos, haciéndoles sentir la superioridad de su posicion; segundo, una especie de dignidad, que le decia no deber familiarizarse con sus superiores, conservando siempre, si podemos espresarnos así, el orgullo de la humildad.

Durante la ausencia de Enrique, el solitario contó a doña

Juana y a Luisa la observacion que le habia hecho en el jardin, cuando le propusiera ocultarse para darle una sorpresa, y esta delicadeza de sentimientos no pudo menos de agradarles, pero de una manera distinta: doña Juana veia el respeto debido al rango, y Luisa la dignidad del hombre unida a la consideracion al sexo y al alto aprecio moral que talvez esperimentaba por ella.

Luisa no se equivocaba: esos eran justamente los sentimientos de Enrique, sentimientos que no definia el mismo jóven, pero que obraban, sin embargo, en él sin saberlo.

En la noche fué invitado al té y aceptó el convite.

Doña Juana dijo a Enrique que desde ahora podia ya vivir en las casas, puesto que ya se encontraba tan restablecido; y aun cuando no se ocupase todavia del trabajo, les serviria a ellas de agradable compañia.

Enrique dió las gracias a la señora, escusándose, porque no le era posible aceptar su jenerosa oferta, pues estaba convenido con el señor Guzman para vivir con él en su retiro por todo el tiempo que permaneciese en la hacienda de San Jorje.

Luisa, al oir lo que decia el jóven, sintió un dolor agudo, inmutándosele el semblante, lo que no pasó desapercibido al solitario, pues esta ausencia voluntaria de Enrique probaba indiferencia.

—Pero esto es de todo punto imposible, repuso doña Juana; si usted va a vivir a tanta distancia, ¿cómo dirijirá usted el trabajo?

—Yo respondo de todo, se apresuró a decir el viejo coronel, que deseaba hacer desaparecer la inquietud de Luisa, satisfaciendo a la vez las lejítimas exijencias de la señora, que temia no se concluyese la obra si el arquitecto no ponia mano en ella. Me he propuesto, continuó el solitario, instruir a este jóven, trasmitiéndole, si me es posible hacerlo en tan corto tiempo, todos aquellos conocimientos que yo he adquirido con la reflexion, con el estudio o con la espe-

riencia de mundo que me han dado mis viajes; para esto cuento con la adopcion de métodos sencillos que simplifiquen el estudio de cada ciencia y principalmente con el deseo ardiente que tiene Enrique de aprender, pues me ha dicho que quiere cultivar su espíritu y elevarse a bastante altura cuanto le permitan alcanzar las muchas o escasas facultades con que Dios lo haya dotado, pudiendo asegurar a ustedes que esta aspiracion no tiene por estímulo la vanidad de aparecer en el mundo, sino que a mas de la satisfaccion de su propia conciencia, es un noble móvil el que lo determina, móvil que solo es conocido de mí y que desde luego apruebo como honrado y lejítimo...

VIII.

El anciano hizo una lijera pausa y miró neglijentemente a Luisa para que no tomara sus palabras como una revelacion dirijida a ella, sino para ver el efecto que producian, dejándola, sin embargo, en la incertidumbre; con todo, al oir las palabras del solitario, Luisa se serenó; pero bastante dueño de sí misma y mui altiva para traicionarse en presencia de Enrique, ocultó de tal modo la alegria de su corazon, que el anciano mismo se equivocó, llegando a serle dudoso lo que poco tiempo há creia seguro y evidente.

—Esa es una noble ambicion, don Enrique, dijo la señora interrumpiendo, y ojalá persista usted en ella. La ocasion que se le presenta es bellísima, porque no encontraria usted en el mundo un maestro igual al señor de Guzman, que, a sus muchos y profundos conocimientos, reune una bondad sin límites...

—Asi es, señora, dijo Enrique inclinándose.

—Y si yo puedo serle útil, agregó doña Juana; si yo puedo contribuir con algo para esta grande obra, tendria un verdadero placer; pero desgraciadamente, no veo cómo la llevará a cabo mi ilustre y sabio amigo; sin embargo, se me

ocurre una idea: no se ocupe usted mas del trabajo de las casas, sino de vez en cuando para inspeccionar y dar sus órdenes; de esta manera le quedará a usted libre todo el tiempo, y puede aprovecharlo, sin que por esto se altere en lo menor nuestro contrato; porque al fin y al cabo, ¿qué importa que los edificios estén concluidos un mes antes o un mes despues? Esta insignificante privacion de mi parte, no puede compararse a la grande utilidad que a usted reportará; y seria una desconsideracion injustificable, seria casi un delito el que yo, por satisfacer un capricho que puede hacerse mas tarde, lo privase a usted de un beneficio, obligándolo a perder una oportunidad que no encontrará dos veces en la vida.

—Tiene usted mucha razon, mamita, y espero que don Enrique aceptará las condiciones, pues no concibo el motivo que tendria para desecharlas, y estoi persuadida que haria mal si obrase de otro modo.

—No puedo menos, respondió Enrique enternecido, que agradecer en el alma tanta bondad: mi reconocimiento no alcanza a sus beneficios, pero es tan grande como lo puedo sentir...

—¿Acepta usted? preguntó Luisa alborozada.

—Rehuso, señorita.

—¡Rehusa! ¿y por qué motivo? dijo doña Juana, sin saber a qué atribuir la negativa.

—Porque tengo que cumplir con mi obligacion, con mi deber... y espero que ustedes, con cuyo aprecio me honro, no me harán faltar a él, porque a mas de reprocharme a mí mismo, perderia en el buen concepto en que ustedes me tienen y que es para mí de tanto valor el conservar al menos, ya que no me sea posible aumentar.

—No veo que usted faltaria a su obligacion cuando, trabajando para mí, mando yo misma suspender el trabajo.

—Yo me he comprometido con mi maestro, no para instruirme, no para adquirir conocimientos, sino para tra-

bajar en una obra que me ha sido particularmente encomendada; y faltaria a mi deber, a mi compromiso, a mi palabra, si por aprovechar el tiempo en favor mio descuidase sus asuntos: esta seria una falta de honradez que creo no me la aconsejará nadie, y que, aunque me la aconsejasen, no la seguiria.

—Bravo! esclamó el solitario; me gusta esa rectitud y todos la aprobamos.

En efecto, en todos los semblantes se veia pintada la satisfaccion y el contento.

—Si la mayoria de nuestros artesanos, continuó el solitario, tuviese esta delicadeza y siquiera esas máximas, mui diferente seria su posicion, económica y socialmente hablando, porque tendrian fortuna y consideraciones, porque saldrian de la postracion ignominiosa en que se encuentran, porque no darian lugar al desprecio, porque serian ellos los verdaderos fundadores de la igualdad y de la república, pues obligarian a la clase aristocrática a respetarlos, y de este respeto al equilibrio y a la efectiva y práctica democracia no hai mas que un paso, o mas bien dicho, habrian desaparecido las barreras y las diferencias; pero por desgracia no sucede así... por desgracia, el engaño en lugar de la rectitud es el que predomina en ellos, mirando la falta al cumplimiento de sus obligaciones como una habilidad en vez de considerarla como una bajeza; como un provecho en vez de una pérdida, pues nuestros artesanos creen que mientras mas engañan, mas lucran, llamando hombre *vivo* o intelijente al astuto pillo que ha podido hacer mas petardos, riéndose, ¡los pobres ignorantes! de la credulidad de los que se confian por necesidad a ellos, sin ver cuánto se equivocan, cuánto pierden, cuánto se envilecen; sin pensar que de esa manera no ocuparán jamas el menor puesto social, sino que se revolcarán siempre en el fango en que viven. ¡Ai! amigo mio, tú no puedes figurarte cuánto compadezco a las clases trabajadoras de mi pais y cuánto deseo tengo de

verlas rejeneradas por bien de ellas mismos y por bien de Chile... y si es verdad que nuestros gobiernos y nuestra aristocracia tienen mucha culpa en su degradacion y en su atraso, no es menos cierto que ellos no hacen nada, absolutamente nada por mejorarse, por instruirse, por moralizarse; pero cuando se presentan ejemplos como el tuyo (y el solitario miró a Enrique) se reanima la abatida esperanza y se tiene fé en la futura rejeneracion de nuestras masas, y por consiguiente, en el engrandecimiento de nuestro pais...

—Tengo la persuasion de que llegará ese tiempo, dijo Enrique, porque ya se encuentran muchos hombres buenos entre nosotros, a quienes falta, es verdad, ilustracion, pero que tienen honradez...

—Dios lo quiera, repuso el anciano, y espero que tú contribuyas a tan laudable fin.

—Lo haria de todo corazon; ¿pero en qué podré yo influir? la accion individual es casi perdida.

—Sin embargo, harás lo que está en tu mano, porque uno no es obligado a mas.

En ese momento apareció un viajero a la puerta del salon con una carta en la mano.

Luisa se paró precipitadamente, diciendo: "es el *propio* que mandé a San Fernando y trae sin duda una carta de Mercedes."

El hombre entregó varios paquetes.

En las diversas cartas que venian para doña Juana y para Luisa, conoció en una de ellas la escritura de Mercedes y la separó de las demas, pidiendo permiso para abrirla, considerando que vendria incluida alguna para Enrique, en lo cual no se equivocaba.

Despues de haber recibido su carta, nuestro jóven obrero se despidió de las señoras, creyendo importuno quedar por mas tiempo, desde el momento que tenian que leer su correspondencia.

En seguida dirijióse a su cuarto, que encontró sencillo en

sus muebles, pero con un aseo esmerado, como si una persona tan intelijente como amiga hubiera presenciado el arreglo, llegándose a persuadir Enrique que Luisa no habia sido estraña en aquel acomodo, porque habia allí tal armonia, tal confortable y tal prevision delicada, que era imposible que manos simplemente mercenarias hubieran tenido ese gusto, ese perfume aristocrático que solo le es dado conocer a las personas de buen tono.

Luisa, por su parte, se habia retirado tambien a sus habitaciones, luego que dejara el salon Enrique, porque queria no solo estar sola, para entregarse a sus pensamientos, sino leer con entera libertad la carta de su amiga en que presumia le hablara de lo que mas interesaba a su corazon.

Vamos, pues, a leer ambas cartas, principiando por la de Luisa.

La novena de Marta.

I.

Sentada nuestra aristocrática niña en una poltrona, habia colocado a su lado una pequeña y elegante mesita, sobre la que estaba colocado un candelabro con cinco luces, porque a Luisa le gustaba mucho la claridad, teniendo siempre en su cuarto un considerable número de bujias.

Una vez en su asiento, puso las cartas sobre la mesa, y apoyando su cabeza en una de sus manos, cerró sus hermosos ojos, quedando por algun tiempo sumida en sus reflexiones... Al fin, abriendo sus párpados y haciendo un movimiento encantador, tomó de entre las varias cartas que tenia a su lado la de Mercedes, que, si bien habia abierto, no habia aún leido, porque solo rompiera el sello para ver si encontraba alguna otra inclusa, como en efecto habia sucedido.

Hé aquí la que le habia escrito Mercedes:

"*Santiago, noviembre* 22 *de* 1850.

"¿Cómo sufrir con paciencia, mi única e incomparable amiga, tu neglijencia en escribirme? ¿Por qué me tienes tanto tiempo en esta ansiedad? Ignoras el gran interes que tengo en saber de tí, en conocer el estado actual de tu corazon, despues de la confesion que me hiciste en tu pasada carta y en que me digas el grado de salud en que se encuentra mi hermano? ¿Te parecen de poca importancia todas estas cosas para que permanezcas silenciosa, sin que tomes en cuenta las angustias de mi incertidumbre?

"Te lo prevengo, mi noble y querida Luisa; al no recibir cartas tuyas ni tampoco de Enrique, he pasado dias bien amargos. ¿Por qué tanta mudez, me he dicho a mí misma? qué hai? qué ha sucedido? qué novedad tan estraordinaria les ha impedido a ambos escribirme? Y mi dolor, Luisa, se aumentaba con el dolor de mis padres, que tambien, lo comprendes, deseaban saber de su hijo... y de sus bienhechores... Sácame, por Dios, de esta situacion penosa y no dejes de contestarme por el próximo correo, porque de lo contrario, soi capaz de aparecerme ahí con toda la familia, que, como yo, participa de igual sufrimiento.

"Voi a confesarte una verdad: sin la asistencia de Víctor, sin su compañia, sin sus reflexiones, sin sus consuelos, me habria desesperado; pero él, mitigando su exaltacion y la de mis padres, nos ha hecho soportar la angustia hasta hoi... pero si a vuelta de correo no llega una carta tuya o de Enrique ¡quién sabe lo que va a suceder!.. Tú serás la única responsable de las consecuencias...

"Dime, amiga mia, ¿lo que me escribiste a propósito de mi hermano, no existe ya? Ese afecto intenso, ese amor que me manifestabas por él, ¿ha desaparecido? El conocimiento mas perfecto de su poco valer, es decir, de su carencia de instruccion, (porque en cuanto a sus cualidades morales, yo respondo) ¿te ha traido el desengaño? si es así, si esto te ha impedido escribirme, si ya no lo quieres, confiésamelo francamente y no por eso dejaré de ser tu amiga con todo mi corazon, con toda mi alma; lo sentiria, es verdad, lo sentiria por él y por mí, pero no por eso disminuiria un ápice el afecto que te profeso y que ha nacido y es independiente de toda otra relacion que no sea la nuestra. De consiguiente, Luisa, espero que seas franca, aun cuando hubieras de causarme un sentimiento en esta parte, porque jamas te perdonaria el disimulo, si esto puede existir en tí, si esto puedes usar conmigo.

"Como te he dicho antes, no ha contribuido poco Víctor

para borrar mi inquietud y para serenarnos a todos algun tanto, porque sus francas, cariñosas y razonables demostraciones han traido un consuelo; y porque... ¿quieres que te lo diga, Luisa? porque me ha declarado su amor y me ha pedido a mis padres... y yo... yo tambien lo quiero... pero sin embargo, existe en mí no sé qué vacio... no me encuentro con tu misma decision, con tu mismo fuego, con tu mismo entusiasmo... ¿Será acaso que yo no sé amar? Y con todo, te lo declaro, él ejerce una grande influencia sobre mí: cuando me encuentro a su lado, me fascina y me domina: pero cuando se va, parece que el encanto se desvanece... ¿Qué será esto, amiga mia? ¿Habrán influido en mí ciertas observaciones tuyas y de Enrique? Pero ni tú ni él lo conocen. ¿Cómo entonces basar su conducta sobre presentimientos? Y sin embargo, ellos obran indudablemente en mí... pero a pesar de ellos, al dia siguiente, cuando lo veo, cuando me habla, me arrastra y me convence a tal punto, que soi toda de él... aun cuando no se lo diga ni se lo manifieste...

"Los presentimientos! ¿Pero qué son ellos al lado de sus virtudes? Si supieras, Luisa, cuán humano y jeneroso es Víctor, si conocieras su caridad inmensa, si fueras testigo de sus obras, todas esas prevenciones sin fundamento desaparecerian como el humo... Si lo oyeras hablar, si vieras la distincion de sus modales, la modestia elegante que lo caracteriza, la pureza de sus sentimientos, la elevacion de sus ideas y su brillante y cultivada intelijencia, estoi segura que todas tus prevenciones y las de mi hermano no existirian y llegarias a amarlo...

"¿Te acuerdas, amiga mia, que una vez te dije, cuando apenas lo conocia, que era el solo hombre digno de tí? Pues bien, Luisa, hoi estoi mas que nunca convencida de esta verdad: tú eres la única mujer digna de él y él el único hombre digno de tí; y si no fuera que Enrique es mi hermano y que le deseo la mayor felicidad, te diria: "Aguar-

da, amiga mia, espera el momento en que lo conozcas y en que él te vea y te admire, porque verte y admirarte es una misma cosa, para que ambos sean dichosos."

"Y créemelo, Luisa, te lo digo con todo corazon; si esto pudiera suceder, lo haria, y sin el menor sacrificio de mi parte, ¡porque seria tan feliz con tu felicidad! Si Víctor supiese lo que ahora te escribo, me diria talvez que no lo quiero lo bastante, pero se engañaria; pues lo querria siempre y quizá mas si te hiciera a tí dichosa...

"El paso que ha dado con mis padres ha sido bien recibido. Ellos me consultaron; yo no tenia objecion que poner, y dieron su consentimiento... pero he exijido como condicion indispensable que no se efectuara mi enlace hasta que tú y Enrique estén presentes; ¿no me harás el favor de asistir a mi modesta boda? Estoi segura de ello y no insistiré sobre este punto... pero si cuando veas a Víctor te agrada, no tengas el menor escrúpulo: todo queda deshecho, y tú serás la preferida sin que te pese ni mi rivalidad ni mis pesares, porque en realidad no existirian, sino puramente el contento de verte feliz y de que él tambien lo fuera...

"Despues de la declaracion de Víctor y del consentimiento de mis padres, viene a casa con mas confianza y es recibido casi como un hijo; ¿qué cosa mas natural? El tiempo que le dejan sus ocupaciones mas indispensables, me lo consagra a mí y lo pasamos estudiando, leyendo, dándome lecciones sobre muchas cosas en la mas dulce intimidad. ¡Qué momentos tan agradables! Si la vida se pasase siempre así, este mundo seria un paraiso!...

"Mi padre quiere y considera a Víctor, porque la superioridad de su instruccion y de su talento se hace sentir, por mas modesto què él sea; pero mi madre, si bien reconoce sus virtudes y hace justicia a sus cualidades, conserva siempre cierta desconfianza invencible que ella trata de combatir, pero que no consigue destruir, aun cuando despues de su franca declaracion se ha modificado un poco, esperimentan-

do igual sentimiento por la señora Anastasia, que en realidad es una santa mujer, aunque su fisonomia no lo manifiesta algunas veces, porque yo misma le he sorprendido miradas que me han hecho temblar; pero esta impresion pasajera se ha desvanecido al punto, pues casi en el mismo instante he sabido alguna accion buena de ella, que me ha obligado a arrepentirme de mi involuntario e irreflexivo temor.

"¡Te entretengo demasiado de mis cosas, querida Luisa, y no te he preguntado casi nada de las tuyas!. . Dispénsame, amiga mia, y no te olvides de decirme todo lo que te pertenezca, aun cuando te parezca lo mas insignificante, porque lo que tiene relacion contigo es para mí de mas grande interes.

"Mis padres te mandan mil cariñosos recuerdos y mil respetos a la señora, sobre cuya salud se interesan tanto o mas que yo misma.

"Mi madre, con su piedad, está aun dándole una novena a la Vírjen por el pronto restablecimiento de la señora doña Juana... y si vieses al viejo soldado de mi padre permanecer de rodillas todo el tiempo que dura el rezo, te gustaria, lo sé, y le gustaria tambien a la señora, porque esto le probaria que aquí hai corazones que la aman y de los cuales no se borrará jamas la gratitud y el cariño que les han inspirado sus bondades.

"Pero no somos nosotras solas, mi querida Luisa, las que nos entregamos a tan piadosa devocion, sino que muchas de las alquiladoras del conventillo, sabiendo que se sigue la novena por la salud de la madre de la señorita que les hiciese tantos beneficios, vienen tambien a rogar con nosotros; y no habiendo en nuestro pequeño salon lugar para tantas personas, rezan, las que no han llegado a tiempo, desde afuera... Esto es tierno... y yo nunca me he sentido con tanto fervor, con tanta devocion como ahora...

"Pero voi a hacerte todavia otra revelacion que acabará

por destruir tus malos presentimientos: Víctor es uno de los asistentes... Desde el momento que mi padre dijo lo que iba a hacer, él se asoció con mui buena voluntad, aplaudiendo con calor el pensamiento; de consiguiente, no ha faltado una sola noche a la novena, colocándose al lado de mi padre y permaneciendo como él igualmente de rodillas... No puedes figurarte lo que esto me ha agradado y lo que ha influido tambien en la voluntad de mi madre, sirviendo a la vez de un bello ejemplo a todas las arrendatarias, que lo respetan y lo quieren, porque las favorece en cuanto puede, dándoles, como tú, cuanto necesitan, a tal punto, que muchas veces le he dicho yo de no ser tan pródigo; pero él me ha sonreido con tanta bondad, que me ha desarmado y he tenido que callarme, muda de admiracion y de cariño.

"Ya ves que nada te oculto, y espero que tú hagas conmigo lo mismo. Refiéreme hasta lo que creas inútil: esta es la mas ardiente súplica de tu amiga, que te ama de todo corazon.

"MERCEDES."

"No olvides tampoco de dar, en mi nombre y en el de mis padres, un fuerte abrazo a doña Ceferina, a quien debo en gran parte la felicidad de conocerte."

II.

La lectura de esta carta conmovió agradablemente a Luisa, haciéndole derramar dulces lágrimas al ver el cariño de que eran objeto ella y su madre... La tierna y sencilla piedad de aquellas jentes, la asistencia de tantas personas a la novena de la Vírjen, personas a quienes no conocia y que un pequeño acto de caridad habia bastado para despertar su gratitud, llenaron de un sentimiento delicioso el corazon de Luisa, y al figurarse al viejo soldado y al jóven artista arrodillados ante una imájen, pidiendo con el fervor de la inocente credulidad por la salud de su querida madre, fué

tal su conmocion, que se arrodilló tambien, y levantando los ojos al cielo, esclamó: ¡Dios mio! Dios mio! cuán fecunda en bienes es la caridad! cuán llena de deleites su práctica!... ¿Por qué todos los hombres no lo hacen, que asi el jénero humano seria dichoso? Si de una dádiva tan pequeña y tan insignificante como ha sido la mia para con aquella pobre jente, han brotado tantos sentimientos benévolos, tanta caridad recíproca y hasta el incienso de una piadosa plegaria, ¡cuál seria el progreso, cuál la felicidad, cuál la elevacion a que alcanzaria la especie si ese sentimiento divino fuera su guia y la regla de sus acciones, si estuviera grabado en el corazon del hombre como en los códigos que determinan sus actos y reglan su política!... Pueblos de la tierra ¿cuál seria vuestro destino? La unidad realizada por la asociacion santa del Evanjelio... El comunismo del Paraiso con la libertad en el pensamiento y en la obra, unida a la inocencia activa e intelijente de una voluntad fraternal, tan poderosa como civilizadora, tan irresistible como benéfica; pues la unidad inmensa de todas las humanas fuerzas converjeria a un solo punto, la caridad, irradiándose de aquí la dicha para cada uno de los miembros que componen la gran familia!...

Luisa estaba en uno de esos momentos de inspiracion sublime, en uno de esos éstasis en que tanto se acerca la criatura al Creador, que casi llega a confundirse con El... La brillante imajinacion de la jóven se paseaba por los perfumados jardines de un desconocido Eden, donde todo era libertad y armonia, grandeza, inocencia y amor... Quien hubiera visto a Luisa en aquella actitud humilde, iluminado su hermoso rostro por gran número de bujias, sus ojos fijos en el cielo, naciendo de ellos algunas lágrimas que se deslizaban silenciosas y trasparentes por sus tersas mejillas, y con sus delicados brazos y finas manos puestas sobre su contorneado seno, la habria indudablemente tomado por una aparicion celeste, pues era imposible que la forma humana

representara hasta ese grado el arrobamiento divino, la caridad anjélica, el candor, la pureza y la gracia unida al entusiasmo de la virtud y a la majestad de la sabiduria!...

Cuánto tiempo permaneceria asi nuestra aristocrática beldad!... es imposible decirlo... porque esos momentos de delicioso éstasis no se calculan ni se miden sino que pasan, cual si no se marcaran en el cuadrante de la vida, dejando únicamente tras sí un destello de refuljente luz, que alumbra a la vez que engrandece nuestro entendimiento y nuestra conciencia; pero al cabo de un largo rato y como si Luisa tuviera necesidad de un horizonte mas vasto, abrió la puerta de su cuarto y se puso a mirar el firmamento...

III.

Intertanto Enrique, preocupado tambien con los acontecimientos del dia y llena su alma de una dulce esperanza, traia a su memoria una a una las palabras de Luisa, su accion, sus miradas, su rubor y hasta los sitios que habia ocupado, porque todo aquello tenia para él un lenguaje y una espresion tierna que le decia que sus afectos eran correspondidos. Empero, nada habia aun de positivo, y las angustias de la incertidumbre mezclándose a las delicias de una realidad que creia palpar y que, sin embargo, se le deslizaba cual fujitiva sombra que se ve sin asirse, producian en la imajinacion del jóven ese estado indefinido que precede a la suprema dicha o al horrible tormento que nos aguarda de un instante a otro en algunas circunstancias estremas de la vida...

La carta de Mercedes la tenia entre sus manos, y aun no se habia resuelto a abrirla, a pesar del interes que ella le inspiraba; pero al fin, como rompiendo el encanto que absorbia sus facultades, tomó un asiento, colocándolo cerca de la mesa en que ardian dos velas de esperma, y leyó lo siguiente:

"*Santiágo, noviembre* 22 *de* 1850.

"Mi bueno y querido hermano:

"Si hubiese de pagar tu neglijencia con la misma moneda, no te escribiria; ¿para qué ser afectuosa con los ingratos? Si la ternura se ha de recompensar con el olvido, mas vale no tenerla, y esto es lo que he estado a punto de hacer; pero me habria impuesto un sacrificio mayor que la pena que podia causarte y he preferido ser jenerosa por egoismo; ¿qué te parece, Enrique, esta manera de vengarse? Si ella no es la mejor, es, sin embargo, la única que yo puedo ejercer y emplear contigo.

"Pero dejémonos de chanzas. ¿Estás enfermo, hermano mio? te has agravado? tus agudos dolores te han impedido escribirme? Así me lo parece y me duelo de ello: habria preferido tu olvido a tus males, pues querria mas bien saberte ingrato que enfermo; pero de un modo o de otro, sácanos cuanto antes de zozobras, porque mis padres y yo sufrimos mucho con la ignorancia en que estamos sobre el estado de tu salud, aun cuando la carta anterior de mi tierna e inolvidable amiga nos quitaba todo temor; con todo, a la distancia, las cosas se desfiguran, y los males, por pequeños que sean, nuestra imajinacion los aumenta.

"Tambien se me ha ocurrido la idea de que, absorbido por completo con los encantos de mi Luisa, te has olvidado de todos: si esto es verdad, no solo te lo perdono, sino que lo justifico; y no solo lo justifico, sino que lo apruebo. ¿Quién, estando a su lado, podria ser indiferente a sus hechizos? ¿Quién no olvida el mundo cuando se está en su presencia? Si esto me pasaba a mí que soi mujer, ¿qué no te sucederá a tí, hermano mio? Y sin embargo, mi afecto, aunque de distinta naturaleza, es quizá superior, o por lo menos, igual al tuyo...

"Me has abierto, Enrique, tu corazon; me has dicho que amabas a Luisa cuando ibas a perder la esperanza de verla;

continúa, pues, hablándome con la misma franqueza, ahora que la tienes allí... que estás con ella... que la ves en todos los instantes... ¡Pobre hermano! ¿Creerás que lo mismo que causa tu dicha es en mí un motivo para que te compadezca? ¡Cómo debes quererla despues que la has conocido! En cuánto debes haber apreciado su inmensa superioridad! Y qué desaliento no habrá llevado a tu alma la comparacion que hayas hecho entre ella y tú, entre su posicion y la tuya, entre su talento cultivado y el tuyo todavia en embrion, entre su elegancia aristocrática y tu sencillez de obrero! Todo esto debe desesperarte, y sin embargo no quisiera que desmayases, porque hai tanta semejanza entre tus cualidades morales y las suyas.

"Cuando al despedirte de mí para ir a esa hacienda me pediste su retrato confesándome que la amabas, entonces, Enrique, comprendí aquellas palabras que me habian chocado tanto oir de tu boca; entónces comprendí tu ambicion, y esa ambicion me parece ahora lejítima y razonable... Trabaja, pues, hermano mio, y no desesperes...

"En mis anteriores cartas te habia hablado de nuestro vecino, el pintor, y ahora voi a ocuparme de tu futuro hermano, Víctor... Parece que estuviera viendo tu sorpresa al leer este párrafo de mi carta, pero todo se aclarará con una esplicacion lijera: Víctor me ha pedido a mis padres y yo lo amo... ¿Serias tú únicamente el que quisiera tener afectos? Hasta allí iria tu egoismo? Pero, hermano, yo no he perdido los mios, sino que los he aumentado con otros; y en lugar de olvidarme de mis padres y de mi hermano, como tú lo haces, he puesto como condicion que no se efectuará mi enlace hasta que tú no estés con nosotros y tambien hasta que Luisa nos honre con su presencia... ¿Qué te parece? Mis padres han consentido, yo quiero a Víctor y solo te esperamos a tí... Seremos felices, Enrique, lo seremos, no tengas en ello la menor duda;.. pero consérvanos tu vida, tu salud y tu afecto, porque sin tí no habria dicha posible.

"Nada te diré de mis padres; ¿para qué? tú les conoces y sabes cuánto te aman; lo mismo que tu hermana

"MERCEDES."

Enrique permaneció pensativo durante algun tiempo; las lágrimas corrian de sus ojos y los sollozos levantaban su oprimido pecho con la noticia del próximo matrimonio de su hermana...

El no se daba cuenta de sus impresiones, de su disgusto invencible, de su temor irreflexivo... Mercedes le decia que amaba, que sus padres habian dado su consentimiento y que iba a ser dichosa... y sin embargo, él no lo creia... y sin embargo, un instinto secreto le anunciaba una desgracia próxima... Todas las probabilidades estaban en favor de la futura dicha de su hermana... pero él sentia un dolor agudo. Al fin, sacudiendo su cabeza como para desterrar los pensamientos que lo agoviaban, se paró, esclamando: "todavia hai tiempo, puesto que ese enlace no se hará sino en mi presencia... allá veremos... talvez todo tiene remedio...o yo pediré perdon de mis injustos e infundados presentimientos, lo que me agradaria mucho mas; porque si el pintor es bueno y Mercedes es feliz, yo seré partícipe de la dicha de ambos y habré adquirido un hermano..."

El artesano volvió a pasearse; y su semblante, poco antes sombrio, recobró su calma natural y un rayo de felicidad vino a animarlo... Su pensamiento habia volado donde Luisa...

IV.

¿Qué hacia intertanto ella en medio del silencio de la noche, en medio de esa quietud de la naturaleza que parece dar mas actividad al alma?.. En efecto, ¿qué cosa nos lleva mas a la contemplacion, a la inmensidad, al amor, que esa bóveda estrellada que nuestros ojos perciben y admiran y cuyos misterios quiere en vano penetrar nuestro en-

tendimiento... ¿que ese céfiro suave que trae a sus auras el balsámico perfume de las flores, que es quizá la espresion pura de sus mútuos afectos?.. que esa pálida y trasparente luz que reflejan aquellos ignorados mundos sobre nuestro mundo todavia desconocido?.. Y bien, Luisa, habiéndose quedado mucho tiempo entregada a esa divagacion sin límites, volvió de nuevo a entrar en su cuarto para escribir su contestacion a Mercedes, la que debia mandarse al siguiente dia mui temprano para que llegase a alcanzar al correo.

Hé aquí su respuesta:

"*San Jorje, noviembre* 25 *de* 1850.

"Noble y querida amiguita mia:

"Te quejas de mí, y tienes razon; me he descuidado sin olvidarte, y teniéndote presente no te he escrito; ¿cómo esplicarás tú este misterio? Imposible, Mercedes, y sin embargo, así ha sucedido; porque casi nunca te has separado de mi imajinacion un momento, puesto que me ocupaba de tu hermano, y tú y él forman para mí una misma persona: este es el secreto de la neglijencia que me criticas y que te revelará tambien mi corazon como desvanecerá tus temores y los de tus padres respecto a la salud de su hijo.

"¿Debo esplicarte este misterio? Pues bien: trabajaba un cuadro que representaba la escena del bosque y queria concluirlo antes que Enrique estuviese restablecido, para que él fuera el primero en verlo: esta es la causa de la neglijencia que me echas en cara, y ya verás por ella cómo, teniéndolo presente a él, te he tenido a tí, porque, como te he dicho, ambos son para mí inseparables...

"Despues de esto, ¿crees que haya dejado de querer a tu hermano? Piensas que ese afecto que te comuniqué sin que me lo preguntaras, y que si no hubiera existido realmente jamas te habria hablado de él, ¿haya tan luego desaparecido? Cuán poco me conoces, Mercedes, para juzgar-

me asi! Es preciso suponerme un alma mui ljiera, mui apocada para que llegase a ser capaz de tan súbitas variaciones. El amor, para mí, es el idealismo, es la poesia, es la virtud. ¿Cómo renunciar a lo que forma mi mas pura esencia? ¿Cómo cambiar, cómo renegar en un instante de aquello que ha hecho la delicia y aspiracion de mi vida, y esto justamente en los momentos que encontraba su personificacion, que desesperaba hallar en el mundo?. . .

"La falta de ciencia de tu hermano me dices que puede haber hecho que desaparezca el cariño que te habia confesado; pero la falta de ciencia, ¿significa acaso la falta del alma? Enrique tiene enerjia, fuerza, voluntad, entusiasmo; tiene aspiracion por todo lo bello, por todo lo noble, por todo lo grande... Sus cualidades están vírjenes; el soplo del mundo no las ha marchitado y son ya en él plantas robustecidas que el aquilon de la sociedad jamas devastará; ¿qué es entonces lo que me dices al lado de estas ventajas?

"Yo soi una de esas naturalezas que aman mucho, pero que exijen mas, no concibiendo los términos medios... Los afectos fáciles y las virtudes de convencion no existen para mí: me doi toda entera o no me doi nunca... Soi tan orgullosa como tierna, y pido quizá mas que lo que ofrezco: hé aquí la razon porque todavia no habia podido amar; hé aquí tambien el motivo porque amo ahora... Enrique, si no tiene instruccion, estoi segura que la adquirirá, y adquirirá ese saber sólido, profundo, severo, entusiasta y peculiar a los talentos de primer órden... ese saber que tiene una base, principios fijos, rectitud de marcha y que no fluctúa ni oscila, en medio de la confusion de ideas y de ciencias que hoi están en choque, porque la senda trazada por la virtud es tan luminosa como invariable... ¿Cómo, pues, figurarte por un solo momento, Mercedes, mi repentino cambio?

"Yo no concibo la pasion sino de un modo absoluto, y no la concibo sino unida a la mas ámplia independencia... Esos amores de un dia, de un año, que se dicen libres, porque

quieren ser fáciles, solo me revelan el apocamiento del alma: son fuegos fátuos que abrasan, que iluminan por un instante, pero que a la vez que devastan se estinguen y desaparecen... mientras que el cariño basado en el mérito verdadero, debe ser tan eterno como quien lo esperimenta; su llama inestinguible debe durar cuanto dure la existencia; pero rodeado de confianza, de libertad y armonía: asi es solo como yo amaré y como quiero ser amada... No pienses, pues, amiga mia, que cambie mi cariño ni que disminuya tu amistad: el uno y la otra tienen raices profundas que la muerte únicamente pueden arrancar.

"Ahora, Mercedes, si de esta manera quieres a tu famoso artista Víctor, nada tengo que decirte, nada que aconsejarte; pero sí, como me lo comunicas en tu carta, esperimentas esas alternativas; si solo su presencia te fascina, sin que el recuerdo te ocupe toda entera; si en su ausencia te encuentras libre de su imájen, ten seguro que no has amado y desconfia de tí misma, y no solo de tí misma sino tambien de él, por mas virtuoso que te parezca; porque el hombre que no nos llena del todo nos engaña; pues hai en el afecto, cuando es sincero, una naturalidad que arrastra, que nos persuade en la distancia, que nos convence a toda hora y que no deja lugar a ningun jénero de duda; mientras que cuando es finjido, a despecho del arte, de la seduccion, del talento, quedan en el alma incertidumbres y una especie de vacio que, aun con nuestra propia voluntad, no conseguimos llenar...

"Yo no tengo esa esperiencia práctica del mundo, querida Mercedes, que puede dar lecciones positivas y citar hechos incontestables; pero poseo cierto grado de instruccion con que creo me ha dotado la naturaleza, adivinando aquello que jamas he esperimentado ni visto; de lo contrario, es decir, si poseyese una seguridad absoluta, en vez de ponerte en guardia, como lo hago, te diria francamente: "No obres así;" pero afortunadamente nos queda tiempo, y puesto que

has determinado no casarte mientras yo no esté a tu lado, tendré ocasion de desengañarte o de decirte: "Sé dichosa."

"Lejos de mis deseos que te guies por mis presentimientos. Tú me has pintado a ese jóven como un dechado de virtudes y de perfecciones, a tal punto que, en tu jenerosa amistad, quieres cedérmelo; pero dándote las gracias por obsequio tan desprendido y tan sin igual, por un obsequio de que no hai ejemplo en los anales de los amantes, debo decirte que si es asi y tal cual me lo retratas, es preciso que lo ames, y que lo ames de todo corazon y sin la menor incertidumbre. Por mi parte, ya yo le soi deudora de dos favores: el primero porque con su asistencia y con sus consejos ha sabido calmar tu angustia y la de tus padres, a propósito de la salud de tu hermano y de mi neglijencia en escribirte; y el segundo por haber orado por mi madre... De consiguiente, puedes decirle que si hace tu dicha, tendrá en mí la amiga mas sincera y decidida.

"Es imposible que tengas idea de cuán tiernamente me ha conmovido la novena a la Vírjen que la señora doña Marta ha querido seguir por mi madre, que tu anciano padre y tu jóven amante han rezado de rodillas, prosternándose ante el altar de Dios con idéntica humildad, con un mismo fervor y con un fin igual... y ese pueblo que, movido por un sentimiento de gratitud a un insignificante beneficio, se agrupaba al derredor de ustedes, me han arrancado lágrimas... Dulces, santas, suaves, consoladoras y deliciosas lágrimas, que son el mas vivificante rocio del cielo, ellas me han trasportado por un momento a las perfumadas mansiones del misterioso Eden de la justicia y de la fraternidad de que goza el Creador y de donde emana, no solo la armonia de los seres, sino su perfeccion y su dicha... A mi nombre, Mercedes, dá las gracias a todos, pero unas gracias llenas de la efusion del alma, porque les soi inmensamente deudora...

"Adios, mi jóven y querida amiga: no olvides de escri-

birme, y aun cuando estés embriagada por los deleites del amor, piensa que la amistad se le asemeja, y que no se puede sentir el primero sin ser capaz de esperimentar la última... Sigue amando como siempre a tu

"LUISA."

V.

Enrique tambien se habia puesto a contestar la carta de su hermana, y quizá al mismo tiempo que lo hacia Luisa, porque hai ciertas afinidades entre los amantes, que, a pesar de la distancia, viene a herirlos una misma impresion, dominando en ellos un pensamiento análogo.

Hé aquí la carta de Enrique:

"*San Jorje, noviembre* 25 *de* 1850.

(A la una de la mañana.)

"Un enfermo no puede estar en vela hasta tan tarde, mi querida hermana, y esto destruirá tu inquietud, puesto que te probará mi completa convalescencia: pero, a la vez, lo que te tranquiliza me daña y te enoja, porque te doi el derecho de tratarme de ingrato; sin embargo, confio en tu cariñosa benevolencia, que tan bien sabes espresar en tu carta, cuando me dices 'que habrias preferido mi olvido a mis males y que deseabas mejor saberme ingrato que enfermo..." ¡Cómo se revela la abnegacion de tu alma en estas sencillas palabras! Cómo te las agradezco! Cómo estoi orgulloso de ellas, y mas que de ellas de tí, que las has concebido y que me las dices con la tierna injenuidad del corazon! Gracias, hermana mia, gracias...

"Me dices tambien que has tenido el pensamiento de que, absorbido por los encantos de la señorita Luisa, te he olvidado; pues bien, a este respecto te equivocas: no son los hechizos imponderables de tu amiga los que han obrado sobre mí, sino las lecciones de un anciano; y sin negarte que ella ocupa mis afectos, te confieso que el atractivo de la ciencia

ha ejercido en mí un poderio inmenso, pues no he podido oir la palabra del antiguo jefe de mi padre, del brillante y aristócrata coronel Guzman y del olvidado solitario hoi dia, sin todo el interes del que deśea instruirse, sin toda la afeccion del que recibe un inesperado favor, sin todo el entusiasmo del neófito a quien se inicia en la fé y a quien se le abren los cielos de la esperanza, de la justicia, de la verdad y de la ciencia... Esta es la razon, hermana mia, porque no te he escrito, y la razon principal, pues mis afectos y mi enfermedad han tenido mui pequeña parte en mi neglijencia.

"Ahora, si la verdad que te confieso me disculpa menos a tus ojos, no por agradarte debo de dejar de ser sincero, y no por el temor de esponerme a tus reconvenciones y a tu cólera es preciso que mienta... Seré cuanto quieras; júzgame como mejor te plazca; pero lo que hai de positivo y de cierto en el corazon, debe siempre decirse sin embozo, particularmente en la confianza íntima de hermanos que se aman como nosótros nos amamos.

"Es verdad, Mercedes, te he abierto cuánto mi alma tiene de oculto y de sagrado, y me congratulo de ello. ¿En quién depositaria yo mejor mi confianza? ¿A quién descubriria mi pecho con mas franqueza? No temas, pues, que te oculte nada, sino que seguiré siempre el mismo que era antes, que soi ahora y que seré toda mi vida.

"Te lo confieso, Mercedes, estoi al lado de una divinidad: no es una mujer la que está conmigo, sino un ánjel bajado del cielo: asi es que mientras mas la contemplo, tambien mas me anonado, y a medida que gozo en verla, padezco; porque, como tú dices, cada dia aprecio mas su superioridad, y el desaliento se apodera de mi alma por la comparacion que hago entre ella y yo, entre su posicion y la mia, entre sus talentos, su aristocracia y su riqueza, y mi ignorancia, mi vulgaridad, mi plebeyismo y mi pobreza; empero, hermana mia, no sé por qué, a pesar de todo, me creo digno de ella... y talvez la admiracion que me inspira es la que causa mi

orgullo, sin que la menor parte corresponda a mi mérito; y en efecto, ¿qué tengo yo que se le iguale, ni aun que se le asemeje? Sin embargo, Mercedes, estoi resuelto a engrandecerme para merecer su confianza y quizá su... ¡Cuán temerario soi, hermana mia! iba a decir "¡y quizá su amor!..." Escúsame, perdóname, hai en mi timidez tanta arrogancia, que yo mismo me confundo; pues sin ser acreedor a nada, aspiro sin embargo... ¿y aspiro a qué? a lo mas grande, a lo mas dificultoso, a lo mas irrealizable: ¡a su afecto!... ¡Cuán insensato soi! pero esta locura que me confunde es la que me hace vivir; sin ella la existencia no tendria para mí ni objeto ni encanto, porque tu amiga es mi todo!...

"Talvez blasfemo, hermana mia, al hablar así... Sé que olvido mis deberes; ¿pero soi acaso dueño de los sentimientos que me ajitan? Si Luisa no me amase, ¿crees que podria vivir? Si no me alimentara una esperanza, aunque remota, ¿piensas que me conformaria? No, Mercedes, este afecto es mas fuerte que yo, es mas fuerte que mi razon, es superior a cuanto yo tengo, a cuanto yo concibo, escepto a mi facultad de querer, que es la única que vive en mí.

"Pero, hermana mia, amando a tu amiga ¿no amo yo la virtud, el mérito, la nobleza? Si ella es la encarnacion de lo que Dios ha creado de mas puro, de mas ideal y de mas bello, ¿quién criticará mi admiracion por la perfecta obra de los cielos? ¿No rindo acaso culto al Creador, estasiándome en su divina hechura? ¿Y tengo yo la culpa de ser lo que soi, de sentir como siento? ¿La tiene ella tampoco en inspirarme como me inspira? Si brotan de tu amiga las emanaciones de una simpatia infinita, ¿puedo yo resistir al magnetismo poderoso que ella ejerce en cuanto la rodea? Si todos la aman, ¿seria yo solamente el insensible?

"Talvez vas a decirme que estoi loco, y no creas que me ofenderias por esto: la locura, tal cual yo la esperimento, tiene algo de divino, y debe ser ese estado incalificable en que el hombre se desprende de la tierra y que sin embargo

está sujeto a ella... Su mente lo eleva hasta los cielos, su corazon siente las armonias de un nuevo mundo, y palpita y se regocija en ellas y por ellas, y con todo, sus piés quedan pegados a la tierra, sin que le sea permitido lanzarse por entero a las mansiones donde ha volado su espíritu. Asi soi yo, Mercedes, esta es mi locura, este es mi sueño y mi realidad, mi dicha y mi tormento; porque veo de un lado la perfeccion mas acabada y del otro la pequeñez mas manifiesta; pero, hermana mia, a despecho de mis desventajas, desventajas reales que no dejo de reconocer, y sin embargo, a pesar de ellas, ¿lo creerás? siento en mí un poder grande, me parece que poseo una fuerza a que nada resiste, y que de consiguiente seré lo que yo quiera ser y obtendré lo que quiera obtener... ¿Es esto fatuidad? ¿Es esto orgullo? El tiempo lo dirá: mientras tanto, yo no lo creo, y a pesar de no creerlo, vacilo muchas veces, me confundo, me anonado y caigo en un mar de contradicciones, no sabiendo si lo que miro como una verdad es solo una ilusion; pero siento en mí una enerjia instintiva que sostiene mis propósitos, que me manda seguir adelante, que me dice: anda... Y esta fé en el porvenir, esta desconocida pero consoladora voz que se anida en mi pecho, alivia mi corazon oprimido por el dolor y realza mi espíritu abatido por la insignificancia de mi ser, por lo menguado de mi posicion, por mi absoluta carencia de fortuna...

"Empero, ha habido un hecho que me ha dado esperanzas y que será para mí el acontecimiento mas grande de mi vida, porque me ha parecido el principio de mi felicidad. Figúrate, Mercedes, que ayer, encontrándome un poco restablecido, vinimos a la casa con mi sabio maestro, en cuya solitaria mansion he pasado todo el tiempo de mi enfermedad, asistido por él lo mismo que por una tierna y cariñosa madre. Poco tiempo despues de llegar, vimos a tu incomparable amiga que venia hácia el jardin, en cuyo lugar nos encontrábamos nosotros preparando unos ramos. Fácilmente con-

cebirás el gusto que tendria al verla; pero nada hai de semejante a la impresion que esperimenté, cuando convidado a almorzar ví en el comedor colocado un magnífico cuadro que representaba el momento en que, apuntando con mi escopeta, hacia fuego sobre el leon... Yo me quedé estático... toda mi vida pasó a mi corazon y a mis ojos... el primero palpitaba con violencia y los segundos estaban clavados en un solo punto... Un sentimiento parecido esperimentaban los demas espectadores, pues la señora doña Juana y mi sabio maestro prorrumpieron en un grito de admiracion y de entusiasmo que les arrancara la pintura, que ellos como yo veiamos por la primera vez; pues la señorita Luisa habia sin duda querido sorprendernos con esa maravilla, obra maestra del arte, segun decia el coronel Guzman, que ha viajado mucho y visto los principales museos de Europa y que tu hechicera, sabia y poética amiga habia trabajado en unos cuantos dias!...

"Qué podré decirte, Mercedes? No me resuelvo ni a bosquejarte mis impresiones diversas y deliciosas... la palabra seria pálida, impotente... hai fibras en el corazon que no traduce ni aun imperfectamente el lenguaje, y que sin embargo sentimos, pues aquello que mas nos conmueve es lo que menos se espresa... ¿Quién nos ha dicho jamas la sensacion mezclada de delicia y de espanto, de arrobamiento y de amor, de alegria inefable y de respetuoso recojimiento; esa sensacion indefinida que debe esperimentar lo que llamamos alma cuando por primera vez se halla en presencia de Dios, cuando ya no hai para ella misterios, cuando todo lo penetra, cuando la creacion entera con sus maravillas está presente a su vista?..

Pues bien, hermana mia, algo semejante a esto fué lo que yo esperimenté al ver el cuadro de Luisa... y en seguida pasó por mi mente la esperanza,.. y qué esperanza, Mercedes!.. la esperanza de ser amado! Pero luego la reflexion fria, la desapiadada razon que todo lo analiza y que

todo lo examina, vino a arrebatarme la fé, la creencia, la persuasion, el entusiasmo, para volver a las probabilidades de la incertidumbre, que oscila siempre entre el ser y no ser; y a pesar de esto, hermana mia, soi el mas feliz de los hombres y no cambiaria mi estado humilde por la esplendorosa vida del monarca mas omnipotente!

"Ahora que ya sabes lo que pasa por mí, no me abandones, Mercedes, y ayúdame, si te es posible, a salir de las rejiones de la duda; pero yo te pido mas de lo que tú puedes darme y retracto mi súplica, exijiéndote únicamente que me confortes y que me guies con tus consejos, que siempre han sido para mí provechosos; y ya que tú tambien amas, cuenta a la vez que haré cuanto esté de mi parte por que seas dichosa. ¿Pero necesitas de mi cooperacion para tu felicidad? Bajo ningun aspecto: tú quieres y eres querida; ¿qué mas puedo yo ofrecerte? Tuya es la gloria, el paraiso está en tí misma, lo has alcanzado y eres bien acreedora a él; pero ese jóven pintor de que me hablas con tanto encomio ¿es en verdad tan virtuoso como me lo pintas? Yo no debo dudar de nada, puesto que tú lo dices, puesto que mis padres lo aceptan; mi desconfianza seria un insulto hecho a tí, a ellos y a él, y a pesar de cierta resistencia interior, me someto a sus determinaciones y estrecharé en mis brazos con el mayor gusto a mi nuevo hermano. Cuento, sin embargo, con tu promesa que no se efectuará tu enlace mientras yo no esté tambien a tu lado; ¿podrias tener dicha completa en mi ausencia? creo que no; y yo por mi parte exijo esa condicion, que tú voluntariamente me has ofrecido y que desde luego acepto, porque, por mas que haga, no puedo desterrar de mí ciertos temores, los mas infundados quizá, pero no por eso los menos mortificantes: tal vez el cariño tan grande que te tengo, la felicidad que te deseo y en la cual está grandemente empeñada la mia, son el oríjen de esa incalificable desconfianza, por lo que te pido mil perdones si es que tu afecto te ciega hasta el punto de desco-

nocer el móvil que me determina; sin embargo, confio en la rectitud de tu juicio que te hará ver la de mis intenciones.

"Nada te diré sobre mis padres, cuando saben que soi todo de ellos y que prefiero su dicha a la mia; intertanto, sé tú feliz que así tambien lo será tu hermano

"ENRIQUE."

VI.

Cuando nuestro jóven hubo concluido su carta, era ya de dia y salió de su habitacion, sin haber cambiado de traje, para respirar ese fresco ambiente de la mañana, tan suave y perfúmado como es en Chile en el mes de noviembre, particularmente en el campo, donde la pura brisa viene impregnada del olor de las plantas y del aroma de las flores, trayendo tambien en sus alas invisibles la melodiosa voz de los pajaritos que saludan el alba y sus amores.

Pero no habia sido Enrique tan matinal como Luisa, pues ya se encontraba ésta en el jardin; así es que el jóven quedó agradablemente sorprendido al verla, no esperando encontrarse con ella tan de mañana.

Enrique se acercó donde Luisa y la saludó con esa timidez que nace de los grandes y reconcentrados afectos y no de la cortedad que proviene de una educacion descuidada.

—¿Ha estado usted hoi mui madrugadora, señorita? dijo el jóven al acercarse a la niña.

Las mejillas de Luisa, poco antes pálidas, se sonrosaron un tanto al oir esta pregunta, creyendo que hacia alusion a la noche de insomnio que venia de pasar, porque ella tampoco habia dormido un instante.

—Tengo la costumbre, señor, contestó Luisa, con aire tranquilo (pues le bastaba un momento para recuperarse de cualquier sorpresa) de estar siempre en pié a la madrugada. Las primeras horas de la mañana y las últimas de la tarde son

para mí las mas deliciosas del dia, y jamas las pierdo: las primeras me llenan de alegria, pues me parece que renazco a una existencia nueva cada vez que veo aparecer el sol tras de nuestros nevados Andes; y las segundas, cuando ya declina el luminoso astro hácia su ocaso para perderse en las ondas del mar, derraman en mí un tinte de melancolia que me es mas grato que todo placer, pues me llevan a una contemplacion relijiosa, que se aumenta a medida que las estrellas van apareciendo en el firmamento para alumbrarnos con su blanca y misteriosa luz, que podemos contemplar largo tiempo sin que el resplandor de sus rayos haga cerrar nuestros párpados, sino que por el contrario, ejercen tal atraccion, que los separamos con pena cuando nos vemos obligados a mirar hácia otra parte... ¿No ha esperimentado usted algunas veces esto mismo? Y es tal el efecto que en mí produce ese momento, que, cuando las campanas de Santiago llaman a los fieles a la oracion para que hagan la plegaria de la tarde, yo como ellos, elevo mi ferviente y triste súplica a la Divinidad, estando íntimamente persuadida de que esa oracion de los paises católicos tiene un oríjen lleno de relijiosa y melancólica poesía, cuya tradicion hemos perdido.

—Lo que usted dice es mui cierto, pero yo solo aquí, señorita, he podido gozar algunas veces de esas inspiraciones. Mi naturaleza ruda e inculta no alcanza a sentir esas armonias en toda su plenitud. El jénero de vida que he llevado, el pensamiento constante en el trabajo, la ocupacion monótona del cuerpo, ha impedido a mi espíritu elevarse a tan altas rejiones, donde les es dado solo penetrar a los ánjeles; pero cuando he visto el campo, cuando he estado libre del ruido de las ciudades, y esto ha sido solamente ahora, porque nunca habia dejado el hogar de mis padres, he creido sentir algunos de esos destellos, alguna de esas mudas aspiraciones hácia el infinito y hácia lo desconocido...

—Lo comprendo... La posicion social entra por mucho...

La vida de un trabajo incesante embota ciertas facultades... pero hai en usted el jérmen de lo ideal que solo necesita de un poco de rocio para desarrollarse; ya llegará ese tiempo.

—¿Lo cree usted, señorita?

—Estoi segura de ello.

—Usted tiene mas confianza que yo, porque no me atrevia a sospechar tal trasformacion.

—¿No cree usted haber ganado algo en el tiempo que está aquí?

—Mucho, señorita, muchísimo.

—¿Por qué entónces esa desconfianza? Al lado del señor de Guzman usted lo adquirirá todo... Usted será cuanto puede ser, y esto no será poco...

—¡Tambien usted me anima! Gracias, señorita, gracias...

—¿Y por qué no? ¿Duda usted de la virtud y de la ciencia de mi sabio maestro?

—No dudo de él, pero sí de mí.

—Tenga usted mas confianza en sí mismo; pues así como no debemos tener una fátua presuncion, tampoco es preciso abatirse antes de haber comenzado: la humildad no debe enjendrar el desaliento sino la provechosa enerjia...Trabaje usted, y puedo asegurar el éxito.

—¡Usted, señorita!

—Yo; porque cuando llega a entrar en mí una conviccion, se realiza. Ya ve usted que soi bastante presumida y bien poco modesta, dijo Luisa con volubilidad encantadora.

—Usted, señorita, será el faro que alumbre, el señor de Guzman el piloto y yo la barca que él conduzca al puerto.

—¿Tambien sabe usted emplear las metáforas? repuso Luisa, riéndose del figurado lenguaje de Enrique.

—Yo no he querido hacer uso sino de una comparacion que me ha parecido exacta, contestó el jóven, algo ruborizado.

—¿Y podria usted decirme cuál es la semejanza que encuentra entre el faro y yo? pues lo que se refiere al piloto y a la nave no habria dificultad en adivinarlo.

—Tan fácil es lo primero como lo último.

—Sin embargo, no comprendo.

—El faro es el que guia, el piloto el que gobierna, la nave la que surca las ondas.

—Ya lo sé.

—El faro es la luz, la antorcha, la esperanza, el término.

—No lo ignoro, repuso Luisa, con maliciosa insistencia; ¿pero qué analojia puede haber entre él y yo?

—Que usted es la estrella de que me hablaba poco antes, la estrella que da la inspiracion, que alimenta el deseo, que alumbra desde su encumbrado trono el derrotero del navegante.

—Vamos!..dijo Luisa algo turbada, pero complacida a la vez; usted ha pasado de la metáfora a la hipérbole y de la hipérbole a la poesía, pero una poesía a la manera del Dante, cuya imajinacion robusta y creadora saca de lo mas insignificante las mas atrevidas creaciones y las formas mas jigantescas y caprichosas.

—Ahora me toca a mí el turno de decir que no comprendo.

—Es decir que de usted brota la inspiracion sin que se aperciba de ello: este es el jénero mas raro y el mejor.

—¿Se burla usted de mí, señorita? dijo Enrique con tono de suplicante y triste humildad.

—Estoi mui lejos de hacerlo, contestó Luisa, con afabilidad acompañada de cierta indescifrable sonrisa, que podia ser efecto de una delicada sátira, así como de una aprobacion injénua, de modo que a nuestro jóven le fué imposible conocer la verdad.

Luisa, viendo el efecto de sus palabras, que era justamente el mismo que queria producir, mudó en seguida de conver-

sacion y preguntó a Enrique si habia escrito sus cartas, pues iba a mandar un propio a San Fernando.

—Sí, señorita, contestó éste, presentándole la carta que tenia en el bolsillo.

—Pues yo voi a mandar las de mi mamita y las mias y puéden por consiguiente ir todas juntas; pero intertanto vamos a ver si nuestro solitario se ha levantado, pues me estraña no verlo todavia en pié.

Pero apenas acababa Luisa de decir esto, cuando apareció el anciano con un papel en la mano y preguntando desde la distancia si ya habian despachado el propio; pero sabiendo que aun no lo habian hecho, dijo a Enrique y a Luisa:

—Ustedes habrán estrañado no verme en pié al aparecimiento del primer crepúsculo, pero me he entretenido mas tiempo del que pensaba, escribiendo esta carta para mi antiguo camarada y mi libertador... para el sarjento Lopez...

—¡Para mi padre, señor! Cómo va a estar de orgulloso y de contento... él, que conserva como sagrada reliquia algunas líneas del jeneral Carrera!..

—No he olvidado lo que es tu padre, y ahora me lo recuerda mas el hijo; de consiguiente, sé de antemano que le causará satisfaccion ver mi carta; ¿quieren que se la lea a ustedes?

—Con el mayor gusto, dijeron a un tiempo Luisa y Enrique.

El solitario principió así:

"*San Jorje, noviembre* 19 *de* 1850.

"Sé que vives, mi querido amigo, mi antiguo compañero de armas y mi libertador jeneroso, y le he dado gracias a Dios por haber conservado hasta ahora tu existencia, dándome a mí el tiempo para manifestarte de algun modo mi gratitud, mi cariño de amigo, mi recuerdo de soldado.

"Han pasado muchos años desde aquella época gloriosa para la patria en que nos encontramos varias veces juntos en los campos de batalla, y aun me parece ver al bizarro cabo Lopez, pues entonces no eras todavia sarjento, cargar al enemigo con ese valor sereno que te hacia distinguir en el rejimiento y apreciar de todos tus camaradas y de tus oficiales superiores.

"La patria no ha recompensado como lo merecian tus servicios, pero Dios se ha encargado de ello dándote una compañera amante y fiel, una vida tranquila y unos hijos intelijentes y virtuosos."

—Señor! interrumpió Enrique, avergonzado de que hablara asi de él en presencia de Luisa; eso es mucho decir; eso es demasiado...

—Yo no hago otra cosa que ser justo.

—Y yo soi de opinion que usted no alcanza a serlo, añadió Luisa.

—Ya ves, hijo mio, que he dicho la verdad, mal que le pese a tu modestia; pero déjame continuar.

Y el anciano siguió leyendo:

"Mas tarde me salvaste la vida con riesgo de la tuya y hoi te servirá esta existencia que conservaste, en provecho de tu hijo: asi remunera la Providencia, que ha establecido el órden en la creacion de tal manera, que una buena obra nunca quede sin recompensa, pues hai una cadena en la virtud como la hai en el vicio.

"Enrique, amigo mio, es tu hijo por la sangre y será el mio por el espíritu, y esta doble paternidad le aprovechará."

Al oir esto el sensible jóven, no pudo contener sus sollozos, y prosternándose ante el solitario sin que pudiese impedirlo, pues no habia previsto el movimiento, "acepto, dijo, y agradezco esa doble paternidad, y seré digno de ella, se lo juro ante Dios que está en todas partes y ante la señorita Luisa que me ve, que me oye y que me condenará si no cumplo mi promesa."

—Levántate, hijo mio, repuso el anciano, estrechándolo entre sus brazos; no eres tú quien está obligado a reconocer un favor, sino yo quien pago una antigua deuda.

Luisa, conmovida tambien, tenia un pañuelo en los ojos para ocultar sus lágrimas.

La gratitud, cuando se siente profundamente y cuando se espresa con naturalidad, enternece.

—¿No me dejarás concluir con tus interrupciones? dijo el solitario a Enrique, conservando entre sus manos una de las del jóven.

—Continúe, señor, ya escucho.

Luisa se habia agachado para recojer unas flores, pero en realidad para que no vieran su turbacion.

El anciano prosiguió:

"Sé tambien que tienes una niña que hace las delicias de tu vida y que se asemeja a su hermano; y no puedo menos de decirte que me gozo en tu felicidad y que te deseo la conserves siempre.

"Yo no te haré, amigo mio, pomposas promesas, pero puedes estar seguro de que soi todo tuyo y que el momento mas agradable de mi vida seria aquel en que el pobre solitario pudiera serte personalmente útil...

"Mis afectuosos respetos a tu digna compañera, mi paternal cariño a tu hija, mi sincera amistad a tí y me agradecimiento eterno a mi salvador jeneroso.

TORIBIO DE GUZMAN."

A la lectura de esta carta siguió un pequeño silencio, resultado de la impresion que habia causado en cada uno, y que Luisa rompió al fin diciendo: "Ya es hora de mandar el propio a San Fernando; denme ustedes su correspondencia."

El solitario y Enrique entregaron sus cartas; la del primero abierta y la del segundo cerrada, lo que le hizo decir a la jóven con infantil alegria:

—Parece que don Enrique no tiene tanta confianza como usted, pues toma sus precauciones para no ser leido.

Y Luisa mostró riéndose el lacre y sello de la carta.

El pobre artesano no supo qué responder y se puso encarnado, pensando que si Luisa hubiera visto aquella carta, se habria ocultado debajo de la tierra y no hubiera aparecido mas a su presencia; pero la graciosa niña huyó al instante, como una de esas aladas y brillantes mariposas que corren de flor en flor reflejando sus hermosos y vivos colores y a quien uno sin querer sigue siempre con la vista.

VII.

Pasado un momento, el noble anciano dijo a Enrique:

—Ya ves, amigo mio, el compromiso que he contraido con tu padre: he prometido formarte y no quiero perder un solo instante. El tiempo que debes pasar aquí en la hacienda es mui limitado, y de consiguiente es preciso aprovechar hasta los minutos. ¿Quieres segundar mi propósito?

—Con el mayor gusto.

—Entonces esta semana la pasaremos por completo en mi retiro. Todavia no puedes trabajar físicamente, y nos ocuparemos del estudio; pero sin la menor distraccion, sin que vengamos un solo dia a las casas, porque deseo aprovechar el tiempo. ¿Qué te parece mi proposicion?

—Mui buena, señor, contestó Enrique con cierta tristeza que no pudo dominar.

—Comprendo el sacrificio; pero mientras mas grande sea éste, mayor tambien será tu mérito, la satisfaccion interior que alcances y el provecho que obtengas.

—Estoi decidido, señor.

—Asi me gusta. El hombre debe ser siempre dueño de sí mismo, pues mientras mas sepa vencerse, ejercerá mayor poder en todo cuanto le rodea, adquiriendo la enerjia de que tanto necesita para sí y para los demas.

—Y yo necesito de toda esa enerjia, porque presiento que he de tener mucho que luchar.

—Entonces es indispensable robustecerse, porque el débil es el que sucumbe, y esto se obtiene con la fuerza de la voluntad, que, mientras mas se ejercita, mas se desarrolla, hasta que llega a un punto en que nada resiste cuando en realidad quiere.

—Haga usted de mí lo que le parezca, pues obedeceré ciegamente sus preceptos.

—Ya que es asi, y de lo cual te felicito, a la vez que me congratulo, es preciso oponer una resistencia inquebrantable a las esmeradas exijencias de las señoras, que, por bondad y por gusto, nos harán para que nos quedemos.

—¿Y si la señorita Luisa me lo pidiera?

—Debes resistir a ella y a todas.

—¿Pero cómo resistir, cuando seria capaz, no digo de esa insignificante concesion, sino de las mas grandes, mas difíciles, mas imposibles?... Usted me exije, en este caso, mas de lo que está en mi mano hacer.

—Jamas pretendo yo obtener lo que es de todo punto imposible efectuar.

—¡Pero esto, señor!

—Esto depende únicamente de tu voluntad, pues ellas no han de querer aprisionarte.

—Pero una órden dada por ellas ¿no está en mi deber cumplirla?

—No creo que te lo ordenen, sino que te lo pidan; y aun en el primer caso, ¿no supiste ayer resistir al mandato de doña Juana, que te decia de abandonar el trabajo? ¿Por qué serias hoi mas débil?

—Me doi por vencido, señor.

—Está bien. Ocupemos inter tanto nuestro tiempo en continuar nuestro estudio comenzado. Tenemos por lo menos dos o tres horas antes que nos llamen a almorzar, y no es bueno perderlas.

Dicho esto, principió la leccion práctica, que duró hasta el momento en que fueron llamados, no con mucha complacencia de Enrique, que, a medida que avanzaba el solitario en sus esplicaciones, mas le interesaban, de tal modo que él mismo hubiera deseado prolongar aquella instructiva ocupacion.

Durante el almuerzo, el señor Guzman dijo a doña Juana y a Luisa que partirian al dia siguiente mui de alba y que no volverian sino hasta el próximo domingo, porque a mas de necesitar Enrique el reposo del campo, se proponia poner en actividad el espíritu.

Doña Juana espuso que era privarles de la única sociedad que podian tener en el campo, y que bajo todos aspectos convendria mas la proposicion que habia hecho antes, la cual se hermanaba con la instruccion de Enrique y con sus gustos.

El solitario fué inflexible y no cedió un punto.

Luisa permanecia callada, pero mostrando en su semblante mas bien aprobacion que tristeza.

El jóven estaba algo despechado viendo la impasible serenidad de Luisa, pero tenia que conformarse a la voluntad manifestada por el solitario y que él segundó con cierto calor, despues que habia creido notar indiferencia de parte de la persona que mas le interesaba.

¿Quién no está sujeto en la juventud, y sobre todo en el amor, al disgusto que traen consigo estas decepciones, aun cuando no sean verdaderas?

Sin embargo, todo aquel domingo lo pasó Enrique en compañia de Luisa, habiendo hecho en la tarde un agradable paseo a la cima de un cerro que dominaba aquellos campos y que presentaba el golpe de vista mas agradable, a pesar de las áridas playas del Tinguiririca, que cual cenicienta franja se estendia a la distancia, dejando entrever de cuando en cuando el curso de sus escasas y turbias aguas, tan amenazadoras y terribles durante el invierno, pero que en el verano serpentean entre pequeñas piedras.

Despues del té se retiró Enrique, quedando el solitario en compañia de las señoras con la intencion de hablar de su jóven discípulo y de las cualidades que lo adornaban.

Doña Juana convino en todo, diciendo que estaba resuelta a hacer por él cuanto estuviese de su parte.

El señor Guzman opinó que en realidad era acreedor a mucho; pero que estaba seguro, por el carácter que le conocia, que talvez nunca aceptaria un favor que tuviese la sombra de una dádiva y que para hacerle el bien era necesario mucha prudencia y un tacto sumamente delicado.

En seguida espuso un medio justo y del cual no tendria nada que decir, pues lo ignoraria siempre, atribuyéndolo, como era natural, al mérito reconocido al fin de su padre, pues en cuanto a él, personalmente no recibiria don alguno que se relacionase con el incremento de su fortuna, incremento a que aspiraba en realidad, pero que queria que fuese su propia hechura y no el resultado de la benevolencia de los otros.

—¿Y cuál es ese medio? preguntó Luisa con muestras del mas vivo interes.

—Que la señora doña Juana, contestó el solitario, que está en tan buenas relaciones con el actual presidente de la república, el jeneral Búlnes, le escriba solicitando el ascenso de oficial para el sarjento Domingo Lopez; pues asi hará la administracion un acto de justicia digno de alabanza, y ustedes un favor que valdrá mucho a los ojos de Lopez y de su familia y que solo costará un buen empeño, haciéndose el gobierno de un partidario decidido y útil en caso preciso, pues he conocido pocos hombres mas valientes y mas leales que el sarjento Domingo Lopez.

—Tiene usted razon, dijo doña Juana; y ya que en nuestra patria se atiende poco el mérito cuando carece de proteccion, esta es una circunstancia favorable para emplear el valimiento en favor de quien en realidad merece la justicia. Mañana mismo escribiré la carta, recomendándole únicamen-

te el sijilo, pues quiero que el padre de Enrique ignore siempre de dónde viene el beneficio, para que se lo atribuya del todo a la buena memoria del gobierno, que al fin ha tenido presentes sus servicios.

Todos quedaron convenidos en guardar el secreto, regocijándose de antemano con la agradable sorpresa que esperimentaria el digno sarjento Lopez cuando recibiese los despachos de oficial del ejército, lo cual, a mas del honor, a mas de sacarlo del último escalon social, le proporcionaria a la vez recursos pecuniarios por el considerable aumento de sueldo, nivelando hasta cierto punto la clase de Mercedes con la de su prometido; pues aun cuando éste fuese un hombre superior y aun cuando no estuviese la niña desprovista de algunos modestos bienes de fortuna, siempre le seria agradable que no fuese la hija de un simple soldado, sino de un oficial que, aunque de graduacion inferior, podia o tenia ya derecho de aspirar a los primeros puestos de la milicia, lo cual, socialmente hablando, daria mayor realce a las virtudes, talento y hermosura de Mercedes.

¡Quién sabe si Luisa no pensaba tambien en sí misma y si las reflexiones que se hacian por su amiga, no las consideraba tambien aplicables a Enrique!..

¡Y quién sabe si el novenario de Marta, si esa plegaria fervorosa dirijida a Dios por la salud de doña Juana, no traia las bendiciones del cielo en favor de todos, haciendo que se sucedieran acontecimientos que podian considerarse como milagros, sin salir de la esfera de lo natural y de lo positivo!..

Obstáculo insuperable.

I.

De regreso al cortijo, la conversacion de ambos viajeros rodó, como era natural, sobre los acontecimientos recientes y las personas que ocupaban un puesto tan preferente en su corazon.

Enrique estaba alegre, apesar de la ausencia que se imponia, ausencia penosa en realidad, pero que alimentaba sus esperanzas, porque servia para encaminarlo al fin donde se habia propuesto llegar.

La actitud del solitario, sin revelar tristeza ni participar tampoco de la espansion de Enrique, era serena y reflexiva, pues sin desmayar preveia las dificultades que sobrevendrian mas tarde.

En esos momentos divisaron a Torcuato, que corria hácia ellos con su velocidad acostumbrada, y cuando hubo llegado podia verse la alegria inmensa que brillaba en aquella fisonomia informe pero llena de espresion. El sordo-mudo saltaba al derredor de ambos y daba gritos de alegria en sociedad de todos los perros que lo acompañaban, manifestándose el solitario mui sensible a las demostraciones del pobre muchacho.

Enrique, por su parte, acarició tambien al muchacho, a quien debia cuidados esmerados durante su enfermedad y a quien queria con un afecto lleno de compasion, considerándolo desgraciado por su deformidad, que lo privaria toda

su vida del trato íntimo de los hombres y de los goces del amor, porque era casi imposible que una mujer llegase a esperimentar simpatias por él; y sin embargo, Torcuato tenia el talento mas despejado y el alma mas bella, mas tierna y mas afectuosa que pudiera encontrarse en el mundo. El pobre niño conocia su fealdad y era agreste por timidez, pero cuando encontraba con personas que no lo repelian, que no le mostraban repugnancia y que lo trataban con alguna afeccion, por mínima que fuera, él sentia tal reconocimiento, se creia tan obligado, que era capaz de hacer el mayor sacrificio: esta era la causa por lo que queria tanto a Enrique y a Luisa, pues ellos, lejos de mostrarle repugnancia ó indiferencia, lo habian recibido, desde el primer momento, con bondad y hasta con cariño. Pero por quien tenia un respeto profundo, una confianza ilimitada y una afeccion estrema, era por el anciano que lo habia recojido, que lo habia criado y educado con el mayor esmero, de manera que para él la menor voluntad del solitario era una órden que cumplia a toda costa, complaciéndose en tener para con él todos aquellos esmerados cuidados que puede emplear para con su padre el hijo mas humilde, mas tierno y mas respetuoso.

Este cariño lo correspondia el anciano, pues consideraba y estimaba a Torcuato como si fuera de su misma sangre, como si fuera su propio hijo...

II.

Cuando hubieron llegado a las habitaciones, donde encontraron todo preparado mediante la prevision de Torcuato, que ya habia hecho el almuerzo, limpiado y puesto en órden cuanto allí existia, el solitario dijo a Enrique, que continuaba pensativo y triste, aunque en el fondo sentíase alegre:

—Hijo mio, si la ausencia de una semana te causa tanto

sentimiento; si teniendo la seguridad de verla en ocho dias y quizás antes; si habitando los mismos lugares que Luisa, te entregas a tanto pesar, ¿qué seria si te vieses obligado a abandonarla por mas tiempo, lo que es mui probable, y tal vez a dejarla para siempre, lo que tambien puede suceder?

—No sé, señor, lo que seria de mí.

—Es preciso, Enrique, que aprendas a ser hombre: no consiste todo en tener buen corazon y un espíritu cultivado, sino que tambien es necesario ser dueño de sus pasiones y saberlas vencer en un caso dado, porque la debilidad nos lleva con mucha frecuencia al precipicio.

—¡Pero si la amo tanto!..

—Comprendo tu cariño, y tanto mas lo comprendo cuanto que el objeto que lo inspira es tan digno de él; ¿pero es esto todo, amigo mio? Basta esto para que seas feliz?

—Así lo creo.

—Pues te equivocas; el amor sin la virtud es nada; y la virtud sin la lucha, no existe: virtud quiere decir fuerza, enerjía, voluntad para obrar siempre el bien, y el que no la tiene es incapaz de apreciar el amor y de gozar de él. Podrán darse esas pasiones comunes a quienes el vulgo ignorante, corrompido o vicioso califica de amor; pero supongo que tú no quieres esto, ni quieres confundir a Luisa con la jeneralidad; y aun cuando lo quisieras no lo podrias, porque ella es mui superior por sí misma.

—Lo sé, señor.

—Pues bien, para llegar a hacerte digno de Luisa y para que ella llegue a amarte con toda la enerjia de su naturaleza tierna, poética y altiva, es preciso que aprendas a ser fuerte, es preciso que sepas renunciar a ella cuando el deber te lo exija.

—¡Renunciar a ella! imposible...

—Sábete, pues, amigo mio, que estarás obligado.

—¡Obligado! ¿Y quién tendria ese poder sobre mí?

—Ella misma; porque Luisa no querrá jamas a quien no

sea digno de su amor; y para ser digno de su amor es preciso saber apreciar y practicar la virtud y el sacrificio que esa virtud exije...

—¿Debo entonces morir?

—Sí, si fuese necesario...

—¡Dios mio!

—Yo te doi los consejos de un padre, y de un padre que trabaja por tu felicidad, y que se hace cómplice de tu misma pasion favoreciéndola, desde el momento que te advierto cómo debes obrar para que consigas lo que pretendes; pues aun suponiendo que Luisa tuviese por tí en este momento alguna inclinacion, se borraria ésta o la arrancaria de su pecho si cometieras algun desliz, si no poseyeses nobleza, enerjia y heroicidad en el alma: esa niña tiene el ideal de la virtud, el refinamiento de la gracia, la suprema delicadeza de la belleza física y de la belleza moral, y no puede amar sino lo que es realmente noble y realmente grande...

—Esto es justamente tambien lo que me hace adorarla.

—Imítala entonces, pues ella seria capaz de hacer lo que yo te aconsejo que practiques; porque Luisa sabrá renunciar a su dicha si la obligacion se interpone o lo ordena.

—Señor, estoi dispuesto a todo; me someto, me resigno y lo quiero...

—Asi me gusta, hijo mio; ahora para darte ánimos, para comunicarte valor y esperanza, porque no pretendo que abandones una inclinacion que te encaminará a la virtud, y que, cualesquiera que sean los accidentes de la vida, te hará gozar hasta en la desgracia, debo prevenirte que la nobleza y magnanimidad que estima Luisa no la hace consistir en los vanos títulos de un nombre esclarecido por antepasados ilustres, ni en la elevada posicion social debida a la fortuna, sino únicamente en el mérito real que consiste en la elevacion del alma; y como estas cualidades las ha puesto Dios al alcance de todos los hombres, sin dárselas como

patrimonio obligado al rico o al aristócrata, te encuentras por esto hecho en aptitud de poder llegar hasta ella; pues el camino está franco para cualquiera, en cualquiera condicion que se encuentre, que tenga esas aspiraciones y que sepa seguirlas.

—No lo dude usted, señor, yo trataré de asimilarme a ella; y aun cuando no alcance a tan alto grado de perfeccion, mis esfuerzos no serán del todo perdidos.

—Asi lo espero para tu felicidad, porque talvez tendrás que soportar duras pruebas; pero cuando se diviniza el amor por medio de la virtud, el sacrificio mismo que se hace en obsequio de lo último, sirve para afianzar el primero, de tal modo, que aquello que a primera vista parece destruirlo, es el vínculo que lo hace eterno.

—Seguiré en todo sus consejos, señor; pero si alguna vez me encuentro débil, ¿me apoyará usted con su palabra, con su ejemplo y con su accion?

—No lo dudes un momento, hijo mio; pues al hablarte asi no tengo otro fin que el asegurar tu dicha; y como preveo que has de tener contrariedades en tu afecto, y talvez contrariedades insuperables, he querido prevenirte para que la desesperacion no sea la sola consejera de tus acciones en los críticos momentos de prueba.

—¿Podria usted tener la bondad de decirme cuáles son sus temores y cuáles esas dificultades insuperables que se presentan, puesto que usted mismo afirma que cualquiera puede aspirar al afecto de la señorita Luisa, con tal que sea virtuoso?

—Ninguna dificultad habria por lo que hace a ella; pero hai otras consideraciones sociales que, si de poco peso en el ánimo de Luisa, son sin embargo de mucho en el de su madre; y como jamas contrariará la voluntad de ésta, como sacrificaria Luisa mil vidas antes de causar un disgusto a la señora doña Juana, es evidente que en un caso dado se hará la voluntad de la madre y no la voluntad de la hija.

III.

Enrique, asustado de este preámbulo, preguntó al solitario:

—¿Y cuáles son esas consideraciones?

—Las del nacimiento, las del nombre, las de la fortuna.

—Está bien; ¿pero qué hai en todo esto de insuperable?

—Talvez se vencerian las dos últimas cosas, pero no la primera, pues tú no has nacido noble.

—¿Y qué significa esto si mis padres son honrados?

—Pero son plebeyos, amigo mio, y para doña Juana asi como para nuestra sociedad en jeneral, esa es una falta imperdonable, esa es una mancha indeleble, una mancha que no alcanza a borrar la virtud...

—Esto es increible, señor; ¿no nacemos acaso de un mismo padre?

—Asi es, en efecto; pero las preocupaciones humanas son mui poderosas y llegan a ser invencibles cuando hemos vivido en ellas, cuando todo lo que nos rodea las confirma y aprueba, cuando el hábito las ha hecho una segunda naturaleza, siendo tal su fuerza, que las obedecemos a despecho de nuestra razon, triunfando casi siempre hasta de nuestra misma voluntad.

—Pero la señora doña Juana, cuyo corazon es tan benigno y cuya mente es tan ilustrada, no participará hasta ese grado de ellas!

—Tienes razon, no hai un alma mas bondadosa que la suya y pocas intelijencias existen mejor cultivadas; pero tampoco hai nadie en quien tengan mas poder las ideas de aristocracia, y es preciso disculparla: descendiente de las mas nobles familias de Chile, ha visto desde que nació ese respeto al nombre; las tradiciones de sus antepasados, la enseñanza de sus padres, el ejemplo de su marido, la sociedad en que ha vivido siempre, la veneracion de antiguos criados, todo, todo ha contribuido a arraigar en ella estos principios que no abandonará jamas, pues son ya como una segunda

relijion o se confunden con la relijion misma; y a tal punto va ese fanatismo de familia, que preferiria ver a su hija muerta antes que unida a un hombre del pueblo.

—Esto es espantoso!

—Y sin embargo, es así; y sin embargo, esa señora es la personificacion de la caridad y de la mansedumbre...

—¡Inconcebible contradiccion!

—Pero no menos real y efectiva, como hai muchas otras en este mundo, que te enseñaré a conocer en breve y que tú mismo verás mas tarde por esperiencia propia.

—¡De manera que no hai esperanza!... ¿Qué debo hacer entonces?

—Tener valor, resignacion, virtud... Trabajar incesantemente, no solo para asimilarte a Luisa, para ser digno de ella, para hacerte amar, sino tambien para llenar en la mente de mi amiga, la señora doña Juana, el abismo de tu nacimiento.

—Pero yo no renegaré jamas a mis padres.

—No es eso lo que te aconsejo; pero puedes ennoblecerlos a los ojos del mundo, haciéndote tú tan grande que obligues a que te acaten los mismos aristócratas, honrándose con tu alianza. Muchos ejemplos como éste hai en el mundo, y podria citarte en Chile varios hombres que por su talento y por sus virtudes han llegado a la cúspide de la escala social y son hoi dia los primeros; porque, a pesar de las preocupaciones, suele brillar de tal modo la intelijencia, que vence los obstáculos mas insuperables.

—Yo tengo la voluntad, señor; ¿pero es esto lo bastante? ¿Dónde encontraré los medios, los recursos, las ocasiones? Y sobre todo, si me falta la capacidad, ¿qué puedo hacer?

—Ya tienes mucho conseguido; pues una voluntad decidida, activa, enérjica, es una poderosísima palanca. Ahora, respecto a los recursos, sabrás tú proporcionártelos; la ocasion la tienes ya contigo, desde que yo he prometido enseñarte y dirijirte; y por lo que hace a la capacidad, puedo decirte: "Yo tambien respondo."

—Usted me da ánimos, señor; ¿con qué pagaré tantas bondades?

—¿Y con qué he pagado yo la de tu padre? Haciendo siempre el bien, hijo mio: hé aquí lo que te pido en recompensa.

—Pero eso no es mas que mi deber y mi gusto.

—Tanto mejor si el deber se hermana con la voluntad: ese es el camino de la felicidad, esa es la armonia que reina en la virtud, esa es la lei de Dios, lei que por desgracia y en perjuicio del hombre no se observa en el mundo, como te lo demostraré, si acaso quieres que demos principio a la enseñanza que te he prometido.

—No deseo otra cosa.

—Trataré de ser cuanto mas lacónico pueda, porque no quiero fatigarte con mis lecciones. Muchas veces la verdad no produce sus buenos efectos porque está acompañada de cierta ceguedad que trae consigo el cansancio, y este escollo es preciso evitarlo, sobre todo cuando se quiere instruir a los jóvenes que solo desean encontrar el goce, y cuya viveza de sentimientos les impide fijar su atencion en esas reflexiones sérias, que mas tarde, y aun al principio, influyen tanto sobre la vida del individuo y sobre la vida de los pueblos, sobre la felicidad o desgracia del primero y sobre la preponderancia o miseria de los segundos; pues todo se encadena, amigo mio, y de ciudadanos activos, intelijentes y morales es de donde nacen naciones ilustradas y viriles.

—Principie usted, señor, en la persuasion de que será escuchado con todo el interes del que no solo desea instruirse sino del que quiere tambien ser bueno y feliz.

—No lo dudo, hijo mio; tu carácter y tus tendencias son una buena garantia y tienes a mas el amor, que es un estimulante poderosísimo, pues no hai cosa que obre con tanta eficacia en la juventud como el deseo de agradar a la mujer cuyo corazon se quiere conquistar, siendo esta benéfica y natural tendencia la que al fin reformará al mundo.

El hombre y las sociedades.

I.

En dias pasados, amigo mio, te prometí que nos ocupariamos de las ideas relijiosas; pero prefiero que estudiemos primero al hombre en sus relaciones sociales; y si bien aquellas y éstas se hermanan, se confunden y se dirijen a un mismo fin: la felicidad de la especie, es indispensable separarlas para comprenderlas mejor, pues estudiándolas en detalle se hace mas visible su armonia.

—Mucho tiempo, señor, que a pesar de mi ignorancia me he hecho algunas preguntas que no he podido resolver. Me he dicho a mí mismo: ¿por qué hai tanta miseria de un lado y tanta riqueza del otro? Por qué hai tan pocos que gozan y tantos ques ufren? ¿Por qué esta grande desigualdad entre los hombres? ¿Quién la ha establecido? ¿Quién la ha hecho? ¿Cómo se ha efectuado? ¿Cómo ha venido? Y no he sabido cómo responderme ni lo sé todavia.

—Ahi justamente es donde yo quiero venir a parar. Deseo que conozcas la vida de las sociedades y sus errores, para que aprendas a ser hombre, para que mires a tu prójimo como a tu hermano, para que cumplas con la lei de Cristo, que es toda caridad y amor, para ser feliz, en una palabra... ¿Quieres esta enseñanza? ¿La deseas?

—Sí...

—Pues bien, escucha:

"¡Al estender mi vista por todas partes distingo la armonia, y solo al entrar en el recinto del hombre veo la con-

fusion y el desórden!" No parece sino que la libertad relativa de que hemos sido dotados y que debiera servirnos para nuestra felicidad y engrandecimiento, fuera el oríjen de nuestra ruina y de nuestra miseria! La lucha entre individuo e individuo, entre familia y familia, entre pueblo y pueblo, es encarnizada, sangrienta; es una lucha a muerte en que cada uno trata de vivir del despojo del otro, donde bregan todos los egoismos, donde combaten cuerpo a cuerpo la astucia, la envídia, la hipocrecia y el vicio, teniendo de palenque al crímen y de premio la ruina recíproca, el desengaño amargo y la desgracia de cada instante, la desgracia de la humanidad entera; porque hasta las nobles escepciones son envueltas en ese torbellino de males que forma nuestra actual existencia, no pudiendo escapar a la vorájine que los arrastra hacia el abismo!...

Echemos una ojeada rápida sobre la historia. ¿Qué han sido las sociedades pasadas y qué son las presentes? Nada mas que una incesante guerra, el esterminio llevado a sistema, el odio convertido en lei, la venganza sancionada por la relijion y por la política, la esclavitud hecha una condicion necesaria del pueblo; el dolor, la angustia, la abyeccion, el despotismo, el engaño, la ruindad inoculada en la sangre de cada ser que ha venido al mundo... Y las jeneraciones se han sucedido, revolcándose las unas y las otras en ese lodazal pestilente, cuyos miasmas nos han corrompido de tal modo, que no hai un pensamiento que no esté viciado, despojándonos hasta de los instintos naturales y benéficos con que Dios nos dotara, sin que haya bastado la rejeneradora, la humanitaria y amorosa palabra del Cristo para traernos al carril de la verdad, de la justicia y de la conveniencia de todos...

El dolor, la conmiseracion, la angustia de la piedad que ve el sufrimiento de su hermano sin poderlo aliviar, se apodera de mi pecho al contemplar la suerte del hombre! Tener en nosotros todos los elementos necesarios para ser

felices ¡y no haberlo conseguido nunca! Estar dotados de las facultades mas grandes y poderosas, poseer una intelijencia casi divina, ser árbitros de las fuerzas de la creacion, ¡y no haber empleado todos estos dones en obsequio de nuestra ventura, sino en la elaboracion de nuestra desgracia, es cosa que desespera, que desalienta, que anonada!.. Muchas veces he sentido mi espíritu abatido y he caido en una postracion casi completa, pues me he dicho: ¿para qué afanarme en vano? para qué luchar cuando tantas intelijencias sublimes nada han conseguido! cuando tantas virtudes heróicas han sido estériles! cuanto tantos sacrificios han quedado sin fruto! Pero despues la reflexion ha vuelto y con ella la entereza para llenar mi pobre mision, para cumplir los designios de Dios en la limitada esfera de mis facultades, siendo esto mismo lo que te aconsejo que practiques siempre, por mas injusticias, por mas desengaños, por mas ingratitudes, por mas desaliento que tengas.. No te abatas jamas, hijo mio, en la práctica del bien, cualquiera que sea la recompensa; y aun cuando te sobrevengan amarguras, sopórtalas y sigue adelante con tu mano puesta en el corazon y tu mente fija en Dios.

II.

¿Pero qué es lo que ha traido este estado monstruoso de las sociedades? ¿Por qué, como tú te preguntabas, hai tantos que lloran y tan pocos que gozan? ¿Por qué carecen unos de lo necesario para sustentar la vida con que los favoreciera el Hacedor, y otros que nadan en la abundancia? ¿Por qué hai de una parte tanto orgullo y de la otra tanta humillacion? ¿Qué diferencia tan marcada, qué superioridad tan inmensa y tan incontestable hai de hombre a hombre para que la gran mayoria del jénero humano viva oprimida y esté entre cadenas, para que yazca en el mas completo abandono y en la mas supina ignorancia, para que tenga

como obligada herencia la miseria y con ella el dolor y el vicio, para que pague con su sudor y con su sangre la befa de que es blanco, la tirania que la esquilma, el infortunio que la agobia;.. mientras que la feliz minoria manda, goza, tiene voluntad propia, tiene riquezas, tiene medios de instruirse, tiene consideraciones, tiene poder y lo emplea en conservar sus prerogativas e inmunidades, haciendo que todo pese sobre el pobre pueblo para aumentar su fuerza debilitándolo, y para que, débil, sin aliento, sin enerjia, sin vida, no salga jamas de la postracion física que lo diezma y de la postracion moral que lo envilece... ¿Cómo hemos llegado, pues, a este estado anómalo, absurdo, perjudicial para los unos y para los otros, a este estado que priva a la humanidad de la mayoria de su fuerza y por consiguiente de su progreso, de la mayoria de su intelijencia y por consiguiente, de su felicidad? Porque hemos antepuesto un mal entendido egoismo a la caridad bienhechora, porque hemos preferido la esclavitud a la libertad, el rigor a la mansedumbre, la guerra a la paz, la persecucion al socorro, la fuerza a la razon, la arbitrariedad al derecho, el despojo a la dádiva, el orgullo a la humildad, el odio al amor;... y hé aquí por qué hemos vivido y vivimos en la discordia en vez de gozar de armonia. Hé aquí por qué nuestras pasiones son acres y desoladoras en lugar de ser dulces y benéficas: porque nos herimos en vez de aliviarnos y porque hemos sido y somos ignorantes y desgraciados en lugar de sabios y dichosos.

¿Debo pintarte, hijo mio, el cuadro de ese pueblo que tú conoces, de donde has nacido y del que eres una escepcion afortunada? ¿Debo decirte todos sus dolores, toda su miseria, todo ese cúmulo de males que pesa sobre él y que le impide levantarse desde el momento que nace, ¡talvez desde antes! hasta que muere, despues de una vida pasada en la servidumbre, en la ignorancia, en la humillacion, en la indijencia y muchas veces en la ignominia? ¿Debo hacerte una

relacion de cada sufrimiento que lo dejenera y que lo mata, de cada obstáculo que le impide el desarrollo de su existencia física y de su existencia moral? Creo que es inútil, porque tú debes haber visto de cerca esas calamidades, que no son de una familia sino de muchas, que no existen en un solo pais sino en todos, que no afectan a una pequeña porcion de la especie, sino a la gran mayoria de la humanidad!...

Y despues, ese pueblo, amamantado únicamente con el dolor, que no ve en torno de sí mas que cuadros de abyeccion, que no tiene otro ejemplo ni otra enseñanza que la del vicio, que por todas partes está rodeado de las tinieblas de la ignorancia, que no distingue un horizonte medianamente consolador, que se encuentra desnudo de esperanzas, ¿qué estraño es que se eche en el crímen? ¿Qué de estraordinario hai en que solo exhale el rencor, la impostura, la mala fé, el robo, el homicidio, cuando ha respirado únicamente el viento de la pobreza, del oprobio y de la vergüenza... cuando ha tenido desnudo el cuerpo, vacio el estómago y oprimida la intelijencia... cuando la sociedad lo espulsa con el desprecio y cuando hasta sus padres lo olvidan... cuando en vez de encontrar apoyo, proteccion, piedad, solo ve el desden del que lo manda, la avidez del que lo emplea, el castigo del que lo dirije, la cuchilla del que lo juzga?...

....

....

III.

¿Y qué es, hijo mio, lo que ha ideado al hombre para mejorar al hombre? Se ha preocupado de su bienestar físico y de su bienestar moral? Ha investigado las causas de la miseria para combatirla en su raiz? Ha estudiado el oríjen principal del vicio? Ha empleado la mansedumbre, la persuasion y la caridad? Ha hecho algun uso de la misericordia? Se ha valido de los estímulos del honor? Ha vertido

palabras de consuelo entre los afligidos? Ha procurado el pan a los menesterosos? Ha protejido la debilidad? Ha mirado al desgraciado como a su hermano? Ha practicado, grabado en los códigos, establecido en las ideas, en las costumbres, en los hábitos, la santa doctrina, la enseñanza provechosa, la lei innata, fecunda y sublime del amor? No; porque para rejenerar al hombre, para atraerlo al bien, para destruir sus preocupaciones y sus vicios, solo se ha tenido en vista el castigo; es decir, la cárcel, el azote, el tormento, la afrenta, el patíbulo!...

No habiendo, pues, sentido en nuestros corazones la caridad, el perdon, el amor, y dominando en nosotros el egoismo y el rencor, ¿qué estraño es que estableciéramos como base de la lei a la venganza? Porque ¿qué otra cosa es la pena que se impone al delincuente, sino la idea del agravio individual trasformada en agravio público, y de la venganza privada constituida en venganza social?

¿Pero qué es lo que ha ganado el hombre con este sistema? Ha mejorado de condicion? Es ahora mas moral? Si el castigo fuese el eficaz correctivo del vicio, ¿no es verdad que ya seriamos perfectos y que los pueblos donde se hubiese hecho uso del mayor rigor, serian los mas virtuosos, los mas adelantados, los mas cultos? Cómo! en los siglos que se han trascurrido desde que tenemos conocimiento de la vida del hombre, en las infinitas jeneraciones que han precedido la nuestra y aun en la nuestra misma, ¿no se ha llegado todavia a la perfeccion política, relijiosa y social, habiendo empleado constantemente el rigor de la lei? Cómo! las costumbres permanecen las mismas, la miseria subsiste espantosa y terrible, el vicio se propaga y el crímen se perpetra cada dia en mayor escala, estando vijente la pena, el rigor y el castigo! ¿Y aún no nos hemos desengañado, y aún seguimos siempre la misma senda y el mismo sistema? Y sin embargo, la esperiencia nos enseña, lo estamos palpando a cada paso, lo vemos en cada pueblo que se recorre, que, mientras me-

nos se emplea el castigo, mientras mas benigna es la lei, mayor es su ilustracion, mejores sus costumbres, mas estendida su moralidad, mas enérjica su accion, mas firme y preponderante su gobierno; y por el contrario, aquellos paises donde se usa de mayor rigor, donde la pena es mas aflictiva, son jeneralmente los mas atrasados, los mas decrépitos, los mas bárbaros, los mas criminales, los mas corrompidos y los mas malos; y esto es mui natural, porque el castigo embrutece al hombre y lo degrada, y las ideas de independencia y libertad, que son las que dan enerjia y moralidad, desaparecen en el envilecimiento de la esclavitud; y la conciencia de nuestra personalidad, la conciencia de nuestro yo, la dignidad del hombre, queda con el castigo riguroso, implacable, esterminador de que hemos hecho uso y de que usamos todavia, reducido al solo instinto de la bestia; porque su cabeza se dobla, su frente se agacha, su entendimiento se apaga y las nobles facultades con que Dios nos dotara se trasforman en la astucia feroz y en el egoismo lleno de baja envidia que caracterizan al siervo vil.

Sin embargo, se dice: si no hubiera el temor del castigo, ¿qué seria lo que contuviera el crímen? Pero ya lo ves, hijo mio; ¿qué es lo que hemos ganado con él? Ha desaparecido el vicio? Es el hombre mejor? Siguiendo la lójica de aquel principio, llegaria el individuo a ser perfecto mientras mayor fuera el rigor que se emplease con él; pero por desgracia sucede todo lo contrario, como nos lo demuestra la esperiencia de los siglos. Ahora pregunto yo: si el castigo ha sido el mejor espediente para contener el delito, aun cuando no hai un solo ejemplo que venga en su apoyo, ¿qué es lo que se ha hecho hasta aquí para producir la virtud? Si vale mas prevenir que castigar; si es mejor que no se produzca el acto para que no se establezca la pena; si todos están persuadidos de esta verdad y de su conveniencia, ¿por qué no hemos hecho nada por realizarla? Por qué no hemos agotado la fuente en vez de desviar al caudaloso rio? Por qué no

vamos al oríjen, destruyendo la causa en lugar de empeñarnos en correjir sus efectos? Por qué no producir el bien en vez de estar obligados a castigar el mal?

¡Ay, hijo mio, cuán distinto seria el mundo si cambiáramos de sistema! Qué armonia en las partes y en el conjunto! Qué grandeza, qué enerjia, qué independencia, qué felicidad en el individuo, en la familia, en el estado, en la nacion, en la humanidad, si sustituyésemos la lei de la venganza, la lei del castigo, por la lei del perdon y del amor; si en lugar de despotizar a nuestro semejante lo ayudásemos; si en lugar de quitarle el pan, se lo diéramos; si la caridad santa fuera nuestra guia y nuestra práctica; si la humildad en vez del orgullo fuera nuestra consejera constante!

Dime, amigo mio: en el actual estado de cosas ¿no es verdad que se pierden las nueve décimas partes de las fuerzas humanas? Y que, independiente de los dolores, de los vicios de las malas pasiones que nos aquejan, el pobre, es decir, el pueblo, la inmensa mayoria de la especie, se encuentra en la imposibilidad casi absoluta de cultivar su intelijencia? ¿Cómo puede vivir, cómo puede desarrollarse convenientemente el infeliz que apenas tiene un oscuro sustento en los tarridos pechos de una madre trabajada por las privaciones? Cómo llegará a instruirse el que solo ve en torno de sí ignorancia, preocupaciones, abyeccion, miseria, y que está, desde sus primeros años, obligado para adquirir el pan que lo sustente y el harapo que lo cubra, a trabajar incesantemente, no en conformidad a sus gustos, a su inclinacion, a sus naturales tendencias, sino en aquello que se le presente? Cuántos millones de seres en las miles de jeneraciones que nos han precedido y en las que nos sucedan, han tenido y tendrán una muerte prematura, ya sea física, ya sea moralmente, sin dejar el menor vestijio de su paso en la vida, porque desde un principio ha sido minada su existencia por el sufrimiento y apagada su razon por falta de ocasion, de estímulo, de indispensables recursos para sus mas imperiosas necesida-

des? Cuántos jenios que habrian brillado en el mundo, que habrian traido su continjente de conocimientos, que hubieran proporcionado al hombre beneficios inmensos, no desaparecen dia a dia ahogados en jérmen por la miseria? Dios mio! mientras mas pienso mas me confundo! mientras mas reflexiono en las pérdidas que hemos hecho y las que hacemos aun, mas me admira nuestra ceguedad! y mientras mayor es la dicha que la humanidad estaba llamada a gozar, mas grande es mi tormento, porque veo que nuestros pasos se dirijen en el sentido opuesto a nuestra felicidad!...

¿No es verdad, mi jóven amigo, que si cada ser que viene al mundo encontrara su alimento espiritual y corporal, si no careciera de pan y de instruccion, si le fuera dado desarrollarse en conformidad a los instintos con que Dios lo dotara; no es verdad que seriamos fuertes de constitucion y poderosos de intelijencia? que habriamos alcanzado todos los tesoros esparcidos en el mundo y todavia ocultos a nosotros, toda la abundancia que trae consigo el perfeccionamiento completo de la industria, toda la elevacion de sentimientos, la grandeza de miras y la justicia soberana y santa que siempre acompaña a la libertad? Sí, hijo mio, asi ha debido ser, porque Dios desde el momento de echar al mundo una criatura, ya ésta viene con el derecho de vivir para llenar la mision oculta de que ha sido encargada; pero nosotros, con perjuicio propio, contrariamos, en cuanto nos es posible, los sabios designios del Hacedor Supremo, porque decimos al pobre: "Tú no tienes nada que hacer en la tierra, nada que pedir ni nada que esperar; porque todo está repartido, todo es de nuestra propiedad: el suelo y sus productos reconocen dueño; de consiguiente, sírvenos o muere..." Este es el lenguaje tácito de la riqueza, esta la condicion dura, la alternativa terrible a que está sujeto el pobre desde el momento que da el primer grito de alegria o de dolor al salir del seno de su madre, y asi es como las nueve décimas partes de la especie sufren y se consumen; y nuestra vida es

triste, desgraciada y miserable, no aprovechando, ni a aquellos mismos que la esplotan, del lucro que, en su egoismo ignorante, han pretendido sacar.

El solitario hizo una pausa, como si tuviera que descansar de algun peso enorme que lo agobiara.

La propiedad.

I.

Enrique estaba tambien preocupado al escuchar el sombrio cuadro que trazaba el anciano, y le dijo con triste acento: "Pero esta situacion es espantosa, señor."

—Y tan espantosa como verdadera, hijo mio; pues a tal punto es cierto lo que te digo y a tal grado llega nuestra absurdidad, que si pudiéramos apropiarnos del aire, del sol, de la luz, dejariamos sin respiracion, sin calor y en completas tinieblas a los que hoi dejamos sin pan y sin instruccion, porque venderiamos todavia mas caro aquello que lo que vendimos esto, aumentando de precio a medida que aumentaba la necesidad!... Pero afortunadamente la accion del hombre está limitada, pues sin esto ya no existiriamos!...

—Pero este es un mal sin remedio, volvió a repetir Enrique contristado, cuando hasta ahora no ha desaparecido, y cuando por el contrario todo parece sostenerlo y fomentarlo; ¿qué puede hacerse para destruirlo? Si el derecho de propiedad está vijente, si los bienes están repartidos, si los ricos poseen lo que es suyo, ¿cómo quiere usted que vayan a darlo a los demas? cómo quiere usted que se despojen de sus haberes heredados o adquiridos para hacer una masa comun y repartirla entre todos? y lo que es mas, ¿cómo se efectuaria esa reparticion sucesiva entre los que están y los que vienen, entre las jeneraciones presentes y las jeneraciones futuras? Y quién seria el justo distribuidor? Cómo po-

dria existir la equidad precisa para que todos quedaran satisfechos? Cómo conocer las necesidades de cada cual para que nada les faltase? Me parece que esto es tan difícil, tan imposible, que no hai que pensar en ello y que es mejor dejar las cosas como están que buscar un arreglo que no tiene ni la mas remota probabilidad de efectuarse.

—Hablas bien, hijo mio; y en fuerza de tu sola razon, entras de lleno y entras con acierto en las árduas cuestiones que hoi ocupan a los mas eminentes jenios, y que todavia no han sido resueltas.

No es mi ánimo negar el derecho de propiedad, derecho santo, derecho justo, derecho incontrovertible y en el que están fundadas las sociedades, en el que está basado el poco órden que existe y del que proviene el progreso; asi como tampoco es mi idea abogar por ese comunismo, tan absurdo como irrealizable, tan arbitrario como destructor, que traeria una perturbacion espantosa, que seria opuesto a la equidad, que haria progresar el vicio, que sacrificaria a la virtud, a la intelijencia, al trabajo, en obsequio del engaño, de la ociosidad y del crímen...

—Sin embargo, señor, por lo que usted ha dicho y por lo que yo he creido entender, me parece que usted condena la propiedad y santifica al comunismo, haciendo derivar de la primera todos los males de la humanidad, a la vez que hace consistir en el segundo todos los bienes; pues si la propiedad es la causa de la miseria, porque nada tiene que esperar el proletario, en virtud que los bienes se encuentran repartidos y reconocen dueño, el comunismo seria el oríjen de la abundancia, del bienestar y de la felicidad: aquí noto, pues, una gran contradiccion; ¿cómo salvarla?

—Voi a esplicarme, hijo mio: es verdad que puedo haber dado márjen para interpretar de ese modo mis palabras; pero luego me comprenderás: yo quiero la propiedad sin el despojo, y el comunismo con la libertad y con la justicia; el comunismo segun el Evanjelio.

II.

"*La propiedad es el robo,*" decia un filósofo, Proudhon, y tenia mucha razon. La propiedad, como está establecida, es la espoliacion del trabajo, y el trabajo es la sola, la verdadera, la lejítima propiedad: de consiguiente, quien se apodera de los derechos de ésta, mina a la propiedad por su base, es decir, que roba lo que la constituye y lo que la forma; porque ¿qué otro oríjen tiene la propiedad humana si no es el trabajo humano? Y cuando al hombre se le quita una parte de él, es claro que se le arrebata su propiedad, siendo esto lo que sucede actualmente, siendo esta la tirania que ejerce el capital adquirido sobre el que se forma, la propiedad reconocida o acumulada sobre la que nace, y a quien ahoga desde un principio impidiéndole, salvo escepciones raras, que se desarrolle y robustezca.

La observacion de este fenómeno ha dado oríjen a varios sistemas mas o menos injeniosos en que se ha querido armonizar el estado actual con las exijencias de los pueblos, y entre ellos vemos a Luis Blanc empeñándose en organizar el trabajo, y para conseguir esto, pretendiendo amoldarlo a una pauta, a una tarifa, es decir, imponer el precio, o lo que es lo mismo, esclavizarlo. ¡Como si la primera condicion del trabajo no fuera la libertad! ¡como si el estipendio no estuviera sujeto a las mil modificaciones de los pueblos, de las necesidades, de las épocas, de las circunstancias, de la demanda, etc., y esto sin contar la mayor o menor habilidad individual, la mayor o menor contraccion, el mayor o menor empeño, cosas todas que no tienen mas regla ni deben tener otra que la voluntad independiente y aun la necesidad mas o menos imperiosa del que ejecuta la faena, del que la establece y del que consume el producto.

Tal vez aun no me comprenderás, hijo mio, pero voi a esplicarme por medio de ejemplos que te demostrarán has-

ta la evidencia cómo el capital o la propiedad bajo el réjimen actual roba al trabajador, sin dejarle nunca la esperanza de una remuneracion futura, sino que toman la parte que a él le corresponde, protejidos por la lei y por la costumbre.

Es fuera de duda, hijo mio, que al proletario le da el capital, en remuneracion de la obra, nada mas que lo indispensable para no morirse de hambre, y muchas veces aun menos que esto; ¡y sin embargo, el pobre se da por satisfecho y el rico se acuesta tranquilo con la ganancia que le han proporcionado!

Seré mas esplícito:

Supongamos a un industrial, a un comerciante, a un agricultor, etc., etc.: ¿no es cierto que todos ganan, a mas del interes del capital que emplean, (interes siempre calculado) a mas de una remuneracion por su intelijencia, (que regularmente se estipula) un beneficio proporcionado a los brazos que se emplean y al consumo que se obtiene? ¿Y qué es este beneficio sino la parte de ganancias que corresponde lejítimamente al trabajo y que sin embargo se la apropia el capital? Y en este caso, caso que no es escepcional sino jeneral, ¿no es por ventura aplicable la máxima de Proudhon? ¿no es un hecho real y positivo en vez de una paradoja atrevida y estrafalaria, como lo han denominado muchos, sin comprender su sentido y sin examinar su espíritu?

Déjame ser todavia mas claro: un hacendado que trabaja en su fundo calcula primero el interes del capital que vale el terrazgo o el cánon en que pudiera ser arrendado; en seguida la remuneracion por la intelijencia que emplea y penas que se da, pero todo lo que obtiene a mas de esto, ¿a quién se debe? sin duda al trabajo de los pobres inquilinos y al consumidor que compra los productos. ¿Y qué es lo que se les da de esa ganancia? Nada; pues por mui pingüe que ella sea, el propietario, o lo que es lo mismo, el capital, lo guarda por completo como adquisicion lejítima, sin pensar jamas en su oríjen y menos todavia en devolver la

parte que corresponde a otros. ¿No es esto un verdadero despojo? creo que sí, por mas que lo lejitime la costumbre y la lei.

Pero si a este robo a la verdadera propiedad se añaden las contribuciones, que en último resultado viene a pagarlas el consumo, es decir, la gran mayoria, ¿qué es entonces lo que se le deja al pueblo? Si no solamente se encuentra despojado de lo que lejítimamente le pertenece, sino que tambien todavia tiene que pagar de lo poco, de lo mui poco, de lo escasísimo que le dejan para su subsistencia, ¿cómo quiere que progrese? cómo que se desarrolle? cómo que rompa la cadena de esclavitud que le impone la miseria forzosa a que está condenado? Bajo tal sistema es imposible que el hombre sea independiente, y no siéndolo, es mas imposible que sea feliz: tal es mi opinion.

En vano me dirán que la propiedad con las instituciones que ahora se lo dan todo sin dejar nada para el que contribuye mas a formarla, es la que sirve a socorrer al pueblo, porque yo diré siempre que es la que lo agobia en vista de la injusticia que se establece y de los resultados que se consiguen; y en vano me dirán tambien que es el capital el que paga las contribuciones y no el consumo, porque es preciso desconocer completamente el mecanismo de las rentas de cada pais para no ver que es el último el que satisface todos los gastos o la mayor parte de ellos, cualquiera que sea el gravámen.

III.

Si se establecen derechos de aduana, ya sea para conseguir rentas o bajo el pretesto de protejer la industria interior, ¿quién es el que paga esas entradas sino el consumo? ¿y qué es el consumo, sino la gran mayoria de los pueblos? porque el comerciante o el introductor de la mercaderia, hace pesar sobre ella los derechos, y esto da el resultado

que decimos: salvarse el capital del gravámen para dejarlo al pueblo.

Si la contribucion afecta a la propiedad rural o urbana, los dueños de los fundos aumentan, ya sea el valor de los productos, ya el de las locaciones, por tanto cuanto ha sido el impuesto; de manera que se evaden de él, haciéndolo refluir siempre sobre la mayoria, sobre el consumo, sobre el pobre... así es que bajo cualquier aspecto que se considere, el capital queda libre, y solo el infeliz a quien despoja es tambien el que paga, ¡y el que paga por una justicia que no le hacen, por la guardia y conservacion de una propiedad que no tiene, por el sosten y establecimiento de un órden de cosas que lo mata! Esto es tan absurdo como espantoso, hijo mio, y sin embargo, esto es lo que existe...

Por dos puntos capitales está detenida la libertad, la independencia, la virtud, el progreso y la felicidad humana: primero, por el despojo que el capital hace al trabajo; segundo, por las contribuciones que los gobiernos imponen al consumo, viniendo de aquí la miseria obligada de la gran mayoria y naciendo de esta miseria la esclavitud y la ignorancia de los pueblos con todo su cortejo de males, de vicios y de crímenes...

—Cuanto usted dice, señor, es sin réplica, porque es imposible resistirse a la evidencia del hecho; pero aun con mi débil razon y poca esperiencia observo dificultades insuperables y no comprendo cómo puede obrarse de otro modo que el que vemos establecido. Refiriéndome a la primera parte, es decir al despojo que hace el capital a la propiedad del pobre, al trabajo, ¿cómo podria cada uno calcular la ganancia de que habia sido privado? ¿Hai acaso una tarifa que señale el valor real de los diferentes trabajos? Puede formarse ésta para cada individuo, cuando sus aptitudes son tan distintas como es distinto cada hombre? El valor de las cosas ¿no cambia a cada momento hasta en un mismo pais? Los salarios, ¿no están en relacion con la abundancia mayor

o menor de los brazos y con la escasez mas grande o mas pequeña de los productos? con la naturaleza de éstos? con las circunstancias locales? con los climas? con las leyes y con los mil y mil accidentes que entran en la vida de las personas, de los pueblos y de la humanidad en jeneral? ¿Quién seria el regulador que calculase lo que a cada cual se le debe o se le deja de pagar, para repartirlo con equidad? Quién se someteria a su decision? Si los unos querian mayor remuneracion por sus servicios y los otros no lo avaluaban en tanto, ¿de qué medio valerse y cómo entenderse? Francamente, señor, no veo nada, absolutamente nada que pueda correjir el mal que usted lamenta y dar los resultados que espera. Tendrá usted razon, pero no existe espediente alguno, no hai ese nivelador absoluto que armonice la justicia con el hecho y la conveniencia universal con el antagonismo individual de que el hombre no puede desprenderse.

Ahora, por lo que respecta a las contribuciones, ¿qué es lo que puede pagarlas sino el consumo? usted mismo afirma que si se afecta al capital, éste encuentra siempre los medios de evadirse; ¿cuál seria entonces lo que satisfaciese las necesidades de los gobiernos? De alguna parte han de sacar éstos sus entradas para hacer frente a los espendios naturales de una administracion. ¿Quién los daria, si no es el capital o el consumo? Veo bien que pesa sobre la jeneralidad el impuesto, que los pueblos se encuentran agobiados por las contribuciones, que el pobre es el que las sufre en último resultado, pues aun cuando en algo afecten a los ricos, esto es comparativamente mui poco y tienen ademas los medios de llenarlas sin sacrificio; ¿pero qué hacer? Yo no veo el medio, y esto me parece tan imposible de resolver como la retribucion del trabajo. Para que llegara a efectuarse lo uno y lo otro serian necesarios dos milagros tan grandes como el mundo, ¡porque solo ellos harian la reforma del mundo! porque solo ellos desterrarian para siempre la miseria y la ignorancia, la esclavitud y el vicio!

—Te escucho con placer, hijo mio, porque comprendes los resultados inmensos que traeria consigo la adopcion de estas medidas en caso que fueran realizables, y porque así como valoras los inconvenientes, sabes apreciar las ventajas, lo cual me da la conviccion de tu capacidad natural y de la elevacion de tu alma, la que te hará digno de todo: lo entiendes? de todo, sin escepcion alguna...

—¿No teme usted, señor, despertar mi vanidad con sus palabras?

—No; el justo aprecio de sí mismo no es vanidad: esta se satisface con la ostentacion y el otro con las buenas acciones; la una nos esclaviza y nos degrada, porque solo estima la adulacion, mientras que el otro vive en el retiro de la conciencia, encontrando la satisfaccion en sí propio y no en los demas; la una no puede estar sino acompañada de un cortejo de alabanzas y en el bullicio de las sociedades, mientras que el otro se encuentra bien en todas partes y mas bien consigo mismo. No tengo, pues, este temor, hijo mio, porque sé lo que eres y lo que has de llegar a ser... Mientras tanto, volvamos a tomar el hilo de nuestras reflexiones, que serán la base de tu educacion; pues he preferido el método de demostrarte, ya sea en economia, ya en política, lo mas elevado de los humanos conocimientos para entrar en seguida en los detalles de la ciencia, queriendo que se acostumbre tu intelijencia a las grandes ideas y tu corazon a los sanos principios de la moral para que apercibas mas claramente y sin confundirte los otros ramos que forman lo que se llama la sabiduria del hombre, que en realidad solo se alcanza con la virtud, pues por mas ciencia que poseyamos, nada es ésta si no se ha aprendido a obrar bien.

IV.

Dices que serian necesarios dos milagros tan grandes como el mundo para encontrar por una parte la justa remuneracion del trabajo o la retribucion del despojo hecho a la

propiedad; y por la otra que el consumo quedara exento de contribuciones; y sin embargo, tanto aquello como esto es realizable sin que sean necesarios portentos, sino que está en la naturaleza misma de las cosas y en la conveniencia de la especie; pues sus resultados no refluirian únicamente en bien de la gran mayoria, sino de aquellos que creen ahora esplotarlo con engaño y detrimento propio: vamos a examinar las dos cuestiones por separado.

Tienes razon para decir que dónde se encontraria el regulador que estableciese el equilibrio entre el salario y el trabajo, cuando los hombres y las cosas cambian, cuando no hai nada igual, cuando las jeneraciones se suceden las unas a las otras; pero no puedes menos de concederme que en el sistema actual existe la espoliacion, es decir, que el capital, salvo la remuneracion que le es propia y la que se debe a la intelijencia del que lo emplea, toma una parte de la ganancia obtenida por el trabajo esclusivo del hombre.

—Eso está de manifiesto, señor; cualquiera que sea el negocio, siempre el empresario calcula la utilidad que le proporciona cada brazo que ocupa, despues de haberle satisfecho el jornal libremente convenido.

—¿Y qué dirias tú si existiera el medio de que la propiedad del pueblo volviese otra vez al pueblo? Porque no creas, como ya te lo he dicho, que lo que hace la riqueza del industrial son únicamente los brazos que emplea, sino tambien el consumo, y tanto el uno como el otro dan un beneficio mayor que la remuneracion debida al capital y a la intelijencia; pues bien, ese sobrante que nace del trabajo y del consumo, que proviene, en una palabra, del proletario, es preciso que vuelva a su oríjen, pues de otra manera la temida máxima de Proudhon: *la propiedad es el robo*, queda completamente justificada.

—Diria, señor, que jamas se habia descubierto una verdad mas grande ni mas provechosa.

—Esa verdad no es de hoi, hijo mio, ni es tampoco mi

obra; esa verdad está encarnada en la lei de amor predicada por Jesucristo, está revelada en estas solas palabras: *mira a tu prójimo como a tu hermano y no hagas a otro lo que no quieras que te hagan a tí.* He aquí establecido el mas rigoroso comunismo; pero el comunismo que no coarta las facultades, que deja al hombre su libertad de obrar, que le permite cuanto quiera el ensanche de su intelijencia, que impide que el ocio viva a espensas del trabajo y el vicio alimentado por la virtud, pero que sin embargo establece un vínculo al decirle: *este es tu hermano, míralo como a tal*, prohibiéndole por esta misma razon el esplotarlo.

Ahora, pues; ¿no es verdad que resultaria un bien inmenso a la humanidad si en lugar de dejar estas máximas limitadas al fuero interno de la conciencia, las hiciéramos efectivas por medio de la lei?

—Pero esto seria coartar la libertad.

—No, amigo mio, la libertad de obrar mal no existe; así el que no sostiene el brazo al asesino, pudiendo, se hace reo del mismo delito: de consiguiente, si yo impido que perjudiquen al pobre robándole su trabajo, lejos de atentar contra la libertad, la establezco, pues doi a cada cual lo que lejítimamente le corresponde, y la justicia es la primera condicion de esa libertad, o mas bien dicho, la libertad no puede existir sin la justicia.

—Estoi impaciente, señor, por saber cuál es el medio que usted propone para llegar a un resultado cuya realizacion me parece imposible por mas que piense en ella y por mas que me agrade.

—Así sucede jeneralmente: las cosas mas sencillas se presentan difíciles; pero cuando llegamos a conocer el mecanismo, nos sorprendemos de no haber acertado a adivinarlo antes.

—Será mui cierto lo que usted dice, pero ese mecanismo no es tan sencillo, desde el momento que han trascurrido

tantos siglos sin que tantas intelijencias de primer órden lo hayan encontrado.

—No habrán querido verlo, porque el Evanjelio es un libro que está abierto a los ojos de todos y porque la naturaleza antes que él nos habla a cada paso, nos presenta a cada instante, nos dice por todos sus órganos la lei que debemos seguir, puesto que tenemos que esforzarnos para llegar a ahogar, muchas veces sin conseguirlo, nuestros interiores instintos.

—¿Pero qué debe hacerse?

—Si es evidente que toda fortuna adquirida no pertenece esclusivamente al capital y al individuo que la ha aglomerado, sino que una parte de ella corresponde al trabajador y al consumo, claro es que la masa del cuerpo social, que la forma el pueblo, es acreedora a una porcion mayor o menor de esos bienes.

—En esto no hai la menor duda, pues ya usted me lo ha demostrado con bastante claridad.

V.

—Pues bien, haga entonces el estado o los estados, (por que esta regla puede hacerse estensiva a todos los paises) de modo que la parte de fortuna *que considere pertenecer a la comunidad vuelva a ella. Establézcase por lei: "que el estado es acreedor al diez por ciento de los bienes de cadá individuo despues de sus dias*, y veremos desaparecer la miseria.

Esta medida por sí sola, amigo mio, bastaria para transformar al mundo sin perjuicio de nadie y con provecho de todos; sin perjuicio de nadie, porque no se le quita al individuo el estímulo de adquirir, como sucederia en un comunismo obligatorio, pues puede gozar libremente del fruto de su trabajo durante su vida, pues puede disponer de toda su accion y de todos sus recursos como mejor le agrade y

en lo que mas le acomode, sin estar sujeto a reglamento alguno, sin que la ociosidad viva de las adquisiciones hechas por su intelijencia como tendria lugar en los comunismos inventados por los Cabets, los San Simons, los Fourriers, etc., porque desde el instante que se quita al hombre la libertad, todo desaparece, pues ella es la primera condicion de su existencia y en la que está basada su moralidad, su dicha y su progreso.

Con el espediente que yo propongo no se le infiere daño alguno al individuo, pues él aprovecha de todas las comodidades y goces que le proporciona su fortuna adquirida, y solo viene a restituir la parte que corresponde a la sociedad despues de sus dias, es decir, cuando no la necesita, cuando es supérflua, cuando le es inútil, de manera que no se le impone la mas pequeña traba ni se le infiere el mas leve sufrimiento.

Por otra parte, esta justa restitucion no queda estéril, sino que o la ha aprovechado él o la aprovecharán sus hijos por medio de una inversion o de una distribucion igual, lejítima y equitativa, quedando de esta suerte garantida la propiedad del pobre, de que ha sido despojado hasta este momento y cuya privacion hace su infortunio.

—No comprendo todavia dónde quiere usted ir a parar, pues lo único que veo es que, segun su sistema, en mui poco tiempo vendria a ser el estado el propietario universal y el dueño único de la riqueza pública, que se iria sucesivamente acumulando, tal vez con grave perjuicio de los particulares.

—Tu temor desaparecerá en breve, porque no pretendo que se restituya la propiedad del pobre para que se apoderen de ella los gobiernos, sino para que vuelva incesantemente a la masa comun de donde nace sin interrupcion; pero que vuelva convertida en pan, en vestuario, en goces, en instruccion, en intelijencia, en fuerza, en libertad...

—La trasformacion es portentosa, señor; pero no concibo cómo pueda efectuarse.

—Yo sí que la concibo, y en un instante mas la comprenderás tú tanto como yo mismo.

Pues bien, con esa restitucion de la propiedad del pobre, llevada a efecto por medio de la lei, con ese cúmulo de riquezas que afluiria a las arcas del Estado, mediante al diez por ciento que se cobraria a la muerte de cada individuo, yo formaria establecimientos para dar vida a la sociedad, establecimientos donde tuviera el niño desde que nace, su alimento, su vestuario, su habitacion, y cuando mas grande, sus maestros, su instruccion, su trabajo, su porvenir diseñado y casi seguro.

Formaria establecimientos donde encontraran los ancianos y los inválidos del trabajo un asilo cómodo, una existencia independiente y libre de la mendicidad: de manera que esos dos estremos de la vida, la infancia y la vejez, en que el hombre necesita de apoyo, en que es débil, en que no puede bastarse a sí mismo, hallarian allí todo cuanto es indispensable al sustento del cuerpo y del espíritu.

VI.

Dime ahora, hijo mio, ¿no es verdad que asi desapareceria la principal, talvez la única causa de las desgracias humanas, la miseria? ¡Y cuán diferente no seria el hombre! Qué progreso no existiria habiendo la posibilidad de aprovechar todas las fuerzas intelectuales y físicas de cada uno! Qué virtud, qué armonia no reinara entre todos cuando cada cual, sin injustas y arbitrarias trabas, pudiese desarrollarse libremente y en conformidad a sus inclinaciones! Cómo serian las uniones fáciles y venturosas, no teniendo el fantasma de la necesidad por delante! Y cómo, obedeciendo únicamente a nuestras simpatías, realizariamos el bello ideal de la pasion, del amor! Cómo veriamos desaparecer la codicia que hoi domina, la envidia que nos roe, las preocupaciones que nos estravian, el vicio que nos pierde, para entrar en la sen-

en lo que mas le acomode, sin estar sujeto a reglamento alguno, sin que la ociosidad viva de las adquisiciones hechas por su intelijencia como tendria lugar en los comunismos inventados por los Cabets, los San Simons, los Fourriers, etc., porque desde el instante que se quita al hombre la libertad, todo desaparece, pues ella es la primera condicion de su existencia y en la que está basada su moralidad, su dicha y su progreso.

Con el espediente que yo propongo no se le infiere daño alguno al individuo, pues él aprovecha de todas las comodidades y goces que le proporciona su fortuna adquirida, y solo viene a restituir la parte que corresponde a la sociedad despues de sus dias, es decir, cuando no la necesita, cuando es supérflua, cuando le es inútil, de manera que no se le impone la mas pequeña traba ni se le infiere el mas leve sufrimiento.

Por otra parte, esta justa restitucion no queda estéril, sino que o la ha aprovechado él o la aprovecharán sus hijos por medio de una inversion o de una distribucion igual, lejítima y equitativa, quedando de esta suerte garantida la propiedad del pobre, de que ha sido despojado hasta este momento y cuya privacion hace su infortunio.

—No comprendo todavia dónde quiere usted ir a parar, pues lo único que veo es que, segun su sistema, en mui poco tiempo vendria a ser el estado el propietario universal y el dueño único de la riqueza pública, que se iria sucesivamente acumulando, tal vez con grave perjuicio de los particulares.

—Tu temor desaparecerá en breve, porque no pretendo que se restituya la propiedad del pobre para que se apoderen de ella los gobiernos, sino para que vuelva incesantemente a la masa comun de donde nace sin interrupcion; pero que vuelva convertida en pan, en vestuario, en goces, en instruccion, en intelijencia, en fuerza, en libertad...

—La trasformacion es portentosa, señor; pero no concibo cómo pueda efectuarse.

—Yo sí que la concibo, y en un instante mas la comprenderás tú tanto como yo mismo.

Pues bien, con esa restitucion de la propiedad del pobre, llevada a efecto por medio de la lei, con ese cúmulo de riquezas que afluiria à las arcas del Estado, mediante al diez por ciento que se cobraria a la muerte de cada individuo, yo formaria establecimientos para dar vida a la sociedad, establecimientos donde tuviera el niño desde que nace, su alimento, su vestuario, su habitacion, y cuando mas grande, sus maestros, su instruccion, su trabajo, su porvenir diseñado y casi seguro.

Formaria establecimientos donde encontraran los ancianos y los inválidos del trabajo un asilo cómodo, una existencia independiente y libre de la mendicidad: de manera que esos dos estremos de la vida, la infancia y la vejez, en que el hombre necesita de apoyo, en que es débil, en que no puede bastarse a sí mismo, hallarian allí todo cuanto es indispensable al sustento del cuerpo y del espíritu.

VI.

Dime ahora, hijo mio, ¿no es verdad que asi desapareceria la principal, talvez la única causa de las desgracias humanas, la miseria? ¡Y cuán diferente no seria el hombre! Qué progreso no existiria habiendo la posibilidad de aprovechar todas las fuerzas intelectuales y físicas de cada uno! Qué virtud, qué armonia no reinara entre todos cuando cada cual, sin injustas y arbitrarias trabas, pudiese desarrollarse libremente y en conformidad a sus inclinaciones! Cómo serian las uniones fáciles y venturosas, no teniendo el fantasma de la necesidad por delante! Y cómo, obedeciendo únicamente a nuestras simpatías, realizariamos el bello ideal de la pasion, del amor! Cómo veriamos desaparecer la codicia que hoi domina, la envidia que nos roe, las preocupaciones que nos estravian, el vicio que nos pierde, para entrar en la sen-

da de la fraternidad jenerosa, de la ciencia que cada dia abre nuevos horizontes, proporcionando nuevos goces, de la virtud que no solo consuela las amarguras de la vida sino que la hace suave, deliciosa y feliz...

Teniendo cada hombre, desde el momento de venir al mundo hasta que lo deja, asegurada su subsistencia en los primeros y en los últimos dias, es decir, en los dos estremos en que somos débiles, ¿de qué no seria capaz en sus años de vigor, de enerjia y de fuerza? No habiendo intelijencia perdida, instinto contrariado, carrera que no estuviera abierta, porque todas tendrian completa libertad, desde que existian los recursos, desapareciendo la miseria; ¿qué vuelo no tomaria el humano espíritu y qué desahogo no tendria el corazon; de qué comodidades no gozaria el cuerpo y cuán fáciles para todos el obtenerlas!...

Se me ocurre una reflexion que muchas veces he hecho: ¿a qué deben su existencia todavia en nuestro siglo esas vetustas columnas de los tiempos pasados que se llaman conventos o monasterios? Cómo es que la civilizacion, que los vaivenes de las sociedades, que las reflexiones de los filósofos, que la befa de los críticos, que el desprecio casi jeneral con que se les mira en el dia, no los ha echado aun por tierra? ¿Los sostendrá su importancia o su utilidad? No; lo que los mantiene de pié, es que el hombre que entra en su recinto no tiene que pensar en su subsistencia: hé aquí la causa de su duracion, de su resistencia y de su fuerza.

Ahora bien, esto mismo que se hace en los conventos con sus afiliados, yo querria verlo establecido en el mundo, con la sola diferencia de que a los padres se les exije la obediencia pasiva, y aquí tendrian los individuos la libertad activa y con ella el engrandecimiento y perfeccion del hombre.

El único modo de conseguir la independencia a que aspira nuestro ser con tanto ahinco, porque es su principal elemento de vida, consiste en establecer esta especie de providencia sobre la tierra: es preciso que el niño, cuando vie-

ne al mundo, no caiga entre enemigos sino entre hermanos, que no se encuentre desnudo y solo sino con todos los recursos indispensables a su frájil vida, para que llegue a ser con el tiempo árbol robusto y frondoso que proyecte su benéfica sombra sobre muchos de sus semejantes.

Haced al hombre independiente y lo hareis grande, bueno y feliz; pero para hacerlo independiente es preciso quitar el obstáculo, es necesario destruir lo que lo esclaviza: y lo que lo esclaviza es la miseria... pero esta miseria desaparecerá tan luego como se restituyan los bienes usurpados al proletario, tan luego como se establezca esta lei justa y reparadora que vengo de decirte.

VII.

Y no creas, hijo mio, que los mismos a quienes cupiera la restitucion salieran perjudicados: nada de eso, porque ellos recibirán mas beneficios que lo que hubieran alcanzado con el doble del dinero que entreguen al fin de sus dias; pues es incuestionable que la asociacion centuplica las fuerzas, y lo que no pueden conseguir mil hombres individualmente, lo consiguen ciento de una manera colectiva.

Voi, pues, a probarte sumariamente esta verdad por medio de un sencillo cálculo: supongamos que un hombre al tiempo de morir deja cincuenta mil pesos y cinco hijos: por la lei seria el estado heredero del diez por ciento, es decir, de cinco mil pesos; ahora bien ¿cuánto habria gastado el padre en la educacion, instruccion, alimento, vestuario, etc., etc., durante el término de veinte años que pueden estar sus hijos a cargo del estado, claro es que mucho mas de la suma que hoi está obligado a dejar a la sociedad; de consiguiente, esta medida, que talvez parecerá a algunos onerosa e injusta, es económica y reparadora, y no solo económica y reparadora, sino tambien provechosa, pues nunca alcanzaria el padre mas rico a dar a sus hijos con igual esmero todos aquellos conocimientos que se obtendrian en esos casos

de una manera colectiva, porque, como es sabido, y como ya lo hemos dicho, las fuerzas reunidas son mui poderosas, pues su empuje simultáneo es el que hace su fuerza.

Ya ves, hijo mio, que no es tan difícil establecer ese resarcimiento debido a los pobres, y ves tambien todo el provecho que se sacaria de él, provecho que no iria en detrimento de nadie, sino en bien de la jeneralidad, en bien de las jeneraciones presentes y futuras.

—Mientras mas comprendo, señor, mas me admira la sencillez y utilidad de su método, y mientras mas reflecciono, se estienden a mi vista mas y mas los inmensos beneficios que de la adopcion de ese sistema resultarian al jénero humano... ¡Ai! me parece imposible poder abarcar ni aun con la imajinacion, todo aquello de que, en un caso tal, seria capaz el hombre.

—Asi es, hijo mio, yo mismo que he reflexionado tanto no hago mas que entrever esos horizontes de paz, de fraternidad, de progreso, de alegria, de dicha... sin poder tener una idea clara y distinta de lo que entonces seria el hombre...

Y el noble anciano levantó su cabeza hácia el cielo como para encontrar allí lo que buscaba en la tierra.

—Pero su pensamiento es mui fácil de realizarse.

—No lo creas, jóven; la ignorancia tiene una certeza mui dura y el error raices mui profundas!... Hace diez y nueve siglos que la palabra de Jesucristo está con nosotros ¡y aun no la comprendemos!... que nos señala el camino ¡y aun no lo seguimos! ¡que nos dice: "aquí está la verdad", ¡y no la vemos! ¿cómo seria yo tan audaz en creerme capaz de conseguir lo que El no ha obtenido?

—¿Estamos, entonces, condenados a vivir siempre en el error, en la ignorancia, en el vicio, en la miseria?

—No, hijo mio, la civilizacion gana terreno y la lei jeneral es el progreso: al fin llegará un tiempo en que el hombre vea claro y conozca su conveniencia.

—Pero, ¿por qué no precipitar ese resultado por la fuerza? Porqué, si para hacer el bien es necesario la violencia, no emplearla?

—Porque todo esfuerzo implica resistencia y toda resistencia lucha, y no es asi como triunfará la verdad: la esperiencia de los siglos pasados nos lo demuestran; los sacudimientos que han tenido las sociedades nos manifiestan que la sangre no puede dar sino odios, despotismo y venganzas, y esto se asocia mal con la fraternidad que es la primera condicion de vida, de progreso y de felicidad para el hombre. Muchas veces he visto combatir por la libertad, y aun cuando hayan triunfado sus defensores, jamas ha sido practicada: a la terrible revolucion francesa de 1789 sucedió el despotismo militar de Napoleon I, y a la de 1848 la tirania jesuítica de Napoleon III. Otro tanto, aunque en mas pequeña escala, he visto entre nosotros: siempre las pérdidas han sido mayores que las ganancias y el bien obtenido menor que el sacrificio (1): este es el triste resultado de la

(1) En la espantosa guerra de los Estados Unidos, guerra hasta cierto punto justificable, porque tenia por divisa y por objeto la libertad de una raza, guerra que ha asombrado al mundo por la tenacidad en el ataque y en la defensa, por los inmensos recursos que ha desplegado ese enérjico y adelantado pueblo ¿qué es lo que se ha hecho? ¿se ha ganado o se ha perdido con el triunfo sangriento de la buena causa? Cinco millones de esclavos han sido libertados a medias, porque todavia no tienen los privilejios o derechos de ciudadanos, cinco millones de hombres pueden andar por donde mejor les acomode, pero no hallar el sustento que necesitan porque sus mismos libertadores los rechazan: hé aquí todo el bien adquirido; y en cambio ¡cuántos males! cuántas desgracias sin nombre! cuánta sangre derramada! cuántas pérdidas tan inmensas que la imajinacion y el cálculo casi no alcanza a valorar! La deuda de los Estados del Norte, independiente de los tesoros acumulados en su erario, subió a la enorme suma de cerca de tres mil millones! ¿cuál será la de los del Sur? y cuál la de la propiedad particular y pública destruida? cuál la de la produccion que se dejó de obtener? cuál la de las utilidades que no se consiguieron? cuál la de la paralizacion de las industrias? cuál, en fin, la suma si todo lo hemos de reducir a oro en que pudieran cotizarse tantas existencias vigorosas tronchadas en flor? ¿Se nos objetará que se ha establecido un principio y que su realizacion vale mas que la fortuna?—No, contestaremos nosotros, porque ese principio estaba preconcebido en la mente y en la conciencia de todos; porque era una cosa sancionada en idea y que no tenia adversarios en el terreno del sentimiento moral, sino únicamente en el interes particular.

¿Pero no hubiera sido mejor, cien mil veces mejor llegar a realizar el hecho de la libertad de los negros por medio de la persuacion, por medio de la conveniencia, por medio de la compra, por medio de esas sumas fabulosas que hemos visto gastarse en la

guerra y allá es donde nos conducen las medidas violentas por mas santo que sea el propósito: *el fin no justifica los medios* como pretenden los jesuitas, sino que deben estar siempre éstos en armonia con aquel, es decir, que el mal no puede servir para llegar al bien, ni el crímen para alcanzar a la virtud. Créemelo, hijo mio, jamas plantearás la libertad por medio de la violencia, la ilustracion por el aniquilamiento, la fraternidad por la guerra. La independencia del hombre, su dignidad, su progreso, consiste en la destruccion de la miseria y el medio que te he propuesto es fácil, equitativo, razonable y pacífico, pues no hiere los intereses de nadie sino los intereses de todos.

guerra mas encarnizada y mas sangrienta de que tiene ejemplo la historia? Si podemos calcular en diez mil millones los caudales de todo jénero absorvidos durante los cuatro años de esa monstruosa lucha, esto es sin contar la pérdida de tantas vidas, si en vez de llevar a sangre y fuego la libertad, se le hubiera dicho a los plantadores del Sud: "no podemos menos de estar convencidos que en nuestro siglo, en nuestras instituciones y bajo nuestro sistema democrático y republicano, es una anomalia la esclavitud y una mancha que tilda nuestro glorioso pabellon. Somos el primer pueblo de mundo. Llevamos la enseña de la independencia humana desde el uno hasta el otro polo; nuestra nacionalidad es el faro que ilumina y guia a las naciones; la esperanza de libertad, de órden, de rejeneracion está cifrada en nosotros; no hai un solo pais que no tenga su vista fija en nuestros adelantos y que no espere de nuestra marcha progresista la solucion del problema que se llama la independencia del hombre ¿por qué entónces no destruir el obstáculo que nos detiene y que nos denigra? Por qué no echar por tierra esa institucion que es el antípodo de las instituciones que nos rijen y que en breve serán los que gobiernen la jeneralidad de la especie? Si es vuestra fortuna lo que impide su realizacion, si el interes pecuniario es lo único que os detiene, pues bien, os daremos una indemnizacion correspondiente o superior al sacrificio, os compraremos lo que llamais vuestra propiedad, pagándoos en dinero mas que lo que vosotros pedis por la emancipacion de un esclavo; os daremos quinientos pesos por cabeza y puesto que teneis cuatro millones de esos infelices, os compramos la libertad de todos ellos, de modo que no perdais un solo maravedí sino que al contrario hagais vuestra fortuna..." Los propietarios de negros ¿habrian resistido a este lenguaje que, a mas de humano, envolvia una bella especulacion? Parece que no, porque la jeneralidad del pensamiento se hallaba unida al cebo de la codicia, pudiendo aparecer como desinteresados filántropos a la vez que hábiles especuladores. Ahora bien, ¡cuánto no se habria ahorrado así! Qué de lágrimas, qué de vidas, qué de fortunas no se habrian economizado! Cuánta miseria de menos y cuánta prosperidad de mas! Cuánta abundancia esparcida por el mundo en lugar de las perturbaciones que han existido en todos los mercados, de la paralizacion de las manufacturas, de la carencia de trabajo para el proletario, de la carestia de los artículos para el consumo! La paz es la única que puede dar buenos resultados, la guerra solo traerá desolacion y miseria...

(*Nota del autor*).

—Lo comprendo, señor, y es sorprendente como hasta ahora no se ha establecido un réjimen tan provechoso.

—Ya te he dicho los inconvenientes; pero al fin, está seguro, al fin se romperán los obstáculos.

—Una vez que usted me ha presentado tan sencillo, lo que poco antes me parecia imposible, no dudo que el segundo método, el de quitar las contribuciones que pesan sobre el consumo, es decir, sobre el pobre, sea tan hacedero como el que acaba de esplicarme.

—Así es, y sin embargo, no lo veremos nosotros establecido, pues pasarán siglos antes que las naciones lo pongan en práctica.

—Pero esto no impedirá que usted me lo comunique.

—Bajo ningun aspecto, por mas infructuosos que parezcan; pues sé por esperiencia que la idea no se pierde sino que jermina, y aunque su desarrollo sea tardio, al fin llega a dar un fruto...

Las contribuciones y el crédito.

I.

Ya te he dicho que el pobre al venir al mundo no encontraba el preciso sustento, pero que era fácil hallarlo en la lejítima distribucion debida al trabajo; y ahora vamos a buscar el medio de libertarlo de las contribuciones que paralizan su fuerza, deteniendo su produccion y aprisionándolo con una cadena que le es imposible romper.

Se dirá que sin el impuesto no puede existir el órden civil, no puede haber gobierno alguno, no puede darse réjimen administrativo, porque es necesario pagar los servicios de aquellos que se dedican o que son llamados por sus aptitudes, por su talento o por su honradez a conservar la armonia entre las partes, impidiendo la dislocacion de la sociedad que daria por resultado el egoismo individual si se le dejase obrar sin traba ni respeto alguno. Nada mas justo, pues, que remunerar aquellos servicios siendo necesario que se les recompense como conviene, porque en realidad son tanto o mas productivos que los otros, pues el que administra mantiene la regularidad en la marcha, la equidad en la distribucion y la economia en todo, asi como el guerrero defiende la vida y propiedad de sus conciudadanos y el médico repara las fuerzas y alivia los dolores del enfermo.

No es bajo ningun aspecto mi propósito hacer que queden sin recompensa estos servicios; ¿pero es justo que sea

el consumo, o lo que es lo mismo, la grande y pobre mayoria de los pueblos la que pague todos los espendios? Es justo que aquellos que necesitan la proteccion del estado sea a quienes se sacrifique? Es razonable que se vean obligados a partir la migaja de pan que los sustenta para sostener el fausto de los reyes, el poder de los ejércitos, la ostentacion de los cultos, las necesidades de los mandatarios de toda especie? Fácilmente convendrás conmigo que no; pero me dirás ¿que quién es entónces el que debe pagar? y te responderé que el capital.

—Sin embargo, hace un momento, señor, que usted mismo me probaba que el capital quedaba siempre exento de toda contribucion ¿cómo es que se propone actualmente lo contrario?

—El capital está libre hoi de toda contribucion, es verdad, y esto es justamente el mal; pero es fuera de duda que el que recibe todos los beneficios es el que debe soportar los gravámenes.

—Nada mas justo; pero tambien nada mas difícil en el caso actual, segun las razones espuestas.

—Asi parece a primera vista, y tan lo parece, que no hai un pais en todo el mundo donde se vea establecido lo contrario; pues ya se pretenda afectar al capital o a la renta, siempre viene el consumo en último resultado a pagar el gravámen que se establezca; pero con mi sistema será únicamente el capital el que satisfaga el impuesto, y lo que es todavia mejor, que satisfará el impuesto sin que le sea oneroso, sino que por la inversa servirá, para aumentarlo y protejerlo.

—Lo escucho, señor, con el mayor interes, pues, aunque sin esperiencia, veo que la solucion de este problema hará una revolucion en pueblos y gobiernos.

—Una revolucion tan inmensa como benéfica, a la vez que fácil y sencilla! Todo el secreto, toda la dificultad, todo el misterio, consiste en la adopcion de estas dos simples me-

didas: proporcionar al hombre mientras es débil los medios para que se alimente e instruya, y no disminuir sus facultades criadoras y productivas mientras es fuerte. Lo primero se consigue estableciendo el derecho de herencia del estado, de que ya te he hablado, y lo segundo suprimiendo el impuesto para que no grave al consumo.

—La justa y adaptable medida que usted me ha manifestado para establecer lo uno, es admirable, casi divina por su eficacia y por su sencillez, sencillez que llega a un grado tal que un niño la comprende en el acto sin que por esto se la prive de su importancia y de su grandeza; pero respecto a la otra, no distingo todavia la solucion.

—Lo sé, pero no dudo que la comprenderás en breve; y aunque entre contigo en las mas árduas cuestiones de la economia política, trataré de ser claro, despojándola de todo ese aparato científico que embrolla las ideas, sirviendo únicamente para despertar en nosotros las presunciones del talento y no la eficacia de la realidad.

II.

Hai, hijo mio, en la actual manera de ser de los pueblos, un elemento poderosísimo que se llama crédito y que desarrolla prodijiosamente las fuerzas productivas del hombre, pues ha llegado a ser el circulante mas activo, mas fácil, mas seguro, mas real, supliendo con ventaja al dinero y movilizando todos los valores para hacer mas sencillos los cambios.

En el antiguo sistema, sistema que existe todavia en parte, no se conocia mas que el oro y la plata como circulante, y aun otras muchas sustancias, como el cacao en Méjico, las pieles en Rusia y las tablas de alerce en nuestra provincia de Chiloé, que son todavia la moneda corriente de aquella apartada comarca; pero no tomando en cuenta mas que el oro y la plata, que siempre seguimos considerando como la

verdadera representacion de los valores, vemos que poco a poco se fué necesitando de otro ajente para facilitar los cambios, porque era insuficiente por sí solo el que teniamos, y de aquí emanaron los pagarées, las escrituras, las hipotecas y últimamente los bancos o la emision de billetes al portador, si bien es verdad que todas estas diversas formas por que ha ido pasando el sistema de crédito tienen hasta hoi dia por base el dinero, de donde ha provenido el error de que se considere la plata y el oro como la mas sólida o la verdadera riqueza, error que va tambien desapareciendo pero que aun subsiste y que serán necesarios muchos años y muchos cambios para que se pierda del todo.

Tan eficaz ha sido el crédito para el progreso de las naciones, que aquellas donde ha sido adoptado primero y donde se encuentra mas adelantado, son tambien las que mas han progresado, aumentando su riqueza en proporcion al desarrollo de este ajente. ¿De qué le ha valido a la España, por ejemplo, poseer los mas ricos minerales del mundo y ser dueño durante siglos de los inagotables tesoros de la América? De bien poco; talvez de nada, porque, limitando sus cambios al circulante, o no teniendo mas signo representativo que éste para movilizar los valores, se ha quedado estacionaria, mientras que aquellos pueblos, como la Inglaterra, que echaron mano del crédito, han prosperado estraordinariamente: esto es un hecho incontestable, porque es un hecho práctico.

Vemos por esperiencia, y esta esperiencia se confirma cada dia, que todo establecimiento particular de crédito prospera y se enriquece en poco tiempo, salvo aquellos casos accidentales en que han fracasado porque han ido mas allá del límite que deben tener, o porque han sido aplicados a otras empresas ajenas a la institucion: pero en jeneral, los bancos han hecho bien al público, enriqueciéndose ellos mismos; y esto es natural, pues no hacen valer tanto sus capitales, que solo sirven de garantia, sino que ganan con la

fortuna pública, sirviéndole de ajente movilizador, a la vez que facilitan el cambio de los productos, y de estas dos acciones sacan su provecho.

El crédito tiene por base el capital. Nadie presta a otro una suma de dinero sin la promesa de pago, y esta promesa de pago no tiene solidez sino en la fortuna del que pide el préstamo; de consiguiente, la escritura que recibe el banquero no es una simple hoja de papel, no es una obligacion que emana únicamente de la voluntad y que no tiene mas consistencia que el capricho, sino que representa y es en realidad una parte de la fortuna del individuo que se constituye deudor, y el billete de banco que hace las veces de la moneda viene siendo tambien una representacion de los capitales de esos mismos deudores, teniendo a mas por garantia los fondos que constituyen la masa de bienes responsables con que se ha establecido el banco, lo que pone de manifiesto que l s utilidades o beneficios de dicho banco nacen de la fortuna pública que pone en circulacion; por esto es que aquellos establecimientos que gozan de mas crédito o cuyo movimiento de capitales ajenos es mas estenso, son los que obtienen mayores ganancias.

Ahora bien, si es incontestable la utilidad que consiguen los banqueros y si esta utilidad proviene, no de la fortuna propia del establecimiento sino de la de los particulares que están en relacion con él, ¿por qué no podria formarse el estado una institucion semejante que se apoderase, digámoslo así, de las operaciones de todos y que reasumiese ella sola el crédito del pias y por consiguiente la utilidad que consigue cada uno de los bancos y a mas toda aquella que dejan de percibir por la deficiencia de sus estatutos, pues debes saber que esos establecimientos no han llegado todavia a su perfeccion, ni que el crédito ha alcanzado el desarrollo que en realidad puede tener.

Bajo el actual sistema y siendo los particulares los dispensadores del crédito, a mas de ser ellos los únicos que

aprovechan, están dispuestos a tiranizar la industria, absorbiendo las utilidades de ésta por la alza del interes, paralizando así la produccion, como sucede entre nosotros, donde el jugo vital del pais pasa diariamente a manos de los ajiotistas, haciéndose cada vez mas imposible y menos lucrativo el trabajo del hombre, resultando por necesidad la pobreza y el atraso del pueblo, de manera que en lugar de ser el crédito un elemento fecundizador, es un elemento absorbente, y en vez de impulsar las fuerzas productivas de la nacion, las paraliza y las mata.

Pero la accion del crédito seria mui diferente en manos del estado, pues a mas de sacar él un provecho satisfactorio e incrementario, la industria, resultando de aquí tres beneficios inmensos, incalculables: el uno, que el estado obtendria rentas mas pingües, que las que consigue ahora por medio de las contribuciones; el otro, que desapareciendo esas contribuciones se aliviaria grandemente a los pueblos, y disminuyendo sus cargas, se aumentarian sus goces; y el tercero, que prestando el estado a un bajo interes, no solo facilitaria el trabajo, no solo aclimataria todas las industrias, sino que movilizaria cuanto valor existe de cualquier naturaleza que fuera, sino que a la vez de ayudar al capital, sacaria de él la compensacion debida, dejando completamente exento de todo gravámen el trabajo del hombre, y destruyendo para siempre el ajiotaje de la usura.

III.

Es incuestionable que no puede darse el crédito sin la existencia prévia del capital; y cuando se ha querido hacer uso del primero, sin la garantia efectiva del segundo, no se ha hecho otra cosa que levantar un edificio sobre la arena sin el menor cimiento que afianzase su estabilidad: esto es lo que siempre ha acontecido a los gobiernos o a los bancos que han echado a la circulacion hojas de papel timbradas,

pero sin la garantia del capital, proviniendo de aqui ese terror pánico por toda institucion de crédito que ha predominado en lás sociedades durante siglos, impidiendo a los pueblos sacar el provecho que pueden y deben obtener de él.

Toda emision que no tenga por base el capital adquirido, es falsa y sin valor, y por mas que la voluntad despótica de algunos gobiernos haya querido imponer a los pueblos tal circulante dándole un valor de convencion, la fuerza misma de las cosas lo ha depreciado, sin que haya bastado a sostenerlo el mandato, la pena, ni el favor concedido, pues todos mas o menos han caido en desprestijio, como sucedió en Francia en tiempo del Rejente y del famoso Law y mas tarde con los *assignats* de la república y como ha sucedido tambien en nuestras hermanas y vecinas provincias del Plata; porque, lo que es ficticio, por mas que se quiera, por mas que se haga, no puede transformarse en real. Pero el billete de banco, cuya emision está garantida por la existencia de un capital mayor ¿qué se le puede objetar? ¿acaso este billete no tiene o no representa un valor tan positivo, tan evidente como el oro y la plata? ¿Acaso no es mas seguro y mas inmutable que este? ¿Qué sucederia con nuestro actual circulante si mañana llegasen a ser los metales preciosos tan abundantes como lo es ahora el cobre y el plomo? Desapareceria indudablemente ese signo representativo, y tendriamos que recurrir al que hemos principiado a adoptar, es decir, al billete de banco, que cada dia se jeneraliza mas, aun existiendo el oro y la plata, y que llegará al fin a suplantarlas por completo.

Todo el mundo conoce ya que no se cambian sino los productos, y que la moneda no es otra cosa que un intermediario o un signo convencional para facilitar esos mismos cambios o allanar el consumo, no quedándole al dinero mas que un valor ficticio del que puede ser despojado de un momento a otro; pero no sucederia lo mismo al que representara

realmente al capital, que es el resultado del trabajo del hombre y que tiene por base las humanas necesidades; de consiguiente, ese signo es de tal naturaleza, que nadie lo puede destruir ni variar, porque es en realidad fortuna privada y pública, es decir, los valores de todo jénero que ya dependen de los distintos dones de la Providencia, esparcidos sobre las diferentes partes del globo, ya de la actividad intelijente de la especie dividida en tribus, en naciones o en razas, que tienden constantemente al cambio de sus respectivos productos para facilitar sus necesidades, aumentando sus goces recíprocos.

IV.

Como se ve, no es una simple hoja de papel el billete de banco que tiene por base al capital, sino que es en realidad la moneda mas inalterable, la que facilita mas los cambios, y, en suma, la de mejor lei en cuanto no es otra cosa que la misma riqueza puesta en circulacion por el medio mas injenioso y mas seguro, desde el momento que el acrecentamiento de la emision seria siempre el resultado del acrecentamiento de los valores, fundado en la mayor produccion pública.

Sentado este principio, ¿qué es lo que puede impedir que el estado cambie su sistema rentístico haciéndose el dispensador único del crédito, asi como lo es actualmente de la moneda? ¿Cuál seria el inconveniente que puede existir en que asumiese el carácter de banquero jeneral del pais, sacando de este servicio sus entradas, en lugar de tomar las de las contribuciones, que son un verdadero despojo y una rémora para el desarrollo industrial, puesto que todas ellas, de cualquier naturaleza que sean, tienden a absorber y absorben, en efecto, una parte mas o menos grande de la constante produccion del hombre? ¿Habria menos facilidad en tener la administracion de un banco en un estado de regularidad

perfecta a tener que ocuparse de aduanas y todo el cortejo de empleados que necesita la recaudacion de los impuestos en sus diferentes ramos, ya sean considerados como contribucion directa o indirecta, pues todas, en último resultado, no vienen a ser sino una misma e idéntica cosa, es decir, un gravámen inmediato hecho sobre la produccion y el consumo?

El estado distribuidor del crédito, o diremos mejor, representante de la fortuna pública, haciéndola valer y movilizándola de manera a satisfacer todos los cambios y todas las necesidades comerciales e individuales, pero siempre con la garantia de esa misma fortuna, sacaria sus rentas únicamente del capital, sin pesar jamas sobre el consumo, y lo que es mas, ayudando a ese mismo capital en lugar de gravarlo, porque facilitaria su movilizacion estando en aptitud de cobrar mucho menos por el servicio monetario, pues si ahora se presta el circulante a los hombres de fortuna a un ocho o un diez por ciento, entonces el estado podria dárselos a un cuatro, obteniendo él solo ese provecho que imperfectamente se reparte entre muchos, facilitando igualmente todas las especulaciones y todas las empresas, empresas y especulaciones que en la actualidad no se hacen, porque pesa demasiado el interes que impone el prestamista, pues él absorbe los resultados de la industria; de manera que en vez de impulsarla la paraliza, como sucede entre nosotros.

V.

Supongamos por un momento, hijo mio, que el estado de Chile asumiese sobre sí el rol de los banqueros y que él fuera únicamente el que pusiese en accion la fortuna privada, pues no es otra la operacion de los bancos, ¿qué resultaria? Se conseguirian los beneficios siguientes que he anotado ya, pero que vuelvo a mencionar para que se vean mas claramente:

1.° Que el estado sacaria de aquí sus rentas, siendo ésta mucho mayores que las que consigue ahora por medio de las contribuciones.

2.° Que solo seria el capital el que viniese a satisfacer los espendios.

3.° Que la cuota del interes seria infinitamente menor.

4.° Que podrian movilizarse todos los valores.

5.° Que desapareceria la usura y los capitales que hoi se emplean en ella tendrian por necesidad que buscar la industria, a quien fomentarian, en lugar de ahogarla, como sucede actualmente.

6.° Que la falta de contribuciones incrementaria la produccion y el consumo, desarrollando la riqueza particular, y por consiguiente, la de la nacion.

7.° Que las transacciones serian seguras, porque siendo movilizables todos los valores, existiria todo el circulante que demandasen estos mismos valores, evitándose asi las quiebras fraudulentas que arrastran con la fortuna de muchos incautos, burlándose de la buena fé.

Vistas las ventajas, ventajas inmensas y que en mui poco tiempo harian de nuestra república el primer pais de América, y de sus habitantes los hombres mas libres y felices del mundo, examinemos los inconvenientes que podria tener este sistema y las objeciones que pudieran hacerle.

No entraremos a discutir sobre la solidez de esta moneda porque no siendo ella sino el derivado de la fortuna acumulada y de la produccion constante del pais, es claro que ese circulante ofrece mas garantias y es mas *valedero*, si podemos hablar así, que el actual; de consiguiente, pasemos por alto esta objecion que se contesta por sí misma o que queda desbaratada por la naturaleza o circunstancias que acompañamos a la creacion del billete.

Pero se dirá y esto es en realidad mui grave, ¿qué garantia puede ofrecer un billete que está en manos de los gobiernos? Quién nos asegura que mañana esos gobiernos

no emitan mayor circulante del que afianzan los capitales? Si tienen necesidad de monetario, en circunstancias escepcionales, pueden abusar de la institucion y entonces, ¿de qué serviria ese billete? ¿Quién lo aceptaria? Qué perturbacion tan inmensa, qué ruina tan completa no esperimentaria la nacion? Decir los males que este estado de cosas produciria, es imposible, porque seria un descalabro universal y nadie estaria seguro de sus haberes; de consiguiente, vale mas quedarse como estamos, pues si en el actual sistema hay pérdidas y suceden desgracias, no son tan absolutas y de tan terribles efectos como las que resultarian del nuevo.

La objecion no tiene réplica en caso que los gobiernos llegasen, por el mas remoto evento, a ejercer esa presion sobre el banco; pues entonces la institucion pecaba por su base y carecia del requisito mas indispensable a su estabilidad, a su crédito y a la confianza *absoluta* que debia inspirar y que debia tener ella misma; ¿pero no habria un medio para impedir que los gobiernos jamas interviniesen en la emision de los billetes, limitándose únicamente a tomar las entradas, es decir, a apoderarse de la renta sin que nunca les fuera dado injerirse en la administracion del banco? Creo que sí, y que esta institucion debia y podia ser completamente independiente de la influencia gubernativa, asegurando su inviolabilidad por medio de una lejislacion sabia y la vijilancia directa del pais entero cuyos intereses representaba. Esta operacion no es tan difícil y seria tanto mas practicable cuanto que el estado mismo comprenderia que en su conservacion estribaba su bienestar, pues cometeria el mas grande absurdo minándola, desde el momento que un atentado en contra de ella, era un atentado contra sí mismo, porque secaba por su propia mano la única fuente de todos sus recursos, y esto no se concibe: pero dado caso que llegase a existir un gobierno tan estúpido que quisiera suicidarse y que la lejislacion establecida no fuera

una valla suficiente para contenerlo, la nacion en masa se lo impediria, porque ya no amagaria los intereses de un círculo o de un partido, sino los de todo el pais, y atentados semejantes no se soportan. ¿Iria, por mas arbitrario y despótico que fuese un gobierno, a apoderarse de los caudales de un banco privado? Indudablemente que no; ¿y cómo se atreveria a hacerlo con un banco público? En el primer caso, se atentaria contra la fortuna de uno; y en el segundo, contra la de muchos, y si aquello es difícil, esto es imposible; porque a mas de la violacion de un derecho, a mas de la destruccion del mas sagrado principio natural, político y social, la propiedad, cosa que no se comete en el dia, habria para contenerlo la barrera de la fuerza, pues un pueblo no se deja despojar y menos todavia cuando está en su mano el impedirlo, como tendria lugar en el presente caso.

VI.

Si me he colocado en estos estremos, hijo mio, es para demostrarte lo sin peligro y lo realizable de la institucion, pues solo bastaria para llevarla a cabo, una organizacion bien calculada con la cual desapareceria todo temor, desvaneciéndose, de consiguiente, el obstáculo principal, o lo que es lo mismo, el abuso de los gobiernos.

Tambien puede decirse que teniendo el pais relaciones con otros paises, los comerciantes que vinieran a traficar con nosotros no recibirian como moneda los billetes del banco nacional, y que en ese caso, desapareceria el comercio estranjero debilitándose el nuestro; pero esta objecion es mas aparente que real, porque, como todo el mundo sabe, y como ya te lo he dicho repetidas veces, los productos no se cambian por moneda sino por productos y poco le importa al estranjero que el signo representativo sea tal o cual si él le proporciona los retornos que le convienen, quedando asi la dificultad salvada y la objecion vencida.

Y no tan solo el billete de banco, en la forma que lo propongo, seria jamas un inconveniente para el comerciante estranjero, sino que encontraria en él una ventaja incalculable, pues inmediatamente de llegados sus buques, sus mercaderias o sus cargamentos, podria hacer sus retornos sin esperar la venta parcial y tardia de ellos, sino que, dando en garantia, en todo o en parte, las mercaderias que contuviese el buque, podria hacerse inmediatamente de fondos para procurarse los artículos que le convinieran, sacando en esto varias ventajas: primera, la facilidad de remitir a sus comitentes una parte de los capitales; segundo, que tenian ocasion de esperar la mejor venta de sus productos, no ofreciéndolos al mercado con depreciacion a causa de las muchas y variadas exijencias de los industriales, y tercero, la ganancia de tiempo, de intereses y por consiguiente, de economia, de fuerza y de produccion, como tambien la oportunidad de las compras, lo que todo junto produciria resultados de consideracion y que saben apreciar mui bien los hombres de negocios.

Ya ves, pues, hijo mio, como los pueblos no tendrian contribuciones, como los gobiernos harian frente a sus espendios, como los capitales subvendrian a las necesidades del estado, favoreciéndose a sí mismos y como, en fin, podria establecerse ese equilibrio que tanto se busca, esa equidad que tanto se desea, esa produccion que tanto se necesita, esa libertad, esa igualdad, esa fraternidad que tanto se ambiciona, por la que tanto se trabaja y la que nunca se ha conseguido ni tampoco se conseguirá por medio de nuestros actuales sistemas.

Y no creas que el bien quedaria solo limitado a ésto, lo que en realidad es mucho, sino que se estenderia en relaciones infinitas hasta las mas alta rejiones del trabajo y de la moralidad, comprendiendo los actos del progreso intelectual y material del pueblo, porque a cada uno en particular y a todos en jeneral, le proporcionaria los medios de

ejercitar sus aptitudes de cualquier naturaleza que ellas fueran; pues existiendo la facilidad de movilizarlo todo, no quedaria estacionario ningun valor, como acontece ahora, que se encuentran los individuos con casas, con haciendas, con máquinas, etc., cuyos capitales no pueden poner en jiro, porque no les prestan sobre ellos, o que si le prestan, es con un interes tan crecido que se hace imposible sacar el menor lucro, sino por el contrario, adquirir una obligacion onerosa y en pura pérdida, de suerte que quedan improductivos esos bienes y sin beneficio alguno esos individuos, y en último resultado, cuanto se relaciona con ellos y sus descendientes, cuanto se relaciona con el estado, con la humanidad presente y con las jeneraciones futuras..................

....

VII.

El noble anciano permaneció por algun tiempo en silencio, como absorto en sus reflexiones y sin fijarse quizá en quien lo escuchaba, esclamó: "todo está sujeto a un órden, todo se asimila, todo se encadena, a la vez que todo se aparta y aisla. ¡Providencia divina! ¿cuál es tu naturaleza, cuál tu esencia, cuáles tus fines? Yo veo una sola sustancia, sustancia que no conozco, pero que en sus múltiples y variadas combinaciones forma los mundos. Yo veo los mas insignificantes seres sujetos al grande anillo de una creacion infinita y las leyes mas pueriles que gobiernan al pobre gusanillo que se denomina hombre, encadenados al todo de una inconmensurable creacion; ¡y sin embargo, nada hace falta, nada es preciso ni indispensable: varias especies pueden desaparecer de la faz del globo y desaparecen en efecto, sin que nadie los note, el hombre no existiria mañana sin que por esto se alterase un átomo, y los refuljentes soles se chocarian o se aniquilarian sin turbarse jamas la armonia del conjunto! ¡Y a pesar de este aislamiento, todo está unido!.. a pesar de esta individualidad en que cada ser

forma un sujeto distinto, todo viene a refundirse en una misma y única entidad. Dios!

Oremos, hijo mio, dijo el solitaro (como si se acordase en ese momento que se encontraba acompañado), oremos: hé aquí lo solo que yo puedo enseñarte: toda nuestra ciencia se reduce a una súplica, a una plegaria, a una oracion!... Los mas elevados jenios se confunden y nada alcanzan. Newton y Pascal tuvieron que renunciar a su ciencia convencidos de su ignorancia y de su nulidad!... y despues de haber medido los espacios, despues de haber resuelto los problemas mas imposibles, despues de haber sido colocados por la humanidad en la primera categoria de sus héroes, ellos confesaban su nada, y, prosternados como nosotros, su corazon buscaba en el cielo la solucion del misterio, levantando hácia Dios su humilde plegaria!... Santa, noble y sabia ignorancia, ella es un ejemplo que debe seguir el hombre y sirve de reproche para esas infinitas nulidades que pululan en el mundo, y que, henchidos de presuncion, de arrogancia y de soberbia, creen saberlo todo, cuando en realidad todo lo ignoran, y se constituyen en maestros, cuando no se conocen ni aun a sí mismos"........................

El anciano se levantó, y tomando de la mano a Enrique, continuó de esta manera:

—Ya has visto a lo que queda reducida mi pequeña ciencia; empero, te daré lecciones sobre lo que forma la parte principal de los humanos conocimientos. Lo que te he dicho se limita al destino moral y físico de las sociedades, presintiendo en esto una revolucion inmensa en las ideas, en las costumbres, en las tendencias del hombre, por cuya razon, y por el encadenamiento lójico de las cosas, mi espíritu se ve arrastrado hasta las rejiones de lo infinito, sin que por eso las penetre ni las comprenda; pero es tal el mecanismo admirable de los seres, que de una paja, y de induccion en induccion, nos podemos elevar hasta Dios, no debiendo sorprenderte, por tanto, el que, hablándote esclusivamente

del hombre y de sus leyes, haya venido a parar en las de la creacion. Talvez te parecerá impropia mi manera de raciocinar, y lo será en efecto, pero esa es la lójica de mis ideas, y yo no puedo obrar de otra manera que como estoi modificado o como he sido formado.

—Señor, contestó Enrique, en cuyo semblante dejábase ver la admiracion, el respeto, el amor: sus palabras son para mi alma lo mismo que es el rocío para la planta, ó mejor dicho, son como un rayo de luz que disipa las tinieblas: antes nada veia, y ahora percibo lejanos horizontes, nada sabia y creia en mi pequeña ciencia, mientras que ahora sé mas y noto mi supina ignorancia... usted ha abierto mi corazon a nuevas emociones y mi entendimiento a nuevas ideas; ahora creo tener deberes que llenar, obligaciones que cumplir, y mi existencia se ha multiplicado, pues me parece como que he salido del pequeño recinto del yo para unir mi vida a la de mis demas hermanos... Ahora tengo fé, creencia, amor, mientras que antes solo tenia superticion... ahora admiro, adoro y me prosterno humildemente ante la inmensidad de Dios, mientras que antes, encerrado en el círculo estrecho de un templo, lo veia bajo distinta y mui pequeña forma; pero en la actualidad me ha enseñado usted a conocerlo y a admirarlo en todas partes y en todas las cosas. Antes me parecia que no habia remedio para la humanidad y que sus vicios, como sus males, eran incurables, y hoi, mediante sus doctrinas, veo la posibilidad renaciendo la esperanza, y puedo contemplar, aunque de una manera vaga y remota, la futura felicidad de la especie... Gracias, señor, por sus lecciones: yo sabré aprovecharlas, y espero que en el discípulo cosechará el maestro su fruto: la semilla no será perdida...

—Da, amigo mio, gracias a Dios y a tu padre, no a mí; a Dios, por que de él emana la virtud, y a tu padre porque ha sabido practicarla ejerciendo la caridad.........

....

Unos dias de estudio.

I.

Por vivos que fueran los deseos de Enrique por ver a Luisa, tuvo la fuerza de vencerlos, permaneciendo constantemente en compañia del solitario, el que, para probar la firmeza de su jóven amigo, varias veces le propuso de quebrantar lo que habian prometido cumplir; pero Enrique supo sostener su propósito con no poca satisfaccion del maestro, que veia en esto una prueba inequívoca de una alma fuerte y superior, que sabria vencerse en los graves conflictos de la vida y luchar con la enerjia de sus pasiones.

Toda esa semana el solitario y su discípulo no se ocuparon de otra cosa que de ciencias, no desperdiciando un solo instante del dia, pues hasta las horas de la comida eran ocupados con conversaciones ilustrativas que se referian a las lecciones prácticas recientemente dadas.

Es imposible calcular lo que puede la voluntad, lo que adivina el talento y de lo que es capaz la enseñanza cuando es dirijida por métodos sencillos y cuando se la despoja de todo ese aparato, de todo ese lujo de voces, de todo ese pedantismo de que con tanta frecuencia se la rodea en las escuelas. Enrique, durante tan corto espacio de tiempo, habia adquirido muchas nociones de química, de física, de botánica, de mineralojia y hasta de astronomia, a lo que era mui afecto el solitario, porque, segun él decia, ese estudio lo acercaba a Dios; asi es que en las noches serenas del estío se ocupaba en

mostrar a Enrique los astros que pueblan nuestro límpido y azulado cielo, enseñándole sus nombres, su posicion aparente respecto de la tierra, sus cambios segun las estaciones, su magnitud supuesta o reconocida, en una palabra, todo ló concerniente a esta ciencia en sus tres acepciones diversas, esférica, teórica y física, pero con una aplicacion tan sencilla y tan clara, que un niño podia comprenderla; asi es que esta última leccion la consideraba Enrique no como estudio, sino como recreo, permaneciendo hasta las avanzadas horas de la noche en esas pláticas científicas que hacian su embeleso y que elevaban su espíritu hasta las maravillas de Dios; de manera que, cuando se veia obligado a retirarse a su cuarto, iba con su alma llena de admiracion y de amor hácia esa providencia divina, inconmensurable, infinita que, a medida que mas se conoce, mas se ignora, pero que tambien mas se reverencia y mas se adora.

El anciano tenia particular cuidado de enseñar a Enrique todos los conocimientos que son mas útiles al hombre y de los que puede sacar mayor provecho en la vida práctica, sin ocupar su intelijencia y talvez desvirtuarla con esa algarabia de instituciones que los hombres han denominado leyes y sobre las cuales han formado códigos, mostrándose mas complacidos y orgullosos.

II.

—No quiero, dijo en una ocasion a su discípulo, hacerte perder el tiempo, la paciencia y la sávia de tu intelijencia en el estéril y confuso estudio de las lejislaciones humanas; ¿de qué y para qué podria esto servirte? ¿Qué adelantarias con saber el derecho romano, el derecho canónico, el derecho español, el frances, el árabe, el ingles o el ruso? Esto no te adelantaria un ápice ni en la investigacion de la verdad moral, ni de la verdad científica: la primera está en el Evanjelio y reconcentrada en esta sola máxima: amar a Dios

sobre todas las cosas y a su prójimo como a sí mismo; la segunda en la observacion de los fenómenos de la naturaleza y en el desarrollo constante de la produccion; todo lo demas es de una secundaria utilidad, pero por desgracia es la tendencia dominante en Chile, pero que no dudo se modificará mas tarde, porque ella arrebata al pais las primeras intelijencias que se pierden en la chicana de la abogacia y las argucias del leguleyo.

En nuestro pais, amigo mio, existe la preocupacion de creer como los mas aptos y los mas útiles a los hombres que se dedican al estudio de las leyes, y sin embargo no es así, porque en jeneral son los menos idóneos para el manejo de los negocios públicos, y, por consiguiente, para el adelanto de los pueblos, no porque carezcan de talento, sino porque han dedicado esclusivamente sus facultades al estudio de una ciencia que debiera simplificarse mucho mas, y a tal punto, que se encontrase al alcance de todos por su sencillez y claridad, pues ya se nota que los paises mejor gobernados y mas industriosos y prósperos son aquellos donde se han simplificado los códigos, y la razon es mui sencilla: en primer lugar, porque jeneralmente se colocan a la cabeza del Estado personas cuya intelijencia no ha sido distraida por un solo y único estudio, sino que han adquirido práctica o científicamente los conocimientos mas variados y provechosos al hombre; segundo, porque la administracion de justicia es mas espeditiva, no necesitándose de esa clase, hasta cierto punto privilejiada, a quien se le ha dado únicamente el derecho de presentarse ante las cortes, es decir, ante los tribunales, para hacer valer la justicia de cada uno; y últimamente porque es un gremio que busca su subsistencia en la perturbacion de las familias, y que, esplotando los odios, saca provecho de aquellos mismo que perjudica a los hombres.

La causa de que en Chile pululen tantos abogados es la preocupacion que existe contra el trabajo y el trabajador,

siendo este el motivo de la falta de industrias que se nota; pues los padres procuran jeneralmente para sus hijos, cualquiera que sea el sacrificio que se les imponga, una ocupacion que en su concepto es mas honorífica, tal como la de abogado, la de clérigo, la de militar, pero nunca jamas la de artesano, y esta es una de las causas principales por qué en nuestros paises existen tantos pleitos, tanto ciego fanatismo y tantas guerras intestinas, es decir, discordia, ignorancia y esterminio: tres ajentes no mui propios para que jamas adelanten los pueblos y para que subsista en toda su fuerza esa empleomania, que es el gran peligro de nuestras sociedades. Así, hijo mio, sigue y perfecciona tu oficio; aprende arquitectura, mecánica y todo aquello que es realmente útil y provechoso, y verás como en ninguna parte te falta la subsistencia, colocándote en aptitud de adquirir la fortuna, y de adquirirla con provecho de los demas, que es el único medio lejítimo; ¿te gustaria obtener tu subsistencia de esta manera?

—No, señor.

—Ya lo creo: todo juicio sano, toda intelijencia recta y despejada, rechaza medios que no están en conformidad con el verdadero desarrollo; sin embargo, como tienes que vivir entre los hombres, no estaria de mas que aprendieses las leyes que gobiernan al Estado y las que se relacionan con la justicia privada, o lo que es lo mismo, la constitucion y el código civil; pero esto será nuestro último estudio, consagrándonos primeramente a los conocimientos mas indispensables y mas provechosos, dejando las nociones del derecho público y del derecho privado como para concluir la obra que nos hemos propuesto llevar á cabo.

III.

El solitario hizo una pausa, y Enrique replicó:

—¡Cuánto siento, señor, que mañana sea ya sábado y se

termine esta semana, que hubiera querido prolongar indefinidamente!

—Embustero, contestó el solitario en tono de chanza; ¿quién sabe si no era esto lo que mas deseabas?

—Al principio sí, pero despues no he esperimentado ese deseo, y puedo asegurarle con toda verdad que querria prolongarla: pues si es cierto que esperimento un gusto infinito con la próxima esperanza de ver a la señorita Luisa, y que tambien estoi en la obligacion de continuar el trabajo, no es menos evidente que, a pesar de todo, preferiria quedarme.

—¡Es posible!

—Usted sabe que no miento, señor.

—Me agradan tus disposiciones.

—Quizá no tanto si usted conociera el móvil que me determina.

—Esplícate.

—Señor, si deseo quedarme es mas por ella que por mí.

—¿Cómo es eso?

—La ciencia tiene para mí un atractivo tan irresistible que cuando recibo sus lecciones, mis facultades todas están en el punto a donde usted las llama; pero al pensar que los nuevos conocimientos que cada dia adquiero me acercan a ella, preferiria privarme del placer de hablarla con tal de obtenerlos mas profundos, mas vastos y mas luego.

—Te comprendo, hijo mio, solamente que no distingues cuánto hai en esto de egoismo; pues el sacrificio que crees hacer en obsequio de ella, es esclusivamente en el tuyo, porque no es otra cosa que tu propia conveniencia la que deseas y la que buscas.

—Así será, ¿pero no se asimila todo en el cariño?

—Sí, el amor lo identifica todo, pues lo que se aspira por uno se aspira por el otro y lo que se aspira por el otro se aspira por uno, llegando a ser una mancomunidad tan recí-

proca y tan unida que forman, como dice Jesucristo, dos cuerpos en una misma carne y en una misma sangre.

—¡Qué comparacion tan hermosa!

—La union de lo que se denomina espíritu es mui superior a la union de lo que se denomina cuerpos; por eso es que el Divino Maestro, que vivia constantemente en las rejiones de la idea, las clasificó así; pues las voluntades se hermanan, se confunden y se asimilan con mayor facilidad que los fluidos mas sutiles; y como el pensamiento y la voluntad son superiores, son mas diáfanos, si me es permitido espresarme así, que el aire, que la luz, que el colorido, que la electricidad, esta es la razon por la cual se confunden de tal manera, que dos aspiraciones vienen a ser una sola, o converjen a un mismo punto, porque, aun emanando de dos entidades diversas, su identificacion es tal que no es posible distinguir la diferencia de la una a la otra.

—¡Cuánto me agrada, señor, su manera de espresarse! Cómo siento despejarse mi intelijencia cual si entrara en un mundo distinto!

—Y sin embargo, hijo mio, nada hai mas natural, mas sencillo, ni mas palpable. ¿No ves, no sientes a cada instante como el aire, la luz, el olor, el sonido, el movimiento, se cambian de una manera tal, que llegan a tus sentidos como si todos esos goces fueran el resultado de una misma sustancia o de una causa única? ¿Qué estraño es entonces que el pensamiento y la voluntad, materias mas sutiles y mas espiritualizadas que aquellas, se unan y se asimilen? ¿Qué dificultad hai, pues, en que dos seres vivan de una inspiracion, de una idea, de un sentimiento, y que la especie en jeneral se pierda en el seno de Dios, sirviéndole el amor de escala, de intermediario y de vínculo, puesto que es el ajente misterioso, a la vez que manifiesto, que gobierna a todos los mundos! Si hemos de juzgar, mi jóven amigo, lo que pasa en las rejiones que están a nuestra vista o al alcance de nuestra comprensibilidad, por qué no hacer la

misma induccion para aquellos que se escapan al radio estrecho pero penetrante de la intelijencia del hombre? ¿Por qué no atribuir la misma lei que nos gobierna en la tierra a los orbes que distinguimos en el cielo? ¿Y por qué no decir que los grandes y casi inconmensurables habitantes del firmamento se hallan sujetos a un órden de cosas idéntico al que nos gobierna a nosotros en las diferentes escalas de la creacion que talvez no vienen a ser sino una sola? ¿Quién puede afirmarnos que los astros no se aman los unos a los otros, que no se alimentan recíprocamente, y que de este amor y de esta transustanciacion no resulten nuevos seres en la inmensidad de los tiempos, tiempos a que la especie humana no le es dado calcular, porque ha nacido ayer; porque el planeta en cuya superficie vive tiene una historia mui reciente, historia que la moderna ciencia jeolójica, sin manifestar del todo, nos descubre sin embargo sus cambios o sus sucesivas transformaciones? Lo que te digo, hijo mio, no son mas que teorias. ¿Quién podria afirmar nada a este respecto? ¿Ni quién puede, aun de aquello mismo que está al alcance de nuestros sentidos, decir su causa inmediata? ¿Quién es capaz, ni quién lo ha sido hasta ahora, de descubrir el oríjen de la animacion de los seres y la causa del movimiento mas o menos lento de las diferentes especies y de los diferentes mundos? Nadie; y sin embargo, ves cuán diversa es la vida del molusco, de la planta, del animal, del hombre, de los astros; empero todos ellos se gobiernan talvez por una misma lei, por un mismo principio, por una derivacion idéntica: ¿cómo afirmar, cómo negar nada? Las inducciones mas o menos probables es lo único que nos ha legado Dios; por ellas podemos aseverar su existencia y por ellas tambien nos es permitido hacer nuestros cálculos y deducir sus consecuencias; ¿qué mal hai pues en esto? Si la pequeña luz que él nos da nos estravia en el derrotero, ¿a quién la culpa? si consideramos al amor como el alma de cuanto existe y no lo es en realidad, ¿sere-

mos responsables de nuestro error? Estos misterios, hijo mio, son tan impenetrables para tí como para mí y es imposible que te los resuelva; sin embargo, estoi íntimamente persuadido que mi ignorancia no es un crímen del que pueda castigárseme, y que, mi investigacion para descubrir la verdad, tampoco es un delito desde el momento que empleo las facultades con que he sido dotado. Por otra parte, en medio del misterio que nos rodea, hai una revelacion que nos ilumina, y esta revelacion que me hace creer en Dios sin conocerlo, me persuade tambien en la existencia de ese sentimiento universal sin analizarlo, porque a despecho de todo siento que existe en el átomo, en la planta, en el insecto, en el árbol, en el animal y en el hombre: ¿cómo, pues, no figurármelo que tambien vive en los seres que están fuera de nuestro alcance?

—Cómo decirle a usted cuánto me agradan y cuánto parece que me elevan las ideas que usted emite, no porque yo crezca, sino porque ellas me iluminan; no porque yo valga mas despues de oirlas, sino porque despiertan en mí pensamientos que no distinguia, provocando revelaciones que jamas habria imajinado.

—Ya creo haberte dicho que la idea, como la semilla, fecundiza, y no me seria nada estraño que el pequeño vástago se hiciera en tí un fructífero y frondoso árbol...

—Las facultades, señor, no provienen de nosotros sino de Dios; y cuando el terreno no es cultivable es imposible, a pesar del mejor abono, hacerlo producir, o por lo menos la planta nace raquítica para perecer en breve.

—Dices la verdad; pero tus respuestas mismas y las observaciones que me has hecho en diferentes materias, me persuaden que el terreno es bueno y que la cosecha será abundante... Pero dejemos esta conversacion en que pongo en apuros tu modestia y dime: mañana es sábado, ¿quieres que vamos a las casas en ese mismo dia?

—Tendré un placer indecible.

—Sin embargo, yo habria preferido quedarme aquí, porque desearia hacer ciertas esperiencias químicas que tú no has visto y que me parece te aprovecharian.

—En ese caso permanezco gustoso. Ya se lo he dicho a usted que prefiero instruirme a darme el placer de verla.

—Lo sé; pero talvez nos esperan y viendo que no llegamos se digustarian.

—No quisiera por nada de este mundo ser causa del menor digusto; con todo, ¿qué puede importarles nuestra visita?

—¿Estás entonces resuelto a quedarte?

—Sí, porque no tengo la presuncion que nos esperen, al menos por lo que hace a mí; pero por lo que respecta a usted, es diferente... y si usted lo desea, iremos.

—Yo no dejo de tener un gusto grande en ver a mis amigas, y tambien sentimiento si hubiera de ocasionarles el menor desagrado; pero los viejos como yo no causan jamas impresiones profundas de ninguna especie, porque no inspiran afectos apasionados, ni son tampoco capaces de esperimentarlos.

—Creo que se equivoca, señor, pues para mí seria un verdadero pesar si en alguna ocasion, esperándolo, tuviese la desgracia de no verlo llegar.

—Te lo creo.

—Y si lo cree de mí, ¿por qué no creerlo de los otros? mi siá Juana ha sido la amiga de usted durante toda la vida, y la señorita Luisa... su querida pupila... casi su hija...

—Es verdad, ellas son las afecciones únicas que me quedan, sin contar las nuevas que he adquirido desde hace poco tiempo (y el solitario miró a Enrique con cariño;) pero unos momentos mas o menos ¿qué importan?

—Por gusto, por conveniencia, por respeto, por deber, estoi del todo sometido a su voluntad y a cumplir cuanto usted me ordene, pues vivo persuadido que lo que usted me manda será para mi bien.

—Quiero, es cierto, tu felicidad; pero hai, sin embargo, una diferencia tan grande entre la manera de ver de un anciano y la de un jóven, que temo, con la frialdad de la vejez, imponerte deberes que rechaza la fogocidad ardiente de la juventud.

—Cuanto de usted provenga llevará siempre en sí el sello de la virtud y de la sabiduria, y me someto desde luego.

—Yo puedo responder de mi voluntad y de mis intenciones, pero solo Dios no se equivoca: ten siempre presente esta máxima, pues creyendo el hombre muchas veces obrar el bien, solo ejecuta el mal, aun cuando quizá no sea responsable de su ignorancia; porque, segun mi modo de ver, el Todopoderoso nos pide solo el corazon, y dándolo, hemos hecho nuestra tasa... Así es, hijo mio, que ¡quién sabe si privándote de un dia, que es para tí una felicidad inmensa, no obro en contra del bien que te deseo!

—Mal o bien, viniendo de su parte, lo acepto con reconocimiento...

—Gracias, mi jóven amigo, gracias; procuro hacerme digno de tu confianza, trabajando por tu felicidad presente y futura.

—Lo reconozco, lo agradezco y mi vida es suya.

—Aprecio y acepto tus sentimientos, conociéndolos de antemano sin que me los dijeras; con que así, esta será la única y la última vez que conversemos sobre este punto, porque entre nosotros los afectos deben reemplazar a las palabras... vamos, pues, a seguir nuestras estudios.

La semana de convalescencia para Enrique se terminó no perdiendo un solo momento que no fuera empleado en la ciencia con gran provecho para el jóven obrero.

El tiempo.

I.

La noche del sábado al domingo, Enrique no pegó sus ojos: iba a ver a Luisa! . . y la felicidad como la desgracia tiene sus desvelos. . .

Mil, mil pensamientos diversos pasaban por su cabeza. . . Las nuevas ideas que habia recibido lo engrandecian sin que se aumentara un ápice su persuacion; pero la superioridad incontestable de Luisa, su rango, su fortuna, lo contristaban sin abatir tampoco su enerjia, pero su mente trabajaba a la vez que su corazon gozaba y sufria a un tiempo mismo. . . ¡Quién no ha esperimentado las dichas y los pesares de la incertidumbre en esos instantes supremos en que se ama, se teme, se espera y se desconfia!.. Poco mas o menos, la humanidad entera se ha encontrado en situaciones semejantes! . . Poco mas o menos no hai ser que, en sus dias de entusiasta y apasionada juventud, no haya esperimentado ese delirio que tiene tanto de cruel y de sublime, de amargo y de dulce, de infernal y de divino: este era el estado en que se encontraba Enrique. . . Sus impresiones podian ser mas profundas que las de cualquier otro, porque tenia una sensibilidad esquisita, porque poseia una imajinacion ardiente, porque era vírjen de cuerpo y de espíritu, porque era la primera vez que amaba y que amaba con esa sublimidad peculiar a las naturalezas privilejiadas; sin embargo, estaba sujeto a la misma lei que a todos gobierna,

y vacilaba, sufria y se regocijaba alternativamente, mecido entre el temor y la esperanza; entre el enajenamiento de la dicha que embriaga o el desconsuelo del sufrimiento que mata, sin que le fuera dable afirmar si era en realidad feliz o desgraciado; pero sin querer cambiar ese estado indefinible por lo que tiene todo el mundo de mas atrayente y seductor: asi es la pasion, asi es el amor; asi han sido en las edades que nos han precedido y asi serán en las venideras; porque las jeneraciones pueden sucederse, pero la lei permanece inmutable. . .

II.

Brillaban todavia en el firmamento las estrellas, cuando ya Enrique estaba de pié en la mañana del domingo. Siéndole imposible conciliar el sueño y no deseándolo tampoco, porque en la vijilia estaba mas complacido, saltó de su lecho, cuando apenas eran las tres de la mañana, para ir a buscar los caballos que pocas horas antes habia traido del potrero para tenerlos listos en la caballeriza y no verse obligodo a buscarlos perdiendo un tiempo preciosísimo para él.

El solitario se levantó como de costumbre antes de despuntar el alba, y viendo que Enrique tenia ya todo preparado no pudo menos de sonreirse y decirle:

—¿Parece que aprovechas el tiempo, amigo mio?

—Y para qué perderlo, señor, cuando segun usted, el tiempo es el tesoro mas precioso.

--Creo que nunca te he hablado detenidamente sobre esto.

—Sin embargo, yo lo he comprendido.

—Tanto mejor para tí, porque en realidad el tiempo es superior a la clasificacion inglesa; ella dice: *el tiempo es dinero*, y en este aforismo cometen un grave error, error económico y error social: económico en cuanto hace consistir la fortuna en la adquisicion de los metales preciosos y social

en cuanto no comprenda ni la vida, ni su interes, ni su importancia, ni sus relaciones, ni su fin... El tiempo, amigo mio, nadie puede clasificarlo, es la eternidad, es el espacio, es el infinito, es quizá Dios!.. Pero ya que todo lo tienes prevenido montemos a caballo y durante el camino charlaremos un instante sobre este punto.

El anciano y el jóven se pusieron en marcha apesar de la oscuridad, acompañándolos Torcuato y los perros un largo trecho; pero a una señal del solitario, se paró el pobre muchacho, silbó a sus compañeros y se retiró sin hacer la menor observacion y con su complacencia habitual.

El maestro continuó:

Hace un momento hablábamos del tiempo y te espresé mi opinion de una manera abstracta, pero concretándola a la vida del hombre: observemos pues sus resultados sin ocuparnos de ese fenómeno metafísicamente, y veamos el efecto que operan en las sociedades y en los individuos cuando no se desperdicia ese elemento, que a la vez de producirlo todo lo absorbe todo, sin el cual no habrian acontecimientos y que, sin embargo, los sepulta en su seno, pues apenas se ha cometido el acto cuando ya es un pretérito que casi no nos pertenece sino que ha entrado en el dominio del pasado para morir en el olvido.

El tiempo, hijo mio, no es nada mas que la vida del hombre, y el que lo desperdicia, vota su mas valioso tesoro. Nosotros no sabemos la riqueza inmensa e irrecuperable que se pierde cuando no se hace caso del tiempo. Somos avaros del dinero y tan pródigos del tiempo, que con frecuencia, no solo lo empleamos en cosas insignificantes, sino que llegamos a decir, con la mayor sangre fria y como lo mas natural, este increible absurdo: *vamos a matar el tiempo!* ¿Qué se diria de un hombre que arrojase constantemente sus tesoros al mar? Todo el mundo lo creeria loco y con razon; pues no lo somos menos cuando desperdiciamos el tiempo. Hai hombres cargados de años y que no han vivido un solo

dia; porque no debe contarse la existencia por la edad, sino por las obras: un jóven puede ser anciano y un anciano puede ser niño segun y como hayan empleado el tiempo, pues no es la edad la que da los conocimientos sino el uso que se hace de ella, porque la esperiencia no proviene de la vejez sino del ejercicio constante de la voluntad, es decir, de la accion. Todo el secreto del progreso humano consiste en saber aprovechar el tiempo: la virtud, la enerjia, la franqueza, la riqueza, la preponderancia de ciertos pueblos están allí; no importa que hayan nacido ayer, como los Estados Unidos, para llegar a ser superiores, o que hayan vivido eternidad de siglos, como la España, para alcanzar una triste decrepitud. Es un error en creer en la decadencia o vigor de las naciones por la edad que cuentan: basta una jeneracion bien aprovechada para hacerlas surjir, consiguiendo el hábito al trabajo, que es lo que da el bienestar material, y la moralidad, por cierta razon, cuando los individuos asi como los pueblos hacen buen uso del tiempo, consiguen ser sábios, prudentes, justos, enérjicos, valerosos y ricos. Llévate de mis consejos, hijo mio: no desperdicies un solo dia, una sola hora, un solo instante y estarás lleno de interior satisfaccion, viviendo, aun cuando mueras jóven, mucho para tí, para tus semejantes; pues en pocos años te encontrarás con un gran caudal de conocimientos y con una fortuna considerable lejítimamente adquirida por el hecho de haberte consagrado como un infatigable obrero al trabajo asiduo, de donde sacarás tú provecho y los demas su beneficio.

—Nunca habia considerado esta cuestion bajo este punto de vista, y por consiguiente, no le daba al tiempo la grande importancia que usted me manifiesta y que en realidad tiene.

—De todo puedes ser pródigo, hijo mio, menos del tiempo: solo en este caso es una virtud la avaricia.

—Y seré avaro, señor, pues no solo sus reflexiones me lo

prueban, sino que la esperiencia me lo persuade: ¡cuán diferente no soi ahora de lo que era hace ocho dias! Una sola semana bien aprovechada me ha trastornado por completo, habiendo aprendido en ella mas que en toda mi vida!... Ya se ve: tengo tan buen maestro!..

—Para el hombre que reflexiona el maestro está en todas y por todas partes: la naturaleza es un gran libro abierto en que podemos lèer interesantes pájinas y cuyo manantial inagotable tiene novedades infinitas; acostúmbrate a consultarlo, y verás como encuentras instruccion variada y provechosa, y verás como te apartas de las fútiles cuestiones que jeneralmente ocupan a la humanidad, aprendiendo a la vez a tener una grande induljencia para los pequeños y variados sentimientos de tus semejantes, por sus preocupaciones, por sus errores y hasta por sus flaquezas; la ciencia, hijo mio, se convierte al fin en bondad, porque cuando se ha aprendido a ignorar se sabe tambien disculpar.

Estas eran las conversaciones con que el solitario, instruyendo a su discípulo, no dejaba perder el tiempo, ni siquiera aquel que era necesario emplear en llegar al lugar donde iban, porque el sábio anciano, para ser consecuente a su máxima de no desperdiciar un solo instante, mientras caminaba daba tambien sus lecciones tan morales como prácticas y tan provechosas como elevadas, de manera que sin apercibirse del camino, se encontraron repentinamente en las casas.

Las profundidades del diablo.

I.

Tan temprano habian partido del cortijo del solitario, que al llegar a la hacienda apenas apuntaba el alba; sin embargo, habia ya en el interior del patio un gran movimiento de caballos como si se prepararan para un viaje.

El solitario y Enrique quedaron sorprendidos de aquel aparato de partida, sin poder darse cuenta de lo que lo motivaba; pero la curiosidad o la sorpresa de ambos quedó satisfecha cuando vieron aparecer al administrador don Pedro Murna que se dirijia hácia ellos y que, despues de saludarlos, les esplicó que la señorita Luisa habia manifestado desde la noche anterior el deseo de visitar las *Profundidades del diablo.*

—¡Las profundidades del diablo! esclamó Enrique, ¿qué es eso, amigo mio?

—Ese es un lugar misterioso, donde se ve una humareda espesa que intercepta la vista y que en realidad parece salir de los oscuros antros del infierno! Ninguno de nuestros campesinos se aproxima a ese sitio, porque teme ser arrastrado por el diablo y de aquí proviene el nombre que le han dado; sin embargo, a la señorita Luisa le ha agradado siempre que ha venido a la hacienda visitar ese lugar espantoso, pero los hombres que la acompañan se quedan por lo jeneral a cierta distancia, no atreviéndose jamas a penetrar hasta donde ella va, en lo que, a decir a usted verdad, tiene una parti-

cular satisfaccion; pues le gusta, segun me lo ha repetido en varias ocasiones, ser la única visitante de ese lóbrego sitio, el que quizá no ha sido hollado por otra planta humana.

Apenas habia acabado don Pedro Murna de dar esta esplicacion, cuando se vió aparecer a Luisa en su traje de amazona.

Para los inquilinos de la hacienda no habia nada de estraño en que su jóven ama se presentase en medio de ellos sin ser acompañada de su madre, lo mismo que para el solitario y el administrador; pero Enrique no pudo menos de sorprenderse, a pesar de que en una ocasion no mui lejana los habia acompañado de la misma manera; sin embargo, le parecia singular que hiciese sola esas escursiones.

El anciano y Enrique se dirijieron donde ella, que los recibió con muestras inequívocas de satisfaccion, diciéndoles:

—Pensaba que hubierais venido anoche, pero estaba segura que llegariais hoi.

—La culpa es mia si no hemos estado aquí el sábado, repuso el solitario.

—Malo es que nos hayan ustedes hecho esperar, porque en verdad los aguardábamos.

—Hemos tenido que hacer, hija mia, y la obligacion debe preferirse al placer.

Luisa fijó sus dulces y penetrantes ojos en Enrique como para decirle que hablase, pues el mancebo continuaba en su silencio a mitad abstraido, relijioso y estático.

—El señor me disculpa, señorita, pero la falta, si es que la hai, es realmente mia.

—¿Entonces ha sido usted el que no ha querido venir ayer?

—Sí, señorita, contestó Enrique con timidez.

Al oir esta respuesta inesperada, porque la jóven no creia que Enrique hubiese tenido la menor parte en esa tardanza, dibujóse en su noble fisonomia un impresion triste, dulce, resignada y altiva a la vez, que es imposible describir,

pero que el anciano comprendió en el acto y que hirió dolorosamente a la enamorada jóven.

—Antes que nos condenes, se apresuró a decir el solitario, es preciso que sepas el motivo, mi querida hija, y entonces nos juzgarás: toda esta semana la hemos consagrado esclusivamente al estudio de varios ramos de la ciencia y puedo asegurarte que el provecho adquirido ha ido mucho mas allá de mis esperanzas concebidas. El sábado teniamos que hacer un esperimento importante que iba a iniciar a Enrique en los principales secretos de la química, poniéndolo en aptitud de hacer nuevos descubrimientos, y como conozco su deseo vehemente de instruirse, porque este es el único medio de conseguir la elevacion que ambiciona, le propuse venir o quedarse para tomar dicha leccion, no sin que hiciese de mi parte todo lo posible porque se decidiese por lo último, pero dejándole siempre en libertad de elejir... triunfé de él mismo, este es mi delito y esta es su debilidad, si la clasificas como tal; pero si supieras cuál es su principal móvil, pensarias de otra manera.

—Señor! esclamó Enrique, lleno de angustiosa ansiedad e interrumpiendo al solitario.

—Nada temas de mi parte, repuso el anciano, conociendo al instante la causa del espanto del jóven; pero voi a esplicar a Luisa y a tí otro de los motivos que me determinaron a contrariar tu voluntad; porque tenias gusto en venir, ¿no es cierto, amigo mio?

—Esa es la verdad.

—Pues bien, yo me propuse no solo darte una leccion científica, sino principalmente una leccion moral: quise principiar a enseñarte a vencer tus inclinaciones, a sacrificar tus gustos, a hacerte siempre superior a tí mismo para que cuando llegue el caso sepas sacrificar lo agradable a lo útil, no dejando que jamas se anteponga la pasion al deber...

Ya ves, querida hija mia, prosiguió el solitario, que yo soi el único culpable.

—Lo que veo es que usted es el hombre mas virtuoso, mas benéfico y mas sábio, repuso Luisa, alargándole su delicada mano, con cariñosa efusion; y luego prosiguió: pero ya es hora que montemos a caballo, pues yo habia formado este paseo contando con que ustedes vinieran para mostrarles un lugar que es el terror de toda la comarca.

—Aceptamos gustosos, hija mia, aunque para mí ese lugar es mui conocido, replicó el anciano.

—Dándole tambien las gracias por haber tenido la bondad de pensar en nosotros, añadió Enrique.

II.

A una señal de la niña, el administrador acercó su hermoso caballo blanco, cabiéndole a Enrique el honor y el placer de alzarla sobre la silla.

—Con tal de que no seamos tan desgraciados como en el otro paseo!.. dijo Luisa, mirando afectuosamente a Enrique, mientras se acomodaba el ropon.

—O tan felices!..

—Ya creo que hemos hablado sobre esto y tenemos una manera distinta de ver las cosas; pero felicidad o desgracia, no tendremos en esta ocasion un lance parecido.

La comitiva partió y Luisa hizo señas al solitario y a Enrique para que se colocaran a su lado.

La fisonomia de ambos jóvenes estaba animada por el placer... Un deleite suave y puro como el soplo perfumado de un campo de violetas, parecia envolverlos en una atmósfera de espiritual felicidad. ¡Sentarse el uno al lado del otro! hallarse en medio del campo, en esa libertad con que brilla la naturaleza, libertad embriagadora, libertad lasciva a la vez que inocente, tierna y sencilla! Poseer una imajinacion poética y ardiente, un entendimiento elevado, un pecho vírjen, un corazon que ama la virtud por instinto y por convencimiento y que ama a la mujer por la vez pri-

mera. ¡Qué dicha tan sin igual!.. Añadid a esto, esa flor de juventud que todo lo embellece y diviniza y podreis talvez formaros una idea de las emociones interiores de Luisa y de Enrique...

Hai en nosotros, fluidos que se escapan, que se comunican, que atraen, que rechazan, y que se identifican: son emanaciones que lanzamos fuera de nuestro yo y que sentimos llegar del yo ajeno; y estas emanaciones, combinándose, absorbiéndose mútuamente, forman a nuestro alrededor una especie de atmósfera que no vemos, pero cuya influencia esperimentamos. ¿Quién no se ha sentido impresionado y como envuelto en un ambiente nuevo, fresco y agradable al ponerse en contacto con dos personas que se aman? Es indudable que esas dos personas arrojan de sí torrentes de afecto, que se estienden mas o menos segun el grado mayor o menor de simpatias que liga a ellos mismos; por esta razon los individuos dotados de una poderosa voluntad y que son susceptibles de afectos tiernos, profundos y elevados, puede decirse, que despiden destellos de hoi... chispas eléctricas que conmueven y que a veces abrasan: asi era el fuego que sentian Luisa y Enrique, y que sin comunicárselo por la palabra, que es el ajente mas eficaz y poderoso de la voluntad, lo esperimentaban aun sin mirarse a la cara, y ese mismo fuego iba a calentar el helado pecho del viejo filósofo, cuyo ardor, estinguido por el fin de los años, hubiera podido afirmarse que ya no volveria; y sin embargo, en ese momento se encontraba bajo su influencia, pues sentíase fuertemente impresionado, fuertemente atraido por el oculto magnetismo del amor, como si renaciera en él la sávia vivificante de la juventud o la fuerza activa y enérjica de la virilidad.

Muchas personas pueden haber sido testigos o haber esperimentado el mismo sentimiento a que se encontraba sujeto en la actualidad nuestro solitario, y con mayor razon él que otro alguno, pues ambos jóvenes eran la obra de su intelijen-

cia, paternidad mas lejítima, mas grande, mas positiva, mas providencial que la que proviene únicamente de la union de dos cuerpos; porque la otra es la encarnacion viva de la materia purificada o de aquello que se denomina espíritu, y que se enjendra únicamente con la voluntad, con la palabra, con la intelijencia, que, aunque materias, carecen ya de la crasedad corpórea por haber pasado por varios tamises y haber sido depurada por varios crisoles.................
....

III.

Los tres paseantes, es decir, Luisa, Enrique y el solitario caminaban guardando silencio, pero mui ocupados consigo mismos, porque en realidad hallábanse bajo la influencia de la atmósfera liviana, pero intensa y penetrante del cariño... Y eran tales los goces amorosos (si no hai impropiedad en espresarnos de esta manera) que exhalaban ambos jóvenes, que, algunos inquilinos que venian tras de ellos, admirándolos, decian: ¡Qué linda pareja! Parece que el uno hubiera sido criado para el otro! Qué lástima que el arquitecto no sea rico... Esclamacion natural, porque, en fuerza de nuestras preocupaciones sociales, todo el mérito de las personas se hace consistir en el dinero, que es el ídolo real de un siglo esencialmente materialista.

El viejo coronel don Toribio de Guzman, que tenia mas libre su espíritu, rompió al fin el atractivo de ese encantador silencio, porque veia que talvez habia algun peligro en continuarlo, y asi haciendo notar, ya la belleza de la floresta, ya la corpulencia de los árboles, ya la tranquilidad majestuosa de los toros que parecian inmutarse por la proximidad del hombre, o ya la profundidad de un precipicio, intercalando en todo esto mil reflexiones elevadas, mil observaciones científicas o mil lecciones provechosas que a la vez de cultivar la intelijencia, amenizaban estraordinaria-

mente la conversacion, que al fin llegó a hacerse jeneral, lijera y activa.

Una hora hacia que caminaban de esta manera, subiendo siempre la gradiente de una montaña cuando, aproximándose a su cima, pudo percibir Enrique ciertos vapores que se desprendian de la cúspide y que el anciano le dijo estar ahí lo que llamaban en la hacienda *las profundidades del Diablo.*—En media hora mas, añadió, verás un espectáculo horripilante y atrayente a la vez, porque no todo es bello y apacible en la naturaleza, sino que tiene tambien cosas que espantan y que parecen provenir del caos... Ustedes no saben lo que es una tempestad en el océano, un cráter del Vesubio, un viento esterminador y terrible en las desiertas soledades del Africa y aun en las pampas de la vecina República Arjentina; si hubieran en alguna ocasion presenciado uno de estos fenómenos, no se asustarian con las exhalaciones sulforíficas de un volcan casi estinguido, porque no es otra cosa lo que vamos a ver, lo que yo he presenciado aquí muchas veces y a lo que los campesinos llaman las *profundidades del Diablo*, motivo por el cual, entre otros muchos, habiéndome visto trepar a esta montaña para investigar sus misterios, han deducido que tengo hecho pacto con el demonio, o que, por lo menos, soi brujo; pero no hai nada de estraño, hijos mios, en toda esta apreciacion; ¡cuántas veces los hombres que se creen civilizados, los que se dicen sábios, esto sin contar con el vulgo ignorante, no clasifican por lo menos de locos a los que hacen un descubrimiento nuevo, una idea salvadora pero desconocida hasta entonces! Así es la humanidad y así lo será por mucho tiempo, mientras que la ciencia no venga a alumbrar los oscuros y apartados antros donde se cobija la ignorancia.

Pero ya nos faltá mui poco para encimar el cerro y que veamos por nuestros propios ojos un raro fenómeno; con todo, es preciso tener cuidado, porque vamos a pasar unos desfiladeros peligrosos antes de llegar a la cúspide, y la

jente se ha quedado atras; de manera que, en caso de desgracia, no tendriamos sino a nosotros mismos para ausiliarnos, lo cual seria bien poco si sucediese un accidente; sin embargo, nuestros caballos son diestros para atravesar precipicios, pero es preciso no fiarse únicamente a su instinto.

En efecto, las advertencias del solitario eran mui prudentes, pues ya caminaban a traves de desfiladeros en que una falsa pisada del animal los hubiese llevado al abismo; tal era el despeñadero que a ambos lados de la estrecha senda aparecia a la vista.

IV.

Enrique estaba asustado, no por él, sino por Luisa, y adhiriéndose a las observaciones del solitario, propuso detenerse, haciendo tambien observar que nadie los seguia hasta ese punto; pero Luisa, sin escuchar reflexion alguna, dió suavemente con su huasca en las ancas del caballo, acariciándolo a la vez con su mano en el pescuezo, como para animarlo en la difícil ascension. El brioso y diestro corcel, conociendo los deseos de su ama, siguió con paso firme, resuelto y lijero por la estrecha senda, viéndose, por consiguiente, el solitario y Enrique obligados a seguir adelante.

Poco tiempo despues llegaron a una pequeña plataforma, que podia considerarse como descanso para practicar la subida mas difícil que tenian todavia que hacer.

Cuando hubieron llegado a ese punto, Luisa saltó ájilmente de su caballo, poniéndose ella misma a afianzar su montura; pero Enrique, atento a sus menores deseos, bajóse tambien con precipitacion, y con sus vigorosos brazos afianzó cuanto mas pudo la silla de su amada, haciendo otro tanto con la del solitario y tambien con la suya propia; pues aun cuando nada temiese por sí mismo, estaba en el deber de acompañarlos, porque habria dado cien veces su vida con tal que no se perdiera una cinta de Luisa y con tal que no corriera el anciano el mas leve peligro.

El terreno que pisaban era escesivamente estrecho, pues a ambos costados se presentaban precipicios sin fondo, no quedando sino un angosto y escarpado camino para llegar a la encumbrada cima de la montaña. Los caballos pisaban con tiento por temor de caer en el abismo, no afirmando sus patas sino cuando estaban seguros de la solidez del terreno, llevando constantemente la cabeza baja y las orejas hácia adelante como para distinguir el menor ruido, conociendo el riesgo que corrian con ese instinto peculiar a los animales.

Luisa, por el contrario, parecia hallarse en su elemento o en una situacion agradable, pues sus ojos brillaban, sus mejillas, jeneralmente pálidas, se veian animadas por cierto carmin, su espaciosa frente tenia mas majestad que de costumbre y su pecho se levantaba como para aspirar mas a sus anchas el puro y rarificado aire de la elevada cordillera, dejándose casi guiar por su intelijente y brioso corcel con el abandono del que está lleno de grandes ideas o recibe impresiones tales que no lo dejan pensar en sí mismo: esa era la actitud confiada, reflexiva, satisfecha y dominante con que aparecia la fisonomia virjinal y resuelta de la valiente y encantadora jóven.

Enrique la contemplaba con una admiracion que iba hasta el éstasis, pues le parecia verla bajo una nueva faz, bajo un nuevo hechizo, el de la dominacion, porque Luisa desafiaba el peligro o era superior a él por la serenidad de su impasible valor...

V.

Cuando los tres viajeros llegaron a la cúspide, el espectáculo cambió por completo: si los precipicios que habian trascurrido antes se asemejaban al caos por la oscuridad impenetrable, por el misterio de su insondable profundidad, el que tenian a la vista era espantoso, pues solo se aperci-

bian vapores o exhalaciones sulfurosas, sin la menor muestra de vejetacion. Los hombres, como los animales, miraban espantados hácia ese abismo sin poder apartar sus ojos de aquel lugar, porque el vértigo tiene tambien su fascinacion.

Viendo el anciano que la fisonomia de Enrique se descomponia un tanto por la vista de aquel espectáculo, al que no estaba acostumbrado, dijo a los dos jóvenes:

—Síganme ustedes; a mui pocos pasos de aquí encontraremos una espaciosa piedra en que podremos descansar.

—La conozco, contestó Luisa, y en prueba de ello verá usted grabada una fecha que no data de muchos años.

—Tambien encontrarás otra de época anterior, cuando yo vine por la primera vez a este lugar, llevado por el espíritu de observacion que me domina; y aun cuando me figuraba ya lo que podria ser esta montaña, pues no me ofrecia un espectáculo mas grandioso que el del Vesubio, cuyo cráter visité en tiempo de mi residencia en Europa; sin embargo, como existia entre la mas antigua jente de este lugar cierta leyenda o ciertos cuentos tradicionales, en los cuales se aseveraba que sus antepasados habian visto varias veces al demonio descender casi hasta ellos, pero cubierto de pieles, me figuré que talvez hubiese habitado algun hombre en estas horribles y espantosas soledades, y pensé que este hombre no podia ser sino un sábio o un loco, un criminal que huia de la justicia, o un santo que se apartaba del humano contacto, y ambas cosas me sedujeron de tal modo, que me resolví a emprender un viaje, movido por la curiosidad mas bien que por el estudio...

Pues bien, amigos mios, continuó el anciano cuando todos hubieron llegado a la hospitalaria roca, mis conjeturas y las tradiciones no eran falsas: aquí habia vivido un hombre; ¿pero en qué tiempo? y por qué circunstancias? de qué modo? Hé aquí lo que no he podido averiguar, a pesar que conozco su morada y sus utensilios; mas estos datos no me pueden dar una idea clara de si este hombre existió antes de la conquista,

en tiempo de ella o despues de ella; sin embargo, todo me induce a creer que era talvez uno de nuestros antiguos caciques que, perseguido por los españoles, se vió obligado o ocultarse en estos inaccesibles lugares, de donde bajaba probablemente para dar consejos a la tribu o para ponerse al frente de ella, pues en su gruta, que veremos en breve y que todo el mundo ignora, he encontrado algunas groseras monedas con el busto de Fernando el Católico y a mas un arcabuz y algunos arcos y flechas que denotan la habitacion del guerrero mas bien que la habitacion del sábio y del solitario; pero como para destruir todas mis investigaciones, he hallado tambien el portentoso libro de la Imitacion de Cristo colocado sobre una grosera mesa. ¿Era este hombre español o indio? no lo sé; pero el mayor número de probabilidades me induce a creer lo último, porque, si bien un libro español era raro que se encontrara en manos de un salvaje, no podemos dudar que hubo muchos entre ellos que recibieron toda aquella instruccion que querian o podian darle los conquistadores; sin embargo, bajo cualquier punto que se considere este descubrimiento de que ustedes serán en breve testigos, es imposible negar que el ser cuyos restos existen aun en la gruta que le servia de refujio, ha sido un hombre superior, ya sea por su voluntad, ya sea por su fuerza, ya sea por sus conocimientos; y no me estraña bajo ningun aspecto de que haya tenido sucesores que han servido para trasmitir hasta nuestros campesinos antiguos la sorprendente leyenda o tradicion que ellos conservan y en la cual creen, no con el prestijio de la fé, sino con la evidencia del hecho, pues casi aseguran haberlo presenciado.

Yo no dudo, prosiguió el solitario, que haya alguna exajeracion y que las narraciones de los abuelos las hayan tomado los nietos, hoi ancianos, como una cosa que creen haber presenciado ellos mismos; sin embargo, tengo indicios ciertos, y no tan solo indicios sino hechos, que me ase-

guran que estas tradiciones han tenido, desde un principio, un fundamento real y positivo, pues en la gruta que mostraré a ustedes se encuentra una momia perfectamente conservada, y bajo el ataud que le sirve de lecho hai varias osamentas que hacen suponer, sin temor de equivocarse, ser los restos de los antepasados que guardaba relijiosamente en su poder el último vástago de esta estinguida familia; pero esta momia, segun mis observaciones, no es de un europeo. Su larga y gruesa cabellera, que todavia se conserva intacta, la prominencia de sus mejillas, el color de su piel pegada al hueso, el carcar y las flechas que existen a su lado y algunos jeroglíficos grabados en hojas de árboles perfectamente conservados, pero que yo no he podido descifrar por mas que he hecho, como tambien los tejidos de esa sencilla vestidura, me inducen a creer que el ser misterioso que ocupó esta morada salvadora algunos siglos antes que nosotros, era un indio talvez oriundo de Lautaro, de Caupolican o de Rengo, que defendieron palmo a palmo las vírjenes selvas donde habian vivido y donde existian sus padres, sus hermanos, sus mujeres, sus hijos: lucha santa, lucha en defensa de lo que tiene el hombre de mas sagrado y de mas caro al corazon, porque no os equivoqueis, amigos mios, las nociones de la justicia y del derecho natural son casi tan patentes para el hombre civilizado como para el salvaje, y muchas veces es el último quien los tiene mas frescos, mas claros y mas preciosos, porque su entendimiento, aunque sin cultivo, no ha sido trabajado por las mil preocupaciones del hombre de las ciudades que, si bien posee mas conocimientos y sabe sacar mayor provecho de las cosas, tiene, sin embargo, mas preocupaciones y por consiguiente menos sencillez, que es la que da el mejor y el mas acertado conocimiento de la verdadera justicia.

—La relacion de usted, señor Guzman, la existencia de esta gruta misteriosa, me da tal curiosidad, que le suplico nos la muestre en el acto.

—Quedareis satisfechos en poco tiempo; pero, mientras tanto, descansemos un momento.

—Descansar, admirar y horrorizarse son tres cosas que me agradan estraordinariamente, replicó Luisa, con tono alegre, pero mirando hácia el abismo humeante que estaba a sus piés y que la atraia fascinándola.

—Mire usted hácia otro lado, señorita, dijo Enrique con inquietud, al notar la palidez del rostro de Luisa.

—No tenga usted cuidado: me gustan estas impresiones; hai tal contraste entre nuestro modo de ser habitual y estos instantes supremos que no puedo menos de gozar con tan estraña transicion.

—Vamos, repuso el anciano, tomando de la mano a Luisa; tu naturaleza, hija mia, demasiado viva, no puede recibir sin peligro esta clase de impresiones;.. créemelo, ellas serán de tu agrado, no lo dudo, pero puedo asegurarte que te son perjudiciales, porque escitan demasiado la delicadeza de un temperamento de por sí nervioso como el tuyo.

—Estoi mui acostumbrada a obedecerle, dijo Luisa, siguiendo al solitario, no sin mirar por última vez el espantoso abismo...

Y como si una nueva reflexion pasara por su mente, preguntó a Enrique:

—¿No tiene usted una opinion igual a la mia? no participa como yo del placer que trae siempre consigo el peligro? no encuentra usted algo de grandioso en el abismo de la nada? Porque indudablemente, si uno de nuestros piés se deslizase, caeriamos en esa profundidad... ¿y qué seria entónces de nosotros?.. Dios mio! continuó Luisa, hablando consigo misma, ¡cuán pequeño y cuán frájil es el hombre, y sin embargo, cuán arrogante, cuán presuntuoso y cuán temerario! Un soplo nos aniquila, desapareciendo sin dejar huella, y a pesar de esto, ¡cuánta inquietud, cuánto afan, cuánta miseria, cuánto orgullo, cuánta vanidad, cuánta avaricia, cuántos crímenes quizá se cometen en el mundo por

conservar una existencia frájil y las mas veces desgraciada!.. Me pasma ese apego invencible a los bienes de la tierra, cuando todo en derredor nuestro nos hace ver no solo su insignificancia sino tambien nuestra aparicion transitoria!..

Y la hermosa jóven, fuertemente impresionada con el espectáculo que tenia a la vista, continuaba mirando hácia el abismo.

Por su parte, Enrique, a quien habia dirijido la palabra, guardaba silencio, pero su semblante manifestaba su aprobacion, pues participaba en aquel momento de las mismas ideas de su amada.

Notando el anciano esta creciente exaltacion, volvió a decir a Luisa:

—Vamos, hija mia, nuestro tiempo es limitado, pues tenemos que estar en las casas antes de la hora de almuerzo y no debemos hacer esperar a la señora. Por otra parte, ustedes querrán ver la curiosidad de que les he hablado y no conseguiriamos esto o faltariamos a lo primero, si nos detuviesemos aquí.

Luisa y Enrique siguieron silenciosamente al solitario que para distraerlos les hacia observar varios fenómenos jeolójicos en que, a pesar de los adelantos de la ciencia, se pierde la mente del hombre.

VI.

Despues de algun trecho, el sendero principió a ser menos escarpado, notándose o bien el trabajo o bien el tráfico humano en aquellos despeñaderos, pues podia conocerse un camino bastante ancho para marchar sin peligro aun en medio de la oscuridad de la noche, lo cual anunciaba la proximidad de alguna habitacion, si bien es verdad que habian crecido algunas yerbas que obstruian el paso, conociéndose por esto que indudablemente debia hacer mucho tiempo a que se encontraba abandonado.

A poco andar, paróse el anciano frente a frente de un viejo y corpulento roble, solitario habitante de aquellos despeñaderos y talvez testigo secular de convulsiones horribles, pasadas en esas volcánicas alturas.

Don Toribio de Guzman miró hácia todas direcciones con ese ojo escudriñador del campesino que sabe hallar la perdida huella por mas que el tiempo haya casi borrado hasta el último rastro. Un instante despues de haber consultado los lugares que refrescaban sus recuerdos, se dirijió resuelto hácia la parte mas impenetrable de las zarzas y malezas silvestres, y dijo a Luisa y a Enrique: "seguidme." Apenas hubo apartado algunos arbustos tan artísticamente colocados que en su aparente desórden parecian ser obra de la naturaleza, cuando se descubrió una angosta escalera de cuerda que descendia perpendicular hácia una profunda quebrada.

El solitario dijo a sus amigos: ¿se atreverán ustedes a bajar?

—En cuanto a mí, contestó Enrique, no tengo la menor dificultad, porque estoi acostumbrado a estas cosas; pero no sucederá lo mismo respecto a la señorita.

—Es verdad, respondió Luisa, que yo no seré tan diestra como ustedes, pero estoi resuelta...

—Por lo que hace a solidez no hai el menor cuidado, repuso el anciano, pues las cuerdas que la sostiene yo las he examinado y han sido fabricadas con la corteza de una planta que desafía al tiempo y a la intemperie.

—Sin embargo, parece que llega a mucha profundidad, dijo Enrique, inclinándose al borde del precipicio, como para sondearlo con la vista, y podria ser peligrosa la bajada a causa de la cimbra.

—Así parece en efecto, pero en realidad, no hai mucho que descender, pues los copos de esos árboles que al primer aspecto demuestran una profundidad espantosa, ocultan sin embargo, una estensa y próxima planicie.

—De cualquier modo que sea, replicó Luisa, con decision, yo deseo ver esas maravillas subterráneas de que nos ha hablado usted poco antes.

—Pues entonces, sígueme, dijo el anciano, y con la ajili dad de un jóven, puso el pié en la escalera, previniéndola que no bajara hasta que él hubiese puesto el pié en tierra firme y afianzado lo mejor posible la movediza escala, evitando asi en parte la cimbra.

La jóven bajó sin el menor inconveniente lo mismo que Enrique, y todos tres se encontraron en breve en una plataforma cubierta de árboles frutales, que habian crecido en todo el desórden de la naturaleza, formando un bosque espeso, pero en el que se distinguia la mano primitiva del hombre, porque era imposible que los olivos, los naranjos, los manzanos y los duraznos se hubiesen criado por sí mismos en aquellos sitios.

Algun trabajo costó penetrar en medio de las enredaderas y malezas distintas que crecian al abrigo destructor de la mano del hombre, pero el anciano caminó adelante por un imperceptible sendero hasta que hubo llegado frente a frente de una roca, en cuyo punto se paró, esperando que se le juntasen sus compañeros, que lo seguian a mui poca distancia.

VII.

La fisonomia del solitario espresaba el respeto a la meditacion y solo dijo a sus amigos estas palabras: "hemos llegado."

—Pero aquí no se ve otra cosa que una simple roca, dijo Luisa.

—Es verdad; sin embargo, fíjense ustedes mas. . .

—Yo no descubro nada, repitió la niña, despues de haber examinado detenidamente la piedra.

La mirada de Enrique era tambien escudriñadora.

Al fin de un rato esclamó entre asustado y alegre: "¡hai una cruz!"

—Ese es el signo de los sepulcros, y este es uno de ellos, repuso el anciano con tristeza.

—¿Dónde? dijo Luisa, interrogando con los ojos a Enrique.

—Mire usted, señorita, el muzgo que cubre al peñasco; y en medio de él, fijándose usted bien, descubrirá pequeñas señales que denotan cierta desigualdad en la superficie.

—Es cierto, contestó Luisa, pero se necesita una vista mui ejercitada.

—Los hombres de trabajo la tienen siempre, respondió el solitario, por cuya razon no me estraña que Enrique la haya descubierto el primero, pues el que se acostumbra a ejercitar sus sentidos distingue con mas facilidad lo que los otros no alcanzan a apercibir muchas veces.

—Pero, ¿por qué este misterio? Por qué, para vivir, encerrarse en una tumba?

—Porque hai circunstancias en la vida en que son necesarias las mas grandes precauciones, prefiriéndose muchas veces permanecer en la soledad y el abandono, antes que esperimentar la cárcel los grillos o el tormento con que nos regalan jeneralmente nuestros semejantes, y en prueba de ello, estás viendo en mí el ejemplo; pero entremos, continuó el solitario, tocando un resorte que hizo jirar la piedra, con gran sorpresa de los espectadores.

Un aire húmedo y espeso, como el de las tumbas, salió de aquella cavidad en que no se apercibian mas que tinieblas, siendo imposible penetrar con la vista en su interior.

—Esperen ustedes un momento, dijo el anciano, para que el aire libre circule en esa bóveda y tú Enrique ve a recojer algunos cardos secos que nos sirvan de antorcha.

El jóven se separó un momento, volviendo en seguida con seis enormes teas de las que se producen con tanta abundancia en nuestros campos.

El solitario encendió un fósforo y con él una antorcha y pasó adelante, previniéndoles que tomasen cada uno otra tea y lo siguieran.

Luisa y Enrique encendieron dos cardos y marcharon tras del solitario.

La luz rojiza de estas teas silvestres y el humo que se desprendia de ellas causaba un efecto raro, fantástico, quizá aterrador, pues los tres personajes no hablaban una sola palabra, impresionados tal vez por esa especie de pavor misterioso que trae siempre consigo todo lo desconocido.

La voz del solitario dejóse oir: "¿distinguen ustedes bien,?" preguntó.

—No perfectamente, respondieron los dos jóvenes.

—La vista se irá acostumbrando poco a poco a estas medias tinieblas, porque la rojiza luz de nuestras antorchas se pierde en esta espaciosa cavidad que aparece todavia mayor a causa de la negra roca que forma sus muros, su techumbre y su piso; pero caminen ustedes con cuidado, pues no marchan sobre una mullida alfombra o sobre un terreno parejo, sino que hai muchas desigualdades graníticas con las que les seria doloroso encontrarse.

—Pierda usted cuidado, dijeron Luisa y Enrique, simultáneamente.

El anciano seguia adelante con precaucion, mas para que sus jóvenes amigos lo imitasen que por el cuidado que tenia de sí mismo.

Al cabo de algunos pasos, don Toribio de Guzman se detuvo y dijo a ambos jóvenes cuando se encontraron a su lado:

—¿Principian ustedes a distinguir algo?

—Nada aún.

—Miren ustedes hácia el fondo en esta direccion, y el solitario estendió el brazo para señalar un punto. ¿Qué ven ustedes ahora? añadió.

—Todavia nada, contestó Luisa.

—Sí, yo percibo algo, pero no puedo saber lo que es, repuso Enrique.

—Acerquémonos.

Los tres marcharon juntos con sus hachones levantados y dirijidos hácia un mismo punto.

Despues de unos pasos, Luisa se detuvo esclamando: "¡Dios mio! Ya veo!"...

Todos se detuvieron.

—No hai que asustarse, dijo el anciano; aquí nada tienen que temer: estas reliquias que yo afecciono, sin darme cuenta de ello, son inofensivas ¡y quién sabe si no son santas por haber pertenecido a algun mártir de la libertad y de la patria, a algun sábio que ha vivido en el retiro buscando la verdad por medio del estudio, o a algun anacoreta que, lejos del bullicio de los hombres, ha querido que su alma solo respirase en medio de los deliciosos éstasis de la oracion, no viviendo sino en Dios, con Dios y por Dios!...

Hubo un momento de relijioso silencio...

—Acérquense mas, prosiguió el solitario, y verán que mis conjeturas no son tan infundadas: aquí tienen ustedes esas armas que nos anuncian al guerrero; y el anciano señaló con su antorcha un arcabuz que se encontraba colgado al lado de una espada toledana y de un arco con sus carcás y con sus flechas; aquí ven ustedes unos escritos que para mí son jeroglíficos indescifrables y que talvez encierran el pensamiento del filósofo; aquí tambien hallan ustedes la "Imitacion de Cristo" que pone de manifiesto el ascetismo del anacoreta cristiano...

VIII.

Luisa y Enrique oian y callaban, pero se conocia en sus semblantes alumbrados por la rojiza luz del cardo encendido que conservaban en la mano, la profunda emocion interior que sentian, pues su vista estaba clavada en un solo

punto; el cadáver, o mejor dicho, la momia que yacia a poca distancia de ellos, recostada sobre un encatrado de palos y en un estado de conservacion perfecta.

El solitario se sentó en un tosco banquillo que habia al lado de la momia, e hizo señas a sus amigos para que se acercasen.

Luisa y Enrique acudieron.

—Ya ven ustedes a este hombre, prosiguió el anciano: solo carece de movimiento, pues se halla intacto, no habiendo perdido ni aun sus ojos cierto brillo, cual si acabara de dejar de existir, cual si acabaran de cerrarse; y el viejo coronel sacudió su antorcha para que despidiera una luz mas viva y la aplicó a la cara de la momia...

Lo que se veia era espantoso... y Enrique y Luisa dieron un paso hácia atras al notar aquellos ojos abiertos y fijos que parecian todavia mirar.

—No se asusten ustedes, amigos mios, dijo el anciano: este hombre está muerto, y aunque lo que ven ustedes es sorprendente, tiene sin embargo la naturaleza arcanos que no ha alcanzado todavia a penetrar la ciencia, y que sin embargo poseen en gran manera los indios, porque, no lo duden ustedes, la momia que tenemos a la vista no es de un europeo; yo la he estudiado detenidamente, y puedo asegurarles que pertenece a un salvaje de América, lo que no me estraña, porque nuestros salvajes conservan por tradiccion muchos secretos que serian altamente provechosos al desarrollo de las ciencias naturales, descubriendo fenómenos importantes que el hombre civilizado ignora y que ellos han conseguido por la esperiencia que da el trabajo y la observacion constante de la naturaleza; asi vemos que poseen el conocimiento perfecto de los mas fuertes venenos y de sus antídotos, no importándoles nada ser mordidos por una venenosa víbora que mataria casi instantáneamente a cualquiera de nosotros y a cuya desgracia no están espuestos ellos, pues se preservan de tan terrible efecto, empleando el

jugo de esta o de aquella planta. Este hombre es indudable que ha conocido algun secreto para evitar la corrupcion natural del cuerpo y que lo ha tomado antes de morir con la intencion de preservarse: todo me induce a pensar así, pues lo he rejistrado detenidamente y he visto que está tan intacto en el interior como en el esterior, proviniendo su sorprendente incorruptibilidad de algun bálsamo de cuyo efecto preservador estaba seguro; y mi sospecha se confirma, porque de aquí mismo he recojido un frasco que contenia un líquido que no he podido analizar con nuestros conocidos procederes químicos, pero cuyos raros efectos he palpado mas tarde por medio de esperimentos que he hecho con él y que la casualidad, mas bien que la investigacion científica, me hizo descubrir cuando menos lo esperaba.

—Pero este hombre, señor, dijo Enrique, que no podia apartar su vista del cadáver, impidiéndole su preocupacion oir las palabras del solitario: este hombre, señor, repitió, en caso que esté muerto, debe haber fallecido hace mui poco tiempo.

—En efecto, su vista está casi clara, añadió Luisa, que participaba de la misma preocupacion del obrero.

—Así parece a primera vista, pero ya les he dicho que los indios poseen secretos naturales que nos sorprenden. Por otra parte, no me cabe la menor duda de que este hombre ha existido por lo menos doscientos cincuenta años atras, pues la obra que aquí ven ustedes, la Imitacion de Cristo, tiene la fecha de 1630, y el pergamino que la cubre como su imperfecto tipo y el lenguaje mismo, confirman mis sospechas, o mas bien, descubren y aseguran la realidad del hecho.

IX.

Luisa y Enrique no pudieron negarse a la evidencia: ellos vieron por sus propios ojos la fecha de la edicion del libro y no les cupo duda.

—Es admirable! dijeron ambos jóvenes, y se acercaron

mas al cadáver, sacudiendo sus teas para verlo de cerca y con suficiente luz.

La momia estaba acostada de espaldas. Su boca entreabierta permitia distinguir algunos escasos y roidos dientes que probaban que el hombre habia muerto en una edad avanzada. La cara no tenia barbas, y la cutis, adherida al hueso, hacia que se conociese fácilmente al indíjena por la marcada prominencia de los juanetes de sus mejillas. Otro signo inequívoco era tambien su larga cabellera y la grosura y laciedad del pelo, tan peculiar al indio.

Enrique se acercó mas y tocó el cuerpo frio, duro, tieso, pero que no tenia ese hielo marmóreo de nuestros cadáveres, sino que mas bien se asemejaba a un tronco de palo en que se dibujaba perfectamente la estructura humana: nada habia en ese esqueleto de repulsivo, que, por otra parte, solo tenia en descubierto los brazos, el pecho y la cara, envolviendo el resto del cuerpo una burda tela de lana de color negro.

Tambien se distinguian aquí y allí algunos utensilios groseros que sirvieron sin duda en vida a este hombre.

—Todo cuanto veo me sorprende sobremanera, esclamó Luisa.

—Sin embargo, hija mia, este secreto de la preservacion del cuerpo humano, cuyo proceder ignoramos nosotros o poseemos imperfectamente, era conocido desde la mas remota antigüedad. Las momias ejipcias, que las esploraciones de los viajeros y de los sabios han encontrado últimamente, se han hallado intactas despues de mas de 5,000 años, y en América tenemos muchos casos parecidos al que presenciamos ahora, pues se han descubierto en el Perú, en Bolivia y en Méjico muchos esqueletos perfectamente conservados, no habiéndose podido averiguar el tiempo en que han existido o en que eran animados esos cuerpos, como tampoco el medio de que han podido valerse para desafiar la accion destructora de los siglos.

Pero sin elevarnos hasta esa remota antigüedad, de cuya ciencia solo quedan confusos vestijios, vemos en Palermo un convento de capuchinos fundado recientemente, es decir, en 1621, que tiene una inmensa catacumba donde se ven colocados en nichos y en tres rangos o hileras distintas las momias de los frailes que han muerto y aun de personas estrañas que por devocion o por su rango han conseguido un lugar allí; pues bien, todos estos esqueletos se encuentran de pié, llevando en las huesosas manos de cada uno de ellos un cartelon donde está el nombre del individuo, la fecha de su nacimiento y la de su muerte. Esta catacumba se abre para el público el dia 1.° de noviembre de cada año, y las personas devotas se dirijen a ella a orar por el alma de sus parientes, como los curiosos a presenciar un espectáculo raro y conmovedor.

Por esto, hijos mios, prosiguió el anciano, comprendereis que no es tan estraordinario el fenómeno que ahora os admira: pero veo que ha pasado el tiempo y es preciso que volvamos a las casas. Dejemos a los muertos en paz en su solitaria y silenciosa morada.

Nuestros tres personajes salieron de la tenebrosa gruta, teniendo cuidado el solitario de hacer jirar la piedra que tenia de entrada al misterioso sepulcro.

---

mas al cadáver, sacudiendo sus teas para verlo de cerca y con suficiente luz.

La momia estaba acostada de espaldas. Su boca entreabierta permitia distinguir algunos escasos y roidos dientes que probaban que el hombre habia muerto en una edad avanzada. La cara no tenia barbas, y la cutis, adherida al hueso, hacia que se conociese fácilmente al indíjena por la marcada prominencia de los juanetes de sus mejillas. Otro signo inequívoco era tambien su larga cabellera y la grosura y laciedad del pelo, tan peculiar al indio.

Enrique se acercó mas y tocó el cuerpo frio, duro, tieso, pero que no tenia ese hielo marmóreo de nuestros cadáveres, sino que mas bien se asemejaba a un tronco de palo en que se dibujaba perfectamente la estructura humana: nada habia en ese esqueleto de repulsivo, que, por otra parte, solo tenia en descubierto los brazos, el pecho y la cara, envolviendo el resto del cuerpo una burda tela de lana de color negro.

Tambien se distinguian aquí y allí algunos utensilios groseros que sirvieron sin duda en vida a este hombre.

—Todo cuanto veo me sorprende sobremanera, esclamó Luisa.

—Sin embargo, hija mia, este secreto de la preservacion del cuerpo humano, cuyo proceder ignoramos nosotros o poseemos imperfectamente, era conocido desde la mas remota antigüedad. Las momias ejipcias, que las esploraciones de los viajeros y de los sabios han encontrado últimamente, se han hallado intactas despues de mas de 5,000 años, y en América tenemos muchos casos parecidos al que presenciamos ahora, pues se han descubierto en el Perú, en Bolivia y en Méjico muchos esqueletos perfectamente conservados, no habiéndose podido averiguar el tiempo en que han existido o en que eran animados esos cuerpos, como tampoco el medio de que han podido valerse para desafiar la accion destructora de los siglos.

Pero sin elevarnos hasta esa remota antigüedad, de cuya ciencia solo quedan confusos vestijios, vemos en Palermo un convento de capuchinos fundado recientemente, es decir, en 1621, que tiene una inmensa catacumba donde se ven colocados en nichos y en tres rangos o hileras distintas las momias de los frailes que han muerto y aun de personas estrañas que por devocion o por su rango han conseguido un lugar allí; pues bien, todos estos esqueletos se encuentran de pié, llevando en las huesosas manos de cada uno de ellos un cartelon donde está el nombre del individuo, la fecha de su nacimiento y la de su muerte. Esta catacumba se abre para el público el dia 1.° de noviembre de cada año, y las personas devotas se dirijen a ella a orar por el alma de sus parientes, como los curiosos a presenciar un espectáculo raro y conmovedor.

Por esto, hijos mios, prosiguió el anciano, comprendereis que no es tan estraordinario el fenómeno que ahora os admira: pero veo que ha pasado el tiempo y es preciso que volvamos a las casas. Dejemos a los muertos en paz en su solitaria y silenciosa morada.

Nuestros tres personajes salieron de la tenebrosa gruta, teniendo cuidado el solitario de hacer jirar la piedra que tenia de entrada al misterioso sepulcro.

Los fuegos.

I.

La vuelta a las habitaciones de la hacienda se hizo con la rapidez que permitia la escabrosidad del terreno, y casi en completo silencio, porque haï impresiones que se apoderan de tal modo de nuestro espíritu, que no nos dejan pensar en otra cosa que en aquella que nos ha conmovido; pero cuando llegaron al plan y pudieron dar rienda suelta a sus briosos caballos, lo rápido de la carrera disipó en parte las ideas que dominaban a los tres viajeros; asi es que, cuando llegaron a las casas, sus semblantes no manifestaban ninguna fuerte o absoluta preocupacion.

Al entrar en el gran patio de la hacienda, Luisa distinguió a su madre en el correder y lanzó su caballo hácia ella con todo ímpetu, y dejándose caer de su montura sin que nadie la ayudara, se echó en brazos de doña Juana, la que al estrecharle contra su corazon, le dijo:

—¡Loca!...

—Loca! sí, loca! contestó Luisa, porque no veia el instante de abrazarle...

—Embustera! ¿cómo si tenias tan vehementes deseos has retardado tanto tiempo? Hace mas de media hora que te esperaba.

—Lo siento, mamita; pero el mas estraordinario descubrimiento que estos caballeros referirán a usted (pues en

ese momento llegaban donde ellas el solitario y Enrique) nos ha detenido.

—Está bien, allá veremos si la escusa es buena y si es suficiente a disculpar la grave falta de hacer esperar por tan largo tiempo a su madre.

Y diciendo esto, doña Juana tendió cariñosamente la mano al solitario y al obrero, invitándolos a pasar adelante.

Mientras Luisa se quitaba su traje de amazona, don Toribio de Guzman, a instancias de la señora, contó a ésta la visita que habian hecho al ignorado sepulcro del indio con todas las particularidades que hacian de aquella tenebrosa mansion un enigna casi impenetrable.

Doña Juana quedó maravillada de lo que le decia y mostró deseos de ver aquel portento, reconviniendo a la vez al viejo coronel, porque no le habia participado antes a ella tan estraño secreto.

—He querido guardar, señora, el mismo misterio, el mismo sijilo, el mismo silencio de que se ha rodeado ese hombre, que no sé por qué razon respeto y casi admiro: hé aquí el motivo que me ha obligado a no decir nada hasta hoi en que, encontrándonos tan próximos del lugar, quise hacer a su hija partícipe de este secreto.

—Sus escrúpulos no me satisfacen; pero tenga usted razon o no, ya que conozco el secreto, desearia ver el lugar y todo cuanto allí existe.

—Es imposible, señora; usted no se atreveria jamas a emprender una ascencion tan peligrosa.

—Pero si esto es tan difícil como usted dice, supongo que no habria inconveniente en trasportar aquí lo que alli existe.

—No encontraria usted una persona en toda la hacienda, por mas dinero que usted le ofreciera, que se atreviese, no digo a penetrar en la gruta, pero ni aun a llegar hasta ese punto, porque está mui cerca del lugar conocido con el nombre de las *profundidades del Diablo*,

—Y usted, mi señor don Toribio de Guzman, ¿no querria satisfacer este capricho de su antigua amiga?

—Suponiendo que no me faltara la voluntad, ¿tendria yo la fuerza para trasportar un cadáver sobre mis hombros a tanta distancia, en tanta elevacion y por desfiladeros tan peligrosos? Por otra parte, ¿no hai una especie de profanacion en ir a turbar el reposo de los muertos, en remover sus cenizas y en sacarlos de su frio lecho? Yo creo que sí, señora, particularmente cuando no hai otro móvil que la curiosidad o el capricho.

—Está bien, don Toribio; renuncio a mis deseos, pues respeto su manera de pensar, y sobre todo, no quiero que se esponga al mas lijero peligro; pero encárguese al menos de traerme algun objeto para satisfacer en parte mi natural curiosidad.

—Convenido, señora, luego tendrá usted en su poder lo que desea.

En ese momento entraba Luisa, y la conversacion se hizo jeneral, continuando el mismo tema durante el almuerzo.

De vuelta al salon, pidió permiso Enrique para ir a saludar a sus amigos y ver el estado en que se encontraba el trabajo.

II.

Haria como una hora que se entretenia con sus compañeros discutiendo sobre la próxima conclusion del trabajo, pues en su opinion no duraria mas de un mes, cuando vinieron a decirle de parte de las señoras que habian llegado cartas de Santiago.

Despidióse de los trabajadores para obedecer al llamado, previniéndoles que mas tarde volveria a verlos.

En el salon encontró un grueso paquete que le venia dirijido. Pidió a las señoras permiso pare abrirlas y halló dos cartas incluidas en la suya, la una para el coronel don Tori-

bio de Guzman y la otra para Luisa. Estas cartas debian ser indudablemente la contestacion de las que habian escrito el domingo anterior cuando se preparaban para partir al cortijo del anciano, donde habian permanecido durante una semana sin ver a nadie y cuyo tiempo habia sido empleado esclusivamente en la instruccion de Enrique.

Principiaremos a leerlas por el mismo órden en que hemos visto las otras; de consiguiente, será la primera la que va dirijida a Luisa y que estaba concebida en estos términos:

"*Santiago, diciembre* 12 *de* 1850.

"Luisa: ¿con qué adjetivo acompañaré tu nombre? Yo no encuentro nada que sea digno de tí, ni hallo una palabra que esprese la intensidad de mi admiracion y de mi afecto, asi es que he preferido encabezar mi carta con tu solo nombre.

"¿Pero es cierto, Luisa, lo que me has dicho? ¿Es verdad que amas a mi hermano? ¡cuán dichoso es él, cuanto! cuán feliz soi yo! y cuánto me cuesta guardarte el secreto, dejándolo a él en la ignorancia de una ventura inmensa!..

"¿Con qué espresion tan elevada, con qué lenguaje tan tierno, tan sencillo y tan sincero, haces conocer el verdadero cariño! Creo que solo la lectura de tus cartas seria suficiente para amarte. ¿De dónde has aprendido esa ciencia del corazon? Quién te ha enseñado, no solo a representar con naturalidad el sentimiento, sino a lanzarte con él en las altas rejiones de la virtud, en lo mas puro del idealismo?

"Esa sublime manera de apreciar la pasion, me ha hecho desconfiar de la mia: ahora tengo menos fé que antes, y sin embargo quiero a Víctor, porque me he dicho a mí misma: ¿Me es dado acaso compararme a Luisa? y si no sabré nunca imitarla ¿cómo es posible que yo piense y sienta como ella? Mi naturaleza inferior no puede ir tan arriba y es pre-

ciso que me contente con lo que soi: el hombre no puede compararse al ánjel...

"Apoyándome en este raciocinio, no he escuchado tus avisos y he seguido mi inclinacion; pero como ya te lo he prevenido, bajo la indispensable condicion de que no se efectuará mi enlace mientras tú y Enrique no estén con nosotros.

"Nada te hablaré respecto de Víctor: cada dia es mas amable, mas respetuoso y mas confiado, entregándose a nosotros con una naturalidad encantadora, llena de sencillez y de grandeza. Ven, Luisa, cuanto antes para que lo conozcas y me lo arrebates...

"Hoi estamos de fiesta, por cuya razon tengo que ser lacónica, pues has de saber que mi padre ha recibido los despachos de oficial de ejército, lo que lo ha vuelto casi loco de alegria, y tenemos actualmente en casa a un sinnúmero de vecinos que han venido a felicitarlo, entre los cuales se encuentra, como debes suponerlo, Víctor y su tia; de manera que apenas me han dejado tiempo para escribirte estas pocas líneas que encontrarás insulsas, pero que sin embargo sabrás disculpar.

"No olvides, mi adorada Luisa, de hacer presente a tu señora madre mis afectuosos recuerdos y el agradecimiento respetuoso de mis padres, y tú dispon de la vida de tu amiga, que se considera dichosa en ser del todo tuya.

"MERCEDES."

La carta dirijida a Enrique estaba concebida en solo dos palabras:

"Mi querido hermano:

"La virtud y la felicidad son casi una misma cosa; tú serás lo uno y lo otro.

"Mi padre recibe hoi la recompensa de sus servicios, y la alegria reina en el corazon de los que te aman.

"Tu ánjel tutelar, el coronel don Toribio de Guzman, te esplicará la causa de nuestra satisfaccion, o de no podrá decírtelo mi amiga.

"Te presajia la mayor ventura

"Tu hermana,

MERCEDES."

Veamos ahora la misiva del sarjento Lopez al coronel Guzman.

"Mi coronel: (1)

"Disculpe mi nota y mi letra; ¡qué diantre! yo apenas sé firmarme, pero sé sentir, porque su carta me ha hecho llorar como un niño, a tal punto, que ya tenia vergüenza, porque un veterano que llora da lástima y yo no quiero dar lástima.

"Por Dios, mi coronel, yo sé de dónde viene el golpe, y nadie me quita de la cabeza que los galones de oficial se los debo a usted, estoi seguro, segurísimo.

"¿Pero quiere usted que le diga la verdad? Mas que mi elevacion me ha agradado lo que me dice de mi hijo, lo que hace por él, lo que espera de él... Gracias, mi coronel; mi vida entera le pertenece...

"¿Por qué negarlo? soi feliz, mui feliz, y ahora mi contento no tiene límites, porque sé que usted vive y porque proteje a mi hijo.

"Mi vieja Marta, llorando conmigo, me llevó de la mano y me hizo hincarme junto con ella ante la santísima Vírjen para rezar por usted, pués la pobre todo lo compone con esto; pero para decir a usted la verdad, jamas he tenido mas devocion que ahora.

"Hoi estamos de fiesta, mi coronel; tendremos mantel largo, muchos convidados y vino en abundancia: voi a echar por la ventana todas las economias de mi mujer; ¡qué dia-

(1) En esta carta no hemos hecho otra cosa que correjir la mala ortografia del sarjento.

blos! cuando se brinda por sus jefes es preciso hacerlo sin miseria; y Marta me ha comprendido, pues me ha entregado la bolsa enterita, sin que quedara un centavo de reserva: al cabo ella es mujer de soldado y sabe que antes de la batalla se debe gastar hasta el último *chico*. (1).

"Conténtese con esta mala nota, mi coronel; pero ya que no puedo escribir mas, voi en defecto de esto a brindar duro y parejo por usted, por la señora doña Juana y por la señorita Luisa, y creo que no olvidaré al picaron de Enrique, aun cuando ha tenido la descortesia de no escribirme una palabra desde que se fué, pues todas sus comunicaciones son con su hermana, que se guarda las cartas, leyendo apenas unos pedacitos para nosotros, lo que me hace suponer que estos dos chiquillos maquinan algo.

"Reciba, mi ilustre coronel, el respeto, el afecto, el agradecimiento de toda mi familia y con especialidad de su orgulloso alferez, ayer no mas humilde sarjento.

"DOMINGO LOPEZ."

En el mismo salon de doña Juana, cada cual con autorizacion de ésta, habia abierto y leido sus cartas.

Enrique concluyó el primero, por el laconismo con que estaba concebida la que le dirijia Mercedes, pero se puso a meditar sobre esas palabras, que le anunciaban la mayor ventura. ¿Era esto un vaticinio, un simple deseo, o una confidencia real? Su hermana sabia que su mayor felicidad era Luisa; ¿querria acaso decirle que la conseguiria al fin? Pero si fuera así, si ella estuviera cierta del hecho, si la esperanza fujitiva se habia convertido en realidad manifiesta, ¿por qué no confesárselo abiertamente? por qué no procurarle esta dicha inmensa, cuando Mercedes no ignoraba lo que valia una palabra para su corazon, atormentado por la

(1) Nombre que damos en Chile al medio centavo.

incertidumbre? Por qué dejarlo casi en el mismo punto en que se encontraba antes?

Sin embargo, la carta de su hermana habia producido en el ánimo de Enrique buen efecto, porque no solo le anunciaba una dicha futura, sino que le decia tambien que su padre habia recibido la recompensa de sus servicios y que la alegria reinaba en su casa, lo que era una gran satisfaccion para un hijo amante, aun cuando ignoraba cuál seria esa recompensa que habia producido tanto placer en la familia; pero Mercedes le decia que lo sabria luego por el solitario o por Luisa, y esperaba que concluyesen de leer sus cartas tratando, sin embargo, de descubrir en las fisonomias de ellos lo que podria ser aquello que a él, mas interesado que todos, no le habian comunicado.

Cuando terminaron la lectura, Luisa guardó la carta en el bolsillo, pero miró a Enrique con ternura.

Aquella mirada estremeció al jóven: creia ver en ella la confirmacion de lo que le escribiera su hermana.

III.

El solitario permanecia siempre con su carta en la mano, y dirijiéndose a Enrique le dijo: "es de tu padre."

—¡De mi padre!

—Sí, amigo mio, y voi a leerla en presencia de todos.

—Hace usted bien, dijo Luisa.

—Veamos, repuso doña Juana, qué es lo que le dice a usted ese escelente hombre.

El anciano leyó...

Enrique estaba conmovido.

Doña Juana aparecia alegre y satisfecha, dando señales de franca y cordial aprobacion.

Cuando se terminó la lectura, Luisa esclamó entusiasmada: "franqueza, sensibilidad, hidalguia, todo revela esa carta: felicitemos en el digno hijo a tan digno padre."

Y la jóven patricia estendia su mano al honrado trabajador.

Enrique se turbó.. los colores le subieron al rostro.. su lengua no pudo articular una sola palabra, y al pararse para tomar la mano que le ofrecian, dobláronsele las piernas y cayó involuntariamente de rodillas...

Luisa esperimentó tambien como un choque eléctrico al sentir a Enrique apoderarse de su mano y tomar aquella actitud.

—¡Bravo! dijo doña Juana, riéndose; esto parece una escena de la antigua caballeria.

Esto dió lugar a que Luisa se repusiese en el acto de su turbacion.

Enrique estaba avergonzado de su involuntario arrojo, y dijo con la intencion de escusarse: "Señorita, no ha estado en mi mano evitarlo..."

—¿Qué cosa? preguntó Luisa.

Enrique volvió a turbarse, comprendiendo que habia dicho un disparate mayor que el que queria evitar; pero ya le era imposible retroceder, y respondió:

—Ser insensible a tanta bondad.

Entonces Luisa, ya fuera para tranquilizarlo, o ya para que no prosiguiese adelante, y sin dejar de ocuparse del mismo asunto, propuso a su madre:

—¿Quiere usted, mamita, que a nuestro turno festejemos la elevacion del señor Lopez y brindemos por él como él ha brindado por nosotros?

—Buena idea, hija mia, y nada tampoco mas justo.

—Me asocio al pensamiento, dijo el solitario, que hasta entonces habia permanecido espectador mudo, pero no indiferente de la escena, pues todo lo habia observado y comprendido mejor que los actores mismos; y no solo me asocio a la idea, sino que quiero tomar parte en la diversion, preparando unos fuegos para la noche, pues ustedes deben comprender que a mí mas que a nadie corresponde celebrar

la elevacion de mi libertador y de mi antiguo compañero de armas.

—Y a usted, mas que a nadie, señor, dijo Enrique, con un tono lleno de gratitud, porque usted ha sido la causa.

—¿La causa de qué, hijo mio?

—De la promocion de mi padre a un grado superior.

—Te aseguro que no.

—¿Cómo que no, cuando mi mismo padre lo afirma?

—Tu padre se equivoca.

—Imposible!

—Yo no miento jamas, Enrique.

—¿Pero quién ha sido entonces?

—Talvez lo descubrirás mas tarde.

—Desearia saberlo para manifestarle a esa persona mi gratitud.

—No hai necesidad, porque la conocen.

—Ya sé, dijo Enrique, como repentinamente iluminado; es usted, señora, (y el jóven dirijióse hácia doña Juana) a quien debemos este nuevo servicio y a usted a quien debiamos ya nuestra felicidad!

—No quiero negarlo, amigo mio, pero piense usted que yo no he hecho otra cosa que hacer valer cierto influjo para que hagan una justicia tardia, que debiera haberse realizado mucho tiempo atras.

—Gracias, señora, gracias, contestó Enrique con esa inimitable entonacion de voz que nace de lo mas recóndito del alma, y que manifiesta palpablemente el hermoso sentimiento de la gratitud mas sincera y mas profunda.

—Si usted supiera cuán poco me ha costado obtener que reparen un olvido injusto, veria que no merece la pena de que se me agradezca.

—El que disminuye el mérito del beneficio aumenta su valor con la modestia.

Doña Juana miró a Enrique, sorprendida de oirlo espresarse asi, y en seguida le dijo:

—Amigo mio, veo que usted sabe mas de lo que yo creia: la reflexion que usted acaba de hacer, me prueba su esquisita sensibilidad, pues su corazon tiene su intelijencia peculiar que no imita ni suple el talento.

—No merezco ese elojio, señora.

—Ni yo el suyo.

—Hagan ustedes las paces, dijo el solitario, interviniendo en la conversacion; yo sé lo que hai en el particular y me reservo esplicarme con ambos, si acaso mi esperiencia les merece alguna confianza.

—Sí, repuso doña Juana con alegria; le damos a usted plenos poderes; y en seguida, dirijiéndose a Enrique, le dijo: deme usted el brazo para dar una vuelta por el jardin.

IV.

Una centella de alegria brilló en el semblante de Luisa al oir la inesperada invitacion de su madre, no siendo menos la admiracion del coronel Guzman, que sabia cuán arraigadas eran las preocupaciones aristocráticas de doña Juana.

Enrique habia hecho indudablemente un milagro, porque tal trasformacion en las ideas de la señora no merecia otro nombre.

¡La orgullosa matrona santiaguina apoyarse en el brazo de un artesano y pasearse así en medio de sus inquilinos, era una cosa increible, inaudita!

—Antes que vayan ustedes a dar su paseo, dijo Luisa, es preciso, puesto que mi idea tuvo jeneral aceptacion, que acordemos los preliminares de la fiesta.

—Encárgate tú, hija mia, de todo. Haz lo que te parezca, segura de que quedaremos satisfechos.

—Ya que el señor Guzman nos ha prometido fuegos, voi a mandar los tres coches a San Fernando y escribiré a las Urrutias, que son varias niñas, para que se vengan en ellos, autorizándolas para convidar a otras personas.

—Me parece bien; tendremos un baile improvisado.

—Entonces los dejo solos para dar mis disposiciones.

Y Luisa se retiró, haciendo llamar inmediatamente al administrador don Pedro Murna, ordenándole mandar en el acto los tres coches a San Fernando, como igualmente convidar a todos los inquilinos de la hacienda para que vinieran a presenciar los fuegos que tendrian lugar esa noche, encargándole tambien se les diese una opípara cena y vino en abundancia.

El solitario, por su parte, mandó un propio con una carta donde Torcuato, en la cual le decia todos los ingredientes que debia traerle y que se viniese él mismo para ayudarlo en el trabajo como esperimentado químico.

Enrique, de vuelta del paseo que habia hecho con la señora, recibió las correspondientes instrucciones del solitario para preparar los aparatos en que debian colocarse los fuegos, y nuestro jóven obrero, en compañia de sus amigos, puso inmediatamente manos a la obra, desplegando todos una actividad sorprendente, porque no hai cosa que estimule mas que la idea de una próxima diversion, que hace jeneralmente del trabajo un placer.

A pesar de que el dia era algo avanzado cuando se concibió el proyecto, sin embargo la multitud de brazos puestos en movimiento y la actividad e intelijencia de los trabajadores hizo que antes de la oracion todo estuviese ya listo, presentando el inmenso patio un aire de verdadera fiesta, tanto por las decoraciones improvisadas y las infinitas banderas de papel, los vasos de colores, el tabladillo donde ondeaba al viento en un elevado palo el símbolo de nuestra república, cuanto por la algazara y el bullicio de la muchedumbre, pues no dejaban de haberse reunido ya como mil almas ansiosas de ver un espectáculo nuevo para muchas de ellas.

Antes de ponerse el sol, y cuando aun no llegaban los coches mandados a San Fernando para traer los convida-

dos, se vió venir a todo escape como un rejimiento de hombres que traian en sus manos instrumentos distintos, que miraban embobados los inquilinos, sin comprender bien lo que aquello significaba, pero que no era otra cosa que los músicos del batallon cívico de San Fernando, a quienes se les habia mandado cabalgaduras para que se pusieran con toda rapidez en la hacienda.

Los músicos, despues de haberles hecho servir helados y cerveza, se colocaron en el tabladillo y comenzaron a afinar sus instrumentos, principiando tambien la batahola de la muchedumbre admirada y alegre.

La noche no principiaba aun, pues alumbraba todavia el crepúsculo de la tarde, tan hermoso en Chile, particularmente en la estacion del verano en que se prolonga casi hasta las ocho de la noche, permitiendo respirar el fresco ambiente que mitiga los ardores del dia, por lo jeneral bastante rigoroso en el estio, cuando se apercibieron a poca distancia de las casas multitud de coches y de jinetes que marchaban con rapidez y que entraron al patio en medio de las aclamaciones entusiastas de los campesinos que se agrupaban en su alrededor.

Doña Juana y Luisa salieron a recibir a sus convidados que venian en tan crecido número cual no lo esperaban; pero el convite habia producido en San Fernando una sensacion prodijiosa, tanto por la curiosidad de ver la magnificencia de los nuevos edificios de la hacienda de San Jorje, de que se hablaba con admiracion, como sucede frecuentemente en las ciudades pequeñas, donde todo se pondera y donde la falta de acontecimientos hace que se ocupen hasta de los hechos mas insignificantes, como tambien por el deseo de entablar relaciones de amistad con la opulenta y aristocrática matrona santiaguina, que gozaba en todo el vecindario de la mas alta consideracion, debida a la nobleza de su familia, a su gran fortuna y principalmente a su inagotable caridad, como tambien a la natural distincion de

sus modales, en los que habia una mezcla de altiva induljencia y de bondadosa arrogancia, que la hacia querer y respetar a un mismo tiempo.

Nada hai que hermosee mas que la felicidad: ella esparce sobre la fisonomia una frescura inimitable, y animando al semblante con el fuego de la interior alegria, exhala por los ojos, por la boca, por la frente, por la cutis, emanaciones deliciosas que embellecen a la mujer, atrayendo irresistiblemente a los hombres; tales son esos efluvios de simpatia que, sin darnos cuenta de la causa, nos conmueven, nos encantan y al fin nos seducen y cautivan. Luisa sufria esa misma lei: la satisfaccion interior de que estaba poseida reflejábase en sus miradas, en sus palabras, en su ademan, en su acento, y sus ojos tenian mas brillo, sus espresiones mas dulzura, su tez mas trasparencia y el todo un conjunto de gracia, de dignidad, de benevolencia y de tan irresistible atractivo, que las niñas y particularmente los jóvenes conocidos quedaban estáticos de admiracion ante aquella niña que mas bien se asemejaba a un ánjel y no a un ser de este mundo; pues hasta su vestido blanco la hacia aparecer como una nube desprendida del cielo, pero pronta a subir a las elevadas rejiones de donde habia venido por un solo instante.

A pesar del crecido número de convidados, la actividad de Luisa y de su nodriza habia hecho en solo medio dia prodijios tales en el interior de las habitaciones, que una semana no hubiera sido, en cualquier otra circunstancia, suficiente tiempo para tal arreglo; pero su buen gusto, los muchos recursos de que disponia y de que sabia sacar partido, prepararon todo con una comodidad y elegancia tal, que la misma doña Juana estaba admirada de tan completa metamórfosis, a pesar que ella, se puede decir así, presenciara los trabajos.

No era menos sorprendente, por otra parte, lo efectuado por el solitario, Enrique y Torcuato, los carpinteros y los demas trabajadores que habian sido empleados para impro-

visar aquella fiesta, que habria costado largos dias de ruda labor y que ellos realizaban en pocas horas; así es que tanto Luisa como el viejo coronel, que eran los principales actores, habian hecho verdaderos milagros.

Una diversion improvisada es mucho mas alegre que una que se ha preparado de antemano. La animacion era, pues, jeneral, reinando el contento en cada uno y en todos, tanto en los convidados como en los dueños de casa y en los inquilinos.

La música rompió con la cancion nacional, sinfonia guerrera y entusiasta que hace vibrar el corazon del chileno, ya sea en su suelo natal o en el estranjero, porque despierta en él el sentimiento de libertad, las gloriosas luchas de la república, el hogar doméstico, los pasatiempos de la niñez, las afecciones de la juventud y los vínculos queridos y sagrados que nos ligan a la patria.

Al primer sonido de los instrumentos, una aclamacion simultanea y unánime se dejó oir; mil pechos, movidos por un solo sentimiento, habian gritado de voz en cuello, ¡viva Chile! ¡viva la patria! ¡viva la libertad! y la animacion y la alegria creció de punto.

En seguida se dió principio a los fuegos, que los convidados no cesaban de encomiar, diciendo que eran mui superiores a los de Santiago, en tanto que la mayor parte de los inquilinos, que no habian tenido ocasion de presenciar jamas tal espectáculo, los miraban embobados, no comprendiendo cómo podia hacerse prodijio semejante; pero cuando supieron que era el solitario su autor, cesó su admiracion, pues en el concepto de ellos el viejo brujo podia hacer cuanto quisiera.

Don Pastor de los Monasterios.

I.

Terminados los fuegos se dió principio al baile en el interior de las habitaciones, donde solo tenian acceso los convidados, pero que los inquilinos podian ver desde las numerosas ventanas que caian a un largo y espacioso corredor.

Enrique, vestido con sencillez, pero con incontestable elegancia, estaba al lado del solitario, y su fisonomia hermosa, viril y simpática llamaba la atencion de las señoritas, que se preguntaban las unas a las otras quién seria aquel interesante jóven que, en compañia de tan venerable anciano, parecia no tomar parte en la diversion, pues no habia bailado todavia.

Entre los convidados de San Fernando encontrábase el administrador de correos con su familia, que habia aprovechado de aquella inesperada oportunidad para ver las maravillas de la hacienda de San Jorje como igualmente a su amigo el arquitecto, pues recordará el lector las dos ocasiones que Enrique habia ido a la ciudad en busca de su correspondencia y la acojida cariñosa que le habia hecho el curioso viejecito del correo.

No sabiendo bailar Enrique, habia permanecido durante algun tiempo en un salon retirado, hasta que el solitario, por encargo de Luisa, lo hizo entrar a la sala principal, motivo por el cual no lo habia apercibido aun nuestro administrador de correos; pero tan luego como lo vió, se fué directamente donde él, diciendo en voz alta:

—¡Hola, mi amiguito, al fin se le ve a usted la cara! Yo sabia que usted estaba todavia aquí, por las cartas que le vienen; ¿pero por qué diablos no ha vuelto usted a San Fernando, cuando yo lo esperaba y aun creo que lo habia convidado?

—No me ha sido posible, señor, dijo Enrique, medio riéndose al notar la vanidosa petulancia del viejecito.

—Pero hombre! yo lo habia convidado a usted para que fuera a ver las niñas. Yo tengo muchas relaciones en San Fernando, como usted no puede menos de conocerlo ahora.

Y el pequeño administrador estendió una mirada dominante por todo el salon, y luego continuó:

—Aquí están tambien mis hijas, que tendré luego el gusto de presentarle.

Y el viejecito volvió a mirar con marcada satisfaccion hácia el grupo donde estaban sus hijas.

—Doi a usted las gracias, señor, contestó Enrique.

—Espérese un poquito, que creo que me llaman: las picaronas han notado indudablemente que converso con usted y apostaria que me van a preguntar algo: las niñas son tan curiosas, amiguito!

En efecto, las hijas del administrador de correos habian hecho una seña a su padre, al que preguntaron que quién era ese jóven.

El les respodió con tono enfático que el jóven con quien estaba hablando era un arquitecto de mucho talento que habia hecho venir de Santiago la señora doña Juana para dirijir los trabajos del palacio, agregando que lo conocia desde que habia llegado, que era mui su amigo y que se los presentaria luego.

—Dicho y hecho, amiguito, dijo el administrador de correos cuando volvió al lado de Enrique; yo habia adivinado, a mí no se me va ninguna; las niñas me llamaron para preguntarme quién era usted, y les he prometido presentarlo. No tenga usted vergüenza, amiguito mio, las niñas son co-

rrientes, y siendo introducido por mí, tendrán ellas por usted toda clase de consideraciones; por otra parte, son de suyo amables, como debe usted comprenderlo, pues han sido educadas por mí.

Enrique se inclinó.

—Pero vamos, volvió a decir el viejecito con petulancia; lo que se ha de hacer tarde que se haga temprano.

Y tomando de la mano a Enrique, lo encaminó *velis nolis* hácia el lugar donde estaban sus hijas; y luego, echándose para atras, hizo con enfático tono la presentacion siguiente:

—Amables hijas mias, tengo el honor de presentarles al señor don Enrique Lopez, sabio arquitecto e íntimo amigo, a quien espero trataran con todas las consideraciones debidas a su elevada posicion y al particular afecto con que yo lo favorezco.

Las niñas bajaron humildemente la vista, hicieron una reverencia y estendieron su mano a Enrique, afectando una gran modestia y una ciega obediencia.

II.

El viejecito estaba triunfante. Las miradas de todas las señoritas como de los jóvenes de San Fernando se hallaban fijas en él y en su familia, que se habia atraido al gallardo estranjero, por el cual todos se habian preguntado que quién era.

—Siéntese aquí, mi apreciable amigo, volvió a decir el administrador de correos, dirijiéndose a Enrique y señalándole una silla al lado de sus hijas.

Pero notando que le hacian algunas señas, prosiguió:

—Ya ve usted, mi querido amigo; todos me llaman, soi un hombre mui popular y obedezco, a pesar del sentimiento que me causa separarme de usted; sin embargo, espero que mis hijas lo entretendrán: los jóvenes y las niñas se di-

vierten mejor entre sí; sean ustedes, pues, bien amables, hijas mias.

Y el complaciente padre se dirijió a las personas que le habian hecho señas, no sin poner antes la mano en el hombro de Enrique como para animarlo y que se estableciese luego una confianza mas íntima entre él y sus hijas.

—No hai que tenerse vergüenza, añadió; estamos en el campo, donde se debe echar a la espalda toda etiqueta; con que así, franqueza y nada mas...

Ufano de que Enrique estuviese al lado de sus hijas, llevaba nuestro provinciano la cara radiante de alegria cuando fué a ver para qué lo llamaban sus amigos, no dejando de presumir en sus adentros cuál era el objeto, lo cual, sea dicho de paso, le causaba doble satisfaccion.

—Señor don Pastor de los Monasterios, dijo uno de los jóvenes, ¿quiere usted sacarnos de una curiosidad?

—En cuanto pueda ser útil a ustedes estoi a su disposicion.

—Un millon de gracias, señor de los Monasterios; pero solo queriamos preguntarle ¿quién es ese caballero que está al lado de su apreciable familia?

—Ah! pícaros envidiosos; ¿con qué fin quieren ustedes saberlo? Apostaria de que sienten celos al ver a ese bizarro mozo junto a mis hijas.

—Mui bien puede suceder, mi señor don Pastor de los Monasterios, porque las señoritas hijas de usted son unas joyas de que no debe privarse nunca a San Fernando, y tememos mucho que tan cumplido caballero nos las arrebate, quedando nuestra ciudad natal despojada de sus mas bellos adornos.

Y el jóven que hacia este cumplido a nuestro administrador miró a sus compañeros, que se reian por debajo.

—Pues bien, amigos mios, doi a ustedes las gracias por sus bondades y por el afecto sincero que manifiestan por mi familia; porque, vanidad aparte, lo que han dicho ustedes

es la pura verdad, y San Fernando perderia con nuestra separacion; sin embargo, les confieso: si ese jóven me pidiese la mano de una de ellas, se la daria.

—¿Pero quién es al fin ese caballero que usted honra tan altamente, dándole la preferencia sobre todos nosotros?

—Dispénsenme, hijos mios; no es mi ánimo ofenderlos, y en prueba de ello pueden ustedes pedirme cualquiera de mis otras hijas, menos la que él escoja, y se las cederé en el acto.

—Pero esta es, sin embargo, una marcada preferencia, pues usted solo se limita a cedernos lo que él nos deje; y aun cuando cada una de las señoritas es una maravilla, ¿no es verdad, amigos mios? dijo el jóven que hablaba, dirijiéndose a los demas con marcada ironia; siempre es esto un desaire.

—Indudablemente, respondió uno.

—Pero ellas son un portento, esclamó otro.

—Una perfeccion.

—Unas reinas.

—Unos ánjeles.

—Unas divinidades.

—Por Dios, amigos mios, no me avergüencen ustedes; les doi gracias por su entusiasta afecto; pero mis hijas, sin que sean reinas, ánjeles o divinidades, no dejan de ser unas señoritas cumplidas, porque yo las he educado con el mayor esmero, y ya comprenderán ustedes...

—Eso está a la vista, mi señor don Pastor de los Monasterios.

—Pero ¡ai! todo no es cumplido en este mundo.

—¡Cómo! ¿que usted les encuentra algun defecto?

—Ninguno, hijitos; pero, como les acabo de decir, nada hai cumplido en este mundo.

—Espliquese.

—Ya saben que son pobres! Yo no tengo otra cosa que mi empleo; y hoi solo se aprecia la plata...

—Siglo corrompido! esclamó el jóven con finjida indignacion; ¡anteponer un vil metal al talento, a la belleza, a la virtud, al mérito real y verdadero, que debiera siempre sobresalir!

—Asi es, amigos mios; pero hai casos en que se hace justicia...

—Y este será uno de ellos; ¿no es verdad, señor de los Monasterios?

—Puede ser, aunque todavia no hai nada de positivo; pero tengo cierta confianza...

—¿En ese jóven?

—Justamente.

—Sin embargo, aun no nos ha dicho usted quién es.

—Pues voi a decírselos; pero antes es preciso que les advierta que habia adivinado el motivo por qué me llamaban ustedes; ¿qué les parece de mi perspicacia? A mí no me la juega nadie, amigos mios, yo veo debajo del agua, y antes que los otros vengan, ya yo estoi de vuelta.

—Todo el mundo reconoce en usted, señor don Pastor de los Monasterios, al primer hombre de San Fernando; y su esperiencia, y su penetracion, y su talento han llegado a ser proverbiales.

El administrador de correos meneó la cabeza negativamente, y con un ademan modesto como para decir:

—No me es dado a mí confesar con mis lábios el mérito que los otros me reconocen.

¿Cuántas hipocresias de este jénero no hai en este mundo? ¿Cuántos don Pastor de los Monasterios no encontramos diariamente en la sociedad? El ejemplo que citamos es mas jeneral de lo que a primera vista aparece; y muchos que se reirán de esta crítica, no sospechan que se rien de sí mismos, y que en mil ocasiones habrán estado espuestos a semejante burla sin haberse apercibido de ello.

III.

Los jóvenes que rodeaban al señor de los Monasterios no pudieron contener una franca carcajada, que mitigaron cuanto pudieron por respeto a la sociedad, y que no dejó de amostazar un tanto al presumido viejecito, que dijo en el acto:

—¿De qué se reian ustedes, amigos mios?

—Estos muchachos son unos locos, continuó el mismo que antes tenia la palabra; son unas cabezas sin seso que se rien de la cosa mas insignificante, turbando así una conversacion séria; perdónelos usted, señor don Justo Pastor, y continuemos.

—Ah! sí, discúlpenos usted, repusieron algunos; nos confesamos criminales; pero su induljencia perdonará nuestra falta, haciéndose cargo, como lo ha dicho mui bien nuestro amigo, del poco juicio de la juventud, que se rie las mas veces de una friolera, y esto es justamente lo que nos ha sucedido a nosotros; pues vamos a confesárselo, aun cuando haya alguien que se enoje; pero preferimos esto a no incurrir en su desgracia: nos reiamos, señor don Pastor de los Monasterios, del mismo que está hablando; ¿no lo ve usted con esa leva abrochada hasta el cuello como si fuera algun militar disfrazado de paisano?

—¿Tiene, pues, esas pretensiones? a algunos les chifla el diablo por ahí.

—¿Con que era de mí de quien se reian? contestó el jóven.

—Indudablemente.

—Vamos, jóvenes, ya son ustedes bastante grandes para no ser niños, repuso el señor de los Monasterios con tono majistral.

Y luego añadió con el mismo énfasis:

—Yo tambien he tenido la edad de ustedes, y no niego

que he sido muchacho alegre, embromador y amigo de las niñas como el que mas, pues todavia me quedan algunos vestijios, porque unos lindos ojos no me son indiferentes, pero nunca me he reido ni me he ocupado de semejantes paparruchas, como lo hacen ustedes; ¿qué importa que el señor tenga su levita abrochada hasta el cuello? ¿Hai en esto acaso algo de indecente o de impropio?

—Déjelos usted, señor don Pastor, y prosigamos nuestra conversacion; yo no hago caso de simplezas, sino que me gusta en todo la seriedad; y lo que mas me ha fastidiado ahora, se lo confieso, no es la risa de estos caballeros, sino la interrupcion a que ha dado lugar; pero tambien esto ha dado motivo a que descubramos otra de las bellezas de su carácter.

—¿Cuál, hijo mio? preguntó el señor de los Monasterios haciendo una graciosa cortesia.

—La de su jovialidad, que todavia la conserva, la de sus triunfos amorosos, que aun no lo abandonan, pues si no le son indiferentes los hermosos ojos, es seña inequívoca que todavia usted...

—Silencio, jóven, repuso el director de correos con cierto aire de malicia y de satisfaccion a la vez; yo he sido siempre reservado, y no será en mi edad que me vuelva imprudente...

—Pero a pesar de su reserva y de su prudencia, replicó el mismo jóven que habia atribuido la risa a la abrochadura del levita de su compañero, nadie ignora que usted ha sido un irresistible don Juan y que todavia quema incienso en los altares de Cupido.

—¡Malas lenguas! esclamó el señor de los Monasterios con ese tono de duda o de negacion que es la tácita afirmacion de un hecho que no se quiere confesar con los lábios o que se desmiente con la palabra, pero cuya existencia se deja adivinar.

—En vano usted lo oculta, puesto que todos lo saben.

—Vamos, niños, mudemos de conversacion y déjense ustedes de curiosear cosas que no les quieren revelar.

—Tiene usted mucha razon, señor de los Monasterios, continuó el primer jóven, porque estos atolondrados serian capaces de hacer un romance.

—¡Oh! un romance! indudablemente, mi vida se presta para ello. Si yo revelase los lances de todo jénero de mi borrascosa juventud, las acciones heroicas y los pensamientos atrevidos de mi edad viril, habria materia para escribir la mas hermosa novela, o diré mejor, la historia mas estraordinaria, porque serian hechos y no fantásticas ficciones de poeta.

—¡Señor! entonces ¿por qué priva usted al mundo de tal maravilla? ¿Por qué se priva usted mismo de la admiracion entusiasta que tendria por usted la sociedad actual y las jeneraciones futuras? ¿Por qué priva a su familia de esta aureola de gloria que daria nuevo brillo al ya tan ilustre apellido de los Monasterios? ¿Y por qué priva últimamente a Chile de una obra que lo sacaria quizá de su oscuridad literaria, haciéndolo conocer en los ambitos todos de la tierra?

—¿Por qué?... ¿Por qué?... Se lo digo a ustedes con sentimiento: porque no tengo tiempo, amigos mios. Mis funciones de director jeneral de correos de San Fernando me ocupan bastante, pues cuando menos llegan a la oficina diez cartas y otros tantos periódicos; y ya ven ustedes que para repartir esto... Agreguen ahora que casi siempre soi subdelegado y que en todas las lejislaturas me nombran de municipal, cualquiera que sea el partido que triunfe, lo que, si bien me fastidia, prueba indudablemente la necesidad que tiene el gobierno de mis conocimientos y de mi esperiencia; ¡pero es preciso que uno sirva a su patria!... Ademas, en todas ocasiones me coloco del lado de la autoridad, a quien doi siempre mi voto, tenga o no razon, porque es indispensable mantener el órden. Ahora bien, ¿cómo quie-

ren ustedes que, desempeñando tantos cargos, y no de poca importancia, tenga tiempo para escribir? Créanlo ustedes, señores, yo me sacrifico sin haber obtenido jamas la menor recompensa...

—Eso es notorio, mi señor don Pastor, y el mundo no sabe qué cosa admirar mas, si la ingratitud de los mandatarios, o el patriotismo, el desinteres y la paciencia de usted. Mucho tiempo hace a que usted debia haber sido llamado a ocupar un ministerio, o por lo menos que lo hubieran hecho intendente vitalicio de esta provincia, conociendo, como nadie lo ignora, a mas de su mérito real, su nunca bastante ponderada cualidad de estar siempre del lado del que manda.

—Y aun así, amigos mios, como lo ven ustedes, nada se ha hecho por mí, cuando en esta provincia nada se hace sin mí.

—Señor, tenga usted conformidad, porque la ingratitud ha sido casi siempre el patrimonio de los grandes hombres.

—Ya lo sé, y esto es lo que me consuela. Yo trabajo para el porvenir, y al fin y al cabo se me hará justicia...

—¿Pero no ha hecho usted los apuntes de su vida?

—Si, amigos mios, cada dia, antes de acostarme, evoco mis recuerdos y hago mis anotaciones, que pienso redactar por completo cuando haya jubilado; porque han de saber ustedes que en un año mas cumplo cuarenta que sirvo al gobierno, y entonces, con mi sueldo íntegro, y libre de mis ocupaciones actuales, podré dedicar todo mi tiempo al trabajo de mi obra.

—¡Qué interesantes no serán esas pájinas! si nos mostrase usted, mi señor don Pastor, esos apuntes, ¡cuánto se lo agradeceriamos!

—Imposible, señores, imposible, porque en esto quiero imitar a Mr. de Chateaubriand, que escribió sus memorias de ultra-tumba, las que se publicaron, como lo dice el título, despues de su muerte.

—¡Qué lástima! qué lástima tener que esperimentar la pérdida de un hombre tan grande para poder leer un libro tan hermoso! ¿Por qué no hace usted esta publicacion en vida para que podamos gozar sin tener que deplorar su muerte? ¿No ve usted, señor don Pastor, que la alegria está mezclada al dolor mas intenso y que quizá lo que ganemos no equivalga a lo que perdamos, mientras que está en su mano hacer que aparezca el libro sin necesidad de que perezca el autor?

—Ya lo sé; pero mi determinacion en este punto es irrevocable; y tan irrevocable, que habia pensado ordenar en mi testamento, lo mismo que Talleyrand, que mis escritos se publicaran a los cincuenta años despues de mi muerte para no herir así las susceptibilidades de los descendientes de las personas que figuran en mi obra por haber tomado parte en los acontecimientos de mi vida.

—Nos asusta usted, señor don Pastor; ¿qué secretos serán esos? Dios mio! mi curiosidad crece a medida que crece mi espanto.

—Esperen ustedes, que al fin quedarán satisfechos; pero, ínter tanto, ¿qué era lo que querian saber de mí cuando me llamaron?

—Es verdad, lo ameno e interesante de su conversacion nos habia hecho olvidar que deseabamos nos dijese usted que quién es ese jóven que está al lado de las apreciables señoritas hijas de usted.

—Ese jóven es una notabilidad, señores; es un gran arquitecto, y por consiguiente, hombre de mucho talento y a mas de esto rico y de las primeras familias, lo que se deja ver en su fisonomia.

Y don Pastor se volvió para mirarlo, como si de esta suerte se lo indicara mejor a sus amigos; pero quedó agradablemente sorprendido al notar que Luisa daba conversacion a su familia.

—¡Cáspita! dijo; la señorita de Valdes está con mis hijas!

—Asi es, señor, y la conversacion parece mui animada.

—Voi a ponerme inmediatamente a sus órdenes.

—Usted es la galanteria por escelencia.

—No lo niego y les aconsejo seguir mi ejemplo.

—En esto y en todo, señor de los Monasterios; pero antes sírvase decirnos si usted es amigo de ese jóven.

—¡Vaya! ¿pues no lo están viendo? ¿cómo sin ser íntimo amigo mio estaria en relacion con mis hijas? Yo mismo se las acabo de presentar.

—¿Y desde cuándo a que usted lo conoce? Nosotros no teniamos noticias de tan estrecha relacion y ninguno lo ha visto en la ciudad.

—Sin embargo, ha estado varias veces en casa.

—¡En casa de usted! ¿y cómo es que solo ahora lo presenta a su familia?

—Porque lo he recibido en mi cuarto; ya saben ustedes lo delicado y escrupuloso que yo soi...

—Indudablemente, pero ese rigorismo no se estiende a sus amigos íntimos.

—Es verdad, respondió el director de correos algo contrariado con las reflexiones de los jóvenes; pero no habia tenido oportunidad de introducirlo, porque siempre ha ido a verme mui de mañana.

—¿Con que ese caballero hace sus visitas mui de mañana? ¿Seria esta la moda actual? Si es así, no la seguiremos, porque nos parece mui incómoda; y los jóvenes se sonrieron.

—Incómoda para ustedes, amigos mios, contestó el viejecito cada vez mas amostazado, porque, teniendo la provechosa costumbre de levantarse a las doce del dia, no pueden visitar a las cinco o seis de la mañana: esto es claro.

—Pero aun cuando madrugásemos mucho, ¿en qué casa nos recibirian a esa hora?

El señor de los Monasterios no supo qué contestar y se limitó a hacer una reverencia un si es no es desdeñosa, dirijiéndose en el acto hácia donde estaba Luisa, Enrique y sus hijas.

Amores de don Pastor.

I.

El galante administrador hizo una profunda cortesia a Luisa, tomó una silla, se colocó al lado de Enrique, le puso familiarmente la mano en la rodilla y principió a sacar su rico repertorio de cumplimientos y de ampulosas frases, empleando el tono mas melífluo y cariñoso que le fué posible.

Luisa se sonreia e iba en aumento su hilaridad al ver la seriedad de Enrique que entre admirado y confuso no sabia lo que todo aquello significaba.

El señor de los Monasterios estaba en el colmo de su dicha al notar el efecto que producia en su auditorio; pues tanto la alegria de Luisa como la estupefaccion de Enrique lo convencian cada vez mas de su importancia, de su talento, de su gracia y de la inimitable finura de sus modales.

Luisa, sin ser burlona, reia de las mejores ganas.

Las hijas del señor de los Monasterios y el señor de los Monasterios mismo, la acompañaban; solo Enrique permanecia silencioso sin responder varias veces a las finas agudezas de las dignas hijas del administrador de correos que, deseando deslumbrarlo para atraérselo, a cada instante le dirijian la palabra, empleando siempre un estudiado lenguaje, lo cual, haciendo mas cómico el contraste, divertia estraordinariamente a Luisa que casi no podia contenerse en los límites de una alegria moderada.

El bullicio de aquel grupo no pudo menos de atraer la atencion de la concurrencia, y poco a poco se fueron acercando a él y la algazara crecia porque iba en aumento el entusiasmo del señor de los Monasterios que, viéndoso el alma de la reunion, aparecia por instantes mas locuaz, aumentando en proporcion el contento. Doña Juana misma, a pesar de su seriedad habitual, no pudo resistir a ese torrente, y reia con las buenas disposiciones con que rie una niña.

Tan ufano estaba el administrador que se creia un héroe, y la mas franca satisfaccion resplandecia en su semblante. Por otra parte, sus hijas participaban de la misma alegria: jamas se habian encontrado en una reunion tan escojida y tan numerosa; jamas las habian prodigado tantas atenciones ni habian tenido a su lado tal número de jóvenes. Sus muertas esperanzas renacian, pues la menor, que tenia por lo menos veinticinco años, principiaba a entregarse a los santos; y en ese momento eran felices, porque a su parecer se les abria un inesperado horizonte, pues tenian en perspectiva al famoso arquitecto cuya juventud y cuya inocente simplicidad eran los presajios de una fácil conquista.

Uno de los concurrentes dijo en alta voz: "para que reine mejor órden en el baile, pido que se nombre de bastonero al señor don Pastor de los Monasterios.

—Escelente idea.

—Que se nombre.

—No hai oposicion.

—Aclamado por unanimidad.

—La votacion ha sido canónica.

—Queda reconocido en su elevado puesto.

Y todos a una reian y felicitaban al administrador que estaba loco de contento, pues se veia llamado de todos lados: señor bastonero, señor don Pastor, señor de los Monasterios, etc., sin olvidar las inmensas lisonjas de que era objeto y que cada uno le prodigaba, recibiéndolas él como una cosa natural y a que era por demas acreedor.

—Que baile un minué el señor de los Monasterios, pues el bastonero debe dar el ejemplo, dijo uno de los jóvenes con quienes habia estado hablando.

—Yo estoi mui dispuesto a complacer a la sociedad, pero el minué es de la época de mis abuelos, y no lo se por consiguiente; pero para una contradanza y unas cuadrillas estoi dispuesto: un hombre serio puede de vez en cuando mostrarse jovial y alegre y yo lo estoi, señoritas y caballeros; y asi quiero que todos lo estén igualmente.

—Bien dicho; pero que principie el señor don Pastor de los Monasterios por una polka.

—Por una mazurca.

—Por un schottisch.

—Por una redowa.

—Por un vals de tres tiempos.

—Por una zamacueca.

—Yo no puedo dar gusto a todo el mundo, y por otra parte, el bastonero es el único que manda y yo lo soi por el voto unánime, o mas bien dicho, por jeneral aclamacion. de consiguiente soi el que establece las condiciones y el que restablece el órden; con que, asi señoritas y caballeros, ponerse en baile, pues voi a ordenar a los músicos que nos toquen una contradanza; pero como yo debo de poner la contradanza, por venirme de derecho, será el primero que elija a su compañera.

Y diciendo y haciendo, se dirijió donde Luisa y la dijo con su voz mas mielosa y con su cuerpo medio encorvado.

—Señorita, ¿tendria usted la bondad de acompañarme a esta contradanza? En mi calidad de bastonero debo dirijirme primeramente a la dueña de casa.

Luisa lo miró, dibujándose en sus lábios la mas picarona sonrisa, y luego le contestó:

—Si es solo mi calidad de dueña de casa la que me hace obtener ese honor, lo exonero desde luego de tal obligacion.

—Señorita! independiente de ser usted la dueña de casa, usted es tambien la reina de la hermosura, y bajo este doble título...

—¿Me da usted la preferencia? no es verdad?

—Sin la menor duda, señorita.

—Entonces si yo soi la reina, usted será el monarca.

—Pero un monarca rendido a sus plantas.

—Es preciso ceder a tanta humildad como galanteria: tiene usted mi palabra, señor don Pastor.

El administrador de correos hizo la reverencia mas profunda y humilde, y en seguida se erguió levantándose sobre la punta de sus piés para aparecer mas alto de lo que era, y dirijiéndose a los jóvenes, les previno que ya él estaba en baile con la señorita Luisa de Valdes y que ellos podian buscar sus compañeras, mientras él iba a hacer que tocase la música.

II.

Cuando el señor don Pastor volvió a entrar al salon, despues de haber dado sus órdenes, ya encontró a los jóvenes que principiaban a parar a sus compañeras; pero reparando que Enrique permanecia todavia en su asiento, le dijo:

—Por qué no se ha puesto en baile usted, amigo mio? aquí tiene usted a mis hijas, cualquiera de ellas lo acompañará.

—Ya estamos comprometidas, papá, respondió una de las niñas; pues ha habido otros jóvenes que se han apresurado mas que este caballero, y nosotros no podiamos rehusar sin faltar a la buena crianza.

—Tienen ustedes razon, hijas mias; pero en fin, don Enrique ¿que usted no baila?

—No sé bailar, señor.

—¡No sabe usted bailar! ¿Cómo es eso? ¡Un jóven como usted! Un santiaguino! Un hombre de mundo, un sábio, un

arquitecto que debe frecuentar siempre la mejor sociedad! Esto es incomprensible, y permítame usted que no se lo crea...

—Pues es la verdad, señor.

—No, amiguito, a mi no se me engaña; he vivido bastante y tengo una penetracion que va mui lejos... Hai sin duda otro motivo oculto, pero ya lo descubriré yo, esté usted seguro de ello.

La música principió, y nuestro célebre personaje, calándose sus guantes de punto blanco un poco usados, se dirijió donde Luisa ofreciéndole la mano para conducirla a la cabecera, porque éste es el puesto de honor que le corresponde a los que rompen el baile.

Cuando todas las parejas ocupaban su lugar respectivo, don Pastor de los Monasterios alzó la voz y dijo en tono de autoridad:

—Señores, para prevenir todo equívoco y que no haya enredos en el baile, como sucede con tanta frecuencia, debo prevenir a ustedes la figura que voi a poner, que es la siguiente: alemanda, látigo, media cadena y vals con la contraria; ¿entendeis?

Los jóvenes se inclinaron en señal de aprobacion, y don Pastor de los Monasterios con el oido atento a los compases de la música, rompió el baile cuando lo creyó oportuno.

Solo habian quedado en sus asientos doña Juana, algunas mamás y Enrique, pues el solitario hacia mucho tiempo que no se encontraba en el salon, sin duda porque sus hábitos no estaban en armonia con los de aquella juventud, o porque no se encontraba bien en el bullicio, despues de haber pasado tantos años en la soledad mas absoluta.

Doña Juana, viendo a Enrique solo, lo convidó a sentarse a su lado y tomar parte en la conversacion que tenia con las otras matronas.

—Usted no baila? preguntó la señora a Enrique, con la mayor amabilidad.

—Nunca he aprendido, señora.

—¡Cómo! Usted que sabe tantas cosas, ignora esta?

—No he tenido la oportunidad, por lo cual no he visto la necesidad.

—Es una cosa rara en un jóven como usted, dijo una de las mamás.

—Sin duda es una falta inescusable, señora, para los jóvenes que frecuentan la alta sociedad, a la que ellos pertenecen, pero yo señora...

Doña Juana interrumpió a Enrique y dió un jiro distinto a la conversacion, figurándose que podria mortificar a Enrique el verse obligado a confesar su estado humilde; y quien sabe tambien si movida por un sentimiento de aristocracia, pues su orgullo de tal sufriria si llegaban a saber aquellas jentes que ella recibia con tanta familiaridad a un simple artesano. En cuanto a Enrique, él hubiera dicho sin rubor lo que en realidad era, pues principiaba a esperimentar cierta reaccion en su interior que lo impelia a decir con cierta arrogancia lo humilde de su condicion y de su oríjen: orgullo plebeyo que lo tienen jeneralmente las almas fuertes y elevadas que arrostran el peso de las preocupaciones, sin pensar que caen en otra preocupacion y que la verdadera superioridad consiste en la induljencia y en la humildad, que es la única virtud que realmente engrandece al hombre; pero tambien es preciso disculpar en la juventud esos arranques, porque lo demas es el tardío fruto de la esperiencia, del desengaño, de la relijion y de la filosofia, cuyas cosas no se obtienen cuando se principia la vida, principio que no concluye nunca en la jeneralidad de las personas, porque mueren sin haber vivido.

III.

Cuando se terminó la contradanza, Luisa fué a colocarse al lado derecho de su madre, sin duda porque ocupaba Enrique el izquierdo.

—¿Te has divertido, hija mia? le preguntó la señora.

—Si mamita, tenia tan buen compañero, respondió la niña, mirando a Enrique con cierta malicia y a don Pastor que aun permanecia delante de ella, pues la habia traido de la mano hasta su asiento.

—Gracias, señorita, pero yo he sido el favorecido, yo he sido el feliz... Figúrese usted, señora, que la señorita Luisita baila como una sílfide, como una Tersicore.

—¿Qué animales son esos, señor don Pastor de los Monasterios? preguntó doña Juana, prorumpiendo en una carcajada.

—Esos no son animales, señora, dijo con seriedad el administrador de correos, pues usted no debe presumir que un hombre como yo, un hombre educado como usted me hace el honor de creerme, hiciese una comparacion ofensiva a la señorita.

—Indudablemente que no, señor de los Monasterios; usted es demasiado galante y esto se conoce sobre la ropa; perdone usted, pues, mi ignorancia. Si le he hecho semejante pregunta, es porque no conozco a esas divinidades.

—Ha acertado, usted, señora, en decir divinidades, porque lo son en efecto y es sola con ellas las que yo puedo, debo y quiero comparar a su hijita..

—Señor de los Monasterios! me hace usted ponerme colorada con sus lisonjas, esclamó Luisa riéndose con su madre y con Enrique.

—Yo no digo lisonjas, replicó don Pastor, sino verdades.

—Vaya, vaya, mi incomparable señor de los Monasterios; usted no tiene su segundo en San Fernando, y quizás en toda la república. Jamas habia encontrado un hombre tan fino y amable, dijo doña Juana, siempre con el mismo tono alegre.

—Y ya yo que soi el objeto de la admiracion y del culto de este caballero, quiero pedirle un favor.

—Hable usted, señorita, y sus insinuaciones serán órdenes, y su voluntad será cumplida, aun cuando sea un imposible, porque para una divinidad no debe existir esa palabra imposible.

—Pues bien, señor de los Monasterios, ya que yo soi una divinidad, no puedo haber bailado sino con algun dios del Olimpo; de consiguiente no quiero ni es justo que descienda hasta hombrearme con los mortales.

—¿Qué dice usted, señorita?

—Que no bailaré mas en toda la noche, y que usted me disculpará con los caballeros.

—¡Pero esto no es posible!

—¡Cómo que no! si yo soi una sílfide, usted no puede ser sino Júpiter, Mercurio o Marte, y está en su deber impedir que yo descienda de tan elevado puesto; quiero al menos por esta noche conservar tan halagüeña ilusion...

—Comprendo señorita, comprendo, respondió don Pastor, abriendo los ojos con el aire mas embobado de este mundo, pues se le habia pasado por la imajinacion un pensamiento estraño, estupendo, increible... Concibió que Luisa lo amaba... Y estuvo a punto de volverse loco perdiendo del todo su poca razon.

—Se hará lo que usted ordene, señorita, dijo al fin con voz trémula; ¿pero qué responderé yo a los jóvenes cuando, en mi calidad de bastonero, me rueguen de ponerlos en baile con usted?

—Contestará usted lo que le parezca, con tal que se lleve a efecto lo que hemos convenido.

—Está bien, señorita; y don Pastor al retirarse, casi se postró de rodillas y miró a Luisa, dando a sus ojos la espresion mas tierna y apasionada de que se creia capaz y que en su concepto debia ser irresistible, asegurando para siempre tan hermosa como inesperada conquista.

Enrique, sin esplicárselo a sí mismo, esperimentó una sensacion parecida a la de don Pastor, pues concibió un

pensamiento igualmente lisonjero, figurándose que talvez Luisa no bailaba porque él no lo hacia, sacrificándose en su obsequio o privándose de una diversion de que a él le era imposible participar.

¿Cuál de estos dos amantes tenia razon? No necesitamos esplicarlo.

Inter tanto, el pobre administrador de correos salia del salon casi sin ver a nadie, e iba tan atolondrado por la dicha que lo abrumaba, que no oia las diferentes preguntas que le hacian los jóvenes, y ni aun siquiera puso atencion en sus hijas que al pasar lo tiraron del levita.

IV.

Cuando estuvo en el patio y al aire libre, porque necesitaba respirar, principió a darse cuenta de aquella estraña aventura, recordando todos los incidentes del baile, todo cuanto habia hablado y hasta los movimientos que habia hecho, llegándose a persuadir que su elocuencia habria indudablemente cautivado a la jóven y que la finura de sus modales la habria seducido a tal punto que se figuró que en la contradanza le habia apretado en varias ocasiones imperceptiblemente la mano y en lo que no habia hecho alto, creyéndolo casual, pero que sin duda alguna era mui intencional en vista de lo sucedido posteriormente.

En pocos momentos de una madura reflexion, no le cupo duda al señor don Pastor de los Monasterios que era amado, y amado estraordinariamente, puesto que una señorita tan jóven, tan rica, tan hermosa, tan aristocrática, era la que habia dado los primeros pasos, llegando casi al punto de una declaracion abierta y terminante; de manera que, paseándose a lo largo del corredor, engolfado en su dicha, se decia interiormente:

"Yo soi viudo y no tengo el menor impedimento para casarme, pues mis hijos serán mucho mas felices siendo yo

rico. La señorita Luisa es mui jóven, es verdad, pero ¡qué diablos! este no es un inconveniente, puesto que se ha enamorado de mí, y yo no soi tan viejo que ya no pueda inspirar afecto, mucho mas teniendo la prueba ahora mismo. Por otra parte, ¿no tengo yo infinitos otros méritos que valen mas que la juventud? ¿No tengo mi esperiencia? no tengo mi juicio, mi carrera gubernativa, mis hábitos de mundo, mi talento, mi persuasion, y última y primeramente mi esclarecida alcurnia, porque la familia de los Monasterios viene en línea recta desde los reyes magos que fueron a adorar a Jesucristo en el pesebre? ¿Qué dificultad puede haber entónces? La fortuna misma no es un impedimento, porque una alianza ilustre vale bien el dinero: además, ella es la única hija de la señora doña Juana y yo cuidaré de los haberes de ambas: ¡qué otra cosa mejor pueden desear? Conmigo tendrán los tesoros de la fortuna y los tesoros del cariño, es decir, que tendrán honra y provecho, lo que a todo el mundo halaga y convence.

Ahora, respecto a mí, si es verdad que no cambiaré de ideas y que siempre conservaré la misma filosofía y la misma prudencia, no es menos cierto que ocuparé el primer puesto en la sociedad de San Fernando y en la de Santiago; no es menos cierto que seré adulado de todos, desde el presidente para abajo, y que en seguida me nombrarán intendente, despues ministro, y últimamente ¿quién lo puede asegurar que el sufrajio del pueblo, cuando conozca mis aptitudes, no me llame al primer puesto? El primer paso está dado, y todos los otros son insignificantes, pues se vencen con mucha facilidad.

Pero ahora se me ocurre un tropiezo ¡por la sangre de Cristo! ¿qué puedo hacer con mi peluca? Si la señorita Luisa sabe que los cabellos que tengo a la vista no son mios! ¿qué partido tomar? ¡Porque es indudable que, a pesar de estar un poco desveidos, ella los ha tomado como lejítimos; y cuando mañana a la luz del dia desaparezca el enga-

ño ¿quién me dirá que no se cambie la tortilla?.. y el pobre don Pastor de los Monasterios se confundia y se desconsolaba... De improviso se le ocurre una idea, idea salvadora... Si parto esta noche, se dijo, no podrá notar mi defecto, intertanto yo tiño y peino la peluca a las mil maravillas, de manera que pueda engañar a cualquiera; y estoi salvado... por el próximo correo mando las dimensiones de mi cráneo (¡de mi cráneo que encierra tan hermosos pensamientos!) al mejor peluquero de Santiago, y todo queda arreglado; pues cuando ella venga a apercibirse de mi defecto, ya el matrimonio habrá tenido lugar, y despues de él!.. y despues de él, ¿qué me importa el resto? Ya yo seré dueño de la fortuna, dueño de sus gracias y me amará como me ha amado ahora, cuando apenas he desplegado a su vista una pequeña parte de mis dotes; ¿qué será cuando ella descubra este tesoro oculto que nadie ha sabido dignamente comprender y apreciar en todo su valor, pero que ella ha reconocido al primer golpe, lo que arguye mucho en favor de su perspicacia.

V.

Engolfado en tan agradables ensueños, el señor de los Monasterios se entregaba a las elucubraciones de su fantasia, formando castillos a cuál mas hermosos, cuando oyó que lo llamaban muchas voces diciendo: "bastonero, bastonero, ¿dónde está el bastonero?"

—Bien pueden irse al demonio todos juntos, dijo para sí el señor de los Monasterios; porque no han de pasar muchos dias en que mi lujo humille y pisotee a esos pobres diablos que se denominan caballeros y que no tienen una chaucha en el bolsillo, pero que, sin embargo, van bien vestidos, peinados y perfumados a fuerza de petardos.

—"El bastonero, el bastonero, ¿dónde está el bastonero?" repetian muchos jóvenes a la vez; y se sentia el ir y venir

de jentes como cuando se va en busca o en perseguimiento de alguno.

—Váyanse a los infiernos con su comision, volvió a decir para sí don Pastor: pero reflexionando en seguida, pensó que debia entrar en sociedad, pues allí donde se hallaba perdia un tiempo tan precioso como jamas lo encontraria, porque su cargo de bastonero secundaba sus planes amorosos a las mil maravillas. Hecha esta reflexion, respondia a los que lo llamaban, diciendo: "Aquí estoi, aquí estoi, amigos mios."

Diez jóvenes cayeron de tropel sobre el afortunado administrador de correos, llevándolo en triunfo hasta el salon y diciendo: "aquí tenemos ya al señor bastonero, al hombre indispensable, al héreo de la jornada."

La primera mirada del señor de los Monasterios, al pisar el umbral de la sala, fué dirijida a Luisa, la cual a su vez tenia su vista fija en la puerta, oyendo la bulla de los individuos que lo traian; así es que sus ojos se encontraron, dibujandose una sonrisa en los labios de Luisa, sonrisa que llegó al alma a don Pastor, acabando de persuadirlo por completo del profundo amor que habia inspirado a la futura y aristocrática propietaria de la hacienda de San Jorje.

—Y bien, señores, ¿qué quieren ustedes de mí? quieren que los ponga en baile?

—Indudablemente.

—Pues haga la dilijencia cada uno y esto será mas espeditivo; mientras tanto yo haré tocar a la música lo que gusten.

—Unas cuadrillas lanceros.

—Está bien, saquen ustedes sus compañeras; y don Pastor se dirijió a la orquesta, ordenándole tocar unas cuadrillas.

Cuando volvió a aparecer en el salon, se le aproximó un jóven que le dijo: "la señorita doña Luisa Valdes se ha rehusado a acompañarme a bailar, diciéndome que no está en su mano sino en la de usted."

—Tiene razon, amigo mio.

—¿Pero cuál es el motivo?

—El motivo!.. solo ella y yo lo sabemos...

—Sin embargo, ella ha bailado con usted, y me parece que habiéndolo hecho una vez, nada impediria hacerlo otra.

—Así lo juzga usted; pero hai un secreto que no puedo revelar...

—¿Y ese secreto es un inconveniente insuperable?

—Es un inconveniente que solo dependeria de mi voluntad allanar, pero que no lo haré por todos los tesoros del mundo.

Y el administrador de San Fernando miró a Luisa con cierto aire de intelijencia, y se estiró los cuellos de la camisa como para darse un aire mas imponente y mas seductor.

—No comprendo, mi señor don Justo Pastor.

—Ya lo creo...

—¿No bailará usted entónces en toda la noche?

—Sí, en toda la noche.

—¿Pero qué novedad es esta?

—Novedad o no novedad, lo cierto es que es así.

—¿Habrá querido conservar intacto el peregrino recuerdo de su compañero, y querrá que otro no profane el santuario, dijo el jóven con ironia.

Don Justo Pastor abrió los ojos y miró asustado a su interlocutor: ¡qué malicia de diablo! dijo para sí ¡y cómo ha adivinado! Despues de una pausa, necesaria para reponerse, contestó echándose para atras, y dándose ese aire de importancia que afectaba con frecuencia.

—¿Quiere usted que le dé un consejo?

—Con el mayor gusto.

—Pues amiguito: jamas averigüe los secretos ajenos. Hace poco me cuestionaban ustedes sobre mi vida y no quise revelar nada: ¿cómo quiére usted que lo haga ahora?

—Qué! el no bailar esta noche la señorita Luisa ¿tendrá

alguna conexion con los secretos de la interesante vida de usted?

—Quién sabe! y el fatuo viejo se retiró, temiendo que el jóven le arrancase lo que ya se moria de ganas de decir, pero que le convenia sijilar; y a no ser por tan grande interes, era mas que probable que aquella misma noche ningun jóven ignorase el asunto.

VI.

¡Cáspita! y qué diablo! casi todo lo ha adivinado! Asi pensaba el señor de los Monasterios a medida que se dirijia al círculo donde estaba Luisa, a quien dijo en el mas dulce y confidencial tono:

—Oh! señorita; me han asediado: pero yo he sido mas fuerte que ellos!..

—¿Qué es ¡por Dios! lo que le han hecho a usted?

—Nada tema usted, mi incomparable señorita, he sido prudente y continuaré siéndolo...

—¿Qué ha sucedido pues?

—¡Qué ha sucedido!.. que han querido arrancarme el secreto!..

—¿El secreto de qué?

—El que usted sabe.

—¿Cuál?

—La causa por la cual usted no quiere bailar.

—¡Es posible!

—Mui posible... ¡pero con bueno se la tienen!

—De consiguiente, no he hecho mal en confiarme a su prudencia.

—De ningun modo, y continuaré siendo siempre el mismo... ya usted lo verá... ni los mayores tormentos me arrancarian una palabra...

—Gracias, mi señor don Pastor; pues el que yo no baile no es motivo suficiente para que usted se prive de esa di-

version, sino que al contrario me gustaria verlo a usted alegre.

—¡Qué es lo que usted dice! con que habiendo decidido usted no bailar quiere que yo lo haga! ¿Por quién me toma usted, señorita? Ai! si usted leyera en mi corazon!..

—¿Pero qué tiene que ver aquí su corazon?

—¡Qué tiene que ver! qué tiene que ver!.. ¿Le parece a usted que no tengo sensibilidad, que no sé apreciar las cosas, que no reina en mí la gratitud?

—Me confunde usted, señor don Pastor. Yo no he querido ofenderlo, y si algo he dicho que pueda herirlo en lo menor, me retracto desde luego.

—Ya lo veo, ¿entónces usted ha querido probarme?

—Tampoco.

—¿Cómo que no? ¿qué significa, pues, esa pretension de que yo baile, cuando usted no lo hace? Si usted se priva por mí de un entretenimiento tan agradable, ¿cómo piensa usted que yo sea tan ingrato y no pague en la misma moneda, haciendo igual sacrificio, el que, se lo asegure a usted, constituye ahora mi mayor dicha.

—Acabáramos, esclamó Luisa, riéndose... Esto está divertido...¿no quiere usted tampoco descender del Olimpo?.. Pues, amigo mio, acepto la compañia... Por esta noche seremos dos divinidades...

—Esta noche y siempre... Solo quiero pedir a usted un favor...

—El favor es solo propio para los débiles mortales; los Dioses no lo necesitan porque son todopoderosos... pero, en fin, hable usted.

—Deseo ir a San Fernando.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Luisa lo miró con estrañeza, siéndole imposible comprender la causa por qué queria partir a esas horas de la noche; asi es que le dijo:

—¿Está usted disgustado?

—Jamas he estado mas contento ni he sido mas feliz.

—¿Cuál es entonces el motivo?

—Ese es mi secreto.

—¿No puede usted revelármelo?

—Hoi no; pero lo sabrá mas tarde.

—Lo que usted me pide es imposible, pues las señoritas sus hijas podrian enfermarse, y ademas las priva usted de una diversion... parecen contentas...

—Deben estarlo, no lo dudo, y no es mi animo sacrificarlas... las dejaré aquí y yo volveré mañana.

—Si su asunto es tan urjente...

—Urjentísimo.

—Quédese al menos para la cena, que va luego a ser servida, aunque en realidad es una lástima que usted nos abandone.

Y Luisa acompañó estas palabras con una sonrisa entre burlona y compasiva, porque, si bien ignoraba los sentimientos que habia inspirado a don Pastor de los Monasterios, se veia tan a las claras su ridiculez, que tenia piedad de él a la vez que la divertia.

El baile continuó hasta las dos o tres de la mañana, hora en que fué servida una espléndida cena, que dejó estasiados a los provincianos y donde reinó el mas buen humor, pues don Pastor arrancó a todo el mundo frenéticos aplausos y estrepitosas carcajadas con sus pomposos brindis dedicados a la belleza y al amor, a tal punto, que hasta el sombrio y austero solitario no podia menos de reirse.

Concluida la cena, el administrador de correos se acercó a Luisa y le dijo:

—Solo de usted me despido, señorita; pero mañana temprano estaré de vuelta.

—He dado órden de que esté un coche listo.

—Mil gracias, señorita, por tanta bondad.

Y fijando en ella una tierna mirada, esclamó en tono bajo:

—Adios, sílfide hermosísima, reina del mundo, estrella matutina; bien pronto volverán a alumbrarme tus celestiales ojos...

Y sin esperar respuesta, se escabulló entre la multitud, no sin pararse últimamente en el dintel de la puerta para volver a contemplar a Luisa, que lo seguia con la vista, creyendo que quizá habia perdido el juicio.

Los caballos estaban enganchados al carruaje y el cochero esperaba en el pescante.

Don Pastor abrió la portezuela y dijo con tono de autoridad:

—A San Fernando!

Vuelta de don Pastor y sus proyectos.

I.

Casi al venir el dia se retiraron los convidados a sus habitaciones respectivas, donde fueron conducidos por algunos criados, mientras que Luisa y Ceferina señalaban a las señoritas sus dormitorios.

El solitario y Enrique ocupaban un mismo cuarto. El primero se acostó tranquilamente, no teniendo nada que perturbase su imajinacion; pero el segundo quedóse vestido y se puso a escribir, esperando la luz del dia. Concluida su carta para Mercedes, cambió de traje, poniéndose su blusa de trabajo, su cinturon de cuero, sus pantalones ordinarios y su gorra de paño, conservando únicamente su blanca camisa y su buena corbata.

Los compañeros de Enrique pasaban en ese momento delante de su puerta, y él les salió al encuentro diciéndoles:

—Buenos dias, amigos mios; aquí me teneis ya con vosotros; manos a la obra.

—Todavia no, respondieron los carpinteros; tú has trasnochado en el baile y puedes enfermarte; vete a dormir, que un dia mas o menos nada significa.

—Ya he flojeado bastante, amigos mios, y es preciso que ahora mismo principie.

En vano quisieron oponerse los cuatro artesanos, porque Enrique fué inflexible y marchó con ellos, poniéndose al trabajo con su ardor acostumbrado.

Cuando despertó el solitario, vió que Enrique no se habia acostado, pues su lecho estaba intacto; ¿dónde se habia ido? Al trabajo le parecia difícil, porque, habiendo en la casa tanta concurrencia de jentes con las que habia estado familiarmente en sociedad la noche anterior, suponia que cierta vergüenza, mui escusable en un jóven, le impidiese ponerse a la obra por no derogar en el concepto de los caballeros, y especialmente de las señoritas, con las que se habia relacionado; pero el anciano quedó sorprendido, y agradablemente sorprendido, cuando, saliendo en busca de Enrique, lo encontró en medio de sus amigos vestido como ellos y con sus herramientas en la mano.

—Este muchacho es superior a las preocupaciones, y estoi seguro que los vencerá siempre. Tiene el orgullo del mérito y no la falsa presuncion de nuestros pisaverdes. Hombres de este temple, de este carácter y de estas tendencias harian prosperar la república; mientras que la quisquillosa vanidad de nuestra necia aristocracia la pierde, porque contamina con su pernicioso ejemplo todas las clases de la sociedad: hé aquí el principal motivo de la decadencia de estos infortunados paises, dignos descendientes de esa quijotesca España que, con sus ideas de hidalguia, menosprecia al trabajo y al trabajador, y henchida de una vanidad pueril, ha venido a ser el último pueblo del mundo cristiano habiendo sido uno de los primeros y poseyendo la ocasion y los medios de haber sobrepujado a los otros, o cuando menos de haberse conservado a su nivel.

Estos fueron los pensamientos que vinieron a la mente del solitario al ver a Enrique trabajando; pero no le dijo una palabra, sino que se encerró en sus reflexiones, esperando talvez una ocasion mas propicia para estimularlo a seguir siempre el mismo sendero, del que no debiera desviarse jamas.

Cuando la concurrencia entera, o la mayor parte de ella, estuvo en pié, quiso ver, como era natural, los nuevos edi-

ficios, y fueron todos en compañia de doña Juana y de Luisa.

En una de las piezas encontraron al solitario en medio de los trabajadores y sentado en un banco de carpintero con un libro en la mano. A poca distancia de él estaba Enrique en otro banco con un plano estendido sobre él y un compas; mas allá seguian otros artesanos en sus diferentes labores y cantando o conversando alegremente, sin dejar de la mano sus instrumentos.

De repente pararon todas las voces y se hizo un profundo silencio. Era las señoras que entraban al taller. Enrique y el anciano continuaban embebidos, el uno en su lectura, el otro en sus cálculos, sin haberse apercibido de nada... no se oia entonces otro ruido que el de las herramientas.

—Hola, amigos mios, dijo doña Juana dirijiéndose al solitario y a Enrique; ¿con que han desertado ustedes de nuestra sociedad?

El jóven levantó la cabeza y se puso colorado, llevó la mano a su gorra y se la quitó, saludando con cierto embarazo.

—Saben ustedes, señores, que son verdaderamente impolíticos? continuó doña Juana con amabilidad. ¡Abandonarnos por el trabajo! ¿Habrase visto jamas una descortesia igual?

—Los viejos no somos buenos para nada, y por consiguiente no hacemos falta, contestó el noble anciano con esa facilidad de maneras tan peculiar al hombre de mundo.

—¿Y usted qué dice? preguntó doña Juana, dirijiéndose a Enrique: espero que su respuesta sea mas satisfactoria que la de mi escelente amigo.

—Yo, señora, cumplo con mi deber, y estoi en mi puesto.

—Pues bien, caballero, yo digo que usted nos hace falta, y mando que usted abandone el puesto. ¿Quién será tan osado que me contradiga, o quién tan temerario que me resista?

—Nos confesamos vencidos, señora: la voluntad de una dama debe cumplirse; tanto mas cuanto que es una órden terminante; con que así, Enrique, abandona tus planos y tu compas.

El jóven, al obedecer, miró a Luisa... El semblante de la niña estaba radiante de felicidad... Sus ojos se encontraron con los del artesano... Ambos podian ver un mundo de afectos... Enrique bajó los suyos como fascinado, pero su corazon estaba lleno de una delicia sin igual...

—¿Qué estaba usted haciendo? dijo Luisa acercándose al banco del obrero en compañia de muchas otras niñas.

—Estaba calculando la capacidad del lugar donde debe colocarse el reloj que va a ponerse en la torre principal.

—¿Y cómo puede usted saber esa capacidad, interrumpió una de las hijas de don Pastor, por medio de este pequeño papel y de este dibujo?

—Es un plano, señorita, de todo el edificio.

—¿Y bien?

—Está reducido a pequeñas proporciones, pero cuya magnitud se conoce exactamente.

—¿Cómo?

—Por medio de la escala.

—¿Se quiere usted reir de mí? La escala puede servir para subir o bajar, o cuando mas para conocer la altura, pero nunca para saber el tamaño de una cosa. ¿Me toma usted por lesa, señor don Enrique?

—De ningun modo, señorita, replicó el artesano con cierta sonrisa.

—Y entonces, ¿cómo me esplica usted eso?

—¿No ha visto usted mapas que representan nuestro globo o partes de él?

—Indudablemente.

—¿Y no mide usted la estension de un territorio con exactitud matemática por medio de los grados de lonjitud y de latitud?

—Es cierto.

—Pues poco mas o menos sucede lo mismo en un plano: al menos creo hacer una comparacion razonable.

—Estoi convencida; bien dice mi padre que usted es un caballero de mucho talento.

Y la señorita de los Monasterios dirijió a Enrique la mas seductora mirada.

—El señor don Pastor no me conoce y se equivoca; no soi otra cosa que un simple artesano, señorita.

—Mi papá no se equivoca nunca; lo llama, ademas, su íntimo amigo, y por otra parte, su cara desmiente lo que dice, porque es tan buen mozo...

Y la solterona hizo un jesto, que en su concepto creia irresistible.

Enrique se ruborizó.

—No hai por qué apocarse ni por qué avergonzarse, señor don Enrique: todo el mundo sabe aquí que usted es un injeniero de primer órden y que tiene el derecho de aspirar a la mas pintada.

—Señorita! volvió a repetir el obrero, le digo a usted que se equivoca.

—¡Equivocarme yo! Para esto era necesario que se equivocase mi papá, y ya le he prevenido que eso no sucede. Usted no sabe lo que es mi papá, señor; mi papá es el caballero mas orgulloso, y con justicia, de su nobleza, porque los Monasterios descienden en línea recta de los antiguos reyes de Castilla. Nuestra familia estaba relacionada con don Pedro el Cruel, famoso rei, cuya historia usted habrá leido; y uno de nuestros ascendientes pariente cercano de Isabel I y de Fernando el Católico, vino a América con los primeros conquistadores y de allí es donde nosotros nacemos; ahora, ¿cómo puede usted suponer que nuestro papá puede llamar nunca su íntimo amigo a un artesano y que lo hubiera presentado a nosotras con tantas recomendaciones? Porque, le digo a usted con verdad, ningun jóven habia sido

introducido por nuestro papá con igual benevolencia... Con que asi, señor mio, no quiera usted engañarme, porque perderia el tiempo. ¿No es cierto, Luisita?

Y la solterona, con una mueca de chiquilla mimada, se echó en el hombro de la que llamaba su amiga y a quien solo conocia desde la noche anterior.

Enrique estaba atónito... No podia figurarse que existiera una mujer igual en el mundo; y tanto mas intrigado se veia al observar la familiaridad que tenia o aparentaba tener con Luisa.

Esta, por el contrario, se reia de buena gana, no solo de la vanidosa simpleza de la solterona, de sus pretensiones tan manifiestas, de su manera de exhibirse, de su ardiente deseo de deslumbrar y de atraer a Enrique, sino tambien de la sorpresa de éste y de la perplejidad en que se encontraba.

Las demas niñas, que habian oido esta conversacion, cuchicheaban por debajo, diciéndose las unas a las otras:

—Estas Monasterios están que se mueren de ganas de casarse.

Y los jóvenes, que tambien algo habian apercibido, las criticaban y las ridiculizaban a cuál mas.

II.

Doña Juana, que hablaba con el solitario, vino a interrumpir la murmuracion de los unos, las risas de las otras, salvando a Enrique del mal paso, pero sin saber lo que sucedia, sino que deseando que vieran todos el resto del edificio, dijo al jóven obrero.

—Hagame usted el favor, don Enrique, de mostrar las construcciones a estas señoritas y caballeros. Yo me quedaré en el salon, porque no me es fácil y creo que me hace daño el subir y bajar escalas.

Nuestro artesano condujo a todos, esplicándoles cada cosa, y Luisa hacia notar, con interior satisfaccion, que talvez

el mas afamado arquitecto no habria jamas hecho una mejor obra, porque allí se veia reunida la elegancia al confortable, aun cuando el edificio estaba mui lejos de haber sido terminado.

En efecto, Enrique se habia, puede decirse asi, sobrepujado a sí mismo, modificando los planos segun su idea, y con tanto acierto, que nada podia desearse que no estuviera perfectamente combinado: las chimeneas se encontraban en los locales mas adecuados, los cuartos de baño, las cañerias los salones, y aun el parque, todo estaba distribuido con tal simetria y con tal gusto, que, aun sin ser intelijente en la materia, podia apreciarse el conjunto, porque tal es la obra del arte cuando llega a su perfeccion.

Mucha parte de las personas que ahí se encontraban no habian visto jamas un edificio tan suntuoso, y sin embargo todos lo comprendian a la vez que le admiraban, porque la sencillez es lo que forma la perfecta elegancia y en lo que consiste el gusto verdadero que esa misma sencillez arranca: esto sucede en la relijion, en la filosofia, en la literatura, en las leyes, en la política, en las artes, igualmente que en la pasion, en el sentimiento, en el lenguaje.

Luisa no pudo menos de decir a Enrique: —Usted no se ha limitado al plan primitivo, no ha hecho caso de las instrucciones, sino que en la mayor parte ha obrado por sí mismo.

—Es verdad, señorita, que he puesto algo de mi parte, y quizá es allí donde encontrará usted defectos... Disculpe usted mi intencion, pero puedo asegurarle que no he ido ni iré mas allá del presupuesto.

—Estoi tan lejos de dispensar a usted una falta, que mas bien estoi reconocida de un servicio, porque usted lo ha mejorado todo, no echando mano sino de los pocos recursos a que lo habian limitado y con los cuales ha hecho usted verdaderos milagros.

—Si algo hai de bueno no soi yo esclusivamente el autor,

sino que mis compañeros me han ayudado mas allá de lo que tenia derecho a esperar de ellos.

—No quiero quitar el mérito que corresponde a cada cual; pero aquel que lleva la iniciativa, que emplea los métodos y que dirije las diversas operaciones del mecanismo, es a quien pertenece la gloria; lo mismo sucede en un jeneral que manda un ejército, en un político que combina, prevee y dispone los acontecimientos, o en un hombre de ideas que mueve a la humanidad con el pensamiento emitido desde su gabinete. Todos estos hombres, en verdad, no han trabajado por sí mismos, limitándose a hacer mover las masas; y sin embargo, ellos son el alma de la fuerza, que se perderia o se estinguiria si no interviniese su accion; pues bien, otro tanto, aunque en menor escala, sucede en la arquitectura; de consiguiente, es preciso que, modestia aparte, acepte usted el rol que ha asumido y el que en realidad le corresponde.

—No le decia a usted, Luisita; pero ya no te hablo mas de usted sino de tú, porque entre niñas sienta mal esa etiqueta. No te decia, y no le he dicho a él mismo, que hacia mal en rebajarse, cuando está a la vista lo que en realidad es? y me alegro infinito que tú vengas a corroborar mi misma opinion.

—Señoritas, contestó Enrique, mirando únicamente a Luisa; un artesano está en el deber de ejecutar su obra lo mejor que pueda, y esto no es un mérito sino una obligacion.

—Pero el que cumple con la obligacion contrae, sin la menor duda, un mérito.

—¿Qué prurito de hacerse artesano tiene este caballero? volvió a replicar la hija menor del señor de los Monasterios, ¡como si no fuese mas sencillo cenfesar su posicion y figurar en el grado que le corresponde en sociedad! ¿Es usted acaso incorrejible, señor mio, y lleva su taima o su tenacidad hasta negar lo que vemos bajo distintos aspectos?

—No hago otra cosa que una confesion verídica; obrar de distinta manera, dejar que se figuren lo que no soi, seria una supercheria indigna, de que me avergonzaria cien mil veces mas que del destino o profesion mas baja.

—Déjese usted de contradiciones inútilmente y vamos al salon a oir un poco de música; pues por lo que dijo la señora doña Juana, usted está dispensado hoi de toda otra ocupacion que no sea el hacerle la corte y el agradar a las niñas: ¿no te parece, Luisita?

—Mi mamita lo ha exijido así.

III.

Enrique, como se ve, gustaba a las niñas, pues no eran solo las hijas del administrador de correos las que hubieran querido atraérselo, sino muchas de las otras; pero los jóvenes sanfernandinos no eran de la misma opinion, porque bastó que lo vieran de blusa, de gorra y con los instrumentos de trabajo en la mano para que lo creyesen indigno de su sociedad; sin embargo, no podian menos que usar con él de cierta familiaridad amigable, porque no se les ocultaba el aprecio que de él tenian en la casa; pero siempre hacian notar en sus modales cierta altaneria que significaba nada menos que la inferioridad que, en su concepto, tenia respecto de ellos Enrique.

Luisa, que conocia los hábitos sociales y esas medias palabras, esas espresiones de una urbanidad fria que se gastan siempre con los inferiores, no pudo menos de incomodarse y sentir un hastio mayor por esa turba de fátuos que pululan en nuestras poblaciones; de manera que para echarles en cara su nulidad, dijo, mirando a los demas, con ese tono de una altivez y de una dulzura inimitable que la hacia enseñorearse sobre todos: "estamos un poco cansadas, don Enrique, ¿querria usted tener la bondad de darnos el brazo?"

Lo inopinado del ofrecimiento sorprendió a Enrique,

ignorando el móvil que hacia obrar a Luisa; pero recuperando casi instantáneamente su serenidad, se colocó presuroso en medio de las dos niñas, llegando de esta suerte al salon, no sin causar algun despecho a nuestros provincianos, cuya mayor parte no se habia atrevido a solicitar esta gracia de la rica y aristocrática heredera, que sabia mantener a cierta distancía a todos aquellos que le eran indiferentes o que no eran de su agrado.

Ese dia se pasó, como el anterior, en puros regocijos, los que se aumentaron con la llegada de don Pastor de los Monasterios, que habia tratado de desocuparse lo mas luego del minucioso arreglo de su peluca, cuyos rizos y cuyo lustre llegaron frescos a la hacienda, mediante el esmerado cuidado que trajera durante el camino para conservar intacto el peinado de la ciudad; pero para mayor precaucion, el industrioso administrador llevó consigo un cepillo que tenia un pequeñito espejo, pudiendo mirarse la cara y alisarse la peluca.

Cuando notó nuestro viejo y enamorado Adonis que faltaba para llegar a las casas dos o tres cuadras, cerró las celosias del coche, quitóse cuidadosamente el suplemento de su cabeza, pasóle la última cepillada, y mirándose detenidamente al espejo, se sonrió de satisfaccion: estaba irresistible.

Durante el resto de la noche anterior y parte de ese dia, mui pocos sabian lo que se habia hecho don Pastor, siendo un misterio incomprensible su desaparicion; pues si hemos de esceptuar a doña Juana, el solitario, Enrique y las hijas del administrador a los cuales Luisa les habia contado la inesperada ausencia de su padre, cuya causa ignoraba ella misma, todos los demas se perdian en miles de conjeturas a cuál mas estravagantes y que aumentaban la hilaridad de los jóvenes.

—¿Qué se habrá hecho el bastonero? decia uno.

—Tal vez se lo habrá llevado el diablo, decia otro.

—¿Para qué quiere el diablo a ese sonzo? contestaba un tercero.

—Para divertirse de sus penas, respondia un cuarto.

—Y a fé que nos hace una falta inmensa, contestaban todos.

—¡Qué salado estuvo anoche el viejecito!

—Divino! particularmente en la cena.

—¿Y cuando hablaba de su talento? ja, ja, ja!

—Y de sus amores!

—Y de su novela.

—Y de su tiempo tan ocupado.

—Y de sus empleos.

—Vaya! don Pastor de los Monasterios no tiene precio.

—Es una joya.

—Es un portento.

—Es la maravilla de San Fernando: ¿cómo se pavonearia si nos oyera?

—No cabria en el pellejo.

—Era capaz de reventar.

—¡Y haberlo perdido! Esa sí que es desgracia!

—La mas lamentable.

—¿Pero dónde diablos se puede haber metido?

—Sus hijas deben saberlo, desde que están tranquilas.

—Es verdad... vamos a preguntarles.

IV.

En ese momento, como para sacarlos de la curiosidad, paró un coche delante de ellos, cuyos caballos bañados en sudor, decian claramente que venian de hacer una larga jornada. El cochero bajóse del pescante, abrió la portezuela, bajó el estribo y apareció la figura radiante de don Pastor de los Monasterios.

Una salva, una andanada de aplausos saludó al personaje...

Todos querian abrazarlo... todos le hacian preguntas y le prodigaban mil caricias.

—Con cuidado, hijos mios, les decia el administrador, entre asustado y alegre; miren ustedes que me despelucan, que pueden descomponerme mi traje; menos afecto y mas suavidad... Yo los estimo mucho, les agradezco infinito sus manifestaciones, pero piensen ustedes que me ajan la corbata, el chaleco, y sobre todo, que me descomponen el peinado.

Oyendo estas observaciones, los jóvenes repararon en lo finchado que venia don Pastor; y un ¡viva! jeneral, entusiasta, atronador se hizo oir, llamando de tal modo la atencion de todos, que las señoritas que se encontraban en el salon salieron corriendo para averiguar cuál era la causa que motivaba tan descomunal alegria.

La algazara creció de punto con la risa de las niñas, que al ver la figura del administrador no pudieron contenerse, porque, habiéndose quitado el paltó habia quedado en frac y hacia la figura mas rara, mas ridícula... era una verdadera caricatura, pues apercibiendo a Luisa a la distancia, se habia quitado el sombrero, hasta la rodilla e inclinádose profundamente.

La algazara no tenia límites... las carcajadas eran estrepitosas e incontenibles .. casi todos estaban con el pañuelo en la mano para enjugarse las lágrimas que corrian por las mejillas a fuerza de tanto reir... Los unos se apretaban el estómago, los otros la barriga, aquellos se sentaban, mas allá decian: "esto es de morirse" y la bulla crecia... Doña Juana casi se desmayó, viéndose obligada a retirarse... y hasta el solitario, siempre sério y siempre sereno, aunque no tan estrepitosamente como los demas, reia tambien.

El rostro del administrador mostraba la satisfaccion mas grande al pensar en la sensacion que producia, y allá en sus adentros decíase a sí mismo: "Cáspita! yo habia ignorado hasta ahora que tenia tanto mérito!.. Todos se ocupan de

mí, todos me festejan, todos me demuestran las mas grandes simpatias, todos rien hasta el frenesí... indudablemente soi un portento... ¡Qué adquisicion va a hacer la señorita Luisa!.. Cómo estará ella de orgullosa y de contenta! cómo estará despues cuando me posea por completo!.. Va a ser la mujer mas feliz de este mundo; ¿pero quién mas que ella lo merece? Abreviaremos cuanto sea posible la boda."

Hemos dicho que el señor de los Monasterios venia de frac, pero no hemos descrito el resto de su vestuario, que consistia en zapatos rebajados que dejaban ver una fina media de seda color carne. El pantalon de raso de lana llevaba peales e iba ceñido a la pierna, lo que los franceses llaman *collant*. El chaleco era de raso blanco bordado, una camisa tambien bordada, y una corbata del mismo jénero y del mismo color completaban el primoroso traje del viejo dandy; pero lo que hacia mas resaltante lo ridículo del vestido, eran unos guantes de cabritilla verde que se habia calado con la premeditada intencion de simbolizar la esperanza, presumiendo que Luisa comprenderia en el acto lo que ello significaba.

Y no digamos que le habia costado poco al administrador encontrar guantes de ese color, pues habia tenido que recorrer todas las tiendas de San Fernando y solo los halló en una, no con poca admiracion del mercader, que los tenia hacia diez años y que nadie se los habia comprado; asi es que fué tanta su sorpresa, que no pudo resistir a la curiosidad de preguntar a su mui conocido parroquiano y amigo:

—¿Va usted, señor don Pastor, a algun baile de máscaras?

—No voi a baile de máscaras, pero sí a un baile donde he estado anoche y que debe continuar hoi; sin embargo, ¿por qué me hace usted esa pregunta?

—Por la compra de los guantes.

—¿Y qué tiene que ver la compra de estos guantes con un baile de máscaras?

—Es que son verdes.

—Y bien: ¿no es ese el color que yo le he pedido?

—Justamente.

—¿Qué hai entonces de estraordinario?

—Que no habia vendido en diez años un solo par de este color: afortunadamente vinieron mui pocos.

—¿Le quedan a usted todavia?

—Sí, señor.

—Pues todos son mios. ¡Es preciso ser de San Fernando para ignorar que este es el color mas lindo y mas simbólico!

—¡Vea usted lo que es el gusto!

—Tan de mal gusto como de mal tono; ¿quién ignora que el verde representa la esperanza?

—Indudablemente, señor don Pastor, pero esa declaracion, aun cuando sea silenciosa, es mui significativa.

—Esto es justamente lo que yo quiero.

—¿Está usted de conquistas? ¿Tiene usted esperanzas de volverse a casar?

—El tiempo lo dirá; mientras tanto, vengan los guantes: yo calzo únicamente siete puntos, mano de mujer, mano aristocrática, pero que sin embargo es capaz de hundir a Goliat y de levantar un mundo.

—Todos conocen su fuerza y su valor, dijo con ironia el tendero.

—Si todos lo saben, tanto mejor; dígame usted ahora el precio.

—Doce reales.

—¡Doce reales por lo que usted dice que ha conservado diez años!

—Justamente, por eso debian valer veinte, porque el capital debe haberse doblado o triplicado si calculamos los intereses.

—Pero decia usted que era un hueso, y los huesos deben venderse baratos...

—Usted tambien dice que es un color de esperanza, y las esperanzas se venden caras.

—Tiene usted razon; con todo, solo le ofrezco un peso.

—Se los daré por ser a usted.

El trato quedó cerrado.

Conseguido lo que tanto deseaba, se vistió, como hemos dicho, y se metió en el coche con el mismo cuidado que lo hace una niña para no arrugarse.

Arreglado de la manera como hemos descrito fué como se presentó don Pastor en la hacienda de San Jorje, donde habia producido tanta hilaridad.

V.

Hubo una circunstancia que contribuyó poderosamente a escitar la risa de los convidados, y era que al tiempo de saludar con tanta galanteria a la señorita Luisa Valdes, quitándose el sombrero con precipitacion, la peluca se habia desviado de su verdadero y habitual centro, dejando una gran parte del cráneo en descubierto sin que él se apercibiera de ello.

Entrándolo casi en triunfo hasta el salon, una de sus hijas notó la descompostura de la cabellera de su padre y se levantó de su silla para acomodársela, diciéndole:

—Papá, la peluca la tiene mal puesta, porque está completamente a un lado y va a caérsele del todo.

Si un cántaro de agua helada hubiera repentinamente caido sobre el pobre don Pastor, quizá no hubiera quedado tan frio como lo dejaron las palabras de su hija. Al fin volvió a su antiguo aplomo, y llevando la mano a la cabeza, dijo a su hija, sin apartar los ojos de Luisa, que lo miraba con estrañeza:

—¡Imprudente! ¿no sabes que mi pelo es tan delgado y tan sedoso que el céfiro mas suave basta para echármelo a un lado?

Y diciendo y haciendo acomodóse la cabellera; pero tuvo la desgracia de no dar con el verdadero lado, sino que la

colocó en el opuesto, quedando, como es de presumir, lo de atras para adelante y lo de adelante para atras.

Aquí fué Troya: las risas anteriores no habian sido nada comparada a la estrepitosa y unánime carcajada que dieron todos.

Esta vez don Pastor se amostazó; y dirijiéndose a la concurrencia con su voz mas arjentina y con su aire mas imponente, esclamó:

—Qué significa esto? Ya no me parece entusiasmo sino burla.

Este nuevo arranque provocó aun más, si posible es, la hilaridad jeneral.

El solitario se levantó, tuvo compasion de don Pastor, y tomándolo del brazo con afabilidad, le dijo:

—Venga usted conmigo.

El pobre administrador obedeció sin pronunciar palabra, apagándose tan repentinamente su furor como se habia apagado su entusiasmo, porque era de esas naturalezas tímidas y ardientes que cualquiera les impone y que por cualquier cosa se exaltan.

Cuando se encontraron en un cuarto a solas, el solitario, con tono sério a la vez que suave, le dijo:

—Es preciso ser induljente con la juventud, amigo mio; ella no piensa el mal que hace; pero tambien nosotros no debemos dar márjen a que nos pierdan el respeto, tratando siempre de mantenernos en la posicion que nos corresponde.

—¿Y que es aquello que yo he hecho, señor?

—Usted no ha hecho nada malo, pero usted ha dado márjen para que se rian...

—¿De cuál manera?

—Aquí tiene usted un espejo de cuerpo entero: sírvase usted mirarse en él...

El administrador no se lo hizo repetir dos veces y se colocó delante.

Apenas vió su figura, cuando, espantado de ella, se hizo hácia atras. Su peluca estaba dada vuelta y le hacia aparecer con la figura mas estravagante y mas ridícula.

—¡Dios mio! esclamó; ¿es posible que así me haya presentado ante mi sia Luisa?

—Y no tan solo ante esa señorita, sino en presencia de la sociedad entera... Asuma usted, amigo mio, el rol que corresponde a sus años y no quiera nunca salir de él, porque le sucederá lo mismo que hoi le acontece, y quizá peor si se encuentra en un círculo menos decente y mas burlon.

Despues de hechas estas observaciones, el solitario se retiró para que el hombre pudiera reflexionar por sí mismo sin necesidad de ajenas sujestiones, conociendo, por esperiencia, que el corazon humano se somete mucho mejor a la reflexion propia que a la estraña.

Nuestro viejo filósofo se encontraba, sin embargo, con una escepcion; porque, aun no habia salido del cuarto, cuando don Pastor, volviendo a colocarse delante del espejo, puso la peluca en su respectivo lugar, teniendo el cuidado de peinarla con el mayor esmero; y haciendo la reflexion siguiente, no pudo menos de pensar:

—Es verdad que ahora no puedo hacer consentir a la señorita Luisa en la lejitimidad de esta hermosa cabellera; pero tambien no es menos cierto que si he despertado tan fuerte inclinacion en ella, no es debido a mis gracias físicas sino a las de mi espíritu; de consiguiente, nada tengo que temer, pues entre personas de talento, como dijo madame de Stael cuando quiso visitar a Napoleon I, que era entonces primer cónsul, "no hai diferencia de sexos;" y si es verdad que yo no quiero ir tan lejos como la célebre autora de *Corina*, no deja de ser efectivo que el jenio es lo principal; y como yo lo tengo incuestionablemente, creo haber perdido bien poco; ¡y quién sabe si no habré ganado! de modo que estoi en el deber de presentarme en sociedad mas contento y satisfecho que nunca, a pesar de la opinion de este

maldito viejo con cara de profeta, que debe ser en estas materias un verdadero estúpido.

VI.

Consiguiente a estas reflexiones que lo habian convencido del todo, don Pastor presentóse en el salon con los modales de un conquistador consumado y de un dandy de profesion, provocando, como era natural, nuevas risas, que los jóvenes trataban de reprimir para tener ocasion de embromarlo mas, haciéndole consentir que estaba irreprochable.

El señor de los Monasterios se detuvo mui poco tiempo en escuchar las alabanzas que a porfía le prodigaban los jóvenes, y fué resueltamente a sentarse al lado de Luisa, que estaba en compañia de sus hijas, las que no la abandonaban un solo instante, dándose por sus mejores amigas.

—Ya ve usted, señorita, que he cumplido mi palabra, dijo el administrador de correos.

—Es innegable su puntualidad, señor de los Monasterios.

—¿Y cómo no serlo cuando media un interes tan grande?

—¿Cuál?

—El presentarme ante mi diosa y el acompañarla.

—¿Quiere usted entonces que sigamos representando el papel de la noche anterior?

—De veras, deseo que continúe eternamente.

—Eso se puede hacer un momento, pero no siempre: usted sabe que desgraciadamente somos simples mortales.

—Es cierto, señorita; sin embargo, la pasion diviniza al hombre, como lo afirman todos los filósofos, y segun lo presiente mi corazon, que jamas habia estado tan impresionado como ahora.

—Ya lo creo; pero ese lance no debe afectarlo.

—¿De cuál lance habla usted?

—Del de la peluca.

—Esas son niñerias en que jamas debe fijarse un hombre

sério; ¿qué importa la materia cuando vive el espíritu? Por otra parte, si yo he perdido mis cabellos, no es el resultado de mi edad, porque soi aun bastante jóven, sino del ejercicio constante de mis facultades, ya sea en la consagracion a los empleos gubernativos con que me han agoviado todas las administraciones, ya en la lectura, que es mi pasion favorita, o ya en las elucubraciones de los filósofos, que es lo que constituye la principal entretencion de mi vida.

—De manera que usted debe ser un pozo de ciencia y de esperiencia.

—Cuando le faltan a uno las dotes de la juventud, debe tratar de adornarse con estas.

—Que son las principales.

—¿Lo cree usted así?

—Indudablemente: las primeras perecen y concluyen con la edad, mientras que las otras duran cuanto dura la vida, y hai ocasiones en que van mucho mas allá de la efímera existencia del individuo.

—¡Cómo me gusta oirle espresarse así! ¿Entonces yo no he perdido nada en su concepto por el asunto de la peluca?

—Absolutamente nada, mi señor don Pastor.

—¿La intelijencia tiene en usted el absoluto predominio?

—Siempre.

—Asi lo pensaba yo, y le doi por ello las gracias.

—Nada tiene usted que agradecerme; sigo únicamente mis instintos.

—Esto es lo que me ha valido; porque si usted hubiera sido, como tantas jóvenes, frívolas y que no tienen la suficiente cabeza para apreciar el mérito en lo que vale en sí y para reconocer las personas que en realidad lo poseen, seria hombre completamente perdido ahora.

—¿Por qué?

—¿Me lo pregunta usted, señorita? Porque el ridículo habria borrado el cariño.

—Eso es lo que sucede siempre.

—Pero hai sus escepciones, como la de ahora... Verdaderamente, señorita, ¿no le importa nada mi peluca?

—Absolutamente nada.

—Hé aquí lo que yo queria saber... Ahora soi un hombre feliz, y puedo desafiar la rechifla de esos frívolos jovencitos, como los indijestos consejos del anciano... Me basta con lo que usted me ha dicho, y desde este momento queda su mas rendido admirador y...

Don Pastor se contuvo, temiendo ir demasiado lejos; pues aun cuando tuviera la conviccion de ser amado, no debia por una imprudencia arriesgar la victoria, sabiendo, como él lo repetia siempre, que las mujeres eran lo mas caprichosas y que un paso dado en falso podia comprometer el éxito; ademas, estaba en la conviccion de que, en materia de amores las niñas debian ser las que se insinuasen, porque los hombres estaban en su derecho en regodearse.

Terminada la conversacion con Luisa, que por una parte deseaba que la tuviesen como una declaracion en regla, mientras que por la otra era considerada como una broma inofensiva y sin la menor consecuencia para la sociedad, para el individuo y para ella misma, don Pastor se dirijió al corrillo de los caballeros, donde su presencia era deseada con ansia.

Ya tenemos una pequeña muestra de la manera como trataban al señor de los Monasterios, para que nos detengamos mas en las finas puas y rechiflas con que era acariciado y adulado, porque un hombre que hace reir, afectando gravedad, es el ser mas espuesto a la broma, que era justamente lo que le sucedia al administrador.

VII.

En todo esto las hijas del pobre hombre no sabian qué pensar respecto a su padre, porque no recordaban haberlo

visto nunca tan obsequioso, tan fino, tan galan y lo que es mas, tan compuesto.

—¿Qué le pasará a mi papá? se preguntaban las unas a las otras, al verlo con tantos piropos y casi siempre sentado al lado de la señorita Luisa.

—¿Si intentará darnos madrastra? decia la menor de las hijas; pero con tal que fuera Luisa, yo me alegraria.

—¡Oh! entonces tendriamos haciendas, y coches, y vestidos, y casa en Santiago, y palco en el teatro y paseo constante a la Alameda, y pretendientes...

—¡Qué felicidad! repuso la mayor; qué vida tan zorzalina no nos pasariamos.

—Desgraciadamente que mi papá está un poco viejo, contestó la hermana del medio; sin eso seria un asunto concluido.

—No digas tal disparate, replicó la mayor; mi papá es un hombre de mui buena edad; y por otra parte todavia ya lo ves, es ájil, tiene buen cuerpo, aunque chico, y sobre todo, es tan intelijente, tan gracioso, tan noble, tan querido de todo el mundo, porque cualquiera, que apenas lo trata ya lo estima, lo halaga y hasta lo adula; es el hombre de sangre mas lijera que he conocido; Luisa Valdes no podria encontrar mejor; pues aunque jóven y rica, mi papá en compensacion es de una familia tan ilustre, que realzaria la de ella. No les parece, hermanas mias?

—Tienes sobrada razon, contestaron ambas.

—Por otra parte, añadió la primera, ya yo no sé qué veo; mi papá estuvo casi toda la noche al lado de Luisa, bailó con ella la primera contradanza y en seguida ni el uno ni el otro lo volvieron a hacer: esto me huele a compromiso. ¿Y no han notado ustedes ultimamente la larga conversacion que han tenido ambos y lo satisfecho que se muestra papá? ¿Qué quiere decir esto? Que gana terreno y nada mas, y que talvez está mas avanzado en el corazon de Luisa que lo que nos lo figuramos.

—Puede ser.

—No tan solo puede ser sino que es, pero es indispensable que nosotros lo ayudemos.

—¿Cómo?

—Se me ocurre una idea: quedándonos aquí a acompañar a Luisa.

—Bueno seria si no tuviéramos que irnos hoi a San Fernando, porque la visita o el convite no puede durar eternamente.

—No digo que dure eternamente, pero sí por algunos dias.

—Sin embargo, hoi a la oracion partirán todos los convidados incluso mi papá, y no podemos nosotras menos de seguirlo.

—Convenido; señoritas como nosotras deben estar siempre al lado de su padre mientras no tomen estado; pero quedando en una casa decente y respetable, teniendo ademas el consentimiento del papá, no veo inconveniente...

—Asi es.

—¿Entonces consienten?

—Basta que podamos servir de algo a nuestro querido papá.

—El mismo deseo es el que a mí me anima, la prueba es que soi la inventora de la idea.

—Tienes razon.

—Pues bien, lo que se concibe se ejecuta, y yo me encargo de llevar a cabo la empresa.

—Tienes el derecho, porque eres la mayor.

—No porque sea la mayor, contestó con enfado la vieja solterona, sino porque sé hacer las cosas mejor que ustedes.

—No te disputamos el mérito, dijeron riéndose con ironia las dos menores; ¿pero cuál es el plan que has formado? ¿Podemos saberlo?

—No solo saberlo sino que es preciso que me ayuden.

—Estamos prontas.

—Enhorabuena. Debemos ir las tres juntas donde Luisa, rodearla, decirle mil agasajos, hacerle presente el profundo cariño que nos ha inspirado, que tendremos un sentimiento inmenso en separarnos tan pronto de ella, que compadecemos y nos duele su soledad; que con el mayor gusto la acompañaríamos, etc., etc. A tan fuertes argumentos es imposible que se resista, que no se convenza, que no desee mas que nosotras mismas el que nos quedemos y que no nos pida por favor que le sirvamos de compañia.

—Bien pensado, respondieron las dos hermanas, que habian prestado la mayor atencion al discurso de su primojénita.

—En cuanto a mi papá, volvió a decir la primera, estamos seguras que nos dé el permiso, especialmente si le descubrimos nuestro propósito.

—Con esto y sin esto lo obtendriamos, porque ya sabes que papá hace cuanto queremos.

—Es verdad que somos mui felices en tener un padre tan bueno; por lo mismo es preciso que trabajemos tambien por su dicha.

—Y por su tranquilidad; porque, sea dicho entre nos, el viejecito es enamorado, y casándose con una niña, ya no pensará sino en su mujer.

—Ojalá, pero jénio y figura hasta la sepultura. Con todo, sea de ello lo que fuere, pongamos desde luego manos a la obra.

Y diciendo y haciendo, nuestras tres solteronas se encaminaron resueltamente donde Luisa, que en ese momento se encontraba algo fastidiada con la insulsa conversacion de uno de los provincianos, que no sabia ocuparse de otra cosa que de chismes y frivolidades; de manera que recibió con agrado a las tres Monasterios, porque la libertaban de aquel jóven tan pesado o tan chismoso, como vulgarmente se dice.

VIII.

Cuando creyó oportuno el momento la mayor de las hermanas, tomó la palabra, siendo ayudada por las otras dos, conduciéndose todas de tal manera, que Luisa no pudo evadirse y tuvo que considerarlas; porque el no hacerlo hubiera sido faltar a la política o inferir un insulto, y Luisa era incapaz de ello.

Por otra parte, ella pensó que quizá aquellas pobres necesitaban de alguna distraccion o de alguna comodidad, que la escasa renta del administrador de correos no podia proporcionarles, y este sentimiento de compasion influyó mucho en ella para que las convidase con agrado.

Las tres Monasterios habian triunfado y no cabian de contentas, pues a mas de querer ayudar a su papá, que era lo que ostensiblemente se proponian y en lo que sinceramente pensaban trabajar, viendo que dependia de allí su bienestar futuro, tenian tambien en perspectiva el poder cautivar a Enrique, lisonjeándose cada una con la idea de un éxito pronto y feliz, reservando, sin embargo, este pensamiento por el temor de que a alguna de las otras se le ocurriese, lo que habria traido luchas, rivalidades y quizá un conflicto, que era preciso evitar en casa ajena, ya que no se tenian el menor miramiento entre sí mismas, habiendo en varias otras ocasiones, a propósito de lo mismo, terribles lances en que habia tenido que intervenir la autoridad del padre; por cuya razon la prudencia y la conveniencia les aconsejaba ser en este particular lo mas reservadas y aun disimuladas, si era preciso.

El dia se pasó alegremente, siendo don Pastor de los Monasterios el principal elemento de la diversion y el mas importante personaje; pero como todo se acaba en este mundo, llegó al fin la hora de la partida, que el enamorado viejecito sentia acercarse con mas pena que cualquier otro de los

convidados, sobre todo no habiendo tenido lugar de hacer una declaracion en regla, si bien es verdad que no habian faltado sus insinuaciones, las que, en concepto de él, habian sido perfectamente recibidas, alimentando, no solo la esperanza, sino que llegaba esto casi al estremo de ser considerado como una realidad que no esperaba mas que la sancion del hecho; con todo, su semblante manifestaba tristeza cuando se le acercaron sus hijas, que en pocas palabras le comunicaron su intencion de quedarse por algunos dias en la hacienda para acompañar a Luisa, que les habia convidado con instancia.

Don Justo Pastor, al oir lo que le decian sus hijas, mudó completamente de cara, y una espresion de alegria y de triunfo dibujóse en sus facciones, siendo tal el contento, que abrazó a sus tres hijas juntas, haciéndolo en seguida con cada una de ellas en particular, prodigándoles a la vez los mas dulces epítetos y los elojios mas descompasados, lo que dió motivo entre los concurrentes a una nueva algazara.

No contento con esto, el señor de los Monasterios se dirijió donde Luisa, dándole las mas espresivas gracias por un favor tan singular, que venia a confirmarlo mas en la sinceridad de sus sentimientos, sentimientos que él apreciaba en el alma y que sabria corresponder en todo tiempo y en todas ocasiones.

Luisa contestó a su calorosa y casi apasionada arenga, diciéndole que si habia favor en aquel convite, lo que ella dudaba, era tan insignificante, que no debia siquiera mencionarse; que lo único que sentia era que sus hijas fueran a mortificarse en la soledad del campo, sobre todo estando acostumbradas a vivir en el pueblo, donde hai mas distraccion y mas sociedad; pero si les agradaba permanecer aquí, podian quedarse todo el tiempo que quisiesen.

—Ojalá fuera por toda la vida, por toda una eternidad.

—Usted piensa de esa manera, pero las señoritas quizá no.

—No me diga usted nada, señorita Luisita, porque yo conozco las uvas de mi majuelo.

Las tres Monasterios abrazaron a Luisa, haciéndole protestas llenas de afecto, y asegurándole que allí donde ella estaba tambien se encontraba la felicidad de las Monasterios.

IX.

Al tiempo de partir, el viejecito llamó a un lado a sus tres hijas para recomendarles a Luisa; que tuvieran con ella el mayor cariño y que le hablaran de él en todas ocasiones, porque pudiera mui bien suceder...

—Sí, papá, sí; lo sabemos... puede ser mui bien... ya lo habiamos adivinado... ¡Cuán dichosas seriamos nosotras viéndolo a usted feliz!...

—¡Cómo no desmiente la sangre! ¡cómo se conoce que ustedes son mis hijas! ¡Cuáles otras tendrian tan rara perspicacia! Pues bien, mis queridas tortolitas, si se efectuase...

—Con ese objeto nos hemos quedado. Vamos a trabajar por un papá tan bueno hasta que consiga lo que desea.

—Ahora yo no dudo del éxito. Nada habrá que resista uniendo nuestros esfuerzos. Les prevengo, sin embargo, que ya yo tengo avanzado mucho; pero no hai todavia nada de positivamente seguro, lo que debe haceros andar con prudencia para no echar a perder un asunto que va tan bien y que se ha comenzado bajo tan buenos auspicios: el escesivo celo suele en muchas ocasiones ser perjudicial, llevándonos en sentido opuesto del que creiamos y del que queriamos.

—Pierda cuidado.

—Me voi lleno de esperanza. Adios, hijas mias; el domingo tendré el gusto de veros: esto es si no me anticipo a venir el sábado despues de haber cerrado la oficina. Adios, otra vez.

Y el viejo verde se fué a despedir de Luisa y de doña Juana, que lo acompañaron con su risa hasta que estuvo dentro del coche.

Los caballos partieron, y en el acto volvió a sacar la cabeza el señor de los Monasterios, batiendo un pañuelo blanco en señal de despedida, como quien dice:

—Os llevo en el corazon, no os abandono.

Las tres hijas, imitando a su padre, sacaron tambien los suyos, haciendo el mismo ademan y llevándolos en seguida a sus ojos como para enjugar sus lágrimas.

—Veo que ustedes sienten mucho la ausencia de su papá, dijo Luisa, acercándose a las tres Monasterios.

—¡Oh! sí; jamas nos habiamos separado de él: esto te probará cuánto te queremos, Luisita.

—Esta demostracion no produjo el efecto que esperaban, sino que, por el contrario, Luisa respondió con cierta sequedad.

—No me gusta que se sacrifiquen por mí y menos aun en tanto grado. Todavia es tiempo, si lo desean, de ahorrarse tan fuerte sentimiento, porque puedo mandar alcanzar al papá de ustedes y decirle que las lleve.

Las tres Monasterios se quedaron como estátuas al oir tan inesperada y fria respuesta.

Luisa se arrepintió en el acto, viendo que habia sido mas dura de lo que debiera, y para reparar su falta les dijo con cariño:

—Pero ese sentimiento, amigas mias, lo pasarán luego. Estamos tan cerca de la ciudad, que es casi lo mismo que si viviéramos en ella, y don Pastor les ha prometido volver pronto, porque a mí misma me ha dicho que estaria aquí antes de concluir la semana.

—¡Es posible!

—No veo en ello dificultad alguna.

—Sus numerosas ocupaciones. ¡Si supieras, Luisita, cómo es ocupado mi papá! no le dejan tiempo para nada!...

—Sin embargo, el afecto de ustedes le hará vencer todos los obstáculos.

Las tres hermanas fijaron su vista en Luisa, creyendo aquellas palabras de doble sentido y que encerraban un secreto.

En ese momento aparecieron el solitario y Enrique, que tambien venian a despedirse de Luisa para irse a su cortijo.

—Qué, señor, ¿piensa usted dejarnos hoi?

—Sí, hija mia, ya hemos estado mas tiempo del que debiéramos.

—Sé que con usted es inútil insistir.

—¿Tan duro e inflexible me consideras?

—Al contrario; pero usted solo rinde culto a la diosa Razon.

—No tiene que quejarse de ello la diosa Amistad.

—Es verdad, señor, y estendió cariñosamente su mano al solitario y a Enrique.

—¿Qué, tambien se va este caballero? dijeron las tres Monasterios a un mismo tiempo.

—Sí, amigas mias.

—¿Que no vive usted aquí, señor don Enrique? se atrevió a preguntarle la menor, con el mas tierno acento.

—Sí, señorita, vivo en la hacienda pero no en las casas.

—Pues no es usted el que dirije los trabajos?

—Justamente.

—¿Y entonces los abandona usted?

—No, señorita, porque estaré aquí mañana a la misma hora que los otros trabajadores.

—¿Vive usted mui cerca?

—Como a tres leguas.

—Jesus! qué sacrificio! ¿Tendrá usted que levantarse con noche para llegar a tiempo!

—Aquí hai la costumbre de principiar los trabajos cuando comienza a rayar el sol; así que tengo en mi favor todo

el crepúsculo de la mañana: tiempo suficiente para llegar con oportunidad.

Un mozo trajo dos caballos ensillados, y el solitario y Enrique partieron.

X.

Luisa se quedó mirándolos por largo tiempo... Una sola vez volvió la cabeza Enrique, y aun en la distancia pareció animarse su fisonomia... Luisa sintió el choque, y un lijero carmin subió a sus mejillas... luego dirijiéndose a las Monasterios las convidó a entrar al salon.

—¿Qué diferencia con la noche anterior, señora! esclamaron las alojadas, dirijiéndose a doña Juana, que estaba sentada neglijentemente en una poltrona junto a la chimenea.

—Es verdad, señoritas, todo pasa.

—¿Y no se aburre usted en esta soledad?

—Es mi manera de vivir habitual, tanto en la ciudad como en el campo; me basta mi hija... y doña Juana miró a Luisa con una espresion de profunda ternura.

—Mamita! esclamó Luisa, acercándose y tomándole una mano, que llevó a sus labios: "diga usted mas bien, nos bastamos."

Los sentimientos verdaderos hablan al corazon: las tres Monasterios quedaron sorprendidas al presenciar ese natural abandono de un afecto recíproco, de que ellas no tenian la menor idea: jamas se habian amado las unas a las otras, sino que, llenas de pequeñas envidias, toda su vida solo habia sido disgustos y rencillas, no conociendo la dulce fraternidad que hace el interior de la vida doméstica tan llevadero en la desgracia, tan lleno de encantos en la felicidad.

—Divierte a estas niñas, Luisa, dijo doña Juana, acariciándole la cabeza, y señalándole al mismo tiempo el piano.

—¿Qué quieren ustedes que les toque?

—Lo que gustes, Luisita; lo haces divinamente, segun pudimos juzgarlo anoche.

Luisa por toda respuesta principió a preludiar, y acordándose de lo que habia tocado y cantado a Mercedes en los primeros dias de su amistad, comenzó el mismo romance: el recuerdo hace muchas ocasiones las veces de la inspiracion o mas bien la estimula y provoca: asi es que Luisa pensando en su jóven amiga y quizá en otra persona, produjo esos sonidos de una melodia indefinible que arroban el alma; y cuando los torrentes de una voz dulce, sonora, vibrante y patética, se dejaron oir, doña Juana quedóse en éstasis por todo el tiempo que duró aquel cántico, que parecia solo digno de los ánjeles y que tenia algo de ese perfume de la oracion que se eleva hácia Dios y que es la flor de nuestra alma.

—Ven, hija mia, ven, esclamó doña Juana, entusiasmada, casi fuera de sí por la emocion; ven que te abrace, ven,.. y sentándola en sus rodillas la estrechaba contra sí misma y la decia: esa voz no nace de tu pecho o de tu garganta, sino que brota de tu corazon, es un soplo de tu alma, es tu espíritu virjinal el que habla, el que canta y no tus labios; ¿no es verdad Luisa? y la cariñosa, amante, y casi diremos apasionada madre, volvia a acariciarla de nuevo.

Intertanto las tres solteronas, lejos de sentir entusiasmo, esperimentaron envidia. No se podian ocultar a sí mismas, por mas amor propio que tuvieran, la incontestable superioridad de Luisa, y esto las humillaba, tanto mas, cuanto que la aristocrática jóven no ponia la menor pretension en su talento, ni siquiera solicitaba la aprobacion o desaprobacion de ellas; pero eran demasiado astutas para no ocultar ese sentimiento, haciendo los mas grandes elojios, pero de esos elojios estudiados, de esos elojios venales que a naturalezas sencillas, francas y elevadas como la de Luisa, en lugar de agradar, mas bien disgustan.

—Repite otra vez, le dijo doña Juana a su hija.

—Lo haria con gusto, mamita, pero ya no seria lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque yo solo canto por capricho.

—¿Cómo es eso?

—Para mí, la música casi no es un arte sino una inspiracion. Necesito que me anime un sentimiento; mientras éste dura yo me arrobo. Podria volver a cantar ahora, el piano daria los mismos sonidos, mi boca pronunciaria las mismas palabras, menos el acento, menos la melodia: esto es lo que me sucede, mamita; ya usted ve que no soi música sino por accidente, asi como no habré sido pintora sino una sola vez.

Doña Juana no quiso insistir, porque le pareció comprender la razon de Luisa; pero las Monasterios, que no se daban cuenta de nada de eso, pareciéndoles que cuanto decia Luisa era solo gazmoñeria, continuaron con la misma exijencia, que hizo cesar la señora, ordenando que sirvieran el té, y diciendo a su hija y a sus alojadas que era necesario recojerse temprano no habiendo dormido la noche anterior.

La órden era dada con ese tono que no admite replica, y fué preciso obedecer.

Plan de conquista.

I.

Luisa, como de costumbre, se levantó mui temprano y bajó al jardin. Tal vez no la llevaba allí solamente el amor de sus flores, aunque éstas habian sido toda su vida las favoritas de su corazon y a quienes hacia en todo tiempo su primera visita; sin embargo, ahora quizá se asociaba otra persona en esta escursion matinal; en efecto, sabiendo Luisa que debia venir Enrique; quiso verlo llegar y lo probaba bien la espresion de inquietud que un observador cualquiera habria notado en ella, pues a cada instante volvia la cabeza hácia una misma direccion.

De repente se paró, como quien reconcentra toda su atencion en un solo punto, y una sonrisa vagó por sus labios: habia, sin verlo aun, reconocido a Enrique, que no tardó en aparecer a alguna distancia por el callejon que conducia a las casas.

Luisa continuó cojiendo sus flores: el disimulo parece instintivo en la mujer, aun cuando sea sencilla y franca por naturaleza.

Al entrar en el gran patio, la primera mirada de Enrique fué a las casas y su segunda al jardin: tal vez se habia lisonjeado que al llegar iba a ver a Luisa, o un interior presentimiento se lo habia revelado. Cuando la hubo apercibido, pintóse la alegria en su rostro, saludándola respetuosamente, a tiempo que ella, como sin pensar, se volvió hácia él.

Enrique se encaminó al jardin, llevando su caballo de la brida.

—Buenos dias don Enrique, dijo Luisa. Usted ha estado mui madrugador, a pesar de haber pasado una noche en vela.

—No me he hecho la menor violencia, señorita; pero noto en usted lo mismo.

—Así es, con la sola diferencia que usted tiene que galopar tres leguas, mientras que yo, saliendo de mi cuarto estoi en el jardin. Y bien, ¿se divertió usted mucho la noche pasada? Nada hemos hablado a este respecto.

—Muchísimo, señorita, y he cometido una falta al no haberles demostrado mi gratitud.

—¡Su gratitud! ¿Por qué? de qué?

—Esa diversion, señorita, recordará usted fué hecha para celebrar la elevacion de mi padre, y yo estaba en el deber, no solo de agradecerlo como lo agradezco, sino de manifestarlo.

—¿Pues no recuerda usted que él ha hecho otro tanto por nosotras?

—En él era una obligacion; en ustedes es una gracia.

—Vamos, vamos, nunca quiere usted confesar nada en su favor ni permitir que se lo reconozcan.

—Si lo hiciera seria de mi parte una vanagloria digna de vituperio; permíta usted tener siquiera la persuasion de mi nulidad.

—Si otro le dijera a usted lo que usted dice de sí mismo, talvez se incomodaria, repuso Luisa, con una sonrisa entre afable y burlona.

—Quién sabe, señorita, si tendria esa debilidad; pero yo no afecto pequeñez por ensalzarme con una humildad hipócrita, sino que en realidad lo siento y estoi convencido de ello.

—No discutiremos sobre su mayor o menor mérito; esto lo apreciarán los otros, y es preferible que usted piense de

esa manera: la modestia y la humildad en vez de apocar engrandecen. Ahora dígame: ¿qué tal le pareció don Pastor de los Monasterios?

—¡Pobre hombre! Lo compadecia, y sin embargo, no podia menos de reirme.

—A mí me ha sucedido lo mismo. Yo hacia los mayores esfuerzos, pero era imposible contenerme. Por otra parte, lo veia tan contento y tan satisfecho, que decia en mi interior: este hombre es feliz; y ahogando de esta manera mi natural compasion, continuaba riéndome: ¡tiene ocurrencias tan orijinales, tan saladas!.. jamas habia visto yo un ser igual...

—Pero esas bromas son malas; el señor de Guzman las reprueba.

—No hai duda que será malo provocarlo; pero cuando él las hace sin que nadie lo instigue, ¿qué partido tomar? Puede uno menos de reirse? Puede uno ir a decirle: "usted es un sonzo?" ¿y no seria peor quitarle sus ilusiones? no se le haria en ello un verdadero mal? Dígame usted ¿quién le puso en la cabeza la peregrina idea de irse a San Fernando a las tres de la mañana para volver vestido como un titiritero?

—Es mui raro, en verdad! Tanta estravagancia no se comprende.

—¡Y hasta el nombre! Llamarse Pastor de los Monasterios! ¿no lleva ya su sello de predestinado, como vulgarmente se dice?

Enrique se sonrió.

—Pero ¿lo creerá usted? Estoi sumamente agradecida a ese caballero y en medio de su ridícula orijinalidad tiene para mí algo de simpático.

—¿Qué motiva esa gratitud, señorita?

—El que mi mamita ha pasado un dia alegre. Hacia mucho tiempo que no la veia reir de tan buena gana. En vano queria reprimirse, porque le era imposible. Yo goza-

ba de verla tan contenta y se lo agradecia al señor de los Monasterios. Pero no vaya usted a pensar que mi mamita es burlona por carácter, no, don Enrique, jamas se permite esas chanzas ni las tolera en los otros, porque prueban mal corazon: ¡pero ese caballero traspasa los límites de la estravagancia! ¿cómo resistir a la tentacion? Le aseguro a usted que cuando salimos del salon para ver qué motivaba la grande algazara que se sentia en el corredor y me apercibí de don Pastor vestido de frac, con chaleco blanco, corbata blanca y unos guantes verdes que vi brillar al tiempo de saludarme, no fuí dueño de mí misma; pero cuando al quitarse el sombrero descompuso su peluca, dejando en descubierto una parte del cráneo, ya toda moderacion era imposible, y ni la presencia de sus hijas, que estaban casi a mi lado, me contuvo... Otro tanto le pasó a mi mamita, la que casi se desmayó a fuerza de tanto reirse; ¿y cómo evitarlo? Hai sentimientos tan espontáneos, que no se someten a la fuerza de la voluntad o que nacen a despecho de ella; y por mas prevenido que uno esté, siempre lo sorprenden.

—Tiene usted razon, señorita, tanto mas que hasta el señor de Guzman no pudo quedar impasible.

—Ya lo creo... Difícilmente hai en el mundo un ser parecido a don Pastor de los Monasterios.

—Y las señoritas sus hijas ¿se le asemejan algo?

—Así me está pareciendo.

—¿Entonces la diversion va a continuar?

—Seguramente, pues tendremos al señor don Pastor el sábado próximo; queda usted convidado.

—Gracias, señorita.

Y Enrique, viendo que sus compañeros se dirijian al trabajo, despidióse de Luisa, que continuó tomando flores para mudar los maceteros de su cuarto y del de su mamá.

II.

Antes de la hora de almuerzo, las tres Monasterios convidaron a Luisa para ir a dar una vuelta por el trabajo, no llevadas por la curiosidad, sino por el deseo oculto de ver a Enrique, que disimulaban con el interes que decian tener por la obra; pero Luisa se escusó, porque creyó impropio el presentarse, bajo el pretesto de que tenia que estar en el dormitorio de su mamita antes de levantarse para ayudarla a vestir; pero les dijo que todo estaba a su disposicion y que podian ir solas.

Las tres solteronas no se hicieron de rogar. Azuzadas por el deseo de ver a Enrique, a quien se habian propuesto atraer a toda costa, se encaminaron resueltas a donde los trabajadores.

Como el dia anterior se habian fijado en el lugar en que se encontraba Enrique, sin decirse nada las unas a las otras, fuéronse directamente a él; y en efecto, hallaron al jóven en el mismo sitio, mirando los planos y con el compas en la mano, pero rodeado de cuatro o seis hombres, con quienes hablaba familiarmente.

Embebidos los artesanos en lo que estaban haciendo, ninguno reparó en la presencia de las tres señoritas, que se acercaron hasta ponerse a la espalda de Enrique, que ocupaba el centro del grupo.

—Usted es incansable para el trabajo, señor don Enrique, dijo al fin una de ellas.

El jóven obrero se dió vuelta con precipitacion.

—Señoritas!.. dispensen ustedes.

—No hai de qué, don Enrique; continúe usted su trabajo; no queremos perturbarlo.

Los otros artesanos se retiraron por deferencia.

—¿Puedo servir a ustedes en algo?

—Oh! sí, repuso la menor; le agradeceriamos a usted in-

finito que nos mostrara todo y nos lo esplicara usted mismo.

—¿Pero no lo incomodaremos mucho?

—Iba en este momento a distribuir el trabajo que corresponde a cada uno de nosotros.

—¿A cada uno de los artesanos, querrá usted decir?

—Yo soi tan artesano como ellos.

—No se apoque usted inútilmente, señor don Enrique. Nosotras sabemos mui bien a qué atenernos a ese respecto; pero vemos que quizá lo incomodamos.

—De ningun modo, señoritas... estoi a sus órdenes.

—Vamos entonces.

Enrique tuvo que dejar su trabajo, aunque de mala gana, pero ante todo estaba obligado a ser cortes.

La escursion demoró mas de una hora, porque cada una de ellas le hacia distintas preguntas, sin olvidar algunas indirectas sobre el estado de su corazon y si no habia pensado alguna vez en el matrimonio... La fastidiosa charla se habria prolongado quién sabe hasta cuándo, si no viene un sirviente a prevenirlas que el almuerzo estaba servido.

—Vamos, pues, señor don Enrique, dijo la mayor; ya le hemos quitado a usted bastante tiempo, fuera del que perderá con nosotras en el almuerzo, pues lo retendremos cuanto podamos.

—Yo almuerzo y como con mis compañeros, señoritas.

—¿Usted no va a la mesa?

—Solo de vez en cuando, y esto porque me lo ordenan las señoras.

—Es admirable! ¿y cómo estaba usted en el baile y hablaba familiarmente con la señora doña Juana?

—La señora es mui bondadosa, lo que le hace olvidar con frecuencia la diferencia de posiciones.

—Tambien nosotras queremos usar del mismo privilejio invitándolo ahora, seguras que la señora doña Juana y Luisita no lo tendrán a mal.

—Agradezco, señoritas, pero me es imposible aceptar. Por otra parte, estoi mui recargado de trabajo.

—¿Decididamente no quiere usted venir?

—No puedo, señoritas.

—Vaya, vaya!.. esto es inconcebible... ¡ir al baile y no ir a la mesa!

Las tres Monasterios, algo picadas, se separaron de Enrique, haciéndole una reverencia casi fria.

El jóven volvió a su trabajo con un poco de mal humor, el que fué aumentado por las bromas de sus compañeros, que, aun cuando tenian por Enrique consideracion y verdadero cariño, no por eso habian perdido la franca familiaridad que reina jeneralmente entre las personas de una misma profesion y cuya clase y fortuna está poco mas o menos al mismo nivel.

III.

Intertanto, las tres Monasterios contaban a doña Juana y Luisa lo que les habia pasado con Enrique, sin ocultar la estrañeza que les causaba tal conducta.

Doña Juana se limitó a decirles que ella habia convidado con instancia a Enrique para que comiese diariamente a su mesa; pero que era tan modesto, que nunca habia querido aceptar, con escepcion de los domingos, lo cual aumentaba su mérito y el buen concepto en que ella lo tenia.

—¿Pero que no es un jóven de clase? preguntó con insistencia la mayor de las tres hermanas.

—¿Qué significa eso de clase? dijo doña Juana con ironia.

—¿De calidad?

—Todos tienen clase y calidad.

—¿De familia?

—No conozco a nadie que no sea hijo de sus padres.

—Usted me comprende, señora, y no quiere contestarme.

—Pues bien, ese jóven es de primera clase, de la mejor calidad y de la mejor familia.

—Entonces no sé cómo clasificar esa estremada modestia, que mas bien parece una timidez pueril.

—Hai virtudes que muchos no comprenden, respondió doña Juana con severidad. Básteles a ustedes saber, señoritas, que yo aprecio mucho a ese jóven; que a mas de apreciarlo le debo servicios de consideracion, y que la mas lijera crítica sobre él me desagrada.

Tan terminantes palabras, dichas con ese tono señor y altivo que caracterizaba a la aristocrática matrona, impusieron a las Monasterios de tal manera, que no hallaron qué contestar.

En el resto del dia no se atrevieron a ir donde Enrique, pero en la noche, cuando se vieron solas en su cuarto, principiaron a hacer sus conjeturas y comentarios sobre lo ocurrido, deduciendo de todo esto que doña Juana era la mujer mas vanidosa y mas insoportable de este mundo y que lo mismo saldria Luisa; pero ya cambiarán las cosas, dijo la mayor, tan luego como el casamiento de mi padre se efectúe, porque entonces veremos si es tan arrogante con nosotras y si permite o no a ese pobre jóven que venga a la mesa; porque sin duda alguna no es él quien rehusa, sino que es ella la que se lo prohibe, abusando de la diferencia de fortunas; pero luego verá que nosotras, aun siendo mas nobles que ella, no tenemos tan ridículas pretensiones: ¿no es verdad hermanas mias?

Ambas hicieron un signo de aprobacion con la cabeza.

—Sin embargo, no deja de ser estraño, continuó siempre la primojénita, que le prohiba venir a comer y que al mismo tiempo lo defienda tan calorosamente.

—Quién sabe! contestó la menor; quizá me equivoque, pero tal vez ese vejestorio tiene algunas pretensiones; y a la vez que lo alaba, lo mantiene a la distancia para no dar que hablar y para que el muchacho se forme una idea mas alta de su grandeza.

—Otro pensamiento se me ocurre a mí, dijo la hermana

del medio; ¿no pudiera ser mui bien que temiendo que nosotras se lo arrebatemos, tanto mas cuanto que la otra noche Enrique permaneció casi esclusivamente a nuestro lado, haya dado últimamente la órden de que no comparezca en sociedad?

Las tres hermanas continuaron conversando sobre el mismo particular hasta mui entrada la noche, sin comunicarse por esto ninguna de ellas su pensamiento principal, que reservaban para sí.

IV.

Enrique continuaba sin alteracion el mismo jénero de vida que se habia propuesto seguir: llegaba diariamente a las casas al salir el sol y se retiraba al ponerse, no presentándose en las habitaciones de las señoras sino rara vez y cuando era espresamente llamado por doña Juana: esta conducta maravillaba cada vez mas a las Monasterios, sin poder adivinar la causa, cambiando a cada momento de opinion y no acertando con la verdadera, que era la que les habia dicho el mismo Enrique; pero no por esto ellas dejaban de verlo diariamente y repetidas veces, bajo el pretesto de su admiracion por la obra, que visitaban dos o tres ocasiones al dia, entablando en muchas de ellas conversaciones con el obrero, que varias veces, para libertarse de tan empalagosa charla y de ciertas insinuaciones que él, a pesar de su sencillez, iba al fin comprendiendo, en cuanto sentia que venian, o se lo advertian sus amigos, subíase precipitadamente al primer andamio que se le presentaba, aparentando trabajar fuertemente, lo que contristaba sobremanera a las tres solteronas, que no podian conversar con Enrique sin ser oidas de los otros trabajadores que estaban allí cerca y que se mordian los labios para no reirse. Este espediente habia salvado a Enrique durante toda la semana de tres declaraciones, pues cada una de las Monasterios tenia la intencion

de abordarlo por separado. El se felicitaba de su astucia, y se habria felicitado mas si hubiese previsto lo que le aguardaba, porque estaba mui lejos de pensar que era blanco de tres aspiraciones distintas que venian a refundirse en una sola: la de matrimoniarlo. (1)

La semana llegaba a su término, pues era viérnes, y al dia siguiente debia de venir el papá de estas señoritas, es decir, don Pastor de los Monasterios, sin que ellas hubieran avanzado nada en su proyecto, tanto en el que concernia al autor de sus dias, cuanto en el suyo propio; de modo que estaban lo mas contrariadas y resueltas a aprovechar la primera coyuntura que se les presentase para asestar el golpe; pero si todas tenian el mismo pensamiento, cada una queria obrar por sí misma respecto al interes privado, que era el que mas les urjia, y en combinacion respecto al jeneral, que era el matrimonio del papá, que vendria indudablemente a tomarles cuenta de sus operaciones.

Para conseguir su objeto, en lo concerniente a Enrique, resolvió interiormente cada una presentarse sola en los trabajos y allí tener una esplicacion definitiva, de cuyo buen éxito no dudaban; así es que ese dia se levantaron mas temprano que de costumbre, ataviándose con mayor esmero, pero sin decirse una palabra.

La mayor, que habia dejado todo preparado desde la noche anterior, fué la que se compuso primero y salió del dormitorio con el pretesto de ir al jardin, diciendo a sus hermanas que la aguardasen para hacer juntas la escursion a la obra.

Apenas se encontró en el corredor, cuando se dirijió precipitadamente hácia la parte de los edificios donde estaba el principal trabajo y donde Enrique se hallaba con frecuencia.

Uno de los carpinteros santiaguinos, muchacho alegre y

(1) Disculpésenos este neolojismo.

algo burlon, en cuanto apercibió a la solterona mayor, fué corriendo donde su compañero y le dijo: "Allá viene una de tus tres damas, que se dirije hácia nosotros como una flecha; mírala, de esta sí que no te escapas: ¡cuán feliz eres!"

—No me buscará a mí; viene sola.

—Por lo mismo, quiere hablarte sin testigos: esto está de manifiesto.

—No juzgues mal del prójimo.

—¿Acaso esto es juzgar mal? Yo creo que ella trae buenos intenciones; vamos, Enrique, no pierdas tan bella ocasion, aprovecha de esa señorona y serás feliz; si yo no fuera casado y si a mí me quisieran, quizá me tentaria...

—No seas truhan; ¿qué diablos estás diciendo?

—Lo que oyes, y acuérdate de lo que yo te digo... en dos segundos mas estará con nosotros, pues en lugar de andar vuela; y a fuer de buen compañero, que siempre he deseado tu dicha, yo me escabullo y los dejo a solas.

—Demonios! esclamó Enrique, asomándose por un agujero; creo que es cierto.

Y sin mas ni mas trepóse arriba de la torre en cuya base estaban, por una de las vigas que sostenia el andamio a falta de escalera.

El compañero de Enrique quedóse en el mismo lugar esperando el desenlace.

V.

La señorita Monasterios atravesó varias piezas llenas de escombros, sin poder encontrar a Enrique, hasta que se decidió a preguntar a uno de los carpinteros por el señor arquitecto.

El artesano le respondió que probablemente lo encontraria al pié de la torre, donde habia ido poco rato antes.

La solterona siguió la direccion que le daban, no reparando mucho en los escombros que de vez en cuando la retenian por el vestido.

Al fin llegó al pié de la torre, y se encontró con el jóven de que acabamos de hablar y que aparentaba no haber oido ni visto nada, segun lo absorto que estaba en el trabajo.

La señorita Monasterios, al no ver a Enrique, pareció disgustada; pero componiendo su semblante, tosió para llamar la atencion del obrero, y cuando hubo éste vuelto la cara, lo que hizo con mucha cachaza, le dijo:

—Acaban de asegurarme que el señor arquitecto estaba en este lugar.

—No la han engañado a usted, señorita, contestó el muchacho, quitándose su gorra y aparentando el aire mas sumiso.

—¿Dónde está, pues?

—Arriba de la torre, señorita.

—¡Cómo arriba de la torre!

—No hace mucho que subió para arreglar el gran reloj que va a colocarse en ella.... ¿Ha visto usted, señorita, ese reloj? ¡qué cosa tan magnífica! Tiene cuatro esferas, lo mismo que el de la Compañia. (1)

—No le pregunto a usted nada por el reloj, amigo mio, sino sobre su patron.

—Ya creo haber contestado a usted, señorita, que mi patron el arquitecto estaba arriba de la torre.

—Pues bien; yo quisiera ir allí, porque necesito verlo.

—¡Ir arriba de la torre! nada seria mas fácil; ¿pero por dónde subir?

—Por la escala.

—Desgraciadamente la escala no está todavia hecha, ni siquiera comenzada; de consiguiente, tendria usted que esperar mucho tiempo...

—¿Y por dónde ha subido entónces él?

—En cuanto a él, señorita, es mui diferente... Es lo mismo que gato y trepa por todas partes.

(1) Todavia este templo no se habia devorado por las llamas del fanatismo.

—Pero en fin, ¿por dónde? esclamó la solterona, desesperada.

—Por aquí, señorita; y el carpintero señaló una de las vigas perpendiculares que sostenian el andamio.

—¡Por allí!

—Sin la menor duda; yo mismo lo he visto.

—Si fuera siquiera una escalera, dijo interiormente la solterona, tal vez me atreveria!.. ¡pero una viga pelada!.. imposible...

Despues de un momento de reflexion se le ocurrió una idea que, en su concepto, era mui feliz y vendria a dar el mismo resultado; y dirijiéndose al artesano con su mas dulce voz, le dijo:

—Amiguito mio, voi a exijir de usted un servicio que será bien recompensado.

—No necesito de eso, señorita: puede usted mandarme...

—Veo que usted tiene mui buena voluntad y esto será tambien tomado en cuenta.

—Estoi a sus órdenes, dijo el perillan, inclinándose para ocultar la risa, pronta a escapársele.

—Necesito hablar con el señor don Enrique, es un asunto que le interesa a él sobremanera, y desearia que usted fuera inmediatamente a llamarlo, previniéndole que baje en el acto, pues lo espera una señorita. No se olvide usted de decirle que el tiempo urje.

—Ai! señorita, yo cumpliria con el mayor gusto, pero ¿por dónde subir?

—Por ese mismo palo; usted es tanto o mas jóven que él y debe tener la misma ajilidad.

—¡La misma ajilidad! Solo un mono puede igualarlo... Si quiere usted que lo llame a gritos, porque debe estar mui arriba, lo haré en el acto.

—¡A gritos! No, amigo; todo el mundo oiria...

—Indudablemente, ¿pero qué inconveniente hai en esto? El bajará, estoi seguro de ello...

—No, amigo, es reservado lo que tengo que hablarle; y ademas, quiero que ignoren que he estado aquí.

—Sin embargo, no pueden menos de haberla visto muchos de los trabajadores.

—Esa no es jente, y nada me importa.

—Gracias por el cumplido, señorita.

—No lo digo por tí, sino por los demas, porque desde ahora quedas bajo mi proteccion.

—Entonces lo que su merced quiere es que no lo sepan en las casas.

—Justamente.

—Pues si no se dá prisa, van a pillar a su merced, porque allí veo venir a otra señorita en la misma direccion que usted traia hace poco.

La solterona miró.

—Ah! dijo, es mi hermana! silencio... Si habla contigo le dirás que no me has visto, ¿entiendes?

—A las mil maravillas.

—Otra recomendacion.

—Diga, su merced.

—Prevendrás a don Enrique que yo he estado a buscarlo: ¿me conoces ya?

—Quien ha visto a su merced una vez no puede olvidarla.

—Gracias por el cumplido, y ya recibirás tu recompensa... ¿Le dirás, pues, que he estado a buscarlo?

—Entendido.

—¿Y que mañana necesito hablar a solas con él?

—Está bien, señorita.

—Ahora ¿por dónde se debe salir para evitar encontrarme con mi hermana?

—Por esa otra puerta, señorita, que da al otro costado del edificio.

—Te encargo la mayor puntualidad y la mayor discrecion.

—Pierda su merced cuidado. Esto va bien, esclamó el artesano cuando hubo desaparecido la mayor de las Monasterios; ¡de buena he librado a Enrique! Exijente la viejecita! y qué ánimos! Si hubiera habido una escalera, de seguro que se trepa aun cuando se le hubieran visto las piernas!... Yo he sido un leso en no habérsela procurado; ¡cómo me hubiera reido! Pero este es el primer acto; vamos al segundo... ya no tarda en correrse el telon, porque la otra vendrá a parar aquí, lo mismo que la primera.

VI.

La señorita Monasterios que ahora iba a entrar en escena, segun la feliz espresion del artesano, era la menor de las hermanas, que, habiendo visto salir a la primera con direccion al jardin, segun habia asegurado, se dió prisa en llevar a ejecucion su proyecto; pero previendo que podia ser espiada por su otra hermana, tuvo la peregrina ocurrencia de esconderle una de sus medias; de manera que mientras perdia tiempo en buscarla, ella lo aprovechaba, impidiéndole así salir de su cuarto, que era lo que en realidad deseaba.

Venia, pues, la menorcita, como ya lo hemos visto, siguiendo el mismo camino que la primera, y tambien con la misma precipitacion, lo que hizo suponer al artesano que este era el segundo acto de la comedia; en consecuencia, púsose a aparentar que trabajaba, tratando ínter tanto de combinar algun plan que hiciese mas chusca la entrevista; pero la rapidez con que marchaba la pretendiente no le dió lugar a ello, viéndose obligado a valerse únicamente de su inspiracion del momento, porque sintió en ese instante el frotamiento del vestido de la jóven, que entraba al cuarto.

—El señor don Enrique Lopez ¿está aquí? preguntó la niña con altaneria.

—No precisamente aquí, pero sí en el mismo punto.

—¿Cómo es eso?

—Que soi para él, no precisamente un antípoda, pero sí una cosa parecida.

—¿Te estás burlando, muchacho?

—De ningun modo, señorita; jamas un pobre artesano como yo tendria semejante atrevimiento con una señorita como su merced. Lo que yo he dicho, y vuelvo a afirmar, es que el señor arquitecto se encontraba en el mismo punto que yo y era casi mi antípoda, porque, en lugar de estar piés con piés, él tiene los suyos sobre mi cabeza. Me parece que no puedo espresarme mas claro.

—Déjate de rodeos y dime luego dónde se encuentra el señor Lopez.

—A fé mia que no es difícil adivinar: arriba de la torre, señorita.

—¡Arriba de la torre!

—Por esto decia a usted que estaba en el mismo puntó que yo y que era mi antípoda, con corta diferencia.

—Pues bien, vé a decirle que venga inmediatamente, que yo lo necesito.

—¡Esta mismísima órden me dió la otra señorita y no pude cumplirla, porque no hai escala para subir!

—¿Qué otra señorita?

—La que acaba de estar aquí; y que, si no me equivoco, es su hermanita, pues lleva el mismo traje y se parecen tanto...

La solterona se puso colorada; el artesano la miró sonriéndose y luego añadió:

—¿Si su merced vendrá con el mismo fin!

—¿Qué fin es ese?

—Un fin honroso, señorita; pues, si no he oido mal, creo que era una proposicion de casamiento; pero debia haber primero una entrevista, que me encargué yo de comunicar al señor injeniero.

El muchacho mentia con la mayor desfachatez.

—¿Es posible?

—¿Se admira su merced de esto? El señor injeniero es un caballero de mucho mérito y mui interesante...

—No lo dudo... está a la vista ¿Pero así ha hablado mi hermana?

—No pudiendo verlo a él, porque no se atrevió a subir por ese palo, me lo comunicó a mí, que soi el favorito del señor injeniero.

—Ah! ¿tú eres el favorito?

—Sí, señorita, para servir a su merced.

—Y despues que ella salió, ¿has hablado con el señor Lopez?

—Si no he tenido tiempo todavia! pues apenas salió la otra señorita, cuando entró su merced.

—¿Es decir que no lo has visto?

—Si lo hubiese visto le habria hablado, porque la otra señorita me dijo que le interesaba mucho al señor injeniero; y como yo deseo su felicidad, porque es tan bueno conmigo, en cuanto lo vea se lo comunico.

—No hagas tal, amigo mio.

—¡Cómo que no haga tal! ¿Entonces su merced quiere que yo no trabaje por los intereses de mi patron y que no haga cuanto pueda por su dicha, sabiendo que él formará indudablemente la mia? No, señorita: en este punto permítame que no ceda jamas...

—No es mi ánimo decirte que no te empeñes por hacer feliz a tu patron, sino que, por el contrario, yo deseo que no se haga para siempre desgraciado...

—Esto ya es otra cosa. ¿Qué debo, pues, hacer yo para evitar esto?

—No decirle una palabra de lo que te encargó mi hermana.

—¿Y si ella me dijo que le convenia mucho al señor don Enrique?

—Te engaña.

—Que dependia de esto su felicidad.

—Lo único que depende de esa comunicacion es la desgracia de toda su vida...

—Su merced me asusta, señorita, y no sé qué hacerme, no sé qué partido tomar; porque su hermanita me habla con tanta seguridad...

—Porque a ella le conviene.

—¿Entonces lo que a ella le conviene no le conviene a mi patron?

—Mira, ¿no encontrarias tú mejor que don Enrique se casase conmigo?

—En eso no me meto yo, señorita; lo único que puedo decirle es que su merced es mas jóven...

—Mucho mas jóven; me alegro que lo conozcas. ¿Y esto te parece poco?

—La juventud no deja de ser algo, porque mi patroncito es todavia mui muchacho; apenas tendrá unos veinte y dos años cuando mas, y la hermanita de usted...

—Es infinitamente mayor que yo... Casi puede ser mi madre.

—Sin embargo, señorita, puede el señor injeniero tener sus compromisos, y sus gustos, y sus caprichos, y...

—No hai compromisos, ni gustos, ni caprichos en esto, porque nunca le ha hecho la corte a ninguna de mis hermanas.

—¿Ni a usted tampoco, señorita?

—En cuanto a mí es diferente; a mí me ha hecho sus demostraciones con los ojos y sus insinuaciones mui marcadas con las palabras.

—Ya esto es diferente; pero no comprendo cómo la señorita mayor ha podido venir a ver a mi patron, sin que haya mediado antes alguna cosa.

—Maldita vieja, dijo para sí la menorcita de las Monasterios; todo lo ha echado a perder, y no sé qué contestar a este muchacho. Pero creyó salir bien del paso diciéndole:

—Déjate de averiguar asuntos que no te competen y que

pertenecen a personas de un rango mui superior al tuyo.

—Me parece, señorita, que no he sido yo el que he tratado de mezclarme en ellos.

—Basta de réplica y obedece.

—¡Pero, señorita!

—Ni una palabra mas.

—Está bien, no diré nada.

—No te digo que no digas nada, sino que el recado que te dió mi hermana se lo comuniques al señor Lopez a nombre mio.

—Obedeceré, señorita, en consideracion a que su merced es la mas cercana a la edad de mi patroncito y a que ya le ha hecho éste algunas manifestaciones.

—Yo no tengo sino diez y ocho años, mientras que mi hermana mayor pasa de los treinta.

—¡Pero qué jugada le va a hacer su merced a su hermanita mayor!

—Ya comprenderás que no podia ser de otro modo a causa de la notable diferencia de edades.

—Ahora que me acuerdo, ¿y si por casualidad viniera la tercera hermanita de sus mercedes? porque estoi seguro que son tres señoritas mui parecidas las que yo he visto.

—¿Si viene mi otra hermana, dices?

—Así como han venido sus mercedes.

—Imposible...

—¿Pero si sucediera?

—Si sucediera, le dirias que el paso que daba era impropio de una señorita, y que tú no te prestabas a nada, quitándole hasta la mas remota esperanza.

—Obedeceré a su merced en todo, señorita; basta que sea la menor, que es la que sin duda conviene mas a mi patron.

—Tienes razon, y yo sabré recompensarte como mereces, y tu fortuna depende de tu celo.

El carpintero se inclinó, y la menor de las Monasterios

salió, sino del todo satisfecha, al menos llena de esperanzas...

VII.

En cuanto hubo partido la mas jóven de las tres solteronas, el carpintero miró hácia afuera para cerciorarse de si vendria o no la tercera; y no viéndola aparecer por ninguna parte, subió en el acto al escondite de Enrique.

El jóven obrero habia oido las dos conversaciones, y estaba triste mas bien que lisonjeado, porque estaba mui lejos de mirar aquello como un triunfo, compadeciendo por el contrario a esas pobres mujeres, que, participando de la candidez de su padre, no hacian mas que ponerse en ridículo.

—Vaya, le dijo su compañero al verlo, no tienes el aire de un conquistador, sino de un vencido. Al verte, no parece que las divinidades vinieran voluntariamente a ponerse a tus plantas, sino que hubieras recibido un desaire ultrajante; ¿qué es esto, amigo mio? Yo creia encontrarte con la risa de la felicidad en los labios, y veo casi lágrimas brotar de tus ojos.

—No te burles, Ramon; (este era el nombre del carpintero) mira que la burla prueba crueldad y mal carácter, y yo desearia que no fueras asi. Tú has obrado mal, amigo mio, en seguir y aun en empujar esa broma. Mui bien podias haberles dicho la verdad y no seguir el engaño llamándome injeniero y denominándome patron; pues si ellas hubieran estado ciertas de mi clase y de mi condicion, habrian retrocedido y no se habrian espuesto a tus burlas y a la de los demas. Ahora me pesa el haberme ocultado, porque yo les hubiera dicho lo que necesitaban saber, mientras que en este momento me es mas difícil quitarles la ilusion, y yo tengo que pasar por un sacrificio mayor, viéndome obligado a entrar en largas esplicaciones y talvez a herir su amor propio, por tal de que no continúen en un engaño que pudiera

serles perjudicial, no solo a sus sentimientos, sino a su honra, porque se espondrian a la befa de todos.

—Querido Enrique, esclamó Ramon; dominado por aquella bondad, mansedumbre y rectitud de juicio; siempre tienes tú razon y es imposible no someterse a cuanto tú dices, no practicar cuanto tú ordenes; pero la tentacion era tan grande, que me ha sido imposible resistir. ¿Quién no se habria reido en mi lugar y no habria hecho peor que yo en igual caso? Ya conoces mi jénio un poco inclinado a la broma; y sin embargo, he conservado cierto aire de seriedad; pero, te lo confieso, era para reirme mas tarde a mis anchas, porque la aventura tenia un aspecto tan cómico; ¡y tener que perder tan hermosa oportunidad de divertirse! todavia no me resuelvo.

—No critico, amigo mio, mucho de lo que has hecho, porque hai individuos tan estravagantes y situaciones tan graciosas que es imposible no reirse de ellos; pero es malo alentarlos y provocarlos, porque eso ya prueba malignidad. Tampoco critico tu carácter festivo y algo burlon, confesando que muchas veces me has divertido con tus agudezas, que nunca dejan de tener algo de picante; pero, amigo mio, todo tiene su límite, y cuando dañamos a un tercero, ya el buen humor es un delito, como lo seria el tuyo si pretendieras seguir adelante esta desagradable aventura, poniendo mas en ridículo a esas señoras; y como no podrias divertirte a solas, lo comunicarias a los otros, y ya tienes como harias un mal sin remedio: y un mal tanto mayor cuanto es irreparable. Con que así, Ramon, te pido por favor que no prosigas ni cuentes esto a nadie, porque seria hasta insultar a las dueños de casa, bajo cuya proteccion están esas señoras, puesto que se encuentran bajo su techo. Por otra parte, amigo mio, ¿todos los seres no son acaso criaturas de Dios? Y si hai algunos mal dotados, ¿es de ellos la culpa? Y burlándonos de sus defectos, ¿no es burlarnos de las obras del Altísimo? ¿Quién puede decirnos tampoco que el

individuo que bajo un aspecto provoca nuestra risa, no tenga bajo muchos otros cualidades mas superiores a las nuestras? Yo me acuerdo de un pobre tonto, mui conocido en la calle de San Pablo, a quien llamaban don Antonio, y que era sirviente de unas señoras Bascuñanes; pues bien, este idiota, de quien reian hombres, mujeres y niños y se rien todavia, es el individuo mas fiel, mas activo, mas honrado, mas servicial para con sus amos. Ahora bien; quizá la mayor parte de los que se burlaban de él no tenian sus virtudes ni eran capaces de esa abnegacion de toda la vida, de ese cariño que por nada se borraba. Dime ahora, Ramon, ¿no merece mas bien elojio que rechifla, respeto que burla, consideracion que risa, un hombre que posee esas cualidades? Sin la menor duda. ¿Y por qué no pueden encontrarse en el mismo caso las personas de que nos ocupamos? Y aun cuando no lo estuvieran, la caridad nos manda ser indulјentes, la razon nos lo aconseja y el Evanjelio nos lo previene para nuestro propio bien en aquella máxima que dice: con la vara que mides serás medido.

—Me has dado una leccion, Enrique, que sabré aprovechar. Nunca habia tenido tales ideas ni se me habian pasado por la imajinacion, pero ahora las comprendo, las acepto y te las agradezco. Está seguro que no revelaré a nadie lo que tú me aconsejas callar.

—Si supieras, Ramon, el gusto que me das al oirte espresar asi, comprenderias cuánto te afecciono.

—Gracias, Enrique, gracias; tu cariño tiene el don de hacer bueno; parece que en tu afecto viniera envuelta la virtud.

—Déjate de eso, Ramon, y sigamos nuestro trabajo interrumpido.

Los dos artesanos continuaron trabajando en silencio.

Rencillas fraternales.

I.

Una escena diferente tenia lugar casi a la misma hora en la habitacion reservada a las tres solteronas; mientras Enrique aconsejaba a su compañero la prudencia y la compasion, la tres hermanas, llenas de rencor y de odio, se disputaban la palma de la maledicencia, del despecho y de la recíproca envidia.

Cuando la menor estuvo de vuelta, ya se encontraba la primojénita en su cuarto contando a su otra hermana que habia apercibido a la última dirijirse sola y mui de prisa hácia el departamento de los trabajadores, lo que le hacia presumir que no iba con mui buenas intenciones, pero que lo averiguaria, pues como mayor tenia derecho de vijilar sus pasos.

Hallábanse en esta conversacion, cuando apareció la hermana menor, que fué el blanco de una mirada escudriñadora hasta la impertinencia y severa hasta la odiosidad. Ella comprendió en el acto que algo pasaba o que algo se tramaba en su contra, y con aire no menos arrogante que despreciativo, les dijo:

—Parece, queridas hermanas, que ustedes se ocupan de mí.

—Lo has adivinado: el pecado siempre acusa.

—Lo he leido en los rabiosos ojos de ustedes, tan llenos de baja envidia.

—Atrevida! ¿así osas hablar a tus hermanas mayores y justamente cuando mas debieras avergonzarte?

—¡Avergonzarme! ¿De qué?

—De lo que has hecho, humilde e ignorante palomita...

—No te comprendo.

—Ya lo preveia que no debias comprenderme, pero yo me tomaré el trabajo de abrir tu intelijencia.

—Estas en tu derecho, hermana mia: tú puedes ser casi mi madre, lo que te da la facultad de instruirme.

La menor conocia el flaco de su vieja hermana; y habia en eso de la maternidad un sarcasmo tan hiriente para la solterona, que se puso cárdena de cólera, y con la voz trémula respondió:

—¡Ya veremos a esta pichoncita treintona; pues sábete que solo te falta un mes para cumplirlos, aunque digas que solo tienes dieziocho;.. ya veremos cómo se comporta la tierna niña!

—¿Cómo me comporto? Ya me ves; y en cuanto a si es verdad que yo estoi tan cerca de los treinta, no me negarás que tú has cumplido los cuarenta; y que si yo afirmo que tengo dieziocho años, tú nunca vas allá de los veinticinco; de consiguiente, me llevas en todo la preferencia, porque eres mas vieja, hasta el punto de poder ser casi mi madre; porque eres mas presumida, pues te quitas mas años; porque eres mas fea, pues tienes dientes postizos y estás obligada a teñirte las canas...

—Atrevida, miserable, ya verás cómo voi a castigarte: esta ocasion te acordarás de mí para toda la vida.

—Si tú confiesas que puedes ser mi madre, te doi voluntariamente el derecho de reprenderme.

Esta nueva ironia exasperó de tal modo a la mayor de las solteronas, que parándose furiosa le dijo el mas grande insulto que se puede dirijir a una mujer.

La otra, montada en cólera, le descargó una terrible bofetada; pero interviniendo la del medio las separó, diciéndoles:

—Estamos en casa ajena; ¿qué dirian ¡por Dios! si oyeran

o supieran esto? Es preciso moderarse y hablar y tratarse como señoritas que somos.

—Todavia no estás castigada como mereces, repuso la menor, en tono mas bajo pero no menos colérico; pues yo contaré a papá lo que me has dicho y no he de parar hasta que te pongan en las monjas, donde debieran haberte colocado hace ya mucho tiempo.

—Y yo le diré lo que yo he visto, y entonces se sabrá cuál de las dos entra primero; pues queriendo detenerte en tu carrera de perdicion, lejos de escuchar mis consejos, has sido la primera en insultarme.

—Quisiera que te dejases de reticencias para saber a qué atenerme y poder apreciar esos consejos que todavia no he tenido el gusto de oir.

—Ya lo verás.

—Di, porque estoi curiosa de ver salir de tu boca consejos y de qué naturaleza son éstos.

—¿Dónde fuiste esta mañana?

—Eso ¿qué te importa?

—Me importa, porque debo vijilar tus acciones, y te he visto hoi ir mui de prisa hácia el lado de los trabajadores. ¿Piensas que se me oculta lo que buscabas? No, jóven candida, inocente y sencilla palomita; yo sé tus intenciones: pon la mano sobre tu corazon y dime si acaso me equivoco.

—¿Con que sabias tú eso?

—Sin verlo lo he adivinado: ibas en busca del jóven injeniero.

—Pues yo no he tenido necesidad de tanta penetracion: no he tenido necesidad de adivinar, sino que sabido y visto...

—¿Qué puedes haber sabido y visto?

—Que la pobre viejecita, tan llena de moral, tan llena de consejos, tan desprendida y tan santa, me habia tomado la delantera; porque cuando yo iba, ya ella estaba de vuelta,

cuando yo buscaba al jóven injeniero, ya ella habia hablado con el secretario y le habia dejado el encargo de ofrecer su corazon, su mano y su fortuna... ¿Me acusarás ahora a mi padre? Tienes el derecho de amonestarme? Puedes espresarte como te has espresado?

II.

La vieja solterona estaba aterrada y no tuvo otro recurso que decir: "Dios mio! qué calumnia" y metió la cabeza entre sus dos manos.

—¡Qué calumnia! volvió a decir la menor; tú sabes mui bien que no es calumnia, siendo mui fácil hacer llamar al secretario o favorito del injeniero, que descubrirá la verdad.

—No nos debemos rebajar hasta ese punto, dijo la mayor, levantando la cabeza; es preciso que seamos mas dignas.

—Convengo en ello; pero tambien convendrás en que no tienes nada que echarme en cara.

—Todo está pasado: olvidemos y perdonemos; esto es lo que nos manda el Evanjelio.

Asi concluyó esta desagradable escena entre solteronas, que, lo mismo que las beatas, terminan con una oracion cuando acaban de murmurar de todo el mundo.

Con dificultad se encuentran en la sociedad seres mas perniciosos que las solteronas (1) que, por lo jeneral, entran en el gremio de las beatas, de esas mujeres de alma seca, dura, maldiciente; que se comen a Dios para tener el derecho de pelar al prójimo; que no aman a nadie a no ser a sus ídolos de madera o de barro; que no encuentran virtud sólida, sino aquella que tiene por base las prácticas absurdas de un ignorante paganismo; que llaman impíos a los que no tienen sus creencias, aun cuando cumplan con los dulces

(1) Esta palabra jenérica que nos vemos obligados a emplear, tiene honrosas escepciones, pues hai señoritas, y estas no son tan raras, que por delicadeza y por elevacion de sentimientos no han tomado estado; de consiguiente, nosotros no hablamos con ellas sino con la mayoria.

preceptos de la caridad cristiana; que se llevan atisvando las flaquezas humanas para contarlas a todo el mundo, bajo el manto de la compasion y del deseo de enmienda; que no comprenden ni las conmueve una accion heroica, sino la chismografia sacerdotal; que, roidas de envidia, detestan la juventud y la belleza; y que, perniciosas, ignorantes y mal intencionadas, créense, sin embargo, el santuario de la fé y las columnas del cristianismo... Por desgracia, en nuestra sociedad y particularmente en la fanática poblacion de Santiago, abunda esta clase de jentes, que confunde la moral con el rito, la relijion con la ceremonia, Dios con el ídola, figurándose que la virtud es el rezo y que les basta pronunciar algunas palabras que saben de memoria, para ser las criaturas predilectas de la Divinidad, particularmente si agasajan al confesor, si le sirven el mate, si le cuidan la ropa, si le hacen provisiones de esquisitos dulces y si tienen un altar que vestir... Entonces ya se creen con el cielo asegurado...y bien pueden hacer lo que se les antoje, pues es imposible que se pierdan, porque ya se han conquistado la voluntad de nuestro padre San José, de nuestra señora del Cármen, de Dolores, de Mercedes, del Tránsito, del Rosario, de Monserrate, de Covadonga, en sociedad con los Antonios, con los Franciscos, con los Filomenos, con los Loyolas, con los Agustinos, etc., etc. Hé, aquí, las creencias, la fé, la relijion, el culto, la moral de esas pobres mujeres, que no tienen mas conciencia ni mas guia que la de una credulidad ciega que las arrastra a un fanatismo estéril a la vez que pernicioso, porque corrompe en lugar de correjir, porque degrada en lugar de elevar, porque embota la intelijencia en lugar de fomentarla, porque las desvia del verdadero camino en lugar de enseñárselo, porque impide el progreso del alma y del cuerpo, manteniendo a la primera en la ignorancia y al segundo en la inmundicia; y sin embargo, este es el ideal de las beatas, pues es el estado perfecto a donde se empeñan en llevarlas los sacerdotes.

Las declaraciones.

I.

Al dia siguiente debia llegar don Pastor de los Monasterios, y sus hijas aun no habian dado un paso adelante en el proyectado casamiento de su querido papá.

Reconciliadas en apariencia, pero odiándose en el fondo cada vez mas, principiaron la consulta entre ellas sobre la manera como debian abordar la cuestion con Luisa, de cuyo buen éxito dependia en gran parte la realizacion de sus propias esperanzas; porque era fuera de duda que con este enlace su posicion cambiaria; y aunque en realidad no participasen de la fortuna, tendrian al menos las apariencias; que era lo que bastaba en su concepto para determinar a Enrique, ya fuera por la una o por la otra; de consiguiente, la principal dilijencia que habia que hacer era llevar a cabo el casamiento; que respecto a la conquista de Enrique cada una se proponia triunfar, valiéndose de sus propios recursos, para lo cual pondrian en juego su astucia femenina en combinacion de sus hechizos.

Enrique, de vuelta al cortijo del solitario, contó a éste la estraña aventura que acababa de sucederle, no con la fatuidad del hombre que se alaba de un triunfo obtenido, sino con la intencion de pedirle un consejo que le indicase el mejor medio de salir de un conflicto.

El solitario, con toda su gravedad y filosofia, no pudo menos de reirse a su vez, tanto por el ridículo arrojo de las solteronas, cuanto por lo embarazado y triste que se mos-

traba Enrique por el desenlace de aquella graciosa aventura; pero volviendo luego a su seriedad habitual, aprobó en todo el proceder de su jóven discípulo, admirando la delicadeza y bondad de sentimientos con que se habia conducido y pensaba conducirse para desengañar a sus enamoradas sin herirlas, prefiriendo mas bien aparecer a los ojos de ellas en una clase inferior a tener que alentar sus esperanzas creyéndolo su igual.

—Mañana es sábado, dijo el solitario, y te acompañaré a las casas, donde permaneceremos hasta el domingo, porque tambien es necesario dar algun solaz al cuerpo y al espíritu.

Enrique no disimuló su alegria, sino que al contrario, esclamó: ¡qué felicidad!

—Pasaremos un dia alegre, pues es indudable que venga don Pastor y que se te declaren esas ninfas: dos acontecimientos mas que suficientes para divertir la jornada.

—No en cuanto a mí, señor, porque esto quita una parte del gusto que tendré.

—Pero en fin, esa contrariedad queda suficientemente indemnizada con el placer de permanecer un dia entero al lado o en presencia de Luisa.

—No lo oculto, señor; esto es para mí la mayor y mas pura felicidad.

—Ya lo sé y tengo la prueba mas infalible de ello.

—¿Cuál?

—La de tu trabajo constante, la de tu esclusiva consagracion al estudio; porque he notado, amigo mio, que duermes únicamente lo indispensable para la vida: tres o cuatro horas, pasando el demas tiempo que te dejan tus quehaceres en provechosas lecturas; y que despues de las lecciones que yo te doi, vuelves a solas sobre ellas hasta mui avanzado de la noche.

—Es verdad, señor, quisiera estudiarlo todo, comprenderlo todo, saberlo todo, si es posible en un mes, en un dia, en una hora.

—Sí, porque tienes el mas poderoso estímulo, el amor; y la fuerza de este amor la conozco por sus milagrosos resultados: nadie habria sido capaz de hacer lo que tú has hecho, de progresar como tú has progresado.

—Lo mismo le sucederia a cualquier otro que encerrase en su pecho igual cariño.

—Tal vez, hijo mio, pero creo que no hai ninguno que tenga una afeccion tan profunda y tan pura, tan entusiasta y tan tierna como la que tú sientes por Luisa.

—Esto depende, señor, de que ella es divina y mis sentimientos no son otra cosa que un débil reflejo de su naturaleza celestial.

—Bravo, amigo mio; hasta tu manera de espresarte me prueba la ideal delicadeza de tu afeccion.

—¡Pero comprende usted, señor, que pudiera amarse a la señorita Luisa de distinto modo?

—No; porque entonces ella no amaria.

—¿Y cree usted que ama?

—Sí . .

—Señor! esclamó Enrique, palideciendo y apretando convulsivamente las manos del solitario: hai afectos con los que no puede ni debe chancearse el hombre. . . Una sola palabra es de vida o de muerte y no debe usted jugarse con la existencia de su semejante, de su amigo, de su discípulo, de su hijo, que lo respeta como a Dios, que lo ama como a padre! . .

—Hijo mio, repuso el anciano, enternecido, ¿cómo crees que conociéndote a tí y conociendo a Luisa, que amándolos a ambos, fuese yo a aventurar una sola palabra que acarreara su muerte o destruyera su dicha? No, amigo mio; lo que te he dicho es la verdad y puedes gozarte en ella, vivir por ella y estasiarte de ella.

—Por Dios! ¿qué es esto! me parece que he dejado de ser hombre! que he pasado a una rejion distinta! que ahora no mas es cuando comienza mi existencia! Yo no sabia lo

que era la dicha... no; esto es superior a mi naturaleza... es necesario ser ánjel para sobrellevarla... el goce celestial me arrebata... el seno de Dios me recibe... Luisa!.. sígueme...

Y el sensible jóven, no pudiendo soportar tan fuerte emocion, cayó desmayado en brazos del anciano, que se apresuró a sostenerlo; y tan pálido como Enrique, dijo: imprudente, quizá lo he muerto!

Apresuróse entonces a colocarlo en su lecho, tomó el pulso, puso el oido en su corazon, y la alegria brilló en sus ojos... "No es nada," esclamó; y sacando un frasquito que llevaba siempre colgado al cuello, puso una sola gota del contenido en una cucharada de agua, abrió los labios de Enrique y se la dió a beber... El jóven movió los ojos casi instantáneamente... una inefable sonrisa dibujóse en sus labios, y suspiró... un momento despues incorporóse en la cama y preguntó al anciano: "Lo que usted me ha dicho ¿no ha sido un sueño? ¿no es verdad, padre mio?"

—He sido talvez imprudente, pero lo que te he dicho es la verdad.

—¿Que ella me ama?

—Sí.

Enrique, por toda respuesta, echóse en brazos del anciano y lo acarició como a un niño...

—Calma, calma, hijo mio; la felicidad como la desgracia tiene sus parasismos que es preciso aprender a dominar... Por esta noche te dispenso de todo estudio, tanto porque no podrias contraerte, cuanto porque es preciso que descanses de tus emociones; voi a prepararte una bebida y te pondrás en cama.

II.

Al siguiente dia, aun dormia Enrique cuando el solitario ya estaba en pié, y fué a despertarlo.

El jóven se incorporó en la cama, diciendo: "¡cómo he

podido dormir tanto!" Y viniéndosele al instante a la memoria las palabras del dia anterior, saltó del lecho y corrió a abrazar nuevamente al solitario.

—Vamos, hijo mio, vístete y marchemos.

No se lo hizo repetir por segunda vez Enrique, y con esa lijereza tan propia de la juventud y de la esperanza, estuvo listo en un momento.

Cuando se pusieron en camino, el solitario tomó la palabra en estos términos:

—Hijo mio, te he visto casi morir al solo anuncio de una felicidad de que tal vez te has lisonjeado interiormente: ¿qué seria si te comunicara una inesperada desgracia? Si te dijera, por ejemplo, que Luisa habia muerto o que estaba en brazos de otro?

—No hableis así, señor, interrumpió Enrique, horrorizado.

—Ya ves que una mera suposicion te espanta: ¿cuáles serian entonces los efectos de la realidad? Y sin embargo, nada hai mas posible: un accidente cualquiera puede darle la muerte, y no estamos ni aun seguros que viva en este momento...

—¡Qué es lo que usted dice! ¿Seria tan cruel que quisiera prepararme para recibir semejante golpe?

—No te asustes; nada de lo que te digo es cierto, pues ella vive y ella te ama; pero es preciso que aprendas a vencerte, que aprendas a sufrir y a resignarte.

—En los casos que usted me presenta es imposible: cualquiera de los dos me heriria con mayor violencia que la del rayo.

—Veo, pues, que no eres otra cosa que el esclavo de tus afectos, y no el señor de tí mismo, que es el punto culminante a que debe aspirar el hombre. Si nuestras pasiones nos vencen, ¿dónde está nuestra fuerza? Solo el que sabe sobreponerse a ellas es el único capaz de escalar el templo de la virtud: la triste filosofia de los estoicos tiene su lado

de admirable en cuanto nos endurece al dolor, haciéndonos superiores al sufrimiento.

—Segun esta doctrina, ¿la insensibilidad es el complemento de la dicha? Mas valdria entonces ser un molusco o un trozo de granito.

—Yo no pretendo destruir la sensibilidad que está en el corazon, sino que quiero unir a ella la fuerza que está en el entendimiento, que nos viene de la razon, que es el divino destello emanado de Dios. El dolor es inherente a nuestra naturaleza; pero la resignacion, sin destruirlo, lo vence. El que se suicida no es el que triunfa sino el que cede; no es la fuerza sino la debilidad; no es la enerjia sino la flaqueza.... El hombre superior es aquel que se sobrepone a sus males, y que, esperimentando cuanto tiene de acerbo el dolor, no atenta contra su vida para que cese asi el sufrimiento.

Ayer he conocido cuán impresionable es tu naturaleza; y sin quitarte un ápice de tus facultades, quiero precaverte de los peligros a donde esa esquisita y estremada sensibilidad podria arrastrarte. ¿Lo comprendes, hijo mio?

—Sí, señor; pero si la señorita Luisa muriese, o lo que es peor, si la viera en brazos de otro, no podria responder de mí mismo.

—Lo que dices, hijo mio, bajo las apariencias de un grande y desprendido afecto, encierra una dosis no pequeña de egoismo; pero como te conozco talvez mas que lo que tú te conoces, veo que, sin pensarlo, el sentimiento de la pérdida de tu querida, ofusca tu razon de tal manera, que no te apercibes de la elevacion jenerosa de tu cariño, como voi a probártelo.

Ante todas cosas, ¿no quieres tú la felicidad de Luisa? No la prefieres a la tuya propia? No te sacrificarias mil veces por ella?

—Esto no puede ponerse en duda.

—Ya lo sé, y por lo mismo voi a continuar: si mañana apareciera un jóven lleno de méritos, lleno de virtudes y

cuya superioridad incontestable asegurase la dicha de tu amada uniéndose a ella, ¿no serias tú ese hombre que, sin destruir tu afecto, ahogases tu dolor para decirle: 'Sé feliz?" No quedarias mas satisfecho con el sacrificio que dichoso con la posesion? No te rogocijarias en tu desesperacion, viéndola afortunada? No llegarias hasta a amar a ese mismo hombre que te la habia arrebatado pero que hacia toda su ventura?

—De veras, señor, lo siento en mí: yo soi capaz de todo eso, o mas bien, siento en mi amor la fuerza suficiente para llegar hasta esa dicha y para convertir en una felicidad infinita el mas agudo de los sentimientos, prosternándome agradecido, gustoso y lleno de admiracion y hasta de culto ante el hombre que la hiciera feliz...

—Abrázame, hijo mio, abrázame; tu elevacion aumenta mi afecto... ese es el verdadero amor que solo nace en las grandes almas... ese es el único digno de ella y de tí... y ahora comprenderás que lo que decias poco antes no es otra cosa que un sentimiento bajo que jamas ha tenido cabida en tu corazon y que en vez de esplicar la realidad de tus afectos solo la confundia.

Los celos, amigo mio, que el mundo cree inherentes al cariño, son únicamente el efecto de las pasiones vulgares. *Donde hai celos hai amor*, dice un antiguo y universal adajio; y sin embargo, tú ves, por esperiencia propia, que es imposible que el amor verdadero los esperimente, porque vive en una esfera mas alta, porque se alimenta de la virtud, que sin duda es la esencia de Dios, pues allí es donde se encuentra la dicha inefable, la serenidad infinita y suprema... Para las almas comunes, ese axioma será verdadero, porque no han salido de la esfera del instinto; pero para esas naturalezas superiores que idealizan y depuran de todo vicio el mas notable atributo humano, el amor, los celos no existen... porque, ¿qué clase de celos son los del individuo que, como tú, halla su felicidad en el sacrificio y que con-

vierte en vida, en satisfaccion, en dicha, lo que para los otros seria tormento, desesperacion y muerte? Y todavia hai mas, hijo mio: los hombres que alcanzan a esas elevadas rejiones del sentimiento, son a la vez los mas enérjicos y los mas fuertes; está es la razon que me háce esperar que, en los crueles y amargos lances de la vida, a pesar de la estremada susceptibilidad de tu organismo, sabrás vencerte haciéndote superior a ellos. Ten presente esta leccion, amigo mio; talvez no está distante el tiempo en que pueda servirte, sacando de ella algun provecho.........................

....

III.

Como de costumbre, Luisa estaba en el jardin cuando llegaron a las casas el solitario y Enrique. Antes de aproximarse, ya el jóven la habia apercibido, porque su primera mirada se dirijia siempre a ese punto.

--La señorita Luisa se encuentra en el jardin, señor, desde aquí la distingo, dijo Enrique al anciano.

—Buena vista tienes y prueba que tus ojos están acostumbrados a hallarla, repuso el solitario con dulce ironia; pero ya que la encontramos, tanto mejor; pasaremos a saludarla.

Luisa, en cuanto vió al solitario, corrió hácia él, diciéndole:—"¡Qué dicha es verlo! ¿Por qué se da tanto a desear? Nada le importa nuestra felicidad? Ignora el gusto que tenemos de estar con usted?"

—Zalamera! si yo me dejase seducir por tus palabras, ya me habrias encadenado de tal modo, que a pesar de la frialdad de mis años habria perdido completamente el juicio, abandonando la filosofia y dejando para siempre huérfano a mi pobre Torcuato.

—¡Cómo aun se conoce en ese lenguaje tan lleno de galanteria al brillante coronel de otro tiempo! ¿No le parece a usted, don Enrique, que, al traves de la serenidad de las

máximas, de las investigaciones científicas y de la elevada filosofía, se distingue al fino y perfumado dandy, que, rendido y obsequioso ante las damas, solo tiene para ellas almíbaradas espresiones, protestas solemnes y piropos llenos de encantadora aunque embustera gracia?

—Carezco, señorita, de la debida competencia y no puedo ser juez sobre el particular.

—Ya me lo figuraba: usted defiende con el silencio a su maestro, sin contradecir a la dama; ¡no es mala táctica! así queda usted bien con ambos.

—Ya quieres, picarona, embrollar a mi pupilo; pero te advierto que aunque mui jóven, sabe resistir las asechanzas, ¿no es verdad, Enrique?

El malicioso anciano hacia alusion a la aventura del dia anterior. El jóven comprendió tambien dónde iba a parar, y se puso colorado como un tomate.

—No temas nada, amigo mio; los brujos no hacemos nunca revelaciones imprudentes.

—¿De qué se trata? preguntó Luisa, algo alarmada por la notable turbacion de Enrique.

—Ya sabré castigarte de lo burlona que has estado, dejándote con la curiosidad.

Enrique creyó prudente retirarse y se despidió, dirijiéndose a su trabajo.

—Vamos, dijo Luisa al solitario cuando estuvieron solos; no me imponga usted un castigo que no merezco; lo confieso, soi curiosa y desearia saber la causa de la turbacion de su pupilo.

El solitario se sonrió y dijo en tono de broma: "es una cosa séria, mui séria."

—Por la misma razon.

—Diciéndotelo quizá faltaria a la confianza depositada en mí, comprometiendo talvez la reputacion de dos niñas.

Luisa palideció... Un temor vago se habia apoderado de ella... quizá Enrique estaba comprometido; pero dominán-

dose al punto, dijo al solitario con esa noble dignidad que tanto la distinguia.

—No me diga usted nada... creia la cosa menos grave; pero ya que hai de por medio la reputacion de dos niñas, guarde usted silencio, se lo pido.

El anciano conoció al momento que habia pasado una sospecha por la mente de Luisa, y que estaba profundamente herida, pudiendo causarle el silencio tanto mas mal cuanto que mayor habia sido su esfuerzo para vencerse y para aparecer serena. Reflexionando un momento, conoció que seria peor el ocultar la verdad que el perjuicio que atraeria la revelacion, y contó a Luisa cuanto habia sucedido.

La hermosa niña, libre de la fatal sospecha, dió rienda suelta a la mas grande hilaridad; pero el anciano la contuvo, diciéndole:

—En esta jocosa aventura que tanto se presta a la risa, he notado una particularidad que recomienda sobremanera a Enrique, probándome la bondad de su corazon y la nobleza de sus sentimientos.

—¿Qué es lo que usted ha descubierto?

—Que Enrique, en vez de reirse, se ha puesto triste; y lejos de burlarse de esas pobres niñas, se ha compadecido de ellas, no limitándose únicamente a sentirlo asi, sino que ha inducido a su amigo a obrar de la misma manera, obligándolo a guardar silencio para con sus demas compañeros a fin de evitar a esas señoras el ridículo.

—Tiene él mucha razon, respondió Luisa enternecida; yo he obrado mal al reirme tanto, pero me arrepiento y repararé mi falta. ¡Cuánta nobleza hai en la conducta de ese jóven! Cuán digno es de ser amado!... Y la pura e inocente vírjen se echó sollozando en brazos del anciano, sin proferir ni una sola palabra mas.

—Todavia no es esto todo, repuso el solitario, desprendiendo suavemente a Luisa.

—¿Qué mas hai?

—Que no se ha contentado con obrar como te he dicho, sino que se ha propuesto, cuando llegúe el caso de la entrevista, el manifestar a esas niñas su bajo oríjen y su posicion humilde, para que desistan de su empeño voluntariamente y sin sufrir la menor humillacion, cargando él con esa especie de oprobio que nace siempre del desprecio de una mujer.

—¡Es admirable!

—No hai por qué negarlo, lo es...

V.

En ese instante aparecieron los tres Monasterios en el corredor; Luisa se sonrió involuntariamente, pero les hizo señas con el pañuelo que viniesen; y como para reparar su falta, estuvo con ellas mas cariñosa que nunca, cuya conducta atribuyeron las vanas solteronas al próximo viaje de su padre, presajiando de esto un fácil y seguro triunfo; de manera que ellas no tendrian mas que insinuar la cosa para que Luisa, comprendiéndola, fuese adelante; y su conviccion sobre el particular llegó al grado de la mas absoluta evidencia, cuando Luisa las convidó a tomar flores para obsequiar con algunos ramos al señor don Pastor, que debia llegar ese dia, segun lo habia prometido al tiempo de partir.

—Tienes mucha razon, Luisita, dijo la hermana mayor; mi papá es loco por las flores, y estará mui contento al saber que tú has tenido tan feliz ocurrencia. Pierde cuidado, niña; nos encargaremos de hacérselo presente. Oh! las flores! dicen que son las predilectas de los poetas! por eso mi papá es tan afecto a ellas!...

—¡Qué! El señor don Pastor es poeta! esclamó Luisa con infantil alegria.

—Y uno de los mejores poetas chilenos.

—¡Es posible! ¿Tambien tenia esa gracia?

—Ese don querrás decir!

—Me equivoqué. ¿Tambien tenia ese don?

—Y no tan solo ese, sino que a la vez es un distinguido escritor.

—Tengo la desgracia de no conocer ninguna de sus obras.

—No las ha publicado todavia; pero eso no quita que lo sea. En la actualidad tiene el proyecto de escribir sus memorias, y aun no sé si ya ha dado principio, lo que debe ser admirable.

El anciano, que estaba como de costumbre examinando las plantas, levantó la cabeza y miró a Luisa de un modo significativo, como diciéndole: "No vayas mas adelante; estas pobres locas serian capaces de hacer reir al demonio mismo."

Luisa mudó de conversacion; pero fué en vano, porque la menor volvia a tomar el hilo que habia dejado su hermana.

—Mi papá, dijo, no solo es poeta y escritor distinguido, sino financista de primer órden: el Intendente de Colchagua siempre se consulta con él.

—¡Y tan bueno como es papá! repuso la hermana del medio; ¡tan bondadoso! Ese sí que es hombre capaz de hacer la felicidad de cualquier señorita...

—¿Pero ya no pensará en el matrimonio el señor don Pastor?

—Quién sabe! Las almas ardientes de los poetas conservan su juventud, su fuego y sus pasiones aun en la edad madura, y mi papá no ha llegado todavia a ella.

El solitario volvió a mirar a Luisa, que contuvo una carcajada.

—Es tan alegre, continuó la solterona, tan jovial, tan divertido, tan entusiasta, que vale mas que muchos de esos jóvenes fátuos e insípidos que no tienen otra cosa que su carita y sus engomados bigotes. Por otra parte, es tan afectuoso. . ¡Cómo idolatraria a su esposa! Qué suerte tan dig-

na de envidia la de la jóven que cautivase su corazon! ¿No lo encuentras asi, Luisita?

—Por el poco tiempo que lo he visto me he formado una idea favorable.

—Ah! si lo trataras con mas intimidad, entonces conocerias al hombre verdaderamente bueno y superior! Solo en la vida de familia es donde pone de manifiesto sus inagotables tesoros!

—Segun esto, ¿ustedes deben ser mui felices?

—Felicísimas; pero vemos que a papá le falta algo, y deseariamos...

—¿Que se casase?

—Has adivinado, Luisita; porque vemos que su corazon apasionado necesita de afectos mas tiernos y mas íntimos que los nuestros.

—¿Y qué cariño mas íntimo y mas tierno que el de los hijos, especialmente cuando han llegado a cierta edad?

—No te lo negamos; sin embargo, mi papá dice con frecuencia que nada reemplaza a los halagos de una mujer...

—Caramba! ¿asi habla su papá con ustedes? dijo el solitario, poniéndose de pié y mirando a la solterona con señales inequívocas de desagrado.

—Nuestro papá, respondió la mayor de las Monasterios, porque la otra se intimidó con la brusca interrupcion del anciano, tiene en nosotras una confianza ilimitada; no es lo mismo que esos antiguos padres, que apenas permitian levantar la vista a sus hijos, sino que es de la moderna escuela, en que se hacen los amigos y no los tiranos de su familia; asi es que no debe usted estrañar su conducta; pero ya se ve, usted no comprenderá esto, habiendo venido al mundo en otra época...

V.

El solitario habia penetrado las intenciones de las niñas Monasterios y a dónde conducian aquellos rodeos, aquellas

alabanzas y aquellas indicaciones casi directas, que Luisa no comprendia, porque estaba mui distante de imajinarse pretension tan absurda, atribuyendo todo aquello a una vanidad digna de escusa, por manifestar afecto hácia su padre; pero el solitario vió claro en las cosas, y deseando evitarles un nuevo ridículo y a Luisa talvez un disgusto, trató de herirlas un poco para quitarles toda esperanza; en consecuencia, les contestó así:

—Yo no disputo, señorita, sobre edades, pues hace mucho tiempo que no tengo la pretension de ser jóven; pero el papá de ustedes, poco mas o menos, será de mi misma fecha.

—Jesus! Dios mio! esclamaron todas a un tiempo; ¡qué comparacion! ¿Está usted loco? ¿Qué te parece, Luisita?

—Soi tambien de la opinion del señor.

—¡Ave Maria! qué ocurrencia! Lo que estás diciendo es pura broma, ¿no es verdad?

Luisa, que no tenia los motivos del solitario, no queria disgustarlas, sobre todo cuando eran objeto de la compasion de Enrique, y respondió con un jesto que podia interpretarse bien o mal.

—Ya lo creo, Luisita, volvió a repetir la vieja solterona; tú no puedes menos de notar la gran diferencia que existe entre la edad del señor y la de mi padre. ¡Cuándo seria capaz este caballero de hacer lo que él hace! de bailar, de cantar, de conversar, como él baila, canta y conversa! Cuándo tendria esa animacion, ese fuego, esa galanteria que lo hace el alma de toda reunion! ¿Y es posible que todas estas cualidades, propias de la juventud, sean de un anciano de la edad del señor, como él se atreve a afirmarlo? ¡Qué comparacion, Dios mio! Es preciso ser ciego para no notar la diferencia!...

—Pero yo creo haberlo conocido hace como cuarenta años, es decir, en tiempo de los españoles, si no me engaño, en el mismo destino que ahora tiene, y ya era hombre casado y con familia.

Las tres solteronas se pusieron lívidas de furor, con especialidad la primojénita, que, no pudiendo contener su cólera, esclamó:

—Si no tuviera que respetar sus canas, diria a usted que mentia...

—Lo que significa decírmelo, señorita; y usted tiene el derecho, porque no hai motivo para que yo le infunda tal respeto; pues si mis canas son mucho mas numerosas y están a la vista, no se diferencian sino en la cantidad de las que se ocultan bajo un disfraz...

La vieja solterona saltó como si la hubiera mordido una víbora, y dijo a sus hermanas: "Vámonos, que tal desvergüenza solo merece el desprecio."

—Usted ha sido cruel, señor, dijo Luisa al solitario cuando se encontraron solos.

—He querido correjirlas, y nada mas, por bien de ellas mismas y porque hai un ridículo que daña.

—Pero ellas son bastante desgraciadas, segun piensa su discípulo, por el hecho mismo de ponerse en ridículo sin saberlo.

—Jentes como esas muchas veces son causa de grandes males, y hai casos en que es conveniente detenerlas.

—Usted sabrá lo que hace, pero yo no veo a quién perjudique.

—¿Tenia necesidad el pobre Enrique de pasar un mal rato como el que tuvo y otro peor como el que le aguarda?

—Eso no es de mayor trascendencia.

—Ya lo veo; pero pueden suceder casos peores, y mi objeto era evitarlos.

—Cómo! ¿que pensarán hacer nuevas conquistas?

—Talvez.

—Pero aun no hai motivo de alarma.

Y Luisa no pudo contenerse sino que se echó a reir.

—Yo ya lo he maliciado y ojalá me equivoque...

—¡Sabe usted que seria gracioso!

—No tanto como te parece; pero, en fin, puede ser que nó...

—Ha picado usted mi curiosidad.

—Hai una sonsera bonachona que a nadie ofende, y otra maligna que daña cuanto puede; y a la última especie es a la que pertenecen las hijas de don Pastor.

—Nunca lo habia visto a usted menos induljente.

—Muchas ocasiones en la justicia hai cierto grado de severidad que se confunde con la dureza y que está mui lejos de serlo.

—No nos ocupemos mas de este asunto, señor, pues espero que estas señoritas partirán mañana con su padre.

—Si han perdido toda esperanza; pero si les queda, aun cuando solo sea en su imajinacion, alguna remota posibilidad de triunfo, no se irán, bajo el pretesto "que les es tan doloroso separarse de tí; que han resuelto acompañarte unos dias mas"; y tú, conociendo que te engañan, las soportarás siempre.

—Sin la menor duda; ¿querria usted que las echase?

—No; y este es justamente el motivo por que preferia desengañarlas; y para desengañarlas basta solo con decirles la verdad.

—¿Y la verdad se reduce a probarles que su padre es viejo y que ellas tambien lo son?

—Eso solo basta para destruir sus combinaciones.

—¿Cree usted que lo ignoran? y si así fuera, ¿para qué quitarles una ilusion que las hace felices?

—Yo veo bien que lo saben; pero están persuadidas que les es fácil engañar a los otros, y en ese engaño fundan sus esperanzas.

—Usted quiere hacerse de enemigos irreconciliables.

—Ya lo son; porque no puede haber mayor ofensa que descubrirle la edad a las viejas presuntuosas; pero sea lo que fuese, dejemos esta conversacion, que es algo empalagosa, y vamos al salon, que ya no demorará en levantarse tu mamita.

—Vamos; pero ayúdeme usted a llevar estas flores destinadas a don Pastor de los Monasterios y que en su furor dejaron sus hijas abandonadas.

VI.

Luisa entró al dormitorio de doña Juana dejando al solitario en el salon, de donde huyeron inmediatamente las tres Monasterios para no estar en compañia de aquel mónstruo, encerrándose obstinadamente en su cuarto hasta la hora en que fueron llamadas para almorzar.

Ya estaban en la mesa doña Juana, el solitario y Luisa, cuando se presentaron las hijas del administrador de correos con un semblante tan adusto, que denotaba claramente su desagrado interior.

—Doña Juana, a quien habia comunicado Luisa la aventura, estaba de mui buen humor, y cuando las vió entrar les dijo con ironia:

—Ustedes se parecen a las tres gracias, si me es permitido emplear las mismas figuras de que usa con frecuencia el papá de ustedes.

—Gracias, señora, por él y por nosotras, contestó la mayor con voz melíflua; y mirando al anciano, añadió: pero hai muchos que no participan de la misma opinion.

—Eso querria ver; pero como aquí no hai jueces competentes, porque ya mi amigo no tiene voto en estas materias, quisiera hacer llamar a don Enrique, que es jóven y de gusto para que decidiese la cuestion.

Era claro: doña Juana habia tomado su partido y deseaba embromar un rato. Luisa y el solitario lo comprendieron y guardaron silencio, no oponiéndose a ese capricho de la señora, que le proporcionaria unos momentos alegres, de que indudablemente necesitaba y que en su edad le era hasta cierto punto no solo escusable sino permitido tomar,

tanto mas cuanto que aquella broma no salia de un círculo donde no podia tener consecuencias.

—Señora, dijo la menor de las niñas, o de las gracias, como las habia denominado doña Juana; usted va a poner un fuerte aprieto al señor don Enrique, porque en su reconocida galanteria, ¿cómo querrá ofender a nadie?

—No pretendo qué se decida por ninguna; pero sí deseo sacar del error a esta señorita; y doña Juana señaló con la vista a la hermana mayor: "que habia muchos que no participaban de mi misma opinion," lo que significa nada menos que afirmar que yo tengo mal gusto y esto no lo concedo tan fácilmente.

—Es fuera de duda que usted debe conocer en el acto lo que es bueno y lo que es malo, lo que es feo y lo que es hermoso.

—Así me lo he figurado siempre, y por esto voi a llamar un testimonio en mi apoyo.

Y dirijiéndose a un criado le ordenó de llamar a don Enrique.

El jóven obrero, obedeciendo inmediatamente la órden, pasó a su cuarto para cambiar de traje y presentarse con decencia ante las señoras, sin presumir que fuera llamado para almorzar en su compañia.

Doña Juana recibió al artesano con el mayor cariño y le hizo colocar un asiento en medio de dos de las hermanas. En valde se escusó Enrique, porque la señora fué inflexible y no tuvo mas que ceder.

El almuerzo fué animadísimo: todos estaban lo mas contentos; los unos, al ver tan alegre a doña Juana, que reia como una niña al notar las insinuaciones tan marcadas de las tres solteronas y el embarazo progresivo de Enrique, pues a medida que cada una de ellas hacia esfuerzos inauditos por atraérselo, el jóven se encontraba mas y mas confuso, no sabiendo ni qué contestar ni qué hacer. Para colmo de la diversion llegó en ese momento don Pastor de los

Monasterios, que se presentó al comedor con su aire mas satisfecho y mas risueño. El administrador de correos venia metamorfoseado: botines de charol, pantalon y levita flamantes y una nueva peluca que solo diferia en el color, siendo ésta completamente rubia en lugar de castaño como la del domingo anterior, lo que le hacia la fisonomia mas cómica que imajinarse puede.

Doña Juana al verlo, y al verlo tan distinto, batió las manos con entusiasmo: si la comedia habia concluido, iba indudablemente a principiar el sainete.

VII.

Al notar tan buena acojida de parte de la dueña de casa, don Pastor tomó nuevos brios, y sentándose al lado de Luisa, principió la narracion de cuanto habia hecho en la semana, sin olvidar jamas a las personas tan queridas que tenia distantes, pues en medio de sus ocupaciones estaba siempre su pensamiento en San Jorje, viviendo únicamente de los gratos recuerdos del domingo anterior.

Doña Juana reíase mas y mas de los disparates y de la fatuidad del célebre administrador de correos, prolongándose la sobremesa hasta mui tarde; y habia sido tanto lo que habia hablado y ocupádose de sí mismo don Pastor, que solo al último vino a recordar que traia en su bolsillo cartas para Enrique, las que le entregó escusándose.

Luisa, tan luego como vió la carta, dijo a Enrique de abrirla, pues probablemente venia alguna de Mercedes para ella, lo que en efecto sucedió.

Las hijas del administrador, con ese jénero de observacion maliciosa que caracteriza a los fátuos, notaron esta circunstancia, estrañándose que recibiese Luisa correspodencia bajo la cubierta del jóven arquitecto.

Levantóse Luisa de la mesa, con no poco desagrado de don Pastor, para leer su carta, haciendo otro tanto doña Juana y demas concurrentes.

Enrique aprovechó de esta ocasion para volver a su trabajo y las Monasterios para hablar a solas con su papá e informarle de las buenas disposiciones en que se encontraba Luisa, asegurándole que habrian llegado a establecer su proposicion, la que no dudaban hubiese sido aceptada sin la intervencion impertinente de ese viejo estúpido, que habia tenido la osadia de compararse con él, hasta el punto de afirmar que hacia cuarenta años que lo conocia y que ya en aquella fecha estaba casado y tenia hijos.

—Como usted ve, prosiguió la mayor de las tres solteronas, hablando siempre con su padre, ese viejo brujo, como dicen que es, no tuvo otro propósito que desacreditarlo en el concepto de Luisa, haciendo fracasar por este medio un plan tan bien combinado y que llevaba todas las apariencias de éxito, pues Luisa oia con gusto cuanto deciamos de usted, y ya concebirá que hablábamos con mucho entusiasmo de su buen carácter y de sus brillantes cualidades, cualidades que no pueden menos de llenar de orgullo y de llenar de felicidad a cualquier señorita que tuviese la dicha de conquistar su corazon. Luisa escuchaba con sumo agrado todo cuanto deciamos, y aun creemos, por sus respuestas, que se complacia en nuestros elojios, pensando sin duda, y no sin razon, que talvez le cupiese tan envidiable suerte, cuando, como ya se lo hemos dicho, intervino ese maldito viejo.

—Me las pagará el atrevido, contestó don Pastor; ¡qué insolencia! quererse poner en parangon conmigo! y decir que yo tengo la edad de él! y que me ha conocido hace cuarenta años! como si Pastor de los Monasterios hubiera tenido jamas relaciones con semejante canalla! Pero, en fin, ¿qué impresion produjeron en el ánimo de Luisa las desvergüenzas de ese badulaque?

—No lo sabemos, porque, ciegas de indignacion, le volvimos la espalda para hacerle conocer nuestro desprecio.

—¿Y Luisa se vino con ustedes?

—No; se quedó con él.

—Malo, mui malo... ese maldito hombre puede quizá desilusionarla; ¿por qué no la llamaron?

—No lo advertimos... ¡era tal nuestra indignacion!

—Muí merecida... Pero debisteis reflexionar... Sin embargo, yo arreglaré las cosas... Y veremos... Ahora, pensando en lo que concierne a ustedes, ¿cómo se ha conducido el arquitecto? Ese es un buen muchacho, jóven, elegante, de buena familia, trabajador, de talento y rico... Se los confieso: desearia que alguna de ustedes lo cautivase... yo estaria mui contento en tenerlo por yerno y me parece que él se daria por mui satisfecho en aliarse con la ilustre familia de los Monasterios, cuya estirpe, como bien lo saben ustedes, es nobilísima.

—No dudamos un momento en que él quedaria mui complacido si una de nosotras accediera a darle su mano; pero no hemos tenido en toda la semana ocasion de hablar con él, sino mui pocas veces, y esto en presencia de los obreros, cuando hemos ido a visitar los trabajos, porque sabrá usted que no come en la mesa ni tampoco duerme en la casa, sino que vive en compañia del viejo brujo, retirándose de aquí constantemente a la caida del sol.

—No puede ser eso.

—Sin embargo, es la verdad.

—Pero el domingo pasado ha comido con nosotros y ahora mismo lo he visto sentado al lado de ustedes; lo que, sea dicho de paso, me causó una verdadera satisfaccion.

—Esto ha sucedido porque la señora doña Juana lo ha hecho llamar espresamente.

—No comprendo esa conducta.

—Ni nosotras.

—Aquí hai algun misterio.

—Puede ser.

—Que yo averiguaré, porque nada se me oculta.

—Hace usted bien, papá; pero principalmente trate usted

de indisponerlo con el viejo brujo y persuádalo que no debe permanecer mas en tan mala sociedad.

—Déjenlo a mi cuidado; mientras tanto, hagan ustedes de modo a procurarme una ocasion en que pueda esplicarme con Luisa a solas.

—Pierda usted cuidado.

—Respecto a ustedes, les dejo la libertad completa de obrar como les sea mas conveniente con relacion a Enrique; ya sabeis, pues, cuánto lo aprecio, y les doi a ustedes de antemano mi consentimiento, aconsejándoles solamente que no hayan rivalidades, sino que sea la una o la otra la que obtenga, se contenten las demas, pues a quien Dios se la dió San Pedro se la bendiga... Ahora volvamos a la tertulia.

Matrimonios frustrados.

I.

Enrique no volvió a aparecer en el resto del dia ni aun se presentó en la comida, lo que contrarió horriblemente a toda la familia Monasterios: a las niñas, por cuanto esta ausencia desconcertaba sus planes e inutilizaba sus baterías, faltándoles el punto de mira; y al papá, porque se veia obligado, segun su opinion, para no faltar a las reglas de buena crianza, a darle conversacion a la señora doña Juana, lo cual le impedia acercarse a Luisa, si bien es verdad que no la perdia un solo instante de vista, tratando de decirle con la mirada lo que no le era dado comunicarle de viva voz; pero este juego de ojos era completamente perdido para Luisa, habiendo llegado a convencerse ésta, tan distante estaba de las estrafalarias pretensiones del presumido viejo, que ese movimiento constante de la vista era alguna enfermedad de que padecia el pobre hombre; pero el solitario, que lo observaba con cierta repugnancia, sabia lo que aquella pantomima queria decir.

En la comida, don Pastor no estuvo tan bueno como en el almuerzo, porque reparó que sus dichos no eran tan celebrados, pues doña Juana comenzaba a fastidiarse un poco de aquella charla insignificante, y muchas veces de mal tono; pero el administrador de correos no era hombre de darse tan fácilmente por vencido, y menos creer que cuanto él dijera no fuese agradable y profundo, sino que supuso en el acto que el viejo brujo habia influido por debajo en el

ánimo de doña Juana, sin duda por envidia o por temor de que él no concluyera con el prestijio de que gozaba en la casa, e imbuido en esa idea, le lanzaba de cuando en cuando miradas de odio que él creia tan terribles que por sí solas bastaban para intimidar al hombre de mayor coraje.

Terminada la comida, salió el solitario en busca de Enrique con la intencion de convidarlo a pasar la noche en el salon; asi es que en cuanto se suspendió el trabajo, le dijo:

—Ya sabes que desde ahora principia el asueto; de consiguiente, nuestro deber por el momento es la diversion, no la ciencia; con que así, ve a prepararte para que pasemos la noche en sociedad.

La llegada de Enrique y de su maestro fué aplaudida, principalmente por don Pastor y sus tres hijas, que al fin esperaban se les presentase una ocasion favorable para sondear el corazon del jóven, y segun el estado en que se encontrase, hacer de modo a que se decidiera en el acto, estando, como estaban, íntimamente persuadidas que no podria resistir a su lójica, a sus seducciones y a su nobleza. La única dificultad con que creian tropezar era la de ellas mismas, pues cada cual tenia la conviccion que las otras se lo disputarian, y esto les obligaba a empeñarse por llamar a cual primero la atencion del mancebo, apoderándose en seguida a toda costa de él. Este deseo ardiente de hacerse notable para agradarlo, las hacia hacer las figuras mas cómicas y las insinuaciones mas directas y estravagantes, a tal punto, que el mas ignorante niño podia comprenderlas, lo que principió a producir en doña Juana, con los antecedentes que tenia, igual hilaridad a la del almuerzo.

Las tres hermanas dirijian la palabra a Enrique a un mismo tiempo, y éste, algo avergonzado, no sabia qué contestar limitando sus respetos a simples monosílabos para salir de aquel apuro que no dejaba tambien de divertir a la señora.

Viendo el administrador de correos que esta maniobra

de sus hijas a nada conducia ni para ellas ni para él, porque con esa petulancia era imposible que el jóven se fijara en ninguna, mientras que por otra parte distraia a Luisa, propuso de ir a dar un paseo a la claridad de la luna, que estaba hermosísima.

El pensamiento fué bien aceptado por todos, con escepcion de doña Juana, que dijo preferia quedarse por temor de que le hiciese mal el sereno, y del solitario, que por acompañar a la señora tambien se escusó, de lo que quedó sumamente contento don Pastor, que se veia libre de aquel importuno testigo.

II.

En cuanto salieron del salon, el galante viejecito colocóse al lado de Luisa, inclinó algo el cuerpo, arqueó el brazo derecho a guisa de oreja de jarro, y dijo a la niña:

—¿Querria usted aceptar mi brazo, señorita?

Luisa lo miró un momento con una sonrisa entre burlona y benévola, y le contestó:

—¿Tiene usted las piernas mui débiles? necesitaria usted de mi apoyo?

—No es por esto, señorita .. Tengo, gracias a Diós, mas ajilidad que un huanaco; pero le ofrezco a usted mi brazo por si le agrada o si le es mas cómodo.

—Si usted consulta mi gusto, prefiero ir sola: y si la comodidad, me parece que no la conseguiriamos ni el uno ni el otro, pues siendo usted tan chico iria fastidiado y yo tambien... quedémonos mejor como estamos.

—Por lo que hace a mí, en lugar de estar fastidiado seria dichoso; y respecto al tamaño, no es tanta la diferencia... míreme usted, le llego mas arriba del hombro.

Y el viejecito se empinaba cuanto le era posible.

—Parece que usted crece por instantes, dijo Luisa riéndose; hace un momento que creia verlo mucho mas bajo.

—Le engañaria la vista, pero siempre he sido así...

Y el buen hombre volvia a estirarse.

—De cualquier manera, prefiero ir sola; mui bien podemos conversar como vamos.

—Ya sé, señorita, de qué proviene su negativa.

—¿De qué?

—En vano querrá usted negármelo, porque lo he adivinado.

—¿Pero de qué?

—De su confesor...

—De mi confesor! Está usted loco! ¿Qué tiene que ver con esto mi confesor?

—De su confesor, de su confesor, y nadie me lo quitará de la cabeza.

—Si usted está persuadido, me será imposible convencerlo de lo contrario.

—No solo persuadido, sino persuadidísimo, porque sé por esperiencia lo que son esos frailes.

—¿Que se lo han prohibido a usted alguna vez?

—A mí, a mí! No faltaria mas que eso!... Ya ellos me conocen, y saben quién soi... Por otra parte, no usan de esa táctica con los hombres sino con las pobres y crédulas mujeres... Pero, señorita, usted que es tan educada y que tiene tanto talento, debe hacerse superior a esas cosas, propias solo de los ignorantes y de los fanáticos.

—Le digo a usted que nunca se ha ofrecido tal, porque no me iria a confesar de aquello que no considero como falta.

—Doi de barato que usted no considere esto como falta, en lo que tiene mucha razon; pero los confesores lo dan como consejo, y en seguida lo ordenan. Igual cosa les pasó a mis hijas; pero yo les dije: ríanse ustedes de esas sonseras, y tómense del brazo de todo el mundo o del que ustedes quieran. Y en prueba de ello voi a prevenir a mi amigo don Enrique que las acompañe, y verá usted como ninguna se resiste.

Y apenas acabó de hablar, cuando dirijiéndose a Enrique le dijo:

—Vaya usted a ofrecerle el brazo a mis hijas.

El jóven se apresuró a obedecer, porque tenia deseos de desvanecer del todo sus pretensiones. Pero si Enrique anduvo solícito, mucho mas lo fueron las tres solteronas, que saltaron sobre el mancebo como quien se apodera de una presa.

Desgraciadamente, él no tenia sino dos brazos que ofrecer, quedando una de ellas a la *luna de Valencia*, como dice el adajio español.

—Ya ve, señorita, continuó don Pastor, volviendo a anudar la conversacion interrumpida... Ya usted ve lo que son. ¿Qué mas pruebas quiere usted de la rectitud de su juicio y de la esmerada educacion que yo les he dado?

—Ninguna mas convincente, contestó Luisa en tono de broma, al notar que todas tres se habian echado sobre Enrique como *gato a bofe*.

III.

Don Pastor, contrariado porque no habian aceptado su brazo, pero atribuyéndolo a influencias del confesor y a gazmoñeria de beata, tenia siempre la conviccion íntima de su ascendiente sobre Luisa, ascendiente que, si aun no estaba convertido en un afecto tierno, era porque él no se habia esplicado todavia, no dudando que, tan luego como hiciera su declaracion, esa niña, fascinada ya, seria completamente suya.

Encasquetado con esta idea, dió principio a la conversacion siguiente:

—¿Ha visto usted, señorita, cosa mas hermosa que los arjentinos rayos de la luna?

—¿Le gusta a usted mucho el astro de la noche?

—¡Ah! señorita!... ¡Qué pregunta!.. Yo soi poeta... Soi

de esas naturalezas que no viven sino de luz y de afecto!.. ¿Cómo quiere usted que no admire a Fedora?

—¡De luz y de afecto!.. Pero usted está demasiado gordo para que solo se sustente con tan espiritual alimento!..

—¿Qué importa la materia! Talvez porque no le hago caso es que quizá mas se desarrolla;.. pero el alma, el amor, la poesia, la gloria, hé ahí mi existencia y mi aspiracion!.. Si usted viera las composiciones que he hecho, los gruesos volúmenes que he escrito, se convenceria de que mi alimento es puramente espiritual, como usted ha dicho bien.

—Ya tenia noticia de su gran talento; y aunque no he visto ni oido citar ninguna de sus obras, estoi persuadida que deben ser de mucho mérito.

—De muchísimo, Luisita, yo se lo aseguro... No hai nada escrito que se asemeje a lo mio... pero todavia soi capaz de mas...

—¡Es posible!

—¿Lo duda usted?

—El talento humano tiene su límite.

—Pero no el mio, o mas bien, yo mismo ignoro hasta dónde llegaria mi inspiracion si tuviera un afecto...

—¿Pues no tiene usted tres?

—Mis hijas! No lo niego; pero este cariño es apacible, no quema, no exalta, no eleva... Lo que yo necesito, Luisita, es el amor...

La jóven, sorprendida, se volvió para mirar a aquel ente tan raro, y luego le dijo:

—Ame usted a Dios...

—Dios en una abstraccion, y está en los cielos, mientras que yo vivo en la tierra.

—De la tierra se va al cielo, señor de los Monasterios, y segun lo que dijo el solitario esta mañana, a usted le debe faltar poco tiempo para abandonar este valle de lágrimas...

—¿Cómo puede usted dar crédito a ese hombre? Si así fuese, ¿arderia en mi pecho el fuego de la pasion, el fuego

del amor con tanta vehemencia? Porque, sépalo usted de una vez, Luisita, yo quiero a una mujer...

—¿Qué es lo que usted dice? repuso la niña sorprendida, y mirándolo de alto abajo con aire de repugnancia.

—No se asuste usted, señorita, no se asuste, pues si es verdad que adoro a una mujer, es porque lo merece y es porque tengo para con ella las mejores intenciones. Yo no soi un libertino, Luisita, no pretendo perder a una niña burlándome de su credulidad, sino que estoi dispuesto a ofrecerle mi corazon y mi mano. Estoi dispuesto a llamarla mi esposa ante Dios y ante los hombres, y postrándome a sus piés decirle: "Aquí teneis a Pastor de los Monasterios, poeta, escritor, hombre de estado, que pone a vuestras plantas su reputacion, su gloria, sus laureles y que solo pide en recompensa un destello de amor nacido de vuestros ojos para pasmar al mundo con el fuego de la inspiracion, con lo atrevido de su pensamiento, con la profundidad de sus concepciones, y esta aureola brillante se reflejara tambien sobre vos, porque llevais su nombre, porque sois su compañera y su esposa tierna."

Y don Pastor paróse un momento, mirando con ojos enternecidos a Luisa para ver el efecto que habian producido sus palabras, que creia iresistibles.

—Parece, señor, contestó la jóven, con su benévola sonrisa, que los rayos de la luna lo inspiran.

—Los rayos de la luna y el pensamiento de la mujer... Sírvase ahora responderme categóricamente: ¿no es verdad que la señorita a quien yo diera mi corazon, mi fé y mi nombre seria mui feliz?

—Así lo creo, contestó Luisa, de un modo distraido.

Al oir esto, la exaltacion de don Pastor llegó a su colmo; y seguro del triunfo, hincóse de rodillas ante Luisa, a quien tomó precipitadamente una mano, diciéndole: "¡Luisita!.. estoi a vuestras plantas... esa señorita a quien adoro sois vos... seremos felices, ¿no es verdad mi amada?

Luisa, sorprendida, no podia creer aun en lo que veia y oia, y retirando su mano por instinto mas que por reflexion, dijo al viejecito, que permanecia todavia prosternado:

—¿Qué es lo que usted dice, señor don Pastor?

—Que os amo y que sereis mi esposa...

—¡Se está usted jugando o está usted loco?

—Ni lo uno ni lo otro: empeño mi palabra con toda serenidad... os lo juro...

—Basta de chanzas.

—El hombre que ama como yo no se chancea, Luisita,.. creedme... dadme a besar vuestra mano y mui luego estaremos unidos para siempre...

—¿De veras que no es broma lo que usted dice?

—Por mas inverosímil que os parezca el haber alcanzado mi afecto, que se han disputado en vano tantas mujeres hermosas, por mas inverosímil que os parezca el haber realizado esa esperanza, tenedlo por cierto: lo que os he dicho es la pura verdad.

—Ya esto se pasa de cómico, es grotesco, repuso Luisa; y luego añadió: "levántese usted, señor, antes que lo vean, porque su postura es mui ridícula y sus pretensiones mucho mas"...

Si un rayo hubiera caido sobre la cabeza de don Pastor no le habria hecho tanto efecto como esas palabras despreciativas y glaciales que acababa de oir.

—Levántese usted, volvió a repetirle Luisa, con autoridad, y vaya a juntarse con sus hijas, pues yo me vuelvo al salon; y diciendo y haciendo, lo dejó plantado en el mismo lugar y en la misma actitud; pues aquel inesperado desengaño habia producido en él el mismo efecto que si hubiese caido de una altura inmensa, faltándole las fuerzas necesarias para ponerse en pié.

IV.

Así permaneció largo rato hasta que al fin pudo pararse; y obrando la rabia y el despecho una fuerte reaccion sobre sus nervios, se dirijió precipitadamente donde sus hijas, diciendo en voz alta: "necia, necia... ¿qué mas queria?.. ha perdido la mas bella ocasion de hacerse célebre... ¡tratarme de loco, reirse como de un niño y volverme la espalda con desprecio... ya me la pagará...

Las tres solteronas no tenian mejor el semblante y hablaban con mucha animacion entre sí, cuando llegó su padre, que no viendo a Enrique les preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

—Nada de particular: ese hombre es un plebeyo y lo hemos despreciado como indigno de nosotras.

—Pues qué! ¿no es arquitecto?

—Simple carpintero e hijo de un soldado y de una lavandera. ¡Qué chasco hubiera sido el nuestro! ¡Y usted que nos lo recomendaba tanto, que nos decia que era un arquitecto distinguido, un hombre de mucho talento y de una ilustre cuna!.. ¿cómo ha podido engañarse así?

—No es posible.

—¡Cómo que no es posible, cuando el mismo nos lo ha confesado! ¿Y Luisa? no viene con usted?

—Luisa es una estúpida mojigata, indigna del afecto de un hombre como yo.

—¿Cómo es eso? ¿qué es lo que ha pasado?

—Nada mas sencillo: desde el principio que le ofrecí mi brazo y lo rehusó, conocí lo que era; pero temiendo equivocarme, proseguí adelante, hasta que aburrido de su insipidez y de su fatuidad, la dejé sola y se volvió al salon.

—Eso ha estado un tanto descortes.

—¿Qué quieren ustedes? He obrado sin duda como ustedes, pues estoi seguro que tan luego como supieron el oríjen

plebeyo de ese jóven, abandonaron su brazo. Yo hice otro tanto cuando estuve cierto de la nulidad de esa muchacha.

—Ya se ve; ¿pero qué haremos ahora?

—Volvernos a San Fernando. Ojalá nunca hubiéramos venido a este maldito paseo... ¡Lo que es ser condescendiente! Si no hubiéramos cedido a tanta instancia, no habriamos esperimentado este desengaño y perdido nuestro tiempo, sobre todo yo, que tengo tantas ocupaciones que atender.

—Y nosotras que nos hemos sacrificado una semana en esta soledad, en lugar de pasarla agradablemente entre nuestros amigos y amigas de San Fernando!

—Ya el mal está hecho y no tiene remedio; ¿pero cómo irnos ahora?

—Ahora es de noche; partiremos mañana de alba.

—¿Y en qué carruaje? porque el que me trajo hoi se fué.

—Pídale usted uno a doña Juana.

—Yo! ni por un pienso!.. ya debe saber lo que ha pasado con su hija, y me espondria a un desaire...

—Para nosotras tambien es desagradable exijir un servicio de personas con quienes no hemos de volver a tener amistad.

—¿Pero no hai otro medio?

—Lo que podemos hacer es finjir que nos han escrito de San Fernando, convidándonos para una comida y que es indispensable que partamos mañana; y viendo esto serian mui impolíticas si no nos ofrecieran su coche, tanto mas cuanto que nos hemos sacrificado haciéndole compañia a Luisa.

—Tienen ustedes mucha razon y no dudo que esto suceda; con que entonces ¿nos vamos mañana sin falta? ¿Y si nos convidan a quedarnos por ser domingo?

—Nos sirve de pretesto para rehusar, el convite que nos han hecho.

—Está bien.

Y padre e hijas dirijieron sus lentos pasos hácia el salon, no dándose prisa en llegar; pues a pesar de haberse considerado triunfantes y de haber menospreciado los partidos que habian creido fácil conseguir, se veian humilladas interiormente y no sabian con qué cara presentarse ante las mismas personas que afectaban desdeñar.

V.

Luisa, como hemos visto, que se separó la primera, fué tambien la que se presentó antes que las demas, y sin que dijera una palabra, comprendió el anciano la escena que habia tenido lugar y que ya él preveia de antemano, no habiéndole sido posible evitarla, pues sabia que, aunque cómica, desagradaria a Luisa.

—¿Qué se han hecho las demas? preguntó doña Juana a su hija inocentemente; porque si hubiera sabido el caso, era capaz de haber despedido en el acto y con cajas destempladas a don Pastor de los Monasterios, a pesar de descender en línea recta de los reyes de Castilla.

—Se han quedado atrás, mamita, pero supongo que vengan mui luego.

—Ya comprendo, estarán tratando el asunto de matrimonio: ¡quisiera estar por un ladito para oirlo! qué divertidos deben ser esos coloquios.... y la embarazosa posicion de nuestro pobre arquitecto!...ja, ja ja! ¿Cómo va a conducirse para escapar de las tres; porque debe ser un sitio en regla...Y el padre, ¿qué pitos tocará en el asunto? Has perdido el mejor sainete que verás en tu vida, Luisa: ¿por qué te has vuelto tan pronto, pudiendo haber venido a referirnos la escena?

—Porque delante de mí no se habrian atrevido...

—Tienes razon; era preciso dejarles el campo; pero ahora nos dirán algo los semblantes.

Pocos momentos despues entraba don Pastor en compañía de sus tres hijas.

—Y bien, señoritas, ¿han quedado ustedes encantadas de su paseo? La luna está hermosísima; supongo que habrán poetizado bastante, con especialidad el señor don Pastor.

Ya doña Juana habia notado lo mustias que venian todas, y continuó con ironia:

—Y nuestro arquitecto, ¿dónde lo han dejado ustedes?

—Su carpintero, querrá usted decir, señora, respondió con tono desdeñoso la solterona mayor.

—Sea como ustedes quieran, dijo doña Juana, riéndose del despecho interior que demostraba la palabra carpintero.

—No es materia para reirse, repuso la menor, que era la mas intrépida; porque nosotras al aceptar el convite a casa de usted creiamos encontrar a jentes de nuestro rango y de nuestra sociedad, y no a un artesano, hijo de un soldado y de una lavandera...

Doña Juana se puso pálida de rabia; pero Luisa, conociendo que iba a replicar con enfado y quizá a echarles en cara sus pretensiones burladas, le hizo una seña para que les tuviera compasion.

La aristocrática matrona se contuvo entonces y les dijo con calma.

—Basta que yo reciba a una persona en mi salon para que sea digna de asociarse con lo que hai de mas noble y encumbrado en el mundo; porque yo soi tal vez demasiado severa y demasiado exijente para conceder al primer venido mi amistad; y ya que ustedes han visto aquí a don Enrique, es porque en realidad lo merece. Ahora si ustedes me han honrado con su presencia, ha sido ignorándolo yo completamente, pues no habia tenido el honor de conocerlas antes, y mi hija solo ha mandado convidar a los Zúñigas y algunos de sus amigos íntimos, en cuyo concepto, y nada mas que en ese, han sido ustedes recibidas en casa con toda la urbanidad de que somos capaces.

—Sin embargo, señora, hemos notado que usted no reci-

bia en pié de igualdad al pretendido arquitecto, desde el momento que no lo permitia comer a su mesa diariamente.

--Yo soi, señorita, el único juez de mis acciones; pero debo advertirles que si ese jóven no viene a mi mesa todos los dias, es porque lo ha rehusado él mismo, y esa modestia de su parte, independiente de muchas otras cualidades recomendables, lo honra y lo hace digno de mis consideraciones y de mi afecto.

La hermanita menor, que, como hemos dicho, era la mas arrogante, iba a replicar otra vez, cuando apareció Enrique en el dintel de la puerta con esa majestad humilde del ser libre que no ambiciona consideraciones ni las espera, pero que tampoco se intimida...La presencia del jóven le cerró los lábios.

—¿Qué era lo que usted iba a decir? preguntó doña Juana intencionalmente, haciendo al mismo tiempo señas a Enrique para que pasara adelante.

—Que nos han mandado un propio de San Fernando convidándonos para mañana a casa del intendente, donde, segun se nos dice, habrá comida y baile.

—¿Es posible? replicó doña Juana con su irónico aplomo; ¿por qué no nos lo habian dicho ustedes antes?

—Porque acabamos de recibirlo.

—¿Durante el paseo?

—En este instante.

—¡Qué casualidad! ¿Es decir que quedaremos mañana privados de la agradable compañia de ustedes? ¡Y yo que habia pensado que pasariamos el dia domingo tan alegremente como el anterior! ¡Qué lástima! ¿Pero no les seria a ustedes fácil rehusar bajo cualquier pretesto?

—Imposible, señora; hemos dado nuestra palabra, y aunque mujeres, sabemos cumplirla relijiosamente.

—Soi capaz por tal de retenerlas, de dar órden para que no se les prepare ningun carruaje.

—Aunque agradecemos su buena voluntad, lo sentiriamos

infinito, porque la señora del intendente es tan buena y nos quiere tanto, que nada hace ni determina sin consultarnos, colmándonos de agasajos cada vez que nos ve.

—Si ha de perder la sociedad de San Fernando y el señor intendente su principal y mas necesario adorno, no haré mas oposicion, porque seria un egoismo de mi parte privarlas a ustedes y a ellos de un dia agradable. Tendrán, pues, ustedes a la hora que gusten un coche para que las lleve.

—Gracias, señora; deseariamos que fuera temprano.

—Les he dicho a ustedes a la hora que mas les convenga, y si lo desean, puede estar listo en el acto.

—Lo que disponga papá.

—Lo que ustedes quieran, mis queridas hijas.

—La luna está hermosísima, y no habria el menor peligro en volcarse; el cochero es diestro y los caballos mansos.

—Entonces partiremos, dijo la mayor de las hermanas, que comprendió que no querian retenerlas.

Don Pastor se puso en actitud de despedirse, y otro tanto hicieron sus hijas, que solo entraron un momento en su dormitorio para acomodar en un saco de viaje sus cintas y adornos.

Doña Juana, que ignoraba lo que acababa de pasar entre su hija y el ridículo viejo, tenia compasion de él, y hubiera deseado realmente que se quedase, al menos hasta el domingo, para divertirse un poco a sus espensas y que no fuera a constiparse, y así le dijo:

—Me parece algo precipitada la partida, señor don Pastor; bien podia retardarla hasta mañana.

—Mis hijas ya lo han resuelto, y cuando un Monasterio dice una cosa, no vuelve jamas atras.

—¡Qué firmeza!

—Este es el distintivo de la familia; su rasgo mas característico.

—De manera que si usted llegase al poder, mui fácilmente se convertiria en tirano.

Don Pastor, antes de responder, reflexionó un momento; buscaba la ocasion de hacer conocer a Luisa cuánto habia perdido, y quiso aprovechar aquella coyuntura que se le presentaba para hacer ostentacion de su mérito y de sus futuras espectativas, y así dijo:

—Los Monasterios tienen un carácter indomable, y si yo llego al poder, lo que no está distante, seré un segundo Portales.

—¡Es posible, mi señor don Pastor! ¿Quién lo diria? Las apariencias de usted son mas bien de un cordero; ¿pero hai posibilidad de su elevacion?

—No tan solo posibilidad, sino casi certidumbre, pues he recibido insinuaciones de las altas rejiones del poder para que me haga cargo de la cartera de hacienda.

—¿Y usted, qué ha resuelto?

Y doña Juana se mordia los lábios.

—Lo estoi pensando; no he dado todavia una contestacion definitiva, pero la daré luego.

—¿Ya se puede contar con toda seguridad de que usted va a ser ministro?

—Talvez.

—En ese caso, mi señor don Pastor de los Monasterios, como usted será un segundo Portales, espero que lo contaremos siempre en el número de nuestros amigos, porque aquel célebre personaje no andaba con bromas con sus adversarios, sino que tenia un brazo de hierro para contenerlos y aun para castigarlos, ¡y pobres de nosotros si fuéramos a caer en desgracia con su noble sucesor!. .

El viejecito paseó una mirada de triunfo sobre todos, y la detuvo sobre Luisa como diciéndole:

—Ya ves lo que llegaré a ser, y por consiguiente lo que has perdido; tiembla de mi venganza.

—Usted es demasiado buena, señora, para temer algo de parte del mandatario.

—Pero si ese mandatario es como Portales, puede mui

bien tener caprichos como aquel, y en tal caso vivir mui espuestos a sus golpes de autoridad.

—No tema usted nada, señora, seremos amigos.

—Entonces, si somos amigos, talvez obtenga muchas gracias, porque tambien don Diego Portales era escesivamente bueno y jeneroso con sus adictos.

—Yo haré lo mismo.

Doña Juana no pudo contener por mas tiempo la risa, y estalló su hilaridad con tanta mas vehemencia cuantos mas esfuerzos habia hecho para reprimirla.

Los demas siguieron su ejemplo, a pesar de la severidad de principios del solitario y de la bondad compasiva de Enrique.

VI.

La familia Monasterio permaneceria como media hora mas en el salon, tiempo que se empleó en enganchar los caballos, y que ellas, a ejemplo de su padre, aprovecharon en ensalzarse.

—Si no hubiera visto por mí misma entes tan raros, dijo doña Juana cuando hubo partido la familia Monasterio, jamas habria creido que existieran en el mundo; pero debemos estarles agradecidos, porque nos han hecho pasar buenos ratos, y creo que especialmente a usted don Enrique, ¿no es verdad?

El jóven se ruborizó.

—Vamos, ¿qué les hizo usted a esas pobres niñas, que volvieron del paseo tan encolerizadas contra usted, que solo proferian denuestos, llegando su furor a tal punto que han partido de noche como usted ve?

—Puedo asegurar a usted, señora, que no las he ofendido en lo menor.

—Ya lo creo: pero en fin, algo de estraordinario debe haber sucedido.

—Comunícanos lo que te ha pasado, dijo el anciano, porque aquí estamos todos en tu secreto.

Enrique se puso como una granada.

—Amigo mio, esclamó doña Juana, no hai por qué avergonzarse: usted no tiene la culpa de que las niñas lo quieran; y ya que conozco una parte de su dichosa aventura, desearia saber el desenlace, y aunque lo presumo, desearia que me lo dijera el mismo actor.

Enrique refirió entonces con la mayor sencillez la conversacion que habian tenido, viéndose obligado a desengañarlas para que no siguiesen adelante, manifestándoles que no era arquitecto sino simple carpintero, y que no descendia de una familia ilustre sino de un honrado soldado que nada tenia de noble, a no ser su carácter. Esta confesion de mi parte, continuó Enrique, produjo el efecto que yo deseaba, pues inmediatamente me soltaron del brazo, diciéndome que habian sido engañadas y que yo tenia mucha culpa en haber representado un falso papel que las habia inducido a ellas, tan aristócratas, a fijar por un momento sus ojos en mí, de lo que deberia estar mui lisonjeado; pero que ellas veian en todo esto un lazo que les habian tendido y una broma pesada que no soportarian por mas tiempo, pero que me la perdonaban con la condicion de no decir a nadie nada de lo ocurrido...

—Ya ven ustedes, prosiguió Enrique, que falto a mi palabra cometiendo la indiscrecion de revelar lo que habia prometido ocultar.

—Tú, lejos de revelar algo, has hecho cuanto has podido para que no se sepa la cómica pasion de tres impertinentes solteronas, ansiosas de casarse; pero yo he sido el que he dicho a las señoras lo que pasaba, porque no le hacia ningun mal a las célebres Monasterios y mi sia Juana se divertiria algo.

—Me he reido muchísimo, y no les habria perdonado jamas que me ocultara tan salada ocurrencia.

—Pero hai otra que jamas debe saber, dijo el solitario a Luisa en voz baja; porque si ésta declaracion de amor la hace reir, la otra la haria rabiar.

—¿Quién se lo contó?

—Yo lo habia adivinado, hija mia, y queria evitarlo. Recordarás ahora la dureza que empleé con las Monasterios esta mañana y que tú me reprochaste; pues bien, no tenia otro objeto que impedir que sucediese lo de Enrique y lo tuyo, que en último resultado ha venido a causar disgusto; porque tu mamita, que es la que mas se ha divertido, se incomodó cuando hablaron de Enrique; a tí te pasó lo mismo, independiente del sentimiento de repugnancia que esperimentaste con la declaracion inesperada de ese viejo hongo. Tambien se han ido rabiando las tres solteronas lo mismo que su digno padre, y todo esto lo hubiera yo precavido; pero en fin, ya está hecho el mal y es imposible repararlo.

—Confieso a usted verdaderamente que estoi disgustada.

—Lo sabia: para cualquier otra niña hubiera sido esto una divertida ocurrencia que hubiera contado a todo el mundo y de que se hubiera reido a sus anchas, pero no para tí; sin embargo, no es preciso darle mayor importancia.

—No se lo cuente a don Enrique.

—Está bien, hija mia: por mi boca no se sabrá nunca nada.

Como era natural, el tema de la conversacion de esa noche y aun del dia siguiente fué la familia Monasterio, recordando una multitud de incidentes que antes habian pasado desapercibidos, y a los que ahora se les hallaba su verdadera significacion, tales como las miradas, los suspiros, las sonrisas y las muecas de toda especie que son como un repertorio de señales entre las mujeres, y particularmente en aquellas que, habiendo llegado a cierta edad, principian a desesperar del matrimonio y cada dia se afeccionan mas del espejo, delante del cual pasan horas enteras ensayando di-

versas clases de pucheritos, que son en concepto de ellas tan seductores como graciosos y persuasivos.

En San Fernando se habia hablado mucho, como en toda pequeña ciudad, del gran baile y fuegos artificiales dados en la hacienda de San Jorje, de los suntuosos edificios que se estaban construyendo, del sabio arquitecto que los dirijia y de la fortuna colosal de doña Juana, que debia heredar Luisa mas tarde o mas temprano, pero que desde luego la hacia el mejor partido de toda la provincia; de modo que en esa semana no se hizo otra cosa que comentar cada cual a su manera aquel acontecimiento estraordinario y calcular las sumas que habria debido gastar en aquel capricho de rica, diciendo algunos que mas habria valido darle a los pobres todo aquel dinero en lugar de emplearlo en diversiones que no duraban sino un momento y sin el menor provecho del prójimo.

Cuando se esparció la noticia de la llegada de las Monasterios, que habian permanecido en la hacienda durante una semana, todas sus amigas y conocidos fueron a verlas para tomar informes mas detallados sobre cuanto habia sucedido en San Jorje.

Las hijas de don Pastor estaban altamente lisonjeadas del gran número de personas que concurria a su casa, no habiendo visto jamas una reunion tan numerosa en su salon encontrándose allí hasta señoras que no conocian y que se habian hecho presentes por medio de sus relaciones, instigadas por la curiosidad que reinaba en todos; pero cuál no seria la sorpresa de la concurrencia al oir a las niñas Monasterios criticar con el tono mas enfático y mas decidor cuanto habian oido alabar a otros! Segun las tres solteronas, los fuegos habian sido mui insignificantes, el baile mui mezquino y deslucido, pues sin ellas y su papá habria sido aquello de morirse de fastidio; los edificios eran unas grandes caballerizas para alojar un rejimiento de húsares, pero no jentes de buen tono y que sabe lo que es el verdadero

confortable. Por lo que respecta a la señora doña Juana, era una vieja maniática, orgullosa por sus cuantos reales, sumamente mal educada, y su hija una niña insignificante, llena de defectos y ademas mojigata, no teniendo en su favor otra cosa que su juventud. Ahora por lo que hace al grande arquitecto, no era mas que un simple carpintero, hijo de un soldado, e ignorante como todos los de su clase, pero por quien doña Juana tenia una gran predileccion, haciéndolo comer varias veces a su mesa, lo que les daba a pensar que habia allí *gato encerrado;* pero que ellas, que no eran ni curiosas ni malas lenguas, no se habian empeñado en descubrir, bastándoles únicamente el haber averiguado esto para que determinasen venirse en el acto, porque hubiera sido mui impropio el que ellas permanecieran a sabiendas en tal sociedad.

Esta narracion sorprendió sobremanera al pacífico vecindario de San Fernando, que se dividió en partidos, los unos apoyando cuanto decian las Monasterios y los otros afirmando que todo aquel fárrago de mentiras no podia ser sino el resultado de algun desaire o de la envidia que las roia hasta los huesos, porque eran viejas, feas y pobres; pero no puede negarse que desde ese momento adquirieron las hijas de don Pastor de los Monasterios gran celebridad, siendo citadas a cada paso, ya por los que las denigraban, o ya por los que las aplaudian: triste resultado que siempre da la murmuracion, nombradia que se hace terrible, odiosa y popular y que acatamos las mas veces tanto o mas que a la virtud, deseando captarnos la voluntad de los maldicientes para que nos consideren como amigos y no nos tomen en boca, pues esa jente empaña toda reputacion con el inmundo hálito del ódio.

La primera pena.

1.

Recordaremos que el dia en que llegó don Pastor, que fué tambien el mismo de su regreso a San Fernando, trajo una carta para Enrique, en la que venia otra inclusa para Luisa, lo cual dió que pensar a las tres solteronas. Estas dos cartas, como debe presumirse, eran de Mercedes, que alentaba un tanto a su hermano, sin divulgarle el secreto de su amiga, y que daba las gracias a ésta por el cariño que profesaba a aquel. Estendíase tambien la inocente niña hablando de Víctor, diciéndole a Luisa lo que le habia repetido otras veces, que deseaba vivamente que conociera a su pintor, porque era imposible encontrar en el mundo un hombre mas fino, mas distinguido, mas aristócrata por naturaleza, puesto que no tenia otro título de nobleza que el de su arte o profesion; pero que todas estas ventajas eran nada comparadas con su talento, descollando no solo en la pintura sino en todas las ciencias, de las que tenia vastas nociones y de las que hablaba como maestro; pero particularmente sabia la ciencia del corazon, no habiendo sentimiento que no lo analizase con tal precision y delicadeza, que parecia que con su palabra hacia palpar las emociones y sus efectos, tocando, sin pensar, todas las fibras del alma. Mercedes terminaba su carta diciendo a su amiga que habia adelantado mucho en su instruccion, pues Víctor habia reemplazado, no con ventaja, pero al menos en igual grado, sus lecciones y su enseñanza; sin embargo, le decia que ha-

bria tenido mas gusto de ser en todo la discípula de ella y no la de él, porque creia hallar mas confianza y mas dulzura en Luisa que en Víctor, sentimiento estraño del que no se daba cuenta pero que esperimentaba en realidad.

Las contestaciones de Luisa y de Enrique eran no menos espansivas que cariñosas. Pintábase en sus cartas la feliz tranquilidad de que gozaban sus corazones, pues ambos tenian, si no la seguridad absoluta de amarse, al menos el presajio de esa dicha inmensa. Enrique, por su parte, revelaba a su hermana el secreto de sus esperanzas, fundándose en el juicio favorable del solitario y en las emociones que esperimentaba; y Luisa decia tambien a su amiga hasta los pequeños incidentes en que creia haber sorprendido el profundo y delicado afecto de Enrique, que la palabra no habia confirmado aun, pero que sus acciones y su semblante revelaban con mas elocuencia.

Ni Luisa ni Enrique se comunicaban las cartas que escribian a Mercedes y las contestaciones de ésta; pero un sentimiento secreto, esa prevision, esa doble vista de que gozan los amantes, les decia que en esas cartas hablaban los unos de los otros y sus pájinas estaban llenas de una pasion recíproca.

II.

Los dias deslizábanse tranquilos y felices; cada uno de ellos llevaba al corazon de estos dos jóvenes un nuevo contento, porque nunca faltaba o la caricia de una mirada o la entonacion misteriosa de una palabra al parecer insignificante, pero que estaba llena del mas puro cariño. El lenguaje es siempre menos elocuente que la vibracion de la voz; si se quiere conocer el sentimiento y leer en el fondo de una alma, no debe darse tanta importancia a la palabra cuanto al sonido; asi es como el mas grande insulto se convierte en caricia, y una frase que significa odio revela afecto, porque el verdadero sentido de las cosas no lo manifiesta tanto el

lenguaje cuanto la espresion de la fisonomia, cuanto la entonacion de la voz; y de aquí nace sin duda ese atractivo o esa repulsion que esperimentamos por una persona al oirla hablar: las palabras son las mismas, pero el sonido es distinto y ese sonido nos induce a juzgar del carácter del individuo, de sus tendencias, de su mayor o menor sensibilidad, de sus vicios y de sus virtudes y hasta de sus mas insignificantes hábitos, con tal seguridad, que rara vez nos equivocamos, sin definir por esto esta lei oculta que nos guia sin saberlo.

La felicidad interior que esperimentaba Enrique no lo habia desviado un momento del plan de vida que se habia propuesto seguir. Cada dia iba a su trabajo, volviendo en la noche al cortijo del anciano, donde consagraba algunas horas al estudio, aprovechando de las sabias y sencillas lecciones que le daba el maestro sobre los diferentes ramos de la ciencia humana. Solo los domingos se permitia pasar al lado de Luisa; y esta privacion voluntaria, a la vez de robustecer su carácter, venciendo sus mas grandes deseos, y podremos decir, su dicha de todos los instantes, realzaba mas la felicidad que se acordaba una sola ocasion por semana. Luisa no ignoraba la asidua contraccion de Enrique, y lejos de enfadarse porque no permanecia con ella mas tiempo, lo estimulaba a que siguiese adelante, y esa ausencia le era grata, porque presentia la causa que la motivaba: especie de culto consagrado a la belleza, al amor, a la ciencia, a la virtud, que elevaba al sacerdote y a la divinidad a quien se le rendia.

Pero esta dicha vino a ser turbada por la falta de cartas de Mercedes, que hacia como un mes que no escribia. Esta inquietud crecia cada vez mas, no sabiendo a qué causa atribuir tan prolongado silencio. La primera semana no sorprendió ni a Luisa ni a Enrique. La segunda lo atribuyeron a descuido de Mercedes, figurándose que estaria absorta en su próxima felicidad. La tercera principiaron a

sentir vagos temores, pero supusieron algun estravio en el correo. La cuarta la creyeron enferma, y Enrique, sumamente triste queria partir; pero doña Juana, que tambien esperimentaba alguna inquietud, dijo a Enrique que antes de emprender el viaje le escribiera a Mercedes terminantemente diciéndole que a vuelta de correo esperaba alguna contestacion de ella o de su padre, pues de lo contrario partiria en el acto. Enrique siguió el consejo de la señora, que estaba mas en armonia con su situacion; porque si bien deseaba volver donde Mercedes, sentia a la vez dejar a Luisa, y de esta manera todo se allanaba, no dando lugar a un viaje que podia ser inútil y que lo privaria a él por lo menos de una semana de felicidad; y despachó su carta, concebida en términos apremiantes, reduciéndose únicamente a decirle que sentia una mortal inquietud y que le contestase a vuelta de correo, cualquiera que fuese la desgracia que hubiese sucedido, pues ya no podia atribuir a otra cosa tan prolongado silencio.

El domingo inmediato al despacho de esta carta, dia que, como sabemos, pasaba en las casas, quedándose desde el sábado en compañia del solitario, que siempre venia con él, levantóse Enrique mas temprano que de costumbre, es decir, casi a media noche, habiéndose propuesto ir en persona a San Fernando para ver por sí mismo si no habia alguna falta en la administracion, como tambien porque lo devoraba la impaciencia y no habria tenido calma para esperar que le trajera la carta un propio, que obraria con lentitud.

Ensilló, pues, él mismo su caballo, y sin despertar al solitario, que dormia en su misma pieza, púsose en camino. Aun no habia aclarado del todo cuando se encontró en los arrabales de la ciudad sin saber que habia llegado, pues con la preocupacion de su espíritu y la marcha rápida de su caballo habia salvado una distancia de siete leguas sin darse cuenta de ello; a tal punto, que creyó haberse estraviado

del camino y no ser San Fernando el lugar donde se encontraba, pareciéndole que acababa de salir de la hacienda; de modo que para orientarse y esperar que aclarara, paró su brioso caballo dejándolo caminar al tranco y dirijiendo su vista a aquellos puntos que le podian dar un indicio seguro de estar en la ciudad o de haberse estraviado, cuya idea lo contrariaba; pero de pronto desapareció su incertidumbre, pues se encontraba en la plaza, que reconoció en el acto con la creciente claridad del dia.

III.

La primera mirada de Enrique fué hácia la casa del administrador de correos, don Pastor de los Monasterios, cuyas puertas, como era natural, estaban cerradas a aquella hora. Quedóse nuestro jóven pensativo algun rato, no decidiéndose a llamar a la puerta por temor de incomodar; pero vencido al fin por la impaciencia que lo devoraba, no esperó mas tiempo y llamó.

Nadie respondió...

Esperó otro momento y volvió a llamar.

El mismo silencio.

Quedóse todavia algunos minutos como quien aguarda... asomóse por el agujero de la llave y vió el patio solo y las puertas interiores cerradas.

Todavia es mui temprano, dijo interiormente; y como para convencerse de esta verdad, sacó el reloj, murmurando entre dientes: las cinco y cuarto... esperemos hasta las cinco y media, y se puso a pasearse a lo largo de la calle.

Varias veces habia vuelto a sacar el reloj: el cuarto de hora le parecia un siglo... y continuaba su paseo.

Al fin, ya no faltaban mas que dos minutos, y llamó con fuerza.

A poco rato sintió el ruido como de una puerta que se abre... y volvió a golpear.

—¿Quién es, con todos los diablos? dijo una voz de adentro, que Enrique reconoció ser la de don Pastor.

—Soi yo, señor, contestó el jóven.

—¿Quién es yo?

—Enrique Lopez.

—No conozco.

—Enrique Lopez, de la hacienda de San Jorje.

—Ah! ya caigo... el arquitecto carpintero.

—El mismo.

—¿Y qué viene a hacer usted a esta hora?

—Vengo en su busca, señor don Pastor.

—¡En mi busca! vuelva usted mas tarde... Yo no recibo visitas a las cinco de la mañana...

—Hágame usted este servicio, señor.

—Qué servicio ni qué berenjena!.. todavia estoi desnudo... ¡y si me constipo! se ha visto impertinencia igual!

—Señor, usted que es tan sabio como jeneroso y magnánimo disculpará mi falta.

Enrique pensó que halagando la desmedida vanidad del viejecito, conseguiria lo que pretendia, y no se equivocó.

—Espere usted un momento, dijo con voz menos agria el administrador.

Enrique, a pesar de la angustia que sentia en su corazon, se sonrió, y en consecuencia, formó su plan.

No tardó mucho en sentir los pasos que venian y en abrirse la puerta.

—El jóven se sacó el sombrero, agachó la cabeza y dijo con la mayor sumision: "dispense usted, mi señor don Pastor de los Monasterios."

El tono humilde de Enrique y su actitud medio prosternada, acabó de captarle la voluntad del administrador, que le contestó con afabilidad:

—Vaya, amigo mio, lo disculpo, pero confieso que estas no son horas de venir a ninguna casa y que ni la órden misma del intendente me haria levantarme.

—Tanto mayor será mi agradecimiento, señor don Justo y tanto mas se revela la grandeza de su alma, que está dispuesta a ceder a los débiles y resistir a los poderosos.

—Así es, amigo mio, dijo el viejecito con marcada satisfaccion; y estendiéndole la mano, añadió: pase usted adelante; ¿qué se le ofrece?

—Vuelvo a pedir mil perdones a usted; pero venia a saber si tenia cartas de Santiago.

—Ayer llegó una; pero esto no era motivo para...

—¡Tengo una carta! esclamó Enrique, lleno de gozo.

—Veo que la esperaba usted con ansia.

—Hacia mucho tiempo que no recibia... sin esta circunstancia ¿cómo me habria atrevido a incomodar a una persona como usted?

—Queda usted disculpado. Yo siempre lo he querido, amiguito, y sus buenos modales lo hacen acreedor a mi aprecio, aun sabiendo, como sé, que usted es un mero artesano y no injeniero como se decia.

—Eso no prueba otra cosa sino su mucha bondad y que usted está exento de preocupaciones: todo filósofo y todo hombre realmente ilustrado y grande, piensa de la misma manera.

—Veo que usted no carece de talento, cuando sabe reconocer el mérito; usted era digno, amigo mio, de mejor suerte, y si subo al poder, cuente con mi apoyo.

—Gracias, señor; pero mientras tanto, ¿me haria usted el favor de darme mi carta?

—Con mucho gusto... voi a traérsela... tome usted asiento.

Un momento despues volvia con la carta; pero antes de entregársela, dijo a Enrique:

—Conversemos un poco sobre la hacienda y las señoras. ¿Qué han dicho de mí y de mis hijas? Quedaron aburridas con nuestra visita? cuéntemelo usted todo, pero con franqueza: usted sabe que a un hombre como yo le gusta solo

la verdad, aun cuando sea en su contra; porque cuando se llega a cierta elevacion, no falta nunca la crítica.

—Yo nada he oido hablar que no sea en favor de usted.

—¿De veras?

—Si no fuera asi no se lo diria. La señora doña Juana hace de usted los recuerdos mas agradables y a cada instante que se ofrece lo cita con gusto. Usted ha dejado en ella impresiones halagüeñas y creo que volveria a verlo con satisfaccion.

—Pobre señora! Yo tambien la aprecio y la recuerdo a cada momento; y Luisita ¿qué dice?

—Nada de particular.

—¿Cómo es eso? ¿nunca se ha ocupado de mí?

—¿Quién puede haber visto a usted una sola ocasion y olvidarlo?

—Está bueno eso; pero pueden recordarlo a uno para bien como para mal.

—La señorita Luisa no critica nunca; y mentiria si le hubiera oido una sola palabra en contra de nadie.

—¿Pero nada, nada absolutamente ha dicho de mí?

—Al menos que yo sepa, si se esceptúa algunas de sus graciosas y espirituales ocurrencias que no hemos podido recordar sin reirnos.

—¿No es verdad que a pesar de la gravedad natural de mi carácter y de la elevacion de mis ideas soi en sociedad tan galan como divertido?

—Nadie negaria a usted ese mérito, pues está de manifiesto.

—No puedo menos de reiterar mi pregunta, porque pude mui bien haberla ofendido, aunque involuntariamente; ¿nada de malo ha dicho de mí la señorita Luisa?

—Creo haberle contestado que no.

—Así es; y don Justo Pastor quedóse pensativo, reflexionando que tal vez habia hecho mal en haber abandonado tan pronto la partida; pues él, como hombre esperimenta-

do, debia saber que las niñas tienen en la resistencia su coqueteria, pero es con el fin de que se comprenda que no se rinden tan fácilmente; y aunque el aire y el tono despreciativo de Luisa fué mui significativo, sin embargo, el hecho de guardar sijilo sobre su declaracion amorosa, era tambien mui elocuente, y la incertidumbre que siempre va envuelta en esperanza, entraba poco a poco en el ánimo de don Justo.

IV.

Enrique aprovechó de esta pausa para despedirse y pedirle la carta que todavia conservaba el administrador en la mano.

—¿Tan luego quiere usted irse, mi amigo? No es posible... tome usted antes un traguito de un anisado que le hará bien para la madrugada. ¡Cáspita, que usted tiene costumbre de levantarse temprano! Y esta no es la primera vez que le sucede, pues ahora recuerdo que en otra ocasion golpeó usted a mi puerta casi a esta misma hora! y para llegar aquí a las cinco de la mañana viniendo de San Jorje, es preciso haber salido de allí a las doce o a la una de la noche!

—Me he venido a media rienda.

—De todas maneras, siempre ha madrugado usted mucho... Y el trabajo ¿cómo va? adelanta? supongo que sí; en un mes se hace mucho: ¿cuándo piensa usted terminar?

—En cincuenta dias mas todo estará concluido.

—¿Y usted habrá sacado su buena troncha? Esto es mui natural; pero veo que usted está impaciente y no quiero detenerlo mas; con todo, le haré un encargo: póngame usted a la disposicion de la señora doña Juana y diga a la señorita Luisa que siempre la recuerdo con gusto.

Esto es ser diplomático, dijo para sí don Pastor; si es verdad que me he engañado, este recadito me proporciona el

medio de volver a principiar; por otra parte, nada se pierde con ser político.

La observacion del administrador de correos era efectiva: el deseo de Enrique por leer aquella carta estaba tan de manifiesto, que era fácil notarlo; pero luego que se vió libre de la presencia de don Justo y que podia abrir la carta y cerciorarse de su contenido, se detuvo, miró el sobrescrito largo rato; la letra era indudablemente de su hermana; dió vuelta al cierro, examinó el color de la oblea como para ver si habia algun indicio; esterior que le revelase parte del contenido; pero en vano, el cierro, la letra, la oblea era lo mismo que las otras; y sin embargo, tenia temor en abrirla y la guardó largo rato, conservando su vista fija en el sobre, hasta que, pasando alguna idea por su imajinacion, se decidió a ponerla en sus bolsillos y montar a caballo, el que partió con velocidad al sentir que le aplicaban las espuelas en sus hijares, demostracion que en realidad no necesitaba el brioso animal.

Cuando hubo salido de la ciudad, sujetó otra vez su cabalgadura, dejándola ir al paso y como a su capricho y con la rienda suelta. Entonces metió la mano al bolsillo, sacó la carta y la abrió precipitadamente, cual si quisiera por medio de ese movimiento brusco vencer sus temores y la vacilacion que producian en su ánimo.

La carta que tenia a la vista era mui lacónica y estaba concebida en estos términos;

"*Santiago, enero* 18 *de* 1851.

"Mi querido hermano:

"Tu viaje seria inútil... Deja de estar inquieto, pues no hai la menor novedad en la salud de nuestros queridos padres y aun en la mia.

"Comprendo que habrás estrañado mi largo silencio, pero he estado triste y lo estoi todavia.

"La causa de esta tristeza es imposible que te la revele...

discúlpame, perdóname, si esto te parece falta de confianza: mi corazon es siempre el mismo y tu hermana te amará toda la vida.

"No tengas cuidado en lo sucesivo si no recibes con la frecuencia de antes cartas mias...

"Si guardo silencio, es porque nada tengo que comunicarte sobre lo que mas te importa: la vida de nuestros padres y la mia; con que así, vive sin cuidados y no pierdas con quiméricos temores la tranquilidad de que disfrutas.

"Sé feliz: estos son los deseos y éste el mayor consuelo que puede tener tu amante hermana

"MERCEDES.

"P. D. Dirásle a la señorita Luisa que tambien me perdone si no la escribo; que no por esto la tengo menos presente; que ahora mas que nunca me es grata su imájen; que ahora mas que nunca la quiero, la admiro y agradezco sus beneficios; que ruego constantemente a Dios por su dicha, suplicándole que haga lo mismo por la que en un tiempo, sin merecerlo, llamó con el dulce nombre de amiga.

"No olvides tampoco, Enrique, a la señora doña Juana: mi gratitud, mi respeto y mi cariño para con la noble y santa madre de Luisa, serán eternos. . Dios quiera restablecerle cuanto antes su preciosa salud para que conserve largos años su benéfica e importante existencia.

"Los mismos sentimientos esperimento por ese noble anciano que te sirve de apoyo y de guia: lo amo sin conocerlo: ¿cómo no reverenciar la imájen de Dios? así se lo figura mi fantasia y me confirman en ello sus actos...Que el Hacedor Supremo le bendiga y guarde su vida para bien de la humanidad.

"No está tampoco lejos de mis mas agradables recuerdos la señora Ceferina; dale de mi parte las mas finas memorias."

V.

Esta carta, si bien daba a Enrique la seguridad de que no habia sucedido en su casa desgracia mayor, llenaba su alma de una negra tristeza. ¿Qué acontecimientos habian tenido lugar en tan poco tiempo, que Mercedes estaba tan trasformada? ¿Por qué esa falta de confianza en él? Nunca habia tenido secretos para su hermano: ¿por qué le decia ahora: "la causa de mi tristeza es imposible que te la revele?" ¿De dónde provenia esta inusitada reserva? Y el pobre jóven divagaba de conjetura en conjetura, encontrándolas todas inverosímiles, hasta que volvió a leer la carta y esclamó: ¡no me dice una palabra de Víctor! aquí está el mal, aquí está el secreto... Y una espresion de sombria amenaza pintóse en su hermoso y varonil semblante...

Enrique paró del todo su caballo y se puso a reflexionar. Poco a poco el aire de amenaza fué convirtiéndose en una profunda tristeza y dijo sollozando: "¡pobre Mercedes! pobre hermana mia! no te aman!... de qué depende tu dolor?.. tienes razon!.. yo tambien moriria si tuviera tal certidumbre!.. valor hermana mia, valor... esclamó Enrique, como si estuviera en presencia de ella; yo te consolaré, yo... tu hermano... tu querido hermano... Ese hombre no es digno de tí, puesto que no te ha amado... ¿Quién, conociéndote, no te adoraria? Yo te arrancaré ese puñal de tu corazon, y si es necesario lo clavaré en el pecho de ese Víctor!..No en vano, sin conocerlo, sentia por él repugnancia. ¿Pero cómo es que mis padres se han engañado en un asunto tan importante? ¿cómo mi madre, que tiene el don de adivinar y que penetra las intenciones de los hombres solo con verlos, ha podido cegarse ahora? Infeliz Mercedes, tu sufrimiento debe ser mui agudo, pero no durará mucho tiempo... te lo prometo... serás dichosa, hermana mia, lo serás, porque eres digna de toda ventura..", y el jóven, a medida que hablaba consigo mismo y que la reflexion venia

en su ayuda, se iba calmando, hasta que quedó persuadido que, si bien el dolor era vivo y la enfermedad terrible, no se debia desesperar de la curacion...

Estas ideas de consuelo, sin destruir la tristeza que lo agobiaba, le proporcionaron alguna calma, y volvió a emprender su interrumpida marcha con la misma velocidad con que habia venido, porque ese movimiento rápido detenia hasta cierto punto su facultad de pensar; y como no queria dar vuelta a las cosas en su imajinacion sino dejarlas en ese estado medio amargo pero medio consolador a que habia alcanzado, no dejó de galopar hasta que llegó a las casas.

Luisa y el solitario estaban inquietos por su ausencia, pues ni uno ni otro sabian dónde habia ido, ni los sirvientes daban ninguna noticia, sino que dijeron únicamente que faltaba un caballo en las pesebreras.

Hablaban justamente en ese momento sobre su estraña desaparicion, haciendo, como sucede en estos casos, mil conjeturas, cuando Enrique se presentó repentinamente, tal era la velocidad que al llegar a las casas habia tomado el caballo, que venia jadeante y bañado en sudor.

—¿De dónde vienes, Enrique? le preguntó el anciano.

—De San Fernando, señor, contestó el jóven, al mismo tiempo que se desmontaba, saludaba respetuosamente a Luisa y apretaba la cincha al brioso corcel para que no sufriera las fatales consecuencias de tan precipitada carrera.

Luisa intertanto examinó a Enrique, descubriendo en su semblante señales inequívocas de la tristeza que lo dominaba.

—¡De San Fernando! ¡y cómo has vuelto tan temprano?

—Gracias a este noble animal.

—¿Qué ha sucedido, don Enrique? preguntó Luisa, alarmada.

—No lo sé, señorita.

—¿No ha escrito Mercedes?

—Sí.

—¿Y bien?

—No hai novedad en la familia, pero...

—¿Qué?

—Lo ignoro, señorita... lo único que sé es que Mercedes sufre... es infeliz...

—¡Mercedes! ¿qué es lo que tiene?

—No me lo dice... aquí está la carta... tal vez usted pueda descifrarlo mejor.

Enrique le presentó la carta.

—¿Puedo leerla?

—Sin duda alguna, señorita, y usted sacará quizá mas provecho.

—Veamos.

Luisa principió a leer la carta, y su seno se levantaba a medida que iba leyendo... cuando terminó, su rostro estaba bañado en lágrimas y solo salió de su pecho oprimido esta esclamacion:—Querida amiga mia!—y devolvió la carta a Enrique, retirándose juntamente.

—¿Qué es lo que dice esa carta? preguntó a su vez el anciano, que miraba con sobresalto aquella escena de mudo dolor.

—Juzgue usted por sí mismo, señor.

El solitario tomó el papel de manos de Enrique y se puso a leer con detencion, como si pesara cada una de aquellas palabras, no tanto por su significacion aparente, cuanto por el sentimiento oculto de que estaba poseida la persona que la habia escrito.

Al fin de un largo rato de meditacion y de haber leido y releido la carta, el maestro preguntó al discípulo:

—¿Amaba a alguien tu hermana?

—Ella me ha escrito, señor, que queria a un pintor llamado Víctor, o quien yo no conozco, pero que un dia antes, o en el mismo dia de mi partida de Santiago, se instaló en la casa contigua a la nuestra.

—¡Rara coincidencia! dijo para sí el anciano, tomando un aire todavia mas meditabundo. ¿Y qué decia de él tu hermana?

—Hacia los mayores elojios de su jenerosidad, de su talento y de su carácter.

—¿Nada mas?

—Me cuenta tambien en sus anteriores cartas que el dicho pintor habia pedido su mano, que tenia el consentimiento de mis padres, que ella tambien lo amaba, pero que no se efectuaria su enlace mientras que yo no estuviese presente.

—¡Y en esta carta en que te comunica su tristeza no habla ninguna palabra de él! La cosa es clara, amigo mio...

—¿Cómo clara, señor?

El anciano se detuvo, reflexionó un momento, y luego añadió:

—Cuestion de amor, hijo mio.

—Eso era lo mismo que yo me habia figurado.

—¿Habias pensado en ello?...

—Sí, porque encontré estraño que no me hablase una palabra de su prometido.

—Y no andabas equivocado.

—¿Usted es de mi misma opinion?

—Sí; pero desearia saber ¿qué es lo que piensas hacer ahora?

—Yo, nada por el momento, sino seguir su consejo, es decir, esperar; porque tengo la conviccion de que podré sanarla.

El solitario meneó la cabeza; pero notando en el semblante de Enrique que no habia pasado por su mente la mas leve sospecha, pensó un momento, y luego le dijo:

—Talvez tienes razon; hai almas de un temple elevado que, cuando conocen su error, sufren; pero al fin sanan, y sanan radicalmente y para siempre.

—¡Cuánto me consuelan sus palabras!...

—Es preciso, hijo mio, estar prevenido para el dolor.

—Ya lo sé, señor, pero usted me alivia; ¿con que volveré a ver alegre a Mercedes?

—No te digo eso; mas si ese jóven es indigno del afecto de tu hermana, no necesitará ella de tu ausilio para arrancarlo de su corazon.

—Nada mas deseo, aunque yo hubiera querido contribuir en algo.

—Tú la servirás mucho, hijo mio; tu afecto será un bálsamo mui saludable y del que ella necesitará siempre.

—¿Cómo es, señor, que usted puede apreciar tan bien a las personas sin conocerlas? dijo Enrique casi con alegria, pues las palabras del solitario habian disipado su tristeza y se operaba en él esa reaccion natural, provechosa y peculiar al hombre.

—¿Quién te ha dicho que no conozco a tu hermana?

—Estoi seguro que usted jamas la ha visto.

—No la he visto, pero la conozco, porque he conocido a tu padre y te he conocido a tí; y la conozco por la carta que acabo de leer...

—¿No es verdad que mi hermana es un ánjel? dijo Enrique con sencillo entusiasmo.

—Asi es, amigo mio.

—¿Y no le encuentra usted mucho talento?

—Mucho talento, mucha sensibilidad, mucha modestia, mucha elevacion y mucha cordura.

—Ah! señor; cómo me gustaria que ella lo oyera a usted... ¡y decir que hai un hombre en el mundo que habiéndola tratado no la idolatre! Esto es increible, y sin embargo, esto es lo que sucede y esto tambien lo que yo no le perdonaré nunca a ese tal Víctor... Es preciso que sea un miserable...

—No lo dudes, hijo mio; pero ya te lo he dicho: esto mismo sanará a tu hermana.

—Ya debia estar curada, pues basta que él no la quisiera para que ella con razon lo aborreciese.

—Tu hermana nunca aborrecerá a nadie, ni aun a aquellos que mayores males le hayan hecho.

—Cada vez, señor, me admira mas su penetracion! Pues bien, asi es mi pobre Mercedes!...

—Esa carta de hoi me ha revelado mucho, muchísimo... me ha revelado toda su alma...

—Mañana le mostraré las otras, desde el momento que no tengo para usted nada de reservado.

—Las leeré con gusto.

Un criado apareció, previniéndoles que ya estaba el almuerzo.

Revelacion y dudas.

I.

Enrique fué volando a su cuarto y se vistió en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué malas nuevas tiene usted de Mercedes, preguntó doña Juana al tiempo de entrar el jóven al comedor; porque esta es sin duda la causa de la tristeza que noto en Luisa.

—No hai mucho de particular, señora; es verdad que a mí me causó al principio un dolor profundo, pero el señor ha sabido disiparlo.

—Mi noble amigo ha sido toda su vida un paño de lágrimas, respondió doña Juana, mirando con tierno afecto al solitario.

—Ojalá así fuese, que esa seria mi mayor dicha, contestó éste.

—No entraremos en disputa, porque aquí sabemos todos a qué atenernos; pero, en fin, ¿qué es lo que dice su hermana?

—Si usted quiere leer la carta, señora, juzgará con mas acierto.

—Veamos.

Y doña Juana tomó la carta que le presentaba Enrique.

La noble señora la leyó toda con visible emocion; y cuando hubo terminado, le dijo:

—Tiene usted a un ánjel por hermana: yo no he conocido

en mi vida otra niña que se le parezca, esceptuando a mi hija, que mi amor de madre talvez la pone a la par. No se aflija usted, don Enrique, por la momentánea tristeza de Mercedes, que es mas que probable no tenga un grave fundamento.

—No colme usted la medida, señora; ya le debemos a usted tantos beneficios; y si agregamos éste, no tendremos nunca con qué pagarlos.

—Aquí no hai beneficio, y sí solo un justo y merecido elojio.

El jóven inclinó la cabeza como dando las gracias, pero sin pronunciar palabra, porque no habia una que le pareciese digna de espresar lo que sentia.

—Ahora que han desaparecido en gran parte los temores, díganos don Enrique ¿cómo le fué hoi en San Fernando? ¿Vió usted al célebre administrador de correos y nunca bien ponderado don Pastor de los Monasterios?

Todos se sonreian de la pregunta y calificativos empleados por doña Juana.

Luisa, que al principio estaba tan triste, fué sonriéndose con la tranquilidad que veia en Enrique, como tambien con la opinion favorable del solitario y de su madre; así es que, volviendo a su estado normal, añadió:

—Mamita, usted solo pregunta por don Justo Pastor; ¿y por qué no se estiende a las señoritas sus hijas?

—Sea; ¿vió usted tambien a sus hijas?

—Solamente al primero, señora.

Y Enrique contó cuanto le habia pasado, sin olvidar el medio de que se habia valido para que le abriese la puerta.

—¿Con que usted sabe ya sacar partido de los defectos de los hombres? No lo creia tan adelantado; pero ya se ve, usted está en buena escuela, dijo doña Juana, mirando al solitario.

—¿Qué significa esa sátira, señora? contestó éste.

—Ese elojio, querrá usted decir, pero solo es justicia,

porque está palpable cuánto ha aprovechado su discípulo en tan corto tiempo.

—Aseguro a usted, señora, replicó Enrique alegremente, que no es él quien me lo ha enseñado sino aquí donde lo he aprendido.

—Nos recomienda usted demasiado, don Enrique.

—El ejemplo me inspiró. Como habia notado cuánto agradaban a don Justo Pastor las alabanzas, quise ensayar el mismo espediente, que fué coronado con el mas feliz éxito.

—Ya lo veo, y veo tambien que usted es hombre de recursos; ¿pero le parece a usted que vuelva a hacernos una visita ese caballero? Yo me alegraria mucho, y talvez hai otros que no se alegrarian menos; ¿no es verdad, don Enrique? Ahora se me ocurre una idea: escríbale usted a su hermana su graciosa conquista, y estoi segura que esto la divertirá.

Enrique, sin contestar a la última observacion, dijo a la señora:

—Si usted se digna decirle una palabra, lo tendrá a sus plantas.

—¡Por Dios! ¿Qué haria yo con él a mis plantas? La ocurrencia es peregrina! ¡ver hincado a don Pastor seria de morirse de la risa! Vaya, don Enrique, que usted tiene salidas encantadoras! Usted ha sobrepujado a todos en el arte de embromar! Pero lo que mas me admira es la seriedad con que usted dice que con una palabra estaria don Justo Pastor a mis plantas! ¿Le ha hecho a usted acaso alguna revelacion, alguna confidencia?

—Ninguna, señora, pues no he hecho otra cosa que interpretar, o mas bien, que esponer los deseos que me manifestó.

—¿Le dijo a usted que queria ponerse a mis plantas?

—Poco mas o menos.

—¿Qué fuera a no ser usted el único conquistador?

—Mucho me lo temo.

Luisa se puso colorada, y el anciano se sonrió.

—Esto seria mas gracioso que nada; y soi capaz de mandarlo convidar.

—No haga usted tal, mamita, dijo Luisa.

—¿Y por qué?

—Porque no es bueno reirse de otro.

—¡Brava moralidad! Y sin embargo, tú lo has hecho.

—A mas no poder.

—Yo tengo la conciencia mas ancha, pues lejos de arrepentirme volveria de nuevo, a no ser el inconveniente de las hijas, que, con permiso de usted, don Enrique, no son tan divertidas como el padre... Pero dejemos esta conversacion, que parece no agradar a mi hija, y vamos a ver el estado de adelanto en que se encuentra el trabajo.

II.

Ya hemos dicho que Enrique habia mejorado considerablemente los planos, y con tanto acierto, que la elegancia no se sacrificaba al confortable ni ésta a aquella, combinándose ambos perfectamente y sobrepujando en mucho a las espectativas y aun a los deseos de doña Juana, que miraba el trabajo y hacia sus observaciones como una persona entendida a la vez que de gusto.

—¿En cuánto tiempo quedará todo concluido? preguntó doña Juana a Enrique.

—Me parece que cuando mas tardaremos unos cuarenta dias.

—Usted ha trabajado con mucha rapidez; ya lo concibo: debe estar mui deseoso de ver a su familia.

—Muchísimo, señora; pero...

Y Enrique se puso triste, pensando que entonces ya no veria a Luisa, y que quizá no tendria nunca la ocasion a causa de sus posiciones tan distintas.

La jóven, como si leyera en el interior de Enrique, pronunció de una manera, el parecer distraida, esta sola palabra:

—Esperanza.

—No hai por qué entristecerse, repuso la señora, notando tambien el cambio de Enrique. Ya es por poco tiempo.

Vueltos de la inspeccion del trabajo, que agradó todavia mas a doña Juana que en dias anteriores, Luisa y Enrique, como si se hubieran comunicado el pensamiento para ponerse de acuerdo, se retiraron a sus respectivas habitaciones con el fin de escribir a Mercedes, cuya situacion les preocupaba bastante, aun cuando habia desaparecido en parte la fuerza del sentimiento con la opinion omitida por el anciano.

La carta de Luisa decia:

"*San Jorje, enero* 31 *de* 1851.

"¿Qué es lo que te he hecho, hermana mia? Por qué te limitas a recordarme en la carta de Enrique? Por qué no me escribes directamente? Y sobre todo, ¿por qué me das allí el título de señorita, y no me llamas, como antes, amiga y hermana? Te lo confieso, Mercedes, esto me ha hecho sufrir, esto me ha dado pensamientos mui tristes... ¿Te habré ofendido? ¿Me habré hecho reo, sin saberlo, de algun delito? Te habré herido con alguna espresion? ¿Habré cometido alguna falta que me haga a tus ojos indigna de tu amistad? Habla, Mercedes, dime lo que hai y me correjiré en el acto, y quedarás, estoi segura, satisfecha... Dímelo, porque es imposible que yo lo adivine, y entonces verás de cuánto es capaz tu Luisa, a quien ya no quieres llamar con el dulce nombre de amiga y hermana, pero que te obligará a ello, porque no hai ofensa, no hai crímen, no hai resentimiento, por mas grande que sea, que no borre y que no estinga el fuego de mi sincero afecto...

"Si no te supiera triste, Mercedes, te agoviaria a repro-

ches, te trataria de ingrata, a pesar de lo que tú dices, porque es una ingratitud la falta de confianza que me manifiestas. ¡Con que sufres y no recurres al seno de tu amiga! Esta sí que es una verdadera ofensa, esto sí que es imperdonable; y sin embargo, yo cedo, te disculpo y te amo como antes, y quizá mas que antes, porque no se conoce toda la estension del bien sino cuando se pierde...

"Pero yo no te he perdido, amiga y hermana mia, ¿no es verdad? ¿No es cierto? ¿No es cierto que siempre seré para tí la misma, y que nos unirá el mismo cariño? Asi lo creo, asi me lo figuro, asi es... Nadie, ni tú misma, arrancará esta conviccion íntima de mi pecho: tú eres mi amiga, tú eres mi hermana... ..

"No quiero, Mercedes, aparecer importuna; pero en vista de lo que te digo, serás confiada... No exijo, pero espero que me reveles el secreto de tu dolor, y las dos sufriremos, si es preciso sufrir, y las dos lloraremos si es preciso llorar... Los pesares, hermana mia, se comunican y pierden su amargura cuando se vierten en el seno de la amistad; solo el remordimiento, que es el castigo del crímen, es siempre reservado y tétrico. Pero tú, ánjel de pureza, de bondad y de inocencia, ¿qué falta grave puedes haber cometido? Ninguna, estoi segura de ello. Tus pesares no provienen de tus actos sino de los ajenos... Tú eres incapaz de cometer una accion mala, indigna o baja; de consiguiente, no hai nada en tí que te obligue a guardar ese obstinado silencio que es inherente, como ya te lo he dicho, al que ha perpetrado un delito. La virtud padece, pero no se esconde, sufre en ciertas ocasiones las mayores angustias, no pregona, es verdad, sus pesares, porque jeneralmente es resignada, se abre a Dios, a sus padres, y a sus amigos; sin embargo, cualquiera que sea tu determinacion a este respecto, créeme siempre tu mas tierna amiga, y no vuelvas a llamar señorita a tu

LUISA."

La noble jóven que habia escrito esta carta tan afectuosa, comprendia el oríjen del pesar de su amiga, si bien le era imposible sondear toda su estension y profundidad; pero no habia querido tocar este punto por delicadeza y por no agravar mas el sufrimiento de Mercedes con las reflexiones que pudiera haberle hecho, esperando por otra parte que fuera ella quien se descubriese, y entonces aplicar el remedio.

No pensaba Enrique de la misma manera; su situacion era tambien distinta y por esto su carta estaba concebida diferentemente, como vamos a verlo. El jóven se espresaba así:

"*San Jorje, enero* 31 *de* 1851.

"Mi querida hermana:

"Al fin llegó tu carta, que sin curarme de mis temores los ha desvanecido en parte; sin embargo, tu reserva me hace sufrir, y habria preferido saberlo todo, cualquiera que fuese el tormento que me orijinase tu revelacion, a marchar a ciegas y no saber a punto fijo a qué atenerme; pero yo creo haber descubierto la causa, y sin necesidad de mas confidencias voi a destrozar tu corazon para curarlo en seguida. Dicen que los remedios, mientras mayor es el dolor que causan, son tambien mas eficaces, y así será el mio: prepárate, pues, para recibir el golpe.

"La causa de tu mal está en tu amor a Víctor. Tú lo has querido y él no ha correspondido a tu afecto: he aquí tu desgracia, tu angustia, tu afliccion y tu vergüenza... Y en efecto, hermana mia, debes de ruborizarte de haber podido amar a ese hombre... a ese hombre que no ha sabido admirar tu belleza, apreciar tus virtudes y estasiarse en tu cariño de vírjen... No llores, Mercedes, porque ese tal Víctor, que yo sin conocerlo no queria por instinto, no merece una sola de tus lágrimas. Sufrir por el amor de un miserable no es sufrir: es degradarse. Tu derrota, hermana mia, la debes considerar como una victoria, como una felicidad, como

una gracia de Dios... ¿Qué hubieras hecho, dime, si el desengaño hubiera venido cuando ya era imposible repararlo? ¿Cuál habria sido tu suerte, si unida ya a él, hubieras conocido su nulidad y su bajeza? Habria sido tarde, demasiado tarde; y entonces sí que habria comprendido tu afliccion; pero ahora, Mercedes, ahora que afortunadamente no existe ningun vínculo, en lugar de entristecerte debes estar contenta, debes darle gracias a Dios por haberte salvado a tiempo.

"De veras, Mercedes, no comprendo que tú sufras tanto, que sufras hasta olvidarte de tu hermano y de tu amiga y quizá tambien de nuestros padres por semejante amor! ¿Cómo puedes querer a quien no lo merece? Y si no puedes quererlo, ¿por qué te atormentas? ¿por qué padeces? Un momento de reflexion te bastará para arrancar de tu pecho ese indigno afecto que ha echado raices a causa de tu juventud, pero que debe combatir tu razon y que es incompatible con tu virtud. Tu dolor actual es dolor de niña y nada mas, dolor que me admira hayas conservado durante un mes y que espero haya desaparecido o desaparezca cuando recibas ésta, porque es imposible que no te sometas al convencimiento y a la razon.

"Lleno de tus pesares, no te hablaré de otras cosas: solo esperaré que me digas que ya no sufres para comunicarte mi dicha, que, estoi seguro, acabará de curarte.

"Dile a mis padres todo cuanto quieras del amor de su hijo que los respeta y los idolatra, y ten tú en otra ocasion mas confianza en tu hermano

"ENRIQUE."

III.

Estas cartas partieron. Enrique creia su argumentacion irresistible. ¿Cómo no ceder a esa lójica fundada en la elevacion del sentimiento? El conocia a su hermana y sabia que en su alma se anidaba solo el amor a la virtud. ¿Cómo

habria de conservar el mismo afecto cuando aquella no existia? Su pesar era, pues, un pesar de niña que iba a ser disipado inmediatamente, y esta conviccion volvió a Enrique toda su tranquilidad. Por otra parte, aun cuando ignoraba lo que le escribiria Luisa, sin embargo, estaba persuadido que debia ser consolándola, y la tierna voz de la amistad no dejaria de producir su efecto. ¿Qué cosa mas natural? ¿Cómo el pueril pesar de Mercedes no habria de disiparse como el humo cuando diera oidos a la razon, espresada por dos personas que tanto la amaban.

Luisa, sin haberse comunicado con Enrique, participaba de las mismas ideas, y el contento habia vuelto a animar su semblante, abatido poco antes con la desgracia de su amiga. Solo el solitario permanecia impasible. La alegria de los dos jóvenes no quitaba de su frente sombria y meditabunda esos profundos pliegues que son un indicio cierto de dolorosas reflexiones; y en verdad, el anciano, al leer la carta de Mercedes y al darle ciertas esplicaciones Enrique, habia comprendido toda la gravedad del mal, pero se habia callado. ¿Qué iba a remediar con descubrirlo? Limitóse únicamente a confirmar la opinion de Enrique, de que Mercedes ya no amaba a Víctor: esta era tambien su conviccion, porque comprendia la pureza y la elevacion de la desgraciada jóven, y por esta razon habia dicho a Enrique: "Hai almas de un temple superior, que, cuando conocen su error, sufren, pero al fin sanan para siempre;" pero esto no queria decir que no existiese la desgracia, sino que mientras mas pensaba, mayor era el grado de certidumbre que tomaba en su mente aquel fatal acontecimiento, que iba a ser sin duda alguna el precursor de muchas desgracias y talvez el que viniese a echar por tierra su obra principiada... el que talvez perdiera para siempre a Enrique.

Hai en la vida casos, podemos decir así, en que una fatalidad ciega destruye nuestros planes mejor combinados, nos lleva por un sendero opuesto a nuestra voluntad y dispone

de nuestro destino; y esto era lo que que preveia el solitario respecto a su jóven alumno, a quien queria ya mas que con la afeccion de un hijo, porque se ligaba a él la obra del sabio, que iba sin duda a ser destrozada por el vendabal de las pasiones, sin que pudiera oponerle el menor dique... ¿Qué era lo que sucederia? ¿Qué seria de aquel jóven tan sensible y tan enérjico cuando llegase a saber la verdad? La escelencia de sus cualidades hacia mayor el peligro. Enrique era delicado y pundonoroso; ¿cómo soportaria jamas la afrenta, y la afrenta en el ser mas querido a su corazon, en aquel en que hacia consistir su lejítimo orgullo y en donde veia la principal nobleza de su oscura y pobre familia? Enrique tenia esa altivez soberana de la verdadera humildad; ¿cómo sobrellevaria con resignacion la infamia? Enrique era jóven, de pasiones vehementes, arrojado hasta la temeridad; ¿quién contendria su venganza? Y una vez efectuada, ¿qué seria de él, de su familia, y de Luisa misma, que ya estaba encadenada a su destino por uno de esos afectos absolutos y únicos en la vida? Estas eran las tristes reflexiones a que se entregaba el noble anciano, buscando en su pensamiento algun medio de precaver la tempestad y de evitar las desgracias que indudablemente vendrian tras ella, sin hallar nada que la satisfaciese, sino que, por el contrario, la serena alegria de Luisa y de Enrique lo contristaba mas, diciéndose que el golpe seria tanto mas cruel cuanto menos previsto... Pero ¿qué hacer? ¿cómo turbar tan puro contento? y sobre todo, ¿de qué espediente echar mano para hacer tan terrible revelacion sin herir de muerte a Enrique y talvez a Luisa? y ademas, ¿qué provecho sacaria con esto? Precipitar, pero no precaver los acontecimientos: de consiguiente, mas valia esperar.

IV.

Pasóse así sin incidente alguno la primera semana. Todo estaba tranquilo: el trabajo continuaba con actividad. Enri-

que dividia su tiempo entre sus ocupaciones y el estudio, a que se entregaba cada dia con mayor ardor. Luisa era dichosa; solo el noble anciano padecia, solo él encerraba en su pecho una angustia que lo consumia y que muchas veces no podia ocultar a la mirada penetrante de aquella niña que tan bien sabia leer lcs secretos del corazon y que de vez en cuando le decia:

—Usted tiene algo oculto, usted sufre, usted no está tranquilo; ¿qué es lo que siente, señor? ¿Qué es lo que piensa? ¿Su hija ya no le inspira bastante confianza?

Cuando estas interrogaciones tenian lugar, el solitario se sonreia tristemente, y le contestaba esta única palabra:

—Nada.

Luisa entonces se abstenia de hacerle nuevas preguntas, pero no la convencia: ella estaba casi cierta de que el solitario mentia; sin embargo, guardaba tambien silencio, respetando su reserva.

Como hemos dicho, la primera semana habia corrido tranquila, y aun cuando llegó el domingo sin traer respuesta alguna de Mercedes, no se alarmaron sobremanera, pues tomaron en cuenta lo mal servido de los correos y mil otros inconvenientes que pueden retardar una carta a tanta distancia, resolviéndose a esperar hasta el domingo próximo.

Los dias corren sin interrupcion y el esperado domingo llega. Luisa habia ordenado el sábado al administrador de mandar un propio a San Fernando, diciéndole a Enrique que no habia necesidad de que él fuese personalmente, pues daria el mismo resultado, en lo que convino el jóven, tanto mas cuanto que el tiempo que empleaba en el viaje perdia de ver a Luisa, y los dias domingos eran sus grandes dias.

El propio volvió como a las doce, trayendo una carta para Enrique. Este la tomó con alegria, y Luisa le dijo presurosa: "ábrala usted." Enrique rompió el sello, vió una inclusa para Luisa y se la entregó.

Leeremos estas dos cartas. La de Enrique estaba concebida así:

"*Santiago, febrero* 14 *de* 1851.

"Mi bueno, noble y querido hermano: tu carta me ha hecho derramar muchas lágrimas, pero no me ha curado: hai dolores que no tienen remedio...

¿Para qué negarte que has acertado con el oríjen de mi mal? ¿Y por qué no confesarte tambien que tienes razon en suponer que mi amor a ese hombre ha desaparecido? Sí, Enrique, todo ha desaparecido para tu pobre hermana: cariño y felicidad, pero no la facultad de sufrir...

"Tú me dices que dejando de amar dejaré tambien de padecer; pero no es así.

"Puedes estar seguro que no se abriga en mi pecho la menor sombra de afecto por ese hombre; tampoco tengo ni odio ni rencor, porque soi incapaz de sentirlo, pero tengo pena, una profunda pena...

"Compadéceme, hermano mio, sin querer penetrar este misterio... ámame siempre como antes y esto me servirá de un grande alivio... Te aseguro que nunca he dejado de ser digna de tu afecto, porque la desgracia involuntaria no es delito...

"Sé feliz cuanto puedas: este es el único alivio que es capaz de sentir y tal vez de curar a tu hermana

"MERCEDES."

Esta carta, empapada de melancolia, nada revelaba a Enrique, a no ser que, acertando en la causa del mal de su hermana, se habia equivocado en el efecto.

El solitario, que estaba a su lado, seguia con ansiedad todos los movimientos de la fisonomia del jóven, en que se veia claramente la angustia, pero no la desesperacion, pero no el furor, como hubiera sucedido, sin duda alguna si hubiera descubierto la verdad o si aquella carta se la revelara.

A cualquier hombre de mundo le habria sido fácil comprender cuanto querian sijilar... Ese dolor, ese misterio, esas reticencias, esa compasion solicitada, eran un indicio seguro de una desgracia inmensa; pero Enrique era todo inocencia y era imposible que penetrase en aquellos abismos del vicio... Angustiado y abatido, esperimentaba un dolor agudo sin darse cuenta de ello, sin saber por qué. Confuso y triste pasó la carta al solitario, diciéndole: "nada comprendo, pero estoi tan desazonado como si hubiera sucedido o fuese a suceder alguna cosa horrible; lea usted la carta: quizá adivine lo que yo no penetro.

El solitario leyó en voz baja: todo estaba claro para él... no necesitaba de esplicaciones; pero le habia quedado una duda: si la falta era o no voluntaria; y ahora quedaba convencido que solo habia una desgracia, una fatalidad...

—Y bien, señor, ¿qué piensa usted? dijo Enrique, cuando el anciano concluyó la lectura.

—Que tu hermana sufre...

—Eso está claro; pero si no es el amor la causa de su pena, porque ya ese amor no existe, ¿cuál es entonces?

La pregunta era categórica y el solitario se encontró embarazado para dar su respuesta.

—¿No la descubre usted tampoco? volvió a preguntar Enrique, notando la perplejidad del anciano.

—¿Quién sabe? contestó éste; y luego añadió de una manera vaga, para responder a la pregunta sin afirmar nada: "Las pasiones, cuando llegan a cierto grado de violencia, no se rompen tan fácilmente, dejando siempre un hondo surco en el corazon."

—¿Cree usted entonces que todavia ama Mercedes?

—Creo que haya desaparecido el afecto; ¿pero cómo arrancarlo violentamente del pecho sin que deje una huella? La herida que mana sangre no es incurable...

—Ya comprendo, señor, ya comprendo... Era una locura de mi parte pretender que sanara instantáneamente... Tie-

ne usted razon, mucha razon... Yo no soi sino un niño y ella tambien cuando dice: "que ya no siente pasion alguna y que esta no es la causa de su sufrimiento..." Se equivoca la pobre Mercedes, se equivoca!... Pero al fin quedará curada por completo y esta será una victoria y una ganancia, como yo se lo decia en mi carta.

—La virtud que tiene por base a la desgracia, asi como la filosofia que se ha adquirido en fuerza del sufrimiento y del amargo desengaño, son siempre mas sólidas que las que nos da una buena educacion o un constante estudio, porque resisten a la tempestad y no se enervan con la fortuna.

—¿No hai nada que temer, entonces?

—Yo no digo eso.

—¿Está mi hermana libre de todo peligro?

—Si la desgracia no la abate, para el porvenir nada tiene que temer.

—¿Sufre, pues, mucho?

—Su carta te lo dice.

En ese momento se presentó Luisa. Sus ojos conservaban todavia las señales del llanto que le habian arrancado las líneas siguientes:

"*Santiago, febrero* 14 *de* 1851.

"Mi querida amiga, mi tierna y futura hermana...

"Ya lo ves, tu carta me ha dado ánimo, me ha consolado; sin su lectura no me habria atrevido a darte tan dulces nombres; pero tu cariño, y mas que tu cariño, ciertas reflexiones que hai en esa carta, me han rehabilitado a mis propios ojos y puedo repetir y aun escribir estas tiernas y consoladoras palabras: amiga!.. hermana!.. No hai música, Luisa, que suene a mi oido con tanta delicia y que mas agradablemente me conmueva que ellas!.. Y sin embargo, ese encanto tiene un fondo de amargura que creo no me abandonará nunca...

"Tú me dices, amiga querida, que cuando una no ha come-

tido crímen, delito o falta, es siempre digna; pero hai desgracias que, lejos de ennoblecer, humillan y traen consigo la vergüenza... Nada me remuerde en mi conciencia; y sin embargo, el rubor sube a mi rostro y estoi mas abatida que un delincuente. Esta es mi situacion, Luisa, compréndela si puedes, pero no tengo valor para esplicarte su causa. Empero, quiero conservar tu aprecio, tu amistad, tu cariño, porque son necesarios a mi vida; y si mi inocencia basta para ser acreedora a esos afectos, no puedes ni debes retirármelos, porque ni siquiera la sombra de una culpa ha empañado mi mente.

"Has tenido la delicadeza de no tocar el punto vulnerable: esto es prueba que has comprendido el oríjen de mi mal y su causa: ¡y a pesar de ello me llamas siempre tu amiga y tu hermana!.. Si supieras el bien inmenso que me has hecho te conmoverias tú misma y quizá me amarias mas, porque el afecto hácia los seres desgraciados crece a medida de la proteccion que se les otorga.

"Despues de lo que te he dicho, amiga mia, te suplico no me hagas ni una sola pregunta ni aun una insinuacion lijera; porque me basta sentir yo misma sin necesidad de que nadie, ni tú tampoco, sondeen mi herida... Compadéceme, ruega a Dios por mí y quiéreme siempre, es todo lo que te pide y espera tu amiga

"MERCEDES."

V.

Esta carta habia sumido a Luisa en una estrema angustia; pero ella, como Enrique, aun no comprendia, aun no daba con la verdadera causa: tan difícil, tan imposible es para ciertas almas ir hasta los tenebrosos abismos de la corrupcion y del crímen; con todo, los dos jóvenes presentian que debia haber sucedido algo de mas grave que un simple desengaño.

Luisa, como ya hemos dicho, traia las señas inequívocas

de su aflixion interior y venia a ver si Enrique o el solitario podian darle mas luz sobre ese acontecimiento que para ella estaba cubierto todavia con las sombras del misterio; y dominada por su sentimiento preguntó a Enriqne resueltamente que qué era lo que le decia la carta de Mercedes.

El jóven, por única contestacion, la tomó de manos del solitario, que todavia la conservaba, y se la pasó a Luisa que la leyó detenidamente, diciendo al concluir:

—Esta carta es tan oscura como la mia y en ella no se revela otra cosa que el dolor de Mercedes: estamos de acuerdo en el sentimiento, pero ignoramos la verdadera causa, sin embargo que, como ella dice aquí y dice tambien en la que a mí me dirije, que el mal proviene de Víctor no de ella, porque ella es inocente y digna, de lo que estoi íntimamente persuadida.

—¿Lo piensa usted así, señorita? preguntó Enrique, con tristeza.

—Nunca lo he dudado, y ahora estoi, si es posible, mas convencida que antes; ¿pero qué es lo que ha sucedido?

—¿Para qué preguntármelo a mí? contestó el solitario: ya he dicho a Enrique que las pasiones no se arrancan del corazon sin dolor: esta es mi opinion.

—¿Y cuál será el remedio?

—El tiempo.

—Esto es mui indefinido.

—Sin embargo, él es el que todo lo cicatriza. No pretendamos destruir de un golpe el pesar de Mercedes; resignémonos al sufrimiento, bastándonos saber que ella es inocente y digna; que no hai ni siquiera la sombra de una leve falta que haya manchado la pureza de su alma: ¿qué mas quieren ustedes? Esto, y no es poco, debe consolar a ustedes como al fin la consolará a ella. El golpe está mui reciente, no hai nada mas natural que sufra; pero esto pasará se los aseguro.

Estas palabras, si bien no eran decisivas, dieron algun

alivio a los dos jóvenes, haciendo desaparecer esa vaga inquietud que, sin saber de qué provenia, los martirizaba.

Ese mismo dia contestaron a Mercedes; y si las anteriores cartas eran afectuosas, las presentes las sobrepujaban en dulzura y en cariño, previendo que este debia ser el consuelo y el lenitivo mas eficaz para la naturaleza de sus males...

El propio.

I.

La vida entre los habitantes de la hacienda de San Jorje volvió a tomar al dia siguiente su curso ordinario, si bien es verdad que Enrique conservaba cierta tristeza que se revelaba en su semblante. Las máximas o los consejos del solitario, aunque habian calmado su inquietud, no habian conseguido destruirla, y hasta el trabajo del obrero resentíase del estado en que se encontraba su alma: esta observacion la habian hecho los mismos compañeros de Enrique, notando en él alguna falta de direccion, de enerjia, de exactitud, como si estuviera pensando en una cosa mui distinta, viéndose claramente que solo trabajaban sus brazos sin que tomara parte su cabeza, como sucede las mas veces a los que están preocupados por sentimientos morales y que sin embargo están obligados a trabajar materialmente.

En este estado pasóse la primera semana y no recibieron correspondencia de Mercedes, siéndoles ahora imposible atribuir la falta al correo, pues el propio habia traido para la señora doña Juana varias cartas y periódicos que se disputaban con calor en la arena de la política.

—Esperaremos el domingo entrante, dijo Enrique, con resignacion, viendo que no venia nada para él.

—Es desgracia, contestó Luisa, que se hallaba inmediata al jóven y que habia oido sus palabras, porque yo tambien estoi inquieta y Mercedes debia preveer que no nos es indiferente, para que ella fuera mas puntual.

Esta palabra "que no nos es indiferente", esta especie de mancomunidad que establecia Luisa entre él y ella, llenó a Enrique de alegria, figurándose que esto queria decir que la vida de ambos era una misma. Los amantes son siempre injeniosos para interpretarlo todo, ya sea en bien ya sea en mal.

—Tiene usted razon, señorita, ella debia presumir mi angustia.

—¿Y por qué solamente la suya? Si ella es su hermana, tambien es mi amiga y no le cederé a usted la preferencia en el afecto que nos liga ni en el vínculo que nos une.

—Lejos de disputarle esa preferencía, señorita, tendria el mayor placer en que fuera del todo suya: y si he de juzgar por lo que le he oido a Mercedes, creo que la quiere a usted mas que a mí, porque, aun dado caso que fuera igual su afecto para cada uno, hai en favor suyo el respeto, la gratitud, la admiracion que usted le ha inspirado.

—Usted quiere a toda costa darme la preferencia, pero yo no la acepto: al César lo que es del César; eso es lo justo.

—¿Puede al cariño rejir la misma lei? necesita acaso para nacer, vivir, desarrollarse, de cierto derecho de propiedad?

—Aun cuando no de un modo absoluto, hai sin embargo en esto algo de positivo: el parentesco es ese derecho, ese vínculo, esa propiedad que hace del cariño un deber sin quitar por esto lo que hai en él de espontáneo y libre.

—Comprendo y acepto lo que usted me dice, señorita; ¿pero no sucede muchas veces que queremos a un estraño mas que a un pariente?

—Convengo en ello, porque hai naturalezas que, estando mas en armonia con la nuestra, se atraen recíprocamente con mayor fuerza que la de la consanguinidad.

—Luego puede darse lo que yo digo.

—No disputemos mas, repuso Luisa con tono alegre; yo no quiero ceder, pero tampoco quiero aventajar; nunca he

disputado la superioridad, porque prefiero quedarme en el límite de la justicia.

—Quizá por el hecho mismo de no disputarla la consigue; pues segun dice mi sabio maestro: "cedemos con mas gusto lo que no se nos exije, estando siempre dispuestos a acordar consideracion a aquel que no la pide en vez de dársela a quien la solicita."

—Usted ha aprendido con el señor Guzman no solo la ciencia sino hasta ese arte de nuestros salones que consiste en saber disfrazar de tal modo la lisonja, que pase sin que se la aperciba bajo los visos de la verdad.

II.

Esta conversacion, amenizada por la presencia del anciano, que se apresuró a tomar parte en ella, divertia, si nos es permitido hablar así, el dolor de ambos jóvenes, adormeciendo su inquietud.

Pero era necesario que tarde o temprano se descorriese la venda y que esta situacion tuviera un desenlace, previsto ya por el solitario, por cuya razon hacia dias que no abandonaba un solo instante a Enrique, acompañándolo diariamente a las casas.

El domingo siguiente ya habia vuelto el propio que se mandaba a San Fernando sin traer correspondencia para Enrique; así es que la tristeza de éste era mayor que antes, y decia al solitario, con quien conversaba en ese momento, que le era insoportable esa situacion y que deseaba hacer un viaje a Santiago, tanto mas, cuanto que su presencia en la hacienda no era ya de todo punto indispensable, pues el trabajo estaria terminado en diez o quince dias.

—Por la misma razon de que es tan poco el tiempo que te falta, vale mas que te quedes, dijo el anciano. Si ahora fueses a Santiago, añadió, ya no podrias volver, porque no habria para qué; pues mientras ibas y venias estaria todo hecho y tu vuelta no tenia objeto.

En ese momento oyó Enrique que lo nombraban como preguntando por él, y vió a la mitad del patio un hombre a caballo que conversaba con uno de los inquilinos, el que lo designaba a él con el dedo, como quien dice: allí está, aquel es.

El hombre de a caballo se dirijió al lugar donde estaba él y el solitario, y desmontándose, preguntó, llevándose la mano a su gorra militar: "¿don Enrique Lopez?"

—Yo soi, ¿qué se le ofrece?

—Traigo una carta para usted.

—¿De dónde?

—De Santiago.

—¡De Santiago! ¿quién se la ha dado?

—Mi alférez don Domingo Lopez.

—¡Mi padre!

—El mismo, y con encargo especial de llegar luego y de entregársela en su propia mano, lo que he cumplido con exactitud, porque solo dia y medio he echado en venir aquí, gracias al buen caballo. ¡Que animal!

Y el soldado le palmoteaba la anca en señal de aprecio y de ese cariño tan peculiar en el militar por el caballo que les sirve, y con el cual se identifican hasta el punto de considerarlo casi como un amigo y compañero.

—¡De mi padre! volvió a repetir Enrique, sin abrir todavia la carta; ¿y qué le ha dicho a usted? añadió, mirando al soldado.

—Nada mas que marchara a prisa y que entregara en sus propias manos la carta.

—¿Dónde lo vió usted?

—En el cuartel, señor, donde habló con mi capitan, el que me dijo: toma tu caballo y haz cuanto te ordene el alférez Lopez; y en prueba de ello aquí estoi a sus órdenes.

—Es estraño, dijo Enrique al solitario; tengo miedo de abrir esta carta.

El anciano, que preveia una mala nueva, puso su mano

en el hombro de Enrique, y añadió en voz baja: "valor, hijo mio, y mas que todo resignacion."

El jóven lo miró asustado, y le preguntó: "¿sabe usted el contenido?"

—No he visto la carta, pero infiero que debe haber en ella algo de grave... quizá algo de terrible... y por eso te suplico que tengas valor y resignacion.

—¿Pero en qué se funda usted, señor?

—En el propio mismo, en el encargo de tu padre y en la ansiedad que todo esto manifiesta.

—Es verdad!.. y tambien son mis presentimientos.

—Sé hombre.

—Sí, veamos.

Y Enrique rompió precipitadamente el sello.

El semblante del jóven se descompuso... sus manos se crisparon, apretando convulsivamente la carta... no pudo articular una palabra...sus ojos lanzaban chispas, y una espresion de furor salvaje pintábase en su rostro, que tenia la palidez de la muerte.

El solitario, conmovido tambien, lo miraba en silencio, viendo que en ese parasismo del dolor y de la desesperacion era inútil hablarle.

Al fin arrancó el jóven con indecible esfuerzo de su oprimido pecho esta sola palabra: ¡Un caballo!.. un caballo!.. pero este grito habia sido tan fuerte, tan dolorido, tan salvaje, que Luisa, que se hallaba en el interior de las habitaciones y que reconoció la voz de Enrique, salió asustada y precipitadamente.

El jóven volvió como por instinto la cabeza hácia el lado en que venia Luisa; y la espresion de furor cambióse en el acto en la de un profundo pesar, llevando solo la mano a su corazon sin que le fuera posible articular palabra.

—¿Qué sucede? qué tiene usted, amigo mio? esclamó Luisa, tomando una de las manos de Enrique, atraida por aquel dolor sin igual, que le hacia olvidarse hasta de sí misma.

El jóven volvió a mirarla con fijeza, con esa fijeza del estravio de la razon, y sin decir nada le presentó la carta.

Luisa la tomó; pero antes de leer su contenido, le preguntó asustada: "¿ha muerto Mercedes?

—Peor...

—¿Pues qué ha sucedido?

Enrique le señaló de nuevo la carta, sin abrir sus pálidos labios.

Luisa miró el papel que tenia en sus manos, en que solo se veia esta frase:

"Enrique!.. tu hermana ha sido deshonrada... ven..."

—Dios mio! Qué infamia!.. esclamó Luisa...

El jóven se cubrió el rostro con ambas manos, como quien tiene vergüenza o como quien llora... pero a poco rato sacudió su cabeza, alzó su frente y una espresion de indomable enerjía brillaba en sus ojos.

—Usted me ha dicho poco há que es preciso ser hombre; pues bien, señor, lo seré.

—Qué piensas hacer?

—Partir ahora mismo.

—No me opongo, dijo el anciano, pero es preciso que tengas presente una cosa y que la graves en tu memoria de manera a no olvidarla.

—Fuera de mi venganza, nada mas concibo: esta es mi idea fija, lo será por mucho tiempo, y solo cuando la haya cumplido pensaré en lo demas.

—Advierte, repuso con voz solemne el anciano, que un crímen no se repara con otro crímen y que un nuevo delito no borra el antiguo. Tras de la deshonra puede venir el asesinato, y tras éste infinitas otras cosas que son las consecuencias inevitables de un mal paso.

—Enrique, dijo Luisa, a quien estas palabras del anciano habian hecho temblar; siga usted los consejos de su maestro: piense en las personas que lo afeccionan y en el mal que les haria si usted se perdiese.

—¿Debe el crímen entonces quedar triunfante? replicó Enrique con voz temblorosa. ¿Y tendria yo la cobardia de soportarlo? ¿No me cubriria yo mismo de ignominia? ¿Con qué ojos mirarian a un hombre que deja impasible pisotear el honor de su hermana, mancillar su virtud y cubrirle el rostro de aprobio? Yo soi el protector nato de ella, la naturaleza y mi afecto me dan este incontestable derecho. ¿Quién puede ponerlo en duda?

Luisa no encontró nada que poder objetar a Enrique; solo el anciano respondió:

—Nadie seria capaz de disputarte tal derecho; él es natural, él es lejítimo, él es positivo, y no es eso lo que yo he pretendido hacerte comprender; pero hai, querido hijo mio, cuando nos ciega la pasion, y mucho mas la pasion justificada, un escollo peligroso en que caemos jeneralmente y del cual yo mismo no he estado exento, y esto es que de la defensa pasamos al ataque y de los límites de una justa indignacion nos echamos en los desafueros del crímen hasta llegar quizás al homicidio que la lei condena, pero que el mundo sin embargo aprueba y sanciona, guiado por un falso miraje de honor y de justicia; pero ya te he dicho que un delito no autoriza otro delito: esta es mi opinion; haz ahora la tuya...

Enrique lo estrechó en sus brazos sin contestar palabra. Aquella naturaleza fuerte y altiva, era a la vez docil y humilde; sin embargo, su herida parecia tan honda, que era imposible calcular al punto a que lo conduciria su dolor en caso de ser escitado, ya fuese por la presencia de la víctima o de su verdugo; pero al menos llebaba gravada una leccion que en tiempo oportuno talvez recordaria, deteniéndolo al borde del precipicio.

El noble anciano tuvo largo rato a Enrique entre sus brazos.

Sobre sus tostadas mejillas, lo mismo que sobre las tersas de Luisa, veíanse brillar abundantes lágrimas. Solo el

jóven tenia sus ojos enjutos y al parecer era el mas tranquilo: serenidad terrible y amenazadora que es, en el alma humana, lo mismo que en el mar, el signo precursor de la deshecha tormenta.

Enrique volvióse hácia Luisa, y le dijo:

—Señorita, voi a pedir a usted un servicio...

Luisa se estremeció.

—Parto ahora mismo... Tengo que obedecer a mi padre, y aun cuando él no me lo ordenase, lo haria... Comprendo ahora el dolor de mi hermana y es preciso que esté a su lado para que no desfallezca... Yo la sostendré con mi afecto...

—Y con el mio, le interrumpió Luisa.

—Gracias, señorita, gracias; esto contribuirá mucho; pero necesito tener caballos a mi disposicion.

—Disponga usted de todos; pero seria mejor que tomara usted el coche.

—No, señorita; dentro del coche me ahogaria... Pensaria que no iba con bastante rapidez y seria capaz de saltar de él.

—Haga usted como mas le agrade.

—¿Me permite usted dar las órdenes al administrador?

—Sin duda alguna.

Enrique se inclinó, dejándolos solos.

III.

Quien lo hubiera visto, al parecer tan sereno, jamas habria pensado que llevaba destrozada el alma. Dirijióse hácia las habitaciones de don Pedro Murna y le previno que de órden de la señorita Luisa hiciera partir mozos en el acto, para que llevando seis caballos de tiro los fueran colocando de seis en seis leguas en el camino de Santiago, debiendo salir él en dos o tres horas mas para una comision importante.

El administrador no hizo la menor objecion, sino que salió en el momento para dar sus órdenes y que fuesen cumplidas sin tardanza.

Enrique fué en seguida donde sus compañeros, a quienes previno que iba a partir, dándole sus últimas instrucciones para que concluyesen la obra, que no podia demorar mas de diez dias, encargándoles a un mismo tiempo que le llevasen su pequeño equipaje. Ahora, prosiguió, si quieren ustedes escribir a sus familias tendrán tiempo para hacerlo, porque salgo dentro de dos o tres horas.

Los artesanos no se atrevieron a preguntarle la causa de tan inesperada marcha, porque notaron en Enrique el deseo de que no lo interrogasen.

El jóven obrero se despidió de sus compañeros, abrazando a cada uno y diciéndoles por último: "Sobre el recargo de trabajo que tendrán ustedes por mi ausencia nos arreglaremos, prometiéndoles que quedarán satisfechos. Tengan, pues, listas sus cartas."

Cuando volvió Enrique a buscar al solitario, ya no lo encontró en el mismo punto y se vió obligado a entrar al salon.

Doña Juana estaba llorosa y tenia a su hija contra su pe. cho. Cuando vió a Enrique tendióle la mano y le dijo con una mezcla de compasion y de cariño: "Amigo mio, disponga usted de cuanto yo valga, y sobre todo, digo a la señorita su hermana que en mí encontrará siempre el mismo aprecio, el mismo afecto y todavia mayor admiracion por sus virtudes: agregue que desde ahora la considero como mi segunda Luisa... He visto sus dos últimas cartas escritas a mi hija, y puedo asegurarle que no he encontrado en mi vida criatura mas noble, y su infortunio en vez de mancillarla la engrandece."

Enrique, que hasta entonces no habia derramado una sola lágrima y que habia tenido tanto poder sobre sí mismo para dominar su dolor y no hacerlo ver a los estraños, no pudo

resistir a la emocion que produjeron en él las tiernas y jenerosas palabras de la noble matrona; y arrodillándose ante ella, prorrumpió en sollozos, sin poder articular una sola espresion.

—Levántese, amigo mio, le dijo doña Juana con dulzura: Dios es justo y premiará la virtud asi como castigará al crímen. Ahora parta usted y tenga confianza en la Divina Providencia...

Ahora que Enrique aparecia débil, porque estaba lloroso, era en realidad mas fuerte que cuando aparentaba serenidad: sus lágrimas no eran el resultado de la debilidad de su carácter, sino de la gratitud inmensa y de la admiracion tierna que despertaba en él una accion noble.

El jóven enjugó sus ojos, tomó una de las manos de doña Juana y se la llevó al corazon diciéndole estas únicas palabras: "Mientras viva." Dirijióse en seguida a Luisa, hizo lo mismo que con su madre, pero no movió sus labios, si bien la palidez de su rostro decia su conmocion interior...

Luisa tambien se inmutó al sentir el corazon de Enrique, que latia con una violencia estraordinaria, violencia que casi lo ahogaba, permitiéndole apenas respirar.

—Cálmese usted y tenga confianza en Dios: ese es el consejo de mi madre, de su maestro y el mio. .

Enrique se retiró en compañia del solitario, que no estaba menos impresionado que los demas, pero que conservaba fuerzas para acompañar a su querido discípulo hasta el último momento.

Antes de partir le entregó una carta de Luisa para Mercedes, y otra de doña Juana para su ajente de negocios, ambas iban abiertas; y el anciano, que conocia su contenido, se lo previno a Enrique, diciéndole que espresamente las habian dejado sin oblea para que él las leyera, pues se trataba de asuntos que le concernian.

El soldado que vino de Santiago tenia de la brida el caballo del jóven.

Enrique dió el último abrazo al anciano y saltó sobre su caballo partiendo a escape.

Unos ojos lo siguieron por mucho tiempo hasta que se perdió de vista... Cuando hubo desaparecido, Luisa cayó casi exánime en el mismo lugar en que se encontraba......

....

....

¡Quién pudiera espresar lo que sufria, lo que esperimentaba aquella alma sensible y apasionada!

Luisa queria a Mercedes como a su propia hermana, tenia orgullo en esta amistad santa, en esta amistad basada en la pureza, en la castidad, en el mérito, en la virtud; ¡y contemplar caido a ese ánjel, ver marchitado por el hálito pestilente del vicio esa bella flor, le destrozaba el corazon: habia en aquel sentimiento una amargura inmensa, un dolor profundo, una especie de desaliento, figurándose que la mancha caida sobre Mercedes llegaba hasta ella y la envolvia en el mismo sudario de vergüenza que en esos momentos debia cubrir por completo a su infortunada amiga!...

Hai en ciertas almas una reciprocidad, una corriente invisible que ligándolas las hace esperimentar sensaciones idénticas: Luisa sentia en ese instante todo lo que sentia Mercedes; y tanto se asimilaba a la situacion de su amiga, que el rubor subia a su frente y casi no se atrevia a levantar la vista.

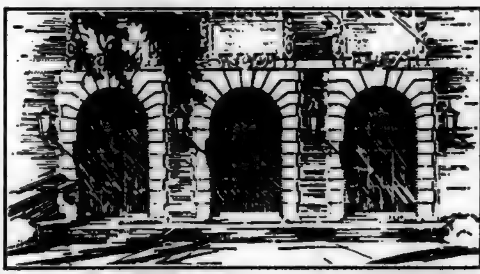
Por otra parte, la partida de Enrique, el deseo de venganza que se traslucia en el semblante del jóven, el hondo pesar que esperimentaba, los riesgos que talvez correria, la incertidumbre de su porvenir, todo, todo contribuia a aumentar la postracion moral de la noble niña, que no tenia ánimos para levantarse del sitio en que yacia, ni casi aliento para exhalar un suspiro que aliviase su oprimido pecho.

Sin embargo, al fin de un largo rato hincóse, mirando hácia el camino que habia seguido Enrique, al que ya no

veia, levantó sus ojos al cielo y esclamó: "Protejedlo, Dios mio!" En seguida inclinó su hermosa cabeza sobre el pecho y permaneció así, como arrobada por el dolor, durante mucho tiempo.......................................

....

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



LOS SECRETOS DEL PUEBLO.

LOS

SECRETOS DEL PUEBLO

NOVELA SOCIAL Y DE COSTUMBRES

POR

MARTIN PALMA.

TOMO III.

VALPARAISO:
IMPRENTA DEL MERCURIO
DE RECAREDO S. TORNERO.
1869.

LOS SECRETOS DEL PUEBLO.

Proyecto de enlace.

I.

Tenemos ahora que echar una ojeada a los acontecimientos que se habian sucedido en Santiago durante la ausencia del hermano y de la amiga de Mercedes, sobre cuyos resultados se tiene ya un lijero conocimiento, pero que, sin embargo, estamos en el deber de narrar para seguir el hilo de esta historia sin dejar el menor vacio.

Instalado Guillermo, la tia Anastasia y el criado Tomas en la casa contigua al conventillo en que vivia tranquila y feliz la modesta y honrada familia Lopez, se dedicaron a poner en ejecucion el plan combinado de antemano por el jóven seductor, el que ya hemos descubierto en parte; y como la fortuna todo lo facilita y las dádivas influyen tanto para granjearnos aprecio y consideraciones, bastando el hacer un beneficio para que, sin averiguar el móvil, lo atribuyamos al buen corazon del individuo, motivo por el cual todos decian del nuevo vecino que la benevolencia y la caridad hácia el prójimo era su pasion favorita segun aseguraba tambien el astuto sirviente y segun lo probaban los

hechos mismos, pues por medio de Teresa se habia socorrido a muchos infelices, estendiéndose la jenerosidad hasta con Santiago, a quien habia prestado Víctor quinientos pesos sin interes y por el tiempo que quisiese para que pudiese en lo sucesivo trabajar con desahogo.

Toda esta jenerosidad aparente, pero hábilmente combinada, produjo, como era natural, su efecto en la familia Lopez y especialmente en Mercedes, cuya caridad no tenia límites y a quien no podia menos de impresionar aquella conducta, predisponiendo su corazon para dar cabida a otra naturaleza de sentimientos: táctica tanto mas infernal y tanto mas certera cuanto era mayor la modesta reserva que aparentaba Víctor y que debia congratularle el aprecio, el cariño y la admiracion de la jóven, como sucedió en efecto, segun lo hemos visto por las cartas que escribia a Enrique y especialmente por las que dirijia a Luisa, en las cuales se mostraba mas espansiva, confiada y tierna, vertiendo en el seno de la amistad aquellos íntimos sentimientos que revelan por completo el alma del que los esperimenta.

Por esas mismas cartas ha podido conocer el lector el grado de confianza que habia adquirido Guillermo, o diremos mas bien el pintor Víctor, en casa del sarjento Lopez, hasta el punto de tratarlo con tanta intimidad como si fuese de la familia, lo que no podia menos de suceder habiendo llevado su audacia hasta el punto de solicitar la mano de Mercedes para adormecer por este medio la vijilancia de los padres y hacer mas confiado el cariño de la niña. Esta hábil combinacion produjo el efecto deseado: el viejo sarjento y su mujer dejaban de vez en cuando, por algunos momentos, solos a los dos jóvenes para que desembarazados de su presencia tuvieran un poco de mas espansion sus afectos, confiados como estaban en la virtud pundonorosa de Víctor y en la delicada inocencia de Mercedes.

II.

Domingo Lopez, asi como la vieja Marta, se gozaban en ver aquella cumplida pareja, cuyo recíproco cariño y cuyas sobresalientes cualidades auguraban la union mas feliz y la dicha mas completa, en la que ellos veian tambien futuros y tranquilos goces.

Muchas veces en los momentos que venia a verlos la tia Anastasia, cuya visita por lo regular era diaria, conversaban sobre el futuro matrimonio y combinaban sus planes y el jénero de vida que llevarian en lo sucesivo.

El veterano de la patria vieja decia:

—Tan luego como llegue Enrique haremos el casamiento y nos iremos a vivir a la hermosa quinta que regaló la señora doña Juana a Mercedes. Allí yo estaré a mis gustos, cultivando el estenso jardin: ya vereis qué frutas vamos a tener! qué vida tan deliciosa nos vamos a pasar! Esto durará, agregaba, riéndose, mientras vengan los chiquillos, porque entonces voto el azadon y me instalo de ama, pésele a quien le pese. ¡Ah! ya me parece que tengo entre mis brazos al muñequito, que se entretendrá en tirarme mis largos y grises bigotes! cómo lo voi a raspear! Y cuando esté mas grandecito estoi seguro que no querrá separarse de su abuelo, porque le enseñaré a jugar el ejercicio de sable, y cuando esté grande será un bravo militar como mi jeneral O'Higgins; y el veterano refregábase las manos, manifestando su complacencia y mirando a la tia Anastasia como para consultar su opinion.

—¡Que viejo tan sonso, interrumpia Marta; siempre está pensando en la carrera militar, como si le hubiera ido tan bien en ella!.. Sábetelo desde ahora, que yo jamas consentiré en esto, aun cuando mi nietecito hubiera de ser jeneral. ¡No faltaba mas! estar una con el credo en la boca a toda hora.

—Espero que esto no sea motivo de disputa, interrumpia

la tia Anastasia, como burlándose cariñosamente, porque todavia es necesario esperar mucho tiempo y quién sabe lo que sucederá; pero lo que hai de positivo es que seremos mui felices: mi sobrino aumentará su reputacion, trabajará con constancia y ganará mucho dinero, cuya mayor parte distribuirá Mercedes entre los pobres, dándonos nosotros todas las comodidades posibles sin privar de nada a los menesterosos; pero lo que hará mi mayor felicidad, lo que me halaga mas y la causa principal por que quisiera ver cuanto antes efectuada esta union, es porque mi sobrino será completamente dichoso. ¡Si ustedes supieran cuánto es lo que él ama a Mercedes, comprenderian sus deseos y los mios! Víctor es mas que mi sobrino, es mi hijo! ¿qué cosa mas natural que ambicione el verlo feliz?

—Otro tanto nos sucede a nosotros, señora, tiene usted mucha razon; pero no tardará en llegar el momento en que todos estemos satisfechos.

—¿Qué tiempo, señor, le parece a usted que demorará Enrique?

—El dijo que emplearia tres o cuatro meses; ya tenemos corrido mas de uno: ¿con que así?

—No es mucho; mientras tanto, yo me encargaré de ciertos preparativos, es decir, del regalo de boda.

—Nada de lujo, señora, se lo recomendamos mi mujer y yo y estamos seguros que Mercedes será tambien de nuestra misma opinion.

—Sobre este particular no puedo prometeros nada, porque mi sobrino es caprichoso, y aun cuando yo le haga mis reflexiones y le comunique los deseos de ustedes, me temo mucho que siga únicamente sus gustos.

—Está bien; no lo contraríe usted, pero hai una condicion que exijo.

—¿Cuál?

—Que no contraiga deudas: prefiero que no le regale ni un solo alfiler a verlo comprometido.

—Es usted, don Domingo, el mejor hombre que he conocido. Le haré presente a Víctor su condicion, que indudablemente apreciará en todo su valor; sin embargo, creo que no hai necesidad de que eche mano del crédito, pues yo le tengo guardada una suma considerable de dinero y debe recibir tambien varias cantidades por trabajos terminados y por terminar.

—Aun cuando asi sea, decia la vieja Marta, es indispensable la economia.

A este punto habian llegado ya las relaciones entre las dos familias, que se consideraban como no formando sino una sola.

III.

Víctor se habia conducido con tal destreza, con tal habilidad, que no solo no habia dado lugar a la menor sospecha, sino que se habia captado completamente la confianza, el cariño y la estimacion de los padres de Mercedes; pero era a ésta a quien principalmente habia subyugado, inspirándole un amor verdadero, desplegando a su vista el aparato de todas las virtudes realzadas por la modestia con que las encubria, no con el fin de que pasasen desapercibidas, sino de hacerlas mas meritorias, mientras mayor era la poca atencion que parecia prestar a sus actos, pues no hablaba jamas de sí mismo ni de esto o aquello que hubiese hecho, pero en cambio no lo ocultaban sus ajentes, añadiendo de su propia cabeza mil prodijios respecto a Víctor y uniéndose tambien a ellos todas las personas a quienes habia prodigado sus dones; pero la perfidia hipócrita del astuto y corrompido jóven iba todavia mas allá, pues cuando Marta, el sarjento o Mercedes le hablaban de alguna de las buenas acciones que habian oido a sus agradecidos, él no contestaba una palabra y trataba de mudar en el acto de conversacion, lo cual no era mas que un cálculo o un refinamiento de hipocresia, engañándolos de esta manera mas

y mas. "¡Qué jóven tan bueno! qué virtudes tan sólidas! qué desprendimiento tan admirable! qué modestia tan grande!" solia esclamar Marta, entusiasmada por algun hecho caritativo o heróico que le habian referido. "¡Este muchacho no es de este mundo, añadia el viejo soldado: mi Mercedes va a ser la niña mas dichosa de la tierra!..." "Y cómo debemos estar agradecidos a Dios!" proseguia la madre, abrazando cariñosamente a su hija, que con esta aprobacion de sus padres se aumentaba su amor, su confianza, su admiracion y su gratitud hácia Víctor; porque en realidad, Mercedes no solo lo amaba, sino que le estaba agradecida de que se hubiese fijado en ella, tan inferior bajo todos aspectos: ¡tal era la modestia de aquella hermosa y anjelical criatura!

Pero Guillermo, bajo el supuesto nombre de Víctor, no se habia limitado a presentarse virtuoso, sino que habia desplegado toda la finura de su talento, todo el brillo de su educacion esmerada, toda la gracia de sus distinguidos modales, todo ese perfume aristocrático, toda esa ciencia del saber vivir que lo hacia el mas atrayente, el mas espiritual, el mas amable y al mismo tiempo el mas peligroso de los ricos holgazanes de Santiago.

El supuesto pintor no habia avanzado hasta entonces una sola palabra, un solo jesto, un solo ademan que desmintiese el respeto y la delicada consideracion que debia a su futura, ni una alusion equívoca se habia permitido jamas; el famoso seductor, pues, no solo queria embriagar a la inocente niña con su cariño, llevarla hasta el parasismo de la pasion, sino que tambien tenia por objeto hacer que se entregase, si era posible, a él con una confianza sin límites, confianza llevada hasta el punto que le hiciera creer que cuanto él le propusiera no debia ser sino para su bien; y por consiguiente, para la felicidad de ambos.

Jamas Guillermo habia desplegado tanta astucia para seducir una mujer. Ninguno de sus triunfos, y eran mui nu-

merosos, le habia costado tanto sacrificio. Aquel era el plan mejor combinado, y se regocijaba en él como un artista en su obra maestra, como un escritor en su obra favorita, como un poeta en su mas hermosa composicion. Desde antes de obtener la victoria ya se estasiaba en ella, porque gozaba en su misma combinacion, aun cuando no le habia dado todavia resultado alguno; pero esto vendria y su satisfaccion seria mayor: se asemejaba a un hábil jugador de ajedrez, que prepara de antemano, por medio de astutas maniobras, el golpe mortal, sin que se aperciba de ello su adversario, al que no le queda mas recurso que confesarse vencido y rendirse: esto era lo que queria Guillermo, o mas bien Víctor; pues este era el nombre bajo el cual se presentaba y que continuaremos dándole durante esta escena.

Los retratos.

I.

Víctor habia conseguido que le diesen las fotografias del sarjento, de su mujer y de Mercedes: ¿cómo rehusar a su futuro yerno favor tan insignificante, mucho mas cuando era tan natural de que él tuviera gusto de poseer la imájen de los miembros de una familia que en poco tiempo debia ser la suya? ¿Para qué queria Víctor estos retratos? Segun el sarjento, Marta y su hija, porque ya eran sus padres y la niña su esposa; pero segun Víctor, porque entraba en sus cálculos y sacaria de ellos un gran provecho, quizá una victoria.

Una vez en posesion de las fotografias, dijo al pintor a quien le habia alquilado su taller y su pincel: "Usted me va a hacer, en el menos tiempo posible, tres copias al óleo de estas fotografias."

—Mui bien, señor, respondió el pintor, que no comprendia una palabra del raro capricho de aquel jóven en alquilarle sus cuadros para tenerlos únicamente en su casa; pero como era bien remunerado, no hacia la menor observacion, limitándose a desear que durase aquel capricho por toda una eternidad.

—¿De qué forma y de qué tamaño los quiere usted?

—De medio cuerpo y del tamaño natural. ¿Qué tiempo empleará usted en concluirlos?

—Un mes, señor.

—Es mucho.

—Trabajando bien los concluiria en quince dias.

—Y trabajando mejor los concluiria usted en una semana? Yo quiero que estén en ese tiempo, cueste lo que cueste. ¿Cuánto pide usted por cada uno?

—No podria hacer por menos de cien pesos la copia, sobre todo cuando se exije tanta brevedad y a la que de veras no puedo comprometerme.

—Sin embargo, me son indispensables y han de estar concluidos. Yo no regateo el precio, sino que al contrario estoi dispuesto a aumentarlo. ¿No tiene usted algunos hábiles discípulos que puedan ayudarle?

—Sí, señor.

—Pues bien, empléelos y daré a usted ciento cincuenta pesos por copia, pero con dos condiciones.

—¿Cuáles?

—La primera es la del tiempo fijado; la segunda que sean exactamente semejantes, advirtiendo a usted que si me falta a una de estas dos condiciones, perderá su trabajo.

—Convenido, señor; desde mañana principiará a contarse la semana, porque hoi ya es un dia perdido.

—Es justo y el trato está hecho...

Desde ese mismo instante el verdadero pintor puso manos a la obra, llamó a sus principales discípulos para que le ayudasen, al menos en las cosas mas groseras del arte, y comenzó el trabajo con enerjia y constancia, tomando solo el tiempo mas indispensable para el reparo natural del cuerpo, y aun privábase de él con el uso constante del café. Esta sobrescitacion le hizo marchar con una rapidez asombrosa, y hasta sus pinceladas fueron mas atrevidas y mas perfectas que nunca, a tal punto que él mismo se admiraba de su propia obra, no comprendiendo casi cómo podia haber trabajado de una manera tan rápida a la vez que perfecta, pues las copias quedaron concluidas un dia antes del tiempo señalado.

—Esto es sorprendente, dijo el falso pintor, cuando el maestro le dió aviso de que estaba concluido el trabajo.

—Esta semana solo he vivido con el pincel en la mano, no he pensado en otra cosa que en los retratos, y hasta durante mi lijero sueño los tenia a la vista, tal era mi contraccion: espero que quedará usted satisfecho de mi obra, porque en realidad están buenos.

—Veamos, dijo Víctor.

El pintor quitó el lienzo que los cubria y miró a Víctor, como diciendo: "Usted no puede menos de quedar satisfecho."

—Esto es sorprendente, señor, esclamó Víctor; jamas habia pensado que usted fuese tan hábil pintor; estoi satisfecho, contento, admirado, le doi a usted mis parabienes como a artísta, y como interesado pongo a usted el doble del precio que habiamos fijado: tendrá usted novecientos pesos en lugar de cuatrocientos cincuenta, que era lo convenido.

El pintor abrió la boca de sorpresa; jamas habia tratado con un cliente tan jeneroso, que, no solo no recateaba en lo que le pedian, sino que doblaba el valor, y lo que era mas raro, alababa la obra y estimulaba al artista con sus elojios, cosa que jamas le habia pasado en Santiago, pues cuanto rico le encomendaba algun trabajo, comenzaba primero por regatear del precio que él exijia, hasta reducirlo al punto que no le dejaban mas que una ganancia miserable para no morirse de hambre; y en seguida nunca quedaban contentos, poniéndole mil defectos a la obra, sea para reducir su valor o para que le hiciese tal o cual compostura, y esto sin irse jamas satisfechos, sin decirle nunca una palabra de aprobacion que al menos halagara su amor propio ya que no engordaba su bolsillo: esta es una de las razones por que en Chile no progresan las artes. Un artista, de cualquier jénero que sea, es considerado como un simple artesano, a quien se le da un jornal mas o menos miserable. Aquí no existe el menor estímulo que desarrolle el talento y fomente

la inspiracion del jénio. Una obra maestra ni la aprecian ni la pagan, y ni aun siquiera la reconocen: ¿cómo hemos de progresar así? Afortunadamente ya principia a considerarse en algo el talento, y si tienen todavia la preferencia el engordador de ganados o el opulento comerciante, comienza a gozar de alguna consideracion el que no cuenta con mas capital que su cabeza; sin embargo, la civilizacion avanza y al fin dará su fruto...

II.

Poseedor Víctor de los tres retratos, los hizo colocar en hermosísimos cuadros y previno a la tia Anastasia que era necesario convidar a la familia Lopez para un modesto almuerzo que tendria lugar al dia siguiente, que era domingo, diciéndole que su objeto era darles una agradable sorpresa con aquellos retratos trabajados por él, y que esta maniobra no podia menos de producir un efecto magnífico que le haria dar un gran paso y quizá un paso decisivo hácia la pronta realizacion de sus fines.

—Eres un muchacho lleno de recursos, le dijo la vieja, y te doi mis parabienes.

—¿Cree usted que tendrá esto un buen resultado, tia Anastasia?

—Indudablemente, mi querido sobrino, y si no llega a ser completo, al menos te hará ganar mucho.

—¿En qué grado encuentra usted a Mercedes?

—Me parece que ya está en punto: ¿quieres tú que la breva se caiga de madura?

—Eso es lo que deseo.

—Exijes demasiado. Ya esta aventura comienza a durar mas tiempo del que debiera y te cuesta mucho dinero: soi de opinion que debes emplear la gruesa artilleria.

—¿Cree usted que Mercedes me quiera lo bastante para hacer cuanto yo le diga?

—Tu pregunta, mi querido sobrino, encierra dos puntos: el uno sobre el amor de la niña, el otro sobre la resistencia que oponga; y aun cuando ambos están ligados, es preciso distinguirlos. Sobre el primero puedo asegurarte, y tú no lo dejarás de reconocer, Mercedes te idolatra... eres para ella mas que un ánjel... te tiene en el concepto mas elevado, daria su vida por tí sin que le costara sacrificio; pero en cuanto a hacer lo que tú le digas, en cuanto al fin que te has propuesto alcanzar, me parece que quizá habrá resistencia; sin embargo, conviene ir tanteando el terreno, no sea que esa misma exajeracion de virtud con que te has presentado obre de manera a despertar en ella todavia mas ese quijotismo de delicadeza que ya tiene en sumo grado, viéndote prisionero en tus mismas redes o derrotado con tus propias armas.

—Esto no sucederá, porque he de triunfar de un modo o de otro, cueste lo que me cueste y vaya donde vaya.

—Ya sé que tú eres porfiado y siempre te sales con la tuya; pero seria preferible tener por único cómplice al cariño y no a la violencia, porque lo primero es mas agradable y lo segundo encierra sus peligros.

—Soi de la misma opinion, y os aseguro que agotaré todos mis recursos antes de adoptar un partido estremo.

—Harás bien; ¿pero si no vencieras?

—Iré hasta el crímen; porque es indispensable que esa niña sea mia... ¡Si usted supiera cuánto la quiero no estrañarial...

—Yo nó estraño nada de tí, sobrino querido; sé por esperiencia de cuánto eres capaz y que en tu corazon no se anidan escrúpulos; pero creo que esta aventura no carece de ciertos peligros.

—¿Peligros de qué?

—El sarjento Lopez y su hijo el carpintero, segun he podido juzgarlos, no son hombres que mirarán esta cosa con calma, como debiera ser.

—¡Qué ocurrencia! Esta pobre jente se contenta con poco, o si no, se le da con el pié y todo queda terminado. ¿Piensa usted que no he tenido lances iguales con padres, con maridos y con hermanos de una clase mui superior a la de ellos? Y bien, ¿qué es lo que ha sucedido? que se han visto obligados a devorar en silencio su vergüenza, pues de lo contrario habria sido mayor el ridículo que les hubiera hecho caer sobre sus cabezas... Usted no conoce a Guillermo de...

—Ojalá así suceda, sobrinito mio, pero siempre son preferibles los medios pacíficos.

—Tambien estoi por lo mismo, y en prueba de ello usted ve como me conduzco.

—Admirablemente; no tendrias mayores cuidados por la mas encumbrada señorita.

—Es que la mas encumbrada señorita no vale como mi Mercedes. ¡Qué chiquilla tan encantadora! Qué gracia, qué talento, qué pureza, qué formas, qué todo! La posesion de esa muchacha debe ser el aroma mas divino, el néctar mas delicioso! debe gozarse tanto por los sentidos como por el espíritu... Estoi seguro que encierra encantos soberanos, encantos que todavia están para mí ocultos, pero que han de ser mi mayor deleite!... El dia que llegue a obtenerla, el dia que llegue a ser del todo mia, ese dia será el mas feliz de mi vida.

—No está lejano, contestó la tia Anastasia, acompañando esta palabra con una risa horrible.

—Asi lo espero.

—No hai que dudarlo, puesto que ya la has pedido a sus padres y solo se espera la llegada del carpintero.

—Dejémonos de bromas; y no me negará usted que esto me ha hecho ganar mucho terreno.

—Indudablemente: si supieras los castillos que se hacen los viejos y cómo les acompaña en ellos tu buena tia! Si hubieras oido las conversaciones que hemos tenido, te habria dado un mal de risa!...

—Tanto mejor que se formen esas ilusiones: ellos me han dado la confianza de qué gozo, porque ya de vez en cuando me suelen dejar algunos momentos a solas con Mercedes.

—Y a mí me permiten salir con ella, y aun traerla a casa cuando tú estás ausente: los hemos engatuzado a esos pobres diablos; pero dime, Guillermito, en esos coloquios ¿no has avanzado nada?

—No lo he creido prudente.

—Vuelvo a repetirte, creo que es necesario principiar.

—Lo haré desde mañana cuando les haya obsequiado esos hermosos cuadros, obras maestras del pintor Víctor, vuestro querido sobrino, ¿qué os parece tia Anastasia?

—Que eres el mismo demonio, pero un demonio de talento, rico, caballero y de cara bien interesante: no agregaré virtuoso, porque esto es para entre nos; y la malvada vieja volvió a reirse.

—Ahora, mi santa y adorable tia, es preciso que vaya a convidarlos para el almuerzo de mañana, al que usted asistirá tambien.

—Por supuesto; yo soi la dueño de casa, la señora de respeto, y es necesario que haga los honores de tal; esto no es preciso prevenirlo. Pero para que el convite tenga un pretesto razonable, voi a decirles que, despues de un trabajo de algunos dias, te has permitido para solazarte un poco el ir a cazar y que el almuerzo será el resultado de tu destreza.

—La idea no me parece mala; el viejo sarjento estará contentísimo de que su futuro yerno tenga esta gracia mas; para un militar el manejo de las armas es siempre una diversion y el que las gobierna con destreza tiene su mérito.

—Yo habia pensado lo mismo, para que veas que no se me van todas.

—A usted no se le va ninguna, queridísima tia, y ojalá tuviera yo la mitad de la ciencia que usted posee.

—El diablo no te ha dotado mal; nada tienes que envidiarme y mucho que agradecerle.

—Asi será; no pongo en ello mucha presuncion. ¿Con que esta noche no faltará usted a la visita y dirá que el sobrino ha ido a cazar?

—No hai mas que hablar: y si se me presenta alguna oportunidad referiré alguna historieta tuya que te ponga en los cuernos de la luna, porque, segun he visto, lo cual apruebo, tú no hablas nunca de tí mismo, pero a la pobre tia le son permitidos sus ciertos desahogos en fuerza del amor tan natural y tan lejítimo que le inspira el sobrino.

—Usted tiene carta blanca para obrar como quiera, usted es dueña de toda mi confianza, desde que la he asociado a mi destino, y sé que en cuanto puede se empeña por mi bien; pero por si acaso sucediese algo de estraordinario, dígale a Tomás que vaya a buscarme a casa de las señoras... donde pasaré esta noche para saber las principales novedades de nuestra sociedad, que hace tiempo no frecuento como antes.

—Y te estarán echando menos, no lo dudo, porque eres, en opinion de todos, el don Juan santiaguino, y ¡yo diria el primer don Juan del mundo, porque es mui difícil que exista un pilluelo igual a tí.

—Dejémonos de alabanzas, tia Anastasia, y hasta mañana.

El almuerzo.

I.

En la noche, en conformidad a lo convenido con Víctor, estuvo la tia Anastasia en casa del sarjento, don le fué recibida con el mayor agasajo, pues aquellas buenas jentes habian llegado a quererla y estimarla, a pesar de la repulsion instintiva que les inspirara al principio, y Marta particularmente era mas cariñosa que los otros cuanto mas tiempo habia durado en ella la prevencion, haciéndosele cargo de conciencia aquel sentimiento que al fin habia conseguido estinguir.

Sin necesidad de entrar en rodeos para hablar de su sobrino, porque todos le preguntaron en el momento por él, la astuta vieja les refirió como hacia mas de una semana que casi no dormia, empeñado en un trabajo que a ella misma le habia impedido ver, y al que estuvo tan contraido que habia rehusado varias obras que le dejaban un beneficio considerable, y que no habia habido empeño bastante poderoso que lo obligase a abandonar lo que tenia entre manos, pero que habiéndola concluido en el dia, le habia dicho: "Querida tia, he quedado fatigado con lo que estaba haciendo, y por via de descanso he resuelto ir esta tarde a cazar; mañana temprano estaré de vuelta: ojalá usted tuviera la bondad de acercarse donde la señora Marta y suplicarle que se vengan todos a almorzar con nosotros, honrando las perdices y torcazas que habrá abatido mi escopeta." Con que asi, señoritas y caballero, agregó la tia Anastasia, quedan

ustedes convidados y espero que no le harán un desaire a mi pobre sobrino.

—Lo aceptamos con gusto, dijo Marta, a quien se habia dirijido particularmente la estudiada arenga de la matrona.

—¿Con que tambien sabia cazar Victorcito! repuso el sarjento, frotándose las manos, que era en él señal inequívoca de satisfaccion.

—Y he oido decir a sus amigos que es un cazador de primer órden.

—Qué buena junta van a hacer con mi hijo Enrique! El es tambien mui aficionado y no tira mal; soi capaz yo de hacerles compañia, aun cuando no sirva mas que para llevar el morral y las provisiones de boca y de guerra, pero me gustan los buenos tiros. Cada vez que veo caer un ave, salto de contento, pero no perdono jamas que tiren sobre las que están paradas o en el suelo, porque a esto llamo yo un verdadero asesinato y no lo perdono.

—Pero esa es una diversion peligrosa, dijo Mercedes, algo preocupada; han sucedido tantas desgracias.

—Qué peligroso, ni qué berenjenas, interrumpió el sarjento; esa es una diversion propia de hombres, y la mas noble como la mas entretenida; a los muñecos de hoi no les gusta porque no quieren ni mojarse las uñas y solo se ocupan en limpiárselas; pero ya ves como le sirvió a Enrique el ser buen tirador; si no hubiera sido su destreza y su presencia de ánimo, la fiera habria devorado a todos. No hai entretenimiento mejor que la caza; y en consecuencia, dígale usted a Víctor que desde que sé que es buen cazador lo quiero mas y que iremos mañana a hacer los honores a su habilidad.

—El va a quedar contentísimo del recado, mi amigo don Domingo; y la matrona examinada se despidió bajo el pretesto que tenia que hacer algunos pequeños preparativos, pero en realidad para ir a su casa de la calle de las Cenizas, donde estaba su principal negocio.

II.

Al dia siguiente, despues de haber ido a la primera misa, a la antigua iglesia de San Pablo, que da nombre a la calle y que perteneció en otro tiempo a los Jesuitas, y cuyos claustros sirven hoi al gobierno para acuartelar tropas, volvió la familia Lopez a su conventillo para hacer solamente aquellas cosas mas indispensables, porque era dia domingo que Marta, su marido y su hija guardaban relijiosamente, y tambien porque estando convidados, no tenian nada que preparar para su desayuno, con escepcion de la taza de café que nunca perdonaba el buen sarjento.

Mercedes se puso uno de los trajes que le habia regalado su amiga Luisa, traje de una esquisita elegancia a la par que sencillo y que le iba tan bien, que Marta al verla no pudo menos de decirle: "Estás encantadora, hija mia."

—¿Cuándo he dejado de estarlo para usted? le respondió Mercedes yendo a abrazar a su madre.

Víctor llegó a eso de las nueve del dia a su casa, es decir, a la que estaba al lado del conventillo, para no confundirla con la que realmente habitaba en la calle de las Monjitas, montado en un hermoso caballo y vestido con un traje completo de cazador del mas esquisito gusto, que realzaba considerablemente la gallarda figura del jóven; tras él venia Tomas con todos los arreos de caza y el saco repleto de diferentes aves, que, sea dicho en obsequio de la verdad, habia hecho comprar de madrugada en la plaza de abastos.

Tan luego como llegó Víctor, la tia Anastasia, que lo esperaba hacia ya un rato, se dirijió a la vecindad para advertirles que ya estaba de vuelta el cazador.

—Está bien, dijo el sarjento con calma; no hai todavia por qué apurarse, pues si hemos sido convidados para participar de la caza, es claro que llegando en este momento el almuerzo no estará sino hasta las once o doce.

—Qué poco conoce usted a mi sobrino! contestó la tia; este muchacho todo lo prevee, pues justamente a mí se me habia ocurrido la misma dificultad; y aun cuando tenia todo listo, le dije: "Es imposible que demos el almuerzo en menos de dos horas"; él se sonrió, respondiéndome en seguida: "Lo tendremos en diez minutos;" "¿pero cómo, repuse yo, cuando las aves están todavia en el saco?" "Usted no comprende, tia, pero ya lo sabrá y verá que es lo mas sencillo, como voi a esplicárselo: la chacra donde he ido está cerca y hai una abundante caza, porque impiden la entrada a todo el mundo, menos a los que llevan el permiso del dueño; y como a este caballero le he hecho algunos trabajos, me fué fácil conseguir un papel para el mayordomo, que en vista de la carta puso todo a mi disposicion. Alojéme, pues, anoche allí y me levanté todavia oscuro con mi buen perro, que saltaba de contento. Luego me puse en marcha, y un inquilino me condujo a un lugar reservado donde hai muchas perdices en lo que hace el potrero, y en el monte infinidad de tórtolas, torcazas y otros pájaros. Mis primeros tiros fueron felices; y luego que tuve un número considerable, mandé a Tomas al hotel frances para que me prepararan un almuerzo con esas aves y otras viandas que ellos agregarian, pero que estuviera listo para las nueve o nueve y media; por esto le digo que ya no demorará mucho:" y yo vengo a repetir a ustedes lo mismo que él me dijo.

—Bravo muchacho! Este sí que sabe hacerlo todo, esclamó el sarjento, admirado de tan feliz y previsora ocurrencia. Vamos entonces para que nadie espere por nuestra causa.

III.

Víctor estaba mui buen mozo, más que nunca, y el sarjento se fué en derechura a abrazarlo en cuanto lo vió, no pareciéndole bastante significativo el darle la mano. Mercedes, que a la primera mirada no habia podido menos de

notar la ventajosa trasformacion del pintor, se puso un tanto colorada, pensando que talvez al vestirse con ese elegante traje habia pensado en ella y se lo habia puesto con el fin de agradarla, lo cual la lisonjeaba a la vez que lo agradecia, porque ella talvez habia tenido el mismo pensamiento.

Domingo Lopez miraba alternativamente a Víctor, al caballo, al perro y a la escopeta, y decia para sí: "Cáspita! este gasta como un príncipe; ese caballo debe importar mucho dinero; ese perro es de las razas mas finas y esa escopeta es un dije: asi debe gustar doblemente cazar;" y volvia a mirar y a remirar las cosas.

Víctor conversaba con Marta, Merc des y la tia Anastasia, y de vez en cuando fijaba sus ojos en la niña con una de esas miradas que revelan la pasion en toda su intensidad y que hacian casi temblar a Mercedes, aun sin verlo, como si la bañasen con un desconocido fluido, con una especie de embriaguez deliciosa que la hacia gozar y estremecerse alternativamente.

En ese momento, que Víctor hubiera querido prolongar, porque palpaba el poder de dominacion que ejercia sobre la niña, en ese momento, decimos, entraban varios criados con bandejas, fuentes, canastos, de vino y otros utensilios indispensables, y la tia Anastasia dijo: "Aquí está el almuerzo, voi a servirlo inmediatamente" e indicó la direccion a los criados y se fué tras de ellos.

El viejo sarjento que notó todo aquel grande aparato, se dirijió donde Víctor, y tomándole del brazo lo llevó hácia un lado, no con poco disgusto del pintor que daba al diablo el cariño de un futuro suegro que le impedia continuar por algunos instantes mas su misterioso y tácito coloquio.

—Amiguito, dijo Domingo Lopez con sentido y afable tono; veo que usted es un insigne derrochador y eso no es conveniente. Usted va a ser el esposo de mi hija y esto me autoriza para darle un consejo.

Víctor bajó la cabeza en señal de sumision y el sarjento continuó.

—Yo no abogo por la miseria, amigo mio; pero la economia es una gran virtud que prueba la escelencia de la naturaleza del hombre. Yo no he hecho estudios, hijo mio, pero he visto y he reflexionado, lo cual me ha hecho comprender que la economia es uno de aquellos signos principales que nos distinguen de las bestias: ellas no piensan sino en el momento y están contentas teniendo su alimento de hoi, mientras que nosotros hemos sido dotados con la prevision, de cuya divina facultad nace la economia y de ella la riqueza y poder del hombre, sus goces, sus virtudes, sus lazos de familia, la perpetuidad de sus afectos y quizá todo el mecanismo de las sociedades y sus sorprendentes adelantos... Ya le he dicho a usted que carezco de instruccion; pero el ejemplo de mi pobre Marta ha sido para mí la principal leccion: ella con su economia le ha proporcionado a sus hijos una instruccion superior a la clase en que han nacido; con su economia los ha tenido siempre decentes y limpios; ha despertado en ellos sentimientos buenos, porque constantemente han tenido a la vista el órden; los ha hecho amantes y trabajadores, porque mediante su economia ha reinado la paz y jamas han conocido la miseria, viviendo contentos en la pobreza que ella nos ha hecho querer, impidiendo que nazca en nuestros pechos la envidia y la codicia del bien ajeno, de donde proviene tambien la honradez y la independencia de carácter que distingue a mis hijos, porque no ambicionan la fortuna ajena sino la que buenamente adquieren por su trabajo y porque jamas han estado espuestos a las humillaciones y vejámenes de los ricos, y todo esto por la economia de su madre; pero mi querida Marta no se ha limitado a los cuidados de su familia, sino que con su economia ha podido y puede socorrer a muchos infelices, lo que le ha granjeado la consideracion y cariño de cuantos la conocen; consideracion y cariño que se ha estendido hasta mí y

hasta mis hijos; y no digamos que la economia es la miseria, no, nadie hai mas jenerosa que Marta: ella cuida únicamente de que nada se pierda, pero está dispuesta a darlo todo; sin la economia, amigo mio, no puede haber verdadera jenerosidad, o diré mas bien, la jenerosidad está vinculada a la economia, porque ella les proporciona los medios de ejercerla, medios que no existirian si no se hubiera guardado, si no se hubiera previsto. Se llama y se cree jeneroso al derrochador, pero no es asi, hijo mio; el derroche es una pérdida de fuerzas, es una pérdida de produccion, es el vapor que se escapa inútilmente de un caldero y que bien aprovechado podria hacer andar la locomotiva; esto es el derroche, y no te figures que hai jenerosidad en el que lo practica, sino que las mas veces casi siempre es el resultado de la vanidad y del egoismo, tapando con la profusion del oro la sequedad del alma... No se enfade usted, hijo mio, si le hago estas observaciones; ellas son dictadas por el interes que usted me inspira y por su futura felicidad y la de mi hija, a la que está unida la de todos nosotros. La vista de este opíparo almuerzo, que debe costarle muchos pesos, cuando no habia necesidad de tanto y cuando va a perderse la mayor parte, me ha sujerido las reflexiones que le he hecho. Es verdad que cada uno debe vivir segun sus recursos, sus medios, su fortuna, y no critico bajo ningun aspecto que gaste mas el que gane mucho, sino unicamente que no desperdicie y que no bote: el derrochador nunca tiene para sí y menos para los demas, y los mayores caudales en manos de él se disipan como el humo sin que hayan servido a nadie. Crea usted que cuanto le digo nace de mi esperiencia, que es la mejor maestra del hombre.

—Trataré de seguir sus consejos, señor, contestó Víctor, (no dejando de admirar aquel recto juicio que penetraba, sin saberlo, en las mas profundas cuestiones de la vida humana) aunque nosotros los artistas tenemos esa propension al derroche, porque nuestras naturalezas ardientes y apasio-

nadas solo viven de emociones, necesitando del contínuo goce, y como éste solo se proporciona con el dinero, lo gastamos profusamente.

—Todas esas emociones y todos esos goces los tendreis, amigo mio, y los conseguiréis mayores siendo económico, porque podréis ejercer la caridad y yo sé cuán amigo es usted de ella.

IV.

—El almuerzo, el almuerzo está en la mesa, entró diciendo alegremente la tia Anastasia.

Todos se dirijieron al comedor.

El sarjento, husmeando como un consumado gastrónomo, dijo: "Qué buen olor! Esto sí que abre el apetito! Me parece que voi a comer como mosca."

La mas franca y pura alegria reinó en la mesa. Domingo Lopez echó sus sendos tragos de esquisito burdeos, repitiendo a cada instante: "Qué chacolí tan particular!" Pero cuando se sirvió el champaña, su buen humor no tuvo límites y principió a brindar por todo el mundo.

—Ya ve usted, señor, le dijo Víctor, con maliciosa sonrisa, que los artistas no van tan equivocados ni obran tan mal cuando gastan así su dinero.

—Tiene usted razon, amigo mio, comprendo que se gaste la plata de esta manera.

—¿Entónces no puede haber economias, porque todo esto cuesta caro?

—Cáspita! tambien es verdad lo que usted dice; pero...

—No hai peros, cuando se trata de beber buen chacolí y buen champaña...

—Me doi por vencido; sin embargo, se me ocurre que no debemos sacrificar la vida entera a estos solos momentos.

—Pero estos momentos son los que hacen la vida del artista.

—Cáspita! deben ser mui felices!

—Cuando tienen plata que gastar.

—Ya lo sé ¿y por esto es que no son económicos?

—Exactamente, ¿luego tienen motivos que los justifique?

—Los tienen, hijo mio, los tienen.

—¿Entonces hai ocasiones en que no debemos ser económicos?

—Las hai, no hai duda, las hai, pero de todas maneras la economia es una virtud.

—Pero una virtud que deja de ser absoluta y a cuyos preceptos podemos faltar de vez en cuando.

—De vez en cuando, quizá, pero no siempre.

—¿Y no le agradaria a usted hacer siempre lo mismo?

—Creo que sí.

—¿Luego faltaria usted a esa virtud no solo algunas veces sino siempre?

—Me confundes, hijo mio, me confundes; pero lo que creo que mas me confunde es el buen chacolí y el buen champaña... Dejaremos para otro dia la cuestion.

—Para cuando usted guste, señor.

—Ya sé que tengo que habérmelas con un argumentador de primera fuerza, pero que no tuvo objecion que oponerme poco há, cuando hablamos del mismo asunto, sino que se sometió a lo que yo decia; luego si no encuentro que responder no es porque carezca de razon, sino porque me la ha ofuscado un poco el chacolí, dándome alegria en vez de juicio.

Víctor le hizo un jesto a Marta, que se sonrió tambien de la ocurrencia de su escelente marido.

Ahora, prosiguió el pintor, levantándose de la mesa, voi a mostrar a ustedes mi trabajo de la semana, que es un regalo que pienso hacer.

—¡El trabajo que este picaron, interrumpió la tia Anastasia, no ha querido mostrarme a mí! ¡Ingrato! ¿qué castigo mereces?

—No se enfade usted, tia mia... La señorita Mercedes va a encargarse por mí de quitar a usted los enojos.

—Te vales de buena patrona, picaron, porque sabes que yo no puedo rehusar nada a mi querida sobrinita... y la hipócrita vieja acarició a Mercedes; pero vamos en fin a ver lo que es.

V.

Víctor antes de levantar la tela que cubria los retratos, miró a Mercedes con indecible ternura e instantáneamente hizo caer el lienzo.

Un ¡ai! de admiracion se escapó de todos los labios.

Víctor estaba radiante de alegria... habia triunfado... ya no puede haber resistencias se decia al ver a Mercedes, en cuya mirada se pintaba un amor, una ternura, una gratitud, una admiracion sin límites... Aquellos sentimientos habian llegado a su mayor fuerza en el corazon de la jóven... ya no podia ir mas allá... estaba vencida... La oveja iba a caer en las garras del leon.

Domingo y Marta habian quedádose tambien estáticos en vista de aquel portento y de la delicadeza del obsequio que revelaba tanto cariño.

—Este es mi primer y principal regalo de bodas, señorita, dijo Víctor a Mercedes, con tono dulce, satisfecho y humilde; y dirijiéndose a sus padres, añadió: espero que ustedes se dignen aceptarlo.

Domingo y Marta no hallando palabras que decir, se limitaron a estrechar la mano del pintor, pero por la emocion que sentian, comprendíase claramente su reconocimiento que sin espresarlo era mas manifiesto.

—Ven para que te de un abrazo, querido sobrino mio, esclamó la tia Anastasia, aparentando la mayor alegria.

—Falta, don Víctor, una cosa a vuestro inestimable obsequio.

—No mas don Víctor, interrumpió el viejo soldado enternecido, desde ahora para siempre; no debe haber entre ustedes cumplimientos; llámale simplemente Víctor lo mismo que él te dirá Mercedes.

—¿Seria tan dichoso, señorita, que aceptase usted la proposicion de su papá?

—Sea, respondió Mercedes con un abandono lleno de modesta satisfaccion y de irresistible encanto, de hoi en adelante nos hablaremos familiarmente.

—Y bien, Mercedes, ¿qué era lo que decias que faltaba a mi obsequio?

—Bravo! volvió a interrumpir el veterano, así me gusta; él principia y te da el ejemplo.

—Decia Víctor, y la entonacion de la voz de la niña tenia al pronunciar este nombre una vibracion tan dulce, tan suave, tan cariñosa que revelaba toda la satisfaccion interior de que estaba poseida su alma, decia repitió, que falta una cosa principal para que esté completo y para que sea completo obsequio; sin ella yo estoi resuelta a no acptarlo.

—¿Qué es lo que dices? esclamó Marta, asustada por una negativa tan inesperada.

—Digo que puesto que es para mí el obsequio, como está actualmente lo acepto.

—¿Pero qué es lo que le falta? ¿Estará malo mi trabajo? si es así, estoi dispuesto a quemar estos lienzos y a principiar otros desde mañaña mismo.

—Esos cuadros están perfectos.

—¿Y entónces?

—¿Pero no ves, Víctor, que falta en la galeria el principal personaje, tú? ¿Cómo quieres que los acepte así?

—Mercedes! ¿con qué te pagaré la dicha inmensa que me causa ese recuerdo?

—Mui bien, mui bien, dijo Marta, mi hija tiene razon, el retrato de usted es indispensable y no aceptaremos los nuestros mientras no los acompañe el suyo.

—Tus deseos son para mí mandatos que cumpliria con gusto, aunque fuera a costa de mi vida: mañana o pasado lo tendreis.

—Gracias, Víctor, gracias...

—Pero yo no sé cómo puedo copiarme a mí mismo y temo que mi amor propio esté, a despecho de mi conocimiento y de mi razon, dispuesto a poner mucho en mi favor.

—Por mui hábil que sea tu pincel, no alcanzará a reproducir lo que tú eres.

—Mercedes! no te burles de mí: esto es malo.

—Burlarme de tí! no, nunca! Tu modestia te oculta a tí lo que en realidad eres y vales, pero ella te realza a los ojos de los demas.

—Basta, por Dios! basta!... dejemos esta conversacion.

—No, repuso el sarjento, mi hija habla la verdad, espresa lo que siente y dice lo que usted es.

—¡Tambien usted, señor!

—Y todos, agregó Marta.

—Cuidado! Miren ustedes que los artistas tienen, por lo jeneral, los sesos a la jineta y no es mui difícil trastornárselos del todo y volverlos completamente fátuos.

—No temo eso en tí, Víctor, y Mercedes repetia este nombre con frecuencia, como si sonase mui bien a su oido, pero ya que quieres que no hablemos mas sobre el particular, lo dejaremos con la condicion de que no has de faltar a tu promesa, y con otra mas, ¿puedo contar con que me satisfagas uno de mis caprichos?

—¡Lo dudas! ¿no te he dicho ya que son órdenes que en todo tiempo estaré dispuesto a obedecer?

—Ya que es así, quiero que te retrates como estás?

—¿Eso es todo?

—Todo.

—Para eso seria necesario que lo hiciera de cuerpo entero.

—¿Te seria mui difícil?

—No, pero necesitaria mas tiempo.

—Toma el que quieras, pero hazlo así.

—No tengo nada que replicar... he dicho que te obedeceré y cumpliré mi palabra.

El resto del dia lo pasaron agradablemente. Víctor, exijió que se quedasen, ¿y cómo rehusarlo? ¿y para qué rehusarlo? cuando estaban como en su propia casa, cuando tenian tanto gusto en estar juntos, cuando eran obsequiados tan cordialmente.

—Deseo, querida tia, dijo Víctor, despues que tuvo la seguridad de que lo acompañarian el resto del dia, que usted no se ocupe de sus quehaceres diarios. Voi a mandar a Tomas al hotel y no habrá necesidad de que nos incomodemos. Una vez que otra, uno puede permitirse esto, ¿no es verdad, señor don Domingo?

—Sí, sí, tiene usted mucha razon, una vez que otra, convenido, pero no siempre.

Como ya lo hemos dicho, el dia se pasó agradablemente y los dos amantes, embriagados de felicidad, no pensaban sino en sí mismos en medio de ese arrobamiento divino en que el hombre se olvida de todo cuanto existe para su pensar, para no ver sino al ser que idolatra.

En la noche, conociendo la tia Anastasia el grado de exaltacion en que se encontraba Mercedes, hizo de manera a dejar solos a los dos amantes y se valió del pretesto de mostrarles un nuevo cuadro que su sobrino Víctor habia dejado inacabado por trabajar el de ellos; pero que tampoco habia permitido ver a nadie, pues lo reservaba para presentarlo a la esposicion que tendria lugar en el próximo año siendo su objeto mandarlo en seguida a Europa, para ver si era digno de figurar en el museo del Louvre.

El cuadro de que hablaba la tia Anastasia, era en efecto el mas sobresaliente del pintor a quien Guillermo habia al-

quilado el taller por un poco de tiempo; ese representaba a Nuestro Señor Jesucristo en la oracion del huerto y no estaba todavia terminado.

Domingo y Marta aceptaron el convite gustosos, y siguieron a la tia Anastasia a una seña que les hizo ésta.

El primer paso.

I.

Cuando Víctor se vió a solas con Mercedes, comprendió, la maniobra de la mentida tia y formó la resolucion de dar principio, pero de manera de no alarmar todavia el inocente pudor de la vírjen.

Varias veces, despues de haber pedido su mano, los padres de Mercedes la habian dejado por algunos momentos sola con Víctor, y éste, aun cuando manifestaba constantemente su amor a la jóven, solo habia pronunciado medias palabras aparentando la mayor timidez y reserva.

Solo un instante le bastó a Víctor para formar su plan y luego trató de envolver a Mercedes con su fascinadora mirada. La niña se turbó bajo aquel poder magnético y como si tuviera oprimido el pecho, lanzó un débil suspiro y tembló de piés a cabeza... La misma emocion ganó a Víctor; ya no finjia el sentimiento sino que en realidad lo esperimentaba y dejó de ser dueño de sí mismo, lo cual lo hacia mas peligroso.

—Mercedes, Mercedes, esclamó Víctor, y echándose a los piés de la niña y tomándole una de sus manos: ¿me amas como yo te amo? Dímelo, dímelo ¡por Dios! necesito oirlo de tu misma boca, lo necesito... ¿Me amas?

—Sí, Víctor, te amo... y los hermosos ojos de Mercedes lanzaron una luz casi divina al fijarlos en Víctor que, a pesar de su arrobamiento, creyó distinguir en aquella mirada

algo de sobrenatural, algo de mas elevado, de mas puro que el afecto humano.

—¿Me amas? repítemelo, repítemelo cien veces.. no te canses, Mercedes... mira que me haces tan dichoso!

—Sí, Víctor, te amo y te amaré toda mi vida...quizá aun mas allá... porque Dios tambien debe amarte... y la inflexion de la voz de Mercedes, parecida al dulce y estraordinario brillo de sus ojos, tenia algo que se asemejaba a la súplica, a la oracion, a la plegaria.

Pero esas palabras "porque Dios tambien debe amarte" hicieron un efecto horrible en Víctor, pues un hielo mortal se apoderó de él y desapareció el fuego de la pasion como por encanto.

¡Qué era aquello? La voz del remordimiento que se alzaba en el pecho del criminal.

—Mercedes habia puesto por testigo a Dios, lo habia asociado a su afecto, y Víctor era imposible que no retrocediese a su presencia; hé aquí el secreto de esa reaccion inesperada.

Sin embargo, el hábil seductor que aun permanecia a los piés de la inocente niña y que conservaba una de sus manos, volvió al ataque y finjiendo un nuevo arrebato, arrebato que ya no sentia, puso sus labios en la mano de Mercedes, diciéndole a la vez ¡cuán feliz soi! cuánto te debo, mi querida Mercedes!

II.

La niña retiró instantáneamente su mano, miró a Víctor con cierto estupor y dijo entre avergonzada y triste:

—No sé qué es lo que siento... usted ha cambiado, Víctor... usted no es el mismo que pocos momentos antes.

La comunicacion eléctrica habia desaparecido o era de una naturaleza distinta: la frialdad que habia esperimentado Víctor ganaba tambien a Mercedes.

—Qué locura, Mercedes! Que no soi el mismo! ¿Pues quién soi?

La jóven, incapaz de mentir, contestó:

—Yo lo siento, Víctor, pero no me lo esplico, y tan de veras lo siento que yo he sufrido el mismo cambio: no soi la misma de antes.

—¡Es posible, Mercedes! Tan frájil es tu cariño! ¿Ya no me amas?

—No digo que no; pero no puedo ahora tampoco decirlo que sí.

Víctor se levantó finjiendo despecho o esperimentándolo en realidad? y se sentó pensativo.

Mercedes tambien reflexionaba; pero trayendo a la memoria lo que era Víctor, recordando sus virtudes, su jenerosidad, sus sacrificios, su esquisita delicadeza, su talento, sus brillantes cualidades, esperimentó arrepentimiento y reprochándose a sí misma la brusquedad con que habia retirado su mano, le dijo con voz dulce:

—No se enfade, Víctor, disculpe mas bien mi lijereza.

—No me enfado, señorita... padezco.

—Ya veo que usted ha vuelto al cumplimiento ¿no habíamos convenido en tratarnos familiarmente?

—Asi fué, pero usted principió la primera y sigue todavia.

—No lo haré mas, Víctor; no lo haré mas, perdóname, y confiésame para mi tranquilidad que tú esperimentaste la misma mudanza instantánea que yo.

—Por mi parte, no ha sucedido tal cosa; cuando te decia que te amaba, lo sentia lo mismo que lo siento ahora.

Mercedes fijó sus ojos en Víctor con esa mirada clara y penetrante que parece no dar fé a sus oidos o que las palabras no tuvieran su significado real, sino que investiga mas adentro la verdad de las cosas, y respondió con pausa:

—Al principio fué verdad lo que me decias; pero despues...

—Al principio, despues y ahora.

—Te creo, Víctor: quiero creerte a pesar que mi interior lo contradice ¿pero qué interes puedes tú tener en engañarme?

—Ninguno, Mercedes, ninguno; porque eso seria pretender engañarme a mí mismo, lo que no puede suceder.

—Ai! qué momento tuve, Víctor! qué momento! La dicha de los cielos no me parece igual! ¿Por qué no vuelve ahora? Por qué?... Yo vivia en tí... yo era toda tuya... mi alma unida a tu alma habia sin duda volado a prosternarse a los piés del Señor!...no me esplico de otra manera ese arrobamiento celestial!

Víctor volvió a esperimentar con aquella comparacion otro choque desagradable parecido al anterior; afortunadamente entraban en ese momento Domingo, Marta y la tia Anastasia; pues de lo contrario, Mercedes se hubiera apercibido nuevamente de su cambio.

—Víctor! entró gritando el sarjento alegremente; la señora Anastasia le ha hecho traicion a su sobrino.

—Cómo así?

—Nos ha mostrado el cuadro de la oracion en el huerto que usted no queria dejar ver de nadie.

—Esa no es traicion, señor; porque usted no es un estraño para nosotros.

—¡La oracion en el huerto! quisiera yo tambien ver ese cuadro.

—Nada mas fácil, Mercedes, aun cuando no está todavia concluido ni tengo esperanzas de concluirlo tan luego.

—¿Por qué?

—¿Ya te has olvidado? Porque me has encargado otra cosa.

—Ya sé, ya sé.

—Quizás olvidas tan luego como cambias.

—Ni cambio ni olvido, Víctor, te lo aseguro.

—¡Y sin embargo!

—Dejemos eso para otra ocasion y vamos a ver el cuadro.

Víctor tomó su candelabro en la mano y marchó adelante.

Todos lo siguieron.

—¡Qué hermoso cuadro! qué mirada tan elocuente, Dios mio! cómo se revela en ella la angustia unida con la súplica, el amor al hombre y la confianza en su Eterno Padre! Esta es una obra maestra, Víctor: este solo cuadro es capaz de inmortalizar a su autor.

—Hace mucho tiempo que trabajo.

¿Por qué no lo has concluido?

—No es por falta de voluntad, pero solo me ocupo de él por momentos. La voluntad, si bien es un ausiliàr poderoso, no lleva consigo la inspiracion, esa ráfaga de luz que de vez en cuando nos ilumina por algunos instantes y que es la sola capaz de producir esas inimitables obras del jenio por cuya razon son tan escasas, pues hasta los hombres que las han concebido no han sido capaces de ejecutarlas siempre. Yo tambien a ejemplo de ellos, aunque en una escala mui ínfima, he querido tener mi cuadro predilecto y trabajar en él solo en aquellos instantes en que me he creido trasportado por la inspiracion a las encumbradas y puras rejiones de la idea para buscar allí la espresion verdadera del sentimiento. Este es el motivo porque me ocupo poco y esta es la causa tambien porque rodeo este cuadro de cierto misterio, no permitiendo que lo profanen las miradas indiferentes del vulgo, pues el misterio tiene para mí algo de aquello que conserva la inspiracion: esta será una de las varias manías que tienen los artistas, pero que para mí no es menos real.

—Yo soi de la misma opinion, y sin raciocinarlo lo siento.

—Tu delicada naturaleza te hace adivinar las cosas ocultas sin haberlas ni estudiado ni visto: este es un don mui raro.

—Sin creer en lo que dices respecto a mí, Víctor, me pareces que haces bien en ocultar tu grande obra. Reconcentra tu inspiracion y cuando hayas concluido, aparecerá con todo su esplendor.

—Asi es, dijo Marta, el misterio da un sabor delicado, un perfume suave a la virtud y al talento: usted está en el verdadero camino.

—Pero no es esto solo lo que me sirve de estímulo, señora; desde que he conocido a ustedes me siento con mas ánimo, con mas enerjia, y cuando pienso en Mercedes parece que me ilumina un rayo de luz, ¿por qué no decirlo? El amor ha calentado mi alma, ya fria por el contacto del mundo.

—Dios lo quiera, Víctor; pues seremos dichosos! Y la jóven que poco antes habia retirado su mano se la estendió ahora con toda libertad y de la manera mas espontánea y cariñosa en presencia de sus padres.

Estas concesiones francas son el signo mas inequívoco de la pureza. Que una niña dé un cariñoso beso a su amante estando presentes sus padres, no es impudencia sino castidad, no prueba relajacion en las costumbres sino sentimientos tan honestos como sinceros y elevados; la que se oculta para hacerlo es la maliciosa, la hipócrita, la impúdica; esa ya está corrompida y poco o nada tiene que perder... ya está vencida y sucumbirá.

Confianza e incertidumbre.

I.

Cuando quedaron solos, la tia Anastasia y Víctor, tiróse éste sobre un sofá y llevándose las manos a su cabeza, dijo "No sé lo que pasa, siento que esta muchacha me vence ¡y sin embargo me ama! no puedo dudarlo... en ese momento hubiera sido mia... ¡mia! ¡qué triunfo! Mia voluntariamente, pues ella me lo confesó, ella me lo dijo! ¡y no haber aprovechado de la ocasion! Soi un imbécil, nada mas que un imbécil.

—¿Qué es lo que estás hablando, Guillermito? (porque estando sin testigos lo llamaba por su verdadero nombre) confiesa que la estratajema del cuadro no estuvo mala y que te dí bastante tiempo, ¿cómo te ha ido? ¿Has adelantado mucho?

—Mucho y nada.

—¡Cómo es eso!

—Tengo una grande esperanza y una incertidumbre que me desanima, que casi me anonada.

—Déjate de enigmas; me gustan las cosas claras: pan-pan vino-vino; este es mi método, sobre todo entre amigos, asi uno sabe a qué atenerse.

—Ella es mia!

—Acabarémos: ¿y por qué ese aire compunjido cuando debieras saltar de contento?

—Porque me falta la posesion.

—¿Cómo si es tuya te falta la posesion? Déjate de esos

misterios de que se hablaba poco há... yo no necesito del "sabor y del perfume, de la virtud y del talento" como decia esa sonsa de la vieja Marta.

—Es mia!... ella misma me lo ha dicho, y sin embargo, no he triunfado... y quizá estoi mas atrasado que antes!

—¡Con todos los demonios, Guillermito; no te creia tan babieca!... Tú no eres un principiante que se contenta con suspiros y con palabras... ¡Una inocente muchacha que confiesa cándidamememte su amor, que se declara tuya, es imposible que resista a un hombre que cuenta tantas victorias, que tiene una persuasion irresistible, que es el mas buen mozo de todo Santiago, que ha preparado el terreno de un modo admirable, que dispone de una fortuna inmensa! vamos, es realmente imposible... tú me engañas... ¿Quieres poner en práctica la teoria de los misterios para saborear a solas tu dicha? Si esto es así, ya no me necesitas y puedo retirarme a mi casa donde hago bastante falta.

—Lo que he dicho a usted es la verdad. Esa muchacha, tia Anastasia, tiene la naturaleza mas rara; su ignorancia es su éjida en lugar de ser su debilidad.

—No comprendo lo que me dices: estoi por creer que el champaña te ha trastornado el juicio.

—Ella siente lo que uno siente, prosiguió Guillermo, se exalta cuando uno se exalta y decae cuando uno decae.

—Todavia comprendo menos.

—Ella tiene esclamaciones que llegan al alma y que penetran en el corazon como si fuera herido por un frio puñal.

—Cada vez estoi en mayores tinieblas.

—Yo mismo no sé lo que sucede, pero el hecho es positivo: una sola de sus espresiones basta para vencerme, sin que me fuera posible volver a ganar el terreno perdido.

—Esplícate de una vez.

—Guillermo refirióle entonces lo que le habia sucedido: la exaltacion de Mercedes, su mirada, la inflexion de su voz, su natural abandono, su esclamacion a Dios como asocián-

dolo a su amor, lo que a él habia herido de muerte y acto contínuo la reaccion súbita, inesperada, instantánea de la niña poco antes apasionada y delirante.

II.

La horrible vieja largó una sarcástica y estrepitosa carcajada y dijo a Guillermo:

—¿En esto estamos ahora? Yo te creia exento de preocupaciones e inaccesible al remordimiento; pero veo que eres criminal a medias y nada mas; ¡criminal sin la enerjia de serlo, es la condicion peor del bandido, porque nunca hace nada bien.

—¿Y quién le ha dicho a usted que yo soi un bandido? esclamó Guillermo colérico, casi fuera de sí.

—No hai que acalorarse, sobrino mio; no discutirémos sobre palabras, y buenos amigos como somos, no debemos ofendernos por esa friolera que entre nosotros es mas bien una espresion de cariño que de insulto; pero vamos a la cuestion, que es lo que mas importa.

Guillermo, dueño ya de sí mismo, ocultó su despecho que estuvo a punto de estallar con el nuevo sarcasmo de la vieja y le contestó con calma:

—Vamos a la cuestion.

—En vista de lo que me has revelado, te aconsejaria que renunciases desde luego a esta conquista.

—¡Renunciar a Mercedes! ¿Está usted loca?

—Pues, entonces, cásate.

—¡Casarme! qué disparate!

—Desgraciadamente entre estas dos alternativas yo no encuentro medio desde que se ha apoderado de tí la incertidumbre; porque aquel que no se cree victorioso, está a medias vencido, dice el adajio.

—Sin renunciar a ella y sin casarme con ella, esa mujer será mia.

—Esa es la esperanza que te alimenta, pero por desgracia es irrealizable.

—¡Irrealizable! ¿y por qué?

—Porque el que se ha detenido ante una palabra, ¿cómo no se detendrá ante un crímen? Si el pensamiento te ha vencido ¿cómo no te vencerá el acto? Si has esperimentado remordimientos por un jesto, ¿cuáles serán los que sufrirás al llevar a cabo la accion mas fea, mas baja, mas inicua que puede cometer un hombre? Porque te advierto, querido sobrino, que lo que piensas ejecutar es peor que un asesinato: te lo digo, no para que dejes de hacerlo si te parece, sino para que veas si te encuentras con ánimo y no vayas despues a alegar ignorancia y a culparme a mí de tu pecado.

—Tiene usted un raro modo de predicar la moral.

—Cada uno posee el suyo.

—¿Por qué no se ha aprovechado usted de esas lecciones?

—Yo no he tenido necesidad de hacer con nadie, ni aun con el picaronazo de Josesito, (y la vieja hizo un jesto entre despreciativo y burlesco) lo que tú te propones con Mercedes.

—Tia Anastasia, ¡cuidado!... Ya hemos reñido una ocasion... y tantas veces va el cántaro al agua que al cabo se quebra.

—¡Decididamente has perdido el juicio! Lo que te estoi hablando es para tu bien y no me comprendes.

—¿Cómo para mi bien?

—Sin la menor duda... Yo no hago otra cosa que alentar tu valor y tratar de hacer revivir tu esperanza.

—¡Buen medio!

—El mejor, porque es el que hiere la dificultad de frente y no el que la evita. Cuando uno ha sondeado bien el terreno, sabe a qué atenerse y toma sus precauciones; y si avanza un paso, no lo da en falso.

—¿Entonces usted cree que debo obrar asi?

—Ya te he dicho dias antes que esto ofrecia peligros.

—Si no consigo por bien a Mercedes, la conseguiré por mal; se lo he prevenido a usted de antemano y estoi resuelto...

—¿A pesar de las palabras y de las miradas?

—A pesar de Dios mismo... dijo Guillermo esta horrible blasfemia para darse la entereza que le faltaba.

—Puesto que es asi, nada tengo que objetar.

—¿Me ayudará usted siempre?

—Nunca falto a mis compromisos: esta ha sido mi regla invariable de conducta; ¿y serán capaces de decir que no tengo honor?

III.

La matrona examinada de la calle de las Cenizas decia la verdad: siempre habia cumplido con su palabra.

—Yo no tengo la mas pequeña desconfianza; pero examinemos el asunto despacio y con sangre fria.

—A este punto es donde te he querido conducir y del que la viveza de tu jenio te ha apartado: para las grandes como para las pequeñas empresas vale mucho ser dueño de sí mismo, y a esta circunstancia debes el que tu triunfo no haya sido completo.

—¡Mi triunfo! pero yo mas bien lo considero como una derrota.

—Ni tanto ni tan poco, Guillermito; ¿no has obtenido que ella te declare su amor y se confiese completamente tuya?

—Sí.

—Pues esto es ya mucho, aun cuando pudo ser mas; sin embargo, esto te enseñará a aprovechar bien otra ocasion.

—¿Y si me sucede lo mismo?

—No eres entonces digno de tu fama.

—Pero la culpa puede ser de ella y no mia; tiene Mercedes esa maldita naturaleza que la advierte de todo.

—Es preciso vencer esa naturaleza.

—¿Y si no lo consigo?

—Ustedes mismos dicen que cuando una mujer confiesa su amor, está vencida; y Mercedes ha ido todavia mas allá, declarándose tuya, sin habérselo exijido, lo que quiere decir que se ha rendido por su propia voluntad, que tú eres dueño de ella.

—Eso es lo que me da esperanzas; pero no dejo de padecer incertidumbres.

—Si es asi, pongámonos en el peor caso.

—El peor caso es que me veré obligado a recurrir a medios violentos.

—Lo que en primer lugar encierra sus peligros y en segundo, no es mui agradable.

—Respecto a lo primero nada temo. ¿Qué podria hacer ni de qué seria capaz esa pobre jente? Y por lo que hace a lo segundo, confieso de que vale mucho mas, infinitamente mas, la seduccion voluntaria que la violenta; pero es que esta última me dará la primera.

—Otro enigma: para mí las dos no pueden ir unidas, porque si es voluntaria no es forzosa, y si es forzosa no es voluntaria, lo que me parece un dilema, (no te asustes de oirme hablar asi, Guillermito, pues no puedes negarme que tengo algun talento, y en mis buenas relaciones con los frailes de todos los conventos, he aprovechado algo de su ciencia); con que asi, y dispensa el paréntesis, el dilema no tiene réplica.

Guillermo no pudo menos que reirse de la erudicion de la tia Anastasia y del cinismo para confesar sus relaciones con los frailes.

—Asi me gusta verte, prosiguió la vieja; el buen humor antes de la batalla es un seguro presajio de victoria; asi se lo he oido a varios ilustres militares que no han desdeñado de honrarme con su confianza.

La hilaridad de Guillermo continuaba.

—Ya sé de lo que te ries, picaron, volvió a añadir la vie-

ja; pero te pierdes de puro malicioso pensando mal de la tia Anastasia, porque mis relaciones con los buenos frailes y con los militares han sido siempre platónicas... Amistad, pura amistad y nada mas.

El calificativo de platónicas hizo reir con mas ganas a Guillermo.

—Está bueno, está bueno, continuó la matrona examinada; basta de bromas y vamos al dilema, decia: que lo que es voluntario no es forzoso, y lo que es forzoso no es voluntario. ¿Cómo me resuelves, pues, este silojismo, que bien podria colocarse en la categoria de axioma?

Estas bromas y esta alegria de dos seres corrompidos tenia algo de cruel, de espantoso, de horrible...

—Voi a esplicarme, dijo Guillermo: ¿conviene Vd. en que Mercedes me ama?

—Está de manifiesto y seria una ingrata si no lo hiciera.

—Dejemos la gratitud a un lado: ¿cree usted en realidad que ha llegado ese cariño a su mayor altura?

—Me lo parece.

—Pues bien, si es asi, si me quiere en ese grado, me perdonará una violencia que tiene por cómplice al mismo amor y que proviene de él. Llorará al principio, se enfadará quizá, pero yo la calmaré con mis promesas y con mi cariño, que, se lo digo a usted, no tengo necesidad de aparentar, sino que existe en mí real y verdaderamente; y pasada la primera impresion, viendo que ya no hai remedio y que yo la amo siempre... que la amo mas que nunca, será voluntariamente mia... y entonces... ¡qué delicias! qué triunfo tan glorioso!... Asi es, tia Anastasia, como se convertiria en voluntario lo que al principio fué forzoso...

—En efecto, Guillermito, tienes razon; ella te ama muchísimo, y la mujer que ama, todo lo perdona... Sufrirá al principio, pero al fin y al cabo será tuya voluntariamente, y asi desaparecerá tambien todo temor de parte del padre y del hermano; pues tendrá que someterse a lo que ella misma

ha querido, y solo tratarán de ocultar lo que les es imposible remediar... y cuando tú te hayas cansado, yo no le rehusaré mi proteccion si ella me la pide.

Esta última proposicion de la vieja desagradó a Guillermo, porque sabia lo que queria decir, y él estaba realmente enamorado de Mercedes. Disimuló, sin embargo, su disgusto para seguir la conversacion y preguntarla:

—Por lo que veo, ¿le parece a usted bien mi plan?

—Sí; pero ante todo es preciso tentar los medios pacíficos.

—Y no desmayar tan pronto.

—Se lo aseguro a usted, agotaré todos mis recursos, y solo cuando haya perdido la esperanza...

—No cuando tú la hayas perdido, sino cuando yo misma juzgue de la imposibilidad.

—Me someto a su decision; ¿pero hasta entonces?

—Te ayudaré.

Los dos cómplices se separaron, saliendo, como tenian costumbre, por una puerta escusada para evitar ser vistos y que todo el mundo creyera que estaban en la casa, que en realidad no habitaba sino Tomas.

Los despachos de subteniente.

I.

Víctor, despues de ese dia, en que diera el almuerzo a la familia Lopez y en que habia arreglado y convenido con la tia Anastasia la pérdida de Mercedes, se mostró mas asíduo, mas obsequioso y mas rendido que nunca. La confianza que tenian con él y con la tia Anastasia llegó a ser ilimitada. Con mayor frecuencia quedábanse solos los dos amantes, porque Marta ademas de sus quehaceres domésticos, tenia que ver a este o al otro enfermo del conventillo, a quien llevaba ya la taza de caldo o algun remedio casero, de los que sabia muchos, mientras que el viejo sarjento se entretenia tambien en la huerta; de manera que permanecian sin testigos por mucho tiempo. Víctor no abusaba de esta circunstancia; le hablaba a Mercedes de su amor y nada mas; pero con tanta delicadeza y con un lenguaje tan tierno, tan sencillo y honesto, que la hermosa niña lo escuchaba con delicia, dibujándose las mas veces en sus labios una sonrisa de inefable felicidad.

Víctor queria adormecerla y lo habia conseguido; Mercedes, lo mismo que sus padres, tenia en él la mayor confianza. La impresion de frialdad que habia sentido ya no existia. Cuando ella le hablaba de lo felices que serian, de las obras de caridad que podrian hacer, del trabajo en que ella tomaria parte, porque manejaria sus pinceles estándo ella a su lado, de las oraciones que tambien juntos harian a Dios, dándole las gracias por la dicha con que les favoreciera,

Víctor la seguia en su entusiasmo y pintaba su gratitud y su amor al Señor con los mas vivos colores: el hábil seductor se ejercitaba en su papel y lo hacía a las mil maravillas. Ya no temia que lo sorprendiera una esclamacion repentina, porque él se ensayaba cada dia sobre todo los puntos, siendo la mejor prueba de su consumada destreza la cándida y confiada aceptacion de Mercedes que no alcanzaba a penetrar la venda que habia conseguido poner sobre sus ojos.

Víctor creyéndose completamente dueño de sí mismo, preparaba y acechaba a la vez una ocasion favorable en que pudiera dar el golpe decisivo. Era necesario llevarla al grado de exaltacion de la vez pasada, y esto, junto con la soledad, era lo único que aguardaba y que él, en caso que no se le presentara, provocaria con su astucia en union con la de la tia Anastasia. Una circunstancia vino a favorecer sus planes y no la dejó escapar.

II.

Era el dia sábado. El viejo sarjento estaba refiriendo algunos lances de los que le habian pasado en sus campañas, conversacion que agradaba sobre manera al antiguo militar. Víctor, Mercedes, Marta y la tia Anastasia lo escuchaban con la mayor atencion, aparente en los unos, real en los otros, pero que al parecer era igual en todos. De cuando en cuando Víctor aprobaba, admiraba preguntaba y elojiaba los hechos del soldado. Esta aprobacion lisonjeaba, como era natural, su amor propio y se engolfaba mas y mas en la conversacion, de manera que al fin les dijo que les iba a contar una grande historia que habia tenido recientemente el mas feliz desenlace, despues de muchísimos años; pero que eran tales las circunstancias de aquel acontecimiento, que todavia estaba obligado a ocultar los nombres de los personajes. El sarjento se referia a la evasion de capilla del coronel don Toribio de Guzman y a su reciente aparicion

que de poco tiempo a esta parte solo sabia por una rara casualidad, o mas bien, por un milagro de la Providencia, pues no podia atribuir a otra causa aquel hecho.

Marta y Mercedes sabian cual era la aventura a que se referia el sarjento, por la carta que habian recibido de Enrique uno o dos meses antes y en que les anunciaba aquel providencial encuentro con todos sus detalles, y que hasta entonces ellas mismas habian ignorado.

Domingo Lopez era un hombre de una rara franqueza y de una rara reserva. Todo lo que se referia a él, bueno o malo, no tenia el menor embarazo en decirlo, pero un secreto ajeno lo guardaba con tanta relijiosidad que no se permitia la menor alusion ni con su mujer propia, motivo por el cual ni ésta ni sus hijos supieron nunca aquel acontecimiento que él mismo, si no habia olvidado del todo, casi apenas recordaba, pero que se presentaba ahora a su memoria tan fresco y palpitante como si viniese de suceder, mediante el efecto que habia producido en él la carta de Enrique.

Domingo Lopez consideraba ya como a hijo suyo al jóven pintor y como miembro de la familia a la tia Anastasia; pero a pesar de la confianza ilimitada que este parentezco le inspiraba, creyó prudente y aun se creyó obligado a no revelar el nombre del coronel, el lugar donde se encontraba actualmente, y por qué conducto habia llegado a saber que existia, figurándose siempre, y con razon, que sabiendo el lugar, seria fácil descubrir el secreto; y la vida del hombre a quien él habia salvado podia todavia, a pesar de haber transcurrido tanto tiempo, correr sin embargo, algun riesgo.

Víctor y la tia Anastasia, a pesar de haber puesto realmente poca atencion a los lances que referia el soldado, les llamó la atencion el último que iba a referir por el preámbulo que le habia precedido, el que anunciaba algo de mas estraordinario o de mas curioso, y asi dijieron a un mismo tiempo.

—Esperamos su interesante narracion que oiremos con tanto mayor gusto cuanto que promete ser mui novelesca.

—Nada de novela hai en lo que les voi a referir, y quizá no está lejos el dia en que me sea permitido mostrarles el principal personaje de esta historia, en la que yo represento tambien uno de los mas importantes papeles: ya ve usted, Víctor, que no tengo su modestia, sino que me alabo de mí mismo, y en lugar de ocultar las buenas obras, como usted lo hace, lo cual estoi mui lejos de criticar, yo las pregono; ya se ve, no a todos les es dado llegar a tan alta perfeccion.

—Viejo embustero, le dijo Marta con cariño, tú eres mas reservado que nadie, pues si no hubiera sido por...

—Silencio! dijo el sarjento a su mujer; donde manda capitan no manda marinero, y usted no debe decir lo que yo no ordeno; la historia es mia y yo soi el dueño de contarla como me parezca, que a su debido tiempo se descubrirán las cosas. Mientras tanto, chiton; y el sarjento colocó el dedo índice sobre sus labios.

III.

Marta comprendia que si hubiera nombrado a Enrique quedaba descubierto el lugar de la residencia del coronel, lo que así no era una imprudencia por encontrarse entre personas de la mayor confianza y con cuya reserva se podia seguramente contar; contrariaba la escrupulosa reserva de su marido, reserva que ella tambien estimaba en mucho y por la misma razon respetaba.

Domingo Lopez principió entonces a contar su historia que desde el principio interesó vivamente a Víctor por la fecha en que habian tenido lugar los acontecimientos y por la analojia que hallaba en ella con lo que sabia le habia pasado a su padre.

La tia Anastasia, que no era un personaje estraño en aquella historia, pues habia tomado, aunque al principio,

que de poco tiempo a esta parte solo sabia por una rara casualidad, o mas bien, por un milagro de la Providencia, pues no podia atribuir a otra causa aquel hecho.

Marta y Mercedes sabian cual era la aventura a que se referia el sarjento, por la carta que habian recibido de Enrique uno o dos meses antes y en que les anunciaba aquel providencial encuentro con todos sus detalles, y que hasta entonces ellas mismas habian ignorado.

Domingo Lopez era un hombre de una rara franqueza y de una rara reserva. Todo lo que se referia a él, bueno o malo, no tenia el menor embarazo en decirlo, pero un secreto ajeno lo guardaba con tanta relijiosidad que no se permitia la menor alusion ni con su mujer propia, motivo por el cual ni ésta ni sus hijos supieron nunca aquel acontecimiento que él mismo, si no habia olvidado del todo, casi apenas recordaba, pero que se presentaba ahora a su memoria tan fresco y palpitante como si viniese de suceder, mediante el efecto que habia producido en él la carta de Enrique.

Domingo Lopez consideraba ya como a hijo suyo al jóven pintor y como miembro de la familia a la tia Anastasia; pero a pesar de la confianza ilimitada que este parentezco le inspiraba, creyó prudente y aun se creyó obligado a no revelar el nombre del coronel, el lugar donde se encontraba actualmente, y por qué conducto habia llegado a saber que existia, figurándose siempre, y con razon, que sabiendo el lugar, seria fácil descubrir el secreto; y la vida del hombre a quien él habia salvado podia todavia, a pesar de haber transcurrido tanto tiempo, correr sin embargo, algun riesgo.

Víctor y la tia Anastasia, a pesar de haber puesto realmente poca atencion a los lances que referia el soldado, les llamó la atencion el último que iba a referir por el preámbulo que le habia precedido, el que anunciaba algo de mas estraordinario o de mas curioso, y asi dijieron a un mismo tiempo.

—Esperamos su interesante narracion que oiremos con tanto mayor gusto cuanto que promete ser mui novelesca.

—Nada de novela hai en lo que les voi a referir, y quizá no está lejos el dia en que me sea permitido mostrarles el principal personaje de esta historia, en la que yo represento tambien uno de los mas importantes papeles: ya ve usted, Víctor, que no tengo su modestia, sino que me alabo de mí mismo, y en lugar de ocultar las buenas obras, como usted lo hace, lo cual estoi mui lejos de criticar, yo las pregono; ya se ve, no a todos les es dado llegar a tan alta perfeccion.

—Viejo embustero, le dijo Marta con cariño, tú eres mas reservado que nadie, pues si no hubiera sido por...

—Silencio! dijo el sarjento a su mujer; donde manda capitan no manda marinero, y usted no debe decir lo que yo no ordeno; la historia es mia y yo soi el dueño de contarla como me parezca, que a su debido tiempo se descubrirán las cosas. Mientras tanto, chiton; y el sarjento colocó el dedo índice sobre sus labios.

III.

Marta comprendia que si hubiera nombrado a Enrique quedaba descubierto el lugar de la residencia del coronel, lo que así no era una imprudencia por encontrarse entre personas de la mayor confianza y con cuya reserva se podia seguramente contar; contrariaba la escrupulosa reserva de su marido, reserva que ella tambien estimaba en mucho y por la misma razon respetaba.

Domingo Lopez principió entonces a contar su historia que desde el principio interesó vivamente a Víctor por la fecha en que habian tenido lugar los acontecimientos y por la analojia que hallaba en ella con lo que sabia le habia pasado a su padre.

La tia Anastasia, que no era un personaje estraño en aquella historia, pues habia tomado, aunque al principio,

una pequeña parte en ella, escuchaba tambien con la mayor atencion.

Marta y Mercedes no desplegaban sus labios, saboreando en silencio la satisfaccion que les causaban los buenos sentimientos del narrador, que decia, sin pretension alguna y como si hablase de un tercero, lo que habia hecho, haciendo el elojio de sí mismo sin apercibirse de ello, notándose solo algun entusiasmo cuando referia las hazañas de su bravo y buen coronel que nunca desenvainaba el sable en las batallas, lo que no le impedia ser el primero en cargar sobre el enemigo y en animar a su tropa con el ejemplo de su frio valor e imperturbable serenidad en el peligro.

Cuando el sarjento llegó al desafio, del que se habia ocupado toda la sociedad de Santiago, desde las mas altas clases hasta las mas bajas, atribuyendo aquel lejítimo combate a un cobarde asesinato, ya el falso pintor no pudo dudar de que se trataba de su padre y mudó de semblante, preguntando al sarjento con voz alterada:

—¿No fué entonces un verdadero asesinato?

La tia Anastasia miró al jóven de un modo significativo, como para decirle: "trata de disimular porque puedes traicionarte y todo tu edificio viene al suelo."

El sarjento Lopez, contestando a dicha pregunta, le dijo:

—Yo estaba tan seguro que mi valiente coronel era incapaz de cometer un asesinato, como yo mismo; y hubiera segun el dicho vulgar: *metido por él las manos al fuego*, en la certidumbre de no salir quemado. Mi coronel, segun supe entonces, se defendió ante el consejo de guerra nombrado para juzgarlo, no negando la muerte del caballero, sino diciendo que habia sido en un combate leal, sin querer revelar las causas que lo motivaron, lo que rechazaba la calumnia que pesaba sobre él; sin embargo, fué condenado a muerte tanto por las influencias de la familia del caballero que era de las mas nobles y poderosas, cuanto porque sus jueces

pertenecian a un partido distinto al de él, y eran por consiguiente, sus enemigos políticos.

Desde el momento que supe la fatal sentencia, principié a formar mil planes para tratar de salvarlo.

—¿Fué usted entónces quien sacó de capilla al coronel? dijo Víctor, interrumpiendo la narracion bruscamente y con señales inequívocas de una estraña emocion.

La tia Anastasia volvió a mirarlo.

El jóven se serenó y dijo al sarjento: "continúe usted."

—¿Conoce usted el suceso? respondió el veterano, no sabiendo a qué atribuir aquel cambio de su futuro yerno.

—Como sin duda fué un acontecimiento tan ruidoso, creo haber oido hablar de esta evasion sin que se haya sabido hasta ahora cómo ni quién la habia facilitado.

—Pues amigo mio, fuí yo; y el sarjento refirió a Víctor el medio de que se habia valido, agregando en seguida: y ahora me congratulo mas que nunca de haber obrado como obré, porque si entonces tenia la conviccion de la inocencia del coronel, ahora poseo la certidumbre mas completa; y lo que es mas, ahora recibo la recompensa.

—¿Me ha dicho usted que vive todavia ese hombre?

—Amigo mio, respondió el sarjento, con cierto enfado; (y poniéndose de pié se sacó la gorra) no se dice por mi coronel *ese hombre*. Yo lo honro y lo respeto, y cuando yo honro y respeto a álguien, esté usted seguro que lo merece.

Y habia tanta dignidad y entereza en la actitud y en las palabras de aqnel soldado, que no pudieron menos de imponer a Víctor; sin embargo, éste contestó:

—De una manera o de otra, nadie podrá menos de confesar que su coronel ha sido un asesino.

—Jóven, replicó el sarjento: clasifica usted con dureza a quien no conoce. Se llama asesino al que mata a traicion, pero no al que en un combate leal venga una ofensa y defiende su vida contra un adversario; y el de mi coronel no

podrá ser sino un infame, estoi seguro de ello, porque ese ilustre militar era incapaz, no digo de asesinar a nadie, pues hasta en las batallas no desenvainaba su espada, sino de cometer la mas leve falta.

Víctor se puso pálido, pero se contuvo. La vieja Anastasia lo habia vuelto a mirar de una manera todavia mas significativa que las anteriores.

—Señor, dijo Víctor, haciendo los mayores esfuerzos por reprimirse; convengo en que haya clasificado con dureza al coronel, pero usted ha ido infinitamente mas allá al hablar de su adversario.

—Porque tengo el conocimiento de los hombres.

—Usted conocia al coronel, está bien; pero, ¿al otro?

—Me basta el primero para juzgar al segundo.

La tia Anastasia intervino en la conversacion, temiendo que no fuera a descubrirse Guillermo, y con un tono mieloso y conciliador, dijo a su pretendido sobrino:

—Parece que te hubieras puesto de parte del adversario del coronel, en lo que no tienes razon, desde el momento que debes dar entero crédito a lo que dice nuestro amigo don Domingo.

—Tiene usted razon tia; y usted, señor Lopez, perdóneme; pero el corazon humano siempre se inclina del lado del débil y disculpa las faltas del desgraciado.

—Así es, hijo mio, contestó el sarjento con dulzura; yo he sido el que he procedido mal en hablar así: los muertos deben siempre tratarse con respeto, y a usted corresponde el perdonarme.

—¿Me ha dicho usted que vivia el coronel?

—Sí, hijo mio.

—¿Y en dónde se encuentra, para irle a ofrecer mis respetos?

—Tengo que apelar todavia a su induljencia pidiéndole me escuse revelar un secreto que no me pertenece.

—Pero ya que no puede o no quiere revelarme el secre-

to de su domicilio, dígame al menos su nombre para ver si está conforme con el que me han dicho a mí.

—Tampoco se lo puedo comunicar a usted.

—Caramba que usted es reservado, señor hasta con su misma familia, desde el momento que no nos consideramos como estraños.

—Mi mujer y mi hija habian ignorado hasta ahora poco este acontecimiento, respondió sencillamente el sarjento.

—El señor Lopez tiene razon, dijo la tia Anastasia interviniendo; ¿cómo quieres que lo que ha reservado por tanto tiempo a su propia familia nos lo comunique a nosotros?

—Vamos a ver si es el mismo, repuso Víctor, nombrando á don Toribio de Guzman.

—Es verdad; pero ¿cómo lo sabe usted?

—Por la voz pública.

—No hai duda que el asunto fué ruidoso; sin embargo, hace tanto tiempo, que me estraño que usted tan jóven sepa el nombre de mi coronel.

—No lo estrañe usted, señor Lopez; mi sobrino es tan amigo de leer, que no ha dejado periódico, por antiguo que sea, que no haya devorado; y el nombre del coronel, si mal no me acuerdo yo misma, andaba de boca en boca y fué publicado en todos los periódicos de aquel tiempo.

—Tiene usted razon.

—Y hasta yo tambien me acuerdo, agregó Marta.

Ya ve usted que no es tan inverosímil de que yo supiese el nombre.

IV.

Esta conversacion fué interrumpida por la entrada de un ordenanza a caballo que traia un gran pliego de papel en la mano y preguntaba por don Domingo Lopez.

—Yo soi, dijo el sarjento yendo hasta el umbral de la puerta.

La ordenanza se bajó del caballo, se cuadró, llevó la mano

a su gorra en conformidad al saludo militar, y pasó el pliego sin decir palabra, con las maneras y el mudismo, podremos decir automático, que distingue al soldado veterano, y cuyo hábito es debido a la disciplina severa y la obediencia pasiva que se le impone.

El sarjento rompió el lacre de la cubierta y abrió un pliego en que estaban grabadas las armas de la república. La sorpresa y una alegria inmensa pintóse en su semblante cuando hubo recorrido aquel pliego.

—¿Qué es eso? le preguntó Marta, viendo que su marido se quedaba estático.

El sarjento no respondió sino que metió la mano a sus bolsillos como para buscar dinero, y no encontrando sino unos cuantos centavos, dijo a su mujer:

—Dame plata.

—¿Pero qué es eso?

—Dame plata no mas, te digo.

—Aquí tiene usted, señor, se apresuró a decir Víctor, sacando de su faltriquera un puñado de monedas de oro y plata. Tome usted lo que quiera, agregó.

—No, amigo mio, Marta me dará.

—Hágame usted el favor de no rehusarme: esta está mas a la mano.

El sarjento tomó un cuarto de onza y se lo pasó al soldado, diciéndole: "Para echar un trago a la salud de S. E. el presidente de la república."

El soldado dió las gracias con la mayor formalidad, hizo el saludo militar, montó a caballo y desapareció.

Domingo Lopez, volviéndose entonces hacia su familia, esclamó alborozado: "¡Ya soi oficial!"

—¿Qué es lo que hablas? dijeron a un tiempo Marta y Mercedes no menos contentas.

—Que he recibido los despachos de subteniente retirado y con goce del sueldo total como en servicio activo.

—Gracias a Dios! al fin le han hecho justicia a mi pobre

marido; y dos gruesas lágrimas se deslizaban silenciosas por las mejillas de la pobre Marta.

—¡Qué contento va a estar Enrique cuando lo sepa, dijo Mercedes, tomando entre sus delicadas manos las callosas y robustas del nuevo y viejo subteniente.

Al oir pronunciar el nombre de Enrique, Domingo Lopez quedóse pensativo como quien se reconcentra en sí mismo para distinguir con claridad una idea fujitiva que se le ha pasado por la mente. Al cabo de un momento esclamó:

—Ya caigo: esta es obra de mi coronel, estoi seguro de ello.

—¡Cómo! dijo Marta; ¿te parece?

—Me lo anuncia mi corazon, y ya sabes que rara vez me engaña.

Inter tanto, Víctor y la tia Anastasia, testigos de esta escena, habian guardado silencio; pero notábase en el primero cierto disgusto en lugar de participar del jeneral contento; sin embargo, obedeció a la mirada de la vieja, que, completamente dueño de sí misma, le advirtió a su cómplice que obraba mal y que debia a toda costa disimular sus impresiones.

Víctor, prevenido con este nuevo aviso, manifestó mayor alegría que la misma familia del sarjento, felicitándolo a éste con el mas grande entusiasmo y diciéndole a cada instante que su promocion al grado de oficial era mui merecida, que el gobierno no habia hecho mas que una justicia tardia, como lo habia dicho la señora Marta, y que él se encargaba de celebrar el acontecimiento con toda pompa para el dia siguiente.

En vano se escusó el nuevo subteniente: fué preciso ceder a las exijencias de Víctor, que no transijió sobre este punto, diciendo que él se creia tambien con derecho y que no cederia a nadie su puesto, ni aun al mismo Enrique si estuviera presente.

Esta era la ocasion que esperaba Víctor. Al dia siguiente

estaba seguro de proporcionarse todo el tiempo necesario para terminar su conquista; de consiguiente, quiso poner en juego todos aquellos medios que le hicieran infalible el triunfo; y como el entusiasmo y la alegría era uno de los ajentes mas poderosos de que pensaba valerse, en cuanto se despidió de la familia López se fué directamente al cuarto de Teresa, la mujer de Santiago el zapatero, que sabia tenia mucha amistad con Mercedes, y le dijo, mostrando en su cara la mayor alegría:

—Como sé cuánto quiere usted a Mercedes y su familia, vengo a anunciarle una buena nueva.

—¡Es posible! señor, respondió Teresa, parándose y ofreciendo una silla a Victor, a quien estaba agradecida por los quinientos pesos que le habia prestado a su marido para que trabajara con desahogo y a quien queria y respetaba por los beneficios que habia hecho a todo el vecindario y por el amor que tenia a Mercedes, amor que ya no era un misterio en el conventillo. ¡Es posible! ¿qué cosa favorable ha sucedido a esa buena familia? volvió a preguntar Teresa.

—El padre de Mercedes ha dejado de ser sarjento, pues acaba de recibir los despachos de oficial.

—¡Cuánto me alegro, señor! Bien lo merece! Es el hombre mas bueno que hai en este mundo!...

—De veras, y yo estoi tan contento como ellos.

—Ya lo creo. Voi inmediatamente a felicitarlos... le doi a usted las mas espresivas gracias por su atencion.

—Ya sabia que usted tendria gusto, y por eso se lo he prevenido.

—Ha hecho usted mui bien. Mil gracias, señor.

Y Teresa con sincera alegría buscaba su pañuelo para dirijirse a las piezas del veterano.

—Yo no me contento con las gracias solamente, Teresa; es preciso que usted me pague algo por esta noticia.

—Cuánto usted quiera, señor, que esté a mis alcances:

estamos todos tan agradecidos de usted y especialmente yo y mi marido....

—No se trata de eso, sino de que usted me haga un servicio.

—Disponga usted.

—Deseo festejar este dichoso acontecimiento y que todo el mundo esté alegre.

—Todo el mundo lo estará, señor, tenga usted la seguridad de ello, porque no hai uno solo que no quiera a don Domingo y a su familia y que no reciba la noticia como suya propia.

—Está bueno, pero esto no basta.

—¡Cómo que no basta!

—Es preciso que hoi nadie quede sin divertirse.

—Se lo aseguro a usted que no quedará nadie.

—Yo me he propuesto contribuir en algo: tome usted ese poco de dinero; (y Víctor sacó seis onzas del bolsillo) para que lo reparta entre los vecinos, pero con el único objeto de que se diviertan; ¿me entiende?

—Sí, señor; pero...

—No me haga usted la menor objecion, porque es inútil: usted me ha prometido hacerme un favor y este es el que exijo.

—Este no es favor ninguno, señor, sino al contrario.

—Todavia le pido otro: que usted no diga nada a la familia Lopez.

—Siempre quiere usted ocultar sus beneficios, señor, pero ellos se saben.

—¿Me da usted su palabra?

—¿De no revelárselo yo a la familia de don Domingo? Sí, señor.

—Adios, Teresa; y Víctor se retiró.

Asi era como hacia Víctor sus beneficios: encargaba el secreto, pero sabia que le habian de dar publicidad, y esta modestia aparente realzaba sus obras.

Teresa habia prometido no decir nada a los miembros de la familia del sarjento, y estaba resuelta a cumplir su palabra, pero tambien estaba segura de que lo sabrian en el acto, porque ella no habia prometido guardar para los demas el secreto y tenia el derecho de descubrírselo a todo el mundo, ayudando así poderosamente, y sin saberlo, a la realizacion de los fines siniestros del hábil seductor.

V.

Cuando los dos cómplices estuvieron fuera de las puertas del conventillo, la tia Anastasia dijo a Víctor: "comprendo tu maniobra y me parece bien combinada."

—Mañana se da la batalla y es preciso preparar el campo y tomar todas sus precauciones.

—Bien hecho; pero no vayas a mostrarte tan bisoño como el otro dia y tambien como ahora; pues si no hubiera sido por mí te habrias quizá descubierto.

—Es que...

—Ya lo sé; es que hablaban de tu padre.

—¿Y cómo soportar el insulto impasible, particularmente cuando ese hombre lo calificó de miserable?

—Lo comprendo, ¿pero qué habrias ganado descubriéndote? Echarlo todo a perder y nada mas.

—Por eso me contuve; pero ahora no solo trabajo por satisfacer mi pasion, sino por satisfacer mi venganza: yo lo heriré en la hija, puesto que él ha herido a mi padre.

—No te impido que hagas lo que quieras, pero es preciso que mires las cosas como son.

—Yo veo que él ha sido el que preparó la evasion del matador de mi padre, y esto me basta.

—Sin embargo, el sarjento Lopez no quiso otra cosa que salvar a su coronel, y esto no es herir ni ofender a tu padre.

—Ahora detesto a este sarjento y le haré sentir cruelmente todo el peso de mi odio.

—Haz lo que quieras, pero sé justo. Yo no aborrezco menos que tú a toda esa familia, porque me es sumamente antipática, y sin embargo, esto no me impide apreciarlos en lo que valen.

—Talvez habria perdonado a ese soldado el que hiciese fugarse al coronel, pero no el que califique a mi padre de miserable.

—Advierte que llamas soldado a un subteniente, y que así como te equivocas en el grado puedes equivocarte en la apreciacion; ¡quién sabe si no ha dicho lo verdad?

Y la vieja se sonrió, en tanto que Guillermo se mordia los labios hasta hacerse saltar sangre al oir aquella alusion tan directa, que le era imposible castigar.

—¡Qué mal jenio tienes, sobrinito, de todo te enfadas! esclamó la horrible vieja, que habia observado la fisonomía del jóven y leido en ella su reconcentrado furor.

—No lo negaré: me incomoda, amable tia mia, esa promocion a oficial, porque ese pobre hombre va a ponerse mui orgulloso y lleno de pretensiones.

—¿Y qué te importa eso? ¿No será otra la causa de tu rabia? Tanto en este sentimiento como en el amor, es preciso saber finjir, y tú no has aprendido todavia el provechoso arte de disimular con la perfeccion que se necesita en nuestro siglo y con la perfeccion a que han llegado los hijos del mas grande de los santos, Ignacio de Loyola.

Este era un nuevo sarcasmo de la amable tia, que se complacia en mortificar a su querido sobrino, a quien interiormente odiaba mas que a nadie.

—Está bien; estoi en buena escuela, y talvez llegue la ocasion en que pueda manifestar a usted mi agradecimiento.

Esa manera de esplicarse, cordial al parecer, encerraba una amenaza de muerte; porque Guillermo habia resuelto perder a su cómplice en la primera oportunidad en que pudiera hacerlo impunemente, pues jamas se habia atrevido

a atacar de frente a aquella mujer que tenia en sus manos los secretos de la mayor parte del pueblo de Santiago, sin escluir los de su familia, como ya se lo habia manifestado una vez.

A la matrona examinada no se le ocultaban las intenciones de Guillermo, pero lo tenia amarrado por el conocimiento de ciertos negocios de familia que poseia y que una vez que los revelase podrian influir considerablemente en la fortuna de su casa: así es que soportaba ese yugo que deseaba romper cuanto antes y que en toda otra circunstancia habria ya roto.

—¿Quieres acompañarme, Guillermito, dijo la vieja, despues que hubieron llegado al saloncito del finjido pintor, o prefieres quedarte para madurar tu plan? Por mi parte, tengo mucho que hacer en mi casa; hoi es dia sábado, y no estoi enamorada como tú.

—Vaya usted en buena hora, tia, prefiero quedarme; y el jóven se echó en un sillon y llamó a Tomas.

El perillan apareció en el acto.

—Vé inmediatamente a llamar al pintor.

—¿No estoi hablando acaso con su merced?

—Déjate de chanzas, que no estoi de humor para ellas. Obedece lo que mando, y pronto...

Tomas no replicó palabra, hizo una reverencia, jiró sobre sus dos talones y partió en el acto.

Poco despues un coche de alquiler estaba a la puerta; era el verdadero pintor, que llegaba al llamado de su jeneroso patron.

—¿Conoce usted el traje de granaderos a caballo? preguntóle Victor con altaneria, y sin moverse de su sillon. ¿Le seria a usted posible pintar ese retrato (y señaló el del sarjento) con el uniforme de ese cuerpo?

—Sí, señor.

—Pero quiero que esté concluido para mañana por la mañana, antes de las siete.

—El plazo es angustiado.

—Le queda a usted todo el resto del dia y de la noche para cambiar ese levita por una casaca galoneada: en esto no hai mucha inventiva ni se necesita de estudio y de reflexion.

—Lo haré.

—Manos a la obra; lo dejo a usted aquí desde luego para que dé principio sin pérdida de tiempo.

Guillermo volvió a llamar a Tomas, diciéndole delante del pintor: "todo queda a la disposicion de este caballero; trátale como a mí mismo, pero te prevengo que la puerta de calle esté constantemente cerrada, porque lo único que le es prohibido es salir a la calle hasta mañana por la mañana."

—Haré lo que su merced mande, señor, contestó Tomas; y acercándose al oido de su patron le dijo: "Señor, hai una bulla inmensa en el conventillo."

—Ya lo sé. Si tienes un momento desocupado, acércate por ahí y cuéntame mañana lo que suceda, si es algo de notable.

La bulla provenia, como debe imajinarse fácilmente, de los inquilinos del conventillo, que tan luego como supieron la noticia de que el sarjento Lopez habia sido promovido a oficial, se apresuraron a felicitarlo, agolpándose hombres, mujeres y niños en las reducidas habitaciones de la familia Lopez, que, contenta de lo sucedido y de la manifestacion espontánea del vecindario, no hallaba cómo obsequiarlos: pero las aclamaciones llegaron al frenesí cuando Teresa les dió parte del obsequio del señor Víctor y el objeto para que lo habia destinado.

El bravo sarjento, francamente, estaba lleno de gozo, no porque tuviera vanidad de su título, sino porque a todo el mundo, y especialmente a un soldado, le complace siempre el ascenso al grado de oficial; pero lo que agradaba particularmente al buen hombre era que esto honraba el oríjen de sus hijos y que les era dado aspirar a un rango mayor, pues

podian presentarse en la sociedad diciendo: "soi el hijo de un antiguo oficial de la patria," en lugar de decir: "soi el hijo de un soldado:" escusable vanidad de un padre, de que por fortuna no participaban sus hijos, porque siempre habrian confesado con lejítimo orgullo su oscuro pero respetable oríjen.

El uniforme.

I.

Cuando hubieron cesado las alegres manifestaciones del vecindario, el bravo sarjento decia confidencialmente a su mujer.

—Estaba pensando que el nuevo empleo nos obliga a hacer un gasto considerable, porque el uniforme de oficial es costoso.

—Dios proveerá, hijo.

—Así es, querida Marta, pero me creo en la obligacion de ir a dar cuanto antes las gracias a S. E. el Presidente, y debo presentarme de gran parada; de lo contrario me bastaria un simple galon en mi gorra.

—Yo tengo algunas economias, pero talvez ellas no bastarán.

—Ya lo creo: hai que mandar hacer pantalones de paño fino, una casaca bordada, un quepis, y ademas es preciso comprar una espada decente, aun cuando no sea flamante, y para todo esto es imposible que alcancen tus economias.

—Se me ocurre una idea.

—Veamos.

—Podemos pedirle al maestro de Enrique algun dinero, nada mas que el indispensable para completar el gasto.

—Pero si el muchacho no cumple con su obra, lo que puede suceder por cualquier accidente imprevisto, quizá perjudicábamos a Enrique o contraíamos una deuda onerosa; bien pensado es mejor que aguarde; no dejaré de ser oficial

porque no tengo el uniforme, ¿no es verdad? entonces no hai que darse prisa; cómprame mañana un pedazo de galon fino, lo necesario para la gorra, y esto basta..

Ahora, hablando de otra cosa, ¿no notaste en Víctor alguna mudanza cuando referia la historia del coronel Guzman y particularmente cuando dije que su adversario debia ser un miserable?

—Algo, pero debió ser efecto de su buen corazon, al ver que dabas un calificativo tan ultrajante a un desgraciado que, aun cuando hubiera cometido alguna falta, la habia ya pagado con la vida.

—No sé, sin embargo, por qué me pareció que no obraba en él un sentimiento de compasion, sino un sentimiento de rabia.

—Te habrás equivocado; ya ves cuán amable estuvo. No me hagas pensar mal de ese jóven, Domingo, pues cada dia me arrepiento mas de la repulsion que esperimenté al principio por él y por su tia: uno no debe dejarse llevar tan ciegamente de sus impresiones. ¡Mira con qué entusiasmo recibió la noticia de tu elevacion! Quizá estaba mas alegre que nosotros! y despues fué donde Teresa, segun he sabido, a pesar de su encargo en ocultarlo, y le dió seis onzas para repartirlas entre todos y que todos se divirtiesen: ¿qué mayor muestra de simpatia por nosotros? Es un jóven incomparable!.. ¡qué dichosa va a ser nuestra hija!

—¡De veras!... si fuera menos gastador... Pero parece que el oficio de pintor es mui lucrativo.

—¡Oh! en cuanto a eso, dicen que una pintura no tiene precio, y que el artista pide lo que quiere por su trabajo.

—Por eso bota el dinero este tunante... y decir que mañana estamos convidados para un nuevo banquete! Esto es agradable pero mui dispendioso; cuando sea el marido de Mercedes, arreglaremos las cosas de otra manera: es indispensable mirar por el porvenir... ¡Qué dia tan feliz Marta! ¿no es verdad?

—Démosle gracias a Dios; ¿pero has notado una cosa singular?

—Cuál?

—Que desde el acontecimiento del coche, cuando nuestro Enrique libertó de una muerte segura a esas dos señoras, lo que nos granjeó su amistad, desde entonces todo ha sido una série no interrumpida de prosperidades.

—Tienes razon: desde ese dia nos ha protejido la fortuna de tal manera, qué cuanto nos rodea presajia nuestra futura felicidad.

—Pongamos todo en manos del Señor que es el dispensador de los bienes, y démosle las gracias, dijo Marta arrodillándose ante las imájenes de sus santos.

Cuando hubo acabado su oracion, la devota mujer se retiró a su cuarto, pues era mas tarde de lo que acostumbraba a recojerse.

II.

Guillermo, o diremos mas bien, Víctor, se ocupaba entre tanto de los preparativos para la fiesta del dia siguiente, con lo que queria sorprender al sarjento, sacando de alli el partido que esperaba. Todo se facilita con el dinero, y las cosas se hacen como por encanto cuando son bien pagadas, no habiendo tropiezo ni dificultad, por grande que sea, que no se venza; y como Víctor disponia de este poderoso elemento, pudo conseguir esa misma noche un uniforme completo de oficial de granaderos a caballo y una rica espada; pero no contento con este inesperado obsequio, que no podia menos que sorprender agradablemente al nuevo alferez, mandó esa misma noche algunos tapiceros para que decorasen el comedor de su casa de la calle de San Pablo con banderas, trofeos militares e inscripciones de las funciones de armas a que habia asistido el veterano, cuyo retrato, trasformado por el verdadero pintor, debia ponerse en el lugar preferente del comedor. Dadas estas órdenes y seguro

que habian de ser cumplidas, se fué a su casa verdadera, saboreando de antemano el triunfo que, sin falta alguna, conseguiria al dia siguiente; los placeres que le causaria la posesion de aquella niña y la rabiosa envidia de sus émulos y compañeros, que le codiciarian aquella flor tan tierna y tan bella.

Mui de madrugada vistióse nuestro Lovelace santiaguino con el mayor gusto y elegancia, tomó un coche de alquiler, teniendo cuidado de cerrar las celosías, colocó cuidadosamente el paquete que contenia el uniforme, y dió la órden de partir. Cuando estuvo en su improvisado taller, vió que todo se habia ejecutado puntualmente, y una sonrisa inesplicable apareció en sus labios.

No tardó mucho en llegar la tia Anastasia, quedando sorprendida al ver el retrato del sarjento Domingo Lopez, que habia sido pintado en traje de paisano, trasformado ahora en militar.

—¿Cómo diablos has hecho este milagro,Guillermito? dijo la vieja; esto se asemeja a los cuentos de las mil y una noches. ¡Cómo va a estar de ufano el buen hombre! y Mercedes ¡cómo va a agradecerte esta nueva prueba de tu cariño! y la sonsa de Marta, qué encomios no hará de tu talento! Este es un golpe maestro, amiguito! Esta es la manera de conquistar! Sabes preveerlo todo... Con un poco mas de sangre fria, y no sé quién te resistiese en el mundo.

—¿Cree usted que es bueno lo que he hecho?

—No solo bueno, sino escelente... te doi mis parabienes: eres el primer conquistador de corazones conocido y por conocer.

—Esto no es todo.

—Pues ¿qué otra cosa hai?

—Pasemos al comedor.

—¡Diantre! esclamó la vieja cuando vió aquella vistosa y elegante tapiceria; ¡pero has hecho prodijios, prodijios que si no los viera, no los habria creido!

—Yo me llevaré la gloria, pero son otros los que los han hecho.

—Ya lo sé, lo mismo que los retratos, lo mismo que el pintor, lo mismo que el sobrino, lo mismo que Víctor; pero tú eres el de la idea, y aquí está el principal mérito; ¡cómo va a quedar de lisonjeado el viejo sarjento! si esta vez no revienta de gusto, yo no sé cuándo le suceda... Diablo! esto va a volverlo loco... lo mismo le sucederá a la madre y a la hija; has tenido un pensamiento feliz, felicísimo Guillermito! yo respondo del éxito... el entusiasmo, la gratitud y el amor van a darte la victoria; todos los reductos están tomados... la plaza tiene que rendirse.

—Qué lenguaje tan militar emplea usted ahora!

—¡Y cómo nó! cuando estoi en medio de banderas y de inscripciones gloriosas que señalan tantos hechos de armas! Todo respira aquí gloria y victoria, las mismas que hoi vas tú a conquistarte, pero en dulce combate con un adversario encantador! Eres el mas dichoso mortal, Guillermito! Qué suerte tan envidiable la tuya! cómo van a rabiar tus amigos cuando sepan cuánto has conseguido; porque es indudable que les darás parte de tu conquista, que les mostrarás tu maravilla...

—Mas tarde: todavia no es tiempo de pensar en eso, dijo el fátuo, con la mayor satisfaccion. Ahora lo que conviene es que usted me ayude... haga usted que tomen ellas algunas copas de champaña, que en cuanto al subteniente, yo me encargo... el licor es un buen estimulante, tia Anastasia, y aviva las pasiones; pero es preciso cierto tino...

—Ya lo sé; pierde cuidado; no es la primera vez que pongo en juego esta vulgar maniobra, que, a pesar de ser mui conocida, siempre da buenos resultados.

—Todavia tengo otra cosa mas que mostrarle.

—¿Quieres hacer conmigo lo mismo que con esos pobres, llevándome de sorpresa en sorpresa? ¡No basta el retrato!

no bastan las hermosas decoraciones! no basta el esquisito champaña! ¿todavia hai mas?

—Una insignificante friolera.

—Veamos, sácame luego de la curiosidad... atiende que soi mujer...

—Yo creia que usted no tenia sexo.

—¡Picaron! ¿porque soi vieja y fea? ya lo sé; pero tengo otras cualidades...

—Eminentísimas... inimitables... ya ve que le hago justicia.

—Los cumplimientos de un jóven tan entendido como tú lisonjean mi vanidad; pero dejemos este punto para despues y veamos qué es lo que querias mostrarme.

III.

Víctor desenvolvió el paquete que contenia un uniforme completo de oficial de granaderos a caballo, y dijo a la tia Anastasia, que estaba realmente admirada de la prontitud con que habia conseguido Guillermo todo aquello:

—Ahora espero que antes de la hora de almuerzo vaya usted a llevarle al subteniente este vestuario militar para que se lo ponga en el acto, debiendo irle bien, porque he tenido cuidado de que estuviese a su medida.

—Eres un verdadero hechicero.

—Pienso que seria bueno acompañar el regalo con una cartita, porque quizá no lo quiera recibir y ésta lo obligaria segun los términos en que esté concebida.

—Indudablemente, si lo tratas como a tu futuro suegro.

—Asi lo pensaba.

—Escribe, pues.

Guillermo redactó en un momento la siguiente esquela:

"Mi querido y respetado papá:

"Permítame usted que le dé este dulce nombre que mis labios no están acostumbrados a pronunciar y que hoi lo

escribo con delicia. Usted no es el autor de mis dias; pero lo es de mi felicidad, porque es el padre de Mercedes; y los mismos sentimientos que ella tiene por usted los tendré yo, y el mismo nombre con que ella lo llama estará tambien en poco tiempo en mi boca: doble felicidad que espero tendré en breve.

"En calidad de hijo he participado de sus gustos; y si los siento, ¿por qué no he de tener el derecho de manifestarlos de algun modo? Si usted ha tenido la bondad de aceptarme como tal, ¿por qué habria de rehusar un pequeño obsequio que no tiene otro valor que el ser la sincera espresion de mi cariño, de mi respeto y de mi gratitud?

"Mi buena tia ha querido encargarse de esta difícil comision para disculpar a su vista la prematura libertad que me he tomado al mandarle ese uniforme. ¿Seria usted capaz de ofendernos con un desaire? Su bondad y mi conciencia me dicen que no, permitiendo que me suscriba desde luego como su agradecido y amante hijo.

"VICTOR."

—Magnífico, amiguito, dijo la tia Anastasia, despues de haber leido la esquela; es imposible que rehuse el regalo, por mas delicado que se le suponga. ¿Quién diablos quieres tú que resista a esta manera de presentar las cosas? Nunca te has espresado conmigo en la misma forma, ni siquiera parecida; pues cuando has llegado a darme algun pequeño obsequio, no te has mostrado con esa delicadeza; siempre he tenido casi que arrancártelo por fuerza, manifestándome en todas ocasiones un desagrado y un mal humor bastante ofensivo a mi dignidad, pero que mi inmenso amor te ha disculpado y seguirá disculpándote; y la matrona se rió como la persona mas alegre del mundo.

—¿Con qué pagaré yo tanto afecto? Ya vendrá su turno, tia, contestó Guillermo en el mismo tono.

—Aguardaré: ya sabes que tengo paciencia; mientras tanto me voi con mi encomienda.

Y tomó, bajo de su manto, el paquete y la espada que sobresalia un tanto, dejándose ver la parte inferior de ella.

—Buenos dias, señora Marta; y usted, mi valiente alferez, ¿cómo ha pasado la noche? Yo soñé que ya era usted jeneral, pero tan palpablemente, que he venido de madrugada para informarme si era revelacion o no; y la tia Anastasia, con el modo mas afable, despues de esta chuscada, preguntó por su querida Mercedes.

—Está vistiéndose, contestó Marta; ¿pero qué es lo que usted trae ahí? preguntó al ver la espada y el paquete que dejaba sobre una silla.

—Estos son asuntos que me han encargado de arreglar con don Domingo.

Y sacando la carta de su bolsillo, se la entregó al sarjento, que al notar la finísima espada tenia sus ojos fijos en ella.

—Cómo es posible! esclamó Domingo Lopez despues de haber leido. Indudablemente Víctor tiene ganas de chancearse, como lo hacia usted un momento antes.

—Mi sueño ha sido tan real como lo es el obsequio de Víctor.

Y la tia Anastasia desdobló el pañuelo, apareciendo ante los atónitos ojos del sarjento y de Marta la casaca, los pantalones y el quepis.

—Esto es maravilloso; pero no puede ser, señora Anastasia. Veo bien que es un uniforme completo de oficial de granaderos, y esto es fácil conseguirlo, sea pidiéndolo prestado o sea comprándolo; y ustedes han querido embromarme, porque es imposible que me esté al cuerpo.

—Si esa es toda la dificultad y si en eso consiste la broma, ensáyelo usted y se desengañará.

—¡Pero cómo! este Víctor es...

—Un santo que de vez en cuando hace sus milagros.

—Por lo menos un ánjel, dijo Marta, que habia tomado la carta de manos de su marido y la habia leido rápidamente.

—¡Querido Víctor! ¡Y qué carta tan amable me ha escrito! Llévasela a Mercedes para que la lea.

Marta obedeció.

Un momento despues aparecieron las dos, notándose en sus ojos señales de lágrimas, que no pasaron desapercibidas a la tia Anastasia, augurando de ellas un feliz éxito.

—Desengáñese de una vez, señor don Domingo; porque no me gusta estar en la persuasion de que usted crea por mas tiempo que mi sobrino y yo nos chanceamos, sin embargo que la espada supongo que usted no dirá que le está chica o grande.

El sarjento salió sin decir palabra, tan confundido estaba con aquel regalo inesperado, y podriamos decir, fabuloso, porque ¿quién le habia tomado la medida? Y aun dado caso que se hubiera procurado, sin que él lo supiera, alguno de sus pantalones y chaquetas, ¿cómo, en menos de doce horas, habrian podido hacer todo aquello? Esto era lo que no concebia; y sin embargo, no pudo menos que rendirse a la evidencia: el traje le iba a las mil maravillas.

IV.

Cuando apareció en el modesto saloncito estaba realmente trasformado: era un bello tipo de oficial. Su cara severa, su poblado bigote un poco encanecido, pero por esto mismo mas imponente, su alta estatura, su tez tostada, la profunda cicatriz de su frente y el hermoso traje de granaderos a caballo, hacian aparecer a aquel hombre como uno de esos guerreros de la edad media, robustos, serenos, imponentes. La misma tia Anastasia, al verlo, no estuvo exenta de cierta admiracion, y dijo al nuevo subteniente:

—Mi sueño tiene algo de real. Usted hubiera debido ser jeneral.

—Señora, agradezco a usted sus bondades, lo mismo que a mi hijo Víctor; pero he vivido feliz en mi humilde puesto

de sarjento; y si ahora soi oficial, me alegro por ellos, es decir, por mis hijos, en cuyo número cuento a su sobrino, mas que por mí.

—Señor, él habria estado honrado de todas maneras, y creo que usted le hará justicia, pues antes de recibir usted sus despachos ya habia solicitado la mano de su estimable hija y de hoi en adelante mi mui querida sobrina.

—Dígale, pues, señora, que acepto su obsequio con el mayor gusto.

—Y que los tendremos a ustedes por allá en un momento mas ¿no es verdad?

La tia Anastasia se retiró y refirió a Víctor todo lo sucedido, como igualmente las deducciones que ella sacaba de la manera de ser de aquellas jentes, que de hecho pertenecian a Víctor en cuerpo y alma: "Esta es mi opinion, añadió; un poco de maña y Mercedes es tuya."

—Asi lo espero, y sin embargo temo.

—Nada debe de arredrarte: la resolucion es lo que da la victoria. Ya eres dueño del alma, que es lo mas difícil; ¿por qué no serlo ahora del cuerpo?

La decepcion.

I.

Antes de asistir al nuevo convite de Víctor, en cuya casa debian pasar probablemente todo el dia, como habia sucedido el domingo anterior, y ahora con mucha mayor razon, Marta dijo a su marido:

—No sé lo que me pasa, Domingo; siento en mí como el presajio de una desgracia. ¿Querrás creer que al momento de despedirse la señora Anastasia me pareció distinguir en ella una mirada tan dura, tan cruel, tan maligna, que me ha hecho temblar, y un sudor frio, como el que produce el miedo, corrió por todo mi cuerpo y mis prevenciones primeras han renacido con mas fuerza que nunca: ¿si será este un aviso del cielo?

—¡Estás loca, mujer! La señora Anastasia no es donosa, no tiene una cara tan simpática y tan dulce como la de la señora Ceferina, y este es el motivo porque la miraste desde el principio con desconfianza; pero despues tú misma has confesado tu error y te has arrepentido de la temeridad de tu juicio, en vista de tantas virtudes; pues en realidad, cada dia descubro en ella un mérito nuevo, y cada dia es mas buena con nosotros, dándonos las pruebas mas evidentes de su sincera amistad. ¿Qué importa la fealdad de cuerpo ante la hermosura del alma? Esto mismo te he oido repetir a tí varias veces; ¿por qué quieres desmentirte ahora? Si has visto constantemente en esa señora, y sin que una sola ocasion se haya desmentido, si has visto y no solo visto, sino tam-

bien admirado y alabado sus buenas cualidades, citándola ante todos y a cada momento como un ejemplo que debiera seguirse, ¿a qué viene ahora lo que me dices? Es preciso dejar obrar la razon, amiga mia, y no ver las cosas sino como son realmente.

—Las mismas reflexiones me he hecho yo, y asi he conseguido vencerme. No hai duda que no tengo el menor motivo en que fundar mis presentimientos, pero ellos nacen, sin embargo, y hai ocasiones, como la actual, en que son superiores a mi razon.

—Déjate de sonseras, amiga mia, y apresúrate para que vamos; son las nueve y media, y no seria bien visto esperar a que estuviesen obligados a llamarnos.

—Advierte a Mercedes; ya yo estoi dispuesta. Y la pobre mujer al decir esto parecia obrar contra su voluntad, haciendo esfuerzos por vencerse.

II

Víctor recibió a sus huéspedes con todo ese franco y cordial agasajo que naturalmente se emplea con las personas que se quieren; otro tanto hizo la tia Anastasia; y la sencillez de tan afectuosa recepcion contribuyó no poco a disipar de la mente de Marta las nubecillas de la desconfianza que, a despecho de ella, se presentaban de vez en cuando a su imajinacion.

Domingo Lopez abrazó a Víctor, llamándolo su hijo, agradeciéndole su obsequio y preguntándole la manera como habia podido hacer aquel milagro.

El pintor le esplicó la manera sencilla como lo habia conseguido en las tiendas donde vendian ropa hecha de todas dimensiones para paisanos y militares y que encontrado una vez el tamaño, el sastre se habia obligado a cambiar la botonadura, galones, etc., poniéndolos en conformidad con los que usa el rejimiento de granaderos a caballo, obligándose a dar todo concluido por la mañana de alba.

—Ya ve usted, señor, agregó Víctor, que en todo esto no hai nada de maravilloso, sino que por el contrario, es lo mas sencillo y fácil de este mundo.

—De todas maneras, hijo mio, has debido tomarte mucho trabajo, has hecho mucho gasto y me has dado una prueba de cariño que reconozco y que te agradezco.

—Nada de agradecimiento entre nosotros, señor; dejemos eso para los estraños, pero no para miembros de una misma familia en que solo debe reinar el afecto, que es todo cuanto solicito y cuanto espero.

Víctor miró tierna y apasionadamente a Mercedes, que le sonrió como una señal de aprobacion y de correspondencia.

—No necesita solicitar ni esperar lo que ya tiene usted desde mucho tiempo atrás conseguido, repuso Marta, con su voz afectuosa, dulce y melancólica.

—Cada dia, señora, le doi gracias a la Providencia por haberme dispensado tanta felicidad, que no esperaba y a que en realidad no soi acreedor.

Este llamamiento a la Providencia agradó mucho a Marta, que veia con marcada satisfaccion los sentimientos relijiosos del que debia ser en breve tiempo marido de su hija.

—Señoritas y caballeros, entró diciendo la tia Anastasia; ya está servido el almuerzo, que espero tendrán la bondad de honrarlo, porque ahora sí, que hai algunos platos hechos de mi mano con que por mi parte he querido celebrar el ascenso de mi buen amigo.

Y diciendo esto, la tia Anastasia, tomó familiarmente el brazo de Domingo Lopez, como para conducir la sociedad al comedor.

Víctor ofreció el suyo a Mercedes, imitando a su tia, y este lijero contacto lo hizo estremecer de delicia.

La pobre niña sintió los latidos del corazon de su amante, y una impresion igual se apoderó de ella... Víctor estrechó el brazo de la jóven contra su pecho, y tomando entre las

suyas una de sus manos, le dijo, con una inflexion de voz en que se revelaba la mayor ternura: ¡Mercedes! ¿me amas?

Por toda repuesta la niña levantó sus ojos hácia Víctor... Aquella mirada era cien mil veces mas elocuente que la palabra... ella sola podia representar una pasion tan pura, tan elevada, tan intensa, que Víctor se sintió pequeño, comprendió que su amor era una sombra comparada con el que revelaba aquella confesion inarticulada, pero por esta misma razon mucho mas persuasiva, tierna y sublime... La alegria de Víctor fué inmensa... era dueño del triunfo... Despues de esa mirada, toda resistencia le parecia imposible: ella se habia entregado en cuerpo y alma...

III.

Una esclamacion de sorpresa vino todavía a aumentar, si posible era, el amor de Mercedes y la fascinacion embriagadora en que se encontraba.

Al ver el retrato de su padre en su traje militar y ocupando el puesto de honor en aquella hermosa decoracion, sintióse como desfallecer, tal era la gratitud y el cariño que esperimentaba en ese momento, producida por la delicada atencion de Víctor, en la cual entreveia el amor inmenso que la profesaba... El jóven no se engañó en la impresion que dominaba a Mercedes, y como si fuera a sostenerla, rodeó su delicada cintura con su brazo y la trajo hácia sí, imprimiendo un ardiente beso en su frente virjinal... Mercedes se estremeció solamente y no pronunció una sola palabra.

—¿Me amas? volvió a preguntarle Víctor, con una entonacion tierna y delirante.

—Sí... contestó Mercedes, como si exhalara un suspiro;... y levantando su hermosa cabeza, miró hácia el cielo...

—Ven, Víctor, para que te abracemos, dijo el sarjento, con voz conmovida; ya esto es demasiado, hijo mio.

Marta, que participaba de los mismos sentimientos de su

marido, se echó al cuello del pintor, que la dijo: "¡Madre mia! mi querida madre!"...

—¡Hijo mio! contestó la pobre mujer, engañada por aquella esclamacion, por el dulce título de madre, que por la primera vez le daba Víctor; llámame siempre así... seremos felices...

Mercedes no habia podido resistir a su emocion y se habia sentado.

La tia Anastasia tenia un pañuelo sobre sus ojos, y sollozando repetia las mismas palabras de Marta: "Seremos felices... sí, seremos felices!"...

Víctor, al oir lo que decia la tia Anastasia, al sentir sus sollozos y al ver su actitud, casi estuvo a punto de reirse, sin poder ser dueño de sí mismo; pero se dominó y la dijo:

—Querida tia: este no es un motivo de afliccion, puesto que seremos felices.

—Por lo mismo, por lo mismo lloro... yo te he servido de madre... y...

La vieja hipócrita no pudo continuar, porque aumentaron sus lágrimas y sollozos, embarazándole la voz.

—Señora, la dijo Marta, acercándose a ella y tomándole las manos; tendrá Víctor dos madres en vez de una!

—Sí, tendrá dos madres... esto es lo que me hace llorar, esto, justamente... él va a ser mui feliz... y yo lloro de placer.

Las preocupaciones de Marta se habian disipado tiempo há; pero aun cuando las hubiera conservado, bastaba ese momento para destruirlas.

La tia Anastasia se retiró del comedor, como quien va a enjugarse las lágrimas, para aparentar serenidad.

Cuando volvió, si bien traia señales inequívocas de un reciente llanto, su humor habia cambiado completamente, y llena de esquisita amabilidad, invitó a todos a sentarse a la mesa, donde se mostró lo mas festiva y alegre, convidando a beber a cada uno y diciendo de vez en cuando sus brin-

dis por el ascenso de Domingo Lopez, por la felicidad futura de sus hijos y por la pronta vuelta de Enrique, en que consistia únicamente el próximo y tan deseado enlace.

IV.

La alegria era jeneral: el viejo subteniente brindó por su coronel, a quien sin duda alguna debia su elevacion, por la tia Anastasia, por Víctor, por su mujer y por todo el mundo, pues el entusiasmo crecia a medida que el champaña hacia su efecto.

Víctor propuso un brindis por la señorita Luisa Valdes, amiga de Mercedes, el que fué aceptado con aplauso universal, y en que el orador pintó tan bien y con colores tan vivos aquella santa y tierna amistad, que todos lo escuchaban estáticos, particularmente Mercedes, en cuyo corazon parecia estar leyendo Víctor, porque retrató sus impresiones y la elevacion de su cariño de una manera tan verdadera y tan patética, que al concluir, Mercedes le presentó su mano diciéndole:—"Parece que tú la conocieras a ella como me conoces a mí; has hecho su retrato como en realidad es; y te aseguro que tambien será tu amiga, tu íntima amiga."

—Me lisonjeo que con el tiempo y mediante tu influencia me honrará con una parte, por pequeña que sea, del afecto que tiene por tí.

—Con muchísima... está seguro de ello... esperaremos su vuelta, ¿nó es verdad, Víctor? Asi se lo he prometido yo... asi seremos felices, porque es ella quien ha traido la dicha a nuestra casa.

—Cumple lo que has prometido, Mercedes; yo no tengo mas lei que tu voluntad.

Al fin el vino comenzó a hacer su efecto en el subteniente, que era el que habia apurado la copa mas que nadie, pues los demas se habian abstenido, los unos por cálculo y los otros por falta de costumbre.

—Cáspita! esclamó Domingo con voz balbuciente; el vinito es fuerte y no sé cómo me siento: parece que el cuarto se me da vuelta; y palideció notablemente.

—No es nada, dijo la tia Anastasia a Marta; llevémoslo para mi cuarto o para el de Víctor, que luego pasará.

Y diciendo y haciendo, lo tomó del brazo y lo sacó del comedor, llevándolo entre ella y Marta hasta una pieza, donde habia una cama.

—Acuéstelo usted mientras yo voi a traer un poco de agua caliente; y no se alarme, pues ya le he dicho que esto es natural y no tiene consecuencias.

Marta necesitaba de esta advertencia, porque en realidad estaba alarmada de la indisposicion repentina de su marido, a quien, si es verdad gustaba el vino, jamas, sin embargo, lo habia visto escederse hasta ese punto.

La tia Anastasia, por su parte, habia previsto esto y contaba con ello, siendo esta la oportunidad que debia aprovechar su falso sobrino, pues le daria tiempo para todo.

Su salida, bajo el pretesto de traer agua caliente, fué para advertir a Guillermo que era la ocasion de obrar; en consecuencia, entró al comedor con su cara risueña, diciendo que luego volveria, porque la indisposicion casi habia pasado, y que con un poco de té o de agua caliente desapareceria del todo; y tomando la tetera salió del comedor, cerrando la puerta, como si lo hiciera de una manera casual: ésto bastó para advertir a Víctor, pues era lo mismo que decirle: "Los dejó solos, tienes tiempo, obra, el triunfo depende de tí."

V.

Víctor comenzó su ataque. Jamas habia estado mas seductor. El fuego de la pasion pura y sensual a la vez, lo pintaba con la elocuencia de la naturalidad, su ardiente palabra, su ademan, su mirada. . . Mercedes, envuelta en aquella atmósfera de fuego y de voluptuosidad desconocida para

ella, sentíase embriagada, palpitante... Víctor, en un arranque de pasion y como fuera de sí por el delirio del amor, se echa á sus piés, le ciñe el cuerpo con sus brazos, coloca su cabeza en el seno de la vírjen y esclama, clavando en ella su fascinadora mirada: "Mercedes! mi adorada Mercedes! sé mia, sé mia de una vez!..." Y Víctor, estrechándola con mas violencia, llevó sus labios hasta los labios entreabiertos de Mercedes e imprimió en ellos un ardiente beso. Mercedes tembló, y apartando dulcemente a Víctor, le dijo:

— Haces mal.

—¿Entonces no me amas?

—Ah! sí te amo, Víctor; ¿no te lo he dicho? ¿no lo conoces?

—Pues sé mia... sé mia, Mercedes... completemos nuestra dicha...

Y el jóven quiso volver a besarla, pero ella lo contuvo diciéndole á un mismo tiempo:

—¿Qué es lo que llamas ser tuya? No te lo he prometido? No lo soí en efecto?

—No... todavia no...

—¿Pues qué quieres?

—Que seas mia... toda mia... ¿me entiendes, Mercedes? Deja que te oprima contra mi corazon... Que mis labios estén unidos a tus labios... Oh! sí... déjame!...

Y con mas atrevimiento que antes, el hábil seductor llevó su impura mano hasta el virjinal y palpitante seno de Mercedes...

Esta retrocedió, y desprendiéndose de los brazos de Víctor, esclamó:

—Dios mio! Víctor! ¿qué es lo que quieres?

—Tu felicidad y la mia... Ven, Mercedes... sé de tu amante... sólo ahora y para siempre...

—No te comprendo, Víctor.

—No me comprendes, porque no me amas!... ¡Ah! ¡si me amaras como yo te amo!... ya serias mia como yo quie-

ro ser tuyo!... Si nuestras almas están unidas, unamos también nuestros cuerpos.... Confundamos nuestro aliento y que un suspiro... el suspiro de la dicha suprema, salga de nuestros pechos oprimidos por el deleite...

Y otra vez Víctor, con ese parasismo de la sensualidad, vuelve a oprimir a Mercedes; pero ésta asustada, se desprende con violencia y le dice:

—Me das miedo... ¿Qué pretendes de mí?

—Lo que pretenden los amantes.

—Ya te lo he acordado.

—Lo que pretenden los esposos...

—Todavia no lo somos, Víctor, dijo Mercedes tristemente... Y luego añadió: respeta a la que ha de llevar tu nombre.

—La dicha no reconoce ni hora ni momento... la dicha no debe esperarse... se toma cuando se presenta; de otro modo no es amor... es cálculo!...

—Víctor! ¿sabes lo que dices? Tu delirio te ciega hasta el punto de insultarme... Si yo fuera capaz de cálculo, seria indigna de tí y no te amaria como te amo!...

—Perdon, Mercedes, mil veces perdon si te he ofendido!... Amame! ámame siempre!...

—Siempre.

—Pero dame una prueba... una sola de tu afecto... y quedaremos unidos eternamente... y no habrá nada en este mundo que sea capaz de separarnos... y seremos felices...

—Dime, Víctor, ¿no estás convencido de mi cariño?

—No, ahora dudo.

—Dios mio! ¿dudas? pues entonces soi una miserable!... y sin embargo, Víctor, jamas he mentido...

—Pero te engañas a tí misma; porque si me amases, no me opondrias la menor resistencia... irias adelante de mis deseos... serias completamente mia... encontrarias la dicha allí donde yo la encuentro...

—Pues bien, voi a probarte que te amo, y que te amo

con todo mi corazon... Te prometo cumplir lo que me pides; pero con una condicion... una sola...

—Habla, Mercedes, habla, seguro que la cumpliré, cualquiera que ella sea...

Y Víctor volvió a apoderarse de la mano de Mercedes, que ella le abandonó. El triunfo lo consideró entonces seguro. ¿Qué podria pedirle? Todo estaba resuelto a concedérselo... todo, hasta su propia vida. ¿Qué le importaban a él las promesas?

—Dime, Víctor, lo que me pides ¿es conforme a la virtud? ¿Nunca tendré ni qué arrepentirme ni qué avergonzarme de ello?

Mui ajeno estaba Víctor de aquella pregunta, al parecer tan insignificante, y de aquella exijencia que desbarataria sus planes en dos palabras; asi es que contestó en el acto:

—Dime, mi adorada Mercedes, el amor por sí solo ¿no es una virtud, no lo consideras tú misma como tal, no es el patrimonio de las almas puras? ¿cómo puede entonces lo que emana de él, lo que es su complemento, oponerse a la virtud? Esto es lójico, Mercedes, esto no necesita probarse sino que se siente en nuestro corazon y él lo confirma. Por otra parte, si tienes en mí, en mi amor, en mis sentimientos bastante confianza ¿cómo creer por un momento que yo pretendiese de tí una cosa que bajo cualquier aspecto te fuera perjudicial en lo mas mínimo y contrario a tu virtud? No, Mercedes, yo te amo demasiado; tú lo conoces: ¿no es verdad? Habla, Mercedes, habla, quiero deberlo todo a tu voluntad y nada mas que a tu voluntad...

—Está bien, Víctor; creo cuanto me dices y haré cuanto deseas; pero ven conmigo a decírselo a mis padres; ellos no quieren sino nuestro bien; y si lo que me pides es lejítimo, como no lo dudo, está seguro de que accederán en el acto, pues los dos juntos rogaremos por que nos lo concedan... y seremos felices...

Víctor estaba tomado en sus propias redes. Aquella pro-

posicion inocente y sencilla, y que lejos de oponerse a sus deseos accedia voluntariamente a ellos, desbarató de un golpe todo su plan, echó por tierra todas sus razones y lo dejó frio, sin saber casi qué contestar; pero, recuperándose un tanto, respondió:

—No, Mercedes, no; hai cosas que no deben decirse: estas confidencias del amor deben ser siempre reservadas.

—Yo nunca he ocultado nada a mis padres; ¿por qué lo haria ahora en aquello que mas me interesa? Ven conmigo, Víctor, ten confianza... ellos saben que nos amamos... ellos quieren todo lo que es justo, lo que es honesto, lo que es bueno; ellos desean tanto o mas que nosotros mismos nuestra felicidad... ven, lo conseguiremos y seré tuya... lo seré... te lo he prometido y lo cumpliré, y entonces no me dirás mas que no te amo!...

Víctor estaba helado... Afortunadamente se sintieron pasos y la voz de la tia Anastasia que hablaba alto, con la intencion de prevenir a los dos amantes y que no fueran a ser sorprendidos, se dejó oir a la distancia, salvando al pintor de su embarazosa posicion, no quedándole otro recurso que decir a Mercedes:

—Prométeme, Mercedes, no referir una palabra a tus padres de lo que hemos hablado. Yo reflexionaré mañana y veré si conviene que demos el paso que tú me has propuesto.

—¿Pero qué mal habria en que lo supieran desde luego?

—Lo deseo, Mercedes, ¿me lo cumples?

—Ya que así lo quieres, te lo prometo, advirtiéndote, sin embargo, que es una falsa prudencia, porque todo lo allanarian ellos.

—Lo creo; pero necesito que no digas nada por ahora.

—Está bien, me callaré; pero en otra ocasion nada tendrás ya que reprocharme, porque ahora eres tú el que se opone y el que no quiere aceptar lo que estaba resuelta a concederte.

Víctor se mordió los labios, haciendo un jesto de despecho feroz...

VI.

Domingo Lopez, su mujer y la tia Anastasia entraron al comedor. La sagaz e interrogadora mirada de la vieja comprendió en el acto lo que habia pasado: su sobrino habia sido una segunda vez derrotado, y una burlona sonrisa, sonrisa de desprecio, sonrisa cruel, dibujóse en sus delgados labios... Víctor lo comprendió, y la rabia, la desesperacion, la vergüenza que esperimentaron embarazaba de tal modo sus facultades, que apenas pudo disimular su turbacion y los sentimientos interiores que lo dominaban, y esto que la necesidad de ser dueño de sí mismo era ahora mayor que nunca.

Mercedes, con su aire tranquilo y natural sin afectacion, dijo a sus padres: ' Ustedes han demorado mucho en venir, ¿qué habia sucedido?"

—Tu papá estaba indispuesto, hija mia, pero ya se encuentra mejor.

—¿Por qué, pues, no me habia llamado? La señora Anastasia me dijo que no habia el menor cuidado y por eso no he ido, sin embargo que principiaba a inquietarme tanta demora.

—Has hecho mui bien, lo mismo que la señora Anastasia en tranquilizarte, porque solo ha sido un pequeño mal de estómago el que he tenido; pero ya pasó completamente, dijo Domingo, a quien hubiera sido desagradable que su hija lo hubiera visto.

—¿Se siente entonces mejor?

—Completamente bueno, hija mia.

—¿No querria tomar una tacita de café? dijo Víctor con el mayor cariño.

—No, amigo mio, gracias; ya no tengo nada, ¡pero tu champaña es traicionero como un diantre!

—¿Cuál es que a nosotros nos ha hecho daño?

—Ustedes beben como un jilguero, mientras que yo como una mula, segun el refran español.

—Lo mejor es volver a comenzar, dijo la tia Anastasia, porque tambien nos enseña un adajio español "que es preciso curarse con los mismos pelos."

—Talvez su refran es un evanjelio; sin embargo, por ahora no estoi dispuesto a seguirlo, porque conozco que me haria mal y prefiero huir de la tentacion.

—¿Cómo! ¿piensa usted retirarse? ¿no nos acompañan a comer?

—¡Y yo que contaba con pasar un dia feliz! esclamó Víctor, finjiendo tristeza y abatimiento, pero deseando en realidad quedar libre.

—Yo no sirvo de gran cosa, mi querido hijo; Marta y Mercedes pueden acompañarlos, y yo tendré mucho gusto en ello.

—¡Qué lástima!

—Ya pasaremos muchos dias iguales o mejores, Víctor, repuso Marta; y luego agregó en voz baja: "No insistas en que nos quedemos: talvez le siga la indisposicion.

El pintor inclinó la cabeza, como resignándose, y luego agregó:

—Dice usted bien, madre mia: nos esperan muchos dias iguales o superiores; pero esto no quita que ahora sienta la pérdida de éste; sin embargo, me someto a...

En vano el buen Domingo insistió por que se quedasen ellas; Marta fué inflexible, y partieron...

Una vez solos Víctor y la tia Anastasia, cambiaron las decoraciones, y estos dos cómicos se quitaron la máscara mirándose tal cual eran...

—Vamos, Guillermito; veo que has recibido una decepcion... lo conocí en el acto... no tuve necesidad de que me dijeses una palabra... leí toda la historia en tu cara descompuesta y en la de ella serena; pero ¿qué es lo que ha su-

cedido? Dime los detalles... cuéntame... mira que el chasco es curioso y me hace reir de antemano... Vamos, divierte a tu vieja tia, que se muere de fastidio con esa sociedad tan insípida en que tú la obligas a estar con frecuencia.

La tia Anastasia tenia un verdadero placer en mortificar a Guillermo y casi siempre lo conseguia; pero en esta ocasion habia traspasado los límites... la rechifla de la vieja lo habia exacerbado a tal grado, que sin poder dominar su furor se fué donde ella con la intencion de ahogarla entre sus manos; pero antes de llegar, la tia Anastasia alcanzó a sacar un agudo puñal que llevaba siempre consigo, y le dijo con esa sangre fria que jamas la abandonaba: "Acércate y corresponderé tus caricias, pues no dudo que pretendes recompensar jenerosamente mis servicios."

Aquel nuevo sarcasmo, dicho con una calma cien mil veces mas imponente que el furor, dominó a Guillermo completamente, dejándolo clavado en el sitio sin que pudiera pasar adelante.

—¿Por qué no avanzas, Guillermito? repitió la vieja con su voz mas dulce y por consiguiente mas terrible; ¿le tienes acaso miedo a este alfiler?

Guillermo retrocedió y cayó sobre una silla diciendo: "He perdido el juicio... estoi loco."

—Y loco de atar, respondió la vieja en el mismo tono que antes; pues tratas de ofender a quien te sirve... ¡Bonita manera de reconocer lo que hago por tí! Si yo contara esta nueva especie de gratitud ¿qué dirian? ¡Con que lo que ha hecho otra lo he de pagar yo! Si Mercedes se burla de tí ¿es preciso cargar conmigo y que yo soporte las consecuencias de tu despecho? Esto es mui salado, de veras.

—Basta, tia Anastasia, basta... Usted sabe bien que se burla de mí... Usted es la causa de mi enojo, bien lo conoce, porque es quien lo provoca. Hagamos las paces; y si yo me he exaltado, confiese usted la parte que ha tenido en ello y no hablemos mas sobre el particular.

—Así es como me gusta verte: tranquilo, razonable y no con esos ataques de furor apoplético que tú llamas exaltacion y que me habria costado la vida sin el ausilio de mi hermoso alfiler! Pero ya que se te ha pasado la fiebre de matarme y que estamos amigos, voi a guardar mi preciosa joya,—y dirán que yo no soi afecta a los adornos,—para que me cuentes tranquilamente lo que ha sucedido con esa muchacha tan mansa, al parecer, como intratable en realidad. Dime, sobrino mio, ¿te faltó el tiempo? Sin embargo, has quedado con ella mas de dos horas que le duró la borrachera al viejo subteniente, y yo pensaba que ya estarias harto de placer y talvez fastidiado con tu victoria.

—He tenido sobrado tiempo para triunfar de cualquiera mujer, aun sin el ausilio del amor.

—Y entonces ¿cómo ha podido resistirte esta niña inocente? ¿no te ama acaso? ¿nos habremos equivocado ambos?

—No; ella me ama, lo sé, me lo ha dicho y estoi seguro; pero hai ocasiones en que la inocencia es un escudo mucho mas resistente que la malicia y que la esperiencia... y que el completo conocimiento del mundo y sus astucias... Ya se lo he dicho: cualquiera mujer, por santa que se la considere, habria sido indudablemente mia... ¡y ella se ha salvado!... ¡Maldicion! pero mi derrota le costará bien cara... la he de ver suplicante y rendida a mis piés, pidiéndome por favor, no ya ser mi esposa, como tiene la insensatez de figurárselo, sino una de mis queridas!...

—Cálmate, Guillermito, cálmate, no sea que vuelva a apoderarse de tí el peligroso furor de que me he librado poco antes... Ten paciencia, sobrino mio, mira que con la paciencia se gana el cielo, segun dicen.

El jóven lanzó una de esas interjecciones españolas tan espresivas, y sin embargo tan insignificantes.

—Vamos, te he dicho que te calmes, y no quieres obedecerme; tanto peor para tí, porque ese es el medio de no arribar a ningun resultado.

—¡De no llegar a ningun resultado dice usted! ya lo veremos.

—Pero no cuentes conmigo si no te moderas.

—Tengo necesidad de usted; por eso es que soporto.

—Comprendo lo que has dejado de decir, pero yo concluiré tu frase: "Que de no ya la habria estrangulado." Asi paga el diablo a quien bien le sirve, amiguito.

—Piense usted lo que quiera; ya estoi cansado.

—En tu mano está disolver el contrato; no tienes nada que decir... Yo he cumplido con mi compromiso y meresco la remuneracion convenida por mi trabajo: en esto hai equidad, y espero que tú no faltes a tu palabra por el hecho de abandonar la empresa.

—¡Abandonar! ¿Quién ha hablado de abandonar?

—Asi lo has dejado entender.

—No, tia Anastasia, no; es preciso que usted me acompañe hasta el final.

—Me he comprometido a ello y lo haré: ya sabes que yo nunca falto.

—Tengo la esperiencia.

—Entonces dime con tranquilidad lo que ha pasado, para juzgar del asunto: no ignoras que soi mujer de consejo.

VII.

Guillermo refirió con exactitud todas las peripecias del ataque y por último la pregunta y la promesa que ella le habia hecho; de suerte que cuando ya creia tenerla en su poder, fué cuando valiéndose de su mismo argumento le habia hecho la estraña proposicion de consultárselo a sus padres.

Al oir el desenlace, la tia Anastasia no pudo contener una franca y estrepitosa carcajada.

—¡Qué salida! esclamó, ¡qué salida! ¿A quién se le puede ocurrir semejante cosa? ¡Tú debiste quedarte lelo, sobrinito

mio, con un disparate igual!... ¡Decírselo a sus padres! Qué ocurrencia tan jocosa! Hubiera querido ver la cara que ellos ponian con tal proposicion! Habria uno tenido de qué reirse toda la vida! ¿Por qué no la dejaste? Y las carcajadas de la vieja eran cada vez mas estrepitosas.

Esto no estaba en mis libros, añadió; es digno de apuntarse: tendrá doña Mercedes Lopez, el honor de ocupar un lugar en mi gran rejistro!... Y al fin, Guillermito, ¡qué hiciste para que no hablase?

—Tuve que pedírselo por favor.

—Y ella no insistió en llevar a cabo su proposicion?

—Sí, insistió mucho.

—¡Qué gracioso! De manera que el dia menos pensado hace la proposicion a sus padres! ¡y a mí tambien! porque mi voluntad no es indiferente, desde que formo parte de la familia! qué idea tan peregrina! Pero definitivamente, ¿como has conseguido que calle?

—Diciéndole que lo pensaria y entonces hariamos la proposicion.

—¡Ah! sobrinito, ¡hubiera deseado verte cuando ella te propuso el convenio! qué cara pondrias!

—En efecto, me tomó mui de nuevo... me heló completamente la sangre.

—Ya lo creo; te haria el mismo efecto que un cántaro de agua cuando uno está sudando.

—Ni mas ni menos. Afortunadamente venian ustedes en ese momento y no notó mi turbacion, teniendo el tiempo suficiente para recomendarle el secreto.

—Siempre es algo ganado, porque de lo contrario era lo mismo que contarlo con los muertos: todo se lo habia llevado el diablo; ¡y en qué concepto tú y yo ibamos a quedar sin haber conseguido nada!

—En el mismo que quedaremos poco despues y quizá peor, porque ya sabe usted mis proyectos.

—Pero ahora será con algun lucro; y ademas hai la proba-

bilidad de que una vèz vencida la dificultad primera, venga la esquiva niña por su propia voluntad al cumplimiento del deber; y entonces tú y yo en lugar de provocar enojos y que se nos mire mal, gozaremos de consideraciones y no habrá nada que temer por ninguna parte.

—Así lo espero.

—Tienes razon, Guillermito, y yo te ayudaré; pero vive ahora desconfiado... no sea que yerres el golpe, porque si esta vez sales derrotado estamos para siempre perdidos, no digo solo en tus amores, sino quién sabe dónde irán a parar las consecuencias.

Estoi aleccionado por la esperiencia. Veo que ya es imposible rendir la plaza por medio de las negociaciones y de la estratejia; ahora es preciso tomarla a viva fuerza.

—Yo tambien lo pienso así; porque con su proposicion maldita te ha cerrado las puertas.

—La oportunidad es la que necesitamos.

—Fácil es encontrarla si continuamos gozando de la confianza de los padres, es decir, si ella no habla.

—Me lo ha prometido y lo cumplirá.. Con tal que usted no me falte, aun nada hai perdido.

—No necesito recomendarme: tú me conoces.

Madre e hijo.

I.

Ese mismo dia llegó Guillermo a su casa de la calle de las Monjitas, con malísimo humor, y fué a encerrarse a su cuarto sin ir a saludar a su madre, que, notando su conducta y habiendo recibido algunos avisos, deseaba desde tiempo atrás tener una esplicacion séria con su hijo y con este fin habia dado órden de que en cuanto llegara le dijeran que ella lo necesitaba.

No hacia mucho rato que el jóven, recostado en un sofá, pensaba con vergüenza en su derrota despues de un plan tan hábilmente combinado, y mas aun en las burlas de la tia Anastasia, que lo habian exasperado sin poder castigarla como merecia, sino que al contrario tenia que aparentar sumision y buena voluntad; y esto, hiriéndolo en lo mas vivo de su amor propio, le hacia recapacitar proyectos de venganza de que se saboreaba de antemano.

—Esa maldita vieja, decia para sí, ha hecho mui mal en punzarme, pero poco tiempo le queda que gozar, porque yo la perderé; y por poderosa que sea, y por muchos secretos que sepa, yo la hundiré de modo que no le quede el menor recurso; y entonces le preguntaré si es fácil burlarse asi no mas de un caballero como yo... Ella dice que puede hacerme perder la fortuna; eso lo veremos: una vez casado con Luisa, aun cuando sea cierto lo que afirma, ¿qué tengo que temer? Todo pleito se hace inútil y todo se acallará, tenga

o no ella justicia y sea o no dueña de la totalidad de los bienes que actualmente poseemos.

Guillermo estaba completamente entregado a sus pensamientos de seduccion y de venganza, cuando sintió golpear a la puerta de su cuarto. Al ¿quién es? que es la interrogacion de costumbre, el criado respondió desde afuera: "dice la señora que vaya su merced."

—¿Qué querrá ahora mi madre? se preguntó a sí mismo Guillermo. Es verdad que hace varios dias que no la veo y puede estar con cuidado: la culpa la tiene esta maldita muchacha que me ha trastornado el juicio.

Despues de hecha esta reflexion, el jóven contestó al criado: "dile que ya voi;" y pasando a su lavatorio se peinó, segun tenia costumbre, antes de presentarse en el salon, pues por lo jeneral, habia visitas y a él, aun cuando no tuviera la menor pretension sobre las personas que encontrara, le agradaba siempre aparecer irreprochable.

II.

La madre de Guillermo estaba sola, no en el salon, sino en su dormitorio, porque queria no ser interrumpida en la conferencia o esplicacion que iba a tener con su hijo, quien que al verla sola y en su cuarto de dormir, pieza en que no acostumbraba estar, presumió que se trataria de una fuerte reconvencion; pero como esto le importaba poco, tomó una silla con la mayor tranquilidad y dijo a su madre:

—Señora, aquí me tiene usted.

—Caballerito, hace algun tiempo que no tengo el gusto de ver a usted la cara: ¿qué significa esta conducta?

—Significa, señora, que he estado mui ocupado.

—Aun dado caso que así fuera, Guillermo, lo cual dudo mucho, porque tú no eres hombre de negocios, pero aun siéndolo, es inescusable la conducta que observas con tu madre.

—Tiene usted razon y pido a usted mil perdones.

—¿Conoces que has hecho mal?

—Sí, señora.

—Yo no soi una madre severa, Guillermo, bien lo sabes. Yo me hago cargo de la juventud y te doi cada dia mayores pruebas; pero no puedo permitir el abandono...

—¿Qué llama usted el abandono?

—Podria perdonarte, por doloroso que me sea, la descortesia que usas conmigo, descortesia que prueba hasta cierto punto falta de cariño; pero, te lo repito, jamas soportaré el abandono.

—Mientras usted no me diga qué entiende por abandono, no podré contestarle.

—Entiendo por abandono que de algun tiempo a esta parte visitas casas cuyos umbrales no debe pisar jamas un jóven de tu rango.

—Le confieso a usted con verdad que no entro a ninguna de esas casas peligrosas donde un jóven puede comprometer su salud y su crédito; ¿no son estas de las que usted quiere hablarme?

—No; quiero hablarte de otras que con las apariencias de cierta decencia; se creen ya con derecho de aspirar a todo y tratar de llegar por medio del engaño y de la seduccion al rango en que no han nacido.

—Veo que a usted le han traido algunos cuentos, madre mia.

—No son cuentos, son advertencias prudentes, y advertencias de personas que se interesan por nosotros.

—Pues la han equivocado.

—Tu negativa me confirma mas en lo que te he dicho, haciendo que conciba temores. Un jóven como tú puede hacer locuras, y no creas que ignoro algunas de las tuyas; puede gastar cuanto dinero quiera, y tú eres bastante pródigo; puede colmar de regalos a sus queridas; puede hasta enriquecerlas, pero jamas ir mas allá... y te lo advierto, Guillermo: esto no lo consentiré, porque antes que suceda

tomaré medidas que lo impidan; y por fuertes que ellas sean, las ejecutaré por tu bien, por tu honor, y por el bien y honor de la familia.

—Pero ¿qué es lo que le han dicho?

—Tú no lo ignoras, y siento que no me hables con franqueza, porque asi tendria lugar a persuadirte y no me veria obligada a hacer uso de mi autoridad; pues debes saber, amigo mio, que todavia te encuentras bajo la patria potestad, no habiendo cumplido los veinticinco años que prescribe la lei.

—Ya sé de lo que usted quiere hablar, dijo Guillermo sonriéndose: le han dicho que pensaba casarme, no es esto?

—Eso mismo. Al principio no quise dar crédito, porque tenia plena confianza en tu juicio; pero cuando he sabido que no sales dia y noche de esa casa; cuando he sabido que has pedido a sus padres la mano de la niña; cuando he visto que ya no ibas a ninguna de las tertulias de la alta sociedad, donde eras tan bien recibido; cuando se pasan dias y hasta semanas que ni siquiera te informas de mi salud, no he podido menos de dar pleno crédito a lo que me decian y a lo que ahora confirmo.

—Por lo que veo, tiene usted, señora, una buena policia secreta.

—No estamos de chanza, amigo mio; respóndeme solamente si lo que te he dicho es o no la verdad.

—Hai mucho en todo eso de positivo.

—¿Y con tanta calma me lo confiesas? Y no tienes vergüenza? Dónde está pues, tu delicadeza? Dónde ese noble orgullo que te distinguia? Y por fin, ¿dónde tu esperiencia de mundo? Dónde los respetos sociales y la consideracion que me debes a mí y la que te debes a tí mismo?

—Veo que usted parte como de un hecho real, como de una cosa acordada y que debe suceder sin remedio; pero yo solo le he dicho que en todo eso habia algo de positivo; y si esto es una afirmacion, tambien encierra una negacion.

—Esplícate y no me tengas impaciente.

—¿Cuento con su induljencia?

—Hasta cierto punto, porque tambien la induljencia tiene sus límites.

—Usted verá: me someto desde luego a ella y la espero.

—Habla.

—Es verdad que he pedido esa niña a sus padres; es verdad que la quiero como nunca he querido a ninguna otra; es verdad que paso allí la mayor parte de mi tiempo; es verdad que ella me adora y que sus padres me la han prometido; pero tambien es verdad que nunca se efectuará tal matrimonio.

—Te comprendo, Guillermo, y quedo satisfecha: ya ves que soi induljente, y me estenderé a mas: deseo, puesto que quieres a esa niña y que ella te idolatra, segun dices, lo cual no dudo, porque eres el mas cumplido jóven de Santiago, deseo que le hagas una posicion, asegurándole para siempre su subsistencia; asi, aun cuando no te cases con ella, como puede habérselo soñado la pobre, te quedará agradecida por toda la vida.

—Veo que usted es jenerosa, madre mia; pero tambien veo que usted no conoce a esa jente: estoi seguro que rehusaria cualquier dádiva, como ya ha sucedido con doña Juana.

—¿Con qué doña Juana?

—Con la madre de Luisa.

—¡Es posible! ¿Qué es lo que ha habido? cuéntamelo.

—La niña a quien yo visito es hermana del jóven que en la calle del Dieziocho detuvo los caballos cuando venian desbocados, y Luisa, agradecida, sin duda, la ha llevado a su casa, llamándola su amiga. Doña Juana, que no hace otra cosa que lo que le ordena su hija, a quien da gusto en todo, viendo el cariño de Luisa por la jóven costurera, le hizo donacion de su quinta de Yungai, y el padre de la muchacha vino donde doña Juana a decirle que lo dispensase, pero que no podia aceptar aquel valioso obsequio: ya usted

ve que son jentes, preciso es hacerles justicia, que no se gobiernan con el oro.

—Me sorprendes, Guillermo.

—Y se sorprenderá usted tanto mas cuando sepa que esa niña, no solo por su belleza sino tambien por sus cualidades, es superior, mui superior a cuantas yo he conocido.

—Los enamorados siempre creen que la persona a quien afeccionan es la mas perfecta, y bajo su punto de vista talvez tengan razon; ¿y qué seria del mundo si no nos guiara esa lei? Es preciso que todos los gustos queden satisfechos.

—Usted me conoce, señora, y sabe que no me apasiono, o mas bien, que aun estando apasionado conservo mi juicio independiente del cariño, pudiendo clasificar los defectos y las cualidades, con absoluta imparcialidad, de la persona a quien quiero o galanteo. Ahora bien, fuera de toda pasion, lo que le digo a usted es la verdad.

—¿Y cómo has llegado a descubrir ese portento?

—Lo mas sencillamente: la ví en la Pampilla, la hice seguir por mi criado y despues me introduje a su casa.

—Eres el muchacho mas travieso que he conocido.

—Quien lo hereda no lo hurta, dice el adajio.

—Buen favor, picaronazo, haces a tu padre y a mí; pero ya que estoi exenta de ese temor que no me dejaba gusto para nada... pues cuento con tu palabra?

—Se la doi entera.

—Pero ya que estoi exenta de ese temor, decia, es preciso que conversemos sóbre otro punto.

—Estoi a su disposicion.

—Tú no ignoras, Guillermo, la especie de compromiso que existe entre la familia de Luisa Valdes y la nuestra, y debes saber qué cuestiones de alto interes obligan a ambas casas a unirse; y creo llegado el tiempo de que se efectúe este matrimonio.

—Comprendo, madre mia; ¡para evitar un pleito en que pudiéramos talvez perder nuestra fortuna?

—Ya que estás tan instruido en el particular, no tengo ningun inconveniente en confesártelo: ese es el principal objeto.

—¿Los bienes que poseemos actualmente pertenecieron en otro tiempo a la familia de Luisa? porque, segun he sabido, mi padre y usted eran pobres.

—Asi es.

—Y por medio de cierta intriga se consiguió despojar aquella familia.

—¿Qué es lo que dices?

—No tenga usted cuidado, porque no he de ser yo quien me deje arrebatar asi no mas la fortuna, cuyo valor conozco y que me es de todo punto indispensable; pero quiero no ignorar nada para saber a qué atenerme; y Guillermo hizo una pausa y se replantingó en su silla como quien dice: espero.

III.

—En la adquisicion de estos bienes, continuó la señora, no ha habido intriga: fué una donacion voluntaria hecha... hecha a tu padre; y él, respetando la voluntad del donante, aun cuando todo le pertenecia por la escritura, dejó a doña Juana, y por consiguiente a Luisa, los bienes de que gozan, en lo cual se mostró jeneroso, y yo he continuado respetando lo que él hizo.

—La fortuna de que gozamos nosotros y doña Juana perteneció en su totalidad a una hermana de ésta que actualmente es monja.

—¿Quién te ha dicho estas cosas? ¿cómo las sabes?

—Yo tambien tengo mi policia secreta, señora; no es usted sola quien goza de ese privilejio.

—En todo esto hai un secreto que no puedo revelarte.

—Vamos a ver si yo adivino.

—¡Cómo! Respeta, hijo mio, arcanos que están bajo el sepulcro.

—No pretendo exhumarlos, señora, sino decir lo que sé,

advirtiéndole a usted que, cualquiera que sea el medio como hemos adquirido lo que poseémos, no tengo el pensamiento de deshacerme de ello, sino que al contrario lo defenderé, pues me seria imposible vivir pobre. Con esta advertencia me parece que nada tiene usted que temer y que yo puedo continuar.

Y el jóven miró a su madre con frio desden.

—Hace mas de veinte años, prosiguió, que mi padre y usted eran completamente pobres, pero consiguieron introducirse a la casa de la opulenta heredera hermana mayor de doña Juana, que hoi es monja del convento de... pero que entonces era una niña hermosa y viva a quien mi padre supo agradar; porque, segun se dice, era intelijente y buen mozo, como ha salido su hijo. ¿No es cierto, señora?

La madre de Guillermo no contestó una palabra, porque estaba sorprendida en sumo grado.

—Aun cuando usted no se digne responder a mi pregunta, lo que me hace suponerla exácta, porque quien calla otorga, me permitirá seguir esta narracion, que trataré de abreviar. Mi intelijente padre, como he dicho, supo agradar a la niña y de aquí resultaron ciertas relaciones que sin duda no pasaron desapercibidas, las que bien esplotadas en compañia de una sirviente llamada Anastasia, que el autor de mis dias supo entrar con tiempo en la casa, ¿recuerda usted a esa sirviente? dieron el feliz resultado de encontrarse ustedes ricos de la noche a la mañana.

—¡Por Dios, hijo mio! ¿quién te ha informado de esas cosas?

—Ya le he dicho a usted que yo tambien tengo mi policia secreta.

—¡Esto es increible, Guillermo! es preciso ser prudente y reservado.

—Ya me cuidaré yo bien de revelar tales cosas; pero en la confianza de madre y de hijo, bien pueden decirse sin riesgo alguno.

—Me sorprendes.

—Ahora lo que se teme son dos cosas: o que la donante retracte el documento que le arrancó mi padre, o que éste no esté en debida forma, o que existan otros papeles que lo anulen; y para que no haya lugar a investigaciones posteriores y a pleitos ruinosos, porque segun comprendo, ambas partes se temen, es que se ha resuelto mi matrimonio con Luisa, quedando así todo cancelado.

—Pues bien, esa es la verdad; y ya que lo conoces ¿qué es lo que piensas hacer? porque la solucion depende de tí.

—Seguir sus consejos, madre mia.

—Es decir, ¿casarte con Luisa?

—Indudablemente: ante todo, señora, yo no quiero vivir pobre; e independiente del interés personal que tengo en que estos secretos de familia no salgan a luz, porque quedaria mui mal parado el honor de mi padre y talvez el de usted, señora; y un hijo respetuoso debe en todo caso tratar de encubrir las faltas de los autores de sus dias, ya que ha tenido la desgracia de no ignorarlas; independiente de todo esto, la señorita Luisa Valdes me conviene bajo todos aspectos: primero, porque no nos arruinará; segundo, porque en lugar de arruinarnos, la parte de fortuna de que ella goza es considerable y aumentará nuestras rentas; tercero, porque pertenece a la primera aristocracia de Santiago; y en fin, porque es bonita, intelijente, activa; porque es la única mujer que ha resistido y resiste a mis cariñosas insinuaciones, y se ha hecho en mí un puntillo de honor el doblegar a esa ingrata beldad. Ya ve usted, madre mia, que estoi en todo conforme con sus opiniones y que cumpliré sus deseos, es decir: primero, que seduzca a esa niña del pueblo en lugar de unirme a ella; y segundo, que me case con la jóven patricia para conservar la fortuna; de manera que no podrá usted negar, añadió con ironia, que no he dejenerado de mi raza: el hijo es digno de sus padres.

Habia tal cinismo en el lenguaje de Guillermo, que la madre, a pesar de no tener corazon ni delicadeza, quedó espantada de aquel glacial egoismo, de aquel mercado de deshonra que enumeraba una a una las faltas sin echar sobre ellas el menor velo y sin ruborizarse de su desnuda fealdad, y que puestas en la balanza se decidia a conservar la fortuna adquirida ántes por medio de la traicion y que él queria continuar poseyendo por medio del crímen.

—Te lo confieso, Guillermo, respondió la señora, pasado algun tiempo que necesitó para serenarse; tu manera de ser y tu lenguaje me horrorizan: debias ver al menos que hablas con tu madre.

—Es que prefiero la franqueza, señora.

—Hai franquezas que rayan en la insolencia.

—No nos disgustemos despues de haber estado de acuerdo en todos los puntos; confiese usted que me he mostrado el hijo mas obediente y sumiso.

—Yo no te he aconsejado que seduzcas a esa niña, yo...

—Vamos por partes, madre mia; usted me ha hecho llamar para hacerme presente mis descarrios, para decirme que no debia pisar los umbrales de ciertas casas; y su esplicacion fué tan lejos, que me dió a entender que preferia esas cloacas inmundas de la prostitucion, porque en ellas no habia el peligro que podia encontrarse en aquellas donde reinaba la honestidad, pues esa jente llevaba sus pretensiones mas alto. Por otra parte, me pintó su induljencia, diciéndome que no ignoraba mis travesuras, pero que las disculpaba, y que con tal que le prometiera no casarme, me lo perdonaba todo, agregando que podia llevar mi jenerosidad hasta asegurar la subsistencia de mi querida, lo que mas tarde me agradeceria ella infinito. Ahora, madre mia, sírvase usted decirme ¿qué significa todo esto?

—Yo te hablaba en caso de un hecho consumado.

—Y si mi amor por esa jóven (porque la quiero como nunca he querido a otra alguna) me colocara en la alterna-

tiva de seducirla o de casarme con ella, ¿qué es lo que me aconsejaria usted que hiciese?

—Puedes retirarte de esa casa, y asi es como debes obrar: esto es lo que yo te aconsejo.

—Basta, señora: no quiero ir mas allá para no ponerla en un verdadero conflicto, pero yo sé a qué atenerme sobre el particular... Puede usted desde luego entablar las negociaciones de mi matrimonio con la señorita Luisa.

—Le escribiré a doña Juana y trataré de que apresure su vuelta a Santiago. Ya hemos hablado algunas veces sobre este punto, y soi de opinion que te es favorable, pues has sabido captarte su voluntad a pesar de las prevenciones que talvez habrán en ella; pero el temor de que su querida hija pierda su fortuna la decidirá o mas bien la ha decidido, pues está resuelta a llevar a cabo este enlace; sin embargo, es mui conveniente que trabajes por ser agradable a Luisa; el matrimonio con bastante fortuna y con un poco de afecto es una situacion mui agradable y que te dará en la sociedad otra clase de consideraciones, pudiendo aspirar con justicia a los mas elevados puestos de la república.

—Veo que usted desea tambien que tome cartas en política: ya no es bastante la fortuna, sino que son precisas las dignidades y los honores.

—Lo uno no impide lo otro, hijo mio, pues lejos de oponerse, por lo jeneral vienen juntos: tras el dinero llegan las consideraciones; y tras las consideraciones los empleos.

—Es decir que puedo llegar a ser diputado y hasta ministro.

—Nada mas fácil: en la próxima lejislatura serás lo primero y en tu mano está el alcanzar lo segundo.

—No he hecho los estudios necesarios para poder desempeñar con mediano acierto tan elevados puestos.

—Ríete de eso: ¿acaso para ser diputado entre nosotros se necesitan estudios? Lo que vale, Guillermo, es la fortuna y el nombre de la familia; y cuando no existe esto, sirve la

adulacion, la intriga y el partido; con esto, aun cuando fueras el mayor zopenco, de lo que estás mui léjos, serás cuanto tú quieras. ¡Si yo te nombrara las nulidades que ahora y siempre se han sentado ufanas en los sillones del congreso, te admirarias y serias de mi misma opinion!

—No deja usted entonces de tener razon en conservar a toda costa nuestra riqueza.

—He pensado siempre en tí, hijo mio, he trabajado por tu engrandecimiento; y si tengo algunas faltas, nacen de mi cariño, disculpándolas mi amor filial. ¿Cómo habria jamas de resolverme a verte pobre y humillado, cuando estás en aptitud de poder brillar en la sociedad, realzando el lustre de tu familia?

—Pues bien, madre mia; todo lo dejo a su prudencia y tiene usted plenos poderes para trabajar por mi felicidad, que tambien será la suya.

IV.

Estando completamente de acuerdo la madre y el hijo, éste se despidió de ella para ir a una brillante tertulia a que habia sido convidado desde el dia anterior y a la que habia pensado no asistir porque creia haber pasado deliciosamente todo su tiempo en brazos de Mercedes; pero habiendo esperimentado la derrota de que ya tenemos conocimiento, se dirijió al aristocrático salon, antiguo teatro de sus proezas, para olvidar en medio del bullicio y al lado de las damas, la vergüenza que le causaba la reciente decepcion.

Guillermo, como hemos dicho, era el mas codiciado jóven de Santiago; cualquiera niña, por aristocrática y rica que fuese, se habria considerado dichosa con su enlace. Dotado de una hermosa figura, con modales de una distincion esquisita, poseedor de esa clase de talento que fascina, espiritual, alegre, divertido, tímido y emprendedor con las mujeres, segun la ocasion, rodeado de esa aureola de triunfos que lo

habia hecho célebre en los círculos santiaguinos, admirado de los hombres, codiciado de las niñas, fué saludada la aparicion de Guillermo en la tertulia con el mayor entusiasmo. Su larga ausencia de la elegante sociedad, pues hacia tiempo a que no se le veia en ella, el misterio de que se rodeaba, todo contribuia a escitar la curiosidad en los unos y el deseo de atraérselo y de fijarlo en las otras; de manera que se lo disputaban, y una palabra de él, una galanteria, una sonrisa, eran recibidas como un favor especial; asi era considerado en nuestra mas alta sociedad este monstruo de egoismo que no vacilaba un momento en segundar los criminales manejos de sus padres para conservar una fortuna mal adquirida, que no tenia escrúpulo en sancionar con un matrimonio sin amor, un robo manifiesto, y que asociado a la mujer mas infame para corromper la virtud, no se detenia ante el espantoso atentado de la violencia, sino que madurándolo en su imajinacion se gozaba en sus resultados, no dudando que la desgraciada víctima de su criminal pasion vendria despues a arrastrarse a sus plantas, solicitando una pequeña parte del afecto que tanto codiciaban y con el que se habrian dado por mui satisfechas las mas encumbradas señoritas.

Guillermo se decia a sí mismo, en vista de aquella escojida sociedad que dominaba desde tanta altura: aquí no hai ninguna mujer que no estuviera orgullosa y se considerara feliz con mi afecto; la única resistencia que me opondrian seria la del interes; no querrian ser mias por cálculo, de modo que su virtud seria solo el resultado de la carencia completa de corazon; pero una vez domadas, se humillarian ante mí y haria de ellas mis esclavas. Ahora bien, si esto es el evidente resultado que obtendria de esas almas venales, con cuánta mas razon debo esperarlo de Mercedes que me idolatra, que no vive mas que de mi afecto, que no desea otra cosa que agradarme!... Indudablemente, esto es lo que sucederá... Y Guillermo, halagado por tan dulce esperanza, apa-

recia mas brillante, mas amable, mas seductor que nunca ante la sociedad en que se encontraba, porque el regocijo interior que le daba su conviccion, traslucíase en su semblante, en sus palabras y en sus actos; y aun cuando acababa de esperimentar una decepcion dolorosa, ahora se creia triunfante.

Las donas.

I.

Al dia siguiente, como de costumbre, entraba Víctor por la puerta escusada a su taller de la calle de San Pablo, pasando en seguida a la casa de Mercedes para informarse de la salud de su padre, que, segun él decia, lo habia tenido inquieto toda la noche.

—Mi marido está bueno, hijo mio, contestó Marta, que era con la que habia habiado Víctor, informándose a su vez de la salud de la señora Anastasia.

—A mi tia no le entra bala, nunca está enferma y creo que en su vida ha padecido un dolor de muelas.

—Qué ventaja! ese es el resultado de una vida arreglada y tranquila.

—Indudablemente, señora; ¿pero dónde está Mercedes?

—Ya habia estrañado, dijo Marta, con esa sonrisa de maliciosa bondad, que usted no me hubiese preguntado por ella; pero está mui atareada con una costura que se ha propuesto concluir en la mañana; sin embargo, voi a llamarla.

—No la incomode usted.

—Estoi segura de no incomodarla; y la buena mujer se sonrió de la misma manera que antes.

Madre e hija aparecieron.

Mercedes traia una camisa de tocuyo en sus manos y un corte de pantalones ordinario.

—¿Qué hace usted con eso? le preguntó Víctor; yo creia

que usted estuviera ocupada en cosas mas importantes.

El jóven hacia alusion a los atavios de novia, y Mercedes, comprendiéndolo, respondió a su pensamiento:

—Esto, Víctor, es mas importante que lo otro, y sobre todo mas urjente.

—Yo no veo nada que sea ni mas importante ni mas urjente.

—¡Ah! no Víctor; es que tú no sabes...

—¿Qué es lo que no sé?

—Esplicándotelo me comprenderás y serás de mi misma opinion: hai dos pobres niños hijos de una mujer enferma que nada puede hacer por ellos, y estas infelices criaturas, si bien no carecen de su alimento por la gracia de Dios, (Mercedes no quiso decir que era su madre quien se lo preparaba y quien se lo daba todos los dias, así como la dieta de la enferma) están casi desnudos y les estoi cosiendo estas camisas y estos pantalones que quiero concluírselos antes que se levanten; ¿qué dices ahora?

—¡Digo que eres un ánjel!... Digo que tienes mucha razon...

—Ya me lo figuraba.

—Pero has obrado mal.

—Si tú mismo apruebas lo que hago, ¿por qué he obrado mal?

—Porque eres una egoista.

—¡Una egoista!

—Una egoista, lo repito.

—¿De qué manera, Víctor?

—Porque nunca me asocias a tus actos.

—Si por eso soi egoista, no lo eres tú menos: ¿cuándo me has participado ni comunicado los tuyos? al contrario, tú tratas de ocultarme siempre lo que haces, y encargas terminantemente que no nos digan nada; ¿quién es, pues, el mas egoista?

—No hai posibilidad de tener razon contigo; eres una

argumentadora insigne; pero ahora quiero que nos entendamos.

—¿De qué modo?

—Que me participes de tu obra.

—¡Cómo! ¿Quieres tú coser? Pues bien, toma: aquí tienes hilo, aguja y dedal... principia, que será mui curioso... y Mercedes se echó a reir de la mejor gana.

—Búrlate cuanto quieras, pero yo insisto.

—No me opongo, Víctor, no me opongo; principia... y la alegria de Mercedes iba en aumento.

—Te haces que no me comprendes.

—De ningun modo... te comprendo perfectamente; ¿no me has dicho que querias participar de mi obra?

—Sí; pero participar de tu obra, picarona, no quiere decir que me ponga a coser, cosa que no he hecho jamas en mi vida y que creo mui impropia en el hombre, sino que hagamos en compañia esta buena accion.

—Con el mayor gusto, Víctor, así tendrá para mí nuevo atractivo y me dará mayor satisfaccion; pero cuando te suceda a tí una cosa igual, te suplico no te olvides de mí.

—Convenido, el pacto queda hecho; pero déjate ahora de esas costuras, porque en pocas horas te mandaré cuanto esos pobres niños necesitan.

—Permíteme continuar, Víctor, y concluir lo que ya he comenzado. Tú puedes hacer mucho mas que yo, no lo dudo, pero yo ya habia hecho la intencion y no quiero perderla; ¿no te parece que cometeria una falta si no continuase? Por mi parte, tendria una especie de remordimiento, miéntras que concluir me causaria satisfaccion.

—Ya se ve: el mérito de la dádiva no está en la magnitud de ella, sino en la voluntad del que la hace.

—Bien dicho, Víctor: por esta razon es que la caridad se encuentra al alcance hasta de los mas pobres, pues todos podemos sentirla y practicarla.

—Tú te penetras mejor que yo de las ideas, abarcándolas

en toda su estension; pero sin ocuparme de la caridad, en cuya cuestion y en cuyo sentimiento estamos perfectamente de acuerdo, voi a valerme del mismo argumento para disculparme a tu vista, o mas bien, para que aprecies lo que he hecho, no por su valor, pues es mui insignificante, sino por la voluntad que lo determina.

—¿Dónde quieres venir a parar?

—No querria decírtelo; pero cuento con tu induljencia y con la de nuestra madre; y Víctor miró afectuosamente a Marta, que escuchaba con gusto la conversacion de los dos amantes.

—Sabemos de antemano que nada puede venirnos de tí que necesite induljencia.

—Sin embargo, suelen haber casos.

—Veamos.

—Sea dicho de una vez: me he tomado la libertad, Mercedes, de comprar algunas cositas para tí y que te mandaré hoi juntamente con varias mudas de ropa para esos pobres niños; y asi las *donas* o mi insignificante regalo de novio, tendrá el mérito de venir en compañia de una ofrenda de caridad.

—Víctor, contestó Mercedes un poco avergonzada; no quisiera que hicieses por mí gasto alguno: tengo, gracias a Dios, bastante con tu cariño.

¡Cómo quieres privarme de una satisfaccion tan natural! ¿No comprendes que uno debe esperimentar un placer indecible en ver a su esposa adornada con las primeras galas que revelan el gusto del amante y que son como las primicias de su afecto, como la ofrenda que se deposita en el sagrado altar del cariño? ¿no lo sientes tú tambien así? ¿No te agradará mas que yo haya elejido tu traje que el que tú misma lo escojas?

—Así me parece; pero tú no tienes otra fortuna que tu talento, y éste, unido a tus cualidades y especialmente a tu amor, son las verdaderas *donas* que yo estimo... Dejemos

para otros esas vanidades, Víctor; yo solo ambiciono la voluntad, y tú me la tienes: ¿qué mas quiero? qué mas puedo desear? Quién sabe si esos regalos no despierten en mí sentimientos que me fueran perjudiciales. Yo he vivido en una mediocridad que raya en la pobreza, y en este estado he sido feliz...

—Comprendo tu desinteres, lo admiro y me lisonjea, porque solo me quieres a mí como yo te quiero a tí: el cariño y el aprecio recíproco es nuestra fortuna y nuestro mas bello don, el único digno de la pureza de nuestros sentimientos. Está bien; pero esto no induce a que yo me prive de un gusto, superficial si quieres, vanidoso si se te antoja clasificarlo así, y sin embargo no menos real; ¿qué mal hai, pues, en que me lo permitas?

—Ya que esto te causa algun placer, yo tambien participaré de él, porque todo cuanto me venga de tí me será agradable; pero te suplico no vayas a comprometerte, no vayas a empeñar tu crédito y a gastar mas de lo que desahogadamente puedas; de lo contrario, lejos de tener gusto me impondrás un sufrimiento.

—Prometo hacer lo que me dices, Mercedes, advirtiéndote solamente que mi arte me proporciona recursos considerables que me permiten darme mis pequeños desahogos y que mi buena tia acumula, porque estoi seguro que ella tiene de reserva alguna fuerte suma.

—Déjasela, Víctor; talvez su prevision pueda mas tarde servirte.

—Y en verdad que no la necesito para nada, porque tengo en depósito algunos fondos: ya ves que no soi tan botarate como cree tu papá.

—Domingo se lo habrá dicho, contestó Marta, no con la intencion de ofenderlo, sino con el deseo de que sea usted mas económico.

—Así lo he comprendido, señora, agradeciendo su buena voluntad.

El jóven se despidió, dirijiéndose en el acto a las tiendas para hacer sus compras.

II.

Guillermo tenia por naturaleza un gusto esquisito y refinado, por la costumbre de una existencia lujosa como por el hábito de frecuentar una sociedad elegante; asi es que, ya sea en los adornos o en los trajes, era siempre consultado y daba el tono a la moda.

Una vez en las tiendas hizo lo que, en terminos de matrimonio, se llama un canastillo perfecto. Todos estos dijes, todas estas gasas fueron trasportadas a la calle de San Pablo al taller del pintor Víctor, que a un mismo tiempo mandó prevenir a la tia Anastasia de encontrarse presente para que fuera ella la portadora de las *donas* y de varios vestuarios completos destinados a los pobres niños a quienes en la mañana cosia Mercedes trajes ordinarios.

Guillermo, deseoso de saber la impresion que causaria a Mercedes aquel obsequio, porque al fin, aun cuando fuera mui desinteresada, era siempre mujer y no permaneceria indiferente a la vista de los adornos, se fué al taller para que la tia Anastasia a vuelta de su visita, le refiriese cuanto se habia dicho y cuanto habia pasado, para ver si podia sacar algo que favoreciese su tentativa última.

Mercedes recibió con ese júbilo peculiar a su edad, si bien moderado por su poca presuncion, aquel hermoso y elegante obsequio en que Víctor no habia olvidado ni lo mas insignificante de lo que corresponde al adorno completo de una señorita; de manera que Mercedes a cada cosa que veia se quedaba admirada, no tanto por el gusto y la riqueza del objeto, cuanto por la prevision minuciosa de Víctor, prevision que ella misma, siendo mujer, no habria tenido.

La tia Anastasia tomaba una parte activa, ya fuera en el exámen de cada uno de los objetos que formaban el canas-

tillo, ya en la conversacion a que daban márjen, ponderando siempre la riqueza y elegancia de cada cosa y diciendo que su sobrino era un jóven cumplido, que no tenia mas defecto que el ser botador.

—Y aun eso mismo le agradecia, dijo Domingo, que observaba en silencio cada adorno, cada pañuelo, o cada encaje que desenvolvian.

—Sí, repuso Marta; pero temo mucho que haya ido mas allá de sus facultades, dejándose llevar por su fantasia de artista, porque todo lo que aquí veo debe haberle costado mucho dinero.

—En cuyo caso, añadió Mercedes, tendremos que reñir; pues él convino conmigo en que seria moderado, no comprometiendo su crédito.

—No tengan ustedes cuidado, respondió la tia Anastasia; cuando él no me ha pedido nada a mí, es prueba que no ha necesitado, porque él tiene por regla invariable el gastar hasta el último centavo y jamas hacer deudas.

—Prueba que es prudente; esa cualidad me agrada mucho, dijo Domingo.

—Y qué le importa gastar a él cuando gana la plata como agua; de una pincelada allá va una pila de onzas. Yo me admiro y no puedo menos de reirme y de clasificar en la categoria de los locos a todas esas jentes que botan asi su dinero por unos cuantos mamarrachos que dibuja Víctor en un abrir y cerrar de ojos.

—No hable usted asi, tia Anastasia, esclamó Mercedes; un objeto de arte tiene muchísimo mérito, y a mí no me maravilla como a usted el que recompensen a Víctor de esa manera, y talvez muchas veces no le pagarán lo que vale su obra.

—Pero si la hace en un momento.

—Esas cosas no se calculan por el tiempo ni por el trabajo, sino por la intelijencia, por la inspiracion, por el jenio que les acompaña y que encierran.

—Veo, Merceditas, que tú raciocinas lo mismo que mi

sobrino; ¡qué pareja! !qué par de locos van a ser estos dos muchachos! ¡y estas son las jentes que se llaman de talento!.. Pues bien, señorita, yo no tengo el menor empacho en confesar que mi sobrino, en lugar de ganar, roba la plata; porque para mí mucho mas se ocupa nuestro criado Tomas o cualquier peon que mi querido Víctor, que, apenas toma una hora el pincel en la mano, cuando ya le dan una cantidad superior a lo que aquellos infelices obtendrian en un año y quizá en un siglo.

—Parece que usted no estuviera mui complacida en que Víctor obtenga a la vez y fácilmente honra y provecho.

—Complacidísima, por el contrario, pero lo que es justo es justo; y no porque me agrade, debo dejar de decir la verdad, emitiendo mi opinion como la creo. Ahora por lo que respecta a gastos, ya ven ustedes que nada hai que temer, y que sin escrúpulo alguno puede mi querida sobrinita aceptar el obsequio de Víctor, que, segun entiendo, no se limitará a esto.

—¡Todavia mas! Pues dígale de mi parte que no recibiré ni un solo alfiler.

—Ya sabrá él obligarte.

—Estoi decidida.

—Y él tambien está decidido, pues ya tiene cierta cosita reservada que no ha querido mostrarme. Independiente de esto, me dijo que iba a mandar hacer unos ricos muebles para el salon de la quinta que te regaló esa buena señora de doña Juana, donde debia colocar los retratos; pues en esta pequeña pieza no vienen bien.

—No es justo, contestó el sarjento que él haga todos los gastos. Esperemos que venga mi hijo, y como buen ebanista se encargará de esto con el mayor gusto y quizá se enfadaria si no le dejaran la posibilidad de regalar algo a su hermana.

—Mui razonable es lo que usted dice; sin embargo Víctor es porfiado y dudo mucho que ceda.

La tia Anastasia, antes de despedirse, tuvo cuidado de escitar la curiosidad de Mercedes, confesando la suya tocante al regalo que debia haberle ocultado su sobrino y que en realidad no era sino un lazo que tendia a la inocente niña la astuta y corrompida vieja.

III.

Víctor esperaba a su cómplice para saber el efecto que habian causado las donas entre aquella pobre jente tan poco acostumbrada a ver cosas de lujo, aun cuando Mercedes se habia un tanto familiarizado a ellas con la amistad de Luisa; sin embargo, siempre existia la diferencia de la posesion, pues agrada mas lo propio que lo ajeno o al menos se tiene la satisfaccion de decir: esto es mio.

La tia Anastasia refirió a Guillermo cuanto habia pasado y la curiosidad que habia despertado en Mercedes, cuando le habia dicho que su sobrino tenia una cosa reservada que destinaba para ella y que no habia querido mostrarle.

—¿Y qué espera usted de esa estratajema? preguntó Guillermo a la vieja.

—Este es el cebo, mi querido sobrino.

—¿Qué llama usted el cebo?

—No has visto tú el pedazo de carne o de queso que se pone en una trampa para cazar las ratas.

—Indudablemente.

—Pues bien: basta para que comprendas mi pensamiento. Un dia de estos, mañana o pasado, le diré con mucho misterio que esa cosa oculta de que le habia hablado es una caja con diamantes lindísimos, y me engaño mucho si ella misma no me dice que desea verlos; pero de una manera o de otra yo la induciré a que venga diciéndole que tú has salido, y entonces. . . .

—Comprendo, tia Anastasia, pero hai una dificultad.

—¿Cuál?

—Es de todo punto imposible usar de la fuerza.

—Ya lo sé.

—Pues bien?

—¿No encuentras otro medio?

—Sí... ya comprendo... ¿se encarga usted de ello?

—Mi convenio ha sido ayudarte en esta empresa; y ya creo haberte dicho cien veces que jamas falto a mi palabra.

—¿Y cuándo piensa usted que podremos llevar a efecto nuestro propósito?

—Un dia de estos... talvez mañana... Es preciso que de aquí en adelante te encuentres a toda hora dispuesto, porque la puedo atraer de un momento a otro.

—Con tal que no me haga usted esperar.

—Yo soi la mas interesada en dar término a esta aventura, pues me hace perder un tiempo precioso, que bajo ningun aspecto me resarces. Te aseguro que si hubiera previsto esta demora, no habria entrado en el negocio; pero ya que estamos en él, es preciso terminarlo.

—Manos a la obra; y para que su estratajema tenga los visos de realidad, compraré unos hermosísimos brillantes tan verdaderos como mi virtud.

—La comparacion no deja de tener su mérito: asi se equivocarán sobre esto como se han equivocado sobre lo demas. Todo se imita en este mundo, y muchas veces los falsos profetas son los mas considerados y los que obtienen mas séquito.

—La prueba de esa verdad es usted misma.

—Tú tampoco lo haces mal, sobrino querido, porque ¿quién al verte no te toma por un manso e inocente cordero?

—No disputemos sobre nuestras cualidades, tia Anastasia; se lo confieso: no me ciega tanto el amor propio, que me crea superior a usted.

—Vamos, vamos, lisonjero; no necesitas de halagarme para que haga cuanto tú quieras; con que, ¿estamos convenidos?

—No hai mas que decir.

El narcótico.

I.

Asi como una virtud trae consigo muchas otras, llevando gradualmente al hombre hácia la perfeccion, el vicio tambien se encadena, tiene su lójica fatal que nos conduce hasta los abismos del crímen. Guillermo hasta entonces habia engañado a las incautas o a las fátuas, habia sido el enemigo mas temible de los maridos, habia llevado la perturbacion al seno de muchas familias; pero para obtener esos tristes triunfos que le daban tan codiciada celebridad entre la juventud, solo habia hecho uso del engaño peculiar a sus mentidas pero no menos fascinadoras cualidades, sin emplear jamas el crímen en su mas negra perfidia, como el que preparaba a Mercedes, por el hecho solo de haberle resistido su inocencia: esta es la progresion del mal o la lójica natural del vicio.

Mercedes, sin ser presumida ni menos ambiciosa, gozábase mirando esos dijes de la nada que ejercen tan poderoso atractivo en la primera edad de la vida, y no dejaba de pensar en el escondido obsequio de que le habia hablado la tia Anastasia, escitándose mas su curiosidad cuanto mayor era el misterio; sobre todo, no figurándose qué otra cosa podia regalarle Víctor, cuando hasta los mas insignificantes adornos propios a una mujer no habian sido olvidados.

II.

Uno de esos dias y cuando vió la astuta vieja que la inocente niña habia llegado a tal grado de curiosidad que ya era imposible que subiese mas arriba, dijo a Guillermo:

—Ahora es tiempo de dar el golpe. Yo voi a traértela esta noche, preparándole de antemano un buen *refresco*, que le serviré de la mejor voluntad y que le hará provecho.

—¿Ha tomado usted sus precauciones? no sea que vamos a tener que lamentar una desgracia que nazca del escesivo celo de usted.

—Ya sabes que soi medio médica y que de consiguiente no puedo engañarme.

—Haga usted de modo que tampoco se le orijine la menor enfermedad.

—Tendré el mayor cuidado.

—¿Me responde usted de su vida?

—Con toda confianza.

—¿Me asegura que no le ha de suceder ningun mal?

—Eso no, ni es de mi resorte.

—¡Cómo!

—Quiero decir que no habrá mas mal que el que tú causes o el que tú le orijines.

—Entiendo; pero espero que ese mal momentáneo pasará en breve, y talvez lo veamos convertido en provecho y en bien.

—Eso te toca a tí.

—Ya lo sé y me encargo de ello.

—¿Estás, pues, decidido?

—Escusada pregunta, tia Anastasia.

—¿No trepidas en cometer ese atentado?

—En que lo cometamos, querrá usted decir; pues yo no soi el único que obro.

—Pero eres el solo que aprovechas.

—Tampoco, porque ambos sacamos nuestro beneficio: usted lo hace por el dinero, yo por el placer de poseer esa niña; de consiguiente, nos domina el interes, aunque sea de distinto jénero el que mueve a cada uno de nosotros.

—Ya lo veo; pero de todas maneras tú te llevas el mejor bocado.

—Esto es segun bajo el punto de vista que se le mire y segun las personas, porque estoi seguro que usted no tomaria mi parte.

—Lo creo, contestó la vieja, riéndose irónicamente, y luego añadió: demos por terminado el incidente y pasemos al asunto. Esta noche te traigo a la polluela; le daré un buen vaso de sorbete y tú harás lo demas...

—Estamos de acuerdo, pero vuelvo a repetirle: deseo que la salud de Mercedes no corra el menor riesgo.

—Pierde cuidado; a mí no me gusta que me digan las cosas dos veces: basta una sola.

Concertado el plan, como ya hemos visto, la tia Anastasia se encaminó a casa de la buena familia Lopez, que, seducida por las apariencias, engañada por las virtudes y fascinada por los favores de aquellos malvados, recibió a la vieja hipócrita con la mas cordial y sincera acojida.

—Ahora, amigos mios, dijo la tia Anastasia despues de saludar a Domingo y a Marta, y abrazar a Mercedes; vengo a ocupar un cubierto en su mesa, porque estando en el campo mi sobrino, donde ha sido llamado para un trabajo, he preferido pasar el dia en compañia de ustedes.

—Mui bien hecho, esclamaron a un tiempo el sarjento y su esposa.

—Nos da usted un verdadero placer, añadió Mercedes.

—Pero les advierto que al tomarme esta franqueza, repuso la tia Anastasia, exijo que no se apensionen en lo menor, porque de lo contrario me retiro.

—¡No faltaba mas! esclamó Mercedes: ¡usted apensionarnos! ¡cómo puede pensarlo siquiera!

—Tengo la presuncion de creer que mi visita no las incomoda, pero no es en este sentido en el que hablo, sino en el que no vayan a hacer por mí otra cosa que lo ordinario.

—Pierda usted cuidado, señora, contestó Marta; yo soi la encargada de la casa y cumpliré con sus deseos.

—Establecida y aceptada la condicion, estoi persuadida que pasaré un dia mas feliz que si estuviera en compañia de mi sobrino Víctor.

—Trataremos al menos de hacer que su ausencia no le sea tan penosa.

—Pero es lo mismo que si estuviera con él, puesto que estoi contigo, dijo la vieja, dirijiéndose a Mercedes.

—Gracias, tia Anastasia, contestó la jóven; sin embargo, seria preferible la presencia de Víctor.

—No digo que no me agradaria mas tenerlos a los dos aquí; pero ya que esto es imposible, me doi por satisfecha con lo que poseo; y cuando Víctor sepa que he pasado el dia en casa de ustedes, estará contento.

—Lo comprendo, porque debe presumir que nos hemos ocupado constantemente de él.

—Justamente, hija mia.

—¿Y cuando volverá Víctor?

—No lo sé, porque ha ido a alguna distancia de Santiago a hacer el retrato de un caballero rico que estaba mui malo y temia la familia quedar sin un recuerdo de él; de manera que no sé los dias que permanezca fuera: sin embargo, estoi segura que trabajará con rapidez para regresar lo mas pronto posible.

—¿Y por qué ha partido sin despedirse ni decirnos nada?

—La persona que vino a llevarlo no le dió tiempo, pues lo hizo montar en carruaje en el acto, sin permitirle siquiera mudar de traje, diciéndole que el médico esperaba tambien en el coche y que temia llegasen ambos demasiado tarde: sin embargo, Víctor no se olvidó de dejarme un recado para ustedes y la comision de despedirlo.

—¡Pobre Víctor!... como no se vea obligado a permanecer por allá demasiado tiempo...

—El está mas interesado que nadie en volver y estoi persuadida que lo tendremos con nosotras en el momento menos pensado y con su buena cantidad de pesos, porque en estos casos se remuneran bien esta clase de servicios o de trabajos.

—Lo que mas me deseo es su pronta vuelta.

—Ya lo sé; pero no hai que despreciar el dinero, hija mia, sobre todo cuando se han hecho gastos de consideracion; sin embargo, ya vendrá con el tiempo otro órden de ideas, y entonces pensaremos de distinto modo.

—El dinero será para mí siempre una cosa mui secundaria.

—Despues lo veremos: la edad nos modifica muchísimo, a tal punto que lo que ahora miras con desden llegará a ser para tí lo mas indispensable, sobre todo cuando le tomes el gusto a ciertos dijes como los que te tiene reservados Víctor.

—¿Qué quiere usted decir?

—Mira: (y la tia Anastasia se acercó al oido de Mercedes para decirle de una manera misteriosa) ahora te mostraré los brillantes que te ha comprado mi sobrino y que a mí no ha querido señalarme; ¡qué cosa tan linda, Mercedes! Brillan de tal manera, que se puede decir que alumbran! Qué interesante vas a verte cuando te adornes con esas alhajas!

—Pero desde el momento que él guarda esa reserva ¿para qué tomarnos una libertad que no ha querido darnos? Para qué ir mas allá?

—Esto nada significa, puesto que mas tarde o mas temprano serán tuyos esos brillantes.

—¿Y si no son para mí?

—Loca! Para quién quieres que sean?

—No lo sé, pero puede mui bien suceder...

—Yo estoi segura de ello, y cuando yo te lo afirmo debes creerme. Con que asi, esta noche verás ese prodijio.

—Le confieso a usted que tengo curiosidad, pero siento a la vez cierto temor o cierta repugnancia como cuando uno comete una falta.

—Eres mui niña, ¿qué falta puede darse en solo mirar por un momento lo que mas tarde te ha de pertenecer? Pero aun dado caso que no fuesen para tí esas lindísimas joyas, ¿qué mal habria en haberlas visto?

—Pues bien, tia Anastasia, iré.

—Y quedarás contenta, te lo aseguro.

III.

El sarjento, su mujer y su hija se esmeraron ese dia en agradar a la tia Anastasia. Marta, a pesar de la prevencion que le habia sido hecha al principio, echó mano de cuanto tenia de mejor en su despensa, convidando a su vecina Teresa, que era su protejida y su favorita para que le ayudase en el desempeño de sus funciones de cocina. La jóven mujer del zapatero Santiago, a quien suponemos no haya olvidado el lector, se prestó gustosísima, no solo porque estaba agradecida a la familia Lopez y porque queria a Mercedes de todo corazon, sino porque debia tambien servicios a la tia Anastasia y a su sobrino, que habia tenido la bondad de prestar a su marido quinientos pesos sin el menor interes y con los cuales trabajaba Santiago prosperando rápidamente; se prestó gustosísima, decimos, a venir en ayuda de Marta, haciendo ambas una comida espléndida, no por el número de guisos, sino por su sazon y delicadeza, a tal punto que la tia Anastasia esclamase a cada bocado: "¡qué cosa tan particular! Esto es como de mano de monja! Está para chuparse los dedos!" Esclamaciones que lisonjeaban la vanidad del buen sarjento y que complacian a Marta y a Teresa por la parte que habian tomado en la preparacion de aquellos sencillos pero delicados manjares.

Domingo tambien contribuyó no poco a la esplendidez del sencillo festin, tanto por las esquisitas frutas que cultivaba en su pequeño huerto con el mayor esmero y que presentó a la mesa con la satisfaccion de un artista, cuanto por su buen humor, lo salado de sus chistes y la benévola franqueza de su carácter, que contrastaba con la severidad de sus facciones y su marcial talante.

Llegada la noche, la tia Anastasia dijo al oido a Mercedes si queria que fuesen a ver la cajita de que le habia hablado ántes; y con el consentimiento de ésta, pidió a Marta el permiso de ir con Mercedes a su casa por algunos momentos, permiso que, como puede presumirse, le fué acordado en el acto.

Con acuerdo de Víctor, la tia Anastasia habia dicho aquel dia a Tomas que podia disponer de su tiempo, porque no lo necesitarian; pues si bien es verdad que el criado estaba en el secreto de todas las amorosas intrigas de su patron, sin embargo, ambos cómplices hubieran creido conveniente que no hubiera mas testigo que ellos del infame delito que estaban decididos a perpetrar: tal era la fealdad del crímen, que no se atrevian a que tomara parte aquel mismo que en muchas ocasiones les sirviera de pasivo y de intelijente instrumento.

La tia Anastasia abrió, pues, la puerta que daba al pasadizo que correspondia al taller como que en realidad estuviera la casa inhabitada, y prendiendo un fósforo, dijo a Mercedes:

—Estamos solas, hija mia, porque el sirviente ha ido a acompañar a Víctor; y si no fuera pedirte un imposible te suplicaria que te quedases conmigo esta noche; pero como no lo conseguiria y como ademas, soi poco miedosa, no insisto en mi demanda.

—Yo no tendria la menor dificultad, señora, si consintiera mi madre y si tuviera la seguridad de que Víctor no llegase.

—En cuanto a esto último, podria asegurártelo; sin embargo, no me atrevo a solicitar tal favor de la señora Marta.

—Nunca me he quedado fuera de casa; pero viendo las circunstancias, talvez daria ella su consentimiento.

—Para mí seria mui agradable, y si tú quisieras quizá lo conseguiriamos.

—Por lo que respecta a mi voluntad, cuente usted con ella, tia Anastasia.

—La vieja quedó por un momento pensativa. La fácil aquiescencia de la niña le habia hecho cambiar interiormente de plan, porque su combinacion primitiva se limitaba a aprovechar de algunos momentos, mientras que ahora tenia la posibilidad de disponer de toda una noche, lo cual aseguraba el éxito completo de su empresa, y asi dijo a Mercedes, despues de haberla introducido en el elegante dormitorio de Víctor:

—Ai, hija mia, te lo confieso, me harias gozar con anticipacion de la dicha de poseerte por completo, y esto me proporcionaria tambien el enseñarte varias particularidades respecto al carácter y a los hábitos de mi querido sobrino; porque si en realidad tú conoces sus buenas cualidades, no estás al cabo de su vida íntima, es decir, de esos pequeños incidentes que constituyen la existencia diaria y que son los que en realidad deciden de la felicidad o de la desgracia doméstica; pues, por lo jeneral, solo nos presentamos al público y aun a nuestros amigos, no como somos en nuestra casa, sino como queremos que se nos conozca; y aun cuando en realidad la conducta esterior de Víctor no desmiente en nada sus hábitos constantes, sin embargo, hai en las acciones que no se ejecutan a la vista de los demas, cierto misterio que revela de lleno lo que somos; así es de que si pasas conmigo esta noche, conversariamos sobre muchas particularidades que te interesarán y que no estará de mas que conozcas anticipadamente desde el momento que en breves dias serás su esposa.

IV.

La astuta vieja, con su conocimiento perfecto del corazon humano, habia tocado el punto mas interesante para una jóven que ama y que está en vísperas de unirse para siempre al objeto de su cariño; asi es que Mercedes le dijo:

—Hablaremos a mi madre, y mi súplica acompañará a su demanda.

—Talvez no acceda.

—La obligaremos.

—Te dejo a tí el encargo.

—Me comprometo a conseguir el permiso!

—Está bien, querida hija mia, tu complacencia es la mejor garantia de tu afeccion.

—¿Podria usted dudar de ella?

—Nunca he dudado, porque puedo decir con verdad que ambos son dignos el uno del otro y que habiéndose encontrado una vez en la vida no podia menos que nacer un afecto recíproco; pero tu concesion viene a comprobarlo todavia mas y esto me agrada, porque me hace entreveer la futura felicidad de que gozarán y en la cual me cabrá a mí tambien una pequeña parte.

—Si nuestra felicidad es la de usted, la suya tambien es la nuestra.

—Así es, así es, hija mia; la dicha tambien necesita de ciertos complementos; pero siéntate, ¿qué te parece el dormitorio de Víctor?

—Mui elegante, contestó la jóven, con cierto rubor.

—Víctor es delicado, tiene los instintos del artista, le gusta todo lo que es agradable a los sentidos, ama el lujo, no por la ostentacion, sino por la comodidad y por la belleza; a él no le importa que los otros lo señalen, sino complacerse él mismo, y compraria una maravilla, no para que

se la admiraran los demas, sino por admiracion propia: poco le importa que hablen y se ocupen de él con tal de estar satisfecho; no se cura de la opinion ajena, sino que vive en sí, por sí y para sí: tiene el egoismo del artista verdadero.

—Este es el carácter que me agrada.

—Por eso es que se hermanan. Ustedes van a ser mui felices, pues tienen los mismos gustos, las mismas aspiraciones, ¿y por qué no decirlo de una vez? la misma elevacion y la misma virtud...

—No me alabe tanto, tia Anastasia, porque talvez exajera.

—La verdad es siempre la verdad, y no debe ocultarse.

—Usted me mira con ojos favorables.

—No, hija mia; lo único que hago es ser justa, y esto es un deber que no nace de la afeccion y que es independiente del cariño.

—No hablemos de mí, tia Anastasia, sino de Víctor, pues me agrada mucho mas; ahora sírvase decirme: ¿de quién es ese retrato? y la niña miraba una fotografia que habia a la cabecera de la cama.

—Ese retrato es de la madre de Víctor, que en su amor filial jamas lo abandona: para él es su principal alhaja.

—Con razon!... ¡y qué hermosa es!

En efecto, el pequeño cuadro representaba a la madre de Guillermo.

—Sí... era hermosa!... respondió la tia Anastasia, pasándose la mano por los ojos, en ademan de enjugar una lágrima;.. pero no hablemos de esto, continuó, porque me trae recuerdos tristes y ahora es dia de gozar... Ahora debemos estar contentas, porque mui luego seremos todos felices, mui felices, ¿no es verdad, hijita? y la tia Anastasia acarició a Mercedes.

—Asi lo espero, señora.

—Ah! ¡Parece que no esperimentas el mismo entusiasmo que yo?

—No sé por qué estoi algo triste.

—Es mui raro!.. cuando todo a tu alrededor es satisfaccion y contento... cuando tienes un porvenir lleno de goces, lleno de ambrosía!...

—Es verdad, pero...

—¿Pero qué?... Vamos, no seas chiquilla, voi a disipar en un momento esas sombras...

Y la tia Anastasia se dirijió hácia un escritorio, lo abrió, puso convenientemente las luces, y tomando con sus manos una pequeña caja que habia en el fondo, dijo a Mercedes con tono misterioso: "acércate y verás cómo desaparece instantáneamente tu tristeza."

Mercedes se aproximó.

La tia Anastasia movió un resorte y el cofrecito se abrió...

A pesar de estar prevenida Mercedes, a pesar de saber de antemano que eran brillantes los que contenia aquel mueble, su sorpresa fué grande al ver aquellas preciosas joyas que parecian reflejar y despedir torrentes de luz.

—Qué hermoso es esto! qué lindo!.. jamas habria creido que existiera igual maravilla!... Esto es digno de una reina... ¿Será algun depósito que le han confiado a Víctor?

—No, hija mia: eso es digno de tí y es para tí.

—Imposible!

—Yo sé lo que digo, como ya te lo he repetido muchas veces: jamas me equivoco. Por otra parte, ¿quién mejor que tú puede llevar estas alhajas? ¡En qué cabeza, en qué cuello, en qué seno, en qué brazos, estarian mejor colocados estos brillantes sino en tu cabeza, en tu cuello, en tu seno, en tus brazos! Qué linda vas a verte! Cómo vas a ser admirada de todos! Cómo van a envidiarte las mujeres! Ya me parece verte, y gozo de antemano de tus triunfos y de la satisfaccion orgullosa del mismo Víctor, porque Víctor ama lo que es bello!...

—¡Pobre Víctor! esclamó Mercedes, dibujándose en su

semblante un aire de melancólica satisfaccion; y luego añadió: ¿cuánto le habrá costado todo esto?

—¿Qué importa lo que él gasta? Dichoso él que puede hacerlo y que lo destina a quien lo merece... ¿Quiéres que hagamos una cosa?

—¿Cuál?

—Que te pongas estos brillantes por un momento para ver el efecto que hacen, pues estoi segura que tú misma te encontrarás divina... Y ahora *él!*

—No... no, señora, no... volvió a repetir Mercedes, retrocediendo.

—Qué! ¿Por qué te asustas? ¿Acaso no son tuyos?

—Aun cuando lo fueran, señora, no me los pondria ahora. Ya hemos hecho bastante mal con no haber respetado la voluntad de Víctor...

—Vamos! eres mui niña.

—Suplico a usted que no me exija el ir mas allá.

—Respetaré tus escrúpulos, porque hai en ellos una delicadeza que, aunque me contraria, me agrada... ¡Habria tenido tanto placer en verte yo la primera!... en calcular el efecto que producirias en Víctor.

—Despues.

—No insisto; y ya que hemos satisfecho esta pequeña curiosidad de mujer, que en tí ha despertado algunos escrúpulos, hablaremos de otras cosas, pues pienso contarte pequeñas anedoctillas y singularidades del carácter de Víctor.

—Esto me agrada mas, dijo Mercedes con aire complacido.

—Pero como semejante narracion nos ocupará mucho tiempo, seria conveniente que fuese primero a conseguir el permiso de tus padres para que me acompañes esta noche.

—Con el mayor gusto, y Mercedes se dispuso a partir.

La tia Anastasia cerró el cofrecito, lo puso en el mismo lugar que antes ocupaba, echó llave al escritorio y dijo a Mercedes: "vamos."

V.

Jamas nuestra hermosa jóven habia pasado una sola noche fuera del techo paterno; pero la súplica insinuante de la tia Anastasia unida a las de Mercedes, vencieron fácilmente la débil resistencia de Marta y de Domingo, que veian en esto una complacencia natural y justa, tanto mas cuanto que ya estaba como hecho el matrimonio y que Víctor se encontraba ausente.

Apenas habian dado los padres de Mercedes su consentimiento, brilló en los ojos de la horrible vieja una alegria salvaje y siniestra, parecida a esa mirada de la víbora, tan llena de electricidad, que deslumbra, fascina y aun paraliza los movimientos de la víctima que por desgracia se encuentra en el radio de esa influencia magnética; pero como era siempre tan dueña de sí misma, ocultó en el acto, bajo las apariencias del mas humilde agradecimiento por la concesion que le acordaban, su alegria de reptil, despidiéndose con la mayor amabilidad de Domingo y de Marta, que salieron a acompañarlas hasta la puerta de calle del conventillo, recomendando a Mercedes que se viniera temprano.

La tia Anastasia y Mercedes se encontraron solas... El águila tenia entre sus garras la blanca e inocente paloma... La virtud iba a ser inmolada en aras del vicio... Satanás triunfaba... ¡Cuántas veces en este corrompido mundo no se ven cosas iguales! Y cuántas ocasiones miramos con indiferencia o narramos sonriendo crímenes semejantes! Crímenes que debieran provocar la mas grande indignacion, el mas grande espanto, el mas fuerte castigo, pues la conciencia menos escrupulosa se horripila a su vista! (1)

(1) No se crea que lo que referimos es invencion del romancista, no: pues desgraciadamente podemos citar hechos y aun existen actores del atentado horrible cometido no há muchos años y que pasamos a narrar. Renca, que como todos saben, es un lugarcito que se encuentra a una legua distante de Santiago y donde hai muchas pequeñas propiedades de campo y chacras de consideracion, no ha mucho tiempo era el sitio mas concurrido por nuestra juventud, y las partidas de placer, los paseos, los convites

Cuando Mercedes se vió sola en aquella inhabitada casa y pensó que iba a pasar en ella toda una noche sin la éjida protectora de sus padres, esperimentó como una especie de temor, como una sensacion de frio... y tembló involuntariamente, viéndose obligada a sentarse.

No se escapó a la tia Anastasia lo que esperimentaba Mercedes y se apresuró a serenarla con sus alhajas y con la dulzura de sus palabras, empleando a la vez un talisman que debia producir el efecto deseado, cual era hablarle de Víctor.

Poco a poco Mercedes recuperó toda su serenidad, reprochándose a sí misma sus vanos temores, pues no habia el menor motivo para esperimentar o para concebir la mas remota sombra de desconfianza.

VI.

La tia Anastasia desplegó en aquella ocasion todo su talento, toda su gracia, toda su inventiva para narrar a Mercedes las anécdotas mas graciosas, mas tiernas y patéticas que habian ocurrido a su querido sobrino Víctor; de manera que la inocente niña lloraba y reia alternativamente, segun era el cuento forjado por la imajinacion fecunda de aquella infernal vieja, pues ya le contaba un acto de jenerosidad sublime, una tierna escena de amor filial o un suceso

para comerse un cordero, para tomar frutilla, etc., se hacian diariamente, y nuestra sociedad santiaguina iba a solazarse en aquellos sitios, donde, bajo un parron, o a la sombra de un inmenso nogal o de una frondosa higuera, se estendian alfombras y se hacian salones de baile a la vez que comedores, pues el gusto consistia en hacer allí mismo el almuerzo o la comida, sin que cesasen por un solo instante los acordes sonidos del arpa combinados con los de la vihuela, sucediéndose las tonadas unas tras otras y a ellas la *zamacueca* y la *refalosa*; pues bien, en una de esas chacras que no queremos designar, fué donde algunos tunos de buena sociedod, cuyos nombres tambien callamos, concibieron y llevaron a cabo el plan mas horroroso y mas infernal que pudiera pasar por la imajinacion del mas corrompido e infame bribon. Es el caso que enamorados de algunas hermosas niñas y no pudiendo conseguir sus intentos, se propusieron hacer un gran convite, al que en realidad asistieron muchas familias, y en medio de la algazara de la diversion, mezclaron al licor ¡polvos de cantáridas!!.. Silenciaremos lo demas..

chusco, pero teniendo cuidado de que Víctor representase siempre el principal y el mas interesante papel. En esta charla agradable deslizábase el tiempo sin que se apercibiese Mercedes; pero habiendo mirado por casualidad hácia un reloj que estaba sobre el escritorio, esclamó:

—Qué tarde!.. Cómo pasa el tiempo... Son ya las doce y media!

—De veras!.. No lo habria creido... ¿quieres acostarte?

—Yo pasaría gustosa en vela toda la noche, oyendo sus interesantes historietas.

—Pero no es posible... talvez te haria daño...

—Cuando una está contenta, rara vez se enferma.

—Como tú quieras; estoi a tu disposicion; pero seria conveniente que tomases alguna cosa... una taza de té... un poco de jarabe de grosella trabajado por mí y al que es mui aficionado Víctor.

—Me decido por el jarabe de grosella, basta que sea del gusto de él.

Y la tímida niña empleó la palabra *él* con cierta complacencia interior, porque esta manera medio impersonal de tratar a la persona amada, parece que significa la supeioridad absoluta del individuo sobre los demas, el lugar esclusivo que ocupa en nuestro corazon, llenándolo del todo.

La vieja Anastasia se paró inmediatamente, preparó con dilijencia el vaso de sorbete que le pedian, y revolviendo el líquido con la cuchara se lo presentó a Mercedes, diciéndole: "esto te refrescará, hija mia."

La niña lo tomó de un sorbo, pues tenia sed y no habia pedido agua por cortedad.

Al dejar el vaso en el platillo y dar las gracias a la tia Anastasia, Mercedes le dijo: "esta bebida tiene un cierto amargo."

—El gusto de la grosella, querida mia; pero parece que tenias sed, pues te lo has tomado todo.

—Así era, en efecto.

—¿Quieres mas?

—No; estoi satisfecha.

—Volveremos entonces, a tomar el hilo de nuestra conversacion hasta que te venza el sueño...

—Espero que no será tan luego, para tener el gusto de continuar escuchándola.

—Está bien; y la envenenadora se paró para colocar sobre el velador el vaso, que tenia todavia en las manos, pero notándose en su semblante la alegria siniestra de su triunfo criminal... Al pararse, miró hácia una puerta que daba a la habitacion vecina; hizo en seguida una mueca, como quien dice: "ya está hecho," pues la tia Anastasia sabia que Guillermo se hallaba en ese cuarto y que la estaba indudablemente mirando por el agujero de la llave.

En efecto, no se equivocaba en su prevision, pues su malvado cómplice no habia abandonado aquel sitio, espiando hasta los menores movimientos y no escapándosele ni una sílaba de la conversacion; y sin el interes que tenia, sin la pasion que lo dominaba, habríase reido a carcajadas de los cuentos tan variados como injeniosos de la vieja matrona, cuentos que habian disipado por completo ese primer sentimiento de desconfianza que al principio esperimentaba Mercedes y que es el misterioso aviso que, quién sabe por cuál oculta lei, previene al hompre muchas veces del peligro que lo amenaza.

La vieja Anastasia volvió a su asiento y tomó una de las manos de su víctima, manifestándole ternura, pero en realidad para observar los efectos progresivos del narcótico.

VII.

Pasado un rato Mercedes se restregó los ojos y dijo a su verdugo:

—Es raro... hace un momento que me parecia no tener sueño... y ahora me ha venido repentinamente... como

nunca... Y la jóven estiró involuntariamente sus brazos con ese ademan de fatiga o de cansancio que precede al sueño.

—Tanto mejor, hija mia; dormirás bien y te levantarás fresca como una rosa.

—No quisiera acostarme... no quisiera dormir todavia...

—Como gustes: te seguiré contando otras historietas, pues no está agotado mi repertorio.

—Pero, es que no puedo... los ojos se me cierran.

—Haz un esfuerzo, hija mia, aunque valiera mejor que te durmieses; ¿quiéres que te desabroche el corpiño?

—Gracias, señora... no concibo... jamas me habia sucedido...

—¿Habrás trabajado mucho en el dia y te encuentras fatigada?

—Lo mismo que siempre... no sé lo que pasa por mí... la cabeza la tengo mui pesada...

—¿Estarás indispuesta? ¿Te habrá hecho daño alguna cosa?

—Lo ignoro; pero hace un momento estaba buena. Y la hermosa cabeza de Mercedes se reclinó sobre la silla.

La envenenadora la miraba con fijeza. La espresion de la cara de esta infame vieja estaba completamente cambiada. A la dulzura que representaba poco antes, habia sucedido una espresion dura, cruel, casi feroz: era la hiena que contempla su presa antes de arrancarle las entrañas, antes de destrozarle el corazon y beber la humeante sangre del animal que va a servir de pasto a su carnívoro festin. Pues bien, esto que pasaba en ese momento era todavia mas bárbaro, mas espantoso, mas terrible: era una furia brotada del infierno para apoderarse de un ánjel: era peor que Lucifer tentando a Jesus en el Monte de los Olivos, porque allí habia siquiera la persuasion, habia la astucia, se evocaban las pasiones del hombre, se ponian en juego todos los halagos de la ambicion, todos los encantos de un omnipotente poder para seducir la fantasia del Justo y en seguida perderlo; mientras que aquí no habia deliberacion, no

existia ni posibilidad de lucha, no podia tomar parte la voluntad, sino que el vicio iba infaliblemente y sin estorbo alguno a ser dueño absoluto del pudor, de la castidad, de la belleza de una vírjen!..............................

....

Por una de esas conmociones que anteceden a la agonia y que sin duda provienen de la lucha interior que esperimenta todo ser animado antes de caer en el letargo de la eternidad, el cuerpo de Mercedes se estremeció de piés a cabeza, sus brazos se crisparon y un ¡ay! de dolor y de angustia se exhaló de su oprimido pecho.

La envenenadora retrocedió espantada.

Víctor abrió con estruendo la puerta del cuarto: se precipitó despavorido en medio de la pieza, y tomando fuertemente de los puños a la tia Anastasia, la dijo con voz de trueno: "¡Miserable! la has muerto!... pero no morirá ella sola!..."

—Las facciones de la matrona examinada se descompusieron: tuvo miedo de su cómplice: sabia con quien tenia que habérselas y veia el peligro. Sin embargo, dominándose un tanto, pronunció esta sola palabra: "Espera."

Ya fuese la voz del amante que, por uno de esos misterios que no comprendemos, penetra hasta el corazon, de tal modo que nos vuelve a la vida haciéndose oir hasta en los umbrales de la eternidad, o ya fuese la frescura del aire que se renovaba al dejar la puerta abierta, lo cierto es que Mercedes abrió los ojos, miró a Víctor de una manera suplicante y luego esclamó con voz débil y llena de una angustia inmensa: "¡Dios mio! Dios mio! protéjeme!..."

Víctor, al contemplar aquel anjélico y dolorido semblante que pedia compasion y misericordia, no pudo ménos de conmoverse; y soltando las manos de la tia Anastasia que aun tenia fuertemente asidas, dejó caer sus brazos con desaliento y balbuceó entre dientes: "No me atrevo."

La vieja, mirando a su pretendido sobrino con una fijeza

desdeñosa y cruel a la vez que amenazadora, le dijo: "Cobarde!..."

El seductor Guillermo o el pintor Víctor, que, como se sabe, son una misma é idéntica persona, no respondió a la interjeccion humillante de la tia Anastasia, sino que permaneció por algun tiempo pensativo, silencioso y anonadado y con su vista fija en Mércedes.

¿Qué pasaba en el interior de aquella alma baja y corrompida? ¿Qué pensamientos surcaban por esa sombría frente? ¿Qué ideas hacia nacer en el cerebro de este hombre la contemplacion de su inanimada víctima? Difícil adivinarlo; pero era visible que se daba allá en los adentros de aquel pecho una batalla, que habia una lucha, y una lucha ardiente; una lucha entre los deseos y el respeto, entre el mal y el bien, entre la virtud y el vicio; porque aquella hermosa criatura inspiraba sentimientos contrarios, pues a la vez provocaba al deleite como hacia esperimentar el culto debido a la honestidad, sirviéndole de éjida, podremos decirlo así, su pureza.

La tia Anastasia continuaba tambien en la misma actitud, dibujándose en sus delgados labios la sonrisa despreciativa del sarcasmo; pero luego volvió a repetir la palabra que habia dicho poco antes: "Cobarde!..."

Guillermo se estremeció, y pasándose una mano por la frente, como para sacudir las ideas que lo preocupaban, respondió sin dirijirse directamente a la matrona examinada: "Despues de todo es preciso tener una alma mui negra."

La misma sonrisa, sonrisa quizá mas terrible y mas hiriente que el mayor insulto, volvió a vagar por los labios de la cadavérica vieja.

—¡Qué! repitió Guillermo; ¿no le conmueve a usted este espectáculo? ¿No hai compasion ya en su corazon? ¿Ha muerto ya en su alma todo sentimiento de humanidad? ¿No hai para usted otra vida que la del vicio, otro placer que el del crímen, otro goce que el de la desgracia ajena?

—Basta, yo no estoi aquí para oir homilias. Si te has arrepentido, que te haga un buen provecho y podrás decir con San Agustin: "Dichoso pecador el que es causa de una conversion." Por mi parte, he cumplido con mi palabra y espero que tú cumplas ahora la tuya.

—Qué alma!

—Vamos, déjate de recriminaciones. Bastante paciencia he tenido hasta hoi, y espero que no la apures demasiado, porque todo tiene su término y no hai vaso, por grande que sea, que al fin no desborde. Yo me comprometí a ayudarte en esta empresa que ya me cuesta muchos sacrificios y muchos disgustos. Ella ha sido llevada con habilidad, tanto por tu parte como por la mia; pero sin mi poderoso ausilio nada habrias alcanzado; de consiguiente, lo que ahora necesito y exijo es el fruto de mi labor.

Este cinismo tenia espantado al mismo Víctor. ¡No esperimentar la menor conmocion a la vista de aquel ánjel que iba a ser víctima de la mas negra perfidia y del mayor de los crímenes, era el colmo de la mas fria perversidad!...

Guillermo permanecia indeciso, no sabia qué hacer, y casi se demostraba en su semblante el triunfo de los buenos sentimientos.

La tia Anastasia continuaba impasible y dijo a su cómplice con tono resuelto:

—Ya yo nada tengo que hacer aquí: obra como quieras: esto no me importa, pero necesito que cumplas con el convenio.

—¿Cuál? respondió Guillermo maquinalmente.

—Los mil pesos.

—No los tengo conmigo.

—Lo sé, pero me firmarás un vale; para mí es lo mismo el oro que el papel cuando tiene la firma de un caballero rico y cumplido como eres tú.

—Se lo haré mañana.

—No; nadie puede decir lo que sucederá mañana, y no

es prudente dejar para otro dia lo que puede hacerse en el momento.

Y la tia Anastasia se fué al escritorio e hizo el pagaré siguiente:

"Vale a la vista y disposicion de la señora doña Anastasia Pincheira por la cantidad de mil pesos, valor recibido en dinero efectivo."

Cuando concluyó de escribir, dijo a Guillermo: "Me gusta ahorrar el trabajo a mis buenos parroquianos y he hecho lo que tú debieras hacer. Te advierto que el pequeño vale no está en papel sellado, pero no desconfio de tí. Vé a firmarlo; pues tienes bastante tiempo para contemplar la hermosura de la Merceditas que asi dormida, está mas bella que nunca."

Guillermo, casi sin darse cuenta de lo que hacia, obedeció, se acercó al escritorio y firmó, diciendo únicamente: "Ya está."

—Bien, bien, querido sobrino mio; espero que siempre seguirás ocupando a tu amable y complaciente tia; y ahora te dejo gustosa en posesion de tu tesoro. Hasta mañana; pero no olvides de irme a dar cuenta de lo que sucediese: ya sabes cuánto me gusta que gocen mis amigos y cuánta parte tomó en sus placeres; con que así, abur...

Y la vieja dobló cuidadosamente el pagaré y salió, haciendo con la mano un último ademan de despedida a Guillermo, señalándole tambien con el dedo índice a Mercedes...

....

VIII.

Era la una y media de la noche... Un silencio profundo reinaba en derredor... Solo dos seres habitaban aquella casa, y la ténue respiracion de Mercedes apenas se sentia en el recinto del cuarto...

Guillermo se acercó al sofá donde estaba reclinada, puso su mano sobre el corazon de la niña como para cerciorarse que existia... y en seguida se separó, diciendo: "No hai cuidado... duerme profundamente... no me ha engañado la tia Anastasia..."

—Despues de dar unos cuantos paseos, sin por esto apartar su vista de Mercedes, se volvió a acercar donde ella, se hincó a su lado y le tomó las manos... ¡Qué hermosa está! dijo, e imprimió en los descoloridos labios de la vírjen un ardiente beso...

A este contacto, como si le hubieran aplicado a Mercedes una máquina éléctrica, se estremeció nuevamente y por segunda vez abrió sus ojos;.. pero en esta ocasion, comprendiendo quizá, a pesar de los efectos del narcótico, el lazo que le habian tendido y el crímen de que iba a ser víctima, esclamó, mirando a Guillermo con unos ojos en que se pintaban el espanto, el horror y el desprecio: "Cobarde, miserable, infame!.." e hizo un esfuerzo sobrehumano para ponerse de pié, pero cayó exánime en el suelo...

Guillermo retrocedió... y a pesar de lo avanzado que estaba en el crímen, no pudo menos de conmoverse profundamente.... Las espresiones de cobarde, miserable, infame, y mas que todo esa mirada de profundo desprecio, lo anonadaron hasta el punto de pensar ya en abandonar su empresa y dejar libre paso siempre a Mercedes.

¿Pero qué sacaria con esto? se dijo a sí mismo. He ido demasiado adelante... abuse o no abuse, estoi para siempre perdido...y las probabilidades de que llegue despues a ser mia voluntariamente, se desvanecen si no aprovecho de esta ocasion, porque una vez perdida... me buscará para rehabilitarse y quizá para amarme... y entonces ¡qué de goces no me esperan! porque esta mujer es divina, pues debe encerrar tesoros de una delicia que seria necesario ir a buscar al cielo, no encontrándose casi nunca en la tierra...

Hechas estas reflexiones, como para persuadirse a sí mis-

me, como para darse valor, como para lejitimar su infamia, aun no se atrevia a obrar, infundiéndole un relijioso respeto el inanimado cuerpo de aquella niña que no podia defenderse y que se encontraba completamente a su disposicion...

La hermosa fisonomia de Mercedes, por lo regular tan suave y tan dulce, tenia en ese momento una impresion amarga... Habia conservado el mismo horror, el mismo desprecio que se revelaba poco antes cuando por segunda vez volviera a la vida; y en ese estado, puede decirse así, aparecia todavia mas bella, porque tenia ese aire de altivez desdeñosa que tan bien sienta a la mujer...

Guillermo la contemplaba siempre... Una especie de fascinacion lo retenia al lado de la vírjen, mas al mismo tiempo lo contenia en sus intentos; pero haciendo un esfuerzo, se desprendió de aquel círculo de atraccion, y dirijiéndose hácia un lindo esquinero que estaba en el cuarto, lo abrió, sacó un vaso y una botella de coñac y bebió un trago enorme...

Quedóse aun pensativo... y en seguida, viendo a Mercedes sobre la alfombra, la tomó en sus brazos y la depositó en el sofá con cuidadoso esmero... Tomó despues una silla y sentóse a la cabecera... Asi permaneció algun tiempo.

Mercedes continuaba durmiendo...

Guillermo volvió a levantarse, dió algunos paseos por el cuarto y se echó al cuerpo otro sorbo de coñac.

"No soi otra cosa que un pusilánime," dijo entre dientes; "¿por qué me detengo ahora? ¿Qué se diria de mí si mis amigos me viesen tan perplejo, teniendo en mi poder a esta linda muchacha que ni siquiera acarrea los compromisos que trae consigo un nombre aristocrático? Dirian que yo era bisoño, un mozalvete lleno de preocupaciones y a quien detienen los escrúpulos infantiles; dirian, en una palabra, que era un niño, y se burlarian de mí, porque todo se sabe; es, pues, preciso que a toda costa esta mujer sea mia; porque de otro modo, una vez conocido el hecho, la rechifla y las invec-

tivas que me guardan serian insoportables; y todo mi prestijio, tanto entre hombres como entre mujeres, desapareceria; y lo que es peor, me trasformaria en el hazme reir de esos necios a quienes he despreciado hasta hoi y de esas muchachas a quienes he visto arrodillarse a mis plantas; y tanto mayor seria la burla, sabiendo que era la hijo de un soldado y la habitante de un miserable conventillo la que me habia derrotado... No, esto no puede ser y no será..."

Guillermo volvió a apurar la copa...

—¿Pero cómo, repitió pasándose y mirando a Mercedes, cómo no respetar a este ánjel? ¿Cómo abusar de su delilidad? ¿Cómo perder a esta inocente criatura tan bella y pura, de una manera tan friamente calculada, tan poco digna, y será preciso decirlo como ella me lo ha dicho, tan cobarde, tan miserable, tan infgme?...

Guillermo se estrechó la cabeza con las dos manos, y continuó en esta actitud paseándose por el cuerto:

—¿Pero qué es lo que me detiene? dijo al fin. ¿No habia pensado esto mismo de antemano? No lo habia calculado y previsto? No he hecho todo mi posible porque sucediera? Y cuando he llegado al término, cuando he vencido todas las dificultades; cuando solo depende de mi voluntad el poseer lo que he cociciado tanto, ¿me detengo? No; yo seria un niño... y nada mas que un niño. Es preciso que esto concluya... y acercándose otra vez a la botella de coñac, vació en el vaso el resto del contenido y se lo bebió...

Despues, poco a poco se fué acercando hácia el sofá donde dormia Mercedes; y a medida que se aproximaba, el semblante de Guillermo tomaba una animacion satánica, producida por la escitacion del licor y por la escitacion todavia mas fuerte de la sensualidad... hasta que embriagado por completo, dijo: esto es hecho—ya no hai remedio—

....

Penas interiores.

I.

Si no hai placer mayor que reconcentrarse en sí mismo para saborear la dicha que uno esperimenta, no hai tampoco tormento mas cruel que verse obligado a tragarse sus lágrimas, ocultando a todo el mundo el intenso pesar que le desgarra el alma... Situacion terrible, espantosa y que no tiene nombre, porque es mas fuerte que el dolor mas agudo, mas constante que la enfermedad mas endémica, mas roedor que el remordimiento mismo, resultado del crímen! ¡Ai! no dejan de existir seres tan desdichados en el mundo, que ni en las cristalinas aguas de la virtud pueden hallar lenitivo a sus males!...................................

Un dia, unas cuantas horas habian bastado para precipitar a Mercedes desde la cúspide de la felicidad hasta los insondables abismos de la desgracia; ¡y sin embargo, no habia delinquido!... Tan pura como antes, se encontraba empero manchada!... Ayer no mas tenia su frente erguida, y ahora se avergonzaba de sí misma!..., Ayer su corazon rebosaba de contento, y hoi estaba triste, lúgubre, silencioso y frio como un sepulcro! Ayer todo sonreia a su alderedor, y hoi cubria su presente y su porvenir el negro crespon del infortunio!... Ayer tenia el santo entusiasmo de la virtud y de la belleza, y hoi estaba completamente abatida, sin haber perdido ni la una y la otra!... Ayer amaba la vida, y hoi deseaba la muerte!... ¿Qué mujer no comprende lo horrible y desesperante de esta situacion? ¿Qué alma no se

enternece al contemplar esa vírjen caida pero digna de adoracion y tanto mas respetable cuanto mas desgraciada? Sin embargo, ¿quién querria ocupar su puesto? Talvez nadie; porque a pesar de su relevante mérito, de su virtud acrisolada, habia caido una mancha, y aunque involuntaria, no era menos indeleble segun nuestro actual modo de juzgar!.. ¡A cuántas inocentes y virtuosas jóvenes, víctimas de la perfidia y del engaño, no condena al desprecio nuestra sociedad, pesando sobre toda la existencia de esas infelices el duro yugo de nuestras preocupaciones, considerándose demasiado dichosas cuando llega a cubrir su vida el manto del olvido...

....

"Despertar, despertar! ¡Qué momento para un infeliz!" decia Mme. de Stael, cuya hermosa existencia esperimentó tal vez grandes dolores, apreciando por esta misma razon, esa hora terrible del desgraciado, cuando al volver a la vida vuelve a sus sufrimientos, cuando al abandonarlo el sueño entra la conciencia a ocuparse de sus males, cuando al abrir los párpados es solo para llorar, para que los ojos penétren en las tinieblas del infortunio y para que la sensibilidad, vuelta al oríjen de sus funciones, recorra todas las gradas del Calvario por que tiene que pasar el ser a quien ha herido la desgracia!..

Y bien! ¿cómo atrevernos a bosquejar el amargo despertar de Mercedes? ¿cómo describir ese instante de angustia cuando, pasados los efectos del narcótico, entró en posesion de sus facultades y con ellas en el conocimiento pleno de su miseria? La pluma se detiene, el lenguaje carece de voces, porque la palabra es incapaz de representar con propiedad sentimientos que no tienen nombre, dolores que se conciben pero que no se espresan, que puede uno esperimentar pero que no analiza, que la imajinacion percibe pero que no traduce; empero, nosotros, a fuer de fieles historiadores, haremos un pálido bosquejo de aquella hora espantosa, cuya

apreciacion dejariamos con gusto à la sensibilidad de nuestros lectores, aconsejándoles no leer nuestra descripcion ténue y por demas imperfecta.

II.

Despuntaba el alba cuando Mercedes volvió en sí, encontrándose sola en un cuarto que le era desconocido. Cuatro bujias puestas en un candelabro que estaba colocado sobre el escritorio ardian todavia, esparciendo en la pieza gran claridad. Conocíase que habian sido encendidas desde temprano, pues ya estaban casi concluidas. Mercedes miró para todos lados, se restregó los ojos y nada vió ni nada comprendió por el momento: creíase sin duda soñar o sufrir una alucinacion: volvió a restregarse los ojos y se incorporó como para sacudir completamente aquella pesadilla. Nuevamente miró cuanto la rodeaba y cada objeto en particular, y la memoria de todo aquello le venia penosamente, pero poco a poco, mui poco a poco: el cerebro no estaba aun libre, hallándose sus funciones perturbadas en parte por el narcótico; sin embargo, un presentimiento vago e indefinido la hizo temblar, y un miedo invencible se apoderó de ella, cerró los ojos y esclamó: "Dios mio! Dios mio! ¿qué es de mí? ¿dónde estoi? ¿qué me ha sucedido?" De repente dió un grito agudo, saltó de la cama y cayó desmayada en el suelo: habia comprendido toda la estension de su desgracia!...

Estos sacudimientos violentos no son durables, y Mercédes recuperó los sentidos a poco rato. Entonces contempló cuanto allí existia, y un dolor tan punzante se apoderó de su corazon, que, involuntaria o automáticamente, llevó a él sus dos manos y lo comprimió con violencia...

Pasada esta sensacion tan aguda, vino sobre ella un abatimiento inmenso, casi una anonadacion completa, y gotas de un sudor frio brotaban en abundancia de su hermosa frente, bañando su rostro anjelical. Quien la hubiera con-

templado en aquel momento, habria dicho: "Hé aquí la imájen de la madre del Salvador cuando presenciaba al pié de la cruz su cruento martirio..."

En seguida operóse una reaccion violenta, paróse despavorida y con lánguidos ayes de desesperacion se precipitó hácia la puerta, esclamando: "Salvadme, salvadme!.. estoi en el infierno!..esto es mas terrible que el martirio que Dios prepara a los réprobos! y la infeliz criatura corrió hácia el patio.

Por todas partes dominaba el silencio mas absoluto... Nadie le respondia.. y el frio de la mañana, tan intenso en esa hora para los habitantes de Santiago, azotó sobre su rostro encendido de una manera tan violenta, cuanto mayor era la fiebre que la devoraba: este choque repentino la hizo caer sobre las piedras como herida de un rayo... Allí permaneció algun tiempo sin conocimiento; pero la naturaleza que a despecho de nuestra voluntad y de nuestras pasiones recupera su imperio, la volvió a la vida para volverla al sufrimiento... Mereedes se incorperó... Hasta ese instante, se puede decir así, no habia sufrido mas que el dolor físico; ahora iba a esperimentar el dolor moral; y aun cuando ambos estaban combinados. o mas bien, el primero era el resultado del último, con todo, su espíritu no se habia detenido lo bastante para sondear ese piélago de desgracias en que, sin pensarlo, se veia sumerjida.

Mercedes se incorporó, repetimos, y su primer pensamiento no se detuvo en el hombre que habia orijinado sus males, sino en sus buenos, virtuosos y queridos padres. Para ella, para esta alma tierna y amante, no era nada su propio dolor en comparacion del dolor que iba a producir en los otros; y una ráfaga de reflexion pasó por su cabeza,

El pensamiento de Luisa, sus palabras, sus consejos, sus desconfianzas, las sospechas que le habia hecho concebir en su última entrevista y tambien en sus cartas, todo, todo se presentó a su imajinacion, lo mismo que las advertencias y correspondencia de Enrique, y dijo:

¡Yo sola soi la que me he engañado!..

Las ideas de la jóven se fijaron naturalmente sobre Víc tor, porque ella ignoraba su verdadero nombre, y al penetrar en ese abismo de maldad, sintió en su corazon, no rabia, no despecho, no odio, sino una sensacion de repugnancia tan profunda, una sensacion de asco tan grande que instintivamente escupió: el ídolo de barro habia caido de su pedestal y se habia roto a sus plantas...Ya no lo amaba, ni siquiera lo aborrecia; únicamente lo despreciaba...

No sucedia otro tanto con lo que pensaba de la tia Anastasia; esa mujer le causaba horror... y no hallaba un ser igual a quien compararla, pues se habria acercado al demonio antes que acercarse a ella...

Mercedes continuaba reflexionando, si puede llamarse reflexion a este desvario del dolor... Ni una sola lágrima brotaba de sus ojos y el ardor de su frente no disminuia apesar del frio intenso que hacia en ese momento; pero este no era el último de los parasismos por qué pasara aquella alma angustiada. Todavia tenia que contemplarse a sí misma, y aquel espíritu fuerte pero delicado sintióse herido de muerte al considerarse manchado... y aquella niña cuya primera aspiracion era siempre hácia Dios, no pudo en esos momentos sentir el consuelo de la oracion... Sus labios se cerraron cuando quiso pronunciar una plegaria.... temia ofender a la Divinidad, porque en su exajeracion, no se consideraba pura, no se consideraba digna... y ella esperimentaba, lo que deciamos poco há, que hai vergüenzas que nos traen mas dolor que el remordimiento producido por el crímen...

Luisa, Luisa, añadia interiormente, ¿desde ahora vas a despreciarme? Ya no puedes considerarme como tu amiga! Ya me es imposible tener la misma confianza! Si antes te era inferior, ahora no sirvo para nada... ahora estoi deshonrada para siempre!... ¡y sin embargo, no ha estado en mi mano evitarlo!... Nada he hecho para que pese sobre mí esta calamidad! Yo estoi inocente, amiga mia... Yo no soi

culpable... Soi siempre la misma... ¡La misma! ¡Ai! ¿Por qué exijo que me consideres así, cuando yo no lo pienso? cuando en realidad no lo soi, puesto que hasta en mi interior me avergüenzo? ¡Soi mui infeliz!... y la jóven puso su cabeza entre sus rodillas, como si un peso enorme gravitara sobre ella y no le permitiese alzar la frente...

A poco rato se paró... Esto es hecho, dijo... ya viene el dia y mi madre me espera... ¡Mi madre! ¿qué va a pensar? Qué voi a decirle? Le revelaré todo? Imposible... la mataria, y yo prefiero morir en lugar de ella... ¿Para qué hacer una víctima mas? ¿Pero seré bastante dueña de mí misma? Tendré la fuerza suficiente para presentar un semblante sereno cuando tengo desgarrada el alma? Yo no he mentido, no he finjido jamas, ¿cómo lo haré ahora? Y cómo lo haré cuando quizá no seré dueña de mí misma? Por otra parte, estos malvados que me han perdido, ¿no descubrirán su infamia? Talvez no: ellos temerán la ira de mi padre y la ira de Enrique, porque mi padre y Enrique son hombres y no dejarian de vengarme? ¿Y debo yo esponer tan preciosas vidas? No; bajo ningun aspecto: mas vale callarme: la mano de Dios me hará justicia.

Y como si este dulce nombre de ¡Dios! hubiera esparcido un bálsamo sobre su lacerado corazon, se calmó un poco y arrodillándose en el mismo sitio en que se encontraba, es decir, sobre las piedras, oró un largo tiempo, levantó su vista al cielo y dijo las mismas palabras del Redentor del mundo cuando espiraba sobre la cruz: "*En tus manos, Señor encomiendo mi alma*"........ ....

....

III.

Mercedes se precipitó fuera de aquella casa maldita... Todas las puertas estaban abiertas, y antes de salir a la calle sintió subirle al rostro una especie de bochorno: temia que

todo el mundo reconociera su oprobio, y se detuvo casi en el umbral de la puerta...

Despues, componiendo su semblante, salió... pero al entrar al conventillo y divisando allá en el fondo a su padre y a su madre, se le heló el corazon, turbósele la vista y sintió que las rodillas le flaqueaban.., iba a perder el conocimiento, sin la voz de Teresa que en ese instante la llamó, haciéndola volver en sí... Mercedes se dirijió maquinalmente al cuarto de su amiga.

—Que tiene usted? la preguntó ésta con interes.

—Nada... talvez es aire.... pero pasará...

—Está usted mui pálida.

—Sí!... mui pálida!... será el frio que hace...

—Quizá!... Aquí tengo justamente servido un pocillo de agua caliente con cascaritas de naranja y un cogollito de toronjil, ¿quiére usted hacerme el favor de tomárselo? Yo le serviré otro a Santiago.

—Acepto, Teresa, dijo Mercedes, sentandose para aparecer mas tranquila.

—Qué felicidad! esclamó Teresa, agradecida de la fácil condescendencia de Mercedes; y luego, con esa volubilidad que da el contento interior, se fué a la cuna, sacó a su hijito y se lo presentó a Mercedes, diciéndole: "Mírelo bien... ¡Cuán bonito es! ¿A quén se parece?"

Mercedes, tomó la criatura en sus brazos, y dos gruesas lágrimas, las primeras que vertia, rodaron por sus mejillas y fueron a caer sobre la cara del niño: "Anjel del cielo, esclamó, Dios quiera que seas feliz!..."

—Lo será, Mercedes; lo será, porque usted es su segunda madre.

—Yo! ¿Cómo?

—Sí, Mercedes, usted, porque sin usted no hubiera vivido... porque sin su caridad yo misma habria muerto; porque sin sus socorros no habria tenido como alimentar a mi hijo... la leche de mis pechos, mi querida, mi adorada Mer-

cedes, circula por usted y viene de usted! ¿Qué mas? ¿No es esto ser su segunda madre, y quizá su primera y su única? Ah! Dios no puede dejar sin recompensa tan grande obra y no puede menos de premiar tantos méritos y tantas virtudes como usted tiene.

Mercedes miró a su amiga como asustada: habia una contradiccion tan flagrante entre estas palabras y lo que le acababa de suceder, entre estas esperanzas y la realidad, entre el premio que se le prometia y el castigo que habia recibido, que involuntariamente, dijo: "imposible... no creo..."

—Cómo! No cree usted, Mercedes, cuando todo se lo anuncia, cuando todo lo que la rodea se lo dice, cuando todo se lo comprueba, cuando todos la aman?

—Teresa, Teresa, soi mui infeliz.

—Infeliz! infeliz! esclamó Teresa, con angustia, no puede ser... usted se equivoca... algun pesar insignificante...

—Dejemos esto, dijo Mercedes, tratando de dominarse; y como para cortar la conversacion, tomó la tasa de agua caliente que le habia servido Teresa, y luego añadió: "qué lindo anjelito! Cómo debe usted quererlo! ¿Y Santiago?"

—Santiago lo quiere talvez mas que yo... ¡Y decir que tanta felicidad, que dicha tan inmensa nos viene de usted!

—Y que todo nuestro porvenir se lo debemos, añadió Santiago, que aparecia en ese momento.

—Ojalá nunca venga sobre ustedes la desgracia, repuso Mercedes, con una entonacion de voz tan melancólica que Teresa y Santiago se sintieron penosamente impresionados; pero guardaron un respetuoso silencio al ver que Mercedes permanecia como abstraida en sus reflexiones. En seguida, besó ésta repetidas veces al niño y dándoselo a sus padres, les dijo: "Dios lo bendiga."

—Déle usted tambien la suya, repusieron a un mismo tiempo Santiago y Teresa.

—La mia! Pues bien.

Y Mercedes, con la conciencia de su pureza y de su desgracia, que la hacia aun mas meritoria a los ojos de Dios, estendió sus manos sobre la cabeza de la inocente criatura y pronunció una fervorosa oracion; y cual si se descorriera para ella el velo del porvenir, dijo con acento profético:

—Tengo la seguridad de que este niño será feliz.

—Gracias, gracias, mi querida Mercedes; nosotros participamos de la misma conviccion, bastando que lo hayan pronunciado sus labios para que se realice el vaticinio...

En ese momento apareció en el umbral de la puerta Domingo Lopez y su mujer Marta, que, habiendo apercibido a Mercedes y estrañando por qué no llegaba todavia, fueron en su busca.

—Hija mia, esclamó la digna madre, ¿cómo has pasado la noche? Yo no he podido pegar mis ojos... tenia un malestar indefinible... me sentia oprimida... pero todo ha desaparecido con tu vista.

Y la buena Marta estrechó contra su corazon a la infortunada Mercedes, que, sin responder palabra, apoyó su cabeza en aquel seno que la habia alimentado y que hoi la servia para ocultar su vergüenza.

Marta quiso levantar aquella cabeza, ver aquel rostro anjelical para prodigarle las mas tiernas caricias, pero todo fué en vano; Mercedes permanecia siempre en la misma postura y guardaba el mismo silencio... De repente sus rodillas flaquearon, y por mas esfuerzos que hizo Marta para sostenerla, cayó exánime a sus piés.

Un ¡ai! agudo, un ¡ai! desgarrador, ese ¡ai! de madre tan doloroso como inimitable se dejó oir al precipitarse Marta tras su querida hija con el fin de levantarla. ¡Qué cuadro tan triste era aquel! El viejo militar, ese veterano de la independencia que desafiaba el dolor y a quien no intimidaba la muerte, tenia el semblante descompuesto; la palidez de su rostro llegaba a ser lívida, y sus ojos desencajados y fijos en un solo punto manifestaban el parasismo del espan-

to; su boca entreabierta parecia que iba a articular una palabra, y sin embargo, no se escapaba de ella un sonido, a no ser esa especie de estertor de una respiracion ajitada que se escapa del pecho con dificultad y que tanto se asimila al último aliento de los agonizantes... Domingo Lopez estaba aterrado.

Marta y Teresa agachadas sobre Mercedes, trataban de aflojar sus vestidos para llevarla en seguida a la cama. La angustiada madre estaba tambien silenciosa, y solo tuvo ánimos para pronunciar esta sola palabra:

—Un médico!

El viejo alférez Lopez quedó siempre en su puesto como si nada hubiese oido, como si tuviera embarazados todos sus sentidos; y asi era en efecto; pero Santiago, menos afectado y con esa lijereza de la juventud, lanzóse fuera de la pieza y partió como una flecha en busca de lo que habia pedido Marta.

Por una de esas casualidades, o mas bien dicho, por un acto de la Providencia, encontró a poca distancia al jóven facultativo don Carlos Leiva, que tenia entonces su domicilio en la misma calle de San Pablo y que goza ahora de una merecida reputacion.

Este jóven doctor, que, a pesar de cierta brusquedad de modales, tiene un buen corazon, siguió al artesano sin desdeñarse marchar a su lado y con la misma rapidez que él, porque le habia dicho que el caso era urjente.

Mercedes, sin haber todavia recuperado sus sentidos, yacia en el lecho, al derredor del cual estaba Marta, Domingo y Teresa tratando de calentar los ateridos miembros de la jóven.

IV.

El médico, con esa mirada escrutadora del hombre de ciencia, observó primero atentamente la fisonomia de Mer-

cedes, despues abrió sus cerrados párpados, le tomó el pulso en ambas manos, puso en seguida el oido en el corazon, volvió a mirarla de nuevo y preguntó a los circunstantes qué era lo que habia acontecido, qué alimentos habia tomado y de qué enfermedad padecia regularmente.

Marta se apresuró a responderle, y el jóven doctor meneó la cabeza como para decir:

—Eso no es bastante; eso no puede ser; aquí no está el oríjen.

Teresa contó que acababa de tomar un pocillo de agua caliente con toronjil y cáscaras de naranja.

—A ver, dijo el doctor secamente, como si allí hubiera algun vestijio que pudiera darle la esplicacion de aquella súbita enfermedad: ¿no ha quedado algun resto en la taza?

—Sí, señor; y Teresa se la pasó en el acto.

El médico examinó el contenido, lo puso en sus labios, aspiró una cucharada del líquido y devolvió la taza sin decir palabra, pero meneando la cabeza del mismo modo, como para significar:

—Aquí no hai nada.

Despues, volviéndose a las personas que lo rodeaban, preguntó:

—No ha tenido esta señorita algun susto o alguna impresion repentina y profunda?

Marta no supo qué responder, porque ignoraba lo que podia haber esperimentado en la noche anterior.

Teresa contó sencillamente lo que acababa de ver y lo que acaba de pasar en su casa cuando presentó su hijo a Mercedes.

—No es lo bastante, agregó el facultativo, y repitió el mismo exámen que habia practicado al principio.

Despues de esta observacion detenida, dijo:

—El caso es grave.

Pidió papel y tinta y escribió unas pocas líneas; se vol-

vió donde Santiago, y no pronunció mas que esta sola palabra:

—A la botica.

Santiago tomó su sombrero y salió.

El doctor investigó por segunda vez lo que podia haber sucedido, preguntando por el jénero de vida que llevaba la niña; y las respuestas que le daban parecian no satisfacerle, sin duda porque no encontraba nada en ellas que le revelase el oríjen de aquella enfermedad.

Santiago apareció con un frasco en la mano. El doctor miró el contenido, quitó la tapa y lo aplicó a las narices de la enferma; ésta no dió señales de vida... El médico meneó la cabeza.

Domingo Lopez, que no perdia un solo ademan, un solo jesto del facultativo y que creia notar el desaliento en su fisonomía, se arrodilló ante él, y con un acento que revelaba un dolor inmenso, le dijo:

—Es mi hija, señor, sálvela usted, y yo seré su esclavo.... sálvela y todo cuanto ella posee será de usted... Ella es rica, señor, mui rica: pero se lo dará todo, yo salgo fiador, se lo aseguro, señor; crea usted en la palabra de un viejo soldado que nunca ha faltado al honor ni a ninguno de sus mas insignificantes compromisos... sálvela usted...

—Este es mi deber, y sin necesidad de remuneracion, haré todo cuanto me sea posible.

Y el jóven médico sacó de su inmensa faltriquera un estuche que contenia varias herramientas y de las cuales tomó una, pidió algunos lienzos, y dijo:

—Voi a sangrarla.

—A sangrarla! esclamaron todos con espanto.

—Creo que es el único medio de salvarla; estoi casi seguro de que existe una conjestion cerebral!

—Doctor! repuso el viejo alférez con voz de trueno: ¡cuidado! su vida me responde de la de mi hija!

Y los ojos del angustiado padre lanzaban un fuego

estraordinario, parecido al de la enajenacion mental.

—Solo Dios, respondió el médico con calma, es dueño de la vida de los hombres.

—Asi es, señor, contestó Marta, y tengo confianza en su bondad y misericordia infinita... Haga usted, prosiguió, lo que crea conveniente para salvar a mi hija, y Dios le pagará el beneficio.

El médico procedió a ligar el brazo, aplicó la lanceta, y un chorro de sangre salió con violencia. Pocos momentos despues Mercedes abria los ojos, y un prolongado suspiro se escapó de su oprimido pecho; el médico dijo:

—Está salvada.

Domingo, Marta, Teresa y Santiago cayeron de rodillas, y los dos primeros besaban las manos del hábil médico que les habia devuelto a su querida hija.

Por mas que se haya gastado la sensibilidad en los hombres que se dedican a este importante ramo de la humana ciencia con la vista contínua del dolor y del sufrimiento, con la contemplacion de tantas miserias y de tantas desgracias, y mas que todo con la presencia constante de la muerte, el jóven doctor Leiva no fué insensible al placer que le causaba el haber salvado a una niña tan bella y al sincero agradecimiento que le manifestaban sus padres; asi es que tendió afectuosamente la mano al viejo Domingo, y con placentera cara le dijo:

—Espero, señor, que usted no me matará ya.

—Matarlo! Yo estaba loco! Usted es el que debe hacerlo conmigo por haber proferido ese desacato... Mi vida le pertenece, señor doctor; disponga de ella como guste.

—Yo no combato, señor, contra la vida, sino contra la muerte, y ojalá Dios guarde su existencia durante muchos años; pero mi tarea no está aun concluida en su casa, pues es casi seguro que a esta señorita le sobrevenga la fiebre y es preciso combatirla con tiempo y con cuidado; sin embargo, no hai mucho que temer: lo principal está pasado. Yo

volveré esta noche. Les recomiendo la mayor tranquilidad para la paciente y que no vea ni oiga nada que la afecte, pues su sistema nervioso está escesivamente escitado y cualquiera impresion, buena o mala, puede perjudicarle.

El doctor Leiva, sin aguardar remuneracion alguna, tomó su sombrero y partió.

El abatimiento.

I.

El médico no se habia engañado en sus previsiones, pues la fiebre apareció en seguida, pero con tal intensidad como él no se la habia figurado.

Un mes pasó Mercedes entre la vida y la muerte; pero al fin triunfó la ciencia, y mas que todo, la juventud.

En sus momentos de delirio, delirio que se repetia a una hora casi fija, las doce y media de la noche, lo que hacia cavilar al doctor, sin poderse dar cuenta de este raro fenómeno; en esos momentos de delirio, decimos, habia pronunciado palabras vagas y frases incoherentes que no podian dar claridad alguna sobre lo sucedido, pero que causaban espanto, encerrando un misterio impenetrable que en vano Marta trataba de profundizar o adivinar, porque en sus momentos lúcidos Mercedes se habia obstinado en no responder jamas a las preguntas que bajo todas formas le dirijiera su cariñosa madre, habiendo ésta llegado fácilmente a comprender que lo que mas desagradaba a su hija era que le hablasen de los vecinos, de suerte que se abstenia de entrar en esta conversacion, por mas que lo deseara.

Habia tambien ocurrido una circunstancia que la hacia pensar bastante, y era que al dia siguiente de la repentina enfermedad de su hija, habia recibido una estraña carta concebida en estos términos:

"Señora doña Marta Garrido de Lopez;

"Mi apreciada señora:

"Usted estrañará que no pase a verla; pero mi sobrino se ha visto obligado a permanecer en el campo y al lado del caballero que lo llamó, exijiendo de mí que fuera en el acto a acompañarlo porque se encontraba enfermo, viéndome por esta razon obligada súbitamente a dejar la casa, lo que me ha sido mui sensible; pero espero que se restablezca luego y que las cosas vuelvan al mismo estado de antes y entonces tendremos el gusto de ver a ustedes.

"Incluyo a usted ese dinero por el valor del arriendo para que se sirva impedir que desocupen la casa, pues ya he nombrado con este fin un hombre de mi confianza.

"Saluda a usted, lo mismo que a las demas personas de su apreciable familia,

ANASTASIA PINCHEIRA."

Esta carta, como las frases incoherentes de Mercedes, dichas durante sus momentos de delirio, daban muchísimo que pensar a Marta; ¡pero cómo comprender ese abismo de maldad! ¡Cómo figurarse tan negra perfidia! ¡Cómo creer que existieran en el mundo jentes tan hipócritas, tan bajas y tan corrompidas que hubiesen llegado a cometer un crímen que ni siquiera por la imajinacion se le pasaba. Ella no dudaba que allí se encontraba el mal, porque todo aquello habia provenido de esa noche fatal que Mercedes pasara fuera de su casa; pero le era imposible saber la verdad, y si la hubiera sabido en toda su desnudez, quizá no habria podido resistir su corazon sensible a un choque tan violento, tan inesperado y por demas doloroso.

II.

Durante toda la enfermedad de Mercedes, la pobre madre no se separó un momento de la cabecera de su hija, y estos cuidados oportunos e intelijentes contribuyeron no poco

a salvar aquella querida existencia Domingo y Teresa eran tambien sus compañeros constantes, o diremos mejor, sus ordenanzas, pues estaban prontos a ejecutar todo aquello que Marta les mandaba hacer; pero el veterano de la independencia no era el mismo hombre que hemos conocido, pues habia perdido su natural y franca jovialidad y en tan corto espacio de tiempo habia enflaquecido considerablemente. Ya no se le veia reir, ya no comia con el mismo apetito, probando apenas los guisados de su vieja compañera, aun cuando ésta se esforzaba en prepararle todo aquello que mas le agradaba; y no solo era parco en la comida, sino que ya no abria, como antiguamente, su botella de vino, a pesar de las instancias de Marta; ¡pobre hombre! tenia adolorida el alma: ¡cómo no habia de sufrir su cuerpo!

El moderno alferez, que gustaba en otro tiempo de hacer sus escursiones por la vecindad para charlar inocentemente, ya no salia de su casa, ni aun siquiera se movia del cuarto de su hija, habiendo abandonado casi completamente el cultivo de su jardin, que no há mucho hacia sus delicias. De vez en cuando pasaba su callosa mano por su arrugada frente como para desechar los tristes pensamientos que lo atormentaban, y un ahogado suspiro, suspiro que no habia podido evitar, hacíase oir... Entonces Mercedes solia volver la cabeza y le sonreia tristemente. En otras ocasiones lo llamaba, lo hacia sentarse al lado de su lecho, le tomaba las manos y trataba de consolarlo; y esa voz dulce, tierna y tan melodiosa que parecia venir del cielo conseguia algunas veces hacerlo sonreir; pero en otras sucedia un efecto contrario, aumentando a tal punto su tristeza, que le era imposible ocultar sus lágrimas, que corrian silenciosas por sus arrugadas mejillas. Cuando Mercedes lo veia así tenia que ser mui superior a sus propios males, tenia que hacer esfuerzos increibles sobre sí misma para aparentar alegria y obrar una reaccion en el ánimo de su angustiado padre.

La vieja Marta, testigo de estas tiernas escenas, no era la

que sufria menos, porque comprendia el dolor de cada uno, y comprendiéndolo, los sentia todos; pero mas dueña que nadie de sí misma, disimulaba mejor y aparecia mas serena, aun cuando en realidad estaba mas angustiada, pues su dolor participaba del dolor de Mercedes, del dolor de Domingo y aun del dolor de Enrique, figurándose cuál seria el sufrimiento de este jóven si se encontrase presente y viese el estado de su hermana: el corazon de una madre tiene tantos lados vulnerables que, puede decirse con propiedad, no hai un solo punto que esté garantido, porque su vida depende de tantas otras vidas y su dolor se aumenta con tantos otros dolores, que lo hacen comparativamente superior, comparativamente inmenso...

No era ajena al sufrimiento de aquella familia la mujer del zapatero. Teresa, a quien Mercedes habia socorrido en tan angustioso trance y a quien debia cuanto poseia en este mundo, hasta la vida de su hijo y el afecto de su marido, Teresa, decimos, no la abandonaba un solo instante, salvo aquellos momentos en que era indispensable ausentarse; pero tan luego como se desocupaba volaba otra vez al lado de su amiga, ya fuese para servirla, ya fuese para consolarla; y como no hai nada que dulcifique mas las penas del alma que el afecto de las personas que nos rodean, porque el cariño es el bálsamo mas eficaz para las heridas del corazon, Teresa conseguia de vez en cuando adormecer el dolor de Mercedes. Por otra parte, con Teresa podia hablar sobre asuntos que no se atrevia a tocar con sus padres, porque, escitada su propia sensibilidad, temia descubrirse, mientras que con su amiga, cuya mirada era menos penetrante y menos suspicaz, por ser menor el interes que sus males despertaran en ella, le preguntaba algunas veces de los acontecimientos sucedidos durante su enfermedad, sabiendo por Teresa que no habia vuelto a aparecer en aquellos lugares ni Víctor ni la tia Anastasia, cosa que estrañaba mucho Teresa, porque no comprendia la causa de un aleja-

miento tan repentino y tan inesperado, particularmente cuando no se habia escapado a su penetracion de mujer el afecto que profesaba el pintor a su querida amiga, augurando de aquí la futura felicidad de dos personas a quienes ella apreciaba, como tambien la felicidad de toda aquella familia a quien debia tan señalados servicios y por la que sentia gratitud, respeto y cariño.

En varias ocasiones habia Teresa aventurado ciertas palabras respecto de Víctor, pero Mercedes habia evadido la conversacion sobre ese punto y habia llegado aun a suplicarle que no se lo tocase jamas, lo cual bastó para que la complaciente amiga cerrase sus labios en todo lo concerniente a este particular, no sin dejar por esto de hacer sus reflexiones entre sí misma, pues era verdaderamente estraña la conducta del pintor y la coincidéncia de la repentina enfermedad de Mercedes con la no menos repentina desaparicion de Víctor; pero cualesquiera que fueran las deducciones de Teresa, era imposible que se acercasen a la verdad, y cuando mas suponia que habrian tenido algun choque, algun pequeño disgusto que no tardaria en desaparecer y cuya solucion favorable aguardaba por momentos porque era inverosímil que un ánjel como Mercedes y un jóven tan apreciable como Víctor no se amasen, y que habiéndose una vez conocido se separasen para siempre; sin embargo, pasaban las horas y los dias y nunca llegaba ese momento tan deseado de Teresa y en el que creia que consistia la felicidad de su amiga y por consiguiente la cura radical de esa enfermedad indefinible que la aquejaba, resistiendo a todos los esfuerzos de la ciencia y del estudio constante del jóven facultativo que vijilaba por la conservacion de los dias de una tan hermosa como apreciable niña, que, sin pretenderlo, despertaba profundas simpatias.

———

III.

Mercedes, como hemos dicho, se encontraba fuera de peligro. La intensidad de la fiebre habia desaparecido; pero quedaba en pié una tristeza invencible, una melancolia rara y un abatimiento tan grande, que no habia distraccion alguna que reanimase aquel espíritu que parecia haber perdido hasta la conciencia de su existencia propia.

El mismo doctor Leiva se hallaba desanimado, y aun cuando triunfara de la enfermedad principal, combatiendo el peligro mas inminente, le era imposible ahora vencer con la ciencia un obstáculo superior a esa misma ciencia; y así dijo a los padres de la jóven:

—Considero mi presencia inútil. Pueden estar ustedes seguros que el peligro no existe; pero la enfermedad de que adolece la señorita es superior a mis fuerzas, y creo que no es un médico el que la sane, sino un amigo: los remedios morales son los únicos que pueden influir sobre su naturaleza. Yo me cansaria en vano y sin resultado. Traten ustedes de procurarle distracciones, y sobre todo investiguen la causa de su habitual melancolia para tener la posibilidad de desterrarla; cuando ese abatimiento moral que la postra ahora desaparezca, concluirá tambien la enfermedad; solamente les aconsejo que eviten todo aquello que la entristezca.

—Gracias, doctor, dijo Marta; soi de su misma opinion; pero en balde quiero darme cuenta del motivo de la enfermedad de mi hija, porque mientras mas pienso mas me confundo.

—En fin, puede ser que los acontecimientos posteriores den a ustedes algun conocimiento; pero en todo caso es preciso obrar con prudencia, porque esa señorita tiene el temperamento mas impresionable que he conocido.

—Asi es, señor.

—Por la misma razon es necesario mucho tino: esas naturalezas son mui delicadas, mui vidriosas, como se dice vulgarmente, y una sola impresion puede sanarla como puede matarla, segun sea favorable o adversa, particularmente en el estado de debilidad en que ahora se encuentra.

—¡Ai! esclamó Marta; Enrique y la señorita Luisa la sanarian en el acto.

—No sé quiénes son esas personas; pero la amistad, la confianza tendrian mucho poder sobre su hija...

—¡Si fuese posible!...

—Allá veremos, replicó Domingo Lopez, que, durante la conversacion del doctor y en vista de sus observaciones, estaba madurando un plan que pensaba ejecutar tan luego como hubiese recibido la aprobacion de Marta, aquien era indispensable confiarlo.

El médico se despidió y los dos esposos quedaron solos. Entonces el pobre Domingo dijo a Marta, con un tono en que revelaba ternura, confianza y dolor.

—Ocupados dia y noche, mi querida Marta, vijilando sobre la existencia de nuestra hija, nunca hemos hablado sobre la causa de su enfermedad. Yo he reflexionado bastante y mientras mas reflexiono mas me confundo; pero me parece que el mal nos viene de nuestros vecinos, es decir, del pintor Víctor y de la tia Anastasia, pues, desde ese mismo dia que cayó enferma Mercedes, no los hemos visto aparecer: sin embargo, ¿qué es lo que ha podido suceder?

—Lo ignoro; pero estoi segura que allí está el oríjen de nuestras desgracias, y algunas palabras sueltas de Mercedes, pronunciadas durante el delirio de la fiebre, me han confirmado en mis sospechas que ahora se han convertido en certidumbre.

—¿Y qué es lo que piensas? qué es lo que deduces?

—Este es el punto sobre el cual yo cavilo y que apesar de mis cavilaciones no resuelvo.

—Ya que nada podemos afirmar y por de contado, deci-

dir, esperemos; pero yo he formado un plan que voi a comunicarte para que, en caso de recibir tu aprobacion, me decida a practicarlo.

—Veamos, ¿cuál es?

—Primeramente echarme en busca de Víctor y de la tia Anastasia, lo que habria hecho mucho antes, si me hubiera sido posible separarme del lado de mi hija moribunda; pero ahora que se encuentra fuera de peligro, creo que es por donde debemos principiar, pues estoi persuadido que una vez que los descubra, sabremos a qué atenernos sobre la enfermedad de Mercedes, curándola radicalmente.

—No me parece mal tu idea.

—Me falta todavia la segunda parte.

—Dila.

—Como el doctor acaba de afirmar que la amistad salvaria a nuestra querida hija, me he propuesto irme a echar a los piés de la señorita Luisa y suplicarle que al menos por un solo dia, por un solo instante venga a ver a Mercedes, y conseguido esto, lo que no dudo, dirijirme donde Enrique y traerlo de grado o por fuerza, aun cuando perdiese una una semana de trabajo, porque, ante todo, está la vida de ese ánjel y tambien la nuestra, pues si ella muere, ¿qué seria de tí y de mí? Qué seria del mismo Enrique?

—Es verdad, amigo mio, que seriamos mui desgraciados, pero creo que no hai motivo para esos temores, al menos, si hemos de dar crédito a lo que dice el médico; y como no estamos reducidos a tan dolorosa estremidad, no seria conveniente dar este último paso, pues debes pensar que la señorita Luisa tiene a su madre enferma y no seria posible que la abandonase, ni justo de nuestra parte el exijir tal sacrificio.

—Es verdad, uno se vuelve egoista cuando sufre, y tanto, que no habia pensado en esta circunstancia.

—Por lo que respeta a Enrique, podria darse ese paso; pero ademas de hacerlo faltar a sus compromisos, quizá va-

mos a alarmarlo inútilmente, mejor será pues aguardar, practicando solo la primera dilijencia.

—Me conformo, y desde mañana me pondré en campaña, lo que me será penoso, pues estaré obligado a separarme de Mercedes durante una parte del dia.

—¿Qué hacerle, amigo mio? Esto es tambien ocuparse de ella yendo en busca del remedio.

IV.

Si como hemos dicho, la enfermedad de Mercedes habia declinado, su estado moral se habia empeorado, porque a medida que recuperaba sus fuerzas físicas, a medida que iba desapareciendo la calentura de la fiebre, que le quitaba antes hasta cierto punto la conciencia de su estado, volvian con mayor viveza sus recuerdos y con ellos un abatimiento invencible que casi le era imposible encubrir a los ojos de sus queridos padres.

Ella preferia siempre estar sola, pareciéndole que sufria menos, pero era porque así no tenia que hacerse violencia como cuando se encontraba con otras personas, de suerte que injeniaba medios para retirarlas de su lado, y entonces cerraba los ojos, reconcentrándose toda entera en la lobreguez de su pensamiento, recorriendo paso a paso todos los incidentes de aquella noche fatal y todas las circunstancias que habian precedido al conocimiento de aquel hombre que tan inhumanamente la perdiera, no olvidándose de una sola palabra, de un solo ademan, de un solo jesto, que hubiese hecho desde el tiempo en que lo viera por vez primera hasta aquella hora en que, vuelta del parasismo por un esfuerzo soberano de la voluntad, lo mirara por la vez última.

Pero ¡cosa singular! la pasion inmensa que habia llegado a despertar aquel jóven en el alma de Mercedes, se habia estinguido por completo... no quedaba ni el menor vestijio,

ni siquiera una apagada ceniza, y esto se comprende fácilmente: una mujer virtuosa solo se entusiasma por la virtud, una mujer elevada solo aprecia la grandeza, una mujer pura solo ama lo virjinal; y cuando todo esto ha caido, ya nada existe para ella, ya no le es dado esperimentar afectos que no tienen causa, ya no puede querer al hombre que no encarna aquellas cualidades; pues era únicamente por esas cualidades que lo distinguia...

Con todo, en el corazon de Mercedes, habíase hecho un vacio... ¿A quién no afecta la pérdida de la felicidad? Y a quien no entristese, mas que la pérdida de la felicidad, la caida completa y repentina en una desgracia irreparable? ¡Ay! El infortunio tiene su marasmo, tiene ese abatimiento que se apodera de las facultades del ser, que las machaca en el mortero del dolor hasta que las pulveriza y las anonada!... Letargo terrible que impide todos los consuelos y que, cuando desaparece por un instante, solo nos deja alientos para sufrir mas, mas, influitamente mas!...

Mercedes en esa postracion de cuerpo y alma no sentia ya ese entusiasmo de filial ternura y de fraternidad, que durante toda su vida esperimentara por sus padres y por su hermano: era una especie de blanco lirio que acaban de tronchar, que aun conserva toda su belleza, pero a quien ya no alimentará la savia que le daba aroma y frescura...

En estas circunstancias era cuando se habia pasado mucho tiempo sin escribir a Enrique y cuando al fin habia en fuerza de amonestaciones, dirijido a su amiga y a su hermano esas cartas pálidas y doloridas que ya conocen nuestros lecrores; ¿y cómo escribir de otra manera? Ella habia hecho un esfuerzo sobrehumano para conseguir espresarse así, no era justo pedirle mas; pues si de vez en cuando, habia tomado la pluma era efecto mas de un maquinal que de un razonado cariño.

Marta conocia esta disposicion del espíritu de su hija, ¿qué se oculta al cariño de una madre? y veia que ese aba-

timiento profundo era tanto mas incurable cuanto mas se empeñaba Mercedes en guardarlo, cuanto mayor era la triste reserva que se habia impuesto y que Marta misma no habia podido vencer a pesar de su afecto; y lo que la alarmaba sobremanera era ver que las pruebas de ternura de que rodeaba a su hija, no producian otro efecto que empeorarla, aumentando su tristeza.

La naturaleza no resiste mucho tiempo a este estado de nuestro espíritu, sino que al fin cede, y cuerpo y alma declinan a la vez. Mercedes no tenia ya esa fiebre intensa que de un momento a otro podia haberla llevado al sepulcro. Durante hacia crísis la enfermedad, creyeron todos en un pronto restablecimiento, pero despues habia sobrevenido esa especie de inercia que nada ni nadie podia combatir, y el caso pareció a sus amantes padres mas alarmante que el anterior; porque si es verdad que el otro tenia sus peligros, sin embargo, se contaba con probabilidades de salvacion, mientras que ahora, aunque lenta, se presentaba inevitable la muerte.

Mercedes comprendia la alarma que producia en su familia el estado en que ella se encontraba y tuvo por un momento el deseo egoista de querer morir: hubo un instante en que el sufrimiento propio se antepuso al sufrimiento ajeno y en que olvidó el dolor de sus padres para no pensar mas que en el suyo; pero esta alma llena de ternura volvió en sí y pidió a Dios fervorosamente que le diese vida aun cuando le fuera insoportable la existencia, y haciendo violencia a su dolor, tuvo la enerjia de querer luchar contra su abatimiento y pidió a su madre sus dibujos, sus pinceles, su música, sentándose resueltamente al piano abandonado desde tanto tiempo; pero apenas se habian hecho oir algunos sonidos, cuando esas vibraciones de la música que tanto influyen sobre nuestro organismo, produjeron en Mercedes una impresion tan profunda y tan dolorosa que, dejándo de ser dueña de sí misma, exhaló un suspiro y cayó exánime en

brazos de su madre que corrió para sostenerla, y llamando a Domingo la condujeron ambos a su lecho. El desmayo fué de poca duracion y luego que volvió en sí, notando en el semblante de sus padres la inquietud que sentian, se sonrió dulcemente y les dijo: "no es nada... no hai el menor motivo de alarma... este es el resultado de un poco de debilidad que pasará luego, mucho mas cuando tengo la firme voluntad de conservarme para ustedes, para mi hermano y mi amiga que ocupa en mi corazon tan gran lugar..."

Domingo y Marta la abrazaron con ternura y, por primera vez Mercedes lloró... estas lágrimas desahogaron un poco su oprimido pecho y sintió una especie de alivio... Despues manifestó a sus padres el deseo de quedar por un momento sola y se arrodilló ante la imájen de Mercedes que tenia en su cuarto, y sus lágrimas corrieron todavia en mayor abundancia porque le pareció oir la voz de la madre del Salvador que le decia: "hija mia, hija mia, yo que he sufrido el dolor mas grande que puede esperimentar una mujer acá en este mundo, bendigo el tuyo... Tú como yo hemos apurado el cáliz de la amargura sin causa alguna... A mí como a tí la maldad e injusticia de los hombres, nos han hecho esperimentar un terrible martirio... Perdónalos, y levántate mas grande en tu aflixion, porque eres digna de mi divino afecto..."

Mercedes se incorporó, se acercó a la imájen que parecia mirarla con mas ternura que nunca e imprimió en las manos de la reina de los cielos sus pálidos labios... Un reflejo de felicidad, parecido a un destello divino se esparció por la fisonomia de la desventurada jóven que esclamó: "Gracias, madre mia, gracias, viviré para el consuelo de mis padres, ya que no me es dado vivír para mí.............
....

Desesperacion de un padre.

I.

Domingo estaba inquieto: las palabras de Mercedes no habian sido suficientes para sosegar su espíritu. El último desmayo y el estado de postracion en que veia desde algun tiempo a su hija, lo tenia verdaderamente alarmado; y para saber qué era lo que debia temer o esperar, se decidió por ir a consultar al mismo médico que la habia salvado; pero el doctor Leiva le repitió que su visita era del todo inútil y que para esa clase de males no habia otro remedio que el tiempo. El pobre Domingo no insistió, pero tampoco quedó convencido de las observaciones del facultativo, pues un padre no se deja persuadir tan facilmente cuando media la salud de un hijo; asi es que se despidió del doctor con la firme intencion de buscar otro; y como el que habia de mas fama en Santiago era don Lorenzo Sazie, se fué directamente a verlo, sin consultar otra cosa que su afecto; pues aunque presumia que una celebridad como aquella desdeñaria de ir a la casa de un pobre o exijiria por su visita una fuerte remuneracion, no vaciló un momento; porque estando dispuesto a dar su vida con tal de conservar la de su hija, ¿qué le importaba el dinero? pues aun cuando le hubieran exijido miles los habria dado en el acto, vendiendo la propiedad que poco tiempo antes habian obsequiado a Mercedes: tal era su pensamiento y tal su resolucion cuando se presentó en la vieja casa que ocupaba el doctor Sazie calle de Santa Rosa, a la entrada de ella.

Domingo Lopez creia que la habitacion de tan afamado médico seria suntuosa y en conformidad a su renombre, y no pudo ménos de estrañarse al ver la fachada de aquella modesta casa, y estrañarse mas todavia cuando penetró en el interior, no comprendiendo cómo podia cobijar tanta ciencia y mas que esto tanta reputacion y reputacion merecida aquel mas que modesto albergue.

A los habitantes de Santiago que conocian la morada del sabio no les tomaba de nuevo su mediocridad, o diremos mejor, la indiferencia de este hombre por todo aquello que tendia al confortable y menos por lo que tenia apariencias de ostentacion o de lujo; pero Domingo Lopez creia que se debia armonizar la fuerza de la intelijencia con el fausto de la riqueza; asi es que quedó admirado al penetrar en el patio y dirijirse al pasadizo donde solo existia una mesa rota, una silla de paja, una palmatoria ordinaria con una vela de sebo y una pizarra sucia de la que colgaba un lapiz y en la que se veian inscritos los nombres de algunas personas de alto rango.

Domingo Lopez preguntó al portero, especie de autómato, que no tenia otras funciones que decir sí o nó, si el doctor don Lorenzo Sazie se encontraba en casa. A una seña afirmativa del sirviente, volvió a repetir el moderno alferez: "¿Podré verlo?"

—Está almorzando.

—Esperaré.

—No, señor; puede usted pasar, si quiere, adelante.

Domingo Lopez se quedó un poco perplejo, al ver la poca ceremonia con que era introducido sobre todo en aquellos momentos en que a nadie le gusta ser incomodado; pero el criado volvió a repetir: "Ande no mas."

En efecto, nada habia mas asequible que el doctor Sazie, sin embargo de que tambien no habia un médico mas imposible de conseguir, pero esta dificultad consistia en sus numerosas ocupaciones, sin depender en lo menor de su vo-

luntad, siempre predispuesta para hacer el bien e ir en ayuda de la desgracia, sin distincion de rango ni de fortuna.

El veterano de la independencia, tomando al pié de la letra las palabras del sirviente, penetró en el patio interior y no quedó menos sorprendido al ver el desgreño de las habitaciones y la suciedad que reinaba en todo aquel espacioso recinto; pues de trecho en trecho habia cordeles de ropa y criadas sucias que atravesaban de un punto a otro. El caballo del doctor estaba en el mismo corredor, ensillado todavia; pero con el freno abajo y comiendo un poco de alfalfa; prendido de la pared y al alcance del hocico del animal habia tambien un capacho que contenia paja, afrecho y cebada, y en el que de vez en cuando entraba la cabeza el caballo como para diferenciar de alimentos.

Las habitaciones de aquella casa estaban deterioradas, pareciendo que existia allí el mas completo abandono; y así era en efecto, porque el doctor Sazie, preocupado constantemente con asuntos de mayor importancia, no se fijaba en esas pequeñeces.

Domingo Lopez, mas minucioso, porque era mas ordenado, se habia dado cuenta, con una rápida ojeada, de todo aquel desgreño doméstico, desgreño que parecia mas propio de un calavera que de un sabio, sin comprender que hai en estas dos maneras de ser de los hombres cierto punto de contacto: el abandono, aunque este abandono sea el resultado de tendencias completamente opuestas y que hacen el colmo de la degradacion del primero y la prueba mas inequívoca de la superioridad del segundo, es decir, del hombre que no se fija en esas pequeñeces de la vida que constituyen toda la existencia de los seres mediocres que no tienen otro pensamiento que las zarandajas de la vanidad y el oropel del ostentoso fausto.

Para el antiguo sarjento aquellas observaciones pasaron como un relámpago, sin fijarse demasiado en ellas, a pesar de lo que se le presentaba a la vista; pero como estaba preo-

cupado de un solo pensamiento, volvió a preguntar a una criada si le seria posible hablar con el señor doctor.

—Está en el comedor: pase usted adelante, respondió la criada.

—Pero no se incomodará? replicó Domingo.

—No, señor; no tenga cuidado.

II.

Domingo se dirijió hácia la habitacion que le indicaban; golpeó la puerta suavemente, y a la acostumbrada interrogacion del ¿quién es? se presentó el intrépido veterano, mui tímido al presente, con su sombrero en mano.

El doctor Sazie estaba solo, sentado a la mesa, con sus espuelas y sus grandes botas salpicadas de lodo. Un sombrero de paño de anchos bordes estaba tirado en el suelo. Al lado de su plato de almuerzo, que consistia en una cazuela, se hallaba un libro abierto, atestiguando que ni aun esos momentos eran perdidos para el estudio y para el bien y alivio de la humanidad doliente.

Don Lorenzo Sazie tenia una fisonomia dulce y severa que reflejaba intelijencia y bondad unida a cierto aire autoritario, debido sin duda al hábito de mando y a ese respeto que infunde la ciencia. El pelo desgreñado de esa intelijente y poderosa cabeza parecia hacer muchos dias que no habian tenido cuidado de él; pero esto no consistia en falta de aseo, sino en que tenia el doctor Sazie la costumbre de introducir sus dedos en los cabellos cuando meditaba o cuando leia, sin curarse despues de arreglarlos; pero no por esto afeaban aquel rostro simpático, que en su juventud debió ser interesante.

Al presentarse Domingo Lopez en el umbral de la puerta del comedor, el sabio doctor lo miró de arriba abajo con ese golpe de vista escudriñador, propio de aquel que tiene que tratar diariamente con personas desconocidas y de to-

das las condiciones sociales y que necesita saber a qué atenerse respecto al individuo a quien habla. Los filósofos, los médicos y los políticos tienen por lo jeneral esa mirada penetrante que cala a las personas, equivocándose rara vez en sus conceptos, a pesar de la rapidez del análisis.

—¿Qué se le ofrece a usted, señor? preguntó el doctor al padre de Mercedes, con tono afable aunque sério.

—Venia en busca del doctor don Lorenzo Sazie.

—Yo soi.

—Tengo que pedir a usted un gran servicio.

—Hable usted con confianza.

—Hace como dos meses, mas o menos, señor, que cayó gravemente enferma una hija mia, gozando al parecer hasta entonces de la mejor salud; y sin los acertados remedios del doctor Leiva, talvez habria muerto; pero hoi se repite el mismo caso.

—¿La ha asistido Leiva?

—Sí, señor.

—¿Y por qué no lo busca usted de preferencia? Cuando un facultativo ha salvado una vez a un enfermo, cuenta con mas probabilidades de éxito, pues ya conoce al sujeto.

—Es que el doctor Leiva no quiere.

—¿Cómo es eso que no quiere? ¿Tendrá para ello algun motivo? Y el sabio médico volvió a clavar su vista en la fisonomia angustiada del veterano.

—Me he esplicado mal, señor, contestó Lopez: lo que dice el doctor Leiva no es que no quiere, sino que no puede.

—¿Pero cómo no puede habiéndola salvado en una ocasion?

—Es verdad, señor; pero dice que la primera era otra enfermedad y que esta solo puede curarla el tiempo.

—No comprendo; pero le aconsejo a usted que vuelva a ver a Leiva; él ha sido mi discípulo y conozco su mérito; por otra parte, cualquiera que sea la enfermedad, es siempre preferible ocupar al médico que ya conoce al individuo.

—¡Pero, señor, si él se resiste! El me ha dicho que no cura las enfermedades del alma!

—¡Las enfermedades del alma! Rara vez se dan, amigo mio, y cuando esto sucede, tambien rara vez se curan; pero en mi vida he visto pocos casos iguales; ¿qué edad tiene su hija?

—Diez y seis años.

—Diez y seis años! Entonces bien le ha dicho Leiva que el tiempo la sanará... A esa edad, amigo mio, todo pasa, todo se borrra... y si bien las impresiones suelen ser mas agudas, tambien mas luego y mas radicalmente se curan...

—Por Dios! señor, esclamó el veterano de la independendencia, juntando las manos en ademan de súplica, no me abandone usted... Mi hija, mi querida hija se muere si le falta su ausilio!.. Sálvela usted y cuanto tengo es suyo.... cuanto ella tiene, pues mi hija es rica... Y el pobre hombre estaba tan triste, tenia la fisonomia tan angustiada y tan suplicante, que, compadecido el doctor Sazie de aquel dolor, le dijo afectuosamente:

—No es cuestion de dinero, amigo mio; iré puesto que lo quiere; deme usted las señas de la casa.

—Calle de San Pablo, cerca de la pirámide, en el conventillo núm...

El doctor Sazie volvió por tercera vez a mirar a con fijeza a Domingo Lopez, pues las señales de la habitacion que le habia indicado se contradecian con las palabras y con las ofertas que poco antes le habia hecho, asegurándole que su hija era rica y le daria toda su fortuna con tal que la salvase; de suerte que el doctor Sazie se hizo esta reflexion natural: es imposible que una persona, no digo rica, sino medianamente acomodada, pueda vivir en un conventillo de la calle de San Pablo; aquí debe haber algun misterio que es preciso aclarar; y volviéndose hacia Domingo Lopez le dijo: "Entre las doce y la una estaré allí."

Estas palabras llenaron de regocijo al viejo alférez, que se

retiró dando al doctor las mas espresivas gracias con su mas cariñosa sonrisa y su reverencia mas humilde y mas profunda.

III.

Llegado a su casa con el semblante tan alegre, como hacia tiempo que no se le veia igual, llamó a su vieja Marta, y saltándole al cuello le dijo: "Nuestra hija está salvada."

—¿Qué es lo que dices, Domingo?

—Que conservaremos a Mercedes.

—¿De dónde tienes esa seguridad? ¿No has sido testigo del accidente de hoi?

—Sí; pero ya no tengo cuidado; sanará.

—¿En qué te fundas?

—En que vendrá a verla ahora mismo el doctor Sazie.

—¡Es posible! ¿Has conseguido que la visite ese famoso médico?

—¿Y qué querias que hiciera? Cuando se trata de la salud de nuestra querida hija, era capaz de haber ido hasta donde el mismo Papa o donde el mismo diablo si hubiese sido necesario.

—Vaya, la alegria te hace decir sonseras.

—¿Y te parece poco conseguir al doctor Sazie? Bastante me ha costado, amiga mia, pero al fin lo tengo seguro.

—¿Te lo prometió él?

—Por supuesto; me dijo que vendria entre las doce y la una.

—Yo tambien participo de tu confianza; pero primero es preciso tenerla y pedírsela a Dios.

—Anda y rézale a tus santos cuanto quieras; pero lo que puedo decirte es que tengo mas confianza en el médico, y yo sigo al pié de la letra el adajio que dice: *a Dios rogando y con el mazo dando.*

—Lo que te faltaba era ponerte incrédulo o hereje despues de viejo; y Marta abrazó a su marido, porque tam-

bien su pecho se habia abierto a la esperanza. Ahora, continuó, yo tambien tengo una buena nueva que comunicarte.

—¿Cuál?

—Que despues que te fuiste el humor de Mercedes ha cambiado mucho.

—¡En tan corto tiempo!

—Sí, en tan corto tiempo: es un milagro de la Vírjen. Recordarás que despues de haber llorado un poco nos dijo que queria estar sola y nos separamos; pero yo que velo por los dias de mi hija y que para ello uso de todo el espionaje del cariño, me puse a mirar por el agujero de la llave y ví que se arrodillaba ante nuestra señora de Mercedes. En seguida inundó sus mejillas un mar de lágrimas: pero a traves de esas lágrimas apareció un reflejo de alegria y de tranquilidad, oyéndole distintamente pronunciar estas palabras: "Gracias, madre mia, gracias ;viviré para el consuelo de mis padres ya que no me es dado vivir para mí."

—Este es sin duda un consuelo; ¿pero en qué consiste ese sufrimiento oculto que le impide vivir para ella? Y si ella es infeliz, ¿cómo podremos nosotros ser dichosos? ¿cómo podremos existir?

—Este es un misterio, amigo mio, que talvez se aclare pronto, porque ahora se muestra mas afectuosa y mas espansiva; pues al poco rato de hecha su corta oracion me llamó, me estrechó contra su corazon y me hizo mil caricias, prodigándome los nombres mas tiernos. Tú comprenderás ahora cuánta dulzura no habia en mi dolor y cuánta esperanza en mis lágrimas... Dado este primer paso, puede ser que en lo sucesivo sea mas franca y podamos combatir el mal conociendo su oríjen.

—Tienes razon, Marta, en juzgar así, y no dudo un momento que conseguiremos sanarla y que la veremos nuevamente en el mismo estado en que se encontraba antes. ¡Ah!... si estuvieran aquí la señorita Luisa y Enrique, qué buenos

ausiliares serian! Pero esto no es posible; sin embargo, tal vez la visita de ese doctor tan sabio nos haga conocer el mal cuya fuente todavia ignoramos, perdiéndonos en unas tras otras conjeturas a cuál de ellas mas estrafalarias, pero que una vez averiguadas, desaparece todo obstáculo, por mas insuperable que sea, porque nada puede resistir a nuestro cariño combinado con el afecto que ella nos profesa

En ese momento apareció Mercedes en el pequeño saloncito que conocemos y donde se encontraban sus padres hablando confidencialmente. La palidez y flacura del rostro manifestaba la terrible enfermedad por la cual habia pasado, y la languidez de su mirada, decia el tormento de su alma; sin embargo, en ese momento habia en su semblante mas dulzura, lo que significaba la crísis favorable de que acababa de hablar Marta a su marido.

Mercedes se acercó pausadamente y se sentó al lado de su padre, tomándole una mano y diciéndole con ternura:

—Pobre mi viejo, ¿mucho le ha hecho sufrir su hija? Sin embargo, no ha estado en mi mano evitarlo; pero en lo sucesivo será otra cosa; y la mano que tenia entre las suyas se la llevó a los labios.

—Mi querida hija, respondió Domingo Lopez, retirando suavemente la mano y echando su brazo al cuello de Mercedes; es verdad que he sufrido, pero ahora estoi contento y en poco tiempo mas seré feliz, porque espero que tú lo seas.

—Gracias, padre mio, gracias; trataré de hacer su voluntad; pero sin violencia, dijo tristemente Mercedes, porque mi mal lo curará solamente Dios...

—Sí, hija mia; Dios, nosotros y un sabio médico que debe visitarte hoi y que no tardará en llegar.

—Un médico! no lo necesito; mi enfermedad no está en el cuerpo sino en el alma.

—De todas maneras, yo te suplico que te dejes examinar por él.

—Y yo tambien, esclamó Marta.

—Haré la voluntad de ustedes, a pesar que estoi segura de su ineficacia.

—Pero nada se pierde.

—Es verdad, dijo la niña, y estoi dispuesta a recibirlo, aunque, como he dicho, conozco la inutilidad...

—Talvez te equivoques.

—Dios lo quiera; pero el doctor Leiva iba mas acertado, y si préviamente lo hubieran llamado ustedes, les habria respuesto lo que ya me dijeron en vez pasada: que para esta clase de males no hai mas remedio que el tiempo; y yo creo conocer mejor el mal cuando afirmo que el solo y único remedio es Dios; y tal es mi persuasion, tal mi seguridad, que si no fuera que tendria que separarme de ustedes, me consagraria solo a él; pero creo obedecer al mandato del Señor viviendo por mis padres y para mis padres.

—Cómo! hija mia, dijeron a un mismo tiempo Domingo y Marta: ¿ha pasado alguna vez por tu cabeza el pensamiento de abandonarnos?

—Jamas; yo creo servir mejor a Dios sirviéndoles a ustedes...

—Y entonces, ¿por qué te espresas así? ¿No es sin duda para aflijirnos?

—No... nunca;.. pero dejemos por ahora esta conversacion que los entristece y me entristece... Mas tarde, otro dia hablaremos...

Y como si esprofeso viniera a interrumpir la conversacion un nuevo asunto, sintióse en ese momento la marcha lijera de un caballo de paso que entraba en el conventillo: era el doctor don Lorenzo Sazzie.

IV.

El médico entró... Era mui fácil reconócer a la enferma entre las personas que allí se encontraban; y dirijiéndose a Domingo le dijo: "No tengo necesidad de preguntar a usted

que esta es la señorita por la salud de la cual fué usted a buscarme."

—Sí, señor.

El doctor Sazie dirijió su penetrante mirada a Mercedes.

La niña se ruborizó, porque le parecia que aquellos ojos iban hasta el interior de su corazon y descubrian su secreto.

El médico se acercó pausadamente y preguntó a Mercedes con tono afable: "¿qué es lo que usted sufre, señorita?"

—Nada, señor; he tenido solamente una violenta fiebre, pero ya estoi mejor.

—Sin embargo, usted languidece y tiene el espíritu abatido, segun me dicen; por otra parte, el semblante lo manifiesta claramente.

—Será, señor, a consecuencia de la enfermedad pasada.

—A su edad, señorita, cuando se sale de una enfermedad se restablece la salud rápidamente y veo que usted en vez de avanzar retrograda.

Mercedes bajó su vista y no respondió.

El doctor continuaba mirándola; y dirijiéndose a los padres les dijo: "Necesito estar solo con ella."

Domingo y Marta se retiraron.

El doctor, entonces, tomó el pulso de la enferma sin apartar sus ojos de los de Mercedes. Despues de este exámen la dijo:

—Señorita, un médico es lo mismo que un confesor; no se le debe ocultar cosa alguna...

—Nada tengo, señor, que revelarle.

—Vamos, no se intimide usted, mire que la ciencia adivina lo que ocultan los labios...

—Es la pura verdad, señor; independiente de la fiebre por que he pasado, nunca he esperimentado otra cosa...

Habia tal injenuidad y tal conviccion en el tono con que

pronunció Mercedes estas pocas palabras, que el doctor vaciló un momento, diciendo entre sí mismo: "Talvez me he equivocado;" y volvió a repetir su exámen mas detenidamente; y cuando hubo concluido, murmuró entre dientes: "Imposible: estoi seguro de ello..." Luego sacando su caja de rapé, echó un sorbo, y mirando fijamente a Mercedes le preguntó, con esa brusquedad del hombre de ciencia: "¿es usted casada, señorita?"

—No, señor.

—Sin embargo...

—Dios mio, Dios mio! esclamó Mercedes, arrodillándose ante el doctor; ¿que hai de comun entre mi enfermedad y el matrimonio?

—Habia tanto dolor, tanta angustia en la esclamacion de aquella niña y tanta inocencia en su sencilla pregunta, que el doctor Sazie, tan filósofo como hombre de mundo y sabio médico, comprendió en el acto toda la pureza de aquel ánjel, viendo que existia allí un misterio; y con esa bondad de alma que lo distinguia, tomó a Mercedes de la mano, la levantó, la sentó a su lado, y le dijo:

—Tranquilícese usted, hija mia; yo he sido un imprudente, pero repararé mi falta, asegurándole a usted que nada tiene que temer....

—¿Pero qué es lo que sucede?

—Nada, señorita; usted tiene un pesar oculto, y esto es todo...

—Señor, señor! ¿Usted ha adivinado?

—Yo nada adivino, sino que veo y he visto su inocencia... Ahora lo que a usted le conviene es la distraccion y el reposo, y ya vendrá el término del mal que la aqueja...

Estas palabras ambiguas del doctor no tuvieron otro significado, en la sencillez de Mercedes, que, con la distraccion y con el tiempo se curaria al fin su pesar: era el mismo juicio que habia emitido un mes antes el doctor Leiva y de consiguiente, nada tenia que temer respecto a la revelacion

del fatal secreto que se habia propuesto sepultar con ella para no causar la muerte de sus queridos padres, el dolor de su hermano y talvez el desprecio de su amiga...

Antes de despedirse, el doctor Sazie volvió a fijar su vista en aquella fisonomia anjelical que respiraba candor, pureza y resignacion, y le dijo: "Cuente usted, señorita, en todo y para todo conmigo;" y tendiéndole la mano, con respetuosa afabilidad, partió.

V.

Domingo y Marta esperaban con anciedad el resultado de la visita del médico y cuando lo vieron que salia, se dirijieron a él, haciéndole esta pregunta tan usual: "¿Qué es lo que hai, señor?"

—Nada de grave y menos de alarmante; pero tengo que hablar con usted, y se dirijió a Domingo: Mañana lo espero en casa a la misma hora en que estuvo usted hoi.

Y el doctor Sazie montó a caballo, sin dar ninguna otra esplicacion.

Los dos esposos fueron entonces a ver a su hija, alegres con las palabras del médico, pero estrañando su laconismo y mucho mas cuando vieron que no habia dejado receta alguna.

Mercedes les dijo que el doctor Sazie habia sido de la misma opinion del doctor Leiva, es decir, que su mal necesitaba únicamente distraccion y reposo, con lo cual, si no quedaron Domingo y Marta completamente satisfechos, al menos, renacia en ellos la esperanza y particularmente cuando le habian oido decir al primero que no habia nada de grave ni de alarmante.

A la hora fijada por el doctor estaba Domingo Lopez en casa de él, puntual como el militar que nunca falta a la consigna.

Don Lorenzo Sazie lo recibió con afabilidad y le ofreció un asiento.

Domingo aceptó.

—El médico dió algunos pasos por el cuarto sin decir palabra, pues sin duda combinaba algun plan para que no fuera tan brusca y tan terrible la revelacion que iba a hacer al viejo soldado, cuya bondadosa fisonomia anunciaba la franqueza, la honradez y el pundonor; y el doctor sabia por esperiencia cuán dolorosos son estos lances para un padre amante y celoso del buen nombre de sus hijos.

De repente, como tomando una resolucion, despues de una lucha interior, paróse frente a frente del moderno alférez, o lo que es lo mismo, del viejo sarjento, y le dijo:

—¿Es usted el padre de la señorita a quien he visitado ayer?

—Sin la menor duda, señor, contestó Domingo, sorprendido de tan singular pregunta.

—¿Y usted quiere mucho a su hija?

—Mas que a mi vida, señor, porque es un ánjel...

—Asi me ha parecido, pues solo basta verla para formarse esta opinion.

—¿Cuánto tiempo a que está enferma la niña?

—Como dos meses.

—Dígame usted todos los incidentes desde el principio de su enfermedad y cómo provino ésta.

Domingo esplicó con todos sus detalles lo ocurrido.

—¿Nunca la ha perdido usted de vista?

—Nunca, señor, escepto la noche que precedió al ataque repentino que por nada no me la llevó al sepulcro.

—¡Escepto una noche! ¿Cómo es esto?

El veterano contó, con esa naturalidad en que se revela la buena fé, la licencia que le habian acordado para que acompañase aquella noche a la señora Anastasia, tia del pintor Víctor, en la ausencia de éste, y luego añadió:

—Pues, señor, ¿quiere usted que le diga la verdad? Estoi seguro que de aquí vienen todos nuestros males, porque no he vuelto a ver a esa jente; sin embargo, no comprendo el

cómo ni el por qué: todo esto es para mí y para mi mujer el mas grande misterio.

—Yo sí que lo comprendo, replicó el doctor: todo es para mí ahora claro como la luz del dia...

—¡Es posible, señor! ¿Usted ha descubierto la causa? Entonces no hai la menor duda, no habrá el menor inconveniente para que mi hija sane?

—Su hija no corre el menor peligro, particularmente estando en mis manos; pero dígame usted antes: esa señora Anastasia, tia del pintor Víctor, ¿no es una vieja alta, flaca, de nariz larga, de labios delgados, de barba saliente, que casi toca con la nariz, de frente estrecha, de ojos chicos y de un mirar que algunas veces da miedo?

—La misma, señor; ese es exactamente su retrato, ¿la conoce usted?

—¡Sí, la conozco!.. Esa vieja es un misterio...

Y el doctor Sazie volvió a pasearse por el cuarto, con su mano puesta sobre su ancha y despejada frente, en actitud meditabunda.

—¿Qué sucede? esclamó Domingo, asustado de las raras maneras del médico.

—Nada, nada, amigo mio; pero yo seré el brazo de Dios...

Y continuó paseándose, sumido en sus propias meditaciones...

Domingo Lopez estaba cada vez mas sorprendido, y un vago temor se habia apoderado completamente de él.

—Por Dios! señor, ¿qué es lo que hai?

—Va usted a saberlo; pero necesita traer en su ausilio toda su serenidad, toda su calma, todo su valor....

—Nunca he retrocedido ante el peligro, dijo con resolucion el veterano.

—Hai peligros de peligros, amigo mio; uno puede afrontar la muerte, pero no la...

—¿La qué?

—La vergüenza...

—Señor! dijo el militar, parándose de su asiento, con altivez; yo no he tenido nunca de qué avergonzarme y no es en mi vejez que esto pueda suceder...

—Amigo mio, hai veces que acontecen las cosas sin que lo pensemos y a despecho de nuestra voluntad.

—Pero... pero... hable usted por Dios!

—Serénese usted: nada hai de estraordinario en el mundo, y siempre debemos estar preparados para lo que sobrevenga, por desagradable, por funesto que sea...

Habia bastado al doctor Sazie el ver dos veces a Domingo Lopez y una vez a Mercedes, para comprender cuánta hidalguia y cuanta sensibilidad habia en el primero, y cuánta inocencia y pureza en la segunda; asi es que trataba de preparar al veterano para que el golpe que iba a recibir no fuese tan récio, al mismo tiempo que se proponia no disculpar la falta de Mercedes, porque en realidad no la habia, sino hacer brillar su inocencia, inocencia que no se habia ocultado a la observacion del hombre de mundo y del filósofo.

El doctor continuó:

—El mal de su hija, si bien existe mucho en el ánimo, es sin embargo, natural, sencillo y fácil de curarlo.

—¿Entónces no hai peligro?

—El que menor.

—¿Pero qué enfermedad es esa?

—La señorita ha caido en un lazo: ha sido engañada...

—¡Engañada! No entiendo.

—La pureza de las intenciones de usted y su buena fé le han impedido ver claro en este asunto.

—¡Mi buena fé y las pureza de mis intenciones! ¿qué tienen que ver con la enfermedad de Mercedes?

—Nada con la enfermedad; mucho con el conocimiento de ella.

—Dejémonos de rodeos, señor, y vamos al grano, porque ya me falta la paciencia y el sufrimiento...

—Y sin embargo, amigo mio, es preciso tener lo uno y lo otro; pero yo me he propuesto revelar a usted la verdad para evitar mayores males y para que usted obre con prudencia, talvez para que se pueda reparar a tiempo la desgracia. . .

—Estoi en ascuas; y el viejo militar volvió a sentarse, como quien dice: "Aguardo."

—Mi estado y mi posicion, señor, dijo el doctor Sazie, con tono solemne, me permiten conocer muchos secretos, estar al cabo de muchos males y tener esa penetracion que basta para profundizar muchos abismos, y para ser testigo mudo de muchas desgracias. . . Pero en todo ese inmenso panorama de la vida humana que un médico, y un médico como yo, recorre diariamente, ve virtudes y vicios, flaquezas e infortunios que a cualquier otro abismarian, pero que, para uno, llegan a hacerse familiares; y de esta esperiencia constante es de donde nos viene el conocimiento de las cosas; y este conocimiento del corazon y de las pasiones de los hombres, me permite asegurar a usted que no he encontrado en mi larga carrera una niña en que se manifieste mas claramente el pudor, la inocencia y la virtud que en la hijita de usted. . .

—Gracias, señor, dijo el soldado de la independencia, conmovido. . .

—Y sin embargo, continuó el doctor, esa niña es desgraciada. . . y es desgraciada sin culpa. . .

—He sido testigo de sus penas sin comprenderlas.

—Valor, amigo mio, valor: la señorita su hija se encuentra en cin. . .

—Miente usted! esclamó Domingo Lopez, con voz de trueno y parándose de su asiento. . . Miente; y, antes de salir de aquí, yo haré trizas al infame calumniador. . .

El doctor Sazie no se esperaba un insulto tan brusco, y tanto menos lo aguardaba cuanto que, estimando a la hija y teniendo compasion por el padre, habia hecho todo su

posible por atenuar el efecto de aquella revelacion; pero comprendiendo lo que es el dolor de un padre cuando se ve deshonrado, no hizo caso de la groseria del veterano, y le dijo con dulce calma:

—Ojalá, amigo mio, fuese yo en este caso un embustero y un calumniador; lo preferiria, con tal de no ver deshonrada a una señorita tan apreciable como su hija y a un padre tan bueno como es usted...

Y el doctor se sentó tranquilamente en una poltrona, a pesar de la actitud amenazante del viejo soldado.

La calma del médico, la angustia compasiva que revelaba su noble semblante, la afectuosa dulzura de sus palabras, operaron una reaccion, aunque siempre dolorosa, en el ánimo del desgraciado padre.

—¡Deshonrada!.. Mi hija deshonrada!.. esclamó Domingo Lopez, cubriéndose el rostro con ambas manos...

—Valor, dijo el médico; valor, amigo mio, y sobre todo prudencia... Piense usted, y creálo, pues yo se lo aseguro: la hija de usted no es culpable; ella ha sido engañada, y talvez víctima de una infernal intriga; tengo mis motivos para juzgar así, en primer lugar, porque solo basta ver a su hija para estar seguro de su pureza y de su inocencia, y en segundo lugar, porque tengo algunas sospechas sobre esa mujer a quien usted ha llamado tia Anastasia...

—¡Infierno!.. ¿Conoce usted a la tia Anastasia?

Y las facciones del veterano al hacer esta pregunta revelaban tan furiosa resolucion, que el prudente doctor no se atrevió a contestar afirmativamente, temiendo una catástrofe, y solo respondió: "nada se hace con la violencia; es preciso serenarse."

—¡Serenarse! ¡Cómo se conoce que usted no es padre, doctor!

—No crea, amigo mio, que soi indiferente a su sentimiento; lo comprendo y participo de él; pero quiero evitarle a usted mayores males...

—Gracias por sus consejos, señor; yo soi el único juez y el único dueño de mis acciones, y en consecuencia, obraré como me convenga...

El tono y la amargura con que fueron pronunciadas estas palabras, decian claramente el pensamiento oculto del antiguo soldado; y el doctor Sazie leia a libro abierto todo cuanto se pasaba en aquella alma desgarrada por uno de los mas grandes dolores que puede esperimentar un hombre.

Despues de una pausa, pausa tan terrible como la calma que precede a la tempestad, Domingo Lopez encarándose al doctor Sazie, le dijo con ronca y temblorosa voz: "Usted no puede negar, señor, que conoce a la tia Anastasia: el retrato que usted acaba de hacerme de ella; me lo prueba lo único que necesito ahora es saber dónde vive y este es tambien el único servicio que de usted solicito.

El doctor respondió resueltamente:

—Lo ignoro.

Era indudable que mentia; pues siendo la tia Anastasia matrona examinada y el doctor Sazie protomédico, conocia su domicilio, por esta como por muchas otras circunstancias; pero previendo lo que iba a suceder, no quiso informarlo de la casa y se contentó con agregar:

—Pierda usted cuidado, que recibirá su castigo...

—¡Su castigo! Soi yo quien debo dárselo... Yo únicamente, porque no dejaré a nadie el derecho de vengar mi afrenta... y ese infame de Víctor... tambien debe usted conocerlo, puesto que es sobrino de ella.

—Nada sé de él.

Y en esto decia la verdad el doctor, porque no sabia que la tia Anastasia tuviera algun pariente, pero sí muchos cómplices a causa de los ruidos que sobre ella corrian y de lo que él mismo, sin conocer bien los manejos de aquella infernal mujer, habia podido traslucir por varios acontecimientos que no le daban una prueba, pero que habian producido en su espíritu sospechas vehementes, sin que le fuera posi-

ble averiguar cosa alguna que la condenase, pues aun en el caso presente, ¿qué podia afirmar? Esta era una conjetura como las demas, que no alcanzaba a dar la certidumbre y menos aun la realidad del crímen.

—No hai situacion mas triste que la mia! esclamó Domingo Lopez. ¡Ver cometido el atentado mas infame, conocer a los autores del delito y no poderlos perseguir, porque no sé dónde están, dónde viven, pues se han desaparecido como una sombra... (y el soldado de la independencia lloraba) Es el tormento mas horrible...

—Tarde o temprano, señor, serán debidamente castigados, y yo no seré ajeno a ese castigo...

—¡Pero qué ha hecho mi Mercedes para que así la burlen y la ultrajen! Qué he hecho yo para que oprobien mis canas y caiga sobre mi modesta familia la vergüenza! Señor, prosiguió Domingo Lopez, de vez en vez mas conmovido, no tengo, en mi larga carrera de soldado, nada de qué arrepentirme; mi mujer ha sido una santa; mis hijos han sido y son unos ánjeles: ¿qué culpa hemos cometido entonces para que caiga sobre nuestras cabezas tan cruel castigo?..

Y el viejo militar cruzóse de brazos y levantó su vista al cielo como para interrogar a Dios, como para pedirle cuenta de aquella injusticia...

Pasado un momento, momento de anonadacion mental o de doloroso martirio, tomó su gorra, y estendiendo su mano al doctor Sazie con aquel aire de imponente majestad que naturalmente lleva consigo la desgracia, le dijo:

—Usted me ha causado uno de aquellos sufrimientos que no tienen nombre, pero se lo agradezco, señor... La operacion ha sido cruel, pero al fin he penetrado en el abismo en que antes me perdia... Usted me ha prometido tambien que el crímen no quedaria sin castigo, es decir, que usted me ayudaria en mi venganza; ¿puedo contar con su palabra?

—Para la venganza no; para el castigo sí; y yo veré el medio de que sea proporcionado a la culpa...

—Está bien, señor, yo obraré como lo crea conveniente; pero cuando necesite de su apoyo, ¿estará usted dispuesto a prestármelo?

—En todas ocasiones, amigo mio, ¡y quién sabe si yo tal vez no me adelante!..

El doctor Sazie y el alférez Lopez se dieron un apreton de manos, como para ratificar el convenio; y el desesperado padre salió de la casa del sabio médico.

VI.

Todo el trayecto que hai desde la calle de Santa Rosa, donde vivia el doctor Sazie, hasta el conventillo de la calle de San Pablo, forma a lo menos una estension de veinte cuadras, que Domingo Lopez atravesó sin fijarse en nada, sin mirar y sin ver a nadie, tal era la preocupacion de su angustiado espíritu; pero no era solo su tormento propio lo que en aquel momento obraba en él, sino que era tambien la idea del martirio que iba a causar a su querida Marta, porque él comprendia que su mujer seria aun mas sensible a esta desgracia que lo que lo era él mismo, y no sabia cómo abordaria tan delicada cuestion sin hacer quizá una incurable herida.

Sumido en estas reflexiones llegó el desconsolado padre a su morada, sin haber podido combinar un plan que, revelando a Marta el secreto, (porque no queria bajo ningun aspecto dejar que ignorase el estado de su hija y la causa del mal que le aquejaba) amortiguase el golpe; pero en vano se habia torturado la imajinacion, pues no habia podido hallar lo que deseaba; asi es que entró a su casa sin saber cómo debia de obrar.

La vieja Marta lo esperaba con impaciencia para saber el motivo de la cita del doctor, presumiendo que fuese un réjimen curativo el que iria a darle para el pronto restablecimiento de Mercedes; pero apenas vió a su marido, acostumbrada como estaba a leer en aquella fisonomia, cuando

conoció que tenia una grave preocupacion y un sufrimiento no menos grave, porque las facciones del veterano estaban contraidas por el dolor, aun cuando queria ocultarlo; pero los mismos esfuerzos que hacia para disimular lo traicionaban, revelando a las claras la magnitud de su sufrimiento interior, por cuya razon le dijo Marta verdaderamente alarmada:

—¿Qué te ha sucedido, Domingo?

—No gran cosa, y el militar se pasó la mano por la arrugada frente, que en esos momentos tenia surcos profundos, los surcos que horada tan hondamente la angustia...

—Cómo nada! ¿de dónde vienes?

—De casa del doctor Sazie.

—Y!.. ¿qué te ha sucedido? Y la vieja Marta, al hacer esta interrogacion perdió el color, porque la cara de su marido presajiaba una desgracia...

—Te he dicho que poca cosa.

—No me ocultes nada, Domingo, ¡no hai remedio para mi hija? La perderemos? El médico te ha dicho que era imposible salvarla?... y la pobre mujer temblaba, mirando a su marido con una angustia imposible de pintar.

—No te asustes, Marta, contestó el sarjento echándole los brazos y estrechándola contra su corazon. No te asustes: nuestra hija no corre el menor peligro... vivirá... el doctor me lo ha asegurado, y yo tambien lo sé...

—¿Y entónces?

—Ya ves, no hai motivo para tanta alarma.. te lo aseguro... tú sabes que nunca miento; pero si aun desconfias, te lo juro por Dios!...

—Basta, basta, te creo... y la serenidad volvió al pecho de la aflijida madre, porque habia conocido que su marido no la engañaba.

Tranquilizada Marta sobre el principal punto, pues no preveia una mayor desgracia, dijo a Domingo con tono resignado a la vez que afectuoso.

—Cualquier otra desgracia, mi querido amigo, que pueda sobrevenirnos, con tal que no sea la muerte de nuestra hija, es llevadera; con que así, no hai por qué aflijirse; y la santa mujer acarició a su amante y buen esposo...

Estos dulces y tiernos halagos, que hubieran desvanecido todo sentimiento, todo dolor, que hubieran cicatrizado la mas honda herida, que lo hubieran consolado hasta en los umbrales de la muerte, hicieron en Domingo un efecto contrario, pues acrecentaron su pena y rodaron de hilo en hilo las lágrimas sobre sus mejillas; y los sollozos que él queria ahogar levantaban su pecho con mayor violencia que si le hubiese dado libre curso a su aflixion...

—No te comprendo: ¿qué es lo que ha podido, qué es lo que puede aflijirte a tal estremo si no son nuestros hijos? y tú me dices que no hai temor alguno por Mercedes, sabiendo tambien que está bueno Enrique.

—Es verdad, pero...

—¿Pero qué?

—Pero la muerte no es el mayor de los males...

—¡Cómo es eso, Domingo! ¿qué quieres decir con esas palabras?

—Un secreto que deseara ocultártelo y que es indispensable que te revele, aun cuando te...

—Por Dios! habla... dijo Marta, mas alarmada aun que en la vez anterior.

—Es preciso resignacion, amiga mia... Tú que eres una santa debes tenerla...

—No me tortures mas, Domingo;.. estoi preparada.. habla...

—Mi querida Marta: toda nuestra vida ha sido feliz, ¿por qué no habiamos de esperimentar tambien nosotros algunos pesares? Dios quiere indudablemente probarnos...

—Es verdad, Domingo, Dios nos ha mirado siempre con bondad y misericordia, y quizá hemos dado lugar a su justicia...

Y como si la buena mujer quisiera aplacar esa justicia, se prosternó ante sus imájenes, permaneciendo arrodillada por algun tiempo y sin proferir palabra; pero cuando se levantó dijo a Domingo:

—Ahora, amigo mio, dime lo que pasa, pues creo tener fuerzas...

—Nuestra hija es inocente y nunca ha dejado de serlo...

—¿A qué viene esto? ¿Quién puede dudar de la inocencia y de la pureza de Mercedes?

—Es que el doctor me lo ha dicho...

—No necesitábamos del testimonio del doctor para tener plena seguridad...

—Y sin embargo, Marta, él me ha revelado un misterio horrible sobre la enfermedad de nuestra hija...

—Dios mio! Dios mio! ¿será cierto?... mis desconfianzas, mis temores, mis sospechas, ¿se habrán realizado? Pero no es cierto; no puede ser... imposible, imposible!...

Y Marta juntó las manos, elevándolas hácia el cielo.

—¡Tus sospechas! ¿Tenias sospechas y no me las habias revelado? Ah! ya el castigo habria caido sobre los culpables...

—Mercedes es inocente, estoi segura de ello...

—Yo tambien; pero en fin, los miserables... ya yo los habria encontrado si hubiera sabido...

—¿Qué? Dilo al fin... dilo de una vez...

—Que han seducido a nuestra hija... Y el viejo militar, como si se encontrara delante de quien podia avergonzarse, se cubrió el rostro...

Marta se puso de pié, y tomándolo de una mano le dijo con ese tono profético de la persona que, sobreponiéndose a sus males, se reconcentra solo en Dios sin considerar en mucho la desgracia, confiando siempre en la virtud.

—Amigo mio, si nuestra hija no es culpable, puede el infortunio abatirnos, matarnos talvez; ¿pero dónde está la falta? No debemos desechar la desgracia sino el crímen, y

el que no tiene culpa no puede tener remordimiento... Si nuestra hija es inocente, como todo nos lo hace creer, como hasta los individuos que no la conocen la juzgan así, lloremos enhorabuena sus males, participemos de ellos, pero no nos abatamos: la vergüenza sólo es propia del delito, y Mercedes es tan pura como lo ha sido siempre...

—Tanto peor, esclamó el veterano; porque si su falta hubiese sido voluntaria habria una escusa; pero un crímen debe ser, no sentido, sino castigado...

—Calma, hijo mio, calma, mi querido Domingo... no prejuzguemos; y sobre todo dejemos que obre la justicia de Dios...

—¡Prejuzgar! ¿Estás loca? ¿Pones acaso en duda la inocencia de tu hija? No; yo tengo mas fé que tú en la virtud de Mercedes; y respecto al castigo, no esperaré el tardio desenlace que tu aguardas, porque entre nosotros los militares las cosas no se dejan al tiempo, sino que la justicia es mucho mas espeditiva y mucho menos complicada.

—Sin embargo, espera...

—Nada de sin embargos y menos de esperar. Yo te consiento en todo, pero en estas cosas yo tengo mi conciencia, que la asociaré con la conciencia de mi hijo, y a este respecto no te pido ni consejo ni te permito pronunciar palabra...

—Déjame al menos la libertad de obrar con mi hija.

—Haz lo que quieras, Marta, y yo tambien te ayudaré en el sentido que la consueles, porque lo creo justo, porque lo creo necesario: pero en el sentido opuesto, en el sentido del castigo, soi y debo ser libre.

—No te diré mas; pero acuérdate que debes seguir un ejemplo: el de Jesucristo...

El antiguo soldado no escuchó casi esta última frase, y aun cuando la hubiera oido, talvez no habria seguido el consejo; así es que su primera dilijencia fué escribir en el acto a su hijo la lacónica carta que ya hemos visto y que remitió

con un propio a la hacienda de San Jorje para hacer venir inmediatamente a su hijo; porque si él podia por sí solo vengar la afrenta, no queria hacerlo sino en compañia de aquel que tenia casi iguales motivos y a quien el honor y felicidad de Mercedes interesaban de la misma manera.

Corazon de madre.

I.

Hai sentimientos que nacen de la naturaleza y a los cuales nos vemos arrastrados a despecho de cuanto las leyes sociales puedan imajinar en contra; uno de ellos es el corazon de una madre, que no desmiente jamas su cariño por mas que haya sido herido, por mas que haya sido ulcerado por la desgracia y hasta por el descarrio, porque siempre existe en él la piedad, la conmiseracion, la induljencia.

Marta habia sentido el golpe talvez mas, mucho mas que su marido; empero, habia encontrado fuerza en su afecto de madre para ocultar su dolor ante su esposo y para disculpar a su hija; sin embargo, ella tenia en su favor la persuasion absoluta de la inocencia de Mercedes; pero de todas maneras no podia menos que considerarla manchada; y si bien quitaba la culpabilidad, no disminuia sino que aumentaba el pesar, porque ver sufrir a la pureza, es mucho mas acerbo dolor que el que se esperimenta por las lejítimas consecuencias de la falta.

Suplicamos a nuestros lectores que nos permitan una pequeña digresion en favor de la moralidad de las niñas. ¿Quién no es padre, quién no es madre, quién no es hija para no tener conciencia de esos dolores que son la consecuencia de un desliz y muchas veces de uno de esos actos que las jóvenes, faltas de esperiencia, creen permitido y lejítimo y que sin embargo, las lleva al abismo, haciendo esperimentar los mas crueles sufrimientos, a la vez que ellas

sufren los mas amargos desengaños; causando a los que les han dado el ser, terribles angustias, y a ellas mismas incalculables desgracias y miserias de que en los primeros pasos de la vida no pueden darse cuenta, porque la pendiente no solo es fatal sino rápida, arrastrándolas hácia un precipicio que no tiene otro fondo que la vergüenza y la ignominia?

¡Ai! Cómo quisieramos dar a nuestra pluma todo el terrible colorido del vicio para precaver la caida de la inocencia y de la virtud! Cómo deseáramos que conocieran a fondo, no tan solo el mal que hacen, sino el bien que pierden, para precaverlas de la desgracia que orijinan y de la desgracia que se les espera!..

Cuando uno, con esa esperiencia de mundo, esperiencia adquirida a costa de sacrificios inmensos para el hombre, ha podido encontrar en su carrera mujeres tan miserables que no habria lágrimas con que llorar su desgracia, y lo que es peor, su ignominia, tiembla y no puede menos de horripilarse de las desastrosas consecuencias de un paso dado en falso...

No queremos asustar sino moralizar, y ojalá el miedo fuese un correctivo, porque lo adoptariamos de lleno, asi como lo adoptamos en parte; pero creemos mui preferente la moralidad del convencimiento, la moralidad del buen hábito en que deben ser educadas las jóvenes, uniendo los principios de la razon a las prácticas constantes de la costumbre; pues, dígase lo que se quiera, la idea no es nada si no existe el hábito, porque jeneralmente conocemos el mal y a sabienda lo llevamos a cabo, mientras que para los que practican el bien, ignorándolo lo siguen, y en todo caso, es cien mil veces preferible la ignorancia provechosa al conocimiento descarriado y estéril. "¡Qué me importa que mi discípulo sepa de memoria todas las reglas de la moral, dice Rousseau, cuando no las practica!" Y el filósofo de Jinebra tenia perfectamente razon: a él mismo talvez ha podido

con justicia aplicarse su axioma; empero, no juzgemos tan desapiadadamente a un gran pensador que bajo tantos puntos ha contribuido al progreso de la especie, destruyendo errores tanto como ilustrándola.

Hablemos un poco mas: el descarrio de una niña, por mucha induljencia que se tenga, y aun cuando llegue a encubrirse la falta, es de tan fatales consecuencias como ella quizá jamas se las figura, porque no solo martiriza a sus padres, sino que tambien los afrenta, y no solo trae los sinsabores domésticos, no solo lleva la perturbacion al seno de la familia, sino que es causa de muchos otros estravios, que ella despues querria redimir a toda costa; y todo esto independiente de su desgracia, independiente de su tranquilidad, independiente de su honor, independiente de su dicha, que por el sendero de la moderacion y de la virtud habria conseguido sin destrozar sus afecciones y sin destrozarse a sí misma en todo lo que tiene de mas querido, de mas grande de mas providencial y de mas sublime la mujer; porque hasta la maternidad le es rehusada, y si la consigue, es para su mayor oprobio y quizá hasta para perjuicio en la misma carrera de degradacion que sigue, y esto sin contar que hace una víctima y una víctima que, siguiendo las leyes naturales y sociales, no escapará a la suerte mas infeliz...

Por otra parte, no se crea que esa clase de falta queda limitada en su accion a la persona que la comete y al círculo que la rodea, sino que sus efectos se estienden a la sociedad, por ese eslabonamiento que une a los seres y a sus actos; y así es como las naciones dejeneran, porque el vicio, lo mismo que la virtud, tiene sus consecuencias lójicas, y por mui remota que se crea su influencia, siempre es real y efectiva, pues si siguiéramos la série de desgracias que de él resulta en sus diferentes ramificaciones, nos admiraríamos de la estension fatal y perniciosa de sus consecuencias.

II.

Marta no se encontraba en el triste caso de una madre que tiene que llorar la falta voluntaria de una hija, y por esto mismo talvez su situacion era mas dolorosa y mucho mas delicada, porque comprendia y habia presenciado todo el abatimiento que encerraba aquella alma tierna, pura y elevada. ¡Encontrarse manchada sin crímen, degradada sin vicio, engañada y burlada en lo que tiene de mas sagrado una mujer: el amor; en lo que tiene de mas bello: la castidad, debia de haber hecho una herida profunda y tanto mas difícil de curar cuanto mayor era la delicadeza de los sentimientos de la jóven, viéndose perpleja para abordar una cuestion tan delicada! Pero Marta, guiada por su misma ternura, ternura que le revelaba el dolor de su hija por su propio dolor, no vaciló un momento en empeñarse por cicatrizar aquella herida con la sangre que de su corazon manaba, pues dos almas que sufren son las que mejor se comprenden y las que se alivian recíprocamente, porque la desgracia tiene su lenguaje, tiene su entonacion, tiene su éco, que se repercute en el pecho del aflijido, tiene esa palabra inimitable que está en el acento, en la modulacion, en la mirada, y que es casi imposible imitar, porque el finjimiento, por mas astuto que sea y por mas naturalidad que le quieran dar o con que pretenda aparecer, jamas llega a adquirir esa persuasion que proviene de un magnetismo casi desconocido, ese bálsamo que nace de un fluido simpático y de una corriente que conmueve a dos almas, que las anima y que, animándolas, las identifica, ya sea en la felicidad, ya sea en la desgracia...

La pobre Marta no definia estos secretos del corazon, pero los sentia; y con esa doble vista que proviene de la voluntad, y mas que todo del afecto, sabia a punto cierto las ocultas angustias de Mercedes, porque, como lo hemos repetido muchas veces, las personas que quieren saben encontrar

los secretos de las personas a quienes aman, y sobre todo, saben dulcificarlos.

Cuando Marta se separó de su marido, dejándolo entregado a sus ideas de venganza, con tal que ella quedara libre de su influencia para sus ideas de consolacion, se dirijió inmediatamente al pequeño aposento de su hija que en ese momento se encontraba como cuando la habia, espionado, movida por el cariño de madre, orando arrodillada en presencia de la misma imájen; pero en esta ocasion la interrumpió en su plegaria, colocándose al lado de ella y tomando la misma actitud en que se hallaba Mercedes, diciéndole a un mismo tiempo estas solas palabras: "Oremos juntas."

Mercedes volvió la cara, y tomando a Marta de una mano, esclamó:

—Nuestra plegaria llegará al cielo.

Marta no se contentó con eso, sino que estrechándola en sus brazos y atrayéndola contra su corazon le dijo:

—Tambien la Vírjen ha sido madre.

Estas palabras tiernas, sencillas y significativas, conmovieron de tal modo a Mercedes, que se recostó en su seno derramando un torrente de lágrimas...

Marta la estrechó con mas fuerza en sus brazos y luego esclamó con esa inspiracion que nos arranca las mas veces la fuerza de un intenso dolor y que en la violencia misma del sentimiento encuentra tambien su consuelo: "Mercedes, hija mia, la madre del Redentor, que nos mira y que quizá nos escucha, era mas pura que nosotras.... Su hijo era mas inmaculado: era la espresion de todas las virtudes, el dechado de todas las perfecciones, el santo de todos los santos, el ideal de todos los ideales, el precursor de toda luz y de toda enseñanza, el maestro, el apóstol el Mesias anunciado por los profetas desde los mas remotos tiempos; ¡y sin embargo, murió en un patíbulo como un criminal infame, a pesar de su virtud, a pesar de su enseñanza, a pesar de su doctrina,

a pesar de su gloria, a pesar de haber sido y de ser el rejenerador del humano linaje! ¿Por qué quejarnos nosotras, entonces, miserables criaturas, llenas de defectos y que tal vez hemos delinquido sin pensarlo?"

—Madre mia, mi dulce madre, yo no he delinquido jamas, y sin embargo, sufro...

—Hija querida; ¿delinquió acaso Jesus?

—Tiene usted razon, mucha razon; pero no por eso dejo de sufrir el martirio; ¿qué estraño es, pues, que yo tambien lo esperimente?

—Está bien; bebe el cáliz de la amargura, como lo bebió EL, sufre todo el desengaño como lo sufrió EL; esperimenta todo el oprobio como lo esperimentó el Señor; pero sé siempre digna como EL fué misericordioso y grande; y como EL tambien te acompañará en el martirio tu pobre madre, así como Maria se quedó al pié de la cruz durante la agonia de su hijo, esperimentando quizá una agonia mayor; porque ver sufrir al ser nacido de sus entrañas es mas doloroso que el tormento que esperimenta él mismo: esto te lo aseguro, hija mia, porque soi madre, y el corazon de una madre tiene fibras tan delicadas y tan dolorosas, que no hai un punto con que compararlas.

Y la vieja Marta volvió a abrazar a su hija con mas efusion que lo habia hecho hasta ese momento.

—Querida madre mia, esclamó Mercedes; usted me destroza el alma, a la vez que me consuela; usted me martiriza a la vez que me alivia; usted abre del todo mi herida para echar un bálsamo y cicatrizarla. Gracias, madre mia, gracias; usted me ha salvado...

Y la infortunada pero sublime y cristiana jóven, dió una mirada de agradecimiento a la imájen de la Virjen, echándose en seguida de lleno en brazos de su tierna y afectuosa madre...

Marta, con ese tacto que distingue al verdadero afecto, no quiso profundizar mas allá y se contentó con decirle:

—Vamos, hija mia, a reposar un momento; el estado de tu salud no te permite estas emociones, que si bien dulcifican el alma, pueden a la vez ser perniciosas para el cuerpo, y es preciso sujetarse a la prescripcion de los médicos, que han ordenado para tí el reposo mas absoluto.

Mercedes se dejó conducir, apoyándose blandamente en el brazo de su madre, así como un blanco lirio se deja mecer inclinando su frájil tallo a impulso del céfiro que lo lleva y que talvez trasporta sus amores y trasparente blancura a otros lugares, así como Mercedes levantaba sus ojos hácia las rejiones celestes...

III.

Al dia siguiente, la solícita madre estuvo desde mui temprano al lado de la cabecera de la enferma, espiando todos sus movimientos, y mas que ellos, sus pensamientos ocultos, porque comprendia que allí estaba el mal y que era allí donde se debia aplicar el remedio; pero sin indiscrecion y conservando esa prudencia reservada que no aventura una palabra pero que está en acecho de todas y aun de las mas insignificantes insinuaciones, porque de aquello que menos se piensa es de donde se saca la induccion mas lójica y el conocimiento mas acertado.

Marta, pues, no interrogó a su hija, ni hizo alusiones a la efusion del dia anterior, sino que la dejó venir por sí misma. Mercedes, como si comprendiera aquella táctica y como si quisiera volver a traer a su madre al mismo punto de la conversacion interrumpida, le dijo con cierta afectuosa languidez:

—¿Cree usted que he sufrido mucho?

—No solo lo creo sino que lo siento; y lo siento porque he esperimentado todas y cada una de tus penas.

—Pobre madre mia! entonces debe usted haber padecido tormentos infinitos...

—¿Así han sido tus angustias?

—¡Ai! ¿Para qué manifestarlas desde que usted me dice que las ha soportado...

—Pero, hija mia, ¿no tienes abierto el pecho de una madre en quien y con quien desahogar tu afliccion?

—Es que temia...

—Temer!.. ¿qué?

—Qué! Todavia tengo el mismo temor...

—¿Te acuerdas de nuestra conversacion de ayer?

—Perfectamente: ella ha sido mi mayor y mi único consuelo.

—¿Y entónces?

—Es que hai dolores que no pueden comunicarse.

—Hija mia, segun esto puedo decirte que no tienes confianza en mí; ¿desde cuándo la he perdido?

—Siempre la he conservado y la conservo.

—¿Pero qué significa en ese caso tu silencio?

—Mi silencio!.. Mi silencio ha consistido en el deseo de evitar una angustia, y talvez...

—¿Y no piensas que nos las causas mayores obrando con esa reserva? ¡Ai! hija mia! si desde el primer dia hubieras sido franca, ¡cuántos dolores nos habrias evitado! Y cuán eficaz remedio hubieramos podido aplicarte!

—Eficaz remedio! madre mia!.. mi mal no lo tiene ni lo tendrá nunca!..

—¿Pero qué mal tan incurable es ese?

—¡Por Dios! No me lo pregunte usted, porque jamas podria decírselo...

—Y si yo lo adivino ¿no me lo confesarias?

—Aun adivinándolo!.. Pero es imposible... completamente imposible...

Y la pobre niña ocultó el rostro entre sus manos...

—Te dejo, hija mia; no quiero violentar tus secretos; pero cuando quieras depositarlo en el seno de una madre, éste está siempre abierto...

—Madre mia, madre mia, no me deje usted, no me abandone; y sobre todo, si usted supiera... no tendria el menor resentimiento, no...

—Resentimientos, yo! ¿Y por qué, cuando sé que eres inocente?...

—Sí, sí... tiene usted razon... soi inocente.

—Vuelvo a preguntarte: ¿recuerdas la conversacion de ayer? Recuerdas lo que deciamos a propósito del Salvador y de su madre?

—Perfectamente.

—Y bien, ¿por qué avergonzarse? ¿Se avergonzaba el Señor del trato que le daban los hombres, de los martirios que le hacian esperimentar? No, hija mia; abre tu pecho a tu madre, porque tu madre sabe que nunca has delinquido y que solo eres desgraciada...

—Desgraciada!... y mas que desgraciada...

—La única desgracia que existe es la que trae consigo el crímen. Y tú no lo has cometido, no es verdad?

—Jamas.

—Y bien, hija mia! ¿Y bien?

—Pero talvez hai ocasiones en que el crímen es menos vergonzoso...

Y Mercedes se estremeció de piés a cabeza.

—Advierte una cosa, y es: que cuando no hai falta en la conciencia, ningun rubor debe subir al rostro, ninguna mancha debe entoldar la pureza del alma...

—Y sin embargo, ¿por qué no me atrevo, por qué me abochorno como si hubiera cometido un delito?

—¿Por qué?... Porque tienes una pureza tal, que crees que una sombra la empaña.

—Sombra! Sombra!... no, madre mia; desgraciadamente no hai sombra sino realidad... y una realidad terrible...

—No te alucines, no exajeres, mi querida hija.

—Yo no me alucino ni exajero; lo que digo es la verdad.

—Pero en fin, ¿qué es?

—Madre, madre mia; no me lo pregunte, porque me ruborizo, porque...

—Te comprendo, hija adorada; pero yo te evitaré que pronuncies esa palabra... yo, porque lo he adivinado, porque lo sé: has sido engañada...

—¡Ah! cuán débil es esa palabra: engañada!...

—Sí, débil.... ¿Aun hai mas?...

—He sido envenenada!...

—Santo Dios! Es posible! ¿Hasta allí llega la miseria humana?

Y la pobre madre, bañada en lágrimas, abrazó a su inocente hija, diciéndole entre sollozos:

—Mercedes, tú eres un ánjel, así como Jesucristo era un Dios!... Pero tú, así como EL, serán premiados...

—Premiada! ¡Yo premiada!... ¿Cómo? Solamente cuando haya desaparecido de este mundo; porque entonces el Señor, que penetra en el interior de los corazones, tendrá compasion de mí, pues sabe que no he delinquido; sin embargo, madre mia, quiero conservarme, quiero vivir para usted, para mi padre, para mi hermano, para mi bienhechora y amiga, para mi Luisa...

Y la desventurada jóven acarició a su madre.

Marta, enternecida, ya no solo besó a su hija, sino que se arrodilló ante ella, y levantando su mirada al cielo, esclamó como inspirada:

—Mercedes! Las madres me parece que estamos dotadas de una doble vista, pues creo leer ahora mui claro en el porvenir: y desde luego te profetizo que serás feliz en este mundo y en el otro.

La hija tendió los brazos a su madre y ambas permanecieron unidas por un largo rato, sin proferir una sola palabra y como anonadadas por la desgracia o tranquilizadas por la esperanza, porque en estos dos estremos hai siempre un punto de contacto...

Y bien, ¿quién puede asegurar que el vaticinio de Marta

no llegue a ser una realidad? ¿Cuántas casos no encontramos en la historia de hechos idénticos? Cuántos veces no puede haber presenciado uno mismo sucesos de esta naturaleza, que pasman a la vez que confunden nuestra pobre intelijencia? Es indudable que hai seres, y sobre todo que hai momentos en que el hombre adquiere tal lucidez que va mas allá del presente y penetra o presiente lo que sucederá en el porvenir. ¿Cómo investigar este arcano? Y sin embargo, ¿cómo negar la realidad de lo que palpamos? La prevision nace de la induccion, es la lójica de los acontecimientos de que aprovecha un talento despejado para basar sus cálculos con mas o menos probabilidades de acierto; pero la intuicion, ¿qué es? ¿Qué es ese arrobamiento del alma, que traspasa el tiempo y el espacio y que no se equivoca ni en la época, ni en el hecho, ni el lugar? Incomprensibles misterios, que no por que se nos ocultan nos sea dado negar: Todo es tinieblas para el hombre en la tierra; quizá cuando salgamos de ella nos venga la luz.........................

....

La prision por deudas. (1)

I.

Hai coincidencias fatales que parecen contribuir a aumentar la desgracia del ser que padece.

La desolada familia Lopez acababa de recibir el mas rudo golpe. La revelacion del médico, unida a la confesion de Mercedes, habia llenado de amargura el corazon de aquellas virtuosas personas; y todavia tenia Marta entre sus brazos a su hija infortunada, cuando entró precipitadamente Teresa, diciendo, con esa emocion viva que causa una desgracia súbita e inesperada.

—Señor don Domingo, señora Marta, mi marido es llevado a la cárcel! Y la pobre mujer se echó a los piés de la madre de Mercedes, como quien implora amparo y proteccion.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que ha hecho? preguntaron a un mismo tiempo Marta y su hija, paralizándose por este nuevo golpe su propio dolor.

—Nada, señora, nada... se lo aseguro.

—No puede ser, hija mia, te habrás equivocado.

—Equivocado! Y acaban de llevárselo!... y lo han arrancado de mis brazos sin hacer caso de mis lágrimas y las de mi tierno hijito, que parecia comprender lo que le sucedia a su padre y lo que aflijia a su madre, porque lloraba, ¡ai!

(1) Afortunadamente ha sido derogada esta monstruosa lei, que todavia se encuentra vijente en muchos pueblos, mediante la ilustrada influencia de don Pedro F. Vicuña, que con su constancia consiguió hacerla borrar últimamente de nuestra lejislacion.

de manera a ablandar el corazon de una fiera!... Pero esos hombres no tienen corazon, ¡ah! no lo tienen!...

—¡Pero qué delito o qué falta grave ha cometido?

—Delito ninguno, señora; ya usted sabe cómo se comportaba desde que ustedes nos hicieron la limosna de socorrernos...

—Sí, todo el conventillo es testigo de su laboriosidad y buen comportamiento; pero ha de haber una causa, porque no se puede prender asi no mas a un hombre honrado, trabajador y que no incomoda ni ofende a nadie, pues lejos de esto, desde algun tiempo a esta parte sirve de ejemplo a sus demas compañeros.

—Asi es, señora, pero debia los quinientos pesos...

—¿Qué quinientos pesos?

—Los que le prestó nuestro jeneroso vecino, el señor Víctor.

—Todavia ese hombre! esclamó Mercedes asustada e incorporándose involuntariamente...

—Sin duda no es él, Mercedes, porque el señor Víctor es tan bueno.. Y la pobre Teresa continuaba llorando.

—Infeliz!... dijo Marta con una entonacion de voz tan dura y con un semblante tan descompuesto por el reconcentrado furor, que la misma Teresa, a pesar de la preocupacion de su espíritu, no pudo menos de notar aquella estraña manera de ser de la compasiva Marta, cuya fisonomia siempre respiraba caridad y mansedumbre... Pero en fin, prosiguió: ¿que no tiene Santiago el capital que le prestaron?

—Sí, señora: pues él me decia pocos dias hace que creia haberlo aumentado considerablemente.

—Y entonces por qué no lo entrega?

—Ai! él lo habria dado todo, aun las ganancias, pero querian dinero, dinero efectivo... y Santiago habia comprado muchos materiales con que trabajaba en la tienda.

—¡Pero entregándoles esas mercaderias?...

—Tambien, segun entiendo, las han tomado.

—Y si las han tomado, ¿qué mas pueden exijir de tu marido? Ya estarán cubiertos.

—Es que ademas, decian esos hombres, tenian el derecho de llevarlo a la cárcel y lo amenazaron con la policía si no los seguia voluntariamente.

—Pero esto es mui injusto y mui cruel.

—Yo no sé nada, señora, pero ellos tenian en su mano la órden del juez; se la presentaron a mi marido y yo misma la ví, porque no podia dar crédito a lo mismo que estaba presenciando y que ha sucedido... ¡Pobre Santiago! él tambien lloraba al oir llorar a su hijo!... Pero esos hombres no se conmovian... estaban parados sin decir palabra, sin inmutarse al ver nuestra aflixion... pues lejos de ello, hicieron un jesto de fastidio, y dirijiéndose a Santiago le dijo uno de los tres hombres que nos rodeaban: "Vamos, amigo mio, los hombres no lloran y nuestro tiempo vale plata; de consiguiente, es mejor que marchemos lo mas pronto posible, porque de otro modo, y ya ve usted que tenemos compasion, todos los minutos se los tendremos que cargar en cuenta; correjidos y aumentados, respondió otro en tono de burla;" y esos hombres hacian el alarde de ser insensibles, hacian el alarde de carcajear (1) burlándose de las lágrimas del esposo desgraciado, de la mujer que lo ama y del hijo que, aun sin darse cuenta de las cosas, echa de menos a los autores de sus dias... Y la pobre mujer continuaba sollozando.

—¿Cuánto tiempo hace que ha sucedido esto? preguntó Mercedes.

—Como una o dos horas.

—¿Por qué no vino usted antes? Pero todavia quizá haya lugar para reparar el mal.

—¿Lo cree usted, Mercedes?

—Yo no tengo el conocimiento de la lei; pero dándoles

(1) Perdónesenos este neolojismo.

la garantia de una propiedad que valga veinte veces mas que la suma, me parece que no habrá nada que objetar.

Marta miró a su hija y comprendió en el acto cuál era su pensamiento y cuál su determinacion; y volviendo a estrecharla contra su corazon, esclamó:—"Noble hija mia! sé lo que quieres hacer y lo apruebo. ¡Ai! Cómo ha habido hombres que conociéndote no te idolatren, malvados que sabiendo tu virtud no te admiren!"

Teresa no habia comprendido nada, pero esperaba, porque tenia fé y confianza en cuanto decia y obraba Mercedes y mucho mas cuando acababa de oirla pronunciar estas consoladoras palabras: "Todavia quizá hai lugar para reparar el mal."

—Teresa, amiga mia, le dijo Marta con dulce aunque melancólico tono; no se aflija usted; el mal, como lo acaba de afirmar mi hija, tiene remedio, y el sufrimiento no será de mucha duracion; por el momento vaya usted en busca de Domingo y dígale que venga inmediatamente, pues él debe ser el que practique las dilijencias necesarias para libertar a su esposo.

—Bien lo decia yo, bien lo esperaba que en ustedes encontraria algun consuelo!

—Solo en Dios existe, dijo Marta con dolorido acento; quizá haciendo alusion al estado en que se encontraba y al de ella misma.

—En Dios, sí, señora; pero tambien en ustedes.

—No pierdas tiempo, Teresa, repitió Marta, y vé inmediatamente en busca de Domingo, porque mientras mas pronto venga mas luego cesarán tus sufrimientos.

—Dios quiera, señora, recompensar tanta bondad, colmándolas de beneficios.

—Ai! amiga mia, talvez los sufrimientos son el don mayor de la Divina Providencia, y yo acato sus fallos, acepto cuanto me venga de su mano, y si no puedo menos de sufrir, porque soi una criatura débil e imperfecta, me resigno en

mis dolores... ¿No te pasa a tí lo mismo, hija mia? Y la madre dirijió a Mercedes una mirada de inefable ternura, en que se revelaba tanto amor, que la angustiada niña se sintió atraida, abriendo su corazon a ese consuelo, a esa especie de dulzura que lleva consigo el afecto verdadero y que sirve de lenitivo a la afliccion, por profunda que sea, por acerba que se la considere.

—Querida madre! usted es capaz de hacer amar hasta la misma desgracia, a tal punto, que uno desearia ser infeliz por participar de los inagotables tesoros de su esquisita ternura.

Teresa aun no se habia movido, contemplando aquel cuadro tan hermoso que en su propia tristeza tenia un atractivo tan grande, porque reflejaba virtudes tan puras y sentimientos tan elevados.

Marta, viendo que Teresa permanecia allí le dijo dulcemente: "Anda, hija mia, en busca de mi marido, que es mas que probable lo encuentres en la fábrica donde trabaja Enrique, porque debe haber ido a informarse de él; pues si no me engaño, aun cuando nada me ha dicho, ayer ha escrito a mi hijo y está mui impaciente por su vuelta; y como tengo la costumbre de leer en su interior, casi puedo asegurarte que allí lo encontrarás y en ese caso le dirás lo que ha sucedido y te vendrás con él.

Teresa salió.

II.

Marta no se habia equivocado: el veterano de la independencia habia, como ya sabemos, mandado un propio el dia antes a la hacienda de San Jorje; y en su impaciencia, impaciencia que habia adivinado su esposa, quiso ir donde el patron de su hijo para saber de cierto cuándo volveria, porque temia que el propio se estraviase o le sucediera algo que impidiera llegar su esquela a manos de Enrique; y como antes de marcharse habia hecho a Marta algunas preguntas

relativas al asunto, sin revelar su pensamiento, le habia sido a ésta fácil hacer sus deducciones, en las que no se equivocaba en lo menor.

Teresa, siguiendo al pié de la letra el consejo de Marta, se encaminó en derechura hácia la fábrica de Enrique, donde encontró a Domingo hablando con el viejo ebanista, jefe del establecimiento.

Cuando oyó el antiguo soldado que preguntaban por él y reconoció la voz de Teresa, salió precipitadamente y la preguntó alarmado:—"Qué es lo que sucede?"

—Nada de particular, contestó Teresa, para calmar la inquietud que denotaban las facciones del veterano.

—Pero en fin, ¿qué se ofrece?

—Vengo a nombre de la señora Marta a suplicar a usted que vaya en el acto.

—Es estraño: si nada hai de particular, ¿para qué tanto aparato?

—Se trata de mí, señor.

—¡De tí! ¿Ha vuelto tu marido a las mismas? Sin embargo, parecia radicalmente correjido.

—Ah! no es eso, señor.

—¿Pues qué es entonces?

—Vamos, si me hace el favor, y se lo diré en el camino.

—Está bien; déjame despedirme del maestro y te acompañaré.

Durante el camino contó Teresa a Domingo lo que le habia pasado a su marido con los alguaciles a causa de los quinientos pesos que dos o tres meses antes le habia tan jenerosamente prestado el pintor Víctor.

Durante la relacion de Teresa, el moderno alférez reflexionaba y se restregaba las manos en señal de aprobacion, manifestando claramente la alegria que esperimentaba al oir aquel relato; a tal punto, que la mujer del zapatero, viendo las señales inequívocas de contento del viejo militar, no pudo menos de preguntarle:

—Parece, señor, que mi desgracia lo llenara a usted de satisfaccion.

—Tu desgracia no, hija mia, pero sí el hecho.

—¡Cómo el hecho! ¿El que lleven a mi pobre marido preso es un motivo para usted de satisfaccion?

—No precisamente eso.

—Pero qué?

—Es que esta ocurrencia me permitirá saber dónde pára el acreedor.

—¿Para irlo a ver?

—Ciertamente, para irlo a ver.

—Y suplicarle que tenga la bondad de esperar a Santiago, porque Santiago le pagará en poco tiempo, pues le va mui bien en su negocio.

—Sí, arreglaremos este y otros negocios.

—¡Qué felicidad, señor!

—Mucha felicidad; mayor que la que tú piensas...

—Ah! ¿Por qué no iria yo a verlo en el acto, que ya todo estaria arreglado y mi pobre Santiago no hubiera pasado por la vergüenza de ser conducido públicamente a la cárcel?

—Es seguro que ya todo estaria concluido; y el misterio habria desaparecido para dar lugar al castigo, dijo el viejo soldado entre dientes y como hablando solo.

Teresa no oyó lo último, y aun cuando lo hubiera oido, talvez no habria comprendido el sentido.

Llegados al conventillo de la calle de San Pablo, Marta dijo a Teresa:

—Hija mia, déjanos por un momento solos.

Al despedir cariñosamente a la mujer del zapatero, la madre de Mercedes no habia tenido el pensamiento de ocultar tanto la desgracia de su hija cuanto de ocultar el favor que se habian propuesto hacer a su marido, porque la caritativa mujer tenia por costumbre hacer sus beneficios tan reservadamente que nadie se apercibiese de ellos, ni aun los de su casa, y si era posible que lo ignorasen las personas

mismas que le recibian: hé aquí cómo debe practicarse la dádiva y no hacerla ostensible para que todos se aperciban de ella, pues de esta suerte dejenera en vanidad, y el mérito de la accion desaparece ante Dios que nos ve, ante la sociedad que nos juzga y ante nuestra conciencia, que no esperimenta ni se complace en el goce que lleva consigo una buena obra, porque el incienso de la vanidad ha sofocado el suave pero delicioso aroma de la caridad que no se revela y que, por conveniencia propia, por sibaritismo en el goce, debemos tener siempre oculta.

III.

Tan luego como desapareció Teresa, Marta dijo a su marido:

—Ya debes saber el motivo por que te hemos mandado buscar.

—Sí: Teresa me lo ha dicho; ¿pero cómo sabias que me encontraba en casa del patron de Enrique?

—Cómo! Esas son cuentas mias; tú sabes que yo soi medio adivina; pero ahora no necesitaba de esto, pues tú mismo casi me lo revelaste con las preguntas que me hiciste esta mañana.

—Rara adivinacion la tuya, que no te sirve para gran cosa, pues te equivocas en lo mas importante!...

La brusquedad del soldado se denotaba en estas palabras, porque Domingo, si bien tenia el corazon mas tierno y un juicio recto, conservaba todavia esa rudeza de cuartel que difícilmente se borra, aun cuando se haya dejado por mucho tiempo la dura vida de los campamentos.

Marta fijó en él sus ojos con la mirada de un dulce reproche, advirtiéndole con ella que habia ido mas lejos de los límites convenientes, pues no era la manera de hacer observaciones a personas que sufren, y mucho menos a personas que no tenian la menor culpabilidad en la desgracia que tan rudamente los abatia.

Domingo comprendió lo mal que habia hecho, y acercándose donde su hija le dijo:

—No hagas caso de las palabras de tu padre, porque muchas veces yerra; pero en el fondo soi bueno, ¿no es cierto mi querida Mercedes?

—Tan cierto, que habrá pocos hombres que tengan su bondad y que posean su induljencia.

—Induljencia! ¿La necesito yo para con los ánjeles como tú, para con las santas como mi Marta?

—Déjate de elojios y vamos al asunto para que te he hecho llamar.

—Vamos.

—Ya sabes la prision de Santiago a causa de esos quinientos pesos que le prestaron; y Marta no quiso pronunciar el nombre de Víctor, como si ese nombre hubiera manchado sus labios...

—Lo sé.

—Pues bien, amigo mio, nuestra hija quiere que salga en el acto de la cárcel.

—¿Y cómo?

—Yendo tú con el título de donacion que tiene de la propiedad que la señora doña Juana le obsequió, ofreciéndolo en garantia para el pago completo de esa deuda.

—Mercedes! hija mia, mi querida hija, esclamó el veterano con sus ojos arrasados en lágrimas; ¿qué es lo que te has propuesto? ¿Quieres matarme en fuerza de admirarte? Piensa que mi cariño no puede ir mas allá, porque ha traspasado el límite de lo que me creia capaz de sentir...

—El afecto, padre mio, no mata jamas, sino que salva; y usted y mi madre me lo hacen esperimentar; porque sin el amor de ustedes yo habria muerto...

—Pero ahora nos aseguras que vivirás; ¿no es así, Mercedes?

—Sí.

—No queremos otra recompensa: ella nos basta, ella so-

brepuja a cuanto hai en el mundo; ¿no crees lo mismo, querida Marta?

—Así lo pienso yo tambien.

—Ya ves que te estamos agradecidos.

—Agradecidos!... Padres mios, ¡cuando ustedes son mis salvadores! Cuando sin ustedes, quién sabe lo que habria sido de mí!...

—Hija mia, repuso Marta; el afecto es un sentimiento recíproco, donde no hai obligaciones ni deudas; pues si el que lo esperimenta lo recibe, y el que lo recibe lo esperimenta, ¿cuáles son los que pueden considerarse beneficiados? La única lei del cariño es la reciprocidad; nosotros lo sentimos por tí y tú por nosotros: hé aquí lo solo que hai de real y de verdadero. Sigamos siempre tan íntimamente unidos, y hasta las penas mismas se cambiarán en dicha, no habiendo desgracia que pueda alcanzarnos; porque si sufrimos un momento, tendremos en seguida nuestra compensacion, como la esperimentamos ahora mismo; ¿no te parece, Mercedes? y la Madre abrazó a su hija en presencia del mismo padre, que tambien quiso participar del mismo gusto.

Marta, aunque sin instruccion, decia la verdad y adivinaba sin saberlo las grandes y benéficas leyes con que el Creador de los infinitos mundos dotara al hombre; porque no es tanto la ciencia lo que nos da el conocimiento de las cosas, cuanto esa doble vista que proviene del sentimiento, que nace en el corazon y que tiene su asiento en la voluntad; pues habrá, sin duda, una relacion íntima entre los afectos y las ideas, confundiéndose o amalgamándose de tal suerte, que los seres que saben querer, saben tambien pensar, así como los seres que saben pensar saben querer, no existiendo sino mui pocas escepciones que se escapan o que están fuera de esta regla, que podriamos clasificar como universal, puesto que la jeneralidad de los seres se encuentra sometida a ella.

IV.

Cuando el bravo militar a la vez que tierno y amante padre se hubo serenado un poco de la conmocion que le causaron las palabras de su esposa y el espectáculo tierno que tenia a la vista, así como el recuerdo del infortunio de su hija y de su pureza anjelical, cuando se creyó tranquilo, es decir, que su voz no estaba ya balbuciente por la emocion, les dijo, con esa entonacion algo áspera del que quiere ocultar los sentimientos que en él predominan, del que quiere aparecer tirano cuando no es otra cosa que un manso y humilde cordero:

—Concluyamos de una vez; ¿qué desean ustedes?

—Ya te lo hemos dicho, le respondió Marta sonriéndose.

—Todavia no se han esplicado lo bastante; ¿qué es lo que debo hacer?

—Ir con estos títulos de una propiedad que vale veinte veces la suma por que está preso Santiago.

—Convenido; ¿pero cómo debo de obrar?

—Eso lo arreglarás tú; en cuanto a nosotras, no sabemos nada sobre el particular.

—Yo no creo estar mas adelantado que ustedes porque nunca he tenido negocios, ni el menor trato con esos ministriles del diablo, a quienes basta verles la cara para apreciarlos en lo que valen.

—Así los pintaba hace poco la pobre Teresa, pero debe ser su desventajoso juicio el resultado de la angustia en que se encontraba.

—Dios lo quiera; pero vamos al caso; ¿debo ofrecerles en garantia la quinta?

—Sí, y que salga en libertad Santiago.

—Bien, voi inmediatamente; y Domingo Lopez se puso

los papeles en el bolsillo, dió un abrazo a su hija y salió con paso lijero del conventillo.

En la calle hizo sus reflexiones y combinó su plan. Ahora sí, decia entre sí mismo, que tengo la hebra del ovillo y esta vez no se me escapa; y voto al diablo, que ese perillan sabrá de lo que es capaz Domingo Lopez; sin embargo, pensaba, ¿qué sacaré con estrangular ese miserable? Porque yo soi mas que suficiente para hacerlo añicos; ¿pero cuál será el provecho? Una muerte, si bien es un castigo merecido y aun insuficiente a vengar a mi hija, puede tener malos resultados, tanto contra ella misma cuanto contra todos, y quizá echo a perder para siempre este asunto; pero, por otra parte, ¿cómo será posible mirar con serenidad a ese hombre? Talvez yo por mas que lo piense ahora, no me pueda contener a su vista y estalle lo mismo que una bomba.

Yo tengo, por temperamento, mal jenio, y sé que las mas veces no puedo responder de mí, y mucho mas en circunstancias como ésta; ¿qué hacer, pues? Si por temor de no cometer un atentado dejo escapar la ocasion que se me presenta, ¿cuándo tendré otra oportunidad para ver si puedo reparar el honor de mi hija o si puedo castigar al infame? Y si al verlo no me da las satisfacciones que necesito, ¿quién sabe si no me hago reo de un crímen atroz y haga mala la mejor de las causas? En medio de esta perplejidad y fluctuando entre la adopcion de esta o de la otra medida, llegó a la cárcel sin haber decidido nada y preguntó al conserje por el jóven que acababan de traer preso por deudas, diciéndole si lo podria ver para tratar de arreglar el asunto. El conserje no opuso la menor dificultad e hizo llamar a Santiago. Cuando Domingo vió al pobre y aflijido artesano tras de la reja maciza de fierro que los separaba, se le oprimió el corazon, y sin pronunciar palabra estendió silenciosamente su mano a Santiago, el que se apoderó de ella con la mayor efusion, dándole por toda respuesta esta frase lacónica pero sentida: "Dios se lo pagará, señor."

—Traigo, hijo mio, repuso Domingo Lopez, la garantia suficiente para que hoi mismo salga libre.

—Es posible, señor, y cómo?

—La cosa es mui sencilla; aquí tengo los títulos de la propiedad que la señora doña Juana de... regaló a mi hija y ella me ha dicho de ver a tu acreedor y ofrecerle la quinta en garantia de tu deuda; con que asi no tienes mas que decirme el nombre y dónde vive para ir a buscarlo y allanar hoi mismo este asunto.

—¡Por Dios, señor! dijo el artesano conmovido. ¿Cómo quiere usted que acepte y que los perjudique hasta este estremo? No; yo les agradezco infinito, pero no puedo ni quiero abusar de su bondad.

—Las determinaciones de mi hija son para mí órdenes que es preciso que cumpla; de consiguiente, solo espero el nombre.

—Usted sabe, señor, que fué el pintor don Víctor quien me prestó ese dinero; pero a él no lo he visto y no es él tampoco quien se ha presentado a cobrármelo.

—Pues ¿quién ha sido?

—No conozco a los individuos, pero eran los mismos que en vez pasada me hicieron reconocer la firma, circunstancia que habia ocultado a Teresa por creerla sin consecuencia.

—¿Entonces no sabes el nombre de los que te cobran?

—No, señor.

—¿Y si los vieras los reconocerias?

—En el acto.

—Dime poco mas o menos la fisonomia que tienen.

Santiago los pintó lo mejor que pudo y el viejo militar quedó pensativo y hasta cierto punto disgustado, porque perdia la esperanza de encontrar lo que buscaba y porque veia las dificultades de libertar al artesano con la prontitud que deseaba.

—En fin, dijo: iré a las oficinas y puede ser que ahí encuentre a los individuos que me has designado.

—Es donde pueden hallarse, porque son, segun me dijeron, receptores y alguaciles.

—Malditos pájaros, con quienes no he tenido que hacer jamas, pero a quienes no quiero por instinto.

—Ai! señor; me parece que son individuos que no tienen compasion de nadie.

—Yo tengo mas miedo de pasar por medio de esos enjambres de hombres que están siempre en el palacio de justicia que de romper un cuadro de infanteria cuando se nos ordenaba de ir a la carga; pero en fin es preciso y se hará. Y el veterano se despidió de Santiago asegurándole que podria contar con la seguridad de que no permaneceria en la cárcel por mucho tiempo.

V.

Cuando Domingo Lopez se halló en las oficinas comenzó a recorrer todos los grupos y a mirar fijamente a cada uno de los individuos que encontraba, pero sin descubrir en alguno de ellos la identidad de las señas que pocos momentos antes le diera Santiago.

Ya estaba cansado de la inutilidad de sus pesquizas cuando creyó distinguir en el interior de una oficina a Tomas, el famoso sirviente de Guillermo que ya conocen nuestros lectores, hablando con otros individuos que tambien reconoció ser los mismos que le diseñara con escrupulosa exactitud Santiago.

En cuanto Domingo Lopez vió a Tomas, se fué directamente donde él, penetrando en la oficina sin reparar en nadie y llevándose por delante a varios individuos que conversaban distraidamente y que al ver la brusquedad de maneras del viejo militar, dijeron: "Qué diablos! tenga usted mas cuidado con la jente y vea por donde pasa." Pero Domingo Lopez no oyó ninguna de estas observaciones sino que se fué derecho donde el individuo que habia llamado

tan singularmente su atencion y que, como hemos dicho, era el criado del pintor Víctor.

Tomas a quien acusaba la conciencia, apenas vió al alferez Lopez, mudó de color, porque leyó en la fisonomia del militar algo de terrible; y como Domingo Lopez era de elevada estatura y de una constitucion hercúlea, el astuto muchacho trató de evitar el encuentro y se escabulló como una ardilla por entre la muchedumbre tomando las de Villadiego con una rapidez tal que cuando el veterano volvió la cabeza, ya Tomas se encontraba en medio del patio dirijiéndose apresuradamente hácia la calle.

Domingo Lopez habia perdido toda su sangre fria y profirió una interjeccion terrible y en tan alta voz que llamó la atencion de todos los que se hallaban en la escribania; pero él, sin reparar en esto, se lanzó en perseguimiento de Tomas que ya habia desaparecido; asi es que cuando llegó a la puerta de los tribunales ya no vió a nadie. Un momento se quedó el viejo militar en la puerta mirando para todos lados y sin saber la direccion que debiera tomar; pero reflexionando que era inútil perseguirlo, porque ya debia de ir lejos o de haberse escondido en algun lugar donde a él le seria imposible encontrarlo, se volvió hácia la oficina para ver a los individuos con quienes estaba poco antes y que eran los mismos que le habia designado Santiago, figurándose, y con razon que de ellos podria adquirir datos seguros, ya fuese para descubrir el paradero de Víctor, o cuando menos para realizar la negociacion que lo llevaba, y salvar de la prision al zapatero.

Los tres ministriles, picados por la curiosidad, habian salido hasta el corredor para ver el resultado de aquel lance, porque en el momento conocieron que su jóven cliente tenia algun pecadillo y el militar una larga cuenta que arreglar con él; y como amigos de las intrigas por naturaleza y por oficio esperaban presenciar una escena cómica o trájica, pero que de una manera o de otra les hubiera divertido,

sintiendo por consiguiente que Tomas se hubiera escapado de las garras del veterano.

Domingo Lopez, viendo la inutilidad de sus pesquizas, volvió, como hemos dicho, sobre sus pasos, dirijiéndose donde estaba el grupo de los tres ministros de fé o ejecutores de la lei, y saludándolos con terca urbanidad, porque el franco soldado no estaba acostumbrado a finjir y a mudar instantáneamente la espresion de su fisonomia como lo hacen las personas que se denominan de sociedad o de mundo, y asi les preguntó sin mas preámbulo:

—¿Conocen ustedes, señores, al individuo con quien hablaban poco ántes?

—Sí, y no, respondió uno de los tres ministriles que sin duda era el mas astuto de ellos, haciendo a sus otros dos compañeros un giño de ojos imperceptible.

—¿Cómo es eso de sí y de no?

—Sí porque es nuestro cliente; y no, porque esto es solo cuanto sabemos de él.

—Pero ustedes hablaban con ese pillastro mui familiarmente al parecer.

—Nosotros no hacíamos otra cosa que darle cuenta de una dilijencia que nos habia encargado practicar.

—Ya la sé: la de llevar a la cárcel a un pobre y honrado artesano.

—Nosotros somos únicamente los ejecutores de la lei.

—Bien, bien; ¿pero ustedes no pueden ignorar el nombre de ese muchacho y el lugar de su residencia?

El ministril que tenia la palabra volvió a mirar significativamente a sus cofrades, como quien dice, esto es mas sério; y despues de reflexionar un momento contestó:

—En cuanto al nombre lo sabemos, pero en cuanto a su residencia la ignoramos.

—De veras! dijo el militar con ese tono de duda que es a la vez una negacion y un reproche.

—Nosotros no tenemos por qué ocultar nada, y le preve-

nimos, señor oficial, que tampoco estamos en la obligacion de responderle, pues usted no es el juez competente para hacernos un interrogatorio, y si hasta ahora hemos contestado a sus preguntas, ha sido únicamente por mera urbanidad.

—Gracias, dijo Domingo Lopez con ironía, y luego añadió: tengo algun interes en el asunto que a ustedes los ocupa en este momento.

—Eso es diferente y puede usted hablar.

Los tres alguaciles se miraron entre sí con señales de curiosidad.

—Usted me decia que sabia el nombre del individuo que se ha fugado al verme.

—¡Que se ha fugado! Es verdad que salió con alguna precipitacion, pero no sabíamos que fuera a causa de usted. En cuanto al nombre, no lo podemos ignorar, porque aquí está su firma en este documento que ese jóven ha endosado a mi órden para cobrar de un zapatero llamado Santiago Urrutia; y el procurador sacó su voluminosa cartera y tomando sin equivocarse de entre muchos papeles un pequeño legajo, dijo. "El nombre, segun usted mismo puede verlo, es el de Tomas Barriento."

—Ya lo sé: ¿pero no puede darme usted las señas de la residencia de este individuo?

—Si ya usted sabe el nombre, para qué preguntármelo? Ahora respecto a su residencia me es imposible decirsela, porque la ignoro.

—¿Y cómo entónces se ha encargado usted de este negocio?

—Nada mas sencillo: él vino en dias pasados a las oficinas en busca de uno de nosotros para encargarnos de esta cobranza y se encontró conmigo, habiéndome prevenido que si el deudor no pagaba, siguiera todos los trámites y usara de todos los derechos que la lei confiere al acreedor advirtiéndome que dicho individuo poseia una tienda de

zapateria en la calle del Puente y que su habitacion estaba en uno de los conventillos de la calle de San Pablo, lo que queria decir claramente que si no satisfacia la deuda, lo llevara a la cárcel, salvo despues de haber practicado todos los procedimientos de estilo, como usted puede verlos; y como el documento era a la vista y el deudor reconoció la firma, confesando no tener en el momento con qué pagarla, nos hemos visto en la dura obligacion de cumplir con nuestro cometido, y se ha procedido al embargo y prision del deudor con todos los requisitos indispensables para la legal formalidad del acto; de manera que, como usted ve, no hai por nuestra parte la menor culpa. Y el tinterillo, despues de esta peroracion que creia de un efecto irresistible y una obra maestra de elocuencia, se echó para atras como quien dice: ¿Está usted convencido? ¿Qué mas quiere usted?

Domingo Lopez estaba descontento; veia que el hilo que creia seguro entre sus manos se le escapaba, no pudiendo llegar a descubrir por este medio lo que tanto interes tenia en averiguar; pero reflexionando un momento dijo entre sí mismo: "Todo no está perdido; de una manera o de otra yo le daré caza a este perillan, porque sino quieren decirme dónde vive, ya sé al menos donde poder encontrarlo y me pondré en acecho desde la mañana hasta la noche y entonces veremos si se me escapa, porque una vez que le haya echado el guante será bien difícil que yo lo largue."

El tinterillo, viendo el silencio del viejo militar, creyó concluido el asunto e iba a retirarse cuando Domingo Lopez, tomándolo del brazo, le dijo:

—Un momento mas, amigo mio, y me parece que quedarémos de acuerdo.

—Estoi a sus ordenes, respondió el ministril con enfado, porque le parecieron mui familiares las maneras poco parlamentarias del veterano.

—¿Ustedes tienen el pagaré firmado por Santiago?

—Usted mismo lo ha visto.

—¿Y no podria hacer un arreglo con el acreedor?

—El acreedor soi ahora yo.

—Pero en fin, si fuera posible ver al primero talvez llegaríamos a un avenimiento amigable. Y al hacer esta proposicion Domingo Lopez tenia en vista que talvez así descubriria el domicilio de Tomas; pero el astuto leguleyo le contestó:

—Nada tiene que hacer ya don Tomas Barriento con este pagaré; y es conmigo esclusivamente con quien tiene usted que entenderse.

—Sea, dijo el veterano con despecho; ¿cuáles son sus condiciones?

—Sencillísimas: o el dinero o una fianza de saneamiento que responda suficientemente o a mi satisfaccion, del capital y costas de la cobranza.

—El dinero no lo tengo.

—Entonces la fianza de saneamiento.

—¿Qué es eso de fianza de saneamiento?

—Que una persona suficientemente abonada me responda que los bienes embargados son mas que suficientes para cubrir la deuda con todos los otros gastos orijinados por la cobranza.

—Le daré a usted una cosa mejor que esta y mucho mas segura.

—Yo no quiero ni cosa mejor ni mas segura, sino lo que manda la lei; o el dinero o la fianza de saneamiento, con esto quedo satisfecho y hoi mismo saldrá en libertad su amigo.

—Pero si le doi a usted en garantia una propiedad que vale veinte veces la deuda, ¿no quedaria usted satisfecho?

—Ya está hecho el embargo, y no hai otros medios que los que he indicado a usted para salvar al individuo.

—Me parece natural que el acreedor prefiera una cosa de mayor valor para cubrirse o tener la seguridad de hacerlo mas fácilmente.

—Veamos qué es lo que usted me ofrece.

—Tengo esta quinta en Yungai y aquí están los títulos de propiedad. Y Domingo Lopez sacó del bolsillo el acto de donacion.

El leguleyo lo leyó lijeramente y devolviéndolo dijo al veterano:

—Pero esta propiedad ni siquiera le pertenece.

—¿Cómo que no me pertenece cuando es de mi hija?

—Claro está que es de su hija, y por la misma razon no será suya sino cuando ella haya muerto y no tenga otros herederos de preferencia a sus padres.

—Pero vengo a nombre de ella, vengo con su autorizacion.

—¿Dónde está la autorizacion?

—¿No basta mi palabra?

—En caso de negocios no hai palabras y sobre todo en los procedimientos legales nos atenemos al hecho, a la lei, a lo claro y positivo; pero aun dado caso que trajera por escrito la autorizacion, todavia habria que correr muchos trámites para hacer valedero ese documento y yo no abandono lo cierto por lo dudoso.

—¡Cómo! ¿No cree usted entonces en lo que yo le digo, en lo que yo le afirmo?

—Cuanto usted me dice puede ser cierto y creo no haber proferido una sola palabra contra su veracidad; pero no puedo hacer esta especie de sostitucion o de ampliamiento de embargo, porque los bienes que me ofrece no son suyos y porque habria que correr una larga tramitacion para que la señorita su hija pudiese comprometerlos legalmente; ¿qué edad tiene esa señorita?

—¿Qué le importa a usted su edad?

—A mí nada; pero sí al código civil.

—Y qué tenemos ni ella ni yo que hacer con el código civil?

—Mucho mas de lo que usted piensa.

—Por último, sea de ello lo que fuese, ¿acepta usted o nó mi proposicion?

—No me conviene. Y el ejecutor de la lei se rió irónicamente imitándolo sus otros consocios, cofrales, o *compañeros* como ellos se denominan recíprocamente.

—Puede no convenirles; pero a mí tampoco me conviene que ustedes se rian, pues quizá haria que esa risa se convirtiera en lágrimas. Y el veterano se encaró de frente a los tres ministriles con amenazador talante.

—No hai motivo para enfadarse, señor, respondió otro de los alguaciles; y advierta usted que cualquier desman le costaria mas caro que lo que usted se imajina.

—Mas caro! esclamó el antiguo militar, mirándolos de arriba abajo; creo que con los tres juntos y otros tres títeres mas como ustedes, no tendria por donde principiar.

Y el soldado de la independencia, calculando únicamente la fuerza física de sus antagonistas, los miró de nuevo con ese aire provocativo del que dice: "Sois unos cobardes o de no principiad."

Pero los ministriles se guardaron mui bien de ello por mas despecho que tuvieran, porque era indudable que la lucha en este terreno les sería desventajosa, mientras que parapetándose en sus inmunidades de ejecutores de la lei podria ser de graves consecuencias para el viejo militar; pero ellos tambien consideraron que, no encontrándose en ese momento en el ejercicio de sus funciones, el caso era distinto; y asi volviendo la espalda al alférez le dijeron:—"Vaya usted a su cuartel a usar de bravatas con sus soldados que en cuanto a nosotros estamos en una altura mui superior, y puede ser que no pase mucho tiempo en que usted lo conozca porque, esta es *la casa del jabonero donde el que no cae resbala.* Y se retiraron.

—A Dios gracias, replicó Domingo Lopez con fuerte voz, a Dios gracias que jamás tendré que entenderme con avechuchos de este jaez. Y paseó su mirada imponente, la mi-

rada enérjica y serena del valor, por todos los que lo rodeaban, saliendo en seguida con paso mesurado y firme del patio de los Tribunales de Justicia.

IV.

Una vez que se vió en la calle, toda esa enerjia que lo habia sostenido por un momento desapareció, considerando que no habia hecho nada y que mas bien habia quizá perjudicado la causa de Santiago sin avanzar un paso en el descubrimiento principal, pues con la vivacidad de su carácter se habia conciliado enemigos y puesto en guardia a Tomas que, astuto como un zorro y cobarde como una gallina, no se dejaria pillar en el garito.

"Yo soi una verdadera béstia, decia entre sí mientras caminaba; nada me sale bien porque todo lo echo a perder con mis imprudencias y con mi maldito jenio; pero a la vista de ese perillan se me subió la sangre a la cabeza y despues esos malditos jotes de alguaciles acabaron de perderme con sus enredos y mala voluntad; y sin embargo, ojalá se me hubieran parado, porque habria tenido una verdadera satisfaccion en hacerles probar mis puños; y ese pilluelo de Tomas, en cuanto a ese, ¡pobre de sus orejas! de seguro se las hubiera arrancado una a una si no me hubiera confesado el paradero de su maldito patron el célebre pintor Víctor!" Y nuestro buen hombre en medio de este soliloquio se tiraba de los bigotes, signo inequívoco de su mal humor o de la perplejidad de espíritu en que se encontraba.

De repente se paró el viejo militar y se dió una palmada en la frente a manera del hombre que ha olvidado una cosa importante o que se le ocurre una idea nueva. "Cáspita! dijo, y no se me habia ocurrido! Lo mejor que puedo hacer es ir a ver todos los establecimientos de pinturas y fotografias porque allí es seguro que me darán noticias de ese"... Y volviendo sobre sus pasos entró en el primer taller que se encontraba en una de nuestras calles mas centrales.

Una vez en él, preguntó por el *maestro*.

—Aqui no hai maestro ninguno, le contestó con enfado uno de los empleados; porque esta palabra maestro se usa en Chile para los artesanos pobres, pues los ricos no la aceptan y menos los artistas que se consideran en una categoria superior.

—¿Será entonces el dueño de casa? respondió el alférez un tanto contrariado.

—Al dueño de casa puede buscarlo usted en sus habitaciones particulares, pero aquí no se encuentra sino el artista.

—Eso es lo que he querido significar, amigo mio, contestó el veterano dulcificando su voz cuanto le fué posible.

—Bien, señor, el jefe del taller no está aquí.

—Lo siento; pero usted podria talvez decirme si conoce a un pintor de gran celebridad en Santiago y que se llama Víctor; en cuanto al apellido no lo recuerdo, perocreo que es Víctor Escobar.

—Víctor Escobar! Víctor Escobar! No conozco a ningun pintor de Santiago que lleve este nombre.

—Es un jóven poco mas o menos de esta fisonomia; y Domingo Lopez descubrió una a una las facciones, el aire y la estatura del finjido artista.

—Puedo asegurarle, señor, que en nuestro gremio, y todo él me es conocido, no existe ningun pintor asi como usted lo representa.

—Es mui estraño, porque, segun he sabido, es de gran fama y porque ha tenido su taller de pintura y una infinidad de cuadros en una casita de la calle de San Pablo al lado de unos conventillos y mui cerca de la pirámide.

—¡Un pintor, señor, con un taller en la calle de San Pablo y cerca de la piramide! Usted se habrá indudablemente equivocado.

—Equivocado! cuando he estado cincuenta veces en la misma casa y cuando no tan solo he visto muchos cuadros, sino que ha trabajado el mio y el de...

—Imposible, señor, por mas que me lo asegure.

—Esto sí que es bueno! ¿Con que imposible cuando yo lo he visto, presenciado y podré decir mas, cuando he sido testigo ocular de los trabajos de ese jóven?

—A esa evidencia no tengo nada que contestar; pero puedo asegurarle que me sorprende.

—¡Esto es para volverse loco!

—Talvez habrá sido algun santero, señor, de esos quiteños que embadurnan algunos mamarrachos para las beatas porque un verdadero pintor, por mediocre que sea su mérito, no va a poner su taller en la apartada calle de San Pablo donde solo vive, por lo regular, jente pobre que no tiene ningun conocimiento del arte y que por consiguiente no puede apreciarlo.

—Pero él dijo al principio que iba en busca de la soledad para conseguir la inspiracion.

—Puedo asegurarle, señor, que lo han engañado.

—Estoi por creerlo. Y Domingo Lopez se despidió del artista.

Decididamente estoi de mala suerte, dijo para sí cuando salia del taller; no hai cosa que no se me frustre y no sé con qué cara me voi a presentar a casa donde indudablemente me están aguardando con impaciencia, y no llevo nada que decirles de nuevo.

El viejo soldado, a pesar de estas reflexiones, prosiguió su camino dirijiéndose a su querido hogar, poco satisfecho de sí mismo, pero deseoso de encontrarse en él.

Apenas se presentó en el umbral de la puerta, cuando Marta, Mercedes y Teresa le preguntaron sobre lo que habia ocurrido y cuáles eran las nuevas que traia.

—Malo, malo, mui malo, dijo el amante padre con abatimiento.

—¿Qué es lo que has hecho? repuso Marta.

—Nada, absolutamente nada de provecho.

—¿Y por qué te has demorado tanto tiempo?

—Porque he practicado muchas dilijencias, pero completamente estériles.

—Santiago quedará entonces en la cárcel? agregó Teresa con angustia.

—Sí, hija mia, por algunos dias, pero esto no durará porque yo tomaré otras medidas.

—¿No aceptaron?... preguntó Mercedes sin añadir nada a la sola interrogacion.

—Domingo comprendió en el acto a lo que se referia su hija, y solo pronunció este monosílabo: No.

Teresa, que habia concebido esperanzas, que tenia casi seguridad en el buen éxito de las dilijencias del veterano, porque tenia fé en las palabras de Mercedes y porque sabia el empeño que siempre tomaba Domingo Lopez para hacer el bien, se entristeció estraordinariamente con la noticia del mal resultado, figurándose que si en esa ocasion no se habia conseguido nada, bien poco se obtendria en los demas, pues pasando el tiempo todo se olvida y todo se deja; ¿y qué haria ella sin recursos, con su marido preso y con su tierno hijito, añadiéndose a la miseria y al abandono, la angustia de saber qué sufria un ser querido?

—Pero Marta, como si hubiese leido en el corazon de Teresa, le dijo: "No te abatas, hija mia; has esperimentado momentos mas crueles y Dios no te ha faltado; sigue teniendo confianza en él y te socorrerá: talvez no pase el dia de mañana en que no veas a tu marido libre y en disposicion de poder continuar trabajando con provecho.

Hai ciertas palabras que llegan al alma, y Marta tenia el don de pronunciarlas, porque a la persuasion de su voz semi profética, que nacia de su fé y de su confianza en Dios, contaba tambien con algunos recursos y sobre todo con lo que poseia su hija que como ella estaba dispuesta a hacer cualquier sacrificio por aliviar la desgracia del prójimo y mucho mas de personas a quienes estimaba y que le eran afectas porque reconocia sus méritos.

Teresa se calmó como por encanto, tal era la persuasion y el convencimiento que llevaba consigo la palabra simpática de aquella virtuosa mujer.

Mercedes que tambien creia en el don de adivinacion de su madre, llamó a Teresa y le dijo al oido: "Tenga usted la mayor seguridad: mañana, como lo vaticina mi madre, estará con nosotros Santiago."

—Le creo a usted, Mercedes, lo mismo que le creo a su madre y ya estoi tranquila; vea usted como me rio, y principió a hacerle morisquetas a su hijito, entreteniéndose con él como una persona que no tiene preocupaciones y sentimientos que la ocupen.

Marta salió un momento para preparar la mesa y luego entró anunciando que la comida estaba servida: y Mercedes, desprendiéndose de sus propios infortunios, cien mil veces mas graves que los de Teresa, hizo cuanto pudo por distraer a ésta y por consolar a sus padres que, al verla tan esclusivamente ocupada de ellos, pensaron que en parte habrian disminuido los pesares que la agobiaban, circunstancia que las puso de tan buen humor como era posible tenerlo en casos análogos, a tal punto que nuestro honorable oficial pidió a su cara mitad una botella de vino, placer que no se habia permitido durante mucho tiempo porque ni aun se le habia ocurrido, ocupado por entero de la enfermedad de su hija y últimamente de su desgracia.

Marta se paró en el acto para satisfacer la demanda de su marido, demanda que la regocijaba sobremanera porque comprendia el sufrimiento de su esposo que habia llegado hasta el punto de olvidarse de ese último placer de los viejos soldados: de suerte que al levantarse para traer el vino, dijo: "Esta es señal inequívoca de un buen presajio: apostaria a que va a acontecernos algo de bueno.

Arribo de Enrique.

I.

No se habia sentado aun a la mesa la esposa de Domingo Lopez y apenas éste llevaba a sus labios el vaso que contenia el olvidado mosto, cuando se sintieron por la calle del conventillo las fuertes pisadas de un caballo que marchaba a trote largo deteniéndose en seguida en la principal puerta de la modesta habitacion de la familia Lopez, y casi instantáneamente apareció Enrique en el umbral de ella.

Marta, viniendo del interior y sin haberlo visto aun, esclamó:—"Es mi hijo."...

Mercedes le abrió sus brazos y no profirió una sola palabra; pero se puso pálida... mucho mas pálida de lo que estaba...

En cuanto al viejo militar, la única demostracion que hizo, y esto involuntariamente, fué caérsele el vaso de las manos, quebrarlo en la mesa y desparramar el licor en los manteles, sin que se hubiera dado cuenta de un accidente que, en otras circunstancias, habria sido de gravedad.

Enrique, casi sin mirar a nadie, se precipitó en los brazos que le habia abierto su hermana, pero con ese mudismo con que ella lo recibia, mudismo que espresaba la fuerza de dos grandes sentimientos cuya violencia o cuya intensidad es incapaz de traducir la palabra.

Pasado un instante, es decir ese primer momento en que la emocion casi embarga nuestras facultades, el jóven obrero abrazó a sus padres con el mayor cariño y dió la mano a

Teresa; despues sentóse al lado de su hermana y tomándole la cabeza, la atrajó hácia su corazon acariciándola en silencio. Mercedes rompió en un mar de lágrimas y todos los circunstantes siguieron su ejemplo sin poder contenerse...

Aquel cuadro era realmente patético... Aquellas lágrimas eran producidas por el mas intenso dolor a la vez que por la felicidad que les causaba la vista de Enrique: de estos contrastes suelen verse muchos en el mundo, asemejándose al pesar agudo que nos causa la muerte de una persona que afeccionamos y que es renovado por la visita de un amigo querido, que a un mismo tiempo nos alivia y nos entristece.

Enrique interrumpió aquel silencio turbado solo por los sollozos, diciendo a Mercedes:

—No llores, hermana mia; tú eres siempre un ánjel de candor, de pureza y de inocencia... Deja las lágrimas para los que sufren el remordimiento de sus crímenes... Ya creo que has padecido bastante y es preciso que ahora se opere una reaccion favorable... Ya estoi aquí, aquí está tu hermano para sostenerte, para defenderte y sobre todo para consolarte... Vamos, no llores que tengo que hablarte sobre muchas cosas que te llenarán de regocijo. Y el amante jóven levantó la cabeza de su hermana a la altura de la suya e imprimió en aquel rostro triste, pálido y bañado en lágrimas, pero mas anjelical que nunca, mas divino que cuando gozaba de tranquilidad y de salud, fraternales y cariñosos besos.

—Ya no lloro, contestó Mercedes; y como para probar lo que decia, bajó por sus labios una triste sonrisa, sonrisa dulce pero impregnada de una gran melancolia.

Enrique la miró con una ternura tal que Mercedes atrajo hácia sí a su hermano devolviéndole iguales caricias; porque habia leido en aquellos ojos tanto amor, que el pecho de la jóven se habia dilatado al fuego vivificante de un cariño tan inmenso espresado con tanta sencillez y con tanta elocuencia; porque, como ya lo hemos dicho y como todo el

mundo sabe, los ojos tienen su lenguaje aparte, lenguaje tan poderoso y tan inimitable que solo lo aprecia el entendimiento sin que lo llegue a representar la palabra por elocuente y apasionada que sea o que se la considere.

—Y bien, hermana mia, dijo Enrique cuando hubo pasado un momento, ¿no me preguntas por tu amiga? No has hecho caso de lo que te anuncié al principio, que tenia muchas cosas que comunicarte que debian llenarte de regocijo? Habrás olvidado a la señorita Luisa? Ah! Es imposible... no lo creo.

—¿Y cómo puedes figurarte tal cosa, Enrique? Cómo! Si no te contesté al principio, fué porque tenia embargada el habla; pero la primera persona de quien me he acordado al verte, fué de ella; de otro modo seria la mas ingrata, y tú sabes que ese no es mi defecto.

—Puesto que es asi, hablaremos de ella; pero para esta clase de confidencias se necesita estar solos, y suplicaremos a nuestros padres que nos permitan retirarnos.

—Tan luego! dijo Domingo Lopez, estoi por no darles el permiso. ¡Qué egoismo de muchachos! Dejarlo a uno solo y con la miel en los labios; pues todavia no hemos hablado nada nosotros; pero en fin, qué hacerle! Pueden ustedes retirarse. Y el soldado de la independencia hizo un cómico ademan en señal de despedirlos.

II.

El buen humor habia vuelto al valiente veterano; y como la llegada de Enrique habia interrumpido la comida quedando ésta servida sin que nadie la tocase, y viendo el vaso de vino que habia desparramado, Domingo Lopez esclamó: "Cáspita! y qué desgracia! Buen trabajo tendrás, vieja Marta, en desmanchar el mantel; pues hasta se me olvidó de echarle sal cuando por mi torpeza se me cayó el vaso; pero quién habia de pensar que llegaria Enrique? Nosotros no

somos adivinos como tú y bien podias habernos prevenido para que no nos pillara de sorpresa, haciéndome cometer la imperdonable falta de perder un vaso entero del mas delicioso líquido que haya pasado por mi garganta, pues asi me lo figuro, despues de tanto tiempo que he estado privado de él, dejándole el suficiente descanso para que envejezca en la botella; pero como todavia queda una buena porcion y la comida no la hemos principiado, espero que nos la calientes un poco para atacárla como merece, pues me ha vuelto el apetito y seria capaz de engullirme toda tu despensa."

—Pobre viejo, dijo Marta con su voz suave y dulce, gracias a Dios que se te ha desanudado la lengua y que principias a tontear; voi, pues, a calentarte la comida, y si no tienes suficiente vino, te traeré con gusto otra botella, porque no falta.

—Ya lo creo!... tanto tiempo... pero veremos, veremos; eso vendrá mas tarde cuando me toque mi turno de conversar con Enrique.

Despues, volviéndose Domingo Lopez donde Teresa, que habia permanecido sin hablar palabra por no interrumpir aquellos tiernos coloquios, en los cuales ella estaba tambien vivamente interesada, porque participaba de la alegria de esa honrada y virtuosa familia que tanto la habia protejido en su desgracia y de la que esperaba todavia recursos y consuelos, le dijo:

—Ahora te quedarás con nosotros, porque es imposible en este dia hacer nada en favor de Santiago; pero mañana te aseguro que estará en libertad, pues entre los dos con Enrique lo haremos todo.

—¿Cree usted, señor, que se consiga?

—No lo dudes, hija mia; yo tambien suelo adivinar lo mismo que mi mujer, porque hai veces que me habla el corazon tan clarito que tengo toda seguridad en lo que ha de suceder.

—Dios lo quiera...

—Y lo querrá, amiguita, y lo querrá; te respondo de ello. Con que así, no hai por qué aflijirse: un dia no compone mundo y se pasa de cualquier modo; por el momento es preciso alegrarse.

—Ya lo estoi, señor, porque yo participo del mismo contento de ustedes.

—Te creo, hija mia; pero ya viene Marta con la comida y es preciso hacerle debidamente los honores, especialmente tú que tienes doble necesidad, porque con tantos sufrimientos no habrás tomado bocado en todo el dia.

—La señora Marta me hizo tomar por fuerza un poco de caldo.

—Bien hecho; ella sabe mui bien estas cosas y es preciso obedecerla en todo si quieres conservar tu hijito.

—Oh! sí, la obedeceré en todo y por todo, porque nunca puede aconsejar sino lo que es bueno.

Marta puso las fuentes sobre la mesa, y al mismo tiempo Domingo le dijo:

—¿No llamarás a comer a esos muchachos?

—Acaban de salir; déjalos, amigo mio, que mas gusto tendrán con su conversacion y mas les aprovechará que nuestra comida.

—Bueno, bueno; pero yo hubiera deseado...

—¿Que estuvieran con nosotros?

—Claro.

—Ya los tendremos... ahora estoi segura de la salvacion de mi hija, porque Enrique obrará en su ánimo mejor que nosotros.

—Sí; y yo tambien estoi seguro de muchas otras cosas... y el fuego siniestro de la venganza brilló en los ojos del viejo militar.

Marta no se apercibió de aquella mirada que descompuso un instante aquella fisonomia en que un momento antes brillaba la dulzura y la esperanza.

Dejemos a nuestros dos viejos, acompañados de Teresa, proseguir su frugal pero deliciosa comida, porque estaba sazonada por el contento, e introduzcámonos en la alcoba de Mercedes donde se hallaban los dos hermanos sentados sobre la cama y estrechados de las manos.

III.

Si hai una situacion tierna, imponente y conmovedora en la vida, es la de los seres virtuosos y elevados cuando son perseguidos y abatidos por la desgracia; pues si es verdad que la satisfaccion interior de una inmaculada conciencia los eleva, no es menos cierto que el infortunio las mas veces los agobia de tal manera, que no les da ánimo para alzar su frente y desafiar la sociedad y sus preocupaciones y esa turba de seres frívolos, risueños e insignificantes que viven de las apariencias, y que, burlándose de todo y de todos, creen darse importancia y hasta llegan a procurársela, porque esas mediocridades son las que jeneralmente dominan, pues tienen la arrogancia de los necios y el cinismo de los malvados; ¡y qué situacion mas triste y digna de lástima que esta, que era justamente por la que pasaba Mercedes!

Enrique habia reflexionado mucho, y la manera de juzgar del solitario, de Luisa y de la señora doña Juana le habian trazado la marcha que debia seguir, la conducta que debia observar, las palabras que debia decir; y si bien Marta le habia precedido en el modo de apreciar las cosas y de insinuarse en el ánimo de Mercedes, las confianzas de Enrique llevarian a término la obra de levantar su espíritu abatido y de curar su cuerpo fatigado por el interior sufrimiento.

Cuando Enrique se encontró a solas con su hermana, volvió a abrazarla y le dijo:

—Mercedes, ahora mas que nunca me eres querida, mas que nunca te has levantado a mis ojos y mas que nunca te respeto a la vez que te idolatro.

Y el sensible jóven, no solo queria consolar, sino que decia lo que esperimentaba con ese acento de conviccion profunda que solo nace de la verdad y a quien jamas el finjimiento imita.

—Enrique, Enrique! si supieras lo que me ha pasado...

—Lo sé, hermana mia, y es por esta razon que te hablo así: la virtud es digna de alabanza; pero la virtud desgraciada merece, a mas de la alabanza, el respeto y la veneracion.

—Habla, habla, hermano mio. Ya mi madre me habia dicho palabras tan tiernas, que iban operando en mí un cambio favorable y tu concluirás lo que ella habia principiado.

—No será solo mi madre y yo los que hagamos este milagro, sino que talvez se asocie otra persona que vale mas que nosotros y cuyo juicio puede ser mas imparcial por no estar ni afectado ni interesado tan de cerca como nosotros.

—¿Me quieres hablar de Luisa, de mi Luisa?

—Sí.

—¡Es posible!

—Traigo cartas para tí que sin duda se ocuparán de este asunto, porque me fueron entregadas en aquel fatal momento.

—¿Qué fatal momento?

—Cuando recibí el propio que mandó mi padre.

—¿Mi padre escribió? ¿Entonces mi padre sabia?... y Mercedes se ruborizó estraordinariamente.

—Lo esencial.

—¡Padre mio! ¡cuánto debe haber sufrido! Jamas me ha dicho una sola palabra.

—Es mas que probable, porque yo lo conozco, que haya sabido en este último tiempo tu desgracia, desgracia que yo ignoro todavia en parte, porque de otra manera ya estarias vengada, Mercedes, y sin necesidad del ausilio de tu hermano.

—No hables así, Enrique, y ya que va entrando un poco de calma a mi angustiado corazon, no quiero que la dulzura de la virtud se mezcle con un crímen.

—¡Mercedes! Esa compasion, ¿no nace de otro sentimiento?

—¿De qué sentimiento?

—De amor por el hombre que te ha ultrajado, porque de otra manera, ¿cómo concebir esa compasion, cómo desechar una reparacion merecida?

—Ya te lo he escrito, Enrique, y te lo repetiré nuevamente: yo no amo a ese hombre... el afecto que sentia se ha estinguido como por encanto. No esperimento en mi interior nada, absolutamente nada, y a tal punto, que si viniese ahora a echarse a mis piés solicitando mi mano y ofreciéndome a mas de esto la fortuna del mundo, lo desecharia con una indiferencia tan glacial como la de aquel que nada quiere, que nada teme, que nada espera; pero en cuanto a la venganza, no la puedo soportar, no entra en mis ideas, me parece que me rebajaria aceptándola y que mi virtud como mi sacrificio dejarian de ser meritorios, dejarían de ser aceptables a los ojos de la Providencia y aun a los mios propios, si abrigara en mi pecho, por un solo instante ese sentimiento.

—Mercedes, hermana mia, tú eres mas que una mujer, talvez mas que un ánjel, porque eres la mas sublime, la mas acabada, la mas perfecta de las obras de Dios!...

—No exajeres, Enrique; yo no hago otra cosa que seguir con humildad la huella de Nuestro Señor Jesucristo y desde mui atras e imperfectamente los pasos del Calvario.

—Yo creia consolarte, mi querida hermana, y veo que eres tú quien desparramas profusamente el mas delicioso y y eficaz bálsamo.

—¡Ai Enrique! he sufrido bastante para no haber comprendido aquella sublime leccion; y he caido repetidas veces, ya en las áridas arenas de la desesperacion o en los

pasados médanos del abatimiento para no seguir ese divino ejemplo que debe haber endulzado hasta el amargo cáliz del Señor, así como suaviza y alivia hoi mis dolores; pero debo advertirte que no ha entrado por poco la amorosa y tierna palabra de nuestra santa madre...

IV.

Enrique estaba confundido... encontraba a su hermana mas realzada que nunca y cien mil veces mas alta en su mismo abatimiento que lo que la habia conocido en el esplendor de su virjinal pureza: tales son los resultados que produce la leccion dada por el Mártir del Gólgota, es decir esa lei de caridad, de amor, de perdon... y a tal punto llega la sublimidad de sus efectos que lava las faltas y levanta á los caidos a unas rejiones tan elevadas, donde la mayoria de los mortales no alcanza ni aun siquiera a vislumbrar que existen esas alturas del sentimiento y de la idea...

Mercedes levantó a su hermano, lo volvió a sentar a su lado, le echó su brazo al cuello y le dijo: "¿Te parece bien, Enrique, mi conformidad? ¿No encuentras que en esa misma conformidad hallo mi mas gran lenitivo y mi solo y único alivio?

—Y no tan solo tu lenitivo y tu alivio, sino tu superioridad incontestable.

—No me hables de esas vanidades, Enrique; ayúdame a seguir mi senda y te estaré agradecida; pero ya que recuerdo, me dijiste al principio que traias cartas de Luisa?

—Sí, hermana mia, aquí están.

—¡Qué dicha!

—Te prevengo que aunque vienen abiertas no las he leido.

—¿Y qué habria importado? Ya sabes que para tí no tengo secretos, al menos en lo que concierne a mi persona, añadió Mercedes, reflexionando en lo que le habia comunicado Luisa respecto a sus amores.

—Con todo, no lo he hecho, ni aun he tenido el pensamiento, porque en la velocidad de mi carrera la única idea fija que tenia era el llegar... era el abrazarte... era tambien... Y Enrique cortó la frase porque vió que iba de lleno contra los sentimientos que le acababa de manifestar su hermana, pues él resolvia en su mente un plan de venganza; porque jeneralmente los hombres carecen de esa benevolencia que distingue a las mujeres y que les hace representar en la tierra el rol de la Divinidad que está en los cielos.

Mercedes abrió la carta y leyó en voz alta:

"Mi hermana y amiga querida:

"Enrique ha partido con la desesperacion en el alma; cálmalo y consuélalo"...

—Es verdad que me trata la señorita Luisa con esa encantadora familiaridad, dijo el jóven obrero interrumpiendo la lectura.

—Puedes tú mismo verlo, amigo mio.

—¡Ai Mercedes!... Si supieras cuánto goce, cuánta esperanza me hace concebir esa sola palabra y cuánto le agradezco el principio ocupándose de mí.

—Egoista!

—Pero tú sabes cuán egoista es el amor desde el momento que nos ocupa por entero...

—¡Mas aun!

—Perdóname, Mercedes; perdóname, pero ignoras cuánto ha crecido mi afecto.

—Me lo has dicho.

—Decirlo no es bastante, esperimentarlo es lo principal; y si estuvieras perfectamente al cabo de lo que es ella!

—Me parece que no puedes tenerla tú en mas alta idea de lo que yo la tengo; pero déjame continuar la lectura de su carta y despues hablaremos.

—Continúa.

Mercedes prosiguió leyendo.

"Temo mucho de la exaltacion de su carácter, si bien confio en la rectitud de su juicio y en las lecciones que ha recibido de su maestro, como en sus últimos consejos; pero vijila siempre...

"Ahora, hermana mia, solo te diré una cosa: que tu desgracia aumenta mi interes y que el infortunio involuntario no denigra en nada las cualidades del alma, sino que las aumenta si se sabe bien sobrellevarlo...

"Yo te quiero siempre. Yo tengo por tí ahora mas estimacion que antes, porque antes tu virtud no habia sido depurada en el crisol de la desgracia.

"Te soi inferior, Mercedes, pero quien sabe si no llega el tiempo en que me toque mi turno, y entonces talvez no seré ni tan virtuosa ni tan magnánima.

"No te abatas, mi querida amiga, porque aqui estoi yo para sostenerte, aquí está mi madre, y aquí está tambien el noble corazon del antiguo coronel don Toribio de Guzman, compañero inseparable de mi padre, amigo íntimo de mi madre, preceptor mio y últimamente de tu hermano a quien quiere como a hijo, y nosotros todos sabemos apreciar el valor de la virtud y el del mérito verdadero.

"La precipitacion con que te escribo esta carta, a causa de la no menos rápida partida de tu hermano, me impide quizá esplicarme como quisiera y decirte cuánto ha aumentado mi afecto para tí desde que sé que eres desgraciada, porque el dolor arranca siempre mayores simpatias y especialmente cuando emana de la virtud, pues no puedo considerarte de otro modo y especialmente cuando creo haber leido en tu corazon por tus tristes aunque lacónicas cartas.

"Desde hoi en adelante soi mas que tu hermana porque seré tu inseparable amiga y mas que tu inseparable amiga, porque tendré por tí la adoracion que se siente por un mártir.

"Ah! volveria a abrazarte y entonces conocerias cuánto te ama y cuánto te admira y reverencia tu LUISA."

A la lectura de esta sencilla carta, Mercedes virtió un raudal de lágrimas, lágrimas nacidas de la gratitud, porque se sentia rehabilitada en el concepto de la amiga que mas queria en este mundo y a quien debia tanto o mas que a todas las personas reunidas que habia conocido hasta entónces, poniéndola en el mismo paraugon que a sus padres, porque si de ellos habia recibido la existencia y las buenas máximas, no era menos cierto que Luisa le habia abierto ese camino que, depurando el sentimiento, nos lleva hasta los cielos, o lo que es lo mismo, hasta la sublimidad de la idea, hasta ese espiritualismo que, desprendiéndonos de la tierra, nos conduce a las mansiones de la eternidad, al Eden del pensamiento y de la gloria.

Enrique participaba de las mismas opiniones de su hermana y sentia tanto o mas que ella la sublimidad de la naturaleza de la amiga que habia sabido, sin la menor violencia, enjendrar en el pecho de Mercedes y en el suyo propio el jérmen sagrado de la virtud, y de la virtud llevada hasta las mas altas esferas, porque sentia, y con razon, que la grandiosidad de sentimientos que habia desplegado Mercedes, nacian en gran parte del contacto de una amistad tan pura y tan llena de todo cuanto hai de noble en la naturaleza de los seres creados.

Mercedes abrió la segunda carta que pertenecia a la señora doña Juana y que estaba concebida en estos términos:

"Mi querida hija:

"El título de tal te lo doi con toda la efusion de mi alma, y sin decirte que te prefiero a Luisa ni que te quiero mas que a ella, tú ocupas por lo menos un segundo lugar en mi corazon.

"Sé tú desgracia, y la he sentido tanto o mas que si le hubiera sucedido a un miembro inmediato de mi familia: tengo, hija mia, la esperiencia de estos sinsabores y no ignoro sus consecuencias dolorosas; pero estoi persuadida que

la falta no emana de tu voluntad y que por consiguiente la compadezco tanto mas, elevándote a mis ojos.

"Hija querida, repito este nombre con gusto, y si tu salvacion y tu dicha dependen de los bienes de la fortuna, dispon de mí y dispon como quieras en la seguridad que mis promesas nacen del corazon y que no son una vana oferta.

"Tu buen hermano que lleva esta carta puede asegurarte cuánta es mi afeccion y cuánto mi deseo de que seas feliz.

"Tuya de corazon

JUANA DE"...

—Dios mio! esclamó Mercedes, ¡cómo no reconocer tu bondad, tu sabiduria y tu misericordia! ¡Cómo no ver en cuanto me sucede tu intervencion divina! Yo te adoro, Señor, y agradezco tus beneficios. Los favores que me prestas, los consuelos que me das son superiores a mis sufrimientos y estoi ya resignada, o mas bien dicho, satisfecha.

Despues de esta especie de oracion elevada a Dios delante y en compañia de su hermano, la fisonomia de Mercedes se tornó risueña, casi alegre, y dijo a éste:—"Vamos, Enrique, que nuestros padres estarán deseosos de hablar contigo y no es bueno privarles por mas tiempo de este gusto.

V.

—Cáspita, amigo mio, que debe haber corrido tu caballo, dijo el viejo militar, porque ha llegado en un estado lamentable, y yo me entiendo en esto, pero afortunadamente ya no corre riesgo. Buen animal! prosiguió. ¡Caramba! he visto pocas béstias mas bien formadas y por consiguiente mejores.

—He venido en cuatro animales parecidos a éste.

—¡Cuatro! ¿y dónde están?

—Los he dejado en el camino.

—¿Cómo en el camino?

—Los tenia apartados de distancia en distancia y éste

estaba en la última jornada; porque han de saber ustedes que salí ayer en la tarde de la hacienda y he corrido casi todo el camino.

—Pobre Enrique! ¿Entonces debes venir mui fatigado? dijo Mercedes.

—Nada de eso, hermana mia, pues si fuera necesario haria ahora mismo igual jornada.

—Asi me gustan los hombres, repuso el veterano con aire de satisfaccion; en mi juventud era yo casi lo mismo.

—Si no estás cansado, cuéntanos todo lo que has visto, todo lo que has hecho, todo lo que ha pasado durante este tiempo, dijo Marta.

—Seria mui largo y talvez no tendria cuándo acabar si les refiriese detalladamente lo que me ha sucedido.

—Pero en fin, aun cuando seas lacónico, dínos lo principal.

Enrique principió su relacion desde el dia de su partida para la hacienda, narrando todos los acontecimientos que le habian sucedido, pero ocultando, como era natural, sus sentimientos, es decir, la pasion inmensa que se habia apoderado completamente de todo su ser, pasando lijeramente sobre aquellos puntos o aquellas circunstancias que a él mas le interesaban, pero que podian revelar el estado de su alma; a pesar de esta maniobra la penetrante Marta creyó encontrar los indicios de un cariño, reservándose para otra vez mas favorable la investigacion de un hecho de tanta trascendencia para el porvenir y felicidad de su hijo, proponiéndose combatir aquella locura que lo hacia desgraciado influyendo en el resto de su existencia. Mercedes, por el contrario, que estaba en el hecho y que sabia mas que el mismo Enrique, pues sabia el amor de Luisa, se gozaba en todos aquellos incidentes que le revelaban la intensa pasion de su amiga y todas aquellas delicadezas femeninas que solo saben apreciar las mujeres porque ellas solas son las que las conocen a fondo.

Enrique se habia detenido particularmente en hablar del coronel don Toribio de Guzman, y Domingo Lopez se estasiaba en esta relacion, haciéndole mil y mil preguntas a las que satisfacia gustoso Enrique, porque participaba, y con mayor motivo, del mismo sentimiento de respeto y de admiracion que esperimentaba su padre por el noble militar y hoi ignorado filósofo.

No era menor la atencion que prestaban Marta, Mercedes y aun la misma Teresa a todo cuanto decia Enrique de su sabio maestro, produciendo en la jóven enferma tal entusiasmo que esclamó: "Ah! cómo me gustaria arrodillarme ante él y abrazarlo! Me parece que tiene una alma que simpatizaria con la mia y que solo su vista o su palabra bastaria para curarme... quizá para hacerme feliz!"...

—Dices bien, hermana mia, porque parece que ese noble y virtuoso anciano tiene en sí algo de divino: su voz, su acento, su mirada, conmueven, atraen y tienen un hechizo irresistible... ¡Y si oyeras, Mercedes, esas lecciones tan llenas de sabiduria, tan llenas de bondad, tan llenas de caridad y de amor!... Entonces lo admirarias, lo reverenciarias, como yo lo admiro y reverencio...

—Asi es, hermano mio, asi es, ¿y no tendré nunca la dicha de verlo?

—Por qué nó, Mercedes; talvez tengas esta felicidad el dia menos pensado; y si no se presenta la ocasion, la buscaremos nosotros, porque iremos todos a turbar su reposo, pero a ofrecerle nuestro respeto y nuestra gratitud.

—¡Oh! sí, iremos, esclamó Domingo Lopez, entusiasmado, porque el dia en que se digne estenderme su jenerosa mano, será uno de los mas felices de mi vida.

—Lo comprendo, dijo Marta, y puedo asegurarte que participo de tu mismo afecto y de tu misma admiracion.

—La mujer de un soldado, esclamó Domingo, no puede menos de querer a su jefe, sobre todo cuando es como el coronel Guzman; bueno, sabio y valiente. Y el veterano de la

independencia bebió el último resto que quedaba en su botella...

La conversacion se prolongó hasta mui entrada la noche, a pesar del rápido viaje de Enrique y de la enfermedad de Mercedes, pues no quiso ninguno de los dos ir a descansar, el primero porque no estaba fatigado y la segunda porque se sentia dichosa, siendo aquellas horas las únicas felices que desde mucho tiempo atras esperimentara la virtuosa familia Lopez; de consiguiente, no era estraño que trataran de saborearlas, tanto mas cuanto que por una especie de presentimiento les parecia que habian hecho crisis sus males y que aquellos momentos señalaban el término de sus desgracias, siendo tambien el presajio de su felicidad futura.

VI.

No se habian escapado a la vista de Enrique los estragos que habia hecho en los miembros de su familia la inesperada e involuntaria caida de Mercedes, pues veia a su padre y a su madre casi completamente encanecidos en tan corto tiempo, y lo que era peor, se dejaban traslucir, a pesar de la alegria que les habia causado su llegada, los sufrimientos agudos que esperimentaban interiormente, siendo los estragos de la desgracia mucho mas visibles en su querida hermana, porque si bien estaba mas hermosa con la pálida languidez de su rostro, con las sombras de sus ojos, que revelaban claramente las muchas noches de fatiga y de insomnio que debia haber pasado en triste desvelo sin jamas revelar sus interiores dolores, era claro que aquel cuerpo poco antes lleno de salud y de vida estaba ahora minado por una enfermedad que podia llegar a ser incurable, porque las úlceras del alma rara vez se cicatrizan; y como conocia Enrique la esquisita sensibilidad de Mercedes temia tanto mas que ya no hubiese remedio; empero, las espresiones que habia vertido ella misma, los cuidados intelijentes y cariñosos de su madre, la amistad sincera de

Luisa, el estar él a su lado y mil otras circunstancias favorables le daban alguna esperanza y se proponia trabajar únicamente en el sentido de salvarla, no tan solo por el tierno afecto que le profesaba, sino porque salvándola a ella salvaba tambien a sus padres.

Este triste pensamiento le desveló completamente y no pudo pegar sus párpados en toda la noche; pero a medida que veia los males, a medida que profundizaba mas en aquellos sentimientos que debian haber atormentado a toda su familia y que destrozaban el pecho de él mismo, mas fuerte era el odio que esperimentaba por el autor de tanta desgracia, y mas y mas sentia la necesidad de un castigo o de una venganza; pero a la vez que su furor crecia, se le venian a la memoria las palabras de su hermana y la incontestable justicia de sus reflexiones cristianas, de manera que se encontraba perplejo, fluctuando entre sus sentimientos y la decidida voluntad de Mercedes; aquellos le gritaban que no podia ni debia dejar impune el crímen, y ésta que era el perdon el único camino que se debiera seguir....

Enrique conocia toda la fuerza, toda la grandeza, toda la sublimidad que habia en el proceder de su hermana; no podia resistirse al convencimiento moral que habia ejercido su palabra, admiraba y reverenciaba esa elevacion dulce y fuerte que, perdonando al criminal, no tan solo lavaba la afrenta, sino que esa afrenta se convertia en un timbre de honor, en una gloria casi divina; pero tampoco le parecia lejítimo y mucho menos justo que despues de haber hecho el mal se quedase riendo el malvado... Y qué mal, Dios mio! Si él hubiera tenido pleno conocimiento del delito talvez no habria vacilado; pero no dejaba de comprender que habia caido en un lazo, y en un lazo infame; y esto lo hacia desechar el consejo de Mercedes para adoptar el suyo; porque le parecia que jamas se perdonaria a sí mismo si de un modo o de otro no hiciese sentir al criminal la enormidad de su delito.

El espíritu de Enrique se encontraba, pues vacilante; pero se inclinaba mas, mucho mas a sus propias ideas que a las de su hermana, a pesar que reconocia la inmensa superioridad de éstas; pero talvez hai en la naturaleza del hombre tendencias distintas a las de la mujer; talvez la fuerza muscular de que está dotado y que le ha dado Dios para su defensa y para la defensa de su compañera y de sus hijos lo lleva al terreno de devolver golpe por golpe: lo cierto del caso es que Enrique, siguiendo las máximas de Mercedes no habria tenido sosiego, mientras que tratando de seguir el curso de sus ideas creyó encontrarse mas en armonia con la justicia, decidiéndose al fin por este último partido.

Una vez tomada la determinacion pasó en revista todos los medios de que podia echar mano para llevar a cabo su venganza. Lo primero que se le ocurrió fué clavar un puñal en el pecho de su enemigo, pero instantáneamente lo desechó: era demasiado leal y demasiado valiente para cometer un atentado tan cobarde. Despues pensó en hacer un llamamiento a la justicia humana y presentarse ante los tribunales, pero tampoco le agradó esta medida: era hacer pública la afrenta, poco o incierto el castigo, recayendo mas la vergüenza sobre su familia que sobre el delincuente, que talvez haria alarde y se reiria del crímen y de su víctima. En seguida se fijó en el desafío y se detuvo mucho pensando sobre él; pero al fin vió que tampoco era proporcionado, que era demasiado honroso para un seductor infame, dándole a la vez el medio de hacerse valer en la sociedad, pues si salia triunfante se coronaba de gloria, se haria el chiche codiciado de las mujeres; y él, que tenia toda la justicia, a mas de quedar inmediatamente olvidado, se esponia a causar una desgracia irreparable para sus padres y para su hermana, desgracia que seria causa de muchas otras.

Enrique consideraba en poco la vida con relacion a sí mismo, pero la estimaba en mucho por la falta que podia hacer a las personas que afeccionaba y lo afeccionaban, de

manera que tambien desechó este espediente, que lo habia halagado al principio, recordando el lance de la historia del coronel don Toribio de Guzman cuando vengó los manes de su amigo Eduardo en leal combate. Muchos otros planes forjó y deshizo alternativamente, porque ninguno le agradaba, cuando de repente pasó una idea fugaz por su imajinacion, embrionaria todavia, pero que la tomó en el acto para madurarla y darle cuerpo y forma, en lo que pasó el resto de la noche.

Cuando vino la primera claridad del dia, ya Enrique tenia combinado su plan y estaba mui satisfecho de él; esperando solo consultarlo con su padre, y con su beneplácito que se presentase la ocasion propicia para efectuarlo.

VII.

En el dia de su llegada, como hemos visto, no habia tenido oportunidad de hablar en privado con Domingo Lopez, como lo debia haber hecho, porque la lacónica carta que le habia escrito a la hacienda de San Jorje y que le remitiera valiéndose de un soldado, decia claramente cuáles debian ser las intenciones de su padre, pues no lo habria hecho llamar para participarle únicamente la deshonra de su hija, sino con la intencion de que viniera a vengar la afrenta, y en esto no se engañaba Enrique, porque ese habia sido y ese era en efecto el pensamiento del veterano.

Enrique, a causa de su insomnio, fué, pues, el primero de la familia que se levantó, y poco despues Marta, su marido y su hija, como tambien Teresa, que habia pasado aquella noche fuera de su cuarto, solitario por la prision de Santiago.

Los semblantes de toda aquella virtuosa jente brillaban de alegria; conocíase a primera vista el contento interior; y tanto poder tiene la felicidad en el hombre, que ellos mismos no pudieron menos de estrañarse del cambio que ha-

bian esperimentado en unas cuantas horas; y particularmente en Mercedes era mas notable este fenómeno, porque su mirada era mas viva, sus mejillas tenian un tinte sonrosado que presajiaba una convalescencia rápida, y su sonrisa, sin haber perdido del todo su vaga tristeza, parecia mas satisfecha y mas alegre.

Escusado es decir que volvieron a repetirse las caricias del dia anterior y con ellas otras nuevas preguntas y nuevas respuestas, y la alegria creció con la llegada de todos los inquilinos del conventillo, que vinieron a saludar a Enrique, felicitando a toda la familia por un acontecimiento que influiria mucho en la pronta mejoria de la señorita Mercedes, cuya enfermedad habian sentido muchísimo.

En esa confusion que trae consigo una muchedumbre de jente, Domingo Lopez llamó a un lado a su hijo y le dijo:

—Tengo que hablar a solas contigo.

—Yo tambien lo deseo.

—Pero aquí en casa es imposible, porque tu madre adivina los pensamientos y yo no quiero que conozca el mio, porque seria capaz de hacerme desistir.

Saldremos ahora un momento por motivos que conocerás mas tarde.

—Está bien, padre mio.

—Mientras tanto vamos a juntarnos con los demas para que no malicien algo, porque la vieja es el diablo.

Y Domingo y Enrique entraron en la conversacion jeneral.

Cuando hubieron desaparecido las visitas, dijo el veterano:

—Vamos a salir con Enrique para ver si podemos arreglar el asunto del pobre Santiago.

—Ah! esclamó Enrique; dispénseme Teresa que no le hubiera preguntado antes por su marido; soi un pájaro; pero en fin, mas vale tarde que nunca: ¿cómo está Santiago?

—Ayer estaba bueno, contestó Teresa tristemente.

—Cómo! ¿No lo ha visto usted desde ayer? ¿Qué ha vuelto a?...

Y Enrique cortó la interrogacion por no hacer sufrir a Teresa.

—No, amigo mio, repuso Domingo Lopez: es que está en la cárcel.

—En la cárcel! ¿Y por qué?

—Por deudas.

—¿Habia perdido mucho en su trabajo?

—Al contrario, ganaba.

—¿Y entónces?

—Es que ese maldito pintor de Víctor, prosiguió Domingo Lopez, tartamudeándole un poco la lengua al pronunciar ese nombre, le habia prestado quinientos pesos que Santiago empleó en cueros, etc., para agrandar su trabajo, y ahora se los cobra de un sopeton, embargándole la tienda y llevándolo a la cárcel porque no tenia dinero efectivo.

Enrique se puso pálido y solo pronunció esta palabra: Miserable!..

Por distintos sentimientos a los del padre y del hijo, Marta y Mercedes tambien perdieron el color.

Enrique, aun cuando conoció la causa de la mudanza instantánea de su madre y hermana, por esa delicadeza de sentimientos que solo se dan en las naturalezas privilejiadas, la atribuyó a otro motivo; y así dijo:

—No hai por qué aflijirse: hoi mismo saldrá en libertad.

—Indudablemente, hijo mio, porque tú sabrás arreglar las cosas mejor que yo. Figúrate que ayer me eché al bolsillo la escritura de donacion que hizo la señora doña Juana a Mercedes y la ofrecí en garantia a esos malditos tinterillos, sin haber conseguido, a pesar de que vale veinte veces la deuda de Santiago, que pusieran a éste en libertad.

—Mercedes! esclamó Teresa, yendo a abrazar a su protectora y amiga: ¿usted ha querido hacer eso?

—Deje a un lado, Teresa, el asunto de Mercedes, que no se llevará a efecto, y sin embargo, hoi mismo saldrá su marido.

—¡Un nuevo beneficio!..

—¿Y qué importa? ¿No lo aceptará usted de sus amigos? Yo tengo la posibilidad de hacerlo y sin el menor sacrificio, y a mas de esto, sin el menor temor para ustedes de que les suceda una cosa semejante de lo que les ha pasado.

—Sobre lo último podemos estar tranquilos; pero ya no es una pequeña, sino una considerable suma de la que se trata.

—Ahora tengo un poco de desahogo y no podria emplear mejor mi dinero que colocándolo en manos de la probidad para que en seguida lo fecundice el trabajo.

—¿Y de dónde has sacado tanta plata? preguntó Domingo a su hijo.

—Antes de partir, la señora doña Juana me dió esta órden para su administrador de Santiago con el fin de que se me cubriesen los seis mil pesos del contrato; y como la obra estaba a punto de concluirse, no ha hecho mas que anticipar el pago por unos dias, pensando talvez que yo tendria necesidad de dinero, en lo que ha acertado maravillosamente, pues yo, a decir verdad, no habria sabido qué hacerme con tanta plata porque aun cuando no me corresponde la totalidad, sin embargo, me tocará una buena parte, segun me lo prometió el maestro, a cuya casa iremos primeramente para que él perciba el dinero y arreglar en seguida el asunto de Santiago.

Teresa no tenia palabras con qué espresar su agradecimiento, y lo único en que se podia conocer era en las silenciosas lágrimas que corrian por sus mejillas.

El moderno alférez fué en seguida a vestirse, pero no se puso otro distintivo del grado reciente que habia alcanzado en el ejército, que su gorra de galon, no queriendo hacer uso del uniforme que le habia regalado Víctor hacia poco tiempo.

Enrique no tenia ropa con que mudarse, pues no habia traido mas que la que tenia puesta; pero este no era un inconveniente para él, asi es que despues de haberla sacudido lo mejor posible, se puso a las órdenes de su padre y partieron.

VIII.

Padre e hijo estaban deseosos de hablar sobre el acontecimiento de Mercedes, y tan luego como se vieron en la calle, dijo el primero al segundo:

—En el mismo dia que supe este fatal suceso, que todavia nos prepara muchos sinsabores, te mandé un propio con el fin de que vinieses, pues debes presumir que al escribirte no era para darte un pesar, sino para que, como lejítimo defensor de tu hermana, llegases cuanto antes para vengarla; y aun cuando yo hubiera sido mas que suficiente, sin embargo queria y quiero que lo hagamos en sociedad; pero si se me hubiera presentado la ocasion ya lo habria ejecutado por mí mismo sin aguardar tu arribo; pero me ha sido imposible descubrir el paradero de ese infame; y quizá vale mas esto, porque asi obraremos los dos de acuerdo. ¿Tienes tú la misma opinion?

—Sí, señor.

—¿Estás resuelto?

—Resuelto; ¿pero se ha formado usted un plan?

—Todavia no; pero no tendria escrúpulo de matarlo a palos, porque lo que tengo decididamente resuelto, es no dejarlo con vida en ningun caso.

—No tengo el mismo parecer, padre mio, porque me repugna el asesinato.

—Lo desafiaremos entonces, y me batiré yo el primero, porque soi el que tengo mas derecho, y porque si me matan, poco importa, pues yo no hago falta; pero tú te batirás en seguida y nos vengarás a todos juntos; pero no vayas por ninguna consideracion a darle cuartel.

—Yo he tenido la misma idea, pero la he desechado por mala.

—¿Pero qué es lo que piensas hacer? Hai, hijo mio, ofensas que no se lavan sino con sangre.

—¿Conoce usted la opinion de Mercedes?

—No, ¿cuál es?

—El perdon.

—¡Cosas de mujeres!...

—Diga usted mas bien, cosas de ánjeles.

—Por lo que veo, tú participas de las mismas ideas? dijo Domingo Lopez, no costándole poco dominar un arranque de disgusto instantáneo.

—No, padre mio.

—¿Estás, pues, por la venganza?

—Tampoco.

—¿Por cuál partido estás entonces?

—Por el castigo.

—Llámalo como quieras; no estamos ahora para discutir el significado de las palabras.

—Y sin embargo, es esencial hacer la distincion.

—Hazla como te parezca, con tal que haya venganza o castigo.

—Venganza no; castigo sí.

—Qué demonios! ¿Quieres dejarme en paz y tratemos de obrar desde luego. Esto es lo esencial.

—Yo no quiero ni sangre, ni desafio, ni muerte.

—¿Qué es lo que entonces deseas? Echarlo a las monjas?

Enrique se sonrió y luego dijo a su padre. Mi plan es el siguiente: y le desarrolló el proyecto que se habia imajinado y que habia madurado la noche anterior.

Cuando Domingo hubo escuchado todo el relato con la mayor atencion y sin pronunciar palabra, esclamó admirado: "Sorprendente! magnífico! ¿Dónde diablos se te ocurren tan buenas cosas?"

—Y sin embargo, padre mio, yo confieso que la idea de

mi hermana es la mejor; pero me es imposible conformarme a ella, porque parece que mi naturaleza la rechaza.

—Veo que tienes razon; a mí me sucede otro tanto.

—Será, pues, preciso que ignoren mi madre y mi hermana nuestros proyectos.

—Indispensable.

—Pero tendremos talvez necesidad de otro cómplice.

—Si es indispensable lo tomaremos; ¿pero a quién ocupar de bastante confianza y de bastante sijilo?

—A Santiago: es mas que probable que se preste gustoso.

—Tienes razon y siempre razon: Santiago nos ayudará por mil motivos; porque nos quiere, porque nos está agradecido, porque debe aborrecer a Víctor, porque lo salvamos ahora de un gran compromiso, y últimamente porque sabe que nosotros no hacemos mal a nadie, salvo, se entiende el que le vamos a inferir a ese bribon; y aun no es tan grave que digamos, pero es bueno, mui bueno. Y el viejo militar, complaciéndose de antemano con la idea del castigo que preparaba al infame seductor de su hija, restregábase las manos y se sonreia, presentando la cara placentera de un millonario; cualquiera que lo hubiera encontrado por la calle lo habria creido el hombre mas feliz, y lo era en efecto.

Entretenidos en esta conversacion llegaron sin pensarlo a la fábrica en que trabajaba Enrique, y el viejo ebanista recibió a su oficial como quien recibe a un hijo, es decir, con las mas grandes demostraciones de gusto y de cariño, llamando repetidas veces a su hija Maria para que viniese a ver a Enrique.

No dilató en aparecer ésta, que al saber para qué la llamaba su padre, se habia pasado precipitadamente el peine, echando antes de presentarse en el salon una rápida mirada al espejo: coqueteria natural de las niñas y mas natural todavia cuando ya sabemos que tenia por Enrique cierto afecto que ella se confesaba interiormente pero que nunca

se habia atrevido a revelar ni aun a su padre, por mas confianza que tuviera en él.

El carmin del rubor habia subido a las frescas mejillas de Maria, de modo que cuando se presentó tenia ese aire de tímida confusion que tanto embellece a las jóvenes; y su padre mismo, aunque acostumbrado a verla diariamente no pudo menos de notar el cambio, y mas complacido que nunca. tomóla de la mano y le dijo: "Aquí tienes a Enrique."

El jóven se paró con desembarazo, le tendió la mano y le manifestó sin el menor finjimiento el gusto que tenia en verla, agregando que habia ganado mucho en tan poco tiempo, pues la encontraba mui embellecida.

El elojio de Enrique era sincero y dicho con esa injenuidad que no admite duda; asi es que fué aceptado con gusto por parte del viejo ebanista y con placer por Maria, no dejando por esto de negarlo y de demostrar que no era mas que una galanteria que se hacia jeneralmente a todas las niñas. Enrique insistió, pero fué en vano; Maria no quiso ceder y hubo que cortar tan interesante cenversacion para tomar la de los negocios.

El dueño de la fábrica preguntó a Enrique si ya se habia concluido la obra. Este le dijo que estaba ya por terminarse y que en una semana mas estarian de vuelta los demas operarios, habiéndose visto obligado a venirse antes por asuntos de familia; pero que la señora propietaria de la hacienda, satisfecha de la obra le habia dado la órden de pago. Y Enrique sacó el papel y se lo presentó al maestro.

—Está todo en regla, amigo mio, y este papel es la mejor prueba de que has desempeñado bien tu comision; no tenemos, pues, mas que hacer que sacar las cuentas y tomar cada uno la parte que nos corresponde y espero que la tuya será la mejor porque éres el que lo ha hecho todo.

—No, señor, mis compañeros me han ayudado muchísimo y deseo que de lo que a mí me corresponda, les aumente usted el salario, y asi tendrán estímulo de trabajar bien en

otra ocasion, comportándose como lo han hecho ahora.

—Está bien, ¿pero porqué has de soportar tú solo ese aumento?

—Porque usted ha querido dejarse una parte tan insignificante.

—Yo no he hecho otra cosa que poner mi nombre y avanzar unos pocos reales para el trabajo.

—Pero su nombre, señor, es una fortuna adquirida a fuerza de honradez, un capital ganado a fuerza de laboriosidad.

—¡Sabes, amigo, que te encuentro mucho mas hombre y me pareces mucho mas instruido que cuando te fuistes!

—Creo haber ganado algo, dijo Enrique con sencillez, pero lo que le digo lo sabia de antemano y me parece justo.

—En fin, yo haré sobre el particular lo que me parezca; déjalo a mi prudencia, y cuestion cortada, contestó el viejo ebanista. Ahora hablemos de otra cosa: es preciso que te quedes con nosotros a almorzar y a comer, en fin, todo el dia y te acompañará tambien mi amigo tu querido padre.

—Le agradezco, señor, pero tenemos que hacer muchas dilijencias urjentísimas, motivo por el cual he venido a incomodarlo tan temprano.

—Está bien, hijo mio, ¿me necesitas para algo?

—Para que se sirva cobrar esa letra y me dé seiscientos pesos que necesito en el acto.

—No es necesario irla a cobrar inmediatamente, pues puedo desde luego darte ese dinero.

—Gracias, señor, lo acepto si cree usted que la parte que me corresponde en la utilidad alcanza a esa suma.

—A esa y mucho mas, amigo mio, estoi seguro de ello! pero si no alcanzara seria lo mismo, y si no te tocara medio tambien seria igual, porque te prestaria el dinero y lo creeria mas seguro que en mi propia caja: ahora en el caso de repetirte y de aplicar la máxima que me acabas de decir: "La laboriosidad y la honradez son un capital." ¿Pensa-

bas, bribon, que a mí se me va alguna? Y el viejo ebanista, riéndose con benevolencia, golpeaba familiarmente con su mano el hombro de Enrique.

—Gracias, amigo, dijo el veterano de la independencia, parándose de su asiento y tomando la otra mano que tenia libre el patron de Enrique.

—No hai de qué, no hai de qué; asi como su hijo sabe lo que dice, asi yo tambien entiendo lo que hago.

—Bien dicho, padre mio, esclamó Maria que, aun teniendo las mas delicadas atenciones con el viejo militar durante la conversacion de su padre con Enrique, no habia perdido una sola sílaba de ésta; y como veia tanta jenerosidad de parte del uno, no podia menos que desear la misma de parte del otro; asi es que cuando oyó a su padre espresarse de un modo tan digno, no pudo dejar de aprobarlo, y de aprobarlo tan decididamente como lo habia hecho a pesar de su modestia y de su habitual recato.

—¿Tambien tú, tambien tú, contestó el viejo ebanista, me quieres dar lecciones? Lo que son las niñas del dia, compañero! dijo el jefe de la fábrica dirijiéndose a Domingo Lopez; pretenden saber mas que nosotros.

—No, señor, pretendemos imitarlos.

—No digo yo? Pongámonos a argumentar!... y sin esperar mas respuesta, dijo a Maria: "Lleva a los señores a la fábrica para que tengan el gusto los oficiales de ver a su futuro maestro, en tanto que yo voi a sacar la plata que necesita este perdulario que principia gastando como un hacendado.

Escusado es que pintemos el gusto que tuvieron todos los oficiales del taller de ebanisteria al ver a su antiguo compañero y el que esperimentó Enrique al encontrarse otra vez entre ellos.

Pocos momentos despues salian Domingo Lopez, y su hijo de casa del viejo ebanista que les habia prestado el dinero con tan buena voluntad.

IX.

—¿Qué hacemos ahora? dijo el padre al hijo cuando se encontraron en la calle.

—Dirijirnos a la cárcel para ver principalmente a Santiago. De allí nos iremos a una tienda donde vendan ropa hecha porque usted ve que no tengo mas que lo encapillado y está mui sucia con la carrera de ayer; y en seguida buscaremos a los tenedores del pagaré y les cubriremos la deuda; pero si a usted le parece que veamos primero al acreedor, a mí me importa poco andar de cualquier modo, y creo preferible que ahorremos a Santiago unos cuantos momentos de pesar.

—Como lo veremos a él primero, ya no tendré cuidado y seguiremos exactamente el programa.

Cuando vino Santiago a la reja de la prision traia la cara abatida y conocíase claramente que no habia dormido en toda la noche y que habia llorado; pero el gusto de ver a Enrique, cambió instantáneamente su fisonomia.

—¿Cuándo ha llegado usted, Enrique? Cómo le ha ido? fueron las primeras palabras del infeliz zapatero.

—Me ha ido bien, Santiago, y he llegado ayer en la tarde; sin esto ya hubiera venido a verlo.

—¿Y Teresa? dijo el pobre marido, como si esto fuera su segundo pensamiento.

—Teresa, amigo mio, está buena y contenta, porque tiene la seguridad de que usted saldrá hoi mismo en libertad.

—¿Y cómo tiene esa seguridad?

—Porque le van a pagar su deuda.

—¿Quién?

—Yo, dijo naturalmente Enrique, sin tener la menor presuncion en ello y tampoco con el fin de hacer valer un servicio.

—¡Usted!

—Sí, amigo mio, y no se debe usted admirar de ello, porque he llegado un poco rico y no podia emplear mejòr y con mas seguridad mi dinero. Y esto era dicho sencillamente y en un tono que revelaba, sin quererlo, grandeza de alma y ese desprendimiento que tienen siempre por el dinero los hombres superiores.

—¡Cuántos favores!

—Ni una palabra mas. Yo solo he venido para tener el gusto de verlo y para que estuviera tranquilo durante unas pocas horas que son lo mas que pueden retardar en arreglar su asunto. Y Enrique tendió la mano al zapatero con esa franca cordialidad que no humilla, pero que muchas veces impone, por el acto mismo de revelar nobleza y distincion....

—Vamos ahora, amigo mio, dijo el moderno alférez a su hijo, a hacer tu *maleta*, segun la espresion de un zambo peluquero antiguo conocido mio y al que le habia chiflado el diablo por hablar frances, de manera que ya no se le entendia lo que hablaba y habia concluido, creo, por no entenderse a sí mismo; pero que bajo todo otro respecto era un escelente muchacho.

—Vamos: pero dígame, padre mio, ¿y ese famoso peluquero era tan hablador como usted?

—Yo charlo cuando estoi de buen humor, mas mi buen peluquero charlaba a toda hora; me parece que hablaria hasta durmiendo, pero siempre en frances; y para probarte que lo que te digo es cierto, esto es si no me has observado otras veces, ahora verás cuando esté frente a frente de esos tunos de ministriles y tinterillos, si soi o no sério: para ellos quisiera hacer hablar a mis manos en lugar de mi lengua; y si se desmandan un tantito no está lejos que se las dé a probar.

—¿Qué le ha hecho a usted esa pobre jente?

—Pobre jente! Son unos pillastres a quienes tú no conoces.

—Y el viejo Domingo contó a su hijo cuanto le habia

ocurrido el dia anterior; y era tan animado su lenguaje, que Enrique no pudo menos de decirle sonriéndose: "Todavia se conoce en usted el despotismo militar."

—El despotismo militar, dices; ¿cuál es que lo he tenido con ustedes ni con ninguna buena jente? Pero con los pillos me gusta ser duro y bien duro.

—A usted le he oido repetir muchas veces que *mejor se cazan las moscas con miel que con vinagre.*"

—Es verdad; pero esta clase de moscardones debe matarse a palos.

X.

Una vez que Enrique se trasformó en casi un elegante dandy en el almacen de ropa hecha, o como decia el antiguo peluquero conocido de Domingo Lopez, una vez arreglada su *maleta*, se dirijieron a las escribanias en busca de los ministriles que tenian el pagaré de Santiago.

El viejo alférez sentia una satisfaccion interior al ver la distinguida apostura de su hijo: debilidad tan natural en un padre que no es posible hacerle ni el menor reproche por ello y pensaba que viéndolo ahora tan bien acompañado, los leguleyos tendrian por él mucha mas consideracion que la que le habian manifestado el dia anterior. Por otra parte, decia allá en sus adentros: "Si ahora diviso al perillan del criado, no se me escapará, porque es de seguro que lo atrapa Enrique, aun cuando corra mas que un gamo o que un avestruz, y una vez bajo las garras de mi hijo o de las mias, lo desafio a que se escape.

Mecidos en estos pensamientos halagüeños, llegaron nuestros dos antiguos conocidos a los tribunales como a eso de las once o doce del dia, que es la hora en que jeneralmente hai mas afluencia de jente en aquel recinto de la justicia humana, que talvez podria llamarse con mas propiedad de las iniquidades humanas; porque si se pusieran en una balanza la justicia que allí se practica y las maldades que allí

se cometen, quizá se inclinaria el fiel hácia lo último; pero dejemos esta cuestion para otros, por no ser de nuestro resorte y concretémosnos a la narracion sencilla de nuestra historia.

Domingo y su hijo entraron por una de las puertas del palacio y salieron por la otra; despues de haber recorrido pausadamente los espaciosos corredores de la morada de la lei y despues de hacerse asamado Domingo a cada una de las escribanias, mirando con ojo atento por todos los rincones.

Enrique, que no conocia a los alguaciles ni al criado Tomas a quien buscaba su padre, veia con cierta curiosidad aquella muchedumbre afanosa y llena de papeles en los bolsillos y debajo del brazo, cuyos individuos ya se paraban, ya caminaban de derecha a izquierda, ya hablaban con este o con el otro, con tal volubilidad, que le parecia a nuestro jóven obrero encontrarse en un verdadero pandemonium o con mas propidad en una casa de locos, o quizá en una colmena de abejas, aunque abejas venenosas y de la peor especie; porque no veia en todo aquel enjambre mas que fisonomias estúpidas o bajas, que solo revelaban sonsera o astucia.

De cuando en cuando reparaba tambien que solian aparecer algunos individuos que pasaban cabizbajos o erguidos pero sin hablar a nadie; mientras que todo el enjambre se movia entonces, se sacaban el sombrero y cuchicheaban los unos con los otros. Si Enrique hubiera tenido mas mundo, habria sabido que esos grandes personajes eran los jueces y que las jenuflexiones provenian de los abogados, alguaciles, tinterillos y litigantes, pues todos ellos se apresuran a prosternarse ante aquel semi-dios a quien esperan hacerse propicio.

Tambien reparaba Enrique las distintas categorias que se notaban en aquel mismo enjambre, y esto se conocia por la actitud mas o menos pausada, como la de los escribanos,

mas o menos almibarada y presuntuosa, como la de los abogados, mas o menos petulante, como la de los ministriles, tinterillos y escribientes, mas o menos humilde y obsequiosa como la de los litigantes y juradores de oficio; pero el pobre jóven no sabia definir; sin embargo, toda esa muchedumbre le causaba una impresion de hastío o de desagrado de que tampoco se daba cuenta, pero que en realidad sentia, encontrándose mal en aquel recinto, lo que no era de estrañarse, si él hubiera sabido que hai infinitas personas a quienes aquel lugar inspira una repulsion invencible, y tanto mas invencible, cuanto es natural e instintiva.

Enrique se encontraba ya tan cansado de este espectáculo, que propuso a su padre dejar el lugar e ir a entregar el dinero a Santiago para que arreglase personalmente con su acreedor.

—Caramba! Tienes poca paciencia, hijo mio, le respondió Domingo; pues si por mí fuera me quedaria aquí desde la mañana hasta la noche para ver si descubria al criado de Víctor, que se me escapó ayer a uña de caballo.

—Esa es otra cosa: si es con este objeto, me quedo.

—Con ambos, amigo: pero allí veo que viene el individuo del pagaré, vamos a salirle al encuentro, porque quién sabe si este diablo quiere solo hacerle perjuicio a Santiago, pues todo es de esperarlo de esta canalla.

Enrique siguió a su padre.

—Hola, amigo, dijo Domingo abordando al tinterillo: ¿No quiere usted todavia recibir en garantia la propiedad que le ofrecí ayer?

—Le he dicho a usted que no.

—¿Dónde tiene usted el pagaré?

—En mi bolsillo.

—Pues bien, concluyamos: aquí está la plata.

El tinterillo miró de arriba abajo a Domingo, y luego añadió:

—¿Usted la tiene?

El antiguo soldado hizo un jesto de desagrado, pero luego se contuvo, a causa de la presencia de Enrique, pues sin esto talvez habria caido sobre las mejillas del tinterillo un fuerte soplamocos.

—Puede usted cancelar el pagaré, dijo Enrique con mucha calma al tinterillo, interviniendo asi en el diálogo, pues conocia la vivacidad de carácter de su padre y temia alguna imprudencia.

—Usted es el que paga, señor? preguntó el tinterillo al jóven.

—¿No es lo mismo para usted que sea el señor o yo, entregándole desde luego el dinero.

—Sí, señor, pero es solo para poner en la cancelacion el nombre de la persona que ha dado el dinero.

—Ponga usted el de don Domingo Lopez.

La serenidad de Enrique, la distincion natural de sus modales, la varonil hermosura de su semblante, la superioridad que se revelaba en toda su persona, la especie de indiferencia con que miraba cuanto lo rodeaba, el traje flamante que tenia puesto, etc., impusieron al tintero mucho mas que los gruesos bigotes del veterano, su tono acre y su actitud amenazadora, porque jeneralmente la calma y la sangre fria dominan mejor; asi es que el tinterillo, llevando la mano a su sombrero, dijo a Enrique con el tono mas melífluo: "Tenga usted la bondad de pasar para acá, señor." Y caminó un poco adelante siguiéndolo Enrique y Domingo.

Llegados a la misma oficina en que Domingo lo habia visto el dia anterior conversando con Tomas, ofreció un asiento al padre y al hijo, y añadió, sacando un pequeño legajo:

—Aquí está el pagaré y estas son las costas de la cobranza: en todo, quinientos veinte y dos pesos, inclusos derechos, etc.

Enrique tomó los papeles, leyó el documento; en seguida el primer escrito presentado al tribunal, las notificaciones

y despues el último, donde se veia la sentencia del juez, espresada con esta lacónica frase: *como se pide*, y mas abajo la firma.

—Está bien, señor, dijo Enrique, y dejando neglijentemente los papeles sobre la mesa, sacó el dinero y contó treinta onzas y media, agregando: aquí tiene usted quinientos veinte y seis pesos un real, de manera que me debe usted un vuelto de cuatro pesos doce y medio centavos.

El tinterillo llamó a uno de sus cofrades, sin duda mas intelijente que él, para que recibiese el dinero. El amanuense examinó prolijamente cada una de las onzas, las contó dos veces y dijo: treinta onzas y media cabales. En seguida tomó un papel, hizo una multiplicacion y añadió: quinientos veinte y seis pesos y un real.

—Está corriente, señor, dijo el primer tinterillo a Enrique. y aquí tiene usted el vuelto.

El jóven obrero tomó la plata sencilla que le pasaban y sin contarla la puso en el bolsillo, lo que aumentó de muchos grados la consideracion del ministril, que tomando una pluma escribió en el mismo documento: "cancelado por el señor don Domingo Lopez con todas sus costas, etc."

Enrique volvió a tomar el documento, y mirando la firma que acababa de estampar el tenedor del documento, le preguntó con calma:

—¿Por qué no presentaria el primer acreedor el documento, cuando talvez hubiera sido pagado sin dar lugar a todo este procedimiento y a pasar por la verguenza de que llevasen a la cárcel a un hombre honrado; pues como usted ve, no han trascurrido muchos dias para ser fielmente cubierto?

—Cierto, señor; pero yo no sé la causa, sino que ese jóven vino aquí y me encargó de la cobranza, diciéndome que él no se podia juntar con el dinero; y como este es mi oficio, tomé a mi cargo el pagaré, despues de haber hecho nuestro ajuste, y procedí a evacuar la dilijencia.

—Que se ha llevado mui activamente: esto lo recomienda.

—Sí, señor, respondió el tinterillo con el tono mas dulce; yo soi mui ejecutivo y luego despacho los asuntos. Si se le ofrece a usted algo, aquí puede encontrarme y lo serviré con el mismo celo.

—Gracias, señor, lo tendré presente; pero usted solo se encargará de los asuntos de las personas conocidas.

—Siempre a estos se les da la preferencia y se les practican las dilijencias con mas celo, pero estoi al servicio del que me ocupa.

—Lo veo; y el celo que usted ha desplegado ahora me está probando que usted es amigo del señor Tomas Barrientos, que es el acreedor de este documento; y Enrique volvió a mirar neglijentemente los papeles, echándoselos al bolsillo.

—No soi precisamente amigo de ese jóven, sino conocido.

—¿Es un caballero de negocios?

—No, señor, es una especie de criado o mayordomo de un caballero mui rico y de las primeras familias de Santiago: don Guillermo de.... que vive en la calle de las Monjitas.

—Ya sé, ya sé, y Enrique tomó su sombrero y saludó fria pero cortesmente al tinterillo, que, creyendo que trataba con un jóven rico y tambien de la primera sociedad, salió a acompañarlo hasta la puerta del palacio de los tribunales con mil jenuflexiones, diciéndole que si le ofrecia algo no buscase a ningun otro, pues ya veia la prontitud con que despachaba los asuntos.

Nuestro jóven obrero le dió por toda respuesta una afirmacion con la cabeza y partió.

El tinterillo se quedó reflexionando un momento y allá en su interior hizo esta reflexion: Ese pobre zapatero debe ser quizá algun hijo de un antiguo criado de la casa de este

jóven y de aquí proviene el interes que toma; y debe ser bien rico, porque ni siquiera contó los cuatro pesos y un real vuelto; ¡ah! yo he andado mui torpe, he perdido la mejor oportunidad de pasar este maldito peso malo que nadie me quiere recibir! y el perillan sacó del bolsillo y miró una moneda que se volvió a guardar con disgusto, disgusto que sin duda provenia del ningun valor de aquella pieza o de no haber aprovechado la oportunidad de colocarla.

XI.

—Tú eres cien mil veces mas diplomático que yo, dijo Domingo Lopez a Enrique, cuando salieron del palacio de justicia. ¡Con qué astucia conseguiste saber el paradero de ese pájaro! Y cómo el tinterillo cayó en el lazo! Vamos, ya yo estoi viejo y es preciso confesarlo que no sirvo para nada, porque yo no habria averiguado en un mes lo que tú has sabido arrancar en un minuto.

—Yo no he hecho otra cosa que llevarme de su antiguo adajio que ya le he citado.

—¿De que mas bien se pillan las moscas con miel que con vinagre?

—Justamente.

—Estoi pensando que es mil veces preferible que te encargues tú de todo el negocio.

—No, padre mio; yo necesito de su esperiencia y de su consejo.

—¡Qué esperiencia ni qué consejo, cuando yo yerro a cada paso y nada me sale bien!

—Pero todo saldrá mejor consultándonos mútuamente.

—Bueno, haz como quieras; consúltame o no, yo aprobaré siempre; y ahora ¿qué debemos hacer? ¿No te parece que fuéramos desde luego a la calle de las Monjitas a casa de ese caballero don Guillermo a preguntar por Tomas; y si lo encontramos, atraparlo en el acto y zurrarle hasta que

nos diga el paradero de su primer patron el maldito pintor Víctor?

—Todavia no.

—¿Para qué dejar para mañana lo que puede hacerse hoi?

—Para hacerlo con mas calma y para hacerlo mejor.

—Pero por lo menos hariamos un servicio a ese caballero Guillermo previniéndole que tiene el mas grande bribon por criado, y talvez se haya ganado la confianza de él, puesto que el tinterillo dijo que estaba en calidad de mayordomo; y ese pájaro, segun puedo juzgarlo ahora, es capaz de dar de un dia a otro un gran golpe.

—Por mas que sea verdad cuanto usted diga y que corra riesgos ese caballero, no conviene a nuestro propósito obrar tan precipitadamente; en primer lugar, porque es preciso que tomemos mejores datos; en segundo, porque es mas que probable que necesitemos de la cooperacion de Santiago; y por último, porque talvez asustando el pájaro se nos vuele y no nos sea posible atraparlo despues.

—Cada vez me gustas mas, Enrique: eres como manda el Evanjelio: "Astuto como la serpiente y manso como la paloma."

Es preciso advertir que tan luego como Enrique satisfizo la cantidad correspondiente al valor del pagaré y costas, el tinterillo, por la influencia que habia ejercido en él el jóven obrero, a quien creia acaudalado, se apresuró a presentar al juez un pequeño escrito para que, desistiendo de la demanda, a virtud de haber sido satisfecho, ordenase su señoria poner en libertad al deudor; y como los ministriles tienen ciertas prerogativas, habia conseguido que despachasen en el acto la peticion, movido de la cual y con el pequeño espediente, se presentaron ambos ante el alcaide de la cárcel para que se pusiera en libertad al deudor.

Habiendo conseguido tan fácilmente sus propósitos, mediante a la jenerosidad o desprendimiento de Enrique, to-

maron todos tres la direccion del conventillo de la calle de San Pablo, morada de nuestros personajes.

Teresa al ver llegar a Santiago, se lo echó al cuello, con ese cariño de la esposa y de la madre; pero desprendiéndose de él se fué a besar la mano del veterano.

—Hija mia, le dijo éste, yo no he tomado parte en lo menor, porque al contrario, mi pobre intervencion lo ha hechado todo a perder; y si yo hubiera tomado carta en el asunto, no estaria contigo Santiago; dale las gracias a Enrique que es el que ha sacado el asunto en limpio.

—Señor! señor! esclamó Teresa; es usted, es su hijo, es Mercedes, es su esposa, son todos a una los que nos protejen, los que nos han hecho el bien desde un principio, los que han tenido caridad de mí y compasion de Santiago, ayudándolo y libertándolo antes del vicio y ahora de la cárcel.

—Desgraciadamente, Teresa, yo tengo una parte mui insignificante, pero la tomo por entero, porque son mis hijos los que han practicado el bien, y ahora, ya Santiago libre, sin temor alguno de que lo ejecuten, puede trabajar con desahogo y progresar.

El buen zapatero no decia nada; estaba como atolondrado por tantos beneficios, pero no por esto sentia menos, no por esto dejaba de esperimentar una gratitud infinita por aquellas personas que tan jenerosamente y tan sin pretensiones lo habian ayudado y socorrido, limitándose a decir en vista de tantos favores:

—Yo no tengo cómo corresponder tan grandes beneficios, pero si me piden mi vida, les pertenece...

—Yo acepto, no la vida, pero sí un servicio, le contestó Enrique, y no pasará mucho tiempo en que tenga la ocasion de pedírselo.

—Un servicio! señor, un servicio! no sé cómo esplicárme, pero en mí no pueden haber servicios, porque ustedes de nadie necesitan, pero basta, creo, con decirles que dispongan de mí...

—Bueno, Santiago, repuso el veterano, no ponemos en duda tus sentimientos y tu afeccion para con nosotros que somos tus amigos; pero, ¡quién sabe! si llegado el caso nos ayudarias.

—En tode, con todo y por todo, respondió el zapatero con esa conviccion íntima y absoluta del hombre que está decidido a obrar como se quiera y como se le diga...

—Está bien, vamos ahora a tratar que Marta nos sirva la comida, porque yo vengo gazuso; y nuestro buen militar se fué directamente a su pequeña bodega para sacar una botella de vino y estimular mas su apetito, no dejando de preguntar a Marta cuál era el guiso que tenia para la comida.

—No hai mas, amigo mio, le contestó la buena mujer, que una sopa con machas, un puchero y un plato de frejoles.

—Magnífico, magnífico! Sobre todo la sopa con machas: ya sabe cuánto me gusta a mí el marisco.

—Considerando esto mismo te lo he preparado.

—Pero nos haces una comida de boda, Marta!

—Sabia que traerias buenas nuevas y he querido regalarte.

—Te lo agradezco, amiga mia, pero debo confesarlo: todo, todito ha sido hecho por tu hijo... ¡Si supieras!

—Cuéntame, amigo mio, todo lo que él ha hecho de bueno, ¿no sabes el gusto que darás a su madre?

—Ya lo has presenciado; él sacó con la mayor facilidad de la cárcel a Santiago, y...

—Y qué?

—Esto si que no te lo puedo decir: es un secreto entre mí y él.

—¿Pero supongo que no habrá secreto que no deban revelarme a mí?

—Te equivocas; nosotros los hombres tenemos nuestra manera de obrar que no puede comunicarse a las mujeres.

—Yo no soi mujer, sino que soi esposa y madre; y estos dos títulos tan sagrados, me dan el derecho de saber lo que piensa y hace mi marido, lo que piensa y hace mi hijo...

—Quizá sea como tú digas: pero siempre los hombres tienen sus reservas, y debemos tenerlas desde el momento que somos los jefes de la familia.

—No quiero, Domingo, investigar tus secretos, ni menos contrariar tu voluntad, porque estoi segura que ni tú ni mi hijo obrarán mal.

—Ya lo creo!

—Sin embargo, pueden haber circunstancias en que nuestros consejos...

—Ya los conocemos...

—Permíteme que te lo diga: yo he creido reconocer en tí el espíritu de la venganza y temo que arrastres a mi hijo en el mismo sendero.

—No tengas cuidado, él ha combatido mis ideas en ese terreno, pero hemos quedado acordes.

—¿Qué opiniones han vencido?

—Las de él.

—Entonces no tengo nada que decir.

—¿Lo que me prueba que mas confianza tienes en él que en mí?

—Conozco tu buen corazon, Domingo, sé apreciar tus buenas cualidades; pero temo mucho a la vivacidad y lijereza de tu jenio.

—Soi de tu misma opinion, y para probártelo, he delegado todas mis facultades en nuestro hijo Enrique.

—No quiero, amigo mio, esa delegacion de facultades, porque tú eres el jefe de la familia, y tú debes dirijir las cosas.

—Está bien, está bien; ¿pero si él tiene mas talento que yo? y te aseguro que he tenido motivos de reconocerlo, de apreciarlo.

—De cualquiera manera que sea, tú eres el marido de tu

mujer y el padre de tus hijos, y en consecuencia, nadie mas que tú debe mandar en toda circunstancia.

—No quiero argumentar, pero yo sé lo que hago.

—Esto mismo prueba que tú mandas.

—Convenido, y no arguyamos mas; sírvenos la comida, porque ahora debe ser un dia de regocijo; y así fué en efecto, pues la libertad de Santiago hizo que todos estuvieran alegres y satisfechos de un acontecimiento tan feliz, desde el momento que se habia conseguido la libertad de un padre de familia.

La delacion.

I.

Mercedes, de una de esas naturalezas tan sensibles como espirituales, no habia tomado la menor parte en la conversacion; pero, sin embargo, habia sentido todos sus efectos y se habia regocijado sobremanera al ser testigo de los resultados.

Puesta la frugal comida sobre la mesa, la conversacion se hizo jeneral y todos estaban animados de un buen espíritu, particularmente el veterano que no dejaba escapar una ocasion tan favorable para indemnizarse de sus anteriores sufrimientos.

Era tambien evidente que Mercedes esperimentaba un sentimiento análogo al de su padre, pues se consideraba y se creia satisfecha al ver la libertad de Santiago y la alegria de Teresa, como igualmente al pensar que todo lo bueno que habia sucedido era el efecto natural de su padre o de su hermano: siempre las almas nobles, cuando ven acciones virtuosas, se complacen, regocijándose en la felicidad que de ellas emana.

Santiago, el mas interesado de todos, desde el momento que la alegria que reinaba, nacia de su libertad, era tambien el mas espansivo, no cansándose de besar a su hijito, de exijir a Teresa que hiciera otro tanto, de pasárselo a Mercedes, a Marta, a Enrique y aun hasta el viejo Domingo que no sabia cómo tomar entre sus robustos brazos la tierna criatura, temeroso de hacerle mal; así es que era casi

de ver los apuros del veterano para salir bien de aquel grave conflicto, provocando por sus jestos y por su actitud embarazada, la hilaridad de todos, hilaridad que llegó a su colmo cuando Domingo, un tanto fatigado, le dijo a Santiago: "Amigo mio, hágame usted el favor de no pasarme mas a su hijo porque me incomoda, pero he dicho mal, porque me fastidia, y todavia he dicho peor, porque no sé cómo agarrarlo y temo hacerle daño: esta es la razon verdadera, pues en cuanto a incomodarme o fastidiarme, le aseguro que no, porque lo quiero a él como a sus padres."

—Lo sabemos, señor, contestó Teresa, y la enseñanza primera que le daremos, será que aprenda a conocer y despues a respetar y amar a sus bienhechores.

—Basta, basta, hija mia, basta: estamos mas que suficientemente pagados de nuestros pequeños servicios,

—¿Con qué, señor?

—Con el afecto que nos manifiestan.

—Es lo único que tenemos; ¡y cuán ingratos, cuán mala jente seriámos si no lo sintiéramos! Le aseguro, señor, que no podria conformarme si Santiago, yo y despues mi hijo no esperimentaran por ustedes el mas grande reconocimiento y se les borrasen de la memoria sus beneficios; pero lo primero que yo le enseñaré a este, y Teresa acariciaba a su hijito, será a pronunciar el nombre de Mercedes y de todos sus bienhechores.

—Te lo confieso, amiga mia, lo que dices me gusta; ¿por qué habia de ocultar la satisfaccion que esperimento? Sí, Teresa, enséñale a tu hijo a quererme y querer a mis padres y a mi hermano, porque ellos y yo lo queremos. . .

Aquel sencillo cuadro era realmente interesante: habia esa ternura, esa injenuidad, ese perfume que nace de la pureza de los sentimientos, esa orijinalidad que proviene de los afectos sinceros y espontáneos, que, cualquiera que lo hubiese presenciado se habria conmovido, aun cuando el alma del frio espectador estuviese casi apagada, porque na-

die es indiferente a la naturalidad que a todos agrada y a todos anima cuando es verdadera, pues ha llegado a ser una virtud rara en el mundo, donde solo existe la doblez, el engaño, la falsia, y a tal punto, que estos defectos tan contrarios al modo de ser primitivo y lejítimo del hombre, se han encarnado, en nuestra naturaleza como si fueran peculiares a ella; pero como nos es tambien imposible desechar del todo nuestros instintos o las tendencias con que Dios a criado al hombre, nos vemos, a pesar de nuestros estravios, obligados a reconocer el mérito de aquellas pocas personas que todavia conservan intacta la sencillez injénua y la franqueza propia de la libertad.

El regocijo de aquella familia se habia hecho estensivo a muchos de los vecinos del conventillo, pues habian sentido la prision de Santiago y ahora se alegraban de su libertad, habiendo ido a felicitarlo y haciendo la reunion mucho mas numerosa y animada. Mercedes misma, a pesar de su enfermedad y de sus pesares, sentíase aliviada con aquel espectáculo; y Marta, que observaba cuanto pasaba en el interior de su hija, no se hallaba menos satisfecha y tan distraida por la concurrencia y las atenciones que estuvo obligada a tener, que olvidó una carta que le habian entregado en la mañana para su hijo a pesar que tenia en sobre esta palabra: "Urjente."

Cuando poco a poco se fueron retirando los visitantes y hasta Santiago y Teresa se despidieron, se le vino a la memoria que tenia algo de particular que decir a Enrique, y recordó la carta que recibiera mucho tiempo antes.

—Voi estando mui vieja, hijo mio, esclamó repentinamente, Marta, pues hace mucho tiempo que tenia en mi poder este papel, el que debia habérte dado en el acto, porque dice en el sobrescristo: "Urjente;" pero disculpa mi olvido, motivado por el placer de que hubieses conseguido libertar a Santiago, y motivado tambien por las visitas que a causa de esto mismo me he visto en la obligacion de re-

cibir; y Marta sacó el papel del bolsillo de su vestido y se lo pasó a su hijo.

—No hai necesidad de disculparse, querida madre, porque todo cuanto usted hace está bien hecho; y Enrique se quedó mirando por un momento el sobrescrito como para reconocer la letra, despues rompió el sello, dió vuelta a la pájina para ver la firma y se encontró con que la carta era anónima, pues por todo nombre tenia esta sola palabra: *Un amigo.*

Un escrito anónimo, dijo entre sí Enrique, nunca puede ser bueno; y guardó la carta en el bolsillo sin leerla; sin embargo, su padre le hizo la observacion de que era estraño que ni siquiera mirase el contenido.

—No viene firmada, respondió Enrique, lacónicamente a la indicacion de Domiogo.

—Talvez por esa misma causa debe ser mas interesante.

—Veámos, dijo el jóven, sacando con indiferencia el papel.

Era fácil conocer por la fisonomia de Enrique que a medida que iba leyendo le interesaba mas, pues su semblante se animaba de manera que no dejaba duda que aquel papel era para él de la mayor importancia.

Cuando hubo concluido, lo dobló cuidadosamente y volvió a guardarlo sin proferir la menor palabra; pero era visible su alteracion

Todos habian seguido con la vista los cambios de la cara de Enrique sin preguntarle la causa, como si esperasen que él la revelase.

El jóven continuaba mas silencioso y pensativo que nunca: parecia que habia allá en su interior un hecho estraordinario, a tal punto que su padre, no pudiendo soportar mas aquel estado, le preguntó.

—¿Qué significa esa carta que te ha vuelto tan taciturno?

—Por toda respuesta, Enrique, estiró la mano y se la pasó al veterano.

Principió a leer Domingo Lopez, con la misma o con mayor atencion que su hijo, dejando ver sus impresiones interiores por la misma alteracion del semblante que habian notado en Enrique.

Marta y Mercedes tenian tambien, no curiosidad, sino interes por saber el contenido de aquella misteriosa carta que tanto efecto causaba en el padre y en el hijo y cuando hubo concluido el moderno oficial, le preguntó su mujer:

—¿Puedo yo leerla o quieres decirme el contenido?

—Imposible, amiga mia, imposible...

Mercedes, sintió escalofrios con la redonda negativa de su padre, pareciéndole que aquel papel se referia a ella y que se hablaba de ella.

—No insisto, dijo Marta, porque no quiero ser curiosa.

—Esto es lo que vale y la principal máxima es la siguiente: que las mujeres no deben empeñarse por conocer los secretos de los hombres, pues esta curiosidad las perjudica muchas veces.

—Estamos acordes, amigo mio, pero tambien debo advertirte que muchas veces nuestros consejos los salvan a ustedes de grandes peligros.

—No lo niego, pero ahora te suplico que no me preguntes nada y menos todavia a Enrique.

Marta y Mercedes se retiraron.

II.

La carta anónima que habia recibido Enrique y que le habia trasmitido a su padre, causándole a ambos una profunda impresion, estaba concebida en estos términos:

"Señor don Enrique Lopez.

(Presente).

"Mui señor mio:

"No estrañe usted que no ponga mi firma al pié de esta carta; pero su contenido le probará a usted cuanto me intereso por su felicidad y la de toda su familia, y cuanto deseo que usted, como hermano de la señorita Mercedes, vengue la infamia cometida con ella y el ultraje hecho a personas tan buenas y honorables como ustedes.

"No estrañe tampoco que yo esté al cabo de un acontecimiento tan vergonzoso y tan terrible como el que voi a referirle, pues circunstancias escepcionales e imprevistas me han dado lugar a conocerlo; y como considero inútil referirle el modo cómo ha llegado a mi noticia este desgraciado suceso, no se lo esplico, porque creo preferible revelar a usted lo principal, es decir, lo que concierne al honor de su hermana y de todos ustedes.

"No gastaré muchas palabras en un largo preámbulo, y entraré a hacer a usted la mas triste narracion sin tener otro objeto que el que trate de evitar los males que puedan sobrevenir y que castigue como merece al delincuente.

"Usted probablemente ignora que el tal pintor Víctor no existe y que no lo encontrará en parte alguna, pues no es otra cosa que un nombre supuesto, y esto debe habérselo probado la ausencia repentina y absoluta de ese individuo cuando hubo realizado sus criminales intentos.

"Víctor Escobar no es otra persona que don Guillermo de... hijo único de la señora doña Porfira de... y que vive en la calle de las Monjitas... Este jóven pertenece a las primeras familias de Santiago y es poseedor y heredero único de una gran fortuna.

"Yo no podré decirle cómo ni cuando se enamoraria este jóven de la hermana de usted; pero lo cierto del caso es que se puso en relacion con una mujer, Jertrudis Arredon-

do, (porque el nombre de tia Anastasia tambien es supuesto) para perder a la señorita Mercedes, asociando tambien al criado que lo acompaña y al único que no creyeron necesario cambiarle el nombre, pues siguió y sigue conservando el suyo: Tomas Barrientos, permaneciéndo hasta ahora al servicio de don Guillermo de...

"No haré a usted relacion de la trama infernal urdida para hacer caer a su virtuosa hermana y de todas las intrigas y embustes de que se valieron para captarse el afecto de la señorita y engañar completamente a sus padres, cuyo resultado obtuvieron plenamente aquellos tres demonios que se habian unido para perder a un ánjel.

"Toda la seduccion empleada por don Guillermo y la astucia de la pretendida tia Anastasia habian sido ineficaces para que este malvado lograse sus intentos, pues triunfaba y habria triunfado siempre la pureza y elevacion de la incomparable hermana de usted. Viendo entonces que todo ardid era inútil, aun cuando habia conseguido ser amado y exaltar esta pasion en el inocente pecho de su hermana hasta un grado mui superior, concibió y ejecutó un atentado tan infame que hasta el solo hecho de referirlo repugna y ruboriza; y si no fuera indispensable que usted lo supiera, tanto para que no ponga jamas en duda la pureza y virtud de su hermana, cuanto para que ese malvado reciba un castigo, sino fuera indispensable esto, repito, no me habria ni aun atrevido a escribirlo, porque hai cosas que horripilan.

"Sin embargo, debe usted tener un consuelo y un consuelo inmenso: la acrisolada virtud de la señorita Mercedes, porque ella ha sido víctima y nada mas que víctima inocente del mas abominable de los atentados, del mas horrible de los crímenes, haciéndose por esto mismo acreedor el hombre que ha cometido tal bajeza al mas ejemplar de los castigos, pues es indispensable que usted sepa que para triunfar de la señorita Mercedes ha sido preciso envenenar-

la!... Un narcótico fué el medio infame de que se valieron para perderla!...

"Ahora sabido el hecho, dejo a usted el cumplimiento de su deber; pero seria inútil mi carta y le habria causado un mal, si no le proporcionase a usted los medios de reparar la afrenta, ya sea obligando a don Guillermo a casarse con la señorita su hermana o ya haciéndole pagar caro el insulto, como lo crea usted allá en su conciencia y en la justicia de sus resentimientos mas conveniente.

"Al dar este paso, lo hago como he dicho al principio de mi carta, movido de un solo deseo: el bien de su hermana y el de su familia, no entrando por poco el horror que me ha inspirado aquel crímen que desearia ver reparado o vengado, pues seria una vergüenza que ese hombre, por mas alta que sea su posicion, y a causa de esa misma posicion, quedase riéndose... Voi en consecuencia a esplicar mi plan.

"El ir de frente contra un enemigo tan poderoso, creo que seria errar el golpe y privarse para siempre de la posibilidad de obtener de él una reparacion, cualquiera que sea la forma bajo que usted la conciba, pues eludiria el ataque o seria superior a usted en la lucha; y en ambos casos quedarian ustedes burlados; de consiguiente, es necesario otra cosa; y asi como él se ha valido de la astucia para hacer el mal, es preciso emplear esa misma astucia para repararlo o producir el bien.

"Ahora pues, dado caso que usted sea de mi misma opinion, voi a mostrarle un espediente sencillo e infalible que pondrá a su disposicion a don Guillermo de...; y este es el único medio de sacar algun partido de él, sea cual fuere el que usted se proponga, pues sobre ese particular no me atrevo a aconsejar ni a decidir.

"Me consta, señor don Enrique, que aquel aristócrata y corrompido jóven conserva por la hermana de usted un grande afecto y que tiene la esperanza, o mas bien dicho, la seguridad de que ella lo ha de buscar tarde o temprano;

así es que cada dia espera recibir alguna carta de su hermana o que ella misma vaya voluntariamente a presentarse a su puerta; pues hará de modo que inmediatamente que la señorita Mercedes manifieste esta voluntad, se le proporcionen los medios de cumplirla, con cuyo fin sé que paga allí a una persona que le sirve de espía y por ella ha sabido la enfermedad de su hermana y que hasta ahora no ha demostrado aun el deseo de verlo; pero le aseguro a usted que tan luego como la señorita Mercedes haga la menor insinuacion por verlo, don Guillermo irá donde le diga; *y al buen entendedor, con pocas palabras*...

Un amigo."

Despues de un momento de silencio que guardaron el padre y el hijo, como si cada uno reflexionase sobre el partido que se debiera tomar en aquellas circunstancias, Enrique dijo al veterano:

—¿Qué piensa usted, padre mio?

—Que esta carta nos da un buen consejo.

—Sí, pero a mí me repugna el adoptarlo: no está en mi carácter emplear el doblez aun cuando sea con mi mas grande enemigo.

—Pero la carta dice bien, que no hai otro medio de obtener una reparacion.

—Tambien lo pienso así, porque un hombre de fortuna y de tan elevada posicion social se burlaria de nosotros, ya fuese si lo atacásemos personalmente o por los tribunales de justicia; si por lo primero, porque no es mi ánimo cometer un asesinato, no lo haré jamás, y en cuanto a desafiarlo, ya hemos visto que no convenia; y si por lo segundo, no alcanzaríamos nada mas que nuestra mayor vergüenza como ya lo hemos tambien dicho.

—Así es, amigo mio, y por la misma razon es preciso emplear la astucia. Ademas ¿cómo crees llevar a efecto el plan que me has comunicado?

—Es verdad, contestó Enrique siempre pensativo.

—¿Y bien?

—Y bien, padre mio, estoi decidido.

—¿A obrar con enerjia?

—Sí, a castigar al criminal.

—Me alegro, me alegro, Enrique, porque temia que participases de las opiniones de tu madre y hermana.

—Y usted no se equivoca, señor: estoi vencido por esa lójica irresistible nacida de una bondad sublime: nosotros padre mio, somos mui inferiores a ellas, pero por la misma razon es que no podemos llegar a esa altura y tenemos que obrar como hombres.

—Yo no me perdonaria jamas el haber perdonado.

—Otro tanto me sucede a mí, pero...

—Dejemos de reflexionar tanto sobre un asunto que ya hemos decidido llevar a término y pongamos desde luego manos a la obra.

—Está bien: es necesario entenderse con Santiago.

—Hoi mismo lo veré.

—Seria mas conveniente que lo conviniésemos juntos.

—Voi a prevenirle entonces que tenemos que hablarle.

III.

No se necesita de mucha penetracion para adivinar quien habia sido el autor de la carta dirijida a Enrique y que se acaba de leer. Esta carta, como es fácil notarlo, estaba calculada para producir un grande efecto en el ánimo del jóven; y la persona que la habia dictado conocia el corazon humano para herirlo en lo mas vivo y escitar así la funesta pasion de la venganza que tanto asidero tiene en el pecho del hombre. Por otra parte, ¿quien podia dar tan minuciosos detalles de aquel funesto suceso, quien podia revelar tan minuciosamente la trama de aquella infernal intriga, sin haber sido espectador o cómplice? Es, pues, fuera de

duda que uno de los actores de esta escena era el que habia escrito, y mui al alcance de todos está tambien el fin que se habian propuesto.

Pero aun cuando haya penetrado el lector en el fondo de este plan y en la mano oculta que lo dirijia, nos será necesario refrescar su memoria sobre los móviles que obraban en la mente del anónimo para armar el brazo de la venganza con la cuchilla que debia herir de muerte a Guilllermo de...; porque era imposible que el jefe de la familia ofendida y el hermano de Mercedes, jóven y ardiente, dejasen impune al perpetrador de tan horrendo crímen una vez que tuvieran pleno conocimiento de él y supieran el nombre del individuo que lo habia ejecutado y la manera fácil de apoderarse de su persona; y todas las probabilidades o mas bien la certidumbre absoluta estaba de parte de que Guillermo no escaparia en aquella ocasion, siendo los efectos de la venganza cien mil veces mas inevitables, cien mil veces mas certeros y cien mil veces mas terribles que las del narcótico que habian hecho beber a Mercedes.

Fácil es recordar que aquellas dos diabólicas cristuras, Anastasia Pincheira y Guillermo de..., a pesar de ser amigos y socios en esta como en muchas otras empresas, se odiaban y se temian recíprocamente, asechando la ocasion mas favorable para perderse el uno al otro, pero para perderlo de manera que no volviera a levantarse mas, dejándolo para siempre en la imposibilidad de poder herir.

La tia Anastasia, si bien sabia que el viejo militar, a pesar de su bondad, era un hombre decidido y enérjico, no quiso aventurar la partida hasta que llegase Enrique de la hacienda de San Jorje; porque no ignoraba que la juventud es mas rápida en sus determinaciones, estando tambien segura que padre e hijo se pondrian de acuerdo y que esta mancomunidad de accion haria el golpe mas certero y talvez mas terrible.

Para estar al corriente de todo cuanto ocurria en el con-

ventillo de la calle de San Pablo, puso desde el dia siguiente de su desaparicion del taller de su pretendido sobrino Víctor, un espía que le dijese diariamente cuanto ocurriese en aquel recinto, albergue de la felicidad momentánea antes, y ahora un insondable abismo de pena y de desgracia.

La vieja Anastasia, como es de esperarlo, no se tomaba este trabajo para un buen fin, sino para precaverse en caso que su complicidad con Guillermo trajese malas consecuencias y tambien para ver modo de perder a éste. Ella, estaba, pues al corriente de la enfermedad de Mercedes y de cuanto habia sucedido a aquella infortunada familia, no ocultándosele los menores pasos que daban y los peligros que habia corrido la vida de Mercedes: pero de lo que se le dió parte en el acto fué del arribo de Enrique, que lo supo pocos momentos despues que el jóven obrero habia tenido el gusto de abrazar a sus padres y el sentimiento de ver el estado de postracion en que se hallaba su hermana.

La vengativa e infernal vieja, tan rencorosa como inhumana, no habia olvidado las palabras ofensivas que en un momento de rabia se le habian escapado a Guillermo y que el lector recordará fácilmente, así como la amenaza que éste le hiciera y cuyos efectos habia paralizado la tia Anastasia con el conocimiento que tenia de la vida del padre del aristócrata jóven y el temor de revelaciones que podrian serle sumamente perjudiciales para su fortuna y para sus proyectos; pero desde ese instante concibió la idea de perder a Guillermo, y de perderlo para siempre y antes que él pudiera obrar, porque no se le ocultaba a la astuta matrona que se albergaba un pensamiento igual en la mente de su cómplice; de manera que aquel que diera primero el golpe desarmando a su adversario, seria el que ganaria la partida: hé aquí pues el oríjen de la carta que acababa de recibir Enrique, revelándole el crímen tenebroso de que habia sido víctima su virtuosa hermana, y el nombre como la posicion social del individuo que lo cometiera, así como tam-

bien el medio de apoderarse de él y facilitar la venganza, teniendo a la vez cuidado de desorientar a Enrique sobre el paradero de la tia Anastasia, diciéndole, como lo hemos podido ver por la carta, de que ese nombre era supuesto, pues la verdadera cómplice se llamaba Jertrudis Arredondo.

La infernal combinacion no podia, pues, menos de producir el efecto deseado, y la tia Anastasia esperaba de un momento a otro el trájico resultado de su astuta maquinacion.

IV.

Apenas le habia manifestado Domingo Lopez al buen zapatero Santiago que tenian necesidad de él, cuando lleno de regocijo de que se le presentara tan luego la ocasion de ser útil en algo a sus bienhechores, le contestó que estaba a sus órdenes y que podian disponer de él con toda seguridad y con toda confianza.

—El asunto, amigo mio, le dijo Domingo, con semblante sereno, es de mucha gravedad, y queremos yo y mi hijo que antes de obrar sepas a lo que te comprometes, estándo seguros, en caso que no lo aceptes, de tu reserva; porque si bien no queremos comprometerte sino que lo hagas con toda voluntad, deseamos, si no te determinas, a que guardes, sobre todo cuanto vamos a revelarte, el mas absoluto silencio.

—Señor, contestó Santiago, no tenia usted necesidad de hacerme tales prevenciones: yo acepto desde luego cuanto ustedes me propongan y haré cuanto ustedes quieran que haga.

—Gracias, hijo mio; pero no tomes todavia resolucion alguna. Retira tu palabra, pues solo la aceptaremos despues que hayas hablado con Enrique y tengas perfecto conocimiento del asunto y de cuanto de tí esperamos.

—No retiro, señor, mi palabra. Ustedes pueden desde

luego ordenarme lo que deseen, sin necesidad de revelacion alguna: mi vida entera les pertenece.

—No se trata de poner en peligro tu vida, hijo mio; que bastante la necesitas para tu familia.

—Ah! señor, no conoce, no sabe usted cuánta gratitud hai aquí!.. y el buen zapatero llevó la mano a su corazon.

—Lo sé, Santiago, y por esto mismo vengo a pedirte un gran servicio.

—Mi vida es poca, señor, se lo aseguro; y cuando le digo que disponga de ella, le hablo con toda verdad.

—No dudo un momento de la sinceridad de tus palabras; pero tengo el encargo de mi hijo para llevarte donde él para que él te comunique lo que piensa y lo que exije.

—Entonces vamos en el acto; y el agradecido artesano tomó su sombrero con esa dilijencia del que va a ejecutar una accion que le complace.

Enrique estaba meditabundo. Su semblante triste pero resuelto, revelaba al hombre que combina un grave proyecto o trata de resolver un dificultoso y gran problema. Aquella fisonomia severa y reflexiva no era la de un jóven de veinte o veinte y dos años, sino la de un hombre a quien las penalidades y desengaños de la vida han surcado la frente, y sin embargo, las líneas puras de su cara todavia imberbe, pues apenas sombreada su labio superior un sedoso y negro bigote, denotaban al individuo que recientemente salia de la adolescencia o que aun la conservaba; pero de todos modos veíase en aquella cara la madurez del pensamiento y esa fuerza de voluntad, que si bien viene del caracter de las personas, solo se robustece con el habito o con la lucha.

El veterano de la independencia contempló por un instante a su hijo, estrañándole, sin duda, aquella actitud que no le habia visto jamas y en seguida le dijo despacio, para no ser oido:

—Aquí tenemos a Santiago que está resuelto a todo.

Enrique sacudió su cabeza como para desterrar la idea que le absorbia, y dirijiéndose a Santiago le estendió la mano silenciosamente.

—Estoi a sus órdenes, fué la única respuesta del zapatero.

—Ya trataremos sobre esto, Santiago, contestó Enrique, tristemente; pero es indispensable que salgamos de aquí para que le hable a usted del asunto que nos ocupa y del servicio que mi padre y yo vamos a exijirle.

—Cualquiera que él sea, Enrique, estoi dispuesto.

—Gracias, amigo mio, pero vamos a su tienda para hablar sin testigos, porque aquí talvez pueden oirnos y no queremos ningun otro confidente.

—Dirijámonos entonces a la tienda, donde estarémos solos, pues los oficiales, a causa de mi prision, han desaparecido.

Los tres individuos tomaron sus sombreros, componiéndo préviamente el semblante para despedirse de Marta y de Mercedes por unos momentos, pretestando que tenian que dejar a Santiago en posesion de su establecimiento.

Llegados al taller o tienda del zapatero, que estaba colocada en la calle de la Neveria, es decir, la que partiendo de la plaza de Armas o de la Independencia, corre al lado de la cárcel, en direccion hácia el nombrado rio de Santiago, denominado el Mapocho, como quien dijera el Manzanares de Madrid, llegados ahí, repetimos, Enrique tomó la palabra y dijo a nuestro buen zapatero:

—Santiago, tenemos una cuestion grave que tratar y desde luego la abordaré con franqueza, porque para exijir un servicio de la naturaleza que mi padre y yo vamos a pedirle, se necesita revelarlo todo; y aun cuando para nosotros sea vergonzoso este paso, sin embargo, preferimos esperimentar el bochorno a que usted obre con toda libertad, calculando allá en su interior si quiere o no ayudarnos; pero le prevenimos desde luego que, aun cuando usted no acep-

te, no por eso dejaremos de ser sus amigos de siempre.

El tono, hasta cierto punto solemne, con que habia pronunciado Enrique aquellas pocas palabras, impusieron a Santiago, y contestó con igual seriedad.

—Sé que ustedes no exijirán de mí sino lo que es justo. Tengo una confianza ciega en el proceder de ustedes, y no hai necesidad de esplicaciones de ningun jénero: manden ustedes y obraré.

—Es verdad, contestó Enrique, con esa digna entereza del hombre que no ha delinquido y cuya conciencia pura no ha empañado una mancha; es verdad que hemos sido y somos buenos; ¿pero quién puede asegurar que lo seremos siempre? Y quién puede decir que ahora mismo no estemos faltando? Talvez la accion que voi a proponer a usted, Santiago, es ya un crímen, y un delito el hecho solo de haberla concebido, y esta es una de las consideraciones que me obligan a revelarle todo para que obre usted a sabiendas y con libertad absoluta.

—Está bien, Enrique, lo escucho.

—Antes de entrar a esplicarme, me permitiré hacerle algunas preguntas.

—Estoi dispuesto.

—¿Conoce usted el motivo de la enfermedad de Mercedes?

—No.

—¿No ha tenido usted ninguna sospecha sobre el oríjen de ese mal tan repentino y tan terrible?

—Despues de algun tiempo me ha parecido que debia existir cierta relacion entre la enfermedad de la señorita Mercedes y la desaparicion del pintor don Víctor Escobar, por la circunstancia de haber sucedido ambas cosas, puede decirse asi, en un mismo dia y a una misma hora; pues desde que le dió en casa el primer accidente a la señorita su hermana, no he vuelto a ver al dicho pintor.

—No va usted equivocado; pero esa sospecha, que es una realidad, no le ha induciao a pensar mas allá?

—Yo no he dudado nunca de la virtud de ese ánjel que tienen ustedes en lugar de hija y de hermana; pero en nuestras conversaciones con Teresa y por lo que ella me ha dicho de que a la señorita Mercedes no le gustaba desde ese entonces hablar de don Víctor y de todo lo concerniente a él; y como por otra parte sabíamos que se querian y que no esperaban otra cosa que la llegada de usted para casarse, hemos supuesto que habrán tenido un disgusto que ha roto relaciones que todo el mundo veia con placer; pero Teresa esperaba que de un dia a otro apareciese don Víctor, porque cree imposible que una vez conocida la señorita Mercedes pueda nadie renunciar ella.

—Imposible renunciar a ella! Asi es, Santiago, asi es... Y el jóven se pasó la mano por la frente, secándose el sudor de angustia que brotaba en toda ella, y era tal la espresion de dolor que revelaba aquel rostro juvenil, que Domingo lo tomó del brazo, diciéndole: "Paciencia, hijo mio, paciencia... ya le vendrá su turno."

Santiago tambien estaba conmovido, sin darse cuenta de la causa; pero veia tanta desesperacion en el semblante de aquel jóven, que no pudo menos de decirle:—"No prosiga, Enrique, no me cuente nada, si tanto le cuesta."

—No, amigo mio, contestó Enrique con resolucion; es preciso ir hasta el fin; es preciso que usted lo sepa todo y no ignore nada.

—Pero si esto le cuesta tan gran sacrificio...

—No lo niego; pero es preciso pasar por él.

Usted decia poco há, prosiguió Enrique, que Mercedes era pura y virtuosa; sí, Santiago, jamas ha dejado de serlo y ahora lo es mas que nunca... ¡Pero esa vírjen ha sido deshonrada!... y mas que deshonrada!...

—¡Dios mio! esclamó Santiago con el rostro descompuesto por el espanto y por la compasion, ¿cómo puede haber un monstruo igual en el mundo?

—Pues ese monstruo existe... ese monstruo vive en la

opulencia y rodeado de consideraciones... ese monstruo se rie, en este momento talvez, del dolor y de la vergüenza de mi hermana, del dolor y de la verguenza de mis padres..., de la verguenza y del dolor mio... Y Enrique llevó la mano a su corazon como para ahogar sus latidos.

—Y ese monstruo es sin duda el pintor Escobar?

—El mismo!... y el mismo que lo ha llevado a usted a la cárcel.

—Esto último poco o nada significa; y ahora comprendo para lo que ustedes me necesitan; estoi dispuesto a todo... heriré y heriré de muerte... Yo seré el instrumento de la venganza...

—Gracias, Santiago, será usted nuestro cómplice y no nuestro instrumento. Nos acompañará usted y nada mas; pero no se derramará una sola gota de sangre.

—No comprendo.

—Lea usted esta carta. Y Enrique le entregó el papel que habia recibido de la tia Anastasia.

A medida que el artesano avanzaba en la lectura, sus facciones se descomponian y cuando llegó al fin, esclamó enfurecido:

—Esto es horrible: solo la muerte de ese miserable puede satisfacer tan grande ultraje y castigar tan negro crímen. Yo me ofrezco gustoso a libertar al mundo de esa víbora y creo que nunca habré obrado mejor.

—Si ese hubiera sido nuestro propósito no lo habríamos llamado a usted en nuestro ausilio; pero ya le hemos dicho: no queremos que se derrame una sola gota de sangre.

—¿Y entonces?

—Es preciso que nos apoderemos de él.

—Convenido; pero una vez apoderado de él lo matáremos.

—Nada de asesinato, Santiago: esto podria comprometerlo a usted, comprometernos a nosotros y no llenaria nuestro propósito, ni satisfaria nuestra indignacion, ni siquiera equi-

valdria a la enormidad del atentado cometido con Mercedes.

—Yo no veo un castigo mayor que la muerte; pero ya caigo: emplearemos el tormento; sí, lo merece: cortarlo presa por presa es todavia poco.

—No, amigo mio; así vendríamos siempre a parar en el crímen de homicidio, y ni mi padre ni yo, ni usted tampoco, debemos hacernos reos de ningun delito.

—Vuelvo a repetir que no comprendo.

—Ya lo sabrá usted, Santiago; ahora lo que debemos hacer es apoderarnos de ese malvado valiéndonos del espediente que se nos aconseja en esta carta: y aunque él me repugna un tanto, sin embargo no encuentro otro medio mejor y mas fácil para conseguir nuestro propósito, viéndome por esto obligado a adoptarlo.

Domingo Lopez habia permanecido durante esta larga conversacion como testigo de ella; pero sin desplegar sus labios cual si no tuviera tanto o mas interes que su hijo; pero se habia convencido que Enrique sabia conducir mejor las cosas y lo dejaba obrar, limitándose a abrazar a Santiago cuando vió que se prestaba tan de buena voluntad a secundarlo en sus planes, a pesar de ignorarlos completamente; pues nuestro buen zapatero no podia concebir que hubiese un castigo mayor que la muerte.

Antes de separarse, Enrique dijo a Santiago:

—He leido que la primera condicion que se exije a los cospiradores es el sijilo, la segunda, la puntualidad. ¿Será usted pues callado como una tumba y exacto como un cronómetro, que a un momento fijo podamos contar con usted?

—Mis labios estarán cerrados y mi braso dispuesto a toda hora.

—Gracias, amigo mio: y Enrique le tendió la mano, que Santiago estrechó sobre las suyas, diciéndole:

—No sabe usted cuán feliz soi! Tengo la satisfaccion mas grande en mi corazon al pensar que puedo ser útil en algo

a mis bienhechores, y desearia que ustedes leyesen en mi interior para que se cerciorasen de lo que soi capaz...

—Lo hemos adivinado, mi querido Santiago, repuso el veterano, apoderándose de la otra mano del jóven zapatero, y por eso hemos recurrido a ti: los hombres de corazon solo necesitan mirarse para comprenderse. Ahora espera; que yo te avisaré cuando sea el momento de obrar.

—Ojalá llegue luego, porque si el deseo de serle a ustedes un poco útil es mui grande, no es menor el que esperimento porque se castigue a ese malvado.

—Y lo será, respondió Enrique, e ínter llega esa hora, lo dejamos a usted en su taller para que atienda a sus trabajos. Y Domingo y su hijo se despidieron de Santiago.

La venganza.

I.

Hai sentimientos que nos arrastran, que son superiores a toda reflexion y que a despecho del juicio mismo, a despecho del convencimiento, nos envuelven, nos seducen, se apoderan de nosotros y nos llevan adelante, sin que exista una valla suficiente que los paralice en su accion; y uno de esos sentimientos que tanto poderio ejercen en el hombre es la venganza: por esta razon considera Jesucristo al perdon como la mas grande, como la mas sublime de todas las virtudes.

La antigua civilizacion, civilizacion que está todavia en nosotros; la antigua lei que, a pesar de la palabra y del ejemplo del Salvador, gobierna aun las sociedades, está encarnada en los espíritus: *ojo por ojo, diente por diente*: hé aquí la humana tendencia... Se necesita ser mas que hombre, se necesita haberse purificado muchísimo en las vivas aguas del Evanjelio, se necesita casi no tener afectos, no tener relaciones, no tener familia, se necesita haber roto todas las ligaduras humanas y vivir solo en Dios, se necesita no tener preocupaciones de ningun jénero para llegar a espiritualizarse de tal modo que perdonemos; y no solo perdonemos, sino que en vez de vengarnos, lleguemos hasta hacer el bien, lleguemos hasta amar a nuestros enemigos, a las personas que nos han ofendido, a los que han desgarrado nuestro pecho y lacerado nuestro corazon, a los que nos han difamado, a los que nos han ultrajado en la honra de nues-

tro hijos, de nuestras familias, de nuestras afecciones mas lejítimas, mas naturales y mas caras.

No hai nada para nosotros comparable a las sacrosantas palabras del Redentor que en esos supremos momentos de suprema y dolorosa agonia, esclama levantando su vista al cielo: "PADRE MIO, PADRE MIO, PERDONALOS, QUE NO SABEN LO QUE HACEN." Ah! jamas podrá presentarse al mundo una leccion y un ejemplo mas hermoso y mas fecundo en bienes. Sócrates bebiendo tranquilamente pero rodeado de sus amigos el vaso de cicuta preparado por la ingratitud, es un pigmeo comparado con Jesus, que no desfallece en medio del tormento, que no tiene una voz amiga que lo consuele, que lo exhorte, que lo alivie, que no ve en torno de sí mas que encarnizados verdugos, que todo es afrenta y escarnio para él, ¡y que, sin embargo! solo brota de sus cárdenos labios una plegaria, una súplica para la Divinidad! solo arde en su pecho un tea inestinguible, el amor al hombre! solo quiere la rejeneracion de aquellos mismos que lo han sacrificado!

Todavia no ha pensado lo bastante el hombre para reconocer todo cuanto comprende esa doctrina, todo el bien que nos resultaria de esa práctica, toda la felicidad de que es susceptible la especie siguiéndola como norma y adaptándola como accion y como principio. En el grado actual de civilizacion en que nos encontramos, la humildad y la mansedumbre son miradas con desden, considerándose infamado al hombre que no venga su afrenta; y de no, ¿dónde se encuentra el individuo que al pegarle en la mejilla izquierda presente impasible la derecha? ¿Y quien seria el que no viese en esta accion un acto de cobardia y de bajeza? Cuál tenderia la mano a ese hombre si no hubiera lavado en sangre su agravio? Ahora bien, por mas que sea funesto, éste es el espíritu de las sociedades; y por mas que sea sublime la moral cristiana, nunca se le practica. ¿Será esta entonces la condicion humana, o no habremos llegado al grado de per-

feccionamiento que se necesita! Esta es la cuestion que dilucidarán los moralistas o resolverán las futuras edades.

II.

No es nuestro ánimo defender y menos encomiar la venganza; pero si nuestras ideas son opuestas, es sin embargo preciso que nos sometamos a la práctica, y ya que no nos es dado encomiar el sentimiento que dominaba en Domingo Lopez y en su hijo, debemos al menos escusarlo, porque, en un caso análogo, ¿quién no haria otro tanto?

Enrique, pues, ocupado de un solo pensamiento, hacia sus preparativos y tomaba todas sus medidas para no errar el golpe; y era tal la reserva de su conducta, que ni su madre ni su hermana, interesadas en conocer las intenciones ocultas de Enrique respecto al pintor Víctor, habian podido descubrir el fondo de su pensamiento, por mas que hubieran en distintas ocasiones provocado tan triste y desagradable cuestion; pero Enrique, teniendo siempre palabras de consuelo para alentar a su hermana y alabando constantemente la cristiana doctrina del perdon, hacia desaparecer las sospechas y desorientaba completamente la solícita penetracion de su madre y hermana, tan interesadas en averiguar la verdad, porque todo acto de violencia estaba en oposicion a sus principios y creencias y porque temblaban por la vida de Enrique, que, llevado por la fogosidad de la juventud y por un justo resentimiento, podia cometer una imprudencia que lo comprometiese de una o de otra manera, estendiéndose este temor hasta el viejo Domingo, cuyo carácter impetuoso conocian; pero tanto el padre como el hijo disimulaban tan bien sus designios, que Marta y Mercedes se engañaron hasta el punto de tranquilizarse completamente.

Un dia Enrique llamó a su padre, y sacando del bolsillo una especie de sello, le dijo: "Solo esperaba que concluyesen este instrumento para obrar."

Domingo Lopez miró detenidamente lo que le pasaba su hijo y solo respondió: "está bien."

—Ahora es preciso que ejecutemos nuestro proyecto a la mayor brevedad para no dar lugar a cualquier inesperado contratiempo que venga a desbaratar nuestros planes.

—Por mi parte, yo estoi dispuesto ahora mismo y creo que Santiago tampoco se hará de rogar.

—¿Tiene usted las llaves de la quinta de Yungai?

—Las tiene el jardinero, pero puedo pedírselas.

—Es ademas indispensable que ni él ni su mujer estén allí.

—Se buscará un pretesto.

—Al menos mañana en la noche debemos estar solos, porque no podemos calcular el mas o menos tiempo que empleemos.

—Los mandaré a Renca mañana en la tarde a comprar cuatro o seis colmenas, previniéndoles que no se vengan sino al dia siguiente.

—Necesito tambien tener un coche a mi disposicion.

—Esto es lo mas fácil Yo tengo un amigo que hace este negocio y no pondrá la menor dificultad.

—Ahora, padre mio, lea usted la carta que he escrito para el pretendido pintor Víctor Escobar. He tratado de imitar la letra de Mercedes y creo haberlo conseguido; pero no puede figurarse usted cuánto sacrificio me cuesta y cuánto esfuerzo he tenido que hacer sobre mí mismo para valerme de este engaño: todo lo que no es justo, delicado y recto me repugna, y esta es, padre mio, la primera ocasion que cometo un acto de esta naturaleza, pero tambien espero que será la última. He seguido en todo el consejo del anónimo.

Domingo Lopez desdobló la carta que le habia pasado Enrique, miró en seguida la letra sin darse cuenta todavia del contenido y dijo, está perfectamente imitada; Mercedes misma no sabria distinguir.

—Esto no es lo que me ha costado trabajo; porque poco mas o menos tenemos casi la misma escritura, sino el redactar el contenido.

—Veamos, dijo Domingo, y leyó en alta voz.

"Mi querido Víctor:"

—Que el diablo te confunda, esclamó el veterano interrumpiendo la lectura: Comprendo que te debe haber costado escribir estas palabras.

—Y mas aun las otras.

—Prosigamos.

"Mi querido Víctor:

"Yo no debiera perdonarte lo que has hecho conmigo; pero te he querido y te quiero tanto, que he llegado a disculpar tu ofensa, porque al fin me he convencido que nacia del amor.

"No te ocultaré que he sufrido muchísimo y sufro todavia; pero tú me aliviarás.

"No habia pensado en llamarte despues de lo que has hecho conmigo, y mas que todo, despues de tan prolongado silencio; pero mi propósito cede al deseo que tengo de verte.

"Es imposible que no me ames; es imposible que me hayas olvidado del todo... ven, querido Víctor, y seré tuya libremente...

"No conviniendo que vengas a casa, porque existen sospechas y no podriamos estar sin testigos, he resuelto esperarte en la quinta de Yungai que me obsequió la señora doña Juana, a las ocho de la noche en punto. No retardes ni un solo segundo, porque los momentos son cortos y preciosos, pues tengo que hablar mucho contigo...

"Por una casualidad sé quien eres y donde vives; pero si ya es imposible que piense en ser tu esposa por la distancia que nos separa, al menos seré tu amante: para esto no se necesita la igualdad de condiciones.

"No ignoro tu nombre, pero he preferido darte aquel bajo

el cual principié a amarte y te amo todavia; hasta que el de Guillermo no me sea igualmente simpático.

"Ven, mi querido Víctor, ven a recibir el dulce perdon que está dispuesta a darte tu amada de otro tiempo y tu amante de siempre.

"MERCEDES."

"Escusado es que te diga la reserva y el sijilo que debes guardar por ahora; despues combinaremos juntos algun plan que nos permita vernos con seguridad y con frecuencia."

Domingo Lopez dobló pausada y silenciosamente la carta; veíase en su varonil semblante el furor concentrado y la sed de la venganza: porque aquella finjida carta le habia renovado todos sus dolores, haciendo brotar sangre de sus no cicatrizadas heridas. Al fin de un momento se la pasó a su hijo, diciéndole:

—Está bien; y ahora concibo cuánto debe haberte costado escribirla...

—Mucho, muchísimo, padre mio.

—Pero mientras mas suframos, la venganza será mas dulce y la satisfaccion mas grande.

—Así lo espero.

—¿Con quién piensas mandar esta carta?

—En este asunto no quiero fiarme de nadie, sino que la llevaré yo personalmente.

—Pero pueden reconocerte y en ese caso todo está perdido.

—He tomado mis precauciones.

—¿Cuáles?

—Tengo un traje completo de pobre viejo que me he procurado, no sin alguna dificultad, y que hace imposible me reconozcan: usted mismo se engañaria.

—Ya lo veremos; ¿pero cómo piensas conducirte?

—Lo mas sencillo: preguntar por don Guillermo de... y

entregarle la carta en sus propias manos, pues habria peligro que cayese en otras.

—¿Y despues?

—Traerlo aquí, donde usted y Santiago me esperarán, pues yo seré tambien el conductor del carruaje.

—¿Qué haremos entonces nosotros?

—Usted, como mas robusto, se echará sobre las piernas, Santiago le tapará la boca y yo lo sujetaré de los brazos: lo demas ya usted lo sabe.

—Dios quiera que no haya algun tropiezo.

—Así lo espero. Advierta usted a Santiago, téngame listo el coche y lo demas corre de mi cuenta.

III.

Por mas resolucion que tuviera Enrique, por mas confianza que le inspirara la justicia de su causa, su espíritu estaba aquel dia preocupado; no tenia la jovialidad y ternura de siempre; habia en las respuestas que estaba obligado a dar a las preguntas de su madre y hermana ese laconismo del que no quiere que lo perturben, esa vaguedad de la distraccion, que sin ser inconexa, no satisface, y esto se concibe: iba por la primera vez de su vida a asumir el rol mas grande que está llamado a desempeñar el hombre, el rol de juez, siendo su situacion tanto mas difícil cuanto que obraba, se puede decir así, en causa propia, y temia no tener la imparcialidad debida, la imparcialidad necesaria, a pesar que habia pensado tanto el acto y madurado tanto el fallo, y a pesar de la opinion aprobatoria de su padre, en cuya rectitud y en cuyo juicio tenia una confianza plena.

Ah! decia entre sí mismo. Si estuviera aquí mi maestro no vacilaria, porque él quitaria mis escrúpulos o desaprobaria mi accion; y tanto en un caso como en el otro, me someteria ciegamente a su fallo, seguro de obrar bien; pero esto es imposible; nos separa una distancia inmensa y ya no

hai tiempo de consultarlo. Cúmplase entonces el destino de ese hombre y el mio. Yo no quiero hacer una mala accion, no la cometeria por nada de este mundo, ni por resentimiento o pasion alguna; de consiguiente, si obro mal, no depende de mi voluntad sino de un error, y en caso que en realidad exista este error, no puedo ni debo ser culpable; la ignorancia puede ser una falta, pero no un crímen.

Sin embargo, a pesar de estas reflexiones, a medida que se acercaba la hora, crecia en el jóven obrero su preocupacion y su tristeza. De repente, como para envalentonarse, dijo en alta voz: "¿Pero dejaria yo sin castigo tan horrendo crímen? No. ¿Aprobaria yo en otro la conducta que me veo obligado a observar? Sí; pues entonces, fuera vacilaciones y manos a la obra; que no venga un sentimiento de caridad mal entendido a entrabar la accion de la justicia; porque la justicia es la lei de todo cuanto existe y en todo caso debe cumplirse."

A la caida de la tarde de ese mismo dia y poco despues que Enrique se habia hecho las observaciones que acabamos de referir, parábase a la puerta del conventillo un coche de posta, y al verlo, el corazon de Enrique, a despecho de la resolucion tomada, se ajitó violentamente.

Domingo, mas sereno que su hijo, porque tenia menos escrúpulos, ya fuese por su vida de soldado, ya por su edad o por otras causas, dijo a Marta con calma:

—Si nos demoramos un poco no tengas el menor cuidado, pues vamos a casa del patron de Enrique, que nos ha convidado, y llevaremos en nuestra compañía a Santiago, porque el maestro nos previno de invitarle tambien para festejar su libertad; con que así, llama a Teresa para que os haga compañía, que nosotros volveremos tan luego como nos sea decentemente posible, porque, como tú sabes, ya no tengo el ánimo de antes para divertirme.

Hacia dias que el viejo Domingo habia aprendido casi de memoria esta mentira; pues si hubiera estado obligado

a improvisarla, no lo habria conseguido, por la ninguna costumbre que tenia de mentir, y solo así pudo dar a esta sencilla disculpa las apariencias de verdad.

Marta y Mercedes, hasta cierto punto, se alegraron de aquel convite, porque así se distraerian un poco, sin dejar por esto de recomendarles que se volvieran lo mas pronto posible: la menor sospecha no atravesó por la mente de la madre y de la hija.

Llegados a la quinta, bajaron del carruaje y despidieron al cochero, que ya estaba prevenido de antemano que dejaria el coche a la direccion de ellos; y como cumplia así con las órdenes de su patron, se alejó sin decir palabra, previniendo solamente que le dieran un poco de comer a los caballos si se recojian tarde: observacion natural en estos hombres que casi llegan a identificarse con los animales y algunos a cuidarlos tanto o mas que lo que se cuidan a sí mismos.

Una vez solos, penetraron en el interior de las habitaciones, deteniéndose en el salon.

En aquel cuarto, adornado decentemente y tal cual lo conoce ya el lector, habia sobre un sofá muchísimos trajes, cintas y todos aquellos adornos de una mujer elegante. Conocíase que aquellos vestidos no habian sido jamas usados. Habia tambien varias cajas cerradas, que sin duda contenian chales o encajes; algunas piezas de finísimo lienzo, zapatos de raso blanco, una corona de azahares de la cual pendia un finísimo velo. Conocíase a primera vista que todo aquello era o pertenecia a un canastillo de bodas, o lo que es lo mismo, iba a servir para el atavío completo de una jóven y elegante novia.

Al lado opuesto a aquellos dijes de la belleza, veíase una casaca militar de granaderos a caballo, con la insignia de alférez, un quepís flamante, un pantalon y una riquísima espada con empuñadura amarilla perfectamente cincelada.

Medio a medio del salon habia una gran mesa redonda

con dos candeleros y dos luces de esperma aun no encendidas, pero que sacando un fósforo, alumbró Enrique y llevándose la mano a los bolsillos depositó en ella un rollo de papeles. En una de las esquinas de la pieza, habia un fusil viejo, mohoso y de chispa, como los primeros que usaron nuestros padres en la gloriosa guerra de nuestra independencia y de los cuales vénse todavia no pocos, a pesar de las transformaciones sucesivas que han ido esperimentando.

En la esquina opuesta notábase un brasero con una gran cantidad de carbon apagado, pero que Enrique dijo a Santiago de tratar de encender y de ponerlo solamente al lado de afuera para que el viento lo avivase.

Sobre una de las sillas habia unos cuantos harapos sucios, una manta rota y descolorida, un sombrero de los que se conocian con el nombre de chupaya, una peluca blanca y unas patillas del mismo color, sumamente desgreñadas, en compañia de algunos tarros con diversos ingredientes. Todo lo demas del salon de la quinta de Yungai se conservaba en el mismo estado en que lo habia dejado pocos meses antes Mercedes, en aquel dia en que la señora doña Juana le hizo la donacion de la propiedad.

Santiago miraba atónito todo aquello, sin poder darse cuenta de nada ni calcular poco mas o menos lo que iba a suceder, pues no veia allí arma alguna ni aparato el que menor que le diera un indicio de lo que pasaria, pues el fusil estaba completamente inservible y era imposible hacer de él el menor uso, a no ser que se empleara como garrote; pero a pesar de tan pacíficas apariencias, sentíase como sobrecojido.

—No hai motivo para asustarse, dijo con calma Domingo Lopez, conociendo lo que pasaba por Santiago; en mui poco tiempo saldremos de la curiosidad. Mi hijo te ha prometido que no se cometerá asesinato alguno y que no correrá la mas pequeña gota de sangre, y yo vuelvo a reiterar su promesa.

—Es que no sé darme cuenta por qué motivo me asusta mas lo que veo (y en realidad no veo nada) que si estuviera este cuarto lleno de pistolas y de puñales.

—Ya lo sabrás. Intertanto, hé aquí tu consigna; y el viejo soldado de la independencia dijo a Santiago lo que tenia que hacer cuando llegase el coche y descendiese el pintor denominado Víctor Escobar, cuyo verdadero nombre y clase conocia ya.

El jóven zapatero meneó la cabeza en señal de asentimiento, pues tenia la vista fija y la boca abierta al ver trasformado a Enrique en un viejo pordiosero, de una manera tan rápida y con tanta propiedad que no podia dar crédito a sus propios ojos, pues hasta la tersura de su cútis habia desaparecido, quedando en su lugar surcos profundos, peculiares a una edad avanzada.

—¿Estoi perfectamente disfrazado? preguntó Enrique, habiendo concluido completamente su tocado.

—Inconocible, dijeron a un mismo tiempo Domingo y Santiago.

—Pues ahora, manos a la obra. Son como las siete y pronto hará completamente oscuro. En hora y media a mas tardar estaré de vuelta Es preciso que todo marche bien; pero si retardase mas tiempo espérenme hasta las nueve y media o diez.

Y el viejo cochero miróse nuevamente al espejo, puso una cuerda delgada y fuerte en sus bolsillos, dió la mano a Domingo y Santiago y subió al pescante con la ajilidad de un jóven, como en realidad era. Los caballos partieron al trote largo.

IV.

Cuando llegó a la calle de las Monjitas, se paró en la puerta de la casa de Guillermo, y preguntó a Tomas con voz cascada, si estaria allí el caballero.

—¿Para qué lo quieres? respondió el criado con altaneria.

—Traigo un encargo para su merced.

—Dámelo.

—Es que tengo que entregárselo a él.

—¿Qué encargo es ese?

—Una carta que me dió una señorita.

—¿Una señorita, dices?

—Sí, señor.

—Yo se la llevaré.

—Imposible, porque he quedado obligado a dársela a él en sus manos.

—Espera un poco. Y Tomas entró para dentro.

Un momento despues apareció y dijo al cochero: "Entra y lo encontrarás en las primeras piezas a mano derecha."

El viejo cochero sacó con despacio una manea, la puso en las patas delanteras de los caballos y en seguida preguntó a Tomas, mirándolo de arriba abajo, pero siempre con su voz cascada:

—¿Dónde me decia usted, señor?

—En las piezas de la derecha, viejo sordo.

El cochero se inclinó como si le hubieran dicho un cumplido y pasó adelante.

Guillermo, prevenido por el criado y sabiendo por él que un cochero le traia una carta de una señorita, esperaba la misiva en la puerta de su cuarto.

El cochero se quitó el sombrero sin decir palabra, metió la mano al bolsillo y sacó una carta, diciéndole solamente: "Supongo que debe ser para su merced."

Guillermo no contestó sino que se acercó a la vela, leyó el sobrescrito, se inmutó a su vista, y sin abrir la carta, volvió donde el viejo cochero, diciéndole con precipitacion:

—¿Quién te ha entregado esta carta?

—Una señorita de la calle de San Pablo.

—¿Dónde vive?

—En un conventillo, cerca de la Pirámide.

—¿La conoces?

—¡Quién no conoce a la Merceditas, hija del sarjento don Domingo Lopez, y sobre todo yo que la he visto nacer y a quien le he debido siempre tantos servicios!

—Espera.

Y Guillermo dirijióse hácia la lámpara, abrió la carta y leyó repetidas veces el contenido, segun la opinion del viejo cochero, que tenia los ojos clavados en la fisonomia del aristocrático jóven.

Si Guillermo hubiera visto aquella mirada viva, ardiente y amenazadora, habria retrocedido asustado y habria conocido el engaño; pero la proximidad de la luz, que le daba de lleno en la cara, le impedia distinguir hácia afuera, donde solo veia el bulto del viejo cochero que esperaba una respuesta, talvez una propina.

Guillermo metió la mano al bolsillo, sacó un escudo y dijo al cochero:—"Toma por tu trabajo."

—Gracias, señor, contestó el viejo, siempre con su voz cascada: ¿espero la contesta de su merced?

—Aguarda. ¿A qué horas te dió esta carta?

—Hará como una hora, señor, pasaba yo por la puerta del conventillo con mi coche, cuando viéndome la Merceditas me llamó: papá Canuto me dijo, hágame el favor de llevarme esta cartita, que es mui urjente. En seguida me dió las señas de la casa y de la persona de su merced, encargándome que se la entregara en sus propias manos y a la mayor brevedad, pero como yo tenia un pasajero en el coche, me he demorado algo, a pesar que despues de dejar al pasajero en su casa, me vine a trote largo; y mis caballos, puedo asegurar a su merced que son buenos.

—¿Tienes aquí tu coche?

—Sí, señor.

—Solo?

—Solo, señor.

Guillermo sacó su reloj y dijo: "Las siete cuarenta; toda-

via es tiempo." Y volviéndose al cochero, repitió: "¿Me dices que está el carruaje en la puerta?"

—Sí, señor, puede verlo su merced.

—Tomo el coche entero, es decir que pago todos los asientos para que no recibas ningun otro pasajero.

—Basta con que su merced lo mande.

—¿Puede quedar a mi disposicion toda la noche?

—Hasta el dia siguiente, si su merced lo necesita.

—Está bien: toma esa media onza a cuenta de tu trabajo; que si quedo contento de tus servicios, te daré mas.

—Ya me paga su merced demasiado.

—No importa, yo tengo costumbre de recompensar bien los servicios, y esta espero que no sea la primera vez que te ocupe—aguárdame un instante.

Guillermo entró a su dormitorio, se vistió con sencillez y elegancia, miróse al espejo, atusóse los bigotes con oloroso cabo, púsose en la cabeza un poco de pomada riquísima, tomó su junquillo, y dijo al cochero: "Vamos."

Una mirada de satisfaccion, mirada de triunfo y de odio a la vez, brilló en los ojos del viejo cochero, que mas ájil que lo que parecia por su edad, se dirijió a abrir la portezuela, quitándose respetuosamente el sombrero al entrar al carruaje el perfumado dandy.

Tomas preguntó a Guillermo en tanto que el cochero quitaba la manea a los caballos y subia sobre el pescante:

—¿A qué horas esperaré a su merced?

—No lo sé?

—¿Va su merced léjos?

—Algo.

—¿Podré salir un momento?

—Dispon de tu tiempo hasta las once, pero desde las once para adelante me esperarás en pié, pues puede ser que te necesite.

—Seré puntual, señor.

El coche partió y el viejo conductor preguntó al caballero que estaba dentro:

—¿Dónde quiere ir su merced?

—A Yungai.

—Por qué calle?

—Calle de la Compañia.

El cochero ajitó su huasca haciéndola sonar fuertemente, y los caballos tomaron el trote largo.

Al llegar a la acequia de Negrete que divide el barrio de Yungai del resto de la poblacion de Santiago, volvióse el cochero y dijo respetuosamente a Guillermo:

—¿Podrá decirme su merced cuántas cuadras hai desde aquí a donde va?

—Cuatro, poco mas o menos. ¿Conoces una quinta de reja que está a mano izquierda?

—Sí, señor, los viejos cocheros conocemos todo Santiago.

—Pues bien, ahí te detendrás y me aguardarás a la puerta.

—Estaré sin moverme hasta que su merced se desocupe.

Y el disfrazado Enrique dió un fuerte latigazo a sus caballos, que en vez de tomar el trote partieron a galope: tenia el hermano de Mercedes ansias de llegar cuanto antes.

Domingo y Santiago sintieron a la distancia el ruido del coche que se aproximaba rápidamente, y se colocaron en sus respectivos puestos.

V.

El coche paró frente a frente de la gran puerta de reja de la antigua quinta de doña Juana.

La calle estaba solitaria; no se distinguia ninguna luz a no ser la del coche que se reflejaba a la distancia: cosa mui natural en aquel apartado barrio de pocas habitaciones, las que por lo jeneral se encuentran a largas distancias las unas de las otras, pues la mayor parte son quintas de recreo inhabitadas o guardadas solamente por la pobre familia de un hortelano que hace las veces de guardian.

Enrique, con su vista penetrante habia mirado en todas direcciones para descubrir si no habia por los alrededores algun testigo importuno; pero no vió a nadie, y tan luego como se detuvo el carruaje, bajó del pescante con asombrosa ajilidad, quitóse el sombrero, abrió la portezuela y dijo al caballero: "Su merced está servido."

Pero apenas habia puesto Guillermo un pié en el suelo, sin darle tiempo para bajar el otro del estribo del coche, cayó Enrique sobre él y le asió fuertemente de los dos brazos en tanto que Domingo lo tomaba de las piernas y Santiago le metia un pañuelo en la boca.

El ataque fué tan brusco, tan repentino y tan simultáneo, que Guillermo no alcanzó a articular esta sola voz: socorr... que es la primera que se le ocurre a uno en casos análogos.

Enrique, sin decir palabra y guardando el mismo silencio de todos, sacó la cuerda que llevaba en los bolsillos y ató fuertemente a la espalda los brazos de Guillermo; en seguida, como por precaucion, apagó la vela del coche y quedaron todos en tinieblas, no oyéndose mas que la respiracion fatigosa de Guillermo que se debatia en vano tratando de quitarse el pañuelo.

Enrique dijo en voz baja: "Llevemos a este hombre para dentro." Y Guillermo fué tomado en peso y trasportado como una pluma.

La voz de Enrique le era desconocia a Guillermo y habia sido tan repentino y tan inesperado el ataque que no habia tenido lugar de reconocer a Domingo Lopez y a Santiago el zapatero, de manera que se creyó al principio estar en poder de bandidos, y esto lo tranquilizó figurándose que se limitarian a despojarlo, porque no podia caber el propósito de asesinarlo cuando esto no les produciria ningun provecho, sino por el contrario compromisos mui sérios; pero reflexionondo sobre la carta que acababa de recibir, cuya letra le era tan conocida, como sobre la circunstancia de ser

en la misma quinta de Mercedes donde le daban el golpe, mudó de opinion, pero sin poder atinar todavia cuál seria el objeto de aquella emboscada; sin embargo, era indudable que se la habian preparado con conocimiento y anuencia de Mercedes.

—Parémonos un momento, dijo Enrique al llegar a la antesala que estaba oscura. Voi a entrar el coche y cerrar la puerta de calle.

Hecha esta operacion, Enrique volvió, entró al salon que estaba alumbrado y cambió de traje.

Todo esto pasaba en un silèncio que atemorizaba a Guillermo, aun cuando no podia formar un juicio verdadero sobre aquel aparato misterioso que se observaba.

Enrique dijo desde el salon:—"Hagan entrar a ese hombre."

A la claridad de la luz, supo Guillermo sin que le quedara la menor duda en qué poder se encontraba, pues reconoció en el acto al padre de Mercedes, a Santiago el zapatero y vió que el otro jóven no podia ser sino Enrique tanto por los rasgos de la fisonomia o por ese aire de familia que jeneralmente existe entre padres, hijos y hermanos, cuanto porque calculaba, y calculaba con verdad, que ningun otro podia tomar tanto interes en aquel asunto.

La fisonomia de aquellos tres hombres era impasible y severa, nada se revelaba en sus facciones..., tenian el aspecto del juez cuyo único oficio es interrogar al delincuente para aplicar la pena en conformidad al delito.

Esta impasibilidad parecia a Guillermo mas terrible que la cólera: hubiera preferido a aquel silencio, el insulto o la amenaza; pero la severidad de aquellos rostros le infundia un temor que no podia dominar y que a despecho suyo se revelaba en su semblante.

—Padre mio, dijo Enrique, despues que hubo contemplado un momento a Guillermo con esa mirada fija y penetrante que cual frio acero llega hasta el corazon: ese hombre

tiene miedo y talvez no podria sostenerse sobre sus piés, pero que si podria criar alas para escapársenos."

Guillermo habia ya mirado a todas las puertas del salon buscando este recurso, lo que adivinó Enrique.

—Sírvase usted ofrecerle, continuó, aquel conocido asiento que se usa con frecuencia en los cuarteles.

Domingo Lopez obedeció como quien obedece a su jefe, con esa impasibilidad del soldado; tomó en seguida el viejo fusil, hizo encuclillarse a Guillermo y lo pasó por entre sus piernas poniéndolo en esa incómoda postura denominada "cepo de campaña."

—Ahora no puedes escaparte. Quítele usted, Santiago, el pañuelo, porque aunque grite no puede ser oido.

Guillermo suspiró como el que necesita aire para sus fatigados pulmones escasos del elemento que les da vida.

VI.

Domingo, Enrique y Santiago ocuparon tres asientos en la mesa redonda donde se encontraban las dos bujías. Domingo tenia el centro. Enrique se hallaba a mano derecha y Santiago a la izquierda. Guillermo estaba como a cinco pasos de distancia en la posicion que hemos dicho.

Siguióse un momento de silencio que fué interrumpido por Enrique para decirle a su padre que él era el principal juez y que interrogara al reo.

—Haz mis veces, Enrique, y si es necesario te ayudaré, pero tú eres el de la idea y tú debes llevarla a efecto.

El jóven se paró entonces, tomó un frasco que contenia un licor color de rosa, una botella con agua y un vaso y puso todo esto sobre la mesa redonda sin pronunciar palabra.

Guillermo, al ver aquello, sintió una especie de escalofrio y reventó casi instantáneamente en un copioso sudor...; recordaba el tósigo dado a Mercedes.

—No te asustes... aun no ha llegado la hora... el remor-

dimiento te hace temblar... Envenenador, piensas que vas a ser envenenado?.., Pero nosotros no somos, asesinos: esto dependerá solo de tu voluntad...

—Ah! perdon!... Lo confesaré todo.

—Serénate; quiero que respondas con toda tranquilidad de espíritu; y para ello te doi la palabra de honor de mi padre y la mia, de que no tienes que temer por tu vida, de que no se derramará una sola gota de tu sangre, de que no caerá uno solo de tus cabellos y de que saldrás de aquí en tan perfecta salud como has entrado.

Habia un tono de verdad tan manifiesto en aquellas palabras qué Guillermo se serenó instantáneamente, volviendo con la seguridad de la impunidad, la lucidez a sus ideas.

—Creo y confio en lo que usted me dice y estoi pronto a résarcir el perjuicio...

Guillermo, al dar esta respuesta, pensaba que habiéndole dado la seguridad de que no se atentaria contra su vida no se proponian aquellos hombres otra cosa que sacar de, él una fuerte suma de dinero, o cuando mas, que reparase el honor de Mercedes casándose con ella; y se confirmó en esta última idea al ver sobre el sofá todos los trajes, todos los atavíos del canastillo de boda que pocos meses ántes le habia regalado; y este pensamiento llegó a tomar el grado de certidumbre mas absoluta, al recordar la carta que acababan de entregarle y que no podia ser sino él resultado de un lazo tendido por Mercedes y su familia para conseguir ese fin; de manera que llegó Guillermo a tranquilizarse del todo, porque se dijo para sí mismo: "La jugarreta no está mala, pero la mia será mejor. Pobres necios! Bufonearse con un caballero y tratarme como si fuera yo su criado y ellos mis amos! Allá me la pagarán: puede ser que todo esto les cueste bien caro...; intertanto disimulemos"... Y una imperceptible sonrisa de irónica satisfaccion vagó por sus labios.

Esa media sonrisa no se escapó a Enrique que tenia en

él clavada la vista para estudiar aquella fisonomia tan hermosa que encubria una alma tan malvada.

—Veo con satisfaccion, dijo el jóven obrero con imperturbable tranquilidad, que te has serenado bastante, quizá demasiado...; pero era esto lo que queria conseguir, porque no me gustan los hombres cobardes...

Guillermo sintió la puya y se puso colorado, reprendiéndose así mismo de haberse mostrado tan débil hasta pedir perdon; pero jurando en su interior que les haria pagar bien caras todas aquellas humillaciones; y así contestó.

—Desde luego estoi dispuesto a acceder a todas las condiciones que ustedes quieran imponerme, y como acabo de decir, a resarcir plenamente el perjuicio.

—Lo veremos mas tarde; y como ya estas tranquilo, podrás contestarme con verdad sin que te haga mentir el miedo.

—¿Qué quiere usted preguntarme? Yo responderé a todo, pero espero que usted me trate con la misma cortesania con que yo lo hago; pues, no porque usted tenga la fuerza y esté yo bajo su presion inmediata, dejo de ser un hombre digno de consideracion para que no se le hable como a un doméstico.

—Yo no considero ni consideraré jamas digno de consideracion a un malvado: para mí el mas triste roto y el esclavo mas infeliz es mui superior a un gran señor que ha cometido el crímen que tú..

—Pero si este gran señor puede y quiere repararlo.

—Veremos.

Esta palabra "veremos" dió mas aliento a Guillermo, porque esto queria significar que se impondrian condiciones, y se aventuró a decir:

—¿Quiéren ustedes veinte, treinta, cuarenta, cincuenta mil pesos? Estoi dispuesto a dárselos en el acto.

Una sonrisa de desprecio dibujóse en los labios de Enri-

que y una especie de imprecacion salió de la garganta del veterano, pero el jóven se contuvo y solo contestó:

—Antes de las promesas, antes de las obligaciones, deben establecerse los derechos, debe saberse lo que se adeuda; y así tendrás un poco de paciencia para respondernos, o si no la tienes, nos es indiferente, porque obraremos sin ella.

Esta sequedad de palabras y de maneras impuso a Guillermo y lo contrarió algun tanto, pero restableciéndose en seguida, dijo:

—Espero.

—¿Cuál es tu nombre? preguntó Enrique, con esa impasibilidad de un juez que interroga a un reo,

—Me llama Guillermo de...

—¿No tienes otro?

—No.

—Mientes; porque te se ha conocido bajo el nombre de Víctor Escobar y bajo la condicion de pintor.

—El nombre era supuesto y la condicion tambien.

—¡Cuidado con que me engañes!

—He prometido decir verdad y cumpliré mi promesa.

—Esa es una condicion que yo necesito. Ahora, ¿por qué te has disfrazado con un nombre que no era el tuyo y con una profesion que nuncas habias ejercido?

—Porque no tenia otro medio para introducirme en la casa de ustedes.

—¿Y con qué intenciones querias introducirte en nuestra casa.

—Habia visto a la hermana de usted y me agradó desde el primer momento.

—¡Disculpa propia de un libertino que no respeta nada ni a nadie y que solo obedece al impulso del vicio! Pero dejemos esto, ¿en qué parte vistes a mi hermana?

—En la Pampilla, el diez y nueve de setiembre.

Enrique meditó un momento, diciendo entre sí: "rara coincidencia!" y luego continuó:

—¿Y cómo supistes dónde vivia?

—La hice seguir.

—¿Con qué intenciones?

—Con las de que me amara.

—¿Y lo conseguistes?

—Sí.

—¿Voluntariamente?

—Sí: nunca el afecto es forzado.

—¿De qué medios te valistes para obtener su afecto?

—De uno mui sencillo: de mi jenerosidad.

—¿Te atreves a llamar jenerosos a tus actos?

—Siempre que se bota la plata a manos llenas, es prueba inequívoca de jenerosidad.

—Cuidado! No quieras conmigo jugar una comedia, ni pretendas embrollarme con vanas palabras. Tú tenias un plan, ¿no es verdad.

—Sí; y acabo de decírselo: el de hacerme querer.

—Valiéndote de la jenerosidad, me has afirmado; ¿y llamas tú jenerosidad a tus intrigas? Llamas tú jenerosidad el prestarle dinero a un individuo, para parecer magnánimo, y luego meterlo a la cárcel, cuando ya no necesitas aparentar mas esa jenerosidad?

—Yo no he puesto a nadie en la cárcel.

—Hipócrita, embustero: aquí está Santiago, que es uno de tus jueces, para desmentirte. Aquí está el espediente seguido para confundirte.

Y Enrique, tomando los papeles de sobre la mesa, se los tiró a la cara, agregándo: Ahora cuando te vayas, pondrás esos papeles en tus bolsillos, pues ellos provienen de tu jenerosidad y son uno de los trofeos de tus proezas.

—Yo dí esa suma a mi criado Tomas, balbució Guillermo.

—Lo entiendo: para pagarle sus servicios, ¿no es verdad? Pero a él tambien le llegará su turno, y tendrá su merecido... Ahora, esto no es mas que un pequeño incidente y

vamos a la cuestion principal: me has dicho que obtuvistes el amor de Mercedes.

—Al menos así lo he creido.

—Yo tambien lo sé; ¿pero de qué medios te has valido para seducirla?

Y los ojos de Enrique lanzaron chispas al hacer esta interrogacion.

Guillermo no pudo resistir aquella mirada que lo dominaba y lo hacia temblar: tal eran los torrentes de venganza y de zaña que aquella mirada despedia.

—Yo no la he seducido, dijo Guillermo, entre dientes.

—Miserable! vuelves a decirme otra mentira.

—No, no, diré lo que quieran que diga, pero repararé la falta.

—Yo no te ordeno decir otra cosa que lo que es.

—Está bien.,. sea,.. pero repetiré nuevamente: estoi dispuesto...

—¿A qué?

—A entregar el dinero que me pidan... mas, mucho mas que lo que habia fijado antes... con esto ustedes serán ricos y felices y todo... todo quedará en el olvido...

—Estas jentes tienen almas de barro, y son tan bajas que no reconocen su propia infamia, y son tan estúpidas que piensan que todos los hombres están sepultados en la misma degradacion que ellos; ¿con que, piensas que el dinero todo lo cubre, que con el oro todo se allana? Imbécil! Solo los de tu círculo, solo los de tu degradada raza, pueden mirar la fortuna como el Dios único de este mundo, porque están corrompidos hasta la médula de los huésos...

—Sin embargo, la plata... yo creia...

—Envuélvete con tu dinero, que nosotros no lo necesitamos, porque preferimos la honra.

—Y bien; si no me aceptan el dinero, yo repararé la honra.

—¿Cómo?

—Casándome... haciendo de Mercedes mi única compañera... llevándola a ocupar la alta posicion que yo ocupo en la sociedad.

—¿Y quién podria afirmar, qué seguridades tendríamos de que te casarias con ella?

Guillermo respiró libremente cuando oyó a Enrique decir esas palabras y contestó con tono resuelto.

—Se lo juro a usted.

—¿Y de qué valen los juramentos de un embustero? ¿No le pediste hace poco tiempo a mis respetables padres la mano de mi anjelical hermana?

—Sí, pero...

—Pero qué? Si tú no cumplistes con una promesa voluntaria, ¿cómo cumplirás una promesa arrancada por la fuerza, o mas bien dicho, por el miedo.

—Pero ahora sí que lo haré.

Enrique volvió a mirar a Guillermo con esos ojos que, a pesar suyo, ejercian sobre él una rara fascinacion.

Guillermo tembló nuevamente.

Despues de una breve pausa, Enrique dijo:

—No te creo.

—Lo probaré, se lo probaré en el acto si usted quiere; que venga desde luego un sacerdote y que se presente Mercedes y verán si estoi dispuesto a darle mi mano; y estos trajes que están aquí podrian adornarla y servirla realmente.

—¿Es verdad lo que dices?

—La mejor prueba es el hecho.

—Comprendo tus intenciones: te casarias ahora, quedarias en libertad por este fácil espediente, sin otro castigo de tu crímen que un lijero susto, y mañana anularias el dicho matrimonio; y no solo lo anularias, sino que prevalido de tu posicion social, de tus muchas influencias como noble y como rico. te burlarias de nosotros y nos perseguirias haciéndonos todo el mal posible, hasta que quedarás ven-

gado con usura del mal rato que te hacemos pasar ahora; ¿no es cierto que este es tu pensamiento?

—No... no, se lo juro a usted, y para manifestarle la sinceridad de mi promesa, tome desde luego la garantia que quiera; déjeme, si es necesario, retenido en este ignorado lugar por un largo tiempo, y usted verá entónces...

—Que no te faltarán medios de evadirte, y que una vez fuera, una vez libre de temores, el pájaro no volveria a la jaula, y la mánsa paloma se transformaria en águila devoradora...

—Pero proponga usted el espediente, diga usted las condiciones y estoi dispuesto a aceptar cuanto usted me pida o exija, asegurándole que no haria un sacrificio en ello, porque yo quiero, yo adoro a Mercedes..

—¡Raro modo de querer y de adorar a una niña es perderla! Pero basta; yo he finjido que era posible aceptar tus ofertas solo para ver hasta dónde llegaba tu bajeza. Nos has ofrecido dinero en cambio de nuestra honra, y lo hemos rechazado; nos ofreces el matrimonio para reparar esa honra, y lo rechazamos tambien. ¿Cómo piensas que la maldad pueda aliarse con la virtud? ¿Cómo crees que se uniria un ánjel a un demonio? ¿Y como figurarte que mis padres, mi hermana y yo consentiriamos en un enlace que seria el mas grande baldon para nosotros, mas grande, cien mil veces mayor que el que nos has inferido seduciendo a mi hermana? Tus preocupaciones de familia te ciegan, tus preocupaciones de fortuna te ofuscan, y has creido que esto es el supremo bien y que nos hacias un favor ofreciéndonos tan valiosos tesoros en remuneracion de una, que tú consideras lijera falta; pero nosotros tenemos distinto modo de pensar: nosotros nos consideraríamos con semejante enlace, dado caso que tus promesas fueran verdaderas, degradados para siempre, y quien sabe si hasta inferiores a tí mismo.

—¿Qué es lo que quiéren ustedes entonces?

—Tu castigo, y nada mas que tu castigo.

—Pero ustedes me han prometido no hacerme mal... esclamó Guillermo, de quien se habia vuelto a apoderar el miedo.

—Lo que te hemos prometido no es no hacerte mal, sino que saldrias de aquí en el mismo estado de salud en que has entrado, sin que, como ya te lo hemos dicho, te falte uno solo de tus cabellos.

—No entiendo, no sé...

—Ya lo verás tú mismo; pero para que seas acreedor al castigo que te preparamos, es preciso que seas mucho mas criminal que lo que te has manifestado hasta aquí, y en efecto, lo eres, como voi a probártelo, y tú mismo lo confesarás.

La cara de Guillermo se descompuso y un frio y copioso sudor bañaba todo su cuerpo. En este parasismo del miedo esclamó:

—Es verdad que habia pensado engañarlos y burlarme de ustedes; pero ahora estoi realmente dispuesto: llamen, por Dios, a Mercedes y me casaré con ella y le pediré perdon a ustedes y a ella...

La verdad tiene acentos tan conocidos que es imposible dudar de ella, y menos confundirla con la mentira; así es que todos quedaron convencidos que en ese momento era sincero Guillermo, y Santiago se compadeció de él, pero no desplegó sus labios.

Domingo y Enrique seguian impasibles; ninguna alteracion notábase en aquellas fisonomias, y este último continuó:

—Sabia que tu promesa anterior no era mas que un subterfujio, así como sé que lo que dices ahora es real y positivo.

—Y si lo sabe, ¿por qué no lo hace? Por qué no llama desde luego a Mercedes?

—Porque no queremos ser infames asociándonos a un infame y porque Mercedes te desprecia, tanto, que aun no se digna tener por tí disgusto.

—¡Usted sí que me engaña ahora! Y esta carta que usted acaba de entregarme y yo de recibir y a cuyo llamado he venido, ¿no es escrita por ella?

—No, ha sido un lazo que yo te he tendido para atraerte aquí y castigarte.

—Imposible!

—Ya sé lo que has pensado nuevamente. Tú has creido que Mercedes, en union de nosotros, habia forjado esta intriga para obligarte a reparar su honor, como se dice en el mundo; pero te lo prevengo, y creeme: Mercedes nada sabe de esto, Mercedes no piensa en tí ni te quiere para nada; y si llegases, no digo a tener una nobleza dudosa y una fortuna limitada, sino que fueras el mas podoroso monarca, está seguro que te desecharia y ni siquiera se dignaria mirarte, no por aparentar desden, sino porque siente la mas grande indiferencia.

—Pero ella si estuviera aquí, si me viese, me perdonaria.

—¿Si tan buena opinion tienes de ella, ¿por qué no la hicistes feliz cuando te amaba? y te amaba en realidad, pues a mí mismo me lo ha escrito repetidas veces.

—Por qué? Porque era malo; pero ahora la haria feliz.

—Ahora es tarde y no te alucines, porque sin vacilar rehusaria.

—Al menos me perdonaria.

—Sin nesesidad de verte ni de hablarte lo ha hecho.

—De veras! Y un rayo de esperanza animó la fisonomia abatida de Guillermo.

—Yo no miento jamas.

—Por qué obran entonces ustedes contra su voluntad manifiesta.

—Porque ella es un ánjel y nosotros somos simples hombres.

—Por el mismo motivo debia seguirse la opinion de un ser divino.

—¡De un ser divino que te amaba y que por toda admi-

racion y por toda correspondencia, tu has perdido!.. Pero afortunadamente aquí nos encontramos nosotros para vengarlo.

Pero basta de preámbulos, vamos a introducir la sonda para ver hasta dónde llega el mal y aplicar el correspondiente remedio.

Guillermo tembló... ¿Porqué sentia tanto espanto cuando le habian prometido que aquella misma noche saldria sano y salvo de aquella casa? El no se daba cuenta; pero aquel misterio impenetrable lo asustaba tanto mas cuanto menos podia conocer el fin a que se habian propuesto llegar o el resultado que pensaban obtener.

Enrique volvió a tomar la palabra.

—Has confesado la seduccion de mí hermana, pero para conocer el mayor o menor grado de criminalidad que exista, para disculparla a ella o disculparte a tí, necesitamos saber si la seduccion fué voluntaria o forzosa.

—Voluntaria; no podia ser de otro modo desde que Mercedes me amaba y ustedes no lo ignoran.

—Mientes, miserable! ¿con que era mi hermana y no tú el culpable? ¿Y despues de haberla manchado infamemente te atreves aun a calumniarla?

—Digo la verdad.

—¡Dices la verdad! ¿Y porque si ella se dió voluntariamente, no quiere aceptar ahora ser tu lejítima esposa? ¿No ves que esto solo está probando tu mentira?

—Estoi por matar a palos a este miserable, dijo Domingo Lopez, levantándose de su asiento y con tono tan resuelto como amenazador.

—Calma, padre mio, aquí no hacemos de verdugos sino de jueces.

—Si hubieras dicho la verdad, prosiguió Enrique, no habrias sido por esto menos criminal, pero al menos habrias manifestado mas corazon; pero tu alma no encierra un sentimiento solo, que tenga visos de nobleza o de dignidad. No

te bastaba haber sacrificado a una vírjen haciéndola víctima de tu lujuria, sino que llevas mas allá tu crueldad acusándola ante su propio padre y su propio hermano de una falta que no ha cometido, que ni siquiera ha pensado. Dime: ¿te atreves despues de esto a aseverar lo que has dicho? ¿Desmentirás todavia a la evidencia? ¿Negarás la verdad que te acusa? Responde.

Guillermo agachó la cabeza y guardó silencio.

—¿No hablas? continuó Enripue. Talvez tienes el propósito de que con tu silencio nos asalte al menos la duda; pero ten entendido que tenemos la seguridad mas absoluta de la ignorancia y pureza de Mercedes y la evidencia mas palpable de tu criminalidad: poseemos pruebas tan claras como la luz del dia. Para formar nuestra conciencia bastaba el conocimiento que tenemos del carácter y virtudes de Mercedes, virtudes que jamas ha desmentido una sola vez y que ahora se han depurado en el crisol de la desgracia y que la proximidad a la tumba ha engrandecido; porque has de saber que su sepulcro estaba y está aun abierto; ese sepulcro preparado por la traicion... y acabado por el crímen... Ah! si la hubieras asesinado sin mancharla, te lo habriamos perdonado; pero infamándola!—nunca... y menos ahora que lleva en su seno la señal imperecedera de ese crímen sin nombre...

Y el enérjico jóven, perdiendo de repente todo el fuego que lo sostenia, se abatió como un lirio, inclinó la cabeza sobre la mesa, sostuvo su frente con ambas manos y lloró...

El veterano cruzó los brazos sobre su ancho y robusto pecho, levantando sus ojos al cielo como para orar por su hija.

Y Guillermo inmóvil en el lugar en que se encontraba forzosamente preso, paseaba su vista despavorida por todo cuanto lo rodeaba.

Aquel salon donde habia cuatro hombres en actitudes distintas y donde reinaba el mas profundo silencio se pres-

taba maravillosamente para un hermoso e imponente cuadro si se hubiesen pintado fielmente las fuertes emociones que revelaban aquellas fisonomias animadas por sentimientos tan diversos pero cada cual mas profundo . . . .
. . . .

VII.

Nunca puede el hombre permanecer mucho tiempo absorbido por una sola idea o domimado por una sensacion única y esclusiva, sino que la naturaleza lo hace pasar sucesivamente y en mas o menos tiempo de una impresion a otra segun sea mayor o menor la intensidad de ella, pero siempre se cambia, porque de otra manera, ya esperimentemos el placer o el dolor, no podemos quedar estacionados en ninguno de estos dos puntos, pues en ese caso el hombre sucumbiria y el sentimiento innato de la conservacion, lo arrastra, sin saberlo, hácia otro lado: esta es una de las sábias y desconocidas leyes del Creador.

Enrique levantó al fin la cabeza... Sus mejillas estaban bañadas en lágrimas... No se avergonzaba de su emocion y dijo con triste acento: "Soi débil... Las dolorosas impresiones me abaten... Mi pecho no está todavia acostumbrado al sufrimiento... La desgracia no ha endurecido mis fibras o encallecido mi corazon; pero esta flaqueza tiene su fuerza y prefiero esta especie de pusilanimidad a la dureza del que nada conmueve, del que perpetra el crímen con tranquilo espíritu, del que hace derramar lágrimas sin inmutarse, del que sin misericordia sacrifica a la virtud y duerme reposado en el lecho del deleite... Prefiero mi debilidad a tu cinismo frio, porque yo compadezco mientras tú sacrificas, porque yo lloro, mientras tú te ries; y mis lágrimas consuelan y me alivian, mientras tus risas matan y te endurecen en la carrera del vicio."

Ahora prosigamos, continuó Enrique, nuestra triste tarea.

Has afirmado, dijo, dirijiéndose a Guillermo, que habias simplemente seducido a mi hermana?

—Sí, respondió entre dientes el seductor.

Enrique se paró del asiento que hasta entonces no habia abandonado, y con un aire en que se revelaba la indignacion y la seguridad íntima que tenia en la pureza de su hermana, replicó:

—¿Persistes en calumniarla? ¿No te han demostrado que tenemos completa evidencia del crímen, las razones que te he espuesto, el conocimiento que tenemos de la virtud de esa mujer, la terminante repulsa de ella para unirse a tí? ¿No es todavia una convincente prueba que la niña que se da fuera de la lei, que pisotea su honor y el de su familia, que no atiende a la moral y a las leyes sociales, quisiera recuperar todo esto? ¿No te convences aun?

Guillermo quedó otra vez mudo como en la interrogacion anterior.

—Pues bien, bandido, esclamó Enrique levantándose y dirijiéndose hácia el lugar en que se encontraba Guillermo: toma una prueba fehaciente, toma la revelacion de tu horrendo crímen; toma, lee esa carta en que se esplica tu conducta, en que se ponen de manifiesto todos tus manejos, en que se revela el último medio de que te has valido para ultrajar a mi hermana, para mancharla a pesar de su pureza... infame, infame, infame!...

Guillermo tomó la carta entre sus manos; pero era imposible que la leyera porque temblaba como un azogado.

—Lée, dijo imperiosamente Enrique. ¿Tienes miedo?

—Me falta la luz.

El jóven obrero se acercó a la mesa y trajo una de las bujías que colocó cerca de Guillermo.

—¿Ves ahora?

—Letra de la tia Anastasia! La miserable me ha vendido! Ella es la que me ha tendido este lazo! Yo debia haberlo previsto y prevenido!...

—Lee, volvió a repetir Enrique.

Guillermo corrió la vista por aquel infernal anónimo, y cuando concluyó no pudo menos de decir: "Estoi perdido."

—¿Reconoces tu crímen? ¿Te atreverás ahora a disculparte calumniando a mi hermana?

—No.

—Despues de tanto, dínos cuál es el castigo que mereces?

—Perdon, compasion.

—¿La has tenido tú para con una criatura indefensa. para con un ánjel que te amaba, para una vírjen que tú...

—Perdon... perdon...

—Aquí no hai perdon, sino justicia.

—Por piedad!...

—Tú no eres digno de invocarla desde el momento que jamas la has tenido con nadie, porque estoi íntimamente persuadido que hai muchas otras víctimas sacrificadas.

—Me casaré con Mercedes.

—Que otra vez no manchen tus lábios ese nombre, porque los purificaré con el fuego,... pero ya sabes que nosotros no lo queremos y todavia menos ella, pues los tesoros del mundo no la harian mudar de determinacion.

—¿Qué debo hacer entonces?

—Nada mas que sufrir el castigo.

—No hai otra espiacion que les satisfaga?

—Ninguna.

—¿Y cuál será el castigo?

—La pena del Talion: *ojo por ojo, diente por diente.*

—No comprendo, pero me espanto...

—Antes de esplicártela hazte cargo de todos estos trajes que han servido para preparar el crímen, engañando a una inocente, y todos estos arreos militares que fueron regalados para inspirar confianza y unos y otros para servir a los intentos que hoi vas a espiar: pero previamente dame esa carta que te entregué y que tienes en el bolsillo.

Guillermo obedeció maquinalmente y la entregó.

—Convencido y confeso el reo del delito, no tienen los jueces otra cosa que hacer que aplicar el castigo.

—Pero muchas veces precede la induljencia.

—La tendremos en cuanto no se oponga con la justicia.

—Si debo ser asesinado, déjenme ustedes siquiera un momento para pedir, ya que no a ustedes, al menos a Dios, perdon de mis culpas.

—Esto es lo que has hablado mejor; y si fuera nuestro ánimo quitarte la vida, te acordariamos el tiempo necesario sin necesidad de súplica; pero ya te he repetido en varias ocasiones que saldrás de aquí sano y salvo.

—Y sin embargo temo.

—Temes porque te remuerde la conciencia y porque esa misma conciencia te dice que no puedes quedar impune.

—Pero cuál es ese castigo?

—Voi a decírtelo aun cuando ya lo sabes: ese castigo es la lei del Talion; *ojo por ojo, diente por diente;* pues el perdon es solo el atributo de Dios y de las almas superiores.

Ahora bien: tú has deshonrado a mi hermana, y yo te deshonraré a tí.

Tú la has obligado a que se avergüenze de sí misma, y yo haré que tú te avergüences.

Tú la has privado de que pueda unirse a un hombre, y yo te privaré de que te puedas unir a una mujer.

Tú le quitas la sociedad para siempre, y yo tambien te la quitaré para siempre.

Tú la has afrentado, y yo tambien te afrentaré.

Tú le has puesto una marca de ignominia de que no puede desprenderse y que le es imposible borrar, y yo te pondré otra tambien de que tampoco puedas desprenderte y que quede indeleble por toda una eternidad.

Tú la has manchado con el crímen, pero yo purificaré esa mancha con el fuego.

Tú la has envilecido, y yo te envileceré de tal modo que

no te atrevas jamas a levantar tu frente, con la sola diferencia que ella, a pesar de tu hálito impuro, tendrá la satisfaccion de su conciencia; y tú, con el hierro de la infamia, llevarás contigo el gusano roedor e insaciable del remordimiento:—Vas a ser marcado lo mismo que a un malhechor incorrejible, lo mismo que a los presidarios de galeras, lo mismo que a las bestias, porque en realidad, eres peor que ellas...

—Marcado! oh! no! por Dios! Mátenme, mátenme.

—Se te ha prometido que saldrás sano y salvo, y se cumplirá nuestra promesa.

Santiago, prosiguió Enrique, traiga usted el brasero de fuego y vea si está bastante caldeada una pieza de metal que hace tiempo puse entre las brasas.

—La veo casi blanca en medio del fuego, contestó Santiago.

—Retírela un poco: es demasiado, y le causaria un dolor fuerte que yo quiero evitar.

—Marcado! marcado! No; imposible!... Matadme primero!...

—Esta es la lei del talion: afrenta por afrenta; y la sufrirás.

—No; no quiero, matadme, dijo Guillermo con los ojos desencajados y de una manera delirante.

—Por Dios! interrumpió Santiago, tengan ustedes compasion, y si es necesario castigarlo, háganlo de otra manera sin afrentarlo tan atrozmente.

—El no tuvo, replicó Domingo, compasion de mi hija, que era inocente, y la afrentó sin merecerlo... Dame el hierro, Santiago, y que todo quede de una vez terminado.

Domingo tomó un sello hecho ascuas en que se leia esta sola palabra: *infame.*

Quitó en seguida la ropa que cubria la espalda de Guillermo y la aplicó en las carnes vivas por un momento,

Sintióse una especie de chisporroteo, salió un poco de humo, y todo quedó terminado.

En seguida el viejo soldado puso una pasta sobre la quemadura para no hacerla tan dolorosa y que cicatrizase pronto, colocó la ropa en su respectivo lugar y se retiró, al parecer impasible: la venganza se habia llevado a efecto.

Guillermo estaba sin sentido: la impresion moral y no el sufrimiento físico lo habia hecho perder el conocimiento.

Los tres jueces guardaban un profundo silencio, y veíase en sus semblantes la tristeza y la compasion: miraban aquel hombre exánime y se compadecian de él a pesar de todo el mal que les habia hecho, a pesar que estaban persuadidos que solo practicaban una accion justa.

Guillermo volvió en sí, miró con estrañeza todo cuanto le rodeaba, como el que se despierta despues de uno de esos sueños terribles que tanto nos hacen sufrir y cuyas dolorosas imájenes nos persiguen, aun cuando abiertos nuestros párpados vemos que todo no ha sido otra cosa que una ilusion; pero desgraciadamente para Guillermo todo cuanto veia lo confirmaba en la realidad, y sin duda en aquel mismo instante esperimentó algun dolor a la espalda, porque esclamó con voz desgarradora:

—Marcado! marcado! ¿Qué será de mí?

—Te queda tu nobleza y tu fortuna que estimas en tan alto grado, le dijo Domingo Lopez con ironia.

—Padre mio, replicó Enrique con melancólico acento, no añadamos a la venganza la crueldad, porque traspasariamos los límites de la justicia.

Guillermo volvió a caer en un nuevo parasismo: la rabia, el despecho, la vergüenza y la impotencia en que se encontraba, arrebatáronle el sentido por segunda vez.

Enrique lo contempló en silencio por un largo rato, y despues, dirijiéndose a su padre y a Santiago, les dijo:

—Voi a ver luego cuál es la naturaleza de los sentimientos de este hombre: si descubro en él honor verdadero,

compadeceré su desgracia y me arrepentiré toda mi vida de haber llevado mi venganza tan allá por mas merecida que la tenga y por mas justa que yo la haya creido; pero si es la falsa vergüenza la que causa su sufrimiento, quedaré satisfecho, y el castigo terrible que le hemos inflijido no pesará un átomo en mi conciencia.

Dicho esto, Enrique tomó en la mano un poco de agua fresca y roció el rostro de Guillermo, que instantáneamente hizo un sacudimiento y abrió los ojos; y viendo a su enemigo tan cerca de él dijo con espanto:

—¿Qué mas quieres? ¿No estás todavia satisfecho? ¿Quieres inferirme un nuevo ultraje? Mátame mas bien.

—Yo no soi asesino, contestó Enrique con triste acento. Ahora me das lástima, y voi a proponerte el medio de salvarte.

—¡De salvarme! ¿Quieres añadir a la afrenta un sarcasmo?

—No; quiero, por el contrario, que desaparezca esa afrenta. Aquí tienes (y Enrique se acercó a la mesa, vació dos dedos de agua en una copa, tomó un frasco que contenia un licor color rosa, del cual puso en el agua unas cuantas gotas, tomando el líquido inmediatamente un color de topacio) este brevaje, dijo el jóven obrero acercándose a Guillermo. Tú envenenaste a mi hermana para deshonrarla, y yo te presento un veneno activo para que salves en el acto tu honra: ya ves, pues, que soi mas jeneroso y mas compasivo con un criminal que lo que tú lo fuiste con un ánjel.

—¡Un veneno!

—Sí, un veneno de un efecto rápido, instantáneo y que no te hará sufrir.

—¡Un veneno!

—Que tomándolo te ahorrará la deshonra; que te privará de una vida llena de sufrimientos; que te borrará la marca que tienes en la espalda para que se grave para siempre en mi corazon, pues me perseguiria el remordimiento de haber

traspasado los límites de la justicia, de haber obrado mal...

—Intentas asesinarme ahora, despues de haberme...

—No es un asesinato, ni he pensado jamas cometerlo; y debes creerme, pues te he cumplido mi palabra: "saldrás de aquí sin que haya caido uno solo de tus cabellos, sin que se haya derramado una sola gota de tu sangre;" no es, de consiguiente un asesinato el que se cometerá, sino un suicidio el que te propongo.

—¡Un suicidio! No; quiero vivir, tengo bastante fortuna y me ven...

—Ya lo sabia yo: a la infamia reunes la cobardia; el letrero indeleble que tienes grabado en la espalda te pertenece por completo; ese será de hoi en adelante tu nombre y tu apellido. Mira, cobarde, solo he querido probarte, solo he querido quitar de mi conciencia hasta la sombra de un remordimiento conociendo a fondo toda tu miseria: has merecido el castigo; nada tengo, pues, de qué arrepentirme... La copa que te preparaba no era veneno, sino un inocente jarabe de grosella, como lo verás.

Y Enrique se tomó el contenido del vaso.

—Si tú hubieras hecho, prosiguió, un solo ademan para llevar a tus labios este licor, yo hubiera visto en tu crímen un vicio, un descarrío de la razon escitada por un ardiente deseo, y me hubiera arrepentido toda mi vida de haber sido cruel, o me hubiera empeñado con mi hermana para que ella hubiese borrado a fuerza de cariño y de abnegacion esa marca de infamia, y al fin te habrias rehabilitado a tus propios ojos; pero todo es escoria en tí, todo es pestilente, todo; sufre ahora la vergüenza a que te has hecho acreedor y el remordimiento con que te perseguirá Dios. . mi hermana queda vengada...

Y Enrique, con esa altivez que da el cumplimiento de la justicia, le dió vuelta la espalda, y dijo a su padre:.

—Señor, tenga usted la bondad de poner en libertad a ese hombre.

Domingo quitó el viejo y mohoso fusil; pero Guillermo, en vez de pararse, cayó de espaldas, ya fuese por haber perdido el equilibrio a causa de la postura incómoda en que habian permanecido durante tres o cuatro horas o ya por el último golpe que recibiera al ver descubierta su cobardia y su bajeza.

—Ahora, dijo Enrique, nada tenemos que hacer aquí. Voi a preparar el coche mientras este hombre se levanta para conducirlo a su casa y que nos vayamos nosotros a la nuestra.

La rabia de Domingo, su ardiente deseo de venganza, habia desaparecido, y ahora solo sentia compasion; asi es que se acercó donde Guillermo y rompió las ligaduras de sus brazos, diciéndole:

—Estás libre.

Guillermo se puso de pié instantáneamente, como si hubiera recibido el choque eléctrico de una máquina galvánica. Dió en seguida algunos pasos precipitados pero vacilantes por medio del salon; se asemejaba a un beodo que no sabe dónde se encuentra ni qué hace, pero en cuyo cerebro perturbado por la conjestion, no ha desaparecido todo recuerdo; y como si tratase de traer la hilacion de sus ideas se sentó Guillermo en una silla y llevó una de sus manos a la frente, en tanto que la otra, por un movimiento instintivo, la dirijió a la espalda y al mismo lado en que habia sido marcado.

Enrique apareció en el dintel de la puerta diciendo:

—Todo está listo, vamos.

Aquel metal de voz causó en Guillermo el mismo efecto que poco antes le habia producido el contacto del viejo Domingo al romper las ligaduras de sus brazos, y se paró tieso como un palo y blanco como un mármol, pero sin hacer el menor movimiento, casi sin pestañar: la miradade Enrique lo tenia fascinado obrando sobre él como un efecto galvánico, pues, a penas la desvió de ese punto, que Guillermo cayó

exánime sobre la misma silla como si se rompiera la corriente eléctrica que lo sostenia.

Enrique dijo a Santiago:

—Hágame el favor de conducir ese hombre al interior del coche. Mi padre y yo nos iremos en el pescante.

Santiago obedeció. Tomó del brazo a Guillermo y caminó con él sosteniéndolo.

Domingo y Enrique tomaron en seguida todos aquellos encajes, cintas, vestidos, etc., que compusieron el canastillo de boda de Mercedes, y los llevaron al coche incluso el flamante traje militar del viejo alferez de granaderos a caballo, y todo revuelto, lo pusieron tambien en el interior del coche donde se encontraban ya sentados Santiago y Guillermo que se habia dejado conducir como un autómata.

Enrique echó llave a la gran reja que hacia de puerta y subió al pescante en compañia de su padre, tomando las riendas de los caballos, haciendo sonar la huasca y partiendo con rapidez.

Ya fuese el movimiento, ya la impresion fresca del aire de la noche, Guillermo fué volviendo en sí y cuando al fin se dió cuenta de lo sucedido, fué tal el primer arranque de su desesperacion que quiso tirarse fuera del coche dando gritos espantosos.

—Silencio y sociego, le dijo Enrique con autoridad: usted se pierde, pues si usted se tira fuera del coche y viene jente en su ausilio se verá usted o nosotros obligados a dar esplicaciones y mañana todo Santiago de Chile y toda la república sabria que usted está *marcado.*

Esta sola palabra, fuertemente acentuada, contuvo a Guillermo, que volvió a sentarse guardando el mas profundo silencio hasta el momento de llegar a la puerta de su casa en la calle de las Monjitas.

Enrique se bajó del pescante, abrió la portezuela del coche y dijo en tono bajo a Guillermo:

—De usted depende únicamente que se ignore su estado,

pues en cuanto a nosotros, tenga usted la seguridad que guardaremos el secreto; pero le prevengo que si usted maquina algo contra nosotros, sabrá todo el mundo el oríjen de su venganza y usted queda perdido para siempre. Ahora obre usted como le parezca.

En ese momento abrió la puerta de calle Tomas, que al ruido del coche pensó, y con razon, que era su patron.

Guillermo se precipitó en el interior sin decir palabra a Tomas que quedó sumamento sorprendido al ver el desgreño de su traje y la palidez mortal de su cara.

Enrique sacó los trajes del vestuario militar y los mil dijes que componian las famosas donas de Guillermo, y tirándolas a la puerta de calle, dijo a Tomas que estaba atónito de lo que sucedia.

—Lleva todas esas cosas a tu amo.

Aquel tono altivo y distinguido, propio de esos hombres fuertes y superiores, impusieron de tal modo a Tomas, que no se atrevió a abrir sus lábios, aun cuando era inmensa su curiosidad, pues habia reconocido a Enrique y a su padre y a Santiago, contentándose con agachar la cabeza y recojer las ricas telas que estaban en el suelo.

Los caballos partieron nuevanente, desapareciendo con la llegada de nuestros tres jueces la inquietud que ya comenzaba a esperimentarse en casa del alferez Lopez.

Vergüenza, remordimiento y temores.

I.

Cuando Tomas se vió solo, tratando apresuradamente de poner en el zaguan de la casa todo aquel laberinto de trajes, de cintas, de chalones, de piezas de lienzo, de encajes, de blondas, de ropa militar y hasta de una espada, se puso a reflexionar sobre ese monton de cosas que le habian arrojado desde el interior del coche por sobre su cabeza, de ese coche que, en su jénero, casi se asemejaba a la arca de Noé por la diversidad y multitud de objetos que contenia, y cuyo inmenso acopio nunca acababa de echar fuera; pero no era tanto esto lo que lo preocupaba, cuanto la fisonomia despavorida de su amo, cuanto el incomprensible desgreño de sus vestidos, cosa estraordinaria en su elegancia habitual, cuanto la precipitacion con que se habia encerrado en su cuarto sin preguntar por nada ni dirijirle la palabra a nadie, cuanto las personas que lo acompañaban y que habia reconocido ser Domingo Lopez, Enrique y el zapatero Santiago; y como no sabia a fondo ni estaba al cabo del terrible desenlace de aquella seduccion en que él habia tomado parte, pues ignoraba lo principal, el narcótico; pero como tambien conocia los propósitos de su amo y de cuanto era capaz, sentóse en una silla en medio de aquel monton de aterciopelados y sedosos escombros, a reflexionar profundamente sobre tan raro acontecimiento.

¿Cómo es esto? decia entre sí mismo. Aquí hai un miste-

rio que es preciso conocer, que trato de penetrar desde hace tiempo y que apenas vislumbro, pero que es indispensable saber... Veamos, atemos cabitos, como dicen algunos; Hace ya como cinco meses, mas o menos, que nos instalamos en la calle de San Pablo. Desde el principio marchó la aventura a las mil maravillas, y allá como a los dos o tres meses y de la noche a la mañana: tras! para fuera! desocupamos la casa y no volvimos mas ni a asomar las narices por aquellos lugares; es, pues, indudable que hubo un acontecimiento estraordinario, y éste debe haber sucedido en la noche misma en que me dijeron de irme a pasear pues no me necesitaban; ¿pero cual pudo ser este acontecimiento? Ya... ya.. mi patroncito entiende a las mil maravillas esta clase de negocios; sin embargo, ¿cómo si consiguió su objeto no prosiguió adelante? Es imposible que hubiese abandonado tan pronto una conquista que le habia costado tantos sacrificios, y tantos como no le ha costado ninguna otra: hé aquí la dificultad, hé aquí el misterio: imposible adivinarlo. Y el astuto Tomas se rascaba la cabeza sin poder resolver el problema, sin poder descifrar el enigma.

Y despues de tanto tiempo, seguia reflexionando, ¿qué significa el paseo de ahora en tan rara compañia? Y si no me equivoco debe haberle pasado alguna mano bastante pesada, porque no traian tan buena cara que digamos las personas que lo acompañaban; y ademas, el semblante tan demudado del señor don Guillermo, como el tirarle a uno, todas estas cosas sobre los ojos asi como quien dice: Toma, allá va lo que me has dado, no lo necesito... esto es mui significativo pero tambien es mui incomprensible.

Y ahora que me acuerdo, continuaba reflexionando Tomas, la carta de una señorita que trajo el viejo sucio como a las siete u ocho de la noche, ¿si tendrá una relacion con la aventura misteriosa?—Indudablemente, prosiguió, despues de haberse dado una palmada en la frente, esa carta tiene mucha parte, porque es el mismo coche que vino a

eso de la oracion, aunque ahora no venia gobernándolo el mismo viejo: esto da mucho que pensar, muchísimo.

¿Pero cómo diablos, seguia diciendo en su interior Tomas, cómo diablos se ha ido a meter a la casa del padre y del hermano de Mercedes despues de no verla tanto tiempo? ¿Y qué será lo que éstos le han hecho? Porque es indudable que ha sufrido algo, y algo de grave, pero sin embargo, ha llegado sano y salvo, al ménos por las apariencias, aun cuando su cara demostraba mas que el dolor, el miedo, mas que el daño, el espanto.. Indudablemente, esto es para volverse loco; pero ya yo descubriré la cosa y talvez ahora mismo... Sí, ahora mismo, pues tengo que ir a ver qué es lo que se le ofrece a don Guillermo y me daré trazas para arrancarle algo...

Mas ahora que pienso: aquí debe de andar tambien la mano de la tia Anastasia: sí, esto es innegable, y ella debe saberlo todo; pero con ese demonio es mui difícil tratar ¡quién le arranca nada a la tia Anastasia! Y cuando uno cree que puede obtener algo se lo entrega todo, es lo mismo que *ir por lana y salir trasquilado*, como dice el adajio; pero como yo soi parte o he tomado parte en el negocio, talvez la encuentre mas comunicativa y ademas, ¿qué tengo yo que perder? Al contrario, puede ser mui bien que estas cosas, que estos secretos me den un fuerte provecho, ¿puede, acaso uno preveer lo que sucederá?

Pero intertanto veamos lo que se saca en el momento... Ya es como la una de la noche y don Guillermo no ha llamado como de costumbre; voi, pues, a tomar órdenes como siempre y a informarme de lo que debo hacer con todo esto; y es casi seguro que algo consiga, sino el todo, al ménos parte, y atando cabitos llegaré hasta donde yo quiero: esto es por ahora; por lo que hace a mañana, me preparo desde luego para hacer una larga visita a la tia Anastasia.

II.

Azuzada la curiosidad de Tomas por sus propias reflexiones y por lo que habia visto, se dirijió al cuarto de Guillermo, cargado con algunos de los muchos trajes que tenia acopiados en el zaguan, confiado en su astucia para sacar partido hasta del desliz mas insignificante, en el caso que no le hicieran alguna revelacion, segun lo esperaba con sobrada justicia no siendo la primera vez que Guillermo le confiaba sus secretos y le hacia tomar parte en sus aventuras aunque siempre de una manera segundaria, pero no por eso dejaba de ser con él comunicativo hasta en aquellos detalles o incidentes ocultos que solia confiarle Guillermo a manera de chanza o como entretenimiento frívolo para divertir la soledad cuando se encontraba en casa o que estaba hastiado de fáciles victorias y de placeres que para el gastado dandy ya no tenian el estímulo de la curiosidad o el aguijon de la vanidad que entra en gran parte en casi todas las acciones humanas, ya sea bajo esta o la otra forma, en esta u en otras materias, porque la vanidad se infiltra en otro ser y se apodera de las acciones grandes o pequeñas del hombre.

Tomas golpeó a la puerta del cuarto de su amo con ese modo de llamar respetuoso que emplea siempre un sirviente cuando pide o necesita introducirse en las habitaciones del patron, particularmente si este es rico y aristócrata o si el criado sabe comportarse, es decir, que ha sido educado en ese servilismo que lo obliga desde sus tiernos años a mirar con respeto casi relijioso a las personas que por su fortuna se encuentran en una escala mas elevada; y asi es como esa pobre jente a quien han humillado desde un principio, no se atreve a levantar la vista, siendo por lo jeneral o esclavos sumisos o hipócritas astutos, pero ya sea en el uno o en el otro caso, siempre permanecen ignorantes y bajos: esta

es la condicion indispensable de los hombres que no han tenido por réjimen a la libertad que es la que da elevacion, moral, fuerza e intelijencia.

Al sentir Guillermo el suave y conocido golpe de Tomas, esperimentó temor y disgusto, pareciéndole que su criado iba a ser testigo de su afrenta, de manera que guardó silencio.

Tomas, al no recibir contestacion, reiteró sus golpes sin que le dieran ninguna respuesta.

Aguardó un rato mas y golpeó mas récio: siempre el mismo silencio...

Entonces comenzó a alarmarse verdaderamente, y sin esperar que lo autorizaran a entrar, torció el boton de la cerradura, pues Guillermo no acostumbraba echarle llave a sus piezas, y la puerta se abrió...

El jóven se encontraba tendido en un sofá y al parecer sin movimiento, pero tan luego como sintió el ruido de la puerta y que penetraban en su cuarto, se paró rápidamente y asustado; mas habiendo reconocido a Tomas, le dijo con voz dura y amenazante:

—¿Quién te ha autorizado a entrar?

—He llamado a la puerta muchas veces, y no recibiendo contestacion creí que su merced se hallaba enfermo.

—Esa era una prueba de que no queria que entráras.

—Como todas las noches, señor, vengo a tomar órdenes de su merced y a ver lo que necesita, y como ademas me lo tiene dicho su merced, pensé que no lo incomodaria

—Está bíen, vete inmediatamente y que ni hoi ni mañana ni nunca entre nadie a mi cuarto sin que haya llamado antes.

—¿Y yo tambien, señor, soi comprendido en esa órden?

—Tú como los demas, pues no escluyo ni a mi misma madre.

—Cumpliré las órdenes de su merced; pero ahora, permítame su merced que le pregunte qué es lo que debo hacer

con estas cosas y muchísimas otras que hai en el zaguan?

—Qué cosas son esas?

—Encajes, chales, ropa militar, en fin, ¡qué sé yo, señor! Es un verdadero bazar...

—Llévatelo todo a fuera inmediatamente, que no lo vea mas..., pero espera: ¿Están ahí todavia Enrique Lopez y su padre?

—Hace tanto tiempo que no le vemos la cara a esa pobre jente. Y Tomas mentia para ver si podia sacar algo que le revelase aquel estraño suceso.

—¿Pero el coche?

—El coche en que venia su merced partió hace rato y casi tan luego que hubo entrado su merced; pues solo se demoraron un instante para tirar a la calle todas estas cosas echándomelas casi sobre la cabeza ¡qué hombres tan mal criados!...

—No me hables nada, vete.

—Se me olvidaba una cosa esencial y que tiene referencia a su merced, dijo con maliciosa insistencia el pilluelo.

—¿Qué cosa, preguntó Guillermo con sobresalto.

—Ya que su merced ha tenido a bien acordarse de la familia Lopez y aun ha llegado a preguntarme si estaban aquí algunos de sus miembros, debo prevenir a su merced que los quinientos pesos que se dignó prestar tan jenerosamente a Santiago el zapatero, me han sido fielmente devueltos y con costas, porque para cubrirme me vi obligado a demandarlo y lo metí a la cárcel; pero todo está cancelado y su merced puede disponer del dinero que por un olvido no le habia entregado.

—Ya sabia que habias sido cubierto, respondió Guillermo con un tono en que se revelaba un dolor y una rabia reconcentrada que en vano trataba de ocultar; pero para terminar aquel diálogo que tanto le disgustaba, dijo secamente al criado: "Vete."

A esta palabra tan terminante, y mas terminante por la

entonacion de la voz, Tomas no pudo insistir, viéndose obligado a retirarse.

¡Qué diantre! dijo para sí mismo; lo que pasa es mui singular, pero no deja tambien de ser provechoso, pues parece que el señor don Guillermo abandona completamente todos estos dijes (y Tomas los entraba a su cuarto arreglándolos lo mejor posible y acomodándolos debajo de la cama) y yo haria mui mal en no aprovecharme de ellos, porque aquí debe haber una fuerte suma. Ahora, por lo que respecta a los quinientos pesos, está visto que soi tambien el heredero lejítimo, porque si bien me parecia que me los habia obsequiado por mis buenos servicios con la Mercedita, no me habia, sin embargo, dicho una solo palabra, sino que simplemente me dió el pagaré; y como ademas estaba a mi nombre, no hai nada que reclamar; y aun cuando me los exijiera ahora, seria yo un leso en entregárselos, porque antes preferiria salirme; pero en realidad lo que me intriga mas es no saber lo que ha sucedido, pero mañana todo se aclarará. Inter tanto durmamos, que ya es bastante tarde.

III.

Guillermo no estaba tan tranquilo como su criado. Una revolucion estraordinaria se obraba en él: a un abatimiento profundo que le postraba el cuerpo y el alma, sucedíase una desesperacion dolorosa, y las convulsiones del furor reemplazaban las agonias de esa postracion moral que, sin quitarle la lucidez del pensamiento, lo abatian hasta postrarlo en el suelo cual si fuera una masa inerte; pero entonces era cuando mas sufria aquel desgraciado, porque era cuando su imajinacion tenia mas fuerza y penetraba en aquel abismo de vergüenza y de oprobio que pesaba sobre él.

Hacia pocas horas que estaba en el apojeo de su gloria, que miraba con orgulloso desden a los jóvenes que se le acercaban para tomar lecciones de buen tono, para imitar

la finura de sus modales, para escuchar sus aventuras galantes tan numerosas como variadas y luego repetirlas y comentarlas en los círculos sociales, donde el nombre de Guillermo era oido con aquel placer que causa cuando se habla de una persona que cuenta con las simpatias universales y cuyo prestijio quita, aun a los mas atrevidos, hasta la posibilidad de erijirse en émulos o rivales; ¡y verse ahora no solo inferior a todos ellos, sino espuesto a la befa del mas humilde! era cosa que lo desesperaba!...

Siguiendo el curso de sus ideas, pasaba de los hombres a las mujeres, de los dandies a quienes habia guiado y dado lecciones en la brillante carrera del dorade vicio, a las niñas de distintos rangos a quienes habia seducido o fascinaba en aquellos momentos, ¡y pensar que no habria una sola que ya no se burlara de él! que la sonrisa del desprecio lo perseguiria por todas partes! que nadie, ni la mas infeliz, aceptaria ya su poco antes codiciada mano! que todas las puertas abiertas de par en par para él se hallarian para siempre cerradas, hacia delirar... y esa fiebre incomprensible, fiebre sin igual que trae consigo la vergüenza, se apoderaba de toda su persona y se cubria el rostro con sus dos manos y no queria ver a nadie, y deseaba sepultarse debajo de la tierra: tal era el estado indefinible de aquel hombre que ayer no mas despreciaba arrogante a todo el mundo y que hoi temblaba ante la presencia del mas infeliz.

A esta situacion del espíritu sucedian otras y otras a cada cual mas desgarradoras y dolorosas, hasta que últimamente venia la duda, y entonces creia que todo no habia sido mas que un sueño, pero un sueño espantoso.

En uno de esos momentos de divagacion que provienen de la fiebre pero que nos deja cierta conciencia de nuestros actos, en uno de esos momentos, repetimos, díjose a sí mismo: "Es imposible; esto no puede haber sucedido... ¡Marcado! marcado! jamas! Lo que esperimento es una ilusion... esta maldita pesadilla continúa y no quiere dejarme; pero,

sin embargo, estoi despierto y ando y veo!..." Y el insensato daba paseos por el cuarto y miraba a todos los objetos que tenia al derredor, como para cerciorarse de que en realidad no dormia; y luego continuaba: "No puedo dudarlo; yo estoi completamente despierto: aquí veo el retrato de mi madre y el de mi padre, allí mi escritorio; aquí tengo papel y tinta y escribo: ¿qué es lo que he puesto?—¡Marcado! Infeliz! Siempre la misma cosa, siempre el mismo pensamiento, siempre el mismo sueño! Yo deliro: hé aquí lo cierto, lo positivo!..."

De repente pasósele por la imajinacion una idea que lo hizo detenerse... quedó un momento pensativo y en seguida esclamó: "Esta es la última prueba; voi a salir completamente de dudas."

Y Guillermo, con el pelo erizado, la cara descompuesta por la lucha interior, los ojos desencajados por la fiebre y por el espanto, se dirijió resueltamente a la chimenea, tomó dos hermosos candelabros de bronce de siete luces cada uno, prendió todas las velas una en pos de otra con minuciosa prolijidad, y luego, y luego, tomando los candelabros en cada una de sus manos, se dirijió a su dormitorio donde habia dos roperos con grandes espejos de Venecia. En seguida colocó cada candelabro en frente de cada espejo, proyectándose asi una luz vivísima por todo aquel lujoso y aristocrático dormitorio del jóven mas a la moda de Santiago.

Aquella gran claridad que dejaba ver completamente hasta los mas pequeños objetos de esa elegante habitacion, tenia, sin embargo, algo de siniestro. Cualquiera que hubiese visto aquel cuarto tan iluminado, donde reinaba el gusto, el confortable y el lujo, pero en donde se veia a un jóven de semblante alternativamente abatido y colérico, de ojos apagados y refuljentes por intervalos, habria tenido miedo, porque habria concebido que se pasaba en aquel recinto algo de trájico o de vergonzoso, algo de terrible o de

humillante, pero solemne, como lo son por lo jeneral los grandes crímenes, las grandes desgracias, las grandes miserias.

Guillermo, despues de haber colocado convenientemente las luces, como acabamos de decirlo, se apartó del sitio donde habia claridad, es decir, del frente de los espejos, retirándose casi al fondo del cuarto y mui próximo a su mullido lecho, del mismo modo de aquel que se pone a la distancia para examinar un cuadro en sus mas minuciosos detalles. Asi permaneció cruzado de brazos por algun tiempo, absorto en sus reflexiones. Un momento despues, cual si abandonara la idea que lo preocupaba o se arrepintiera de lo que iba a hacer, volvió la cara hácia otro lado y se encontró faz a faz con una multitud de miniaturas colocadas simétricamente al derredor de su cama; y como si fuera esta la primera vez que las veia, comenzó a examinarlas una a una con atencion tan grande, que parecia que cada retrato era para él un objeto nuevo o evocaba antiguos y olvidados recuerdos que en ese instante queria hacer revivir: talvez esta era su intencion o quizá lo hacia maquinalmente; pero lo cierto del caso es que pasaba del uno al otro quedándose pensativo por algunos segundos. Asi recorrió aquella curiosa coleccion que era la famosa galeria de sus víctimas, hasta que llegó al último de sus retratos, que sin duda representaba la última de sus conquistas; pero apenas habia fijado su vista en este pequeño cuadro que su cuerpo entero se estremeció, retirándose instantaneamente, como si viera en aquella bella y dulce imájen un objeto de horror. Fácil es comprender que esa miniatura representaba a la infortunada Mercedes, cuya venganza habia sido terrible... al menos asi lo pensaba Guillermo, pues jamas se habria figurado que la grandeza de alma de su inocente y celestial víctima, hubiese llegado hasta el perdon; y que ella, de consiguiente, no tenia la menor parte en el horroroso castigo que le habia infinjido el padre y el hermano de la jóven.

Guillermo retrocedió, como hemos dicho, pero volvió en seguida dominado por una oculta y misteriosa influencia a mirar el mismo retrato que le habia causado sensacion tan profunda, y al espanto que esperimentara al principio sucedió el furor y se lanzó sobre el inanimado cuadro, sin duda para hacerlo pedazos entre sus dedos crispados por el frenesí de la desesperacion; empero, al irlo a arrancar de la muralla y al tocarlo casi con sus manos, se detuvo, quedando como paralizado en la misma actitud y en el mismo punto; ¿qué fuerza de repulsion le habia impedido llevar a cabo su intento? No lo sabemos.—¿Seria el miedo, seria el remordimiento, seria el recuerdo de su cariño, seria la serenidad tierna e imponente de aquella imájen? ¡Quien sabe! Talvez todo ello junto; pero lo cierto del caso fué que no se atrevió a tocarlo, volviendo a retroceder como antes.

Era evidente que en el pecho de aquel hombre existia una lucha dolorosa y que se sucedian uno tras otro sentimientos de naturalezas opuestas, no sabiendo a cuál ceder, lo que hacia todavia mas desesperante la situacion, porque apenas queria tomar un partido, cuando lo abandonaba dominado por una idea distinta; sin embargo, el pensamiento primero de descubrir la realidad de las cosas, volvió a apoderarse de él, y tan luego como lo concibió, se colocó resueltamente delante de los dos espejos, quitóse la levita y el chaleco, desgarró violentamente su fina camisa y quedó con las espaldas desnudas... Entonces miró con ávidez hácia el espejo y vió clara y distintamente la marca que tenia en la espalda y que contenia esta sola palabra: "¡INFAME!"... Un grito terrible, grito a la vez desgarrador, furioso y suplicante se exhaló de su pecho, cayendo al suelo sin conocimiento casi instantáneamente. . . . .

. . . .

VI

Tomas se levantó al dia siguiente mas alegre que nunca. Los quinientos pesos que ya consideraba como suyos y que no pensaba devolver jamas, aun cuando se los exijieran, lo que no creia; la gran cantidad de trajes y de ricos y variados adornos que habia depositado debajo de su cama y que de hecho miraba ya como propios; la fuerte suma de dinero que obtendria vendiéndolos y mas que todo la curiosidad que habian despertado en él los acontecimientos de la noche anterior, pusieron su ánimo en disposiciones tan desfavorables que en su baja fisonomia se revelaba ese buen humor del avaro y del malvado, cuando ha conseguido sin ningun sacrificio una ganancia inmensa y que tiene esperanzas de aumentarla todavia mas, como lo creia, y con no poco fundamento, el astuto perillan, pues la posesion de un secreto puede ser una mina inagotable de oro sellado y de mil otras friolerillas que agradan y que influyen mucho sobre la vida humana.

Tomas aguardaba, pues, con ansia que su amo abriese la puerta y lo llamase, como sucedia siempre; pero en esta ocasion, con gran disgusto del sirviente, la puerta permanecia cerrada. Eran ya como las once o doce del dia y aun no se abria, cosa mui rara en los hábitos hasta cierto punto ordenados de Guillermo, porque nuestro aristócrata, salvo que se hubiese quedado hasta mui tarde de la noche fuera de casa, tenia la costumbre de levantarse temprano, dar un paseo a caballo, tomar de vuelta un baño, vestirse nuevamente y almorzar, lo que acontecia jeneralmente a las diez en punto.

La señora madre de Guillermo, viendo que no venia su hijo como regularmente lo hacia a la hora acostumbrada, pensó que habria estado en alguna tertulia; y como gozaba Guillermo de la mas ámplia libertad, no se alarmó, sino que

llamó sencillamente a Tomas para preguntarle si su amo se habia recojido tarde y ordenar en consecuencia que le guardasen almuerzo.

Tomas hizo algunas lijeras observaciones a la señora a propósito de lo que habia visto en la noche anterior, guardándose mui bien de hablarle respecto a los trajes, adornos, etc., que le habian tirado por la cabeza y que a toda costa se proponia conservar.

La madre de Guillermo no dió la menor importancia a las observaciones del sirviente, sino que pensó que el mal humor de su hijo dependeria de alguna pérdida al juego que habria hecho la noche anterior, sin fijarse que esto no afectaria en lo menor el ánimo de Guillermo; pues era mui rico y mas bien pródigo que avaro, le importaba poco el dinero.

El astuto sirviente que tenia ganas de salir para ir a informarse o a *tomar lenguas* donde la tia Anastasia, dijo a la señora que su amo el señor don Guillermo le habia encargado una dilijencia y que le suplicaba le permitiera cumplirla antes que se levantase el patron.

La señora, que casi nunca ocupaba a Tomas, pues era el sirviente esclusivo o probado de su hijo, accedió en el acto previniéndole solamente que volviese luego para estar presente en el momento que despertase y llamase Guillermo.

Tomas hizo una profunda reverencia y salió; pero antes de partir arregló bien las cosas que tenia guardadas bajo de su catre para que nadie las viera ni se apercibiera de ellas, cerrando a la vez la puerta de su pieza.

Cuando se encontró en la calle principió a reflexionar sobre la manera cómo abordaria la conversacion con la tia Anastasia, pues sabia por esperiencia lo astuta que era aquella infernal vieja. Absorto en estas reflexiones, llegó sin pensarlo a la calle de las Cenizas, parándose frente a frente de la puerta de la matrona examinada y sin tener aun formado un plan, pero confiado en que él no tenia nada que

perder en este negocio, sino al contrario mucho que ganar, se resolvió, sin mas preámbulo, a golpear.

Recordará el lector que la señal infalible y la señal convenida para saber que la dueña de casa no estaba ausente, consistia en que se encontrase abierta la portañuela, y ahora lo estaba en efecto; asi es que al primer golpe dado por Tomas, dejóse ver la pálida y repugnante figura de la vieja que preguntaba desde la distancia la acostumbrada interrogacion de: 'Quién es?"

Tomas, con el tono mas almibarado, respondió desde afuera: "Yo soi," presentándose inmediatamente.

Apenas lo vió la tia Anastasia, que corrió hácia él abriéndole la puerta inmediatamente y recibiéndolo con tanta o mas sumision y agasajo que el que hubiese empleado con un príncipe de la iglesia.

—Querido Tomasito, esclamó la vieja, echándole los brazos al cuello; ¿cuánto tiempo que no tenia el gusto de verte! Eres un ingrato... ya sabes el afecto que yo te tengo; ¿por qué no has venido a hacerme una visita desde tantos años? Pues te lo aseguro que se me hacen siglo los dias que no te veo a tí o a tu amable, aunque veleidoso patroncito... ¿Qué es de ese picaron? Ustedes no tienen lástima de la pobre vieja; no se compadecen de su soledad...; y una vez que ya no la necesitan la olvidan y la abandonan como un trasto inútil... ¡Ingratos! Yo no esperaba eso de ustedes!.... De ustedes a quienes distingo, a quienes prefiero a todo cuanto hai en el mundo! Vamos: confiesa, chico, que tengo razon, confiesa tu pecado y estaré dispuesta a perdonarte y a abrazarte de nuevo.

Y sin esperar que Tomas contestase una sola palabra, la matrona examinada se echó en sus brazos con el mas cómico abandono.

El muchacho estaba aturdido de tanta cortesania, no estaba acostumbrado a ella; pues, aun cuando la tia Anastasía lo habia recibido siempre con bondad, jamas, sin embar-

go, habia llegado a tales estremos de amabilidad ni en las ocasiones en que se habia manifestado con él mas propicia.

De todo esto sacó el astuto muchacho una deduccion favorable, pensando que el asunto era de los mas importantes, desde el momento que tanto interes manifestaba la solapada vieja que no se descubria jamas y que era capaz de luchar en sagacidad y en disimulo con el diablo mismo en persona; asi es que esperó a que ella entrase en la conversacion, como en efecto sucedió.

—Vamos, Tomasito, dijo la tia Anastasia despues de una pausa, ¿qué tienes que decirme? Qué nuevas te traen por estos mundos? Necesitas de mí algo? ¿Quieres dinero? Te has salido de casa de Guillermito? Se le ofrece a él una nueva conquista? Respóndeme, porque estoi dispuesta a serte útil en todo y por todo: no tienes mas que abrir la boca y quedarás satisfecho: ya ves que esto es una prueba mui señalada de mui señalado cariño, porque, como debes saberlo, no hago lo mismo con nadie, ni siquiera con mi querido sobrino, lo que no es poco decir; pero aprecio tanto tus cualidades, conozco de tal manera tus prendas personales, que por tí soi capaz de un verdadero sacrificio, y estoi decidida a hacerlo.

—Agradezco infinito, tia Anastasia tan buenas disposiciones; pero no he venido a pedirle ningun favor ni ningun dinero, sino simplemente a conversar con usted sobre asuntos que creo que le interesan, porque por lo menos usted ha tomado parte en los acontecimientos.

—¿De qué quieres hablar, mi buen Tomasito? Sabes que me has picado la curiosidad?

—Puede ser, pero usted debe ser mucho mas sabedora que yo de las cosas y en este caso, yo soi el que esperimento y el que en realidad tiene esa curiosidad.

—De cualquiera manera que sea ya sabes que soi franca y puedes esplicarte con confianza...

—Le prevengo, tia Anastasia, que yo no *toco vela en este entierro*, como dice el adajio.

—Pero de qué se trata? Me tienes en ascuas y yo no soi para estar mucho tiempo sobre las brasas.

—Sobre todo cuando están ardiendo, porque usted no tendria el valor de San Lorenzo que dijo a sus verdugos de darlo vuelta por el otro costado, puesto que ya uno estaba asadito.

—Asi es, pero tú sabes que hai otro fuego no menos activo ni menos sensible que el material; pues si ponemos en parangon al uno con el otro, se lo lleva en fuerza e intensidad el primero al segundo.

—Lo ignoraba, pero con usted no se discute sino que se debe creer y aceptar cuanto piensa y cuanto dice.

—Lisonjero! Te pareces tanto a tu patroncito! Pero no es el caso de cumplimientos, y vamos al asunto: ¿Qué hai de nuevo?

—Esto es justamente lo que he venido a saber.

—No te comprendo esplícate.

—¡Sin rodeos!

—Asi es como se entienden las personas y asi es como me gusta; lo demas es perder el tiempo.

—¡Pues bien, tia Anastasia: ¡Qué sucedió ahora dos meses mas o menos, cuando abandonamos para siempre la casa de mi patron don Víctor Escobar?

—Cómo! ¿A qué viene época tan remota? dijo la matrona examinada manifestando gran sorpresa, pero sintiendo a la vez temor y curiosidad.

Tomas era demasiado astuto para que se le escapara el interes real que esperimentaba la vieja; y así le contestó:

—Es que de aquella época es de donde debe principiar el hilo de la historia, y es preciso saber los acontecimientos de ese dia para darse cuenta de los resultados posteriores; de otra manera nada puede descubrirse.

—¡Los resultados posteriores dices! ¿Qué es, pues, lo que ha sucedido?

Y la tia Anastasia no pudo disimular la ansiedad que esperimentaba.

—Vamos, vamos, respondió Tomas con afectada cachaza, comprendiendo en el acto que habia tocado en lo mas vivo de la herida; usted me preguntó por los acontecimientos de ahora y yo deseo saber los pasados; pues sin que usted me diga lo primero, yo no puedo esplicarle lo segundo.

—Tomasito, te vas poniendo mui diplomático, mui habil, mui dia...

—Mui diablo! dígalo de una vez; pero lo que puedo asegurarle es que jamás llegaré a serlo como usted, y esto es mi mayor pesar.

La tia Anastasia comprendió en el acto que no sacaria nada de aquel muchacho mientras ella no le revelase en parte el secreto, y cambiando de táctica, le dijo:

—Yo no tengo, hijo mio, nada reservado para tí: de consiguiente, puedes preguntarme lo que quieras, y todo cuanto yo sepa te lo diré con tal que tú observes conmigo de una franqueza igual.

—Convenido: lo uno por lo otro.

—Sí: lo uno por lo otro.

—¿Qué sucedió, pues, aquella noche que usted y mi patron me echaron a pasear de la casa que habitábamos al lado del conventillo de la calle de San Pablo, es decir al lado del sarjento Lopez y de la hermosísima Mercedes?

—¿Qué quieres que sucediera? Tú sabes que abandonamos la casa ese mismo dia o al siguiente.

—Por esto, justamente, es que debe haber sucedido algo, y mientras no me lo diga usted no sabrá lo demas.

La vieja se mordió los labios, pero no podia menos de averiguar lo que pasaba, pues aquella aventura podia ser de graves consecuencias y era necesario que tuviese conocimiento de todo para parar el golpe o precaverse suficientemente; pues ella no ignoraba que habia peligro, siendo indispensable saber el número de los enemigos y los medios

de ataque de que podrian valerse, calculando asi sus fuerzas y lo que ella podria oponerles.

—Yo creo, Tomasito, continuó la matrona examinada despues de una pausa, que tú no debes ignorar el suceso desde que conoces a tu patron y el objeto que lo llevaba.

—Pues lo ignoro completamente.

—Cómo! ¡Nunca te lo ha dicho Guillermo?

—Nunca.

—Yo creia que tenia contigo mucha confianza y que no habia secreto reservado para tí.

—No tanto que digamos, pero en estas aventuras de amor, por lo regular me lo dice todo y mucho mas en aquellas donde yo le he prestado mis servicios.

—Razon de mas para que te lo comunicase.

—Y razon de mas para que yo desee saberlo.

—Entónces pregúntaselo a él.

—Es de usted de quien quiero saberlo, porque yo no tengo el derecho de interrogar a mi amo.

—¿Y quién te ha dado el derecho de interrogarme a mí? Y la vieja miró a Tomas con sus ojos de víbora.

—No hai por qué enojarse, tia Anastasia, contestó el muchacho con calma: usted es dueña de sus secretos asi como yo lo soi de los mios; y negocio concluido, me voi.

—Espera un momento, no seas tan vivo de jenio; en esto te pareces a Guillermo, y no tienes razon, porque la tia Anastasia siempre te ha tratado bien.

—Lo sé y le estoi mui agradecido; pero ahora parece que usted desconfiara de mí, y no habria razon en ello, pues hace mucho tiempo que nos conocemos.

—Es verdad, y espero que siempre seremos buenos amigos y para probártelo yo seré la primera en abrirte mi pecho aun cuando hago mal porque no es secreto mio el que voi a revelarte.

La tia Anastasia dijo en seguida que aquella noche Víctor habia triunfado de Mercedes.

Le contó la estratejia de que se habia valido ella para atraer a la muchacha, la que habia pasado toda la noche en su casa, y que entonces Víctor, o sea Guillermo, con el amor que le profesaba la niña, con la astucia del jóven, con sus ofertas, con sus promesas, y mas que todo con los brillantes que le presentó, habia sido lo bastante. Y la vieja le forjó el cuento mas verosímil que podia darse, pues habia mucho de verdad en cuanto le habia referido, porque solo ocultó lo del narcótico. Para cualquiera otra persona, todo cuanto decia la tia Anastasia era lo mas natural y lo mas lójico, no pudiendo figurarse que los acontecimientos sucedieran de otra manera; pero Tomas era demasiado astuto para dejarse engañar tan fácilmente; asi es que despues de un rato de silencio y de reflexion dijo a la matrona con el mayor descaro:

—No creo lo que usted me dice.

—No lo crees! ¿Y en qué te fundas? Yo no te he mentido en lo menor.

—No me atrevo a hacer tal insulto a una señora, respondió con burlona hipocresía el tuno de Tomas, sino que pienso que usted se ha equivocado en lo principal.

—En lo principal! ¿Y qué es lo que llamas lo principal, cuando te he referido hasta lo mas mínimo, hasta lo mas reservado, hasta lo que nunca te ha revelado Guillermo?

—Señora, contestó Tomas con imperturbable sangre fria: esa aventura no deja de ser mas que una aventura galante que mi patron me habria confiado en el acto; por otra parte, ¿cómo, si la linda Mercedes accedió gustosa, cómo si no hubo la menor violencia, mi amo, el señor don Guillermo no volvió mas? Yo conozco las costumbres de mi patron y sé, porque esto me consta por varios sucesos de que he sido testigo y algunas veces actor, que si mi amo abandona su presa, es despues de mas o menos tiempo, segun sea la persona, y esto no puede haberle sucedido con la niña a quien ha querido mas y por la que ha hecho mayores sacrificios, porque

le aseguro a usted, mi respetable tia, que el señor don Guillermo, si alguna vez ha amado, ha sido ahora, y no es hombre capaz de dejar instantáneamente a quien...

—Caprichos de los jóvenes...

—No, señora; aquí hai mas que caprichos: hai tal vez un...

—Una aberracion; quizá un defecto físico; quizá una deformidad.

—¿Y por qué no un crímen?

—Un crímen! Estás loco! ¡Un crímen cometido por Guillermo y yo! .. ¿Cómo se te ocurren tales ideas?

Una sonrisa, sonrisa burlona vagó por los gruesos labios del muchacho, y en seguida añadió:

—No hace mucho rato que usted me hizo el honor de decirme que nos conocíamos y nos apreciábamos bastante.

—¿Y qué significa esto?

—Esto significa que uno sabe a qué atenerse.

La vieja Anastasia, a pesar de su cinismo, a pesar de su conocimiento de mundo, a pesar de toda su esperiencia y de toda su grande astucia, se encontraba vencida; porque nada habia podido todavia sacar en limpio, aun cuando ella se descubriera en parte. No habia, pues, otro remedio, si queria conocer lo que pasaba, que decir su delito; ¿pero cómo confesar un crímen tan horrendo? Cómo ponerse a merced de un perillan tan atrevido y sobre el que ella no tenia ningun secreto de muerte que guardar? Esto era colocarse en una situacion mui desventajosa, era entregarse con los brazos cruzados, era lo mismo que perderse; y la matrona examinada se contuvo en su revelacion imprudente, aun cuando tenia un interes casi de vida o muerte en saber lo que habia pasado; pero díjose entre sí misma: "Yo lo averiguaré mas tarde y de la misma fuente lo sabré mejor, tanto porque tengo un buen espía en el conventillo, que me revela dia a dia lo que ahí pasa, cuanto porque me presentaré a mi mismo cómplice que está interesado mas que ningun

otro en no revelar este asunto, y él no podrá menos de decirme la verdad.

Hecha esta reflexion, mas rápidamente que lo que nosotros la hemos descrito, la tia Anastasia presentó a Tomas la cara mas serena, mas complacida y mas franca que en otra ocasion le hubiera visto y le dijo dándole una palmadita en el hombro:

—Eres mas intelijente que la tia Anastasia. Has tenido el talento de arrancarle un secreto que no le pertenecia, en lo que ha cometido una falta; pero no me arrepiento de haberme mostrado franca contigo; en otras circunstancias sabrás apreciarme como lo merezco y como te corresponde por tu edad y la mia; sin embargo, no creas que me ofendo, ni creas tampoco que, por haberme arrancado mi secreto, trato de penetrar los tuyos: puedes irte, mi querido Tomasito, y llevarte contigo tus pensamientos, los que, si es verdad queria y me empeñaba en conocer, ha sido únicamente por el interes que tengo por tu patron; y si por casualidad ha sido él el que te ha mandado, díle: que tiene un sirviente bien astuto, pues me ha obligado hasta el punto de ser imprudente.

Tomas se quedó lelo con esta peroracion o con esta salida inesperada; y aun cuando conocia bien que habia algo mas de cuanto le habia dicho, sin embargo no comprendia aquel desprendimiento, desprendimiento que lo hacia dudar y sobre todo que contrariaba sus planes, porque le era imposible desembrollar un asunto que le interesaba sobremanera, pues tenia el presentimiento de que en él estribaba su fortuna. Imbuido en esta idea, que nada tenia de estrafalaria o de inverosímil, dijo a la tia Anastasia:

—No quiero, señora, que usted tenga el menor motivo de queja respecto de mí; y aun cuando le aseguro a usted que en la narracion que me ha hecho debe haberme ocultado el mas grave incidente, no quiero engañar a usted en lo menor, y voi a referirle las cosas como han sucedido; pero

es preciso que usted me jure antes que se establecerá entre nosotros una alianza tan sólida, que nada pueda romperla en lo sucesivo.

—Yo no deseo otra cosa, hijo mio; te conozco, te aprecio, y por consiguiente, sé cuanto vales, y a mí me gusta siempre dar a cada uno lo que le corresponde: puedes desde ahora contar no solo con mi alianza, sino con mi amistad y con mi decidido afecto.

—Le advierto, respetable tia, que todas esas palabras se las lleva el viento, porque yo les doi todavia menos importancia que el humo de mi cigarro; y el muchacho, añadiendo la accion a la palabra, lanzó una bocanada de humo. y en seguida continuó: el único vínculo, la única asociacion posible es la del interes, y yo creo tenerlo como usted en conocer a fondo este asunto, agregando mas, que a mí no se me oculta que usted y mi patron son los mas interesados en el negocio; pero como yo no soi vanidoso, me quedo en mi puesto con la condicion de que es preciso que mis servicios sean remunerados, o como dice todo el mundo: que yo saque mi troncha.

—Nada mas natural ni nada mas lejítimo, hijo mio: pide lo que quieras y te lo concederé con tal que seas verídico.

—Ya llegará su tiempo, tia Anastasia; por ahora le haré revelaciones de balde: estas son las mas baratas, pero tambien sucede que son las que mas cuestan.

—Habla, porque para un buen negocio yo no sé fijarme en el precio.

—Así lo creo, pero vamos al asunto, porque ya talvez se me necesita en casa y tengo por otra parte que averiguar cosas mui importantes todavia.

Y Tomas refirió a la tia Anastasia todo cuanto habia sucedido la noche anterior desde la llegada del viejo cochero, a eso de las oraciones, hasta el arribo de Guillermo en compañia de Domingo Lopez, de su hijo Enrique y del zapatero Santiago, sin ocultar las donas que le habian tirado por

la cabeza, el desaliño de los vestidos de Guillermo, la descomposicion de su semblante, la manera inusitada como lo habia tratado, y por último, que al momento de salir él de la casa no se habia aun levantado su patron que, por lo jeneral, era madrugador.

La vieja oia esta relacion en silencio y sin interrumpir a Tomas, salvo en ciertos casos que le hacia repetir este o el otro incidente, meneando la cabeza en señal de aprobacion o desaprobacion, segun fuera el efecto que causaba en ella el relato, pero siempre sin desplegar sus labios. Cuando hubo terminado Tomas, la tia Anastasia esclamó:

—Sabes, hijo mio, que cuanto me has dicho me sorprende y me admira. ¿Quiéres que te diga la verdad? Pues bien, no entiendo palabra de todo este asunto.

—A mí me sucede lo mismo, pero yo sé bien que usted debe estar mas al corriente de las cosas y que no dejará de sacar sus deducciones.

—Te lo aseguro: la única deduccion que puedo hacer, es que soi incapaz de hacer alguna.

—Es raro!

—Y sin embargo asi es; créemelo Tomasito: nunca te he mentido, pero ahora menos que nunca, y en prueba de ello voi a hacerte la misma proposicion que tú me has hecho.

—Cuál?

—Que el interes sea nuestro lazo de union.

—Convenido; no quiero otra cosa.

—Pues bien, amigo mio; tenme al corriente de todo cuanto suceda en la casa de Guillermo, que yo te remuneraré bien, y en prueba de ello y para que veas que te hablo de todo corazon, pídeme lo que quieras, y si está en mis facultades, te lo acuerdo desde luego.

Tomas reflexionó un momento. La proposicion de la tia Anastasia era tentadora y quiso ver si en realidad era efectiva, y asi dijo:

—Me gusta esta manera de espresarse franca y sin rodeos,

y para probarle que creo en ella, asi como para asegurarme yo mismo, desde el momento que hemos convenido en que el interes es el único vínculo sólido y estable, hágame el favor de prestarme *doscientos pesos*, casi con la seguridad de perderlos, porque un pobre sirviente como yo es mui difícil que junte esta suma; asi es que debe considerarla, desde luego, como perdida.

La matrona examinada, avara por naturaleza, y que, como Judas, era capaz de vender a Cristo por unas cuantas monedas, sintió la píldora que le queria hacer pasar Tomas; pero sin pestañar se paró de su asiento, fué a su caja y le trajo doce onzas, diciéndole:

—Doce onzas son doscientos siete pesos; de consiguiente, hai una pequeña diferencia que no quiero tomar en cuenta, porque entre amigos no debe uno reparar en frioleras; pero es preciso que te advierta una cosa, y es que no me traiciones. Yo tengo, amigo mio, muchos medios para conocer o para saber cuando se me engaña o no; asi es que si me *juegas limpio*, haremos ambos un buen negocio en que tendrás tu parte considerable de utilidades.

—Está convenido, amable tia, y puede usted desde luego contar conmigo, porque tengo una prueba evidente de que no nos irá mal; y el perillan embolsicó las doce onzas con la mayor cachaza.

—Ahroa es preciso, replicó la tia Anastasia, que vió con dolor pasar sus doce onzas tan sin ceremonia a los bolsillos del tuno, que me dés cuenta todos los dias de cuanto suceda; y si por casualidad no me encontrases en casa, déjame un papelito, que viene a ser lo mismo.

—Cumpliré exactamente con sus órdenes y mañana mismo le informaré de lo que acontezca de grave o de pequeño.

—Asi me gusta, que sean minuciosos en todo, porque de lo mas insignificante suele provenir lo mayor.

—Estoi acostumbrado a esta doctrina desde mucho tiempo, pues es la misma que me ha enseñado mi p tron; con

que asi, señora mia, dijo con frescura el muchacho apoderándose de la mano de la matrona; es preciso que yo bese *esos cinco jasmines* y hasta la vista en que tenga el gusto de darle un abrazo en regla.

La vieja hizo una mueca de rabia, de despecho y hasta de vergüenza al considerar que despues de Josesito era el primer tuno que sacaba de ella dinero sin la menor remuneracion, porque era indudable que ya no volveria a ver sus doce onzas.

En fin, dijo entre sí misma y como para consolarse del chasco: puede ser que otro me las pague con usura, y en todo caso no las habré dado sin provecho, porque, si no saco de ellas algun partido pecuniario, al menos me procurarán datos que necesito para arreglar mi conducta en este negocio que no se presenta con tan buenos auspicios. Y la vieja se puso meditabunda.

Cáspita! dijo al fin de un rato, no entiendo este embrollo: es indudable que Enrique ha recibido mi carta, lo sé positivamente y me lo prueba el hecho de haber encontrado a Guillermo, ¿pero qué efecto ha producido en él? Hé aquí lo que no comprendo. La revelacion de un crímen tan atroz perpetrado en su hermana, ¿no ha hecho hervir la sangre de ese jóven? Yo lo creia delicado, lo creia amante, lo creia enérjico, porque es de buena raza y porque debe parecerse a Mercedes, ¿cómo es entonces que no se ha vengado de una manera terrible? Y como el padre, pues es indudable que es sabedor del hecho, como ese veterano de la independencia, como ese Hércules que es capaz de derribar a un toro con sus puños, no ha hecho trizas a ese muñeco de Guillermo? Si habrán sido comprados! Si el interes habrá podido en ellos mas que el honor! Si habrán obligado a casarse a mi sobrino con Mercedes!...

Y la matrona examinada pesaba cada una de estas razones, se daba cuenta de ellas, ponia en la balanza todas las probabilidades que habian en favor o en contra, y despues

de una reflexion profunda, dijo: "Aquí no hai nada de todo esto; ni se han vendido, ni los ha engañado Guillermo, ni este se ha casado con Mercedes, porque ¿cómo armonizar todo esto, que de una manera o de otra los hubiera puesto de acuerdo, con la conducta posterior observada con él, con haberlo llevado en coche a la una de la mañana, con haberle tirado por la cara las donas de la niña, con el desgreño de los vestidos de Guillermo, con la descompostura de su fisonomia, con su abatimiento y con su furor? No, esto no puede conciliarse: aquí hai *gato encerrado;* ¿pero cómo descubrirlo? Este es el busolis de la dificultad...

Y la vieja se llevaba la mano a la frente, ademan que es el resultado de una meditacion profunda, de una reconcentracion en sí mismo, como para hacer converjer todas las facultades del individuo hácia un solo punto.

Despues de haber permanecido en ese estado un largo rato, esclamó: "Es imposible, no doi con la dificultad, no descubro nada, esperemos... Los acontecimientos nos lo dirán... Paciencia"... Y la matrona de la calle de las Cenizas, volvió a su escritorio para examinar sus cuentas y apuntar las doce onzas que le habia escamoteado Tomas.

V.

Fácil es comprender cuál seria el contento de Tomas al ver la facilidad con que le habia arrancado tanto dinero a aquella vieja avara, lo que le hacia presumir que el filon de esa mina era mui rico y convenia esplotarlo lijero, que era mas rico talvez de lo que él creia y que en poco tiempo lo llevaria a la fortuna, fortuna que ya tenia hasta cierto punto asegurada, pues contaba con setecientos pesos en dinero efectivo y todo el canastillo de bodas de Mercedes de que iba indudablemente a aprovechar él solo, porque la novia no lo reclamaria y menos todavia el célebre pintor don Víctor Escobar, cuya jenerosidad habia llegado a ser pro-

verbial entre los moradores de la calle de San Pablo.

Mecido en tan halagüeños pensamientos, llegó a su casa nuestro buen Tomas y quedó mui sorprendido al ver que todavia no habia abierto su patron la puerta del cuarto. ¡Qué diablos! dijo, esto es incomprensible... Nunca habia sucedido... Voi a golpear... Y se dirijió resueltamente a la puerta; pero todo fué en vano, porque no recibió la menor contestacion.

Alarmado de tan estraño silencio, fuése a ver a la señora para comunicarle lo que pasaba y si convendria tomar algunas medidas, tanto mas cuanto que Guillermo tenia por costumbre el no echarle llave jamas a sus habitaciones y ahora se encontraban estas cerradas y era ya demasiado tarde.

La señora sintió tambien algunos temores y fué personalmente, acompañada de Tomas, a llamar a su hijo; pero la puerta estaba como le habia prevenido el criado y nadie respondia del interior; a pesar que la madre de Guillermo, no contenta con golpear, hablaba a su hijo en alta voz, para que conociera que era ella y le abriese la puerta; sin embargo, todo fué inútil, porque guardaban el mismo silencio.

La señora, entonces verdaderamente alarmada, preguntó a Tomas con ansiedad:

—¿No habrá salido mi hijo?

—Estoi seguro, señorita, que está en sus piezas.

—¿Cómo lo sabes, cuando has permanecido tanto tiempo fuera de casa, y durante ese intervalo puede ser que haya salido.

—Señorita: cuando yo llegué pensé lo mismo que su merced y para cerciorarme miré por el agújero de la llave.

—¿Y qué vistes?

—Vi que la llave estaba por dentro y de consiguiente que no habia salido.

—Tienes razon. Y la señora se agachó para cerciorarse por sí misma de la observacion de Tomas.

—¿No es verdad lo que decia a su merced?

La señora no respondió a la pregunta del sirviente, sino que pálid^ y casi aterrada, dijo con precipitacion al criado: "Tráeme inmediatamente a un herrero y en seguida irás por un médico, el primero que encuentres."

Una idea, una idea terrible, idea llena de dolorosa desesperacion habia pasado como un relámpago por la imajinacion de aquella desventurada y amante madre que todo hasta el honor y hasta su propio marido lo habia sacrificado en aras del amor filial: ¡Cuántas veces los padres no cometen bajezas y aun crímenes con tal de que sus hijos vivan! Solo los que no saben lo que es ese afecto que nos lleva hasta el desprendimiento mas absoluto y aun hasta el mismo sacrificio, no comprenden de cuanto es capaz el padre amante para alimentar o asegurar la felicidad del ser a quien ha dado la vida. Es verdad que no es el crímen el medio de afianzar la dicha y que lejos de procurársela se la retira una mala accion, porque la virtud, aun en medio de las privaciones, es la sola que puede proporcionar ese bien que todos ambicionamos y que todos queremos legar a nuestros hijos; pero no es menos cierto que en el modo de ser actual de las sociedades, se considera a la fortuna como el solo y único elemento que afiance de una manera estable esa felicidad; y como la madre de Guillermo, mas que cualquiera otra, participaba de esa preocupacion tan jeneral hoi dia, no es de estrañarse que, por tal de ver a su hijo feliz y considerado en la alta sociedad a que pertenecia por su familia, se prestase a segundar las miras ambiciosas y criminales de su marido; y asi como habia sido capaz de prestarse a tan grande bajeza por asegurar el porvenir del niño, sentia ahora una angustia infinita con el temor de perder a un jóven tan brillante que satisfaria su orgullo de madre bajo todos conceptos, pues por su talento, por su fortuna, por las consideraciones de que gozaba, estaba llamado a ocupar los primeros puestos del pais; y aun cuando conocia que Guillermo no tenia por ella el mismo cariño, que las mas veces

no era tan respetuoso como deseara, y que llevaba una vida dispendiosa y entregada casi esclusivamente al placer, no por eso dejaba de quererlo; y cuando llegaban a sus oidos algunas de esas aventuras ruidosas en que Guillermo era el héroe, se sonreia de satisfaccion porque esos triunfos le probaban el mérito relevante de su hijo, pues para alcanzarlos se necesitaban muchas cualidades reunidas, tales como hermosura, gracia, talento, injenio, viveza, modales distinguidos, en una palabra, todo ese oropel que constituye al hombre de buen tono; asi es que la señora escusaba todo cuanto hacia Guillermo, esto es si mas bien no lo aprobaba interiormente; sin embargo en la última conversacion que habia tenido con él la habia hecho sufrir, porque habia descubierto en aquel jóven un fondo de cínica frialdad que la habia casi espantado, pero que esperaba se le corrijiese con la edad y particularmente con el nuevo vínculo, aguardando mucho de la benéfica influencia de Luisa por el carácter que conocia en ella y por la distincion inimitable de sus modales, por cuya razon trataba de apresurar aquel enlace del cual esperaba infinitos bienes, independiente de afianzar su fortuna a la vez que de aumentarla, porque ya no existirian... las probabilidades de un pleito, y el haber de Luisa era mas que considerable.

Todas estas consideraciones se agolparon en su cabeza casi instantáneamente, contribuyendo a aumentar su angustia.

Tomas no se hizo mucho esperar y apareció simultáneamente con el herrero y el médico.

Nunca abandonaba a la madre de Guillermo ese aire de gran señora y esa especie de fria reserva acompañada de esquisita política con que sabe una mujer de mundo recibir a los indiferentes, y asi dijo al médico:

—Sírvase usted pasar al salon y aguardar un momento.

Y dirijiéndose a Tomas, le dijo:

—Conduce a este caballero.

Bastante dueña de sí misma para no mostrar la menor alteracion en su semblante, la madre de Guillermo no queria que el médico presenciase alguna de aquellas cosas que no deben salir del recinto de la familia, motivo por el cual lo mandó al salon; y volviéndose en seguida hácia el herrero, le dijo con calma:

—Abrame usted esa chapa.

Y a pesar de la ansiedad que esperimentaba no se revelaba la mas poqueña emocion en aquel semblante pálido y altanero, acostumbrado al mando y a la obediencia pasiva de sus subalternos.

El herrero traia las herramientas propias para el objeto, pues habia sido prevenido por Tomas y puso en el acto manos a la obra.

En pocos minutos estuvo la operacion hecha y fué despedido en el acto, remunerándolo profusamente.

La madre de Guillermo abrió entonces la puerta y entró...

La palidez de su rostro era mayor y los latidos de su corazon podian oirse fácilmente; sin embargo, conservaba la impasibilidad en su semblante: prodijio del hábito que llega a formar en el hombre una segunda naturaleza.

Lo que inmediatamente vió fué el desgreño de la primera pieza que servia como de escritorio a Guillermo, en seguida pasó al pequeño salon o cuarto de recibo en que acostumbraba fumar con sus amigos, y aqui era mayor el desórden, pues se asemejaba a un cuarto en que huiera habido una reciente orjia, menos los licores, menos los cristales rotos, menos el olor nauseabundo, porque nada de esto existia, pero sí los trastos descompuestos, caidos, y en gran confusion, como si hubiera habido en aquel recinto una gran lucha.

La señora se estremeció...; nada comprendia, pero le parecia todo aquello de mui mal agüero; y a pesar del deseo que tenia de ir hasta el dormitorio y ver a Guillermo, se

detuvo un momento, llevó la mano a su corazon y paseó la vista al parecer vaga i distraida por toda aquella confusion y hacinamiento de muebles que le revelaban mucho sin esplicarle nada; porque, si bien los objetos inanimados no arrojan el menor sonido; dicen, sin embargo, el estado del alma en que se encuentra el individuo para cuyo uso se prestan o a cuyo servicio están, y todo aquel desórden revelaba un dolor agudo, una desesperacion profunda o quizá la locura.

Cuando creyó la madre de Guillermo haberse serenado un poco, aunque en realidad no habia hecho mas que crecer su ansiedad; pero como el hombre se familiariza hasta con el sufrimiento, ella penetró resueltamente en el espacioso y elegantísimo dormitorio de su hijo.

La primera mirada de la madre se dirijió hácia el lecho: siempre es este el lugar que oculta los mayores misterios, ya sea en el placer, ya sea en el dolor, porque la cama es por lo regular el confidente mudo de nuestras alegrias, de nuestras penas, de nuestros proyectos, y no pocas veces de la mayor parte de nuestras ideas.. La señora no se equivocó: allí estaba Guillermo que la miraba con unos ojos que lanzaban centellas pero fijos como los de la demencia... De repente y antes de que se acercara lanzó un grito agudo, tiró la ropa y ocultó la cabeza entre las sábanas.

La madre temblaba... y todavia comprendia menos que nunca aquella repentina y estraordinaria mudanza de su hijo.

Luego estendió la vista por el cuarto y vió los grandes candelabros colocados frente a frente de los espejos y con sus velas completamente consumidas, conociéndose que habian ardido toda la noche y parte del dia, estinguiéndose por sí mismas, pues varias goteras de esperma habian manchado la alfombra. Por el suelo habia tambien un par de pistolas, pero de las que no habian hecho el menor uso, puesto de que Guillermo vivia; con todo, revelaban la mar-

cada intencion del suicidio, de un suicidio que no se habia llevado a efecto, es verdad, pero que se habia meditado; y para llegar a tal estremo era necesario que hubiera una causa grave, gravísima... ¡Cuál seria ésta? He aquí lo que no sabia, pero lo que averiguaria mas tarde.

Cualquiera otra persona se habria lanzado inmediatamente sobre la cama de su hijo para preguntarle el oríjen de sus males; pero la madre de Guillermo era mas prudente, sin ser menos afectuosa, y antes de informarse de los accidentes de la enfermedad o de lo que habia motivado el estado en que se encontraba, se dispuso a arreglar todo aquello sin llamar a nadie, para que ninguno fuese testigo de semejante desórden, y para que el médico, que se encontraba en el salon y del que indudablemente necesitaria, tampoco lo presenciase.

Mientras la señora hacia estos arreglos, Guillermo habia vuelto a descubrir la cabeza y la miraba fijamente como si quisiera fijar sus recuerdos; y cual si le viniera repentinamente el conocimiento esclamó:

—Madre mia! Madre mia! qué desgraciado soi!... Usted no sabe... no sabe... no sabe... y volvió a ocultar su cabeza entre la ropa.

—Guillermo! hijo mio! respondió la madre, corriendo hácia la cama, ¿qué es lo que te pasa? Dímelo con franqueza, dímelo... para todo hai remedio... ¿Qué te ha sucedido? Cuéntamelo, hijo mio, cuéntaselo a tu madre... a tu madre que te adora y que hará los mayores sacrificios por quitarte el mas insignificante de los pesares... habla...

Guillermo permanecia mudo y siempre con la cabeza cubierta...

La señora quiso quitarle la ropa para descubrirlo, pero él la retuvo con fuerza.

—Vamos, vamos, Guillermo, volvió a decir la madre, con el mas dolorido acento; déjame verte y dime, ¿qué es lo que tienes?

Guillermo se obstinaba en no responder.

La señora insistia y cada vez con mayor ternura: era la súplica dulce y patética de la madre que quiere aliviar a su hijo con la efusion de su inmenso cariño para que le abra su dolorido pecho y poner en él ese bálsamo delicioso que encierra su corazon y que destila de sus labios a cada palabra que pronuncia, a cada modulacion de esa boca que nos ha prodigado tantas y tan inolvidables caricias...

Empero, Guillermo permanecia siempre sin dar la menor señal de que llegaran hasta sus oidos y penetraran hasta su corazon las tiernas palabras de su madre.

De repente se descubrió, pero hizo retroceder a su madre, asustada de la espresion de su fisonomia; y mirándola de arriba a bajo con aire amenazador, la llenó de improperios.

—Usted, le decia, entre otras cosas, es la causa de mi desgracia, porque usted me alentó para que perdiera a Mercedes, y la pérdida de Mercedes ha sido la mia... pero usted no debe saber; usted no puede saber; yo no quiero que usted sepa nada, nada, nada... porque si usted supiera la mataria...

Pero, ¿dónde están? continuó, yo quiero verlos... yo quiero tambien vengarme... Infame, infame, infame!... Es preciso que ellos tambien sean infames, infames, infames!...

En seguida cerró sus ojos... y su semblante poco antes cárdeno por la cólera que lo dominaba, tomó la blancura del papel, abrió la boca, mostró sus hermosos dientes y lanzó una estrepitosa carcajada...

Guillermo estaba loco...

Su madre estaba aterrada. . . . .

. . . .

VI.

Habia trascurrido mas de una hora, y el médico, que aguardaba con impaciencia, no habia sido llamado. La señora en su angustia se habia olvidado que tenia al faculta-

tivo en su casa y que éste podia talvez salvar a su hijo; pero continuaba como anonadada por la escena que acababa de presenciar, no pudiendo apartar su vista de aquel semblante que la atraia y la espantaba a la vez; y si no fuera por Tomas, que vino, a advertirle que el doctor estaba impaciente y habia tomado su sombrero para marcharse, ¡quién sabe cuánto tiempo mas hubiera permanecido en ese estado de semi estupor en que suele caer nuestro espíritu cuando esperimenta una de esas conmociones violentas que obran sobre todo nuestro organismo o sobre nuestro sistema nervioso, segun dicen los hombres de ciencia.

—El doctor! Ah! dile que venga inmediatamente... Se me habia olvidado.

Tomas echó una rápida ojeada sobre todo, pero no vió otra cosa que a Guillermo pálido y trasparente y a la señora con su fisonomia un tanto descompuesta.

El muchacho no se atrevió a aventurar la menor pregunta, por mas interes que tuviese en ello, porque conocia por esperiencia la severidad aristocrática de la señora, y se limitó a obedecer, yendo en el acto a llamar al doctor, a quien acompañó hasta el dormitorio de Guillermo; pero una mirada imperativa de la señora, que queria decir: "sal en el acto," le hizo abandonar aquel puesto que tanto deseaba conservar, hasta el punto que habria dado gustoso las doce onzas de la tia Anastasia por haber permanecido siquiera como testigo, ya que no como actor.

—Es estraña, señor doctor, dijo la madre de Guillermo cuando estuvo a solas con el médico; es mui estraña la enfermedad súbita de este jóven: ayer no mas estaba en mui buena salud, salud de que siempre ha gozado, y hoi le ha venido este ataque repentino, talvez desde anoche, pero solo ahora lo he sabido.

El médico no habia desplegado su vista de la cara del enfermo, escuchando con la mayor atencion cuanto le decia la señora.

En seguida acercó una silla al lecho, tomó una de sus manos, le atentó la frente y dijo: "Tiene una fiebre devoradora y es mas que probable una conjestion cerebral; es preciso andar con celeridad.

—¿Hai un grave peligro? preguntó la madre, no pudiendo ocultar su alarma.

—Puede haberlo y puede no haberlo, señora; por el momento no le puedo afirmar a usted ni lo uno ni lo otro.

—¿Pero es de cuidado?

—De cuidado y de mucho cuidado.

—¿Quiere usted que se haga una junta?

—Todavia no; esperemos los resultados que produzcan los medicamentos que voi a darle.

—¿Tendria usted la bondad de quedarse?

—Volveré dentro de dos o tres horas, que será cuando venga a producir efecto la receta.

Y el médico se puso a escribir sobre el velador que estaba a la cabecera, no dejando de echar sus miradas a los diversos retratos de mujer que rodeaban aquel suntuoso lecho, donde yacia ahora un cuerpo casi inanimado, un demente.

Despues que desapareció el facultativo se puso la señora a contemplar a su hijo con esa mirada tierna que revela el insondable mar de afeccion pura y desinteresada que encierra el pecho de una madre... y los sollozos vinieron al fin a aliviar su corazon oprimido, sin cuidarse ya de aparentar una fuerza de que en aquellos momentos carecia: asi es que cuando volvió Tomas con el medicamento la encontró llorando y ella ni siquiera trató de ocultarse, sino que al contrario le dijo, con una afabilidad que no acostumbraba con los sirvientes ni menos con él:

—Tu patron está mui malo, Tomas, es preciso cuidarlo; él te distinguia de los demas criados, y es necesario que tú ahora le correspondas su afeccion con tus desvelos. Yo he resuelto venirme a dormir a sus piezas hasta que haya desaparecido todo peligro, como lo espero en Dios, pero quie-

ro tenerte a la mano y a cualquier hora del dia o de la noche que te necesite, porque tú eres el sirviente en que él tenia mayor confianza y creo que la mereces. Por otra parte, yo...

—Dispénseme, su merced, que le interrumpa, pero sé lo que va a decirme su merced. Yo, señorita, no sirvo a mi amo don Guillermo por interes sino por cariño; y si es verdad que mi amo remunera mis servicios mucho mas de lo que valen, no es menos cierto que no es eso lo que me liga a él. Puede, su merced, mandarme a toda hora y a todo momento, segura de que lejos de causarme un sacrificio, que lejos de ser el pago de una deuda por los beneficios que sus mercedes me han hecho, es para mí un verdadero placer, y el mayor castigo que me podrian dar seria que no sirviera a mi querido amo durante todo el tiempo de su enfermedad.

Y el hipócrita muchacho se hizo que contenia sus lágrimas, para dar mas mérito al sentimiento que queria aparentar.

La madre de Guillermo cayó en la trampa, y quedó admirada de la delicadeza de aquel muchacho, de la facilidad que tenia para espresarse y del sincero cariño que parecia profesar a su hijo, no estrañando que éste lo prefiriese a los demas desde el momento que le adornaban tantas cualidades, cualidades mui difíciles de encontrar en la jeneralidad de las personas que se dedican a la domesticidad.

—Estoi contenta de tí, y nada mas justo que se remunere el cariño: cuenta desde ahora con mi proteccion.

—Señorita! No es esto lo que he pedido, no es esto lo que solicito, sino servir al patron.

—Bien! bien, Tomas; y para probarme lo adicto que eres a sus intereses, que son los mios, es preciso que seas conmigo franco y que me refieras exactamente, sin olvidar nada, todo cuanto has sabido de esa aventura de mi hijo con esa niña Mercedes, que segun me han dicho es una pobre costurera

pero escelente jóven y sobre todo de mui buenas costumbres.

—Señorita!...

—Nada de reticencias; lo quiero, lo deseo, y lo deseo y quiero por el bien de mi hijo.

—Pero si mi amo supiera que he traicionado sus secretos quizá me despediria de la casa, y esta seria mi mayor desgracia.

—Pierde cuidado; no es, por otra parte, traicionar los secretos de un hijo cuando se revelan a su madre y sobre todo cuando se le revelan para el bien propio de ese mismo hijo.

—No lo dudo, señorita, y puesto que es asi, no tengo la menor dificultad en decirle todo cuanto yo sepa.

Durante esta conversacion, la señora habia preparado todos los medicamentos decretados por el doctor y se los habia suministrado a Guillermo con gran facilidad, pues no oponia la menor resistencia, estando como estaba en una especie de letargo.

El médico le habia prevenido a la señora que no se alarmase por esto y que cuando viniese la reaccion tampoco tuviese susto, porque era un caso previsto y que debia necesariamente suceder, teniendo cuidado solamente en que no se hiciese mal, para lo cual debiera tener dos hombres robustos que en caso preciso lo sujetasen. Esta opinion del médico provenia de las observaciones que le habia hecho la señora a propósito de las transiciones que habiá esperimentado el enfermo durante su ausencia.

El doctor volvió a la hora fijada y casi al mismo tiempo que salia Guillermo del letargo para entrar en las convulsiones violentas de la fiebre y en las palabras incoherentes que produce el delirio.

El facultativo observaba todos los síntomas minuciosamente pero en silencio; dió nuevos medicamentos que él mismo aplicó, y se sentó tranquilamente a esperar los efectos.

Despues de un rato dijo: "Es indispensable que se queden velando a este caballero durante toda la noche, no porque haya todavia peligro, sino porque podria, como lo he prevenido antes, hacerse mal."

—Yo le estaria infinitamente agradecida, contestó la señora, que usted nos acompañara: esto me daria mas tranquilidad, porque me inspiraria mas confianza.

El médico reflexionó un momento y luego respondió:

—Complaceré a usted, señora; pero es indispensable que primero vaya a prevenir a mi familia, porque de otra manera estarian con cuidado.

—Hágame usted el favor de volverse lo mas pronto que le sea posible.

—En una hora mas estaré aquí.

—Le doi a usted las gracias; y esta frase fué pronunciada con una entonacion de voz que aseguraba al doctor una buena propina.

En el intervalo, es decir, durante la ausencia del doctor y mientras que Guillermo volvió a caer en esa especie de letargo que habia sufrido ya una vez, la señora despidió a los sirvientes que habia hecho venir para contener a su hijo en el acceso nervioso, y dijo a Tomas:

—Cuéntame ahora todo lo sucedido, sin olvidar el menor incidente, sin ocultarme la mas mínima cosa, sin paliar siquiera lo que ha hecho de malo Guillermo, porque quiero la verdad desnuda; y aun cuando sean las mayores barbaridades las que haya cometido mi hijo, no temas decírmelas, porque de este conocimiento depende quizá su salud, e indudablemente tu fortuna: cuento con ella.

Tomas se reconcentró un momento como el que se prepara a referir una historia y que echa sobre los acontecimientos una mirada sinóptica para no olvidar ninguno, y principió su relacion con una claridad tal y con un juicio tan certero sobre las medidas tomadas por Guillermo y las consecuencias, que la señora estaba admirada de encontrar tal

pero escelente jóven y sobre todo de mui buenas costumbres.

—Señorita!...

—Nada de reticencias; lo quiero, lo deseo, y lo deseo y quiero por el bien de mi hijo.

—Pero si mi amo supiera que he traicionado sus secretos quizá me despediria de la casa, y esta seria mi mayor desgracia.

—Pierde cuidado; no es, por otra parte, traicionar los secretos de un hijo cuando se revelan a su madre y sobre todo cuando se le revelan para el bien propio de ese mismo hijo.

—No lo dudo, señorita, y puesto que es asi, no tengo la menor dificultad en decirle todo cuanto yo sepa.

Durante esta conversacion, la señora habia preparado todos los medicamentos decretados por el doctor y se los habia suministrado a Guillermo con gran facilidad, pues no oponia la menor resistencia, estando como estaba en una especie de letargo.

El médico le habia prevenido a la señora que no se alarmase por esto y que cuando viniese la reaccion tampoco tuviese susto, porque era un caso previsto y que debia necesariamente suceder, teniendo cuidado solamente en que no se hiciese mal, para lo cual debiera tener dos hombres robustos que en caso preciso lo sujetasen. Esta opinion del médico provenia de las observaciones que le habia hecho la señora a propósito de las transiciones que habiá esperimentado el enfermo durante su ausencia.

El doctor volvió a la hora fijada y casi al mismo tiempo que salia Guillermo del letargo para entrar en las convulsiones violentas de la fiebre y en las palabras incoherentes que produce el delirio.

El facultativo observaba todos los síntomas minuciosamente pero en silencio; dió nuevos medicamentos que él mismo aplicó, y se sentó tranquilamente a esperar los efectos.

Despues de un rato dijo: "Es indispensable que se queden velando a este caballero durante toda la noche, no porque haya todavia peligro, sino porque podria, como lo he prevenido antes, hacerse mal."

—Yo le estaria infinitamente agradecida, contestó la señora, que usted nos acompañara: esto me daria mas tranquilidad, porque me inspiraria mas confianza.

El médico reflexionó un momento y luego respondió:

—Complaceré a usted, señora; pero es indispensable que primero vaya a prevenir a mi familia, porque de otra manera estarian con cuidado.

—Hágame usted el favor de volverse lo mas pronto que le sea posible.

—En una hora mas estaré aquí.

—Le doi a usted las gracias; y esta frase fué pronunciada con una entonacion de voz que aseguraba al doctor una buena propina.

En el intervalo, es decir, durante la ausencia del doctor y mientras que Guillermo volvió a caer en esa especie de letargo que habia sufrido ya una vez, la señora despidió a los sirvientes que habia hecho venir para contener a su hijo en el acceso nervioso, y dijo a Tomas:

—Cuéntame ahora todo lo sucedido, sin olvidar el menor incidente, sin ocultarme la mas mínima cosa, sin paliar siquiera lo que ha hecho de malo Guillermo, porque quiero la verdad desnuda; y aun cuando sean las mayores barbaridades las que haya cometido mi hijo, no temas decírmelas, porque de este conocimiento depende quizá su salud, e indudablemente tu fortuna: cuento con ella.

Tomas se reconcentró un momento como el que se prepara a referir una historia y que echa sobre los acontecimientos una mirada sinóptica para no olvidar ninguno, y principió su relacion con una claridad tal y con un juicio tan certero sobre las medidas tomadas por Guillermo y las consecuencias, que la señora estaba admirada de encontrar tal

intelijencia y tal lucidez en un muchacho que hasta ese dia habia creido ser lo mismo que la jeneralidad, es decir, poco mas o menos estúpido y mas o menos pillo; y sin embargo, Tomas estaba solo en los preliminares de aquella historia; pero cuando en la continuacion pronunció el nombre de la tia Anastasia, la madre de Guillermo se estremeció y dijo a Tomas:

—¿Tiene acaso mi hijo relaciones con esa mujer? Y si las tiene, ¿sabes tú desde cuando?

—Parece, señorita, que la amistad de mi amo con la tia Anastasia data desde mucho tiempo; porque, desde que yo conozco al señorito, siempre lo he visto en buena armonia con esa mujer, que, segun las apariencias, no tiene nada de católica; y el pilluelo hizo un jesto de desprecio.

La señora permaneció un largo rato silenciosa; sin duda traia a su memoria lo sucedido en tiempos remotos o quizá recordaba la conversacion que haria tres meses tuviera con su hijo. Despues dijo al criado esta sola palabra: "prosigue."

—Tomas refirió todo lo sucedido, sin olvidar nada; pintó los caracteres de cada uno de los individuos, y especialmente el de Mercedes, del alférez Lopez y de su mujer Marta, el disfraz de que se habia valido Guillermo, las dádivas que habia hecho, la parte que habian tomado en aquel asunto, tanto él como la tia Anastasia, la demanda en matrimonio, el regalo de bodas, y por último, la noche en que lo habian despedido a él, quedándose solos Guillermo y la tia Anastasia en la casa de la calle de San Pablo. "Desde esa noche, agregó Tomas, yo no supe mas, asi es que nada puedo referir a su merced sobre lo que haya sucedido; pero sí debo decir a su merced que he estrañado muchísimo la conducta de mi amo el señor don Guillermo, sin embargo que nada habia cambiado ni en su humor ni en sus hábitos hasta el dia de ayer.

—¿Qué es entonces lo que has estrañado?

—El que mi patroncito no volviera desde esa noche a ver mas a Mercedes, siendo asi que la amaba tanto.

—Tienes razon; esto me sorprende a mí tambien.

—Puedo asegurar a su merced que esto no habia sucedido jamas con otras señoritas a quien mi amo queria mucho menos que a esta.

—Aquí está el enigma: esto es lo que es preciso averiguar.

—Salvo, señorita, esa parte en blanco de mi historia, continuaré lo poco que me queda; y Tomas refirió con minuciosa puntualidad la llegada del viejo cochero con una carta de una señorita que no quiso entregar a él sino al mismo Guillermo, la partida de éste en el mismo coche, la hora en que volvió, la descompostura de su semblante, el desarreglo de sus vestidos, las personas que lo acompañaban, los trapos que le habian tirado a él por la cabeza, el cuidado que habia tenido de ir como siempre a ver lo que necesitaba sú amo, el enojo de éste, la prohibicion que le habia hecho de presentarse a su vista, llegando a decirle que la órden que le daba se estendia hasta su propia madre.

Cuando Tomas hubo concluido su narracion, miró atentamente a su ama para darse cuenta de los sentimientos que habia despertado en ella; pero no vió otra cosa en aquella pálida y todavia hermosa fisonomia que el dolor de la madre que contemplaba a su hijo con esa solicitud inimitable que proviene del mas tierno afecto.

En esos momentos llegó el médico, y la señora ordenó a Tomas de hacer venir una cama para ella, que se colocaria en el mismo dormitorio de su hijo, y otra para el doctor que la pondria en el salon contiguo, quedándose él y dos hombres mas en el escritorio, previniéndoles que estuviesen despiertos para que en cuanto se les llamase viniesen en el acto.

El médico quedóse intertanto conversando con la señora sobre los hábitos del enfermo, sobre el jénero de vida

que llevába, sobre sus alimentos; y particularmente sobre lo que hubiera podido tomar la noche anterior, la hora a que se recojió; en fin, aquellas cosas que pueden dar al hombre de ciencia alguna luz que le permita obrar con mayor acierto.

Las respuestas de la señora fueron naturales, sencillas y verídicas, salvo de comunicarle los secretos que le acababan de revelar y que le convenia, bajo todos aspectos, mantener ocultos, porque presentia que habia en todo aquel misterio cosas de gran trascendencia.

Durante la noche los medicamentos produjeron un buen resultado; la fiebre habia desaparecido casi completamente, el pulso no estaba tan lleno como sucede en una conjestion cerebral y no habia temores de uno de esos ataques violentos que llevan al sepulcro a individuos que están en el pleno goce de toda su fuerza y cuya constitucion parece desafiar a los siglos; pero si por una parte estaba satisfecho el doctor del efecto producido por sus medicinas, por la otra sentia sus temores, porque el delirio no desaparecia, porque la escitacion nerviosa se repetia siempre por intervalos y porque creia encontrar cierta vaguedad en la vista, cierta saliva en la boca y cierta manera de reirse que lo alarmaba.

Cuando los primeros rayos del sol dieron en las habitacion de Guillermo, el doctor hizo abrir las ventanas y correr las cortinas para tener bastante claridad, asi como para ver el efecto que produciria en el enfermo esa luz repentina; pero Guillermo no se inmutó y el médico observó por un largo rato esa impasibilidad estraña y esos ojos abiertos que habian perdido toda su espresion.

Mientras el facultativo hacia este exámen, la madre miraba alternativamente a su hijo y al hombre de ciencia, tratando de darse cuenta de lo que pasaba en el interior de éste; pero la cara impasible del medico nada revelaba y solo podia verse en su mirada escudriñadora la atencion marcada que prestaba a los menores movimientos del paciente.

Asi permaneceria como media hora sin decir palabra, pero sin apartar su vista de la del enfermo, hasta que los ojos de Guillermo comenzaron a inyectarse nuevamente de sangre; entonces llamó a los guardianes, previniéndoles que el ataque nervioso iba a comenzar y que estuviesen listos para contenerlo y que no se hiciese daño a sí mismo o a los otros.

El médico observó esta espantosa crísis a la distancia, pero sin perder nada de las peripecias de aquella estraña enfermedad.

Los gritos que daba Guillermo eran espantosos. La fuerza que hacia era tambien mui superior a su constitucion delicada, pues no podian casi contenerlo los dos herculeos campesinos destinados para este solo fin, hasta que iba por sí mismo decayendo poco a poco y volvia al abatimiento o a la inaccion de que hemos hablado, pero sin cerrar jamas sus párpados y en continuo movimiento sus labios que producian un murmullo inintelijible.

El médico llamó a la señora a un lado y le dijo en voz baja:

—Convendria hacer una junta.

—¡Qué está tan malo!

—No temo por su vida, pero sí por su razon.

—¿Qué es lo que usted dice?

—Que temo que se vuelva loco, esto es si ya no lo está en efecto.

—Loco! loco! ¿dice usted? De ayer a hoi? Es imposible, doctor.

—Estas enfermedades son justamente las que se operan de un momento a otro.

—Loco! loco! repetia la pobre madre. Loco mi hijo, mi único hijo! Dios mio, mas vale morirse...

—No hai por qué desesperarse todavia, dijo el médico compadecido del dolor de aquella señora. Mi opinion puede ser errónea, y aun cuando no lo fuera, no faltan hombres de ciencia que puedan hallar el remedio. Por otra parte, el ca-

ballero es mui jóven y esto da mucha esperanza; pero soi de opinion que mientras mas pronto se ponga en cura tanto mejor; por esto he dicho a usted que seria conveniente una consulta.

—Se hará en el acto, señor; designe usted a los médicos que sean mas de su agrado.

—Necesito hombres de ciencia y de esperiencia: puede usted hacer llamar a... y el doctor designó a varios de sus cofrades, entre los que se encontraban las primeras notabilidades en medicina que encerraba la gran poblacion de Santiago.

Pocas horas bastarón para que estuvieran todos reunidos y examinasen al enfermo con el mayor esmero, quedándose para presenciar los diversos accidentes por que pasaba periódicamente.

El debate fué largo, prevaleciendo la opinion del médico que lo habia visto por primera vez, quedando todos conformes en que eran palpables los síntomas de enajenacion mental; y en consecuencia, se propuso un método curativo que, con algunas modificaciones fué adoptado por unanimidad, habiendo resuelto hacer la misma junta de tres en tres dias para ver los progresos de la enfermedad o la eficacia de las medicinas y seguir o cambiar el sistema en conformidad a los resultados.

El médico de cabecera, como se llama jeneralmente el que queda a cargo del enfermo, dijo a la señora que a pesar de la confianza que le habian dispensado sus colegas, él creia prudente asociarse con otro facultativo para estar seguro, si era posible, del éxito, o para no cargar al menos con toda la responsabilidad.

La señora aceptó gustosa la proposicion, porque lo único que deseaba era salvar a su hijo; y tuvo mejor opinion del facultativo que, sin las pequeñeces del amor propio tan jenerales en todas las profesiones, solo tenia en vista la curacion pronta del enfermo; y asi le dijo:

—Usted tiene carta blanca, doctor, para obrar como lo

crea conveniente; que no lo detengan a usted las consideraciones del gasto, porque esto es para mí mas que secundario, insignificante, y solo le pido a usted contraccion, estudio y acierto.

—Puedo responder de lo primero, señora, pero no de lo segundo.

—Lo comprendo; sin embargo, ya le he dicho que todo cuanto crea conveniente para obtener un buen resultado lo haga, seguro de mi aprobacion y de mi gratitud.

—Haré lo que sea humanamente posible, y en prueba de ello me instalo desde este momento en la casa para no perder la mas pequeña ocasion de estudio y para ver si puedo dar con la causa de la enfermedad.

—La causa está hallada en parte, al menos los datos que tengo y los antecedentes me lo hacen creer, pero aun no estoi seguro de ello; sin embargo, tan luego como haya obtenido un grado de seguridad mayor, aun cuando no sea la evidencia, se lo comunicaré a usted.

—No lo olvide, señora, y haga usted todo su posible para saber la verdad, tanto para establecer un réjimen adecuado, cuanto para no introducirme a mí en error, tomando un falso punto de partida, lo cual es siempre peligroso o por lo jeneral funesto.

—El amor a la ciencia, el amor a la humanidad nunca pueden ser tan grandes como el amor de una madre.

—Tiene usted razon, señora. Ahora me voi a ver al doctor que pienso asociar; y si lo consigo, lo que dudo a causa de sus muchas ocupaciones, habremos hecho una verdadera adquisicion.

—¿Seria imprudencia preguntarle a usted por el nombre de ese caballero?

—No; es uno de los facultativos que nos hemos reunido ahora: es el doctor Sazie.

—Basta, basta, tráigalo usted desde luego y ojalá se quedase acompañándolo a usted todo el tiempo.

—Esto es imposible solicitarlo; no puede y por consiguienta no lo haria.

—Está bien; pero al menos obtenga usted que venga dos veces al dia.

—Esto es lo que voi a ver, pues tengo esperiencia de su mucha bondad y sé que jamas se rehusa cuando se le exije por amistad, mientras que asi como ha sido fácil y asequible en un caso, ha sido inflexible en el otro, es decir, en el del interes.

Habiendo partido el médico, la madre de Guillermo se encerró en la alcoba con su hijo, esperando que le viniera el ataque acostumbrado para llamar a los sirvientes.

Una vez sola, se puso a meditar y a meditar mas y mas sobre cuanto le habia referido Tomas, y despues de esto tomó su resolucion, resolucion desesperada, pero no menos segura y de la cual daremos parte al lector.

Revelaciones.

I.

Sabedora ya la madre de Guillermo de la mayor parte de los incidentes de la aventura que tenia todas las probabilidades de ser la causa de la terrible enfermedad de su hijo, restábale únicamente descubrir lo que habia acontecido en aquella noche en que despidieron a Tomas, quedándose solos la tia Anastasia y su hijo en la casa de la calle de San Pablo; y como la matrona examinada era la única que podria decírsela, habia resuelto verla para arrancarle a toda costa aquel secreto, ya fuese por medio de los halagos, ya por las dádivas, y en último caso por la amenaza.

A la señora le repugnaba muchísimo dar este paso, porque si bien hacia tiempo que no veia a la tia Anastasia, recordaba perfectamente que ella habia sido introducida por su marido, (y preciso era confesárselo a sí misma, con su propia anuencia) a la casa de los padres de Luisa Valdes; y aun cuando presumia que todo recuerdo hubiese desaparecido despues de tanto tiempo, la mortificaba sobremanera verse obligada a entrar nuevamente en relaciones con una mujer de esa especie. Por otra parte, no sabia cómo abordar la cuestion de manera a obtener un resultado conforme a sus deseos, porque si empleaba la súplica, cosa que no estaba en conformidad con su carácter, no obtendria nada, y si el engaño, obtendria menos, pues era imposible usarlo con la tia Anastasia, que, a mas de ser astuta como ella misma lo recordaba y Tomas acababa de confirmarlo, conocia a

fondo toda aquella intriga y no revelaria el secreto que tanto queria y necesitaba saber para conseguir el mejoramiento de su hijo o al menos contar con mayores probabilidades de éxito, de manera que se encontraba perpleja; sin embargo, pensó en el poder del dinero y esto le dió aliento, porque compraria sin rebajarse, y a fuerza de oro obtendria lo qué necesitaba.

Persuadida con esto que quedarian en breve satisfechos sus deseos, llamó a Tomas y le dijo:

—¿Todo cuanto me has referido es la verdad?

—La verdad, señorita.

—No me engañes; mira que hoi mismo puedo descubrirlo y entonces...

—Y entonces, señorita, haga lo que su merced quiera de mí.

—Te creo, Tomas, y en vista de ello voi a depositar en tí toda mi confianza,

—Trataré de hacerme digno de tan alto favor.

—Alto y lucrativo, Tomas.

—Me contento con lo primero.

—Principiaré, pues, por decirte que necesito ver y hablar a esa mujer a quien llamas tia Anastasia.

—A la tia Anastasia! Una señora del rango de su merced!

—Hai circunstancias en que es necesario descender hasta el fango... Tú me has dicho que ella debe saber lo que pasó en aquella noche.

—No lo niego.

—Pues bien, yo tambien quiero saberlo, y para esto es necesario que hable con esa mujer y que le compre su secreto.

—Pero, señorita, esa mujer es mui mala.

—Qué importa que sea el diablo en persona.

—Es mui astuta.

—No hai astucia mejor que la del oro: y estoi segura que por mas astuta que sea, conmigo será franca; porque, ad-

vierte Tomas, que los vicios tambien tienen su valor y tambien se compran y tambien se doblegan y se gobiernan.

—Pero, señorita, si para ahorrar a su merced el disgusto de ir a aquella casa y de conversar con aquella mujer, que es mas fea que el pecado mortal y mas endemoniada que el mismo Barrabas, entablara yo las negociaciones, ¿cree su merced que no conseguiria lo mismo dándome la autorizacion de la oferta?

—Puede ser; tengo confianza en tu talento; me has manifestado, sin quererlo, disposiciones que nunca habria sospechado encontrar en tí; pero aun cuando obtuvieras todo lo que yo deseo, nunca quedaria satisfecha, porque conservaria siempre el temor de que podias haber sido engañado: hai cosas tan delicadas que es indispensable que pasen por una misma, porque es necesario juzgar hasta de los mas pequeños incidentes; porque se debe tener en cuenta la mirada, la entonacion de la vóz, el jesto involuntario, en fin, mil y mil cosas que en el caso presente es de urjencia anotar con prolijdad, y sobre todo, con exactitud. Yo te doi las gracias, Tomas, y no creas por esto que desecho tus servicios, los que comenzaré a aprovechar hoi mismo dándote el siguiente encargo: ve a casa de esa mujer y díle de mi parte que deseo hablarle mañána y que me indique la hora en que pueda hacerlo sin testigos.

Es preciso que no te descubras en lo menor para que no esté prevenida; que ignore la enfermedad de Guillermo para que no quiera aprovechar de las circunstancias; y trata de observar la fisonomia que pone cuando le hables de mí; pero ten cuidado, te lo vuelvo a repetir, de que nada trasluzca: esto entra en mis cálculos.

Ahora vamos a otra cosa: ¿tienes alguna persona de toda confianza que poder introducir en la casa de esa niña Mercedes?

—No, señorita.

—Es preciso buscarla, pues debes presumir que necesito

saber todo cuanto ahí pasa, advirtiéndote que esta especie de espionaje no es para hacerles el menor mal, sino que por el contrario, puede ser que les haga el mayor bien. Tú me has pintado las puras costumbres de esa familia, la elevacion y hermosura de la niña Mercedes, las villanas maquinaciones de mi hijo en compañia de esa tal tia Anastasia y del buen muchacho de Tomas; de consiguiente, yo deseo conocer el estado actual de esas personas para reparar en todo o en parte el mal que se haya hecho; y no te ocultaré todavia el otro de mis fines para que veas la confianza que me inspiras: puede ser que esté allí el remedio para salvar a mi hijo y no por falta de prevision debo perderlo; pues si ha partido de allí el golpe o si allí se encuentra el lenitivo, tanto en un caso como en otro me interesa, o mas bien dicho, me interesa bajo ambos aspectos; de consiguiente, toma tus medidas para hallarme la persona mas idónea para el caso, prefiriendo por mucho que sea mujer.

Tomas pensó en el momento en la criada del empleado que tambien lo habia ayudado en otro tiempo; ¡pero dónde encontrarla cuando desde aquella época no la habia vuelto a ver mas? En consecuencia, respondió a la señora:

—Mi deseo mayor es servir a su merced; pero me encuentro en la imposibilidad de hacerlo en este último punto. De mí puede su merced disponer en todo y para todo.

—Te entiendo, Tomas, y sé sujetarme al yugo de la necesidad; no exijo jamas imposibles y me basta con lo que puedes hacer tú; quizá mas tarde se presente la ocasion; todavia aquello no urje como esto: haz ahora lo que te he encargado.

—¡En el acto?

—Inmediatamente; no veo por qué no debamos aprovechar el tiempo y hacer ahora lo que se puede hacer mañana.

Tomas se inclinó profundamente, y sin hacer la mas lijera observacion, partió.

Intelijente muchacho, dijo entre sí la madre de Guillermo, siguiéndolo un momento con la vista, pero debe ser un tuno de siete suelas: sin embargo, todos son elementos que se necesitan y que uno debe aprovechar: su fidelidad me la asegura el dinero y las esperanzas, y esto es cuanto yo quiero.

II.

Tomas no se hizo repetir la órden ni esperó siquiera á que lo volviesen a llamar para alguna nueva ocurrencia, sino que tomó en el acto su sombrero y se puso en la calle, dirijiéndose a tranco largo hácia la Plaza de la Independencia; cuando llegó a ella abrió la portezuela del primer coche que se le presentó y dijo: "Calle de las Cenizas cerca de la plazuela de San Lázaro."

—¿Donde la tia Anastasia, patron? preguntó con cierta ironia el hombre de poncho que estaba en el pescante.

—Sí, donde la tia Anastasia; ¿cómo lo has adivinado?

—Es, señor, que basta que a uno le digan: "Calle de las Cenizas cerca de laplazuela de San Lázaro" para que no tenga necesidad de preguntar mas; porque esa señora es tan conocida y siempre ganamos nuestros buenos cortes, porque en jeneral los parroquianos que van allí nos dan algo de mas para echar un trago.

—Vaya para el trago; y Tomas sacó una peseta y se la pasó al hombre de poncho; tira ahora lijero, añadió.

—Como el viento, patroncito, mis caballos van a la *querencia*.

—¿A qué *querencia?* contestó alegremente Tomas. ¿A la *querencia* de la tia Anastasia?

—Yo no he dicho eso, patroncito; y aun cuando mis caballos conocen la casa y podrian dar con ella a ojos cerrados, no pretendo ofender a tan buena parroquiana que algunas veces nos obsequia con bollitos duros y dulces medio

apolillados, sino que por allí *cerquita* está la *pasáa* y los pobrecitos brutos la saben.

Este diálogo se hacia sin pérdida de tiempo, porque los caballos marchaban al trote largo, y Tomas, para aprovechar de la buena conversacion del cochero, se habia puesto en los asientos de adelante para seguir la conversacio mientras llegaban.

—¿Con que tiene muchos parroquianos la tia Anastasia?

—Ai, patroncito, muchísimos! ¿Qué cochero no la conoce?

—¿Y cómo diablos ha adquirido tanta fama?

—¡Tiene tantos oficios la buena señora!

—¿Y cómo sabes tú eso?

Es preciso advertir, por medio de este paréntesis, que Tomas se daba siempre los aires de gran señor, cuando trataba con los pobres, salvo que esto no les impedia a ellos el reirse a su turno y en sus propias barbas de la pretension de aquel pilluelo que olia a criado desde a legua (1).

Salvado el paréntesis, volvemos al diálogo que sostienen Tomas y el cochero.

—Ai, patroncito, ¿qué es lo que no sabe un cochero?

—Pero en fin, ¿cuáles son los oficios?

—Para qué le digo *náa*, patroncito, cuando usted la debe conocer mas que a sus propias manos: eso se ve sobre la ropa.

—¿Y cómo se ve?

—Es que nosotros sabemos las cosas y nos callamos no mas. Cada cochero sabe mas cuentos que todos los escritores juntos, y si nos preguntaran a nosotros, se verian maravillas y se reiria a carcajadas todo el mundo.

—Dame una prueba de lo que dices.

(1) No hai mas que mirar a todos los cocheros de Santiago pertenecientes a las grandes familias y que muchas veces desempeñan a la vez el oficio de porteros, cuando se han quitado la librea, pero que conservan un traje limpio, para conocer en el acto la clase a que pertenecen, por mas que se empeñen en disfrazarse con el levita viejo del amo o del hijo mayor de la familia.

—Bueno, patròncito, pero con la condicion de que no se enoje.

—Te lo prometo; ¿y por qué habria de enojarme?

—Nada mas que porque nosotros conocemos, como ya se lo he dicho, a todo el mundo; y hasta los mismos provincianos cuando llegan a Santiago, ya podemos afirmar casi sin equivocarnos: este está recientemente llegado, ese otro ha estado una vez, aquel otro dos, tres, cuatro, y tal es de la provincia de Còpiapó, de Aconcagua, porque estos siempre traen sus saquitos de harina y su bolsita de huesillos, cual de Colchagua, de Talca, etc., etc., porque a cada uno se le distingue por el *pelo*, como nosòtros decimos, o por *la manera de apearse*, como dicen los huasos. Ya ve, pues, patroncito, todo lo que sabemos; ¿cómo quiere que ignoremos los oficios de la tia Anastasia?

—Sabes que esto ėstá divertidísimo? ¿y yo de dónde soi?

—No quiero decírselo, patroncito, porque talvez se me incomode y no me quiera pagar el flete.

—Dílo no mas para ver si adivinas.

—Usted debe haber nacido en el Galan de la Burra o en la villa del Cobis: dos hermosos bulevardes, como dicen las franceses, de la gran capital denominada Santiago de Chile.

—Bribon, ¿te estás burlando de mí?

—No, patroncito, sino que es todo lo contrario; pues usted se está riendo del pobre cochero, tratándolo de *tú*, ni mas ni menos que si usted fuera un *su merced*, es decir, un caballero de alta alcurnia como los... los... los... como casi todo Santiago, pues hasta los criados les ha chiflado el diablo por darse importancia, y no hai perro ni gato que no le hable a uno de *tú*, echándoselo al *hombro* desde la primera vez que los ven. Ahora, patroncito, yo seré mas político tratándolo siempre de usted; pero usted no es otra cosa que un pabe... de la casa de don Guillermo de... calle de las Monjitas, número... Ya ve que no lo engañaba en decirle que no-

apolillados, sino que por allí *cerquita* está la *pasáa* y los pobrecitos brutos la saben.

Este diálogo se hacia sin pérdida de tiempo, porque los caballos marchaban al trote largo, y Tomas, para aprovechar de la buena conversacion del cochero, se habia puesto en los asientos de adelante para seguir la conversacio mientras llegaban.

—¿Con que tiene muchos parroquianos la tia Anastasia?

—Ai, patroncito, muchísimos! ¿Qué cochero no la conoce?

—¿Y cómo diablos ha adquirido tanta fama?

—¡Tiene tantos oficios la buena señora!

—¿Y cómo sabes tú eso?

Es preciso advertir, por medio de este paréntesis, que Tomas se daba siempre los aires de gran señor, cuando trataba con los pobres, salvo que esto no les impedia a ellos el reirse a su turno y en sus propias barbas de la pretension de aquel pilluelo que olia a criado desde a legua (1).

Salvado el paréntesis, volvemos al diálogo que sostienen Tomas y el cochero.

—Ai, patroncito, ¿qué es lo que no sabe un cochero?

—Pero en fin, ¿cuáles son los oficios?

—Para qué le digo *náa*, patroncito, cuando usted la debe conocer mas que a sus propias manos: eso se ve sobre la ropa.

—¿Y cómo se ve?

—Es que nosotros sabemos las cosas y nos callamos no mas. Cada cochero sabe mas cuentos que todos los escritores juntos, y si nos preguntaran a nosotros, se verian maravillas y se reiria a carcajadas todo el mundo.

—Dame una prueba de lo que dices.

(1) No hai mas que mirar a todos los cocheros de Santiago pertenecientes a las grandes familias y que muchas veces desempeñan a la vez el oficio de porteros, cuando se han quitado la librea, pero que conservan un traje limpio, para conocer en el acto la clase a que pertenecen, por mas que se empeñen en disfrazarse con el levita viejo del amo o del hijo mayor de la familia.

—Bueno, patroncito, pero con la condicion de que no se enoje.

—Te lo prometo; ¿y por qué habria de enojarme?

—Nada mas que porque nosotros conocemos, como ya se lo he dicho, a todo el mundo; y hasta los mismos provincianos cuando llegan a Santiago, ya podemos afirmar casi sin equivocarnos: este está recientemente llegado, ese otro ha estado una vez, aquel otro dos, tres, cuatro, y tal es de la provincia de Copiapó, de Aconcagua, porque estos siempre traen sus saquitos de harina y su bolsita de huesillos, cual de Colchagua, de Talca, etc., etc., porque a cada uno se le distingue por el *pelo*, como nosotros decimos, o por *la manera de apearse*, como dicen los huasos. Ya ve, pues, patroncito, todo lo que sabemos; ¿cómo quiere que ignoremos los oficios de la tia Anastasia?

—Sabes que esto está divertidísimo? ¿y yo de dónde soi?

—No quiero decírselo, patroncito, porque talvez se me incomode y no me quiera pagar el flete.

—Dílo no mas para ver si adivinas.

—Usted debe haber nacido en el Galan de la Burra o en la villa del Cobis: dos hermosos bulevardes, como dicen las franceses, de la gran capital denominada Santiago de Chile.

—Bribon, ¿te estás burlando de mí?

—No, patroncito, sino que es todo lo contrario; pues usted se está riendo del pobre cochero, tratándolo de *tú*, ni mas ni menos que si usted fuera un *su merced*, es decir, un caballero de alta alcurnia como los... los... los... como casi todo Santiago, pues hasta los criados les ha chiflado el diablo por darse importancia, y no hai perro ni gato que no le hable a uno de *tú*, echándoselo al *hombro* desde la primera vez que los ven. Ahora, patroncito, yo seré mas político tratándolo siempre de usted; pero usted no es otra cosa que un pabe... de la casa de don Guillermo de... calle de las Monjitas, número... Ya ve que no lo engañaba en decirle que no-

sotros sabemos mucho: esto le servirá para otra ocasion, patroncito.

—Insolente! despues de haberte dado una peseta!

—Todos los criados son fanfarrones.

—¿Y todavia me insultas?

—Basta de esos *túes*, y aconséjales a tus iguales que no los empleen, como tampoco deben emplearlo los superiores, porque en Chile no hai esclavos, y si ustedes lo son o quieren serlo, aguántenlo. Por mi parte, estoi resuelto a echárselo en cara, no digo a tí que nada vales, sino al mas pintado, para que desaparezca esa maldita costumbre y paraque tú y yo tengamos mas dignidad y los pretendidos caballeros menos ridiculeces. Pero en fin, ya hemos llegado donde su amiga la tia Anastasia; cortemos la discusion y quedaremos tan amigos como de antes, siempre dispuesto para servirlo con tal de que no me ande con ese cuento de los *túes*.

Es de advertir que el tal cochero era uno de los afiliados de la estinguida *sociedad de la igualdad*.

Tomas estaba, como se dice jeneralmente, acholado, porque el ataque habia sido tan inesperado, tan brusco y tan burlon, que, a pesar de su natural despejo, no halló una palabra que contestar y se bajó del coche casi sin levantar la vista.

—No me paga, patroncito, gritó el hombre de manta; ¡qué le haremos! me contentaré con los dos reales del pabe... de la calle de las Monjitas... Adios...

Este nuevo insulto dicho en alta voz y que alcanzaron a oir varias personas, al menos era fácil presumirlo asi por las risas de los unos y las carcajadas de los otros, acabó de aterrar al pilluelo que, para salvarse de la vergüenza, volvió la cara hácia la puerta y llamó con fuerza para que le abriesen luego; pero no alcanzó a ponerse a salvo, sin que oyese el mismo apodo repetido por los muchachos que continuaban provocando la hilaridad de la concurrencia con sus sal-

tos, sus burlas y sus dichos, no atreviéndose siquiera Tomas a mirar a nadie, a pesar que le decian los chiquillos bastante récio: "Vuelve la cara, pabe..."

En esto apareció la tia Anastasia con mucha calma, porque encontrándose en acecho al lado de la puerta espiando las acciones de unos vecinos del frente, habia reconocido a Tomas y oido perfectamente el insultó del cochero; y como se gozaba en hacer sufrir y queria vengarse de alguna manera de las doce onzas que le habia encamoteado Tomas el dia anterior, no quiso abrirle la puerta sino hasta que lo hizo saltar de impaciencia.

Al verla Tomas le dijo con tono colérico: "Abra lijero con todos los diablos."

—Hola, hijito mio, ¿qué es lo que te urje tanto? Vienes mui de prisa? Parece que te corrieran de atras. ¿Por qué estás tan colorado? qué has andado mucho?

Y la vieja no abria.

—Abra la puerta, le digo, o de no la echo abajo... y pegó un récio empujon.

—¡Qué es esto! esclamó con finjido enfado la tia Anastasia; ¡quererme echar la puerta abajo! ¿Desde cuándo he dejado de ser la dueña de casa? Esto no me habia pasado jamas!... Es la primera vez que me sucede! ¿Qué vienes borracho?

—No, no, pero ábrame luego, ábrame inmediatamente.

—Vamos, Tomas, yo no estoi para recibir semejantes órdenes y mucho menos para obedecerlas cuando se emplea ese tono: yo puedo tener amigos, pero no reconozco amos.

Intertanto la rechifla continuaba y el jentío aumentaba en proporcion, y las risas eran mas estrepitosas, y la algazara crecia, y el apodo era repetido no tan solo por los muchachos, sino por las mujeres de los cuartos vecinos.

—¿Qué tumulto es ese? preguntó la tia Anastasia con mucha calma y como si recientemente se apercibiera de él.

¿Qué es lo que dicen? añadió. ¿Qué significa esa palabra? ¿a quién se dirijen?

—Por Dios! tia Anastasia, esclamó Tomas con suplicante tono: ¿no ve que es de mí de quien se rien y de quien se burlan?

—¡No faltaba mas! qué atrevimiento! ¿Por qué no llamas al vijilante? ¿Quiéres que yo lo haga?

—No, no; quiero solo que me abra la puerta.

—¡Pero tanta desvergüenza no puede quedar sin castigo! ¡Burlarse de un hombre decente, casi de un caballero! ¡No faltaria mas!

—Pero ábrame la puerta, se lo suplico.

Ya los muchachos, alentados por la impunidad, se iban atreviendo a mas y comenzaban a arrojarle pequeños pelotones de barro.

—Voi a traer las llaves, contestó la vieja. Qué lástima que se me hayan quedado no sé donde! Maldita memoria! Pero no tengas cuidado, Tomasito, que las encontraré.

La situacion del cómplice de Guillermo, del confidente de la madre y del socio de la tia Anastasia no podia ser ni mas ridícula ni mas apremiante, pues hasta los perros le ladraban, lo que no entraba por poco en la diversion de la muchedumbre y por no menos en el despecho y en la vergüenza del *criado de casa grande.*

—Malditos animales! gritaba un jóven artesano; ¿no parece que olfatearan?

—¿Que olfatearan qué? preguntaba otro.

—El olor al pabe... respondió un tercero.

Y de aquí se seguian los dichos sin fin, a cual de ellos mas agudo y mas alusivo.

Y mientras tanto la tia Anastasia se demoraba y no parecia con la llave.

Maldicion, decia entre sí mismo Tomas; esta vieja creo que tambien se está burlando de mí; pero bastante caro me las tendrá que pagar.

Y como si hubiera comprendido la tia Anastasia lo que pasaba por Tomas, apareció desde el segundo patio corriendo, ajitando las llaves y diciendo en alta voz: "Parecieron las picaronas; bien sabia yo que las habia de encontrar. ¡Pero si supieras el trabajo que me ha costado! He revuelto por tí toda la casa! No hai nada en su lugar, todo se encuentra patas arriba o patas abajo, como tú mismo lo verás! Dios mio! qué de trabajo no me ha costado!... ¡Lo que somos los viejos! Ya no servimos para nada, pues hasta la memoria nos flaquea! ¡Ay! Tomasito: antes de llegar a viejo, tírate un tiro, porque ya ves como uno queda. Inservible... ni buena para los perros, como dicen los *rotos*, el soberano pueblo queria decir.—Pero si quieres que te abra, disipa a esa muchedumbre, al menos un poco, para no dar un escándalo tan grande, porque tú debes comprender que entrar a mi casa un jóven solo cuando todos saben que soi soltera o al menos viuda del famoso Josesito, hijo lejítimo de la aguardientera, dará lugar a habladurias que no convienen ni a mi reputacion, ni a mi estado, ni talvez a mis negocios.

Pero la tia Anastasia al ver al ceño de Tomas, conoció que habia ido demasiado lejos en la broma y que esto podia perjudicarla en sus intereses, y se apresuró a abrir, dándole paso y cerrando inmediatamente la puerta tras de él.

Sin embargo, no porque hubiera desaparecido Tomas, dejaba de continuar la algazara, oyéndose distintamente las espresiones de insulto, de burla o de desprecio con que saludaban al caballero de *nuevo cuño.*

—¡Qué canalla! esclamó con finjido furor la tia Anastasia. ¿Por qué no has hecho un escarmiento con esa jentuza? Has tenido una moderacion como nadie; ya se ve: ese populacho no se castiga sino que se desprecia. Has hecho bien; pero ven para acá, entremos al interior, cerremos las puertas de los cuartos y nos libraremos de la bulla que meten esos demonios y que puede perturbar nuestra séria conversacion.

—¡Maldito cochero! dijo Tomas hablando consigo mismo.

—¿De quién hablas? ¿a quién te refieres?

—A nadie; me acordaba de un tuno.

—¿Que te ha hecho alguna jugada?

—Pero que me la ha de pagar.

—¿Qué eres rencoroso, Tomasito? Pero entremos para los cuartos, porque con esa griteria ¿quién puede oir lo que uno habla? ¿Qué no habrá vijilante en este barrio? Déjame irlo a llamar.

—No haga usted tal cosa, al fin se cansarán; mientras que si viene el vijilante durará todo el dia y durará para siempre.

—Te comprendo: eres amigo del pueblo, amas la libertad, la independencia, el derecho de asociacion; pero por lo que es a mí, me fastidia.

—¡Qué libertad, ni qué asociacion, ni qué independencia; ojalá pudiera ponerlos a todos en la cárcel!

—Y entonces! ¿por qué te opones a que llame al vijilante?

—Me opongo, me opongo; porque cada uno sabe lo que hace.

—Nada tengo que replicar.

—Ya lo creo; pues usted no lo hace menos mal que ellos.

—Cada uno hace lo que puede.

—Es decir que usted tambien se ha burlado y se burla de mí; pero usted sí que realmente no me importa, ni la temo, pues nos veremos las caras en mui poco tiempo.

—¡Tomasito! qué calumnia! Yo burlarme de tí! Estás soñando! Burlarme de mi mejor amigo, del jóven que mas aprecio y cuyo talento he sido la primera en reconocer, es incomprensible! ¿Cómo se te ha pasado semejante disparate por la imajinacion? Si no me lo dijeras, no lo creeria. Y ahora, ¿a qué vienen esas amenazas? Sobre este punto soi severa; puedo perdonarte tus sospechas, pero que te declares mi enemigo, no lo soporto porque cometerias un disparate y no sacarias nada, mientras que como vamos, no anda mal el negocio: la prueba la tuvistes ayer: ¡doce onzas en estos tiem-

pos! No las gana el abogado de mas nombre, ni el fraile mas *mísero*, porque tendria que emplear doscientos dias, mientras que tú has obtenido eso y mucho mas en un cuarto de hora.

Tomas vió que habia cometido una imprudencia; que la tia Anastasia tenia razon y que él no habia hecho otra cosa que perjudicarse en sus intereses con una declaracion de guerra tan intempestiva; y en el acto cambió de táctica.

—Estaba tan rabioso, mi querida tia, con esos bribones, que no he sabido lo que he dicho; pero puedo asegurarle que yo soi su mejor y su mas leal amigo y venia a darle evidentes pruebas de ello.

—Asi me gusta la jente: estás perdonado, hijito; ¿qué rencor puedo yo conservarte cuando, como te lo he dicho, te quiero y te distingo.

Esta reconciliacion era aparente: ambos sabian a qué atenerse el uno respecto del otro, pero les convenia a los dos engañarse; sin embargo ni Tomas confiaba en el afecto de la tia Anastasia, ni ésta en la lealtad de Tomas; pero seguian jugando la partida, confiando cada cual en su destreza y en la bondad de su juego.

III.

Una vez en un cuarto retirado y libres ya del bullicio de la calle que tanto mortificaba a Tomas, dijo a la tia Anastasia:

—Le traigo a usted muchas cosas buenas, muchas cosas importantísimas, tanto que, si hubieran de valorarse por dinero, no las daria por una fuerte suma, prefiriendo depositarlas en el seno de la amistad.

—Y de la asociacion, porque, como hemos convenido, trabajamos juntos y las pérdidas como las ganancias pertenecen a ambos.

—Asi es, y por la misma razon debe usted tener confianza en cuanto yo le diga.

—¡Como no! sin este requisito indispensable no podria haber negocio de ninguna especie.

—Dejémonos de preludios y vamos al grano.

—Prefiero esto a todo.

—Las cosas son graves, se presentan mui sérias...

—Esplícate.

—Don Guillermo está loco...

—¿Loco dices?

—Loco y mui loco.

—No me mientas, Tomasito.

—Usted comprende que seria inútil una mentira y que ella me perjudicaria desde el momento que usted misma puede cerciorarse en el acto.

—Indudablemente; ¿pero de qué ha provenido este desgraciado accidente?

—Eso es lo que no se sabe; eso es lo que se trata de averiguar.

—¡Cosa inesplicable!

—Pero que usted debe saber.

—Yo!

—Asi se presume; pero dejemos esto para despues y demos principio por el principio. Ya usted está al cabo de lo que le dije ayer, y puedo asegurarle que no le he mentido ni le mentiré ahora, porque eso no conduciria a nada sino a embrollar las cosas y talvez a perjudicarnos. Pues bien, cuando me fuí de aquí aún no se habia levantado el señor don Guillermo, lo que me estrañó; y suponiendo algo de grave, fuí a prevenírselo a la señora.

Y Tomas continuó refiriendo todo el suceso a la tia Anastasia, sin olvidar la menor particularidad.

La tia Anastasia oia con suma atencion, pareciéndole que allí estaba envuelto su propio destino.

¿Qué venganza tan terrible, decíase entre sí misma, han podido tomar esos hombres? Porque es indudable que de allí proviene la locura de Guillermo.. ¡Qué venganza... qué

venganza es esa? Yo creia que lo asesinarian, y no ha sucedido; ¿qué es lo que puede ser? Y la vieja temblaba involuntariamente; y su fisonomia casi se descompuso hasta el punto que llegó a notarlo Tomas, y le dijo:

—¿Le ha dado a usted una fatiga.

—No, Tomasito, pero te lo confieso; quiero tanto a Guillermo que su repentina y rara enfermedad me ha trastornado.

—A las palabras de rara y repentina enfermedad, agregue usted tambien, espantosa, porque da miedo ver a don Guillermo y causa horror lo que dice cuando se le llega a entender, porque su desesperacion le embarga algunas veces la voz.

—¿Y qué es lo que dice?

—Habla de muerte, de fuego, de tenazas ardiendo, de matrimonio, de miles de pesos, de infame, de la vieja bruja llamada tia Anastasia, de venenos, del bribon de Tomas, de la crueldad de Mercedes, de tres jueces, de la inquisicion, de su propia madre a quien le dice hipócrita, ladrona, del sarjento Lopez, de misia Luisa Valdes, de Enrique el carpintero, de candelabros y de espejos, de pistolas, de cepo de campaña, y en fin, de tantísimas cosas a cada cual mas contradictoria que es imposible sacar algo, ni formar el menor juicio. Despues se despedaza, quiere matar y matarse, en seguida llora, rie, y por último, cae como cuerpo muerto, pero queda con los ojos tan abiertos y tan fijos que verdaderamente dan miedo, y el médico dice que en ese letargo sus sufrimientos son mayores y que no duerme un solo instante.

La matrona examinada, esa alma de hielo con un corazon de hiena, estaba aterrada por la narracion de Tomas: el crímen siempre es cobarde; la crueldad no indica la fuerza... Ella pensaba en sí misma... Ella que tenia tanta o mayor parte que Víctor en la violenta seduccion de Mercedes... Ella que habia dado los medios para que se apoderasen de su cómplice... Ella que habia azuzado la venganza, ¿qué era

lo que se le esperaba? Talvez el mismo castigo, talvez mayor; ¿pero cuál era ese castigo que no mataba, que no dañaba al cuerpo y que causaba mas estragos que la muerte, que traia mas desesperacion que todos los dolores juntos? El misterio en que estaba envuelto ese acto de venganza, lo hacia aparecer mas grande y mas terrible a su vista, y la vieja no podia ocultar la preocupacion dolorosa de su espíritu; pues a pesar del grande imperio que tenia sobre sí misma y del hábito constante de finjir, le era imposible desterrar aquella idea que se habia apoderado de ella: el miedo es de todos los sentimientos humanos el que nos domina con mas fuerza y del que no nos desprendemos casi jamas: podemos vencer el amor y el odio; podemos privarnos de los placeres y sustraernos a los dolores; podemos olvidar la desgracia y hasta familiarizarnos con ella; podemos hacer todo cuanto queramos; ¡pero desterrar al miedo cuando se ha apoderado de nosotros, imposible!... él nos acompaña por todas partes, se injiere en todas nuestras acciones y nos persigue hasta en el sueño mismo.

Esta era la situacion en que se encontraba la tia Anastasia y en que, sin pensarlo, la habia colocado Tomas, porque Tomas ignoraba sus manejos que solo ella sabia y por la misma razon solo ella temia las consecuencias. Desde ese instante la tia Anastasia no tuvo gusto para nada, dejó de tener confianza en sí misma y se puso pusilánime; pero como tenia que luchar para ver si podia conjurar el mal que la amenazaba, y para ello necesitaba saberlo todo, dijo a Tomas: "Prosigue, hijo mio."

El muchacho, por mas preocupado que estuviera con las recientes burlas, conoció el gran cambio que se habia obrado tan instantaneamente en la tia Anastasia por el solo hecho de referirle la enfermedad de que adolecia Guillermo, lo que le hizo suponer que la vieja sabia la causa de aquella enfermedad y se la ocultaba porque talvez habia tomado parte en ella; nada mas verosímil, pero su deduccion era

errónea, segun lo sabemos; sin embargo, él no podia menos de obrar en conformidad con su pensamiento, y le dijo:

—Ahora, tia Anastasia, por mas que quiera ocultármelo, estoi cierto que usted conoce la causa de la enfermedad de mi patron.

—No, Tomasito, te lo aseguro..., te lo juro...

—Y entonces, ¿por qué manifiesta usted tanto temor? Pues, aun cuando quiera ocultarlo, se lo conoceria un niño.

—¡Es posible!

—Cómo no ha de ser posible cuando está de manifiesto.

—Pues bien, Tomas, esto mismo te probará que yo lo ignoro todo, porque si lo supiese, ¿me habria estrañado la enfermedad de Guillermito? Me habria sorprendido tu relacion?

Habia tal acento de verdad y mas que todo tal lójica en el argumento, que por sí mismo estaba demostrando claramente que, por primera vez en su vida, aquella mujer no mentia.

—¿Pero cuál puede ser la causa? agregó Tomas.

—El oríjen está de manifiesto por la relacion que me has hecho. El mal es reciente y debe provenir de la casa de Mercedes; ¿cómo quieres encontrarlo en mí? Y te aseguro, Tomasito, que estoi tan interesada como tú mismo, y mas que tú mismo en averiguar esto: ya sabes que yo queria tanto a Guillermito.

—No hablemos de amor, señora, que no viene al caso; seamos mas francos: usted no me puede engañar con palabras, como yo no puedo engañarla a usted; de consiguiente echemos a un lado lo que no sirve y abordemos la cuestion como es debido.

—Sea como tú quieras.

—En nosotros no influye otra cosa que el interes. Si usted se prestó para que cayera Mercedes, fué por interes lo mismo que yo. Si yo trato de averiguar el secreto, es por interes lo mismo que usted; con que así, dígame si le con-

viene ser franca conmigo lo mismo que yo he sido con usted; de otro modo no podemos marchar adelante y me retiro; cada uno obrará en lo sucesivo por su cuenta y riesgo.

—Pero cuándo he dejado de ser franca contigo?

—Usted no lo ha sido nunca sino en aquello que le ha convenido.

—Es probable que tú hayas hecho otro tanto.

—Tambien, y no me quejo ni me arrepiento, sino que en el actual asunto quiero, porque me conviene, ¿lo entiende? establecer como punto de partida la verdad.

—Y yo lo mismo.

—Si es así, ¿qué fué lo que sucedió en aquella noche en que se quedó sola con mi patron?

—Ya te lo he dicho con toda franqueza y con toda verdad.

Nada mas natural que la tia Anastasia, con el conocimiento de mundo que tenia y particularmente con el conocimiento del individuo con quien trataba, no consintiese jamas en confiarle un secreto de tanta importancia, un secreto que podia, nada menos que llevarla a una reclusion para todos los dias de su vida, pues desde el momento que tuviera la debilidad de fiarse de Tomas, estaba segura, no solo que pasaria toda su fortuna a manos del pilluelo, sino que pasaria ella misma y que se convertiria aquel en su peor cuchillo y en su peor verdugo: de manera que sobre este punto era inflexible y tenia razon.

—Está visto, prosiguió Tomas, que usted no quiere que hagamos alianza.

—Si quiero, hijo mio, pero no puedo decirte mas de lo que sé; ni puedo inventarte cosas por el mero hecho de agradarte; y la mejor prueba que te doi del interes que tengo en que seamos amigos es que cualquiera otro servicio que me pidas te lo concederé, asi como no tuviste ayer mas que abrir la tarasca para tragarte mis doce onzas.

Tomas no pudo menos de reirse de la última frase de la tia Anastasia y oyó con agrado la proposicion, porque lo que él buscaba en la pesquisa del secreto, era solo el dinero y si este le venia de otra manera, poco le importaba lo demas.

—Usted se espresa tan bien, tia Anastasia, que uno no puede menos de rendirse a tanta elocuencia, aceptando como verdad todo cuanto sale de sus labios.

—Ya lo creo! Sobre todo cuando mis palabras van acompañadas de cierto sonido.

—Indudablemente del sonido de las onzas.

—Sí, del sonido de las onzas: entonces si que te se abre el entendimiento y la credulidad y te pones manso como el cordero pascual.

—Para qué negarlo cuando ya hemos hablado sobre el particular y usted ha convenido conmigo que era solo el interes el que nos guiaba; en consecuencia, por lo que voi a decirle pido a usted otras doce onzas adelantadas.

—Esto es lo mismo que decia no sé quien: "que llueva y no escampe." ¿Te figuras que yo tengo los tesoros de Creso? "Bueno es cilantro pero no tanto" se dice allá en nuestras provincias del sur: "la avaricia rompe el saco" "quien mucho abarca poco aprieta" dice un antiguo adajio mui aplicable al caso presente y que son de jeneral y reconocida aceptacion.

—Yo no entiendo nada de esos latines, señora; guárdelos para usted que sabe la Biblia, en cuanto a mí me contento con la bolsa.

—Ya lo creo! pero vamos, sé razonable y no me pidas demasiado. Yo estoi dispuesta a servirte y a complacerte en cuanto dependa de mi voluntad o esté al alcance de mis fuerzas; pero comprenderás que tampoco quiero arruinarme.

—Arruinarse! cuando usted tiene mas escudos que yo pelos en mi cabeza.

—Unos se llevan la fama y otros la lana, amiguito mio, y este adajio nos viene a pelo.

La palabra *pelo* le hizo recordar a Tomas lo que le habia dicho el travieso cochero y la sangre se le subió a la cabeza.

—¿Te he enfadado? le preguntó la tia Anastasia engañada por este cambio repentino de fisonomia.

Tomas supo aprovecharse del equívoco, y le contestó:

—De veras, tanta miseria a quien no incomoda.

—¡Miseria llamas doce onzas ayer y doce onzas hoi!

—¿Y miseria llama usted las revelaciones de ayer y las revelaciones de hoi?

—¿Qué me has dicho hoi?

—Nada es verdad; ¿pero qué me ha dado tampoco?

—Nunca se cobra el salario antes del trabajo.

—Pues bien, vamos al mercado: me comprometo a entregarle atadita de piés y manos a la señora madre del señor don Guillermo.

—Qué ocurrencia! ¿Y cómo harias tú ese milagro? Y aun haciéndolo ¿qué ventaja me produciria?

—Una ventaja que solo usted puede calcular, porque la señora creo que la conoce a usted.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque ella misma me lo ha dicho.

—¡Ella te lo ha dicho! Ella te ha hablado de mí!

—No mucho que digamos, porque a mí no me gusta darme aires de estar en relaciones íntimas con mis patrones, o con mis amos, como se acostumbra decir.

E involuntariamente le vino otra vez el recuerdo del diablo del cochero.

—Pero en fin qué es lo que te ha hablado de mí?

—Vengan las doce onzas para que ese traguito me desenvuelva la lengua.

La tia Anastasia pensó un largo rato, talvez reflexionando lo que podia haber de comun entre las relaciones pasadas y las relaciones presentes con aquella familia y despues de esta especie de oracion mental, dijo a Tomas:

—Eres mui cargoso, me pides demasiado, pero yo soi jenerosa y condescendiente: convenido.

—¡Hola! ¿Con que el cebo era bueno que ha mordido tan luego el anzuelo?

—¿Qué significa eso? ¿Me has querido sondear? Pues te equivocas.

—Eso es en lo que menos pienso; queria decir una chuscadá y nada mas; porque estas oncitas me ponen el jenio como en un dia de pascua.

—Qué buenas disposiciones tienes, hijo mio! Te pronostico que en poco tiempo serás el primer banquero del pais, esto es si primero no vas a dar un paseo por los *carros* o lo que es lo mismo por la *penitenciaria* què es un palacio encantado, a la estremidad sur de la *Pampilla* o el *Campo de Marte*, como se llama actualmente por el prurito que tenemos de seguir en todo la moda francesa.

—Agradezco tan buenos deseos, pero no perdamos tiempo en charlar de insignificancias, porque se me hace tarde.

—¡Qué apurado estás!

—Cómo no, cuando hai enfermo en casa.

—Principia.

—Sí, principio y principio con toda confianza, porque tengo la seguridad de ser tan bueno el negocio que le presento que casi estoi seguro que usted voluntariamente y sin que yo le diga una palabra, aumentará por sí misma el valor del convenio.

—Veremos.

—Principiaré diciéndole que la señora madre del señor don Guillermo, mi amo y patron, sabe tanto como usted y como yo todo lo ocurrido en el asunto de Mercedes sin ocultarle un ápice de las diabluras de su hijo de la inimitable doña Anastasia Pincheira, matrona examinada, etc., etc., y las de su humilde servidor el que habla.

—¿Y quién le ha informado de todo esto?

—Yo mismo.

—Tú! Pero esto era condenarte.

—No, esto era salvarme, y mas que salvarme, ganar mucha plata, como lo espero y como ya lo estoi esperimentando.

La tia Anastasia miró estupefacta al pilluelo.

—Cuando se descerrojó la puerta de las piezas de don Guillermo, la señora entró sola, (porque la señora es valiente y disimulada, se lo prevengo) y Dios sabe solamente lo que vió, porque ella no me ha dicho una palabra; sin embargo, debia de haber algo de raro, porque cuando yo me introduje con el médico, la señora estaba mui ajitada y tenia el semblante algo demudado, y ella no varia jamas: esta es otra observacion.

Ahora, pues, ya sea lo que vió al entrar, ya sea las palabras que ha oido en medio del delirio, ya que mi patron le comunicase algo en un momento lucido, lo cierto del caso es que ella me llamó aparte y me interrogó sobre toda esta historia; y yo me ví, por las razones que le he espuesto y por mi propia conveniencia, obligado a revelarlo todo, todo, menos lo de aquel dia en que yo no estuve presente. Ella se fijó en esto y dijo que de allí partia el mal y que era preciso averiguar este hecho costase lo que costase, sucediese lo que sucediese, porque talvez del conocimiento de lo ocurrido en aquellos momentos dependia la salvacion de su hijo. Yo fuí de la misma opinion y entonces ella me preguntó dónde vivia usted y que viniera a decirle que la aguardara mañana a una hora en que pudiera hablar sin testigo. Yo me le ofrecí en vano para entablar la negociacion, pero ella no quiso por muchas y poderosas razones que me dió y que son las siguientes:

Y Tomas refirió exactamente lo que le habia dicho la señora.

—Pero lo que falta que le diga, prosiguió Tomas, es el encargo especial que me hizo de que usted no traslujera nada, no supiera nada, ni de la enfermedad de su hijo ni

de la llegada del coche en la noche anterior, ni de ningun incidente que pudiera darle la menor luz, porque queria tomarle de sorpresa, pues no ignora cuán astuta es usted.

Ahora, tia Anastasia, continuó Tomas, ¿obro yo como buen aliado? Merezco o no las doce onzas, cuando le doi la posibilidad de ganarse doscientas? Asi es como se marcha con toda franqueza y con toda verdad. Yo le entrego a mi señora atada de piés y manos, como le decia al principio de nuestra conversacion: usted verá el partido que puede sacar de esto. Yo le evito una sorpresa que le podia ser perjudicial y le doi armas para que gane la batalla, ¿qué mas puede exijirse del amigo mas fiel? Yo la coloco en una situacion ventajosísima, apartándola a la vez de un peligro, ¿no es cierto? Dígame ahora si está satisfecha.

—Satisfecha y mui satisfecha; y en prueba de ello, Tomasito, aquí tienes, no doce, sino veinte onzas.

—Esto sí que es hablar bien, dijo el tuno saltando de su asiento; que la lluvia de oro continúe y ya no seré mas criado; ya no seré mas pabe... ¡Qué diablos iba yo a decir! ¡No faltaba otra cosa sino que yo me estuviese embromando a mí mismo!

—¿Estás contento?

—Y mucho; pero voi o probarle que a jeneroso no me gana nadie, dándole una cosa mejor: ya ve que usted no echa su dinero en saco roto.

—Mejor!

—Infinitamente mejor.

—No te creo.

—Tendré que hacer el mismo papel que hizo Nuestro Señor Jesucristo con San Andrés, salvo que la comparacion es un poco ventajosa para nosotros; pero modestia aparte y juzgue usted misma: ha de saber que me ha encargado la señora un buen espía, prefiere la mujer al hombre para que se introduzca en la casa de Mercedes y trate de averiguar todo cuanto pasa en aquel recinto y vaya a co-

municárselo en el acto, porque ella dice: "De allí donde ha venido el mal puede salir el remedio;" en lo que tiene mucha razon. Ahora pues, yo le doi a usted la facilidad de tener un poderoso ausiliar en el campo enemigo, que le prevenga a usted de los planes que se forjen, y por consiguiente, del peligro que le amenace; este mismo ausiliar le servirá para saber todos los pensamientos y combinaciones de la señora madre de don Guillermo, y asi tendré usted en su mano los libros de toda la tramoya, y podrá darle el jiro que quiera, haciéndola lucrativa, estratéjica y de precaucion; la dificultad consiste únicamente en escojer el sujeto, es decir, que sea bueno y de confianza: ¿qué le parece la llapa?

—La llapa es mayor que el mercado, y a mí tampoco me gusta quedar debiendo; y en consecuencia, en lugar de veinte onzas, aquí tienes treinta.

—¡Fieles y unidos hasta la muerte! esclamó Tomas entusiasmado, abrazando a la tia Anastasia. Ahora es demasiado tarde y es preciso que vuelva a casa; yo la tendré al corriente de todo.

—Ah! se me olvidaba decirte que tengo un sujeto inmejorable para colocar en la casa de Mercedes; previéneselo a la señora y recomiéndaselo mucho, y en caso que lo acepte, lo que no dudo, puedes presentárselo esta noche. Yo tendré aquí a la muchacha que es de buenos bigotes y de toda confianza, particularmente cuando será bien pagada por la señora y por mí. Fácil es decir que la muchacha es tu pariente. Te espero, porque creo se apresurarán a aceptar la proposicion y querrán verla para juzgarla segun las apariencias, que las mas veces son mui engañosas, pues tu prima tiene el aire de una santita y en realidad es un diablo, pero un diablo domesticado y condescendiente lo mismo que tú: parecen pájaros criados en un mismo nido.

—Está bien, está bien; adios, hasta la noche; tenga sin falta a mi primita para que yo la juzgue y le dé mis lecciones, como entre parientes, se entiende.

IV.

Tomas salió de la casa de la tia Anastasia con tal precipitacion, que parecia que volaba: temia encontrarse con las jentes que pocas horas antes lo habian embromado tanto, y sin mirar a ningun lado se deslizó como una sombra, y torció la primera boca-calle que se le presentó para salir de aquel lugar que tanto lo habia mortificado.

Si por desgracia, o mal de nuestros pecados, como decimos entre nosotros, encontraba Tomas un coche por la calle, se cubria la cara con el pañuelo, agachando la cabeza y alijerando las piernas, porque en cada uno de esos vehículos le parecia encontrar aquel en que habia tenido la desgracia de subir para que lo condujeran a la calle de las Cenizas. Por fin, llegó a su casa sano y salvo sin que le sucediera percance parecido, y era mui natural, pues tomó la precaucion de no llamar a ningun cochero, sino de valerse del *caballito de San Francisco*, espresion y locomocion que eran mui familiares en Chile hace poco tiempo y que ahora nadie usa ni emplea a no ser para ir a cortas distancias: ventaja inmensa que nos ha traido la civilizacion y progresos del tiempo, pero que hace perder y cubre con el polvo del olvido ciertas orijinalidades o cierto *caché* peculiar a la raza latina en América.

En cuanto vió la madre de Guillermo a Tomas, lo llamó con cierta impaciencia, diciéndole:

—Te estaba esperando con ánsia, pues el estado de Guillermo me alarma; ¿por qué te has demorado tanto? ¿Qué noticias me traes?

—Buenas y completas, señorita; sin esto ¿cómo cree su merced que no me hubiera venido en el acto? Pero, señorita, he tenido que vencer tantas y tan grandes dificultades que yo mismo me admiro como he podido desocuparme tan pronto.

—Está bien, cuéntame lo que has hecho.

—En primer lugar, señorita, la tia Anastasia accede, pero no sin esfuerzos, pues me ha parecido que no le gustaba la visita de su merced. ¡Qué vieja tan mala! pero tiene un lado flaco, el del interes; porque esta mujer, si asi puede llamarse, es capaz de darle las *huachas* á Judas, pues si aquel vendió al Redentor del mundo por treinta talentos, segun creo que dice la Santa Escritura, ésta lo azotaria por treinta *chauchas* (1); ¡y decir que su merced se atreve a ir a esa casa! Que su merced tan buena, jenerosa y noble, vaya a hombrearse y a entrar en relaciones con esa canalla del infierno que es un *siesnoes* mas que la canalla chilena, incluso el preopinante!

A pesar de todos sus cuidados y pesares, la señora no pudo menos de sonreirse de la manera de esplicarse y de las calificaciones de Tomas, en que no se esceptuaba a él mismo.

—Segun esto, ¿me espera?

—A las once o doce, o a la hora que su merced guste: estas fueron sus espresiones.

—Iré a la hora que ella ha determinado. ¿No le dijistes nada, por supuesto, de la enfermedad de Guillermo?

—Al buen entendedor con pocas palabras.

—Pero pudo habérsete olvidado mi recomendacion.

—A mí no se me olvida nada cuando trato de complacer a mis amos, porque mi gusto consiste en que ellos queden satisfechos.

—Yo lo estoi y mucho; ¿cuánto ganas, Tomas?

—Dispénseme, señorita, suplicar a su merced que no hablemos de eso: tengo otra cosa mejor que comunicar a su merced.

—¿Cuál?

—Estoi en posesion de una alhaja magnífica... de una alhaja que no tiene precio...

(1) Nombre dado por el pueblo a la moneda de veinte centavos.

—¿De algun brillante?

—No, señorita: un brillante no puede servir para muchas cosas; mientras que la joya que yo tengo sirve para todo y para conseguir infinitamente mas que con todos los brillantes de la corona de que habla mi autor favorito, Alejandro Dumas.

—¿Con que lees novelas?

—Sí, señorita, me gustan mucho; sói mui aficionado a la lectura.

—Bueno, es un agradable pasatiempo y un medio fácil e injenioso de instruirse, cuando las novelas son morales; ahora no me estraña que tengas un entendimienta tan despejado y esa facilidad de hablar, esa prontitud de concebir y ese juicio para apreciar las acciones y aprovechar las circunstancias; pero vamos al asunto principal: ¿qué alhaja es esa de que me hablas?

—La persona de confianza que puede su merced introducir en el conventillo de la calle de San Pablo.

—¿La has conseguido?

—Sí, señorita, y sin mucho trabajo, porque es una parienta mia.

—¡Cómo no me dijistes nada ésta mañana!

—Tenia la cabeza perdida; pero despues me acordé de... de mi parientita y me fuí derecho a la casa. Por parte de la muchacha no encontré tropiezo, pero el padre y la madre me hicieron algunas objeciones que al fin y al cabo conseguí desbaratar; de manera que tengo seguro su consentimiento: este ha sido el motivo de mi tardanza.

—Tú eres la verdadera joya, Tomas; ahora dime ¿qué te parece a tí tu primita? ¿La crees a propósito para lo que la necesitamos?

—Este asunto es mui delicado, señorita. A mí me agrada la muchacha, me parece sagaz y discreta y no tan tonta, a pesar de sus apariencias de santita, como yo le digo para hacerla rabiar.

—La descripcion que me haces no me desagrada, y basta por otra parte que tú la juzgues favorablemente para que ya sea para mí una gran recomendacion.

—Gracias, señorita.

—Sin embargo, Tomas, quisiera juzgar por mí misma.

—Es lo mas fácil; puedo traérsela a su merced.

—¿Cuándo?

—Cuando a su merced le parezca, porque ya dejé yo todo convenido.

—Cuanto antes mejor; necesitamos obrar con actividad, y es preciso algun tiempo tambien para que, tratando de hacerse amiga de Mercedes o de su madre, consiga ganarles la confianza.

—Tiene su merced muchísima razon, y estoi dispuesto a hacer todo cuanto su merced me ordene.

—Bien, Tomas, bien; ¿te parece que seria precipitarse mucho el que me la presentases esta noche para verla, nada mas que para verla, sin que haya compromiso ninguno, ni por su parte ni por la mia?

—Señorita, si su merced quiere, voi a traerla en el acto.

—No, Tomas; esta noche será mejor, porque deben guardarse ciertas precauciones; convendria mucho que nadie la viese para que no sea conocida mas que de mí y de tí; de consiguiente, la harás entrar directamente a mi dormitorio, donde yo los esperaré. Ve, pues, a las nueve, porque los doctores se reunen a eso de las ocho, y yo quiero estar presente a sus deliberaciones.

—Haré lo que su merced manda.

—Mira, Tomas; los padres de tu prima deben tener algunas necesidades.

—Son pobres, señorita.

—Tanto mejor, porque asi se hace un bien socorriéndolos; de manera que se consiguen dos beneficios.

—Ah! señorita, ¡como se conoce su buen corazon!

—Esta es una de las satisfacciones que me gusta darme,

y cada vez que se me presenta la ocasion, no la desperdicio. Toma esas diez onzas y llévaselas a sus padres, que en cuanto a ella, corre por mi cuenta su fortuna.

—Señorita, ¿no será esto mucho dinero?

—Es preciso que esos pobres satisfagan por completo sus necesidades mas apremiantes.

—¡Qué felices van a ser! Como van a echarla al cielo a su merced, porque los padres de la muchacha, es decir, mis tios, son medio beatones.

—¿Y dónde viven?

—Lejos, señorita, mui lejos: viven cerquita de la capilla de Belen.

—¡La capilla de Belen!

—Sí, señorita; talvez su merced no sabe que existe en Santiago una iglesia que se llama asi y a la que mi tia va dos veces al dia, por la mañana y por la noche; ¡como que es tan buena cristiana!

—Yo no conocia mas que a la burra de Belen.

—Pero a la burra! ¿cómo piensa su merced que se le haya edificado un templo?

—Dejemos esto y dime ¿qué edad tiene tu prima?

—Es niña, señorita; será una cosa asi como... como... de veinte años,

Tomas temia comprometerse y ser pillado en la mentira.

—Buena edad: ¿y de cara que tal es?

—Asi... regularcita.. buena mocita... esto va en gustos.

—Veo que te embaraza decir tu opinion, pero yo te daré la mia tan luego como conozca tu primita.

—Ojalá le agrade a su merced; pero ahora se me ocurre una cosa: y si no le gusta a su merced mi primita, ¿qué hago con esta plata?

—La tomas para tí.

—Yo no la necesito estando al servicio de su merced.

—Guárdala, sin embargo; despues verémos lo que se hará.

V.

Casi no sabia Tomas lo que pasaba por él: en dos o tres dias habia juntado una cantidad de pesos tan considerable como no se la habia soñado jamas: habia sido una verdadera lluvia de oro, pero que no habia caido por gotas, sino que habia venido como un torrente que habia inundado sus bolsillos hasta desbordarlos.

Este no es un sueño, decia Tomas, porque estoi bien despierto y el dinero lo tengo aquí; pero el caso es para volverse tan loco como mi amo; indudablemente, ¿quién me habria dicho anteayer lo que se me aguardaba? Este es un verdadero milagro, y sin embargo, yo no soi devoto de ningun santo; ¿quién sabe si el diablo hace tambien sus cosas buenas? talvez le encendí alguna vela cuando era niño y ahora me está recompensando. Todo puede mui bien suceder; porque lo que a mí me pasa no tiene ejemplo, al menos yo no lo he oido contar jamas ni a los criados pasados, presentes y creo que nunca le sucederá a los futuros: este es un prodijio, ¡y tan al principio! qué será despues? Porque esto parece continuar... ¡como no se acabe tan luego! Pero aun cuando se acabara, ya yo tengo hecha mi fortuna y lejítimamente adquirida, veamos, contemos:

El pagaré de Santiago.	$	500
El primer obsequio de la tia Anastasia. . .		207
El segundo id. de id.		527 50
Las diez onzas de la señora para mis queridos tios, los padres de mi queridísima sobrinita.		172 50
Suma.	$	1397

¡Mil cuatrocientos pesos, para hacer números redondos, como dicen los financistas, (y yo he de llegar a serlo segun el vaticinio de la honorable tia Anastasia) es una fortuna,

es un capital considerable que desde luego me hace independiente y puedo poner un despacho en grande o una casa de prendas, que es el mejor de los negocios conocidos y por conocer; y entonces, ya no seré criado diciendo a todo el mundo su merced; ya no seré lo que me dijo ese rotoso del cochero, sino que seré don, señor don y habrá muchos que a su turno me digan tambien su merced!

¡Y se me olvidaba lo principal! y toda la trapisonda que tengo debajo de mi cama incluso el traje y la espada militar, talvez valga mas que el dinero efectivo, y en ese caso ¿dónde voi a parar?—A las nubes, como dice el adajio, pudiendo desde luego dejar a todo el mundo plantado; pero esto no me conviene, todavia hai mucho que lograr, y uno a no ser un sonso, debe aprovechar las circunstancias; vamos, pues a ver a mi amiga la tia Anastasia, y en la primera ocasion, si observo que el viento se cambia, *émplumo*, porque para entonces tendré bastantes alas.

Sin esperar que diesen las nueve, Tomas se puso en marcha por la calle de las Cenizas sin llamar cochero alguno que lo llevase.—Al primer golpecito que dió a la puerta de la matrona, esa misma puerta tan cerrada por la mañana, se abrió instantáneamente, lo que le hizo hacer esta reflexion filosófica: ¡"Cómo cambian las cosas segun los tiempos y las circunstancias!" Y entró...

La tia Anastasia salió a recibirlo con los brazos abiertos, diciéndole:

—Ya pensaba que no venias, mi querido Tomasito, son las ocho veinte, y quedamos convenidos de vernos a las ocho en punto.

—Usted sabe que cuando uno no es dueño de su voluntad...

—Lo comprendo: ¿y qué hai de nuevo?

—El enfermo sigue en el mismo estado.

—Bien podia morirse, esto poco importa; lo que deseo saber es si ha aceptado la señora a tu sobrinita.

—Vamos por partes: que el enfermo se muera, eso no nos conviene, porque todo se lo llevaria el diablo; y le doi mi palabra, tia Anastasia, que por tal que no se muriera, le entregaria en el acto cuanto usted me ha dado.

—¿Tanto interes tienes en su conservacion?

—Como no! cuando él y la enfermedad son los que me llenan la bolsa.

—Tienes razon, no habia reflexionado en eso, y desde luego te digo que voi a rogar a Santa Filomena para que lo restablezca lo mas pronto.

—Tampoco es eso: ojalá no sanara nunca.

—Vaya! Ni quieres que se muera ni quieres que sane; que te entienda el *Tostado* (1).

—No hai necesidad del *Tostado*, pues usted sabe mas que él y comprende lo que quiero decir.

—Gracias por el cumplimiento: tú eres de la escuela de mi sobrino Víctor... A propósito, dime de una vez si la señora ha aceptado la proposicion.

—Por de contado; ¿y dónde está mi sobrina?

—Voi a llamarla; estaba esperándote. Y la vieja gritó desde el patio: "Eloisa, Eloisa...

—Bonito nombre, nombre de novela; y nosotros que estamos representando una al natural; ¡si yo fuera Abelardo!...

—No habrá inconveniente: yo creo que ella se llama Eloisa lo mismo que tú Abelardo: esto de conservar entre artistas los nombres de bautismo, es de mui mal gusto: siempre es agradable cambiar; pero veo que mi Eloisa no viene, vamos a buscarla.

Y la tia Anastasia, en compañia de Tomas, entró al salon de lujo que ya conoce el lector.

Eloisa estaba neglijentemente reclinada sobre el sofá, en una actitud que participaba de la voluptuosidad, de la gracia, de la meditacion y aun del misterio, porque un velo de finísimo encaje ocultaba su rostro sin cubrirlo.

(1) Palabra mejicana para designar al diablo.

Tomas se paró en la puerta y clavó su ávida mirada en la muchacha a quien daba la luz de la lámpara sobre el rostro, pero que se encontraba a cuatro o cinco varas de distancia.

—Parece bien hermosa mi querida sobrina, dijo el tuno tomando la facha de un gran señor, es decir, echando las solapas del levita para atrás y colocando sus dos manos en los bolsillos del chaleco, ni mas ni menos que cierto personaje de Santiago, viejo dandy, inflado como un pavo, hablador como una cotorra, y leso como un pollino, cualidades que lo han hecho célebre entre jeneraciones, siendo, por esto mismo, conocido mas que el palqui en nuestros aristocráticos círculos, a cuya sociedad se gloria siempre de pertenecer, en lo que tiene razon y conveniencia, pues allí, encuentra su bienestar sin desmentir su raza.

La tia Anastasia tomó por la mano a Tomas, diciéndole:

—Vamos, hijo mio, no seas tímido; yo te presentaré a tu sobrina; y dieron dos o tres pasos adelante.

Antes de acercarse del todo, la ninfa del sofá echó su velo a la cabeza y quedó descubierta.

Tomas al reconocerla dió un paso atras y esclamó: ¡la!...

—No, amigo, le contestó la muchacha sin inmutarse y sin cambiar de postura: Usted se ha equivocado yo soi Eloisa de Mendizabal.

—Y yo Abelardo de Montenegro, dijo Tomas con el mayor aplomo.

—Hola, repuso la vieja, alegremente: parece que ustedes se conocian. ¡Tanto mejor! Asi se entenderán a las mil maravillas.

—Somos relaciones antiguas, a no ser que esta señorita haya olvidado...

—A mi esposo, interrumpió la muchacha riéndose a carcajadas.

—Tú no quisiste que lo fuera.

—¿Con que hasta ahí habian llegado, dijo la tia Anastasia.

—Sí, hasta allí, pero no pasamos mas allá.

—¿Y cómo no me habian dicho nada ni tú ni Abelardo?

—Era una cosa pasada, y...

—Eso jamas pasa y jamas se olvida.

—Oh! señora, hai cosas mayores que tambien pasan y se olvidan; o de no, pregúnteselo a este caballero.

—No sé de lo que quiere esta señorita hablar.

—Yo sí que lo sé, porque todavia me remuerde la conciencia y me duele el corazon: jamas saldrá de mi memoria aquel lance y aquel desenlace terrible... Pobre señora! Pobre marido! Llegar de Valparaiso para morir éste y para ir a la casa de locos aquella!... y todo por nuestra culpa!...

—Fuera sentimentalismo, gritó la tia Anastasia, todavia no ha llegado su turno.

—Sí, fuera sentimentalismo, repitió Eloisa; no estamos en el drama, sino en la comedia; a ver una botella de champaña que la pagará este caballero.

—No tan solo una sino ciento señorita; pero dime: ¿cómo diablos te has transformado en tan poco tiempo; porque ahora no eres aquella muchacha media estúpida, criada de aquel pobre empleado, a quien, sea dicho de paso, ya compadezco, sino una muchacha hermosa, espiritual, elegante y al parecer de mucho mundo?... Y Tomas le tomó una mano que la muchacha le abandonó neglijentemente.

—Seria perder tiempo entrar en confidencias, contestó Eloisa; mejor que te figures que es la primera vez que me conoces; y esta es la verdad, porque ahora soi mui distinta...

—Por cierto! ¿quién puede dudarlo? Pero has ganado en el cambio un cincuenta por ciento.

—¿Y quién te dice que no lo he perdido?

—Mis ojos que te ven i mis oidos que te oyen.

—Déjate de lisonjas: hace mucho tiempo que ha dejado de ser eso moneda corriente para mí.

Tomas estaba subyugado; conocia instintivamente la superioridad de Eloisa sobre él, porque lo dominaba con la vista, lo dominaba con la palabra, lo dominaba con la actitud y hasta con su tono glacial.

—Dime francamente, repuso Tomas, con cariño y llevando la mano hácia sus labios sin que la muchacha la retirara por esto, ¿te has acordado algunas veces de mí?

—Muchas.

—¿De veras?

—No veo el motivo que tenga para mentirte.

—¿Pero me has recordado con gusto?

—No.

—¡Vaya que eres franca!

—Lo soi por cálculo, por conveniencia, porque siempre me ha salido mejor este sistema.

—Así no tendrás amigos.

—No los busco nunca y basta que no los busque para que suceda un efecto contrario.

—Es posible! Me alegro que tengas tanta fortuna, y me alegro doblemente al saber que vamos a trabajar juntos en una nueva empresa.

—Algo me ha hablado la tia Anastasia a ese respecto; pero no sé todavia las condiciones.

—¿No te las ha dicho ella?

—Ella! Tú sabes mui bien que es difícil adivinar lo que ella piensa, y mui clara para decir lo que exije de los demas.

—Así es; pero debe de haberte hablado sobre el papel que vamos a representar y todo cuanto tenemos que hacer.

—Ya te he dicho que en esto es mui esplícita, pero en lo demas tiene mui poca franqueza: ella me ha hablado sobre una especie de espionaje en casa de una niña que vive en un conventillo de la calle de San Pablo; que debia ser prima tuya y que tú me presentarias a una gran señora que es la mas interesada en el asunto; pero bien poco me ha dicho

sobre las condiciones, es decir, sobre lo que yo pueda lucrar en esta empresa, y esto es para mí lo principal; porque no quiero prestar mis servicios para que otros aprovechen: ya no soi, querido primo mio, la misma mujer de antes, pues confio poco en las palabras y mucho en los hechos.

—Creo que aquí irán en harmonia las palabras i los hechos; pero mientras tanto seria bueno que renovaramos nuestra antigua amistad.

Y Tomas uniendo el dicho al acto, se aproximó a ella.

—Dejémonos de familiaridades que no sean las inocentes que debe de traer consigo nuestro grado de parentezco; pues estoi obligada a pasar por tu prima, ¿no es verdad Tomas?

—Asi parece y creo que encontraremos mucho que ganar en nuestra mancomunidad de intereses.

—Ustedes serán las personas cuyos intereses están mancomunados, en cuanto a mí, nada se me ha dicho todavia.

—Pero no quedarás sin parte.

—Así lo espero; porque de otro modo no prestaré mi apoyo; y si es de juzgar por lo que se me ha dejado entender, soi yo la persona que va a tomar una parte mas activa en el negocio, y en tal caso, deseo que se me pague en conformidad a mis servicios.

—Nada mas natural: sácale cuanto mas puedas a la tia Anastasia que, por lo que respecta a la señora, trabajaremos a medias y creo que no te arrepentirás.

—Te he dicho que ya no me confio en palabras, y todavia menos en las tuyas, pues ya sé por esperiencia lo que valen.

—Ahora son otros los tiempos.

—Difícil es que lo malo se haga bueno.

—Pues en mí ha sucedido y ya lo verás tú misma, mi querida Maria, mi querida Eloisa iba a decir.

—Di mas bien, mi querida prima.

—Sea; pero reanudemos nuestras antiguas relaciones.

—Mas tarde lo veremos; en cuanto a ahora vamos al negocio.

—Lo uno no impide lo otro, sábete Eloisa que soi un hombre rico, un buen partido para cualquier muchacha.

—Tanto mejor si estás rico, porque te encuentras en situacion de poder hacer efectivas tus buenas cualidades.

Y la muchacha se rió desdeñosamente y sin tomarse la pena de ocultar a Tomas su indiferencia o su desprecio; lo que picó el amor propio de este último, obligándolo a esforzarse tanto mas en conquistar a la desdeñosa beldad: esto es lo que sucede con frecuencia a la jeneralidad de los hombres, y Tomas obedecia a la misma lei.

—¿Ya están ustedes de acuerdo? ya han reanudado sus antiguas relaciones? entró diciendo con el mas almibarado tono la tia Anastasia que habia salido un momento para dar lugar a que se esplicasen y se entendiesen entre sí sus dos ausiliares.

—Casi se puede decir que no hemos dado principio, respondió la jóven.

—Ya comprendo, ya comprendo... a esa edad lo primero a que se atiende es el amor.

—Al amor! contestó Eloisa, riéndose a carcajadas: esas son antigüañas, tia Anastasia; ahora no hai amor, solo hai interes, solo hai dinero...

—¿Y si ambas cosas se combinaran?

—En ese caso está bien.

—Pues es lo que sucede actualmente: Tomas parece quererte y ya debe de encontrarse rico.

—Lo dirá el tiempo; no precípitemos los acontecimientos, y vamos al negocio principal.

La tia Anastasia entró a desarrollar el plan con toda claridad y precision.

Eloisa oia atentamente; y cuando hubo terminado la vieja, dijo:

—Estoi al cabo, sé todo lo que se exije de mí; ahora,

¿cuánto es lo que se me dá? Es preciso poner la cuestion clara y neta para que no hayan despues equívocos que orijinen disgustos, y yo soi mui amiga de la paz.

—Lo que hago yo es colocarte en una situacion hermosísima para ganar mucha plata con la señora y debias estarme agradecida de la colocacion, habiéndote dado la preferencia.

—Si es así, dijo sencillamente Eloisa, no soi de la partida: puede usted desde luego buscar a cualquiera otra persona.

—Pero yo quisiera, hija mia, que fueras tú, porque hai mucho que ganar.

—Así será, pero por lo que entiendo me pongo en primer lugar al servicio de usted, en segundo al de la señora, en tercero al de Tomas, y por lo que veo quieren que quede contenta con lo que me dará una sola de las personas que me ocupa.

—Te muestras exijente, Eloisa: tú debieras al contrario participarme en parte de las utilidades que vas a obtener, porque yo soi quien te dá el lucro.

—Esa, segun creo, es tambien la opinion de Tomas; ¡de manera que yo tendria que dividir con todo el mundo! Pues desde luego prevengo a ustedes que no acepto.

Esta resolucion contrariaba demasiado las combinaciones de la tia Anastasia, porque tenia confianza plena en la intelijencia de Eloisa; y contrariaba tambien las esperanzas de Tomas, porque mientras mas desdeñosa aparecia la jóven, mas le agradaba y mas resuelto estaba a obtenerla.

La tia Anastasia reflexionó un momento, pidió permiso a Eloisa para hablar dos palabras con Tomas y la dejaron sola: ambos interesados combinaron su plan; debian darle para principiar seis onzas cada uno, estándo persuadidos que a ese precio no rehusaria.

Maria, o digamos mas bien Eloisa, pues este es el nombre con que la conoceremos por mucho tiempo, o al menos mientras tome parte en los acontecimientos que forman esta his-

toria, habia tambien reflexionado y no se le ocultaba cuánto interes tenian ellos en ocuparla; pues no encontrarian persona mas idónea que los pudiera ayudar en un lánce como este, en que se necesitaba prudencia y sagacidad.

La antigua sirviente del empleado a quien Tomas habia engañado, no habia perdido su tiempo; y arrastrada por las circunstancias, habia entrado en la senda del vicio, pero llevando en su corazon el remordimiento de haber contribuido a la pérdida de una señora a quien queria y de un caballero al que solo debia atenciones ya que no beneficios, y este remordimiento obrando sobre su naturaleza, y sobre su educacion incompleta, llegó a hacer de ella una mujer a quien le gustaba hacer bien como para espiar su falta, dándole a la vez, cierto indiferentismo por todos los actos de esa existencia de placer y de orjía en que se arrastran esas infelices criaturas y a la que, por una de esas fatalidades de que no les es dado prescindir, se ven compelidas a encaminarse: esta orijinalidad de carácter habia hecho de ella una de las mujeres mas a la moda en ese recínto de degradacion donde viven tantas desgraciadas víctimas de múltiples y diversos descarrios; pero a la vez que se entregaba con mas avidez que sus otras compañeras a esa existencia relajada, tenia buen corazon y se contaba de ella que haciendo sacrificios habia preservado a algunas niñas de la infernal carrera en que ella se veia sumerjida; pero tambien se decia que era mui capaz de *desplumar* a un individuo de fortuna y con un descaro y un cinismo que no poseia ninguna otra en tan grande escala; pero como era indispensable gastar mucho lujo para conseguir grandes entradas, y como su bolsa estaba siempre abierta para los pobres, fenómeno que no es raro entre las mujeres de esa especie, habia varias ocasiones en que habia tenido que ir a empeñar sus joyas donde la tia Anastasia que la distinguia de las demas, ya por lo profusa que era para gastar, ya por la escentricidad de su carácter o ya por la intelijencia que manifestaba, al mismo tiem-

po que por su desprendimiento, pues nunca regateaba lo que le pedia, asi es que la denominaba su reina y le habia tomado cierto afecto, no desinteresado porque sabia que era la única que en un momento dado podia servirla y servirla de una manera conveniente y en conformidad a sus deseos, pues habiéndola sondeado muchas veces, siempre habia encontrado en ella una prudencia rara y una malicia de juicio que a medias palabras comprendia cuanto querian decirle y que suplia al cultivo del entendimiento, haciéndole discernir bien las cosas y conocer mas o menos el carácter de las personas. Por esta razon, cuando le habia dicho Tomas lo que necesitaba la señora madre de Guillermo, pensó inmediatamente en ella y fué a buscarla, confiándole en parte, como era natural, sus miras, sin hacerle confidencia de sus temores, sino limitándola al rol pasivo del espionaje; con la condicion indispensable de que le comunicara a ella préviamente todo cuanto tenia que decirle a la señora para suprimir o agregar lo que la matrona examinada creyera conveniente.

Dadas estas esplicaciones sobre las cualidades y defectos de Eloisa, entremos en la conversacion que tuvieron en seguida cuando despues de la consulta, volvieron a presentarse al salon la tia Anastasia y Tomas.

La vieja principió:

—A pesar que nuestro interes es secundario en el asunto de que nos ocupamos, pues todavia ignoramos lo que sacaremos de él, con todo, hemos convenido en anticiparte una no despreciable suma a cuenta de tus servicios.

—Esto es hablar mas claro; ¿cuál es esa suma?

—Te dariamos por de pronto doscientos pesos.

—No es malo: ¿pero cuánto tiempo deberé ocuparme?

—No se sabe.

—Lo indefinido no me gusta.

—Puede ser un dia o puede ser un mes.

—Mejor seria que fijasemos el precio segun el tiempo.

—Pero puede ser que no haga nada.

—No por esto dejaria de perder.

—Entonces pon tus condiciones.

—Seré módica en pedir: me darán ustedes quinientos pesos por mes, y creo no exijir mucho, porque hai ocasiones que gano mas.

Tomas y la tia Anastasia se miraron, y luego dijo esta última, habiendo leido en la fisonomia del primero la aprobacion.

—Acordado.

—Hai una circunstancia mas: quiero tambien tener una parte en las dádivas de la señora.

—Cómo! Pero este es nuestro negocio.

—No lo sé; sin embargo, exijo esa condicion, porque preveo que soi la única que voi a trabajar por todos.

—Eres demasiado exijente, mi querida Eloisa.

—¡Quien sabe si aun no me quedo mui atras! ¿De qué me serviria la esperiencia si no conociera un poco, por lo menos, a las personas con quienes trato? En nuestros negocios, tia Anastasia, yo nunca le pido rebaja; y una ocasion en mi vida he tenido que hacer con mi presente amigo el señor don Abelardo de Montenegro.

—Es verdad.

—Y no quedé mui bien, que digamos...

—No hubo tiempo... nos separamos casi instantáneamente.

—Ya he dicho que no me gusta discutir: mi proposicion está hecha y no transijo.

—¿Pero si nos diera poco el negocio?

—Eso quiere decir que las utilidades serian menos.

—Sin embargo, ya tú te aseguras con una buena suma.

—Esto es por la parte que ustedes tienen, no por la otra.

—¿Y qué parte podemos tener nosotros a no ser el ganar algo?

—No podré decirlo a punto fijo, pero sé que existe independiente del interes pecuniario. Ahora, no es mi ánimo, como lo tengo dicho, discutir: si aceptan mi proposicion, está bien, o de no, tan amigos como antes.

No habia, pues, otra alternativa que desechar o aceptar, y la tia Anastasia tenia un interes vital en la cuestion para dejar irse aqella bella oportunidad que se le presentaba de preservarse de la tormenta que veia venir sobre su cabeza de un modo tan terrible y tan amenazante

Tomas, por su parte, parecia tambien satisfecho, quizá le agradaba aquella avidez de la muchacha y la intrépida franqueza con que emitia sus opiniones y analizaba las de los otros y ademas, como hemos dicho, lo habia subyugado su gracia y su desden.

—Convenido, dijo al fin la tia Anastasia, despues de haber interrogado a Tomas con otra mirada.

—Entonces; manos á la obra, respondió Eloisa, y como parece que este caballero ha venido para presentarme a la señora que desea emplearme, no hai que perder tiempo, y marchemos desde luego a su casa; sin embargo, es indispensable que pasemos antes por la mia para cambiar de traje, porque el que llevo no seria el mas adecuado para representar el papel de prima de un sirviente y por lo mismo, de una niña pobre y de condicion humilde.

La observacion era justa, porque la pretendida Eloisa estaba vestida con bastante elegancia y con ese atrevimiento, dirémoslo así, peculiar a las mujeres entregadas a esa vida de fáciles e interesadas conquistas.

Tomas ofreció humildemente acompañarla y ella, sin ceremonia, aceptó la proposicion marchándose en el acto.

Cuando llegaron a la casa de Eloisa, que estaba a poca distancia de la que ocupaba la matrona examinada, Tomas quedó mui sorprendido del órden y del lujo que reinaba en toda ella, asi como del aseo esmerado y de la obediencia solícita y respetuosa de dos sirvientes vestidas con senci-

llez pero elegantemente y que se apresuraron a tomar las órdenes de su patrona.

—Pónme luz en el dormitorio, dijo a una de ellas, y saca mi basquiña y mi manto de merino, que voi a ir a confesarme y se sonrió maliciosamente.

La criada obedeció sin replicar palabra·

—¡Cáspita que estás bien alojada! Has hecho infinitamente mas progresos que yo.

—Ya lo creo, tú has estado al servicio de un solo individuo y por jeneroso que este sea, nunca lo es tanto que pueda hacer en poco tiempo la fortuna de un hombre; pero te lo confieso, porque soi franca, en medio de este lujo y de los obsequios y consideraciones de muchos caballeros que a cualquiera otra halagarian, que todas me envidian, no soi feliz y echo siempre de menos mi antigua pobreza porque entonces era honrada: esta vida me mata y lo que hago para no fastidiarme es atolondrarme; pero el dado está tirado y es preciso seguir.

—¿Preferirias ser sirviente a tener la libertad de que gozas, a la satisfascion de mandar y a las comodidades que te rodean.

—Cien mil veces.

—¡Qué rara eres! Antes nadie te hacia caso y ahora te encuentras considerada y obsequiada.

—¡Tristes consideraciones! Pero no hablemos mas de esto: voi a vestirme.

—¿Quiéres que te acompañe?

—Como gustes; me es indiferente.

Y entró al dormitorio a donde la siguió Tomas con no poca satisfaccion al ver la confianza que le acordaban con tanta facilidad.

El dormitorio de Eloisa era elegante y perfectamente adornado. Un rico catre de pabellon y finísimas cortinas, un hermoso peinador lleno de perfumería, un ropero con espejo, dos divanes, algunas sillas, un rico velador, un lindí-

simo costurero y algunos cuadros de bien dudosa honestidad componian el mueblaje de aquella pieza.

Eloisa, sin mirar siquiera a Tomas y sin hacer alto en su sorpresa, quitóse el rico vestido de seda que tenia antes y púsose la basquiña de merino; en seguida fuése al tocador, deshizo su peinado y se alisó sencilla y simplemente el pelo, tomó el manto, se lo puso en la cabeza, miróse nuevamente al espejo y dijo a Tomas: "Ya estoi lista: ¿no te parece mucho mas propio este traje que el que llevaba poco ha?

—Estas mas encantadora que nunca; tienes un aire de santita, segun la espresion de la tia Anastasia, que seduce. ¡Ay, Maria! estoi para siempre cautivo; de hoi en adelante seré tu esclavo.

Y el muchacho trató de rodear con su brazo la finísima cintura de la graciosa niña; pero ésta lo rechazó diciéndole:

—En primer lugar, me llamo Eloisa; en segundo, no admito frescuras: somos parientes y esta es nuestra única relacion posible.

—Cómo! cómo! Si tú representas el papel de Eloisa ¿no querré yo hacer el de Abelardo?

—Tú no tienes ni talento, ni facha, ni dinero, ni alcurnia para aspirar a tanto; conténtate, pues, con el rol que estamos obligados a desempeñar; y créelo que me he prestado a ello con mucha condescendencia y talvez con sacrificio, solo por ser antiguas relaciones las que toman cartas en este asunto, segun me lo ha afirmado la tia Anastasia y lo has comprobado tú mismo con tu presencia.

Tomas estaba despechado por la desdeñosa frialdad de María; pero díjose a sí mismo: "Paciencia, ya me tocará mi turno; mientras tanto, acomodémonos a los caprichos de la hermosa Eloisa, que cuando sepa que soi bastante rico, veremos si se muestra tan indiferenta;" y hecha esta reflexion, añadió en alta voz:

—Tirana! puesto que solo quieres que sea tu pariente,

tendré que contentarme con ese cariño platónico, como dicen los novelistas.

—Es el que conviene en familia. Ahora ve a buscar un coche para llegar mas luego y para no fatigarme con tan largo viaje, pues la casa está distante.

—¡Un coche!

—Indudablemente! ¿De qué te admiras? ¿Piensas que yo no ando nunca en coche?

—Pero es que... y Tomas pensaba en su aventura de por la mañana.

—De otro modo no salgo.

—Está bien, voi.

—Vuelve en el acto.

¡Ocurrírsele un coche! decia Tomas, mientras iba por la calle; y si por casualidad encontrara al mismo de esta mañana! ¡qué chasco! Pero yo conozco al individuo y me guardaré bien de llamarlo.

Tomas volvió y los dos improvisados parientes partieron. En el camino las confidencias fueron mayores y Eloisa supo con seguridad, aun cuando ya lo habia maliciado, que se trataba de Guillermo, es decir, de aquel gallardo y jeneroso jóven que habia perdido a la mujer del empleado, siendo la causa inmediata de aquella catástrofe que no habia olvidado y que era para ella su constante remordimiento; de manera que interiormente formó su plan para desbaratar toda intriga que pudiese traer por resultado la pérdida de alguna otra infeliz, proponiéndose sondear las cosas e ir de frente contra las malas intenciones de un jóven tan corrompido como cruel, pues a pesar que le habian dicho que era él el paciente, sin embargo pensaba que talvez seria una enfermedad disimulada, un lazo desconocido para contar una nueva victoria, lo què significaba lo mismo que hacer una nueva víctima.

VI.

Llegados una cuadra antes de la casa de la calle de las Monjitas, Tomas y Maria bajaron del coche, porque la última habia prevenido al primero que seria conveniente presentarse de una manera modesta y no en carruaje, pues esto significaba comodidades o fortuna que no estaba en armonia con el rol que iba a representar.

Eloisa o Maria, como quieran llamarla, pero a quien nosotros daremos en lo sucesivo el primer nombre, tomó ese aire tímido, modesto y compunjido de la beata santiaguina, y dijo a Tomas antes de entrar: "Mira, ¿qué te parezco? ¿Representa mi semblante y mi actitud la inocencia y la sencillez de una pobre muchacha que no conoce mucho el mundo pero que no carece de cierta malicia, que es injenua a la vez que astuta, que no tiene ambicion, pero que puede desarrollarse en ella, que no es instruida, pero que posee un talento natural que basta saberlo emplear para que sea útil, que ha delinquido por casualidad, pero que no se ha familiarizado con la falta?"

—Perfectamente; el mismo diablo se engañaria al verte: para cómica no tendrias precio; ¿por qué no te has hecho comedianta?

—¡Quién no lo es, poco mas o menos, en este mundo! Pero el traje entra por mucho en la representacion. Yo tengo contigo ciertas espansiones, porque al fin eres mi mas antiguo conocido, si bien no el mejor, y no te ocultaré que la manera de vestirse influye mucho en el juicio de los demas y hasta en el de uno propio, y en prueba de ello, te diré que cuando yo me he visto con ricos trajes, me he creido superior a lo que en realidad soy, y tambien me creen lo mismo los otros, sin pensar que es el arte de las costureras asi como en ustedes es el del sastre el que nos modifica, siendo asi que el individuo no adquiere una cantidad mas

o un defecto menos porque se viste de tal o cual manera; pero esta diferencia es mucho mas palpable con el manto, porque este es un traje que suple a todo, ya sean virtudes o vicios, pues nivela todas las condiciones, asimila todos los estados, identifica todos los gustos y hace desaparecer bajo sus pliegues la fealdad y la belleza, la opulencia y la miseria, la castidad y la impureza, la heroicidad y la infamia, la honradez y el robo, la limpieza y la inmundicia y lo que es mas chocante hasta la juventud y la vejez se confunden de tal manera, que en una aventura galante puede mui bien un hombre seguir a una cincuentona creyendo que va tras una muchacha de veinte, y por la inversa recibiendo con frecuencia chascos bastantes salados, que si hablasen los mantos no habria cuando acabar.

Ahora ¿a qué de diabluras, a qué de intrigas no se presta este hermoso ropaje que han adoptado de preferencia en Chile? Ay! amigo mio, nosotros, en nuestra vida escepcional, conocemos mas que nadie todos los secretos que encierra este vestuario, que ojalá se perpetuase por siglos de siglos, y que indudablemente llegará a perpetuarse, porque se han apoderado de él las beatas, y las beatas son las que dan el tono y dirijen el pandero de la sociedad santiaguina, estendiéndose tan saludable influencia a las demas provincias.

No te puedes figurar, Tomas, o Abelardo, ya que te agrada mas este nombre porque yo me llamo Eloisa, no te puedes figurar cuanto gana el infierno con él; porque sin él yo no seria lo que soi, yo no habria pasado por una niña pura a quien un aristocrático tuno tuvo el capricho de perder, ganando en cambio esperanza, prevision y dinero; sin él no podria ayudarte en la actual empresa, pues no tendria medios como desfigurarme convenientemente, y, lo que es todavia mas jeneral, sin él no habrian maridos burlados y muchachas descarriadas; sin él no habria tanta concurrencia y tanta confusion en las iglesias, de lo cual, segun dicen, aprovecha el demonio; sin él no existiria ese agrupamiento

a los confesonarios donde hai codeos y pellizcos, sin conocerse los unos a los otros, pero con el santo propósito de ganar la santa *tablilla;* sin él no pasarian nuestros clérigos vida tan regalada y tan zorzalina; sin él no se sabria la vida privada, no se conoceria el interior de las familias, divulgando a los directores espirituales los secretos íntimos del esposo, del padre, del hermano, del hijo para el bien de sus almas; sin él ¿qué seria del engaño? qué del disimulo? qué de la bajeza? qué de la mendicidad que se llama vergonzante? qué de tantos infelices de todo jénero, de todas categorias, de todas edades, de todas condiciones que viven esclusivamente del *manto?* Ya hace tiempo que tenemos este ropaje; se ha hecho esencialmente nacional, y lo merece; porque es el *recurso*, el *gana pan* de una gran parte de nuestra sociedad, inclusos nosotros que no nos desdeñamos de cargarlo y que, en no pocas ocasiones, lo preferimos al traje mas rico y mas a la moda, pues no hai moda que pueda compararse a la basquiña que cubre el cuerpo y al *manto* que cubre la cabeza y una no pequeña parte de ese mismo cuerpo.

Tomas contemplaba atónito a la moderna Eloisa y no podia menos que sentirse dominado por tanta ciencia, sin comprender que la mujer cuando dedica sus facultades, ya sea al bien, ya sea al mal, avanza mucho mas rápidamente que el hombre, porque si éste representa la fuerza, la otra simboliza la astucia, y la astucia es una doble o una triple fuerza.

—Hai veces, continuó Eloisa, viendo lo abobado de Tomas, que me gusta charlar; yo soi mui caprichosa, y por tal de hablar, suelo perder en algunas ocasiones los mejores negocios; pero este defecto no me vence, porque suelo recordar el papel que debo representar; con que asi, si no es tarde, me parece que podemos abordar a la señora que me necesita y a cuyo nombre vienes.

—Sí, ya hemos llegado. No olvides nuestros intereses: la

señora quiere a toda costa salvar a su hijo y no omitirá sacrificios, por duros que sean, pues es bastante rica.

—Pierde cuidado.

—Espérame un momento que voi a advertirla; y cúbrete el rostro, porque ese fué un encargo especial que me hizo antes de ir en tu busca: voi a introducirte en su dormitorio privado, dejándolo todo a la sagacidad que te he visto desplegar y que es de buen agüero para nuestra prosperidad recíproca.

Tomas se dirijió a las piezas de su amo don Guillermo y de allí pasó al interior.

Un momento despues volvió a aparecer, y dirijiéndose a Eloisa, le dijo: "Vamos, la señora te espera."

Eloisa se echó el manto sobre la cara y entró acompañada de Tomas hasta las piezas interiores.

Un lijero golpe a una puerta de vidrios y esta sola palabra "entren," bastó para introducir a Eloisa.

Tomas preguntó a la señora: "¿Me necesita su merced?"

—No; véte al cuarto de Guillermo, y cuando sea tiempo te llamaré con la campanilla: ya sabes el toque que tengo para tí.

—Sí, señorita; y el criado salió haciendo la mas profunda reverencia.

VII.

El espacioso dormitorio de la señora madre de Guillermo estaba alumbrado con una sola lámpara de aceite, que era la luz conocida y mas elegante de aquella época.

La lámpara tenia una pantalla o apaga-luz que daba sombra a un sillon que ocupaba la señora casi cerca de la mesa redonda en que se hallaba colocada dicha lámpara; el resto de la pieza estaba alumbrado, y principalmente daban de lleno los rayos de luz sobre una silla que se encontraba colocada a corta distancia y que parecia haber sido puesta ahí por cálculo.

La señora dijo a la muchacha: "Siéntese usted;" y sus ojos penetrantes se fijaron sobre ella.

Eloisa bajó un tanto el manto y agachó la vista, prestándose al exámen: su fisonomia representaba inocencia y sencillez.

La señora, hecho el primer exámen, quedó satisfecha.

—¿Qué edad tienes, hija mia? preguntó la señora con esa amabilidad aristocrática que desde luego establece las diferencias de rango, haciéndolas palpables a los individuos con quienes se encuentran en relacion.

—No lo sé positivamente, señorita, respondió Eloisa con el tono mas modesto y sin levantar su mirada.

—¿Vienes del campo o has vivido mucho tiempo en Santiago?

La astuta Eloisa conoció lo que significaba aquella pregunta y respondió humildemente:

—He pasado gran parte de mi vida en el campo; pero hace algunos años que estoi en Santiago.

—¿Es decir que conoces tanto el campo como la ciudad?

—Sí, señorita.

—¿Has estado al servicio de algunas personas?

—He estado al servicio de mis padres.

—Tanto mejor; y la señora echó una mirada oblícua sobre aquella fisonomia que se presentaba impasible.

—¿Te ha hablado algo Tomas sobre lo que necesitaba de tí?

—Sí, señorita; me dijo mi primo que su merced queria hacer una obra de caridad a la vez que sanar a uno de sus hijos y que yo no tendria otro oficio que decir a su merced todo lo que observase en una casa de la calle de San Pablo, donde quedaria colocada por su merced sin otra obligacion que observar lo que allí pasase y comunicárselo inmediatamente a su merced.

—Veo que Tomas ha cumplido mis órdenes perfectamente; pero falta que tú las aceptes de buena voluntad, advir-

tiéndote, sin embargo, que no pretendo nada de malo.

—Las condiciones son en ese caso mui suaves y tendria mucha voluntad en cumplirlas y en que su merced quedara satisfecha; ¿qué es, pues, señora, lo que debo observar?

—Todos los movimientos de esa familia, aun cuando te parezcan insignificantes, comunícamelos en el acto.

—No tengo el menor inconveniente.

—Te aseguro que no pretendo otra cosa que la salvacion de mi hijo; ya ves que nada hai de mas santo y de mas lejítimo; pero como aquella familia, por ciertas cosas que me dispensarás de comunicarte, puede influir mucho en su mejoria, me he propuesto poner allí a una persona que me diga cuanto sucede, ya sea para precaver el mal o para producir el bien, pero no para hacerlo jamas; pues no está en mi carácter y en mi posicion prestarme a cosas injustas y que no se hallen en conformidad con la virtud mas acrisolada; de manera que, considerándote una buena niña, segun me lo ha asegurado tu primo y segun yo lo estoi viendo, te propongo una ocupacion que desde luego trato de hacer lucrativa para tí y para tu familia; y en prueba de lo que te he dicho, ya he dado a Tomas diez onzas para tus queridos padres por el sacrificio de separarse de tí por unas cuantas horas en unos pocos dias, porque supongo que permanecerás en esa comision durante mucho tiempo.

—Señorita, no esperaba tanta magnanimidad, ni me la habia dicho Tomas, porque solo ha hablado con mis padres y ellos me mandaron en el acto que me pusiera a la disposicion de mi primo, el que me habia informado en parte lo que su merced desea y a lo que estoi mui dispuesta a acceder.

La señora, a medida que hablaba Eloisa, observaba su fisonomia y cada vez y a cada palabra quedaba mas complacida de la muchacha, porque creia encontrar en ella fineza e inocencia; lo primero para penetrar en el secreto de los otros y lo segundo para gobernarla a su antojo.

—¿Con que me dices que estás decidida a hacer lo que yo quiera?

—Sí, señorita, porque es imposible que usted haga algo de malo.

—Sobre este punto vive segura; ahora, por lo que respecta a tí y a tus padres, yo me he propuesto hacer su suerte, como ustedes dicen.

—Seriamos mui dichosos, señorita, particularmente yo en poder agradar a su merced.

—No tengas cuidado, hija, ya lo has conseguido, y para probártelo en el acto, toma ese atado de ropa, que podrá servir a tus padres y a tí misma.

—Señorita! Tanta bondad aun antes de principiar el servicio!

—Espero que te instales desde mañana, porque supongo que, como hija de familia, no tienes ningunos compromisos.

—Ningunos, señorita.

—Me gusta esa independencia; pero si por casualidad quieres casarte, por ejemplo, lo que no es estraño a tu edad, cuenta conmigo.

—No hai nada, señorita; sin embargo, mi primo me ha hecho algunas insinuaciones, se lo confieso a su merced.

Y la diabla de muchacha se tapó el rostro como si hubiera cometido una falta.

—Haces bien de ser franca conmigo y yo arreglaré las cosas: puedo asegurarte que te llevarás un escelente muchacho y tambien mui vivo, que hará tu felicidad y que yo trataré de procurársela a ambos.

—Gracias, señorita, pero él... él es mui veleidoso.

La madre de Guillermo no pudo menos de reirse de la franqueza natural de la muchacha; y agregó como para darle ánimo:

—Pero tú eres mui buena moza.

—No diga su merced eso: yo soi una pobre.

—En cuanto a dinero, yo arreglaré las diferencias, y tú y él quedarán contentos; lo que ahora deseo únicamente es que me sirvan bien, porque de allí depende la felicidad de ambos.

—Bien, señorita, trataré yo, al menos por mi parte, de complacer a su merced.

—Y como yo estoi segura de Tomas, creo que todos quedaremos contentos. Ya te he dado mis instrucciones; no hai pues, mas que cumplirlas.

La señora tocó la campanilla con el sonido acordado para que viniese Tomas, y éste compareció en el acto como si hubiese estado presente o por los alrededores.

—¿Qué manda su merced? dijo quitándose el sombrero y saludando respetuosamente.

—Que hagas poner el coche y acompañes a tu prima, llevando en él este atado de ropa, que puede servirle a sus padres y algo a ella misma.

—Voi, señorita.

Y Tomas partió.

—Te recomiendo la prudencia, dijo la señora a Eloisa dirijiéndole la palabra; y espero que seas reservada hasta con tu pariente, pues la única persona con quien debes de ser franca es conmigo. Ahora, y dispénsame que me haya olvidado preguntártelo antes que todo: ¿cuál es tu nombre?

—Eloisa.

—Eloisa de qué?

—Eloisa Mendizábal.

—¡Pero este es un apellido aristócrata, segun entiendo.

—Puede ser, señorita; mi abuelo era español.

—Y no lo desmientes, porque eres bien bonita.

—Nada de eso, señorita.

—Sé casi de memoria las respuestas de las muchachas en estas ocasiones, pero yo haré de modo que sus esperanzas se realicen, lo que vale mucho mas.

—¡Tantas bondades en tan cortos momentos!

—Yo nunca hago alarde de mi jenerosidad, pero deseo que la merezcan y me complazco en remunerar los servicios.

—Por gratitud y por obligacion lo tendré presente.

Tomas apareció diciendo que todo estaba listo, y a una señal de la señora tomó el atado de ropa.

Eloisa se despidió haciendo una jenuflexion profunda.

La señora dijo para sí: escelente muchacha; difícil seria encontrar en su clase otra mas humilde y mas intelijente: creo que puedo contar con ella, tanto por mis beneficios cuanto por sus esperanzas, es decir, por su casamiento con Tomas, que, si no me equivoco, es cuanto desea; y en verdad que irian bien ambos y que se puede hacer a la vez su felicidad y un buen negocio.

Este era el mismo cálculo que formara el empleado del gobierno y su mujer y este cálculo les habia sido funesto...

Cuando los dos primos, aparentes, se entiende, estuvieron en el coche, Tomas preguntó en voz baja a Eloisa:

—¿Cómo te ha ido?

—Mui bien y mui mal.

—¿Cómo es eso?

—Mui bien, porque acepto y me aceptaron; mui mal en cuanto no me ha producido mas que ese atado de ropa, que me veré obligada a dar a las sirvientes.

—Sobre este punto yo te resarciré, mi querida Eloisa.

—¿Que has puesto tienda?

—No, pero tengo un completo ajuar de novia.

—¿Habias pensado casarte ya?

—Tampoco: son donas que habia hecho a una niña mi patron don Guillermo; pero te aseguro que hai de todo y que te encontrarás lo mas elegante.

—Yo no acostumbro vestirme con los despojos ni *sobrados*, ¿entiendes? de nadie.

—Pero lo que yo poseo ha sido, no digo sobrado, pero ni siquiera ensayado.

—En tal caso, veremos.

—Esta es una confidencia que te haré por ser a tí y de la que puedes sacar provecho, prima mia, tanto por los incidentes que pienso revelarte y que están ligados con tu nueva mision, cuanto porque no es nada despreciable el obsequio.

—Veo que vas siendo mas jeneroso que antes: pero ya que hablamos de confidencias, espero que me entregues inmediatamente las diez onzas que la señora te confió para mis padres.

—Qué! ¿Te habló de eso?

—Cómo presumes que podia ocultármelo, cuando era la principal dádiva que me hacia, pues supongo que tú mismo no tomarás en cuenta esta ropa vieja como un premio o una remuneracion de mis servicios.

—Pero esas diez onzas eran para tus padres y no para tí.

—¿Y quién es la lejítima heredera de mis padres? Y por quién son hechos los servicios que llevan envueltos tales favores?

—Tienes razon; pero ya que trabajamos en sociedad, dividiremos.

—Veo que siempre eres el pobreton de otras veces y que no te has elevado un ápice de la esfera de criado a que pertenecias cuando te conocí y a que perteneces todavia; yo seré mas jenerosa que tú: guarda para tí ese dinero, y aun cuando a mí me pertenece de derecho, talvez te haga mas falta; y yo no discuto jamas ni con los pobres ni con los miserables, porque a los primeros les tengo compasion y les doi limosna, y a los segundos los desprecio.

Tomas estaba humillado, porque Eloisa, a esas palabras que acababa de pronunciar, habia acompañado un jesto de desden tan significativo, que era imposible equivocarse sobre el pensamiento y sobre la idea que habia formado; sin embargo, se rehizo despues de un momento y dijo con todo aplomo a la prima:

—Tenia la intencion de probarte; pero veo que eres superior a mí, no en cuanto a la jenerosidad, sino en cuanto al cariño; pero te aseguro que, a pesar de conocerte, a pesar que me has demostrado bastante que no tienes por mí la menor afeccion, siempre habia pensado darte esas diez onzas, que, por mi parte, creia ilejítimamente adquiridas y solo esperaba el momento de ofrecértelas.

Eloisa se sonrió.

—¿No me crees? Pues bien, toma...

Eloisa estiró la mano, guardó el dinero con mucha calma, y luego añadió:

—Acepto sin creerte.

—Cómo! ¿y por qué las recibes entonces?

—Porque me pertenecian, segun lo que me dijo la señora y segun tu confesion propia.

—¿Te burlas de mí?

—Me atengo a tus palabras; ¿cómo quieres que me burle de un primo y de un socio?

Era indudable que Eloisa era mui superior a él, y trató de ganarla por otro medio, es decir por la confianza mas absoluta, manifestándole todas las circunstancias de aquella intriga, los temores de la tia Anastasia, que él habia creido entrever, y hasta la ganancia o las propinas que habia obtenido de la vieja.

—Haremos parar el coche antes de llegar a tu casa, observó Tomas, porque sabrian donde vives, y yo he dicho a la señora que tu habitacion estaba cerca de la capilla de Belen.

—Pero no le habrás dicho que he comido de la famosa torta.

—Algo tambien, porque te he pintado mui sencilla.

—Y no te has equivocado, pues ya ves tú mismo que no tengo la menor doblez. Ahora, por lo que hace a detener el coche, me parece un absurdo; primero, porque cargados con este atado de ropa, iríamos a parar a la policia; segundo,

porque talvez infundiríamos sospechas al cochero y éste las trasmitiria a la señora; y tercero, porque debemos ir directamente donde la tia Anastasia para darle cuenta de nuestra comision, haciendo que desaparezca en el sirviente todo mal pensamiento o que no se lo forme.

—Eres mas advertida que yo.

—Lo que no es poco decir, porque eres bastante hábil en diplomacia y fecundo en espedientes.

Tan luego como sintió el ruido del coche la tia Anastasia, que estaba en acecho, reconoció a sus dos amigos, abriéndoles la puerta instantáneamente.

—¿Cómo ha ido? Cómo ha ido? preguntó la vieja con marcado interes.

—Todo está arreglado y talvez mañana u otro dia inmediato tendré que mudar de domicilio.

—Te conviniste con la señora?

—Escusada pregunta, desde que ya estaba convenida con ustedes.

—Asi es, hija mia; pero queria decir si te aceptó la señora.

—Creo que no le he desagradado.

—Seguramente; y a quién puedes tú desagradar? Estás acostumbrada a dominar, a ser la preferida, a salirte siempre con la tuya.

—Asi es, respondió Tomas; mi querida prima obtiene cuanto quiere.

—No en todas ocasiones.

—Apostaria, agregó la tia Anastasia, sonriéndose con malicia, a que ya estás tú subyugado?

—En cuerpo y alma, memoria, entendimiento y voluntad.

—Sed felices, hijos mios; los dos se merecen y harian la pareja mas completa.

—Veremos, contestó Eloisa; pero ya es hora que deje tan amable compañia, porque espero una visita.

—¡Una visita! dijo Tomas mui contrariado; ¿rehusas mi compañia, mi querida Eloisa?

—No, mi amable Abelardo, la acepto y contaba con ella, porque es impropio que una señora ande sola por la calle a las diez de la noche.

Esta franca respuesta de la muchacha agradó sobremanera a Tomas, el que inmediatamente tomó su sombrero, preparándose para partir.

—No te apresures tanto, dijo Eloisa con cierta sonrisa, pues tengo que hacer un encargo a la tia Anastasia.

—El que quieras, hija mia; ya sabes cuán dispuesta estoi siempre a complacerte; y ahora mas que nunca.

—Lo veremos mañana, pues tengo que hablar con usted detenidamente: mientras tanto guarde usted ese atado de ropa vieja que me ha obsequiado la señora, del cual nos dividiremos, puesto que tenemos hecho nuestro convenio de trabajar en compañia, y en consecuencia quiero que tomemos cada uno la parte que nos corresponda.

—Yo te cedo la mia gustosa.

—Y yo tambien, agregó Tomas.

—Gracias por tanta jenerosidad, pero no aceptaré sino lo que lejítimamente me pertenezca. Adios, hasta mañana.

—Que se diviertan, dijo la vieja con tono zalamero.

Tomas ofreció el brazo a Eloisa y partieron.

VIII.

Cuando llegaron a casa de la niña miró ésta a un reloj de sobremesa y dijo a Tomas:

—Tenemos tiempo, son solo las diez: y mi visita no vendrá hasta las once; hablemos de negocios.

—Mejor seria que no la recibieras.

—Imposible; es un jóven tan jeneroso como caballero, y a esa clase de jente ni se despide ni se engaña: vienen para divertirse y es preciso no contrariar sus gustos.

—¡Pero hace tanto tiempo que no nos veíamos, mi querida María!

—Es verdad, pero ahora se nos presenta la ocasion de vernos y hablarnos con frecuencia a causa de la negociacion que hemos entablado; y como entre socios que trabajan por partes iguales deben en proporcion dividirse los provechos, siendo responsables igualmente de las pérdidas, espero que me participarás de las onzas que te ha dado la tia Anastasia.

Tomas se quedó helado, no tanto de la pedida del dinero, cuanto de la manera de exijirlo pues si Eloisa se hubiera valido siquiera del halago, talvez habria accedido; pero reclamarlo como un derecho, era quitarle toda esperanza; y así le respondió:

—Yo te daria lo que me pides con gusto pero no de la manera que lo haces.

—¡Qué gracia! Entonces qué concesion me hacias? Por otra parte, tengo por sistema y me he impuesto por regla el no recibir favores de nadie; prefiero por mucho hacerlos, y cuando se te ofrezca y pueda serte útil, ponme a la prueba y verás si cumplo lo que digo.

—Gracias; no necesito de mucho tiempo para ver si es cierto lo que me dices: no recibas a esa visita y por mi parte te doi cuanto quieras...

—Ese no es un servicio sino un capricho; y si estoi siempre dispuesta para hacer los primeros, jamas satisfago los últimos.

Tomas no esperaba esta salida y se encontraba mas perplejo que nunca: no sabia ni qué hacer ni qué responder; estaba completamente dominado; y aquella estraña mujer ejercia sobre él un imperio absoluto, esperimentando un sentimiento desconocido para él, y tan fuerte, tan vehemente, tan irresistible como jamas se lo habia imajinado.

Eloisa lo miró un momento, se sonrió en seguida, y añadió, parándose del asiento:

—Te he dicho que espero una visita y voi á ponerme buena moza; este traje de iglesia no es el traje de corte, no es el que me va mejor, pues parezco una chiquilla inocente, y no lo soi ni puedo ya tampoco serlo, aun cuando lo quisiera.

En esta última frase habia amargura y cinismo, virtud y vicio, franqueza é hipocresía, arrepentimiento de las faltas y perseverancia en ellas: aquella mujer era para Tomas un abismo, pero un abismo que lo atraia, que casi le daba vértigos, sin poder dejar de mirarla, lo mismo que cuando uno se encuentra al borde de un precipicio del que quiere separarse, pero en el que tiene fija su mirada sin poderla desviar de ese punto.

Tomas, subyugado así, le dijo esta sola palabra:—Espera...

Eloisa se paró frente de él y aguardó á que hablase.

—Lo que me pides está concedido; mañana te traeré tu parte.

—Así lo esperaba: voi á vestirme: hasta mañana.

—Pero aguarda un momento, mi querida Eloisa; déjame decirte que te...

—¿Que me amas? lo sé.

—Y cómo puedes saberlo cuando no te lo he dicho?

—Lo he conocido. Por otra parte, no creas que es el primero que me lo dice y que me lo promete. Tú mismo...

—Es verdad; pero olvida esos tiempos... Yo era un muchacho...

—¿Y yó? Y yó nunca olvido... En prueba de ello todavia tengo presente aquella horrorosa escena... Todavia recuerdo tus promesas... Todavia conservo, aquí (y se golpeó la frente) tu burlona crueldad... Todavia tengo en mis oidos tu sarcasmo horrible... Todavia no se ha borrado mi confianza ciega y tu inmerecido desprecio...

—¡Por Dios, Maria!

—Ya te he repetido varias veces que no me llamo Maria.

—Y bien; ¡por Dios! Eloisa, escúchame: yo ya no soi el mismo; he cambiado mucho, muchísimo... y ahora te quiero como nadie te ha querido...

—Estoi cansada de oir la misma frase. Por otra parte, ¿cómo quieres que me pierda cuando apenas me has visto? Era necesario que fuese una necia para creer en amores tan repentinos; y hace mucho tiempo que ya no tengo esa feliz credulidad... Si te he dicho que conocia en tí que me amabas, no he querido significarte otra clase de afectos que el que *nosotras* inspiramos.

Y esta palabra nosotras, fué pronunciada con un acento que participaba de la compasion y del disgusto, de la piedad y de la repugnancia.

—¿Querrias cambiar de vida?

—Sí.

—Pues hazlo.

—Imposible; ya no hai medio...

—Lo hai.

—¡Cuál? ¿Seria el que me pareció que me proponia esta noche la señora, el que me propusiste tú mismo hace tiempo? Pero la señora ignora lo que soi, y tú lo sabes; asi es que ni ella me habria propuesto semejante cosa, ni tú la aceptarias.

—Todo puede suceder.

—Vamos, ¿te casarias conmigo, Tomas? ¿Querrias representar al natural y a lo vivo el papel de Abelardo y Eloisa, cuyos nombres llevamos, puesto que estás resuelto a adoptar el que se te ocurrió esta noche en vista del que a mí se me habia ocurrido antes?

—Ya te he dicho que todo puede suceder.

—Pues bien, si todo puede suceder, esperemos a que suceda; y mientras aquello llega, vete, porque no demora en entrar la persona a quien espero.

Y como si lo hubiera estado viendo, apareció en el dintel de la puerta un hermoso jóven vestido con toda elegancia

y que a su primer aspecto denotaba pertenecer a la aristocracia santiaguina.

Eloisa le estendió la mano con mucha familiaridad y hasta con cariño, y le dijo: "Me encuentras en traje de iglesia, mi querido Emilio, pero la culpa la tiene este jóven, que no me ha dado tiempo para mudarme, pues tratábamos un negocio de alta importancia, que se liga a mi vida pasada y que talvez tenga consecuencia en mi vida futura."

El recien llegado tomó la mano que le alargaban, la detuvo entre las suyas y miró a Tomas sin hacer la menor insinuacion de saludo; en seguida le echó el brazo al cuello a Eloisa, ni mas ni menos como si nadie estuviera presente, y llevándola hácia un sofá, le respondió esta sola frase: "De cualquier modo, siempre estás encantadora."

Tomas estaba, como se dice vulgarmente, "sobre ascuas."

Eloisa, afectando que no lo miraba, aun cuando en realidad lo observaba atentamente, contestó al jóven:

—Me gusta que me encuentres así, porque esperimento satisfaccion en agradarte.

—¿Me lo dices de veras?

—Ya sabes que no tengo otra virtud que el decir siempre la verdad.

—Y con la verdad engañas a todo el mundo.

—En eso te equivocas; yo no engaño sino a los que quieren engañarse. ¿Puedo yo quitar a los necios su presuncion?

—Tienes razon: hai mucha jente así; ¿seré yo acaso alguno de ellos?

—¿Para qué haces preguntas indirectas?

—Para recibir respuestas satisfactorias.

—Así son todos; no desmienten la regla; y Eloisa se rió con la mayor naturalidad.

Tomas estaba como clavado en su asiento, sin saber qué partido tomar; porque el jóven que habia entrado, era de la sociedad de Guillermo, y uno de sus mas íntimos amigos;

pues nada menos, era aquel mismo Emilio con quien, conversando en el Campo de Marte y en vista de la encantadora Mercedes, habia Guillermo descrito el difícil papel de un Lovelace y los medios que debian emplearse en una conquista, segun fuera el carácter o tendencias de la mujer.

Por su parte, Emilio habia tambien reconocido a Tomas, y con esa arrogancia desdeñosa del hombre que ocupa una alta posicion social, ya sea de fortuna o de familia, le dijo casi sin mirarlo:

—¿Cómo está tu amo? Hace dias que no lo veo. ¿Vienes aquí por encargo de él?

—Mi amo está enfermo; y no vengo aquí por encargo de él, sino por cuenta mia, respondió Tomas, con sumo despecho; porque esto de verse tratado de una manera tan humillante en presencia de Eloisa, a quien queria a su manera, le ofendió todavia mas de lo que le habia ofendido la broma pesada del cochero y la rechifla de los muchachos.

Emilio conoció en el acto lo que pasaba en Tomas, y para castigar esa arrogancia de sirviente, la que no estaba acostumbrado a soportar, le dijo:

—Si tu amo está enfermo, vete a cuidarlo. Sal, pues, de aquí inmediatamente.

Y Emilio le señaló la puerta con el dedo índice, sin levantarse del sofá.

Tomas se puso cárdeno de cólera, pero no se movió.

—Te digo que salgas en el acto; ¿o esperas que te eche a puntapiés? añadió Emilio, parándose de su asiento y en ademan de poner en práctica lo que habian pronunciado sus labios.

—Quédate, interrumpió Eloisa, con calma y con firmeza; y luego dirijiéndose a Emilio añadió: yo no permito que mande así nadie en mi casa; soi dueña de recibir a quien se me antoje, y basta esto para que se respete a las personas que están en mi salon, o al menos para que se las considere

mientras permanezcan en él; porque el insulto que se les hace a ellas es un insulto que se dirije a mí.

Una sonrisa de desprecio vagó por los rosados labios de Emilio, que miró de alto abajo a la pobre mujer.

—Comprendo, señor, su desprecio, dijo Eloisa, mirando al jóven humildemente, lo acepto porque lo merezco; pero, esto no quiere decir que yo no esté en mi derecho: este individuo, (y señaló a Tomas) no saldrá...

—No estoi acostumbrado, replicó Emilio, a que personas de tu jaez me traten así: la canalla se aviene siempre mejor con la canalla; adios...

—Una palabra, Emilio; ¿te vas?

—Sí, para no volver mas.

—Sea, dijo Eloisa, dejándose caer sobre el sofá con estremo abatimiento... Y dos lágrimas corrieron silenciosas por sus tersas mejillas.

Tomas se arrodilló delante de ella, como para consolarla, y agradecido talvez de que lo hubiera defendido.

—Retírate, le dijo ella sin enfado, y vete en el acto.

—No; yo te consolaré del desprecio de ese hombre.

—Inútil, mui inútil: nosotras merecemos ese desprecio y es preciso aceptarlo con resignacion cuando nos lo hacen. Ese jóven era el que mas distinguia, si a una mujer como nosotras le es dado tener afectos; ¡pero él! El no tiene motivos: me paga y posee el derecho de despreciarme; porque lo que se compra puede uno botarlo...

—Mira, Maria, yo...

—Lo único que te pido es que te vayas; no me obligues a decirte que te lo mando.

La entonacion de la voz de Eloisa no tenia réplica: habia en ella tal acento de autoridad que, uno no podia equivocarse: era necesario ser obedecida.

—Mañana, mi querida Eloisa, dijo Tomas buscando su

sombrero, mañana sabrás de lo que soi capaz y si tienes necesidad de esos pisaverdes.

—Está bien, adios.

En balde hubiera querido Tomas quedarse: la voluntad manifestada no tenia réplica ni podia dudarse de ese deseo espresado con tanta claridad.

Tomas se apoderó de la mano de Eloisa, que, reclinada en el sofá, colgaba neglijentemente, y la llevó a sus labios.

Pero aquella mano estaba casi fria y la niña tenia los ojos cerrados.

—¿Qué te ha sucedido? preguntó Tomas solícitamente: ¿te ha dado alguna fatiga?

—La fatiga que trae consigo el remordimiento de haber obrado mal.

—Pero tú has obrado ahora mui bien.

—No hablo de esta época sino de otra mui anterior; y no me arrepiento de lo que hago, sino de lo que he hecho; pero cortemos esta conversacion, tengo necesidad de estar sola y nos veremos mañana.

—¿A qué hora?

—Cuando gustes; soi bastante libre para recibir a todo el mundo.

Al fin, Tomas partió...

Cuando Eloisa se encontró sola y sin necesidad de conservar esa máscara oficial que todos se ponen, aun sin motivo el menor, se dijo a sí misma, tirando su manto: "¡Qué infelicidad! Difícilmente se encuentran en el mundo seres mas abyectos, mas desgraciados que nosotras! Y á pesar de esto, tenemos que estar siempre con la risa en los labios, siempre complacientes con todos... ¡Con todos!... Hé aquí lo que hai de mas cruel, de mas amargo, de mas vergonzoso, de mas triste!... Y ese oprobio se ve una obligada a adornarlo, a vestirlo de seda, a ponerle encajes y diamantes, a cubrirlo con la alegria y con el postizo afeite de la satisfaccion y del goce!... ¡El goce! Solo lo encontramos en la em-

briaguez, porque nos aturde, porque nos hace olvidar... ¿Hai en el mundo una situacion mas desesperante que la de no poder mirarse a sí misma? Oh! no, no; y añádase a esto que somos el escarnio de todo el mundo, el ludibrio de toda la sociedad, el objeto mas sucio, a quien todos se creen autorizados a escupir!... ¿Qué es la servidumbre, qué es la mendicidad al lado de nuestra cacareada independencia y de nuestro aparente fausto? Es la gloria comparada con el infierno; porque a ese mendigo se le tiene compasion, ese criado arranca al fin con sus buenos servicios algunos afectos; ¡mientras que nosotras! ¿Que es lo que obtenemos? ¡Ai! preciso es confesarlo: ¡hasta nuestros padres se nos retiran; nos vuelven la espalda, se avergüenzan;... y quizá, quizá nos maldicen! ¡La maldicion de una madre debe ser terrible! Afortunadamente no la tengo..."

Y esta pérdida irreparable, que tanto desgarra nuestro corazon, le servia de consuelo a la pobre mujer que, en su dolor mismo, se regocijaba de que los autores de sus dias no fueran testigos de su infamia, ni subiera a sus rostros ese bochorno sofocante de la vergüenza. . . . .

. . . .

Nosotras, continuaba pensando, no podemos tener relaciones, amistades, afectos, vínculos de ninguna especie, por que ¿a quién ligarnos y con quién unirnos, cuando estamos por nuestra condicion misma, separadas del resto de la sociedad, pues nuestro contacto mancha a todo aquel que se nos acerca, pues nuestro aliento es mortífero, y a la distancia que nos vean aquellas mismas personas que nos acarician en un momento de insano delirio, se retiran de nosotras, se hacen que no nos conocen, vuelven la vista hácia otro lado, porque somos un objeto de oprobio y de vergüenza! ¡Y aun así hai mujeres que siguen este fatal sendero! Es verdad, las hai; ¡y yo soi una de ellas! ¿Por qué critico entonces lo que yo misma he aceptado? Pero estas reflexiones me vienen siempre a despecho de mi voluntad; ¡y aun no son

todas! Aun no son todas desgraciadamente, porque el abismo es todavía mayor!... Todavía, despues de podrida el alma nos queda para complemento la podredumbre del cuerpo!... Y en mui pocos años, en mui poco tiempo vamos jeneralmente a ensuciar los hospitales con nuestro lodo inmundo y pestilente, arrebatando el lecho de la caridad a la indijencia honrada y doliente, al pobre que ha pasado su vida en el trabajo y que ha adquirido enfermedades por dar el alimento diario a su mujer y a sus hijos!...

Y bien, continuaba la infeliz mujer, ¿de qué sirven reflexiones estériles? Es preciso tener resolucion; es preciso, ya que viene el arrepentimiento, aprovecharlo; es preciso levantarse. ¿Pero de qué me servirá este cambio? Dejaré de ser la misma que soi? Dejarán de señalarme todos con el dedo? Dejarán de decir aquella es la...? Hai males que no tienen remedio, hai manchas que jamas se lavan, y esta es una de ellas. ¿Quién me mirará para nada? ¿Qué hombre querrá unir su suerte a la mia? ¡A mi suerte! ¿Y cuál es mi suerte? Dios mio! Dios mio! Este es un abismo sin fondo, es una desgracia sin término; y lo que es peor, es una desgracia merecida, es un castigo justo, natural, lójico; ahora no hai mas que resignarse y sufrir!... ¿Pero quién es mas culpable: ¿el que me ha precipitado en el vicio o yo, que lo he seguido? No quiero disculparme a mí misma; sin embargo, me parece que hai otros mas criminales que yo, y estos otros los tengo ahora en mi mano: tengo a Tomas y tengo al señor don Guillermo... Yo vengaré a mis desgraciados patrones y me vengaré a mí misma. Yo no quiero dejar esta carrera de oprobio sin hacer una buena accion; cuando haya preservado una víctima y haya impuesto un castigo, entonces talvez, me reconcilie conmigo misma. Hoi me colocan quizá para perder una niña, pero yo cruzaré sus planes y la salvaré; y entonces, con mi conciencia un tanto satisfecha, tendré aliento para dejar el vicio en que me han sumerjido y en que permanezco; mientras tanto, continuemos, esto es

lo que conviene por el momento; otros dias mas y todo habrá concluido..."

Eloisa mandó en seguida cerrar la puerta de la calle, con órden de que no se abriese a nadie, y se echó en la cama sin desnudarse: tenia el espíritu mui abatido; y las reflexiones que habia hecho esta mujer, el remordimiento que sentia, la lucha cruel que esperimentaba en su interior, todos esos desfallecimientos del vicio, toda esa lobreguez del crímen, no las habia esperimentado ni las esperimentará ella sola porque es el patrimonio de la prostitucion; y podemos asegurar que no ha habido quizá una de esas mujeres, escoria de la sociedad, que no haya tenido momentos análogos, que no haya llorado amargamente sus faltas, que no haya maldecido su existencia;... y al penetrar en esas cloacas inmundas, en esos nidos donde se cobija el vicio, puede uno estar seguro que bajo los encajes hai venenoso y pestilente cieno, y que tras del albayalde se encuentra la desesperacion... Y ojalá nos fuera permitido trazar algunos lineamientos de esos espantosos cuadros, ojalá, sin ofender el pudor de muchas inocentes niñas, pudiéramos descorrer por completo el velo de esa lúbrica y miserable vida, para que sirviera de freno a las incautas que, seducidas por las apariencias, se dejan arrastrar al mas hondo de los precipicios;... pero en fin, si una sola escapa, si una sola retira el pié del resbaladizo sendero, no habrá sido estéril nuestra penosa tarea: hé aquí la única y la mejor recompensa de los que trabajan por el mejoramiento de las costumbres, ya que no les es posible rejenerarlas, encaminándolas a la virtud, o lo que es lo mismo, a la dicha presente y quizá a la dicha futura...

IX.

Como lo sabemos ya, la madre de Guillermo se habia propuesto tener una entrevista con la tia Anastasia para descubrir lo que habia sucedido en aquella noche que estaba envuelta en un impenetrable misterio y de donde solo

podia salir alguna luz que la guiase para conseguir el restablecimiento de su hijo, que seguia siempre en el mismo estado, a pesar de los remedios y de la ciencia de los mas célebres facultativos de Santiago.

Si le hubiera sido posible a la señora haber, en aquellos mismos dias, llevado a cabo el proyecto que concibiera desde un principio, lo habria hecho en el acto; pero esas horas tenia que dedicarlas de preferencia a su hijo, porque queriá ella misma estudiar la enfermedad y darse cuenta de todos los síntomas de aquel estraño como repentino e inesperado mal; sin embargo, a pesar de esta preocupacion natural, ya la hemos visto tomar las mas acertadas medidas; ha conseguido revelaciones importantes, ha reunido elementos, ha preparado el campo y se ha procurado ausiliares poderosos como Tomas y su prima: solo le faltaba dar la batalla: tal era como consideraba la entrevista que iba a tener con la tia Anastasia, mujer a quien despreciaba y temia, a quien hubiera querido ver sepultada para siempre y a quien hubiera salvado a toda costa, porque era de ellá de quien provenian los males y era tambien de ella de quien todo lo esperaba.

Al dia siguiente, el mismo que le habia dicho a Tomas, ordenó que estuviera puesto el coche desde temprano, esperando que le viniera a su hijo ese parasismo en que quedaba sin accion y como aletargado, para aprovechar ese momento de penible reposo; pues aunque el médico habia afirmado que era cuando mas sufria el paciente, sin embargo nada se le podia hacer, y su presencia allí era casi inútil; asi es que tan luego como vino la crísis, la señora partió

La matrona examinada estaba sola: aguardaba de un momento a otro la visita de la aristocrática señora y habia despedido a las personas que la habian venido a buscar con una rapidez inusitada, porque jeneralmente, en tiempos normales, le gustaba hacer sus preguntas, de donde siempre sacaba algun provecho; pero ahora nada le interesaba mas

que la visita de la madre de Guillermo, su antigua conocida, y se hallaba constantemente en acecho al menor ruido de carruaje que sentia a la distancia. Al fin este llegó; y la vieja, antes de abrir la puerta, se puso a mirar por las endijas que estaban allí es-profeso para observar sin ser vista lo que pasaba en el esterior.

El cochero, con su librea galoneada, (costumbre que está mui en armonia con un pais que ha establecido como forma de gobierno a la república y como principió la democracia) bajó del pescante y abrió respetuosamente la portezuela, bajando tambien el estribo: la dama de la mas alta alcurnia iba a ponerse en contacto con la mas baja canalla; pero tanto la una como la otra pertenecian a esa canalla de Dios a quienes denomina *los réprobos*.

La fisonomia de la madre de Guillermo representaba la altivez, y la de la tia Anastasia la humildad; ¿cuál de estas dos mujeres, la una aristócrata, la otra plebeya seria la mejor? No sabremos decirlo; la primera habia cometido un crímen sin necesidad y solo por sostener su posicion y satisfacer sus vanidades; la otra por su miseria y por su mal instinto; pero ambas ante los ojos del Altísimo y no ante los ojos de la sociedad, debian ser iguales, debian ser juzgadas con el mismo rigor o con la misma induljencia. Intertanto, escuchemos su conversacion:

—Me conoces, Anastasia, preguntó la noble dama a la astuta plebeya?

—No, señorita; pero sin embargo creo que conservo algun recuerdo, aunque remoto, al menos su cara no me es estraña.

Con esta contestacion, la madre de Guillermo tomó mas aliento, pues presumia que la matrona, habiendo olvidado a la persona debia con mayor razon haber olvidado la aventura; y continuó con cierta altivez:

—Tenia necesidad de hablar contigo.

—En el acto, señorita, (1) pase usted adelante, y le mostró la puerta del salon haciéndola que entrase primero.

La madre de Guillermo dió una rápida ojeada por aquel cuarto y se sentó en el sofá.

La tia Anastasia tomó una silla y se colocó en frente.

Estos dos tipos eran completamente distintos: especie de antetésis humana y sin embargo en el fondo tenian muchos puntos de contacto, casi se asimilaban. La una tenia una fisonomia bella, la otra era la fealdad personificada; la altivez aristocrática y un aire de autoridad o de dominio dejábase apercibir en la primera, mientras que la segunda representaba la humillacion y la bajeza; la una tenia la frente levantada y la mirada altanera, fija e interrogadora, en tanto que la otra permanecia con la cabeza agachada, no atreviéndose a levantar sus ojos del suelo; pero en ambas actitudes habia afectacion: la una queria imponer, la otra disimular; de manera que tanto aquella como esta finjian cada cual segun su carácter o el rol que querian representar, estudiándose recíprocamente en silencio; al fin la aristócrata dama tomó la palabra:

—Usted estrañará mi visita, pero el interes de madre solo me ha hecho dar este paso.

—Estoi a su disposicion, señorita; mi profesion de matrona me pone en contacto con toda clase de personas hasta con la mas elevada aristocracia; pues hai muchas señoras que me hacen el honor de ocuparme dándome la preferencia, ya sea por mis conocimientos, por mi práctica o por mi larga esperiencia, o ya porque sé guardar en todo el mayor secreto, porque nadie habrá oido decir que la tia Anastasia, matrona examinada desde muchos años, haya cometido la mas pequeña indiscresion; puede usted, pues, señorita, hablar con confianza.

(1) Se nos habia olvidado prevenir a los que estrañen que llamamos señorita a una persona casada, que en Chile es esta la costumbre arraigada, a tal punto, que se enfadarian la jeneralidad de nuestras nobles matronas si se les dijera simplemente señoras sin emplear el diminutivo.

—No es a la matrona a quien yo busco.

—¿Habré entendido mal? Me pareció oirle que el interes de una hija...

—No de una hija, porque no la tengo, sino de un hijo, de un hombre, ¿me entiende usted? es el interes que me trae.

—Ya, ¿necesitará el jóven un poco de plata? porque yo tambien tengo el oficio de dar dinero a interes.

—Buena profesion; pero no es ni a la matrona ni a la usurera a la que busco.

—Señorita! repuso la tia Anastasia, dándose por ofendida. yo presto mis fondos a mui bajo interes y no merecia que usted me llamase usurera.

—No ha sido mi ánimo ofenderla; pero es un asunto mui distinto el que me trae.

—Esplíquese usted.

—Tengo el conocimiento de que usted ha llevado a mi hijo a una mala casa.

—¡Yo, señorita!

—Sí, usted.

—Dispénseme, señorita, pero creo que usted se equivoca.

—Basta que le diga que lo sé y que puedo probárselo, y talvez castigarla por el hecho de inducir a un jóvan a cometer faltas de esa naturaleza; pero me contento con que usted me confiese la verdad, y de su sinceridad depende que no se le sigan a usted mayores perjuicios.

—Señorita, cada una de sus palabras me admira mas, porque no puedo saber a lo que se refieren: yo soi mui conocida en todo Santiago, señorita...

—Por lo mismo que usted es conocida, y porque tengo en mi mano todas las pruebas, es que he venido: ahora déjese usted de disimulos.

La tia Anastasia aparentó temblar y balbuceó algunas palabras de escusas y como si fueran ahogadas por el temor.

—No se le dé a usted cuidado, continuó la señora; con tal que sea franca, la perdonaré.

—¡Pero si yo no he cometido nada!...

—Vamos, ¿conoce usted a Guillermo de...?

—Señorita, señorita! Un momento... yo... yo no tengo la culpa..

—Allá lo veremos; ¿pero conoce usted a Guillermo de...?

—Sí señorita, pero..

—Pero ya veo que usted quiere disculparse; sin embargo, es imposible, porque lo estoi leyendo en su semblante, y porque ademas tengo datos, como me parece habérselo prevenido, y puedo manifestárselos si usted no quiere dar fé a mi palabra; de consiguiente, el mejor camino y el único que usted puede tomar para reparar en algo su falta es el de la franqueza.

—Señorita yo no he sidó mas que un pasivo instrumento. El señor don Guillermo tiene la culpa... el me dijo de acompañarlo y yo lo he servido... pero él lo ha hecho todo... yo soi una pobre, y él...

—No quiero yo escusar a mi hijo. Conozco su falta y la castigaré a su tiempo; mientras tanto él está gravemente enfermo a consecuencia de esa aventura en que usted ha tomado una parte tan activa, y yo quiero saber una sola circunstancia, un solo hecho de esa trama infernal que lo ha perdido y que ha perdido tambien a una pobre muchacha que aunque del pueblo, me dicen que es virtuosa.

—Si el señor don Guillermo le ha contado a usted la historia ¿qué puedo yo decirle de mas?

—Mi hijo no me ha dicho una sola palabra, porque estas cosas no se le revelan a una madre; y ahora, aun cuando quisiera, nada puede decirme, porque está enfermo... porque está loco... ¡loco! ¿Lo entiende usted? Loco, a causa de una mala accion en la que usted ha tomado muchísima parte...

—Loco! pobre don Guillermo cuanto lo siento...

—No es a la matrona a quien yo busco.

—¿Habré entendido mal? Me pareció oirle que el interes de una hija...

—No de una hija, porque no la tengo, sino de un hijo, de un hombre, ¿me entiende usted? es el interes que me trae.

—Ya, ¿necesitará el jóven un poco de plata? porque yo tambien tengo el oficio de dar dinero a interes.

—Buena profesion; pero no es ni a la matrona ni a la usurera a la que busco.

—Señorita! repuso la tia Anastasia, dándose por ofendida. yo presto mis fondos a mui bajo interes y no merecia que usted me llamase usurera.

—No ha sido mi ánimo ofenderla; pero es un asunto mui distinto el que me trae.

—Esplíquese usted.

—Tengo el conocimiento de que usted ha llevado a mi hijo a una mala casa.

—¡Yo, señorita!

—Sí, usted.

—Dispénseme, señorita, pero creo que usted se equivoca.

—Basta que le diga que lo sé y que puedo probárselo, y talvez castigarla por el hecho de inducir a un jóvan a cometer faltas de esa naturaleza; pero me contento con que usted me confiese la verdad, y de su sinceridad depende que no se le sigan a usted mayores perjuicios.

—Señorita, cada una de sus palabras me admira mas, porque no puedo saber a lo que se refieren: yo soi mui conocida en todo Santiago, señorita...

—Por lo mismo que usted es conocida, y porque tengo en mi mano todas las pruebas, es que he venido: ahora déjese usted de disimulos.

La tia Anastasia aparentó temblar y balbuceó algunas palabras de escusas y como si fueran ahogadas por el temor.

—No se le dé a usted cuidado, continuó la señora; con tal que sea franca, la perdonaré.

—¡Pero si yo no he cometido nada!...

—Vamos, ¿conoce usted a Guillermo de...?

—Señorita, señorita! Un momento... yo... yo no tengo la culpa...

—Allá lo veremos; ¿pero conoce usted a Guillermo de...?

—Sí señorita, pero...

—Pero ya veo que usted quiere disculparse; sin embargo, es imposible, porque lo estoi leyendo en su semblante, y porque ademas tengo datos, como me parece habérselo prevenido, y puedo manifestárselos si usted no quiere dar fé a mi palabra; de consiguiente, el mejor camino y el único que usted puede tomar para reparar en algo su falta es el de la franqueza.

—Señorita yo no he sido mas que un pasivo instrumento; El señor don Guillermo tiene la culpa... el me dijo de acompañarlo y yo lo he servido... pero él lo ha hecho todo... yo soi una pobre, y él...

—No quiero yo escusar a mi hijo. Conozco su falta y la castigaré a su tiempo; mientras tanto él está gravemente enfermo a consecuencia de esa aventura en que usted ha tomado una parte tan activa, y yo quiero saber una sola circunstancia, un solo hecho de esa trama infernal que lo ha perdido y que ha perdido tambien a una pobre muchacha que aunque del pueblo, me dicen que es virtuosa.

—Si el señor don Guillermo le ha contado a usted la historia ¿qué puedo yo decirle de mas?

—Mi hijo no me ha dicho una sola palabra, porque estas cosas no se le revelan a una madre; y ahora, aun cuando quisiera, nada puede decirme, porque está enfermo... porque está loco... ¡loco! ¿Lo entiende usted? Loco, a causa de una mala accion en la que usted ha tomado muchísima parte...

—Loco! pobre don Guillermo cuanto lo siento...

—Nada me importa que usted lo sienta o no; lo que deseo saber es lo que ha sucedido.

—Acaba usted de decirme, señorita, que no ignoraba nada.

—Así es; pero hai una fecha, un dia, una noche, que no han sabido esplicarme y que está envuelta en el misterio... Lo que pasó en ese dia, en esa noche, en ese momento, es lo que ignoro y lo que es indispensable que usted me confiese.

—Imposible...

—¡Cómo imposible! ¿No teme usted que yo la haga castigar, que yo haga un ejemplo con usted para que de hoi en adelante no existan mujeres que pierdan a la juventud, mujeres cien mil veces mas perniciosas y criminales que el vicio y que el crímen mismo?...

—No puedo, señorita, hacer esta revelacion: estoi ligada por un juramento: y aun cuando me castigaran no obtendrian nada de mí.

—Pues es preciso, es indispensable que usted me revele ese secreto, porque de él depende talvez la salud de mi hijo.

—No puedo hacerlo, señorita.

—¿No puede usted hacerlo? Veremos...

—La amenaza es inútil, porque si la justicia me persiguiera, no caeria sobre mi sola.

—¿Y cuál seria la razon?

—De que yo no soi la sola culpable y lo que me sobreviniese a mí, le sobrevendria a su hijo.

La señora reflexionó un momento y vió que la tia Anastasia tenia razon, no pudiendo compelerla por el temor; por que si habian cometido un crímen, de lo que no tenia ya la menor duda, en ese crímen se encontraba su hijo implicado; así es que cambió de táctica, cambió de fisonomia cambió de tono y dijo a la matrona examinada con dulce voz:

—Usted comprenderá, Anastasia, que es indispensable que usted me revele lo que ha acontecido, porque soi madre... y una madre desea el bien de su hijo y no puede condenarlo; de consiguiente, como usted me lo ha hecho observar con justicia, persiguiéndola a usted, lo perseguiria a él, y no quiero, bajo ningun aspecto, que esto suceda; pero a la vez deseo salvarlo de su terrible enfermedad, y para salvarlo me es indispensable conocer lo que ha hecho, lo que ha motivado el mal; y ya que usted se encuentra segura de que nada de malo puede sobrevenirle, porque yo estoi obligada a callar, piense en el bien que le puedo hacer; y si no es el temor, que sea el interes el que influya, pues estoi dispuesta a darle a usted la suma que me pida por la franca revelacion de ese secreto: piense ademas que una madre es la que se lo ruega, es la que se lo suplica...

Así como la señora habia cambiado de actitud y de tono, igual metamórfosis sucedió en la tia Anastasia, levantando su cabeza y fijando su penetrante y acerada mirada en la señora, que esperimentó un sensacion casi de espanto al ver aquellos ojos chicos y fosforescentes, como los de un venenoso reptil, que se fijaban en ella.

—Señora, dijo, despues de una larga pausa, la tia Anastasia, usted queria intimidarme, pero no lo ha conseguido, ni podia tampoco obtenerlo; y yo tengo mis razones para ello, independiente de lo sucedido hace dos o tres meses.

La señora tembló, y tembló en realidad, y no aparentemente como lo hiciera la tia Anastasia que continuó así:

—Si usted desde el principio me hubiera propuesto la compra de mi secreto, ya estuviera terminado el asunto; y estuviera terminado porque, revelándoselo nada tengo que temer de usted, no tanto por estar implicado su hijo y ser el primer actor, cuanto por otros motivos que conservo ocultos desde largos años atras.

—¿Qué quiere usted decir? ¿De qué secretos habla usted?

repuso tímidamente y en tono suplicante la aristocrática dama.

—De los suyos, señora.

Es de advertir que la tia Anastasia al cambiar de tono habia tambien cambiado de espresiones, y en lugar de señorita le decia ahora señora, que se considera entre nosotros mas áspero y menos respetuoso, aunque en realidad no sea así.

—¡De los mios! esclamó la madre de Guillermo, con espanto.

—De los suyos, señora, repitió la matrona examinada.

—¡De los mios! Pero hace un momento que usted me dijo que no me conocia.

—Así como hace un momento que usted me amenazaba, y ahora me suplica y mas tarde ¡quién sabe si no hai otra metamórfosis!

—No comprendo, dijo la señora, con un sobresalto y una angustia que no podia dominar a pesar de ser siempre tan dueña de sí misma.

—Hai muchas cosas, señora, que no se quieren comprender, pero que, por mas que hagamos, no se pueden olvidar...

—¿A qué se refiere usted?

—Creia que ya no tuviera lugar el disimulo por ser del todo inútil; pero ya que usted desea que me esplique con claridad, lo haré.

La situacion en que se encontraba la orgullosa dama era escesivamente humillante, pues tenia que bajar la vista ante aquella infame y miserable vieja que la dominaba con su mirada y la hacia estremecerse con sus palabras.

—Escucho, contestó, sin embargo, la señora.

—Mis relaciones con la familia de usted, no datan de ahora sino desde mucho tiempo; tuve amistad con el señor don Guillermo, padre; y la matrona acentuó fuertemente la palabra amistad.

—¿Con mi marido?

—Sí, señora, con su esposo, ¿qué estraño es que la continúe con el hijo cuando parece dotado de las mismas virtudes que adornaban al primero?

La rechifla era insolente.

—Puede ser, contestó la señora.

—No es solo que pueda ser, señora, sino que es, porque no me confio únicamente de mi memoria, sino que poseo mi rejistro, como voi a tener el honor de mostrárselo a usted, y tambien documentos que vienen en corroboracion de mis apuntes.

La tia Anastasia se paró para traer su célebre *libro de memorias* que ya conocenos.

Durante este corto tiempo de ausencia, la señora conoció y se confesó a sí misma que estaba vencida.

La matrona llegó con el libro, abrió sin vacilar en la parte donde estaba la nota y se la presentó a la madre de Guillermo; y despues que ésta la hubo leido, continuó:

—Ya usted ve que no puedo tener miedo, que tengo toda seguridad de su discrecion y que usted puede contar con la mia; porque la que ha conservado secretos de tanta importancia sin jamas revelarlos, no cometerá ahora una imprudencia. Yo podia, como usted puede calcularlo, hacer desaparecer la fortuna que usted y su hijo poseen, o al menos podria dar datos para que se estableciese un pleito con muchas probabilidades de buen éxito por la parte contraria que indudablemente me remuneraria mi servicio; pero fuí amiga, como se lo he dicho a usted del señor don Guillermo padre y he continuado relaciones análogas con el hijo; de consiguiente no quiero perjudicarlos ni tampoco perjudicar a usted; sin embargo ya que se ofrece y ya que me exije usted un nuevo servicio, convendria remunerar en uno los otros.

—Está bien, contestó la señora con tal que me diga usted lo que ha pasado con mi hijo y esa niña en el dia en que ustedes despidieron a Tomas.

—¿Sabe usted los preliminares de esta reciente historia?

—Sí, a no ser que me haya engañado Tomas.

—No creo que la engañe a usted pagándole bien.

—No lo he hecho todavia, pero lo haré.

—Bien pensado, porque es un muchacho útil; yo lo conozco y lo aprecio, a pesar que él no me quiere.

—Debo advertirle a usted una cosa, replicó la señora: respecto al secreto de mi marido de que usted está en posesion, no tengo el menor temor aun cuando usted se echase en favor de la parte contraria, pues yo poseo títulos lejitimos de una donacion en regla, y usted no haria otra cosa que perturbar las buenas relaciones en que se encuentran dos familias sin el menor provecho para usted y talvez con un grave perjuicio; asi es que a usted le conviene mejor estar de nuestro lado, porque hasta cierto punto tiene usted interes en ello; pero ya que hablamos con toda franqueza, dígame usted el secreto de mi hijo y póngale usted desde luego un precio.

—La palabra *precio* es algo dura, pero la acepto y haremos una iguala tanto por esto como por lo demas, pues yo estoi segura, señora, que aunque le exija mucho, usted perderia mucho mas, quizá lo perderia todo, independiente de otras consideraciones.

—Concluyamos de una vez, ¿cuánto me exije usted por su silencio por una parte y por su revelacion por la otra?

—Para que usted vea que no soi usurera, como me lo dijo al principio de nuestra conversacion, no exijo mas por lo uno y por lo otro que cinco mil pesos.

—Aun cuando esta es una suma considerable, no vacilo un momento en dársela y la tendrá usted mañana mismo.

—Confio en su palabra, porque sé que no me ha de faltar, pues no se me oculta que usted está mas interesada en cumplir que yo en exijir.

—Hecho el trato, vamos al cumplimiento.

—Nada mas natural; pero a pesar de ello me cuesta mucho revelar lo que ha pasado, porque es un crímen.

—¡Un crímen!

—Sí, señora; un crímen cometido por su hijo, porque yo no he sido mas que un pasivo instrumento.

—¿Pero de qué naturaleza es ese crímen?

—Es un delito de los mas espantosos; y él como yo, si se llegase a saber, mereceríamos la muerte porque la justicia caeria inexorable sobre nuestras cabezas.

—Me asusta usted, señora Anastasia.

—Lo mismo me asusté yo cuando me lo propuso su querido hijito; pero fué necesario hacer lo que él queria, porque tiene una voluntad inflexible y porque ademas habia prometido indemnizarme de todos los perjuicios que me irrogaba el abandono de mis intereses y de mi clientela; pero a este respecto no tengo nada que decir, porque he sido exactamente pagada en conformidad a nuestro amistoso convenio.

La señora estaba espantada de tanto cinismo en aquella mujer, pero le mostraba toda clase de consideraciones, pues la temia bajo todos aspectos, ya fuese por lo pasado asi como por lo presente, y se contentó con decirle:

—Vamos al hecho.

—No será larga mi narracion, señora; pero es preciso que usted se prepare, porque el crímen es de los mas grandes...

—Hable usted no mas.

—Pues bien, en esa noche que despedí a Tomas por órden espresa del hijito de usted, le suministramos a la hermosa niña Mercedes Lopez una dósis de...

—¿De qué?

—De veneno...

—De veneno! Dios mio! ¿Pero cómo es que vive?

—Ha estado a los umbrales del sepúlcro y todavia sufre.

—¿Pero con qué objeto cometer un asesinato con una pobre niña? ¿A qué podia conducirles esto?

—A la posesion, señora, a la posesion que era cuanto queria don Guillermo.

—Pero ¡poseer un cadáver! ¡Qué placer ni qué victoria se encuentra allí!

—Pregúnteselo usted a su hijo y él se lo dirá; pero, señora, no era ni el ánimo de él ni el mio el cometer un estéril asesinato, sino que se graduó el veneno, no para matar sino para triunfar sin resistencia.

—¿Entónces fué opio?

—Ha acertado usted y yo misma se lo preparé para que no hubieran despues consecuencias fatales.

—Y en seguida ¿qué sucedió? preguntó con ansiedad la madre de Guillermo, verdaderamente asustada de aquel horrible crímen y de aquella mas horrible mujer que tenia frente a ella y a quien estaba obligada a guardar consideraciones como si fuese una persona de su rango y aun superior, como si no fuese lo que hai de mas miserable y corrompido en el mundo, como si fuese una persona mui honorable y mui meritoria por sus virtudes.

La tia Anastasia comprendió todo cuanto pasaba por la mente de la señora, se sonrió en seguida, sin tomarse la pena de disimular porque lo hacia, y luego que creyó haberla mortificado suficientemente, respondió:

—En cuanto a lo sucedido, lo ignoro, porque yo dejé solo a don Guillermo con la niña y regresé a mi casa a ver los parroquianos u otras jentes que me podian necesitar; sin embargo, es mui fácil comprender el hecho cuando se conoce a los individuos, y yo tengo el gusto de apreciarlo bastante y de conocerlo a causa de nuestras íntimas relaciones de ahora y de nuestras relaciones pasadas con su señor padre, de quien ha heredado fortuna y cualidades...

—¿Entonces usted se separó?

—Habia cumplido mi contrato y recibido mi salario; no tenia ya motivo para permanecer allí: era una intrusa y este rol no lo acepto jamas.

—¡Dios mio! esto es espantoso.. Esto traspasa todos los límites de la maldad humana... Mi hijo merece el castigo....

Y la madre cubrióse el rostro con sus dos manos, y sollozos comprimidos levantaban su seno.

La tia Anastasia miraba y se sonreia: veia humillada a la aristócrata, desesperada a la madre, y esto la alegraba. Por otra parte, habia hecho un buen negocio, se habia indemnizado con usura de las cuantitas onzas que le habia escamoteado Tomas, y estaba satisfecha de la especulacion y de la intriga; salvo el temor que la asediaba constantemente porque le parecia que no habia de quedar sin parte en el festin de la venganza; y como la madre de Guillermo estaba tan interesada como ella en este asunto, le dijo:

—Señora: voi a hablar a usted con mas franqueza que la que usted ha querido usar conmigo.

La aristocrática dama se estremeció como si fuese a sucederle otra cosa peor, como si fuera a recibir un anuncio todavia mas funesto, y le dijo:

—Basta...

—Pocas palabras mas, señora. Usted me ha arrancado el secreto con el fin de salvar a su hijo; ¿pero cree usted haber encontrado el remedio en él?

—No.

—Tiene usted razon; no está allí, sin embargo que de allí depende todo el mal; pero despues de cometido el crímen, don Guillermo ha vivido tranquilo durante dos o tres meses. Nada ha alterado su buen humor y la elegancia proverbial de sus maneras. El remordimiento no ha levantado un pliegue en el mar bonancible de su pecho, siempre ha seguido risueño y alegre su luminosa carrera de conquistador; de consiguiente, debe haber pasado algo de estraordinario para que esa alma de finísimo acero haya podido sentir, y sentir hasta el punto de perder el juicio; ¿no es usted de mi misma opinion, señora?

—Lo que usted me dice es mui lójico.

—Y mas que lójico, pues llega a ser matemático y está mas claro que la luz del dia.

—Tiene usted razon; ¿pero qué es lo que ha sucedido? ¿Qué hacer?

—Lo que ha sucedido lo ignoro; pero lo que se debe hacer es descubrir eso mismo que se ignora; de otra manera es imposible dar con el remedio de su hijo.

—¿Entonces usted cree...?

—Permítame usted concluir: estoi segura que el mal viene del conventillo de la calle de San Pablo, de la hermosa niña Mercedes o de su familia.

—Yo tambien lo habia pensado.

—Y pensaba usted bien: se conoce que no le falta a usted penetracion. Ahora yo me le ofrezco para ayudarle en sus investigaciones; y créalo que lo haré de buena voluntad y con el mayor interes, porque a mí me va tambien en la parada; pues como don Guillermo, yo tambien estoi espuesta y siempre tengo presente aquel adajio que dice: "Cuando veas hacer la barba a tu hvecino, echa la tuya en remojo." Debo tambien advertirle que es necesario para esto gastar mucho dinero: no hai que andar con mezquindades, y yo por mi parte estoi resuelta a emplear toda la suma que usted debe entregarme mañana: ya ve como no ha perdido usted nada en el cambio, porque solo debe considerar ese dinero como un avance de fondos para una empresa lucrativa; pues si es preciso comprar a todos los habitantes del conventillo, debe hacerce para que nos pongan al corriente de cuanto pasa o haya pasado en el interior de la familia Lopez, que es de donde ha partido el mal y de donde pueden sobrevenir otros.

—Soi de su misma opinion y obraremos en consecuencia.

—Convenido; desde mañana mismo me pongo en campaña.

—Y yo tambien.

La señora se paró para despedirse, y la vieja Anastasia

llevó su crueldad, para humillarla mas, hasta el punto de estenderle la mano como a su mas íntima amiga.

La madre de Guillermo vaciló un poco, pero al fin alargó la suya, que la matrona apretó en señal de cordialidad y de confianza.

Aquel contacto produjo en la dama una sensacion indefinible, una mezcla de repugnancia y de miedo, parecida a la que causa en nosotros cuando por casualidad vemos que nos anda por el cuerpo una araña grande y peluda de las que existen en los campos; sin embargo, la señora no hizo ese movimiento tan propio y natural en el hombre para arrojar de sí el repugnante y venenoso insecto, sino que dominando ese instinto, disimuló cuanto pudo la impresion que le causaba la mano de la tia Anastasia, tuvo valor de corresponder al afectuoso apreton, y partió.

La vieja la contempló en silencio y dijo, cuando hubo cerrado su puerta: he castigado bien su arrogancia, porque la he humillado bastante y lleva en el corazon una dósis mas fuerte de veneno que la que preparé para Mercedes, pues sus efectos serán mas durables y sus dolores mas permanentes: es preciso que me ayuden a soportar la carga que yo llevo, a sentir lo que yo siento, a temer lo que yo temo...

X.

De vuelta a su casa, la señora llamó a Tomas, que se presentó en el acto, porque tenia curiosidad de saber lo que habia pasado en la misteriosa entrevista con la tia Anastasia, y cuál podia ser el secreto de aquella noche, que tanto interes tenia en descubrir, porque estaba seguro que la posesion de él seria suficiente para enriquecerlo y quizá para subirlo mas arriba, aunque con la fortuna se pueden alcanzar todas las cosas y llegar a todas partes, menos al templo de la virtud y de la sabiduria; porque para escalar este santuario se necesita el talento y la ciencia, la caridad y la prácti-

ca de esa caridad, y estos dones no se compran sino que vienen de la mano de Dios o se adquieren con la constancia en el bien, con el trabajo de la materia y con la elaboracion del espíritu encaminados ambos a un mismo fin: la perfectibilidad humana...

Una sola mirada le bastó a Tomas para conocer que la señora estaba fuerte y malamente impresionada; pero de qué provenia aquello era lo que deseaba saber y lo que no podia obtener, pero que ensayaria conseguir.

—Tengo confianza, Tomas, en tu adhesion y en tu cariño por la casa y particularmente por Guillermo; así es que no solo no me traicionarás sino que me servirás y me ayudarás cuanto sea posible con fidelidad y constancia.

—¿Puede usted dudarlo, señorita? Mi vida entera está a la disposicion de sus mercedes.

—Espero que no vaya tan allá el sacrificio; pero lo que necesito por el momento es que tu prima se instale, a mas tardar mañana, en el conventillo de la calle de San Pablo; y si hai otras personas intelijentes de quien echar mano, ocúpalas con tal de que te sean fieles. No repares para ello en ningun gasto y pídeme cuanto necesites.

—Señorita, por lo que respecta a mi prima, puede su merced contar con toda seguridad, y ahora mismo iré a verla para que se mude mañana; y en caso de que no haya piezas de alquiler en el conventillo, yo me daré trazas para instalarla, porque tengo allí conocidos.

—Tanto mejor, estos pueden servirte de buenos ausiliares.

—Así lo espero; ¿y qué le dijo a su merced esa pícara vieja de la tia Anastasia? ¡Si su merced la conociera! Pero yo creo que previne con tiempo a su merced.

—Es verdad; tú me hablaste algo de ella, y tus sospechas se han confirmado: esa mujer es un impenetrable misterio: nada pude sacar en limpio.

—¡Es posible, señorita! No quiso revelarle lo que habia

sucedido en el dia que se quedaron solos con el señor don Guillermo?

—Se obstinó en callar; y ni las amenazas, ni las súplicas, ni el interes produjeron el efecto que deseábamos.

—¡Qué vieja tan malvada! ¿Qué podrá ser entonces? Algo de mui grande debe haber sucedido.

—No me hables mas sobre el particular, ni de ella tampoco; cumple con mis comisiones, que de allí depende tu fortuna; si mi hijo se restablece, tienes asegurado tu porvenir. Ahora, vete a ver a tu prima, y que se hagan las cosas con rapidez; dale a mas a ella este dinero, independiente de las diez onzas que te dí ayer para sus padres.

Tomas salió, porque conocia que era inútil insistir con un carácter como el de la señora; pero estaba convencido que alguna cosa estraordinaria habia sucedido, talvez la revelacion de lo que él ignoraba: así es que se retiró pensativo a su cuarto, hizo un atado de varias piezas de las que tenia guardadas bajo de su cama, se echó dinero al bolsillo y partió algo preocupado, aunque mui contento con la idea de que iba a ver a Eloisa, por la que sentia, como ya lo hemos dicho, una afeccion que jamas habia esperimentado por nadie.

Eloisa habia pasado una noche infernal, una noche de insomnio con las reflexiones que se habia hecho; asi que al amanecer se habia solo desnudado y permanecia todavia en cama.

La puerta de calle estaba cerrada, y Tomas se vió obligado a golpear. Una muchacha apareció.

—¿Está la señora? preguntó Tomas.

—Sí, señor, pero no recibe a nadie.

—¿Desde cuándo ha dado esa órden?

—Desde anoche, despues que usted se fué.

—No puede ser.

—Sí, señor, han venido varios caballeros, les he preguntado cómo se llamaban y la he ido a consultar a ella, que

me ha dado esta sola respuesta: "Dile que estoi indispuesta en cama."

—¿Y en realidad está enferma?

—No lo sé, señor, pero me parece que ha pasado una malísima noche, porque cada vez que despertaba la sentia como sollozar, hasta el punto que en una de esas ocasiones y no pudiendo aguantar mas, (porque yo quiero mucho a la señorita), me levanté y le pregunté qué era lo que sentia y si podria yo ser útil en algo; me dió las gracias con cariño y me dijo que nada; pero debe sufrir algo, porque esto no es natural.

—Así es, pues hija; ¿querrias tú encargarte de decirle mi nombre?

—Para qué, si ha de suceder lo mismo que con los otros caballeros; y le aseguro a usted que son de los mas ricos jóvenes de Santiago.

—Sin embargo, puede suceder; toma este escudito para tí.

La sirviente alargó la mano, dió las gracias y preguntó al jóven, que no tenia tan buena facha como la de los otros caballeros que habian venido en busca de Eloisa, cuál era su gracia.

—Tomas; dile nada mas que mi nombre.

—Pero hai tantos Tomases.

—No importa; sin embargo, añádele que soi su primo.

—¡Primo de ella! No le conocia a ninguno, despues de tanto tiempo que la acompaño.

—He estado ausente; pero vé a decirle mi nombre.

La sirviente partió, y un instante despues estaba de vuelta, gritando desde la distancia: "Dice la señorita que pase usted adelante."

Tomas entró, y la misma sirviente lo condujo hasta el dormitorio.

Eloisa estaba en cama. Su semblante abatido y pálido mostraba la ajitacion nerviosa y el insomnio de la noche

anterior. Sus ojos estaban brillantes, como con síntomas de fiebre. El pelo suelto denotaba que no habia tenido el menor cuidado ni empleado el menor arte; pero el mismo desaliño parecia realzarlo y darle esas ondulaciones graciosas del acaso y en que no toma parte la voluntad, pero que no por esto son menos seductoras. Una camisola finísima adornada de ricos encajes cubria su seno, se cerraba en la garganta y dejaba ver únicamente un contorneado y gracioso cuello. Sus brazos, fuera de la ropa de cama, estaban tambien ocultos por encajes flotantes, haciendo parte de la camisola, pero que dejaban ver algunas veces y traslucir otras la blancura un si es no es sonrosada de unos redondos y bellísimos brazos, o diremos lazos hechos para aprisionar al amor. Parecia que todo aquello hubiera sido estudiado con el objeto de atraer; y sin embargo, no era así, porque aquella noche no habia pasado por la imajinacion de Eloisa ningun pensamiento sensual, ningun deseo de parecer bien, aunque esto sea innato en las mujeres, cualquiera que sea su condicion o su estado.

—Toma una silla y acércate, Tomas, dijo Eloisa, metiendo sus afilados dedos por entre sus sedosos cabellos, como para contener el desórden y que no fuesen rebeldes, llevándolos hácia la parte de atras.

—Sabes, Maria, que estás encantadora, que nunca te habia visto mas hermosa?

—Ya te he repetido hasta el cansancio que no me llamo Maria sino Eloisa.

—Es que a mí se me olvida y me gusta darle la preferencia al nombre bajo el cual te conocí.

—Pues por la misma razon me disgusta.

—¿Tanto me aborreces?

—Yo ahora no aborrezco a nadie; y por otra parte, ¿qué importa mi aborrecimiento? A quién puede ofenderle?

—A muchos, y principalmente a mí, porque yo te quiero, porque yo te amo...

—Eso me lo repetiste hace mucho tiempo, y he tenido pruebas de lo contrario.

—Tienes razon en estar quejosa; pero mi arrepentimiento...

—Los arrepentimientos tardios de nada sirven: solo muestran debilidad e impotencia.

—¿Quieres que te pruebe lo contrario?

—¿De qué manera?

—Casándonos ahora mismo.

Eloisa lo miró con estrañeza, y despues, sonriéndose con desprecio, le dijo:

—Te entiendo: quieres especular con mi hermosura: ¿no es verdad?

—Lo contrario: la quiero esclusivamente para mí.

—¿Sabes lo que soi? El estado que tengo? La profesion triste y humillante que desempeño?

—Sí.

—¿Y entonces?

—Entonces conocerás que te amo verdaderamente.

—¿Estás resuelto?

—Del todo; no tienes mas que pronunciar una palabra y se cumplirá.

Eloisa volvió a mirarlo, se cercioró claramente de que no la engañaba, y le dijo con triste y misterioso acento:

—Habia pensado castigarte, pero te perdono por la verdad con que me has hablado; sin embargo, tarde o temprano la justicia de Dios se cumplirá...

—¿Qué quieres decir?

—Nada mas que yo te perdono el mal que me has orijinado.

—¿Es decir que me aceptas? esclamó Tomas, con sincero alborozo, yendo a apoderarse de una de las manos de Eloisa e hincándose al lado del catre.

—No, contestó dulcemente Eloisa; te rechazo.

—¿No quieres ser mi esposa?

—No; pero te estoi agradecida, y con el agradecimiento principia la amistad... ¡Quién sabe si mas tarde lo seamos realmente!

—¿Me das alguna esperanza?

—Para el matrimonio nó, para la amistad sí; y desde luego, ¿no trabajamos como socios?

—Indudablemente.

—Hablemos entonces de negocios.

—Tambien venia a hablarte de ellos, y en prueba de ser cierto, te traigo aquí la mitad del dinero contante que he recibido y una gran parte de los trajes de boda que habia regalado mi patron a la niña Mercedes.

—Eres puntual y honrado, conociendo que has adelantado mucho en el sentido moral, pues esto me está probando que eres incapaz de hacer alguna estafa.

—No contigo, porque te quiero.

—Si mi cariño te ha de conducir al bien, consérvalo; pero no concibas ninguna esperanza.

—No seas tan cruel, Eloisa, déjame siquiera la ilusion...

La muchacha reflexionó, y luego dijo con volùbilidad:

—Bien, Tomas, acepto esto, porque en realidad, nadie puede decir lo que sucederá mas tarde, y para mostrarte la confianza que tengo ya en tí, te comunicaré un secreto que lo sabrás tú antes que nadie, pero que despues lo sabrán todos.

—¿Cuál? querida Eloisa.

—Desde hoi la puerta de mi casa estará cerrada para todo el mundo... Desde hoi corto todas mis relaciones... Desde hoi pienso ser otra mujer...

—Oh, me das un gusto inmenso, esclamó el muchacho, abrazando precipitadamente a Eloisa, sin que ésta pudiera impedirlo.

—Vamos, dijo la arrepentida, despues de un momento; este no es el mejor medio de cumplir con juramentos ni con resoluciones como la que te acabo de manifestar; retírate.

—Eso me lo repetiste hace mucho tiempo, y he tenido pruebas de lo contrario.

—Tienes razon en estar quejosa; pero mi arrepentimiento...

—Los arrepentimientos tardios de nada sirven: solo muestran debilidad e impotencia.

—¿Quieres que te pruebe lo contrario?

—¿De qué manera?

—Casándonos ahora mismo.

Eloisa lo miró con estrañeza, y despues, sonriéndose con desprecio, le dijo:

—Te entiendo: quieres especular con mi hermosura: ¿no es verdad?

—Lo contrario: la quiero esclusivamente para mí.

—¿Sabes lo que soi? El estado que tengo? La profesion triste y humillante que desempeño?

—Sí.

—¿Y entonces?

—Entonces conocerás que te amo verdaderamente.

—¿Estás resuelto?

—Del todo; no tienes mas que pronunciar una palabra y se cumplirá.

Eloisa volvió a mirarlo, se cercioró claramente de que no la engañaba, y le dijo con triste y misterioso acento:

—Habia pensado castigarte, pero te perdono por la verdad con que me has hablado; sin embargo, tarde o temprano la justicia de Dios se cumplirá...

—¿Qué quieres decir?

—Nada mas que yo te perdono el mal que me has orijinado.

—¿Es decir que me aceptas? esclamó Tomas, con sincero alborozo, yendo a apoderarse de una de las manos de Eloisa e hincándose al lado del catre.

—No, contestó dulcemente Eloisa; te rechazo.

—¿No quieres ser mi esposa?

—No; pero te estoi agradecida, y con el agradecimiento principia la amistad... ¡Quién sabe si mas tarde lo seamos realmente!

—¿Me das alguna esperanza?

—Para el matrimonio nó, para la amistad sí; y desde luego, ¿no trabajamos como socios?

—Indudablemente.

—Hablemos entonces de negocios.

—Tambien venia a hablarte de ellos, y en prueba de ser cierto, te traigo aquí la mitad del dinero contante que he recibido y una gran parte de los trajes de boda que hábia regalado mi patron a la niña Mercedes.

—Eres puntual y honrado, conociendo que has adelantado mucho en el sentido moral, pues esto me está probando que eres incapaz de hacer alguna estafa.

—No contigo, porque te quiero.

—Si mi cariño te ha de conducir al bien, consérvalo; pero no concibas ninguna esperanza.

—No seas tan cruel, Eloisa, déjame siquiera la ilusion...

La muchacha reflexionó, y luego dijo con volubilidad:

—Bien, Tomas, acepto esto, porque en realidad, nadie puede decir lo que sucederá mas tarde; y para mostrarte la confianza que tengo ya en tí, te comunicaré un secreto que lo sabrás tú antes que nadie, pero que despues lo sabrán todos.

—¿Cuál? querida Eloisa.

—Desde hoi la puerta de mi casa estará cerrada para todo el mundo... Desde hoi corto todas mis relaciones... Desde hoi pienso ser otra mujer...

—Oh, me das un gusto inmenso, esclamó el muchacho, abrazando precipitadamente a Eloisa, sin que ésta pudiera impedirlo.

—Vamos, dijo la arrepentida, despues de un momento; este no es el mejor medio de cumplir con juramentos ni con resoluciones como la que te acabo de manifestar; retírate.

Tomas obedeció sin decir palabra, pero se reconoció el sacrificio que le costaba sujetarse a la voluntad de su antigua querida.

—Hablemos ahora de negocios.

—Te he dicho que te traigo aquí la mitad de lo que he ganado, sin que falte un maravedí; y si quieres te lo doi todo, y me complacerias aceptándomelo.

—Gracias, Abelardo, dijo la muchacha con tono burlon; te creo lo que me dices, y para probártelo, voi a revelarte en parte el plan que me habia formado, y era despojarte hasta del último centavo; pero ya que te muestras así, no acepto otra cosa que lo que me corresponda desde ahora, y en cuanto a lo que tú has adquirido de antemano, guárdalo.

—No; ahora no quiero guardarlo; trabajaremos a medias y con honradez.

—Sí, honradez a mi manera; pues sábete que tengo resuelto sacarles cuanto pueda a la tia Anastasia y a la señora madre de Guillermo, y despues burlarme, favoreciendo a las personas a quienes quieren que pierda.

—Magnífico, y nos haremos ricos, te lo aseguro.

—Si yo he hecho la resolucion que te he dicho y que creo llevaré a cabo, no va mi virtud mas lejos, porque quiero conservar lo poco que he adquirido y lo que adquiriré, aun cuando no sea ni tan honesto ni tan lejítimo; pero yo no puedo ya tener de esas heroicidades que todo lo sacrifican al cumplimiento del deber, y quiero labrarme una pequeña rentita que me dé independencia, para no estar bajo la presion de nadie y para llorar a solas mis estravios y mas que todo aquel crímen a que tú me indujiste y por el cual recibirás al fin tu castigo, así como por muchos otros, pues tienes, Tomas, un corazon de fiera.

—Que tú has rendido, sin embargo...

—Déjate de requiebros, que te prevengo desde luego ser completamente inútiles, y siéntate tranquilo en esa silla, para que me cuentes la historia de la niña que está relacionada

con la enfermedad de tu patron y a cuya casa debo de ir mañana a esp ar hasta sus menores pasos.

Tomas refirió puntualmente todo lo acontecido.

Eloisa escuchaba con interes, casi con compasion.

Cuando hubo concluido el sirviente de Guillermo, Eloisa dijo:

—Estoi segura que se ha cometido un gran crímen; ahora pagaria lo que no tengo por ir a preservar a esa infeliz de las garras de estos demonios... y tú eres tambien mui culpable, mucho, muchísimo... Tiembla de la justicia de Dios, ya que estás libre de la mia por haberte perdonado, y yo no falto a mi palabra, aun cuando falte a mi conciencia...

Por la narracion que me has hecho, continuó la arrepentida mujer, veo que tú no puedes presentarte en aquella casa, porque correrias peligro: pero infórmame de todo cuanto pasa donde la madre de Guillermo y donde la tia Anastasia: cuento con tu verdad si quieres conseguir alguna vez mi afecto: talvez una buena accion te hará meritorio a mi vista, aun cuando no te salve de los brazos vengadores de la justicia.

—¿Me querrás, Eloisa? Me querrás en algun tiempo?

—Puede ser, pero esto depende de tí; por el momento es completamente imposible.

—Me someto, haré cuanto tú quieras.

—Pasa al salon para vestirme, pues pienso ir inmediatamente a casa de esa niña.

Tomas obedeció.

Eloisa saltó de su cama, se alisó un poco el pelo, se puso su traje de iglesia y dijo a Tomas:

—Espérame aquí o donde la tia Anastasia, es decir, donde creas mas conveniente.

—Prefiero quedarme aquí.

—Está bien, así hablaremos con mas libertad. La casa queda a tu disposicion; si quieres tomar algo pídeselo a la sirviente.

La muchacha partió.

Tomas quedó sumido en sus reflexiones, fijando la vista en cada objeto de aquel elegante salon y pensando en el cambio inmenso que se habia efectuado en aquella pobre Maria, sirviente de un empleado, y ahora elegante, rica, espiritual e instruida a su manera; pero de esa instruccion lijera y fácil, de esa especie de barniz que se adquiere con el roce constante de las personas de alto tono, pero que para Tomas era mucho alcanzar, pues él, que habia vivido constantemente con los ricos, no habia podido imitarlos, mientras que Eloisa podia representar todos los papeles con propiedad y aun el de gran señora, como lo habia presenciado en la noche anterior cuando despidiera a Emilio, el amigo mas íntimo de su patron. Por otra parte, la fuerza de carácter que acababa de manifestar para tomar una resolucion tan repentina y tan enérjica como era la de cerrar para siempre la puerta de su casa a las visitas, la franqueza con que se habia espresado con él, el arrepentimiento verdadero de sus faltas y el deseo de correjirse haciendo el bien, todo, todo contribuia para que la pasion que se habia apoderado de Tomas adquiriese por instantes mayor incremento.

Por uno de esos caprichos tan peculiares en el hombre y mucho mas en los hombres a quienes domina una inclinacion, quiso Tomas volver a ver a solas el dormitorio de Eloisa; y como habia dejado ésta las puertas abiertas, no solo de las habitaciones sino de sus muebles, pudo penetrar fácilmente y cerciorarse y examinar cuanto allí existia.

Su primera mirada fué hácia la cama: sentóse en la misma silla que habia ocupado pocos momentos antes y contempló aquel lecho, vacio ya, pero que exhalaba cierto agradable perfume que lo embriagaba sin pensarlo.

Despues le pasaria indudablemente por la imajinacion alguna consideracion amarga, porque cerró los ojos como para no mirar y se dió una palmada en la frente, del mismo modo que un hombre que ha olvidado una cosa o que se

arrepiente de una accion cometida. En seguida se paró y observó en silencio cada uno de los muebles como si quisiese adivinar los misterios que encerraban o los actos de que habian sido testigos. No contento con esto, abrió los cajones, examinó los trajes, poniéndolos en seguida cuidadosamente en su lugar, pero sin proferir una sola palabra. En el velador, porque no se le quedó cosa que no rejistró con una perseverancia maquinal, encontró una bolsita de seda con dinero, vació el contenido y lo contó cuidadosamente de la misma manera que quien toma un prolijo inventario; entonces sacó las onzas que él tenia en el bolsillo, las contó tambien, vació la plata y el oro que habia en la bolsa sobre la cubierta del velador y depositó la mitad de lo que poseia en la misma bolsa, que guardó dentro, es decir, en el mismo local en que la habia encontrado. Hecha esta operacion, entró para el patio y llamó a la sirviente, que se presentó en el acto.

—Tu señora ha salido y me ha dejado de dueño de casa.

—Bien, señor; ¿en qué puedo servirlo?

—¿Lo hace siempre así con los que la visitan?

—Con mui pocos, señor, y casi puedo decirle que con nadie, esceptuando a don Emilio.

—¿El jóven que estuvo anoche?

—Sí, señor, el mismo, y me estrañó mucho que se fuese tan luego, pues jeneralmente se queda a almorzar y algunas ocasiones a comer, aun cuando salga la señorita.

—¿Tanta confianza tiene?

—Se puede decir que es su casa: es mui buen caballero y quiere mucho a la señorita.

—¿Y podrias darme a mí de almorzar?

—En el acto, señor; basta que usted se haya quedado solo para que nosotros tengamos la obligacion de servirlo, porque es una prueba de mucha confianza de la señorita y se enojaria con nosotras si no lo atendiéramos como es debido.

—La señorita es mi prima.

—Usted me lo dijo, y a su solo nombre lo hizo entrar, lo que no hábia hecho con nadie. Pase usted al comedor, señor, y le serviré en el acto.

—¿Dónde está el comedor?

—Aquí, señor, en esta pieza; voi a abrirla.

—Y la muchacha torció la llave y dejó pasar a Tomas.

El comedor estaba en armonia con los demas departamentos, pues era realmente lujoso, poco menos que el que habia tenido lugar de ver en las principales casas de Santiago y quizá superior a algunas de ellas.

La mesa se cubrió como por encanto, pues fué puesto en el acto un apetitoso jamon apenas principiado, un pato frio, algunas conservas, mantequilla, etc., apareciéndose en seguida la muchacha con un grueso bisteque y un par de huevos, preguntándole si queria tomar un plato de cazuela que tambien habia listo.

—¡Pero aquí se sirve mejor que en un hotel! dijo Tomas a la muchacha.

—Es la costumbre, señor; nunca falta algo, aun cuando la señorita esté sola.

—Mi prima debe gastar un dineral.

—Le gusta vivir bien, pero no se gasta mucho, porque nosotros somos ordenados y económicos.

—Rara cosa: la jeneralidad de los sirvientes no es asi.

—Es que nosotros queremos mucho a la señorita, porque es tan buena y le debemos tantos servicios mi hermana y yo, que no desperdiciamos nada y tenemos todo en el mejor órden, pues nos gusta agradarla y nos pagamos de cualquier cariñosa palabra que nos dice, hasta el punto de habernos encargado que no llamemos su merced ni a ella ni a nadie; y cuando no hai jente usa con nosotras de muchas familiaridades, bufoneándose constantemente, pero de una manera que nos hace quererla cada dia mas.

Tomas escuchaba en silencio pero con marcada satisfaccion la charla sencilla de aquella muchacha.

—¿De dónde eres tú?

—Nosotras, señor, somos de mui lejos, somos de Concepcion, y quedamos aquí abandonadas por la muerte de nuestro padre, dejándonos encargadas a la señorita, porque la señorita lo favoreció a él y nos favoreció a nosotras; asi es que no tenemos con qué pagarle tantos favores.

Tomas estaba cada vez mas admirado; pero sucede muchas veces que entre esas infelices mujeres se encuentran sentimientos elevados y nobles, se encuentran acciones jènerosas que practican con cierta delicia, como para desmentir en parte su vida de infamia, como para que le sirva ante su conciencia de escusa a sus faltas, de una especie de rehabilitacion a sus propios ojos; pero debemos confesarlo que la jeneralidad de ellas tienen un alma cadavérica, muerta a la compasion, muerta a la caridad, muerta a la justicia, muerta a las afecciones, muerta a todo, salvo al ávido deseo del oro, de la paga, de la orjia, del crímen.

Eloisa llegó y dijo a Tomas al encontrarlo en el comedor:

—¡Te encuentras bien aquí?

—Como un príncipe.

—Pues cuando quieras puedes venirte a pasar algunos ratos: todo queda a tu disposicion, pues yo me instalo desde mañana en la calle de San Pablo, lo que no me impedirá dar mis vueltas de cuando en cuando por mi casa, donde se quedarán estas muchachas, que considero como a mis hermanas, mientras no determine otra cosa.

—¿Es decidido?

—Decidido y decidísimo: me ha gustado mucho aquella jente y ya tengo tomada la pieza, o mas bien, tendré mi cama en la misma casa de la señorita Mercedes, porque en verdad es una señorita, mientras se muda un vecino que debe efectuarlo en pocos dias.

—Esta es una noticia que va a agradar muchísimo a la

señora, porque esperará un magnífico resultado de esa intimidad: es preciso sacar partido; ¿pero cómo has podido introducirte en la misma casa?

—Sin duda les fuí simpática, como toda aquella jente lo fué para mí: estoi resuelta a salvarlos.

—Comunicaré à la señora, no tu última proposicion, sino la primera.

—Díceselo tambien a la tia Anastasia.

—Indudablemente, porque de allí sacaremos una buena troncha.

—Trabajar por hacer el bien perjudicando a los malos es una doble ganancia y es un doble bien.

—Asi lo creo.

—Ahora vete, pues talvez te necesite la señora: no olvides de decirle la circunstancia de que estaré por algunos dias alojada en la casa de las mismas personas que me ha encargado vijilar.

—Era preciso que me tomaras por un babieca para que no recordase lo mas esencial.

Cuando Eloisa se encontró sola, se fué a su dormitorio, se tendió en un sofá y dijo para sí: "¡Qué jente tan buena! Qué hermosura tan celestial la de ese ánjel! ¡Y haber tenido corazon para perderla! Es preciso que no tengan alma! ¿Quién es capaz de tan funesto valor? Basta verla para sentirse arrastrado hácia ella! Basta oirla hablar para sentirse conmovido y magnetizado! ¡Cómo! Cómo, Dios mio, se han atrevido! Este crímen no tiene nombre, y el castigo debia carecer de regla!... Yo estoi decidida: ojalá mi accion la proteja y mi intencion me valga.

"Siento el haberme asociado, se puede decir así, con Tomas; porque contribuir a la pérdida de esa niña, despues de haberla visto una sola vez, me parece que es el colmo del egoismo, el colmo de la insensibilidad, el colmo del vicio y del crímen...

"Que sirviera de instrumento para perder a la señora mu-

jer del empleado, pase; que me perdiera a mí, pase tambien; ¡pero prestarse para perder a un ánjel, es preciso ser el demonio! ¡Y ese tal Guillermo! y esa tal tia Anastasia! ¿Qué son? En qué categoría ponerlos? Yo no la concibo, yo no la imajino, me es imposible designarla.

"Ahora el jóven, ¡qué simpático! qué hermoso! qué franco! qué enérjico parece ser! solo unas pocas palabras pronunció! ¡pero con qué acento, con qué gracia, con qué firmeza! Yo no he visto nada que se le parezca... ¡Feliz la mujer...

"Necesito hacer ciertos arreglos antes de trasladarme, dijo como si sacudiera un pensamiento penoso. Es preciso que liquide con todo el mundo para que no vengan a cobrarme e incomodar estas pobres muchachas que tengo a mi cargo y que no sabrian qué hacerse. Veamos cuánto tengo en la bolsa... La plata está sobre el velador; ¿Quién la habrá sacado de la bolsa? Yo tengo seguridad absoluta de la honradez de mis penconcitas; (1) pero aquí veo que no falta nada, porque mas o menos era la cantidad que dejé anoche... Pero para qué la habrán vaciado? Busquemos.

Y Eloisa abrió el velador y se encontró con la misma bolsa llena de onzas de oro.

"Pobre muchacho, continuó, conociendo que habia sido Tomas el que depositara tal dinero; me quiere, pero yo no puedo corresponderle; sin embargo, es preciso proceder bien con él tanto cuanto sea posible; yo ademas lo he perdonado; que otros, con mayor justicia, hagan lo que quieran, pues por lo que concierne a mí, está liquidada mi cuenta; y ademas necesito de él y no seria justo perjudicarlo... Tomo, pues, este dinero sin escrúpulo: es mi parte de utilidades de una empresa a favor de los inocentes y en contra de los criminales: especulacion que me agrada y que llevaré a término. Ahora mismo pagaré todas las cuentas que me orijina este lujo que ya no tendré mas. Desde mañana representaré otro

(1) Nombre que se da a las personas de la provincia de Concepcion.

papel, el papel verdadero, el papel que me corresponde y que no debiera haber abandonado nunca, el papel de la pobreza, el papel de la servidumbre, pero al mismo tiempo el de la honestidad, porque mas vale ser criada y ser mendiga que ser prostituta".

Y la jóven se echó a llorar...

Hai en la vida transiciones terribles; y asi como para arrancarse un puñal clavado en el pecho es preciso sufrir un dolor agudo, porque sin ese dolor viene la muerte, y sin ese arrojo todo se pierde, hasta la esperanza, asi el cambio súbito de un estado, de una posicion cualquiera, nos causa revoluciones en todo nuestro ser que sentimos fuertemente en el primer momento hasta que esa sensacion se debilita y el individuo se acostumbra o se identifica con su nueva manera de ser: por esta razon no debe estrañarse el sacudimiento de Eloisa al aceptar la pobreza a que queria condenarse en vez de la opulencia a que se habia fácilmente acostumbrado; porque nada influye mas en nosotros que el bienestar material, la satisfaccion ámplia de nuestras necesidades y tambien de nuestros caprichos: esta es la vida del hombre en su jeneral espresion y no es presumible que una mujer de ese jaez sacudiese tan fácilmente sus costumbres, echando por tierra en un solo dia, talvez en un solo instante, sus mas inveterados hábitos; sin embargo, el hombre no puede establecer reglas jenerales sino en conformidad con las de Dios, porque corre el peligro de verse desmentido en todos sus actos, viéndose obligado a confesar él mismo su nulidad y su impotencia.

XI.

Pero mientras sucedian estas revelaciones e investigaciones de todo jénero que acabamos de narrar; mientras los que trabajaban en las tinieblas por llegar a la luz con el propósito de tener siquiera un destello que les diese la sufi-

ciente claridad para no estraviarse y para arribar al puerto en contra de la tormenta que rujia sobre sus cabezas, habia otro que en esos mismos dias, quizá en las mismas horas y aun en los mismos instantes depositaba en el regazo de la amistad toda su confianza sin malicia ulterior, tratando sin embargo de la situacion dificil en que se encontraba con el objeto de pedir una satisfaccion para su conciencia, si no turbada por la falta, dudosa al menos por la inseguridad en que se hallaba de haber obrado bien, deseando obtener un consejo, ya fuera para reparar el mal, ya para cerciorarse de que no se habia apartado jamas del sendero de la justicia. Fácil es comprender que él que hacia estas revelaciones era Enrique y la persona a quien se dirijian era el anciano

Por otra parte, el jóven obrero ansiaba saber de Luisa y no tenia otro conducto que aquel, porque jamas se habria atrevido a dirijirle una carta a ella, no solo por temor de que no fuera recibida, sino porque parecíale ofenderla; y en efecto, Luisa no habria, a pesar de su cariño, a pesar del deseo vehemente de saber de él y de su amiga, disculpado esa familiaridad: tal era la altiva delicadeza de su carácter, la dignidad que sentia en sí misma y de que se rodeaba siempre.

A los dos dias de haber cumplido Enrique con la mision de castigar al seductor de su hermana, y en los mismos momentos que la madre de Guillermo y la tia Anastasia ponian en juego toda su astucia y se valian de todos los medios que podian sujerirles su posicion y su fortuna, ya sea para salvar al hijo, ya para precaver la tormenta que presentia y que se levantaba en efecto sobre la cabeza de la vieja usurera; en esos mismos momentos, decimos, Enrique escribia al solitario sobre el mismo asunto pero con fin distinto, porque, como acabamos de revelarlo, él deseaba únicamente la sancion de sus actos por aquel hombre que representaba para él casi la mision de Dios sobre la tierra,

porque poseia estas dos facultades inmensas: la sabiduria y la justicia. La consulta de Enrique estaba concebida en estos términos:

"*Santiago, marzo* 10 *de* 1851.

"Hace dias, sabio maestro mio y segundo padre, que hubiera debido escribirle para que no permaneciera mucho tiempo en ese estado de ansiedad en que verdaderamente debe haberse hallado y hallarse todavia por la suerte de sus queridos hijos. Ya ve usted cuánta certidumbre tengo en el cariño que nos profesa, cuán profunda conviccion de que nos ama; pero esa certidumbre y esa conviccion emanan de lo que nosotros esperimentamos, mi hermana y yo, sin escluir por esto a mis padres. ¿Cómo no estar seguro de un afecto que se siente? Cómo no pensar en nosotros, cuando nosotros pensamos constantemente en usted? Cómo no preocuparse de nuestra suerte, cuando a todas horas nuestras almas están fijas en aquellos sitios? Y cómo no estar seguros que nacen de la voluntad tantos favores, tantos servicios de todo jénero que usted nos ha hecho, tantos desvelos como yo le he costado? Podemos, pues, llamarlo con toda confianza nuestro amado padre, porque tenemos la seguridad de que nos acepta como sus queridos hijos, y los lazos que cria el amor son los mas sagrados y los mas durables, porque son espontáneos y libres y el resultado de esas leyes misteriosas de la Providencia Divina, que gobiernan los mundos y que nosotros vislumbramos sin comprenderlas y menos aun analizarlas.

"Ya usted ve, maestro mio, que me he vuelto filósofo; ¿quién no lo es a su lado? Quién no se modifica con su contacto? Quién no se trasforma cuando ha escuchado su palabra? Quién no se santifica cuando ha presenciado sus acciones y sido testigo de sus obras?

"¿Sabe usted, querido maestro mio, que a la distancia es cuando mas se aprecia, cuando mas crece y cuando mas

se conoce el mérito? Ahora me doi cuenta de la exactitud de aquel adajio que dice: "El bien no es conocido hasta que es perdido." Ah! cuánta falta me ha hecho usted! Si hubiera estado conmigo, no habria tenido incertidumbres, no me habria mortificado la duda y hubiera poseido la confianza plena en mis actos! Empero estaba obligado, no podia dirijirme sino por mí mismo y talvez he errado. Voi, pues, a hacerle una esposicion franca y sencilla de mi conducta para que usted se digne aprobarme o condenarme."

Suprimimos toda esta parte de la carta de Enrique en que dá cuenta al solitario de todo lo ocurrido asi como de la escena de la venganza que ya conoce el lector y que era la causa inmediata de la terrible enfermedad de Guillermó; pero debemos advertir aquí que al hacer su relacion exacta a don Toribio de Guzman, ocultó Enrique el nombre del seductor de su hermana y la familia a que pertenecia el que llevaba el nombre de *Infame!* en caracteres de fuego sobre sus espaldas; y Enrique le decia al solitario que él se creia en el deber de ocultar a todo el mundo y hasta a su querido maestro, para el que no tenia nada reservado, el nombre del individuo víctima de su justicia o de su venganza.

Y en seguida continuaba:

"Ahora, maestro mio, usted que está ya en posesion de la verdad desnuda, que sabe la manera como mi hermana fué violada y la represalia que yo he ejercido o la venganza que yo he tomado: ahora tenga la bondad de decirme con la misma franqueza si he obrado bien o si he obrado mal; porque a pesar que no pesa sobre mi conciencia el dolor agudó e incesante del remordimiento, la conducta de Mercedes me hace dudar de la escelencia de mi proceder; pues ella, mi querido maestro, era opuesta a todo acto que no fuera el perdon y el perdon mas grande, mas ámplio, mas absoluto, suplicándome que desterrase de mi corazon toda idea de venganza.

"Ahora, pues, si ella estaba en la buena via, es claro que

yo he delinquido. Y si yo no he delinquido, puesto que no me remuerde la conciencia, ¿cómo calificar la conducta de mi hermana? ¿Qué nombre dar a esa accion, a esa jenerosidad sin límites que me entusiasma y que me hace adorarla? ¿Está ella o yo en el error? Cuál de los dos es el que se equivoca? Si yo, ¿por qué no padezco? Si ella, ¿por qué la admiro? Hé aquí una contradiccion, hé aquí un punto que espero que ustéd me resuelva con la lójica de la palabra, porque ya lo tiene resuelto la lójica del corazon.

"Segun esto, es claro que mi hermana ignora el paso que he dado; ¿cómo habria podido decírselo? ¿Cómo tener el valor de esponerme a un reproche de ella? De consiguiente es preciso que lo ignore siempre, porque no quiero perder un ápice de su estimacion, porque me quitaria algo de su cariño.

"Ya le he hablado mucho de mí, padre mio: ahora quiero hablar de usted, quiero hablar de ella. ¡Dios mio! Al solo estampar esta palabra *ella*, esperimento una emocion deliciosa: se puede decir que tiemblo de placer, que me estasío y me remonto a los cielos para distinguirla en ese arrobamiento del alma que tiene el poder de hacer visibles los seres a pesar de las distancias. . . . .

. . . .

"Vuelvo a tomar la pluma, que se me habia caido de la mano. ¡Para qué sirve este instrumento, para qué estos caracteres, para qué esta palabra, si nunca han de representar el amor en toda su pureza, en toda la intensidad de que es susceptible y de que solo el corazon es capaz de apreciar sin que haya nada que le sirva de intérprete? ¡Impotencia humana! ¡Sentir y no decir! ¿Por qué nos habrá dado Dios lo primero sin darnos en igual grado lo segundo? Es verdad que hai intelijencias mas claras pero a medida de su claridad debe aumentar la sensibilidad y siempre quedar existente la misma diferencia: sentir y no decir; porque si yo pudiera dar a mi palabra todo el colorido necesario para

pintar, para daguerreotipar mi afecto, haria palpables todas esas vaporosas impresiones que esperimenta el alma sin que haya un signo tan perfecto que las revele al esterior, ¡y sin embargo el lenguaje del hombre es admirable! Es una facultad poderosísima, casi pudiéramos decir divina, porque mientras mas se estudia, mientras mas se analiza, mas admirable se encuentra y menos comprensible se halla: es la obra de Dios pulimentada, si nos es permitido hablar así, por la intelijencia del hombre: es el signo que nos distingue, que nos eleva sobre la creacion hasta hacernos tocar con el trono del Eterno.

"Gracias, maestro mio, si usted me ha enseñado a pensar... ¿A quién debo yo, si no es a usted, el poco de facilidad que ahora tengo para espresarme asi? ¿A quién debo esa tendencia que me domina y que me agrada, de unir el amor a la filosofía, la mujer a Dios? A usted que me ha hecho concebir la sublimidad de la pasion en la sublimidad del pensamiento, el afecto naciendo de la virtud y viviendo en la virtud y por la virtud. Por esto es que yo confundo a mi maestro con mi querida y a mi querida y mi maestro con todo cuanto hai de noble y de sublime en el hombre, con todo cuanto hai de grande en la creacion y hasta casi con Dios mismo!... Porque no puedo pensar en El sin pensar en ustedes, y no puedo pensar en ustedes sin pensar en El... ¿Es mala o buena esta tendencia que usted ha dado a mis ideas y a mi espíritu? ¿Me conducirá a la felicidad o a la desgracia? Si he de juzgar por lo que esperimento, me lleva al bien, abriéndome las puertas de un paraiso cuyas interiores maravillas alcanzo a distinguir; porque de esta suerte, a medida que mas me elevo mas amo, y a medida que mas amo mas me elevo, comprendiendo que la perfectibilidad y la dicha de la humana especie, consisten en el desarrollo progresivo de ese sentimiento que nos lleva al idealismo de la virtud, al refinamiento del goce en su mas pura esencia: hé aquí como yo concibo el amor, hé aquí

como usted me lo ha enseñado y hé aquí principalmente como me lo ha inspirado *ella.*

"¡Oh, maestro mio! Oh, mi querido y segundo padre! Que no vea *ella* jamas esta carta! Ah! ¿qué pensaria de mí? ¿qué pensaria de este insensato? Por Dios! si tal desgracia sucediera, si fuera usted capaz de tal imprudencia, ya no tendria valor para presentarme a su vista; ¡y no verla seria para mí cien mil veces mas doloroso que la muerte! Compadézcame, compadezca a su discípulo, a su hijo y no lo traicione. ¡Súplica inútil! ¿No sé yo acaso que nada tengo que temer de su parte? Sí, nada, absolutamente nada, sino por el contrario mucho que esperar, mucho que agradecerle todavia.

"¿Para qué hablarle de mi hermana y de mis padres cuando usted debe comprender que están buenos por la introduccion misma de mi carta? Mercedes, aunque lánguida, aunque triste todavia, cada dia se restablece mas, porque el afecto que la rodea la salva. ¿Sabe usted que el cariño es una de las mejores, de las mas eficaces y universales panaceas para el hombre? La teoria de la voluntad que usted me manifestó un dia, la veo cumplirse. ¡Cómo conoce usted las leyes de la naturaleza! Cómo conoce usted el mecanismo humano! Y cómo me lo ha manifestado tan claro e intelijible en tan poco espacio de tiempo! Esto es lo que hai de sorprendente y de admirable! He llegado a ser pensador sin saberlo, y amante de la virtud sin jamas haberla practicado!...

"¿Tendré el gusto, el gusto infinito de recibir una respuesta? La aguardo, porque no lo dudo. Es imposible que usted no me dé esa satisfaccion, y la espero.

"¿Para qué decirle a usted los cumplimientos de estilo con que se termina una carta? ¿No basta acaso conocer el sincero afecto de su hijo?

"ENRIQUE."

P. D. ¡Cómo se olvidan los asuntos políticos cuando se interponen las afecciones! Se me olvidaba decirle que he

asistido muchas veces a unas sesiones secretas dadas por don Francisco Bilbao y algunos otros jóvenes de las primeras intelijencias de Santiago. ¡Ay, señor! qué talento! qué fuego! qué principios! La igualdad humana, la libertad humana, la dignidad humana! Hé aquí la doctrina que propalan y que tratan de plantear. ¿Cómo no estar con ellos? Cómo no hacerse partidarios de principios que levantarian nuestro pueblo, que harian felices a los hombres, que rejenerarian las sociedades? Cuando yo he oido las palabras ardientes, amorosas y simpáticas de este jóven filósofo, casi podria decir, de este jóven profeta, me he sentido conmovido, me parecia que escuchaba a uno de los discípulos de usted, a uno de sus neófitos, a uno de sus prosélitos; y estoi decidido a defender la causa santa de los pueblos, la causa vivificante que dará savia a las naciones, porque levantará al pobre, dando dignidad al hombre.

"¿Habrá orgullo en mí? ¿Será mi condicion de artesano la que me empuja a adoptar estas ideas? Si estuviera colocado en una clase superior ¿las aceptaria? Muchas veces he sondeado mi conciencia sobre esto, he hecho el análisis completo de mi pobre personalidad, y no he creido encontrar ningun sentimiento bastardo; ¿me engañaré a mí mismo? No ha faltado ocasiones en que usted me ha dicho que el hombre es mui astuto para convencerse a sí propio; pero en la actualidad yo he creido seguir sus mismos consejos y su misma inspiracion, afiliándome a ideas que están tan en armonía con las suyas; sin embargo, yo difiero en algunos puntos con los que puedo llamar mis correlijionarios políticos: ellos quieren la guerra, ellos dicen que la revolucion, y la revolucion armada, es la única que puede arrancar el mal de raiz; y yo he creido justo oponerme a esa teoria, porque usted me ha enseñado que nada se saca con sangre, que nada se obtiene con los disturbios, porque tras de ellos viene el despotismo, tras de ellos viene la fuerza que se ha empleado, que se vuelve a emplear y que es la

causa de todos los males; pero yo siento los ánimos mui exaltados, me parece entrever planes y lamento estos estravios sin dejar por esto de plegarme a los principios republicanos y demócratas. ¿Por qué estará muchas veces el bien unido con el mal? No lo concibo: las ideas de estos jóvenes, sus tendencias y sus deseos son buenos, pero su accion me parece mala; y no solo mala, sido ineficaz, y podré decirlo así, retroprogresiva, porque ellos quieren adelantar y sin embargo retardan ese adelanto: estos son los principios que usted me ha inculcado, esto es lo que me parece tambien racional y lejítimo; veremos lo que sucederá, pero yo no abandonaré esa bandera."

Como es de presumirlo, Enrique dijo a su hermana que iba a escribir a su maestro de la hacienda de San Jorje, y que si queria hacer lo mismo, es decir, contestar las cartas de la señora doña Juana y de la señora Luisa que él le habia traido, era ahora una ocasion. Mercedes no podia escusarse, tampoco lo queria, y se puso en el acto a escribir las dos lacónicas cartas que, para el conocimiento del lector, nos vemos obligados a trascribir, porque ellas demuestran la situacion del alma, de esta niña tan vilmente engañada.

"*Santiago, marzo* 10 *de* 1851.

"Señora doña Juana de...

"Señora:

"Su benévola carta ha sido para mí un antídoto contra ese veneno que me corroia; y mas que un antídoto, un bálsamo, porque tiende a cicatrizar mi herida. ¡Llamarme su hija! Decirme que soi su segunda Luisa! Esto es mucho, señora; y aun cuando no lo acepto, me consuela. Le doi las gracias, y Dios quiera recompensar la piedad que tiene por los infelices.

"Yo no me creo indigna, señora, de sus favores, levantando mi vista a los cielos. ¡Pero cuando miro a la sociedad!... Y sin embargo, ¡usted tiene el valor de disculparme!

usted me dice y me cree merecedora de su afecto y de su amistad! usted, pues, no hace otra cosa que ser una segunda Providencia!... La primera la recibirá a usted en el paraiso.

"Adios, señora; Dios quiera conservar tan preciosos dias.

"Suya de corazon,

"MERCEDES."

La segunda carta era la siguiente:

"*Santiago, marzo* 10 *de* 1851.

"¿Aun, aun puedo decirte mi amiga y mi hermana? ¡Qué felicidad! ¡Cuanto, cuanto, mi querida, mi idolatrada Luisa, has disminuido mis penas! cuanto no me has hecho olvidar! cuanta vergüenza no has borrado! cuanto no me rejeneras con tus palabras, con tus promesas, con tu afeccion! Empero, hermana mia; todavia sufro mucho, muchísimo!... y lo que es peor, creo que ni tú ni nadie me podrá jamas quitar el pesar que me agobia!... Sin embargo, te debo mucho, lo mismo que a tu madre; pues tus palabras tanto como las de ella me han consolado y me dan ánimos para vivir... ¡Sabes que esta palabra *vivir* es mui triste cuando se padece, y cuando se padece como yo! Con todo, yo estoi resuelta, porque de otra manera haria a mis padres desgraciados!

Mi querida Luisa, ¡cuán pesada es una cuando sufre! No habla mas que de sí misma! Pero eres tú la que tienes la culpa!.. tú me echas a perder!... Ocupémonos de otra cosa: háblame dos palabras de tu corazon y háblame cuanto quieras de tu maestro y del maestro de Enrique; asi mi espíritu divertirá sus penas, teniendo la satisfaccion de penetrar en la vida de dos personas a quienes reverencio y a quienes amo.

"Yo estoi mejor: la llegada de mi hermano y la carta tuya como la de la señora, me han aliviado estraordinariamente ¡Qué no puede la amistad! qué no puede el afecto! ¡Y sin embargo desconfio! Dejemos las cosas a la Providencia Divina; ella resolverá.

"Intertanto, recibe el corazon de tu hermana y de tu amiga y ofrécele una gran parte de él a nuestro bienhechor el maestro de Enrique.

"Tuya para siempre

"MERCEDES."

XII.

Estas cartas habian sido despachadas el diez de marzo segun se ve por la fecha en que fueron escritas; y justamente en ese mismo dia se instalaba Eloisa en casa de la familia Lopez para hacer el espionaje de ella; pero esa mujer *perdida* habia resuelto salvarlos y tenia el propósito firme de llevar a término su resolucion, sucediera lo que sucediera, porque aquel acto era para ella una especie de espiacion, y por ningun tesoro de este mundo hubiera traicionado a los que tenia bajo su éjida, sin que lo supieran y sin que aun lo vislumbráran, porque ella queria hacer una accion meritoria y estos actos ni se representan, ni se dicen, sino que se practican en silencio.

Eloisa se habia presentado donde el alférez Lopez y habia sido recibida cordialmente, segun lo habia dicho ella misma a Tomas en su última entrevista; pero para introducirse habia mentido, porque para ser aceptada con benevolencia, habia asegurado ser la viuda de un militar de baja graduacion a quien le quedaba un montepio mui insignificante que a penas le alcanzaba para su alimento, viéndose obligada a buscar la pobre habitacion de un conventillo para no ultra-pasar sus recursos.

La interesante fisonomia de la jóven, su aire modesto y resignado, su deseo manifiesto de vivir en la mediocridad o en la pobreza, conformándose con sus escasos medios de subsistencia, sedujeron sobremanera a Marta que, sin mas opinion que la de ella, le propuso quedarse en su propia casa, mientras se desocupaba un pequeño cuarto que en pocos

dias mas abandonaria un vecino, segun lo habia prevenido.

Eloisa, no se hizo rogar, como se ha visto y como debia esperarse, y en la misma noche la opulenta mujer llevaba, no su réjia y voluptuosa cama, sino una mui sencilla, en compañia de unos pobres muebles, a casa del alférez Domingo Lopez.

Por la noche fué puesto su cubierto y convidada cariñosamente a cenar, invitacion que fué aceptada tan luego como fué hecha.

La circunstancia dè tener un nuevo huésped, hizo que Marta convidase tambien a Teresa y a su marido para hacer mas amena y mas agradable la sociedad para la moderna inquilina que habia tenido la suerte de ser a primera vista agradable a todos, sin esceptuar al viejo alférez a quien ya importaba poco que fueran viejas o jóvenes las personas, con tal de que fueran simpáticas, condicion que habia resuelto tener siempre en vista, desde el conocimiento contraido con la tia Anastasia, a quien su mujer habia rechazado desde un principio; de manera que en lo sucesivo queria dejarse guiar por la simpatia o antipatia que produjera en Marta una nueva persona, pues habia llegado hasta figurarse que su mujer tenia doble vista y que jamas se engañaba.

La sociedad de aquellos individuos, francos, sencillos, elevados, y sobre todo, afectuosos y llenos de respeto para con sus padres, los unos, para con sus mayores, los otros, habia encantado a Eloisa, porque veia allí cosas que no habia encontrado jamas; libertad y pureza, sencillez y elevacion, prodigalidad y economia, y una manera de ser tan franca, tan natural y al mismo tiempo tan digna y reservada, que lejos de hacerse temer los individuos, daban toda clase de franquicias honestas, haciéndose a la vez respetar.

Esa noche la pasó Eloisa lo mas agradablemente, pues examinaba los personajes y hacia sus inducciones para eje-

cutar con acierto sus pensamientos ocultos y para darle todo el colorido de la verdad a las revelaciones falsas o ciertas que estaba obligada a hacer diariamente a las personas que la empleaban, pudiendo así tomar todos los hilos de aquella trama y tenerlos únicamente ella para obrar como le conviniera.

Al dia siguiente, hizo una relacion exacta a la madre de Guillermo y a la tia Anastasia de cuanto habia visto; de cuanto habia oido a los habitantes del conventillo, pintando los caracteres de cada uno con tanta prolijidad y con tanta maestria, que la matrona examinada, que conocia a fondo los personajes, quedó admirada y complacida, admirada de ver esa rapidez de concepcion y esa finura, y complacida en cuanto podia sacar un gran provecho, tanto para su seguridad personal, cuanto para la especulacion, pues le daria los medios de esplotar en grande escala a la madre de Guillermo, mientras que ella contentaria con poco a sus afiliados, caso que ya habia tenido lugar, y que se lisonjeaba repetir tantas veces cuántas fuesen posible; de manera que bajo estas impresiones tan halahüeñas como agradables, dijo a Eloisa:

—Sabes querida y hermosa niña que estoi mui contenta contigo, y que no me limitaré solo a nuestro convenio, sino que iré mucho mas allá.

—Me alegro, tia Anastasia, por dos motivos: primero, porque usted esté complacida; segundo, por la oferta que me hace lo que me facilitará la ejecucion de un plan que recientemente he concebido pero que irremediablemente cumpliré.

—¿Seria imprudencia de mi parte preguntarte lo que piensas hacer? Ya sabes cuánto interes te tengo y con cuanto gusto yo te ayudaré, si puedo serte en algo útil.

—Usted puede hacer mi felicidad.

—Habla, que si está en mi mano cuenta con ella.

—¿De veras?

—De veras; pero la tia Anastasia se reservaba el no hacer nada si la exijencia era considerable y por esta razon habia añadido el *si está en mi mano*, frase bien acomodaticia que no obliga ni compromete a nada.

—De veras; y puedo asegurarle que solo de usted depende y lo que es mas, que usted lo puede realizar facilmente y sin el menor sacrificio.

—Si es así, está hecho; pero ya veremos: muchos se figuran de mí cosas que ni por la imajinacion se me han pasado; esplícate.

—Ha de saber usted que pienso dejar la vida que llevo.

—¡Cómo! ¿Abandonar la *carrera?* (1)

—Sí.

—¡Estás loca! ¿Pero no ves que esto es imposible? No ves que estás acostumbrada a la independencia y a la comodidad, a pagarte de tu capricho, a no trabajar en nada, a levantarte a la hora que se te antoja, a tratar de igual a igual a los mas altos personajes, a tutear a los majistrados y hasta a los...?

—Todo esto lo he reflexionado, pero he formado una combinacion que, si se realiza, y se realizará, salva algunas de las objecciones que usted me hace.

—Mira: ¿cómo te avendrias ahora con la servidumbre, con ir a decirle *su merced* a cualquier perro o gato que te pague un pequeño salario que no te alcance ni para zapatos? ¿No sabes que la que ha entrado en la *carrera* no puede salir de ella, porque ni de criada la aceptan en ninguna parte?

—Esto es lo que quiero evitar.

—¿Pero cómo? Imposible, Eloisa, imposible. Tú no puedes abandonar así no mas tu brillante carrera. Tú ganas muchísima plata. Tú eres la reina en la sociedad. Tú eres

(1) Las mujeres perdidas llaman *carrera* a ese tráfico vil e inmundo que se denomina *prostitucion*.

la mas buscada, la mas festejada, la mas querida... ¡Cómo! No es posible... Te digo que no es posible...

—El medio es mui sencillo: quiero tener un poco de plata para comprar un terrenito y vivir independiente aunque pobre. Respecto a la plata, a las fiestas, a los halagos, no son bastantes para compensar las vergüenzas, las bajezas y las repugnancias que una tiene que vencer y soportar con cara placentera y ánimo alegre. No; quiero dejar esta vida y la dejaré; quiero obtener ese dinero y lo obtendré, tanto de usted como de la señora; porque de lo contrario, ahora mismo rompo el contrato a que me he obligado de palabras, y no serviré a usted, ni a ella, ni a nadie, y talvez seria hasta capaz de echarme en el bando opuesto, aunque fuera sin remuneracion alguna. Ya usted me conoce. Sabe que lo único que tengo de bueno o de malo, de lo que no puedo prescidir, es que cuando he tomado una determinacion la cumplo aun cuando me lleve a un precipicio. Con que así, usted decidirá; que en cuanto a la señora, corre por mi cuenta; o de no, abur...

—¡Siempre loca! Siempre atolondrada! Ya sabes que si yo te aconsejo es por tu bien. Sabes cuánto te quiero. Sabes que siempre te he distinguido. Sabes que soi mujer de esperiencia. que he visto y conozco mucho mundo, que sé lo que es la vida en todos los estados y en todas las condiciones; ¿por qué ,pues, no sigues mis consejos? ¿De dónde te ha salido esa mania de virtud? ¿Has entrado a ejercicios? Te ha convertido algun fraile? Qué es lo que ha sucedido? Dímelo.

—Nada de todo eso; porque si hubiera entrado a ejercicios, si la palabra de un fraile me hubiera persuadido, no me prestaria, como lo hago, a servir a usted en un asunto que nada tiene de moral, sino que al contrario es bien malo, mas malo que la vida que llevo, pero que por lo mismo me dará bastante plata, que es lo que quiero y lo que necesito.

—Mira, Eloisa; piénsalo bien antes de dar tan desacerta-

do paso; no te dejes llevar por un capricho, por una veleidad impropia en mujeres como nosotras. Te he dicho que yo tengo mucha esperiencia y he presenciado varios casos parecidos al tuyo; y despues he visto volver a esas infelices, a todas esas ovejas descarriadas, al mismo aprisco; pero pobres, miserables, sucias, andrajosas, ¡y ya no han podido hacer nada... o les ha costado muchísimo alcanzar, no a su rango anterior, sino a una mediana comodidad! Tú sabes que en la *carrera* hai muchas jerarquias, hai muchos escalones, muchos grados, lo mismo que en el resto de la sociedad; pues bien, yo temo que a tí te suceda otro tanto, y que una vez perdidas tus relaciones, tus amantes, el lujo que te rodea y hasta tus gracias, en el duro trabajo que hai que sobrellevar en el mundo para ganar una subsistencia mezquina pero *honrada* como la llaman (y la vieja se sonrió al pronunciar la palabra honrada) vuelvas y no encuentres nada de lo que tienes ahora y te veas obligada... ¿a qué? A ponerte mucho soliman... a correr las calles, a pasearte por la Alameda, a ir hasta los cuarteles, y en seguida al hospital.

—Lo que he venido a pedir a usted no son consejos sino dinero, dijo con resolucion Eloisa. Yo soi dueña de no aceptar los primeros y usted de rehusarme lo último.

—Tienes un jenio vivo y mui próximo a la exaltacion: estos caracteres son por lo jeneral volubles y sus determinaciones si bien instantáneas, no son durables: piensa en lo que te digo. Pero ya que no quieres aceptar consejos mios, sino mi dinero, hablemos, pues, sin embozo: ¿Cuánto quieres? Piensa que ayer o antes de ayer no mas te he dado quinientos pesos y que esta suma considerable no era por un dia, sino por todo el tiempo que permanecieses allí: era un trato hecho: era una *iguala*, como dicen los abogados.

—Ya lo sé; pero ustedes me habian engañado; la empresa no es sencilla, y ademas, la creo mui importante para ser pagada con esta miseria de quinientos pesos, que traigo

aquí y que pongo desde luego a su disposicion, (y los colocó sobre la mesa). Ahora tambien creo que esto envolverá compromisos graves, porque, si no me engaño, la niña está en cinta... y no es posible correr peligros por una bicoca, y peligros que no se conocen... Basta, tia Anastasia; aquí tiene sus quinientos pesos; renuncio, renuncio, y otro tanto diré mañana a la señora, devolviéndole su atado de ropa vieja.

¡Qué gracia! continuó, mientras la matrona examinada reflexionaba; ¡quinientos pesos! Cuando, señora de mi casa, podia ganar mas!... No; no acepto, no acepto...

La astuta Eloisa habia hablado esprofeso del estado en que creyó se encontraba Mercedes, tanto para sondear el secreto de la tia Anastasia, cuanto para darle mayor interes a la empresa y que le ofrecieran a ella mayor ganancia, pues la resolucion que pensaba tomar era verdadera.

La vieja Anastasia replicó, despues de una pausa.

—¿Pero no me habias dicho que ibas a abandonar la *carrera*?

—Sí, en caso de tener plata; pero sin ella me veo obligada a seguir sus consejos hasta que junte una cantidad considerable de dinero; y en este caso, le advierto que no la acompaño en su empresa, porque me conviene mas ser lo que soi sin correr el menor riesgo; pues por lo que he creido traslucir, el alférez Lopez y su hijo son capaces de todo, y ya he dicho que no quiero esponerme por poco.

—¿Me has dicho que Mercedes estaba en cinta?

—Justamente, y esto me parece peligroso, porque si lo llegan a conocer, es probable que ni el padre ni el hijo reciban con mucha resignacion lo que les envia la Providencia.

La vieja hizo un jesto como de espanto, pero despues se rehizo y replicó:

—¿Temes algo?

—Quien puede saberlo es usted que los conoce.

—Pero en fin, ¿qué te parece a tí?

—Yo creo que hai pocos padres y pocos hermanos en el mundo que acepten con sangre fria esas cosas.

—Tienes razon.

—Por lo mismo no quiero mezclarme.

—No hagas eso, hija mià, espera, espera... ayúdame a salir bien de esta empresa y tendrás tu fortuna asegurada... Mientras tanto, guarda tus quinientos pesos y considéralos como a cuenta de una cantidad mayor. Dime ahora: ¿se le conoce mucho el embarazo?

—Mui poco, y creo que nadie se ha apercibido de ello, ni aun ella misma.

—¿Y cómo lo notastes tú?

—Usted sabe que nosotras conocemos esto a primera vista y desde un principio, aunque no seamos matronas. Usted tampoco se habria engañado.

—¡Sabes que vales un Perú, hija mia?

—Nada es valerlo cuando no hai quien lo dé; pero sí tenerlo aunque no lo valga.

—Posees un rarísimo injenio; pero vamos al asunto principal: ¿te parece que nadie ha conocido el estado en que se encuentra Mercedes?

—Asi lo creo.

—¿Ni aun ella misma?

—Ni aun ella misma: ella menos que ninguna otra; porque no hai mas que mirarla para conocer el supremo candor y la inocencia virjinal de aquella hermosa criatura. ¡Pero sabe usted que la cosa es curiosa, es mui rara! ¿Cómo diablos puede haber sucedido?

—No te preocupes de esto; vamos al negocio. Suceden tantas cosas en la vida.. hai tantos misterios...

—No conozco mas que el de la Virjen: aquí hai gato encerrado. ¡Qué diablos! es preciso que yo descubra esto.

—No pienses en lo que no te conviene. La cosa es mui sencilla de esplicarse: habrá sido seducida.

—¡Pero seducida sin saberlo! Es mui escepcional, es completamente imposible.

—Dejemos esto: despues se aclarará el enigma.

Eloisa conocia cuánto interes ponia la tia Anastasia con apartar su pensamiento de ese radio de reflexion, y aparentó desviar de allí su constante atencion.

—Sí, dijo; para qué investigar lo que no me conviene saber; vamos al asunto: ¿me dará usted lo que le pido?

—Segun y conforme.

—Ya se ve; segun y conforme el servicio.

—Yo queria decir, segun y conforme la cantidad.

—La cantidad debe ser proporcionada al servicio, asi como el servicio debe ser proporcionado a la cantidad: veamos lo que usted me exije, para saber lo que yo pido.

—¡Oh! siéntate, hijita, aquí en el sofá a mi lado. Has de saber que se me han ocurrido dos ideas bellísimas, dos ideas salvadoras, de las cuales la una redunda en bien tuyo o en placer tuyo, y la otra en beneficio de esa pobre niña, víctima talvez de una desgracia involuntaria y a quien es preciso salvar de una ignominia positiva.

—Buenas ideas, escelentes, mui caritativas; ¡lo que es tener una imajinacion fecunda y un corazon grande y compasivo! Usted posee las dos cosas de donde nacen los jenios y los santos: talento y virtud.

—No embromes; siempre has sido mui jocosa, mui llena de chiste, y sobre todo, mui graciosa. Te conozco, picarona; pero sin ser sabia ni santa ya verás lo que voi a proponerte, ya verás mis ideas, que, como te he dicho, a mas de proporcionarte un placer, le evitarán a esa pobre criatura tan buena y tan hermosa, la vergüenza, y a nosotras nos preservará de muchas molestias, porque todo pasará, porque todo quedará en nada y esto haciendo un grandísimo bien a esa honrada familia. Estoi contentísima; espero que tú aceptarás mi pensamiento con el mismo entusiasmo. Intertanto, ¿quieres tomar algo? Aquí hai de todo cuanto tú sabes. ¿Qué

quieres que te sirva? Habla: te daré unas tostadas riquísimas, una torta de bizcochuelo que mandó ayer el provincial de... con una mistela esquisita fabricada por mí, o con aloja, como gustes; no tienes mas que decir...

Eloisa estaba confundida de tanta amabilidad; pero al mismo tiempo esta amabilidad tan repentina y tan poco comun en la tia Anastasia, la puso en guardia y se dijo a sí misma: "La cosa es grave; tengamos calma y juguemos la partida con estas tres buenas cartas: la desconfianza, la astucia y la malicia."

—Pues estoi curiosa, contestó Eloisa, de saber ese portento que ha salido de su cabeza, y no dudo que tendré el mismo entusiasmo que usted, si la medida es tan buena y da tan buenos resultados. Acepto, pues, anticipadamente sus obsequios con el mayor placer: venga un pedazo de torta del reverendo provincial y una copita de su esquisita mistela.

—Tienes razon, hijita, en preferir esto; yo tambien te acompañaré, porque entre copa y copa es como se hacen los mejores negocios y los mas lucrativos.

La vieja fué a traer personalmente la torta del reverendo y la mistela, y Eloisa quedóse, en ese pequeño espacio de tiempo, cavilando sobre lo que podia ser la nueva combinacion de la tia Anastasia, pero sin conseguir dar una idea que tuviera visos de certidumbre o un grado de probabilidad mayor o menor; asi es que se resolvió a estar puramente a la defensiva, ya que le era imposible averiguar el pensamiento de aquella mujer a quien ella sabia astuta y mala, por cuya razon no creia un ápice en el bien que resultaria de dicha combinacion para las personas del conventillo de la calle de San Pablo.

Cuando la vieja estuvo de vuelta, mostrando una fisonomia mas complaciente que nunca, Eloisa la dijo:

—¡Sabe que usted ha picado en mí la curiosidad, de tal manera que estoi impaciente por conocer esas magníficas

combinaciones que todo lo allanan y a todos aprovechan?

—Vas a saberlo al instante; pero antes prueba la torta y échate un trago de mistela.

Eloisa, sin decir palabra, tomó un bocado y se sorbió de un golpe una de las pequeñas copas del dulce licor, diciendo:

—¡Cómo se conoce la mano delicada de alguna penitente, de alguna beata dulcera que quiere ganarse el cielo a fuerza de bollos! Porque se ve que esta torta está hecha para un gaznate de clérigo, o de provincial, que es lo mismo. Y la mistela ¡cáspita! tambien debe ser para algun obispo!..

—¡Qué penetracion tienes, hija mia! La mistela es hecha por mí, te lo confieso; pero estaba destinada para el canónigo... mui cumpa mio y mui buen amigo. Ya lo tengo hablado para que me diga las misas de San Gregorio cuando muera. Ahora, puesto que te gusta, toma otro bocado y otro traguito; yo tambien te acompaño, aun cuando no tomo nunca; pero por brindar a tu salud lo hago con gusto.

Las dos empinaron sus copas, tocando la una con la otra, como en señal de amistad y fraternidad.

—Pues, hijita, voi a decirte mis planes. Y la vieja se acercó a Eloisa y le tomó cariñosamente una de sus manos que colocó entre las suyas. Principiaré primero por preguntarte, añadió, ¿qué tal te ha parecido Enrique el hermano de Mercedes?

—Magnífico jóven.

—¿Te gusta?

—A quién no le gusta lo bueno?

—Pues bien, amiga mia, haz esa conquista.

—¡Hacer esa conquista! ¡Qué idea!

—Ese es uno de mis pensamientos: ¿no lo encuentras bueno y agradable? ¿Qué mal hai en esto? Al contrario, todo es provechoso, y ganas la plata divirtiéndote.

—Pero esa no es cosa tan fácil.

—Para tí no hai nada difícil, particularmente en este je-

nero de industria. Tú eres espiritual, graciosa, viva o melancólica cuando te conviene representar este o el otro papel; habladora o mustia, solemne o superficial, virtuosa o maligna, y a mas de esto una figura interesante, una de esas figuras que se prestan a todo y que sabe ser agradable a todos. Mira, diablita, ¿qué es lo que no consigues cuando lo quieres?

—Hai muchas cosas, tia Anastasia.

—Pero no el hacerte adorar, porque yo sé perfectamente que tienes infinitos que te idolatran; y no tendrias que emplear con un jóven y pobre artesano mas que un poco de maña: es una de esas conquistas que nada cuestan, que no meten ruido, que no hacen furor, que nadie envidia; pero que son mui provechosas, sobre todo en el caso presente, por dos motivos que voi a decirte: primero, porque tú piensas dejar la *carrera*, y encontrarias, casándote con Enrique, una posicion honrosa e independiente y una vida que te permitiria echarte en esas ideas de virtud que han jerminado en tu cabeza; y segundo, que dueño tú del corazon de Enrique, poseerias todos sus secretos, sabriamos lo que ha hecho y lo que piensa hacer, seriamos dueños de él en alma y cuerpo, y entonces no existiria el menor temor, y entonces triunfábamos de todo y habrias conseguido efectuar las dos cosas que pretendes: fortuna y consideracion, porque la fortuna te la daria yo igualmente que la madre de Guillermo, y la consideracion te la daria él y su familia, entrando a formar parte de una casa hasta cierto punto decente; pues has de saber que el antiguo sarjento Lopez ha sido promovido al grado de oficial de ejército, con el goce completo de su sueldo íntegro, lo que unido a la fortuna que tú llevarias y que habrias adquirido tan lejítimamente, haria para tí y para ellos una posicion magnífica en el punto de vista social y en el punto de vista económico.

—¿Sabe usted, tia Anastasia, que el plan es injenioso a la vez que tentador? ¡Qué de recursos no tiene usted en su

imajinacion! Si San Ignacio de Loyola resucitara, era indudable que la pondria a usted a la cabeza de un monasterio que llevase la misma regla de los jesuitas, para esparcir esa buena doctrina, esas máximas tan humanitarias y tan progresistas en los dos sexos, dominando al mundo de polo a polo en sus dos hemisferios, en sus dos entidades que completan la humanidad, es decir, en la mujer y en el hombre.

—No te creia tan instruida y tan pensadora, Eloisa; ¡pero ya se ve! ¿qué no se aprende en la *carrera*? La mujer que sabe aprovechar en tan independiente, lucrativo y hermoso oficio, adquiere todo; porque se hace literata con los literatos, teóloga con los clérigos, política con los majistrados, financista con los banqueros, sábia con los hombres de ciencia, especuladora con los comerciantes y ájil y viva con los saltimbanquis, que, en último resultado, son los que representan a lo vivo todas las profesiones, condiciones y estados, pues son los enciclopedistas de todas las manias y locuras humanas.

—Pero usted es un pozo de ciencia, tia Anastasia.

—No mas que tú; y si he de creer a mis inspiraciones y a mis cálculos, tú me dejarás mui atras, y la discípula sobrepujará a la maestra: es posible que la sustituya.

—¡Imposible! imposible!...

—Dejemos a un lado las cuestiones del amor propio y vamos a lo que aprovecha; ¿no es verdad que esta proposicion que te hago es lisonjera y por consiguiente mui aceptable?

—No juzgo yo de la misma manera.

—¡Cómo que nó! ¿Acaso no te convendria?

—No es esta la cuestion, sino que no le convendria a él.

—¿Y por qué no le convendria, cuando a mas de tus prendas y de tus méritos le llevabas la fortuna, que es el alma del mundo?

—¡Mis méritos! ¿Se burla usted de mí, tia Anastasia?

¿Cómo piensa usted que un hombre de honor quiera casarse con una p...?

—He visto cien mil ejemplos, no solo en la clase de artesanos, en la de simples caballeros, sino en la de nobles y he oido decir que hasta en la de reyes, que se han casado con niñas alegres como tú y con las que han sido mui felices.

—Todo puede suceder; pero en este caso no sucederá, porque creo que ese jóven tiene mucha dignidad, mucha pureza y mucha elevacion de espíritu para que consienta en cometer una bajeza.

—¿Pero qué necesidad habria de que supiera que tú...?

—Seria infinitamente peor que lo descubriese mas tarde.

—Y qué te importaba a tí eso? Ya entonces no habria remedio, y tendria que conformarse, como muchos otros.

—Es que dado caso que llegase a quererme, yo no lo engañaria.

—¡Miren qué escrúpulos de monja! ¿No parece que fueras tú una verdadera santa?

—No lo soi, pero tengo mis ideas a este respecto.

—Las ideas se sacrifican por el dinero. ¿No ves que lo hacen los mismos hombres y los mismos políticos, que cambian a cada paso de principios segun sea la mamandurria, es decir el empleo?

—Lo sé.

—Y entonces a qué vienen esos escrúpulos? Pero aun suponiéndote tan tonta, que no creo que lo seas, me conformo con que únicamente lo enamores y que trates de ser su querida, que despues de esto te vendrá el apetito de ser su esposa.

—¿Y cuánto es lo que usted me ofrece por esto?

—Bien podrias hacérmelo de balde, porque no es mucho el sacrificio; pero quiero remunerarte todo, aun cuando sea dándote placeres en vez de disgustos; pero haremos el trato por junto, y pasemos a la segunda proposicion.

—Veamos.

—¿Consientes?

—Sí, consiento.

—Estaba segura de ello, palomita mia; ya ves que la tia Anastasia no es tan mala ni propone cosas tan absurdas; de consiguiente espero que sucederá lo mismo con la otra idea.

—Preciso es conocerla.

—Indudablemente, y vamos al caso: tú me has dicho que creias que todos ignoraban el estado en que se encuentra Mercedes y que aun ella misma no lo sabia.

—Ella menos que nadie: asi me ha parecido.

—Pues mi plan consiste en que esa ignorancia sea verdadera, en llevarla hasta la realidad.

—No adivino.

—Nada mas claro ni nada mas fácil, sin embargo.

—Con todo, para mí es un enigma.

—Pensaba que tenias mas penetracion, pues tengo muchas pruebas de tu sagacidad.

—No soi zonza, señora, pero no tengo el talento de usted.

—Sea de ello lo que fuere, no estamos para hacernos piropos, y vamos al caso: mi plan es que el embarazo de Mercedes no sea embarazo.

—¡Cómo! esclamó Eloisa asustada; ¿querria usted darle remedios para abortar? Jamas me prestaré a servir de instrumento para cometer tan gran crímen...

—De mui poco te afarolas, hija mia, pues has de saber que esto se hace con mas frecuencia que lo que tú te figuras, y que muchas de tus compañeras y en muchas ocasiones me han pedido este servicio, ya sea para libertarse de la pesada carga de una criatura, o ya para conservar su frescura por algun largo tiempo, y yo las he ausiliado con gusto en su desgracia, llevando mi complacencia hasta darles gratis los medicamentos.

Eloisa estaba realmente horrorizada, no tan solo de la proposicion, sino del cinismo con que la vieja confesaba ha-

ber cometido crímenes tan espantosos; pero reflexionó un momento y vió que le convenia aparentar que accedia a sus deseos, para salvar a Mercedes de aquel nuevo peligro, porque de otra manera talvez emplearia la tia Anastasia otra persona mas complaciente, y en ese caso estaba para siempre perdida aquella infeliz criatura a quien habia visto una sola vez, pero a quien ya afeccionaba.

—No dudo, señora, respondió Eloisa, de que usted haya hecho cuanto dice; pero yo no veo el bien que resulte de una accion que... lo confesaré francamente, tengo repugnancia en cometer.

—Y sin razon alguna, hija mia; sin ninguna razon, porque es un beneficio, y un beneficio grande el que vamos a hacer a esa pobre muchacha, que, si lo llegara a saber y comprender, nos daria las gracias.

—Talvez no tengan todos su misma manera de apreciar las cosas.

—No niego de que existan muchos preocupados e ignorantes; pero me admira mucho, que tú instruida e intelijente, te sorprendas; y lo que es mas, que no sepas valorizar los buenos resultados; porque si es verdad que obro en favor de mis intereses, no es menos cierto que redundará la accion en beneficio de Mercedes.

—Seria conveniente que usted me convenciese.

—Nada mas fácil, hija mia: dándole ese remedio a la interesante y virtuosa niña de cuya felicidad nos ocupamos, esperimentará una lijera enfermedad que la libertará de otra mas grave, enfermedad que ella ni nadie sabrá de qué proviene: asi es de que estarán todos persuadidos que nada ha existido de malo; ¿no te parece esto un ahorro considerable de dolor para ella y de dolor para la familia? Pero aun van mas lejos los buenos resultados: la medida que te propongo la libertará de una gran vergüenza, de un gran conflicto, de un gran embarazo, porque, si sigue su curso natural su enfermedad presente, tendrá que ser madre; y

entonces, ¡adios pureza, adios honor, adios consideraciones, adios esperanzas, y ella y su familia se cubrirán necesariamente de ignominia!... ¿No crees que vale la pena de evitar tantas desgracias? Vamos todavia mas lejos: si podemos evitar ese lance, ¿qué es lo que tenemos que temer de parte del padre y del hermano? Nada, porque no existirá nada de malo; mientras que, si su alumbramiento llega a efectuarse, como es de esperarlo sin duda alguna, el resentimiento de esa familia será inmenso y tratarán de vengarse de Guillermo, de su madre, de mí y hasta de tu primo Tomas; porque, te lo confieso, nosotros todos hemos influido de una manera mas o menos directa en la pérdida de esa muchacha: hé aquí el único interes particular que me guia: y como este interes puede conciliarse con el bien de ella misma, por esa razon te lo propongo. Y bien, ¿te parece ahora tan descabellado y tan malo mi proyecto? ¿No comprendes que de él resultan infinitos bienes para ella, para su familia, para nosotros, para tí; porque yo aumentaré considerablemente lo estipulado y tú conseguirás la independencia que pretendes?

—No me va desagradando tanto; sin embargo, la medida es riesgosa; ¿y si la niña muere? ¿Y si esto viniera a descubrirse? Yo no quiero, mi amable tia, cargar mi conciencia con un asesinato y menos ponerme en brazos de la justicia.

—¡De un asesinato! ¿Estas loca? ¿A qué fin nos llevaria cometer un asesinato? Se correria un peligro sin objeto, y esta manera de obrar no entra ni ha entrado jamas en mis cálculos; de consiguiente, nada tiene de que arrepentirse tu *inmaculada* conciencia ni nada que temer de la justicia.

Eloisa reflexionó un largo rato; y como si hubiera sido al improviso (y asi era en efecto) herida su imajinacion de un pensamiento súbito y tan instantáneo y claro como un rasgo de luz que brilla en la oscuridad y alumbra el espacio, se incorporó, miró a la tia Anastasia con un aire amenazador y le dijo: "Ya comprendo todo"...

—¿Qué es lo que comprendes? Me parece que has cambiado, Eloisa. ¿Qué es lo que te sucede?

—Me asusté un momento; ya no es nada, dijo Eloisa, dando a su semblante ese aire de serenidad de la persona que nada siente; pero he descubierto la trama por completo.

—¿Qué trama, hija mia?

—¿A mí no me gusta mentir, tia Anastasia, y voi a hablarle con toda franqueza, advirtiéndole que esa misma franqueza me dará mayor ganancia que si anduviera con hipocresia. Pues bien: esa niña Mercedes ha sido violada, y lo ha sido porque usted le ha preparado un remedio, un veneno, un narcótico... y esa inocente criatura ha sido víctima del crímen mas infame: de allí proviene la ignorancia en que ella se encuentra de su triste estado; de allí han provenido todos sus males y de allí es mas que probable que venga su muerte... Pero Dios no puede dejar sin castigo...

Eloisa se detuvo sin concluir su frase, porque pensó en el acto que la salvacion de Mercedes dependia de ella y que era necesario disimular todavia.

La tia Anastasia estaba aterrada. La revelacion repentina de Eloisa la habia sorprendido de tal manera, que al principio no supo qué contestar; pero rehaciéndose poco a poco, dijo a Eloisa:

—Tu malicia te pierde y te hace suponer y decir cosas que no han existido jamas.

—Mire, tia Anastasia: hablemos claro y dejémonos de disimulos que a nada conducen. Yo tengo, se puede decir así, su suerte en mi mano de muchos modos: primero, porque me seria fácil delatarla a la justicia; y segundo porque puedo contar al padre y al hermano de Mercedes lo ocurrido y traerlos aquí para que le hagan a usted una visita y le den los agradecimientos; pero no quiero hacerle a usted ningun mal, sino que guardaré el secreto, y aun la ayudaré

en sus planes, porque yo veo ahora todo el peligro que usted corre y me he propuesto salvarla; pero no tan desinteresadamente, pues cada uno es preciso que mire y trabaje por su bienestar; ¿no le parece esto natural? ¿No lo ha hecho usted lo mismo? ¿Qué estraño es que yo tambien lo haga ahora?

—Nada mas justo, balbuceó la tia Anastasia, y no estoi distante de hacer contigo un arreglo. ¿Pero en qué fundas tus sospechas?

—No diga usted mis sospechas, sino mi certidumbre, porque veo tan claro las cosas como si las hubiera presenciado, como si las alumbrara la luz del dia. ¿Me cree usted tan torpe, tia Anastasia, que con la proposicion que usted me ha hecho de dar a Mercedes un *cordial* para curarla de su *enfermedad*, no se me ocurriese que usted se habia valido del mismo medio para perderla? No me lo niegue inútilmente, tia Anastasia: un niño se habria hecho la misma sencilla reflexion; y a decir verdad: usted ha andado poco prudente en manifestarse tan a las claras; pero vuelvo a repetirle que no abusaré del secreto que he sorprendido; que nada tiene usted que temer de mí, pero que es indispensable que me pague bien; de lo contrario, hoi mismo voi a poner el asunto a prueba, es decir, voi a ver si mis presunciones son o no falsas.

—Suponiendo, Eloisa, que sea cierto el hecho, no he sido yo la culpable, sino Guillermo de..., quien me sujirió la idea y...

—Y le dió por ello una buena recompensa! Pues bien, yo quiero ahora tener tambien la mia.

—¿Y qué es lo que exijes?

—Dinero.

—¿Por cuánto?

—No seré cargosa: deme usted cinco mil pesos, y no solo me callo, sino que la ayudo a llevar a cabo sus planes, porque ahora veo los resultados inmensos que envuelve este asunto.

—¡Pero cinco mil pesos!

—No es nada para usted, y para mí es mucho.

—¡Nada cinco mil pesos!

—Talvez usted haya conseguido mucho mas de esta suma; pero sea de ello lo que fuere, no me vendo por menos.

—Rebaja siquiera dos o tres mil pesos.

—Ni un solo centavo.

—Es imposible: ¡tanta plata!

—Alguna vez la habia de tener y conseguir así mi independencia.

Si Eloisa hubiera sabido que igual suma le habia dado o prometido la madre de Guillermo a la tia Anastasia, talvez le habria exijido el doble; pero ignoraba esa circunstancia, y la vieja no era capaz de revelársela.

La tia Anastasia, por su parte, si bien le era mui desagradable verse obligada a dar ese dinero, no podia rehusarlo, pues de otra manera lo arriesgaba todo; porque una vez descubierta ¡quién sabe lo que pudiera suceder! Ella temió, y con razon, que la justicia se injeriese en sus negocios; pero talvez no temia tanto a la justicia cuanto a lo que podria sobrevenirle de otro lado. A la vista tenia la terrible enfermedad de Guillermo, y era indudable que su oríjen partia de la calle de San Pablo. ¿Qué clase de venganza habia tomado el padre y el hermano de Mercedes? Esto era lo que ella no sabia, y por la misma razon, esto era lo que mas la atormentaba, causándole sérios temores, a tal punto, que se habia apoderado de ella una especie de pánico de que desde algunos dias a esa parte no podia verse libre.

—Ya te he dicho, prosiguió la matrona examinada, con tono humilde, que yo no he sido la culpable.

—No ignoro de que hai otro cómplice, y él tambien la pagará a su turno, esto es si la enfermedad de ese caballero no es el resultado de su crímen; pero, pierda usted cuidado; tambien sacaré de él o de su señora madre una pequeña contribucion.

—Vamos, Eloisa, no abuses, sé un poco mas moderada conmigo, y obra como te parezca respecto a la madre de Guillermo, porque ella es rica, mui rica, mientras que yo lo poco que tengo me ha costado mucho adquirirlo.

—Voi, como siempre, a decirle a usted la verdad: casi prefiero no hacer contrato alguno e ir donde aquella pobre familia y revelarle todo cuanto sé, incluso la parte que yo misma he tomado.

—¡Qué es lo que dices? ¡Estás loca! Perjudicar a tus amigos y perder tu porvenir y tu independencia! No sé cómo se te ha podido ocurrir pensamiento tan descabellado! Tienes tu fortuna en la mano, hija mia; es preciso aprovecharla: rara vez se presentan ocasiones como esta. Demos por terminado el asunto: te concedo lo que me pides; pero harás lo que te he dicho, pues ese es el único medio de tener en lo sucesivo toda seguridad.

—Convenido: obraré como usted me lo ordene; pero venga el dinero.

—¿Y qué seguridades me das?

—Ninguna otra que la de mi silencio.

—Es decir que yo me entrego completamente y tú quedas libre, y hasta libre de engañarme: reflexiona que esto no puede ser y que me es indispensable alguna garantia.

—Pero, qué mas garantia puedo darle en este asunto que mi palabra?

—Un compromiso por escrito.

—¡Un compromiso por escrito! ¿Lo que usted quiere entónces es que yo me declare criminal?

—Indudablemente: tú comprenderás que esto me tranquiliza a mí y no puede perjudicarte a tí, porque no seria yo la que iria a venderte, desde el momento que me venderia a mí misma.

Eloisa reflexionó, y viendo que no podia conseguir de otra manera lo que deseaba, dijo a la tia Anastasia.

—Para probarle mi sinceridad, estienda usted el documento como le parezca.

La vieja reflexionó a su vez; y luego, sin pronunciar palabra, trajo un tintero, una hoja de papel y se puso a escribir. Cuando hubo concluido se lo presentó a Eloisa, sin despegar sus labios.

Eloisa leyó en voz alta lo siguiente:

"Declaro haber recibido de doña Anastasia Pincheira cinco mil quinientos pesos en dinero efectivo, como recompensa de háber suministrado a doña Mercedes Lopez un veneno preparado con el fin de precipitar su reciente embarazo, del que es autor don Guillermo de..., para que así no tenga lugar el natural alumbramiento.

Item mas: me obligo a permanecer espiando todas las acciones de la familia Lopez durante todo el tiempo que doña Anastasia Pincheira lo crea conveniente y a comunicarle todo cuanto observe en dicha casa, como tambien a hacer ciegamente lo que me ordenare."

Cuando hubo concluido de leer aquel estraño documento, dijo a la tia Anastasia:

—Se conoce que usted es mui previsora: con este documento habria bastante para que me hicieran fusilar.

—Así lo creo: o por lo menos, para que te encerrasen toda la vida y te quitasen lo que has adquirido tan *honradamente.*

—Lo que hemos adquirido, querrá usted decir. Pero vamos al asunto: para probar a usted las buenas disposiciones en que me encuentro y la sinceridad de mis promesas, no tengo inconveniente en firmar este papel, o lo que es ló mismo, mi sentencia de muerte.

—Negocio concluido.

Y la tia Anastasia le presentó la pluma y se fué a su escritorio a traer el dinero.

—Ya estás rica, hija mia, dijo cuando llegó, y ahora nadie te puede privar de vivir como mas te agrade.

—Y usted está libre de todo temor; ahora, ¿cuándo vendré por el remedio?

—Mañana en la noche.

—Convenido; y Eloisa se retiró, llevándose consigo el pesado saco de oro.

—No lo lograrás mucho tiempo, dijo entre sí la tia Anastasia, con concentrado furor; porque volverá luego a mi poder y yo te sabré preparar a tí algo que me liberte para siempre de una indiscreta que tiene el atrevimiento de sondear mi interior, apoderándose de mis secretos: conmigo la tienes, y conmigo nadie se juega.

Eloisa, por su parte, habia llegado a su casa, echó en una cómoda, desdeñosamente, el saco de oro, y se recostó sobre un sofá, como abrumada por el peso de sus reflexiones.

Al fin se levantó, diciendo: envenenadora! Yo envenenadora! Era lo que me faltaba! No; yo salvaré a esa inocente niña... Yo sé que esa vieja bruja tiene otro espía; pero yo me burlaré de todos; y los lazos que tienden a Mercedes, servirán para que ellos caigan en las mismas redes... Yo he firmado un papel que me condena, es verdad, pero yo haré nula mi responsabilidad; y si no lo consigo, me hundiré con todos, pero al menos habré hecho en mi vida una buena accion.

Ahora, vamos a continuar representando nuestro papel, porque mañana tengo que ir a donde la gran señora a hacerle una relacion sucinta de todo lo acaecido, y tambien la esplotaré a ella así como he esplotado a la endemoniada matrona... ¡Cuántos crímenes como este no debe haber cometido esta mujer! El hecho solo de pensarlo espanta... ¿Y quedará sin castigo? Imposible: Dios dejaria de ser justo...

En seguida llamó Eloisa a una de sus sirvientes, le recomendó no abrir a nadie la puerta, previniéndole que ella no volveria sino hasta el dia siguiente, y se fué al conventillo de la calle de San Pablo.

Eloisa sufria una verdadera metamórfosis; a medida que

mas conocia a Mercedes y a su familia, mas la interesaban, sintiendo en ella algo de vivificador por aquel contacto, hasta el punto que si le hubiesen dado los tesoros del mundo porque los traicionase, nada se habria conseguido; pues hasta ese grado llegaba la atraccion que ejercian los miembros de aquella virtuosa a la vez que interesante familia.

Por otra parte, ya fuese la proposicion que la tia Anastasia le habia hecho de cautivar a Enrique, o ya una simpatia naciente provocada quizá o despertada por las palabras de la matrona, lo cierto es que la pobre mujer esperimentaba cierta timidez deliciosa al encontrarse al lado de aquel jóven tan modesto y tan altivo, tan sencillo y tan intelijente y que no se parecia en nada a los muñecos santiaguinos de uñas largas y transparentes, de pelo rizado, de bigotes engomados, de caras bobas pero lustrosas a fuerza de cosméticos y de no esponerse jamas a los rayos del sol: hermosas mascaritas que saben inclinar el cuerpo, arquear la cabeza, hacer jenuflexiones a diestra y siniestra, pero todas con cierta medida, segun sea el grado de importancia social de la persona a quien se dirijen; asi es que para un ministro o su señora, por ejemplo, se quitan el sombrero hasta mas abajo de la rodilla, doblan la espina dorsal hasta donde se los permite su mayor o menor abdomen, ensayan su mas graciosa sonrisa, ponen unos ojos parleros, se informan de la salud de la familia preguntando por cada uno en particular, sin olvidarse del perro y del gato de la casa, y luego de haber espetado toda su cortesania especie de patente que demuestra el buen tono del individuo y con lo que cree encubrir su nulidad, se habla del tiempo, de las medidas importantes tomadas por el señor ministro, hasta que se llega de lleno al terreno de la política, pero a esa política rastrera, mezquina, sin miras elevadas, sin principios, que solo consiste en ganar elecciones y en ocupar empleitos; y entonces el almibarado dandy despliega toda su elocuencia y se transforma en un Demostenes de tocador o de salon, donde cree

ensayar sus dotes oratorias para cuando su señoria lo haga nombrar *diputado por el gobierno*, lo que debe efectuarse en la mas próxima lejislatura, atendido sus méritos, su importancia y su *savoir faire*, es decir, su adhesion ciega a las voluntades del gabinete...

Talvez nos hemos estendido demasiado sobre la esperiencia adquirida por Eloisa y sobre la comparacion que hacia en esos momentos entre sus parroquianos pasados y el jóven a quien le habian encargado de cautivar; pero para ella era tan marcada la diferencia que, sin pensarlo y talvez sin quererlo, se veia hasta cierto punto subyugada por aquella naturaleza vírjen, simpática y sin pretensiones de ningun jénero, y lo que es mas, sin dejar por esto de mostrarse misteriosa en su misma franqueza y reservada a pesar de su injenuidad; así es que Eloisa, no ya solo por el deseo de hacer una buena accion, sino por afecto, resolvió decididamente preservar a Mercedes y perder a la tia Anastasia en compañia de Guillermo y aun de ella misma si era necesario sacrificarse.

Tomada esta determinacion se presentó al dia siguiente, en conformidad a las órdenes que tenia recibidas, en casa de la señora madre de Guillermo quien la condujo a su dormitorio reservado. Allí hizo una esposicion franca del modo como habia llegado a tener conocimiento del crímen cometido por Guillermo y la tia Anastasia, valiéndose de la misma amenaza que habia hecho a ésta, exijiendo la misma indemnizacion bajo idénticas condiciones.

La madre de Guillermo comprendió inmediatamente el abismo a que podia ser arrastrado su hijo y todas sus espectativas si aquella muchacha hablaba, y cedió lo mismo que habia cedido la tia Anastasia, pero encargándole sí que bajo ningun aspecto hiciese uso del segundo espediente de la matrona examinada, pues le dijo:

—Ya que Guillermo ha cometido un crímen, no quiero yo que a su nombre y bajo el pretesto de salvarlo, se perpe-

tre otro mayor: haz de modo de engañar a esa mujer sin enojarla y sin que malicie que te opones a sus designios, porque otros medios mas felices y mas sencillos nos darán el mismo resultado, como por ejemplo, el de seducir al jóven, en lo que no hai mucho mal y a tí te puede resultar un bien lo mismo que a nosotros."

—Pues, señora, contestó Eloisa, yo soi jenerosa a mi manera, y basta el hecho de que su merced no desee el mal de esa virtuosa niña, bastante desgraciada ya sin culpa alguna, para que yo disminuya mis exijencias y lleve a su merced mucho menos por mis servicios a pesar de ser mas rica que la tia Anastasia; y Eloisa salió, dejándo a la señora admirada de aquel cambio, así como de la sagacidad con que habia descubierto el crímen y de la ambicion y entereza que manifestaba aquella muchacha que ella habia creido tan sencilla al principio.

Eloisa se dirijió donde la tia Anastasia y sin muchas ceremonias ni perder mucho tiempo, le pidió el brebaje para tenerlo listo cuando la ocasion se presentase.

La tia Anastasia le dió un frasco y las instrucciones por escrito. Eloisa miró el contenido a traves del vidrio, lo envolvió cuidadosamente guardándolo en su bolsillo, diciendo, hasta la vista.

XIII.

Mientras sucedian estos acontecimientos que tanto influirian en la vida de las personas que han tomado parte en los hechos que narramos, Enrique esperaba con ansia la respuesta del solitario.

Tranquilizado, puede decirse así, por la salud de Mercedes y habiéndola vengado, lo que le preocupaba sobre manera era saber alguna noticia de la hacienda de San Jorje, y como era natural, esperaba una contestacion a su carta la que, en realidad, no se hizo esperar, pues a vuelta de correo recibió la respuesta siguiente:

"*San Jorje, marzo de* 1851.

"Mi querido hijo:

"Me hallaba impaciente por saber de tí; y no solo yo era el que participaba de esta ansiedad, sino tambien doña Juana y mi Luisa esperimentaban la misma. El estado de escitacion en que partistes, lo grave y delicado del asunto que te llevaba, los peligros á que podias verte espuesto, la calma y prudencia que necesitabas, todo, todo nos ha hecho pasar momentos de angustia que felizmente han ya desaparecido con el arribo de tu carta, pues nuestros temores habian llegado a tal grado, que se habia decidido mandar un propio al siguiente dia para saber qué habia acontecido.

"Mi querido hijo: ¡con cuánto gusto, con cuánto placer y con cuánta admiracion he leido tu carta! Amigo mio: cómo me complace verte tan elevado! Cómo me agrada ver que tu pasion esté unida a la virtud, y como tú dices, a Dios! Si no estuviese viendo esta carta, Enrique, jamas habria creido que era tuya, a pesar de conocer tu alma y tus afectos. Pero alzarse hasta tan encumbradas rejiones, estaba fuera de mi comprensibilidad y estab afuera tambien de mis mas halagüeñas esperanzas! Estoi, pues, mas que satisfecho, mas que recompensado, estoi admirado... Continúa, mi noble hijo continúa en el mismo camino y nunca te desvies de esa senda, por mui grandes que sean las penalidades que tengas que esperimentar en la carrera de la vida, por mayores que sean los desengaños: un afecto de esta naturaleza todo lo salva, todo lo cura, todo lo remedia; porque un cariño así es casi divino y puede asegurarse que no está sujeto a los vaivenes del mundo, a todos esos accidentes que hacen mudar a los hombres de un punto a otro, de un estado a otro, de una impresion a otra: un afecto así participa de esa inmortalidad del infinito... Dios te premiará al fin; y no tan solo te premiará, sino que te está premiando, porque a mui pocos les es dado sentir como tú sientes y esperimentar la dicha inefable que tú esperimentas; pues sin llegar a

la posesion, tú gozas de lo que hai en ella de mas puro, de mas suave, de mas celestial... Puedo decirte, Enrique, que si mueres, has ya vivido lo bastante, has vivido demasiado: un dia de tu dicha vale por un siglo de las felicidades humanas y aun no te alcanzarian.........................

"Qué terrible es el lance que me has descrito! Pero puedo decirte que lo esperaba, casi lo sabia: me bastaba el hecho de conocer a fondo la virtud e inocencia de tu hermana para estar seguro de que se habia cometido un crímen espantoso, y si no te lo previne desde antemano fué por no turbar tu felicidad y desgarrar inútilmente tu corazon.

"¿Me pides mi opinion, hijo mio, sobre tus actos? Pues bien, yo te lo diré en dos palabras:-tú has obrado como un hombre y Mercédes como un ánjel. Tú estás vengado y ya no hai otra remuneracion, así como no habrá otro castigo; pero ella merece el reino de los cielos. Yo no critico lo tuyo, pero alabo lo de Mercedes y puedo asegurarte que te ha sobrepujado en mucho y por mucho... y así como no hai parangon posible entre los conocimientos del hombre y el de los animales, así tampoco puede establecerse entre las virtudes de ella y las de la gran mayoria de la especie.

"Pero si aprecio a Mercedes en todo lo que vale y talvez no llego a tanta altura, debo prevenirte que hai un rasgo tuyo que me ha agradado muchísimo, y es el secreto que guardas hasta conmigo del nombre del individuo a quien tan justamente has infamado, y esto me prueba que no te has vengado, sino únicamente castigado; porque la venganza engaña siempre el corazon y tú no participas de ese sentimiento desde que no te cebas contra el hombre que te ofendió, sino que guardas el mayor sijilo sobre su persona: está bien, hijo mio; está bien, discípulo querido.

"Como debes presumirlo, yo no he podido mostrar a Luisa tu carta; pero la picarona se ha reido en mis blancas barbas y yo he conocido el móvil de su divina sonrisa: ella se ha dicho a sí misma: "Estoi segura que Enrique le habla

de mí, y este perro viejo no quiere decirme nada." ¿Pero cómo faltar a lo que tanto me has recomendado; y cómo, por otra parte, atizar una llama que puede convertirse en un inestinguible volcan? Si Luisa hubiera visto esos rasgos tan tiernos y apasionados, a la vez que sublimes por su virtud y por su elevacion, creo que habria aumentado de muchos quilates el cariño que te profesa; y yo soi prudente, amigo mio, no con el fin de apagar el fuego, sino con el de que la combustion no sea tan violenta: pueden suceder casos en que mi prevision actual tenga sus resultados benéficos: cuando ha corrido gran parte del curso de la vida y reflexionado en la soledad durante largos años, se le revelan hasta cierto punto los arcanos del porvenir, al menos en lo concerniente a los actos humanos y particularmente a los de las personas que nos rodean, cuyo carácter conocemos y por el cual podemos juzgar, mas o menos aproximativamente, de los desenlaces.

"¿Quedarás, querido hijo mio, satisfecho con mi carta? Me parece que el dilema que me proponias y que tú habrás resuelto por medio del sentimiento, es decir, por los anuncios secretos de tu corazon, queda completamente resuelto, y resuelto en tu favor: admiro a tu hermana; te justifico a tí. Ella representa al Salvador y tú al juez: esta es la diferencia, pero esa diferencia es enorme.

"Ahora hazle presente a Mercedes mis ideas a su respecto; es decir, la consideracion inmensa que me merece su virtud, el entusiasmo que me arranca, la idolatria que tengo por ella, a tal punto que su desgracia la hace aparecer a mi corazon y a mi entendimiento mas grande, mas sublime, mas heroica; pues si no hubiese caido, todo ese perfume de candor, de sensibilidad, de dulzura, habria quedado oculto, mientras que ahora esas cualidades que la realzan, se revelan en todo su esplendor y podemos apreciarlas a la vez que acatarlas.

"Dile que sacuda su melancolia, que nada tiene que te-

mer, que las personas que la afeccionaban antes la aman ahora, y sobre todo, sobre todo que la divina Providencia la recompensará...

"Dale mil abrazos a mi amigo Lopez y a su digna esposa y tú recibe el sincero afecto y la amistad eterna de tu maestro y segundo padre.

"Toribio de Guzman."

Inclusa en esta carta venia una de Luisa para Mercedes en que de la manera mas apasionada le pintaba su cariño, lo que ella misma habia sufrido, el horror que esperimentara cuando el solitario le habia comunicado toda la estension de su desgracia, y por último, que ella y su mamita no solo la compadecian sino que la admiraban, y casi, casi la veneraban como a una santa, terminando su consoladora y afectuosísima carta con esta frase, que manifestaba un pensamiento preconcebido y un esperanza acariciada:

"Hermana mia, llegará el dia en que vivamos juntas para no separarnos jamas."

La heroina cristiana.

I.

Guillermo continuaba enfermo y los médicos desesperaban de su salud.

Hacia como quince dias que duraba aquella rara enfermedad, sin que se notara la menor mejoria. Es verdad que algunas veces solia tener sus momentos lucidos; pero eran tan fugaces, que apenas aparecian cuando volvia nuevamente a caer en la desesperacion, en el delirio o en el abatimiento.

Un dia, dia de junta, el médico de cabecera, asociado con don Lorenzo Sazie, hizo nuevamente el relato de los sucesos, es decir, de los síntomas y en el órden que se precedian; los demas facultativos escuchaban con atencion, sin decidir nada: su ciencia parecia agotada, y en verdad que habian, tanto los unos como los otros, empleado el mayor cuidado, el mayor esmero en sanar al jóven paciente, sea por la edad del enfermo, la posicion que ocupaba y la fortuna que tenia, o sea por la curiosidad del caso y los honores de la ciencia: lo cierto es que no habian avanzado un paso y que las fuerzas físicas del sujeto disminuian en proporcion del tiempo, de las esperiencias que habian hecho y de los medicamentos que le habian suministrado; pero el doctor Sazie no desmayaba, y antes de aceptar la decision absoluta de *incurable* que habian dado los médicos, les propuso continuar aun por una semana mas, prestando su asistencia de una ma-

nera asidua, pues pensaba echar mano de la última prueba, de la última esperiencia, que consistia en aprovechar esos momentos de lucidez para producir en el enfermo una fuerte sorpresa, que revolucionara, por decirlo asi, todo su ser moral y todo su ser físico, y en caso de no obtener este resultado él tambien abandonaria la partida. Por unanimidad adoptaron la idea los facultativos: era tambien la única tabla de salvacion que se les presentaba, y acordaron reunirse el mismo dia de la esperiencia para ver el resultado de aquella nueva prueba, y en caso de éxito, establecer el réjimen curativo que convendria adoptar.

El doctor Sazie y el médico de cabecera habian notado varias veces que el nombre de Mercedes era pronunciado con mucha frecuencia por Guillermo, ya fuera en los momentos de fiebre o de delirio o ya en los instantes de lucidez, y esto les habia dado mucho que pensar, hasta que el doctor Sazie creyó en ese hecho entrever una esperanza, y se la comunicó a su cofrade, que la acojió gustoso, porque la misma idea habia pasado por su cabeza; entonces de comun acuerdo determinaron ver a la madre del jóven, y el doctor Sazie le habló en estos términos:

—Señora, nos parece fuera de duda que la enfermedad de su hijo proviene de una afeccion moral, algun susto, alguna preocupacion constante: talvez algun cariño contrariado ha trastornado sus facultades intelectuales, y es preciso buscar el remedio por ese lado, porque hemos agotado casi la medicina o al menos nuestros recursos científicos.

—Entonces ¿no hai esperanza?

—Una sola, señora, y esta no está en nuestra mano.

—Cualquiera que ella sea, si por medios humanos puede conseguirse, la obtendré.

—Es usted la única que puede obrar en el presente caso.

—¡Yo! Pues bien; sea.

—Usted debe conocer la vida de su hijo.

—En parte, doctor; él vive independiente.

—Pero a los ojos de una madre no se escapan las grandes impresiones que esperimentan sus hijos.

—Hasta aquí no le conocia mas que una vida disipada y de meros pasatiempos.

—Señora, los meros pasatiempos no imprimen huellas tan profundas ni causan esas heridas que matan o trastornan el sistema del hombre.

—La enfermedad de mi hijo ha sido repentina.

—Por la misma razon la causa que ha obrado en él debe haber sido mui poderosa, y nos lo hace pensar asi su delirio mismo, las palabras incoherentes que pronuncia y en las que se repite con frecuencia el nombre de Mercedes; y este nombre se le viene a los labios todavia mas claro y mas distinto en sus momentos lúcidos; ¿no conoce usted, señora, a esa persona? ¿no sabe la clase de relaciones que haya podido tener con ella? ¿ignora usted lo que haya podido hacerle o lo que él le haya hecho?

—No conozco a esa persona, pero sé que ha tenido relaciones con ella y que ha sido una niña a quien mi hijo ha querido.

—Pues ahí está el mal.

—Asi me lo ha parecido a mí tambien.

—Sabe usted algunos detalles, algunas circunstancias de estas relaciones?

—Sí, doctor.

—Cuénteonslos usted con toda verdad, tal cual han sucedido los acontecimientos o tal cual usted las conoce, sin paliarlos de ninguna manera, sin aumentarlos ni disminuirlos, porque de aquí talvez saquemos alguna luz, encontrando el remedio.

La madre de Guillermo refirió con toda exactitud cuanto sabia a este respecto, sin omitir nada, salvo el fatal secreto del narcótico, pues confesó hasta las amonestaciones que habia hecho a su hijo para que no cometiese el disparate de casarse con una mujer que no pertenecia a su clase.

El doctor Sazie oyó con la mayor atencion aquella historia, porque desde que la señora dijo que su hijo se habia disfrazado de pintor y habia tomado una casa al lado del conventillo donde estaba la niña, y muchas otras circunstancias, el célebre médico no dudó un momento que se trataba de la misma persona a quien él habia asistido poco tiempo antes, y en la que, segun su opinion, se habia cometido una violencia; pero no quiso aparecer a los ojos de la madre como conocedor del caso, porque pensó que asi llegaria a saber toda la estension del crímen y el modo como se habia efectuado, y asi se limitó a observar.

—Parece, señora, que de aquí proviene el mal; pero hai una circunstancia desfavorable y que desbarata todas nuestras conjeturas; pues usted nos ha dicho que ignoraba lo que habia sucedido cierto dia.

—De veras que lo ignoro.

—Y sin embargo, es lo principal que necesitamos saber, porque de allí parte quizá el mal.

—No, señor, respondió la madre de Guillermo; porque mi hijo despues de ese dia ha estado bueno y sano, del mismo humor de siempre por mas de dos meses consecutivos, hasta la noche en que vino en coche acompañado del padre y del hermano de la niña, pues al dia siguiente amaneció en el estado en que ahora lo ven ustedes.

—Tiene usted razon, señora; no proviene de aquel dia la enfermedad; sin embargo, talvez está allí la principal causa. Y el doctor Sázie se puso la mano sobre la frente y agachó la cabeza: él estaba ahora seguro que la enfermedad era el resultado de una venganza, tanto mas cuanto que conocia el pundonor del viejo militar y la viveza de su carácter, añadiendo a esto la circunstancia de haber venido en coche con Guillermo la noche anterior al dia que se declaró la enfermedad. Convencido el doctor de que no podia ser otra la causa, preguntó a la señora:

—¿Vió usted entrar en la noche a su hijo?

—No, señor; pero el criado Tomas me dijo que venia mui demudado.

—¿No tenia alguna lesion, alguna herida? ¿Quién lo vió primero al dia siguiente y en qué circunstancias?

—Yo, señor, contestó la madre de Guillermo. Y refirió puntualmente todo el desórden que habia notado en el cuarto y que ella habia reparado por sí misma para que no fuesen testigo de ello los criados, contando a la vez cuanto le habia dicho y cuanto habia hecho.

—Es raro, mui raro, dijo en alta voz Sazie, pero como si hablara consigo mismo; y sin embargo, es evidente.

—¿Qué es lo que es evidente, señor doctor? preguntó la madre con marcado interes.

—Nada... nada... la enfermedad.

—Esto no necesita afirmarlo cuando se está viendo, contestó la señora con cierto enfado, que pasó desapercibido para el médico, que continuaba absorto en sus meditaciones.

Despues de un momento dijo:

—Hai un solo remedio, señora; si este nos falta, su hijo está para siempre perdido.

—Estoi dispuesta a hacer cuanto sacrificio exista, doctor.

—Conviene que venga aquí esa señorita Mercedes y aprovechar los instantes de lucidez del enfermo para presentársela de repente. Si él la conoce, es indudable que haga sobre él una impresion grande, y esta impresion provocará una crísis favorable. Nosotros, señora, no aseguramos el éxito, pero contamos con algunas probabilidades. Para ese dia habrá ademas reunion de todos los facultativos que hemos asistido a su hijo para que presencien el caso y nos den su opinion: si se consigue que despues de esa impresion duerma algunos momentos, casi se podria responder de su restablecimiento.

La señora vió en el acto la imposibilidad de conseguir a Mercedes y dijo al doctor Sazie con angustia:

—¿No habrá otro remedio? porque este se obtendria solo por un milagro.

—Pues es preciso que ese milagro se haga; de lo contrario todo es concluido.

—Veremos, veremos, respondió la señora con desaliento.

Los dos facultativos se despidieron.

II.

La desesperacion se habia apoderado de la madre de Guillermo. ¡Por qué medios podria inducir a Mercedes a presentarse jamas en su casa! A Mercedes engañada, seducida, violada!... A Mercedes que habia sufrido tanto y que debia sufrir aun! ¡Cómo venir a ver a su enemigo, a su tirano, a su verdugo! ¡Cómo, despues de haber esperimentado la mas grande ofensa, el mas grande ultraje, prestarse a salvar a aquel mismo que le habia hecho esa ofensa; que le habia inferido ese ultraje! Imposible. ¡Y sin embargo era necesario salvar a su hijo, y no habia otro camino que aquel, no existia otro recurso, segun la opinion de los médicos! Esto era para volverse loca, loca como estaba su propio hijo... En balde la angustiada madre formaba planes, hacia combinaciones diversas, porque todas le parecian inútiles y no hallaba una sola salida razonable, una sola con visos de un resultado siquiera probable. Ella habria dado gran parte de su fortuna, quizá la hubiera sacrificado toda, porque Guillermo era su único y principal amor; pero tenia el conocimiento del carácter desprendido de Mercedes por lo mismo que le habia dicho su hijo, por lo que le habia referido Tomas, y veia que con una naturaleza así no obraba con fuerza alguna el interes. Por otra parte, ¿de qué medios valerse para hacer la proposicion? Podia emplear a Eloisa, pero esto era descubrirla a ella y descubrirse a sí misma: esto era revelar el espionaje y hacer mas dificultoso y mas

imposible todo paso; era privarse de un ausiliar que podria llegar a ser mui útil y que lo era ya en realidad... La desesperacion habia pasado al grado de abatimiento: ya nada pensaba... La angustia, esa angustia que trae el imposible, se habia apoderado de aquella alma, poco tiempo antes dura como un pedernal y ahora hecha trizas como un frájil vidrio. Sin embargò, hai en nosotros reacciones incomprensibles; y asi como el agonizante vuelve un momento a la vida antes de exhalar el último suspiro, pareciendo que va a recuperar sus agotadas fuerzas, asi la madre de Guillermo se incorporó, meneó la cabeza, exhaló un suspiro y dijo: "Todavia hai una puèrta de salvacion! Iré donde esa niña y le ofreceré la mano de mi hijo, y le diré que venga cuanto antes a salvar a su esposo! Ah! Cómo he podido no pensar antes en una cosa tan sencilla, tan natural y de un efecto irresistible! Porque es indudable que ella aceptará: un matrimonio lo repara todo... Ella estará indudablemente ofendida, pero no habrá dejado de amar a Guillermo. Tendrá rabia, tendrá celos, tendrá desesperacion, pero en medio de todo esto existirá mas vivo quizá el cariño, y al ver que va a ser su esposa, que va a ocupar su rango, que va a entrar en la alta sociedad apoyada en su brazo, al ver que será envidiada de todo el mundo, cederá. Por otra parte, ella es madre, segun me lo ha dicho Eloisa; ¡y cómo no tratar de lejitimar a su hijo! Aun dado caso que fuese para ella un sacrificio su union con Guillermo, lo que no es probable, lo que es completamente inverosímil, sin embargo, siempre la conveniencia, siempre el bienestar de su hijo la vencerá: esto es fuera de toda duda."

Haciendo estas reflexiones que le volvian la esperanza, que le daban casi la certidumbre del restablecimiento de su hio, se le vino a la memoria Luisa Valdes, con quien estaba comprometido el matrimonio desde mucho tiempo atras, matrimonio que allanaba mil dificultades, que evitaria un pleito de mucha trascendencia, que acrecentaba consi-

derablemente la fortuna, que entraba en las mismas condiciones de rango, que era, en una palabra, igual bajo todos aspectos, y no pudo menos de pensar en que seria fácil, despues de salvado su hijo, retirar la palabra y colmar aquella nueva falta con montones de oro hasta el punto que no tuviera que desear la familia de Mercedes y ella misma; de esta manera creyó poder arrèglarlo todo y se decidió a ponerse en marcha, segura casi de su buen éxito, pero sin dejar de sentir hasta cierto punto, remordimiento por este otro engaño que ella iba a cometer, por este otro sacrificio que iba a imponer a la ya bien desgraciada e inocente víctima... y no crea el lector que este caso es escepcional, sino que es de lo mas comun que hai en el mundo y está pasando todos los dias en nuestra sociedad; y si hemos de hablar con franqueza, habria bien pocas que, en iguales circunstancias, tomaran en consideracion a personas de la condicion de Mercedes y que talvez no pensarian ni aun en indemnizarlas con dinero, como lo tenia firmemente resuelto la madre de Guillermo.

Pero habia todavia otras grandes dificultades que vencer; ¿cómo presentarse sola en casa de Mercedes y con qué pretesto? Cómo abordar la cuestion con la niña sin la presencia de importunos testigos? y cómo hacer a un lado a sus padres y hermano, que indudablemente no la dejarian o querrian saber para qué la buscaba una persona estraña? Pero como la madre de Guillermo estaba resuelta a llegar hasta ella y a salvar cualquier obstáculo por insuperable que fuese, hizo llamar a Eloisa para que, valida de la influencia que ya habia adquirido en la casa, le proporcionase el medio de hablar con Mercedes.

Eloisa vino inmediatamente y fué introducida donde la señora, que la aguardaba con impaciencia.

—Te se presenta la ocasion, la dijo, de serme mui útil.

—Estoi a las órdenes de su merced.

La madre de Guillermo contó entonces la opinion de los

médicos y le mostró el plan que habia concebido; es decir, que habia resuelto, en caso que accediera Mercedes a presentarse a su casa y sanase su hijo, casarlos inmediatamente, quedando asi la afrenta reparada, el hijo lejitimado y ella ocupando una posicion a que era acreedora por sus virtudes.

Eloisa vió inmediatamente las grandes ventajas que obtendria Mercedes, y le pareció tan natural la promesa, que juzgó imposible que no fuese sincera.

—Señorita: yo sé que en la actualidad los padres de Mercedes no la dejan un momento sola, y que, con lo que ha pasado, seria mui difícil tener con ella una entrevista; pero su merced me ha hablado del doctor Sazie, y yo les he oido hacer de ese mismo médico los mayores elojios; de consiguiente me parece que seria fácil que su merced tuviera entrada si se acompañara con él; de otra manera no encuentro la menor posibilidad, pues aun cuando yo gozo de cierta confianza, sin embargo me parece que nada obtendria, y talvez lo único que conseguiria seria hacerme sospechosa.

—Tienes razon, Eloisa; pero para pedirle a Sazie tal servicio, habrá indudablemente que confiarle esta estraña aventura; y aun asi, quién sabe si seria fácil que él se prestase.

—Es preciso hacer la prueba.

—Pues bien, hija mia, vé a casa del doctor y dile que lo necesito en el acto.

La madre de Guillermo, al dar este recado, juzgaba que produciria algun efecto en el médico, porque estaba científicamente interesado en el estudio y en el resultado de la enfermedad de su hijo, que habia seguido paso a paso y que, aparte de la ganancia, tenia en su favor la observacion; asi es que antes que Eloisa estuviera de vuelta, ya el médico habia llegado.

—Debo abrirle a usted mi corazon, señor Sazie, dijo la señora en cuanto apercibió al facultativo; pues necesito a un mismo tiempo del médico y del amigo.

—Estoi a su disposicion en ambos casos.

—Gracias, doctor; nunca se puede esperar menos de un hombre que a la intelijencia reune las dotes del corazon.

Sazie hizo una lijera inclinacion de cabeza.

La señora continuó:

—En fuerza de la promesa que usted me ha hecho...

—Señora, yo no puedo hacer promesas; he hablado únicamente de probabilidades.

—Sea como sea, usted me ha dicho que la única esperanza de salvar a mi hijo consistia en que en un momento dado se presentase a su vista repentinamente Mercedes, y que esta sorpresa podia operar en él una reaccion favorable.

—Asi es, señora; al menos asi me lo figuro.

—Está bien, doctor: ya he contado a usted y a su colega todas las circunstancias de esta relacion de mi hijo con esa niña; pero me falta decir a usted lo que he sabido últimamente, lo que últimamente se me ha revelado; y como este es un secreto que compromete a mi hijo y otras personas, habia pensado guardarlo; pero voi a depositarlo en el seno de la amistad para que lo guarde el hombre, aprovechando de él el médico.

—Prosiga usted: estamos acostumbrados a oir revelaciones de todo jénero.

—No lo dudo, y por lo mismo prosigo; y la señora refirió el caso del narcótico.

—No me habia equivocado en mis conjeturas, dijo Sazie, distraido en apariencia.

—¿Sabia usted el hecho?

—Lo presumia: ¿no ha intervenido en ese crímen la tia Anastasia?

—Justamente, esclamó la señora, mirando al médico con sorpresa; ¿pero cómo ha podido usted saber?

—Porque he visitado la niña, conocido su enfermedad, y mas que su enfermedad, conocido su inocencia y conocido la honradez de toda esa familia; pues ha de saber usted que

fuí llamado por el padre, y en nuestra conversacion me habló de un pintor Víctor que debe ser su hijo, y de una tia Anastasia, matrona examinada de la calle de las Cenizas. ¿No es esta la verdad?

—La verdad, doctor.

—¿Y qué piensa usted hacer? ¿Sabe usted el castigo a que es acreedor su hijo y esa infame mujer?

—Lo ignoro, señor; pero debe ser horroroso; sin embargo, yo quiero reparar el mal a toda costa.

—¡Reparar el mal! ¿Y cómo?

—Casando a mi hijo con Mercedes.

—Esto es otra cosa; esto está bien: el espediente es razonable y justo: es preciso que la virtud, y la virtud desgraciada tenga su compensacion: soi en todo punto partidario de su proyecto.

—Pero es preciso que mi hijo sane primeramente.

—Indispensable; de lo contrario el matrimonio no seria válido.

—Y como usted dice que para que sane es necesario que venga Mercedes, he resuelto ir a ofrecerle la mano de mi hijo y que ella misma se presente y sea la primera y la única que cure a su esposo.

—El plan me parece mui bueno.

—Pero no puedo llevarlo a efecto sin su asistencia, porque necesito del apoyo de una persona tan respetable como usted, y a quien sé que le están sumamente agradecidos, para que me abran las puertas y pueda hablar confidencialmente con ella; de otro modo estoi segura que jamas conseguiré verla.

—¿La conocen a usted en la casa como madre del jóven enfermo?

—No, señor.

—Y entonces ¿por qué no se presenta usted sola?

—Porque desde lo sucedido guardan sus padres muchas precauciones.

—Y tienen razon.

—Sin embargo, usted me salvaria: usted haria un bien infinito a mi hijo, a ella misma y a. . .

—Comprendo, señora, y estoi dispuesto a ayudarla; pero con la condicion de que el casamiento se hará.

La señora detuvo un momento su respuesta, pero luego dijo resueltamente: se hará.

—Desde este momento estoi a sus órdenes.

La señora mandó poner inmediatamente el coche y ambos partieron.

En el camino la madre de Guillermo dijo al médico que pensaba principiar por ofrecerle dinero, harto dinero; y que en caso que ella aceptase, era de parecer de no casar a su hijo, porque unido a Mercedes seria talvez mui infeliz, atendida la inmensa desigualdad de condiciones que habia entre ambos y que los separaba.

El doctor reflexionó un instante y luego dijo: está bien, si tiene el alma tan venal queda suficientemente remunerada con el dinero; y aunque el crímen no desaparece, sin embargo existirá una compensacion suficiente para la persona ofendida; pero, repito, señora, que si el matrimonio no se efectúa por mala voluntad de usted o de su hijo, cambiarán las cosas, y yo me pondré del lado de esa niña, por mas ricos y poderosos que ustedes sean. ¿Acepta usted el convenio?

—Sí, doctor.

Al concluir de pronunciar esta palabra, parábase el lujoso equipaje en el humilde conventillo de la calle de San Pablo.

III.

Toda la familia estaba reunida en la pieza que servia de saloncito a la vieja Marta y de costurero a su hija. Se encontraban tambien allí Eloisa y Teresa, la mujer del feliz zapatero, que habia vuelto a abrir su tienda con mucha clientela, cuando se presentó de improviso el doctor Sazie

acompañado de una elegante y hermosa señora, llena de un aire de majestad que imponia, conociéndose a primera vista la dama de alta sociedad:

Cuando se presentó el señor Sazie, todas las personas que estaban reunidas se pararon. El doctor hizo un ademan para que se sentasen, estendió su mano al viejo militar, saludó en seguida en particular a Marta y a Mercedes, y presentó a la señora diciendo: "Una amiga mia."

Marta le ofreció un asiento y se colocó a su lado.

Mercedes tenia clavada en ella sus hermosos ojos, como si evocase un recuerdo, como si se preguntase a sí misma dónde habia visto aquella fisonomia.

Escusado es decir que todos estaban sorprendidos de tan inesperada visita.

El doctor miró a Mercedes con dulzura y luego le dijo con tono afable: "¿cómo se encuentra usted, señorita?"

—Mucho mejor, señor, sobre todo desde que ha llegado mi hermano.

—¿Este jóven es el hermano de usted? repitió Sazie, dirijiéndose a Enrique; casi no hai necesidad de preguntarlo.

—Indudablemente: se parecen muchísimo, dijo la madre de Guillermo, cuya vista pasaba alternativamente de una a otra de las personas que allí se encontraban, fijándola especialmente en Mercedes, sin poder dejar de admirar tanta belleza y de adivinar todo el candor y toda la inocencia que encerraba aquella casi celestial criatura.

En un momento de silencio, silencio natural provenido del embarazo que siempre lleva consigo la etiqueta entre personas que se ven por primera vez o que se conocen mui poco, el doctor Sazie se dirijió al veterano y a Marta diciéndoles:

—Mi visita es mas bien la del amigo que la del médico.

—No creiamos ser acreedores a tanto honor, contestó Marta, que por lo jeneral tenia mas presencia de espíritu y mas oportunidad que su marido.

—Sí, señora, mi visita es como amigo, porque no vengo a ver a la enferma, a quien afortunadamente encuentro mui restablecida, sino a tratar de un negocio que le concierne y que le interesa.

—Todo lo que venga de usted, señor, no puede ser sino para el bien de mi hija.

—Gracias, señora, por su buen concepto; y aun cuando parezca una alabanza propia, no le ocultaré a usted que lo merezco.

Estas palabras, dichas con naturalidad, revelaban franqueza y honradez, pero no amor propio, infundiendo respeto y consideracion ese acto de noble sinceridad que echa a un lado las vanidades y pequeñeces, así como ese refinamiento pueril que todo lo encubre y que se empeñan en denominar finura y política, cuando la verdadera finura y la verdadera política está en la franqueza.

—Está usted en su casa, señor, y puede obrar con toda franqueza, dijo el veterano.

—Necesito estar unos pocos momentos a solas con esta señorita y la señora que me acompaña; vuelvo a repetir que es un asunto que le concierne esclusivamente a ella, y que, como he dicho antes, le interesa.

—No tiene usted, señor, necesidad de darnos mas esplicaciones: vamos a dejarlos a ustedes solos. E inmediatamente se retiraron todos.

Mercedes, empero, estaba sorprendida, pareciéndole que iba a pasarle algo de estraordinario.

—Señorita, dijo el doctor Sazie, conociendo la emocion que esperimentaba Mercedes; tranquilícese usted. Nada de malo le puede sobrevenir: aquí estamos solo para consultar su voluntad. No se trata de otra cosa que de su bien, como se lo he repetido a sus amantes y honrados padres en presencia de usted misma; de consiguiente, no hai nada que temer. Por otra parte, usted está bajo mi salvaguardia y yo respondo de todo.

—Desde el momento que mis padres lo han permitido y que usted ha solicitado tener conmigo esta conferencia, ¿qué puede arredrarme? Es natural que en mi estado de debilidad me conmueva cualquiera cosa, y tanto mas cuando esta se hace con misterio, cuando no sé lo que se me exije.

—Tiene usted razon, señorita; pero yo deseo que esté usted completamente tranquila, que no se sorprenda de nada, porque en lo que vamos a decirle no habrá la menor cosa que pueda ofenderla o dañarla.

—Estoi segura de ello, señor; pues basta que sea usted quien me lo dice.

—Le agradezco su confianza y trataré de merecerla siempre con mis acciones.

—Puede usted principiar, porque me encuentro ya serena.

—Cuando yo la ví a usted por la primera vez, tenia un grande abatimiento; éste se ha calmado en parte mediante al tiempo y al afecto de sus padres y hermano; pero puede ser que ahora se cambie en alegria, porque la señora viene a reparar una gran falta; mas bien dicho, un gran crímen cometido con usted.

Al oir la palabra crímen, Mercedes se estremeció involuntariamente, llevando la mano hácia su corazon.

—No se alarme, hija mia, dijo el doctor con dulzura; y si algo sufre por un triste recuerdo, va a ser para su bien.

—Escucho, señor; lo que suplico únicamente es que tome en cuenta mi estado, porque hasta el bien mismo de que usted me habla puede hacerme daño.

Habia tal delicadeza de sentimientos en Mercedes que la madre de Guillermo se resolvió a no abordar la cuestion bajo el punto de vista especulativo, porque no dudaba ya que iba a herir a aquella tierna flor, causándole una impresion penosa y desagradable y que talvez ocasionara el efecto contrario que deseaba producir.

—Señorita, dijo al fin la madre de Guillermo; yo vengo

a implorar induljencia y a pedir perdon de la falta de mi hijo.

—¿De qué hijo? ¿Seria usted acaso la madre de Víctor?

—Víctor, señorita, es un nombre supuesto; el verdadero es Guillermo de...

—¡Todo engaño, Dios mio! ¡Cómo puede haber hombres así! Y la hermosa niña llevó sus dos manos a la cabeza como quien dice: "es imposible creer; yo veo, pero no me persuado..."

—Ai! esclamó la señora, ¡cómo se conoce su sinceridad y su pureza! Cómo se ve que usted no ha tenido el menor mundo! De otra manera comprenderia lo que es la sociedad, lo que son los hombres!...

—Le doi a Dios gracias, señora, de no haber adquirido tan triste conocimiento, que debe disecar el alma, impidiendo que suba la savia vivificante de la virtud; y a pesar de que he sufrido el mas terrible de los desengaños y que he esperimentado y esperimento sus consecuencias... y las lágrimas asomaron a sus ojos; pero la heróica niña las ahogó por un esfuerzo de voluntad.

—Comprendo lo que usted debe haber sufrido, hija mia, y admiro su resignacion; pero usted conseguirá el debido premio.

—Así lo espero, señora.

—Y ya llega, porque yo vengo a darle una satisfaccion ámplia y a reparar el ultraje.

—Satisfaccion, señora, no la necesito, porque la tengo en mí misma, aunque está envuelta en el dolor; y en cuanto a la reparacion del ultraje, es imposible, porque está hecho, y lo que ya ha pasado no tiene remedio...

—Pero toda falta puede borrarse y todo crímen merecer el perdon...

—No sé, señora, si se haya borrado lo que usted llama falta, en la mente de su hijo; pero puedo asegurarle que en cuanto al perdon, ya lo tiene.

—¡Es posible! ¿Lo ha perdonado usted, señorita?

—Sí.

—Entonces, ¿ha olvidado usted el atentado de Guillermo?

—No; ¿cómo es posible olvidar semejante cosa?

Y Mercedes se cubrió con sus dos manos el rostro para ocultar el carmin del rubor.

—Pero si no ha olvidado usted, ¿cómo ha podido perdonar?

—Una cosa es el olvido y otra es el perdon, señora; yo no puedo impedir que venga a mi memoria el primero, pero puedo hacer que mi corazon sienta el segundo.

El doctor Sazie estaba admirado de tanta grandeza, jamas habia visto magnanimidad igual: espresada con tanta sencillez, con tanta elevacion y sin siquiera visos de amor propio.

La madre de Guillermo no podia creer lo que presenciaba por sí misma: le era imposible comprender aquella mansedumbre sin ejemplo; y se figuró que Mercedes, sintiendo el ultraje, adoraba siempre a su hijo y de aquí provenia aquel fácil perdon, por el hecho natural de que siempre se disculpa a lo que se quiere; y segura de la exactitud de su idea, prosiguió:

—Me alegro, hija mia, de ver las buenas disposiciones en que usted se encuentra respecto a mi hijo, porque así será mas fácil llegar a un feliz desenlace.

—Si usted queria sondear las disposiciones de mi corazon, ya las sabe usted, señora, y podemos dar todo por terminado: puede usted partir con la seguridad de que, si existe en mi pecho dolor, no abriga la menor hiel, el menor rencor... Yo puedo sufrir y sufriré siempre, pero tendré la satisfaccion de que usted parta tranquila y en paz.

—No, hija mia; es preciso que esa gran virtud tenga tambien una gran remuneracion, una recompensa proporcionada...

—No sé si en lo que he podido hacer o decir hai esa virtud; pero puedo asegurarle que obro sin violentarme; y donde no hai sacrificio no puede haber mérito.

Estas últimas espresiones de Mercedes contribuyeron mas a persuadir a la señora que aquella niña no habia olvidado a su hijo, y que lejos de olvidarlo se habia aumentado el cariño con el sufrimiento, y en consecuencia, continuó:

—Cada una de sus palabras, hija mia, me hace estimularla mas y me convence que doi el paso mas acertado reparando plenamente el mal.

—Despues de lo que hemos hablado no comprendo cómo...

—Voi a decírtelo, interrumpió la madre de Guillermo: vengo a pedir tu mano para mi hijo...

—¡Yo casarme con Víctor!

—No con Víctor, sino con Guillermo de...

—¡Casarme yo con Guillermo de!...

—No te sorprendas, hija mia; y voi ahora a hablarte de tí, porque vas a ser mi propia hija... No te admires: serás su esposa lejítima y así reparará él la falta cometida.

—¡Pero esto es imposible!

—No hai nada de imposible: tus virtudes han acortado las distancias, salvando las barreras que los separaban: te has hecho digna de ocupar una alta posicion: has merecido la recompensa, y esa recompensa te la viene a ofrecer su misma madre, querida hija mia...

—¡No es esto un sueño! esclamó Mercedes, haciendo el ademan de llevar la mano a sus ojos; y la pobre niña, que habia sufrido durante su enfermedad distintas y variadas alucinaciones, creyó ser ahora tambien presa de una de ellas.

—No es un sueño, replicó la madre de Guillermo, cada vez mas segura de la conviccion que se habia formado desde el principio; no es un sueño, hija mia, porque aquí está presente y como testigo de la sinceridad de mi promesa, el respetable caballero don Lorenzo Sazie, que, sabedor de mi

intenciones, ha tenido la bondad de acompañarme para hacerte la honrosa proposicion que acabo de comunicarte y que espero te dignes aceptar.

—Lo que dice la señora es la pura verdad: yo salgo garante de ella.

—¡Se han propuesto ustedes burlarse de mí! esclamó Mercedes, con triste acento; yo creia que merecia mas bien la compasion que el sarcasmo...

—Hija mia, mi querida hija; ¿cómo quieres que se burle de tí la que va a ser tu madre?

—¿Y cómo piensa usted, señorita, agregó el doctor con seriedad, que yo me prestaria a una farsa? He venido aquí en vista de la proposicion de la señora, porque desde que la vi a usted por primera vez, se granjeó mi afecto y tuve compasion por sus desgracias.

—¿Entonces es verdad?

—Ya no puedes dudarlo, hija mia, en vista de la afirmacion del doctor y de mi súplica: lo único que te queda que hacer es ir a salvar a tu esposo que sufre, pero que tu presencia curará para siempre, consiguiendo ambos la felicidad y con la cual obtendré yo la mia.

Mercedes se recojió en sí misma... Su hermosa fisonomia, un poco mas pálida que de costumbre por la emocion, revelaba tristeza, resignacion y dignidad. Habia algo de imponente y de severo en aquella cara dulce y en aquel mirar lánguido. Su cabeza un poco inclinada hácia el pecho demostraba meditacion serena sin lucha y sin combate, y todo el conjunto parecia manifestar esa seguridad de accion de la persona que está segura de sí misma y que es incapaz de estraviarse, porque sigue un camino conocido de antemano.

La madre de Guillermo y el doctor aguardaban la respuesta, no dudando ni el uno ni el otro que les seria favorable.

—Señora, dijo al fin Mercedes, con voz dulce pero resuelta; usted ha creido hacerme un servicio al proponerme

la mano de su hijo; le doi a usted las gracias por su intencion, pero no acepto el favor ni lo considero como tal.

—¡Cómo!

Y la madre de Guillermo no pudo articular mas palabra: estaba herida en su orgullo, engañada en sus esperanzas derrotada en sus conceptos, privada de su principal y único deseo, la salud de su hijo.

—No crea usted, señora, prosiguió Mercedes, que mi negativa nace de orgullo o nace de odio: ambas cosas podrian talvez vencerse; pero ella tiene su orijen en mi conviccion y en mi conciencia, en mi entendimiento y en mi voluntad.

—¿Entonces usted no ha querido ni quiere a Guillermo?

—La palabra querer es ténue, señora; yo amé a su hijo; pero ahora me es mas que indiferente; le he olvidado.

—¿Pero usted no desea siquiera reparar su honor?

—¡Reparar mi honor uniéndome a un criminal! Este no es el medio.

—Pero ese criminal es rico, es noble, es el partido mas ventajoso de Santiago. Ese criminal es festejado de todos, acariciado de todos, querido de todos.

—Dios quiera conservarle siempre la misma dicha: no se la envidio, y la mejor prueba que puedo darle a usted es que no quiero participar de ella.

—Pero tanto amor se ha estinguido completamente y en tan corto tiempo?

—Me tomo la libertad de hacerle una sola pregunta: ¿se debe, se puede amar al crímen?

—No.

—Pues entonces escúseme usted la respuesta, porque no quiero herir el corazon de una madre; pero le puedo asegurar que si su hijo fuera príncipe, rei, emperador, seria para mí lo mismo que lo que es él ahora, porque repudiaria al monarca lo mismo que lo repudio a él. Yo amé a Víctor, señora, o a Guillermo, como usted llama a su hijo, porque me parecia honrado, jeneroso, noble, elevado; en una palabra,

porque lo creia virtuoso; pero una vez que comprendí que no lo era, y que lo comprendí usted sabe cómo, ya me fué imposible conservar el mas mínimo afecto, y aunque hubiera hecho los mayores esfuerzos para ello, no habria conseguido vencerme a mí misma. Le confieso a usted con verdad: al principio sentí por él repugnancia, asco, lo veia mas abajo que para suscitar el odio; pero ahora lo he perdonado y mas bien le tengo compasion, a pesar de todas las ventajas que usted me dice que disfruta; de consiguiente, señora, usted debe comprender que su demanda es completamente inútil y no se realizará jamas.

Mercedes se calló.

El entusiasmo del doctor Sazie al oirla hablar llegó a su colmo: se paró de su asiento y fué, con sus ojos arrasados en lágrimas, a abrazarla con efusion, diciéndole:

—No merece usted, hija mia, ser reina de la tierra sino de los cielos.

La señora esperimentaba sensaciones opuestas; estaba admirada y ofendida, sufria y gozaba alternativamente; tenia despecho y compasion, rabia y cariño, y no sabia qué decir ni cómo obrar: se encontraba clavada en su asiento sin articular una sola palabra, y una especie de confusion embarazaba hasta su facultad de pensar.

Mercedes, viéndola en aquel estado, le dijo:

—Señora, no he tenido el menor ánimo de ofenderla y si lo he hecho, no ha dependido de mi voluntad y le pido a usted mil escusas: he espuesto solo mis principios pero no hai odio ni hiel en mi corazon.

—Y entonces, ¿quién ha puesto a mi hijo en el estado en que se encuentra? balbuceó la madre de Guillermo.

—¿Qué estado?

—¿Lo ignora usted?

—No sé nada, a no ser lo que usted acaba de decirme: que es festejado, acariciado, querido de todos.

—¡Mi hijo está loco, señorita!

—¡Loco! ¿cómo? cuándo? quién lo ha puesto así?

—La causa inmediata de la locura de mi hijo es usted.

—¡Yo, señora! El dolor la estravia.

—Y sin embargo, él lo dice en el delirio de la fiebre y aun hasta en sus pocos momentos lúcidos.

—Lo siento, pero no comprendo; lo único que puedo asegurarle es que lo he perdonado y que nada he hecho en su contra; y aun cuando hubiera querido, no habria podido, porque para hacer el mal se necesita odiar, y yo nunca he esperimentado esa pasion funesta.

—Pero su enfermedad, señorita, no es natural, debe provenir de alguna causa.

—Talvez él ha reflexionado en el mal que me ha hecho y el remordimiento ha producido ese efecto: lo compadezco.

—¡Lo compadece usted! esclamó la madre de Guillermo, echándose a los piés de Mercedes, vencida por tanta bondad. ¡Lo compadece usted, señorita! Pues sálvelo: devuelva un hijo a su madre...

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Mucho, señorita, muchísimo: la curacion de mi hijo está en su mano.

—¡En mi mano! ¿Cómo?

—Pregúnteselo usted al doctor; él mismo se lo dirá.

Don Lorenzo Sazie le hizo comprender el caso en pocas palabras.

Mercedes dijo entonces con cierta escitacion:

—¿Lo exije usted, señora?

—No lo exijo, se lo pido a usted de rodillas.

—Basta, señora, haré todo cuanto usted desea.

Y la niña al dar su consentimiento esperimentó un dolor agudo que hizo brotar de su noble y hermosa frente un sudor frio. En seguida se arrodilló, cruzó sus brazos sobre el pecho y levantó los ojos al cielo. En esta actitud permaneció algunos instantes, y luego dijo:

—Estoi dispuesta.

La madre de Guillermo tomó las manos de Mercedes, y las llevó a sus labios, humedeciéndolas abundantemente con sus lágrimas.

Las lágrimas de la gratitud son un bálsamo bajado del cielo: Mercedes estaba casi alegre. Su sacrificio iba a trasformarse en un placer y en un triunfo.

Y llamó a sus padres.

Cuando volvió Domingo, Marta y Enrique, Mercedes dijo:

—Tengo necesidad de acompañar a esta señora: demen ustedes permiso.

Domingo y Marta se miraron sorprendidos, y la última contestó:

—¿Cómo quieres salir, hija mia, cuando todavia estás débil, cuando no has llegado ni a la puerta de calle desde que estuviste enferma?

—No importa; ahora estoi casi restablecida.

El doctor Sazie intervino, diciendo:

—No tengan ustedes el menor cuidado: yo respondo.

—Tambien usted la acompaña?

—Ciertamente, he venido con la señora y volveré a traer a la señorita.

—Entonces no hai cuidado, haz lo que te parezca.

—Gracias, madre mia.—Con permiso, señora; estaré con usted en un momento.

Y Mercedes entró a su cuarto y cambió de vestido, poniéndose su traje de iglesia. Cuando volvió a aparecer, dijo:

—Estoi a sus órdenes, señora.

El doctor la tomó afectuosamente de la mano y se despidió del resto de la familia, diciéndoles:

—Hasta luego.

La madre de Guillermo, conmovida hasta el punto de correr por sus mejillas las lagrimas de la admiracion y del reconocimiento, se acercó a Marta, le tomó una de sus manos, que apretó con cariño, y le dijo:

—Es usted, señora, la madre mas feliz de este mundo.

—Pero no la que ha sufrido menos, contestó Marta, como si hubiera sabido que la mujer que le hablaba era la que habia dado el ser al hombre que les habia hecho sufrir los mayores martirios.

—Pero esos dolores, respondió la señora, se cambiarán en goce: la virtud no puede menos de tener al fin su recompensa.

Y la madre de Guillermo se despidió.

Domingo, Marta y Enrique se quedaron por un momento silenciosos; aquella conversacion misteriosa, la resolucion de Mercedes para acompañar a la señora, las palabras de ésta, la actitud del doctor, la espresion de las fisonomias, los habian sorprendido de tal modo, que cada uno se entregaba a sus reflexiones sin comunicarse sus pensamientos. Al fin Marta dijo:

—Me parece que en todo esto no hai nada de malo; tengo el presentimiento de ello, y cuando a mí se me pone una cosa, jamas me engaño.

—¿Pero qué puede ser? preguntó Domingo.

—Nadie puede decírtelo; pero puedes estar seguro que no corre el menor peligro nuestra hija.

—Eso se notaba en las fisonomias, contestó Enrique.

—Asi es, hijo mio, en las fisonomias, en las palabras, y en el acento con que fueron pronunciadas; pero a mí me suceden las cosas mas raras.

—Qué es lo raro que te ha sucedido ahora que nosotros no lo hayamos visto?

—Son cosas que no se ven, amigo mio, sino que se sienten: son misterios de que yo no he podido darme jamas cuenta.

—Esplícate y déjate de preludios.

—Voi allá, viejo impaciente: ustedes han visto que esa señora se acercó a mí, que me tomó la mano, que vertia lágrimas, que me dirijió la palabra a que soi mas sensible, la

que mas me agrada y la que mas me enternece; pues bien, yo no he podido responder a sus manifestaciones: sus lágrimas no me han conmovido y he permanecido impasible y fria a sus halagos y a sus alabanzas, mientras que si otra persona me hubiera dicho la mitad de lo que ella me dijo, se lo habria agradecido y habria participado de su conmocion.

—Es raro: y no puedes decir ahora que esta señora es fea, como aquella maldita vieja Anastasia que se parecia al demonio y que lo era en efecto. ¿Cuándo, diablos, la encontraré yo en mi camino?

—Lejos de ser fea es bastante hermosa esta señora, y sin embargo hai algo parecido al sentimiento que me produjo al principio la mujer de quien hablas, aunque no en tan alto grado.

—¿Entonces para qué has dejado partir a Mercedes?

—Porque conocí que a pesar de mi repulsion no habia peligro, sobre todo yendo acompañada por el doctor Sazie.

—¡Ese si que es hombre que inspira confianza a primera vista! ¿No es verdad, Enrique? ¿No has sentido lo mismo cuando lo has visto?

—Tiene una cara franca y bondadosa, una de esas fisonomias simpáticas que basta mirarlas para sentirse atraido.

—Si hubieras presenciado, Enrique, la conversacion que tuvimos, si hubieras visto los rodeos de que se valia, las observaciones que me hizo, los consejos que me dió cuando se vió obligado a revelarme el estado de Mercedes, te habrias admirado de tanta benevolencia y lo querrias y respetarias como yo lo quiero y respeto. ¡Y decirte que estuve a punto de pegarle! Decirte que tuve la mano levantada sobre él! ¡Peró cuánta serenidad, cuánta confianza en sí mismo! Se sentó tranquilamente, me miró con ojos compasivos y me desarmó!. . Despues he refleixonado mucho sobre aquella escena he apreciado mas la noble conducta del doctor Sazie, asi como he comprendido mi impolítica, y podria decir

mi ingratitud. Pero volviendo a otra cosa: ¿para qué diablos querrán a Mercedes? ¿Qué es lo que pueden haber ido a hacer? En vano pienso, porque nada se me ocurre; y tú, Marta, tú que te precias de adivina, dinos algo que nos dé siquiera alguna luz.

Todos tres, tranquilos sobre Mercedes, principiaron una larga conversacion, hicieron sus comentarios, manifestaron sus opiniones, pero no arribaron a resultado alguno y creyeron mas prudente esperar la llegada de Mercedes para aclarar aquel misterio, que, como se comprende, habia picado sobremanera su curiosidad, o mejor dicho, su interes, porque no podian menos de tenerlo en un asunto en que tomaba parte Mercedes de tan estraño modo.

IV.

Intertanto Mercedes habia llegado a la suntuosa casa de la calle de las Monjitas, habitacion de la aristocrática dama que iba en su compañia.

Todas las atenciones debidas a una señorita del mas alto rango le fueron prodigadas. La madre de Guillermo no escusaba medios ni dejaba pasar una sola ocasion para manifestarle su gratitud y su respeto, respeto y gratitud que realmente sentia, porque era imposible resistir a la dominacion suave y simpática de aquella criatura sencilla, tierna y elevada, que no se imponia jamas, que no reclamaba consideracion alguna y que hacia el bien y aun el sacrificio con una naturalidad y con un desprendimiento tal como si ejecutase la accion mas comun de la vida; sin embargo, ahora para acceder a la peticion de la madre de Guillermo, habia tenido que vencerse, habia tenido que ahogar sus sentimientos, pues se concibe fácilmente que no podia serle sino dolorosa y mui dolorosa la vista de Guillermo, aun suponiendo que no esperimentara por él la menor afeccion, lo que en realidad era así; pero Mercedes era un ser humano y no un ser

divino, y no nos es dado exijir del hombre que se sobreponga a sí mismo, es decir, a las leyes que nos gobiernan.

¡Volver a ver al que la habia engañado por tanto tiempo, al que la habia traicionado tan vilmente, al que habia destrozado su corazon, al que le habia hecho pasar horas tan crueles, al que la habia llevado al borde de la tumba, al que habia hecho sufrir tanto a sus padres, al que habia pisoteado sus virtudes y su cariño, al que habia desgarrado su virjinal pureza; volver a ver a este hombre, decimos, y volverlo a ver para salvarlo, era la accion propia de una heroina cristiana, era la imitacion mas fiel del ejemplo y de la doctrina del Redentor del mundo; pero habia un caliz de amargura que era preciso beber hasta la última gota, y este caliz era la vista de Guillermo! ¿Quién no ve que era necesario un esfuerzo casi sobrehumano para vencerse a sí misma y para apurar hasta la última hez de tan repugnante y acibarado tósigo!...

El doctor Sazie, que la acompañaba y que conocia, aunque no en su totalidad, el dolor de la jóven, el doctor Sazie le decia: "Animo, hija mia, ánimo."

—No es, señor, el valor el que me falta; no es tampoco la voluntad para vencerme; pero talvez flaqueen mis fuerzas, talvez no tenga resistencia: esto es lo que temo.

—Es verdad, señorita; quiero decir, hija mia, repuso el doctor con cariño, que debe serle estremadamente dolorosa la accion que usted va a ejecutar; pero en cambio la reaccion le será de un provecho inmenso, porque le dará una satisfaccion sin límites: esto se lo aseguro yo y lo esperimentará usted.

El doctor fué llamado, pero antes de partir dijo a Mercedes:

—Es probable que la crísis se acerca; tenga usted ánimo.

Y dirijiéndose a una mesa, tomó medio vaso de agua, puso en él algunas gotas de un frasquito que tenia en su bolsillo, y dijo a Mercedes:

—Beba usted esto.

La jóven casi instantáneamente sintió alivio. Su corazon, poco antes oprimido, parecia ensancharse, y su respiracion era mas fácil asi como su ánimo mas fuerte y mas decidido.

El doctor volvió casi en el mismo instante y pronunció estas solas palabras: "Valor, hija mia, y siga usted sus inspiraciones, puesto que son las de la virtud y del sacrificio, puesto que usted ha venido para ejercer la misericordia, para perdonar.. y no solo para perdonar, sino para hacerle bien al mas terrible y cruel enemigo"...

Al mismo tiempo una voz débil pronunciaba su nombre desde el interior del dormitorio. Y Mercedes apareció entonces en el umbral de la puerta y dijo con dolorido acento: "Aquí estoi."

Al oir esta contestacion, al reconocer, sin duda, aquel acento, el enfermo se incorporó, esclamando:

—Mercedes, Mercedes, ven a salvarme.

La niña se dirijió con paso lento hácia la cama, y se detuvo a poca distancia. La palidez de su rostro era estremada.

Todos los ojos estaban fijos en él y fijos en ella, siguiendo con creciente ansiedad los movimientos y la espresion de ambas fisonomias.

Guillermo, cuando la vió tan próxima, se hincó de rodillas y le dijo con un tono de voz indefinible:

—Mercedes, ¿has venido a maldecirme o a perdonarme, a castigarme o a salvarme?

Mercedes tomó la misma actitud de Guillermo, lo miró un momento con fijeza, y luego, levantando sus ojos al cielo, esclamó:

—He venido a perdonarte y a salvarte; y te salvo y perdono en el nombre de Dios y en el nombre de Jesucristo.

Guillermo cayó desmayado sobre su lecho y Mercedes sobre la alfombra.

Dos impresiones distintas habian producido un mismo efecto.

El doctor Sazie se apresuró a socorrer a Mercedes; conocia su estado y temia las consecuencias, porque quizá habia confiado mas en sus fuerzas y habia llegado hasta la imprudencia.

El médico le dió a oler inmediatamente un elíxir, roció su rostro con un poco de agua fresca, y cuando conoció que iba volviendo a la vida, la tomó en sus brazos y la sacó fuera de aquella habitacion, que podia reproducir la impresion dolorosa que le habia arrebatado los sentidos.

Los demas médicos que estaban presentes al esperimento se fueron en derechura a la cama del enfermo. Un sudor copioso bañaba todo su cuerpo, la respiracion era suave; sus párpados estaban cerrados, cosa que no habia podido conseguirse durante todos los dias de enfermedad, y parecia que vagaba sobre sus pálidos labios una sonrisa de satisfaccion.

El médico de cabecera se acercó a la madre, y le dijo:

—El esperimento ha producido un buen efecto; me parece que está salvo; sin embargo, esperemos la opinion del doctor Sazie.

Todos los facultativos se retiraron a una pieza vecina y principiaron a deliberar en voz baja.

Intertanto el aire libre y un poco del mismo cordial que le suministrara al entrar a la habitacion de Guillermo y que se le dió al salir, volvieron por completo los sentidos a Mercedes, esperimentando al recuperar el conocimiento cierta languidez deliciosa, cierta satisfaccion triste que la hacia gozar.

La madre de Guillermo se presentó en esos momentos y Mercedes le dijo:

—Está usted servida, señora; Dios quiera ahora aceptar mi sacrificio y devolverle a su hijo.

—Tengo plena seguridad, hija mia, porque creo que tus palabras llegan hasta el cielo.

—La dejo a usted un momento, dijo el doctor Sazie;

dirijiéndosé a Mercedes, pues necesito ir a ver al enfermo, vuelvo en el acto.

La madre de Guillermo volvió a insistir, pero ya con sinceridad, en que aceptara la proposicion que le habia hecho en su casa.

Mercedes le contestó con esta sola palabra: "Imposible."

—Pero al menos disponga usted, señorita, de una parte de nuestra fortuna; de toda ella si lo cree conveniente.

—Tampoco; no la necesito, señora, y aun cuando la necesitara no la aceptaria.

—¿Qué es lo que usted quiere entonces?

—Nada; mi recompensa la tengo en mi satisfacion interior, y esto me basta, me llena y me sobra, si es que puede llenar el contento del alma.

—Pero señorita, ¡por Dios!

—No insistamos mas sobre este punto; se lo pido y se lo suplico.

El doctor Sazie apareció. Su rostro varonil estaba radiante de alegria. Sentia la satisfaccion del sábio que hace un descubrimiento, y la satisfaccion del hombre de corazon que practica un buen acto. "Se ha hecho un milagro, esclamó, (aquí está la santa; y designó a Mercedes.) Su hijo se ha salvado; respondo de él.

—Gracias a Dios, a ella y a usted, doctor.

Mercedes se paró para despedirse, y don Lorenzo Sazie tomó tambien su sombrero.

—¡Tan pronto, tan luego! dijo la madre de Guillermo abrazando a Mercedes.

—Ya he dejado de ser útil, señora, y mis padres estarán talvez esperándome con cuidado.

—Asi es, hija mia; y yo que soi responsable quiero tambien cuanto antes exonerarme de tan grave compromiso. Adios, señora, volveré luego.

Y el doctor tomó del brazo a Mercedes, mientras que la

señora se apoderaba de la otra mano, conduciéndola asi hasta la puerta de calle, donde los esperaba el coche.

Durante el trayecto que hai desde la calle de las Monjitas hasta la calle de San Pablo, Mercedes y el doctor guardaron un profundo silencio: ambos gozaban cada cual a su manera: la niña por haber vencido su repugnancia y haber obrado el bien; el hombre por haber aceptado con su ciencia y haber encontrado en su carrera una mujer escepcional: satisfaccion peculiar de los hombres de corazon, que necesitan siempre un ideal, siempre a quien admirar.

Cuando llegaron a la gran puerta cochera del conventillo, el doctor bajó del coche, dió la mano a Mercedes y la acompañó del brazo hasta el interior; pero antes de llegar a las habitaciones, la niña se desprendió de él para echarse en los brazos de su querida madre, que venia corriendo a salirle al encuentro. Domingo y Enrique tambien se adelantaron para recibirla, pero no con esa encantadora y espontánea ajilidad de la mujer, que, aun en la edad madura, es arrastrada por la mayor intensidad y la mayor finura de sus afectos.

—Estábamos impacientes de verte, y aun cuando nó has tardado mucho, me parecia que hacia un siglo que te habias ausentado. Te noto la cara risueña y alegre: ¿has estado contenta? te ha sucedido algo de bueno?

—No he estado precisamente contenta; mas bien he sufrido mucho, madre mia, pero esperimento la reaccion que me vaticinó el señor doctor: soi ahora feliz.

—¡Feliz, hija mia! Cuánto me alegro! Pero pasemos adelante, dijo Marta al médico, que se habia quedado contemplando aquel cuadro tierno y sencillo, como es siempre el afecto verdadero puesto en escena.

—Con el mayor gusto, señora.

Cuando estuvieron en el pequeño saloncito, de mui modesta apariencia pero de agradables recuerdos, porque, como ya sabe el lector, habia sido el primer trabajo de En-

rique, Marta volvió a tomar el hilo de la conversacion, preguntando a Mercedes:

—¿Podria saberse, hija mia, lo que has hecho o lo que te ha pasado?

—Sí, mi querida madre; pero prefiero ocultarlo.

—¡Preferir ocultarlo! ¿No quieres entonces hacernos partícipes de tu dicha y guardas tus placeres asi como guardas tus penas? ¿A qué tanta reserva, hija? Yo comprendo que se oculte aquello que puede hacer sufrir a otros, però no lo que los puede hacer gozar: en el primer caso hai abnegacion: en el segundo solo veo egoismo.

—Asi es, señora, contestó el doctor Sazie, sorprendido de encontrar tan buen discernimiento y hasta finura en el lenguaje en un conventillo de la calle de San Pablo. Pero ya se ve: ese conventillo encerraba una maravilla, y no era de estrañarse hallar en él otros tesoros, como lo eran en efecto todos y cada uno de los miembros de la familia Lopez. Asi es, señora, repitió; su hijita quiere guardar para ella esclusivamente todas las delicias de una accion magnánima y evanjélica que acaba de hacer; pero no es posible privar a sus padres de ese gusto, y yo revelaré ese acto por completo, pues sé todas las peripecias de este complicado negocio, porque he tomado una pequeña parte en el crímen cometido por este ánjel.

—Doctor, doctor, piense en lo que dice y en lo que hace.

—Hija mia, una niña como usted no puede dar a un viejo esperimentado como yo lecciones de prudencia.

—Ah! no son lecciones.

—Sí, sí, lo comprendo; pero todo esceso es vicio.

—Hable, señor, hable, y no le haga caso a esta muchacha, dijo el veterano con su aire mas satisfecho y mirando a Mercedes con ternura.

—Al menos, señor, permítaseme retirarme; con su relacion se renovaria mi sufrimiento pasado y no tendria fuerzas para soportarlo por segunda vez.

—El dolor ha pasado, hija mia; ahora solo queda el contento; usted misma ha dicho que ya principiaba la reaccion de que le habia hablado antes del sacrificio; sin embargo, puede retirarse si sus padres consienten en ello.

La vieja Marta besó a su hija con cariño, la tomó de la mano y la condujo a su cuarto.

—Jamas, continuó el doctor, he conocido una niña igual. Jamas he visto tanta elevacion, tanto talento, tanta bondad y tanta modestia... Jamas tampoco he sido testigo de un acto mas doloroso, mas patético, mas sublime y de efecto mas prodijioso... Me parece que esa niña no es mujer sino que es un ánjel... ¡Y yo que soi materialista, dijo el médico, hablando consigo mismo!

Al oir estas palabras, Marta corrió donde el doctor, se apoderó de una de sus manos, llevándola a sus labios repetidas veces. Domingo y Enrique lloraban, y el viejo médico estaba profundamente conmovido.

—Dejemos de ser niños y escuchen, dijo don Lorenzo Sazie, pasándose su gran pañuelo de seda por la cara como para enjugar el sudor o limpiarse el polvo y sacando en seguida del bolsillo del chaleco una enorme caja de oro, regalo sin duda de algun enfermo a quien habria salvado. Tomó una fuerte narigada y la aspiró con violencia, y despues prosiguió:

—La señora con quien vine hoi es la madre de Guillermo de...

Al oir este nombre, Domingo y Enrique fruncieron el ceño, y Marta, palideciendo un tanto, dijo: "No me habia engañado el corazon."

El doctor observó la fisonomia de los dos hombres, y una sonrisa apareció a sus labios, añadiendo despues: Mañana tengo que hablar con ustedes sobre un asunto sério; voi ahora a continuar mi relacion. Y el doctor Sazie les reveló la enfermedad de Guillermo, los esfuerzos que habian hecho para salvarlo, la inutilidad de los medicamentos, la única

esperanza que él habia concebido, la desesperacion de la madre, la revelacion de toda la intriga y la proposicion que le habia hecho y que él habia aceptado; la conferencia privada que habia tenido lugar entre la madre de Guillermo, Mercedes y él, y de consiguiente, todo cuanto se habia hablado, lo que Mercedes habia rehusado y lo que habia prometido, la llegada a la casa, el dolor que sufriera, el cordial que le habia suministrado, la aparicion de Mercedes en el cuarto de Guillermo, el efecto que produjo su vista en el demente, la actitud de ambos, y por último, la invocacion de Mercedes al pronunciar el perdon, y el desmayo que siguió en el acto.

Es de advertir que esta narracion, que nosotros reasumimos, porque ya se conocen los hechos, pero que el doctor referia en todos sus detalles, era interrumpida a cada momento por los sollozos de los que la oian y por las frecuentes esclamaciones de amor, de admiracion, de entusiasmo que involuntariamente les arrancaba aquella abnegacion sin límites, aquella bondad sin tasa, aquel desprendimiento de los bienes de este mundo, aquella humildad y superioridad sin ejemplo a quienes coronaba ese perdon cristiano, llevado hasta el grado mas heroico y mas sublime; pues no solo habia olvidado la ofensa sino que la habia perdonado, y no solo la habia olvidado y perdonado, sino que habia ido hasta socorrer y hasta salvar a su enemigo!...

La vieja Marta no pudo contenerse mas tiempo, sino que voló al cuarto de su hija, la estrechó entre sus brazos y lloró largo rato, sin pronunciar una sola palabra. ¿Qué podia decirle? ¿Qué voces eran capaces de representar lo que ella sentia?

Ya lo hemos dicho: hai algunas circunstancias en que el silencio es mas elocuente que el lenguaje.

Pasado ese primer parasismo del goce, Marta dijo a Mercedes: Yo no puedo ser la única que tenga la dicha de abrazarte; ven para dar este gusto a tu padre, a tu herma-

no y al sabio y buen doctor que tanto te ha ayudado y a quien debemos tanto.

Mercedes se dejó conducir.

La nueva escena no fué menos tierna, presenciándola y tomando parte en ella el grave doctor don Lorenzo Sazie, que salió de aquella modesta habitacion con el alma satisfecha y contenta por las dulces emociones de que habia participado.

V.

No habia aun montado en el carruaje cuando oyó una voz de mujer que le gritaba desde atras: señor, señor, un momento! El doctor se detuvo, y Eloisa, pues era ella la que lo llamaba, lo alcanzó.

—Tengo que hablar con usted un momento.

—Imposible, niña; estoi mui ocupado.

—Es una cosa de mucha importancia, señor.

—¿Algun enfermo?

—No, señor, es una confidencia, una consulta, un secreto.

—No tengo tiempo por ahora.

—Y sin embargo, es indispensable que usted me oiga.

Tanta insistencia llamó la atencion del doctor y le preguntó:

—¿De qué se trata?

—Ya he dicho a usted que es de una consulta, de una comunicacion importante.

—¿No puede diferirse para otro dia?

—No, talvez habria peligro.

—Diga usted qué es entonces.

—Se trata, señor, de salvar la vida a la señorita que usted ha visitado hoi, a doña Mercedes Lopez.

—¿A la señorita Mercedes, dice usted?

Y el doctor miró con fijeza a Eloisa, tomando la actitud del hombre que está resuelto a escuchar.

—Sí, señor, a la misma.

—Eso es otra cosa; veamos lo que hai.

—No es este el lugar en que puedo comunicarle el secreto.

—Suba usted entonces conmigo al coche.

—Está bien. Y sin que se lo volvieran a repetir, Eloisa montó la primera.

El doctor dijo al cochero: llévame primeramente a casa; pero estaba impaciente de saber un secreto de tanta trascendencia, y preguntó a Eloisa en voz baja:

—Usted me ha dicho que la vida de la señorita Mercedes corria peligro. ¿Será acaso por enfermedad? Advierta usted que yo acabo de dejarla buena y sana, a no ser... y el médico se detuvo.

—No es por enfermedad, señor, sino por envenenamiento.

—¡Por envenenamiento!

—Sí, señor, y yo soi la encargada de suministrárselo.

—¡Usted! ¿Y cómo entonces me viene a hacer tal declaracion?

—Porque yo era mandada, porque he sido comprada con este fin.

—¿Sabe usted que lo que me dice es terrible?

—Sí, señor.

—¿Y quién la ha comprado a usted con tan caritativo propósito?

—La tia Anastasia, una vieja matrona que vive en la calle de las Cenizas.

—¡La tia Anastasia!

—Sí, señor.

El coche llegaba en ese momento a la calle de Santa Rosa.

—Aguarda, dijo el doctor al cochero, invitando a Eloisa a pasar adelante.

Ahora espliqueme usted todo.

Eloisa le reveló su estado, su posicion, sus propósitos, narrándole circunstanciadamente cuanto habia sucedido, la

plata que habia recibido de la señora, de Anastasia y de Tomas, el fin con que se la habian dado, el carácter en que estaba en casa de Mercedes, el papel que habia firmado, y hasta el consejo que diera a la madre de Guillermo para que por el intermedio de él pudiera tener una entrevista con Mercedes, entrevista que acababa de realizarse con tan buen resultado.

El doctor escuchó en silencio tan larga y tenebrosa relacion, y parecia abismado en sus reflexiones; al fin, como saliendo de esa especie de estupor, preguntó a Eloisa:

—¿Tiene usted alguna prueba de todo cuanto me ha dicho?

—No tengo mas que el veneno, señor; pero puede encontrarse entre los papeles de la tia Anastasia el compromiso que le he firmado.

—Esto será para despues; pero el veneno ¿puede usted mostrármelo?

—Aquí está. Y Eloisa le presentó un frasco conteniendo un líquido.

El doctor sacó la tapa y aspiró el olor; puso en seguida unas gotas en su mano y las sorbió, haciendo sonar el paladar. En seguida escupió y dijo: ya sé; y la fisonomia del doctor se puso sombria.

—¿Es mui activo este veneno? preguntó Eloisa.

—No mata instantáneamente, pero tiene dos fines: primero el aborto inmediato, y algunos meses despues la muerte.

—Esto es espantoso, señor, y voi a decirle una circunstancia mas que se me habia olvidado, y que sin embargo fué el motivo principal que me ha obligado a hacer esta declaracion sin pérdida de tiempo.

—¿Qué otra cosa hai?

—Yo no soi la única espia que tiene la tia Anastasia a sueldo en casa de la señorita Mercedes; y como podia talvez desconfiar de mí y dar el encargo a la otra cómplice, me apresuré a decírselo, porque calculaba que ningun otro mejor que usted podia poner pronto remedio.

—Has hecho mui bien, hija, y nada tienes que temer. Mas todavia: la plata que le has sacado a esa mujer, guárdala, porque la has ganado por tus buenos propósitos y por tu buena accion; y si le puedes sacar mas hazlo, pues toda esa fortuna que ha acumulado esa vieja por tantos años que ha esplotado el crímen y que ha vivido en él, desaparecerá como el humo hoi o mañana; porque si se le deja libre un dia mas, verán la luz nuevos atentados.

Debo prevenirte que es indispensable tu prision; pero ya te he dicho que no temas nada, porque yo mismo informaré al juez; de todos modos, es necesaria tu presencia en el tribunal para que la confundas.

Ahora otra cosa: vé esta noche a casa de la tia Anastasia, refiérele fielmente lo que has presenciado; es decir, que yo he estado ahí en compañía de la madre de Guillermo y que hemos salido con Mercedes: esta circunstancia le dará mucho que pensar, al mismo tiempo que le inspirará confianza en tí, y entonces le preguntarás por el nombre del otro espia para ponerte de acuerdo con él, pero con el fin verdadero de tomar presa a esa persona y que ayude a las declaraciones. Trata, si te es posible, de sacar algun otro remedio para suministrarle a la señorita Mercedes, diciéndole que no se te ha presentado la ocasion de darle a beber alguna cosa, y que si no habria un medio mas injenioso y mas sencillo que pudiera darse en la comida al menor descuido; porque estoi casi seguro que te dará ciertas píldoras que ella debe conocer mui bien, puesto que ha hecho este *servicio* en varias ocasiones.

—Cumpliré, señor, puntualmente todas sus instrucciones y mañana mismo le daré a usted cuenta del resultado.

—Adios, hija, y asegura, asegura tu posicion. Has sido infortunada hasta aquí; puede ser que en lo sucesivo seas feliz: tus faltas quedan, hasta cierto punto, balanceadas con esta buena obra, y talvez consigas dias serenos.

Estas últimas palabras del doctor quedaron grabadas en

la memoria de Eloisa y sirvieron como de un fresco rocio a su corazon. ¡Tener la posibilidad de lograr en la vida algunos momentos bonancibles fuera del vicio, era el colmo de sus aspiraciones, y el doctor Sazie se lo dejaba esperar! ¿Qué mas satisfaccion queria? Su conducta habia sido completamente aprobada: ¿qué dicha mas grande? Y la pobre mujer marchaba a pié con el alma satisfecha, meciéndose en las futuras satisfacciones que le proporcionaria una vida independiente y honrada.

El doctor Sazié volvió a subir al coche y se dirijió a la calle de las Monjitas, para ver nuevamente al enfermo.

La señora lo esperaba. Su hijo continuaba durmiendo, y esto le habia dado cierta alarma, porque ya hacia algun tiempo que permanecia lo mismo.

—No tenga usted el menor cuidado, señora, porque esta es la mejor prueba de su curacion. Si duerme veinte y cuatro horas seguidas no es preciso despertarlo: la naturaleza hace su oficio y ella sabe mas que todos los doctores juntos. Voi a hacerle a usted una advertencia: la enfermedad de su hijo es mas bien moral que física; de consiguiente, es necesario de preferencia obrar sobre el espíritu.

—¿Qué se debe hacer, señor doctor? Yo estoi dispuesta a obedecerle en todo.

—Es mui difícil: le diré mas bien, es imposible que usted consiga que venga nuevamente la señorita Mercedes a verlo: esto, si se obtuviera, estoi seguro que haria su curacion mas rápida y mas radical; pero yo mismo lo impediria, porque esa virtuosa e interesante niña ha estado al punto de sucumbir, y una nueva prueba la mataria; y entre la existencia de la señorita Mercedes o la de su hijo don Guillermo, se lo digo con toda franqueza, yo no trepidaria un momento en salvar la primera, aun cuando se perdiera la segunda; le advierto esto, para que llevada por su amor de madre, no vaya usted, valiéndose de la bondad infinita de aquella niña, a obligarla a venir; y para que no llegue jamas

a suceder semejante cosa, yo mismo se lo advertiré mañana; pero este inconveniente puede obviarse con un proceder sencillo que parece una niñeria y que a pesar de esto producirá un grande y buen efecto sobre el enfermo.

—Es inútil que le repita que haré ciegamente cuanto usted ordene.

—Por el conocimiento perfecto que tengo de esta trájica aventura galante; y le advierto a usted, señora, que sé mas de lo que usted piensa sobre ella, sin temor de decirle que sé tanto como usted misma y la tia Anastasia; (y el modo de hablar del doctor era áspero y duro) por ese conocimiento, vuelvo a decir, presumo que el mas fuerte cariño que ha esperimentado su hijo, en su *noble carrera de conquistador*, es el que ha tenido a la señorita Mercedes, y en prueba de ello, usted ha visto el feliz éxito que hemos conseguido con la sola presencia de esa infortunada y virtuosa niña.

—Indudablemente, señor, esto no puede negarse, respondió la altiva matrona con humildad y agachando la cabeza.

—Pues bien, voi a darle a usted una receta que, como he dicho antes, todo el mundo encontraria insignificante y pueril.

—Repito por tercera vez que cumpliré al pié de la letra lo que usted disponga.

—Saque usted, señora, todos los retratos de niñas que están a la cabecera de su cama, y deje solo el de Mercedes, adornado con flores, para que al despertar sea este el único objeto que vea a su alrededor; y si usted observa que lo toma y que lo acaricia, tenga usted seguro que marcha bien; pero voi a hacerle otra observacion mas, por el conocimiento que tengo de esta intriga: retire usted de su lado toda persona que haya tomado parte en ella, como Tomas el sirviente y aun usted misma, para que no le vengan tan a lo vivo los fatales recuerdos, sino que se vayan presentando

poco a poco por sí mismos allá en su cerebro: esta es una recomendacion importante. Ahora se me ocurre un pensamiento nuevo: mañana, talvez ahora es posible, porque dormirá bastante. Mande usted donde un fotógrafo ese retrato para que le saquen una copia grande y que se la hagan a la mayor brevedad; de manera que él vea ahora el retratito que posee, y en dos o tres dias mas otro en una escala mayor y ricamente adornado, y talvez se persuada interiormente que es obsequio de la señorita Mercedes; y puedo asegurarle que si este pensamiento entra en su imajinacion, su restablecimiento será mas rápido.

—Comprendo, doctor, esas delicadezas y las admiro en usted: creia que los hombres de ciencia solo tomaban en cuenta el físico, es decir, la materia.

—La materia es el todo, señora; pero tenemos que amoldarnos a sus múltiples combinaciones, combinaciones que unó ignora, porqué llegan hasta lo infinito, combinaciones de las que quizá nace el espíritu... Pero esta no es la cuestion del momento, y vamos a otra cosa: ¿qué le ha parecido a usted la conducta de la señorita Mercedes?

—Doctor, yo no conocia ni tenia idea de un ser igual.

—Esa es la verdad, señora; ¿pero qué recompensa (porque indudablemente merece una) quiere usted darle?

—Espero que ella me la diga, porque estoi pronta y prontá con gusto a cuanto ella me exija.

—Esa señorita, y me complace llamarla así, porque es superior a cuantas señoras he conocido, porque merece el título mas que ninguna; esa señorita no exijirá nada, no aceptará nada.

—Desgraciadamente pienso lo mismo, pues hubiera tenido una verdadera satisfaccion en serle útil en algo.

—Talvez mas tarde, señora, podrá usted pagar esa deuda moral con un servicio moral.

—¿Qué quiere usted significar con eso, doctor? dijo casi asustáda doña Porfira.

—Nada por el momento; pero usted sabe que los acontecimientos se suceden.

—Le doi a usted mi palabra, doctor, que cualquiera que sea la recompensa que se me exija, estoi pronta a satisfacerla.

—Bien, señora; siga usted mis recomendaciones respecto al enfermo, porque talvez no pueda volver mañana, pues tengo un asunto grave en que entender y quizá me quite muchas horas.

—Lo siento, doctor, porque es en usted en quien tengo mi mayor confianza.

—Hágale presente, si gusta, mis prescripciones al médico de cabecera, y no dudo que me ayudará de una manera intelijente en la curacion del enfermo.

Se me olvidaba prevenirle, señora, que puede ser mui bien que tenga usted que comparecer mañana o pasado ante el juez del crímen por una causa que debe ventilarse y que en uno de sus detalles tiene relacion con la enfermedad de su hijo y otros incidentes.

—¡Ante el juez del crímen! Pero yo soi inocente, señor; ¿qué tengo yo que ver con el juez del crímen?

—Supongo que nada, señora; pero talvez se le llame como testigo u otra cosa; y yo se lo digo únicamente para que no se sorprenda.

—¿Pero qué es?

—Por el momento no puedo dar a usted otras esplicaciones, y aun creo haberme avanzado mas de lo que debiera, pero lo he hecho por consideracion y deferencia hácia usted.

—Gracias, doctor; sin embargo, podia darme una pequeña idea del asunto de que se trata.

—Imposible, señora; bástele estar prevénida.

Y el doctor tomó su sombrero, saludó respetuosamente a doña Porfira y salió.

La madre de Guillermo, libre, se puede decir así, de las angustias que le causara la enfermedad de su hijo por las

seguridades del pronto restablecimiento que le confirmaban los médicos, pensó en lo que le habia dicho el doctor Sazie, echando una mirada retrospectiva sobre su vida pasada y presente; y como no estaba tan limpia su conciencia, ya fuera por la existencia de otra época, ya por la actual, sentia algunos temores; sin embargo, creia no tener causa alguna para que la hicieran comparecer ante aquel tribunal terrible y temido por el mismo nombre que lleva consigo; con todo, examinando escrupulosamente sus actos, vió que no tenia nada que temer personalmente; pues aun cuando se hubiera descubierto el atentado de su hijo, siempre era verdad que ella no habia tomado la menor parte, diciéndose ademas que, por lo que concernia a Guillermo, tampoco habia cuidado, pues pasaria por una calaverada de jóven, que se allanaria con dinero; asi es que se tranquilizó y se fué al cuarto de su hijo para cumplir relijiosamente con las recomendaciones del doctor Sazie, es decir, desclavar todos los retratos que adornaban el mullido lecho del Lovelace, dejando solo el de Mercedes, que se puso a adornar lujosamente para que lo viese al momento de despertar.

VI.

Sin pérdida de tiempo y tan luego como abandonó Eloisa la casa del doctor Sazie, se dirijió en el acto a la calle de las Cenizas para poner en ejecucion lo que se le habia ordenado.

Hemos dicho que Eloisa habia salido contenta, y casi, podriamos asegurar, feliz de la morada del sabio médico; asi es que su imajinacion, naturalmente despierta, la sentia mas viva y mas astuta; pensando que iba a hacer *ovillo* a la tia Anastasia, es decir, a envolverla como quisiera, lo que en verdad no era fácil, pero que tampoco se debia considerar como un imposible.

Al primer llamado en la puerta de calle se presentó la vieja, que conoció ser Eloisa la que venia.

—Me pareces mas contenta que otras veces, hija mia: ¿qué hai de nuevo? Has practicado algunas dilijencias? Le has dado la tomita a nuestra amiguita Merceditas? Todavia no me has dicho nada que valga la pena de comunicarse.

—Es verdad, señora; pero ahora traigo grandes y frescas noticias, de las que usted puede talvez sacar mucho provecho.

—Veamos, veamos: ¿qué es lo que me tienes que decir, hija mia?

Y la vieja se refregaba las manos en señal de alegre impaciencia.

—Ha de saber primeramente, amable tia mia, que ya tengo a Enrique. Eloisa mentia.

—¡Cómo! ¿Ya lo has engatuzado?

—Y bien: hoi me ha hecho su declaracion.

—Ya esto es algo. ¿Y cómo te comportarte en tan duro trance? Y la vieja se reia de buena gana.

—He representado el papel de la inocencia.

—Ya me lo figuraba: ¿y qué mas?

—Yo le dije que no me era indiferente, pero que mi luto...

—¿Qué luto?

—¿Que no recuerda usted que soi la viuda de un oficial de poca graduacion y que vivo con mi escaso montepio?

—¡Ah! se me habia olvidado; ¿y despues?

—Despues me dijo que él me queria con un fin honroso...

—¡Ah, picarona! Ya tienes al pájaro en la jaula! Cuidado con que se te vuele! Tú eres la que mas vas a ganar en toda esta aventura.

—Dios lo quiera.

—Qué Dios, ni qué... Ya tienes asegurado un marido y unos cuantos pesos.

—Que espero que usted tendrá la bondad de aumentar para asegurar del todo mi felicidad; ¿no es verdad, mi amable y jenerosa tia?

—¡Todavia quieres mas!

—Indudablemente, y lo espero de su cariño.

—Tú no te satisfaces jamas.

—En lo que tengo el honor de parecerme a usted, que, mientras mas tiene, mas quiere.

—Ya se ve: esta es la condicion humana.

—Y yo no quiero ser una escepcion a la regla.

—Bueno; allá veremos; ¿pero es esto cuanto tienes que decirme?

—No, mi querida tia; así como lo que he recibido, no será tampoco cuanto usted tenga que darme.

—Nuestro contrato está hecho.

—Ya lo sé; pero yo creo que su jenerosidad se estenderá a mas, sobre todo viendo cuánto me sacrifico por usted; pues el estar obligada a vivir en aquella miseria no es bien agradable.

—Pero de aquella miseria sacarás un marido. Ahora, dime: ¿nada le has preguntado a Enrique sobre el asunto principal?

—No lo he creido todavia prudente: él es mui reservado sobre este particular.

—Pero no hai reserva donde hai amor.

—Cuento con esto, y no pasará de mañana o pasado que no le hable y le obligue a decirme qué es lo que ha hecho para volver loco a don Guillermo.

—Pues bien, si le arrancas este secreto, como igualmente lo que piensa hacer respecto a mí, en caso que llegue a saber dónde vivo y quién soi (pues cometí una chambonada en haberme presentado con mi propio nombre y apellido en aquella casa); en caso que llegues a saber esto, repito, te hago un buen regalo.

—¡Esto sí que es hablar! Pues bien, jenerosa tia mia: para merecer cuanto antes sus favores, le aseguro a usted que esta noche misma lo sabré todo, aun cuando me vea obligada a dar un abrazo a mi querido Enrique antes de casarme

con él, lo que usted comprenderá que no es mui prudente; pero por tal de servirla a usted, ¿de qué no soi capaz?

—Perfectamente pensado, hija mia; tendrás, pues, lo que deseas y te esperaré esta noche hasta la hora que gustes.

—Convenido.

—Dime ahora qué otra cosa hai.

—Ha sucedido un caso mui estraordinario, y por mas que haya reflexionado no he podido sacar en limpio su contenido, motivo por el cual he venido al instante a comunicárselo a usted.

—Me agrada tu puntualidad; ya te escucho.

—Ha de saber, tia Anastasia, que hoi se presentó en el conventillo la madre de don Guillermo en compañia del médico don Lorenzo Sazie a hacerle una visita a Merceditas.

—¡Es posible!

—Por mas estraño que le parezca, es la pura verdad. Yo estaba presente cuando llegaron.

—¡De veras que es bien singular lo que me dices!

—A mí tambien me sorprendió sobremanera; y no era para menos.

—Así es; continúa.

—Fueron bien recibidos, porque el médico parece que es mui conocido en la casa y ha curado a la Merceditas.

—No sabia esta circunstancia, pues nunca me la habian comunicado.

—La persona que ha tenido allá no será de las mas vivas.

—Así parece; pero continúa.

—El doctor Sazie pidió permiso para hablar a solas con Mercedes y la señora. Los padres de la niña los dejaron solos, y Teresa y yo, que nos encontrábamos presentes, nos vimos obligadas a retirarnos, pudiendo asegurar a usted que habria dado cuanto tengo por saber lo que se dijo en aquella entreevsta.

—En efecto, la cosa es curiosa y merecia la pena de investigarla.

—Pero no me ha sido posible, por mas vueltas que dí por los alrededores; no es esto lo mas orijinal, sino que pasado algun rato subió al coche de la señora mi nueva amiga Mercedítas y el doctor, y una hora mas tarde volvieron de su misteriosa escursion, menos doña Porfira.

—Y en seguida, ¿no pudiste averiguar nada?

—Nada, porque se encerraron como para decir que no querian visita alguna, y pensé que lo mejor que podia hacer era comunicarle a usted todo lo sucedido, y me he venido corriendo.

—Yo no puedo adivinar tampoco lo que esto significa; pero será fácil saberlo por la misma señora. Te irás de aquí a hacerle una visita y le preguntarás lo que ha pasado. Ella no puede tener desconfianza de tí, desde que estás colocada por ella misma en casa de Mercedes.

—Tiene usted razon: voi en el acto...

Y Eloisa hizo ademan de despedirse, pero se detuvo, diciendo:

—Se me olvidaba lo mas importante.

—¿Todavia hai mas?

—Una consulta. Hasta ahora me ha sido imposible darle a beber la *tomita* a Mercedes porque es mui difícil que se presente una ocasion favorable. (No todos tienen la suerte de usted.), por mas que la he buscado; ¿no habria otro medio mas sencillo y que produjera el mismo efecto?

La tia Anastasia pensó un momento y luego contestó:

—Sí, hija mia: hai otro mas fácil; ¡y no sé como diablos no habia pensado en él! Pero todavia es tiempo y talvez te sea fácil despachar la cosa esta noche misma.

—Tanto mejor: mientras mas luego veamos el resultado, mayor será el provecho.

—Indudablemente.

Y la matrona examinada se dirijió al interior de la casa y volvió con un tarro de lata, dos platillos chicos y dos cucharitas que colocó sobre la mesa redonda, diciendo:

—Vamos a tomar, hija mia, un poco de un riquísimo dulce de guindas.

Y sin duda para quitar toda desconfianza a Eloisa, se sirvió ella primero, se echó a la boca una cucharada y se la comió, dando muestra de satisfaccion, pasando en seguida otro platillo a Elóisa, que no sabia qué pensar de aquella ocurrencia.

La vieja envenenadora se sonrió.

—Estás admirada, le dijo, despues de haberse engullido dos cucharadas mas de dulce, que en lugar de traerte el remedio para Mercedes me aparezca con un tarro de guindas en almibar.

—Lo confieso.

—Luego vas a saber la íntima relacion que hai entre este dulce y el remedio que me pides.

Y la tia Anastasia sacó del bolsillo una cajita que contenia una cantidad considerable de pequeñas píldoras, de las cuales tomó dos y dijo a Eloisa:

—Te voi a regalar este tarro de dulce para que obsequies a las personas que sean de tu agrado, y espero que a tu nueva amiga Merceditas no la dejarás sin parte; pero tendrás cuidado de poner en el interior de las mas hermosas guindas que destines para ella, estas dos insignificantes pelotillitas que le harán buen provecho.

—Comprendo perfectamente, tia Anastasia. ¡Qué talento tiene usted!

—Mi profesion de matrona, hija mia, me ha dado estos pequeños conocimientos que suelo emplear en beneficio de las personas que lo solicitan; y te advierto que hago pagar bien caras estas lentejitas; pero para los amigos y las personas que me caen en gracia, las doi de balde pues, una no debe ser tan tirana con sus semejantes.

—La operacion es sencillísima y la pondré en planta esta noche misma despues de la merienda; porque jeneralmente me convidan a cenar, y ahora les obsequiaré yo para los pos-

tres este riquísimo dulce, y comeremos todos inclusa Mercedes, que como niña será mas apetitosa y le serviré una racion mayor.

Y Eloisa tomó de buena gana su platillo de dulce, y concluido éste, se sirvió otro, conociendo que ya no tenia nada que temer, pues al principio se le figuró que aquel dulce no era tan inocente.

—Veo que te gusta, dijo la vieja; pues lo mismo le gustará a Mercedes.

—Indudablemente, porque está particular... Se me olvidaba otra cosa ¡Qué memoria la mia! Creo que usted me dijo en vez pasada que tenia otra persona empleada en el conventillo de la calle de San Pablo con el mismo objeto que yo.

—Así es, hija mia, pero no se te puede comparar: ella no vale ni la cuarta parte de lo que tú vales.

—De todas maneras seria conveniente que yo la conociera para ponerme de acuerdo con ella en lo que pueda ofrecerse.

—Tienes razon; no veo el menor inconveniente. Te daré un papelito para ella, diciéndole que te obedezca en todo y que se consulte siempre contigo.

—¡Magnífico! Así podremos obrar mejor; pero es preciso que me despache inmediatamente, porque hoi, como usted ve, tengo mucho que hacer.

—Es cierto.

Y la vieja se puso a escribir la esquela para una mujer llamada Javiera Sagredo; y una vez terminada se la entregó abierta a Eloisa para que se informase del contenido.

En posesion la muchacha del veneno, de la esquela y del tarro de dulce, se fué contentísima a su habitacion de la calle de San Pablo, donde encontró a la familia Lopez llena de esa dulce satisfaccion que siempre producen en el alma las buenas acciones.

El veterano de la independencia, en cuanto vió a Eloisa,

la convidó a merendar, pues ya se acercaba la hora de la cena y habia ordenado que fuese mas abundante y mejor que de costumbre para celebrar a su querida hija. Eloisa aceptó el convite del viejo militar con gusto y agradecimiento, pues sentia un placer verdadero de encontrarse en sociedad de tan virtuosa familia, que con la benevolencia de su trato le hacia olvidar hasta lo triste de su condicion.

Domingo Lopez estuvo, como de costumbre, jovial; tomó sus buenos tragos de mosto, brindó por los Carreras, por su coronel don Toribio de Guzman, por Luisa, por doña Juana y hasta por el doctor Sazie, a quien conocia recientemente pero al que respetaba y debia servicios.

Eloisa contribuyó tambien con su tarro de dulce de guindas a aumentar los postres, el que fué comido casi hasta la mitad y encontrado esquisito por unanimidad de votos, pero guardándose mui bien de servir las dos pildoritas que tanto le habia recomendado la tia Anastasia y que conservaba en su bolsi lo como un gran tesoro, a tal punto que, si le hubieran propuesto comprárselas por algunos miles de pesos, habria rehusado redondamente, porque se las tenia reservadas al señor Sazie, en cuyas manos las pondria al dia siguiente.

A eso de las diez de la noche y terminada la merienda, Eloisa se puso en camino para la calle de las Cenizas.

Al primer golpe, la puerta se abrió y la vieja le echó cariñosamente los brazos al cuello, diciéndole:

—Eres la mas grande alhaja de este mundo.

—Gracias, señora; ahora solo aguardo el regalo, porque todo está hecho.

—¿De veras, Eloisa? Y los ojos de la vieja brillaron con siniestra alegria.

—Usted sabe que yo no miento nunca.

—Tienes esta gran cualidad, como muchas otras; pero entremos al salon y me contarás con despacio todo lo sucedido.

Eloisa le refirió con exactitud lo que habia pasado entre Mercedes, el médico, la señora y su hijo.

La tia Anastasia estaba admirada con lo que le referia Eloisa; pues era para ella incomprensible que la madre de Guillermo se resolviese a casar a su hijo con Mercedes, y mas incomprensible todavia que ésta hubiese rehusado, prestándose desinteresadamente a salvarlo despues de lo sucedido: esta alma corrompida, baja y cruel, era imposible que adivinase jamas los sentimientos de Mercedes; y se confundia, porque no dudaba de la veracidad de Eloisa.

—Me confieso derrotada, dijo al fin; no entiendo nada en este asunto.

—Ni yo tampoco, señora.

—El tiempo aclarará el misterio. Vamos a otra cosa: ¿tuviste tu esplicacion con Enrique? Te reveló algo? Le diste las guindas a Mercedes?

—Muchas preguntas me hace usted a la vez: iremos por partes; pero para mitigar su impaciencia le repetiré lo que le dije al entrar: todo está hecho.

—No hai quien te iguale, hija mia. Y la vieja volvió a abrazarla. Cuéntame ahora los detalles, que te oiré con el mayor interes.

—Ha de saber usted, señora, (Eloisa habia inventado una fábula) que Enrique y su padre se han vengado de Guillermo de un modo el mas raro y el mas atroz, y que piensan hacer otro tanto con usted cuando sepan dónde vive o cuándo la encuentran.

—¡Será posible! esclamó la vieja temblando de pies a cabeza.

—El mismo me lo ha dicho.

—¿Pero cuál ha sido esa venganza?

—Voi a contársela en dos palabras: se apoderaron de Guillermo y le dieron a beber unos polvos que irremediablemente vuelven loco al que los toma. Guillermo se resistió, como era natural, pero se los hicieron tragar por la fuerza.

—¡Y eso piensan hacer conmigo? Y la matrona tiritaba como si tuviera escalofrios.

—Dura es la cosa.

—¡Ai, Eloisa! Tú me salvarás... Yo te daré dinero... mucho dinero...

—Si está en mi mano...

—En tu mano, sí, hija mia; ¿cómo quieres dejar que se vuelva loca la tia Anastasia? ¡Loca, despues de haber conseguido llegar a tanta altura! Porque debes saber, Eloisa, que soi rica, mui rica, y que puedo hacer tu felicidad y constituirte desde luego en mi heredera universal. ¿Qué te parece mi proposicion?

—Bastante tentadora; ¿pero qué debo hacer para merecerla?

—Poco, hija mia, poco. ¿Conoces el adajio español que dice: "El que pega primero pega dos veces?"

—Sí, señora.

—Pues bien, Eloisa; todo consiste en ponerlo en práctica.

—¿Cómo?

—Mui sencillamente, hija mia: dándole a ellos primero los polvos que ellos piensan darme a mí o algunos otros que se parezcan.

—Indudablemente que el procedimiento es sencillo, pero peligroso; ¿y si se descubre?

—Los muertos no hablan, Eloisa, respondió la vieja con una frialdad, con una tranquilidad tal, como si le fuera mui familiar aquella accion que aconsejaba practicar; como si fuera un juego el quitar la vida a su semejante!

—Ya sé que los muertos no hablan; pero algunas veces los cadáveres, sin decir nada, tienen su lenguaje.

—Pero hai medio de evitar esto; es decir, que no quede vestijio, que no quede rastro alguno.

—¿Y usted conoce esos medios?

—Sin duda alguna.

—Usted es un pozo de ciencia, tia Anastasia; sin embargo, yo tengo miedo... no me atrevo...

—Para quedar de mi heredera es preciso hacer algo: ya te he dicho que soi rica, mui rica.

—El bocado es apetitoso, pero...

—No hai rosa sin espinas.

—Ya lo veo; pero hai espinas que no solo clavan sino que matan. Por otra parte, la esperanza es mui remota, y pudiera ser mui bien que me sorprendiera la muerte antes de tiempo, lo mismo que le puede sorprender a don Domingo y a Enrique; ¿y de qué me serviria tanta fortuna despues de estar bajo de tierra?

—Tú eres mui jóven y hai en tí mucha vida.

—Lo mismo es Enrique.

—Pero él trata de hacerme perjuicios, mientras que a tí solo te debo favores.

—Hablemos claro, tia Anastasia; yo me prestaria a arrostrar el peligro cuando hubiera algo de real, algo de positivo y no simples palabras que se las lleva el viento.

—No serán simples palabras sino hechos; y en prueba de ello, mañana mismo te hago la escritura de donacion de todos mis bienes despues de mis dias; y tú ves que no tendré mucho que vivir, porque soi ya bastante vieja.

—Mire, tia Anastasia, dijo Eloisa riéndose a carcajadas, su donacion la considero como mi sentencia de muerte. No pongo en duda que usted me firme un documento ante un escribano, estoi segura de ello; pero tambien estoi firmemente persuadida que, tan luego como haya *despachado* de este valle de lágrimas a sus enemigos, ejerceria usted conmigo igual caridad, por motivos que no tengo el menor embarazo en decirlos: primero, porque yo soi su cómplice y usted, tan previsora, trataria de libertarse de un testigo importuno; segundo, porque usted temeria que yo, para atrapar luego la herencia, hiciera con usted otro tanto; y tercero, porque usted, antes que yo, se empeñaria en hacer

desaparecer a una persona que le estaba recordando constantemente que tenia que morirse, y que valdria mas carecer de su presencia para que no viniera a perturbarla ese pensamiento cristiano que tanto nos hace meditar. Con que asi, tia Anastasia, no hai posibilidad de hacer negocio: estas propuestas a plazo y a plazos largos no me convienen, y usted convendrá conmigo que tengo razon.

—Eres la mujer mas desconfiada que he conocido.

—No hago mas que seguir el precepto del Evanjelio que dice: "Maldito el hombre que en hombre fia."

—Has adquirido mucha ciencia.

—¿Qué quiere usted? En su escuela...

—Pero, hija mia, en lo que me has dicho me haces un insulto gratuito y que no merezco, y menos aun viniendo de tu parte, porque sabes que siempre te he querido, que siempre te he distinguido, y que nunca te he negado nada.

—Dejemonos de preludios. Usted me ha dicho repetidas veces que tiene mui ventajosa opinion de mi juicio; ¿y cómo se figura ahora que me deje embaucar con palabritas dulces? No, tia Anastasia, no se salga de la cuestion y nos entenderemos.

—Es justamente lo que quiero; haz tus proposiciones.

—Para correr el riesgo de suministrar sus saludables medicinas a don Domingo Lopez y a su hijo, me dará usted al contado y con anticipacion diez mil pesos.

—Tienes la mano pesada, hijita, pues cada uno de tus servicios cuesta un dineral.

—Si es así, no hai mas que no aceptarlos.

—Tú abusas un poco de la posicion escepcional en que me encuentro; ¡y decir que toda mi culpa está en haber sido condescendiente con Guillermito!

—Uno debe servir a los amigos.

—Pero este servicio me cuesta ya demasiado caro: tú misma lo estás viendo.

—En fin, señora, no es mi culpa, ni son asuntos mios.

Usted lo arreglará con él cuando le vuelva el juicio, si acaso le vuelve, porque me dijo Enrique que los polvos eran maravillosos y que no habia remedio.

—¡Volverse loco! loco! ¡qué horror!

—Y el viejo y el jóven son resueltos como el mismo demonio: usted debe conocerlos.

—Desgraciadamente es así; pero lo evitaremos, Eloisá, ¿no es verdad?

—Como usted guste.

—Haré una pequeña modificacion a tu proposicion.

—La veremos.

—No te rebajo un centavo; pero te doi anticipado solo tres mil pesos y los otro siete despues que yo vea el éxito.

—Acepto, y vendré mañana temprano, pues ahora es ya mui tarde y no seria prudente andar por la calle con dinero; pero para los otros siete mil, me dará usted un pagarecito: todo es conveniente documentarlo por lo que tenemos de mortales; asi me obligó usted a firmar el otro dia aquel papelito que me valdria nada menos que la cabeza si llegaran a tener noticia de él.

—Te haré el vale que me pides.

—Hasta mañana temprano.

—¿Por qué no te quedas?

—Porque usted concibe que quizá haya novedad en la calle de San Pablo.

—Tienes razon, se me habia olvidado.

—Yo tengo mejor memoria, tia Anastasia: adios.

La muchacha partió, dirijiéndose con paso lijero a la calle de San Pablo, y sumamente contenta al ver que habia engatuzado a la vieja y que talvez al dia siguiente llegaria el dia de la justicia.

Bajo la influencia de impresiones mui distintas habia quedado la tia Anastasia: ella temia la venganza del padre y del hermano de Mercedes; pero esperimentaba por Eloisa el odio mas grande, y decia para sí: "Por mas astuta que

sea ésta, conmigo se las tiene; y una vez que hayan caido aquellos, caerá ella."

VII.

Desde mui temprano Eloisa estaba en pié. Aquella noche la habia pasado en vela pensando en el resultado final que tendria aquella intriga, y complaciéndose en haber salvado a Mercedes de un peligro tan inminente que le habia costado la vida a ella y la felicidad a toda la familia. Tambien habia resuelto, en caso que el doctor Sazie no tuviera un resultado pronto y definitivo, comunicar al alférez Lopez y a la señora Marta todo cuanto pasaba para que se precaviesen de la gran desgracia que les amenazaba y tomasen para su seguridad ò para el castigo de la tia Anastasia las medidas que creyeran convenientes; pues preveia que la vieja sospecharia inmediatamente de ella, no viendo a Mercedes enferma, y en ese caso ella se esponia a las infernales maquinaciones de la matrona examinada.

Para mayor precaucion se fué mui de alba donde Marta, que en ese momento acababa de levantarse, y le dijo:

—Por el bien de usted y de su familia le suplico que se preste por algunas horas a una inocente supercheria que redundará en beneficio de ustedes mismos, como lo verán hoi o mañana y ella consiste en que no se deje ver la señorita Mercedes, haciendo creer que está enferma: todavia, señora, continúan fraguándose intrigas contra ustedes, pero esta será la última y quedarán libres para siempre.

—¡Todavia! ¿Pero no es verdad lo sucedido ayer?

—Sí, señora, ya nada hai que temer por ese lado, pero sí por otro.

—¿Por cuál?

—¿Usted ha olvidado a la tia Anastasia?

—¿Qué mas quiere esa mujer?

—Señora, señora! En algunas horas mas sabrá usted todo: le suplico por el amor que tiene a su hija que siga mi con-

sejo; ¡qué mal le puede sobrevenir de él? Créame, señora, hágalo.

Se conoce tanto el acento de la verdad, que Marta le respondió:

—Está bien, voi a obedecer ciegamente con tal que no sea sino por una o dos horas.

—Nada mas, señora; hasta otra vista.

Eloisa salió, y obró de manera que en un momento supo todo el conventillo la enfermedad de Mercedes y entre estas personas, la otra espia Javiera Sagredo, que inmediatamente se dispuso para ir inmediatamente a informar a la tia Anastasia de tan gran novedad.

Cuando Eloisa la vió partir, esclamó: "Ya están en mi poder."

Pocos momentos despues ella misma se ponia en marcha. Primero se dirijió a su verdadera casa, tantò para dar tiempo a que Javiera Sagredo participase lo sucedido a la matrona examinada, cuanto para arreglar sus cosas; pues presumia que quizá el asunto se complicaria, viéndose obligada a permanecer algunos dias en prision; de manera que recomendó a las muchachas que continuasen siempre con la puerta cerrada y no abriesen a alma viviente, y que, aun cuando se demorase algunos dias, estuviesen sin el menor cuidado, porque talvez tendria que hacer un viaje al campo. Puso en seguida la llave a sus cómodas y habitaciones y se las dió a guardar a una de las muchachas.

Acababa en ese instante de salir la otra espia de casa de la tia Anastasia cuando se presentó Eloisa.

La vieja estaba contenta, pues le constaba que Eloisa habia cumplido puntualmente con sus encargos y esto era una seguridad o una garantia para que llevase a efecto las demas.

—Buenos dias, tia Anastasia, ¿como ha pasado usted la noche?

—Mui bien, hija mia.

—Dichosa usted, señora, que duerme a pierna suelta y con la conciencia tranquila; pero en cuanto a mí, no he podido pegar mis ojos.

—¿Por qué, hermosa Eloisa?

—¡Y me lo pregunta! ¿No recuenda usted ya la cosa de las guindas? Yo no tengo una alma tan grande como la suya.

—¡Esa friolera te ha perturbado el sueño! ¿Pero que no estás convencida que es un verdadero bien el que hacemos a Mercedes? Entonces, ¿para qué alarmarse?

—Pues, señora, esta mañana he sentido bulla y he oido que iban a llamar a un médico, e inmediatamente se me vino la cosa de las píldoras, y, lo confieso, tuve miedo.

—¡Lo que es ser muchacha! Ya poco a poco te irás acostumbrando.

—Con su buena doctrina y con su buen ejemplo al fin llegará.

—Asi es; y ya que estás en camino, ¿te hallas dispuesta para lo demas?

—Con las condiciones de que hablamos.

—Corriente, será como tú quieras; pero lo que se ha de hacer tarde que se haga temprano: convendria obrar desde luego.

—Si desde luego me entrega usted la plata y me proporciona los polvos.

—Aquí tienes lo uno y lo otro.

—¿Y el pagaré?

—No cuesta mas que escribirlo.

—Pues deme al instante todas las cosas: "el mal trago es preciso pasarlo luego."

La vieja Anastasia se fué a su escritorio, trajo el dinero y un pequeño paquetito de polvos, contó el oro y despues dijo a Eloisa:

—Una sola narigada en un vaso de vino es mas que suficiente.

—¡No deja resquicio!

—Ninguno.

—Esta es una condicion.

—Mui necesaria para tí y para mí.

—¿Cuando quiera usted que haga uso de la medicina?

—A la hora que puedas con tal que sea lijero, porque ya ves que estoi amenazada de caer en sus manos y tendré que privarme de salir a la calle a hacer mis dilijencias, porque te lo confieso, tengo miedo de un encuentro.

—Y no es para menos, porque creo que serian capaces de cometer un atentado en la plaza pública, aun cuando los ahorcasen en seguida.

—¿Y qué sacaria yo con que los ahorcasen despues de estar loca? Mas vale ahorcarlos antes, ¿no te parece? Asi en vez de dos desgracias, solo habrá que lamentar una.

—Tiene usted razon, y como todo está allanado, voi a mis dilijencias.

Y Eloisa puso cuidadosamente los polvos en su bolsillo, dobló el pagaré, que guardó en el seno, sacó su pañuelo, envolvió el oro, se lo ató fuertemente en el interior de sus enaguas y presentó su mano alegremente a la tia Anastasia, diciéndole:

—En fin, mis deseos de independencia se realizan con otro negocito parecido y me encontraré como una reina.

—Con lo que tienes ya es bastante; y aun cuando no hayas querido aceptar mi herencia, yo te forzaré a ello.

—Que se la acepten los diablos, tia, en cuanto a mí, quiero todavia vivir, y estoi segura que esa herencia seria mi muerte. ¿Sabe usted lo que pienso hacer cuando hayamos concluido con estos negocios? Pienso ponerme fuera de su alcance; irme del pais si fuese necesario, porque he visto bastante para temerla en realidad.

—Nadie te ganará a prudente; haz, pues, lo que quieras.

—Adios, tia Anastatia; hasta mañana o talvez hasta ahora.

—Cuando quieras, hija mia, vienes a tu casa, que no te he de comer, como te piensas.

—Asi lo creo, al menos por el tiempo que me necesite.

Eloisa se dirijió de allí mismo con su acostumbrada ajilidad a casa del doctor Sazie.

El médico iba a salir, pero al verla, bajóse del caballo y le dijo de pasar adelante.

En pocas palabras contó Eloisa al doctor cuanto habia hecho y cuanto habia sucedido, puso a su disposicion las dos píldoras que le dieran la noche anterior, los polvos que acababan de entregarle y que el médico examinó, el pagaré de siete mil pesos y los tres mil en efectivo que traia envueltos en su pañuelo y dijo que si era necesario que le trajese el demas dinero, lo haria en el acto.

—No es indispensable, hija, solo en caso que el juez del crímen los exija se traerán al juzgado; y yo haré de modo que te sean devueltas todas estas sumas que pueden servirte de mucho y que en realidad mereces. No salgas en todo el dia de tu casa, porque talvez hoi mismo se proceda a la investigacion, pues tan luego como me desocupe de un enfermo de gravedad, iré a verme con el majistrado. Tengo tambien que hablar con don Domingo Lopez y su hijo a quiene he citado para ahora a las diez del dia y son las nueve en punto; no hai mucho tiempo que perder. Hasta la vista, y si algo se te ofrece de nuevo, ven a comunicármelo en el acto, y aun cuando yo no esté en casa me esperarás. Has obrado mui diestramente y mui virtuosamente; quedo sumamente contento de tí y lo estará la justicia y hasta la humanidad, porque la libertas de una fiera, de un monstruo mas peligroso que la béstia mas terrible que pueda existir sobre la tierra.

A las diez en punto entraban Domingo Lopez y su hijo a casa del doctor, segundos despues se desmontaba éste del caballo, les tendió la mano con afabilidad y les hizo pasar adelante.

—Tengo la certidumbre, dijo el doctor, despues que estuvieron sentados, que la enfermedad de Guillermo de...

proviene de una causa estraña al remordimiento, como lo cree la señorita su hija, sino que nace de otra cosa distinta; y como conozco todos los hilos de este acontecimiento, como estoi en posesion de cuanto dato existe y de muchos otros que ustedes mismos ignoran, repito que la locura de Guillermo no puede tener otro oríjen que un acto de venganza desconocido de todos, pero que ustedes saben, porque ustedes mismos han sido los autores.

—Así es, señor, respondió Domingo Lopez con calma.

—La venganza no es un medio lejítimo aunque disculpable, especialmente en el caso actual.

—Mi padre y yo, señor, respodió Enrique, no nos hemos vengado; hemos castigado únicamente; y creemos que hai una distincion mui grande entre una y otra cosa.

—Así es, señor, contestó el doctor, admirado de aquella serenidad que anunciaba un conocimiento pleno de su derecho, una conviccion fundada de sus actos y una voluntad enérjica y decidida, pero muchas veces, contínuo nos engañamos sobre la justicia que nos asiste.

—Es verdad, señor, y yo hubiera dudado de mí mismo y hubiera dudado de la opinion de mi padre que estaba en armonia con la mia, sino hubiera recibido la aprobacion de un sabio y virtuoso varon que hà sido y es mi maestro y a quien respeto y quiero tanto como a mi propio padre.

—Tienes razon, esclamó el veterano.

—Bien, jóven, yo queria saber cuál ha sido ese castigo que ustedes han empleado y que ha producido un efecto mas terrible que la muerte misma.

—Señor, contestó Enrique con humildad y compasion, no tendríamos el menor escrúpulo en comunicarle a usted el espediente de que nos hemos valido, si usted no conociera a la persona a quien hemos infrinjido el castigo, porque conociéndola usted, seria ya una venganza el divulgar el secreto; y si yo se lo he escrito a mi maestro, es por la razon de que él ignora quién es el sujeto; pero si usted lo desea...

—No, mi jóven amigo, no; esa delicadeza de sentimientos me agrada; y seria una falta imperdonable en mí, que, por satisfacer una vana curiosidad, pues no dudo que hayan ustedes obrado bien, fuera yo a exijir que me revelasen lo que desean conservar oculto por interes del mismo hombre que los ha ofendido; guarden, pues, su secreto, siéndome mas satisfactorio conocer un buen acto que no ignorar un buen castigo.

—No es menos, señor, la delicadeza de usted y es la misma que la que me ha manifestado mi maestro respecto al nombre del individuo de que hablamos, pues él ha aprobado tambien el hecho de no revelárselo.

—Se conoce que ese sujeto es un hombre de sentimientos elevados: ahora ocupémonos de otra cosa, porque no ha sido para esto solo que los he hecho llamar, sino para hablarles de asuntos mui importantes y que les tocan mui de cerca.

¿Recuerda usted, señor, y el doctor se dirijió al viejo alferez, recuerda usted que cuando me ví obligado a revelarle el estado de la señorita hija de usted y cuando hablámos de esa infernal mujer que se llama la tia Anastasir, le prometí yo que tomaria parte en su castigo? Pues bien, amigo mio, hoi ha llegado el momento de hacer justicia y de que desaparezca para siempre de la sociedad ese monstruo.

—Señor, dijeron el veterano y Enrique a un mismo tiempo, nosotros estamos aquí para ayudarlo y puede disponer como quiera de unos individuos que, si desde mucho antes hubieran podido hablar a esa mujer, ya la habrian castigado a su manera.

—Aun cuando yo ignore ese proceder tan eficaz de que ustedes disponen, dijo el doctor con cierta sonrisa, es mucho mejor que el brazo de la justicia haga su deber, porque ustedes no saben hasta dónde llega la criminalidad de esa mujer.

Y el doctor refirió cuanto sabia de ella y lo que últimamente habia intentado hacer con Mercedes y con ellos li-

bertándose únicamente por la intervencion de Eloisa, que les habia servido de ánjel de guarda, porque sin ella era casi seguro que todos habrian sido víctimas de la infernal astucia de aquel aborto verdadero de los infiernos.

Domingo y Enrique estaban tan sorprendidos, tan abismados de que existiese en el mundo un ser tan criminal, que no se atrevian a pronunciar una palabra, y hubieran hasta dudado de la verdad del doctor si no les confirmara lo que habia hecho con ellos la matrona examinada y las prue bas que tenian a la vista por el mismo doctor que tanto el agua como las píldoras y los polvos eran venenos infalibles y el último tan activo que habrian perecido ambos en mui poco tiempo y entre espantosos dolores y sin que quedara vestijio del crímen, porque producian un efecto mui parecido al de una lepidia de calambres que en unas cuantas horas hacia pasar a la etermidad a la persona mas robusta.

—Ahora, amigos mios, añadió, estos venenos, este documento y este dinero pasarán hoi mismo al juzgado del crímen y hoi mismo será arrestada esa mujer y examinados químicamente estos tósigos; de manera que mañana es indudable que ustedes todos serán llamados al tribunal y tendrán cuidado de prevenírselo anticipadamente a la señorita Mercedes para que no le tome de sorpresa y le cause una impresion violenta; pues el estado de escitacion nerviosa en que ella se encuentra por su debilidad y por los sacudimientos repetidos que ha esperimentado desde algun tiempo y particularmente ayer, debe tomarse en cuenta para que no sobrevenga otra enfermedad. Ahora vamos a cumplir con nuestro deber: yo donde el juez, ustedes a vijilar por la conservacion de los preciosos dias de su hija y hermana.

La justicia divina y la justicia humana.

I.

Al anunciarse el doctor Sazie en el juzgado del crímen, fué inmediatamente introducido, porque gozaba de la consideracion y del cariño de la jeneralidad de los habitantes de Santiago, que no solo apreciaban su ciencia como sabio, sino su desprendimiento como hombre y su jenerosa bondad con los pobres.

El juez se paró al entrar el doctor, le estendió afectuosamente la mano y lo hizo sentar en un sofá a cuyo lado se colocó él.

Despues de los saludos de estilo y de esos cumplimientos de buena crianza entre personas que se aprecian y se conocen desde mucho tiempo atras, el doctor Sazie dijo al majistrado con su aire grave y un tanto solemne:

—Vengo a ver, señor, al majistrado y no al amigo.

—El uno y el otro están a su disposicion, señor; pero ya que es el primero a quien usted necesita o a quien usted busca, ocuparé mi puesto.

Y el juez del crímen dejó el sofá y pasó a su asiento.

—Queria hablar a US. sin testigos, señor.

El juez hizo una imperceptible seña al secretario o al escribiente que desapareció en el acto, y ambos quedaron solos.

—No sé, señor, si US. tenga algun conocimiento o algunas sospechas sobre la vida llena de misterios de una matro-

na examinada que vive en la calle de las Cenizas y a quien todo el mundo llama la tia Anastasia, porque hace tiempo que la conducta de esta mujer debiera haber llamado la atencion de la autoridad y sido puesta bajo una vijilancia oculta y rigorosa.

—Lo que sabe de ella la autoridad, contestó el juez del crímen, despues de una pausa, como para evocar sus recuerdos, es que a la profesion de matrona examinada reune la de usurera.

—Sí, señor, pero tambien ejerce otras profesiones; mas, si bien no he tenido jamas la evidencia absoluta, he sabido, aunque de una manera vaga, que salian de allí hasta cadáveres de personas que, segun se me ha dicho, han ido ocultamente a *salir con bien* a su casa donde tiene camas con este objeto; sin embargo, es mui estraño que la autoridad, y no crea US. que le vengo a hacer un reproche, porque conozco hasta cierto punto las atribuciones de su cargo, es mui estraño, repito, que la policía que debe estar en acecho para evitar el mal, no se haya fijado en la conducta de esta mujer, despertando sus sospechas y espiando convenientemente las acciones de ella para esplicarse los ruidos sordos y terribles que corren respecto a esa mujer.

—Ahora recuerdo, señor, que una vez tuve un denuncio y la hice comparecer al tribunal; pero ella me presentó pruebas tan evidentes de su inocencia, poniéndose hasta en manos de los deudos de la persona fallecida en su casa, que a súplica de estos y viendo su no culpabilidad, era un deber mio ponerla en libertad, dándole escusas por las medidas que un juez se ve compelido a tomar, a lo que ella me respondió: "Talvez no sea el único caso que suceda ni que ha sucedido, señor, se lo confiso a US., porque está en la naturaleza de mi profesion y yo no puedo ir contra la voluntad de Dios; pero estoi seguro que US. se convencerá, asi como se ha convencido hoi, de que yo no tengo en estas desgracias la menor parte. A mí, señor, se me busca porque soi

una mujer prudente y de esperiencia, que no tiene relaciones con nadie y que soi sijilosa como una tumba; sin embargo, si quiere US. cerciorarse mas de mi proceder honrado, diré a US. nombres que no han llegado a su noticia, para que US. averigüe si hai en mí criminalidad o no."—La sinceridad con que me hizo esta confesion y las pruebas que tenia a la vista, hicieron que desapareciera toda sospecha en mí; y desde entonces ha cesado la vijilancia; pues como el oficio de usurera que ejerce no es de aquellos crímenes que están al alcance de la lei, porque se efectúan los contratos con plena voluntad de las partes, lo que constituye su libertad, no es posible encausarla; sin embargo, señor Sazie, si usted tiene algunas sospechas, se volverá a poner esa mujer bajo una vijilancia severa.

—Simples sospechas, señor, no habrian sido bastantes para que me determinara a molestar la atencion de US.; pero ahora tengo datos y pruebas de crímenes que espantan, y pido, en consecuencia, que en el acto se proceda a la captura y se la enjuicie sin pérdida de tiempo. Y el doctor Sazie hizo la relacion mas exacta de todo cuanto habia pasado hasta ese mismo dia, depositando sobre la mesa del juez los venenos, el pagaré y el dinero, exijiendo a la vez que se apoderasen de todos los papeles de la usurera y matrona examinada, pues debia existir allí el contrato primero que ella habia exijido a Eloisa para comprometerla a no divulgar jamas el crímen.

En la larga declaracion del doctor, hizo al juez una pintura del carácter de las personas, revelándole lo que habia hecho Mercedes el dia anterior y en lo cual habia tomado parte él mismo y sido, de consiguiente, un testigo ocular.

El juez mismo, a pesar de su práctica, a pesar de estar acostumbrado a los asuntos criminales que hasta cierto punto petrifican el corazon, se sorprendió de una intriga que pasaba casi los límites de la humana maldad, y prometió al doctor que dedicaria a este asunto toda su actividad, y que

en prueba de ello iba a decretar en el acto la prision de la tia Anastasia, trayéndose al juzgado todos los papeles que tuviera en su poder, arrestando tambien a Eloisa Mendizabal, Javiera Sagredo y Tomas Barrientos, y que solo por ciertas consideraciones sociales y por estar enfermo el hijo de la señora doña Perfira no lo hacia tambien arrestar, pero que lo haria comparecer para el dia siguiente, citando tambien a la familia Lopez, con la cual se tendria toda especie de consideraciones y que serviria únicamente para la averiguacion de la verdad; y como para probar al doctor Sazie lo que acababa de aseverarle, mandó en el acto llamar al comandante de policia, dándole en presencia del médico las órdenes mas estrictas, escribiendo tambien una órden para el químico don Vicente Bustillos para que analizase por separado cada una de aquellas sustancias y le remitiese el informe a la mayor brevedad, diciendo al doctor que mandaria a su casa al dia siguiente una ordenanza, para que, sin perder tiempo, compareciese cuando fuera necesario.

Cuando hubo partido el doctor, el juez se quedó en una meditacion profunda. Casi no podia creer a la maldad de aquella mujer, pero tampoco le era posible dudar de la palabra del doctor Sazie y de esa naturalidad y precision con que le habia relatado todo aquel suceso. Una de las cosas tambien que llamaba mucho su atencion era la bajeza, felonia y criminalidad de Guillermo, jóven a quien conocia, tanto por pertenecer a una de las primeras familias, cuanto por la distincion de sus modales, el crédito que gozaba en los círculos sociales y la fortuna considerable de que disponia con largueza, no comprendiendo cómo habia podido degradarse hasta ese punto, sintiendo el estado en que se encontraba y que por ese motivo no le fuese posible comparecer al tribunal, pues le hubiera agradado al juez ver la figura que pondria aquel elegante dandy en vista de una acusacion semejante acompañada de pruebas irrefragables.

II.

Los hombres que han consagrado la mayor parte de su vida a las penibles tareas de la majistratura, y particularmente los jueces del crímen, llegan a adquirir una especie de pasion por los procesos, y mientras mas ruidosos e intrincados son estos, mayor es el celo que despliegan, la atencion que les prestan y la habilidad con que los siguen, porque parece que todos sus sentidos o toda la actividad de su espíritu se circunscribe a un solo punto. Cuando el proceso es sencillo y el crímen vulgar, o de aquellos que se ven diariamente, lo despachan casi sin fijarse o no le conceden el tiempo necesario, fallando sobre tabla; pero cuando, como hemos dicho, es un crímen de aquellos que prometen algunas peripecias interesantes, le dedican hasta las horas de su descanso, porque gozan realmente en seguir la pista de las personas que figuran, haciendo poner en juego todos los resortes de la máquina humana, y principalmente toda la astucia, para no dejarse engañar y poder sorprender, para descubrir en un jesto y en una mirada aquello que ocultan los labios: es una lucha de dos gladiadores avezados, el juez y el criminal: el uno ataca para echar a su atleta en tierra con todas las armas que tiene a la mano y que son las pruebas que ha recopilado, pero que no forman todavia un cuerpo tan sólido que sea bastante pesado y consistente para derribar de un solo golpe al adversario, dejándolo sin movimiento y sin palabra; y el otro para sostenerse en pié, o lo que es lo mismo, para eludir las preguntas, para no caer en contradicciones, para burlar las acechanzas, para desorientar la mente del que lo interroga, para confundirlo en sus mismas apreciaciones, para desviar todo cuanto pueda inducir al conocimiento de la verdad y poder salir triunfante por medio de esa confusion de datos que no alcanzan

a arrojar la plenitud de una prueba y por medio de hechos contradictorios que desorienten al majistrado.

El juez del crímen que tenia que entender en este proceso era un jóven de alguna esperiencia ya, y sobre todo, de gran penetracion y mui consagrado al desempeño de sus tristes pero necesarias funciones; asi es que decidió no abandonar el despacho hasta ver comparecer a la reo y a sus otros cómplices y tomar una a una las declaraciones para ratificarlas despues en presencia de los testigos.

El comandante de policia intertanto habia dado sus órdenes precisas y terminantes a tres oficiales para que obrasen simultáneamente dejándose caer en las casas de las personas que iban a aprehender a un mismo tiempo y trayéndolas al cuartel por separado para que no tuvieran lugar de hablarse poniéndose de acuerdo.

Cada oficial iba acompañado de un cabo y cuatro soldados, con instrucciones circunstanciadas para apoderarse de los papeles o muebles que los contuviesen, cerrando y lacrando las puertas de las habitaciones.

El oficial de mas graduacion fué el destinado para capturar a la tia Anastasia, debiendo tener a su disposicion un coche para conducirla con el mayor sijilo.

Seria la una del dia cuando el oficial golpeaba a la puerta de la matrona examinada, la que se presentó en el acto, creyéndolo un parroquiano; pues, como ya sabe el lector, los tenia en todas las esferas y condiciones sociales, y abriéndole inmediatamente la puerta, le preguntó con tono amable:

—¿Qué se le ofrecia a usted, caballero?

El oficial la miró un momento, y en seguida le dijo:

—¿Es usted la tia Anastasia?

—Servidora de usted.

—Dese usted a presa.

Un rayo no hubiese producido tanto efecto como esa lacónica frase: "Dése usted a presa;" pues la vieja usurera

principió a temblar y se le doblaron las piernas, cayendo al suelo, sin que por esto perdiera el conocimiento: era solo esa debilidad que trae el pavor, debilidad parecida a la que sentimos cuando encontrándonos en una eminencia vamos por una senda peligrosa y a la vista de un precipicio inmenso.

Los cuatro soldados y el cabo estaban en la puerta.

No habia posibilidad de huir, y aun cuando hubiera tenido la intencion, le habrian faltado las fuerzas.

—¿De qué se me acusa, señor? dijo al fin la vieja.

—No lo sé: traigo solo la órden de tomarla presa y conducirla en el acto.

—¿Qué es lo que quieren hacer con una pobre anciana que a nadie ofende y que no es buena para nada?

—¿No se llama usted Anastasia Pincheira, matrona examinada, que vive en la calle de las Cenizas?

—La misma, señor.

—Pues es cuanto puedo decirle, porque es cuanto yo sé, y a mas la órden que tengo aquí y que usted puede leer.

—¿Será alguna equivocacion?

—Eso no me importa a mí, señora, ni está en mis instrucciones: yo tengo la órden de conducirla y espero que marche inmediatamente para no perder tiempo. Me entregará usted todos sus papeles o me dirá dónde los tiene.

—¿Qué papeles quiere usted que tenga una pobre vieja como yo?

—No lo sé, pero estas son mis órdenes.

—No tengo ningunos, señor.

—Así será, no pretendo dudar de su verdad: pero buscaré. Inter tanto, amarre usted a esa mujer de las manos y póngale dos centinelas, (y el oficial se dirijió al cabo) mientras vamos a rejistrar la casa en busca de papeles.

El cabo cumplió la órden, y marcharon con el oficial, el que hizo una pesquiza minuciosa pero inútil, pues no encontró nada.

Todas las cómodas, roperos y lavatorios de la denominada enfermeria estaban abiertos y no contenian mas que unos cuantos vestidos y algunos instrumentos propios de la profesion.

No quedaba por examinar otro mueble que el gran baul de sunchos de fierro, que tenia por cerradura una de aquellas chapas antiguas tan laboreadas como seguras.

El oficial dijo a la tia Anastasia:

—¿Dónde está la llave de esta caja?

—No tiene llave; es un mueble antiquísimo que solo me sirve para sentarme.

—Sin embargo, parece que tiene un frecuente uso: entrégueme usted la llave de ese baul y no haga una resistencia inútil.

—Imposible, señor; ya le he dicho a usted que no tiene llave.

—Entonces me veré obligado a llevarlo conmigo.

—¿Y con qué objeto, señor? Ese es un pobre recuerdo de mi abuela.

—Bien puede ser de su tatarabuela; si usted no me da la llave cargo con él.

—¡No quiere usted creerme, señor! Se lo suplico por Dios...

Y como para divertir la atencion del oficial sobre el asunto del baul, continuó diciendo:

—¿Por qué me ha amarrado usted? Yo no soi criminal, sino una pobre vieja indefensa. Usted o el juez deben haberse equivocado, y usted va a ver como se me pone en libertad inmediatamente. Tenga usted compasion de mí.

—Yo no hago mas que cumplir lo que se me ha ordenado, señora; y si usted sale inmediatamente en libertad, tanto mejor para usted; por mi parte no tengo el menor interes en que esté presa; pero mientras tanto, entrégueme usted la llave de esta caja y marchemos.

—¡Cuán duro es usted para creer! Bastaria mi edad para que se tuviese mas consideracion.

—Ya esto es demasiado. Vengan dos soldados y tomen esa caja.

Los soldados obedecieron, pero no pudieron mover el pesado mueble.

—Caramba, señor, dijo uno de ellos; parece que este inmenso cajon no contuviera papeles, sino plomo; ni siquiera lo podemos mover.

La vieja, al oir la órden del oficial, esperimentó una fatiga que por poco no le hizo perder completamente el conocimiento; pero rehaciéndose un tanto, dijo al oficial con voz suplicante:

—Desearia hablar con usted dos palabras en privado.

—Las hablará usted con el juez. Vengan cuatro soldados.

Los cuatro soldados menearon la caja pero no la pudieron levantar, y el mismo que habia hablado antes, dijo:

—Creo, señor, que por lo menos son necesarias dos yuntas de bueyes.

—Veamos entre los seis, repuso el oficial, y él con el cabo y los cuatro soldados principiaron a hacer fuerzas, no consiguiendo otra cosa que sacudirla un poco haciéndola variar de lugar, pero sin levantarla.

—Es inútil, esclamó el oficial.

—Se siente sonar adentro, repuso un soldado.

—Como si fuera plata, agregó el cabo.

—Ya veremos. Inter tanto, dijo el oficial en voz baja, quédense ustedes, que yo me iré con la vieja en el coche para volver con mas jente y un carreton: cuidado con tocar nada. Y añadió en voz alta:

—Vamos, señora.

La tia Anastasia respiró un momento. Un rayo de esperanza brilló en su rostro al ver que no habian sacado el baul misterioso que encerraba todos sus tesoros.

El oficial se vió obligado a repetir la órden viendo que la vieja no se movia.

—Asi amarrada no puedo pararme.

—Que se acerque el coche, gritó el oficial; y desaten a esta mujer.

—Gracias, señor, dijo la tia Anastasia con una voz de sumo reconocimiento, presajiando de esta lenitud un buen agüero.

Cuando estuvieron en el coche, la vieja dijo al oficial.

—Puedo hacer, señor, la fortuna de usted y darle tanta plata como la que pudiera ganar en cuarenta años de vida.

—¿De qué manera?

—Dejándome libre.

—Pero no puedo; las órdenes que tengo son terminantes.

—¿Y qué le importa a usted quebrantar esas órdenes cuando será rico y no tendrá necesidad de servir a nadie ni de mortificarse.

—No veo cómo, porque no hace mucho tiempo que usted decia que era pobre.

—Mentia, lo confieso.

—¿Y quién me puede asegurar que no miente ahora?

—Usted mismo.

—¡Yo mismo! ¿y de qué suerte?

—Usted ha pulseado mi gran caja.

—¿Y bien?

—Usted ha visto que apenas la podian mover seis hombres.

—¿Tendrá usted en ella algunos fierros viejos o barras de plomo? como dijo uno de los soldados.

—No, señor, todo es oro y alhajas de mucho valor y no falta gran cantidad de onzas selladitas.

—Entonces debe haber allí un tesoro inmenso.

—Asi es, señor, y todo ese tesoro es suyo, ¡todo ese tesoro que me ha costado tantos años de trabajo, para acumularlo, lo obtendrá usted en un momento! Y será usted en una hora uno de los hombres de mas fortuna! Porque yo no tomaré nada de lo que encierra la caja, con escepcion de...

—¿De qué?

—Dígame usted si acepta.

—La proposicion es tentadora, pero tiene sus riesgos.

—Ninguno, dejándome en libertad y...

—¿Y qué?

—Y permitiéndome sacar mis papeles, y nada mas que mis papeles.

—¡Conque usted tenia papeles y no queria decirlo!

—Es verdad, pero ahora se lo confieso todo y en cambio va a ser usted mui rico.

—Ya veremos, señora; pero mientras tanto no puedo menos de llevarla a la cárcel, porque de otro modo me comprometeria horriblemente.

—Pero huyamos juntos.

—No puedo, vengo custodiado tambien; mas tarde arreglaremos el negocio, aprovechando una buena oportunidad.

—Qué lástima! por Dios! qué lástima! Pero en fin ¿me promete usted ayudarme?

—Con mucho gusto.

—Pues bien, guarde usted el baul y no lo entregue a nadie: allí está su fortuna y será feliz para siempre.

—¿Cuánto caudal poco mas o menos encierra esa caja?

—En alhajas de toda especie y de gran valor, sin contar el oro sellado ni la plata, habrá mas de ciento cincuenta mil pesos.

—El bocado es bueno.

—¿Lo acepta usted?

—¡Cómo nó! ¿Quién rehusa dádivas de esta especie? Pero ya hemos llegado a nuestro destino, señora.

—Ya! ¿Quedamos convenidos?

Y la vieja, en señal de compromiso, apretó fuertemente la mano al oficial.

El portero del juzgado del crímen llamó al secretario y le dijo al oido que ya habia llegado la persona que se esperaba. Las mismas palabras fueron trasmitidas del mismo

modo al majistrado, que ordenó que mientras tanto se pusiera incomunicada y con centinela de vista.

El juez estaba tomando la declaracion a Tomas Barrientos, a Eloisa Mendizábal y a Javiera Sagredo, que no habiendo puesto la menor dificultad para su arresto, habian por esta razon llegado los primeros.

Tomas, amedrentado, confesó abiertamente la parte que habia tomado en la intriga, la que concordaba sin diferir en nada con lo que acababa de decir al juez el señor Sazie, haciéndolo retirar en seguida.

La misma operacion, y cada uno por separado, se practicó con Eloisa, siendo ademas preguntada sobre los venenos y demas circunstancias que el mismo señor Sazie habia referido.

Javiera Segredo sufrió a su turno la interrogacion del juez y confesó tambien lo qué sabia, es decir, que habia sido colocada en la casa de Domingo Lopez para espiar todo lo que sucedia en ella y comunicárselo a la tia Anastasia, y que aquella misma mañana le habia llevado la noticia de la enfermedad de Mercedes, lo cual coincidia exactamente con la declaracion de Eloisa y la revelacion del médico.

El juez del crímen vió que tenia todos los hilos de aquella trama y que era mui difícil que se le escapara el criminal, porque sin discrepancia ninguna las declaraciones de estas tres personas estaban contestes y en perfecto acuerdo, sin haberse comunicado antes, lo que probaba que habian declarado la verdad y que la tia Anastasia era criminal.

Para cerciorarse mas, el juez mandó con un ordenanza un recado político a la señora doña Porfira de... para que se presentase en el acto al tribunal.

La señora compareció, y el juez principió este nuevo interrogatorio.

La madre de Guillermo, prevenida de antemano por el doctor Sazie, comprendió que era inútil y casi peligrosa toda negacion, y dijo la verdad, añadiendo la manera como

habia tenido conocimiento de aquel suceso y que, apremiada por el sentimiento de la enfermedad de su hijo, se habia resuelto, con repugnancia, a presentarse en casa de la tia Anastasia, la cual, despues de alguna resistencia y en fuerza de la propina de cinco mil pesos, le habia revelado el secreto del envenenamiento de Mercedes, tratando, como era natural, de aminorar cuanto era posible la criminalidad de su hijo, haciéndole presente al juez su edad y los arranques de una pasion vehemente y contrariada, agregando en prueba de aquella fuerza de cariño que sentia por Mercedes, que habia el dia anterior bastado la sola presencia de esta niña pera causar una revolucion tal en su juicio, que en ese mismo instante los médicos le habian dado esperanzas, y particularmente el doctor Sazie, del restablecimiento de su hijo. Confesó tambien que habia colocado en casa de la familia Lopez una muchacha llamada Eloisa y prima de su criado Tomas, pero sin intencion de causar el menor perjuicio a aquella virtuosa familia, sino únicamente para buscar el oríjen y el remedio de la enfermedad de su hijo; y que en prueba de ello, como lo podia confirmar la misma Eloisa, le habia ordenado de no llevar a cabo otro nuevo envenenamiento que la tia Anastasia le aconsejaba, limitándose a aprobar una de sus medidas porque la consideraba de poca o ninguna trascendencia para Eloisa y Enrique y de fecundos y provechosos resultados para ella, habiendo por esto dádole una cantidad de pesos.

—Está todo conforme, señora, dijo el juez. Puede usted retirarse ahora, pero es mas que probable, señora, que mañana me vea nuevamente en la necesidad de hacerla comparecer.

—Estaré a las órdenes de V. S; pero permítame V. S. que me ocupe nuevamente de mi hijo, cuya vida está en peligro. Su crímen, señor, y digo crímen porque lo es y no quiero negarlo, tiene dos fuertes escusas: la juventud y la pasion, que indudablemente lo atenúan, y hasta tal punto,

que la misma señorita ultrajada lo ha perdonado, volviéndolo, se puede decir así, a la vida, desde que hai la probabilidad, que antes no existia, de que vuelva a la razon; ¿por qué, pues, seria la justicia mas severa que lo que lo ha sido la misma persona ofendida? Por otra parte, señor, para subsanar esta calaverada de muchacho, pues no puede calificarse de otra manera, yo estoi dispuesta a dar a la honorable y virtuosa familia Lopez una suma de consideracion o la que ella misma proponga para salir para siempre del estado de pobreza en que viven, pues sé que no tienen otras entradas que el pequeño sueldo de alférez por parte del padre y el trabajo siempre insuficiente de un artesano como lo es su hijo.

—Señora, la señorita de que usted me habla y que usted admira lo mismo que yo, aun cuando no la conozco sino por lo que me han referido de ella, está en su derecho al perdonar una ofensa cometida contra su persona; pero la justicia, señora, está en el deber de castigar el delito allí donde lo encuentre, sin tomar en cuenta el perdon individual, viéndose muchas veces el juez obligado a proceder y a castigar contra la voluntad, contra la súplica misma de la persona ofendida. Un hijo, por ejemplo, que ha falsificado la firma de su padre, tiene el juez que condenarlo, aun cuando venga el padre mismo en union del acreedor y arrasados sus ojos en lágrimas a pedir el perdon del juez, porque éste está en el deber de proceder en conformidad a la lei y nada mas que a la lei. No niego, señora, que hai consideraciones atenuantes que disminuyen la fealdad o intensidad del crímen, y de tal naturaleza me parecen las razones que usted ha aducido y que se tendrán en cuenta, asi como la oferta que usted hace y que me prueba el deseo que usted tiene de subsanar el agravio; pero la justicia tiene que seguir su curso: es cuanto puedo decir a usted por el momento.

La señora se despidió, si no contenta, al menos algo tranquilizada, tanto por ella como por su hijo.

III.

El juez tocó la campanilla y mandó comparecer a la mujer que estaba incomunicada y que habia llegado hacia poco tiempo.

La tia Anastasia se presentó con su traje de iglesia, que era el que siempre llevaba consigo, y con la fisonomia mas santulona y compunjida que hubiera presentado jamas.

El juez la miró de alto abajo y luego clavó sus ojos en aquella cara que, aunque escesivamente fea, solo revelaba bondad o estupidez. Ninguno de esos rasgos que caracterizan a los criminales notábase en ella. Sus ojos bajos anunciaban timidez, talvez hipocresia, pero nada mas. El majistrado quedó descontento de su observacion fisiolójica, por no haber sacado de ella ni siquiera un simple indicio que lo pusiera en camino, si bien lo estaba por las pruebas que tenia sobre su mesa; pero a los jueces les gusta siempre investigar algo por sí mismos, independiente de lo que arrojan los hechos.

Esta imperceptible muestra de enfado no se escapó a la tia Anastasia, que, con los ojos al parecer clavados en el suelo, lo veia sin embargo todo, comprendiendo con su penetracion de lince, lo que habia pasado por la mente del juez y felicitándose de ello interiormente, pues esta primera derrota le presajiaba la victoria.

Despues de las preguntas de estilo sobre el nombre, la edad, profesion, lugar del nacimiento, etc., el juez del crímen entró en el interrogatorio de la manera siguiente:

—Sabe usted del crímen que se le acusa y por el que ha sido detenida, encontrándose en este lugar?

—No, señor, pero recuerdo haber comparecido hace pocos años ante la presencia de V. S. por un delito que en vista de las pruebas irrefragables que presenté, tuvo V. S. a bien, en su esclarecida justicia, decretar que no habia en mí la

menor complicidad y por consiguiente criminalidad; y ahora supongo que sin duda alguna se ha presentado a V. S. otra acusacion de la misma naturaleza y que provendrá, como la anterior, del carácter y circunstancias de la profesion que ejerzo; pero ahora como entonces estoi dispuesta a responder a todos los cargos y a confundir con la verdad y con la inocencia a mis injustos acusadores o cobardes detractores.

—¿Ninguna otra acusacion teme usted?

—Talvez, señor, pueden haber denunciado a V. S. el pequeño empleo que hago de mis pocas economias, mas bien con el fin de socorrer a los pobres que de hostilizarlos.

—Ya sé que hace años que a su profesion de matrona examinada añade usted la de usurera prestando sobre prendas; pero no se trata de esto.

—Si no se trata de esto será de lo anterior, señor.

—Ni de lo uno ni de lo otro.

—Entonces no puedo saber dónde quiere venir a parar V. S.

—¿Conoce usted al alférez don Domingo Lopez.

La tia Anastasia tembló, pero su cara permaneció impasible, mostrando talvez mas estupidez que antes.

Tampoco se le habia escapado al juez el temblor involuntario de la vieja; y prosiguió:

—He preguntado a usted si conocia al alférez don Domingo Lopez.

—No, señor, dijo resueltamente y sin manifestar la menor escitacion.

—¿Con que nunca ha visto usted al alférez Domingo Lopez? Piense usted bien en lo que responde.

—Puedo haberlo visto pero no lo conozco.

—¿Y a su esposa doña Marta Garrido la conoce usted?

—Tampoco, señor.

El secretario escribia con rapidez, anotando puntualmente todas las preguntas y las respuestas.

—¿Conoce usted a la señorita Mercedes Lopez?

—Menos, señor: ni siquiera la he oido nombrar.

—Es estraño; y si esas personas la reconocen a usted a primera vista, ¿qué diria usted? Y si la señalan entre otras muchas sin equivocarse, ¿qué pensaria usted?

—Diria a V. S. que con motivo de mi profesion pueden ellas conocerme sin que yo las conozca.

—Veo que no le falta a usted injenio, pero allá veremos en lo que viene esto a parar.

—En mi justificacion completa, dijo con el mayor aplomo la tia Anastasia; porque deduciendo por las preguntas que se trataba de una acusacion de la familia Lopez, y sabiendo que ella no tenia prueba la mas pequeña, fácil le era descartarse; y si no podia probar por completo su inocencia, al menos, aun cuando quedase alguna sospecha en su contra, no la podrian condenar, y esto era todo cuanto podia exijir.

El juez continuó:

—¿No ha estado usted nunca en un conventillo de la calle de San Pablo cerca de la Pirámide?

—De vez en cuando, señor, por dilijencias anexas a mi estado.

—¿No ha habitado usted una casa contigua a ese conventillo?

—He ido allí rara vez.

—¿Con qué objeto?

La tia Anastasia volvió a reflexionar y respondió:

—Con el de ver a un amigo pintor.

—Está bien. ¿Cómo se llama ese pintor?

—Víctor Escobar.

—Conforme: sus respuestas me son satisfactorias y están en armonia con los informes, salvo pequeños incidentes.

La matrona examinada respiró, porque se iba turbando.

—¿Conoce usted a Javiera Sagredo? prosiguió el juez.

—No, señor.

—Y a Eloisa Mendizabal ¿la conoce usted?

A esta interrogacion, la vieja miró al juez como para darse cuenta de todo el alcance que podia tener aquella pregunta; pero viendo su impasibilidad y pensando que todo era efecto de una sospecha de la familia Lopez, causada por la enfermedad repentina de Mercedes, respondió tranquilamente:

—Tampoco, señor.

—Sin embargo, todas esas personas la conocen a usted.

—Ya creo haber dicho el motivo, señor.

—Su profesion ¿nó es verdad?

—Sí, señor.

—¿Y conoce usted a doña Porfira de...?

La matrona volvió a esperimentar otro choque; pero la reflexion rápida y esa concepcion instantánea que la distinguian y que en realidad era su fuerte, le hicieron pensar en el acto que este nuevo personaje que entraba en campaña tenia su oríjen en la acusacion Lopez; y como presumia que la madre de Guillermo temeria acusarla, por los secretos que sabia de ella, dijo con la mayor impavidez:

—Sí, señor, desde muchos años atras.

—¿Con que conoce usted a la señora de...?

—Vuelvo á repetir a V. S. que desde muchos años a esta parte.

—¿A propósito de qué?

—Era sirviente de una amiga de ella; y como iba con mucha frecuencia a la casa donde yo estaba, tanto su marido como doña Porfira, los recuerdo perfectamente; y si V. S. se digna preguntárselo, creo no tendrá el menor inconveniente en que confirme ella misma lo que digo.

—Esta es la respuesta mas categórica que usted me ha dado, y espero que continúe de la misma manera. ¿Conoce usted a don Guillermo de...?

—Sí, señor, es el hijo de la señora doña Porfira de...

—Y al criado Tomas ¿lo conoce usted?

—Tambien lo he visto en algunas ocasiones en compañia de su amo.

—Está mui bien, señora; veo que usted se espide a las mil maravillas.

—No sé lo que quiere significar V. S.

—Yo sí que lo sé: ahora pasemos a otra cosa.

Y el juez sacó del cajon de su mesa una píldora envuelta en un papel, un pequeño paquete de polvos, un frasco conteniendo un líquido, un tarro de dulce de guindas medio concluido, un escrito y un pañuelo con dinero; y colocados estos objetos sobre la misma mesa, dijo a la tia Anastasia, que, a la vista del cuerpo del delito, habia esperimentado un nuevo desfallecimiento; "aproxímese usted."

La matrona se acercó a la mesa; pero durante ese pequeño espacio de tiempo habia hecho sus reflexiones, diciéndose: una de dos, o Eloisa me ha traicionado, y en ese caso he respuesto bien en decir que no la conocia; o la acusacion proviene del efecto producido por el veneno, y como no veo mas que una píldora, estoi por creer lo último; pero de una manera o de otra, me conviene negarlo todo y quedo a salvo.

Esta justa reflexion fué hecha mas instantáneamente que lo que nosotros la esponemos.

Cuando la tia Anastasia estuvo cerca de la mesa, el juez le preguntó:

—¿Conoce usted estas cosas?

—No, señor.

—¿Ignora usted el contenido de este frasco, de estas píldoras, de estos polvos y de estas guindas?

—Lo ignoro, señor.

—¿Querria usted tomar alguna cosa de las que le presento?

—Si V. S. me asegura que no hai inconveniente, tomaré en el acto lo que V. S. me designe.

—Está bien.

—Pero es preciso que V. S. me lo asegure.

—Yo no sé positivamente lo que contienen.

—Entonces ¿cómo quiere V. S. que me esponga?

—¿Y cómo sabe usted que se espone?

—Yo no lo sé; pero tomando una cosa desconocida puede hacerme daño.

—Bien, yo le aseguro que esas guindas son inofensivas. ¿Tomaria usted unas cuantas?

—Si V. S. lo afirma no tengo inconveniente.

—El juez tocó la campanilla, pidió un plato y una cuchara limpia y sirvió por su propia mano a la tia Anastasia, teniendo la política de decirle: "Siéntese usted para que tome ese dulce con comodidad."

La tia Anastasia hizo lo que le mandaban y tomó las guindas con una serenidad imperturbable.

El juez volvió a tocar la campanilla y pidió un vaso de agua destilada.

—Tras el dulce, prosiguió, siempre se toma agua, y yo seria mui impolítico si no se la ofreciera; y el juez puso en presencia de la tia Anastasia una narigada de los polvos, añadiendo: "Estos polvos son mui estomacales."

—Gracias, señor, jamas tomo agua.

—Sin embargo, yo protesto a usted que esta agua es tan inocente como las guindas y que la refrescará a usted quitándole la sed.

—Aseguro a usted que no puedo tomar agua, porque me hace daño.

—Pero un poquito!

—Poco lo mismo que mucho.

—Complazca usted al juez, dijo el majistrado con ironia.

En esta sola espresion y en la insistencia del juez del crímen, conoció que estaba vendida por Eloisa, pero no se intimidó; porque habiendo dicho desde un principio que no la conocia, podia continuar negándola y la negaria para siempre; y como la tia Anastasia habia tenido, en sus variadas relaciones, intimidad con algunos jueces, sabia que no

podian condenarla sin pruebas tan claras como la luz del dia y no por la simple declaracion de una mujer.

—Todo se me revela, señora, con su aceptacion y con su negativa: usted sabia que las guindas no contenian nada y que los polvos eran venenosos.

—Yo no sabia ni lo uno ni lo otro, señor.

—¡Inocente criatura! ¿Y por qué no tiene usted la bondad de tomarse este pequeño trago de agua cristalina.

—Porque no puedo, señór; porque ya se lo he dicho, me hace muchísimo daño.

—¿Y no le hace a usted mas daño la sospecha que esta falta de condescendencia produce en mí?

—Es que esa sospecha la venceré con mi inocencia.

—Lo veremos.

El juez del crímen tocó otra vez la campanilla.

—Que comparezca al juzgado Eloisa Mendizabal; dijo al ordenanza.

Eloisa apareció.

La tia Anastasia la miró al principio de una manera indiferente y clavó al fin su vista sobre ella con curiosidad, ni mas ni menos como quien dice: ¿de dónde ha salido este pájaro? quién es esta persona que nunca he visto y que sin embargo tiene la desfachatez de acusarme?

El majistrado comprendió la mímica de la matrona y se sonrió: estaba contento de luchar con un antagonista digno de él; pero desgraciadamente tenia ya demasiadas pruebas que obraban contra ella, y habria querido casi poseer menos evidencia, dejando la mayor parte a su propia investigacion; sin embargo, aun tenia mucho que hacer, porque todavia no existia ninguna prueba tan fehaciente que no dejara duda, y todavia el individuo oponia una resistencia enérjica y talvez podia escaparse, sin que el juez, a pesar de su convencimiento íntimo, tuviera la posibilidad de basar su sentencia, siéndole imposible hacer uso de su propio testimonio, o lo que es igual, de su propia conciencia.

El majistrado preguntó a Eloisa:

—¿Conoce usted a esta mujer?

—Sí, señor.

—¿Desde cuándo?

—Hace mucho tiempo.

—¿Como se llama?

—Anastasia Pincheira, o simplemente, la tia Anastasia.

—¿Ha tenido usted relaciones con ella?

—Muchas veces.

—¿Qué clase de relaciones?

—De varias especies.

—Nómbrelas usted.

—Primero como usurera, despues como matrona, por la enseña, y porque la he visto asistir algunas enfermas; despues como mujer de placer, pues yo misma he tenido varias orjías en su casa, si bien, debo decirlo en justificacion suya, jamas la he visto participar de ellas, sino solamente cuando concluian, para presentar el *platillo* a los concurrentes; y últimamente como envenenadora, porque ha sido ella quien me ha dado primeramente ese frasco con ese líquido para dárselo a beber a la señorita Mercedes Lopez, en seguida esas píldoras con el mismo objeto y para la misma persona, despues esos polvos para don Domingo Lopez y su hijo, porque temia que le sucediera a ella lo mismo que le ha pasado a don Guillermo. Recibiendo en el primer caso cinco mil pesos por mi complicidad, por lo cual le firmé un documento en que me comprometia a mí misma, lo que la satisfizo; y en el último, tres mil pesos al contado, que están envueltos en ese pañuelo, y un pagaré de siete mil que tambien se encuentra sobre la mesa de V. S., todo lo cual puse esta mañana a la disposicion del señor doctor don Lorenzo Sazie que sé que se interesa por esa desgraciada y virtuosa familia a quien esta mujer se ha propuesto aniquilar; y todo esto independiente de los quinientos pesos que me dió al principio para colocarme de espia en casa de don

Domingo Lopez, sin contar lo que he revelado a V. S. en mi reciente declaracion privada.

—¿Qué dice usted a esto, tia Anastasia?

—Que es una bolsa de mentiras y que soi el blanco de la combinacion mas infernal, engañándolo a V. S.

—¿Qué interes puede tener esta mujer en hacer pesar sobre usted crímenes tan grándes?

—Lo ignoro.

—Si usted no la conoce, es claro que no ha tenido con usted las relaciones que ha enumerado; y si no las ha tenido, ¿para qué calumniarla así?

—No lo sé.

—Yo no calumnio, señor, interrumpió Eloisa, sino que es ella quien niega la verdad, porque tiene interes en ello para que nadie conozca sus crímenes; pero yo cuento tambien con cien mil testigos que pueden afirmar a V. S. que he tenido muchísimas relaciones con esta mujer.

—Lo niego todo, señor juez, dijo la tia Anastasia con furor y despecho.

—No consiste solo en negar, es preciso probar.

—Ellos son los que tienen que probarme a mí, señor juez.

—¿Tantos conocimientos tiene usted en lejislacion?

—No tengo conocimientos, señor, però la razon natural me lo enseña.

—Ha sido usted bien dotada; pero es preciso continuar.—Retírese usted, dijo a Eloisa y que la lleven a su calabozo.

El juez tocó nuevamente la campanilla, ordenó de conducir a Eloisa y de hacer venir al muchacho.

Tomas, en cuanto vió a la tia Anastasia, se sonrió, y le dijo con el mayor desplante:

—¿Cómo lo pasa usted mi querida tia Anastasia?

—¿Con que conoces a esta mujer? preguntó el majistrado.

—Mas que a mis manos, señor, y esta mañana he tenido el honor de comunicárselo a V. S.

—¿Y usted, señora, conoce a este muchacho?

—Lo he visto algunas ocasiones, pero no he tenido con él relaciones de ningun jénero.

—Haz una referencia circunstanciada de tus relaciones con esta mujer y en presencia de ella misma, refiriéndote especialmente al asunto de la familia Lopez.

Tomas volvió a referir al juez lo mismo que le habian dicho pocas horas antes.

Despues de la relacion el juez preguntó a la tia:

—Tampoco es verdad esto?

—Tampoco; veo sí que todo el mundo se ha complotado contra mí.

—Al menos confesará usted que es una gran casualidad.

—Yo no puedo saber el interes que los lleva.

—Ni yo; pero veamos; todavia hai otra persona que dice conocerla.

Y el juez ordenó que compareciese Javiera Sagredo, haciendo retirarse a Tomas.

Esta mujer, que no sabia nada del asunto, se ratificó tambien en lo que habia dicho: que conocia a la tia Anastasia y que habia sido colocada en el conventillo como espia.

—Ya usted ha visto, señora, prosiguió el juez del crímen, cuando hubieron desaparecido los acusadores, cuántos testigos contestes y unánimes en sus declaraciones tiene usted en su contra. ¿Con qué puede usted contrarestar a tan grande evidencia?

—Diciendo que son falsos y calumniadores, como en realidad lo son.

—Mire usted a lo que se espone: ellos pueden traer nuevas pruebas, y una simple negativa no basta para contrarestar la evidencia. Seria mucho mejor que usted declarase sencillamente la verdad, y asi el tribunal, sin dejar de castigar el delito, podria ser mas induljente.

—Insisto, señor, no en mi negativa, sino en mi inocencia.

—Haga usted lo que quiera, pero me parece que usted lucha en vano.

—No en vano, señor, porque lucho por la verdad y por la justicia resistiendo a un complot hábilmente combinado.

—Sea: todo está concluido por ahora, mañana principiaremos nuevamente; pero ¡cuidado!

—Nada tengo que temer, porque conozco la rectitud de V. S., rectitud que me ha salvado en una situacion tanto o mas crítica que esta.

—Lleven esta mujer a su calabozo, y que permanezca en la incomunicacion mas estricta.

Los jendarmes obedecieron sin decir palabra, ni mas ni menos como si fueran autómatas.

IV.

Eran ya mas de las nueve de la noche, hora hasta que se habia retardado el juez del crímen, sin pensar y sin ocuparse en otra cosa que del proceso. Ya habia despachado a su secretario y estaba guardando los papeles y las otras piezas justificativas, es decir, los venenos, el dinero y el documento, cuando entró un oficial de policia diciéndole que necesitaba hablarle urjentemente, y que si no lo habia hecho antes, habia sido solo por no interrumpirlo en sus funciones; pero que lo que tenia que decirle era concerniente al mismo asunto de que se ocupaba.

El juez convidó entonces a sentarse al jóven oficial y ocupó en seguida su sillon, diciéndole:

—Advierta usted que estoi desde esta mañana en mi puesto sin abandonarlo un solo instante, por lo cual suplico a usted que sea lo mas lacónico posible.

El jóven oficial le contó todos los incidentes ocurridos en la captura de la tia Anastasia, lo que le habia propuesto durante el viaje en el coche, la promesa ambigua que él le

habia hecho y sobre la cual contaba, sin duda, y por último la circunstancia de tener en su poder el pesado cofre y lo que le habia costado traerlo.

—¿Usted dice que hai papeles en dicha caja? preguntó el juez.

—Yo no lo afirmo, señor; pero como me parece habérselo manifestado a V. S., esta era la condicion única de esa mujer para que yo tomara o fuera dueño de todos los valores que encierra el gran baul, que es mas bien una caja antiquísima, y sin duda alguna de aquellas que usaban nuestros conquistadores para guardar el oro que robaban a los indios.

—¿Y esa caja está aquí?

—Inmediata al despacho, señor; pero no tengo la llave.

—¿Y quién la tiene?

—No lo sé; pero me parece estar seguro que la matrona la lleva consigo.

—¡Qué importa! La descerrajaremos.

—¡Algun trabajo ha de costar!

—Muéstreme usted esa maravilla.

Cuando el juez vió aquella inmensa caja de antiquísima hechura y tan fuerte como una de fierro, pero de dimensiones colosales, su curiosidad se escitó a tal punto, que mandó en el acto llamar un herrero para que descerrajara o rompiera aquel misterioso mueble.

No sin poco trabajo consiguió el obrero romper aquella hermosa chapa; pero el juez, como los que estaban presentes, quedaron sorprendidos al ver que habia otra cubierta mas, que en vano trataron de abrir, porque tenia un mecanismo oculto y conocido solo de la tia Anastasia; pero esta tapa secreta saltó en pedazos a los golpes redoblados de una acerada hacha, quedando en descubierto aquel tesoro que con ojos admirados contemplaban todos los circunstantes, en medio del mas profundo silencio, pues la sorpresa los habia enmudecido.

El juez se apoderó de todos los papeles y los colocó en su bufete.

En seguida hizo llamar al comandante de policia diciéndole que en compañia de otros oficiales practicaran un prolijo inventario del contenido de aquella caja, mientras él examinaba los papeles, porque estaba resuelto a trabajar sin descanso toda la noche.

Lo primero que abrió el juez fué el inmenso rejistro o libro de memorias, como lo llamaba la tia Anastasia, porque allí estaban estampados todos sus recuerdos y todas sus operaciones con una claridad y precision asombrosas.

El juez del crímen quedó abismado al recorrer aquellas hojas que contenian delitos de toda especie, crímenes de distintas naturalezas, contratos los mas variados y los mas inicuos, acciones las mas sucias y las mas negras, combinaciones espantosas, cálculos de impiedad, de lujúria, de escándalo; y todo aquello estaba inscrito con el nombre de las personas, con la edad, con el sexo, con la condicion, con la fecha, con el precio y con cuanto detalle podia dar mas precision y claridad al acto; y aquel libro, que podia llamarse con propiedad el *rejistro del diablo*, principiaba desde muchos años atras y concluia con el contrato hecho con Guillermo para la seduccion de Mercedes, la noche en que le habia dado el opio, los compromisos con Tomas y con Eloisa Mendizabal, la entrevista que habia tenido con doña Porfira de .. la suma de cinco mil pesos que le habia arrancado, el nuevo plan contra Mercedes, la calidad de veneno, el precio que habia puesto Eloisa, la copia del documento que le habia firmado, el nuevo contrato y los nuevos venenos, anotados unas pocas horas antes, pues tenia la fecha de ese mismo dia, conociéndose que acababa de escribir, por la frescura de la tinta; y todas estas cosas con los mas prolijos comentarios sobre las circunstancias, sobre los motivos, sobre la calidad, carácter y vida de las personas.

Cuando hubo terminado el juez aquella lectura horripi-

lante, puso sus dos codos sobre la mesa, apoyó la cabeza en sus dos manos, cerró los ojos y se quedó cómo una estátua, sin dar otra seña de vida que la respiracion, por espacio de mas de una hora...

Al fin levantó la cabeza, esclamando con angustia: ¡qué horror! No tenia yo idea del crímen! Esto sobrepuja a todo pensamiento humano! Esto no puede castigarlo el hombre! El término del castigo humano está limitado al tormento físico; no puede ir mas allá de la muerte! ¿Y qué es una vida, qué son unos cuantos dolores en comparacion de tanta maldad? ¿Cómo puede resarcir, cómo puede compensar la privacion de una existencia la de tantas otras? ¿Condenar a muerte a esa mujer es lo bastante? No; la justicia humana es impotente: solo la justicia de Dios puede ser poderosa...

Y el jóven juez principió a pasearse por el cuarto con aire meditabundo... ¡Y qué de escándalos! dijo, poniéndose una mano sobre su ya calva frente. Yo podria hacer comparecer a mi juzgado a gran número de personas, muchas de ellas altamente colocadas; ¿pero tengo yo el derecho de erijirme en acusador y juez? No; sin embargo, la lectura de este libro infame no me dejará vivir!... Estaré todas las horas del dia dando y cavando sobre tanto crímen! No podré andar por la calle sin encontrar a tantos individuos que se pavonean orgullosos, a quienes yo tendia antes la mano de amigo, y que, segun estos apuntes, merecian mas bien la cuerda del verdugo! Mi situacion se ha hecho insoportable con el conocimiento de los secretos que encierran estas pájinas!... Cuántas ilusiones perdidas! Cuántos desengaños tristes no esperimento ya! Cuántas reputaciones usurpadas no estoi viendo ahora! Cuántas virtudes que antes creia sólidas no se han trasformado en miserable y negra hipocresia! Cuántas divinidades a quienes rendia culto no han caido a mis piés como ídolos de barro! Cuántas flores brillantes y lozanas no son para mí otra cosa que lodo y estiércol!... Ya no me atrevo a releer estas hojas, escritas con la tinta del vicio y del

crímen... ¿Qué haré con este libro? Si lo dejo existente, puede ser causa de muchos males y de muchos escándalos... Debo quemarlo, sí: debo quemarlo para que se borre, si es posible, hasta de mi memoria... Guardémoslo ahora, solamente para que sirva de prueba en el proceso.

El juez volvió a sentarse para examinar a la lijera los otros papeles, que consistian en recibos, en documentos, en escrituras, etc., por dinero prestado a varios individuos, y entre estos papeles se hallaban hasta contratos criminales, tal como el que habia firmado dias antes Eloísa Mendizabal y que el juez puso aparte como pieza integrante del proceso.

Momentos despues entró el comandante de policia con varias cartas en una mano y una custodia en la otra; la custodia era de oro macizo y conservaba todavia un pedazo de la sagrada forma en el interior.

El jefe de policía parecia asustado: aquel cúmulo de riquezas le habia casi trastornado el juicio, porque no podia comprender cómo aquella vieja, al parecer pobre, se encontraba en posesion de objetos tan valiosos.

El juéz del crímen tomó los nuevos papeles que se habian hallado en el fondo de la caja y que la mayor parte eran fechados de la Penitenciaria y pertenecientes a ladrones y bandidos con los que estaba en relaciones de comercio la vieja usurera, y a quienes ella llamaba, como lo recordará el lector, *mis pobrecitos*. Estas cartas servian de comprobantes a muchos de los apuntes del *libro de memorias* que el juez tenia a la vista.

—Señor, dijo el comandante de policía al majistrado, que habia vuelto a quedar absorto en sus reflexiones a causa de aquel nuevo acopio de datos; si usted viera todo el caudal que contiene ese baul, se admiraria, pues entre el sinnúmero de alhajas hemos encontrado esta custodia todavia con un pedazo de hostia en el interior; ¿será judia esta vieja?

—Esa vieja es mas que judia, es el diablo...

—Aquí tiene V. S. la lista de todo lo existente en la caja. Hemos contado el dinero que habia y resultaron mil setecientas cincuenta y ocho onzas de oro sellado, sin contar una barra del mismo metal, estraordinariamente pesada.

—¡Pero esta mujer era mas rica que Creso! esclamó el juez.

—Esta mujer, como V. S. dice mui bien, debe ser el diablo; pues no se comprende de otra manera el hecho de tener esta custodia con un pedazo de hostia al fondo de la caja y sobre ella bacenillas de oro, espuelas, ternos de todas clases, prendedores de distintas formas, etc., etc., como V. S. puede cerciorarse por sí mismo viendo el apunte y cotejándolo con las cosas que allí existen y que no hemos todavia guardado para que V. S. las examine y diga lo que debe hacerse con ellas.

El juez pasó al cuarto donde se encontraba el cofre y vió con sorpresa, a pesar de estar ya prevenido y de tener el inventario en sus manos, aquel cúmulo inmenso de riquezas que estaban esparcidas por el suelo, porque no habia sido suficiente una gran mesa que existia allí para colocarlas todas.

—¡Esto es verdaderamente prodijioso! esclamó.

—¡Ah! señor, repuso el oficial que habia tomado presa a la tia Anastasia; ¿quién lo hubiera creido?...

—Lo que quiere decir que si usted hubiese sabido que existia este tesoro, habria aprovechado la ocasion de hacerse poderoso.

—Prometo a V. S. que tal pensamiento no ha pasado por mi mente, sino que mi admiracion proviene de ver tanta riqueza: pero ahora mismo estaria dispuesto a obrar como he obrado si de nuevo se me presentase la ocasion.

—Así es como debe proceder un hombre honrado y particularmente un guardian de la propiedad y un miembro de la justicia: usted tendrá, no lo dude, su recompensa, tanto por la estimacion de sus superiores, cuanto porque haré de modo que se le dé a usted una parte.

Ahora, prosiguió el juez dirijiéndose al comandante de policia, sírvase usted hacer colocar todas estas cosas como estaban. Mañana, es decir hoi mismo, pues ya son las cuatro, tendré necesidad de este nuevo y último testimonio para confundir a esa mujer.

Los oficiales de policia volvieron a colocar todos aquellos objetos preciosos en el gran cofre, inclusos los papeles y el *libro de memorias*, guardando tanta riqueza, talvez con sentimiento de muchos de los circunstantes, pero dejando de custodia a varios de ellos.

V.

En vano el juez, cuando hubo llegado a su casa, se echó en la cama para conciliar el sueño por algunos instantes, pues le fué imposible cerrar sus ojos, porque a cada momento se le venia a la memoria aquel espantoso libro y a pesar suyo, recorria nuevamente cada una de aquellas infernales pájinas que, sin quererlo, le hacian volver la vista sobre la sociedad y sobre muchas personas con quienes estaba en buenas relaciones.

Pero no era solamente el majistrado el que habia pasado en vela aquella noche, sino que, por diferentes motivos, muchas otras personas esperimentaron lo mismo que él. Entre este número entraban todos los miembros de la familia Lopèz, que asustados con la revelacion que les hiciera el doctor Sazie y con la prision de Eloisa Mendizabal y de Javiera Sagredo como tambien con la idea de comparecer ante el juez del crímen, se habian quedado hasta mui avanzada la noche conversando sobre tan estraordinario como funesto acontecimiento y en el cual jugaban ellos un rol principal sin saberlo y sin quererlo, siendo las víctimas inocentes de aquel complot de demonios en que, puede decirse así, habia salido casi triunfante por completo el crímen.

Una sola persona de todas las que figuraban en aquel

proceso habia pasado una noche tranquila y satisfecha, y el sueño reparador y benéfico que produce la satisfaccion de obrar bien habia cerrado dulcemente sus párpados: esta era Eloisa Mendizabal, que esperimentaba el placer de haber salvado la inocencia y de haber servido de instrumento para castigar el crímen.

Pero la noche terrible, la noche llena de desesperacion y de angustia, llena de temor y de sobresalto, llena de incertidumbres y de ese abismo tenebroso que apercibe el malvado delante de sí cuando se encuentra en manos de la justicia, estaba reservada única y esclusivamente a la tia Anastasia. Esta mujer, en cuanto se retiró de la presencia del majistrado y penetró en su solitario y oscuro calabozo, cayó casi exánime en el suelo: toda la enerjía de esa furia poco antes orgullosa y que parecia desafiar el peligro habia desaparecido por completo y solo presentaba ahora el espectáculo de un inmundo e impotente reptil a quien no se pisa por repugnancia...

Esta especie de abatimiento o de estupor duró por algun tiempo, pero poco a poco se iba incorporando en cuerpo y en espíritu, hasta que consiguió levantarse por completo, diciendo: todo no está perdido todavia. Las pruebas que existen son poderosas; pero si el oficial que me tomó presa ayer no me vende, la causa no es desesperada y puede ganarse; y una vez libre, ¡ya véremos si en poco tiempo no hago nuevamente mi fortuna!...

Y la vieja continuaba cavilando sobre las probabilidades de buen o mal éxito.

—Es imposible, se repetia a sí misma, que el oficial sea tan estúpido que, en presencia de la inmensa fortuna contenida en mi querido cofre, la deseche, poniéndola en manos del juez; no, esto es imposible. Cuando ese pobreton haya visto todo aquel oro y todas aquellas alhajas, suficientes para tentar hasta al presidente de la república, no las entregará, estoi segura de ello, y a la hora esta se hallará contando, sin

acabar, tanto dinero y tantos valores, viéndose obligado a entregarme los papeles, segun fué el convenio; porque si él quiere ser rico, y lo será, porque nadie desperdicia semejante breva, está en su propio interes y por su propia seguridad en la necesidad de devolverme cosas que no tienen para él valor alguno; mientras que yo, solo con la posesion de mi libro soi dueña de medio Santiago y pondré en contribucion a todas mis relaciones, tanto antiguas como modernas, sin que se esceptue la misma madre de mi querido Guillermito, por quien estoi ahora sufriendo lo que sufro; pero él indemnizará a su inolvidable tia... ¡Qué idea tan feliz ha sido la mia en formar ese libro de memorias, que es un manantial inagotable de riqueza, y de seguridad, y de consideraciones, y de respeto; porque temiéndome todos, todos tambien me dan y todos tambien me honran.

Estos pensamientos la tranquilizaron un poco; pero no por eso las incertidumbres desaparecian, y tras las incertidumbres venia el furor, venia la sed de venganza y se proponia, si llegaba a salir bien, castigar a Eloisa por su traicion y a la familia Lopez por su temeridad en acusarla, sin que un pensamiento de lijera compasion se le ocurriese por un instante: aquella alma era toda hiel y toda ponzoña.

Antes de la hora acostumbrada, el juez se presentó en el despacho y dió sus órdenes para que a un mismo tiempo compareciesen todas las personas que de una manera o de otra hubiesen tomado parte en aquella causa, y en consecuencia, fueron citadas incluso Mercedes, que, aunque prevenida de antemano por sus padres, sentia infinito verse obligada a dar este paso, pues la presencia de la tia Anastasia era por sí sola capaz de hacerla espirar, siendo ya demasiado fuertes las emociones que habia tenido que sufrir.

El juez del crimen ordenó que compareciese nuevamente la tia Anastasia, sin que se apercibiera que estaban allí otros individuos.

La vieja apareció con un aire modesto, tranquilo y resignado, como el de un inocente que está bajo la presion de una sospecha sufriendo un castigo inmerecido.

—¿Se ratifica usted en sus declaraciones de ayer? preguntó el majistrado.

—Sí, señor.

—Es decir que usted continúa en su negativa.

—Rechazo la calumnia, diciendo la verdad.

—Ya veremos quiénes son los que dicen la verdad. Que entren los vecinos del conventillo, dijo el juez al ordenanza.

Un momento despues se hallaban en el despacho catorce o dieziseis individuos, a quienes reconoció en el acto la tia Anastasia, pero sin demostrarlo; entre estos individuos estaba tambien Santiago y su mujer.

El juez preguntó uno a uno si conocian a aquella mujer, cuál era su nombre y si habia o no vivido en la casa inmediata al conventillo.

La respuesta de cada uno fué dada sin vacilar y sin que discrepasen en lo menor.

—Ya usted ve, prosiguió el majistrado, que todos estos testigos declaran unánimemente que la conocen y que usted ha vivido allí.

—Yo no he negado, señor, que pueden conocerme, aun cuando yo no los conozco a ellos.

—Pero usted ha dicho ayer que no ha vivido en la casa inmediata.

—Y puedo probarlo con un número mayor de testigos que aseguren a V. S. que desde muchos años no he abandonado jamas mi establecimiento de la calle de las Cenizas.

Apuntado el nombre de los declarantes y sus respuestas, el juez mandó a retirar a toda aquella jente, ordenando que compareciese don Domingo Lopez.

A la vista del veterano la vieja tembló sin quererlo.

El majistrado se sonrió desdeñosamente, agregando:

—¿Por que tiene usted miedo de la presencia de este caballero?

La matrona examinada no respondió palabra.

—Porque esa mujer, señor, es lo que hai de mas infame en el mundo, contestó el veterano, como si le hubieran dirijido a él la pregunta; porque teme la presencia de un padre justamente irritado; porque ha perdido a mi hija envenenándola, señor; porque ayer no mas ha vuelto a querer asesinarla a ella y a nosotros, segun lo que me ha dicho el doctor don Lorenzo Sazie.

—¿Qué respuesta da usted a una acusacion de està naturaleza y que está conforme con todas las declaraciones?

—Que todas son mentiras, señor.

—¡Mentiras! esclamó Domingo Lopez, casi fuera de sí. ¡Mentiras! Pues yo voi, señor juez, si V. S. me lo permite, a hacer que ella misma y ahora mismo lo confiese todo.

—¿De qué manera?

—Nada mas que permitiéndome que le tome una mano.

—Haga usted, dijo el juez sin comprender la maniobra del veterano.

Domingo Lopez se acercó.

La vieja Anastasia temblaba de piés a cabeza sin poder ya dominarse.

El padre de Mercedes tomó la fria y descarnada mano de la matrona examinada, que inmediatamente lanzó un ¡ai! de dolor, descomponiéndosele visiblemente el rostro.

El juez comprendió entonces la maniobra del alférez, pero no dijo una palabra; porque, aun cuando aquel procedimiento no estaba en sus atribuciones ni se espresaba en el código criminal, era tan lejítima la indignacion del militar y tan merecido el castigo de aquella mujer, que no pudo menos de aprobar interiormente aquel anticipado tormento.

Domingo Lopez, sin inmutarse y sin soltar la mano que tenia entre una de las suyas, preguntó a la tia Anastasia:

—¿Confiesa usted o no sus crímenes?

—No tengo nada que confesar, contestó la vieja con voz suplicante.

Pero apenas habia dicho esto, cuando oyó el juez un sonido parecido al de una nuez que se quiebra entre los dientes: eran los huesos de la mano de la tia Anastasia, que Domingo Lopez habia fracturado con sus dedos de fierro.

La matrona examinada perdió el conocimiento y cayó al suelo, pero sin pronunciar una palabra.

—¡Diablo! repuso el juez, sin hacer por esto el menor reproche y mas bien en tono de chanza: no sabia yo que usted tenia tan buenas tenazas.

—Ah, señor; ella nos ha tenaceado a todos nosotros mas fuertemente el corazon.

—Lo sé, y por eso es que lo permito.

—Deje V. S. que se reponga y vamos a la tercera prueba; y si en ella no confiesa, seguiremos el mismo esperimento en la otra mano, y ya verá V. S.

El majistrado reflexionó un instante, y luego dijo al veterano:

—Este procedimiento no entra en mis atribuciones de juez, no estamos ahora en los tiempos de la inquisicion; pero esta mujer tambien sale de la esfera comun de los criminales y no puede haber pena adecuada para ella; prosiga usted.

La tia Anastasia volvió en sí y esclamó con dolorido acento:

—¡Señor! ¡señor! este hombre me quiebra los huesos... Este hombre me mata... piedad!...

—¡Piedad! ¿Confiesas sí o no tu delito? repuso Domingo Lopez con voz bronca y amenazante.

—Usted no es juez.

—Está con mi autorizacion, contestó secamente el majistrado.

—¿Confiesas? repitió el viejo alférez sin soltar la mano.

—Ya lo he dicho: soi inocente.

Un nuevo apreton del veterano se siguió a la respuesta y otro sonido mas perceptible que el anterior se dejó oir: la mano derecha de la matrona examinada no era mas que una bolsa conteniendo menudos huececillos.

El dolor fué terrible, pero esta vez no se desmayó.

El veterano tomó en seguida la mano izquierda.

Un sacudimiento nervioso esperimentó la matrona al sentir que se habian apoderado de su otra mano.

—¿Se me quiere asesinar, señor? Pero nada sacarán de mí, porque nada he hecho ni nada sé.

Domingo Lopez hizo la misma operacion.

La vieja cerró los ojos y se mordió fuertemente los labios como para contener sus palabras, dispuestas talvez a hacer una revelacion.

—¿Confiesas? repitió el moderno alférez.

—No, no, no.

Un nuevo crujimiento, mas fuerte que los anteriores, hizo astillas la mano izquierda y el veterano la dejó caer al suelo.

La matrona volvió a desmayarse.

El juez tocó la campanilla y dijo al ordenanza:

—Llame usted al docor Sazie.

El médico entró en el acto, y el majistrado lo informó de lo acaecido.

Sazie se acercó, tomó una de las manos y dijo:

—No hai remedio, es preciso amputar estos miembros; de lo contrario talvez se declararia el cáncer. ¡Caramba, amigo, que tiene usted unos dedos de acero y unas fuerzas parecidas a las de Sanson!

Y el doctor Sazie miró con curiosidad las grandes y robustas manos del veterano. En seguida se acercó a la matrona y le puso un pequeño frasco en las narices.

La vieja abrió los ojos, y entre lastimeros ayes dijo:

—Esto se llama castigar a la inocencia: el diablo no obraria de otra manera.

—Esto es nada, repuso el majistrado, en comparacion de tus crímenes.

—¿Qué se me ha probado? de qué se me acusa?

—Tú misma lo confesarás.

—Pueden darme la muerte; pero no seré tan cobarde que vaya a acusarme falsamente a mí misma.

—Aquí tienes otro testigo en tu contra: el respetable doctor don Lorenzo Sazie; ¿lo conoces?

—Sí, lo conozco.

—Pues bien, él ha depuesto tambien en tu contra y está conforme su declaracion con todas las otras.

—Y yo he sido, agregó el médico, quien ha venido a acusarte.

—Usted, señor! ¿Y qué sabe usted?

—Todo lo que has hecho, todo lo que me ha revelado Eloisa Mendizábal, a quien habias pagado, a quien habias creido inducir a fuerza de dinero a ser tu cómplice, y añadiré mas para que te convenzas de que la justicia no ignora nada: por consejos mios volvió a tu casa Eloisa a pedirte otros remedios, es decir, otros venenos, y tan luego como se los diste los tuve yo en mi poder y me vine en el acto mismo a entablar mi acusacion ante el señor juez del crímen, que a requerimiento mio mandó prenderte.

La vieja quedó confundida. Cada vez mas su posicion se hacia mas crítica; sin embargo, persistia en su negativa.

El juez ordenó que se presentase Mercedes; pero se lo comunicó despacio al secretario para observar el efecto que produciria la presencia inesperada de la jóven.

Mercedes apareció apoyada en el brazo de su hermano; porque sentíase débil, sentíase desfallecer.

A la vista de aquella niña, pálida por el sufrimiento prolongado y por tan repetidas y fuertes emociones, la vieja no pudo ser ya mas dueño de sí, y con los ojos desencajados y fijos cual si un fantasma terrible y amenazador se le presentara, esclamó:

—¡Mercedes! Mercedes! Y yo que dudaba todavia!

—¿Confiesa usted al fin que conocia a esta señorita? dijo el juez.

—No, no; niego... ¡Nunca he conocido a Mercedes!... Nunca, nunca, nunca...

—¿Y cómo sin conocerla ha acertado usted inmediatamente con su nombre?

—Cómo! cómo!... ha sido una equivocacion mia... una equivocacion y nada mas...

—Ya veremos mas tarde...

Mercedes estaba tambien a punto de desmayarse. El juez le ofreció con la mayor amabilidad un asiento. El doctor Sazie la tomó de la mano y la condujo al sofá, pidiendo a la vez un poco de agua para echar unas gotas del mismo elixir que le habia dado el dia anterior en casa de Guillermo.

Mercedes recuperó sus fuerzas y pudo responder a las preguntas del juez, que fueron hechas con el mayor laconismo posible para no atormentarla demasiado.

Cuando hubo prestado su declaracion, el majistrado la hizo retirarse en compañia de su padre y hermano, acompañándola personalmente hasta la puerta: atencion mui marcada de parte de un majistrado que está desempeñando las funciones del juez, es decir, que en esos momentos deja casi de ser hombre.

El doctor Sazie trató de despedirse; pero el majistrado lo detuvo, haciéndole la observacion de que estaba en el deber de practicar la amputacion, y que le hiciera el favor, mientras duraba el interrogatorio, de permanecer en la secretaria del juzgado, pues no perderia mucho tiempo, porque llegaba ya a su término.

El doctor Sazie accedió y pasó a la secretaria.

La madre de Guillermo fué introducida en seguida e interrogada en conformidad a la primera declaracion que habia prestado; pero esta vez, en presencia de la tia Anastasia, fué menos esplícita que la anterior.

Obligada la matrona examinada a responder, dijo que no tenia conocimiento alguno de los hechos que relataba aquella señora, a quien habia confesado y confesaba nuevamente conocer desde mui remotos tiempos; pero que le constaba que la fortuna que ella poseia actualmente era usurpada y que sobre este punto podia dar detalles prolijos al juzgado, agregando que talvez seria con el fin de perderla que aquella señora se habia puesto del lado de sus enemigos, sin reflexionar que tenia en su poder documentos bastante esplícitos y pruebas mas que suficientes para probar lo que decia.

—Aun cuando no se trata, contestó el juez, ni es tampoco de mi incumbencia la acusacion que usted hace ahora, dígame usted dónde están esos documentos.

—Esos documentos, señor, los tengo en un gran libro; y si V. S. me da un momento de libertad, podré presentarle una copia de ellos.

La madre de Guillermo palideció. El majistrado, mirándola con severidad, la dijo:

—No es mi tribunal, señora, el que debe dirimir esta cuestion; con que asi, tranquilícese, pues he preguntado por esos documentos para ver si encuentro algo concerniente a la causa actual, y creo haberlo hallado. Por lo que a usted respecta, responderá o no responderá ante otro tribunal: eso vendrá mas tarde.

—Es una impostura, señor.

—No lo dudo, pero los reos tienen el derecho de defenderse.

—¡Una impostura! agregó la vieja Anastasia; ¡una impostura cuando usted misma, no hace muchos dias, reconoció la exactitud de los apuntes de mi libro!

—Todo va tomando una forma clara y precisa, repuso el juez; ahora vamos a cotejar las pruebas únicamente. Y el juez del crímen practicó el resúmen de las declaraciones.

La tia Anastasia todavia tenia esperanzas.

El majistrado tocó la campanilla y dió sus órdenes en voz mui baja.

Ocho o diez soldados se presentaron en seguida cargando una enorme caja.

El juez tenia los ojos clavados en la vieja Anastasia.

En cuanto apercibió ésta aquella prueba innegable de todos sus crímenes y que comparecia tambien el oficial a quien habia querido cohechar, vió que no habia remedio y que todo estaba descubierto, no quedándole otro recurso que implorar la piedad del juez, y dijo:

—Señor, estoi dispuesta a confesarlo todo. Es cierto lo que se ha dicho de mí. Es verdad que he envenenado a Mercedes Lopez con ópio por instigaciones del hijo de la señora que esta aquí presente; pero tambien, señor juez, yo resarciré todo el mal que he hecho a esa honrada y virtuosa familia, con tal que se tenga por mí alguna compasion; diré mas: única y esclusivamente con tal que se me deje con vida y se queme en su presencia ese libro en que escribo tantos años.

Todo el dolor que esperimentara aquella mujer con la fractura de sus dos manos habia desaparecido como por encanto a la vista del enorme baul. Ah! el temor de que le descubrieran todas las atrocidades cometidas durante su vida era mas poderoso que cualquiera otra sensacion; y arrodillada dijo al juez:

—Señor, señor! una sola súplica, una no mas.

—¿Qué es lo que quiere usted?

—En ese baul se encuentra el libro.

—¿El mismo de que usted acaba de hablar y en donde están los documentos que comprueban la acusacion hecha por usted contra la señora?

—El mismo, señor.

—¿Y bien?

—Y bien, quémelo usted y en seguida haga lo que quiera de mí, porque es verdad que he hecho todo aquello de que ahora se me acusa.

—¿Y qué contiene ese libro?

—Nada, señor... nada mas que algunos apuntes... algunas cuentas...

—Mujer infame, mujer la mas criminal que he conocido en mi vida, que he rejistrado en los ana'es del mundo, sábete que yo he roto esa caja anoche, que he visto su contenido, que he leido una a una todas las pájinas de ese libro infernal, que...

—Estoi perdida!... perdida sin remedio!...

Y la tia Anastasia cayó por tercera vez exánime... ¡Y ojalá hubiera sido para no levantarse mas; porque si la justicia humana iba a terminar, no habia principiado aun la justicia divina en la tierra! . . . .

. . . .

La madre de Guillermo estaba aterrada: ¿qué iba a ser de ella? Allí, en manos de un majistrado, estaba la prueba de su complicidad en el crímen de su marido! Allí estaba, por consiguiente, su ruina y su vergüenza! ¿Cómo salvarse? ¿Cómo destruir aquel testimonio de su ignominia? ¿Qué papel representaria en la sociedad no teniendo ya ni honra ni fortuna? Sin embargo, a pesar de estar abatida, dijo al majistrado:

—Voi, señor, a permitirme una lijera observacion: me parece que los apuntes de una mujer como ésta no son dignos de fé.

—Asi quiero creerlo, señora, a pesar que están bien detallados. Y el juez miró con desprecio a la orgullosa y rica matrona. Pero prefiero, añadió, evitar mayores males y voi a obedecer a la demanda de la reo, puesto que está ya convicta y confesa: voi a quemar, señora, estos apuntes y a tratar yo mismo de olvidarlos, porque yo no soi, ni puedo, ni debo ser el acusador de nadie; en esta virtud, lo único que tiene usted que temer es a su conciencia si acaso ha obrado mal, pues el relator no existe. Vaya usted en paz.

Y el juez, sin mirarla y sin contestar a la profunda reve-

rencia que le hacia doña Porfira, le señaló la puerta con la mano.

Hemos de advertir que al introducir el cofre al juzgado el prudente majistrado habia hecho salir hasta su mismo secretario, quedándose solo con la tia Anastasia y la madre de Guillermo, para que desapareciese el mas mínimo vestijio de cuanto podia decirse allí y de cuanto secreto pudiera revelarse; porque su intencion era sepultarlo todo en el olvido; de manera que de todos los papeles que encerraba el cofre, incluso el libro, sacó solo los comprobantes para el juicio actual y aquellos documentos o escrituras que se referian a intereses pecuniarios, reservando el resto para hacer con él un grande *auto de fé.*

Parece providencial, y talvez lo es, que en jeneral aquello mismo que sirve a los malvados o que lo creen como su mejor salvaguardia, viene a ser lo que los pierde: el libro de memorias de la tia Anastasia, que era su fuerza y su baluarte, porque teniéndolo se creia inespugnable, fué tambien su acusador, su verdugo y su cuchillo.

VI.

El letargo de la vieja matrona se prolongaba demasiado, y el juez del crímen tocó la campanilla e hizo llamar al doctor Sazie, que compareció inmediatamente.

—Señor, dijo el majistrado; creo que hace como un cuarto de hora que esa mujer no ha vuelto del último desmayo: sírvase observarla: ella seria mui feliz si hubiese muerto.

El médico la examinó y respondió esta sola palabra: "Vive todavia."

—¿Cree usted necesaria la amputacion?

—Indispensable si V. S. quiere salvarle la vida.

—Es mi deber, porque de otra manera no seria mas que un asesino: la lei puede y debe condenarla, pero no yo.

—¿Y por qué no se deja, señor, que haga la naturaleza lo que mas tarde tiene que hacer la lei?

—¿Y por qué, doctor, sabiendo usted positivamente que ha de morir un enfermo no le da usted un benéfico tósigo para ahorrarle algunas horas de crueles tormentos?

—Porque contrariaria la voluntad de Dios y me haria reo de un delito.

—Lo mismo somos nosotros, señor; esta mujer morirá por la lei, pero no seré yo quien la mate; con que asi, doctor, suplico a usted que le haga la operacion, y que se la haga con esmero, tanto para evitarle mayores dolores, cuanto porque es bastante rica y tiene de sobra con que recompensar el servicio.

—Asi lo haré, señor; pero prevengo a V. S. que no obraré por interes, sino que obedezco a su mandato.

—Aquí no hai mandato, doctor; esta mujer necesita al cirujano, tiene con qué pagarlo y lo pagará con profusion; porque, como le he dicho a usted, es escesivamente rica.

—Entonces convendria operarla desde luego para aprovechar el desmayo y que la amputacion sea menos sensible.

—Obre usted como lo crea mas conveniente, haciendo cuanto pueda por salvarle la vida.

El doctor pidió que fuera trasportada con el mayor cuidado al calabozo, exijiendo que se le diera préviamente una buena cama; y con esa destreza inimitable que tenia como cirujano, hizo la amputacion con el mas feliz éxito, sin que el sufrimiento la despertara del letargo, porque talvez esperimentó alivio con la operacion en lugar de dolor.

Ese mismo dia el júez basó su sentencia y pronunció su fallo: la tia Anastasia debia ser ahorcada.

Ya lo hemos dicho: las funciones de la justicia humana habian terminado: el castigo que ésta puede dar estaba cumplido; pero era necesario que principiase sus operaciones la justicia divina y que el castigo de Dios viniese a su turno y tuviese la preferencia sóbre el del hombre: estaba decretado que la tia Anastasia viviera.

Mientras se seguian todos los trámites que requiere la confirmacion de una sentencia de muerte, es decir, mientras pasaba a la corte suprema y era examinada la causa por ésta, la tia Anastasia continuaba presa en el cuartel de policia y en la mas estricta incomunicacion.

Cuando volvió de su letargo aquella mujer, pensó primero que cuanto le habia pasado no era mas que un sueño, porque se encontraba en una cama y no sentia el menor dolor; pero cuando para cerciorarse de ello levantó sus brazos y los encontró sin las manos, lanzó un grito horrible, un grito tan espantoso, que el centinela de la puerta se asustó y varios otros soldados que andaban por los alrededores corrieron hácia el punto de donde habia salido tan estraño ruido, preguntando: "¿Qué es eso? qué ha sucedido?" Pero el soldado mismo que estaba de guardia no pudo contestarles, porque en realidad no era aquel un grito humano.

La novedad del baul tan cargado de riquezas y que pertenecia a aquella vieja habia corrido ya por todo el cuartel con miles de comentarios y de exajeraciones; de manera que todos creian que la propietaria de tantos tesoros habia hecho pacto con el diablo; y cuando oyeron el ruido que provenia del calabozo donde se encontraba prisionera, dijeron: este debe ser el demonio que ha llegado y que está en conversacion con ella; pero en vano trataron de oir lo que se hablaba, porque habia vuelto a reinar el mas profundo silencio.

La tia Anastasia, al verse mutilada, recordó todo cuanto le habia pasado y recordó principalmente el martirio que le habia hecho sufrir el viejo alférez del conventillo, pensando que él habia sido quien le arrancara sus dos manos; en seguida trajo a su memoria todas las declaraciones dadas en su contra, inclusa la de la madre de Guillermo; y la desesperacion mas grande se apoderó de ella al ver que estaba en la imposibilidad de vengarse: ningun otro sentimiento

ocupaba todavia su corazon de hiena; pero esto no dejaba de ser un atroz martirio.

Despues venia la reflexion sobre la pérdida de sus riquezas, adquiridas en tanto tiempo, con tanta constancia y con tanto trabajo, y que habian desaparecido en un instante sin saber dónde irian a parar aquellos tesoros que formaban toda su delicia y que hacian toda su fuerza, porque gozaba con ellos y dominaba por ellos... Pero su libro... ¡Ah! si siquiera conservara su libro, ella no seria tan desgraciada; mientras que en poder de la justicia ese libro que hacia sus glorias era ahora su perdicion...

Y la matrona examinada temblaba al pensar lo que irian a hacer con ella, porque tenia conciencia de todos sus delitos y presumia, con razon, que no quedarian impunes; pero ¿cuál seria el castigo? Esto era lo que la atormentaba, pues ese castigo debia ser proporcionado a sus crímenes; y la vieja, por una de esas anomalias del espíritu, que nos obligan a fijarnos mas en lo que mas nos asusta, principió, sin quererlo, a recorrer uno a uno todos los actos de su criminal existencia, desde su robo a la pordiosera, su fuga con Josesito, su estadia con Silvia, sus relaciones con el padre de Guillermo, su entrada en casa de doña Juana, hasta los últimos acontecimientos; y se asustaba ella misma de encontrarse tan mala, no por arrepentimiento, sino por miedo, por miedo del castigo... por miedo de la muerte... y por primera vez en su vida se presentaron a su imajinacion las ideas relijiosas con todos sus santos terrores, el diablo con todas sus amenazas, el infierno con todos sus castigos. La justicia de Dios principiaba ahí donde habia concluido la justicia del hombre. Si hai algo de espantoso, algo de terrible, es una conciencia donde se anida el crímen!... No hai tormentos en el mundo iguales a los que esperimenta el malvado cuando se encuentra al fin en la impotencia de obrar!.. 'cuando está obligado a reconcentrar las miradas del alma en el interior de esa misma alma!..

cuando ya no hai mas medio de continuar embriagándose con el alcohol del vicio!... Y esto era lo que principiaba a sufrir la envenenadora de Mercedes.

La sentencia de muerte fué confirmada por la Corte Suprema; pero ese mismo dia que se le leyó a la reo, fué llamado el doctor Sazie para visitarla, pues habia caido gravemente enferma: una fiebre devoradora y un delirio espantoso eran el primer síntoma de aquel violento mal.

Cuando la vió el médico, declaró que debia trasladarse inmediatamente al hospital, porque era la peste y una peste de las mas malignas la que tenia aquella mujer, previniendo al juez del crímen que él se encargaba de su curacion para entregarla en seguida al brazo de la justicia que estaba levantado sobre su cabeza y pronto a descargar el último golpe.

Ese mismo dia, con las precauciones necesarias, fué conducida la tia Anastasia al hospital de mujeres, donde la recomendó el doctor Sazie á las ayudantas, encargándoles el mayor esmero y que no dejasen de cumplir todas sus prescripciones con la mayor puntualidad y exactitud.

Como ya sabe el lector, la tia Anastasia era escesivamente fea; pero con la peste su fealdad no tenia nombre, era peor que un mónstruo, no podia encontrarse nada en la naturaleza que pudiese compararsele, y las ayudantas esperimentaban no solo repugnancia sino terror por aquella mujer, y sin las terminantes recomendaciones del doctor, la habrian abandonado e indudablemente habria perecido; tal era el sentimiento de repulsion que inspiraba. Sin embargo, don Lorenzo Sazie venia a verla dos o tres veces al dia, prodigándole los mas esmerados cuidados, hasta el punto que toda la sala no sabia qué pensar de aquella conducta del doctor, pues por ninguna otra guardaba, no diremos iguales, pero ni aun parecidas consideraciones, sin saber que el médico se empeñaba en conservar la presa de la justicia humana.

Esta enfermedad, terrible por sus síntomas, se desarrolló con rapidez y acabó con la misma en mui poco tiempo; pero si la matrona examinada habia sido arrancada de los umbrales de la muerte, no habia salido tan ilesa. Cuando comenzaba a deshincharse la cara y a caer las costras, que es señal infalible de mejoria, el doctor Sazie vió con estrañeza que tenia una mirada vaga y que el brillo habia desaparecido de sus ojos; en consecuencia, tomó un espejo, lo puso delante de la cara de la enferma y le preguntó:

—¿Ve usted?

Por toda respuesta no oyó mas que un inintelijible murmullo.

Es de advertir que esta era la primera vez que el doctor Sazie, durante toda la enfermedad, hablaba a la tia Anastasia; porque si bien se habia propuesto sanarla, sentia por ella una repugnancia y una aversion invencibles y no habia jamas dirijídole la palabra, limitándose únicamente a examinar los síntomas y a curarla.

Volvió el doctor Sazie a hacer la misma pregunta y a recibir por contestacion el mismo murmullo; entonces hizo nuevas esperiencias y quedó convencida que estaba ciega, y le dijo:

—Usted ha cegado; sus ojos no verán ya mas la luz del dia.

Un murmullo mas prolongado y mas inintelijible dejóse oir, lo que estrañó sobremanera al médico, porque él esperaba una respuesta cualquiera; pero no pudiendo obtenerla, presumió que habria algun obstáculo en la lengua o en la garganta y ordenó a la tia Anastasia de abrir la boca.

La vieja obedeció en el acto, seña inequívoca que conservaba el oido en perfecto estado.

El doctor examinó con el mayor cuidado aquel interior repugnante y que exhalaba un fuerte y desagradable olor. La lengua estaba hinchada y negra como el carbon, el paladar se encontraba casi en el mismo estado, pero con apariencias mas favorables.

Entonces dijo entre sí: "Un dia mas y talvez no habria ya remedio: el cáncer habria penetrado hasta el interior y era imposible salvarla. ¡Cómo diantres me he descuidado tanto! Si yo hubiera dirijido la palabra a esta mujer, habria conocido antes este grave mal y lo hubiera combatido desde el principio, sin verme obligado a hacer esta peligrosa amputacion que ahora es indispensable y que para siempre va a privarla del uso de la palabra... ¡qué situacion tan espantosa!... En fin, ¿qué hacerle? ¿Quién sabe si no es este un castigo de Dios? El doctor habia adivinado: la justicia del Altísimo continuaba...

—Es preciso cortarle a usted la lengua, dijo el médico a la tia Anastasia con tono resuelto y en que no se notaba el menor síntoma de compasion, porque en realidad no la esperimentaba.

La muda hizo un movimiento de cabeza negativo.

—Si no accede usted, morirá en cuatro o cinco dias, presa de los mas espantosos dolores.

La muda, como si reflexionara o se encontrara indecisa para tomar una determinacion, no dió la menor señal de aprobacion o desaprobacion.

El doctor volvió a decirle:

—Usted tiene, en caso de que no se deje operar, contadas sus horas de vida, y seria entonces conveniente que llamase a un confesor, porque yo estaria de mas.

La muda se estremeció.

—¿Quiere usted que le haga la operacion?

La muda hizo un signo afirmativo.

En ese momento se le habia ocurrido quizá la idea del infierno, y por lo menos queria sacar la ventaja de robarle algunos años al diablo.

Sazie, sin pérdida de tiempo, llamó a su ayudante, tendió a la vieja sobre la cama, mandó que le sostuvieran la cabeza y el cuerpo dos robustos mozos, sacó sus instrumentos, estiró la lengua con una especie de tenazas y principió la

amputacion en aquella parte que creia estar exenta del cáncer.

La tia Anastasia quedó desde ese momento como un tronco humano: no tenia ni ojos para ver, ni lengua para hablar, ni manos para servirse o para escribir!... Y, lo que es mas espantoso todavia, Dios le habia dejado el oido para percibir todas las melodías de la creacion de que ya no podia gozar, todos los improperios, todos los desprecios, todas las humillaciones, todas las burlas a que estaria espuesta por su miserable y repugnante situacion; sin que pudiera poner atajo, sin que pudiera exijir reparacion, sin que pudiera practicar la menor venganza, porque era mas débil que un niño, porque no podia hacer uso ni de la palabra, ni de la vista, ni de las manos; y todo esto sin arrancar la compasion de nadie, porqué su cara, su deformidad, su estado y los rasgos de esa fisonomia que revelaba el crímen en cada una de sus facciones, la hacian repelente a todo ser humano y repelente hasta a los mismos animales...

Y le habia dejado, ¡cosa terrible e infinitamente la mas cruel! todo su talento, todo su juicio, toda su conciencia, toda su memoria, para que pudiese recordar, comparar, discernir: para qúe no quedase exento de castigo ningun acto de su pasada vida, libre de remordimiento ningun crímen, tranquilo ningun instante de su existencia actual; pues debia ser perseguida por sus recuerdos hasta en el sueño; pues no tendria lugar ni rincon donde esconderse de sí propia; pues estaban cerradas las puertas de los sentidos principales para que no tuviera distraccion la que menor y se reconcentrase siempre, siempre en sí misma!... La tia Anastasia estaba, desde ese momento, condenada a no tener amistad con nadie, confianza con nadie, relacion con nadie!... Estaba condenada a temer de todo el mundo, a desconfiar de todo el mundo, a ser odiada y despreciada de todo el mundo!... Estaba condenada a no recibir consuelos de ninguna especie, porque tenia que vivir sola, sola, sola y siempre sola

en medio del infierno que encerraba en su pecho, en medio del infierno que abrigaba en su mente!... Estaba condenada a pensar siempre en el castigo eterno, en el castigo de Dios, en los tormentos crueles que le esperaban en la mansion de los réprobos, porque ella comprendia que le era imposible escaparse jamas a la justicia divina! ... Estaba condenada a no creer en la bondad infinita del Ser Supremo y supremamente misericordioso, porque ella jamas habia sentido misericordia, porque ella jamas habia esperimentado compasion, porque ella jamas habia procurado el menor alivio a ningun hombre! . ..

....

VII.

Vamos a adelantar un poco los acontecimientos respecto al personaje de la tia Anastasia para no tenernos que ocupar mas de él.

La operacion del doctor Sazie tuvo un resultado mui satisfactorio, pues en pocos dias quedó completamente cicatrizada la herida, y la tia Anastasia fué dada de alta; es decir, que, estando suficientemente buena, podia salir del hospital, y en consecuencia fué de nuevo conducida a la cárcel para que se cumpliese la sentencia confirmada por la corte.

El juez del crímen, cuando la vió comparecer nuevamente, se horrorizó. Aquella mujer, puede decirse así, no era ni sombra de lo que habia visto pocos dias antes. Su cabello habia completamente emblanquecido, su rostro era diforme y estraordinariamente repulsivo, sus ojos sin espresion espantaban, su lengua cortada producia sonidos gutulares que no se asemejaban al habla del hombre, que ni aun se asemejaban al grito de los brutos en sus diferentes especies, y sus brazos mutilados pero movibles completaban aquel cuadro de verdadera desolacion humana; ¡y sin embargo esta mujer

no inspiraba compasion! ¡Esta mujer estaba maldecida por Dios!

El júez del crímen, conocedor perfecto de los secretos que encerraba aquel ser incompleto y suponiendo que la vida de esa media entidad debia ser un castigo mayor que la muerte, concibió el proyecto de hacer que solicitasen ante el consejo de estado la conmutacion de la pena para que en lugar de que sufriera el último suplicio fuese encerrada para siempre en una casa de correccion, no con la intencion de que se reformara, sino únicamente de que espiara sus crímenes por medio del remordimiento, y que, a fuerza de tanto sufrir, se depurase un dia y consiguiese con el bautismo del dolor el perdon de sus culpas, cuando fuese llamada aquella mujer ante la presencia de Dios; pero el compasivo juez ignoraba que no habia resorte alguno que tocar en aquella alma, a no ser el del miedo y que el miedo tiene su oríjen en un sentimiento de cálculo y egoista con que se engaña el hombre y con el que quiere engañar a Diòs, porque el miedo, lejos de ser una virtud, es mas bien una falta y no saldrá de este sentimiento ninguna ofrenda sincera y digna de la divinidad para que por ella llegue a rejenerarse el hombre.

El dolor de atricion, dicen los teólogos, puede ser eficaz y puede valer casi tanto como el dolor de contricion, sujetando el primero a ciertas fórmulas, sin ver que esto es empequeñecer a Dios tanto mas, mucho mas, infinitamente mas que lo que se empequeñece al hombre, pues Dios no puede recibir como holocausto ni apreciar como mérito un sentimiento tan interesado como hipócrita, un sentimiento que no tiene en vista otra cosa que el castigo, y que no se resentiria jamas si existiera la impunidad.

El juez del crímen, lleno de estas idéas de benevolencia, llevó a efecto su plan y lo consiguió, porque el Consejo de Estado conmutó la pena de muerte en una reclusion perpétua o por todos los dias de su vida, pasando en seguida la tia

Anastasia a una de esas casas de asilo, que por lo jeneral no son otra cosa que la Penitenciaria en pequeña escala.

La antigua matrona examinada, tan poderosa y opulenta poco tiempo antes y ahora tan miserable bajo todos aspectos, recibió con placer la conmutacion de su pena, porque todo ser animado y quizá hasta los mismos inanimados están sujetos al instinto de la conservacion, que es una lei que, sin duda alguna, debe rejir a todo el universo, cualquiera que sea el sol o la naturaleza de los seres que lo forman.

Esta especie de contento de la ciega-muda no debia de durar sino un instante para penetrar nuevamente en las tenebrosas rejiones de su conciencia.

Cuando fué llevada a la casa de asilo que se le habia señalado, todas las personas que estaban agrupadas para ver a la recien llegada se desbandaron a su presencia, gritando:

—¡Qué mónstruo! qué quieren hacer con nosotros! qué grandes faltas hemos cometido para que nos den por compañero al diablo!...

Y la tia Anastasia oia!...

Un profundo silencio se hizo en su derredor y quedó inmóvil en el puesto en que la habian dejado. Solo se sentia el ladrido furioso de algunos perros, que parecian querer romper sus cadenas para lanzarse sobre ella. ¡Qué situacion! ¿Pero qué hacer para aliviarla?

Al fin de un gran rato, una de las *detenidas*, mandada sin duda por órden superior, se acercó a ella y le dijo:

—Sígame usted.

La ciega quedó inmóvil.

—Sígame usted, repitió la mujer.

Por toda respuesta dejóse oir un murmullo, quedando siempre inmóvil.

—¿Es usted sorda?

La misma contestacion, es decir, el mismo murmullo.

La detenida echó a correr ni mas ni menos como si tuviera delante de sí al demonio en persona.

En seguida volvió a presentarse armada de un palo y sin duda alguna compelida por la persona que mandaba en aquella casa.

—Tome usted la punta de este palo y sígame.

La tia Anastasia, por toda respuesta, mostró sus mutilados brazos.

La detenida volvió a correr gritando:

—¡Zunca! zunca! zunca! aun cuando me máten no me acerco mas a ese demonio que nos han traido aquí!...

A la distancia veíase muchas *detenidas* mirando con ojos espantados a la tia Anastasia, que todavia permanecia en el mismo lugar y en la misma actitud.

La superiora de la casa se presentó, ordenando que fueran entre dos a traer a esa mujer y la pusieran en el cuarto que le estaba destinado, y designó a dos de las *detenidas* que creia mas viriles y que se vieron obligadas a obedecer.

—¿Pero cuál de las dos, preguntó una de ellas a la superiora, será la que la tome de la mano?

—Esa mujer no tiene manos y cada una la tomará de un brazo.

—¿Y por qué no camina por sí misma?

—Porque es ciega.

—¿Y como se le ven ojos? insistió la misma *detenida*, que tenia repugnancia en obedecer la órden.

—Esos ojos no ven, y su lengua y sus brazos han sido cortados.

—¡Por Dios! señora. ¿Qué es lo que ha hecho esa mujer?

La superiora estaba informada de todo; habia recibido la órden del gobierno de darle un cuarto solo i el alimento necesario, dejándola en completa libertad de hacer lo que quisiera, impidiéndole solamente la salida a la calle, debiendo permanecer allí toda su vida; asi es que la superiora, que no daba jamas la menor confianza a ninguna de las *detenidas*, solo dijo a la que la interrogaba:

—Esa mujer ha tenido la peste y está recien salida del

hospital, siendo esa enfermedad la que la ha privado de la vista y del habla.

—¡La peste! ¡Santo Dios! Y si se nos pega a nosotros! dijeron algunas de las *detenidas.*

—Ya está pasada la enfermedad y no hai el menor temor de contajio. Por otra parte, esa mujer va a vivir por separado, va a vivir sola y no en compañia de ustedes.

—En fin, esto siquiera es un consuelo.

—Tómenla de un brazo cada una y llévenla al cuarto denominado el infierno.

Al oir la tia Anastasia semejante órden se estremeció.

—Nos parece que ya debia estar hace mucho tiempo en el verdadero, dijeron varias de las *detenidas.*

La ciega dejóse conducir, oyendo a cada paso y sin poder ver a nadie los mas groseros insultos, porque aquellas mujeres son jeneralmente la hez de nuestra sociedad.

La ciega caminaba siempre, roida por la desesperacion y temblando por el miedo.

Paráronse al fin las que la conducian y oyó distintamente el ruido de una llave que se ponia en la cerradura de la puerta. La tia Anastasia conoció que habia llegado al lugar llamado el infierno, y tembló nuevamente. Nada tenia, empero, de estraordinario aquel cuarto, cuya lúgubre denominacion provenia sin duda de que habia clavado en una de las paredes un gran cuadro representando a San Miguel con un horrible diablo a los piés y de que servia siempre de encierro a las *detenidas* cuando alguna de ellas habia delínquido gravemente; porque ese cuarto, aunque sin motivo razonable, era jeneralmente temido, prefiriendo cualquier otro castigo al tener que pasar en él algunas horas, y ménos todavia una noche.

Todo el ajuar de aquella terrible morada consistia en una tarima cubierta con una pequeña estera del pais puesta esprofeso para servir de cama a la que estuviera en penitencia, y una mesa de palo blanco con una silla de paja, ambas

piezas sucias y en mal estado, pero que todavia eran susceptibles de algun servicio. El cuarto no estaba enladrillado y se sentia en él un olor a húmedo mui desagradable, porque ese olor estaba combinado al que exhalan los ratones, propietarios casi absolutos de aquella solitaria morada, de la que habian hecho su mansion favorita y por decontado el teatro de sus amores y el lugar mas a propósito para la crianza de sus hijuelos.

Una vez abierta la puerta, la superiora dijo con voz imperativa:

—Este es tu cuarto.

Y luego, dirijiéndose a las que conducian a la ciega, les ordenó de mostrarles el lugar en que se encontraba la cama, es decir, la tarima, asi como tambien la mesa y la silla por si queria hacer uso de una y otra cosa.

Cuando se hubieron retirado las dos *detenidas*, la superiora dijo al tronco humano:

—El gobierno ha sido contigo mui clemente, porque merecias estar frita en aceite; pero ha preferido mandarte a esta casa, donde se te dará de comer y de beber una vez al dia, pero lo suficiente para que no pases la menor necesidad; tambien se te dará un saco cuando concluyas el que tienes, y ademas estás completamente libre con tal que no trates de evadirte, porque en ese caso tengo órden de amarrarte una cadena.

Y la superiora le volvió la espalda y salió.

La tia Anastasia quedó sola: un profundo silencio reinaba a todo su alrededor y le pareció que estaba en una bóveda y bajo la loza de un sepulcro.

—¡Libre! Libre! dijo en su interior la tia Anastasia. ¡Me dejan libre! Me dicen que estoi libre! Libre sin ojos... libre sin lengua... libre sin manos!... ¡Libre sin poder ver, sin poder hablar, sin poder palpar! ¡Qué rara libertad!... Preferiria estar encerrada para siempre, pero tener mis ojos, mi lengua, mis manos! Asi al menos no estaria obligada a

pensar y solo a pensar; porque mi vista me distraeria algunos instantes siquiera, porque mi voz la escucharia otro ser, y aunque no me oyese nadie, me oiria al menos yo misma; porque haria uso de mis manos aunque no fuera mas que para comer o para los usos mas indispensables de la vida; mientras que ahora estoi espuesta a todo, inhábil para todo, y lo que es peor, compelida a reconcentrarme en mí!.... Pero no quiero recordar... tengo miedo, miedo, mucho miedo... No quiero recordar, no quiero...

Y la vieja comenzó a darse fuertemente en la cabeza con sus mutilados brazos y se dejó caer en el suelo. Al ruido que produjo en la tarima el peso del cuerpo, sintió la ciega otro ruido estraño, que no era producido por ella, y un sudor frio, el sudor del espanto, brotó abundante por todo su cuerpo, y se quedó sin movimiento esperando el resultado, esperando otro nuevo castigo; porque, como habia oido que la llevaban al cuarto del infierno, creyó, en su imajinacion exaltada, que era sin duda el diablo el que venia a atormentarla o a llevársela, sin embargo de que los únicos que habian esperimentado ese verdadero terror no eran otros que los muchos e inofensivos ratones albergados debajo de la tarima, donde los que no habian podido encontrar sus cuevas cuando abrieron la puerta, habian hallado ese refujio momentáneo; pero viendo la ciega que habia trascurrido mucho tiempo y nada sucedia, se tranquilizó un tanto para cambiar de martirio, porque volvia su memoria a recordarle una a una sus víctimas, una a una sus maldades y sus crímenes, y los terrores aumentaban con cada uno de estos recuerdos, que por mas que hacia no podia olvidar.

Los dias se sucedian y los tormentos eran siempre los mismos, talvez mayores, pues le era imposible familiarizarse con aquellas ideas y aun aquella impotencia.

La mujer destinada a llevarle la comida no la hablaba jamas, sino que entraba corriendo y salia corriendo, asi como el que penetra en una casa incendiada para libertar

de las llamas algun objeto de valor y sale del peligroso recinto con igual precipitacion, porque tenia la persuasion de que la ciega era un demonio y podia a un descuido agarrarla y llevársela.

Habia ocasiones en que la tia Anastasia queria hablarla o hacia ademan para retenerla; pero entonces la mujer corria con mayor rapidez, dejando caer muchas veces la comida en el suelo y escapándose: tal era el espanto que inspiraba; de manera que la superiora, sabedora de esto, habia adoptado por el mayor castigo el que fueran a llevarle la comida a la ciega cada ocasion que una de una de las mujeres *detenidas* delinquia, asi como antes las encerraba en el *infierno*.

En los primeros dias, la tia Anastasia no comia por desesperacion, por rabia o por temor, como tambien por la dificultad que tenia para emplear sus brazos y llevar el alimento a la boca, de donde se le caia la mayor parte por la carencia casi completa de lengua; pero como la naturaleza es superior a todo, al fin se dió sus trazas y al cuarto dia buscó su alimento, mas en esta ocasion quedóse tambien sin él, porque los ratones, familiarizados ya con su presencia, habian andado mas listos que ella y tuvo que contentarse con un poco de agua que quedaba en el tiesto de barro que le servia con ese fin Al quinto dia esperó que llegara la mujer encargada de traerle su comida, y se paró en el acto de sentirla venir; pero sobrecojida de miedo la sirviente, dejó caer, como ya lo hemos dicho, los tiestos al suelo y escapó temiendo que la detuviese la ciega.

En esta ocasion, la tia Anastasia, presa de tantos, tan variados y tan crueles sufrimientos, determinó dejarse morir de hambre; sin embargo, cuando llegó la sirviente al quinto dia con la comida, la ciega no pudo resistir y se paró tan luego como partió la mujer, porque en esta vez temió asustarla y que sucediera lo que el dia anterior. Casi a un mismo tiempo que la ciega ocurrian los ratones al cuoti-

diano festin, viéndose ella obligada a defender su comida de aquellos invisibles enemigos que le habian perdido casi todo respeto y que la asediaban por todas partes.

La tia Anastasia esperimentó en esta ocasion cierto placer físico; porque, cuando se ha pasado mucho tiempo sin alimento y al fin se satisface el estómago, el cuerpo siente una interior alegria, pues la circulacion de la sangre se restablece y el corazon continúa sus ordinarias funciones, lo que constituye el goce animal.

El tiempo trascurria así, el tiempo de que la tia Anastasia no tenia idea. ¿Cómo saber el dia en que vivia? ¿Y qué le importaba tampoco? Ella no podia darse cuenta de la duracion del sufrimiento, porque el sufrimiento era continuado. Las horas se sucedian a las horas y a ella no le era posible calcularlas. ¿En qué? ¿Cómo? ¿Para qué? Solo sentia los sonidos; ¿pero qué son los sonidos cuando se vive en una noche eterna? Ella podia, es verdad, interpretar ciertos fenómenos naturales por medio del oido; podia conocer la mañana por el canto de los pajarillos; ¡pero qué le importaba! ¿Habia para ella luz? No: todo era tinieblas; y la antorcha que hubiera deseado apagar, la memoria, crecia, y podemos decirlo así, se multiplicaba para alumbrar cada vez mas aquella conciencia, para que no quedara sin espiacion ninguno de aquellos actos, para que, mientras mas larga fuera la existencia, mas profundo fuera tambien el remordimiento; y era lo que justamente sucedia.

Cuatro o cinco meses apenas habrian trascurrido desde que fué encerrada la tia Anastasia, y ya no era mujer sino cadáver; pero un cadáver con una imajinacion viva y ardiente, un cadáver en todo el goce, en toda plenitud de sus facultades intelectuales, y ese fuego era el que la devoraba, era el infierno que Dios le habia preparado en vida. La tia Anastasia, al cabo de tan poco tiempo, era siempre el mismo monstruo, pero distinto, mui distinto del que habia entrado, porque ahora era mas horrible, mas espantoso, mas

repugnante; y a tal grado habia alcanzado aquella fealdad, que ninguna de esas mujeres *retenidas* por su vida relajada en aquella casa de correccion se prestó en lo sucesivo a llevarle el alimento, prefiriendo los mayores castigos antes que entrar al cuarto de la ciega.

Dos dias hacia ya que la tia Anastasia no comia, y se resolvió salir hasta la puerta de su habitacion, habitacion que no habia abandonado desde que entró, para que la vieran y se acordaran de ella; pero los furiosos ladridos de un perro la obligaron a retroceder y cerró su puerta, echándose sobre la tarima.

Tres dias despues, la superiora, en compañia de varias de las *detenidas*, se dirijió al cuarto denominado el infierno, abrió la puerta, que solo estaba junta, y retrocedió espantada, esparciéndose inmediatamente un olor a cadáver que hizo huir en el acto a todas las mujeres, incluso ella misma.

Poco despues se juntaron en mayor número, y estimulándose las unas a las otras, volvieron a presentarse en la puerta del cuarto, siendo testigos del espectáculo mas horrible, mas espantoso que puede una persona ver en toda su vida, talvez una jeneracion en todo un siglo. La tia Anastasia yacia sobre la tarima con sus vestidos incendiados y completamente desnuda; pero el cuerpo estaba hecho pedazos, y los ratones saltaban sobre ella, la devoraban y se escondian bajo la tarima; pero ella ¡cosa mas espantosa aun! conservaba un raton muerto entre sus dientes!... ¿Habia sido esto el resultado de una lucha encarnizada para defenderse de sus enemigos, o el resultado del hambre? ¡Quién podia decirlo! Quién podia saberlo!... Todavia habia otro misterio: ¿cómo se habian prendido fuego sus vestidos? Las *recojidas*, sin esceptuar una, dijeron que se la habia llevado el diablo... Nosotros, empero, creemos que talvez la mordedura de algun raton en una caja de fósforos debió producir el incendio; pero lo cierto del caso es que

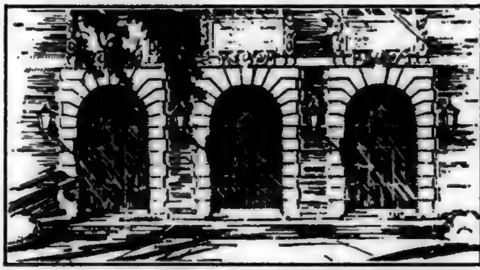
aquel castigo era sin duda el resultado de la justicia divina...

Desde aquel dia, el cuarto denominado el infierno se cerró con un fuerte murallon y no se ha vuelto a abrir hasta la fecha...

....

Talvez nuestros lectores estarán ya fatigados de cuadros tan tétricos, y nosotros mismos dejaremos por ahora descansar con placer nuestra pluma para en seguida tomarla de nuevo y pintar en nuestro cuarto tomo escenas talvez mas agradables y de distinto colorido.

FIN DEL TOMO TERCERO.



LOS SECRETOS DEL PUEBLO.

LOS
SECRETOS DEL PUEBLO

NOVELA SOCIAL Y DE COSTUMBRES

POR

MARTIN PALMA.

TOMO IV.

VALPARAISO:
IMPRENTA DEL MERCURIO.
DE RECAREDO S. TORNERO.
1870.

LOS SECRETOS DEL PUEBLO.

LA POLITICA INTERIOR DE CHILE.

La Sociedad de la Igualdad y el 20 de Abril.

I.

La época en que figuran nuestros personajes, la parte que tomaron en los acontecimientos políticos y nuestros propósitos asi como nuestras ideas, nos obligan a escribir unas cuantas líneas sobre este asunto, líneas que naturalmente se ligan con nuestra historia, y que, si no recordásemos o si dejásemos en blanco, nos encontraríamos obligados a truncarla, rompiendo asi la sucesion de los hechos; mas, por fortuna, las pasiones de los partidos no nos intimidan, su espíritu no nos amedrenta, porque tenemos la vista un poco mas alta que esa atmósfera de especulacion mezquina, de egoismo estrecho y de ignorancia pretenciosa, porque deseamos que llege al fin a establecerse la verdadera república y la verdadera democracia y porque de otra manera nos veríamos imposibilitados para seguir como lo hemos dicho, el hilo de nuestra historia, pues los acontecimien-

tos que van a sucederse están íntimamente ligados con el que encabeza el primer epígrafe de nuestro cuarto volúmen.

Dada esta especie de satisfaccion esplicativa, entraremos en materia con la independencia, con los propósitos y con los buenos deseos de siempre, porque antes que los individuos, que los círculos, que los partidos, están las ideas, están los principios, está la rejeneracion del pueblo, está el bien del pais, al que está íntimamente vinculado el bien de nuestros hijos.

Lo confesamos: cuando uno trabaja con esos fines y con esa libertad, cuando no tiene en vista el lucro del servilismo ni lo amedrenta el *qué dirán*, cuando no solicita empleos ni teme cárceles, los horizontes se estienden, la conciencia se engrandece, la voluntad se ensancha, el entendimiento se aclara y tiene uno ánimo y adquiere enerjia y toma fuerzas para lanzarse en la lucha contra los abusos, contra los despotismos, contra los privilejios, contra las desigualdades sociales, contra todas esas llagas de que adolece la especie y que degradando a la humanidad la avasallan impidiéndole crecer en cuerpo y en espíritu segun la lei de la naturaleza, segun la voluntad de Dios.

II.

Enrique Lopez, el jóven ebanista, habia sido miembro de la *Sociedad de la Igualdad* y era uno de sus partidarios mas ardientes, mas decididos y talvez mas ilustrados.

Los principios de esa sociedad no eran políticos sino humanitarios, sus tendencias se dirijian al bien social y no al engrandecimiento o al predominio de este o del otro partido, y si esa institucion hubiera sido protejida en vez de ser ahogada, si la hubieran fomentado en lugar de estinguirla, si le tienden una mano amiga, en vez del garrote enemigo y si conserva incólumes sus ideas tan progresistas como pacíficas, en lugar de echarse en la arena, siempre

abrasadora y siempre estéril de la política de círculo, de esa política de miras personales y no patrióticas, es indudable que la república presentaria ahora un aspecto distinto; es mas que probable que no habríamos tenido sangrientas luchas, que el pueblo tendria dignidad, que conoceria sus derechos y estaria en posesion de ellos, que seria libre, porque se habria criado en la grande escuela de la libertad, porque habria respirado el balsámico y vivificador ambiente de la democracia, que es la única que engrandece a las naciones, porque es la que nivela a los hombres, porque es la que forma la soberania individual, que es el último escalon de la perfectibilidad social y política.

Pero nuestros mandatarios han obrado y obran de distinto modo. Nuestros mandatarios luchan contra los pueblos en lugar de guiarlos, los esclavizan en vez de libertarlos, les imponen gobernantes en lugar de aceptar los que ellos elijen; y de esta opresion, de esta esclavitud llevada a sistema y aceptada como sistema, de estas absurdas e intrusas candidaturas oficiales, es de donde nacen los disturbios, los odios encarnizados, las luchas sangrientas, el atraso de todos. Tras la candidatura oficial proclamada por don Manuel Búlnes, vino la revolucion del 20 de abril de 1851 y todas las otras que continuaron hasta 1859. Ahora, tras las candidaturas oficiales que proclamará don José Joaquin Perez, ¿cuáles serán los males que sobrevengan? Asi es como los gobernantes provocan a los pueblos, porque no respetan la voluntad de los pueblos, y asi es como las naciones decaen, como el vicio cunde, como los hombres se prostituyen y envilecen, como el espíritu público se estingue y se apaga, dejando en su lugar la hedionda pavesa del servilismo y de la adulacion, para que triunfen los parásitos políticos, los especuladores de sinecuras, los corredores de propinas y de empleos, los ajiotistas de la barata gloria. Triste es decirlo, pero ya se diseña el mismo sistema, ya está, se puede decir planteado, ¡y el congreso de 1870, será, en su gran mayoria

hechura del ejecutivo, contrariando la voluntad y las lejítimas aspiraciones del pais. (1)

Nos hemos desviado un poco del hilo de nuestra historia, pero continuemos. La *Sociedad de la Igualdad* a que, como hemos dicho, pertenecia Enrique, trabajaba por destruir los abusos, por inocular las buenas ideas, por llevar al terreno de la práctica los sanos principios; y no por revolucionar al pais, como afirmaban sus detractores, y no por ambiciosos fines de lucro o de mando, como lo han querido hacer creer; y en prueba de ello podemos citar sus principios fundamentales, pues para pertenecer a ella necesitaba el individuo ser partidario o profesar la siguiente doctrina:

"*Reconocer la independencia de la razon como autoridad de autoridades: profesar el principio de la soberania del pueblo como base de toda política, y el deber y el amor de la fraternidad universal como vida moral.*"

Estas pocas líneas demuestran las tendencias y el espíritu de aquella estinguida sociedad y sus actos posteriores lo confirman, pues desde luego sus ilustrados miembros trataron de abrir escuelas para que se educase el pueblo y se estableciera cátedras de historia sagrada, historia de Chile, dibujo lineal, frances, ingles, música, independiente de los de la lectura, escritura, primeras operaciones de aritmética y elementos de gramática castellana y jeografía, etc.

Ahora bien, ¿no se divisa aquí claramente un fin social en vez de un fin político? I si la política es ésta, no hai duda alguna que es la verdadera, la mas útil, la mas hermosa,

(1) Nuestras opiniones respecto a la deplorable práctica de las candidaturas oficiales no se limitan solamente a afirmar que son un vicio, un abuso y un mal cuyos perniciosos efectos son de gran trascendencia para los gobernantes y para los gobernados, sino que van todavia lejos, mucho mas lejos; pues no solo no creemos en la lejitimidad de estas candidaturas, no solo las consideramos desposeidas de toda autoridad, sino que llevan la deshonra al individuo que las acepta porque son una prueba de servilismo y de esclavitud, una prueba de poca elevacion en el carácter y de poca elevacion en las ideas, manifestando pequeñez en lo primero y estrechez en lo segundo: el sillon de diputado deja de ser un asiento honorable cuando el individuo que lo ocupa no ha sido colocado allí por el libre y espontáneo sufrajio de los pueblos.

siendo así como la aceptamos y como la queremos: la política del progreso es la que debe llamarse política; la política del engaño, del abuso y del solo deseo de medrar, no es política sino retroceso, oscurantismo, pérdida para todos.

En una de las actas de la *Sociedad de la Igualdad*, leemos los siguientes acuerdos:

"1.° Nos reunimos en sociedad usando del derecho que tienen los hombres libres para asociarse para todo objeto que no esté prohibido por las leyes.

2.° Nos reunimos para formar la conciencia pública, es decir, para ilustrarnos en los DERECHOS que nos conceden las leyes y en los DEBERES que nos imponen.

3.° Nos reunimos con el objto de considerar nuestra situacion especial y hacerla presente a las autoridades legalmente constituidas, indicando los medios que creemos puedan hacer desaparecer el mal, usando en esto del derecho que nos concede el cap. 5.°, art. 6.° de la constitucion y conforme a las disposiciones jenerales de ésta.

Estos son nuestros únicos medios, nuestros únicos fines.

Los trastornos, el empleo de la fuerza solo sirven para dar glorias inútiles al que triunfa: queremos la paz, la tranquilidad, porque de ellas solas podemos esperar la prosperidad de la república.

Respetamos todas las opiniones como queremos ver respetadas las nuestras.

Queremos convencer, no queremos imponer nuestras ideas. La santa palabra IGUALDAD es la que nos sirve de bandera. Rechazamos toda opresion, toda tirania, la tirania del capricho popular, como la tirania del mandatario apoyada en la fuerza.

Publicamos esta acta solemne de nuestra sociedad para que sepan nuestros conciudadanos nuestras intenciones, para que vengan a engrosar nuestras filas los BUENOS PATRIOTAS."

Preguntamos ahora: ¿pueden considerarse como perturbadores del órden público los que tienen estas ideas, los que

hacen públicas estas lecciones, los que hablan este lenguaje?

Por otra parte, ¿quiénes fueron los que encabezaron esa sociedad? Entre muchos jóvenes distinguidos por su capacidad, por su fortuna y por su familia, entre algunos artistas de primera nota y muchos artesanos laboriosos y honrados, se encuentran algunos de nuestros primeros y mas famosos literatos. Ahí estaba, se puede decir, a la cabeza de esa sociedad y siendo el alma de ella, Francisco Bilbao, el escritor y el profeta, el hombre de ideas y el hombre de fé, el hombre de sentimientos humanitarios, de pensamientos elevados, de intuicion verdadera, el hombre desprendido que no queria mas que el bien del pueblo y que llevó su abnegacion hasta sacrificarse por ese mismo pueblo, a quien tuvo el dolor de no ver una sola vez antes que terminara su corta, laboriosa, honrada y talvez penible existencia.

Allí se hallaba Eusebio Lillo, nuestro poeta favorito, el poeta melodioso y tierno, sencillo y elevado, cuyas estrofas cadenciosas y dulces se deslizan suavemente, despertando nuestra fantasia, abriendo nuestro corazon a gratas emociones, embriagándonos con esa armonia misteriosa y simpática de que están empapadas sus pocas pero brillantes composiciones; Eusebio Lillo, de un carácter afectuoso y enérjico, lleno de ternura y lleno de fuegó, lleno de bondad y lleno de altivez, que no se ha abatido en la desgracia y sabe ser jeneroso en la prosperidad, que no ha encorvado su frente ante los hombres de poder ni traficado con sus opiniones; en una palabra, que ha sabido conservar su dignidad en las luchas políticas y en las luchas privadas como escritor y como particular, como ciudadano y como hombre, en la plaza y en el hogar.

Veíase tambien allí el jóven Benjamin Vicuña Mackenna, jóven lleno de porvenir y lleno de esperanzas, y que no ha desmentido ni ese porvenir ni esas esperanzas, pues ha llegado a ser el mas fecundo escritor chileno, y sin temor de

equivocarnos, podemos afirmar, el mas fecundo escritor de América. La brillante pluma de Vicuña Mackenna se ha estendido a todo, lo ha recorrido casi todo; pero de lo que principalmente se ha ocupado ha sido de la historia, y particularmente de la historia contemporánea, porque puede decirse bien que Chile no tiene todavia otra, granjeándose en este terreno muchas animosidades con la mejor intencion y la mejor buena fé de este mundo. B. Vicuña Mackenna, por lo que conocemos de sus escritos y un poco de su persona, tiene un alma sincera, afectuosa y honrada, incapaz de hacer el mal sino por cierta lijereza, y esto quizá es lo que lo ha perjudicado; ¿pero qué escritor no esperimenta sinsabores? ¿Qué hombre público no está espuesto a la crítica mas o menos justa, mas o menos severa? La franqueza del historiador Vicuña Mackenna ha ido, es cierto, hasta la temeridad: tiene los defectos de su virtud. Empero, ¡cuánta laboriosidad, cuánto talento, cuánta contraccion, cuánto estudio, cuánta profundidad y elevacion, en medio de algunos defectos, no encierran sus infinitas y variadas pájinas! La literatura nacional debe considerar como su primer campeon al señor Vicuña Mackenna, porque es el que mas la ha enriquecido.

No es nuestro propósito hacer una biografía ni el análisis de las obras de este escritor, sino que, rindiéndole la justicia que merece, hacemos únicamente mencion de su mérito para probar hasta la evidencia los de la *Sociedad de la Igualdad* que un estrecho despotismo cortó en flor antes que jerminara: funesta maniobra que nos ha traido muchos males, dejando de producir muchos bienes (1).

Enrique, con su alma ardiente, amiga de la libertad, deseosa del progreso, entusiasta por todo lo bello y por todo

(1) En la actualidad se forma una *Asamblea electoral* en Santiago encabezada por los hombres mas distinguidos de nuestra sociedad; ¿llegará a tener el mismo fin que la *Sociedad de la Igualdad*? Esperamos que no, a pesar de las tendencias que se manifiestan y de las arbitrariedades que se cometen.

lo grande, no habia mirado con indiferencia los fines humanitarios que se proponian seguir aquellos jóvenes y que estaban en completa armonia con sus tendencias y con las lecciones que habia recibido de su maestro; ¿y cómo, por otra parte, no ser arrastrado por esa elocuencia viril y simpática, parabólica y llena de imájenes de Francisco Bilbao? ¿Cómo no seguir el mismo camino por donde marchaba Recabárren, Lillo, Vicuña, Marin, Bello, Arcos y tantos otros en condiciones distintas, pero unánimes en el pensamiento y conformes en el propósito? Era necesario ser uno de los campeones de la libertad y de la democracia nacientes, y él aceptó el cargo con gusto y con decision.

Cuando Enrique se vió completamente libre de las preocupaciones de la familia, cuando habia castigado a Guillermo y no tenia ya temores por la salud de Mercedes, se entregó en cuerpo y alma, se puede decir asi, pero sin faltar jamas a sus deberes, a llevar adelante aquella cruzada que se dirijia resuelta contra los despotismos, contra las preocupaciones de todo jénero, para plantear sobre sus escombros el estandarte de la razon, el pendon sacrosanto de la fraternidad.

Talvez habia algun egoismo en el sentimiento revolucionario que esperimentaba y seguia Enrique. Talvez no era solo la libertad y progreso del pueblo el móvil esclusivo de sus acciones. Talvez entraba por mucho en la decision y enerjia con que habia abrazado la causa democrática, su propio estado, el deseo de elevarse, de adquirir una posicion social que lo acercase a Luisa, de señalarse con un hecho digno de la mujer a quien amaba, con una accion noble, jenerosa y valiente que lo realzara a sus ojos y que lo asimilara en algo a aquella divinidad a quien rendia el culto mas tierno, mas respetuoso y mas sagrado. Pero esta emulacion ¿es acaso un mal? ¿es acaso un peligro? ¿es acaso una falta o un vicio? No: para nosotros es un mérito, quizás una virtud, porque de allí nacen los grandes desprendi-

mientos, los grandes sacrificios, los grandes hechos: de allí nacen los héroes y de allí nacen los santos, y Enrique queria ser lo uno y lo otro; sin embargo, en la fogosidad de la juventud, en esa vehemencia con que se siente y con que se piensa en los primeros años de la vida, podia mui bien equivocarse en la adopcion de los medios para alcanzar el propósito, y como él no veia mas que la sanidad del fin y estaba resuelto a correr todos los peligros, era uno de los mas ardientes miembros de aquella estinguida asociacion, que, una vez disuelta, tuvo que marchar oculta y entrar en la senda tortuosa de la revolucion armada; pero si el solitario, si el antiguo coronel don Toribio de Guzman se hubiese encontrado en esos momentos en Santiago, es seguro que, sin combatir las ideas de Enrique, sin ir en contra de sus propósitos, lo habria desviado de aquel camino peligroso y estéril que da pretesto a los despotismos y solo trae desgracias sin haber conseguido otra cosa quo afianzar la tirania eternizándola: esta es la leccion que nos aconseja seguir el juicio y la que hemos recojido con una dolorosa esperiencia; y ojalá esté ella bastante grabada en el pecho de nuestros conciudadanos para que jamas nos espongamos a los azares de la guerra civil, manchando con sangre de hermanos el suelo de nuestra querida patria.

III.

Al mismo tiempo que Enrique formaba en las filas de los defensores de los derechos del pueblo y de los sostenedores del principio de la igualdad humana, es decir, de la destruccion completa de los privilejios y de las demarcaciones de razas, otro jóven no menos ardiente y no menos decidido, porque sentia en su pecho el fuego de la desesperacion, tomaba cartas en el partido contrario para sostener las prerogativas de familia, para que continuara siempre el pais bajo el pié del antiguo coloniaje, para ahogar los principios re-

publicanos, quedando subsistente la especie de oligarquia que nos habia rejido hasta entonces y que por desgracia nos rije todavia en parte: este jóven era Guillermo; pero antes de verlo figurar en política, sigámoslo por un momento desde aquel dia en que, reconociendo a Mercedes y dándole ésta el perdon, cayera desmayado sobre su propio lecho.

Un sueño profundo y reparador habia seguido a ese accidente afortunado, y todos los doctores en consulta dijeron que casi estaba fuera de peligro, que las probabilidades en su favor eran mayores, lo que confirmaba la opinion emitida recientemente por el doctor Sazie.

La madre de Guillermo siguió al pié de la letra las prescripciones de este célebre facultativo, adornando el retrato de Mercedes, retirando los otros que existian al rededor del lecho y espiando en silencio y sin ser vista todos los movimientos de su hijo.

Guillermo, al despertar, miró por todo el cuarto, fijándose en cada uno de los objetos; despues cerró los ojos y quedóse por un momento como si hubiera vuelto a dormirse o como si reflexionara; pero aquellos ojos estaban mas serenos, no tenian la dura espresion del delirio ni la vaguedad de la demencia: doña Porfira contuvo los latidos de su corazon, al que hacia palpitar la esperanza.

La fisonomia de Guillermo, aun en medio de su inaccion aparente, se trasformaba por instantes y parecia que una revolucion favorable se operaba en su interior, y era así en efecto: habia recordado el perdon de Mercedes y se complacia en él, figurándose sin duda que el perdon de aquel ánjel endulzaba sus dolores o borraba su afrenta.

Pasado un instante, abrió otra vez sus ojos y los dirijió hácia el lado de su cama, donde estaban antes colgados todos los trofeos de sus conquistas, y no viendo mas que la miniatura de Mercedes adornada de flores frescas y hermosas, se sonrió dulcemente, lo desprendió del clavo, lo con-

templó un largo rato, movió sus labios como si conversara con él, y al fin lo acercó a la boca y lo besó: pero apenas habia hecho esto, cuando se contrajeron sus facciones y lo arrojó a un lado: talvez el recuerdo del crímen que habia cometido con aquella hermosa criatura y el castigo que habia recibido, se presentaron simultáneamente a su imajinacion.

Poco a poco se tranquilizó, y recojiendo el retrato que habia lanzado, lo puso en su lugar y rompió en sollozos.

La madre miraba siempre a su hijo, siguiendo uno a uno todos sus movimientos e interpretando por ellos lo que pasaba en aquella alma angustiada y arrepentida.

Estas observaciones fueron comunicadas al doctor Sazie tan luego como hizo su visita, y dió a la señora mayores esperanzas, aconsejándola continuase el mismo sistema.

A los dos o tres dias, cuando el fotógrafo hubo traido el gran cuadro adornado de un hermoso marco, que la madre de Guillermo circundó de hermosas flores, esperó el momento en que se quedase profundamente dormido para sostituirlo al pequeño, y volvió, como siempre, a ponerse en acecho.

Cuando Guillermo despertó, su primera mirada fué para Mercedes; y al ver aquella trasformacion se sorprendió de tal manera, que se incorporó completamente, se hincó en seguida y le preguntó si lo amaba.

Despues dejóse caer como abatido, diciendo:

—No, no me ama, no puede amarme; me aborrece, puesto que me ha hecho castigar tan cruelmente...

La madre se estremeció al oir estas palabras de su hijo. ¿De qué castigo queria hablar? ¿Qué era lo que habia hecho, se preguntó a sí misma, para que el pesar fuera tan profundo que llegara al punto de trastornarle el juicio? Una idea confusa al principio, terrible en seguida, se presentó a su imajinacion, llegando a adquirir un grado tal de certidumbre, que dijo:

—Ya sé, ya sé: han imposibilitado para siempre a mi hijo: ya no es hombre!...

Y a este pensamiento doloroso, que echaba por tierra todos sus planes desde tan largo tiempo combinados, no pudo resistir y se vió obligada a sentarse en el mas próximo sillon.

Un nuevo ruido en el dormitorio de Guillermo la volvió en sí, y tuvo el valor suficiente para colocarse en su punto de observacion.

Guillermo habia descolgado el retrato, puéstolo sobre sus rodillas, y mirándolo con una espresion de indecible cariño, le decia:

—No, no puedes aborrecerme, desde que has venido aquí, porque yo te he visto; desde que me has perdonado, porque yo te he oido y te oigo todavia, pues tus palabras y tu espresion, y tu acento, y tu mirada, y tu palidez han quedado indelebles aquí, aquí en mi corazon...

Y Guillermo se puso la mano en el pecho, continuando en seguida:

—No puedes aborrecerme, estoi seguro de ello, porque tú eres la que me has mandado tu retrato. ¿Qué otra se podia ocupar de esto? Tú eres y me amas todavia; pero... ¡pero!... yo te aborrezco y yo me vengaré...

Y Guillermo, como en los dias anteriores, arrojó lejos de sí el retrato; pero tomándolo al poco tiempo y colocándolo en su lugar del mismo modo que lo habia hecho en los dias anteriores con la miniatura, con la sola diferencia que ahora se habia mostrado mas sensible, mas tierno y tambien mas irritado.

Doña Porfira, puede decirse asi que participó de las mismas impresiones de su hijo, porque esclamó a su vez:

—¡Ha venido aquí! lo ha perdonado! Pero .. pero yo tambien me vengaré!... ¡Pobre hijo mio! ¡Venir aquí! ¡Perdonar! cuando tú eres el que en realidad debieras perdonar, porque eres el que ha recibido la mayor afrenta, el que ha sufrido el mayor agravio, al que han imposibilitado para siempre! ¡Esto es horroroso! Esto merece un ejemplar castigo... y lo sufrirá!...

No habia acabado de proferir estas palabras, cuando sintió las herraduras del caballo de paso que regularmente montaba el doctor, viéndose obligada a abandonar su punto de observacion, donde no necesitaba estar ya, porque jeneralmente dormia profundamente Guillermo despues de sus emociones.

La señora, preocupada de aquella idea, que la atormentaba sobremanera, tan luego como vió al médico le comunicó sus temores. El doctor Sazie se puso a reflexionar, y dijo, pensando en la conversacion que habia tenido dos o tres dias antes con el padre y el hermano de Mercedes:

—Talvez tiene usted razon, señora.

—No tan solo razon, señor, sino que creo tener la seguridad.

—Fácil es averiguarlo.

—¿Cómo?

—Nada mas sencillo: esperando que se duerma profundamente.

La señora hizo como que se ruborizaba.

—No tenga usted cuidado, señora, prosiguió el doctor; yo me encargo de la investigacion.

—Ustedes están tan acostumbrados...

—A todo, señora; ese es nuestro oficio, y no nos asustamos de nada, ni le hacemos caso a nada.

—Sí, doctor, se lo confieso: quisiera salir de esta incertidumbre, aunque para mí no lo es casi; pero me gusta conocer toda la gravedad del mal para arrostrar el peligro de frente y para saber a qué atenerme, porque en ese caso yo sabré vengarme.

El doctor Sazie frunció el entreceño y respondió con un tono de séria admiracion:

—¡Vengarse! ¿De qué, señora?

—¿De qué? ¡Del ultraje! ¿Le parece a usted poco lo que le he dicho si en realidad ha sucedido lo que pienso y lo que creo?

—Me parece lo justo, señora, y náda mas.

La respuesta del doctor Sazie no tenia réplica. ¿Qué se le podia objetar, conociendo la criminal felonia de Guillermo? Sin embargo, la señora pensaba que la ofensa que se habia hecho a una pobre costurera, aunque fuera de esa naturaleza, no merecia tanto castigo y no merecia tampoco el aire despreciativo con que la habia tratado el juez del crímen el dia anterior, porque ella podria indemnizar con plata la falta de su hijo, resarciendo el mal causado con magnánima largueza; y esto lo pensaba a pesar del desprendimiento de Mercedes, suponiéndolo ahora falso, pues como sabia el estado en que se encontraba Guillermo, no habia por este motivo querido aceptar su mano, mano que ella a su vez le habia ofrecido hipócritamente, pero que en vista del desprendimiento que manifestó, le habria cedido; mientras que ahora, que todo se habia descubierto, merecia un castigo ejemplar la astuta hipocresia de los manejos de Mercedes. Asi pensaba doña Porfira, y aunque justa la contestacion del médico, no le habia agradado nada, viéndose, sin embargo, obligada a guardar silencio por la situacion en que se encontraba, porque en otras circunstancias la altanera matrona habria sabido tomar esos aires de superioridad desdeñosa que emplean a las mil maravillas las *copetonas* santiaguinas.

Habiendo pasado un rato en que el doctor habia guardado un profundo silenció, doña Porfira le dijo:

—Talvez ya seria tiempo, doctor.

—Dejemos pasar unos minutos mas, porque si su hijo no estuviera bien dormido y recibiera una sorpresa, podria ser de malas consecuencias.

—Está bien, doctor; pero, francamente, ¿no encuentra usted que seria una desgracia irreparable y un atrevimiento sin ejemplo?

—En cuanto a que la desgracia seria irreparable, lo confieso, pues no habria remedio; pero en cuanto al atrevimiento, me parece mui lejítimo.

—¡Doctor! Hágase usted cargo de la diferencia de clases y de posiciones.

—Señora, contestó Sazie con seriedad: el crímen es crímen y no reconoce otras jerarquias que las del mismo crímen.

Doña Porfira no se atrevió a replicar: el majistrado le habia dado una leccion y el médico le daba otra; pero en su orgullo aristocrático creia que ni uno ni otro tenian razon: tal es la vanidad ridícula y las pretensiones absurdas de una sociedad que participa tanto de las ideas del héroe de Cervantes.

El doctor se paró para ir a practicar la curiosa investigacion.

Un minuto despues estaba de vuelta con la sonrisa en los labios.

Doña Porfira clavó en él una mirada investigadora y llena de ansiedad, porque le era imposible descifrar qué era lo que significaba aquella sonrisa del médico.

El doctor, que no profesaba mucho afecto a doña Porfira, se sentó sin decir palabra.

La madre de Guillermo no pudo contenerse y dijo:

—¿Qué es lo que hai, señor? Sáqueme usted inmediatamente de cuidados o hágame conocer la verdad, porque prefiero las situaciones claras.

—El hijo de usted está como el dia en que nació, señora.

—¡Es posible, doctor! ¿Me dice usted la verdad? ¿No me engaña?

—Yo jamas miento, señora; y si usted pusiera en duda lo que digo, me parece que seria mui fácil que se cerciorase por sí misma

—Lo creo, doctor: basta que usted me lo diga, respondió doña Porfira con marcado alborozo.

Ahora debe usted comprender que las virtudes y que el desprendimiento de la señorita Lopez no eran finjidos, sino reales y positivos.

—Tiene usted razon, doctor, esa niña es admirable.

—Y mas que admirable, señora, esa niña es casi divina.

—Estoi dispuesta a hacer por ella cuanto quiera.

—Las disposiciones de usted son buenas, pero me parece que le saldrán baratas, contestó el doctor con ironia.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razon de que ella nada exije ni nada quiere.

—Yo no habia encontrado un desinteres igual en el mundo.

—Es verdad, señora; ¡y decir que hai tantas que se sacrifican por el interes, tantas que cometen bajezas y que cometen crímenes horribles, como los de esa infernal vieja de la tia Anastasia!

El doctor Sazie, sin saberlo, habia dado en el punto mas sensible de la herida. Habia puesto su escalpelo en la llaga recientemente abierta y que todavia estaba manando sangre; asi es que la madre de Guillermo bajó la vista, agachó la cabeza y no respondió palabra, porque temia que Sazie, conocedor de tantos secretos, no hubiera descubierto el suyo, que el dia antes habia sido revelado al majistrado por el libro de memorias de la matrona examinada, sin embargo que tenia plena fé en la integridad y en la reserva del juez, que, por otra parte, no poseia pruebas sino sospechas nacidas de apuntes no menos sospechosos.

El doctor Sazie, viendo la tristeza de la madre de Guillermo, le dijo con tono afable:

—Ustedes las señoras, que jeneralmente solo ejercen actos de caridad, no creen que puede existir tal corrupcion en el mundo; y usted, particularmente, está abismada desde que ha palpado ayer lo contrario; pero sepa usted, señora, que si el interes ha invadido e invade la sociedad, esa mujer es una escepcion, pues no se presentan muchos casos iguales.

Doña Porfira comprendió en el acto que el doctor estaba

ignorante de todo y que no habia dicho sino una de esas jeneralidades tan frecuentes en la conversacion, sin que se refieran a nadie; de manera que levantó la cabeza, hizo un signo de aprobacion y dijo al médico:

—Me ha descargado usted de un peso enorme.

—Peso, señora, que usted se habia echado sobre sí misma por su exaltacion, pero que en realidad era mui inverosímil, porque estos casos se ven raramente, y desde Abelardo hasta nuestros dias no se cuentan muchos ejemplos.

—Tiene usted razon, doctor; pero usted comprende que oyendo tales espresiones y no pudiendo averiguar a punto fijo la rara enfermedad de Guillerno, porque está envuelto su oríjen en el mas impenetrable misterio, usted comprende, repito, que mis sospechas o mis temores no dejaban de tener algun fundamento.

—Soi de su opinion, señora, y hasta yo mismo lo creí asi por un momento; pero afortunadamente no tiene usted nada que temer, y él todavia menos...

El doctor Sazie, diciendo esto, se despidió, acompañando su saludo de una maliciosa sonrisa.

IV.

La convalescencia de Guillermo seguia a pasos ajigantados, pero su carácter habia cambiado completamente: ya no era aquel jóven vivo, alegre, de maneras lijeras pero lleno de chiste, de agasajos fáciles y graciosos, de esa espansion sentimental, franca al parecer, y por lo mismo mas seductora. No era ya ese jóven que imponiá, cuyo desplante y cuya audacia avasallaban encantando; no: ahora se habia vuelto grave, tétrico, taciturno, pesado si se quiere; ya no tenia esa amabilidad suave que halaga y cautiva a la vez, sino que, conservando la mas esquisita política, aparecia en sociedad con esa circunspeccion, con ese frio del hombre maduro a quien ha marchitado la esperiencia y el desenga-

ño, sufriendo de tiempo en tiempo distracciones imperdonables en el individuo de buen tono y que tiene que tratar con personas que ocupan el mismo rango y cuya susceptibilidad o gazmoñeria se enfada al menor descuido, al menor viso de neglijencia; por esta razon decian muchos de sus amigos y los apoyaban las señoritas jóvenes, no menos admiradas de trasformacion tan súbita: "Guillermo es ahora lo mismo que todos los hombres; pasó de moda instantáneamente; ya no se divierte sino que ambiciona; quiere sin duda ser diputado o ministro; de la noche a la mañana se ha hecho el mas ardiente partidario de don Manuel Montt; ya no viene a las tertulias, no se junta con nosotros, sino que busca los hombres de peso, los hombres graves, y parece que este nuevo papel le sienta mejor que lo que le iria actualmente el de calavera, porque ha envejecido considerablemente de pocos dias a esta parte." Estas eran las conversaciones de los amigos de Guillermo, que apoyaban la mayoria de las señoritas santiaguinas, diciendo muchas de ellas: "Talvez estará pensando ya en casarse," lo que no les desagradaba en realidad, y alentaba sus esperanzas; pero si hubieran sabido el oríjen de su mal y lo que pasaba por él, ninguna habria aceptado la mano del aristócrata jóven.

La existencia de Guillermo era todavia mas triste que lo que aparecia en sociedad, donde estaba obligado a componer su semblante; pero allá en el interior de su alma sentia una negra desesperacion, desesperacion que él combatia tratando de aturdirse, por cuya razon habia tomado los asuntos políticos con febril ardor, creyendo que en esa vorájine de pasiones opuestas y de intereses encontrados, hallaria, si no la calma, al menos el olvido de lo que mas lo atormentaba; porque, si bien Guillermo habia recuperado el juicio, no habia podido arrancar el remordimiento ni borrar de su memoria la afrenta, sino que por el contrario y a medida que trascurria el tiempo, estas dos heridas se ahondaban y se hacian mas dolorosas.

Guillermo queria y aborrecia a Mercedes. Esa alma pura habia llegado a horadar el vicio, habia penetrado hasta aquel corazon de mármol, habia deshecho el hielo de esa montaña cubierta de las eternas nieves de la indiferencia; y el Lovelace que se burlaba y reia de todas las mujeres, sin que lo conmovieran ni sus caricias ni sus lágrimas, estaba vencido: amaba; pero a ese amor sucediase el odio, el odio por el castigo que habia recibido, por la indeleble afrenta que le habia hecho; pero no podia conciliar aquella venganza y aquel amor de parte de Mercedes; pues estaba íntimamente persuadido, a pesar de lo que le habian dicho, que la terrible escena de la quinta de Yungai se llevó a cabo a instigaciones de ella; y sin embargo, habia venido a su casa, lo habia perdonado, lo habia sanado y le habia mandado su retrato! Esta contradiccion no la comprendia, produciendo en él tambien sentimientos opuestos y contradictorios. Guillermo, como hemos dicho, amaba y aborrecia a Mercedes; hubiera esperimentado una delicia inmensa con su posesion, y acto contínuo la habria muerto, y en ambas cosas habria sentido placer: anomalía que no es mui difícil hallar en el mundo y en las pasiones de los hombres; pero, afortunadamente ni el uno ni el otro deseo llegaria a efectuarse, porque la imájen de Guillermo habiase borrado por completo en el pecho de Mercedes y ni siquiera quedaban cenizas apagadas de aquel fuego, pues las habia aventado lejos el soplo de un eterno olvido.

Esta lucha tenaz que se veia obligado a soportar hora a hora habia sido la causa, como lo hemos referido, de afiliarse en uno de los partidos, y como despreciaba todo lo que era pueblo y ahora tenia motivos para aborrecerlo, elijió el bando de los pelucones, es decir, de los conservadores, de todo lo que hai de retrógrado y de vetusto, tanto en relijion como en política, y la casa de Guillermo se habia trasformado en club, donde tenian lugar las reuniones y los conciliábulos de los principales miembros de aquel bando que to-

davia pesa de una manera tan funesta sobre los destinos del pais, porque es el sostenedor decidido de las preocupaciones mas absurdas, emanadas de su orgullo y de su ignorancia.

Guillermo, aunque jóven, habia llegado a ser el miembro mas activo, mas poderoso, mas decidido de aquel círculo; y con escepcion del candidato para la presidencia, era considerado como el mas influyente y principal de los caudillos, hasta el punto de suponer que ocuparia un lugar en el nuevo gabinete, que se formaria sin duda alguna a la instalacion del nuevo jefe del estado. Esta creencia jeneral tenia sus justos motivos en que fundarse, porque este jóven estaba en todas partes, prodigaba el dinero con profusion y con cordura a la vez, sabiendo sacar el mejor partido de los hombres y de las circunstancias, diciéndose ademas que poseia toda la confianza del señor Montt, el que, en caso de llegar al codiciado puesto, no podia menos de premiar tantos y tan oportunos servicios; pero como Guillermo era hombre de fortuna, se suponia que seria colocado en uno de los mas elevados puestos, en uno de esos empleos honoríficos que se dan y se aceptan por vanidad, no entrando sino por mui poco el lucro.

Todo el partido pelucon trabajaba con empeño: jugaba una partida decisiva de vida o de muerte, y cada uno de sus miembros ponia su continjente de fuerzas para alcanzar la victoria.

Otro tanto hacia el partido liberal al que estaba afiliado Enrique; y el jóven obrero no desplegaba menos enerjia y menos actividad que su enemigo el jóven patricio, con la diferencia que Enrique no odiaba a nadie, no tenia animosidades de ningun jénero y solo anhelaba el triunfo de sus ideas, combatiendo los obstáculos y nada mas, tratando de salvar las barreras que se le oponian por todos los medios posibles, pero sin pensamiento de hacer mal; y sin embargo, a medida que se acercaba el tiempo de la eleccion del señor Montt y que el mayor número de probabilidades

estaba por el triunfo del candidato oficial, mas se exaltaba Enrique y mas decidido estaba para entrar en accion.

V.

No es nuestro ánimo relatar la historia de estos acontecimientos políticos, sino que nos vemos obligados a hacer referencia de ellos y del espíritu que jeneralmente animaba a los bandos, por la parte de accion que les cupo en ellos a nuestros personajes.

Enrique asistia a todas las reuniones y deliberaciones de los liberales, salvo aquellas donde estaba el elemento conspirador y revolucionario, a las que tenian entrada mui pocos, pero de donde salia la voz de mando, porque ahí era donde se reunian todos los hilos de aquella inmensa oposicion.

Enrique no se escondia de su padre ni para obrar, ni para hablar, ni para pensar; al contrario, iban muchas ocasiones los dos juntos a presenciar las deliberaciones de los jóvenes, a ver las medidas que tomaban y a oir los patrióticos discursos que se pronunciaban, tomando de vez en cuando la palabra Enrique con ese reposo, con esa serenidad del hombre pensador y enérjico, del hombre de accion y del hombre de ideas, de aquel que no habla con el fin de brillar sino con el fin de ser útil; de manera que jeneralmente cuando el jóven obrero tomaba la palabra la asamblea entera guardaba un profundo silencio, siendo arrastrada por aquella elocuencia natural y sin pretension alguna que casi siempre impone y convence.

El veterano de la independencia, el padre de Enrique, que no era, como hemos dicho, estraño a estas reuniones, se encontraba mui a sus anchas y mui satisfecho en medio de aquella juventud que lo festejaba a porfia, tanto por el mérito de su hijo cuanto por el suyo propio; pero cuando oia hablar a Enrique, cuando era testigo de sus triunfos, cuando

presenciaba la consideracion que tenian por él los miembros mas caracterizados y mas influyentes del partido, entonces le costaba al viejo soldado contener sus lágrimas, la satisfaccion rebosaba en su pecho y tenia que hacer esfuerzos inauditos para no mostrar aquella debilidad de que talvez no habria dejado de reirse algun mozalvete; pero cuando llegaba a su casa se indemnizaba de la reserva que se habia visto obligado a guardar, contando a Marta y a su hija lo que habia visto y oido y cuanto le habia hecho gozar Enrique.

Marta y Mercedes participaban del entusiasmo del padre, sin estar acordes con sus opiniones, porque temian que Enrique fuera a comprometerse.

—Y aun cuando se comprometiera, respondió el veterano; ¿acaso los hombres se han hecho únicamente para estar en la casa? Todos estamos obligados a defender nuestra patria y a trabajar por su prosperidad: yo apruebo en todo la conducta de mi hijo y en su lugar yo haria lo mismo. Y tambien lo he hecho, señora, agregaba el militar con cierto orgullo; tambien lo he hecho y he espuesto mi pellejo en muchas ocasiones, sin que me arrepintiera entonces y sin que me arrepienta ahora, pues lejos de arrepentirme me agradaba y me agrada.

—Tú eras militar, amigo mio, y tenias que obedecer.

—Enrique tambien es ciudadano y debe trabajar por el bien de su pais.

—No digo yo que no trabaje; ¡pero tú sabes lo que son las revoluciones!

—Las revoluciones cuando son necesarias hacen bien; ¿quieres tú que nos gobierne un tirano?

Y el viejo militar seguia hablando con mayor calor y se enfervorizaba mucho mas a medida que seguia la discusion: el pobre hombre habia sufrido la influencia de los jóvenes oradores de la libertad, y aplaudia a su hijo y le encontraba razon en todo, sin pensar en los compromisos que podia contraer y en los peligros que podia correr.

Enrique era todo fuego, era todo esperanzas, y la pasion secreta que lo animaba centuplicaba sus fuerzas; y en los pocos momentos que le dejaban sus ocupaciones, porque por conviccion no habia querido abandonar su trabajo a pesar de poderlo hacer sin detrimento alguno, pues ya contaba con un pequeño ahorro, en esos pocos momentos, decimos, efectuaba prodijios, de los que quedaban sorprendidos sus compañeros, granjeándose cada dia mas la confianza y la estimacion de los jefes del partido.

Un dia fué llamado Enrique por uno de los miembros principales y fué introducido a la sala de las deliberaciones donde se encontraban reunidas un gran número de personas y entre ellas muchas a quien no habia visto siquiera en las reuniones públicas. Allí vió por primera vez militares de alta graduacion que sin duda no se atrevian a presentarse en público. Habia tambien graves personajes enrolados con los jóvenes; pero entre unos y otros reinaba la mayor circunspeccion, diferenciándose mucho aquella sesion por la seriedad imponente, de las que solian tenerse en público o en privado entre los mas caracterizados del partido.

Reinaba un profundo silencio cuando entró Enrique, y un militar, que hacia las veces de presidente o que lo era en realidad, dijo al jóven con pausado tono:

—Tenga usted la bondad de sentarse.

Enrique obedeció sin decir palabra.

Todas las miradas estaban fijas en él; pero el jóven sin intimidarse paseó su mirada tranquila por toda aquella asamblea en la que reconoció a muchos camaradas como Bilbao y otros.

La hermosa presencia de Enrique, su actitud tranquila que demostraba a las claras valor e intelijencia, la distincion de sus modales, los informes que sin duda alguna tenia de él aquella reunion, todo contribuyó a granjearle inmediatamente la voluntad de las personas que no lo conocian, pues ya se habia adquirido la de los otros; asi es que el jefe

de la sociedad, despues de un momento de silencio, dirijió la palabra al jóven en estos términos:

—Reconocemos a usted como uno de los miembros mas activos, mas útiles y mas decididos de la estinguida *Sociedad de la Igualdad*; y como, a pesar de las arbitrariedades del poder, esta sociedad subsiste siempre, porque los buenos principios han de prevalecer, la junta directiva de ella, que ahora se ve obligada a trabajar en secreto, ha decidido llamar a usted para que tome parte en sus trabajos, en sus peligros, en sus esperanzas y en sus remuneraciones. No exijimos otra cosa que la voluntad, quedando de consiguiente usted libre para aceptar o no aceptar nuestras proposiciones con la condicion única de que, como hombre de honor, en caso de una negativa de su parte, no revelará usted jamas ni la existencia, ni los fines, ni los miembros que componen o que están presentes en esta reunion.

—Señor, contestó Enrique con su calma de siempre: yo he venido voluntariamente, he obrado voluntariamente y si los propósitos son los mismos que los anunciados antes, soi con ustedes voluntariamente y pueden desde luego contar conmigo en todo y para todo: ahora respecto a no revelar los secretos, ya sea de los fines, ya sea de las personas que tratan de alcanzarlos y cuyo principal número se me dice que está aquí, doi tambien mi palabra de honor que jamas serán revelados.

—No esperábamos menos de usted, jóven, porque han sido tan satisfactorios los informes que hemos recibido respecto a usted, que no vacilamos un momento en aceptarlo, llamarlo y confiarle nuestros secretos.

—Doi a usted las gracias, señor, y trataré de hacerme acreedor a la confianza que se han dignado acordarme sin merecerlo.

—Sabrá usted, prosiguió el presidente de aquella misteriosa reunion, que tenemos relacion con toda la república y que no hai pueblo, por insignificante que sea, que no esté

conmovido, que no esté resuelto a sacrificarse por obtener la libertad de que no hemos gozado todavia.

—No lo dudo, señor.

—Contamos, pues, prosiguió el presidente, con todos los elementos para triunfar. Desde Concepcion hasta Atacama, el pais, en su gran mayoria, es con nosotros. Tenemos buenos caudillos, bravos y viejos militares entre los que está el ilustre jeneral Cruz, jefe aguerrido, prudente, sabio y mui republicano, que no vacilará o diremos mas bien, que está resuelto a ponerse a la cabeza de nuestros batallones en caso que fuese necesario entrar en lucha; pero queremos evitar el vernos obligados à llegar à este estremo, queremos ahorrar la sangre de nuestros enemigos y la nuestra, porque la guerra casi siempre es un mal; sin embargo, si nuestros adversarios nos compelen a ella por su tenacidad y sus pretensiones, estamos resueltos a aceptarla, porque no queremos que se hollen por mas tiempo las prerogativas de los pueblos, que se burlen de nuestros derechos como hombres y como ciudadanos y que no tengamos jamas libertad.

—Nada mas justo, señor.

—Asi es, amigo mio; pero antes de echar mano de medios violentos, es preciso hacer uso de los medios mas pacíficos: esta es mi opinion.

Todos los concurrentes agacharon la cabeza en señal de afirmacion, incluso Enrique.

—Un atrevido golpe nos dará el triunfo sin que corra una sola gota de sangre.

—He dicho, señor, que se puede disponer de mí.

—Cuento con ello y a cada uno de nosotros nos tocará nuestra parte de accion: el plan es sencillo y consiste solamente en apoderarse de las personas que componen el gabinete y de unos ocho o diez individuos de los mas influyentes en el partido. Dueños una vez de estas personas, el pais es nuestro, el triunfo de la libertad es seguro, porque en el mismo dia se formará un gobierno provisorio al que

obedecerán en el acto todos los intendentes y gobernadores de provincia, y que subsistirá únicamente hasta que el pueblo, independiente y libre, emita su sufrajio con conciencia, y si nuestros enemigos salen electos, los acataremos, porque serán el resultado manifiesto de la voluntad nacional que ha estado constantemente anulada, pero que es indispensable que subsista alguna vez tanto por ponernos en armonia con la lei que nos rije y que nunca se ha puesto en planta, cuanto porque de allí depende el engrandecimiento de la nacion y el bien de nuestros conciudadanos.

Palabras de unánime aprobacion se hicieron oir en toda la asamblea.

El orador continuó:

—La dificultad consiste únicamente en poner de nuestra parte a los cuerpos de línea acantonados en Santiago y esto está casi hecho, casi convenido, al menos yo respondo completamente del batallon mas aguerrido y mas temible, el Valdivia. Con este solo batallon seria suficiente para vencer; pero he dicho que se debe evitar el que corra sangre y estoi casi seguro que segundarán el movimiento los demas cuerpos, al menos tengo muchos datos para creerlo así; mas, aun dado caso de que faltase alguno, éste seria arrollado por los demas y se rendiria sin disparar un tiro.

—Bien, bien, dijeron muchos.

—El éxito es seguro, pero se necesita la cooperacion de todos para que cada cual ponga en juego sus influencias y la accion sea tan unánime, tan simultánea, que no deje la menor probabilidad de defensa a nuestros enemigos, viéndose obligados a someterse por completo. Ahora, mi jóven amigo, continuó el presidente, queremos que el pueblo tome la parte que le corresponde, y aun cuando pudiéramos obrar sin él y conseguir el resultado que esperamos apoyándonos en la fuerza, sin embargo, como trabajamos por el triunfo de las buenas ideas, como nuestro fin es establecer los principios democráticos y republicanos, queremos que el pueblo

decida y ejecute, que entre de una vez en el ejercicio de sus derechos; y como no ignoramos la influencia que usted ejerce entre los artesanos, lo hemos llamado a usted para que se ponga a la cabeza de ellos y se vea claramente que el golpe de mano que estamos dispuestos a dar, no es un simple motin militar, sino el resultado de la voluntad nacional, el resultado de la opinion jeneralmente pronunciada contra la tiranía que nos rije, contra el despotismo que nos gobierna, y que tratan de perpetuar. Ahora, amigo mio, ¿quiere usted ser con nosotros? Nos hemos abierto completamente; usted sabe nuestro plan y nuestros propósitos y está usted libre de aceptarlo o de rechazarlo. Si acaso no es conforme con sus ideas, o si tiene que hacer algunas observaciones, las oiremos con gusto.

—Estoi, señor, en todo punto de acuerdo con sus opiniones, con sus propósitos, lo mismo que con la adopcion del plan; pero agradeciendo la confianza que depositan en mí, es de mi deber manifestar que ustedes se han formado una idea mas alta de mi influencia para con mis compañeros de trabajo, y que, aun estando decidido a emplear todas mis fuerzas, salga, sin embargo, frustradas sus esperanzas.

—Nos basta su promesa, es lo único que exijimos; pues dado caso que usted no arrastrase a ninguno de sus compañeros, estamos mui contentos de poder tener a usted en nuestras filas, y yo, a nombre de la sociedad, le doi las gracias por su decision, dándonos a todos un ejemplo de patriotismo.

—Señor, creo no merecer elojios, porque no hago ni he hecho nada de estraordinario: cumplo solo con mi deber.

—El que cumple con su deber es un buen ciudadano y esto basta. Ahora lo que necesitamos es obrar pronto y activamente porque si llegaran nuestros enemigos a tener sospechas siquiera de nuestros pensamientos, frustrarian nuestros planes anticipándosenos, es decir, dándonos a nosotros el golpe que nos hemos propuesto darle a ellos; de

consiguiente, cada uno de los individuos que nos encontramos presentes tiene hoi y mañana solamente para obrar en su esfera de accion y pasado mañana en la noche del diez y nueve al veinte estará decidido el destino del pais. Es inútil que les recomiende a todos y a cada uno en particular el mayor sijilo y la mayor prudencia, porque de ahí depende el éxito; de lo contrario, nuestra desgracia es segura, correremos grandes peligros y lo que es peor, perderemos la mas bella oportunidad de hacer la felicidad de la república. Con que, hasta pasado mañana en la noche. El punto de reunion será la plaza de Armas y el santo: DIOS y LIBERTAD.

Los conjurados se dispersaron... Enrique era ya un conspirador.

VI.

Al dia siguiente nuestro jóven obréro se puso en campaña y fué a verse con todos sus amigos hablándoles con la mayor reserva y la mayor prudencia, no revelándoles sino lo que convenia, para, en caso que se frustrase la tentativa, no causar a la sociedad el menor compromiso, ni el menor peligro a ningun miembro de ella, reservando completamente los nombres de las personas que lo componian y a quienes conocia en no pequeño número.

Ese dia, como es de presumirlo, no asistió Enrique a la fábrica, sino que fué solo un momento para hablar a algunos de sus compañeros y en seguida se dirijió a varios otros establecimientos donde tenia relaciones. La actividad que desplegó y las simpatias con que contaba, facilitaron de tal manera la operacion que, en la tarde del diezinueve, antes de la caida del sol, ya contaba con mas de cien individuos, número que una vez comprometido, arrastraria a la totalidad de los artesanos cuando paseasen su bandera por las calles de Santiago al grito de ¡viva el pueblo! viva la libertad! viva la república!

A la hora acostumbrada, pero habiendo practicado ya todas sus dilijencias, llegó Enrique a su casa mas contento que de costumbre, manifestándose mui cariñoso con su madre y hermana, como para disculparse de la falta que cometia, no revelándoles el secreto que le habian confiado y el compromiso que habia contraido.

Durante la cena el veterano se entretuvo en hablar con Enrique sobre política hasta cerca de las once de la noche, hora en que Marta y Mercedes se fueron a recojer dejando al padre y al hijo de sobremesa, yendo el primero a buscar otra botella de vino para prolongar aquella conversacion que le agradaba.

Enrique habia pensado comunicarle el compromiso en que estaba, pero al mismo tiempo vacilaba, previendo que su padre se opondria por el temor que le sucediese algo; sin embargo, le parecia indispensable obrar con su consentimiento, ya que no se atrevia a pedírselo a la madre, estando seguro de una terminante negativa que lo hubiera puesto en el grave conflicto o de faltar a su palabra o de desobedecer a Marta que era lo que mas respetaba en el mundo.

Cuando Enrique dijo a su padre el compromiso en que se encontraba, el viejo militar se puso pensativo: aquello era ya demasiado serio y podia traer fatales consecuencias; pero al fin salió de su meditacion, diciendo:

—Has obrado mal, Enrique, en no ponerte de acuerdo con tu padre antes de empeñar tu palabra: esto era deber y cordura; deber, en cuanto por tu edad no estés todavia emancipado de la autoridad paterna y no lo estarás mientras nosotros vivamos, porque nos liga una lei superior a todas las leyes, la del afecto que nos une; y cordura, en cuanto yo tengo mas esperiencia en estos asuntos, pues he visto muchas cosas y desgraciadamente he hecho algunas campañas a causa de ellas.

—¡Entonces usted desaprueba!

—Yo no apruebo ni desapruebo estas cosas, porque no sé de qué lado esté la razon, ni cuál sea en realidad la ganancia; peró lo que no me agrada es tu determinacion; sin embargo, si estás comprometido, es preciso marchar: a un hombre no le es dado en ningun caso faltar a su palabra; pero al menos desearia yo acompañarte.

—¡Acompañarme!

—Sí, hijo mio, para protejerte y en caso de desgracia morir juntos.

—¡Morir juntos! ¿Qué está usted diciendo, padre mio? Me han asegurado que no habrá el menor peligro.

—Eso se dice y muchas veces se cree de buena fé, pero jeneralmente sucede lo contrario.

—Motivo de mas para que usted no vaya.

—¡Cómo!

—Sí, señor, motivo de mas; porque suponiendo que algo aconteciera de grave, ¿quién consolaria a mi madre y a mi hermana?

—¿Y crees tú que alguien las consuele si te sucede alguna desgracia?

—Creo que me sentirian muchísimo; pero si los dos...

—Te entiendo, te entiendo, hijo mio... vé pues, y yo seré el que realmente se sacrificará.

—Gracias, padre mio: usted tiene el alma resignada y fuerte de un santo, y el corazon leal y atrevido de un valiente.

—Ahora, hijo mio, te encargo la prudencia, no por tí, sino por nosotros· piensa en tu madre, en tu hermana, y no olvides a tu padre.

Y el veterano de la independencia le echó los brazos a su hijo rompiendo en sollozos y diciéndole al mismo tiempo:

—Ya es hora, Enrique, ve a cumplir tu palabra y ojalá sirvas a tu patria.

Y el jóven mui conmovido lo abrazó tambien besándolo con ternura.

El militar se serenó como de improviso y desprendiéndose de los brazos de Enrique, le dijo de una manera resuelta:

—Cuando es llegado el momento, el hombre debe ser hombre. Delante del peligro no se llora sino que se chorea; y voto al diablo, que así lo he hecho yo muchas veces con el mejor resultado; sigue mi ejemplo, a Dios...

Y el veterano empujó a Enrique con brusquedad.

Cuando desapareció el jóven, cuando se cerró la puerta tras de él y dejó de oir sus pasos, el viejo militar cruzó sus robustos brazos sobre el pecho y un raudal de lagrimas brotó de sus ojos...

Así permaneció durante mucho tiempo como esperando que su hijo volviera, hasta que al fin se sentó en una silla, apoyó su frente en una de sus manos y dijo:

—Ya no viene, ya estará mui lejos: ¡si no lo volviese a ver! y este pensamiento lo hizo estremecerse, estando a punto de tomar su gorra y seguir tras de él; pero, ¿dónde encontrarlo ya? Ademas, él se habia comprometido a quedarse en casa para el cuidado y para el consuelo de su mujer y de su hija: era necesario obedecer, era necesario resignarse...

—Yo me alarmo quizá sin motivo, esclamó interiormente el alférez Lopez, porque Enrique me ha dicho que no habia lugar a temer. Por otra parte, aun cuando hubiera un encuentro, aun cuando se diera una batalla, estoi seguro de volver a ver a mi hijo, porque Dios no puede permitir que me lo quiten y que se lo quiten a su madre y a su hermana, porque su madre es una santa y su hermana es un ánjel. Sí, tengo seguridad de que vivirá: hai algo aquí en el interior que me lo dice y que me lo promete... Esperemos.

Y el viejo militar se dirijió hácia su cama: era ya mas de las cuatro de la mañana... Marta y Mercedes dormian tranquilas como duermen la virtud y la inocencia, descansando de sus emociones pasadas, creyendo que ya habian

desaparecido los peligros y que al dia siguiente no tendrian nada que sufrir. ¡Confianza del hombre! Él no sabe, no puede saber lo que sucederá un minuto mas allá de su presente! y sin embargo, afirma y confia, asegura y decide! Y casi siempre viene el desengaño inmediato a echar por tierra sus cálculos, a frustrar sus combinaciones, a trastornar sus esperanzas. ¡Pobre Marta, pobre Mercedes, ellas ignoraban lo que todavia tenian que sufrir!...

Mientras tanto, Enrique habia llegado al punto de reunion donde estaba sobre las armas y en son de combate el batallon Valdivia. Allí encontró a muchos de sus compañeros, y varios otros que iban llegando se plegaron a él. Enrique se acercó con su grupo a la persona que habia hecho de presidente dos noches antes en la sesion secreta, y le dijo:

—Señor, aquí están mis compañeros y yo, dispuestos todos a defender la santa causa de la libertad que es la causa del pueblo; ordene usted lo que debe hacerse y obedeceremos.

Todos los artesanos aprobaron las palabras de su improvisado jefe, gritando: "Sí, señor, aquí estamos y obedeceremos." Viva Enrique! dijeron a una los cuatro carpinteros que habian trabajado con él en la hacienda de San Jorje y que pocos dias antes habian llegado. El grito de ¡viva Enrique! fué repetido por los demas obreros; pero Enrique conmovido por aquella pública manifestacion de aprecio y de confianza que le hacian, les dió las gracias, y quitándose en seguida la gorra y parándose sobre uno de los bordes de la pila, dijo a sus compañeros:

—Habeis venido a trabajar por la libertad; formando una parte del pueblo, vivemos, pues, por la libertad y vivemos por el pueblo. Ahora lo que queremos son obras y no palabras; ¿estais decididos a derramar vuestra sangre, en caso que sea necesario, para sostener vuestros derechos y para conquistarlos de la tirania que los tiene usurpados?

Un sí prolongado, inmenso, el sí de una multitud entusiasta, dejóse oir en el acto; y Enrique fué levantado en palmas de manos.

Un jóven a los veinte o veintiun años, por mui maduro que tenga el juicio, por mucho que haya reflexionado en su vida, no es jamas indiferente a las emociones vivas aunque transitorias que hace nacer el aura popular... Enrique esperimentó esa especie de fascinacion y hubo un momento en que se creyó llamado a desempeñar un gran rol, sobre todo cuando se encontró acariciado y rodeado de los jóvenes mas prominentes de la *Sociedad de la Igualdad* y que el oculto presidente de ella le dijo: "Usted es uno de nuestros principales miembros; de hoi en adelante su lugar estará entre los primeros, y no dudamos que usted llegue a los mas elevados puestos del pais si conseguimos reformarlo, obteniendo ahora el triunfo de nuestros principios, porque entonces gobernará el mérito y no el favor, gobernará el pueblo y no la aristocracia y habrá una esperanza para todas las condiciones sociales, pues estará abierto el camino para todos y podremos decir en Chile a cada uno de nuestros conciudadanos lo que decia Napoleon a sus ejércitos: "Cada soldado frances lleva en su cartuchera el baston de mariscal." Por el momento, mi querido jóven, es preciso esperar: aguardamos que se nos reunan las demas fuerzas para obrar.

Enrique era jóven, demasiado jóven, y quedó sumamente complacido de aquella aprobacion y de aquel elojio, no por vanidad, no por orgullo, sino porque iba directamente al lleno de sus aspiraciones, porque le era permitido estender mas allá su vista y mirar mas arriba. La imájen de Luisa habia cruzado por su mente; y en medio de aquel aparato de guerra, de la música marcial, de los gritos de entusiasmo febril, en medio de todo aquel laberinto que precede a un combate, en medio de las impaciencias, de los furores, de las imprecaciones, del licor que se daba a la tropa, en medio de todo esto el alma de Enrique habia volado a otra

rejion y casi no oia ni veia lo que pasaba a su alrededor. ¡Enajenacion pura y sublime del amor, que desprendiéndonos de la tierra nos trasporta hácia un eden donde todo es néctar, donde todo es goce, donde todo es luz!...

Durante algunas horas quedó inactivo el batallon Valdivia en la plaza de armas, esperando su jefe, el valiente coronel Urriola, que se reuniera alguna otra fuerza; pero viendo aparecer el dia sin que se notara el menor movimiento y que algunos emisarios no volvian, se creyó sin duda traicionado; pero confiando en la pericia y bravura de su batallon, se decidió a obrar con él, distribuyendo algunas armas al paisanaje, y se dirijieron al cuartel de artilleria que creian les abriria en el acto sus puertas; pero en vez de esto encontró ya una tenaz resistencia, que trató en vano de vencer, replegándose con sus viejos y temibles soldados en la calle inmediata al cuartel para tratar de apoderarse de él por el interior llamando la atencion al frente.

Pero ya los hombres del gobierno, advertidos a tiempo, se habian puesto en movimiento. Se tocaba jenerala en todos los cuarteles, se ponian sobre las armas los otros batallones de línea al mismo tiempo que los milicianos, se colocaron piezas de artilleria en el palacio, y los granaderos a caballo estaban ya montados: la revolucion del 20 de abril de 1851 habia fracasado y no habia la menor esperanza de éxito; sin embargo, la juventud y la tropa luchaba para tomarse la artilleria, porque allí estaban todas las municiones, y una vez dueños de ellas, el aspecto de las cosas cambiaba completamente; asi es que se trajeron materias inflamables para incendiar los techos y las puertas y tomarla al asalto; pero ya era tarde: aquel puñado de valientes era imposible que resistiese al número que lo asediaba por diferentes partes, sobre todo cuando una bala vino a dar fin con el arrojado jefe que los mandaba.

La alameda era la que hacia frente al cuartel: estaba sembrada de cadáveres, y el Valdivia tambien habia sufrido

algunas bajas; pero como cuerpo disciplinado y aguerrido, permanecía siempre en su puesto, hasta que al fin vióse obligado a capitular.

Enrique habia mostrado un valor indómito, siendo el primero en el asalto y esponiéndose, a pesar de la recomendacion de su padre, a todos los peligros; pero no quiso jamas tomar la tea de incendiario; y cuando vió la operacion, sin reprobar ni aceptar la maniobra, se hizo a un lado: era el instinto del deber, el instinto de la verdadera valentia el que obraba en él.

Al mismo tiempo que Enrique corria todos los peligros, habia otro jóven que los buscaba con ansia, viéndosele aparecer el primero en las filas y el primero que marchó al lado del presidente Bulnes cuando fué a inspeccionar la posicion y fuerza del enemigo: este jóven era Guillermo de...

En uno de esos encuentros en que él marchaba con un arrojo inaudito delante de los milicianos que lo seguian, porque el valor impone y se hace simpático, en uno de esos encuentros se halló cara a cara con Enrique, que lo miraba fijamente como a un hombre cuya fisonomia se ha olvidado, pero que se recuerda; sin embargo que Enrique lejos de recordarla la tenia mui presente, y por eso habia clavado en él su fuerte mirada; pero Guillermo tan luego como lo apercibió, dió un paso atras, poniéndose en seguida en vergonzosa fuga, fuga que imitaron los soldados; pues no comprendiendo la causa, creyeron que acontecia algo de estraordinario y de terrible, puesto que abandonaba el campo un jóven que habia mostrado un valor indómito y hasta temerario.

Guillermo, al encontrar a Enrique, al encontrar aquella mirada fija, fria y amenazante en su desden, esperimentó una de esas sensaciones que producen ese pánico involuntario de que una vez apoderado el hombre nada puede vencer; asi es que todo el pensamiento de nuestro aristócrata fué solo escapar. Estas contradicciones, dirémoslo asi, de la

naturaleza humana, son mui frecuentes y no pueden fácilmente esplicarse; ¿por qué razon Guillermo, que buscaba la muerte, que era el primero en las filas, que poco antes miraba impasible el peligro, huia ahora despavorido a la vista de un solo hombre? Pero este era el hecho; y a no ser apoyada por nuevas fuerzas que venian a retaguardia, la compañia que mandaba Guillermo se habria deshecho completamente; pero volvió al ataque, aunque sin su valiente jefe, que fué recojido sin sentido pero sin lesion alguna, trasportándolo inmediatamente a su casa; sin embargo, aquel ataque no fué de larga duracion, pero hizo todavia mas misántropo su carácter, a pesar de los cuidados de la madre, de los halagos, alabanzas y promesas de todo un partido que veia en él a uno de sus principales miembros.

Todo el mundo sabe cómo terminó aquel descabellado motin, del que hemos tomado algunos incidentes a causa de la parte que cupo en él a algunos de nuestros personajes, pues en tanto que Guillermo era conducido a su casa rodeado de respetos y consideraciones, Enrique era llevado a la penitenciaria en medio de insultos y humillaciones de todo jénero: al primero le aguardaba la gloria del poder; al segundo talvez la ignominia del patíbulo: asi es en muchas ocasiones la justicia humana.

VII.

Mientras tenian lugar estos acontecimientos, pasaba una escena triste en el conventillo de la calle de San Pablo. La vieja Marta, que se levantaba temprano, viendo que no aparecia Enrique a la hora de costumbre, fué al cuartito del jóven y quedó sorprendida al ver que su cama no estaba deshecha, lo que probaba evidentemente que Enrique no habia pasado la noche allí, cosa que nunca habia sucedido. Alarmada por la ausencia de su hijo, fuése inmediatamente a despertar a su marido para comunicarle un hecho tan es-

traordinario. El viejo militar se incorporó en la cama a la voz de su mujer, restregándose los ojos como para sacudir la pesantez de sus párpados, que no hacia mucho tiempo se habian cerrado, preocupado con la suerte que correria su querido Enrique; pero apenas contestaba a las preguntas de Marta cuando su oido de soldado creyó apercibir la detonacion de una descarga de fusileria, y esclamó asustado:

—¿Has oido, Marta?

—¿Qué cosa?

—Espera un momento. Y fijó el oido, absorbiendo toda su alma en solo este sentido.

Un ruido imperceptible para cualquier otro, pero mui distinto y mui conocido para el viejo militar, lo hizo saltar de la cama con la ajilidad de un niño y vestirse precipitadamente, casi sin hacer caso de su querida compañera, que lo miraba con estrañeza y susto a la vez y que no pudo menos de preguntarle:

—¿Qué es lo que hai, Domingo?

—¿No has oido?

—Sentí como un golpe lejano.

—Sí, se están batiendo; estoi seguro de ello: esa ha sido una descarga de una mitad y ahí debe estar Enrique!...

—¿Qué es lo que dices?

—Que tenemos revolucion. Dame mis pistolas y mi sable: despáchate.

Marta no se movió: estaba casi fuera de sí.

—Te he dicho que me dés mis pistolas, repitió el militar con tono resuelto; y yendo él mismo a tomar el sable, se lo puso a la cintura.

—¿Pero dónde vas?

—¡Qué pregunta! Voi a ponerme al lado de Enrique; ¿que no sabes que está comprometido?

—No!

—Pues yo tampoco sabia nada, sino que anoche solamente me lo dijo él.

—¿Y lo dejaste partir?

—Qué querias que hiciera! Tenia comprometida su palabra; pero ahora no es el momento de esplicaciones: dame mis pistolas.

—No; no vayas, Domingo... tu mujer te lo pide...

—¿Pero y nuestro hijo?

—Es verdad, es verdad! ¡Ah! si yo hubiera sabido!

—Marta! todavia puedo llegar a tiempo; déjame ir. Sin el encargo de él, yo estaria ahora a su lado.

—¿Cómo sin el encargo de él?

—Anoche me dijo que era necesario que yo me quedara para...

—¿Para qué?

—Para que ustedes no se asustaran... ¡Y yo me dejé persuadir!...

Se oyó en ese momento una descarga mas fuerte, que hizo estremecer a Marta y que decidió al veterano a marcharse... En ese mismo instante entraba Mercedes acompañada de Santiago, que decia:

—¡Revolucion, revolucion! Se están batiendo en la Alameda!

—Y Enrique está ahí, repuso Domingo con tono resuelto; ¿quieres acompañarme, Santiago?

—¡Enrique se ha metido en la revolucion! Pues bien, señor, vamos, repuso el zapatero, y lo salvaremos o moriremos con él.

—No hables de morir, replicó el veterano, viendo el efecto que estas palabras producian en su mujer y en su hija, pues es seguro que volveremos todos sanos y salvos: yo me entiendo en este asunto; quédense ustedes tranquilas.

—Anda, Domingo, pero sin armas: te pido este favor...

—¡Sin armas! En un caso como éste! cuando se están batiendo! ¿Estás loca, Marta? No es la primera vez que me he puesto en campaña, y nunca se te ha ocurrido dejarme partir sin mi espada!...

—Pero ahora te lo suplico, Domingo, ya que no sigues el consejo de nuestro hijo.

El veterano se quedó pensativo, y sin decir palabra quitóse el sable que tenia ya puesto a la cintura, tomó su gorra de galon, como simple insignia de su grado, y partió, recomendando antes a su mujer y a su hija que no salieran de casa ni cometieran la menor imprudencia, pues, en su concepto, no habia mucho que temer.

La primera cosa que hicieron la madre y la hija, cuando se quedaron solas, fué prosternarse ante las imájenes de su culto para pedir a Dios por la conservacion de los seres a quienes mas amaban.

Domingo Lopez y Santiago el zapatero, en cuanto estuvieron en la calle, prendieron la carrera con direccion a la Alameda, que era el punto en donde se batian, segun lo habia oido decir el último; pero una nueva descarga le hizo decir al veterano, que por el ruido calculaba la distancia, como acostumbrado su oido a medir el espacio por el sonido:

—Si el tiroteo es en la Alameda, es mui arriba, allá por la iglesia de San Francisco; tenemos que correr mucho. Y marcó el paso, haciendo a su compañero la observacion siguiente, sin dejar de andar: tomemos el trote, amigo mio, porque como vamos no alcanzariamos a llegar, pues talvez nos caeriamos muertos de cansancio; vamos solamente al paso de carga, que es mas liviano, aunque no tan rápido, pero con el cual se salva sin fatiga una gran distancia: yo conozco estas cosas.

Cuando desembocaron a la Alameda vieron mucha jente que corria en tropel hácia arriba, y a pesar de ser bastante temprano, el número de personas de todo sexo y de toda edad era considerable.

El alférez Lopez y Santiago seguian su marcha sin detenerse, pero oyendo de paso lo que decian unos y otros.

El fuego de fusileria habia cesado lo que probaba que uno u otro partido habia triunfado; sin embargo, el vetera-

no marchaba siempre; pero habiendo encontrado algunas compañias de milicianos que volvian, preguntó a un oficial qué era lo que habia.

—Está todo concluido, amigo, contestó el oficial, mirando al viejo alférez de arriba abajo, como para reconocer a qué bando pertenecia; y luego añadió: el coronel Urriola ha muerto y el Valdivia ha capitulado; tenemos muchos prisioneros; la mortandad ha sido considerable, particularmente en el paisanaje; pero por fortuna todo ha terminado bien y ha vencido la buena causa, la causa del órden, la causa del gobierno.

Al oir Domingo Lopez el anuncio de que habian muerto muchos paisanos, una palidez mortal se pintó en su semblante; pero guardó silencio, sin continuar interrogando al oficial, porque conoció que pertenecia al bando opuesto al que seguia su hijo.

—Santiago, amigo mio, me siento desfallecer, dijo el veterano al jóven zapatero, apoyándose en su brazo.

—Animo, señor, ánimo, pueda ser que no haya sucedido nada y que se haya escapado o se encuentre entre los prisioneros.

—Enrique no es hombre de escaparse, Santiago; la única esperanza es que lo hayan hecho prisionero; pero si hubiera muerto! ¡Dios mio! yo no podria vivir!... ¡Y qué seria de mi mujer y de mi hija!

—No crea, señor, que Enrique ha muerto; es imposible. Ustedes son tan buenos y tan virtuosos, que Nuestro Señor, lejos de castigarlos, los ha de premiar.

—Santiago, tus palabras me dan ánimo, porque me dan esperanza; vamos adelante.

No habian andado una cuadra cuando divisaron un grupo inmenso de jente que se encaminaba hácia ellos. En medio de aquel grupo distinguíanse las bayonetas de los infantes y un escuadron de caballeria que los rodeaba. Inmediatamente dijo Domingo Lopez a su compañero:

—Mira, Santiago, allí en el centro vienen los prisioneros: ojalá se encuentre Enrique entre ellos, porque entonces habria esperanzas...

—Vamos a cerciorarnos.

—La dificultad será penetrar; pero haremos todo empeño.

Y el antiguo sarjento de granaderos a caballo o el moderno alférez se encaminó resuelto hácia la muchedumbre, abriéndose paso con sus poderosos hombros hasta que consiguió llegar casi al mismo centro, donde fué detenido por la tropa; pero siendo de elevada estatura, lo mismo que Enrique, consiguió verlo a la distancia, y con su voz poderosa, sobreponiéndose al bullicio de la jente y al ruido de las armas, lo llamó.

Enrique conoció aquella voz, volvió la vista hácia el lado de donde venia y tuvo la felicidad de ver a su padre, saludándolo con la cabeza y con la mas cariñosa sonrisa, porque no podia levantar sus brazos, pues estaban fuertemente ligados por la espalda.

El veterano esperimentó una felicidad indecible: aquella felicidad que se siente a la vista de un ser amado cuando se ha creido no verle mas y se le encuentra inopinadamente.

La marcha de la tropa y de los prisioneros era lenta por el innumerable jentio que obstruia las calles, y Domingo Lopez pudo seguir en línea paralela con su hijo, aunque a una distancia en que no podian hablarse pero que nada les impedia de verse y esto era ya una satisfaccion mui grande para ambos.

Los prisioneros no fueron conducidos inmediatamente a la penitenciaria, donde sin duda serian destinados, sino que los llevaron a la cárcel para tomar sus declaraciones y seguir con toda lijereza la causa a cada uno de ellos, para segun el grado de culpabilidad que tuviesen, aplicarles la pena.

La vista de Domingo Lopez tranquilizó sobremanera a

Enrique, pues aun cuando no temia por sí, comprendia la angustia de su familia al ignorar su paradero, mientras que ahora sabiéndolo, si bien se aflijirian, al menos no sufririan las penas de la incertidumbre, figurándose un fin mas desgraciado.

Al entrar a la prision el veterano tendió los brazos a Enrique, diciendole:

—Hijo mio, yo te salvaré.

El jóven desapareció tras las gruesas puertas de la cárcel, que se cerraron en el acto de haber entrado en su seno todos los prisioneros.

VIII.

Domingo y Santiago volvieron al hogar doméstico tan satisfechos como si fueran portadores de la mas feliz nueva; pero como tenian la certidumbre que Enrique vivia y como habian sido atormentados por el temor de su muerte, consideraban su prision como una dicha verdadera.

En cuanto los apercibieron Marta y Mercedes, que se encontraban en compañia de Eloisa y de Teresa, que habian venido a consolarlas, les salieron al encuentro, y la interrogadora y perspicaz mirada de Marta conoció en el acto que nada habia sucedido de grave; sin embargo, ella y Mercedes hicieron simultáneamente la misma pregunta:

—¿Y Enrique? Dónde está Enrique?

—No hai por qué asustarse contestó el veterano, pues Enrique está bueno y sano.

—¿Por qué no ha venido entonces con ustedes?

—¡Por qué! Por qué ha de ser! ¿Te parece a tí que en esta clase de juegos no arriesga uno nada?

—¿Y qué es lo que ha sucedido?

—Lo mejor que podia acontecer.

—¿Pero qué es lo mejor?

—Lo mejor hubiera sido escaparse indudablemente; pero

Enrique no es de los que huyen, (y el veterano se retorció su bigote gris con satisfaccion) así es, señora, que ahora nuestro hijo se encuentra prisionero de guerra.

—¡Enrique está preso!

—Ni mas ni menos, amiga mia; pero no hai cuidado, yo lo salvaré. Yo iré en persona a verme con S. E. el presidente de la república, y estoi seguro que conseguiré su perdon.

El viejo alférez ignoraba lo que son los partidos y la política de círculo: él creia, como le habia sucedido muchas veces en sus numerosas campañas, que despues de la batalla ya no habia enemigos, siendo el prisionero tratado como un camarada a quien solo se le exijia el no volver a tomar las armas.

De todas las personas que habian oido la narracion de Domingo Lopez, una de las que mas se habia afectado, esceptuando a Marta y Mercedes, habia sido la jóven Eloisa, que pálida y silenciosa escuchaba cuanto decia el viejo alférez, sin revelar la emocion interior que esperimentaba y sin pronunciar una palabra sobre la resolucion interior que formara, pues habia concebido instantáneamente el proyecto de libertar a Enrique devolviéndolo a su familia, cualquiera que fuese el sacrificio que le costase la realizacion de aquella atrevida empresa, y la sola idea del éxito, el solo pensamiento de completar la obra que habia comenzado, la entusiasmó a tal punto, que casi llegó a considerar como un acontecimiento feliz la prision de Enrique, porque le proporcionaba la ocasion de ser todavia útil, pues ella no se confesaba a sí misma que obraba quizá en su interior otro sentimiento que no fuera el deseo o la esperanza de rehabilitarse con sus buenas acciones.

El cambio repentino de Eloisa, su aire casi festivo y esa tranquilidad de espíritu que se esperimenta y que se comunica a los demas, contribuyó mucho a calmar los temores de Marta y de Mercedes, temores que el viejo militar no

esperimentaba, porque tenia encasquetada la idea que solo le bastaria presentarse ante el jeneral Búlnes, que aun no habia dejado el mando, para obtener en el acto la libertad de su hijo.

Al dia siguiente el veterano de la independencia se puso en marcha hácia el palacio de la Moneda, vestido con su traje militar, cubierto el pecho con sus condecoraciones ganadas en los campos de honor y con su nueva insignia de alférez que hacia poco tiempo recibiera.

A pesar de la marcial fisonomia de Domingo Lopez, lo bajo de su grado militar hizo que no lo consideraran como lo merecia en realidad, en las antesalas del presidente, cuando se presentó a solicitar una audiencia, pues el edecan dió la preferencia a muchas otras personas que habian llegado despues de él; pero el viejo alférez aguardó con paciencia, consiguiendo al fin ser introducido.

E jeneral Búlnes miró al pobre militar con esos ojos escudriñadores que tratan de averiguar en el semblante lo que desea el individuo antes que abra sus labios, y le dijo con tono afable, al ver las condecoraciones del veterano, señalándole a la vez un asiento:

—¿En qué puedo servir a usted, amigo mio?

Domingo Lopez permaneció de pié, sin aceptar el asiento que tan cortesmente le ofrecia el presidente de la república, y contestó, llevándose su mano a la frente en conformidad al saludo militar que jeneralmente emplea el soldado al hablar con sus jefes y como hacia poco tiempo que habia salido de esa esfera para pasar a la de oficial, conservaba todavia aquellos hábitos.

—Vengo, mi jeneral, o mi presidente, quiero decir, a solicitar una gracia de S. E.

—Hable usted.

—Solicito la libertad de mi hijo.

—¡De su hijo! ¿Qué es lo que ha hecho su hijo?

—Nada de malo, mi jeneral; una calaverada de muchacho

—¿Cuál es esa calaverada?

—Se metió en la revolucion de áyer y ha sido hecho prisionero; pero como yo puedo salir garante a S. E. de las buenas intenciones del muchacho, vengo a pedir su libertad.

—¡Buenas intenciones llama usted las de hacer una revolucion, las de perturbar el órden, las de tratar de derribar a un gobierno lejítimamente constituido!

—Sí, señor; yo aseguro a S. E. que mi hijo ha tenido buenas intenciones, y salgo desde luego de su fiador, porque lo conozco.

—¿Es decir que usted tiene tambien esas mismas buenas intenciones, desde el momento que lo apoya?

—¡Cómo nó, escelentísimo señor!

El jeneral Búlnes no pudo menos de reirse de la sencillez del veterano, conociendo por este mismo hecho su ninguna culpabilidad.

—¿Y cómo se llama el hijo de usted? preguntó con aire cariñoso el presidente.

—Enrique Lopez, un servidor de S. E.

—¡Buen servidor! escelente! con servidores de esa naturaleza estaria yo despachado hace mucho tiempo al otro mundo.

Y la hilaridad del jeneral era mayor.

—No cree S. E.! mi hijo es un buen ciudadano.

—Voi a ver: tengo aquí una lista de los conjurados.

Y don Manuel Búlnes se puso a leer aquel papel que tenia sobre su escritorio y que estaba lleno de anotaciones. Cuando hubo concluido miró otra vez con fijeza al veterano y le dijo:

—Imposible, amigo mio; su hijo es lo que hai de mas atrevido y pernicioso: él ha sido uno de los mas exaltados y valientes de la revolucion, y con veinte hombres como ese, no habria en el pais gobierno posible.

—Señor, aseguro a S. E. que calumnian a Enrique.

—¡Cómo que lo calumnian! Los datos que hai sobre él son fidedignos. Los informes que tengo a la vista vienen de personas que han presenciado los hechos. Su hijo de usted no solo es uno de los principales conspiradores, uno de los jefes del bando opuesto, uno de los cabecillas mas activos y mas encarnizados, sino que ha sido el mas resuelto y el mas valiente en la lucha, pues sin él no habria corrido tanta sangre ni habria sido necesario tanto sacrificio; de consiguiente, por mas buena voluntad que tenga hácia usted, no quedará él sin el merecido castigo, pues es preciso que se hagan algunos ejemplos para que no sucedan con tanta frecuencia escándalos como éste, para que cesen de una vez estas revoluciones que atrasan, denigran y ensangrientan al pais.

El pobre padre estaba aterrado, y el intrépido militar temblaba como un niño: aquel hombre que habia desafiado los peligros en tantas ocasiones, se encontraba ahora sin ánimo y no tenia casi valor para responder una palabra.

El jeneral Búlnes tuvo compasion, y le dijo con dulzura:

—No soi yo, amigo mio, el que debe juzgar a su hijo, y por desgracia es uno de los mas comprometidos, pero yo haré de modo que se minore el castigo: vaya usted tranquilo.

—Mi jeneral, yo he conocido a S. E. niño en las gloriosas luchas de la independencia; y por esa especie de fraternidad del soldado, la fraternidad del peligro, ruego a S. E. perdone a mi hijo... lo imploro de rodillas, mi jeneral.

Y el veterano se hincó delante del presidente.

Don Manuel Búlnes, conmovido de ver a sus piés aquel viejo militar, cuyas varoniles facciones demostraban a primera vista al indómito guerrero, puso su mano sobre el hombro del alférez diciéndole:

—Le doi a usted mi palabra que haré lo que pueda por salvar a su hijo, atenuando en cuanto esté en mi mano el fallo de los jueces; pero me es imposible en el momento

darlo en libertad; con todo, yo le respondo de su vida.

—Gracias, mi jeneral: yo sé por esperiencia que los valientes son siempre compasivos, y usted ha sido bastante lo primero desde que nació para que deje de ser ahora lo segundo.

Esta alabanza, dicha con toda naturalidad por el veterano de la independencia, lisonjeó el amor propio de don Manuel Búlnes, que, despues de levantar a Domingo Lopez, lo hizo sentarse, para conversar familiarmente con él, preguntándole por todas las campañas que habia hecho y los combates en que habia figurado.

—¿Y usted es solo alférez? dijo el presidente cuando hubo escuchado la verídica narracion del militar.

—Hace poco, señor, y solo por la gracia de S. E.

—Ahora recuerdo... Sí, me hablaron sobre el sarjento Domingo Lopez. Bien, amigo mio, vaya usted tranquilo...

Y el presidente de la república tendió la mano al pobre militar, mano que éste llevó a sus labios, considerándola como la protectora y salvadora de su hijo.

Al dia siguiente de esta entrevista, entró un ordenanza al conventillo en busca del alférez don Domingo Lopez; y así como pocos meses antes habia un soldado de la escolta llevádole los despachos de alférez, así ahora le entregaban un papel que contenia su promocion a teniente. Esta elevacion rápida e inesperada produjo un buen efecto en la familia Lopez, no por el honor y aumento de sueldo, sino porque este hecho era la mas evidente prueba de que el presidente de la república se interesaba en la suerte de Enrique, pues no concebia cómo podia premiar al padre castigando al hijo.

IX.

El proceso contra los revolucionarios se seguia con actividad. Enrique habia sufrido varios interrogatorios, pero en todos ellos habia respuesto terminantemente que, si bien era verdad que conoció a muchas personas que habian to-

mado parte en aquel movimiento, no revelaria jamas sus nombres. En vano le habian amenazado con el mas rigoroso castigo y aun con la muerte misma, o le habian ofrecido el indulto y hasta la libertad por tal que vendiese a sus correlijionarios políticos, porque tanto lo uno como lo otro habia producido el mismo efecto, no cambiando su noble determinacion ni la esperanza de la libertad ni el temor del castigo; y esta tenacidad del jóven, a mas de lo comprometido que estaba por sí mismo, a mas de los cargos que pesaban ya sobre él, habia irritado estraordinariamente a los jueces, a tal grado que, a pesar de las recomendaciones del presidente, fué condenado a muerte.

Don Manuel Búlnes, que no queria faltar a su palabra, pero que, por otra parte, no queria tampoco desagradar a sus amigos, hizo llamar a Domingo Lopez y le manifestó el compromiso en que se encontraba, aconsejándole que disuadiese a su hijo de una tenacidad que lo perdia indudablemente, hasta el punto que él casi no podia hacer nada en su favor, pues todos estaban en su contra.

—Yo he hecho, añadió, todo imposible, y lo único que he conseguido es un salvo-conducto para que usted lo vea y le diga que su declaracion es de mera fórmula, porque ya se conocen todas las personas: así es que se sacrifica inútilmente.

Domingo Lopez partió con el salvo-conducto, pero con el corazon traspasado: iba a tener el triste placer de ver a su hijo, pues llevaba la seguridad de que Enrique rehusaria hacer la menor revelacion, porque él en un caso igual habria obrado del mismo modo que obraba su hijo.

Presentado el salvo-conducto, fué inmediatamente introducido al solitario calabozo de su hijo, retirándose al centinela por órden del oficial de guardia a una distancia conveniente para vijilar al reo sin oir lo que hablaban.

Padre e hijo se abrazaron sin proferir palabra... Dado este primer desahogo a la afeccion y a la naturaleza, Enri-

qué se informó de todo cuanto se relacionaba con él, sin olvidar la mas pequeña particularidad y hasta los menores sentimientos que habian esperimentado en su familia. Satisfechas estas exijencias naturales del cariño, pensó en sí y en su situacion y preguntó a su padre cómo habia conseguido penetrar hasta él. El teniente de hacía pocos dias, le contó todo cuanto le habia sucedido y el encargo con que venia.

Enrique miró a su padre y le dijo estas solas palabras:

—En un caso igual al mio, ¿haria usted lo que me aconseja?

—No, hijo mio; pero... pero piensa en tu madre y en tu hermana; piensa en mí tambien...

—Yo he pensado en todo, mi querido padre; he llegado hasta arrepentirme de mi temeridad. Conozco que he obrado mal al comprometerme sin su consentimiento, y me parece que lo que estoi sufriendo es un castigo merecido por mi presuncion. Yo he pensado todavia en mas, en mas, padre mio... ¿pero seria justo que, por libertar a ustedes de un sufrimiento y a mí de la muerte, fuera a llevar el luto y la desolacion a muchas otras familias? No, padre mio; no querria yo vivir a ese precio, ni creo que ustedes querrian conservarme así!... Una mancha de esta naturaleza me mataria mas pronto que el hacha del verdugo, y sobre todo una mancha así, me impediria pensar en... en vos y en mí... porque me consideraria degradado, porque no podria ser hombre...

—Tienes razon, hijo mio; yo no te aconsejaré jamas que obres mal; sufre la pena, cualquiera que ella sea, pero no faltes jamas a la humanidad; porque, como tú mismo dices con mucha justicia, llevaria tu declaracion el luto y el espanto a otras familias; y al honor, porque la palabra dada, cuando esta palabra no implica un crímen, debe siempre respetarse... Yo estoi seguro que tu madre y hermana, a pesar de su dolor, aprobarán tu conducta, prefiriendo que

sacrifiques tu vida y la de ellas, con tal de que conserves la de los demas.

Pero, hijo mio, se me ocurre un medio sencillo que puede obviar en parte las dificultades, es decir, que puede salvarte sin comprometer a nadie.

—¿Cuál, padre mio?

—Mira, piensa un momento, no te alarmes de lo que voi a proponerte, sino que te pido únicamente que reflexiones; y si la proposicion que voi a hacerte la encuentras razonable, como lo es en efecto, no la deseches por escrúpulos o por una sensibilidad que iria mas allá de los límites de la verdadera prudencia.

Ve, Enrique: yo soi viejo: pocos años mas me quedarán de vida; mi muerte, en caso que llegara a suceder, lo que no espero, no causaria el menor trastorno, conservándote...

—Basta, padre mio: ya sé dondé usted quiere venir a parar.

—¿Dónde?

—En que usted ocupará mi puesto y yo el suyo. En que usted encontrará medios de hacerme evadir, quedándose en mi lugar.

—Es la verdad; pero no te alarmes: reflexiona que esta supercheria produciria un bien sin sombra de mal, porque debes suponer que no habria juez en el mundo que me condenase: primero, porque yo no era el verdadero culpable; segundo, porque un padre que salva a su hijo es mas bien digno de alabanza que de castigo; y tercero, porque contaria con el apoyo del presidente de la república, que se ha mostrado tan bueno conmigo.

—No acepto, padre mio, no acepto: me daria vergüenza libertarme a costa del menor sacrificio suyo, lo creeria cobardia, y usted me ha enseñado a no sér cobarde; lo creeria bajeza, y usted me ha dicho de ser siempre digno.

—Pero, hijo mio, ¿no ves que de la otra manera me sacrificas mas? ¿No comprendes que mi sufrimiento será ma-

yor viéndote a tí espuesto a la muerte, que el que yo puedo esperimentar con algunos lijeros contratiempos que me orijinaria la medida que te aconsejo adoptar? Y por otra parte, ¿dónde estaria tu cobardia, ¿dónde tu bajeza, cuando no era todo ello otra cosa que secundar un plan mio, concebido por mi cariño y mandado ejecutar por mi autoridad?

—Usted puede convencerme, padre mio, pero no persuadirme; usted puede hacer enmudecer mis labios, pero no acallar el grito de mi conciencia, que me dice: no, no, mil veces no. Un sofisma, señor, puede desviar la intelijencia y hacer que adopte un sistema distinto al que antes se tenia; pero el corazon es mas leal, mas verdadero, y cuesta mucho para que se le engañe, y ese corazon me dice a gritos de desechar, de no dar oido a sus palabras, de no aceptar sus proposiciones.

—¡Con que no hai medio de convencerte! ¡Con que no hai medio de argumentar contigo!

—Usted sabe mui bien, padre mio, que lo hai y que ese medio existe, pero cuando es justo y razonable. Mia no es la culpa, señor, si pienso asi, porque mi santa madre ha formado mi corazon, usted mi juicio y el señor don Toribio de Guzman ha venido a completar la obra que ustedes habian comenzado; ¿cómo quiere, pues, que yo reniegue ahora de mi oríjen, que yo vaya en contra de tan nobles tendencias?

El teniente volvió a echar los brazos a su hijo: mientras mas descubria el mérito de aquel jóven, mas sentia el perderlo, y su angustia crecia en proporcion a su cariño y a la admiracion que, sin pretenderlo, le arrancaba.

Viendo al fin que todo empeño de su parte seria inútil para hacer bambolear aquella alma tan fuertemente aferrada a sus convicciones, se despidió tristemente, pero no sin haber perdido la esperanza de salvarlo, o de que, por lo menos, se le conmutara la pena en algun destierro, a donde él y su familia lo seguiria.

De vuelta a la Moneda hizo presente a don Manuel Búlnes lo que le habia pasado y las reflexiones justas que le habia hecho su hijo y que él mismo, como padre, le habia apoyado, no ocultándole al jeneral ni la propuesta de evasion que le hiciera, las razones en que la habia apoyado y la tenaz resistencia que encontrara.

Esta franqueza elevada de parte del militar, esta magnanimidad de parte del jóven agradó al jeneral, aunque contrariaba de todo punto a las miras de su política y a los intereses del partido que se habia propuesto defender; sin embargo, dijo al nuevo teniente:

—Ya le he dado a usted mi palabra de que haria todo empeño por salvar a su hijo, y en efecto lo he hecho, aunque con poco éxito; pero ahora le empeño de nuevo esa misma palabra de que la sentencia de muerte que pesa sobre su hijo no se llevará a cabo, cuésteme lo que me cueste.

Esta afirmacion resuelta del jefe del estado tranquilizó al veterano, pues estaba seguro que un militar de honor no faltaria nunca a sus compromisos, y se despidió del presidente, si no satisfecho, al menos tranquilo sobre la existencia de su hijo, exijiéndole ademas el permiso de que lo pudiese ver su familia durante los dias que demorara en aparecer la sentencia del tribunal donde debia ir en apelacion el duro fallo de la corte marcial que juzgaba a los reos, lo cual le fué concedido por una vez al dia bajo la palabra de honor del veterano de no buscar medio alguno para que se evadiese el reo, respondiendo él con su cabeza: proposicion que hizo sonreir al viejo teniente, porque no tenia el menor fundamento, pues él voluntariamente habria dado en el acto su vida por salvar la de su hijo.

Inútil es pintar el gusto mezclado de pesar que esperimentaria la familia Lopez cuando penetró en el calabozo de Enrique, quien la recibió con muestras del mayor regocijo, ni mas ni menos como si la viera en su tranquilo hogar y se encontrara él libre de toda preocupacion de espíritu, de

toda amenaza sobre su persona, de todo amago sobre su existencia.

Eloisa se habia introducido tambien tímidamente en la comitiva, y Marta y Mercedes la dejaron que las acompañase con gusto, al ver de cuántos peligros aquella buena amiga los habia libertado sin exijir la menor remuneracion y esponiéndose ella a mayores, pues la venganza de la tia Anastasia debia ser mas temible que una sentencia de muerte, porque una amenaza de esta mujer era lo mismo que vivir muriendo.

Eloisa, al ver a Enrique esperimentó una impresion de dolor que se vió obligada a ocultar, porque ella no tenia, puede decirse asi, ni siquiera el derecho de llorar sobre la suerte de un individuo completamente estraño y a quien debia considerar con la mayor indiferencia por convencimiento propio; porque, en realidad, ¿qué contacto, qué relacion podia existir entre él y ella, a no ser el de la mera urbanidad o el del favor que dias antes les prestara? Eloisa quedóse, pues, retirada, dando lugar a que Marta, Domingo y Mercedes lo estrechasen contra su corazon; pero Enrique, sin desasirse de los brazos que tan dulcemente lo oprimian, estendió su mano a Eloisa, diciéndole: "Tambien usted ha querido venir a ver a un prisienero: es un placer bien triste."

—Sí, mui triste, pero que no cambiara por todas las felicidades de este mundo.

—Usted tiene mui buen corazon, Eloisa, respondió Enrique, sin soltar la mano de la jóven; usted nos ha salvado la vida y es natural que se interese por la suerte de aquellos que le deben la existencia de que gozan: conozco la delicadeza de este sentimiento y sé de dónde proviene: en jeneral, lo que nos cuesta mayores sacrificios es lo que mas se estima, y en muchas ocasiones llega a ser lo que mas se quiere.

—Asi es, en efecto.

—Gracias, Eloisa, gracias; Dios le dará la merecida re-

compensa, ya que a nosotros no nos es dado ir mas lejos que nuestra gratitud; pero cuente usted que ella será eterna.

—Señor, dijo la arrepentida jóven, sollozando, yo soi la que recibo el favor. ¡Si ustedes supieran cuánto bien me han hecho, cuánto me hacen y cuánto me harán todavia!

—Nosotras, hija! dijo Marta interviniendo; nosotras te lo debemos todo y tú no nos debes nada.

—No está lejos, señora, el dia en que ustedes lo sepan, y entonces lo comprenderán y me harán justicia.

—Bueno, bueno; ya veremos, dijo Domingo Lopez, con su sonrisa triste y amable; pero mientras tanto, aprovechemos el tiempo que nos queda para ponernos de acuerdo y ver el modo de salvar a este calavera, porque en cuanto a hacerlo fugar es imposible, pues yo he empeñado mi palabra y no falto jamas a ella. Puede ser mui bien que esta sea la primera y la última entrevista que tengamos, y es necesario ver los recursos con que contamos para abrir la campaña que yo ya he iniciado no con tan mal éxito, porque al fin es algo conseguir cuando se ha obtenido la seguridad de que se respetará el *pellejo*, y el permiso de poder visitar a tan temible revolucionario; pero nos queda todavia que hacer mucho; pues, segun me parece, no saldrá este caballero tan intacto de su primera escaramuza.

—Seria conveniente, dijo Mercedes, escribir al señor don Toribio de Guzman y a la señora doña Juana, como tambien a Luisa, porque son personas mui influyentes. Al primero puede dirijirse Enrique y a las segundas me dirijiré yo.

—Bien pensado, hija mia, y es preciso poner desde luego manos a la obra y que mañana mismo partan las cartas, porque si llegan antes de la sentencia, pueden influir en la deliberacion; y si despues, que no sea tan escesivo el rigor de ella.

Marta dijo que no tenia mas patronos y protectores que sus santos, pero que en ellos tenia mas confianza que en todas las potestades del mundo, porque lo que no se obtenia

con la intervencion de Dios no se conseguia con los hombres.

Solo Eloisa no pronunció una sola palabra; y sin embargo, mientras los otros hablaban, revolvia en su cabeza muchísimos planes, sin pararse todavia en ninguno, pero guardándolos para madurarlos mejor.

Una semana duraron, poco mas o menos, las visitas que diariamente y durante una hora hacia la familia López a Enrique, acompañándola constantemente Eloisa y algunas veces Teresa, hasta que el sétimo dia el oficial de guardia dijo que ya no se podia ver mas al reo, porque estaba sentenciado y habia marchado a cumplir su condena.

—¿Y cuál ha sido la sentencia? preguntó el viejo teniente al jóven capitan que en ese momento le hablaba.

—La ignoro, señor, todavia; pero todos los reos han marchado a la penitenciaria y entre ellos creo que hai algunos condenados a muerte.

Esto último alarmó estraordinariamente a Marta y a Mercedes, sin contar a Eloisa, que siempre ocultaba sus impresiones; pero Domingo se vió obligado a tranquilizarlas nuevamente, diciéndoles que un militar como el jeneral Búlnes no faltaba jamas a lo que habia prometido, porque, independiente de su sagrada palabra de soldado, debia tener la de rei, que, una vez dada, podia sin temor contarse con ella; y como en una república el presidente no era otra cosa que el rei en una monarquia, estaban todos en la obligacion de prestarle entero crédito, y que él estaba tan persuadido de lo que decia, que iba inmediatamente a palacio, seguro de que Enrique no habia sido de aquellos sobre quienes cayera la última de las sentencias.

La seguridad del viejo soldado, seguridad que dió ánimo a todos, calmó en parte la mala impresion producida por la noticia que acababan de recibir, retirándose a su casa mas tranquilas, mientras que Domingo Lopez se encaminaba a la morada presidencial.

En esta ocasion no tuvo mucho tiempo que perder, porque no le hicieron hacer una larga antesala, introduciéndolo al salon de recibo ordinario, casi tan luego como fué anunciado.

El jeneral Búlnes estaba sentado frente a una gran mesa cubierta de papeles, mesa que existe todavia y en la que han despachado ya grandes negocios tres presidentes.

Al momento de presentarse el nuevo teniente, aunque viejo campeon de la patria, el jeneral, señalándole un asiento, le dijo que aguardara un instante y siguió hojeando algunos papeles. Terminada la operacion se dirijió a Domingo Lopez, haciéndole observar que, a pesar de sus esfuerzos y de sus buenos deseos, no habia conseguido minorar el castigo; pero la pena de muerte a que habia sido condenado desde un principio habia sido conmutada en cinco años de penitenciaria.

—Ahora, amigo mio, agregó el presidente, es preciso resignarse; pero esta resignacion será corta, porque puede mui bien existir un indulto cuando ocupe la silla el nuevo majistrado que en poco tiempo mas debe rejir los destinos de la república, y no seré yo uno de los que menos se empeñe en conseguirlo; y así como he cumplido a usted mi palabra anterior, a pesar de la oposicion que me he visto obligado a vencer, cumpliré la otra que le doi ahora; pero por el momento me es imposible ir mas allá.

No se podia hacer la menor objecion a las palabras del jeneral, porque se conocia que era ya un partido resuelto: asi es que el sensible padre se vió precisado a retirarse con el pecho oprimido de angustia, pues el tiempo le parecia mui largo y la cárcel mui dura y mui impropia para un jóven como Enrique cuya moralidad y pureza de costumbres, cuya elevacion y cuyos hábitos no tenian nada de semejantes con los que tienen regularmente las personas que por sus crímenes ocupan aquel lugar donde rebosa el vicio y del que ha hecho la maldad su asiento favorito; sin embargo,

el antiguo veterano dió las grácias al presidente, marchándose en seguida.

Tardó algun tiempo Domingo Lopez en regresar a su casa, porque presentia el pesar que semejante nueva causaria a la familia: con todo, era preciso que al fin lo supiesen y tomó su resolucion; pero Marta y Mercedes estaban ya prevenidas por Eloisa, la que les habia dicho que si no lo condenaban a muerte ella se encargaba de su libertad, salvándolo de la prision, cualquiera que fuese el tiempo a que hubiera sido destinado, así es que la mala noticia que traia el veterano no produjo el efecto tan temido que creia iba a causar, sabiendo en seguida el motivo porque su mujer y su hija no se asustaban, participando él mismo de igual confianza, pues tenia la esperiencia de los prodijios hechos por Eloisa, a la que consideraba como el ánjel tutelar de la casa que desde algun tiempo velaba por ella.

Cambio de domicilio.

I.

El estado en que se encontraba Mercedes casi no podia ya ocultarse; y sin embargo, la inocente niña continuaba ignorándolo, habiendo solo comunicado a su madre aquella rara enfermedad que cada dia parecia aumentarse sin saber el motivo.

La pobre Marta, perpleja y sin saber tampoco cómo revelar a su hija el mal de que adolecia, tuvo que usar de los medios mas injeniosos para dejar intacta aquella flor de pureza, haciéndole a la vez conocer las circunstancias críticas en que se encontraba; ¡pero qué es lo que no puede, lo que no inventa y lo que no alcanza el cariño de madre!

La sorpresa de Mercedes fué inmensa, y de tal naturaleza, que era una mezcla de sentimientos contradictorios, una amalgama de dolor y de placer, de desesperacion y de esperanza, de angustia y de alegria. Ella habria dado su vida por no encontrarse asi; y si alguien hubiera querido libertarla de aquel estado, tambien la habria dado por conservarla: principiaba en ella la misteriosa elaboracion de la maternidad, esa lei eterna, manantial inagotable de una constante creacion, mezcla de la mayor delicia y del mayor dolor, y a la que están sujetos todos los seres del orbe conocido y talvez de los orbes desconocidos. ¡La maternidad, este arcano impenetrable por el que se revelan en parte los ocultos designios de Dios; este eslabonamiento sucesivo y constante por el cual se suceden las jeneraciones unas a

otras en sus distintas especies; este lazo que une a la humanidad en jeneral haciendo desaparecer o confundiendo todas las razas; este vínculo que no solo nos liga a nuestros padres, sino que viene abrazándonos con sus filamentos ocultos, desde el primer hombre hasta nosotros, y desde nosotros hasta el fin de los tiempos, si es que llega ese fin incomprensible para nuestra mente, porque no alcanzamos a concebir el aniquilamiento absoluto; este fenómeno, decimos, del cual dependen todos, está rodeado para la jóven madre, que lleva en su seno la futura y pasada simiente, de dulces cuidados, de desvelos incesantes pero deliciosos, de solicitud tierna, de esperanzas embriagadoras, de amor puro, delicado, anjelical; y Mercedes, asi como las demas criaturas, estaba sujeta a esa lei eterna de la Providencia infinita; de suerte que principiaba a sentir las mismas emociones que, con mas o menos fuerza, en conformidad a su organizacion respectiva, esperimenta cada uno de los seres!...

Marta, viendo que era imposible ya disimular por mas tiempo a los ojos de los demas el estado de su hija, y queriendo que se ignorase siempre la desgracia que le habia cabido, porque no basta para el honor de una mujer el tener pura y vírjen el alma, sino que es necesario que tambien aparezca el cuerpo sin mancha, pues de lo contrario la virtud mas acrisolada está espuesta a la sospecha vergonzosa, a la ofensa injusta y talvez al sarcasmo cruel; Marta, decimos, llamó a su marido para conferenciar con él y proponerle un medio de escapar a la difícil y embarazosa situacion en que se hallaban.

—Es indispensable, Domingo, dijo la prudente Marta, que abandonemos estos sitios en que hemos pasado nuestra juventud, donde han nacido nuestros hijos y en los cuales hemos tenido dias tan serenos y felices asi como momentos de la mas terrible angustia.

—¿Por qué, querida Marta, deseas abandonar estos lugares que tú misma sientes dejar?

Cambio de domicilio.

I.

El estado en que se encontraba Mercedes casi no podia ya ocultarse; y sin embargo, la inocente niña continuaba ignorándolo, habiendo solo comunicado a su madre aquella rara enfermedad que cada dia parecia aumentarse sin saber el motivo.

La pobre Marta, perpleja y sin saber tampoco cómo revelar a su hija el mal de que adolecia, tuvo que usar de los medios mas injeniosos para dejar intacta aquella flor de pureza, haciéndole a la vez conocer las circunstancias críticas en que se encontraba; ¡pero qué es lo que no puede, lo que no inventa y lo que no alcanza el cariño de madre!

La sorpresa de Mercedes fué inmensa, y de tal naturaleza, que era una mezcla de sentimientos contradictorios, una amalgama de dolor y de placer, de desesperacion y de esperanza, de angustia y de alegria. Ella habria dado su vida por no encontrarse asi; y si alguien hubiera querido libertarla de aquel estado, tambien la habria dado por conservarla: principiaba en ella la misteriosa elaboracion de la maternidad, esa lei eterna, manantial inagotable de una constante creacion, mezcla de la mayor delicia y del mayor dolor, y a la que están sujetos todos los seres del orbe conocido y talvez de los orbes desconocidos. ¡La maternidad, este arcano impenetrable por el que se revelan en parte los ocultos designios de Dios; este eslabonamiento sucesivo y constante por el cual se suceden las jeneraciones unas a

otras en sus distintas especies; este lazo que une a la humanidad en jeneral haciendo desaparecer o confundiendo todas las razas; este vínculo que no solo nos liga a nuestros padres, sino que viene abrazándonos con sus filamentos ocultos, desde el primer hombre hasta nosotros, y desde nosotros hasta el fin de los tiempos, si es que llega ese fin incomprensible para nuestra mente, porque no alcanzamos a concebir el aniquilamiento absoluto; este fenómeno, decimos, del cual dependen todos, está rodeado para la jóven madre, que lleva en su seno la futura y pasada simiente, de dulces cuidados, de desvelos incesantes pero deliciosos, de solicitud tierna, de esperanzas embriagadoras, de amor puro, delicado, anjelical; y Mercedes, asi como las demas criaturas, estaba sujeta a esa lei eterna de la Providencia infinita; de suerte que principiaba a sentir las mismas emociones que, con mas o menos fuerza, en conformidad a su organizacion respectiva, esperimenta cada uno de los seres!...

Marta, viendo que era imposible ya disimular por mas tiempo a los ojos de los demas el estado de su hija, y queriendo que se ignorase siempre la desgracia que le habia cabido, porque no basta para el honor de una mujer el tener pura y vírjen el alma, sino que es necesario que tambien aparezca el cuerpo sin mancha, pues de lo contrario la virtud mas acrisolada está espuesta a la sospecha vergonzosa, a la ofensa injusta y talvez al sarcasmo cruel; Marta, decimos, llamó a su marido para conferenciar con él y proponerle un medio de escapar a la difícil y embarazosa situacion en que se hallaban.

—Es indispensable, Domingo, dijo la prudente Marta, que abandonemos estos sitios en que hemos pasado nuestra juventud, donde han nacido nuestros hijos y en los cuales hemos tenido dias tan serenos y felices asi como momentos de la mas terrible angustia.

—¿Por qué, querida Marta, deseas abandonar estos lugares que tú misma sientes dejar?

—No ves, amigo mio, que el embarazo de Mercedes se hace cada dia mas perceptible.

—Y bien! ¿Tiene ella acaso la culpa?

—Sin duda que no, pero es preciso ocultarlo a los indiferentes o a los estraños. Tú comprenderás bien a cuántos comentarios; a cuántas suposiciones, mas o menos erróneas, mas o menos calumniosas, a cuántos chismes mas o menos ofensivos, no estaríamos espuestos, tanto ella como nosotros.

—Tienes razon, Marta, siempre tienes razon. Soi, pues, de tu mismo parecer.

—Entonces es preciso cambiar cuanto antes de domicilio, escojiendo un barrio apartado y si es posible que todo el mundo ignore el lugar de nuestra residencia para no vernos espuestos a encuentros desagradables. Las únicas personas a quienes podemos dar parte porque están en el secreto, porque son buenas, porque nos son adictas y porque les debemos y nos deben servicios, no teniendo por consiguiente nada que temer de su parte, las únicas personas, repito, en que podemos tener confianza, son Eloisa y Teresa, a quienes confiaremos nuestro secreto.

—Está bien, ¿quieres que ahora mismo vaya a buscar una pieza o una casita en un barrio apartado?

—Prefiero una casita, Domingo, ya que tenemos los medios de hacer algun gasto mayor, y la prefiero, no por vanidad de ocupar un alojamiento mas vasto o mas cómodo, sino por la soledad, por el sijilo, por el misterio de que debe rodearse durante algunos meses a nuestra querida hija.

—La dificultad de encontrar una casa como la que necesitamos no me parece tan grande; ¿pero cómo haremos para que no sepan nuestra mudanza los inquilinos del conventillo, teniendo como tenemos que sacar nuestros muebles?

—Te encuentro razon, amigo mio; esta es una dificultad porque, por afeccion, ya que no por otro móvil, pueden seguirnos y averiguar donde nos hemos mudado, y entonces nuestro plan fracasa frustrándose nuestra combinacion.

—¿Qué hacer, pues?

—Lo pensaremos y ya encontraremos el medio; mientras tanto voi a llamar a Eloisa y a Teresa para comunicarles nuestro proyecto y puede ser mui bien que la primera descubra algun espediente injenioso que allane la dificultad; yo tengo mucha confianza en el talento y penetracion de esa niña, asi como en su bondad.

Marta, sin rodeos, y con esa sencillez elevada que la hacia tan respetable y tan simpática, comunicó a las dos amigas de su hija el proyecto en que estaba y el fin con que lo hacia.

Las dos jóvenes lloraban en silencio al escuchar la palabra conmovida de la vieja Marta cuando les esplicaba el objeto de su mudanza. Habia en aquella confesion dolorosa tanta grandeza, tanta humildad, tanta resignacion y tanta virtud al mismo tiempo que tanto sentimiento, que los sollozos de ambas jóvenes crecian en proporcion que Marta con su melancólico y tierno acento continuaba su penosa narracion, sucediéndose un silencio profundo cuando hubo concluido la infeliz madre: este silencio era efecto de la reconcentracion e intensidad del dolor.

Eloisa fué la primera en interrumpirlo diciendo:

—Señora, antes de responderle y antes de esplicarme, voi a pedir una gracia que solicito de usted como el mas grande favor que reconoceré toda mi vida y que satisfaré con una gratitud eterna.

—Hable usted, hija mia, y tenga la seguridad de que si depende de mí conseguirá usted lo que solicita, proporcionándome con ello una satisfaccion verdadera, pues le probaré que yo tampoco soi indiferente a los beneficios que usted ha hecho a todos nosotros.

—Ya creo haber contestado a este punto para no insistir en él nuevamente. Lo que solicito de usted, señora, es que no me abandone, es que me lleve en su compañia, porque en ella encuentro la paz del alma, el reposo de mi conciencia y la alegria de mi corazon.

—Ven, hija mia, respondió Marta con efusion; ven a mis brazos y ten la seguridad de que nunca nos separaremos de tí, porque nosotras encontramos en tu amistad un placer y en tu confianza un alivio y una felicidad.

—Gracias, señora: usted sabrá algun dia el bien que me ha hecho.

—Yo tambien, esclamó Teresa, quiero acompañarlos; yo tambien quiero que no me dejen sola mis protectores.

—Tú tienes tu marido, querida Teresa, y puede ser que no le convenga para sus negocios vivir con nosotros; de lo contrario, tambien tendriamos mucho gusto en estar en tu compañia.

—Y si Santiago consiente, ¿nos llevarán ustedes consigo?

—No puedes dudarlo, Teresa, en caso que él no se perjudique y que solo dé su consentimiento por no desagradarte.

—Estoi segura, señora, que estará complacido y que veria con dolor que ustedes nos dejaban.

—Pues bien, amigas mias, así estaremos todas reunidas y el aislamiento para Mercedes no será tan penoso, porque ya no estará sola.

—Yo habia pensado, señora, dijo Eloisa, proponerle a usted lo mismo que usted nos ha propuesto; pero por un motivo distinto, que viene, sin embargo, a relacionarse o a completarse en sus buenos resultados con el suyo.

—¿Cuál era tu pensamiento?

—Como ya he dicho a ustedes, yo me comprometo a salvar de su prision a don Enrique, sin poder fijar el tiempo, porque todavia no he formado mi plan ni sé los medios de que pueda valerme; sin embargo, tengo la seguridad y comprometo mi palabra, y si se quiere mi vida, de que conseguiré ni intento; pero una vez conseguido, necesitaba que ustedes no viviesen mas en el conventillo, porque salvado don Enrique, será indudablemente perseguido y lo encon-

trarian con mucha facilidad en la habitacion de ustedes, donde la policia sabria que iria infaliblemente a parar. Por otra parte, en caso que no se descubriese, ustedes quedarian espuestos a soportar mil disgustos, siendo vijilados mui de cerca y con mucho misterio; de manera que una vez u otra, por muchas que fueran las precauciones que se tomaran, podia caer en manos de sus perseguidores y en ese caso todo estaba perdido o la esperanza de salvarlo se hacia mui remota, porque se centuplicarian las dificultades.

Marta contemplaba con cariño a Eloisa, admirándose de aquella prevision tan rara en una jóven de su edad; asi es que le dijo:

—Parece, hija mia, que estuvieras mui acostumbrada a lances de esta naturaleza o que en tus pocos años hubieras visto mucho mundo, adquiriendo una grande esperiencia.

—En otra ocasion hablaremos detenidamente sobre esto, pues no quiero tener para usted secretos; pero por ahora lo que necesito saber es si encuentra o no razonables mis advertencias.

—Las hallo mui prudentes y de una prevision admirable.

—Pues bien, señora, yo me encargo de buscar la casa y de prepararlo todo con el mayor sijilo y con el mayor misterio, de tal modo que quede todo el mundo desorientado y que nadie sepa su nuevo domicilio.

—Nos entregamos a tí con entera confianza; ¿pero cómo haremos para sacar los muebles sin que nadie lo note? Esta era la dificultad con que tropezábamos Domingo y yo hace un momento.

—Esa dificultad desaparece fácilmente: ustedes dejan los muebles en las mismas piezas sacando aquello mas necesario, de lo cual yo me encargo, y hacer correr la voz de que van al campo por algun tiempo para restablecer completamente la salud de la señorita Mercedes, y no habrá uno solo que no lo crea, tanto mas si ustedes les dejan el encargo de

vijilar por sus casas. La misma fábula se le cuenta al propietario, dejándole pagado el arriendo por seis u ocho meses: de esta suerte, cuando se haya fugado don Enrique y llegue la policia al conventillo, no encontrarán ni rastro y habrán perdido completamente la pista.

Ahora, por lo que respecta a Teresa y a mí, nos mudaremos a la luz del dia y a la vista de todos, llevando nuestros muebles a una casa que tendré lista de antemano, y de allí los sacaremos al dia siguiente para trasportarlos aca con otros carretones.

—Todo está admirablemente combinado, hija mia.

—Sí, tengo esperanza de que la empresa la llevaremos a cabo sin el menor tropiezo, pero es necesario la mas grande reserva y el misterio mas impenetrable, hasta que no hayamos puesto en completa seguridad a don Enrique y hasta que la señorita Mercedes. . .

—Asi es, Eloisa; y para ello seguiremos en todo tus consejos.

—Déjenme obrar a mí sin admirarse de mi metamórfosis. Puede ser que algunas veces me aparezca de gran dama, otras de mendiga, otras en mi estado propio, otras de muchacha, y asi sucesivamente. Puede ser tambien que llegue algunas ocasiones tarde de la noche, que otras no me recoja a casa y que aun se pasen algunos dias sin verme; no hai, pues, que estrañarse de nada, porque todos estos cambios pueden ser necesarios y útiles para la consecucion del proyecto.

—Vuelvo a repetírtelo, Eloisa, haremos lo que nos digas que debemos hacer.

—Ahora yo me encargo de buscar la casa. Conozco la ciudad de Santiago mas que a mis propias manos y sé cuáles pueden ser los lugares mas a propósito para nuestro asunto.

—Te damos carta blanca, hija mia; pero en la nueva habitacion tenemos necesidad de algunos muebles, aunque

sean los mas indispensables, desde el momento que nos vemos obligados a dejar los nuestros.

—Esto no es tampoco una dificultad; solamente ya le he dicho que no se admire de nada, ni me averigüe cosa alguna hasta que yo misma esplique mi conducta, lo que no dude usted que lo haré sea hoi sea mañana, porque me pesa tener para ustedes la menor reserva; sin embargo, estoi obligada a ello por ciertos motivos que por el momento no me es dado esplicar, pero que a su debido tiempo sabrán ustedes; mientras tanto, voi a salir en busca de lo que necesito primero antes de emprender lo segundo.

—¿Quieres algun dinero Eloisa?

—No, señora; lo único que quiero es que me deje obrar libremente, segura de que si alguna vez necesito algo se lo pediré.

II.

Dicho y hecho. Eloisa se despidió de Marta y de Teresa, tomó su manto y partió.

La primera dilijencia que hizo fué dirijirse a su casa para ver a sus sirvientes y tranquilizarlas por su prolongada ausencia. Allí cambió de traje y se vistió con el mayor lujo, haciéndose cuanto mas interesante podia. En seguida mandó que le trajeran el mejor coche que se encontrara en la plaza, lo tomó por horas, puso algunas monedas de oro en su bolsa y se echó a andar por todas las calles de Santiago, dando la preferencia a los suburbios, donde ordenó que la condujeran primero.

A medida que Eloisa encontraba una casa que le parecia adecuada para su objeto, abria su cartera y la apuntaba, anotando poco mas o menos la clase de habitaciones que se encontraban a su alrededor, porque esto era para ella una circunstancia de mucha consideracion, pues talvez de allí dependia el éxito, que tenia por base el conservar siempre el incógnito y si era posible el no llamar jamas la atencion

de los vecinos, pasando cuanto mas se pudiera ignorada de todo el mundo.

Era ya la caida del sol cuando ordenó al cochero dirijirse tras del cerro de Santa Lucia, barrio entonces casi completamente abandonado y donde solo vivian algunas familias pobres y como apartadas del bullicio de la poblacion, aunque su distancia no es mucha del centro de la hoi magnífica ciudad de Santiago.

En la calle de Breton, arrabal entonces completamente abandonado, encontró Eloisa una casa aislada y de mui modestas apariencias, que tenia en su vieja puerta un papel que decia: "Esta casa se alquila." Inmediatamente la anotó en su cartera, haciéndole una señal para distinguirla de las otras que ántes habia marcado, orientándose de la situacion en que se encontraba asi como del nombre de la calle, mui poco conocido para los habitantes del centro.

Hechas estas dilijencias se dirijió a su primitiva casa de habitacion, ordenó a sus criadas de abrir la puerta de calle y de recibir a los jóvenes que vinieran a verla.

Fuera capricho, fuera casualidad, fuera que desde algun tiempo rondase constantemente la casa de Eloisa, lo cierto del caso es que la primera persona que se presentó fué aquel mismo Emilio a quien Eloisa habia, por decirlo asi, despedido, recibiendo en consecuencia de parte de él el mas grande de los insultos.

Eloisa leia o se hacia que leia en un libro cuando Emilio entró.

El jóven dejó su sombrero sobre una silla, se acercó a la muchacha, y poniéndole la mano en el hombro, le dijo familiarmente:

—¡Todavia estás enojada conmigo?

—Yo no tengo el derecho de enojarme con nadie, caballero.

—Sin embargo, lo hiciste.

—No recuerdo.

—Dónde has estado tanto tiempo, que no he podido encontrarte a pesar que te he buscado diariamente?

—He estado ocupada.

—Sin duda con aquel perillan, criado de Guillermo, a quien de buena gana hubiera dado de patadas en...

—¿Ha venido usted para insultarme nuevamente?

—No; pero tengo rabia aun de que me pospusieras a un miserable sirviente.

—No me gusta dar esplicaciones a quien no sabe apreciarme; pero le diré a usted francamente que nada tenia que ver, en el sentido que usted piensa, con ese hombre.

—¿Por qué me hablas de usted y no de tú, como lo hacias antes?

—Porque ni usted es el mismo para mí ni yo para usted.

—¡Qué! ¿Una exaltacion momentánea bastante escusable ha sido lo suficiente para cortar nuestras buenas y antiguas relaciones?

—La jente de nuestro jaez, que, segun ustedes, no tiene el derecho de enojarse ni de ser dueña de casa, no puede romper relaciones ni aceptarlas, sino momentáneamente, pues se le prohibe el derecho de ser dueño de sí misma: esto es lo que usted quiso decirme: al menos asi lo he comprendido.

—Déjate, hermosa Eloisa, de esas cosas; si quieres te pido perdon de rodillas; vamos, ya estoi a tus plantas.

Y el aristócrata jóven se hincó delante de ella, dibujándose sobre sus labios una sonrisa entre afable y burlona, una de esas sonrisas que marcan las distancias que hai de una a otra persona, a pesar de la íntima familiaridad del momento.

Eloisa comprendió aquel mudo lenguaje, y con tono digno pero humilde, dijo a Emilio:

—Ese rendimiento aparente, señor, es todavia la continuacion de la misma ofensa anterior, añadiendo ahora la rechifla. Sea como usted quiera, ofendame como se le antoje,

estoi dispuesta a soportarlo todo, porque no quiero ni debo exaltarme.

—Te desconozco completamente, Eloisa, dijo el jóven, abandonando la postura que habia tomado y dando asu semblante un aire de seriedad; ¿qué es lo que pasa por tí? ¿Cómo has cambiado tanto en tan poco tiempo?

—Ojalá hubiera cambiado mas; pero nosotras, en nuestra degradante condicion, no podemos ir mui lejos, porque aun cuando mudemos por completo de existencia y de ideas, siempre arastraremos el desprecio esterior, llevando en nosotras uno todavia mas doloroso: el desprecio propio.

—No te comprendo. Jamas te habia oido hablar asi. ¿No me quieres ya?

—¿Puede una querer? ¿Y qué sacaria con ello?

—Hace poco tiempo no tenias conmigo este lenguaje, sino que por el contrario me decias que me amabas y que estabas satisfecha con mi cariño.

—Es verdad, pero me engañaba a mí misma.

—Entonces no me quieres?

—No es precisamente eso lo que quiero significar.

—¿Qué es, pues?

—Que no soi la misma.

—¿Has mudado de vida?

—Sí.

—¿Por qué estás entonces tan compuesta, tan seductora, pareciendo mas hermosa que nunca.

—Porque todavia no he mudado de condicion y quiero agradar.

—¿A quién?

—A usted y a todos los que puedan serme útiles.

—¡A mí y a todos! ¿No sabes que quiero siempre ser esclusivo, porque no me gusta confundirme con los demas?

—¡Exajeraciones de la vanidad! ¡Pretensiones del amor propio!

—Sea lo que se fuese: ese es mi deseo y mi exijencia, porque es mi voluntad.

—Está bien: esto puede suceder segun sea el servicio.

—¿Te he rehusado alguna vez algo, Eloisa?

—No; usted me ha dado todo el dinero que le he pedido.

—Y estoi siempre dispuesto a dártelo.

—Yo no quiero dinero, sino servicios de otro jénero.

—¡Servicios! ¿Qué clase de servicios exijes de mí? Dílos, porque si están en mi mano no te los rehusaré; pero es preciso que me hables con la familiaridad antigua, que me digas tú, que me llames por mi nombre.

—Sea; ¿tienes alguna influencia con los hombres de gobierno?

—Sí; estoi en buena armonia con todos los mandatarios. Soi uno de los decididos partidarios de la administrcion actual y de la candidatura futura, y en el gabinete se encuentra un tio mio.

—¿Tienes un tio ministro?

—Justamente.

—Pues bien, Emilio, necesito de todo tu influjo para obtener el perdon y la libertad de un jóven que...

—¡De un jóven! ¡Talvez de un rival mio! Imposible: ¿cómo quieres que me preste a ello?

—Puedo asegurarte, Emilio, que no es tu rival.

—¿Qué es entonces.

—Es... es... un hermano mio.

—Nunca te habia oido decir que tenias hermano.

—Habia estado mucho tiempo ausente.

—Y bien; ¿qué es lo que ha hecho tu hermano?

—Se metió en la revolucion y ha sido condenado a cinco años de penitenciaria.

—¡Revolucionario! Si hubiera sido criminal, si hubiera sido un ladron o un asesino, podia desde luego asegurarte que obtendria su libertad y su perdon; ¡pero revolucionario es distinto! En la actualidad, Eloisa, es preciso mostrarse

severo con esos señores, porque de allí depende la tranquilidad presente y la tranquilidad futura del pais, y los ministros asi como el presidente están tan convencidos de esta verdad, que sobre este punto son inexorables y no transijen por nada ni con nadie. Hai en la actualidad jóvenes de las primeras familias, mui influyentes por sus relaciones, emparentados con todo el mundo, y que a pesar de esas ventajas no pueden conseguir doblegar la enérjica decision de los mandatarios, porque están convencidos, y con mucha justicia, que siendo induljentes no se conseguiria otra cosa que abrir de par en par las puertas a la anarquia; y esa tirania, como la llaman los opositores, no es otra cosa que prudencia: lo contrario seria una debilidad imperdonable. Ya ves, pues, Eloisa, que me pides un imposible.

—El mérito es mayor mientras mas difícil es la empresa.

—Indudablemente; pero exijir lo que no se puede alcanzar es temeridad.

—Sin embargo, tantea la cosa, mientras yo toco otros resortes, porque no dejaré piedra por mover con tal de libertar a mi hermano, hasta el punto que yo me quedaria gustosa en su lugar.

—¡El cambio no era malo! Si lo consigues, te prometo desde luego que me constituyo tambien en prisionero por el placer de hacerte compañia, porque eres capaz con tu sola presencia de trasformar la penitenciaria en un paraiso terrenal.

Eloisa, a pesar de los sentimientos que la agoviaban, no pudo menos de reirse de la galante ocurrencia de Emilio, y dijo al jóven, tendiéndole su delicada mano:

—Eres siempre, querido Emilio, el mejor jóven que he conocido, y espero que no desmientas ni tu carácter ni el concepto que me he formado. Por ahora hazme el favor de retirarte, pues tengo que salir; pero tendré el gusto de verte mañana a esta misma hora, y éste será mayor si me traes al-

guna nueva favorable, porque me probará que has pensado en mí y te has ocupado de mí.

—¡Tan luego me despides!

—No es por mala voluntad, sino que es necesario. Adios, Emilio, hasta mañana.

—Dime al menos que ya no me conservas ningun rencor.

—Nunca te lo he tenido, Emilio, y ahora menos, puesto que pongo a prueba tu bondad pidiéndote un gran servicio.

—Que si dependiera de mí ya lo habrias conseguido; pero te prometo hacer mi posible.

Tan luego como se desapareció el jóven, Eloisa cambió de traje y se dirijó a la calle de San Pablo, donde era esperada con ansiedad.

III.

A pesar de la confianza que tenian en Eloisa, la familia Lopez no podia menos de estar tristemente preocupada, porque podia mui bien suceder que los esfuerzos de la jóven fracasasen, tropezando con dificultades insuperables, porque el buen Domingo Lopez habia visto a algunas personas y hecho dilijencias completamente inútiles, que solo produjeron en él cierto desaliento, desaliento que se habia comunicado en parte al resto de la casa, es decir, de las personas que se hallaban allí reunidas, pues se encontraba Santiago y su esposa Teresa, que poseyendo todos los secretos de la familia estaban dispuestos a ayudarla y a correr la misma suerte que ella, cualquiera que fuese la situacion en que se encontrase.

La mesa para la cena estaba puesta y solo aguardaban la llegada de Eloisa para dar principio, cuando ésta apareció risueña y satisfecha, animando con su presencia a todos los que estaban allí.

—Parece, hija mia, que nos traes buenas nuevas, le dijo Marta con cariño, sentándola a su lado.

—Todavia no he hecho mucho, señora; pero estoi en ca-

mino y he practicado algunas dilijencias, de las que espero conseguir algo. Por el momento ya tengo vista la casa, y mañana sin falta correrá por mi cuenta. La situacion es magnífica, está en la calle de Breton, detras del cerrito de Santa Lucia, y a sus alrededores hai poco vecindario.

—Pues a mí me ha ido mal por todas partes, repuso Domingo Lopez con voz triste.

—No importa, señor; es preciso no desmayar.

—En cuanto a eso, puede usted estar segura, Eloisa, porque o el diablo me lleva o yo salvo a Enrique.

—La enerjia en la accion es la primera condicion de buen éxito.

Los cálculos, las probabilidades, las personas que debian verse, las influencias que era necesario emplear, etc., todo fué discutido en esa noche; pero sin que nada pudiera resolverse y sin saber positivamente cuáles serian los medios que mas convendria emplear; porque Eloisa, sin que dejara de emitir su opinion, guardaba cierta reserva respecto a su accion, no faltando por esto a la franqueza; porque era a un mismo tiempo callada y locuaz, reflexiva y atolondrada, amiga de proceder por sí misma, sin que por esto desechara la opinion ajena; pero le gustaba, sobre todo, tener la seguridad de llevar a cabo un proyecto antes de comunicarlo, antes de decir: aquí está el resultado.

El dia siguiente, Eloisa se levantó temprano, se puso su sencillo vestido de iglesia y se encaminó directamente a la solitaria calle de Breton a preguntar por los propietarios de la casa, los que eran unos pobres viejos, que al ver a Eloisa, a pesar de la modestia de su traje, guardaron con ella toda especie de consideraciones, pues les parecia mui superior a todas las personas que, desde algun tiempo atras, habian tenido como locatarios.

Eloisa, introducida en aquellas piezas bajas y sucias, cuyas murallas, ennegrecidas por el humo, indicaban la pobreza de las personas que las habian habitado y sus costumbres

esencialmente chilenas, es decir, que les importa mui poco el confortable y el aseo con tal de aparecer aparentemente lujosas, vió en el acto los inconvenientes, pero a la vez observó que eran mui fáciles de reparar, y preguntó a los propietarios por el precio.

—Diez pesos, señorita, contestaron a un mismo tiempo marido y mujer, añadiendo, para halagar a la nueva alquiladora: ya ve usted que tiene muchos árboles frutales, un parroncito, dos higueras, algunos tunales a orillas de la pared y tambien sus tinas de greda para si se quiere sacar almidon, aunque ahora se nos ha prohibido esta industria; pero las alquiladoras anteriores siempre lo hacian y mui bien que ganaban su subsistencia, porque el barrio es apartado, hai pocos vecinos y a nadie incomoda el olor, pues estamos acostumbrados a él desde hace muchos años.

—¿Con que los últimos locatarios tenian la fabricacion del almidon?

—Sí, señorita; pero murió el marido y se acabó el hombre de la casa y con él la industria, hasta el punto que mi mujer y yo nos vimos obligados a pedirles el sitio, porque hacia tiempo que no nos pagaban: y nosotros, como usted puede figurárselo, vivimos de nuestros arrienditos.

—Indudablemente, ustedes estaban en su derecho y tenian mucha razon; pero el precio me parece un poco caro.

Esta parsimonia aparente de Eloisa era únicamente con el fin de no levantar la menor sospecha.

El viejo contestó:

—No es caro, señorita, porque aquí puede hacerse otra industria, en la que tampoco le iba mal al antiguo locatario y se empleaban la mujer y los niños de él, y esa industria consistia en torcer cáñamo, fabricándolo tan bien, que lo venian a buscar de todas partes para las estrellas, las bolas, los barriletes, los volantines, etc., a tal punto, que siempre se encontraba con pedidos que no podia satisfacer; así es que ganaban mucha plata; pero ya usted debe saber que

cuando el jefe de la familia se muere, todo viene al suelo y todo se hace sal y agua, y esto fué lo que le sucedió a esa pobre jente.

—Puesto que ustedes me dicen que se pueden establecer esas dos industrias, no tengo el menor inconveniente en arrendarles la casa.

—Y hace usted mui bien, porque existen todavia algunos útiles para la almidoneria, como son esas tinajas que usted tiene a la vista y para la hilanderia hai bastante espacio y esos árboles y esas, estacas que les servian a la vez para medir, es decir, la *cancha* y para torcer el cáñamo.

—Usted me da magníficas esplicaciones que yo y mis compañeros trataremos de aprovechar poniéndolas en planta.

—Harán ustedes mui bien, pues así ganarán plata.

—Para asegurar tan provechoso arriendo, me permito adelantar a ustedes seis meses, y Eloisa sacó de su portamonedas los sesenta pesos, que puso en manos del propietario.

Admirado éste de tanta jenerosidad, que jamas habia visto practicar en su vida, prometió a Eloisa que la serviria en cuanto fuera necesario y que si tenia algunas dilijencias que practicar, estaria él mui dispuesto a reemplazarla en caso que no quisiera abandonar sus tareas.

Eloisa se informó de todos los vecinos y de sus costumbres para ver lo que podia esperar o temer de las personas que la rodeaban, y las respuestas y observaciones del viejo propietario la satisfacieron, tomando desde aquel mismo dia las llaves.

Practicada esta dilijencia, se dirijió, con su actividad de costumbre, a una fábrica de carpinteria, para hacer las refacciones necesarias en el interior, diciendo al maestro que corriese con todo el trabajo y que lo hiciera con brevedad, cualquiera que fuera su costo, comprando a la vez los muebles y útiles indispensables para que la familia estuviera

con comodidad y decencia, encargando solamente que no hicieran ninguna refaccion en el esterior, dejando la puerta de calle con toda sus vetustas y modestas apariencias.

En aquel solo dia dejó Eloisa preparado cuanto era preciso para que la familia Lopez encontrase comodidades, aseo y hasta confortable en su nueva morada, pues mandó empapelar los cuartos, componer los pisos, pintar y mudar puertas e improvisar nuevos departamentos, ordenando a los que dirijian aquellos trabajos que tuviesen constantemente la puerta de calle cerrada, para que, si era posible, no se apercibiese nadie, ni aun el mismo propietario, de la trasformacion que se operaba en el interior; y como el dinero todo lo puede, segun lo piensa la jeneralidad, las órdenes de Eloisa fueron fielmente cumplidas y sus deseos satisfechos completamente.

Libre ya de estas ocupaciones, que eran indispensables para la realizacion de sus proyectos, quiso juzgar por sí misma de la situacion en que se encontraba la prision de Enrique, es decir, la penitenciaria, y ordenó al cochero de dirijirse al campo de Marte.

Esta famosa prision, ocupada jeneralmente por los mas grandes criminales, se encuentra a alguna distancia hácia el sur del lugar donde evolucionan las tropas, y es una especie de fortaleza y de cárcel, donde se han tomado todas las precauciones para hacer imposible la evasion de las personas que están condenadas a pasar mas o menos tiempo, y algunas toda la vida, en aquel espantoso recinto cuya sola vista inspira terror.

Eloisa queria, como hemos dicho, darse cuenta del lugar en que se encontraba Enrique, como si fuera un matemático que pudiese valorar las mas o menos probabilidades que ofreciesen sus espesas murallas para una evasion; pero su ardiente deseo de salvar al jóven suplia en parte su falta de conocimientos especiales, y cuando hubo dado una vuelta circular por el lado de afuera, creyó que no era imposi-

ble evadirse, teniendo fuerzas, ajilidad y arrojo; y como sabia que Enrique poseia estas cualidades, concibió algunas esperanzas, pero prefiriendo su diplomacia a verse reducida a adoptar esta estrema y última medida.

Dado este paseo de investigacion, volvió a su casa; y así como la noche anterior, se adornó con gran coqueteria, realzando con la compostura sus naturales atractivos con el fin de agradar mas a Emilio, pero nada mas que con el fin de agradarlo para gobernarlo mejor y obligarlo a hacer, si era necesario, un imposible: las mujeres, por naturaleza, poseen este arte y lo emplean a las mil maravillas y casi siempre con un feliz éxito.

IV.

Apenas habia dejado Eloisa su tocador cuando apareció Emilio, que a su vez parecia haberse tambien ocupado de su traje mas que lo de costumbre, pues venia vestido de una manera irreprochable.

—¡Sabes, Eloisa, que estás encantadora? dijo el jóven, sentándose en el mismo sofá y tomándole suavemente una mano, que ella no retiró.

—Te lo confieso, Emilio; me complazco en parecerte bien.

—¿Te has adornado para mí únicamente?

—Nada mas que para tí.

—¿De veras? Mira que soi capaz de hacer cualquier locura por complacerte y darte gusto en todo.

—Asi es como me agradan los amantes. Talvez por lo débil que es la mujer, desea y se envanece de ejercer ese imperio: ¡es tan agradable ver a nuestras plantas a los que gobiernan los destinos humanos! Te lo confieso, Emilio: estaria orgullosa de tener arrodillado ante mí a un ministro.

—¡Qué capricho! Eres la muchacha mas estravagante y mas hechicera que he conocido en mi vida.

—No lo creas, Emilio; todas las mujeres somos mas o menos asi: nos complace dominar la fuerza, aun cuando nuestro imperio sea el de un instante y sea, en realidad el mas efímero; pero esa es nuestra tendencia y estará sin duda en nuestra naturaleza.

—Amiga mia, ya que no tienes a tu planta a un ministro, puedes vanagloriarte de tener a un futuro diputado, pues estoi propuesto como candidato del gobierno, y estas candidaturas son seguras, jamas fracasan, porque son las que tienen en su favor la fuerza.

—Me alegro por tí; pero dime: ¿qué edad tiene tu tio el señor ministro?

—Mi tio es jóven todavia: tendrá cuando mas cuarenta o cuarenta y cinco años.

—Hermosa edad! la edad de la reflexion, en que el juicio está maduro y el corazon no ha cesado de latir. ¿Es casado el señor ministro?

—Casado; pero... pero... no está mui bien, que digamos, consu mujer; sin embargo, las apariencias, por lo que hace a la opinion pública, se salvan.

—Te entiendo, te entiendo...

—Por otra parte, ya que deseas, segun estoi viendo, algunos informes sobre él, talvez con el objeto de salvar a tu hermano, debo prevenirte que mi tio el ministro, es mui beato.

—¡Beato! Tanto mejor: estos son por lo jeneral los mas...

—¿Los mas qué?

—Los mas enamora... los mas hipócritas queria decir. ¿No sabes aquel adajio antiguo que dice: *pillalas a tiento y mátalas callando.* Y que se aplica jeneralmente a los *tartufos?*

—Pero mi tio es de una virtud sólida; va a misa todos los dias; está en mui buenas relaciones con el arzobispo; recibe constantemente visitas de clérigos y... y se confiesa una vez cada mes; debiendo su elevacion a solo su virtud; porque mi tio no es de mucho talento, pues hace poco tiempo

era un pobre abogado sin clientela; pero su apego a la iglesia, el verlo siempre en las procesiones con su vela y su capiruza, el ser miembro de algunas cofradias, le procuró primero los sindicatos de monjas; y su buena administracion, porque es un escelente finansista, le dió plata, y se ha hecho tan notable, que es uno de los mas importantes miembros que componen el gabinete.

—En la descripcion que me haces de tu honorable tio, me lo recomiendas estraordinariamente: es el hombre que necesito.

—¡Como el hombre que necesitas! Te equivocas, Eloisa: mi tio es hombre de órden, es conservador, es jesuita, y un conservador y un jesuita no abogan jamas por los revolucionarios, y en prueba de ello, no he podido obtener, no diré la libertad, pero ni siquiera sacar una pequeña ventaja en favor de tu hermano; pues se me ha negado redondamente, a pesar que soi el sobrino mas querido.

—¿Dónde vive tu santo tio?

—En la calle de los Huérfanos; y te será fácil hallarlo, porque, por su posicion, es mui conocido en el barrio.

—¿Y nada has conseguido de él?

—Ya te lo he dicho.

—¿Talvez no te has empeñado?

—He puesto en juego toda mi ciencia; pero respecto a la política mi tio es intolerable. Mi tio es de aquellos que dicen: yo soi y debo ser gobiernista, porque es de él de quien recibo la pitanza, pues soi su empleado; y castigará siempre y mirará de mal ojo a todo aquel que no tenga las mismas ideas. Ahora, si hubiera sido por él, es decir, si hubiera prevalecido su opinion, y casi estuvo a punto de que sucediese, ya no existiria tu hermano, porque él queria que fuesen cendenados a muerte todos los revolucionarios sin esceptuar ninguno. Ya ves, Eloisa, que no hai nada que esperar por este lado.

—¿Me dices que tu tio está mal con su mujer?

—Sí; hace tiempo.

—¿Sabes la causa?

—Me parece que el viejo, a pesar de su santidad, es algo aficionado al bello sexo, en lo que no hace mal, y de allí provienen los disgustos.

—Basta, Emilio; ¿a qué horas está visible tu tio?

—Antes de irse al ministerio.

—¿Y a qué horas se va al ministerio?

—A las doce.

—Bueno, amigo mio; mañana haré una visita a tu querido tio.

—Te deseo buen éxito; pero deja que exija de tí una condicion.

—¿Cuál? Soi poco aficionada a las condiciones; pero en fin, dílas.

—Engatuza, si puedes, a mi tio; pero cuidado!...

—¡Cuidado de qué?

—Cuidado de que él no te engatuze a tí.

—Sobre este punto vive confiado.

—Todavia desearia mas.

—¿Qué otra cosa?

—Que no vayas a hacer concesion por concesion.

—Veo que te estás poniendo celoso.

—De veras, porque te quiero mas que nunca.

—Pues, amigo, yo te confieso que has llegado a destiempo para que me envanezcan tus piropos y continúe aceptando tus galanteos.

—¡Cómo! Has resuelto...

—He resuelto vivir honestamente; asi es que puedes estar tranquilo sobre las consecuencias de mis visitas al señor ministro.

—No quisiera que tu virtud fuera tan ríjida y no hubiesen algunas escepciones.

—El tiempo lo dirá, amigo mio; mientras tanto, desearia que te retirases.

—Me cuesta obedecerte; quisiera...

—Imposible, amigo mio; lo mejor es lo que te he dicho: dejar que obre el tiempo.

—¡Pero, Eloisa!...

—No hai peros ni peros; mi voluntad es de fierro y solo pueden derretirla los servicios; y aun asi...

—Pues bien, Eloisa; para probarte lo que te estimo, obedezco.

Y el jóven tomó su sombrero.

Eloisa le tendió la mano, que Emilio besó con cariño.

—Escelente jóven, esclamó Eloisa cuando hubo partido; pero hai todavia de parte de Enrique una superioridad inmensa. Y la hermosa muchacha, triste y meditabunda, se recostó en un sofá, cerró los ojos y quedó por algunos momentos en un estado como de completa inaccion. ¿Qué pensamientos la dominaban? ¿Qué ideas ocupaban la mente de aquella mujer degradada, de aquella alma abatida por el vicio, pero que, sin embargo, trataba de rejenerarse? ¿Era acaso el remordimiento? ¿Era el alba de un nuevo afecto que venia a alumbrar aquellas tinieblas, que venia a hacer latir aquel corazon, apagado ya por el deleite impuro, que venia a dar calor al cadáver de una inmunda prostitucion? ¡Quién sabe! Hai en el alma arcanos impenetrables... Hai en las pasiones humanas tal enerjia, tal vigor, tal fuego, que muchas veces se depura, como en un crisol, todo lo que no está en armonia con el sentimiento dominante; y cuando este sentimiento adquiere esa forma esclusiva y absoluta, disipa en imperceptibles goces las partes heterojéneas de que antes se componia, para quedar solo, puro, líquido, como uno de esos elementos primitivos que entran en la composicion de la materia y que aun no hemos podido analizar.

Eloisa salió al fin de su profunda meditacion y dijo estas pocas palabras, cuyo sentido cada cual puede interpretar a su manera: "Aun cuando pudiera, aun cuando llegara a realizarse, no debo consentir, no lo aceptaria jamas; yo sopor-

taré mi ignominia, pero a nadie asociaré a ella; a nadie haré cubrirse la cara ni que derrame una sola lágrima..."

La pobre jóven llamó a sus sirvientes, les dió sus órdenes, tomó otra vez su modesto traje de iglesia y se dirijió presurosa y como atraida por un irresistible iman a la casa de Enrique.

V.

Es indudable que en cada uno de los seres humanos hai una dosis mayor o menor de atraccion. ¿Por qué nos sentimos inclinados a querer a esta o aquella persona? ¿Qué lei oculta, lei a la que obedecemos sin conocerla, nos arrastra? ¿Quién ha podido darse cuenta, quién ha analizado este sentimiento interior que denominamos simpatia? ¿Hai filamentos, hai lazos, hai vínculos ignorados entre un individuo y otro individuo a quien nunca se ha visto y al que sin embargo amamos casi al primer instante, casi al primer encuentro? ¿Y por qué en las diferencias infinitas de seres de una misma especie, en sus categorias distintas, (hablamos de las establecidas por la naturaleza) en sus gustos veriados, en sus tendencias opuestas, se encuentra ese mismo fluido que produce la amalgamacion de unos y de otros, que establece la union en los contrastes, y de la union en los contrastes naciendo el órden, la armonia, la belleza, el perfeccionamiento, el amor, la creacion entera, en una palabra?

Ahora bien: si este fenómeno lo vemos realizarse en todos los lugares y en todos los tiempos, ¿por qué hemos de estrañar la simpatia de Eloisa hácia la familia Lopez y de la familia Lopez hácia Eloisa? El punto en que estaban colocados las unas y la otra ¿es acaso una barrera que no puede salvarse? Ya vemos que no; porque si Eloisa se sentia atraida hácia la familia Lopez, la familia Lopez se sentia tambien atraida hácia Eloisa; de manera que cuando la vieron llegar fué un motivo de regocijo para todos.

—Algo se ha hecho, algo se ha adelantado, dijo Eloisa

con festivo tono, porque esperimentaba una alegria interior cuando, despues del cansancio que trae la lucha con el mundo, se encuentra el hombre en un círculo de paz y donde todo respira inocencia y afeccion.

—¿Qué tenemos de nuevo? le preguntó Domingo.

—No mucho todavia, señor; pero ya tenemos asegurada la casa, y en una semana, a mas tardar, estará lista y podrán ustedes mudarse.

—No deja de ser, señorita, no deja de ser.

—Talvez mañana tenga quizá una entrevista con uno de los ministros, y puede ser que por este lado saque tambien alguna ventaja.

—Lo dudo mucho, porque usted ve que yo no he podido obtener gran cosa de S. E el presidente, salvo el que se cambiase la pena; pero de todas maneras, no deja ésta de ser dura, y sin embargo, mi jeneral se ha mostrado inflexible, diciéndome terminantemente que no podia ni disminuirla ni modificarla. ¡Cinco años de penitenciaria! Esto es bárbaro, esto es horrible! ¿Qué va a hacer Enrique en cinco años? Perderá su juventud, su fuerza, su instruccion y hasta sus sentimientos en ese enjambre de criminales donde el mas malvado, el mas vicioso y el mas cínico es el que obtiene la supremacia, es al que consideran y respetan.

—No permanecerá su hijo los cinco años: le respondo con toda seguridad, pues tengo mucha confianza en mí misma, lo que en realidad es un defecto, pero un defecto de que no he podido curarme. Su hijo no estará en la penitenciaria mas de cinco meses.

—¿Cómo lo sabe usted? ¿Por qué lo afirma?

—No lo sé: pero sí lo afirmo, porque hai un presentimiento, hai una voz secreta que me lo dice en el interior.

—Esto se parece a los cálculos que hace y a las probabilidades con que cuenta Marta; pero en todas ocasiones no sale esto cierto.

—Yo sí que tengo fé en lo que dice Eloisa, contestó Marta, porque hai de esos avisos que nunca engañan.

—Y yo tambien, añadió Mercedes, porque todo cuanto ha pensado mi madre ha salido cierto, y Eloisa se le parece en esto.

—Pues nosotros creemos lo mismo, ¿no es verdad Santiago? agregó Teresa interrogando a su marido.

—Sin duda alguna, respondió el jóven zapatero; basta que la señora Marta lo piense asi.

—Hasta a mí me van haciendo que lo crea, dijo el teniente, sin embargo que yo sigo la doctrina de Santo Tomas: "ver y creer."

Al dia siguiente Eloisa salió temprano, como de costumbre, y fuése directamente a vestir a su propia casa. Jamas esta elegante muchacha habia puesto mas esmero en su tocado. El dormitorio estaba sembrado de trajes, de cintas, de sombreros y de encajes que habia ensayado y desechado alternativamente hasta quedar completamente a su gusto, es decir, que ella estaba complacida de su propia persona; y como si dudase todavia del efecto que producirian sus atractivos, llamó a las sirvientes para preguntarles cómo la encontraban.

Las dos muchachas, en su admiracion injénua, le dijeron que estaba divina y que jamas la habian visto tan interesante.

—Es que voi a hacer una conquista, las dijo riéndose.

—De seguro, señorita, que no habrá un solo jóven que no se enamore. ¡Si la viera don Emilio!

—No es a un jóven el que voi a ver sino a un viejo.

—¡A un viejo! Para qué sirven los viejos, señorita!

—Son los mejores.

—Para un viejo no necesitaba de tanta compostura.

—Esto es lo que a ustedes les parece; pero yo sé por esperiencia que los viejos son los mas difíciles, los mas regodeones.

—¡No faltaba mas!

—Pues es asi, amigas mias.

—Pero usted no puede querer a un viejo teniendo jóvenes a puñados y mucho mas teniendo a don Emilio.

—Ya no necesito de los jóvenes para nada; ni los quiero, ni me sirven.

—¿Piensa usted en casarse, señorita? En ese caso no me parece mal.

—¡En casarme! ¿están locas? Yo no me casaré nunca.

Y una sonrisa dolorosa vagó por los nacarados labios de la jóven.

—¡Nunca! ¿Y por qué, pues, señorita, cuando todos la quieren y la querrian mucho mas cuando conocieran lo buena que es?

—Dejemos esta conversacion: yo las he llamado únicamente para que me digan si no hai en mi traje algun defecto.

—Ya le hemos contestado, señorita.

—Está bien; pero antes de partir tomaria una taza de té, si hai agua caliente.

—En el acto, señorita; el agua caliente no nos falta, porque ya sabe que nosotras tomamos mate en cuanto nos levantamos.

—Vaya una a buscarme el mejor coche de la plaza mientras la otra me prepara lo que he pedido.

Cuando llegó el coche Eloisa, estaba lista y dijo al conductor.

—Calle de los Huérfanos, núm... Me hará usted el favor de esperarse a la puerta para volverme a traer o para hacer otras dilijencias.

El cochero abrió la portezuela presuroso, porque conociendo la clase de persona con quien trataba le convenia aparecer solícito y complaciente, pues sabia por esperiencia que aquella categoria de jentes, cuando se halla en buena posicion, es la mejor pagadora, no regateando jamas.

Cuando Eloisa llegó a la puerta de la casa del ministro ordenó al cochero preguntara por el señor tal y de decirle que si podria verlo una señorita que aguardaba en la puerta.

El muchacho volvió inmediatamente con la respuesta de que podia pasar adelante.

Eloisa era jeneralmente mui dueña de sí misma y mucho mas ahora que estaba completamente serena, pues el trato de mundo y de los jóvenes de la mas alta sociedad, le habia hecho perder ese encojimiento primitivo; pero no por esto era descocada y petulante, sino que tenia facilidad en sus maneras, pero no arrogancia, asi es que a pesar de su condicion degradante imponia cierto respeto y mucho mas a las personas que no conocian sus antecedentes; asi es que penetró en las habitaciones del señor ministro sin temor, saludándolo con digna deferencia.

El ministro en aquel momento se hallaba sentado delante de su escritorio atestado de papeles, aparentando sin duda alguna que estaba ocupadísimo para darse asi mayor importancia: este espediente es mui comun a las nulidades, pero solo sirve para embaucar a los necios o a los inocentes que están persuadidos que esos hombres de estado, son seres escepcionales, privilejiados por Dios con infusa ciencia, sin comprender que por lo jeneral no son otra cosa que intrigantes que surjen por medio de cábalas y rara vez por el mérito, pues éste es comunmente modesto, y para subir al poder se necesita espetarse y aparentar cualidades que no se tienen, porque si en realidad existieran no se haria de ellas un vano alarde.

El ministro, al ver aquella encantadora y elegante jóven, dió a su semblante la espresion mas amable, tratando al mismo tiempo de hacerse valer con un aire de gravedad y de importancia que estuviese en relacion con su alto puesto, y dirijiendo la palabra a Eloisa, le preguntó:

—Señorita: ¿en qué puedo serle a usted útil?

—Voi a manifestarlo, señor; pero antes tendrá usted la bondad de aceptar las escusas que motivan mi atrevimiento.

El ministro bajó la cabeza como para convenir en lo que acababa de decir la niña; y la levantó en seguida, como para significar que estaba dispuesta a escucharla.

Eloisa continuó:

—La justa y merecida fama de su piedad cristiana y de su humanitario corazon me ha hecho tomar el partido de venirlo a ver, de preferencia a cualquier otro miembro del gabinete, pues sé ademas que usted es el alma del gobierno y que se siguen al pié de la letra sus consejos.

—Yo no hago mas que mi deber, señorita, como cristiano y como ciudadano, pues toda mi ambicion es tratar de agradar a Dios y ser útil al pais.

—Dos nobles propósitos, señor, que están demostrando elevacion e intelijencia y que sin duda alguna deben estar acompañados de la caridad..

A esta palabra caridad, el ministro fijó su vista en Eloisa como para investigar qué era lo que podia necesitar aquella elegante jóven, contestándole al mismo tiempo:

—La caridad, señorita, es la primera de todas las virtudes, de la que nacen todas y la que lleva al corazon mas puras y dulces satisfacciones.

—No me habian engañado, señor, y ya yo me lo habia figurado, porque sus palabras lo revelan a usted por completo: he encontrado en usted la persona que necesitaba.

—¡En mí!

—En usted, que lleno de caridad no puede menos de ser sensible a la desgracia y de tener compasion por los desgraciados.

—Señorita, esplíquese usted con confianza; mi voluntad es poder ser útil, particularmente a...

—A los aflijidos: lo comprendo, señor. Pues bien, yo vengo a pedir gracia e induljencia por un hermano.

—¿Qué ha hecho su hermano? preguntó el ministro con

tono mas cariñoso, pues veia que se trataba de un lijero servicio, como es poner en libertad a un calavera, y que este servicio podia hacerlo valer mucho en el concepto de aquella jóven, que le agradaba mas mientras mas la miraba y que iba por grados exaltando su temperamento.

—Nada de malo, señor, a no ser una lijereza, una locura.

—Ya me lo figuraba yo. ¿Cuál es la gracia de usted, señorita?

—Eloisa Mendizábal.

—¡Mendizábal! Ese apellido no me es estraño, pertenece a una familia distinguida del Perú.

—En efecto, señor, mi padre era peruano.

—Dispénseme usted, señorita, una pregunta indiscreta: ¿es usted casada o soltera?

—Soi viuda, señor.

—¡Viuda! ¡tan jóven y tan interesante! ¡qué lástima! La compadezco, señorita.

—Gracias, señor, por su bondad.

Y Eloisa sacó su pañuelo de batista y lo llevó a sus ojos.

—No se entristezca usted. No he tenido la menor intencion de aumentar sus penas.

—Soi sola: se puede decir, huérfana, señor; no tengo mas que a mi hermano en el mundo y por esto he venido a suplicar y. . .

—Lo comprendo; ¿cómo se llama su hermano?

—Enrique Lopez.

—¿Enrique Lopez, dice usted?

—Sí, señor; somos hermanos por parte de madre.

—¡Enrique Lopez! Enrique Lopez! Pero este es uno de los revolucionarios apresados y el mas temible, asi como el mas tenaz y el mas encarnizado de todos ellos.

—Mi hermano es, por el contrario, señor, mui suave y mui manso, y solo instigado y estraviado por otros jóvenes, ha podido cometer ese acto de locura.

—Usted lo clasifica bien, señorita, pero siento no poderla

servir como lo desearia en realidad. Cualquiera otra que hubiera sido su falta hubiera habido remedio; pero ésta. . .

—Compasion! piedad! misericordia!... No me abandone usted! no me niegue lo que le pido de rodillas. . .

Y la linda muchacha, tan hermosa como hábil comediante, se echó a los piés del ministro, tomó una de sus manos levantó hácia él sus ojos, arrasados en lágrimas pero brillantes y seductores, entreabrió sus labios de rosa, dejando ver sus finos dientes, de una blancura y de un esmalte superior al de las perlas y en seguida cerró sus párpados, mostrando la languidez del desfallecimiento con tanta naturalidad, que el ministro se vió obligado a agacharse y sostenerla entre sus brazos.

El hombre estaba para siempre cautivo. Su corazon latia con una violencia inusitada. Los encantadores hechizos de aquella mujer, hechizos velados, pero al parecer manifiestos, pues él los devoraba y los adivinaba con su ardiente y penetrante mirada; ese estado entre la vida y la muerte, estado lleno de abandono y por lo mismo lleno de irresistible atractivo, languidez que dá mas que la vida, pues hace nacer a torrentes el fuego de la pasion, acabaron de fascinar por completo al ministro que, fuera de sí, iba a imprimir un beso en los frescos y entreabiertos labios de Eloisa, cuando ésta, volviendo de su letargo aparente, lo apartó con suavidad, diciéndole, sin abandonar todavia su actitud suplicante:

—Piedad, señor, piedad para mi hermano!

—Señorita, respondió el ministro, levantando a Eloisa y llevándola hácia un sofá, al que se dejó conducir neglijentemente, como si todavia esperimentara los efectos de su reciente desmayo; ya veremos, señorita, aun cuando lo que usted solicita es casi un imposible...

—Para un ministro, y un ministro omnipotente como me han dicho que lo es usted, no hai, no pueden haber imposibles.

El galan diplomático, sentado en el mismo sofá al lado

de Eloisa, conservaba entre sus manos una de las de la niña, que le habia abandonado como por descuido y cuyo guante se empeñaba el ministro en arrancar, a la vez que fijaba en ella sus ojos, llenos de esa electricidad producida por un vehemente deseo.

La hábil actriz bajó sus párpados y retiró su mano, significando que habia comprendido la intencion del hombre que abusaba asi de la posicion en que se encontraba.

—Dice usted que no hai imposibles para mí, contestó al fin el ministro, un tanto moderado por aquella leccion; pero puedo asegurarle, señorita, que en este caso nada puedo prometer.

—Un alma tan caritativa como la suya quizá encuentre el medio: al menos a mí me alimenta esta esperanza.

—Puede usted confiar en que haré cuanto pueda, cuanto esté de mi parte.

Eloisa trató de despedirse dándole las gracias.

El ministro la detuvo con ademan suplicante, diciéndole:

—Tenga usted la bondad de esperarse un momento para hablar sobre el particular.

—¿Me tiene usted compasion, señor?

—Mucha, muchísima; me he interesado por usted desde el mismo instante de verla. ¡Es usted tan simpática!

—El buen corazon de usted, señor, es el que obra y no méritos de que carezco.

—No diga usted eso; yo no he encontrado jamas una persona mas llena de atractivos y de gracia seductora.

—¡Señor! no se burle o me avergüence usted... y Eloisa llevó el pañuelo a la cara como para ocultar el rubor que subia a sus mejillas, siendo que lo hacia para ahogar la risa.

El ministro dijo para sí: "¡Qué candor, qué inocencia! Cómo se pone colorada por una pequeña alabanza! Este es un verdadero hallazgo. Soi el hombre mas feliz!" Y luego prosiguió:

—Lo que he dicho no es por ofender su escesiva modestia, que aprecio en lo que vale, sino que viene de la admiracion que usted ha hecho nacer en mí casi instantáneamente.

—No veo el motivo, señor.

—Usted no lo ve, pero yo sí. A usted se lo oculta su humildad hechicera, pero no por eso se escapa a la penetracion de un hombre como yo, que está acostumbrado a leer en el corazon humano y a descifrar y a analizar las emociones.

—Bien me lo habian dicho, señor, que usted reunia la bondad a la ciencia, la virtud al talento.

—Mi única virtud es saber distinguir, y por consiguiente, apreciar el mérito; y el ministro volvió a apoderarse de la mano de la jóven, añadiendo: siento por usted un cariño de padre.

—¡Cuán feliz soi, señor! Asi esperimentará el mismo sentimiento por mi hermano y al fin lo libertará usted.

Esto no agradó mucho al diplomático, pero disimuló su disgusto, aparentando el mayor interes.

—Trataré de hacer en su obsequio mas de lo que esté en mis facultades; pero este asunto no podrá arreglarse de un dia a otro y tendré que verla a usted con frecuencia para darle cuenta de la marcha.

—En tal caso espero que usted tenga la amabilidad de concederme algunos momentos de entrevista, sin perjudicar a sus ocupaciones; que yo vendré cuando usted me lo diga.

—Pueden ser cosas que necesitara comunicarle inmediatamente, y seria preferible que yo fuera a verla a su casa...

—¡Llegaria hasta ese punto su bondad! ¿Iria usted a ver en su pobre albergue a una infeliz y solitaria mujer que vive estraña casi completamente al mundo!

—¡Cómo no! Para mí seria un placer en distraer en parte esa soledad, buscando ambos el medio de que no sea tan rigorosa, pues ya que yo participo de cierto poder, usted

puede darme algunas ideas para salvar a su hermano, y de este modo quedaria usted satisfecha.

—No tengo el menor inconveniente, señor: vivo en la calle del Peumo, núm... pero en verdad, no soi digna de tanto honor.

—Usted, señorita, merece mucho mas; y en prueba de ello tendré esta noche mismo el gusto de pasar a su casa para darle cuenta de las dilijencias que haya practicado en el dia.

—Gracias, señor; confio en su palabra. Y Eloisa presentó su delicada mano al ministro, que salió a acompañarla hasta la puerta de sus habitaciones, que daban al primer patio.

VI.

La jóven rebosaba de alegria y se hizo conducir a su casa, donde cambió completamente el órden de su salon y dormitorio, sacando varios cuadros, que confinó a los últimos departamentos para que, sin quitar la elegancia y riqueza de los muebles, tuvieran aquellas habitaciones un aire severo, como correspondia a una mujer de su estado pero que vivia en ventajosas condiciones de fortuna, porque siempre infunde mas respeto y obtiene mayores ventajas la persona que no necesita de nadie para vivir que aquella que necesita de todo el mundo: está es una manera de obrar que, aun cuando parezca estraña y contradictoria, la vemos siempre confirmada por la práctica constante, no solo entre nosotros, sino en todos los paises; no solo entre los individuos, sino aun entre las naciones; porque lo que hasta ahora gobierna al hombre, no es el sentimiento de humanidad compasiva, sino el sentimiento de interes y de fuerza, en cuyas aras se sacrifica la conmiseracion para el desvalido y la justicia para el pobre.

Eloisa no era mujer que perdiera un solo momento de tiempo; asi es que una vez dadas sus órdenes, se fué a inspeccionar los trabajos de la casa que habia tomado en arrien-

do en la calle de Breton; pues aun siendo los contratistas bien pagados, temia que no le entregasen la casa con toda brevedad, tanto mas cuanto creia en ese momento próxima la libertad de Enrique, porque no dudaba ser en pocos dias árbitra absoluta de la voluntad y del poder del señor ministro.

Cuando llegó a la casa de Domingo Lopez, despues de haber cambiado de traje como de costumbre, pues hubiera dado mucho que pensar presentándose tan ricamente ataviada, les dijo, con su natural alegria, mas manifiesta ahora que en muchas otras ocasiones:

—Ayer tenia casi la certidumbre de libertar a don Enrique; pero hoi la poseo por completo, y es mas que probable que esta noche misma venga a dar a ustedes tan feliz nueva.

—¿Quiere usted decirnos algo de su combinacion? dijo Marta.

—Suplico a usted, señora, de no interrogarme todavia, advirtiéndole que no guardo el secreto porque tenga el temor de que se divulgue, sino porque me concierne a mí personalmente y tambien a otros; pero viva en la seguridad de que a su tiempo debido no habrá un solo misterio, un solo secreto de que usted y todas las personas de esta casa no sean depositarias.

—No es la curiosidad, hija mia, la que me domina; asi es que esperaré el resultado sin impaciencia, salvo la que tengo en ver a mi hijo.

—Esa impaciencia es mas natural en usted y en su familia, puesto que hasta nosotros la esperimentamos.

—Dime, Eloisa, ¿vas a salir nuevamente?

—Como a las oraciones, (1) es decir, antes que se oscurezca.

(1) Para los que lean esta obra y sean estraños a nuestras costumbres, será necesario advertir que en Chile, y particularmente en Santiago, a la hora de ponerse el sol se tocan las campanas de las iglesias para que los fieles hagan su pequeña oracion, y todo el mundo se saca el sombrero y se detiene en su camino.

—Te esperaremos a cenar.

—No hagan ustedes tal; puede ser que me demore mas de lo necesario; puede ser talvez que no me recoja.

—¿Y dónde pasarás la noche?

—Donde una amiga íntima que tengo.

—Haz lo que quieras; pero trata de venirte, porque nos haces falta y estaremos con cuidado: queda, pues, resuelto que te esperaremos hasta las diez de la noche.

—No quiero el menor sacrificio; si llego, bien, o si no, lo mismo.

—Pero es que nosotros tenemos gusto de estar en tu compañia.

—Yo esperimento el mismo y haré lo que pueda; pero en el caso contrario, no tengan el menor cuidado.

Eloisa volvió a salir y volvió a ataviarse con mas gracia y con mas lujo, si era posible, que por la mañana cuando habia ido a ver al ministro, a quien esperaba ahora.

Tan luego como se oscureció lo bastante para no ser visto, se presentó el diplomático, golpeando la puerta de la calle con cierta mesura misteriosa que por malicia conoció inmediatamente Eloisa, mandando abrir en el acto la puerta.

Debemos advertir que ese dia el ministro casi no habia atendido a sus ocupaciones, poseido completamente de la imájen de aquella aparicion verdaderamente embriagadora que se le habia presentado por la mañana; pero por el mismo hecho de estar tan preocupado de ella habia resuelto allá en sus adentros no empeñar tan luego sus influencias para dar libertad a Enrique, porque se decia que el jóven hermano iba a ser un impedimento para la consecucion de sus planes amorosos, pues habia concebido una de aquellas pasiones que nos dominan por completo y que particularmente ejercen un imperio mas absoluto en los hombres que han llegado a cierta edad, porque en ellos ya no existen esos cambios repentinos de la juventud, cambios lijeros y profundos a la vez, que hacen el encanto y la desesperacion de

esa época de la vida tan llena de variadas emociones y en la que parece deslizarse la existencia como en un lecho rodeado de perfumadas flores.

Eloisa, cuando entró el ministro, estaba como absorta leyendo un libro que tenia en la mesa redonda: pero al ver la visita se paró de su asiento, dió la mano al grave personaje, señalándole el sofá y tomando ella una silleta frente a frente de él, calculando de tal modo el sitio, (preparado quizá de antemano) que la luz de la lámpara diera de lleno al ministro, mientras que ella quedaba en una media claridad.

El diplomático estendió su vista por el salon, sin duda para juzgar por los muebles lo que podia ser la propietaria de ellos, en lo cual no se equivocaba, porque el aderezo de una habitacion demuestra por lo regular y casi con exactitud las tendencias de la persona que habita aquel recinto; pero como nada vió de chocante, pues allí reinaba el lujo sencillo y la simplicidad elegante y por lo mismo mas costosa, formó una opinion favorable de Eloisa, y despues de esos cumplimientos de estilo que sirven para entrar en materia, dijo a la jóven:

—Yo creo venirla a interrumpir; usted estaba leyendo en este momento, y no quisiera que por mí se privara de un entretenimiento tan instructivo como agradable.

—Es verdad, señor, que leia, y se lo confesaré, leia con curiosidad, porque he tomado un libro que jamas ha querido permitirme mi hermano y que sin embargo encuentro delicioso y bueno.

—¿Podria saberse cuál libro es el que a usted tanto interesa?

—Es la Julia o la nueva Eloisa, señor, y como yo tengo el mismo nombre que ella, me gusta.

—¡La Julia o la nueva Eloisa! su hermano hace bien en que usted no lea a ese autor, porque es de lo mas malo y de lo mas pernicioso que existe.

—¿I en qué consiste la maldad?

—En muchas cosas: es un veneno sutil que se infiltra en las venas con delicia; pero sin embargo, esta no es de las peores obras de J. G. Rousseau, porque casi se circunscribe únicamente a los sentimientos del corazon; y puedo asegurar a usted, señorita, que yo mismo la he encontrado magnífico en mis primeros años, pero despues he sabido encontrar el veneno.

—Pero es un veneno delicioso; es un veneno que tiene todo el aroma de la virtud.

—Parece que usted es algo romántica? ¿Quisiera usted imitar a Julia?

—Ojalá fuera yo como ella, señor! ¿Qué significa una falta embriagadora, nacida de tanta lucha, provenida de tanta intelijencia, escusada por tanta elevacion, rodeada de tan divino afecto y llevada hasta la idealidad del mas abnegado cariño? Caer como Julia, no me atrevo a afirmarlo, pero me parece que no es caer.

—Yo tambien soi de su misma opinion, repuso el ministro despues de un momento de reflexion.

—¡Tambien usted! ¿Querria ocupar el lugar de Saint Preux?

—Estaria orgulloso de ello y aun me creo con fuerza para llegar allí.

—¿Seria usted capaz de amar de una manera tan pura, tan desinteresada, tan constante y tan ideal a la vez?

—Segun el objeto que la inspirase.

—Es claro que, en su mayor parte, proviene ese sentimiento noble y esclusivo de la grandeza de la mujer; pero no es menos cierto que se necesita encontrar al hombre; no es menos cierto que debe darse una dualidad, diréla asi, sublime, porque de otra manera el brillante queda sin pulir, queda con todo su valor intrínseco, pero sin que lo aprecien, sin que lo estimen, sin que lo ensalcen. ¿Para qué serviria, señor, un tesoro, cuando el que lo encontraba por

casualidad no conocia su importancia? El oro de América no tuvo valor hasta que los españoles se mostraron tan avaros y codiciosos de él; lo mismo sucede, pues, a la mujer: se pierde su perfume, se volatiliza en el espacio si no encuentro un hombre que admire y cultive esa flor, que sepa aspirar ese aroma delicioso.

El ministro estaba atónito: jamas habia hallado una niña que se espresara asi, con tanta franqueza, con tanta finura a la vez que con tanta modestia, porque Eloisa habia sabido dar a su lenguaje cierto candor provocativo, cierta sencillez insinuante que revelaba deseos y sujecion, aspiraciones hacia un fin y temor de llegar a él...

El diplomático respondió:

—Señorita, usted establece una teoria que encanta y que al mismo tiempo de encantar convence y atrae: tiene usted mucha razon en afirmar que un tesoro escondido de nada sirve; pero cuán feliz no hace al que lo halla y de cuánta utilidad no es para todos! Ah! No sé por que me parece que yo me encuentro ahora en una situacion idéntica!

—Señor, contestó Eloisa, aparentando rubor y modestia; supongo que usted no quiere burlarse de mí; yo estoi mui distante de ser esa joya.

—No, usted no está lejos, sino que lo es en efecto; y yo, yo la admiro, yo la haré...

—¿Feliz? Sí, señor; usted puede hacerme mui feliz, dando la libertad a mi hermano.

—Su hermano saldrá libre; pero...

—¡Cómo! ¿cuándo, señor?

—No puedo aun designar el tiempo y el dia; pero sucederá; intertanto, hablemos de nosotros mismos.

—Ah, señor! es que mi hermano hace mi única felicidad.

—¡Su única felicidad! ¿No tiene usted otro afecto?

—No, señor.

—No! Esta negacion me agrada y me entristece.

—Por qué?

—Porque ella me da y me quita la esperanza; ella me alegra a la vez que me atormenta..

—No veo el motivo.

—Voi a ser franco, señorita, suplicándola a usted que sea induljente: al decir usted que no tiene otro afecto que el de su hermano, me ha llenado de satisfaccion, porque veo que su corazon está libre; pero esa misma libertad me está probando que yo no puedo aspirar a él; ¡y sin embargo, seria tan dichoso si ocupara una pequeña parte!...

—Que usted tiene adquirida, señor, y adquirida con justicia.

—¿Es verdad, señorita?

—¿Me cree usted acaso ingrata? Un servicio que se hace y que se recibe ¿no es ya un vínculo? Usted ha tenido compasion de mí, se ha condolido de mis sufrimientos, se empeña por aliviarlos: ¿puedo despues de esto permanecer indiferente?

—¡Ah, señorita! pero ese sentimiento es tan ténue! yo desearia...

—Todo tiene su principio, señor.

—Sin embargo, por atrevido que parezca al hablar asi, para mí no ha habido principio... la he apreciado a usted en todo su valor, he reconocido todo su mérito desde el momento de verla, y desde ese momento la he amado...

Y el ministro, al hacer esta declaracion, que él creia de un efecto irresistible, tanto mas cuanto que en realidad se hallaba impresionado, se echó a los piés de Eloisa apoderándose de una de las perfumadas manos de la niña, mano que no retiró en un principio, como si la sorpresa la hubiera obligado a abandonarla, pero que en seguida deslizó suavemente, mirando al majistrado con unos ojos velados y llenos de un amoroso reproche, que queria decir, "a pesar de tu temeridad que ha pasado de los debidos límites, te

amo, y estoi dispuesta a perdonarte la ofensa;" sin embargo, Eloisa respondió:

—No me creo digna, señor, del afecto que usted me manifiesta, ni puedo participar de él por el momento; porque ¿cómo puede amar, cómo puede dar cabida el corazon a un sentimiento como éste cuando está desgarrado por el dolor? Yo, lo confieso tambien, me siento arrastrada por cierta simpatia, pero ella proviene, sin duda alguna, del interes que usted me ha demostrado, de la parte que usted ha tomado en mi afliccion y del deseo que tiene de aliviarla; con todo, me parece que mientras no hayan cesado mis inquietudes, que mientras no vea libre a mi hermano, no podrá mi alma ser sensible a afectos de naturaleza distinta.

—¿Me da usted al menos alguna esperanza?

—Señor, creo haberme espresado demasiado. Yo no puedo ser indiferente a la bondad, y toda accion jenerosa me enternece; sin embargo, en este instante me es imposible afirmar o negar nada.

—Basta. Yo me abriré camino hácia su corazon y usted reconocerá por mis actos de lo que soi capaz y todo el ascendiente que usted ejerce en mí. Mañana volveré; y sin ocultar a usted que hai dificultades casi insuperables para satisfacer plenamente a sus deseos, es decir, para dar desde luego libertad a su hermano, haré cuanto esté de mi parte, lisonjeándome que mi intervencion decidida no habrá sido inútil y que seré portador de alguna nueva favorable.

El ministro se despidió en seguida, y Eloisa, si no del todo satisfecha, porque se habia figurado que desde el primer asalto rendiria la fortaleza, se dirijió donde sus nuevos amigos para comunicarles que el asunto marchaba bien, pero que todavia se encontraba en los preliminares que indudablemente la llevarian a un resultado favorable.

El ministro no se hizo esperar tampoco al dia siguiente, sino que se presentó media hora mas temprano que el anterior, porque no podia dominar su impaciencia de ver a la

jóven e interesante viudita, que lo habia cautivado hasta el punto de no pensar en otra cosa ni ocuparse de nada mas que en agradar a aquella mujer, para lo cual habia en realidad interpuesto su influjo, no para libertar a Enrique, pues talvez no lo habria conseguido y tampoco él lo deseaba por el momento, sino para obtener un salvo conducto para que fuera a verlo su hermana, en presencia, se entiende, de los guardianes de la penitenciaria, porque aquel jóven era uno de los reos sobre quien debia ejercerse mayor vijilancia.

Fácil es concebir la satisfaccion de Eloisa cuando el ministro le entregó aquella órden que le abria las puertas de la prision, dándole la seguridad de ver a Enrique una vez por semana, porque asi estaba concebido el permiso; pero esto era mucho obtener, lisonjeándose, por este primer paso, llegar al último en poco tiempo; y aun cuando, dado caso que no consiguiera lo último por los medios legales, lo alcanzaria de otra manera; pues una vez establecida la comunicacion, no faltaria un espediente de que valerse o una circunstancia cualquiera que poder aprovechar, tanto mas cuanto que ella no carecia de inventiva.

Aquella noche, se concibe, Eloisa se portó mucho mas amable con su señoria, pero sin permitir la menor familiaridad, salvo aquellas manifestaciones que se hermanan con el decoro sin escluir la pasion, pues Eloisa habia tomado la resolucion firme, el propósito decidido de abandonar para siempre la carrera que habia hasta entonces seguido; y como entraba en sus planes el aparecer a los ojos del ministro como una mujer virtuosa, no solo trató de mantenerlo a cierta distancia, sino que se propuso mudar de residencia al dia siguiente, porque podia ser mui bien que tomase aquel hombre en la vecindad algunos informes sobre ella o que por otro accidente natural, y al que estaba espuesta viviendo en un barrio donde era conocida, llegase a saber la clase a que pertenecia, y en ese caso desbaratarse para siempre toda su hábil combinacion, porque el ministro, viéndose

burlado, tomaria su desquite, esponiéndose ella al resentimiento de una persona poderosa e influyente, comprometiendo a un mismo tiempo el porvenir de Enrique; asi es que en esa misma noche advirtió a su señoria que al dia siguiente tendria el gusto de recibirlo en otra casa y que ella mandaria o iria en persona a decirle el barrio y el número de su nueva morada. El diplomático, cada vez mas enamorado, cada instante mas satisfecho de haber tenido la fortuna de encontrar en su camino a una mujer tan interesante, sentiase jóven y alegre, como si renaciese al calor de su nueva pasion, hasta el punto de creer que jamas habia esperimentado una afeccion mas íntima, pues le habia hecho olvidar completamente relaciones que databan desde mucho tiempo atras y que ni las consideraciones de familia le habian hecho que rompiese, como estaba ahora dispuesto, sin que hubiese mediado para ello la mas lijera insinuacion de parte de Eloisa, que, aun cuando tenia interes en agradarlo y en dominarlo completamente, al menos por algun tiempo, no habia pensado un momento en que cambiase sus hábitos; pero el cariño ejerce tal poderio por sí mismo, que sin pensarlo y sin quererlo trasforma al hombre.

Impaciente Eloisa de llevar tan feliz nueva a la angustiada familia Lopez, no veia la hora de que se despidiese el ministro; pero tuvo bastante poder sobre sí misma para no darle a conocer el desagrado que esperimentaba con la prolongacion de su visita, sino que sostuvo por todo el tiempo la mas animada conversacion, descubriendo en ella la finura de su injenio, la gracia esquisita de sus modales y hasta la elevacion de sus ideas; de manera que aquel hombre a cada frase y a cada movimiento de la encantadora muchacha, esperimentaba una sorpresa agradable y un placer desconocido por él hasta ese momento, pues Eloisa ponia en juego todo su arte, toda su esperiencia y todo aquel conocimiento de mundo que adquieren en poco tiempo las mujeres que llevan semejante vida, porque el contacto en que se encuen-

tran con diferentes personas de distintos caracteres y de diversas condiciones sociales, asi como la lucha que están obligados a sostener para no ser víctimas del engaño de este y de aquel, despiertan en ellas y aguzan de tal manera ese instinto de fina malicia de que está naturalmente dotada la mujer, que en breve se hacen tan astutas y disimuladas que luego penetran las intenciones, que luego se aperciben de los defectos y de las cualidades de las personas que tratan, no revelándose jamas a sí mismas y jugando con ventaja todos los roles de la comedia humana.

Como hemos dicho, Eloisa estaba impaciente; y tan luego como hubo salvado el umbral de la puerta el señor ministro, tomó ella el camino opuesto, dejando a sus sirvientes las mismas recomendaciones que les habia hecho otras veces.

Eran ya como las doce de la noche cuando llegó al conventillo, y la familia Lopez ya no estaba en pié para comunicarle la fausta noticia de que era portadora, guardándola para el dia siguiente, a pesar de los deseos que tenia de decírsela, porque estaba segura que con ella serian felices; pero, sin embargo, no se atrevió a llamar a la puerta, sino que se fué a su solitario cuarto llena del contento que iba a dar y del que esperimentaba ella misma con la seguridad que tenia de ver al dia siguiente a Enrique, gozándose de antemano en la sorpresa que esperimentaria el jóven prisionero.

No habia aun despuntado el dia cuando Eloisa se levantó, y no pudiendo dominarse por mas tiempo, fué a golpear a las habitaciones de Domingo Lopez, gritando desde afuera: "Soi yo, traigo buenas noticias."

Marta reconoció la voz de Eloisa, oyó lo que decia y se levantó en el acto.

La muchacha, con esa espansion que produce el contento, abrazó a la madre de Enrique, diciéndole:

—Señora, hoi lo veré, hoi lo veré...

—¿A quién, hija mia?

—¡A quién quiere que sea!

—¡Es posible, mi querida Eloisa! ¿Cómo has conseguido semejante favor?

—El cómo es todavia un misterio, señora; conténtese por el momento con el hecho.

—Sí, es lo principal, hija mia; pero cuéntame algo.

En ese intervalo se habia levantado Domingo y Mercedes, que fueron tambien a abrazar a Eloisa, sabiendo ya la buena noticia.

—La concesion que he alcanzado es de la mayor importancia; pero no hai motivo todavia para que ustedes se alegren tanto, porque no son ustedes los que tendrán el gusto de ver a don Enrique, sino solamente yo.

Y Eloisa le presentó el salvo-conducto que le habian dado la noche anterior.

—Pero por qué te dan a tí el permiso, hija mia, y no a nosotras? dijo Marta tristemente.

—No se ha podido de otra manera. Yo he tenido que decir que era hermana de don Enrique, y solo a mí y no a otro alguno lo habrian otorgado.

—¡Es raro!

—Sí, señora; pero tenga un poco de paciencia, que al fin todo se descubrirá. Por otra parte, si esta concesion no les proporciona el placer del momento, les da la seguridad de alcanzarlo al fin, ya sea de una manera o ya de otra, ya sea con el permiso de las autoridades o ya sea sin él, por medio de una evasion que deja de ser imposible estando en contacto, puede decirse, directo con ustedes, pues yo seré la que lleve y traiga las comunicaciones; y si se necesita de mí para conseguir la fuga, en caso que no venga el perdon legal, que es lo que trataré de alcanzar de preferencia, pueden tambien disponer como quieran, pues estoi decidida a todó, cualesquiera que sean los peligros que me vea obligada a arrostrar, aun cuando hubiera de sucumbir en ellos; porque con tal de libertarlo a él ¡qué importa que yo perezca!...

—No hables asi, Eloisa; nosotros no consentiriamos jamas, dijeron todos, ni lo querriamos que tú te sacrificases hasta ese punto por obtener la libertad de Enrique.

—Ojalá sucediera esto, que seria mi mayor dicha, respondió Eloisa tristemente, porque talvez en aquel momento hacia alusion a su miserable e ignominioso estado.

—Espero en Dios que todo ha de salirme bien, sin necesidad de que nadie sufra; de todas maneras, hija mia, nosotros te agradecemos en el alma lo que has hecho, lo que haces y lo que estás dispuesta a hacer. ¡Sin tí qué hubiera sido de nosotros! Qué seria ahora de Enrique!

—No hablemos de esto, señora, porque ya he dicho a ustedes que soi yo la que debo estarles agradecida; pasemos, pues, a otra cosa: ¿qué debo decirle a don Enrique? ¿Por qué no le escriben? El tendria tanto gusto...

—Dices bien, Eloisa; para Enrique seria un alivio y para nosotros un consuelo en saber que él tendrá al menos ese goce entre tantas privaciones y sufrimientos.

—Hoi tengo que trabajar muchísimo, señora, y me veo obligada a retirarme; volveré en algunas horas y entonces ya ustedes tendrán sus cartas preparadas y yo estaré en disposicion de ir a hacer la visita, que verdaderamente quisiera que ustedes hiciesen en mi lugar, no porque no esperimente gusto en ello, sino porque seria mayor si ese gusto que les corresponde de derecho lo sintiesen ustedes.

—Gracias, querida Eloisa; de todos modos quedamos satisfechos, porque hai conseguido lo que no teniamos esperanza de obtener tan luego y quizá de no obtener nunca.

Eloisa que, en busca del nuevo domicilio para la familia de Lopez, habia recorrido pocos dias antes casi todo Santiago, le fué fácil recordar las casas que tenian papel de arriendo y se fué directamente a la calle de Santo Domingo, donde habia visto una de regular apariencia, la que convino a Eloisa, tomándola desde aquel mismo dia, obviando todos los inconvenientes del propietario con el sencillo espediente

de darle tres meses adelantados y de no pedirle rebaja alguna por el alquiler, haciendo que trasportasen sus muebles en el mismo dia, cuyo encargo dejó a sus sirvientes, previniéndoles que todo debia estar arreglado para antes del anochecer, cualquiera que fuera el gasto que orijinase la mudanza con tal de ser servida puntualmente.

Practicadas estas dilijencias, indispensables para la consecucion de sus fines, fuése nuevamente al conventillo para tomar las cartas, dirijiéndose sin pérdida de tiempo a la penitenciaria, donde presentó al superintendente la órden que llevaba consigo y que éste examinó con no poca sorpresa, pues las instrucciones del gobierno respecto a los reos políticos eran precisas y terminantes, exijiéndole la mayor vijilancia sobre ellos; sin embargo, el papel que le presentaban era auténtico y no podia desobedecer a lo que ordenaba el ministro, cuya firma y letra le era mui conocida, calculando por esto que la persona que tenia presente seria mui influyente en el gabinete, pues de otra manera no concebia que se diera un permiso que contrariaba las disposiciones acordadas; asi es que tuvo con Eloisa las mayores consideraciones, ordenando en el acto que compareciese don Enrique Lopez, que era el individuo designado.

A pocos momentos apareció el jóven revolucionario, con un semblante triste pero que denotaba la serenidad interior de que realmente gozaba aquel hombre de un temple superior y que no habiendo delinquido jamas conservaba toda su enerjia, sintiendo solamente el verse ausente de su familia, sin que lo atemorizasen las incertidumbres del porvenir.

Su sorpresa fué grande al encontrarse tan inopinadamente con Eloisa, pues creia que seria llamado para las investigaciones políticas a que se veian sujetos tanto él como sus otros compañeros de prision, a pesar que habia respuesto siempre del mismo, modo sin que le hiciesen dar un paso mas allá de lo que habia dicho al principio.

Eloisa, comprendiendo que Enrique podia descubrir la

verdad, es decir, hacer saber que no era su hermana, se lanzó hácia él con los brazos abiertos, diciendo:

—¡Enrique, mi querido hermano!

El jóven quedó mas sorprendido aun al oirse llamar asi y que lo trataban con la familiaridad de tal; pero Eloisa al mismo tiempo que lo abrazaba, le dijo con voz imperceptible: "Es preciso finjir, de ello depende su libertad." Introduciéndole a la vez, sin que lo notase el superintendente, las cartas de que era portadora.

Enrique comprendió que todo aquello encerraba el secreto de alguna intriga tramada en su favor, y en consecuencia tomó la mano de Eloisa con ese cariño natural que existe entre personas a quienes une el lazo de la fraternidad, sin hacerse en ello la menor violencia, porque en realidad, aun cuando hacia poco tiempo que conocia a Eloisa, sintió por ella la tierna y desinteresada afeccion de un hermano, ya fuera ésta el resultado de los servicios que él y su familia debian a aquella niña, o ya esa simpatia innata que esperimentamos por algunos seres.

La presencia del superintendente hizo que la conversacion de ambos jóvenes se limitara solamente a ciertas jeneralidades, teniendo el cuidado Eloisa de decirle que siendo ellos solos en el mundo, habia implorado de tal modo al señor ministro, que, compadecido de su horfandad, le habia acordado siquiera una vez por semana el gusto de verlo, lo que no es poca bondad de parte de su señoria, agregó la jóven con acento de profunda gratitud para que lo notara el superintendente y se lo comunicara al ministro en caso necesario, como sucedió en efecto pocos dias despues y cuando fué llamado por éste e interrogado sobre la jóven aquien habia dado permiso para ver a su hermano.

Enrique, sin saber los medios de que se habia valido Eloisa para llegar hasta él, vió que era un gran paso dado a mas de la dicha que le proporcionaba el saber de su familia cuyos miembros no nombraban, pero que Eloisa, adi-

vinando su pensamiento le hacia comprender todo cuanto pasaba de la manera mas injeniosa y sin despertar la menor sospecha en el Argus que tenian presente y que no los perdia de vista, espiando no solo las palabras que se decian sino hasta las miradas que se daban; pero Eloisa era mui astuta y Enrique mui prudente para comprometerse en una situacion tan crítica.

Al fin se despidieron ambos jóvenes, y como era necesario abrazarse, Enrique fué el primero en hacerlo, porque Eloisa en esta ocasion esperimentó cierta perplejidad, sintiendo que le subian los colores al rostro y que su corazon latia con violencia; pero el prisionero, sin comprender la emocion de su libertadora, la estrechó en sus brazos natural y afectuosamente como a una hermana o a una amiga sobre la que no se tienen las menores pretensiones.

La jóven subió al coche sin mirar por la última vez a Enrique, que se quedó un momento parado, siguiéndola con la vista por la ventana para ver si le hacia la última seña de despedida; pero Eloisa, aun cuando conocia que la miraban, porque se lo decia el corazon, no volvió la cabeza sino que se introdujo en el coche, diciendo al postillon:

—De carrera a la calle de San Pablo.

Cuando se vió sola, Eloisa bajó su manto y sacó un pañuelo para enjugar las lágrimas que corrian por sus tersas mejillas en grande abundancia, murmurando en su interior: "Imposible! imposible. Es preciso vencerse. Este sentimiento que ha nacido con fueza es preciso ahogarlo, y lo ahogaré aun cuando sea necesario morir... La sola idea me parece un crímen y lo es en efecto... yo no puedo, ni debo, ni quiero mancharlo, y asi sucederá, cueste lo que cueste, sufra lo que sufra."

En medio de estos tristes pensamientos y formada esta resolucion heroica, resolucion propia de una alma virtuosa y elevada, pero que requeria el mas gran sacrificio, llegó Eloisa a la puerta del conventillo y su fisonomia se cambió

instantáneamente sin hacerse violéncia, porque sentia realmente un verdadero placer al pensar la satisfaccion que iban a tener los padres y la hermana de Enrique.

No narraremos aquí todas las preguntas que casi a un mismo tiempo y sin esperar respuesta hizo a Eloisa cada uno de los miembros de aquella familia; pero ella satisfizo a todos, contándoles no solo la conversacion que habian tenido sino, hasta las miradas y la actitud de Enrique, asi como los pensamientos que no se atrevia a revelarle por temor de descubrirse, pero que ella habia leido en sus ojos. Ahora, dijo al fin Eloisa despues de este largo interrogatorio, es ya necesario decidirse a cambiar lo mas pronto de domicilio. Un dia u otro puede presentarse una ocasion favorable que no debemos dejar escapar y es preciso que el lugar donde se refujie don Enrique sea ignorado de todo el mundo, para que él pueda contar con algunos momentos de tranquilidad, porque yo estoi persuadida que difícilmente se obtendrá su libertad con el beneplácito del gobierno, sin que por esto nos desanimemos, pues trabajo en ese sentido; pero estoi segura de obtenerla por otro.

Todos convinieron en la exactitud de las reflexiones de Eloisa, y cinco dias despues se encontraba la familia Lopez en compañia de Santiago y Teresa en la apartada calle de Breton, sin que ninguno de los habitantes del conventillo supiese el lugarde su residencia, sino que todos, incluso el propietario, quedaron convencidos que se habian ido por algun tiempo al campo, mucho mas cuando les constaba que habian dejado en la casa todos sus muebles o que probaba que volverian al fin de alguna corta temporada.

La enfermedad de doña Juana.

I.

Inter se van desarrollando los acontecimientos en Santiago, echemos una mirada sobre personajes que ocupan un lugar principal en nuestra historia y que hemos dejado por algun tiempo casi olvidados.

Recordará el lector que la señora doña Juana habia partido de Santiago para su hacienda de San Jorje en busca de salud y por consejos del médico.

Los primeros meses de su residencia en el campo no le habian sido adversos aunque tampoco favorables, pues no habia sentido declinar su enfermedad sino que se mantenia sin agravarse, lo que fué considerado por un buen síntoma; pero en los últimos tiempos sentíase agravar dia a dia de una manera lenta pero sucesiva hasta el punto de alarmar a Luisa y de alarmarse ella misma.

El solitario tampoco estaba tan tranquilo, pues a pesar de sus constantes cuidados y de su ciencia adquirida no habia podido contener el mal, sino que éste tomaba cuerpo visiblemente.

Uno de esos dias, y aprovechando la ausencia momentánea de Luisa, dijo doña Juana a su amigo:

—Sabe usted, mi querido Guzman, que me siento peor de lo que en realidad aparezco, pues me veo obligada a hacer esfuerzos para no sobresaltar a Luisa mas de lo que lo está ya, pues mi hija me estudia y me examina constantemente, y si no fuera porque le oculto cuanto me es posible la pér-

dida de mis fuerzas y el abatimiento de mi espíritu, la veria sufrir mas y esto contribuiria aun a empeorarme; pero me parece que es necesario ya tomar una resolucion definitiva: creo que me convendria ir a Santiago tanto para consultar con los médicos, cuanto porque en caso contrario, es decir que la opinion de los facultativos no fuese favorable, tengo que arreglar asuntos de mucha importancia y de los cuales depende el porvenir de mi hija... ¡de mi hija, Guzman, a quien amo tanto y a quien no me resuelvo a dejar sola en el mundo!... y las lágrimas corrian silenciosas por las pálidas mejillas de la aristocrática dama... y esas lágrimas de madre, lágrimas en que va envuelta tanta afeccion y que son tambien una plegaria dirijida a Dios para que proteja al hijo amado a quien se va a abandonar, esas lágrimas, decimos, cayeron sobre el corazon del solitario enterneciéndolo hasta el punto de no poder contener las suyas; sin embargo, dijo a doña Juana serenando su voz, trémula por la emocion, cuanto le fué posible:

—Esas ideas tristes, amiga mia, agravarán su enfermedad y quizá son la principal causa de ella; yo no veo todavia ningun peligro, porque si lo conociera habria sido el primero en manifestarselo a usted; pero no por esto desapruebo su viaje a Santiago, porque he visto que su estraña enfermedad, y digo estraña, porque usted afirma que no esperimenta dolencia alguna, se aumenta, sin que por esto conciba todavia riesgo el que menor.

—Yo sí que lo siento, y ademas me lo dice el corazon.

—Es preciso desechar esas ideas tristes.

—Tristes por una parte, amigo mio, consoladoras por otra: es verdad que sufro infinito con la idea de separarme de Luisa; pero tambien deseo no menos unirme a mi Eduardo... Lo creerá usted, Guzman: he sobrevivido a mi marido durante muchos años, pero su recuerdo no me ha abandonado un solo dia, talvez un solo instante y me parece sentir ahora que me llama a él.

—Ilusiones del cariño, amiga mia, que prueban la exelencia del alma del que las esperimenta, pero que por lo mismo son jeneralmente funestas.

—No quiero discutir, Guzman, porque no cabe discusion donde hai evidencia: lo que uno siente ¿no es acaso una realidad? Puede ser falso y quimérico para otro lo que para mí es real y verdadero, ¿qué responder a esto.

—Pero, señora, es indispensable que usted dé otro jiro a su espíritu.

Doña Juana se sonrió con bondad y tomándole una mano al solitario le dijo señalando con la otra el cielo:

—Hai otra vida, amigo mio, una vida de amor y de luz, donde los afectos son eternos; y yo no tengo miedo de ir allí donde está mi Eduardo, sino que al contrario lo deseo. . .

—¡Y Luisa, señora, y Luisa!

—¡Ai! Guzman, tiene usted razon: no puedo, no quiero separarme de ella.

—Así es como usted debe pensar, señora porque Luisa es la hija de Eduardo y viviendo para ella vive para él, porque vive con ella y con él.

—Se lo prometo, amigo mio, si la existencia depende de mi voluntad, la conservaré...

—La existencia, bajo la forma en que estamos tiene su término, pero muchas veces depende de nosotros el acercarlo o alejarlo.

—¿Y qué debo hacer para conseguir lo último?

—Combatir esos pensamientos.

—Imposible, porque me vienen, a pesar mio, persiguiéndome en el dia y en la noche, en la vijilia y en el sueño.

—Comprendo: esa manera de ser se ha hecho en usted crónica. Al principio acarició usted esas ideas, la acompañaban en su dolor, y ahora no la abandonan; esa es una lei de la naturaleza.

—¿No hai, pues, remedio?

—Desgraciadamente tengo que decir a usted que cuando los hábitos llegan a cierto grado ya es mui difícil cambiarlos; pero quizá se puede ir modificándolos poco a poco.

—Yo estoi dispuesta a seguir en todo sus consejos.

—Lo único que siento, señora, es que no sean bastante eficaces. Si antes hubiera tenido conocimiento de las disposiciones de su espíritu, talvez habria vencido o habria retardado el efecto; pero ya es algo tarde...

—¿No hai esperanza, Guzman? Eso era lo mismo que yo le decia. No tema ser frauco conmigo: ya usted sabe que no soi cobarde y que, a Dios gracias, tengo mi conciencia pura y tranquila.

—Ese es un gran bien, señora, y suele ser un eficaz remedio. No hai porque desesperar todavia.

—Yo no desespero nunca, amigo mio, sino que por el contrario, los fallos del Altísimo me encontrarán siempre resignada en mi dolor, serena en mi afliccion, no siéndome dado ir mas allá, porque no puedo dejar de ser lo que soi.

—Eso es todo cuanto puede ofrecer la humana especie y usted ha llegado al término.

Y el solitario dijo entre sí mismo:

—Me he equivocado; he mirado demasiado al cuerpo sin investigar el alma que era donde realmente estaba el mal: nunca tiene uno demasiada esperiencia.

—En fin, ¿qué es lo que me aconseja el amigo de Eduardo?

—Creo, señora, conveniente su viaje a Santiago donde tendré el gusto de acompañarla.

—¡Usted! cuánto le agradezco su oferta! con cuánto gusto la aceptaria! Pero no es posible! Santiago en la actualidad está revuelto y usted podia correr algun peligro: las pasiones políticas parece que están ahora mas vivas que nunca y los odios mas encarnizados.

—Yo he muerto, hace mucho tiempo, para la sociedad y nada tengo que esperar o temer de ella.

—No, Guzman, usted es demasiado conocido. Usted ha jugado un rol importante, y aunque haya desaparecido de la escena, pueden venir las persecusiones, porque todavia viven muchos de aquellos hombres; preferiria que se quedara, con la seguridad de que le haré llamar en caso necesario, porque deseo que el hombre que acompañó a Eduardo hasta sus últimos momentos, esté presente a los mios: seria feliz en cerrar mis parpados mirando al objeto que él tuvo a la vista cuando se cerraron los suyos...

—Señora, querida amiga mia, suplico a usted de no tener esas ideas...

—Ya he dicho a usted que nada temo; quiero saber solamente si usted está dispuesto a satisfacer mi último capricho...

—¡Puede usted dudarlo!

—No, Guzman, no he dudado un momento de usted en tantos años de amistad. ¡Cómo vendria a dudar en pocos dias! Pero allí está Luisa; es preciso disimular... le dejo a usted el encargo de prepararla.

II.

Doña Juana recibió a su hija con la mas afable sonrisa, aparentando una alegria que estaba lejos de tener.

La jóven miró alternativamente a su madre y al solitario, como queriendo descubrir por sus fisonomias lo que interiormente sentian, y en seguida les preguntó:

—¿De qué se han ocupado ustedes durante mi ausencia?

—De nada, hija mia, no nos hemos movido de aquí.

—No pregunto, mamita, lo que han hecho sino lo que han dicho.

—Ya que quieres saberlo, es mui fácil: nos hemos ocupado de tí.

—De mí! Siempre de mí... ¿por qué no piensa mas en sí misma? Por qué no trata de distraerse un poco, mamita;

me parece que esto le aprovecharia; ¿no es verdad, señor?

—Así es, querida Luisa, y esto mismo le aconsejaba yo hace un momento.

—¿Crees, Luisa, que pensar en tí no es pensar en mí misma? ¿Qué cosa de mas interes hai para mí en el mundo? ¡Cómo puedes imajinarte que me diviertan frivolidades?

—No es mi ánimo, mamita, probarle que yo debo serle indiferente, porque esto no lo querria, porque esto me haria sufrir mucho; pero una idea fija debe ser matadora: dicen que la locura proviene de aquí.

—Pues yo quiero ser loca, hija mia, antes que me obligasen a no pensar en tí.

—Usted tiene la monomania del cariño, la monomania de la benevolencia; pero hai un término para todo, y la distracion no quita ni destruye el afecto, sino que mas bien lo corobora y fortifica.

—Hace poco le decia a mi amigo Guzman que no queria entrar en discusiones y ahora me veo obligada a hacerte la misma observacion.

—Sin embargo, es preciso, mamita, no entrar en discusiones, pero sí aprovechar de los consejos del señor Guzman porque siempre son favorables: yo estoi viendo que no se mejora y que cada dia...

—Cada dia, si no me encuentro mejor, me hallo poco mas o menos lo mismo: la diferencia no es tan grande.

—Yo noto alguna, mamita, y creo, puesto que no se da en el campo una mejoria notable, es conveniente regresar a Santiago donde hai recursos y muchos facultativos que consultar y que podrian curarla radicalmente en poco tiempo.

—Yo tambien habia pensado lo mismo, pero como no me encuentro tan mal como tú te figuras, tenia hecha la resolucion de no partir tan luego.

Como se ve, doña Juana, mentia con el fin de tranquilizar a su hija.

—Siempre vale mas precaver el mal que combatirlo, ma-

mita; y ya que lo habia pensado, seria preferible efectuarlo desde luego, haciendo desde mañana, desde hoi mismo, los preparativos.

—Te das demasiada prisa, hija mia; parece que tuvieras temores de que yo no participo bajo ningun aspecto, y advierte que yo, que soi la paciente, debo juzgar mejor.

—Concedo que no existe el menor peligro; pero no es menos cierto que usted no se mejora y hace ya como cuatro meses o mas que nos encontramos en el camqo sin que usted esperimente el menor alivio, sino que, por el contrario, se encuentra mas débil y mas abatida que al principio. Por otra parte, como he dicho anteriormente: mas vale precaver el mal que combatirlo.

—Ya que te empeñas, hija mia, obra como te parezca; me pongo por completo a tu disposicion y haré en todo tu voluntad con la condicion que te sometas, cuando sea necesario a la mia.

—Su voluntad, mamita, nunca puede dejar de ser la voluntad de su hija: ordene usted no mas, con la seguridad de que será obedecida sin dilacion, sin sacrificio, o mas bien dicho, con placer, porque la obediencia hácia sus padres es un deber que a todo hijo debe causar delicia cumplir.

—No es esto lo que sucede siempre, Luisa; muchas veces la voluntad del padre contraria la voluntad del hijo.

—Creo que nunca acontecerá en mí una cosa igual; al menos tengo la esperiencia de toda mi vida pasada para poder responder de mi vida futura.

—Es verdad, hija mia, porque a pesar de la libertad en que has vivido y en que yo te he dejado, has sido siempre la criatura mas sumisa.

—No me he hecho en ello la menor violencia, porque en lugar de esforzarme me ha gustado.

—Bien, hija mia, mui bien; esperimento una satisfaccion verdadera en que me hables asi; ahora dispon nuestro viaje cuando quieras y para cuando quieras.

Durante esta conversacion entre la madre y la hija, el solitario habia permanecido silencioso pero atento. Aquel hombre que veia, se puede decir, en el porvenir, creyó encontrar en la palabra de doña Juana algun proyecto, alguna combinacion premeditada de antemano; porque, ¿que otra cosa podia significar aquella exijencia, cuando sabia que Luisa no la habia contrariado nunca? El sabio anciano comprendia que un dia u otro sucederia algo de grave, algo de estraordinario, pero con esa moderacion que lo caracterizaba no interrogó nada sobre un punto que no le habian confiado, no moviendo sus labios como hombre prudente que no pretende jamas introducirse ni penetrar en el interior ajeno, a no ser cuando es preciso evitar el mal o hacer el bien; y como nada tenia que temer en el caso presente, porque conocia a fondo el carácter noble y las virtudes de todo jénero que adornaban tanto a la madre como a la hija, quedóse tranquilo en su reserva esperando solo que los acontecimientos se sucediesen.

III.

Luisa, con la autorizacion de su madre, principió desde aquel mismo dia los preparativos, pues tenia mas temores que los que habia demostrado, porque a ella no se le ocultaban los esfuerzos que hacia doña Juana para aparentar en su presencia un estado de salud mejor que en el que en realidad se encontraba, no quejándose tampoco nunca de esa languidez que paso a paso la llevaba al sepúlcro y que Luisa veia aumentarse dia a dia.

El solitario, por su parte, mas conocedor que Luisa de los síntomas de aquella enfermedad y del punto a que habia llegado comprendia que no habia mas que una remota esperanza; pero ocultando a la jóven su pensamiento se proponia prepararla para el caso de una desgracia minorando asi en parte la violencia que lleva consigo un golpe inesperado y de tanto mas terrible efecto cuanto mayor era la es-

quisita sensibilidad de Luisa y el tierno cariño que profesaba a su madre.

El anciano buscaba, pues, la ocasion de hablar a solas con Luisa, ocasion que le fué fácil encontrar, habitando la misma casa, y le dijo:

—¿Temes algo, mi querida Luisa, que te apresuras tanto para la marcha?

—Con usted puedo ser franca, señor: sí, temo... mi mamita me oculta sus males por no entristecerme:

Y la jóven se sentó en un sofá derramando copiosas lágrimas.

El solitario le tomó una de sus manos.

—Tú tambien, hija mia, le ocultas a ella lo que sientes y lo que piensas para no alarmarla.

—Es verdad, señor.

—De manera que ambas quieren engañarse sin conseguirlo.

—Tambien es cierto, al menos por lo que respecta a mí.

—Y ella se encuentra en el mismo caso; pero en mi opinion está algo distante la desgracia. Por otra parte, los médicos de Santiago pueden con sus conocimientos detener el mal.

—¿Cree usted en la posibilidad de una mejoria!

—Difícil, es pero no imposible.

—Su respuesta me desanima todavia mas.

—Yo no puedo, hija mia, ni afirmar ni negar nada; ¿qué sacaria con darte esperanzas que habrian de salir frustradas aumentando mas tu dolor? ¿Y qué sacaria con afirmar un acontecimiento que puede mui bien no suceder? En ambos casos obraria mal; sin embargo, debo prevenirte que tengas tu ánimo preparado, sin por esto desanimarte ni abatirte.

—Señor, señor, yo no podré sobrevivir a tamaña desgracia.

Y la niña rompió en sollozos.

—Yo no quiero hija mia, combatir tu dolor: él es justo y

es natural. Una madre no se reemplaza nunca. Ese afecto con que hemos nacido y con que hemos vivido, esa ternura de todos los instantes que nos ha protejido en todas las épocas de la vida, deja un vacio inmenso y un recuerdo indeleble cuando nos abandona... pero en fin, todo tiene su término, todo... y todo tambien renace a la esperanza, quizá a una realidad mayor, porque Dios nos prepara, sin duda alguna, algo de menos transitorio, algo de mas estable... ¡Quién puede darse cuenta de las trasformaciones de los mundos y de las que esperimente la humanidad! Ah! si muriésemos cuando desaparecen las personas que amamos ¿a qué quedaria reducida la cadena que sostiene y liga a la especie? No habria existido mas que el primer eslabon, sin que hubieran podido sucederse unos tras otros los anillos que vienen formando las jeneraciones que se han desarrollado y que se desarrollarán en la inmensidad de los tiempos. El dolor, hija mia, se borra al fin para ser reemplazada por el recuerdo, y talvez tras del recuerdo venga la union del infinito, la union de lo inconmensurable, la union de la eternidad.

—Oh! Dios mio! Dios mio! ¿Qué va a ser de mí?

—Luisa! hija mia! aun no hai motivo por qué abatirse... Puede suceder... ¿Para qué desesperarse y sentir antes de tiempo? ¿Influiria acaso en la mejoria de tu madre tu dolor actual? Estoi seguro que si doña Juana te viera en ese estado, sufriria infinito, abreviando talvez sus dias. Ten mas esperanza, Luisa, ten mas serenidad, serenidad que nacerá de esa misma esperanza, y estoi seguro que si no se mejora por completo tu mamita, al menos se aliviará, proviniendo de aquí la prolongacion de su preciosa existencia.

—¿Entonces usted cree que hai algunas probabilidades de salvarla?

—¡Cómo no! Yo seria un temerario y un insensato si afirmase lo contrario.

—Pero la ciencia no ve, no descubre, no cuenta acaso

con todas las seguridades para decir lo que infaliblemente ha de suceder?

—No hai nada de infalible a no ser la muerte; y para esto no se necesita de ciencia, pues sabemos que ha de suceder, pero en cuanto a determinar el tiempo, es mui difícil aunque no es imposible: en medicina no se ha dicho y está mui lejos todavia de decirse la última palabra.

—Usted me consuela y me desalienta.

—Yo no quiero ni lo uno ni lo otro, deseo únicamente que tengas la calma posible.

—¡La calma posible! ¿Puede darse en el mas agudo de los sufrimientos?

—Tambien te he dicho que no es mi ánimo combatir tu justo dolor pero que uno debe estar preparado a todo.

—Ah! señor; si yo tuviera su edad, su esperiencia y su filosofía; si ya no existieran para mí vínculos; si hubiera visto, como usted, desaparecer uno a uno los seres que me rodeaban; si estuviera sola en el mundo viviendo en la ciencia, en la abstraccion, en Dios; si ya no desease mas que unirme en el infinito, como usted dice, a las personas que uno ha amado, ¡cuán fácil no seria esa resignacion, esa conformidad filosófica! ¡Pero romper los vínculos mas queridos y mas sagrados, sentir que la dejan a uno en el vacío, esperimentar esa soledad de afectos, acostumbrarse a no ver ya lo que se ha adorado en la tierra, es mui difícil y para algunas almas debe ser imposible.

—Y sin embargo, hija mia, todo esto ha de suceder mas tarde o mas temprano; por esta razon nos aconseja el Evanjelio de no estar tan pegados a los bienes transitorios del mundo, cualquiera que sea la naturaleza de ellos.

—Convengo, señor, en cuanto usted me dice; veo la justicia y exactitud de sus reflexiones, pero no me resigno...

—La lei de la necesidad es la mas imperiosa de las leyes: uno se somete o sucumbe, ese es el dilema; y se somete, porque la sensibilidad del que esperimenta el pesar es menos

delicada, o muere cuando es escesiva: esto entra en la naturaleza de los seres y es tambien una lei a que están sujetos todos segun su organismo respectivo.

—¡Ai! qué análisis tan descarnado hace usted del dolor! Pero dejémonos, señor filósofo, de esas cuestiones; yo quiero saber únicamente cuál es la enfermedad de mi mamita y si hai probabilidades de sanarla.

—Las probabilidades siempre existen; ahora por lo que respecta a la enfermedad, es mas moral que física; ella me lo ha dicho y yo siento no haberlo sabido antes.

—Entonces sí que concibo esperanzas, porque los achaques del espíritu son mas fáciles de curar que los del cuerpo.

—Te equivocas, hija mia, te equivocas, y tú eres como tu madre, una de esas naturalezas que sufren mas por el alma que por el organismo: a tí te matará una afeccion y no te matará un dolor; por esto es que quiero prevenir el sufrimiento tratando a la vez de familiarizarte con él para que te endurezcas.

—¿Pero qué es lo que puede abatir tanto a mi mamita? ¿Qué pesar agudo, qué sentimiento profundo mina su existencia?

—Cada alma tiene sus secretos... Cada hombre sufre a su manera.

—Sin embargo, es preciso un motivo, una causa, y yo no le conozco ninguno de aquellos incidentes que pueden influir tan hondamente en su ánimo.

—Puede ser que exista esa causa desde algun tiempo mui remoto de que tú no tengas conocimiento, pero que haya venido paulatina y lentamente minándola hasta el punto de haberse apoderado de todo su ser y ser difícil escaparse a su influencia.

—¿Pero qué debo hacer?

—Mira, querida Luisa: independiente de las prescripciones de los médicos, que es necesario cumplir, trata cuanto

puedas de distraerla, empéñate por arrancarla a sus pensamientos, no la dejes jamas sola, muéstrate alegre y complacida, y talvez consigas hacer un milagro, advirtiéndote que le única persona que puede operarlo eres tú; sin este espediente yo desconfio mucho de su restablecimiento, sin creer por esto el caso desesperado.

—Oh! señor! Usted me ha dado un remedio fácil y que es de mi mayor agrado: complacer a mi madre, distraerla, divertirla, cuente usted con ello, estoi dispuesta, dispuestísima a ello.

—Para esto mismo es preciso tener su táctica. Si la llevas a bailes, a sociedades ruidosas, a teatros, creyendo distraerla, puede ser que te suceda un efecto contrario de lo que esperas: esta clase de remedios dependen mas de la intelijencia, de la sensibilidad, del cariño, de las maneras del individuo que lo emplea, pues de otro modo es matarla. Voi a darte otro consejo mas, Luisa, por el conocimiento que tengo del carácter de tu santa madre; practica primero esta dilijencia: haz de manera que vaya a socorrer a los pobres, que esté siempre ocupada de ellos, mira que la caridad encierra consuelos infinitos, en un bálsamo que distruye toda especie de miasmas, que prepara el corazon a dulces emociones, que posee un tinte de tristeza que se hermanan con las otras tristezas, hasta que las dulcifica y las absorbe por completo, dejando en el alma esa melancolia dulce, serena, inefable que se asimila a la impasibilidad de los bienaventurados que están en los cielos. Yo no soi médico, Luisa, tú lo sabes; pero tengo la esperiencia del corazon y la conozco a ella como te conozco a tí para poder juzgar lo que mas conviene a sus naturalezas.

—Soi en todo de su misma opinion, y sin desechar las prescripciones de los médicos del cuerpo, no olvidaré la receta del médico del alma...

—Ahora, hija mia, es preciso que te haga otra advertencia. La señora doña Juana no ha querido aceptar la pro

posicion que le hice de acompañarla; pero si algo se ofrece, si en la cosa mas insignificante puedo yo serles útil, no tengas el menor embarazo en hacerme llamar en el acto. Yo te lo aseguro, preferiria ir desde luego, pero mi amiga se ha resistido y no quiero contrariar su voluntad; y ya que hablamos de voluntad, debo tambien advertirte que es mui conveniente que no encuentre el menor obstáculo a sus deseos: cualquiera oposicion agravaria el mal de que adolece, porque, independiente de sus sufrimientos morales, hai una surescitacion escesiva en su sistema nervioso, provenida talvez de la fijeza de sus ideas y de otras causas que no me es dado conocer.

—Si supiera usted, señor, cuanto le agradezco sus consejos.

—Entre nosotros, mi querida Luisa, no debe haber agradecimiento: somos una misma cosa, una misma familia.

—Dice usted bien, señor: su apreciacion es mas justa, mas lejítima.

—¿Quieres ahora que te ayude en tus preparativos?

—Deseo mas bien que haga compañia a mi mamita.

IV.

Eloisa y Ceferina, acompañadas de las sirvientes, no pararon un solo instante, quedando todo arreglado en ese mismo dia; asi es que al siguiente el coche estaba listo para marchar y los caballos de refresco apostados en distancias convenientes para hacer el viaje sin dilacion, y que no fatigase tanto a la enferma, pues la rapidez en la marcha hace menos pesado un largo camino, siendo las doce de la noche cuando el coche de doña Juana, acompañado de dos inquilinos, se paraba en la puerta de la casa calle de la Catedral, siguiéndole de atras otro grande y pesado carruaje en que venian las sirvientes y los equipajes y el cual no llegó sino al venir el dia.

Esa misma noche Luisa instaló su cama en el cuarto de

su madre, no queriendo por un momento dejarla sola, pues de esta manera podia seguir con mas escrupulosidad el principal consejo del solitario, que consistia en distraerla constantemente y no dejarla, si era posible, entregarse jamas a su pensamiento favorito.

Al dia siguiente, casi antes que Dios echara sus luces, Luisa estaba ya en pié, yendo en puntillas al lecho de su madre para ver si dormia, solicitud tierna de que participan los hijos realmente amantes y que es una especie de indemnizacion de aquella que han tenido por ellos las madres desde el momento de venir al mundo.

Satisfecha Luisa de la serenidad con que dormia doña Juana, bajó al jardin y entró en su pabellon. Apenas en él, se le presentó la imájen de Mercedes, no olvidada, pero que hasta cierto punto no habia ocupado su corazon con esa fijeza con que pensaba en ella al principio, a causa de la preocupacion constante en que la tenia la enfermedad de su querida madre.

Los recuerdos, por lo jeneral, no vienen por sí mismos, sino que nos lo traen las cosas anteriores, esplicándose asi el fenómeno de que a la vista de un mueble, de un color, de un sonido y hasta de un perfume, traemos a la memoria la persona, las circunstancias que se han sucedido, los acontecimientos que han tenido lugar: hé aquí la causa porque hai ciertos muebles que nos son tan queridos, pues ellos forman parte de nuestra existencia, evocando recuerdos que nos han sido gratos. ¿Quién no ha esperimentado estas sensaciones? Quién? Talvez no hai un ser en el mundo que no haya sido afectado asi. Talvez no existe un solo animal que no participe de iguales sentimientos. El pajarillo debe reconocer sin duda el árbol en que hizo su nido y que fué el teatro de sus amores, cuyo fruto depositó en él, y a su sola vista traerá a la memoria la alegre e inocente historia de la pasada primavera, y asi como él, todos los seres en que se denotan los efectos de la voluntad en mayor o menor esca-

la. ¡Qué de estrañar era, pues, que Luisa recordara a su amiga y se entristeciera con solo este recuerdo! No estaba distante la época en que habia cantado con ella, cosido con ella, jugado con ella... ¿Y qué seria ahora de esa pobre amiga? Hé aquí la reflexion primera que se le presentó a Luisa, e hizo el propósito de informarse de Mercedes en aquel mismo dia. De Mercedes a quien amaba tanto, compadecia tanto, admiraba tanto... ¿Y por qué no decirlo? La idea de ver a Enrique no era la que menos influia en el ánimo de Luisa, y una especie de alegria triste hacia latir su corazon de vírjen. La esperanza de que en pocas horas estaria en íntima relacion con su amiga y en presencia de su amante, la sorpresa agradable para una y profunda para el otro que se lisonjeaba causar con su vista, esa delicia que lleva consigo un acontecimiento inesperado cuando es fausto, el pensamiento de que en esos instantes se encontraba en la misma ciudad y respirando el mismo ambiente que respiraba Enrique, todo, todo, vino en aquel momento a disipar en no pequeña parte las penas que hacia tiempo la consumian, los temores que no la abandonaban desde que llegó a percibirse de la lenta pero progresiva decadencia de su idolatrada madre; porque el amor, a mas de ser el manantial de los mas deliciosos y puros goces, a mas de ser el verdadero y solo néctar con que es capaz de embriagarse el alma, hace las veces de un narcótico para el dolor, y cuando no consigue desterrarlo del todo, cuando no lo convierte en dicha, se asocia con él y lo suaviza o dulcifica, de tal modo, que en el mismo sufrimiento encontramos alivio, y una melancolia que no carece de encanto se apodera de nosotros, sin duda porque sabemos que hai otro ser a nuestro lado, o diremos mejor, otro yo que ve, que siente, que piensa lo mismo que nosotros vemos, sentimos y pensamos; asi es que cuando Luisa volvió al lado de su madre no pudo ésta menos de notar el cambio, diciéndole:

—¡Como me gusta, hija mia, verte asi! Sabes que tu ale-

gria es el remedio mas eficaz para mi alivio: ten siempre cuidado de tener el mismo semblante y te prometo sanar en breve, pero no vengas a finjir, contestó, porque yo conozco perfectamente cuando es postizo.

En seguida hizo sentar a su hija a su lado, le tomó una mano, y contemplándola con tierno cariño, le dijo:

—Eres mui hermosa. ¡Como envidio la felicidad del hombre a quien acompañes en su carrera!

—Los ojos de una madre no son los mas imparcialas jueces y sus fallos no merecen entero crédito.

—¡Ah, Luisa, yo te conozco, hija mia; sé cuanto vales!

—¡Oh, mamita! ¿Quiére usted hacerme fátua?

Y la hechicera jóven abrazó a su madre colocando su hermosa cabeza en aquel seno que la habia alimentado y que todavia la alimentaba con su ternura.

Doña Juana lloraba en silencio.

—¡Mamita, esclamó Luisa, apercibiéndose de las lágrimas de su madre, yo soi una imprudente que en vez de alegrarla la entristezco!

—Ojalá todas las penas fueran asi, que entonces solo habria dichas.

—Pero estas emociones no convienen quizá al estado de su salud.

—El placer nunca daña, hija mia; y esto es tan cierto que quisiera dar un paseo despues de almuerzo; me gustaria ver la alameda que ha sido siempre mi lugar favorito.

—Nada mas fácil, dijo Luisa con alegria, y voi a dar mis órdenes para que todo esté listo y no haya que esperar, ni lugar a arrepentirse.

Aun cuando la hora no era de aquellas en que se acostumbra pasearse en la alameda, doña Juana vió con gusto aquel hermosísimo sitio de la populosa ciudad de Santiago donde concurre diariamente lo que hai de mas elegante, de mas rico y de mas aristocrático en nuestra sociedad.

De vuelta del paseo, Luisa dijo a su madre que seria con-

veniente, aun cuando se sintiera mejor, hacer venir algunos médicos para que la examinasen, y doña Juana accedió nada mas que por complacer a su hija, pues ella estaba persuadida que todo medicamento seria ineficaz.

La junta se hizo en aquel mismo dia y la discusion de los facultativos, despues del exámen, fué mui larga, y no permitieron que alguien asistiera a sus deliberaciones, lo que dejaba suponer que la enfermedad era grave y complicada, quedando dos médicos de cabecera, uno nombrado por la junta y otro al gusto de la enferma.

Doña Juana, a pesar de este aparato de los hijos de Hipócratas, estaba tranquila; y el buen humor con que habia principiado aquel primer dia de su residencia en Santiago, no se alteró en lo menor.

Luisa, despues de haber atendido a todo, y viendo que su madre se preparaba para dormir la siesta, le dijo que pensaba ausentarse por un momento para ir a ver a Mercedes en compañia de Ceferina.

—Por qué no me lo previnistes antes, mi querida Luisa, que hubiéramos ido juntas: tengo tambien muchos deseos de ver a esa pobre niña.

—Como usted queria ir a la alameda, no me atreví a proponérselo.

—Has hecho mal, pero es un mal fácil de reparar trayéndola.

—¿Me lo permite usted?

—No solo te lo permito sino que te lo ordeno, en caso que no haya inconveniente de su parte.

—¡Cuán feliz me hace usted, mamita!

—Es decir que yo tambien lo soi, porque tu felicidad es la mia; ve, hija querida.

Luisa no se hizo repetir la órden, y besando a su madre, partió en compañia de Ceferina.

V.

En ese momento, el corazon de la jóven rebosaba de felicidad. ¡Cuán cerca no estaba, sin embargo, del desengaño y de la desgracia! Asi es la vida humana: allí donde creemos encontrar la dicha, hallamos el suf.imiento, y la esperanza risueña se transforma en una realidad cruel y tanto mas penosa cuanto mas inesperada.

Luisa se presentó al conventillo en compañia de su ama de leche. Su primera mirada se dirijió al fondo de la angosta calle. Las puertas correspondientes a las habitaciones de la familia Lopez estaban cerradas, y esto solo, sin otro antecedente, le causó una impresion de susto y de dolor: temia que hubiera sucedido alguna desgracia, y bajó del coche con precipitacion para cerciorarse por sí misma, preguntando con ansiedad por Mercedes a la primera persona que encontró en su camino.

—Hace algun tiempo, señorita, que se han ido al campo?

—¡Cómo! ¿No viven ya aquí?

—Volverán luego, señorita, porque han dejado todos sus muebles.

—¿Ha sucedido algunas desgracia? Por qué han abandonado su casa?

—Ninguna otra cosa ha pasado, señorita, salvo la prision de don Enrique.

—¡La prision de Enrique, dice usted! y Luisa perdió completamente el color.

—Sí, señorita, se encuentra ahora el pobre jóven en la penitenciaria.

—¡En la penitenciaria! ¿Cómo? Por qué?

—Por que se metió en la revolucion del 20 de abril y fué hecho prisionero.

—¡Es posible!

—Es una lástima mui grande, señorita, porque el pobre

jóven era mui bueno y mui querido de todo el mundo... Desde que se fué de aquí la familia del señor Lopez estamos padeciendo... Usted no puede figurarse la falta que nos hace.

—Lo comprendo; ¿pero se sabe la sentencia que ha recaido sobre don Enrique y el lugar dónde está su familia?

—Sí, señorita, la sentencia ha sido dura, mui dura: cinco años de penitenciaria...

—¡Cinco años!

—Y esto se obtuvo por empeño del padre que fué a verse con el presidente, que a la vez de conmutar la pena a don Enrique, porque habia sido condenado a muerte, le dió a él el grado de teniente.

—¡Cinco años! volvió a repetir Luisa, con desaliento. ¡Cinco años! esto es una eternidad!...

—Pero mas vale esto que lo otro; así es que he visto a toda esa buena jente algo resignada.

—¿Y en dónde están ahora?

—En el campo.

—¿Pero en qué campo?

—Nadie lo sabe, señorita, porque partieron diciéndonos solamente adios. ¡Oh, señorita, los habitantes del conventillo lloraron y cada dia los echan mas de menos.

—¿Ninguno tendrá mas noticias que usted?

—Así lo creo, porque yo he hablado con todos y nadie ha sabido darme razon.

—Voi yo a informarme personalmente en cada uno de los cuartos.

Y la aristocrática jóven se dirijió de puerta en puerta para indagar la verdad, pero todos le decian lo mismo que ella sabia por indicaciones de la persona con quien habia estado hablando.

Cuando vió que toda dilijencia era inútil, subió al coche llena de un mortal desaliento.

Apenas vió a su hija doña Juana que conoció en el acto

que le habia sucedido algo de grave y de penoso, preguntándole con precipitacion.

—Y bien, Luisa. ¿qué hai de nuevo?

La jóven por toda respuesta rompió en sollozos sin poder dominarse.

Doña Juana que conocia a su hija, que sabia por esperiencia que, a pesar de su esquisita sensibilidad, raramente lloraba, se alarmó sobremanera y volvió a preguntarle:

—Pero dime, hija mia, ¿qué es lo que ha sucedido?

Luisa contó entonces a su madre todo cuanto le habian dicho.

—Es verdad que es una desgracia lo que ha pasado; pero no es irreparable. Serénate, hija mia, que talvez en pocos dias estará Enrique en libertad, pues yo soi bastante amiga de Búlnes y de otras muchas personas influyentes, y no dudo que conseguiré su perdon, porque al cabo ese jóven no ha cometido ningun delito.

—Ninguno, mamita, ninguno; pero dicen que fué primero condenado a muerte, lo que prueba que debe haberse comprometido demasiado.

—Talvez; pero entre nosotras lo hace todo el influjo, y yo me creo con bastante poder para alcanzar un favor que no considero demasiado grande; mañana mismo haré esta dilijencia.

Luisa se tranquilizó un tanto porque sabia que su madre era mui considerada en todo Santiago.

Al dia siguiente a pesar del estado de languidez en que se encontraba y a pesar de la prohibicion de los médicos que le habian prescrito el mayor reposo, doña Juana se dirijió a palacio, donde fué inmediatamente recibida, pero de donde no sacó otra cosa que vagas promesas que, por su incertidumbre, significaban mas bien una negativa disfrazada con buenas palabras.

Esto no desalentó a la señora, sino que se dirijió a las casas de otros personajes influyentes, sin tampoco obtener

mejor resultado, hasta que fatigada por tantos viajes y mas todavia por el mal éxito, cosa que no se habia imajinado, se dirijió a su domicilio abatida física y moralmente.

Luisa, en cuanto sintió parar el coche, le salió al encuentro interrogándola con la vista y con la palabra.

Doña Juana se sonrió tirstemente y le dijo:

—Hai esperanzas, hija mia. Enrique debe haberse comprometido demasido, por cuya razon no he obtenido un resultado inmediato, pero me han hecho promesas y lo que no se ha conseguido hoi se alcanzará mañana.

Doña Juana, como se ve, ocultaba a Luisa el mal éxito de sus dilijencias, porque queria ahorrarle ese pesar, guardándolo para sí misma, pues no le era indiferente la prision de Enrique; sin embargo, ¡qué diferencia de interes entre el de madre y el de la hija! Si doña Juana hubiera columbrado lo que pasaba en el alma de Luisa, hubiera sido un golpe de muerte para ella, tanto por la desigualdad de las personas, cuanto porque habria comprendido la intensidad del dolor de su hija; pero afortunadamente sus arraigadas preocupaciones ponian una espesa venda sobre sus ojes, pues habria dudado hasta de la evidencia misma en caso que la hubiera conocido o visto.

Al dia siguiente doña Juana amaneció mas postrada que el anterior, no habiendo por este motivo posibilidad de practicar nuevas dilijencias para conseguir la libertad de Enrique, y ambas cosas habian llevado a Luisa a un estado de suma tristeza, tristeza que apenas tenia fuerzas para disimular delante de su madre.

El tiempo corria sin embargo, sin que doña Juana consiguiese el menor alivio y sin que se tuviese la menor noticia de Enrique y de su familia, a pesar de todas las pesquisas hechas escrupulamente por Ceferina que habia recibido la órden de Luisa y que ella misma practicaba con sumo interes.

VI.

Los médicos asistian a la enferma diariamente y hacian juntas con frecuencia, pero sin resultado alguno: los síntomas de la enfermedad eran cada vez mas alarmantes y perdian la esperanza de sanarla, pues habian ensayado diferentes procedimientos y todos ellos infructuosamente hasta que doña Juana dijo a los facultativos de cabacera:

—Háblenme con verdad, señores, y sin el menor temor, pues hace tiempo que yo estoi persuadida que mi mal no tiene remedio y que sus desvelos son del todo perdidos; sin embargo, yo accedí a llamar a ustedes por complacer a mi hija solamente y no porque alimentara la menor esperanza; pero el tiempo se acorta cada vez mas y yo necesito de descanso; necesito de todas las horas que ustedes me arrebatan con sus medicinas, fatigándome inútilmente, y lo que es peor, aburriéndome, porque esa misma fatiga me estenúa. Lo que quiero saber únicamente y lo que agradeceré a ustedes será que me digan cuánto tiempo me queda, poco mas o menos, dejando obrar a la naturaleza que es la mejor facultativa; pues les prevengo a ustedes que estoi resuelta a no tomar una sola cucharada de ningun medicamento, pues he hecho el propósito de defender mis últimas horas gozando al menos de algun alivio físico.

Los dos médicos se miraron el uno al otro, sorprendidos de aquella serenidad, de aquella apreciacion justa y de aquella decision enérjica; y uno de ellos contestó:

—Con personas de su temple se debe tomar un camino distinto del que seguimos con la jeneralidad. Pues bien, señora, no nos es dado a nosotros afirmar como usted que la enfermedad de que padece no tiene remedio, pero la verdad es que no lo hemos podido encontrar. Usted tiene mucha razon en dejar obrar la naturaleza: hai varios casos en que nosotros echamos mano del mismo espediente y siem-

pre con buen resultado, porque si no llega a curar, al menos prolonga la vida del doliente dejándole algunos momentos de reposo.

—Eso es todo cuanto yo quiero.

—Está bien, señora: ésta será nuestra última visita.

—Y talvez la mas provechosa, puesto que recibiré de ustedes un aviso de mucho interes para mí: ¿cuántos dias, señores, me quedarán de vida?

Los médicos volvieron a mirarse y guardaron silencio.

—Vamos, continuó doña Juana, no hai por qué asustarse; este es el único favor que les pido, por cuya razon he dicho y creo en realidad que esta será la mas provechosas de sus visitas.

—Señora, a esta clase de preguntas no acostumbramos responder, tanto porque podemos equivocarnos fácilmente, cuanto porque hai mucho peligro en hacer semejantes confidencias, aun cuando las solicite el enfermo.

—Yo no exijo la certidumbre absoluta sino las probabilidades; y si ustedes se equivocan, ¿ante quién serian responsables? Ahora por lo que hace al peligro, yo no lo veo; pues como les he dicho anteriormente, sabia que mi mal era incurable y estaba conforme y resignada como lo estoi ahora, de manera que bajo este punto de vista, no tienen ustedes razon en negarme el favor que les pido.

—Accederemos a su voluntad, señora, pero permítanos usted de deliberar un momento entre nosotros.

—Pueden pasar ustedes a la pieza inmediata.

Los dos facultativos se dirijieron en silencio al cuarto designado donde conferenciaron como un cuarto de hora y cuando volvieron al dormitorio dijo a doña Juana el mismo médico que habia hablado antes:

—Hemos prevenido a usted, señora, que podemos equivocarnos, y ojalá lo quiera Dios; pero de nuestras observaciones deducimos que puede prolongarse su vida de dos a tres meses, si no esperimenta en este tiempo contrariedades

o impresiones violentas, porque en ese caso hasta las personas buenas se hallan espuestas a un ataque repentino y funesto y con mas razon las enfermas, especialmente aquellas que tienen afectado el corazon y cuyo sistema nervioso es mui delicado.

—Gracias, señores, respondió doña Juana con una sonrisa que revelaba una gran satisfaccion interior. ¡Dos o tres meses! Tengo tiempo de sobra: este es el mejor medicamento que ustedes me han dado; pero todavia solicito de ustedes un nuevo permiso.

—Estamos a su disposicion, señora.

—Deseo que mi hija ignore completamente el fallo de ustedes, guardando sobre esto el mayor secreto y aun si es posible dándole esperanzas.

—Cumpliremos con lo primero, señora; porque talvez llegado el caso, la perjudicaria a ella mas que lo segundo, porque una cosa que no se espera impresiona mas: dejémosla al menos en esa especie de duda terrible, en verdad, pero que sostiene la esperanza.

Doña Juana fué de la misma opinion de los médicos que se retiraron admirados de la presencia de ánimo de aquella señora que todavia jóven y rica podia exasperarse por la proximidad de su fin.

Cuando hubieron desaparecido los facultativos, doña Juana llamó, como de costumbre, a su hija que la encontró mas alegre y satisfecha que antes, poniéndose a conversar con ella sobre su enfermedad y las probabilidades de combatirla, llegando hasta el grado de persuadirla que no le convenia la visita de los médicos y que seria mejor despedirlos, tanto mas cuanto que desde que la visitaban no habia reconocido el menor alivio.

Luisa convino en las observaciones de su madre y no concibió la menor sospecha del motivo que hacia retirar a los médicos lisonjeándose en que talvez sin medicinas podia salvarse; pues habia visto que las diferentes drogas que le

administraban las tomaba siempre con repugnancia haciéndola sufrir.

La situacion en que se encontraba Luisa era mui triste: la enfermedad de su madre por una parte, la prision de Enrique por otra y la ignorancia completa sobre la residencia de Mercedes habian abatido de tal manera su espíritu que habia llegado tambien a resentirse su cuerpo; pero tenia particular cuidado de ocultarle a doña Juana lo que esperimentaba, y era tan diestra y tan fina en aparentar el contento que no sentia que la engañada madre se regocijaba interiormente de ser ella quien engañaba a su hija: santas hipocresias que proporcionaban a aquellas dos almas una especie de satisfaccion en medio de sus angustias.

Las confidencias de Luisa eran con Ceferina. En el caso de ésta segunda madre desahogaba la niña su dolor participándole sus temores y si no hubiera tenido este pequeño alivio, sus penas habrian sido mas intensas llevándola quizá hasta la desesperacion; pero Ceferina endulzaba sus pesares haciendo revivir sus esperanzas, ya fuera respecto a la enfermedad de doña Juana, a la ausencia de Mercedes y a la prision de Enrique, sobre cuya libertad no se habian podido hacer nuevas dilijencias a causa de la mayor postracion en que habia caido la señora desde el dia en que salió por primera vez, no atreviéndose Luisa desde entonces a solicitar de su madre un sacrificio de esta naturaleza; en primer lugar, porque aun cuando se lo hubiera propuesto espontáneamente, ella misma no lo habria aceptado; y en segundo porque habria sido rebelarse completamente, causándole una impresion profunda y sumamente penosa que sin duda habria abreviado sus dias, porque Luisa conocia hasta el punto exajerado a que llegaban las ideas aristocráticas de su madre.

Como es de presumirlo por las muchas relaciones de doña Juana y lo considerada que era en la primera sociedad de Santiago, desde que se supo su llegada y su enfer-

medad, recibia constantemente visitas o recados de todas partes mandándose informar por su salud; pero las personas que venian diariamente y a quien doña Juana recibia de preferencia eran doña Porfira y su hijo, con quienes solia encerrarse en su gabinete durante largas horas.

Guillermo hacia de vez en cuando compañia a Luisa mientras ambas madres se entretenian en sus conversaciones íntimas.

Luisa, como debe presumirlo el lector, no sabia nada de los acontecimientos pasados en Santiago durante su permanencia en el campo, tanto porque allí se habia ocupado esclusivamente de su madre, cuanto porque la desaparicion de la familia Lopez que hubiera podido informarla de lo sucedido no se lo permitia; de manera que no tenia conocimiento alguno, ya fuera de la intriga con Mercedes que ella no ignoraba pero que atribuia al artista denominado Víctor, ya del proceso seguido contra la tia Anastasia a quien jamas habia oido nombrar; asi es que recibia a Guillermo con la misma política de siempre sin faltar jamas a las consideraciones debidas a la clase que ambos ocupaban, pero sin permitir por esto la menor insinuacion que traspasara en lo menor los límites de esa galanteria natural que exije el buen tono y que no significa otra cosa que esas complacencias finas y fáciles de una sociedad culta y elegante y que se aceptan sin acarrear compromisos de ninguna especie sino que se reciben asi como se dan.

Sin embargo, Luisa habia notado que Guillermo no era el mismo jóven que habia conocido desde tiempo atras, encontrándolo casi completamente cambiado, pues lo hallaba ahora taciturno en vez de petulante y desprendido, dirémoslo asi, de esas frivolidades en que hacen consistir los hombres a la moda todo su mérito; pues ahora veia que se entregaba y se entregaba con vehemencia a las cuestiones de la política, formando por este motivo una opinion mas aventajada de él, sin que por ello desapareciese el alejamiento

instintivo que habia tenido siempre por este sujeto que hacia las delicias de la sociedad femenina de Santiago y talvez su orgullo, pues no habia niña que no se pasease satisfecha en la alameda cuando él le daba el brazo haciendo ostentacion de este triunfo ante sus rivales.

Doña Porfira, por su parte, prodigaba a Luisa las mas lisonjeras alabanzas, rodeándola de las atenciones mas tiernas y mas esquisitas; pero la jóven patricia estaba mui lejos de dar una importancia mayor a todas esas muestras de preferencia con que queria la madre de Guillermo atraerla, pues dominaba en ella, sin saberlo, un instinto de repulsion que trataba de vencer, pero que le era imposible alejar a pesar de todos sus esfuerzos, porque se creia injusta al esperimentar un sentimiento que no tenia manera de ser ni motivo justificable para que existiera.

Hacia ya mas de dos meses, desde el últimatum de los médicos, ultimatum conocido únicamente por doña Juana, que la visitas de doña Porfira y de Guillermo se repetian cada dia con mas frecuencia, pues solian venir por la mañana y por la noche, prolongándose cada vez mas las conversaciones privadas que a veces tenia la madre y a veces el hijo con la señora doña Juana, lo cual no podia dejar de estrañar mucho a Luisa, porque habia ocasiones que se veia privada de vér a su madre, dándole esta maniobra mucho que pensar, sin que por esto pudiera descifrar el enigma, que es lo que sucede jeneralmente en aquellos individuos francos por naturaleza y que son incapaces de adivinar una intriga, porque carecen de malicia, aun cuando les sobra la intelijencia; pues por lo regular la astucia acompaña a la mediocridad y la franqueza al talento: especie de compensacion que talvez está en el órden de las cosas para equilibrar las fuerzas de los unos y de los otros en este mundo de sempiterna lucha; mas lo cierto del caso es que nosotros y con nosotros el mundo entero prefiere la intelijencia sencilla, que puede ser engañada, pero que es inmensamente

fecunda y provechosa, a la astucia mezquina que es siempre egoista, que jira en un círculo estrecho y que nunca produce nada que no se reconcentre al rededor del ser apocado pero especulador á quien dirije y de quien es su cualidad favorita, pero una cualidad esencialmente negativa.

Sumision filial.

I.

Doña Juana esperaba con tranquilidad su último momento, casi pudiera decirse con alegria, porque mientras mas se acercaba el término, mas contenta se manifestaba, sin dejar de esperimentar por esto momentos de tétrica melancolia, sobre todo cuando pensaba en su hija, y este pensamiento la ocupaba constantemente...

Ninguna otra preocupacion mortificaba su espíritu, porque habia puesto sus asuntos completamente en regla y hasta lo último que la atormentaba que era el porvenir de su hija habia desaparecido en parte, porque creia haber asegurado su fortuna y con ella su felicidad, sintiendo únicamente el tener que separarse de una niña a quien amaba tanto; pero en cambio tenia los consuelos de la relijion, la esperanza de la vida eterna y con ella la felicidad de unirse allá en los cielos con su querido esposo: creencia consoladora que nos liga con nuestros afectos de la tierra, que nos abre un horizonte de amor, que hace en algunos hasta agradable el terrible tránsito de la muerte, que ofrece consuelos inefables a la desgracia, que nivela las jerarquias humanas en el seno de Dios, que produce la resignacion en nuestros infortunios, el alivio en nuestras miserias, el consuelo en nuestros adversidades, el iris de bonanza para una borrascosa existencia... Creencia sublime que se estiende a todos los pueblos, que abarca a todas las castas, que llega a todas las jeneraciones, que se enseñorea sobre los tiempos,

que vive en la eternidad de los siglos, que reina sobre las intelijencias, que lleva el pendon de la inmortalidad humana tan alto para que no haya ser que no lo divise y para que no haya hombre que no lo siga, cualquiera que sea su fé, su relijion, su creencia, en todas esas jerarquias, en todos esos escalones en que por la divina e inescrutable providencia nos hallamos, sin darnos cuenta de la causa, o lo que es lo mismo, de los designios del Altísimo...

Ya lo hemos dicho, esa confianza en la eternidad de la vida hacia que doña Juana tuviese valor, y como solo le quedaba por arreglar un asunto único, el mas importante sin duda, quiso desde luego abordar esta cuestion antes que le faltara el tiempo; y aun cuando no le gustaba entrar en en ella, razon por lo que habia preferido dejarla para lo último, ya se hacia indispensable esplicarse, y un dia por la mañana despues de haberse confesado y comulgado, llamó a su hija: la piadosa matrona habia pedido anticipadamente los consuelos de la relijion, no tanto porque se creyese reducida ya a ese estremo en que solo nos separan unos pocos momentos para pisar los umbrales de la eternidad, sino porque, a la vez de purificarse, queria dar toda la gravedad, toda la solemnidad posible a la última e importante conversacion que iba a tener con su amada hija.

Luisa entró al dormitorio de su madre al mismo tiempo que el confesor salia; y este encuentro, presajio fúnebre de una pronta e inevitable separacion, la conmovió profundamente.

Doña Juana conoció en el acto la impresion que habia recibido su hija y atrayéndola a sí con cariño, la dijo con una serenidad dulce y amorosa.

—No te asustes, hija mia, pues ahora me encuentro mejor que nunca y casi tengo esperanza de aliviar.

Y en efecto, doña Juana tenia en ese momento un semblante alegre y casi risueño; y sus mejillas un tanto animadas por un lijero carmin, parecian presajiar la vuelta a la

salud, el principio de una feliz convalescencia que prometia una prolongacion de vida: tal es el efecto que causa jeneralmente la satisfacion interior, la tranquilidad de la conciencia, el goce del alma.

Luisa al contemplarla vió que su madre decia verdad y se tranquilizó, diciéndola:

—Lo confieso, madre mia, la vista de su confesor me hizo temblar, porque creia...

—Que habia llegado el último momento, ¿no es verdad? Pues bien, hija mia, ya ves como te has equivocado, ya ves como me encuentro mejor y yo tambien lo siento así.

—Entonces, ¿para qué el sacerdote cuya lúgubre presencia oprime el corazon augurando la desgracia?

—No hables así, hija mia; ese lenguaje solo puede escusarlo la impremeditacion que ocasiona el instantáneo sufrimiento, pues si tú hubieras reflexionado, te espresarias de otra manera; porque el sacerdote, para un católico, lejos de ser un motivo de espanto, lo es de calma; lejos de traer la consternacion, trae el consuelo; lejos de mortificarnos; alivia, y uno se transforma, direlo así, con la uncion de su santa palabra. Por otra parte, nunca debe esperar el cristiano los postreros momentos de la vida para cumplir con los preceptos de nuestra sagrada relijion; así es, que no porque hayas visto salir de mi cuarto a un sacerdote, me encuentro ya en el último estremo; no, hija mia, no he aguardado yo ni aguardaré nunca esos instantes llenos de ansiedad para dedicarlos al Criador, pues me gusta mas gozarme en la esperanza de una vida eterna que temerla, preparándome de antemano para entrar en ella sin que nada deje en pos de mí... Hé aquí la causa, hija mia, porque me he bañado hoi en las aguas cristalinas y purificadoras del Santo Sacramento de la penitencia, ocupándome a la vez, de lo que mas amo en el mundo, es decir, de tí; pero con esa serenidad que existe en los cielos, con ese desprendimiento exen-

to de pasiones, con esa voluntad que solo quiere el bien en su mas pura esencia.

La vida, hija mia, es mui transitoria, es mui fugaz... el término de ella es lo que hai de positivo, lo que hai de cierto, y no podemos escusarlo ni debemos sentirlo, porque es una verdad, porque es una fatalidad que ha venido al mundo con nosotros, que está en nosotros, y que por mas que hagamos no se apartará de nosotros... Dentro de diez dias lo mismo que dentro de diez meses o dentro de diez años, yo debo morir; ¿qué importan algunas apariciones mas o menos numerosrs del sol en nuestros hemisferios? Esto no altera el tiempo, esto no alcanza a ser un punto en la inconmensurable eternidad, esto es todavia menos que un pequeño grano de arena en la inmensidad de los mares; ¿por qué entonces abatirnos? Por qué echar tanto de menos ese fugaz relámpago que se llama vida? Es preciso, hija mia, que el espíritu domine a la materia; es indispensable que nos acostumbremos a mirar de frente a nuestra adversaria la muerte, que quizá es nuestra mejor amiga, pues talvez es la transicion de la imperfectibilidad a la perfectibilidad, de la tierra al cielo.

Luisa escuchaba en silencio aquellas palabras nacidas del convencimiento relijioso, aquellas palabras que desgarrándole el alma la consolaban, aquellas palabras que mostrándole la nada, le señalaban el todo, lo eterno, lo infinito...

—Vamos, hija mia, prosiguió doña Juana, espero que tengas valor... Yo he estado tanto tiempo contigo y separada de tu padre y separada de mi Eduardo que es necesario que al fin me una a él, sin por esto abandonarte, sino que ambos velaremos sobre tu destino en la tierra, hasta que te unas tambien con nosotros en los cielos... ¿Hai en esto motivo para entristecerse?

—Madre mia, esclamó Luisa, siendo la primera vez que le daba tan dulce y tierno nombre, porque siempre siguiendo la costumbre moderna, le habia dicho mamita, ma-

dre mia no me abandone aun... todavia es mui luego!...

—Yo no lo quiero, hija mia, por mas que desee ver a mi Eduardo, ¿pero quién puede fijar el término? Quién puede afirmar que hoi o mañana no nos separaremos?... Pero, Luisa, no hablemos mas de cosas tristes y entremos desde luego en otro órden de ideas; entremos a examinar el asunto principal para que te he llamado.

—Para mí no hai otro negocio principal que el restablecimiento de su salud, que la prolongacion de su vida...

—Te creo, Luisa, y me agrada que así pienses; pero una madre tiene deberes que cumplir, tiene obligaciones que llenar antes de abandonar su rol... Nosotras, tal cual lo serás tú en algun dia que no creo lejano, no debemos limitar nuestra accion a la educacion de nuestos hijos; es preciso tambien que vijilemos por su porvenir y que cuando Dios nos llame, tengamos, si es posible, asegurada la felicidad de los seres que nos ha confiado para que ellos a su vez aseguren la de los que se les confien: la maternidad, hija mia, es el mas grande de los sacerdocios, es una especie de asociacion con Dios para segundar sus designios...

Tú, Luisa, no hace mucho tiempo que me dijistes que mi voluntad era la tuya, que estabas decidida a cumplir mis órdenes, que tu deseo era complacerme; ¿te encuentras ahora en la misma disposicion de entonces?

—¡Estraño mucho que usted me haga semejante pregunta! ¿He variado acaso en mi conducta? La he dejado de respetar y de amar menos? No, madre mia, yo sé que usted no puede querer otra cosa que mi felicidad; pero aun cuando me ordenase el sacrificio, aun cuando me impusiera la desgracia, la aceptaria, porque siempre me consideraria dichosa obedeciéndola, e infeliz en medio de todos los goces, contrariándola... Solo hai un caso, caso que no llegará nunca, en el cual me pondria de frente y no sesgaria jamas: este caso es el crímen y que usted me ordene cometerlo? porque ante el mandato de los padres está el mandato de

Dios, ante la obediencia a los que nos han dado el ser, está la obediencia al que ha dado el ser a todos los seres, al que ha dado leyes inmutables a toda la creacion...

—Ven a mis brazos, mi adorada hija, ven: tú llenas de una celestial delicia mis últimos dias... Dios te bendiga lo mismo que tu madre te bendice!...

Y doña Juana incorporándose en su lecho, puso sus manos sobre la hermosa cabeza de Luisa, y levantando los ojos al cielo, invocó al Eterno Padre con ese lenguaje que debe traspasar el empirio y llegar como una aroma hasta el trono de Dios, cualquiera que sean los labios que lo pronuncien y el rito o la relijion a que pertenezca el que lo invoca; porque la plegaria es universal, pertenece a todos los cultos, es esa aspiracion del alma que no admite distinciones de ninguna especie, rivalidades de ningun jénero, preferencias de ninguna naturaleza; pues las jerarquias y privilejios humanos desaparecen ante aquella atmósfera de luz que a todos alumbra, que a todos anima y donde solo alcanzan los destellos de la virtud que son los efluvios emanados del Altísimo y que vuelven al centro, al hogar, al foco de donde partieron y de donde nacieron... Por eso es que la virtud no reconoce secta, sino que es el patrimonio de todos los hombres, pudiendo participar de ella el pagano, el idólatra, el judio, el católico, el protestante, el incrédulo, el adorador de Buda como el adorador de Cristo..............

....

II.

Luisa en su dolor se encontraba contenta. Aquellas palabras y aquella bendicion habian, si nos es permitido hablar así, aumentado su afliccion, consolándola; y a la vez que se ahondaba mas la herida, se esparcia sobre ella con mas profusion el bálsamo que la cicatrizaba; y dijo a su madre con esa serena tristeza que nace de una resolucion enérjica, decidida y profunda:

—Ordene usted...

—Ya esperaba, mi querida Luisa, una obediencia semejante; sabia de antemano tu sumision filial y sé tambien que ésta no se desmentirá nunca.

—Ese es mi deber, que se armoniza con mi voluntad.

—No tengo necesidad de decirte que quiero tu bien y que me empeño por tu bien.

—Preámbulo inútil, mamita.

—No es mi ánimo, querida hija mia, entristecerte; pero siento que Dios me llama: yo debo morir luego.

—No, mamita, imposible.

—Dejémonos de eso y miremos las cosas de frente tal cual son, tal cual han de suceder.

—Pero usted me ha dicho que se encuentra mejor.

—¡Ya lo creo! y en efecto no he mentido, porque en realidad lo esperimento.

—¡Para qué entonces estos preludios!

—Porque es mucho mejor vivir prevenidos, como lo aconseja el Evanjelio. Ahora bien, hija mia, despues de mis dias, ya sean mas cortos o mas largos, tú debes quedar sola, huérfana, sin apoyo ninguno y espuesta talvez a ser reducida a la miseria. . .

—Mamita, dado caso que sucediera tal desgracia, me queda mi maestro.

—Sé que don Toribio de Guzman, que el sincero amigo de mi Eduardo, no te abandonaria jamas; pero él está al borde del sepulcro y su frájil báculo no podria sostenerte: he decidido, por consiguiente, otra cosa.

—¿Cuál?

—Oyeme atentamente sin interrumpirme.

Y doña Juana pasó un pañuelo sobre su frente para secar el sudor que le corria en abundancia, continuando en seguida:

—Tengo secretos que no me es dado revelarte, aun en mi lecho de muerte, porque no me pertenecen; pero ellos

me obligan para preservarte a tí de la desgracia, para salvar el honor de mi familia, a ordenarte, y, si es necesario, a suplicarte que te cases antes que yo haya desaparecido de este mundo.

Luisa quedó petrificada sin saber què responder.

Doña Juana continuó:

—Creo que por el momento será para tí un sacrificio el matrimonio, porque no tienes una voluntad decidida; pero ella vendrá poco a poco: muchas veces los enlaces que no cuentan con los ardores de la pasion, son los mas serenos, los mas durables, porque impera en ellos únicamente la razon, sin escluir el afecto que viene mas tarde, que se desarrolla con el vínculo y que lo trae al fin la familia. Si esto que te pido, Luisa, es un sacrificio, porque no estás suficientemente preparada, llegará el dia en que no lo sea, y sobre todo, cumpliendo mi voluntad, bajaré serena a la tumba: esta será la única recompensa de mis cuidados, de mis desvelos, de mi cariño, fundada en esos mismos desvelos y en ese mismo cariño, porque al separarme de tí te consideraré ya feliz.

—Y si por hacer mi felicidad fuera usted a elaborar mi desgracia ¿no lo sentiria, madre mia?

—Mucho, muchísimo; pero en el caso presente lo he consultado todo, tanto por lo que respecta al individuo, cuanto por las relaciones que existen desde mucho tiempo entre ambas familias, relaciones que conviene conservar para nuestra tranquilidad y para nuestra fortuna, porque una vez turbadas, nos traerian el descrédito, la desconsideracion social y quizá la miseria; y una familia como la nuestra debe impedir a todo trance lo uno y lo otro: yo no puedo dejar que se tome jamas en boca el nombre ilustre de mis antepasados y de los de Eduardo, y tú, hija mia, debes tener la misma opinion y conservar el mismo respeto y la misma dignidad por ellos, por mí y por tí propia.

La angustia de Luisa era infinita. Con su cabeza encor-

vada y sin decir una sola palabra, escuchaba a su madre, no teniendo el menor pensamiento de contrariarla, pero sufriendo tanto, tanto como era imposible que se lo figurase doña Juana, porque si hubiera sabido el martirio que su hija esperimentaba, es mas que probable que se habria retractado de sus exijencias, dejándola en completa libertad de obrar; pero cómo arrancar aquellas ideas que habian madurado los años! Cómo destruir sus combinaciones basadas en la fortuna y en la honra! Hubiera sido necesario reformarla y ya no era tiempo!

La obediente hija se contentó con decirle:

—¿Y cuál es la persona, madre mia, que usted se ha servido dedicarme?

—Un jóven que por su familia es tu igual; que por su ilustracion te se asemeja, esto es si no te aventaja; que por su fortuna te encuentras tú ligada a él y él ligada a tí; que por su reputacion es acariciado en todos los círculos de la sociedad y aun en los círculos del gobierno; que por su valor ha llegado a conseguir una influencia de primer órden en todas las deliberaciones de los hombres prominentes que dirijen al pais, hasta el punto que no será estraño, y real mente lo merece, que sea en breve nombrado *diputado por el gobierno* (1) y en mui poco tiempo mas, ministro; pues

(1) Esta frase que nos vemos obligados a emplear *de diputados por el gobierno*, a pesar de los hábitos constantes de nuestro pais y de muchos otros, nos da pena; y lo diremos con mas franqueza: nos da asco, mal que les pese a los individuos que han ocupado esos puestos en todas nuestras administraciones, a los que los ocupan actualmente y a los que los ocuparán en seguida en virtud del *beneplácito* del ejecutivo. Lo hemos dicho un poco velado, pero lo repetimos ahora bastante esplícito: los que se sientan en los bancos de la representacion nacional conducidos de la mano por medio de la compresion, del favor, de la cabala, de la intriga gubernativa, no son diputados, debieran no ser siquiera ciudadanos, porque no poseen la dignidad necesaria: el hombre digno, el hombre que se respeta a sí mismo, el hombre que sabe apreciar la altura en que va a ser colocado, el hombre que tiene conciencia de sus deberes, el hombre que va a lejislar sobre los pueblos. En esto no hai discusion, no hai controversia de ningun jénero, porque hasta los paniaguados mismos lo confiesan y tienen verguenza de decir que han subido por el favor, y ojalá la tuvieran mas hasta el punto de rehusar esa elevacion efímera, injusta y vergonzosa que en vez de honrar, denigra al que la

posee todas las condiciones para llegar a esas altas dignidades.

—Mamita, permítame que le diga que no ambiciono ni esa fortuna, ni esa gloria, ni esa elevada posicion, porque soi modesta y sé contentarme con cualquier cosa, pues lo único que prefiero es el afecto que estoi dispuesta a dar y que exijo me tengan.

—Justamente; te tienen ese afecto y es preciso que tú obedezcas a la lei de la reciprocidad.

—El cariño, madre mia, no se exije, sino que se siente; no se manda, sino que nace; porque no proviene de la obediencia pasiva, sino de la libre espontaneidad: el cariño es la conformidad de los instintos, es la lei oculta por la cual Dios puebla a los mundos y que no debemos infrinjir bajo ninguna consideracion ni bajo ningun pretesto. ¿Qué diria usted si ahora la obligasen o si la hubieran obligado, cuando niña, a querer a otro que a mi padre? ¿No es verdad que usted hubiera resistido? ¿No es verdad que usted hubiera desobedecido?

—Resistido sí; desobedecido jamas...

—Acepto su manera de pensar y por esta razon me someto; acato y reverencio su autoridad, y por lo tanto cumpliré el sacrificio.

—Pero no es, hija mia, un sacrificio el que trato de imponerte, sino que es una conveniencia para la familia, talvez un gusto para tí.

—Hasta ahora no puedo decidir, porque todavia estoi a oscuras; porque todavia no me ha nombrado usted al individuo y talvez quizá no lo conozco; de manera que el mejor partido que puedo adoptar es el dejar suspenso mi juicio, aunque desde luego quede comprometida mi palabra, pues estoi dispuesta a la obediencia.

acepta perjudicando a la democracia y a la república, cuya existencia hacen imposible matándola antes de nacer: ojalá estas líneas hicieran subir el rubor a las mejillas de los que ocupan y de los que pretenden candidaturas oficiales; ojalá se avergonzaran de aceptarlas, que ganarian ellos en consideracion y el pais en libertad.

—¿Quieres que te lo nombre?

—Nada mas natural, madre mia, pero debe ser bueno, y no pongo objeciones desde el momento que usted lo ha elejido y desde que conociéndolo lo aprecia, y apreciándolo me lo destina.

Habia tan punzante dolor en aquella obediencia, que doña Juana misma lo notó, porque la fisonomia de Luisa estaba alterada y parecia pronto a desmayarse.

—Dejemos esta conversacion, dijo la noble matrona, que por lo inesperada sin duda te ha asustado; pero ya te familiarizarás con la idea y te sorprenderás cada dia menos hasta que llegues a familiarizarte por completo.

—Nunca.

—Esto te parece ahora, hija mia, pero despues verás.

—Madre mia! madre mia! no me exija tan gran sacrificio!

—Hija querida! hija de mi corazon! yo lo hago por tu bien; si me fuera posible revelarte un secreto, comprenderias que trabajo únicamente por tu felicidad y por... Dejemos esta conversacion, Luisa, me siento un poco fatigada.

—Una sola palabra, mamita: ¿me permite usted comunicar esto a mi maestro y pedirle su consejo?

—¿Quieres escribirle a Guzman?

—Sí.

Doña Juana reflexionó un momento y luego añadió:

—Hazlo, hija mia, y dile de mi parte que se apresure a venir, porque ya se acerca el tiempo en que debe cumplirme el favor que le pedí en dias pasados antes de partir de la hacienda.

Luisa saliendo del dormitorio, corrió donde su nodriza y deshecha en lágrimas, se echó en sus brazos sin proferir una sola palabra.

Ceferina se sobresaltó muchísimo, y sosteniendo a Luisa, le dijo:

—¿Qué tienes? ¿Qué ha pasado? ¿Está mui mala la señora?

—No, ama mia, no...

—¿Qué ha sucedido entonces, Dios mio, que viene en tan deplorable estado?

Luisa, sollozando, refirió a su nodriza cuanto le habia dicho su madre.

—Pero esto no es motivo para alarmarse tanto, hija mia. Comprendo que te hayas sorprendido, pero no hai razon para que te aflijas y desesperas asi; porque un dia u otro deberás casarte, y un esposo elejido por la señora debe indudablemente ser el que mas te convenga y el que mas feliz te haga.

Luisa, sin responder, ocultó la cara entre sus manos, se desprendió de su nodriza y se encerro en su cuarto, dando libre curso a su afliccion o mas bien dicho a su desesperacion.

Ceferina no se atrevió a seguirla comprendiendo que hai momentos, que hai situaciones en la vida en que toda compañía es importuna, en que no se escucha ninguna observacion, prefiriendo el individuo estar solo consigo mismo, reconcertrarse en su dolor y apurar hasta las últimas heces de la amargura sin testigo alguno que presencie el estado deplorable de esa alma acongojada.

III.

Luisa, de un carácter enérjico a la vez que sensible, sumiso pero resistente, altivo al mismo tiempo que suave y humilde, habia tomado, en ese corto espacio de tiempo en que sondeó todo el abismo de su desgracia, la mas rara y al parecer contradictoria resolucion, pues habia prometido interiormente y se consideraba con fuerzas suficientes para cumplir su promesa: que obedeceria a su madre sin traicionar a Enrique: y este pensamiento que armonizaba su deber con su afecto, la tranquilizó casi instautáneamente, dándole ánimo para afrontar la tempestad y evitar el naufrajio; y

cuando volvió a presentarse ante su madre, tenia ya su semblante, como su ánimo, sereno, tranquilo, casi risueño, lo que admiró a Ceferina, pues no hacia mucho que habia visto su profunda desesperacion.

Por la noche y cuando doña Juana descansaba, escribió Luisa al solitario estas pocas líneas:

"Querido maestro mio:

"La enfermedad de mi mamita, lejos de declinar, se agrava y hoi me ha encargado que escriba a usted para decirle que se apresure a venir, porque es llegado el tiempo de cumplirle con el favor que le pidió en dias pasados en la hacienda. Estas son sus palabras testuales que copio fielmente, y que, sin saber la causa ni lo que significan, me infunden miedo, pareciéndome que envuelven un funesto presajio. ¡Ai! mi querido maestro. ¡A cuántos sufrimientos no estamos espuestos! Por qué momentos de angustia y de tristeza tenemos que pasar en la vida! Antes de esperimentar ciértos dolores mas valdria morir!... Venga, venga pronto: usted ha sido siempre nuestro ánjel tutelar; sálvenos ahora como nos ha salvado otras veces...

"Tambien para mí reclamó su proteccion y su consejo. Hoi me ha hecho mi mamita una proposicion que me ha espantado, que casi ha arrastrado con la poca razon que me dejan mis pesares. ¡Cuán frájil es el hombre! Cuán ilusoria su felicidad! ¡Y yo que me creí tan dichosa!... ¡Quiere que me case, maestro mio! ¿Debo y podré yo hacerlo? Usted que conoce mi corazon resolverá el problema. Yo estoi resuelta a sacrificarme por obedecer a mi madre, por no contrariar su voluntad, por complacerla en estos dias de dolor y de sufrimiento.

"Todo cuanto me rodea es lúgubre y todo cuanto ha sucedido y sucede desde algun tiempo a esta parte parece que hubiera sido calculado para atormentarme, pues independiente de la enfermedad de mi madre, que tanto me hace sufrir y que me causa tantos temores, Mercedes y sus

padres han desaparecido de Santiago y no se sabe donde están: usted comprenderá cuánto me ha mortificado y me mortifica esta ausencia; con mi amiga todo se me habria hecho mas llevadero, porque ella habria compartido sus pesares conmigo y yo los mios con ella. Pero lo que a usted va a atormentarle, lo que va a estrañarle sobremanera, es que Enrique, su jóven y querido discípulo, se encuentra desde hace ya algunos meses en la penitenciaria! Yo sé que esta noticia va a serle mui dolorosa, pero al menos tenga usted el consuelo que la prision de Enrique no proviene de crímen alguno; él es un reo político; se metió en la revolucion del 20 de abril, fué hecho prisionero con las armas en la mano; y por mucho favor ha sido conmutada la sentencia de muerte que le habia cabido en ¡cinco años de penitenciaria! ¡Qué castigo, Dios mio, por una falta que, si lo es, tiene su escusa en la nobleza misma del sentimiento que ha impulsado a cometerla! ¡Y atreverse los hombres a hablar de equidad y de justicia! Esto espanta; pero es preciso no anonadarse y hacer algo por salvarlo... La enfermedad de mi mamita nos ha impedido obrar; ella fué una vez a ver al presidente y a algunas otras personas y me dijo que le habian dado esperanzas; pero desde ese dia no pudo ya volver a salir, y yo, ¡qué podia hacer yo! He tratado de tomar informes, pero inútilmente; nada ha podido saberse ni de Enrique ni de su familia. Ceferina ha corrido por todas partes, y en todas partes la misma respuesta, la misma ignorancia, el "no sé" desgarrador... Esta situacion es horrible, horrible, maestro mio, y si dura mas tiempo, creo que no podré soportarla. Venga, pues, señor; su amiga, su hija sucumbe si usted no llega. Se lo suplico: venga a sostenerme. Yo nunca habia esperimentado la desgracia, no sabia que eramos susceptibles de tantos dolores y que eramos capaces de tanta resistencia; pero esto debe tener su término... Venga antes, antes que ese término llegue... Morir en la inaccion es mas que morir.. Cuando uno sucumbe en la lu-

cha, debe sentir menos, porque la surescitacion del combate da enerjia y se cae casi de improviso...

"Vea usted, señor, cuantos motivos hai para que acceda a la súplica de mi madre y a la mia. Estoi, pues, segura que no nos abandonará... Hasta la vista, hasta luego, querido maestro mio; pues confio que en pocos dias mas tendrá el gusto de abrazarlo

"Su Luisa."

IV.

Esta carta mandada esa misma noche por un propio, a quien se le habia ordenado de matar los caballos porque llegara cuanto antes a su destino, la recibió el solitario como a las siete de la noche del dia siguiente; y a pesar del mal tiempo, pues llovia a torrentes, a pesar de la oscuridad de la noche, a pesar de las observaciones que le hacia don Pedro Murna, el administrador de la hacienda de San Jorje, a pesar de las súplicas de Torcuato, ordenó que se dispusiera inmediatamente el coche de viaje, y a las diez menos cuarto se puso en camino sin mas provisiones que un pan, un pedazo de charqui y una botella de vino y sin mas armas que su grueso baston.

A las mismas horas del dia siguiente entraba el coche en el espacioso patio de la casa de doña Juana.

La aparicion repentina del solitario causó una gran sorpresa y una grande alegria a Luisa y a su madre, pues estaban mui lejos de esperarlo tan luego.

La primera dilijencia de don Toribio de Guzman fué ver a la enferma, y tomando un asiento al lado de la cabecera de la enferma, le dijo con tono lleno del mayor interes.

—Señora antes del amigo está el médico; deme usted el pulso.

—Yo no sé ahora por cuál decidirme, pero le aseguro que necesito mas del primero que del segundo.

—Sea como quiera: aquí tiene usted a ambos.

—Y a cual de los dos mejor.

El anciano no respondió sino que guardó silencio sin soltar la mano de doña Juana. En seguida la hizo recostarse, puso el oido en el pecho de la enferma y permaneció así por algun tiempo.

—¿Cómo me encuentro, Guzman? preguntó la señora con tal serenidad como si hablase de una persona indiferente.

—La enfermedad ha hecho mas progresos de los que yo creia, dijo el anciano.

—Así me lo habia figurado yo: tantos medicamentos me han hecho mas mal que bien; pero era indispensable pagar su tributo a la ciencia. Por fortuna, ya los he despedido.

—Ha obrado usted mui cuerdamente, amiga mia; y luego dirijiéndose a Luisa le dijo: "Conservas por casualidad todas las ordenanzas que han recetado desde que principio la curacion.

Luisa se paró y trajo una porcion de papeles que examinó uno a uno meneando de vez en cuando la cabeza, pero sin proferir palabra. Concluido el exámen, dijo a la señora:

—Los facultativos no han hecho al principio otra cosa que esperiencias; solo al fin han venido a conocer en parte la enfermedad física que a usted la aqueja, porque en cuanto a la moral solo usted y yo la sabemos. Pero ¿cómo ha podido llegar usted a tener conocimiento del estado de gravedad en que se encontraba para hacerme llamar, aunque yo no me desespero todavia.

Luisa se habia retirado por órden de su madre que queria hablar con el solitario francamente y sin rodeos.

—No trate usted de hacerme concebir esperanzas que no tengo, porque perderia su tiempo. He sabido, amigo mio, que mi fin se acercaba y por esto lo he mandado llamar.

—¿Pero cómo lo ha sabido usted? es lo que desearia conocer.

—Independiente de lo que yo sabia por mí misma, se lo pregunté a los médicos.

—¿Y ellos se lo dijeron?

—A fuerza de instancias y de súplicas lo conseguí y el término mas largo que me dieron está por concluirse; pero he aprovechado mi tiempo, pues no dejaré nada atras, pues todo lo tengo ya en regla, salvo un asunto del que conversaremos mañana o pasado, porque ahora es indispensable que usted se vaya a descansar; y a pesar de las protestas del solitario de que no sentia la menor fatiga, le fué preciso ceder, porque doña Juana no quiso transijir en este punto; pero antes de retirarse sacó de sus bolsillos un frasquito que jamas lo abandonaba y que era un elixir inventado y fabricado por él, y vació unas dos o tres gotas en una copa de agua, diciendo a doña Juana que tomase aquello antes de dormir.

A pesar de la rápida marcha de la noche anterior y de no haber cerrado sus párpados, el anciano veló hasta mui tarde, porque estaba realmente preocupado con la enfermedad de doña Juana, cuyo estado era peor de lo que ella misma lo creia, quedándole en su concepto pocos dias de vida; sin embargo, él se lisonjeaba prolongarlos algunos mas con sus cuidados y con sus conocimientos. Tambien lo preocupaba sobromanera la prision de Enrique y recorria en su imajinacion todos los medios de que podia hacer uso para conseguir su libertad; pero desgraciadamente no encontraba ninguno que contase con la seguridad de un buen éxito, ni aun siquiera con buenas probabilidades. Habia tambien, y no entraba por poco en el desvelo del solitario, la situacion en que se encontraba Luisa, no ignorándo él la pasion que sentia por Enrique, la finura de sus sentimientos, la delicada altivez de su carácter, todo lo cual debia contribuir a atormentarla y a hacerla insoportable su estado, colocándola en la dura alternativa de que si cedia se hacia ella y hacia a Enrique para siempre infeliz; y si no cedia abrevia-

ba irremediablemente los ya contados dias de su madre; pero el anciano se lisonjeaba de disuadir a don doña Juana de su preconcebida determinacion sin contrariarla por esto, sino atraerla poco a poco de manera como que cediese a su propia reflexion sin que creyese que obraba por sujestiones de nadie. Estos pensamientos, cada cual de tanto interes, lo ocuparon toda la noche y solo pudo conciliar el sueño cuand ya venia el dia; así es que se levantó sobresaltado cuando al despertar vió el sol que entraba por su ventana, cosa que no le habia sucedido hacia muchos años, pues habia adquirido la costumbre de levantarse en todo tiempo un poco antes del crespúsculo de la mañana.

El cordial que al despedirse diera el solitario a doña Juana habia producido en ella mui buen efecto, pues, cosa que no le sucedia desde mucho tiempo, durmió tranquilamente toda la noche, encontrándose al despertar mas reanimada.

Luisa que, desde su regroso a Santiago, se habia instalado en la pieza inmediata al dormitorio de su madre para estar pronta a servirla en cuanto pudiera ofrecérsele, entró, como de costumbre, mui temprano para ver si dormia, porque por la mañana eran casi los solos momentos en que podia conciliar el poco y fatigoso sueño de que gozaba, quedando mui sorprendida al encontrar ya a la señora sentada en la cama.

—Mamita, le dijo Luisa, al verla, ¡Ha pasado usted la noche en vela.

—Al contrario, hija mia, he dormido profundamente y me siento mejor, efecto sin duda del cordial que me dió Guzman.

—Así debe ser; él es tan buen médico que jeneralmente sana a todos los enfermos de la hacienda: uno de los motivos, como usted sabe, porque aquella sencilla jente lo tiene por brujo.

—¿Has hablado, hija mia, algo con Guzman respecto a lo que te dije en dias pasados?

—No, mamitá, le escribí solamente; y anoche no tuve lugar de conversar con él ni hizo la menor insinuacion sobre este asunto secundario, consagrándose al principal, a su enfermedad.

—¡Pobre Guzman! El era el amigo íntimo de tu padre, de mi querido Eduardo, y yo debo ser para él su hermana, asi como lo es él para mí; ¡con cuánta dilijencia ha venido! Un jóven no se habria atrevido a hacer un viaje tan precipitado y con tan mal tiempo! Esto prueba el mucho interes que se toma por nosotras y tú no debes decir ni pensar que tu asunto, como lo llamas, (y doña Juana se sonrió) sea para él secundario; pero ya que abordamos esta cuestion, continuémosla en el punto que la dejamos.

—¿Siempre piensa usted en lo mismo, mamita?

Y Luisa miró a su madre con unos ojos en que se revelaba la ternura y la súplica, con unos que parecian decir: "Tenga usted compasion de su hija."

—No me mires asi, Luisa, porque eres capaz de echar por tierra mi resolucion; y sin embargo, ella es necesaria, indispensable, y sucederá... Una debilidad de mi parte seria un crímen imperdonable, seria tu pérdida, seria una ofensa hecha a mi hermana, seria un borron y una mancha a su reputacion y a su memoria; seria un ultraje a la honorabilidad no desmentida de nuestros antepasados y a la de nosotros mismos; con que asi, hija mia, vence en mi obsequio esa repugnancia que no tiene gran fundamento y que me lisonjeo desaparezca en breve cuando te haya dicho el nombre del jóven que te destino. Tu dolor, Luisa, no hará mas que aumentar el mio, sin que me sea dado cambiar de resolucion...

—Querida madre mia, no sufra usted, se lo suplico... Yo estoi resuelta, estoi decidida a obedecerla. Escuse usted una debilidad de niña... me sometó gustosa... cumplir con su voluntad es toda mi dicha... toda...

Y Luisa en su dolor, en su desesperacion, decia lo que

sentia, decia la verdad: jamas esta niña, esta hija tan tierna como amante, habia aceptado el placer, el goce, el deleite, el amor con toda su ambrosia, la gloria con todos sus encantos, el cielo con todos sus resplandores si hubiera obrado contra la voluntad de su madre; porque en el seno mismo de la mas embriagadora existencia habria encontrado un tormento horrible, un remordimiento incesante que hubiera acibarado todos sus goces; mientras que en la angustia, en la congoja, en el mas grande infortunio, en el infierno mismo, habria encontrado placer; y la satisfaccion de haber cumplido con su obligacion, de no haber hecho sufrir a su madre, de haber obedecido a su voluntad, era una especie de compensacion en sus dolores, disminuyéndolos, suavizándolos, dulcificándolos, hasta el punto de hacérsele agradables; porque el que se sacrifica por abnegacion, por deber, por virtud, halla en el mismo sacrificio su digna y merecida recompensa. El único caso en que Luisa hubiera dejado de obedecer a su madre, como ya lo hemos dicho, era en el que le ordenase obrar mal, porque allí no habria obediencia sino debilidad, y Luisa era fuerte; porque allí habia degradacion, y Luisa tenia dignidad; porque allí se le decia de faltar a Dios, y Luisa lo amaba y reverenciaba sobre todas las cosas.

Sabemos que ese sentimiento de respeto y de amor por los padres se ha debilitado muchísimo en nuestra pretendida civilizacion. Ahora se hace alarde de independencia y es considerada la desobediencia como una prueba de energia, de carácter, de voluntad; la sumision es bajeza, es cobardia, es debilidad; hacer su gusto, hé aquí la regla, hé aquí el derecho, hé aquí la manera de obrar; el amor por los que nos han dado el ser, es una cosa de antaño, vieja, pasada de moda, ridícula, propia de idiotas, que solo puede soportarse en los primeros años cuando se necesita de sus cuidados y de su proteccion, pero que una vez venida la juventud, ya se sacude esa carga inútil, pesada, embarazosa

que tiende a contrariar nuestros placeres, que no se armoniza con nuestros goces. Permanecer al lado de sus padres, rodearlos de dulces consideraciones, tener placer en servirles, hallar satisfaccion en obedecerles ¡qué ridiculos! Para qué sirven los viejos! ¡Quién se divierte con ellos! Son trastos inútiles que solo sirven de estorbo y de los que conviene deshacerse! Asi se piensa, asi se discurre y asi se obra ahora. Pero este es el motivo porque es mui raro encontrar sentimientos nobles y elevados, almas virtuosas, fuertes, enérjicas, talentos sólidos y profundos, convicciones sinceras, costumbres puras, caracteres íntegros, firmes, decididos, pues ya no se siente y casi no se concibe la abnegacion, el sacrificio, la grandeza en las ideas y en las acciones. ¡Y cómo! Cuando esa falta de amor y de respeto por los padres empequeñece el alma, la vicia, la degrada, la apoca de tal modo que ya le es imposible conocer lo verdadero, lo útil, lo realmente provechoso, agradable, tierno; porque el individuo entumedecido y raquítico de espíritu, es incapaz de esas afecciones durables que acompañan hasta el sepúlcro despues de haber hecho los encantos de la existencia.

Jóvenes: ¿quereis una esposa ordenada, amante, que se consagre a su interior, que participe de vuestros goces, que os ayude en vuestras adversidades, que no os abandone en la desgracia, que contribuya a vuestra fortuna por medio de la economia y del trabajo, que no sea ni disipada ni vanidosa, que eduque a vuestros hijos en el órden y en la moralidad, que los haga aptos para todo y buenos para todo? ¿Lo quereis? Pues bien, buscadla en aquellas que han respetado y amado a sus padres y estad seguros que no os equivocais.

Lo mismo sucede con las niñas respecto de los hombres; el compañero fiel, aquel que será buen marido y buen padre, aquel que las rodeará de consideraciones, que las hará respetables por su posicion y por su nombre, aquel que será un verdadero jefe de la familia por su ilustracion, por sus

afectos y por su moralidad, es preciso irlo a buscar entre los que han amado y servido a sus padres; de lo contrario, es mas que probable que serán desgraciadas.

El que honra a sus padres, dijo Jesucristo, tendrá larga vida y será feliz en la tierra y en el cielo.

Doña Juana conmovida y gozosa de encontrar en su hija tanta virtud, la dijo:

—No cambiaria este momente por todo un siglo entero de vida; me has hecho esperimentar de antemano la dicha que debe poseerse en la gloria: tú serás feliz, mui feliz, hija mia, no lo dudes.

—Lo soi ya, mamita, al ver que usted lo es.

—Y yo moriré tranquila, moriré dichosa... Gracias, Dios mio, gracias.

—¿Para qué hablar de morir cuando...

—Tienes razon; no hai necesidad de ocuparse de esto, ello vendrá cuando Dios quiera. Ocupémonos de lo que mas me interesa, ocupémonos de nosotras... Todavia no te he dicho el nombre del jóven que debe tener la dicha de ser tu esposo, pero te aseguro que goza de las mismas condiciones: familia, fortuna, rango, talento y hasta hermosura, en todo te es igual; pues es Guillermo de..., a quien tú conoces y a quien has visto casi desde tu mas tierna infancia.

—¡Guillermo de... esclamó Luisa con un tono de desprecio que no pudo disimular.

—Sí, hija mia: ¿qué tienes que decir de él?

—Nada, mamita, que sea una cosa grave y un motivo para que lo rechace, pero hubiera preferido a cualquier otro: tengo por Guillermo una especie de alejamiento invencible.

—Talvez habrás oido alguna de sus aventuras galantes, pero esto, sin disculparlo pasa, y los jóvenes se transforman sobre todo cuando han tenido la fortuna de conseguir niña como tú.

—Yo no he oido nada de él, mamita; sé solamente que es un jóven a la moda, que lo encuentran mui espiritual,

que todas tratan de agradarlo, y esto porque yo misma lo he presenciado en las tertulias en que nos hemos encontrado casi siempre; pero le aseguro, sin que por esto me obligue a cambiar de determinacion, Guillermo, en el caso dado, es el último de los jóvenes que habria aceptado, sin que desconozca por ello su talento, su finura, su distincion, su elegancia y su hermosura si se quiere; pero hai en mí un sentimiento instintivo de repulsion de que nunca he podido darme cuenta, tanto mas cuanto ha nacido en mí sin motivo; sin embargo, en estos últimos tiempos lo he visto mui cambiado a tal punto que lo he desconocido completamente, y este cambio le es favorable.

—Ya ves, hija mia, ya ves: todo es susceptible de modificarse y de mejorarse; no dudo que en poco tiempo te dirás a tí misma una cosa distinta de la que hoi piensas.

—Puede ser, mamita, puede ser; de todos modos usted puede estar segura de mi obediencia, porque mi obediencia es mi voluntad.

Luisa hizo esta afirmacion absoluta con un tono casi sereno, porque era fuerte por el plan que habia combinado interiormente: "de complacer con su madre y de no traicionar a Enrique;" de otro modo no habria tenido valor, talvez hubiera sucumbido en la prueba.

—Yo desearia que encontraras placer.

—Ya lo he repetido muchas veces que siento ese placer porque cumplo con mi deber obedeciendo a su mandato; no me exija usted mas, madre mia; ir mas allá seria contrariar a la naturaleza, seria mentirme a mí misma y mentirle a usted; y asi como no puedo dominar aquella porque está fuera de mi alcance, no me es dado hacer lo segundo porque cometeria una falta y deseo estar pura hasta del mas insignificante desliz.

—Eres en todo un dechado, hija querida. ¿Quién puede ser capaz de no amarte? ¿Quién te negará una justa y merecida admiracion? ¡Cuán pequeño encuentro a Guillermo

comparándolo contigo; pero es necesario... y con dificultad habrá tampoco en Santiago mejor partido! Es preciso que deciendas un poco, Luisa, porque no hai ánjeles en la tierra.

Luisa bajó la cabeza sin decir palabra, por que, aun cuando habia formado un propósito que la sostenia, siempre esperimentaba un dolor agudo, siempre tenia el presajio de una lucha terrible en lo que estaba resuelta a jugar su vida por conseguir la victoria; pero alcanzándola, el triunfo debia serle mui costoso ¡y quién sabe si lo conseguiria!

Despues de un corto silencio, durante el cual contempló doña Juana a Luisa con unos ojos en que se revelaba satisfaccion y sufrimiento, admiracion y angustia, le dijo:

—Guzman debe ya estar en pié, hija mia; anda ve lo que necesita, conferencia con él y díle que en una hora mas desearia hablarle.

Luisa partió, y doña Juana murmuró entre dientes:

—¡Cuánto me cuesta el sacrificio que le impongo a este ánjel; pero es necesario, es preciso, es indispensable, porque de otra manera seria infeliz y porque existen motivos tan poderosos...

V.

El solitario, acostumbrado al campo, habia ido a respirar el aire de las plantas en el jardincito de Luisa mientras le anunciaban que podia presentarse en el cuarto de doña Juana a quien hubiera deseado ver inmediatamente, porque el estado en que la habia encontrado y la habia dejado la noche anterior era, en su concepto alarmante.

El noble anciano se habia sentado en un banco. Su imponente fisonomia revelaba a un mismo tiempo meditacion y tristeza; se asemejaba al viajero filósofo que contemplando los antiguos monumentos recorre en su memoria los acontecimientos de las jeneraciones pasadas, admirando sus grandezas y compadeciéndose de sus miserias; sin embargo, aquel hombre no hacia en ese momento el estudio de la

humanidad, sino que pensaba en la enfermedad de doña Juana, en la conversacion que habia tenido con ella en la hacienda de San Jorje, en esa especie de enajenacion mental, sentida y razonada, a quien el vulgo llama monomania y que, sin embargo, es talvez una manera de ser mas perfecta de nuestro espíritu, porque está mas desprendida de la vida real, porque casi se asimila a esa otra vida que se denomina del alma, y que, si existe, ocupa una rejion distinta de la nuestra, pero todavia en relacion con ella.

No ocupaba menos el pensamiento del solitario las circunstancias en que debia encontrarse la familia Lopez, la familia de ese hombre animoso y lleno de jenerosidad que le habia salvado la vida con riesgo de la suya y sin que nunca hubiera revelado el secreto de una accion que lo realzaba altamente ya que no habia pensado siquiera en la indemnizacion pecuniaria.

Absorto en estos tristes pensamientos, Luisa llegó hasta donde él estaba sin que la apercibiera; y solo cuando le puso la mano en el hombro, volvió la cabeza y se sonrió tristemente, diciéndole:

—Me has sorprendido, hija mia, en un triste estado; pues a decirte verdad, pocas veces me he encontrado tan abatido como ahora; pero ya se ve: pocas veces he tenido motivos mas poderosos como al presente, porque veo el horizonte cargado de nubarrones, presajio de una tempestad desecha; y no es para menos, hija mia, desde que mi amiga doña Juana se encuentra en peligro, desde que tú vas a casarte, desde que Enrique se halla condenado a soportar todo cuanto le sobrevenga sin tener quien le ayude, ni quien lo proteja y desde que la honrada familia de mi libertador ha desaparecido.

—De veras, señor, que todas estas desgracias juntas, es una carga demasiado pesada, casi superior a las fuerzas humanas

Y la hermosa niña levantó instintivamente los ojos al

cielo como para pedir a Dios fortaleza y misericordia.

—Valor, hija mia, respondió el anciano, valor, porque el abatimiento es el peor de los males; y aunque yo, como todo hombre, no estoi exento de él, sin embargo, es preciso tener fuerza y sobreponerse a sus pesares: esto es lo que nos dice la prudencia, pues solo así podemos salir triunfantes en la lucha. Yo sé, hija mia, que sobre tí pesa lo mas agudo y lo mas violento del dolor, y por esta misma razon necesitas tener mas conformidad, mas resignacion, mas enerjia.

—Lo comprendo, ¿pero es acaso una dueña de sus sentimientos? Puede modificarlos a su antojo?

—Hasta cierto punto, hija mia. Hai, es verdad, cosas que no dependen de nosotros, que obran sobre nosotros sin por esto darnos cuenta de ello; pero no es menos cierto que tenemos facultades poderosas, que tenemos la razon, el juicio, la voluntad que oponerles y de esta manera debilitar o neutralizar los efectos: así es como el hombre lucha con la materia y triunfa de ella; lucha con sus pasiones y tambien consigue avasallarlas cuando no se han apoderado todavia de él, cuando no lo han dominado por completo.

—Yo quisiera tener esa resistencia y ese poder.

—Lo tienes, hija mia, porque lo veo y lo sé: tú posees el carácter mas sensible que he conocido; pero tampoco he encontrado una alma mas fuerte, y en tí la debilidad no escluye la enerjia: este es un fenómeno raro, pero que se da y que existe, un fenómeno que se realiza en tí y de donde proviene tu superioridad y tu perfeccion.

—Señor, se lo confieso, no estoi para oir alabanza.

—Yo no alabo, sino que establezco los hechos; no digo lisonjas, sino que juzgo; no me empeño en adormecerte, sino en prepararte, porque todavia tendrás mucho mas que sufrir; pero yo estaré a tu lado, hija mia, para que confundamos nuestros dolores, pues no se lucha de frente contra la afliccion, sino que es preciso seguir sus aguas; el único consue-

lo del sufrimiento es el sufrimiento mismo; querer distraer las penas oponiéndoles el placer, es aumentarlos; esa transicion no está en la naturaleza y un ser sensible la rechaza: las lágrimas se endulzan con las lágrimas y no con las risas, y yo trataré de aliviarte compadeciéndote, es decir, uniendo nuestros pesares.

—Ah! ¡Cómo conoce usted el corazon, maestro mio, y cómo sabe sondear sus heridas para curarlas.

—Algo ha de dar, hija mia, el haber vivido, el haber sentido, el haber pensado... Pero hablemos sobre uno de los capítulos de tu carta que me interesa sobre manera, ya que están satisfechos los deseos espresados en el otro, pues estoi al lado de tu madre y al lado tuyo. Dime ahora, ¿es verdad que doña Juana se empeña en que te cases?

—Está decidida, está resuelta...

—¿Y tú?

—Yo tambien lo estoi.

—¿A qué?

—A obedecerla.

—Es verdad lo que me has escrito?

—Usted sabe que yo no miento nunca, maestro mio.

—Lo sé; pero me estraña una condesendencia tan fácil.

—¡Fácil! ¿Fácil le parece? Ah! usted no sabe cuánto he sufrido y cuánto sufro.

—Pero un poco de resistencia podia haber vencido a tu cariñosa madre, que no ha tenido otro pensamiento en la vida que el hacer tu felicidad.

—Este es el mismo deseo que le ha hecho decirme que mi enlace era necesario, indispensable.

—Pero si tú le hubieras espuesto algunas reflexiones...

—¡Reflexiones contra su dolor! Imposible!

—Talvez me he equivocado y me alegraria de ello.

—¡Cómo! ¿En qué?

—Creia otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—Creia que tenias otro afecto...

Luisa llevó una mano a su corazon y echó al cuello del anciano su otro brazo, esclamándo:

—Es verdad, padre mio, yo amo... Amo con delirio y sin esperanza!... Figúrese usted ahora cuál puede ser mi dolor...

—Lo comprendo, hija mia, lo siento tambien... y las lágrimas corrian en abundancia por los surcos de las mejillas del solitario, yendo a humedecer sus nevadas barbas.

—¡Si pudiera verlo una sola vez! Si pudiera esplicarle mi conducta! Si conociera mi sacrificio! Si siquiera lo supiera libre!... Tendria algun consuelo, algun alivio! El me perdonaria!... Moririamos juntos!... Seriamos un momento felices!... ¡Felices! sí, felices, porque él me ama lo mismo que yo lo amo!...

—¿Hablas de Enrique?

—¡Estraña pregunta! ¿A quién quiere usted que me refiera sino es a él?

—Ya lo sabia; ¿pero cómo puedes tú afirmar que él te ama? ¿Te lo ha dicho en alguna ocasion?

—Jamas; pero estoi segura, segurísima de ello. ¿Se necesita acaso del ajente de la palabra para que se nos revele el afecto? ¿Podria yo sentir como siento y amar como amo si él no sintiera y amase de la misma manera? ¿No existe una lei misteriosa pero real y positiva que nos revela el pensamiento? ¿Podria yo haber derramado mis lágrimas sobre sus mejillas, cuando lo tuve moribundo entre mis brazos, sin que esas lágrimas hubiesen llegado a su corazon? Habria yo confundido mi aliento con su aliento, puesto mis labios sobre sus labios ante la presencia de Dios que nos contemplaba y que sin duda alguna aprobaba mi accion, puesto que no me arrepiento sino que me regocijo de ella, sin que nuestras almas se hubieran recíprocamente incendiado con la divina llama del amor? ¡Y decir, padre mio, y pensar que debo renunciar para siempre a él! ¿Cabe este

sacrificio en la fuerza humana? ¿Me cree usted capaz de soportarlo? ¡Y sin embargo, se hará! Tenga usted la seguridad de que se hará!

—Imposible... esto es demasiado.

—No, señor, no es demasiado, sino que es lo justo: si ahora me dijeran: contrariando la voluntad de tu madre te prometemos, te damos la seguridad de que te unirás al ser que tanto amas, rehusaria y rehusaria sin vacilar... Estoi, pues, decidida a no ver mas a Enrique, a perder hasta la sombra de toda esperanza de felicidad con tal de obedecer a mi madre, porque si no la obedeciera la mataria, convirtiéndome en parricida. ¿Y qué gusto, qué satisfaccion, qué goce se puede esperimentar, aun cuando estuvieramos en los cielos, llevando la conciencia cargada con ese crímen? Mientras que en medio de los mas crueles tormentos, ya que no fuera posible obtener la dicha, alcanzaré al menos la tranquilidad y la calma de la que estaria para siempre privada si obrare de distinto modo; y lo que seria para mí mas terrible todavia: privada del aprecio del hombre a quien amo, privada de su cariño, porque me despreciaria; en tanto que ahora sufrirá él y sufriré yo, morirá él y moriré yo; pero en nuestra desgracia, tendremos el consuelo de haber permanecido dignos el uno del otro, llevando al sepulcro la inefable dicha de habernos encontrado en el mundo, de habernos amado y de continuar amándonos en la eternidad...

—Hija mia! Anjel mio! ¡quién creyera que no he tenido en mi vida un momento de mayor delicia y de mayor angustia! Tu dolor aumenta mi admiracion, y mi admiracion aumenta mi dolor: porque mientras mas desgraciada eres, mas hermosa y grande te veo, creciendo en proporcion la virtud con el sufrimiento, y el sufrimiento con la virtud! Hija mia, es imposible que no seas dichosa... Ya vendrá el tiempo, ya vendrá... Espera y vive confiada...

—Dichosa, en cuanto cumplo con mi deber, asi es;

dichosa, siendo privada de mis aspiraciones, imposible.

—Ya veremos, Luisa; puede ser que todo pueda armonizarse.

—Sí, señor, ya yo tengo formado mi plan: obedeceré a mi madre, y jamas, no, jamas traicionaré a Enrique; seré siempre fiel a su amor.

—No sé cómo puedes casarte con uno y conservarte para otro.

—Usted lo sabrá mas tarde.

—Es verdad, ya entiendo: abandonarás el vínculo del cuerpo, conservando intacto el vínculo del alma.

—No, señor, yo no hago esas abstracciones, yo no entiendo de esas sutilezas; o me doi toda entera o no medio nunca: el que ha de poseer mi cuerpo, poseerá mi espíritu; y el que posea mi espíritu, poseerá mi cuerpo...

Esta castidad llena de franqueza, esta virjinidad llena de atrevimiento probaba la pureza y la elevacion de esa alma donde no habia penetrado la sombra de un pensamiento carnal... Cualquiera otra en igual caso hubiera usado de rodeos, de reticencias, de medias palabras, poniendo de manifiesto su malicia por el hecho mismo de ocultarla; pero Luisa, poseida del sentimiento de dignidad que le era peculiar y con un corazon tan puro como el de un ánjel, comprendió en el acto toda la absurdidad de ese sofisma que el mundo acepta como una virtud, como un sacrificio del que se hace gala; pero en la delicadeza de Luisa, la idea de querer a uno y ser de otro era una prostitucion que no aceptaria jamas y que apenas concebia que pudiera darse y que hubiera una sola persona capaz de efectuarla.

VI.

El solitario, cada vez mas admirado, aun cuando conocia los sentimientos de aquella jóven, marchaba como de encanto en encanto, porque tanta virtud, tanta abnegacion, tanto amor, tanta dignidad y tan espiritual delicadeza creia que

no podian existir reunidas, y en un grado tan prominente, en un solo ser: pero ahora no podia negarse a la evidencia de sus ojos y tenia que confesar y confesaba con gusto que jamas habia visto en el mundo mujer mas cumplida y que si hubiera alguna que fuese capaz de hacer la felicidad de un hombre en la tierra, ella era la única.

¡Qué educacion, qué temperamento, qué circunstancias tan raras y escepcionales, decia entre sí mismo, deben haber contribuido, deben haberse armonizado para formar esta no menos rara escepcion! Y el anciano mientras mas pensaba en ello, mas sensible le era que esta flor fuera a marchitarse, que este ánjel tuviera que pasar por todas las amarguras que aflijen a los demas y que estas fuesen todavia para ella mas, mucho mas, cien mil veces mas acerbas, porque a medida que la sensibilidad es mayor y mas esquisita y refinada, asi son las impresiones; y era fuera de duda que Luisa sufria estraordinariamente, sufria como nadie podia sufrir.

Lleno de estas ideas, hizo tambien el firme propósito de salvarla, de impedir ese matrimonio, de poner en accion toda su influencia de amigo, todo su prestijio de sábio, todo su ascendiente como inseparable compañero de Eduardo, de ese hombre a quien adoraba doña Juana, por quien queria separarse del mundo y que era el padre de Luisa; y el anciano dijo a la jóven que tenia a su lado:

—Recomendarte el valor, es inútil: lo tienes demasiado; lo único que te falta es la esperanza y yo te la doi: yo me voi a poner en lucha contra lo que tú consideras el imposible; pero dime antes el nombre del marido que te dan.

—Creo en su voluntad, conozco la fuerza de su persuacion, sé el poder que tiene su palabra sobre mi mamita, sé tambien como ella obedece y sigue ciegamente sus consejos; pero en este caso es de todo punto imposible; ella me ha visto desfallecer y no ha cedido, ¡calcule usted si puede haber remedio!

—Veremos.

—Una súplica antes de obrar: no la haga usted derramar una sola lágrima; no le manifieste mi estado; que no sepa cuanto sufro, porque esto seria darle un golpe de muerte al pensar en la desgracia de su hija; ¡y ella debe vivir aun cuando yo perezca! Ella me ha dicho que tiene compromisos, de los que depende mi fortuna y que hasta la honra de mis antepasados como lo de ella propia, como la de una persona a quien ama mucho en el mundo, depende de este enlace.

—¿Y te ha esplicado la causa de todo esto?

—No; me ha dicho que es un misterio que no debo saber y que ojalá no supiera nunca; y usted concibe que no he insistido sobre este punto y que no quiero insistir jamas.

—¿Pero cuál es el nombre de esa persona a quien está ligado tanto misterio? De ese esposo a quien te dedican?

—Guillermo de...

—¡Guillermo de!... ¿Guillermo de... has dicho?

Y la fisonomia del anciano se descompuso dando algunos pasos atras como si aquel nombre tuviera algo de terrible, algo de espantoso, como si aquel nombre evocara un espectro que hubiera aparecido repentinamente.

¡Guillermo de... Guillermo de... repitió por tres veces con voz temblorosa; y acercándoso nuevamente a Luisa, le dijo mui bajo como para ser oido de ella solamente:

—¡Imposible!.. Te han engañado...! Guillermo de... no existe.

—¡No existe! volvió a decir Luisa. ¿Y cómo es que no existe, cuando solo anoche he estado con él y con su madre poco antes que usted llegara.

—¡Con su madre! ¿Y como se llama su madre?

—Doña Porfira de...

¡Doña Porfira! El mismo nombre, dijo el anciano hablando consigo mismo y luego añadió:

—¿Y qué edad tiene ese hombre?

—Es mui jóven aun, tendrá unos vinticuatro o veinticin-

co años. ¡Lo conoce usted? Pero si lo conoce, ¿cómo dice que no existe?

—No lo conozco, hija mia, respondió tristemente el solitario; la semejanza de nombres me engañó.

Y el anciano bajó la cabeza y cerró los ojos como un hombre que medita profundamente, haciendo abstraccion de cuanto le rodea. Luego volviéndose hácia Luisa, le preguntó:

—Han existido siempre relaciones de amistad entre doña Juana y esa señora?

—Antes se veian mui de tarde en tarde, pero se encontraban casi siempre en las tertulias tratándose con urbanidad; y hace como dos años a esta parte que se han visitado con mas frecuencia y al parecer con mas intimidad, hasta que últimamente, durante la enfermedad de mi mamita, está viniendo diariamente con su hijo, teniendo de cuando en cuando largas conferencias a solas.

—¿Y has hablado en algunas ocasiones con ese jóven?

—Muchísimas y en la actualidad todas las noches me hace compañia particularmente cuando mi mamita se entretiene con la de él.

—¿Qué clase de jóven es ese? ¿Cuáles son sus costumbres?

—Las ignoro; jamas me he ocupado de averiguar su vida. El es mui amable en sociedad, de modales distinguidos; parece que es el dandy mas a la moda, pero yo he esperimentado por ese jóven no sé qué especie de antipatia de que no he podido darme cuenta, porque nunca me ha faltado en lo menor.

Fluidos misteriosos, leyes ocultas, magnetismos incomprensibles, gaces de las almas que sobrenadan aun en la tierra ¡cómo vemos palpablemente sus efectos! murmuró el anciano entre dientes sin que Luisa pudiera comprender lo que decia ni adivinar lo que por su mente pasaba.

El solitario se referia sin duda alguna al sentimiento de repulsion que Luisa esperimentaba por Guillermo: senti-

miento innato, sentimiento inmotivado por parte del jóven, pero que sin duda provenia de esas leyes ocultas, de esas emanaciones o gaces de las almas que sobrenadan en la tierra aun despues de haber desaparecido los cuerpos a quienes ellas animaban, segun decia el anciano; pues ¡quien podrá negar que los afectos y las pasiones sobreviven a los que las han esperimentado, asi como sobreviven las ideas que se estienden por los continentes y que se infiltran en cada existencia, siguiendo la marcha progresiva de las jeneraciones, sin jamas estinguirse! Quizá de aquí provienen los instintos que son tambien un impenetrable misterio, como lo es cuanto nos rodea y hasta nosotros para nosotros mismos.

—Si esa señora y ese jóven, continuó el anciano despues de su pequeña pausa, vienen hoi y por casualidad me encuentro con ellos, no me llames por mi propio nombre.

—¿Conoce usted a esas personas? repitió Luisa con insistencia.

—Sí, hija mia, a una de ellas.

—¿Y ellas lo conocen a usted?

—Talvez la madre puede conservar algun recuerdo; pero como tú sabes, ya yo he dejado de existir para la sociedad, ya yo estoi muerto para el mundo, y el coronel Toribio de Guzman está hace mucho tiempo cubierto con el polvo del eterno olvido.

—¿Sabe usted, señor, que me ha estrañado mucho su súbita mudanza? Aquí hai algun misterio.

—Lo hai, Luisa; pero ya que tu madre no quiere revelártelo, yo estoi en el deber de callar.

—Y yo respeto los escrúpulos de ambos.

—Puedo decirte una cosa, y es que el enlace proyectado me desagrada ahora mas que nunca y si está en mi poder quedará en nada.

—Pero ya he anticipado a usted la condicion: sin disgustar a mi madre.

—Acepto con gusto esta condicion, tanto mas cuanto que

de otra manera correria peligro; una contradiccion cualquiera, su pesar, la idea de hacerte desgraciada, la lucha que se estableceria entre su cariño y lo que ella considera su obligacion, podria tener fatales consecuencias: ya ves que tengo necesidad de ser prudente y que sin hacerme esa prevencion yo estaba resuelto a seguir el mismo sistema.

En esos momentos vino Ceferina a interrumpirlos, diciendo que la señora llamaba al señor de Guzman.

—Está bien; voi en el acto, pero repito mi encargo: que no se me llame por mi nombre delante de nadie, particularmente en presencia de las personas que hemos mencionado.

Matrimonio proyectado.

I.

Doña Juana tenia necesidad de hablar con el solitario; queria confiarle sus proyectos y que fueran sancionados con su aprobacion, porque si bien ella estaba persuadida que obraba del modo mas conveniente para los intereses de Luisa y de su familia, le era mui agradable que el anciano fuera de su misma opinion, porque esto era una prueba inequívoca de que todo marcharia con acierto, y asi abrió la conversacion diciéndole:

—Usted sabe, mi apreciado amigo, que nosotros no tenemos ni hemos tenido jamas secreto para usted, a tal punto que usted es poseedor mas que ninguno, mas que yo misma talvez, de todos los acontecimientos sucedidos en nuestra casa que ha sido la suya y continuará siéndolo toda la vida.

El solitario hizo una señal de asentimiento y aguardó que la señora continuara.

—Ya dije a usted anoche la opinion de los médicos respecto a mí, opinion que está en conformidad con lo que yo pienso y que talvez no difiere de la suya. En esta estremada situacion es mui natural que piense en el establecimiento de mi hija y aun lo habia pensado ya de antemano por motivos que le revelaré a usted mas tarde y de los cuales tiene usted algun conocimiento.

El anciano volvió a hacer un movimiento igual al anterior y doña Juana prosiguió:

—Pienso, pues, casar a mi hija, ¿y con quién cree usted?

—Ya me lo habia dicho Luisa.

—Tanto mejor que se haya anticipado, porque me ahorra algun trabajo. Ahora bien, amigo mio; nada me estrañaria que usted desaprobase este enlace.

—Tiene usted un justo motivo para pensar así.

—No se me ocultaba, Guzman, que usted se opondria: en los hombres los resentimientos nunca se borran; pero creo que una vez que yo le esponga mis motivos, será usted de mi misma opinion.

—Sin contrariarla y deseando verdaderamente que estemos en todo de acuerdo, dudo mucho que usted me persuada.

—Si usted se digna oirme, lo espero.

—Escucho con mucha atencion, pues tengo en ello mucho interes.

—Usted sabe que mi hermana la monja dejó un testamento en favor del padre del jóven que se casará con Luisa y que la fortuna que poseemos es puramente usufructuaria, salvo algunas cosas que he podido adquirir con mis economias.

—Sé, señora, que hai algo de eso; pero me parece que una cuestion de interes pecuniario no es un motivo de bastante escusa para dar el paso que usted piensa.

—No es, amigo, mio, simplemente una cuestion de interes pecuniario la que me obliga, sino una cuestion de honor personal sobre la que le hablaré en seguida; pues ya que tratamos de la fortuna, debo advertirle que no entra por poco en mis cálculos, porque hoi dia no se mira como una cosa de segunda órden, sino de vida o muerte, de un interes realmente capital; pero dado caso que no fuera este móvil el que me hiciese obrar (y se lo puedo asegurar que no entra del todo en mis designios, sino que en realidad, me es mui secundario) siempre debo tener en vista que Luisa está acostumbrada a la riqueza y que sus hábitos, su

manera de ser, sus tendencias no se amoldarian jamas a un estado de mediocridad y menos de pobreza, pues sufriria horriblemente; y ésto, independiente que por el rango en que ha nacido, que por la sociedad a que pertenece, que por el papel que está llamada a representar en el gran mundo, necesita de todo ese desahogo, de todas esas comodidades que son indispensables para mantenerse en su puesto, y mas indispensables todavia a una niña como Luisa, que tiene gustos tan refinados y una especie de sibaritismo en el goce, que ama la hermosura, a quien le agrada rodearse de objetos de arte y todo cuanto hai de bello y de delicado en las obras de la naturaleza y en las obras del hombre, que ama lo que es esencialmente poético como lo es ella, que no puede vivir sino en medio de cierta atmósfera misteriosa y diáfana, perfumada y aérea como lo es su cuerpo, como lo es su alma, como lo son sus inclinaciones, como lo son sus afectos, como Dios la ha hecho, en una palabra; y usted comprenderá, querido Guzman, que para conservarle todo esto, que para que conserve esta existencia, que para que no se pierda el aroma de esta bella flor, se necesita de la riqueza que da independencia, que da consideraciones, que proporciona goces de todo jénero, que permite ejercer la caridad, que ensancha el poder de nuestra voluntad, que mantiene la enerjia en el carácter, que aleja la timidez, la cortedad, el apocamiento del espíritu, que realza las cualidades y encubre los defectos, que nos idealiza, en una palabra; en tanto, mi querido amigo, que la pobreza destruiria todo ese encanto, privaria a Luisa de ese perfume que ella necesita aspirar, barreria con esa aureola en que ella necesita vivir, la privaria de la independencia sin la que ella no puede estar, desterraria la belleza, la poesía, la caridad que constituyen la esencia de su ser y que son su principal ocupacion, su principal goce, su principal encanto, y materializándola así, la mataria; porque la pobreza apoca el espíritu, anonada las facultades, restrinje la intelijencia, avasalla

el carácter, limita las aspiraciones, embota los sentidos; y así como llega hasta el punto de afear y de degradar al alma, degrada y afea tambien el cuerpo. Y yo deseo que mi Luisa no llegue jamas a ese estado.

—Veo, señora, respondió con calma el solitario y medio sonriéndose, que usted da mas importancia a la fortuna que lo que acababa de decirme, porque me ha pintado todos los goces, todas las comodidades que ella proporciona con pinceladas llenas de un brillante colorido y dignas del mismo Epicuro. ¡Pero a qué estado tan triste y tan degradante deja usted reducida a la gran mayoria de la especie! Si solo se pudiera pensar, elevarse, gozar, ser libre, vivir por la riqueza, ¡qué seria del resto de la humanidad! Qué seria de los pobres! Confiese al menos, señora, que esas ideas, halagüeñas para los poderosos, son mui desconsoladoras para los desvalidos y mui injusta para la Providencia Divina; pero afortunadamente no son mas que opiniones estraviadas, provenidas de nuestras pequeñeces, de nuestras preocupaciones y de nuestras miserias, que no pueden perturbar el equilibrio del mundo, que no pueden desmentir la misericordia, justicia y sabiduria de Dios que ha formado el hombre para que goce de sus beneficios y se eleve hasta El, cualquiera que sea su condicion, su estado, su fortuna; porque el pensamiento, la intelijencia, la virtud, la poesía, el jenio, el placer, el goce, la dicha, no son el patrimonio de unos, sino el patrimonio de todos: el hombre puede ser feliz, grande, elevado, espiritual, poético, sublime, si se quiere, en la pobreza, porque esos dones del Altísimo vienen desde mui arriba y no son la propiedad de tales o cuales individuos, ni el privilejio esclusivo de la fortuna, si bien en nuestro actual estado de cosas, ella en parte los facilita; pero dejando estas jeneralidades para concretarme a Luisa, voi a permitirme rebatir sus opiniones por el interes que tengo en la felicidad de usted y de su adorable hija.

—Talvez me equivoco, Guzman, pero no he tenido la

menor intencion, se lo aseguro, en ofender a Dios con mis ideas y en querer dañar a mi prójimo.

—Conozco su corazon, amiga mia; sé que es un tesoro de bondad, de beneficencia, de amor; sé la pureza de sus costumbres, sé la santidad de su vida, la relijiosidad de sus pensamientos para que llegase alguna vez a figurarme, ni aun por un instante, que hubiera pasado por su mente un mal propósito. Lo que veo solamente es un pequeño estravio, un pequeño error que nace no de usted, sino de la sociedad en que ha vivido y que no es vituperable, porque tiene un buen fin.

—Aconséjeme, guíeme, Guzman, esto es lo que necesito, sobre todo en mis últimos dias en los que debo purificarme cuanto me sea posible para comparecer ante Dios y juntarme con mi Eduardo.

II.

Doña Juana esperimentó una especie de fatiga al concluir su frase. La conversacion se habia prolongado demasiado y solo tuvo ánimo para decir:

—Me siento débil, Guzman; ¡como no sea esto lo último! En todo caso usted es mi albacea y dispondrá de... Un desvanecimiento momentáneo de cabeza le cortó la palabra.

El solitario se alarmó, pero no tocó la campanilla para que viniese jente, por temor de asustar a Luisa, lo que consideraba mui peligroso, sino que la socorrió solo y tomándole el pulso conoció que no era otra cosa que un lijero desmayo, precursor sin duda del desmayo eterno, pero de ninguna consecuencia por el momento, pues haciéndole oler un poco de sales la volvió en sí en el acto y volviéndole a dar esas gotas de su elixir la entonó considerablemente.

—Hacen bien los inquilinos de la hacienda, mi querido amigo, continuó doña Juana, con tono alegre, una vez recuperada, en llamarlo a usted brujo, porque usted obra prodijios en el cuerpo y en el espíritu: ayer con esas gotas he

pasado la mejor noche y ahora me vuelven a la vida y me dan fuerza como por encanto. ¿Ha encontrado usted por casualidad aquella redoma misteriosa que contenia el líquido que preservaba de la muerte, de que tantas veces habrá usted como yo oido hablar en esos cuentos que hacen las delicias de los niños?

—Ojalá, señora, la hubiera encontrado; y no crea usted que he dejado de buscarla, lisonjeándome con la quimera de hallarla algun dia, porque tenia a la vista este misterioso líquido cuyos efectos son realmente prodijiosos, pero que alcanzan tan allá en sus felices resultados como los de la encantada redoma.

—Pero en fin, usted ha descubierto un remedio portentoso.

—Yo lo he hallado, señora, no lo he descubierto; y por mas que lo he sometido a un prolijo análisis químico descomponiéndolo, me ha sido imposible combinar las sustancias o hallar los ingredientes de que se forma: es uno de aquellos secretos que han desaparecido con el individuo que lo poseia quedando envueltos en el misterio.

—Sabe usted, Guzman, que a pesar del interes que tengo en continuar nuestra conversacion interrumpida por ese lijero accidente, ha picado mi curiosidad lo que usted me dice, a tal punto que desearia saber cómo ha llegado a sus manos ese tesoro: usted es el hombre de los prodijios, Guzman, y quien sabe si usted mismo no lo es; estoi ya por adherirme a la opinion de nuestros sencillos campesinos.

—Satisfaré su curiosidad brevemente. Recuerda usted que no hace mucho tiempo, en un paseo que hicimos con Luisa y Enrique al volcan estinguido que está en uno de los mas elevados picos de una de las montañas de la hacienda, recuerda usted que se habló de una mómia que allí existia y que usted queria ver?

—Perfectamente.

—Pues bien, señora, yo habia descubierto esa mómia ha-

cia muchos años y mi admiracion y mi curiosidad me indujeron a rejistrar todo cuanto allí existia y a examinar prolijamente aquel cadáver discecado, encontrando pendiente colgado a su cuello este mismo frasco que yo llevo siempre conmigo del mismo modo que lo llevaba la mómia, y que contenia este licor en mas cantidad que ahora, porque he hecho algun uso de él en mis esperimentos y en algunos casos estremos en que me he visto obligado a emplearlo, pues lo economizo como mi mas grande tesoro, porque la esperiencia me ha demostrado que prolonga la vida hasta donde lo permite la naturaleza, haciendo que muera el enfermo sin angustia, casi sin agonia.

—¡Es posible!

—Sí, señora, y vine a conocer su efecto por esperiencia propia, del modo siguiente: Creyendo que este licor seria alguna bebida embriagadora del uso del indio, ¡la destapé y olí con precaucion, en seguida la acerqué a mis labios y puse en mi lengua una pequeña dósis, como la de una cucharadita de té, que tomé sin repugnancia, porque no tenia mal gusto. Poco rato despues sentí una fuerte traspiracion en todo mi cuerpo y una especie de embriaguez que sin hacerme perder la razon me adormecia dulcemente, casi podria decirlo, deliciosamente. A pesar de este sopor, que no perturbaba mis sentidos, conocí que no era ya un licor el que habia bebido sino algun brevaje que talvez me iba a dar la muerte dejándome en el mismo estado que la momia, y le confieso a usted la verdad, tuve miedo; pero el adormecimiento seguia gradualmente hasta que ya no tuve conciencia de mi ser. Yo no sé cuánto tiempo permaneceria en ese estado, pero lo cierto del caso es que fuí dispertando poco a poco y que al fin desapareció completamente aquel adormecimiento y pude levantarme con la cabeza tan fresca y tan serena, con la imajinacion tan viva como si no hubiera hecho otra cosa que dormir el mas apacible sueño, con la diferencia que cuando tomé aquellas gotas eran las doce del

dia, pues acababa de dar cuerda a mi reloj, y cuando disperté estaba ya el sol en su ocaso, lo que me hizo presumir al principio que mi letargo habia durado como unas seis horas; pero cuando eché mano a mi reloj para cerciorarme con exactitud del tiempo transcurrido ví con sorpresa que se hallaba parado, lo cual me hizo presumir que el sueño habia sido mas prolongado, y para cerciorarme dí nuevamente cuerda al reloj viendo que no se habia parado por un accidente o por defecto de la máquina sino porque estaba realmente en otro dia, convenciéndome completamente por pregunta que hice a los campesinos.

Desde ese momento, señora, guardé este elíxir como un verdadero tesoro y por el ensayo que hice despues en animales y aun en hombres, he aprendido a aplicarlo segun el caso, consistiendo la diferencia de sus efectos en la cantidad suministrada: hé aquí, señora, la historia natural y sencilla de este milagroso remedio, en cuyo descubrimiento he gastado gran parte de mis últimos años sin poder fabricar uno igual; y esta contraccion constante me ha hecho adquirir práctica y científicamente algunos conocimientos en química, en física, en botánica, en ineralojia, hasta el punto que he llegado a obtener resultados desconocidos todavia y que acopio prolijamente para que sirvan a mis semejantes.

—Lo que usted me dice es prodijioso; es como uno de esos cuentos de *Las mil y una noches*.

—Y sin embargo, señora, usted ha visto los utensilios que usaba ese salvaje científico, ese indio católico, puesto que tenia en su gruta la *Imitación de Cristo*, ese guerrero indómito, puesto que conservaba su carcas, su arco, sus flechas, a la vez que una hermosa y cortante espada toledana.

—De veras, Guzman, y tambien Luisa y Enrique han visto y admirado esa mómia.

—A quien yo respeto y reverencio, señora, porque el espíritu que ocupó ese cuerpo debió ser un grande espíritu, pues él me ha proporcionado y me ha hecho adquirir, por

el estudio que me he visto obligado a emprender para llegar hasta donde él, los medios de aliviar y de ser útil en parte a mis semejantes.

—De manera, amigo mio, que usted va a gastar conmigo una parte de su tesoro.

—Todo si es necesario, señora; pues dando con gusto mi vida por salvarla, ¡cómo no habia de dar mi redoma! Y sin embargo, cada gota de ella tiene para mí mas valor que el mas grueso brillante.

—Gracias, Guzman, espero que usted no la consuma completamente; y doña Juana con esa familiaridad noble, senlla y digna que distingue a la gran señora se apoderó de una de las manos del solitario que estrechó entre las suyas suavemente, de la misma manera que se hubiera apoderado de la mano de su querido Eduardo, diciéndole en seguida:

—¿Pero a pesar de lo milagroso de su medicamento, él no puede dar la vida?

—No hai nada, señora, que pueda contrariar las leyes de la naturaleza. La vida, como la muerte son misterios impenetrables, proceden de causas desconocidas y no sabemos si lo uno es lo otro o si ambas no son mas que una misma e idéntica cosa.

—Lo que quiere decir que usted no sabe si la vida es muerte o la muerte es vida.

—Justamente, señora: yo veo en todo y por todo una transformacion constante.

—¡Los filósofos! Los filósofos! No tienen mas que la duda, la incertidumbre, el caos, la nada.

III.

Un golpe suave en la puerta del dormitorio se dejó oir y la señora dijo, como de costumbre: ¿qué hai? ¿Quién es? Pase usted adelante.

Doña Juana suponia que debian ser personas de confianza.

Doña Porfira apareció acompañada de su hijo.

El solitario reconoció en el acto a la esposa del hombre que habia causado la desgracia de Eduardo y a quien él habia muerto en leal combate; porque doña Porfira, a pesar del trascurso de los años, conservaba aun cierta frescura en sus atractivos de otro tiempo, atractivos que por medio del cuidado y de las comodidades de la vida, no se habian marchitado en el grado que debia esperarse. Por otra parte, la fisonomia del hijo, su estatura, sus modales, etc., eran completamente idénticos a los del padre; asi es que era imposible equivocarse.

El solitario, con esa galanteria del hombre de sociedad que jamas se olvida, aun cuando se haya permanecido por mucho tiempo ajeno a ella, con esa galanteria, decimos, se paró para recibirlos, pero antes dijo a doña Juana de manera a no ser oido:

—No me llame usted por mi nombre.

Este incidente habia interrumpido la conversacion que tenian pocos momentos antes y que el anciano esperaba llevar a un desenlace feliz, porque suponia que el principio de ella auguraba buen éxito, de manera que quedó sumamente desagradado con las visitas.

Doña Juana presentó al solitario a doña Porfira y a su hijo nombrándolo nada mas que con el título de un antiguo amigo suyo.

El coronel se inclinó con cortesania, pero sin ir mas adelante, haciéndose desentendido del movimiento que habia hecho doña Porfira para darle la mano, porque talvez en su franqueza la habria rehusado si se la hubieran presentado de una manera mas ostensible.

Don Toribio de Guzman examinó detenidamente a la madre y al hijo y creyó encontrar en el último el mismo hombre que habia visto en aquella misma casa hacia diez y seis o dieziocho años. Respecto a doña Porfira ya hemos dicho que habia mudado tan poco que la habria reconocido en el acto.

Durante los primeros momentos de conversacion, el solitario no tomó la menor parte, sin siquiera abrió sus labios; pero se quedó en su lugar esperando solamente el tiempo exijido por la etiqueta para retirarse; asi es que cuando creyó que no faltaba a la política, se despidió dando solamente la mano a la dueño de casa.

—¿Qué hombre este tan adusto, amiga mia? dijo doña Perfira a doña Juana cuando lo vió partir.

—Ya te he dicho que es un antiguo amigo mio.

—Parece un misántropo: ¿qué nombre tiene?

—Ha llegado hace poco, ayer no mas y quiere guardar el incógnito.

—¿Que es algun jefe de partido, algun aspirante, algun revolucionario?

—No se ocupa de política.

—¿Es acaso algun filósofo? Al menos tiene las apariencias.

—Has acertado.

—¡Filósofo en estos tiempos! Mas valiera ser saltimbanque; porque la filosofia no da plata ni a nada conduce; mientras que lo otro es una prefesion que en ocasiones es mui lucrativa.

A doña Juana le incomodó esta reflexion, pero tuvo la prudencia de no contestar.

Doña Porfira insistió en su observacion diciendo:

—Me parece que a tí te agrada la profesion de filosofia, porque lo recibes con intimidad y familiarmente.

—Es un hombre a quien debemos muchísimos favores.

—O que él te los debe a tí, porque esta clase de pájaros jamas tienen un centavo, y se allegan y adulan a las personas ricas para alcanzar un plato con que matar su hambre o alguna pequeña propina que les dé lo suficiente para vivir cual bestias salvajes en un apartado rincon, asi como Diójenes en su tinaja; y estos son los mas moderados o que al menos ocultan el desmesurado orgullo que los roe interiormente; pues hai otros mucho mas perniciosos y mas majade-

ros, que hablan muchísimo con tono majistral; que se injieren en la política, que andan por las calles y paseos con una marcha mesurada y un aire grave, como diciendo aquí estoi yo, aquí va el Mesias; que encuentran tedo malo, menos lo que ellos dicen, lo que ellos piensan, lo que ellos escriben, que no hallan nadie que los comprenda y quien los admire lo bastante, porque toda admiracion es poca para ellos; que miran desde la trípode que se han forjado allá en su caletre, de alto a bajo a todos los hombres; que se creen profundos e infalibes en relijion, en política, en literatura, en artes, en ciencias y en qué se yo qué, en fin, que no quieren a nadie, que no hacen bien a nadie y que solo se ocupan en contemplarse a sí mismos, en hablar de sí mismos, en estasiarse de sí mismos.

Doña Juana no pudo menos de reirse y de reirse con ganas al oir la crítica mordaz de doña Porfira, y le dijo:

—Parece que no eres mui partidaria de los filósofos.

—¡Partidaria! Huyo de ellos como de la peste.

—Pues, amiga mia, yo tengo una opinion contraria, porque el único que he conocido, el caballero que acaba de salir, es todo lo opuesto al cuadro que tú has trazado; porque él lo sabe todo, y jamas dice nada; él no habla de sí mismo, sino de los otros; él no se engrandece, sino que engrandece a los demas; él cree que nada sabe, y donde encuentra el talento lo admira y elojia; él ignora su mérito, para reconocer el mérito de los otros; él se olvida siempre de su yo para tener en la memoria los yoes ajenos; él se cree talvez el último de los hombres, pues sirve, considera, estima, alivia, favorece al que se le presenta; él compadece al criminal, disculpa las flaquezas humanas, tiene indulјencia por las debilidades del prójimo, perdona a sus enemigos, habla bien de todos y solo es severo consigo mismo.

—Tú me pintas un santo y no un filósofo.

—Mi amigo es las dos cosas a la vez.

—Sin embargo, su fisonomia revela dureza.

—Sí, está sujeto en algunas ocasiones, pero esto sucede con mucha rareza, a esperimentar cierta amargura que aparece en sus facciones, pero luego cambia y se domina.

—A pesar de lo que me dices, no lo he encontrado simpático a primera vista.

—Talvez; no todos tenemos la misma manera de ver y de pensar.

Y doña Juana, cortando asi la conversacion, dijo en su interior: "Debe existir algo en los hombres que se revela a su pesar. La repulsion instintiva debe provenir de que cuando se encuentran el bien con el mal, se rechazan, no pudiendo por sus naturalezas distintas asimilarse ni ponerse en contacto.

Esta era la verdad, y el raciocinio de doña Juana era verdadero.

La madre de Guillermo dió la última mano al proyectado enlace, arreglando definitivamente todas las condiciones pa a que no hubiera lugar, ni por una ni por otra parte, a iniciar un juicio, aun en caso que hubiera, marchando el tiempo, alguna discordia entre los esposos, quedando por mútuo convenio separada y reconocida la fortuna de cada uno, de la cual, podian disfrutar libremente sin intervencion de parte del marido, sin que pudiera comprometerla, usufructuarla ni enajenarla bajo ningun aspecto.

Doña Porfira y Guillermo habian accedido, porque en realidad temian las consecuencias de un pleito que los privara por completo de la fortuna; mientras que asi, aun cuando habian hecho concesiones de alguna parte de los bienes de que ellos estaban actualmente en posesion, sin embargo, aseguraban el resto; y valia mas para ellos, aparentando jenerosidad y desprendimiento, quedar seguros y ser lejítimamente dueños de lo que les dejaban, que era mui considerable.

Doña Juana, fatigada con esta larga conversacion sobre intereses, conversacion que le era penosa y que solo la so-

portoba porque la creia indispensable, hizo nuevamente llamar al solitario y a su hija, tan luego como se despidió doña Porfira, para solazarse un tanto con aquellas dos personas que le eran tan queridas previniéndoles que no se trataria en ese dia de ningun asunto matrimonial, porque a ella misma le desagradaba.

La conversacion principal entre aquellas tres personas, rodó entonces sobre un asunto que les interesaba vivamente a todos ellos, salvo ciertos grados, es decir, ciertas clases de interes, pues se ocuparon casi esclusivamente de la familia Lopez, de la prision de Enrique y de los medios de que podria echarse mano para salvarlo.

El solitario aprovechó esta oportunidad para hacer valer ante los ojos de la señora las sobresalientes cualidades de Enrique y aun se aventuró a decir que haria la felicidad de cualquier señorita.

Doña Juana, sin disminuir en nada las prendas del jóven obrero y por el contrario encomendándolas muchísimo, se limitó a decir:

—¡Qué lástima que Enrique no pertenezca a la aristocracia!

Esta esclamacion ponia de manifiesto su bondad, su afecto por el hermano de Mercedes, pero al mismo tiempo sus intransijibles ideas de nobleza que era imposible combatir, particularmente en aquellos momentos en que parece que el individuo se aferra mas que nunca a sus creencias, cualesquiera que sean ellas, porque son esos últimos momentos de la vida los que se asimilan mas con la educacion recibida, sucediendo muchas veces que, a pesar de haber adoptado otras ideas durante la mayor parte de nuestra existencia, volvemos a nuestros primitivos principios, volvemos a la infancia en los postreros momentos de nuestra transitoria carrera.

Por esta razon el solitario guardó silencio, sin contrariar en lo menor el pensamiento manifestado por la enferma, pero tambien sin apoyarlo.

Siguióse a esta conversacion un pequeño silencio, porque cada uno estaba impresionado a su manera, y tanto el anciano como Luisa no querian dar el menor motivo de disgusto a la noble paciente; ¡cómo podria hacerlo su hija! ¡cómo podria hacerlo su amigo, casi su hermano!

Era ya un poco entrada la noche. Doña Juana manifestó el deseo de recojerse, diciendo al solitario:

—Deme usted unas cuantas de sus milagrosas gotas para dormir tranquila y tener mañana una larga conferencia con usted, pues hoi hemos sido interrumpidos; y para que no suceda lo mismo, espero que usted tenga la bondad de presentarse a primera hora, es decir, tan luego como despierte.

El solitario se retiró, quedando Luisa a solas con doña Juana para ayudarla a desnudarse y para recibir las últimas caricias de aquella tierna madre, caricias que le servian de consuelo en sus sufrimientos, siendo el único placer de que gozaba en la vida, porque la afeccion, porque el amor, cualquiera que sea su naturaleza, todo lo endulza, todo lo allana y todo la ennoblece; razon, sin duda, por la que decia Jesucristo, cuando le preguntaban sus discípulos: "en qué reconoceremos a los nuestros?—En que se amen los unos a los otros." Leccion de un alcance social infinito, porque en pocas palabras está comprendido todo el perfeccionamiento humano, ya sea con relacion a la familia, ya al estado o ya a la especie en jeneral, pues los que se aman no se perjudican sino que se ayudan; no se tienen envidia sino que se tienen caridad, y sus relaciones son nobles, sinceras, desinteresadas, fecundas siempre en paz, en regocijo, en armonía, en felicidad.

Al siguiente dia, despues de la matinal visita de Luisa, que se encontraba constantemente presente al despertar de su madre, fué introducido el solitario al cuarto de doña Juana, que lo recibió con aquel placer que nace del cariño y que acrecienta, dirémoslo así, la esperanza de recibir un consuelo en los trances de angustia, y así le dijo:

—Sentí infinito, mi querido Guzman, que ayer fuésemos interrumpidos, porque, hablándole a ustéd con franqueza, me siento cada instante mas débil y creo que ha llegado el tiempo de no perder los cortos momentos que nos concede la Providencia. En tres dias mas, Guzman, es el aniversario de la muerte de Eduardo; y un presentimiento interior, presentimiento que llega al grado de una conviccion absoluta, me dice que ese tambien es mi término...

—Señora, es preciso no dar entero crédito a esas ideas fantásticas de una imajinacion exaltada.

—No, amigo mio; el alma suele tener sus anuncios, sus profecias infalibles: hai casos en que el espíritu llega a un grado tal de lucidez, que penetra en los arcanos del porvenir y que ve mas allá de lo que le es dado ver al hombre. ¿No tiene usted, Guzman, conocimiento de este raro fenómeno? ¿No ha presenciado, no ha sentido usted mismo, en algunas ocasiones, este poder del alma? Las profecias de algunos hombres, y particularmente de los padres de nuestra relijion, deben sin duda tener su orjjen en esa dilatacion del espíritu, si es permitido espresarnos así, que traspasa los tiempos y el espacio y para la que no existen ni fechas ni lugares, sino que está presente en las pasadas como en las futuras edades, sino que ve todas las épocas en un soloinstante, el pasado y el porvenir en un solo momento.

El solitario miró con asombro a doña Juana y guardó silencio.

—No se asuste usted, Guzman, dijo la noble matrona con una sonrisa de benevolencia; tenemos muchísimo tiempo. En tres dias puede hacerse mucho, y todo se hará.

—¡Pero no es posible, señora!

—Qué! ¿El filósofo es el que se muestra cobarde en el último trance? ¿Cuánto mas vale entonces la relijion que la ciencia? Yo estoi serena, amigo mio, porque tengo confianza en la bondad y misericordia de Dios; porque sé que voi

a reunirme a mi Eduardo, y porque dejo asegurado el porvenir de mi hija.

—Ayer, señora, hablabamos sobre este último punto y siento decirle que diferimos en nuestro modo de ver.

—Puede ser, Guzman, pero espero que al fin quedaremos de acuerdo.

—Usted daba, señora, demasiada importancia a la fortuna, haciendo casi consistir en ella la felicidad.

—Ni tanto ni tampoco, amigo mio; pero la creo necesaria, casi indispensable por la manera de ser de Luisa.

—Y sin embargo, usted se equivoca: Luisa es una de esas almas que viven en una esfera mucho mas elevada. La vida de Luisa consiste únicamente en los afectos y en las ideas: el corazon y la intelijencia son su todo. Para las almas vulgares, para las que nacen, crecen y mueren en los goces de la materia, para las que solo existen por la vanidad, por la ostentacion, por el qué dirán, para las que brillan por el lujo, para las que acatan y temen la opinion sin temer ni acatar los clamores de su conciencia, para las que piensan en festines, en saraos, en bailes, en paseos, en tertulias, para las que solo contemplan su estómago y se fijan en la magnificencia del traje, en la suntuosidad de los edificios, en el dorado de los muebles, en el brillo de los equipajes, en lo mullido del lecho, en lo que deleita los sentidos y agrada al cuerpo, para todas estas, confieso con usted, es indispensable la fortuna, pues sin ella la vida es un tormento continuado, un infierno verdadero; pero Luisa puede vivir sin ella o con ella; le es indiferente, porque será grande, poética, elevada, ideal, vaporosa, diáfana, como usted dice, en un palacio o en una choza, en medio del refinamiento del lujo o en la desnudez de la pobreza; no proviniendo su mérito de la mayor o menor porcion de fortuna que posea, sino de la escelencia de sus cualidades, de la nobleza de sus pensamientos, de la santidad de sus actos. Luisa, señora, es independiente, no por el hecho de tener fortuna, sino porque

no la necesita; su libertad de accion no consiste en la mayor o menor cantidad de pesos con que cuente, sino en el desprendimiento absoluto de su espíritu. Ahora por lo que respecta a la caridad que constituye su mayor goce, usted está mui equivocada, señora, en creer que es solo la fortuna quien la da y que solo con ella se ejerce; la caridad, amiga mia, está en el alma y no en los talegos y puede practicarse en todas las condiciones del individuo, pues no se nececita del dinero para satisfacer plenamente esta aspiracion santa. Ya usted ve, pues, que la riqueza no es para su hija un elemento sin el cual pierda el brillo de sus cualidades, el perfume sus virtudes. Luisa será ideal, vaporosa, poética, cualquiera que sea la esfera en que se halle colocada, porque es virtuosa y la virtud no es el obligado patrimonio de la fortuna, sino que la pueden poseer sin escepcion alguna todos los seres, y el tiempo llegará en que vivamos todos en esa atmósfera de luz; en que respiremos todos ese ambiente delicioso, siempre nuevo, siempre fresco, siempre agradable...

—Usted me complace a la vez que me persuade, Guzman. Yo comprendo que hai seres tan elevados que lleguen a ser superiores a esos accidentes de la fortuna y tanto mas lo comprendo cuanto que lo veo y lo palpo, porque asi es usted y asi habrán sido y serán los santos; pero yo no he llegado a ese grado de desprendimiento, querido Guzman, se lo confieso no podria resolverme a vivir en la pobreza.

—Asi le parece a usted, señora, pero llegado el caso usted seria feliz en esa condicion humilde como lo ha sido en la opulencia. Talvez será necesario romper con algunos hábitos y esto es mas o menos doloroso, pero al fin uno se habitúa y la calma se restablece, cuando se tiene como usted bondad y nobleza en las ideas y en los sentimientos; pero cuando nuestra existencia se hace consistir únicamente en la vanidad, en el lujo, en el deleite esclusivo del cuerpo,

entonces sí que es insoportable la pobreza; pero esto depende, como usted misma debe juzgarlo, de falta de elevacion en el alma del individuo.

—Asi es, Guzman, asi es; y yo soi la equivocada; yo he dado mas importancia a la riqueza de la que en realidad merece; pero, como le he dicho antes, no es esto solo lo que me ha determinado a llevar a cabo el matrimonio de Luisa con Guillermo, sino consideraciones de un órden superior.

—Vamos, amiga mia: pues yo, por mi parte no alcanzo a penetrar ese misterio, sino que por el contrario, hallo en lo sucedido motivos para que nunca llegara a realizarse tal union; porque usted no ignora los males que esa familia ha ocasionado a la suya.

—Asi es, Guzman: aunque a decir a usted verdad, Eduardo siempre fué reservado conmigo sobre este particular.

—¡Pobre amigo mio! esclamó el solitario vertiendo lágrimas, pues comprendió la magnanimidad de aquel hombre que, sin duda por no darle mayores penas a su esposa, ocultó toda la amargura de su corazon, llevándose al sepulcro sus secretos.

—Hace usted bien de llorarlo, Guzman, pues a pesar del trascurso del tiempo, no ha pasado casi un solo dia de mi vida que yo no lo haya recordado con igual sentimiento. ¡Qué alma! ¡Cómo me agrada el haber sido su esposa! Cómo me deleita el pensamiento que dentro de tres dias estaré unida a él!... Pero continuemos nuestra conversacion sobre Luisa, que es el primero y el último, el mas agradable y el mas penoso asunto sobre el cual debo ocuparme.

—Sí, prosigamos para tomar una deliberacion justa, razonada y que prepare la felicidad de esa inimitable niña.

—Echando a un lado las consideraciones de fortuna, tengo que tomar en cuenta las consideraciones de honra por mi querida hermana, por mi respetable familia, que ha gozado, y con justicia, de la consideracion universal, porque

ninguno de nuestros antepasados se ha manchado con una falta.

—Nada mas justo que conservar incólume el nombre de nuestros padres.

—Pues bien, amigo mio, si no se hace el matrimonio que tengo decidido, la reputacion de mi hermana sufrirá y con ella la reputacion de toda mi familia incluso Luisa.

—Y cómo?

—Usted no ignora, Guzman; usted que quiso a mi hermana; usted no ignora, pues, una historia antigua en la que ha tomado usted tambien un rol nada secundario.

—Comprendo, señora. Y el solitario se pasó la mano por su ancha frente para secar el sudor que brotaba de ella al evocar aquellos recuerdos.

Doña Juana continuó:

—Hubo una especie de testamento, una concesion o una donacion, como quiera llamarse, que mi hermana hizo en favor del padre de Guillermo, de los bienes que poseia, dejándonos a nosotros una parte como usufructuarios solamente; y aun cuando no sea este interes el móvil de mis acciones, debo evitar todo aquello que pueda herir o manchar en lo mas mínimo la reputacion de la monja; y como es natural que la Porfira o su hijo, para apoderarse de la totalidad de la fortuna, establezcan un pleito contra Luisa; y como en ese pleito deben recitarse los hechos, deseo que se guarde completo silencio, silencio que no se romperá con este enlace, del que he sacado condiciones tan favorables para mi hija, como no me habia lisonjeado de obtenerlas.

—¡Pero cómo puede usted empeñarse por unir a Luisa con el hijo de un hombre que ha esplotado en su favor el error, con el hijo de una persona que los ha perjudicado atrozmente! ¿Quiere usted acaso premiar al vicio y sancionar con su aquiescencia el crímen cometido?

—¿Por qué han de responder los hijos de las acciones de los padres? ¿Qué culpa tiene el jóven Guillermo de lo que

hizo el autor de sus dias? Por otra parte, ¿cómo piensa usted que yo deje espuesto el honor de mi hermana? ¿Me aconsejaria usted que cometiese tal falta? ¿No seria usted mismo capaz de hacer un sacrificio por salvar su reputacion, la mia, la de toda una familia? Respóndame, Guzman.

—Sí, señora; seria capaz de hacer hasta un imposible por tal de que quedase siempre intacta la reputacion de ustedes, y veo ahora la heroicidad del sacrificio. ¿Pero no se podria evitar todo esto?

—No; yo lo he pensado mucho, muchísimo y no he encontrado otra salida, así es que he resuelto. Ya usted ve, amigo mio, que no es el interes del dinero el que me guia, sino el deseo y el deber en que estoi de salvar el honor a mi infortunada hermana.

—¿Qué desgracia! qué abismo de males!

—¿Dónde los ve usted, Guzman? Comprendo que a usted le disguste este enlace, como me sucedia a mí; pero, ¿deja por esto de ser indispensable? ¿No se evitan con él mayores desgracias? Ademas, Guzman, ¿no debemos acaso perdonar? ¿Seria propio en el alma de un cristiano que conservase el rencor hasta su muerte? Yo he perdonado, Guzman, para que Dios me perdone y para que lo perdone a usted mismo; pues usted cortó mui temprano la existencia de aquel hombre; y si su accion puede ser aprobada por el mundo, si hasta yo esperimenté en aquellos tiempos gratitud hácia usted, gratitud que conservo todavia, sin embargo, ¿está usted seguro de la aprobacion de Dios, que es la que debemos buscar? Usted ha muerto al padre, Guzman; ¿no le parece preciso, necesario, indispensable indemnizar de algun modo al hijo?

El solitario agachó su cabeza como agoviado por el peso de sus reflexiones y al fin contestó:

—La prueba mas evidente de que he obrado mal, es que nunca me ha abandonado un amargo recuerdo allá en el fondo de mi conciencia y que no ha bastado el tiempo tras-

currido para borrarlo por completo; pero, señora, yo soi el que he cometido el delito y yo el que debo pagarlo; y seria un nuevo crímen, y talvez un crímen mayor si consintiera en que una paloma inmaculada se sacrificase, cual inocente víctima, en aras de mi falta. Yo no puedo ni debo permitir que Luisa consume el sacrificio, que se haga para siempre desgraciada, que se inmole en provecho mio: esto, lejos de disminuir mis remordimientos, los agravaria mas, mucho mas.

—Basta, Guzman, basta. En caso que ese acto de su vida, de que usted se arrepiente todavia fuese malo, nosotros tenemos en él la mayor parte, porque fué por nosotros que usted lo cometió; de consiguiente, estamos mas que usted obligadas a repararla de algun modo.

—Yo lo repararе por mí mismo, señora. Yo iré donde el hijo y donde la esposa a decirles: "Aquí teneis al que os arrebató al ser que mas queriais; vengo a pagar mi deuda, haced de mí lo que os parezca; pero no sacrifiqueis al que no debe ser sacrificado, no inmoleis a Luisa."

—No, Guzman, no le permito a usted dar este paso, porque a nada conduciria, pues el matrimonio se llevaria a efecto de todas maneras, porque he resuelto, amigo mio, salvar a toda costa el honor de mi hermana, que es el mio, que es el de mis padres, el de mi marido, el de mi hija; y si he recordado su accion no ha sido con el fin de renovar su dolor, porque esto seria renovar tambien el mio, sino para que, compadeciéndose del hijo por la espiacion del padre, aceptase usted con mejor voluntad este enlace.

—Pero, señora, yo soi el que debo ser castigado y no Luisa.

—¿Considera usted acaso el matrimonio proyectado como un mal? Y en caso que lo fuera, el sentimiento seria momentáneo y de ninguna manera equivalente a las desgracias que se orijinarian no haciéndolo. Ahora, por lo que hace al castigo de su falta, como usted la llama, no es Luisa la víc-

tima espiatoria, porque habriamos venido a parar al mismo resultado, aunque usted no se hubiera batido con el padre de Guillermo. Por otra parte, una vida como la suya, consagrada esclusivamente al bien de sus semejantes, llena de abnegacion y de sacrificio, debiera haber borrado hasta el último vestijio de una accion que no habria talvez un solo hombre que en su mismo lugar no hubiera cometido. Usted, mi querido amigo, ha recibido ya muchas pruebas de la Providencia, que le han demostrado claramente el perdon, aguardándole mas tarde la gloria reservada al justo; y no tenga usted de ello la menor duda, porque yo lo siento y se lo digo, y usted sabe que cuando se está ya en los umbrales de la eternidad uno ve mucho mas lejos en la mansion de los espíritus y en los fallos de Dios.

La voz de doña Juana tenia algo de profético, algo de sobrenatural, y el solitario sentia como un respeto relijioso por aquella amiga que lo consolaba y por cuyos labios recibia quizá el perdon de Dios. Otro sentimiento obraba tambien en él para no contrariar la voluntad decidida de la noble enferma, y era el encargo de Luisa, que le habia dicho que bajo ningun pretesto revelase a su madre el estado dolorido de su alma, porque esto seria causarle sentimientos de que queria ahorrarla, cualesquiera que fueran las desgracias que le sobreviniesen a ella, de manera que el anciano guardaba silencio, derramando abundantes lágrimas al pensar en el sacrificio infinito, superior casi a la naturaleza humana, que se habia impuesto Luisa y cuya magnitud solo él conocia, porque solo él sabia el amor tan inmenso como invariable que aquella niña albergaba en su corazon.

Doña Juana, equivocada sobre la causa que motivaba las lágrimas del solitario y creyéndolas que fuesen el resultado del pesar que le causara la proximidad de su muerte, le tomó una mano, diciéndole con acento cariñoso aunque melancólico.

—Valor, amigo mio, nada tiene de terrible este lance

cuando nada existe en nuestro interior que nos haga temer la presencia de Dios, sino que por el contrario, todo nos dice que seremos recibidos benignamente.

—Veo con placer, amiga mia, que ya usted ha entrado al reino de los cielos, porque trata de consolar a los que estamos todavia en la tierra.

—Aun tengo que pedirle otro favor antes que nos separemos.

—Ordene usted con la seguridad de que en todo será puntualmente obedecida.

—Lo sé, Guzman, y aunque mi encargo será doloroso lo cumplirá usted. Ya es tiempo, amigo mio, que Luisa no mantenga por mas tiempo la ilusion de que puede salvarme o que mi fin no está tan cercano. Yo misma he contribuido a mantenerla en esta duda para irla acostumbrando poco a poco al dolor; pero engañarla ya, seria hacerle mas sensible mi separacion; así es, Guzman, que le recomiendo a usted el que la prepare al trance para que no le tome de improviso; y como esta es una cuestion delicada y que yo no tendria fuerzas para abordarla, es preciso que usted me desempeñe y que emplee todo su tacto, toda la finura de su espíritu y de su cariño para con mi adorada hija ¡que Dios sabe cuánto me cuesta dejar!...

Y como si doña Juana tuviera necesidad de apelar a un recurso divino para amortiguar su dolor humano, tomó entre sus manos un pequeño crucifijo de marfil con incrustaciones de oro que tenia a su cabecera y lo besó repetidas veces... y aquella imájen que viene consolando a la humanidad hace ya diezinueve siglos, que alivia todos los sufrimientos, que trasforma en placer todos los dolores, que convierte en alegria todas las angustias cuando se le llama o se le invoca, aquella imájen fué el mejor y mas eficaz remedio para doña Juana, porque despues de un momento de meditacion o de silenciosa plegaria, volvió la cara risueña y satisfecha hácia su amigo, diciéndole:

—Ya no sufro, Guzman; mis pesares de hace un momento los ha disipado el Señor, llenando mi alma de celestial consuelo... ¡Qué dicha tan inefable da la creencia en Dios, la persuasion absoluta de que estamos con Él; que vivimos por Él, que vamos hácia Él! ¡Cómo puede haber hombres que pongan en duda la existencia de un Ser Supremo, privándose de la dicha mayor, del alivio mas eficaz que pueda sentirse en los vaivenes y tormentas de la vida, en la borrasca tenebrosa de la muerte!..

—Así es, hija mia, así es: la creencia en Dios, la esperanza en Dios, la fé en Dios, hace que nuestro pensamiento tome un vuelo infinito, que se levante hasta las rejiones inconmensurables de la eternidad, que se desprenda de la vida terrestre para subir hasta los cielos, que se engolfe en los mares de la contemplacion y de la plegaria, que se arrobe en la abstraccion, que penetre en los misterios de todo cuanto nos rodea, aun cuando no lo vea, aun cuando no los defina: especie de intuicion que nos concede Dios por el hecho solo de creer en Dios y que es mas o menos luminosa, mas o menos clara segun esa nuestra fé, mayor o menor segun idealicemos o materialicemos al Hacedor, segun le rindamos un culto mas o menos espiritual, mas o menos conforme a su divina esencia.

—¡Guzman! ¡Qué bien hizo usted en venir, amigo mio! ¡Cómo me siento fuerte y feliz a su lado! Cómo su conversacion me alivia y me encanta! ¿Quiere que le diga a usted una cosa? Usted es para mí mas que un sacerdote, mas que un confesor, mas que un ánjel, porque reune todo esto, porque ejerce conmigo todas estas funciones, siendo a la vez mi padre, mi hermano, mi amigo, mi médico... ¡Ah! Cuánto habria deseado que mi Luisa se hubiera encontrado presente a nuestra conversacion para que oyendo sus palabras hubiera sido testigo de mi serenidad! Así ella sufriria menos.

—Yo me encargo de referírselo, señora, y éste será el mejor medio de prepararla.

—¿Con que estamos en todo de acuerdo, Guzman?

—Usted me ha vencido.

—Me alegro, amigo, me alegro por ella, por usted, por mí.

El solitario iba a replicar, pero se contuvo: tenia el compromiso solemne de no contrariar los deseos de la señora, de no revelar el martirio por que pasaba Luisa, y se retiró del dormitorio diciendo que se iba a conferenciar con ella. Luisa, hacia tiempo, en efecto, que lo esperaba con triste y penosa ansiedad, y cuando lo vió aparecer, corrió hácia él preguntándole primero por la salud de su madre antes que averiguar lo que se habia resuelto respecto a ella.

VI.

El anciano, sin esfuerzo alguno, tomó el aire grave y dulce que reclamaban las circunstancias, es decir, la solemnidad que acompaña a la proximidad de la muerte y a la proximidad del matrimonio que en muchas ocasiones es mas terrible y causa mas desesperacion que ese último trance, por el que tenemos todos que pasar algun dia, e hizo presente a Luisa todo el abismo de su desgracia; pero su palabra revelaba tanto sentimiento como consuelo, tanta resignacion, tanta filosofía, tanta moral relijiosa y sublime, que Luisa, en lo profundo de su angustia, esperimentaba algun alivio, pareciéndole oir la voz de un santo, la voz de un profeta, la voz de Dios...

Luisa dijo al solitario: "Acompáñeme usted: quiero ver a mi madre, quiero ahogarme en el dolor para sacar fuerzas del dolor mismo, pues me parece que en la afliccion hallo mi consuelo. Vamos...

Y Luisa tomó de la mano al solitario y se encaminó, al parecer serena, al cuarto de su madre. Quien la hubiera visto en ese momento la habria tomado por una aparicion:

tal era el arrobamiento que se manifestaba en aquel semblante.

Al penetrar en el dormitorio, doña Juana comprendiendo lo que pasaba en el alma de su hija, le abrió los brazos para estrecharla en su seno, Luisa, sin precipitacion, sin pronunciar una sola palabra, llegó donde su madre que solo habia tenido fuerzas para hacer esa demostracion y no para hablar, y las dos permanecieron unidas sin llamarse por sus nombres, sin siquiera acariciarse: tenian ambas la inmovilidad y la blancura del mármol. La intensidad del dolor les habia privado de la accion misma del dolor: era el parasismo de la congoja.

Luisa, haciendo talvez un esfuerzo sobrehumano, se desprendió de los brazos de su madre, sentóse a su lado y le dijo con resignado acento:

—Si Dios quiere que nos separemos, debemos acatar su voluntad encontrando en ella un lenitivo para la desgracia, en vez de martirizarnos con una desesperacion impotente.

—Tienes razon, hija mia, y me agrada tanto como me consuela verte fuerte y resignada. Ya llegará el dia en que nos juntemos todos para no separarnos nunca.

El solitario, con sus brazos cruzados sobre el pecho, permanecia a la distancia contemplando aquel cuadro que revelaba valor y ternura, abnegacion y angustia.

—Ahora, Luisa, dime ¿qué es lo que piensas sobre el proyectado matrimonio? Te resuelves a cumplir con mi voluntad?

—No tan solo me resuelvo, madre mia, sino que tengo gusto en cumplirla.

—¿Pero no haces ningun sacrificio?

—¿Cómo puede haber sacrificio cuando se llena el mas sagrado deber.

—Yo sé que en la obediencia encuentras tu dicha; pero lo que deseo saber es si no te hace sufrir este enlace.

—Al contrario, él me hace gozar.

Y la jóven, en la exaltacion de su amor filial, decia la verdad, porque lo sentia asi; en el esceso de su dolor, en lo grande de su sacrificio, encontraba el mayor mérito, y esto la hacia feliz; tales son siempre los efectos de la virtud.

—Está bien, hija mia, pero dejaremos esto para el último, porque quiero poseerte toda entera mientras yo viva.

—El mismo deseo tengo yo, y ojalá este estado se perpetuara eternamente.

—Imposible! tu padre me llama y quiero unirme a tu padre.

—Dichoso él, madre mia, y dichosa usted; ¡pero yo tambien soi feliz con la dicha de ambos!

Ceferina anunció en ese momento que doña Porfira y su hijo deseaban ver a la señora; y doña Juana dió órden, no sin disgusto, de que pasasen adelante, porque hubiera preferido permanecer a solas con su hija y con su amigo.

La madre de Guillermo, conociendo la gravedad en que se encontraba doña Juana y para manifestarle todo el interes que tomaba por ella, le propuso que desde ese dia se quedaria en casa para acompañarla y acompañar a Luisa, pues podia serles útil en algo.

Doña Juana le dió las gracias sin aceptar la oferta, diciéndole que no tomando ya medicamentos, necesitaba de mui poca asistencia, bastándole Luisa y Ceferina.

—Pero esta pobre niña, contestó doña Porfira, de naturaleza tan delicada, puede enfermarse con tanta mala noche, mientras que quedándome yo nos alternaríamos; y miró a Luisa con un aire de bondadosa solicitud como diciéndole: "Ya ves cuanto me intereso por tí."

La acongojada niña respondió, con esa calma triste que manifiesta una resolucion invariable:

—Seria un sacrificio inútil, señora, pues en lugar de mortificarme, esperimento un placer en estar el mayor tiempo posible con mi mamita; asi es que si me privara de algunos momentos me causaria mal en vez de hacerme bien.

—No quiero insistir, porque comprendo y aprecio el sentimiento que te guia; pero al menos seria conveniente que se quedara Guillermo para lo que pueda suceder de improviso.

—Tampoco, señora, porque todo está previsto y a la mano; y si algo de estraordinario sucediera, tenemos tantos sirvientes de que echar mano!

—Nunca, hija mia, los criados desempeñan tan bien lo que se les encarga como una persona interesada, como una persona de la familia; o de no, que lo diga mi amiga: quieres, Juanita, que se quede Guillermo?

—No hai necesidad, amiga mia, te lo aseguro; sin esto aceptaria, aun cuando soi enemiga de que por mí se incomoden en lo menor o hagan el mas lijero sacrificio.

—Tú comprendes que entre nosotros no puede haber ni incomodidad ni sacrificio y que Guillermo tendria mucho gusto en ser útil.

—Asi lo creo, pero ya te he dicho que seria pensionarse en vano.

—Lo que es pension para mí, señora, dijo Guillermo, tomando parte en la conversacion, es que no se me ocupe en nada.

—De todas maneras se lo agradezco, contestó doña Juana; pero hablemos de otra cosa que creo interesará mas a usted: mi hija ha dado su consentimiento.

—¡Es posible señora! Si la señorita Luisa ha accedido a mi súplica sin que haya intervenido el mandato de usted, puedo decir que soi el mas feliz de los hombres...

Y Guillermo dirijió a la jóven una mirada tierna y suplicante que revelaba esperanza, gratitud y amor.

Luisa, blanca como un lirio, a causa de la palidez de su rostro, tuvo que apoyarse en el brazo del solitario para no caer desmayada; pero sobreponiéndose a su dolor, por un esfuerzo soberano de voluntad, propia de aquella alma enérjica, que sacaba valor del sacrificio, se recuperó en el

acto y miró a su madre con inefable ternura y con una serenidad tal, que parecia que la determinacion tomada estuviese en perfecta armonia con los deseos de su corazon.

Doña Juana, interpretando favorablemente la mirada de su hija, contestó:

—No ha habido, amigo mio, mandato ni presion de mi parte, sino consejo.

—Esto es lo que hace mi dicha, y yo trataré de ser acreedor a ella.

—Empéñese usted en hacerla feliz y yo se lo agradeceré desde el cielo.

—Oh! señora: el encargo es mui dulce y el cumplimiento mui suave y agradable.

Doña Porfira se paró de su asiento, y colocándose al lado de Luisa, le tomó una de sus manos, atrayéndola hácia sí para abrazarla.

Luisa dejóse acariciar, sin corresponder los cariños, pero sin desecharlos. Casi no podia darse cuenta de lo que pasaba por ella; y sin embargo estaba en plena posesion de sus facultades, quizá estaban éstas ahora mas vivas que nunca, pero vivas para el dolor: ¡triste condicion de aquella vírjen que por tantos títulos merecia ser feliz!...

—Comprendo, hija mia, dijo doña Porfira a Luisa, manteniéndola siempre abrazada; comprendo tu timidez y conozco todas esas delicadezas del pudor: sé que en la inocencia de niña, aun lo que se desea se teme: asi me sucedió a mí, asi les sucede a todas; pero esta impresion de un momento es mui pasajera y aun suele encontrarse en ella cierta delicia: lo desconocido tiene tambien su atractivo. Nuevos lazos, hija mia, crian nuevos afectos: tendrás un esposo y otra madre que te amen y a quien tú amarás: este es un ensanche del corazon, pues conservando los antiguos cariños se adquieren otros. Guillermo te hará feliz, estoi segura de ello, porque ya no es lijero como antes, y sin perder nada del brillo de sus cualidades, ha adquirido cierto repo-

so, cierta seriedad que les dá mas valor. Ya no piensa en las frivolidades del placer, sino que se ha consagrado enteramente a la política, carrera séria que ofrece un inmenso porvenir y que le abre un campo vasto a sus justas aspiraciones. Ya verás, hija querida, como en mui poco tiempo representarás el primer papel entre las señoras de Santiago. Serás la mas hermosa, la mas rica, la mas influyente, la mas codiciada. Te espera un porvenir lleno de encantos... Entras en el mundo bajo los mas favorables auspicios: vas a ser mui dichosa...

Luisa guardaba el mas profundo silencio. Aquellas palabras la ofendian y aquellas caricias la desagradaban. Parecíale mui impropio que le hablaran de glorias y de felicidades en esos momentos: era una especie de profanacion del lugar, un sarcasmo dirijido al dolor, casi una crueldad... Pero no replicó, no hizo el mas lijero ademan de aprobacion o desaprobacion, porque su madre la miraba y temia contrariarla, temia que traslujese lo que pasaba en su alma... era necesario que apurase hasta las últimas heces de aquel cáliz amargo... que se consumase el sacrificio...

La visita de doña Porfira se prolongó aquel dia mas de lo ordinario; pero al fin partió, y Luisa fué a refujiarse al seno de su madre, de su madre, causa involuntaria de su mayor desgracia, pero en la que encontraba todo su consuelo, en la que hallaba la única dulzura que pudiera aliviarla.

VII.

Los dos dias que precedieron al anunciado por doña Juana, es decir, al aniversario de la muerte de su marido, Luisa y el solitario no se apartaron un solo momento de la cabecera de la enferma, que, a medida que se acercaba la hora, parecia mas serena, comunicando su tranquilidad a las que la rodeaban: era la irradiacion de la virtud cuyos reflejos se estienden y penetran por todas partes, comunicando a

los demas el valor que en sí encierra: influencia divina que obrando sobre el alma de la moribunda obraba tambien en la de su hija y en la de su amigo, a tal punto, que en su inmenso dolor sentian la calma de los bienaventurados, la imperturbable tranquilidad de los justos.

El fatal dia, el dia anunciado llegó al fin, y doña Juana se hizo vestir por su hija con el mayor esmero, como si fuera a presentarse en sociedad o hacer la mas agradable visita, ordenando que le trajesen sus joyas, de las cuales tomó aquellas que le habian servido el dia de su matrimonio, colocándose en uno de sus dedos el anillo de brillantes que Eduardo le diera en aquel aniversario de tan feliz memoria.

Luisa, llorosa pero valiente, habia terminado su tarea; y abrazando tiernamente a su madre, le dijo con un acento lleno de melancólica ternura:

—¿Por qué no estoi yo en su lugar? Comprendo ahora que la muerte puede llegar a ser una felicidad: ir a unirse con lo que se ha amado es el colmo de la dicha.

—¿Me envidias, picarona? Pues bien, prefiero que me envidies a que te entristezcas, porque asi no te será tan sensible nuestra separacion momentánea. Ya te llegará tambien a tí tu turno y esperimentarás lo que yo esperimento, y serás tan feliz como yo soi.

—Sí, feliz!... cuando vaya a reunirme en la mansion eterna con usted y mi padre!...

—Tambien habrás amado a otros, y ellos te se reunirán a tí y tú te reunirás a ellos y a nosotros; porque tú y los que has amado formaremos una sola familia, haremos quizá un solo grupo.

—Dios lo quiera! Y la imajinacion de Luisa voló a una parte distinta de aquella en que se habia fijado la de doña Juana: ésta pensaba en Guillermo, la otra pensaba en Enrique.

—Hija mia, ya que hemos conseguido tú y yo serenar nuestro espíritu en medio de nuestra afliccion; ya que ha

llegado el último dia de mi vida sin tribulaciones mayores para tí y para mí; ya que Dios nos ha acordado el inmenso beneficio de la resignacion; ya que podemos mirar de frente el término, demos la última mano a la obra, dejemos completamente concluida nuestra tarea y habré conseguido llenar mi mision en la tierra.

—Lo que usted ordene, madre mia, se cumplirá.

—Bien, hija mia; hoi se efectuará tu matrimonio.

Luisa bajó la cabeza en señal de obediencia y tambien para ocultar su turbacion.

Convenido ya el matrimonio para ese dia, llegaron a la hora fijada doña Porfira y Guillermo y fueron introducidos al dormitorio de doña Juana, donde se hallaba ya un sacerdote, Luisa y el solitario.

Las espesas cortinas de las puertas y de las ventanas, impidiendo que penetrase la claridad o amortiguándola considerablemente, daban a aquella pieza un aspecto severo y triste, a lo que contribuia no poco la antigüedad de los muebles, que, como ya sabemos, habian pertenecido a sus antepasados y que ella habia conservado como un respetuoso recuerdo, pues lo único moderno que habia en aquel departamento era una cómoda poltrona en la que regularmente descansaba doña Juana y rezaba sus devociones. Los cuadros que adornaban aquel dormitorio y que, como ya lo hemos dicho, representaban a los abuelos de Luisa, al primer arzobispo de Santiago don Manuel Vicuña y a una hermana de doña Juana en traje de monja, infundian respeto y daban, si se nos permite espresarnos asi, cierta gravedad solemne a aquella rica y antigua habitacion, llena de recuerdos para la aristocrática dama y que iba a servir de altar para el himeneo y de ataud para el sepulcro: ¡antítesis humanas que suceden con mayor frecuencia de lo que jeneralmente se cree!

Doña Juana, queriendo solemnizar mas aquel acto, para que se grabase en el alma de los jóvenes esposos con carac-

teres indelebles, conservándolo mientras viviesen como un imperecedero recuerdo, habia resuelto, antes de efectuar el enlace, recibir la comunion; y asi es que a una imperceptible señal, el sacerdote se dispuso para darle el viático.

Todos se prosternaron ante aquel emblema sagrado del catolicismo, que es para los creyentes el misterio mas grande que encierra el culto a que doña Juana y todos los circunstantes, esceptuando el solitario, pertenecian; sin embargo, éste hizo la misma ceremonia que los otros y elevó su alma al cielo con mas fervor, con mas fé, con mas uncion que algunos de los que se encontraban presentes: tal es la relijion en espíritu, ajena a las fórmulas; la relijion del pensamiento, ajena al rito; la relijion de la voluntad, independiente de las prácticas con que adornan a Dios la gran mayoria de los hombres de corazon y de intelijencia, y el solitario era uno de esos hombres que tienen su fé y que respetan todas las creencias, porque ven en ella una sola creencia, Dios; una sola moral: las leyes inherentes a la humana naturaleza.

Concluida la augusta ceremonia, doña Juana se sintió mas animada y dijo al sacerdote:

—Proceda ahora a la union de mis hijos.

El ministro del altar, sin quitarse las vestiduras con que habia dado la comunion, hizo pararse a ambos jóvenes y darse la mano el uno al otro...

Reinaba un profundo silencio y solo se sentia la respiracion ajitada de la enferma.

Guillermo sonreia a Luisa cariñosamente; pero la jóven, inmóvil y blanca como una estátua, tenia sus ojos clavados en el suelo y parecia casi ajena a cuanto allí pasaba, parecia no tener conciencia de lo que iba a hacer ni de lo que sucedia...

La voz del sacerdote se hizo oir... Todo cuanto él decia era grave y solemne, solemne y grave como el acto, como las circunstancias, como el lugar en que se encontraban.

Al fin hizo las interrogaciones de costumbre, y Guillermo pronunció un *sí* sonoro que fué oido de todos.

Cuando llegó su turno a Luisa, el sacerdote se vió obligado a repetir la misma pregunta por tres veces, hasta que los descoloridos labios de la jóven pronunciaron un *sí* mas pálido que su rostro, mas débil que su cuerpo, pues tan luego como el ministro del altar les echó la bendicion, Luisa cayó exánime en el mismo lugar en que se encontraba.

El sacrificio estaba consumado, y toda la enerjía de aquella jóven fué insuficiente para representar hasta el fin el papel que se habia propuesto, es decir, para que su madre no se apercibiese de su inmenso dolor y de su grande y heróica abnegacion.

Con escepcion del solitario, nadie comprendia la angustia de aquella jóven, y su desmayo fué atribuido a esa timidez natural que esperimenta toda niña en semejante acto, a ese esceso de pudor propio de una señorita que ha conservado intacta su inocencia virjinal; sin embargo, a doña Juana le pasó por la imajinacion una duda y concibió algun temor sobre la decision de su hija, e instantáneamente interrogó con su mirada al solitario, que, sosteniendo a Luisa, ayudado por Guillermo y doña Porfira, se preparaba a darle algunas gotas de su prodijioso cordial.

El anciano conoció en el acto lo que significaba la mirada de la madre y respondió lacónicamente esta frase:

—No hai cuidado.

La ambigüedad de la contestacion podia hacer creer a doña Juana que se trataba sobre el estado moral de Luisa, aun cuando el solitario se referia únicamente al estado físico; pero habia respuesto así premeditadamente y con la intencion de tranquilizarla, lo que consiguió.

Recobrada Luisa de su desmayo, recuperó su enerjía hasta el punto de ser bastante dueña de sí misma para ocultar sus pesares y mostrarse solo afectada por el deplorable es-

tado de su madre; y en realidad que no necesitaba finjir mucho, porque en aquellos instantes no la ocupaba casi otro sentimiento que ver tan postrada a la autora de sus dias y tener la certidumbre de que se realizaria quizá en poco tiempo el fatal vaticinio.

Doña Porfira y Guillermo pretendieron quedarse acompañando á la enferma; pero ésta manifestó el deseo de permanecer sola con su confesor, con su hija y con su amigo; de modo que aun haciendo ya una parte integrante de la casa y perteneciendo a la misma familia, se vieron obligados a retirarse; pero partieron satisfechos, porque estaba arreglado y hecho lo principal, incluso el testamento y los demas convenios con todos los requisitos legales; de manera que desde ese momento se consideraban lejítimos poseedores de aquella inmensa fortuna de que habian disfrutado sin derecho, pero que ahora les pertenecia lejítimamente.

No seamos tan severos para juzgar a doña Porfira y a Guillermo, porque estas combinaciones y estos cálculos se ven diariamente en la sociedad y son aceptados por todo el mundo. ¡Triste condicion, en verdad, del degradante estado en que nos encontramos y de la sed inestinguible de oro que sentimos y que perturba todas las nociones de equidad, de justicia y de honor verdadero! Empero, el hombre, conociendo al fin que la dicha y la grandeza consisten en nunca hacer el mal, conseguirá volver sobre sus pasos y seguir sus naturales instintos, que están en armonia con las leyes eternas del Creador.

La muerte del justo debiera presentarse siempre a la vista de los hombres, porque no hai en ella nada de tétrico, nada de espantoso: es un cuadro halagüeño y consolador mas bien que aterrante, y esparce la dulzura y la calma en lugar de la desesperacion y del miedo.

La última hora de doña Juana se acercaba, pero nada en su alrededor mostraba esa ansiedad que precede a la muerte y que se apodera del enfermo y de los que lo acompa-

ñan, pues aunque con dificultad, dirijia la palabra ya al uno ya al otro, prodigándole tiernas caricias a su hija, a quien se empeñaba en consolar y persuadir que aquella separacion era quizá un bien de la Providencia en vez de un mal, y que conformándonos con sus ocultos designios obramos cuerdamente, tanto porque es imposible oponerse a ellos, cuanto porque todo debe al fin redundar en provecho del hombre.

Cualquiera que hubiera oido aquellas conversaciones o que hubiera visto aquel interesante cuadro, no se habria imajinado jamas que estaba tan cercana la muerte: tal era la serenidad que aparecia en los semblantes, a pesar de estar la tristeza en los corazones, pero esa tristeza resignada y dulce que se hermana con la conformidad relijiosa y que está mui lejos de la indiferencia y del olvido, sino que por el contrario, conserva siempre frescos y palpitantes los recuerdos.

—Querido amigo, dijo doña Juana al solitario, con voz temblorosa y entrecortada; me siento algo fatigada... ¿Me harian bien sus gotas?

—Sí, señora, y voi a preparárselas.

—Luisa, hija mia..., quiero que no sufras... yo no siento nada... estoi alegre... ya me ves.

—Y yo, madre mia, al verla tan tranquila, esperimento casi lo mismo. Pero las lágrimas que no podia contener, desmentian sus palabras.

—No llores: este es un instante, vas a ser feliz, el corazon me lo anuncia... y los moribundos ven...

El solitario le dió las gotas en mas fuerte dósis, y doña Juana se reanimó.

—Esto es prodijioso, Guzman... es un milagro: usted me resucita: siento ensancharse mi corazon...

El anciano guardó silencio, porque sabia bien que aquella animacion era ficticia y que ya no habia remedio alguno para arrancarla de los brazos de la muerte; pero tambien

sabia que aquel cordial la haria morir sin sufrimiento, lo que es de un bien incalculable en aquellos dolorosos y angustiados instantes.

El sacerdote, conocedor tambien de la proximidad de la hora, se habia arrodillado delante de un crucifijo y oraba en silencio, encomendando sin duda a la bondad infinita de Dios aquella alma que estaba pronta a entrar al seno de lo infinito.

El calor o la animacion producida por el remedio, iba declinando por grados, y doña Juana, comprendiendo que se acercaba el término, estendió su mano al solitario como para despedirse de él, y atrajo a su hija hácia sí como para no separarse de ella y volar juntas a la mansion de Dios...

El sacerdote, conmovido con aquel patético y tierno espectáculo, se acercó lloroso al lecho de la moribunda, y presentándole el crucifijo esclamó con dulce y triste acento:

—Hé aquí, señora, nuestro último consuelo y nuestra sola esperanza... Jesus tiene sus brazos abiertos para recibirla.

Doña Juana desprendió su mano de la del solitario, tomó el crucifijo, lo acercó a sus labios, y besándolo por tres veces, se lo pasó al confesor, diciéndole:

—Estoi perdonada y hoi me recibirá en su gloria...

El sacerdote se hincó de nuevo, murmurando sin duda alguna plegaria, y dió su santa absolucion a la enferma, que en ese mismo momento se estinguia...

El solitario tomó el pulso a doña Juana y a Luisa, que habia perdido el conocimiento, quedándose como dormida en el seno de su madre, meneó la cabeza y dijo al confesor de pasarle un cuchara y un vaso de agua.

El sacerdote, temiendo una doble desgracia, preguntó con angustia:

—¿Qué hai?

—Nada de estraordinario. Ha sucedido lo que yo temia, lo que no podia menos de suceder...

—Pero, ¿qué es lo que hai?

—Si yo no me encontrara presente, talvez..

—¡Por Dios! esplíquese usted...

—Talvez no habria habido separacion.

—¡Es decir!...

—Que hubiéramos tenido una doble desgracia...

—¡Ai! qué pérdida! qué lástima habria sido!

—Y quien sabe si no hubiera sido una felicidad!

Y el solitario, sin mas esplicacion, y dejando al sacerdote en la incertidumbre por la vaguedad de sus palabras, abrió los labios a doña Juana y vació en la boca casi una cucharada entera de su elíxir, y la misma operacion practicó con Luisa, aunque dándole mucho menos cantidad del misterioso líquido.

La madre y la hija, con no poco asombro del sacerdote, volvieron casi a un mismo tiempo en sí.

Doña Juana miró a su alrededor como quien sale de un letargo y no sabe donde se encuentra; y clavando sus ojos en el solitario, lo saludó con una sonrisa, besando en seguida a su hija.

—Madre mia, madre mia, ¡aun vivimos! esclamó Luisa; y yo que creia haber volado al cielo con usted!

—Yo bajo de él para decirte una palabra... para pedirte perdon...

—¡Perdon! perdon! ¿De qué, madre mia?

—Yo te he... hecho.. desgraciada... Perdon!...

—¡Desgraciada! es verdad; pero yo no puedo evitar nuestra separacion; ella viene de Dios y usted me ha dicho de respetar sus fallos.

—No es esto, hija mia, no es esto...

—La única desgracia es que usted me deje... viva y seré feliz.

—¡Vivir! ya no es posible!... Perdon!... me he equivocado... perdon!...

—Madre mia! no me hable asi, que me desgarra el alma...

—Ai! Yo sufro infinito... Este casamiento... perdon... Tú

te has sacrificado, yo no sabia... pero ahora comprendo... Ahora veo lo desgraciada que te he hecho... perdon!...

—No hai sacrificio cuando se cumple con su deber... Yo soi y seré dichosa porque he llenado el mio.

—Pero... yo me he equivocado... Guillermo... ¡ah! desesperacion... perdóname...

—Yo le doi las gracias por todo el bien que me ha hecho durante mi vida, por toda la felicidad que he gozado á su lado, por el ejemplo que me ha dado y por la virtud que me ha enseñado.

Y la jóven, llena de santa uncion, se arrodilló, diciéndole: "Es usted, madre mia, quien debe perdonarme y bendecirme; y asi seré dichosa ahora y siempre, asi soportaré con mas resignacion el abandono en que usted me deja..."

"Te bendigo, hija mia, contestó doña Juana con voz casi apagada; y espero en Dios... que te... ha de... premiar..."

La moribunda cerró sus ojos y se quedó como en un éstasis; pero se conocia que vivia aun.

Pasado un rato, salió de este letargo, mostrándose en su fisonomia un cambio estraordinario, pues en vez de angustia manifestaba la mas grande alegria.

¿Qué habia pasado por aquel cuerpo pronto a apagarse y por aquel espíritu dispuesto ya a volar á otras rejiones? Habia tenido esa intuicion que algunas veces nos concede Dios, habia penetrado en el espacio, habia leido en el porvenir con los incorporales ojos del alma y habia visto la desgracia de su hija y la felicidad de su hija; y por esta razon le dijo al volver completamente al estado normal de la humana existencia.

—Te he hecho desgraciada... pero serás dichosa... Ahora veo mi error y comprendo tu sufrimiento: ¡amabas! y te he dado á Guillermo! ¡Ai! no lo sabia!... Enrique! Enrique! espera... espera... en tu madre y... en Dios...

Y doña Juana, estrechando a su hija contra su corazon, espiró.......................................

El solitario tuvo que sostener nuevamente a Luisa, porque volvió a desmayarse, en tanto, que el sacerdote, dedicado esclusivamente al bien de las almas, se limitó a recitar la plegaria de los muertos.

Un silencio sepulcral reinaba en aquel espacioso dormitorio. No se oia una sola voz ni tampoco un sollozo o un quejido; pero este mismo silencio, esta falta del eco humano era conmovedor: no hai nada mas solemne y mas doloroso que esa inmovilidad de las personas que rodean a un cadáver. Cuando se oyen algunos ayes, cuando se sienten algunos suspiros o sollozos ahogados, cuando se ven correr algunas lágrimas, se esperimenta algun alivio en la tristeza; pero cuando se ven ojos enjutos en semblantes descompuestos, cuando reina esa inaccion, ese mudismo en derredor de un muerto, se puede asegurar que existe allí una de estas dos cosas: o una indiferencia glacial y absoluta, o un sentimiento tan profundo que va mas allá de las aflicciones comunes, llegando a los últimos grados del dolor.

El solitario recostó a Luisa en un sofá, le aplicó el remedio de costumbre y se fué a hincar con el confesor a uno de los costados de la cama en que yacia la amante madre.

Cuando Luisa volvió en sí, miró a su alrededor y vió a su maestro y al sacerdote orando; entonces ella se levantó sin decir palabra, y sin decir palabra se puso en la misma actitud al lado de aquellos dos venerables ancianos, que, de creencias distintas, se confundian en una sola creencia, Dios, llegando ambos al mismo término por diversos caminos, pero que siempre llevan al hombre a un punto dado: el Hacedor de todas las cosas, el Padre de todos los hombres, el Soberano Juez que dispone de nuestros destinos.

4

La monja.

I.

Luisa, durante un mes, estuvo entre la vida y la muerte; y a no ser por la vijilia incesante, los tiernos cuidados y los remedios del solitario, habria mui luego acompañado a su querida madre.

Doña Porfira y Guillermo se habian instalado desde ese mismo dia en la casa de doña Juana, abandonando la suya de la calle de las Monjitas: nada mas natural que esto, desde que Guillermo era el marido de Luisa y que debia cuidar de su salud y tambien de su fortuna.

Tanto á la madre como al hijo no les agradaba la presencia del solitario; pero tenian que contemporizar con él por lo útil que era y porque Luisa no se avenia con ninguna otra persona, ni habia querido tampoco tomar otro médico, a pesar de las repetidas instancias de Guillermo y de doña Porfira que se mostraron mui solícitas durante toda la enfermedad.

Luisa, a pesar de la repugnancia instintiva que sentia por su marido y por su suegra, no habia podido menos de reconocer los cuidados que habian tenido con ella y el interes que manifestaban por su salud, reprochándose interiormente ese alejamiento invencible que la separaba de ellos. Algunas veces habia comunicado al solitario lo que le sucedia; pero éste guardaba silencio o eludia la cuestion, porque no queria ni fomentar aquella natural repulsion ni

tampoco combatirla, diciéndose allá en sus adentros: "Dejemos que obre la naturaleza, porque ella es el mejor guia y el mas sabio maestro."

La convalescencia de Luisa era lenta pero progresiva; y aunque tan jóven, no podia mejorarse con la rapidez propia de su edad, porque la agobiaban tantos pesares, siendo su única y favorita distraccion pensar en ellos y hablar de ellos con su querido maestro, quedándose jeneralmente hasta mui avanzada la noche ocupados ambos de sus tristes recuerdos en que no tenian una pequeña parte Enrique y su familia. Muchas veces Luisa preguntaba al anciano sobre cuál habia sido la causa de la trasformacion súbita de su madre en el último momento y el por qué habia venido a sus labios el nombre de Enrique; y el solitario, por toda contestacion, le decia lo mismo que habia dicho doña Juana: "Espera..." siendo esta sola palabra el único goce, el único rayo de luz que veia Luisa en la lobreguez de su presente y futura existencia.

Doña Porfira y su hijo estaban cada dia mas fastidiados de la presencia del misterioso anciano cuyo nombre ignoraban y cuya influencia temian; asi es que a medida que Luisa recuperaba sus fuerzas era mayor la frialdad con que trataban al coronel don Toribio de Guzman, llegando en ocasiones hasta el grado de ser impolíticos con él cuando no estaban en presencia de Luisa, porque temian disgustarla, conociendo la deferencia y el cariño respetuoso y tierno que ella le tenia.

El solitario conocia mui bien que era un huésped importuno en casa de Guillermo, pero como estaba resuelto a quedarse, al menos mientras durara la convalescencia de Luisa, guardaba silencio, y pasaba por alto toda la malevolencia que le manifestaban, ni mas ni menos como si no la conociera o como si no llegara hasta él; lo que era verdad, pues no le ofendian en lo mas mínimo las maneras descorteses de doña Porfira y de su hijo.

Ceferina, la ama de leche de Luisa, corria igual suerte a la del solitario en concepto de los dueños de casa; y como por su posicion de sirviente no se creian obligados a guardar los mismos miramientos con ella, la pobre mujer se veia ajada a cada instante, lo cual la hacia sufrir muchísimo; pero tambien se callaba, tanto para no dar márjen a que la despidiesen completamente, lo que hubiera sido su mayor desgracia, cuanto tambien por no dar que sentir a su hijita, como ella llamaba a Luisa, y ser causa de una perturbacion en aquel matrimonio de que tanto se habia alegrado, porque consideraba a Guillermo igual en rango, en fortuna y en cualidades, esperando de este conjunto de circunstancias favorables la mayor felicidad para ambos; pero ahora principiaba a creer que talvez se habia engañado y que lo que ella pensaba que fuera un bien, hubiera venido a ser un verdadero e irremediable mal.

Un dia que conversaba Luisa con el solitario en su pequeño jardin, justamente sobre el cariño que le profesaba Ceferina y las virtudes que adornaban a aquella mujer a quien no consideraba como a una sirviente sino como a su segunda madre, y por la que doña Juana habia tenido siempre toda especie de consideraciones; ese dia, decimos, se presentó Ceferina anegada en lágrimas, y echándose a los piés de Luisa, le dijo:

—Hija mia, me han despedido... tengo que abandonarte, o lo que es lo mismo, me han condenado a morir.

—¡Qué! abandonarme! ¿Por qué? ¿Quién la ha despedido a usted?

—Siento darte esta incomodidad; pero es necesario: tengo que obedecer, y no he podido partir sin decirte adios...

—Se habrá usted equivocado, ama mia; es imposible...

—Así lo pensaba yo: creia imposible que saliese algun dia de tu lado; pero no hai remedio, es un hecho: me voi, hija mia.

—¡Irse! ¿Está usted loca? Yo no lo permitiré. ¿Quién ha podido hacer semejante cosa?

—Yo no quiero ser el oríjen de disturbios en una casa y menos en un matrimonio.

—¿Entonces ha sido mi marido el que le ha dado a usted semejante órden? Y Luisa se sonrió desdeñosamente.

—No es motivo para incomodarse, hija mia: el señor don Guillermo y la señora doña Porfira deben tener razon: yo saldré sin decir nada!...

En ese momento se presentaba Guillermo con su madre del brazo.

El jóven hizo una ceremoniosa cortesia al solitario, y dando la mano a su esposa, se informó de su salud. Doña Porfira le echó los brazos en tanto que la pobre Ceferina se deslizaba tristemente en cuanto los vió aparecer.

Luisa trató de detenerla con la vista; pero no consiguiéndolo, le dijo de un modo terminante: " Quédese usted, ama mia, la necesito;" y luego dirijiéndose a Guillermo, le preguntó con ese aire desdeñoso y triste que le era familiar en ciertas circunstancias:

—¿Le ha hecho a usted algun mal mi segunda madre?

—Mal, no precisamente, porque hai mucha distancia de ella a mí para que fuese capaz de hacérmelo.

—¿Y entonces?

—Es que, interrumpió doña Porfira, quiere mandar o tener la misma autoridad que nosotros, y no se debe permitir semejante insolencia, porque desmoraliza a los demas sirvientes, y asi es imposible gobernar bien su casa.

—La señora, contestó Luisa con dignidad, no es sirviente, sino que es mi segunda madre.

—Yo he reparado que las criadas la tratan como si fuera nuestra igual; y por otra parte no dice a nadie *su merced*, lo que no podrás menos de confesar, hija mia, que es intolerable.

—Mi madre y yo, señora, se lo habiamos ordenado así;

y creo que yo y mi madre no diferimos de usted en mucho. Y ademas, ¿es este acaso un motivo suficiente para despedir a una persona que por los años que vive en la casa, por los servicios que ha prestado, por el cariño que profesa y que se le profesa, ha llegado a ser ya miembro de la misma familia?

—Si tú toleras semejante insolencia, tu marido y yo no queremos hacer lo mismo.

—No es mi ánimo, señora, contrariar la manera de ver de ustedes y por la misma razon espero que tampoco se contrarie la mia: Ceferina no se separará de mi lado; pero para evitar a ustedes todo motivo de disgusto queda desde ahora, y como lo ha estado siempre, a mi servicio privado sin que nadie tenga que intervenir con ella ni ella con nadie.

—Pero no concibo cómo se puede hacer tal separacion entre marido y mujer y que los sirvientes del uno no lo sean del otro.

—Espero, señora, que mi esposo será bastante amable para concederme este capricho, no exijiendo de mí tan absoluta dependencia.

Y Luisa miró a Guillermo con tal dignidad y resolucion que éste bajó su vista obligándolo a manifestarse contra la voluntad de su madre, diciendo:

—Puedes obrar como gustes; y ya que te agrada esta mujer, consérvala; pero creo que seria mas cuerdo seguir el consejo de mi madre, a quien apoya la justicia.

—No niego que un marido deba ser complaciente con su mujer; pero se debe tambien evitar el escollo de confundir la condescendencia con la debilidad.

Concluyendo esta observacion, doña Porfira se paró un tanto despechada por no haberse hecho su voluntad.

Durante toda esta conversacion, el solitario no desplegó sus lábios hasta que Guillermo, que habia dejado partir a su madre, quedándose en compañia de Luisa, le dijo con su mas afable modo:

—¿Quiere usted, señor, sacarme de una curiosidad, la que jamas me ha satisfecho Luisa, a pesar de haberlo exijido?

—Creo, señor, que cuando su esposa se ha negado a complacerlo, mas valiera no insistir; con todo, si me es posible darle a usted ese gusto, lo haré.

—Todavia, señor, contestó Guillermo sonriéndose, no tengo la confianza necesaria con mi mujer, pues aun cuando hace cerca de dos meses que estamos unidos por la iglesia, sin embargo... como ha estado enferma y como la he visto tan triste, he respetado esa enfermedad y esa tristeza.

—Ha hecho usted mui bien; y la señorita Luisa apreciará en su justo valor esa conducta.

—¿Es verdad, Luisa?

—Desde el momento que mi maestro lo afirma, no hai por que dudarlo.

—¡Tu maestro! No lo conocia yo, y sin embargo hemos crecido casi juntos.

—Pero no hemos vivido.

—Ya lo sé; con todo, creia que no habias tenido directores.

—Es justamente lo único con que he contado, los únicos apoyos que me han sostenido y dirijido: mi madre y mi maestro.

—¿Y por qué no me has dicho su nombre para honrarlo? ¿Por qué me has obligado a preguntárselo a él?

—No lo sé; pero en este caso obedezco a quien respeto, desde que mi madre ha hecho lo mismo.

—No pretenda usted, amigo, interrumpió el solitario, conocer cosas que habrá motivo para ocultarlas.

—¡Entonces usted tambien rehusa decirme su nombre!

—Hai ciertas circunstancias..., pero quizás no está lejos el dia en que usted lo sepa.

—¡Es sin embargo mui raro que viva bajo un mismo techo una persona a quien no se conoce, una persona cuyo nombre se ignora!

—Lo que usted dice es cierto, con la sola diferencia que usted me ha encontrado en esta casa donde soi desde largos años conocido; pero no pasará quizás mucho tiempo sin que su curiosidad quede satisfecha.

—Usted, señor, debe comprender que en las circunstancias en que nos encontramos no es mera curiosidad la mia.

—Así lo veo y lo confieso.

—Y si usted lo ve y lo confiesa ¿a qué viene un misterio que traspasa los límites de las conveniencias sociales?

—Jamas; nada puede ir mas allá de las verdaderas conveniencias sociales, dijo Luisa con severidad, cuando lo ha apoyado mi madre y cuando yo lo sostengo. Poseo la conciencia de mis actos; sé de qué manera he obrado, ni obraré mal, y por consiguiente, lo que hago es en virtud de creerlo lejítimo.

—Puede ser verdadero lo que dices, pero ¿o no estoi en mi casa o soi en ella un cero?

—¿Quién pone esto en duda?

—¡Cómo! ¿Pretendes que no estoi en mi casa o que soi peor que el último sirviente?

—He dicho todo lo contrario.

—Y entonces ¿como es que vive aquí en íntimas relaciones con mi esposa, relaciones cien mil veces mas íntimas que las mias, una persona que no conozco, y no solo que no conozco, sino que hasta cuyo nombre ignoro, no pudiendo aun llamarlo si se ofrece? Confiesa al menos que esto es mui singular, y que hago en mi casa un papel mui ridículo.

—No haga usted escenas a su esposa; me iré.... Pero advierta usted que mi edad y el nombre que llevo bastarán para alejar de usted toda sospecha.

—Oh, padre mio, no se incomode, no se vaya, estoi todavia mui débil, mui triste... Me moriria... Guillermo, continuó Luisa, dirijiéndose a su marido, si supieras quién es, si supieras cuánto le han debido mis padres a este caballe-

ro, cuánto le debo yo misma, te arrodillarias delante de él y le pedirias cien mil veces perdon de lo que has dicho; te suplico que no hables así.

—Habrá hecho mucho por ustedes, pero en cuanto a mí, no he reconocido en mi vida ningun benefactor, ni le debo servicios a nadie.

Luisa, al oir esto, cambió instantáneamente de actitud y de tono, y dijo a su marido con noble majestad:

—Advierta tambien usted, caballero, que esta era la primera vez que suplicaba y será la última... El señor, mi maestro y segundo padre, y Luisa designó al solitario, no abandonará la casa de su hija, sino cuando él quiera dejarme. Yo lo mando y se cumplirá...

La voz, el acento, revelan tanto el carácter y la voluntad mas o menos decidida de las personas, que inmediatamente se conoce la enerjia del individuo; y Guillermo comprendió sin que se lo dijeran, que tendria que habérselas con una de esas naturalezas que jamas se doblegan, sino por la razon, por el convencimiento o por el cariño, de modo que creyó mas prudente ceder, porque asi ganaria en concepto de Luisa, mientras que de otra manera estaba espuesto a no conseguir jamas nada; y en consecuencia respondió:

—Cedo a tu voluntad y cedo con gusto, amiga mia; pero al menos reconocerás que estaba y que estoi en mi derecho, porque un esposo es siempre un esposo.

El solitario permanecia impasible, y sin embargo tenia un interes vital en aquella discusion; no porque se tratara de él, sino porque esa conversacion afectaba a Luisa, y era, se puede decir así, el preliminar de las relaciones que se sucedieran mas tarde entre los esposos; y como en esto consistia el porvenir, la felicidad o la independencia de la hija de su amigo, queria saber la fuerza de voluntad de que podia disponer Luisa en un caso dado y en verdad estaba complacido de la enerjia que habia desplegado.

Guillermo se consideraba derrotado; pero en su opinion

no era esta concesion de trascedental importancia, sino que al hacerla habia formado su cálculo: queria ganar terreno, deseaba conquistar a Luisa, se habia propuesto, en una palabra, rendirla; porque el vínculo de la iglesia significaba bien poco en su concepto, si no conseguia el vínculo de la naturaleza, que es el mas lejítimo, el mas indisoluble y el mas fuerte, y ese vínculo no existia, y era preciso llegar a él; pero como la violencia es el peor de los medios, se propuso emplear la dulzura y la mansedumbre, y dijo a Luisa:

—Querida mia, yo no quiero tener mas voluntad que la tuya, y desde ahora puedes obrar en conformidad a tus gustos, pues me he propuesto no contrariarte nunca, sino que por el contrario, deseo que tu voluntad se armonice con la mia sin que haya, si es posible, la menor diverjencia de opiniones: ¿encuentras pues que no me conduzco como debo?

—Aprecio esa noble manera de ser y la estimo en lo que vale.

Y Luisa tendió la mano a su marido con esa dignidad benévola que realza la accion mas insignificante.

Guillermo se despidió dejándola en confidencia íntima con el solitario y con Ceferina que, hasta ese momento, habia permanecido como ajena a la conversacion, aun cuando tomaba en ella el mayor interes, porque todo lo que se relacionaba con Luisa lo consideraba de la mayor importancia, pues su existencia dependia de la existencia de ella.

Don Toribio de Guzman, hombre de esperiencia, hombre de mundo, y sobre todo hombre pensador que penetra en el corazon adivinando las pasiones humanas y los móviles que las determinan, habia leido como en un libro abierto en el alma de Guillermo no teniendo por el individuo las consideraciones que le habia manifestado Luisa, creyéndolo verídico y caballeresco; pues él sabia de antemano que toda esa benevolencia no era otra cosa que cálculo para adormecerla; pero él se encontraba afortunadamente ahí para si era necesario cruzar sus planes.

II.

Pasado un momento despues de haber quedado solos, Luisa dijo al solitario:

Es preciso confesar que mi marido no se comporta mal, pues, en resumidas cuentas, tenia y tiene razon de averiguar cual es el nombre de las personas a quienes cobijan las murallas de su casa.

—Lo sé, hija mia, y he estado casi al punto de decírselo; sin embargo, consideraciones de otro jénero y que talvez tu ignoras, me han impedido hacerlo.

—No pretendo entrar en sus secretos; pero sea de ello lo que fuera, yo tengo el deber de ser justa y no le negaré a Guillermo que se ha portado de una manera digna y propia de un caballero.

—No te dejes seducir por las apariencias, hija mia. Muchas veces se concede algo para pedir mas.

—¿Y qué mas puede exijir?

—Ya lo veremos.

—Si continúa como ahora, bien poco hai que temer.

—Ojalá; pero la exijencia actual prueba sus pretensiones. ¡Echarnos a Ceferina y a mí, nada menos que eso era lo que deseaba!...

—Doña Porfira, pero no Guillermo.

—Madre e hijo, Luisa, no tengas la menor duda.

—Pero no lo conseguirán jamas.

—Lo conseguirán, lo conseguirán, hija mia, esclamó Ceferina llorosa, porque él es tu marido, y tarde o temprano tendrás que cederle y conformarte con su voluntad.

Luisa se sonrió y dijo:

—No tema, ama mia, no tema... Usted no se separará nunca de mi lado.

—Yo no quiero ser causa de disgustos, ni introducir la desunion entre los esposos.

—No lo crea. Yo se como debo de obrar y hasta donde

puedo conceder. Ahora desearia que diéramos un paseo en carruaje. ¿Nos acompañaria, usted, señor?

—Con el mayor gusto, contestó el solitario, que veia que mientras mas se distrajese Luisa, la convalescencia seria mas pronta.

—¿Dónde iremos? preguntó el anciano a Luisa cuando entraron en el coche.

—A la calle de San Pablo.

—Buena idea. Pueda ser que sepamos algo de nuestros amigos.

—Ayer no mas, señor, he estado yo ahí, y aun no han vuelto, contestó Ceferina.

—De todos modos, quiero por lo menos ver esos lugares, dijo Luisa.

El coche se detuvo en la puerta del conventillo y las tres personas que iban en él bajaron.

Luisa se apoyaba en el brazo del solitario; sentíase débil por la emocion. Aquellos sitios le traian dulces y conmovedores recuerdos; ¡qué cambio en tan poco tiempo! Parecíale triste, mui triste aquel conventillo en que tanto habia gozado con su amiga Mercedes, haciendo obras de caridad entre aquellas pobres jentes; y ahora parecíale encontrarlo solo, pues faltaba lo que le daba animacion y vida.

Luisa, despues de haber permanecido un largo rato inmóvil frente a las puertas cerradas que daban a las habitaciones ahora solitarias de la familia Lopez, se dirijió hácia la pieza de la pobre viuda a quien habia socorrido una vez y a quien habia dicho que mandase a su casa cuando tuviese necesidad de algun ausilio.

La mujer que continuaba postrada en la misma cama en que la habia visto como siete meses antes, reconoció a Luisa en el momento y rompió en llanto diciendo con voz conmovida.

—¡Qué consuelo! La vista de usted, señorita, me prueba que han de volver luego... ¡Ah! Si usted supiera cuánto

bien me hacia Mercedita y la señora Marta! Desde que ellos partieron todo se acabó...

—Lo comprendo, contestó Luisa enternecida; ¿pero por qué no ha mandado usted a casa?

—No he podido moverme, y mis hijitos son tan pequeños; sin embargo, lo que usted me dejó me ha servido muchísimo, asi tambien como lo que me dió la señora Marta antes de partir; sin esto, ya no existiria...

—¡No haberlo sabido yo! esclamó Luisa; pero ya remediaremos el mal y a usted no le faltará en adelante lo necesario.

—Gracias, señorita; Dios premiará su caridad.

—Ya principio a recibir la recompensa, dijo Luisa al solitario, porque me siento casi alegre con la idea de socorrer a esta infeliz a quien protejian Mercedes y su madre y a quien continúan protejiendo por mi conducto; y luego dirijiéndose a la enferma, añadió:

—Lo que yo haga, señora, agradézcaselo de preferencia a Marta y Mercedes, pues es sin duda alguna el espíritu de ellas el que me ha traido aquí y el que ahora me anima.

—Si, señorita, así debe ser; pero no por eso dejaré de rogar a Dios por usted.

—Hágalo, hágalo siempre, que bastante lo necesito; y yo seré quien deba estarle reconocida.

—Ha sabido usted, señorita, de mis bienhechoras? ¿Vendrán luego? ¡Qué gusto tendria de verlos!

—Yo nada he sabido; pero pídaselo usted al Señor y lo conseguirá.

—Es lo que hago todos los dias... es lo que hago a todo momento, pero mis santos no me oyen; yo seré tan mala...

—Continúe usted sin desmayar, y al fin lo conseguirá.

—¡Y pensar que esa virtuosa familia debe sufrir muchísimo? Porque, señorita, ha de saber usted que el jóven Enrique, hermano de Merceditas, está en la Penitenciaria, no por crímen alguno, señorita, porque toda esa familia es

santa, sino porque se metió en la revolucion; y poco tiempo despues desaparecieron todos, sin saber donde, sin que hayan vuelto una sola vez, sin tener la menor noticia del lugar donde se encuentran.

—¿Y no ha visto usted a ninguno de sus conocidos?

—A ninguno, señorita.

—Es raro, mui raro.

—Asi lo dicen todos, ¡y ya hace como cinco o seis meses que se ausentaron! Pero es imposible que no vuelvan, porque es probable que no dejen perder sus trastos que están guardados en las piezas.

—Esperemos; y si usted tiene alguna noticia, hágamela saber en el acto.

Luisa se despidió de la enferma dejándole para mientras algun dinero, yendo en seguida a visitar a cada uno de los pobres habitantes del conventillo y esparciendo sobre todos ellos sus dones en conformidad a sus necesidades, saliendo de aquella miserable morada mas contenta que del mas suntuoso palacio, porque habia sido colmada de bendiciones.

—Desde la muerte de mi mamita, dijo Luisa al solitario cuando estuvieron solos en el coche, este es el dia en que he sentido en mi corazon algun alivio. ¡Qué placeres tan inmensos produce la caridad!

—Asi es, hija mia; no hai goce mayor en este mundo que el hacer el bien.

—¡Y tan pocos que lo practican! ¿Cómo es que los hombres anteponen los efímeros pasatiempos de la vanidad a las delicias puras, duraderas y provechosas de la caridad? Estoi por creer que no saben ser felices por ignorancia.

—De todo hai en el mundo, hija mia, de todo; pues no falta la maldad, y el egoismo es un sentimiento mui jeneral.

—Por egoismo debiera uno ser humano.

—Soi de tu misma opinion; pero mientras no se conciba, mientras no penetre en nuestros corazones el espíritu verdadero de la moral cristiana, no habrá esperanzas de refor-

ma, y los que practican la caridad continuarán, como hasta aquí, siendo una escepcion.

Esta agradable plática se interrumpió con la llegada del coche a la casa de Luisa.

Guillermo estaba en la puerta de calle y abrió la portezuela del carruaje, presentando cortesmente la mano a su esposa para que bajase, y diciéndole con aire de un tierno reproche:

—¿Por qué no me dijistes que pensabas salir? Te habria acompañado con mucho gusto. Esta es la primera vez que das un paseo y hubiera sido conveniente hacerlo juntos.

—Creia que no te seria agradable, porque he ido a casa de pobres.

Guillermo tembló involuntariamente, pues creyó que Luisa hubiera ido a ver a Mercedes; pero sabiendo que se habian ausentado desde mucho tiempo y que el hermano estaba en la Penitenciaria, se serenó; sin embargo, siempre tenia sus temores, y para cerciorarse de lo que habia sucedido, le dijo:

—¿Y por qué supones que no me habria sido agradable ir a ver a pobres?

—Porque los desprecias.

—Ya sé a lo que te refieres; pero uno se modifica.

—Ojalá; lo deseo por tu propio bien.

—¿Me prometes entonces convidarme en otra ocasion?

—Te lo propondré, y si quieres, lo aceptarás.

—Querré, aun cuando no fuera mas que por darte gusto.

—Cuando las cosas son forzadas, no voluntarias, salen mal.

—Pero en mí será voluntario, porque quiero agradarte, quiero que me ames como yo te amo.

Y esto fué dicho en voz mui baja y acompañando a la palabra un suave apreton de manos.

Luisa miró a Guillermo con ese aire de duda y de sorpresa que causa un acontecimiento inesperado.

—No te asustes, querida mia, continuó en el mismo tono

Guillermo. Yo he respetado tu dolor y por esto no te he dicho mi pasion, pero todo tiene su término y ya seria en mí una descortesia el no decirte el cariño que siempre me has inspirado y que ahora mas que nunca siento en mí.

—La herida está mui fresca, mi dolor es mui profundo para que pueda sentir y apreciar emociones distintas; de consiguiente, te agradeceré el que demos punto final a esta conversacion.

Y diciendo esto, se desprendió del brazo de Guillermo, corrió a su pabellon y se encerró en él.

El marido quedó sorprendido, porque habia sido tan rápido aquel movimiento y tambien tan inesperado que ni siquiera pensó en detenerla, quedándose de pié en el mismo sitio durante un largo rato.

Cuando volvió de su estupefaccion, díjose a sí mismo: "Es estraordinario lo que a mí me pasa: hace como dos meses que estoi casado con mi mujer y aun no le he dicho "te quiero;" y ahora que apenas he llegado a pronunciarlo, no solo no me escucha sino que huye"...

Un pensamiento rápido y terrible pasó sin duda por su imajinacion en aquel instante, porque mudó de color repetidas veces, llevándose la mano a la frente y sacudiendo fuertemente la cabeza.

—¡Imposible! dijo entre dientes; si hubiera sabido, no se habria casado conmigo.... Ya veremos quien vence.

Y Guillermo se dirijió a las habitaciones de su madre.

Intertanto Luisa habia encontrado sobre su costurero una gruesa carta dirijida a ella, lacrada de negro con un sello estraño que le era completamente desconocido y que se asemejaba a esos pedacitos de trapo bordados denominados escapularios que se colgaban antiguamente al cuello todas las mujeres de nuestro pais, y aun los hombres, conservándolos todavia nuestras madres y hasta no pocas personas de las nuevas jeneraciones, pero cuyo uso se pierde dia a dia; sin embargo, las monjas santiaguinas fabrican aun juguetes de una

ignorante supersticion a los que atribuyen grandes virtudes sirviendo como amuletos para preservar al que los carga de muchos males y de muchos peligros, y los regalan a sus conocidos creyendo que les hacen un grande obsequio. Hai algunos de estos escapularios que son realmente valiosos, porque a mas del trabajo, están bordados con hilo de oro y con perlas o piedras preciosas, sobre todo cuando la monja los dedica a algun obispo, a un ministro de estado o a un presidente que talvez no se desdeña en llevarlos al cuello debajo de la camisa y de la banda tricolor.

Luisa daba, pues, vuelta a aquel grueso paquete, miraba aquel sello estraordinario y no se atrevia a romperlo; temia encontrar algun terrible misterio, pero vencida al fin por esa curiosidad que despierta lo desconocido y que crece mientras mayor es el temor que causa, hizo saltar el negro lacre, apareciendo un pequeño retrato de su tia en traje de monja y de fecha reciente; pues representaba a una mujer de edad y que revelaba en sus facciones un largo sufrimiento por su mirada triste y dulce y su cara descarnada y pálida.

Antes de principiar a leer aquel largo escrito, contempló Luisa detenidamente el retrato de su tia durante mucho tiempo, como si pretendiese descubrir en aquellas facciones lo que debia haber sentido y haber pensado aquella alma en su prolongado cautiverio. En seguida llevó a sus labios aquella imájen besándola con ternura y derramando sobre ella un torrente de lágrimas, lágrimas que la aliviaron en parte de sus dolores pasados y de sus dolores presentes que eran, se puede decir asi, unos mismos, porque las impresiones no se aislan sino que se encadenan y la reminiscencia del sufrimiento de ayer nos hace sufrir hoi y nos hará sufrir mañana hasta que el tiempo la debilite sin por esto estinguirla.

III.

En el grueso paquete que Luisa conservaba entre sus manos, habia varios papeles independientes los unos de los otros, como documentos o piezas justificativas de alguna causa, pues notábanse distintas escrituras que puso aparte, disponiéndose para leer lo que decia el mas voluminoso de ellos y que iba todo escrito de puño y letra de su tia.

Pero apenas habia trascurrido las primeras líneas cuando Luisa dió un fuerte grito, cayendo desmayada, pero que afortunadamente oyó Ceferina que corrió presurosa donde ella prestándole los primeros ausilios, yendo en seguida a llamar al solitario y a Guillermo, dirijiéndose primero donde aquel, ya fuese por simpatia o ya porque supiese que podia serle mas útil por sus conocimientos; de consiguiente, fué él el primero que penetró en el cuarto de Luisa, pudiendo ver el retrato de la monja a quien reconoció en el acto a pesar de los años trascurridos y del cambio natural operado por el tiempo.

Los papeles que habian motivado el desmayo de Luisa estaban en el suelo, y el solitario los recojió y guardó por prudencia figurándose que aquellos papeles debian contener talvez cosa que convenia que ignorase el marido que no tardaria en llegar, como sucedió en efecto, pero habiendo ya hecho desaparecer los documentos que ocultó en sus inmensos bolsillos sin leer una sola línea.

Luisa, vuelta en sí, nada mas que con la impresion del agua fria con que le habia rociado la cara, se encontró rodeada, sin darse cuenta de ello, del solitario que le tenia una mano tomándole el pulso, de su marido, su suegra y Ceferina que le preguntaron tan luego como abrió los ojos qué era lo que le habia pasado.

Luisa miró al principio a todas aquellas personas con cierta estrañeza como quien dice: "¿Qué significa esto? Pero

luego se le vino a la memoria la carta y la buscó con la vista por todas partes preguntándose a sí misma, si lo que acababa de sucederle seria o no un sueño, y para cerciorarse de ello dijo:

—¿Dónde está la carta que acabo de tener y que principiaba a leer?

—¿Qué carta? respondieron todos mirándose unos a otros.

—La carta que encontré en el velador, la carta de mi tia... de mi pobre tia que ha muerto!...

—¡La carta de tu tia! ¿De tu tia la monja? esclamó doña Porfira sobresaltada. ¿Has recibido una carta de ella y dices que ha muerto?

—La he encontrado sobre mi velador cuando volví. La he tenido largo rato en mis manos sin abrirla, porque tenia temor: su lacre negro y su sello me infundian miedo, y con razon; pues, lo primero que ví fué su retrato, y lo primero que leí su muerte... ¿Pero dónde está la carta? Yo quiero leerla hasta el fin, porque no pude continuar hace poco, pero ahora tengo fuerzas, estoi decidida.

—Pero si no hai ninguna carta, Luisa, querida Luisa, contestó Guillermo: debe ser una ilusion, talvez un sueño.

El solitario permanecia impasible y mudo. Sabedor él de todo cuanto habia acontecido entre la tia de Luisa a quien habia amado en su juventud, y el padre de Guillermo a quien habia muerto, presumió que aquella carta contenia revelaciones de importancia y que solo debia ver Luisa a quien la entregaria en tiempo oportuno y aparentó la misma sorpresa que los demas agregando para quitar toda sospecha:

—Yo no creo que sea sueño o ilusion, sino que lo que Luisa ha sabido, es real y positivo: la tia monja debe haber muerto y ella lo ha adivinado, talvez lo ha visto con los ojos del alma. Yo he presenciado muchos casos de estos, y sin comprender ni poder esplicarme ese sonambulismo de los espíritus, he sido testigo de algunos de estos prodijios y aun en la historia se refieren muchos.

Y como si se hubiera combinado de antemano un plan para engañar a Guillermo y a doña Porfira, entró en ese momento un criado que les hizo una seña misteriosa para llamarlos hácia afuera, diciéndoles que en la mañana de ese mismo dia habia muerto en el monasterio de... la madre abadesa, tia de la señorita Luisa.

Doña Porfira y Guillermo quedaron asombrados e hicieron a su vez señas al solitario para comunicarle la noticia que venia a apoyar lo que él acababa de decir, preguntándole en seguida:

—¿Qué haremos? ¿Qué partido tomar? ¿Debemos disuadir a Luisa o decirle la verdad?

—Es preciso obrar con prudencia, contestó el solitario. El estado en que se encuentra esta niña es mui delicado, y no tomando precauciones, puede suceder una desgracia; pero si ustedes quieren, si ustedes tienen confianza en mí, yo me encargo de hacer el golpe menos sensible. Conozco a Luisa y sé la manera como debo de tratarla.

—Le dejamos a usted toda libertad, señor, contestó Guillermo, quedándonos solamente el sentimiento de ignorar el nombre de la persona a quien debemos ya tantos favores.

El solitario vió en el acto bajo aquella apariencia de interes y de gratitud, toda la malicia que encerraba la pregunta, y respondió:

—Cuando hago algun servicio, señor, y lo actual está mui lejos de serlo, porque yo debo desde tiempo atras muchos beneficios a la familia de Luisa y a Luisa misma, cuando hago algun servicio, repito, trato de no aparecer, si es posible, por cuya razon le suplico que me escuse si no le digo mi nombre por ahora.

—Veo que es un partido tomado y no quiero contrariar su voluntad, dijo Guillermo con cierto tono de despecho que en vano trató de dominar.

—En estas circunstancias no deben despreciarse los instantes, repuso el solitario, refiriéndose al estado de Luisa, y

con la autorizacion de ustedes me ocuparé de la enferma.

Y todos tres entraron nuevamente al cuarto de Luisa que se habia quedado sola con Ceferina, estrañando la desaparicion repentina de aquellas pèrsonas que le eran tan inmediatas.

Doña Porfira, como siempre, llenó de caricias a Luisa, manifestándole el mayor interes, diciéndole los mas grandes elojios y añadiendo todos esos consuelos vulgares que los indiferentes prodigan con profusion y que saben de memoria, pronunciándolos de corrido y casi sin pensar en ellos, pero con la seguridad de haber sido elocuentes y persuasivos.

Satisfecha, pues, doña Po fira con su manera de conducirse y convencida que habian producido un grande efecto sus palabras, se retiró con su hijo para dar lugar a que el solitario le comunicase la infausta noticia que acababan de recibir y a lo que ella se habia referido de un modo indirecto.

Cuando el anciano se vió a solas con Luisa, le dijo que no habia sido mera ilusion la lectura de la carta, sino que era efectiva, pero que él la habia guardado teniendo motivos para ello, motivos que talvez le serian revelados en la misma carta que le entregaba, suplicándole solamente que ya que no podia menos de sentir esta nueva desgracia, estaba en el deber de conservarse, no entregándose del todo a la tristeza, pues necesitaba de su cooperacion para buscar el medio de salvar a Enrique.

El hábil anciano sabia el poder que ejercia en Luisa este solo nombre y de cuanto era capaz de obrar con la sola idea de poder ser siquiera útil a aquel jóven a quien ya le era prohibido ver, al que estaba obligado a renunciar para siempre.

La recomendacion produjo, pues, el deseado efecto, porque Luisa dijo al solitario.

—¿Tiene usted esperanza?

—Nunca la he perdido, y todavia no hemos dado ningun

paso con este fin. La enfermedad de tu mamita y la tuya nos lo ha impedido; y ahora que pensaba que habia llegado ya el tiempo de obrar, esta nueva desgracia quizá nos lo ¡impida.

—No, maestro mio, no; yo tendré fuerzas para luchar, no me dejaré abatir y la esperanza me sostendrá triunfando de mis pesares o haciéndome superior a ellos.

—Sí, hija mia, necesitas de toda tu enerjia: en esto está el mérito y quizá en esto consiste el triunfo. Ahora seguro que mantendrás tu espíritu tan tranquilo como te sea posible, voi a dejarte el tiempo necesario para leer la carta de tu tia.

—Para usted no tengo secretos, señor, y podríamos leerla juntos.

—Tú hablas por tí; pero piensa que aquí pueden haber secretos de otros. Ten ánimo, hija mia, para soportarlo todo y puedas en seguida cumplir tu mision.

El anciano se retiró, y Luisa quedó sola contemplando aquella carta que al fin se determinó a abrir nuevamente, y leyó el contenido que era el siguiente:

IV.

"*Monasterio de las... julio* 20 *de* 1851.

"Mi querida sobrina:

"Cuando esta carta llegue a tus manos ya habré desaparecido de este mundo: tal ha sido la última órden que he dado y que sé se cumplirá puntualmente.

"No me sientas, no me llores, mi querida Luisa; alégrate mas bien de mi muerte porque ella me libra del tormento de la vida: ella me liberta de mis pesares y hasta de mis remordimientos, pues los he sentido ahora mas que nunca al saber que mi hermana te ha sacrificado a una quimera. ¡Ah! ¡Por qué no me lo prevendria antes, que yo hubiera

evitado tu desgracia y no tendria ahora tanto de que arrepentirme! Pero no la culpes, su falta tiene un noble oríjen y hai errores que emanan de la virtud o que son la virtud misma como te lo probará la lectura de esta carta.

"Tú debes ignorar, hija mia, lo que ha sido mi vida y ojalá la confesion de mis faltas encuentre en tí alguna induljencia: necesito tu perdon, Luisa, para ir al fin a unirme a los seres a quienes he amado tanto y a quienes he hecho tan desgraciados, y contando con él es que muero en paz, porque creo haber espiado bastante mis estravios para que Dios no me haya acordado el suyo.

Despues de este párrafo seguia la relacion minuciosa de sus amores con Guillermo de...; de cómo habia conocido su engaño cuando ya no habia remedio; del dolor que habia sentido al saber la muerte de Eduardo, habiéndose persuadido que ella era la principal causa de aquella lamentable pérdida, pérdida que habia llorado hasta el último momento de su vida; de las relaciones que habia tenido con el coronel don Toribio de Guzman, cuyo aprecio se habia conservado intacto por largos años, recordándolo siempre con gusto, y últimamente, de los nuevos acontecimientos y de la carta que habia recibido de su hermana al otro dia de su fallecimiento, etc.

"Despues de esta descripcion, hija mia, continuaba la carta, voi a entrar a hablarte de cosas que te conciernen; y aun cuando ya el mal está hecho y no hai como volver atras, sin embargo puede ser que te sirvan de algo, al menos por lo que respecta a la fortuna de que te constituyo única heredera, preservándote esta circunstancia de muchas incomodidas a que podria verte espuesta, para lo cual te acompaño todos los papeles que anulan la donacion que hice a Guillermo de muchos de mis bienes y en favor de un hijo que tuve de él y del que se encargó, por la intervencion de una criada llamada Anastasia Pincheira, una mujer de la villa de San Bernardo y cuyo nombre era Mariana Ponce.

Esa mujer, muerta hace algunos años, habia remitido la fé del fallecimiento de mi hijo a la tal Anastasia Pincheira de quien recibiera el niño, y ésta me trajo a mí el documento con mucha reserva hace solo unos cuantos meses, de manera que ese acto de donacion queda nulo volviendo esos bienes que la familia de Guillermo ha retenido usurpados durante muchos años, a mi poder, o, lo que es lo mismo, al tuyo.

"Mucho, muchísimo me cuesta hacerte estas revelaciones; pero tengo que obedecer al mandato de tu madre que hace pocas noches se me apareció entre sueños diciéndome solemnemente: "Yo he cometido un error, hermana mia, al unir a mi hija con Guillermo de... y es preciso que tú venzas tu vergüenza en bien de mi Luisa, haciéndole una relacion de tu vida para preservarla de otras desgracias que podrian sobrevenirle ignorándola;" y la vision desapareció, quedándome tan grabada la imájen de mi hermana y sus palabras, que no he podido olvidar ni a la una ni a las otras; y desde ese momento hice el propósito de revelarte toda mi existencia con sus faltas, con sus dolores, con su espiacion: mi promesa la estoi cumpliendo; quiera Dios que produzca los efectos deseados.

"Pero no me limitaré únicamente a hablarte de mis estravios, sino que quiero ir mas lejos, poniendo ante tu vista la larga y dolorida existencia que he pasado en esta inmensa tumba donde el vulgo cree que se cobija la virtud y donde solo existe el fastidio, la desesperacion, y en algunos casos; la demencia y la estupidez.

"Tú eres jóven, querida hija mia, y talvez en un momento de abnegacion, de aburrimiento o de delirio, te sacrifiques, creyendo encontrar aquí la paz, creyendo que los claustros dan al espíritu la tranquilidad necesaria para no pensar en otra cosa que en Dios; pues bien, Luisa, yo te hablo con la esperiencia de mi vida, con el convencimiento de mi razon, y te aconsejo que jamas adoptes una existencia contraria a

las leyes de la naturaleza, contraria al organismo, contraria al entendimiento, contraria a la voluntad, contraria a los instintos, contraria a todo lo que nos ha dado Dios de noble, de afectuoso, de grande.

"Yo creí en un principio, sobrina querida, espiar mis faltas entregándome esclusivamente a llorar sobre ellas; pero en estos claustros donde no se respira el amor, donde no se encuentra otra cosa que la desolacion, porque sus heladas paredes enfrian todo afecto, y las momias silenciosas que los habitan respiran tan glacial indiferencia que entumecen el corazon, y el hielo penetra hasta los huesos.

"El año de mi noviciado, Luisa, estuve bien, mui bien: estuve en conformidad con mis gustos, con mis ideas y con mis aspiraciones; me encontraba rodeada de pequeños cuidados; me parecia haber hallado, en lugar de una hermana, muchos hermanas, porque creia que me amaban: las monjas tienen tambien su política, sus ambiciones, sus cálculos y saben finjir en este estrecho recinto, tanto o quizá mas que lo que finjen los diplomáticos en su grande esfera de accion.

"La abadesa era una pariente de Guillermo, de Guillermo a quien todavia yo amaba, aunque habia renunciado a él; pues por sus mentidos consejos me resolví a tomar el hábito, diciéndome que allí aquietaria mi conciencia turbada por el remordimiento, y que de esa manera salvaba las apariencias conservando intacto el honor de la familia y un eterno y espiritual amor a él. La abadesa segundó sus planes; me hizo, en el intervalo del noviciado, suave y feliz la vida, y pronuncié mis votos; pues independiente de las sujestiones de Guillermo, tenia la abadesa un interes particular en que tomase el velo, porque hacen gala los conventos de que adopte la vida monástica una niña jóven, rica, de las principales familias y particularmente si es hermosa; y lo era yo en realidad.

"Este cálculo de estas infelices mujeres es una especie de venganza contra la sociedad y sus encantos de que ya no

les es permitido participar; asi es que desearian que todas se sometiesen al penoso yugo que pesa sobre ellas; pues yo no he visto jamas seres mas envidiosos y de almas mas apocadas que las monjas: resultado a que las conducen las prácticas insignificantes a que están sometidas, el ocio en que viven y las pocas emociones que sienten, esceptuando las de sus odios sordos y tenaces, de sus rencillas solapadas, de sus manejos tenebrosos y de sus venganzas mezquinas y terribles.

"Llegó al fin el dia de mi profesion. Habian tenido el cuidado de presentarme la vida del claustro dulce y misteriosa, suave y apasionada, aspirando solo al perfeccionamiento del espíritu para estar siempre en tiernos coloquios con un Dios lleno de bondad, de misericordia y de amor. Yo tenia esa exaltacion de las almas sensibles y elevadas que han cometido una falta y que para borrarla quieren llegar al perfeccionamiento, y me desprendia sin dolor, casi podré decir con delicia, de todo cuanto amaba en el mundo, incluso el hombre por quien me sacrificaba y a cuya vista queria aparecer con esa aureola de virtud sublime para que jamas me olvidase, ya que no podiamos unirnos; porque, como te lo he dicho, Guillermo era casado; de manera que buscaba únicamente el consorcio de nuestras almas purificadas por el sacrificio, para contemplarnos, libres de remordimientos, allá en los cielos, y que, libres tambien de impuros y terrenales afectos, nos posásemos, por medio de nuestro pensamiento, en el seno de Dios.

"Ese dia en que una se presenta por última vez al mundo y en que es ataviada de todas las grandezas humanas para despreciarlas en presencia de todos, es jeneralmente un dia hermosísimo para la jóven novicia, es un dia de triunfo, y el orgullo humano disfrazado con el manto relijioso, le persuade que es una heroina, que sale fuera de la esfera comun, que desprecia lo que los otros acatan, que mira con soberano desden lo que los demas buscan con ánsia,

que es grande sobre los grandes; y triunfante y llena de majestad, se despoja de sus vestiduras, se despide de sus padres, se dirije al altar, toma su hábito, pronuncia el juramento con voz vibrante de relijioso entusiasmo y se cubre el rostro con el espeso velo: ¡aquella alma desde ese momento queda trasformada en cadáver! ¡aquella fisonomia no brillará ya con ningun afecto tierno y apasionado! ¡aquel corazon ha dejado de latir para siempre, a no ser que esperimente las convulsiones violentas de la desesperacion y mas tarde la agonia del fastidio!

"¡A cuántas reflexiones, hija querida, no se presta este absurdo estado! ¡Ai! Las leyes de la naturaleza no se burlan, no se combaten impunemente, no; las personas que las contrarian son víctimas de su estravio y sufren las consecuencias! ¡Y qué consecuencias, Dios mio! ¡Mas valiera no haber nacido, mas valiera haber muerto!... ¡Votos eternos para un ser, como el hombre, que cambia de ideas, de pasiones, de voluntad, de afectos, a cada año, a cadia dia, a cada instante! ¡A qué abismo nos han conducido nuestras preocupaciones! Este ha sido uno de los delirios humanos que ha inmolado en el altar del fanatismo numerosas e inocentes víctimas! No, Luisa, cualesquiera que sean tus sufrimientos, tus dolores, tus desengaños, no adoptes el partido que yo adopté, no sigas el camino que yo seguí, porque te encontrarias en él cien mil veces mas desgraciada, y muerta para siempre a toda esperanza.

"Dejo a un lado mis reflexiones tristes para continuar mi no menos triste narracion.

"El dia del monjio yo estaba en el colmo de la felicidad, estaba poseida del mismo vértigo que todos esperimentan en aquellos momentos, y me parecia que las puertas de los cielos se habian abierto para recibirme, entreviendo ya la gloria del Señor. ¡Cómo pintarte, Luisa, aquel estado de mística exaltacion, aquel arrobamiento delicioso que producia en mí todo cuanto me rodeaba! Imposible; pero lo

que puedo decirte es que me creí divina o pronto a serlo.

"Las monjas me rodeaban, me acariciaban, me prodigaban alabanzas, me entonaban salmos, estaban de fiesta, estaban realmente alegres, estaban triunfantes: ¡iba a ser como ellas, y esperimentaban ya la alegria del diablo!... ¡Qué regocijo mayor que hacer un desgraciado! ¡Dicha de Satanás! al menos yo no te he sentido nunca!...

"La iglesia estaba perfumada, llena de luces, llena de flores, llena de incienso, y ocupaba la espaciosa nave un jentío inmenso.

"A mi aparicion se dejó sentir un murmullo jeneral y llegaron hasta mis oidos las esclamaciones de admiracíon que mi presencia arrancaba a los espectadores.

"Qué jóven! ¡Qué hermosa! !Qué encantadora! decian algunos ¡Qué dicha! ¡Qué gloria! ¡Qué felicidad para sus padres! decian otros. ¡Digna esposa de Jesucristo! repetian muchos! Y unos pocos, pero mui pocos y en voz mui baja esclamaron: "¡Qué lástima! ¡Qué desgracia!" ¡Ai Luisa! Estos últimos eran los que estaban en posesion de la verdad; a los otros les cegaba el fanatismo...

"Yo dirijí mi vista serena por toda aquella concurrencia, y distinguí a Guillermo en el mismo lugar apartado en que tenia costumbre de colocarse cuando venia a orar. Toda mi alma estaria sin duda en aquella mirada... Le dirijí una última sonrisa y levanté mi vista al cielo, como quien dice: "allá nos uniremos;" y este era en realidad mi pensamiento, mezcla de misticimo y de pasion, de amor divino y de amor humano... ¡En ese instante fuí dichosa como no lo será nadie!...

"Mi segunda mirada fué para mi hermana y su marido. Me habian dicho de antemano el lugar en que estaban colocados, porque tenia que despedirme de ellos como los únicos miembros de mi familia, y me fué fácil hallarlos. Mi hermana tenia un pañuelo en sus ojos y tu padre estaba mui cambiado, mui flaco, mui triste! Sentí en ese momento un

dolor agudo y llevé la mano a mi corazon, pues comprendí todo el mal que le habia hecho. ¡Pobre Eduardo! Yo lo llevé a la tumba!... Pero él me ha perdonado y tú tambien me perdonarás. ¿No es verdad, Luisa?

"Esta especie de remordimiento que me asaltó en medio de mi éstasis, lo amortiguó la idea de que iba a purificarme, de que estaba ya purificada; proponiéndome, sin embargo, hacer la felicidad de ustedes como una escusa mas que me daba a mí misma para borrar en mi conciencia hasta el mas pequeño vestijio de mi falta. ¡Promesa vana! ¡Esperanza que nunca debia realizarse!... Al dia siguiente era presa de mi remordimiento y lo he sido casi toda mi vida, porque al dia siguiente debia caer la venda que cubria mis ojos. Pero cada cosa vendrá a su tiempo con la continuacion de mi historia.

"Jamas se han borrado de mi memoria aquellas horas en que fuí tan feliz; pero la reaccion ha sido terrible y esa felicidad ha causado mi tormento mas cruel, mi tormento incesante.

"Yo estaba ataviada con el mayor gusto. Llena de pedrerias, debia parecer una divinidad, pues cuando me miré al espejo me sorprendí yo misma. Tenia conciencia del efecto que produciria en los espectadores, porque lo sentia en mí. A las esclamaciones de admiracion sucedieron los sollozos y las lágrimas de un gran número de personas que sin duda simpatizaban con mi juventud, y puedo decirlo ahora sin vanidad, con mi belleza.

"Esas lágrimas, resultado en unos de la compasion y en otros de la alegria, eran para mí el mas rico incienso y me gozaba en ellas, creyendo que a medida que se aumentaban por ese contajio del dolor, me desprendia mas y mas del mundo, alzándome envuelta en vaporosas nubes hácia las rejiones etéreas: creíame ya en los cielos y desde aquella altura miraba con piedad a los míseros mortales que dejaba en la tiera.

"Despues se dió principio al sermon. El orador sagrado, lleno de uncion, hizo el panejírico de la vírjen que se consagra a Dios. Lo confieso, yo me ruboricé un tanto, empero creia mi contraccion tan pura, mi fé tan sincera, mi pensamiento tan elevado, mi desprendimiento tan sublime, mi abnegacion y mi sacrificio tan incomparable, que me juzgaba suficientemente santificada y suficientemente digna para aspirar al título de esposa de Jesucristo. ¿Estaba yo engañada? Sin duda alguna, como mis sufrimientos posteriores lo prueban.

"El sacerdote continuó el sermon, realzó mis prendas personales, mi estirpe, mis riquezas, mis triunfos en la sociedad, mis esperanzas halagüeñas y justificadas que me abrian de par en par las puertas de todos los encantos, de todos los atractivos, de todas las glorias del mundo; y que sin embargo preferia la vida austera, el manto burdo y humilde de la monja, el duro lecho de una tarima que se asemejaba mas bien a la fria losa de un sepulcro, agregándose a esto la soledad del claustro, la privacion de todo goce que no fuera el amor de Dios, la oracion constante, el silencio, los silicios, la maceracion santa, la obediencia pasiva, la prescindencia de todo afecto, de todo lazo, de toda relacion esterior: pero que en cambio iba a tener la dicha inmensa, la dicha infinita, la dicha que no tenia ni precio ni comparacion, la dicha inimitable y augusta de ser una de las esposas de Jesus..., una de las vírjenes que rodean el Sagrario y cuyos asientos están juntos, son los mas inmediatos al trono de Dios.

"Esta peroracion, adornada con todas las galas de la elocuencia, con toda esa poesia mística del culto, con ese solemne aparato del rito, conmovió tan profundamente al auditorio que solo se oian sollozos, no habiendo quizá en el sagrado recinto, una sola persona, salvo Guillerno, que no vertiese lágrimas; y yo misma estaba tan fuertemente impresionada que hubo un momento en que creí perder el co-

nocimiento: pero sin duda, esperando este resultado, tenian la vista fija en mí, y fuí inmediatamente socorrida.

"En seguida el orador se dirijió a mí para exhortarme en el cumplimiento de mis sagrados deberes, para que no desfalleciera, siguiendo con constancia el camino del perfeccionamiento que habia abrazado, no teniendo ya nada que hacer ni con el mundo ni con los hombres, pues valia mas que todo el mundo y los hombres juntos con el solo hecho de tener el título y de ser en realidad una de las sagradas esposas de Jesucristo.

"Mi espíritu habia llegado a tal grado de exaltacion que si me hubiera dicho el sacerdote que estaba ya gozando de la gloria de Dios, lo habria creido sin vacilar, pues a mí misma me lo parecia ya, o al menos me figuraba que por un milagro del Señor me habia dejado entrever la morada de los cielos; pero salí de esta deliciosa absorcion mental para entrar a la vida positiva, cuando me dijeron que ya era tiempo de dar el último abrazo, el último adios, la despedida última al mundo y a mi familia.

"Abracé, pues, a mi querida Juana y a mi querido Eduardo. La fisonomia de ambos no se me ha borrado jamas, especialmente la de tu padre... Por sus pálidas mejillas corrian dos gruesas lágrimas, las únicas que habia derramado, y una de ellas que, al abrazarlo, cayó por casualidad en mis labios, era amarga, mui amarga... tan amarga que me parece sentirla aun, cual si me hubiera horadado el paladar... En seguida me dijo estas solas palabras:

—Dios quiera que seas feliz; yo rogaré a él por tí...

"Despojada una vez de mis espléndidas vestiduras y puesto el hábito de monja, se apagaron las luces y entré en las tinieblas... Las decoraciones se habian cambiado... La transicion fué rápida y terrible... Del cielo bajé a los infiernos...

V.

"Apenas se cerraron tras de mí las puertas eternas del cláustro, y cuando todavia resonaban en la iglesia las pisadas de las personas que la abandonaban, cuando aun los últimos sonidos del órgano no se habian estinguido y cuando las monótonas salmadios de las monjas no se habian apagado todavia en mis oidos, la abadesa, cambiando como por encanto la alegria y suavidad de su semblante en un ceño airado, me dijo con un tono severo que me heló el corazon:

—Sor Ursula, dentro de una hora preséntese usted a mi celda, pues tengo que hablar en privado con usted.

"Fué tal la turbacion y el espanto que me causaron aquellas pocas palabras que no pude contestar, y solo esclamé: "¡Madre!" Y me püse de rodillas cruzando mis brazos sobre el pecho.

"La altanera abadesa me miró de arriba abajo de una manera tan glacial que quedé petrificada. En seguida me repitió:

—Dentro de una hora, sor Ursula, y salió sin añadir mas.

"Las demas monjas la siguieron y yo quedé sola, completamente sola en el coro, es decir, en aquel recinto en que pocos momentos ántes me habian manifestado tanta bondad y tanto cariño, en que pocos momentos antes me habian dicho que yo estaba llamada a ser una de las lumbreras de la comunidad y que desde novicia se contaba conmigo para que hiciese florecer el monasterio; sin duda porque todavia no tenian asegurada la víctima, porque aun me quedaba tiempo para retractarme teniendo la posibilidad de abandonarlos en ese supremo instante en que yo misma poseia la facultad de decidir de mi suerte; pero todo esto lo vine a comprender mucho despues, cuando ya no habia esperanza, cuando no habia posibilidad, cuando estaba obli-

gada a tascar el freno sin que me fuera posible arrancarlo o destrozarlo.

"No sé, hija mia, cuánto tiempo permanecí allí completamente anonadada, completamente abatida y sin darme cuenta de lo que pasaba ni aun siquiera de la órden de la abadesa, de esa órden que tanto me habia impresionado y que era la causa del estado en que me encontraba.

"Es probable que la abadesa me mandase buscar viendo que trascurria mas del tiempo que me habia fijado para comparecer a su presencia, pues salí de mi estupor cuando una monja remeciéndome suavemente como quien despierta a una persona dormida, me dijo:

—Hermana: ¿qué hace usted aquí? La madre abadesa me manda a buscarla.

—La madre abadesa! esclamé, ni mas ni menos que si volviera de un letargo o saliera de un profundo sueño, ¿para qué me quieren?

—No lo sé hermana.

—Ah! ya recuerdo: ella me dijo de ir a su celda dentro de una hora, ¿habrá pasado mas tiempo? Voi en el acto. Y me puse de pié.

—Es probable que asi haya sucedido. ¿Cuándo le dió a usted la órden?

—Tan luego como se concluyó el monjío... Tan luego como entraba de la iglesia al coro. No soi yo acaso la novicia que ha profesado hoi?

"La monja me miró asustada, temiendo sin duda que hubiera perdido el juicio, y en verdad que casi tenia razon; en seguida me dijo:

—La misma.

—Pues bien, vamos donde la ábadesa. ¿Sabe su maternidad para qué me necesita?

—No.

—¿Cree usted, hermana, que haya pasado mas de una hora?

—Si su reverencia me dice que la madre abadesa le dió la órden de comparecer a su presencia cuando concluyó la funcion, es claro que ha trascurrido mucho mas tiempo, y esto es motivo sin duda porque me ha mandado a buscarla.

—¿Qué irá a sucederme?

—Supongo que nada si acaso es un olvido involuntario: la madre abadesa es mui buena y bondadosa.

—¡Bondadosa! No lo creo.

—No diga usted eso, me contestó la monja asustada y volviendo la cara para todos lados como para cerciorarse de que no habia sido oida; y luego añadió: es un pecado grave para nosotras hablar mal de sus superioras, y yo estoi en el deber de comunicarle lo que se habla: esta es la regla.

—Ah! hermana, dispénseme..., yo no he querido hablar mal de su reverencia... Esto no es otra cosa que el resultado del estado en que me encuentro; discúlpeme, hermana.

—La única que puede perdonar es la madre abadesa, pero, repito, cuente usted desde luego con su induljencia; porque sabe perdonarlo todo y disculparlo todo. En lo único que es ríjida y con lo cual no transije, es cuando se falta a la regla o cuando no se someten al precepto de *Santa obediencia*; porque esto es lo esencial, y sin ello no podríamos existir ni tan tranquilas ni tan ordenadas y florecientes como lo hemos estado hasta hoi, y como espero en Dios que lo estaremos siempre.

—Pero yo no he desobedecido; y si he faltado ha sido contra mi voluntad.

—Ya lo veo, hermana y se lo haré presente a su reverencia, la madre abadesa.

—Está bien, vamos.

"Y me dirijí con pasos vacilantes al cláustro en que está la celda de la superiora de mi convento, en compañia de la otra hermana, que me dejó en la pieza que servia como de antesala, diciéndome que iba a prevenir a la madre abadesa de mi llegada.

"Pasado un instante, volvió la misma monja y me hizo seña de seguirla.

"La madre abadesa estaba sentada delante de una mesa en que habia gran número de papeles, un crucifijo de bulto y de un tamaño considerable, algunos libros al parecer de devocion y un manojo de llaves.

"Aquel cuarto era espacioso, y dos ventanas de vidrio daban a un pequeño patio, donde se veian algunas macetas de flores y muchas jaulas con pájaros, a los que era mui afecta la abadesa. Las murallas de aquella habitacion estaban casi cubiertas de grandes cuadros de santos, entre ellos algunos de bastante mérito.

"El sillon que ocupaba la abadesa era de suela y tachonado con clavos amarillos, y en el resto del cuarto habia algunos sillones de paja y unos cuantos taburetes. A los piés de su reverencia roncaba un enorme y rollizo gato color de tigre y de vista fosforescente.

"La monja que me acompañaba hizo una profunda reverencia al entrar al cuarto. Yo la imité.

"Permanecimos paradas sin tomar asiento y sin que la abadesa nos invitase.

"Me contempló, sin proferir palabra, por un largo rato, con esa mirada escrutadora, fria y penetrante que caracteriza al juez y que por lo regular fascina al reo, haciéndole temblar con el hecho solo de clavarle la vista.

"Despues de este exámen me dijo con tono mas dulce:

—¿Por qué no ha venido usted, sor Ursula?

—No ha sido por faltar a la obediencia, le contesté, sino porque tantas emociones turbaron mi memoria, y a nó ser por la madre, que su reverencia se sirvió mandar en mi busca, aun permaneceria en el coro y en el mismo lugar en que usted me dejó.

"No sé lo que pasaria por la imajinacion de la superiora en ese momento; pero continuó mirándome fijamente, y despues de este exámen me dijo:

—Talvez echa usted de menos el mundo y sus pompas; pero ya es tarde: usted ha tenido todo el tiempo necesario para resolverse. Ninguna sujestion ha obrado sobre usted. Sus votos han sido libres y su juramento con pleno conocimiento de causa. Siento, pues, que se haya arrepentido demasiado tarde para no poder salir y demasiado temprano para principiar nuestra santa vida, cuyas dulzuras no conoce usted aun.

"Al pronunciar la palabra dulzura, me pareció notar una amarga e imperceptible sonrisa en los delgados labios.

—Puedo asegurar a su reverencia, contesté humilde y tímidamente, pues la mirada de aquella mujer ejercia sobre mí la fascinacion del miedo, esa fascinacion que paraliza y entumedece los movimientos; puedo asegurar a su reverencia, repetí, que he pronunciado mis votos libremente, que no tengo todavia motivos para arrepentirme de la santa vida relijiosa que he abrazado con gusto y aun podria decir con entusiasmo, y que seguiré, espero en Dios, con todo el fervor y toda la humildad necesaria hasta llegar a ser una digna esposa del Señor.

—Sor Ursula, lo que usted dice está bien: asi es como debe obrar siempre una esposa de Jesus. Tome el ejemplo de mis otras hijas, sus otras tantas hermanas, y marchará usted por buen camino, siguiendo sin apartarse jamas de la regla de nuestra santa fundadora; pero desgraciamente tengo algunos motivos para creer que su vocacion no ha sido tan verdadera y tan espontánea como lo afirma ahora, sino que motivos puramente humanos han influido en su determinacion; y ojalá me hubieran sido conocidos antes para haber reparado el mal; pero solo me fueron descubiertos a última hora, cuando ya no habia remedio, sino cometiendo un escándalo que no existe igual en los anales de nuestra comunidad y que la hubiera perjudicado a usted altamente en el concepto público. Estas dos causas tan poderosas: el honor de la órden y la reputacion de una señorita, me obli-

garon por deber y por caridad a no interrumpir la ceremonia. ¡Dios quiera que haya acertado en mi determinacion y que sea ella de su agrado! Pero para impetrar el poder del Altísimo en caso que haya obrado mal, voi a hacer *tocar a comunidad* (1) para que se pongan mis amadas hijas en oracion.

—¿Pero qué es lo que yo he hecho, madre mia? esclamé llena de turbacion.

—Voi a dejar a sor Ursula el tiempo suficiente para que recapacite bien lo que ha hecho y me conteste mañana: hoi queda sor Ursula libre del cumplimiento de las obligaciones de la regla; mientros nosotras todas iremos a postrarnos humildemente a los piés del Señor para suplicarle que me perdone a mí por si he delinquido, por si no he tenido el cuidado necesario por el bien y prosperidad de este santo rebaño que me ha sido confiado y del cual tendré que dar estrecha cuenta ante el trono del Señor.

"Y la abadesa hizo ademan para que me retirase, ordenando a la otra hermana que me condujera a la celda que se me habia destinado.

"Yo estaba aterrada y me dejé guiar sin pronunciar palabra, casi sin ver nada.

"Llegamos al fin a un corredor angosto y húmedo, a cuyo estremo habia una puerta que la monja abrió, diciéndome solamente:

—Esta es la celda de sor Ursula.

"Yo no me dí cuenta al principio de la habitacion que me hábia sido destinada desde aquel dia que entraba a formar parte de la comunidad y que habia llegado al alto y codiciado grado de ser *madre* o monja de *velo negro*, sino que viendo un crucifijo sobre una mesa, me hinqué ante él

(1) Término que usan las monjas cuando son convocadas para deliberar sobre un caso grave; y el sonido particular que se da a la campana cuando esto sucede causa una sensacion profunda y es un magno acontecimiento que pone a las monjas en santo movimiento.

y lloré muchísimo sin decirle nada, sin pedirle nada y talvez sin pensar en nada, siendo quizá aquello un simple desahogo de la naturaleza que se unia a mi devocion y a mis creencias.

"Todo ese dia lo pasé encerrada y sola en mi celda sin tomar el menor alimento y aturdida a tal punto que me parecia que no era la misma mujer o que habian trascurrido muchos años desde los momentos antes que me encontraba en la iglesia, brillante de hermosura y llena de un celestial regocijo. ¡Ai! imposible, Luisa, que tú comprendas tan súbito cambio, tan repentina trasformacion y que yo pueda esplicártelo; lo único que me es dado decirte es que casi no tenia conciencia de mi ser, es decir, si existia o no.

"Mui tarde de la noche me dió sueño, porque la naturaleza siempre vijila por la conservacion, y busqué mi cama para acostarme. El mullido lecho consistia en una tarima y una vieja frazada; pero no tuve tiempo de pensar en esto, que era en realidad mui insignificante comparado con lo demas que me sucedia; y me dormí profundamente.

"No sé la hora que seria cuando desperté, pues el sol no penetraba en el angosto corredor sino a las doce del dia y por un cortó espacio de tiempo: era sin duda el lugar en que me encontraba una especie de calabozo, pero mucho menos terrible que el que tuve ocasion de conocer despues (1), que, si no me engaño, existe en todos estos santos

(1) Poco tiempo hace que todos los diarios chilenos publicaron las atrocidades cometidas en un convento de monjas de Cracovia; de consiguiente, no se crea exajerado lo que decimos sobre las nuestras, porque esta es la natural consecuencia de esos votos perpetuos que, contrariando las leyes de Dios, perturban las tendencias del hombre y lo desfiguran de tal manera que esos reclusos llegan a formar casi una especie distinta sin relacion con el resto de la humanidad, y no pocas veces en lucha con ella. Si se revelaran los misterios, los dolores, las deserperaciones, los crímenes talvez que encierran esos claustros y que durante siglos no han traspasado la espesura de sus murallas, quedando sepultados en esos lóbregos recintos, nos pasmariamos quizá a pesar de la corrupcion del siglo. Pero es natural que asi suceda, cuando se conculcan y se empeñan en anular las leyes eternas de la creacion que, a despecho de los esfuerzos del hombre, renacerán siempre continuando la obra infinita que admiramos sin comprender. No es

asilos en que se albergan las personas que se consagran esclusivamente al servicio del altar y a la prédica por el ejemplo, por la accion y por la palabra, de las virtudes que se llaman tolerancia, mansedumbre, humildad y conformidad, pues recuerdo que algunos años mas tarde, echando

nuestro ánimo negar que en esos claustros hayan existido y existan santos varones y santas vírjenes; pero si fuera posible establecer una estadística exacta, ¡qué reducido seria talvez su número! Y tan convencidas van estando las sociedades de la verdad de lo que decimos que en muchos paises no se admiten ya los votos perpetuos. Se ha dicho que en esta medida se ataca la libertad individual; y nosotros somos de opinion que se conserva, porque no es atacar la libertad individual el detener el brazo del suicida. La restriccion temporal del voto no quita la perpetuidad del voto, porque el individuo que quiere pasar encerrado para siempre en un claustro puede hacerlo al amparo de la misma lei, renovando sus votos periódicamente. Por otra parte, en nuestro siglo semejantes instituciones son ya incomprensibles anacronismos: talvez sirvieron en las pasadas edades, (lo que dudamos mucho a pesar de lo que afirman algunos historiadores si ponemos en la balanza los males que han producido y la ignorancia y supersticion que han fomentado) pero que eran inútiles y perjudiciales en los tiempos presentes; sin embargo, déjeseles que existan en buena hora, pero poniendo a las mismas personas que tienen esas tendencias al amparo *de la lei* previsora, para que no sean toda su vida víctimas de un momento de exaltacion o de delirio; y de esta manera los claustros podrian ser vijilados por la autoridad civil para amparar a muchos desgraciados cuyos lamentos se ahogan muriendo en la desesperacion. Y de esta manera, volvemos a decir, las leyes que erijen a todo un pais, penetrarán al interior de esos recintos misteriosos, llevando el áncora de salvacion a muchos desgraciados sin dejar aislados esos puntos a donde no alcanza ahora a penetrar su influencia, parapetándose en privilejios e inmunidades que ya no se pueden acordar, que ya no deben existir y menos tolerarse.

Nosotros hablamos bajo el punto de vista social y bajo el punto de vista humanitario sin tomar en cuenta el punto de vista relijioso; pero si para los dos primeros es indispensable la abolicion de los votos perpetuos, lo creemos tambien mui útil para el segundo, porque destruir los abusos no es destruir la relijion si no que es purificarla y conservarla, pues con lo primero se consigue lo último. Cuando el catolicismo haya sacudido toda la carcoma que las pasiones y las ambiciones ciegas y erróneas que los hombres han añadido al tronco, cuando hayan desaparecido las temporalidades de los Papas y de los sacerdotes, cuando hayan desterrado del culto todo el paganismo de que lo rodean actualmente materializándolo y ridiculizándolo, cuando se destierren del santuario las aspiraciones esencialmente mundanas en que viven los llamados a combatirlas, cuando se presente y se enseñe la moral en su forma pura, en su forma elevada y ajena de prácticas insignificantes, cuando la humildad y la caridad sean el símbolo y la doctrina de los *levitas* difundida por medio de la accion para que los demas hombres los sigan con el acto, entonces sí que el catolicismo, disipando las tinieblas, conseguirá la *universalidad* que se ha decretado, pero que está mui lejos de poseer; porque entonces estarán en relacion íntima, en completa armonía la creencia con la civilizacion, la fé con la ciencia, la relijion con el progreso, la obra con la idea; mientras que ahora nos vemos obligados a rechazar la creencia que se nos impone si aceptamos la civilizacion

abajo un cuerpo de edificio, se encontraron dos murallas casi unidas y algunas osamentas: este sin duda habia sido un lugar de castigo oculto, cuya existencia no se conocia, habiendo estado reservado a mui pocas personas, por cuya razon habia desaparecido de la memoria de todas las monjas que formaban la comunidad, quedando solamente ciertas tradiciones que se contaban las unas a las otras como esas historias antiguas hechas ex-profeso para producir tétricas impresiones en la imajinacion ardiente y jeneralmente fantástica de la juventud, que se complace y prefiere todas aquellas cosas que las conmueve fuertemente; sin embargo, se citaban algunos nombres particulares de los verdugos y de las víctimas, entre cuyas fantásticas relaciones se daba la preferencia al de una abadesa llamada la madre Encarnacion Valdivia, que habia hecho morir en un sótano y empalada a una pobre monja que tenia por nombre sor Ursula Urrutia; pero que al dia siguiente del fallecimiento de dicha monja principió la abadesa a sentirse mala, hasta que, no pudiendo soportar ya lo que le pasaba, se vió obligada a consultar el caso al confesor; y era que sor Ursula se le aparecia todas las noches a las doce en punto y se acostaba con ella en la cama, empalándola lo mismo que la habia empalado a ella en vida, sin que hubiera oraciones ni escapularios que le valieran para libertarse de aquella terrible aparicion, y que habiéndole aconsejado el confesor que durmiera con dos crucifijos, uno en cada costado, se le habian retirado éstos, habiendo venido en su lugar dos diablos en compañia de sor Ursula, que se habia condenado por haber muerto desesperada, llevándose a la abadesa a los infiernos en cuerpo y alma, pues al dia siguiente se encontró la celda

que surje, y a renegar de la fé en caso de dar crédito a la ciencia, porque en el estado actual de cosas esa creencia, esa fé y esa relijion están plagadas de cosas que chocan el entendimiento, que repugnan a la razon y que no acepta el buen sentido; y este es el motivo porque cunde el escepticismo que es tanto o mas pernicioso que el fanatismo desde que nos lleva al indiferentismo, que es el emblema de la inercia moral.

vacia, un fuerte olor a azufre y la cama chamuscada como por llamas y que los dos crucifijos habian vuelto la espalda a la abadesa para no ver que se la llevaban los diablos, lo cual era evidente, porque los habian encontrado con la cara hácia la pared.

"Yo me habia reido muchas veces de este cuento y de la credulidad de las novicias, donde se referia como un hecho; pero ese dia se me vino a la imajinacion a causa de la coincidencia de tener el mismo nombre, como tambien de encontrarme en un cuarto que se asemejaba a un calabozo y lo dura que se habia mostrado conmigo la abadesa el dia anterior.

"Estaba sumida en esta reflexion penosa, cuando se me presentó la misma monja a llamarme de parte de la superiora que me estaba esperando. Al oir esta órden esperimenté un terror pánico, que, paralizando sin duda la circulacion de la sangre, me oprimió de tal manera el corazon, que quedé helada y exánime por algunos minutos, bañando todo mi cuerpo un sudor frio.

"La monja me miraba sin decirme palabra; y viendo que no me movia, me repitió la órden.

"Entonces me paré como pude y marché con ella. Mis pasos eran vacilantes como los de un beódo y no podia en mi cabeza coordinar dos ideas: tal era mi turbacion, tal mi miedo...

VI.

"La madre abadesa estaba sentada en el mismo lugar en que la habia visto el dia antes, y me recibió con un tono de glacial ceremonia, diciéndome:

—Sírvase, sor Ursula, tomar asiento, pues tenemos que hablar bastante largo.

"La abadesa debió conocer mi estado, que, por otra parte, estaba visible, pues añadió:

—Serénese usted antes de todo.

—Y en seguida hizo una señal a la monja para que se retirase.

"Quedamos solas.

"Despues de un rato pasado en un silencio profundo, rato que ella aprovecharia en examinarme, pues yo no me atrevia a levantar los ojos, me dijo:

—Ayer ha tenido, madre, todo el dia para reflexionar bastante, y usted debe haber comprendido, por lo que le dije, la materia de que se trataba o el punto delicado a que aludia; y por esa misma razon acordé a usted ese perentorio plazo, eximiéndola a la vez de todas sus obligaciones como monja, pues el artículo tal de nuestra regla me da esta autorizacion.

—No sé a lo que su reverencia se refiere; y si he de confesar a su reverencia la verdad, no he tenido ocasion de reflexionar.

—¿Y qué ha hecho usted todo este tiempo?

—Nada... He sufrido, he llorado: esto es todo.

—Pero no se sufre ni se llora sin motivo; y segun las apariencias, su residencia en el convento le ha sido agradable; ayer no mas estaba usted brillante de alegria; ¿qué puede haber motivado trastorno tan grande en tan pocas horas?

—Su reverencia lo sabe.

—Sí; pero yo sé que el mismo motivo tenia la señorita antes que el que tiene ahora la monja, y que antes estaba mui satisfecha y ahora la veo mui abatida; ¿cómo una misma causa puede producir dos efectos distintos?

—No lo ocultaré: el único motivo que me ha puesto en este estado ha sido el que apenas habia yo pasado de la iglesia al coro, cuando su reverencia me ha mirado y hablado con una severidad... inmerecida...

—¡Inmerecida! ¡Sor Ursula! me contestó la abadesa levantándose de su asiento y mirándome con ceño airado. ¿Cómo se atreve usted a calificar de inmerecido ese peque-

ño acto de severidad, que prueba toda mi induljencia, sabiendo, como sabe usted, de donde proviene?

—Lo ignoro.

—¡Lo ignora! Basta de hipocresia, sor Ursula, porque tengo sobre mi mesa documentos cuya autenticidad no se atreverá usted a negarme.

—Puedo asegurar a su reverencia que ignoro el motivo; que estoi completamente inocente.

—Con menos tenacidad, mi induljencia habria sido mayor, y el arrepentimiento de su falta habria traido tras de sí el perdon; pero su persistencia en continuar en la negativa me prueba su pertinacia en el mal, y su pertinacia en el mal me obliga, con mucho disgusto mio, a tener que emplear el castigo como único correctivo.

"Estas amenazadoras palabras, mi querida sobrina, volvieron a traerme el recuerdo de la inverosímil historia de la abadesa Encarnacion Valdivia y de la antigua sor Ursula, y temblé de nuevo, lo cual visto por la madre, continuó diciéndome:

—A lo que se debe temer es a la culpa y no al castigo, porque aquella mancha mientras que ésta purifica; pero yo quiero que usted misma sea su juez.

Sor Ursula, agregó la abadesa con tono solemne, cruzando los brazos sobre el pecho y levantando los ojos al cielo; usted se ha presentado aquí como una vírjen pura y casta, y sin embargo, habia llevado en el mundo una vida licenciosa.

"Un rayo no me habria hecho tanto efecto como estas palabras. Yo habia caido, es verdad, pero no habia dejado de ser digna: mi culpa era el resultado de una pasion estraviada, pero no del vicio; y la prueba mejor de mi delicadeza era que lo habia sacrificado todo, que habia sacrificado hasta a mi mismo amante, porque en ese momento lo creia todavia con el alma mas noble, por tal de conservar el honor, de recuperar la pureza obligándome a pasar por el crisol del sacrificio; de manera que cuando oí la palabra

licenciosa, me irrité y dije resueltamente a la abadesa:

—Mienten y miente.

"La superiora se puso lívida de cólera, pero se contuvo, dominándose hasta el punto de decirme con dulzura:

—Yo desearia, hija mia, que se hubiesen engañado y en engañarme yo misma, pues con tal de que una de mis monjas saliera triunfante de cualquier imputacion, daria con gusto mi vida, porque lo que mas estimo y lo que mas amo es su virtud; y ojalá, sor Ursula, pudiera usted combatir, anular, destruir los documentos que tengo aquí presentes y que le mostraré en seguida, para hincármele de rodillas en presencia de la comunidad y pedirle públicamente perdon de haberla juzgado mal.

"Se habia obrado en mí, con aquel grosero insulto, una reaccion prodijiosa: me volvió toda mi antigua altivez, y mirando de frente a la vieja monja, le dije:

—No es necesario que su reverencia me pida perdon, porque desprecio un insulto, tan impropio en boca de una relijiosa, como calumnioso.

"Habia, sin duda, en mi actitud, en mi mirada, en mi acento, tal fuerza de conviccion y tal enerjia, que la abadesa, aunque cárdena de rabia, bajó la vista, no pudiendo sostener el brillo de mis ojos o el grito de su conciencia manchada; pero rehaciéndose en seguida, me contestó con finjida mansedumbre.

—Sor Ursula, la soberbia es un gran pecado, y usted se ha propuesto sin duda hacerme perder la paciencia; pero ahí está nuestro Señor a quien le dijeron tantísimo sin conseguir alterarlo, y yo aunque débil trato de seguir ese ejemplo. Usted no solo no respeta a su superiora, sino que la provoca y la insulta; pero yo la perdono, sor Ursula, asi como Jesus nuestro divino esposo perdonó a los que lo desconocian e injuriaban; sin embargo, tengo que vijilar por el honor y dignidad de este santo retiro, de este convento que siempre ha sido un modelo por la virtud ejemplar de las

vírjenes que han abrazado nuestra sagrada órden; así es que me veo en la necesidad de correjir en usted un mal que, si una vez ha sucedido, no debe repetirse nunca.

He usado de la palabra licenciosa, prosiguió la abadesa, porque usted, antes de venir al convento ha estado en relaciones ilícitas con un jóven casado, y hace mui pocos dias que usted me pidió la autorizacion para hacer una donacion de cuantiosos bienes que poseia en favor de un niño, y este niño era un hijo suyo, sor Ursula, fruto de un trato tanto mas pecaminoso cuanto que el padre de esa infeliz criatura es un hombre casado, siendo de consiguiente el oríjen de la discordia de una familia y de muchas otras desgracias que pueden suceder; y usted ha venido sor Ursula, a sorprender la inocencia mia y la inocencia de mis santas hijas, engañándonos con una finjida virtud para asociarse a las castas esposas de Jesucristo, tomando el mismo velo sagrado que las cubre a ellas, ¡a ellas mas puras que el dia en que nacieron y emblanquecidas ahora por el bautismo de la penitencia! ¡Cómo, pues, sor Ursula, pretender que yo no defienda la pureza de mis santas hermanas! Yo no puedo, sor Ursula, en conciencia, dejarlas en contacto con usted; y ya que me es vedado arrojarla del claustro, porque desgraciadamente para nosotras y para usted misma, está ya consagrada, veré modo de aislarla, lo que servirá de precaucion para ellas y de castigo para usted.

Ahora, continuó, sin permitirme que hablase, poniéndose ella el dedo índice sobre sus delgados y pálidos lábios, no es calumnioso lo que estoi diciendo, pues aquí tiene usted sus propias cartas desde larga fecha y algunas de ellas datadas desde esta santa casa. ¿Negará usted, pues, la evidencia? Negará usted su propia letra, su propia firma? Negará usted ese instrumento público para el cual usted me pidió permiso engañándome?

"La abadesa hizo una pausa y me miró con ironia, añadiéndo:

—Responda, ¿confiesa o niega, sor Ursula, el hecho?

"Yo conocí mis cartas y se me reveló en el acto toda la negra perfidia de Guillermo y aquella maquinacion infernal que se habia tramado para apoderarse de mi fortuna. Habia caido en un lazo tendido de antemano con mucha premeditacion y consumado ahora con la mayor infamia y con la mayor crueldad. El esceso de mi indignacion ahogó mi vergüenza, haciendo desaparecer tambien mis temores, y contesté resueltamente:

—La señorita de..... confiesa el hecho; la monja lo niega.

—No comprendo esas distinciones; y me parece que la señorita de... es la misma persona que sor Ursula.

—Sor Ursula no ha delinquido jamas; y el crímen mas grande que ha cometido la señorita de... no es haber sido seducida, sino el no haber conocido a un infame...

—¿Es este su arrepentimiento? me dijo la abadesa, enfurecida. ¿Es esta la escusa que da usted al engaño que ha cometido apoderándose indebidamente del santo hábito que la cubre.

—Yo no he engañado a nadie, sino que se me ha engañado a mí, y su reverencia es cómplice tambien de ese engaño. Yo he tomado el hábito, yo he renunciado a todo, porque creí en la virtud de un malvado, primo de su reverencia, y porque tenia y tengo ahora mas que nunca, fé y confianza en la bondad y misericordia de Dios, a quien buscaba, a quien busco y a quien buscaré con mas ahinco, porque comprendo que es el único consuelo, el único amparo, el único refujio que me queda en la vida y que nadie me puede arrebatar, nadie... aun cuando me sepulten viva...

"Estas palabras creo que impresionaron algun tanto a la abadesa. En seguida continué:

—Cuando tomé la resolucion de hacerme monja, dije al confesor mi estado, le descubrí mi vida y le descubrí mi alma por completo, y él me perdonó y él aprobó mi resolu-

cion y él me dijo que Dios me recibiria gustoso en sus brazos y creí lo que el confesor me dijo entonces y lo creo aun como lo creeré siempre...

Pero todavia hai mas, señora, proseguí: ayer mismo, antes de recibir el velo sagrado, y por consiguiente, antes de recibir al señor en el Sacramento, hice con el mismo sacerdote, que es el director del convento, mi confesion jeneral, y volví a preguntarle con toda la humildad de mi corazon y bañada en lágrimas; si seria digna de ser la esposa del Señor; y él me respondió por tres veces: sí, sí, sí; y en seguida me dió su santa absolucion. Hé aquí el motivo en que me fundaba poco há para decir a su reverencia: la señorita de... confiesa el hecho, pero la monja lo niega; porque si he sido criminal en el siglo, he sido virtuosa y verídica en el claustro... Ahora espero que su reverencia me diga si he cometido o no un sacrilejio, segun parece que considera su reverencia el acto de mi profesion.

—Hipócrita, esclamó la abadesa, no sabiendo qué contestarme. Sor Ursula, usted no me engaña con sus sofismas. Usted ha burlado la confianza de todo el mundo. Usted ha prostituido nuestra santa órden. Usted ha manchado el tabernáculo. Usted ha desconocido y ajado mi autoridad. Usted no se somete a la santa obediencia que le es prescrita por la regla. Usted será castigada, y castigada de una manera ejemplar... Usted queda desde ahora condenada a morir en el *in pace* reservado a las réprobas, a las contumaces y a las sacrílegas.

"Y la abadesa se sentó en su sillon, porque no podia sostenerse.

—Usted, su reverencia, le contesté, queda desde ahora tambien citada por mí ante el tribunal de Dios... Su reverencia, que ocupa el lugar y quizá hasta el mismo aposento de la antigua priora del convento, Encarnacion Valdivia, y yo que hago el mismo papel de sor Ursula y a quien me asimilo por el castigo que me preparan injustamente y has-

ta por el nombre, a usted y a mí nos correrá la misma suerte... Prepárese.

"Este reto, este llamamiento a la presencia de Dios, este caso práctico que le presentaba y que ella talvez creia, la entonacion vigorosa y profética de mi voz, todo sin duda, contribuyó a atemorizarla de tal modo, que despues de un instante repuso con voz balbuciente:

—No quiero que se diga que llevo el rigor hasta ese punto. Quiero usar con usted de mas mansedumbre para ver si así conoce sus estravios y se arrepiente de ellos. Continúe usted ocupando la misma celda, sometida a todas las prácticas que ordena la regla, y con la espresa prohibicion de hablar con nadie. En el coro y en el refectorio se sentará tambien en un lugar aparte y que le será designado ahora mismo. Vaya usted en paz y pídale al Señor que la perdone.

—Rogaré a su Majestad que nos perdone a ambas, le contesté.

"Y salí de la celda de la abadesa sin que ella se apercibiera que la enerjia que me habia sostenido un momento iba decayendo...

VII.

"Tantas emociones en tan poco tiempo no solo habian influido sobre mi espíritu, sino que habian hecho flaquear mi cuerpo; me sentia débil, me sentia con fiebre, pero me parecia que me habia rejenerado en parte, aunque escesivamente abatida.

"Cuando llegué a mi celda no pensé en otra cosa que echarme a los piés del Señor, y perturbada como estaba mi alma por tantas tribulaciones, tomé en mis manos el Santo Cristo que se encontraba sobre la mesa, y arrodillada y llorosa cual otra Magdalena, no tuve mas aliento que para decirle como el profeta rei: "*Pequé, señor, tened misericordia de mí!*"

"Sin duda por efecto del sacudimiento o de la violencia con que tomaria con mis manos crispadas el crucifijo, se desprendió su brazo derecho del pequeño clavo que lo sostenia, enredándose entre mis cabellos, ni mas ni menos como si hubiera querido abrazarme. En ese instante sentí como un choque eléctrico, pero dulce a la vez que profundo: me pareció que Dios me habia perdonado, que me aceptaba por su sierva y por su esposa: ¡grata ilusion de un cerebro trastornado, pero no por eso menos eficaz y menos dulce! pues he conservado esa impresion durante largos años, sirviéndome de lenitivo en mis pesares, de amparo en mis tribulaciones, de sosten y de guia en mi creencia y en mi fé, y últimamente de consoladora esperanza en mi natural término: en mi muerte...

"Es probable que permaneceria algunas horas en un letargo absoluto, pues cuando recuperé mis sentidos, que en mi conciencia no habia perdido, me hallé rodeada de varias monjas que se empeñaban en levantarme y quitar de mis manos el crucifijo que yo tenia asido con tal fuerza, que era imposible arrancármelo sin romperlo, resolviendo por esta razon dejármelo o talvez no atreviéndose a despojarme de él violentamente por cierto respeto relijioso.

"Una fiebre violenta se apoderó de mí, y pasaria, segun me dijeron despues, como quince dias entre la vida y la muerte, pero en todo ese tiempo no me desprendí del crucifijo, no teniendo otra conciencia de mi ni dando otra señal de mi vida que el retener fuertemente la sagrada imájen del Salvador cuando pretendian despojarme de ella.

"La juventud me salvó y mi restablecimiento fué rápido, porque a esa edad se convalece lijero; asi es que tan luego como estuve en estado de salir, se me ordenó de parte de la superiora que asistiese al coro a todas las distribuciones y a los demas deberes que prescribia la regla.

"Yo obedecí en el acto, y la primera vez que asistí a la hora de *prima* se me señaló lugar separado para hacer mis

oraciones y completamente aparte del resto de la comunidad. Yo conocí que este era un vejámen, pero me resigné en silencio. Tenia ademas la órden de que yo fuera la última monja que me retirara del coro, estando obligada a quedarme allí hasta que hubieran desaparecido todas.

"Pero lo que me estrañó sobremanera fué que ese dia y así sucesivamente todos los otros y en cada distribucion venian las monjas una a una donde yo estaba prosternada, y, dándome con el rosario en la cabeza, me decian estas palabras:

—Arrepiéntete de tu pecado.

"Cambiando de espresion una sola de ellas, que con voz dulce y compasiva pero mui baja, casi imperceptible, como para no ser oida, me dijo:

—Paciencia y esperanza en Dios.

"Te lo confieso, Luisa; en el primer momento me dió un sentimiento de indignacion esta práctica cuyo significado ignoro y que supongo fué invencion de la abadesa, a tal punto, que estuve por pararme e injuriar a la superiora delante de toda la comunidad; pero afortunadamente me contuve; y cuando oí el consejo que me daba aquella voz dulce que me era desconocida, me serené y me resigné, influyendo de tal manera en mí aquellas palabras de "paciencia y esperanza en Dios," que bastaron por sí solas para darme aliento y aliviar mi amargura.

"Pasé así algun tiempo sin hablar con nadie y recibiendo diariamente el mismo castigo, pero oyendo tambien el mismo consuelo, hasta que un dia vino a mi celda la monja que ya te he mencionado, y que sin duda era la confidente de la abadesa, a decirme que ésta me llamaba porque tenia cosas de familia que comunicarme.

"Para mí habia pasado todo temor, porque estaba resuelta a todo; así es que me paré en el acto sin vacilar y seguí a la monja sin desplegar mis labios, aun cuando ella trataba de darme conversacion, porque yo me habia propuesto obe-

decer estrictamente el mandato, y por otra parte, siéndome fácil comprender de dónde provenia la locuacidad de aquella madre que en otras ocasiones no habia querido contestar a mis preguntas, me resolví a guardar el mas absoluto silencio.

"La abadesa, en cuanto me presenté, se informó de mi salud, añadiendo que esperaba me resolviese a no permanecer contumaz para de esta manera obtener el perdon, pues el castigo que se habia visto obligada a imponerme disminuiria considerablemente y era para ella el mayor sacrificio verse compelida a usarlo siempre.

—Tengo la conciencia tranquila y no sé lo que su reverencia encuentra en mí de pertinaz, le contesté.

—Hai mucha soberbia en usted, sor Ursula, prosiguió la abadesa.

—Puede ser mui bien; no pretendo ser perfecta, y todos los dias me empeño en correjirme y le pido a Dios su gracia.

—Lo que usted me contesta lo está probando claramente: ademas, siempre permanece sin pedirme perdon.

—¿De qué falta? Su reverencia sabe mejor que nadie que sor Ursula es inocente.

—¡Esto es lo mismo que decirme que yo soi la culpable! No apure usted mi paciencia, sor Ursula, y me vea obligada a salir de la moderacion que me he impuesto.

"Yo guardé silencio y la abadesa continuó:

—Su soberbia está de manifiesto y Dios la castiga, no materialmente como lo hace la superiora, sino hiriéndola en sus afecciones, que sé que usted conserva siempre por las personas que viven en el siglo, aun cuando debiera haberlas completamente olvidado.

"Yo miré a la abadesa para saber lo que queria decir, y la cruel monja se sonrió, agregando:

—No le demoraré la noticia, sor Ursula, para que cuanto antes ruegue usted a Dios por su hermano político don Eduardo, que ha fallecido ayer.

—¡Eduardo! esclamé fuera de mí por el dolor que me habia causado aquella noticia; ¡Eduardo, yo he sido quien te ha muerto!

—¿Con que usted lo ha muerto y lo confiesa como si no fuera nada?

—Su reverencia es cruel.

—No soi cruel sino que soi justa, y en prueba de ello la creo inocente del crímen de que usted se acusa ahora, porque tengo la seguridad de que la muerte de don Eduardo no ha sido causada por usted sino ordenada por Dios, porque todo este tiempo no se ha movido usted del claustro; vaya usted en paz.

"Aquella maligna ironia encerraba tanta animosidad, tanto deseo de mortificarme, que produjo en mí un efecto contrario y tuve compasion de aquella alma tan llena de ponzoña, y le dije con conviccion humilde.

—Rogaré a Dios por mi hermano y por su reverencia para que los perdone, pues por mi parte ya yo he perdonado a su reverencia. Tambien rogaré al Señor que me perdone a mí por el mal que he hecho al primero.

"Yo conocí que mi respuesta la habia herido en lo mas vivo a la abadesa, porque la ví mudar de color; pero no me dijo nada y salí.

"Tú comprenderás, querida hija mia, cuánto sentimiento no me causaria la inesperada muerte de tu padre y cuánto remordimiento a la vez, pues yo estaba persuadida y lo estoi todavia que yo he sido la causa de esta desgracia; pero tengo la seguridad de que ya él me ha perdonado y no dudo un momento que tú imites a tu padre.

"Continuaré mi penosa relacion, que ojalá hubiera ya concluido, porque el referírtela aviva mis dolores.

"Pocos dias trascurrieron cuando fuí nuevamente llamada por la abadesa, a quien encontré mui ajitada preguntándome sin entrar en preliminares, como era su costumbre.

—Sor Ursula, ¿conoce usted al coronel don Toribio de Guzman?

—Sí, madre, le contesté: he tenido ese honor y conservo por él gratos recuerdos y grande estimacion.

—¡Gratos recuerdos y grande estimacion por un asesino! Solo usted, sor Ursula, es capaz de esperimentar tan tiernos sentimientos por un malvado! Un alma bien puesta se horrorizaria.

—¡El coronel don Toribio de Guzman asesino! La habrán engañado a su reverencia.

—¡Engañado! cuando todos los diarios lo dicen y cuando es la misma hermana de sor Ursula la que le comunica tan funesta nueva!

—¡Mi hermana! ¡Tanto tiempo que no sé de ella! esclamé involuntariamente.

—¿Y sabe usted a quién ha asesinado? prosiguió la abadesa enfurecida.

—Lo ignoro.

—Pues bien, sépalo: ha asesinado a Guillermo de... su antiguo amante, el padre de su hijo.

—¡A Guillermo!

—Al mismo: ya ve como Dios la castiga, sor Ursula, ¡y todavia no se enmienda!

—Lloro mis culpas, madre, y confieso que estas calamidades nacen de ellas, pero la justicia de Dios debe cumplirse.

—Sí, debe cumplirse; pero el medio mas seguro de que no caiga con todo su rigor es pedir perdon.

—Ya he dicho a su reverencia que sor Ursula no se cree culpable en su calidad de monja, que es en lo que su reverencia puede y debe juzgarme.

—Soberbia, soberbia infinita: está usted esperimentando el castigo de Dios y no se convence.

"En seguida, tomando su cinto, me pegó con él, diciéndome:

—Desaparezca usted de mi presencia antes que me vea obligada a emplear mi justa ira.

"Yo me fuí a la celda a echarme como de costumbre a los piés del Redentor: era solo allí donde encontraba consuelo y era el único con quien podia hablar, a quien podia y me gustaba dirijirme, pues toda comunicacion con las otras monjas me era prohibida, y del esterior no sabia nada, ignorando completamente si habrias venido tú y mi hermana algunas veces a verme o si me habian escrito; en una palabra, qué era lo que sucedia en el recinto de mi escasa pero querida familia; y salvo los dolorosos acontecimientos que me habia revelado la abadesa, sin duda con la intencion de hacer mas penosa mi vida, todo lo demas lo ignoraba, porque la superiora habia ordenado que cuando viniesen a buscarme de cualquier parte que fuesen, les respondiese siempre que no pudiendo hablar conmigo, dejasen el recado, el cual se le comunicaba inmediatamente a la abadesa lo mismo que cúanto me escribian; de manera que mi hermana ignoró hasta en estos últimos tiempos si existia o no, suponiendo talvez que la habia completamente olvidado, pero yo me habia propuesto despues guardar completa reserva con ella, asi es que nunca le comuniqué nada de lo sucedido, y estos secretos no habrian salido del recinto de nuestros claustros a no ser que me lo ordenó ella terminantemente cuando se me apareció en sueños; y como yo creo firmemente en la existencia de los espíritus y que estos se nos revelan en algunas ocasiones, he tenido que cumplir su órden y la cumplo con gusto, porque, como ella me dijo, puede salvarte de muchos peligros en la vida.

"Desde esa última vez no me volvió a llamar la abadesa durante muchos años, pero siempre pesaban sobre mí los castigos que me habia impuesto y que yo recibia con resignacion y al último con placer, porque me llegaron a ser agradables las penosas y humillantes obligaciones con que me habian sobrecargado; de manera que los cálculos de la

abadesa le salieron mal, pues en lugar de sacrificarme me robustecia cada vez mas en el ejercicio de la humildad, encontrando en ella una satisfaccion interior de que antes no tenia idea, y a medida que eran mas degradantes los servicios que me imponian, mi contento era mayor, temiendo solo que adivinasen esta satisfaccion de mi alma para que no me privasen de ella.

VIII.

"Pero sucedia en mí un fenómeno raro: a medida que aumentaba mi piedad disminuia mi devocion; y a medida que tenia mas confianza en Dios, a medida que lo amaba mas y que lo veia mas grande, mas poderoso, mas infinito, podré decirlo asi, las innumerables y monótonas prácticas de la regla me disgustaban, pareciéndome que estaban destinadas esclusivamente para formar autómatas y no seres pensadores, y que empequeñecian a Dios en vez de engrandecerlo, que desterraban el verdadero culto del alma para no tener mas que el culto del cuerpo; asi es que de todas las distribuciones o de todas las horas que se empleaban en estas ceremonias, la única que me agradaba era la de la oracion mental, porque era hecha para recojer el espíritu y elevarlo a Dios; porque la oracion mental no tiene formas sino que es la inspiracion de cada ser, el sentimiento íntimo espresado solo por el alma sin la ayuda del lenguaje, de la ceremonia, de la jenuflexion.

"Todas esas salmodias gangosas que hieren el tímpano, todos esos rezos de tabla en un idioma que apenas entienden, me parecian otras tantas puerilidades ridículas para el hombre, y por consiguiente, mucho mas ridículas para Dios. Qué! ¡Le será mas grato al Ser Supremo que le dirijan sus preces en latin en lugar del español, del frances, del griego o del chino? ¿Y saben acaso las monjas lo que dicen, cuando el poco latin que aprenden es un verdadero latin de cocina?

¿Influyen mas en nuestra mente y en nuestro corazon las palabras dichas en un idioma estranjero, en un idioma muerto, cuyo significado apenas conocemos, que las espresadas en el nuestro? Yo creo que no, Luisa, y creo mas: creo que asi se acostumbran las monjas y los frailes a mover maquinalmente sus labios en lugar de levantar el corazon a Dios, trasformando la oracion en hábito grosero y el pensamiento que la dirije y que le da alas en prácticas insignificantes que a nadie aprovechan y que en vez de aprovechar perjudican.

"Asi llegué con el tiempo a desprenderme completamente de todas esas fruslerias del rito, guardando siempre las apariencias, en primer lugar porque podia equivocarme y no queria inducir a otras en error; en segundo, porque podia dar motivo a nuevos perseguimientos; y por último, porque convenia mas a la relijiosidad de mis sentimientos, pues asi, en medio de esas jenuflexiones y distintas aberraciones de los claustros, me quedaba mas tiempo para adorar a Dios, porque me habian sobrecargado de tal manera de trabajo, que solo tenia aquellos momentos consagrados al ritual para poder pensar, para poder orar.

"Una noche, debia ser mui tarde, porque yo estaba profundamente dormida, mucho mas tarde que la hora de *queda*, sentí que golpeaban suavemente a mi puerta y me levanté algo alarmada preguntando: "¿Quién es?" *Deo gratias*, me contestaron; y respondí segun costumbre: *per semper*, apareciendo en seguida una monja alta y pálida que se dirijió a mí diciéndome, como para darse a conocer, las únicas palabras de benevolencia que yo oia diariamente en el coro: "Paciencia y confianza en Dios", y en seguida se echó en mis brazos. Yo la recibí como una amiga que Dios me mandaba para acompañarme en mi soledad y abandono, y sentí por ella una simpatia instintiva: era mi primer vínculo, era mi primer afecto, era el primer lazo que me unia a ser humano desde el dia de mi profesion.

"Oh, Luisa! no hai música mas dulce, no hai armonia mas deliciosa que la palabra de una amiga cuando se ha dejado de oir por mucho tiempo. Te aseguro que esperimenté un placer indecible al escuchar lo que me decia aquella hermana, aquella compañera del desierto.

"Me dijo que hacia mucho tiempo que deseaba hablarme, pero que no lo habia hecho, por temor de comprometerme mas y agravar mis sufrimientos; que se tenia sobre mí una vijilancia mui severa que le habia impedido acercarse; pero que ahora esa vijilancia habia cesado, sin duda porque nunca habia dado el menor motivo de sospecha; que ella habia presenciado mi profesion y habia llorado amargamente ese dia bajo su espeso velo, que rara vez acostumbraba levantar por motivos que me reveló, circunstancia, añadió, porque la abadesa y demas monjas me creen loca y me dejan en paz; y luego dijo: "La locura es en los claustros una enfermedad tan comun como el idiotismo; al fin se llega allí."

"Yo temí por un momento que no fuera en realidad a adolecer de este triste mal; pero no tardé mucho tiempo en desengañarme, pues encontré en sor Nicolasa, que este era su nombre, la mujer mas instruida, mas induljente y mas realmente cristiana que jamas hubiera conocido; pero sus ideas, ya fuera por su instruccion, por lo mucho que habia leido o por lo mucho que habia pensado, iban mas lejos que las mias, pues ella despreciaba no solo las prácticas de la órden y todo ese ceremonial que constituye el rito, sino que era deista en toda la estension de la palabra; y cuando yo le hacia algunas reflexiones, porque desde ese dia seguimos visitándonos todas las noches, sobre lo descarnado de su creencia, ella me contestaba: "Sigue tus convicciones, amiga mia; yo nunca trataré de combatirlas, porque introduciria en tu espíritu la perturbacion y este seria un mal. Debemos siempre poner acordes la práctica con la enseñanza, la conviccion con el hábito; porque si la razon nos dice una cosa y la costumbre otra, hai dos fuerzas que se ponen en

lucha, y una no llega a ser ni buena relijiosa ni buena filósofa, no llega nunca a tener esa seguridad en la idea para vivir tranquila en su creencia; con que asi, amiga mia, no hablemos sobre esto: Dios es nuestro padre comun y para él no pueden haber ni castas ni cultos privilejiados, porque su lei manifiesta es la armonia, y la armonia en el órden moral, es la tolerancia, es la fraternidad, es el amor."

"¡Qué dulces momentos, mi querida sobrina, he pasado al lado de esta amiga, de esta hermana! Las horas mas felices de mi vida se las debo a ella! Todas nuestras conversaciones eran jeneralmente sobre Dios: en ese punto estaban en perfecta armonia nuestras ideas; estábamos de acuerdo en esa contemplacion infinita y nos estasiábamos en ella. En lo avanzado de la noche, cuando nos reuniamos, nos sentábamos juntas a mirar al cielo y principiaban nuestras místicas a la vez que filosóficas conversaciones, y adorábamos a Dios, y lo amábamos, y nos hincábamos asidas de la mano, llenas de admiracion y llenas de gratitud por ese ser infinito que se nos revela en sus obras y que sin embargo nos es imposible comprender: yo tambien me iba haciendo deista insensiblemente.

"Una noche supe, por conducto de mi amiga, que la madre abadesa habia caido repentinamente enferma y que la comunidad estaba mui alarmada, pues era la monja que, independiente de su cargo, cargo que habia ejercido muchas veces, gozaba de grandes consideraciones y no se hacia nada sin su anuencia, motivo por el cual yo habia continuado siempre lo mismo bajo el mando de otras superioras, porque no habia ninguna que se hubiera atrevido a remover lo establecido por ella.

"Yo no conservaba ya, te lo confieso, Luisa, ningun resentimiento por esta mujer, sino que me compadecia de su estravio y deseaba vivamente que se arrepintiese y se reconciliase con Dios, no porque se suspendieran mis trabajos y mis humillaciones, sino porque queria su salvacion, y en

consecuencia dije a mi amiga: "Roguemos a Dios por la abadesa." Sor Nicolasa me abrazó fuertemente, diciéndome: "No me he engañado: eres como yo creia." Y se puso conmigo de rodillas delante de mi crucifijo, a pesar de su filosofia, permaneciendo en ese estado mucho mas tiempo que yo, como en una especie de completa absorcion mental. Al fin se levantó, descubrió su rostro, que estaba bañado en lágrimas, me atrajo hácia sí, y me dijo: "Ursula, me has vencido: creo en Jesucristo y lo adoro." Y en seguida se prosternó nuevamente y lo besó mil y mil veces, esclamando en varias ocasiones: "Soi feliz, mui feliz..." Iba a venir el dia y nos separamos mas satisfechas, mas contentas, mas amigas que nunca.

"Al dia siguiente todo estaba trastornado en el convento, las monjas corrian presurosas de un lado a otro y cuchicheaban cuando se encontraban, alcanzando a percibir yo algo de lo que decian, y entre otras cosas: "Que el caso era grave y que se hacia indispensable llamar a los médicos."

"Como de costumbre, me fuí al coro y me arrodillé en el mismo lugar que habia ocupado por tantos años, en ese lugar separado y donde venian las monjas a azotarme con su rosario; pero apenas me habia hincado cuando vino la priora y me dijo: "Sor Ursula, usted queda desde hoi, por órden de la madre abadesa, exenta de todo castigo y completamente reintegrada en todos sus privilejios de madre, ocupando el mismo lugar que nosotras. La madre abadesa, haciendo justicia a la humildad y a la paciencia con que ha sobrellevado por tanto tiempo las penas que, con dolor de su corazon, se vió obligada a imponerle, reconoce en sor Ursula una de las mas dignas siervas del Señor."

"Yo, sin responder una palabra, porque la turbacion embargaba mi lengua, abandoné aquel lugar que habia llegado a serme querido; y a una señal de la priora, la seguí, designándome una colocacion a su lado.

"Cuando salimos del coro, las monjas vinieron donde yo es-

taba a hablarme con el mayor cariño; y la priora, caminando a mi lado, me llevó hasta una nueva celda, diciéndome: "Esta es la habitacion que ha ordenado la abadesa se le dé a sor Ursula: queda usted en su celda."

"La celda que me habian dado era espaciosa, ventilada, alegre, y tenia todo el confortable que le era permitido a una monja de las de mayor categoria del convento; pero yo eché de menos mi humilde y lóbrego calabozo y me entristecí pensando que no veria quizá a mi amiga.

"Lo primero que miré fué la mesa para ver si estaba en ella mi viejo crucifijo con su brazo derecho desclavado, y no encontrándolo, porque me habian puesto uno nuevo y hermoso, me dirijí a mi antigua celda, donde permanecí algun tiempo despidiéndome de aquella triste morada en la que habia pasado dias tan amargos y tan felices, y donde, por decirlo asi, habia aprendido a conocer y a amar la verdadera doctrina de Cristo. En seguida tomé mi crucifijo y lo llevé con el mayor cuidado y con el mayor respeto a mi nueva habitacion, y sin desalojar al que estaba sobre la mesa, puse el otro al lado de mi cabecera, quedando contentísima al tenerlo tan cerca de mí.

"Estaba haciendo mis pequeños arreglos, como es natural en una mudanza de habitacion, porque no por ser monjas dejamos de ser mujeres, cuando sentí que golpeaban suavemente a mi puerta, y creyendo que fuera sor Nicolasa, volé a abrirle, encontrándome de frente con la antigua confidente o secretaria de la abadesa, que me dijo de una manera afable y respetuosa: "La madre abadesa suplica a sor Ursula se sirva pasar a su celda, pues quiere hablarla."

"Por única respuesta tomé mi velo y salí en el acto, acompañándome de la secretaria. Durante el corto camino me informé de la enfermedad de la abadesa, a lo que me contestó: "No hai esperanzas; los médicos, que acaban de salir, la han desahuciado."

"La monja me miró para ver el efecto que producia en mí

esta noticia, sabedora sin duda de que mi largo castigo no era tan merecido y esperando encontrar en mi semblante algun signo de satisfaccion interior, pues me parecia que se sorprendia al verme derramar algunas lágrimas.

"En cuanto me vió la abadesa, trató de incorporarse para recibirme; pero yo, conociendo la causa de aquel movimiento, porque leí en su semblante su dolor y su consternacion, corrí hácia ella, y echándole los brazos al cuello, la contuve, diciéndole al mismo tiempo: "Madre mia, perdóneme, porque mi ofensa no ha sido intencional."

"La abadesa, sorprendida, me miró un momento, dudando quizá de lo que le decia; pero convenciéndose por mi semblante de la sinceridad de mis palabras, me contestó:

—Sor Ursula, usted es mas que una mujer, es mas que un ánjel, es la verdadera esposa del Señor, y él le recompensará en el cielo lo que yo le he hecho sufrir en la tierra; mientras que a mí me castigará, debe castigarme y quiero que me castigue.

—Ese mismo deseo, madre, prueba que su reverencia está en posesion de la gracia de Dios.

—Sor Ursula, yo soi mui pecadora... Yo la he ofendido mucho, la he martirizado mucho y de la manera mas injusta; perdon...

—Dios como yo, madre, se lo tiene mucho tiempo acordado.

—Usted me citó para el tribunal de Dios, donde tengo luego que comparecer.

—Y en el tribunal de Dios encontrará su reverencia misericordia: El ha dicho que un momento de verdadero arrepentimiento basta para que el mas grande pecador obtenga el reino de los cielos.

—Sor Ursula, ¡cómo es posible que aquella a quien yo tanto he ofendido sea la que me consuele y me alivie! Pocos son los momentos que me quedan de vida; ¿querria usted tener la caridad de ayudarme en el tránsito?

—Su reverencia no pueda darme ni recompensa ni alegria mayor.

—Sus virtudes, sor Ursula, aumentan mi remordimiento; pero en algo repararé el mal, haciendo pública confesion de mi pecado.

—Yo talvez he sido la que he delinquido, no su reverencia; pero en todo caso, Dios y yo la hemos perdonado.

—No es lo bastante, no; es preciso dar un buen ejemplo siquiera, ya que se han dado tantos malos.

"En seguida llamó a una monja y le dijo dos palabras al oido; y despues, tomándome una mano, que llevó a sus labios, a pesar de mi resistencia, me preguntó:

—¿No me sucederá a mí lo que a mi antecesora sor Encarnacion Valdivia con la monja que llevaba su mismo nombre?

—No, madre, no, jamas, le contesté.

—Dios te oiga y Dios te premie, hija mia.

"Esta familiaridad con que me hablaba me enterneció y la abracé con respeto y cariño.

"En ese momento se oyó el toque conocido para llamar a comunidad.

"Poco a poco fueron compareciendo las monjas hasta que se completó el número.

"Yo reconocí fácilmente a mi amiga Nicolasa. La abadesa tambien la reconoció, y llamándola, la hizo colocarse a mi lado, como si hubiera sabido el lazo que nos unia.

"En seguida, haciendo un grande esfuerzo y pidiendo su báculo, se hincó en la cama, y bañada en lágrimas pidió perdon a la comunidad por el mal ejemplo que le habia dado, confesando todo el mal que me habia hecho, y pasándome el báculo, cual si quisiera darme su autoridad, cayó desmayada.

"Todas las monjas se habian arrodillado tambien; y conmovidas por aquel triste e imponente espectáculo, lloraban; y cada una de ellas vino donde yo estaba a pedirme a su

vez perdon, a pesar de que yo les decia que no me habian ofendido.

"Vuelta en sí la abadesa, dijo que le trajeran a su confesor, y quedándose un momento con él, sin permitir que nadie saliera de la celda, recibió la comunion y la estremauncion.

"Pocos minutos despues espiró, teniendo el crucifijo con una mano y a mí con la otra.

"El sacerdote, antes de partir, me entregó una cartera con papeles.

"Yo y mi amiga quedamos velándola.

IX.

"Despues de llenadas todas las prácticas que se acostumbran segun la regla en casos análogos, se reunió la comunidad para nombrar a la nueva abadesa y fuí elejida casi por unanimidad, pues solo hubo un voto en contra, que fué el de mi amiga, sor Nicolasa, quedando admiradas todas las monjas y aun yo misma de que fuese ella quien se oponia, lo que me dió mucho que pensar, bastando este solo motivo para proponer a la comunidad que me permitiera reflexionar tres dias para decidirme.

"Esa misma noche, y a la hora de costumbre, vino mi amiga a mi celda y me dijo:

—Yo he votado en contra tuya porque, si bien eres la mas meritoria de todas las monjas, no eres la mas a propósito para el cargo, pues tus ideas están en pugna con las prácticas de la regla, y te verias obligada a destruir la órden o a someterte a ella, a ser hipócrita o a obrar en contra de tus principios, y ni lo primero ni lo segundo debes hacer.

"Yo ví que tenia razon mi amiga y su parecer estaba ademas conforme con mis deseos, pues lejos de ambicionar el puesto, lo temia, lo cual sucede rara vez en los cláustros,

porque entre esas personas que se dicen fuera del mundo y de sus pompas existen tambien las mismas pasiones que en la sociedad y quizá mas surescitadas, pues la falta de impresiones, la falta de distraccion, la monotonia de la vida que llevan, reconcentra sus aspiraciones, de cualquier naturaleza que sean, adquiriendo por esto mismo mayor fuerza y mayor vehemencia; y la prueba mas evidente de lo que te digo es la historia por demas escandalosa de todos los *capítulos* de nuestros conventos, y los castigos, y las injusticias, y las venganzas que se ejercen despues con los *caidos* o con los que han salido de *capítulo errado*, segun la espresion vulgar que ha llegado a pasar a proverbio.

"Yo, pues, estaba decidida a no aceptar, mucho mas cuando era un consejo de mi amiga; pero en la noche soñé de que mi santocristo, el del brazo desprendido, me hablaba mui despacio al oido y me decia:—"Sacrifícate y no escuches los consejos del egoismo; acepta el cargo y trata de hacer el bien y asi habras cumplido con el mandato de Dios que está en los cielos."

"Cuando desperté me pareció que todavia resonaban en mis oidos las mismas palabras y miré al crucifijo que tenia a mi cabecera, creyendo que veria el movimiento de sus labios, pero me engañé: la imájen estaba, como siempre, impasible.

"Por una de esas aberraciones del espíritu que son mas comunes de lo que se cree, a pesar de haber sacudido muchas preocupaciones, a pesar de ser medio filósofa o medio racionalista, como se dice hoi dia, estaba sujeta a ciertas supersticiones; y asi como pensé, cuando casualmente se desprendió el brazo derecho de mi crucifijo, que el señor me aceptaba por su esposa, asi ahora pensé tambien que era cierto lo que habia soñado y me determiné a aceptar el cargo, prévio el consentimiento de mi director, asi como me he determinado a revelarte mi vida y mis faltas por la aparicion en sueños de mi hermana que me aconsejó hacerlo.

"Tan luego, pues, como amaneció, mandé decir a mi director espiritual que lo necesitaba urjentemente. Este santo sacerdote tenia por mí cierta predileccion, que sin demostrármela, yo reconocia en muchas de esas insignificancias que no son nada bien consideradas, pero que revelan afecto; y aun cuando era yo la monja que menos frecuentaba el sacramento de la penitencia y que en muchas ocasiones le habia manifestado, no mis escrúpulos como mis demas hermanas, sino mis dudas, siempre habia sido mui induljente, aprobando cuanto hacia o cuanto pensaba, de manera que tenia una fé ciega en lo que él me decia, porque sus ideas se hermanaban con las mias a tal punto, que jamas me ordenaba rezar tal o cual oracion, ayunar tal o cual dia, mortificar mi cuerpo de tal o cual manera, sino que me exhortaba a ser humilde y caritativa, reduciéndose a esto toda su doctrina, toda su enseñanza y toda su moral.

"Cuando le dije que habia sido nombrada abadesa casi por unanimidad, se sorprendió; pero luego, reflexionando un poco, me dijo:

—No me admira.

"Sin embargo añadió:

—Desearia saber cuál ha sido el voto de sor Nicolasa.

—El voto de sor Nicolasa es el único que he tenido en contra, le contesté.

—Ya me lo habia figurado, dijo.

—¿Conoce usted a sor Nicolasa?

—Sí, hija mia, y hemos hablado muchas veces de sor Ursula.

—¿De mí?

—Sí, madre, de usted, y por ella sé muchas cosas.

"Yo le iba a preguntar a mi director si sor Nicolasa se confesaba, conociendo como conocia las ideas de esta monja; pero creí imprudente en mí semejante pregunta y talvez mui embarazosa para el sacerdote la respuesta, y guardé silencio.

"Despues le espuse mis dudas y mis temores, las ideas que yo tenia respecto de las prácticas y sobre las que ya le habia hablado, pero que creia ahora necesario repetirle, pues ya no tenia que dar cuenta de mí misma únicamente, sino de las demas, y que talvez sin saberlo podia hacer un mal.

"El sacerdote se quedó pensativo por un largo rato, y en seguida me dijo: "Nuestro primer deber es hacer el bien. Lo que quieras para tí quiere para los otros, dice el Evanjelio. No choque usted de pronto con los hábitos de las demas; pero trate de modificarlos: querer enderezar violentamente una rama torcida, es quebrarla: pero poco a poco se puede ir levantando hasta enderezarla del todo. Nuestra manera de ser relijiosa, no en cuanto a la esencia, sino en cuanto a los accidentes, necesita reformarse: hai muchas nubes que embarazan la luz del sol: hai muchos errores que interceptan la luz de la verdad; trabajemos con ánimo y no abandonemos el campo por estar lleno de maleza; si nadie se resolviera a cultivarlo por temor del trabajo, ¿dónde hallaríamos nuestro alimento? Si tuviéramos miedo de combatir las preocupaciones por temor de perecer en ellas, ¿cómo descubriríamos la verdad? El sacrificio de Jesus hizo el triunfo de su relijion, y la sangre de los mártires ha vivificado la creencia. Pero si no se tiene el vigor suficiente para concluir la obra y si se ha de desfallecer en el camino, mas vale no comenzarla; porque una obra sin concluir cae luego en ruinas, y las ruinas pueden sepultar al mismo que ha emprendido el trabajo.

"Esta parabólica manera de espresarse me dejaba siempre en la incertidumbre, al menos si me atenia al sentido material de sus últimas frases, y me decidí a contarle lo que me habia dicho sor Nicolasa, que se armonizaba con mis deseos, y en seguida lo que habia soñado la noche anterior; y entonces el viejo y santo sacerdote me contestó:

—El espíritu de Dios tiene muchos medios para llegar hasta nosotros, y es preciso no desatender sus avisos.

—¿Cree usted, pues, señor, que deba y que pueda aceptar el cargo?

—La voz de Dios tiene mucho mas poder que la voz de sor Ursula, y ha oido la primera.

"Alentada con estas palabras y mas aun con las que creia venir de boca del mismo Dios, me presenté a la comunidad el dia designadó y acepté el báculo de abadesa, nombrando de priora, con no poca admiracion del convento, a la monja loca, sor Nicolasa.

"Inútil será que te hable de mi administracion: esto no te toca ni te interesa; pero segundada por mi amiga, hicimos cuanto bien y cuanta reforma nos parecia provechosa, teniendo siempre el cuidado de consultar la opinion de las demas monjas, obrando de manera que llegasen a persuadirse que ellas eran las iniciadoras de la idea, porque de este modo es como se aceptan y se consolidan las innovaciones.

"Pero si no me detengo en este punto, voi a comunicarte una de mis grandes aflicciones, que, aunque esencialmente personal, pueda talvez influir en tu manera de juzgar respecto a la espiritualidad que deba tener con el tiempo la relijion; y a pesar de que yo no participo de los mismos principios, porque no he querido abandonar del todo aquellos en que he sido criada y en que he vivido; sin embargo, no me atrevo a juzgar y mucho menos a condenar los ajenos y menos todavia cuando la persona que los ha seguido era un ejemplar de humildad y de caridad, reuniendo como complemento la ciencia y la sabiduria, porque aquel espíritu era cuanto he conocido de mas profundo y de mas elevado; me refiero, Luisa, a la priora del monasterio, es decir, a la monja loca, sor Nicolasa, mi amiga y consejera, que me servia de provechoso ejemplo por sus virtudes, de incomparable maestro por su enseñanza y a quien perdí en el mejor tiempo.

X.

"Sor Nicolasa padecia de un dolor al pecho que la consumia lentamente y sobre el que ella decia con mucha calma:

—Me gusta esta enfermedad, porque no me hace sufrir mucho y sé que me libertará luego de este mundo, dándome mi pasaporte para la eternidad; y como me gusta mucho viajar, y viajar allá en lo desconocido y en lo infinito, la acaricio con cierta satisfaccion.

—Pero este es un suicidio disfrazado, le dije yo una vez.

—No es un suicidio, porque no está en mi mano evitar el mal y lo combato diariamente; sin esto hace tiempo que estaria bajo el sepulcro.

—¿Pero cómo se puede combatir la muerte y desear la muerte, llamarla y hacerla que se aleje?

—¿Te acuerdas de las espresiones de Santa Teresa en su deseo de unirse al Señor; te acuerdas de lo que decia al fin de cada una de sus estrofas: "que muero porque no muero?" Y sin embargo, la doctora del catolicismo no hacia nada por quitarse la vida, y si hubiera tenido una enfermedad la habria combatido, porque este era su deber asi como lo es el mio.

"Esta respuesta me convenció y no le hablé mas sobre el particular.

"Un dia noté que sor Nicolasa no habia ido a vísperas, y como nunca faltaba a las prácticas de la órden, a pesar de no creer en ellas, me estrañé muchísimo y me levanté antes de tiempo de mi asiento para ir a la celda de la priora, a quien encontré en cama y con una escupidera en la mano llena de sangre.

"Al verme me dijo con voz dulce:

—Me alegro que hayas venido, porque tu amiga se irá

dentro de pocas horas y no me resolvia a partir sin verte.

—Pero es imposible, amiga mia, le contesté asustada; voi a hacer llamar a un médico.

—Es inútil, no tengo remedio, ¡creémelo... y le vino otra bocanada de sangre.

"Yo la sostuve, colocándola de manera que no se ahogase, y en seguida salí corriendo e hice que fueran inmediatamente a buscar el primer médico que encontrasen, volviendo a la cabecera de mi amiga.

—No te alarmes, Ursula, me dijo; el caso estaba previsto de antemano y no me toma de nuevo; tú tambien lo sabias.

—¡Pero tan pronto!

—Yo no me quejo, hija mia, porque Dios me ha concedido una felicidad que no esperaba: el tener una amiga con quien estar hasta el último momento y que al fin cierre mis párpados.

"Yo no pude contener mis lágrimas, y ella me dijo con tono festivo.

—¡Estás loca! Me pones en un duro aprieto: el tener que consolarte. ¿Crees que no es bastante lo que me queda por hacer? ¿Todavia recargas mi tarea? Esto no es justo, señora abadesa, y no porque usted esté investida de gran autoridad deja de haber un tribunal superior a quien pueda quejarme y que esté mas dispuesto a hacerme justicia.

"En ese momento se sintió la campanilla que se toca en los claustros cuando es introducido, por algun accidente, un hombre, con objeto de que las monjas se cubran o eviten su vista.

"Sor Nicolasa al oir el toque me miró, diciéndome:

—¿No te habia dicho que era inútil?

—Pero hacer lo que nada cuesta, no es mucho hacer.

—Sin embargo...

—Ha sido mi voluntad, sor Nicolasa.

—Obedezco, señora abadesa. Y mi amiga se inclinó para demostrarme que reconocia a su superiora.

"El médico examinó a la enferma con el mayor esmero; y llamándome aparte me dijo:

—No hai remédio: talvez no llegue a la noche, pero con seguridad no pasará de ella; de consiguiente, todo medicamento es inútil: déle usted este calmante, que es cuanto se puede hacer, no para que viva, sino para que sufra menos. Es indispensable que si tiene algo que disponer, lo haga cuanto ántes; no hai tiempo que perder.

"Cuando volví a la cabecera, mi amiga me preguntó con voz débil:

—¿Qué es lo que te ha dicho el médico?

—Lo mismo que tú creías, le contesté; porque me pareció inútil y talvez, pernicioso el querer engañar a aquella alma fuerte.

—¿Cuándo es el término probable? me volvió a preguntar.

—Esta noche.

—Se engaña: moriré mañana a las doce del dia, me contestó.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo un presentimiento.

—¿Las filósofas creen tambien en los presentimientos?

—Los afectos tienen su lei.

—¿Qué relacion tienen los afectos con la muerte?

—He amado... y el objeto de mi cariño murió a las doce del dia veinticuatro... y mañana es esta fecha.

—¿Has amado? le pregunté con interes.

—Esa es otra lei a la que nadie se escapa... de una manera o de otra.

—¿Y cómo no me lo habias dicho?

—¿Para qué?

—Para haberte acompañado a llorar y a querer al objeto de tu cariño.

—Gracias, amiga mia, y me miró, sor Ursula, con una gratitud y una ternura indecible.

"Esa mirada me reveló cuánto habia amado y cuánto amaba aun.

—Ya que tomas tanto interes, me dijo, espero que me hagas un servicio; y voi a hablarte largo sobre él, porque en este momento me siento fuerte.

—No hai servicios entre nosotros, sino deberes: pídeme lo que quieras.

—Allí en aquella vieja maleta, me dijo con su voz entera como si estuviera buena, hai unos papeles y un retrato: guarda los primeros y léelos una vez que yo haya muerto; pero despues te encargo de hacer abrir mi fosa y colocar unos y otro al lado de mi corazon, para que se sepulte conmigo todo cuanto he amado, y que solo quede un recuerdo en la muerte de la amiga a quien mas he querido, para que, cuando pienses en Dios y en mí, pienses tambien en él.

—Sí, lo haré, te lo prometo; ¿no tienes otra cosa que pedirme? ¿No tienes otra cosa que hacer antes de pasar a la eternidad?

—Te comprendo, ¿quieres que me confiese?

—Desearia.

—Es inútil, amiga mia. No son estos los momentos de prepararse para la otra vida. Es preciso haberse anticipado: este es el instante en que la obra debe entregarse concluida y no principiar en ella. Yo no soi partidaria de esos arrepentimientos tardíos. No niego la bondad infinita de Dios, pero me parece mui poco un momento de dolor para reparar una vida llena de crímenes. Soi de opinion de vivir bien y morir a mi gusto. ¿De qué pueden valer estos últimos momentos? Qué mérito pueden tener para el Señor estos instantes de lucha y de dolor físico? No es ahora cuando debe comenzarse la cuenta, sino que debe tenerse ya hecha, y yo la he preparado desde mucho tiempo atras para no pensar en ella ahora que me aqueja la agonia. Ya que no soi buena para nada, ni útil para nadie, quiero disponer a mi antojo de estas cortas horas. He cerrado mis libros,

está hecho mi balance; tengo el derecho de descansar: ya no es tiempo de abrir cuenta nueva. Con que asi, Ursula, no te empeñes en llamarme un confesor; conversemos.

"Yo estaba atónita. Esta era para mí una doctrina nueva; y lo que es mas, una doctrina que me agradaba y que me convenia, sin que por esto dejara de estar perpleja, lo cual sin duda conoció Nicolasa, porque me dijo:

—Tienes tus escrúpulos; no los estraño, querida amiga; en tu lugar talvez haria yo lo mismo; de consiguiente, haz venir al confesor para que no digas que alguna vez he dejado de ser complaciente.

—Pero si esto te mortifica, no lo haré, le contesté.

—Me agrada verte asi, me respondió, porque es una prueba de que en tu pecho no se abrigan temores ni respecto a mí ni respecto a tí: la confianza es la mejor prueba de la tranquilidad de la conciencia. Pero ya que hablamos del confesor, hazlo venir; es el tuyo y el mio; tendré mucho gusto en despedirme de este antiguo y buen amigo.

"Dí órden de hacer llamar a mi confesor y ordené tambien que las monjas se pusieran en oracion.

"No tardó en llegar el anciano sacerdote y en cuanto lo vió sor Nicolasa, le tendió familiarmente la mano, diciéndole:

—Creia no haberlo visto mas, pero le debo a mi amiga la señora abadesa este servicio:

—¿Me llama usted como confesor o como amigo? preguntó con agrado el digno presbítero.

—Usted sabe que nunca he ocupado el primero y sí muchas veces al segundo.

—Asi es, hija mia; pero podias quizá haber cambiado de ideas, y en ese caso...

—No es este el momento de cambiar de ideas, porque para esto se necesitan argumentos y usted concibe que la razon no puede estar mui despejada ahora; pero he querido complacer a mi amiga.

"Yo estaba admirada, aun cuando conocia las ideas de sor Nicolasa, que el director aceptare tan fácilmente tales opiniones y que nunca le hubiera hablado de confesion.

"Pero el santo sacerdote, como respondiendo a lo que pasaba por mi imajinacion, dijo:

—La virtud no necesita de esta o de la otra práctica relijiosa, pues es una misma en todas las creencias y en cualquiera de ellas tendrá su premio.

—Pero Ursula me ha hecho dar un gran paso, señor, respondió Nicolasa y voi a morir acompañada de la imájen del Redentor.

—Haces bien, hija mia, porque la imájen del Redentor pertenece ya a muchas relijiones y con el tiempo las comprenderá todas unificándolas, pues al fin no habrá mas que una sola fé y una sola creencia: el amor al prójimo y la adoracion a Dios por el espíritu.

—¡Qué hermoso culto! esclamó la moribunda. ¡Cómo se hermana con el corazon y con la intelijencia!

—Los hombres se han apartado de él; pero al fin lo recuperarán; y en prueba de ello, sor Nicolasa, usted ha llegado casi al pináculo: cuando se tiene a Dios, no hai necesidad del sacerdote.

—Le doi las gracias, señor, por haberme confortado en el último momento. La mision del sacerdote está cumplida, ahora mis últimos momentos son para mi amiga y para mis recuerdos... Adios.

"Y sor Nicolasa estendió tu descarnada mano a la arrugada del anciano, ni mas ni menos como quien se dice: Hasta luego.

"Mi director espiritual, con los ojos arrasados por sus escasas lágrimas, se hincó ante el lecho, levantó su vista hácia el cielo y le echó su bendicion al mismo tiempo que murmuraba las palabras de perdon y de misericordia con que el confesor absuelve a sus penitentes; desligándose en seguida casi imperceptiblemente, pues yo apenas noté que se

habia marchado: tal era la absorcion de mi espíritu con la sublimidad de aquel acto.

—Ahora, amiga mia, me dijo sor Nicolasa, ya que te he dado gusto saliéndote con tu capricho, en el que me has proporcionado un placer, pues me he despedido de ese digno padre a quien he debido en mucha parte la sanidad de mis principios, porque él sabe adaptarse a todas las opiniones sacando el posible provecho de ellas, reservemos para nosotras los pocos minutos que me quedan que estar contigo en la tierra, pues mas tarde, y no será en mucho tiempo, nos uniremos en el cielo.

"Acabando de decirme esto le vino otro vómito de sangre, y cuando el accidente hubo pasado, me dijo:

—Gracias a Dios, creia que era lo último y lo sentia verdaderamente, porque deseaba ocuparme de él contigo. Saca los papeles y su retrato, añadió, quiero morir viéndolo y hablando de él.

Tráeme tambien tu crucifijo milagroso: Jesucristo ha sido todo amor y no se opone al amor, que es su lei, porque él fué el verdadero intérprete de la lei de Dios.

"Yo obedecí e hice cuanto me dijo.

"Sor Nicolasa besó al Señor repetidas veces y lo dejó al lado de su cabecera. En seguida besó el retrato de su amante o de su marido, pues yo no sabia si era lo uno u lo otro, y me lo pasó a mí para que hiciera lo mismo, diciéndome:

—Besa a tu hermano en Jesucristo y a tu amigo, desde que eres mi amiga; y ambos te bendeciremos desde el cielo, porque él ya no pertenece a este mundo...

"Estos recuerdos de un ser amado, esta consagracion a él en los postreros instantes de la vida, este desprendimiento absoluto de toda otra idea que no fuera su afecto, esta solidaridad que establecia entre su amor a Dios y su amor a un hombre, parecerán profanos a la jeneralidad, pero yo no he sentido jamas una impresion mas grande, mas sublime, mas relijiosa y mas solemne...

"Toda la noche pasé a su lado conversando familiarmente y diciéndome lo mas íntimo de sus pensamientos, sin ocuparse ya de la eternidad, sino en lo que tenia relacion con su manera de ser actual.

"Cuando llegó el dia me dijo:

—Cumple con tus deberes; pero no te olvides de venir antes de las doce: quiero morir viéndote y darte mi última despedida.

"Talvez jamas, ni aun en mi postrer trance, he orado con mas fervor y con mas satisfaccion que en ese dia; y sin prepararme de otra manera que con la oracion que acababa de hacer, me creí digna para acercarme a la Santa Mesa y ofrecer a mi amiga el espíritu de Dios.

"Cuando volví a la celda, sor Nicolasa me dijo:

—Estoi mui fatigada, pero mi pensamiento no me abandona: dame agua.

"Yo recordé el calmante del doctor y se lo dí mezclado.

"Quedóse en una especie de letargo y cuando volvió en sí, me tomó de una mano y me atrajo hácia ella, diciéndome:

—Ya apenas te veo; acércate, cumple con mis encargos, toma el retrato y los papeles, haz lo que te he dicho... dame tu último abrazo... y pon el crucifijo en mi pecho... ya veo el cielo... Adios...

"Y un lijero estremecimiento del cuerpo me anunció que habia dejado de existir.

"Yo me arrodillé ante su lecho teniendo una de sus manos entre las mias; y sin duda me desmayé, pues cuando volví en mí me encontré en mi celda rodeada de la mayor parte de la comunidad, la que estaba mui afectada con mi accidente, pues me habia granjeado el poco cariño que, por lo regular, son capaces de sentir las monjas, pues no hai nada de mas egoista y de mas árido que las personas que han pasado la mayor parte de su vida encerradas en un cláustro: esta es una observacion hecha por muchos y confirmada por mí..................................

"He cumplido, mi querida sobrina, con el encargo de mi hermana y bajo a la tumba tranquila, a pesar de mis faltas, que ya Dios debe, sin duda, haberme perdonado desde el momento que me da tanta serenidad en el espíritu Ojalá esta relacion de mi vida, escrita esclusivamente para tí, te sea provechosa y te salve de los peligros y de las acechanzas del mundo.

"Yo no puedo decirte de qué manera debes obrar en la situacion en que te encuentras y en que por un error, pero un error lleno de nobleza y lleno de caridad, te colocó mi querida Juana. Ya sabes lo que fué conmigo el padre de tu marido y rara vez desmienten los hijos de su oríjen; pero esto no es un imposible y te toca a tí el juzgarlo, pero juzgarlo sin prevenciones, porque no tienes nada que hacer con la existencia pasada de un hombre a quien yo he perdonado desde hace mucho tiempo y vuelvo a perdonar en mis últimos momentos; pues si he rasgado el velo que cubria mi vida, no ha sido para hacer recriminaciones, ni para suscitar odios y menos aun para poner una barrera entre personas unidas ya con el vínculo sagrado del matrimonio, sino únicamente para preservarte, segun el deseo de mi hermana, que es la que te alumbrará y te inspirará desde los cielos.

"Por lo que a mí respecta, te hago una sola súplica dándote este solo consejo: "Perdona, hija mia, cualquiera que sea el mal que te hayan hecho; no tengas rencor ni ejerzas la menor venganza, y asi obrarás como ha obrado el Señor, y tu moribunda tia te bendecirá desde lo alto asi como te bendice en la tierra.

Sor Ursula.

"Te constituyo heredera de mi mayor tesoro, mi viejo crucifijo. No lo hagas componer, déjalo en la misma actitud en que se encuentra; en él deposito mi último aliento, y mi última súplica es de que te sirva de protector en la vida."

Marido y mujer.

I.

La lectura de esta carta hizo una profunda impresion en Luisa. Todos aquellos secretos que se le habian reservado durante tanto tiempo, estaban descubiertos en un solo instante, y conocia ahora perfectamente la razon que habia determinado a su madre para unirla a Guillermo, quedando para siempre intacta la reputacion de su hermana, cuyas faltas, de otra manera, era mas que probable que se hubieran hecho públicas; porque, ya quisiera aumentar la fortuna o ya conservar la que tenia doña Porfira, tanto en uno como en otro caso, habria entablado un juicio, encontrándose Luisa sola e ignorante de las cosas y sin nadie que la guiase, estando asi sin remedio perdida, circunstancia que habria aprovechado la madre de Guillermo, que conocia el asunto y se hallaba en posesion de algunos papeles que lejitimaban los derechos del heredero de la difunta monja que ella habia supuesto, y a quien mantenia ocultamente, bajo el mismo nombre del niño muerto, creyendo en realidad el sostituto que era hijo de un caballero y de una monja y que llegaria a ser poseedor de una fortuna considerable.

Esta combinacion, llevada a cabo por el marido de doña Porfira, la habia continuado ella, sobornando a la dicha Mariana Ponce para la sostitucion de un niño por otro; de manera que la monja ignoró hasta mucho tiempo lo sucedido; y solo vino a saber la verdad, cuando recibió de la tia Anas-

tasia los papeles justificativos de la muerte de su hijo, los que le fueron entregados, no con el objeto de favorecerla a ella o a su familia, sino con el fin de perder a Guillermo, a quien odiaba la vieja matrona y de quien queria a toda costa vengarse; y como este era un medio casi infalible de despojarlo de la fortuna que tenia usurpada, lo habia empleado como un mes antes de su proceso, para que en vista de este documento y de otros, reivindicasen sus derechos los lejítimos herederos; pero sor Ursula, apreciando en su justo valor la importancia de aquellos papeles, aunque no los habia trasmitido a su hermana ni la habia hablado una palabra sobre el particular por cierta delicadeza de sentimientos, los conservaba cuidadosamente para hacérselos entregar despues de sus dias, y que entonces pudiesen entablar el juicio sin consideracion a ella. Este cálculo de sor Ursula habia quedado frustrado por la muerte anticipada de doña Juana y el casamiento proyectado con Guillermo, por lo cual habia determinado destruir aquellos documentos antes de su muerte; pero la aparicion en sueños de doña Juana y lo que le habia dicho, obligó a la monja, no solo a remitir a su sobrina los papeles, sino tambien a hacer e una relacion de su vida, cuya veracidad confirmaban los documentos.

II.

Bien poca importancia daba Luisa a todas estas cuestiones de interes; pero ellas le revelaban los móviles que habian obrado sobre los individuos con quienes estaba en relacion; y aun cuando creia a Guillermo tan inocente como ella de todas estas intrigas, no podia menos de esperimentar por él cierto desapego o cierta repugnancia que le era imposible dominar, y que, mal de su grado, renacia constantemente, a pesar de las delicadas atenciones de su marido.

Sumamente preocupada por la difícil situacion en que se encontraba, y abatida ademas por las pérdidas que habia

esperimentado, estaba indecisa sobre lo que debia hacer en el futuro, que se le presentaba con un aspecto oscuro, amenazador y siniestro; y cómo no contaba con otro consejero que su maestro, tocó la campanilla, mandándole decir que deseaba hablarle.

No tardó en aparecer el anciano, que miró a Luisa fijamente antes que le hablara para conocer lo que pasaba en ella, descubriendo en el semblante lo que no le dijeron las palabras.

—Padre mio, esclamó Luisa al verlo, ¿cómo adivina usted las cosas? ¿cómo sabia usted el contenido de esta carta para haberla guardado? Si hubiese caido en manos de ellos ¡qué desgracia! Es mas que probable que no me la habrian entregado, que nunca hubiera conocido la grande alma de mi tia! Pero aquí hai secretos espantosos, querido maestro mio; yo no tenia idea de que existiese tanta maldad y de que aun miserables intereses humanos fuesen capaces de inducir a los hombres a tanta perfidia, a tanto horror!

—Tú miras al mundo con los ojos de tu alma sin mancha y al traves del mas dorado prisma; pero la esperiencia del mal te hará conocer la escelencia del bien. Tú aprecias y admiras la virtud por instinto; pero para estimarla en su justo valor es necesario profundizar hasta en los negros antros del vicio: las tinieblas nos hacen conocer el mérito de la luz; si siempre viviéramos en la claridad, no tendria ésta para nosotros precio alguno: las diferencias o los contrastes realzan las cosas, y de la comparacion es de donde nace la exactitud del juicio. Tú has podido juzgar de la grandeza de alma de tu tia, porque has visto la pequeñez de otros; pero yo sabia cuanto ella valia, antes, mucho antes que tú...

—Ella tambien, maestro mio, hace en estas memorias una reminiscencia honrosa de usted.

—¡Pobre víctima! ¡Cuánto la he amado y cuánto la he compadecido!

—¡Usted amó a mi tia!

—Sí, hija mia, sí; pero yo no era digno.

—¡Usted no ser digno!.. Y ese infame...

—No prosigas; no hables asi de los muertos. Yo no tengo motivos para quejarme de ella, sino para apreciarla. Yo no debo tampoco hablar de él: bastante mal le he hecho.

—Lo sé.

—Si lo sabes no me lo repitas; ya vendrá sobre mí el castigo.

—Pero usted no lo asesinó.

—¿Qué otra cosa es un homicidio?

—Hai gran diferencia.

—La conozco; pero esto no impide que he privado a un hombre de ver la luz del dia, cuando todo le presajiaba una larga existencia.

—Ese seria su destino.

—Yo no soi fatalista, Luisa.

—Entonces ese seria su castigo.

—¡Quién sabe! Pero lo cierto es que mi conciencia no ha estado tan tranquila.

—Puede ser que la lectura de esta carta le quite a usted, no digo el remordimiento, pero hasta el pesar de haber cometido esa accion que lo perturba y que lo entristece: ¿es acaso un crímen el matar a una víbora? Lea usted, señor.

El solitario tuvo la carta entre sus manos y principió aquella lectura que comenzó a interesarle desde la primera pájina; y a medida que proseguia, mas se animaba su fisonomia, hasta que no pudiendo contenerse, se le rodaron las lágrimas, ¡las lágrimas siempre escasas de un anciano y que no brotan sino en fuerza de un sentimiento profundo! ¡Esas lágrimas condensadas por el frio de los años!

Luisa lo contemplaba y lloraba tambien, porque recorria en su imajinacion los parajes que ella habia leido, siguiendo con la vista la parte en que se encontraba el anciano, para calcular si el efecto era análogo al que ella habia esperimentado.

Esta observacion es natural: ¿cuántas veces no le habrá sucedido igual cosa a nuestros lectores? ¿Cuántas veces no habrán seguido con la vista a la persona que está leyendo la carta que a ellos les ha impresionado? Uno quiere conocer, quiere comparar, quiere ver si el efecto que ha producido en él es igual al que le produce al otro, y de aquí es de donde nace la curiosidad con que se examina la fisonomia ajena.

Cuando el solitario concluyó su lectura, quedóse dolorosamente pensativo, porque el aspecto de su semblante revelaba una reflexion triste: quizá pensaba en el tesoro que se habia perdido en el claustro, y en los sufrimientos de aquellas naturalezas privilejiadas que estaban llamadas para hacer en el mundo su propia felicidad y la ajena, y que podian haber sido fecundas en su dicha, mientras que habian sido estériles en su sufrimiento.

Luisa lo interrumpió en sus reflexiones, diciéndole:

—¿Tengo yo razon, maestro mio? La carta que acaba de leer ¿no ha disipado sus temores? ¿no ha destruido sus remordimientos? ¿no le ha dado la seguridad de que obró bien?

—Sí, hija mia, hai mucho en esta carta que justifica mi accion; empero, mis principios actuales, los principios nacidos de mi reflexion, y mas que de mi reflexion, del Evanjelio y de la moral de Cristo, siempre me condenan; y la carta misma me está probando que he obrado mal, porque no he perdonado como debiera perdonar, como sor Ursula perdonó.

—Tampoco tengo yo hiel en el alma ni quiero venganzas; pero, ¿no se debe acaso destruir el mal?

—Destruir el mal no es lo mismo que destruir a los hombres: para lo primero estamos autorizados y es nuestro deber; pero para lo segundo, cuando se han traspasado los límites, aun cuando se quiera volver atras, no se puede, pues ya está el acto consumado, y contra un acto consumado no

hai lucha, no hai argumento, no hai lei: es preciso soportar las consecuencias de la accion cometida.

El solitario entregó la carta a Luisa; y despues de haber contemplado detenidamente el retrato, esclamó:

—¡Pobre mujer! ¡Cuánto debe haber sufrido y de cuántos modos! Traicionada por su amante de una manera tan infame! arrancadas de raiz sus esperanzas! burlado su idealismo! trastornadas sus ideas de virtud! vejada en su dignidad! ultrajada en su honor! perseguida y castigada! y sin causa! ¡Ah! para haber llegado al grado de perfeccionamiento moral a que pudo alcanzar, se necesita una alma tan fuerte y recta como la suya y un amor infinito a Dios! Esto es lo que la ha salvado, esto es lo que al fin trasformó sus dolores en dichas, sus vejámenes en triunfos, sus humillaciones en glorias... Ya ves, Luisa, cómo esta mujer fué superior a sus desgracias y venció a sus enemigos, llegando a ser mas feliz que lo que hubiera sido en el mundo. ¡Y tú, hija mia, desfalleces cuando tus sufrimientos, si bien tristes, no tienen nada de acerbo! Animo, Luisa, ánimo; no está lejana la bonanza: tras la tempestad viene la calma y no dudes que al fin aparecerá para tí el iris de la felicidad.

—Esa carta, entristeciéndome, me ha fortalecido, señor: y ahora estoi mas dispuesta que antes para la lucha.

—Asi me agrada verte, asi me gusta que pienses.

—¿Quiere usted que vayamos al convento a reclamar el tesoro que mi tia me dejó en herencia?

—Con el mayor gusto, Luisa; estoi a tus órdenes.

III.

La nave de la iglesia estaba completamente enlutada y el cadáver de la abadesa, colocado en el féretro, alcanzábase a percibir tras las rejas del coro. Algunas monjas estaban arrodilladas a su alrededor y otras cantaban salmos. Un jentío inmenso salia y entraba a la nave para ir a contemplar los

despojos de la madre abadesa que habia muerto en olor de santidad.

Luisa se arrodilló lo mismo que todos y oró largo rato, no apartando su vista un solo momento de aquella fisonomia pálida y serena que, aunque inanimada, parecia reflejar la gloria de que gozaba ya.

De esta contemplacion llena de triste encanto, fué arrancada Luisa por el contacto de una mano que le tocó suavemente el hombro; volvióse la jóven y se encontró con un anciano sacerdote de cara dulce y melancólica, que le dijo con una voz casi imperceptible: 'Sígame." Luisa obedeció sin reflexionar y atravesó la nave entrando en la sacristia. Cuando estuvieron solos se volvió hácia ella el ministro del altar, y tomándole una mano, le dijo con dulzura:

—Sé que usted es la sobrina y la heredera única de la madre abadesa.

—Sí, señor; y yo sé que usted fué su confesor.

—Su amigo, señorita, mas bien que su confesor, porque era alma tan pura como el cielo; no tenia culpa.

—Conozco su historia.

—Ya lo sé, porque yo mismo fuí el portador de esos pliegos, cuyo contenido no ignoro.

—¿Como es, señor, que los encontré a mi vuelta sobre mi velador, sin que los hubiera visto nadie?

—No hallándola a usted, a quien hubiera deseado ver, y sabiendo que estos papeles le debian ser entregados hoi mismo, segun súplica de la abadesa, me valí de una antigua sirviente de la casa que posee toda mi confianza, pues era mi confesada desde muchos años.

—¿La Anita?

—Sí, la vieja Anita, que ha tenido el talento de permanecer oculta, haciendo que nadie se fije en ella, y escondiendo su virtud como su mas rico tesoro.

—¡Es posible! Todos la hemos tenido por medio idiota, y aun cuando todos la quieren, nadie le hacia caso.

—Pues bien: ya sabe usted, hija mia, que tiene una alhaja en esa idiota que le ha servido ahora para ocultar estos papeles y ponerlos solo a su vista.

—No lo olvidaré.

—Ahora la he llamado, hija mia, porque he conseguido que le acuerden el raro privilejio de penetrar hasta el coro y que pueda usted abrazar a su tia.

—¡Señor! Qué felicidad! Cuánto se lo agradezco!...

—Ya me lo figuraba. Tiene usted tambien que cobrar una herencia, ¿no es verdad?

—Sí, el crucifijo que la acompañó en sus últimos momentos y en el que depositó su postrer aliento.

—El mismo, hija mia.

Una puerta se abrió, apareciendo una monja que preguntó:

—¿Usted es la señorita Luisa Valdes?

—Sí, madre.

—¿Le ha dicho el señor... el especial favor que le ha sido acordado?

—Lo sé, madre, y lo agradezco.

—Pase usted para dentro.

Luisa penetró en aquellos sitios que estaban llenos de la presencia de su tia, en aquellos corredores que tantas veces habria ella hollado con sus plantas. Aquel era el mismo aire que ella habia respirado, las mismas flores que habia visto, los mismos objetos que poco antes habria contemplado; y todo esto hablaba al corazon y al entendimiento de Luisa el triste lenguaje del recuerdo, la melancólica contemplacion de lo fujitivo de la vida humana...

Luisa penetró al fin al coro, siendo recibida por la priora que la condujo hasta el feretro, donde se arrodilló, permaneciendo así durante mucho tiempo con una de las manos de la abadesa entre las suyas...

Las monjas miraban con interes aquel cuadro. La hermosura de Luisa y la semejanza que tenia con su tia, así como

la altivez sencilla de su porte y la tranquilidad reflexiva y triste de sus facciones, causaban respeto, admiracion y cariño.

Luisa se levantó sin decir palabra, sin derramar una sola lágrima y sin exhalar un solo suspiro, imprimió un prolongado beso en la marmórea frente del cadáver, saliendo en seguida.

La priora volvió a acompañarla y la llevó a la solitaria celda de la abadesa para poner en sus manos el crucifijo.

Todo en aquella pieza interesaba a la jóven. El lecho en que habia dormido y en que habia recientemente espirado, los útiles de que se habia servido, su libro de oraciones, los trajes que habia usado, la silla en que se sentaba de preferencia; en una palabra, cuanto existia en aquel dormitorio, cuanto ella habia tocado con sus manos o mirado con sus ojos, la atraia, haciendo mil y mil preguntas a la priora sobre las particularidades de la vida de su tia, sobre sus hábitos, sus costumbres, sus ideas, sus palabras, y por último, rogándole le concediera todos aquellos objetos de ningun valor monetario, pero de mucho valor moral para ella.

La monja le contestó:

—No crea usted, señorita, que estas cosas carecen de precio para nosotras, sino que lo tienen realmente en el mismo sentido que usted las estima: cada uno de estos objetos es un recuerdo para las monjas a la vez que una reliquia: porque la señora abadesa, digna prelada de nuestro monasterio, era mas que una simple mujer, pues era una verdadera santa, y nosotras tenemos en mucha valía lo que a ella ha pertenecido; y aun cuando deseamos satisfacer y agradar a usted, sin embargo, debe considerar que se ha llevado la parte principal, el crucifijo, al que añadiré gustosa un libro de oraciones de su reverencia; pero lo demas pertenece al convento.

Y la monja puso en manos de Luisa aquella otra reliquia.

—Comprendo, dijo ésta, asi como aprecio debidamente

los justos motivos que ustedes tienen para no desprenderse por completo de las cosas que pertenecieron a su santa prelada, y de consiguiente, no insisto en mi solicitud; pero ya que no me es posible obtener esto, espero de su reverencia, si no es importuno o contrario a las reglas del claustro, que me permita visitar la antigua celda que ocupó mi tia.

La monja miró a Luisa, reflexionó un instante, y no sin cierta vacilacion contestó accediendo a lo que le pedia la sobrina y heredera de la abadesa.

Despues de muchas vueltas por aquellos espaciosos y solitarios claustros, en los que se veian algunos antiguos cuadros de santos de mui poco mérito, penetraron en el angosto y húmedo pasadizo que conducia a la celda que durante largos años habia ocupado sor Ursula.

Cuando la aristocrática niña, acostumbrada desde su infancia a todas las comodidades de la vida, vió aquella pocilga en que le parecia que nunca hubiera podido albergarse un ser humano, se entristeció profundamente; pero a la tristeza sucedióse luego la admiracion y ese entusiasmo que produce la virtud y que nos hacen esperimentar los hechos heróicos. Al lado de la cabecera, es decir, al lado de aquellas tablas que habian sido su duro lecho por un largo espacio de tiempo, leíase un letrero, ya casi borrado, en la húmeda y ennegrecida pared, que decia: "Paciencia y confianza en Dios"; y Luisa recordó en el acto que esas palabras eran las que le habia dicho sor Nicolasa a su tia desde el primer dia en que principió su prolongado martirio, y que sin duda sor Ursula habia grabado en la pared en esa misma fecha para tenerlas siempre presente y que le sirvieran de consuelo en sus penas y tribulaciones.

Luisa habia permanecido mas de dos horas en el interior del convento, pareciéndole que hacia pocos minutos que acababa de llegar, a tal punto le habia agradado o habia absorbido sus facultades aquella peregrinacion.

Cuando volvió a la nave de la iglesia, encontró al solita-

rio en compañia del anciano sacerdote conversando familiarmente, ni mas ni menos que si hubieran sido antiguos camaradas.

Ambos ancianos estaban sentados en el último escaño y tambien para ellos se habia deslizado el tiempo con mucha rapidez ¿Qué era lo que se habian dicho, qué revelaciones se habian hecho en voz baja y en el interior del templo? ¡Quién podia saberlo!. Sin embargo, la animacion de sus rostros denotaba lo importante de la conversacion que tenian; pero al ver aparecer a Luisa, se pararon, como quien dice: "Estamos listos;" y la siguieron hasta la puerta de la iglesia, donde se paró el sacerdote, demostrando que estaba obligado a quedarse.

Luisa, al despedirse, le dijo: "Espero, señor, que el que ha sido director de la madre lo sea tambien de la hija, y que en lo sucesivo nos favorezca usted con su presencia."

—Señorita, contestó el humilde sacerdote; nuestro deber es ir donde nos llaman y prestar ausilio al que nos lo pide; pero me temo mucho que no sea yo el que reciba el beneficio; mas, ya sea en un caso o en el otro, tendré siempre un placer verdadero en prolongar con la sobrina la amistad respetuosa y cristiana que tuve con la tia.

El solitario y el sacerdote se abrazaron sin decirse palabra.

—¡Este sí que es un verdadero ministro de Dios! esclamó Luisa, cuando el sacerdote hubo entrado nuevamente al templo.

—Asi es, hija mia, asi es, contestó el solitario, guardando en seguida un profundo silencio hasta que llegaron a la casa, silencio que Luisa tampoco estaba dispuesta a interrumpir, porque ella misma llevaba su espíritu lleno de las suaves y recientes impresiones que acababa de esperimentar.

IV.

Guillermo esperaba a su esposa cuando la vió llegar en compañia del solitario, trayendo entre sus brazos un gran bulto envuelto en un paño negro, lo que le hizo decir:

—Tienen algo de fúnebre las compras que has hecho.

—No es una compra, sino una herencia, lo que traigo aquí.

—¡Una herencia! Pero una herencia que se trasporta tan fácilmente, no debe ser de mucho valor.

—Para mí lo tiene; y tal es su valor, que no la daria por cuanto poseo.

—¡Cáspita, hijita! En tal caso es preciso que sean algunos ricos brillantes, porque la fortuna de nosotros es mui considerable para cambiarla asi no mas. Por otra parte, si es una joya de precio tan fenomenal, ¿para qué traerla en un paño negro que indudablemente apagará su brillo y disminuirá su valor?

—Dejémonos de chanzas y de palabras equívocas, respondió Luisa con melancólico acento: lo que traigo es el crucifijo que ha acompañado a mi tia durante su vida y durante su muerte, y del que me ha hecho una donacion formal.

—Ya comprendo. ¿Has estado en el monasterio?

—Sí.

—¿Mucha jente habia?

—Muchísima.

—¿Por qué no me prevenistes, que yo te habria acompañado?

En ese momento se reunia a ellos, en medio del espacioso patio, doña Porfira, que viéndolos llegar, les salió al encuentro con esa curiosidad de mujer que no las abandona ni aun en la vejez.

—Creí, dijo Luisa, respondiendo a la pregunta de su marido, que no te seria agradable semejante visita.

—Donde has ido, hija mia, interrumpió doña Porfira.

—Al monasterio de...

La madre de Guillermo se inmutó; pero disimulando su turbacion, dijo:

—¿Habian puesto el cuerpo de la abadesa a la espectacion pública?

—Sí, señora; se distinguia desde la reja del coro.

—Yo hubiera ido a ver esa novedad para mí, pues nunca la he presenciado.

—¡Se habria usted atrevido, señora!

Doña Porfira miró a Luisa con estrañeza y como queriendo descubrir el sentido verdadero de aquella interrogacion, y en seguida replicó:

—¿Y por qué no?

—Nada mas, señora, que porque son espectáculos tristes que, segun creo, no son de su agrado.

—Tienes razon, repuso doña Porfira, tranquilizada por la respuesta o interpretacion de Luisa; no soi partidaria de las cosas tristes.

—Y sobre todo de aquellas que traen ciertos recuerdos penosos.

—¡Qué quieres decir con eso! esclamó doña Porfira realmente alarmada, alarma que se habia comunicado al mismo Guillermo; pues, como se sabe, no era ignorante de muchos hechos pasados.

—Quiero decir, señora, contestó Luisa con serenidad y de una manera casi indiferente, ni mas ni menos que si estuviera hablando de cosas que no afectaban en lo menor a ninguno de los circunstantes; quiero decir, que esos espectáculos nos hacen pensar en nuestro porvenir, mostrándonos que a su vez llegará tambien nuestra hora.

Doña Porfira y Guillermo respiraron viendo que Luisa se ocupaba de esas jenerales reflexiones que todo el mundo dice, que todo el mundo piensa, pero que a mui pocos afecta.

—Y en fin, replicó doña Porfira con amabilidad y ya li-

bre de la preocupacion que la alarmaba; ¿te fué bien? ¿estaba mui cambiada la señora abadesa? ¿habia mucha jente? Dicen que ha muerto con los honores de santa y las beatas corren presurosas para ver si les toca algun pedacito del hábito.

—Y yo entre ellas, señora, respondió con severidad Luisa; yo entre ellas me hubiese considerado afortunada en tener algun recuerdo de una persona que ha llenado su mision sobre la tierra dignamente, noblemente, santamente.

Doña Porfira conoció que habia ido demasiado lejos; pero habia hablado asi por agradar a su nuera sabiéndola exenta de preocupaciones.

Pero Guillermo, mas astuto que su madre, dijo a ésta en tono de reproche:

—La señora abadesa, tia de Luisa, era mui considerada, y con justicia, de todo el mundo. Las virtudes que la adornaban habian traspasado, a pesar de su escesiva modestia, las paredes del claustro, y por todas partes no se oia otra cosa que alabanzas; asi es que si la sociedad de Santiago ha ido en tropel a ver sus restos mortales, no ha sido inducida por la mera curiosidad, sino por la admiracion que arrancaba a todo el mundo, y nada mas justo que lo que dice mi esposa: que se habria considerado afortunada en poseer algun recuerdo de una persona que ha llenado, de una manera ejemplarmente evanjélica, su mision en el mundo; pero en esto, madre mia, Luisa no ha sido sincera, porque a ella le ha tocado la mejor prenda, heredando el mismo Señor que la acompañó a la señora abadesa tanto en vida como en muerte.

Luisa miró afectuosamente a su esposo, agradeciéndole que hubiese sabido interpretar sus sentimientos fielmente, honrando a la vez la memoria de su respetada tia.

Doña Porfira dió tambien la razon a su hijo, escusándose con su carácter lijero e inclinado a la mordacidad; pero que en el fondo decia ella, era lo mas humana y compasiva, si

bien un si es no es filósofa; y agregó esto con la intencion de atraerse al solitario y de captarse la confianza de Luisa que hasta entonces se habia comportado con ella de una manera política pero circunspecta, irreprochable en cuanto a las exijencias del buen tono pero glacial, como lo es este, que por lo regular carece de esa franqueza y de esa espansion de sentimientos que atrae, formando el encanto de las relaciones entre unos y otros.

La conversacion de que acabamos de dar cuenta al lector, principiada en el patio, se habia continuado en el pabellon de Luisa, pabellon que no habia abandonado y que conservaba como en los tiempos que conocemos, si bien con cierto pequeño abandono que indicaban las sérias preocupaciones del espíritu de la jóven.

V.

Guillermo, que habia formado su plan de antemano para dar el último golpe a Luisa a quien consideraba, sino rendida, al menos mui pronta a serlo, tuvo que demorar la ejecucion por algunos dias a causa de la muerte de la tia que, como era natural, debia sentir, reavivando el dolor que le causara la muerte de la madre.

Guillermo era, como se sabe, un jóven perfectamente educado y de un tacto fino, diremos mas bien, esquisito para comprender y apreciar los diferentes caracteres, las diferentes tendencias, los deseos y las aspiraciones distintas, en una palabra, las variadas delicadezas de la mujer; asi es que habia dejado pasar el tiempo del dolor, que habia tratado de compatizar con él, que se habia mostrado hasta entonces con su mujer atento, obsequioso, afable, rendido, pero jamas exijente; sin embargo, no dejaba de haber hecho sus insinuaciones veladas; y ya creia que era llegado el tiempo de obrar, porque de otro modo podia caer en el peligro opuesto, es decir, podia su mujer suponer la indiferencia; y en ese caso todo estaba perdido en una naturaleza escesiva-

mente sensible, poética y apasionada como la de Luisa; de manera que Guillermo habia seguido el mejor camino que se podia adoptar para triunfar de una mujer de la delicadeza de ideas y de la delicadeza de sentimientos de su esposa; pero ya temia haberse presentado mas indiferente de lo que debiera; de modo que estaba resuelto a hacer efectivos de una vez los derechos de marido.

Era una noche de luna, una de esas noches que propiamente pueden llamarse chilenas y esclusivamente santiaguinas, porque nuestro apacible satélite brillaba con todo su esplendor, como brillan en nuestro diáfano cielo las estrellas que parecen desprendidas de su azulado asiento y que por su hermosura invitan a la meditacion filosófica y relijiosa, a esa meditacion indefinida que no se comprende, que no se analiza, ni a la que tampoco se aspira, pero que sin embargo se siente, porque es un pensamiento vago, silencioso, superficial y profundo, suave y ardiente, apasionado y tranquilo: es como esa luz que nos alumbra, en que se envuelven y en que se confunden las inspiraciones vaporosas a la vez que entusiastas del poeta, los elevados pensamientos del filósofo, el ascetismo del creyente, la esperanza de los apasionados, la luna de miel de los esposos que han contraido un reciente y por esto agradable vínculo.

Nosotros preguntamos, a pesar del materialismo que nos invade, a pesar de esa consagracion constante hácia la fortuna que es toda la aspiracion del presente siglo, nosotros preguntamos: ¿cuál es el jóven que no se ha sentido impresionado en algunos momentos de soledad y de reconcentracion sobre sí mismo cuando el pálido astro recorre los espacios del firmamento? ¿Quién no ha sido influenciado por aquella luz? ¿Quién no ha pensado en su amante? ¿Quién no ha recordado los seres a quienes ha querido? ¿Quién no ha fijado su vista en los sepulcros? ¿Quién no ha ido recorriendo las horas de su ya pasada existencia? ¿Quién no piensa en el pasado y en el porvenir? ¿Quién no echa una mirada

a la eternidad, al infinito? ¿Quién no se arroba en la vaguedad inmensa y oscura de este todo que nos es dado contemplar sin jamas definir cuando se mira al cielo y ve a la luna recorrer con veloz carrera el campo espacioso del firmamento.

Era, pues, una de esas noches de luna, decimos, que Luisa, entregada a sus pensamientos y completamente absorbida por sus ideas, no habia visto a Guillermo, que se habia detenido a corta distancia y a la sombra de un árbol que ocultándolo le permitia contemplar aquella hermosísima mujer, cuyas gracias y cuya tristeza realzaban los pálidos rayos de la luna.

En efecto, no parecia Luisa un ser de este mundo: era mas bien una aparicion bellísima, una hada misteriosa y simpática, la hurí invisible y encantadora de aquel solitario paraiso donde ella vivia y a quien ella animaba con su presencia; y a tal punto producia aquella ilusion, que Guillermo mismo creia encontrar mas monumental el elegante y sencillo pabellon, mas fragantes las flores que lo rodeaban, mas suave y delicioso el aire que bañaba aquel recinto.

Luisa, sentada en una de esas poltronas de junco que nos vienen de la India, y vestida completamente de negro, tenia su cabeza neglijentemente reclinada en el respaldo de la silla, siguiendo sus grandes y rasgados ojos medio velados por sus largas pestañas, el rápido curso de la luna.

Guillermo estaba absorto... era feliz... y se gozaba en su dicha al considerarse único dueño de aquel ánjel, y lo que es mas que un ánjel, de una mujer realmente divina. Yo soi su esposo, decia entre sí mismo; ella me pertenece completamente; no hai nada en el mundo que pueda separarnos. Ella con sus caricias me hará olvidar... ¡Olvidar! Y al pronunciar esta palabra, un pensamiento desgarrador debió cruzar por su imajinacion, porque su semblante se alteró considerablemente, y esa contraccion nerviosa de sus facciones representó a la vez el miedo y el odio, la desesperacion

y la esperanza que sin duda sentia Guillermo en su interior.

Luisa, dejando en ese mismo instante su asiento, se arrodilló, y con sus manos puestas sobre el pecho, como en actitud de orar, esclamó con triste acento:

—Dios mio, protejedlo, salvadlo, hacedlo dichoso, ya que yo no puedo serlo!

Guillermo creyó que aquella esclamacion se referia a él, que aquella súplica era por él, y corrió hácia Luisa, diciéndole:

—Soi dichoso, mui dichoso, alma mia! ¿Cómo puede ser desgraciado un hombre a tu lado? ¿Y qué penas no eres tú sola capaz de borrar por completo? Yo tengo mis pesares, es verdad, pero tú los destruirás, tú los cambiarás al fin en alegrias... Sí, Luisa, tú y Dios me sanarán!

La sorpresa impidió a Luisa el contestar, le impidió hasta el moverse y permanecer por algun tiempo en la misma actitud en que se encontraba, teniendo a su lado a Guillermo, que se habia arrodillado como ella, apoderándose de una de sus manos.

—Pensabas en mí, querida Luisa, ¿no es verdad? dijo el apasionado marido, llevando a sus labios la mano que tenia entre las suyas.

Luisa la retiró como asustada, mirándolo con estrañeza.

Guillermo atribuyó este movimiento a ese pudor instintivo de la mujer a quien los primeros halagos le son hasta cierto punto penosos; por otra parte, él creia, como ya hemos dicho, que habia dejado pasar demasiado tiempo sin exijir el cumplimiento de las obligaciones de esposa, de manera que podia esperimentar algun despecho al ver su indiferencia; pero como habia resuelto probarle ya de que, lejos de indiferencia sentia amor, sentia no solo el cariño del alma, no solo el aprecio y la admiracion, no solo el entusiasmo por su belleza moral, sino tambien el ardor de los sentidos, el vehemente deseo del goce, la delicia de la pose-

sion, que viene a completarse por el matrimonio, trató de mostrarse galante y de pedir rendido los últimos favores.

La persuasion de Guillermo, como es fácil de concebirlo, no la habia ni aun siquiera imajinado Luisa, y ajena por completo de los sentimientos que dominaban a su marido, lo dejaba decir, ni mas ni menos como si no comprendiera la significacion de las palabras; y asi era en efecto, pues Luisa oia un murmullo que no descifraba, voces cuya significacion no estaban a su alcance; sin embargo, no le agradaban aquellas espresiones y se esquivaba por instinto de aquellos halagos que no eran del todo exijentes pero que cualquiera otra habria comprendido, porque revelaban en parte una intencion determinada, porque a pesar del velo con que iban envueltos, manifestaban un propósito, un fin determinado.

Luisa, que no queria sin duda profanar aquel sitio en que habia evocado a sus padres y a su tia, rogando talvez por su amante, dijo a su marido:

—En este lugar solo me encuentro bien cuando estoi aislada, cuando no me ve nadie, cuando me recojo en mi interior para pensar en los demas y pedirle a Dios por los seres que he amado y que continúo amando.

—¿Y no es verdad que yo no era indiferente a tu oracion?

—Te lo confieso: no he pensado en tí.

—¿Y por quién decias entonces que lo protejiera y que lo salvara Dios?

—Por los desgraciados, por los que padecen... .

—¡Pero yo lo soi, Luisa! ¡Si supieras cuánto he tenido que sufrir y cuánto sufro! Si conocieras mi vida desde hace algun tiempo, estoi seguro que me compadecerias!

—Yo tengo compasion, amigo mio, dijo Luisa algo enternecida, porque el acento de Guillermo era desgarrador; yo tengo siempre compasion por todos los que sufren, pero en tí no veo motivos para ese sufrimiento. Tú eres rico, eres

considerado, ocupas un lugar distinguido, tienes satisfechas todas tus necesidades, estás libre, completamente libre, y puedes aspirar a las dignidades y a los honores; ¡mientras que otros!.. Pero ya te he dicho: dejemos este lugar, que no quiero profanar con conversaciones estrañas a mis sentimientos, porque es aquí el sitio donde consagro a mis recuerdos toda mi alma.

Y Luisa se paró y entró en su pabellon, a donde la siguió Guillermo, sentándose en el mismo sofá que ella.

El jóven continuó:

—Si tienes compasion de los que padecen, debes tenerla por mí.

—Pero tú posees cuanto puede apetecer el hombre mas exijente de este mundo.

—Sin embargo, no tengo tu afecto, mi adorada esposa, y este es mi supremo bien!

Guillermo creia lo contrario, pero se hacia el inocente para que Luisa le dijera: "Te amo, amigo mio."

Luisa, sin embargo, guardó silencio.

—¿No me respondes? continuó Guillermo. Te he ofendido acaso? Dímelo y te pediré perdon de rodillas.

—Creo que no me has ofendido nunca; pero aun cuando sucediera, no me costaria mucho perdonarte...

Habia tal naturalidad en la palabra y en la espresion de la fisonomia de Luisa, al mismo tiempo que tan fria indiferencia, que Guillermo la miró sorprendido y le preguntó:

—¿Me habré equivocado?

—Yo no sé sobre qué punto, amigo mio; creo que hasta ahora no hemos discutido ninguno.

—¡Qué! ¿No hablamos de nuestras relaciones? El vínculo que nos une es acaso insignificante?

—Segun la manera como se considere.

—¡Luisa! Mi querida Luisa! esclamó Guillermo, (siempre con la persuasion de que su demora en declararse lo habia perjudicado, y que era el resentimiento el que obraba en su

mujer, resentimiento tanto mayor cuanto que ella debia considerarse hermosa, y por consiguiente digna de todos los acatamientos y acreedora a todas las manifestaciones,) yo te amo, amiga mia, y no solo de ahora, sino desde mucho tiempo, desde muchos años, desde la primera vez que te ví...

—Lo que no te ha impedido querer a muchas, respondió Luisa con neglijencia.

—Ah! mi adorada esposa, esos han sido meros pasatiempos, lijeros descarrios de la juventud.

—Yo creia y creo todavia que las afecciones no son una cosa con que se juega; que el amor es un sentimiento santo y que una vez que se ha apoderado de nosotras debe llenar entera y esclusivamente nuestra existencia.

—Asi es, Luisa, y asi me sucede: yo no pienso mas que en tí, no vivo sino en tí y por tí...

Y Guillermo, arrodillado delante de su mujer en una actitud suplicante y apasionada, la miraba con ojos llenos de fuego, con ojos que obligaron a Luisa a bajar los suyos.

El marido se creyó vencedor, pues el hecho de desviar la vista era una prueba inequívoca de su triunfo; al menos este era un signo infalible en concepto del Lovelace santiaguino, y su ciencia de seductor, y de seductor feliz, no podia engañarse; asi es que se abalanzó hácia ella en la íntima persuasion de que estaba ganada la victoria, y trató de darla un beso.

Luisa desvió su cara, y parándose de su asiento, dijo a su marido:

—Caballero, yo creia que se debiera tener con una señorita mayor respeto y mayores consideraciones.

—¿Pero en qué te he faltado, ánjel mio? ¿Piensas que un beso es de tanta trascendencia entre esposos? Pero ya se ve: como este es el primero, es mui natural que te escuses.

—¡El primero! No existirá ni el primero ni el último, porque no existirá ninguno.

—¡Ninguno! ¡ninguno! dijo Guillermo, abandonando la posicion que tenia y mui sorprendido de las palabras que habia pronunciado su mujer. ¡Ninguno! repitió. ¿Cómo es esto, hija mia?

—¡Cómo! Como usted lo ha oido, caballero.

Y la voz, y el semblante y el ademan de Luisa era resuelto, imperativo, absoluto: se conocia una voluntad enérjica, decidida, invariable.

La sorpresa de Guillermo fué inmensa: caia desde los cielos a la tierra, del convencimiento al desengaño, de la persuasion íntima y deliciosamente embriagadora de ser amado, al desconsuelo, al abismo doloroso de no serlo, y el despecho y la desesperacion se apoderaron de él, hasta el punto de no encontrar nada que decir, nada que replicar, y cayó en tierra como herido de un rayo: el rayo agudo, terrible y esterminador del remordimiento.

En efecto, Guillermo, en aquel mismo momento, habia recordado, a Mercedes... Las dos únicas mujeres a quienes habia amado en la vida lo despreciaban, y se habia visto obligado, para entrar en posesion de ambas, a hacer el mal: a la una le habia dado un narcótico para conseguir una victoria que era mas bien una derrota, y una derrota espantosa por sus consecuencias funestas; a la otra le habia dado su mano, la habia llevado al altar, era su esposa delante de los hombres y talvez delante de Dios, ¡y lo repudiaba! ¡Y tenia solo el título de marido sin tener la posesion, sin tener el goce, sin siquiera alcanzar la piedad que se debe a los desgraciados!

Pero Guillermo, lamentándose de su suerte, no consideraba su culpa. Lloraba su desgracia, como le sucede a todo ser egoista, sin contemplar demasiado su oríjen, y creia que debia tenérsele compasion por sus sufrimientos, cuando él era el que habia sacrificado la inocencia. Sin embargo, el remordimiento habia hecho en él surcos espantosos y continuaba desgarrando su alma, y cada vez que recibia uno

de estos desengaños, su herida, su profunda, su incurable herida, vertia sangre como en el primer dia, como en el momento fatal en que la habia recibido...

VI.

Luisa, ignorante de lo que pasaba en el interior de su marido, porque no conocia sus actos, tuvo compasion y se acercó a él para levantarlo, reprendiéndose a sí misma de su dureza, aun cuando tenia el propósito de no transijir jamas, de no contrariar nunca la determinacion que se habia formado desde un principio; es decir, que obedeciendo a su madre no seria infiel a su amor, no traicionaria a Enrique, y esta idea, concebida en un principio, la consolidó la carta de su tia, con la revelacion de una vida tan llena de dolores, causados principalmente por el padre de un hombre a quien ella se encontraba fatalmente unida de un modo irremediable.

Vuelto en sí Guillermo, encontró a Luisa a su lado, que lo miraba con compasion prodigándole sus cuidados, y le dijo con despecho:

—Valiera mas que me abandonases a mi suerte; soi desgraciado... mui desgraciado.

—Ese es un título para mí, Guillermo, y este hecho sólo basta para que yo no te deje.

—¿Entonces eres mia?

—¿No estamos ligados por un vínculo? Yo debo cumplir la voluntad de mi madre y creo un deber mio no abandonar a mi esposo.

—Luisa! Luisa! no me hagas concebir esperanzas...

—¡Esperanzas! ¿De qué?

—¡De qué! ¡Y me lo preguntas! ¿No sabes que te adoro?

—Puede ser.

—¡Con qué indiferencia dices ese *puede ser*!

—Yo no soi dueña, amigo mio, de los sentimientos de los

demas, sino de los mios; pero dime: ¿por qué padeces? ¿Por qué sufres?

—¡Por qué padezco! ¿Lo ignoras?

—Completamente.

—Ah! Padezco por... padezco porque veo que no me amas!

Y Guillermo volvió a apoderarse de una mano de Luisa, que ésta le abandonó sin oponer resistencia.

—¿Tienes algo que te atormente a mas de lo último?

Guillermo miró a su mujer como espantado y queriendo leer en la fisonomia de Luisa el pensamiento que la ocupaba; pero se tranquilizó al ver aquella cara injénua que no revelaba ni la sombra de una sospecha, y le contestó:

—Nada, nada mas que lo último.

—Yo no quiero, Guillermo, exasperarte; pero creo de mi deber ser franca, completamente franca.

—¡Qué delicia, Luisa! La franqueza entre marido y mujer es el lazo mas fuerte que el vínculo, es la prueba mas evidente del cariño; con que asi, hija mia, habla: toda mi vida está pendiente de tus hermosos labios.

Luisa volvió a mirarlo con compasion y le apretó lijeramente la mano.

Guillermo, sintiendo esta insinuacion, que, segun él, era una manifestacion tácita de cariño, repitió:

—Habla, mi adorada, Luisa, y haz para siempre feliz a un desgraciado.

—Ojalá pudiera, amigo mio.

—Ten la seguridad, tenla, Luisa, de que me harás dichoso, para siempre dichoso.

—Sabes, Guillermo, que me haces sufrir?

—¡Yo hacerte sufrir! ¿Por qué? ¿No es bastante mi amor? ¿Quieres que te idolatre? Pues bien: tú eres mi delicia, mi Dios, mi todo.

La ilusion de ser ãmado habia vuelto loco a Guillermo.

Luisa se contuvo; temió herir de muerte aquel corazon y se calló.

—Prosigue, prosigue, hija mia; ten confianza en tu marido, en tu amante; prosigue como habias principiado; dime con franqueza lo que sientes: dímelo, porque de otra manera sufriré lo que tú no puedes imajinarte: tendré dudas.

—La duda, la incertidumbre vale en algunas ocasiones mas que la realidad.

—Nunca, nunca, Luisa; yo prefiero a todo una situacion conocida, franca, aun cuando sea penosa.

—Yo tambien soi de la misma opinion.

—¡Y entonces!

—Es que...

—Hazme de una vez feliz o desgraciado.

—Ni lo uno ni lo otro, amigo mio; pero podemos gozar de tranquilidad, de paz, de armonia; es decir que podemos ser hasta cierto punto dichosos.

—Lo seremos por completo, no lo dudes.

—¡Por completo! Yo no lo seré nunca.

—Lo serás; y mi gloria y mi dicha entera dependerán de la tuya; porque yo no podria ser feliz siendo tú desgraciada.

—¡Y sin embargo asi será! Pero tendré al menos la satisfaccion de no haber contribuido en lo menor a la desgracia ajena.

—Vamos, Luisa, esplícate de una vez; ya conoces mis sentimientos, habla.

—Son esos mismos sentimientos los que me hacen callar.

—¡Cómo! ¿Mi amor, mi adoracion te imponen silencio?

—Esa es la verdad; ¿quieres Guillermo que seamos amigos y amigos para siempre?

—¡Lo dudas, hija mia!

—Pues bien; no me ames.

—¡No amarte! ¡No amar a mi esposa! ¿Qué es lo que me pides?

—Lo que oyes.

—Pero esto es un imposible; esto está en contra de la naturaleza, en contra de mis afectos, en contra de mi deber. ¿Cómo quieres que obre?

—Dejemos esta conversacion, Guillermo; dejémosla para otro dia. Ahora te encuentras demasiado exaltado, y temo... temo hacerte mal...

—No; quiero vivir o quiero morir en este momento: es indispensable que me digas lo que sientes, pues estoi resuelto a hacer efectivos hoi mismo mis derechos de esposo.

Luisa comprendió lo que significaban aquellas palabras, y se estremeció; pero su resolucion estaba tomada, y dijo a Guillermo:

—Jamas...

—¡Jamas! ¿Entonces no me amas?

—No.

—¿Y por qué te uniste a mí?

—Por obediencia; pero aun podemos, si no vivir felices, al menos vivir tranquilos, Guillermo: te he ofrecido mi amistad; ¿la aceptas?

—¡Tu amistad! ¿Piensas que yo estoi soñando? ¿Crees que estoi loco? ¿Te figuras que soi un babieca? ¿Me tomas por uno de esos maridos fáciles que se prestan a todo? No; yo sé lo que me corresponde; yo sé como debo de obrar...

—Obra como quieras, contestó Luisa con calma; yo tambien tengo mi determinacion y nadie me hará variar de ella.

—¡Nadie! Advierte que soi el dueño, que soi el amo, que me debes obediencia, que puedo disponer de tí como se me antoje, porque la relijion, porque la iglesia, porque la sociedad, porque las leyes divinas y humanas me autorizan, me dan la facultad de obrar y de obrar a mi antojo, de disponer, en una palabra, de mi propiedad, pues la mujer es la esclava del marido.

—No hai mas poder que la voluntad, respondió Luisa sonriéndose tristemente; y en seguida añadió: pero, Guiller-

mo, no te exaltes, no te estravies, sigue mi consejo y viviremos tranquilos.

—¡Es mui curioso lo que tú me propones! ¿A qué viene a quedar reducida entonces la autoridad del marido? Yo no transijo: es preciso que obedezcas, y obedecerás.

VII.

En ese mismo instante, y acabando Guillermo de pronunciar esas palabras, que sin duda llegaron hasta doña Porfira, apareció ésta en la habitacion de Luisa, con aire majestuoso y severo: era la diosa de la justicia, que sin duda iba a pronunciar el último fallo.

—Me gusta verlos a ustedes en relaciones tan íntimas, hijos mios. ¿Seré yo acaso importuna? dijo doña Porfira consultando el semblante de los dos esposos; y en seguida, como si hubiera comprendido de lo que se trataba, como si hubiera adivinado la situacion en que se encontraba su hijo, añadió:

—Me parece que soi necesaria. Ustedes deben tener algunas dificultades y no hai como las madres para resolverlas, porque nuestra esperiencia y nuestro cariño todo lo allanan.

—Hai cosas, sin embargo, señora, contestó Luisa, en que la intervencion es ineficaz, inútil y quizá perniciosa.

Doña Porfira frunció el entreceño y Guillermo respondió:

—Mi madre tiene razon, y doblemente razon cuando nos ocupamos de un asunto que, aun concerniéndonos a nosotros, le afecta tambien a ella.

Y Guillermo esplicó a doña Porfira el estado de la discusion cuando ella llegaba.

Doña Porfira reflexionó, mirando alternativamente a su hijo y a su nuera, y en seguida dijo:

—¡Cuestion de jóvenes! Luego se allanará. No te apures, Guillermo: las cosas vendrán por sí mismas.

El carmin del rubor, y talvez un sentimiento mas fuerte, se pintó instantáneamente en el semblante de la pura y delicada niña, que contestó en el acto:

—He dicho, señora, que *jamas*, y vuelvo a repetir lo mismo.

—Yo conozco, hija mia, el corazon humano, agregó doña Porfira, y sé por esperiencia a lo que se reducen esos propósitos.

—Usted conocerá, señora, el corazon humano; pero puedo asegurarle que no conoce el mio, porque se equivoca completamente.

Doña Porfira se sonrió, respondiendo estas dos palabras:

—Ya veremos. Si tu marido sabe conducirse...

—Yo le he ofrecido, señora, mi amistad, y vuelvo nuevamente a hacerle la misma propuesta; de consiguiente, estoi persuadida que la falta está en él y no en mí.

—Mi hijo hace mal en no aceptar tu proposicion, porque lo otro vendrá mas tarde... Pero yo no he visto seres mas tontos que los enamorados; y Guillermo, como todos, paga su tributo; mas al fin conseguirá todo lo que quiera y todo aquello a que está lejítimamente autorizado.

—Creia, señora, que usted seria de mi opinion, porque entre las mujeres me parece que debe existir cierta afinidad de sentimientos, defendiendo una misma causa, cualesquiera que sean los accidentes que obran en nosotros.

—Yo no conozco mas que una sola lei: la obediencia pasiva a la voluntad del marido, pues a ella me he sometido siempre y a ella creo que deben someterse las personas que quieran obrar con cordura.

—¿Y cuando el marido no tiene razon tambien estamos obligadas a obedecer lo que él manda, a acatar lo que él dice?

—Una no debe juzgar, porque es mas fácil que nosotras nos equivoquemos que los hombres.

—Puede ser, señora, pero habrá veces en que ellos sean los engañados.

—Sí, pero el mejor partido es hacer lo que le dicen, porque asi se liberta de error.

—Yo no abdicaré jamas de mi razon.

—Te preparas entonces a muchos sinsabores; porque, contrariando al marido, te contrarias a tí misma, y es mas prudente ceder voluntariamente que ceder por la fuerza, pues el marido tiene la autoridad, es el que manda y de una manera o de otra hai que obedecerle.

—Segun esto, señora, el matrimonio es la esclavitud, y yo no he nacido para ser sierva.

—Una es siempre esclava de sus deberes, de sus obligaciones, hija mia, y es preciso soportar el yugo: este es el rol de la mujer, esta es la condicion en que nos ha colocado Dios.

—Bien triste es, señora, pero yo no la acepto, o diré mas bien, no creo que Dios nos haya dado ese destino.

—Y no tan solo Dios, sino los hombres que han interpretado su voluntad, estableciendo leyes en conformidad a las prescripciones del Señor.

—¡Las prescripciones del Señor! ¿Ha ordenado Dios que la mujer no sea digna? ¿Ha querido que sea solo un instrumento, un autómata, un juguete en manos del hombre? No, señora; yo tengo una creencia mui distinta respecto al rol de la mujer: la que está llamada para formar el corazon del hombre, debe ser digna; la que lo conduce en los primeros pasos de la vida, debe ser libre; la que lo acompaña en toda su carrera, debe ser fuerte; la que es árbitra de sus goces, debe ser independiente; la que mitiga y endulza sus sufrimientos, debe tener voluntad propia, accion propia, razon propia: el matrimonio no es la esclavitud, sino la asociacion; no es la dependencia, sino la union santa y fecunda de dos intelijencias para formar una sola intelijencia, de dos afectos para formar un solo afecto, de dos seres distintos que se completan a sí mismos para marchar a un solo destino, a un solo fin, al fin y al destino para que han sido creados: asi es como

yo concibo el matrimonio y asi me parece como Dios debe haberlo establecido.

—¡Mui bien marcharia el mundo con esas teorias! Qué union, qué órden, qué armonia existiria en el hogar si la mujer fuera independiente y libre, si tuviera, como tú dices, voluntad propia, razon propia! ¿No comprendes, no ves que de esta suerte seria imposible la existencia de la familia y aun la existencia de la sociedad que se forma de ella?

—Al contrario, señora, yo no puedo concebir órden, belleza, moralidad inteligencia, dicha, goce, armonia, sin la libertad de la mujer; si le quita usted esa independencia, todo cae y el matrimonio se convierte en una prostitucion indigna que degrada al hombre, que llegaria hasta degradar la especie.

—Dejémonos de teorias y vamos a la práctica, dijo Guillermo, porque este es el mejor modo de cortar la cuestion: hace mas de dos meses, señora, que somos casados y me parece un tiempo sobrado...

—Bien dicho, bien dicho, esclamó doña Porfira, y me estraña mucho que no hayas obrado como debieras.

Luisa miró a la madre y al hijo con sorpresa, con horror y hasta con repugnancia; pero dominándose, dijo con un aire de dignidad que impuso a Guillermo:

—Te he ofrecido mi amistad, Guillermo; es lo único que puedo darte; acéptala por tu bien propio, pero no quieras ir mas adelante.

—¡Tu amistad! Está bien; ¿pero quién me impedirá lo demas?

—Tú mismo, amigo mio; tu propia dignidad te retendrá.

—¡Mi dignidad! ¿Y pierdo acaso mi dignidad por exijir lo que me pertenece de derecho?

—¿Qué es lo que te pertenece de derecho?

—¡Lo ignoras! Pues sábelo de una vez: lo que me pertenece de derecho eres tú.

—Y no tan solo es un derecho, interrumpió doña Porfira,

sino un precepto, hija mia, un precepto de nuestra santa relijion, que lo ordena terminantemente a los esposos.

Luisa casi no daba crédito a lo que oia, y tan ruborizada como escandalizada, se ocultó el rostro.

—Consúltalo cuando quieras, amiga mia, con tu confesor, y verás que lo que te digo es la verdad, añadió doña Porfira.

—Pues yo, repuso Luisa con enerjia, no acordaré nunca tal derecho ni creeré jamas en tal precepto.

—Pues harias mal, porque sin que tú lo acordases puede y debe tu marido tomarlo, y pecarias mortalmente faltando a un mandato de la Iglesia.

—Yo creo, Guillermo, replicó Luisa, sin mirar siquiera a doña Porfira, porque le habia causado horror; yo creo que tú no participarás de tales opiniones, a pesar de lo que has dicho, pues no puedo suponer que al menos no seas caballero; y un caballero nunca obra en contra de la voluntad de una mujer, nunca la considera y se considera tan indigno, nunca la degrada y se degrada hasta ese punto, porque esa es una exijencia que envuelve la corrupcion mas espantosa, la prostitucion, y no puedes tú haber llegado allí, ni puedes pensar ni exijir que yo llegue.

Habia tanta dignidad, tanta entereza, tanta justicia en lo que decia Luisa, que Guillermo no respondió palabra; pero doña Porfira tomó su defensa y atacó a su nuera con vehemencia, reprochando a su hijo su pusilánime condescendencia.

Alentado Guillermo con la peroracion de su madre y creyendo a su mujer vencida, porque no habia contestado, se atrevió a decir:

—Cede, Luisa, cede a la razon... cede a mi cariño... Yo no querria violentarte... Al fin verás como llegas a quererme...

—Jamas, porque amo a otro y me conservaré para el que amo tan pura de cuerpo como pura de espíritu.

Guillermo y doña Porfira quedaron aterrados; aquella franqueza de la vírjen manifestaba la castidad y la fuerza de un alma superior, de un alma indomable.

Pasado esta primera impresion, vino el furor. Los ojos de Guillermo se inyectaron de sangre y esclamó con una voz de trueno:

—¡Me has engañado! ¿Por qué te casaste conmigo si amabas a otro? Pero yo te haré sufrir inmensamente; estás en mi poder... No le llevarás a tu amante esa pureza, no; yo te haré ceder... y si no cedes... haré uso de la violencia... estoi en mi derecho... me perteneces.

—Y yo, dijo a su turno doña Porfira, te despojaré de toda la fortuna..., sábetelo: yo soi la única dueña... yo... No desmientes de tu oríjen, picarona... tu tia la monja, la santa abadesa...

—Basta de infamias, basta... Ahora mismo saldreis de esta casa, raza de víboras... ahora mismo... esclamó Luisa llena de justa indignacion.

Doña Porfira se sonrió desdeñosamente.

Guillermo se abalanzó hácia Luisa poseido de un vértigo espantoso: era una furia en vez de un hombre.

El solitario, apareciendo repentinamente en el cuarto, contuvo a Guillermo con un brazo vigoroso, y empujándolo con violencia, le dijo:

—Eres tan miserable y tan infame como tus padres.

Guillermo fué a caer a cuatro pasos de distancia, permaneciendo allí sin levantarse.

—¡Has muerto a mi hijo! esclamó doña Porfira fuera de sí, tratando de levantar a Guillermo.

—Quién sabe, contestó el solitario con una serenidad imponente: el que mató al padre talvez ha sido conservado para matar al hijo.

Doña Porfira abrió sus ojos desmesuradamente como quien ve a un espectro, y apenas pronunció esta única espresion:

—¡Usted!

—Yo mismo, señora: yo el antiguo coronel don Toribio de Guzman, el amigo de Eduardo, del padre de Luisa a quien ustedes asesinaron, pretendiendo ahora hacer lo mismo con la hija. Yo conozco todas las infamias cometidas entonces y no permitiré ni permitirá Luisa que se repitan, ya que ha tenido la magnanimidad de no decirles a ustedes nada; pero sépanlo de una vez: Luisa está en posesion de todos los documentos que justifican que es ella la única y lejítima heredera de toda la fortuna por cuyo interes han cometido ustedes tantas infamias; y para que usted se convenza de la verdad, puede ahora mismo leer la carta de sor Ursula recibida hace pocos dias y escrita en los últimos momentos de esa santa mujer, sacrificada por ustedes.

El solitario dejó de hablar, pero sin apartar su vista de aquel cuadro repugnante, pues las descompuestas facciones de Guillermo no inspiraban compasion sino un sentimiento distinto.

Doña Porfira, aunque no habia perdido el sentido, estaba tanto o mas aterrada que su hijo, y hubiera preferido cien mil veces encontrarse en su estado a tener que mirar a aquel anciano que se le aparecia repentinamente como un testigo de sus faltas, como un juez llamado para castigarlas.

Luisa dijo al solitario:

—Tenga usted compasion de ese hombre y socórralo.

Don Toribio de Guzman obedeció y se acercó pausadamente al lugar en que se encontraba Guillermo.

Doña Porfira, talvez instintivamente, trató de cubrir a su hijo con su cuerpo, temiendo que el que habia muerto a su padre no hiciera otro tanto con el descendiente.

Pero el solitario, comprendiendo los temores de la madre, le dijo:

—Talvez valdria mas que muriera; pero me mandan salvarlo y lo salvaré.

Y sin esperar respuesta tomó el pulso al jóven, y sacando

de sus grandes bolsillos una especie de cartera llena de pequeños instrumentos, llamó a Luisa diciéndole:

—Tiene una conjestion cerebral: talvez moriria si no se sangrase; este es el único y eficaz remedio.

Doña Porfira volvió a mirar al solitario, mui sorprendida de la calma y de la seguridad con que hablaba el anciano, en cuyas facciones creyó encontrar alguna semejanza con el hombre que habia conocido en otra época y en aquella misma casa. El sentimiento de madre se sobrepuso a todo; y a pesar de su temor y de su vergüenza, dijo al solitario:

—Sálvelo usted, señor.

—Talvez hago un mal; pero yo no puedo ni debo dejar morir a nadie si está en mi mano evitarlo. La justicia de Dios obrará a su tiempo; ¡y quien sabe si este no es su principio, porque la vida suele en algunas ocasiones ser mas penosa que la muerte!

El anciano sangró a Guillermo, que no tardó mucho en volver en sí, mirando a su alrededor con esa curiosidad del que despierta de un profundo sueño y que trata de reconocer el lugar donde se encuentra; pero apenas se dió cuenta de lo sucedido, apenas le vino el recuerdo de lo que habia hecho y dicho, que volvió a cerrar los ojos para no ver, sin duda, a las personas con quienes se encontraba.

El solitario contemplaba a Guillermo y a su madre sin decir palabra. La fisonomia de este hombre era grave. Aquella tranquilidad en la mirada revelaba la tranquila resolucion de su espíritu: era una de esas naturalezas que no vacilan para decidirse, sino que conciben y ejecutan con la certidumbre del que tiene conciencia de sus actos.

Un silencio profundo reinaba en aquel salon y todo era allí imponente. A la serenidad del anciano agregábase la inmobilidad de la madre y del hijo, y la actitud triste y reflexiva de Luisa.

El solitario dijo al fin, dirijiéndose a Guillermo y a doña Porfira:

—Ustedes tienen en su presencia al que dió muerte al marido y al padre; pueden la esposa y el hijo vengarse, con la seguridad de que no haré nada para defenderme, sino que dejaré que se cumpla en mí lo que dice el Evanjelio. "Quien a cuchillo mata a cuchillo muere"; pero no permitiré jamas que se violente la voluntad de la hija de mi amigo Eduardo, y que se consume un matrimonio que la naturaleza rechaza y que seria casi un crímen...

—Huyamos, huyamos de aquí, dijo Guillermo a su madre en voz baja y con tono suplicante; huyamos, tengo miedo a este hombre, tengo miedo a todo...

Doña Porfira no se encontraba tampoco bien; sentíase, como nunca, débil y apocada: esperimentaba vagos temores: no era la mujer enérjica de otras veces; pero respondiendo en lugar de su hijo a la especie de reto que le habia dirijido el anciano, esclamó:

—Mi hijo no es un asesino y no es este el momento a propósito para tomar una determinacion; por otra parte, usted le acaba de salvar la vida. Hablaremos en otra ocasion.

—Cuando usted quiera, señora; pero debo advertirle que yo tampoco he sido asesino; y en cuanto a la vida de su hijo, no es a mí a quien tiene que agradecerla, sino a Luisa, ¡a Luisa a quien ustedes han querido sacrificar, pero a quien no tocarán uno solo de sus cabellos, a quien ya no harán mal alguno!

—No ha sido nuestro ánimo sacrificarla, señor, sino que fuera feliz; asi lo pensó tambien su madre que contribuyó por mucho a este enlace.

—Ya no es tiempo de engaños... La máscara ha caido... Todo se sabe... Basta... Aquí tiene usted la carta de sor Ursula; léala en reposo y no dude que sacaremos todos algun provecho, porque se convencerá usted misma que sus exijencias son absurdas y no espondrán a Luisa, por conveniencia propia, a nuevos sinsabores y quizás a nuevas catástrofes.

Doña Porfira no replicó, sino que hizo una reverencia y salió con su hijo.

Cuando quedaron solos, Luisa dijo al anciano:

—Estas son demasiadas emociones para mí. Me siento desfallecer; y sin embargo, es preciso que conserve toda mi enerjia para la lucha, porque no cederé jamas.

—Haces bien, hija mia; pero no creo que tengan ya pretensiones de ningun jénero, porque lo perderian todo.

—Pero pueden entablar un pleito; y si mi madre me sacrificó por conservar intacto el honor de su hermana, yo estoi dispuesta a hacer otro tanto.

—Si tu madre hubiera tenido conocimiento de todo, no lo habria hecho, estoi seguro de ello; de consiguiente, sacrificándote tú ahora, contrariarias, en vez de seguir, su voluntad.

—No me he espresado bien: el sacrificio de que hablo no es absoluto, porque ninguna consideracion ni ningun interes me hará mudar de la resolucion que tengo formada y que llevaré a cabo; pero como la fortuna es el móvil único que los ha hecho obrar, les dejaré el goce de esa misma fortuna que poseen y por la que han cometido tantos crímenes, para que se retiren en paz y guarden un secreto que a ellos les conviene no revelar, porque de otra manera se perderian a sí mismos.

—Tu plan me parece bien; ¿pero cómo tendrá lugar semejante separacion sin que se aperciba de ella la sociedad, quedando espuestos a mil comentarios?

—No sé, pero estoi resuelta a arrostrarlo todo antes que ceder a sus exijencias, antes que vivir bajo el mismo techo con jente como esta; y no crea, señor, que esperimento odio, no; pero es una cosa mas invencible que el odio la que siento.

—¿Qué cosa, hija mia?

—Repugnancia, señor; y lo peor es que no puedo vencerme, que nace y está en mí a despecho de mi voluntad; y

veo que esta disposicion en que me encuentro se aumentaria si permaneciesen aquí, no pudiendo prever hasta donde llegaria. Por otra parte, ¿recuerda usted lo que le dije un dia de que obedeciendo a mi madre seria fiel a Enrique?

—Perfectamente y lo comprendo lo mismo.

—Ya he cumplido con lo primero, me falta ahora hacer efectivo lo segundo; y para conseguir esto, es indispensable una separacion absoluta; porque tengo miedo de esta jente, y no sé por qué causa se me viene siempre a la memoria la desgracia de Mercedes.

—Tienes razon, dijo el solitario, despues de haber reflexionado un rato.

—Y es preciso que esto se haga ahora mismo.

—¿Y de qué medida piensas valerte?

—Voi a escribirle, señor; y si esto no produce buen efecto, buscaremos otro espediente. Cuando haya terminado mi carta se la leeré a usted.

Y Luisa se sentó en su escritorio y redactó la siguiente nota.

VIII.

"Señora doña Porfira de...

Señora:

La lectura que debe usted haber hecho de la carta de mi tia, los secretos que encierra esa carta, lo acontecido en una época remota y lo sucedido hoi, los sentimientos de su hijo y los mios, los inconvenientes con que tendriamos que tropezar, los graves hechos que ponen entre nosotros una barrera insuperable, todo, todo esto creo que debe de haberla inducido a pensar que la union entre Guillermo y yo es completamente imposible.

A cualquiera otra persona, señora, le hubiera hecho salir de los límites de la moderacion el conocimiento de tanta maldad y de tanta perfidia, y habria roto sus relaciones de

una manera estrepitosa, talvez de una manera cruel; pero mi tia ha perdonado a su marido, la ha perdonado a usted; y yo tambien debo perdonar y perdono; pero esto mismo le probará que mi determinacion es invariable y que nada en el mundo me puede hacer cambiar de propósito, porque cuando decide la reflexion y no la pasion, puede considerarse el paso dado como una cosa resuelta y del que es imposible volver atras.

No quiero hacer inculpaciones de ningun jénero, y si pudiera olvidar cuanto he sabido, lo haria con gusto; pero este mismo deseo me obliga a escribirle para que usted reflexione mas de lo que debe haber reflexionado; y si la vida de mi tia no le ha sujerido la idea de una separacion, espero que se la sujiera mi carta, hasta el punto de no atreverse usted ni su hijo a presentarse mas a mi vista.

El único móvil de todas sus acciones, señora, desde su marido hasta usted y desde usted hasta su hijo, ha sido el deseo de posesionarse de la fortuna de mi familia, y este deseo, satisfecho en parte por medio de crímenes, puede realizarse ahora por medio de una concesion lejítima y hasta de buena voluntad y con pleno conocimiento de causa.

Usted no ignora que puedo entrar en el acto en posesion de todos mis bienes; que tengo en mi mano todos los documentos que comprueban la lejitimidad de mis derechos; que la voluntad de mi tia es tan esplícita como manifiesta; que me seria fácil y quizá provechoso para mis intereses el hacer públicas las infamias cometidas; que puedo en un caso dado anular un matrimonio realizado solamente por complacer la voluntad de una moribunda que estaba tambien engañada, no habiendo tenido otra sancion que la del sacerdote, pues llegaria el caso que me veria obligada a revelar que ninguna lei es superior a mi voluntad, ni nadie seria capaz de forzarme a vivir con el hijo de los asesinos de mi padre y de los defraudadores, por no usar de otra espresion, de mi fortuna; puedo, pues señora, hacer valer todo esto, y sin em-

bargo, me he propuesto no hacer nada de ello en caso que usted acceda a lo que voi a proponerle.

Primeramente dejo en poder de usted y de su hijo todos los bienes de que están actualmente en posesion por el término de sus dias.

Segundo: ustedes se comprometen a guardar el mayor silencio sobre los acontecimientos pasados y presentes, poniendo en mis manos todas aquellas piezas que pudieran, aunque de una manera ilegal, hacer aparecer en juicio con alguna verosimilitud de derecho.

Tercero: el matrimonio legal y relijioso que me une aparentemente a su hijo, pero que nunca me unirá en realidad, queda completa aunque tácitamente disuelto, sin que jamas jestionen sobre él.

Cuarto: que no intentarán hacer el menor mal a mi maestro y protector, el coronel don Toribio de Guzman, cualesquiera que sean los acontecimientos que puedan sobrevenir en el futuro.

Y quinto: que si ustedes faltaren a una sola de estas estipulaciones, la concesion que les hago de tan considerable parte de mi fortuna, quedaria por completo anulada.

Ya ve usted, señora, que todo lo que exijo entra, pecuniariamente hablando, en sus intereses y no en los mios; pero puedo decirle a usted que en esto no hago un gran sacrificio, porque la fortuna para mí tiene menos valor que la honra; sin embargo, no dejo de considerar que la jeneralidad de las personas la anteponen, obligándome esto mismo a creer que usted no vacilará en aceptar mis condiciones.

Sin mas

LUISA VALDES."

Esta carta seca, que era mas bien un reproche que un convenio, una acusacion que un contrato, obtuvo la aprobacion del solitario y fué en el acto mandada a su destino.

La contestacion no se dejó esperar mucho tiempo y venia concebida en estos términos:

"Señora doña Luisa Valdes.

Señora:

Su nota me ha llenado de sentimiento, pero veo en ella la justicia.

Usted, sin embargo, ha hecho responsables a unos de las faltas de otros: yo y mi hijo somos inocentes, pero usted tiene hasta cierto punto razon en suponernos partícipes de los actos de mi esposo; las apariencias nos condenan, pero mi hijo y yo pedimos perdon de nuestras faltas; y asi como nos han perdonado los muertos, espero que nos perdonen los vivos, por cuya razon aceptamos con gratitud la benevolencia que nos manifiesta.

Si no fuera por ciertas consideraciones sociales, nos habríamos despojado en el acto de una fortuna que he venido a convencerme de que no nos pertecece; pero el haberla poseido por tan largos años, el ser usted esposa de mi hijo ante la sociedad, y el no vernos, tanto usted como nosotros, espuestos a las interpretaciones de distinto jénero y no pocas veces calumniosas de esa misma sociedad, me obligan a aceptarla tanto a nombre mio como al de mi hijo, pudiendo usted estar segura que guardaremos relijiosamente las condiciones que usted nos impone.

Comprendo la delicadeza de sentimientos que la animan, y veo que talvez la hemos ofendido por esceso de cariño, por deseo de que nuestras relaciones fueran mas íntimas; pero tambien comprendo ahora los inconvenientes que se oponen, y no puedo menos de reconocer los justos motivos que obran sobre usted para no aceptar una union que, aunque lejítima, social y relijiosamente hablando, no lo es, sin embargo, por el hecho; pero tengo la esperanza, y la alimento con gusto de mi corazon, que alguna vez llegue a realizarse o lleguen a desaparecer los inconvenientes que nos separan, haciéndome un deber de empeñarme por medio de mis acciones futuras, en borrar las causas y los efectos que

han motivado y que influyen de una manera inevitable en esta separacion que lamento pero que no puedo menos de considerar indispensable por las mismas razones que usted la considera, aunque estas sean desdorosas para mí y honorables para usted.

Siento verme obligada a hablarle con esta política, ajena de mi cariño; pero necesaria en el estado de nuestras relaciones, pues ya no me es dado poderle dar el título querido de hija que tanto agradaba a mi corazon y que hubiera hecho mi delicia y mi orgullo; pero puede ser que llegue un tiempo en que me sea dado tener esta satisfaccion inmensa; y mientras llega tan deseada época, sírvase usted aceptar las consideraciones y la gratitud eterna de su mui atenta y agradecida servidora,

PORFIRA DE..."

Habiendo Luisa leido la contestacion de la madre de su marido, se la pasó al anciano con cierto aire de desden, que significaba sin duda o que no creia en el contenido o que despreciaba tanta bajeza, tanta humillacion por conservar la fortuna como manifestaba aquel escrito, en que la codicia no era velada siquiera por el arte.

El solitario recorrió a su turno aquellas pájinas, y una sonrisa de incredulidad mezclada de burlona indiferencia apareció en sus labios, diciendo en seguida:

—La víbora no se atreverá a morder.

—¿Tiene usted entonces seguridad de lo que dice esta carta?

—Sé que la fortuna puede mucho en esas almas, y tendrán miedo de esponerse a perderla.

—Si es asi no es caro el precio a que uno compra su tranquilidad y pone un freno a la maledicencia. ¿Sabe, maestro mio, que siento una delicia inmensa?

—¿Por qué, hija querida, cuando todo lo que te sucede es triste?

—Porque me creo libre; porque puedo pensar en *él*... porque me parece que mi conducta la aprueban desde el cielo mis padres y mi tia; porque trabajaremos desde hoi mismo en libertar a Enrique... y porque usted, y esto es uno de los principales motivos, queda exento de todo peligro, tal vez de todo pesar interior.

—Tienes razon, Luisa, y creo que las últimas palabras de tu madre se realizarán: "espera," dijo ella en ese supremo momento en que sin duda ya veia con los ojos del alma.

—Yo tambien tengo fé, señor, y siento que renace en mí la esperanza.

Mientras Luisa y el solitario se entretenian agradablemente conversando y combinando sus planes para salvar a Enrique, Guillermo y doña Porfira, llenos de despecho y de impotente rabia, salian de aquella casa que habian creido apropiarse, para no volver a entrar nunca en ella.

La fuga.

I.

La vida humana es una transicion constante y sucesiva de un sentimiento a otro sentimiento, de un afecto a otro afecto, de una idea a otra idea, de un hecho a otro hecho, eslabonándose asi el pensamiento de ayer con el pensamiento de hoi para enjendrar el pensamiento de mañana: y este mismo encadenamiento que existe en el órden moral existe tambien en el órden físico. Todo se sucede, todo se trasforma, todo varia para llenar el fin de la creacion, que es la armonia, la vida el progreso.

Luisa habia, lo mismo que los demas seres, esperimentado y pasado de una impresion a otra impresion. Despues de los deliciosos dias de San Jorje al lado de su amante, mas deliciosos todavia por la incertidumbre que lleva consigo el divino estimulante de la esperanza, se habian sucedido la caida de Mercedes, la separacion instantánea de Enrique, su casamiento con Guillermo, la violencia que habia tenido que hacerse a sí misma, la muerte de su madre y de su tia, la declaracion insultante de su marido y de su suegra, que la habian ofendido en su delicadeza de mujer, en su elevacion de pensadora, en su espiritualidad de vírjen. Despues de tantos dolores para tan pocas alegrias, volvia otra vez a despejarse el horizonte, y aunque lleno todavia de tinieblas, distinguia en lontananza una débil luz que la alumbraria en el camino, que la guiaria en la marcha: esta

débil luz era el pensamiento de salvar a Enrique, pensamiento que embriagaba todo su ser, que la trasportaba al Eden misterioso de un porvenir desconocido, pero lleno del perfume de la virtud y de las dulces emociones que esperimentaria Enrique al saber que era ella quien se habia ocupado de su vida, quien le habia dado su libertad... y esas emociones las sentia ahora Luisa, gozando anticipadamente de lo que debia gozar Enrique, porque ella estaba resuelta a confesarle su amor, a decirle que solo habia cedido al imperio del deber, pero que siempre habia sido digna de él y que el sacrificio mismo que se habia visto obligada a practicar era una prueba incontestable de aquel desprendimiento, de aquella heroicidad que necesitan los grandes afectos, las grandes pasiones, las grandes virtudes.

Y Luisa se decia a sí misma: "Es imposible que él no comprenda esto, que él no aprecie esto, y que no me ame de la misma manera que yo le amo."

Mecida la imajinacion de la jóven patricia con tan seductoras ilusiones, se dispuso en compañia del solitario a obrar inmediatamente, y al otro dia se dirijió a casa de sus principales conocidos, quedando de juntarse con su maestro a la hora de la comida para comunicarse lo que hubieran obtenido de favorable, poniéndose asi de acuerdo para obrar en lo sucesivo.

Don Toribio de Guzman, empero, no tenia ya amigos; pues, o habian bajado al sepulcro, o sin duda lo habrian olvidado los pocos que aun podian existir de esa época, de manera que no sabia a quién ni dónde dirijirse, siendo un estranjero en Santiago, antiguo lugar de su residencia y en el que habia brillado en otras ocasiones.

Por otra parte, su condenacion a muerte debia subsistir siempre, agravando la pena la fuga de la capilla, que habia burlado el fallo de sus jueces; de manera que no solo carecia de influencias que poner en juego, sino que corria el riesgo de perder hasta su libertad, y por consiguiente de

poder servir de apoyo a Luisa en las críticas circunstancias en que se encontraba, teniéndolo sumamente preocupado estas cavilaciones de su espíritu.

De repente pasó por su imajinacion una idea fujitiva, pero que poco a poco fué tomando formas, hasta que se decidió a adoptarla y convertirla en proyecto, e inmediatamente se fué a una sastreria, compró un traje negro, afeitó su blanca barba, que lo habia acompañado durante tantos años, dándole el aspecto mas venerable, aspecto que habia contribuido tambien no poco a su reputacion de brujo y al respeto supersticioso de que gozaba entre los campesinos de la hacienda de San Jorje; pero si lo privaba de las prerogativas de la ancianidad, habia esta sola operacion rejuveneciólo de veinte años, quedando él mismo sorprendido, despues de concluido su tocado, de encontrarse tan mozo.

Por mucho tiempo que un hombre de mundo haya pasado en el campo y llevado esa vida ruda y salvaje del desierto, nunca pierde sus buenos modales, ese *no sé qué* de buen tono, que, a despecho del traje, se distingue, y que jamas o rara vez adquiere un *parvenu;* ese *no sé qué*, decimos, del hombre que ha rolado siempre en la alta sociedad, no habia abandonado al solitario, a pesar de su larga separacion del mundo, no encontrándose embarazado con su nuevo y elegante aunque severo traje.

La idea nueva que habia cruzado por la imajinacion de aquel hombre era por demas sencilla. Don Toribio de Guzman pensó que el jóven que acababa de subir al primer puesto de la nacion, debia, por cálculo y por sentimiento propio, estar dispuesto a ejecutar actos jenerosos que le granjearan buen nombre entre sus conciudadanos, y a mas la satisfaccion interior de poder ser y de ser en efecto, magnánimo; y en consecuencia se encaminó al palacio de la moneda a presentarse ante don Manuel Montt, que hacia pocos dias habia escalado el puesto que mas tarde debiera costar-

le tantas amarguras y a la nacion tanta sangre y tantos sacrificios (1).

El jóven presidente estaba sentado en su despacho, en el mismo salon que habia servido a su antecesor el jeneral Bulnes, cuando se hizo anunciar don Toribio de Guzman con su nombre y con su título.

El presidente Montt, cuya vida no habia sido estraña a los acontecimientos políticos, aunque no hubieran figurado en su época, recordó en el acto todas las circunstancias de aquel ruidoso proceso y de aquella ruidosa fuga, que habia ocupado por mucho tiempo a la sociedad entera de Santiago, con mas, la particularidad de que no se habia vuelto a saber nada del paradero del coronel; asi es que tanto por curiosidad como porque creia importante aquella visita, ordenó de hacerlo introducir en el acto.

La mirada sagaz y penetrante del jóven presidente, esa mirada acostumbrada a descifrar los secretos del corazon por los rasgos de la fisonomia, se clavó serena y al parecer impasible en las varoniles facciones del antiguo guerrero y en su porte noble y desenvuelto, que anunciaba resolucion, franqueza e hidalguia a la vez, y no pudo menos de sentirse impresionado favorablemente por aquel hombre, de manera que lo recibió con agrado aunque con cierta reserva peculiar a su carácter y propia en aquellas circunstancias y con aquel personaje estraño, que aparecia de un improviso despues de una ausencia tan larga.

El presidente, ofreciéndole una silla para que se sentara, le dijo con esa amabilidad un poco terca que lo caracteriza todavia y que ha tenido quizá siempre.

—Creia que el señor coronel don Toribio de Guzman ya no existia.

(1) ¡Dios quiera que no se repitan en nuestro pais escenas como esta! Que no haya un hombre que suba al poder en medio de la sangre! Que se avergüencen de las candidaturas oficiales y no las acepten jamas! Que sepan imitar el ejemplo del señor don Antonio Varas, por honra propia, por decoro propio, por elevacion propia, asi como por el engrandecimiento, por el progreso y por la libertad del pais!

—Su escelencia no puede haber conocido al coronel Guzman.

—No personalmente, es verdad, pero los héroes de la independencia nunca se olvidan en el corazon de un chileno. Por otra parte, usted tuvo un proceso ruidoso a consecuencia del cual fué usted borrado del escalafon del ejército.

—No es esto solo, sino que S. E. no debe tampoco ignorar que fuí sentenciado a muerte y que el fallo de mis jueces no se cumplió.

—Es verdad; usted se fugó de capilla, lo que tambien hizo mucho ruido. Recuerdo haber leido todo esto en los periódicos de aquel tiempo; pero ¿qué es lo que usted solicita, señor?

—Vengo a cumplir mi sentencia de entonces y a pedir un favor por mis servicios.

—No comprendo, señor.

—S. E. ha tenido a bien recordar que he sido uno de los últimos soldados, no de los primeros, como S. E. supone, que ha derramado su sangre en favor de la independencia de nuestro pais, y en virtud de esta accion, si es que existe algun mérito en cumplir con su deber de ciudadano y de militar, vengo a implorar de S. E. una gracia.

—¿La de su vida, la de su perdon, la de su grado? Todo lo tiene usted, señor coronel, concedido en el acto.

Don Toribio de Guzman hizo una jenuflexion y dió las gracias al presidente, añadiendo:

—Nada de esto, señor, es lo que solicito, porque estoi dispuesto a que se ejecute la antigua sentencia; que por lo que hace a mi grado, ya he renunciado a él desde muchos años.

—¿Pero qué cosa de mayor interes que la vida, que los honores y que la fortuna desea usted? Porque, créamelo, señor Guzman, yo estoi dispuesto, no diré a concederle lo primero, pues usted lo obtendria ahora fácilmente y no habria un solo tribunal que se atreviese a poner en ejecucion

aquella sentencia, sino que le acuerdo desde luego lo segundo y todo el tiempo trascurrido le será a usted de abono, lo que, como he dicho antes, importa una fortuna, y una fortuna considerable.

—He dicho a S. E. que he renunciado desde mucho tiempo atras a todas esas consideraciones que tanto influyen sobre la jeneralidad de los hombres; pero en cambio de todo cuanto S. E. me ofrece y en cambio de los servicios que he prestado a mi pais, quiero que S. E. acceda a una súplica.

—¿Cuál es esa súplica?

—Que S. E. dé la libertad a un jóven.

—¿Por qué falta o por qué crímen está detenida la persona por quien usted se interesa, señor de Guzman? Pues aun cuando no tengo nada que hacer, como usted debe saberlo, en el poder judicial, sin embargo, prometo a usted interponer en su favor mi influencia.

—No hai crímen ninguno y quizá no hai falta, señor, en el acto cometido por el individuo, pues es un simple reo político.

—¡Reo político!

—Sí, señor; es un jóven que tomó cartas en el complot del veinte de abril.

—¡Un revolucionario! ¡Me admira, señor de Guzman, que siendo usted un hombre de esperiencia, que debe estar siempre de parte de la autoridad; que sabiendo ademas cuántas desgracias y cuánta perturbacion en el pais no acarrean esos motines, se atreva usted a pedirme la libertad de uno de esos conspiradores! Yo faltaria a mis deberes, señor, si accediese a su súplica, y creo que usted por sí mismo no me exijirá tal cosa.

—Señor, yo conozco al individuo y sé que es incapaz de faltar y menos aun de cometer un crímen.

—No pretendo hablar de crímenes, señor de Guzman, y puede la persona de que usted me habla ser mui honorable: pero razones de estado, razones que me es imposible desa-

tender en mi calidad de jefe de la nacion, me obligan, a despecho de mi voluntad, a no complacer a usted como en realidad lo deseo.

—Puedo asegurar a S. E. que el jóven por quien impetro la magnanimidad de S. E. debe haber sido alucinado y engañado.

—¿Y quién me asegura que no continuará siéndolo? Usted concibe que yo no puedo prestar armas en contra de mí mismo. Esta consideracion no me importaria mucho si se tratase únicamente de mi persona; pero estoi obligado a velar por la tranquilidad del pais, y en este caso único, dispense usted que no transija.

—Señor, desde luego me ofrezco a S. E. en garantia, asegurándole que no se meterá mas en política.

—Su garantia, señor de Guzman, vendria a ser ilusoria; porque ¿quién se atreveria a hacer efectiva la responsabilidad con un hombre de sus méritos y de sus antecedentes? Pero veamos: ¿cuál es el nombre de la persona?

—Enrique Lopez.

—¡Enrique Lopez! ¡Ave Maria, señor de Guzman! ¡Enrique Lopez! Nuestro mas encarnizado, sagaz y valiente enemigo!

—¡Cómo, señor!

—Lo que usted oye, señor de Guzman.

—Debe haber un equívoco, Excmo. señor.

—No hai equívoco ninguno; y ahora recuerdo: este jóven debe gozar de grande influencia, pues, independiente de su empeño, ha contado ya con padrinos poderosos con los cuales he tenido que luchar, pues he tenido empeños hasta de mis propios ministros.

—Y sin embargo, señor, no es otra cosa que un simple artesano y completamente bueno e inofensivo como su padre.

—En fin, señor coronel, yo veré la cosa, y sin dar a usted una seguridad absoluta, le daré esperanzas; pero deje usted

al menos que se aquieten un poco los espíritus. Usted comprenderá que en el estado de efervescencia en que se encuentra el pais, seria imprudencia de mi parte el proporcionar elementos a la combustion.

En balde don Toribio de Guzman insistió en dar seguridades al presidente sobre la conducta posterior de Enrique, pues éste permaneció inflexible en su determinacion, limitándose a decir:

—Deje usted que tome mas informes y me ponga al cabo de ciertos pormenores, asegurándole desde luego mi buena disposicion y el deseo que tengo de servirlo.

El coronel no tenia que replicar y se despidió.

S. E. le alargó la mano, llevando la amabilidad hasta acompañarlo al fin del salon, donde le hizo el último saludo.

Don Toribio de Guzman, aunque no tenia la seguridad de libertar a Enrique, salió del palacio de la moneda encantado de la acojida de don Manuel Montt y de su trato sério, afable y al parecer sencillo, que atraia sin intimidad y daba confianza con respeto, particularidad de este célebre y eminente personaje chileno, que ha sido reconocido por todos y hasta por sus mas encarnizados enemigos, de los cuales muchos se han trasformado en sus decididos partidarios, solo con el hecho de haberlo tratado unas cuantas veces.

II.

Don Toribio de Guzman llegó a su casa, o lo que es lo mismo, a casa de Luisa, en el momento que ésta ya venia de vuelta de sus dilijencias.

Luisa quedó sorprendida al ver al coronel, y al principio no lo reconoció; pero cuando se cercioró que era bien él, le echó los brazos al cuello, diciéndole:

—¿Qué significa esta metamórfosis, querido maestro mio? ¿Posee usted acaso el secreto de rejuvenecerse asi como ha descubierto la misteriosa redoma que contiene el licor de la

vida? ¡Sabe usted, señor, que con lo primero le bastaria a usted para hacerse millonario en mui poco tiempo si ambicionase usted la fortuna?

—Ojalá, mi querida hija, fuera poseedor de esos secretos, no para adquirir riquezas, que al menos para mí son de poco valor y de poco uso, sino para hacer el bien a mis semejantes; pero la metamórfosis que tú crees encontrar se la debo únicamente al barbero y al sastre, asi como la redoma, cien mil veces de mas valor, porque al menos mitiga los dolores y sostiene un tanto el vigor de la naturaleza cuando ésta desfallece por algun accidente, se la debo a mi querida y respetada momia. Ya ves, Luisa, que no poseo ni una ni otra cosa; pero el arte de conservarse, el arte de ser por mucho tiempo jóven y que mantenga al cuerpo y al espíritu su lozania, a pesar de los años, es mui conocido de todos, aunque poco practicado; pues consiste únicamente en ser frugal, ya sea en los alimentos, ya en el sueño, ya en la bebida, ya en los placeres, ya en los trabajos, y si es posible hasta en el pensamiento; por esta razon, aunque viejo por la edad, conservo todavia cierta fuerza que se ve en parte tan luego como la navaja ha hecho desaparecer de mi cara las insignias de la ancianidad; pero no ha sido por acicalarme ni parecer jóven que he mudado de traje y cortado mi blanca y larga barba, sino para practicar algunas dilijencias en favor de Enrique; y como no era posible que me presentase cual un ermitaño de la Tebaida sin llamar sobre mí la atencion del público, me he visto obligado a hacer esta trasformacion que, te lo confieso, no es de mi agrado.

—¿Y qué resultado ha obtenido usted, maestro mio?

—No completamente satisfactorio, pero me han dado esperanzas y puedes estar segura que no dejaré dormir el asunto.

—¿A quién se ha dirijido usted, señor?

—Me he dirijido al primer jefe del estado, a don Manuel Montt.

Y el solitario refirió a Luisa su larga entrevista con el presidente de la república y sus resultados.

—Usted ha conseguido mas que yo, agregó Luisa, porque yo he obtenido solamente esas promesas banales que se hacen a todo el mundo y que por no decir francamente no, se dice: "Veremos; haré mi posible; pierda usted cuidado."

—Pero yo tampoco he conseguido mas que eso, hija mia.

—Sin embargo, la palabra de un presidente y el modo tan lleno de benevolencia con que ha sido usted recibido hacen juzgar favorablemente.

—Asi lo creo tambien.

—No por lo que me ha sucedido hoi desmayaré, sino que principiaré de nuevo mañana, continuando hasta que consiga mi objeto.

—Ese tambien es mi propósito.

Tres dias apenas habian trascurrido desde la entrevista del solitario con don Manuel Montt, tres dias empleados con constancia en trabajar por la libertad de Enrique, cuando se presentó en casa de Luisa un oficial del ministerio de la guerra que era portador de un grueso pliego dirijido al coronel don Toribio de Guzman, el que contenia la absolucion de la sentencia de muerte promulgada muchos años atras, la reintegracion de su grado y a mas el goce completo de todos sus sueldos desde el mismo dia en que fué dado de baja durante el gobierno de don José Joaquin Prieto hasta esta época; de manera que el solitario, para quien tenian tan poco valor la plata y los honores, se veia de un momento a otro rico y ocupando un elevado puesto en la sociedad; pero, preciso es decirlo, no era esto lo que halagaba al filósofo, desprendido completamente de las vanidades humanas, sino que esta prueba de consideracion le presajiaba la pronta libertad de su querido discípulo, porque suponia una gran dosis de bondad y de justicia en el presidente de la república; pero el coronel no conocia la terca severidad de principios y de carácter del señor don Manuel

Montt, severidad llena de mansedumbre, terquedad llena de jenerosidad y talvez por lo mismo inflexible en la persecucion de una idea, en la realizacion de un acto; asi es que estaba completamente equivocado respecto a la inmediata libertad de Enrique.

Al dia siguiente don Toribio de Guzman volvió a presentarse en palacio para dar las gracias a S. E. y fué nuevamente recibido con las mismas o mayores demostraciones de afecto que la vez anterior, sin por esto darle mas esperanzas sobre el asunto que el solitario consideraba como principal; pero alentado por la confianza y cariño que le manifestaba el presidente, insistió con mas ardor que antes; pero todo en vano, pues sus argumentos y sus palabras fueron a estrellarse con la fria impasibilidad del político, para el cual está ante todo la razon de estado, sin dar cabida a las afecciones, a los sentimientos del corazon, a las espansiones del alma, a esos arranques de jeneroso desprendimiento o de jeneroso entusiasmo que forman los héroes y que no alcanzan a comprender ni apreciar los hombres que no han tenido mas norma que la lei, mas guia que los códigos humanos, mas vida que los negocios públicos, mas aspiracion que conservar, que dominar, que gobernar.

III.

Pero no era solo Luisa Valdes y el solitario quienes querian, quienes se empeñaban, quienes hacian mayores esfuerzos por libertar a Enrique, sino que, como ya lo sabemos, Eloisa Mendizabal trabajaba por su parte con mejor acierto, puesto que habia conseguido tener el gusto de ver una vez por semana a su supuesto hermano; pero esta concesion, que habia obtenido desde un principio, no habia pasado adelante y hacia tiempo que estaba estacionaria, sin poder conseguir una franquicia mayor, sin poder alcanzar la libertad que ambicionaba y que dia a dia pedia a su señoria el ministro.

Como tres meses habian trascurrido recibiendo la visita diaria del grave personaje, sin que ni ella ni él cediesen un ápice en el punto principal de sus aspiraciones respectivas; porque ni el ministro habia concedido la libertad del hermano, ni Eloisa habia acordado el menor favor, salvo aquellos indispensables para mantener en sus redes al prisionero, y que, alimentando las esperanzas, no traspasaran los límites de la mas estricta honorabilidad; a tal punto, que el ministro, cada dia mas lisonjeado en su amor propio, se figuraba haber emprendido una conquista difícil, pero de la que lo relevante de su mérito, triunfaria al fin.

Eloisa, por su parte, sin abandonar tampoco la esperanza de burlar al diplomático, no se dejaba adormecer de ella, sino que maniobraba contínua y sordamente de manera a tener dos vias de salvacion: la una por el engaño y la otra por la concesion lejítima, prefiriendo, como era natural, esta última, porque la otra estaba rodeada de peligros; empero, era necesario adoptarla en caso de no tener efecto la mas regular y la mas conveniente.

Durante este tiempo Eloisa habia mantenido tanto en Enrique como en su familia la esperanza de que el momento menos pensado obtendria la libertad, y esta esperanza habia contribuido mucho a tranquilizar los espíritus; pero como trascurria ya tanto tiempo, Enrique, combinándose con Eloisa, habian ideado un plan de fuga, proporcionándole la última los medios de evadirse que consistian únicamente en una fuerte cuerda y dos grandes clavos. Esta cuerda, que habia sido llevada poco a poco para no ser vista por el superintendente o cualquier otro empleado de la penitenciaria, tenia muchas varas de largo y gruesos nudos de trecho en trecho trabajados por Enrique durante las horas de descanso y con las mayores precauciones para que no maliciasen su intento, el que hubieran adivinado inmediatamente que alguno se hubiese apercibido de la existencia de aquella especie de escala.

Enrique habia dicho a Eloisa que a distancia de treinta o cuarenta metros de la muralla habia en uno de los patios de la penitenciaria un elevadísimo palo, imposible de escalar para cualquiera que no tuviera mucha ajilidad y fuerza, pero que él ya se habia ensayado en varias ocasiones durante la noche, habiendo conseguido al fin llegar al tope, donde pensaba amarrar fuertemente la cuerda, lanzando la otra punta con una gruesa piedra hácia el otro lado del muro, desde donde la amarrarian por el esterior, dándole la mayor tirantez posible para que él pudiera hacer la descencion.

Este plan era sencillo y era seguro, debiendo esperarlo de la parte de afuera su padre y Santiago; pero no lo habian llevado a efecto, tanto porque era preciso fabricar la cuerda, y para esto se necesitaba mucho tiempo, puesto que Eloisa solo podia llevarle una pequeña parte de cuerda cada semana, cuanto porque le habia dicho a Enrique y lo creia en realidad que el dia menos pensado saldria de su prision legalmente y sin necesidad de echar mano de medios de por sí peligrosos, viéndose despues obligado a salir del pais por el temor de ser nuevamente capturado; pero como ya habia trascurrido tanto tiempo y la paciencia de Enrique estaba para agotarse, resolvió emprender la fuga y abandonar aquel lugar, que se le habia hecho insoportable por la clase de moradores con quienes estaba obligado a vivir.

Durante los tres o cuatro meses que habia permanecido Enrique en la penitenciaria habia adquirido una grandísima esperiencia de la vida, habia visto cosas que jamas se habria imajinado, crímenes de los que no tenia la menor idea; habia visto a la humanidad bajo una forma diametralmente opuesta, como se la habia figurado; habia presenciado todo cuanto hai de bajo, de inmundo, de soez, de cruel, de espantoso, de malvado sobre la tierra; habia sido testigo de escenas sucias y horripilantes por la audacia, por la vana gloria del crímen; habia conocido a esos héroes del vicio

que hacian alarde de su ferocidad, que se pavoneaban con sus maldades y que mientras mas criminales eran o aparecian se consideraban superiores, siendo un objeto de respeto y hasta de envidia para sus consocios.

Aquel que habia hecho mas robos, que habia cometido mas asesinatos, que se habia mostrado mas feroz, que habia derramado mas sangre y bebídola en el cráneo de sus víctimas, era considerado el rei de aquel gremio, el Pluton de aquel Averno.

Al principio Enrique trató de mejorar aquella jente, pero le volvieron la espalda y se burlaron de él.

Entonces Enrique usó de un método distinto: el no hablar, el no mirar, el no ver, no tardando por esto mismo en acarrearse la animosidad de todos, y no perdian ocasion alguna para mortificarlo, ya fuese de una manera o de otra; pero el desprecio profundo de Enrique lo salvaba: ninguno de aquellos hombres era capaz de ofenderlo, capaz de herirlo; sin embargo, el deseo de salir de aquel lugar era en él cada dia mas vehemente.

La indiferencia, la impasibilidad, la mansedumbre de Enrique, lejos de calmar a aquellas furias, las habia exaltado a tal punto, que un dia se propusieron asesinarlo; pero un guardian oyó el complot y lo evitó, castigando a los principales autores del crímen, entre los que se contaba en primera línea un hombre alto y grueso al que llamaban el jigante Goliat por su portentosa fuerza; pero este hombre era mui necesario para uno de los talleres, pues él solo hacia mover una máquina, de manera que pronto salió de su condena, guardando mayor resentimiento contra Enrique a causa de no habérle podido hacer mal, y esperando que se le presentase una oportunidad para castigarlo, segun él decia; pero Enrique estaba prevenido, pues el guardian le habia contado el suceso, diciéndole que se precaviera y designándole el individuo que queria hacerle mal. El jóven obrero hizo poco caso, confiado en su ajilidad, en su fuerza y en su des-

treza, sin confiarse por esto del individuo, porque él conocia ya demasiado los instintos feroces de la jeneralidad de aquellos hombres que la sociedad pretende moralizar con aquella cárcel, donde se trabajan algunos artes, pero que no consigue sus propósitos, pues los individuos, casi sin escepcion alguna, puede asegurarse que salen mas corrompidos, mas viciosos y mas criminales que cuando entraron al principio, porque la maldad tiene su atmósfera y ejerce su presion, contaminando con sus miasmas a todos los que habitan en el mismo recinto.

Como hemos dicho, el jigante Goliat espiaba una ocasion y ésta no tardó mucho en presentársele. Un dia que se encontraba solo Enrique en un lugar apartado, donde solia retirarse en las horas de descanso para leer o meditar, fué advertido Goliat por sus otros compañeros y se dirijó en el acto hácia el jóven.

Los presidiarios se hicieron aparentemente desentendidos para engañar a sus guardianes y dar tiempo a que su camarada concluyese la operacion, sin que por esta distraccion hábilmente ejecutada, dejasen de estar atentos a lo que iba a pasar, no dudando por un momento cuál seria el resultado.

Enrique vió venir al jigante, y cual otro David, tomó dos pequeñas piedras en sus manos; pero en lugar de lanzarlas con la honda como el profeta rei, puso una en cada mano y cerró los puños: no podia evadir el combate y era necesario triunfar o perecer.

Goliat se acercó pausadamente, miró hácia atras para cerciorarse de si lo veian sus compañeros, se sonrió saludándolos, y volviéndose en seguida donde Enrique, le dijo con voz gutural, ni mas ni menos que el rujido espantoso y amenazador del tigre:

—Ahora no me escaparás, y se lanzó de un salto sobre Enrique, del mismo modo que lo hubiera hecho el terrible animal que acabamos de nombrar.

El jóven, con una lijereza prodijiosa, hizo a un lado el

cuerpo, evadiendo el golpe, y la masa enorme del jigante pasó adelante sin encontrar resistencia, estrellándose con el muro inmediato.

Goliat, con el fuerte choque dado en la pared, se le habian desollado y ensangrentado sus manos, y se volvió furioso contra Enrique, que ya se hallaba a algunos pasos de él y que hubiera podido emprender la fuga, libertándose del peligro; pero esta maniobra no se le ocurrió a Enrique, porque no estaba en su carácter.

Goliat se lanzó nuevamente y fué burlado por la misma maniobra del jóven, recibiendo ademas un fuerte puntapié en el abdómen que lo hizo retroceder.

La rabia del jigante aumentó considerablemente con este otro ataque frustrado, y la hilaridad de los espectadores contribuyó no poco al acrecentamiento de su furor.

Una feliz idea se le ocurrió a Enrique y la puso inmediatamente en planta. A poca distancia habia un gran monton de ceniza y tomó un grueso puñado antes que Goliat lo embistiera por tercera vez. Este no se fijó en la maniobra y lo atacó sin vacilar, viendo que Enrique lo esperaba de firme; pero antes que descargase el terrible golpe, nuestro jóven obrero, que no habia perdido un ápice de su sangre fria, le lanzó el puñado de ceniza a la cara, con tal acierto, que lo cegó en el acto, llenándole a la vez la boca, que la tenia entreabierta por la cólera que lo dominaba.

Goliat llevó sus dos manos a los ojos con ese movimiento natural del que ciega instantáneamente, quedando por completo a merced de su enemigo, que supo aprovechar de la ocasion para descargar dos fuertes puñetazos en el ancho pecho del jigante, que cayó de espaldas sin pronunciar palabra y vomitando sangre mezclada de ceniza.

La estupefaccion de los presidiarios que presenciaban el combate fué suma, tanto mas cuanto que Enrique, aunque de elevada estatura, era mui delgado, y su hermosa fisonomia no anunciaba fuerza tan hercúlea.

El jóven miró un momento con aire de desprecio al jigante y se dirijió silencioso y sereno hácia el patio donde se encontraban los espectadores, que le abrieron paso al acercarse a ellos, porque les habia infundido respeto aquel acto que probaba su estraordinario vigor, pues la fuerza bruta es lo único que impone a jente de ese jaez.

Advertido el guardian de lo sucedido, fué, en compañia de todos los presidiarios que se encontraban presentes, a levantar al jigante, que continuaba echando sangre, sin poder todavia abrir los ojos ni decir nada, pero luchando por ponerse de pié sin conseguirlo.

—Cáspita! esclamó uno de los presos; ¡quién hubiera creido que ese muñeco derribase al jigante de un solo golpe!

—Lo curioso seria que lo hubiese muerto, dijo otro.

—En ese caso merecia que lo proclamásemos por nuestro rei, repuso un tercero.

—¡Valiente muchacho! agregó un cuarto; ¡qué lástima que no sea de los nuestros!

Nosotros suprimimos todas las interjecciones de que iban acompañados los dichos de cada uno de los presidiarios, dichos que mortificaban estraordinariamente la vanidad del gran bandido que yacia en el suelo.

Al fin, el jigante fué puesto de pié, escupió sangre y ceniza, se lavó los ojos y consiguió ver y hablar.

La espresion de aquella fisonomia era espantosa; volviendo y revolviendo sus ojos en todas direcciones parecia que queria devorarlos a cuantos se encontraban presentes, pues habia oido sus risas y sarcasmos.

—Ya me las pagareis, amigos, esclamó; pero decidme, miéntras tanto, donde está el maricon de la ceniza.

—¡El maricon! ¡Caramba con el maricon! asi quisieras ser tú como él! contestó un viejo débil, chico, y al parecer enfermizo, pero que era mas temido que Goliat.

—Ah! papá alacran, repuso el jigante; solo a usted se le

pueden perdonar esas chanzas! Si otro me lo hubiera dicho, ya veriamos...

El viejo chico a quien llamaban alacran, se sonrió, mostrando unos dientes pequeños, amarillos y al parecer mui afilados; pero aquella sonrisa tenia la particularidad de causar mas temor que la bronca y colérica voz del jigante, porque el papá alacran era el director, el jefe, el alma de los bandidos, probando con su incontrastable superioridad que la intelijencia se sobrepone siempre a la fuerza, o mejor dicho, es la mayor de todas las fuerzas, pues es la única que puede vencer todas las resistencias.

El guardian impuso silencio y ordenó a Goliat de seguirlo, sin duda para que otro empleado superior juzgase del hecho; pero a Enrique no le hicieron la menor observacion ni le impusieron el menor castigo.

El jigante habia tenido que pasar a la enfermeria, porque los dos golpes de Enrique, ayudados de la pequeña piedra que habia puesto en cada una de sus manos, fueron tan recios, que le fracturaron dos costillas del pecho al célebre y temido Goliat: la máquina a quien él servia de motor tuvo que quedar parada por mucho tiempo.

IV.

Exasperado Enrique, como ya lo hemos dicho, de hallarse en contacto por tanto tiempo con aquella jente, decidió al fin no esperar mas su libertad sino tomarla, corriendo todos los riesgos de una evasion peligrosa bajo todos aspectos y especialmente si era descubierto; pero estaba resuelto a no permanecer un solo dia mas en la penitenciaria, prefiriendo morir en la lucha o quedarse, y solo esperó la visita de Eloisa para ponerse definitivamente de acuerdo en todo lo que debia hacerse en la noche siguiente, que era la fijada por Enrique.

Como si la Providencia hubiese querido protejer la eva-

sion del jóven y honrado artesano, la noche señalada por éste era tenebrosa y fria como en lo mas riguroso del invierno, y llovia a torrentes.

Toda la familia de Enrique estaba sobresaltada, con ese temor mezclado de esperanza que precede a un acontecimiento del cual depende la felicidad o desgracia de nuestra vida.

La vieja Marta, Mercedes y Teresa se pusieron en oracion; solo Eloisa andaba de un lado a otro haciendo algunas dilijencias, talvez con el fin de ocultar su turbacion interior, turbacion que podia conocerse fácilmente por la palidez de su rostro. Domingo Lopez miraba en silencio el grupo que formaban su mujer y su hija arrodilladas delante de las imájenes de su devocion, sin dejar de fijarse en Eloisa que entraba de tiempo en tiempo bajo cualquier pretesto y volvia a salir sin decir palabra, pero sonriéndole tristemente al viejo militar como dos individuos que están de acuerdo en la ejecucion de algun proyecto que los demas ignoraban.

Domingo Lopez habia pedido el coche para las diez de la noche: era el mismo que le habia servido seis o siete meses antes para conducir a Guillermo a la quinta de Yungai, y ahora como entonces, habia sido servido con puntualidad.

El viejo militar se sentó en el pescante para conducir los caballos, y en el interior se colocó Santiago y Eloisa, que quiso ser a toda costa de la partida. Tambien pusieron una cantidad de cueros de cordero cortados de cierto modo y con amarras por dentro con el objeto de forrar las ruedas del coche tan luego como hubieran llegado al campo de Marte, para dirijirse en seguida a la penitenciaria y no ser descubiertos por los centinelas.

Eran las diez tres cuartos cuando se pusieron en marcha. Llovia a torrentes y no se distinguian los objetos a dos varas de distancia.

El coche se deslizaba rápidamente por las calles de San-

tiago, alumbradas entonces por las opacas lámparas de aceite colocadas de trecho en trecho.

Ningun otro carruaje veíase en ese momento, y los serenos se distinguian con dificultad, acurrucados en los ángulos de las esquinas para guarecerse de la lluvia, sabiendo que existian casi únicamente por el silbido prolongado y notorio del pito de hueso que llevan siempre consigo, y con el que hacen sus señales convencionales segun sea lo que se les ofrezca.

El coche atravesó la alameda, mas solitaria aun que todo el resto de la poblacion, porque este barrio y particularmente en aquella época, pasadas ciertas horas de la noche, es el mas triste y lóbrego de Santiago. Un pequeño farol colocado en uno de los dos lados del pescante alumbraba el camino. La lluvia azotaba la cara del veterano, que estaba, como se dice vulgarmente, mojado como sopa. Santiago y Eloisa, que iban en el interior, no decian palabra, pero estaban inquietos. Santiago llevaba, para mas precaucion debajo de la manta, una linterna sorda.

Antes de enfrentar la calle del Dieziocho, que puede decirse estaba entonces apenas delineada, Domingo Lopez miró su reloj a la luz del farol y dijo: "Las once y cuarto; tenemos tiempo de sobra." Y tomó en seguida la direccion de la penitenciaria.

Cuando llegó el carruaje al campo de Marte, Domingo Lopez contuvo los caballos y apagó la vela, diciendo en voz baja: "Ya es tiempo de practicar la operacion."

Eloisa y Santiago descendieron del coche y sacaron los cueros de cordero que traian, principiando a forrar las ruedas.

La lluvia continuaba siempre con la misma fuerza, y la oscuridad que los rodeaba era espantosa.

Trabajaban sin verse y sin hablarse, pero trabajaban sin hacer caso de la lluvia ni del barro, que les llegaba a media pierna. La pobre Eloisa estaba completamente empapada.

Si en aquel momento la hubiera visto el ministro, no habria conocido en aquella jóven a la elegante viudita de la calle de Santo Domingo, a quien veia diariamente y que le parecia tan delicada que no seria capaz de soportar la menor intemperie.

Concluida la operacion, volvió Domingo Lopez al pescante y continuaron la marcha. El coche no hacia el menor ruido.

Cuando llegaron como a la mitad del espeso muro que circunvala la penitenciaria y en direccion al punto indicado por Enrique, se pararon, bajando otra vez del carruaje y sacando dos ganchos de fierro y un pesado martillo para introducirlos en la pared. Los ganchos y el martillo estaban forrados para amortiguar el sonido. Eran en ese momento las once y tres cuartos, porque el viejo militar sacó su reloj que vió con precaucion a la luz de la linterna sorda que Santiago traia debajo de la manta.

Aquellos quince minutos de espera les parecieron un siglo, a tal punto que el veterano miró repetidas veces su reloj, porque temia engañarse.

Eran ya las doce y cinco minutos y principiaba a apoderarse de ellos el sobresalto, cuando oyeron un prolongado silbido, señal convenida entre Enrique y los de afuera.

La señal fué contestada de la misma manera, lo que queria decir que estaban prevenidos.

Pocos momentos despues sintióse caer a corta distancia un cuerpo pesado sobre el barro. Santiago sacó la linterna sorda, acomodándola de manera que la refraccion de la luz diera únicamente en el suelo para buscar la cuerda y no ser visto a la distancia, quedando él y los demas a la sombra, es decir, envueltos en la oscuridad.

A poco andar y guiados por el ruido, encontraron la piedra a que estaba atada la cuerda y fijaron ésta fuertemente a la pared en los gruesos ganchos que habian traido y hecho trabajar espresamente con ese objeto.

Enrique conoció, por la tension de la cuerda, que ya la habian fijado; pero esperó un momento por precaucion. Cuando creyó que ya no habria el menor riesgo, principió su descencion, ni mas ni menos que un consumado acróbata.

Pocos minutos fueron necesarios para recorrer aquel corto espacio y se encontró sobre el muro donde se acostó por esceso de precaucion, pues era imposible que lo distinguieran aun a corta distancia en medio de aquella oscuridad.

Domingo Lopez, Santiago y Eloisa estaban al pié del muro y conocieron por el movimiento de la cuerda que Enrique habia llegado y que bajaba.

La ansiedad era grande, y aquellos tres corazones palpitaban en fuerza de la emocion que sentian; pero no podian verse los individuos, de manera que era imposible conocer cuál de ellos era el que estaba mas impresionado; mas nosotros, que tenemos el privilejio de leer en las intenciones y que sabemos de antemano el interior de los personajes que figuran en nuestra historia, podemos asegurar que de las tres personas que aguardaban a Enrique, la que esperimentaba una sensacion mas viva y mas profunda era Eloisa, y a tal grado, que si el jóven hubiese sido sorprendido, como era probable, ella habria escalado el muro y perecido en la demanda por sostenerlo.

Pero este estado de suprema angustia duró solo un momento, porque Enrique se encontró en unos cuantos segundos en brazos de su padre, que lo tuvo por largo rato contra su pecho.

Un débil suspiro hizo conocer a Enrique que Eloisa estaba presente, y preguntó con voz mui baja: "¿Dónde está mi hermana para abrazarla?" E inmediatamente dos torneados brazos se le echaron al cuello, sin presentar por esto la cara, que Enrique buscaba para besarla; pero Eloisa, previendo esto y talvez por no ceder a una tentacion dulce, se esquivó, diciendo al jóven: "Aquí tiene usted tambien un buen amigo"; y le presentó a Santiago, escapándose ella.

El veterano dijo entonces: "Dejémonos de cumplimientos por ahora, que dentro de un rato nos abrazaremos de nuevo y mas largo, porque es preciso pensar que no debemos perder tiempo."

Y diciendo y haciendo, el soldado de la independencia arrancó los garfios clavados a la muralla, cortó el cordel para no dejar rastro de cómo habia sido la escursion, obligó a entrar al coche a las tres personas que lo acompañaban y le dió el trote a sus caballos, subiéndose él al pescante sin decirle ni una palabra mas a su hijo.

Poco mas o menos en el mismo sitio donde habia forrado las ruedas del coche se detuvo y practicó la operacion contraria, en la que puso mui poco tiempo, pues no hizo otra cosa que cortar las amarras.

Intertanto Enrique habia tomado una de las manos de Eloisa, haciéndole mil preguntas, a las que apenas contestaba la jóven, vencida por la emocion.

El carruaje llegó al fin con toda felicidad, deteniéndose en la calle de Breton frente a la puerta de la nueva habitacion de la familia Lopez.

V.

Pintar la recepcion de Enrique, retratar todas aquellas emociones, todas aquellas alegrias distintas pero a cuál mas deliciosa y a cuál mas profunda, es una tarea mui difícil, superior a nuestras fuerzas, y que sin embargo están al alcance de cada lector y cada uno puede figurárselas y apreciarlas segun el grado de sensibilidad de que esté dotado. En la jerarquía infinita de los seres y de los sentimientos, es imposible clasificar, es imposible designar con palabras la escala, el diapason de cada uno de ellos, y no hai voces ni lenguaje alguno que represente con propiedad todas esas modulaciones del corazon, que no tienen nombre, ni balanzas bastante finas para designar la ténue gravedad de las

sensaciones; y esta es la razon porque un mismo acontecimiento se repercute de diversas maneras en cada uno de los seres, y este es el motivo tambien porque dejamos a la consideracion de cada cual que juzgue del contento de Marta, de Mercedes, de Domingo, de Eloisa y de los demas individuos que hacian parte mas o menos integrante de aquella honorable familia.

Como es de presumirlo, la primera dilijencia de Marta fué de que cambiaran toda su ropa que venia empapada, y ademas, Enrique estaba descalzo; pues no hubiera podido hacer la ascencion al alto palo ni la descencion por el cordel si hubiese tenido zapatos.

El antiguo sarjento Lopez, y decimos sarjento, aunque habia llegado ya a ser teniente, porque nos es simpático el grado con que lo conocimos al principio; el antiguo sarjento Lopez, repetimos, estaba de plácemes, no cabia de satisfaccion, y no cesaba de mirar y remirar a Enrique y de hacerle mil preguntas, cuyas respuestas no esperaba, y de decirle mil estravagancias sin que se apercibiese de ellas.

—Vamos, Marta, esclamaba algunas veces: ya ves que estamos transidos de frio; es preciso darnos un poco de vino; anda, pues, que no te has de encontrar en otra; saca ademas todos los fiambres y haznos un buen valdiviano con harta cebolla, harto ají y bastante agrio de naranja. Ya verás, Enrique, añadió, que asi no nos costipamos, porque tu madre sabe hacer estas cosas divinamente.

Y el buen sarjento, sin esperar la cena, se echaba un buen vaso al cuerpo, diciendo:

—Este ha sido mi réjimen en campaña, y nunca me ha salido mal; siempre he estado firme como un peral y bueno y robusto como un fraile o como un canónigo; lo que no es poco decir, porque esos caballeros se pasan la vida mas regalada de este mundo.

Y la alegria del veterano subia de punto.

Marta no estaba menos contenta que su marido, pero su

dicha era distinta: era, se puede decir asi, reservada y silenciosa, y no menos o talvez mas profunda que la de Domingo Lopez, pero tenia otra naturaleza y obraba en conformidad a ella.

Enrique, sin dejar de sentir una satisfaccion inmensa, uno de aquellos pocos goces que se esperimentan tambien pocas veces en la vida, estaba sin embargo, pensativo, mas pensativo que lo que requerian las circunstancias, de lo que exijia el placer de verse despues de tantos sufrimientos y despues de una tan larga ausencia.

¿Qué pasaba en ese momento por la imajinacion del jóven? Preciso es decirlo: recordaba a Luisa y veia a Mercedes... Luisa habia desaparecido para él, no tenia de ella la menor noticia, talvez lo habia olvidado, y esto lo entristecia, esto casi lo desesperaba. Nunca se habia atrevido a preguntarle a Eloisa por Luisa; ¿podia hacerlo? ¿La conocia acaso? Asi es que ignoraba completamente qué era de ella, si permaneceria en San Jorje o habria vuelto a Santiago y si tendria alguna noticia de su prision. Todo esto lo preocupaba, a pesar del placer de sentirse libre, a pesar de la delicia que esperimentaba al ver a su familia.

Por otra parte, el estado en que encontraba a Mercedes, aunque previsto de antemano, aunque era natural e infalible, no dejaba tambien de hacerlo reflexionar bastante; y estos dos pensamientos: el no saber de su querida y el saber lo que iba a sucederle a su hermana, entristecian, dirémoslo asi, su alegria.

Mercedes, por su parte, gozaba infinito al ver a su hermano, pero se mostraba tímida, recelosa, casi avergonzada y no tenia ya la espontaneidad de afectos de otra época, sin que por esto dejasen de ser tan tiernos como antes: pero la conciencia de su estado, lo que ya esperimentaba desde algunos dias, el no ser lo que era acibaraba el goce infinito de tener a su lado a su único hermano, en quien tenia toda su confianza, en quien habia depositado tantas veces sus vir-

jinales impresiones y los actos todos de su corta carrera en el mundo.

Eloisa, pálida de emocion pero sonriéndose con delicia inefable, satisfecha de su triunfo, contenta con haber vuelto al seno de aquella virtuosa familia el miembro mas querido, orgullosa de que le debiera Enrique su libertad, ¡Enrique a quien adoraba en secreto y por quien hubiera dado cien mil veces la vida! esperimentaba una felicidad indecible, una de aquellas dichas que apenas soporta el corazon, una de aquellas emociones dulces, tiernas, apasionadas y profundas que se reconcentran en el alma de tal modo, que casi no las manifiesta el semblante; y menos, mucho menos aun la palabra; asi es que solo podia conocerse el divino éstasis de Eloisa por el brillo de sus ojos, que se dirijian alternativamente ya a la madre, ya al padre, ya a la hermana, y al hijo, repercutiéndose en su pecho las deliciosas impresiones de cada uno de ellos, viniendo a formar en seguida una sola impresion, del mismo modo que en una orquesta compuesta de diferentes instrumentos producen un solo e imponente sonido, sonido que comprende todos los ecos en un solo eco, todas las melodias en una sola melodia.

Santiago y Teresa, naturalezas buenas, pero no naturalezas poéticas, estaban tambien contentos, alegres, satisfechos; sentian cuanto podian sentir, gozaban cuanto podian gozar, participando a su manera del goce comun, y aumentándolo, si posible era, con sus esclamaciones injénuas, llenas de natural benevolencia y de sincero placer.

Como es de presumirlo, ninguno se acostó aquella noche: ¡qué sueño podrian tener! Cuando se vive por el alma, el imperio del cuerpo desaparece, y los sentidos acompañan y velan tambien con el espíritu que los dirije.

Pero el tiempo pasa, las horas se suceden las unas a las otras sin interrupcion, y tanto para los felices como para los desgraciados, sin poderlos detener los primeros y sin precipitarlos los segundos, sin que aquellos las fijen y sin

que estos las hagan correr, sino que se deslizan de la misma manera para todos en el camino inconmensurable de la eternidad, donde van a perderse todos los acontecimientos, todas las glorias, todas las dichas, todos los dolores del mundo. . .

El sol alumbraba ya al nuevo dia, cuando Marta, notando cierto cambio en Mercedes, dijo a los demas que era necesario reparar con algunas horas de descanso las fatigas de aquella noche tan llena de trabajos, de peligros y de emociones.

El sarjento Lopez aprobó la indicacion de su esposa y se llevó consigo a Enrique. Santiago y Teresa hicieron lo mismo, y se quedaron solas la madre, la hija y Eloisa, a quien Marta habia hecho una imperceptible seña para que permaneciese, y acercándose a ella, le dijo en voz baja:

—Creo que va a llegar el momento: es indispensable que me acompañes, hija mia.

Eloisa meneó la cabeza afirmativamente y miró a Mercedes con ojos compasivos y llenos de solícito interes.

Las mejillas de la hermana de Enrique habian pasado del mas vivo encarnado a una estremada palidez, y sus labios blancos articularon estas solas palabras:

—¡Madre mia, socórrame, me muero!

Marta y Eloisa levantaron a Mercedes y la llevaron hasta su cama.

—Hazme el favor, Eloisa, de ir en busca de una matrona, esclamó Marta con angustia.

—En el acto, señora; pero desnudémosla primero.

—Yo lo haré sola: el caso urje.

Eloisa no respondió, sino que salió precipitadamente, y sin pensar en matrona alguna, se fué directamente donde el doctor Sazie, a quien encontró por fortuna.

El doctor la reconoció en el acto, y al verla despavorida, le preguntó sin saludarla:

—¿Qué sucede?

—La señorita Mercedes Lopez...

—Ya comprendo, y voi en el acto.

—No viven en la misma casa, señor.

—Es verdad. En vez pasada fuí a hacerle una visita y no encontré a nadie, ni nadie supo darme noticia. ¿Dónde viven entonces?

—En la calle de Breton. Iremos juntos, señor, si usted no lo tiene a mal.

—Al contrario, hija mia, asi llegaré mas luego y no tendré que andar preguntando; pero ¿el caso es urjente?

—Asi me lo dijo la señora Marta.

—Vamos, ¡pobre niña! esclamó el compasivo doctor, tomando en el acto su sombrero; ¿pero cómo haremos? añadió: a mí me es ya casi imposible andar a pié.

—Monte usted a caballo, señor, y yo lo seguiré, segura de que no me llevará mucha ventaja. Y la ájil niña corrió adelante con encantadora gracia.

El doctor la dejó ir, marchando en seguida sin perderla de vista.

Al golpe conocido dado por Eloisa en la puerta de calle, ésta se abrió instantáneamente y el médico fué introducido.

—Señor! esclamó Marta al verlo; usted es nuestro ánjel de guarda.

—Ojalá, señora; pero por desgracia no soi otra cosa que el facultativo; sin embargo, ¿qué es lo que se ofrece?

—Mercedes...

—Veamos...

Y el doctor, acompañado de Marta y de Eloisa, fué conducido al dormitorio.

Pocos momentos despues, el lloro de un niño anunciaba la existencia de un nuevo ser que venia a ocupar su puesto en el mundo.

Pasado el dolor físico, entra a ocupar el puesto el sentimiento moral, sentimiento instintivo y que es sin duda una de las grandes leyes de la naturaleza, uno de los grandes

misterios de la creacion, y la madre reclama a su hijo, quiere verlo, quiere hablarlo, quiere desde luego alimentarlo con el delicioso néctar de su seno, que encierra todo un porvenir y que es el arcano incomprensible de todo un mundo, talvez de todo un universo.

Mercedes pidió a su hijo; y besándolo con ternura, besándolo con esa delicia que solo una madre siente, concibe y aprecia, se lo pasó a Marta, diciéndole:

—Quiéralo como yo lo quiero, ámelo como yo lo amo: hijo de la desgracia pero no del crímen, merece por ese solo título mayor cariño.

—Sí, alma mia, sí; lo querré tanto como a tí, mas que a tí...

Y Marta llorosa, llorosa de felicidad, tomó la criatura y la acarició lo mismo que la habia acariciado Mercedes.

La hija recompensó a la madre mirándola con esa gratitud llena de amor y de entusiasmo que se esperimenta por los seres que amamos y que nos favorecen, diciéndole a la vez: "Soi feliz en mi desgracia y usted no puede menos de serlo tambien en la suya."..............................

....

Al despertar el sarjento Lopez y su hijo, fué Marta en persona a anunciarles la nueva noticia, y el viejo Domingo por toda respuesta le echó los brazos a su mujer, sabiendo que estaba ya fuera de peligro su querida hija.

Enrique lloraba en silencio sin proferir palabra.

Marta lo examinaba, y acercándose a él, talvez porque adivinaba los pensamientos que ocupaban en ese instante la imajinacion del jóven, le dijo, tomándole cariñosamente una mano:

—Tu padre no ha pensado en otra cosa que en la salvacion de Mercedes; y yo, a mas de esto, quiero al hijo de Mercedes como los quiero a ustedes, y el mismo afecto que yo esperimento deseo que ustedes lo tengan.

Nuestra hija, y Marta miró a Domingo; tu hermana, y se dirijió a Enrique, está inocente, como ustedes lo saben;

está pura, como lo ha sido toda su vida; pero mas inocente y puro es el ánjel nacido de sus entrañas, y debemos amarlo como la amamos a ella; porque si Mercedes viera indiferencia en ustedes, la heririan de muerte y habrian cometido la mas grave injusticia por no decir el mas feo crímen. Ella misma me ha recomendado a esa criatura con estas espresiones, que manifiestan toda su ternura de madre: "Hijo de la desgracia, merece por este solo título mayor cariño."

—No tengas cuidado, lo querremos, esclamó el veterano.

—Sí, madre mia, lo querremos, repitió Enrique; y lo querremos tanto como la queremos a ella.

—Asi me gusta verte, hijo de mi corazon; no esperaba menos de tí...

Y la madre abrazó a Enrique, y sus lágrimas se confundieron...

¡Ai! ¡cuán dulce, poderoso y benévolo es el imperio de la mujer! ¡Cómo sabe en cualquier edad, en cualquier tiempo, desviar del mal camino las pasiones del hombre! ¡Cómo nos guia sin autoridad! ¡Cómo nos conduce sin mandato! ¡Cómo la obedecemos sin humillacion! Influencia dichosa, influencia casi divina, ella es la que gobierna al mundo sin apercibirnos; y sin embargo, ¡cuántas veces la calumniamos! cuánto mal no tratamos de hacerle! cuánto no la oprimimos! Pero ella se venga a fuerza de dulzura, a fuerza de abnegacion, a fuerza de gracia, a fuerza de cariño, y, salvo escepciones, al fin nos vence, no solo individual, sino colectivamente; pues se sobrepone a los códigos formados por nosotros para avasallarla. Este poder, acordado por la Providencia, no lo destruiremos jamas; y si hemos llegado a combatirlo por ignorancia, ha sido a costa de nuestra felicidad, ha sido para establecer nuestra desgracia. Cuando la mujer sea completamente libre, el hombre habrá llegado a su perfeccionamiento moral; porque la esclavitud de la mujer ha probado y está probando todavia que seguimos el sendero opuesto al verdadero progreso humano, pues a medida que ella ha

ido adquiriendo independencia ha adquirido tambien dignidad; y a medida que ha adquirido dignidad, el hombre ha sido mas poderoso, mas intelijente, mas enérjico, mas suave, mas humanitario, mas feliz; consúltese la historia y ella nos dará lecciones elocuentes; compárense los paises donde existe mas libertad para la mujer con aquellos donde son esclavos y se verá la diferencia...........................

....

El sarjento Lopez y su hijo, despues de la peroracion de Marta, se dirijieron al dormitorio de Mercedes, prodigándole toda clase de cariños, toda clase de consuelos delicados y de dulces satisfacciones, porque le hablaron con el lenguaje inimitable del afecto verdadero, que nace de la sinceridad del corazon, diciéndole que su hijo era tambien el de todos ellos.

Para esa misma noche se decidió el bautismo, debiendo ser los padrinos del recien nacido Enrique y Eloisa, por pedido de Mercedes.

¡Cuál no fué la alegria de la libertadora del prisionero! Este era una especie de lazo, una especie de consorcio entre ellos! Y Eloisa estaba agradecida de esta preferencia, haciéndola mui dichosa; preferencia acordada por Mercedes para que aquel dia sirviera de conmemoracion de la libertad de su hermano, a la que habia contribuido Eloisa, uniendo este acontecimiento al nacimiento de su hijo.

Desolacion.

I.

Eloisa era la única persona que salia de la casa, era la que estaba llamada a hacer todas las dilijencias; y sin embargo, nadie podia decir que allí existia, porque cuando no entraba tarde tomaba muchas precauciones para no ser ni conocida ni vista; y ese dia, mas que los otros, tenia que andar por todas partes, pues estaba obligada a procurarse los medios de allanar las dificultades para que se le pusiese agua y oleo al niño en la misma casa; pero como a fuerza de dinero todo se vence, accedió gustoso el párroco de San Isidro a hacer lo que las órdenes de sus superiores le impedian, pero que la codicia le aconsejaba desobedecer, porque Eloisa habia puesto en sus manos tres onzas de oro, y un cura de nuestros tiempos y de nuestro pais, no se resiste jamas a tal aliciente.

Salvada esta dificultad, Eloisa pensó que era mas que probable que la policia, advertida de la fuga de Enrique, anduviese en su busca, y tomó un coche para dar algunos paseos por la calle de San Pablo; y en conformidad a lo que habia previsto entonces y pensado ahora, era ya el conventillo el lugar donde se dirijian los ajentes de la autoridad, pues habia muchos de ellos en la puerta y un gran alboroto en la calle.

Eloisa hizo parar el coche y preguntó a uno de los espectadores qué era aquello.

—Dicen, señorita, contestó el individuo a quien se habia

dirijido, que buscan a un preso de la penitenciaria que se fugó anoche.

—¡Un preso de la penitenciaria! ¿Será algun célebre asesino?

—Es mas que probable, señorita, porque ha entrado al interior del conventillo bastante fuerza y hai soldados apostados en las cuatro cuadras.

—¿Al rededor de toda la manzana?

—Sí, señorita.

—¿Y sabe usted el nombre del preso?

—Dicen que es un jóven carpintero, señorita, llamado Enrique.

—Ah! ¡Bueno será él!

—El mismo diablo, segun aseguran los soldados, y por eso han venido en tan crecido número.

Durante esta conversacion el oficial que mandaba la partida habia hecho derribar las puertas del teniente Lopez para ver si encontraban al hijo, y si hallaban algunos papeles de que tenian órden espresa de apoderarse.

Independiente de esto se habian tomado declaraciones a muchos de los alquiladores del conventillo y por prudencia o por averiguar la verdad se habian tambien apoderado de algunos que tuvo a bien el oficial considerar como sospechosos.

Las investigaciones no podian ser sino inútiles y Eloisa tuvo el placer de congratularse por su prevision; y tapándose el rostro a tiempo que salia la tropa para no ser conocida por alguno de los inquilinos del conventillo que podian cometer una imprudencia, esperó un momento para ver si conocia al oficial que mandada la partida y tomar informes mas circunstanciados de él, aun cuando ya sabia lo que necesitaba, es decir que Enrique era activamente perseguido.

No tardó mucho en presentarse a la cabeza de la fuerza un oficial llamado Gonzalez, jóven alegre y de no menos alegres aventuras, y que era íntimo amigo de una de las anti-

guas amigas de Eloisa; asi es que en cuanto lo reconoció, formó su plan y ordenó al cochero de llevarla a la calle de Santo Domingo, es decir, a su domicilio natural o finjido, como quiera llamarse, pero en el cual recibia diariamente las visitas del señor ministro.

Llegando a su casa, escribió una sencilla esquela concebida en estos términos:

"Mi querido Gonzalez:

Si sus ocupaciones no se lo impiden, deseo verlo. Hace tanto tiempo que no tengo este gusto que es mui escusable mi capricho. Espero que usted tenga la amabilidad de complacer a su antigua amiga

ELOISA MENDIZABAL.

Vivo en la calle de Santo Domingo, núm... y lo aguardo a las dos de la tarde."

Escrita la esquela, mandó a una de sus sirvientes para que fuese en el acto al cuartel de policia y tratase de hablar personalmente con el capitan Gonzalez, entregándole a él la carta.

El oficial fué mas que puntual, porque antes del tiempo indicado se encontraba ya en casa de Eloisa que, despues de los saludos y zalamerias de estilo, le dijo:

—¿Lo he incomodado? ¿Ha estado usted mui ocupado? ¿Lo hago faltar a sus obligaciones? ¿Cómo está su amiga?

—¡A quien puede incomodar usted, Eloisa! Hace tanto tiempo que no la veia, que su esquela me ha sorprendido y me ha encantado. ¿Tiene usted necesidad de mí? Estoi pronto para servirla.

—Nada de eso, amigo mio; tenia ganas de verlo, y esto es todo.

—¡Usted es mui amable, Eloisa! Jamas la habia visto a usted tan cariñosa como ahora.

—¿Qué quiere usted? nosotras tenemos nuestros caprichos? ¿Ha estado usted mui ocupado este dia?

—Algunas horas he estado ocupadísimo.

—¿Y no es cosa que ahora le perturbe o distraiga de sus deberes?

—Nada de eso, amiga mia; me encargaron ir a prender a un reo político que se fugó anoche de la penitenciaria, y nada mas; pero mi tarea está concluida.

—¡A un reo político! ¿Sabe usted que me gustan esas historias, y que yo simpatizo con los reos políticos?

—Nada lo estraño porque usted es tambien una revolucionaria de corazones.

—Dejémonos de lisonjas y cuénteme lo sucedido mientras nos sirven unas once para las que lo he hecho llamar.

—Estoi mui favorecido porque con los pobres *pacos* nadie guarda esas consideraciones.

—Los *pacos* son hombres como todos los demas, y cuando son caballeros como usted, merecen toda especie de consideraciones; pero vamos al asunto.

—Ya le he dicho que anoche se fugó de la penitenciaria, y no se sabe cómo, un reo político y nos han lanzado en su perseguimiento: pero hasta ahora no hemos sabido nada; sin embargo, se supone que no ha salido de Santiago.

—¿Y ese reo es de alguna importancia? ¿Es algun grave e influyente personaje?

—Nada de eso: es un simple artesano.

—¿Y para un simple artesano se toman ustedes tanto trabajo? Yo lo dejaria escapar.

—Tambien soi yo de la misma opinion, pero estoi obligado a cumplir mis órdenes.

—¿Y esas órdenes son perentorias?

—Tanto que todo el cuerpo está en campaña.

—¡Pero usted se ilusiona, amigo mio! Para un hombre tan insignificante no se tiene tanto cuidado ni tanta vijilancia.

—Usted hubiera dicho mejor: no se *debiera;* pero sea de ello lo que fuere, uno se ve siempre obligado a obedecer su consigna.

—¡En verdad que no comprendo que un simple artesano, por mas importancia que se le dé o que se le suponga, merezca los honores de ser perseguido de esta manera.

—Y lo que le he dicho a usted no es nada: se han mandado requisitorias a todos los puntos de la república para que sea aprehendido.

—¡Es posible! Y Eloisa, a pesar de su afectada indiferencia, palideció.

—Y órdenes terminantes de tomarlo vivo o muerto.

—¡Tanta severidad! Tanta vijilancia!

—Yo mismo he sido encargado para allanar su casa y apoderarme de todos sus papeles.

—¿Y qué ha encontrado usted?

—¡Qué quiere usted que encuentre en casa de una persona tan insignificante!

—Tiene usted mucha razon.

—Pero es preciso cumplir, y lo he hecho.

—¿Y nada ha podido encontrar de grave?

—¡Absolutamente! Y asi me lo presumia y asi se lo dije al comandante; pero él tenia órdenes superiores.

—¿Y cuál es el nombre del individuo?

—Enrique Lopez, carpintero o ebanista de profesion, edad de veinte a veintidos años, alto, buen mozo, etc., etc.

—El gobierno debe estar loco o creer en duendes; pero en fin, ¿no hai nada mas sobre el particular?

—Lo que le he dicho a usted es cuanto sé; pero creo que en las altas rejiones del poder se empeñan mucho por tomarlo.

—Dios quiera que no lo consigan.

—Para mí es indiferente.

—Yo me intereso siempre por los perseguidos por la justicia: sigo en este punto y estoi completamente conforme con las bienaventuranzas.

—Ahora, amigo mio, dijo Eloisa, parándose de la mesa en que se habian servido las once, he tenido el gusto de

verlo y solo me resta decirle que ponga en mi nombre a la disposicion de su simpática amiga este terno de oro, que se lo obsequio como un agradable recuerdo, pues quizá no tendré ya el gusto de verla a ella y a usted.

—¡Es posible!

—Sí, amigo mio: ya no me verán mas; me voi.

—¿Para dónde?

—No lo sé todavia; pero le aseguro que esta será nuestra última entrevista.

—¡Vamos! dijo alegremente el policial; ¿usted ha encontrado algun millonario y ha obtenido una colocacion honrosa y lucrativa?

—Colocacion honrosa para nosotros no existe; y en cuanto a lucrativa, nada me importa; con que asi, usted se ha equivocado sobre ambos puntos; pero no quiero entrar mas a profundizar la cuestion, recomendándole solamente que se comporte bien con mi amiga. Adios; tengo que hacer muchas dilijencias antes de mi partida.

Y Eloisa estendió afectuosamente la mano al capitan Gonzalez que se retiró tristemente, porque afeccionaba a Eloisa, apreciándola por su carácter jeneroso y franco, desprendido y alegre.

Tan luego como partió el oficial de policia, se dirijió Eloisa a la calle de Breton para prevenir a Enrique que no saliera bajo ningun pretesto, lo que contrarió sobremanera al jóven prisionero, porque tenia la idea de salir a la calle para tomar informes sobre Luisa; y aun cuando su intencion era únicamente de pasar por la casa de doña Juana para ver si habitaban o no Santiago, sin embargo, se resolvió a obedecer a Eloisa, y mas que a Eloisa, a las súplicas de toda la familia, inclusa Teresa y Santiago, que tomaban parte en su destino y que querian la tranquilidad absoluta de sus bienhechores.

II.

Mientras tenian lugar los acontecimientos que acabamos de referir, una escena casi parecida pasaba en las altas rejiones del poder; porque la fuga de Enrique no solo los habia sorprendido, sino que lo temian, y con mui justa razon, segun los informes pasados de la penitenciaria, en que haciendo referencia al caso sucedido con el célebre jigante Goliat, añadiendo mil otros comentarios que hacian aparecer al jóven Enrique como el mas insigne revolucionario y como un hombre de accion, de enerjia, de voluntad, de intelijencia, siendo por sí solo capaz de ponerse a la cabeza de sus correlijionarios políticos, llevando un enorme continjente de fuerza por la grande influencia que se habia sabido ejercia en las masas, pues él habia sido el que las habia arrastrado al combate el 20 de abril.

Informado, pues, don Manuel Montt de la fuga de Enrique, ordenó que se practicaran las mas prolijas dilijencias para prenderlo, y en conformidad a estas órdenes superiores, se hacian las pesquisas de que hemos sido testigos. Pero recordando el grande interes que habia manifestado por la suerte de este jóven el coronel Guzman, creyó que éste habria tomado parte en el asunto y mandó a llamarlo.

No tardó mucho en presentarse en palacio el antiguo y moderno jefe, y decimos moderno, porque hacia pocos dias que habia entrado en el goce de su grado. Don Manuel Montt lo esperaba, decidido a arrancarle el secreto, ya fuera por la astucia o ya por la amenaza, juzgándolo como los demas hombres en quienes obra el halago o el temor.

Don Manuel Montt miró de una manera fria e investigadora al noble anciano, cuya fisonomia inalterable revelaba la tranquilidad interior, y le dijo con afable severidad, sin quitarle la vista:

—¿Sabe usted, señor coronel, la grande nueva del dia?

—No sé nada, señor.

—¡Cómo! cuando es una cosa que a usted le interesa!

—¡Que a mí me interesa, señor! Bien pocas cosas me ligan al mundo.

—Pero esta es una de ellas, puesto que usted no hace muchos dias me habló a mí mismo de ella.

—¿Querrá S. E. referirse a mi súplica?

—Justamente.

—¡Y bien, señor! ¿Ha tenido S. E. la jenerosidad de concederme tan luego lo que le pedia?

Y los ojos del coronel brillaron de alegria.

Don Manuel Montt dijo entre sí mismo: o este es mas hábil que yo para disimular, o no ha tomado parte alguna, e inmediatamente contestó:

—Yo no he tenido la jenerosidad, señor, sino que se la han tomado.

—¡Se la han tomado! No sé lo que S. E. quiere decir.

—Lo que quiero decir y lo que usted debe saber, es que el revolucionario Enrique Lopez se ha fugado.

—¡Se ha fugado! ¡Está Enrique libre! No podia S. E darme una noticia mas satisfactoria.

Habia en esta sorpresa y en este contento tal naturalidad, tal espresion de verdad, que al presidente no le cupo duda de que el coronel no habia tomado parte en la fuga de Enrique; y le hizo tanta gracia aquella manifestacion de franca alegria, que le dijo riéndose afectuosamente:

—¿Parece, señor, que le agrada a usted mucho el mal del estado?

—No el mal del estado, señor; pero sí el bien de mi querido discípulo, de mi querido hijo...

—¿Relaciones tan íntimas tenia usted con ese jóven?

—Sí, señor; y mas todavia: porque fué el padre de él quien me libertó de capilla.

—Comprendo, señor, y aprecio sus sentimientos; pero el hombre de estado tiene que ser distinto.

—No sé lo que es un hombre de estado; pero sé lo que es un hombre de bien.

—De manera, señor, que si ese temible revolucionario se le presentase, como es de esperarlo, ¿no lo entregaria usted a la justicia?

El coronel don Toribio de Guzman miró fijamente al presidente, diciéndole con entereza:

—Creia no haber dado a S. E. motivo alguno para que me dirijiese tales palabras. Y si es por el grado en que me ha restablecido S. E., grado que he conquistado en los campos de batalla defendiendo a mi patria y del que nadie puede privarme, tómelo de nuevo S. E, quíteme en hora buena el título y todo lo demas anexo a él, que en cuanto al honor, lo he adquirido, lo tengo y no está en manos de nadie arrebatármelo; pero no me haga S. E. proposiciones que envuelven un insulto, porque envuelven una bajeza y Toribio de Guzman es incapaz de cometerla.

—No hai motivo para exaltarse, coronel. Usted debe concebir que el bien de la patria vale mas que el bien de un individuo y que no por evitar un pequeño mal se permitan mayores.

—S. E. obrará como lo crea conveniente, pero yo tambien sé cómo debo de conducirme; y para terminar diré a S. E. que hoi mismo voi a tratar de buscar a Enrique, y que si lo encuentro, como me lisonjeo, no solo no lo entregaré a la justicia, sino que lo ocultaré, y no solo lo ocultaré, sino que lo defenderé y antes de tomarlo pasarán sobre mi cadáver.

Don Manuel Montt, sensible a todo acto de magnanimidad, y apreciando la franqueza sin tenerla, estendió la mano al coronel, diciéndole al mismo tiempo:

—Si me dejara llevar por mis sentimientos de hombre, daria en el acto libertad a su discípulo, pues me agrada la manera de ser del maestro; pero ya creo haberle repetido otras veces que me veo en la precision, en la necesidad, en

el deber, de contrariarme a mí mismo para satisfacer las exijencias de mi puesto, para llenar las obligaciones que he contraido con la nacion; así es, señor, que en el caso presente vamos a entrar en pugna, pero en pugna franca, pues yo haré cuanto pueda por apoderarme de ese peligroso jóven y usted hará cuanto pueda tambien por defenderlo; pero cualquiera de los dos que gane la partida, seremos siempre amigos. Y el presidente estendió otra vez la mano al coronel, significándole así que no deseaba le replicase.

Mas ájil que en los años de su juventud, porque la alegria da alas, se dirijió el solitario a casa de Luisa, que lo estaba esperando, porque tenia el presentimiento de que el llamado del presidente seria favorable.

—Ya sé, ya sé, señor, la nueva que usted trae, esclamó Luisa, al ver al anciano.

—Imposible, imposible, hija mia; es demasiado grande, demasiado buena...

—¡Enrique está libre!

—¿Cómo lo has adivinado?

—Lo he leido en su cara.

—Sí, está libre; pero está perseguido.

—¡Perseguido! ¿y por quién?

—Por la autoridad.

—¿Que no ha sido perdonado?

—No; se ha fugado.

—¡Fugado! Pues bien, sea; lo salvaremos.

—Sí, espero ganar la partida que tengo entablada con el presidente.

Y el coronel contó a Luisa todos los incidentes de esta última entrevista.

Hacia tiempo, mucho tiempo que Luisa no habia esperimentado una alegria igual; le parecia que volvia a la vida, que era una existencia nueva, una órbita distinta que recorria... La idea de ver a Enrique, de encontrarse en su presencia, talvez de un momento a otro, le causaba una tur-

bacion deliciosa que no habria cambiado por ninguna fortuna.

¡Qué iba a decirle despues de tan larga ausencia! Cómo estaria despues de tanto sufrimiento! Qué cambio habria esperimentado en sus ideas! ¿Tendria ahora valor para decirle que la amaba? Y ella! y ella ¿cómo debia recibir esta declaracion en el estado en que se encontraba? Por otra parte, ¿cuál seria la opinion de Enrique? ¿Apreciaria su accion? ¿La disculparia? ¿La haria responsable de su condescendencia? ¿Seria capaz de apreciar su sacrificio? ¿Entraria en todos los pormenores que la habian obligado? ¿Debia ella esplicárselos? ¿Cómo obraria en lo sucesivo? ¿Qué camino seguiria él y cuál era el que a ella le correspondia? En fin, ¿qué nuevos sentimientos, qué nuevas ideas, qué nuevo réjimen seria preciso adoptar? Y toda esta preocupacion la ocupaba, la embarazaba, la aliviaba, la abatia y la sostenia, la hacia sufrir y la hacia gozar; en una palabra, llenaba su existencia, haciendo subir la savia, haciendo latir el corazon, trayendo esa superabundancia de vida que es el patriotismo de la juventud, el fuego sagrado del alma que se alimenta con lo mismo que al parecer lo estinguiera.

El solitario, por su parte, aunque ya en el ocaso de la vida, cuando los sentimientos se han amortiguado, cuando las impresiones son tenaces, cuando todo se apaga a nuestro alrededor, el solitario, decimos, se sentia rejuvenecer, nacer a la esperanza, entrar en la actividad de los afectos, porque preveia que de la libertad de Enrique dependia la felicidad de Luisa, y talvez la felicidad de todos, incluso la de él mismo; y presumia, como presumia Luisa, que de un dia a otro, que talvez en unas cuantas horas tendria el gusto de estrecharlo entre sus brazos, pues era fuera de duda que trataria de buscarlo o de buscar a su amada, a Luisa, a quien adoraba y de quien no debia tener noticia, encerrado en una prision y ausente su familia, de quien podria haber sabido algo si acaso se hubiese encontrado en Santiago y que Luisa

la hubiese visto en una de las ocasiones que habia ido a informarse al conventillo.

Tenemos que advertir tambien que la jóven patricia, independiente de sus visitas al conventillo y otras muchas dilijencias que habia hecho, se habia tambien presentado en diferentes ocasiones a la quinta de Yungai, encontrando siempre los mismos moradores, pero sin que supiesen el paradero de ninguno de los miembros de la familia Lopez y bastante alarmados por tan prolongada ausencia.

Luisa y el solitario decidieron desde ese momento no salir de casa para esperar a Enrique, contando con la seguridad de que vendria tan luego como le fuera posible, tan pronto como se lo permitieran las circunstancias hacerlo sin riesgo; y en consecuencia, se dieron las órdenes necesarias a los sirvientes con este objeto, sin despertar en ellos esa curiosidad peculiar a los criados y que por imprudencia podia poner en peligro a Enrique.

III.

Eloisa, precavida siempre e interesada sobremanera en tomar todas las precauciones necesarias para que no existieran ni siquiera probabilidades de mal éxito en la árdua empresa de poner en seguridad completa a Enrique, se habia decidido esa noche a esperar al galante ministro por precaucion, es decir, con el mismo fin con que habia hecho llamar al oficial de policía; y como no dudaba que el diplomático vendria infaliblemente por su ausencia de la noche anterior y por la fuga del prisionero, hizo prevenir al cura de San Isidro que el bautismo y óleo de la criatura no tendria lugar sino a las diez u once de la noche, para lo cual se le pondria un carruaje; y ella, por segunda vez, se fué a la calle de Breton con el objeto de hacer todas las prevenciones necesarias y quizá tambien con objeto de ver a Enrique. ¡Quién es el que se sacia de mirar a la persona ama-

da! ¡Quién no encuentra su mayor delicia en contemplarla, aun cuando no sea mas que por un momento!

De vuelta a su casa en la calle de Santo Domingo, se vistió con la mayor elegancia, ni mas ni menos como si quisiera seducir, triunfar, avasallar para siempre a un hombre: esta era la hábil maniobra que ya habia empleado con el ministro y que le habia dado buenos resultados; de consiguiente, se valió de todo su arte en el peinado, hizo uso de sus mejores perfumes, se puso sus mas ricas galas, se miró cien mil veces al espejo, estudió su fisonomia, calculó las posturas mas naturales y mas atractivas, trató, en una palabra, de aparecer interesante, y mas que interesante, encantadora.

Esa noche, y en conformidad a la prevision de Eloisa, el ministro no esperó la hora acostumbrada de su visita, sino que se presentó mucho mas temprano.

El salon se encontraba perfectamente iluminado, y Eloisa, un tanto reclinada sobre un sofá, habia adoptado una actitud que realzaba todas sus gracias naturales, que dejaba adivinar todos sus hechizos; y con una coqueteria llena de sencillez, pero por esta razon cien mil veces mas peligrosa, habia colocado medio a medio de su divino seno un boton de rosa blanca con dos hojas verdes que demarcaban la separacion deliciosa de encantadoras formas, misteriosas a la vez que diáfanas al traves de los encajes que las cubrian.

El ministro apareció, y ella aparentó no verlo para que la mirase un instante en esa especie de irreflexion y estudiado abandono: el objeto que se habia propuesto estaba conseguido; el ministro estaba mas que nunca cautivo.

—Señora! esclamó el diplomático; venia a pelear con usted y veo que estoi vencido antes de entrar en combate.

—¡A pelear conmigo! Yo creia no haberle dado motivo alguno, sino que por el contrario...

—Sí, usted ha sido mui sagaz, mui engañadora.

—Yo soi siempre injénua en mis afecciones, señor, y jamas las traiciono.

—No es precisamente de una traicion de la que quiero hablar; pero usted ha aprovechado de mi concesion para burlar la vijilancia lejítima del gobierno.

—¡Ya sé dónde quiere usted venir a parar! Y Eloisa sonrió cariñosamente al ministro, mostrándole esa cavidad encantadora adornada de finos y blancos dientes con labios de nácar: paraiso lleno de delicias que convida a beber la copa del divino néctar con el cual se embriagaban los dioses del Olimpo.

El ministro estaba lelo y no sabia casi lo que pasaba por él: tal era el predominio que habia tomado Eloisa y que en ese momento ejercia con mas fuerza.

—Sí, amiga mia, contestó al fin el diplomático, sentándose al lado de Eloisa y tomándole su suave y perfumada mano; usted se ha valido del permiso que yo le habia acordado o que habia conseguido, para hacer evadirse a su hermano.

—Le aseguro a usted que soi inocente y que me trae la mas buena noticia, haciéndome esperimentar la mas agradable sorpresa: ¡con que Enrique se ha escapado!

—Usted lo sabe mejor que yo, señora.

—¡Cuánto me alegro, amigo mio! Y el ingrato aun no ha venido a verme!

—Vamos, déjese usted de disimulos, y dígame francamente dónde lo tiene escondido; desearia verlo, desearia conocerlo para decirle cuánto ha hecho usted por él.

—¡El picaron lo sabe bien! Y sin embargo no se ha presentado a mi vista! ¿Cuándo se fugó?

—Anoche; pero yo soi un zonzo en darle esplicaciones sobre un hecho en que usted ha tomado parte.

—¿Y qué mal habria obrado suponiendo que fuera cierto?

—Ninguno respecto a usted; mucho respecto al gobierno de que yo hago parte.

—¿Y qué falta, qué mal le hace al gobierno un preso mas o menos?

—¡Cómo se conoce que usted no sabe nada de administracion!

—¡Ya lo creo! ni me ocupo ni me ocuparé nunca de ella; pero, ¿es verdad lo que usted me dice?

—¡Insiste usted todavia en engañarme!

—¡Ojalá fuera cierto que lo engañaba!

—¡De veras! ¿Usted no sabe nada?

—¡Y qué quiere usted que yo sepa!

—¿No ha visto usted a su hermano? ¿No ha venido todavia?

—Señor, espero al menos que usted no se chancee con mis afectos ni se burle de mis esperanzas: ya me ha repetido esto mismo ahora poco.

—Pues, amiga mia, lo que le digo es la verdad: su hermano se ha escapado anoche.

—¡Anoche!

—Sí, anoche.

—¿Y de qué manera?

—No se sabe. El único vestijio que se ha encontrado ha sido una larga cuerda llena de nudos y que estaba asida al tope de un alto palo que habia en uno de los patios; pero es preciso que su hermano sea el diablo para que se haya volado de esa manera.

Eloisa se sonrió sin interrumpir al ministro, que continuó:

—Sí, es preciso ser el mismo demonio; de otro modo no se concibe su evasion.

—¿Y lo persiguen?

—Es indudable; y creo que, aun cuando se esconda como un alfiler, no escapará: las medidas están bien tomadas.

—Pero, señor, usted que es un hombre de tanta intelijencia como corazon y que posee mi cariño, ¿no se apiadaria de él? ¿no se apiadaria de mi hermano?

—¡Su cariño! Esto vale mas que una razon de estado: cuente usted conmigo.

—Esto es lo mismo que contar con el gobierno.

—No lo crea usted: don Manuel Montt, que es el presidente de la república, no es lo mismo que yo que me enamoro de unos bellos ojos que pueden obligarlo a uno a hacer las mas grandes locuras: don Manuel Montt es la lei, es el código, es la justicia, es el órden, es la estátua de Minerva, que no ve otra cosa que la razon y la conveniencia del pais; y él, a quien estamos y debemos estar sometidos en cuerpo y alma, no transijirá nunca, porque él no tiene otra conciencia que el bien del pais.

—Pues si ese nuevo Minos no tiene corazon, no faltará quien lo tenga.

—Es decir, que usted cuenta conmigo.

—Indudablemente: seria un insulto para usted y una decepcion para mí el no juzgarlo asi.

—De manera que no es a él a quien debo obedecer, sino a usted.

—Y advierta que yo exijo una obediencia pasiva, ciega, inalterable.

—¿La obediencia del perro?

—Ni mas ni menos.

—Si usted lo exije, si usted lo ordena, la tendré.

—Quiero que usted me dé un salvo-conducto para Enrique, y puesto que el presidente es inflexible, será necesario que usemos del subterfujio. Por otra parte, esto entra tambien en la política. Usted le hará un servicio al señor Montt, porque lo libertará de un enemigo tan temible como mi hermano.

—Pero esto es comprometerse demasiado.

—¿Y yo no me comprometo?

—¡Puedo aspirar, Eloisa?...

—¿A qué no se puede aspirar?

—¡Me ha hecho usted penar por tanto tiempo!

—No quiero, amigo mio, contestó Eloisa, apretando suave y significativamente la mano del ministro; no quiero sino hacer concesiones voluntarias. Poner precio al favor es destruirlo, y a mí me gusta la espontaneidad en todo; sin esto no puede existir el goce, no puede existir nada; y yo soi en este punto de una estrictez de principios incontrastable. ¿Qué me importaria una concesion por otra concesion? Esto no seria otra cosa que un tráfico, y con el corazon y con los afectos no se pueden, no se deben establecer mercados: todo negocio en ese sentido es una degradacion, y yo no quiero degradarme, ni usted aceptaria con gusto esta degradacion, porque lo supongo mas elevado y mas digno, siendo en este sentido que me es dado apreciarlo y que me sea dado quererlo.

—¿De veras, Eloisa?

—¿Duda usted de mi verdad? ¿No ve usted mismo que en mi franqueza hai algo mas que solicitar una gracia?

—Firmaré, amiga mia, el salvo-conducto para su hermano.

—¿Sin exijencia alguna?

—Sin exijencia.

—Ah! la jenerosidad es la mejor arma para vencer. ¿Quién no admira un acto desinteresado? ¿Quién no se somete al imperio de la magnanimidad? Le agradezco su accion por usted y por mí: por usted, porque me lo ha hecho conocer a fondo; por mí, porque puedo apreciarlo y...

—Deme usted papel y pluma. Yo juego mi cartera de ministro contra unos bellos ojos. Este será un disparate para los hombres de estado y yo mismo lo habria considerado como tal hace mui poco tiempo; pero usted me ha trasformado completamente.

—Me es imposible, señor, aceptar tanto sacrificio. Rehuso desde luego y me someto al destino sin esperar algo del favor. ¡El pais perderia tanto con su salida del ministerio, que vale mas que se sacrifique mi hermano!

—Pero Eloisa, esclamó apasionadamente el diplomático; usted es demasiado elevada y está poseida de ideas llenas de... Pero jamas consentiré en su sacrificio.

—Yo no acepto, señor; porque si yo puedo sacrificarme, no debo sacrificar a otros.

—Dejémonos de argumentaciones. He decidido salvar a su hermano y se salvará, suceda lo que suceda.

Un relámpago de felicidad pasó por los ojos de Eloisa; y parándose con gracia, colocó el tintero y el papel cerca del ministro, que escribió una carta privada al intendente de Valparaiso para que dejara pasar a Enrique si salia del pais o no lo capturase en caso que fuera a residir en aquella ciudad.

—Ya está hecho cuanto usted deseaba, amiga mia, y tengo una verdadera satisfaccion en haberla servido en algo, sin interes y solo por voluntad, y solo por cariño.

—El hacer bien nunca se pierde, señor.

—Ojalá sea asi.

—No lo dude usted: Dios recompensa siempre las buenas acciones.

—¡Dios! La cosa es algo lejana. Mas bien quisiera...

Eloisa soltó una carcajada, y conteniéndose, añadió:

—Me habian dicho que usted era mui piadoso, y nunca lo he puesto en duda.

—¿Y en qué he faltado a la piedad?

—Eso de decir que Dios es una cosa mui lejana.

—Discúlpeme usted, señora, el entusiasmo nos hace hablar lo que no debemos.

—En fin, sea de ello lo que fuere, yo no puedo menos de estarle agradecida y desde ahora cuente usted con mi reconocimiento.

—Desearia mas bien contar con su cariño.

—Del uno es fácil y natural pasarse al otro.

Eloisa, sin proseguir mas en una conversacion que mui poco la interesaba, trató de que se fuera el ministro; pero

para despedirlo contento, sacó el lindísimo boton de rosa que tenia en su seno, y presentándoselo, le dijo:

—Sírvase usted aceptar esta flor como un recuerdo, como una prueba de mi cari...

Y Eloisa, sin acabar de pronunciar la palabra, añadió: de mi gratitud. Y bajó los ojos con una hipocresia encantadora como para decir que habia ido mas allá.

—Eloisa, Eloisa, esclamó el diplomático arrodillándose; prosiga usted, concluya, diga francamente: "De mi cariño, de mi amor."

—¡Y bien! contestó Eloisa, como si la pasion la arrastrase: "de mi amor..."

—¡Ai! qué dicha! qué felicidad! Al fin...

—Sí, al fin seremos felices en pocos dias mas.

—¿Me lo prometes, Eloisa? Y el ministro le hablaba de *tú* por la primera vez con esa deliciosa familiaridad del cariño.

—¡Cómo no he de prometer lo que quiero, lo que deseo! pero sepa usted esperar.. Adios, amigo mio, talvez mañana no tenga el gusto de verlo, pero despues...

—¡Cruel! ¡Por qué privarme un dia de esa felicidad, de la dicha de estar a tu lado!

—Privarnos, diga usted mejor.

—¡Privarnos! Tienes razon, querida mia; pero por lo mismo...

—Tengo mis secretos: espere.

—Me resignaré.

—Nos resignaremos, amigo mio; pero despues... Adios, déjeme usted, déjeme usted...

Y Eloisa corrió hácia su dormitorio como si se temiera a sí misma; y cerrando la puerta con llave, dejó plantado al diplomático medio a medio del salon y de rodillas como se habia puesto.

En seguida miró por el agujero de la llave y llevó el pañuelo a su boca para ahogar la risa: el ministro conservaba

la misma actitud y lloraba y reia mirando el boton de rosa que a cada instante llevaba a sus labios.

Al fin tomó su sombrero y partió.

IV.

Desembarazada de la presencia del ministro, volvió a vestirse Eloisa con su sencillo y modesto traje de iglesia, hizo venir un coche y se dirijió donde el cura de San Isidro para conducirlo a la calle de Breton.

El santo cura se colocó al lado de la encantadora muchacha, que sin duda le hizo esperimentar una de aquellas sensaciones inesplicables que nos causa el contacto de la mujer, cuya suave y perfumada atmósfera atrae, produciendo en nosotros una especie de escalofrio que nos estremece deliciosamente, pues al poco rato principió a rezar en latin, sin duda para desechar la tentacion del espíritu malo, a quien en ese momento tenia el honor de representar Eloisa, que, en concepto del buen presbítero, debia ser la forma que habia adoptado el diablo para hacerle perder su alma; asi es que impertérrito en su santa y heróica lucha, salió al fin vencedor, pues no desplegó sus labios hasta que el coche paró frente a una puerta de calle de mas que modesta apariencia, y que no estaba por consiguiente en relacion con los fuertes derechos que le habia voluntariamente pagado aquella señorita, por el solo hecho de poner el óleo fuera de la parroquia, haciéndole presumir que aquello encerraba algun misterio; pero como su mision era mui limitada y conocida, no tenia para qué investigar asuntos que no eran de su resorte.

El cura bajó primero del carruaje y no tuvo siquiera la amabilidad de ofrecer la mano a Eloisa para que descendiese a su vez, sino que por el contrario miró hácia otro lado para no ver aquel pié encantador que se descubrió hasta un poco mas arriba del tobillo al tiempo de sentarlo en el estribo.

La jóven se sonrió con disimulo, porque, por una de esas afinidades misteriosas de la naturaleza, por uno de esos fluidos magnéticos que se comunican, se infiltran o se repercuten, sin saber cómo, de un ser a otro ser, ella habia conocido, habia adivinado, diremos mejor, lo que pasaba por el buen sacerdote; y si se hubiera hallado en otras circunstancias y con otras ideas, talvez le habria agradado segundar el plan del demonio, conquistándole, aunque fuera por mero pasatiempo, aquella alma para su populoso imperio.

Como es de presumirlo, todo estaba preparado en la casa, y la ceremonia relijiosa se llevó a efecto, sirviendo de padrinos a la criatura las dos personas que hemos indicado ya y que creemos no habrá tan luego olvidado el lector.

Esa noche se pasó en deliciosa plática y nada vino a turbar aquella sencilla alegria con que se celebraba el bautismo del niño; solo Enrique, sin dejar de estar contento, tenia una preocupacion que no podia, que no queria tampoco desechar.

Durante el dia y en algunos momentos que habia pasado a solas con Mercedes, le habia preguntado si no habia tenido alguna noticia de su amiga, a lo que le habia contestado su hermana, que no saliendo a la calle ninguno de ellos, salvo Eloisa y Santiago, que iba a su taller, no habian podido tener la menor noticia, siendo esta una de las cosas que mas la entristecia, y que, aun cuando habia preguntado a Eloisa y dádole las señas de la casa para que se informase, nunca le habia dicho nada, lo que le hacia suponer que estarian todavia en el campo.

Enrique estaba, pues, mui contrariado con esta ignorancia absoluta sobre Luisa y su maestro, y resolvió hablar con Eloisa al dia siguiente para combinar algun plan por el cual pudiese llegar al conocimiento de aquello que tanto le interesaba saber.

Aun no amanecia cuando ya Enrique, que no habia pegado sus ojos durante la noche, se paseaba por el patio, sin

duda para refrescar su ardiente cabeza y hablar con Eloisa antes que saliese a la calle.

No tuvo nuestro jóven amigo mucho que esperar, porque la puerta del cuarto de Eloisa se abrió, apareciendo ella vestida ya como para salir.

—Mi querida hermana, dijo Enrique a Eloisa, yendo donde ella estaba y tomándole una de sus manos con esa familiaridad pura del sentimiento de la fraternidad. Y como se habia acostumbrado a llamarla siempre así y a tener con ella la confianza de tal, Eloisa no se estrañó, sino que lo miró cariñosamente, preguntándole: "¿Qué quieres?"

Debemos tambien advertir que con el largo trato y con la familiaridad con que estaban obligados a hablarse en la penitenciaria delante de la persona que los vijilaba durante su entrevista semanal, se habian acostumbrado de tal modo a tratarse, que ya lo hacian por hábito, sin poder volver atras, lo que hubiera sido mui doloroso para Eloisa, porque esta confianza era una de las cosas que mas le agradaban y que mas la hacian gozar.

Enrique contestó a la pregunta de su hermana adoptiva, con esta otra interrogacion:

—¿Por qué te has levantado tan temprano?

—No tanto como tú, Enrique, pues hará como media hora que oigo tus pasos en el patio.

—Es verdad, tenia calor, estaba medio sofocado.

—¿Te sientes mal? Y Eloisa miró al jóven con interes y como para averiguar si Enrique sufria algo.

—No precisamente, hermana, pero tú comprenderás que despues de tantos acontecimientos no se puede estar mui tranquilo.

—¡Pero, Enrique, ahora estás con tu familia y estás libre!

—Respecto a lo primero, te concedo: tengo mucho gusto, muchísimo y tú no entras por poco en mi satisfaccion. Y el jóven apretó cariñosamente la mano de su hermana que conservaba aun entre las suyas.

Eloisa se estremeció y miró a Enrique de una manera rara; tan rara, que éste no comprendió.

—Te decia, pues, prosiguió el jóven, que es para mí una gran felicidad el estar con ustedes; pero respecto a libertad, no he hecho mas que mudar de cárcel.

—¡Mudar de cárcel! ¿Llamas tú mudar de cárcel el estar en tu casa, el vivir con las personas a quienes amas y que te aman?

—Tienes razon, hermana mia; he sido un bárbaro en hablar asi; pero queria decir únicamente que me es prohibido salir, que no puedo ir a ver a mis amigos, que...

—No seas poco agradecido a Dios, Enrique.

—Dices bien, Eloisa.

—Mira: si quieres salir, si quieres irte, puedes hacerlo hoi mismo.

—¿Qué es lo que dices?

—Lo que oyes.

—¿Has conseguido mi libertad completa?

—No precisamente; pero puedes ir al punto que quieras.

—¿Cómo?

—Tengo en mi poder un salvo conducto para tu persona y que va dirijido al intendente de Valparaiso.

—¿Qué tengo yo que hacer en Valparaiso?

—Te encuentras perseguido, amigo mio, y un dia u otro pueden prenderte; mientras que saliendo del pais por algun tiempo, puedes volver despues cuando se hayan olvidado los acontecimientos y amortiguado un tanto las pasiones políticas.

—Yo no quiero dejar a Chile, hermana mia, no.

—Comprendo que no quieras abandonar tu pais y menos tu familia; pero esta es la manera única de salvarse, amigo mio; créemelo: ahora hablaremos sobre este punto con tus padres y con tu hermana y te convencerás.

—No necesito de convencimiento alguno, pero no quiero abandonar a Chile.

Eloisa se figuró un momento que talvez ella seria la causa de la tenacidad del jóven en no dejar su pais, y le dijo:

—¿Y si te lo pidieran por favor, Enrique, los mismos que están mas interesados que tú en que no te alejes?

Enrique, a su turno, miró a Eloisa, pensando que hacia referencia a Luisa y que talvez con su penetracion habria llegado a descubrir algo de su secreto, sabiendo quizá alguna cosa que le ocultaba.

—En ese caso, contestó el jóven, iria con gusto.

—Pues bien, ya veremos...

Y a su vez Eloisa apretó la mano de Enrique, que tambien se turbó y se estremeció a su turno, creyendo que no tardaria en hablarle de Luisa.

La conversacion continuó por largo rato sobre las probabilidades de fuga, sobre el disfraz mas conveniente, sobre el lugar donde seria preferible dirijirse, sobre riesgos, etc.; pero nada referente a Luisa, que era lo que él esclusivamente deseaba, hasta que se resolvió abordar la cuestion con maña para no comprometerse ni comprometer a su amada, porque ya estaba convencido que Eloisa no sabia nada de sus relaciones, o diremos mejor, de sus pensamientos ocultos, pensamientos que a nadie habia revelado escepto a su hermana y al solitario, y que por consiguiente debia ignorarlos Eloisa por mucha que fuera su penetracion.

V.

Enrique, antes de atreverse a hablar sobre Luisa y a pronunciar su nombre, consultó su interior, trató de criar fuerzas, se empeñó por componer su semblante, por aparentar la mayor indiferencia; y cuando creyó que estaba bien preparado, que era impenetrable, que nadie podria leer en su corazon, aun los que estuviesen mas familiarizados a conocer o a adivinar sus impresiones, dijo a Luisa:

—¿Te ha preguntado algunas veces Mercedes por una

señorita amiga suya y que se llama doña Luisa Valdes?

—Muchísimas.

—Y le has dado algunas noticias de ella? porque sé que esto le seria mui agradable a mi hermana.

—¿Y por qué nó desagradable?

—Porque ella la quiere muchísimo.

—Puede ser mui bien que por la misma razon de quererla muchísimo le fuera mas desagradable.

—No sé lo que quieres decir.

—Yo sí que lo sé y tú tambien lo sabrás, pero nadie mas.

—¿Conoces a esa señorita?

Y Enrique apenas pudo disimular su sobresalto.

—De vista.

—¿La has visto?

—En muchas ocasiones, y siempre procuro verla, porque me interesa, tanto por el afecto que sé que le tiene Mercedes, cuanto por ella misma, porque jamas he encontrado una señorita mas hermosa, mas poética, mas encantadora; jamas he visto a nadie que llene tanto mi gusto como ella. Si fuera hombre y monarca habria puesto cien mil veces a sus piés mi corona. Una sola mujer hai que se le asemeje, aunque de formas distintas y talvez de caracteres, y esa mujer es tu hermana.

Enrique oia con delicia todo cuanto decia Eloisa, que continuó su conversacion, añadiendo:

—Y esa mujer es tu hermana; pero en el mundo no hai dos tipos mas perfectos y me parece que dos almas mas puras y sublimes. Por esta razon he comprendido el grande afecto de Mercedes por esa señorita y el que debe tenerle esa señorita a Mercedes. Por esta razon he comprendido la amistad que debe unirlas, a pesar de la grandísima diferencia de ambas posiciones, ya sea en familia, ya sea en fortuna, porque la señorita Valdes pertenece a la mas alta sociedad y es una de las mas ricas personas de Santiago.

—Y bien, Eloisa; ¿por qué si conoces a la señorita Luisa,

por qué si la has visto no se lo has comunicado a mi hermana?

—Porque le habria causado un grave mal y no he querido atormentarla. He preferido callarme, he preferido eludir sus proyectos y no decirle que está en Santiago desde mucho tiempo.

—¿Pero cuál es la causa?

—Aun a tí mismo no quisiera decírtela.

—¿Por qué?

—Talvez por lo que se relaciona con tu hermana.

—¿Es algun secreto?

—Para ustedes, sí; para el resto del mundo, no.

—¿Y por qué no siéndolo para todos lo es para nosotros?

—Porque en realidad no es un secreto, sino simplemente una cosa que ustedes ignoran.

Enrique esperimentó una sensacion dolorosa; tuvo miedo. Un vago presentimiento le decia que lo que le iban a revelar era algo de terrible; pero, dominándose, repuso:

—Vamos, déjate de rodeos y dime de una vez lo que sucede. Tú sabes que todo lo de mi hermana me interesa.

—Justamente este es el mismo motivo que me obliga a detenerme, temiendo que tengas tú tambien que sufrir.

—No tengas miedo; yo estoi ya algo acostumbrado a la desgracia y mi alma se ha endurecido lo bastante para no alarmarme tan fácilmente.

—Asi lo creo; y como por otra parte lo has de saber tú mismo, mas hoi, mas mañana, poco importa que te lo revele desde luego; pero creo mui conveniente que se lo ocultes a tu hermana, al menos mientras esté tan delicada por su reciente enfermedad, pues una impresion fuerte y dolorosa como debe causarle esta noticia cuando llegue a saberla, podia ser en la actualidad de mui fatales consecuencias.

—¿Es una cosa mui grave?

—Para ella, sí; para los otros, es mui comun.

—No me exasperes por mas tiempo; dime de una vez qué

es lo que ha pasado que tanto puede afectar a mi hermana, hasta el punto de temer decírmelo a mí.

—¿Creo que no habrás olvidado a Guillermo de?...

—Hai acontecimientos fatales en la vida que jamas se olvidan.

—Es que Guillermo de... se ha casado.

—¡Casado! ¿Y quién ha sido la miserable para aceptar a ese infame?

—Tienes mucha razon en exaltarte, y por tí mismo puedes juzgar de la impresion que esta noticia habria producido en tu hermana; porque, de cualquiera manera que sea, es el padre de su hijo.

—¡El padre de su hijo!

—Sí, amigo mio, el padre de su hijo, el padre de nuestro ahijado, de esa inocente criatura que ignora que ha venido al mundo por medio del crímen, y a quien nosotros hemos jurado protejer y a quien protejeremos; ¿no es verdad, Enrique?

—Y bien, ¡qué importa que se haya casado! Acaso mi hermana lo habria aceptado jamas?

—Sin embargo, tú sabes; el porvenir de su hijo desaparece con este enlace.

—Mercedes no habria recibido jamas de ese hombre un solo centavo, y nosotros no lo habriamos permitido tampoco y no permitiremos que reconozca en ningun tiempo al autor de sus dias: este es mi pensamiento. Pero esto nada importa, Eloisa; vamos al asunto de que hablábamos, que es el principal.

—Estamos en él.

—¡Cómo estamos en él!

—Justamente, amigo mio, porque Guillermo de... es el marido de la señorita Luisa Valdes, con quien...

Enrique no la dejó concluir. Un grito espantoso, grito salvaje, grito aterrador, grito sin nombre, articulacion llena de angustia, de furor, de desesperacion, voz sin significa-

cion propia, pero que las tenia todas, se escapó del pecho del jóven, que cayó al suelo sin conocimiento.

Otro grito menos terrible pero no menos doloroso se dejó oir: era el de Eloisa, que al precipitarse sobre Enrique para levantarlo, habia esclamado: ¡Dios mio! lo he muerto!... Pero no le sobreviviré!...

El cuerpo de Enrique tembló: una convulsion violenta se apoderó de todos sus miembros, y se paró tieso y lívido como un cadáver a quien han aplicado una poderosa máquina galvánica, un gran choque de electricidad antes que se haya apagado del todo el calor vital que lo alimentaba y que se demora en estinguirse.

De repente, sin ver a Eloisa, que estaba postrada a sus piés y que le tenia con sus brazos asidas las rodillas, se lanzó hácia la puerta, sacudiendo con violencia el estorbo que lo detenia, yendo Eloisa a rodar a algunos pasos de distancia.

No encontrando la llave para abrir la puerta, y aun si la hubiera hallado, talvez no la habria visto, le dió un empujon tan violento, que saltaron varias astillas de las gruesas tablas, rompiéndose la vieja y firme cerradura; pero en ese momento apareció Domingo Lopez, que, oyendo aquel grito espantoso de su hijo, se habia medio vestido precipitadamente.

—Deténgalo, señor, deténgalo, gritó Eloisa desde el suelo.

Y el vigoroso veterano voló donde su hijo sin darse cuenta de nada de lo sucedido y lo tomó fuertemente por la espalda.

Enrique volvió la cara con ceño airado y dijo con voz de trueno: "Déjeme usted, señor; yo lo mataré a él, la mataré a ella; pero quiero ser yo solo quien lo haga... y despues me mataré a mí mismo."

—¿Qué es lo que dices?

—Digo que no quiero tener ayuda de nadie, que no quiero que me acompañe nadie.

—Calma, calma, hijo mio; ¿qué es lo que ha sucedido?

—¿No lo sabe usted? Es verdad, no lo sabe... que se lo cuente Eloisa; mientras tanto, déjeme libre, tengo que ir; es preciso que vaya...

—¿A dónde, hijo mio?

—Donde los novios; ¿dónde quiere que sea?

—¿Qué novios?

—Déjeme en paz con sus preguntas: Eloisa se lo dirá.

Y Enrique dió un fuerte sacudon para desasirse de los brazos del veterano; y aunque lo hizo vacilar, no lo soltó, sin embargo.

En ese momento llegó Marta desolada y sin saber tampoco qué era lo que sucedia; pero las fisonomias le decian que pasaba algo de grave, algo de estraordinario, y corrió al lugar en que se encontraba luchando el hijo con el padre.

—¡Por Dios! Enrique, ¿qué es esto? ¿qué es lo que pasa? ¿qué es lo que quieres? esclamó Marta asustada y llorosa.

—Lo que pasa es la mayor infamia y lo que quiero es la mayor venganza... déjenme salir.

—Tu madre, mi querido hijo, te lo pide de rodillas. No salgas.

Y Marta se hincó y besó las manos del desgraciado jóven.

Enrique la miró un momento, y luego agachándose la levantó y la estrechó entre sus brazos, diciéndole:

—Soi mui infeliz.

—Pero qué te ha sucedido, hijo de mis entrañas?

—Yo no puedo decírselo porque si lo dijeran mis labios, talvez no tendria fuerzas, talvez me moriria; y no quiero morirme antes... no quiero... necesito vengarme, aunque despues me caiga todo el mundo encima... aun cuando vuelva a la penitenciaria, aun cuando me maten.

—¡Por Dios, hijo mio, espera un momento!

—Esperar! ah! madre mia; si usted tuviera el corazon como yo, no me lo diria.

—El corazon de una madre participa de todos los dolo-

res que esperimenta el del hijo. Confiate a él, hazme sufrir como tu sufres, Enrique, vacia en mi pecho toda tu amargura y verás que mi afliccion sobrepuja a la tuya, que mi dolor es superior a tu dolor.

—¿Y qué sacaria con esto?

—Que moriria asi como tú quieres morir...

—¡Morir, madre mia; y yo matarla! No, no, eso; todavia me queda una cuerda sensible, una cuerda que no se ha roto: el amor a mis padres.

— Pues bien, hijo querido, continuó Marta con esa solicitud tierna, con ese acento inimitable que solo brota del pecho de una madre; si no quieres que muramos, vive.

—Vive, Enrique, vive para tus padres y para tu hermana.

Y el viejo soldado lloroso y temblando, se hincó asi como lo habia hecho Marta, abrazando las rodillas de su hijo.

La desesperacion de Enrique estaba vencida, pero no su dolor.

A la fogosidad impetuosa de la primera impresion se sucedió el abatimiento de la desolacion.

Enrique era un niño sin fuerza, sin accion, sin movimiento, casi sin vida. Sus ojos se apagaron, perdieron su brillo y no vertieron una lágrima.

El jóven dejóse conducir sin proferir palabra y su andar vacilante demostraba que apenas existia, que ni siquiera tenia conciencia de su estado.

Colocado en su cama, exhaló un suspiro doloroso y cerró sus párpados. Un copioso sudor brotó por todos los poros de su cuerpo. Muchas veces la suprema angustia, cuando no la alivian las lágrimas, halla esa salida. Se dice que Jesus no lloró sino que sudó sangre en la oracion del huerto cuando se presentaron a su vista todos los males por que habia de pasar la humanidad, y lo cruento del sacrificio que al siguiente dia tendria que esperimentar.................

....

El suicida.

I.

Eloisa, ocultando su acongojado rostro entre sus crispadas manos, permanecia en el mismo sitio a donde la arrojara el violento sacudon de Enrique, no habia hecho el menor movimiento y la única palabra que habia proferido fué el "deténgalo, deténgalo" que dirijiera al padre al tiempo de verlo, con el fin de que socorriera al hijo.

Las pasiones tienen un lenguaje inimitable, un lenguaje espresivo y elocuente sobre el cual nadie se engaña, pues todo el mundo en el acto, sobre lo que significan esos arranques, midiendo por ellos la intensidad del sentimiento que esperimenta el individuo, sin necesidad de que lo esprese con la palabra; y Eloisa habia conocido en el acto la estension inmensa del amor de Enrique y la herida profunda y talvez incurable que debia de haberle causado con la revelacion repentina del casamiento de Luisa.

—Yo lo he salvado para matarlo en seguida, se decia Eloisa a sí misma. ¡Qué horror! Yo merezco cien mil veces la muerte, yo...

Y la pobre mujer se desgarraba el pecho en su desesperacion muda.

Domingo y Marta se acercaron donde ella y la levantaron; estaba bañada en sangre, pero no habia perdido el conocimiento, sino que conservaba toda su razon.

—¿Qué ha sucedido, hija mia? Cuéntanos lo sucedido, dijo con dulzura Marta, abrazando a Eloisa.

—Yo no merezco compasion, señora; yo soi la causa de todo el mal; deben ustedes botarme y maldecirme.

—¡Tú causa del mal de Enrique! Tú, que lo has libertado y que nos lo has devuelto! No lo creo, hija mia, te engañas: estoi segura que te engañas.

—Yo lo he muerto, señora, nadie sino yo ha sido.

—¿Tú lo has muerto? Pero mi hijo vive: no hables asi, Eloisa.

—¡Ai! Dios lo quiera!

—Y lo querrá, Eloisa; tengo la seguridad que da la fé, que da la esperanza en la bondad del señor; pero esplícate, ¿qué ha sucedido?

—¿Vive Enrique?

—Sí; tiene un lijero desmayo, y nada mas.

Marta no estaba tan tranquila como aparentaba, pero deseaba serenar a Eloisa.

—Ai, señora, desconfíe usted de esa tranquilidad; la herida que le he hecho es mui profunda y por consiguiente incurable: yo lo siento por mí misma.

—Pero por Dios, dilo de una vez.

—Yo no sabia que Enrique amaba a la señorita Luisa Valdes.

—¿Que Enrique ama a la señorita Luisa? ¿Estás loca, hija mia?

—¡Y ese amor es infinito, señora, infinito!... Yo lo he reconocido.... yo sé lo que es...

—¿Pero quién te lo ha dicho? ¿Cómo lo has sabido? ¿Cómo...

—Nadie me ha revelado ese secreto, pero yo sé.... yo sé lo que digo; yo sé que lo he muerto.

—Pero aun dado caso que esto fuera cierto, ¿por qué tanta desesperacion?

—Porque la señorita Luisa Valdes está casada y se lo dije a Enrique.

—¡Casada!

—Sí, señora, casada, y casada con Guillermo de...

—¿Qué es esto, Dios mio, qué es esto?

—La verdad, señora.

—¿Pero cómo? ¿Desde cuándo? ¿Por qué no nos lo habias dicho, hija mia?

—El cómo, no lo sé, señora; el cuándo, no podria señalar el dia, pero hace ya bastante tiempo; y mi silencio ha provenido de que no queria aumentar mas los ya grandes pesares de ustedes, descubriéndoles un acontecimiento que, de una manera o de otra, las aflijiria muchísimo o les quitaria la poca tranquilidad de que disfrutaban despues de tan terribles sucesos.

—Comprendo, Eloisa, comprendo tu delicadeza.

—Pero la señorita Luisa, esclamó Domingo Lopez, que hasta ese momento habia guardado silencio; la señorita Luisa no sabria que ni la mas infeliz criatura, que ni la mujer mas vil se habria casado con ese hombre.

—Es mas que probable que lo ignorase, que no haya sabido nunca el crímen cometido con nuestra hija, repuso Marta.

—Pero es que el crímen cometido con nuestra hija no es nada, no mancharia tanto a ese hombre como la marca de infamia que yo he puesto sobre sus espaldas.

—¡La marca de infamia, dices!

—Sí, sí; la marca de infamia con un fierro ardiendo... marca que nadie puede arrancar y que estará allí mientras él viva.

—Ah! ignoraba eso!... Te has vengado... y de aquí vienen, sin duda, de aquí han nacido nuestros nuevos pesares!... Que la voluntad de Dios se cumpla.

—No nos hemos vengado sino que hemos castigado: asi lo ha pensado y lo ha dicho mi hijo, asi lo ha juzgado mi coronel, asi lo he creido tambien yo.

—Y asi no mas es, repuso Eloisa con convencido acento.

—Dejemos esta friolera a un lado, dijo el veterano y vamos a lo principal.

—Enrique, señor, me instó tanto para que le diera algunas noticias de la señorita Luisa, y como el casamiento es conocido de todo el mundo, se lo comuniqué como una cosa que debia saberse mas hoi, mas mañana, y que talvez seria conveniente que él fuera preparando a Mercedes antes que recibiera el golpe repentinamente. ¡Pero si yo hubiera sabido el mal que iba a hacer! Ah! ¿Por qué no lo he conocido? ¿Por qué no lo he previsto? Infeliz! y ya no hai remedio!..

—No desesperemos, Eloisa, ni tú desesperes, porque no has obrado mal, porque es una fatalidad la que pesa sobre nosotros y nada mas. Ahora es preciso que socorramos a Enrique y que lo ignore todo Mercedes: es preciso distraerlo, es preciso aliviarlo, y yo cuento contigo, ya habia pensado en ello, Eloisa.

—Señora: mi vida es suya y puede disponer de ella.

—Ah! si Dios me oyera! aun podríamos ser felices! Yo me lisonjeaba en que fueses su esposa... y todavia no pierdo la esperanza: la imposibilidad amortigua el deseo; nadie se desespera porque no alcanza a la luna; y Enrique se calmará al fin en presencia de lo insuperable, ¿no eres de mi opinion?

Eloisa tembló; aquella proposicion tan inesperada la turbó. La pobre jóven sentia a un mismo tiempo un placer y un dolor indecible. Lo que le decia Marta era halagüeño, era seductor; pero era inverosímil, era imposible; no sucederia jamas! Ella tenia conciencia de la pasion de Enrique por la suya propia, y poseia bastante dignidad para no querer manchar a nadie y menos al ser a quien ella amaba mas en el mundo: conservaba orgullo en su degradacion y grandeza de alma en la bajeza de su estado; era una mujer caida, pero no prostituida... El huracan del siglo habia pasado sobre ella, le habia tronchado el tallo delicado de la pureza; pero la planta conservaba todo su vigor y renacia de su tronco mutilado el cactus brillante de la virtud, sin

que el atractivo del placer hubiera llegado a marchitarlo; y asi contestó humilde, pero resueltamente:

—Lo que usted me dice, señora, me honra y me complace, pero no lo merezco; no soi digna de ese honor, ni acreedora a tanta felicidad.

—¡Cómo! Tú que nos has salvado a todos de tantos peligros; que lo has salvado a él, y que ahora ademas lo libertas!

—Es verdad que he hecho todo esto, pero haciéndolo, mas bien me he favorecido a mí misma que a ustedes; pues no está lejano el dia en que descubra a usted mis secretos, y entonces verá usted que tengo mucha razon en proceder como procedo.

Por otra parte, señora, no se ilusione usted: Enrique esperimenta una de aquellas pasiones invariables, que no ceden jamas, que son únicas en la vida y de que el hombre no se desprende sino hasta la muerte y que quizá lo acompañan mas allá... Todo me induce a creerlo así, señora Marta: el carácter de su hijo, la elevacion de sus ideas, la pureza de sus costumbres y mas que todo, el imperio, la fascinacion prodijiosa que debe ejercer una señorita como doña Luisa Valdes, pues con solo el hecho de verla se la ama, porque parece dotada de una atmósfera de atraccion prodijiosa, sin que sea posible desprenderse o sustraerse a ella cuando se ha entrado en el radio de su influencia magnética.

Marta oia a Eloisa con complacencia a pesar de los sentimientos que la agobiaban; y no podia menos de admirar aquella franqueza, aquella humildad y aquella elevacion a la vez, que a medida que pretendia aparecer mas pequeña y menos acreedora a nada, se realzaba sin quererlo y sin pensarlo, se realzaba mas tratando de apocarse: tal es el efecto que produce siempre la verdadera humildad cuando no la acompaña la afectacion hipócrita, que es por lo regular tan mentida como vana, pero que afortunadamente rara

vez consigue engañar, porque de algun modo se trasluce el orgullo del que aparenta la humildad.

II.

Enrique, vuelto en sí, se levantó de su cama instantáneamente como ahogado por el dolor; pero no mostraba ningun arranque de desesperacion, sino por el contrario, miró a sus padres con cariño y dijo a Eloisa con afectuoso tono.

—Me has hecho una revelacion que me ha trastornado por un momento el juicio; pero ya ves, la calma ha sucedido a la tormenta y creo que estaré sereno por mucho tiempo; sin embargo, quisiera saber algunos pormenores de tan inesperado acontecimiento.

Eloisa miró fijamente a Enrique: aquella serenidad la asustaba.

Enrique sostuvo la mirada sin inmutarse y con la mayor sangre fria dijo otra vez a Eloisa:

—Vamos, hermana mia, prosigue.

—Déjate de investigaciones inútiles, repuso Marta.

—Es por mera curiosidad, madre mia; no tenga usted cuidado; no me ve: ¿todavia me quiere mas sereno?

—Lo único que puedo decirte, querido hijo mio, es que me sorprendes, que no sé que pensar.

—Enrique es hombre, señora, y sabe vencerse y vencer cuanto se le presenta, contestó Domingo, dirijiéndose a su mujer y mirando al jóven con cariño y con satisfaccion, pues creia haber dicho una gran verdad, dado un buen consejo y apoyado una heróica resolucion.

—Ya ve usted lo que dice mi padre, querida madre: los hombres tenemos una naturaleza distinta.

Y Enrique al decir ésto se sonrió de una manera imperceptible, pero que para un observador revelaba una tristeza inmensa.

Eloisa pareció conocer cuanto sufria el jóven y cuanta

amargura ocultaba en su corazon, y tembló, porque se le ocurrió un pensamiento siniestro.

—Enrique, contestó Marta, no se engaña tan fácilmente a una made: tú sufres...

—Para qué ocultarlo! pero este sufrimiento, lo mismo que todas las cosas, tendrá su término... vamos, Eloisa, cuéntame lo que sepas del matrimonio.

—Si me lo exijes...

—Indudablemente lo deseo; pero si te cuesta mucho sacrificio, no lo exijo.

—Está bien, amigo mio, seré breve y referiré lo que sé en presencia de todos, puesto que a todos interesa mas o menos mi relacion. Como ustedes pueden figurarse, yo, despues de los acontecimientos que ustedes conocen y en los que han tomado tan gran parte, no podia ser indiferente a lo que podia pasar en casa de Guillermo y de cuando en cuando me informaba sobre lo que sucedia en aquel interior, y en una de esas ocasiones me dijeron que el patron ya no vivia en su casa sino en la de su mujer, pues se habia casado recientemente. Pregunté con quien, y me contestaron que con la señorita Luisa Valdes, lo cual me sorprendió sobremanera, pues habia oido a ustedes, y especialmente a Mercedes, hablar tanto y tan favorablemente de esta señorita, que no podia comprender que una persona de tanto mérito pudiese casarse con un hombre como Guillermo de... Pero al mismo tiempo que me dieron la noticia del enlace me dijieron tambien que habia muerto la madre de la novia en el mismo dia.

—¡Ha muerto doña Juana! esclamó Enrique, con señales de verdadero sentimiento.

—Sí, amigo mio, poco despues de que se echaron las bendiciones.

—¡Pobre señora! dijeron a un tiempo Domingo y Marta.

—Dichosa ella que ya no sufre, murmuró Enrique, entre dientes.

—Esta circunstancia, agregó Eloisa, llamó mucho mi curiosidad y en el mismo dia traté de ver a la señorita Luisa, pero en vano, porque, segun me dijeron, no salía a ninguna parte ni recibia a nadie; hasta que por casualidad como un mes despues la ví montar en coche con un anciano y la reconocí en el acto, aun cuando no la habia visto jamas; pero imposible que me equivocara por el retrato que tantas veces me habia hecho de ella Mercedes.

—¡Con un anciano! dices.

—Sí, justamente, con un venerable anciano de barbas tan blancas como la nieve.

—¡Mi maestro tambien está aquí! ¡Y él ha consentido! Por Dios! ¿Cómo es esto?

—¡Mi coronel! esclamó a su vez Domingo, entonces tengo esperanzas de verlo.

Eloisa prosiguió:

—Jamas he visto una señorita mas hermosa y mas simpática, pero tampoco jamas he visto una fisonomia mas triste.

—¡Triste! dices; ¡y recien casada! te habrás equivocado...

—Era imposible equivocarse, Enrique, imposible...

—Continúa.

—Esto me dió mucho que pensar, y traté de averiguar la causa, pero no fué posible saber nada, sino que los novios vivian separados, aunque en la misma casa, continuando la señorita Luisa en un pabellon que dicen tiene en el interior.

—Así es, yo he estado allí, dijo Domingo Lopez, aquellos eran otros tiempos, los tiempos felices!

—Tambien esta circunstancia me hizo reflexionar, sin que por ésto pudiera deducir consecuencia alguna, a pesar que comprendia que aquel matrimonio no era feliz, no era unido y debia existir un misterio en todo esto; ¿pero cómo saberlo? Imposible; yo no podia ir a la casa, porque habria sido reconocida en el acto por doña Porfira y don Guiller-

mo, así como por Tomas que, segun parece, habia vuelto a ocupar el puesto de secretario y confidente en casa de su antiguo amo, de manera que estaba reducida a lo que pudiera saber por mí misma, y con este objeto rondaba con frecuencia la casa, particularmente de noche antes de venirme aquí, pero sin mayor resultado.

La última vez que la he visto, siempre acompañada del venerable anciano y jamas de su marido, fué en la muerte de la abadesa del monasterio de... y entonces tambien estaba mui triste... Me dió compasion y me figuré que seria mui desgraciada. ¡Y quién sabe si no lo es!

—¡Pobre señorita! esclamó Marta, ¡pobre señorita tan buena, tan caritativa, tan humilde, tan suave, tan hermosa! ¡Qué lástima que haya tenido esa suerte! Yo la considero mas infeliz que a mi misma hija!

—Tienes razon, Marta, repuso Domingo, debe ser mas desgraciada que Mercedes.

—¡Y cuán dignas ambas de ser dichosas, añadió Eloisa!

La tristeza de Luisa pareció consolar algun tanto a Enrique, sin duda porque se figuró lo mismo que su amiga, que habia un misterio en aquel matrimonio, pues de otra manera no se comprendia ese pesar que se revelaba tan patentemente en el rostro de la novia; pero al reflexionar que Luisa pertenecia a otro, la mas negra melancolia se apoderó nuevamente de aquel corazen destrozado ya por indecible angustia; sin embargo, permaneció al parecer impasible; pero esa serenidad espantosa atormentaba a Eloisa mucho mas que la desesperacion.

Enrique llegó hasta el punto de chancearse con su hermana adoptiva y de sonreirse con sus padres; pero aquellas chanzas y aquellas sonrisas la entristecian, casi la desesperaban, causando en ella el efecto contrario que sin duda se habia propuesto producir Enrique.

Cuando despertó Mercedes, quiso el jóven ver a su hermana y se dirijieron todos al dormitorio de la nueva madre,

que tenia entre sus brazos al tierno fruto de sus entrañas.

Enrique la miró en silencio por un corto rato, le pidió al niño y lo besó repetidas veces, pasándoselo en seguida a Eloisa y a sus padres, sin duda para que hicieran lo mismo que lo que él habia hecho, devolviéndolo otra vez a Mercedes sin proferir palabra; pero esta pantomima deliciosa fué de mui corta duracion, pues en seguida se puso a conversar con su hermana tan alegremente como lo habian visto en pocas ocasiones, como rara vez le sucedia, porque Enrique era de una de esas naturalezas reservadas que prodigan poco las palabras.

Domingo y Marta se habian al fin serenado al ver la calma de su hijo, y aun cuando creian que debia sufrir y que hacia esfuerzos para vencerse, pensaban que su tristeza encontraria un pronto remedio por la poca violencia con que se hacia sentir tan al principio; pero Eloisa no tenia la misma confianza, y su ojo atento espiaba hasta los mas imperceptibles movimientos de Enrique, fijándose, no tanto en lo que él decia, no tanto en sus palabras, cuanto en aquellos arranques insignificantes que no llaman la atencion de nadie, pero que revelan, a pesar suyo, el interior del que quiere ocultar los sentimientos que lo devoran deseando que nadie los conozca.

Enrique habia tomado una determinacion, se habia propuesto un plan y la seguridad de llevarlo a cabo le daba esa tranquilidad.

Eloisa creia ver en esto mismo al suicida, y temia y temblaba y no se apartaba de Enrique, siguiéndolo como su sombra.

III.

¡Cómo comprender y cómo esplicar esos terribles huracanes del espíritu movido por la lava ardiente de las pasiones!

La mente de un suicida, antes de cometer el acto, debe

ser un volcan... ¡Qué de temores, qué de incertidumbres, qué de contradicciones, qué de dolores, qué de angustias distintas, qué de ideas opuestas y cuánta desesperacion no debe encerrar esa cabeza y hacer latir ese corazon, antes que el brazo, con su último y fatal movimiento, haya llevado a los labios la envenenada copa, hecho jugar el gatillo de una arma de fuego o acariciado la homicida y cortante daga! ¡Pobre loco! Pero ese loco a causa de una angustia superior a sus fuerzas es mas bien digno de lástima que de vituperio! Compadezcámoslo en vez de condenarlo! Tengamos piedad de ese hombre débil y enérjico al mismo tiempo, pero indudablemente desgraciado, pues ha preferido el aniquilamiento de su ser porque todo era tinieblas, porque sin duda no brillaba ya para él la mas leve esperanza y ni un solo rayo de esa luz divina lo animaba, sosteniendo la angustiada existencia del que está resuelto a dar fin a sus dias.

Enrique se encontraba en esta situacion espantosa. Poseido de un amor único, absoluto, vehemente, en el que hacia consistir toda su felicidad, toda su gloria, toda su vida, diremóslo así, ¡y verse privado repentinamente de él, y ver que su mayor enemigo, el hombre que mas lo habia ofendido, el que habia manchado a su hermana, era el que se lo arrebataba!... Considerar a Luisa en brazos de Guillermo, pensar que aquella mujer divina era de otro, amaba a otro, acariciaba a otro, era un dolor tan agudo, que no comprendia él mismo cómo lo soportaba, cómo vivia aun, cómo no habia muerto en el momento de recibir tan fatal y tan inesperada noticia; pero estaba seguro, estaba íntimamente convencido que no podria resistir, que le seria imposible prolongar una vida que ya no tenia para él el menor atractivo, el menor estímulo, ni fin, ni propósito alguno. ¿Qué hacer con una existencia tronchada, inservible, inútil? ¿A quién aprovecharia cuando él tenia conciencia que no seria bueno para nada, apto para nada? ¿Y para qué una vida

sin descanso, sin solaz y consagrada solo al dolor? Vivir para padecer ¿es vivir? Prolongar los dias para prolongar el sufrimiento ¿es cordura? Estas reflexiones se habia hecho interiormente Enrique, y persuadido de su exactitud, convencido de su justicia, viendo que no habia remedio para su mal, habia tomado una resolucion estrema... invariable: habia pensado suicidarse, y esta fatal determinacion, lejos de perturbar sus ideas, le habia traido la tranquilidad a su espíritu y podia contemplar el abismo de su desgracia sin inmutarse y tan sereno o mas sereno que si se tratara de una persona estraña: hé aquí el secreto de su fuerza y de esa sangre fria que tanto admiraba al padre y que habia llegado hasta engañar la solícita perspicacia de la madre, pero no de la amante, porque Eloisa vió claro cuál era la determinacion tomada por Enrique, ayudándola en este descubrimiento su situacion propia, es decir, el dolor que ella misma esperimentaba, porque, ¿quién sino el que ama puede comprender el sufrimiento acerbo que encierra un amor desgraciado? ¿Quién es capaz de medir ese abismo sin límites de una desesperacion no menos infinita que se apodera del alma en casos análogos, a no hallarse impresionado de la misma manera? Cuando uno llega, con el frio que traen los años, a esa edad que se denomina de la razon, ya es incapaz de apreciar, porque es incapaz de sentir el fuego intenso del amor y mide la sensacion ajena por la sensacion propia, engañándose en sus apreciaciones, y esto era lo mismo que habia sucedido a los padres de Enrique. Por otra parte, la pasion es mas poderosa mientras mayor es la perfectibilidad de los individuos, y el amor está en relacion, no solo de la sensibilidad, sino tambien de la intelijencia, y cuando ésta ha tomado un gran desarrollo, el otro sigue el mismo curso, pues a medida que el entendimiento crece, el cariño se aumenta, se perfecciona, se sublimiza, y su dulce imperio, su deliciosa tirania se apodera casi por completo del hombre: de aquí viene la inolvidable historia de Eloisa

y Abelardo, cuyos amores, desafiando los siglos, han llegado hasta las jeneraciones presentes y alcanzarán a las venideras, porque la perfeccion de las personas es lo que hace la fuerza y perfeccion de los afectos. Al que ama mucho, dice Jesus, mucho le será perdonado, porque el amor es una especie de fuego que todo lo purifica, pero cuya mayor o menor intensidad está en relacion con la mayor o menor cultura del sujeto, hasta el grado de poder medir la capacidad de un individuo por la fuerza misma de sus afecciones; de consiguiente, la perfectibilidad del ser se encuentra en relacion directa con la facultad de amar que encierra en sí ese mismo ser: el que no ama a nadie es un mónstruo que mas valiera que no hubiese nacido, porque tampoco será amado de nadie. Si hai algo que esplique el fenómeno de lo que llamamos simpatia y antipatia, es la lei de los afectos: las personas que mas quieren son siempre las mas simpáticas y las egoistas las mas repulsivas, y en no pocas ocasiones las mas ignorantes.

Esta digresion nos sirve para poder calcular, tanto el afecto como la desesperacion de Enrique, pudiendo nuestros lectores darse cuenta del martirio de esa alma delicada, sensible, pura, entusiasta, intelijente, enérjica.

Eloisa vijilaba, pues, a Enrique, porque, como hemos dicho, habia comprendido su funesta determinacion y estaba segura de que la llevaria a efecto si no se oponia a tiempo; ¿pero cómo obrar? cómo impedirlo? Esta era su cavilacion, su idea fija, su pensamiento esclusivo.

Enrique por su parte hacia esfuerzos por desorientar a sus padres, y lo habia conseguido, de manera que a este respecto estaba tranquilo y todo su pesar consistia en verse obligado a dejarlos; pero él se decia a sí mismo: "Ya no puedo servirlos; en lo sucesivo seré una carga, les causaré un sufrimiento diario que vendrá a terminar con lo mismo de ahora, con mi muerte; ¿no vale mas ahorrar amarguras y abreviar el camino? Si he de morir de todas maneras, pues

estoi segurísimo de ello, ¿por qué no anticipar unos dias? Yo no puedo decir ya: existo, porque respirar no es vivir; ¿qué importa entonces apagar este aliento de la materia? Yo creo hacer un bien a mis padres en vez de un mal; porque en cuanto a mí, estoi seguro que obro como debo; ¿podria hacerlo de otra manera? ¿Me conviene bajo algun punto de vista? No; por mas que quisiera alucinarme, no lo conseguiria: no existe para mí ni la mas remota esperanza, es preciso acabar con esto, y todo habrá terminado... unas cuantas horas y descansaré en paz..."

Y Enrique continuaba afectuoso con sus padres, lleno de ternura para con Mercedes y amable con los demas.

Antes de la oracion, dijo el jóven a Domingo y a Marta que deseaba retirarse a su cuarto, porque tenia necesidad de descanso, y agregó:

—Porque estoi tambien triste y es preciso apagar en el sueño las penas del espíritu, pues ustedes comprenderán que sufro algo.

—Así es, hijo mio, contestaron los confiados padres, encargándole solamente que si le era posible viniese al tiempo de la cena.

Eloisa miró tristemente a Enrique y lo dejó partir: ella tambien habia formado su propósito en caso que le fuera dado libertarlo.

Enrique, libre de la presencia de los otros, se cambió completamente al encontrarse solo, cayendo al instante la máscara que ocultaba sus sentimientos y dejando ver en su semblante la melancolia inmensa, la desesperacion sin igual que lo devoraba interiormente.

Eloisa miraba por el agujero de la llave lo que hacia Enrique, tratando de adivinar en sus descompuestas facciones, no ya lo que iba a ejecutar, pues no tenia de ello la menor duda, sino la hora en que lo efectuaria, es decir, si seria aquella noche o al dia siguiente, porque tambien creia que no demoraria mucho aquella solucion desgraciada.

Enrique se paseaba en el cuarto, y creyéndose solo, o que nadie lo veia, se paró delante de su maleta y sacó una pistola de grueso calibre, que contempló detenidamente, colocándola en una mesa con carpeta verde que tenia en su cuarto, pero teniendo el cuidado de cubrirla con la misma carpeta.

En seguida miró con enternecimiento un retrato que colgaba de su pecho, aplicó a él sus descoloridos lábios repetidas veces y lo dejó tambien sobre la mesa: este retrato era el de Luisa que le regalara Mercedes el mismo dia en que él partia para la hacienda de San Jorje, donde, sin pensarlo, encontró el orijinal.

Despues volvió a pasearse por el cuarto con aire mas meditabundo pero que no representaba a la desesperacion, sino a la melancolía resignada y profunda, a esa melancolia incurable que proviene de una gran desgracia que no se puede separar, que no está ya en manos de los hombres evitarla.

Al fin detúvose, tomó un asiento y se puso a escribir.

Eloisa no podia leer aquellos caractéres, pero adivinaba a quiénes podian ir dirijidos, y seguia con la vista, ya la fisonomia o ya la mano de Enrique, que a cada momento se detenia, como quien vacila o no está satisfecho de los conceptos que escribe por no representar las ideas; y así debia suceder, porque el jóven ponia a un lado el papel donde habia trazado algunas palabras y tomaba otro en blanco para comenzar de nuevo, hasta que parecia mas satisfecho, pues principió a leer en voz baja, haciendo a la vez algunas correcciones, ya aumentando o ya borrando líneas.

Las cartas que habia escrito, y que se puso en seguida a sacar en limpio eran las siguientes:

IV.

"A la señorita Luisa Valdes:

"Señorita:

"Todo se le perdona al que ha dejado de existir, y mi muerte justifica mi temeridad; porque, cuando usted reciba estas líneas, estará yerta la mano que las ha trazado y no tendrá usted contra quien enfadarse.

"No pretendo que usted me compadezca, porque esa compasion me haria mal, y tampoco la necesito, pues muero dichoso: muero amándola...

"Usted no me ha hecho agravio alguno y menos la mas leve ofensa; y sin embargo, padezco, padezco como nadie ha padecido en este mundo.

"Yo soi todo una contradiccion: habia escrito que moria dichoso y ahora digo que sufro y que sufro horriblemente; pero es así, porque esperimento ambas cosas a la vez...

"Luisa, déjame hablarte de esta manera en mi última hora... mi amor no puede ya ofenderte, y mas allá de la vida no hai jerarquias: todos somos iguales e hijos de un mismo padre...

"Yo soi el único culpable, el único... ¿Por qué he tenido la pretension de fijarme en tí, de pensar en tí, de no amar sino a tí? ¿Por qué? No sabria decirlo; pero este amor ha sido superior a mí y ha entrado en mi corazon sin saberlo; de consiguiente, soi desgraciado, pero no criminal... no me condenes; compadéceme...

"¡Compasion! ya he dicho que no la necesito, he dicho tambien que la rechazo y lo repito ahora... No quiero tu compasion... ¡La compasion del verdugo mas vale no tenerla!

"Yo deliro... lo sé; pero déjame delirar, déjame amarte... ¡piedad por el dolor!...

"Ah! Si supieras, Luisa, cuán feliz era! Si supieras la dicha inmensa en que rebosaba!... ¡Si lo supieras, comprenderias mi martirio!... Dios castiga mi pretenciosa soberbia; pero creo que el castigo es demasiado inhumano, demasiado cruel!...

"Cruzó una vez por mi imajinacion la esperanza; ¡pero cuán caro me cuesta el desengaño! ¡Qué espantosa realidad!

¿Pero tengo acaso el derecho de quejarme? No; ni aun este alivio se me ha concedido! Ni aun puede servirme de desahogo el furor! Estoi condenado al mayor de los sufrimientos: a morir siempre amando!... El aborrecimiento siquiera es una válvula para el dolor; ¡si me fuera dado al menos aborrecerte!...

"¡Aborrecerte! Ya te he dicho que estoi insensato! ¡Aborrecerte! Preferiria mil veces lo que ahora esperimento antes que llegar hasta allí! ¡Aborrecerte! ¿Y por qué? ¿Por los favores que me has hecho? ¿Por los beneficios que he recibido? ¿Por la dicha de que he disfrutado?

"Mira, Luisa, mira: tú no sabes los bienes inmensos que he obtenido de tí, que me han venido de tí... y sin embargo, no hai nada de mas real, de mas positivo que ellos! Tú no sabes las nobles aspiraciones que me has hecho crear, cómo se habia modificado mi carácter, cómo se habia despejado mi entendimiento, cómo se habia remontado mi alma a las rejiones de lo bello, de lo ideal, de lo grande, cómo me habias hecho amar la virtud! Tú no lo sabes, Luisa; pero esta es la pura verdad; un moribundo jamas miente... Gracias, pues, adorable mujer, gracias!...

"Ah! qué momentos he pasado en la vida pensando en tí, ocupándome de tí, no teniendo mas horizonte, mas guia, mas estímulo, mas aspiracion que tí! ¡Qué momentos! No los cambiaria por un mundo: he sido el mortal mas feliz... talvez al hombre no le es dado ir mas allá!... Gracias, Luisa, y la gracia del Señor sea siempre contigo.

"¡Cómo recuerdo las lecciones que me daba mi maestro! Con qué delicia traigo ahora a la memoria los conocimientos que él me hizo adquirir; porque, a medida que él ilustraba mi espíritu, mi corazon se ensanchaba, mi pasion tomaba mayor vuelo, pues la idea adquirida hacia brotar una nueva esperanza, sentia que salvaba las borrascas, que daba un paso adelante, que me acercaba a Dios y a tí!...

"Y bien, Luisa, ¿cómo has podido ignorar tanto afecto? ¿Cómo mi amor no se ha revelado por mí mismo sin necesidad de que lo dijeran los labios? Y si lo has reconocido, si lo has adivinado, ¿por qué lo has destrozado con tanta crueldad? Me parece que este procedar es alevoso.. es mas que alevoso es... me callaré; pero mi alma siente lo que mi pluma no escribe...

"Yo sí que me he engañado... ¡Ai! Hubo un momento en que creí ver el cielo... en que creí que me amabas!!... ¿Por qué no morí en ese instante? ¿Qué crímen he cometido ¡Dios mio! para que me reservaras tan grande martirio?

"¡Cómo, Luisa! tú, tan humana y compasiva con todos, ¿no has tenido piedad de este infeliz?... ¿Qué te he hecho para prepararme este tormento? ¡Si tú supieras lo que sufro!... Pero ojalá siempre lo ignores!... Yo no desearia para mi mayor enemigo que esperimentara el menor de mis padecimientos, que viviera una hora de estas horas que han precedido a mi muerte y un minuto de estos últimos minutos que me quedan y que los consagro a tí, a mi maestro, a mis padres, a mi hermana... ¡Y sin embargo, sábelo, Luisa, para que no quede en tu pecho el mas lijero pesar, el mas lijero remordimiento: siento en esta suprema congoja, en esta desgarradora agonia, una dicha infinita, una dicha que me estasia, la inmensa dicha de decirte: te amo!... Sí, te amo como nadie ha amado, como nadie quizá amará, porque no hai ni pueden haber dos Luisas en el mundo!... ¡Y yo soi el que ha tenido la felicidad y la desgracia de encontrarte! ¡Cielo e infierno, yo he atravesado

por ambos lugares! Me han destrozado los tormentos del último, pero he gozado las delicias del primero! Me quejo y me complazco, sin saber ni poder decidir si mi infortunio es inferior o superior a mi dicha!

"¿Te acuerdas de aquella flor que me diste cuando estaba enfermo en el rancho de mi maestro, despues del feliz encuentro del leon? ¿Te acuerdas? Pues bien, mi adorada Luisa, esa flor ha sido mi talisman y mi consuelo en las mayores angustias de mi vida, y ahora mismo la llevo a mis labios en compañia de tu imájen para besarlas por la última vez!... ¡Si hubiera podido regarlas con mis lágrimas! Pero mis ojos no las vierten ya... mi corazon carece de este alivio!...

"¡Pobre Luisa! ¿Sabes que te compadezco? Perder un amor como el mio es mucho perder! No hai nada en este mundo que reemplace al cariño, nada; y yo te habria adorado!...

"¡Pobre Luisa! Has perdido a tu madre, lo sé; ¡qué dolor, qué angustia debes haber esperimentado! ¡y no haber estado yo allí para consolarte! ¡No haber podido recojer tus lágrimas! ¡Tus lágrimas, a quienes hubiera abierto mi corazon, como el único santuario digno de recibirlas, digno de conservarlas!...

"Pero dime ¿por qué te has casado? ¿Amabas a ese hombre? ¡Ah! si es asi, si fuera asi, estaba yo curado para siempre, no privaria a mis padres de su hijo y a mi hermana de su hermano; mi sufrimiento cesaria en el acto y echaria lejos de mí un amor indigno, asi como se arroja del cuerpo a un animal venenoso o inmundo!... Pero el hecho mismo de sufrir me prueba que debo amarte; y mi desesperacion tambien me dice que ya no hai remedio!...

"Luisa, ¿es preciso que yo muera para que tú seas feliz? Ya está hecho, ya no tienes nada que desear.., empero, ¿traerá mi muerte tu tranquilidad? Si tuviera esta esperanza llevaria a la eternidad siquiera este consuelo...

"Perdona a un moribundo, Luisa; perdona la declaracion

de unos labios que no han de volver a pronunciar tu nombre, que me era tan querido! Perdon...

"¡Perdon! ¿y de qué? Yo jamas te he ofendido, mientras que tú eres la que ha destrozado mi corazon, la que priva a mis padres de su Enrique! de su Enrique a quien ellos amaban! ¡Yo debiera aborrecerte y maldecirte, y no puedo ni lo uno ni lo otro!... solo me es dado morir: hé aquí mi única, mi sola venganza!

"Otra vez se apodera de mí la desesperacion y creo que no podré acabar mi vida en paz... Otra vez viene el odio a invadir mi pecho, porque el furor de los celos me quita toda la tranquila magnanimidad que me habia impuesto... Yo aborrezco a ese hombre y lo mataria sin piedad... Afortunadamente no puedo salir, no debo salir, no quiero salir. La mujer que lo ha aceptado es todavia mas miserable que él; y jamas, ni aun para pisarlos con el pié, me pondré en contacto con seres tan inmundos...

"Continúe usted, señora, su hermosa carrera; viva usted en medio de la riqueza a que sin duda se ha vendido; complázcase en haber llevado el dolor al seno de una familia; búrlese de haber causado la muerte de un pobre y oscuro artesano: estos son trofeos dignos de su noble alcurnia; pero yo, si bien débil hasta el punto de suicidarme, no cometeré la villania de amargar sus placeres, de empañar sus glorias diciéndole quién es su marido... Mi manera de vengarme es devolviendo el bien por el mal que me han hecho; y asi seré infeliz, pero no miserable... Adios.....................

....

"¡Ai, Luisa!... No puedo terminar esta carta con el insulto!... No quiero ir al otro mundo aborreciéndote, no; deseo morir amándote; y ya que es imposible tenerte presente, quiero besar tu imájen, tu bella imájen!... Y la flor que me diste pasará a hacer parte de mi inanimado cuerpo, porque desaparecerá conmigo... será mi comunion, mi Eucaristia, mi Dios!...

"Ten compasion de un loco... Nadie se enoja con ellos en el mundo... Piensa que este loco era poco antes un jóven cuerdo, honrado, trabajador, amante de sus padres y que no le habia hecho mal a nadie! Piensa que es tu hechura, que el estado en que se encuentra te lo debe a tí, y tendrás lástima de él, y talvez viertas una pequeña lágrima sobre mi solitaria y abandonada tumba...

"¡Mi tumba! Mi tumba es mi reposo! Pues, sábete, adorada Luisa, que acaricio la muerte, que la veo llegar con satisfaccion, que me complazco en que esté en mi mano, en que dependa de mí, en que nadie tenga el poder de impedir que llegue, porque yo he puesto mi brazo sobre ella y la he detenido un momento para que se lleve consigo a una víctima con quien no contaba todavia!...

"Tendrás miedo del suicida, Luisa? ¿Me condenarás como todo el mundo? Me arrojarás de tu memoria como arrojarán mi cuerpo del bendito sepulcro? ¿No tendré cabida en tu corazon, asi como no tendré cabida en el polvo que cubre a las jeneraciones de los hombres que mueren en su lecho? ¿Hasta ahí llegará mi desgracia? No lo creo; tú me recordarás... Yo te he salvado la vida en dos ocasiones, ¿por qué, pues, habria de serte tan indiferente mi muerte?

"No tengo el derecho de lisonjearme de tu amor: esto seria demasiado; ¡y con todo, han existido ocasiones en que he creido en él! ¡Cuán dichoso fuí entonces! Pero al menos creo que me has ofrecido tu amistad, la has tenido tambien por mi hermana, ¿por qué negarme un recuerdo?

"Si alguna vez te encuentras desgraciada, si en alguna ocasion tus infortunios te obligan a levantar tu vista al cielo para pedir clemencia, piensa que yo estaré allí para vijilar sobre tu destino, para implorar por tu felicidad...

"Comprendo que deliro; ¿pero por quién? ¿Por qué causa? ¿A quién se lo debo? ¿Soi yo responsable de lo que no puedo evitar, de lo que nace en mí y a despecho de mí?

"Ya es bastante... Mi estravagancia se limita a suplicarte que tengas compasion por un desgraciado...

"Adios para siempre.

"Enrique Lopez."

A pesar de la locura que se manifiesta en esta carta, Enrique, en medio de sus contradicciones, en medio de sus sentimientos opuestos, no habia olvidado la honradez de sus principios; la hidalguia de sus pensamientos, la jenerosidad de su corazon; pues no habia querido decir a Luisa lo que era su marido, no habia querido revelarle lo que habia él mismo hecho con Guillermo y el estado en que se encontraba, nada mas que por no martirizarla, nada mas que por no herirla en su amor propio y ofenderla en su dignidad de mujer y de esposa... Cualquier otro hubiera recurrido a este espediente; cualquier otro habria creido esta venganza natural y lejítima; cualquier otro hubiera dicho: yo te haré sufrir mas de lo que tú me haces sufrir; pero este cálculo no entraba en una alma tan elevada como la de Enrique, en una pasion llevada hasta el idealismo como la suya; porque el verdadero amor comprende y ejecuta el sacrificio sin comprender y ejecutar jamas la venganza: las ideas bajas y rastreras no son jamas propias de él, sino que pertenecen a una esfera mui inferior, a la esfera comun, y Enrique habia salido de ella, o mas bien dicho, no habia entrado nunca en ella.

Despues de esta reflexion sigamos el hilo de los pensamientos del suicida, trazados en sus cartas.

La segunda estaba dirijida a sus padres y se espresaba así:

"Mis amados padres:

"No pueden ustedes sentir mas que yo el pesar que voi a darles, porque antes que ustedes lo esperimenten, me lo represento en mi imajinacion; ¡y yo mismo me espanto de ser la causa de tanto dolor, y ese dolor se representa en mí de antemano!

"¡Ah! Me parece verlos en presencia de mi cadáver. ¡Cuánta desesperacion! ¡Pobre veterano de la independencia! ¡Cómo vas a caer con mayor fuerza que si hubieses sido herido por la mas mortífera bala enemiga! ¡Pobre madre! ¡Cómo va a desaparecer tu resignacion en vista del cuerpo inanimado de tu hijo! ¡Pobre hermana! Cuál será tu pesar cuando tambien tu presencies la muerte del hermano! Tú que has sufrido tanto, ánjel del cielo; ¡y que yo tenga todavia la crueldad de aumentar tus muchos padecimientos con este que es el mayor de todos!

"Es preciso, lo confieso, que yo tenga un corazon de fiera; sin ese corazon ¿cómo seria capaz de consumar este acto! Yo mismo no lo comprendo, ¡y sin embargo, estoi resuelto a hacerlo! Empero, en defensa mia, debo agregar, queridos padres y querida hermana, que la consideracion de sus sufrimientos me ha hecho vacilar de mis determinaciones tomadas y examinadas con la frialdad del juicio, con la balanza de la razon, con la pauta o la regla del raciocinio; y solo despues de haber colocado en el debe y en el haber de mi desgracia todos estos considerandos, es que he formado mi resolucion, sin jamas abandonar mi respeto y mi amor hacia ustedes; porque es en consecuencia de mi cariño y de mi dolor propios que he determinado morir, y moriré...

"Veamos, padres mios, las razones que me he dado y ustedes por sí propios fallarán y me harán justicia, y verán que he obrado como debia, como no podia menos de obrar.

"Ya están en posesion de mi secreto... ya conocen mi amor por la señorita Luisa; pero lo que ignoran, lo que quizá no pueden comprender, es que ese amor era mi vida, mi vida entera, esclusiva, absoluta, mi vida de todos los instantes, la vida de mi alma y sin la cual no podia existir, no podia estar ya en la tierra.

"Ahora bien: cuando todo esto ha desaparecido, cuando

ya no me calienta ese fuego, cuando he perdido la mas pura esencia de mi ser, ¡cómo vivir! ¿Y puede acaso llamarse vida esa somnolencia de una alma desfallecida? Pensar y querer, ¿no son los atributos del espíritu? ¿Y cómo pueden ustedes figurarse que yo tuviera en lo sucesivo ideas y voluntad, cuando me faltaba el elemento primordial el poderoso motor que las impulsaba, el único ajente que las ponia en actividad cuando me faltaba Luisa?...

"Yo he querido ahorrarles pesares constantes; porque ¿qué es lo que ustedes habrian hecho con un tronco sin movimiento propio, o con un idiota sin voluntad y sin accion? ¿No es verdad que habrian sufrido mas y de una menera constante? ¡Cuánto mejor entonces no es arrancar el mal con tiempo! Cuánto mejor no es precaver mayores desgracias! Cuánto mas vale apresurar el tiempo del dolor que estacionarse para siempre en él!

"¿No es esto prudencia, padres mios? ¿No son ustedes de mi misma opinion? ¿Habrian preferido el ver a su hijo en ese estado lamentable por largos años, a tener que llorarlo en un dia? Ustedes mismos en mi lugar, ¿no harian otro tanto?

"Ustedes, sin dejar de comprender la pasion, ya no la esperimentan, y se engañan por consiguiente sobre su intensidad en una época dada de la vida; ¡cómo así, pues, ser imparciales jueces.

"Si yo no supiera, queridos padres mios, que me era imposible ir mas allá, jamas habria atentado contra mi vida; pero cuando tengo la seguridad de que habria de morir luego en fuerza de mi sufrimiento, ¿qué importa adelantar de unas cuantas horas el término? Ademas, ¿seria vida la que yo hubiese obtenido en esos dias, dado caso de haberlos dejado correr? Yo no he hecho otra cosa que ahorrarles y ahorrarme mayores angustias, he hecho un cálculo matemático y nada mas; mi acto no es entonces el resultado de la locura, sino de la premeditacion: he querido andar el camino mas corto: esto es todo.

"Esplicada mi conducta réstame ahora hablarles de mi afecto y de mi respecto hácia ustedes, así como de mi cariño y admiraci on por mi infortunada hermana;

"Muero, queridos padres, con un gran consuelo, con una gran satisfaccio n, porque siempre los he amado y porque jamas les he hecho sufrir en la vida, salvo en esta última ocasion que no ha estado en mí mano evitarlo, que he sido herido por el destino y arrastrado por la fatalidad...

"Ahora, echando una mirada retrospectiva sobre mi papasado, siento mi corazon henchirse de una gratitud ifinita, de un amor tan suave, tan puro, tan deleitable, que por sí solo, si no existiera aquel, llenaria de felicidad toda mi vida.

"¡Qué cuidados, qué lecciones, qué ejemplo no he recibido de ustedes! Cómo han corrido los años de mi niñez y corrian los de mi juventud por el sendero del placer y de la virtud! Ustedes me han hecho bueno sin sacrificio, y han tenido el raro talento de apartarme del mal y del vicio casi sin señalármelo, encaminándome a la moralidad sin hacerme perder mi inocencia, de modo a conservar siempre esa sencillez deliciosa que abre tanto al corazon hácia los mas puros deleites!

"Recordar tantas horas pasadas a su lado en compañia de mi hermana, recordar sus caricias en que brillaba ese afecto que nos ha acompañado sin abandonarnos jamas, recordar nuestros juegos infantiles en que ustedes tomaban parte, recordar esas historietas contadas por ustedes con tanta gracia y que hacian nuestra delicia, que nos servian de recompensa, y que sin apercibirnos de ello ilustraban nuestro espíritu a la vez que lo guiaban hácia el bien, recordar nuestros trabajos, nuestras ocupaciones que ustedes tenian el talento de convertir en otras tantas diversiones, recordar esa armonia no interrumpida, esa tranquilidad, ese órden, esa paz, esa dicha que reinaba en nuestro modesto albergue, todo esto, queridos padres mios, se me representa aho-

ra con colores tan vivos, con tintes tan frescos que me hacen gozar como gozaba entonces, llenando mi alma de gratitud y de regocijo, llenándola de la ímájen de ustedes, del amor de nstedes...

"Perdon, padres mios, por el gran pesar que les preparo, perdon... y no acusen a su hijo de inhumano y de egoista, no; si yo no supiera que les iba a hacer sufrir mas quedando con vida, no me atreveria a troncharla y soportaria con resignacion mi dolor en obsequio de su cariño; soportaria, si fuese posible, mil muertes por evitar un solo pesar, esto les probará lo fundado de mi conviccion, lo inalterable de mi propósito; y tanto es esto, queridos padres mios, que si no tuviera la seguridad de morir pronto, no tendria esta tranquilidad de espíritu, esta lucidez de ideas, esta delicadeza de afectos que proviene única y esclusivamente de mi resolucion; pues tan luego como ésta desapareciera caeria como un tronco muerto o no seria mas que una pobre bestia! ¿Me querrian ustedes ver reducido a este estado? Lo querria yo? No; todavia tengo bastante enerjia para obrar y bastante razon para seguir el buen camino...

Me es imposible decirles que no sufran. ¡Cómo no me habian de sentir! Cómo no han de llorar mi desgracia cuando yo lloro la de ustedes! Pero es necesario tener valor, tener resignacion para soportar el mal, haciéndole frente cuanto mejor se pueda cuando este es inevitable, inevitable como el presente!... Pregúntenselo a Mercedes y ella los convencerá, ella les dirá que mi muerte es precisa, necesaria, infalible, porque ella era mi confidenta, porque ella estaba en posesion de mi secreto, ella conocia toda la fuerza e intensidad de mi amor y ella sabe que es imposible que yo viva faltándome éste.

"¡Pobre madre mia! no es tan solo la muerte del hijo la que ella va a sufrir, sino la perdicion del hijo: ella considerará que un suicida no puede ir al cielo y esta idea la atormentará horriblemente. ¡Condenarse su Enrique! ¡Qué pen-

samiento tan triste! Qué recuerdo tan fúnebre! Pero, querida madre mia, tenga confianza en la misericordia infinita de Dios... Yo he sido bueno toda mi vida, ningun vicio ni ningun crímen me arrastra a la tumba. Una pasion pura, elevada, podria decir, sublime, es la que me mata; ¿por qué me castigaria el Señor por un sentimiento que él ha hecho nacer en mi corazon, del que me glorio en vez de avergonzarme, y que lo ha enjendrado la virtud y nada mas que la virtud? Los santos que usted tanto venera, madre mia, ¿no son unos verdaderos suicidas? ¿No me ha dicho usted que ellos se mortifican de distintos modos, que ellos maceran sus carnes, se privan del alimento, cargan cilicios, hacen penitencias, y que mientras mayores son sus sufrimientos, mayores son tambien sus méritos, mayor es la gloria que Dios les prepara? Esto se lo he oido a usted muchas veces, esto me lo ha enseñado; y bien, ¿no son ellos otros tantos suicidas del amor? Si todos esos martirios acortan los dias que la naturaleza les acordara, ¿qué diferencia hai de ellos a mí? Una pasion los domina y a esta pasion se sacrifican, ¿no es tambien lo que yo hago? No es tambien el móvil que me determina? ¿Por qué entonces se salvarian ellos y me condenaria yo? ¿Por qué se abre para ellos el cielo y para mí el infierno? Pero aun hai mas, querida madre mia: esos santos varones se suicidan por egoismo, porque se suicidan por gozar mas luego de la felicidad que les espera; mientras que yo me suicido por evitar la desgracia que me mata; ellos podian evitar la muerte y se la dan, ningun dolor los atormenta y concluyen consigo mismos; en tanto que yo padezco y mi padecimiento es el que me precipita al sepulcro... Ahora bien, si los que se suicidan se condenan, ¿no son ellos mas suicidas que yo? ¿Por qué habiamos, pues, de tener una suerte distinta? No, madre mia, no tenga usted el menor temor: yo me salvaré como usted se salvará, como todos los buenos deben salvarse...

"Dos palabras mas antes de darles mi último adios: Eloisa es mi hermana, mi hermana de adopcion; ella ha sido nuestro ánjel tutelar y nos quiere y sé de que sentirá mi muerte; sean ustedes, si es posible, mas fuertes que ella para consolarla, porque, por un presentimiento raro, me parece que su dolor tiene algo de semejante al mio, que hai cierta afinidad entre lo que yo siento y lo que ella esperimenta: hai arcanos que se revelan solo a los moribundos y yo soi uno de ellos, desde que solo me quedan unos cuantos minutos de vida: el tiempo necesario para despedirme de mi querido maestro, el coronel don Toribio de Guzman, el amigo de mi padre, el amigo del padre de mi amada, el director de Luisa, ¡de Luisa por quien he gozado como un ánjel, por quien sufro como un condenado! De Luisa que me ha hecho vivir y que me mata!

No por esto, mis queridos padres, tengan por ella el menor resentimiento, no; ella es digna de toda su veneracion, de todo su amor, y mi deseo es que su imájen reemplace la mia y que ocupe en sus corazones el mismo lugar que yo tenia, sin por esto pedirles que me olviden, lo que sé que es del todo imposible.

"Adios padres, adios hermana, adios Eloisa: esta es la transitoria despedida del hombre, pero conservad la esperanza de que nos encontraremos en breve.

"Todo tiene un término y tras la desolacion viene la esperanza y al fin renace el goce... Adios...

"Su amante hijo

ENRIQUE."

Terminada esta carta, el jóven dió unos cuantos paseos por el cuarto y luego se sentó otra vez a la mesa; su tarea no estaba terminada y era necesario concluirla.

Enrique volvió a tomar la pluma y escribió:

"Al señor coronel don Toribio de Guzman.

"Mi querido y respetado maestro:

"¡Cuán poco he aprovechado de sus sabias lecciones! Usted quiso fortalecer mi espíritu contra los accidentes de la vida, contra la desgracia: pero estos accidentes y esta desgracia han hecho trizas al primer choque su enseñanza, mis propósitos y mi ser!

"No es un reproche, mi querido maestro, el que yo le hago. Su doctrina tiene todos los caracteres de la verdad. Yo la admiraba y queria seguirla; empero mi flaqueza no resistió, el golpe ha sido demasiado violento para mi debilidad; y he sucumbido...

"Sí, maestro mio; creo que no se obtiene la serenidad del espíritu cuando las pasiones bullen en el interior del pecho.

"La juventud no escala tan fácilmente el templo de la sabiduria para alcanzar de un brinco la triunfante impasibilidad del hombre que ha corrido la vida sufriendo por grados sus decepciones, hasta llegar al punto en que nada lo altera, en que nada lo inmuta... ¡Y quién sabe todavia si ese punto existe y si alguna vez se alcanza! ¡Quién sabe aun si se debiera considerar como un perfeccionamiento o como un vicio! Sin embargo, no entraré a analizar el hecho: tengo demasiado ulcerada el alma para ocuparme de filosofia, a no ser la filosofia del dolor, la filosofia de la resignacion para llegar con frente serena al término de la carrera...

"¡Qué felicidad es morir, querido maestro mio, cuando ya no se abriga ninguna esperanza! ¿De qué sirve la vida sin que siquiera la colore el arrebol de la ilusion? Este era el que me alimentaba, el que me sostenia, el que me alumbraba antes, ¡pero ha desaparecido quedando yo en completas tinieblas!... ¡Cuán triste es la oscuridad, señor, y mucho mas triste la oscuridad del alma!... Cuando el espíritu no ve nada, todo se ha perdido: ¡ya no hai remedio para él!...

"Yo le hablo a usted como filósofo, y puedo asegurarle

que no es la desesperacion la que me mata, sino la refleccion impasible, madura, hija de un acto de mi juicio y no de la impremeditacion ni del capricho. Yo he visto que debia morir sin remedio y solo he anticipado el minuto. ¿Dirá usted que no he tenido la suficiente enerjia para resistir al dolor? Puede ser, señor; pero es de advertir tambien que hai dolores de dolores; ¿quién es capaz de medir su fuerza? Hai temblores de tierra, cuya violencia es mas o menos grande y a la que resisten mas o menos los edificios, pero tambien se dan cataclismos que todo lo destruyen haciendo desaparecer los continentes. ¿Criticaríamos por esto de débil a esa porcion de tierra que se ha sumerjido en el abismo? Usted, maestro mio, sabe mejor que su pobre discípulo, que se rompe el equilibrio cuando dos fuerzas encontradas se chocan y la una es superior a la otra, ¿por qué entónces culparme? Si el golpe ha sido de muerte, si me han traspasado el corazon de una parte a otra, ¿quién es capaz de criticar el que haya sucumbido? ¿Soi yo, por ventura, árbitro completo de mi ser? Y aun cuando lo fuera, ¿cómo impedir que una mano aleve me clave un puñal por la espalda?

"No quiero disculparme a su vista, querido maestro mio; digo únicamente lo que siento sin pretension de aparecer fuerte, sin querer tampoco disculpar mi debilidad, sino presentarme tal cual soi para que usted me juzgue; pero su juicio no lo esperaré, él llegará despues del fallo de Dios, porque cuando lea estas líneas, ya habré desaparecido del mundo; pero estoi seguro que, criminal o no, no perderé su afecto ni desapareceré de su memoria... ¿no es verdad, padre mio?

"Usted ve que todavia raciocino: el dolor no me ha quitado el juicio; pero este juicio se conserva únicamente porque tengo la seguridad de morir en breve, tan breve como cuando haya puesto el punto final a esta carta!

"Aun no he dicho a usted, padre mio, la causa de mi muerte; ¿pero con qué fin decirla cuando usted la sabe, cuan-

do usted la comprende, cuado hace tiempo debe haberla previsto y adivinado? ¿Cómo se le podia ocultar el resultado conociéndome a mí, conociéndola a ella? Sin duda que el mal no ha sido posible evitarlo cuando ha sucedido, y no me es dado criticar actos que no conozco y menos aun actos que usted ha aprobado, y que segun entiendo se han llevado a cabo en su presencia y talvez con su anuencia. ¡Ai! ¡qué terrible es esto! Y sin embargo no entra en mí la menor sospecha, porque siempre lo considero digno, justo, grande... y que conserva en su corazon el mismo afecto por su Enrique, por su discípulo, por el hijo del viejo y honorable soldado Domingo Lopez... Usted no puede haberme clavado el puñal! Usted no puede haberme traicionado! Imposible! tan imposible como que Dios sea el autor del mal!...

"A pesar que mi determinacion prueba que no he seguido o que han sido ineficaces sus máximas; sin embargo, en mi último trance me queda mucho de ellas, me queda la serenidad, me queda el valor, me queda la resignacion, la justicia, el aprecio de las personas, la gratitud por los beneficios, mi amistad por Eloisa que desde ahora se la recomiendo, mi respeto y cariño por mis padres lo mismo que por mi maestro, mi afecto y admiracion por mi hermana, cuyo hijo lo pongo bajo su proteccion, y mi amor, mi inmenso amor por Luisa que no ha llegado a destruir su matrimonio con un... hombre, que, por mui rico que sea, no poseerá los tesoros de afecto que esa mujer necesita para vivir y que yo le reservaba en lo interior de mi corazon; y con todo le deseo que sea feliz, y mi última súplica a la Divinidad, se lo aseguro, maestro mio, va a ser por ella, asi como el nombre adorado de Luisa será tambien mi última palabra.

"Adios, padre y director mio; corta ha sido la carrera de su discípulo, ningun fruto ha podido usted recojer de sus sabias lecciones, Dios no le ha permitido ver su obra, pero ha sabido grabar de tal manera el cariño y la gratitud en

mi alma que bajaré al sepulcro lleno de su memoria y abrazándolo en espíritu.

"Adios, y no olvide jamas a su

"ENRIQUE.

"P. D.—¿No es verdad que muero en mi razon? ¿Podria un loco haber escrito esta carta con tanta sangre fria? Pero la que he dirijido a Luisa manifiesta el delirio; desengáñela, maestro mio, y dígale que hasta el último he conservado mi juicio con el fin esclusivo de amarla hasta el último."

V.

Cuando el suicida hubo terminado de escribir, volvió a pasearse por el cuarto. En seguida se paró otra vez delante de la mesa, echó una última ojeada sobre sus manuscritos, los cerró cuidadosamente y se dirijió hácia la puerta, deteniéndose casi a cada paso, como quien reflexiona, como quien madura un pensamiento o está a punto de resolver un problema; pues se puso el dedo índice sobre su ancha y despejada frente.

Eloisa continuaba mirando siempre por el agujero de la llave y su corazon latia con violencia, parecia que se le arrancaba del pecho y lo sostenia con sus dos manos apretándolo fuertemente: ella veia que el trájico desenlace llegaba a su término y no se resolvia a obrar, pues no sabia cómo debia conducirse, porque talvez una imprudencia podria precipitar el acto y hacer ilusorio todo medio de salvacion.

De repente se dió vuelta la llave, pero Eloisa tuvo el tiempo suficiente de ocultarse y Enrique apareció en el dintel de la puerta y respiró con fuerza, como si necesitaran sus pulmones un aire nuevo y abundante.

La mirada de Enrique era triste pero serena y se encaminó a la habitacion de sus padres con paso firme aunque un tanto pausado. Se detuvo un momento en el patio y miró

al cielo, quedándose en esa actitud contemplativa por algunos segundos. Luego entró en la habitacion con la sonrisa en la boca, pero a traves de ella se notaba una profunda melancolia.

Eloisa pensó: "Enrique no se ha resuelto a morir sin ver por última vez a sus padres; quiere despedirse tácitamente de ellos, sin duda desea abrazarlos y despues llevar a cabo su pensamiento."

La jóven no se habia engañado. Dos propósitos llevaba Enrique: el uno era el mismo que habia adivinado; el otro consistia en que deseaba hablar con ella; asi es que en cuanto entró en las habitaciones, preguntó con interes:

—¿Que ha salido Eloisa?

Su madre le respondió que no sabia, pero que iba a buscarla.

Eloisa habia oido la pregunta de Enrique y la respuesta de Marta, y finjió estar mui ocupada cuando se presentó.

—Enrique te necesita, mi querida Eloisa, dijo Marta; porque ha preguntado por tí con mucho interes; hazme el favor de ir, ya sabes que está mui triste y convendria distraerlo. Ven, hija mia, que talvez se consiga lo que yo he pensado, lo que me haria tan feliz...

—Voi en el acto, señora, contestó Eloisa, aunque estoi persuadida que ya le seré útil en bien poco.

—No hables así, no me quites mi esperanza...

—Señora, yo daria gustosa mi vida por Enrique, pero en cuanto a lo que usted se figura es un imposible... yo misma no consentiria...

—¡Tú! ¿Y por qué? ¿Cómo dices entónces que darias por él tu vida?

—Y no tan solo una vida sino cien vidas si las tuviera; pero hai cosas que no se pueden revelar todavia porque no ha llegado el tiempo de descubrirlas; pero él vendrá...

—¿Piensas que esa descabellada pasion es incurable? ¿No ves tú misma los inconvenientes? ¿Qué esperanza puede ya

él abrigar? Y si tuvo la insensatez de fijarse en la señorita Luisa Valdes, ya debe estar suficientemente desengañado, ya debe haber visto que hai una barrera insuperable y que no es cordura pretender lo imposible.

—Es verdad, señora, que él debe estar desengañado; pero no es menos cierto que su pasion es incurable, como usted dice. Cuando se ha conocido a una mujer como la señorita Luisa Valdes, no hai remedio: se la ama siempre o se muere.

—Exaltaciones de la juventud, ilusiones de la primera edad que mui luego disipa el tiempo.

—Se equivoca, señora; y talvez no pase un dia sin que usted reconozca y confiese que estoi en la verdad.

—¿Qué es entonces lo que te figuras?

—Lo que he dicho a usted.

—Pero esto no puede ser, es preciso que no sea.

—Uno no es dueño, señora, de los acontecimientos.

—Si no es dueño de ellos, al menos toma mucha parte, y en no pocas ocasiones los dirije a su antojo, como creo que sucederá ahora.

—Ojalá fuera así; pero no pasará un momento que usted misma tenga el desengaño.

—Eloisa, no me hables con reticencias; desearia que te esplicaras claramente.

—Con mas claridad se esplicarán los hechos.

—¿Qué es lo que hai entonces? preguntó Marta un tanto alarmada.

—No puedo descubrirlo aun, porque lo perjudicaria a él y a ustedes.

—Habla, Eloisa, dime luego lo que piensas.

—Ya he dicho que si revelara lo que existe, produciria un malísimo resultado, y entonces el mal talvez no tendria el menor remedio.

—Está bien, Eloisa; conozco por esperiencia tu sagacidad, asi es que no tengo el menor inconveniente en dejar todo a tu prudencia; vamos.

—Estoi a sus órdenes, señora. Y se dispuso en el acto a acompañar a Marta.

Eloisa habia guardado el terrible secreto previendo la alarma de toda la familia y lo que dirian a Enrique para hacerle abandonar el proyecto, obligándolo asi a que se aferrase mas en su idea o a que sucumbiese de inanicion y de melancolia. No era por esto el ánimo de Eloisa el no revelarles lo que iba a suceder, sino que buscaba la ocasion. Ella sabia por instinto, aunque no por esperiencia, que un acontecimiento imprevisto tiene mas fuerza, se apodera instantáneamente del individuo, y desvia, si nos es permitido decirlo su pensamiento, cambiando de curso sus ideas, mientras que el raciocinio en esos lances escepcionales de la vida no tiene dominio alguno, y podia mui bien Enrique llevar a cabo su proyecto de una manera mas fácil e imposible de evitar aparentando que cedia a las reflexiones de la madre y de la familia; en tanto que si lo sorprendian en el acto mismo de cometer el atentado, se turbaria y esta turbacion haria una reaccion violenta sobre su ser y no pudiendo ya disimular ni finjir tendria que confesarlo todo; y en estos desahogos de la pasion, unidos a la revolucion que operaria el cariño de sus padres, esperaba Eloisa, si no hallar un remedio absoluto, al menos un lenitivo que calmase la irritacion del momento, lo cual podria traer quizá poco a poco la reflexion y con ella se conseguiria ganar tiempo para que se diseñasen los acontecimientos; pues por lo que habia visto en Enrique y por lo que ella misma sentia, estaba persuadida que la señorita Luisa Valdes no podia haber sido indiferente a las relevantes prendas del jóven una vez conocidas, deduciendo de aquí y de la tristeza que habia observado en Luisa, que existia un misterio que era necesario averiguar y el que talvez redundaria en favor de Enrique, ofreciéndole algun alivio, de modo que lo único que queria alcanzar Eloisa, era evitar aquella noche la catástrofe, haciendo vivir a Enrique uno o dos dias mas, que

durante este intervalo ella se proponia obrar de manera a salvarlo.

Cuando apareció Marta con su jóven amiga a la pieza en que se encontraba su hijo y la demas familia, es decir, Domingo y Mercedes acompañados de Santiago y Teresa, que desde algun tiempo hacian parte de la misma casa considerándolos tambien como miembros de la misma familia, Enrique se paró para recibir a Eloisa, y no contento con estenderle la mano, la abrazó, aun cuando hacia pocas horas que habia estado conversando con ella, y le dijo, mirándola fijamente.

—Algo de estraordinario pasa por tí, querida hermana mia, pues he sentido los latidos de tu corazon.

—Es una cosa natural en mí, contestó Eloisa ruborizada y turbada a un mismo tiempo, pues padezco de esta enfermedad desde algunos años, y los acontecimientos de hoi no han sido los mas a propósito para calmarla.

—Tienes razon; pero al fin llegará el dia en que estemos todos tranquilos.

Eloisa miró a su vez a Enrique con la misma fijeza con que éste la habia mirado a ella, y el jóven bajó su vista como avergonzado, porque conoció que su hermana adoptiva habia descubierto que mentia.

—Hablemos mas bien de tus pesares, amigo mio, y no afectes una serenidad que no tienes, ni quieras darnos una esperanza de que tú, menos que nadie, participas.

—Es imposible disimular contigo, querida Eloisa, y tendré que ceder a tu deseos, pero quiero hacerlo de una manera privada, quiero confiarme esclusivamente a tí y he venido para suplicarte que me acompañes un momento a mi cuarto, porque necesito hablarte a solas.

—Hola, caballerito, esclamó el sarjento, con tono de afectuoso reproche, ¿con que ya usted no tiene confianza en nosotros?

—Inmensa, padre mio; inmensa... pero es un servicio el

que tengo que pedir a Eloisa, y solo ella puede hacérmelo.

—Tienes razon, dijo Marta, tomando una de las manos de su hijo y otra de las de Eloisa; tienes razon en depositar toda tu confianza en mi hija (y Marta miró con ternura a la hechicera niña) pues siempre nos han salido bien sus consejos, siéndole a mas deudora de muchos e importantes servicios, de manera que no dudo esté dispuesta a hacer cuanto de ella exijas.

—Todo, contestó Eloisa, con una entonacion de voz particular y que significaba: "hasta el imposible."

—Gracias, hermana mia: lo esperaba de tí.

—¿Pero qué es lo que sufres, querido Enrique? preguntó Mercedes que, como sabemos, estaba ignorante de lo sucedido; ¿qué es lo que sufres, hermano mio, añadió, que no se lo has comunicado a tu hermana? Yo creia tener toda tu confianza; ¿te habré dado algun motivo para perderla?

—No, Mercedes, no; pero... discúlpame por ahora... otro dia... lo que siento es insignificante...

—Imposible, imposible, Enrique; te conozco demasiado para que me engañes, tú sufres... tú padeces mucho.

—Sí, Mercedes, te lo confieso, tengo pesares... pero ahora no es tiempo, tu estado me impide hablarte, en pocos dias mas lo sabrás todo... y me consolarás...

—Dios lo quiera, no me gusta ser exijente. Dale un besito a mi hijo.

—Al hijo y a la madre, contestó Enrique, acariciando al recien nacido, y abrazando tiernamente a Mercedes.

En seguida Enrique abrazó tambien a sus padres con mas amor que nunca, pues se quedó por mucho tiempo apretándolos contra su corazon...

Eloisa lloraba sin poder contenerse. Aquella escena muda era cuanto habia de mas patético para quien estaba en el secreto. Aquel adios silencioso y lleno de amor y lleno de angustia y lleno del remordimiento del suicida, era tan con-

movedor, que Eloisa casi estuvo á punto de descubrir a Enrique y de decir a sus padres:

—Deténganlo, deténganlo que va a suicidarse; pero afortunadamente se venció, porque de lo contrario, ¡quién sabe lo que hubiera sucedido!..

El jóven se despidió afectuosamente de Teresa y de Santiago, y dijo a Eloisa:

—Vamos, hermana mia.

Los dos salieron, y cuando hubieron desaparecido, Mercedes preguntó con angustia a sus padres:

—¿Qué significa todo esto? Yo tengo miedo. Enrique me ha parecido mui estraño... Algo de terrible debe haber pasado o va a suceder...

—Tranquilízate, hija mia, repuso Marta, ya luego sabrás, como te lo ha prometido él.

—¡Luego! Luego! pero quizá hai algo de mas inmediato que ese *luego*...

—Confia en mí, Mercedes, esclamó Marta, dirijiéndose a la cama, y ten cuidado de este pobre anjelito. Y le señaló a la criatura que en ese momento se puso a llorar, como si hubiera comprendido la afliccion de su madre.

Mercedes lo estrechó entre sus brazos, lo besó y guardó silencio.

Intertanto vamos a ver lo que pasaba entre Enrique y Eloisa.

VI.

Llegados al solitario cuarto que era uno de los mas apartados de la casa, y seguro Enrique de encontrarse sin testigos con Eloisa, porque sabia que sus padres no habian de espiarlos, le dijo, sentándola a su lado y tomándole familiarmente una de sus manos:

—¿Has amado alguna vez, Eloisa?

La niña se estremeció... Aquella pregunta no la esperaba:

¿qué era lo que queria saber? qué significaba esta rara introduccion?

Enrique, viendo la turbacion de su amiga, continuó:

—No te alarmes, Eloisa, te he hecho esta pregunta únicamente para ver si sabes lo que es un amor sin esperanza.

—Lo sé.

—En ese caso somos hermanos por el dolor, y esta union es una de las mas fuertes que existen, es uno de los vínculos sagrados que ligan a los hombres.

—No necesito de él para servirte.

—Lo sé; pero esto te hará comprender lo que sufro.

—Lo he comprendido.

—Quizá no del todo, porque deben existir muchos grados en el dolor; sin embargo, tendrás poco mas o menos la medida de mi sufrimiento.

—Puede ser que no llegue yo hasta donde tu llegas; pero de todos modos, si no alcanzo hasta ese punto, me aproximaré a él.

—Pues bien, Eloisa, yo guardaba un secreto que tú sin pensarlo, has descubierto. Yo amaba, y tú me has desengañado, o mas bien dicho: tú me has muerto; pero no temas, prosiguió Enrique, arrepentido de su última palabra; todo tiene remedio.

—¿Qué puedo hacer para indemnizarte del mal que te he causado?

—El mal no viene de tí, hija mia; el mal viene de otra parte; porque si tú nada me hubieras dicho, de todos modos yo lo habria sabido.

—Pero si todo está ya descubierto, ¿para qué me has llamado?

—Te he llamado para que comprendiendo mi dolor, me hagas un gran servicio.

—Tampoco necesitaba comprender tu dolor para que dispongas de mí como quieras.

—Eloisa, perdóname, perdóname; yo creo que te he hecho mucho mal, que te lo hago todavia.

—Hai males involuntarios de que uno no puede ser culpable, y talvez el que yo siento como el que tú has recibido, son de la misma naturaleza, tienen poco mas o menos un mismo oríjen.

—¿Qué es lo que dices? ¡Mira que tus palabras significan mas de lo que tú piensas!

—Puede ser; pero esa es la verdad.

—¿Crees de que la desgracia de que soi víctima puede ser involuntaria?

—Talvez.

—Imposible, Eloisa: un matrimonio no se hace sin el consentimiento espreso y declarado de los cónyujes.

—Es verdad.

—¿Y entonces? ¿Cómo puede haberse casado la señorita Valdes sin voluntad de hacerlo?

—Yo la he visto despues de su matrimonio escesivamente triste; esto es todo cuanto puedo decirte.

—Seria la muerte reciente de la señora doña Juana la que la traia así.

—No sabré contestarte.

—¡Quién puede negar la realidad, Eloisa! El hecho es cierto y tambien lo es... tambien lo será mi dolor.

—Distráete, amigo mio; las nuevas impresiones van borrando las huellas de las pasadas, hasta que desaparezcan del todo...

—¡Distraerse! Habia creido que tenias una alma de otro temple y que podias comprender la pasion!..

—¡Enrique! Pero todos los sufrimientos tienen su término, tú mismo lo has dicho; y yo agrego: que todos los dolores pasan...

—Tú no puedes saber a cuantos matan.

—Escepciones, si es en realidad que existen.

—No entraré, Eloisa, en una discusion estéril. Las cir-

cunstancias son demasiado graves: cada ser siente a su manera, y yo no puedo obrar sino en conformidad de la mia.

—No tengo nada que contestar, respondió Eloisa. Y la pobre niña, que tenia que ocultar el interior de su corazon y que a la vez estaba obligada a espiar el de Enrique, cayó en una especie de laxitud o de abatimiento profundo.

—Poco tiempo hace que me pareció... que tú tambien sufrias.

—¡Cuál es la persona que no ha padecido o que no padece! Pero dime, ¿para qué me has llamado? Esto es cuanto necesito saber.

—Voi a decírtelo. Y Enrique perdió el color.

—¡Tan grave es lo que exijes de mí que tanto te inmutas!

—¿Me he inmutado? Pues bien, te lo confieso: temo...

—Habla, ordena, y yo sabré cumplir...

—Le he escrito una carta a la señorita Luisa Valdes y otra a mi maestro; y desearia que se la llevases...

—¿Nada mas que esto? En el instante.

—Siempre eres jenerosa y magnánima; ¿por qué no tuve la dicha de conocerte la primera?

—¡Esa si que hubiera sido una desgracia! Pero no hablemos sobre mí; ¿qué mas necesitas?

—Ninguna otra cosa, sino que me abraces y me perdones...

—Abrazarte, sí; perdonarte, ¿de qué?

—De un mal involuntario que yo he creido entrever...

—¡Cosas imajinarias! Tú no me has hecho mal alguno ni voluntaria ni involuntariamente.

—¡Me habré engañado! Me alegro: es un pesar de menos. . .

—Ya te he dicho que no te ocupes de mí. ¿Debo entregar la carta a la señorita Luisa en persona?

—Sí, a ella misma.

—¿Y la de tu maestro?

—Puedes dejarla tambien a la misma.

—¿Espero la respuesta?

Enrique tembló de piés a cabeza, y luego dijo:

—Es inútil; puedes venirte.

—¿No espero la respuesta? volvió a repetir Eloisa, insistiendo en esta pregunta, porque ella significaba mucho: significaba nada menos que un pronto suicidio, pues si Enrique le hubiera contestado que aguardara, habia alguna esperanza; pero decirle que no, era lo mismo que anunciarle que a la vuelta no lo encontraria ya con vida. En este conflicto, Eloisa, replicó:

—Si no vas a salir, es claro que puedes esperar.

—No voi a salir, hermana mia, pero es inoficioso que aguardes la respuesta.

—No desesperes, amigo mio, quizá puede ser favorable.

—Nada tengo que aguardar, querida Eloisa: los hechos consumados no tienen remedio.

—¿Por qué escribes entonces?

—Para despedirme.

—Pero ¿dónde vas?

—¿No sabes que me es imposible permanecer en Santiago?

—Lo sé; mas esto no impide que aguardes la contestacion para traértela a tí, desde el momento que no has de partir esta noche...

—¿Quién te lo ha dicho?

—Aun conservo en mi poder el salvo conducto; y sin él, te espones a caer en manos de la policia.

—Basta de objeciones, Eloisa; ¿quieres hacerme o no el servicio que he solicitado de tí?

—Lo quiero.

—Pues haz entonces lo que te digo.

—Desearia verte a mi vuelta.

—Me verás...

—¿Me lo prometes?

—Sin duda alguna.

Eloisa no se engañó sobre lo que significaba aquella concesion acordada tan fácilmente, y palideció; pero dominando su turbacion, dijo a Enrique, con voz solemne y acentuando sus palabras.

—Enrique, yo no te debo un solo servicio y es indispensable que me hagas uno en recompensa de los que yo te he hecho; de otra manera tengo el derecho de calificarte de mal agradecido.

—Ordena, Eloisa, y serás servida, y servida con gusto...

—Bien, lo único que te exijo es que no hagas nada, que no tomes ninguna determinacion antes de cuarenta minutos; ¿me parece que no es mucho pedir?

Enrique miró a Eloisa con estrañeza. Temia que hubiera penetrado en su interior y hubiera adivinado lo que iba a hacer; pero reflexionó un momento y se dijo para sí mismo:

—Ella piensa estar de vuelta en ese tiempo y teme que me fugue antes; y convencido que habia acertado con la verdad, le contestó:

—Concedido, amiga mia, anda sin cuidado.

—Pongamos nuestros dos relojes acordes, porque a mí me gusta la puntualidad inglesa.

—Tengo las nueve y veinte minutos.

—Exactamente; lo mismo marca mi reloj; con que entonces no hai que faltar: el trato es trato.

—Convenido.

Eloisa tendió la mano a Enrique; pero éste le dijo:

—No es bastante... dame un abrazo mas para despedirnos como buenos amigos...

La palabra *despedirnos* la pronunció el jóven de una manera tan triste, que hizo un momento vacilar a Eloisa, que sabia lo que aquella voz significaba; pero ya ella habia combinado su plan y tenia confianza en que le saliera bien como le habia salido todo hasta el presente, y en consecuencia abrazó a Enrique.

VII.

Tan luego como nuestra interesante niña se despidió de Enrique, se fué directamente donde Domingo y Marta, y llamándolos aparte para no alarmar a Mercedes, les dijo:

—Tengo que comunicarles a ustedes una cosa mui importante de la cual depende nada menos que la salvacion de Enrique.

—¡La salvacion de Enrique! ¿Pues qué es lo que hai de nuevo? esclamó Marta, sobresaltada.

—En ningun caso mas que en este se necesita de mayor sangre fria, señora; el peligro mismo que corre el hijo de ustedes lo aconseja.

—¿Qué peligro? ¿Han sabido que vive aquí? ¿Lo persiguen? ¿Tratan de prenderlo?

—Todo eso seria nada.

—¡Nada! ¿entonces?

—No hai que intimidarse; ustedes tienen la posibilidad de salvarlo.

—¿Salvarlo de qué?

—De él mismo...

—¿Cómo de él mismo?

—Ya habia dicho a usted de que a una persona como la señorita Luisa Valdes no se olvida...

—¿Y bien?

—La herida de Enrique es profunda, incurable.

—Aun cuando así fuera, ¿qué puede suceder de tan alarmante?

—Enrique ha resuelto suicidarse...

—¡Suicidarse!

Y Marta así como Domingo Lopez se sorprendieron de tal manera, que sus labios no articularon palabra; no salió de ellos mas que una especie de murmullo inintelijible, viéndose la honorable esposa del veterano obligada a sentarse, porque sus piernas flaquearon.

—Señora, lo que se necesita en el momento es enerjia; de lo contrario todo está perdido.

—¿Y cómo lo has sabido? ¿Te lo ha dicho él? ¿Qué es preciso hacer?

—Yo he visto desde un principio lo que ustedes no han visto. He comprendido lo que ustedes no han comprendido y he obrado del modo siguiente:

Y Eloisa contó a los padres de Enrique todo lo que habia visto, la conversacion que habia tenido y últimamente la promesa que le habia hecho.

—Entonces es preciso ir en el acto donde él... ¿Por qué no nos lo habias prevenido con tiempo? Nosotros lo hubieramos disuadido..

—No lo he creido conveniente ni creo que todavia ha llegado el momento de obrar con buen éxito.

—¡Cómo no ha llegado la hora, cuando dices que dentro de cuarenta minutos..!

—Sí, dentro de cuarenta minutos Enrique debe suicidarse; pero es preciso tener el valor y la serenidad imperturbable de aguardar hasta el último instante...

—¡Eloisa! ¡Cómo se conoce que Enrique no es ni tu hijo ni tu hermano! porque si lo fuera, ya habrias volado donde él, ya le hubieras dicho: "Conozco tu intencion y la repruebo y no la cometerás."

—¡Señora! esclamó Eloisa fuera de sí y dominada por una escitacion febril: Enrique es mas que mi hermano, es mas que mi hijo: ¡es mi amante!... quiero decir que yo lo amo... y lo amo tanto, que daria cien mil vidas por él... pero por la misma razon que lo amo y que no quiero perderlo, y que trato a toda costa de protejer su existencia, no he seguido el camino que ustedes hubieran seguido.

Domingo y Marta al oir esta confesion abrazaron a la jóven simultáneamente, diciéndole cada uno a la vez:

—¡Hija mia! mi querida hija! serás la esposa de Enrique y tendremos una honra y una dicha inmensa...

—Ya he dicho a usted, señora, que jamas, contestó tristemente Eloisa dirijiéndose a Marta; y en seguida agregó: no nos ocupemos de este asunto, sino que debemos hablar de lo mas urjente, pues yo tengo que partir en el acto para cumplir con el encargo de Enrique.

—¿Piensas dejarnos?

—Sí, es indispensable.

—¿Y en estas circunstancias? ¡Qué haremos nosotros sin tí?

—Ustedes son bastantes para impedir el suicidio, si siguen mi consejo.

—Dilo, hija querida, dilo y lo cumpliremos al pié de la letra.

—Tienen ustedes treinta minutos todavia; porque yo estoi segura que Enrique me cumple su palabra; y lo que debe hacerse es lo siguiente: se podrán ustedes en acecho en la puerta de su cuarto, del mismo modo que yo lo he hecho, y desde allí podrán ver lo que pasa en el interior, pero sin precipitarse por nada antes de llegado el tiempo.

—¡Qué ansiedad! ¡qué tortura! ¡qué desesperacion!

—Tortura, ansiedad, desesperacion que es preciso saber soportar para dar el golpe certero.

—Y bien, ¿cuál es ese tiempo dado?

—El último minuto, y si es posible cuando él haya tomado la pistola en sus manos.

—¿Y si se adelanta?

—No se adelantará; pero en todo caso ustedes están allí para observar sus movimientos y aprovechar el momento oportuno. En esto consiste el buen éxito. Esa impresion que le causará la sorpresa en aquel lance estremo, les dará a ustedes la victoria.

—¡Si al menos estuvieras con nosotros!

—Seria peligroso, comprenderia que lo habia traicionado, y esto era lo bastante para que todo se perdiese.

—Trataremos de tener valor.

—Mas que el valor es indispensable la calma. Les dejo mi reloj, que he confrontado con el de él y andan acordes; con que asi, hasta el último minuto, salvo alguna ocurrencia imprevista de la que ustedes juzgarán por sí mismos, siendo mui difícil que se equivoquen, sobre todo en una cosa de tanto interes.

Eloisa partió como una flecha, y Domingo y Marta despues de un instante de perplejidad se fueron a ocupar su puesto o lo que es lo mismo a espiar todos los movimientos y acciones de su hijo: el observatorio ya era conocido.

Marta miró la primera por el agujero de la llave y luego Domingo, que se puso el dedo índice sobre sus labios para recomendar que no hablara, con el fin de poder observar mejor y de no llamar la atencion del suicida con el menor ruido.

Enrique se paseó como diez minutos todo lo largo del cuarto, miró el reloj y dijo perceptiblemente: "El tiempo se acerca... todavia diez minutos... ¡Queridos padres, querida hermana! ¿qué va a ser de vosotros? ¡Qué golpe tan terrible!... Soi mui cruel! ¿Pero cómo puedo obrar, Dios mio? ¡De todos modos es preciso que muera!... No hai remedio!

Y Enrique miró al cielo, se hincó delante de la mesa, cruzó los brazos sobre el pecho y permaneció como en oracion.

Domingo y Marta, que miraban desde afuera, temblaban sin poderse contener, sus dientes se chocaban los unos con los otros, sus corazones latian con violencia, sus ojos desencajados parecia que iban a reventar o salir de sus órbitas; quien los hubiera visto en ese estado no los habria conocido: a tal punto se hallaban desfigurados y descompuestas sus facciones.

Pero Domingo miró el reloj: faltaban aun cinco minutos y acercándose al oido de Marta, le dijo:

—No puedo contenerme mas... voi a hacer saltar la puerta.

La no menos angustiada madre se puso a mirar por el agujero de la llave conteniendo con la mano a su esposo.

Enrique tomó de la mesa el retrato de Eloisa, lo besó repetidas veces, volviéndolo a colocar en su lugar.

Faltaban dos minutos, y el suicida miró hácia la puerta como para ver si no se presentaba alguno: sin duda esperaba a Eloisa; pero viendo que no aparecia, se sonrió y estiró su brazo levantando la carpeta.

La fisonomia de Enrique era triste y serena... estaba bellísimo: era la imájen del dolor resignado que ve llegar el momento de su delibranza.

—*En tus manos, Señor, encomiendo mi alma!* esclamó el suicida con melancólico pero tranquilo acento.

Y sacó la pistola que tenia debajo de la carpeta... El reflejo del acerado y pulido cañon fué a herir la pupila del desencajado ojo del viejo soldado que estaba en acecho.

En ese mismo momento en que el infortunado jóven dirijia la arma homicida contra su corazon, voló la puerta del cuarto hecha mil pedazos haciendo un ruido espantoso.

Enrique se detuvo involuntariamente. La prevision de Eloisa se habia realizado. El padre y la madre penetraron en el interior al mismo tiempo que los pedazos de madera, esclamando:

—Hijo mio! mi querido hijo!

Y se apoderaron de Enrique, que no opuso la menor resistencia, sintiéndose desfallecer, pues aquella sorpresa lo habia trastornado completamente.

Aquel ruido estraordinario que habia causado la fractura de la puerta, sobresaltó sobremanera a Mercedes, que, no pudiendo contenerse, se levantó del lecho, tomó al recien nacido entre sus brazos y salió al patio. En ese mismo momento pasaban Santiago y Teresa atraidos por igual motivo, y al ver a Mercedes, le dijeron:

—¡Qué imprudencia!... salir asi!... ¿Qué es lo que ha sucedido?

—¿Lo sé yo acaso? ¡Debe ser algo de terrible! ¿Dónde están mis padres? ¿Dónde está Enrique?

—El ruido ha sido en el cuarto de él, respondió Santiago, y creí oir las voces de don Domingo y de la señora.

—Sí, ellos son... ¿Qué es lo que ha pasado? Vamos.

Y Mercedes marchó la primera sin oir las advertencias suplicantes de Teresa que le decia de volverse a su cama.

Cuando Mercedes vió aquel cuadro tan tierno y tan terrible, dió un grito de dolor tan profundo y tan agudo, que Enrique se estremeció, abrió sus ojos y estendió sus brazos pronunciando este solo nombre: ¡Mercedes!... Y Mercedes sin proferir palabra se echó en los abiertos brazos del hermano... ambos se habian desmayado.

Santiago voló en busca de un médico, y Teresa fué a componer los remedios que Marta le indicara.

Enrique no se habia suicidado; ¿pero quién podia responder de su vida? El mismo habia dicho que no tenia remedio y Eloisa lo habia confirmado... La agonia seria mas larga: esto era cuanto se habia ganado........................
....

La promesa y la recompensa.

I.

Eloisa, al despedirse de los padres de Enrique para cumplir con los encargos que éste le habia hecho, se dirijió precipitadamente a la calle de la Catedral, donde, como se sabe, residia Luisa.

El portero estaba prevenido para dejar pasar en el acto a cualquier persona que se presentase, ya sea a preguntar por don Toribio de Guzman o por la dueño de casa, porque se esperaba que de un momento a otro apareciese Enrique o algun emisario de él; de consiguiente cuando preguntó Eloisa por la señorita doña Luisa Valdes, la dejaron pasar en el acto, diciéndole que estaba en sus habitaciones.

En las casas grandes de Santiago hai que recorrer primero un estenso patio antes de llegar a la antesala, donde jeneralmente se pregunta si está o no la persona a quien se busca en la casa; y Eloisa, aun cuando la habia dejado pasar el portero, tuvo que golpear aquella otra pieza para ver si podia ser introducida a las habitaciones o al salon de la señorita Luisa Valdes.

En ese mismo momento el solitario leia un periódico en la mesa redonda que se encontraba medio a medio del primer salon, alumbrando aquella gran pieza una lámpara solar de aceite de ballena o de nabo como se usaba en aquella época.

A los primeros golpes, el coronel don Toribio de Guzman se paró preguntando:

—¿Quién es?

—Busco a la señorita doña Luisa Valdes, respondió Eloisa con su voz dulce y arjentina.

—¿De dónde la busca? contestó el solitario.

—Desearia hablar particularmente con ella, señor, porque traigo unas cartas urjentísimas para ella y para el señor de Guzman.

Cuando el viejo coronel oyó que les llevaban cartas dirijidas a ambos, presumió en el acto que debian ser de Enrique, y se dirijió apresuradamente hácia la puerta donde se encontraba la emisaria.

Eloisa reconoció al solitario por la pintura que le habian hecho de él y le entregó las cartas.

En el mismo instante el coronel Guzman reconoció la letra de su discípulo, y sin reparar en la portadora, corrió como un niño hácia el interior de la casa, gritando:

—Luisa, Luisa, ven inmediatamente.

El crujimiento de un vestido de seda de una persona que caminaba con precipitacion se dejó oir, y Luisa apareció casi instantáneamente.

—¡Cartas de Enrique! esclamó el solitario.

—¡De Enrique, Dios mio! ¿Quién las ha traido?

—Yo, señorita, contestó Eloisa; pero debo advertir a ustedes que no hai tiempo de leerlas, porque no hai tiempo que perder.

—¿Qué es lo que dice usted? replicó Luisa asustada.

—Conozco que usted es la señorita Luisa Valdes; pues bien, señorita, si usted no socorre pronto a Enrique, muere... Por caridad, ya que no por cariño, se lo suplico a usted de rodillas...

Y Eloisa desolada se echó a los piés de Luisa.

—¡Se muere, se muere!

—¿Y por qué? contestó la aristocrática jóven despavorida, sin saber casi lo que decia.

—Porque no hai tiempo de entrar en esplicaciones...

vamos a salvarlo si aun es posible, y si usted quiere...

—¡A salvarlo!... Pero dígame al menos ¿qué es lo que pasa?

—Se iba a suicidar... talvez lo ha hecho... y lleguemos demasiado tarde si a usted no le es indiferente la muerte de un hombre.

—¡A suicidarse!... ¡Indiferente la muerte de Enrique!... Vamos...

Pero la emocion era demasiado violenta, la impresion demasiado viva y demasiado repentina; asi es que al pronunciar la palabra de *vamos* cayó exánime.

El solitario, mas dueño de sí mismo a pesar de la terrible sorpresa, tomó a Luisa en sus brazos acompañándola Eloisa para levantarla y la colocó sobre un sofá dándole inmediatamente su maravilloso elixir que le hizo volver en el mismo instante.

—Vamos, vamos, maestro mio, fué la primera palabra que dijo Luisa; y sin atender a su peinado algo descompuesto ni a tomar una manteleta de abrigo, corrió hácia el patio llevando de una mano al solitario y de la otra a Eloisa y pidiendo a gritos el coche.

Afortunadamente, por una prevision del solitario habia ordenado que permaneciese siempre el coche enganchado hasta la una de la mañana, y esta órden la habia dado el dia anterior desde que supo la fuga de Enrique, previendo que podia ser mui necesaria esta medida en un caso urjente.

El coche partió a escape; pero durante los pocos minutos que tardó en llegar desde la calle de la Catedral a la de Breton, Luisa y el solitario pudieron informarse de los principales incidentes, tanto de la fuga de Enrique, cuanto de lo que habia motivado el deseo de suicidarse; y Eloisa dijo con exactitud todo lo ocurrido, causando con su animada narracion una profunda emocion en Luisa, emocion varia y casi indefinible, porque participaba de sentimientos distintos, pues habia en ella una mezcla de amor, de entusiasmo,

de miedo, de desesperacion, de ternura, de abatimiento; haciendo, como hemos dicho, una sensacion verdaderamente incalificable pero grande y poderosa en el conjunto, una de esas sensaciones que absorben por completo todo nuestro ser, haciéndonos gozar y sufrir a la vez de la manera mas intensa; pero Luisa, llena de una ansiedad dolorosa, a pesar de la prueba inequívoca de la pasion de Enrique, de esa pasion con que ella queria y necesitaba ser amada, llena, decimos de angustia, le parecia que el coche tardaba un siglo en llegar y que la distancia se prolongaba indefinidamente.

El carruaje se paró al fin a una señal de Eloisa que hizo comprender al cochero que debia detenerse.

Sin hacer caso de la etiqueta (porque no es comprensible en esos momentos de un supremo apremio) bajó primero Eloisa, pero esperó a que descendiese en seguida Luisa y el solitario y golpeó la puerta de calle de la manera convenida, pero con mucha mas precipitacion o violencia que de costumbre.

Luisa se apoyó en el brazo del anciano, porque se sentia desfallecer; y si la nueva de la muerte de Enrique hubiera llegado a sus oidos habria ella sucumbido en el acto, pero alimentaba alguna esperanza por la relacion que le habia hecho Eloisa, teniendo casi la persuasion que los padres de Enrique habrian evitado la catástrofe.

Será necesario decir préviamente que durante el intervalo transcurrido entre la partida de Eloisa y su llegada, habia habido un pequeño cambio en el modo de ser de Enrique; pues, como lo sabemos ya, al dolorido grito de Mercedes y al abrirle sus brazos y precipitarse ella, ambos habian quedado sin sentido: estado delicioso para Enrique si acaso puede darse algun goce en el anonadamiento; pues lo privaba del terrible martirio de su irreparable desgracia, sin embargo los cuidados de Marta y los remedios que les habia aplicado, a sus dos queridos hijos, los habian

forzado a volver a la vida, ¡a la vida que es el mayor tormento en circunstancias como estas! Triste obsequio que se empeñan en darnos siempre las personas que nos afeccionan, sin averiguar que muchas veces vale mas un letargo absoluto y eterno.

Cuando Enrique y Mercedes volvieron en sí y se encontraron el uno en brazos del otro, se contemplaron por un momento sin hablarse, y la reminiscencia de lo que habia precedido vino a Enrique de un golpe y un raudal de lágrimas se desprendió de sus ojos. Esas lágrimas debieron de aliviar un tanto su corazon, porque dijo:

—Padres mios, hermana mia, perdónenme!... ahora veo que no disponia yo de mi vida sino que tambien disponia de la de ustedes que me es mas cara, cien mil veces mas cara...

Casi en ese mismo instante se sintió el fuerte golpe que daba Eloisa en la puerta de calle, y Enrique se paró diciendo:

—Esa es mi otra hermana... estoi seguro de ello.... ¿Qué noticias traerá?

Teresa fué corriendo a abrir, y al instante se oyó el ruido de varias personas que corrian atravesando el angosto pero largo patio.

Luisa se presentó la primera en el umbral de la puerta y ahí se detuvo un instante sin movimiento, ni mas ni menos que como una aparicion... como un ánjel que baja del cielo y que reposa un momento a la vista de los mortales.

Enrique la reconoció en el acto y se prosternó de rodillas, ni mas ni menos como si se le hubiera presentado una divinidad.

Luisa entonces, sin saludar a nadie, talvez sin ver a nadie corrió donde él y lo estrechó en sus brazos, diciéndole:

—Vive... te amo... soi tuya... lo he sido, lo seré siempre y nunca he dejado de serlo...

Enrique pronunció unas cuantas palabras inintelijibles y volvió a desmayarse de nuevo...

Luisa lo retuvo en sus brazos y miró al solitario como para decirle: "¡Socórralo!..

Al aproximarse don Toribio de Guzman, el sarjento Lopez, a pesar del trascurso de los años, lo reconoció.

—¡Mi coronel, mi coronel! esclamó.

Y los dos viejos soldados se abrazaron, sin tener en cuenta la gran diferencia de posicion, de rango y de fortuna que existia entre ambos, con esa fraternidad de compañeros de armas, fraternidad realizada por el mérito del uno y del otro, por la sinceridad de los afectos, por los servicios recíprocos y las gratitudes respectivas, pues si Domingo Lopez habia salvado la vida al coronel, el coronel habia instruido a Enrique, dándole la vida del espíritu que es superior á todo.

El solitario, que habia oido la esclamacion de Luisa, se desprendió del sarjento para ir en socorro de Enrique que no tardó en volver en sí. ¡Quién es el que muere de felicidad! ¡Vértigos de la dicha, que si nos anonadan por un momento, llevan siempre consigo el aliento de Dios para reanimarnos y su espíritu inmortal que depura los afectos, que idealiza el goce y que nos trasporta por algunos instantes a la mansion infinita donde El reina alumbrándonos con su gloria!

¡Qué de sentimientos y qué fuerza, qué de emociones y qué delicia no reinaba en aquellos corazones, no brillaba en aquellos semblantes! ¡Quién se creeria capaz de describirlos traduciéndolos con palabras!

¡Enrique, poco antes en brazos de la muerte, y vuelto ahora a la vida! ¿Y a qué vida? A la vida llena de esperanzas, llena de promesas, llena de recompensas, pues Luisa le habia dicho que lo amaba, que era suya, que lo habia sido siempre! ¡Qué mayor felicidad! ¡Qué mayor triunfo! La transicion no podia ser ni mas grande ni mas favorable: era

mas que renacer, era pasar de la desolacion mas espantosa al contento mas puro, del abismo al paraiso, del infierno al cielo! ¡Y todo esto casi a un mismo tiempo! casi sin dar lugar a que desapareciesen por completo las amarguras del dolor, las tinieblas de la desesperacion!...

¡Y Luisa, Luisa que habia soportado tantas angustias, que habia hecho tantos sacrificios, se veia ahora recompensada en un solo instante! Luisa, que consideraba perdido a Enrique, lo habia al fin hallado! Luisa, que habia volado en alas de la angustia temiendo encontrar a su amante convertido en cadáver, lo veia sano y salvo, lleno de la misma embriaguez que sentia ella, de esa embriaguez sin nombre, embriaguez talvez superior a la que gozan los ánjeles!.. Luisa, por otra parte, volvia a ver a Mercedes, a Mercedes, a quien amaba como hermana y quizás mas que a hermana, porque comprendia dos afectos o dos motivos para tener un solo y grande afecto: el cariño que inspiraba por sí y el cariño que inspiraba por estar en posesion del de Enrique: era pues doblemente hermana, doblemente querida!

¡Y la infeliz Mercedes gozosa y avergonzada a la vez! Gozosa de ser madre y avergonzada de serlo! Gozosa de haber visto a Luisa y avergonzada de que Luisa la viera! Gozosa de ver gozoso a Enrique, a sus padres y a todos cuantos le rodeaban, incluso el coronel don Toribio de Guzman, a quien miraba con curiosidad, con respeto y con cariño y avergonzada tambien de todos ellos y hasta de sí misma! Pero feliz, feliz, porque todos eran felices!

¡Y qué decir de la alegria de los padres! Cuando el amor filial se ha conservado intacto y que ha crecido en lugar de disminuirse con la edad, cuando se recoje ya el fruto de tanto desvelo, de tantos y tan tiernos cuidados, cuando el niño que simboliza la promesa ha llegado a la juventud de la cual se espera la recompensa; ¡qué de martirios no causa su pérdida! ¡qué de dichas no produce su salvacion! Y esto considerado, ¡cuál no seria el goce de Domingo y Marta al

ver a su Enrique libre ya de sus penas! al ver vivo a quien creian muerto! al ver dichoso a quien creian desgraciado!

Y Eloisa, la abnegada Eloisa, ¿qué sensacion esperimentaria? Si descorremos un tanto el velo de ese corazon ¿qué descubriremos en él? Eloisa era de las personas mas felices que allí se encontraban, pero era tambien la única desgraciada... El pecho de Eloisa se henchia de placer al considerarse que era ella la que habia salvado a toda aquella virtuosa familia que sin su intervencion habria perecido sin remedio; que era ella quien habia libertado a Enrique de la penitenciaria, de donde talvez no habria salido nunca o habria salido despues de muchos años! Que era ella la que sujetando el brazo al suicida, habia ido en busca de su consuelo único, del solo alivio que podia salvarlo, de su amada! Porque sin ella no se encontraria allí Luisa! No se encontraria el sábio maestro! No se encontrarian sus padres sino para llorar sobre el frio cadáver de su hijo! Y la reminiscencia de sus actos la realzaba a sus propios ojos, le hacia olvidar sus faltas, y el recuerdo amargo de su vida pasada se perdia en el mar encantado y siempre bonancible, llevada al terreno de la práctica, de la virtud! Pero esa alma estaba herida de muerte! Estaba para siempre destrozada y la esperanza no la reanimaria jamas! Ella amaba y amaba con la seguridad de no serlo nunca! Qué tormento para una mujer, y para una mujer de ese temple! Ella amaba, y sin embargo habia ido en busca de su rival! Qué jenerosidad! Ella amaba, y a pesar de esa afeccion santa, o mas bien dicho, a causa de ella, habia tenido el valor de poner a la una en brazos del otro! Ella amaba, y este amor no le impedia reconocer el mérito de Luisa, sus grandes virtudes, su grande talento, su sorprendente belleza!

Y lo que es mas, mucho mas, amaba a Luisa porque era amada de Enrique! ¡Ella amaba, y si le hubieran propuesto unirse al ser por quien vivia, no lo habria aceptado jamas! Tenia la conciencia de su inferioridad y deseaba ante todo

y sobre todo la dicha de Enrique... Eloisa era grande en su bajeza, era heróica en su abyeccion, y en nuestro concepto estaba ya depurada de su falta, estaba mas que depurada: era una verdadera santa; porque el amor sincero, el amor profundo, el amor abnegado, el amor que solo se alimenta de amor, tiene esta cualidad: su fuego divino evapora cuanto hai de impuro en el hombre y deja únicamente la esencia del bien, la esencia de que nos ha formado Dios! Por esto es que las palabras de Jesucristo, que nos complacemos en volver a repetir, tienen una significacion tan inmensa como justa y verdadera: "al que ama mucho, mucho le será perdonado!.."

Todos los tesoros del mundo los habria desechado Eloisa por no turbar aquella felicidad, por no echar una sombra en aquel cielo, por no manchar el amor puro y virjinal de aquellos dos seres puros y vírjenes. Ella tenia ahora la seguridad de morir: su herida era incurable, así como lo era poco antes la de Enrique; y no habia para ella la menor esperanza, así como no la habia para él! Eloisa se sentia desfallecer, se sentia morir, ¡pero con una delicia que le hubiera sido imposible encontrar en vida! Con una delicia que en su opinion no esperimentaria jamas en el goce mismo, dado caso que le fuera dado obtenerlo!

Hé aquí groseramente pintados los sentimientos de las pocas personas que formaban aquel grupo, que es uno de los principales de nuestra historia, pues los personajes que se encontraban en el cuarto de Enrique, y Enrique mismo, son, podremos decirlo así, los mas importantes de una novela como la nuestra, que carece de esa variedad de incidentes que tanto agradan a la jeneralidad, pero que en cambio creemos que tiene el juego de las pasiones, esos movimientos no menos variados del corazon, que son los que constituyen la vida del hombre.

II.

Luisa, desprendida una vez de Enrique, se echó en brazos de Mercedes, que no cesaba de llorar, acariciándola.

Aquel cuadro era tan conmovedor como tierno, y los felices espectadores de él tenian, como se dice jeneralmente, su aliento suspendido, y el alma de ellos habia pasado a su vista, pues no les era dado siquiera articular una palabra; ¿no es acaso verdad que cuando se presencia uno de estos raros espectáculos, todo nuestro ser pasa a nuestra mirada? ¿No es cierto que nuestra vida se recoje en un solo sentido y que los demas quedan como paralizados? Pues bien, este mismo fenómeno sucedia en aquel momento y solo se sentian los sollozos de Mercedes y las medias palabras cariñosas de Luisa, dichas casi al oido de su amiga, como para no perturbar el silencio profundo que reinaba en aquel recinto; porque es de advertir que las grandes alegrias, que el contento real y verdadero, que la felicidad, en una palabra, no es nunca bulliciosa, sino que es solemne. No digais por una persona que rie: "hé aquí un hombre feliz;" decidlo sí por una persona que piensa: la risa acompaña siempre al placer, pero jamas se asocia con la dicha; la primera es frívola, la otra es séria; la risa puede producirla el sarcasmo y no pocas veces va en union del vicio y hasta del crímen, mientras que la dicha es inseparable de la virtud; la una busca el mundo, no puede estar sino en compañia de muchos, le es imposible vivir sola; mientras que ésta se complace en el retiro, existe por sí misma, y mientras mas se esconde, mientras mas se oculta de profanas miradas, mas grande es y solo se revela en el semblante, porque no alcanza a espresarla la palabra; y éste era justamente el sentimiento que se habia apoderado de todos.

Pero Luisa no debia limitar sus caricias a Enrique y a su hermana, sino que tambien hizo partícipes de ellas a todos

los que se encontraban allí, segun el grado que ocupaba cada cual en su corazon; y como Eloisa le era desconocida, fué mas afectuosa con Teresa y su marido; pero Enrique, parándose y tomando de la mano a la jóven, dijo a Luisa:

—Señorita, hé aquí a mi segunda hermana, hermana de adopcion, es verdad, pero no por esto menos digna de nuestro cariño y menos acreedora, no solo a nuestra consideracion y a nuestro afecto, sino tambien a nuestra mas grande gratitud, pues le debemos muchos servicios que no tendremos jamas con que pagarle, a no ser con nuestro cariño.

—Que es lo que mas quiero; que es lo único que quiero, contestó Eloisa bajando la cabeza.

—¡Ah! sí, repuso Luisa; y aun cuando no fuera mas que el haberme ido a llamar, seria suficiente, porque este es un doble servicio; pues no tan solo se lo ha hecho a ustedes sino a mí tambien, y un favor de esta naturaleza ni se olvida ni tiene precio.

Y Luisa abrazó con verdadera efusion a aquella mujer que la jeneralidad consideraria como la hez del pueblo y a quien nadie hubiera tendido la mano ni siquiera saludado en público.

Se pensará quizá que si Luisa hubiera sabido la existencia pasada de esa niña, no habria usado con ella de tan afectuosa familiaridad; pero si al tener conocimiento de aquellos malos antecedentes hubiera tambien tenido de los buenos, no habria vacilado en aceptarla; porque Luisa era de esas almas para quienes el arrepentimiento es una virtud que necesita sostenerla y empujarla; y si hubiera podido adivinar lo que pasaba en el interior de Eloisa, si hubiera sabido de cuánta abnegacion era susceptible aquella mujer, la habria amado, y amado muchísimo, pues aun así la atraia, sintiendo desde luego por ella una simpatia irresistible: iman misterioso de la virtud, que se infiltra en las almas verdaderamente grandes y jenerosas, sobre las que no han pasado esas mezquindades, esas pasiones insignificantes

o rastreras que es la atmósfera que nos alimenta y en que vivimos, y de donde nace nuestra manera de ser pequeña y miserable.

Nosotros nos hemos demorado mucho para describir mal, con nuestra pálida narracion, esos momentos que realmente no pueden trascribirse al papel, esos instantes en que solo hablan las fisonomias, no habiendo lenguaje humano que pinte los relámpagos del sentimiento, relámpagos que se suceden los unos a los otros, pasando con una rapidez casi vertijinosa.

De consiguiente, renunciamos a daguerrotipar aquella escena, limitándones a narrar lo que sucedió en seguida.

III.

Cuando Luisa pasó de los brazos de Enrique a los de Mercedes y así sucesivamente hasta que llegó donde la pobre Eloisa, que fué la última, nada mas que por la circunstancia de no conocerla bastante, pero que despues ocupó su debido puesto con lo que habia dicho el feliz mancebo, cuando hubo concluido, decimos, y llena siempre de la mas tierna emocion, pues era tan dichosa como no lo habia sido en su vida, tomó una de las manos de Enrique, con una naturalidad inimitable, con un abandono sencillo y casto, pero a la vez lleno de majestad, y dirijiéndose al anciano coronel y a los padres de su amante, les dijo:

—Bendecid nuestra union...

Y Luisa se arrodilló al lado de Enrique, que imitó en el acto el ejemplo, pero de una manera casi maquinal, porque no cabia en él tanta y tan inesperada felicidad.

Todos se quedaron sorprendidos, porque todos, con escepcion de Mercedes, sabian ya que Luisa era casada.

Por un momento reinó un profundo silencio.

Luisa y Enrique, con la cabeza inclinada, esperaban la bendicion sin decir palabra.

Mercedes se hincó tambien al lado de su amiga, y miran-

do al coronel y a sus padres, les dijo con tono suplicante y dulce en que se revelaba un goce inmenso:

—Sí, bendecidlos ahora, que mañana los bendecirá el sacerdote...

Domingo y Marta vacilaban, y pálidos como estátuas de blanco mármol, permanecian sin movimiento, así como sus labios sin voz.

El coronel don Toribio de Guzman levantó entonces su vista al cielo, estendió su mano sobre la cabeza de los dos jóvenes, y con acento tembloroso por la emocion, pero profético y lleno del espíritu de Dios, esclamó:

—Yo bendigo vuestra union en el nombre del Señor que os recompensa y en el de vuestros padres para que se cumpla su promesa; pues en su lecho de muerte os dijo hace poco tiempo la esposa de mi amigo Eduardo: "Me he engañado... es Enrique... Espera..." Y esas últimas palabras me iluminan, y esa promesa se realiza, y yo creo cumplir con mi deber bendiciéndoos...

Y el viejo coronel, sin dar importancia a la forma, hizo el mismo ademan que hacen los sacerdotes, porque para él el matrimonio era solo la voluntad, y él conocia que esa voluntad era espontánea y libre;.. porque para él el matrimonio era la union del pensamiento, la union de la virtud, mas que la union de la carne, y no tenia miedo en aprobar y satisfacer vínculos contraidos de una manera mas indisoluble que la inventada por los hombres, porque ese es el vínculo de Dios...

Los padres de Enrique, arrastrados y conmovidos por aquel ejemplo, por aquella uncion del viejo militar, por aquella seguridad y decision del sabio, hicieron otro tanto y abrazaron tiernamente a sus hijos, sin por esto comprender cómo pudiera realizarse aquel matrimonio cuando estaba de por medio la ceremonia relijiosa celebrada con otro hombre y que era la única, segun ellos, que podia lejitimar la union, que formaba el verdadero vínculo.

Mercedes no cabia de contento, no tenia voces con que significar su alegria, y pasaba a su hijo, ya a Luisa, ya a Enrique, ya a los demas, hasta el punto de ponerlo en manos del solitario, que lo miró con ternura, derramando sobre aquella criatura inocente pero hija del crímen, dos gruesas lágrimas que talvez fueron a servirle como un bautismo: así al menos lo consideró la pobre Mercedes, que miró al coronel con unos ojos de madre, llenos de tan tierna gratitud, porque una madre es siempre mas sensible al cariño que manifiestan por su hijo que al que le demuestran a ella misma.

El solitario adivinó lo que pasaba por la jóven, y poniéndole una mano en el hombro con la familiaridad afectuosa de un padre, le dijo:

—Pobre hija mia! ¡Cuánto debes haber sufrido para llegar a tener este consuelo que Dios envia casi siempre abriendo el corazon a un nuevo afecto y a un afecto tan puro y delicado que se apodera casi por completo de la mujer!

—Sí, señor, he sufrido inmensamente!

—Pero al fin parece que ha llegado ya el tiempo de la recompensa. Lo sucedido en este momento te demostrará que la Providencia viene en nuestro socorro.

—En efecto, lo sucedido ahora es un milagro, pero es un milagro hecho por Luisa, y Mercedes la abrazó nuevamente.

—No seas injusta, contestó Luisa, mirando a Eloisa, cuya tristeza se sobreponia a su voluntad, pues aparecia mui meditabunda. No seas injusta, Mercedes, cuando tú mas que nadie sabes que fué la señorita la que ha hecho el verdadero milagro.

—Yo no he sido mas que el instrumento, señorita, por el que se ha cumplido la voluntad de Dios, contestó Eloisa humildemente y haciendo referencia al caso actual.

—En verdad, Luisa, que tienes razon: nuestra hermana Eloisa es la que ha hecho la mayor parte; pero sin embar-

go, es preciso confesar que si tú no hubieras venido, mi hermano tampoco se habria salvado.

—¿Es verdad lo que dices, Mercedes? preguntó Luisa a Enrique con un tono lleno de ese dulce abandono que da la certidumbre de ser amada.

—Verdad, señorita, verdad; pero...

—Debo hacerte una advertencia, Enrique, y una sola para que no me vea obligada a repetirla: de hoi en adelante me llamarás simplemente Luisa.

—Luisa! Luisa! ¡qué dicha! ¿Es realidad lo que sucede? ¿No estoi soñando, no?

Y Enrique miró por todas partes y a todos los que estaban presentes para cerciorarse sin duda que no se engañaban sus sentidos.

—Acabamos de ser bendecidos por nuestros padres y unidos ante Dios, amigo mio; no hai, pues, ya incertidumbres ni motivos de desconfianza. Contéstame ahora a mi pregunta, dijo Luisa volviendo a apoderarse de la mano de Enrique.

—¡Providencia divina! esclamó el jóven como en místico arrobamiento y sin responder a la interrogacion que le hacian; ¿qué es lo que he hecho para merecer tanto? ¿qué virtud para tan gran recompensa?

Y Enrique se prosternó para orar: asi es como el amor verdadero del hombre se confunde con el amor de Dios y establece el verdadero culto, la sola relijion grande y sublime que existirá en el mundo y que dará en tierra con las preocupaciones y los groseros ídolos a quienes veneramos hoi dia.

—¡Enrique, mi querido Enrique! esclamó Luisa llena del mismo entusiasmo relijioso que él; tienes razon, no hemos hecho nada; pero esta no es una recompensa, sino un favor de Dios; es preciso que trabajemos por ser dignos de él.

—Sí, Luisa, sí, no lo dudes; yo haré cuanto de mí dependa por merecerlo y por merecerte.

—¡Por merecerme! ¿No me tienes aquí? ¿No soi ya tuya? ¿No nos han bendecido nuestros padres? —Y mira, Enrique, mañana, mañana iremos a arrodillarnos en el sepulcro de mi madre, para que ella tambien nos bendiga por sí misma desde el cielo.

—Pero, Luisa, ¿será cierto? ¡Me habrán engañado! ¿No eres entonces casada? ¿No es verdad, amiga mia, que no lo eres?

—Sí.

—¿Entonces es falso lo que me dijo Eloisa?

Y Enrique miró a su hermana adoptiva como interrogándola tambien.

—No, contestó Luisa.

—¡Cómo que no! Pero si es asi, ¿de qué manera es nuestra union?

—Nuestra union es espiritual, Enrique. Nuestra union es hecha y sancionada por Dios. ¿No te basta el goce pleno y absoluto de mi voluntad?

—Sí, mil veces sí, Luisa; estoi contento, estoi satisfecho, soi mui feliz, demasiado feliz.

Y aquellas dos almas castas, aquellos dos pensamientos elevados, aquellos dos cuerpos puros y sin mancha se abrazaron nuevamente en presencia de todos, sin vergüenza alguna, porque tenian la conciencia de su dignidad, la conciencia de que cumplian con un deber, y que lejos de ofender el pudor, lo realzaban con la manifestacion casta de una voluntad libre y virjinal.

IV.

Mercedes, sorprendida con lo que habia oido, no pudo dar crédito a las palabras, pareciéndole que no habia comprendido el significado, y preguntó a Luisa:

—¿Qué es lo que dices, hermana mia?

—Que estoi casada, casada segun los hombres, pero no

segun Dios. Mi esposo, mi verdadero esposo es el que acabo de elejir ahora, es el que acaban de darme tus padres y el mio; y Luisa designó al solitario.

—¡Casada! casada! ¿Y cómo? ¿Con quién, hermana mia? Es imposible, imposible... Te burlas de mí, ¿no es verdad?

—Desgraciadamente no, Mercedes; lo que te digo es cierto, es positivo: estoi casada con el jóven mas noble, mas elegante, mas espiritual, mas codiciado de todo Santiago. Y Luisa se sonrió, añadiendo: estoi casada con Guillermo de... que es el dije de nuestra sociedad.

—¡Con Guillermo de!... ¡Infeliz! ¿Tú casada con Guillermo de...? ¡Qué horror, qué maldad, qué crímen!... ¡Cómo es que aun vive ese mónstruo!...

Y Mercedes, al hacer esta esclamacion, se desmayó, desprendiéndose de sus brazos la criatura a quien poco antes acariciaba con delicia; pero el previsor anciano, que conoció lo que iba a suceder por la palidez de Mercedes, recibió a tiempo en las suyas aquel fruto de la desgracia a quien quizá perseguiria una fatalidad terrible, y tuvo lástima de él y lloró sobre él.

En ese momento golpearon a la puerta de calle y Enrique, Luisa y el solitario se ocultaron por precaucion y por consejo del sarjento que temió que fuese la policia que venia en perseguimiento de su hijo; pero no era otro que el médico que habia ido a buscar Santiago, cuando poco antes habian perdido el conocimiento Enrique y Mercedes a causa del proyectado suicidio del primero.

La visita del facultativo no podia llegar mas a tiempo, e inmediatamente que vió a Mercedes y que supo su estado, condenó la imprudencia que habia cometido, atribuyendo a ella el desmayo, y ordenando en consecuencia que la trasladaran a la cama, que la cubrieran de ropa y la hicieran traspirar, dejando una receta para que le dieran tres cucharadas en el término de tres horas, y que él volveria al dia siguiente.

Cuando se despidió el médico, se presentaron en el dormitorio de la enferma, Luisa, Enrique y el solitario que se sentó a la cabecera de la cama, tomándole inmediatamente el pulso y diciendo al mismo tiempo para tranquilizar a todos, que se habian alarmado con el accidente: "No hai cuidado; yo respondo de ella."

A la sorpresa que habia causado en Luisa la esclamacion de Mercedes, se sucedió la indignacion, porque la aristocrática jóven, la esposa del noble Guillermo habia comprendido el crímen, habia penetrado en aquel abismo de maldad que jamas habria supuesto, que jamas habria adivinado.

Aquella accion, aquel atentado contra una vírjen, aquella manera de llevar a cabo tan negro crímen, ¡qué de bajeza, qué de abyeccion, qué de villania, qué de infamia, qué de prostitucion, qué de inmundicia bajo todos aspectos no encerraba!...

¡Y luego tener la osadía este hombre de pretenderla a ella, de obligar a su madre a darle el consentimiento, de llevarla al altar y de hacerle recientemente promesas de amor! Esto era inconcebible y traspasaba todos los límites, iba mas allá de lo que todos van, habia llegado al ultraje, a la ignominia, a la infamia!...

—Esto no puede quedar asi, dijo Luisa dirijiéndose al coronel que tenia todavia al hijo de Mercedes en sus brazos; no puede quedar asi, es indispensable un castigo y un castigo ejemplar!... Este hombre ha sido la causa de todas las desgracias de esta familia y de todas las que yo he esperimentado. La familia de este hombre viene persiguiendo desde largo tiempo a nuestra familia y ha muerto a mi padre, ha muerto a mi tia ¡y quién sabe si hasta mi madre no ha sido indirectamente su víctima!... Yo habia perdonado; pero, ¿no hai un término para esta lei? ¿no puede llegar a convertirse ese perdon, que sin duda alguna es una virtud cuando no ha llegado a ciertos límites,

en debilidad villana cuando, como ahora, se deja impune el crímen?

—El perdon, hija mia, repuso el anciano con mansedumbre, no es nunca debilidad, sino que es grandeza; y el crímen jamas queda sin castigo.

—¡Pero señor!...

—El hombre de que tú hablas ha sido castigado ¿no es verdad, Enrique? Ha sido castigado por el hombre y todavia le espera el castigo de Dios ¡y quien sabe si no lo ha comenzado a sufrir, si no lo está sufriendo ya.

—Asi es, señor, contestó el jóven tristemente.

—Pero ¿por qué no nos lo habias escrito? ¡Cuántas desgracias de menos, cuánta felicidad de mas tendriamos ahora, pues yo no habria consentido jamas!...

—Yo escribí el hecho a mi maestro, Luisa, pero le oculté el nombre, y él aprobó mi accion.

—Como apruebo todo lo que es justo, todo lo que es magnánimo.

—Por otra parte, yo ignoraba y todos aquí ignorábamos, hasta hoi solamente que nos reveló Eloisa, que hubieses tenido o tuvieses relaciones con él.

—¡Qué encadenamiento fatal! Si este habrá sido tambien el resultado de una infernal combinacion!

La presuncion de Luisa era verdadera; pues, como sabemos, Guillermo intrigó al principio con el médico de doña Juana para que la indujera a salir al campo.

Luisa reflexionó un momento y luego dijo:

—Ya comprendo... El pintor Víctor se hacia el invisible para mí... y el mismo pintor Víctor obró de manera a ausentarnos para llevar a cabo su intento... esto es claro; pero esto prueba lo que jamas me habria imajinado... ¡Qué villania, Dios mio! ¡Qué maldad!... ¡Cómo hai sobre la tierra fieras tan inmundas, tan solapadas y tan crueles!... Pero en fin, ¿cuál es el castigo que has dado a ese malvado?

—Hace unas dos o tres horas, Luisa, contestó dulce y so-

lemnemente Enrique, que yo tenia la desesperacion en el alma a tal punto que casi llegué a maldecirte. Hace dos o tres horas que te escribia y que tenia preparada el arma con que habia pensado dar fin a mis dias... Pues bien, Luisa, en aquel supremo momento y en aquella suprema angustia, no me atreví, no quise ofender mas a ese hombre, que no solo me habia ofendido en mi hermana, sino que me habia arrebatado a mi supremo bien, y me callé por consideracion a él, por amor a tí; pues no quise darte esa afliccion a pesar que tú y él me daban la muerte. ¡Cómo pretender ahora que soi feliz, que te revele lo que te oculté cuando era desgraciado? Dispénsame, Luisa, perdona a ese hombre y déjalo en paz.

—¡Alma jenerosa, no me hagas morir de felicidad! Qué dicha, qué inmensa dicha es amar y ser amada asi!....

—De veras. El amor todo lo invade... el pecho rebosa de alegria... no hai lugar en él para otro sentimiento.

—Con que me habias maldecido! ¡Ah! No he leido todavia esa carta que me entregó tu hermana adoptiva diciéndome: "No hai tiempo que perder, marchemos." Pero voi a verla.

—Talvez convendria que no la leyeras.

—¿Por qué?

—Porque estaba talvez fuera de mí.

—No, yo quiero verla... quiero saber lo que me decias en ella, quiero vivir de tu vida, y si es posible, que no pase para mí desapercibido uno solo de tus pensamientos, una sola de tus emociones.

Y Luisa rompió el sello, principiando en silencio aquella lectura que de vez en cuando le hacia levantar su seno virjinal como ajitado por la tempestad; ¿y no lo son acaso las borrascas del corazon?

Cuando hubo terminado la carta, Luisa estendió su mano a Enrique, diciéndole:

—Estamos unidos para siempre, ya nadie podrá moralmente separarnos.

V.

En ese instante volvia Mercedes en sí, y la primera palabra que salió de su boca fué, como siempre lo es la palabra de la madre:

—¡Mi hijo! ¿Dónde está mi hijo?

—Aquí, contestó el solitario, presentándoselo.

—¡Pobre e infeliz criatura abandonada! sin padre y sin nombre... Ven...

Y la madre lo estrechó en su seno... En seguida continuó hablando consigo misma:

—¡Qué fatalidad va a pesar sobre este inocente! ¿Quién lo protejerá? ¿Quién?... ¿Qué va a ser de él en el mundo? El crímen de su padre lo perseguirá... ¡Cómo salvarlo! cómo!...

—Yo lo protejeré, yo lo salvaré...

—¡Usted, señor! ¿usted?... esclamó Mercedes volviendo su rostro lleno de una gratitud infinita hácia el solitario, que la contemplaba con la ternura de un padre amante.

—Sí, hija mia, yo, respondió el anciano de una manera decidida.

—¡Cómo! esto es completamente imposible!... Mi hijo no tiene nombre, no tiene padre, no tiene fortuna, no tiene nada, a no ser la huella pestilencial y epidémica del vicio.

—Pues bien, yo seré su padre y le daré mi nombre; le daré mi fortuna adquirida hace pocos dias, pero ganada hace muchos años; y borraré para siempre el surco trazado por el crímen.

—¡Pero, señor!

—Yo sé lo que digo, hija mia, y no creas que hago un servicio, sino que me honro a mí mismo, y no creas que obro de una manera desinteresada, sino que pago dos deudas: la que debo al abuelo de esta criatura, al padre de Guillermo por haberlo muerto en un desafio, y la que debo

al otro abuelo, al sarjento Lopez por haberme salvado de capilla: lo primero es una espiacion, o mas bien dicho, un deber; lo segundo es una recompensa, o mas bien dicho, una gratitud; pero en ambos casos me encuentro obligado a aceptar con gusto esa obligacion.

—¡Señor, señor! esclamó Domingo Lopez; no se puede aceptar tan gran sacrificio! No somos dignos de tanto honor!...

—Yo sé lo que digo, amigo mio; usted como antiguo militar debe obedecer la órden de su jefe y lo que éste mande se hará.

Y el viejo coronel se sonrió bondadosamente, agregando:

—Salvo que una voluntad superior lo impida; esta voluntad superior la reconozco únicamente en su hija.

—¡En mí! ¿Y por qué en mí, cuando depende de mis padres? ¿Y por qué en mí, cuando nada tengo, nada valgo, nada soi, sino una infeliz a quien despreciará el mundo? ¿Y por qué en mí, cuando lo único que poseo es mi hijo, que llevará consigo la ignominia y la ignorancia de la madre?

—Ya he dicho que yo acepto todo, que yo salvo todo, que yo respondo de todo, y que sabré colocar a la virtud en el lugar que le corresponde sin que sufra jamas la inocencia.

—¡Mi coronel!... Yo no se cómo manifestarle mi gratitud!...

Y Domingo Lopez, en compañia de su mujer, la honrada y buena Marta, trató de echarse a los piés del solitario; pero éste, recibiéndolos en sus brazos, les dijo:

—¿No acabais de bendecir la union de Enrique y de Luisa? ¿No acabais de dar vuestro consentimiento, de sancionar con vuestra voluntad un enlace del todo espiritual? Pues bien, haced otro en el mismo sentido: yo seré únicamente el padre putativo, el José de la Santa Vírjen, y adoptaré el hijo de Mercedes asi como el patriarca adoptó a Jesus. Y desde hoi, si Mercedes consiente, seré su esposo y su hijo llevará mi nombre...

La sorpresa de los espectadores fué grande. Todas aquellas personas tan íntimamente unidas, tan interesadas en su felicidad recíproca y tan llenas de tiernos afectos y de sagrados vínculos, quedaron admiradas y complacidas de la honorable proposicion hecha tan noblemente por el coronel don Toribio de Guzman.

Domingo, Marta, Luisa, Enrique, Eloisa, Santiago y Teresa, todos, movidos de un mismo impulso, corrieron donde el solitario, abrazando unos sus rodillas, besando otros sus manos y manifestándole cada uno a su manera su respeto su cariño, su admiracion.

Mercedes lloraba en silencio y la única manifestacion que hizo fué estender su afilada mano al coronel que, apoderándose de ella, la llevó respetuosamente a sus labios. El alma de Mercedes estaba llena de alegria, de gratitud, de amor, hasta el punto de creer que jamas habia esperimentado lo que en ese momento esperimentaba, porque sentia por el anciano un afecto puro, confiado, apacible, sereno y espiritual como el que se tiene por Dios, como el que profesamos a los padres...

El solitario, a su vez, se sentia satisfecho, gozaba como no habia gozado en su juventud, amaba como nunca habia amado en su vida, y le parecia que una nueva sávia, que una nueva sangre circulaba por sus venas y le daba nuevo aliento, nuevo ánimo, voluntad nueva, ní mas ni menos como si hubiese rejuvenecido, conservando, empero, la conciencia del sabio, la profundidad del filósofo, la esperiencia del hombre de mundo, el desprendimiento sublime del santo.

—Hijos mios, dijo el solitario, conservando siempre entre sus manos la mano de Mercedes y dirijiéndose a todos los que estaban presentes; Dios me reservaba todavia una dicha, por la que he trabajado, pero que no creia alcanzar. Al ofrecer mi mano y mi nombre a Mercedes, no hago un don, sino que recibo una recompensa: este ánjel es superior, mui superior a mí, y yo soi el favorecido en vez de ser el

favorecedor, como ustedes piensan, como ustedes lo creen. Si fuera yo capaz de sentir orgullo, seria ahora cuando lo tendria; pero esperimento una cosa superior, la satisfaccion interna, el goce de José al unirse a la Madre del Salvador. En consecuencia, amigos mios, no os engañeis; es ella la que hace la gracia, asi como fué Maria la que engrandeció al anciano patriarca, al pobre carpintero que ocupa un lugar tan distinguido en la santa epopeya del cristianismo y al que reverencia la humanidad hace ya diez y nueve siglos. Ya veis, pues, que la que merece vuestras consideraciones es ella; que es ella de donde me viene el favor; y que son sus padres los que me permiten tomarlo.

—¡Cáspita, mi coronel, que usted es capaz de hacer llorar al diablo! Y el viejo sarjento trataba de enjugar y de contener las lágrimas que salian a torrentes de sus ya taridos ojos. ¡Cáspita! prosiguió, ¡quién demonios me hubiera dicho que cuando lo sacaba yo de capilla, salvaba al marido de mi hija que nacia en ese mismo dia! ¡Quién me hubiera dicho que yo tendria la felicidad de unirme al noble y valiente coronel don Toribio de Guzman! ¡Dios mio! esto es demasiada felicidad, demasiada para tan poco tiempo y para tan poco mérito!

Y el veterano de la independencia, lloroso y risueño, abrazó a su mujer, diciéndole: "¿No es verdad lo que digo, mi querida Marta?"

—Sí, mi viejo amigo, es verdad, mucha verdad.

Luisa, a su turno, fué a sentarse en las rodillas del solitario, que permanecia al lado de la cama de Mercedes, y echándole los brazos a él y a ella, les dijo con alegria infantil: "Ya que ustedes han bendecido mi union, yo quiero bendecir la de ustedes."

—¡De veras! contestó el anciano con jocosa jovialidad; no puede haber en el mundo una sacerdotisa mejor.

—Luisa, dijo Mercedes al solitario, es la divinidad protectora de nuestro hogar, y por consiguiente, debe ser la

santa a quien rindamos nuestro culto y que lejitime nuestros espirituales lazos.

Eloisa, que hasta ese momento habia estado sin tomar aparentemente parte en aquellas escenas, pero tomándola en realidad, intervino del modo siguiente:

—Yo pido una sola súplica: la última.

—¿Qué es lo que quieres? dijeron todos a un mismo tiempo; ordena.

—No es una órden, sino un simple deseo.

—Dilo y será satisfecho, se apresuró a responder Enrique.

—Contando con tu palabra y la de todos ustedes, porque los unos a los otros se asemejan, propongo que el enlace de mi hermana Mercedes con el señor don Toribio de Guzman se efectúe mañana, pues asi tendria el gusto de presenciarlo.

—¡Tan luego! repuso Marta; y por otra parte es preciso tener ciertas consideraciones por el estado actual de Mercedes.

—No creo, señora, que esto último pueda ser un inconveniente, y en cuanto a lo primero, menos aun; pues si es verdad que es la primera vez que se ven, no es la primera vez que se conocen: el trato de los espíritus es mui superior al trato de las personas. Usted me dirá quizá qué por qué pretendo una cosa tan precipitada, y le contestaré: estoi en vísperas de emprender un largo viaje, señora, y antes de partir quiero darme esta satisfaccion.

La proposicion de Eloisa fué apoyada por todos, inclusa Mercedes, que accedió sin oponer ningun inconveniente.

—Ya que se me acuerda la súplica, deseo tambien ser la madrina, teniendo por compañero a Enrique. Esto es un poco de egoismo, pero discúlpenme, pues no volveré a verlos tan luego, y quiero en el momento procurarme todos los goces posibles.

—¿Pero dónde vas, hija querida? preguntó Marta; tú no puedes separarte de nosotras, no puedes ir a ninguna parte sin que te acompañemos.

—No dudo que me acompañarán, lo sé, contestó tristemente Eloisa; pero será mas tarde. Por el momento estoi obligada a partir sola, y usted sabe bien que no es la primera vez que lo hago y que nunca me he perdido.

—Pero ahora parece que es una ausencia mas larga.

—Para todas las cosas, señora, es imposible fijar el término. Mi ausencia puede ser de mas o menos tiempo; pero estoi segura que al fin nos reuniremos y continuaremos siendo felices.

—Esto es cuanto yo deseo, cuanto todos deseamos, hija mia.

—Ya que me han hecho este último favor, me encargo mañana mismo de practicar las dilijencias, pues soi la única que puede salir a la calle sin despertar sospechas, y ahora mas que nunca debemos estar en guardia, porque la libertad de Enrique peligra: sé que se hacen activas pesquisas para apoderarse de él, y seria conveniente que se ausentase cuanto antes del pais. Ya le he dado un salvo-conducto para que pueda embarcarse sin riesgo; pero es preciso que se valga luego de él, porque de otro modo el mismo papel que le abre ahora las puertas puede cerrárselas mañana, y en ese caso quedaria mas comprometido que antes...

Eloisa hacia interiormente alusion al ministro, y presumia que una vez que se considerase chasqueado, y no podia menos que pensarlo asi, pues no lo volveria a ver, el despecho lo empujaria a la venganza, tratando de perder a Enrique; y el temor de que llegara este caso era lo que deseaba evitar Eloisa y lo que la obligaba a hacer esa advertencia para que tomasen la urjente medida que proponia.

VI.

Ya estaba avanzada la noche y aun permanecia el coche a la puerta de calle, circunstancia que recordó Eloisa y de la que advirtió al solitario, temerosa siempre que esto

llamase la atencion del vecindario o de la policia y fuese un motivo para que descubriesen a Enrique.

—Tiene usted mucha razon, amiga mia, dijo Luisa, que se habia completamente olvidado del carruaje y para quien las horas habian volado con estraordinaria rapidez. Es preciso ordenar que se vaya a casa, añadió, porque estoi resuelta a pasar aquí lá noche, y ojalá pudiera pasar la vida entera; ¿no es verdad, señor? ¿no le gustaria a usted tambien? dijo Luisa al solitario.

—Vivir con las personas a quienes uno ama es la mejor y la mas natural existencia para el hombre, respondió el anciano.

—¿Aprueba usted entonces mi pensamiento?

—Ciertamente, hija mia.

—Es indispensable, dijeron todos.

—Pues bien, nos quedaremos; voi a dar las órdenes al cochero.

—Yo iré, Luisa.

Y el coronel se paró de su asiento.

—Necesito, señor, el coche al amanecer, porque quiero ir con Enrique al panteon. Hágame, pues, el favor de prevenírselo a Fermin, (el lector recordará que este era el nombre del cochero a quien se le desbocaron los caballos en la calle del Dieziocho) y que tome la llave de la sepultura que está en el cajoncito de mi velador.

El solitario dió la órden al buen Fermin, diciéndole que la señorita Luisa se quedaba aquella noche para cuidar a una persona enferma.

El cochero, que sabia cuan caritativa era Luisa, no se estrañó de semejante determinacion, y contestó al solitario:

—Cumpliré puntualmente con la órden de la señorita.

Eloisa, atenta a todo cuanto pasaba, hizo a Luisa la observacion siguiente:

—Enrique está activamente perseguido. Se han mandado requisitorias a todas las provincias, y la policia desplega

en Santiago todos sus medios de accion, todos sus elementos para capturarlo. ¿No será imprudencia salir públicamente en coche? A mí modo de ver, lo que debieran hacer era marcharse en el acto a Valparaiso embarcándose en el momento de llegar.

—Tiene usted mucha razon, contestó Luisa; y a pesar de la importancia que daba a esta escursion y de lo satisfactorio, de lo agradable que me hubiera sido, renuncio desde luego a ella.

—Pero yo no renuncio, dijo Enrique, aun cuando supiera que iba a ser tomado preso; porque no hai tormento alguno bastante grande que me intimide o que sea superior a la dicha que esperimentaré en estar un momento con Luisa en el sepulcro de sus padres, a quienes ella va a presentarme.

—No lo habia pensado. El temor de tu prision me habia hecho desistir, pero soi de tu mismo parecer; no podemos dejar de hacer esta romeria que servirá para lejitimar nuestra union.

—Lo uno y lo otro puede efectuarse, dijo el solitario interviniendo; y sin oponerme a la justa indicacion de Eloisa, pues yo tambien sé que se interesan mucho en tomar a Enrique, en lo que está empeñado el mismo presidente, segun me lo ha dicho; sin embargo, creo que seria mui peligroso que se pusiese en marcha de dia, porque la vijijancia se ejerce mejor; mientras que haciéndolo en la noche, habria mas probabilidades de evadirse, y de esta suerte podria tambien efectuar su visita al cementerio, donde no irá nadie a buscarlo.

—Lo que usted dice es lo mas razonable, señor, contestó Eloisa; pues asi todo se acomoda, asi podrá darse mi hermano Enrique muchas satisfacciones antes de su partida, satisfacciones que necesita ahora mas que nunca, puesto que estará privado de ellas por un tiempo que no puede fijarse, a la vez que escapará mas fácilmente, encargándome yo desde luego de procurarle los medios para la evasion, tra-

yéndole mañana en la noche un carruaje de un individuo sobre cuya discrecion puedo contar, saliendo garante de ella.

—Lo que tú hagas, Eloisa, será siempre bien hecho, dijo Marta; pues me basta solo saber que tú pones mano en alguna cosa para que yo asegure el buen éxito.

—¡Qué felicidad! repuso Mercedes, de pasar siquiera una noche juntos! de estar reunidos por algunas horas todos los que se aman!

—Hasta que llegue el momento de estarlo por meses, por años y talvez por toda una eternidad, replicó Luisa, yendo a acariciar a su amiga.

—Con permiso suyo, mi coronel, dijo el sarjento Lopez; pero es preciso que yo haga una advertencia.

—Desde ahora no soi su coronel, amigo mio, sino su compañero, su hermano, su padre, aun cuando vaya a contraer matrimonio con su hija; hecha esta observacion, diga usted su advertencia.

—Aun cuando usted quiera, señor, no puede dejar de ser mi coronel y siempre lo consideraré como tal. ¡Estaríamos frescos que yo fuera a perder ahora mis hábitos! Que a los cincuenta y tantos años olvidase mis obligaciones y mi consigna! ¡Que yo dejara de dar el título a mis jefes y de respetar su graduacion! Esto seria lo mismo que echar por tierra la lei de los militares, y yo estoi acostumbrado a respetar esa lei y quiero respetarla siempre... Con que asi, mi coronel, es preciso que usted aguante que yo lo nombre siempre mi coronel Guzman.

El solitario se rió de las ocurrencias de Domingo Lopez sin dejar de apreciar aquel corazon franco, leal, jeneroso y humano y al que no faltaba otra cosa que el barniz de la instruccion; pues poseia el buen juicio que vale mucho mas que ese oropel del hombre de sociedad y al que da tanta importancia ese ignorante vulgo que se denomina gran tono, nobleza, aristocracia, y cuyo principal mérito consiste en la

impertinencia estúpida, en la conversacion frívola, en la elegancia del muñeco que pone todo su orgullo en el traje, ya venga de la modista o del sastre, toda su ambicion en tener algunas blondas, algunos diamantes o algunas botas charoladas, segun sea el sexo de ese pobre e infatuado ser que no deja ni el menor rastro, ni la menor huella, ni el menor vestijio de su inútil y transitoria permanencia en el mundo, y que sin embargo, tiene la arrogancia de considerarse acreedor al respeto de los demas, porque lleva tal o cual nombre, porque viste de seda, porque tiene coches, porque usa libreas, sin comprender que a su vez él es la librea favorita de la ignorancia, de las preocupaciones, de la estupidez y de cuanto se ha inventado de impropio, de degradante y ridículo en las sociedades pasadas y modernas.

Estas reflexiones que se nos vienen a la pluma en los momentos de la improvisacion, nacen del conocimiento que tenemos de nuestra sociedad y particularmente de la sociedad santiaguina, cuyos defectos, dirémoslo asi, se irradian por toda la república; y si nosotros los anotamos, no es con la intencion de herir, sino con la de que se corrijan para el bien de ellos, para el bien de todos. Pero dado el caso de que en realidad se ofendan nuestros pisaverdes de ambos sexos, no por esto retiraremos nuestras palabras, pues preferimos un dolor o una incomodidad momentánea a un vicio crónico, a una corrupcion que venga con el tiempo a dejenerar en cáncer, esto es si el mal no es ya incurable y se necesita de una amputacion...

Pero dejando estas divagaciones que en no pocas veces nos han apartado de la narracion de nuestra historia, es indispensable que nos volvamos a concretar a ella para satisfacer la justa exijencia del lector; y asi diremos que el coronel don Toribio de Guzman preguntó al sarjento Domingo Lopez:

—¿Cuál es, amigo mio, la advertencia que usted queria hacer?

—Una mui sencilla: los acontecimientos de hoi nos han hecho olvidar completamente de la cena, y son ya como las dos de la mañana sin que nadie la haya reclamado. Parece que el amor quita a muchos el apetito; pero a mí me sucedia y me sucede lo contrario, ¿te acuerdas, Marta? Pero esta maldita vieja es capaz de decir que nó por ponerse a la moda; sin embargo, a mí me sucedia, como he dicho, que mientras mas enamorado estaba, mas comia; y ahora me parece que me vuelve el apetito de aquellos tiempos; ¡de aquellos tiempos en que la muchacha Marta me echaba sus guiñadas y me tenia su buena fuente de buñuelos pasados por chancaca para cautivarme! Pero yo no era tonto, porque mientras mas queria, mas comia, y mientras mas comia, mas queria; y ahora esperimento el mismo fenómeno, porque tengo un apetito de los grandes diablos que sin duda ha hecho nacer tanto amor y tanta tardanza de la merienda; con que así, hago la advertencia, o mejor, la proposicion de que se sirva la cena, esto es, salvo si mi coronel no ordena otra cosa, pues siempre el soldado debe obedecer al oficial, bajo mui duras penas, penas que yo jamas he sufrido porque he tenido el talento de ser sumiso y no seria ahora que iria a faltar a la ordenanza.

Este largo discurso del veterano produjo una hilaridad jeneral, porque todos aquellos corazones se sentian palpitar de felicidad, menos el de la pobre Eloisa que no podia vencer su tristeza, a pesar de ser en realidad dichosa; pues la lucha que estaba obligada a sostener consigo misma no le permitia aparecer contenta y satisfecha como los demas.

Durante la cena y entre los chistes y las ocurrencias graciosas del viejo soldado, se habló de la próxima partida de Enrique, manifestando en parte Eloisa el motivo que tenia para que se aprovechase cuanto antes el favor del ministro, favor que con un poco de tardanza debia convertirse en persecucion y en odio, lo cual era, bajo todo aspecto, indispen-

sable evitar, porque en ello consistia la salvacion de Enrique.

—Ya que usted se encarga de todo, señorita, dijo el solitario a Eloisa y que ha manifestado el deseo de ser nuestra madrina, me permitiré suplicar a usted que vaya al monasterio de... y preguntando por el capellan, le diga en mi nombre de venir, dándole la calle y el número de la casa, si no se acompaña con usted.

—Esto último seria lo mejor.

—Es mas que probable que lo haga.

—¿Y a qué hora le parece a usted mas conveniente?

—Cuando Luisa y Enrique estén de vuelta del panteon

—Lo que será a las nueve o diez del dia.

—Fijemos la última hora.

—¿Y en la noche partirá mi hermano, señor?

—Infaliblemente.

—Pocas horas va a tener de felicidad, ¡cómo pudiera prolongárselas!

—Gracias por tu deseos, hermana mia, pero en este poco tiempo he vivido siglos y se ha apoderado de mí tal delicia, tal seguridad, tal confianza, que parto sin hacerme la menor violencia, parto contento, porque parto satisfecho.

—Otro tanto me sucede a mí, querido Enrique, dijo Luisa, pues veo sin dolor y sin temor tu partida.

—Casi podria decirse con satisfaccion, agregó Mercedes, para dejar de estar sobresaltados y llenos de temores.

—¿Y a qué punto piensas dirijirte de preferencia? preguntó el coronel.

—Me iré al Perú, señor, ¿qué le parece? Es el punto mas cercano que tenemos, y tan luego como haya amnistia para los reos políticos, estaré de vuelta.

—Si tomas en consideracion las distancias, seria en ese caso preferible la República Arjentina, de la que estamos a un paso; pero yo creo que seria mejor no ir a ninguno de estos dos paises.

—¿Por qué, señor?

—Porque nada hai en ellos de nuevo que poder aprender, pues son poco mas o menos nuestras mismas costumbres, nuestras mismas preocupaciones y hasta nuestro mismo idioma.

—Eso seria una facilidad en vez de un inconveniente.

—No, amigo mio, ya que estás obligado a viajar, es preciso aprender, y para aprender no se va a lo conocido que se sabe, sino a lo desconocido que se ignora.

—¿Y bien, señor?

—Yo te aconsejaria de ir a Estados Unidos o a Europa, dando la preferencia al primero, porque allí se aprende a ser libre, y la libertad es la primera condicion para la felicidad del hombre, el primer bien para la prosperidad de las naciones; y nada mas que el ejemplo de ese gran pueblo echará en tierra las coronas y las aristocracias europeas, rejenerando al mundo: de consiguiente, allí entrarias en una escuela práctica de la que sacarias un gran provecho, ya sea comparando las costumbres para adoptar las buenas y desechar las malas, ya para tener algunas nociones de las mil industrias que allí existen y que han colocado a esa nacion a la cabeza de todas, no solo por su réjimen gubernativo, sino por sus invenciones nuevas y su produccion variada e inmensa, y aun cuando no fuera mas que por aprender el ingles que ha llegado a ser el idioma mas indispensable de los tiempos modernos a causa de la gran preponderancia que han adquirido esas naciones por sus riquezas, acumuladas a fuerza de intelijencia y de trabajo.

—Pero hai tanta distancia, señor, de aquí a Estados Unidos o a Europa, contestó Enrique con cierto embarazo.

—Te comprendo.

—Tienes razon, Enrique, interrumpió Luisa, porque es preferible a todo el estar cerca de los que se aman.

—Convengo en ello, Luisa, pero la vida del hombre es múltiple y su destino mas vasto; y para asegurar ese mismo

amor es indispensable el trabajo, la produccion constante, la variedad, porque la pasion mas viva se estinguiria si no pensáramos mas que en ella; pero hai un medio de armonizarlo todo y que, sin alejar mucho de nosotros a Enrique, adquiera éste la esperiencia que necesita y los conocimientos que le faltan.

—Cuál es ese medio?

—Que en lugar de ir a los Estados Unidos o a Europa, vaya a California, donde existe el mismo progreso, la misma actividad, el mismo réjimen que en los otros estados de la gran confederacion, y la distancia es menor, teniendo la facilidad de regresar en mui pocos dias, cuando él quiera, cuando se le llame, porque es preciso saber aprovechar, saber sacar partido en beneficio propio y en beneficio de los demas, de todo cuanto se presenta.

—Convenido, señor.

—Pero debo hacerte aun una pequeña advertencia, tal vez inútil para tí, porque te conozco y porque amas, y el amor es el mejor preservativo contra los malos ejemplos y contra las malas costumbres y el mejor estímulo para adquirir lo realmente provechoso; pero esta advertencia quizá puede redundar en provecho de algunos y por eso creo indispensable ponerla. He hecho, amigo mio, una observacion, la que, salvo pocas escepciones, nunca me ha fallado; y ésta consiste en que la jeneralidad de los individuos que han ido a educarse a Europa o a viajar por ella, han vuelto mas estúpidos de lo que salieron de aquí, porque han traido frivolidad en lugar de instruccion, pretensiones en lugar de ciencia, ridiculeces en lugar de esperiencia, guantes y corbatas en lugar de instrumentos y de industria, pues solo se han ocupado de paseos, de bailes, de teatros y de liviandades, sin adquirir otros conocimientos que los de las modas, ni otra ocupacion que cambiar de traje cuatro o seis veces al dia: primero la *robe de chambre*; segundo, el traje para almorzar, un tanto de confianza o *negligé:* tercero, el

vestido para salir *dans la rue;* cuarto, *l'habillement indispensable pour aller au bois;* quinto, *pour diner ou s'asseoir à table;* sesto, *l'habit d'etiquette* (el frac) *pour l'opéra;* y séptimo, la *longue chemise et le bonnet de nuit...* Y en seguida llegan a Santiago afrancesando el español, diciendo a cada paso, *mon cher, mon ami, ma biche,* cuando hablan con una niña viva y esbelta, y despues añaden *c'est insupportable; on ne peut pas vivre ici; c'est un pays de sauvages;* y mas tarde para recomendarse ante las bellas, dicen: *j'avais ma loge au Théatre Français, aux Italiens; j'vais mon coupé, mon cheval de course, mes appartements dans le boulevard....* Y entre los jóvenes hacen estas otras confidencias, con una modestia inimitable: *j'avais des maîtresses, et des bien jolies..* Caramba!... *mais j'ai depensé enormement d'argent..* no importa, *c'est a Paris qu'on peut vivre seulement;* y con esta charla estúpida se creen grandes hombres; y lo que es peor, pues nada importaria que ellos se lo figurasen, es que los demas los aceptan como tales, y los bobos esclaman: "¡ha estado en Europa!" como quien dice: "basta, éste debe saberlo todo," y lo acatan, y lo imitan, y llevan la exajeracion hasta afrancesarse mas que él, es decir, hasta caer en el ridículo.

Asi es como le sucede a la gran mayoria de nuestros paisanos que van a Europa; pero esta nó es la manera de viajar, sino la manera de corromperse; esto no quiere decir que no se pueda aprender mucho, admirar mucho, distraerse mucho en sociedades mas avanzadas que las nuestras, pero es mui distinto el camino que se debe seguir para sacar un verdadero provecho para sí y para su pais; y tú, espero que lo consigas. Estudia las instituciones y compáralas, examina las costumbres, investiga los hábitos, analiza las diferencias, trata de buscar el modo mejor de identificarlas, ve el progreso en sus diferentes ramos, empéñate en darte cuenta de lo que mas conviene, reflexiona y estudia cuanto se te presente y no dejes de almacenar en la mente cuanto cono-

cimiento esté a tu alcance; pero sobre todo, fíjate en el complicado aunque sencillo mecanismo de la produccion, porque es el trabajo el único que satisfaciendo las necesidades de los individuos, los enriquece e ilustra, y asi es como se ilustran y enriquecen las naciones.

Parecerá impropia esta leccion en medio de aquellas escenas de amor, pero el solitario sabia interesar a su auditorio encaminándolo al punto a que él queria llevarlo. Y Enrique habia escuchado mui atentamente aquellos consejos que podian servirle en el futuro y hacerlo aparecer mas meritorio a los ojos de Luisa, que tambien habia oido con interes la manera de pensar del coronel, porque el cariño verdadero comprende inmediatamente todo cuanto puede serle útil fomentándolo por el hecho solo de procurar los medios para conservarlo siempre.

En estas y otras conversaciones, a cuál mas agradable, se pasó aquella noche feliz y espantosa al principio, que debia hacer época en la existencia de aquellos seres tan amenazados por la desgracia momentos antes y tan dichosos a esa hora en que se oyó el ruido del coche que se paraba en la puerta de calle, advirtiendo a todos que alumbraba ya la luz del nuevo dia.

VII.

—Ya es tiempo, mi querido Enrique, dijo Luisa, que hagamos nuestra romeria. Trata de disfrazarte lo mas posible para que no te conozcan, que en cuanto a la discrecion de Fermin, yo respondo de ella; pues ni aun siquiera te mirará, porque sabe por esperiencia que su ama es incapaz de cometer una accion impropia.

Esta libertad, libertad sin ejemplo para una señorita santiaguina, habria sido mas que suficiente para perderla en la opinion, y no se habria atrevido jamas a tomársela; pero Luisa superior en todo a las preocupaciones, y mui dueña de sí misma por dignidad y por raciocinio, sabia distinguir

la diferencia que existe entre la gazmoñeria y la virtud, entre la desvergüenza y el abandono sencillo, casto y elevado, no ocurriéndosele ni aun siquiera la idea de impropiedad por ir sola con Enrique a visitar el sepulcro de sus padres.

Antes de partir, dijo a Eloisa con su voz dulce, persuasiva y benévola, que, al dar una órden, encantaba.

—Hazme el favor, amiga mia, ya que estás obligada a hacer algunas escursiones, de ir a casa y entregar a mi ama de leche doña Ceferina Carrasco este papel que la tranquilizará de mi ausencia, aun cuando no puede tener mucho cuidado, porque sabe que estoi en compañia de mi maestro; pero desearia que se encontrara con nosotros: ella es para mí mi segunda madre, y lejos de tener secretos para ella, me gusta que sea testigo de todas mis acciones.

—Cumpliré su encargo, señorita, con la mejor voluntad.

—Y usted se hará amiga de ella, como lo es ya mia ¿no es verdad, Eloisa?

—¡Amiga! amiga! No me es dado, señorita, tener tanta dicha!... Y la abnegada niña se cubrió el rostro con ambas manos.

—¿Por qué, Eloisa? ¿Por qué? Es verdad que hace un dia que la conozco; ¿pero no suple al tiempo la virtud? Los servicios ¿no nos aproximan los unos a los otros y salvan las distancias? Eloisa, yo le he ofrecido a usted mi amistad, y me creo bastante digna para no ser por nadie rechazada.

Esta manera de espresarse no provenia de orgullo, sino de esa conciencia del ser superior, cuya franqueza humilde y altiva se estima a sí misma y se valora con justicia, sin llegar nunca al márjen de la vanidosa presuncion.

—¡Rechazada! rechazada, Dios mio! no, señorita; soi yo la que carezco de los méritos que se necesitan para establecer tan íntimas relaciones.

—Mi hermana miente, interrumpió Enrique, porque yo estoi al cabo de lo que es, de lo que ha hecho y de lo que es capaz de hacer.

—Por favor, Enrique, por favor, señorita, no hablemos mas, porque temeria... Y aun no ha llegado el tiempo, pero llegará pronto, y entonces sabrá si tengo o no razon. Ahora, por el momento, no perdamos tan preciosos instantes: ustedes tienen que hacer su santa peregrinacion, y yo varias cosas de la mayor urjencia, sin contar las mias que tambien tienen su interes relativo.

—Esto no me impedirá de darle a usted la mano y de decirle: "hasta la vuelta."

—Hasta la vuelta, señorita, y todos los asuntos estarán allanados: ¡que todos sean felices!

—Gracias, contestó Luisa.

Pero Enrique miró a Eloisa creyendo reconocer en la entonacion de aquella voz un sufrimiento oculto; sin embargo, Eloisa le sonrió con amabilidad, disipando asi el triste pensamiento que podia habérsele ocurrido.

Luisa y Enrique abrazaron a todos y subieron al coche.

Llegados al panteon, donde Luisa era mui conocida, pues iba con mucha frecuencia a aquel lugar de olvido y de recuerdos, salió a recibirla, como de costumbre, el capellan, a quièn solia dar algunas limosnas, estrañándose de encontrarla acompañada de un jóven; pero como bastaba ver a Luisa para desterrar toda sospecha, se figuró que seria algun hermano o algun pariente inmediato.

Mas adelante le salió al encuentro uno de los panteoneros que estaba a cargo de las plantas del pequeño jardin que rodeaba al mausoleo, siendo ambas cosas cuidadas con el mayor esmero, porque desde muchos años atras doña Juana habia pagado puntualmente una pequeña mesada para que el recinto donde descansaba su Eduardo estuviese siempre arreglado y no en ese triste abandono en que por lo jeneral están la gran mayoria de los sepulcros, teniendo ademas la obligacion el panteonero de llevarle semanalmente una maceta de flores de aquel jardin, y estos eran los únicos que doña Juana ponia en su dormitorio, pensando talvez que

en ellas vendria una pequeña partícula de la esencia de su querido esposo o que por lo menos nacian en el recinto que él habitaba.

Por una de esas ideas o caprichos que sin darnos cuenta de su oríjen se nos ocurren, Luisa, desde la muerte de su madre, habia hecho poner en el sepulcro, medio a medio de las dos urnas funerarias que contenian los despojos mortales de sus padres, una hermosa lámpara de plata que ardia constantemente, porque tenia el hombre que estaba al cuidado del mausoleo el encargo especial de que nunca les faltara combustible; asi es que a cualquiera hora del dia o de la noche se encontraba alumbrado aquel sepulcro.

Luisa, al llegar al mausoleo, sacó la llave que le habia entregado Fermin y abrió la puerta, tomando de la mano a Enrique y bajando con él las gradas de la bóveda.

Hai pocas cosas mas imponentes que la mansion de los muertos y encontrarse bajo de tierra al lado de un féretro; asi es que Enrique, aunque naturalmente valiente, sintió una conmocion que, apercibiéndola Luisa, le dijo:

—No temas nada, mi querido Enrique, estamos en la mansion de nuestros padres y en presencia de ellos, y yo sé que nos aman y que nos miran favorablemente desde el cielo.

—No me sobrecoje el temor, sino el respeto.

—El respeto es un sentimiento digno y que ellos lo merecen. Arrodillémonos para orar por ellos e invocarlos, para que vengan sus espíritus a animar sus cuerpos, bendiciendo nuestra union desde su lecho mortuorio.

Aquel cuadro era conmovedor, solemne, interesante. La lámpara daba una luz rojiza y un tanto opaca para los ojos que en ese momento acababan de ser heridos por los rayos del sol. El sepulcro parecia prolongarse y aparecia a la vista mas grande que lo que en realidad era, a causa de las sombras que se proyectaban. Dos grandes y lujosas urnas estaban colocadas sobre una especie de pedestal y como sus-

pendidas. En cada una distinguíase un nombre y una fecha, y encima de este nombre y de esta fecha habia una cruz de oro como incrustada en la urna. El nombre y el apellido era el que habian tenido en vida aquellos inanimados restos que al lado el uno y el otro estaban en tranquila posesion de esa triste morada. La lámpara ardia medio a medio de ambos féretros y dejaba distinguir fácilmente aquellas dos sencillas inscripciones que nada decian para la jeneralidad que las hubiera visto, pero que significaban mucho para Luisa, porque una fecha es de una importancia inmensa para el que conoce los acontecimientos, pues ese solo signo trae a la mente innumerables recuerdos y nos hace sufrir o gozar segun sean los hechos con que se relaciona. Enrique y Luisa, prosternados ante los dos féretros, estaban silenciosos pero asidos de las manos. Al cabo de algunos minutos pasados en esta especie de oracion, Luisa dijo a Enrique: "Voi a descubrir a mis padres: me gusta siempre ver esas fisonomias serenas y casi risueñas; ver a estos dos seres que tanto se amaron y que tanto me amaban."

Y tocando un resorte, se levantó la cubierta y quedaron a la vista los dos cadáveres intactos, porque habian sido embalsamados con esmero. Luisa besó en la frente al uno y al otro, y luego dijo a Enrique: "Bésalos tú tambien."

El jóven se quedó perplejo: aquellos dos cuerpos le infundian un relijioso respeto, y se detuvo.

—Bésalos, repitió Luisa; ellos lo quieren y yo lo ordeno y lo quiero tambien.

Enrique obedeció.

—Ahora bésame a mí en presencia de mis padres, que desde este momento son tambien los tuyos.

Y los labios y los brazos de ambos jóvenes se unieron...

En ese instante sintióse un ruido lijero, una especie de suave murmullo: eran dos inocentes palomitas de esas que atrae la luz y que revoloteaban al rededor de la lámpara.

—Mira, Enrique, dijo Luisa, permaneciendo aun abraza-

dos: esas dos palomitas somos nosotros, y la lámpara simboliza nuestro amor... Mis padres aprueban nuestro matrimonio. Ellos han enviado estos dos emisarios para significárnoslo: estamos desde hoi ligados para siempre. Yo te pertenezco y tú me perteneces: somos esposos...

—¡Luisa! Luisa! ¡qué felicidad. ¿Eres mia de veras?

—¿Puedes dudarlo aun?

—¡Es que no comprendo, que no cabe en mí tanta dicha! Dímelo, repítemelo nuevamente!...

—Soi tuya, y tuya para siempre...

El resorte volvió a jugar y la tapa de los dos ataudes cayó sin ruido cubriendo a los muertos.

Enrique quiso besar y abrazar una segunda vez a Luisa, pero ésta retirándolo suavemente, le dijo:

—Basta: te he besado delante de tus padres y delante de los mios; pero nunca sucederá a espaldas de ellos... Las urnas están cerradas y lo mismo permanecerán mis labios. Soi tuya, he hecho el juramento de serlo, y no habrá poder humano que me haga faltar a él. Puedes tener la seguridad absoluta que te pertenezco de corazon, que te amo y que solo vivo por tí y viviré para tí; pero tengo que respetar a mis padres, tengo que respetarme a mí misma para ser digna de ellos y digna de tí; de consiguiente, ten entendido que nunca iré mas allá... porque estoi en el deber de conservar puro e intacto mi honor de mujer y mi honor de esposa, aun cuando lo sea de un malvado. El vínculo relijioso y social que me liga me impone deberes que, en mi concepto, no se deben quebrantar y que no quebrantaré nunca. Tú eres dueño absoluto de toda mi alma y lo serás mientras yo viva y talvez mas allá de mi vida... Soi tu esposa ante Dios y ante mis padres, ¿no es esto lo bastante? ¿No quedas con esto satisfecho?

—Sí, satisfecho, mas que satisfecho, mi adorada Luisa, porque he alcanzado lo que jamas esperaba alcanzar; porque comprendo ese idealismo de virtud y me satisface tanto

cuanto me agrada, porque admiro y reverencio la espiritualidad de tus afectos, porque no eres mujer sino que eres ánjel, y un ánjel debe estar siempre puro.

—Lo que me has dicho, lo esperaba, Enrique, porque sé que me amas como yo te amo, y por la misma razon nos comprendemos, identificándose nuestras ideas y nuestros actos. Si no hubieras sido noble de corazon, que es la sola nobleza real y positiva, no te habria preferido, no te habria amado... Ahora, Enrique, partamos, porque nos esperan; y dentro de algunas horas tendrás que partir tú mismo, pero esta ausencia no me asusta ni me intimida.

Los grandes afectos, puede decirse, que son casi inmutables, no participan de temores, no temen la inconstancia; tienen una confianza absoluta en sí mismos y llegan a sublimarse tanto que participan de la inalterable esencia de Dios...

Y a este estado habian llegado estos dos jóvenes y virtuosos amantes.

VIII.

Los semblantes de Luisa y de Enrique estaban radiantes de alegria cuando volvieron a la calle de Breton, dejándose ver la satisfaccion interior de aquellas dos almas por el aspecto de sus animadas facciones.

Al momento de bajar del coche y golpear la puerta, salieron todos los habitantes de aquella modesta casa a recibir a la feliz pareja. ¡Aquel matrimonio por el espíritu, aquellos novios que acababan de desposarse en un sepulcro dándose por único juramento de fidelidad un solo beso en presencia de dos cadáveres, aquellos dos seres hermosos por el cuerpo y por el alma y mas vírjenes que hermosos, no podian menos que infundir cariño, admiracion y respeto, hasta el punto que a pesar de saber que les faltaba la sancion relijiosa, la bendicion del sacerdote, todos los consideraban como lejítimamente unidos, y ellos mas que nadie tenian la

conciencia y la conviccion del vínculo indisoluble que habian contraido y que se proponian conservar siempre guardándose el uno para el otro! Y en efecto, ¿qué matrimonio puede darse mas casto, mas conforme a las leyes de Dios y a las leyes de la naturaleza y por consiguiente mas lejítimos que aquel?

Cuando llegaron del panteon Luisa y Enrique, ya habia vuelto Eloisa de sus dilijencias, encontrándose allí el anciano sacerdote y Ceferina que en union de los demas fueron a recibirlos.

—Ama mia, dijo Luisa a Ceferina con encantadora gracia; aquí tiene usted a mi verdadero esposo que no la echará de su casa.

—¿Qué es lo que dices?

—Nos hemos casado y nuestros padres nos han bendecido... venimos del panteon.

—¡Casado!

—Y para siempre, querida ama mia.

—Pero hija, esto no puede ser, don Guillermo todavia no ha muerto...

—Para mí es como si no existiera; pero no se asuste usted: nuestro matrimonio es el mas lejítimo y el mas santo de los matrimonios, porque es el matrimonio de la voluntad, el matrimonio del espíritu que nada tiene que ver con el cuerpo, y que no lo gobierna otras leyes que las de esa misma voluntad.

—Hija mia, perdóname, pero aun insisto: no sé lo que dices.

—Ya se vé: usted no mira otra cosa que la bendicion del sacerdote; sin esto, nada encuentra usted de lejítimo; pero es preciso que usted sepa que hai una bendicion superior: la bendicion de Dios... ¿no es verdad, padre mio?

Y Luisa se dirijió al anciano capellan del monasterio de su tia, a quien habia hecho llamar el solitario.

—Es verdad, hija mia, contestó el digno director de Sor

Nicolasa, que nada hai en este mundo ni en ningun otro, de mas grande que la bendicion del Señor; ¿pero cómo interpretarla? ¿cómo conocer su manifestacion? ¿cómo estar seguro de ella?

—Por el contento del alma.

—Tienes razon. Es verdad que el contento del alma es la mejor guia; ¿pero cuántas veces nuestras pasiones no nos engañan, haciéndonos considerar como provechoso lo que en realidad no lo es?

—En lo que usted me dice, señor, hai tambien mucho de cierto, pero no es aplicable al caso presente; y usted que conocia la conciencia de sor Ursula, que sabe indudablemente muchos de los incidentes de la vida de mi infortunada tia, puede hablar con mi maestro que se encuentra presente, y cuya aprobacion tengo, confiando mucho en ella, y él le dirá si mi union es o no lejítima, para que usted en seguida me condene o absuelva y quite o confirme los escrúpulos de mi segunda madre; inter tanto, yo uso de los privilejios de mi voluntad, y voi con mi esposo y en compañia de mis nuevos padres a ver a mi querida hermana que por su enfermedad no puede estar aquí con nosotros.

Y tomando de la mano a Enrique y a Eloisa, se dirijieron al dormitorio de Mercedes, siguiéndolos Domingo Lopez, Marta, Ceferina, Santiago y Teresa, a todos los que, esceptuados Marta y Ceferina, les importaba bien poco que dijera el sacerdote cuanto quisiera, porque en su opinion Enrique y Luisa estaban lejítimamente casados. Tal es el triunfo que alcanza la virtud y obtiene el mérito.

Bastante larga fué la conversacion de los dos ancianos, pero al fin aparecieron con sus caras risueñas; era, pues, indudable que ambos se encontraban satisfechos; ¿pero quién habia vencido? Esto era lo que iba a revelarse.

Al entrar el sacerdote, miró fijamente a Mercedes; sin duda se habian ocupado mucho de ella; en seguida contempló a la aristocrática Luisa y al proletario Enrique, y una

muestra visible de satisfaccion se notó en el semblante venerable del sacerdote.

Despues de una pausa, dijo el ministro del altar:

—Estoi satisfecho, hijos mios. Las esplicaciones que me ha hecho mi amigo el coronel don Toribio de Guzman, me prueban que la union de ustedes si no es lejítima ante los hombres, debe serlo ante Dios; sin embargo, aprobándola yo como particular, no puedo sancionarla como sacerdote, porque la iglesia tiene sus reglas que no nos es dado a nosotros quebrantar y que no lo podríamos, aun cuando lo quisiéramos; pero la manera como ustedes se han ligado es buena, no se opone a ninguna de las leyes divinas y humanas y están en su derecho al seguirla, porque no ofende a nadie, porque se respeta el buen nombre de una familia ilustre por las virtudes de sus antepasados, porque ha libertado del crímen involuntario, direlo asi, a un jóven honrado, intelijente, bueno, y que ha sido y es el sosten y la alegria de sus padres, porque es la justa recompensa que Dios concede a la hija obediente, porque es la satisfaccion de un amor puro, casto, ideal, como hai bien pocos en el mundo y porque el consentimiento dado y el matrimonio sancionado tiempo antes por la bendicion del sacerdote, es de todo punto inmoral, falso y contrario a la naturaleza; pues ese consentimiento ha sido el resultado del engaño, esa bendicion proviene del engaño y todos crímenes cometidos por una parte, e ignorados por la otra, son un doble engaño, y mas que un engaño, otro grandísimo crímen que debe agregarse a los anteriores y que hace imposible bajo todo punto ese enlace; y tan lo hace imposible, que si llegara a realizarse por alguna circunstancia, seria este el mayor de todos los crímenes; pero si esto es verdad, hai que considerar que no se disuelve relijiosa y socialmente ese vínculo, sin establecer una ruidosa demanda, sin dar a luz acontecimientos que quieren olvidarse y a cuya consideracion se han sacrificado muchos intereses de distinto jénero, y que ya que es

imposible dar este paso; se hace por consiguiente indispensable respetar, social, civil y relijiosamente, la union contraida y las obligaciones que le son inherentes, salvo lo que se denomina el *débito* que, en mi concepto, es una prostitucion inmunda.

—Este es nuestro propósito y lo llevaremos a cabo.

—Pues hijos mios, sois unos ánjeles y Dios os dará su recompensa aquí en la tierra y allá en los cielos.

—¿Podemos creernos entonces lejítimamente unidos?

—No hai ni pueden haber leyes contra la voluntad, que es lo que constituye la libertad individual, la personalidad humana, esceptuando el caso de hacer mal a otro; y aun mirada la cuestion bajo este punto de vista, todavia le queda el derecho al individuo de preferirse a sí mismo, a no ser que tenga la abnegacion de un santo; y no faltan ocasiones en que esa abnegacion es perjudicial, sin que por esto obre mal el individuo, porque la imprudencia o el error, cuando es involuntario, no establece delito alguno, y aquel adajio antiguo que dice: *Quien ignorantemente peca, ignorantemente se condena*, es un absurdo ridículo.

Me he espresado conforme a mis opiniones, prosiguió el sacerdote, y he tenido la satisfaccion de ver lo que no habia visto en mi vida: un matrimonio espiritual.

—Todavia verá usted otro en el mismo sentido y bajo las mismas condiciones, dijo el coronel, añadiendo: hé aquí mi esposa.

Y se colocó al lado de Mercedes, que lo miró de una manera afectuosa, dulce y suplicante, como se mira a un santo a quien se ruega y de quien se espera.

—Hija mia, yo no puedo darte los deliciosos trasportes del amor, dijo el solitario, porque nuestras edades son distintas y la naturaleza tiene leyes invariables que ningun poder humano puede quebrantar; lo único, pues, que te ofrezco es la proteccion de un padre bajo el título de esposo, y lo único tambien a que te es dado aspirar por ahora

es la tranquilidad de tu espíritu, asegurando el porvenir de tu hijo; pero no dudo un solo momento que conseguirás al fin la felicidad, porque yo no soi la suficiente recompensa para tus virtudes, ni el suficiente galardon debido a tus méritos, sino únicamente un instrumento puesto por la Providencia para que mas tarde obtengas el verdadero premio, la dicha que te aguarda, a la que eres acreedora y que ella indudablemente te prepara... Yo no puedo vivir mucho, hija mia, y presiento el término de mi carrera por lo poco que me queda que hacer, porque ya no puedo ser útil, porque mi mision está casi concluida.

—Señor, lo último que usted acaba de decir, seria mi mayor desgracia, porque en cuanto a lo primero, es la recompensa mas grande que Dios pudiera acordarme, pues ya me siento feliz y sé que lo seré toda mi vida a su lado.

—Y al lado de Luisa, hija mia.

—¡Verdad! verdad! ¡al lado de mi Luisa! ¡qué dicha!

—Y para no separarnos jamas, repuso alegremente la encantadora jóven, que permanecia siempre tomada de la mano con Enrique.

—Veo que todos sereis felices, dijo el sacerdote como inspirado, y de hoi en adelante la paz del Señor será con vosotros.

En seguida hizo que se dieran la mano el coronel don Toribio de Guzman y Mercedes Lopez, echándoles la bendicion en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.......................................

El regocijo que todos esperimentaron en ese momento se trasmitió hasta Eloisa, que bañada en lágrimas, pero en esas lágrimas deliciosas que muchas veces nos hace verter la felicidad, abrazó a Mercedes con un placer y una ternura indecibles, y le dijo:

—No sé cuál de todos aquí es el mas dichoso, pero en cuanto a mí el peso de la alegria casi me sosfoca, casi me ahoga! Cuán feliz seria yo si muriera en este momento!

—No hables así, Eloisa, ¿por qué desear la muerte cuando el alma está satisfecha? Y si te encuentras tan gozosa al ver el resultado del beneficio que nos han hecho, porque despues de Dios, todo o casi todo te lo debemos a tí, ¿por qué dudar de lo mismo que ya se esperimenta y no suponer que la alegria será mayor andando el tiempo? Tú has sembrado ya y solo te resta recojer la cosecha; has hecho el trabajo, es preciso gozar del fruto: despues de la batalla está el triunfo.

—Mercedes, ya he recojido la cosecha, ya he gozado del fruto, ya he conseguido la victoria y esto es lo que me produce el goce actual resultado de mis buenas acciones; réstame ahora espiar las malas...

—¡Las malas! Pero eso es imposible, Eloisa. Una persona de tus sentimientos y que practica la virtud de la manera que tú lo haces, no puede delinquir, no puede haber delinquido.

—Te equivocas, amiga mia, tú no conoces mi vida... mas tarde la conocerás... ahora no es el momento a propósito... gocemos este dia.

Y Eloisa se separó de Mercedes para ir a felicitar a Enrique y a Luisa, asi como al solitario y a los demas miembros de la familia, sin escluir a Santiago y Teresa que eran mas antiguos conocidos de la casa que ella, aun cuando era indudable que ella ocupaba un lugar preferente.

Despues, dirijiéndose al sacerdote, le dijo en voz baja:

—¿Podré contar con los ausilios de usted en un momento dado?

—Siempre y en todos, hija mia, respondió el viejo ministro del altar, mirando con curiosidad a aquella jóven que en circunstancias como estas le hacia una pregunta que denotaba una gran tristeza y un funesto presajio.

Nada turbó, empero, la alegria de todos en aquel dichoso dia cuyas horas corrieron con una velocidad estraordinaria, hasta que llegada la noche, el ruido de un carruaje que se

paraba a la puerta los hizo estremecer. Era el coche que debia conducir a Enrique a Valparaiso.

La despedida no fué tan triste como era de esperarlo, porque todos contaban con la seguridad de volverse a ver pronto y libres ya de toda zozobra.

Solo Eloisa al dar su último abrazo a Enrique, le dijo:

—Dios quiera que seas el mas feliz de los hombres... ya no te veré mas, no olvides a tu Eloisa... Adios para siempre...

Al mismo tiempo que los caballos partian al trote largo llevándose a Enrique, Eloisa silenciosa y mústia se deslizaba como una sombra por la calle de Breton, alejándose con paso precipitado de aquella casa donde estaba su única familia, las solas personas a quienes habia amado sinceramente en el mundo y las únicas que la habian hecho sufrir y gozar, pero a las que debia la conformidad, la tranquilidad de su conciencia, el arrepentimiento de sus faltas, la rejeneracion de su vida y el aprecio de sí misma.

Quince dias despues el coronel don Toribio de Guzman se instalaba con su esposa en casa de Luisa y el sarjento Lopez y Marta regresaban al conventillo de la calle de San Pablo con gran satisfaccion de sus moradores que los recibieron en triunfo envidiable recompensa de las almas caritativas que siempre y por todas partes cosechan la afeccion a despecho de la comun ingratitud.

Fin de Eloisa.

I.

Ya se habia esparcido por la sociedad santiaguina, tan ávida siempre de novedades, la noticia de la aparicion del coronel don Toribio de Guzman que habia sido repuesto en la efectividad de su grado por el jóven presidente de la república, cuyo aprecio se habia captado; de modo que afluyeron en gran número las visitas a casa de Luisa, bajo el pretesto de darle el pésame, pero en realidad para ver al viejo coronel, sobre el que se decian muchas historias a cual de ellas mas estravagantes, y tambien para informarse de los novios; pues corria en los aristocráticos salones de la chismosa capital, el rumor estraño de que no hacian vida comun, permaneciendo Guillermo y Luisa completamente separados, aunque en una misma casa, guardando las apariencias del buen tono, o aquello que se llama jeneralmente las conveniencias sociales.

Severa y Amable, personajes que figuran al principio de esta historia, interesadas en atraerse a Guillermo, lo mismo que las hijas de don Pastor de los Monasterios en cautivar a Enrique, fueron unas de las primeras que visitaron a Luisa, mostrándose mas cariñosas, mientras mayor era la envidia y el despecho oculto que sentian, siendo las principales que difundian en todo el vasto círculo de sus relaciones infinidad de anécdotas sobre la escentricidad de Luisa; pero cuando supieron la separacion de Guillermo, es decir, que el jóven y su madre habian vuelto a ocupar

su casa en la calle de las Monjitas, quedando Luisa en la suya, duplicaron sus visitas, subiendo por mucho los quilates de su amabilidad, para ver si podian averiguar la causa de aquel fenómeno tan estraño, pues era inconcebible que en plena *luna de miel* se viese esa indiferencia, o mas bien, ese raro abandono, tanto mas cuanto que el incuestionable mérito de Guillermo, del que nadie podia dudar, siendo reconocido en todo Santiago, hacia presumir que el reciente matrimonio seria el mas feliz, teniendo como tenia muchas condiciones favorables para serlo así, y principalmente la fortuna.

Luisa conocia a dónde querian venir a parar aquellas antiguas amigas, y eludia sus preguntas con respuestas oscuras y evasivas, tratando de cerrar la puerta a la curiosidad de Severa y Amable, sucediéndoles otro tanto en casa de Guillermo que, como es de presumirlo, tenian mayor interes que Luisa en ocultar sus cosas; de manera que no sabiendo lo que acontecia de positivo en el interior de aquellas familias, inventaban Severa y Amable historietas que hacian circular como verdades, echando en ellas un granito de maledicencia, por darles únicamente ese picante tan necesario para animar en parte la vida ociosa de la jeneralidad de las personas que se dicen entre nosotros aristócratas.

Pero si habia escitado la curiosidad el casamiento de Guillermo con Luisa y su separacion tácita, mucho mas la despertó el matrimonio del coronel con Mercedes tan luego como fueron a habitar la casa de Luisa, cuya noticia se esparció por todo Santiago esa misma noche, haciéndose versiones distintas.

Como era de esperarlo, unas de las primeras personas que supieron la nueva, fué Guillermo y su madre, sobresaltándose estraordinariamente ambos, porque era fuera de duda que estaban descubiertos y que en vista del horroroso crímen cometido por Guillermo, tratarian de perseguirlo

y quizá se presentarian judicialmente en contra de él, ya fueran unos o ya fueran otros, conviniendo acallar a toda costa un asunto rodeado de tantos peligros para Guillermo, tanto mas cuanto que habia vuelto a aparecer el sarjento Lopez y se sabia que Enrique se habia fugado de la penitenciaria y debia permanecer oculto en Santiago; de manera que de un momento a otro caeria quizás la tempestad mas terrible que nunca, presentándose ahora mas amenazante que la vez primera, pues contaba con nuevos y poderosos elementos, tales como el coronel don Toribio de Guzman y la aristocrática e influyente Luisa Valdes, cuyo carácter decidido y enérjico cuando queria, era capaz por sí solo de hacerles mucho mal, reduciéndolos a la pobreza y a la ignominia; asi es que Guillermo y su madre temblaron, porque era indudable que dejasen ya de estar en posesion de todos los secretos el marido y la amiga de Mercedes, resolviendo en consecuencia salir en el mismo dia de Santiago y encerrarse en la mas distante de sus haciendas, dejando al astuto Tomas el encargo de tenerlos al corriente de cuanto sucediese en la capital.

Esta fuga precipitada salvó a Guillermo de un nuevo y desagradable lance, porque a pesar del gran prestijio que gozaba entre los principales sujetos del partido triunfante, no le era posible al juez del crímen desentenderse por completo de aquel proceso en que desempeñaba Guillermo un papel de consideracion, y lo mandó citar para que compareciese al juzgado; pero su ausencia le sirvió de mucho, porque mas tarde poderosas influencias acallaron aquel asunto, reduciéndolo todo a una pena pecuniaria que se tuvo cuidado de hacer aparecer, mas bien como una dádiva que como un castigo, pues se dijo que el arrepentimiento de una calaverada de jóven habia sido causa de que Guillermo practicase un acto de espléndida caridad.

Para un fin distinto, pero procedente del mismo asunto, se citaba tambien a Eloisa, siendo como a Guillermo impo-

sible encontrarla, pues hasta la misma familia Lopez ignoraba dónde estuviese, no habiéndola vuelto a ver desde la noche en que habia partido Enrique para Valparaiso, cosa que estrañaba sobremanera y que tenia a todos mui tristemente preocupados, sabiendo como sabian los padres de Enrique el afecto que tenia por su hijo y que les revelara en aquella hora de angustia en que estaba éste para suicidarse, y con el solo fin de probarles que se interesaba lo mismo que ellos en la salvacion del jóven, lo que hacia que se perdieran en mil y mil conjeturas, hasta el punto de llegar a persuadirse que talvez, arrastrada por el cariño, se habria ido oculta a Valparaiso para acompañar a Enrique, y en realidad, no iban tan distantes de la verdad en estas suposiciones, porque Eloisa habia tenido el mismo pensamiento, pensamiento que a fuerza de lucha habia conseguido vencer, aun cuando no tuviera la intencion de seguir a Enrique, sino únicamente el triste placer de verlo hasta en los últimos momentos de embarcarse.

El objeto para el que Eloisa era tan activamente buscada por el juez del crímen, no era otro que darle la parte que le correspondia en la distribucion de los bienes de la tia Anastasia, cuya gran mayoria habia sido destinada para las casas de beneficencia, reservándole a Eloisa las sumas procedentes de los contratos; pero siendo imposible encontrarla, el juez mandó que se depositase ese dinero a la órden de la jóven para que le fuese entregado en cuanto se presentase ella o sus herederos lejítimamente comprobados, dando en los periódicos el correspondiente aviso.

II.

Eloisa, entregada esclusivamente a sus pensamientos, llena, se puede decir asi, de su vida anterior y de su vida presente, no viviendo ya mas que de afectos tiernos y de amargos recuerdos, avergonzada de su pasado, conmovida en la

actualidad y no teniendo otra esperanza que en su triste y próximo porvenir, pues poseia la certidumbre de su cercano fin; Eloisa, decimos, no se fijaba en la fortuna que ella habia tratado de adquirir para labrarse lo que en el mundo se llama independencia, sino que el curso de sus ideas habia por completo cambiado de rumbo. ¡Qué independencia podia desear ya, cuando su existencia estaba tronchada, cuando tenia la seguridad de morir, y cuando deseaba morir! ¡Qué les importa el dinero a los que están próximos a bajar al sepulcro! Ni de qué sirve tampoco a las almas de grandes afectos o de grandes pasiones, a las intelijencias que conciben grandes ideas! Los jenios, cualquiera que sea su naturaleza, no trabajan por la fortuna, sino que siguen el instinto divino de que han sido dotados! La riqueza está hecha para esas mediocridades de que se compone la humanidad en jeneral; pero es preciso confesar que, a despecho de esta preocupacion universal, hai algunas escepciones a quienes no ha invadido o corrompido el espíritu del siglo.

Nosotros sabemos, y lo sabemos por esperiencia propia, y por la esperiencia jeneral, que lo solo que en nuestra época se acata es la fortuna; (1) pero ¿impide esto acaso que existan almas superiores? No negamos que esa corruptela gane terreno; pero ¿dejarán por esto de haber personas que prescindan completamente del lucro? Sabemos anticipadamente la risa sardónica que causará esta proposicion en la gran mayoria de los hombres que se consideran de mundo y que hacen ostentacion de su eximia capacidad y de sus prácticos conocimientos; pero ¡por Dios! se tratará de idiotas, se considerarán como locos a las escepciones? ¡Dónde iriamos entonces a parar! Si fuera asi no habria un hombre mas estúpido que Jesucristo, que no solo despreció la fortuna, sino que se hizo el redentor de la humanidad a costa de su

(1) Y a tal punto llega esta preocupacion, que, si esta novela ha tenido o tiene alguna aceptacion, se lo debe principalmente a los veinte mil pesos que se dice haber ganado su autor, pues talvez de otra manera habria causado la risa del desprecio.

vida! Si fuera asi ¡en qué categoria colocariamos a las primeras lumbreras de la especie! ¡Dónde irian a parar los santos, los sabios, los filósofos!

Eloisa no pensaba, pues, en la fortuna; ajena completamente a todo otro interes que el de sus afecciones, no habia recordado esa parte del proceso de la tia Anastasia para ir a reclamar donde el juez el dinero que le correspondia y que el mismo doctor Sazie le dijera de contarlo seguro y ni habia visto siquiera el periódico en que se le llamaba.

La noche de la partida de Enrique ella habia llegado a su casa mui triste, tan triste, que sus fieles sirvientes se alarmaron temiendo que le hubiera sucedido alguna desgracia; pero Eloisa las tranquilizó diciéndoles que nada tenian que temer, porque nada le habia sucedido de desfavorable, sino que, por el contrario, habia conseguido todo cuanto deseaba; pero que desengañada completamente del mundo queria vivir completamente retirada sin ver alma viviente hasta que Dios dispusiese de ella.

Las dos criadas le hicieron presente que el señor ministro habia venido repetidas veces y que parecia mui contrariado de su ausencia. Eloisa se sonrió tristemente y dijo a sus fieles compañeras:

—He engañado a ese caballero: esto era indispensable para mis planes; pero ahora no existe ya motivo alguno para obrar de la misma manera y será necesario decirle la verdad. Mañana le llevareis una esquela de mi parte.

—¡Qué feliz va ser, porque nos parecia que sufria!

—Lo siento verdaderamente.

—Pero ya verá usted lo contento que se presentará.

—No es mi ánimo llamarlo, sino decirle que no vuelva mas y que me perdone el haberlo ofendido.

—¿Y por qué, señorita? Parecia tan bueno ese caballero!

Eloisa no contestó a las reflexiones de sus sirvientes, sino que les dijo:

—No estoi para nadie. Hasta mañana.

Esa noche la pasó en vela, entregada toda entera a sus tristes pensamientos: sufria y gozaba alternativamente, estaba satisfecha y arrepentida, hallaba placer en su dolor y dolor en su placer, pero no tenia esperanzas, y para el que no tiene esperanzas no hai otro refujio que la muerte; ¿de qué sirve una vida sin objeto, sin fin, sin estímulo?

Al dia siguiente, a pesar de la fiebre que la devoraba, escribió al ministro la carta siguiente:

"Señor:

"Pido a usted perdon por haberlo engañado.

"Yo me he presentado a usted como una mujer virtuosa no siéndolo y he abusado de su credulidad.

"El jóven por cuya libertad tanto me interesaba, no era mi hermano, pero tampoco era mi amante en la acepcion que se da jeneralmente a esta palabra.

"Hacia tiempo que habia prometido arrepentirme y he cumplido con mi juramento; pero lo mismo que me salva me mata: este arrepentimiento que me ha traido la paz me arrebata la vida.

"Muero víctima de una pasion noble pero desgraciada: compadézcame sin odiarme.

"Yo rogaré a Dios por usted, que ha sido el salvador de Enrique y dígnese perdonar a su infeliz

ELOISA MENDIZABAL."

El ministro recibió esta carta, que le causó un verdadero pesar, y trató de presentarse varias veces en casa de Eloisa, pero otras tantas no fué admitido a pesar de su insistencia y de sus súplicas. Viendo que todo era en vano se resolvió a escribirle esta pequeña esquela:

"Señorita:

"Su carta me revela su mérito.

"Lo único que tengo que perdonar es su cruel negativa para verla.

"Yo soi el que verdaderamente ha faltado, porque queria abusar de su posicion.

"Usted me ha hecho comprender mi deber y vuelvo a él.

"Usted me ha curado de mis pasados descarrios y se lo agradezco.

"No desespere usted; trate de vivir y al fin encontrará el alivio de sus males, que desde luego le desea de corazon su atento y S. S....."

Cuando Eloisa recibió esta respuesta, dijo:

—No deja esto de ser una satisfaccion. Pero luego volvió a su estado de abatimiento, del que no habia nada que la sacara.

El mal de Eloisa se agravaba visiblemente y el estado de su salud se hacia cada dia mas alarmante, hasta el punto que sus dos buenas sirvientes le dijeron:

—Es indispensable, señorita, llamar un médico.

—No, hijas mias, les contestó Eloisa, mi enfermedad es de otra naturaleza y mi remedio no está en la vida sino que está en la muerte.

—¡Por Dios! No diga usted eso. Y las dos muchachas se echaron a llorar.

—No hai por qué aflijirse; lo que ustedes miran como un gran mal, es para mí un gran bien.

—¡Un gran bien! ¿Y qué seria de nosotras?

—¿De ustedes? Lo que ha sido hasta aquí: Dios las ha protejido y seguirá protejiéndolas.

—Usted, señorita, es el único consuelo que tenemos.

—A nadie falta el Señor, y yo tendré cuidado de que no queden desamparadas.

Aquellas dos pobres criaturas amaban verdaderamente a la mujer perdida que les habia servido de madre y que las trataba casi como hermanas, llevando sus cuidados hasta ocultarles cuanto le era posible sus estravios, a tal grado que jamas se figuraron que estaban al servicio de una me-

retriz; sin embargo, Eloisa les pidió perdon del mal ejemplo que podia haberles dado involuntariamente, dándoles al mismo tiempo saludables consejos.

La naturaleza no resiste mucho a ese estado de absorcion del espíritu y Eloisa cayó gravemente enferma sin poder ya levantarse de la cama. Cuando se vió en ese estado y que segun ella no habia ya esperanzas, suplicó a sus dos compañeras de ir a buscar al anciano sacerdote, capellan del monasterio de... que habia bendecido la union del coronel don Toribio de Guzman y de doña Mercedes Lopez, y a quien habia suplicado en aquel feliz dia, de ayudarla cuando ella lo necesitara.

El buen ministro del altar no se hizo esperar: siempre estaba dispuesto a volar en ausilio de los aflijidos, y su mayor felicidad consistia en arrancar el dardo de la desesperacion a las almas doloridas, preparando el espíritu, encaminando dulcemente hácia Dios que es el manantial inagotable de todo consuelo.

Cuando el buen sacerdote vió a Eloisa la reconoció en el acto, pero quedó mui sorprendido al ver aquel cambio tan grande en tan corto tiempo; así es que le dijo con dulzura:

—Es preciso, hija mia, que sus sentimientos hayan sido demasiado profundos y sus dolores demasiado agudos para que la hayan reducido a este estado.

—Así es, padre mio.

—Son las pasiones y no las enfermedades las que han debido destrozarla, porque solo ellas arrebatan con tanta violencia y dejan huellas tan hondas y tan incurables...

—Usted ha adivinado, señor.

—¡Ai! hija mia, ¡quién no conoce sus estragos! Dichosos aquellos que han sufrido; pero mas dichosos los que han sabido vencerse y que al fin han triunfado.

—No les es dado a todos ser de los últimos.

—Yo no critico ni al que muere ni al que vive: tal vez son ambos dignos de misericordia y de alabanza; pero me

gusta la fortaleza, admiro la lucha, porque sé que la victoria solo la alcanza la enerjia.

—Tambien los que sucumben combaten.

—Pero no han tenido quizá el suficiente ánimo, la suficiente confianza en Dios, la suficiente resignacion, la suficiente esperanza...

—Dice usted verdad, señor, a mí me ha faltado lo último.

—¡Ai! hija mia, este es uno de los motivos mas frecuentes por que el hombre se pierde.

—Pero cuando falta la esperanza, señor, ¿qué es lo que nos queda? En este caso, ¿no vale mas morir?

—Hai esperanzas de esperanzas, hija mia: la esperanza en Dios es mui distinta a la esperanza de nuestras pasiones, de nuestros deseos, de nuestras aspiraciones. El hombre no vive solo de este mundo sino que vive de la eternidad; no vive de la carne, sino que vive del espíritu, y el espíritu es preciso que vaya mas allá, que se remonte mas alto, que suba hasta su oríjen.

—No se llega tan fácilmente a ese grado de reflexion y de santidad.

—De un salto no; pero poco a poco sí.

—Ya es tarde para mí.

—Nunca es tarde para Dios.

—Este es el motivo por que lo he hecho a usted llamar.

—Bien, querida hija; a todos nos recibe el Señor. ¿Qué es lo que deseas?

—Hacer a usted la esposicion de mi vida, abrirle mi corazon para que lea en él, y si mis faltas no son de aquellas para las que no hai perdon, se sirva usted acordármelo dándome su santa bendicion y cumpliendo con las últimas voluntades de un moribundo.

Eloisa se detuvo conmovida y fatigada: conmovida por lo que iba a revelar al confesor, y fatigada por aquel grande esfuerzo.

—La escucho a usted, hija mia, suplicándole no se turbe, porque mi único atributo es perdonar y no castigar; porque si vengo a desempeñar el papel de juez, es de un juez lleno de misericordia, lleno de bondad y que siempre perdona... que siempre tiene conmiseracion y se hace cargo de todas las flaquezas, de todas las debilidades del hombre...

—Asi lo he comprendido, asi lo comprendo, asi lo creo y asi lo espero.

Eloisa principió su confesion.

El sacerdote con su vista fija en el cielo oia a su penitente sin inmutarse.

Cuando Eloisa, despues de dichas sus culpas, hizo una relacion sucinta y sin pretensiones de lo que habia motivado su arrepentimiento y de lo que habia motivado su amor, el sacerdote se estremeció y sus ojos vertieron algunas lágrimas. ¡Quien sabe si no habia alguna analojia entre ambas existencias! ¡quién sabe si él no habia en su juventud esperimentado los mismos dolores y encontrado la calma, allí donde no la habia buscado Eloisa, es decir, en la relijion, en la aspiracion y consagracion a Dios!

El santo varon le dió su absolucion, diciéndole:

—No necesitabas el perdon del hombre, pues ya debias haberte adquirido el perdon de Dios, porque El no deja nada sin recompensa.

Has hecho mucho bien, y el que ha hecho mucho bien debe tener tambien mucha gloria.

Lo único que siento es que te hayas abandonado al dolor cuando todavia podias ser dichosa como yo lo he sido.

—¡Dichosa! ¿y de qué modo?

—¿Lo deseas? Aun puedo salvarte.

—Imposible, señor, imposible... ya es demasiado tarde.

—Nunca es tarde para orar y consagrarse al bien del prójimo: este es el verdadero camino del cielo y por él se llega tambien a la serenidad del espíritu: tras la tormenta viene la bonanza, y la paz del Señor es el premio del justo.

—Pero cómo conseguirlo?

—Vive, hija mia, no ya para tí.... pero sí para tus semejantes.

—¡Y el dolor incesante que me mata!... Por otra parte, ¿cómo renunciar a la dicha que esperimento en la agonia? Porque ha de saber, señor, que toda mi felicidad consiste ahora en morir.

—Ese no es mas que egoismo: trabaja por vencerte y conseguirás la victoria llegando talvez a serle útil al mismo jóven a quien amas y por quien mueres.

—¿Lo cree usted, señor? esclamó Eloisa, animándose sus facciones, pero luego añadió: Enrique no me necesita ya, él es dichoso y su dicha es todo mi consuelo.

—¡Quién sabe lo que pueda suceder! Pero hai un medio para que aun seas feliz.

—¿Cuál?

—La caridad es una fuente inagotable de dulces e imperecederos consuelos. Tu alma está llamada a beber en esa fuente; tus acciones me lo prueban, y bien poco costaria ensayar. Si despues de haber tanteado esta senda vienes donde yo estoi y me dices: "El remedio es ineficaz" entonces te diré: "Muere"; pero antes es preciso ensayar.

—Veamos, señor, aun cuando me encuentro ya demasiado débil.

—Estás mas débil de espíritu que de cuerpo; reforzando el primero se correjirá el segundo.

—Espero que usted me diga cómo debo de obrar.

—Muere para tí y vive para los otros, te he dicho, y esto lo conseguirás entrándote de monja de caridad, que al fin llegarás a vivir por tí misma y para tí misma, porque no hai nada que robustezca el espíritu como la abnegacion y el sacrificio que al fin se trasforman en dicha, porque el amor al prójimo es el amor de Dios, y el bien hecho a su semejante se hace nuestro bien y redunda todo en nuestro provecho: es un rocio que vivifica el corazon, alegra el es-

píritu y cada dia desprendiéndose de las pasiones de la carne nos aproxima mas y mas al Señor.

Esta proposicion del buen sacerdote tomó mui de nuevo a Eloisa y se puede asegurar que le agradó, porque dijo al viejo capellan con dulzura:

—Hágame usted el favor de volver mañana, señor, y tendrá usted mi determinacion.

Que Dios te ilumine, hija mia, y premie tus virtudes acá en la tierra como las premiará indudablemente en el cielo.

III.

Ah! Si nos apresurásemos tanto para hacer una buena accion como nos apresuramos para adquirir la fortuna! ¡Cuánto no ganarian los desgraciados! Pero jeneralmente esto es lo que mas se descuida, y cuando llega a hacerse, se deja para lo último, para cuando haya tiempo de sobra y que no exista hoi un placer frívolo a quien darle la preferencia! Afortunadamente el buen sacerdote no era de este número y lo primero que hizo al dia siguiente fué encaminarse a la casa de Eloisa, porque comprendia que aquella alma necesitaba de un apoyo y de un consuelo inmediato antes que la ganase por completo el desfallecimiento moral que la abrumaba; asi es que llegó cuando la angustiada jóven todavia no lo esperaba.

—He venido temprano, dijo, porque creia y creo que mi visita no te será indiferente.

—La visita de un santo siempre llega a tiempo porque es siempre un alivio.

—¿Cómo te sientes, hija mia? ¿Te encuentras mejor?

—Mejor, mucho mejor, señor, porque sus palabras me han reanimado, porque su consejo me ha dado alguna esperanza.

—¿Has pensado lo que te he dicho?

—Mucho, muchísimo.

—¿Y qué has hallado?

—He encontrado que aun puedo ser útil y que talvez esto me dé la vida del alma, que es la que habia desaparecido para mí, que es la que solo necesito.

—Asi es, hija mia: en la caridad se encuentra la vida del alma, la vida de los afectos, porque se ama a Dios y se ama al prójimo.

—Y podré servir algun dia a Enrique, ¿no es verdad, señor?

—A él como a todos.

—¿Y qué es preciso hacer, señor?

—Lo primero es restablecer la salud, porque el trabajo de una monja de caridad es duro, mui duro y se necesita tanto de la fuerza del cuerpo como de la fuerza del alma.

—Ahora estoi dispuesta.

—Trata, pues, de adquirir lo que has perdido, que yo me encargo de lo demas, y en quince dias o un mes todo quedará arreglado; pero es necesario un propósito firme y una voluntad decidida.

—Creo tenerla, señor; pero tambien seria mui conveniente que usted me fortaleciese con su presencia y con su consejo para llegar a tener su conviccion y su fé.

—Mi presencia y mi consejo son tuyos, te lo prometo; yo vendré diariamente a verte y me empeñaré por sanar al cuerpo y al espíritu.

Eloisa encontró una gran satisfaccion en aquella promesa, porque tenia la seguridad que aquel santo varon con su mansedumbre anjelical y sus palabras llenas de consuelo y de esperanzas, borraria en su corazon un amor para que naciera otro amor que al fin debia suplantar por completo al primero.

La hábil asistencia del anciano capellan del monasterio de... y sus cuidados de todo jénero, contribuyeron mucho para restablecer a Eloisa, que al fin del término fijado se

encontraba en completa salud y su alma un tanto mas tranquila, porque el digno sacerdote habia sacado provecho de las propias acciones de Eloisa, de su propio amor, para amortiguar poco a poco la intensidad de su fuego; pero tomó una via opuesta a la que cualquiera otro habria seguido, pues lejos de combatir aquel afecto que nada tenia de criminal, sino que por el contrario habia sido causa de una conversion, le hablaba constantemente de él y lo dirijia sin estinguirlo; pues sabia que las pasiones, lejos de ser un mal, son el bien mas grande cuando se las conduce hácia un buen fin, cuando se las encamina hácia la virtud.

Un dia llegó el sacerdote mas temprano que de costumbre y le dijo: "Amiga mia, todo tropiezo está allanado y puedes desde mañana tomar el respetable y querido hábito de la monja de caridad. Dios te ha concedido como un premio este nuevo bautismo para elevarte ante tus propios ojos, para rejenerarte ante la sociedad, porque ya no serás para nadie, aun cuando se supieran tus faltas, un objeto de desprecio, sino un objeto de veneracion, porque el vestido de esa sierva del Señor es el emblema del desengaño, del arrepentimiento, de la humildad práctica y de la caridad abnegada que no espera recompensa alguna por su sacrificio constante, a no ser la que le es permitido tener a todo hombre que levanta su corazon hácia Dios: la recompensa de la vida eterna.

Ese mismo dia hizo Eloisa la reparticion de todos sus pequeños bienes sin guardar nada para sí, salvo la suma exijida por la congregacion de las hermanas de caridad para el fomento de sus pequeñas y mas indispensables necesidades; y cuando hubo terminado estos arreglos, cuando dejó asegurada la subsistencia de sus dos fieles sirvientes, dijo a su director: "Ya estoi dispuesta, señor: pero usted que me ha salvado de la muerte debe conducirme en la vida. Mis primeros pasos serán débiles y vacilantes y necesito un sosten para no caer. Usted, a quien he revelado mi corazon y que

comprende toda su flaqueza, es el que me evitará los desfallecimientos propios de la convalecencia."

—Yo te ayudaré, hija mia, contestó el digno sacerdote; pero ten la seguridad que Dios está ya contigo y que no te dejará caer, porque él te sostendrá.

—Es verdad, señor, que siento en mí como un nuevo espíritu, que me anima una especie de entusiasmo, que veo en lontananza un horizonte lleno de fulgores, que vuelvo a la vida bajo una faz distinta, que amo como nunca he amado, porque amo a los desgraciados y esperimento el fuego divino de ese cariño sin límites por todos los que padecen, sufriendo únicamente por no ser capaz de aliviar tantos dolores como deben existir sobre la tierra, de consolar a tantos aflijidos, de enjugar tantas lágrimas... Ah! señor; ¡qué manantial inmenso de dicha se encuentra en la caridad! Yo no lo conocia, no lo habia previsto... ¡Cómo será cuando se entre en la práctica! ¡Qué de noches deliciosas no debe uno tener al hacer en la hora de acostarse el exámen de su conciencia y ver el bien que ha ejecutado y el que piensa ejecutar al dia siguiente! Al contemplar los dolores, las miserias, las desgracias de distintos jéneros que ha podido de algun modo disminuir! Señor, señor, ¡cuántos placeres desconocidos para el mundo, cuánta gloria ignorada, cuánta felicidad pasa desapercibida para el hombre! ¡Y decir que es usted el que, arrancándome de la muerte me da esta nueva vida! Pero usted debe sentir ya la recompensa! Esa recompensa que mas tarde debe llegar tambien para mí, porque espero en Dios que se me proporcionarán ocasiones iguales para hacer con otros lo que usted ha hecho conmigo!

—Hija mia, veo con delicia que vas mas allá de lo que yo creia, que alcanzas mas allá de lo que yo pensaba, que llegarás al punto donde yo no he conseguido llegar: tanto mejor para tí, porque mayor será tu deleite y mas pura y grande tu gloria. Empero, debo hacerte una sola advertencia, aun cuando tengo la seguridad de que me sobrepujes en

todo; sin embargo, los primeros pasos, como tú misma lo has comprendido, no son nunca firmes, sino que necesitan de un sosten y algunas veces de un guia; por tanto, voi a prevenirte de una sola cosa, de un solo desliz en que jeneralmente caen las almas buenas, y este escollo es el escollo de la gratitud. El bien debe hacerse, hija mia, sin ningun interes, sin ninguna ambicion, ni aun aquella de que nos lo reconozcan, pues en tal caso ya pierde todo su perfume, toda su elevacion, todo su mérito, toda su grandeza; porque al acreedor que presta con interes no se le debe servicio alguno ni tiene a él derecho el que menor desde el momento que se le satisface: esto mismo sucede a los que, por sus favores, esperan la gratitud de aquellos a quienes se los hacen; y desde el momento que la accion ha obtenido su recompensa, ¿qué mas se puede o debe esperar? Pero aquel que purifica su intencion y practica el bien solo por el bien, ese tiene un premio mayor, un premio esencialmente espiritual y digno del Señor. Con que asi, hija mia, trata de desprenderte poco a poco de las aspiraciones mundanas, para alcanzar a las divinas, que es donde se encuentra la quietud y la dicha del alma.

—Solo me falta, señor, un último deber que cumplir para desprenderme completamente del mundo y aun, si es posible, del amor de Enrique, que siempre me acaricia y que siempre me persigue.

—El amor de Enrique te es saludable, porque ha sido noble y desprendido. Dios no nos manda olvidar a lo que hemos amado cuando la pasion no nos ha inducido al mal, y la tuya, por el contrario, me has dicho que te ha conducido al bien, que te ha apartado de una carrera de perdicion, que te ha hecho practicar acciones jenerosas, en una palabra, que te ha salvado y que talvez es a él mas que a mí a quien debes la santa carrera que piensas seguir, la santa cruzada que vas a emprender contra la desgracia y miserias de tus semejantes; ¿por qué entonces olvidarlo? No, hija

mia, continúa amándolo y ten seguro que ese amor se perderá algun dia en el seno de Dios.

—¿Qué relijion, señor, es la suya que no condena los afectos, que no contraria las inclinaciones del corazon aun en la vida misma del espiritualismo que usted aconseja? ¿Qué relijion es esa tan dulce para seguir y que tanto se conforma con nuestra naturaleza? Si usted me hubiera dicho que no amara a Enrique, que combatiera esta pasion que me iba a hacer morir y que ahora usted ha convertido en elemento de vida, si usted me hubiera aconsejado eso, todo estaba concluido y mi salvacion no se habria jamas afectado, pero usted ha sabido conducirme, y sin anamatizar mi cariño lo guia y lo ensalza: tal doctrina es digna de seguirse y la seguiré hasta mi muerte.

—Esa doctrina no es mia sino de Jesucristo, de quien soi el último de sus discípulos... Esa relijion de paz, de caridad, de amor, teniendo como complemento a la humanidad, ha sido mal interpretada, pero ella reinará al fin.

—Y nosotros principiaremos a practicarla. ¿No es verdad, señor?

—Así lo espero.

—Desde mañana soi con usted para no separarme jamas del sendero que me ha trazado. Ahora, como le he dicho antes, tengo que llenar mi último deber, tengo que escribir a mis bienhechores, a los padres de Enrique, de quienes es preciso que me despida, puesto que ya no debo vivir para los felices sino para los desgraciados.

—Bien, hija mia, estaré contigo a la hora fijada por la directora, que son las once del dia.

—Convenido.

El sacerdote se despidió de su neófita y ella se puso a desempeñar sus últimos quehaceres; y despues de haber aconsejado a sus fieles sirvientes, diciéndoles la vida que debian seguir y la pequeña fortuna que les dejaba para la satisfaccion de sus necesidades y para que nunca la miseria

las arrastrara en ningun tiempo al vicio a que son conducidas algunas infelices criaturas faltas de apoyo y faltas de alimento, despues de todo esto y de la distribucion equitativa de cuanto poseía, se consagró a escribir la siguiente carta a la madre del jóven a quien solo habia amado en el mundo.

IV.

"Señora doña Marta Garrido de Lopez.

"Señora:

"Sé que usted debe haber estrañado mi ausencia y que seguirá inquieta por ella, pero tranquilícese porque me encuentro sana y salva. Esta inquietud la esperaba de su bondad, así como la espero del señor Lopez, de Mercedes, de la señorita Luisa, del señor don Toribio de Guzman, como tambien de Santiago y Teresa, porque siento que todos me querian y me apreciaban, aunque en grados distintos, como es natural que suceda, segun el lugar que nos haya cabido en suerte, en virtud del mayor o menor mérito de nuetras acciones.

"Yo habia resuelto, señora, morir despues de la confesion que voi a hacerle, pero un digno y anciano sacerdote, el mismo que bendijo la union de Mercedes, me salvó la vida abriéndome una nueva carrera, carrera que he abrazado con gusto y que, espero en Dios, conservaré hasta el fin natural de mis dias; pero esto no me impide hacerle la confesion de mis faltas a la vez que manifestarle mi gratitud por sus beneficios, porque si no he muerto materialmente, he muerto, sin embargo, para el mundo y debo a usted, antes de separarme para siempre, una esplicacion de mi conducta, un motivo por que no la acompaño y la causa principal que me habia hecho adoptar una determinacion estrema y funesta, pero de la que, mediante Dios, estoi completamente libre, pues he reconocido mi error y adjurado con tiempo de él.

"Usted recordará, mi querida madre, y concédame el favor de nombrarla así porque me es sumamente agradable, usted recordará que en un momento estremo, de estremo dolor y de estrema angustia, me vi obligada a revelar el secreto que no pensaba descubrir a nadie, que no queria descubrirme a mí misma, porque no era digna de sentir lo que sentia ni de aceptar lo que usted me proponia; pues bien, desde ese momento resolví separarme de ustedes y de él, porque resolví morir; y mi promesa se habria cumplido sin el ausilio, sin el consejo paternal del venerable sacerdote que me ha libertado de mí misma.

"De dónde provenia esta desesperacion? me preguntará usted, y voi a decírselo: esa desesperacion nacia de mi vida pasada. Yo no he sido la mujer honrada, la mujer sin mancha que se presentó a ustedes para captarse su confianza. Yo era una de esas infelices que se arrastran en el lodo inmundo de la prostitucion; pero debo decirlo: mi corazon no estaba del todo viciado, puesto que formé el plan de salvar a ustedes desde el mismo momento que los ví y talvez antes de que los conociera; pero cuando llegué a tratarlos, cuando se me presentó Mercedes, cuando pude apreciar a Enrique, mi determinacion se hizo inquebrantable y por todo el oro del mundo no habria faltado a ella; y si me puse al servicio de la tia Anastasia y de la madre de Guillermo fué con el propósito firme de desbaratar sus planes homicidas: hé aquí mi solo mérito, mérito fácil y que no necesitaba de grandes virtudes sino de una inclinacion benévola, de lo que se llama buen natural; de consiguiente bien poco he hecho y bien poco o nada tienen que agradecerme.

Pero con el trato de ustedes se acrecentó mi aprecio y se acrecentó mi amor; pues a la vez que mas amaba, mas comprendia cuán indigna era; y puedo decirle a usted, señora, que jamas me lisonjeó la menor esperanza, sino que hice la resolucion sincera, la resolucion inmutable de no ser nunca

de él aun cuando hubiera llegado a corresponderme; y sin embargo, por un fenómeno incomprensible, por uno de esos caprichos de que es imposible darse una solucion, cuando comprendí que él queria a otra mujer tan digna como él, tan elevada y tan grande como él, sentí que me era indispensable morir y hubiera muerto sin el ausilio del buen sacerdote que, sin contrariar mis afectos, me sacó del error, abriéndome la mas hermosa carrera; pues desde hoi soi ya monja de caridad.

No por esto dejo de amar a Enrique. Mi director y mi padre espiritual me lo ha permitido; pero ahora, aun cuando todavia no he principiado en mi sublime ministerio, siento que lo amo de una manera distinta, porque su dicha hace la mia, porque viviré de su felicidad, sin sombra de la mas lijera amargura, sino que lo recordaré a él, a la señorita Luisa, a ustedes, a Mercedes y al señor de Guzman en mis humildes oraciones, para que cada dia estén mas satisfechos los unos y los otros, dándoles el justo premio que sus virtudes merecen, premio que no les envidio, pues ya yo tengo el mio y el único a que podia aspirar y que Dios se ha servido asignarme.

"Ahora, señora, me resta únicamente manifestarle a usted y a toda su familia mi gratitud profunda, porque a ustedes debo el haber salido de la carrera del vicio. Sin su ejemplo ¿qué hubiera sido de mí? Sin esas virtudes sencillas y sin ostentacion que a cada paso tenia a la vista, ¿dónde me encontraria? Ustedes me han salvado; ustedes han conquistado una alma para el Señor, ustedes han formado a la *madre de caridad* que se propone endulzar muchas amarguras, es decir, que las infelices criaturas a quien yo alivie se lo deberán a ustedes y tendré el gusto de repetirles constantemente sus nombres para que la bendicion del cielo, espresada por los labios de los aflijidos y de los menesterosos que son los hijos de Jesucristo acompañe siempre a toda su familia.

"Perdone, mi querida y virtuosa madre, si la he hecho

sufrir por algun tiempo al no decirle nada de mi pobre existencia; pero espero que ese pesar de unos pocos dias quedará suficientemente indemnizado con el placer que debe causarle la noticia de mi nuevo estado y de mi nueva vida.

"¡Para qué hablarle ahora de cada uno en particular, pues debe presumir que a todos los tengo en mi corazon y que por todos ellos rogaré al Señor, asi como espero que lo hagan por mí!

"Su adoptiva y amante hija

"Eloisa Mendizabal."

"P. D.—Desde mañana dejo el nombre con que firmo esta despedida para tomar el de Dolores"..............

....

Al dia siguiente entraba Eloisa a desempeñar el noble rol de la *hermana de caridad*, siendo recibida en la congregacion con sinceras demostraciones de júbilo, pues habian precedido las recomendaciones del santo sacerdote.

La madre Dolores fué desde el primer momento la mas abnegada, la mas humilde y la mas útil de aquel hermoso plantel del cristianismo, no habiendo querido nunca aceptar ningun grado de distincion o de honor a que la hacian acreedora sus virtudes, prefiriendo siempre el mas difícil, el mas peligroso y el mas duro de los oficios o de los deberes a que están consagradas; asi es que era citada como un modelo, no levantando jamas la menor envidia, sino únicamente la admiracion y el amor de sus hermanas, la admiracion y el amor de los pobres y de los enfermos a quienes socorria y aliviaba.

Dios tiene consuelos para todas las almas que, arrepentidas de sus faltas, quieren sinceramente correjirse........

....

Impresiones de viaje.

I.

Enrique habia partido felizmente. Ningun tropiezo halló en Valparaiso que lo detuviera, y el vapor, zarpando al dia siguiente, lo alejó de las playas chilenas sin mas anuncio (porque por precaucion tomó un nombre distinto) que dos pequeñas esquelas dirijidas a sus padres y a su maestro, yendo en esta última el mas afectuoso recuerdo para Luisa.

Mucho tiempo habia que esperar antes de recibir nuevas de Enrique; empero él, con esa solicitud del amante y con ese cariño del hijo y del hermano, mandó sus cartas de todos los puntos en donde se detuvo el vapor, incluyendo a Panamá, que fué el último desde el cual escribió hasta su arribo a San Francisco.

Intertanto todas sus relaciones eran felices. Ninguna nubecilla habia turbado por un solo momento los dias bonancibles de todas las personas a quienes amaba.

Luisa era tan feliz como podia serlo estando Enrique ausente; pero llena de una confianza ilimitada, teniendo la seguridad de ser amada como ella comprendia el amor, estando al lado de su amiga y de su maestro, personas que siempre se ocupaban de su amante, o mas bien dicho, de su esposo, poseyendo fé en el porvenir, encontrándose rodeada de personas que la afeccionaban, desempeñando siempre el papel de Providencia en su esfera de accion, ¿qué mas podia desear mientras no viniera el complemento de la dicha que estaba segura llegaria?

Mercedes y el solitario por su parte, pero especialmente la primera, gozaba de una calma que hacia mucho tiempo no esperimentaba; tenia a mas de esto el amor por su hijo, el culto por su marido, siendo tambien el centro de mil cariños prodigados con profusion por sus padres y por su amiga. ¿Cómo esperar, pues, una felicidad mayor? Jamas habia creido llegar al grado a que habia alcanzado, y le daba gracias a Dios.

¡Y qué diremos del sarjento Lopez y de Marta Garrido, al considerar a sus hijos sanos, buenos, libres y sobre todo felices! ¿Hai dicha mayor que la de los padres cuando contemplan la ventura de que gozan aquellos seres que la Providencia les confiara, a quienes ellos tanto aman y en quienes tienen cifrado, no ya su porvenir, sino la tranquilidad y la alegria de sus postreros dias?

En una palabra, todas aquellas personas que hemos visto sufrir tanto y tan sin motivo, que hemos visto perseguidas por el vicio y no pocas de ellas víctimas del vicio, que hemos contemplado rodeadas de tantas calamidades y al borde de tantos abismos, se hallaban ahora prósperas, contentas, tranquilas, pues hasta la misma Eloisa habia encontrado el sendero de la felicidad, y Santiago y Teresa aumentaban considerablemente su fortuna y en tan poco tiempo se consideraban ya como exentos de los vaivenes de la inconstante diosa; pues habian llegado a formar su pequeño capital mas que suficiente para hacer frente a las eventualidades de su industria, satisfaciendo ámpliamente lo módico de sus aspiraciones y de sus necesidades.

Pero mientras los perseguidos gozaban, los perseguidores sufrian. Mientras que los primeros habian llegado a la cúspide de la felicidad, los otros se encontraban en el abismo de la desgracia. Mientras que aquellos a quienes se habia pretendido matar en cuerpo y en espíritu, se veian llenos de salud, de honra y de consideraciones, los verdugos habian sucumbido en el desprecio, en el dolor y en la deses-

peracion, como la tia Anastasia, y arrastraban una vida miserable, llena de remordimientos, de sobresaltos y de temores que no dejaban un momento de sosiego con la de Guillermo y de su digna madre doña Porfira.

En vano este jóven habia querido huir de la justicia para burlar sus fallos; pero ¿se pueden acaso burlar los fallos de Dios? Allí, donde el poder humano se detiene, el poder divino penetra. Allí, donde la sentencia de un juez no alcanza, la sentencia de Dios llega. Allí, donde el castigo impuesto por el hombre queda sin efecto, el castigo de Dios se realiza. Por esta razon en vano Guillermo se habia ocultado en la soledad, porque en la soledad lo perseguia el remordimiento; pues el remordimiento no reconoce ni tiempo ni lugares, está en el alma, y allí donde está el alma, allí se encuentra sin que el sueño mismo pueda perturbarlo o apagarlo.

Guillermo habia escapado al llamamiento del juez del crímen, y tenia, por otra parte, grandes influencias, podia evadir la lei humana; pero por mas que hiciese, no estaba en su mano libertarse de sí mismo, y su yo, su inseparable yo, lo perseguia por todas partes.

Al fin dió con un espediente: el espediente de la bestia, es decir, el espediente para trasformarse en bestia, porque los animales jamas dejeneran, jamas se degradan como se degrada y dejenera el hombre. ¡Guillermo tomó el partido de embriagarse para conseguir al menos el pesado sueño del beodo!

Cuando su madre lo vió reducido a ese estado y sin poderlo libertar de él, pues le era preferible a Guillermo el embrutecimiento a la razon que le recordaba lo que habia hecho, la infamia que pesaba sobre él, siéndole imposible reparar ni lo uno ni lo otro; cuando su madre, decimos, se cercioró de que ya no habia remedio, principió a su vez su martirio, principió a su vez su espiacion; espiacion terrible que comenzaba por el desprecio del hijo, concluyendo por

el desprecio y horror de sí misma; ¡y ojalá hubiera sido ese desprecio y horror de aquel que siente su falta arrepintiéndose de ella, sino que era el desprecio y horror de la nulidad moral, de la impotencia física y social, viendo que le era ya de todo punto imposible recuperar el puesto y libertarse de lo que la atormentaba en su interior! Empero mas valia morderse los labios, aguantar en silencio todos aquellos males, porque ¿contra quién se quejaria? ¿Quién le tendria lástima? Quién se compadeceria de ella y de su hijo, de ella y de su hijo que no habian tenido jamas misericordia por el pesar ajeno!..

Un dia le trajeron a Guillermo exánime. Unos campesinos lo habian recojido, porque lo habian visto tirado en el camino; y reconociendo al propietario de la hacienda se habian detenido y lo habian llevado a las *casas*, como dicen jeneralmente los inquilinos por las habitaciones del propietario.

Doña Porfira miró a su hijo tristemente, e hizo un jesto de repugnancia al considerar que aquel desmayo era proveniente de la embriaguez y no de otro accidente; sin embargo, dominándose a sí misma, para no dar mal ejemplo, lo hizo conducir a su lecho, diciendo para disimular:

—¿Qué le habrán hecho a mi hijo? Pero cuando se quedó sola principiaron sus lágrimas y el lamento triste de sus desventuras, principió el gusano roedor de su conciencia a mortificarle como siempre: aquella mujer habia envejecido en mui poco tiempo, estaba inconocible, no era ni sombra de lo que habia sido: este es el castigo de Dios.

Guillermo no habia esperimentado un cambio menos sorprendente. Pocos meses antes, era, como sabemos, el jóven mas buen mozo de Santiago, el mas espiritual, el mas cortesano, el mas seductor en toda la estension de la palabra, así como en su mala y buena acepcion; mientras que ahora tenia una cara grosera y amoratada por el alcohol; sus ojos torvos y saltados revelaban al ser malo y estúpido, su na-

riz rojiza como una betarraga anunciaba la corrupcion interior, el esceso de todos los vicios, y su boca llena siempre de hedionda saliva por la escitacion del aguardiente y del tabaco, causaba una repugnancia invencible. Sus palabras eran groseras, mas groseras que las que acostumbra la plebe en las cloacas de la prostitucion o en las inmundas tabernas que frecuenta. Su lenguaje inconexo manifestaba a las claras la perturbacion de su cerebro. Sus furores y sus lágrimas decian sus remordimientos, que, cual lavas ardientes, abrasaban su mente en las ráfagas de lucidez que para aumentar su martirio, le venian de cuando en cuando. Pero entonces la escena era mas espantosa, el cuadro era mas sombrio, mas asqueroso, mas terrible, porque esta furia lanzaba imprecaciones, y luego decíale a su madre los mayores y mas groseros insultos; pero no contento con esto, lanzábase sobre ella para despedazarla, acusándola de ser la autora de sus males, porque ella y su padre se habian robado la fortuna ajena...

Cuando estos accesos sobrevenian, y sobrevenian cada dia con mas frecuencia, doña Porfira no tenia otro remedio que huir y encerrarse apuradamente, pues ya en una ocasion estuvo a punto de ser asesinada por su hijo, salvándola la casualidad de encontrarse presentes dos robustos inquilinos que consiguieron arrancarla de manos de Guillermo que la estrangulaba.

Desde ese momento doña Porfira habia tomado sus precauciones haciendo poner buenas puertas y buenas cerraduras a sus habitaciones, y que durmiesen cerca tres o cuatro hombres; porque era necesario una fuerza de Hércules para contener a Guillermo cuando le daban aquellos ataques.

No sabremos decir cuál de estas dos personas era la que mas sufria, si la madre o el hijo, pero lo cierto del caso era que aquella vida era espantosa, y que aquellos sufrimientos debian ser horribles; y a tal punto causaban miedo aquellas

escenas, que los campesinos decian que sus patrones estaban condenados en vida, o que por lo menos les habian hecho *daño* (1), inclinándose a lo último por el respeto y sumision profunda que esa sencilla jente tiene por lo que llama el patron, el rico, el hacendado; pero sin embargo, temblaban siempre, y para preservarse de accidentes, se llenaban de rosarios y de escapularios, diciendo algunas oraciones que ellos creen mui eficaces para este jénero de males, o para apartar a los espíritus infernales, haciendo infructuosos sus maleficios o preservándose de ellos.

Hemos trazado a la lijera el cuadro feliz de la virtud y el cuadro horripilante del crímen; pero todavia le reservaba Dios a los unos mas satisfacciones y mayores recompensas, y a los otros mas sufrimientos y mayores castigos, porque todavia, tanto para los unos como para los otros, no estaba colmada la medida de su justicia.

II.

Hacia dieziocho meses que Enrique se habia ausentado de Chile, y en todo este tiempo no habia escrito ni a Luisa, ni a sus padres, ni a su maestro una sola carta de consideracion, limitándose a tranquilizarlos sobre su salud con pequeñas esquelas que nada decian de su manera de ser, de las impresiones que hubiera recibido, de los estudios que habia hecho y de los mil incidentes que por lo regular ocurren en los viajes y que, jeneralmente, los escribe uno en su libro de memorias; pero al fin recibió el coronel don Toribio de Guzman un grueso paquete que contenia una carta voluminosa para Luisa y dos para él, de las que daremos cuenta a nuestros lectores.

(1) Especie de maleficio en que creen firmemente los hombres del campo y que jeneralmente lo hacen los *Machis*, *brujos* o personas que tienen hecho un convenio secreto con el diablo.

Principiaremos por la de Luisa:

"*San Francisco, marzo* 20 *de* 1853.

"La primera dificultad con que tropiezo es el nombre que debo darte: mi querida Luisa me parece mui pálido; mi adorada esposa me parece algo impropio; ¿cómo llamarte, pues, mujer idolatrada? ¿Cómo darte el calificativo que venga mas bien a mis afectos, que se armonice mas con nuestra situacion? ¿Te diré simplemente Luisa? ¡Este nombre me es tan querido! Esta sola palabra suena a mi oido con tan agradable armonia, me es tan melodiosa, que solo su sonido, que solo el modularla en mis labios, me estasía!... ¡Cuántas veces, cuántas veces no he pronunciado tu nombre, y cuánta delicia no he sentido! ¡En cuántas ocasiones esa sola palabra no me ha hecho estremecer de alegria! ¡Luisa, Luisa, déjame llamarte simplemente así, porque me parece que tengo mas confianza, mas familiaridad, mas posesion de tí! Porque me parece que me identifico mas, que soi mas dueño de todo tu ser! ¡Tu ser! ¿sé acaso lo que digo? ¡Y sin embargo, el llamarte con tu solo nombre me persuade que ya eres mia, completamente mia! ¿Por qué no dejarme con esa ilusion? ¿Mi delicia causa algun perjuicio? ¿No me has autorizado tú misma? ¿No me has autorizado con el beso que me distes en el sepulcro de tus padres? ¡Beso divino que todavia siento fresco y palpitante en mis labios! ¡Qué ambrosía debia encerrar! Qué néctar del cielo ha derramado en todo mi ser que aun lo recuerdo como si fuera ayer! que aun su dulce, su perfumada, su deliciosa impresion la tengo presente y me parece del momento!... Y bien, Luisa, dime: ¿te ha acontecido a tí lo mismo? Indudablemente, porque de otra manera no me comprenderias ni te comprenderia yo! Porque de otra manera no podrias amarme! La reciprocidad en los afectos es una lei; de consiguiente, ¿cómo apreciar mi pasion y comprenderla sin que tú no te sintieras en el mismo grado y con el mismo entusiasmo? Sí, Luisa; sé que nos amamos y que

nos amaremos siempre... ¿Quién puede ya separarnos? Solo Dios, solo la muerte; y aun esto no lo creo, porque Dios nos ha unido, porque la muerte es la transformacion de la materia y no el aniquilamiento del espíritu, y nuestro afecto nace de él, vive de él, estará siempre en él; nuestro amor es tan inmortal como es inmortal nuestra alma... ¿No lo concibes así? No lo piensas tú misma? Así lo creo, así lo espero yo y así lo creerás y lo esperarás tú...

"Ai! Luisa, yo no habia pensado escribirte una sola línea; porque ¡cómo espresarte lo que he sentido! Yo te he asociado a todos mis actos, me has acompañado en todas mis acciones, has estado conmigo en todos mis pensamientos; y qué encanto! qué hechizo tan imponderable no ha esparcido para mí por el universo entero tu sola imájen! ¿Pueden traducirse estas impresiones? No, imposible! hé aquí la causa por que me habia abstenido de trasmitirlas al papel.

"¡Qué pasion tan noble, qué pasion tan pura, qué pasion tan grande es el amor! ¡Cómo mejorando nuestras costumbres nos eleva! ¡Cómo libertándonos de los precipicios nos lleva al bien por una senda de balsámicas flores! Cómo apartándonos del vicio, nos encamina a la virtud! Cómo nos hace admirar todo lo bello! Cómo nos estimula para emprender todo lo grande! Quién puede corrromperse amando! El mejor preservativo para conservar la moralidad, es la pasion llevada al idealismo! En vano precipitarán a un jóven en medio del fango de la corrupcion mas espantosa, porque si él ama lo atravesará sin mancharse y saldrá talvez mas purificado que antes de haber penetrado en él!

"Pero todavia hai mas... todavia encuentro en el amor un efecto maravilloso que si no lo hubiera esperimentado, jamas lo habria creido; porque pueden comprenderse fácilmente todos esos arrebatos deliciosos, todos esos éstasis del sentimiento, pero el punto culminante es la confianza inmutable, la tranquilidad absoluta de que nos hace gozar, poniéndonos en posesion de esa impertubabilidad que debe

tener Dios, de esa especie de inmutabilidad sublime del que está en posesion de la verdad sin límites, y el amor cuando llega a ese grado, se purifica de tal manera que no desconfia ni tiene contrariedad alguna.

"¿Y lo creerás, Luisa? Yo he sentido lo que ahora esplico sin perfecto mérito: yo me he separado de tí sin dolor; yo he estado ausente sin sufrimiento, porque tú y yo hacemos una sola unidad, porque vivia en tí, porque no me separaba de tí, porque nuestras existencias eran y son idénticas, bastándome mi amor para estar seguro del tuyo...

"Luisa, tú debes saber con qué lenguaje nos habla la naturaleza cuando amamos! Cómo se armonizan sus fenómenos con nuestros afectos! Cómo se engalana para escitarnos! Cómo nos provoca con sus mil variaciones, con sus mil maravillas, con sus mil lenguas para hablar una sola, la del amor!

"El mar con toda su majestad, con todos sus abismos inconmensurables, ¡qué de abismos de recuerdos y de pensamientos no menos profundos no despierta en nosotros! Cuando la tempestad ruje sobre nuestras cabezas, cuando embravecido y lleno de furores parece sepultarnos, ¿no es verdad que nos trae a la memoria a un ser amado? ¿No es verdad que en esos instantes de confusion pavorosa, la imájen de nuestra querida se nos presenta mas patente y mas seductora que nunca? Yo lo digo por esperiencia propia: en uno de esos cataclismos marítimos me parecia tenerte a mi lado y no temia nada, absolutamente nada, ni aun la muerte que los amenazaba a todos menos a mí, porque con tigo, ¡muriendo ambos! ¿podíamos morir? Y si me hubieran sepultado las olas en sus negras soledades, ¿no es verdad que habríamos renacido al dia siguiente porque tú habrias muerto un instante para vivir en seguida... para vivir una eternidad?...

"En otras ocasiones, cuando tranquilo el océano tiene sus suaves céfiros y sus dulces melodias, cuando parece sonreir-

nos con el murmullo silencioso de sus apacibles y casi tímidas olas, ¡tras qué prisma encantador no te presentabas a mi fantasia! Tú estabas conmigo, Luisa, y los dos gozábamos de aquel espectáculo tierno y grandioso! Fuerza invisible del amor que todo lo embellece; ¡cómo han podido desconocerte o corromperte los hombres! ¡cómo han podido cambiar estos goces casi divinos por esos carnales placeres que en lugar de elevar el alma la degradan!

"Cuántas veces tambien al levantarse o al ponerse el sol en los confines del horizonte, ¿no estabas tú presente, no te veia con los ojos del alma? Y allá en las avanzadas horas de la noche, cuando duerme nuestro mundo y los habitantes que lo pueblan, pero que parece vivir el estrellado cielo con sus infinitos, resplandecientes y misteriosos moradores! ¡cuántas veces no he pensado en tí y me he unido a tí! ¡cuántas veces no me he confundido contigo allá en la eternidad!...

"¿Qué especie de similitud tiene el amor con Dios, Luisa mia? ¡Yo me encuentro arrastrado a la contemplacion, a la amorosa súplica, a la plegaria humilde, a la oracion, en una palabra, cuando pienso en El o en tí! ¿Es esto un defecto o es esto una virtud? Pero califíquenlo como quieran, a mí me agrada sentirlo asi y lo pienso asi; y tanto mas lo siento, lo pienso y lo creo, cuanto que conozco que me mejoro; y mejorándome, ¿cuál podria ser el motivo que me impidiese seguir esa senda que me aprovecha a la véz que me agrada?

"Pero aun esto no es todo, Luisa mia; aun hai un fenómeno mas: la induljencia, la induljencia sobre todas las flaquezas humanas, se ensancha; y a medida que es mayor la pasion que sentimos, mas grande es tambien la conmiseracion que esperimentamos por las debilidades del hombre. A medida que es mas puro e intenso el amor que nos domina y que nos dirije, se siente desaparecer de nuestro corazon el rencor, el odio y la venganza! ¡Prodijios del cariño! ¿Cómo no estarte agradecido?

"A tal punto llega mi convencimiento sobre este punto, Luisa, que creo indispensable, y mas que indispensable, provechoso, estimular el amor en los jóvenes y hacerlo crecer y crecer hasta donde sea posible, para desterrar la sensualidad, para mejorar las costumbres, para robustecer el cuerpo y el espíritu, para formar la verdadera familia, para crear los buenos hábitos, para hacer ciudadanos intelijentes, abnegados y laboriosos, para encaminarnos a la dicha del cielo por medio de los goces de la tierra, pues la felicidad en el mundo me parece que debe ser una cosa que Dios no condena, desde que nos ha dado la aspiracion innata hácia ella...

"¡Qué estravagancias estoi diciendo, Luisa! ¿Es esta la manera de escribir a su amada? ¿Es este el medio de comunicarnos nuestros afectos? Indudablemente no; pero yo no puedo separar la filosofía del amor, asi como no puedo tampoco dejar de unirlo a la creacion y a Dios...

"Pero si es indispensable que me aparte o que me separe de los pensamientos que la pasion despierta en mí; si es preferible que me concrete esclusivamente a ella, a pesar que creo estar mas que nunca en ella, te hablaré de nuestro último adios, del postrer momento que estuvimos en Santiago, y de las ideas que me acompañaron despues en mi viaje y que no me han abandonado durante todo el tiempo de mi ausencia.

"En este caso, Luisa, tendré que hablarte de todos aquellos incidentes que, haciendo mi desgracia, me dieron la felicidad. ¿Pero con qué objeto, Luisa, estar obligado a tener tal reminiscencia? ¿No me basta acaso tu confesion? ¿No he estado satisfecho con ella? ¿Para qué es mas? ¿Para qué recordar actos que tú conoces, delirante amargura que te habia escrito, dicha suprema que me causó tu arribo y tus palabras? Ai, Luisa! ¡Fuí tan feliz y lo soi como nadie puede serlo! Y yo mismo no comprendo cómo cabe en mi pecho tanta alegria!

"¡Pero has visto, Luisa, cómo el amor madura el juicio? Te aseguro que no solo me haces vivir, sino tambien reflexionar, y que he llegado a escalar las altas rejiones de la intelijencia nada mas que porque sé amar! ¿Qué era yo antes de conocerte? Un jóven sin ideas, sin discernimiento, casi sin aspiraciones, marchando en un círculo estrecho y obrando bien por instinto; mientras que ahora soi todo un hombre, ahora comprendo lo bello, deseo lo heroico, admiro lo sublime. Ahora he adquirido gran variedad de conocimientos y la posesion del valor de mi ser y de la dignidad humana. Ahora no tengo ni temores ni arrogancias: soi hombre delante del hombre y no me encorvo ante la presencia de un emperador, asi como no desprecio a un mendigo, pues disto tanto de la soberbia como de la bajeza. Ahora han desaparecido para mí mil preocupaciones: preocupacion de familia, preocupacion de fortuna, preocupacion de raza, preocupacion relijiosa, preocupacion política, preocupacion social; todo, todo ha volado, todo ha desaparecido ante la fraternidad, la libertad y la igualdad humana, considerada esta última en cuanto al derecho jeneral del hombre y no en cuanto a los atributos con que Dios ha dotado o distinguido a los individuos en su personalidad propia; y este inmenso cambio es debido únicamente al enjendro de la pasion en mi espíritu, a quien ha fecundizado asi.

"¡Qué prodijios, qué portentos, mi adorada Luisa, no hace el fuego divino del amor! En nuestras relaciones sociales, en el trato familiar de los hombres, ¡cómo lo suaviza, cómo lo endulza, cómo lo fraterniza! El amor nos hace mas compasivos, mas misericordiosos, mas induljentes, pudiendo asegurar que el que ama nunca castiga sino que perdona, porque de su corazon brota sin esfuerzo la santa miel de la caridad!

"¡En cuántas ocasiones, independiente del raciocinio, no he esperimentado yo esta verdad! En mis viajes, en los múltiples accidentes del que corre de una parte a otra, en las

variadas relaciones que se ve obligado à formar, en la diversidad de personas y de caracteres con quienes tiene que tratar o contemporizar, en todos estos casos he reconocido la influencia benéfica del amor, porque me ha servido en todos ellos como la mejor guia, como el mejor Mentor.

"¿Y sabes otra cosa, Luisa? La persona que ama es jeneralmente amada: hai una irradiacion de afectos que nace de ella y se esparce a su alrededor, formando una atmósfera de simpatia que atrae involuntariamente; de modo que ese sentimiento no tan solo está en el ser que lo esperimenta, sino que se repercute en los otros, produciendo una especie de benevolencia jeneral y recíproca. ¡Ya ves cuántas virtudes tiene el amor y cuánto se alcanza con él! ¡Pero para qué decírtelo cuando debes saberlo, y saberlo mejor que yo!

"Voi a hacerte una pregunta, Luisa: ¿no has pensado muchas veces que yo estaba a tu lado en Santiago cuando conversabas con mi hermana y con mi maestro y cuando han debido ir a verte mis padres? Indudablemente que sí, porque a mí me ha parecido estar presente a esas conversaciones, estar casi oyéndolas.

"Hai veces que creo en la aparicion de los espíritus por lo que a mí mismo me pasa, independiente de lo que se dice sobre ellos y de los casos que se citan; y en verdad, ¿no es el alma menos corpórea que la electricidad? Y si esta recorre los espacios con una velocidad sorprendente, ¿por qué no habia de recorrerlos aquella? Y si ese fluido llega sustancialmente al término dado, ¿por qué en el mismo carácter y bajo las mismas condiciones no hemos de llegar nosotros? Ya ves, Luisa mia, de cuánto es capaz el amor; ¡por qué lo condenan algunos en vez de recibirlo como un gran beneficio de Dios! Por mi parte, Luisa, si me dijeran de renunciar a mi pasion, mas valiera que me dijeran de morir, porque mi amor es mas que mi vida, pues sin él yo no comprendo lo que seria de mí.

"Mis trabajos, mis ocupaciones, los conocimientos que ad-

quiero son tuyos, todo te lo debo; porque no doi un paso, porque no hago nada sin referirlo a tí: eres mi estímulo, mi medio y mi fin, y si me lo arrebataran, todo caeria en tierra, todo desapareceria como el humo.

"Ahora, Luisa, dime ¿cuándo regresaré? A pesar de mi confianza, a pesar de la seguridad que tengo de tu amor, a pesar de la posesion moral que me has dado, sin embargo deseo verte; y si al principio me bastaba lo primero, ya me parece que necesito lo segundo. La mejor frase que puedes contestarme es esta: "ven."

Empero, mi adorada Luisa, obra como quieras; yo no tengo mas lei que tu voluntad.

Escusado es que te diga que abraces a mi hermana y a mi maestro, porque lo harás sin que yo te lo recomiende.

Y mis pobres y queridos padres! Háblales de mí, Luisa, y te amarán mas de lo que a mí me aman.

Qué momentos me esperan! Casi no quisiera pensar en ellos! Soi mui feliz... Seremos mui felices...

Tuyo para siempre,

ENRIQUE."

III.

Enrique solo se habia limitado a escribir a Luisa sus impresiones amorosas, sin hacer referencia a sus viajes, reservando este asunto para su maestro. Su carta, mas lacónica que la que dirijia a su amada, estaba llena de observaciones juiciosas que vamos a copiar en parte por si pueden ser útiles.

Hélas aquí:

"*San Francisco, marzo* 21 *de* 1853.

"Querido maestro mio:

"He hecho mui bien en seguir su consejo, porque he visto una sociedad distinta a la nuestra, puede decirse, casi un mundo nuevo.

"¡Qué progreso! qué actividad! qué enerjia en la accion individual y colectiva de este gran pueblo! Cuando recuerdo nuestra manera de obrar pausada, lenta, perezosa, y la comparo con la accion decidida, con el espíritu de empresa que anima a cada individuo y a esta nacion en jeneral, comprendó y compadezco el atraso de nuestro pais, la somnolencia en que vive, los pasos contados con que avanza en la senda de la civilizacion!

"Nosotros, maestro mio, y usted lo sabe mejor que yo, estamos mui atras; y aun cuando por espíritu de nacionalidad quisiéramos ocultárnoslo, nos vemos obligados a reconocerlo y a confesarlo; empero, ¿en qué consiste esta diferencia? Hé aquí la pregunta que me he hecho y lo que he tratado de investigar para conformarme a sus deseos y seguir sus consejos que tanto me han servido y me sirven y cuya utilidad y conveniencia palpo a cada momento.

"¿Serán mis deducciones buenas? Esto lo ignoro; pero las someto a su juicio para que las califique, no poniendo en ellas el menor amor propio y desconfiando mucho de su exactitud; sin embargo, espero que la sanidad de mi propósito me granjee su induljencia. Entraré desde luego en materia sin pretension la que menor, pues no soi ni estadista, ni político, ni jurisconsulto, sino que emito mi opinion sin darle la menor importancia y solo como el discípulo que da a su maestro la leccion que le han ordenado estudiar.

"Pues bien, maestro mio, todo el secreto de la preponderancia de los Estados Unidos, de su progreso sin ejemplo en las sociedades pasadas y presentes, de la estabilidad de sus instituciones, de la paz inalterable de que gozan en medio del mas activo movimiento de sus habitantes, de haber sobrepujado en menos de una centuria a las otras naciones, de sus grandes empresas, de sus grandes inventos, de sus múltiples y variadas industrias; el secreto de todo esto me parece que proviene en su mayor parte, por no decir totalmente, de la libertad ámplia de que gozan; porque

aquí se ve libertad política, libertad civil, libertad relijiosa, libertad de industria, libertad de asociacion, libertad en todo y para todo; y esta libertad, centuplicando las fuerzas del hombre y desarrollándolas, ha creado esa enerjia indómita en el individuo, enerjia que todo lo vence y que ha echado por tierra las preocupaciones que nos agovian todavia a nosotros.

"En Chile vemos mui marcado el espíritu de familia; en Estados Unidos solo existe una gran familia.

"En Chile vemos las prerogativas de los que se dicen nobles, prerogativas de hecho aunque no de derecho; en Estados Unidos todos son iguales y por consiguiente, todos son nobles. En Chile hai el esclusivismo relijioso que enjendra los odios de secta, en Estados Unidos la libertad relijiosa que establece la tolerancia que es la fraternidad del pensamiento bajo distintas formas.

"En Chile existen clases privilejiadas como el clero, en que no alcanza la lei civil; en Estados Unidos los comprende, los proteje y los castiga a todos porque todos son ciudadanos.

"En Chile está uno obligado a pagar por el culto que no profesa, a mantener la relijion que no tiene; en Estados Unidos cada cual sostiene su creencia y mantiene su iglesia: todo depende de la voluntad, no de la fuerza, de la libertad, no de la violencia, y al simple deista nadie lo mortifica ni él desembolsa un centavo por ritos que no se armonizan con sus ideas. En Estados Unidos es donde está en práctica este gran principio: *La Iglesia libre en el Estado libre*, y asi es como se vive en armonia.

"En Chile el pueblo es nada, en Estados Unidos el pueblo es todo.

"En Chile está coartado el sufrajio por el despotismo de las autoridades, y los que debieran velar por la libertad son los que la conculcan; en Estados Unidos las autoridades se abstienen de toda intervencion y solo vijilan por conservar

el órden para que se mantenga intacta esa misma libertad que entre nosotros se mata.

"En Chile todo se centraliza y sin embargo se vive en la discordia; en Estados Unidos no hai tal centralizacion de poderes y sin embargo hai armonia y hai unidad.

"En Chile parten del ejecutivo los gobernadores de las provincias y los pueblos no tienen ni vida propia ni representacion propia; en Estados Unidos nombra cada estado a sus jefes y deliberan sobre sus conveniencias sin dañar en lo menor el nervio poderoso de la gran nacion, sino que con ese réjimen se fortalece cada dia con la prosperidad de todos.

"En Chile tenemos la libertad en la palabra y la esclavitud en la práctica; la república como principio, la monarquia como hecho; la democracia escrita, la aristocracia realizada; mientras que en Estados Unidos, libertad, república, democracia, son una realidad, no una ilusion, no una voz, no un finjimiento.

"En Chile hai candidaturas oficiales que hacen de la representacion nacional una burla grosera; en Estados Unidos solo hai candidaturas populares que llevan al congreso los independientes, y por consiguiente lejítimos representantes de cada estado.

"En Chile se desprecia el trabajo y al trabajador; en Estados Unidos se santifica al primero y se honra al segundo.

"En Chile el artesano doblega la cabeza, se avergüenza de serlo, y solo acepta la labor como una necesidad; en Estados Unidos lleva el trabajador alta la frente, se hombrea con todos, no se humilla ante nadie, porque tiene conciencia de su dignidad de hombre que no le han arrebatado las preocupaciones ni se la arrebatarán jamas.

"Hé aquí, maestro mio, de donde proviene en mi humilde concepto la admirable y lejítima virilidad de este pueblo, que no acepta ningun yugo, porque ha sabido romper con todas las tradiciones del pasado, con todas las institu-

ciones del presente que rijen a los demas; pues no tiene ni quiere reyes porque él es el gran rei; no acepta soberanos, porque él es el soberano; no reconoce aristocracia, porque posee la aristocracia de Dios, el individualismo que se desarrolla en fuerza de las facultades naturales con que cada ser es dotado; no tiene relijion dada, relijion oficial, relijion dominante, relijion asalariada, relijion esclusiva, porque las acepta todas, viviendo todas en paz, pues están obligadas a tolerarse mútuamente; y a tal punto llegan las consecuencias de esta manera de ser, a tal grado ha alcanzado el sentimiento de dignidad en estos hombres, que con dificultad se encuentra un yankee que quiera servir de criado. El yankee pisará barro, cortará leña, tendrá cuanto destino se le presente, trabajará para todo el mundo, pero sin sujecion y con independencia, pues sabe que trabaja para sí mismo; pero en cuanto a la domesticidad, no la acepta, asi como sus diplomáticos no aceptan las libreas con que exijen los reyes que se presenten a sus cortes en sus recepciones oficiales, sino que el yankee irá vestido de caballero, pero nunca de payaso; y esa independencia, ese desprecio por las ridiculeces aristocráticas y monárquicas, lo han sabido imponer, dándoles este solo hecho mas prestijio en los otros paises, que el que hubieran obtenido conformándose a esa etiqueta inventada por la vanidad de unos hombres que, aunque están colocados sobre tronos, nada tienen de superior a los demas, sino que han invertido las leyes de la naturaleza degradando a la especie y causándole los grandes males de que todavia adolece y las monstruosas absurdidades en que todavia cree.

"Empero, maestro mio, este hermoso cuadro no deja de tener sus defectos: los americanos del norte han llevado hasta la exajeracion ese principio de dignidad y se han hecho soberbios. El yankee tiene por lema y está persuadido del siguiente absurdo, diciendo con mucho énfasis y como una verdad inconcusa: "*No admitimos superiores ni reconoce-*

mos iguales" La primera proposicion puede talvez aceptarse, pero la segunda es un barbarismo que va de lleno contra la doctrina de Cristo, contra la fraternidad humana y que mas prueba ignorancia que ciencia; pero el orgullo y la soberbia, hijos de las preocupaciones, están probando claramente que aun no se ha alcanzado, que aun se está mui lejos del conocimiento perfecto de las cosas, de la manera como debe vivir el hombre y que conserva todavia los defectos de la esclavitud; porque el hombre libre, el hombre verdaderamente superior no despotiza al débil sino que lo compadece y lo ayuda; no avasalla al ignorante, sino que lo enseña; pues sabe que su ciencia es nada, y que pequeños accidentes no pueden elevarlo mucho mas alto que su hermano, porque el ignorante es hombre, asi como lo es el sabio, y la sabiduria humana no se estiende a muchos, porque el pobre es hombre, asi como lo es el rico, y la riqueza humana no va mui lejos, porque todo es caduco y perecedero y lo que poseemos lo dejaremos de poseer mañana; de manera que no vale la pena de enorgullecerse por tan transitorias ventajas, en caso que en realidad lo sean. ¿No es usted de mi misma opinion, maestro mio? ¿No cree usted que aquel que mira a todos con induljencia, que a todos trata como hermanos, que no desprecia ni al pobre, ni al desvalido, ni al débil, ni al salvaje, ni al ignorante, es el que sigue la lei de Jesucristo y que la lei de Jesucristo es la lei perfecta? ¿No piensa usted que es una imperfeccion, una prueba de poco conocimiento moral y de estrechez de miras ese orgullo yankee? (1) La verdadera superioridad, ¿no me ha-

(1) Hai un fenómeno por demas curioso que existe en Chile y que siempre nos ha chocado, sin podernos dar claramente cuenta de él, y éste consiste en el orgullo que despliegan los estranjeros respecto de nosotros, y particularmente los ingleses, desde el momento de pisar estas playas, y el acatamiento inmotivado con que los recibimos y con que los miramos, pareciéndonos tan estravagante y tan fuera de razon lo uno como lo otro. Existe, es verdad, la preocupacion de nacionalidades, y esta es mas fuerte mientras la potencia es mas poderosa, llegando a considerarse superiores los unos a los otros por haberles tocado la casualidad de nacer en tal o cual pais que tiene

bia dicho usted muchas veces que consiste en la humildad, asi como la verdadera moral en la caridad, y la caridad en la fraternidad?

Pero no es este el solo defecto que he encontrado en este pais tan digno bajo todos respectos de ser estudiado e imi·

mayor número de cañones, que hace ostentacion de mayor fuerza, que ha ganado mayor número de batallas, que cuenta con mas industrias o mas medios de produccion, que ha tenido mas sabios, que posee mas ciencias, en que está mas difundida la civilizacion, y creemos que no andamos escasos en acordar ventajas; pero, ¿qué tiene que ver todo esto con el individuo? ¿Acaso el ingles, el frances, el aleman, el yankee que llega a Chile, tiene, por el hecho de haber nacido en Londres, en Paris, en Berlin, o en Washington, toda la ciencia, toda la sabiduria, toda la industria que han adquirido aquellas naciones? ¿Por el hecho de venir al mundo en tal o cual lugar se adquiere un mérito? es un motivo de superioridad? Así lo creen ellos y así nos parece que lo pensamos nosotros; ¿pero hai preocupacion mas absurda y mas infundada por una y otra parte? ¿Hai ridiculez mayor que el orgullo de ellos y que la sumision nuestra?

Nosotros no queremos despojar a nadie de su mérito, no queremos hacer cuestiones de nacionalidades, sino que al contrario, vamos contra ese espíritu que no tiene razon de ser y que si existe, desaparecerá algun dia; y menos tenemos ojeriza por éste o aquel pueblo, pues los consideramos a todos como hermanos y formando parte de la unidad humana; pero por lo mismo, nada hai de mas justo que el que se valore al hombre por su mérito personal y no por el lugar de donde venga o donde haya nacido, aun cuando éste fuera el Cielo Empíreo. ¿Qué es lo que debe acatarse? Nada mas que los conocimientos o las prendas que adornan al individuo, pero no por su nacionalidad, porque ésta no acredita ni disminuye los méritos de la persona, así como no debe acrecentar ni disminuir nuestra consideracion: a cada uno segun sus obras, dicen los Sansimonianos, y esta doctrina está basada en la equidad.

Pretenden los estranjeros que ellos nos traen la civilizacion y que, por consiguiente, debemos estarles mui agradecidos. "¡Qué fuera de ustedes sin nosotros, gritan de voz en cuello!" Y se pavonean henchidos de orgullo y creen que han dicho una verdad tan grande como el Evanjelio; y a nuestro turno la aceptamos como tal y les damos las gracias con nuestro respeto y nuestra consideracion. ¿Quiénes son en este caso los mas ignorantes? Ellos o nosotros? En nuestra opinion, ambos. La civilizacion no es el patrimonio de un pueblo, sino de muchos pueblos, no proviene de una jeneracion sino de muchas jeneraciones, no reconoce ni amos ni propietarios, sino que es el espíritu de Dios esparcido por todo el mundo, reconociendo por único heredero al hombre y no al frances, al ingles, o al español. ¿Qué se diria si tuvieran la pretension de afirmar que tambien les éramos deudores de la luz del sol, porque ella viene de Oriente a Occidente? Se diria, y con razon, que eran unos locos. Pues mas locos son cuando se hacen dueños de la civilizacion, que es todavia mas diáfana, mas etérea, mas fugaz, menos apropiable que la luz del sol; y si es un absurdo lo primero, ¿cómo debemos considerar lo último?

¿De quién tienen ellos la civilizacion que blasonan? De los asirios, de los fenicios, de

tado, sino que he hallado mas arraigada que en ninguna parte la preocupacion ciega del dinero, esta preocupacion que invade al mundo, que se apodera de los corazones, que es el ídolo dominante de nuestra época, pero que aquí impera

los griegos, de los romanos. ¿Y por qué no reconocen, no agradecen a aquellos, lo que quieren que les resconozcamos y que le agradezcamos a ellos?

Pero se dice con mucho énfasis: si nosotros no trajéramos comercio e industrias, ustedes no tendrian nada y carecerian de todo. Este es un nuevo error y un nuevo absurdo. ¿Nos traen acaso ese comercio y esas industrias únicamente por favorecernos? Si fuera así, tendrian razon y hablarian con justicia; pero cuando lo hacen por su conveniencia, por su interes privado, por la ganancia que les resulta, ¿dónde está el servicio? dónde está el bien? Y si lo hai, nos parece que es recíproco y que ni ellos ni nosotros tenemos nada que agradecerles, ni nada que agradecernos. De consiguiente, por qué no tratarlos y que nos traten bajo el mismo pié de igualdad y con recíprocas consideraciones? Es preciso, pues, que se desengañen ellos y que nos desengañemos nosotros para que en lo sucesivo sepan que es infundado su orgullo y sepamos que es no menos infundada nuestra consideracion, consideracion que llega hasta el grado de anularnos nosotros mismos, perdiendo muchas ventajas que nos pertenecen y que debiéramos y pudieramos aprovechar.

No es nuestro ánimo crear animosidades que no sentimos, que deseáramos que nadie las tuviera, porque son injustas tanto de una como de otra parte, pero no podemos menos de hablar, como lo dijimos al principio de esta nota, sobre un fenómeno que nos ha chocado y nos choca todavia, pues estamos palpando las prerogativas que se disciernen ellos y las preferencias que nosotros les acordamos; así, por ejemplo, en las administraciones de Bancos, en que entran por tres cuartas partes los capitales chilenos, vemos que se confieren los empleos principales a estranjeros; y esto no es nada, sino que se les abre crédito con mucha mas facilidad a ellos que a nosotros y que aun cuando posean menos fortuna que un chileno, tienen sin embargo mayor accesit, mas franquicias y consiguen los capitales que necesitan con menos trabas, guardándoles a la vez toda especie de consideraciones; mientras que a los chilenos les cuesta, y son recibidos con aires de proteccion despótica, ni mas ni menos que si les dispensaran una gracia. ¡Y sin embargo, casi todos los accionistas o la mayor parte son chilenos!

Se dirá tal vez que es indispensable que echemos mano de ellos porque nosotros somos incapaces de administrar nuestra fortuna; ¿pero son tan grandes, tan escepcionales, tan raros los conocimientos que se necesitan para esto? Creemos que no, y que les damos la preferencia nada mas que por una preocupacion inveterada.

Mui distantes estamos que por espíritu de nacionalidad, espíritu que combatimos tanto en ellos como en nosotros, no se conceda a la capacidad y a la intelijencia toda la consideracion que merece y todas las recompensas y ventajas imajinables, cualquiera que sea el pais de donde proceda el individuo; pero de esto a la parcialidad ciega que se tiene, hai mucha distancia, y esto es lo que criticamos en justicia y sin la menor animosidad por nadie ni contra nadie, pues tratamos la cuestion en tésis jeneral y como una observacion sin acrimonia sobre nuestras costumbres, con el fin de que se corrijan.

sobre todo, o mas bien dicho, es el todo, es el principio, el medio y el fin, refiriéndose cuanto hai a este solo punto, donde converjen todas las aspiraciones, pues el *dollar* es el Dios favorito y único del yankee. Usted debe comprender, maestro mio, que al espresarme así, hablo sobre el espíritu dominante de este pais, sin contar honrosas y numerosas escepciones.

Es indudable que esta pasion por el dinero es una de las principales causas, quizá la primera, que empuja a las grandes y atrevidas empresas, que crea los nuevos inventos y desarrolla de una manera prodijiosa la industria; ¡pero consagrar toda nuestra vida y todo nuestro pensamiento a este solo objeto, me parece desvirtuar nuestra naturaleza, metalizar nuestro corazon, hacer que no sienta los grandes afectos, que no conciba las grandes ideas, que no aprecie ni comprenda las grandes virtudes! ¿No es usted, maestro mio, de la misma opinion? ¿No he recibido de usted estas mismas lecciones no hace mucho tiempo en aquel inolvidable retiro de la hacienda de San Jorje?

Las observaciones de entonces, señor, me han servido ahora, he venido a palpar sus efectos y por ellas a sacar mis deducciones, arraigándose en mi mente cada dia mas su doctrina, porque veo sus tendencias civilizadoras y humanitarias y en las que se encuentra la verdadera felicidad de la humana especie.

Este espíritu yankee, materializando el alma, no nos eleva sino que nos dejenera.

Los que quieran ver en nuestra crítica una mala predisposicion en contra de los estranjeros, se equivocan. Tenemos muchos y mui buenos amigos entre ellos, cuyas prendas reconocemos y apreciamos individualmente, y ademas, somos bastante viejos y un poco reflexivos para que la esperiencia y el raciocinio no hubiera destruido en nosotros una preocupacion injusta e inpropia de un hombre con algunas pocas ideas.

Nada es mas natural que el amor por su pais, por el suelo donde uno ha nacido, donde han vivido sus padres y sus afecciones mas caras; pero esto no es motivo de vanidad, de orgullo, de superioridad de ninguna especie; pues el mérito del individuo debe estar en sí mismo, está en sus cualidades personales y no en la localidad de donde procede, porque esta clase de superioridad no es mas que una preocupacion vana y absurda....

"Todo lo que hai de mas tierno, de mas hermoso y de mas sublime en el sentimiento y en la idea, entra en esa sed brutal de lo que se llama placeres corporales; entra, no teniendo en vista otra cosa que nuestras necesidades físicas, entra en el bullicio, en el festin de las pasiones dejeneradas, en los goces efímeros de la ostentacion vanidosa, en el lujo, grande o pequeño, porque todo es relativo, pero que, sin embargo, aniquila o ahoga las nobles aspiraciones, los pensamientos elevados, la poesía de que están mas o menos dotadas todas las almas.

"El yankee, hablamos siempre en tésis jeneral, no reconoce otra lei, puede decirse así, que el trabajo, ni otra aspiracion que el *dollar:* el principio el medio y el fin de las acciones de cada uno de los americanos del norte está basado allí, tiene por fundamento, y podriamos decir, por norma, esos dos estimulantes poderosos que han llevado a ese gran pueblo al estado de prosperidad material en que se encuentra; y si bien es verdad que la satisfaccion de nuestras necesidades físicas entra por mucho en el desarrollo de nuestras facultades morales, no es menos cierto que la contraccion absoluta a lo primero adormece lo último, porque el individuo que no tiene en vista mas que la fortuna y el medio de adquirirla, se ve obligado a consagrar mui poco tiempo al perfeccionamiento intelectual: y en prueba de ello, querido maestro mio, verá usted en este pueblo gran cantidad de activos e intelijentes comerciantes, de hábiles injenieros, de millares de industriales, pero no encontrará usted sino mui pocos hombres consagrados esclusivamente a la ciencia, mui pocos profundos y distinguidos médicos, mui pocos escritores de nota cuyas obras llamen la atencion universal, mui pocos poetas cuyas sentimentales o enérjicas estrofas llenen el mundo: de todo esto encontrará mui poco y comparativamente menos que en los otros pueblos, porque a mi entender, el trabajo incesante y la única aspira-

cion a la ganancia, impiden que se esplaye el alma y vuele a las rejiones del idealismo.

"Por otra parte, maestro mio, esta manera de ser del hombre me parece que lo lleva a la estrechez del egoismo y así es como este defecto, o diré mejor, este vicio, se jeneraliza mas en ciertos pueblos, notándose que es menor el desprendimiento de los individuos allí donde mas se consagran al materialismo del lucro, y esta es la razon que me induce a creer que entre nosotros hai mas fraternidad, mas benevolencia, mas hospitalidad que en naciones como los Estados Unidos, que cuentan con elementos de progreso que no son conocidos entre nosotros.

"Me he estendido mas de lo que debiera en mis observaciones de jóven, pero debo a usted estas esplicaciones, porque su espíritu y su enseñanza me han inducido a hacerlas. Yo puedo, maestro mio, estar mui equivocado. Mis cálculos pueden ser mui falsos. No pretendo que se dé a mi manera de ver las cosas la menor importancia, y ya creo habérselo dicho; pero tambien era indispensable que me esplicara, puesto que usted me indujo a hacer este viaje, del cual no me arrepiento, sino que por el contrario, me congratulo, agradeciéndole a usted la indicacion que me hizo antes de partir de Chile, porque sin ella habria viajado por otros pueblos que no me hubieran dado el caudal de esperiencia y conocimientos que he debido a éste; así es, respetable maestro, que aun en lejanas comarcas su influencia benéfica me sigue y me proteje, independiente de aquella otra influencia que usted conoce, independiente de la influencia de Luisa a quien refiero todas mis acciones y todos mis pensamientos; a quien consagro todo mi ser.

"Yo debiera, querido maestro, haber comenzado mi narracion por un incidente que entra por mucho en mi felicidad, pues ha de saber usted que no solo tengo a una amante, que no solo tengo a un mentor, sino que tambien he encontrado a un amigo... ¡Un amigo!... Maestro mio, ¡qué palabra y

qué afeccion tan dulce! Luisa halló a mi hermana, y yo he hallado a Federico Bradfort! ¿Pero quién es Federico Bradfort? me preguntará usted; y bien, voi a contestarle: Federico Bradfort es una de esas almas que no pudiendo vivir en el mundo, porque todo cuanto les rodea es miseria y egoismo, y porque no estando en su verdadero centro, quiso, en un momento de desesperacion y de desengaño, volar hácia la mansion de los ánjeles huyendo de la mansion de los hombres: Federico Bradfort es un jóven que se ahogaba en la bahia de San Pablo y a quien tuve la fortuna de salvar: ¡Dios me ha recompensado, y me ha recompensado grandemente, dándome un amigo!

"Ah! maestro querido, usted debe saber cuánta delicia se encuentra en la amistad! Usted, que ha tenido lugar de sentir y de apreciar la del padre de Luisa, la de su camarada, de su colega y de su amigo Eduardo!...

"Yo le he abierto mi corazon a este jóven y todos mis respetos, todas mis aflixiones se las he comunicado. Yo le he hablado de usted, de Luisa, de mi hermana, de mis padres, de la pobre Eloisa, y juntos hemos derramado lágrimas de entusiasmo por las virtudes de usted, por la sublimidad de mi amada y por las cualidades que adornan a Mercedes y que distinguen al sarjento Lopez y a su digna esposa Marta Garrido. Yo le he revelado toda la historia de mis amores, toda la triste historia de la mujer del coronel don Toribio de Guzman, toda la abnegacion de este hombre, todos los sacrificios de Eloisa, toda la maldad de nuestros perseguidores y tambien el castigo que mi padre y yo nos vimos obligados a imponer al desgraciado autor de nuestros males, a quien, a pesar de todo, no odio, sino que compadezco, porque él debe ser infinitamente mas desgraciado que aquellos a quienes pretendia aniquilar, aquellos a quienes pretendia ofender...

"¡Y si usted supiera, padre mio, cómo se impresionaba mi amigo Federico! Si usted lo hubiera visto abrazarme y

derramar lágrimas! Si usted hubiera oido sus espresiones! Si usted supiera cuánto lo admiraba, cuánto le agradecia el bien que me habia hecho a mí y que habia hecho a mi hermana! ¡Si usted supiera con qué conmocion tan profunda oia el relato de los infortunios de Mercedes y la especie de adoracion que le tributaba! Si usted hubiera presenciado todo esto, estoi seguro que lo querria como yo lo quiero! Estoi seguro que tendria por él tanta amistad como yo la tengo!

"¡Y despues, despues cuando le hablaba de la manera como yo estaba unido a Luisa, del juramento que habiamos contraido, de ese matrimonio moral basado única y esclusivamente en la voluntad recíproca, en la bendicion de nuestros padres, en el beso dado y recibido en el sepulcro, se estasiaba y me decia:

—Así es como yo comprendo el amor, así es como yo comprendo el matrimonio.

"¡Y, maestro mio, horas y horas se transcurrieron, y dias de dias se han pasado sin casi apercibirnos del trascurso del tiempo, porque, engolfado yo en mis recuerdos, le comunicaba a él mis impresiones y él las sentia como yo las sentia, y se identificaba conmigo, y eramos uno, porque eramos amigos: secreto de las almas que no se esplica, pero que se esperimenta!

"Yo no he escrito a Luisa, ni a mis padres, ni a mi hermana este incidente; pero se lo comunico a usted, que participa de todos los afectos, que goza por todos, que los comprende todos, que es dueño de todos; sin embargo, la reserva que guardo no lo es, porque no tengo inconveniente en confesarles a ellos lo que a usted le revelo y estoi seguro que ellos quedarán satisfechos de mi relacion nueva, aceptando a mi amigo como yo lo acepto y como yo lo estimo.

"Pero le diré a usted francamente lo que ha conmovido mas a Federico, sin decírmelo él, porque yo lo he adivinado o conocido; pero son las desgracias de mi hermana y es

el desprendimiento de usted, es su apoyo para levantarla, para izarla a su altura, para darle su posicion, su fortuna y su rango, para prestarle el nombre ilustre de Guzman a su hijo; pues bien, señor, esto es lo que ha conmovido mas a mi amigo hasta el punto de decirme: "Envidio al coronel, envidio a ese anciano virtuoso y noble que ha llevado la calma de la felicidad a esa alma casi anjélica, pero martirizada por el infortunio, infortunio que no ha dependido de ella. ¡Ojalá yo hubiera podido estar en su lugar!"

"Hé aquí, señor, el simple relato de mis impresiones, una simple esposicion de mis juicios, una corta pero verídica narracion de mis afectos.

"Ahora me resta decirle que abrace a mi hermana en nombre de su hermano, a mis padres en nombre de su hijo, a mi Luisa en nombre de su Enrique, y que todos estos afectos se confundan en la admiracion y en la gratitud que le debe su

"ENRIQUE."

IV.

Inclusa con estas cartas venia otra en ingles dirijida al señor don Toribio de Guzman, y que estaba concebida en estos términos, que talvez nosotros traducimos incorrectamente, pero cuyo sentido, o cuyos conceptos, creemos no haber adulterado:

"Señor don Toribio de Guzman.

"Creo que entre hombres no hai escusa que pedir por dirijir uno a otro una carta.

"Yo soi hijo de una chilena: mi madre nació en Santiago y contrajo matrimonio en la misma ciudad, viéndose mi padre obligado, aunque por mera fórmula, a abjurar su relijion; pero este rigorismo lo hizo disgustarse de una sociedad que lo habia obligado a contrariar sus principios, y regresó a su patria, los Estados Unidos, que tambien es la mia; sin embargo, nunca puede uno ser indiferente al lugar

en que ha nacido su madre, ni tampoco a la relijion que ha profesado ella, motivo por el cual, sin desechar mi creencia, fraternizo con el rito católico que fué el en que nació la mujer que me dió el ser.

"El preliminar de mi carta le parecerá estraño; pero los yankees no nos detenemos en las fórmulas oratorias ni estamos sujetos a las reglas de una introduccion esencialmente de etiqueta, sino que principiamos nuestras correspondencias por donde nos viene el primer pensamiento, seguros de que despues se sucederán los otros, y asi me acontece ahora, porque voi a entrar en otro órden de ideas.

"Ha de saber usted, señor, que al tomarme la libertad de escribirle es porque lo conozco, porque he hablado sobre usted muchísimo con mi amigo Enrique, complaciéndome en cuanto él me decia, haciendo por sus palabras que naciera en mí un afecto sincero por su persona y una alta veneracion por sus virtudes y por sus talentos: hé aquí uno de los motivos por que he usado de esta franqueza sin la anuencia de Enrique; pero el otro motivo es para mí, al menos por el momento, el mas esencial, puesto que todo él se refiere a su discípulo, o lo que es lo mismo, a mi salvador.

"Nosotros no somos, señor coronel, para hacer grandes circunloquios, sino para irnos de lleno a lo que mas nos conviene, o como ustedes dicen: al grano. Pues bien, voi a hablarle sobre mi libertador, sobre mi amigo, sobre mi hermano, sobre el hombre desinteresado y magnánimo que nos ha ahorrado un luto eterno, arrancando a mi padre de la desesperacion, a mi hermana de la deshonra y a mí de la muerte, y de la muerte del suicida; porque yo hice cuanto pude por quitarme la vida, y cuando ya no tenia conciencia de mi ser, cuando ya estaba consumado el crímen, Enrique, con riesgo de su propia existencia, me arrancó de un elemento que en pocos segundos debia terminar conmigo; y como presumo que él no le haya dicho una sola palabra de lo sucedido, pues conozco su modestia, y mas que todo,

su sistema de nunca hablar de sí mismo y menos aun encomiar sus acciones; como sé esto, yo me encargo de comunicárselas a usted para que no ignore de lo que es capaz su discípulo, la doctrina que usted le ha inculcado y el grado a donde lo ha llevado su ejemplo y sus lecciones: usted puede vanagloriarse de haber formado un hombre.

"Pues bien, ha de saber usted, señor, que yo soi amigo de Enrique desde su llegada a California, y que en esos primeros y hasta cierto punto vacilantes pasos de un conocimiento nuevo, fuí atraido por una simpatía irresistible hácia él.

"Mi calidad de medio paisano fué un motivo mas para ir estrechando nuestras relaciones durante seis meses de residencia en San Francisco, donde llegamos a asociarnos de tal manera, que vivimos juntos.

"Enrique, de una actividad prodijiosa e intelijente, no solo ganaba mucho dinero con su trabajo, pues se estableció como arquitecto desde el principio, mediante al conocimiento que yo tenia de algunos individuos, sino que lo abarcaba todo y no habia industria que no estudiase ni taller de alguna consideracion que no visitase, dedicando una parte de sus noches para el perfeccionamiento del idioma ingles en que yo lo ayudaba, aunque él estaba ya algo avanzado cuando llegó, pues me dijo que a bordo del vapor en que habia venido se habia consagrado esclusivamente a este estudio, de manera que llegó a San Francisco con un caudal de voces y cierta facilidad de elocucion poco comun en un estranjero, y sobre todo en un individuo que practicaba desde tan corto tiempo un idioma algo difícil para el que no está familiarizado con él, o que no ha tenido lugar de vivir por largos años entre nosotros. Yo no hablaba el español sino que tenia nada mas que como un recuerdo de él, pues mi madre habia muerto muchos años, dejándome mui pequeños a mí y a mi hermana Emma, y mi padre no se contrajo nunca a enseñarnos, sino que le oiamos de vez en

cuando hablar con algunos estranjeros y nosotros le soliamos preguntar qué idioma era aquel, y él nos decia:

—El que hablaba tu madre y el que es preciso que ustedes aprendan, por si algun dia van a visitar el pais de mi esposa, que se llama Chile y que está situado en el último estremo de Sud América.

"Y toda la enseñanza de nuestro padre se limitaba a señalarnos en el mapa la situacion de esa república.

"Hablo de esta circunstancia como de un accidente, pero que fué sin embargo el primer vínculo que me unió a Enrique, pues yo le servia de maestro de ingles y él me enseñaba el español, de manera que en mui poco tiempo aprendió cada uno el idioma del otro.

"El buen éxito de algunas construcciones de Enrique, la exactitud, la puntualidad en sus tratos, lo módico de su trabajo, todo esto contribuyó a formarle luego buena reputacion y un crédito abierto; de manera que en mui poco tiempo adquirió, aun sin codiciarla, una fortuna considerable, estando llamado a enriquecerse mucho si hubiera querido permanecer algunos pocos años en San Francisco. Pero Enrique, que mira la fortuna como una cosa mui secundaria en la vida y solo como el medio de poder hacer algun bien a sus semejantes, no quiso separarse de mí y me siguió a Benicia donde me llamaba mi padre y donde tenia su principal comercio.

"Benicia es un puerto nuevo colocado en la desembocadura de dos caudalosos rios, San Joaquin y Sacramento y en el pequeño golfo que se denomina la bahia de San Pablo. En este punto tocan todos los vapores de arribada o de bajada de los rios, y en él habia colocado mi padre un gran establecimiento de provisiones con mui buen éxito, pues en poco tiempo habia hecho una fortuna nada despreciable y se preparaba para casar a mi hermana Emma con el hijo de otro comerciante mui rico, que viendo la prosperidad del establecimiento de mi padre, se proponia sin duda obtenerlo

para su hijo, y asi habia sido el convenio, pues mi padre habia prometido retirarse a una pequeña casa de campo, satisfecho con las rentas que le proporcionase una parte de su capital adquirido, porque dejaba a mi hermana en posesion de la mitad de la fortuna, considerando, no solo mi voluntad para ceder a Emma todo aquello que podia hacerla feliz, sino tambien mi aficion por el estudio y mis inclinaciones opuestas, no al trabajo, sino al trabajo especulativo; de manera que mi padre me habia dicho: "Cuando se haya casado Emma nos iremos a vivir a una hermosa casa de campo, donde tendrás toda libertad y donde podrás consagrarte a lo que te sea agradable, sin que tengas necesidad de pensar en tu subsistencia, pues gracias a Dios la tenemos ganada; y si voi a dar a tu hermana la mayor parte de nuestra fortuna, no creas que por esto te faltará lo necesario, porque conozco lo que eres y sé que andando el tiempo alcanzarás mas de lo que esperas"; y mi padre estaba dispuesto a separarse ya del comercio, con cuyo objeto me mandó llamar a Benicia, acompañándome Enrique, que permaneció por algunos dias con nosotros, antes que se fuera al interior, que deseaba visitar por uno o dos meses, para conocer nuestras ricas minas de oro que tanto renombre han tenido y tienen en el mundo.

"Discúlpeme usted, señor, que sea tan prolijo en mi narracion; pero todo esto viene a propósito de los acontecimientos que voi a referirle. Enrique se captó inmediatamente la voluntad de mi padre y de mi hermana, y fué recibido y atendido como un miembro de nuestra propia familia durante los pocos dias que permaneció con nosotros en Benicia, quedándome yo en casa para presenciar el matrimonio de mi hermana, pero con la intencion de irme a reunir a él tan luego como se efectuara el enlace convenido.

"Cuando Enrique partió, yo y mi hermana nos quedamos tristes, y esta tristeza se comunicó hasta mi padre, que dijo: "Siento que se haya ido este jóven, pues me ha parecido

tan bien que desde el primer dia lo he considerado como un hijo mas y un hijo bastante querido.

"No pasó un mes sin que mi padre esperimentara uno de aquellos contratiempos tan frecuentes entre nosotros: el banquero en que tenia colocados todos o la mayor parte de sus fondos quebró de la noche a la mañana, y de tal manera, que no tuvo otro arbitrio que fugarse, quedando por este motivo mi padre completamente arruinado.

"En el momento de saber la noticia que desbarataba completamente los planes de mi padre, las aspiraciones de mi hermana y aun las mias propias, todo se trastornó en la casa, y mi pobre padre se encerró en su cuarto, haciendo otro tanto mi hermana y quedándome yo solo, no para pensar en mi ruina particular, sino en la ruina de los otros, afectándome por ellos y no por mí, considerando la gravedad del asunto, pues conociendo el espíritu de nuestra sociedad, veia claramente que mi hermana lo mismo que mi padre, estaban para siempre perdidos; la primera, porque sin fortuna era mui difícil que se casase y su crédito quedaba comprometido hasta cierto punto por las voces que habian circulado; y el segundo, porque tenia deudas pendientes que le era imposible satisfacer, a mas de ver destruidas las espectativas de sus hijos y la suya propia, pues él creia, y con justa razon, que no volveria a rehacerse, porque se encontraba en aquella edad en que ya el hombre decae, en que no tiene la enerjia y la actividad de la juventud, que es lo que se necesita cuando la riqueza no existe.

"Al dia siguiente mi padre se fué a ver a su amigo, es decir, al padre del futuro marido de mi hermana, que lo recibió de una manera glacial, porque ya él sabia lo que habia acontecido, y que su amigo, lo mismo que su negocio, estaban como echados al agua, sucediendo una circunstancia mas, y es que mi padre le era deudor por una fuerte suma, cuyo vale faltaba pocos dias para que se venciera, no alcanzando con las existencias que habia en almacenes a

cubrir esta como otras cantidades que debia; pero talvez mi padre pensó que aquel caballero lo sacase de apuros o al menos no le cobrara la suma que le debia, atendiendo a las relaciones que existian entre ambos, puesto que en poco tiempo iban a hacer una sola familia.

"Los cálculos de mi padre quedaron completamente burlados, pues su amigo le dijo clara y terminantemente, que no solo le pagaria con toda integridad la deuda a su vencimiento, sino que su hijo no se casaria con mi hermana Emma, porque era un partido ruinoso y que él sabria destruir una inclinacion que estaba en contra de las conveniencias.

"Mi padre salió casi muerto del escritorio de su amigo, habiéndole asegurado préviamente que seria pagado con toda integridad, porque en su despecho pensó que no debia dejar de satisfacer la deuda de aquel hombre, aun cuando dejara a los otros insolventes; pues habria pocos que tuvieran aquel corazon, no pudiendo deber el menor servicio a una persona que se mostraba tan exijente como dura, y mas que esto, tan despreciativa, dejando a mi hermana con la palabra dada, y lo que es peor, siendo el enlace conocido de todo el mundo y cayendo sobre ella el deshonor, pues nadie consideraria de donde provenia la falta.

"Cuando mi padre llegó a casa, yo conocí en la alteracion de su semblante que algo de estraordinario le habia pasado, y sin decirme una palabra, se encerró en su cuarto durante cuatro o cinco horas, no bajando al comedor cuando fué llamado, lo que nos alarmó sobremanera. y fuimos mi hermana y yo donde él, pero encontrando la puerta con llave, golpeamos. Mi padre, con voz enfadada, nos preguntó: "¿quién es?" y conociéndonos vino a abrirnos; pero a pesar que trataba de componer su semblante, yo no pude menos de notar que sufria y le pregunté la causa; pero él evadió la respuesta y se puso a discertar sobre la fortuna, diciéndonos que en la pobreza tambien se podia vivir feliz: tesis que le habia oido combatir a mi padre muchas veces,

estrañándome que de un momento a otro hubiera cambiado de ideas, porque sin ser ambicioso, consideraba la fortuna como el primer elemento de dicha, opinion mui jeneral entre nosotros y que ha llegado a convertirse en axioma: nada hai sin dinero.

"Mi padre, segun supe despues, habia reunido todos sus recursos y hasta las alhajas de familia; y viendo que todo esto junto no le daba para satisfacer sus créditos, resolvió suicidarse, y lo habria efectuado sin la llegada providencial de Enrique, que alcanzó a tomarlo del brazo, y aun cuando salió el tiro, la bala tomó un camino distinto, hiriendo lijeramente a Enrique y yendo a quebrar un grande espejo que estaba colocado sobre una chimenea, cuyo espejo conservamos como una reliquia, como un recuerdo imperecedero de la jenerosidad de mi amigo.

"Enrique, despues de libertar a mi padre, le arrancó su secreto, le pidió la lista de sus acreedores y le dijo que él veria modo de arreglar el asunto y que esperase el resultado hasta las ocho de la noche, dejándolo libre de obrar si no llegaba a la hora indicada. Mi padre le previno que no queria bajo ningun aspecto presentarse en quiebra, aun cuando le eran favorables las circunstancias, de manera que no veia él medio cómo se pudiese arreglar aquel asunto que habia principiado tan mal, pues no le ocultó la recepcion que le hiciera su antiguo amigo, el padre del futuro esposo de Emma.

"Enrique salió de casa sin ver ni decir nada a nadie y se fué directamente donde el principal acreedor, el mismo que habia tratado con dureza hacia pocos dias a mi padre, y le dijo, segun me lo contó mi cuñado el dia de su casamiento:

—He sabido que usted tiene un crédito de quince mil pesos contra el señor Bradfort.

—Sí, señor, le contestó secamente el comerciante.

—Ese crédito lo considera usted como perdido.

—Creo que no sacaré de él ni un veinte por ciento, por-

que la quiebra del banco donde Bradfort tenia la mayor parte de sus fondos, lo inhabilita casi por completo para la satisfaccion de sus compromisos.

—Esa es una desgracia, no una falta, y se debia tener compasion y ayudarlo a levantarse en vez de despreciarlo y tiranizarlo.

—Yo no recibo lecciones de nadie, contestó el comerciante con altaneria.

—Ni yo vengo a darlas, le respondió Enrique en el mismo tono.

—Ya es demasiado perder una fuerte suma con que contaba con seguridad.

—Suma que usted no perderá, pues vengo a pagársela íntegramente.

Mr. Nay, que este era el nombre del comerciante, abrió los ojos como asustado, porque esta pérdida lo preocupaba mucho y estaba ademas sumamente contrariado con las observaciones de su hijo que realmente queria a Emma, y que por lo mismo resistia a su voluntad o a la órden que le habia dado de olvidarla, de modo que esta promesa de pago salvaba todas las dificultades obviando los inconvenientes, y asi cambiando de tono, dijo a Enrique con amabilidad:

—Tenga usted, señor, la bondad de sentarse; ¿qué ha vuelto el banco a abrir su caja?

—El banco en que el señor Bradfort tenia sus fondos está completamente arruinado.

—¿Y entonces?

—Soi yo quien vengo a cubrir este y otro crédito del señor Bradfort, pero con algunas condiciones.

—¿Cuáles? Pues estoi dispuesto a satisfacerlas todas con tal que se me pague íntegramente.

—Aquí tiene usted un bono por cincuenta mil pesos contra el banco de Davidson y Ca., y me parece que estos no quebrarán.

—¡Ya lo creo! La casa de Davidson y Ca. está en relaciones con la casa de Rothschild de Londres.

—Justamente.

—¿Pero cuáles son sus condiciones?

—Las siguientes: que usted vaya a cubrir todos los créditos del señor Bradfort, que suben a treinta y cinco mil pesos, inclusos los quince suyos, y me traiga en seguida todos los pagarés cancelados; que vaya usted en persona a pedir una escusa al señor Bradfort por la injusta descortesia con que usted lo ha tratado en su desgracia; y últimamente, que solicite respetuosamente y como un favor, pues lo es en realidad, la mano de la señorita Emma para el hijo de usted; y en esto hará usted un verdadero negocio a la vez que una buena accion: un negocio, en cuanto recibirá desde luego en dote la señorita Emma la cantidad de diez mil pesos que usted tomará de los cincuenta; y una buena accion, porque hará la felicidad de dos jóvenes que se aman.

—¿Quién es usted, señor?

—Un amigo de la casa, un hermano de Federico Bradfort.

—¡Pero usted debe ser inmensamente rico! esclamó el comerciante, mirando respetuosamente a Enrique y quitándose el sombrero.

Enrique se sonrió al ver aquella metamórfosis tan repentina, añadiendo:

—Veo cuánto respeta usted el dinero; y por la misma razon puede usted cubrirse, porque se encuentra en presencia de un pobre que no tiene mas que esa suma que le ha proporcionado el placer de salvar el honor de una familia y a un hombre de bien de una desgracia imprevista. Ahora espero, señor, que usted, si acepta mis proposiciones, las cumpla en el acto, pues no hai tiempo que perder, porque tengo que estar de vuelta en casa del señor Bradfort antes de las ocho de la noche.

—Aceptado, aceptado, señor; y voi desde luego a retirar los pagarés de mi amigo.

—Dése usted prisa, se lo suplico.

—En una hora estoi de vuelta.

—Lo espero a usted. Y Enrique se sentó tranquilamente, tomando un periódico de sobre la mesa.

—Se me ocurre una cosa, esclamó repentinamente Mr. Nay, como herido de una idea feliz.

—¿Qué cosa?

—Ha de saber usted, señor, que la noticia de la quiebra del banco en que tenia depositados sus fondos mi amigo Bradfort ha corrido por todas partes, y de consiguiente, los acreedores de Bradfort están íntimamente persuadidos de que no serán cubiertos; de manera que me seria mui fácil obtener sus pagarés con un cincuenta por ciento de quitas, y se darian por mui satisfechos, quedando admirados de la honorabilidad del deudor, porque en iguales circunstancias cualquier otro aprovecharia de la ocasion para pagar mucho menos; y usted ve que un cincuenta por ciento en veinte mil pesos, es una fortuna que ayudaria mucho a la prosperidad del negocio o que le ahorraria a usted esa suma.

—La voluntad del señor Bradfort es que se pague a todos íntegramente.

—¿Entonces es Bradfort el que paga?

—El mismo.

—Pero el bono está a su órden.

—¡Qué importa! ¿No lo está ahora a la suya? Y Enrique hizo el endoso.

Mr. Nay lo miró como estupefacto: no comprendia ni aquella jenerosidad ni aquella confianza.

—En una hora, dijo Enrique a Mr. Nay, para significarle que lo esperaba y debia estar en ese tiempo de vuelta.

Mr. Nay fué puntual y sacó de su gran cartera todas las obligaciones de mi padre canceladas sin mas descuento que el legal por el pago anticipado, y haciendo algunos cálculos, dijo a Enrique:

—Aquí tiene usted treinta y cuatro mil setecientos cin-

cuenta pesos invertidos en la cancelacion de los treinta y cinco mil pesos que Bradfort debia sobre la plaza, y quince mil doscientos cincuenta pesos en dinero.

—Está cabal, dijo Enrique despues de haber contado los billetes; pero no es esto todo, sino que he pensado en el medio de reconciliarlos a ustedes; porque usted, señor Nay, ha ofendido al señor Bradfort, y en su justo resentimiento talvez no aceptaria la mano de su hijo, sabiendo que no es usted sino yo el que lo ha sacado de apuros; pero si usted va y le dice: "Amigo mio: para reparar en parte el mal que le he hecho, y como una prueba de mi arrepentimiento, me he tomado la libertad de liquidar todas sus cuentas que le traigo aquí canceladas y ademas la suma de diez mil pesos con que doto a Emma para que haga la felicidad de mi hijo." Si usted hace estó, señor, todo se concilia y yo parto para San Francisco en el vapor de esta noche.

—Pero no me creerá...

—Nadie se resiste a la evidencia.

—¿Pero él no sabe nada entonces?

—El sabe que yo he puesto mano en este asunto, pero ignora que haya dado el dinero y aun supondrá que no puedo ser poseedor de tan fuerte suma; de consiguiente, usted podrá afirmar sin mentir que yo lo he persuadido de tal manera, que usted ha creido justo obrar así; y ya verá usted como se reconcilian en el acto, haciéndose un matrimonio feliz y continuando las mismas relaciones que antes entre dos antiguos amigos.

—Pero no hace mucho que usted me decia que era Mr. Bradfort quien pagaba.

—Una mentirilla de jóven.

—De veras que no comprendo su conducta.

—Lo siento, porque veo que usted no ha esperimentado el mayor goce que puede sentirse en la vida.

—Yo no conozco otro mas grande que el acertar una especulacion con la que se consigue harto dinero; pero en fin,

y si Bradfort llega a saber que no he sido yo el que lo ha salvado?

—Si esto sucediese, lo que dudo, pues tengo ganas de regresar a mi pais, ya habrá pasado mucho tiempo y ustedes estarán bajo un mismo techo.

—Haré lo que usted manda.

—Si es asi, dejo a usted los diez mil pesos para el dote de la señorita Emma y tomo el saldo de cinco mil doscientos cincuenta pesos, con lo cual tengo de sobra para mis necesidades.

Y Enrique se despidió de Mr. Nay, que poco tiempo despues se encaminó a casa de mi padre, a quien estrañó mucho aquella visita; pero cuando supo su objeto, no pudo menos que admirar la jenerosidad de Mr. Nay, y por consiguiente perdonar la lijera falta que habia dado tan gran resultado.

"Inter pasaba esta escena en casa de mi padre, Enrique con su maleta en la mano, envuelto en un gran chalon y con un sombrero de anchos bordes, esperaba en el muelle la llegada del vapor que debia tocar allí un cuarto de hora para tomar la correspondencia y pasajeros y continuar su marcha a San Francisco, cuando, segun me dijo despues, me vió pasar precipitadamente como un hombre a quien persiguen, buscar el lugar mas lóbrego del muelle y tirarme al mar.

"La sorpresa de Enrique fué grande porque me habia reconocido; y desprendiéndose con la rapidez que le fué posible de lo que mas podia embarazarle, se tiró tambien al agua para buscarme en medio de la oscuridad. El instinto de la conservacion es sin duda alguna superior en ciertos mementos a la fuerza de la voluntad, y sin pensarlo y talvez sin quererlo, mi cuerpo luchaba para salvarse del peligro, y estos sacudimientos instintivos guiaron a Enrique, que asiéndome fuertemente, me trajo a la superficie y dando voces consiguió que lo ayudasen y me salvó.

"Yo volví luego en mí y oí que Enrique les decia a las personas que me rodeaban y que me habian socorrido: "Estábamos con este amigo esperando la llegada del vapor con objeto de embarcarnos para San Fracisco y nos hallábamos justamente al borde del muelle, cuando, sin duda alguna, le dió una fatiga y cayó al mar, y sin encontrarme a su lado, es mas que probable que habria perecido: el señor es hijo del respetable comerciante Mr. Bradfort."

"Esta relacion sencilla y tan verosímil, dicha con la mayor naturalidad, persuadió a todos los que estaban presentes, apresurándose algunos a proporcionarnos vestidos secos; pero Enrique los detuvo diciéndoles que él tenia todo lo necesario en su maleta y al efecto sacó dos mudas completas y tomando una él y otra yo que ya me habia incorporado, pero que permanecia silencioso y avergonzado, nos vestimos dando a algunos pobres nuestra ropa mojada.

"Enrique, sin hacerme en seguida la menor observacion ni pedirme esplicacion alguna por mi conducta, me dijo:

—Vámonos a San Francisco, allá hablaremos y le escribirás a tu padre y a tu hermana.

"El vapor atracaba en ese momento y un cuarto de hora despues nos encontrábamos en marcha.

"Cuando estuvimos solos en nuestro camarote no pude contener mis lágrimas, y Enrique, tomándome de una mano, me dijo:

—Es preciso ser hombre. Yo me he encontrado en un caso análogo: yo tambien he querido suicidarme, y la Providencia nos ha salvado a ambos. Ya ves como ahora ya soi dichoso; tú lo serás mañana. Las desgracias de tu familia han cesado, si esto era lo que te atormentaba.

"Habia, en verdad, una parte en las desgracias de mi familia, pero el mayor mal estaba en mí, y Enrique, su discípulo, ha sabido curarme y curarme para siempre: con tal de tenerlo siempre a mi lado yo seré feliz.

"Continuaré mi narracion para terminarla. Al dia siguien-

te yo escribí a mi padre comunicándole que me encontraba en San Francisco y al lado de mi amigo que se habia embarcado en Benicia la noche anterior, y él me contestó a vuelta de vapor una estensa carta en que me hacia referencia de lo sucedido, atribuyendo a la influencia de Enrique, pero no a su oro, la salvacion de su comercio, de su crédito, de nuestro porvenir e invitándonos para ir a presenciar el matrimonio de mi hermana con el hijo de su jeneroso protector, como él llamaba a Mr. Nay.

"Yo inmediatamente conocí la obra de Enrique y se lo pregunté, contestándome él estas pocas palabras:

—Entre hermanos no debe haber misterios y no debes darle mayor importancia a mi acto. Para la felicidad de la familia asi como para su union, conviene que crean que Mr. Nay ha sido el que ha hecho lo principal; de lo contrario, tu padre se disgustaria y talvez miraria a Mr. Nay con desprecio, lo que iria a perturbar las relaciones domésticas en que se necesita siempre que reine la armonia. Por otra parte, no se sacaria ningun provecho de esta revelacion, sino perjuicios, y a mí me privarias del placer que tendré en presenciar la felicidad de tu hermana y de tu padre; pues si llegasen a saberlo, no asistiria al matrimonio a que nos convidan.

"Señor, puedo asegurarle que cada dia, que cada hora que penetro mas en el interior de su discípulo, mas lo admiro a él y mas lo admiro a usted que lo ha dirijido, y mas admiro a sus padres que lo han formado y tengo hecha la firme resolucion de emprender un viaje con Enrique para darme el placer de ver a la mujer a quien ama y de quien es amado, asi como a los demas miembros que componen la mas hermosa familia, el cuadro mas perfecto que he conocido en los diferentes que nos presenta la vida humana.

"Enrique continúa trabajando con la misma actividad y con el mas feliz éxito, mas su fortuna monetaria no aumenta como pudiera, pero en cambio, el caudal de sus buenas

obras crece, y su virtud cada dia se depura y resplandece hasta el punto que creo difícil que lleguen a imitarlo.

"Figúrese usted, señor, que en medio de tantos actos de caridad, porque no deja escapar uno, y esta es su sola avaricia, se va cuando ha acopiado algun dinero en busca de los artesanos pobres, y a todos ellos, sin escepcion, les suministra los recursos necesarios para que puedan marchar prestándoles el dinero sin otra condicion que ellos hagan lo mismo con los otros que lo que él hace con ellos, es decir, que en un caso dado, aquella cantidad la presten bajo las mismas bases sin exijir interes, sin exijir pago ni esperar remuneracion: es una especie de préstamo hecho a la humanidad, sin ostentacion de ningun jénero, pero de un inmenso resultado moral; porque ayuda, porque socorre, porque estimula al pobre, porque le impide la humillacion, porque lo realza a sus propios ojos, porque lo hace contraer una obligacion que le agrada y que lo eleva, haciéndole desempeñar a su turno un rol de providencia que, entusiasmándolo lo mejora a tal punto que en poco tiempo yo mismo he tenido lugar de palpar los felices resultados de esta manera de practicar la caridad.

"Y una vez preguntándole a Enrique cómo se le habia ocurrido aquella idea, me dijo con sencillez:

—No es mia, amigo mio, sino de mi padre, un viejo soldado de la independencia de mi pais, un pobre hombre sin conocimientos, pero lleno de bondad y de corazon jeneroso. A él vi por primera vez hacer esto y me agradó: ya ves que no soi el inventor, sino que sigo un ejemplo que deseara fuese imitado por muchos.

"Y Enrique tiene mucha razon: esta práctica, jeneralizada, haria un bien inmenso entre las clases trabajadoras, bastando el primer impulso para que se difundiese trasmitiéndose de individuo en individuo hasta llegar a jeneracion en jeneracion.

"Me he dejado llevar, señor, de mi deseo de hablar sobre

mi amigo y he escrito una carta mui larga, y sin embargo demasiado estrecha para cuanto tenia que decirle, demasiado sucinta para un asunto en que el material y la voluntad abundan.

"Si usted tuviera la bondad de ofrecer mis respetos a su señora, a la señorita Luisa Valdes y a los padres de mi amigo, se lo agradeceria infinito; sirviéndose usted aceptar la admiracion afectuosa y humilde de su atento servidor,

FED. BRADFORT."

Estas cartas, como es de presumirlo, llenaron de regocijo a Luisa, al coronel y a toda la familia del sarjento Lopez, inclusos Santiago y Teresa, que tambien tuvieron su parte en el contento de todos. Pero la dicha superior, la dicha casi divina, la dicha que no estaba al alcance de nadie, solo la esperimentaba Luisa al sentirse amada por un hombre como Enrique, por una alma de aquel temple, tan llena de virtud y tan llena de pasion, tan noble en sus aspiraciones, tan valiente y enérjica en el acto, tan pura como ideal en el deseo, tan humilde y tan altiva, tan fuerte y tan dulce, tan decidida, tan constante, tan viril y al mismo tiempo tan blanda y tan suave!... ¡Qué mas dicha, qué mas gloria, qué mas felicidad, qué mas Eden para una mujer que el poseer por entero a un hombre así! que el saber que es árbitro de su destino, que es el límite de sus aspiraciones, que es la dueño de aquel corazon a quien nadie sino ella conmueve y que solo por ella palpita!...

Si las mujeres supieran cuánta delicia hai en amar así, ¡cómo se sublimarian a sí misma para sublimar a sus amantes! cómo se empeñarian por ser virtuosas para hallar en el hombre a quien elijieran el delicioso néctar de la virtud! Y entonces, ¡cuánto no cambiarian las costumbres! cuántas preocupaciones no se desterrarian! cuánta dicha de mas y cuánto dolor de menos! cuántas nobles acciones en vez de crímenes! cuántos goces en vez de lágrimas! cuánta

verdad en lugar de tanto absurdo! cuánto mejoramiento en el alma y en el cuerpo en lugar de tanta corrupcion en el cuerpo y en el alma!...

Luisa no estaba orgullosa, no estaba tampoco satisfecha, no estaba encantada, sino que participaba de la gloria de Dios, y la beatitud del amor la arrobaba en deliciosos éstasis, anticipando el raudo vuelo que un dia tendria que emprender...

Y la anjélica criatura, no teniendo palabras con que espresarse, no pudiendo casi coordinar una frase que representase lo que ella sentia, escribió por toda respuesta estas dos líneas:

"Enrique:

"Ya no tengo otro pensamiento que tu pensamiento.

"No vivo en el mundo, sino que vivo en tí.

"No estoi en la tierra, sino en los cielos.

"Ven pronto, pues te llama tu

"Luisa."

Estas pocas palabras estaban trazadas al pié de la larga carta que el solitario dirijia a Enrique, y en ellas puso sus labios Luisa con la seguridad de que su amante haria lo mismo por esa adivinacion del afecto que nunca o rara vez se engaña.

Todos quisieron en esta ocasion escribir a Enrique y a su amigo Federico, y un grueso paquete partió con destino al hemisferio norte, cuyo contenido no revelamos a nuestros lectores porque fácilmente comprenderán lo que podia ir escrito en cada una de aquellas cartas que nacian de personas a quienes conoce y de relaciones así como de afectos que tampoco ignora, bastándoles esto para hacer sus deducciones.

El matrimonio segun la naturaleza.

I.

Cuatro meses despues que habia partido el grueso paquete de cartas que dejamos indicado en el capítulo anterior, se hacia la señal en la Bolsa de Valparaiso de haber un vapor a la vista que venia de afuera, es decir, que no era de aquellos que viajan por la costa.

Este vapor, procedente de San Francisco y con destino a Nueva York, pero debiendo tocar en Valparaiso, era el *Niágara*, en cuyo bordo venian Enrique Lopez y Federico Bradfort. Los dos amigos afirmados en la obra muerta del buque contemplaban los altos y elevados picos de los majestuosos Andes que se distinguian ya en el horizonte.

El dia estaba claro y sereno, y a medida que se aproximaban, destacábanse a su vista nuevas cordilleras cubriendo las que habian aparecido al principio, que se distinguian a mayor distancia por ser las mas altas.

Enrique sacó el reloj y dijo a su amigo:

—Son las siete; en dos o tres horas habremos anclado en Valparaiso.

—Sabes que me siento feliz y que tengo el mismo placer como si viera las playas de mi patria?

—Ya lo creo: era la patria de tu madre.

—La patria de mi madre y de mi amigo, debe ser tambien la patria mia; ¿no es verdad, Enrique?

—Asi es, porque la verdadera patria es allí donde están nuestros afectos: esa patria del corazon no la reemplaza la

tierra, los territorios, esas demarcaciones antojadizas de los hombres que han, hasta cierto punto, roto la unidad de los pueblos.

—¡Qué diera yo por estar en tu lugar! por esperimentar tu dicha! Vuelves a tu pais, vas a ver a tu amada, a tus padres, a tu hermana, a tu maestro! ¡Cuántas felicidades en una sola felicidad! ¡Cuántas dichas en una sola dicha!

—Tienes razon, Federico; pero tú tambien tienes una gran parte en mi alegria.

—¡Ya lo creo! ¿No soi acaso tu amigo? Y el placer que esperimenta el uno debe trasmitirse al otro.

Y el jóven Bradfort echó sus brazos a Enrique, permaneciendo ambos íntimamente unidos por un largo rato.

—¡Sabes que no sé si eres mas feliz que yo! esclamó Federico, porque creo que no hai en mí capacidad para mayor contento y que nunca he esperimentado uno igual! Me parece, amigo mio, que yo soi el hijo, el hermano, el discípulo, el amante! Me parece que tus sensaciones todas se han trasmitido a mí!

—Me gusta como te espresas, Federico, porque tus palabras me revelan tu amistad y tu goce hace aumentar el mio; pero es preciso que le demos gracias a Dios por sus beneficios.

Y el amante de Luisa miró al cielo, cruzó sus brazos sobre el pecho y guardó silencio.

Brandfort lo imitó y estos dos jóvenes de distintas creencias se dirijieron al Señor... ¿Rechazaria Dios la oracion de alguno de ellos porque profesaban un culto diverso, porque Enrique era católico y Federico protestante? Creemos que no; el Hacedor Supremo no acepta estas distinciones, no establece estas diferencias, no entra en estas puerilidades nacidas de nuestra ignorancia y de nuestra flaqueza. El es el Padre de la humanidad y la humanidad debe ser a su vista un todo, un entero, una unidad.......................

....

II.

El vapor entraba en el puerto y veíase el grande anfiteatro que forma la ciudad de Valparaiso con sus colinas cubiertas de edificios.

La primera impresion que esperimenta el viajero, al aspecto de esta poblacion, es desagradable, pero la fama de su estenso comercio hace que se tenga mejor idea de ella, esperando ver una cosa superior a aquello que se le presenta, no contribuyendo por poco nuestro traje nacional, el poncho (1), y lo mal vestido y sucio de nuestro pueblo. Cómo

(1) Haria un verdadero servicio al país la autoridad que prohibiese el uso del poncho, salvo en el caso de andar a caballo, porque mejoraria considerablemente las costumbres de nuestro pueblo. No se crea que esta medida es insignificante, pues el traje entra por mucho en la manera de ser del hombre, porque entra en sus hábitos, siendo jeneralmente el vestido quien demuestra, no la mayor o menor riqueza de los individuos, sino su mayor o menor cultura, y esto es talvez una de las causas por que se considera a los estranjeros y se desprecia a nuestro pueblo.

Tan patente es la influencia del vestido, que de un momento o otro se puede decir que transforma al individuo. Dése un traje decente a uno de nuestros rotos y sin mas que esto se verá como cambia, como tiene mas cuidado de su persona, como se cree mas importante, como no se deja ya tutear de todo el mundo, porque ve que lo miran con mas consideracion, y esa consideracion lo estimula, y va adquiriendo poco a poco modales, y no permite que lo ajen, y tiene mas punto, y se hace mas ordenado y trabajador; y nosotros mismos, sin quererlo y sin pensarlo, lo tratamos de una manera mas digna, mas igualitaria, mas conveniente al hombre, tan provechosa al proletario como al rico, porque tiende a borrar la humillacion del primero y a que desaparezca la soberbia del segundo, humillacion y soberbia que rompiendo el equilibrio social, que desterrando la igualdad humana, es el banco en que encalla la civilizacion, en que se embota el progreso y en que zozobra la fraternidad, pues no podemos considerar como hermano al que miramos como inferior.

Haga la esperiencia cualquiera y verá si lo que decimos tiene o no fundamento: que se les presente un hombre aseado y decentemente vestido, y estamos seguros que lo tratan de una manera mui distinta de si el mismo hombre se les aparece con manta y chupaya; y sin embargo, es la misma persona con la diferencia del traje.

El poncho trae la inmundicia y la pereza, la degradacion y el robo. ¡Y quién sabe si tambien no el asesinato! porque un vicio enjendra otro vicio, asi como una virtud enjendra otra virtud.

Con el poncho no se necesita estar limpio, porque el poncho tapa el desaseo.

Con el poncho no se necesita camisa, porque el poncho cubre la desnudez.

Con el poncho no se necesita cama, porque el poncho abriga.

Con el poncho hai facilidad de hurtar, porque el poncho oculta el robo.

Con el poncho se mata, porque bajo el poncho está el cuchillo.

¿Para qué enumerar mas atributos sobre nuestro traje favorito? Basta decir que el

se puede formar buen concepto de un pais, cuando lo primero que salta a la vista es el desgreño y la inmundicia de sus habitantes? Hai una diferencia tan marcada entre las clases acomodadas y el pueblo, que bien pudiera tomarse a aquellas como estranjeras en su mismo suelo, y esta diferencia consiste especialmente en su distinto modo de vestir.

Empero, nuestros viajeros no estaban tan mal impresionados; Enrique porque aquello no era para él un espectáculo nuevo, y Federico porque miraba benignamente, o mas bien, con gusto todo cuanto le rodeaba; sin embargo, preguntó a Enrique si los hombres de poncho eran indios o semi-salvajes.

—Este es nuestro pueblo, esta es la clase a que yo pertenezco, amigo mio, le contestó sonriendo.

—Imposible; hai una diferencia tan grande.

—Pues es la verdad.

—¿Y cómo tú eres tan distinto?

—Todo consiste en el traje; y si en Estados Unidos no encuentras una disparidad tan marcada, es porque tanto el pobre como el rico viste del mismo modo o con mui poca diferencia, pero esto tiende a desaparecer y desaparecerá al fin entre nosotros, pues ya vemos que se modifican algunos.

La primera dilijencia que hicieron nuestros dos jóvenes al saltar en tierra y despues de haber sido revisados sus equipajes en el resguardo, fué informarse dónde habia una posada con carruajes que hicieran el viaje a Santiago, y una vez informados, sin pensar en otra cosa, se dirijieron hácia

poncho es el todo para nuestro pueblo, pero es un todo que le hace mucho mal, pues lo perjudica estraordinariamente: quizá la decadencia y degradacion de Méjico es debida en gran parte al *sarape*. (1) Si se prohibe levantar ranchos en nuestras ciudades para embellecerlas, ¿por qué no se prohibe el poncho para reformar y embellecer nuestro pueblo? No es una paradoja la que decimos, sino una verdad cuyos buenos resultados veriamos confirmarse en breve.

(1) Especie de poncho un poco mas largo que el nuestro.

ella y alquilaron un birlocho de los que se usaban en aquella época, en un precio fabuloso, sesenta pesos, pues nuestros cocheros de entonces tenian un ojo de lince, cualidad que han heredado los modernos, para conocer al *marchante* de quien podian sacar una buena troncha.

Enrique y Federico no hicieron la menor reflexion por lo elevado del arriendo; venian de un pais en que se gana y se gasta la plata con facilidad sorprendente, tomándose en cuenta el tiempo y no el dinero; así es que Enrique solo puso por condicion que era preciso ponerse en marcha dentro de una hora y caminar toda la noche para llegar temprano a Santiago; condicion que fué aceptada por el capataz que no queria se le escapase tan buen negocio.

Intertanto los dos jóvenes se dirijieron al hotel donde habian dejado su equipaje para aguardar al birlocho y tomar mientras venia unas lijeras onces; pero a pesar del convenio solo consiguieron ponerse en marcha a las cuatro de la tarde, porque el capataz pretestó, como de costumbre, los muchos inconvenientes que habia tenido que vencer y que le habian impedido llegar a la hora fijada, pero que el tiempo perdido lo recuperarian en el camino, porque marcharian con mas rapidez; nuevo engaño al que están tan habituados que lo dicen con el mayor aplomo y talvez sin apercibirse que mienten: tal es en todo el imperio de la costumbre.

III.

Pero Federico Bradfort, que recibia impresiones nuevas, que veia una naturaleza salvaje e inculta, se encontraba sorprendido y alegre. Cada incidente era para él un acontecimiento, y a cada paso sacaba su lápiz y su cartera de viajero para estampar una frase que despues le trajera un recuerdo. ¡Qué jóven no lleva estos utensilios creyendo que va mas tarde a escribir sus memorias!

El modo de conducir el carruaje y los caballos que marchaban siempre al lado del vehículo y sin el menor descanso, le sorprendia mucho al jóven yankee. ¡Raro descanso para estos animales, decia, que vengan tras de nosotros al mismo tiempo que el birlocho y que sin embargo se les llame caballos frescos! ni más ni menos que si estuvieran aguardando en una posada el arribo del carruaje! Pero esto no impedia que el birlocho marchara con gran velocidad. Sin embargo, los birlocheros tenian sus paradillas de costumbre y *bon gré mal gré* los pasajeros se veian obligados a conformarse a ellas y a soportar, si no del todo, al menos en parte, el capricho de estos náuticos de tierra firme a merced de quienes estaba la embarcacion: así es que a las ocho de la noche, bajo el pretesto que se les antojó, detuvieron a nuestros pasajeros en la conocida posada de don Eduardo Fenwick (2), en un lugarcito llamado *Casablanca*, el que habrá pocos de nuestros lectores que no recuerde.

De la posada de Fenwick salieron a las nueve de la noche y sin detenerse en ninguna parte llegaron a los arrabales de nuestra santa capital a las seis de la mañana, cuando ya estaba un poco de dia, pues era como a mediados de mayo.

Todavia a esa hora y particularmente en esa estacion de invierno, hai bien poco movimiento en la ciudad de Santiago, soñolienta por sí misma, y solo se veian pasar algunos mercaderes de legumbres, de frutas o de carnes que llevaban a las plazas de abastos sus provisiones; sin embargo, tanto Enrique como Federico iban con sus cabezas fuera del toldo, el uno teniendo gusto en reconocer aquellos lugares que habia dejado hacia dos años y que le eran mui familiares; el otro para examinar las costumbres.

En el año de 1853, época en que sucedian estos aconteci-

(2) Este mismo posadero de *Casablanca* que habita el pais hace mas de cuarenta años y que es mui conocido de la jeneracion pasada y presente, tiene ahora su hotel en Limache, mui concurrido por todos los que visitan ese pueblo a causa de la amabilidad del viejo hotelero.

mientos, la mayor parte de los carruajes, por no decir la totalidad, entraba por el arrabal denominado *Llanito de Portales*, por haber sido dueño de esa gran porcion de terreno la antigua familia de nuestro célebre ministro.

Enrique conoció pues todos aquellos alrededores y se fijaba en las cosas mas insignificantes; veia con curioso placer si se habia mudado una piedra, abierto una puerta, trasladado una ventana, y a medida que marchaba decia entre sí mismo: aquí vivia Zutano, allí Mengano, ¿si habrán cambiado de domicilio? Si existirán todavia? Qué será de ellos? Y su imajinacion echaba una mirada sobre el pasado para calcular lo que sucederia en el presente; el camino que habian tomado todos aquellos seres le interesaba y queria reconocerlo por la transformacion que habian esperimentado los objetos materiales; así es que cuando veia pintada nuevamente una casa, pensaba que el antiguo locatario a quien él conocia, habia talvez cambiado de domicilio, porque él recordaba que al tiempo de partir tenia un color distinto, y de estos pequeños incidentes sacaba sus deducciones silenciosas, mientras el paso de los fatigados caballos lo encaminaban lentamente al antiguo domicilio de sus padres a aquella morada en que él y su hermana habian visto la primera luz, en que habian pasado su feliz infancia y su desgraciada pero virtuosa juventud.

La vuelta a la patria tiene un encanto irresistible. Parece que todo nos habla a nuestro alrededor; que el aire que respiramos nos trae la vida, las palabras, el alma de los seres que hemos conocido; que el árbol que se mece y a quien hemos visto crecer y lo volvemos a ver robusto, conversa con nosotros y evoca nuestros recuerdos; que cada uno de los objetos que hemos contemplado otras veces y que presenciamos ahora, nos habla su lenguaje; que en todas partes hallamos modulaciones distintas que despiertan una alegria o un pesar y cuyo recuerdo nos traen el regocijo o hace brotar de nuestros ojos una lágrima; pero toda esta

confusion de impresiones diversas y muchas de ellas diametralmente opuestas, producen en la imajinacion del viajero un modo de ser estraño, raro, confuso, pero estraordinariamente vivo y animado en el conjunto; y esta sensacion, mezcla de dolor y de alegria, sensacion vaga, indefinida por sus diferentes caracteres, era la misma que en ese momento esperimentaba Enrique al llegar a su ciudad natal. Cuando vió la pirámide que se encuentra a la entrada de lo que propiamente se llama la calle de San Pablo, hizo parar el carruaje y se quedó contemplando por algunos minutos aquel trozo de ladrillos unidos que él habia mirado siempre con curiosidad a pesar que nada tiene de monumental, pero que talvez demarca los límites de la antigua poblacion, pues el barrio adyacente es mui moderno, porque se encontraba en él, como creemos haberlo dicho, la chacra denominada de Portales.

Solo una cuadra, poco mas o menos, faltaba a Enrique para llegar a la casa de sus padres; y talvez se habia detenido en la pirámide, como para tomar aliento, no de su carrera, no de su cansancio, sino de la emocion que sentia: las impresiones morales fatigan quizá mas que las impresiones físicas, y un esceso corporal se soporta mas fácilmente que una violenta surescitacion del espíritu; pero Enrique, despues de aquella pausa, dijo al birlochero:

—Adelante, vamos a llegar: párese usted en el primer conventillo que está a mano derecha.

El cochero miró a sus pasajeros para conocer si lo que le ordenaban era efectivo, pues no podia creer que unos jóvenes como aquellos, tan distinguidos y tan buenos mozos, que hablaban ingles, que le habian pagado sin regatear, cosa a que ellos no estaban acostumbrados aun tratándose de la aristocracia chilena, no podia creer, decimos, que descendiesen en un conventillo, en un conventillo que él mismo habria tenido a menos habitar; así que ya no se contentó con mirar, sino que preguntó a sus pasajeros si era verdad

que debia parar en el lugar que le habian indicado.

Enrique contestó lacónicamente:

—Esa es mi casa, y no tengo otra, amigo mio.

—A mí no se me engaña, patroncito, respondió el birlochero; nosotros sabemos a qué atenernos sobre el particular.

—Haga usted lo que le digo y nada mas.

—Ya estamos, dijo el postillon parando sus caballos en el lugar indicado.

Enrique sacó su bolsa y pagó al capataz el precio convenido sin decir palabra. En seguida él y su amigo, ayudados de los birlocheros, bajaron sus maletas; pero antes que las hubieran descendido todas, vieron una mujer que venia corriendo por la larga y angosta calle del conventillo, y Enrique esclamó:

—¡Allí viene, aquí está mi madre!

IV.

¿Hai nada de mas tierno en el mundo que el abrazo de una madre?

Marta, la buena, la virtuosa Marta, llegó donde su hijo sin mas fuerza que para decir:

—¡Enrique! hijo mio! mi querido Enrique!

Y cayó casi exánime en brazos del jóven viajero que a su vez no le respondió sino con esta sola palabra:

—¡Madre mia!...

¡Qué mundo de afectos encierra este nombre de madre!

¡No hai palabra mas dulce, mas consoladora, mas llena de suave emocion que ésta, y Enrique la pronunció con una entonacion de voz que revelaba toda su ternura, todo su grande amor!

Marta, desprendiéndose un poco de los brazos de su hijo, lo contempló con silenciosa arrobacion por algunos momentos para estrecharlo otra vez contra su corazon, contra su corazon de madre! ¡Muda elocuencia que se siente pero que

no se esplica! Si hubiera alguna alma tan fria, tan cadavérica para no apreciarla, para no comprenderla, valiera mas que no hubiera nacido!...

Federico, enternecido con aquel espectáculo, lloraba en silencio, hasta que no pudiendo contener por mas tiempo su emocion, le dijo a Marta:

—A mí tambien, señora; yo soi, yo quiero ser su hijo...

—Sí, madre mia, esclamó Enrique; este jóven es mi amigo, es mi hermano; abrácelo como a tal.

—Hijo querido, repuso Marta yendo donde Federico; ya te conocia, ya te amaba; Enrique me habia hablado tantas veces de tí!...

Y nuestro jóven yankee se encontró en brazos de la madre de su amigo que en aquel momento ocupaba el lugar de la que le habia dado el ser, y a quien habia tenido la desgracia de perder desde la mas tierna infancia.

—¿Y mi padre? ¿Dónde está mi padre? preguntó Enrique con cierto sobresalto.

—Está en el huerto; no sabe nada; vamos a sorprenderlo; pero no, talvez mataríamos al pobre viejo.

Ya todo el conventillo se habia alarmado, y hombres, mujeres y niños, todos salian de sus cuartos, todos corrian para ir a saludar a Enrique, queriendo cada cual ser el primero que tuviera esa felicidad.

El tumulto era ya grande cuando el sarjento Lopez, advertido por un niño de lo que sucedia, apareció en el umbral de la puerta de su cuarto, con una pala en la mano, que tiró a un lado con violencia tan luego como vió que era realidad lo que le habian dicho, emprendiendo la carrera ni mas ni menos que el mas ájil muchacho.

Enrique le ahorró la mitad del camino saliéndole al encuentro, y padre e hijo se abrazaron medio a medio de la calle del conventillo.

En ese mismo momento una salva de aplausos y de vivas se hizo oir, y las lágrimas de la satisfaccion y del contento

verdadero corrian por las mejillas de los espectadores.

—¡Padre mio! Qué felicidad! Pero esta no es toda: venga a abrazar a su otro hijo.

—¿Dónde está? Dónde está tu amigo? Dónde está mi nuevo hijo?

—Aqui, señor, contestó Federico, enternecido al ver tan sincero cariño.

Y lo mismo que habia hecho con él Marta Garrido, hizo Domingo Lopez.

—Diablos! esclamó el sarjento, volviendo a abrazar a Enrique. ¡Yo he sido el último de todos! ¿Dónde está el muchacho que me dió el aviso para darle un coscacho por no haber andado mas listo?

Un chiquillo, ocultándose tras los vestidos de su madre, respondió entre confuso, avergonzado y alegre:

—Yo fuí, señor.

—Pues ven para acá, picaronazo; toma para que otra vez seas mas vivo; ven pues, ¿no te estoi llamando?

El niño se acercó con timidez.

—Acércate mas.

Y sacando el sarjento Lopez un puñado de plata del bolsillo, como si hubiera sido un millonario, le dijo con aparente enfado:

—Toma, cómprate pelotas, trompos, volantines y cuanto diablo quieras; pero sobre todo, compra unos paquetes de cohetes para que hagan todos los muchachos una salva real por la llegada de mis dos hijos; ¿entiendes? A mí me gusta en todo y por todo el olor a la pólvora.

—Gracias, señor, esclamó el muchacho, dando un brinco y fugándose en seguida donde su madre.

En seguida, Domingo Lopez tomó del brazo a Federico, mientras que Marta se apoyaba en el de Enrique, encaminándose a sus habitaciones en compañia de todos los inquilinos del conventillo que les seguian bulliciosos y alegres.

Jamas habia presenciado Federico un espectáculo mas

tierno y estaba encantado de ver tan espontánea y desinteresada afeccion de parte de aquella jente, al parecer tan miserable. Estaba encantado tambien de los padres de su amigo que lo habian recibido ni mas ni menos que a un hijo y a un hijo querido; y aquella noble pobreza, aquella sencillez magnánima, aquella familiaridad culta que los distinguia, que los hacia accesibles y respetables a un mismo tiempo, le parecia estraordinaria, y tanto más estraordinaria cuanto que encontraba todo aquello en un albergue de las mas humildes apariencias, pues aun cuando habian mejorado de posicion y de fortuna, Marta y su esposo no habian querido cambiar su sencillo ajuar ni mudar de residencia, reservando sus mayores economias que le daban sus mayores rentas, para estender el radio de su caridad, pues ellos por sí mismos no ambicionaban ni necesitaban ambicionar, porque tenian sus modestos deseos ampliamente satisfechos, y sus hijos habian conseguido ya una posicion mui superior a la de ellos, Mercedes con su casamiento con el coronel don Toribio de Guzman y Enrique con su trabajo y sus conocimientos adquiridos.

Teresa y Santiago, nuestros antiguos conocidos, se encontraban en la iglesia cuando llegaba Enrique, por cuyo motivo no habiamos hecho mencion de ellos; pero a su vuelta la sorpresa fué grande y la alegria mucho mayor de estos dos buenos esposos, que tanto debian al jóven carpintero, trasformado hoi, sin pretenderlo, en el mas cumplido caballero por la distincion de sus modales y por la cultura de su intelijencia.

V.

Enrique, con ese rubor infantil, con esa timidez candorosa de la inocencia y que no se opone ni al talento, ni a la elevacion, ni a la enerjia del hombre, preguntó a su madre por Luisa, por Mercedes y tambien por Eloisa, a quien estrañaba no ver en casa.

—Todos son felices, hijo mio; ya pasaron nuestros malos dias, y espero en Dios que no volverán jamas.

—¿Creian que vendria yo pronto?

—Anoche no mas me dijo Luisa que venias en camino y estabas por llegar.

—¡Es posible! ¿Cómo podia saberlo?

—Me dijo que te habia visto en sueños y que estaba segura de lo que decia.

—¡Alma de mi almà! esclamó Enrique como hablando consigo mismo: yo sé bien que los espíritus vuelan... Yo tambien he estado con ella... Yo tambien he oido su voz, he escuchado sus palabras, he visto su accion, y el semblante de ella me revelaba todos sus pensamientos!... ¿Por qué, pues, no habria ella de saber que llegaba?

—¡Cuán dichoso eres, hijo mio! ¡Cuán feliz soi yo! ¡Cuán felices somos todos!

—Asi es, madre mia, asi es! Yo no sé cómo vivo, yo no sé como resisto a tanta dicha... ¿Se gozará asi en el cielo? Me parece que no: al menos yo no cambiaria mi existencia por la de los ánjeles.

—Calla, calla, Enrique; tú no puedes concebir lo que no está en tu naturaleza.

—Es verdad, madre mia; pero yo hablo en conformidad a mi ser. Dígame ahora algo de mi hermana, de mi maestro, y no olvide a mi otra hermana, mi querida y buena Eloisa.

—Mercedes, hijo mio, es feliz; tan feliz como no esperaba serlo nunca: y tu maestro, el esposo de tu hermana, el coronel don Toribio de Guzman, parece que ha rejuvenecido. En cuanto a Eloisa, te lo diré mas tarde, otro dia.

—¿Qué es lo que ha sucedido? repuso Enrique con viveza y mui alarmado por la suerte de su buena amiga y jenerosa libertadora.

—No te asustes; no hai nada de tan grave, nada de tan malo; y talvez, por el contrario, hai mucho de bueno.

—Pero en fin, ¿vive?

—Sí, hijo mio.

—¿Es feliz?

—A su modo.

—¿No la ve usted?

—Desde la misma noche de tu partida para Valparaiso no ha vuelto a casa, ni he tenido el gusto de verla.

—Pero ¿por qué?

—El por qué lo sabrás mas tarde, bastándote por el momento lo que te comunico.

—¡Eloisa, Eloisa, alma desinteresada y grande, tú has sido mas fuerte que yo: tú me has vencido!

—Sí, Enrique; Eloisa es una verdadera santa y mañana la comprenderás mejor cuando leas su carta.

—¿Sabe usted al menos si se encuentra en Santiago?

—Sí, está aquí.

—Pues yo la veré.

—No hagas tal: Eloisa no pertenece a este mundo. Es la esposa de Jesucristo. Ha entrado al monasterio de las hermanas de caridad, y la cubre el velo de monja; no vayas a perturbarla en su tranquila soledad, donde indudablemente encontrará la calma de que tanto necesitaba, y despues la gloria que tiene tan merecida.

—¡De monja! Pobre Eloisa! Talvez el dolor y la desesperacion la han llevado allí.

—¿Y por qué no la caridad y el amor de Dios? Advierte, hijo mio, que en el ejercicio de esa virtud hai manantiales inagotables de consuelo, tesoros infinitos de felicidad, y estoi segura que Eloisa ha comenzado ya a gustar de ese delicioso néctar que no cambiaria actualmente por ningun placer de este mundo, pues ella misma me lo ha escrito.

—¿No me engaña, madre mia?

—Tú sabes de que yo jamas miento.

—Lo sé; pero para consolarme, porque tendria un verda-

dero dolor de haber hecho, aunque involuntariamente, la desgracia de Eloisa.

—En tal caso debes regocijarte, porque has contribuido a su felicidad, a la única felicidad que ella podia esperar en este mundo.

Concluyendo de decir esto, dos briosos caballos tordillos ricamente enjaezados, los mismos que Enrique habia visto en el campo de Marte el 19 de setiembre de 1850, se detuvieron en la puerta de calle del conventillo.

—¡Es ella, son ellos, es Luisa, es Mercedes, es mi maestro! esclamó Enrique palideciendo.

—Sí, son ellos, son ellos! salgámosles al encuentro, dijeron a la vez Marta, Domingo y todas las demas personas que estaban presentes, haciendo ademan de levantarse para salir. Solo Enrique no se movió, sino que se quedó parado por algunos segundos, con su vista fija y sus brazos abiertos.

Su amigo Federico se acercó a él y lo sustuvo, pues parecia pronto a caer.

La primera que descendió del coche fué Luisa, siguiéndola Mercedes, el solitario y Ceferina.

La noble fisonomia de la aristocrática jóven estaba radiante de alegria, radiante de belleza: era mas bien un ser aéreo, mas bien un ánjel que una mujer.

—Enrique! ¡Dónde está Enrique que no sale a recibir a su Luisa!... ¡Dónde está mi amante y mi esposo que no sale a recibir a su amante y a su esposa!...

Y esta esclamacion llegó a oidos de Enrique, conmoviendo todo su ser, que por toda respuesta exhaló un solo suspiro. Pero en ese suspiro iba todo su entusiasmo, todo su amor, toda su alma... ¡Con qué palabra podia tampoco contestar! ¿Y era él capaz de pronunciar esa palabra?

—Enrique está aquí, está con nosotros, contestó la vieja Marta que habia salido la primera al encuentro de Luisa; pero el esceso de alegria, el esceso de felicidad, añadió, le ha impedido talvez moverse. Vamos, corrramos donde él,

socorrámoslo en el parasismo del deleite, porque es indudable que su dicha es la que le impide venir hasta nosotros.

Enrique, sin embargo, llegó hasta la puerta sostenido por su amigo.

Luisa se precipitó en sus brazos, y los dos amantes permanecieron por algunos minutos íntimamente unidos, sin proferir una sola espresion: sus labios no hablaban, pero sus corazones latian: ¡felicidad suprema del amor que no hai nada, que casi no hai signo que la esprese!...

Todos los habitantes del conventillo miraban atónitos aquella tierna e interesante escena: el amor de dos seres jóvenes y hermosos, amor confesado a la luz del dia, amor casto por su misma franqueza, los habia conmovido hasta el punto de derramar lágrimas de satisfaccion, porque una gran parte de aquellas personas les debian servicios y talvez ninguna dejaba de haber recibido un favor o por lo menos un consejo, un halago.

Despues de haber abrazado a Enrique, Luisa tendió la mano al jóven que tenia a su lado, es decir, a Federico Bradfort, diciéndole:

—El hermano de mi esposo es mi hermano; de hoi en adelante haremos todos una sola familia.

—¡Señorita!

—Nada de señorita; llámeme usted simplemente Luisa.

—Luisa! la esposa de mi amigo! mi hermana! Qué felicidad!

Enrique aun no podia hablar. De los brazos de Luisa habia pasado a los de Mercedes y de éstos a los de su maestro. Todo era para él una dicha inmensa, dicha que le embargaba la voz y que no se significaba sino por las silenciosas lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

Aquella escena casi muda, en que solo se oian medias palabras, era grandiosa, tierna, conmovedora. La reunion de muchos seres que se aman tiene un atractivo irresistible hasta para los indiferentes, y el pobre conventillo de la

calle de San Pablo presenciaba un espectáculo que mui pocas veces vemos en la vida del hombre, casi siempre acongojada por el pesar o por el infortunio, y rara vez endulzada por el suave néctar de la felicidad.

Federico Bradfort habia sido recibido como un hijo y como un hermano. El coronel don Toribio de Guzman le habia dado el primer título y le habia dicho a Mercedes: "Abraza a tu nuevo hermano"; y la inocente niña, tan candorosa como tímida, estrechó contra su corazon al amigo de Enrique: era el primer hombre, puede decirse así, a quien abrazaba.

Si nos propusiéramos describir la alegria de cada uno, no tendriamos cuando acabar y nos quedariamos mui atras de aquellas impresiones. ¿Qué pinceladas serian capaces de representarlas? Vale mucho mas que nuestros lectores se la figuren, que no que nosotros tracemos mal un cuadro tan animado y tan interesante, porque el sentimiento penetra allí donde no alcanza la palabra, y ve y comprende lo que la voz humana no esplica: esto lo hemos repetido en varias ocasiones, porque esto es lo que nos sucede a nosotros y lo que talvez le pasa a la jeneralidad.

Luisa, el solitario, Mercedes y la buena Ceferina quedáronse todo el dia en el modesto y pobre albergue de los padres de Enrique, en donde debian alojar los viajeros. ¡Que reunion tan alegre! La dicha brillaba con todo su esplendor en cada fisonomia. La satisfaccion mas completa, el goce mas puro, animaba aquellos corazones en que se anidaban tan grandes, tan deliciosos y tan nobles afectos. La virtud y el amor habian nivelado todas las condiciones, todas las diferencias sociales, todos los rangos, todas las jerarquias: el proletario estaba al lado del patricio. Don Toribio de Guzman y la señorita doña Luisa Valdes estaban sentados en la misma mesa que el sarjento Domingo Lopez y que el carpintero Enrique.

Marta, Ceferina y Teresa sin abandonar el salon, o pre-

sentándose con frecuencia en él, se ocupaban en los quehaceres interiores, preparaban los sencillos manjares del festin grandioso del amor, donde se beberia el licor esquisito del deleite. ¡Qué es lo que no hermosea el afecto! La pajiza choza del campesino se trasforma en palacio encantado cuando en ella se cobija el cariño! Y la pobre y ordinaria comida del labriego, es superior al maná de los israelitas cuando la sazona la voluntad!...

Empero, una nubecilla cruzó por aquel diáfano y despejado cielo: la falta de Eloisa... ¡De Eloisa a quien todos amaban y que era uno de los principales elementos de aquella felicidad, que era lo que mas habia cooperado a formarla! Sin embargo, sabiendo que era dichosa, se serenaron, ocupándose únicamente de sus méritos y de sus virtudes, de los servicios que les habia hecho, de la manera cómo habia frustrado los planes del vicio, la confabulacion del crímen, y se citaban uno a uno todos los incidentes que habian sucedido, así como toda la astucia de que se habia valido para realizar su idea y dar cima a su propósito, habiendo conseguido el mas espléndido resultado, cual era el que tenian a la vista, el de que gozaban ellos mismos.

Por la noche se fueron todos a la casa de Luisa, donde improvisaron un concierto, pues Enrique y Federico, así como Luisa y Mercedes, eran escelentes músicos, tocando los primeros varios instrumentos. Luisa cantó algunas veces sola y otras acompañada de Mercedes que en poco tiempo habia hecho grandes progresos; y aquellas voces sonoras, dulces, melodiosas, escitadas por el entusiasmo y por la pasion, eran casi divinas, esparciendo torrentes de armonia que electrizaban los corazones.

—¡Jamas, jamas habia oido una cosa igual, esclamaba Federico fuera de sí. Yo he estado en las principales capitales del mundo, he oido las artistas mas afamadas, pero nada he encontrado comparable a mis dos hermanas!..

—Es que tú has viajado por la tierra, pero ahora nos encontramos en los cielos, le contestó Enrique.

—Es que el amor todo lo diviniza, agregó el solitario.

—Y la virtud todo lo depura, dijeron Luisa y Mercedes, dejando el piano y tomando parte en la conversacion jeneral.

Ya llegaba el nuevo dia cuando se retiraron Domingo y Marta, acompañándolos Enrique y Federico. ¡Deliciosos momentos, horas felices, quién hubiera podido detener su curso! ¡Por qué no nos paramos en algunos puntos luminosos de nuestra existencia! Por qué el tiempo continúa siempre en su carrera! ¡Condicion triste de la humanidad, la mayor dicha no es mas que un imperceptible punto! Fugaz relámpago que apenas nos alumbra un instante!.....................

En la diversidad de asuntos de que se ocuparon ese dia, se trató tambien de las cosas políticas y del antiguo prisionero de la penitenciaria, siendo de opinion el coronel de que se presentase Enrique al mismo presidente y que él lo acompañaria; pues era mas que probable que se llegase a saber su arribo a la capital, y en ese caso convenia mas prevenir el golpe, alcanzando del jefe del estado la amnistia que debia acordarse en breve a los reos políticos. En consecuencia, quedaron convenidos en ir a las doce del dia siguiente a palacio.

VI.

Don Manuel Montt, el presidente mas trabajador, sin duda, que ha tenido Chile, el que se ha consagrado mas a la cosa pública, cualidad que no pueden menos de reconocerle sus mismos adversarios, nunca faltaba a su despacho, así es que podia tenerse la seguridad de encontrarlo siempre dispuesto para atender a las muchas personas que iban diariamente en su busca.

Enrique se presentó en casa de Luisa, no a las doce del dia como habia quedado convenido, sino mucho mas tem-

prano, impaciencia que se concibe y que no provenia del deseo de ver a S. E., sino de tener algun tiempo para gozar de la presencia de su amada.

Al verlo entrar como a las diez del dia, el coronel se sonrió y le dijo:

—Amigo mio, ¡cómo se conoce que usted desea mucho encontrarse con S. E. y hablar con él a propósito de su libertad!

—Señor, contestó Enrique, puedo asegurar a usted que no es esta la causa de haberme anticipado.

—Ya lo sé, no necesitas decírmelo; pero debias pensar que ustedes se fueron anoche como a las cuatro de la mañana y que estas señoritas, y el solitario designó a Luisa y a Mercedes, no han debido levantarse temprano.

—Has hecho bien, Enrique. Yo esperaba tu visita; sabia que habias de venir, y no hagas caso a los regaños de nuestro maestro, a quien Mercedes contempla tanto, que lo va poniendo insoportable.

—¡Bonito he salido! Las mismas a quienes defiendo se vuelven mis enemigas! ¿Qué dices de esto, Mercedes?

—Que Luisa tiene razon.

—¡Era lo que faltaba! Mi esposa tambien está en mi contra! Amigo mio, vuélvase usted a California porque aquí trae la perturbacion.

—Haré lo que usted ordene, señor.

—Pero no será antes de almorzar, Enrique, pues te estaba esperando y voi a disponer que nos sirvan; ¿por qué no trajistes a tu amigo, es decir, a nuestro hermano?

—Se lo propuse, pero me dijo: voi a ocupar tu lugar por algunas horas: prefiero hacer compañia a mi madre.

—¿A sí te lo dijo, esclamó Mercedes?

—Así, y tuvo su buena recompensa porque mi padre y mi madre lo abrazaron, haciendo yo otro tanto.

—Bien merecido, añadió Luisa: esa es una delicadeza de sentimientos que me agrada.

—Hai rasgos que demuestran por completo al hombre, agregó el solitario, y este es uno de ellos, por mas insignificante que parezca a primera vista.

—Ya usted lo irá conociendo, maestro mio, y verá que no me he equivocado; y que el concepto que he formado sobre él, y que la amistad que le profeso y de la cual le hablaba en mi carta, es mui merecida.

—Basta verlo para conocerlo, dijo Mercedes.

—Así es: tiene una fisonomia dulce, triste, meditabunda, una de esas fisonomias que revelan sensibilidad e intelijencia, agregó el solitario.

—Usted no se equivoca nunca, señor; pues bien, así es mi amigo Federico Bradfort.

—Durante el almuerzo nos contarás cómo lo has conocido y qué clase de relaciones has tenido con él; porque hasta ahora nos has dicho mui poco sobre un jóven que, independiente de tu recomendacion, interesa por sí mismo.

Un criado anunciaba en ese momento que el almuerzo estaba servido.

Fácilmente se comprende cuán animada no estaria aquella conversacion y con cuánto interes no oirian la narracion hecha por Enrique sobre algunos de los sucesos de su viaje; pero era necesario ir a la Moneda y tuvieron que cortar tan agradable conversacion.

Luisa les previno de volverse directamente a casa para saber el resultado de un paso tan indispensable para la tranquilidad de todos; pero que mientras tanto, ella iba a mandar a casa de Enrique para que se vinieran a comer sus padres y su amigo: proposicion que fué aceptada con el mayor gusto, pues daba a éste la esperanza de pasar con Luisa algunas horas parecidas a las de la noche anterior, algunas de esas horas tan fugaces como deliciosas de los que se aman, y de los que se aman del modo que se amaban ellos...

El coronel don Toribio de Guzman se hizo anunciar por

el edecan de S. E. y fué inmediatamente introducido, acompañándolo Enrique.

La fisonomia del presidente, aunque siempre severa, era agradable, pues le habian bastado mui pocas entrevistas para reconocer el raro mérito de don Toribio de Guzman, y él, como hombre de capacidad, apreciaba y distinguia el mérito, siendo el primero de nuestros mandatarios que ha roto con la aristocracia de familia para llamar a su alrededor la aristocracia única y verdadera, la aristocracia del talento, y este talvez ha sido uno de los motivos por que este eminente hombre de estado se acarreó tantas animosidades y obtuvo tantas sinceras afecciones, persiguiéndolo las unas y protejiéndolo las otras, aun despues de caido.

Don Manuel Montt con su esquisita y séria urbanidad, le salió al encuentro al coronel, dándole afectuosa y familiarmente la mano, y diciéndole a un mismo tiempo:

—Usted se deja desear, coronel Guzman, sus visitas son raras y siempre semi-oficiales. Me agradaria mucho verlo con mas frecuencia y con mas intimidad.

—S. E. me honra demasiado.

—Dejémonos de S. E., señor de Guzman y hablemos como amigos.

—Agradezco la benévola amabilidad de S. E., pero por el momento me es imposible tener el gusto de aprovechar de ella, pues vengo directamente a ver al presidente de la república para solicitar su gracia por el reo político que me acompaña.

—¡Un reo político!

Y don Manuel Montt clavó su vista en la hermosa fisonomia de Enrique como para investigar si era o no verdadero lo que le decia el coronel.

—Sí, señor, continuó don Toribio de Guzman; este jóven es el temible reo político que tuvo el atrevimiento de fugarse de la penitenciaria y que ahora viene a ponerse a la disposicion de S. E. para que S. E. gane la partida al co-

ronel Guzman: este jóven es Enrique Lopez, el atrevido cabecilla del 20 de abril de 1851.

—No soi yo quien gana la partida, señor coronel; usted me ha derrotado noblemente y me confieso vencido: el señor don Enrique Lopez queda libre y ojalá me diera el placer de ocuparme si puedo serle útil en algo.

—Quedo, señor, menos libre que nunca, contestó Enrique, porque ahora he contraido una deuda con S. E., la deuda de la gratitud que obliga mas que cualquiera otra.

—Pero que se satisface con gusto, ¿no es verdad, amigo mio?

Y el presidente de la república, el grande estadista don Manuel Montt, estendió su mano de amigo al jóven carpintero, obligándolo a sentarse a su lado.

Enrique Lopez estaba encantado. Habia oido hablar tan mal de don Manuel Montt, le habian dicho tantas cosas sobre este hombre, se lo habian pintado tan adusto y tan cruel, que no sabia ahora qué pensar al verlo tan lleno de benevolencia para con él; asi es que no tuvo por un momento palabra alguna que contestar.

Y don Manuel Montt, como si conociera lo que pasaba en el interior de Enrique, se sonrió, agregando:

—¿Parece que usted no ha encontrado el tirano contra quien combatió?

—Lejos de hallar, señor, al tirano, veo al padre; y en lugar de la bajeza y de la maldad que me decian tener, veo la magnanimidad jenerosa y no puedo menos que arrepentirme de haber hecho armas en su contra; pero puedo asegurar a S. E. que yo no combatia al hombre, sino a los principios, lo mismo que obraré siempre, con la diferencia que ahora he llegado a saber que los principios no se destruyen ni se consiguen empleando la fuerza, usando de la violencia, derramando la sangre del hombre, que es el mayor tesoro de la humanidad.

El presidente volvió a mirar al jóven y le preguntó:

—¿Y de qué medio se valdria usted para llevar a cabo un pensamiento que le parece bueno, pero que muchos le combaten oponiéndose a él?

—Yo no veo otro que la libertad: ella es la que todo lo alcanza.

—Si no existe hoi existirá mañana, pero la libertad no se hermana con la tirania, ni puede jamas nacer de ella.

—Usted tiene unas ideas bastante raras y mui difícil de llevar al tereno de la práctica: la teoria está las mas veces en oposicion al hecho.

—Asi es, señor, pero al fin triunfa.

—Segun esto usted no conspirará mas?

—Nunca, señor.

—Pero en mui poco tiempo ha conseguido usted dar un gran paso.

—Estos principios me los habia enseñado de antemano mi maestro, pero mi juicio no habia madurado lo bastante; con todo, cuando me determiné a tomar parte en la revolucion del 20 de abril fué creyendo que no se derramaria sangre, sino que por un golpe de mano atrevido, pero no inhumano, se quitaban de la escena política los hombres retrógrados para poner en su lugar los hombres liberales: hé aquí, señor, en dos palabras el móvil que me indujo a tomar parte en aquel desgraciado acontecimiento.

—¿No era entonces por odio contra un partido o contra unos hombres?

—No, señor; yo no he aborrecido a nadie, ni aun a mis enemigos.

—Noble jóven, digno discípulo del señor don Toribio de Guzman, sobre el que tengo ahora muchos y mui buenos informes; yo estaba equivocado o me habian engañado, pero tengo ahora una verdadera satisfaccion en haberlo conocido y en haber hecho un acto de justicia, acordándole, antes de entrar en mayores esplicaciones, la libertad que solicitaba y que merecia; desgraciadamente, amigo mio, to-

dos mis adversarios no piensan como usted, pues de otro modo la tranquilidad del pais seria un hecho y tras de ella vendria su prosperidad y su engrandecimiento.

—Que es sin duda por lo que trabaja S. E.

—Esta es mi intencion y mi mayor deseo; ¡pero quién sabe si llegará a realizarse!

—Si necesita S. E. de mi pobre cooperacion, estoi dispuesto a segundar las miras de S. E.

—Gracias, señor coronel, y no echaré en olvido su proposicion.

—Tambien ofrezco a S. E la de mi jóven amigo.

Y don Toribio de Guzman designó a Enrique.

—Tambien la acepto con el mayor gusto: la juventud es siempre mas activa y mas emprendedora y particularmente cuando se han adquirido ciertos principios y cierta madurez de juicio. ¿Qué profesion tiene usted?

—Una mui humilde, señor: soi carpintero.

—¡Carpintero! contestó el presidente con admiracion, sin duda porque no podia creer que aquel elegante y distinguido jóven, cuyas maneras eran las de un completo caballero y cuyas ideas las de un hombre instruido, fuera un mero artesano.

—Pero un carpintero que construye palacios y que en dos años de ausencia se gana en el estranjero y en el pais mas adelantado del mundo, la suma de sesenta mil pesos, dijo el coronel a S. E.; y todavia mas, señor, agregó: este carpintero está en posesion de otras mil industrias y tiene conocimientos bastante vastos y bastante suficientes no solo para hacer un hombre útil sino un hombre distinguido.

Enrique se ruborizó con la esposicion del coronel y lo miró con estrañeza, pues él no le habia jamas hablado de sus negocios para que los supiera tan a fondo.

—Ahora me sorprende usted mas, señor de Guzman; pero me sorprende agradablemente, porque esto me prueba que el pais avanza; y si bien será una escepcion este jóven, al

menos esa escepcion existe, y el dia que sea mayor el número, Chile puede decir: "Seré libre y feliz;" mientras tanto es indispensable premiar al mérito protejiendo la virtud y el talento allí donde se encuentre para estimular a los demas; de consiguiente, estoi mui dispuesto a ayudar al señor Lopez, ofreciéndole desde luego el destino que le convenga, aunque veo que con una fortuna tan considerable como la que ha adquirido con su intelijencia y con su trabajo, no tiene necesidad de empleos.

—Yo estaré siempre dispuesto a servir a mi patria y a mostrar de alguna manera el agradecimiento que debo a S. E. tratando de hacerme digno de la confianza con que S. E. se sirve honrarme; pues, aun cuando no acepte destino ninguno, puede S. E. disponer de mí para todo aquello en que sea de alguna manera útil.

—Personas como usted nunca son de desdeñar y yo me complazco, no tanto de que me sean adictas, cuanto que me ayuden con su continjente de luces para llevar adelante a la república. Pero hablemos de usted; cuénteme la manera cómo se evadió de la penitenciaria, pues sobre esto hubo muchas versiones, y aun, si no me engaño, uno de los ministros estuvo tambien implicado en su fuga; sin embargo, nada se pudo saber de positivo.

Enrique narró fielmente a S. E. los medios de que se habia valido y de cuánto le habia servido Eloisa, deteniéndose con gusto en hablar de todo cuanto le debia a esta amiga que en la actualidad se habia hecho monja de caridad.

El presidente oyó con manifiesto interes aquella narracion sencilla y verídica, admirando como Enrique la nobleza de sentimientos de la actual *hermana de caridad* que habia tenido el arte de embaucar a todo un diplomático, lo que hizo sonreir al sério majistrado.

—Ahora, volvió a decir el presidente despues de una pausa: ¿seria indiscrecion de mi parte preguntar a usted cómo ha podido adquirir tan considerable fortuna en tan

corto tiempo, y en qué pais consiguió tan buen resultado? y no crea usted que esta pregunta nace de mera curiosidad sino que realmente me intereso por usted.

—La benevolencia de S. E. está de manifiesto para que dude de ella; y no tengo inconveniente en referir a S. E. mi corta historia de California, pues ese fué el punto a que me dirijí al dia siguiente de mi evasion de la penitenciaria; y elejí ese pais por consejo del señor coronel aquí presente, consejo que me ha valido algo mas que el dinero.

Y Enrique atribuyó todo el buen resultado de sus trabajos a la influencia de que gozaba en San Francisco su amigo Federico Bradf,ort, que fué el que lo recomendó, ocultando no solo el noble empleo dado a su dinero, sino tambien todo lo que tenia relacion con su intelijencia o era el fruto especial de ella.

Esta modestia no se escapó a la perspicacia del presidente, que conoció en el acto todo el mérito que encerraba aquel jóven y que en vano queria ocultar, porque se revelaba a despecho de él mismo.

La audiencia se habia prolongado demasiado, mucho mas que el tiempo que acordaba don Manuel Montt a los mas graves asuntos del estado, porque en la variedad de ellos, daba a cada uno la atencion que le correspondia, y con su práctica, asi como con su intelijencia, los despachaba brevemente, hiriendo luego el punto de la dificultad y ordenando en seguida lo que debiera hacerse; pero ahora habia estado tan agradablemente entretenido, que se habia deslizado el tiempo sin sentirlo: aquella alma necesitaba indudablemente de algun refrijerio, de algunas de esas escenas tiernas del corazon para calmar la ajitacion del cerebro, el fuego activo de las luchas políticas y de esas preocupaciones constantes que deben sureccitar la mente del hombre de estado.

Don Manuel Montt despidió con afectuosa amabilidad al coronel don Toribio de Guzman y al jóven obrero don Enrique Lopez, en quien veia una mezcla de timidez y de en-

tereza, de sencillez y de superioridad, de modestia y de franqueza que producian curiosidad e interes, arrancando las simpatias de modo que se confirmaba la teoria del mismo Enrique, que pretendia que el hombre atrae en conformidad como ama.

VII.

De vuelta del palacio de la moneda encontraron a Luisa y a Mercedes que los aguardaban con impaciencia en la puerta de calle, porque no dejaban de tener sus temores, y éstos se aumentaban a medida que el tiempo trascurria, no concibiendo que retardasen tanto en una presentacion que, segun ellas, saliendo bien o mal, debia demorar mui poco; pero cuando los vieron aparecer a la distancia, las malas impresiones volaron para dar lugar a otras nuevas y agradables.

—Vamos, ¿cómo ha ido, maestro mio? preguntó Luisa al solitario tan luego como estuvo al alcance de la voz.

—Mui bien, hija mia, perfectamente bien. Enrique no solo está libre de toda persecusion, sino que el presidente le ha ofrecido empleos, y en su mano está el aceptar lo que mejor le convenga.

—Ya me lo figuraba.

—Yendo con usted ¿qué es lo que no se alcanza? dijo tambien Mercedes tomando de la mano afectuosa y familiarmente a su esposo, que hacia para ella las veces de padre.

—Hija querida, respondió el anciano con enternecimiento; la Providencia está premiando tus virtudes; te está indemnizando de tus sufrimientos, y lo que te ha acordado ya espero que no será lo último que te conceda.

—Ya es bastante, ya tengo demasiado... ¿Qué mas quiere usted que Dios dé?

—El tiempo lo dirá, Mercedes; a mí me parece que leo en el porvenir y tu hermano sabe que hasta aquí no me he equivocado.

—Asi es, contestó Enrique; jamas lo he visto engañarse, pues lo que usted dice son verdaderas profecias; pero en el caso presente mi hermana tiene razon, porque ella no puede, ni debe, ni quiere esperar mas: está satisfecha, y mas que satisfecha, pues es dichosa y todo cambio seria para ella un mal.

—Sin embargo, en la naturaleza nada hai de inmutable: todo se mueve, se trasforma, varía y es preciso esperarse a todo. Nada existe en el estacionario mundo y todo marcha al perfeccionamiento. Todo marcha por la lei misteriosa de la creacion que nos lleva hácia un fin y ese fin debe ser la armonia.

—¿Y qué tiene que ver la armonia universal con el caso presente?

—Yo sé que somos átomos, pero a los átomos tambien rije la misma lei, porque ellos hacen parte de un todo.

Al hacer esta observacion, el solitario se respondió sin duda a sí mismo en vez de contestar a la pregunta que le hacian; empero, él creia darle un alcance y se lo daba en efecto, pero era demasiado metafísico, demasiado abstracto.

En ese momento llegaban los padres de Mercedes en compañia de Federico, obedeciendo a la órden terminante de Luisa que les decia de venir, pues a ellos no les gustaba abandonar su pobre morada.

—Enrique está libre, fué lo primero que les dijo Luisa antes de saludarlos.

—¿Ya no lo perseguirán? preguntó Marta.

—Llega en este momento de donde el presidente de la república, que se lo ha dicho.

—Viva don Manuel Montt, esclamó el sarjento Lopez, sacándose su gorra militar.

—Gracias a Dios, dijo a su turno Marta, que ya no tenemos que temer y que podemos vivir juntos sin que en lo sucesivo nadie nos separe.

—A no ser que el caballerito, contra la opinion de su

padre, vuelva a entrar en otro fandango; pero a fé mia que ahora yo sabré vijilar, pues a mí no se me engaña tan fácilmente, salvo ocasiones, pero ya tengo demasiada esperiencia y no me la jugarán dos veces.

—Le prometo, padre mio, de no volver a entrar en otro fandango, como usted dice.

—Si me lo prometes, es mucho mejor, porque no estaré obligado a montar diariamente la guardia.

—Tenga usted la seguridad de lo que dice Enrique, porque está mui desengañado; y a mas de haberle madurado el juicio, ha salido mui encantado de donde el presidente de la república que le ha dicho sus piropos.

—¡Ah! si usted me confiesa esta noticia, ya no puedo dudar de ella.

—Mi sabio maestro me conoce y nunca se equivoca en lo que dice; puede usted, pues, tener plena confianza que, aun cuando viera arder el mundo, no tomaria parte en otra revolucion.

—¡Qué mas revolucion que el amor! esclamó Luisa alegremente: aquellos que aman se bastan a sí mismos.

—El amor no se reconcentra de esa manera, señorita, repuso el solitario; el amor no es el egoismo ni lo produce, sino que se estiende a todos y necesita obar siempre el bien para que no se estinga: este es el único medio, el único combustible que necesita esa sagrada pira para que su fuego divino arda siempre sin convertirse en heladas cenizas.

—Tiene usted razon, señor, contestó Luisa; mi tésis fué mui jeneral, y reconozco la justicia de sus observaciones.

—Ya sabia yo que era un arranque momentáneo e impremeditado, porque ni piensas ni sientes así.

—Puesto de que estamos conformes, vamos para el salon que ya se acerca la hora de la comida.

Una vez en el salon, hicieron que Enrique narrase la entrevista que acabbaa de tener con el jefe del estado, y todos alabaron la bondad o la política de aquel hombre a quien

se pintaba jeneralmente bajo tan negros colores, y cuya tirantez emanaba de la presion en que lo habian colocado los amagos constantes de revolucion, pues su autoridad y su persona estaba, se puede decir asi, bajo el cráter de un volcan.

Un incidente nuevo vino a aumentar la alegria de aquella reunion de personas felices, y fué la aparicion inesperada de Torcuato, que asomó tímidamente su diforme cabeza por la puerta de entrada. El solitario, que fué el primero en verlo, corrió hácia él, lo abrazó tiernamente, y tomándolo de la mano, lo llevó donde se encontraban todos.

Enrique y Luisa, que lo conocian y que lo amaban, hicieron otro tanto, presentándolos a los padres y al amigo de Enrique; y como los primeros lo conocian de antemano por lo que les habia dicho su hijo, no estrañaron su deformidad y lo agasajaron recibiéndolo con el mayor cariño para vencer su timidez salvaje, pues el pobre muchacho temblaba de piés a cabeza, aun cuando se veia el gusto inmenso que esperimentaba, particularmente al mirar al solitario, a quien veia trasformado, porque habiéndose cortado su blanca barba y su plateada cabellera, como ya sabemos, habia desaparecido ese aspecto venerable de profeta que tenia antes, representando ahora un hombre mucho mas jóven y de marcial talante a causa del largo y espeso bigote, que era lo único que habia dejado sobre su rostro, atendiendo sin duda al carácter y al grado militar que tenia.

En la larga ausencia del solitario habia escrito éste muchas veces a Torcuato de venir a Santiago, pero el tímido muchacho jamas se habia atrevido a separarse del cortijo a pesar de la soledad en que vivia, pues solo estaba acompañado de sus perros, porque ningun ser humano aparecia en aquellos lugares misteriosos donde vivia el brujo en compañia del hijo del diablo, como llamaban a Torcuato; de modo que el coronel presumió que algo de grave debia haberle

sucedido, desde que se habia resuelto a hacer un viaje al que se resistia desde tanto tiempo, no siendo suficiente el cariño que le profesaba, para determinarlo.

Persuadido de esto el coronel, dijo a Torcuato que lo siguiera, previniendo que comeria en su cuarto con su antiguo compañero, pues tenia que hablar con él en privado. Dos motivos obligaban al coronel a usar de esta precaucion: el primero, porque podia ser algun secreto que conviniera que lo ignorasen los demas; y el segundo, porque conociendo la timidez de Torcuato, sabia de antemano que cualquiera que fuese el asunto, no se determinaria a revelarlo en público, por mui de confianza que fuesen los individuos delante de los cuales debia decirlo, y esto sin contar que allí habia cuatro personas a quienes amaba, porque habia adivinado que dos eran los padres de Enrique y la otra su hermana, actual esposa de su protector, del anciano que le habia salvado la vida, del que lo habia recojido, enseñado y protejido siempre. Solo Federico le era estraño, pero suponia que seria algun miembro o algun amigo de la familia, y esto bastaba tambien para quererlo.

Al salir de la puerta de la sala para dirijirse a su cuarto recibieron al solitario cuatro grandes perros que saltaron sobre él como queriéndole devorar con sus caricias, porque a pesar de lo cambiado que estaba lo reconocieron en el acto. Ah! dijo el coronel entre sí mismo. ¡Dónde viene a cobijarse la fidelidad! Si los hombres tuvieran tan frescos sus recuerdos de gratitud como los tienen los irracionales, cuán distinta no seria nuestra suerte! Otro tanto que los bravos mastines hizo Torcuato cuando se encontró a solas con él: ¡qué regocijo tan grande no brotaba de los hermosos ojos de aquel infeliz muchacho a quien menospreciaban y aun perseguian por su fealdad y que era capaz de amar tanto!

El coronel lo acarició de nuevo, lo hizo sentarse a su lado y llamó a los perros con el silbido con que acostumbra hacerlo en el cortijo. Los cuatro alanos entraron atropellándo-

se en la pieza y se sentaron sobre sus patas traseras alrededor del anciano y del muchacho, lamiéndoles las manos tanto al uno como al otro.

En seguida principió la conversacion entre el solitario y Torcuato, conversacion que nos vemos obligados a traducir, pues se hacia por señas.

—¡Cuánto gusto me has dado, querido hijo mio! ¿Por qué no habias venido tantas veces como te he llamado? Yo tenia ya ganas de ir, temiendo que te sucediera algo, pero tus cartas me quitaban toda inquietud y permanecia aqui, donde era casi indispensable mi presencia.

—Así es, señor; yo lo echaba de menos como un perro a su amo.

—Dí mas bien como un hijo a su padre.

—¡Como un hijo a su padre! Esto es mucho, esto es demasiado para mí.

—No, hijo mio; no es ni mucho ni demasiado, porque te he tenido y tengo el cariño de tal; por otra parte, Torcuato, así como es malo creerse superior a todos, así tambien lo es pretender salir de su esfera: si tú eres hijo de Dios, que es superior a todo y a todos, ¿por qué no habrias de serlo mio que soi una pobre criatura de nada?

—Pero, señor, si usted no estuviera en el mundo, qué hubiera sido, qué seria de mí!

—El padre de los hombres no te habria faltado.

—En caso que hubiera vivido, porque usted fué quien me abrigó en su seno y quien me alimentó y me alimenta hasta ahora; usted que me ha dado alguna luz cultivando mi espíritu; y sin usted, en caso de vivir, habria sido de peor condicion que las bestias, porque me habrian perseguido en lugar de criarme, así como me han perseguido ahora.

—¿Qué es lo que dices?

—Que han estado a punto de cojerme y destrozarme.

—¿Cómo es eso?

—Voi a referírselo a usted, señor, siendo este el motivo porque he venido a refujiarme donde mi amo.

—Dí donde mi padre, Torcuato, y que otra vez no vuelva a salir de tus lábios semejante palabra.

—Así es, señor; donde mi padre. Donde mi adorado y respetado padre!...

Y el monstruoso muchacho se deshizo en lágrimas de gratitud y de regocijo por ver al anciano, a quien acariciaba a su manera.

—Prosigue, hijo mio, dijo el solitario.

—En su ausencia, señor, por distraccion y por necesidad salia algunas veces a cazar, no traspasando los límites del cerco; pero hace pocos dias que persiguiendo una bandada de tórtolas traspasé los límites y me interné en la vecina hacienda, no pudiendo evitar que me vieran algunos inquilinos que se lanzaron en mi perseguimiento así como yo iba en perseguimiento de las tórtolas; pero me salvé mediante mi velocidad, asi como las tórtolas se habian salvado mediante su vuelo.

En la noche de ese mismo dia se declaró un grande incendio en el campo vecino y yo me dirijí a él para ver si podia servir de algo sin que notasen de donde venia el servicio, y estaba trabajando como cortar el fuego, cuando me apercibieron algunas mujeres y dieron el grito de alarma, diciendo: "Aquí está el hijo del diablo y él debe ser el que ha puesto el fuego." Sin mas que esto, los hombres se lanzan sobre mí y tuve que huir lo mismo que habia huido antes. El siguiente dia lo pasé sin salir de las casas, temeroso de que anduviera alguna jente por los alrededores; pero en la noche sentí un ruido como de personas que se acercaban y apagué la luz; mis perros ladraban con fuerza, y los que traian los hombres tambien, haciendo todos un gran ruido que me impedia oir lo que decian; pero conseguí que mis obedientes y bravos mastines callasen, y entonces, abriendo la ventanilla de observacion que usted conoce, distinguí

a muchos hombres de a pié y de a caballo que rodeando el rancho decian: "Ahora no se nos escapará ni el brujo ni su hijo, a no ser que se sepulten en los infiernos, de donde han venido"; y pusieron fuego a los cuatro costados de la casa, cuyo techo pajizo principió a arder casi instantáneamente. No habia remedio ni tenia tiempo que perder; era preciso huir, porque de otra manera habria perecido con mis cuatro animales, que parecian comprender el peligro, porque se agruparon a mi alrededor mirando las llamas. En ese momento tomé mi escopeta, no con intencion de herir, sino de asustar para abrirme paso, y silbando a mis bravos y obedientes alanos, corrieron tras de mí. Yo disparé el tiro al aire, pues la escopeta estaba cargada, y sin hacer daño, conseguí por la sorpresa cuanto deseaba, es decir, me dejaron el paso libre; pero en el momento los hombres de a caballo corrieron tras de mí y lanzaron sus perros en mi perseguimiento. Los mios sostuvieron el combate y yo me escabullí por el bosque; cuando llegué a una eminencia donde sabia que no podian perseguirme, me detuve y miré hácia las casas que usted habia construido y habitado por tanto tiempo y donde se encerraban tantos tesoros debidos a su ciencia. El espectáculo era triste al ver que las llamas consumian todo cuanto su estudio y su esperiencia habia aglomerado allí. Yo no pude contener mis lágrimas al considerarme causa de aquel gran desastre, que era ya imposible evitar, porque el fuego se habia apoderado del edificio entero y lo devoraba todo. Ya nada tenia, nada podia hacer, y dí un prolongado silbido a mis perros, que a poco rato me encontraron: fuí feliz a la vista de ellos y los acaricié, tratando a la vez de estancar la sangre de sus heridas con mi camisa. Allí esperé hasta que viniese el dia, reflexionando sobre lo que debia hacer, y pensé que el mejor partido seria venir en su busca, y asi lo he hecho, señor: ¿habré obrado mal?

—De ningun modo, hijo mio, sino que por el contrario he tenido una verdadera satisfaccion; y si bien siento la pér-

dida de mi rancho y de lo que él contenia, esto me ha procurado el placer de verte, agradeciéndoles a esos pobres ignorantes el gusto que me han proporcionado.

—¡Qué lástima tan grande, qué pérdida tan irreparable, señor!

—No te aflijas, Torcuato; talvez esto sirva para nuestro bien y quizá sea un motivo para no separarnos mas. Aquí estarás lo mismo que en tu casa, hijo mio, porque todos te quieren, y serás a mas el compañero y el amigo de mi esposa, de la hermana de Enrique, a quien tú considerabas allá en el cortijo casi cómo a tu propia hermana. Parece que la Providencia reune ahora en un mismo lugar a cuantos antes estaban separados amándose, y tú eres uno de ellos.

VIII.

El solitario habia comido en su cuarto con Torcuato, pues no pudiendo éste sobreponerse a su invencible timidez, se vió el primero obligado a complacerlo, diciendo entre sí mismo: "Ya se familiarizará, porque nada hai que domestique como el cariño."

A pesar del gusto que habria tenido el coronel en estar todos reunidos, no se habia hecho violencia en quedarse con su hijo de la selva y con sus cuatro perros que le recordaban su querida soledad, donde habia pasado dias tan tranquilos y donde habia recuperado la paz del alma, perdida en el bullicio del mundo que solo le habia procurado desengaños y amarguras. Pero el coronel don Toribio de Guzman era una figura mui interesante en aquella sociedad, para que se privasen de su vista por mas tiempo; asi es que en cuanto acabaron de comer se dirijieron todos a sus habitaciones, donde lo encontraron en muda pero animada conversacion con Torcuato y rodeado de cuatro hermosos perros que devoraban los restos de los esquisitos manjares que les habian servido a sus amos.

El pobre muchacho quiso ocultarse a la llegada de los convidados; pero el anciano se lo impidió, manifestándole por señas que él era querido de todos, y Luisa y Mercedes, asi como los demas, le hicieron mil halagos para probarle que era mui cierto lo que le daba a entender el coronel; pero Enrique que sabia el lenguaje de Torcuato, fué el que contribuyó mas a serenarlo.

Durante la comida habia Luisa propuesto un paseo por la alameda, pues la luna estaba lindísima y el dia sereno, propuesta que fué aceptada por todos y que anunciaron tambien al coronel; pero viendo que no podria dejar solo a Torcuato y que éste jamas se decidiria a acompañarlos, resolvió quedarse, diciéndoles que tenia que ocuparse de algunas cosas con el recien llegado, y asi era en efecto, pues tenia que mandarle comprar alguna ropa para que se presentase mas decentemente; y para que se persuadieran de que en realidad tenia que hacer con él, les refirió en pocas palabras lo que habia sucedido en la hacienda.

—Pobre Torcuato, dijo Enrique; cómo debe haber sufrido y qué lástima que se perdieran tantas curiosidades, tantas maravillas como usted habia conseguido juntar y como habia aglomerado allí su ciencia.

—Una de las cosas que mas siento es la pérdida de mi libro de memorias, en que estaban anotadas tantas virtudes, tantas acciones nobles y jenerosas, como la de tu padre y mi amigo el teniente Lopez; pero el recuerdo queda en mi corazon y este no ha muerto.

—¡Mi coronel! esclamó Domingo Lopez yendo a abrazar a su jefe; ¡yo creo que soi el deudor y usted el acreedor! Mi acto no es nada en comparacion de lo que usted ha hecho por Enrique, de lo que usted ha hecho por Mercedes, y de lo que haciendo por ellos ha hecho por Marta y por mí!

Y el viejo soldado, enternecido y mirando a cada uno y a todos los circunstantes, les preguntaba: ¿no es verdad lo que digo? ¿no es cierto que soi yo el obligado?

—Déjense de disparates, señores, esclamó Luisa: bien se merece el uno al otro.

—Asi es, contestó Federico, que tenia conocimiento de la historia de ambos personajes por lo que le habia comunicado su amigo.

—Yo decidiré, que soi, puede decirse, el mas imparcial de los que estamos aquí: quien tiene toda la ventaja es mi maestro; y la tiene por sus virtudes y por su intelijencia, por sus pensamientos y por sus obras, por lo que ha hecho y por lo que es capaz de hacer; pues su radio de accion, ya sea por el espíritu o por su posicion social, es mucho mas vasto que el de mi padre, no existiendo parangon posible entre el uno y el otro.

El sarjento Lopez, acercándose a su hijo, le dijo:

—Has herido la dificultad; has hablado como debias de hablar; has dado la justicia a quien le pertenece; has sido de la misma opinion de tu padre, y me congratulo de ello, porque muchas ocasiones me has llevado la palma, teniendo que sujetarme a tus ideas, mientras que ahora sigues las mias.

—Mi hermano tiene razon, mucha razon, esclamó Mercedes, dando afectuosamente la mano al anciano con ese entusiasmo propio de la virtud.

—Calla, hija mia, replicó éste; a tí tambien te acuso de parcialidad; pero en otro dia yo haré mis objeciones, porque no crean ustedes que me doi por vencido; íntertanto no pierdan el tiempo y vayan luego a su paseo, pues ya se hace tarde, son cerca de las ocho.

—Yo me quedo acompañándolo.

—Imposible, tengo que hablar con Torcuato de cosas reservadas; y si para obligarte es preciso que emplee mi autoridad, te lo ordeno.

—Vamos, Mercedes, volveremos pronto, dijo Luisa; no se puede perder esta luna hermosísima.

Y dando la mano al solitario, tomó del brazo a su amiga.

El coronel Guzman miró con verdadera complacencia a aquellos dos ánjeles y los dejó partir.

Cuando se quedó solo con Torcuato, llamó a un sirviente, ordenándole que fuese en el acto a un almacen de ropa hecha y comprase toda la necesaria para vestir al pobre mudo.

Nuestros paseantes llegaron en breve a la alameda. Enrique daba el brazo a Luisa y Federico a Mercedes; Domingo y Marta iban a retaguardia como dos viejos que marchan al cuidado de la familia.

Federico, como estranjero y que aun no habia visitado la ciudad, miraba en todas direcciones, y Mercedes le esplicaba lo poco que sabia. Santiago, en aquella época, no era la hermosa ciudad de hoi dia, y sus casas bajas no tenian nada de monumental como los palacios que se ostentan ahora en todas nuestras calles.

Pero la alameda siempre ha tenido y tendrá su mérito por sí misma; y sin ayuda casi del arte será uno de los primeros paseos del mundo, porque está adornada por la naturaleza, pues no hai nada de comparable a la vista que presentan hácia el oriente las jigantescas cordilleras de los Andes con sus nieves eternas.

Este delicioso lugar tiene mucho de poético, mucho de grandioso, y parece que el espíritu se eleva y el corazon se ensancha en aquellas largas y espaciosas calles de árboles que no impiden la hermosa vista de nuestro azulado y trasparente cielo, y que, purificando el aire, nos hacen gozar de un ambiente puro que respiramos con delicia, teniendo ademas la perspectiva de los cercanos Andes, cuya base parece estar al término de la larga avenida, hasta el punto que mirada de alguna distancia la elegante torre del convento de los franciscanos, se figura uno que estuviera colocada sobre la misma falda de los jigantes de granito, que sin embargo distan algunas leguas del paseo favorito de la capital a quien ellos, sin saberlo, sirven de principal adorno.

Hemos dicho que este sitio encantador eleva el espíritu

y ensancha el corazon; y en efecto, allí el hombre de ideas puede entregarse mas fácilmente que en ninguna otra parte a las reflexiones propias a sus tendencias; allí la grandeza de Dios se revela al hombre relijioso por la grandeza de sus obras que por todos lados puede contemplar y admirar, convidándolo a una meditacion profunda y sublime; allí el enamorado, pensando en la mujer que adora, la idealiza, y si la tiene a la vista, parece que sus atractivos se aumentan, que su andar es mas gracioso, su mirada mas tierna, su voz mas dulce, su palabra mas persuasiva y mas simpática; y hasta el vicio encuentra allí pábulo para el vicio.

Parece que en este sitio se respirara una atmósfera distinta a otros lugares: quizá está lleno de esos miasmas de la pasion, que sin verlos y sin sentirlos, provocan la pasion: porque uno cree que allí piensa mas, reflexiona mas, ama mas. Allí es donde se evocan todos los recuerdos dulces y amargos de la vida, donde se elaboran todos los planes, donde se dilucidan todas las ideas, ya sea en la conversacion con el amigo, ya en la reconcentracion silenciosa del aislamiento. Allí van las políticas de todos los partidos a formar sus combinaciones. Allí van los capitalistas a hacer sus cálculos. Allí van los pobres a divertir, ya que no pueden sacudir su miseria. Allí van las damas a lucir sus trajes y los galanes su apostura gallarda. Allí van todos, en una palabra, y allí iba tambien Enrique y Luisa con su amor casto y virjinal, pero abrazador y vehemente.

—¡Qué dicha es amar y ser amado, Luisa! ¿Habrá algo de mas grande en el mundo? dijo Enrique despues de haber andado en silencio como una cuadra.

—Yo pensaba en lo mismo, Enrique, y estaba tan abismada en mi felicidad, que no queria turbarme a mí misma con la palabra.

—Dime, Luisa, ¿desde cuándo principiastes a amarme?

—Me parece que desde el momento en que te ví.

—Y yo estoi seguro de haber principiado en ese mismo

instante. ¿Te acuerdas del diez y nueve de setiembre de 1850?

—Esa fecha no se me olvidará nunca.

—Talvez por el accidente del coche; pero para mí, aun cuando no hubiera sucedido este acontecimiento feliz, ya no se habria separado de mi memoria.

—¿Por qué?

—Porque mi amor es mas antiguo, pues databa de unos minutos antes.

—Desde que nos vimos cuando estaba yo en coche y tú te colocaste enfrente.

—Justamente.

—Pues bien, Enrique; mi amor data de la misma fecha, porque desde ese momento no me fuistes indiferente.

—Pero para mí aquella sensacion fué mucho mas profunda, porque cuando partiste, sentí ni mas ni menos como si me arrancaran el corazon; y aun cuando no te hubiera visto despues, ya me habria sido imposible olvidarte.

—Esto sin duda depende de las diferencias del sexo; pues dicen que por lo regular el hombre es mas ardiente y la mujer mas constante; pero puedo afirmar, sin temor de equivocarme, que cuando nos separamos despues del accidente del coche, ya te amaba, y que al deshacerme del anillo de mi tia, no fué tan solo un sentimiento de gratitud el que me guió a hacerte este obsequio, sino un afecto mas tierno y talvez mas interesado, porque, sin darme cuenta, pensé talvez que por este medio me recordarias.

—Para recordarte, no habia ya necesidad del anillo. ¡Pero qué noche tan deliciosa y tan terrible, tan llena de esperanza y tan llena de lucha! Cuántas veces besé esta joya en aquellos momentos y cuántas otras no la he besado despues! Este anillo, tu retrato y tu flor, han sido mis talismanes, ellos me han guiado por el buen camino, ellos me han dado ánimo, me han confortado en mis desfallecimientos, me han prestado entereza para la lucha, han reanimado mi ser mejo-

rándolo, y el entusiasmo por la ciencia, el entusiasmo por la virtud tambien se lo debo a ellos!

—Hai muchas cosas a mas de esto que han contribuido a fortalecer, a aumentar, a idealizar nuestro amor; pues yo tambien creo haber ganado mucho desde que te amo; pero es preciso no ser injusto y darle a cada uno lo que le corresponde. Ahora bien, ¿crees tú que sin nuestro maestro, sin sus consejos y sin su enseñanza nos amariamos asi?

—Nos amariamos siempre.

—Te lo concedo; pero no habriamos llegado al grado que hemos llegado. Nuestro afecto seria menos puro y nuestras aspiraciones menos nobles y menos grandes; nos habriamos confundido con esa multitud que dice y que cree amarse, mientras que ahora hemos dado un paso mas allá: hemos inmortalizado nuestro afecto, pues no está ya sujeto a viciacion alguna, sino que vivirá mientras que nosotros vivamos, libre de todo contratiempo, escento de todo vaiven, y marcando siempre la misma temperatura en el barómetro del alma, a pesar de las alteraciones del cuerpo.

—Es cierto, Luisa, es cierto, mucho le debemos a nuestro maestro, y yo principalmente se lo debo todo.

—¡Con que ya no me debes nada a mí! No te eches en la exajeracion; tambien nos debemos algo a nosotros mismos y el todo a Dios que nos ha formado y que sin duda nos ha guiado el uno hácia el otro, porque me parece ver mucho de providencial en nuestra union.

—Asi debe ser, Luisa; y ¿quiéres que te diga una cosa? yo he notado palpablemente que mi amor hácia Dios ha crecido en proporcion de lo que se ha aumentado mi amor hácia tí.

—Cuando el cariño tiene por base la virtud, no puede menos que suceder lo que dices, pues en mí acontece lo mismo.

—Y el amor llevado a este grado ¿no es verdad que nunca puede delinquir?

—Verdad, porque si delinquiera se estinguiria; y a tal punto estoi persuadida de ello, que si me pospusieras a mi delicadeza, a mi honor, a mi virtud, dejaria de amarte porque dejarias de ser digno.

—Asi lo siento yo tambien y el ejemplo lo tengo a la vista, lo tengo en mi propia hermana, pues ella desde el momento que se dió cuenta de la maldad de Guillermo, dejó instantáneamente de quererlo.

—No hables de ese hombre, Enrique, sobre todo en estos momentos; pero era lo que debia suceder en el carácter de Mercedes, lo que sucederia en el mio y tambien lo que te sucederia a tí, no digo hablando de un crímen sin nombre, sino de una exijencia baja o contraria al pudor.

—Tienes razon, Luisa; el amor no puede darse sino en la virtud, y deja de serlo desde el momento que se falta a ella: aquel que exije una cosa impropia y que puede perjudicar a su querida, ya no ama, sino que aborrece o desprecia, porque ofender a quien se quiere es un contrasentido, a no ser que sea un amor mas bajo que el de las bestias, porque aun estas no se dañan entre sí; y ojalá, en cualquier condicion que sea y en cualquier grado de pasion que se sienta, tuvieran las niñas siempre presente esta leccion para precaverse del engaño y no tener despues que llorar lágrimas de sangre.

—Veo que te has vuelto moralista, Enrique, hasta el punto de salirte fuera de la cuestion. Volvamos, pues, sobre nosotros mismos y dime: ¿no te sientes aquí en este sitio como mas inspirado? La luna ¿no tiene para tí su lenguaje? ¿no te habla? ¿no te inspira?

—Ah, Luisa! ¡Cuántas veces he pasado horas de horas contemplándola y pensando que tú en ese mismo momento la mirabas!

—Pues bien, querido esposo mio; esa luz que nos alumbra trae para mí no solo envuelto tu recuerdo, sino muchos otros recuerdos, pero todos ellos, sin confundirlos, y siendo

distintos los unos de los otros, vienen a refundirse en tí.

—No te comprendo, Luisa.

—Ahora, como otras veces, pienso en mi madre y me parece que está allí (y Luisa señaló el cielo) bendiciéndonos. ¿Te acuerdas de sus últimas palabras, las que te repitió nuestro maestro y segundo padre aquella noche fatal y dichosa en que tú ibas a suicidarte y en que él nos unió para siempre dándonos su bendicion? ¿Te acuerdas?

—Como si fuera ahora, mi adorada Luisa.

—Pues bien, en este momente siento que ella, mi madre, me las repite suavemente al oido. ¿Será esta una ilusion, Enrique?

—Indudablemente.

—¿Pero por qué cada vez que la invoco y pienso en tí me sucede este mismo fenómeno? ¿Por qué se me representa ella bendiciéndome y oigo distintamente sus mismas palabras y su mismo acento?

—Ilusion del cariño, Luisa, ilusion que me hace mui dichoso, porque es una prueba mas de tu amor.

—Lo último que dices es indudable; pero yo nada afirmo ni nada niego; sin embargo, estoi por creer que en esto hai algo de real, algo de positivo.

—Mucho de real, mucho de positivo, hai lo mas real y positivo: nuestro amor.

En esos momentos se paseaban solos Enrique y Luisa, pues los otros se habian sentado, porque ya habian dado dos vueltas a la alameda, habiendo quedado convenidos en reunirse en el óvalo, que era el lugar que habian escojido para descansar.

Enrique y Luisa, embebidos en su conversacion, no sentian fatiga alguna y se encontraban en su quinto paseo, mui cerca de las monjas del Cármen Alto, frente a frente del antiguo cuartel de artilleria, cuando se les encaró un hombre que hacia rato que los seguia a la distancia y que ellos no habian apercibido.

Este hombre era alto, grueso y de facciones abultadas. Su traje consistia en una rica manta y un fino sombrero de paja de anchos bordes, que haciendo sombra sobre su cara, la ocultaban en parte. Iba este hombre fumando un grueso cigarro puro, y segun las apariencias, podia tomársele por un hacendado o por un abastero en su traje de parada o de fiesta.

Al cruzar el camino de los dos amantes o ponerse enfrente de ellos, el personaje de la rica manta les dijo, echando a la vez una gran bocanada de humo que fué de lleno a la cara de Luisa, haciéndola retroceder:

—Alto ahí.

—¿Qué se ofrece? preguntó Enrique sin inmutarse, con esa serenidad que proviene de la conciencia de su fuerza.

—Lo que se ofrece, contestó con voz ronca el hombre de manta, es que me entregarás esta mujer en el acto.

Luisa se estremeció... habia reconocido la voz de su marido, y apretando fuerte y convulsivamente el brazo de Enrique, le dijo:

—Huyamos.

Guillermo, pues era él mismo, oyó esta palabra, y respondiendo a ella, dijo:

—Ahora no te me escaparás: ya no soi el sonso de antes.

Y el marido de Luisa hizo rechinar los dientes.

Enrique no comprendia aquella escena, porque no habia reconocido a Guillermo: tal era lo desfigurado que estaba; pero se mantenia sereno e impasible, aunque dispuesto a todo.

Luisa volvió a decir a Enrique en voz baja:

—Huyamos.

—Ya no es tiempo, contestó Guillermo.

—¿Y qué es lo que usted quiere? Usted debe haberse equivocado, amigo mio.

—Yo no me equivoco... la he reconocido hace rato...

Esta mujer es Luisa Valdes, mi esposa, y ahora mismo se vendrá conmigo por bien o por mal.

Y diciendo esto sacó de debajo de la manta un enorme cuchillo, cuya acerada hoja brilló a los rayos de la luna.

Pero apenas habia desenvainado la daga, y antes que tuviera tiempo de usar de ella, Enrique lo habia desarmado dándole un fuerte puntapié en el brazo, que hizo saltar el arma a muchas varas de distancia, como si hubiera sido arrojada voluntariamente.

Guillermo se quedó estupefacto. Aquel brusco ataque lo habia privado del cuchillo en que se apoyaba su valor, en el que consistia su arrojo, y no se atrevió a ir mas adelante, sino que dijo únicamente:

—Esta es mi mujer por la iglesia. Estoi lejítimamente casado con ella y pediré ausilio para que ahora mismo me la entregue su amante; y una vez en mi poder, yo sabré castigarla mas tarde.

Y Guillermo gritó al sereno.

—Calla, infame, dijo entonces Enrique con voz imperceptible y abalanzándose hácia el marido de Luisa, porque de otro modo revelaré lo que a todo el mundo he ocultado hasta hoi.

—¡Enrique! Enrique!... esclamó Guillermo echando a correr despavorido por la alameda abajo.

—Estamos libres de este miserable, repuso Enrique tranquilamente, volviendo a dar el brazo a Luisa: ya no te incomodará mas.

—¿Pero qué palabras cabalísticas has pronunciado a su oido que lo has hecho huir tan precipitadamente?

—No me preguntes esto.

—¿Tienes secretos para mí?

—Los de la compasion.

—¿Compadeces a Guillermo?

—Sí; ya ves el estado en que se encuentra: ese hombre estaba ébrio y debe pasar toda su vida ébrio, pues está

completamente desfigurado. Jamas lo habria reconocido sino se nombra él mismo.

—Tienes razon; ¡pero cuán grande eres, amigo mio!

Y Luisa miró a Enrique con esa delicia, con esa adoracion, casi con ese respeto con que se mira a Dios.

En efecto, la serenidad de aquel jóven mostraba su valor indómito; su confianza en el peligro mostraba su superioridad y su fuerza; y la compasion por su enemigo mostraba su grandeza, esa grandeza del corazon que es superior a todas.

Al tiempo de llegar al óvalo donde estaban Domingo y Marta, Federico y Mercedes, Enrique dijo a Luisa:

—No hablemos nada de este incidente, porque puede suscitar temores, y esas alarmas son siempre perjudiciales; solo lo consultaremos con nuestro maestro, y él nos dirá cómo debemos obrar.

Luisa hizo un movimiento de cabeza afirmativo, y todos volvieron a la calle de la Catedral mui satisfechos de su paseo y mui contentos de abrazar al viejo coronel, que tenia ya completamente trasformado a Torcuato con su vestido limpio y decente que, aunque lo embarazaba un tanto, disminuia en parte su deformidad, haciéndolo aparecer menos feo.

IX.

Volvamos ahora con nuestros lectores a la alameda.

Guillermo, como si lo persiguieran, corrió algunas cuadras sin detenerse, hasta que, rendido de fatiga, se paró, echándose sobre un sofá; estaba medio sofocado.

Pasado un largo rato, que le fué necesario para tomar aliento, miró por todas partes sin distinguir a nadie, y se dijo a sí mismo:

—No me persiguen; me he escapado.

Y luego se puso a reflexionar.

—Yo conocí a Luisa desde un principio... Hace mas de

una hora que la espiaba; ¿pero cómo no reconocí a Enrique? ¡Estaba tan cambiado! Es ahora todo un caballero, y de lo que hai de mas elegante!... ¡Cómo nos trasformamos! ¿Y yo? ¿Qué soi yo? Un pobre diablo que corre de taberna en taberna y duerme muchas noches sobre el duro suelo, sin otro abrigo que el del alcohol! ¡Estraña variacion de la suerte! Ah! no, no; no es la suerte, sino un castigo de Dios! ¿Pero qué me importa Dios? ¿Creo yo acaso en él? Soi un necio en tener remordimientos... Vamos a beber: hé aquí la felicidad, hé aquí el supremo goce del hombre... vamos; pero ¿y si encuentro a Enrique? Quedémonos... mas vale esto... hasta que sea mas tarde y se haya ido con su amante... ¡Con mi mujer! ¡Y él es dueño de mi mujer! ¡De mi mujer, a quien estoi lejítimamente unido y a la que jamas he tocado uno de sus cabellos! ¡Mientras que él!... El la posee sin duda!... ¡Poseer a Luisa! Qué dicha! qué gloria! ¡Y para mí qué infierno!... Vamos a beber... Pero espera... reflexionemos otro momento; ¡yo que ya nunca reflexiono! ¿Cómo es que el pobre carpintero, hijo de un no menos pobre sarjento, ha llegado a subir tan arriba... ha alcanzado hasta donde Luisa, la mas hermosa, la mas aristocrática, la mas rica, la mas intelijente, la mas altiva, la mas soberbia señorita de Santiago? ¿Cómo? ¡Ah! Ya recuerdo...

Hubo un dia, era mui al principio... aun yo no habia visitado a Mercedes, que Tomas, mi antiguo criado, me dijo que Luisa queria a Enrique, que los habia visto mirarse el uno al otro, y que en esa mirada... sí, sí, eso es...

La memoria me vuelve: tambien oí a Luisa defender a ese artesano en el salon de mi madre... ¡Infierno! ¡Desde entonces se aman sin duda! ¿Pero por qué consintió en casarse conmigo? Pues es indudable que yo estoi casado con Luisa: esto lo recuerdo mui bien... ¡Tanto mejor, ¡voto a Dios! porque asi no se podrán casar ellos!... Yo estoi jóven, jóven para vivir cincuenta años... ¡Pero qué importa que se casen o no, cuando se aman y quizá viven juntos! ¿No estaban ahora

mismo los dos solos paseándose? ¡Qué desesperacion!... Y ser él, ¡él! el mismo que me ha infamado, que me ha puesto una marca imperecedera sobre la espalda, quien me arrebata a mi esposa, quien se queda con ella en mi misma presencia, quien me echa a puntapiés, y de quien huyo, huyo mas que del demonio!... Por que yo le tengo miedo a ese hombre: esto es indudable."

Y el bandido aristocrático volvió a mirar con temor por todas partes, hasta que convencido que estaba completamente solo, volvió a tomar el hilo de su espantoso monólogo.

"¿Pero quién tiene la culpa de todo esto? Quién es la causa inmediata de tanta desgracia? Quién me ha precipitado en este infierno? Quién me atormenta con mas crueldad? Esa Mercedes, esa mujer a quien yo amaba y cuyos hechizos me han perdido para siempre! Si yo no la hubiera conocido, seria ahora feliz... mui feliz... tan feliz como lo era antes!... ¿Y qué será de ella? Ella estará tranquila, contenta, risueña, ¡mientras que yo! No quisiera pensar mas; pero ahora se me viene a la memoria la maldita vieja de la tia Anastasia, sin cuya intervencion no habria sucedido nada... ¡Qué infernal mujer! Pero ella recibió su merecido... ya debe estar en la gloria de Satanás... En fin, descansa...

"Otra vez viene persiguiéndome el recuerdo de Mercedes... Todo se eslabona: tras el uno viene el otro: y tras el crímen de la vieja bruja se me representa la víctima. ¡Cosa estraña! La desgracia de Mercedes, como su felicidad, me atormentan: ambas cosas me hacen sufrir... La primera, porque pesó sobre mí la venganza, esa venganza que me hizo perder el juicio y que me ha hecho perderlo todo, hasta perderme yo mismo...; y la segunda, porque ver feliz a Mercedes, verla rodeada de consideraciones, querida y estimada de todos, y para colmo unida al asesino de mi padre, me exaspera hasta el frenesí... Pero yo la he de encontrar algun dia y entonces la haré pagar los males que me ha causado... Y poco a poco iré a mi vez vengándome de cada uno... ¿Y

tendré ánimo para acercarme a Enrique, al sarjento Lopez y al coronel Guzman? No importa; acecharé el momento, heriré por la espalda... Pero ellos me tienen en su mano, ellos pueden perseguirme, ellos pueden revelar mi estado, ellos pueden anonadarme antes que yo obre... Ah! Desgraciado! ¿A quién puedo quejarme, contra quién puedo proceder, cuando yo soi únicamente el autor de mi desgracia? ¿Por qué nací tan malvado? ¿Por qué me enjendraron mis padres? Yo soi hijo del crímen... Yo he heredado ese crímen y la maldad vino de mi sangre... ¡Y mi madre sufre tambien! Que padezca, pues lo tiene merecido ella que patrocinó el robo!... mi padre lo pagó, la señora doña Porfira lo pagará y yo a mi vez lo pagaré... ¿Pero a qué atormentarse? Que se arrepientan los que creen en la otra vida. Pobres necios! Ellos sufrirán, en tanto que yo gozaré... Vamos a beber, vamos a buscar una sociedad bulliciosa y alegre, vamos a apurar hasta sus últimas heces la copa del placer: esta es la existencia mas bella.

Y Guillermo se paró del sofá y se dirijió a la calle de la Ceniza en busca de buena compañia. Cuando pasó delante de la puerta de calle de la tia Anastasia, se detuvo un momento, y una estrepitosa carcajada salió de su garganta: estaba alegre y mas en disposicion que nunca para divertirse.

X.

Este barrio de Santiago, que ha llegado a adquirir una triste celebridad y a quien en lugar de calle de las Cenizas, llaman, sin duda por hacer una especie de antonomasia, la calle de la Honestidad, es mui concurrida de niñas alegres, que se encuentran a todas las horas del dia y de la noche dispuestas para divertirse.

Guillermo golpeó la puerta de una de esas casas, e inmediatamente aparecieron tres curiosas muchachas que salieron con precipitacion para ver quién era el visitante o los visi-

tantes que se presentaban, y sus miradas escrutadoras se fijaron en Guillermo, miradas inquisitoriales que son dirijidas, no con el fin de ver si el individuo es jóven o viejo, feo o buen mozo, sino con el de cerciorarse si trae o no *morralla* en los bolsillos, y tienen por lo regular tal perspicacia, que rara vez se engañan a este respecto.

—Veo que no me reconocen ustedes, dijo Guillermo a las tres muchachas, y sin embargo yo les sé sus nombres.

—Puede ser; pero de veras que no nos acordamos.

—Tú te llamas Pastora, tú Cármen y tú Jertrudis.

—Has acertado.

Y las muchachas fijaron mucho mas su atencion en Guillermo.

—No es estraño; vengo de un largo viaje y me dicen que he cambiado mucho.

—Debe ser asi, porque creemos no haberte visto.

—Pero hai una cosa que no ha cambiado en mí, y que ustedes recordarán y conocerán inmediatamente.

—¿Qué cosa?

—Esto.

Y Guillermo hizo sonar el oro en sus bolsillos.

—Asi se habla: ese es un personaje que conoce y respeta todo el mundo y a cuya sola presencia se abren todas las puertas. Entra, pues, para dentro. ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero divertirme.

—¡Divertirte! nada mas fácil; pasa adelante.

Y las tres muchachas se miraron las unas a las otras como quien dice:

—Este pollo es nuestro, vamos a desplumarle.

—Yo sé lo que ustedes piensan, dijo Guillermo, que, apercibiéndose de la pantomima, comprendió la intencion; pero no hai necesidad de que se tomen la molestia de robarme, porque yo les daré cuanto tengo, pues lo único que quiero es divertirme.

—¿Y qué hacemos para divertirte, gordiflon?

—Traer otras niñas.

—¡Vaya en el sultan! ¿De dónde vienes? ¿Que no somos bastante nosotras?

—Quiero divertirme y nada mas.

—¿Acabas de vender la engorda?

—No soi abastero.

—Pues haces mal en parecerlo. ¿Serás entonces hacendado? porque los hacendados tienen tambien engorda.

—Soi hacendado; pero no necesito vender engordas para tener plata.

Las tres muchachas cambiaron entonces de tono, tratándolo con mas consideracion.

—Vamos, no sean sonsas; no se asusten, porque soi hacendado y tengo plata. Yo quiero que me traten con franqueza y con libertad, porque quiero divertirme y no que me anden con consideraciones y arrumacos insípidos. Y para quitarles todo escrúpulo y que sepan a qué atenerse, voi a decirles quién soi.

—Habla pues, lijero, que estamos en áscuas, y ya verás lo buenas que somos para la jarana.

—Soi Guillermo de...

—¡Guillermo de!.. Imposible...

—Mírenme bien para ver si me queda algo del Guillermo antiguo.

—¡Es verdad, es verdad! esclamaron despues de haberlo examinado por algun tiempo. ¡Pero qué cambiado estás!

Y las tres mujeres lo abrazaron a porfia.

—Ya les he dicho que vengo de un largo viaje y los viajes acaban mucho. Lo que deseo ahora es borrar las penalidades pasadas divirtiéndome a mi gusto.

—¡Quién lo hubiera dicho! Quién lo hubiera creido! Imposible de conocerte! Estás en tu casa, Guillermo, y puedes hacer lo que quieras.

—Desde luego vayan a traer muchachas y jóvenes; yo pago por todos y por todo.

—En el acto.

—Pero miren, necesito que traigan harpa y vihuela, y con el piano de ustedes hacemos un buen concierto.

—Esto es lo de menos; en pagando, todo se consigue.

—Otra cosa: es necesario que manden comprar fiambres, dulces, pasteles, licores; quiero de todo mucho y bueno.

—De todo se encuentra. Todavia no deben haber cerrado los hoteles, porque solo son las once y media; y cuando se compra por cantidades abren la puerta en cualquier pasteleria.

—Entre parentesis ¿qué es de la tia Anastasia, cuya puerta he encontrado cerrada?

—¿Que no sabes lo que le ha pasado a la tia Anastasia?

—No; vengo llegando y hubiera deseado verla.

—Es una historia mui larga y mui terrible.

—Si es larga, la dejaremos para los postres; vayan, pues, a traer las provisiones y a buscar las muchachas y los jóvenes, con eso hai bastante trabajo para las tres; yo me quedaré cuidando la casa; aquí tienen seis onzas, gástenlas todas y no ahorren ni un medio centavo, que despues yo les daré mas.

Las mujeres partieron llevando la noticia por todo el barrio, particularmente donde sus amigas, a quienes dieron la preferencia para que a su vez hicieran con ellas lo mismo; de manera que en un abrir y cerrar de ojos estuvo llena la casa, dando principio a la bacanal mas espantosa, porque en el instante mismo principiaron a correr los licores sin esperar que se sirviera la cena.

A la puerta de calle se le puso llave y tranca para que nadie pudiera ni entrar ni salir, pasándole previamente al oficial de policia un par de botellas de vino, un pollo fiambre y una marraqueta, acompañando el obsequio con media docena de cigarros puros y diciéndole que, cuando quisiese *echar un trago* mas, pasase y golpease la puerta de una manera convenida. El soldado del punto tambien llevó su propina en conformidad a su rango; precancion mui usada

entre esa clase de mujeres, que siempre tienen que hacer con la justicia y qué por lo mismo se empeñan en obsequiar a los inmediatos distribuidores de ella para tenerlos propicios y que en caso dado aboguen en su favor.

Los bailes se seguian los unos a los otros sin interrupcion.

Las parejas se remudaban constantemente, quitándose, ya las mujeres a los hombres y éstos a aquellas, y los danzantes que bailaban con mas *zamdunga*, o lo que es lo mismo, con mas desvergüenza, eran los mas aplaudidos; y los palmoteos y el tamborileo en la harpa y en la vihuela y los gritos de *arrúgale mi alma*, *cómetela pues*, *no le aflojes un pelo*, *¡aro!* con objeto de pasarles un vaso a los bailarines que por lo jeneral decian: *te lo hago*, *hasta el conchito*, *hasta verte Jesus mio* y todas estas cosas escitaban de tal modo aquella reunion de hombres y mujeres, que casi no se entendian. Agréguese a esto las palabras obscenas, los tirones de unos y de otros, la chacota incesante, las bufonadas groseras, los juramentos, los escándalos de todo jénero, el hipo y los bómitos de los beodos, las caidas, los golpes de amistad, las lágrimas, las quejas, las reconvenciones, las protestas de no olvidarse, los vasos que se quiebran, el licor que se desparrama, los celos, los compromisos, las resoluciones para el porvenir, los argumentos, las disputas sobre política, sobre relijion, sobre finanzas, los chillidos de los instrumentos desafinados y desacordes, y se tendrá una idea confusa de toda aquella confusion, de aquella Babel del vicio, en que descollaba nuestro antiguo conocido, que era el héroe de la fiesta, el anfitrion por quien todos brindaban, el Adonis a quien todos se dirijian y que cada una de las mujeres se proponia conquistar, disputándoselo a porfia.

Guillermo estaba en sus glorias. Se figuraba ser todavia el antiguo jefe dol galanteo y de la seduccion entre los jóvenes de Santiago Se figuraba dominar a todas las bellezas de la capital, porque imperaba allí como rei absoluto, como

monarca indestronable: era el mas obsequiado y era a la vez el mas bebedor; y podia, con razon, enorgullecerse de su monstruosa superioridad, porque triunfaba sobre todos y sobre todas.

La cena fué servida. Eran como las tres de la mañana y se hacia indispensable reparar el estómago; pero el licor se habia concluido con tanto perder y con tanto beber, y Guillermo sacó otras seis onzas y mandó traer mas, costare lo que costare, porque a esas horas se podia decir que no tenia precio; pero algunos jóvenes, conocedores de los cafés de Santiago, donde habia seguridad de que abriesen, se encargaron de renovar las provisiones, echándose, como por comision, algunos escudos al bolsillo.

Los cajones llegaron con toda la brevedad que lo requerian las circunstancias, pues se puso en movimiento hasta la policia, pasándolos de punto en punto. Los cajones llegaron, decimos, y fueron recibidos con una triple salva de aplausos y los conductores de ellos en palmas de manos.

La orjía principió de nuevo, principió con mas fuerza; y todos aquellos que no estaban *fuera de combate*, es decir, que no estaban ébrios a morirse, ocuparon un asiento en la gran mesa, que se encontraba bien provista de comestibles.

Guillermo habia bebido mucho; tenia la cara como una grana o como una betarraga, pero estaba firme y mas animado que nunca, mas dispuesto que jamas para la lucha contra las botellas; y sentándose a la cabecera de la mesa, dijo:

—Propongo un brindis.

—Sea, dijeron todos, brindemos.

—Mi brindis es contra las mujeres y a favor de las mujeres.

—Hai mucho que decir sobre esto, dijo uno.

—Todos los autores están de acuerdo sobre el particular, dijo otro.

—Hasta yo sé un versito antiguo, espuso un tercero y que sostiene la misma tésis, diciendo:

Es la mujer lo mas bueno,
Es la mujer lo mas malo;
Es para el hombre veneno,
Es para el hombre regalo.

—¿Y quién no sabe eso?

—Pero en tal caso, Guillermo no nos dirá nada de nuevo: esta materia está mui traqueada.

—Ya lo sabia yo tambien, pero me propongo establecer una teoria contra los moralistas y contra los filósofos, contra los sacerdotes y contra todos los escritores; me propongo establecer una nueva doctrina.

—¿Qué entiendes por nueva doctrina?

—Aquella que se aparta de las leyes comunes o conocidas.

—¿Y cuál es ella?

—Ya lo verán ustedes: digo que lo que se llama virtud es la mayor sonsera, y que nada hai de mas insípido y desagradable que la mujer virtuosa, y que lo que se denomina vicio es la felicidad, es el goce, y que la mujer viciosa es la mas espiritual, la mas complaciente, la mas amable; en consecuencia, brindo por nuestras amigas presentes y futuras que se consagran a la carrera del vicio, es decir, del placer.

Una salva de aplausos recibió ese brindis, y aquellas infelices mujeres se pararon de sus asientos llenas del entusiasmo del aguardiente para abrazar al elocuente orador que con tanta vehemencia patrocinaba el crímen.

En seguida los vasos se llenaron, se chocaron y se los bebieron hasta no dejar una gota del contenido.

—Cómo se conoce que Guillermo no es casado para hablar así, dijo uno de los jóvenes.

—Casado o no, yo emito mis opiniones.

—Si eres casado, es preciso ser consecuente con tus principios y ponerlos en práctica para probarnos que hablas con tus sentimientos y que tus hechos no desmienten tus palabras.

—¿Cómo es eso? Yo estoi dispuesto a sostener lo que he dicho.

—Pues entonces la prueba.

—¿Qué prueba?

—Que vayas ahora mismo a traer a tu mujer aquí para que siga la hermosa carrera del vicio.

—¡Mi mujer!

—Sí, Guillermito, gritaron a una las prostitutas; tráela, nosotros la recibiremos en palmas de manos, la protejeremos, la enseñaremos y tendrá ahora mismo el honor de ser de las nuestras, y...

—¡Qué locura!

—Es preciso sostener sus convicciones.

—Pero si no soi casado.

—Sí lo eres, contestó uno de los jóvenes que hasta ese momento no habia tomado parte en la conversacion.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Yo que lo sé y conozco a tu mujer, que es una de las mas cumplidas señoritas.

—Mientes.

—A mí no se me habla así!

Y el jóven le tiró con el vaso lleno de licor que tenia a su lado.

Guillermo bajó la cabeza, y el vaso se estrelló contra la pared, haciéndose mil pedazos.

Todos se levantaron para contener a los combatientes, porque Guillermo se habia abalanzado contra el jóven, que se preparaba a recibirlo.

—Paz, paz, gritaron todos: hemos venido para divertirnos y no para pelear.

—Demos por terminado el incidente, esclamó un aficionado a las sesiones de la cámara de diputados (al que le habian puesto por sobrenombre *el pilar de la barra*) y pasemos a la órden del dia.

Todos aplaudieron.

—¿Y cuál es la órden del dia? preguntaron unos.

—El coñac.

—¡Bravo! vamos al coñac.

—Vuelta redonda.

—Y a vaso lleno.

—Convenido: vuelta redonda y a vaso lleno.

Y aquel licor, que lleva tras sí la muerte, bebido con esceso, fué servido a torrentes, pues en aquella *redondilla* se consumieron de un golpe ocho y media botellas.

Con este descomunal sorbo, pocos de los que estaban sentados a la mesa quedaron en pié; pues a medida que el alcohol hacia su efecto mas o menos rápido, segun las organizaciones de cada individuo, iban cayendo unos tras otros; y a medida que caian, y segun el modo mas o menos grotesco, eran las carcajadas de los que se sostenian aun sobre la mesa.

Solo quedaban en pié cinco personas, entre ellas Guillermo y una mujer que fué el ídolo de aquellos borrachos, no por su belleza, sino porque era tanto o mas fuerte que ellos.

Esta mujer, que se conocia capaz de sostener cualquier combate con los mas famosos bebedores, habiendo ya vencido a muchos de ellos, y a quien llamaban *Botija de aguardiente* por la inmensa cantidad de alcohol que absorbia sin embriagarse; esta mujer, decimos, que tenia desde mui temprano la intencion de apoderarse del oro que llevaba consigo Guillermo, y viéndolo que aun no caia, se decidió a dar el último golpe, proponiendo a Guillermo un desafio, y así le dijo:

—Eres un niño para mí, Guillermito, a pesar de tu renombre, que es una verdadera usurpacion.

—¿Cómo así?

—A tí te consideran como uno de los mas famosos bebedores; al menos, lo he oido decir a todos los que ahora están roncando; pero creo que estás todavia mui distante de tu fama.

—Estoi pronto a sostener mi crédito con cualquiera que sea.

—Fanfarroneria: ya ves que aquí somos cinco y tú no estás mejor que nosotros.

—Yo soi capaz de emborracharlos a todos, y apuesto lo que quieran.

—¿Qué quieres apostar?

—El oro que tengo en los bolsillos.

Y Guillermo sacó un puñado que puso sobre la mesa, diciendo:

—Aquí habrá como setecientos a ochocientos pesos, pues traia mil y solo he gastado de doscientos a trescientos.

—Yo no tengo esa suma, ni estos caballeros tampoco.

—Se me ocurre una idea, idea soberbia.

—¿Qué idea?

Guillermo contestó con una estrepitosa carcajada.

—¿Por qué te ries? preguntaron las cuatro personas?

—Me rio de mi idea... es bellísima... ¡cuánto mas tengo que reirme!

—Veamos.

—La apuesta está hecha.

—¡Cómo! si no tenemos tanta plata.

—Yo pongo todo este oro contra tus trenzas.

—¡Contra mis trenzas!

—Sí, contra tus trenzas.

La hilaridad fué jeneral.

—Aceptado.

—Si tú me vences, es decir, si yo caigo primero, te llevas todo el oro; y si yo te venzo, te corto de raiz el pelo; ¡y veremos con qué figura te levantarás mañana! ¡Cómo van a reirse y cómo voi a reirme! Ya principio.

Y Guillermo soltó una carcajada.

—Nosotros tambien queremos entrar en la apuesta, dijeron los tres hombres; pero no tenemos que poner sino unos pocos reales.

—Pongan sus camisas.

—¡Nuestras camisas! Pues bien, ya está.

—Y el que quedare vencedor barre con todo.

—Por supuesto.

—Anda a traer las tijeras, y ustedes sáquense las camisas y colóquenlas sobre la mesa para que el que gane recoja todo.

—Pero yo no me corto las trenzas antes de ser vencida.

—Nada mas justo; el que triunfe tendrá este trabajo: ya me parece que voi a pasearme por la alameda con este hermoso trofeo.

La mujer se paró de su asiento y fué en busca de las tijeras.

Los hombres se desnudaron y cada cual colocó su camisa sobre la mesa, volviendo a ponerse el chaleco y la leva a raiz de las carnes.

—Graciosa apuesta! Tendré de qué acordarme toda mi vida! esclamó Guillermo.

—Pero desproporcionada, dijo uno de los combatientes.

—¿Por qué es desproporcionada?

—Porque tú pones mucho mas que nosotros. Yo seria de opinion que recojieras tu dinero y te sacaras la camisa.

—¡Sacarme la camisa!

Y Guillermo dió un salto como si lo hubiera mordido una víbora.

—¡Sacarme la camisa! Primero daria todo el oro del mundo!... ¡Voto a Cristo! ¿Cuál es el que se ha atrevido a hacerme semejante proposicion?

—Yo, respondió uno de los gladiadores de botellas.

—¡Tú! ¿Y con qué fin?

—Con el fin único de que no te perjudicases.

Guillermo se serenó, porque conoció que lo habia dicho inocentemente, pues de lo contrario estaba dispuesto a matarlo en el acto con una botella de champaña que tenia a su lado y que le habria reventado en la cabeza.

—Ya que es así, agregó tranquilamente, les diré a ustedes que soi bastante rico para pagarme de mi capricho.

—Yo me opongo a lo que proponen estos caballeros, entró diciendo la sacerdotisa de Baco, que habia oido lo que estaban hablando, pues no espondria jamas mis hermosas trenzas contra unas camisas sucias. Ustedes pueden retirarse si se les antoja, pero en cuanto a Guillermo, yo exijo que no retire un escudo de la suma que está sobre la mesa.

—Lejos de retirar, pongo mas.

Y Guillermo vació sus bolsillos, de los cuales cayeron todavia unas cuantas monedas.

—Así me gusta, y no valen menos mis trenzas.

El oro y las tijeras brillaban sobre la mesa.

La bacante lo miraba con codicia, y Guillermo se sonreia acariciando las trenzas.

—Todavia no son tuyas.

—Ni tuyo tampoco es el oro.

—Haz las proposiciones del combate.

—Te dejo a tí la eleccion de las armas, desde el espíritu de vino hasta la cerveza, dijo Guillermo con orgullo de conquistador.

—Tomaremos una que decida luego el combate.

—Ya te he dicho que te dejo la eleccion.

—Será el coñac.

—Vaya por el coñac.

—Cada uno tomará una botella llena, y beberá hasta concluirla, sin despegar los labios, solo en caso de caer en el camino o declararse vencido.

—Las condiciones no pueden ser mejores ni mas aceptables. Traiga usted misma cinco botellas de buen Martell.

La *Botija de aguardiente* obedeció y puso sobre la mesa cinco botellas del coñac que lleva ese nombre.

—Esta es una bufonada de los grandes diablos, en que uno juega su vida, dijo un descamisado.

—El que tenga miedo que tome su camisa y se retire, contestó Guillermo.

—Seria lo mas prudente, pero quiero correr el arbur para ver si gano ese dinero y esas trenzas.

—Allá vamos todos.

—Pues entonces manos a la obra.

Guillermo destapó el coñac y puso frente a frente de cada combatiente una botella llena hasta el gollete.

Debemos advertir que estos diálogos no eran hablados tan correctamente como los escribimos, sino que ya las lenguas tartamudeaban y eran entrecortadas las palabras por lo balbuciente de los labios, por los horribles juramentos y por las obscenidades que omitimos.

La bacante pensó que talvez habia ido demasiado lejos, y aun estuvo a punto de arrepentirse, porque se presentaba demasiado sério el desafio. ¡Una botella de coñac bebida de un golpe sin pararse a tomar resuello, era algo de terrible, algo de desconocido, algo de espantoso! Pero la codicia que la devoraba era tambien mucha; y tanto por no perder su fama, cuanto confiada en su cabeza, dijo:

—Ya está; a Roma por todo.

—El que cae, lo mismo que el que toma resuello, pierde: la botella de coñac debe tomarse de un solo trago; ¿no son estas las condiciones de la apuesta?

—Las mismas; pero debemos advertir una cosa: que el que saliere vencedor, si le queda algun líquido en su frasco, no está obligado a bebérselo.

—Por sabido se calla: asi como el caballo que ha llegado antes que los otros al látigo, no está obligado a seguir corriendo. Con que, señoritas y señores: a la una, a las dos, a las tres: marchar!

Y las cinco botellas se llevaron a un tiempo mismo a las cinco gargantas...

¡Qué espectáculo! En los infiernos no habria uno igual: aquello era horroroso! Y si hubiera habido un solo espec-

tador, habria detenido el brazo de aquellos miserables quitándoles de la boca el licor homicida! Pero estaban solos y se mataban solos...

Oíase distintamente el sonido de las botellas, a proporcion que caia el líquido de fuego en los estómagos.

Aquel cuadro debia ser aterrante... Creemos que no habia habido ni habrá otro caso igual... Lucifer debia estar triunfante... Nos parece que se oiria un ruido siniestro al batir alegremente sus alas de murciélago, ruido que debia estar en armonia con el *gor gor* de las botellas!..

Los tres descamisados fueron los que cayeron primero. Dos de ellos dejaron de beber, teniendo fuerzas para colocar sus botellas sobre la mesa y encorvar la cabeza balbuceando: nos damos por vencidos...

El tercero soltó la botella, desparramándose el licor sobre la mesa, y dió un quejido espantoso al tiempo de caer con silla y todo en el suelo, donde quedó sin movimiento.

Intertanto, Guillermo y la mujer continuaban todavia... Habian consumido poco mas de la mitad del contenido, mirándose el uno al otro para cantar victoria tan luego que suspendiera o cayera... Pero las botellas estaban pegadas a los lábios y los brazos las sostenian sin desfallecer... Las miradas que se daban aquellos dos infelices eran espantosas; sus ojos estaban inyectados de sangre... quien los hubiera visto habria huido, porque debian causar miedo...

El coñac continuaba vaciándose, pero mas lentamente..... Se conocia que el recipiente estaba lleno, o que la lengua se iba paralizando y no ayudaba con su movimiento para hacer la absorcion.

Guillermo se detuvo un momento, pero sin despegar sus labios.

La mujer hizo lo mismo: sin duda ambos respiraron, porque continuaron bebiendo, pero siempre lentamente.

Solo quedaba una cuarta parte del contenido; talvez menos... . . . .

. . . .

La mujer hizo un esfuerzo, sin duda inmenso, quizás con el fin de concluir con aquel prolongado martirio, porque bebió casi de un sorbo cuanto le quedaba, pero al vaciar la última gota, cayó de espaldas cuan larga era... la infeliz habia muerto!...

Guillermo dejó la botella con el resto que quedaba, y una sonrisa repugnante, la sonrisa del beodo, asomó a sus lábios cárdenos y llenos de espuma.

Pasó en seguida la vista por aquel espectáculo de báquica desolacion, tomó las tijeras con esa idea fija que acompaña casi siempre a la embriaguez, se acercó donde la infeliz con paso vacilante, y le cortó ambas trenzas; y sin apercibir que tenia entre sus manos un cadáver, dijo:

—Mañana, es decir, ahora, porque creo que ya está de dia, veremos la figura que vas a hacer! ¡Cuánto vamos a reirnos todos! Gracias al diablo que me queda bastante plata todavia para poder presenciar tan magníficas escenas como esta; no hai uno solo que no esté borracho y duerma profundamente; ¡solo yo estoi vivo para reirme de ellos! ¡Qué caras tan feas! ¡Cómo se les ha caido el albayalde con la saliva y con los vómitos! ¡Y aquella ha perdido hasta sus dientes postizos! Tengo ganas de guardarlos para juntarlos con las trenzas! ¡Cómo me voi a divertir! Seria todavia capaz de echar otro trago; pero no, esto es demasiado vicio; mejor será que fumemos un cigarro...

Y bamboleando, despues de haberse apoderado de los dientes postizos, se acercó a la mesa y con el cigarro en la boca trató de encenderlo en la vela; pero apenas se puso en contacto con la llama, cuando se comunicó el fuego al alcohol en que estaban empapados los lábios, y se trasmitió al interior, cayendo instantáneamente como herido por un rayo y convirtiéndose en el acto en una bolsa de hedionda ceniza, conservando, empero, entre sus manos crispadas las dos trenzas y la hilera de dientes postizos.....................

....

XI.

El sol se habia levantado hacia mucho tiempo y alumbraba aquel cuadro que representaba diferentes escenas, a cual de ellas mas repugnantes, cuando principiaron algunos a restregarse los ojos y a incorporarse, mirando por todos lados como para reconocer el sitio en que se encontraban, y así sucesivamente fueron levantándose poco a poco unos en pos de otros, llamando o buscando a sus amigos.

Eran ya mas de las doce del dia, y habian partido algunos convidados, cuando se apercibieron del profundo sueño en que permanecian sumerjidos todavia los cinco combatientes; y las dueños de casa se dirijieron donde ellas un tanto sorprendidas de no sentirlas siquiera roncar. ¡Pero cuál seria su espanto cuando encuentran a su amiga tiesa y ya fria como un mármol y a Guillermo hecho una bolsa y negro como un carbon!...

Despavoridos y sin reparar siquiera en el oro que estaba tirado sobre la mesa, dieron gritos espantosos, a los cuales acudieron las demas personas que aun permanecian en la casa, formándose una confusion estraordinaria; de modo que sin saberlo que hacian, salieron muchas mujeres a la calle pidiendo ausilio.

En un momento se juntó una gran muchedumbre, pero afortunadamente llegó luego un oficial de policia con dos soldados, y viendo aquel espectáculo aterrador, mandó a uno de ellos, montado en su caballo, para que diese parte de lo sucedido al comandante del cuerpo, haciendo a un mismo tiempo salir a los curiosos y retener a todas las personas que estaban en la casa, para lo cual puso al soldado de guardia en la puerta de calle con órden espresa de no dejar salir ni entrar a nadie hasta que no viniese el comandante, manteniéndose él mismo en el lugar para mayor seguridad y respeto.

El caso era tan grave y tan estraordinario, que el comandante dió aviso al juez del crímen, y ambos funcionarios tomaron un coche y se dirijieron a la calle de la Ceniza. Por el camino encontraron un médico y le suplicaron que los acompañase, a lo que se prestó gustoso, montando en el mismo carruaje.

A pesar de estar acostumbrados a escenas espantosas, tanto el juez del crímen como el comandante de policia y el médico, sin embargo, no pudieron menos de horrorizarse en vista de aquello.

El médico procedió al exámen de los cadáveres, y principiando por el de Guillermo, dijo:

—Este es un caso de combustion, fenómeno raro, pero que se presenta algunas veces; sin duda este hombre, habiendo bebido mucho aguardiente, se ha incendiado al contacto de una llama.

—Esta mujer, continuó el facultativo, tambien está muerta; no hai remedio, esto debe haber sido alguna apoplejia fulminante, producida por el licor.

En seguida pasó a examinar a los tres descamisados, y despues de un rato, dijo:

—Aun viven, pero dudo mucho que se salven; haré lo posible.

Y mirando al juez del crímen, le interrogó si procederia o no a sangrarlos.

—Haga usted lo que crea mas conveniente; en este caso usted es el único juez, usted es todo, contestó el majistrado.

El médico sacó su instrumento y principió la operacion con éxito variable, que le hizo decir:

—Puede ser, pero lo dudo; no daria un cigarro por la vida de ninguno.

Los restos del festin, el desórden y hasta el olor nauseabundo de la orjia estaban tan patentes, que no habia mas que mirar para darse cuenta de lo que habia pasado, de

manera que no le fué difícil al facultativo acertar con la verdadera causa de aquella catástrofe.

Despues de tomar la informacion sumaria, el juez del crímen dijo que era indispensable llevar todas aquellas personas, inclusos los cadáveres, a la policia para reconocerlos mas detenidamente e informarse de quiénes eran, esceptuando los tres moribundos, que deberian pasarse al hospital para prestarles los ausilios necesarios.

Una vez en la policia, se supo el nombre de la mujer, que se llamaba Silvia, y no tenia ningun pariente, sino que se averiguó ser hija de una vieja del mismo nombre que habia muerto hacia seis años, y que era la misma que habia sido en Valparaiso la patrona de la tia Anastasia, con la qué habia venido despues a establecerse en Santiago, entrando en relaciones con el padre de Guillermo, como lo recordará el lector; de consiguiente, sabiendo que no tenia deudo alguno, fué de ahí mismo mandada al panteon.

—No sucedió lo mismo con el cadáver de Guillermo, pues las mujeres que estaban presentes declararon quién era y que a él le pertenecia todo el oro que estaba en la mesa, lo mismo que todos los otros incidentes que habian influido en que se hiciese aquella bacanal.

Tambien se encontraron algunas cartas en los bolsillos de los vestidos de Guillermo, que no dejaron la menor duda sobre la identidad de la persona; y en consecuencia mandó el juez del crímen dar parte a la señora doña Porfira, encargando al oficial que tomase las precauciones debidas, tanto por consideracion al sentimiento de madre, cuanto por pertenecer a una de las primeras familias de Santiago.

El juez del crímen, que estaba al cabo del proceso de la tia Anastasia, y que conocia la parte que habia tenido Guillermo en aquel asunto, dijo entre sí mismo:

—Uno puede escapar bien de la justicia humana, pero nunca puede libertarse de la justicia divina.

Doña Porfira hacia solo dos dias que estaba en Santiago,

donde habia venido oculta, sin otro objeto que el de informarse de su hijo, que hacia una semana habia desaparecido de la hacienda, trayéndose todo el dinero que allí habia. No era la cuestion de interes la que guiaba a la madre sino únicamente el saber el paradero de Guillermo; pero por mas dilijencias que habia hecho en las pocas horas que se encontraba en la capital, no pudo conseguir la menor noticia ni tener el menor informe; asi es que, cuando vió entrar al oficial de policia, encargado de llevarle la fatal nueva, se conmovió, porque tuvo el presentimiento que vendria a decirle algo respecto de su hijo; y por malo que fuese lo que tendria que comunicarle, se consoló o se congratuló al pensar que sabria su paradero.

El oficial usó para con doña Porfira de toda la táctica o diplomacia que pudo para que le fuera el golpe menos doloroso; pero por otra parte tenia que comunicarle lo ocurrido, aunque ocultándole los detalles; sin embargo, la sorpresa fué terrible, hasta el punto de perder el conocimiento durante algun tiempo.

Cuando llevaron el cadáver a casa de doña Porfira, ¡ésta aun no habia vuelto en sí, estando rodeada de mucha jente y de algunos médicos que habia llamado Tomas, dando a la vez aviso de lo sucedido a algunas personas del barrio que ocurrieron presurosas, movidas unas por la caridad y otras por la curiosidad, que es uno de los mas fuertes estimulantes para el hombre.

Los facultativos no podian volverla en sí y temian consecuencias desastrosas; pero, intertanto, tuvieron una buena idea en hacer clavar y encajonar el cadáver, que estaba espantoso, y cuya sola vista bastaba para haber muerto a la señora.

Al fin de muchos remedios y de pasadas muchas horas consiguieron volverla, y las primeras palabras que pronunció fueron:

—Mi hijo Guillermo, ¿quién lo ha muerto? Quiero verlo!

Pero las amigas que estaban presentes la rodearon y se lo impidieron, diciéndole que ya era imposible, pues el cajon estaba clavado y remachado; y a pesar de todas sus súplicas, de todas sus amenazas y de toda su desesperacion, la contuvieron; pero doña Porfira les dijo:

—Lo único que consiguen ustedes es matarme; si quieren que muera, yo estoi resuelta; tanto mejor, porque así me uniré a él o le habré sobrevivido solo algunas horas.

En esos momento pasaba por la calle de las Monjitas el capellan del monasterio de... el mismo virtuoso anciano que habia sido el director espiritual de la tia de Luisa, sor Ursula y de sor Nicolasa, e informándose de lo que sucedia, porque vió en la puerta de calle un tumulto de jente, entró en la casa para ver si podia ser útil en la afliccion.

Apénas se hubo presentado en el salon y fué visto por doña Porfira, cuando la aflijida madre corrió hácia él, y echándose a sus piés le dijo:

—Señor, no me queda otro refujio que usted para reconciliarme con Dios. Protéjame, ampáreme, que soi mui pecadora, y voi a morir porque mi hijo ha muerto.

—Señora, contestó el sacerdote, Dios recibe a todo aquel que viene hácia El, a todo aquel que lo invoca de corazon, y usted puede estar segura de su induljencia infinita, encontrando alivio los aflijidos en su inagotable dulzura y en su inmensa misericordia.

—Si supiera, señor, el bien que me hacen sus palabras, no se separaria de mí, acompañándome hasta mi última agonia.

—Jesucristo, señora, buscaba a los aflijidos y no se separaba de ellos: yo trato de imitar en cuanto alcanzan mis débiles fuerzas a mi Divino Maestro.

—Y El perdonaba, ¿no es verdad, señor?

—A todos, sin escepcion ninguna.

—Entonces usted se quedará conmigo y me perdonará así como El perdonaba.

—Yo no hago mas, hija mia, que cumplir con mi deber al no separarme de un aflijido y servir de intérprete a la voluntad del Señor.

—Venga, padre mio, deseo estar sola con usted.

—Vamos, respondió lacónicamente el sacerdote.

Y como sabia de antemano la parte que habia tomado aquella mujer en perder a la familia de sor Ursula, y aun a ella misma, influyó tambien en él una especie de cálculo cristiano y aceptó sin vacilar.

Doña Porfira lo tomó de la mano y se encerró con él en su dormitorio.

Cuando estuvo a solas se le volvió a hincar, esclamando:

—Dios me ha castigado ya quitándome mi único hijo; ¡mi hijo, por cuya fortuna he llegado a cometer hasta crímenes!... Quiero, señor, que usted me oiga en confesion, aunque no estoi preparada ni he hecho un prolijo exámen de mis actos.

—No hai necesidad que usted se prepare, porque el dolor de las culpas es mas grande y mas eficaz que todas las confesiones juntas.

—¿No me engaña usted, señor, para consolarme?

—La palabra de Dios jamas engaña.

—Pero, señor, estoi casi completamente olvidada de las prácticas relijiosas: ¡las he descuidado tanto durante mi vida!

—No importa; el arrepentimiento suple a todo, es lo único que vale, y creo que usted se encuentra arrepentida.

—Sí, señor, lo estoi de todo corazon; y si me fuera posible borrar con mi sangre y con mis lágrimas todo el mal que he hecho, esa seria mi mayor felicidad, la única que seria ahora capaz de esperimentar.

—Basta, hija mia, y puede usted contar desde luego con el perdon de Dios.

—Padre mio, óigame.

Y doña Porfira principió su confesion.

Cuando hubo concluido, el sacerdote le dijo con dulzura:

—Para conseguir el perdon de Dios es preciso: primero solicitar el perdon de las personas a quienes se ha ofendido; y si despues de habérselo pedido humildemente no te lo conceden, hija mia, entonces el señor castigará a aquellas y te salvará a tí.

—Estoi dispuesta, padre mio, a humillarme ante las personas a quienes he ofendido, pero desgraciadamente, como usted lo sabe por mi confesion, han muerto algunas.

—Esas ya te deben haber perdonado.

—¿Lo cree usted?

—Estoi seguro de ello, porque de otra manera no habrian podido entrar al reino de los cielos; pero, aun dado caso que hubiesen llevado a la tumba sus resentimientos y sus deseos de vengarse, bastaria para que Dios te perdonara a tí, la intencion que tienes.

—Usted me alivia, usted me consuela, usted me ensancha el corazon, señor; pero afortunadamente existe el lejítimo heredero de esas personas a quienes he hecho mal, y ese lejítimo heredero es talvez al que mas he ofendido, porque muchos años há que trabajo por su desgracia, minando su felicidad; ¡y ese heredero, padre mio, es la esposa de mi hijo que acaba de morir! La esposa nada mas que por la bendicion del sacerdote! Y esa bendicion proviene del engaño, proviene de la violencia, y no es ni puede ser lejítima.

—Está bien, hija mia, es preciso llamar a la señorita Luisa Valdes.

—¿Y vendrá, señor, despues de tanto como la he ofendido?

—Sí, vendrá...

—Voi a aprovechar de las fuerzas que me quedan para escribirle, intertanto ordene usted que hagan venir a un notario, porque quiero hacer mi testamento, pues sé que tras el cadáver de mi hijo saldrá el mio.

Y doña Porfira, a pesar de lo mala que se sentia, escribió a Luisa la esquela siguiente:

"Señora doña Luisa Valdes.

"Señorita:

"Mi hijo ha muerto y a mí me falta mui poco para seguirlo.

"Yo y mi hijo le hemos hecho a usted y a toda su familia mucho mal; pero no es posible guardar rencor a los muertos ni tenerlo con los moribundos.

"Por cuanto mas ha amado y ama en este mundo, la suplico a usted que perdone a mi Guillermo y que me perdone a mí.

"Yo no moriré tranquila o moriré creyéndome reprobada por Dios, si usted no viene, si no oigo de sus labios ese perdon que necesito.

"Tenga compasion de una pecadora a la vez que desgraciada madre.

PORFIRA DE..."

Un criado partió en el acto con esta esquela, que recibió Luisa en momentos que ella misma estaba con un gran pesar motivado por la desgracia que vamos a referir.

XII.

Cuando volvieron del paseo de la Alameda, en que habia sucedido el encuentro con Guillermo, todos se fueron directamente al cuarto del solitario, que aun permanecia con Torcuato, y Luisa, al tiempo de abrazar a su maestro, le dijo al oido:

—Tenemos que comunicarle un acontecimiento importante que nos acaba de pasar en la Alameda a Enrique y a mí y que los demás ignoran.

Y el solitario meneó la cabeza como diciendo:

—Está bien.

Poco rato despues, y a invitacion de Luisa, todos se di-

rijieron al salon para tomar el té, escepto Luisa y Enrique que se hicieron un poco atras para referir al solitario lo sucedido.

El prudente anciano meditó por un momento y en seguida les dijo:

—En lo sucesivo es preciso usar de algunas precauciones.

—Piensa usted que corremos algun peligro?

—Todo se puede temer de un loco o de un borracho, porque yo creo que Guillermo, estando en su juicio, no se atreveria a nada, pues pesan sobre él muchas cosas y temeria perderse para siempre.

—¿Y qué hacer?

—Yo lo pensaré esta noche y mañana hablaremos.

En seguida se reunieron a los otros que ya estaban en el salon.

En ese pequeño intervalo, Mercedes habia ido a la cama de su hijo, del que no hemos hablado, pero que ya tenia como dos años si se recuerdan las fechas. Mercedes fué, pues, en cuanto llegó, con esa solicitud y cariño de madre a besar a su hijo mientras dormia; pero quedó sumamente asustada al encontrarlo con una fiebre devoradora y mui desasosegado; y a tal punto llegó su angustia y su sorpresa, que corrió hácia el salon gritando despavorida:

—Mi hijo, mi hijo se muere, sálvemelo, señor.

Y Mercedes tomó de la mano al anciano en ademan de llevarlo hácia el cuarto del niño.

El anciano, como todos los que estaban presentes, corrió para ver qué era lo que sucedia, y se encontraron en realidad con la pobre criatura sumamente enferma. El solitario lo examinó detenidamente y con el mayor cuidado y meneó la cabeza en señal de inquietud, diciendo solamente:

—Es preciso hacer llamar médicos en el acto.

—¡Qué señor! ¿De tanto peligro está que usted no se atreve a sanarlo?

—Está mui malo; tiene una membrana terrible, complicada con un fuerte ataque cerebral.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó Mercedes; ¿todavia tendré que sufrir?

—Todo el mundo, hija mia, está espuesta a sufrir hasta que le llega su término, es decir, hasta que hemos cumplido con nuestra mision en la tierra; pero no digo por esto que no haya esperanzas. Hágase venir algunos médicos.

Inmediatamente se puso en movimiento toda la casa y se mandó en busca de médicos en todas direcciones con órden de traer a cuantos se encontrasen.

El padre de Mercedes, Enrique, y Federico Bradfort, tambien salieron con el mismo fin, quedándose solo acompañando a Mercedes, su marido y su madre.

La vieja Marta tenia en sus brazos al niño, y el solitario preparaba algunos remedios que creia a propósito para combatir aquella súbita y terrible enfermedad, cuya causa no podia adivinar.

Los médicos fueron llegando y se apoderaron del niño, pero las opiniones eran diverjentes. El solitario escuchaba sin decir palabra, pero al fin, viendo tantas contradicciones entre unos y otros, emitió su opinion.

Los discípulos de Hipócrates, al oir el razonamiento del anciano, se sorprendieron mirándose unos a otros, porque no solo esplicó la enfermedad, sino los remedios que eran mas adecuados para atacarla, añadiendo que lo que habia espuesto era un parecer que solo tenia el apoyo de la esperiencia, pero no el de la ciencia.

El doctor Zazie, que se encontraba entre los ocho o diez facultativos que allí habian, fué de la misma opinion del anciano, y dijo que ese era el camino que se debia seguir, aun cuando dudaba mucho que se salvase el niño, porque esa complicacion de males hacia peligrosa y difícil la curacion; y que en su concepto el caso era desesperado, pero que no por eso debia desmayarse.

Los médicos se pusieron a la obra, pero todos sus esfuerzos y los del solitario que no abandonó la cabecera del niño, fueron inútiles: el hijo de Guillermo espiraba talvez a la misma hora que caia su padre: coincidencia fatal y misteriosa que nos es imposible esplicar.

Ese mismo dia se encontraba Luisa al lado de Mercedes prodigándole sus cuidados y sus consuelos. La jóven madre estaba rodeada de todas las personas que la afeccionaban, porque ni sus padres, ni Enrique, ni Federico, se habian apartado de ella, pasando toda la noche en casa de Luisa.

Mercedes, aunque profundamente triste, aunque casi ajena de pensar en otra cosa que no fuera su hijo, sentia reconocimiento por la tierna solicitud de todos, particularmente de su marido el sabio anciano, que habia cuidado y sentido a su hijo tanto o mas que si hubiera sido propio, hasta el punto que cuando ya se habia perdido toda esperanza, habia dicho a Mercedes:

—Acércate a tu hijo, porque su última mirada será para tí, pues voi a darle un remedio para que se estinga sin dolor, recuperando por un instante sus facultades.

Y en efecto, asi habia sucedido con no poco asombro de los facultativos que se encontraban todavia presentes, pues el anciano puso en la boca del niño unas cuantas gotas de su elixir, produciendo un sacudimiento jeneral en el cuerpo, despues del cual vino la tranquilidad y abrió los ojos, miró por todas partes y los fijó dulcemente en su madre, asomando a sus pequeños lábios una tierna sonrisa que parecia significar la satisfaccion que esperimentaba al verla.

Entonces el anciano se acercó a Mercedes y le dijo con voz conmovida:

—Besa a tu hijo y despídete de él; ha muerto contento, porque te ha reconocido.

Esta era causa de la gratitud inmensa que sentia la acongojada madre por su esposo.

Luisa, como hemos dicho, se encontraba al lado de Mer-

cedes cuando recibió la carta de doña Porfira, que la hizo mudar de color, parándose instantáneamente para ocultar su turbacion; pero al salir de la puerta, llamó al solitario, que la siguió en el acto.

Luisa, sin hablarle, le presentó la carta, que leyó rápidamente don Toribio de Guzman y devolviéndosela dijo:

—¡Pobre madre! Es preciso, Luisa, que vayas, para ver si aun es tiempo de salvarla; y si yo soi necesario, hazme llamar en el acto.

—Arcanos de la Providencia! murmuró el solitario entre dientes, y se volvió al cuarto en que estaba su esposa.

Luego que entró, la primera persona a quien dirijió su vista fué a Enrique y le hizo señas para que viniese donde él, comunicándole en el acto lo ocurrido, pero previniéndole que no supiese Mercedes, porque una nueva impresion, de cualquier naturaleza que fuese, podia hacerle mal, tanto mas por la circunstancia de esa coincidencia misteriosa en que el padre y el hijo morian en un mismo dia y talvez a una misma hora.

La primera sensacion que esperimentó Enrique fué de alegria: siempre existe en el hombre cierto egoismo que es mui difícil llegar a estinguir; sin embargo, reflexionando, se reprochó ese arranque de su corazon, esperimentando entonces piedad por Guillermo y su madre.

Pero Luisa, al leer la esquela de la madre de su marido, en la que le anunciaba la muerte de éste, no pensó ni un instante, ni siquiera se le ocurrió en que quedaba libre, en que podia casarse legal y relijiosamente con Enrique, sino que voló allí donde la llamaba la desgracia, dispuesta no solo a perdonar, sino a socorrerla y a salvarla.

Luisa fué introducida por el capellan del monasterio de... que la condujo hasta el dormitorio de doña Porfira, diciéndole únicamente:

—No hai nada en el mundo de mas satisfactorio y de mas hermoso que el cumplir con las obras de misericordia.

En el acto de aparecer Luisa, doña Porfira se hincó en el suelo bañada en llanto:

Luisa corrió hácia ella y estrechándola entre sus brazos, le dijo con voz conmovida y dulce:

—¡Madre mia, mi querida madre, todo está olvidado!...

—¡Me llamas tu madre! ¡Qué felicidad! ¡Gracias Dios mio! ¡Gracias Señor!

Y estendió una mano al anciano sacerdote que lloraba en silencio al ver aquel arrepentimiento y aquel perdon.

Esta emocion produjo en doña Porfira un lijero desmayo; pero al volver en sí, miró a Luisa y la estrechó contra su corazon, diciéndole:

—¡Cuán dulce me es llamarte hija mia, aun cuando no sea mas que por pocas horas!

—Espero en Dios, querida madre, que será por mucho tiempo.

—No, yo sé lo que digo; yo lo sé... He sufrido mucho, muchísimo...; ya es tiempo de que esto termine;... pero antes de separarnos, espero de tu grande alma un gran servicio.

—¡Servicio! Servicio no puede existir entre madre e hija.

—Sea como tú quieras, ya que eres tan noble y jenerosa; pero te suplico que me cumplas lo que voi a pedirte.

—Desde luego, madre mia, cuente usted con mi palabra.

—¡De veras!

—Infaliblemente, si depende de mí.

—Sí, depende de tí...

—Entonces, puede usted estar segura...

—Perdona a mi hijo, como has perdonado a la madre, quo era la mas culpable...

—No tenia necesidad de pedírmelo... ya lo he hecho.

—¡Lo has perdonado!

—De todo corazon y con toda mi alma...

—¡Hija mia! Que Dios te bendiga desde el cielo y te

colme de felicidades... Serás dichosa, mui dichosa, Luisa...

—Ya lo soi con el solo hecho de llamarla mi madre.

Doña Porfira no pudo resistir a la alegria que produjeron en ella estas últimas palabras de aquella vírjen, y volvió a desmayarse...

Esta vez se demoró mas en volver en sí, y cuando recuperó sus sentidos, dijo:

—¡No tenia esperanzas de morir asi... tan feliz... y en brazos de la vírjen mas pura y a quien mas he ofendido; ¡y que sin embargo, no solo me perdona, sino que me llama su madre!

—No se ocupe de ideas tristes; aun no es llegado el tiempo...

—No lo repetiré mas, hija mia: ella no tardará en venir por sí misma...

Y en seguida, dirijiéndose al anciano sacerdote, le preguntó si habia hecho venir al notario.

El venerable anciano le contestó que sí, y que debia estar esperando.

—Quiero, añadió doña Porfira, hacer la declaracion formal ante el notario, diciéndole que toda la fortuna que yo poseo te pertenecia y te pertenece, porque yo no he tenido nunca nada propio.

—No haga usted tal cosa, madre mia; se lo suplico, se lo pido a nombre mio y a nombre de mi madre... Disponga usted de la fortuna como suya propia, pues lo es en realidad, y haga su testamento de la manera que quiera: este es un favor que espero de usted.

—Gracias, hija mia, comprendo toda tu nobleza; esto me permitirá siquiera reparar en parte un mal causado por mi hijo...

Y añadió mirando al confesor.

—Tenga usted la bondad, señor, de hacer entrar al notario.

El funcionario público hizo las interrogaciones de estilo y

se puso a escribir dispuesto para legalizar todas las indicaciones de la testadora, la que, despues de haber enumerado los bienes de que disponia y que subian a una suma enorme, mas de un millon de pesos, dijo:

—Declaro por úuica heredera y albacea de todos mis bienes a la señora doña Luisa Valdes de... esposa lejítima de mi difunto hijo don Guillermo de... deduciéndose de todos estos mis bienes la suma de doscientos mil pesos que lego a la señora doña Mercedes Lopez de Guzman, con el único cargo de rezarme un padre nuestro por todos los dias de su vida.

Terminada aquella dilijencia, que doña Porfira creia de suma urjencia y necesidad, en contra de la opinion de Luisa que sentia que se fatigase por intereses de este jénero, llamó otra vez al sacerdote y dijo:

—Padre mio, a usted le debo sin duda alguna la salvacion de mi alma y le debo tambien la dicha de tener conmigo a mi querida hija; pero todavia espero de usted otro beneficio.

—Cuanto ordenes, hija mia, te será cumplido.

—Todos me han impedido ir al cuarto donde están depositados los restos de mi hijo, y yo deseo orar un momento al lado de su féretro en compañia de su esposa...

—Yo tambien lo pido, dijo Luisa.

—No veo inconveniente; vamos.

—¿Usted tambien vendrá con nosotras?

—Sí, hijas mias, las acompañaré.

Doña Porfira se levantó con dificultad, se echó un manto a la cabeza, y apoyándose en el brazo de Luisa, se encaminó silenciosa y cubierta hácia el lugar que indicó el sacerdote, que marchaba al lado de ellas.

El cuarto se abrió, penetrando en él solamente las tres personas que se arrodillaron a un mismo tiempo al lado del lujoso cajon mortuorio que estaba alumbrado con candelabros de varias luces.

Las tres personas con sus cabezas inclinadas invocaban sin duda la clemencia de Dios por los pecadores.

Doña Porfira tenia de la mano a Luisa.

El sacerdote pronunció en latin algunas palabras.

De improviso la madre de Guillermo soltó la mano de Luisa, se levantó y cayó sobre el cajon de su hijo en actitud de abrazarlo.

Doña Porfira habia dejado de existir.

El dolor la habia muerto. Talvez alguna idea terrible y desconsoladora cruzó en ese momento por su cabeza. Quién sabe si Dios no le reveló el destino de su hijo!

XIII.

Luisa compadeció y lloró sinceramente a la madre de su marido, pero a pesar de sus esfuerzos no pudo esperimentar los mismos sentimientos por éste; el crímen cometido con Mercedes le habia hecho una impresion mui honda y dejado en su corazon una huella de desprecio y de repugnancia invencible.

Cuando Luisa hubo arreglado las cosas principales en casa de doña Porfira, se volvió a la suya para cuidar de Mercedes, llevándose consigo al venerable capellan del monasterio en que habia habitado su tia por largos años, y mandando a Ceferina y algunas sirvientes a sus órdenes para que tuviesen cuidado de todo.

Mercedes intertanto estaba siempre casi inconsolable: un hijo no es una pérdida que se olvida mui fácilmente, y ella no podia todavia resignarse; ¿qué madre no ha esperimentado lo mismo?

Cuando Mercedes miraba aquella cuna vacía en que poco antes dormia tranquilo su hijo, no podia contener sus sollozos, y habia veces que le era imposible llorar, porque se le oprimia de tal manera el corazon, que no podia arrancar de él un solo suspiro.

¡Cuántas emociones dulces, cuántas esperanzas lisonjeras, cuántos recuerdos y cuánta tristeza no encierra una cuna vacía! Qué de lágrimas no se vierten sobre ese lechito que cobijaba antes a un ser tan tierno, tan querido y tan débil! Pensar en las sonrisas de una criatura, en sus inocentes caricias, en los cuidados de que era objeto, en los desvelos constantes que ocasionaba, y encontrarse sin nada y mirar aquel lugar solo, es una sensacion que desgarra el alma.

Ver por todas partes el cuarto que habitaba lleno de recuerdos, allí están sus vestidos, mas alla sus zapatitos, aquí su gorra, en otro lugar sus juguetes, y decirse ya no volverá el pequeño propietario, ¡causa una pena tan cruel, que no tenemos palabras para traducirla, pero que una madre sabe sentir y sabe apreciar!

Esto era lo que esperimentaba Mercedes. En vano querian apartarla de aquellos objetos, porque ella volvia donde ellos, los buscaba, los juntaba, los guardaba, los acomodaba, los besaba y lloraba sobre ellos.

Todo el placer de la jóven madre consistia en llevarse junto a la cuna de su hijo: allí afirmada, pasaba horas de horas sin hablar y sin comer.

El último vestidito que se puso, el último juguete que tomó en sus manos, los tenia aparte como una querida reliquia.

Los sedosos y castaños cabellos del niño que hacia poco tiempo le habia cortado, los llevaba consigo y se acostaba con ellos: locuras del sentimiento de madre tan naturales como lejítimas.

Luisa sentia un pesar inmenso al ver a su amiga en tal estado, y buscaba, sin encontrar, un medio de consolarla, hasta que se le ocurrió la idea de separarla de aquel lugar, idea que fué de la aprobacion de todos.

Pero Luisa, con ese tacto delicado que le distinguia, sirviéndole como de regla para dirijirse, pensó que esto no era lo bastante, y que llevarla a un lugar alegre o divertido

seria peor, porque se reconcentraria mas en sí misma, aumentándose su afliccion. Entonces juzgó que el sitio mas a propósito seria el retiro, la meditacion, la oracion, y comunicó la idea primeramente al solitario, despues al director espiritual de su tia y últimamente a Enrique y a los padres de Luisa; y todos a una creyeron que era la medida mas acertada, la única talvez, porque de otra suerte podia comprometer su salud.

Luisa, por su parte, necesitaba tambien recojerse en sí misma y le era casi indispensable un poco de tranquilidad para dar mas fuerza a sus convicciones, mas seguridad a sus actos, mas madurez a la determinacion que habia tomado y que todavia no habia revelado a nadie, con cuyo objeto llamó al viejo sacerdote, y le dijo:

—Todos han aprobado el plan de arrancar a Mercedes de un sitio que da pábulo a su tristeza; pero el único lugar que yo encuentro mas a propósito para lograr el intento deseado es el monásterio de... del que usted es el honorable capellan; y como yo pienso acompañar a mi hermana, prefiero ese santo asilo a cualquier otro, pues él está lleno de los recuerdos de mi tia, que me son tan queridos, y es mas que probable que allí se encuentre lo que se busca para Mercedes, hallando yo tambien lo que necesito para mí. ¿Podria usted, pues, señor, conseguir el permiso de que residamos por tres meses entre las monjas y que nos den por alojamiento la celda de mi tia? No quiero ofrecer dinero ninguno por esto, lo que me seria mui fácil, porque prefiero mejor serles deudora a las monjas de su servicio.

—No puedo, hija mia, prometerte nada a este respecto; pero sí puedo asegurarte que haré todo lo posible por conseguirlo: mañana sin falta te daré la respuesta.

Al dia siguiente llegó el viejo capellan mas temprano que de costumbre, y encontrando a Luisa en compañia de la familia, le hizo señas de que estaba acordado el permiso.

Ese mismo dia comunicó Luisa a Mercedes el deseo que

tenia de retirarse a una casa relijiosa por un corto tiempo, proponiéndole si queria acompañarla, proposicion que fué aceptada con gusto por Mercedes, que deseaba llorar sin testigos.

Momentos despues tuvo Luisa una larga conferencia con el solitario, pero sin que supiera nadie el asunto de que se habian ocupado.

Luisa era una de esas personas que cuando han concebido bien una cosa la realizan sin pérdida de tiempo; asi es que tan luego como fué posible, arregló todas las cosas necesarias para permanecer durante ese tiempo en el retiro relijioso que habia escojido, dejando al solitario el encargo de arreglar sus asuntos.

La determinacion de las dos jóvenes fué sabida por todos una vez que estuvieron allanadas las dificultades y recibida con satisfaccion, porque se esperaba de ella el restablecimiento de Mercedes, es decir, que olvidase sus tristes recuerdos; sin embargo, Enrique, sin desaprobarla, sentia la separacion; y comprendiendo Luisa lo que pasaba en el interior de su amante, talvez porque ella misma esperimentaba una cosa idéntica, le dijo:

—Mi querido Enrique, apenas has llegado cuando vamos a separarnos nuevamente, pero esta será la última vez, te lo prometo.

—¡La última vez!

—Indudablemente, amigo mio.

—¿Qué es lo que has resuelto?

—Lo que he resuelto es sanar a tu hermana de la tristeza que la mata.

—¿Y despues?

Luisa se sonrió, y alargándole la mano con cariño, le dijo:

—El despues no puedo decírtelo; lo sabrás a su debido tiempo.

—¿Nada mas me dices?

—Sí.

—¿Qué otra cosa? esclamó Enrique, esperando algo de mas positivo o de menos vago.

—Que el diez y nueve de setiembre, a las diez de la mañana en punto, te encuentres en la hacienda de San Jorje, no en las casas principales, sino en el cortijo de nuestro maestro y segundo padre, el coronel don Toribio de Guzman, el amante esposo de nuestra querida hermana, del hombre a quien debemos la mayor parte de nuestra felicidad, porque él nos ha formado, haciéndonos lo que somos.

—¿Esto es todo?

—Todo, amigo mio.

—¿Ni una palabra mas?

—Sí, todavia otra cosa: exijo de tí que no me busques ni trates de verme. Por lo primero, ya sabes el asilo donde estoi, y por consiguiente no necesitas informarte. Por lo segundo, es una prohibicion absoluta, y en balde irias a preguntar por mí, porque no saldria; pero si algo sucede de estraordinario, si hubiese algun acontecimiento nuevo, comunícamelo en el acto, porque mi reclusion no se estiende hasta el punto de no recibir cartas, sino que por el contrario, me serán ellas mui agradables, particularmente las tuyas, que son las únicas que esperaré y desearé; salvo tambien las de nuestro maestro y las de tus padres, quedando entre estas personas incluso tu amigo.

—¿Y qué haré yo de mí y de mi tiempo, Luisa?

—Harás lo que quieras; esto no es cuenta mia.

Y Luisa volvió a sonreirse apretándole la mano que aun conservaba entre las suyas.

—Pero es tambien indispensable, añadió, que te ausentes de Santiago.

—¿Y por qué no me echas de la república?

—Talvez no seria malo, porque tres meses es sobrado tiempo para poder emprender un pequeño viaje que quizá te seria provechoso.

—Seguiré tu consejo, y nos iremos a *correr tierras* (1) con mi amigo Bradfort.

—Pero ten cuidado de ser puntual a la cita: ni un dia mas ni un dia menos, porque el apresuramiento o la tardanza podria traer malas consecuencias; y llevo tan allá mi exactitud cronométrica, que quiero que te presentes en el lugar indicado a las diez en punto.

—Salvo el accidente o la diferencia de los relojes.

—Se entiende: habrá el cuarto de hora de costumbre.

—¿Y cuándo piensas irte al convento?

—Mañana.

—Me permitirás que te acompañe.

—No solo te lo permito, sino que lo quiero y lo exijo.

—Gracias, querida Luisa...

Al dia siguiente, las mismas personas que habian estado en el paseo de la alameda, con mas el solitario y Torcuato, se encontraban en las puertas del monasterio despidiéndose de Luisa y de Mercedes, a quienes habian salido a recibir las monjas hasta la puerta, a la que les es permitido llegar, pero no salvar.

Un dia despues salia tambien Enrique Lopez y Federico Bradfort para Valparaiso con el fin de tomar el vapor y dirijirse al Perú.

XIV.

El solitario permaneció como un mes en Santiago, despues que Luisa y Mercedes se encerraron en las monjas, ocupado en arreglar los asuntos de la primera, que eran bastante considerables, con el acrecentamiento de fortuna que le habia traido la muerte de doña Porfira.

Tan luego como se desocupó de los mas indispensables quehaceres, se marchó a la hacienda de San Jorje en compañia de Domingo Lopez, de Marta y de Torcuato, llevando

(1) Espresion mui comun entre nosotros y que se aplica a los que viajan.

ademas una colonia de trabajadores y utensilios, como tambien provisiones de toda especie, es decir, de aquellas que era difícil o imposible proporcionarse en San Fernando. Por lo visto, se puede calcular fácilmente que llevaba el propósito de hacer reparaciones considerables y algo mas.

En efecto, llegando a la hacienda, dispuso los trabajos en grande escala, ya sea en los casas principales, ya en reedificar la gran choza, que habia sido incendiada, bajo el mismo plan antiguo, con la sola diferencia que ahora habia hecho poner mejores materiales en el edificio y entablar los techos y los pisos, pero quedando siempre el mismo aspecto que tenia antes del incendio, colocando ademas en los lugares correspondientes los instrumentos de química y física; en fin todos esos aparatos o útiles indispensables para el estudio o la práctica de ambas ciencias, de los que antes tenia un gran número, pero que ahora se habia procurado mejores, habiéndolos hecho venir directamente de Europa; y hasta su coleccion de pájaros disecados, que parecian vivos y en sus actitudes naturales, fué reemplazada por otra igual o superior y que fué la obra esclusiva de Torcuato; de modo que el cortijo del solitario con sus peculiaridades, parecia exactamente el mismo de antes; a tal punto, que los autores del incendio quedaron mui sorprendidos al verlo nuevamente como si nada le hubiera sucedido.

El solitario, antes de venirse de Santiago, iba diariamente y a una hora fija, al locutorio de las monjas, las mas veces en compañia del viejo sarjento, y habia informado a Luisa que Enrique y Federico se habian marchado al Perú y que por esta razon no debia de estrañarse el no recibir cartas de él.

El sarjento Lopez y la vieja Marta, era indudable que estaban en la posesion de un gran secreto y que esto les habia determinado a abandonar Santiago, siguiendo al coronel a la hacienda de San Jorje, donde no se cansaban de admirar la magnificencia de los edificios construidos por

Enrique, llamándoles particularmente la atencion la gran torre del medio con su reloj de cuatro caras, parecido al de algunas iglesias de Santiago.

Harian quince dias que estaban ya en las casas cuando recibió el coronel un grueso paquete y otro Domingo Lopez lacrados y sellados con las armas de la república; aquellos paquetes contenian la promocion de un grado en la carrera militar; el primero era nombrado jeneral y el segundo capitan.

A don Toribio de Guzman no le hizo mucha impresion aquel ascenso: él miraba estas cosas con el desprendimiento del sábio y del filósofo, y lo que mas le agradó fué pensar que aquella distincion era una prueba de la amistad o del aprecio que tenia por él el jóven presidente, aprecio que se habia captado con solo algunas entrevistas que habia tenido con el jefe del estado, entrevistas que ya se conocen; pero no sucedió lo mismo a Domingo Lopez, pues el grado de capitan produjo en él un grande efecto, llenándolo de satisfaccion.

Viéndolo tan contento el jeneral, pues estamos obligados a dar su nuevo título a don Toribio de Guzman, se le ocurrió una idea que sabia que colmaria los deseos del capitan Lopez, y llamándolo aparte, le dijo:

—Pienso formar un escuadron de granaderos a caballo, capitan Lopez.

—¡Sí, jeneral!

—Y que usted sea el jefe de él.

—¡Yo, jeneral!

—El instructor y el jefe, pues lo formaremos con los inquilinos de la hacienda. ¿Recuerda usted todavia el manejo del sable, las evoluciones, etc?

—Como si fuera ahora.

—Entonces no hai tiempo que perder, porque dentro de mes y medio tendremos aqui a Luisa y a Mercedes, como usted sabe, y para ese tiempo debe estar todo arreglado y como si fuera un verdadero cuerpo de línea.

—Solo hai una dificultad, mi jeneral.

—¿Cuál amigo mio?

—Que no tenemos ni armamento, ni uniformes, y esto no se improvisa.

—Eso es lo de menos; mañana mismo vamos a Santiago para saludar a S. E. el presidente de la república y darle las gracias por el grado que nos ha concedido, y yo me comprometo a traer un uniforme y un armamento completo para doscientos hombres, cueste lo que cueste.

—Entonces no lo dudo; ¡cómo me voi a divertir! Jefe de un escuadron! ¡Caramba! Y la vieja Marta cómo se va a poner de orgullosa cuando me vea con un par de charreteras y a la cabeza del escuadron! Ya me parece que me veo yo mismo! ¡Y a usted tambien, mi jeneral, le va a agradar mucho, porque le recordará los pasados tiempos, los años de su juventud.

—Lo que mas me agrada es verlo a usted contento.

—¡Y quién no lo estaria en mi lugar!

—Ya lo sé; quedamos pues convenidos en que nos marchamos mañana a Santiago y allí compraremos para nosotros nuestros nuevos uniformes, pues yo quiero vestirme de gran parada el dia consabido, cuando llegue Enrique.

—Oh! qué felicidad, mi jeneral, qué felicidad!

Al dia siguiente el jeneral Guzman y el capitan Lopez se pusieron en marcha para Santiago, haciendo su primera visita al monasterio de..., y su segunda al presidente que los recibió con el mayor cariño, hablándole al capitan Lopez con encomio respecto de su hijo.

Cuando salieron de su visita, el antiguo soldado de la independencia dijo al jeneral:

—Cáspita, mi jeneral, ¡qué diablo de hombre! ¡Sabe usted que me dejaria matar cien veces por el tal presidente!

—Usted está siempre dispuesto a dejarse matar por todos.

—Usted y él no son todos, mi jeneral.

—Yo lo conozco a usted, amigo mio; pero ya hemos llegado donde debemos comprar nuestros uniformes.

Y entraron a un almacen de ropa militar, donde se proveyeron de lo que necesitaban.

De allí fué el jeneral a verse con el ministro de la guerra que le concedió cuanto le pidiera, para formar el escuadron.

Vueltos a la hacienda, el capitan Lopez puso en el acto manos a la obra y trabajó con tanta actividad y con tan buen resultado, que aquellos reclutas parecian veteranos por el órden y regularidad con que hacian sus evoluciones y manejaban sus armas.

Una semana antes del diez y nueve de setiembre, llegaba Luisa y Mercedes en compañia de muchas señoritas y caballeros de San Fernando, a donde el capitan Lopez, a la cabeza de su escuadron, salió a recibirlas, causando en la apática capital de la provincia de Colchagua un alboroto estraordinario al ver aquel rejimiento, segun decian los provincianos, que venia a recibir a la propietaria de la hacienda de San Jorje o a la presidenta, segun pensaba el mayor número, pues aquel honor debia ser reservado para ella y era indudable que venia en la comitiva; y como algunos conocian a Luisa, supusieron que debia ser Mercedes, que venia en el mismo coche, la esposa de S. E.

La sorpresa de Luisa y Mercedes fué mui grande al ver al capitan Lopez vestido de gran parada, con sus condecoraciones en el pecho y a la cabeza de aquel lucido escuadron de caballeria, pero mas que sorpresa, fué gusto el que esperimentaron, obligándolo a bajar del caballo y que montara en el coche, dejando el mando del cuerpo a don Pedro Murna, que era el segundo comandante.

Durante el camino les contó su promocion y la del coronel, que ahora era jeneral, asi como la feliz idea que habia tenido de formar aquel escuadron con el fin de hacerles los honores cuando llegasen.

—Y tambien de hacérselos a Enrique, dijo Luisa riéndose.

—No, señorita; la consigna es otra; ha dispuesto el jeneral que no se presente ningun soldado ni yo mismo a recibir a Enrique. El único que debe tener este honor es Torcuato, que será el que sirva para introducir a mi hijo.

—El sabrá lo que hace, dijo Luisa, que rebosaba de satisfaccion.

—¡Caramba que viene jente, señorita!

—Son convidados mios que piensan pasar las fiestas del dieziocho con nosotros, así es que espero que ustedes se presenten bastante amables para hacerles llevadera la estadía en el campo, pues por pura complacencia han perdido las fiestas de la capital.

—En cuanto a mí, ya usted sabe, señorita, que no sirvo para nada de eso, pero en cambio, haré hacer maniobrar mi escuadron a su vista y ya verán bueno. Por lo demas, mi jeneral, mi mujer y mi hija, a quien tengo el gusto de ver mas alegre, sabrán hacer los honores, sin contar la dueño de casa que es la reina del lugar.

—¿Mi madre está buena, padre mio?

—Buena! cómo no ha de estar buena viéndome a mí de capitan comandante, y esperando tener el gusto de abrazar luego a su hija!

La comitiva continuó su marcha, yendo a retaguardia el escuadron formado por el capitan Lopez.

Antes de llegar a las casas, un nuevo tropel de jente salió a recibir a Luisa, sin que hubiera órden para ello, pues era mui querida de todos.

El jeneral y Marta estaban colocados en la puerta de honor para recibir a los huéspedes, que pasaron a los principales salones, quedando sorprendidos de la magnificencia y comodidades de aquella mansion de campo en que estaba todo en armonia, el gusto y el confortable llevados hasta el mas refinado sibaritismo.

Mercedes solo vió a su madre y a su marido, echándose en brazos de ambos con esa espontaneidad natural del cariño; y el jeneral y Marta la recibieron con la mayor alegria al verla ya libre, ya curada de sus pesares, pues los consuelos de la relijion le habian servido de eficaz lenitivo.

Entre las varias personas que acompañaban a las dos jóvenes, venia tambien el venerable capellan del monasterio donde habian estado en romeria.

XV.

El diez y siete de setiembre entraban por la calle de San Pablo dos jóvenes a caballo. El polvo que cubria a los jinetes y lo fatigado de los animales, demostraba que venian de un largo viaje. Uno de dichos viajeros miraba con curiosidad a todas partes, sorprendido sin duda del aire de fiesta que reinaba en Santiago y de la alegria que brillaba en todos los semblantes.

Ya habrán adivinado nuestros lectores quiénes eran estos dos jóvenes y a cuál de ellos le tomaba tan de nuevo el aspecto de las calles y de los vecinos de nuestra capital.

Solo hacia tres meses que Enrique Lopez y Federico Bradfort entraban a Santiago por el mismo camino, y sin embargo, le parecia a éste último que era una ciudad distinta en la que se encontraba, viéndose obligado su compañero a esplicarle la causa.

Ambos jóvenes descendieron en el conventillo, e inmediatamente se vieron rodeados por los moradores de aquel lugar, que les dijeron que hacia mas de un mes que habian salido sus padres y que estaban temiendo sucediese lo mismo que la vez pasada que permanecieron ausentes por tanto tiempo; pero en ese momento llegaba Teresa, que vino corriendo a saludarlos y les dijo que no tuvieran el menor cuidado, porque la señora le habia encargado de prevenírselo así, sin que por ésto le hubiera dicho el lugar en que

se encontraban, pero que le habia dejado las llaves de todo para entregárselas a ellos en caso que vinieran, lo que debia indudablemente suceder.

Enrique y Federico entraron en su casa, desensillaron sus caballos, y despues de darles de comer, se vistieron y salieron a andar por las calles de Santiago, donde ondulaba en cada casa el pabellon de la república, haciendo Bradfort la observacion siguiente:

—Un pueblo tan amante de su pais como el que estoi viendo y que se conmueve, y que se entusiasma de tal manera con sus recuerdos históricos, con los recuerdos de su independencia, es indudablemente un pueblo viril, que está llamado a ser, y que es talvez, la escepcion de todas las pequeñas repúblicas de Sud América, incluso el estenso imperio del Brasil. Chile, por el carácter de sus habitantes, por la homojeneidad de su raza, por las condiciones de su clima, debe producir hombres fuertes, enérjicos corporal e intelectualmente, y que no solo correjirian los vicios que están todavia en su sangre y que provienen de su oríjen, que provienen de esas ideas de vana nobleza y de quijotismo ridículo inoculado por la madre patria, sino que tambien será con el tiempo el pais de la libertad y de la democracia, y la estrella de su bandera alumbrará el hemisferio sur de la América, así como las nuestras alumbran el hemisferio norte, estendiéndose su luz por todo el universo, pues es indudable que el solo ejemplo de los Estados Unidos echará por tierra todos los tronos, todos los títulos, todas las desigualdades ficticias que nacen de la ignorancia y de la vanidad de unos cuantos.

Enrique era de la misma opinion de su amigo, pero él mas práctico, mas esperimental, menos ideólogo, comprendia las dificultades, y decia a Bradfort que todavia estábamos mui distante de esa época y que no podia decirse cuándo llegaria; de manera que los dos amigos discordaban únicamente en el tiempo, mas no en el fondo, porque el

yankee acostumbrado a ver en su pais marchar las cosas con estraordinaria rapidez, no podia hacerse cargo de nuestra lentitud para obrar, mientras que Enrique lo conocia por esperiencia.

XVI.

Antes que amaneciera el dia siguiente, es decir, el diezi-ocho, Enrique y Federico montaban a caballo, atravesando las calles aun silenciosas de la capital y llegando un poco tarde de la noche, pero sin el menor accidente, a la ciudad de San Fernando, donde se alojaron en un pequeño hotel frances, cuyo propietario era un individuo de alta estatura y de hercúleos miembros, llamado Charpentier, obsequioso y amable como todos los de su nacion.

Enrique, aquella noche, víspera del dia para el que lo habia citado Luisa, no pudo conciliar el sueño, preocupado, no solo con el placer de ver a su amada, sino de cuál podia ser el fin para que le habia dado aquella cita en la hacienda de San Jorje y en el cortijo del solitario; y tanto mas pensaba en esta circunstancia no sabiendo qué deducir de ella, cuanto que no habia tenido contestacion alguna a las varias cartas que le habia dirijido desde el Perú; con todo, estaba tranquilo respecto a cualquier accidente funesto, pues sus padres le habian informado que Luisa, el solitario y Mercedes, así como ellos mismos, se encontraban buenos.

El dia diezinueve amaneció al fin, y Enrique, mas delijente que su compañero, estaba en pié desde mucho antes que se distinguiera la opaca luz del crepúsculo, poniéndose él mismo a ensillar los caballos, sin despertar por esto a su compañero que aun dormia profundamente, entregándose él por entero al pensamiento único que lo ocupaba: recojimiento interior del alma, que es peculiar a las grandes dichas así como a las grandes tristezas.

Apareciendo el sol tras los altos montes despertó Bradfort asustado, creyendo que ya era demasiado tarde y que

su amigo habria partido, porque no lo veia en el cuarto ni estaban allí las monturas y las pequeñas maletas de viaje que llevaban a la grupa de los caballos; pero en ese momento apareció Enrique, diciéndole al ver a su amigo que saltaba de la cama con precipitacion:

—Tenemos tiempo de sobra, amigo mio. De aquí a la hacienda hai como siete leguas, que andaremos descansadamente en dos horas. Ahora, pues, nuestro compromiso es llegar a las diez en punto y solo son las seis y media. Podemos tomar nuestro café.

—Yo me habia asustado creyendo que seria mas tarde; pero ya que no es así, tomaremos, como tú dices, nuestro café.

A las siete y media nuestros viajeros montaban a caballo, y quince minutos antes de las diez tenian a la vista la grande y pajiza choza del solitario, no habiéndose detenido en las casas principales, cuyas puertas estaban cerradas y parecia que no habia en ellas una alma: tal era el silencio y la soledad que reinaba en aquellos magníficos edificios que se divisaban al traves de la gran reja de fierro que daba frente al camino, notando Enrique que habian recibido, desde que él los dejara, grandes modificaciones y grandes embellecimientos, haciendo esclamar a Bradfort.

—¡Qué palacio tan hermoso! Qué mansion tan poética y agradable! Cómo se puede vivir aquí feliz!

—Esta es la habitacion de Luisa.

—No podia por menos, porque todo respira aquí el contento del alma, todo anuncia armonia y belleza; el lugar está representando a la dueño.

—Aquel es el cortijo del solitario, dijo Enrique a Federico tan luego como apercibió aquel rancho tan querido para él y que despertaba en su mente tan dulces recuerdos, que hacia revivir cuanto habia hecho por él el noble anciano, las lecciones que le habia dado, los consejos y la práctica que tanto le habian servido.

Apenas acababa de señalar a Federico el lugar en que habia pasado dias tan felices, cuando vió venir a Torcuato con esa ajilidad sorprendente que le conocemos.

Enrique se bajó del caballo para esperarlo, y lo recibió en sus brazos ni mas ni menos que a un hermano, y lo era en efecto, porque ambos debian considerarse como hijos del solitario.

Torcuato les hizo señas para que caminaran lijero y se echó a correr delante de ellos. Enrique y Federico lanzaron sus caballos a escape, atravesando en un momento la distancia que los separaba del cortijo.

Cuando llegaron y no vieron a nadie en el lugar de la cita se sorprendieron, y Enrique preguntó con la vista a Torcuato lo que significaba aquello; pero Torcuato, por toda respuesta, les hizo señas de bajarse, y llevándolos al interior, les presentó el lavatorio y ropa para que se mudasen, diciéndoles que se dieran prisa, pues solo faltaban siete minutos para las diez.

Nuestros viajeros obedecieron, encontrando ricos trajes de rigorosa etiqueta con que se vieron obligados a vestirse, mirándose el uno al otro con no poca sorpresa. Torcuato les dijo que le siguieran, y se internaron en la selva.

Enrique conoció que les llevaban a la *Gruta del leon*.

Al llegar al interior, se les presentó de repente el mas raro espectáculo: habia allí un jentio inmenso. Caballeros y señoritas ricamente ataviadas rodeaban a Luisa, que, destacándose del grupo, fué a dar la mano a Enrique, presentándolo a toda la concurrencia como a su esposo.

El asombro fué jeneral. Nadie estaba en el secreto, salvo el solitario, los padres y hermana de Enrique, el viejo sacerdote del monasterio de... como igualmente Torcuato; pero esta sorpresa fué bien recibida por todos, y una salva de aplausos se sucedió a la declaracion de Luisa: aquella hermosa pareja, despertando la admiracion de los concurrentes, se habia granjeado sus simpatias.

Aquella reunion de personas, de las cuales eran muchas de Santiago, que habian venido con Luisa a invitacion de ésta, pero sin revelarles el motivo, pertenecia a la mas alta aristocracia de la capital, encontrándose allí tambien algunas de las principales familias de San Fernando, incluso don Pastor de los Monasterios con sus tres solteronas, que costeaban la diversion de los jóvenes desde hacia dias, lo mismo que don Pastor la de las niñas, que se lo disputaban verdaderamente, porque no habian encontrado, segun decian, nada de mas entretenido en el mundo; de modo que el viejecito administrador de correos, con su cara risueña y peluca rubia, no cabia de orgullo, mirando de alto abajo y con un marcado aire de proteccion a todos los jóvenes al verse tan codiciado, tan agasajado, o diremos mejor, tan mimado; y tanto el padre como las hijas se decian unos a otros:

—En estas fiestas vamos a encontrar nuestra suerte.

Y trataban de pescar los maridos, haciendo con este fin mil estravagancias que mantenian una hilaridad constante entre hombres y mujeres.

XVII.

Luisa, antes de retirarse al monasterio de... habia, como sabemos, tenido una larga conferencia con el solitario sin mas fin de que dispusiera todo para que su matrimonio con Enrique tuviese toda la pompa y solemnidad posible, fijando el dia diez y nueve de setiembre por ser el aniversario de aquel en que lo viera por primera vez hacia tres años, y elijiendo la *Gruta del leon* como el sitio mas a propósito para que el sacerdote les pusiese las bendiciones, en conmemoracion del acontecimiento que pudo ser tan funesto y que tuvo lugar al principio de sus relaciones.

Vamos ahora a describir aquel sitio que conocen ya nuestros lectores y que Luisa habia trasformado en templo del amor.

Hácia el fondo de aquella espaciosa gruta estaba colocado un altar, en cuyo centro se encontraba el crucifijo milagroso de sor Ursula, con su brazo derecho todavia desprendido. A los piés del señor se veia el retrato de la abadesa, tia de Luisa. A ambos costados estaban los retratos de don Eduardo y de doña Juana, padres de la jóven novia, y mas afuera dos hermosos cuadros, el uno que representaba a Enrique en actitud de tirar sobre el leon y que ya conocemos, el otro, cuando Enrique moribundo tenia su cabeza en las faldas de Luisa; èste último cuadro lo habia trabajado despues, y nadie, escepto el solitario, lo conocia.

—En el suelo, y a cada lado del altar, estaban de pié el leon y lo leona que habia muerto Enrique, y a no ser por su inmovilidad, podian creerse realmente vivos.

Medio a medio del altar se encontraba el venerable anciano capellan del monasterio de... revestido con sus insignias sacerdotales y en actitud de dar principio a l santo sacrificio de la misa.

El jeneral don Toribio de Guzman y el capitan don Domingo Lopez, vestidos de parada con su traje militar, ostentaban en sus pechos muchas condecoraciones y cruces ganadas en los campos de batalla; particularmente el primero tenia, a mas de la de su patria, las que le habian dado en España cuando peleara contra los franceses en la memorable invasion de la península. El jeneral tenia de la mano a Mercedes y el capitan a Marta y permanecian de pié a cada costado del altar.

Luisa y Enrique, tomados tambien de las manos, se hallaban colocados frente a frente del sacerdote, es decir, medio a medio del altar, y tras de ellos estaba el resto de los convidados que miraban con relijioso silencio aquel espectáculo tan imponente como bello, paseando su vista de los novios a los cuadros, donde estaban tan fielmente reproducidos, que, en el mismo instante de entrar Enrique, fué reconocido por todos.

Luisa tenia un vestido de raso blanco con anchos encajes de Bruselas en la falda y en el corpiño, cayendo graciosamente sobre sus blancos y desnudos brazos ceñidos por dos brazaletes de pelo con broches de esmeraldas, reliquias de su querida madre. Sobre la cabeza tenia una corona de azahares, de la cual pendia un velo finísimo que la cubria por entero: aquella hermosa niña parecia mas bien un ánjel que acabara de bajar del cielo envuelto en una nube.

El traje de Enrique era el mismo que acostumbraban todos los hombres de alta sociedad en iguales circunstancias.

El sacerdote dió principio a la misa y todos se prosternaron, con escepcion de los dos militares que permanecieron de pié e inmóviles como estátuas. Cuando el ministro del altar hubo terminado el Santo Sacrificio, se dirijió a los novios, echándoles su bendicion y sirviendo como padrinos el jeneral don Toribio de Guzman y Marta Garrido; pero antes de bajar del altar el venerable sacerdote les hizo la alocucion siguiente:

"Hijos mios: nunca he presenciado un enlace como el vuestro: vírjenes de cuerpo y alma, estais llamados para ser felices y para servir de ejemplo a los demas. Dios bendecirá los frutos de vuestra union porque habeis cumplido sus leyes; y vuestros goces serán durables, porque vuestro matrimonio es el de la naturaleza.

"Voi a daros, empero, mis últimas lecciones, que estarán talvez en oposicion con lo que se enseña jeneralmente, y in embargo, lo que voi a deciros es el resultado de largos años de esperiencia y de largos años de meditacion.

"Siempre se aconseja a los nuevos cónyujes la sumision y la obediencia en lugar del respeto, el aprecio y la consideracion recíproca; pero yo os digo que la sumision y la obediencia son propias de la esclavitud y que en el matrimonio no hai amo, ni siervo, ni esclavo el uno del otro.

"Un matrimonio semejante al vuestro, que es el matrimonio segun la naturaleza, debe tener por condicion única la

verdad y no la fidelidad; porque la fidelidad no es un deber sino una condicion del cariño: los que se aman, jamas se traicionan, porque esto seria dañarse a sí mismos.

"Un matrimonio segun la naturaleza que solo tiene por base el amor y la verdad, no reconoce otras leyes que estas, y si falta lo primero, es indispensable que subsista lo segundo: el adulterio solo está en el engaño y nada mas que en el engaño.

"El matrimonio segun la naturaleza no contribuye, no establece obligacion alguna respecto al goce que no emane de la voluntad, que no nazca de la libertad de los cónyujes: el *débito* que se aconseja y que se considera como un deber no es otra cosa que una prostitucion verdadera. El deleite, hijos mios, es inseparable del deseo; de consiguiente, donde no hai deseo hai violencia, y donde hai violencia hai ruptura del vínculo, hai ultraje, hai desigualdad, hai vasallaje, hai pérdida de dignidad, que es la principal belleza de la mujer.

"Tratad, hijos mios, de seguir estas lecciones aun cuando están en contra de los principios jeneralmente enseñados y creidos, y asi tendreis la seguridad de seguir amándoos y respetándoos hasta el fin de vuestros dias, restableciendo las leyes de la naturaleza que son las leyes de Dios y que nuestras preocupaciones han oscurecido en parte, pero que nunca conseguirán borrar."

Dicho esto y a una señal dada por el jeneral, resonaron los ámbitos de la *Gruta del leon* con las melodias de una música misteriosa que nadie sabia de dónde provenia, no viéndose en aquel recinto instrumental alguno, hasta el punto de llegar muchos a persuadirse que era una música del cielo, pero que en realidad no era otra cosa que una sorpresa preparada por el jeneral, que habia hecho colocar con anticipacion en los árboles y ocultos por el follaje, a muchos músicos traidos de Santiago.

Al salir de la gruta encontró la concurrencia muchos coches donde colocarse para regresar a las casas.

Enrique y Luisa tomaron el suyo, tirado por los mismos caballos tordillos que habia contenido Enrique en la calle del Dieziocho hacia tres años y a los que gobernaba el mismo cochero Fermin que los dejara escapar.

El capitan Lopez se puso a la cabeza de su escuadron y escoltó la comitiva hasta las casas, donde esperaba a los convidados muchos regocijos, pudiendo asegurar que era solo desde ese dia el principio de las verdaderas fiestas.

La justicia de Dios se habia cumplido: la virtud quedaba premiada y el vicio castigado.

FIN.

A LOS

SUSCRITORES DE LOS SECRETOS DEL PUEBLO.

Cuando nos propusimos publicar esta obra, nunca creimos que tomara tales dimensiones, ni que tuviera el éxito que ha alcanzado.

Acostumbrados a los malos resultados que hasta ahora habia dado en Chile toda publicacion literaria, mandamos nuestro libro a la prensa con temor y alentados solamente con el buen fin que nos habiamos propuesto en él, quedando satisfechos con que alcanzara a cubrir sus gastos; pero desde las primeras entregas nos vinieron numerosos suscritores, viéndonos obligados a aumentar el tiraje de ellas por tres veces consecutivas.

Este raro favor del público, favor que ha sorprendido a todos, y que reconocemos desde luego, dándole a cada uno de nuestros suscritores las debidas gracias, no ha emanado, bajo ningun aspecto, del mérito de nuestro libro cuyos defectos reconocemos y confesamos, sino que prueba únicamente que la civilizacion se difunde con rapidez en Chile, pues no hace mucho que se contaban por decenas los lectores, mientras que ahora se cuentan por cientos y por miles; asi es que el éxito que han obtenido Los Secretos del Pueblo no proviene, como hemos dicho, de la bondad de ellos, sino de la ilustracion del pais, ilustracion que deseamos sepan aprovechar nuestros escritores, pues les deja un campo abierto, sirviendo de estímulo a su jénio para que vengan sus obras a enriquecer nuestra literatura naciente, honrándolos y enriqueciéndolos a ellos.

Ya que hablamos de los defectos de nuestro libro, tenemos que pedir perdon a nuestros suscritores por las innumerables faltas que contiene y que no hemos podido evitar;

primero, por la rapidez con que tenia que tirarse tan crecido número de entregas; segundo, porque permaneciendo casi constantemente en el campo, no nos era posible correjir las pruebas sin trabar la regularidad periódica de la salida; regularidad debida a la buena organizacion del MERCURIO que, muchas veces, mediante su actividad, ha suplido las faltas de nuestra ya fatigada pluma.

Las cincuenta entregas de que se componen los cuatro volúmenes que forman la novela titulada LOS SECRETOS DEL PUEBLO, han fatigado probablemente al público por su mucha estension, viéndonos obligados por este motivo y por nuestro propio cansancio a cerrarla, sin que hubiéramos por completo desarrollado el plan que nos teniamos formado. Sin embargo, el romance queda acabado lo mismo que cualquiera otro. Pero como nos hemos propuesto salir fuera de la regla comun de las novelas, pintando *la felicidad despues del matrimonio* y describiendo el *porvenir de Mercedes*, daremos al público en uno o dos meses la continuacion, que constará de un solo tomo, es decir, trece entregas.

Esta continuacion puede mirarse desligada e independiente de la obra para no forzar a los individuos a que se suscriban por temor de dejar incompleto su libro; pues solo tiene un fin moral, cual es enseñar a los jóvenes casados y a los que están por hacerlo, el modo práctico como deben conducirse en la vida conyugal para ser felices, sin dejar de trazar por esto algunos otros cuadros de nuestras costumbres, siempre en la forma de romance.

En caso que deseen nuestros actuales suscritores continuar, se servirán en las provincias advertirlo al mismo ajente de LOS SECRETOS DEL PUEBLO, el que tendrá la bondad de comunicárselo al autor en Valparaiso para arreglar el correspondiente tiraje.

Al darles las gracias, saluda tambien a todos sus suscritores

MARTIN PALMA.